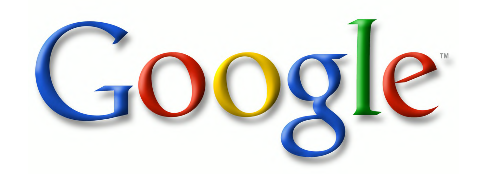
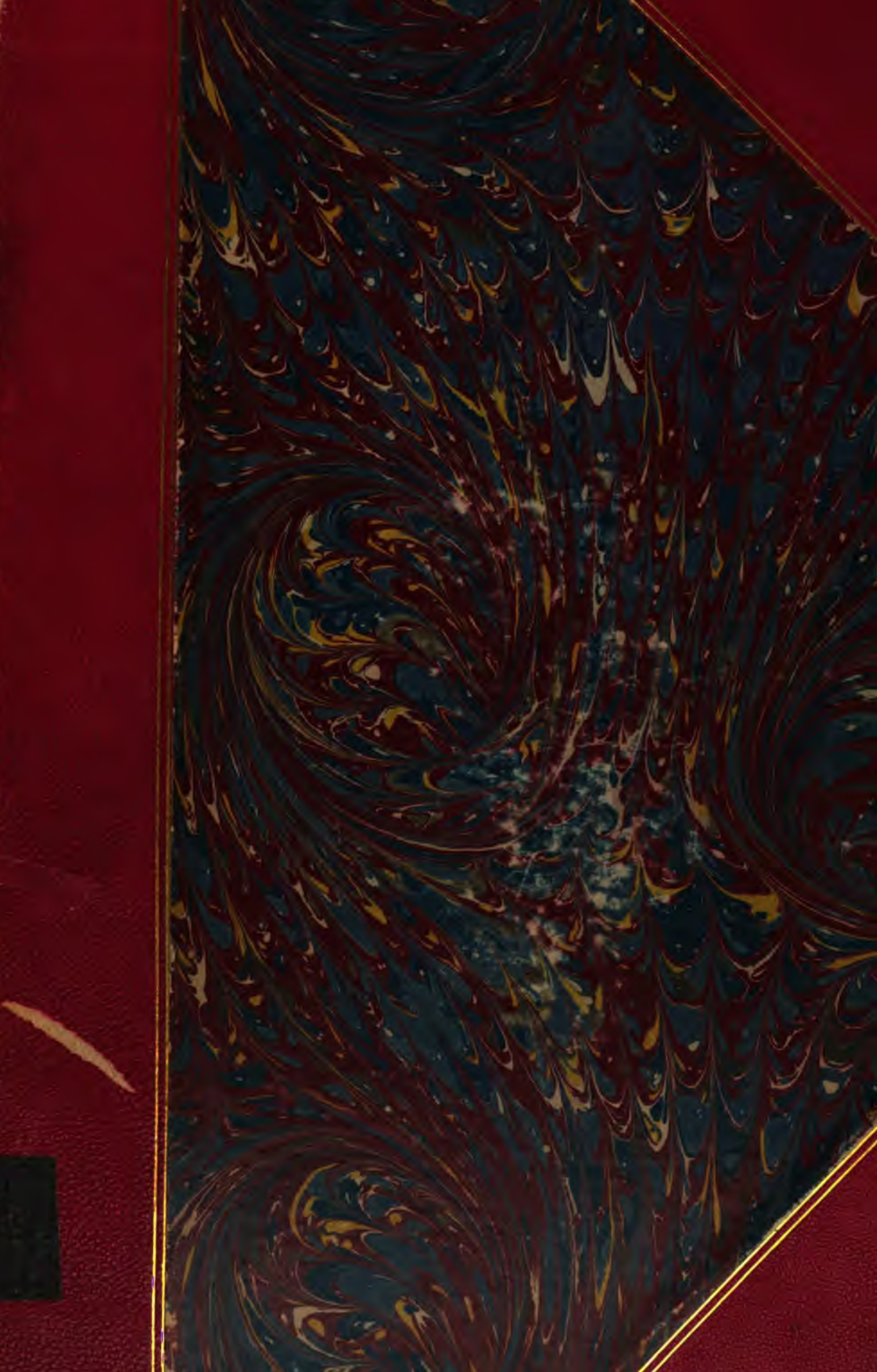
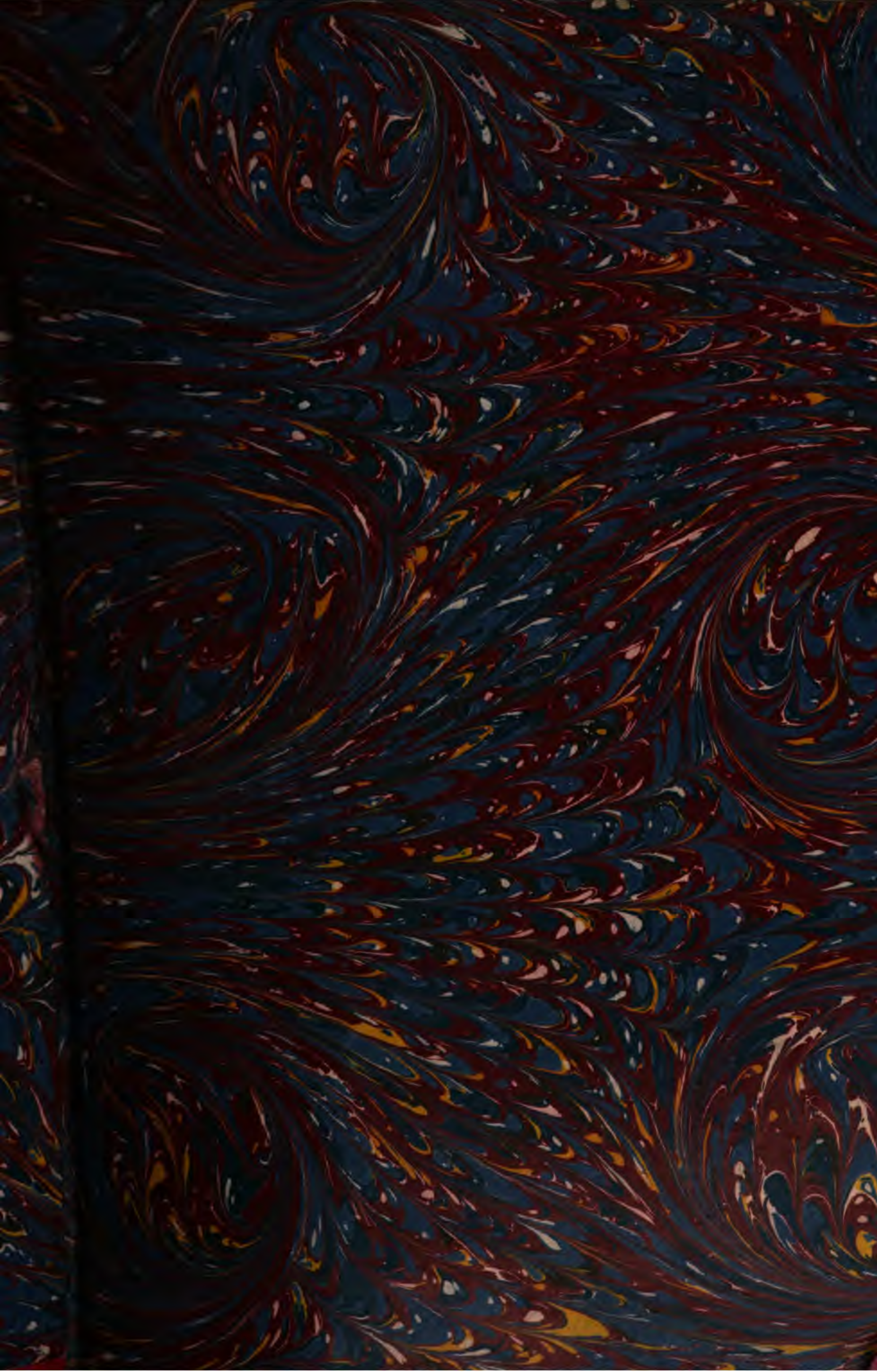





DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

IX

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

COMEDIAS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Coleccion mas completa que todas las anteriores

HECHA É ILUSTRADA

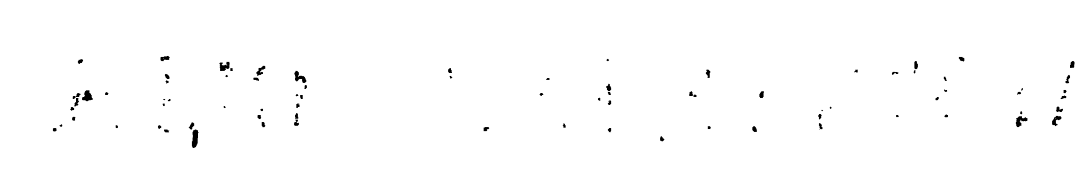
POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1862



EL ACASO Y EL ERROR.

PERSONAS.

FISBERTO, *galan*.
FABIO, *criado*.
CÁRLOS, *galan*.
LISARDO, *criado*.
CLOTALDO, *duque de Módena*.
FLOR, *dama*.
SILVIA, *criada*.
DIANA, *dama*.
LAURA, *criada*.
GILETA, *villana*.
EL DUQUE DE MANTUA.
PEROTE, *villano*.
CELIO, *villano*.
FABIO, *vejete*.
UN JARDINERO.
UN ALCAIDE.
CRIADOS.
GENTE.

La escena es en Módena, en Mantua y otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Módena.— Parque del palacio del Duque.

ESCENA PRIMERA.

FISBERTO Y FABIO, *de camino*.

FISBERTO.

En tanto que los caballos
Descansan, ver solicito
Este parque del Alcázar
De Módena, porque he oido
Que de toda Italia es
El mas deleitoso sitio.

FABIO.

Si te conocen, señor,
¿No echas de ver el peligro
Á que te pones?

FISBERTO.

¿Por qué?

FABIO.

Porque son tan enemigos
Módena y Mantua, que no
Dudo que habiéndose dicho
Ya que en Mantua casas, seas
Sospechoso en sus distritos.

FISBERTO.

Ese es engaño, por qué
Mi padre, de ambos amigo,
Antes fué quien suspendió
Los amenazados brios
De sus pasados encuentros,
Cuando de Clotaldo el hijo
Fué prisionero de Mantua:
Fuera de que es desatino
Temer sepan quién soy, cuando
Paso tan desconocido,
Á causa de ver amante
Antes que logre marido
La hermosura de Diana.

FABIO.

¡Extraños son tus caprichos!
¿Pues no bastó, sin querer
Haber su retrato visto
Ir á verla á ella, sino
Arriesgar en el camino
La autoridad, por lo ménos,
De ser de álguien conocido?

FISBERTO.

Si quisiera yo poner
En razon mis desvarios,
Dijera primero que
No puede el mas parecido
Retrato copiar el alma;
Y mas habiéndose visto,
Feo el dueño, estar hermoso
El retrato, porque al viso
Del aire sabe esmerarse
Lisonjero el artificio.
Esto, cuanto al primer yerro
De no haber, Fabio, querido
Ver de Diana el retrato;
Cuanto al segundo, lo mismo
Pudiera decir; pues quiero
Ver el alma, ver el brio,
El agrado de la voz
Y del ingenio el aviso.
Engáñeme yo, y no otro;
Pues hasta hoy nadie ha habido
Que desafie al pintor
Porque verdad no le dijo.

FABIO.

Que responder, no faltara;
Mas ya que quieras, movido
De curiosidad, ver algo
Deste jardin, allí miro
Un jardinero: quizá
Este le enseñará.

ESCENA II.

UN JARDINERO.—DICHOS.

FISBERTO.

¡Amigo!...

JARDINERO.

¿Qué mandais?

FISBERTO.

Un forastero
Os ruega (que acaso vino
Por aquí) le hagais favor
De guiarle en los laberintos
Desta bella esfera, donde
Vea de sus artificios
La fábrica.

JARDINERO.

Yo me holgara
De que hubiérades venido
Á otra hora, en que yo pudiera
Enseñaros todo el sitio;
Pero á esta suele bajar
Flor, y no me determino
Á que paseis adelante.

FISBERTO.

Si para hacer lo que os pido
Es buen tercero un diamante,
Él por mí os lo ruega.

JARDINERO.

Digo
Que persuadís de manera,
Que es lástima no serviros.
Venid por aquesta parte;
Pero ha de ser advertido
Que habeis de volveros luego.

FISBERTO.

¡Qué suntüoso edificio!
¡Qué bien en estas estatuas
Desmiente el cincel lo vivo,
Y qué bien fuentes y flores
Campean á opuestos giros,
Colores siendo y cristales,
En primores competidos,
Matiz perenne unos, y otros
Penachos de nieve y vidrio!

(*Suena música.*)

Pero ¿qué música es esta?

JARDINERO.

¡Triste de mí, que ha salido
Flor al jardin, y á esta parte
Se acerca para impedirnos
La salida!

FISBERTO.

¿Qué he de hacer?

JARDINERO.

Si llega á veros, perdido
Soy; y así entre aquestas murtas
Que os escondais os suplico,
Miéntras que pasa.

FISBERTO.

Sí haré,
Porque (si la verdad digo)
Tambien me embarazo al verla.

JARDINERO.

Y yo de aquí me retiro,
(*Ap.* Porque ya que le vean, no
Sepan que yo le he traido.)

(*Vase el Jardinero, y se esconden Fisberto y Fabio.*)

ESCENA III.

FLOR, SILVIA, MÚSICOS.—FISBERTO Y FABIO, *ocultos*.

FLOR.

Desde aquí podeis cantar,
Ya que amor al uso quiso
Tratarme á mí como á todas,
Pues entrando en el estilo
De comun belleza, vengo
Á galantear á mi primo
Con músicas y finezas.

SILVIA.

No tu altivez á partido
Tan bajo se dé; que no
Hay duelo donde hay cariño.
Si tu primo es ya, señora,
Tu esposo; si de tan digno
Empleo la dilacion
La dispensacion ha sido;
Si entre otros accidentes
Con que la suerte previno
Vengarse de tanta dicha
Como hacerle tu marido,
Es el mayor una grave
Melancolía, ¿qué indigno
Asunto es de tu decoro
Este agasajo festivo
A título de remedio?

FLOR.

Bien hoy, Silvia, hubieras dicho,
Si se quedaran aquí
Tu discurso y mi martirio;
Pero si tan adelante
Pasa el dolor con que vivo,
Que cuando tú me adivinas
El fin, aun no es el principio,
¿Qué quieres que diga?

SILVIA.

Yo,
Como no sé lo escondido
De tu pecho, hablo no mas
En disculpar el motivo
Deste amoroso festejo.

FLOR.

Si sabes (*Ap.* ¡Qué mal resisto
Mis penas!) que siendo hija
Yo del duque Ludovico
De Módena, por su muerte
Quedé en poder de mi tio
Clotaldo; que él, alegando
Que hembras no heredaban, quiso
Entrarse en la posesion;
Que el Consejo á resistirlo
Salió, y que durando el pleito,
Viendo el de Mantua diviso
El pueblo, intentó lograr
Tantos rencores antiguos
Como ha entre estos dos estados
La vecindad mantenido
Por tantos años; si sabes
Queconcurriendo al peligro
Mas cercano la asistencia
De las armas, tuvo el juicio
Suspenso, en cuyo intermedio
El Estado se convino
En que (para que mejor
Pudiese acudir unido
A las ofensas de Mantua)
Casase yo con su hijo
Cárlos, mi primo; si sabes
Que él, generoso y altivo,
Se empeñó desde este dia
Tanto, que arriesgado vino
De Mantua á ser prisionero,
Cuyo acaso fué motivo
Para que los potentados
Buscasen nuevos arbitrios
Hasta darle libertad,
Dejándonos indecisos,
Amigos en la apariencia,
Si no en la verdad amigos;
Y si finalmente ¡ay Silvia!
Sabes que de ambos partidos
Fui la mas interesada,
Creyendo que sus designios
Mis esperanzas lograsen,
Casándome con mi primo
Con quien ya estoy concertada,
Y tan al contrario ha sido,
Que fué lograrse mis quejas,
Pues como allá un poeta dijo:
«Ambos nos criamos juntos,»
Y si el romance prosigo,
«Amor en nuestras niñeces
Con dos arpones distintos
Hirió nuestros corazones,
Haciendo el oro en el mio
Su efecto, como en el suyo
El plomo», con que ántes vino
A declarar el contrato
Mi fineza y sus desvíos;
¿Qué dudas mis sentimientos?
Pues cuando en Cárlos estimo
Mas la conveniencia que
Estimara mi albedrío
La sentencia en mi favor,
Mudas sus penas me han dicho
Que no agradece mi mano,
Sonando siempre continuos
A la voz de mis finezas
Los ecos de sus suspiros.

SILVIA.

No, señora, lo que acaso
O accidente es...

FLOR.

Ya imagino
Cuanto me puedas decir,
Y cualquier consuelo es tibio.—
Cantad, cantad, que ninguno
He de hallar, por haber visto
Que quien mas quiere escucharlos
Es quien ménos quiere oirlos.

FABIO. (*Ap. á su amo.*)

Hermosa es Flor.

FISBERTO.

Y no tanto
Por serlo lo ha parecido,
Cuanto por estar quejosa.

FABIO.

¿Cómo?

FISBERTO.

Como es el mas limpio
Afeite en lo lindo, verse
Desconfiado lo lindo.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Yo quiero bien,
Mas no he de decir á quién.

ESCENA IV.

CÁRLOS.—DICHOS.

CÁRLOS Y FLOR. (*Ap. ambos.*)

«¡Yo quiero bien;
Mas no he de decir á quién!»

FLOR. (*Ap.*)

Bien se ve que no por mí
Aquesta letra se hizo...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Por mí esta letra sin duda
Se escribió...

FLOR. (*Ap.*)

Pues su sentido
Dice que no ha de decir
Lo que quiere.....

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pues su alivio
Es decir que ha de callar
Lo que ama...

FLOR. (*Ap.*)

Con que es preciso...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Con que es forzoso...

FLOR. (*Ap.*)

No sea
Yo, pues yo mi pena digo.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ser yo, pues yo mi mal callo...

FLOR. (*Ap.*)

Y así por mí no habrá escrito...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Y así por mí escrito habrá...

LOS DOS. (*Ap.*)

La letra, el que en ella dijo...

LOS DOS Y LOS MÚSICOS.

Yo quiero bien,
Y no he de decir á quién.
(*Acércase Cárlos á Flor.*)

CÁRLOS.

Parece que trasladando
Estaba el concepto mio
El que escribió aquella letra.

FLOR.

Parece que adrede quiso,
Quien tono y letra escribió,
Satirizar mis delirios.—
Callad: no, no prosigais. (*A los músicos.*)

CÁRLOS.

¿Por qué, Flor, si tan rendido
Su concepto es, no te agrada?

FLOR.

No sé; pero á mis oidos
Disuena que haya quien calle
Tanto.

CÁRLOS.

La primera has sido
A quien disuena el silencio.

FLOR.

Silencio siempre remiso,
De poco mérito es,
O de poco amor, indicio.

CÁRLOS.

El miedo reverencial
Ni de uno ni de otro es hijo,
Sino solo del respeto.

FLOR.

Sin tocar en atrevido,
Puede un amor ser osado.

CÁRLOS.

Sí, pero nunca tan fino
Como el que padece y calla.

FLOR.

Quien pudo acabar consigo
Callar tan del todo, que
Solo se lo supo él mismo,
Diga que tiene otra cosa,
No amor.

CÁRLOS.

Sugetos altivos,
Basta amarlos.

FLOR.

Basta amarlos,
Pero no sobra servirlos.

CÁRLOS.

Servirlos es no ofenderlos.

FLOR.

¿Quién, que se ofenden, os dijo,
Con saber que son amados?

CÁRLOS.

Quien piensa que el sacrificio
No es la voz, si no el afecto.

FLOR.

Eso es amar á lo antiguo.

CÁRLOS.

Entónces se amó.

FLOR.

Y ahora;
Que del decoro el peligro
No está en decirlo.

CÁRLOS.

¿En qué está?

FLOR.

En el modo de decirlo.—
De tono y letra mudad. (*A los músicos.*)

CÁRLOS.

Yo iba á mandarles lo mismo.

FLOR. (*Ap.*)

¡Ay sentimiento!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay amor!

FLOR. (*Ap.*)

¡Qué mal sufro!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué mal finjo!

FABIO. (*Ap. á Fisberto.*)

Palaciegas discreciones:
Poco fruto y mucho ruido.

FISBERTO.

Déjalos vivir, pues desto
Se pagan los entendidos.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Quiero, y no saben que quiero:
Yo solo sé que me muero.

CÁRLOS.

Callad, callad.

FLOR.

Pues ¿por qué?

CÁRLOS.

Porque es muy necio el estilo
De quien se da por dichoso.

FLOR.

Mas lo es el de quien lo ha sido,
Y se da por desdichado.

CÁRLOS.

Una cosa es el sentirlo,
Y el publicarlo otra cosa.

FLOR.

Publicar desvanecido
Uno del favor el dueño,
Ya fuera en amor delito;
Mas festejar el favor
Es gala.

CÁRLOS.

El que el favor dijo,
Diria el dueño.

FLOR.

Es locura.

CÁRLOS.

Sí, pero locura en juicio.

FLOR. (*Ap.*)

¡Qué mal finjo mi tormento!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué mal mi dolor reprimo!

FLOR.

De suerte que el que dijera
El favor, ¿fuera atrevido,
Grosero amante?

CÁRLOS.

Sí, pues
Pusiera al dueño en peligro.

(*Sacan los lienzos dama y galan, y al sacar Cárlos el suyo, se le cae un retrato.*)

FLOR.

Luego vos lo sois, pues vos
Favor y dueño habeis dicho.

CÁRLOS.

¿Yo?

FLOR.

Sí.

CÁRLOS.

¿Cuándo ó cómo?

FLOR.

Este
Retrato que está caido
A vuestras plantas, dirá (*Le levanta.*)
Si sois un desvanecido,
Grosero, necio, villano,
Descortés...

CÁRLOS.

Tus desvaríos
¿A qué mas pueden llegar
(*Ap.* ¡Ay, hermoso dueño mio!)
Que á decir que este retrato
Se me cayó á mí? (*Ap.* Perdido
Estoy; mas ménos importa
Que pierda yo en tal conflicto
El retrato, que Diana
La fama, habiéndole visto
En mi poder.)

FLOR.

¿Luego no
Es vuestro?

CÁRLOS.

Ni lo es, ni ha sido,
Ni ha de ser.

FLOR.

Pues en verdad
Que no es trasto tan jarifo
Para negado, porque es
(Jurando gentil y lindo
Aquello de, en mi conciencia)
Blanca la tez, negro el rizo,
Y entre lo dormido y bello,
Agrio el ceño y dulce el viso.—
Cobrad color y retrato.

CÁRLOS.

Eso es quitarme el sentido.
¿Cómo tengo de decir
Que ese retrato no es mio?

FLOR.

¿Pues cuyo quereis que sea?

CÁRLOS.

De álguien que le haya perdido.

FLOR.

Aquí ¿quién (si aun aquí apénas
Entrar los criados miro)
Quereis que pierda retrato
De diamantes guarnecido?

CÁRLOS.

¿Será por dicha (*Ap.* ¡Ay de mí!
El fingir algo es preciso)
Novedad que varias gentes
Entren á ver este sitio?
Pues hoy de esa galería
(*Ap.* Déme amor industria) he visto
Pasear por estos jardines
Forasteros bien lucidos
Y galanes.

FABIO. (*A su amo.*)

¿Oyes esto?

FISBERTO.

Cárlos me vió; y pues conmigo
Se disculpa, yo con él
Me disculparé, advertido
De cuánto debe amparar
Un noble amantes delitos.
Sal, haciendo la deshecha
Que yo hiciere, pues consigo
El sacar con un engaño
A él y á mí de dos peligros.—

(*Salen Fisberto y Fabio.*)

Si él no parece, yo muero. (*En alta voz.*)

FABIO.

Este, señor, es el sitio
Que anduviste.

FLOR.

¿Qué es aquello?

CÁRLOS.

Mira si yo verdad digo.
(*Ap.* ¡Si se retirase Flor!)
A tiempo esta gente vino:
Los forasteros son. No
Te vean; y así te pido
Te retires.

FLOR.

¿Para qué?—

(*A Fisberto y Fabio.*)

Pues ¿cómo tan atrevidos
Aquí entrais?

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh! ¡quién pudiera
Darles de mi pena aviso!

FISBERTO.

Perdonad, hermosa dama;
Que el no haberos ántes visto
Disculpa mi atrevimiento.
Y vos (¡oh jóven invicto!)
Perdonad tambien un yerro,
Que no llega á ser delito.
Forastero soy en este
País, tanto que hoy he venido
Y hoy he de volverme; pero
De la fama persuadido
Deste Alcázar, quise verle,
A causa que mi camino
Es dar una vuelta á Italia,
Con el inquieto capricho
Que los franceses tenemos
(*Ap.* Así nombre y patria finjo)
De ver ajenas ciudades,
Parques, templos y edificios.
Con aquesta inclinacion,
Entré donde, divertido,
Del pecho se me cayó
(Si no le hallo, soy perdido)
Un retrato de una dama.
Humildemente os suplico
Deis licencia de buscarle;
Que acasos de amor, no indignos
Son de perdon y licencia.

CÁRLOS.

(*Ap.* Este hombre es entendido,
Y sin duda en esta parte
Debe de habernos oido.
Convenir con él importa.)
Mira, ingrato dueño, impío,
Si vuelve el cielo por mí,
Y si era el retrato mio,
O de aqueste caballero.

FLOR.

(*Ap.* No sé lo que me imagino;
Mas si es cierto, por si es cierto,
Y si no, porque es fingido,
Lo he de guiar desta suerte.)
Mucho, caballero, estimo
Haber yo hallado el retrato.
Si es este, tomadle, é idos,
Sin que un instante pareis
En todos estos distritos,
Pues del haber aquí entrado
Será el hallazgo el castigo.

FISBERTO.

Mil veces vuestros piés beso,
Y en irme veréis que os sirvo
Al punto. (*Ap.* Si enviare Cárlos
Por él, al instante mismo
Le daré; pero si no,
No he de perder mi camino.)

(*Vanse Fisberto y Fabio.*)

ESCENA V.

FLOR, CARLOS, SILVIA, MÚSICOS.

CÁRLOS.

Oid, esperad, caballero...

FLOR.

¿Para qué quieres seguirlo?

CÁRLOS.

Para que, habiéndome dado
Vida, quiero agradecido
Agasajarle, de noble
Viendo en él tantos indicios.

FLOR.

Harto agasajado va
Quien halla lo que ha perdido.

CÁRLOS.

Pues yo le he de hablar siquiera.

FLOR.

No le has de hablar.

ESCENA VI.

CLOTALDO. — FLOR, CARLOS, SILVIA, MÚSICOS.

CLOTALDO.

¡Cuánto, hijos,
Hallar juntos á los dos
En esta ocasion estimo!
Porque del favor de ambos
Igualmente necesito.

FLOR.

Pues yo ¿en qué, señor, te importo?

CÁRLOS.

Pues yo ¿en qué, señor, te sirvo?

FLOR. (*Ap.*)

No entienda mis sentimientos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

No alcance mis desvaríos.

CLOTALDO.

Ya sabeis en el estado
Que aquellos bandos antiguos
Hoy con Mantua nos mantienen,
Obligando á nuestros brios
El canje de tu persona,
Que allá prisionera vimos,
Entónces á retirarnos,
Y agora á no desabrirnos.
Pues sabed (que esto no es
Del caso) que hoy he sabido
Que Fisberto, ilustre jóven,
Del duque de Milan hijo,
Casa en Mantua con la hermosa
Diana.

CÁRLOS.

¿Qué decis?

CLOTALDO.

Digo
Lo que en las lenguas del viento
A voces la fama dijo.

FLOR. (*Ap.*)

¡Qué nueva turbacion ¡cielos!
Es la que en Cárlos admiro?

(*Suenan dentro látigo y corneta de posta.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay de mí! retrato y dueño
En un dia se han perdido,
Pues cuando sus bodas oigo,
Irse al forastero miro.

CLOTALDO.

¿De qué tan sobresaltado
Estás?

CÁRLOS.

Hame dado el frio
Del accidente, y así
Licencia, señor, te pido
Para retirarme.

CLOTALDO.

Aguarda,
Que breve es lo que te digo.
Viendo pues que de Milan
A Mantua es este el camino
(Pues no es posible que pasen
Sino por estados mios),
Hospedándolos en ellos
Mostrar cuerdo determino
Que nunca el enojo noble
Ha de alterar los estilos
De la noble urbanidad;
Pues siempre blason fué altivo
Del valor, ser mas corteses
Dos, miéntras mas enemigos:
Fuera de que el de Milan
Siempre profesó conmigo
Grande amistad; y por él
Y por todos solicito...

(*Suena la corneta.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

De mas léjos ya la posta
Suena.

CLOTALDO.

Atiende á lo que digo.—
Festejarlos cuando pasen
Por aquí; — y así te pido,
Cárlos, que de tus tristezas
Pidiendo al dolor esquivo
Licencia, bien como jóven
Tan airoso y tan lucido,
Prevengas fiestas que hacerles;
Y tú, Flor, con este mismo
Fin, á tal huéspeda tengas
Hospedaje prevenido
En tu cuarto. Y no los dos
Envidieis inadvertidos
Ajenas dichas, que presto
Serán propias; pues ya he escrito
Por dispensacion, y haréis,
Al amor agradecidos,
Igual la dicha, pasando
Con el gusto que imagino,
De envidiosos á envidiados.

FLOR.

Tú verás cómo la asisto.

CÁRLOS.

Y cómo yo te obedezco.

CLOTALDO.

Así de los dos lo fio.
Dadme los brazos; — y tú (*A Flor.*)
Retírate ahora. (*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué he oido,
Cielos? ¡Cielos! ¿qué he escuchado?

FLOR.

Pésame de haberte visto
Tan mudado de color.

CÁRLOS.

¿Ya la causa no has sabido?

FLOR.

Y aun las tres causas.

CÁRLOS.

¿Tres? ¿Cuáles

FLOR.

Sobre haberse el hombre ido
(*Ap.* A quien si tú le siguieres,
Verás que yo á tí te sigo),
Pienso que, casar Fisberto
Con Diana, y tú conmigo.

(*Vanse Flor, Silvia y músicos.*)

ESCENA VII.

CARLOS.

Engáñaste, que son cuatro,
Añadiendo á las que has dicho,
Haber de ser quien festeje
Mi misma muerte yo mismo.
¡No bastó; cielos! que á vista
De un tirano basilisco,
Porque no se pierda todo
Seguir no pueda al que vino
A dejarme de una vez
Quejoso y agradecido,
Viéndole ir con el retrato?
¿No bastó el haber oido
Que casan Diana y Fisberto,
Sino que por los motivos
Superiores de mi padre,
Haya de ser yo, yo mismo
Quien de mi amor las exequias
Celebre con regocijo?
Pero ya que he de morir
A manos de mi destino
En medio de aquestas dudas,
Sabré buscarme camino
En que todo lo halle ó todo
Lo pierda; pues si benigno
El sol de Diana no es hoy
El íris de mis suspiros,
Y esta noche cuando á verla
Vaya (pues que tan vecinos
Los estados, y los medios
Que Lisardo me previno
Lo facilitan), no da
A tantas penas alivio,
Yo he de intentar... Pero esto
Aun no lo he de hablar conmigo;
Porque el labio ha de callarlo,
Y el efecto ha de decirlo. (*Vase.*)

—

Mantua.—Jardin del palacio ducal.

ESCENA VIII.

PEROTE Y GILETA, *cada uno por su lado, sin verse.*

PEROTE.

Si alguno en el mundo huere[1]
Tan mezquino y desdichado,
Que namorado estoviere,
Y el remiendo saber quiere
De no estar enamorado...

GILETA.

Si hobiere en el mundo alguna
Tan desdichada y mezquina,

1 Los cuarenta y cinco versos primeros de esta escena no se hallan en ninguno de los cuatro manuscritos que nos han servido de original. Se han copiado de *La señora y la criada.*

Que dell amor la emportuna
Pesadumbre la amohina,
Y quiere mudar fortuna ..

PEROTE.

Véngase á mí, y le diré,
Mijor que Ovillo, cuál hué
El remedio dell amor;
Porque yo mucho mijor
Que el mismo Ovillo lo sé.

GILETA.

A mí se venga, que yo
Sé un remedio, con que no
Se sienta mas desde allí,
Que es el mismo con que á mí
Ell amor se me quitó.

PEROTE.

Mas no quiero [1] her desear
A nadie una melecina
Tan rara y tan singular...

GILETA.

Mas no quiero escatimar
Virtud que es tan peregrina.

PEROTE.

Sepan pues los que lo están,
El remedio de su afan.

GILETA.

Oiga el que siente su llama.

PEROTE.

Despósese con su dama.

GILETA.

Vélese con su galan.

PEROTE.

Esta es la mijor receta.

GILETA.

Esta (nadie se alborote)
Es la cura mas perfeta.

PEROTE.

Que así hice yo con Gileta.

GILETA.

Que así hice yo con Perote. (*Vense.*)

PEROTE.

¡A qué perpósito fué
El nombrarme, carillucia?

GILETA.

¡Mal haya yo que os nombré
Con aquesta boca sucia,
Sin por qué, ni para qué!
Mas vos, ¿con qué intento aquí
Me perunnciasteis á mí?

PEROTE.

Por el cogote á hablar venga
Luenga que os toma en la luenga,
Ya que os enojais así.

GILETA.

¿Pues por qué tan mal sofrido
Siempre conmigo heis de ser?

PEROTE.

¿Por qué conmigo lo heis sido
Vos?

GILETA.

Porque sos mi marido.

PEROTE.

Yo, porque sos mi mujer.

GILETA.

¿Pues cómo ántes de casaros
Todo era resquiebrarme,
Y en viéndome embelesaros
Y como un bausan andaros?

[1] Hacer.

PEROTE.

Como era ántes de casarme.

GILETA.

Pues buen remedio, Perote.

PEROTE.

Venga, y sea malo, Gileta.

GILETA.

Volverme todo mi dote,
Y darme...

PEROTE.

¿Con el garrote
Vais á decir? Sois discreta,
Y lo haré, pues vos gustais.

GILETA.

¡Malos años para vos!
¡Ay, ay, ay!

PEROTE.

¿De qué os quejais?

GILETA.

De que darme imaginais.

PEROTE.

¡Oh, mal magin os dé Dios!
(*Da tras ella.*)

ESCENA IX.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.

¿Todo aporrear ha de ser?

PEROTE.

Algo de gusto ha de haber.

CELIO.

Teneos.

PEROTE.

Ya que así me vi,
No me he de quedar así:
Fuerza es que este ha de caer. (*Pégala.*)

GILETA.

¿En las espaldas me da?
¿No era mejor, buena pieza,
Acabar con todo ya,
Y una vez en la cabeza
Darme?...

PEROTE.

Todo se andará.

CELIO.

Ved que á casa os he traido
Un primo que á ser soldado
Se fué.—Entra acá, pan perdido.

ESCENA X.

LISARDO. — DICHOS.

PEROTE.

Vos seais, primo, bien llegado.

GILETA.

Vos seais, primo, bien venido.

PEROTE.

Gileta, no os toca á vos
Dar á nadie parabien.

GILETA.

No toque: ¡válgame Dios!

CELIO.

¿Ir á ver no será bien
Lo que habeis de hacer los dos?
Tú, Perote, ve á plantar
El cuadro que dibujado
Quedó ayer, y tú á regar
Las calles; porque ha de estar
Limpio todo y adornado,
Por si esta tarde tambien
Baja Diana al jardin
Con tantas damas, á quien
Deben clavel y jazmin
Nieve y púrpura.

PEROTE.

Está bien,
Yo iré; mas Gileta aquí
No ha de quedar: cabe mí
Que vayas, Gileta, quiero.

GILETA. (*Ap.*)

A fe que es el jardinero
De los mas lindos que vi.
(*Vanse Gileta y Perote.*)

ESCENA XI.

LISARDO, CELIO.

CELIO.

Ya, Lisardo, en casa estás,
Y ya ves á cuánto riesgo,
Por servir á tu señor,
La vida y lealtad he puesto.
Confieso que agradecido
A sus dádivas (el tiempo
Que estuvo en estos jardines,
De Diana prisionero,
Mas que del Duque) quedé;
Pero no bastara esto,
Sin segunda inclinacion,
A hacer tan notable empeño.
Y así te pido, Lisardo,
De tanta fineza en premio,
Que en ningun tiempo me dés
Por autor deste concierto,
Porque en llegando que lleguen
Las cosas á rompimiento,
He de decir que no supe
Quién eras.

LISARDO.

Otra vez vuelvo
A darte, Celio, palabra
De mirar por ti, primero
Que por mí; que el riesgo tuyo
No facilita mi riesgo.

CELIO.

Dices bien; y por no hacer
Sospechoso el trato nuestro,
No hablemos mas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LISARDO.

¡Ay, lealtad!
¿A qué no obligas, pues vengo
Hoy á buscar, disfrazado,
En mi peligro el remedio
De otro amor? Pero ya en vano
Recelo, dudo, ni temo;
Que es excusado en el golfo
Volver á mirar el puerto.
Esta noche, por si acaso,
Como otras, viene al terrero
De aquestos jardines Cárlos,
Ya que de parte de adentro
Estoy, le he de abrir la puerta;
Y así reconocer quiero
Cómo queda, con el dia,
Para que de noche el tiento
No me falte. Mas Gileta
Es...

ESCENA XIII.

GILETA. — LISARDO.

GILETA. (*Ap.*)

Par diez, acá me vuelvo,
Porque me trae sin querer
A verle este jardinero
Que hoy ha venido.

LISARDO.

(*Ap.* Informarme
De algunas cosas pretendo,
Y engañar esta villana
Es facilitar mi intento.)
Gileta del alma mia,
Mil años os guarde el cielo.

GILETA.

Y á vos os guarde, señor
(Pocos son mil), mas de ciento.

LISARDO.

En verdad que le debeis
Todo ese amor al que os tengo;
Que si no fuera por vos,
No hubiera venido (es cierto)
A servir á estos jardines.
Por vos solamente vengo,
Porque há dias que os adora
El alma.

GILETA.

¿Es cierto?

LISARDO.

Y tan cierto,
Que podrá ser que algun dia
Sea mi amor de provecho,
Y que servida os veais
Y estimada en otro puesto.

GILETA.

No en vano, par diez, el alma
No me cabia en el pecho,
Desde el punto que os miré;
Pues sin paz y sin sosiego,
Si tienen las almas pulgas,
Pulgas en el alma tengo.

LISARDO.

Pagais, Gileta, mi amor,
Porque es mucho lo que os quiero.

GILETA.

¿Mucho?

LISARDO.

Sí.

GILETA.

Yo á vos tambien.

ESCENA XIV.

PEROTE. — DICHOS

PEROTE. (*Ap.*)

¿Yo á vos tambien? Malo es esto.

LISARDO. (*Ap. á Gileta.*)

Vuestro marido.

GILETA. (*Ap. á Lisardo.*)

Id con Dios:
No os vea hablar conmigo.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Hoy veré si la fortuna
Ayuda al atrevimiento. (*Vase.*)

ESCENA XV.

PEROTE, GILETA.

PEROTE.

¿Qué es lo que habraba, Gileta
Con vos ese jardinero
Rocin-venido?

GILETA.

Decia:
¿Adónde estaba el jumento
De la noria?

PEROTE.

Espera un poco
En tanto que lo concierto:
«El jumento de la noria
¿Dó tiene su alojamiento?
—Yo á vos tambien.» No cae bien.
Por estotra parte vuelvo.
«¿Adónde, Gileta, está
El de la noria jumento?
—Yo á vos tambien.» Tampoco ahora.

GILETA.

¿Qué estáis maliciando, necio?
El dijo: «Decid, Gileta,
¿Dónde está para saberlo,
El jumento de la noria?
Que á ir vos adonde yo vengo,
Yo os dijera allá de todo
Cuanto pescudarais.» A esto
Le dije: «Yo á vos tambien».

PEROTE.

Pues si dijo todo eso,
Digo que teneis razon.
Basten pues los recovecos;
Que si va á decir verdad,
Como á el alma misma os quiero.

GILETA.

Si á eso va, yo á vos tambien.

PEROTE.

Mejor entra ahora, por cierto,
El «yo á vos tambien».

GILETA.

Callad.
Id, en tanto que yo enredo...

PEROTE.

Muy léjos quereis que vaya,
Si he de gastar tanto tiempo.

GILETA.

Estos jardines regando
Vos.

PEROTE.

Pues cantemos.

GILETA.

Cantemos.

(*Cantan.*)

Zagal, que ninguno iguala,
Por su brio y su virtú...

PEROTE.

¿Qué quieres, bella zagala?

GILETA.

Que te vayas noramala.

PEROTE.

Vete tú.

GILETA.

Mas vete tú.

ESCENA XVI.

DIANA, LAURA.—PEROTE, GILETA.

LAURA.

En esta verde esfera,
Donde hermosa tejió la primavera,
Con eleccion de flores,
Alfombras matizadas de colores,
Podrás, señora mia,
Divertir tan mortal melancolía.

DIANA.

¡Qué importa ¡ay Dios! que hermosa
Borde la primavera
La alfombra lisonjera
De jazmin y clavel, de nieve y rosa,
Perdiéndose felices
Por hacer un matiz, muchos matices?
¿Qué importa que los vientos,
En sutil consonancia,
Armonía y fragancia
Confundan, siendo aromas é instrumen- [tos
Al concento sonoro
Con cuerdas de ámbar sobre trástes de oro?
¿Qué importa que las fuentes,
Cuando yo llego á verlas,
Rian llorando perlas,
Que en cláusulas y acentos diferentes
El compas lleven graves
Al métrico discante de las aves,
Si la varia hermosura
De las tejidas flores,
Si los dulces amores,
Si el aura blanda, si la plata pura,
La pompa, la belleza,
Todo es pesar en mí, todo tristeza?

GILETA.

Vos teneis mucha razon
En tener tal sentimiento,
Y mas, si es porque pretenden
Casaros: no os aconsejo
Que hagáis tal.

DIANA.

¿Por qué, Gileta?

GILETA.

Daba un dia un caballero
El parabien á una dama
De que hacia el casamiento
Con un galan que tenia;
Y ella respondió riendo:
«¿De qué me dais parabien?
¿De que un buen amigo pierdo?»

LAURA.

No dijo muy mal la dama.

PEROTE. (*Ap.*)

Aquí tengo yo mal pleito.
Al novio voy á buscar,
Para decirle lo mesmo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DIANA, LAURA, GILETA.

DIANA.

Gracia, Gileta, has tenido.

GILETA.

Por muchas gracias que tengo,
Nunca me habeis dado nada.

DIANA.

Dices bien. ¿Qué quieres?

GILETA.

Quiero
El vestido que dijistes
Que me dariais, al tiempo
Que tratabais de casarme.

DIANA.

¿Es bueno aqueste?

GILETA.

Y tan bueno,
Que no me le daréis.

DIANA.

Laura,
Este vestido da luego
A Gileta.

LAURA.

Sí daré;
Mas con condicion que puesto
Lo ha de traer cuatro dias.

GILETA.

Sí traeré, y aun cuatrocientos.

DIANA.

¿Qué dices?

LAURA. (*Ap. á su ama.*)

Con desatinos
Templar tus penas pretendo,
Pues no dejará de ser
De algun entretenimiento
Tal despropósito, como
Ver tan rústico sugeto
Vestido de dama : fuera
De que no es novedad esto
De dar á un truhan vestidos
Con condicion de traerlos.

GILETA. (*Ap.*)

Aun si de no traerlo fuera
La condicion, el concierto
Fuera mas inficil : ya
Por ponérmele me muero.
Apostaré que en pensarlo,
En toda la noche duermo. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

LISARDO.—DIANA, LAURA.

LISARDO.

Dame, señora, tu mano.

DIANA.

¡Lisardo aquí! Pues ¿qué es esto?

LISARDO.

Ser de mi dueño el amor,
Y mio el atrevimiento.
A asistirte de su parte
En aqueste traje vengo,
Porque á todas horas tengas
Su cuidado á tus piés puesto.
Bien recelé que lo habias
De extrañar quejosa; pero
Tambien previne que estaba
A cuenta de leal el yerro;
Y así entre una y otra duda
A darte un aviso vengo,
Porque cargue hácia el agrado
La balanza, conociendo
Que con el disfraz te sirvo,
Si con el disfraz te ofendo.
Natural soy de Milan,
Por disgustos que no cuento,
Despues de varias fortunas
En Módena tomé puerto
A los umbrales de Cárlos.
Pero no es del caso esto,
Pues solo lo que es del caso,
Es que sepas como púedo,
Siendo milanes, haber
Conocido aquí á Fisberto.
En aquesa puerta estaba
Del jardin, cuando le veo
Llegar, haciendo deshecha
De que viene con un pliego
Para el Duque, embajador
De sí mismo.

DIANA.

¡Qué bien, cielos!
Que tiene todo dos visos,
Dijo un cortesano ingenio,
Y que al viso que se toma,
Es bueno ó malo. Mi afecto
Lo diga, pues siendo una
La accion en los dos, y siendo
Una en los dos la fineza,
Una estimo y otra siento;
Una agradezco, otra extraño;
Una admito, otra aborrezco;
Una disculpo, otra acuso.
Mas ¿qué mucho si las veo
Una al viso del amor,
Otra á la luz del desprecio?
Y ya que en aquesta parte
Tu lealtad, Lisardo, apruebo
(Que no me quiero quejar
De quien sin rencor me quejo),
Que es Fisberto ese hombre, á nadie
Digas; que tampoco quiero
Darme yo por entendida.
Y por si acaso (supuesto
Que queda á la puerta) entrare,
Ven, Laura. No aquí su intento
Me halle; que no ha de lograr
La curiosidad, si puedo,
De venir á hacer exámen,
Dudoso en lo que merezco.

LAURA.

Dices bien, que basta ser
Quien eres, sin que grosero
Intente inquirir...

ESCENA XIX.

EL DUQUE DE MANTUA, CRIADOS.—DIANA, LAURA.

DUQUE.

Diana...

DIANA.

Señor...

DUQUE.

En tu busca vengo.

DIANA.

¿Qué me mandas?

DUQUE.

De Milan
Ha venido un caballero
De parte, segun me han dicho,
Del Duque tu esposo; y quiero
Hacerle el favor de que
Bese tu mano, admitiendo
En tu presencia visita
Y cartas. Que entre al momento,
(*A un criado.*)
Decid, aquese criado
Del duque de Milan.

(*Vase el criado, y vuelve á salir con Fisberto y Fabio.*)

ESCENA XX.

FISBERTO, FABIO.—DICHOS.

FISBERTO. (*Ap. á Fabio.*)

Muerto
Confieso, Fabio, que voy,
De turbacion y de miedo,
A ver á Diana.

FABIO.

¿Por qué?

FISBERTO.

Porque no sin causa temo,
Cuando en Flor tanta hermosura
Admiro, y cuando contemplo
En el retrato que truje
(Por no enviar por él á tiempo),
Tanta belleza, que falte
Perfeccion para mas, puesto
Que Flor y retrato toda
La apuraron. Mas yo llego.—
Dadme, señor, á besar (*Adelántase.*)
Vuestra mano.

DUQUE.

Alzad del suelo,
Que en los brazos os aguarda
Justo reconocimiento
De mi obligacion.

FISBERTO.

Por mí
Tanto favor no merezco;
Pero habré de recibirlo
Por quien á lograrlo vengo.

DUQUE.

¿Cómo queda el Duque, y cómo
Fisberto queda?

FISBERTO.

Este pliego
Lo dirá mejor que yo.

DUQUE.

Llegad, miéntras le abro y leo,
Besad la mano á Diana.

FISBERTO.

La tierra que pisa beso,
Porque aspirar á la mano
Fuera osado atrevimiento.
A vuestras plantas, señora,
Yace en nombre de su dueño,
Con poderes de rendido,
Humilde un esclavo vuestro,
A quien granjeó su fortuna,
Que no su merecimiento,
Gozar de primer vasallo
La dicha.

DIANA.

Guárdeos el cielo.

FISBERTO. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que miro?

DIANA.

Y seais bien venido.

FISBERTO.

Habiendo
Venido á veros... (*Ap.* Turbado
Estoy : no acierto á hablar. ¡Cielos!
¿No es este el original
Desta copia?)

DIANA. (*Ap. á Laura.*)

Tan suspenso
Quedó al verme, que parece
Estatua viva de hielo.

LAURA.

Cuando no supieras que es
El novio, ya fuera cierto
Haberlo su turbacion
Dicho.

FISBERTO. (*Ap.*)

¡Ay de mí, que estoy muerto,
Pues aunque quiera dudarlo,
No puedo dejar de verlo!

DIANA. (*Ap. á Laura.*)

Una y otra vez me mira,
Y vuelve á mirar atento
No sé qué, que está en su mano.

DUQUE.

Ya he leido, muy contento
De haber sabido que gozan
Salud el Duque y Fisberto.—
Esta carta es para tí. (*A Diana.*)

FISBERTO. (*Ap.*)

Y para mí este veneno,
Que me han dado por los ojos.

DUQUE.

En tanto que respondemos
Diana y yo, descansaréis,

Huésped mio.—El aposento
Se le prevenga en palacio,
En ese cuarto primero
Que cae á aquestos jardines.

FISBERTO.

Honra y favor agradezco;
Pero el órden que yo traigo,
Es de volverme al momento:
Y así, señor... no por qué...
Cuando... á pronunciar no acierto...

DUQUE.

(*Ap.* Bien en su turbacion muestra,
Afectado su respeto,
La admiracion con que ha visto
A tan soberano dueño
Como Diana.) Aunque sea
Aquese el órden, os ruego
Que descanseis por ahora;
Que yo os despacharé presto.—
Ven, Diana.

DIANA.

No sé, Laura, (*Ap. á ella.*)
Si á sus acciones atiendo,
Qué diga de sus acciones.

LAURA.

Que al verte se cayó muerto
De amor. ¿Qué has de decir?

(*Vanse el Duque, Diana, Laura y criados.*)

LISARDO. (*Ap.*)

Cárlos
Sabrá de mí todo esto. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

FISBERTO, FABIO.

FABIO.

Señor, ¿pues qué turbacion
Es esta? ¿Tú tan suspenso,
Tan elevado y absorto,
Que apénas tuviste aliento
Para hablar entónces, y ahora
Para respirar? ¿Qué es esto?

FISBERTO.

¡Ay, Fabio! no sé, no sé
Qué te diga: que estoy muerto.

FABIO.

¿Tan divina es la hermosura
De Diana, que te ha hecho
Perder, al verla, el sentido;
Y al no verla el sentimiento?

FISBERTO.

¿Vístela tú?

FABIO.

No, señor;
Que sobre quedarme léjos,
Siempre de espaldas la tuve.

FISBERTO.

Pues si la vieras, sospecho
Que no extrañaras la causa
Con que, al verla, el juicio pierdo.

FABIO.

Obligarásme á que vuelva
Al contrario el argumento.
¿Tan fea es, que te ha dejado
Su vista tan mal contento?

FISBERTO.

No es porque es hermosa, Fabio,
Ni es porque no lo es, ni puedo
Decir por qué; que en pensarlo
Me parece que me ofendo.
Sabrás... Mas si lo sabrás
En llegando á verla, puesto
Que en el camino un retrato
Fué nuestro divertimiento,
¿No es ruindad en mí decirlo,
Siendo en tí fuerza el saberlo?
Sabrás...

FABIO.

No me digas mas,
Que sin decirlo, lo entiendo.
Pero, señor, soberanas
Deidades, altos sugetos,
Nacen á vivir pintados,
Mas por vanidad de maestro
Que por propia eleccion. ¿Viste
En Cárlos mas que un afecto
A un retrato, que á su mano
Pudo (y será lo mas cierto)
Llegar sin voluntad suya?

FISBERTO.

Dices bien; mas con todo eso,
Morir de desconfiado,
Ni de confiado quiero.

FABIO.

¿Pues qué has de hacer?

FISBERTO.

No lo sé;
Que no han de tomarse presto
Las grandes resoluciones,
Sin consultarlas al tiempo.
El es quien me ha de decir
Lo que he de hacer.

ESCENA XXII.

PEROTE.—DICHOS.

PEROTE.

Caballeros,
Mirad que el Duque os aguarda,
Y que de cerrar es tiempo
El jardin, pues ya la noche,
Buscona de poco precio,
Por no tener mantellina
Blanca, extiende el manto negro. (*Vase.*)

FISBERTO.

Vamos de aquí, Fabio, donde
Lo que hemos de hacer pensemos.

FABIO.

Que no lo pienses aprisa,
Solo es lo que te aconsejo. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII.

DIANA, MÚSICOS.

DIANA.

Ya que el ave de la noche
Las alas nocturnas tiende,
A cuya caduca sombra
Cadáver el mundo duerme,
Aquí os quedad, desde aquí
(*A los músicos, que se quedan dentro.*)
Cantando, para que suenen
Mejor de léjos las voces...
(*Ap.* Y no es sino porque lleguen
A dejarme sola, y sola
Decir pueda á la corriente
Deste cristal, que mi pena
Está murmurando siempre...)

ELLA Y MÚSICOS.

Malograda fuentecilla,
Deten el curso, y advierte...

DIANA.

Si la envidia de mis ojos,
Mas que tu raudal perenne,
Te tiene de mí celosa,
Con poca causa te ofendes,
Pues me llevas de ventaja
Que precipitarte puedes,
Cuando mis obligaciones
Tan de su mano me tienen,
Que no me dejan á mí:
De suerte ¡ay de mí! de suerte,
Que tú eres la despeñada,
Y yo la envidiosa al verte...

ELLA Y MÚSICA.

Que si raudales presumes,
Precipitada te pierdes.

DIANA.

Y ya que tantos consuelos
A mis desdichas les debes,
Mira ¡qué poco te pido!
Dame uno tan solamente.
Dime, pues, si dijo el viento
Alguna de tántas veces
Como va con mis suspiros
Y sin mis suspiros vuelve,
¿Si hay un triste en otra parte
Que de mi dolor le pese,
Y sienta como yo?

ESCENA XXIV.

CÁRLOS.—DIANA; MÚSICOS, *dentro.*

CÁRLOS.

Sí,
Y aun mas, pues por ambos siente.
Y díganlo aquesas voces,
Que hablando de mis placeres
Con mis pesares, le dicen
A mi pensamiento, al verle
Arrojado de tu pecho,
En cuyo seno de nieve
Un tiempo estuvo: «No ya
Blasones que feliz eres,
Pues ya entre abrojos y espinas
Vivirás, aunque otras veces...

ÉL Y MÚSICOS.

Entre sauces y azucenas
Tuviste mas dulce albergue.

DIANA.

¡Cárlos! ¡ay de mí! ¿Pues cómo
Pues cómo á pasar te atreves
Los cotos de aquellas rejas,
Y osado intentas y emprendes
Tan vanas temeridades,
Y mas cuando (¡pena fuerte!)
Sabes ya que muerta á manos
De tantos inconvenientes
Como hay en la enemistad
De padres y de parientes,
Tu esperanza (mi esperanza,
No acierto á decir) fallece;
Y que el mio (¡oh! ¡nunca, nunca
Voz con que decirlo encuentre!),
Traidor alcaide del alma,
Por trato entregarla quiere
A ajeno dueño? Si sabes
Que te pierdo y que me pierdes,
Porque soy quien soy, y no
Puedo no serlo; ¿qué quieres?
¿Qué quieres, Cárlos, de mí?

CÁRLOS.

Que me escuches solamente;
Que habiéndome dicho ya
Lisardo quien es el huésped
Que en tu casa disfrazado
Ya posesion della tiene,
Solo en despedida quiero
Que de lo que fuí te acuerdes,
Porque mi difunto amor
Solo este consuelo lleve
De que al fin supo quejarse.

DIANA.

Di, mas sea brevemente.

CÁRLOS.

Haz tú breves mis desdichas,
Haré yo mis quejas breves.
El dia...

DIANA.

Espera un poco.—Laura...

ESCENA XXV.

LAURA. — DICHOS.

LAURA.

¿Qué es, señora, lo que quieres?

DIANA.

Que porque con el silencio
De nuestras voces no suene
El menor susurro, hagas
Que allá estén cantando siempre.

CÁRLOS.

El dia que por los trances
De nuestras armas crueles,
De Amor y Marte en tu corte
Fuí prisionero dos veces,
Te rendí tan luego el alma,
Que no distinguí cuál fuese
Primero, verte ó amarte...
¿Qué mas amarte que verte?
—Desde entónces...

DIANA.

¿A qué efecto
¡Ay Cárlos! ociosamente,
Supuesto que no lo olvido,
Quieres que dello me acuerde?
No me digas lo que sé.

CÁRLOS.

Si los amantes no hubiesen
De hablar siempre lo que saben,
¿Qué tendrian que hablar siempre?
Desde este dia, buscando
Medios...

DIANA.

Yo seré mas breve.
Alguno fué, que me hablase
Laura en tí...

CÁRLOS.

La voz suspende;
Que á mí me toca decir
Que mi cuidado prudente
Supo granjear á Laura.

DIANA.

Y á mí decir que rebelde
Al principio la escuché.

CÁRLOS.

¡Cuánto sentí tus desdenes!

DIANA.

Pero no negaré ahora
De que llegó á merecerme
Tu cuidado algun cuidado.

CÁRLOS.

¡Cuánto estimé yo saberlo!

DIANA.

Domesticado el rigor,
Recibí algunos papeles.

CÁRLOS.

¡Con cuántas almas escritos!

DIANA.

Y di lugar que pudieses
Hablarme por esas rejas
Algunas noches.

CÁRLOS.

¡Tan breves
Como mis dichas!

DIANA.

Y mias:
Pues tu libertad, en este
Tiempo, tu padre trató.

CÁRLOS.

Es que no supo imprudente
Que la libertad no es
Dádiva á quien no la quiere.

DIANA.

Ausente, pues, ¡ay de mí!...

CÁRLOS.

Di apartado, mas no ausente,
Pues siempre conmigo estabas.

DIANA.

Venías de noche á verme.

CÁRLOS.

¡Y plegue á Dios que él me falte,
Si no le pedí mil veces,
Por no volverme sin tí,
Que aquí me dieran la muerte!

DIANA.

En este tiempo tambien
Mi padre (¡tirana suerte!)
Al reves del tuyo...

CÁRLOS.

¿Cómo
Al reves?

DIANA.

Bien claramente,
Pues á tí el tuyo te libra,
Cuando á mí el mio me prende,
Trató casarme en Milan.

CÁRLOS.

¿Y es justo que tú lo aceptes?

DIANA.

¿Qué puedo hacer?

CÁRLOS.

Lo que yo,
Que tambien mi padre quiere
Casarme con Flor, mi prima.
Y yo...

DIANA.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Mil muertes
Antes padeceré.

DIANA.

¡Ay, Cárlos!
Eres hombre, y hacer puedes
Resistencias.

CÁRLOS.

¡Ay, Diana!
Para hacer lo que no quieren,
No tienen mas privilegio
Los hombres que las mujeres.

DIANA.

¡Oh! ¡á qué mal tiempo me has dicho
Que Flor ser tuya pretende!

CÁRLOS.

No me has dicho tú á mejor
Que Fisberto te merece.

DIANA.

¿Yo, Cárlos?

ESCENA XXVI.

LISARDO, LAURA. — DIANA, CARLOS.

LISARDO.

Señor...

LAURA.

Señora...

CÁRLOS.

¿Qué me dices?

DIANA.

¿Qué me quieres?

LAURA.

Que del cuarto donde está
Fisberto, ha salido gente.

LISARDO.

Que de la parte de afuera
Ruido en la puerta se siente.

DIANA. (*A Cárlos.*)

Vete, por Dios, no te vea
Alguien aquí.

LISARDO.

¿Cómo puede
Salir, si hay gente en la calle?

LAURA.

Ni estarse, si hácia aquí vienen.

CÁRLOS.

¿Ni estar puedo, ni salir?

DIANA.

¡Ay, infeliz!

LISARDO.

Solamente
Hay un medio: á mi aposento
Ven.

DIANA.

Dice bien.

CÁRLOS.

¡Finalmente,
He de ir huyendo, á tus ojos,
De otro que en tu casa tienes!

DIANA.

¡Finalmente, vas acaso
Donde hay otra que te espere!

CÁRLOS.

¿Quieres remediarlo?

DIANA.

Sí.

CÁRLOS.

Buen remedio.

DIANA.

¿Qué?

CÁRLOS.

Atreverte
A todo.

DIANA.

¿Cómo es posible
Que eso á quien soy aconsejes?

CÁRLOS.

Pues no te quejes de mí;
Que si tú no te resuelves,
Quizá yo...

DIANA.

No me amenaces,
Que quizá yo...

LAURA Y LISARDO.

Hácia aquí vienen.

DIANA.

¡Adios!

CÁRLOS.

¡Adios!

LOS DOS.

¡Oh! ¡qué mal
Se pronuncia un «para siempre»!

CÁRLOS.

¡Que no he de volver á hablarte!

DIANA.

¡Que no he de volver á verte!

—

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

GILETA, *con el vestido de Diana y tocada ridículamente.*

GILETA.

Apénas vi escrarecido
El primer arbor; y apénas,
Como si no fueran rubias,
El sol enrubió sus trenzas,
Cuando en el cuarto de Laura
Ya estaba : ¡ mal haya ella,
Que no me vistió hasta agora!
¿Qué dirá, cuando me vea,
Perote? que con cuidado
No he querido que lo sepa,
Hasta que me vea vestida
Con este sayo de tela.
Bizarra estó. Solo traigo
Una cosa que me pesa,
Y es que Laura, por hacerme
Comprida toda la fiesta,
Tambien me pringó la cara
Con un betun que se pega
A las manos, y el pellejo
Me estira de tal manera,
Que parece que le importa
Que á otra cara mayor venga.

ESCENA II.

PEROTE. — GILETA.

PEROTE. (*Sin ver á Gileta.*)

Apénas el sol dorado
Dijo «Ox aquí» á las estrellas,
Y ellas como unas gallinas
Huyeron, cuando Gileta
Saltó fuera de la cama,
Y siendo mas de la media
Tarde ya, no ha parecido :
¡ Prega á Dios que por bien sea !
Este primo... Yo no sé
Qué se me ha puesto en la testa,
Que es temerario, y no juicio.
Mas esta es Diana : á ella
De los dos me he de quejar,
Para ver si lo remedia.
Yo llego, y por no enturbiarme
De respleuto ó de vergüenza
Miéntras que la habrare, no
La veré la cara.

GILETA. (*Ap.*)

Ea,
Amor : vamos á buscar
Al primo para que vea
Que, cada cosa en su tanto,
Soy la diosa Viérnes mesma.

PEROTE.

La mano me dé á besar
Vuesa altura, ó vuesa Alteza.

GILETA.

(*Ap.* Por Diana me ha tenido
Perote; pues no me vea
Tan presto la cara. ¡Oh! ¡quién
Fingir gravedad supiera!)
Tomad, Perote.

PEROTE. (*Ap.*)

Por Dios,
Que huele á cochambre esta
Como la de Gila; pero
Tambien las ducas son hembras.

GILETA.

¿Qué es lo que quereis?

PEROTE.

Nuesa ama
Sos; y como tal quisiera,
Que vuestra gran duquería
Pusiese á un gran daño enmienda.

GILETA.

¿Qué daño?

PEROTE.

Yo estó casado,
Y casado con Gileta.

GILETA.

¿Es circunstancia?...

PEROTE.

Que agravia.

GILETA. (*Ap.*)

Aquí es menester prudencia.

PEROTE.

Hásenos venido á casa,
Sin saber de dó nos venga
Ni cómo ni cuándo, un deudo,
Que mas parece que es deuda
Segun lo que á todas horas
Afrige, pues no nos deja
Comer ni dormir; y así
Quijera con tu licencia
(Que sin pedirla no es justo,
Siendo la señora nuesa)
Añublar el matrimonio;
Pues, cuando no baste esta
Razon, de mas del primazgo,
No hay en ella cosa buena;
Porque empues de ser, señora,
Mal segura zagaleja,
Fea es sobre mal segura,
Mentecata sobre fea,
Puerca sobre mentecata,
Y atrevida sobre puerca.

GILETA.

Mentís como un maridillo
De por ahí, que la lengua
Pone en su mujer así.

PEROTE.

¡ Por Dios, que es ella por ella!

GILETA.

Craro está.

PEROTE.

¿Y haslo oido todo?

GILETA.

De pe á pa.

PEROTE.

¿Sin quedar lletra?

GILETA.

Sin quedar lletra.

PEROTE.

¿Nenguna?

GILETA.

Nenguna : desde lo puerca
A lo mentecata.

PEROTE.

Pues
Lo dicho, dicho, Gileta.
Y dejando en este estado
Dimes y diretes, vengan
Dares y tomares. ¿Cómo
Vinión y de qué manera
Aquesos hatos á casa?

GILETA.

Mal seguras zagalejas
No dan de lo que se visten,
A sus maridos la cuenta.
No quiero pues, ni me toca
Decirlo, por si te pesa.

PEROTE.

Pues daréte yo con el
Garrote, por si te huelgas.

GILETA.

¡ Hay tan gran bellaquería.
¡ Hay tan grande desvergüenza !
¿Con el palo da al vestido
De la señora Duquesa?
Séanme testigos todos.

PEROTE.

¿Luego es el suyo, en conciencia ?

GILETA.

El mismo.

PEROTE.

Ya arrepentido,
De haberle dado me pesa.
Pero ¿ cómo á tu poder
Pudo venir?

GILETA.

Ella mesma
Me le dió.

PEROTE.

Cuando ella fuese
Quien te le diese, ¿no echas
De ver que es descortesía
Ponértele tú?

GILETA.

No, que ella
Con condicion me le dió
De que puesto le trujera.

PEROTE.

¡ Vestido de nuesa ama
Y con condicion expresa
De traerle ! ¿ Eres juglara?

GILETA.

¿ Qué es Jueu-clara?

PEROTE.

Pracentera.

GILETA.

¿Que es praza entera?

PEROTE.

Presona
De humor.

GILETA.

¿ Qué presona es esa,
Que no sé quién es?

PEROTE.

Bufona.
¿Quiéreslo mas craro, bestia.

GILETA.

Ni aun tanto.

ESCENA III.

DIANA, LAURA.—PEROTE, GILETA.

LAURA.

(*Ap. á Diana.* Si no te ríes,
Imposible es tu tristeza
De divertir, porque está
Extremada.) ¿ Oyes, Gileta?

GILETA.

¿Qué mandas?

LAURA.

Por la merced,
Besa la mano á su alteza.

GILETA.

Béseme ella á mí la mano;
Que vestida de oro y seda,
Tan duca como ella só.

PEROTE.

Aquel refran te desmienta,
De que la mona vestida
De seda, mona se queda.

DIANA. (*Ap. á Laura*)

¿Que digas que puede dar
Gusto frialdad como esta?

LAURA.

A quien está triste, nada,
Señora, hay que le divierta.
Pero ¿qué hay perdido en esto?

PEROTE.

Solo el juicio de Gileta;
Pero él es tan poco, ó nada,
Que no importa que se pierda.

GILETA.

El es mas que mereceis
Vos descalzar.

DIANA.

Salios fuera,
Que no estoy de gusto.

LAURA.

Idos,
Que está triste la Duquesa.

PEROTE.

Yo me iré; tú no te vayas.

GILETA.

¿Por qué?

PEROTE.

Porque agora entran
Las bufas: enjerce, enjerce. (*Vase.*)

GILETA.

No sé que es, y á buena cuenta
Digo que mientes... (*Ap.* Y voy
Donde el deseo me lleva,
Hasta encontrar con el primo.
¡Oh! ¡Quiera amor que parezca!)
(*Vase.*)

ESCENA IV.

DIANA, LAURA.

DIANA.

Cuidadosa, Laura, estoy
Y lo estaré, hasta que sepa
A qué hora salió Cárlos,
Ya que, como viste, fuerza
Fué retirarse (hasta que
Seguro el paso estuviera)
Al miserable hospedaje
Donde Lisardo se alberga.

LAURA.

Con ese mismo cuidado
He estado; y como hasta esta
Hora, en que ya el sol declina,
Novedad, señora, fuera
Bajar al jardin, no pude
Saber nada.

DIANA.

Pues atenta
Mira si por ahí parece
Lisardo, que nos dé cuenta
De á qué hora salió y si pudo
Verle álguien, ya que aquella
Música, que nos sirvió
De armoniosa desbecha,
Vino á ser contra nosotros
En la parte de que ella
Fuese quien de aquese cuarto
La gente sacase, y fuera
Parase á los que pasaban.

ESCENA V.

LISARDO. — DIANA, LAURA.

LISARDO.

Esperando á que estuvieras
Sola, no llegué, señora,
Antes de ahora á tu presencia.

DIANA.

¿Qué hay, Lisardo, de tu dueño,
Y á qué hora hizo de aquí ausencia?

LISARDO.

A ninguna.

DIANA.

¿Cómo?

LISARDO.

Como
Hasta que el alba saliera,
Fisberto en este jardin
Se estuvo, dando mil vueltas:
Con que, declarado el dia,
Fué preciso se estuviera
En mi aposento hasta agora,
Esperando que anochezca.

DIANA.

Lástima me da la noche
Que habrá tenido.

LISARDO.

Aun si vieras
Lo tierno de sus suspiros,
Lo rendido de sus quejas,
Mejor lo dijeras.

DIANA.

Otra
Y otras mil veces ¡oh adversa
Suerte mia! vuelvo á hacer
De tus lisonjas ofensa.
¿Para qué, quien soy, me hiciste,
Si habia de vivir sujeta
Al mismo sér de quien soy?
¿Qué alivia, qué lisonjea
Que le doren la prision
Al ave que vive presa,
Ni que la reja le bruñan,
Si no le liman la reja,
Pues la cadena dorada
No deja de ser cadena?
¡No fuera yo alguna humilde
Villana, que no tuviera
La curiosidad de tantos
A mis acciones atenta!
¡No fuera Cárlos, pues Cárlos
Bastaba, un!... Pero la lengua,
Viendo á Fisberto, aun el corto
Alivio de hablar, suspenda.

ESCENA VI.

FISBERTO. — DIANA, LISARDO, LAURA.

FISBERTO.

(*Ap.* Aquí está Diana, y me ha visto.
¡Quién disimular supiera!)
¿Cuándo tu Alteza, señora,
Dará á mi atencion licencia,
Que por su respuesta acuda?
Por que volverme quisiera
Luego; pues como ántes dije,
La instruccion que traigo es esta,
Y sé que Fisberto está
Pendiente, hasta que yo vuelva.

DIANA.

Por mí luego podréis iros,
Y porque veáis que en esta
Parte yo no os tengo, iré
A mi padre de la vuestra,
Y procuraré enviaros
Su respuesta y mi respuesta.
(*Vase, y Laura.*)

LISARDO. (*Ap*)

Aunque deje solo á Cárlos
Por tan largo tiempo, es fuerza
No ir al aposento, pues
Andando por acá fuera,
No me buscarán á mí
A riesgo de que á él le vean. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FISBERTO, FABIO.

FABIO.

¿En fin, señor, te resuelves
A volverte tan apriesa?

FISBERTO.

¿Qué he de hacer, si aquí no estoy
Bien, adonde haya quien pueda
Conocerme?

FABIO.

¿Y qué has resuelto
Acerca, dime, de aquella
Consulta que remitiste
Al tiempo, pues toda entera
La noche en vela has estado
Con él para resolverla?

FISBERTO.

Pues aun no he resuelto nada.
Por una parte me cerca
El duelo de que el retrato
Por un acaso á mí venga;
Por otra lo que dijiste
De que puede ser que sea
Sin voluntad suya, me hace
Agrado, pero no fuerza;
Y así entre una y otra duda
No hay nada a que me resuelva,
Si ya no es, ántes de irme,
A hacer, Fabio, una experiencia,
Para saber si el retrato
Cárlos con gusto le tenga,
O sin gusto de Diana.

FABIO.

¿Qué experiencia ha de ser esa?

FISBERTO.

Buscar algun modo, en que
Ella en mi poder le vea.
Si al verle se sobresalta,
Admirada en cómo pueda
Haber venido á mis manos,
Será señal (cosa es cierta)
De conocerle; si no
Se turba, asusta ni altera,
Sino al verle lo ve como
Otro retrato cualquiera,
Será señal de que no
Sabe nada: de manera
Que su semblante ha de ser
El crisol de la experiencia.

FABIO.

Para que le vea, ¿qué medio
Será posible que tengas?

FISBERTO.

Uno solo se me ofrece.

FABIO.

¿Cuál es?

FISBERTO.

Hacer con cautela
Lo que hizo Cárlos acaso;
Y estando hablando con ella,
Caedizo hacer el retrato;
Que los acasos enseñan
Mas tal vez que los estudios.

FABIO.

Es sin duda... (*Háblanse bajo.*)

ESCENA VIII.

CÁRLOS.—DICHOS.

CÁRLOS.

(*Ap. entreabriendo la puerta del cuarto del jardinero.* A la pequeña
Luz que me dispensan breves

Los resquicios desta puerta,
Vi atravesar á Diana,
Y sintiendo cuán apriesa,
Exhalacion de mis ojos,
Se me deshizo, por verla
Me he de atrever á entreabrirla.
En toda esta verde esfera (*Sale.*)
Ya no parece : ¡ay de mí!
Mas ¿qué es lo que miro en ella?
Solo el frances caballero
Del retrato está. Bien muestra
Su inclinacion, que no es mas
Que andarse de tierra en tierra
Viendo lo mejor de Italia.
Y pues que me da tan buena
Ocasion amor, que nadie
Hay que por aquí parezca,
No la he de perder, pues puedo
Cobrar mi perdida prenda.)
¡Ce, caballero!

FISBERTO.

¿Quién llama?

CÁRLOS.

Quien á vuestros brazos llega
Quejoso y agradecido :
Agradecido, á la deuda
En que le pusisteis, cuando
Le enmendó vuestra advertencia
El susto de aquel acaso;
Y quejoso, de la priesa
Con que os vinisteis, sin que
Tiempo de enviar tuviera
Por el retrato Y supuesto
Que uno estime y otro sienta,
Váyase lo uno por lo otro;
Que no son muy malas ferias
El que un agradecimiento
Se trueque por una queja.
Y supuesto que hasta aquí
He venido por las señas
Siguiéndos, dadme el retrato,
Y adios...Mas Diana es esta.
No, no le saqueis agora,
Por que con vos no me vea ;
Pues sabiendo quién soy, ya
Sabeis lo que aquí se arriesga,
Y así me retiro en tanto
Que pasa. Por vida vuestra,
No os vais hasta que le deis,
Si ya no quereis dé vuelta
Tras de vos tambien á Italia.
Y si por ventura al verla
(Noble sois y caballero)
Algo os dijere, en las señas
Por entendido no os deis;
Pues ya prósperas, ya adversas,
Fortunas de amor, al noble
Le toca favorecerlas. (*Escóndese.*)

FISBERTO.

¿Quién se habrá visto en el mundo
En confusion como esta?
Dejo aparte que me fie
En secreto mis ofensas;
Dejo que dar el retrato
(Siendo cuyo es) es bajeza;
Dejo que es no darle empeño
Y voy á que...

FABIO.

Diana llega.

FISBERTO.

Aun para discurrir ¡cielos!
Tiempo mi dolor no deja,
En lo que debo hacer.

ESCENA IX.

DIANA. — FISBERTO, FABIO; CÁRLOS, *oculto.*

DIANA.

Ya
Teneis aquí la respuesta;
Que ancianos achaques hoy
Tanto á mi padre molestan,
Que manda que por él supla
Enfermedades y ausencias.
Despachado estáis, y así
Podeis siempre que os parezca
Que os está mejor, partiros
Donde Fisberto os espera,
Porque no es razon que esté
Pendiente de la respuesta.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué es aquello? ¡Vive Dios,
Que le habla Diana bella
Como á quien vino de parte
De Fisberto! Con que es fuerza
Que en quien retrato y secreto
Vino á dar, él mismo sea.
Un acaso y un error
La vida quitarme intentan.

FISBERTO. (*Ap.*)

Ya lo que quise decir,
Bien claro se manifiesta;
Pues cuando no sepa Cárlos
Quién soy, preciso es que sepa
Ser de Fisberto criado :
Con que ya medio no queda
Dél á mí sino la espada.
Pues si ha de acabarlo ella,
Por Dios que ha de ser por todo,
Llevando hácia la pendencia
Sabido, si Diana sabe
El que él el retrato tenga.)
Yo voy muy favorecido
De vos; y pues corre á cuenta
Todo de Fisberto, él
Lo estimará, cuando advierta
Que mi tratamiento ha sido
Como á su persona mesma.
Dadme la mano... Mas ¡cielos!
¡Qué notable inadvertencia!
(*Saca el pañuelo, caésele el retrato, y tómalo fingiendo turbacion.*)

DIANA.

¿Qué es esto?

FISBERTO.

Nada, señora.

DIANA.

¿Qué hay que os asuste y suspenda?
¿Qué es? digo.

FISBERTO.

Un retrato vuestro.

DIANA.

¿Retrato mio?

FISBERTO.

¡Qué pena!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que se declara
Conmigo á un tiempo y con ella,
Valiéndose del acaso
Mio, para su cautela!

FISBERTO.

Vuestro, que sabiendo cuánto
Fisberto estima tal prenda,
Un artífice extranjero
Me buscó ahora en la bella
Esfera desos jardines,
Y hizo dél conmigo ferias.
Sin saberlo vos, pensaba
Llevarle; mas ya que esta
Descuidada accion acaso
A vuestros ojos le muestra,
Os suplico le tomeis
En vuestra mano siquiera
Un instante, porque yo
Llegue á recibirle della,
Y pueda allá decir que
Me le dió la mano vuestra.

DIANA. (*Tómale.*)

Para que no le lleveis,
Le tomaré... (*Ap.* ¡Yo estoy muerta!
¡Cielos! ¿no es este el retrato
Que di á Cárlos?)

FISBERTO. (*Ap.*)

La experiencia
No salió mal, pues salió
Tan bien, que al mirarle, tiembla.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué debo hacer cuando,
En confusion como esta,
Un acaso y un error
Me empeñan y me despeñan?

DIANA. (*Ap.*)

Bajamente de sus celos
Cárlos ¡ay de mí! se venga.
¡Oh! ¡nunca anoche quedara
Aquí, donde hacer pudiera,
Fingido artífice, aqueste
Despecho!

FISBERTO.

(*Ap.* Mas que quisiera
Me ha dicho el color. ¡Mal haya
Quien celos á buscar llega!
Que si no se hallan, no alivian,
Y si se hallan atormentan.)
Ya que en vuestra mano estuvo,
Vuestra mano me le vuelva.
Dadme el retrato, y adios.

DIANA.

(*Ap.* Aunque no darle quisiera,
Por vengarme dél con él,
Ya que Cárlos le enajena,
Le he de dar : castigue ¡cielos!
Su bajeza á su bajeza.)
Tomad.
(*Sale Cárlos, y quitasele de la mano.*)

CÁRLOS.

Eso no.

DIANA.

¿Qué es esto?

CÁRLOS.

¿Qué ha de ser? Ver que su hacienda
La puede cobrar un hombre
Donde quiera que la encuentra.

FISBERTO.

A tan grande atrevimiento,
Solo la espada es respuesta.
(*Saca la espada.*)

CÁRLOS.

¿Quién dice que no? (*Riñen.*)

FABIO.

A tu lado
Estoy.

FISBERTO.

Un aleve muera.

DIANA.

¡Ay, infelice de mí!

Voces dentro.

En el jardin hay pendencia :
Llegad todos.

FISBERTO.

Muerto soy. (*Cae.*)

FABIO.

¡Qué desdicha!

DIANA.

¡Qué tragedia!
¿Qué has hecho, Cárlos?

CÁRLOS.

Perdida
Tú, mas que todo se pierda.
¿Qué habia de hacer al mirar
Que tu retrato le entregas?

DIANA.

Nunca yo se le entregara,
Sin ver que tú le desprecias.

CÁRLOS.

Fué un acaso.

DIANA.

Fué un error.

FABIO.

¿Viendo la persona muerta
De Fisberto, en su venganza
No muero?

ESCENA X.

LISARDO.—Dichos.

Voces dentro.

Todos se tengan.

LISARDO.

Señor, la gente que estaba
Cuidadosa de tu ausencia,
Hasta el jardin ha llegado
En tu busca. Pues tan cerca
Está, ponte en un caballo;
Que yo quedo en tu defensa.

CÁRLOS.

Tú no te empeñes por mí,
Ni te declares quién seas;
Que mas me importas, Lisardo,
Sirviendo de espía secreta,
Donde me avises de todo.
Tú, ingrata, tú, aleve, piensa
Que no voy mas vivo yo
Que el que muerto á tus piés queda;
Que él queda muerto en la vida,
Y yo llevo el alma muerta. (*Vase.*)

LISARDO.

Aunque me manda quedar,
No lo ha de hacer mi obediencia,
Y he de seguirle hasta que
Partir seguro le vea.

FABIO.

Tras ellos he de ir.

ESCENA XI

EL DUQUE, CELIO, criados.—DIANA, FABIO; FISBERTO, *caido en el suelo.*

CELIO Y CRIADOS.

Tenéos.

DUQUE.

¿Qué confusiones son estas?

DIANA.

Esta desdicha lo diga.

FABIO.

Y aun es mas que tú sospechas;
Que es Fisberto mi señor
A quien mató su fiereza.

DIANA. (*Ap.*)

Declaróse la fortuna
Contra mí.

DUQUE.

¿Quién hay que pueda
Darle aquí la muerte?

FABIO.

Cárlos
De Módena.

DUQUE.

¡Mas aumenta
Eso el dolor!

FISBERTO.

¡Ay de mí!

FABIO.

Albricias, porque aun alienta.

DUQUE.

Llevadle donde se cuide
(Si es posible que la tenga) (*Llévanle.*)
De su vida; y tú, tirana,
Tú, aleve, tú, injusta, piensa
Que si mis sospechas... Pero
No es tiempo de mis sospechas,
Ni las doy buen nombre, pues
Ya no son sino evidencias.

(*Vanse todos, ménos Diana.*)

ESCENA XII.

DIANA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Bien dijo quien dijo que eran
Muy cobardes las desdichas,
Pues nunca solas se arriesgan;
Siempre acompañadas andan
En cuadrilla, de manera
Que unas de otras se eslabonan
Unas de otras se encadenan:
Con que, dándose la mano,
A cada paso se aumentan.
Dígalo yo, combatida
De tantas como me cercan,
Que no es posible contarlas,
Siéndolo ¡ay Dios! padecerlas.
Fisberto muerto en mi casa,
¿No es fuerza ¡ay de mí! que sea
El sobresalto de Europa,
Su tragedia y mi tragedia?
Cárlos su homicida, ¿no es
(Otra vez ¡ay de mí!) fuerza
Que sea el terror de Italia
O su ofensa, ó su defensa?
Mi padre de mí ofendido,
¿Fuerza no es que sus violencias
Sean de mi vida asunto?
Y sobre todas aquestas
Fortunas que me persiguen,
Desdichas que me atormentan,
¿No es fuerza ser imposible
Ya el que Cárlos me merezca,
Y logre Flor su esperanza,
Y que se case con ella;
Porque, seguro el Estado,
Mejor defenderse pueda
De sus contrarios? ¡Mal haya
Esta villana potencia
De la memoria, que ahora
Amor y celos me acuerda!
Mas ¿cuáles deben de ser
Mis ansias, cuáles mis penas,
Pues la de celos y amor
La tienen por la postrera,
Y viniendo siempre ántes,
La riñen que aun despues venga?
¿Qué he de hacer, cielos, sitiada
De tantas, de tan opuestas
Ojerizas de los hados
Y ceños de las estrellas,
Como contra mí conjura
El cielo, siendo la piedra
Del escándalo mi vida?
Pero ¿qué dudo? La negra
Noche ¿no baja en mi ayuda
De pardas sombras cubierta?
¿No andan con el sobresalto
Que á todos los amedrenta,
Tan turbados, tan confusos,
Que no hay quien á nada atienda?
Pues aunque segunda vez,
Villana memoria, quieras
A tan mal tiempo acordarme
Quien soy, no ha de bastar. Ea,
Deshecha fortuna mia,
Trátate como deshecha,
Y sin que nada repares,
Nada mires, nada adviertas,
Arroja la ropa al mar,
Y de su saña soberbia
Salva la vida, que está
En poder de la tormenta,
Sujeta á tantos embates,
Y á tantos golpes expuesta,
Como mi padre amenaza,
Capaz [1] ya de sus ofensas;
Como Fisberto previene,
Ya enemigo, viva ó muera;
Como á Cárlos adivino,
Ya imposible que aquí vuelva;
Y como propone Flor,
Dueño ya de sus finezas.
Y siendo así que ya todo
Está perdido, no temas,
Sino ve á disponer cómo
Tal temeridad emprendas;
Que no faltará de quien
Fiar honor y vida puedas,
Cuando Lisardo, que fué
Tras su señor, no parezca.
Y nadie, y mas si ama, extrañe
Resolucion tan violenta,
Pues una novela no es
Número en tantas novelas
Como contiene la fama,
De amantes sucesos llenas,
En las alas de sus plumas
Y en los ecos de sus lenguas. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CELIO.

En notable confusion
Esta desgracia me ha puesto,
Y no sin causa, supuesto
Que fuí quien dió la ocasion
A ella, con haber tenido
A Lisardo disfrazado,
Pues él ha facilitado
El que haya Cárlos venido
A estos jardines; y así
Es bien para asegurar
El secreto, procurar
No quede un instante aquí,
Sino que se vaya luego.
En todo el jardin no está,
O como la noche ya
Ha cerrado, á ver no llego
Mas que los bultos. ¿Quién vió
Igual la duda? A mí pues
Todo me asusta. ¿Quién es?

ESCENA XIV.

PEROTE.—CELIO.

PEROTE.

¿Quién ha de ser sino yo,
Que vengo de haber llevado
A este Gil Huerto, ó Gilberto,
A quien parece hizo muerto
La sangre que le ha faltado?

CELIO.

Perote, ¿sabes, me dí,
Dónde aquel pariente está?

[1] Sabedor.

PEROTE.

Gileta te lo dirá.

CELIO.

¿Gileta lo sabe?

PEROTE.

Sí. (*Vase Celio.*)

ESCENA XV.

CARLOS, LISARDO.—PEROTE.

LISARDO.

En fin, ¿aquí vuelves?

CÁRLOS.

Sí,
Pues ya que tú no quisiste
Dejarme, y que me seguiste
Hasta que mi gente vi,
Es bien volverme á valer
De tí, de la noche y della:
No diga mi opuesta estrella
De mí que dejé de hacer
Nada que á mí me tocase.

LISARDO.

Pues ¿qué por hacer te queda
De cuanto tocarte pueda?

CÁRLOS.

Yo lo diré cuando pase
La gente que al paso está.
Habla tú, que yo te sigo.

PEROTE.

¿Quién va allá?

LISARDO.

Perote amigo...

PEROTE.

Ya he dicho que ¿quién va allá?

LISARDO.

Yo soy. ¿Quién aquí ha de ser?

PEROTE.

Señor y primo, ¡qué error!
Hoy que mi suegro y señor
Os ha habido menester,
¿No venis hasta irse el dia?
De mas de que muy inquieta
Habeis tenido á Gileta,
Vuestra prima y mujer mia.

LISARDO.

Tuve cierto inconveniente.

PEROTE.

¿Quién viene ahí?

LISARDO.

Mi hermano ha sido,
Que solo á verme ha venido.

PEROTE.

¿Luego ya hay otro pariente?

CÁRLOS.

Y que desde aqueste dia
Muy vuestro amigo será.

PEROTE.

¿Han visto lo que se va
Creciendo la alcurnia mia?
Vo á decir á mi mujer
Que hay otro primo en campaña,
Que venga á abrazarle. ¡Extraña
Familia debe de ser! (*Vase.*)

ESCENA XVI.

CARLOS, LISARDO.

CÁRLOS.

No pudimos excusar
El verme.

LISARDO.

No importa nada,
Que aqueste es un simple; y ya
Que aquí estás, aunque te valgas
De decir que al delincuente
Ningun sagrado le guarda
Mas seguro, que el lugar
Donde hizo el delito, salga
Desta confusion. ¿Qué intentas,
Cuando á todos volver mandas
Contigo, y que la carroza
(Que en ese monte emboscada,
O por venir mas secreta
O por ser postas de Italia,
Dejaste) mandas te siga?

CÁRLOS.

Que nunca pueda la fama
Decir de mí que volví
A mi peligro la espalda,
Sin atender al peligro
En que ha quedado Diana.
Confieso que anduve mal
En salir de aquesta estancia
Sin ella; mas ¿quién está
Tan en sí, cuando se halla
En caso como el mio, que
Tan cabal la faccion haga,
Que algo que enmendar no encuentre,
Siempre que vuelva á mirarla?
Pendencias y borradores
Tienen una semejanza,
En que á la postrera vista
Se mejoran, ó se rasgan.
Y aunque es verdad que me acusa
En lo principal la falta,
Pues á todo trance debe
Ser lo primero la dama;
Sobre que el yerro conozco,
Recíbaseme que estaban
Contra mí, á cuenta del yerro
Celos, amor y venganza.
Y pues es fuerza que esté,
A vista desta desgracia,
De su padre combatida,
Y quizá á riesgo que haga
Algun extremo con ella;
Vuelto por tí, vuelvo á hablarla,
A ver qué quiere de mí;
Que á precio de vida y alma
He de asegurar la suya,
Si es que el intento adelantas
Como halle ocasion en que
La vea sola, he de sacarla
Una vez de tanto empeño
Como su vida amenaza.

LISARDO.

¡Ah, señor! ¡cuánto mejor
(Puesto que un padre no mata)
Fuera apelar al olvido
De una vez y!...

CÁRLOS.

Calla, calla,
No prosigas; que ya sé
Que vas á decir la extraña
Enemistad que han tenido
Nuestra sangre y nuestras casas;
Que dejando contra mí
Quejosos Milan y Parma
Y Módena, no me queda
Tierra en que poner las plantas.
Todo lo tengo mirado;
Pero todo importa nada,
Como á Diana no pierda;
Pues teniendo yo á Diana,
Con ella todo me sobra,
Sin ella todo me falta.

LISARDO.

A tanta resolucion
No he de responder palabra,
Sino morir á tu lado.
Mas, si las sombras no engañan,
La puerta á la galería
De su cuarto abren.

CÁRLOS.

Dos damas
Salen al jardin. Aquí
Te retira entre estas ramas,
Hasta asegurarnos bien
De quién son. (*Escóndense.*)

ESCENA XVII.

LAURA Y DIANA.—CARLOS Y LISARDO, *ocultos.*

DIANA. (*Ap.*)

¡Oh noche! ampara,
Pues de los hurtos de amor
Eres la nocturna capa,
El mio, ya que dispuesto
Queda todo con tan rara
Cautela, que aun Laura no
Lo ha de saber; que me cansa
El que nadie me aconseje.

LAURA.

¿Á qué vuelves á esta estancia,
Teatro de una desdicha
Tan notable?

DIANA.

No sé, Laura,
Si ya no es que mi dolor
Solo en mi dolor descansa.

LISARDO. (*Ap. á Cárlos.*)

Laura y Diana son.

CÁRLOS.

Las voces
Conocí, y ya me acobarda,
Para salir, el pensar
Que la he de hallar enojada.
¿Quién crêrá que quien no teme
Riesgos, peligros y armas,
El ceño de una hermosura
Tema con flaqueza tanta,
Que tiemble al verla?

DIANA.

(*Ap.* ¿Qué haré
Para quedar sola?) Laura.

LAURA.

¿Qué es lo que mandas, señora?

DIANA.

Vuelve á mi cuarto, y dél saca
Un pañuelo que olvidado,
Como si no fuera alhaja
Tan del servicio del llanto,
Dejé acaso.

LAURA.

Antes que vaya,
Sabe que tu padre, dicen
Que está...

DIANA.

Habla quedo.

(*Hablan las dos en secreto.*)

LISARDO. (*Ap. á Cárlos.*)

Repara
Que la que quedare sola,
Diana es.

CÁRLOS. (*Ap. á Lisardo.*)

Pues amor ampara
Mi osadía en ocasion

Que sola he podido hallarla,
¡Vive Dios, que he de atreverme
Á todo!

LISARDO.

Pues miéntras Laura
Se va, considera que
Se queda á mucha distancia;
Y si salimos de aquí,
Al ver dos bultos, es clara
Cosa que se sobresalte,
Pues no te espera, y que haga
Defensa al intento.

CÁRLOS.

Pues
¿Qué harémos?

LISARDO.

Por las espaldas
De aqueste cenador, toma
La vuelta, para que salgas
Tan cerca de ella, que puedas,
Antes de verte, abrazarla.

CÁRLOS.

Dices bien: tú en tanto llega,
Y toda la gente llama. (*Vanse los dos.*)

DIANA.

Cuanto me has dicho sabía.
Ve por el lienzo.

LAURA.

Aquí aguarda. (*Vase.*)

DIANA.

Pues ya quedé sola, ya
Ir puedo á la puerta falsa,
Donde un caballo me espera.
Mas ¿quién será estotra dama
Que tras mí viene?

ESCENA XVIII.

GILETA.—DIANA; *despues*, PEROTE.

GILETA. (*Ap.*)

Harto siento
El quitarme aquestas galas
Sin que mi primo me vea
Con ellas; que la borrasca
De hoy no dió lugar á verle
Hasta ahora, si está en casa.
(*Sale Perote.*)

PEROTE. (*Ap.*)

Hasta ver adónde va,
Voy siguiendo esta picaña.

DIANA.

Diciendo yo que ninguna
Me siga, ¿quién tras mí baja?

GILETA.

¿Es señora?

DIANA.

(*Ap.* ¿Mas que viene
A estorbarme esta villana?)
Sí, yo soy.

ESCENA XIX.

CARLOS Y LISARDO, *que vuelven por otro lado.*—DICHOS.

LISARDO. (*Ap. á Cárlos.*)

Aun se están juntas
Las dos.

DIANA.

Gileta, aquí aguarda,
Y no te quites de aquí.
Ya vuelvo.

GILETA.

De buena gana.

DIANA. (*Ap.*)

¡Déme atrevimiento amor!

LISARDO.

Ya, señor, Laura se aparta,
Y sola Diana queda.

CÁRLOS.

Y de mas cerca mirada,
Lo dice mejor el mudo
Brillar de telas y galas.

DIANA. (*Ap.*)

Quien no supiere de amor,
No acuse, no, de liviana
Esta accion: aprenda á amar
La que hubiere de juzgarla. (*Vase.*)

ESCENA XX.

CARLOS, LISARDO, PEROTE, GILETA.

PEROTE. (*Ap.*)

¿Qué hará aquí sola Gileta?

CÁRLOS.

(*Ap.* Ya no se descubre Laura:
Agora es tiempo.) Perdona,
(*Llega Cárlos, y coge á Gileta en los brazos.*)
Hermosísima Diana;
Que no has de quedar tú al riesgo,
Cuando mi vida se salva.

GILETA.

¡Ay, ay de mí!

CÁRLOS.

No dés voces:
Con tu esposo vas.

PEROTE.

Se engañan
Vuesas mercedes, si no es
Que tambien conmigo cargan.

LISARDO.

O callar, ú os meterán
En el cuerpo cuatro balas.

PEROTE.

Mas fácil es lo primero.

CÁRLOS.

Lisardo, excediendo al aura
Ponla en la carroza, y vuela:
Yo te guardaré la espalda.
Ya sabes dónde, al primero
Fuerte entre Módena y Mantua.
Venga ahora el mundo, pues ya
Está en mi poder Diana.
(*Vanse Cárlos y Lisardo, llevándose á Gileta.*)

PEROTE.

Vayan muy enhorabuena
Vuesarcedes; y si mandan
Otra cosa, me lo avisen;
Que á mí no se me da nada
Por mí, sino por un primo,
A quien Gileta hará falta.

ESCENA XXI.

LAURA.—PEROTE.

LAURA.

Ya el lienzo... —Pero ¿qué ruido
Es aquel?

PEROTE.

No hables palabra,
Laura, si no quieres ver
En tu cuerpo cuatro balas.

LAURA. (*A voces.*)

¡Traicion! ¡traicion! Acudid,
Que se llevan á Diana.

PEROTE.

Mejor lo hizo Dios conmigo:
Gileta es con la que cargan.

LAURA.

¿Quién querias que á ella lleve?

PEROTE.

Gente del Refugio, que anda
Quitando por caridad
Á las mujeres que cansan.

LAURA.

¡Traicion! ¡traicion! Acudid,
Que se llevan á Diana. (*Vanse.*)

—

Inmediaciones de un castillo, situado en la línea divisoria del territorio de Módena y Mantua.

ESCENA XXII.

FLOR Y SILVIA, *vestidas de caza.*

FLOR.

Silvia, ¿no me decias
Que eran livianas presunciones mias
Las que astrólogo el pecho adivinaba,
Pues á Cárlos de mí solo ausentaba,
Por vencer sus tristezas,
La caza de estas bárbaras malezas,
Que al sol el paso impiden,
Y que á Mantua y á Módena dividen?
Pues mira si lo fuéron,
O si fuéron verdades, pues no vieron
A Cárlos estos dias
Dese fuerte ni desas caserías
Los moradores; pero ¿cuándo, ¡cielos!
Mintió la astrología de los celos?

SILVIA.

Si te digo verdad, yo bien temia
Que otra ocasion ausente le tenia;
Pero muy necia fuera
Si templar tu pasion no pretendiera
Con alguna disculpa.

FLOR.

Mas que te absuelve esa lealtad, te culpa,
Porque no hay mayor daño
Que un engaño curar con otro engaño.
¡Cuánto mejor ha sido
Que habiendo yo fingido
Tambien que mi mortal melancolía
La caza templaría,
Haya venido donde
El dolor al recelo corresponde!
Pues, si verdad te digo,
Nadie en mi condicion puede conmigo
Mas que mi mismo daño.
Duela pues, como sane, el desengaño.

SILVIA.

Mira que dicen que es médico incierto,
Y son mas los que ha muerto
Que no los que ha sanado.

FLOR.

Tambien dicen, hablando en mi cuidado,
Que es mejor, quien padece los recelos,
Morir de celos, que...

ESCENA XXIII.

DIANA.—DICHAS.

DIANA. (*Dentro.*)

¡Socorro! ¡cielos!

FLOR.

¿Qué voz tan temerosa
Los vientos ha cortado lastimosa?

SILVIA.

En ese monte ha sido.

FLOR.

Ya no solo es asombro del oido;
Mas tambien de los ojos,
Pues entrando á la parte en sus enojos,
Miran precipitado
Un bruto, que sin rienda, desbocado,
Desde una en otra peña
Por despeñarse mas, no se despeña.

SILVIA.

Y si las señas lo veloz permite,
Es, á lo léjos que la vista admite,
Una mujer.

FLOR.

Ya el bruto cayó, y ella
Exhalacion, si no arrancada estrella,
Desde la cumbre al suelo
A nuestras plantas da.

(*Sale cayendo Diana.*)

DIANA.

¡Válgame el cielo!

FLOR.

¡Infeliz hermosura,
Si rayo no de la region mas pura!
En mis brazos descansa.

SILVIA.

Ni respira,
Ni habla, ni oye, ni mira.

FLOR.

Poco deso me espanto;
Que quizá á mí me sucedió otro tanto,
Pues yo tambien, al vella
En la tierra, tan bella,
Casi exhalando el último suspiro,
Ni miro, ni oigo, ni hablo, ni respiro.
Belleza que desmayada
Te me ha entregado un rigor,
Porque me acuerdes mejor
Las especies de pintada,
Yo te vi otra vez postrada
Al suelo; y porque el desvelo
No dude ser tú, recelo
Que muda diciendo estás,
Para parecerte mas,
Que te levante del suelo.
Yo lo haré, y pues hasta aquí
Todas tus señas se ven,
Sé parecida tambien (*Levántanla.*)
En que alguien venga por tí.
No sea Cárlos ¡ay de mí!
El que desmienta esta seña;
Que será ansia no pequeña,
Si contigo no la traes,
Ser tú siempre la que caes,
Y yo la que se despeña.

SILVIA.

¿Qué es lo que decir quisiste
En eso?

FLOR.

Que aquesta es
La de aquel retrato.

SILVIA.

Pues
Sola una vez que la viste,
¿Tanta aprension della hiciste,
Que la has conocido?

FLOR.

Sí,
Que si con celos la vi,
¿Cuándo borraron los cielos
Lo que se mira con celos?

DIANA.

¡Ay infelice de mí!

SILVIA.

Parece que ya cobrada
En sí vuelve.

DIANA.

¿Dónde estoy?

FLOR.

En mis brazos.

DIANA.

Feliz soy,
Pues me hallo tan mejorada
De aliento, vida y fortuna.

FLOR.

Poca mejora ó ninguna
En mí vuestra suerte halló;
Mas la que pudiere yo
(Si yo puedo dar alguna),
Os la ofrezco.

DIANA.

A vuestros piés
Humildemente rendida,
Doy voluntaria la vida
Que ántes di forzada; y pues
Justo que ignore no es
A quién debo igual favor,
Sepa yo quién sois.

FLOR.

Error
Negaros mi nombre fuera.
Flor soy.

DIANA.

¿Flor?

FLOR.

Sí.

DIANA.

Yo creyera
Que erais estrella, y no Flor,
Tanto por la mejoría
De sus bellas competencias,
Cuanto por las influencias
De la nueva dicha mia.

FLOR.

Preguntar quién sois querria,
Mas despues me lo diréis,
Que mas reparada estéis
De tan rigurosa suerte.
Venid pues hasta aquel fuerte
Conmigo, donde podréis
Cobrar aliento y sentido.

DIANA.

De ser en aquesta esfera
Peregrina y forastera,
Bastante argumento ha sido
El no haberos conocido.
Lo demas que soy ó fui
No querais saber de mí;
Que no es lícito al valor
Vuestro oir fortunas de amor.
(*Ap.* ¡El me dé industria!) Y así
Pues mejorada me hallo,
Sin que mas noticia os dé,
Dadme licencia de que
Vuelva á cobrar el caballo.
Y creed que lo que callo,
Es respeto y es temor,
Por no decir que á un traidor
Sigo. (*Ap.* Nombre y calidad
Desmienta con la verdad.)

FLOR.

Dejaros fuera rigor,
Y mas cuando agradecida
A las señas que me dais,
De que tras un traidor vais,
Quitais un susto á mi vida,
Y me doy por entendida
De que conozco al ingrato;
Bien que desconozco el trato
De la queja entre los dos,
Pues no volviendo por vos,
Vuelve por vuestro retrato.

DIANA.

¿Qué retrato?

FLOR.

Uno que vi
En su poder.

DIANA.

¿Y de quién?

FLOR.

De quien seguís. Mas no es bien
Deteneros tanto aquí.
Venid conmigo.

DIANA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
¿Dónde iré; cielos! que no
Me dé el retrato, que vió
Cárlos en su poder, muerte?

FLOR.

Llama al alcaide del fuerte.

SILVIA.

Lidoro.

ESCENA XXIV.

EL ALCAIDE. — DICHOS.

ALCAIDE.

¿Quién llama?

FLOR.

Yo.
Esa dama que ha caido
Despeñada de un caballo,
Aunque cobrada la hallo
En su acuerdo y su sentido,
Que aquí la albergueis os pido,
Hasta que proseguir pueda
Su camino.

ALCAIDE.

A cargo queda
De quien servirla sabrá.

FLOR. (*Ap. á Silvia.*)

Nosotras (puesto que ya
Nada hay que bien nos suceda)
A la corte (¡oh ansia fuerte!)
Volvamos, Silvia, sin que
Sepamos adónde fué
Cárlos.

SILVIA.

De dos, que te advierte
Ya por lo ménos tu suerte,
El un desengaño gana.

FLOR.

¿Qué importa ¡pena tirana!
Pues sin Cárlos volver trato,
Ir segura del retrato,
Si no lo voy de Diana?

(*Vanse Flor y Silvia.*)

ESCENA XXV.

DIANA, EL ALCAIDE.

ALCAIDE.

Venid, señora, donde
Veais que al precepto la atencion responde
Sirviéndos.

DIANA.

La fineza
Mayor que puede hacer vuestra nobleza
Por mí y por quien lo manda, pues me hallo
Mejor, es que cobreis aquel caballo,

Que suelto, el monte por tan suyo tiene;
Que pasar adelante me conviene.
(*Ap.* Y es verdad, pues no hay nada que [me importe
Como buscar á Cárlos en la corte.)

ALCAIDE.

Mal el órden que tengo ejecutara,
No sirviéndos primero.

Voces dentro.

Para, para.

DIANA.

¿Qué es aquello?

ALCAIDE.

Una tropa, que el camino
De Mantua trujo, y á esta torre vino.

DIANA.

¡Ay, infeliz de mí! Yo estoy perdida,
Si esa gente me ve, de quien seguida
Soy... La fineza sea [vea,
Que habeis de hacer por mí, que no me
Porque me va el honor, me va la vida.

ALCAIDE.

Entrad pues á esconderos;
Que yo nunca diré que llegué á veros.
(*Ap.* ¿Qué aventura será esta, peregri-
(*Vanse.*) [na?)

—

Sala del castillo.

ESCENA XXVI.

LISARDO, EL ALCAIDE; *despues*, GILETA.

LISARDO. (*Dentro.*)

Ninguno corra al coche la cortina,
Hasta que yo prevenga
Al Alcaide.

ALCAIDE. (*Saliendo.*)

¡Lisardo!

LISARDO.

Que se tenga
Una dama que viene
En aquesta carroza te conviene,
Del fuerte en lo mas íntimo y secreto,
Porque es cosa de Cárlos.

ALCAIDE.

Yo prometo
Hacerlo. Fácil es el concertarlos,
(*Vase Lisardo.*) [los.
Pues lo mismo que Flor, me manda Cár-

LISARDO. (*Dentro.*)

Bien puede ya apearse vuestra Alteza.

ALCAIDE.

¿Qué oí?

LISARDO.

Y asegurarse,
Pues aquí es donde oculta estar con-
Miéntras que Cárlos viene, [viene
Que asegurando el paso se ha quedado.
(*Salen Lisardo y Gileta.*)
—Pero ¡qué es lo que miro!

GILETA.

¿Hemos llegado,
Primo, do me traeis? Sí, pues discreta
Se paró en esta casa la carreta.

LISARDO.

(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué es lo que veo,
Que mirándolo mas, ménos lo creo?)
Villana, ¿cómo, cuándo, de qué suerte
Eres tú la que aquí (¡desdicha fuerte!)
Estás?

GILETA.

¿No me dijistes que algun dia
Por vos en otro estado me veria?
Pues veislo aquí cumprido y efectuado.
Si me amais, ¿de qué estáis tan enojado?
Dejadle allá á Perote que le pese.

LISARDO.

(*Ap.* ¿Que aquesto sucediese?
¿Qué hará Cárlos (¡ay cielos!) cuando
Que esta villana la robada sea? [vea
Retirarme pretendo [tiendo
Antes que él llegue á verla, porque en-
Que aunque él igual conmigo hizo el en-
[gaño,
Sobre mí solo ha de cargar el daño,
Sin mirar que su culpa me disculpa;
Que los amos jamas tienen la culpa.
Y así sepa el error con que me envía
De otro primero, y en ausencia mia.)
Llevad aquesta dama, y escondella
(*Al Alcaide.*)
Tratad donde ninguno pueda vella.—
Vete de aquí. (*A Gileta.*) (*Ap.* ¡Qué pe-
[nas! ¡qué molestias!)

GILETA. [tias.

¡Han vido! Ya se irán, que no son bes-
Mas ¿para qué, si ya de verme os pesa,
Fué ni el traerme, ni llamarme *artesa?*

ALCAIDE. (*Ap.*)

En grande confusion mi lealtad se halla.
Lisardo *Alteza* dijo al apealla.
¡Diana es! Si llega esto á saberse, [se;
Milan, Módena y Mantua han de perder-
Y así al Duque avisar de todo quiero,
Para que lo remedie; que esto infiero
Que, á ley de buen vasallo,
Debo hacer. Voy al punto á ejecutallo.
(*Vanse el Alcaide y Gileta.*)

LISARDO.

Si aguardo á Cárlos, á mi muerte aguar-
Y así no me halle aquí. [do;

ESCENA XXVII.

CARLOS. — LISARDO.

CÁRLOS.

¿Dónde, Lisardo,
El sol está que adoro?
¿Dónde la estrella cuya ausencia lloro?
Dónde el hermoso dia?
Dónde la luz que al alba desafía?
—¿Cómo no me respondes?
¡El color mudas, y la accion escondes!
Dime, ¿dónde escondido
Está el rayo del sol que hemos traido?
¿Adónde la has dejado?

LISARDO.

Ese rayo que al sol hemos hurtado,
En este fuerte está. Al Alcaide dije
Que en él la retirara.

CÁRLOS.

¿Qué te aflige,
Si en él está? ¿Qué teme tu cuidado?
Iré á vella, y en lágrimas bañado,
La pedirá perdon mi atrevimiento.

LISARDO. (*Ap.*)

Miéntras él llega á verla, yo me ausento.
(*Vase.*)

ESCENA XXVIII.

DIANA.—CARLOS.

DIANA. (*Ap.*)

Parece que ya el ruido
Se ha sosegado.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pasos he sentido.

DIANA. (*Ap.*)

¡Si pudiera salir! Pero ¡qué veo!
¿No es Cárlos?

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿No es Diana?

DIANA. (*Ap.*)

Mi deseo
Cumplió amor.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Mi esperanza
Su mayor dicha alcanza.

DIANA. (*Ap.*)

Pero cobarde al verle me suspenda,
Porque no sé si mi osadía le ofenda.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pero el temor al vella me desvía,
Por si ofendida está de mi osadía.

DIANA. (*Ap.*)

Ponga amor en mis labios y en mis ojos
Afectos que disculpen sus enojos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ponga amor en mis ojos y en mis labios
Afectos que disculpen sus agravios.

DIANA. (*Ap.*)

Mas vano es mi temor.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Mi pena es vana.

DIANA.

Oye, Cárlos.

CÁRLOS.

Escucha, tú, Diana,
Que ántes que tú hables es justo
Que yo las disculpas dé
Á tan grande atrevimiento
Como verte en mi poder.

DIANA.

Pues si tú das las disculpas,
Firme amante, galan fiel,
Dese atrevimiento ántes,
¿Qué te diré yo despues?

CÁRLOS.

Nada me dirás, Diana,
Que es lo que yo intento, en fe
De no escucharte quejosa.

DIANA.

¿A mí quejosa? ¿De qué,
Siendo la culpada?

CÁRLOS.

Aquí
No hay culpa ninguna. ¿Quién
Ignora que es el amor
Una pasion tan cruel,
Que tirana no se rinde
Á razon, consejo y ley?

DIANA.

Nadie lo ignora, mayor-
Mente si en mi extremo ve
Atropellado el decoro
De tan principal mujer.

CÁRLOS.

Es verdad, mas considera
Que á un yerro de amor no es bien
El nombre darle de yerro,
Pues trae dorada la tez;
Y mas si al de amor añades
El del peligro tambien
En que quedabas expuesta,
De tu padre en el poder,
El ceño de sus rigores,
Sobre acaso tan cruel
Como el que viste; y así

Pues ¿qué mucho, Diana, que
Enmendando aquel primero
Error, de que te dejé
En tanto peligro, te halles
Hoy en mi Estado?

DIANA.

¡Qué bien,
En el estilo galan,
Y en el término cortés,
No me has dejado que diga!
En mi vida no sabré,
Cuánto he estimado el oirte,
¡Ay Cárlos! encarecer;
Que me hallaba embarazada
Conmigo, por no saber
Qué disculpa habia de hallar
A tal osadía.

CÁRLOS.

¡Oh qué bien,
Tú en las finezas constante,
Y en los extremos fiel,
No te das por entendida
De tu ofensa! que pensé
Que no te desenojaras.

DIANA.

¿Yo? ¿Qué ofensa?

CÁRLOS.

La de haber
Traídote con tanto riesgo.

DIANA.

La caida fué cruel;
Pero ¿qué culpa tuviste
Della tú, para temer
Que eso habia de ofenderme?

CÁRLOS. (*Ap.*)

Sin duda, la causa fué
Haber caido en el camino,
De que tan turbado hallé
A Lisardo.

DIANA.

Pero ¿á tí
Quién te dijo que aquí esté?

CÁRLOS.

Yo les di ese órden, y yo
Nunca de seguir dejé
La carroza.

DIANA.

¿Qué carroza?

CÁRLOS.

La que te trajo.

DIANA.

No bien
Informado estás, que yo...

CÁRLOS.

La voz, Diana, detén;
Que parece que entra gente,
Y no todos te han de ver.
Retírate á aquesa sala,
Hasta que sepa quién es.

(*Vase Diana.*)

ESCENA XXIX.

LISARDO. — CARLOS.

LISARDO.

(*Ap.* Ya que él se ha desengañado,
He de entrar; que aunque intenté
Huir, lo he pensado mejor,
Y así me atrevo á volver;
Que no me he de hacer culpado,
Aunque la muerte me dé.)
Señor, acasos no están
En manos de un hombre.

CÁRLOS.

Pues
¿Quién te culpa á tí, Lisardo,
Siendo tú por quien hallé
El sér, el alma y la vida? (*Abrázale.*)

LISARDO.

Cuando enojado pensé
Hallarte, vengando en mí
Aquel descuido cruel,
¿Con los brazos me recibes?

CÁRLOS.

Aunque gran descuido fué,
Que pudo costar su vida,
¿Tú qué culpa tienes dél?

LISARDO.

Yo ninguna.

CÁRLOS.

Todo ya
Cesó, cuando á Diana halle
Con salud; que la caida
No la hizo mas mal, que haber
Con el susto desmayado
Su divino rosicler.

LISARDO.

¿Qué caida, ó qué Diana?
Tú no la debes de haber
Visto.

CÁRLOS.

Sí he visto.

LISARDO.

¿A ella misma?

CÁRLOS.

A ella misma, digo. Pues
¿Qué dificultad ha habido
(Si aquí la mandé traer,
Y tú la trajiste aquí)
Que aquí la halle?

LISARDO.

Mira bien,
Señor, si has visto á Diana
Aquí, porque yo...

CÁRLOS.

¿Qué estés
Tan necio? Si has presumido
Que murió del golpe, y es
Esa la causa de hallarte
Con tanta turbacion, ven
A aquesta sala, y verásla
Buena y sana.

LISARDO. (*Ap.*)

Perderé
El juicio, si la veo aquí.

CÁRLOS.

Espera; el paso detén,
No entres, que entra gente, y tú
Solamente la has de ver.

ESCENA XXX.

EL ALCAIDE. — CARLOS, LISARDO.

ALCAIDE.

Señor, Flor tu prima, habiendo
Hoy estado aquí (porqué
La puso en este cuidado
Faltar tú dos dias ó tres),
No sé si te vió llegar,
Con esta dama; mas sé
Que ella y el Duque han venido,
Por tí preguntando. (*Ap.* Esto es
Curarme en salud: no entienda
Que yo fuí el que le avisé.)

CÁRLOS.

¡Ay infelice de mí!
¿Si supo, Lisardo, que
Es la que está aquí Diana?

LISARDO.

Pues ¿cómo lo ha de saber,
Si yo, con andar en ello,
Vive Dios, que no lo sé?

ESCENA XXXI.

CLOTALDO; GENTE, *con armas.* — DICHOS.

CLOTALDO.

Cárlos, seais bien venido.

CÁRLOS.

Humilde beso tus piés.

CLOTALDO.

¿Dónde habeis aquestos dias
Estado?

CÁRLOS.

En caza.

CLOTALDO.

Está bien.—
(*A los que le acompañan.*)
Todas las puertas tomad.

CÁRLOS.

¿A qué propósito? á qué
Fin, señor, armas y gente
Contra mí?

CLOTALDO.

Los hombres que
Tienen las obligaciones
Que yo tengo y vos teneis,
De cualquiera enemistad,
De cualquier enojo, es bien
Hacer árbitro el acero,
Siendo la campaña el juez,
No al engaño y la traicion;
Porque las vidas aquel
Quita, y el honor estotras;
Y el honor siempre ha de ser
Reservado al enemigo,
Y no ha de tocarse en él.
Y así, si el duque de Mantua
Es vuestro enemigo, haced
Guerra al Duque; pero no
En la opinion le toqueis;
Que si el vencer sin matar
Consigue sacro laurel,
¿Qué conseguirá victoria
Que es matar y no vencer?
Robada os habeis traido
(Ya todo, Cárlos, lo sé)
A Diana, su hija bella;
Y estar Diana, no es bien
En mi Estado, con desaire
Tan grande, como en poder
Vuestro, forzada; que claro
Es que una ilustre mujer
Tanto como ella, no habia
De ser de accion tan infiel
Cómplice ni sabidora.
Y así que parezca haced,
Porque quiero á todo el mundo
Con esto satisfacer
De que no fuí parte yo
En tan osada altivez,
Viéndola con mas decoro
En mi corte, en mi dosel,
Hasta que la restituya
A sus estados; porqué
Esto de ser vuestra esposa,
Ni ha de ser, ni puede ser

CÁRLOS.

Señor, ¿yo á Diana? ¿Yo
Robada?

CLOTALDO.

No lo negueis.—
(*A los que le acompañan.*)
Todo este fuerte mirad.

CÁRLOS. (*Ap. á Lisardo.*)

Si la hallan, ¿qué he de hacer?

LISARDO.

¿Cómo la han de hallar, si no
Está en el fuerte?

CÁRLOS.

¿Otra vez
Vuelves á quitarme el juicio?

CLOTALDO.

Todas las puertas romped.

CÁRLOS.

Esperad, esperad: no
Llegueis á esta; que no es bien
Que llegue á tanto sagrado
Ninguna accion descortés.
(*Entra en el cuarto adonde se retiró Diana, y sale con ella.*)

ESCENA XXXII.

DIANA. — DICHOS.

CÁRLOS.

Esta, señor, es Diana:
Encubrirla imaginé
Por excusarme este enojo;
Mas puesto que ya la ves,
A peligro sucedido
Trata el remedio; porqué
El volvérsela á su padre
Ni ha de ser, ni puede ser.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Viven los cielos, que es ella!

DIANA.

(*Ap.* ¡Habrá en el mundo mujer
Mas infelice?) Señor,
Humilde yo á vuestros piés...
Porque... si... cuando...

CLOTALDO.

Del suelo
Alzad, y no, no os turbeis;
Que si ofendida, señora,
De un aleve, de un infiel
Os hallais, tambien servida
Os hallaréis de mi fe,
De cuya deuda los brazos
Una y mil veces...

ESCENA XXXIII.

FLOR. — DICHOS.

FLOR.

Detén
La accion; que si retirada
A esa puerta me quedé
(Habiendo contigo vuelto
Del camino en que te hallé),
Por no estar aventurada
A tocar, oir, ni ver
Cara á cara mi favor
Al lado de su desden;
Viendo que Cárlos, no á mí
Sola engaña, mas tambien
A ti, señor; no es razon
Que oculta mas tiempo esté.
Esta, señor, no es Diana,
Sino una comun mujer;
Tanto que tras su galan
Camina, en cuyo poder
Yo misma vi su retrato,
Y yo misma la dejé,
Para reparar su vida,
Hoy al Alcaide, porqué
En el monte medio muerta
De una caida la hallé.
De modo que por salvar
A Diana, y por poder
Quedarse con ella, ha hecho
Que esta finja que lo es.

CLOTALDO.

¿Qué decís, Flor?

FLOR

La verdad.—
Alcaide, ¿no te entregué
Esta dama?

ALCAIDE.

Sí, señora;
Que la que vino despues
En la carroza (*Ap.* supuesto
Que negarlo no podré,
Perdone Cárlos), es esta.
(*Éntrase, y saca á Gileta.*)

ESCENA XXXIV.

GILETA.—DICHOS.

GILETA.

¡Bravos guisados, par diez,
Conmigo hacen todos hoy!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué es esto?

FLOR.

(*Ap. á Cárlos.*) ¡Cruel!
Busca otro engaño, supuesto
Que este no te valió.

CLOTALDO.

¿Ves
Quién eres? ¿Tambien á mí
Engañar pretendias?

CÁRLOS.

(*Ap.* Pues
Me ha dado la vida Flor,
Por darme la muerte, haré
La deshecha.) Si de un yerro
Nacen mil, ¿qué mucho fué
Que de mil yerros, señor,
Nazca uno? Verdad es
Que esta es Diana, á quien yo
Ocultar solicité
(No sin causa) de tus ojos,
Pidiendo á esta dama (á quien
No conozco) que fingiera
Que ella era; y pues ya veis
Que mi culpa y mi disculpa
Nacen de una causa, pues
Tan soberana hermosura
Mi culpa y disculpa es,
No severo...

CLOTALDO.

Basta, basta.
(*Ap.* Esto en fin es fuerza.) Dé
Vuestra Alteza, gran señora,
La mano á besar, á quien
Desea su honor y vida.

GILETA.

¿Con qué comeré despues
Y haré las demas haciendas?

CLOTALDO.

Aunque mas disimuleis,
Ya os habemos conocido.

GILETA.

¿Luego no me compraréis?

FLOR,

(*Ap.* Haga esfuerzos mi dolor.)
Venga tu Alteza con bien.

GILETA.

¡Que me place y me replace!

FLOR.

¡Qué agasajo tan cortés!

CLOTALDO. (*A Diana.*)

¿Qué os obligaba á fingir
(No siéndolo vos) el ser
Diana?

CÁRLOS. (*Ap.*)

Apurar esto agora
Nos ha de echar á perder.
¡Cielos! ¿qué le ha de decir?

DIANA. (*Ap.*)

¿Qué disculpa le daré?

GILETA. (*A Diana.*)

¿Tú tambien estás acá?

CLOTALDO.

Pues ¿de qué la conoceis?

GILETA.

¿No quereis que la conozca,
Si la que me viste es?

DIANA. (*Ap.*)

Ya es preciso disculparme
Con esto mismo.

CLOTALDO.

Hablad pues.

DIANA.

Laura soy, de Diana dama,
Y cuando á verla llegué
Robada, de leal y fina,
Seguirla quise en aquel
Bruto, de quien despeñada
A los piés de Flor llegué,
A quien dije, por no dar
A lo que venia á entender,
Que trances de amor me hacian
Seguir á un hombre. Ésta es
La verdad; y porque aquí
Se pudiera ella esconder,
Fingí ser ella; mas ya
Que el intento no logré,
Y que ella queda con vos
Tan segura, volveré
A Mantua, á dar de todo esto
Aviso.

CLOTALDO.

El paso tened;
Que ha de pensarse el aviso
Que habeis de llevar; y pues
Su dama sois, á palacio
Venid con ella tambien.

DIANA.

¿A qué, si queda con vos?

CLOTALDO.

A que la sirvais en él.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Al amor ha estado mal,
Lo que á la disculpa bien.

CLOTALDO.

¡Hola! Llegad, la carroza.—
Venga su Alteza...

GILETA.

Sí haré.

CLOTALDO.

Donde, basta escribir al Duque,
Huéspeda de Flor seréis.—
Y vos no entreis en la corte (*A Cárlos.*)
Miéntras Diana en ella esté.
Venid vos, venid con ella.

DIANA. (*Ap.*)

Basta, que yo voy á ser
La criada de mí misma.

CLOTALDO.

Entrad, señora.

GILETA. (*Ap.*)

Á la hé,
Que pienso que todos estos
Están borrachos, par diez.

FLOR. (*Ap.*)

En parte templa mis celos
Ser esta quien me los dé.
(*Vanse todos, ménos Cárlos y Lisardo.*)

CÁRLOS.

Lisardo, ¿qué confusiones
Son estas?

LISARDO.

Pues yo ¿qué sé?

CÁRLOS.

¿Quién trajo á Gileta aquí?

LISARDO.

Nosotros mismos.

CÁRLOS.

Pues ¿quién
Trujo á Diana?

LISARDO.

¿Qué sé yo?

CÁRLOS.

¿Cómo traer nosotros fué
A Gileta?

LISARDO.

Por error.

CÁRLOS.

Traer Flor á Diana despues,
Di, ¿cómo fué?

LISARDO.

Por acaso.

CÁRLOS.

No digas mas: cierto es
Que un acaso y un error
Me empeñaron una vez,
Y otra un error y un acaso:
Y pues contra mí se ven
Errores y acasos, ¡quiera
Amor que paren en bien!

JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio del duque de Módena.

ESCENA PRIMERA.

SILVIA, FLOR.

SILVIA.

¿Has visto en toda tu vida
Igual tronco?

FLOR.

No por cierto,
Y pienso que vino solo
A apurar un argumento,
Muchas veces repetido.
. . . .[1]

[1] Deben de faltar versos.

SILVIA.

Dices bien.

FLOR.

Y despues desto,
Si hemos de acudir á todo,
Porque nada haya suspenso,
A la dama del retrato
Vamos. Doy que lo primero
Fuese verdad, y que fuese
Aquel hombre forastero
Del retrato dueño: ¿hay cosa
Como ser la dama luego
Dama de Diana, y que,
A su señora siguiendo,
Hubiese de dar conmigo
Casi en el último aliento,
Burlarme ella, y yo albergarla,
Para que despues, fingiendo
Que era la misma Diana,
Quisiese librar su dueño?
¿Cabe que el venir con ella
Solo me sirva de acuerdo
De que ella tambien me dió
Celos alguna vez? ¡Cielos!
Si tan desusada cosa
Hubiere ningun ingenio
Inventado para hacer
Alguna fábula, quiero
Perder la vida; y si acaso
Llegase á escribirse esto,
Doy licencia al auditorio
Que por aqueste momento
Pueda no entenderlo, pues
Aun yo misma no lo entiendo.

ESCENA II.

CLOTALDO.—FLOR, SILVIA; *al fin*, MÚSICOS.

CLOTALDO.

Flor, como si no tuviera
Hartos cuidados mi pecho,
Vengo á consultar contigo
El mayor de todos ellos.

FLOR.

¿Qué hay de nuevo? Vete, Silvia.
(*Vase Silvia.*)

CLOTALDO.

Mucho y nada.

FLOR.

¿Cómo es eso?

CLOTALDO.

Mucho, porque importa mucho;
Nada, porque nada es nuevo.
En las locuras de Cárlos
Un grande amigo que tengo
En Mantua (pero la carta
Lo dirá), me escribe esto:
(*Lee.*) «Las muchas obligaciones
»Que á nuestra amistad confieso,
»No me permiten que deje
»De avisaros en el riesgo
»Que Cárlos vuestro hijo, á Mantua
»Módena y Milan ha puesto.
»Sabed pues que en los jardines
»Del palacio dió á Fisberto
»(Que por ver á Diana estaba,
»Embajador de sí mesmo)
»Una herida; y aunque della
»Queda ya mejor, no es esto
»Lo mas, sino que aunque el Duque,
»Prudente, advertido y cuerdo
»Ha echado voz que Diana
»Con el grande sentimiento
»De la herida de su esposo,
»No sale de su aposento;
»Hay quien diga que la noche
»De aquel infeliz suceso
»Faltó de palacio, y que
»Cárlos, sin consentimiento
»Suyo, la robó. El aviso
»Me toca, mas no el consejo;
»Y perdonad el dolor,
»Pues va á buscar el remedio.»

FLOR.

Dos novedades añade
A la que acá nos sabemos:
Una, el recato del Duque
En dar á entender discreto
Que de su casa Diana
No falta; y otra, el despecho
Con que en el mismo palacio
Hirió Cárlos á Fisberto;
Y á mi parecer las dos
Tienen solamente un medio.
(*Ap.* ¡Oh! ¡cuán á costa del alma
La vanidad hace esfuerzos!)

CLOTALDO.

¿Qué es?

FLOR.

Que parezcan casados,
Pues acabarán con eso
De una vez quejas, rencores,
Agravios y sentimientos.

CLOTALDO.

Tú eres mi hija, no Cárlos,
Pues toda tú eres consuelos,
Cuando él todo es aflicciones.
El consejo estimo; pero
(Si tengo de hablar contigo
Como con quien da el consejo,
Dejando en su estimacion
Tu respeto y mi respeto)
Si parecieren casados
Hoy con mi consentimiento,
¿No fuera decir que era
Yo cómplice en sus intentos?
¿Han de presumir Milan
Ni Mantua que yo consiento
En que les roben su hija
Y su esposa? Fuera desto,
Si Diana está forzada,
Como dicen los extremos
De una pasion que la tiene
Turbado el entendimiento,
¿Cómo puede sin su gusto
Intentarse el casamiento,
Ni con el mio, faltando
Contigo al primer concierto?
Y así, Flor, no, no ha de ser;
Aunque el valor te agradezco,
Con que hacer tu altivez sabe
De las ofensas desprecio.

FLOR.

¿Qué ofensas? ¿Pierdo yo á Cárlos,
O Cárlos á mí?

CLOTALDO.

Eso es cierto.

FLOR.

Y porque mejor lo veas,
Yo la asisto y la festejo
Tanto, que no hay hora alguna
Que esté sin divertimiento.
Esas músicas lo digan;
(*Suenan instrumentos.*)
Que miéntras se está vistiendo,
He mandado que la canten.

CLOTALDO.

Uno y otro te agradezco,
Y yo tambien quiero hablarla,
Por ver si averiguar puedo
Algo de aquestas tristezas,
Que en tal privacion la han puesto.

MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)

Ojos, pues que Galatea
Me manda que no la vea,
Cegad, no os he menester,
Que no me queda que ver.

ESCENA III.

DIANA, SILVIA, GILETA, DAMAS, MÚSICOS. — CLOTALDO, FLOR.

GILETA.

¡Yo músicas y yo galas!
¡Yo dorados paramentos!
¡Yo cama blanda y mullida!
¡Yo damas! Si bien me acuerdo,
Parecer quiere este paso
Algo de *La vida es sueño;*
Mas dure lo que durare,
Diana soy miéntras despierto.

DIANA.

El Duque y Flor han venido
A verte.

GILETA.

Mucho me huelgo.
(*Ap.* Quizá me dirán del primo
Que en este estado me ha puesto.)

DIANA.

Ya te he dicho que hables poco
Y mesurado.

GILETA.

Ya entiendo.

CLOTALDO.

Cómo ha pasado la noche
Vuestra Alteza, á saber vengo.

GILETA.

Poco y mesurado.

FLOR.

¿Ha estado
Mas aliviada de aquellos
Molestos pesares?

GILETA.

Poco
Y mesurado. (*Ap. á Diana.* ¿Va bueno?)

DIANA.

Vuestas altezas no admiren
Despropósitos tan ciegos;
Que hallarse sobresaltado
Un tan delicado pecho
De armas y gente; venir
A poder suyo corriendo,
Adonde segunda vez
La sobresalta otro estruendo
Igual al primero; y verse
Sin su patria y padre, expuesto
Su decoro á las censuras
Varias, no es mucho hayan puesto
Desórden en la armonía
Del mas claro entendimiento
Que tuvo mujer, y tanto
Que hasta el estilo es grosero,
Villano y rústico...

CLOTALDO.

A mí
Harto me pesa de verlo.

FLOR. (*Ap.*)

A mí no: este de ansias loca,
Pues que yo lo estoy de celos.

GILETA.

Ahora que me acuerdo, tio,
¿Sabeis de un primo que tengo,
Que me sacó de mi casa,
A quien las grandezas debo
En que me hallo?

DIANA. (*Ap. á Clotaldo.*)

Por Cárlos
Pregunta.

CLOTALDO.

Ya yo la entiendo,
Con la experiencia de que
Quien pierde el entendimiento,
Con las especies se queda
De lo que trató postrero.

FLOR. (*Ap.*)

No vendria muy forzada,
Pues aun loca le echa ménos.

DIANA.

¿No quieres que canten mas?

GILETA.

Sí, canten mas; advirtiendo
Que sea poco y mesurado.
Sentáos, miéntras yo me siento.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Ojos, pues que Galatea, etc.

GILETA.

No sabeis lo que os cantais.

UN MÚSICO.

Lo que mandes cantarémos.

GILETA.

Pues cantadme aquella copla,
Que decia, si me acuerdo:
Zagal, que ninguno iguala (*Canta.*)
Por su brio y su virtú...

DIANA.

¡Señora! Pues ¡vuestra Alteza
Se descompone! ¿qué es esto?
¡Qué lástima!

SILVIA.

¡Qué desdicha!

CLOTALDO.

¡Qué pesar!

FLOR. (*Ap.*)

¡Y qué contento!

CLOTALDO.

Flor, baja tú con Diana
Al jardin, por si con eso
Es posible que divierta
Sus tristezas; que yo tengo
Hoy muchos cuidados para
Tratar de divertimientos. (*Vase.*)

FLOR. (*Ap.*)

¡En fin, he de festejar
Yo á la causa de mis celos!
Pero ménos eso importa,
Que el que piensen que lo siento.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Ojos, pues que Galatea, etc.

(*Vanse Silvia, Gileta, las damas y los músicos.*)

DIANA.

¡Nunca mi lealtad me hubiera
Traido ¡ay Dios! á oirlo ni á verlo!
(*Ap.* Por mas que aquí sus simplezas
Disculpar quiera, no puedo.
Mas, como duren creidas
Hasta que pueda mi miedo
Salir de aquí, poco importa.
Mas ¡ay de mí! mal lo intento,
Pues no puedo ver á Cárlos,
Y en esta tierra no tengo
De quien fiarme. ¡Fortuna!
Duélete de mí, supuesto
Que errores y acasos son
Tu patrimonio, advirtiendo
Que un acaso y un error
En tantas ansias me han puesto.
(*Vase.*)

FLOR.

¿Habrá pasado por nadie
Que una loca le dé celos?
Si viera Cárlos cómo hoy
Está Diana, bien creo
Que de su amor y mis ansias
Se enmendaran los extremos,
El mudado y yo vengada.
¿Qué hiciera, divinos cielos,
Para que llegara á verla?

ESCENA IV.

CARLOS, LISARDO. — FLOR.

LISARDO.

¿Aquí vienes?

CÁRLOS.

Aquí vengo;
Que no puede haber castigo
Mayor para mi deseo,
Que no ver á Diana bella.
¿En qué habrá parado el trueco
Della y Gileta?

LISARDO.

Aquí está
Flor.

CÁRLOS.

Pues vete tú, que quiero
Ver si una vez se conforman
Desengaños y respetos. (*Vase Lisardo.*)

ESCENA V.

CARLOS, FLOR.

CÁRLOS.

Flor hermosa, á quien el cielo
Guarde, sin que su esplendor,
Por hermosa ni por flor,
Pague vasallaje al hielo:
Mi desvelo
Restaurar quiere sus daños,
Sin engaños
Hablándote en esta parte;
Que fuera traidor dos veces en darte
Engaños, señora, y no desengaños.
Para aquesto me he atrevido
A haber entrado hasta aquí,
Sin que el destierro ¡ay de mí!
De mi padre haya temido.
Solo pido
Me oigas: y luego mi error
Castigue amor,
Si tiene que castigar
A quien por amar, hoy deja de amar
¡Oh, si me escucharas, estrella, y no flor!
Yo, como en primera suerte
Vasallo tuyo nací,
A adorarte me atreví;
Mas no me atreví á quererte.
Y así el verte
Superior, me hizo temer,
Por conocer
Que á una deidad singular,
Sin merecer, bien se puede adorar;
Sin merecer, mal se puede querer.
A mí me importa avisar
A Diana de un secreto
Que toca en su honor, á efeto
De un gran daño remediar.
Tú has de dar
Licencia; y porque agraviada
No esté en nada
La fe con que te venero,

Ni verla ni hablarla á ella misma quiero;
Que solo hablar quiero á aquella criada.

FLOR.

Negar, Cárlos, que haya sido
Grosera tu peticion,
Fuera negar la razon
De tu amor y de mi olvido.
No te he oido
Tan poco atenta á la culpa
Que te culpa,
Que si fuerza decir fuera
Cuál fué la disculpa, tan solo dijera
Que debe de haberla, mas no qué disculpa.
Y así, porque el pensamiento
No pueda decir jamas,
De tí que celos me das,
Ni de mí que yo los siento,
Ser intento
Tercera de tus desvelos.
Vean los cielos
En el valor que en sí encierra
Mi pecho, de cuantas los vieron de guerra,
Siquiera una vez de paz á los celos.
No solo ¡ay de mí! has de hablar
Con Laura ¡pena tirana!
Mas para hablar con Diana,
Yo misma, yo te he de dar
Tiempo y lugar;
Que si de mi injusta estrella
Hay centella
Que me acuerde tu mudanza,
No quiero tomar de ti mas venganza,
Que solo ponerte donde hables con ella.
Con esto curar intento
Mi pesar, si en mí hay pesar;
(*Ap.* Pues celos no puede dar
Quien no tiene entendimiento.)

CÁRLOS.

Al tuyo atento,
Humildemente rendido,
Los piés pido.

FLOR.

No á ellos te arrojes postrado.

(*Al levantarle con los brazos Flor, sale Diana.*)

ESCENA VI.

DIANA. — FLOR, CARLOS.

DIANA. (*Ap.*)

¡Oh á qué mal tiempo á Cárlos he hallado!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh á qué mal tiempo Diana ha venido!

DIANA.

Sea muy enhorabuena
La paz, Flor, entre los dos,
Pues así cesará...

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

DIANA.

Hoy de Diana la pena;
Que si enajena
Cárlos su amor, claro está
Que cesará
La pasion á que ha venido.

CÁRLOS.

Pues esto, Flor, es lo que yo te pido;
Licencia de hablar con Laura me da.

FLOR.

Ya he dicho, Cárlos, que yo
Aun para hablar la daré
Con Diana.

CÁRLOS.

Basta que
Hable con Laura.

FLOR.

Eso no.
Pues halló
Mas tu amor, ¿qué duda ahora?

CÁRLOS.

¿Quién ignora
Que por no ofenderte en nada,
No quiero mas que hablar la criada?

FLOR.

Pues ¿cuánto es mejor hablar la señora?
Laura, ¿dónde está Diana?

DIANA.

(*Ap.* Mucho haré en templarme.) Allí
Viene hácia nosotras.

FLOR.

Di
Que está aquí Cárlos. (*Ap.* Tirana
Altivez vana,
¡Esto me obligas á hacer!
Mas si á saber
Llega cómo Diana está,
Venganza es que tomo, no bien que doy.)

DIANA.

Ya
Está aquí Diana.

ESCENA VII.

GILETA.—CARLOS, FLOR, DIANA.

GILETA.

¿Quién me quiere ver?

CÁRLOS.

(*Ap.* Dar á entender que á esta quiero
Miéntras está Flor delante,
Es fuerza.) El mas fino amante,
Que con amor verdadero,
Lisonjero
Tu esplendor sigue: testigo
Cuanto digo
Es, que tu luz soberana
Rendido idolatro, hermosa Diana.

GILETA. (*A Diana.*)

Respóndele tú, pues habla contigo.

CÁRLOS.

¿Cómo dudas que tú eres
El sol que adoro? ¡Ay de mí!
¿Quién te me ha eclipsado así?

FLOR.

Ahora es bien que consideres,
Si esto quieres,
Cárlos, y esto te ha tenido
Tan rendido,
Y de mí tan olvidado,
¡Qué agravios de una necia habré llorado!
¡Qué celos de una loca habré tenido!

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

CARLOS, DIANA, GILETA.

CÁRLOS.

¿Fuése Flor?

DIANA.

Sí, ya se fué.

CÁRLOS.

Pues apártate, villana.

DIANA.

Pues ¿por qué se ha de apartar?

CÁRLOS.

Para que puedan mis ansias
Hablar sin testigo.

DIANA.

A mí
No tienes que hablarme nada.

CÁRLOS. (*A Diana.*)

Sí tengo. — Aparta. (*A Gileta.*)

DIANA.

No apartes.

GILETA.

¡Oigan, y cómo me tratan,
En yéndose de aquí Flor!

CÁRLOS.

Permite, hermosa Diana,
Deja, bello dueño mio,
Que entre tus brazos...

DIANA.

Aguarda;
Que pensaré al abrazarme,
Segun hoy liberal andas
De abrazos, que mas por uso
Que por eleccion me abrazas.

CÁRLOS.

¡Plegue á Dios, Diana mia,
Que él me destruya, si hay causa
A tu enojo!

DIANA.

¿Causa habia
De haber? Mis ojos se engañan.

CÁRLOS.

Sin engañarse los ojos,
Puede...

DIANA.

¿Qué?

CÁRLOS.

Engañarse el alma.

DIANA.

Claro está, que como ella
Con los ojos no se trata,
No ha de creer á los ojos.

CÁRLOS.

Sí, mas la disculpa aguarda:
Entrará por los oidos,
Pues desta fábrica humana
Los oidos son las puertas,
Si los ojos las ventanas.

GILETA.

Ahora bien, yo quiero irme,
Que no sirvo aquí de nada.

CÁRLOS.

No te vayas, que á los dos
Importa que no te vayas.

GILETA.

Pues decidme algo, que no
He de estarme hecha una estatua.

CÁRLOS.

¿Qué quieres que á tí te diga,
Monstruo, de mis penas causa?—
Y volviendo á mi disculpa...

DIANA.

¿Qué disculpa?

CÁRLOS.

Oye y sabrásla.
Informado ya de todo
Cuanto entre los dos nos pasa,
Que tú te viniste aquí,
Que yo robé esta villana,
Sin que los celos de Flor,

De mi padre la amenaza
Me acobardasen (que á un noble
Amor nada le acobarda),
Arrastrado de mi afecto,
Ya que no de mi esperanza
(Pues no la truje de verte),
Osé entrar hasta esta sala.
Si á Flor abracé...

DIANA.

¿Que aun no
Lo niegas?

CÁRLOS.

No, porque echara
A mal mi verdad, si en una
Mentira fundar pensara
Su apoyo...

DIANA.

Con todo eso,
Me holgara que lo negaras
Aunque lo vi, y que mintieras;
Que en el duelo de las damas
Queda bien puesto el que miente,
Si miente á desenojarlas.

CÁRLOS.

¿No es mejor desenojar
Con la verdad?

DIANA.

Sí; mas ¿hayla?

CÁRLOS.

A Flor abracé, en albricias
De que licencia me daba
De hablarte; porque con ella
Buscando el ingenio trazas
De que el desengaño fuese
Tratable con la mudanza,
Me declaré como supe;
Y ella, ó presumida, ó vana,
Dando á entender que no siente,
O que siente sin venganza,
Lo concedió: ya lo viste.
Y arrojándome á sus plantas
(Que aun no fué abrazo), me tuvo...

DIANA.

Cárlos, á quien tiene gana
De perdonar y oye, presto
Cualquier disculpa le basta.
No hablemos en lo que ya
Sucedió (cosas son raras
El ver cuánto tras nosotros
Acasos y errores andan);
Sinó al remedio acudamos
De lo que suceder falta.
Este engaño no es posible
Durar, pues de hoy á mañana
Ha de saberse quién soy;
Y lo que dura es á causa
De haber dicho yo que está
Loca del susto Diana.

CÁRLOS.

Huélgome de saber eso,
Que puede ser de importancia.

DIANA.

Y así ántes que el desengaño
Cierre el paso á la esperanza,
Mi padre y Fisberto lleguen
A hacer árbitras las armas,
Tratemos salir de aquí;
Que siendo deudo el de Francia,
Nos amparará.

CÁRLOS.

¿No sabes
Cuántas vistas, cuántas guardas
Tienes? Pues mas imposible
Es sacarte de mi casa,
Que de la tuya.

DIANA.

Una industria
Se me ofrece.

CÁRLOS.

¿Qué es?

DIANA.

Yo, á causa
De la locura ó tristeza
Desa rústica villana,
Diré que nada podrá
Divertirla ni alegrarla
Como la caza, porqué
Es en extremo inclinada
Al campo: con que podrá
Ser que, sacándola á caza,
Como en el monte tuvieses
Caballos y gente, hallara
Yo ocasion para escapar
De la gente que nos guarda.

CÁRLOS.

Dices bien; y yo en lo inculto
De la mas fragosa estancia,
Gente y caballos tendré
Que nos guarden las espaldas.
Y así la seña será,
Porque no puedas errarla,
Dos caballos, arrendados
Ambos á una misma mata.
Y ahora deja que á la industria,
A la fineza y la traza
Tus piés bese, agradecido.

DIANA.

Alza del suelo, levanta.

CÁRLOS.

Hasta aquí hizo Flor: pues tú
¿Algo al favor no adelantas?

DIANA.

Sí, que en ella quizá fué
El temor, pero no el alma.

ESCENA IX.

FLOR.—CARLOS, DIANA, GILETA.

FLOR.

Sea muy enhorabuena.

DIANA. (*Ap.*)

¡Flor nos vió!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué pena!

DIANA. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

CÁRLOS. (*A Gileta.*)

Bello dueño...

GILETA.

¡Ahora entro yo,
Que no estaba aquí, aunque estaba!

CÁRLOS.

Aunque miro en tu salud
Y en tu ingenio tal mudanza...

GILETA.

¿Qué ingenio ó salú? Unas veces
Só duquesa, otras villana,
Unas monstruo, otras mi dueño.
¿Só acaso vuesa pendanga
Que del palo que quereis,
Me haceis con vuesas barajas?

CÁRLOS.

Me ha dado vida el pensar
Lo que me asegura Laura,
Que es que tales accidentes,
Como pasiones del alma,
Te han dado otras veces: cuya
Noticia, con la esperanza
De que vuelvan á vivir
Tu ingenio, hermosura y gracia,
Con los brazos la agradezco
Y la vida.

FLOR.

Basta, basta,
Traidor, pues... (*Ap.* Pero mi tio
Viene entrando en esta sala:
Mude la razon de objeto,
Pero no mude de rabia.)
Pues ¿qué atrevimiento, Cárlos,
Es este? ¡Tú en esta estancia,
Tú en el cuarto de su Alteza!
Diré al Duque cuanto pasa.

CÁRLOS.

¿Qué has de decirle, si tú?...

ESCENA X.

CLOTALDO.—DICHOS.

CLOTALDO.

¿Qué voces son estas?

FLOR.

Tanta
Es de Cárlos la osadía,
Señor, que loco á esta sala
Se ha entrado, sin advertir
Que soy yo la que la guarda.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que fué á avisarle,
Y que no me dió de humana,
Sino de cruel, licencia!
Mas yo tomaré venganza,
Dando color de camino
A aquestas locuras, para
Que cuide mi padre dellas
Desde hoy con mayor instancia.

CLOTALDO.

Por cierto, Cárlos, que vos
No lo mirais bien. ¿No basta
Poner hoy en contingencia
(Fisberto herido, Diana
Ofendida y Flor quejosa)
De perderse toda Italia;
Sino que una atencion sola,
Que mi licencia resguarda,
Que es el decoro con que
Servirla intento y guardarla,
Tambien querais destruir?

CÁRLOS.

¿Qué te admira, qué te espanta
De que rompiendo tu ley,
Tu decoro y tu palabra,
Locos extremos, no ya
De amor, de dolor los haga?
En la torre donde yo
A obediencia tuya estaba,
Me acaban de decir ahora
(Que nunca á infelices falta
Quien lleve las malas nuevas,
O ellas se van, siendo malas;
Que las desdichas, señor,
De todos saben la casa,
Y ellas se van por su pié,
Y no es menester llevarlas),
Que Flor (pues no es tiempo ya
De que disimule nada,
En lágrimas y en suspiros
La verdad deshecha salga),
Envidiosamente fiera
Rencorosamente ingrata,
En venganza de sus celos
Veneno ha dado á Diana.

FLOR.

Yo veneno!

CÁRLOS.

Tú, cruel,
Tú, enemiga, tú, tirana.
No lo creí hasta que ansioso
Llegando á verla y hablarla,
Hallé sin luces al sol,
Sin albores la mañana,
La púrpura sin matices,
Y sin candores el nácar.
Mira esa beldad, señor,
Tan rendida y tan postrada
Que entre confusas especies,
De nada le sirve el alma;
Y advierte ¿quién aventura
Tu honor, tu opinion y fama,
Flor, ó yo? pues para el mundo
Mi delito ha sido amarla,
Y el de Flor aborrecería.
¿Qué dirá Milan? ¿qué Mantua,
Viendo que hoy en tu poder
Perdió el juicio á la tirana
Fuerza de un veneno, quien
Hoy vive en tu confianza?
Pero yo la vengaré,
Si no me das á tus plantas
De mis delitos justicia,
Y de los suyos venganza. (*Vase.*)

ESCENA XI.

CLOTALDO, DIANA, FLOR, GILETA.

FLOR.

Oye, aleve, aguarda, espera.

CLOTALDO.

Espera tú, oye, aguarda; (*A Flor.*)
Que aunque no creo de tí
Que anduvieses tan tirana,
El resultar la sospecha
Contra mi seguro, basta
Para sentir que se diga.
Mal has hecho, temeraria,
En mostrar tanto tus celos.

FLOR.

¡Yo! ¿Qué celos?

CLOTALDO.

Calla, calla.

FLOR.

Si ántes, para no mostrarlos,
Te aconsejé los casaras.

CLOTALDO.

Eso es lo que mas te acusa.

FLOR.

¿Cómo?

CLOTALDO.

Como es cosa clara
Que mostrar no tener celos
Es mostrar tener venganza.

FLOR.

Solo faltaba que tú
Lo creas.

DIANA.

Ya me espantaba
Yo que del susto no mas
Estuviese tan postrada
La luz de su entendimiento.

FLOR.

Pues si tú á Cárlos abrazas
En albricias de que este
Accidente la maltrata
Otras veces, ¿cómo agora
De verla con él te espantas?

DIANA.

Como eso dije yo á Cárlos
Para no avivar la llama
Contra tí, de la sospecha
Que él traia.

GILETA.

¡Ay desdichada!
Aun por eso estaba yo
Hecha un veneno, una rabia.

CLOTALDO.

¿De qué?

GILETA.

De que me dejais
Sola con Cárlos y Laura;
Pues en estando con gente,
Só la duca, só la infanta,
Y en quedándome con ellos,
Como ellos quieren me tratan. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CLOTALDO, FLOR, DIANA.

DIANA.

Locuras son cuanto dice.

CLOTALDO.

¡Qué desdicha!

DIANA.

¡Qué desgracia!

FLOR.

La desgracia y la desdicha,
No es sino que modo no haya
Para que yo decir pueda
Las contradicciones varias
Que hallo en las dos; y pues es
Fuerza por ahora dejarlas
Al tiempo que las descubra,
Lo que haré será, agraviada
De tan villana sospecha,
No verla, oirla, ni hablarla
Todo el tiempo que estuviere
En palacio, porque no haga
Mas consecuencia á mi noble
Esfuerzo, tan vil venganza. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CLOTALDO, DIANA, GILETA.

CLOTALDO.

Dime, tú, Laura (que aunque
Siempre su salud deseara,
Nunca mas que ahora, por no
Dar á este motivo causa),
¿Qué haré para divertirla?

DIANA.

Su inclinacion es la caza:
Sácala al campo, quizá
El, señor, podrá alegrarla.

CLOTALDO.

Al instante mandaré
Que al monte con ella salgan
Mis cazadores. Fortuna,
Dame alivio en penas tantas.

DIANA.

Y á mí medio en tantas dudas,
Recelos, temores y ansias. (*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA XIV.

FISBERTO, FABIO.

FISBERTO.

¿Arrendaste los caballos?

FABIO.

A una mata los até
Juntos á los dos, por que
Podamos juntos hallarlos.

FISBERTO.

Pues ve y pregunta por él;
Y miéntras yo aquí te espere,
Donde quiera que estuviere,
Dale, Fabio, ese papel.

FABIO.

Yo lo haré; pero, señor,
Primero que te obedezca,
Una licencia merezca
O mi lealtad ó mi amor.

FISBERTO.

¿Qué quieres decirme?

FABIO.

Cuando
Apénas convalecido,
Sin despedir te has salido
De Mantua, solo, fiando
De la noche tu venida,
¿Qué es tu intencion en llamar
A Cárlos aquí?

FISBERTO.

Lograr
El hallazgo de mi vida.
De Milan, Fabio, salí,
Ya lo sabes, solo á ver
A Diana... Pero hacer
Memoria de todo aquí,
Excusado es; pues no es bien
Decir, cuando abreviar trato,
Ni cómo gané un retrato,
Ni cómo perdí un desden;
Pues basta para el rigor
De las fortunas que paso,
Que le hallé por un acaso,
Y perdí por un error.
En fin herido (porqué
Tiene cosas el acero
De acrédor, pues el primero
Es el mas feliz) quedé:
Cuyo accidente obligó
Tu lealtad á declarar
Quién era, para obligar
A Diana (que se vió
Convencida) á retirarse
Tanto, que desde aquel dia
No la vió la luz del dia.
Yo viendo pues mejorarse
Mi salud, y que no estaba
Con buen propósito allí,
Sin despedirme salí,
Por pensar que el Duque estaba
De parecer de tenerme
Hasta que con Diana fiera
Casado á Milan volviera;
Y así, Fabio, por no verme
Obligado á decir cuál
La causa era que me dió
Para no casarme yo
(Porque esto de sentir mal
De una dama, nunca obliga
Que se presuma ni entienda,
Pues uno es que ella me ofenda,
Y otro es el que yo lo diga),
De Mantua, en fin, me salí.
Y considerando ahora

Que nadie el desaire ignora
Con que vuelvo, resolví
Consultar á mi opinion,
Que me llega á aconsejar
No me vuelva sin tomar
Alguna satisfaccion.
A este efecto, en esta parte,
Término de Mantua, quiero
Verme con Cárlos, primero
Que me ausente; y así parte,
Pues ya sabes que se funda
Mi accion en que el hado quiera
Vengarme de la primera,
O morir en la segunda.
Y pues va en ese papel
Mi amor envuelto en mi ira,
Búscale y dásele; y mira
Que tú no vuelvas con él,
Si él con otro no viniere.

FABIO.

Yo bien quisiera, señor,
Replicarte.

FISBERTO.

Fuera error,
Pues nada que sucediere
Me está peor que á Milan
Volver sin crédito y fama,
Desairado de la dama
Y ofendido del galan.

FABIO.

El que te obedezca es bien;
Mas solo esta vez quisiera
Poder excusarlo. (*Vase.*)

ESCENA XV.

FISBERTO.

¡Fiera
Suerte mia! ¿Habrá otro á quien
Jamas haya sucedido
Igual novela de amor,
Celos, fortuna y rigor?
Mas hácia esta parte ruido
Siento: retirarme quiero
Entre estas ramas, no sea
Que álguien por aquí me vea.
Mas ya lograrlo no espero. (*Éntrase.*)

ESCENA XVI.

DIANA.—FISBERTO, *entre los árboles.*

DIANA.

Ya que todos en la caza
Se divierten, y yo alcanzo
A ver la seña, pues veo
Dos caballos arrendados
A una mata, en uno quiero
Ponerme; y mas si reparo
Que al venir yo, los desata
Un hombre. Gente es de Cárlos
Sin duda la que está aquí.
Pues ¿qué temo? pues ¿qué aguardo?
(*Sale Fisberto.*)
Caballero, si sois quien
Tiene órden... Mas ¡cielos santos!
¿Qué miro?

FISBERTO.

¡Cielos! ¿Qué veo?

DIANA. (*Ap.*)

¿Si es ilusion?

FISBERTO. (*Ap.*)

¿Si es engaño?

DIANA. (*Ap.*)

Porque no creo ¡ay de mí!
Que sea verdad tanto pasmo.

FISBERTO. (*Ap.*)

Porque no creo que sea
Diana la que estoy mirando.

ESCENA XVII.

CÁRLOS. — DIANA, FISBERTO.

CÁRLOS.

(*Para sí.* ¿Caballos aquí, y Diana
Con ellos? Este es Lisardo,
Sin duda.) Amigo, es ya tiempo
De poner mi amor en salvo,
Sin que error ni acaso puedan...

FISBERTO.

Pues ¿qué mas error y acaso
Que haber acaso y error
Traídote á dar en mis manos?
Vea el mundo que si al ver
A Diana me acobardo,
Al ver un contrario no;
Pues un corazon hidalgo
Mas se acobarda de ver
A una dama, que á un contrario.

CÁRLOS.

Yo me huelgo de que tengas,
A vista del desengaño,
La ventaja del rencor.

FISBERTO.

Iguales en eso estamos,
Que la de favorecido
Tienes tú. (*Riñen.*)

DIANA.

¡Fisberto! ¡Cárlos!...
¿Segunda vez de mi vida
Y vuestra muerte teatro
Haceis la campaña?

ESCENA XVIII.

FLOR Y FABIO, *por lados distintos.*— DICHOS.

FLOR.

Aquí
Vuelvo por ver si aquí hallo
A Diana.

FABIO.

Ya están, señor,
Prevenidos los caballos.

FLOR.

Mas ¡qué miro!

FABIO.

Mas ¡qué veo!

FLOR.

Acudid todos volando, (*A voces.*)
Que dan á Cárlos la muerte.

ESCENA XIX.

CLOTALDO, CABALLEROS, CRIADOS. — DICHOS.

CLOTALDO.

¡Aquí atrevimiento tanto!

DIANA.

¡Ay infeliz!

CLOTALDO.

¿Qué esperais?
Prendedlo al punto, ó matadlo.

CÁRLOS.

Detenéos, porque á mí
Me habeis de hallar á su lado.

CLOTALDO.

¿Tú le defiendes?

CÁRLOS.

Esto es
Ser quien soy; que acompañado
No he de embestir á quien solo
Me busca.—En ese caballo (*A Fisberto.*)
Os podeis poner, seguro
De que yo la espalda os guardo.

FISBERTO. (*Ap.*)

¿Hay hidalguía tan grande?

CÁRLOS.

Mas decidme, ¿en qué quedamos?

FISBERTO.

Enemigos como ántes.

CÁRLOS.

Adios, Fisberto...

FISBERTO.

Adios, Cárlos.
(*Hace que se va.*)

CLOTALDO.

¡Fisberto! ¿Qué escucho? No
Os vais, detened el paso;
Que ya en vez de otra venganza,
Serán la prision mis brazos.

FISBERTO.

Yo de vos los recibiera,
Si pensara que obligaros
Con ellos pudiera; pero
Enemigos declarados,
Miéntras mas léjos están,
Están mejor.

CLOTALDO.

Yo no os llamo
Para enemigo, sino
Para, á vuestros piés postrado,
Mostrar que soy vuestro amigo,
Pues nadie es por hoy de Cárlos
Mas enemigo que yo.—(*Se oyen cajas.*)
Mas ¿qué bélico aparato
De cajas y de trompetas (*Vase Fisberto.*)
Se oye?

UNOS.

¡Otro asombro!

OTROS.

¡Otro espanto!

ESCENA XX.

LISARDO. — DICHOS.

LISARDO.

Señor, el duque de Mantua
Con una tropa ha llegado
Al término dese fuerte
Que divide los estados,
Y dice que de paz quiere
Hablarte.

CLOTALDO.

Yo me adelanto
A recibirle. Decidle
Que llegue. (*Vanse Clotaldo y Lisardo.*)

CÁRLOS.

Pues se ha ausentado
Mi padre, ya es el silencio
Inútil.

CLOTALDO. (*Dentro.*)

Dadme los brazos.

DIANA.

De su vista me retiro. (*Vase.*)

CÁRLOS.

Yo de sus ojos me aparto. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

EL DUQUE DE MANTUA, ACOMPAÑAMIENTO, CLOTALDO, LISARDO — FLOR, FABIO, CABALLEROS, CRIADOS.

DUQUE.

Clotaldo, las experiencias
Que debemos á los años,

Nos enseñan que el honor
Se cura mejor con blandos
Remedios que con crueles;
Y así solicito hablaros
De paz, ántes que otra vez
La guerra á romper volvamos:
A cuya (á decirlo vuelva)
Materia en público os hablo;
Que ha de serlo el desempeño
Cuanto lo ha sido el agravio.
Cárlos...

CLOTALDO.

Ya sé que atrevido
Os ofende; mas yo aguardo
Satisfaceros por mí,
Ya que no por él, mostrando
El respeto y el decoro
Con que el de Diana guardo.
Robada la trujo; pero
Sabiéndolo yo, á palacio
La llevé, donde tan grande
Fué su pena, fué su llanto,
Que ha perturbado su juicio
El dolor, asegurando
La violencia su disculpa;
Y así os entregaré á entrambos,
Para que en ella estimeis
Su virtud y su recato,
Y en él toméis la venganza
Que querais. — Llamad volando
(*A Lisardo.*)
A Diana y Cárlos. (*Vase Lisardo.*)

DUQUE.

¿Quién
Pudiera hacer que escuchando
Esto estuviera Fisberto?

ESCENA XXII.

LISARDO, GILETA, SILVIA, DAMAS. —CLOTALDO, EL DUQUE DE MANTUA, FLOR, FABIO, CABALLEROS, CRIADOS.

GILETA.

¿Quién decís que me ha llamado?

LISARDO.

Vuestro padre.

GILETA.

¿Quién acá
Le trujo?

CLOTALDO.

Este es el milagro
De hermosura y discrecion...

DUQUE.

Este es otro nuevo engaño.
¿Esta habia de ser mi hija?

CLOTALDO.

¿Pues no lo es?

DUQUE.

No.

CLOTALDO.

¡Cielos santos!
Pues ¿cuál puede serlo?

ESCENA XXIII.

CARLOS, DIANA. — DICHOS.

CÁRLOS.

Esta,
Que yo á las plantas postrado
De ambos, pongo, porque en mí,
Y no en ella, os venguéis ambos.

CLOTALDO.

Pues ¿qué os obligó á decir
Que no era ella?

CÁRLOS.

Un acaso.

CLOTALDO.

¿Y á traer á esotra?

CÁRLOS.

Un error.

DUQUE.

Yo ofendido...

CLOTALDO.

Yo indignado...

DUQUE.

Del acaso...

CLOTALDO.

Y del error...

DUQUE.

En ella vengarme aguardo.

CLOTALDO.

Yo en él.

ESCENA XXIV.

FISBERTO. — DICHOS.

FISBERTO.

Tenéos los dos;
Que habeis de verme á su lado
En su defensa.

DUQUE.

Fisberto,
¡Vos aquí, y vos amparando
Al enemigo!

FISBERTO.

Sí, que
Una herida no es agravio,
Sino desgracia; y una
Hidalguía, que le pago,
Siempre es deuda.

CLOTALDO.

Bien mostrais
Los blasones soberanos
De vuestra sangre.

FISBERTO.

Pues no
Los envieis desairados,
Volviendo á Milan yo airoso.

CLOTALDO.

Pues ¿cómo? decid.

FISBERTO.

Llevando
A Flor por esposa y dueño,
Si es que merezco su mano.

FLOR.

Yo soy dichosa, pues pierdo
A quien no me quiso, y gano
A quien me amó.

GILETA.

¿Con que yo
Me vengo á quedar en blanco?

CÁRLOS.

Con que enmendada la suerte
Del *Error* y del *Acaso*,
A vuestras plantas rendidos
Nos ponemos, suplicando
Que lo que se escribe aprisa
No lo murmureis de espacio.

LA SEÑORA Y LA CRIADA.

PERSONAS.

DIANA, *duquesa de Mantua.*
FLOR, *sobrina del duque de Parma.*
LAURA, *criada.*
PORCIA, *criada.*
SILVIA, *criada.*
GILETA, *villana.*
FABIO, *viejo.*
PEROTE, *villano gracioso.*
CROTALDO, *hijo del duque de Parma.*
FISBERTO, *hijo del duque de Milan.*
EL DUQUE DE PARMA, *viejo.*
EL DUQUE DE MANTUA, *viejo.*
LISARDO, *criado de Crotaldo.*
CELIO, *criado de Fisberto.*
FLORO, *criado.*
UN ALCAIDE.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
DAMAS.
CAZADORES.

La escena es en Parma, en Mantua y otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Sala en el palacio del duque de Parma.

ESCENA PRIMERA.

CROTALDO, *vestido de negro;* LISARDO, *en traje de camino.*

LISARDO.

Esto queda así tratado.

CROTALDO.

La diligencia es mayor
Que pudo buscar mi amor,
Que pudo hallar tu cuidado.

LISARDO.

Tendrás en fin un criado,
Ladron de casa, de quien
Puedas fiarte.

CROTALDO.

Está bien.
Al punto te vuelve, y no
Pierdas ocasion; que yo
Hoy me partiré tambien,
Pues la noche apénas fria,
Envuelta en negro arrebol,
Siendo homicida del sol,
Acabará con el dia,
Cuando en la presteza mia
Iré á Mantua; que aunque fuera
Sesto de Abido, y hubiera
El estrecho, le pasara,
Pues mi fuego le abrasara,
Pues mi llanto le excediera.

LISARDO.

Poco hay que suplir en esto
Para hacer lo que has pedido,
Pues que sin salir de *habido*,
En cualquiera estrecho, presto
Navega un amante á *sexto*.
En fin, no hay mas que saber,
Que al jardin llegar y ver
Si hay ocasion. Mas Flor viene.

CROTALDO.

Referirlo no conviene;
Y pues sé lo que he de hacer,
Vete presto, porque no
Te vea Flor de camino.

LISARDO.

¡Plegue á Dios, tu desatino
No venga á pagarle yo! (*Vase.*)

CROTALDO.

¿Quién mayor tormento vió,
Quién á mayor mal se ofrece,
Quién mayor pena padece,
Que el que se vió á cualquier hora
Ausente de lo que adora,
Y á ojos de lo que aborrece?

ESCENA II.

FLOR.—CROTALDO.

FLOR.

Crotaldo, ¡tan de mañana
Levantado!

CROTALDO.

Si lo está
El sol de tus ojos ya,
De cuya luz soberana
Fuí girasol, ¿no fué vana
La pregunta?

FLOR.

No, si arguyo
Y claramente concluyo
Que no es hoy, en nuestro estado,
El madrugar mi cuidado
Consecuencia para el tuyo.

CROTALDO.

¿Por qué?

FLOR.

Porque tú rendido
Al sueño, y yo desvelada;
Yo, en fin, como enamorada,
Tú como favorecido,
Estábamos bien.

CROTALDO.

Si ha sido
Argumento de un cuidado,
Flor, el vivir desvelado,
No es justo juzgarme, no,
Tan dormido, porque yo
Estoy muy enamorado.

FLOR.

Yo me erré; tú dices bien.
Y mas, si no dices mas
De que enamorado estás,
Y callas cuerdo de quién.

CROTALDO.

Claro está que es tu desden.

FLOR.

¡Mi desden, Crotaldo!

CROTALDO.

Sí.

FLOR.

¿Cómo puede ser, si aquí,
Cuando mi amante te llamas
Amando mi desden, amas
Solo lo que no hay en mí?

CROTALDO.

Aunque mas favorecido
Esté el que está enamorado,
Ha de estar desconfiado.
Necio es quien se ha persuadido,
Flor, á que vive querido.

FLOR.

Y necia es la que advertir
No sabe, llegando á oir
Tan desmayados afectos,
Que hay muy distintos efectos
Entre el hablar y el decir.

CROTALDO.

¿Entre el decir y el hablar
Hay diferencia, si son
Los dos una misma accion?

FLOR.

Sí, la misma...

CROTALDO. (*Ap.*)

¡Qué pesar!

FLOR.

Que hay entre el ver y el mirar;
Que el que ve, solo desdice
Ser ciego, y el que infelice
Mira, algun cuidado entabla;
Y así dice mas el que habla,
Que el que siente lo que dice.

CROTALDO.

Es sofístico argumento;
Que si entre el mirar y el ver
Diferencia pudo hacer
Ser con cuidado, yo siento
Que el que ménos mira atento,
Que el que ménos decir pudo,
Vió y dijo mas; pues no dudo
Ciego y mudo es amor: luego
Ve mas el que está mas ciego,
Mas dice el que está mas mudo.

FLOR.

Bien pudiera responder,
Si mi tio no viniera,
Y tu padre.

CROTALDO.

Y mal pudiera
Yo á tu razon atender.

ESCENA III.

EL DUQUE DE PARMA.—FLOR, CROTALDO.

DUQUE DE PARMA.

Mucho me alegro de ver
A Flor, Crotaldo, con vos,
Por que tengo con los dos
Que comunicar.

CROTALDO.

Pues ¿ cuándo
No estoy, señor, adorando
Su beldad?

FLOR. (*Ap.*)

¡ Pluguiera á Dios!

DUQUE DE PARMA.

Ya sabeis la enemistad
Que heredada hemos tenido
El Duque de Mantua y yo,
Porque el estar tan vecinos
Estos Estados de Mantua
Y Parma, la causa ha sido
De tener entre los dos
Modernos bandos y antiguos;
Tanto que los potentados
De toda Italia, divisos
Y parciales, muchas veces
Para perderlos se han visto:
Cuyo amenazado horror,
Que estaba ya prevenido
Al escándalo de mucho,
Se desvaneció en sí mismo;
Porque tomando la mano
El Pontífice, nos hizo
Amigos en la apariencia,
Mas no en la verdad amigos;
Que del odio á la amistad
Es difícil el camino.
Y así, aunque cesó la guerra,
No cesó el fuego escondido
En los pechos; que un volcan,
Cuando no despide activos
Rayos un tiempo, á lo ménos
Los guarda en su seno tibios:
Y la obediencia no pudo
Reducir á mas los brios,
Que entónces á retirarlos,
Y ahora á no descubrirlos.
Esto no es del caso: voy
A lo que importa. Hoy he oido
Que Fisberto, ilustre jóven,
Del duque de Milan hijo,
Casa en Mantua con la hermosa
Diana.

CROTALDO.

¿ Qué dices?

DUQUE DE PARMA.

Digo
Lo que en las lenguas del viento
A voces la fama dijo.
Yo viendo que de Milan
A Mantua es este el camino,
Pues que no pueden pasar,
Si no es por Estados mios;
Hospedándolos en ellos,
Mostrar cuerdo determino
Que nunca el enojo noble
Ha de alterar el estilo
De la noble urbanidad;
Pues siempre blason fué digno
Del valor, ser mas corteses
Dos, miéntras mas enemigos.
Fuera de que el de Milan
Siempre profesó conmigo
Grande amistad, y por él
Y por los dos, solicito
Festejarla cuando pase
Diana. Y así te pido,
Crotaldo, que como jóven
Tan airoso, tan lucido,
Tan galan, tan cortesano,
Y en fin, hijo en todo mio,
Prevengas fiestas que haceria:
Y tú, Flor, con este mismo
Fin, á tal huéspeda ten
Aposento prevenido
En tu cuarto, y en efecto,
Los dos haced lo que os digo.
Y no los dos, como amantes,
Envidieis inadvertidos
Ajenas glorias; que presto
Serán proprias, pues ya he escrito
Por dispensacion, y haréis,
Al amor agradecidos,
Igual la dicha, pasando
Con el gusto que imagino,
De envidiosos á envidiados.
Y adios os quedad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CROTALDO, FLOR.

CROTALDO. (*Ap.*)

¿ Qué he oido,
Cielos? ¡ Cielos! ¿ qué he escuchado?

FLOR.

Pésame de haberte visto
Tan perdido de color.

CROTALDO.

Pues aquí ¿ qué causa ha habido
Para que yo el color pierda?

FLOR.

Que lo niegas imagino,
Porque son las causas dos,
Y es uno el color perdido.

CROTALDO.

¿ Dos las causas? ¿ Cuáles son?

FLOR.

Aunque me pesa el decirlo,
Casar Diana con Fisberto,
Y tú, Crotaldo, conmigo. (*Vase.*)

ESCENA V.

CROTALDO.

Pues te engañas, que son tres,
Añadiendo á las que has dicho,
Haber de ser quien festeje
Mi mismo pesar yo mismo.
¿ Qué mariposa, batiendo
Las blancas alas de vidrio
Que el sol ilumina á rayos,
Que el viento dibuja á visos,
Halagüeña con su muerte,
Cercos á la llama hizo,
Como yo, pues he de hacer
Festejos á mi peligro?
¿ Qué flamante flor, que ser
Estrella del prado quiso,
Inclinando la cabeza
Al soplo del cierzo frio,
El malogro de sus hojas
Sobornó con desperdicios,
Como yo, que obedeciendo
Al cierzo de mis suspiros,
Ceremonioso he de hacer
Halagos á mi castigo?
O ¿ qué gusano, afanado
Con codicioso ejercicio,
Parca de su misma vida,
Labró su muerte hilo á hilo,
Cuando en la breve prision
Del acabado capillo,
Fué su tumba su tarea,
Quedándose dentro vivo,
Como yo, que trabajando
En festejar mi homicidio,
Ha de ser mi afan mi muerte,
Y mi labor mi martirio?
Pero ya que he de morir
A manos de mi destino,
Flor, mariposa y gusano,
Antes que del fuego activo,
Antes que del soplo airado,
Antes que del centro esquivo
Sienta el abrasado ardor,
Padezca el desden impío,
Llore la prision oscura,
Abrame el cielo camino
Para rondar mis desdichas,
Para halagar mis peligros,
Para festejar mi muerte,
Que es lo mas que solicito. (*Vase.*)

—

Jardin del palacio ducal en Mantua.

ESCENA VI.

Por una parte GILETA, *y por otra* PEROTE, *sin verse.*

PEROTE.

Si alguno en el mundo huere
Tan mezquino y desdichado
Que namorado estóviere,
Y el remiendo saber quiere
De no estar enamorado...

GILETA.

Si hobiere en el mundo alguna
Tan desdichada y mezquina,
Que dell amor la emportuna
Pesadumbre la amohina,
Y quiere mudar fortuna...

PEROTE.

Véngase á mí, y le diré
Mijor que Ovillo, cuál hué
El remedio dell amor,
Porque yo mucho mijor
Que el mismo Ovillo lo sé.

GILETA.

A mí se venga, que yo
Sé un remedio, con que no
Se sienta mas desde allí,
Que es el mismo con que á mí
Ell amor se me quitó.

PEROTE.

Mas no quiero her desear
A nadie una melecina
Tan rara y tan singular.

GILETA.

Mas no quiero escatimar
Vertud que es tan peregrina.

PEROTE.

Sepan pues los que lo están,
El remedio de su afan.

GILETA.

Oiga el que siente su llama.

PEROTE.

Despósese con su dama.

GILETA.

Vélese con su galan.

PEROTE.

Esta es la mijor receta.

GILETA.

Esta (nadie se alborote)
Es la cura mas perfeta.

PEROTE.

Que así hice yo con Gileta.

GILETA.

Que así hice yo con Perote. (*Vense.*)

PEROTE.

¿A qué perpósito fué
El nombrarme, carillucia?

GILETA.

¡Mal haya yo que os nombré
Con aquesta boca sucia,
Sin por qué, ni para qué!
Mas vos ¿con qué intento aquí
Me pernunciasteis á mí?

PEROTE.

Por el cogote á hablar venga
Luenga que os toma en la luenga,
Ya que os enojais así.

GILETA.

Pues ¿por qué tan mal sofrido
Siempre conmigo heis de ser?

PEROTE.

¿Por qué conmigo lo heis sido
Vos?

GILETA.

Porque sois mi marido.

PEROTE.

Yo, porque sois mi mujer.

GILETA.

Pues ¿cómo, ántes de casaros,
Todo era resquiebrarme,
Pecilgarme, embelesaros,
Y como un bausan andaros?

PEROTE.

Como era ántes de casarme.
¿Cuál dimoño os engañó
Para decir aquel sí,
Teniendo lo mismo un no?

GILETA.

Los que se andaban tras mí,
Para que os quijera yo.
Cuál me decia de vos
Que érais un ciervo de Dios,
Y que éramos de consuno
Ambos á dos para en uno;
Y aun somos para otros dos.
Cuál que érades, me decia,
Muy sabido y pracentero,
Siendo un borrico, á fe mia;
Pero ¿qué casamentero
No engaña así cada dia?

PEROTE.

Y á mí ¿qué no me dirian
De vos? ¡Qué era oirlas habrar
A cuantas á esto venian,
Y las cuentas que me hacian!
«Para poderlo pasar
Vos teneis (dician), Perote,
La racion de jardinero
En pallacio, y ella en dote
Trae todo el ajuar entero
Que pudiera un sacerdote.
Vueso suegro morirá,
Y su hacienda os quedará:
Con esto, y luego de aquí
Un poco y otro de allí,
La gracia de Dios se hará.»
Traje vuestro dote á casa,
Que de una sarten no pasa,
Cuatro pratos, una artesa,
Una cama y una mesa,
¡Ved qué hacienda tan escasa!
Con lo cual, la racion mia
Vine á partirla con vos;
Y lo que yo cada dia
Soldemente me comia,
Comemos entre los dos,
Sin que mi suegro se muera,
Y sin que de aquí ni allí
Mos venga un maravedí;
Pero ¿qué casamentera
No suele engañar así?

GILETA.

Pues buen remedio, Perote.

PEROTE.

Venga, y sea malo, Gileta.

GILETA.

Volverme todo mi dote,
Y darme...

PEROTE.

¿Con un garrote
Vais á decir? Sos discreta,
Y lo haré, pues vos gustais.

GILETA.

¡Malos años para vos!
¡Ay, ay, ay!

PEROTE.

¿De qué os quejais?

GILETA.

De que darme imaginais.

PEROTE.

¡Oh mal magin os dé Dios!

ESCENA VII.

FABIO, LISARDO, *de villano.* — GILETA, PEROTE.

FABIO.

¿Qué es esto? ¿Siempre ha de ser
Pendencias las que ha de haber
Entre los dos?

PEROTE.

Sí, hay pendencias,
Porque no hay correspondencias
En mi suegro y mi mujer.

FABIO.

Pues ¿qué teneis que sentir
De mí?

PEROTE.

¿Qué? Veros vivir
Noventa; que no me vieran
Casado, si no dijeran
Que os habiais de morir.

LISARDO.

Y era buena condicion,
Para puesta en escritura.

FABIO.

Ya, Perote, en conclusion,
A vos y á Gileta el cura
Os echó la bendicion.
Basta, y ved que he recibido
Un jardinero extremado,
Que á ayudaros he traido.

LISARDO.

Vos seais muy bien hallado.

GILETA.

Vos seais muy bien venido.

PEROTE.

Gileta, no os toca á vos
Dar á nadie parabien.

GILETA.

No toque: ¡válgamos Dios!

FABIO.

¿Ir á hacer no será bien
Lo que habeis de hacer los dos?
Tú, Perote, vé á plantar
El cuadro que dibujado
Quedó ayer, y tú á regar
Las calles; porque ha de estar
Barrido todo y regado,
Por si esta tarde tambien
Baja Diana al jardin
Con tantas damas, á quien
Deben la rosa y jazmin
Nieve y púrpura.

PEROTE.

Está bien.
Yo iré; mas Gileta aquí
No ha de quedar: cabe mí,
Gileta, que vayas quiero.

GILETA. (*Ap.*)

A fe que es el jardinero
De los mas lindos que vi.
(*Vanse Perote y Gileta.*)

ESCENA VIII.

LISARDO, FABIO.

FABIO.

Ya, Lisardo, en casa estás,
Y ya ves á cuanto riesgo,
Por servir á tu señor,
La vida y lealtad he puesto.
Solo te pido, Lisardo,
De tanta fineza en premio,
Que en ningun tiempo me dés
Por autor deste concierto;
Porque yo, siempre que lleguen
Las cosas á rompimiento,
He de decir que no supe
Quién eras.

LISARDO.

Otra vez vuelvo
A darte, Fabio, palabra
De mirar por tí primero
Que por mí; que el riesgo tuyo
No facilita mi riesgo.
Fuera de que yo tambien
El mismo peligro tengo,
Pues por servir á Crotaldo,
Hago tan grandes empeños.

FABIO.

Ellos son bien temerarios,
Pues estando los conciertos
De la boda de Diana
Ya efectuados, no entiendo,
Lisardo, lo que pretende
Crotaldo.

LISARDO.

Yo solo debo
Obedecer á mi amo,
Sin examinar su intento.

FABIO.

Dices bien, y por no hacer
Sospechoso el trato nuestro,
Quiero dejarte. Lisardo,
Ten recato y ten secreto. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LISARDO; *y luego*, GILETA.

LISARDO.

¡Oh lealtad de un fiel criado,
A cuánto obligas, pues vengo
A buscar con esta industria
En mi peligro el remedio
De otro amor! Pero ya en vano
Recelo, dudo, ni temo;
Que es excusado en el golfo
Volver á mirar el puerto.
Esta noche, por si acaso

Baja Diana á este bello
Paraíso... Mas Gileta
Es...

(*Sale Gileta.*)

GILETA. (*Ap.*)

Par diez que acá me vuelvo,
Porque me trae, sin querer,
A verle este jardinero,
Que hoy ha venido.

LISARDO.

(*Ap.* Informarme
De algunas cosas pretendo,
Y engañar esta villana
Es facilitar mi intento.)
Gileta del alma mia,
Mil años os guarde el cielo.

GILETA.

Y á vos os guarde, señor,
Pocos son mil, mas de ciento.

LISARDO.

En verdad que le debeis
Todo ese amor al que os tengo;
Que si no fuera por vos,
No hubiera venido, es cierto,
A servir á estos jardines.
Por vos solamente vengo,
Porque há dias que os adora
El alma.

GILETA.

¿Cierto?

LISARDO.

Y tan cierto,
Que podrá ser que algun dia
Sea mi amor de provecho,
Y que servida os veais,
Y estimada en otro puesto.

GILETA.

No en vano, par diez, ell alma
No me cabia en el pecho
Desde el punto que os miré;
Pues sin paz y sin sosiego,
Si tienen las almas pulgas,
Pulgas en ell alma tengo.

LISARDO.

Pagais, Gileta, mi amor,
Porque es mucho lo que os quiero.

GILETA.

¿Mucho?

LISARDO.

Sí.

GILETA.

Yo á vos tambien.

ESCENA X.

PEROTE. — DICHOS.

PEROTE. (*Ap.*)

¡Yo á vos tambien! Malo es esto.

LISARDO. (*Ap. á Gileta.*)

Vuestro marido.

GILETA.

Id con Dios:
No os vea conmigo.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Hoy veré, si la fortuna
Ayuda al atrevimiento. (*Vase.*)

ESCENA XI.

PEROTE, GILETA.

PEROTE.

Gileta, ¿qué es lo que habraba
Con vos este jardinero
Rocin-venido?

GILETA.

Decia
Que ¿dónde estaba el jumento
De la noria?

PEROTE.

Espera un poco,
En tanto que lo concierto.
«El jumento de la noria
¿Dó tiene su alojamiento?
—Yo á vos tambien.» No entra bien.
Por otra parte lo vuelvo.
«¿Adónde, Gileta, está
El de la noria jumento?
—Yo á vos tambien.» No entra bien.

GILETA.

¿Qué estáis maliciando, necio?
El dijo: «Decid, Gileta,
¿Dónde está para sabello,
El jumento de la noria?
Que á ir vos adonde yo vengo,
Yo os diria allá de todo
Cuanto buscarais.» A eso
Le dije: «Yo á vos tambien.»

PEROTE.

Pues si dijo todo eso,
Digo que teneis razon,
Y que yo soy el jumento.
No os amotineis, Gileta.
Basten ya los recovecos;
Que si va á decir verdad,
Como ell alma misma os quiero.

GILETA.

Si á eso va, yo á vos tambien.

PEROTE.

Mijor entra aquí por cierto
El: «Yo á vos tambien» agora.

GILETA.

Callad, y miéntras yo enredo...

PEROTE.

Mucho me quereis mandar,
Si he de gastar ese tiempo.

GILETA.

Este jazmin, digo, vos
Regad.

PEROTE.

Cantemos.

GILETA.

Cantemos.

GILETA. (*Canta.*)

Zagal, que ninguno iguala
Par su brio y su vertú...

PEROTE. (*Canta.*)

¿Qué quieres, bella zagala?

GILETA.

Que te vayas noramala.

PEROTE.

Vete tú.

GILETA.

Mas vete tú.

ESCENA XII.

DIANA, LAURA.—GILETA, PEROTE.

LAURA.

En esta verde esfera,
Donde hermosa tejió la primavera,
Con eleccion de flores,
Alfombras matizadas á colores,
Podrás, señora mia,
Divertir la mortal melancolía.

DIANA.

¿Qué importa ¡ay Dios! que hermosa
Borde la primavera
La alfombra lisonjera
De jazmin y clavel, de nieve y rosa,
Perdiéndose felices,
Por hacer un matiz muchos matices?
¿Qué importa que los vientos
Con sutil consonancia,
Armonía y fragancia
Confundan, siendo aromas y instrumentos,
Que hacen ruido sonoro,
Con cuerdas de ámbar sobre trastes de oro?
¿Qué importa que las fuentes,
Cuando yo llego á verlas,
Corran deshechas perlas,
Que en cláusulas y acentos diferentes
El compas echen graves
A la música diestra de las aves;
Si la varia hermosura,
Si las tejidas flores,
Si los dulces amores,
Si el viento alegre, si la plata pura,
Uniendo su helleza,
Todo es pesar en mí, todo es tristeza?
¿Nunca has visto una rosa,
De verde cielo estrella,
Que ostentándose bella,
Al aire desplegó vanagloriosa
Las hojas ciento á ciento,
Ociosa vanidad de su elemento;
Cuya ambicion extraña
Gozarse á tiempos deja
De la oficiosa abeja,
De la enconosa araña,
Una y otra libando de su seno
A un tiempo, aquella miel, esta veneno?
Así en el armonía
De la naturaleza
Saca el triste tristeza,
Y el alegre alegría;
Que artifice cada uno de su suerte,
La flor lozana en su pasion convierte.

GILETA.

Pardiobre, que yo he escuchado
Vuesa voz; y aunque no entiendo
Bien de arañas ni de abejas...

PEROTE.

Lo de las arañas, niego.

GILETA.

Vos teneis mucha razon
En tener tal sentimiento,
Y mas si es porque pretenden
Casaros: no os aconsejo
Que os caseis.

LAURA.

¿Por qué, Gileta?

GILETA.

Por mucho. Mas oye aquesto.
Cria un padre una hija suya
Con grande recogimiento,
Guárdala del mismo sol,
Trata darla estado, y luego
Toda la guardada hija
Entrega á un hombre el primero
Dia que la ve; y la triste

Doncella, que aun no vió al cielo,
Dentro de la cama al novio
Le escucha el primer resquiebro:
¡Huego de Dios en la hacienda!

PEROTE. (*Ap.*)

Aquí tengo yo mal preito.
El novio voy á buscar,
Para decirle esto mesmo. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DIANA, LAURA, GILETA.

DIANA.

Graciosa está la villana.

GILETA.

Por muchas gracias que tengo,
Nunca me habeis dado nada.

DIANA.

Dices bien: ¿qué quieres?

GILETA.

Quiero
Un vestido que dijisteis
Que me dariais, al tiempo
Que trataba de casarme.

DIANA.

Yo te le daré.

GILETA.

Sea luego,
Que es darle dos veces.

DIANA.

Laura,
Dale un vestido al momento
A Gileta.

LAURA.

Sí daré;
Mas con calidad, que puesto
Le ha de traer cuatro dias.

GILETA.

Sí traeré, y aun cuatrocientos.

DIANA.

¿Qué dices?

LAURA. (*Ap. á Diana.*)

Con desatinos
Templar, señora, pretendo
Tus penas; fuera de que
No es nuevo en palacio esto
De dar á un trasto vestidos
Con la pension de traellos;
Y no dejará de ser
De algun entretenimiento.

GILETA. (*Ap.*)

Con calidad de traerle
Me dan el vestido, y creo
Que si de no traerle fuera
La condicion, el concierto
Fuera mas ínficil. Ya
Por ponérmele me muero:
Apostaré que en pensarlo,
En toda la noche duermo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DIANA, LAURA.

LAURA.

Ya que estás sola, señora,
Decirte una cosa quiero.
Ya sabes que yo en Milan
Me crié, donde á Fisberto
Conocí: pues esta tarde
Desde el balcon del terrero
Le he visto. Sin duda á verte
Ha venido de secreto,
Bien así como solia
Crotaldo.

DIANA.

No hables ya en eso.
¡Qué bien de todas las cosas
Dijo un celebrado ingenio,
Que tenian dos semblantes,
Uno malo y otro bueno,
Y que á la luz que las miran
Parecen bien! Mis afectos
Lo prueban, pues siendo una
La accion en los dos, pues siendo
Una en los dos la fineza,
Una estimo, y otra siento;
Una agradezco, otra lloro;
Una admito, otra aborrezco;
Una adoro, y otra culpo.
Mas ¿qué mucho, si las veo,
Una á la luz del amor,
Y otra á la luz del desprecio?

ESCENA XV.

EL DUQUE DE MANTUA. — DIANA, LAURA.

DUQUE.

Diana.

DIANA.

Señor.

DUQUE.

A buscarte
A aquestos jardines vengo.
Un mercader ha llegado
Hoy á Mantua, que sabiendo
De tus bodas, ha traido
El mas caudaloso empleo
En joyas, que ha visto el sol;
Y yo, como siempre atento
A tu gusto vivo, he dado
Licencia que entre aquí dentro,
Porque te quiero feriar
Las que tú escogieres. — Luego
Le decid que entre, que yo,
(*A Laura, que se va y vuelve.*)
Porque al Duque escribir quiero
De Milan, no quedo á ver
Las joyas que escoges. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

FISBERTO, CELIO, LAURA. — DIANA.

FISBERTO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Pues todos juntos amais,
Dad favor á mis deseos.

CELIO. (*A Fisberto.*)

Llega ya.

FISBERTO. (*A Diana.*)

A besar tu mano,
Cobarde y turbado llego.

LAURA. (*Ap. á su ama.*)

Señora.

DIANA.

¿Qué dices, Laura?

LAURA.

Que el mercader es Fisberto.

DIANA.

No te dés por entendida.

CELIO. (*Ap. á su amo.*)

Ciego estás.

DIANA.

Alzad del suelo.
(*Ap.* Disimular me conviene.)

FISBERTO.

En las alas del deseo,
(*Ap.* Si no en las del ciego dios.)
Confiado llego á vos
De hacer el mayor empleo.
Que busqué, señora, creo,
Para atreverme á llegar
Aquí, cuanto el singular
Planeta del oro encierra,
En los senos de la tierra,
Y en las entrañas del mar.

DIANA.

Pues no sé si habeis venido
A tiempo que hacer podais
El empleo que esperais;
Porque yo (¡pierdo el sentido!)
De otras joyas que ha traido
Igual artifice, creo
Que satisfice el deseo,
Y anduve tan liberal,
Que no me quedó caudal
Para hacer segundo empleo.

FISBERTO.

Verlas, precios son bastantes,
Destas joyas: vedlas pues.

DIANA.

¿Qué es esta primera?

FISBERTO.

Es
Un dios de Amor de diamantes.

DIANA.

No hay amores tan constantes.
Tomad.

FISBERTO.

Ved esta extremada
Firmeza.

DIANA.

¿Por qué esmaltada
De negro, y con tal tristeza?

FISBERTO.

Porque no fuera firmeza,
Si no fuera desdichada.
Un águila, que está viendo
Al sol, gran señora, es
Esta de esmeraldas; pues
El verde color, entiendo
Que está aquí como diciendo:
«La esperanza es el crisol
De tanto hermoso arrebol.»

DIANA.

Bastante disculpa alcanza.
Quédese con su esperanza
Quien solo ha de ver al sol.

FISBERTO.

Un pelícano, que abierto
Tiene el pecho de rubíes,
En su sangre carmesíes,
Es este, que yace muerto
De su amor.

DIANA.

¡Qué mal advierto,
Por los sangrientos despojos
De su pecho sus enojos!

FISBERTO.

¿Por qué, señora?

DIANA.

Porqué
Mal en el pecho se ve
Lo que no se ve en los ojos.

FISBERTO.

Pues tales las joyas son
Que bien no han de parecer,
Aunque pensaba esconder

Esta caja mi atencion,
Ya es de enseñarla ocasion:
Descúbranla mis desvelos.
De zafiros, que á los cielos
El color hurtan sutil,
Es aqueste áspid gentil.
(*Ap.* Que áspid y azul son los celos.)

DIANA.

Atrevido mercader,
Tambien la podeis guardar;
Que vuestra no ha de quedar
Ya ninguna en mi poder.
Mas joyas no he menester,
Enigmas de otros desvelos,
Cifras de otros desconsuelos;
Ni son dignas de mi honor
Joyas que empieza el amor,
Y las acaban los celos.
(*Vanse Diana y Laura.*)

ESCENA XVII.

FISBERTO, CELIO.

FISBERTO.

Sin duda me ha conocido,
Pues desta suerte me ha hablado.

CELIO.

¿Qué mucho, si tú has andado
Tan ciego y inadvertido,
Que sabiendo que ha corrido
Voz de que aquí estás, señor,
La hablas así?

FISBERTO.

¿Ya en rigor
No se sabe que ha de ser
Fuerza que ha de suceder
Siempre á un error otro error?
Y pues el primero fué
(¡Qué curiosidad tan vana!)
No casarme con Diana,
Sin verla, no admires que
Deste error muchos que haré
Se sigan, que desde aquí
Cesarán, pues ya la vi,
Y decir puede mi ardor,
Que he sido César de amor,
Pues que llegué, vi y vencí.
Hermosa la imaginé;
Mas no pudo, no, igualar
De mi idea el ejemplar
Al objeto que admiré.
¡Feliz yo que lograré
Su beldad! Que haber venido,
Y estar ó no conocido,
No importa; que no han dañado
Finezas de enamorado
Los méritos de marido.
Vamos á Milan, porqué
Vuelva en público á lograr
La belleza singular
De tan merecida fe.
En alas del viento iré;
Aunque si el ir considero
Que es alejarme, ¡oh lijero
Céfiro, que á tí te igualas!
No me dés para ir las alas,
Que para volver las quiero.

ESCENA XVIII.

GILETA, PEROTE. — FISBERTO, CELIO.

PEROTE.

¿No es hora de que salgais
Del jardin?

GILETA.

Sin duda quieren
Quedarse á dormir, Perote,
Con nosotros sus mestedes.

PEROTE.

Con vos, vaya; mas conmigo,
Juro á ños, que tal no queden.

FISBERTO.

Divertidos en mirar
Estos cuadros excelentes,
Nos detuvimos.
(*Vanse Fisberto, Celio y Perote.*)

GILETA.

Atranca,
Luego que fuera los dejes.

ESCENA XIX.

LISARDO. — GILETA.

LISARDO. (*Ap.*)

Ya que el ave de la noche
Las alas nocturnas tiende,
A cuya confusa sombra
Cadáver el mundo duerme,
Recorrer quiero el jardin,
Por ver si el amor ofrece
La ocasion que he procurado.

GILETA. (*Ap.*)

El jardinero es aqueste,
Que con estar tan velada,
Tan desvelada me tiene.

LISARDO.

Gileta, ¿qué haces aquí?
¿No es hora de recogerte
Ya?

GILETA.

Si hubiera de dormir,
Sí; mas quien ama, no duerme.

LISARDO.

Si fuera el dichoso yo
Que ese cuidado te debe...

GILETA.

¿Qué hiciérades?

LISARDO.

Te abrazara
En albricias muchas veces.

GILETA.

Pues empezad á abrazarme;
Que vos sois, aunque le pese
A Perote.

ESCENA XX.

PEROTE. — GILETA, LISARDO.

PEROTE.

(*Para sí.* Ya está echada
La tranca... aunque me parece
Que levantada estoviera
Mijor: sí, para molerles...
¡Ay, honor! disimulemos.)
Gileta.

GILETA. (*Ap. á Lisardo.*)

Perote vuelve.

LISARDO.

(*Ap. á Gileta.* No os turbeis.) Dadme,
Los brazos. [Perote,

PEROTE.

El me parece
Que se anda abrazando á roso
Y velloso.

LISARDO.

Bien se debe
Esto á nuestro parentesco.

PEROTE.

¿Luego ya somos parientes?

LISARDO.

Preguntó Gileta cómo
Mi nombre, Perote, fuese;
Y apénas «Benito» dije,
Cuando ella dijo: «De aquese
Nombre un primo tuve yo,
Que fué seis años há ó siete
A la guerra.» Y de uno en otro,
Apuramos finalmente
Que somos primos.

PEROTE.

¿Carnales?

GILETA.

Pescadales solamente
Bastara.

PEROTE.

Porque Diana,
He oído, que al jardin vuelve
A tomar el fresco sola,
Como algunas noches suele,
Con sus damas, y han mandado
Que solo el jardin se quede,
Señor primo, no só agora
Mas largo en agradecerle
El primazgo.

LISARDO.

Dios te guarde.

PEROTE.

Ven, Gileta, á recogerte.

GILETA.

Adios, primo.

LISARDO.

Prima, adios.

PEROTE. (*Ap.*)

¡Prega á Dios que no me cueste
Caro el primo! Que no sé
Qué se me ha puesto en la frente.
(*Vanse Perote y Gileta.*)

LISARDO.

Viento en popa corre amor
En el mar de los desdenes;
Y pues á Crotaldo el cielo
Tan buena ocasion le ofrece,
Que baja al jardin Diana,
A gozar dichoso llegue
La ocasion, y haga despues
Fortuna lo que quisiere. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DIANA, LAURA.

DIANA.

Nadie me siga: yo sola
Sobre el catre que guarnecen
Los mullidos transportines
De rosas y de claveles,
Recostada miraré
Si el aura que sopla alegre,
Si el cristal que suena blando,
Si el jardin que espira fértil,
Sueño infunden; que aunque es cierto
Que el que está dormido muere,
En mí es al reves; que un triste
Solo vive cuando duerme.
(*Vase Laura.*)
Y puesto que ya estoy sola,
Troncos, hojas, flores, fuentes,
Si el viento os ha dicho alguna
Vez de cuántas se va y viene,
Que hay un triste en otra parte,
Preguntadle, ¿si ser puede,
Que sienta mas que yo?

ESCENA XXII.

CROTALDO. — DIANA.

CROTALDO.

Sí,
Porque por tí y por él siente.

DIANA.

¡Válgame el cielo? ¿Qué miro?
¿Quién á esta hora... desta suerte...
Aquí?... ¿Cómo?... Hablar no puedo.
¡Cuánto un temor enmudece!
¿Quién es?

CROTALDO.

No te turbes, bella
Diana; que aunque no puede
Quién es referirte...

DIANA.

¡Ay triste!

CROTALDO.

Podrá al ménos responderte
Quién ha sido; que en efecto,
Muerto á sus pasados bienes,
Ya es cadáver de sí mismo
Un triste que estuvo alegre.

DIANA.

Crotaldo, ¡tú en el jardin!
Pues ¿cómo á pasar te atreves
El coto de aquellas rejas?
¿A qué propósito emprendes
Tan vanas temeridades?
¿Qué solicitas? Qué quieres?
Si ves que muertas á manos
De tantos inconvenientes
Tus esperanzas (las mias,
Decir quisiera) fallecen;
Si sabes que ya mi padre
(No sé si á decirlo acierte)
Traidor alcaide de un alma,
Por trato (¡ay de mí!) la vende
A ajeno dueño; si miras
Que te pierdo y que me pierdes,
¿Qué quieres de mí, Crotaldo?

CROTALDO.

Que me escuches solamente:
Que aunque otras veces te he dicho
Mis penas, y aunque otras veces
Las has escuchado (mudos
Testigos son estas redes),
Hoy por despedida, quiero
Que aquí de todas te acuerdes,
Porque mi difunto amor
Solo este consuelo lleve
De que descansó al decirlas.

DIANA.

Di, Crotaldo, brevemente.

CROTALDO.

Haz tú breves mis desdichas,
Y haré yo mis quejas breves.
Un dia á Parma llegó
Un pintor tan excelente,
Que hurtó á la naturaleza
Los matices y pinceles.

DIANA.

Ya sé que por vanidad
De un arte tan eminente,
Llevó retratos de cuantas
Hermosísimas mujeres
Tiene Europa; y que uno mio
Llevó, me has dicho otras veces.
No me digas lo que sé.

CROTALDO.

Si los amantes no hubiesen
De hablar siempre en lo que saben,
¿Qué tendrian que hablar siempre?
Delante del tuyo, todos
Estaban, bien como suele
Confusa tropa de flores,
Mal pulidas y silvestres,
Ante la rosa su reina,
Que el caduco imperio tiene
De las flores.

DIANA.

No te paren
Pinturas impertinentes.

CROTALDO.

Pintada te vi, en efecto
Porque mas vitoria fuese
Rendirme así, y al retrato
Le dije de aquesta suerte:
Bellísima deidad, que repetida
De uno y otro matiz, vives pintada:
Bellísima deidad, que iluminada
De un rasgo y otro, animas colorida:
¿Cómo, di, en esa lámina sin vida
Tienes mi vida á tu beldad postrada?
¿Cómo, di, en ese bronce inanimada,
Tienes el alma á tu poder rendida?
Si nació con estrella tan segura
Tu dueño, y él no mas es señor della,
El influjo que debe á luz mas pura,
Vuelve á tu original, ¡oh copia bella!
Que es mucha vanidad de una hermosura
Querer estar pintada con su estrella.
Dije... Pero poco dije,
Que no hay voces elocuentes,
Que á satisfaccion de un alma
Digan nunca lo que sienten.
De un ardor en otro ardor,
Me fui empeñando de suerte,
Que sabiendo que á tus años
(Por siglos desde hoy los cuentes),
Se celebraban en Mantua
Unas justas excelentes,
Me atreví en ellas á entrar
Aventurero dos veces,
Una por la justa, y otra
Por mi peligro.

DIANA.

Detente:
Aquí es bien que yo tambien,
Pues no me olvido, me acuerde.
Al tiempo que ya en la plaza
Galan mi primo Don Félix,
Príncipe de Ursino, y cuantos
Ilustres Italia tiene,
Daban con las rotas astas
De uno en otro freno fuerte
Flechas á Amor, una trompa
Sonó...

CROTALDO.

Yo seré mas breve.
Y sin padrino, calada
La sobrevista, en un fuerte
Bridon entré.

DIANA.

Tan gallardo,
Que Vénus dudó que fueses,
O Adónis por lo galan,
O Marte por lo valiente.
Tres lanzas corriste, dando
En rotos pedazos leves
Tantos átomos al sol,
Cuantos en rayos enciende,
Pues las que suben astillas,
Vuelven ascuas, ó no vuelven.
Ganaste el premio, que fué
De oro un reloj, que guarnecen
Mil diamantes.

CROTALDO.

Y ofreciendo
El premio á tu sol luciente,
Con el trompeta otra vez
Me salí, sin conocerme.

DIANA.

Cesó la fiesta, y apénas
A solas yo en mi retrete
Me vi con soledad, cuando
Dije al reloj desta suerte:
Basilisco del tiempo, tú que doras
Con la tez hoy del oro y los diamantes
El veneno que á todos por instantes
Da la muerte, que á todos das por horas
¿Cómo el punto que muestras, ese ignoras
Pues no abrevias aquel, en que inconstantes
Influyen su rigor astros amantes?
Pero cuéntaslos tú, no los mejoras.
Si la casa de Vénus terminada
Quieres saber, ¡oh sábia astrología!
Yo en un reloj la tengo señalada.
Tu astrolabio será la suerte mia:
Mira en mí, y él de un alma enamorada
El minuto, el instante, la hora, el dia.
Dije, y no mucho, pues mas
Sentí el no saber quién fueses.
Luego lo supe, porqué
Laura me habló en tí.

CROTALDO.

Detente,
Que á mí me toca decir
Que mi cuidado prudente
Pudo granjear á Laura.

DIANA.

A mí dirás, que rebelde
Al principio la escuché.

CROTALDO.

¡Cuánto lloré tus desdenes!

DIANA.

Mas pudo (¿qué no podrán
Ansias de amor?) merecerme
Tu fineza algun cuidado.

CROTALDO.

¡Cuánto estimé yo saberle!

DIANA.

Domesticado el rigor,
Recibí algunos papeles.

CROTALDO.

¡Con cuántas almas escritos!

DIANA.

Y dí lugar, que pudieses
Hablarme por esas rejas.

CROTALDO.

¡Con cuánto contento á verte
Todas las noches venia,
A pesar de inconvenientes!
¡Y plegue á Dios que él me falte,
Si no le pedí mil veces,
Por no volverme sin tí,
Que allí me diera la muerte!

DIANA.

En este tiempo, mi padre
Trató...

CROTALDO.

¿Qué? Decirlo puedes.

DIANA.

De casarme con Fisberto.

CROTALDO.

¡Oh qué rigurosa suerte!

DIANA.

¿Qué pude hacer?

CROTALDO.

Lo que yo;
Que tambien mi padre quiere

Casarme con Flor mi prima,
Y yo...

DIANA

¡Ay infeliz!

CROTALDO.

Mil muertes
Antes me daré.

DIANA.

¡Ay, Crotaldo!
Eres hombre, y hacer puedes
Resistencias.

CROTALDO.

¡Ay, Diana!
Para hacer lo que no quieren,
No tienen mas privilegio
Los hombres, que las mujeres.

DIANA.

¡Oh! ¡á qué mal tiempo me has dicho
Que Flor ser tuya pretende!

CROTALDO.

No me has dicho tú á mejor,
Que Fisberto te merece.

DIANA.

Yo bien... Pero aqueste ruido
Mi voz, Crotaldo, suspende.
Vete, por Dios; no te hallen
Aquí.

CROTALDO.

Espera, oye, detente.
¿En qué quedamos?

DIANA.

En que
Te pierdo (¡ay de mí!) y me pierdes,
Y en que te suplico yo...

CROTALDO.

¿Qué?

DIANA.

Que no vuelvas á verme.

CROTALDO.

¿No hay remedio?

DIANA.

No le hallo.

CROTALDO.

Yo sí.

DIANA.

¿Cuál es?

CROTALDO.

Atreverse
A todo.

DIANA.

¿Cómo es posible?

CROTALDO.

Yéndonos...

DIANA.

No me aconsejes
Tan á costa de mi honor.

CROTALDO.

Pues no me digas que quieres,
Tan á costa de mi vida.

DIANA.

¡Pena injusta!

CROTALDO.

¡Trance fuerte!

DIANA.

En fin, ¿serás de otro dueño?

CROTALDO.

Yo lo seré, y tú lo eres,
Pues no te obliga mi amor.

DIANA.

No me digas mas, detente.
Pues mis celos no me obligan,
Di á tu amor que no se queje.
Para siempre adios, Crotaldo.

CROTALDO.

Diana, adios para siempre.

DIANA.

¿Que no he de volver á hablarte?

CROTALDO.

¿Que no he de volver á verte?

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

GILETA, *con el vestido que sacó Diana en la primera jornada.*

GILETA.

Apénas vi escrarecido
El primer albor, y apénas
En su tocador el sol
Deshizo las rubias trenzas,
Cuando en el cuarto de Laura
Ya estaba: ¡mal haya ella,
Que no me vistió hasta agora!
¿Qué dirá cuando me vea
Perote? que con cuidado,
No he querido que lo sepa,
Hasta que me vea vestida
Con este sayo de tela.
¡Qué linda estó! Solo traigo
Una cosa que me pesa;
Y es, que Laura, por hacerme
Comprida toda la fiesta,
Tambien me lavó la cara
Con un betun que se pega
A las manos, y el pellejo
Me estira de tal manera,
Que parece que le importa
Que á otra cara mayor venga.

ESCENA II.

PEROTE. — GILETA.

PEROTE. (*Para sí.*)

Apénas el sol dorado
Dijo: «Ox de aquí» á las estrellas,
Y ellas como unas gallinas
Huyeron, cuando Gileta
Saltó veloz de la cama;
Y siendo mas de la media
Tarde ya, no ha parecido:
¡Pregue á Dios que por bien sea!
Este primo que mos vino,
Sin saber por do mos venga,
Creo que deste reloj
Es despertador: Dios quiera
No hacerle de campanada,
Pues basta que sea de muestra.
Ni ella ni el primo parecen.
Mas esta es Diana, á ella
De Gileta he de quejarme,
Para ver si lo remienda:
Y por no enturbiarme, no
La veré la cara.

GILETA. (*Para sí.*)

Fea
Hoy, cada cosa en su tanto,
Es la diosa Viérnes mesma.

PEROTE.

Déme á besar esa mano
Vuestra Altura, ó vuestra Alteza.

GILETA.

(*Ap.* ¡Por Diana me ha tenido
Perote! Pues no me vea
Tan presto la cara. ¡Oh quién
Fingir gravedad supiera!)
Tomad, Perote.

PEROTE. (*Ap.*)

Par diez
Que huele á cochambre esta
Como la de mi mujer.
En fin, las ducas son hembras,
Y tienen sus humedades.

GILETA.

Decid, ¿qué quereis?

PEROTE.

Quijera
Que vuestra gran Duquería
Me remediara mis penas.

GILETA.

¿Cuáles son?

PEROTE.

Estó casado,
Y casado con Gileta,
Que es circonstancia que agravia.

GILETA. (*Ap.*)

Aquí es menester paciencia.

PEROTE.

Hásenos venido á casa
Un primo, que no nos deja
Comer ni dormir; y así
Intento, con tu licencia
(Que sin pedirla no es justo,
Siendo la señora nuesa),
Anublar el matrimoño;
Porque probando la juerza
Que me hizo el casamientero,
Que fué harta; por cosa cierta
Dice el lletrado, que es nublo,
Y quiero tocarle apriesa.
Y demas de aqueste primo,
No hay en ella cosa buena;
Que es fea sobre borracha,
Mentecata sobre fea,
Puerca sobre mentecata,
Y atrevida sobre puerca.

GILETA.

Mentís como un maridillo
De por ahí, y que la lengua
Pone en su mujer detras.

PEROTE.

¡Por San Babiles que es ella!

GILETA.

Craro está.

PEROTE.

¿Y haslo oido todo?

GILETA.

De pe á pa.

PEROTE.

¿Sin quedar lletra?

GILETA.

Nenguna, Perote.

PEROTE.

Pus
Lo dicho dicho, Gileta.
Y dejando en esta parte
Dimes y diréles, vengan
Dares y tomares. ¿Cómo
Vienen, y de qué manera,
Aquesos hatos?

GILETA.

No quiero
Decirlo, por si te pesa.

PEROTE.

Pues daréte yo con el (*Pégala.*)
Garrote, por si te huelgas.

GILETA.

¡Ay, qué gran bellaquería!
¡Ay, qué grande desvergüenza!
¡Con el palo da al vestido
De la señora Duquesa!
Séanme testigos.

PEROTE.

Yo,
Cuando aqueso verdad sea,
Por la fruta que está dentro,
Parto la cáscara fuera.

GILETA.

Dadla, no importa: el vestido
Se quejará á su Excelencia,
Que le tratais desta suerte.

PEROTE.

¡Luego es el suyo, en conciencia?

GILETA.

El mismo.

PEROTE.

Ya arrepentido,
De haberle dado me pesa.
Pero ¿cómo á tu poder
Hoy ha venido?

GILETA.

Ella mesma
Me lo dió.

PEROTE.

Cuando ella juese
Quien te le diese, Gileta,
¿No fué gran descortesía
Ponértele?

GILETA.

No, porque ella
Con calidad me le dió
De que puesto le trajera.

PEROTE.

¿Vestido de muesa ama,
Y con calidad expresa
De traelle? ¿Eres juglara?

GILETA.

¿Qué es Juen-clara?

PEROTE.

Pracentera.

GILETA.

¿Qué es praza entera?

PEROTE.

Presona
Entretenida.

GILETA.

¿Y qué es esa
Entretenida?

PEROTE.

Bufona:
¿Quiéreslo mas craro, bestia?

GILETA.

Ni aun tanto.

ESCENA III.

DIANA, LAURA.—GILETA, PEROTE.

LAURA.

Si no te ries,
Imposible es tu tristeza
De divertir.

DIANA.

Tu argumento
Es fuerte: nada te niega
Mi dolor.

LAURA.

Está extremada
Con el vestido Gileta.

GILETA.

¡Señora!

LAURA. (*A Gileta.*)

Por la merced
Besa la mano á su Alteza.

GILETA.

Béseme ella á mí la mano;
Que vestida de oro y seda,
Aunque me llaman bufona,
Tan Duca soy como ella.

DIANA.

¿Que digas que puede dar
Gusto frialdad como esta?

LAURA.

Al que está triste, nada hay,
Señora, que le divierta.
Pero ¿qué hay perdido en esto?

PEROTE.

Solo el juicio de Gileta,
Y él es, señora, tan poco,
Que no importa que se pierda.

GILETA.

El es mas que mereceis
Vos descalzar.

DIANA.

Salíos fuera
A reñir.

PEROTE.

Para reñir,
Aquí estamos bien.

DIANA.

¡Qué pena
Es la que me aflige?

LAURA.

Idos,
Que está triste la Duquesa.

PEROTE.

Yo me iré; tú no te vayas,
Que para ahora son, Gileta,
Las bufas: enjerce, enjerce.

GILETA.

No sé qué es: á buena cuenta,
Digo que mientes, y voime.
(*Ap.* Porque mi afrento me lleva
Hasta encontrar con Benito,
Para que hermosa me vea.)

(*Vanse Gileta y Perote.*)

ESCENA IV.

DIANA, LAURA.

LAURA.

Ya estás sola: dime agora
Bella Diana, qué nueva
Ocasion dan tus pesares,
A que de nuevo los sientas

DIANA.

Aunque no ves añadir
Nueva causa á mi dolor,
Cómo puede ser mayor,
Laura, te quiero decir.
¿Nunca has llegado á advertir
Una hoguera en que está ciego
El humo, aventarse, y luego
Alzar grande llama, y no
Porque el fuego se añadió,
Sino porque se vió el fuego?
Yo así, el tiempo que obligada
De Crotaldo y asistida
Viví, viví enmudecida;
Hoy (¡ay de mí!) que olvidada
Muero, muero declarada.
Mis cenizas su rigor
Sopló, avivando el ardor;
Mas no añadiéndole: luego,
Aunque no es mayor el fuego,
Puede parecer mayor.
Bien pensé que no pasara
Aquella galantería
De una libre fantasía,
Que en sí misma se acabara:
Bien pensé que no tocara
En mas que ser liberal,
Galante afecto leal:
Bien pensé... Mas ¿para qué
Digo tanto *bien pensé*,
Puesto que pensé tan mal?
Y basta decir que al ver
Se sigue luego el mirar;
Del mirar el preguntar,
Del preguntar, el saber;
Del saber, agradecer;
Del agradecer, venir
A hablar; del hablar y oir,
A sentir; porque en rigor,
Es toda la edad de amor
Desde el ver hasta el sentir.
En este estado vivia,
Cuando mi padre trató
Casarme en Milan, y yo
Prudente le obedecía;
Que aunque á Crotaldo queria,
Como Crotaldo me amaba
Y verme casar lloraba,
No via mi mal cruel;
Que verle sentir á él
Por consuelo me bastaba.
Entró una noche hasta aquí:
Amante me persuadió
Mil locuras, á que yo
Constante le respondí.
Y rogándole (¡ay de mí!)
Que en su vida no me viera,
Le despedí ingrata y fiera.
¡Mal haya, mal haya, amén,
Quien manda una cosa á quien
No quisiera que la hiciera!
Dígalo yo, que he llorado
El ver que me obedeció,
Y en su descuido nació
Segunda vez mi cuidado.
Cuando rendido y postrado,
El lloró, gimió y sintió,
Consuelo mi pena halló;
Mas ya que no (¡hado cruel!)
Siente, gime y llora él,
Lloro, gimo y siento yo.
Y así estoy determinada...
(*Ap.* Pero ¿qué digo? No estoy;
Que en efecto soy quien soy.
Detente, lengua turbada,
Porque no ha de saber nada
Laura.) Este en efecto ha sido
El nuevo ardor que he sentido,
No porque fuego se ha echado;
Sino que arde hoy declarado,
Y humeó ayer escondido.

LAURA.

Propria condicion del bien,
Señora, es no conocelle...

DIANA.

¿Hasta cuándo?

LAURA.

Hasta perdelle.

DIANA.

Agora sí has dicho bien,
Pues yo no supe... Mas ¿quién
Hace en esas hojas ruido?

LAURA.

Fabio el jardinero ha sido.

DIANA.

(*Ap*. Obre mi pena cruel.)
Déjame, Laura, con él;
Que quiero (*Ap*. En vano he temido.)
Reñirle, para saber
Cómo Crotaldo aquí entró,
Y si otras noches llegó.

LAURA.

En todo he de obedecer. (*Vase*.)

ESCENA V.

FABIO. — DIANA.

DIANA.

(*Ap*. ¿Qué dudo, si esto ha de ser?
No me acobardes agora,
Honor; que quien firme adora,
En nada ha de reparar,
Y mas si se ve olvidar.)
Fabio.

FABIO.

¿Qué mandas, señora?

DIANA.

Muy enojada con vos
Estoy.

FABIO.

Y yo muy turbado
De haberte (¡ay de mí!) escuchado.

DIANA.

¿Qué hombres son...

FABIO. (*Ap*)

¡Válgame Dios!

DIANA.

Los que algunas noches há
Entraron á este jardin?
¿Con qué intento, ó á qué fin
Abierta su puerta está,
Sabiendo que suelo en él
Estar yo?

FABIO.

Señora, yo
(*Ap*. Lisardo á perder me echó)
Solo sé que soy fiel
Criado tuyo; y que sería,
Digo yo, algun jardinero,
Si hay aquí alguno.

DIANA.

No quiero
Que os disculpeis este dia.
Para lo que yo he pensado,
Fabio, en que vos me sirvais,
Disculpas no prevengais;
Que os he menester culpado.

FABIO.

No os entiendo.

DIANA.

Pues yo sí
Os entiendo, Fabio, á vos.
Solos estamos los dos:
Yo sé que entra gente aquí,
Y que vos quién son sabeis,
Que vos el paso les dais,
Que la puerta les guardais,
Y que espaldas les haceis.
Y pues disculparos no
Podeis, y pues esa puerta
Para que otro entre está abierta,
Estélo para que yo
Salga tambien, advirtiendo
Que habeis de ir donde yo fuere;
Que valerse de vos quiere
Mi osadía, porque entiendo
Que así el riesgo facilito;
Pues ayudarme hoy es bien
Para un delito, de quien
Es cómplice en el delito.
Y pues ya la noche fria
Con desmayado arrebol
Da prisa, diciendo al sol
Que se vaya con el dia,
Aquesta joya tomad.
Dos caballos prevenidos
Haya en el parque escondidos.
Obedeced y callad,
Porque mi resolucion,
De vos valiéndose así,
Intenta hacer desde aquí
Lealtad la que era traicion.
Esto no salga de vos,
Pues á callar os convida
Mi opinion y vuestra vida.
Cuidado y secreto. Adios. (*Vase*.)

ESCENA VI.

FABIO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Diana que fuí yo, ha pensado,
Quien paso á Crotaldo ha dado
(Y ha pensado bien, pues fuí
Quien á Lisardo le dió),
Y que de mí se fia, arguyo,
Como confidente suyo:
¿Qué haré en este lance yo?
Si descubro su secreto,
Es solicitar mi muerte;
Si le encubro, es caso fuerte
Lo que encubro: ¡extraño aprieto!
A Lisardo he de buscar,
Para darle cuenta desto;
Mas no sé dónde, supuesto
Que hoy no le he podido hallar.

ESCENA VII.

PEROTE. — FABIO.

FABIO.

Perote.

PEROTE.

¿Qué hay?

FABIO.

¿Sabes, di,
Adónde Benito está?

PEROTE.

Gileta te lo dirá.

FABIO.

¿Gileta lo dirá?

PEROTE.

Sí,
Que es su primo muy amado.

FABIO.

¡Qué excusado impertinente!

PEROTE.

¿Qué mucho, siendo él pariente
Subsidio, que sea excusado?

FABIO.

(*Ap*. ¿Qué puedo hacer? Mas ¿qué dudo
Hacer lo que debo yo?
Diana de mí se fió,
Cuando de otros muchos pudo:
Pues que he de ayudarla es llano,
Y es el mas honrado acuerdo,
Pues si un duque en Mantua pierdo,
Otro duque en Parma gano.)
¿Oyes, Perote?

PEROTE.

Señor.

FABIO.

Aunque tan oscura viene
La noche, que el ceño tiene
Lleno de sombras y horror,
Me importa esta noche ir
Fuera de aquí. Haz por tu vida
Que esté toda recogida
La gente, por si salir
Al jardin quiere Diana;
Y adios, que de prisa estoy,
Y no me esperes por hoy. (*Vase*.)

PEROTE.

¿Yo? No haré, ni aun por mañana,
Ni aun por esotro en conciencia;
Antes de verte ir me alegro,
Porque no es albaja un suegro
Para contarle la ausencia.

ESCENA VIII.

CROTALDO, LISARDO.—PEROTE.

LISARDO.

Pues que tan de noche es ya,
Bien puedes entrar conmigo.

PEROTE.

¿Quién va allá?

LISARDO.

Perote amigo,
Deteneos.

PEROTE.

¿Quién va allá?

LISARDO.

Benito: ¿quién ha de ser?

PEROTE.

¡Señor y primo! ¡qué error!
Hoy que mi suegro y señor
Os ha habido menester,
¡No venis en todo el dia!
En verdad que muy inquieta
Habeis tenido á Gileta,
Vuesa prima, y mujer mia.

LISARDO.

Tuve cierto inconveniente.

PEROTE.

¿Quién viene con vos?

LISARDO.

Ha sido
Un deudo: á verme ha venido.

PEROTE.

¿Luego ya hay otro pariente?

CROTALDO.

Y que desde aqueste dia
Muy vuestro amigo será.

PEROTE.

¿Han vido lo que se va
Creciendo la alcurnia mia?
Vo á decir á mi mujer
Que hay otro primo en campaña,
Que venga á abrazarle: ¡extraña
Familia debe de ser! (*Vase*.)

ESCENA IX.

CROTALDO, LISARDO.

CROTALDO.

No pudimos excusar
El verme.

LISARDO.

No importa nada.
Pero ya que en este traje,
Bien como el sol entre pardas
Nubes, tantos resplandores
Disimulas y disfrazas;
Ya que dentro del jardin
Tener ocultas me mandas,

Para los dos prevenidas,
De acero y de fuego armas;
Ya que á su puerta has dejado
Criados que las espaldas
Te guarden, y en ese parque
Una carroza emboscada;
Dime, señor, ¿qué es tu intento?
Para hablar hoy á Diana,
Despues de seis ú ocho dias
Que de los jardines faltas,
¿Has habido menester
Hacer prevenciones tantas?

CROTALDO.

¡Ay, Lisardo! á mas empeño
La ambicion de mi amor pasa;
A mas riesgo se despeña,
Y mas peligros le arrastran;
Que el doliente, á cuya vida
Imposible es la esperanza,
De otro imposible ha de hacer
Contraveneno á sus ansias.
No quise decirte, cuando
Te llamé aquesta mañana
A aquese fuerte que está
De Mantua y Parma á la raya;
Cuando te dije que hicieras
La prevencion de las armas,
Y cuando traje, en efecto,
Esa gente que me aguarda,
La causa, porque tú entónces
Dificultades no hallaras;
Pues aunque buenos, no fueran
Tus consejos de importancia.
Agora sí, te diré
De mis intentos la causa,
Porque dentro del peligro
Es necio quien le repara;
Que una cosa es prevenirse,
Visto desde afuera, para
No entrar en él, y otra cosa
Es dentro dél, cara á cara
Mirarle, para salir
Dél con valor ó con maña.
Destos dos estados, pues,
Lisardo, en el que te hallas,
Es en el de mirar cómo
Hemos de salir; pues basta
Decirte que en él estamos,
Con tan grande, tan extraña
Resolucion, que no hay otro
Medio para mi desgracia
Que morir, pues que no habemos
De volverle las espaldas.
Yo adoro á Diana, amigo,
De tal suerte, que es Diana
El aliento de mi vida,
La inspiracion de mi alma:
Luego no vivo sin ella;
Y mas cuando con tirana
Accion otro dueño tome
Posesion en mi esperanza.
Decirme que el tiempo puede
Hacer que llegue á olvidarla,
Es delito, no consejo:
¡Oh mal haya, amen, mal haya
El primero que asentó
Tan vil, tan torpe, tan baja
Proposicion, como hacer
Argumento de que haya
Consuelo jamas de ver
En otros brazos su dama!
Miente quien dice que hay
Olvido: la prueba es clara;
Que si amor es una estrella,
Que influye en mí esta tirana
Pasion, y esta estrella siempre
Está en el cielo clavada,
¿Cómo faltará mi amor,
Miéntras mi estrella no falta?
Y siendo así que es forzoso
Que un hombre con ella nazca,
Es forzoso que con ella
Muera: luego es ciencia vana,
Que lo que hoy ha sido amor
Ser pueda olvido mañana.
Y así, intento aquesta noche,
Pues no puedo sin Diana
Vivir, morir de una vez,
Y no, Lisardo, de tantas:
A cuyo efecto he dejado,
Dese bosque entre las ramas,
La carroza, y á esas puertas
La gente que me acompaña.

LISARDO.

¿Qué es lo que habemos de hacer?

CROTALDO.

Lisardo amigo, robarla.
No me repliques: ya sé
Que vas á decir la extraña
Enemistad que han tenido
Nuestra sangre y nuestras casas,
Que teniendo en esta accion
Quejoso á Milan y á Mantua,
Ha de quedar destruida,
Sin defensa alguna, Parma.
Todo lo tengo mirado,
Y todo no importa nada,
Como á Diana no pierda;
Pues logrando yo á Diana,
Con ella todo me sobra,
Sin ella todo me falta.

LISARDO.

A tanta resolucion,
No he de responder palabra,
Sino morir á tu lado.
Mas permite que te haga
Sola una pregunta.

CROTALDO.

Di.

LISARDO.

¿Está Diana avisada
De que tú la esperas?

CROTALDO.

No.

LISARDO.

¿Luego no es su gusto que hagas
Esta violencia?

CROTALDO.

Es así;
Mas no temo su desgracia.

LISARDO.

¿Cómo?

CROTALDO.

Como cuantas veces
Pedí esta licencia, tantas
Llorando me la negó;
Y supuesto que lloraba
El no dármela, Lisardo,
No me llorará el tomarla.
Y en fin, si como otras noches,
Esta noche al jardin baja,
Perdonará su respeto;
Que aunque le tiene quien ama,
Tal vez quien ama le pierde.

LISARDO.

Si las sombras no me engañan,
La puerta á la galería
De su cuarto abren.

CROTALDO.

Dos damas
Salen al jardin.

LISARDO.

Serán,
Sin duda alguna, ella y Laura.

CROTALDO.

Encubrámonos los dos
Entre estas espesas ramas,
Hasta asegurarnos bien
De cuál es. *(Escóndense.)*

ESCENA X.

DIANA, LAURA. — CROTALDO y LISARDO, *ocultos.*

DIANA.

(Ap. ¡Oh noche! ampara,
Pues de los hurtos de amor
Eres ya nocturna capa,
El mio.) ¡Qué blandamente
Hiere en las hojas el aura!

LAURA.

¡Y qué bien suena en las fuentes
Su apacible consonancia!

CROTALDO. *(Ap. á Lisardo.)*

Las dos son.

LISARDO.

Bien las dos voces
Conocí.

CROTALDO.

Solo nos falta
Reconocer destas dos
Cuál es Diana y cuál Laura;
Que fuera muy bueno errarlo,
Sobre prevenciones tantas.

LISARDO.

No lo presumas, y deja
Ese engaño allá á las farsas.
Acerquémonos un poco.

DIANA.

Laura.

LAURA.

Señora, ¿qué mandas?

DIANA.

Por ver si de mis tristezas
Puedo divertirme, llama
Los músicos.—¿Oyes? mira.
(Ap. ¿Qué haré yo para engañarla,
Y que se detenga mas?)
(Diana habla bajo con Laura, y Crotaldo aparte con Lisardo.)

CROTALDO.

Ya ¿qué evidencia mas clara
Habrá? pues la que quedare
Sola, Lisardo, es Diana.

LISARDO.

Supuesto que no es posible
Engañarnos ya, repara
En que saliendo de aquí,
Al ruido de las ramas
Podrá ver que se le acercan
Dos bultos, y es recelarla:
Y así es mejor por detras
Deste cenador, que espaldas
Nos hace, salir mas cerca
Della.

CROTALDO.

Bien dices.

LISARDO.

Mis plantas.
Sigue. *(Retíranse los dos.)*

LAURA.

Los músicos voy
A traer. *(Vase.)*

DIANA.

Yo no esperaba
Mas que enviarla, para irme
Adonde Fabio me aguarda,

ESCENA XI.

GILETA, *y detras* PEROTE, *siguiéndola.*—DIANA; *despues*, CROTALDO Y LISARDO.

GILETA. (*Ap.*)

¡Oh qué mal que se me hace
Desnudarme aquestas galas,
Sin que Benito las vea!
Yo he de ver si está ya en casa.

PEROTE. (*Ap.*)

Hasta ver adónde va,
Voy siguiendo á esta picaña

GILETA.

¿Es señora?

DIANA.

(*Ap.* ¿Mas que viene
A estorbarme esta villana?)
Sí, yo soy.
(*Vuelven por el otro lado Crotaldo Lisardo, y hablan aparte.*)

LISARDO.

Aun se están juntas
Las dos.

DIANA.

Gileta, aquí aguarda,
Y no te quites de aquí:
Ya vuelvo.

GILETA.

De buena gana.

DIANA. (*Ap.*)

Déme atrevimiento amor.
(*Vase retirando.*)

LISARDO.

¿Ves cómo Laura se aparta,
Y solo Diana queda?

CROTALDO.

Y de mas cerca mirada,
Lo dice mejor el mudo
Brillar de telas y galas.
Ya no podemos errarlo.

LISARDO.

Deja que se aleje Laura.

DIANA. (*Ap.*)

Quien no supiere de amor
No acuse, no, de liviana
Esta accion : aprenda á amar
El que hubiere de juzgarla. (*Vase.*)

PEROTE. (*Ap.*)

¿Qué hará aquí á solas Gileta?

LISARDO.

Ya no se descubre Laura :
Ahora es tiempo.

CROTALDO.

Perdona,
Hermosísima Diana, (*A Gileta.*)
O no perdones.—La puerta (*A Lisardo.*)
Coge, y nuestra gente llama.

GILETA.

¡Ay! ¡ay de mí!

CROTALDO.

No dés voces.
Con tu esposo vas.

PEROTE.

Se engañan
Vuesas mercedes : adviertan
Que es...

LISARDO.

Nadie diga palabra,
O le meterán, si hablare,
En el cuerpo cuatro balas.

PEROTE. (*Ap.*)

Marido só del Paular,
Y aun mas, que el paular me falta.

CROTALDO.

Lisardo, tú en la carroza
La pon, y excediendo al aura,
Vuela; que yo iré detras
Guardándote las espaldas.
Ya sabes dónde, al primero
Fuerte, término de Parma.
Venga ahora el mundo, pues ya
Está en mi poder Diana.
(*Vanse Crotaldo y Lisardo, llevándose á Gileta.*)

PEROTE.

Vayan muy enhorabuena
Sus mercedes, y si mandan
Otra cosa, me la avisen;
Que á mí no se me da nada
Por mí, sino por un primo
A quien Gileta hará falta.

ESCENA XII.

LAURA.—PEROTE.

LAURA.

Ya los músicos detras
Dese cenador... ¡Diana!
¡Señora! Pero ¡qué veo!
¡Estruendo dè gente y armas
A las puertas del jardin!
¡Traicion!

PEROTE.

No hables palabra,
Laura; que te meterán
En el cuerpo cuatro balas.

LAURA.

Dénme la muerte : no importa,
Si se llevan á Diana.

PEROTE.

Mijor lo hizo Dios conmigo :
Gileta es á la que agarran.

LAURA.

Tú eres traidor, y por que
Yo no dé voces, me engañas.

PEROTE.

El engañado yo fuera,
A no ser verdad tan clara.

LAURA.

Pues ¿cómo, viendo llevar
A tu mujer, no los matas?

PEROTE.

Como estos deben de ser
Gente del Refugio, que anda
Quitando, por caridad,
A las mujeres que causan.

LAURA.

No es sino temor que tienes.

PEROTE.

De que la vuelvan mañana.

LAURA.

Dime pues si fué Gileta
La que llevan.

PEROTE.

Sí, á Dios gracias.

LAURA.

Veré el palacio, y veré
Si por el ruido Diana
Huyó, y si el vestido hizo
Este engaño; mas si falta
De su cuarto, diré al Duque,
Por librarme, cuanto pasa,
Y que el que á Diana lleva,
Es el príncipe de Parma. (*Vase.*)

PEROTE.

Por esto es bueno ser uno
Callado. ¡Miren! Si habrara,
Pudiera ser que me hicieran
Algun disgusto en la panza;
Que esto de haberse llevado
A mi mujer, no me agravia;
Que ellos los cargados son,
Pues ellos llevan la carga. (*Vase.*)

—

Inmediaciones de un fuerte situado entre los confines de Mantua y Parma.

ESCENA XIII.

FLOR, SILVIA, PORCIA.

FLOR.

Melancólica salgo con el dia,
Por ver si la templada cetrería,
República del viento,
Que sus esferas puebla ciento á ciento
De azores y bornies,
De sacres, gerifaltes y neblíes
Divierte generosa
La presuncion de una pasion celosa.

SILVIA.

¿Quién pudo hoy á los cielos
Obligar á decir que tienen celos?

FLOR.

Quien á los cielos pudo
Obligar á sentirlos, no lo dudo.
Y pues á hablar tan claramente vengo,
Sepan el sol, la aurora, el alba, el dia,
Que tengo celos, y de quién los tengo.
Crotaldo, dueño infiel de mi albedrío,
Crotaldo, injusto ardor del pecho mio,
Es quien celos me ha dado,
Viendo que de Diana enamorado
(Ya lo he sabido) cada noche pasa
A Mantua disfrazado,
Mariposa del fuego en que se abrasa.
Sepan tambien la causa; que esta ha si-
De haber á aqueste fuerte yo venido, [do
Que es término de Parma y Mantua, don-
[de,
Para ir de noche, todo el dia se esconde;
Y sepan finalmente que hoy espero,
Pues muero, ver la pena de que muero.

SILVIA.

Presto estarás vengada,
Pues con el de Milan luego casada
Se verá.

FLOR.

Haste engañado;
Que perderla él no alivia mi cuidado.
Antes son mas mis celos,
Por lo que ha de perder.

ESCENA XIV.

DIANA. — DICHAS.

DIANA. (*Dentro.*)

¡Socorro, cielos!

FLOR.

¿Qué voz tan temerosa
Los vientos ha cortado lastimosa?

SILVIA.

En ese monte ha sido.

FLOR.

Ya no solo es asombro del oído,
Porque tambien los ojos

Se meten á la parte en los enojos.
¡No ves precipitado
Un bruto, que sin rienda, desbocado,
Subiendo peña á peña,
Por despeñarse mas, no se despeña?
Si la velocidad ¡ay Dios! permite
Bien el objeto que la vista admite,
Es mujer.

SILVIA.

Ya cayó el caballo, y ella,
Exhalacion, si no arrancada estrella,
Precipitada al suelo,
A nuestras plantas da.
(*Salé Diana, cayendo.*)

DIANA.

¡Válgame el cielo!

FLOR.

Infelice hermosura,
Si rayo no de la region mas pura,
¿Quién eres?

SILVIA.

Ni respira,
Ni habla, ni oye, ni mira.

FLOR.

Llama esos cazadores.

SILVIA.

Llegad todos, llegad.

ESCENA XV.

CAZADORES.—FLOR, SILVIA, PORCIA; DIANA, *desmayada; luego* FABIO.

UN CAZADOR.

¡Tristes rigores!

OTRO.

¡Qué miserable suerte!

FLOR.

Esa mujer llevad á aquese fuerte,
Y al alcaide decid que su remedio
Trate, buscando el mas extraño medio
Que á su salud importe.
Y despues volverémos á la corte; [ro,
(*Ap.* Que ver mis celos ya por hoy no quie-
Habiendo tropezado en este agüero.)
Llevadla pues. (*Llévanla, y sale Fabio.*)

FABIO.

Gallardas cazadoras,
¿Visteis, pues sois deste horizonte auro-
Una mujer que un céfiro corria? [ras,

FLOR.

¿Quién es esa mujer?

FABIO.

Una hija mia,
Que á la caza inclinada
Nació, para morir tan desdichada.

FLOR.

Esa mujer ¡oh miserable anciano!
En ese fuerte está, y aunque no es vano
El temor de su vida,
A su aliento veréis restituida.
No os aflijais, sin acudid á vella.
Tratad de su salud, y cuanto en ella
Hubiereis menester, pedid en nombre
De Flor; y porque triste no me asombre
Lástima semejante, lo que hubiere
Me avisad, si muriere ó si viviere.
(*Vase con sus damas.*)

FABIO.

¡Ay infeliz! ay triste! ay desdichado!
¡Qué buena cuenta de Diana he dado!
Como vió que ya el dia
Declaraba el peligro á que venia,
Dió los piés al caballo, que irritado
Se le desesperó, tan desbocado,
Que dejándome atras, vi sucedida
La mísera tragedia de su vida. (*Vase.*)

—

Sala en el fuerte.

ESCENA XVI

FABIO; *y luego*, EL ALCAIDE *del fuerte.*

FABIO.

Este es el fuerte, donde
En triste ocaso tanta luz se esconde.—
(*Sale el Alcaide.*)
Decidme, amigo, ¿qué aposento ha sido
Donde está una mujer que ahora han
Desmayada? [traido

ALCAIDE.

En aqueste recogida
La dejo, por si acaso la caida
Con el descanso un poco se repara.

FABIO.

No viviré hasta verla.

Voces dentro.

Pára, pára.

FABIO.

Un coche aquí ha llegado;
Mas ¿qué me importa? Acudo á mi cuida-
(*Vase.*) [do.

ALCAIDE.

¿Mas que es otra aventura peregrina?

ESCENA XVII.

LISARDO. — EL ALCAIDE; *despues*, GILETA.

LISARDO. (*Dentro.*)

Ninguno corra al coche la cortina,
Hasta que se prevenga
Al Alcaide.

ALCAIDE.

¡Oh Lisardo!

LISARDO.

Que se tenga
Una dama, que viene
En aquesa carroza, aquí conviene,
Del fuerte en lo mas íntimo y secreto,
Que es cosa de Crotaldo.

ALCAIDE.

Yo prometo
Servirla en cuanto pueda.

LISARDO.

Haz bien llegar el coche.

ALCAIDE.

Ya lo queda.

LISARDO. (*Entrándose.*)

Bien puedes apearte,
Bella Diana, porque en esta parte
Ocultarte conviene (*Saca á Gileta.*)
Miéntras llega Crotaldo, que ya viene,
Porque atras se ha quedado
Asegurando... ¡Ay Dios!

GILETA.

¿Hemos llegado,
Primo, do me traeis? Sí, pues discreta
Se paró en esta casa la carreta.

LISARDO.

(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué es lo que veo,
Que mirándolo mas, ménos lo creo?)
Villana (¡lance fuerte!),
¿Cómo has venido, dónde, ó de qué suer-
En aquesa carroza? [te

GILETA.

¿Pensaban que traian otra moza?
Pues yo só la traida.

LISARDO. (*Ap.*)

Hoy perderé la vida.

GILETA.

[do,
Y si fué vueso amor quien me ha obriga-
Decidme, ¿de qué estáis tan enojado?
Dejadle allá á Perote que le pese.

LISARDO.

(*Ap.* ¿Qué aquesto sucediese?
¿Qué hará Crotaldo ¡cielos! cuando vea
Que esta villana la robada sea?
Retirarme pretendo [diendo
Antes que él llegue á verla; porque en-
Que aunque él igual conmigo hizo el en-
[gaño,
Sobre mí solo ha de cargar el daño,
Sin mirar que su culpa me disculpa;
Que el poderoso nunca tiene culpa.
Y así, sepa el engaño deste dia;
Mas de otra boca, y en ausencia mia.)
Llevad aquesta dama, y de escondella
(*Al Alcaide.*)
Tratad donde ninguno pueda vella.—
(*A Gileta.*) Vete de aquí. ¡Qué penas!
¡qué molestias!

GILETA.

¿Han vido? Sí se irán, que no son bestias.
¡A fe que de otra suerte mos habraba,
Cuando villano en muesa tierra estaba!
(*Vase Gileta con el Alcaide.*)

LISARDO.

Quitarme agora quiero
Delante de Crotaldo, porque infiero
Mi muerte, si le aguardo.
Aquí no me ha de hallar.

ESCENA XVIII.

CROTALDO, CRIADOS.—LISARDO.

CROTALDO.

¿Dónde, Lisardo,
El sol está que adoro?
Dónde la estrella, cuya ausencia lloro?
Dónde el hermoso dia?
Dónde la luz que al alba desafía?
Que yo, porque viniera
Mas segura, pensando ¡ay Dios! que era
Gente que la seguia,
Una tropa que acaso acá venia,
Me detuve por vella,
Y asegurarme con reconocella.
¿Cómo no me respondes?
¡El color mudas, y la voz escondes!
Dime, ¿dónde escondido
Está el rayo del sol que hemos traido
Dónde le has ocultado?

LISARDO.

Ese rayo que al sol hemos hurtado
En este fuerte está: al Alcaide dije
Que en él la retirara.

CROTALDO.

¿Qué te aflige,
Si en él está? Qué teme tu cuidado?
Iré á verla, y en lágrimas bañado,
La pedirá perdon mi atrevimiento,
Aunque mi amor disculpará mi intento.
(*Vase.*)

LISARDO.

Yo, ántes que llegue á verla, me retiro.
(*Vase.*)

CRIADO 1.° (*Ap.*)

Extrañas cosas son estas que miro
De Crotaldo engañado,

A robar á Diana le he ayudado.
Si esto llega á saberse,
Parma, Milan y Mantua han de perderse;
Y así, al Duque avisar de todo quiero,
Para que lo remedie; que esto infiero
Que en ley de buen vasallo
Debo hacer; luego es justo ejecutallo.
(*Vanse los criados, y sale Crotaldo.*)

ESCENA XIX.

CROTALDO, *y luego* FABIO.

CROTALDO.

Triste á Lisardo veo,
Y al Alcaide no hallo; algun mal creo.
No es mi sospecha vana.
(*Sale Fabio.*)

FABIO.

¡Gracias á Dios, que en sí volvió Diana!

CROTALDO.

¿No me dirás, villano,
Dónde está una mujer, un cielo humano,
Que trajeron ahora
Aquí?

FABIO.

(*Ap.* Crotaldo es este, y nada ignora.
Ya sin duda sabia
Que Diana venia,
Y que cayó tambien, pues que pregunta
Por ella.) Esa mujer, medio difunta
Al susto que la dió tan gran caida,
Llegó aquí; pero ya restituida
A su aliento se ve. (*Vase.*)

CROTALDO.

¡Cielos! ¿Qué he oido?
La carroza sin duda habia caido,
Y esta la causa era
Porque Lisardo habló desta manera.
Mas pues viva la veo,
Lágrimas dé en albricias al deseo.

ESCENA XX.

DIANA.—CROTALDO.

DIANA.

¡Gracias al cielo, que otra vez respiro!
¿Dónde estoy, cielos? ¡Cómo! (*Ap.* Mas [¡qué miro!
Este es Crotaldo: presto le dijeron
Que estaba aquí, las gentes que me vie-[ron.)

CROTALDO. (*Ap.*)

Con temor la he mirado.

DIANA. (*Ap.*)

Con vergüenza le he visto.

CROTALDO. (*Ap.*)

Pero ¿qué me resisto...

DIANA. (*Ap.*)

Pero ¿qué me he turbado...

CROTALDO. (*Ap.*)

Si amante y firme doraré con ella
El noble atrevimiento de traella?

DIANA. (*Ap.*)

Pues doraré con él amante y firme
El noble atrevimiento de venirme?

CROTALDO. (*Ap.*)

Ponga amor en mis ojos y en mis labios
Afectos que disculpen sus agravios.

DIANA. (*Ap.*)

Ponga amor en mis labios y en mis ojos
Afectos que disculpen sus enojos.

CROTALDO. (*Ap.*)

Mas vano es mi temor...

DIANA.

(*Ap.* Mi pena es vana.)
Oye, Crotaldo.

CROTALDO.

Escúchame, Diana;
Que ántes que tú hables, es justo
Que yo las disculpas dé
A tan grande atrevimiento,
Como verte en mi poder.

DIANA.

Pues si tú das las disculpas,
Firme amante, galan fiel,
Dese atrevimiento ántes,
¿Qué te diré yo despues?

CROTALDO.

Nada me dirás, Diana;
Que es lo que yo intento, en fe
De no escucharte quejosa.

DIANA.

¡A mí quejosa! ¿De qué,
Siendo yo la culpa?

CROTALDO.

Aquí
No hay culpa ninguna: ¿quién
Ignora que es el amor
Una pasion tan cruel,
Que tirana, no se rinde
A razon, consejo y ley?

DIANA.

Nadie lo ignora, y mayor-
Mente, si en mí extremo ve
Atropellado el decoro
De tan principal mujer.

CROTALDO.

Es verdad; mas considera
Que á un yerro de amor, no es bien
El nombre darle de robo,
Pues trae dorada la tez;
Y mas si al de amor se añade
El de los celos tambien.
Porque ¿quién podia esperar
Verte en ajeno poder?
Y así, previniendo el daño,
¿Qué mucho, Diana, que
A tanto riesgo te hallases
Hoy en mi Estado?

DIANA.

¡Qué bien,
En el estilo galan,
Y en el término cortés,
No me has dejado que diga!
En mi vida no sabré
Cuánto he estimado el oirte,
¡Ay Crotaldo! encarecer;
Que me hallaba embarazada
Conmigo, por no saber
Qué disculpa habia de hallarse
A tal osadía.

CROTALDO.

¡Qué bien
En las finezas constante,
Y en los extremos fiel,
No te das por entendida
De tu ofensa! que pensé
Que no te desenojaras.

DIANA.

¿Yo? ¿Qué ofensa?

CROTALDO.

La de haber
Atrevídome á traerte,
Con un riesgo tan cruel,
Que pudiera la caida
Costarte la vida.

DIANA.

¿Quién
Tan presto te lo contó?

CROTALDO.

Un villano.

DIANA.

Aquese es
Un criado mio. Mas ¿dónde
Te halló?

CROTALDO.

Al instante llegué
Al fuerte tras ti; que yo
Nunca de seguir dejé
La carroza.

DIANA.

¿Qué carroza?

CROTALDO.

La que te trajo.

DIANA.

No bien
Informado estás, que á mí...

CROTALDO.

Suspende, Diana, deten
La voz, porque siento gente,
Y no todos te han de ver.
Retírate á aquesa cuadra,
Hasta que sepa quién es. (*Vase Diana.*)

ESCENA XXI.

LISARDO.—CROTALDO.

LISARDO.

(*Ap.* Ya estará desengañado
Crotaldo; y aunque intenté
Huir, lo he pensado mejor,
Y así me atrevo á volver;
Que no he de hacerme culpado,
Aunque la muerte me dé.)
Señor, los acasos no
Están en mi mano.

CROTALDO.

Pues
¿Quién te culpa á ti, Lisardo,
Siendo tú por quien hallé
La paz de toda mi vida?

LISARDO.

Cuando enojado esperé
Que me hablaras, irritado
De aquel descuido cruel,
¡Con los brazos me recibes!

CROTALDO.

Aunque gran descuido fué,
Que costar pudo su vida,
¿Tú qué culpa tienes dél?

LISARDO.

Ninguna, señor.

CROTALDO.

Y todo
Cesó, cuando á Diana hallé
Con salud; que la caida
No la hizo mas mal, que haber
Con el susto desmayado
Su divino rosicler.

LISARDO.

¿Qué Diana, ó qué caida?
Tú no la debes de haber
Visto.

CROTALDO.

Sí he visto.

LISARDO.

¿A Diana?

CROTALDO.

A Diana, digo: pues
¿Qué dificultad ha habido,
Si aquí la mandé traer,
Y tú la trajiste aquí,
Que aquí la hable?

LISARDO.

Mira bien,
Señor, si has visto á Diana
Aquí, porque yo...

CROTALDO.

¡Qué estés
Tan necio! Si has sospechado
Qué murió del golpe, ven
A aquesta cuadra, y verásla
Buena y sana.

LISARDO. (*Ap.*)

Perderé
El juicio, si la hallo aquí.

CROTALDO.

Espera un poco, deten.
No entres, que entra gente, y tú
Solamente la has de ver.

ESCENA XXII.

UN CRIADO.—CROTALDO, LISARDO.

CRIADO.

Señor, Flor tu prima á caza
Salió á este monte, y á él,
Por seguirla ó por buscarte,
Tu padre salió tambien.

CROTALDO.

¡Ay de mí, si algo ha sabido!

LISARDO.

Pues ¿cómo lo han de saber,
Si yo con andar en ello,
Vive Dios, que aun no lo sé?

ESCENA XXIII.

EL DUQUE DE PARMA, FLOR, EL ALCAIDE, FABIO.—DICHOS.

FLOR. (*Ap.*)

A ver mis desdichas vengo,
Supuesto que vengo á ver
Mis celos.

FABIO. (*Ap.*)

En gran peligro
Está Diana.

CROTALDO.

Tus piés
Me da.

DUQUE.

¿Dónde habeis estado,
Que tan tarde pareceis?

CROTALDO.

En estos montes á caza.

FLOR. (*Ap.*)

¡Ay falso, ingrato y cruel!

DUQUE.

(*Ap.* Este es el mejor remedio.)
Crotaldo, los hombres que
Tienen las obligaciones
Que yo tengo y vos teneis,
De cualquiera enemistad,
De cualquiera enojo, es bien
Hacer árbitro al acero,
A la campaña júez,
No al engaño y la traicion,
Porque las vidas aquel
Quita, y el honor estotras:
Y el honor siempre ha de ser
Reservado al enemigo,
Y no ha de tocarse en él;
Que si el vencer sin matar
Consigue noble laurel,
¿Qué conseguirá victoria
Que es matar, y no vencer?
Y así, si el duque de Mantua
Es vuestro enemigo, haced
Guerra á su Estado; mas no
A la opinion le toqueis.
Robada os habeis traido
(Todo, Crotaldo, lo sé)
A Diana, una hija suya;
Y estar Diana no es bien
En mi Estado, con desaire
Tan grande, como en poder
Vuestro escondida y oculta;
Y así, que parezca haced,
Porque quiero á todo el mundo
Con esto satisfacer
De que no fuí parte yo
En tan osada altivez,
Viéndola con mas decoro
En mi corte, en mi dosel,
Hasta que la restituya
A sus Estados; porqué
Esto de ser vuestra esposa,
Ni ha de ser, ni puede ser.

CROTALDO.

Señor, ¿yo á Diana, yo,
Robada?

DUQUE.

No lo negueis.

CROTALDO. (*Ap. á Lisardo.*)

¡Ay infelice de mí!
Si la hallan, ¿qué he de hacer?

LISARDO.

¿Cómo han de hallarla, si no
Está en el fuerte?

CROTALDO.

¿Otra vez
Vuelves á quitarme el juicio?

DUQUE.

¡Hola! ó abrid, ó romped
Esas puertas.

CRIADO 1.°

Aquí está
Una dama. (*Diana que lo oye, sale.*)

ESCENA XXIV.

DIANA.—DICHOS.

DIANA.

(*Ap.* ¿Habrá mujer
Mas infelice?) Señor,
Si humilde puedo á tus piés
Hallar piedad, yo...

DUQUE.

Diana,
Alzad del suelo.

FLOR. (*Ap.*)

Esta es
La que hoy cayó del caballo,
Y la que yo retiré.

CROTALDO.

Esta, señor, es Diana:
Encubrirla imaginé,
Por excusarte ese enojo;
Mas puesto que ya la ves,
Al peligro sucedido
Trata el remedio, porqué
El volvérsela á su padre,
Ni ha de ser, ni puede ser.

FLOR.

(*Ap.* No ha de valerte el engaño,
Traidor.) Señor, esta no es
Diana. Por dar lugar
A librarla, quiere hacer
Estos extremos Crotaldo;
Porque esta es una mujer
Hija de aquel hombre viejo,
Que yo á este fuerte envié
Hoy desmayada, y esotra
Llegó en un coche despues.
Busca, señor, á Diana,
Porque esta no puede ser.

FABIO.

(*Ap.* Librarla ahora del riesgo,
Es lo que yo he menester.)
Es verdad, esta es mi hija.

LISARDO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿Aquí Diana? Aquí Fabio?
Cielos, ¿cómo puede ser?

CROTALDO.

¡Que digan que no es Diana!

DUQUE.

Alcaide...

ALCAIDE.

Dame tus piés.

DUQUE.

¿Qué mujer es esta?

ALCAIDE.

Esta
La que Flor ha dicho es;
Que la que en una carroza
Lisardo trajo, y la que
Crotaldo mandó guardar,
Pues negarlo no podré,
(*Entra, y saca á Gileta.*)
Es esta, señor, que miras.

ESCENA XXV.

GILETA.—DICHOS.

GILETA.

¡Bravos guisados, par diez,
Conmigo hacen todos hoy!

FABIO. (*Ap.*)

Esta ¿no es Gileta?

FLOR.

¿Ves
Como te queria engañar,
Para esconderla despues?
(*Ap.* Mal te ha salido este engaño,
Crotaldo enemigo.)

CROTALDO.

(*Ap.* Pues
Me ha dado la vida Flor,
Por darme la muerte, haré
La deshecha.) Ya, señor,
Que es tan injusta y cruel
Mi suerte, que en tanto mal
Nada me sucede bien,
Advierte, mira...

DUQUE.

Ya basta.
Esto, en fin, es fuerza. Dé (*A Gileta.*)
Vuestra Alteza, gran señora,
La mano, que espera, à quien
Desea su honor y vida.

GILETA.

¿Con qué comeré despues,
Y haré las demas haciendas?

DUQUE.

Aunque mas disimuleis,
Ya os habemos conocido.

GILETA.

¿Luego no me compraréis?

DUQUE.

Flor, llega á hablar á Diana.

FLOR.

(*Ap.* Y en ella á hablar llegaré
A la causa de mis celos.)
Venga tu Alteza con bien.

GILETA.

Que me prace. (*Ap.* Todos estos
Están borrachos, par diez.)

DUQUE. (*A Diana.*)

¿Qué os obligaba á fingir,
No siéndolo vos, el ser
Diana?

DIANA.

Pues me lo preguntas,
Yo, señor, te lo diré.

CROTALDO. (*Ap.*)

El apurar esto ahora,
Nos ha de echar á perder.

DIANA.

Criada soy de Diana,
Y cuando á verla llegué
Robada, por no vivir
Sin ella la seguí: bien
Lo dice el haber llegado
De la suerte que llegué.
Y porque ella se librara,
Quise yo culparme.

DUQUE.

Pues
Su criada sois, con ella
Venid, señora, tambien.

CROTALDO. (*Ap.*)

Al gusto le ha estado mal,
Lo que á la disculpa bien.

DUQUE.

Hola, llegad la carroza.—
Venga tu Alteza...

GILETA.

¿A la hé?

DUQUE.

Donde, hasta escribir al Duque,
Huéspeda de Flor seréis.—
Y vos no estéis en la corte (*A Crotaldo.*)
El tiempo que en ella esté
Diana.

CROTALDO.

¿Cómo, si con ella
Va mi vida?

DUQUE.

Entrad.

GILETA.

Sí haré.

FLOR. (*Ap.*)

En parte templa mis celos
Ser esta quien me los dé.

CROTALDO. (*Ap.*)

¿En qué ha de parar aquesto?

DIANA. (*Ap.*)

Basta que yo voy á ser
La señora y la criada:
¡Quiera amor que pare en bien!

JORNADA TERCERA.

Sala en el palacio del duque de Parma.

ESCENA PRIMERA.

CROTALDO, FABIO, LISARDO: *despues*, FLOR.

FABIO.

¿Cómo á palacio te atreves
A venir?

CROTALDO.

Siguiendo vengo
El remedio de mi vida.

LISARDO.

Advierte, que...

CROTALDO.

Nada temo.
Dejadme todos, en tanto
Que á aquesta accion me resuelvo,
Pues ya informado de todo,
Sé en lo que consiste el trueco.
(*Vanse los dos, y sale Flor.*)

FLOR. (*Ap.*)

¿Habrá pasado por nadie,
Que una loca le dé celos?
Si hoy viera Crotaldo cómo
Está Diana, bien creo
Que de su amor y mis ansias
Acabáran los extremos.

CROTALDO.

Flor hermosa, á quien el cielo
Amenaza con rigor,
Porque por hermosa y flor,
Naciste sujeta al hielo:
Mayor fuera tu desvelo,
Si yo tratara tus daños
Hoy con mentiras y engaños.
Desengaños vengo á darte;
Que fuera injusto negarte
Engaños y desengaños.
Para aquesto me he atrevido
A haber entrado hasta aquí,
Aunque el destierro haya así
Hoy de mi padre rompido.
Solo que me oigas te pido:
Oye, y luego tu rigor
Castigue mi necio error
Con tu desden importuno,
Pues ya castigo ninguno
Para mí será mayor.
Yo, desigual á tu suerte,
Desde el dia que te vi,
A adorarte me atreví,
Mas no me atreví á quererte:
Porque mi respeto al verte,
Bella deidad, me hizo ser
Cobarde, por conocer
Que una deidad singular,
Aunque se deje adorar,
No se deja merecer.
Con esta desconfianza,
Cuando mi padre trató
Casarme contigo, halló
Ocupada mi esperanza ·
¿Qué culpa, señora, alcanza
El que querer no ha sabido,
Porque primero ha querido?
¿Mayor agravio no hiciera
En quererte el que quisiera
Sacar tu amor de otro olvido?
De Diana enamorado
(Perdóneme tu hermosura:
Si lo dice mi locura,
No lo calle mi cuidado)
Vivo; y puesto que he llegado
A declararme contigo,
Si con lágrimas te obligo,
Si con suspiros te muevo,
Haz tú con estilo nuevo
Vanidad de mi castigo.
A mí me importa avisar
A Diana de un secreto
Que importa á su honor, á efeto
De un gran daño remediar.
Licencia, pues, me has de dar,
Piadosamente obligada.
Y por no ofender en nada
Tu respeto, hablar no espero
A Diana; solo quiero
Hablar á aquella criada
Que vino con ella. No
Te parezca grosería
Ver que la desdicha mia
De tu amparo se valió;
Porque si pudiera yo
Negarte que la adoré,
Te lo negara; mas ¿qué
Te importará á tí, Flor bella,
El saber que hablé con ella,
Si sabes que la robé?

FLOR.

Crotaldo, negar que ha sido
Descortés tu peticion,
Fuera negar la razon
Que de quejarme he tenido.
Confieso que yo he vivido
Loca de amor, y aun es poco:
Tú cuerdo; pero si hoy loco
Que amor las suertes trocó,
Ahora tengo de estar yo
Cuerda, pues que tú estás loco.
No has de quedar (¡qué tormento!)
Tan airoso (¡ay de mí triste!)
Que ya que celos me diste,
No has de saber que los siento:
Y así, ser tercera intento
(*Ap.* Sepa que Diana está así);
Porque cuando hables de mí
En razon de mis desvelos,
Digas que me diste celos,
Pero no que los sentí.
No solamente has de hablar
Con Laura (¡oh pasion tirana!),
Mas para hablar con Diana,
Yo misma, yo te he de dar
Tiempo, ocasion y lugar;
Que si de mi injusta estrella
Me quedó alguna centella
De agravios de tu mudanza,
No quiero ya mas venganza...
(*Ap.* Que mirarte hablar con ella.)
Con esto curar intento
Mi pesar, si en mí hay pesar.
(*Ap.* Pues celos no puede dar
Quien no tiene entendimiento.)

CROTALDO.

Al tuyo, Flor bella, atento,
Quisiera, á tus piés rendido,
Que los brazos que te pido,
Mejorando mi cuidado,
Fueran hoy de enamorado,
Como son de agradecido.
(*Al irle á dar los brazos, sale Diana.*)

ESCENA II.

DIANA.—FLOR, CROTALDO.

DIANA.

Sea muy enhorabuena
La paz, Flor, entre los dos,
Pues así...

CROTALDO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios!

DIANA.

Hoy cesará nuestra pena;
Que si Crotaldo enajena
Su voluntad, claro está
Que el destierro cesará
De Diana.

CROTALDO.

(*Ap.* ¡ Estoy perdido!)
Si esto es lo que te he pedido
Licencia de hablar me da
Con Laura.

FLOR.

Crotaldo, yo
Aun para hablar la daré
Con Diana.

CROTALDO.

Basta que
Hable con Laura; que no
Soy tan grosero.

FLOR.

Si halló
Mas tu amor, ¿qué duda agora?

CROTALDO.

Tu respeto no se ignora.

FLOR.

A mi no se me da nada.

CROTALDO.

Basta hablar con la criada.

FLOR.

Mejor es con la señora. —
Laura, ¿dónde está Diana?

DIANA.

(*Ap.* Mucho haré en templarme.) Aquí
Viene hácia nosotras.

FLOR.

Di
Que yo la llamo. (*Ap.* ¡ Oh tirana
Ley de una presuncion vana! ·
¡Esto me obligas á hacer?)

ESCENA III.

GILETA.— DIANA, FLOR. CROTALDO.

GILETA.

¿Quién es quien me quiere ver?

DIANA.

Crotaldo.

GILETA.

¿Quién es Contaldo?
Presto decildo, ó callaldo,
Porque lo quiero saber.

CROTALDO.

(*Ap.* Decir que esta es la que quiero,
Miéntras está Flor delante,
Es fuerza.) El mas firme amante,
Que con amor verdadero,
Tanto esplendor lisonjero
Adoró: el cielo es testigo
De las verdades que digo,
Pues tu deidad soberana
Estimo, hermosa Diana.

GILETA.

Responde tú, pues contigo
Habla, que tú Diana eres.

CROTALDO. (*Ap.*)

Y es la verdad.

FLOR.

¡ Qué locura!

DIANA.

En el loco no hay cordura,
Por mas cuerdo que le vieres.

FLOR.

Crotaldo, eso es lo que quieres:
Considera ahora advertido,
Pues eso es lo que has traido,
¡ Qué agravios habré llorado!
Pues eso es lo que has amado,
¡Qué celos habré tenido! (*Vase.*)

ESCENA IV.

DIANA, CROTALDO, GILETA.

CROTALDO.

¿ Fuése ya Flor?

DIANA.

Ya se fué.

CROTALDO.

Quitate de aquí, villana,
Que yo no he de hablar contigo.

GILETA.

¡ Han vido, y cómo nos trata,
En yéndose de aquí Flor!

CROTALDO.

Deja tú, hermosa Diana,
Deja, hermoso dueño mio,
Que entre tus brazos...

DIANA.

Aparta;
Que pensaré al abrazarme,
Segun hoy liberal andas
De abrazos, que por costumbre,
Y no por gusto, me abrazas.

CROTALDO.

¡ Plegue á Dios, Diana mia,
Que él me destruya, si hay causa
A tu enojo!

DIANA.

¿Causa habia
De haber? Mis ojos se engañan.

CROTALDO.

Sin engañarse los ojos,
Puede...

DIANA.

¿Qué?

CROTALDO.

Engañarse el alma.

DIANA.

Claro está; que como ella
Con los ojos no se trata,
No ha de creer á los ojos.

CROTALDO.

Sí, mas la disculpa aguarda:
Entrará por los oidos;
Que desta fábrica humana,
Donde huésped de aposento
Vive de prestado el alma,
Los oidos son las puertas,
Si los ojos las ventanas.

GILETA.

Ahora bien, yo quiero irme,
Pues ya no sirvo de nada.

CROTALDO.

No te vayas, que á los dos
Importa que no te vayas,
Para hacer nuestra deshecha.

GILETA.

¿He de estar hecha una estauta?

CROTALDO.

Y volviendo á mi disculpa...

DIANA.

¿ Disculpa hay?

CROTALDO.

Oye y sabrásla.
Informado ya de Fabio
Y Lisardo en cuanto pasa:
Que tú te veniste, y que
Robaron á esta villana;
Y viendo traerte á palacio,
Tu disculpa fué la causa
Para que fueses en él
La señora y la criada;
Arrastrado de mi amor,
Osé entrar hasta estas salas.
Si á Flor abracé...

DIANA.

¿ Qué aun no
Lo niegas?

CROTALDO.

No, porque echara
A perder una verdad,
Si en una mentira hallara
La disculpa.

DIANA.

Con todo eso,
Me holgara que lo negaras,
Aunque mintieras, porqué
En el duelo de las damas
Queda bien puesto el que miente
Si miente á desenojarlas.

CROTALDO.

¿No es mejor desenojar
Con la verdad?

DIANA.

Sí, mas ¿ halla?

CROTALDO.

A Flor abracé, en albricias
De que licencia me daba
De hablarte; porque con ella
Me declaré cara á cara.

DIANA.

¡ Qué cariñosas albricias!
Pero á quien ya tiene gana,
Crotaldo, de perdonar,
Cualquiera disculpa basta.
No hablemos en lo que ya
Sucedió (cosa fué rara),
Sino al remedio acudamos
De lo que suceder falta.
Este engaño no es posible
Durar, pues de hoy á mañana
Se ha de descubrir quién soy;
Y aun lo que dura es por traza
De haber dicho yo que está
Loca del susto Diana.

CROTALDO.

Huélgome de saber eso,
Que puede ser de importancia.

DIANA.

Y así ántes que el desengaño
Cierre el paso á la esperanza,
Y mi padre con Fisberto
Hagan árbitro las armas,
Tratemos salir de aquí.

CROTALDO.

Tú no sabes cuántas guardas
Tienes puestas en palacio.
Pues si yo camino hallara
De entrar aquí, ¿hablara á Flor?

DIANA.

Pues ¿qué hemos de hacer?

CROTALDO.

Aguarda,
Que Flor vuelve ya.

DIANA.

Pues yo
Me vuelvo á ser la criada.

CROTALDO.

Yo á enamorar á ese tronco.
Cuanto á ella digo, repara
Que es siempre hablando contigo.—
Hermosísima Diana, (*A Gileta.*)
A solo verte he venido,
Traido aquí de mis ansias.

GILETA.

Pues ¿qué es aquesto? Unas veces
Só princesa, otras villana;
Unas Diana, otras Gileta:
¿Só acaso vuesa pendanga,
Que del palo que quereis
Me haceis, en dando las cartas?

ESCENA V.

FLOR. — DICHOS.

FLOR.

El Duque (¡válgame el cielo!)
Viene al cuarto de Diana.
(*Ap.* Así he de disimular
Que dí licencia de hablarla.)
Crotaldo, ¿qué atrevimiento
Es este? ¿Tú en esta sala?
Tú en el cuarto de su Alteza?
Diré al Duque cuanto pasa.

CROTALDO.

Pues tú misma...

ESCENA VI.

EL DUQUE Y CRIADOS. — DICHOS.

DUQUE.

¿De qué son
Las voces?

FLOR.

De que ya es tanta
La osadía de Crotaldo,
Que hasta el cuarto de la Infanta
Se ha entrado, sin advertir
Que soy yo la que le guarda.

CROTALDO. (*Ap.*)

Vive Dios, que fué á avisar
Al Duque, y que no de humana,
No, sino de vengativa,
Me dejó entrar. ¡Oh tirana!
Vive Dios, que he de tomar
De tí la mayor venganza.

DUQUE.

Por cierto, Crotaldo, vos
No lo mirais bien. ¿No basta
Poner hoy en contigencia
De perderse á toda Italia,
Sino que una sola accion
Que en mi disculpa guardaba,
Que es el decoro con que
Trato en mi Estado á Diana,
Tambien quereis destruir,
Perdiendo con arrogancia
El respeto á aqueste cuarto?

CROTALDO.

¿Qué te admira? qué te espanta
De que rompiendo tu ley,
Tu decoro y tu palabra,
Locos extremos, no ya
De amor, de dolor los haga,
Viendo á mis ojos ¡ay triste!
Presente la mas tirana
Accion, la mas torpe, mas
Cruel que ha contado la fama,
Por cuantos espacios vuela,
De lenguas vestida y alas,
Desde el alba hasta la noche,
Y desde la noche al alba?
Flor, señor... No es tiempo ya
De que disimule nada:
En lágrimas y suspiros
Mi verdad deshecha salga.
Flor, celosa de mi amor,
(¡Qué rigor!) le dió á Diana
Veneno, con que rindió
El juicio. ¡Infame venganza!

DUQUE.

¿Qué dices, Crotaldo?

CROTALDO.

Digo
La verdad. Donde yo estaba
Me lo dijeron; que nunca
En palacio ¡ay cielos! falta
Quien lleve las malas nuevas
O ellas se van, si son malas;
Que las desdichas, señor,
De todos saben la casa,
Y ellas se van por su pié,
Que no es menester llevarlas.
Mira esa beldad, señor,
Tan deshecha, tan postrada,
Que entre confusas especies,
De nada la sirve el alma.
Advierte, ¿quién aventura
Tu honor, tu opinion, tu fama,
Flor, ó yo? pues para el mundo,
Mi delito ha sido amarla,
Y el de Flor aborrecerla.
¿Qué dirá Milan y Mantua,
Viendo que hoy en tu poder
Perdió el juicio á la tirana
Fuerza de sus celos, quien
Hoy vive en tu confianza?
Pero yo la vengaré,
Si no me das á tus plantas,
De mis delitos justicia,
Y de los suyos venganza.

DUQUE.

Calla, calla, que ya sé
Que son engaños que trazas.

CROTALDO.

Llega tú á hablarla, y verás
Quién es, señor, quien te engaña.

FLOR.

Tambien lo podrá fingir.

DUQUE.

Finja ó no, yo llego á hablarla. —
Vuestra Alteza, gran señora,
Qué gusta, diga, y qué manda.

GILETA.

Que nunca á solas me dejen
Con Crotando y con Diana,
Porque acompañada, só
Señora, á solas criada,
Pues en viéndome sin gente,
Como ellos quieren me tratan. (*Vase.*)

DUQUE.

Esto no es fingido, no.

CROTALDO.

¡Qué desdicha!

DIANA.

¡Qué desgracia! (*Vase.*)

DUQUE.

Aunque no con el veneno
El juicio perdido haya,
Para creer que fué cierto,
Haberse ya dicho basta.
Vos, Crotaldo, porque así
No atropelleis mi palabra,
Preso en esa torre quiero
Que estéis.

CROTALDO.

Si está presa el alma,
¿Qué importa que lo esté el cuerpo?
¡Ay bellísima Diana! (*Vase.*)

ESCENA VII.

PEROTE. — EL DUQUE, FLOR, CRIADOS.

PEROTE. (*Dentro.*)

Quien hubiere vido una
Mujer mia...

DUQUE.

¿Qué es aquello?

PEROTE.

Con un primo, por mas señas,
Que se la lleva á otros reinos,
De edad de veinte y seis años,
Véngala restituyendo:
Le darán su buen hallazgo;
O á quien la tuviere, luego
Se la pedirán por hurto.

DUQUE.

Hola.

UN CRIADO.

Señor.

DUQUE.

Ved que es eso.

FLOR.

Un villano anda por Parma,
En destemplados acentos
Pregonando á su mujer,
Cosa con que todo el pueblo
Ha dado en seguirle; que es
Muy gracioso, fuera desto.
Y como estas sabandijas
Dan luego en palacio, creo
Que á palacio le han traido,
La gran tristeza sabiendo
De Diana, por si acaso
Divierte su sentimiento.

DUQUE.

Tráesele tú, por tu vida,
A Diana; que yo tengo
Hoy muchos cuidados, para
Tratar de entretenimiento;
Pues á casar con Diana
Dicen que pasa Fisberto,
Y que ya entra en mis estados,
(¡Qué pesar!) al mismo tiempo
Que el de Mantua con su gente
Viene marchando hácia ellos.
Entre un padre y un marido
Ofendidos, ¿cómo puedo
Defenderme yo?¡ Ay Crotaldo,
En qué de dudas me has puesto!

(*Vase.*)

FLOR.

¡En fin, he de festejar
Yo á la causa de mis celos! —
Decid que el villano, Floro,
Entre aquí.

CRIADO.

Ya te obedezco.

(*Llégase á la puerta, llama, y sale Perote.*)

Entra, que te llama Flor.

ESCENA VIII.

PEROTE. — FLOR, CRIADOS.

PEROTE.

Ya ando yo á la flor del berro,
Y no he menester mas flor.

FLOR.

¿Quién sois?

PEROTE.

Soy un majadero,
Pues buscando á mi mujer,
De tierra en tierra me vengo,
Como hombre desdichado.

FLOR.

¿Pues dónde se fué?

PEROTE.

Yo creo,
Segun un primo, señora,
Se nos metió de por medio,
Que á Roma por todo.

FLOR.

¿Cómo
La buscais aquí?

PEROTE.

Por eso;
Que si ella viniera á Parma,
Fuera yo á Roma al momento;
Que no la busco por mas
Que por solo cumprimiento.

FLOR.

Mirad que quiere Diana
Hablaros y conoceros.

PEROTE.

¿Qué Diana?

FLOR.

La princesa
De Mantua.

PEROTE.

Mucho me allegro.
¿Pues está acá?

FLOR.

¿No la veis?

PEROTE.

Mucho de verla me huelgo.

ESCENA IX.

GILETA, DIANA, DAMAS.—FLOR, PEROTE, CRIADOS.

DIANA.

(*Ap.* Este es Perote: sin duda
Que aquí se acabó el enredo,
Si yo, ántes que se declare,
Agora no lo remedio.)
Ya te he dicho que hables poco
Y mesurado. (*A Gileta.*)

GILETA.

Ya entiendo.

FLOR.

¿Cómo ha dormido esta noche
Vuestra Alteza? (*Ap.* ¡Que á esto llego!)

GILETA.

Poco y mesurado.

FLOR.

¿Ha estado
Mas aliviada de aquellos
Pesares suyos?

GILETA.

Sí, poco
Y mesurado. (*A Diana.* ¿Va bueno?)

FLOR.

El Duque mi tio, que siempre
Pretende vuestro contento,
Sabiendo que está hoy en Parma
Un villano, por extremo
Gracioso, le envía á que temple
Parte á vuestros sentimientos.—
Llegad, y besad la mano (*A Perote.*)
A la Infanta.

PEROTE. (*Ap.*)

¡Bueno es esto!
¡Infanta llama á Gileta!

DIANA. (*Ap. á Perote.*)

Mirad que hableis con respeto
A la Infanta, ú os darán
Muerte; que ya es otro tiempo.
Ni yo soy Diana, ni ella
Gileta.

PEROTE.

(*Ap. á Diana.* Muy bien lo entiendo:
Ni vos sos Gileta, ni ella
Diana.) Dadme con respeto
Hoy á besar vuesa mano,
Infanta, si la merezco.

FLOR. (*Ap.*)

Para en uno son los dos.

GILETA.

(*Ap.* En verdad, ¡á muy buen puerto
Le ha traido su fortuna!
Aquí del vengarme pienso.)
¿Quién sos, villano? decid.

PEROTE.

El menor marido vueso,
Que á vuesas plantas está.

GILETA.

¿Y á qué venis á este reino?

PEROTE.

A buscar á su mujer
Un feo bajó al infierno,
Y á otro reino á buscar viene
A su mujer otro feo.

GILETA.

¡Bien gracioso ha estado el simple!
Por el gusto que me ha hecho,
Flor, quiero que ya en palacio
Se quede: hágasele luego
Un sayo de loco, y ande
Con su capirote puesto.

PEROTE.

¡A mí capirote y sayo!

GILETA. (*Ap. á él.*)

Desta manera verémos
Quién es el bufon, Perote,
El juglar y el pracentero.
Enjerce, enjerce.

PEROTE.

¿Luego eres
Gileta?

GILETA.

Craro está eso.

PEROTE.

Habíanme dicho que no.
¿Cómo estás aquí?

GILETA.

Comiendo.

PEROTE.

Pues ¿quién te trajo?

GILETA.

No sé.

PEROTE.

¿Y á qué?

GILETA.

Pues ¿qué sé yo deso?
Sé que como y bebo bien,
Que bien visto y que bien duermo,
Y que me llaman Diana;
En lo demas no me meto.

PEROTE.

¿Diana te llaman?

GILETA.

Sí.

PEROTE.

Ya el por qué, Gileta, creo.

GILETA.

¿Por qué?

PEROTE.

Porque Diana fué
Quien convirtió á Anton en ciervo,
Y tú á Perote.

GILETA.

Muy bien.
Enjerce, que yo me alegro.

PEROTE.

Y en fin, ¿en traje de loco
Tengo que andar?

GILETA.

Sin remedio.

ESCENA X.

EL DUQUE.—DICHOS.

DUQUE.

¿No le ha agradado el villano?

CRIADO.

No, señor.

DUQUE.

¡Raro suceso!
¿Qué podrá vuestra tristeza
Divertir, señora?

GILETA.

Nada
Tanto, como que á ese loco
Volteen en una manta.

PEROTE.

¿Estás borracha, mujer?

DUQUE.

¡Qué desdicha!

CRIADO.

Pues la Infanta
Gusta, venga un repostero.

PEROTE.

Si es repostero de prata,
Venga, mas con la merienda.

CRIADO.

Volaréis, sin tener alas.

GILETA.

Al brazo seglar de pajes
Estáis ya entregado: — vaya,
Voltéenle. — Enjerce, enjerce.

CRIADO.

Fiesta hoy con el loco haya.

PEROTE.

De mi pudiera hérse una
Comedia, que se llamara,

El bufon de su mujer;
Mas tuviera mala traza.
(*Vanse los criados llevándose á Proto.*)

GILETA.

En repostereando al loco,
Que venga á decirme gracias. (*Vase.*)

ESCENA XI.

FLORO.—EL DUQUE, DIANA, FLOR, DAMAS.

FLORO.

Fisberto, de Milan duque,
Que á Mantua á casarse pasa,
Con grande acompañamiento
Hoy dicen que entrará en Parma,
Como ya te tiene escrito.

DUQUE.

¿Quién vió confusiones tantas?
¿Qué he de hacer? porque decirle
A un hombre en su misma cara:
«Vuestra mujer os robaron,
Aun ántes de serlo», es rara
Proposicion. Pues callarlo,
Teniéndole yo en mi casa,
Donde ella está, ya es segunda
Traicion. ¡El cielo me valga!
¡Que haya una duda, tan una
Por las dos partes contrarias,
Que ofende cuando se dice,
Y ofende cuando se calla!
Imposibles pretendí,
Puesto estoy en confusion:
¿Qué puedo hacer?

DIANA.

La ocasion
De hablar yo llegó. Oye.

DUQUE.

Di.

DIANA.

Has de estar solo.
(*A una seña del Duque, se van Flor y las damas.*)

ESCENA XII.

DIANA, EL DUQUE.

DIANA.

(*Ap.* Yo intento
Pedirte, ingenio, favor.)
Óyeme atento, señor;
Que importa aquí estar atento.
Al tiempo que se trataba
De las bodas el concierto
De Diana y de Fisberto;
Fisberto, que imaginaba
Que la fama le mentia
En la beldad mas que humana
Que publicó de Diana,
Disfrazado á verla un dia
Vino, donde no faltó
Alguien que le conociera,
Y á Diana lo dijera.
Ella, que no se obligó
De la fineza, ofendida
De ver la desconfianza,
Quiso tomar por venganza
El no ser dél conocida;
Y una vez que en un jardin
Con unas joyas entró,
A mí fingir me mandó
Su misma persona, á fin
De que Fisberto volviera
Sin verla. Yo hice el papel
De Diana, y hoy con él
Diana soy: de manera,
Que si tú le has de hospedar,
Y desengañarle quieres,
Mejor remedio no esperes
Que ponerme en su lugar.
Yo le desengañaré,
Disculpándote á tí hoy,
Pues él presume que soy
Diana hasta ahora: con que
En lance tan importuno,
Tu temor se mejoró,
Pues de dos peligros, yo
Me atrevo á vencer el uno;
Y aun los dos, pues lo mas cierto
Que mueve al Duque al rigor
De venir con tal furor,
Es el cumplir con Fisberto.
Y hoy de mí desengañado,
Aun de tu parte se hará,
Pues, sin remedio, verá
El fin de su amor burlado

DUQUE.

Cuando eso suceda así,
¿Al llegar al desengaño,
En pié no se queda el daño,
Loca Diana?

DIANA.

No.

DUQUE.

Di.

¿De qué suerte?

DIANA.

Con casar
A Diana y Crotaldo, pues
Este el desengaño es
De los dos; que esto de estar
Entónces loca ó no ella,
No les toca á los dos, pues
A Crotaldo toca, que es
El que ha de vivir con ella.

DUQUE.

Eso, en fin, habrá de ser;
Que son necios desatinos
Andar buscando caminos,
Quien no tiene en qué escoger.

ESCENA XIII.

LISARDO.—DIANA, EL DUQUE.

LISARDO.

Ya por palacio entra agora
Fisberto.

DUQUE.

Pues que tú (¡ay triste!)
Tan buena criada hiciste,
Empieza á hacer la señora.
(*Retíranse el Duque y Lisardo.*)

ESCENA XIV.

FISBERTO, ACOMPAÑAMIENTO.—DIANA; EL DUQUE Y LISARDO *al paño.*

FISBERTO.

Dame la mano... ¡Qué miro!
¡Diana! ¿Tú en este palacio?
¿Qué ha sido la causa? Qué
El suceso?

DIANA.

Oye, y sabráslo
(*Ap.* ¿Qué teme mi amor?) Fisberto,
Cuando mi padre, tirano
Dueño de mi libertad,
Trató de darte mi mano,
Yo no te la pude dar,
Porque estaba... ¿En qué reparo?
La medicina que duele,
Sana mas presto. ¿Qué aguardo
En aplicarla á tu oido?
Duela, y sane el desengaño.—
Estaba (*Ap.* Perdone amor.)
Desposada con Crotaldo.
La heredada enemistad
De nuestros padres, que en bandos
Tuvo á Italia, fué la llave
Deste secreto, hasta tanto
Que como mina oprimida
En el centro de los años,
Reventó con mas poder,
Y obró con mayor espanto.
No fué parte el Duque en esto;
Y si á decir mas me alargo,
Ni Crotaldo ha sido parte;
Yo fuí el todo, pues mirando
Tan cercano mi peligro,
(Perdóname que le llamo
Peligro) una noche pude
Llegar con solo un criado
A Parma. Súpolo el Duque,
Que prudente y cortesano
Me trajo á su corte, donde,
Por poder desengañaros
De su inocencia, me tuvo
Con tal decoro y recato,
Que por no turbarle en nada,
Hoy tiene preso á Crotaldo.
Esta es la verdad, y yo,
No solo rendida aguardo
Que como príncipe invicto,
Que como jóven gallardo,
No irritarás las ofensas
De mi padre, que enojado
Me busca, sino que altivo,
Como tan noble y bizarro,
Darás, templando su furia,
Hoy á una mujer amparo;
Pues hoy ántes que ofendido,
Te has de mostrar obligado,
Supuesto, invicto Fisberto,
Que fuera mayor agravio
Que enamorada de otro,
A tí te diera la mano.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Qué bien lo ha fingido, cielos!

LISARDO. (*Ap.*)

Con la verdad le ha engañado.

FISBERTO.

Bien ha sido menester
Escuchar de tí este caso,
Para que yo respondiera
Con sentimiento y sin manos;
Porque de una dama solo
Se escuchan bien desengaños.
Al Duque tu padre he visto,
Y en mí su queja ha librado.
Destos disgustos el medio
Ha de ser que dés la mano,
Diana, á Crotaldo; que yo
Haré gala de mi agravio.

DIANA.

Tu noble pecho descubres.

DUQUE. (*Ap.*)

Lo mas tengo remediado.
Si el estar loca Diana
Fuese exceso de un engaño,
Dicha fuera. (*Sale él y Lisardo.*)

ESCENA XV.

FLOR, CROTALDO, GILETA, PEROTE.—DIANA, FISBERTO, EL DUQUE, LISARDO, ACOMPAÑAMIENTO.

CROTALDO.

A recibir
Huésped tan grande salgamos.

FISBERTO.

Crotaldo, tantos extremos
Con darte á Diana pago.

CROTALDO.

Con mis brazos lo agradezco
Y despues la doy la mano.

DUQUE.

¿Qué haces?

CROTALDO.

Darle á Diana,
Señor, la vida y los brazos.

PEROTE. (*Ap.*)

Descubrióse la maraña.

GILETA. (*Ap.*)

¿Mas que me quitan el hato?

DUQUE.

¿Qué dices?

CROTALDO.

Que esta es Diana.

FLOR.

¿Esta es Diana? ¿Qué aguardo?...

DUQUE.

¿Pues cómo es esto?

DIANA.

Haber sido,
Señor, en este palacio
La criada y la señora,
Donde mi nombre ha tomado
Esta villana, que ha sido
Mujer de aquese villano,
A cuyo poder la vuelvo.

PEROTE.

Huélgome de haberte hallado,
Porque me pagues, Gileta,
Lo de hogaño y lo de antaño.

FISBERTO.

Yo á Flor, con vuestra licencia,
Para honor de mis estados,
Daré la mano, con que
Deudos y amigos quedamos.

FLOR.

Dicha es mia, y la mayor
Que pudo hallar mi cuidado.

DIANA.

La señora y la criada
Aquí fin con esto ha dado:
Merezca vuestro perdon,
Ya que no merezca aplauso.

EN ESTA VIDA TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

PERSONAS.

FÓCAS.
HERACLIO.
LEONIDO.
ASTOLFO.
LISIPO.
FEDERICO, *príncipe*.
LUQUETE, *gracioso*.
SABAÑON, *gracioso*.
CINTIA.
LIBIA.
ISMENIA.
DAMAS.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
GENTE.

La escena es en Sicilia.

JORNADA PRIMERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

Tocan á un lado cajas y trompetas, y á otro instrumentos músicos, y salen por una parte SOLDADOS, *y* FÓCAS *detras; y por otra,* ISMENIA, DAMAS, *y detras* CINTIA.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
Viva Fócas.

FÓCAS. (*Dentro.*)
Cintia viva,
Decid, soldados, al verla.

DAMAS. (*Dentro.*)
Viva Cintia.

CINTIA. (*Dentro.*)
Fócas viva,
Repitan las voces vuestras.

UNOS. (*Dentro.*)
Vivan Cintia y Fócas.

OTROS. (*Dentro.*)
Vivan.

FÓCAS. (*Dentro.*)
Y hagan salva á su belleza
Los militares estruendos
De cajas y de trompetas.

CINTIA. (*Dentro.*)
Y hagan á su vista salva
Himnos, canciones y letras.
(*Salen todos, y canta la música.*)

MÚSICOS.
¡El nunca vencido Marte,
El siempre vencedor César,
A los montes de Trinacria
En hora dichosa venga!

CINTIA.
En hora venga dichosa,
Tanto que halle á su obediencia,
Con siempre rendido afecto,
Su patria á sus plantas puesta:
En fe de cuyas lealtades
Tengo de ser la primera
Yo que, besando su mano,
Mi corona á su pié ofrezca,
Porque postrándome yo
(*Ap.* ¡Oh temor, cuánto me fuerzas,
Viendo el poder de un tirano!)
A la majestad suprema
De tan glorioso héroe, el mundo
En mi rendimiento vea
Que toda Trinacria en mí
Yace rendida y sujeta,
Diciendo en la voz de todos,
Ufana, alegre y contenta:

ELLA Y MÚSICOS.
El nunca vencido Marte,
El siempre vencedor, etc.
(*Tocan cajas y clarines.*)

FÓCAS.
Fuerza es que en hora dichosa
Venga, hermosa Cintia bella,
Quien viene á lograr aplausos,
Donde pensó hallar ofensas.
Bien temí, aunque coronado
De tantos laureles venga
A ver la eminente cumbre
Que fué mi cuna primera,
Hallar en sus campos ántes
Oposiciones que fiestas;
Porque nadie es en su patria
Tan feliz como en la ajena,
Mayormente cuando vuelve
Tras tantos años de ausencia.
Pero viendo que ha sabido,
Políticamente cuerda,
La razon de estado hacer
Sacrificio de la fuerza;
En premio del rendimiento
Con que me admites y aceptas
Palabra, Cintia, te doy
De que en la paz te mantenga
De tu reino, sin que en tí
Satisfaga, ni en tu tierra,
La hidrópica sed de sangre
De mi heredada soberbia.
Y porque conozcas si es
Tan nunca usada clemencia
Privilegio que ninguno
Hasta hoy gozó, escucha atenta;
Que quieren mis vanidades,
Ya que mi origen me acuerdan
Estos páramos, gloriarse
De que á mí solo me deba,
Y no al lustre de mi sangre,
Las adquiridas grandezas
Con que, aborto destos montes,
Doy á estos montes la vuelta.
Aquellas dos altas cimas
Que, en desigual competencia,
De fuego el volcan corona,
Y ciñe de nieve el Etna,
Fuéron mi primera cuna
(Ya lo dije), sin que en ellas
Tuviese mas padres que
Las víboras que en sí engendran.
Leche de lobas[1], infante,
Me alimentó allí en mi tierna
Edad, y en mi edad adulta
El veneno de sus yerbas:
En cuya bruta crianza
Dudó la naturaleza
Si era fiera ó si era hombre,
Y resolvió, al ver que era
Hombre y fiera, que creciese
Para rey de hombres y fieras.
Y así, en primer vasallaje
Me juraron la obediencia
Cuantas, desnudas las garras,
Cuantas, armadas las testas,
Tributaron, destrozadas,
A mi sañuda violencia
Vestido y vianda en piel
Y cadáver: de manera,
Que á mi furia sin segunda
Dos frutos daba mi diestra
En el horror que me adorna,
Y el manjar que me alimenta.
En esta, pues, crianza bruta
Me halló bandida la fiera
Milicia de unos soldados,
Que en la intrincada maleza
Del monte se mantenia
De hurtos, robos y tragedias.
De la justicia acosados,
Iban de una en otra tierra,
Cuando encontrando conmigo,
Absortos á la extrañeza
De ver racional lo bruto,
Para que los defendiera
Me hicieron su capitan:

[1] En *La rueda de la fortuna*, comedia heróica de Don Antonio Mira de Mescua, que tuvo CALDERON presente al escribir la actual, se halla este diálogo entre el emperador Mauricio y Fócas.

MAURICIO.
¿Quién eres?

FÓCAS.
Un monstruo fuí.

MAURICIO.
¿Y tus padres?

FÓCAS.
Mi fortuna
Y el mar, porque en él nací,
Y una barca fué mi cuna
Hasta que á tierra salí.
Un pescador me sacó,
Y como á mí me crió
Con palmas y verdes ovas
Y *leche de* mansas *lobas*,
Soy melancólico yo.

Cuya familia pequeña,
A mi fama en pocos dias
Creció á copia tan inmensa,
Que puse en contribucion,
No solo de las aldeas
Vecinas tímido el vulgo,
Mas pasando mis empresas
A populosas ciudades,
Las reduje á mi obediencia.
Dejemos en este estado
Tiranizadas violencias,
Sin que tu padre, que entónces
Reinaba en la isla, pudiera
De mi orgullo resistir
La traidora inobediencia;
Y vamos á que Mauricio,
De Constantinopla César,
A Italia pasó, en venganza
De que negaba soberbia
Los feudos del sacro imperio,
Talando tan sin defensa
Sus campañas, que no hubo
Entónces muro ni almena
Que no viese tremolada
La águila de sus banderas.
Tu padre, atento al peligro
Que ya llamaba á sus puertas,
Con generales perdones
(¡Oh razon de estado necia!
¿Que no harás, di, si hacer sabes
Del delito conveniencia?)
Llamó auxiliares mis tropas
En su favor; y yo, al verlas
Empleadas en mas noble [2]
Generoso asunto, vuelta
La que empezó por infamia
En blason, salí con ellas,
Incorporado en las huestes
De sus milicianas levas
Al opósito á Mauricio,
Con tan favorable estrella,
Que de poder á poder
Medidas entrambas fuerzas,
Murió en campaña á mis manos:
Con que sus pompas deshechas
Desvanecidos sus triunfos,
Aclamándome la inmensa
Voz de tantos su caudillo,
Ya por mar y ya por tierra,
Pude seguir el alcance
Hasta dar vista á la excelsa
Corte de Constantinopla,
Que soberbiamente opuesta
A tanto raudal de estragos,
Trató ponerse en defensa.
Real sitio planté á sus muros
Sin que retirar pudieran
Mis armas de sus recintos
De cinco estíos la fiera
Saña del sol, ni de cinco
Inviernos la helada, yerta
Ira de nieve y escarchas;
Hasta que en ruinas envuelta,
Desahuciada de la hambre,
Y de las armas opresa,
A pesar de mil lealtades,
Me coronó por su César:
En cuyas altas conquistas,
Desde la faccion primera
Hasta la última, que fué
Dejar reducida y quieta
La oriental parte de Europa,
Seis lustros gasté por treinta
Círculos que vi del sol:
Testigo las canas sean
Que la mano desaliña
Cuando juzgo que las peina.
Y aunque volviendo á Trinacria
Hoy, bastante viso tenga
Esa presuncion de que
Vengo á conseguir en ella
La vanidad de que quien
Bandido me vió, me vea
Coronado rey; hay otras
Dos razones que me muevan,
Para cuyas dos contrarias
Proposiciones opuestas
Del rencor y amor, segunda
Vez te he menester atenta.
Eudocia, que de Mauricio
Tan amante esposa era,
Que en las lides le seguia;
La noche (segun me cuentan
Diversos vasallos suyos)
Que él murió, en su fuga ella,
Con los dolores del parto
Ni bien viva, ni bien muerta,
En brazos de Astolfo (un noble
Anciano, cuya experiencia,
Antes de dar la batalla,
En no sé qué conveniencias
Vino á hablarme embajador,
De suerte que si le viera,
Le conociera) dió á luz
(Si es que hay luz en las tinieblas)
Un tierno infante, y con él
La vida: el cual, viendo apénas
De su dueño en su poder
El hijo, con tan deshecha
Fortuna; porque jamas
A dar en mis manos venga,
Dicen que con él del monte
Se retiró á la aspereza,
Donde hasta hoy no se ha sabido
Que uno ni otro viva ó muera.
Quédese esto aquí, y pasemos
A otra noticia, aun mas que esta
Extraña; pero á ninguno
Inverosímil parezca
Que concurran parecidos
Dos sucesos; que no hubiera
Admiracion, si tal vez
La historia mas verdadera
No se hiciera provechosa
En los prodigios que cuenta.
Irifile, una aldeana
Tan divinamente bella,
Que á ser la hermosura imperio,
La jurara amor por reina,
Dueño fué de mi albedrío;
Que no hay tan ruda fiereza
Que no se rinda al amor,
Ni tan constante belleza,
Que del trato persuadida,
A quien la adore aborrezca.
Esta pues, el dia que yo
Llamado vine, en su aldea
En cinta quedó, asistida
De quien, con mi confidencia
Atento, me aseguró
Que apénas llegó la nueva
De mi victoria á su oido,
Cuando, sintiendo la ausencia
Que el alcance ocasionaba,
Trató seguirme, resuelta
A no quedarse sin mí,
Al preciso riesgo expuesta
De sus deudos, con el parto
Que ya esperaba tan cerca;
Y que con ella viniendo,
Erró del monte la senda,
Donde cerrando la noche,
Entre dos incultas peñas
La asaltaron los dolores:
Y él, con la súbita pena
De su desabrigo, yendo
A ver si por dicha hubiera
Donde albergarla, siguió
Una luz, en cuya ausencia
(Segun ella dijo cuando
Volvió con gente por ella),
Un hombre llegó al gemido,
A quien, turbado ó atento,
Porque el interes, ó el miedo
De mi enojo, le pusiera
En mayor obligacion,
Le reveló cuyo era
El fruto infeliz que ya
Lloraba sobre la yerba:
Añadiendo que si acaso
La dejaba el dolor muerta,
Para que fuese creido
De mí, le daba por señas
Una cifra de mi nombre
En una lámina impresa
De oro, que yo la habia dado
De mi matrimonio en prendas;
Y que finalmente, oyendo
Gente se volvió á la sierra,
Ladron del parto y la joya,
Sin que por mas diligencias
Que hiciesen, lo que duró
La vida á Irifile bella,
Fuese posible el hacer
Que hurto ni ladron parezca.
Y siendo así que hasta hoy
No me dió el valor licencia
Para que dejar pudiese
Tantas victorias suspensas;
Ya que, como he dicho, todo
El Levante á mi órden queda,
Vuelvo con los dos afectos
De amor y odio, ira y terneza,
A buscar hoy en Trinacria
Dos vidas que me atormentan
Ignoradas: una, en fe
De la medrosa sospecha
De que haya de Mauricio
Sucesion que alterar pueda
En ningun tiempo el imperio
Que le toca por herencia;
Y otra, en fe del sentimiento
De que la mia perezca.
Y así para coronar,
O sea varon ó sea hembra,
A quien con mis señas halle,
Y dar muerte á quien sin ellas
Esté tambien, vengo expuesto [1]
A que en la Trinacria tierra
No me ha de quedar poblado,
Monte, risco, gruta y peña,
Que no registre, no busque,
No solicite, no inquiera,
Tronco á tronco y rama á rama,
Hoja á hoja y piedra á piedra,
Hasta que hallado ó no hallado,
En el uno el temor venza,
O en el otro la esperanza,
O bien se logre ó se pierda.

CINTIA.

Si yo estuviera capaz [2]
De iguales causas, yo hubiera
Hecho sin tí, en busca suya,
Señor, cuantas diligencias
Al humano poder fuesen
Posibles; mas ya que llega
Tan tarde á mí la noticia,
Lo que puedo hacer en ella,
Es asistirte. Y en tanto
Que general bando se echa,
Con premio y castigo á quien,
U sospechoso lo sepa,
U obediente lo descubra,
Ven donde descansar puedas
De tantas prolijas marchas.

FÓCAS.

¿Qué descanso habrá que tenga
Quien temeroso imagina,
Ni quien codicioso piensa?
Mas vamos, Cintia, porqué

[1] Dispuesto, determinado, resuelto.
[2] Entendida, instruida, sabedora.

La primera diligencia
Empiece el bando.

CINTIA.

Vosotras, (*A las damas.*)
Para que desde aquí vean
El alegre regocijo
Con que mi corte le espera,
Como á primicias del gozo,
Volved al tono y la letra.

FÓCAS.

Y vosotros á la salva (*A los soldados.*)
De cajas y de trompetas.

CINTIA.

Diciendo en sonoros ecos...

FÓCAS.

Diciendo en voces diversas...

MÚSICOS.

El siempre vencedor Marte,
El nunca vencido César, etc.

UNOS.

¡Viva Cintia!

OTROS.

¡Cintia viva!

UNOS.

¡Viva Fócas!

OTROS.

¡Viva!

(*Tocan cajas y trompetas, y al querer entrar, se suspenden á las voces de Libia.*)

ESCENA II.

LIBIA.—DICHOS.

LIBIA. (*Dentro.*)

¡Muera!...

FÓCAS.

¡Oid, esperad, suspended
El rumor! ¿Qué voz es esta,
Que, desmandada del eco,
No es lo que oye lo que alienta?
Sino ántes tan al contrario
Articula la respuesta,
Que al decir que Fócas viva,
Ella ha repetido...

LIBIA. (*Dentro.*)

Muera
A manos de mi desdicha.

CINTIA.

A lo que de aquí se deja
Ver, fugitiva hermosura
De una peña en otra peña,
Para descender al llano
Buscando viene la senda,
Tan ciegamente turbada,
Tan turbadamente ciega,
Que es el monte el que la busca,
Y es el aire el que la encuentra;
Pues precipitada dél,
Cayendo va.

FÓCAS.

A socorrerla,
Por desmentir el agüero,
Llegaré el primero. (*Vase.*)

LIBIA. (*Dentro.*)

Muera
A manos de mi desdicha,
Y no á manos de una fiera.

FÓCAS. (*Dentro.*)

No harás, que en mis brazos yo,
Del cielo de tu belleza
Atlante, sabré parar
El rigor de su violencia.

ESCENA III.

FOCAS, *que vuelve con* LIBIA *en los brazos.* — DICHOS.

FÓCAS.

Y pues ya estás socorrida,
Cóbrate, anima y alienta.

LIBIA.

Mal podré: que aunque de tí
Favorecida me vea,
No asegurada del riesgo
Que me sigue.

CINTIA.

Qué es, nos cuenta.

LIBIA.

Libia, del sabio Lisipo
(Aquel que en mágicas ciencias
Fué aborrecido portento
De Calabria, porque en ella
Predijo á su excelso Duque
No sé qué infeliz tragedia,
En órden á que negaban
Dar á Fócas la obediencia)
Hija soy, que de sus ruinas
Cómplice, le asisto en esta
Soledad, donde tomó
Puerto su infeliz tragedia,
El dia que echado al mar
Sin norte, aguja ni vela,
Timon ni jarcia, encallando
En las tostadas arenas
Desa playa, abandonó
Los poblados por las selvas.
Aquí pues, sin mas caudal,
Mas patria, casa ni hacienda
Que sus libros ó sus tablas,
Sus orbes, globos y esferas,
Astrolabios y cuadrantes,
Y aquella choza pequeña
(Que parece que del monte
Ha descendido la cuesta,
Segun en su verde falda,
Como cansada, se asienta),
Vivimos los dos, partiendo
El el cielo, y yo la tierra;
Pues yo la cuento sus riscos,
Y él sus luceros le cuenta,
Siendo pautado carácter
De sus líneas y mis flechas,
En mí el vulgo de las flores,
Y en él el de las estrellas.
Con esta inclinacion (si es
Que es inclinacion la fuerza,
Pues no hay otra compañía
Que mi soledad divierta)
Salí hoy al monte, seguida
De la montaraz caterva
De sabuesos y ventores,
Que atraillaba la simpleza
De dos rústicos villanos,
Que son la familia nuestra.
Y habiendo sido el primero
Lance una manchada cierva,
A quien prestaron mis plumas
Añadida lijereza;
Tras ella siguiendo el rastro
De la sangre por la yerba,
Por el aire del latido,
Me hallé, perdida la senda,
Sola en lo mas intrincado
De unas marañadas breñas,
Cuyo hermoso laberinto
Cerraba el paso á la vuelta.
Aquí llegaron los ecos
De dos cláusulas tan nuevas,
Como son en estos montes
Oir de una parte trompetas
Y cajas, y de otra parte
Instrumentos: con que, llena
De admiracion y de asombros
Estuve un rato suspensa,
Hasta que el horror y halago
De la paz y de la guerra
Tercera vez decidió
La duda, escuchando della
Dos nombres, cuyo sentido
Ahora no se me acuerda.
Basta saber que aplicando
El oido, de la espesa
Maraña las ramas quise
Apartar, cuando funesta
Boca, á quien dura mordaza
De un risco tenia entreabierta
Como esperezo por quien
Melancólico bosteza
El monte, arrojó de sí,
Embrion de su pereza,
Una fiera en forma de hombre,
Un hombre en forma de fiera.
Vivo caduco esqueleto
El espectáculo era
De animada anatomía,
Sobre cuya piel grosera
Barba y cabello llegaban
Desmelenados á crenchas;
Llena de arrugas la faz
(Que el tiempo en la humana tierra,
Mal labrador, dejar suele
A medio arar la tarea
De los sulcos de la vida,
Pues los abre y no los siembra);
Del desplomado edificio
Dudoso puntal la seca
Mano, al reves de otros troncos
Trataba al que le sustenta;
Pues de corteza y raiz
Equivocadas las muestras,
Donde iban las manos, iban
La raiz y la corteza.
Vióme, y la voz perturbada,
Tardo el paso, macilenta
La faz, viniéndose á mí,
Fué tal mi temor...

FÓCAS.

Espera,
No prosigas; que no sabes
Cuánto en mi ofuscada idea
Revuelves de confusiones,
Mujer, con lo que me cuentas.
¿Especie de fiera y hombre
Todavía se conserva
Donde hombre y fiera nací?
¡Qué fuera, Cintia, qué fuera
Que donde vengo á buscar
Mi perdida descendencia,
Con mi ascendencia encontrara,
Y que ese prodigio fuera
Orígen de tan extraña,
Tan nunca vista, tan nueva
Naturaleza, como hoy
Mi semejante me acuerda!
Y así, soldados, conmigo
Venid, porque hasta que sepa
Qué parecido portento
Guarda mis primeras señas,
No he de pasar adelante.

CINTIA.

Ya que averiguarlo quieras,
Si las cajas y las voces
Le sacaron de su cueva,
Haz que prosigan, porqué
Su música le divierta
Engañado, sin saber
Que el monte en su busca cerca.

FÓCAS.

Dices bien; y así entre tanto
Que yo sus cervices venza,
Prosigan entrambas salvas.

LIBIA.

Yo seré, ya que eso intentas,
La que procure guiarte,
Dando hácia el sitio la vuelta.

FÓCAS.

Guia pues. — Tú, hermosa Cintia,
Dispon, ya que aquí te quedas,
Que el aparatoso ruido
De cajas y voces vuelva.
(*Vase Fócas con los soldados, y Libia.*)

CINTIA.

Disponerlo sí haré; pero,
Quedarme, no; porque atenta
A complacer á un tirano,
Cuando él sube por aquella
Parte, lisonjeado el riesgo,
Tengo de subir por esta.

ISMENIA.

Y todas procurarémos
(Pues todas arcos y flechas
Manejamos) en su busca
Ser, señora, las primeras.

CINTIA.

Pues seguidme, sin que cesen
Voces, cajas y trompetas;
Que yendo delante yo,
Quizá será la accion nuestra.

MÚSICOS.

El siempre vencedor Marte,
El nunca vencido César, etc.
(*Vanse, repitiendo la música y tocando cajas.*)

—

Otro punto en lo interior del monte, con entrada á una gruta.

ESCENA IV.

ASTOLFO, HERACLIO Y LEONIDO, *vestidos de pieles.*

ASTOLFO.

Detente, Leonido.

LEONIDO.

Aparta.

ASTOLFO.

¿Es posible que á tan ciega
Resolucion, excediendo
Los cotos de mi licencia,
Hoy temerarios mi vida
Aventureis y la vuestra,
Llegando adonde?...

LEONIDO.

¿Qué quieres
Si esa música que suena
Tan nuevamente á mi oido,
Apacible y lisonjera
Tanto mi espíritu mueve,
Tanto mi atencion eleva,
Y tanto mi afecto inclina,
Que tras su acento me lleva
Absorto y suspenso?

HERACLIO.

¿Qué (*Dentro las cajas.*)
Quieres, si ese horror que llena
De nuevo escándalo el aire,
Tanto de mí me enajena,
Tanto de mí me arrebata,
Y tanto de mí en mí fuerza,
Que tras su estruendo, inflamado
Con no sé qué ardor, intenta
Ser vólcan, que enciende todos
Mis sentidos y potencias?

LEONIDO.

Pero qué mucho, si habiendo
Tantas veces oido en esta
Soledad la dulce salva
Con que la aurora despierta,
Cuando, en la edad mas florida
De la hermosa primavera,
Con mas suavidad las auras
Y los cristales concuerdan
Cláusulas, á cuyo blando
Compas, con arpadas lenguas
Las aves la bienvenida
Dan á rosas y azucenas,
Risa á risa, llanto á llanto,
Flor á flor, y perla á perla,
Nunca en su métrico canto
Oí música que suspenda
Tanto como esta, que hoy,
Con la ventaja que lleva
Lo sentido á lo trinado,
Se entiende sin que se entienda?
(*Suena la música dentro.*)

HERACLIO.

¿Mas qué mucho, si yo habiendo
Tantas veces en la densa
Estacion del año oido
El rumor con que se quejan
Atormentadas las copas
De las ráfagas violentas
De los vientos, las montañas
De las avenidas fieras
De los arroyos, las nubes
De las cóleras inquietas
De los relámpagos, nunca,
Por mas que unas se estremezcan,
Otras crujan y otras giman,
Oí estrépito que mueva
Tanto como el dese, que hoy,
Trueno de nube serena, (*La caja.*)
Parece que al corazon
Enciende, anima y alienta?

ASTOLFO.

¡Ay de mí! que esos dos ecos,
Que uno irrita, otro recrea,
Temo que han de ser la ruina
De los tres.

LOS DOS.

¿De qué manera?

ASTOLFO.

Porque saliendo á buscaros
Al ver que de mí os alejan,
Me vió en esa oculta estancia
Una mujer, y es bien tema
Que con el asombro diga
Que me vió y que...

HERACLIO.

Aguarda, espera.
¿Por qué, si una mujer viste,
No me llamaste á que viera
Yo cómo es la mujer? puesto
Que de cuantas cosas cuentas
Que hay en el mundo, ninguna,
Siempre que la nombras, llega
A igualar con el halago,
La caricia y la terneza
Con que su nombre se escucha;
Pues su blando rumor deja
Segundo ruido en el alma,
Que sin dar razon entera
De lo que quiere decir,
Aun con la mitad deleita.

LEONIDO.

Yo te agradezco que á mí
No me llamases al verla,
Porque al contrario parece
Que en mí sus afectos muestra;
Pues siempre que mujer dices,
Al oir su nombre, tiembla
El corazon, como que
De algun contrario se acuerda,
Dejándome su sonido
No sé qué susto, qué pena,
Que acá en el alma parece
Que, aun no sabida, atormenta.

ASTOLFO.

¡Ay, Heraclio, qué bien juzgas!
¡Ay, Leonido, qué bien piensas!

HERACLIO.

¿Cómo puede ser, si son
Contrarias las ansias nuestras,
Que él diga bien, y yo y todo
Juzgue bien?

ASTOLFO.

Como es cualquiera
Mujer pintura á dos visos,
Que, vista á dos haces, muestra
De una parte una hermosura
Y de otra parte una fiera,
Sin que se sepa en cuál puso
El arte mas excelencia.
El mas familiar amigo
De nuestra naturaleza
Es, y el enemigo mas
Familiar de la fe nuestra;
La media vida del alma
Es tal vez, tal vez la media
Muerte del alma; no hay
Regalo, Heraclio, sin ella;
Y sin ella no hay, Leonido,
Dolor ni ansia: de manera
Que, mirada á entrambas luces,
Hace bien el que la tema,
Y hace bien el que la estime.
Cuerdo es el que se fia della,
Y cuerdo el que desconfia;
Porque, en igual competencia,
Ella da la vida y mata;
Ella es la paz y la guerra,
La cura y la enfermedad,
La alegría y la tristeza,
La triaca y el veneno,
La quietud y la tormenta;
Y para decirlo todo,
Bien y mal de contingencias,
Que, árbitro del bien y el mal,
Da el honor y da la afrenta,
Que es cuanto hay que dar. De suerte
Que, á imitacion de la lengua,
Loable ó nociva, no hay
Cosa en el mundo que sea
Tan mala como la mala,
Tan buena como la buena.

LEONIDO.

Ya que de hoy la novedad
Facilita la materia
A que nos hables mas claro
Que otras veces, no se pierda
La ocasion de verte afable.
Si es bien y mal, ¿por qué niegas
A los dos del bien las dichas,
Ni del mal las experiencias?

HERACLIO.

Has dicho bien. — ¿Hasta cuándo
Padre, negarnos intentas
La libertad? ¿No es ya hora
De que sepamos quién seas
Y quién somos, y por qué
A vivir aquí nos fuerzas?

ASTOLFO.

¡Ay, hijos mios! sin que hoy
Esa novedad me mueva,
La de mi cercana muerte
Os adquiere la respuesta.
Y pues ya, jóvenes ambos,
Mi vida mi edad abrevia,
Oid quién sois, y el peligro
Que al salir de aquí os espera,
Y la razon porque tuve
Vuestras fortunas suspensas.
El emperador Mauricio,
Cristiano Atlante...

ESCENA V.

GENTE, *dentro*. — DICHOS.

UNOS.

A la selva.

OTROS.

A la cumbre.

HOMBRES.

Al monte.

MUJERES.

Al llano.

ASTOLFO.

¡Ay de mí! ¿Qué voces truecan
Los pasados ecos?

LEONIDO.

Toda
La montaña está cubierta
De gente.

HERACLIO.

Y venciendo vienen
Su cumbre tropas diversas
Por ambas partes.

UNOS.

Al risco.

OTROS.

Al valle.

ASTOLFO.

Sin duda aquella
Mujer contra mí amotina
Ese vulgo.

LOS DOS.

¿Qué hay que temas?

ASTOLFO.

Que aunque tan desemejado
Monte, edad, traje me tengan,
Como haya quien me conozca,
Peligra una vida vuestra.

HERACLIO.

Aunque hasta aquí es para mí
Enigma cuanto nos cuentas,
No en defensa de mi vida,
Mas de la tuya en defensa,
Al paso les saldré, en tanto
Que con Leonido á la cueva
Vuelves, y de hojas y ramas
La escondida boca cierras.

LEONIDO.

¿Por qué has de pensar de mí
Que he de huir si tú te arriesgas,
Cuando primero que tú
Les saldré al paso por esta
Parte?

HERACLIO.

Pues yo por estotra.

ASTOLFO.

Leonido, oye: Heraclio, espera.

LEONIDO.

Si el riesgo es que te conozcan,
Huye tú.

ASTOLFO.

Esperáos.

LEONIDO.

Suelta.

ASTOLFO.

Ved, mirad...

LOS DOS.

Salva tu vida,
Que importa mas que las nuestras.
(*Vase cada uno por su parte.*)

ESCENA VI.

SABAÑON, LUQUETE. — ASTOLFO.
GENTE, *dentro*.

ASTOLFO.

¡Ay de mí! que aunque seguirlos
Mi caduca planta quiera,
No puedo.

LUQUETE.

Hácia aquí una voz
Se oye.

SABAÑON.

Hácia aquí un eco suena.

ASTOLFO.

¡Leonido! ¡Heraclio!

LUQUETE.

Aunque no
Sea Leonido...

SABAÑON.

Aunque no sea
Heraclio...

LUQUETE.

Sepa de quien
Le llama, el camino.

SABAÑON.

Sepa
La senda de quien le llama.

LOS DOS.

Decidme, por vida vuestra...

LUQUETE.

Mas ¿qué es esto?

SABAÑON.

Lo que estotro.

ASTOLFO.

Tenéos.

LUQUETE.

¿Qué manda?

SABAÑON.

¿Qué ordena?

ASTOLFO.

¿Quién sois, que hasta aquí venisteis?

LUQUETE.

Un gran asno.

SABAÑON.

Una gran bestia.

ASTOLFO.

¿Quién sois? digo otra vez.

LUQUETE.

Yo
Otras veinte...

SABAÑON.

Yo otras treinta...

LUQUETE.

Que un mentecato.

SABAÑON.

Que un tonto.

ASTOLFO.

¿A qué por aquestas tierras
Venisteis?

LUQUETE.

A ver visiones.

SABAÑON.

A sacar almas en penas.

ASTOLFO.

¿Cómo os llamais?

LUQUETE.

Yo, Luquete.

SABAÑON.

Sabañon yo.

ASTOLFO.

De ambos sepa
Qué trompas y cajas son,
Que se han escuchado, estas.

LUQUETE.

Yo no entiendo bien de cajas,
Que no sean de conserva.

SABAÑON.

Ni yo bien de trompas, que
Trompas de Paris no sean.

ASTOLFO.

¿Qué gente es esa que el monte
Corre?

LUQUETE.

¿Quién hay que lo entienda?

SABAÑON.

Pastores fuímos los dos.

LUQUETE.

Dejando cabras y ovejas,
Dimos en servir á un magro...

SABAÑON.

No quitando su presencia.

LUQUETE.

Este tal tiene una hija...

SABAÑON.

Marimacha destas selvas.

LUQUETE.

Saltamontè destos campos.

SABAÑON.

Viniendo á caza con ella,
Perdimos ambos su voz...

LUQUETE.

Sin saber qué causa tengan...

SABAÑON.

Esotras, que van diciendo...

HOMBRES. (*Dentro.*)

Sube al monte...

MUJERES. (*Dentro.*)

El risco cerca...

HOMBRES.

Que allí hay gente.

MUJERES.

Que allí hay ruido.

ASTOLFO.

Ya se escuchan de mas cerca.
(*Ap.*) ¡Ay de Leonido y Heraclio,
Si estos hombres los encuentran!
Y pues seguirlos no puedo,
Que intente ocultarme es fuerza,
Pues no hay contra ellos indicio
Miéntras que yo no parezca.
Pero estos dirán de mí.
Mas buen remedio. (*Áselos.*)

LOS DOS.

¿Qué intentas?

ASTOLFO.

Que á esta cueva entreis conmigo.

SABAÑON.

Excusada diligencia
Es, cuando de nieve somos,
El llevarnos á la cueva.

LUQUETE.

Mas sanos del tiempo estamos.

ASTOLFO.

Entrad, villanos.

LOS DOS.

Advierta,
Si es porque no nos dañemos,
Que ya es tarde. (*Llévalos á la gruta.*)

ESCENA VII.

CINTIA, HERACLIO.

CINTIA. (*Dentro.*)

La primera
Tengo de ser, pues allí
Anda gente, que trascienda
Lo intrincado de sus senos.

HERACLIO. (*Dentro.*)

No harás; que hay quien lo defienda.

CINTIA. (*Dentro.*)

¿Quién podrá contra mis iras?

HERACLIO. (*Dentro.*)

¿Ni quién se opondrá á mis fuerzas?

(*Salen Cintia y Heraclio.*)

(*Ap.* Mas ¡qué miro!)

CINTIA. (*Ap.*)

Mas ¡qué veo!

HERACLIO. (*Ap.*)

¡Qué bello animal!

CINTIA. (*Ap.*)

¡Qué fiera
Tan espantosa!

HERACLIO. (*Ap.*)

¡Divino
Asombro!

CINTIA. (*Ap.*)

¡Horrible presencia!

HERACLIO. (*Ap.*)

Cuanto animoso esperaba,
Tanto ya cobarde tiembla
El corazon.

CINTIA. (*Ap.*)

Cuanto vine
Osada, altiva y resuelta,
Ya sin mí mi vida dura.

HERACLIO. (*Ap.*)

¡Qué hermosura!

CINTIA. (*Ap.*)

¡Qué fiereza!

HERACLIO.

Cizaña de dos sentidos,
Pues con hurtados despojos,
Antes de verte los ojos
Te miraron los oidos,
¿Quién eres, que suspendidos
Los dejas?

CINTIA.

¿Quién he de ser?
Quien, sin llegarse á valer
De honor que despues sabrás,
Es una mujer no mas.

HERACLIO.

¿Y qué mas que una mujer?
Y si todas son así,
¿Cómo hubo hombre que vivió?

CINTIA.

¿Luego otra no has visto?

HERACLIO.

No.
Aunque presumo que sí.

CINTIA.

¿Cómo?

HERACLIO.

Como al cielo vi,
Y siendo el hombre en el suelo
Breve mundo en su azul velo,
Bien que vi la mujer fundo;
Pues si el hombre es breve mundo,
La mujer es breve cielo.

CINTIA.

Y tú, que ignorante incurres
En lo que atento mejoras,
Pues si como bruto ignoras,
No como bruto discurres,
¿Quién eres, que al paso ocurres
Tan fiero?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Quién fué
Un anciano que escuché
Ser deste monte horror fuerte?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Cómo desta suerte
En él vives tú?

HERACLIO.

No sé.

CINTIA.

¿Nada sabes?

HERACLIO.

No, indignada,
Culpa tus iras me den;
Que no sabe poco quien
Sabe que no sabe nada.
Y aunque estuviera informada
De mí mi ignorancia...

CINTIA.

Di.

HERACLIO.

Volviera, al ver que te vi,
A ignorar.

CINTIA.

¿De qué manera?

HERACLIO.

Como de mí no supiera,
Aunque supiera de mí.

CINTIA.

Pues yo tengo de saber
Quién eres, ó de tu vida
Mi valor me hará homicida.

HERACLIO.

¡Qué poco tendrás que hacer!

(*Cintia flecha el arco, y al ir á dispararle, deja caer todas las flechas.*)

CINTIA.

El temor me hizo perder
Las flechas.

HERACLIO.

¿Ménos las echas?

CINTIA.

¿Pues no?

HERACLIO.

No; que si aprovechas
Los ojos en dar desmayos,
Quedándote con sus rayos,
¿Qué falta te hacen las flechas?

CINTIA.

En tu aspecto lo feroz,
Cuando en tu estilo lo fiel,
O esa voz no es desa piel,
O esa piel no es desa voz:
Con que el discurso veloz,
De una en otra fantasía,
De nieve una estatua fria
En mí va labrando ciego.

HERACLIO.

En mí la labra de fuego.

(*Quédanse suspensos los dos.*)

ESCENA VIII.

LEONIDO, LIBIA. — CINTIA, HERACLIO; GENTE, *dentro.*

LEONIDO.

Bello escándalo del dia,
Que has venido anticipado
A esa gente que te sigue,
Porque el mirarte me obligue
A que me halle mi cuidado
Suspenso, absorto y turbado,
¿Quién eres?

LIBIA.

Quien á buscar
Vino á otro, y en su lugar
Te halla, porque en susto tanto,
Doblándose en tí el espanto,
En mí se doble el pesar.

LEONIDO.

¿Otro buscas, y no á mí?
Segundo susto eres ya.

LIBIA.

¿Pues qué cuidado te da
Que no busque á quien no vi?

LEONIDO.

No sé; pero aunque temí
Que á darme muerte venía
Tu arrogancia, como via
Cuán dulce muerte me daba.
Sentia que me mataba,
Sin sentir que lo sentia;
Mas cuando buscando vas
A otro, tan otro el mal es,
Que echo ménos que me dés
La muerte que no me das.
¿A quién, di, buscando estás?

LIBIA.

A un anciano que hoy aquí
En tu fiero traje vi.

LEONIDO.

¿Luego tú vienes á ser,
Bello hechizo, la mujer
Que él dice que le vió?

LIBIA.

Sí.

LEONIDO.

Luego bien conmigo lucho,
Si ser vida y muerte creo.

MUJERES. (*Dentro.*)

¡Bella Cintia!

HERACLIO.

Mas ¡qué veo!

HOMBRES. (*Dentro.*)

¡Libia hermosa!

LEONIDO.

Mas ¡qué escucho!

HERACLIO.

Mucho es mi recelo.

LEONIDO.

Mucho
Mi temor.

MUJERES. (*Dentro.*)

Espera.

HOMBRES. (*Dentro.*)

Aguarda.

CINTIA.

Gente es que viene en mi guarda.

LIBIA.

Gente es que seguirme intenta.

HERACLIO.

Pues si tu luz me amedrenta...

LEONIDO.

Pues si tu luz me acobarda...

HERACLIO.

Presto verás que no ha sido
Vil temor el que me ha dado...

LEONIDO.

Presto verás que el que ha estado
Suspenso, lidia atrevido...

HERACLIO.

Que de cuantos te han seguido,
Ninguno aquí ha de llegar. (*Vase.*)

LEONIDO.

Que ninguno ha de pasar
El término que pasaste. (*Vase.*)

CINTIA.

Corazon, el temor baste.

LIBIA.

Recelo, baste el pesar.

CINTIA.

Y pues saliendo al camino,
Con otros dará, dél quiero
Huir, que á su asombro muero.

LIBIA.

Y pues á otras manos vino,
Huir su vista determino.
(*Truecan puesto las dos* [1])

MUJERES. (*Dentro.*)

¡ Cintia!

HOMBRES. (*Dentro*)

Libia!

(*Vuelven Heraclio y Leonido, y hállanlas trocadas.*)

HERACLIO.

Desmandada
La gente, sin que la entrada
Halle á este sitio, volvió.

LEONIDO.

Solo aquí la voz llegó;
Y pues por ahora nada
Hay que temer, vuelva á ver
Al encanto desta selva.

HERACLIO.

Y así de un riesgo á otro, vuelva,
Al que da mas que temer.

LEONIDO. (*A Cintia.*)

Iman fué su rosicler...

HERACLIO. (*A Libia.*)

Norte ha sido mi deseo...

LEONIDO.

Que aquí lo que dudo creo.

HERACLIO.

Que aquí lo que toco admiro.

LIBIA. (*Ap.*)

¡ Cielos, nuevo monstruo miro!

CINTIA. (*Ap.*)

¡ Cielos, nuevo monstruo veo!

LEONIDO.

¿Cómo en tan breves instantes
Truecas las señas primeras?
Bien me dijeron que eras
Animal de dos semblantes.

HERACLIO.

Justo es que al verte me espantes;
Que aunque las rudezas mias
Ya sabían que podías
Mudar la cara á dos haces,
No sé si bien ó mal haces
En trocar la que tenias.

LEONIDO.

Mas justo es agradecer
La mudanza que hallo en ti;
Pues aunque bella te vi,
Mas bella te llego á ver.

HERACLIO.

Y pues vuelvo á pretender,
Cobradas flechas y aljabas,
La muerte que ántes me dabas;
Porque la agradezca mas
No me mates como estás;
Mátame como te estabas.

LIBIA.

Yo soy quien debia extrañar
El verte tan otro aquí.

CINTIA.

Yo soy quien podia de ti
Las nuevas señas dudar.

LIBIA.

Mas no es tiempo de apurar..
(*Yéndose las dos.*)

CINTIA.

Mas no es tiempo de argüir...

LIBIA.

De tu bruto discurrir
La causa.

CINTIA.

De tu rudeza
La ocasion.

LEONIDO.

No tu belleza
Se ausente.

HERACLIO.

No te has de ir.

LIBIA.

Ten la mano, pues dejarte
Basta, sin darte la muerte.

CINTIA.

No me toques; que, en tan fuerte
Riesgo, basta el no matarte.

LEONIDO.

No has de irte.

HERACLIO.

No has de ausentarte.

UNOS. (*Dentro.*)

¡ Libia!

OTROS. (*Dentro.*)

¡ Cintia!

LIBIA.

Hácia este puesto
Venid...

CINTIA.

Llegad, llegad presto...

LAS DOS.

Que aquí las fieras están.

(*Salen por una parte soldados, y por otra Fócas y gente. Cintia y Libia, seguidas de Heraclio y Leonido, se reunen en el proscenio.*)

ESCENA IX.

FOCAS, SOLDADOS, GENTE. — CINTIA LIBIA, HERACLIO, LEONIDO.

FÓCAS.

Voces Libia y Cintia dan.
Acudid todos.

SOLDADOS Y GENTE.

¿Qué es esto?

LAS DOS.

Que habiendo el monte corrido.

HERACLIO.

Dame albricias, corazon...

LEONIDO.

Alma, dame albricias...

HERACLIO.

Que
Dos los semblantes no son...

LEONIDO.

Que no son dos las mudanzas...

LOS DOS.

Sino las mujeres dos.

CINTIA.

En esta parte encontré
A este espanto.

LIBIA.

Yo á este horror,
Sin que el anciano parezca.

FÓCAS.

Fieras, en quien viendo estoy
De mi primero linaje
La bruta especie, ¿quién sois?

HERACLIO.

No sabemos de nosotros
Mas de que solo nos dió
Este monte la primera
Cuna, alimento el verdor
De sus plantas, y este traje
De sus brutos lo feroz.

FÓCAS.

Hasta ahí supe yo de mí;
Pero vosotros mejor
Lo sabréis, pues un caduco
Anciano hay mas que los dos.
¿Dónde está?

LEONIDO.

Dél no sabemos.

HERACLIO.

Ni tú sabrás.

FÓCAS.

¿Cómo no? —
Registrad grutas y quiebras
(*A los soldados*
Deste risco, que mostró

[1] Lo que va de esta escena hasta aquí, y este juego de teatro, se comprenden fácilmente, suponiendo puesta la decoracion como vamos á decir. En el proscenio, á la izquierda del espectador, la entrada á la gruta; en el medio del tablado un grupo aislado, de matas espesas y árboles, que formen como una pared, principiando á cierta distancia del proscenio; el fondo y costados del teatro, de monte. Así, quedando libre el proscenio, vendria á quedar mas arriba el teatro, dividido en dos. Heraclio y Cintia estarian en la una division, sin ver ni oir á Leonido y Libia, que estarian en la otra. Heraclio y Leonido se retirarian por los costados del teatro á detener á los que venian; Cintia entónces pasaria por el proscenio al sitio donde estuvieron Libia y Leonido, y Libia, al mismo tiempo, pasaria por el fondo del teatro al paraje donde se habian hablado Heraclio y Cintia. Retrocediendo en esto Leonido y Heraclio, cada uno por donde se fué, no podian ménos de hallar á Cintia en lugar de Libia y á Libia en lugar de la reina.

Voltaire, que tradujo extractada esta comedia, no entendió este pasaje ni otros, y supuso que Cintia y Libia trocaban los mantos.

Que por mas impenetrable,
Será en él su habitacion.

UN SOLDADO.

Aquí de ramos cubierta
Hay una boca.

LIBIA.

Y si yo
Vuelvo á recorrer las señas,
Ella es de donde salió.

FÓCAS.

Entrad pues, mirad su centro.
(*Pónense Heraclio y Leonido á la boca de la cueva.*)

LEONIDO.

Nadie ose llegar, si no
Quiere ántes morir.

FÓCAS.

¿Pues quién
Lo impedirá?

LEONIDO.

Mi valor.

HERACLIO.

Y el mio; porque primero
Que á esta lóbrega mansion
Ninguno entre, en su defensa
Hemos de morir los dos.

FÓCAS.

Dos veces brutos, ¿no veís
Cuánto vuestra pretension
Es imposible?

LOS DOS.

Llegad,
Y lo veréis.

FÓCAS.

A un error
Tan desatinado, mueran.

GENTE.

No quede flechado arpon
Que no se vibre en sus pechos.

GENTE Y SOLDADOS.

¡Mueran pues!

ESCENA X.

ASTOLFO, *que se pone delante de* HERACLIO Y LEONIDO.—DICHOS; *despues*, SABAÑON Y LUQUETE.

ASTOLFO.

Aqueso no.
Si ellos han de morir, ménos
Importa que muera yo.
Matadme á mí, y ellos vivan.
(*Quédanse suspensos todos mirándole.*)

FÓCAS.

¿Qué es lo que mirando estoy?

LIBIA.

Al que yo vi.

CINTIA.

¡Qué portento!

HOMBRES.

¡Qué asombro!

MUJERES.

¡Qué admiracion!
(*Salen Sabañon y Luquete.*)

SABAÑON.

¡Apunten bien los que hubieren
De tirar, por solo un Dios!
Porque me darán á mí,
Segun desgraciado soy.

LUQUETE.

Que á mí me apunten, les pido,
Pues con eso mi temor
Sabrá que han de dar á otro.
—Mas ¿qué es lo que viendo estoy?

SABAÑON.

¿Qué hace aquí con tanta gente
Nuestra ama?

LUQUETE.

¿Qué sé yo?
Item, dos salvajes mas.
A avisar á mi amo voy,
De que su hija entre salvajes
Se queda en conversacion.

SABAÑON.

Dices bien; pues para que
La saque desta afliccion,
O es mágico, ó no es mágico.
(*Vanse Sabañon y Luquete.*)

CINTIA.

¿Quién igual letargo vió
Como el que le ha dado á Fócas?

LIBIA.

¿Qué será esta suspension?

FÓCAS.

Yerto cadáver, en quien
A despecho del veloz
Tiempo, á pesar de las canas,
E injuria de escarcha y sol,
Todavía en mi memoria
Guarda la imaginacion
Aquellas primeras señas
Con que te vi embajador,
¿Cómo aquí?... Pero no quiero
Que te asuste mi rigor,
Cuando debo, agradecido
Al no esperado favor
Del hallarte, las albricias.
Alza del suelo, y tu voz
Me diga si es de Mauricio
El hijo, que reservó
De mis iras tu lealtad,
Uno destos.

ASTOLFO.

Sí, señor;
El uno de los dos es
Hijo de mi emperador,
A quien (porque nunca diera
En manos de tu furor)
Crié en estos montes, sin que
Sepa quién es ni quién soy;
Porque el tenerle así tuve
A inconveniente menor
Que el mirarle en tu poder,
Ni de una gente que dió
Obediencias á un tirano.

FÓCAS.

Pues mira cuán superior
El hado á la diligencia
Manda. ¿Cuál es de los dos?

ASTOLFO.

Que es uno dellos diré;
Pero cuál es dellos, no.

FÓCAS.

¿Qué importa que ya lo calles,
Si es inútil pretension
Para que no muera? pues
Matando á entrambos, estoy
Cierto de que muera en uno
El que aborrezco, y que no
Turbará nunca el imperio.

HERACLIO.

A ménos costa el temor
Podrá asegurarse.

FÓCAS.

¿Cómo?

LEONIDO.

Vengando en mí ese rencor;
Que yo, á precio de ser hijo
De un supremo emperador,
Daré contento la vida.

HERACLIO.

Si en él dicta la ambicion,
En mí la verdad.

FÓCAS.

¿Por qué?

HERACLIO.

Porque yo sé que lo soy.

FÓCAS.

¿Tú lo sabes?

HERACLIO.

Sí.

ASTOLFO.

¿Pues quién
Te lo ha dicho?

HERACLIO.

Mi valor.

FÓCAS.

¿Entrambos para morir
Competís por el blason
De hijos de Mauricio?

LOS DOS.

Sí.

FÓCAS. (*A Astolfo.*)

Di tú, ¿cuál es de los dos?

LOS DOS.

Yo.

ASTOLFO.

Que es uno, mi voz ha dicho;
Cuál es, no dirá mi amor.

FÓCAS.

Eso es querer, por salvar
Uno, que perezcan dos.
Y pues entrambos conformes
Están en morir, no soy
Tirano, pues que la muerte,
Que ellos me piden, les doy.—
Soldados, mueran entrambos.

ASTOLFO.

Tú lo pensarás mejor.

FÓCAS.

¿Por qué?

ASTOLFO.

Porque no querrás,
Ya que el uno te ofendió
En vivir, te ofenda el otro
En morir.

FÓCAS.

Pues ¿por qué no?

ASTOLFO.

Porque es el otro tu hijo,
De cuya verdad te doy,
(*Dale una lámina.*)
Para testimonio, esta
Lámina que á mí me dió
Con él y con la noticia
De ser tuyo, la afliccion
De aquella villana, en quien
Fué tan parlero el dolor,
Que, por no reservar nada,
El hijo aun no reservó.
Ahora, con el resguardo
Que el uno en el otro halló,
Sabiendo que es tu hijo el uno,
Podrás matar á los dos.

FÓCAS.

¡Qué escucho y qué miro!

CINTIA.

¡Extraño
Suceso!

FÓCAS.

¿Quién, cielos, vió,
Que cuando de mi enemigo
Y mia buscando voy
La sucesion que aflígia
Mi vaga imaginacion,
Tan equívocas encuentre
Una y otra sucesion,
Que impida el golpe del odio
El escudo del amor?
Mas tú dirás uno y otro
Quién es.

ASTOLFO.

Eso no haré yo.
Tu hijo ha de guardar al hijo
De mi rey y mi señor.

FÓCAS.

No te valdrá tu silencio;
Que la natural pasion
Con experiencias dirá
Cuál es mi hijo, y cuál no,
Y entónces podré dar muerte
Al que no halle en mi favor.

ASTOLFO.

No te creas de experiencias
De hijo á quien otro crió;
Que apartadas crianzas tienen
Muy sin cariño el calor
De los padres; y quizá,
Llevado de algun error,
Darás la muerte á tu hijo.

FÓCAS.

Con eso en obligacion
De dártela á tí me pones,
Si no declaras quién son.

ASTOLFO.

Así quedará el secreto
En seguridad mayor;
Que los secretos, un muerto
Es quien los guarda mejor.

FÓCAS.

Pues no te daré la muerte,
Caduco, loco, traidor;
Sino guardaré tu vida
En tan misera prision,
Que lo prolijo en morir
Te saque del corazon
A pedazos el secreto.
(*Échale en el suelo, y levántanle Heraclio y Leonido.*)

HERACLIO.

No le ultraje tu furor.

LEONIDO.

Ne tu saña le maltrate.

FÓCAS.

Pues ¡qué! ¿amparáisle los dos?

LOS DOS.

Si él nuestra vida ha guardado,
¿No es primera obligacion
De todas guardar su vida?

FÓCAS.

¡Luego á ninguno mudó
La vanidad de que pueda
Ser hijo mio?

HERACLIO.

A mí no;
Porque mas quiero (otra vez
Digo) morir al honor
De ser legítimo hijo
De un supremo emperador,
Que vivir de una villana
Hijo natural.

LEONIDO.

Y yo,
Que aunque ser tu hijo tuviera
A soberano blason,
No me ha de exceder á mí
Heraclio en la presuncion
De ser lo mas.

FÓCAS.

¿Y es lo mas
Mauricio?

LOS DOS.

Sí.

FÓCAS.

¿Y Fócas?

LOS DOS.

No.

FÓCAS.

¡Ah venturoso Mauricio!
Ah infeliz Fócas! ¿Quién vió
Que para reinar, no quiera
Ser hijo de mi valor
Uno, y que quieran del tuyo
Serlo para morir, dos?—
Y pues de tanto secreto, (*A Astolfo.*)
Que ya pasa á ser baldon,
Solo eres dueño, volviendo
A mi primera intencion,
Te harán hablar hambre y sed,
Desnudez, pena y dolor.—
Llevadle preso. (*A los soldados.*)

LOS DOS.

Primero
Restados en su favor
Nos verás.

FÓCAS.

Eso es querer,
Que abandonado el amor
Con que al uno busqué, en ambos
Se vengue mi indignacion. —
A todos tres los prended.
(*A los soldados.*)

HERACLIO.

Primero pedazos yo
Me dejaré hacer.

LEONIDO.

Primero
Moriréis todos.

FÓCAS.

¡Su error
Los castigue! ¿Qué esperais?
Si no se dan á prision,
Mueran.
(*Embisten los soldados á prenderlos, y ellos los retiran.*)

ASTOLFO.

No mi vida, hijos,
Así os empeñe.

CINTIA Y LIBIA.

Señor...

FÓCAS.

Nada me digais; que al ver
Que hay quien desdeñe mi honor,
Tengo un volcan en el pecho
Y un Etna en el corazon. (*Vase.*)

CINTIA.

¡Oh quién pudiera impedir
Tantas desventuras hoy! (*Vase.*)

LIBIA.

¡Quién embarazar pudiera
De tanta fiera cuestion
Los peligros! (*Vanse todos.*)

ESCENA XI.

SABAÑON, LUQUETE, LISIPO.

SABAÑON. (*Dentro.*)

Llegad presto;
Que donde Libia quedó,
Es donde se escucha el ruido
De las armas.

LUQUETE. (*Dentro.*)

Y si no
Me engaño, ella en medio anda.
(*Salen Lisipo, Sabañon y Luquete.*)

LISIPO.

Yo llego en mala ocasion,
Pues que todo cuanto encuentro
Es ira, saña y furor.

LUQUETE.

Los salvajes se defienden;
Pero como ménos son,
No tienen muy buen partido.

SABAÑON.

Y no es poca admiracion,
Que una vez de los salvajes
Sea el número menor.

LISIPO.

¡Oh! ¡qué de vidas peligran!
Si viendo este estrago estoy,
¿Para cuándo de mis ciencias
Los raros prodigios son?
Pongan pues paces las sombras,
Y anticipado el horror
De la noche al parecer,
Obedezcan á mi voz,
Con relámpagos y truenos,
Nubes, cielo, luna y sol.
(*Suena terremoto, oscurécese el teatro con truenos y relámpagos, y salen todos tropezando.*)

ESCENA XII.

FOCAS, CINTIA, HERACLIO, LEONIDO, ASTOLFO, ISMENIA, GENTE. — LISIPO, LUQUETE.

FÓCAS.

¡Qué nuevo escándalo ¡cielos!
De un instante á otro turbó
La luz, que ninguno ve
Con quién lidia ni quién no?

CINTIA.

¿Qué se nos ha hecho el dia,
Que de vista se perdió
De un punto á otro?

HERACLIO.

¡Qué portento
Nos apaga el resplandor
De los rayos?

LIBIA.

¿Qué prodigio
Nos niega el mayor farol?

LEONIDO.

¡Qué no imaginado eclipse!

ASTOLFO.

¡Qué no esperado pavor!

UNA MUJER.

¡Qué asombro!

OTRA.

¡Qué ansia!

OTRA.

¡Qué espanto!

LUQUETE.

¡Qué andaluvio!

SABAÑON.

¡Qué antuvion!

FÓCAS.

¡Libia!

LIBIA.

¡Fócas!

FÓCAS.

¡Cintia!

CINTIA.

¡Ismenia!

UNOS.

Al monte.

OTROS.

A la poblacion.

OTROS.

A la choza.

OTROS.

Al risco.

OTROS.

Al llano.

LISIPO.

Pues en tanta confusion,
Embarazando las iras,
Buscan todos su mansion,
En lo que paran, dirá
Otra vez que salga el sol.

JORNADA SEGUNDA.

Campo y arboleda delante de la cabaña de Lisipo.

ESCENA PRIMERA.

CINTIA, LIBIA.

CINTIA.

Pues en todo este coto,
Solo tu albergue, hermosa Libia, ha sido
En que Fócas y yo hemos vencido
El ceño del pasado terremoto;
Ya que de cerca tus fortunas noto,
Compadecida quiero
Procurar emendarlas.

LIBIA.

Bien infiero
El que huéspedes tales
No acaso pisan míseros umbrales.

CINTIA.

Parecidas fortunas
Dan á entender ser las estrellas unas,
Y desta simpatía
Se engendran los cariños.

LIBIA.

Pues la mia
¿En qué, señora, pudo confrontada
Simbolizar la tuya?

CINTIA.

En la pasada
Accion, donde llegando las primeras,
Fuimos las que de aquellas creidas fie-
El centro descubrimos, [ras
Y las primeras que en su estilo vimos
Que tenia, tratable la rudeza,
Escondida no ménos extrañeza
Que la que el caso infiere.
Y por si alguna vez hablar quisiere
(Sobre tenerme, que es lo mas, tu vida,
Como te dije ya, compadecida)
En lo turbada que al mirar me tuvo
Antes tan fiero al que despues estuvo
Conmigo tan rendido,
Con sus noticias tan desvanecido,
Con Fócas tan severo,
Que osó morir primero
Que crér lo ménos noble á su destino,
Y en fin, tan leal, tan fino
Con la piedad del venerable anciano,
Es bien que á tí te tenga mas á mano;
Porque una admiracion, Libia, tan grave
Aun no la sabe oir quien no la sabe.
Y así por uno y otro he de llevarte
Conmigo.

LIBIA.

Otra y mil veces á besarte
Vuelvo la mano. Pero cuando se halla
Mi padre...

CINTIA

No prosigas, calla, calla;
Que la gente dejando,
Fócas con él viene en secreto hablando.

LIBIA.

Pues si es secreto, demos
Para él lugar: de aquí nos retiremos.

CINTIA.

¿Cuánto será mejor, ya que aquí esta-
Pues es secreto... [mos,

LIBIA.

¿Qué?

CINTIA.

Que lo sepamos?
Que no hay mas gusto, Libia, te prometo,
Que saber, sin fiárnosle, un secreto.

LIBIA.

Pues si deso te agradas,
Desde aquí los oigamos, amparadas
Deste verde cancel, que ha dividido
Nuestro pequeño albergue.
(*Escóndense detras de los árboles.*)

ESCENA II.

FOCAS, LISIPO. — CINTIA Y LIBIA, *escondidas.*

FÓCAS.

Agradecido,
Lisipo, á la ocasion de tu destierro
(Que ya sé que fué en órden á que el
[yerro
Del de Calabria amenazó tu ciencia,
Por negar de mis feudos la obediencia)
Te estoy; pero aunque desto
A darte el galardon estoy dispuesto, [to.
Otro es el fin con que hoy honrarte tra-

LISIPO.

A tanto honor no me hallarás ingrato.

FÓCAS.

Yo vine...

LISIPO.

Ya lo sé, con ansia fuerte
De dar una corona y una muerte.

FÓCAS.

Cuando tarde esperaba...

LISIPO.

Que hallase tu deseo á quien buscaba...

FÓCAS.

Vine á encontrar con él al primer paso.

LISIPO.

Estudio es de los cielos el acaso.

FÓCAS.

Mas con tan rara confusion, tan nueva...

LISIPO.

Como es el no saber á quién se deba
El odio y el amor.

FÓCAS.

Para ese efeto...

LISIPO.

Prender mandaste al dueño del secreto.

FÓCAS.

Pusiéronse los dos en su defensa.

LISIPO.

Fué noble accion.

FÓCAS.

Así el valor lo piensa,
Juzgando, al ver aun contra mí los brios,
Que eran entónces ambos hijos mios.
Sobrevino á la lid el terremoto...

LISIPO.

Viendo del cielo un eje y otro roto...

FÓCAS. [parados...
Con que en tu albergue Cintia y yo am-

LISIPO.

Tienen sitiado el monte tus soldados...

FÓCAS.

Con órden...

LISIPO. [ó preso
Que al que encuentren, muerto
Traigan.—¿Qué lo repites, si el suceso
Nadie hasta aquí le ignora?

FÓCAS.

Pues lo que no se sabe empieza ahora.
Yo sé que la experiencia,
Lisipo, de tu ciencia
Lo mas oculto alcanza;
Y así libro en tu ciencia mi esperanza.
Quiénes son esos dos jóvenes bellos
Me dirás.

LISIPO.

Sí diré, y ántes de vellos
Sabido lo tendrás.

CINTIA. (*Ap. á Libia.*)

¡Oh! ¿quién pudiera
Libia, estorbarlo?

LIBIA.

Yo.

CINTIA.

¿De qué manera?

LIBIA.

Habla á mi padre tú, miéntras retiro
A Fócas yo, puesto que á mis engaños
Tardará con el peso de los años. (*Vase.*)

FÓCAS.

Si en tu noticia miro
Logrado mi deseo, que has de verte,
Piensa...

LISIPO.

No mas. El que...

LIBIA. (*Dentro.*)

¡Que me dan muerte!
¡Fócas! padre! señor!

LISIPO.

¡Ay de mí! Aquella
Voz es de Libia.

FÓCAS.

¿Cómo á socorrella
No voy? (*Vase.*)

LISIPO.

¿Y cómo torpe me acobarda
En no ser yo el primero?
(*Quiere irse: sale Cintia, y detiénele.*)

ESCENA III.

CINTIA, LISIPO.

CINTIA.
¡Espera, aguarda!

LISIPO.
Si ves...

CINTIA.
Cobra la accion helada y fria;
Que esa voz no es de Libia, sino mia.

LISIPO.
¿Tuya es?

CINTIA.
Sí, si con ella á estorbar llego
Que pueda tu noticia hacer que, ciego
De ira, Fócas dé muerte
Al hijo de Mauricio; que es muy fuerte
Dolor que cuando el desengaño acuda,
Valga una vida ménos que una duda.
Y pues al cielo ofendes, si á él le obligas,
Muévate la piedad, no se lo digas,
O verás, siendo otro tu homicida,
Si es buen precio una duda de una vida.

LISIPO.
¿Pues cómo si?...
(*Vuélvese Cintia á esconder.*)

ESCENA IV.

FOCAS, LIBIA. — LISIPO; CINTIA, *escondida.*

FÓCAS. (*A Lisipo.*)
Detente.
No tu cansada edad el paso aliente:
Desvia ya el temor, delirio ha sido
De un sueño.

LIBIA.
Tan ladron de mi sentido,
Robado le tenia,
Con las especies que hoy mi fantasía
Llenan de confusiones
Verdades é ilusiones,
Peligros de tan nunca vista historia,
Que informes conservaba la memoria,
Que debieron veloces
(Yo no lo sé) de prorumpir en voces.

LISIPO.
En albricias del gusto
De verte libre, te perdono el susto,
Que, de mi vida dueño,
Aun guarda en mí las sombras de tu [sueño.
Retírate de aquí.
(*Vase Libia donde está Cintia.*)

LIBIA. (*Ap. á Cintia.*)
¿Qué ha sucedido?

CINTIA.
Que ya está del silencio prevenido.
Vuelve á escuchar: verémos qué han [logrado
Tu industria, bella Libia, y mi cuidado.

FÓCAS.
Pues el daño, Lisipo, que esperamos
Fué una ilusion, prosigue.

LISIPO.
¿En qué quedamos?

FÓCAS.
En que, aun ántes de vellos,
Los has de conocer.

LISIPO.
Sí, porque dellos
Tu hijo es...

CINTIA. (*Ap.*)
¡Ay infelice!

LISIPO.
El que...

CINTIA. (*Ap.*)
Sobre mi aviso, ¡se lo dice!

LISIPO.
El que... (*Finge no poder hablar.*)

FÓCAS.
¿Qué te enmudece?

LISIPO.
No lo sé; solo sé que me estremece
Al nombrarle, un temor.

FÓCAS.
¿Qué te acobarda?

LISIPO.
Cierta deidad que esotra vida guarda.
Tú no la ves; yo sí: enojada y bella,
Con el dedo en los labios, los mios sella.
No me aflijas, pues ves que te obedezco;
No me amenaces, pues por tí enmudez-
Y pues primero el cielo, [co.
Entupecido el cristalino velo,
En su favor las nubes amotina,
Y ahora alta auxiliar, deidad divina
Me niega la asistencia
Del espíritu impuro,
Que á la callada voz de mi conjuro
Invocado, dictaba en obediencia
Del explícito pacto de mi ciencia,
No me mandes que diga,
Pues á callar otro poder me obliga,
Lo que ni sé ni puedo.
¡Qué ansia! Qué espanto! (*Vase.*)

FÓCAS.
Y ¡qué pavor, qué miedo
Es el que ha introducido [tido
Tu asombro en mí! Mas ¿cómo yo á par-
Doy mi furor, si todo el cielo opuesto
A mí, no ha de poder?...

ESCENA V.

CINTIA y LIBIA, *que salen de entre los árboles.* — FOCAS.

LAS DOS.
Señor, ¿qué es esto?

CINTIA.
¿Tú la voz destemplada?

LIBIA.
¿Tú perdido el color?

LAS DOS.
¿Qué ha sido?

FÓCAS.
Nada.
Quise que me dijera
Lisipo, por su mágica, la esfera
Del hijo de Mauricio,
Y perturbado de un letargo el juicio,
No sé qué alto poder convierte en hielo
Su voz.

CINTIA.
Yo sí.

FÓCAS.
¿Tú?

CINTIA.
Yo.

FÓCAS.
¿Quién es?

CINTIA.
El cielo,
Que una inocencia ampara. [para
¿Qué culpa á un desdichado es nacer,
Que á tus cóleras nazca destinado?
¿No le basta nacer á un desdichado?
Las políticas leyes,
Que establecieron césares y reyes,
Dicen que si una herida
En un cadáver se halla, y de homicida
Contra dos el indicio
Resulta igual, no deben ser en juicio
Condenados los dos; porque prudente
Tuvo la ley piadosa
Por mejor que en sentencia tan dudosa
Se libre el delincuente,
Que no que la padezca el inocente.
Pues siendo así, tu gracia á ambos reci-
Y á sombra del amor el odio viva; [ba.
Que, en juicio tan penoso,
Mejor será que sepa hacer el hado
Un dichoso, señor, de un desdichado,
Que hacer un desdichado de un dichoso.
Y en cuanto á que te deje sospechoso
La duda que te queda,
Que de Mauricio el hijo alterar pueda
El imperio, es engaño;
Pues no constando nunca el desengaño,
Podrás dejar de tu laurel la herencia
A quien mas te inclinare la experiencia;
Que aunque apagan el fuego las mudan-
De apartadas crianzas, [zas
¿Qué falta el fuego hará, cuando á ver
Que la sangre no mas arde sin fuego? [llego

FÓCAS.
Si capaz estuviera
Yo de razon, la tuya me venciera;
Mas ¿cómo?... (*Suena dentro ruido.*)

ESCENA VI.

SABAÑON, LUQUETE. — FOCAS, CINTIA, LIBIA.

Voces dentro.
Entrad.

SABAÑON Y LUQUETE.
¡Albricias!

FÓCAS.
¿Qué ha sido eso?

LUQUETE.
Yo lo diré.

SABAÑON.
No, sino yo.

LUQUETE.
Que preso...

SABAÑON.
Nuestro placer, señor...

LUQUETE.
Nuestra alegría...

LOS DOS.
Te trae al que encuevados nos tenia.

FÓCAS.
¿Adónde le encontrasteis?

SABAÑON.
No encontramos.

FÓCAS.
¿Adónde pues le hallasteis?

LUQUETE.
No le hallamos tampoco.

FÓCAS.
¿Pues cómo, dime, necio, cómo, loco,
Le prendisteis?

SABAÑON.
No tal; los que allá fuéron,
Le hallaron, le encontraron, le prendie-
[ron.

FÓCAS.

¿Y de solo eso albricias pretendistes?

LUQUETE.

¿Es novedad, señor, que hombres de
Cuando el gusto complacen, [chistes,
Gánen las gracias de lo que otros hacen?

ESCENA VII.

SOLDADOS, *que traen á* ASTOLFO.— DICHOS.

UN SOLDADO.

Apénas á la oscura
Niebla siguió del sol la lumbre pura,
Cuando al monte volvimos,
Y en él á Astolfo desmayado vimos,
Sin acudir á reparar sus daños
El fatigado peso de los años.
Y como divididos
Dejó el nublado á todos, esparcidos
Por el monte los dos, no parecieron;
Que quizá, por hallarle, le perdieron.

ASTOLFO.

Sola esta vez ufano,
Puesto á tus pies, besara yo tu mano.

FÓCAS.

¿Por qué ufano esta vez?

ASTOLFO.

Porque me advierte
Mi ventura que vengo á ver mi muerte.

FÓCAS.

Pues mira cuán contrario es tu recelo:
A vivir vienes. Alza pues del suelo.
Yo, Astolfo, aunque no prudente
Sea, hoy he de parecerlo
En mudar consejo. Ya
No solamente [1] me ofendo
De tu lealtad, pero ántes
En la parte te agradezco
De la crianza de un hijo;
Bien que empieza el argumento
De que le tenga por tí,
Cuando por tí no le tengo.
Y pues el semblante miras
Mudado con el consejo,
Dime cuál es de los dos,
Y con el otro te ofrezco
Templar la cuerda al enojo.

ASTOLFO.

Si yo, señor, poco atento
A Dios, á mi fe y á ti,
Tratara engañarte, es cierto
Que con trocar á los dos,
Viera al hijo de mi dueño,
Aunque con nombre de tuyo,
Restituido en su imperio;
Y que si al otro matabas,
Matabas al tuyo. Pero
Sobre que no quiera Dios
Que dé ni que quite reinos,
Es tan igual, es tan una
La fe con que á los dos quiero,
Como en fin, quiero á los dos
Que he criado, que primero
Que mi silencio aventuro
Al uno, moriré. Y puesto
Que no tengo de mentirte,
Ni decirte verdad tengo,
Toma la resolucion
Que quisieres; advirtiendo,
Señor, que no será mucho
Que cuando leal y cuerdo
Te da mi silencio un hijo,
Dés otro tú á mi silencio.

[1] No me ofendo.

FÓCAS.

Cuantas razones escucho
Y cuantas acciones veo,
Todas me arguyen, y todas
Me convencen; y aunque tengo
Tan en el alma arraigado
El rencor, esta vez quiero,
De Lisipo atento al pasmo,
De Cintia al discurso atento,
De Astolfo atento al amor,
Deponer mis sentimientos.
Vive tú pues, y ellos vivan,
Hasta que diga el afecto
De la sangre la verdad.
Y pues ya conmigo intento
Que asistan los dós, y sean
Iguales sus tratamientos,
Dime con este seguro
Dónde los hallaré.

ASTOLFO.

Eso
Mal puedo saberlo yo;
Pues los buscara, á saberlo,
Antes de dar en tus manos.

FÓCAS.

Pues fuerza será, volviendo
Al monte, buscarlo todo.

CINTIA.

Quizá, señor, es perderlos,
Pues no sabiendo á qué fin
Vuelven gente, armas y estruendos,
A la fuga ó la defensa
Los aventuras.

LIBIA.

Es cierto.

FÓCAS.

Pues ¿qué he de hacer?

ASTOLFO.

Yo, señor,
Ya que reducido creo
Tu enojo al mejor partido,
Daré para hallarlos medio.
Tú no has de ir, ni tus soldados
Porque al verte á tí y á ellos,
Es forzoso que no esperen
A tan ventajoso riesgo.
Mejor es que los vecinos
De la tierra vayan, y estos
Con muchas señas de paz;
Y para mostrar el serlo,
Manda que dulces clarines
Y músicos instrumentos
Sonoros suenen, bien como
Otra vez que los oyeron;
Que no dudo que escuchando
Festivos hoy sus acentos,
Lo que hizo el acaso ántes,
Ahora lo haga el intento;
Que fué, absortos los sentidos,
Dejarse atraer suspensos,
Cuál del escándalo, y cuál
De la suavidad del viento.
Con que advertirlos podrá
Cualquiera que llegue á verlos,
De tu resguardo.

FÓCAS.

Bien dices.

LIBIA.

Pues si te agrada el consejo,
Supuesto que no has de ir
Tú con tu gente, me ofrezco
A ir con la música yo.

CINTIA.

Ya que ella eligió primero,
Con tu licencia (*Ap.* Porqué
No me acusen mis deseos.)
Iré con gente y clarines.

FÓCAS.

A entrambas os lo agradezco.—
Y tú, porque no presumas (*A Astolfo.*)
Que á vista de igual suceso
Estás preso, ni estás libre,
Partidos los dos extremos,
No te pondré de soldados
Guarda, que fuera estar preso,
Ni te dejaré sin ella,
Que fuera estar libre; esos
Dos villanos, que no son
Guardas, ni dejan de serlo,
No te han de perder de vista.

LUQUETE.

Nosotros sí perderémos,
Como haya quien nos le gane.

FÓCAS.

Ea, villanos, id presto.
Llevadle de aquí.

SABAÑON.

Luquete.

LUQUETE.

Sabañon, ¿sabes qué es esto
De guarda de vista?

SABAÑON.

Sí:
Guardarle tú el ojo izquierdo,
Y yo el derecho.

LUQUETE.

Vusted, (*A Astolfo.*)
Pues que es llave de un secreto,
Nos conozca por sus guardas.

ASTOLFO. (*Ap.*)

¡Ay lealtad! ¡en qué me has puesto!
En qué me has puesto, fortuna!

(*Vánse todos, ménos Fócas.*)

ESCENA VIII.

FOCAS, *y luego* LISIPO.

FÓCAS.

¿No me dirás, pensamiento,
Cuál experiencia en los dos
Hiciera, que fuera medio
De dar luz al desengaño?

(*Sale Lisipo.*)

LISIPO. (*Ap.*)

A buscar á Fócas vuelvo,
Ya pesaroso de haber
Perdido, por el respeto
De Cintia, ocasion de que
Logre su agradecimiento,
Con que vengara quizá
Del de Calabria el desprecio.
Y pues no estoy obligado
Mas que á guardar el secreto,
Y le guardo, ¿por qué no
Trataré de mis aumentos?

FÓCAS.

Ninguno hay que... Mas, Lisipo,
¿Aquí estabas? ¿qué hay de nuevo?

LISIPO.

Que apénas, señor, cobrado
De aquel frenesí violento
Me hallo, cuando cuidadoso
De haber visto á Astolfo preso,
A saber lo que resulta
De tan gran novedad vengo.

FÓCAS.

¿Qué ha de resultar, sino
Que (á pesar del sufrimiento)
Haya de capitular
Con la pereza el deseo?
Siendo así que en mí no habrá
Minuto, instante, momento,
Que no sea siglo, hasta que
Aquilatados los pechos
En la forma de las horas,
Que son cristales del tiempo,
Muestren el oro y la liga
Amor y aborrecimiento.

LISIPO.

Aunque todavía me tiene
Temeroso aquel suceso,
Por ver que á mi ciencia niega
Quiénes son; con todo eso
He de ver si tambien manda
Que no se anticipe el tiempo.
¿Tendrás ánimo?...

FÓCAS.

¿Qué dices?
¿Estás sin juicio, sin seso?
¿Si tendrá ánimo, preguntas
Á Fócas?

LISIPO.

Oye, te ruego;
Que tiene el frase en que dudo
Énfasis con que prevengo.
¿Tendrás ánimo de ver,
En fantásticos efectos,
A la breve edad de un dia
Reducido hoy el entero
Círculo de un año, en que
Representados sucesos
Antes de verse, te digan
Todos los acaecimientos
Que en el año vieras?

FÓCAS.

Ya,
Cuanto al ánimo, te tengo
Respondido; y así paso
A otra objecion que no entiendo.
Si han de ser fingidas sombras,
Sin vida, sin alma y cuerpo
Las que vea, ¿cómo yo
Dellas haré juicio, puesto
Que obrando sin albedrío
Los que á ley de tu precepto
Representen á los dos,
Ni saber, ni inferir puedo
Lo que ellos con él obraran?

LISIPO.

La objecion es buena, pero
Fácil la respuesta.

FÓCAS.

¿Cómo?

LISIPO.

Como han de ser ellos mesmos.

FÓCAS.

¿Ellos mesmos?

LISIPO.

Sí.

FÓCAS.

Otra vez
Y mil, cómo, á dudar vuelvo,
Sombra y realidad podrán
Avenirse.

LISIPO.

Como dentro
Del encanto han de ser reales
Personas...

FÓCAS.

¿Quién?

LISIPO.

Tú, yo y ellos.

FÓCAS.

¿Ellos, tú y yo? ¿cómo?

LISIPO.

Finge,
Buscando divertimientos
A tus penas, una caza;
Y en alcance de un lijero
Bruto te hallarás, adonde
Perdido de tus monteros,
Verás una suntüosa
Fábrica, que sobre el viento
Fundada... Mas gente viene.

FÓCAS.

Más de aquí nos retiremos,
No te oigan.

LISIPO. (*Ap.*)

Fortuna, si hoy
Obligo á Fócas, espero
Enmendarte. (*Vase.*)

FÓCAS.

Si hoy, fortuna,
El curso del año abrevio,
Y en él me dice un exámen
Lo que me calla un silencio,
Yo me vengaré de...

Voces dentro.

¡Astolfo!

FÓCAS.

Ya me parece que empiezo
A oir proverbios del encanto.
¡Qué ilusion! Qué devaneo!
Voz es que le nombró acaso. (*Vase.*)

—

Monte.

ESCENA IX.

HERACLIO y LEONIDO, *que salen por distintas partes.*

LEONIDO.

¡Astolfo!

HERACLIO.

¡Astolfo!

LEONIDO.

Aun el eco
No me responde.

HERACLIO.

Aun le faltan
Suspiros para mi aliento.

LEONIDO.

Heraclio...

HERACLIO.

Leonido...

LEONIDO.

¿Ha estado
Contigo Astolfo?

HERACLIO.

Lo mesmo
Preguntara yo, á tener
Tan bien mandado el aliento.
Desde aquella oscuridad
Que nos dividió, no he vuelto
Á verle.

LEONIDO.

Ni yo tampoco.

HERACLIO.

¿Si le han prendido, ó le han muerto
Los que arrestados le buscan,
Segun mi infeliz suceso?

LEONIDO.

De todo tienes la culpa.

HERACLIO.

¿Yo? ¿cómo?

LEONIDO.

¿Pues no es muy cierto,
Si tu vanidad fué quien
Mas adelantó el empeño?
¿Tan mal le estaba al que hace
Echado al umbral de un yermo,
Hijo expósito del hado,
Hallarse al viso de serlo
De quien coronado César
Supo hacerse por sus hechos,
Para que estimando mas
A Mauricio que á él, el fuego
Encendiese de sus iras
Al aire de sus desprecios,
Tanto que si no enviara
En nuestro socorro el cielo
La recluta de las nubes,
Hubiéramos todos muerto?

HERACLIO.

¿Por qué, si fué culpa en mí
Esa vanidad, tan presto
La seguiste tú?

LEONIDO.

Porqué
Debe, aunque conozca el yerro
Un noble ánimo, seguir
Los ejemplares del riesgo;
Que dicen que es mas victoria
Lo restado que lo cuerdo.
¿Fuera bien que presumiera
Nadie, cuando tú soberbio
Osabas morir, que yo
No osaba?

HERACLIO.

Pues segun eso,
¿Qué culpas que obre lo mas?

LEONIDO.

El que bastaba lo ménos.

HERACLIO.

Si á tí bastaba, á mí no.
Y la plática dejemos;
Que el duelo de una porfía
Suele pasarse á otro duelo.

LEONIDO.

¿Y á quién le estaria peor?

HERACLIO.

No sé, si miro...

LEONIDO.

Si advierto...

HERACLIO.

Que mi ansia...

LEONIDO.

Que mi pena...

ESCENA X.

Músicos, *dentro.* — HERACLIO. LEONIDO.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!

LEONIDO.

Pero ¿qué música es esta?

HERACLIO.

Cuando esperamos que estruendos
De armas vuelvan á buscarnos,
¿Vuelven voces é instrumentos?

LEONIDO.

¿Quién de halago el aire llena?

MÚSICOS.

El remo á que nos condena...

HERACLIO.

¿Remo y paz? ¿quién puede ser
Quien mezcla agrado y rigor?

MÚSICOS.

El niño Amor.

LEONIDO.

De mí el canto me enajena.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!

LEONIDO.

Sigamos deste rumor
El armonioso acento;
Qué él, pues que viene de paz,
Quizá del cuidado nuestro
Nos informará.

HERACLIO.

Bien dices,
Y peligro no tenemos
Miéntras que calle la duda.

LEONIDO.

Pues vámosla ahora siguiendo.

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!...
(*Tocan dentro un clarin.*)

HERACLIO.

Vamos. ¿Mas qué es esto, que
Mueve con fuerza mayor?

MÚSICOS.

Clarin, que rompe el albor...

HERACLIO.

Mejor la cláusula suena
De este nuevo ruiseñor.

MÚSICOS.

No suena mejor. (*Tocan el clarin.*)

HERACLIO.

Sí suena mejor.

MÚSICOS Y LEONIDO.

No suena mejor.

LEONIDO.

O escucha,
Si es que alternados á un tiempo
Vuelven á la competencia
El uno y otro, diciendo:

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena
El remo á que nos condena
El niño Amor!
Clarin, que rompe el albor,
No suena mejor.
(*Vuelve á sonar el clarin.*)

HERACLIO.

Sí suena mejor.

LEONIDO.

No suena mejor.
Y si á tí te lo parece,
Síguele tú; que yo el eco
Desta grata suavidad
He de seguir. (*Vase.*)

HERACLIO.

Yo el acento
Desta ignorada armonía.

ESCENA XI.

CINTIA.—HERACLIO.

CINTIA. (*Dentro.*)

En tanto que yo este ameno
Espacio registro, no
Cese el clarin un momento.

HERACLIO.

Hermosa debe de ser
Ave de tan lisonjero
Canto. (*Sale Cintia.*) Y ¡cómo si es her- [mosa!

CINTIA. (*Ap.*)

Ya al uno de los dos veo,
Y no le pierdo el temor,
Aunque el asombro le pierdo.

HERACLIO.

Segunda aurora del dia,
Si esas voces que no entiendo,
Acaso son salva que hacen
Nuevos pájaros á nuevo
Sol, ¿cómo, dí, de una causa
Nacen contrarios efectos,
Tanto como que animoso
Y cobarde á un mismo tiempo,
Me aliente con lo que escucho,
Y tiemble con lo que veo?
¿Y cómo, habiéndote dado
Esta fiera tanto miedo,
Vuelves, no digo al peligro,
Sino al horror del aspecto?

CINTIA.

Infeliz jóven, (*Ap.* En quien
Preso el corazon contemplo,
Pues acechando resquicios
Anda en la cárcel del pecho.)
Aunque tu vista temí,
Me aseguró tu respeto
Tanto, que vuelvo á buscarte.

HERACLIO.

Primero hermoso portento
Que ví, y postrero tambien
Que veré, porque no creo
Que pueda contigo ir
La perfeccion en aumento,
(Dígalo pues la hermosura
Que juzgué mudarse necio,
Pues al ver un rostro mas,
Eché muchas gracias ménos)
¿Tú á buscarme á mí?

CINTIA.

A buscarte
Mas no el desvanecimiento
Te persuada á que es favor,
Sino cuidado, supuesto
Que si encontrara á tu amigo.
A él le dijera lo mesmo.

HERACLIO.

¿Qué no entendido lenguaje
Es ese, que le agradezco
En una parte, y en otra
Me parece que le siento?
¿A mí me buscas, y á él
Le buscaras? ¿Lo que espero
Que me digas, le dijeras?
¡Ay de mí! que agora veo
Que ya que en mudar semblantes
Me engañó el primer concepto,
No me ha engañado el segundo
Al cifrar en un sugeto
La quietud y la tormenta,
La tristeza y el contento,
La cura y la enfermedad,
La triaca y el veneno,
Y finalmente...

CINTIA.

No mas;
Y pues dora atrevimientos
Quien ignora con quien habla,
Oye, y sabrás á qué vengo.
Habiendo prendido á Astolfo...

HERACLIO.

¡Ay de mí! ¿Astolfo está preso?

CINTIA.

Persuadido á sus razones,
Si no ya á las mias primero,
Fócas envia por tí.

HERACLIO.

¡Ay de mí! que segun eso,
Debió de decirle que era
Su hijo yo.

CINTIA.

¿Y qué sientes?

HERACLIO.

Siento
Que cuando desvanecido
Quisiera mi pensamiento
Ser á tus ojos lo mas,
Es en tus labios lo ménos.

CINTIA.

¿Y no pudiera ser que
Por ti enviara, sabiendo
Serlo de Mauricio?

HERACLIO.

No.

CINTIA.

¿De qué lo infieres?

HERACLIO.

Lo infiero
De que por matarme fuera,
Y no vinieras tú á eso;
Que no quisiera matarme
Con tan hermoso instrumento,
Que le pudiera decir:
«No blasones que me has muerto;
Que no eres tú el que me matas,
Que yo soy el que me muero.»

CINTIA.

Porque sepas que no es
Uno ni otro, á decir vuelvo
Que Fócas, á mis razones
Y á las de Astolfo, ha dispuesto
Que tú y esotro Leonido
(Si es que del nombre me acuerdo)
Vais á su palacio, donde
Con iguales tratamientos
Vivais los dos, sin saber
Mas de tí que dél, haciendo
Razon de Estado la duda;
Y así, el enojo depuesto,
Con señas de paz por ambos
Envía. Y pues yo te encuentro
Sea yo la que conmigo
Te lleve, porque deseo
Que mi fineza se logre.

HERACLIO.

Buen arbitrio halló el ingenio
Que me quiso reducir
Al yugo de sus imperios,
Pues supo hallar el iman
De mis sentidos, que ciegos
Girasoles, es forzoso
Que vayan al sol siguiendo.
Guia, pues; no porque voy,
Como dices, á un supremo
Alcázar, sino porqué
Voy tras ti; que á no ser eso,
Primero que á Fócas diera,
Por un natural despego
Con que aborrezco su nombre,
Ni aun el menor rendimiento,
Quizá...

CINTIA.

Pues á nadie digas
Tu oculto aborrecimiento;
Que ignoras lo que aventuras.
Porque veas... Mas no puedo
Proseguir; que llega gente,
Y lo que ahora no te advierto,
Te diré en otra ocasion,
Porque te importa el saberlo.

ESCENA XII.

LIBIA, ISMENIA, LEONIDO, DAMAS, MÚSICOS.—CINTIA, HERACLIO.

LIBIA. (*A Leonido.*)

Ya que yo tuve la dicha
De hablarte con el intento
Que te he dicho, de que vas
Donde en el palacio excelso
De Fócas vivas gozoso,
Sígueme.

LEONIDO.

Ya te obedezco,
Agradecido á la causa
Que dices, si considero
(Dure ó no dure la duda)
Que á vivir voy por lo ménos
Este espacio en reales pompas,
Ufano, alegre y contento.

CINTIA.

Libia.

LIBIA.

Señora.

CINTIA.

Pues ántes
Que lo digas, el efecto
Lo dice, y que á la armonía
Acudió Leonido, á tiempo
Que á los clarines Heraclio;
Porque vean que volvemos
Gozosas de haber logrado
De Fócas el justo intento,
Volvamos con la alegría
Que venimos, repitiendo
Ambas músicas...

UNA DAMA.

La parte
Que nos toca obedecemos,
Siempre tuyas, aunque hoy
De Libia hemos sido.

HERACLIO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Sin duda la mas hermosa
Tiene en las demas imperio,
Pues todas se la avasallan.

LEONIDO. (*Ap.*)

No solo ya el gozo llevo
De ir á mandar, sino el gozo
De que voy adonde puedo
Ver hermosura, á quien todas
Parece que pagan feudo.
(*Tocan dentro el clarin.*)

MÚSICOS.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena!

ESCENA XIII.

FOCAS, LUQUETE, SABAÑON, GENTE.—DICHOS.

Voces dentro.

UNOS.

To, to, Melampo.

OTROS.

Barcino.

OTROS.

Al jaral.

UNOS.

Al risco.

OTROS.

Al cerro.

FÓCAS. (*Dentro.*)

Aunque vueles, veloz bruto,
Iré tus huellas siguiendo.

SABAÑON. (*Dentro.*)

Pues ya acosan los ventores,
Desatraillad todos presto
Los lebreles, á que sigan
La ladra de los sabuesos.

TODOS. (*Dentro.*)

¡Al cerro, al jaral, al risco!

UNOS.

To, to.
(*Salen Luquete y Sabañon.*)

LEONIDO.

Villanos, ¿qué es eso?

LUQUETE.

Que Fócas, por divertirse
De no sé qué sentimientos,
Sabiendo que de monteras
Libia nos pasó á monteros,
Pues desde que la servimos
Andamos dados á perros;
Sacándonos de la guarda
En que ántes nos habia puesto,
Mandó que su montería
Traigamos, y en el ojeo
Acertó á caer un tigre,
Manchado galan del cierzo,
Si es que hay galanes manchados,
Y Fócas le va siguiendo,
No sin gran peligro.

LEONIDO.

¡Qué oigo!
¿Fócas en peligro? ¡Cielos!—
Ven, villano, hasta ponerme
En la senda. (*A Luquete.*)

HERACLIO.

Haz tú lo mesmo;
(*A Sabañon.*)
Que aunque por Fócas no fuera,
Por Leonido es fuerza, puesto
Que yo le enseñé á seguir
Los ejemplares del riesgo.

LUQUETE Y SABAÑON.

¿Aun no habemos acabado
Con los salvajes?

LEONIDO Y HERACLIO.

Ven presto.
(*Vanse, llevando consigo los graciosos.*)

CINTIA.

Vamos siguiéndolos todos,
Ya que este lance ha dispuesto
Que sigamos á quien ántes
Nos seguia.

LIBIA.

Y sea diciendo,
Porque alentemos la gente,
Con sus alaridos mesmos:

Voz, dentro.

¡To, to, Melampo! Barcino!

TODOS.

¡Al jaral, al risco, al cerro! (*Vanse.*)

—

Otro punto del monte, y en el fondo un palacio magnífico.

ESCENA XIV.

LEONIDO, LUQUETE.

LEONIDO.

¿Adónde, villano, vas,
Que en vez de haberme traido
Donde se escuchaba el ruido,
Conmigo en lo oculto das
Del monte, donde no hay gente,
Ni ladra ni huella hay?
¿Dónde, villano, me tray
Tu error, pues no solamente
A la parte me has guiado [1]
Donde la caza se oia,
Pero á sitio que aun el dia
Parece que le ha ignorado,
Segun lo opaco y tejido
Impide al sol su boscaje?

LUQUETE.

¿Quién de uno en otro salvaje
Anda, que no sea un perdido?
Si bien que no es mucho errar,
Quien á buscar á otro viene
En un barrio que no tiene
Barbero á quien preguntar.

LEONIDO.

¿Quién en el monte juzgara
Que yo mismo me perdiera?

ESCENA XV.

HERACLIO, SABAÑON.—LEONIDO, LUQUETE.

HERACLIO.

¿Quién, dónde viví, creyera
Que ningun seno ignorara?

LEONIDO.

Desde esta parte veré
Si senda descubro ó gente.

HERACLIO.

Desde este risco eminente
El monte registraré.

LEONIDO.

Y no en vano, que en su espacio
Un alto edificio vi.

LUQUETE.

¿Quién diablos le puso ahí?

HERACLIO.

Y no en vano, que un palacio
Descubro, á mi parecer.

SABAÑON.

Por mas que el monte he corrido,
Nunca yo dél he sabido.

LEONIDO.

Sin duda debe de ser,
Pues aquella beldad dijo,
Que á un alcázar me traia,
Este por quien lo decia.

HERACLIO.

Si sus razones colijo,
Que á un palacio me guiaba
Fué lo que me dijo aquella
Divina hermosura bella:
Sin duda que deste hablaba.

[1] No solamente *no* me has guiado á la parte donde la caza se oia, sino, *etc.*

LEONIDO

Y así en él preguntaré,
Si acaso llegó primero.

HERACLIO.

Y así en él saber espero
Si este el que me dijo fué.

LEONIDO.

¿Dónde, Heraclio, vas?

HERACLIO.

A tí
Te puedes tú responder,
Pues una debe de ser
Nuestra confusion.

LEONIDO.

A mí,
Despues de no haber hallado
A Fócas, ni haber sabido
Dónde el bruto que ha seguido
Le puede haber emboscado,
La noticia que me dió
La beldad á quien seguia,
A esta parte me traia.

HERACLIO.

A ese mismo efecto yo
Vengo á ella.

LEONIDO.

De nuestra fama
Las fortunas apuremos,
Que ignoramos y sabemos.

LOS DOS.

¡Ah del alcázar!

ESCENA XVI.

MÚSICOS, CINTIA, LIBIA, *dentro*.—DICHOS.

MÚSICOS. (*Dentro*.)

¿Quién llama?

LEONIDO.

Quien desea saber...

MÚSICOS. (*Dentro*.)

Dí.

HERACLIO.

¿Quién fué un sol que me huyó?

CINTIA. (*Dentro*.)

Yo.

HERACLIO.

Luego ¿no fué ilusion?

MÚSICOS. (*Dentro*.)

No.

LEONIDO.

Y el otro ¿fué verdad?

LIBIA. (*Dentro*.)

Sí.

HERACLIO.

¿Segun eso, aquí llegó
La que en el monte perdí
Por seguir á Fócas?

MÚSICOS. (*Dentro*.)

Sí.

LEONIDO.

La otra ¿quedóse en él?

MÚSICOS. (*Dentro*.)

No.

LOS DOS.

Pues á una y otra decid
Que hemos seguido sus huellas.

(*Éntranse todos cuatro*.)

—

Salon de un palacio fantástico.

ESCENA XVII.

ISMENIA, *y en dos coros los* MÚSICOS; CRIADOS, *que traerán en fuentes capas, espadas y todo adorno de vestidos*.—HERACLIO, LEONIDO, SABAÑON, LUQUETE.

ISMENIA.

Pues han venido tras ellas,
A recibirlos saldré.

CORO 1.°

Pues ya de Mauricio,
Y de Fócas ya
La sangre es heróica,
Que lustre les da...

CORO 2.°

Los dos igualmente
Reciba triunfal
Trinacria con fiestas,
Pompa y majestad.

CORO 1.°

Y pues no se sabe
Si es su estirpe real
Mentira ó verdad...

CORO 2.°

Miéntras que la duda
Calla, sean sus dichas
Verdad y mentira.

HERACLIO.

¡Cielos! Lo que veo y escucho,
¿Es verdad, ó es vanidad
De mi fantasía?

CORO 1.°

Verdad.

LEONIDO.

Los asombros con que lucho,
¿Son, cuando en tal confusion
El sentido los admira,
Mentira ó verdad?

CORO 2.°

Mentira.

HERACLIO.

¿Verdad y mentira son?
¿Cómo puede ser?

LEONIDO.

¿Quién vió
La duda en que yo me ví?

HERACLIO.

¿No es verdad lo que veo?

CORO 1.°

Sí.

LEONIDO.

¿No es verdad lo que oigo?

CORO 2.°

No;
Que pues no se sabe
Si es su estirpe real
Mentira ó verdad...

CORO 1.°

Miéntras que la duda
Calla, sean sus dichas
Verdad y mentira.

LUQUETE.

¿Hubiera el diablo inventado
Aquestas cosas?

SABAÑON.

Sí hubiera,
Como nuestro amo fuera
Quien se lo hubiera mandado.

LUQUETE.

Dicho y hecho: vesle aquí.

SABAÑON.

¿Qué dices? Él es, por Dios.

ESCENA XVIII.

LISIPO.—DICHOS.

LISIPO. (*Ap.*)

Ya que una vez estos dos
Pudieron llegar aquí,
Tuve por mejor que entraran
Donde este tiempo estuvieran,
Que no que volver pudieran
Donde, un palacio, contaran
Que vieron: sobre el pensar
Que ya de Fócas se alcanza
Tan perdida la esperanza
De que le pueden hallar.

ISMENIA.

Príncipes, á quien el cielo
Con prodigiosa crianza,
No sin suma providencia
Para grandes cosas guarda.
Fócas, reducido á que
Es mas heróica, mas clara
Accion honrar á la ajena,
Que ver que á su sangre falta,
Por los dos envió, de cuyo
Intento, ya en la montaña
De paz os dieron aviso
Una y otra dulce salva.
Y aunque por entónces pudo
El acaso de la caza
Divertir la accion, habiéndôs
Guiado el destino las plantas,
Viniendo donde os trajera
Quien de buscaros se encarga,
Seais bien venidos; y puesto
Que de la sangrienta saña
De aquel bruto, que siguió,
Triunfante volvió á este alcázar,
Adonde con alborozo
Y afecto igual os aguarda,
Entrad, porque desnudándôs
La bruta piel, tosca y basta,
Para llegar á su vista
Os ordenen ricas galas,
Joyas y plumas. Aquella
Es la prevenida estancia
Vuestra, Leonido; esta es,
Heraclio, la vuestra. Vaya
La música divirtiendo
A los dos.

HERACLIO.

¡Grandeza extraña!
¿Esto ¡cielos! no gozó
Tanto tiempo mi ignorancia?

LEONIDO.

Aunque es mucho lo que veo,
O poco me admira, ó nada;
Porque para mi ambicion,
Aun mas que miro me falta.

(*Canta toda la música*.)

MÚSICOS.

Pues ya de Mauricio
Y de Fócas ya
La sangre es heróica,
Que lustre les da. etc.

(*Vanse Heraclio y Leonido cada uno por su parte, con un coro de música*.)

SABAÑON.

¿Qué dices desto que vemos?

LUQUETE.

¿Tú sabes lo que nos pasa?

SABAÑON.

Yo no.

LUQUETE.

Pues ni yo tampoco. (*Vanse.*)

ESCENA XIX.

FOCAS, LISIPO.

LISIPO.

Señor, ya es tiempo que salgas.

FÓCAS.

Aunque culpé que dijeses
Tal vez, que si me bastara
El ánimo para hacer
Una apariencia tan rara,
Sin extrañarla, disculpo
La frase ya, porque es tanta
La admiracion, que yo solo
Me atreviera á ejecutarla.

LISIPO.

Pues ahora, señor, empieza;
Que saliendo de sus cuadras,
Acabando de vestirse,
Los dos á este cuarto pasan.

ESCENA XX.

HERACLIO y LEONIDO, *vestidos de gala*; LUQUETE, SABAÑON, CRIADOS.—FOCAS, LISIPO.

FÓCAS.

Atendamos miéntras llegan.

CRIADO 1.° (*A Leonido.*)

Toma el sombrero y la capa.

LEONIDO.

¿Cuál es el sombrero?

CRIADO 1.°

Este.

LEONIDO.

Si remotas no me engañan
Las noticias que dél tuve,
A la sombra desta falda
Se aloja la cortesía,
Y la vanidad descansa.
Con gusto á ponerle llego.
¿Es posible que esto haga
O bien vistos, ó mal vistos?
¡Oh ceremoniosa alhaja!
¡Lo que por tí se merece
Y se desmerece! ¡Que haya
Quién peligre en cosa que
Tan fácilmente se manda!

CRIADO 2.° (*A Heraclio.*)

Ciñe la espada.

HERACLIO.

Con miedo
Llego á ceñirme la espada.

CRIADO 2.°

¿Por qué?

HERACLIO.

Porque en los avisos
Que della Astolfo me daba,
Me decia que era ella
El tesoro de la fama,
En cuyo crédito acepta
Valor todas sus libranzas.
Gerogífico que fácil
Hizo el uso, pues te tratan
Muchos como adorno, y no
Como empeño, ven, fiada
En que sé que hubiera pocos
Que ciñeran tu hoja blanca,
Si el dia que se la ciñen
Supieran de qué se encargan.

LISIPO. (*Ap. á Fócas.*)

Ya á besar tus manos llegan.
En sus acciones repara
Y en sus razones, porqué
Desde aquí observando vayas
Sus genios é inclinaciones,
Ya que con esto adelantas
La pereza de los dias.

FÓCAS.

Bien les asientan las galas;
Briosos son los dos.

CRIADO 1.° (*A Leonido.*)

El Rey,
Que llegues, señor, aguarda.

CRIADO 2.°

El Rey, que llegues espera. (*A Heraclio.*)

LEONIDO Y HERACLIO.

Dame, gran señor, tus plantas.

FÓCAS.

Ya os habrán dicho que yo,
Príncipes, la ira templada,
Quiero mas dar dos honores
Que tomar una venganza.
Ya en un palacio, de donde
A la corte iréis mañana,
Os hallais: vivid seguros
De que vuestras vidas guarda,
En la piedad de una duda,
El rigor de una esperanza.

HERACLIO.

Otra vez tus plantas beso,
(*Ap.* Tiranía, ¡qué no arrastras!)
Y en ellas agradecido
A tanto honor, dicha tanta,
Esclavo, ya que no puedo
Hijo, te doy la palabra
De reconocer la vida
Que en mí y Leonido restauras;
Porque viviendo los dos
Dos vidas hoy con un alma,
Cada uno recibe una,
Y queda deudor de entrambas.

FÓCAS.

(*Ap.* ¡Qué bien suena el rendimiento!)
¿Por qué, Leonido, te apartas,
Y las gracias no me das?

LEONIDO.

¿De qué te he de dar las gracias?
Si es del honor, por cualquiera
Lado á mi sangre le alcanza;
Si es de la vida, con ella
Mas que me obligas, me agravias;
Pues, ó por tí, ó por Mauricio,
Acrêdor soy á la sacra
Diadema; y miéntras me pones
En duda dicha tan alta,
¿Para qué quiero la vida?

FÓCAS. (*Ap.*)

No suena mal su arrogancia.

LUQUETE.

¿Y á mí, que tambien me han puesto,
Señor, estas martingalas...

SABAÑON.

¿Y á mí, á quien tambien han dado
Librea aquestas fantasmas...

LOS DOS.

No daréis un pié siquiera?

LEONIDO.

Quita, loco.

HERACLIO.

Necio, aparta.

FÓCAS.

¿Quién son estos?

LEONIDO.

Dos villanos,
Que acaso nos acompañan.

LUQUETE.

¿Ya no nos conoce?

FÓCAS.

¿Pues
Quién sois?

SABAÑON.

¡Lo que hacen las g[alas]
Los que del monte y Astolfo
Fuímos monteros y guardas.

FÓCAS.

¿Qué haceis aquí?

LUQUETE.

Tener mie[do]

LISIPO.

Ea, villanos, ya basta.

ESCENA XXI.

LIBIA.—DICHOS.

LIBIA. (*A Fócas.*)

Habiendo Cintia sabido...

LUQUETE.

¿Tambien está acá nuestra ama?

SABAÑON.

Ahora digo que es el diablo.

LIBIA.

Despues que de la montaña
Los cotos corrió en tu busca,
Que ya en esta quinta estabas,
Y los príncipes contigo,
Licencia de entrar aguarda
A darles la bienvenida.

FÓCAS.

Que llegue, la dí.

LISARDO.

Repara
Que no son Cintia ni Libia
Las dos, sino...

FÓCAS.

¿Qué te cansas
En advertirme, si en todo
Estoy?

LEONIDO.

¿Quién es la que aguarda?

HERACLIO.

¿Quién es la que espera?

FÓCAS.

Es
Cintia, reina de Trinacria.

ESCENA XXII.

CINTIA, DAMAS.—DICHOS.

HERACLIO. (*Ap.*)

¿No es la que en el monte ví?

LEONIDO. (*Ap.*)

¿No es la que ví en la campaña?

HERACLIO. (*Ap.*)

Ella es: muera mi deseo...

LEONIDO. (*Ap.*)

Ella es: viva mi esperanza...

HERACLIO. (*Ap.*)

Pues ya no puede atreverse
Amor á empresa tan alta.

LEONIDO. (*Ap.*)

Pues á no menor asunto
Diera yo mi confianza.

CINTIA. (*A Fócas.*)

Despues, señor, que mis dichas
Dádos el parabien hayan
De vuestra vida, á quien tuvo
En leal desconfianza
De aquella fiera el empeño,
Dadme licencia á que añada
El segundo parabien,
De que merezca mi casa
Dos huéspedes tan gloriosos,
Ya que quiso mi tirana
Suerte que no fuese yo,
Cuando ellos en la demanda
De vuestra vida acudieron,
Quien á este albergue los traiga.

HERACLIO.

Solo pudiera en disculpa
De dejar la soberana
Vista vuestra yo, si... cuando...
(Aliento y voces me faltan.)
Perdonad, porque el saber
Quién sois, me turba y espanta
Tanto, que aun hablar no puedo.

LEONIDO.

Pues diga yo lo que él calla.
Solo pudiera, en disculpa
De dejar la soberana
Vista vuestra, alegar yo
Lo preciso de la causa;
Pues por solo dar, señora,
Vida al Rey, me la quitara
A mí; y si el no conseguir
El fin de empresa tan alta
No me valió para dicha,
Para disculpa me valga.

FÓCAS.

(*Ap.* Lo bien y mal explicado
De los dos tambien me agrada,
Sin que nada inferir pueda
Para el exámen del alma;
Porque no está decidido
En el duelo de las damas,
Si es cobarde el que se atreve,
U osado el que se acobarda.)
El cuidado de mi vida
Os estimo; y porque haga
Tiempo al descanso quien fué
De la fatiga la causa,
Será bien que acompañándôs
Hasta vuestro cuarto vaya.—
(*Ap. á Lisipo.* Esto es dar lugar á ver
Qué obran sin mí.)

LISIPO.

Bien lo trazas;
Pero antes has de ver
Lo que el tiempo te adelanta.

(*Tocan dentro un clarin.*)

ESCENA XXIII.

UN CRIADO.—DICHOS; *despues*, FEDERICO.

CRIADO.

Un embajador, señor,
Del gran duque de Calabria
Audiencia pide.

FÓCAS.

Di que entre.

(*Sale el príncipe Federico.*)

LISIPO. (*Ap.*)

Su misma forma retrata,
Sucediendo lo que habia
De suceder.

FEDERICO.

A tus plantas,
César, tu mano merezca.

FÓCAS.

Del suelo, jóven, levanta.

FEDERICO.

El gran duque Federico
Sabiendo hoy que en Trinacria
Estás, á tí y Cintia dos
Parabienes dar me manda:
De tu salud y venida
A tí; y del honor que gana
Con tal huésped, á ella, en cuyo
Nombre merezca su blanca
Mano besar. Y pasando
A no menor importancia,
Te representa por mí
Que siendo hijo de Casandra,
Hermana del infelice
Mauricio, cuya desgracia
El mundo llora, no solo
Te debe rendir las parias
Que al imperio pagó, pero
Que puesto que no se halla
Heredero mas cercano,
El dia que el hijo falta,
Que dicen que retiró
Un vasallo á las montañas,
Le toca el laurel, bien como
Dignidad hereditaria.
Y así, que le restituyas
Dice...

FÓCAS.

¡No prosigas, calla!
Que inobedientes locuras
Tanto como esa, aun palabras
En respuesta no merecen.
Y esto que le digas basta.

LEONIDO.

No basta, señor. ¿No tiene
Este palacio ventanas,
Por donde, volando, vuelva
Mas presto?

HERACLIO.

Leonido, aguarda,
Que viene sobre seguro
De embajador, y no agravian
Los motivos de su dueño
En su boca.

LISIPO. (*Ap. á Fócas.*)

¿No reparas
En la ira y la cordura
De los dos?

FÓCAS.

Sí.—(*A Fed.*) Pues ¿qué aguar-
¿Ya no llevas la respuesta? [das?

FEDERICO.

Que sepas que en la campaña,
Última razon de reyes
Son la pólvora y las balas. (*Vase.*)

FÓCAS.

¡Bien está!—Ven, Cintia.

CINTIA.

El cielo
Os guarde; y pues obligada
Al hospedaje me veo,
Procuraré que no haya
Espacio en que no os diviertan
Saraos, paseos y danzas.

FÓCAS.

No paseis los dos de aquí,
Quedáos: en la hermosa varia
Estancia desos jardines
Esperad miéntras que salga.

(*Vanse Fócas, Lisipo, las damas y los criados.*)

LEONIDO.

Siempre yo he de obedecerte...

HERACLIO.

Siempre haré lo que me mandas...

LEONIDO.

Bien que á pesar de mis penas...

HERACLIO.

Bien que á pesar de mis ansias...

LEONIDO.

Pues que siga al sol que adoro,
Hoy á mi amor embarazas.

HERACLIO.

Pues niegas que siga al sol
Que mi temor idolatra.

ESCENA XXIV.

FOCAS Y LISIPO, *que se quedan a paño.*—HERACLIO, LEONIDO, LIQUETE, SABAÑON; *despues*, ASTOLFO.

LISIPO.

Desde aquí podrás ahora
Ver cómo en un lance andan,
Poniéndoles la piedad
En dos iguales balanzas.

Voces dentro.

Seguidle, y donde le hallareis,
Matadle...

(*Sale Astolfo.*)

ASTOLFO.

¡El cielo me valga!

HERACLIO Y LEONIDO.

¿Qué es esto?

ASTOLFO.

¡Dichoso yo,
Pues que llegué á vuestras plantas
Supe de vuestra venida,
Y quebrantando las guardas,
Rompí la prision, no tanto
Porque esto mi vida salva,
Cuanto por ver que logró
Mi silencio su esperanza;
Pues aunque ahora me den
Una y mil muertes, me basta
Para consuelo el haberos
Visto en majestad tan alta.

LEONIDO.

¿En qué majestad nos miras,
Siendo una duda fundada
Quitar á cuya es la dicha,
Para neciamente darla
A cuya no es?

HERACLIO.

Mal, Leonido,
Lo que le debes le pagas.

LEONIDO.

¿Qué le debo? ¿Lo tirano
De una rústica crianza,
En que, ladron de mi vida,
Violenta en riscos la gasta?
¿No fuera mejor, pues supo
Quién éramos, que empezara
Nuestras fortunas en otros
Ejercicios que lograran
La sangre de nuestros pechos,
Donde lo que nos quitaba
El hado por conveniencia,
Restituyese por armas?

FÓCAS. (*Ap.*)

Bien discurre por lo altivo
Leonido.

HERACLIO.

Si es cosa clara
Que, conocido él, lo fuera
El hijo infeliz que ampara
De Mauricio entre los dos,
¿Qué lealtad, di, se compara
Al desterrarse con él?
Y di, ¿qué piedad se iguala
Tambien entre los dos, que
Sabiendo por la aldeana,
Madre del uno, cuyo era,
Como tú ves, le guardara
Con igual fineza?

FÓCAS. (*Ap.*)

Bien
Por lo cuerdo Heraclio habla.

LEONIDO.

¿Y es fineza, y es lealtad,
Y es piedad lo que ahora calla?
No; pues cuanto anda en uno
Piadoso, en otro cruel anda.
Fuera mejor, y era fuerza
Que de una vez se explicara,
Y muriera el que muriera,
Y reinara el que reinara.

HERACLIO.

No fuera, pues una vida
Vale mas que un reino.

LEONIDO.

Calla;
Que el ver que vuelves por él,
Tanto mi cólera arrastra,
Que estoy por...

ASTOLFO.

¿Por qué, di, ingrato?

LEONIDO.

Por serlo, pues me lo llamas,
Traidor, tirano, caduco.

(*Échale en el suelo, y levántale Heraclio.*)

HERACLIO.

Del suelo, padre, levanta.

ASTOLFO.

¡Ay de mí!

HERACLIO.

Y ya que mi mano
A ti socorrió, mi saña
Castigue un tirano aleve.

LEONIDO.

No es muy fácil la demanda.

(*Sacan las espadas y riñen.*)

SABAÑON.

Ve aquí por lo que no puede
Poner uno á su hijo espada. (*Vase.*)

LUQUETE.

No, que el dia que la ciñe,
La hora no ve de sacarla. (*Vase.*)

ASTOLFO.

¡Hijos, hijos!...

(*Riñen, y cae Leonido.*)

LEONIDO.

Tropecé
Y caí.

ESCENA XXV.

FOCAS, LISIPO, CINTIA. — HERACLIO, LEONIDO, ASTOLFO.

FÓCAS.

¡Detente!

CINTIA.

¡Aguarda!

FÓCAS.

¡No le mates!

CINTIA.

¡No te empeñes!

HERACLIO.

(*A Fócas.*) No haré, pues que tú lo mandas.—
(*A Cintia.*) Viva, porque tú lo quieres.—
Ven, Astolfo.

ASTOLFO. (*Ap.*)

¡Con el ansia,
Que Fócas á socorrer
A Leonido se adelanta!

LISIPO. (*Ap.*)

¡Con el afecto que Cintia,
Aun entre las sombras vanas,
Deteniendo á Heraclio, hizo
Lo que yo hiciera!

LEONIDO.

¡Qué rabia!

ASTOLFO. (*Ap.*)

¡Oh secreto, lo que dices!

(*Vanse Heraclio y Astolfo.*)

LISIPO. (*Ap.*)

¡Oh secreto, lo que callas!

LEONIDO.

Haber tropezado, no es
Flaqueza, sino desgracia;
Y ahora lo verás.

FÓCAS Y CINTIA.

¡Detente!

LEONIDO.

Nadie impida mi venganza,
Que he de sanear el desaire.

FÓCAS.

¿Ves que soy quien te lo manda?

CINTIA.

¿Ves que soy quien te lo ruega?

LEONIDO.

Ni tu decoro me ataja,
Ni tu respeto me mueve. (*Vase.*)

FÓCAS.

Oye, espera.

CINTIA.

Escucha, aguarda. —
¿Qué te va diciendo, Fócas,
La experiencia?

FÓCAS.

Mucho y nada,
Pues que quedo con mis dudas
Al ver que iguales me agradan,
En el uno la soberbia,
Y en el otro la templanza. (*Vase.*)

LISIPO.

Pues date prisa á saberlo;
Que si el término se pasa,
En un punto que esto sobre,
Verás que todo esto falta.

JORNADA TERCERA.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

CINTIA, LIBIA, ISMENIA, DAMAS Y MÚSICOS.

CINTIA.

Ya que al conjuro de aquel
Fuerte, poderoso hechizo,
Fingimos lo que no somos,
Seamos lo que fingimos.

LIBIA.

Dices bien; y pues al duelo
Entre los dos, Fócas hizo
Las amistades, sin que
De aquel ni de otros motivo
Haya averiguado mas
Que la soberbia en Leonido
Y la templanza en Heraclio,
Tratemos de divertirlos,
Hasta que de otra ilusion
Den sus pasiones indicio.

ISMENIA.

Buena es para descubrir
La interior, la que Lisipo
Trazando está.

CINTIA.

Cantad pues.

ISMENIA.

Ya tono y letra fingimos.

DAMAS Y MÚSICOS. (*Cantan.*)

Los ojos que dan enojos
Al ver y mirar con ellos,
Mas valiera no tenellos;
Pero bueno es tener ojos.

ESCENA II.

Salen por dos lados LEONIDO *y* LUQUETE, HERACLIO *y* SABAÑON — DICHOS.

LEONIDO.

Los ojos que dan enojos...

HERACLIO.

Al ver y mirar con ellos...

LEONIDO.

Mas valiera no tenellos...

HERACLIO.

Pero bueno es tener ojos.

LEONIDO.

Siempre la música fué
El iman de mis sentidos.

LUQUETE.

Buena la música fuera,
Si no tuviera músicos.

HERACLIO.

Aunque pudiera este acento
Haberme hasta aquí traido,
Mas á seguirle me mueven
Los ojos que los oidos.

SABAÑON.

Haces bien; porque no hay solfa
Como el mi-ré de lo lindo.

DAMAS Y MÚSICOS.

Los ojos...

CINTIA.

Oid, esperad;
Que parece que he sentido
Entre aquellas ramas gente.

LIBIA.

Entre estas tambien hay ruido.

ISMENIA.

¿Quién está aquí?

LEONIDO.

Quien llamado
Del sonoro acento vino,
Porque disculpas del canto
Le sirvan para el delito.

ISMENIA.

Y aquí, ¿quién está?

HERACLIO.

Quien no
Disculpar su yerro quiso,
Pues no le sirvió el acento
Mas que de darle el aviso.

LEONIDO.

Culpa que del oído fué,
Mal á negarla me animo.

CINTIA.

Pues porque á cuestion no pase
Quién mayor fineza hizo,
El que adelantó la culpa,
O el que la culpa previno,
Cantad; que es muy visto lance
Este de entre ojos y oídos
Andar graduando afectos.

LEONIDO.

Yo no he de dejar el mio
Desairado, y aunque canten,
Sanearle tengo.

HERACLIO.

Lo mismo
Haré yo al compas del tono.

CINTIA.

Tambien ese es lance visto.

LOS DOS.

¿Propio ó ajeno?

CINTIA.

No sé;
Mas, ¿para qué es el decirlo?

LEONIDO.

Para que, ajeno, es acierto
Ver cuánto mejor elijo.

HERACLIO.

Para que, propio, no es culpa
Cuando es el concepto mio.

CINTIA.

Con no atender cumplo yo.—
Prosigue, Ismenia.

ISMENIA.

Prosigo.

ISMENIA, DAMAS Y MÚSICOS. (*Cantan.*)

Los ojos que dan enojos...

LEONIDO.

Del placer y del pesar
Arbitros los ojos son,
Pues sirven al corazon
De mirar, ver y llorar.
Y aunque ya al ver, ya al mirar
Distintos son tus enojos,
No al llorar: luego en despojos
Siempre unos al peor empeño,
Traidores son á su dueño...

HERACLIO Y MÚSICOS.

Los ojos que dan enojos.

DAMAS Y MÚSICOS.

Al ver y mirar con ellos...

HERACLIO.

Ver, mirar y llorar, ser
Tres cosas no he de dudar:
Ver, que es ver, y no cuidar;
Mirar, que es cuidar y ver:
Luego el llorar, sin tener
Glosa, es quien llega á excedellos;
Que ojos que lloran al vellos,
Sus enojos ya aliviaron,
El daño que ellos causaron...

ÉL Y MÚSICOS.

Al ver y mirar con ellos...

DAMAS Y MÚSICOS.

Mas valiera no tenellos.

LEONIDO.

Que el llanto el dolor termina,
Tampoco no he de dudar;
Pero error fuera negar,
En fe de la medicina,
Enojos que uno imagina:
Ántes ó despues de vellos
Llorallos, ya es padecellos;
Y aunque haya de aliviallos,
Tenellos para llorallos...

ÉL Y MÚSICOS.

Mas valiera no tenellos.

DAMAS Y MÚSICOS.

Pero bueno es tener ojos.

HERACLIO.

De mi dolor el tormento
No llego á sentirle yo
Porque le lloro, sino
Le lloro porque le siento;
Y así, si aliviar intento,
Sucedidos los enojos,
Con lágrimas que en despojos
Los ojos dan al pesar,
Malo es tener que llorar...

ÉL Y MÚSICOS.

Pero bueno es tener ojos.

ESCENA III.

LISIPO. — Dichos.

LISIPO.

No prosigas, porque Fócas
En el bello laberinto
Que hace en esos cenadores
La amenidad deste sitio,
Con la dulzura del canto
Rindió al sueño los sentidos.

CINTIA.

Retiraos todos, porqué
Si el canto dormir le hizo,
No es bien que el canto le haga
Despertar; que fuera impío
Halago el que convirtiera
Tan presto en pena el alivio.
(*Vanse Libia, Ismenia, damas y músicos.*)

LUQUETE.

Vamos, Sabañon, á ver
Si hay en jardines tan ricos
Algo que comer.

SABAÑON.

¡Que haya
Quien plante rosas y lirios,
Claveles y tulipanes,
Y no coles y pepinos! (*Vanse los dos.*)

LISIPO. (*Ap. á Cintia.*)

Mira que le has de decir
A Heraclio lo que te digo
Que en voz de Cintia le adviertas.

CINTIA.

Sí diré, pues que te asisto
Para obedecerte.

LISIPO. (*Ap. á Libia.*)

Tú,
En voz de Libia, á Leonido
Lo mismo dirás.

LIBIA.

Sí haré.

LISIPO. (*Ap.*)

Así veré si consigo
La última experiencia, ya
Que Cintia callar me hizo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FOCAS, *que aparece reclinado á un lado del jardin.*—HERACLIO, LEONIDO, CINTIA, LIBIA.

FÓCAS. (*Ap.*)

Ya á hablarles llegan las dos,
Con que veré si examino
Su amor ú odio, á cuya causa,
Para poder asistirlos
Y notarles las acciones,
El sueño á su vista finjo.

LIBIA.

Leonido, escucha.

LEONIDO.

No, Libia,
Quieras que el norte que sigo,
De vista pierda.

LIBIA.

Quizá
Si oyes lo que solicito,
Le alcanzarás ántes.

LEONIDO.

¿Cómo?

HERACLIO. (*A Cintia.*)

Dijiste (cuando rendido,
Aun no sabiendo quién eras,
Seguía tu sol divino)
Que en otra ocasion me habias
De decir un escondido
Secreto, que embarazó
La gente que entónces vino.

CINTIA.

Es verdad, y aunque de paso,
Decirlo ahora determino.
Oye pues.

LEONIDO.

¿Qué es lo que dices?

LIBIA.

Lo que mi padre Lisipo
Por sus ciencias alcanzó,
Y á mí solamente dijo.

CINTIA.

Viéndose de mí obligado,
Cuando preso á Astolfo vimos;
Porque intercedí por él,
O por si moria, me quiso
Hacer dueño del secreto.

LEONIDO.

¡Cielos! ¡qué escucho!

HERACLIO.

¡Qué he oido!

LEONIDO.

¿De Mauricio el hijo soy?

HERACLIO.

¿De Mauricio soy yo el hijo?
¡Cielo santo!

LIBIA.

Sí, y por serlo
Te toca el imperio invicto
De Constantinopla.

CINTIA.

Sí,
Y no solo de tu altivo
Valor el imperio es,
Mas de Trinacria el dominio,
Que feudataria colonia
Es suya.

LIBIA.

Pero es preciso
Que, miéntras que Fócas viva,
Esté el secreto escondido,
Porque te importa no ménos
Que la vida.

CINTIA.

Mas convino
Guardar el secreto, miéntras
Viva Fócas, porque impío,
Hidrópico de tu sangre,
No se cebe en tu homicidio.

LIBIA.

Y así, secreto, y pensar
Cómo se podrán tus brios
Declarar.

CINTIA.

Y así, silencio,
Y prevenir discursivo
Cómo podrás declararte.

LIBIA.

Que si hallas algun camino...

CINTIA.

Que si algun modo descubres...

LIBIA.

No dudo que al punto mismo...

CINTIA.

Al mismo instante, no ignoro...

LIBIA.

Que te sigan infinitos...

CINTIA.

Que haya muchos que te aclamen...

LIBIA.

Aunque imposible lo miro...

CINTIA.

Aunque imposible lo veo...

LAS DOS.

Miéntras Fócas esté vivo. (*Vanse.*)

ESCENA V.

HERACLIO, LEONIDO, FOCAS.

LEONIDO. (*Ap.*)

Oye, Libia.

HERACLIO.

Cintia, espera.

LEONIDO.

Suspenso con tal aviso...

HERACLIO.

Con tal noticia admirado...

LEONIDO.

Triste muero.

HERACLIO.

Alegre vivo.

FÓCAS. (*Ap.*)

Ya deste engaño informados
Y contra mí persuadidos,
Es fuerza que en dos afectos
Contrarios, y tan distintos
Como de enemigo y padre,
Haga la sangre su oficio.
A hablarlos llego ahora. Pero
No; mejor es advertirlos
Recatado, pues es claro
Que disimulen conmigo,
Y á sus solas no. Y así
Otra vez el sueño finjo.

LEONIDO. (*Ap.*)

Confieso que tuve á Fócas
No sé qué interior cariño;
Pero ahora conozco ser
De mi soberbia nacido,
Por juzgarme el mas cercano
De la corona á que aspiro.
Dígalo el que oyendo ahora
Que me toca por Mauricio,
El que cariño juzgaba,
Es rencor, cuando imagino
Que es tirano, y que me quita
El imperio que era mio.

HERACLIO. (*Ap.*)

De albricias la vida diera,
Aunque viva aborrecido
De Fócas, tan á su vista
En manos de mi peligro,
Por las nuevas que me ha dado;
Pues no importa que el invicto
Laurel que me toca, goce,
Tanto como haber sabido
La sangre que arde en mis venas,
Bien que ahora esté el fuego tibio.

FÓCAS. (*Ap.*)

Como hablan entre sí,
Nada en los dos averiguo;
Con todo, vuelvo al acecho.
¿Qué fuera que de fingido
A verdadero pasara?
Pues parece que me rindo
A la pesadez de un sueño,
Que mas que sueño, es delirio.
(*Adormécese.*)

LEONIDO. (*Ap.*)

Y pues en mí no hay mas ley
Ni mas razon ni mas juicio
Que desear reinar, quisiera
Para poder conseguirlo...

HERACLIO. (*Ap.*)

Y pues no hay mas ambicion
En mí, ni deseo mas digno
Que el de ser quien soy, dejemos
Lo demas de mis designios
Al cielo, que él volverá
Por su causa. (*Vase.*)

LEONIDO.

Ya se ha ido
Heraclio: solo he quedado.
(*Repara en Fócas.*)
(*Ap.* Mas no, que quedan conmigo
Mis confusiones y penas.
De tal horror me revisto
Al ver al traidor por quien
El sacro laurel no ciño,
Que no sé cómo la saña
De tanto rencor resisto.)
(*Vuelve á salir Heraclio.*)

HERACLIO. (*Ap.*)

Por descansar á mis solas,
Huí de aquí; y habiendo visto
Gente al paso, por no hablar
Con nadie, tuerzo el camino.

LEONIDO. (*Ap.*)

Pero si me dijo Libia,
Cuando lo demas me dijo,
Que, muerto él, es fuerza que
Sigan todos mi partido,
¿Qué espero? Mas ¡ay! que aquel
Cariño oculto, indeciso
Me tiene. ¿No vale mas
Un imperio que un cariño?
Sí. Pues ¿qué temo? qué dudo?
(*Saca Leonido el puñal; Heraclio al verlo, saca tambien el suyo.*)

HERACLIO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que intenta Leonido?

LEONIDO.

Muera.

HERACLIO.

No muera.
(*A las voces, despierta Fócas.*)

FÓCAS.

¿Qué es esto?

LEONIDO.

Haber Heraclio querido
Darte muerte, y ser yo quien
Tan loco furor impido.

HERACLIO.

Leonido era el que intentaba
Matarte, y yo quien te libro.

FÓCAS.

¡Ay infeliz! que ni bien
Despierto, ni bien dormido,
Muera y *no muera*, en dos voces
Oí, tan á un instante mismo,
Que mezclados los metales,
Ninguno sonó distinto:
De suerte, que de su acento
Nada infiero; y si redimo
A la accion el desengaño,
Igual en los dos la miro,
Pues miro en los dos igual
Desnudo el acero limpio.

LEONIDO.

Yo, al irte á matar Heraclio,
Lo desnudé en tu servicio.

HERACLIO.

Yo le saqué en tu defensa,
Al irte á matar Leonido.

FÓCAS.

Mientes, mientes, porque ya
(*A Heraclio.*)
Que yo no puedo hacer juicio
De la voz ni de la accion,
Por el pavor lo adivino
Del corazon, que del pecho
Me dice en callados gritos
Que tú eres el traidor, tú;
Pues en tu mano blandido
Desa cuchilla el acero,
De aquese puñal el filo,
Tanto me espeluza, tanto
Me sobresalta. — Leonido,
Defiéndeme dél; que todo
Mi valor estremecido
No basta contra el amago
De haberle contra mí visto
Tan sañudamente fiero,
Tan ciegamente atrevido,
Tan sangrientamente osado,
Esgrimir el rayo altivo
De aquel áspid de metal,
Con señas de basilisco.

HERACLIO.

¿Por qué, señor, cuando yo
No solo el acero rindo

A tus piés, pero la vida,
De mí te asombras?

FÓCAS.

¡Lisipo,
Cintia, Libia, pues que sois
Familiares, sed amigos,
Que me da la muerte Heraclio!

HERACLIO.

A esto una vez persuadidos,
Me han de matar. ¿Dónde ¡cielos!
Huiré de tanto peligro? (*Vase.*)

FÓCAS.

¡Dél me amparad!

LEONIDO.

Yo, señor,
(*Ap.* Pues tan bien ha sucedido;
Hacer la deshecha importa)
Le seguiré, y en castigo
De igual traicion, le daré
Mil muertes. (*Vase.*)

FÓCAS.

Corre, Leonido:
Que del aleve la fuga
Es el no menor indicio.

ESCENA VI.

CINTIA, LISIPO, LIBIA, ISMENIA, DAMAS, CRIADOS. —FOCAS, LEONIDO.

LISIPO.

Señor, ¿qué es esto?

FÓCAS.

No sé:
Un letargo, un parasismo,
Un frenesí, una locura,
Un pasmo, un ansia, un conflicto;
Que aunque no dudo el saberlo,
Descansaré con decirlo.
Fingí el sueño, y él vengado
De ver que le habia fingido,)
Perturbadas las ideas,
Verdadero hacerse quiso.
Y en aquel pequeño espacio
Que iba acechando resquicios,
Crepúsculos de la vida,
Ni bien muerto, ni bien vivo,
A Leonido vi y á Heraclio,
Sobre vuestros dos avisos,
Con dos puñales; y aunque
Cada uno se previno
De que era suyo el amparo
Y era ajeno el homicidio,
No sé con qué oculta causa,
Sin asustarme en Leonido
El acero, vi el de Heraclio,
Jurara, en mi sangre tinto:
Con que infiero que al oir
Que era hijo de Mauricio,
Reventó la saña en él.
Y pues que yo no me afirmo,
Decid vosotros, decid,
Si bien ó si mal colijo
De sus acciones.

CINTIA.

Si ellos
Llegaron así, escondidos
Sus intentos, no podemos
Explicarlos sin oirlos;
Que lo que no sale al labio,
No lo alcanza nuestro arbitrio.

FÓCAS. (*A Lisipo.*)

Tú, ¿qué infieres?

LISIPO.

Si pudiera
Yo hablar, ya lo hubiera dicho;
Pero hay deidad que mi vida
Amenaza, si lo digo.

FÓCAS.

Pues obligalos á que
Esos formados prodigios
Lo digan.

TODOS.

Ya mal podrá
Obligarnos ni oprimirnos.

LISIPO Y FÓCAS.

¿Por qué?

LIBIA.

Porque ya fatal...

CINTIA.

Cumplió el término preciso...

ISMENIA.

El dia, en aquel instante...

LIBIA.

En que forzados venimos...

TODOS.

A la fuerza de un conjuro,
Y de un encanto al hechizo.

(*Desaparecen todos de improviso, y se muda el teatro, quedando solos Fócas y Lisipo.*)

—

Monte.

ESCENA VII.

FOCAS, LISIPO, *despues* CINTIA, LIBIA, Y GENTE *dentro.*

FÓCAS.

Oid, esperad.

LISIPO.

Es en vano;
Y pues te dejo en el sitio
Que te encontré, lo que callo
Infiere de lo que has visto. (*Vase.*)

FÓCAS.

¿Tambien huyes tú?

UNO. (*Dentro.*)

A la selva.

OTRO. (*Dentro.*)

Al monte.

OTRO. (*Dentro.*)

Al jaral.

OTRO. (*Dentro.*)

Al risco.

LIBIA. (*Dentro.*)

¡Fócas!

CINTIA. (*Dentro*)

¡Señor!

FÓCAS.

En la propia
Accion, y el propio distrito
Que perdido me dejaron
Monteros y criados mios,
Vuelvo á hallarme, sin que haya
(En tan nunca visto estilo,
Que fué síncopa de un año,
O paréntesis de un siglo)
Ni sabido ni alcanzado,
Ni rastreado ni inferido
Mas de que en Heraclio fué
Piedad todo, hasta haber visto
Blandir su mano el acero;
Todo crueldad en Leonido
Hasta haber visto que él fué,
Si he de creerme á mí mismo,
El que la vida me dió.
¡Oh mal explicado abismo!
¿Qué de cosas me has callado,
Y qué de cosas me has dicho?

Una voz dentro.

El manchado bruto á quien
Ayer Fócas siguió, he visto
Calarse otra vez al monte.

CINTIA. (*Dentro.*)

Pues acosadlo y seguidlo;
Que sin duda, pues que Fócas
Desde ayer no ha parecido,
Le dió muerte, y vuelve hambriento.

Voces dentro.

¡A él, Melampo; á él, Barcino!

FÓCAS.

Porque el fin de tanto asombro
Se enlace con su principio,
Acosado de los canes,
Vuelve sangriento y herido
A mí el bruto, á tiempo que
No puedo acudir, rendido,
A mi defensa. ¡Ah del monte,
Vasallos, criados, amigos!
¿No hay quien me socorra?

ESCENA VIII.

HERACLIO Y LEONIDO, *vestidos de pieles.* — FOCAS, GENTE, *dentro.*

LOS DOS.

Sí,
Que habiendo tu voz oido...
Vuelvo á saber... Mas ¿qué veo?

LEONIDO.

Vuelvo á ver... Pero ¡qué miro!

HERACLIO.

¿Esta no es mi antigua piel?

LEONIDO.

¿Este no es mi traje antiguo?

HERACLIO.

Este el monte...

LEONIDO.

Esta la selva...

LOS DOS.

Donde...

FÓCAS.

¿Qué os ha suspendido?

HERACLIO.

¿Si he visto lo que he soñado?

LEONIDO.

¿Si he soñado lo que he visto?

HERACLIO.

¿Qué se hizo aquel alcázar
Donde estaba?

LEONIDO.

¿Qué se hizo
Aquel edificio?

FÓCAS.

¿Qué
Alcázar, ni qué edificio?
Desde ayer á esta hora ando
Tras una fiera perdido,
Adonde hallándome anoche,
Fuéron mi lecho estos riscos.
Salió el alba, y procurando
Vencer deste entretejido
Seno el ceño, no hallé senda.
Con que habiendo al aire oido
De los monteros las voces,

De los canes los latidos,
Llamé, no tanto porqué,
Viendo el bruto huyendo al rio,
Me diesen socorro, cuanto
Porque deste laberinto
Me sacasen. Y supuesto
Que en mi busca habeis venido,
Debajo de aquel seguro
Que Cintia y Libia habrán dicho,
Viendo de paz á buscaros
Con aparatos festivos
De músicos instrumentos,
Seais los dos bien venidos.
Id adonde á oir se vuelve
El montaraz alarido.

Voces dentro.

¡Llegad todos, llegad todos,
Que hácia allí los descubrimos!

ESCENA IX.

CINTIA, LIBIA, LUQUETE, SABAÑON, GENTE.—FÓCAS, HERACLIO, LEONIDO.

SABAÑON.

Bien puede ello ser verdad;
Mas yo he de perder mi juicio.

LUQUETE.

Yo no; que ya no le tengo.

HERACLIO.

¡Cielos! ¿qué me ha sucedido?

LEONIDO.

¿Qué es lo que por mí ha pasado?

SABAÑON. (*A Luquete.*)

¿Hate tu amo despedido,
Que te quitó la librea?

LUQUETE. (*A Sabañon.*)

¿Qué se hicieron los vestidos,
Joyas y plumas?

SABAÑON.

No sé.

CINTIA. (*A Fócas.*)

Alegre, señor, te pido
La mano en albricias nobles
De que con vida te miro.
Despues que en tu busca fuí,
Tan asustada registro
El monte, que la esperanza
Perdí de encontrarte vivo.

LIBIA.

A todos nos da tus plantas.

FÓCAS.

Yo la fineza os estimo.

CINTIA.

Y yo estimo á mi fortuna
El que esté Heraclio contigo;
Que habiéndole hallado yo,
Y habiendo él en tu peligro
Sido el que llegó primero,
Me persuado á que he tenido
Alguna parte en su dicha,
Y no pequeña en tu alivio.

LIBIA.

Lo mismo á mí me sucede
Contigo, hallando á Leonido.

FÓCAS.

Los dos llegaron ahora.

LUQUETE.

¿Cómo ahora? ¿No estuvimos
Contigo en aquel palacio?

FÓCAS.

¿Qué palacio?

SABAÑON.

¡Aqueso es lindo!
Uno, que á fuer de pastel
Mandó álguien hacer hechizo,
Donde cuantos aquí estamos
Allá estábamos contigo,
O díganlo Libia y Cintia.

LAS DOS.

¿Estáis, villanos, sin juicio?

LEONIDO. (*Ap.*)

Si yo no vengo con él,
A mí me dirá lo mismo.

HERACLIO. (*Ap.*)

Que padezca la sospecha
Tambien de loco es preciso.

LEONIDO. (*Ap.*)

Y así disimule y calle.

HERACLIO. (*Ap.*)

Y así calle y finja.

FÓCAS.

Digo
Que habiendo ahora llegado,
Y habiéndoles las dos dicho
Que quiero mas ser piadoso
Con los dos, que vengativo
Con el uno, es bien que vamos
Donde sean recibidos
En tu corte con aplausos,
Festejos y regocijos,
Y donde muden el traje
En adornos y vestidos
De reales púrpuras.

LEONIDO.

(*Ap.* ¡Cielos!
¿Si será esto lo fingido,
Y lo otro lo verdadero?
¿O si habrá, al contrario, sido
Esto lo cierto, y lo otro
Lo incierto? Mas ¿qué averiguo?
Vaya yo donde me vea
De reales pompas vestido,
En palacios alojado,
De varias gentes servido,
Y sea cierto, ó no sea cierto;
Pues en los faustos del siglo
Lo que se goza, se goza,
Dure ó no dure.) Rendido (*A Fócas.*)
A tus piés, beso tu mano
Por el honor que recibo.

FÓCAS.

(*Ap.* Cuerdo anda Leonido, pues
No se da por entendido.)
¿Pues, Heraclio, no me das
Las gracias de que te admito
En mi corte?

HERACLIO.

No, señor.

FÓCAS.

¿Como?

HERACLIO.

Como cuando miro
Que la púrpura real
El polvo la esmalta en Tiro,
Y que no hay polvo que no
Se desvanezca en suspiros,
Siendo tan leve la pompa,
Que no hay humano sentido
Que ser mentira ó verdad
Pueda afirmar, te suplico
Que mas lustre no me dés,
Que dejarme en mi retiro
A vivir como viví,
Destas montañas vecino,
Destos brutos compañero,
Ciudadano destos riscos;
Que no quiero oir aplausos
De tan mañoso artificio,
Que no sepa cuando son
Verdaderos ó fingidos.

FÓCAS.

No te entiendo.

HERACLIO.

Yo tampoco.

ESCENA X.

ASTOLFO, LISIPO, *que se quedan ocultos, cada uno á su lado.*—DICHOS.

ASTOLFO. (*Ap.*)

Sabiendo que están Leonido
Y Heraclio con Fócas ya,
A verlos vengo movido
De mi amor; mas no me atrevo
A llegar, porque, ofendido
De que de la prision salga,
No se disguste conmigo.
Desde aquí me basta el verlos.

LISIPO. (*Ap.*)

A qué se habrán persuadido
Los dos, deseo saber.
A esta parte me retiro
Hasta informarme.

FÓCAS.

¿En efecto,
Ingrato, desconocido,
Mi piedad desprecias?

HERACLIO.

No
La desprecio; ántes la estimo
Tanto, que no quiero verla
Aventurada al peligro,
De que una piedad padezca
Escrúpulos de delito;
Y así, á tus piés arrojado,
Que me desvíes, te pido,
De tí; porque á mí me basta
El reino de mi albedrío,
Sin mas ambicion.

FÓCAS.

¿Y eso
No es hacer, di, desperdicio
Y desaire de mi honor?

HERACLIO.

No, señor; sino del mio.

FÓCAS.

No es sino hallarte, tirano,
Acusado y convencido
De tu traicion, (*Ap.* Mas ¿qué hago?)
Y no atreverte (*Ap.* ¿Qué digo?)
A ponérteme delante
(*Ap.* Mal la cólera reprimo,
Arrebatóme la ira.)
Al ver que aun no te he perdido
Aquel pasado pavor.

CINTIA. (*Ap.*)

¿Qué traicion puede haber visto
En él, si ahora ha llegado?

FÓCAS.

Y así, ingrato, por lo mismo
Que mi favor aborreces,
Has de estar siempre conmigo;
Que ménos cuidado así
Me darás, siendo registro
Yo de todas tus acciones,
Que si huyeras fugitivo
Donde no sepa de tí,

El dia que persuadido
No en vano estoy que tú eres
El hijo de mi enemigo.

HERACLIO.

Es verdad; y pues tú rompes
El secreto de un prodigio,
Que yo ni alcanzo ni entiendo,
O peligre ó no mi juicio,
Hijo de Mauricio soy,
Y estoy tan desvanecido
De serlo, que por lograr
Tan glorioso, tan invicto
Blason, de mí delatando,
Una y mil veces lo afirmo.

FÓCAS.

Aunque ya para saberlo
Me bastaba el inferirlo,
¿De qué lo sabes?

HERACLIO.

Lo sé
De tan superior testigo,
Que no padece objecion.
Cintia fué quien me lo dijo.

CINTIA.

¿Yo? cómo? cuándo? Ni yo
¿De qué saberlo he podido?

HERACLIO.

De que te lo dijo Astolfo
A tí, cuando preso vino.
(*Sale Astolfo.*)

ASTOLFO.

(*Ap.* Aunque me maten, ¿qué espero?)
¿Yo, señora, tal te he dicho?

CINTIA.

Ni me lo ha dicho él, ni yo
A tí.

HERACLIO.

Si te he rompido (*A Cintia.*)
El secreto, con mi muerte
Lo pago todo.—Y tú, impío (*A Astolfo.*)
Piadoso, que me dejaste
Tantos años este altivo
Honor; ya que lo dijiste,
¿Por qué ahora tan atrevido
Lo niegas, aventurando
El respeto en Cintia?

ASTOLFO.

Dilo
Tú, señora: ¿cuándo yo
Tal te dije?

CINTIA.

Ya yo he dicho
Que nunca lo supe yo.

HERACLIO.

A tí en nada te replico;
Pero á este que, tras quitarme
El honor, me quita el juicio,
La vida que le guardé
En aquel alcázar rico,
Le he de quitar.

ASTOLFO.

¿En qué alcázar?

LEONIDO. (*A Heraclio.*)

Detente, y no inadvertido
Le maltrates; que aunque es
Verdad que en él estuvimos,
No es verdad lo que pasamos.
Algun superior motivo
Anda aquí, que no sabemos.
Dígalo el ver que lo mismo
Me dijo á mí Libia, y no . . . . .
Por aqueso lo he creido.

LIBIA.

¿Lo mismo yo á tí? ¿Pues cuándo
Yo á tí te he hablado ni visto?

LEONIDO.

En aquel mismo palacio
Donde todos estuvimos.
Por señas que me dijiste
Que á tí tu padre Lisipo,
Sabiéndolo por sus ciencias,
Te lo dijo.
(*Sale Lisipo.*)

LISIPO.

(*Ap.* Aquí es preciso
Hacer la deshecha ya.)
¿Pues cómo, Libia, has tenido
Tú atrevimiento á decir
Que dije lo que no he dicho?

CINTIA.

Sí dirias, ¡ah traidor!
Habiéndote yo pedido
Que lo callases.

LISIPO.

(*Ap.* Volvióse
Contra mí el engaño mio.)
¿Yo, señora? ¿yo, señora?

LUQUETE. (*Ap. á él.*)

Sabañon, ¿has entendido
Algo desto?

SABAÑON.

Todo.

LUQUETE.

¿Y qué es?

SABAÑON.

Es que el demonio anda listo
Y el diablo suelto.

FÓCAS.

Ya que
A todos confusos miro,
Acabemos de una vez
De salir de tanto abismo.
Yo, Astolfo, para saber
Tu secreto, me he valido
De medios que, ser Heráclio,
Me han dicho, hijo de Mauricio.

ASTOLFO. (*Ap.*)

Será la primer verdad,
Que la mentira habrá dicho.

FÓCAS. (*A Astolfo.*)

Pero para que no quede
Escrupuloso en Leonido
El crédito, dilo claro.

ASTOLFO.

Yo, señor, no he de decirlo.
Sábelo tú, pero no
De mí.

CINTIA.

¿Tú, traidor Lisipo,
Andas por aquí?

LISIPO.

Señor,
Airada contra mí miro
La deidad, por quien calló
El labio, y habló el indicio.
Y puesto que me amenaza
Sañudo su ceño esquivo,
Muera por todo, saneando
Lo inobediente lo fino.
Leonido es tu hijo; que casos
En dos tiempos sucedidos,
Bien pude alcanzarlos yo,
Y baste que yo lo afirmo
Y que no lo niega Astolfo.

FÓCAS.

Eso es mas. Vasallos mios,
Leonido es mi hijo y vuestro
Príncipe.

TODOS.

¡Viva Leonido!

FÓCAS.

Viva, y ¡muera Heraclio!

CINTIA.

Tente.

FÓCAS.

¿Tú lo impides?

CINTIA.

Yo lo impido.
Debajo de tu palabra
Y de mi seguro vino;
O has de cumplírsela, ó, ántes
Que muera, en el pecho mio
Has de ensangrentar tu acero.

FÓCAS.

¿Qué es lo que yo le he ofrecido?

CINTIA.

Ni matarle, ni prenderle.

FÓCAS.

Por tí y por mí he de cumplirlo.—
Desamarrad aquel barco
Que está orilla del marino [1],
Dadle un barreno en entrando
En él.—Ya le dejo vivo,
Pues no le doy muerte; y ya
No le prendo, pues le envío
Donde pueda correr todo
Ese campo cristalino.—
Llevadle, pues.

HERACLIO.

No, villanos,
Con violéncia; que yo mismo
Al sepulcro por mi pié
Iré, pues sepulcro mio
Es ese barco, que ahora
Me recibe compasivo,
Para que, vuelta la aguja
En el primero desvío,
Sea tumba el que fué albergue.—
Adios, hermoso prodigio, (*A Cintia.*)
Primero que vi y postrero.—
Quédate adios, padre mio; (*A Astolfo.*)
Que solo siento dejarte
En poder de mi enemigo;
Pues, mintiendo la verdad,
Verdad la mentira dijo.

FÓCAS.

Espera, que porque veas
Si ando piadoso contigo,
Aun no te quiero quitar
Aqueste pequeño alivio.—
Llevad con él á ese anciano
Caduco vil.

ASTOLFO.

Vamos, hijo,
Que yo no quiero mas vida
Pues el ir á morir contigo.
(*Llévanse algunos á Heraclio y Astolfo.*)

CINTIA.

¡Qué lástima!

LIBIA.

¡Qué desdicha!

LUQUETE.

¡Qué confusion!

SABAÑON.

¡Qué conflicto!

[1] Quizá falte aquí un par de versos, por lo ménos.

FÓCAS.

Ahora, porque no lleguen
Los ecos de sus gemidos
A nosotros, empezad
Desde aquí los regocijos,
Con que es bien Leonido entre
En la corte. (*A Leonido.*) Ven conmigo
Para que te reconozcan
Todos, y todos rendidos
Besen tu mano, diciendo
A voces: ¡Viva Leonido!

GENTE.

¡Viva Leonido!

HERACLIO. (*Dentro.*)

¡Favor,
Dioses!

ASTOLFO. (*Dentro.*)

¡Oh cielos divinos,
Clemencia!

GENTE.

Viva Leonido.

LEONIDO. (*Ap.*)

Sea mentira ó sea verdad,
Sea cierto ó sea fingido,
O desvanézcase ó no,
Ya por lo ménos me miro
Sin competencia heredero
De un imperio; y aunque esquivo
El hado quiera vengarse,
No me quitará haber visto
Aquesta felicidad
A costa de aquel peligro.

HERACLIO Y ASTOLFO. (*Dentro.*)

¡Oh dioses santos, piedad!
¡Favor, oh cielos divinos!

FÓCAS.

Decid que Leonido viva.

TODOS.

¡Que viva, viva Leonido!
(*Dentro tiros, cajas y trompetas.*)

ESCENA XI.

FOCAS, LEONIDO, CINTIA, LISIPO, LIBIA, GENTE.

FÓCAS.

Esperad. ¿Qué salva es
La que á lo léjos se ha oido,
Cuyas trompetas y cajas
Al son del bronce han querido
Trocar en toques de guerras
Estos aplausos festivos?

CINTIA.

De compasiva la vista
Siguiendo iba el combatido
Leño de vientos y olas,
Cuyo inútil desperdicio,
Como jugando con él,
Conservaba en su bullicio
El inquieto afan de tanto
Salobre campo de vidrio,
Cuando atilada en los léjos
De aquel átomo de pino,
Descubrió en sus golfos una
Vaga ciudad de navíos,
Que, al reconocer el puerto,
Salva á sus murallas hizo.

FÓCAS.

Tributo será de alguno
De tantos reinos vecinos,
Como feudatarios son
Al imperio.

LISIPO.

Mas me inclino
Yo, señor, que de mas cerca
Las hinchadas velas miro,
A pensar...

FÓCAS.

¿Qué?

LISIPO.

Que es la armada
Del príncipe Federico
De Calabria, de quien ya
Noticias di.

FÓCAS.

Por el mismo
Trance de pensar que es él,
No cesen los regocijos;
Que á mí no me asusta nada.
Y miéntras la gente alisto,
Pues se repiten sus salvas,
Repítanse nuestros himnos. (*Vase.*)

LEONIDO.

Tú verás que desempeño
Los créditos de tu hijo. (*Vase.*)

CINTIA.

Y que á pesar de mis penas,
Yo con mi gente te sigo. (*Vanse todos.*)

—

Playa.

ESCENA XII.

FEDERICO, SOLDADOS; HERACLIO Y ASTOLFO (*Dentro.*)

FEDERICO. (*Dentro.*)

A tierra, á tierra.

HERACLIO Y ASTOLFO. (*Dentro.*)

¡Piedad,
Dioses santos y divinos!

UNOS SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

HERACLIO Y ASTOLFO. (*Dentro.*)

¡Clemencia!

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Viva Leonido!
(*Salen Federico y soldados.*)

FEDERICO.

¡A tierra! y tan brevemente
Como se vaya tomando,
Se vaya al punto doblando
En escuadrones la gente,
Porque mas desprevenida
Le coja el susto, sin que
Nadie, sino es yo, le dé
La nueva de mi venida;
Ya que afables agua y viento
Quieren, franqueada la tierra,
Que á fuego y sangre la guerra
Les publique otro elemento.
Príncipe me hizo heredero
De Calabria mi destino;
De Mauricio soy sobrino:
Y pues por su muerte infiero
Que el sacro laurel es mio,
¿Por qué tengo de pagar
Feudo dél, y no vengar
La pérdida de mi tio?
Mayormente cuando sé
Que, el dia que se perdió,
El póstumo que dejó
Humana víbora fué,
Que, reventando á su madre,
En los montes se ocultó,
Donde fiel le retiró
Un vasallo de su padre,
De quien nunca se ha sabido:
Y siendo así que me ha dado
Esta investidura el hado,
¿Por qué el dia que ha venido
Con poca gente de guerra
A Trinacria este tirano,
No ha mi valor soberano
De infestarle mar y tierra
En su venganza y la mia?
Pues cuando yo no tuviera
Mas razon que me moviera
A tan gloriosa osadía,
Que el agüero de Lisipo,
A quien de Calabria eché,
Ella bastara, porqué
Vea el mundo que anticipo
A su ciencia mi valor,
Y mi ánimo á sus recelos,
Diciendo mi fama...

ASTOLFO. (*Dentro.*)

¡Cielos,
Valedme!

HERACLIO. (*Dentro.*)

¡Cielos, favor!

FEDERICO.

¿Qué voz en el mar oí
Que entre tanto horrible estruendo
Lugar se hace? Aunque ya atiendo.
A lo que hoy desde aquí
Mirar se deja, marino
Monstruo me parece que
Arroja de sí, bien que
Sus señas no determino
Pues es humano en la usada
Voz, y bruto en lo que anhela,
No es ave, pues que no vuela,
Y no es pez, pues que no nada.
Ya del quebrantado hielo,
A embates de la resaca,
Uno á la orilla le saca.
(*Saca Astolfo á Heraclio en brazos.*)

HERACLIO.

¡Cielos, piedad!

ASTOLFO.

¡Favor, cielos!

FEDERICO.

El que parecia embarcado
Uno en el mar, ya son dos
En tierra.

ASTOLFO.

¡Gracias á Dios
Que pude sacarte á nado!

FEDERICO.

Prodigios, que entre crueles
Ovas, ráfagas y lamas,
En vez de armaros de escamas,
El mar os vistió de pieles,
¿Quién sois?

ASTOLFO.

Dos tan desdichados,
Que los hados han querido
Matarnos, y no han podido
Aun conseguirlo los hados.

HERACLIO.

Tanto que, hijos de unas rocas,
Aun el mar no nos sufrió,
Y á otras nos restituyó.
Si sois soldados de Fócas,
Usad, pues teneis en él
Poderes, de la fortuna,
Y en suerte tan oportuna
Sea la piedad cruel.
Pues para que al beneficio
De matarme mi voz hoy
Os obligue, Heraclio soy,
Hijo infausto de Mauricio.

Ese anciano á quien destierra
La lealtad mas singular,
Y que me ha dado en el mar
Una vida, otra en la tierra,
Astolfo es; por él os pido
Que, ya que á mí me mateis,
A él la vida reserveis.
Y pues á esos piés rendido,
Os ruego abrevieis los plazos
De mi muerte, ¿qué esperais?
¿Por qué, pues, me la negais?

FEDERICO.

Por no negarte los brazos:
Que al oirte, agradecida
Está el alma de manera,
Que su misma vida diera
En albricias de tu vida.
Y aunque parezca hoy en mí
Sobrada facilidad
Creer tan gran novedad
En el punto que la oí,
Salvo la objecion, porqué
El que la estime y la crea,
No es posible que no sea
Causa superior, en fe
De que el cielo soberano
Quiere, contra una malicia,
Volver hoy por tu justicia
Y la dese noble anciano,
A cuyas lealtades hoy
Tambien los brazos aplico.

LOS DOS.

¿Quién eres? di.

FEDERICO.

Federico,
Duque de Calabria soy:
Con que no en vano sospecho
Que la pasada objecion
Tiene otra satisfaccion,
Pues la sangre de mi pecho
Tan tuya es, como ser hijo
De Casandra, hermana bella
De Mauricio: nuestra estrella
Confronta.

HERACLIO.

Si bien colijo,
Cobrado el susto, tus señas,
Ya me acuerdo que te vi.

FEDERICO.

No es posible; porque á mí
Nunca me vieron las peñas
Que tú habitaste.

HERACLIO.

Es verdad;
Pero vite á tí sin tí.

FEDERICO.

¡A mí, sin mí verme!

HERACLIO.

Sí.

FEDERICO.

Esa es otra novedad,
Casi á la primera igual;
Mas hasta descansar, no
Te la he de preguntar yo.—
A la capitana real (*A los soldados.*)
Le llevad, donde, despues
Que te hayas reparado,
Y vestido y adornado,
Será justo que me dés,
De lo que admirando voy,
Las noticias tan extrañas.

HERACLIO.

Hijo soy de las montañas,
Hecho á trabajos estoy;
Y aunque mi fatiga es mucha,
Oyeme, y descansaré
Mas bien contigo.

FEDERICO.

Si fué
Para tí alivio, di.

HERACLIO.

Escucha.—
Aquella empinada sierra,
A cuya atalaya están
De guarda el Etna y volcan...

ESCENA XIII.

FOCAS, SOLDADOS SUYOS.—DICHOS; *despues* UN SOLDADO *de Federico.*

Voces dentro.

¡Arma, arma, guerra, guerra!

FÓCAS. (*Dentro.*)

Llegad, ántes que formado
En escuadrones esté.
(*Sale un soldado.*)

SOLDADO.

Ya el ejército se ve
Con que Fócas ha llegado
A tu opósito, á impedir
De la desembarcacion
La altiva resolucion.

FEDERICO.

Yo tambien le he de salir
Al paso, porque el denuedo,
Dicen que es del enemigo
Primer batallon.

HERACLIO.

Contigo
Yendo yo, verás que puedo
Servirte de algo. Una espada
Sola en adorno me dad.

ASTOLFO.

Aunque mi caduca edad
Serviros no pueda en nada
Mas que en morir, moriré
A vuestro lado el primero.

FEDERICO.

En los dos mi triunfo espero,
En cuya segura fe,
Ya tocando el arma, cierra
Mi gente con saña altiva.
(*Entranse, tocan arma y dase la batalla.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Federico, viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Fócas!
(*Tocan cajas y clarines.*)

UNOS Y OTROS.

¡Arma! ¡guerra!
(*Vuelven á tocar cajas y clarines.*)

—

Monte.

ESCENA XIV.

Por una parte HERACLIO *con la espada desnuda, y por otra* CINTIA; *despues*, FEDERICO Y SOLDADOS, *dentro.*

HERACLIO.

Yo sé la senda, seguidme.
Por aquí podeis romper.

CINTIA.

No podréis, porque es el puesto
Que me toca defender.

HERACLIO.

¿Quién podrá contra mi saña?

CINTIA.

Yo. (*Tocan.*)

HERACLIO.

¿Qué es lo que llego á ver?

CINTIA.

¿Qué es lo que llego á mirar?

HERACLIO.

Trocarse la suerte; pues
Yo un paso te defendia
Al verte la primer vez,
Y ahora tú me le defiendes.

CINTIA.

Mas tan al contrario, que
Yo fuí allí tu admiracion,
Y al mirarte ahora, fué
Verte la admiracion mia.

HERACLIO.

No eso admiracion te dé,
Que la farsa de mi vida
Toda es pasos al reves.
Dígalo al hallarte aquí,
Volverme huyendo; con que
Huir yo, y huir de tí, serán
Dos cosas, al parecer,
Tan opuestas, que ellas digan
Que son sin que puedan ser.

CINTIA.

Dejando que de tu vida
Me doy á mí el parabien,
¿No será mejor que el paso
Rompas, con que, roto él,
Victorioso quedes?

HERACLIO.

No,
Porque no quiero vencer
Tan á toda costa.

CINTIA.

Lidia,
Y no huyas; porque aunqué
Estimo mi fama, estimo
Tambien la tuya.

HERACLIO.

No sé
Si te crea.

CINTIA.

¿Por qué no?

HERACLIO.

Porque, aunque tan fina estés
Conmigo ahora, dirás
Que no te acuerdas despues,
Entre mi bien y mi mal,
De mi mal ni de mi bien.

Voces dentro.

Por aquí Heraclio subió.

FEDERICO. (*Dentro.*)

Pues subid todos tras él.

HERACLIO.

Mas ¡ay infeliz! que ya,
Aunque quiera huir, no podré.
Mi gente llega, y la tuya,
Viendo el inmenso tropel,
Que mide y que desampara
La línea dese cuartel
Que guardabas. Huye tú;
Que tampoco defender
Podré tu vida.

CINTIA.

Eso no.
De tí bien pudiera ser;
Pero no pudiera de otro.

ESCENA XV.

LEONIDO.—DICHOS.

LEONIDO. (*Dentro.*)

Volved, soldados, volved,
Que el puesto en que Cintia está
Han rompido, á defender
Su vida, en cuyo reparo
Yo el primero moriré. (*Sale Leonido.*)

HERACLIO.

¡Sí morirás, y á mis manos,
Ingrato, fiero y cruel!

LEONIDO.

Poco el mirarte me asombra
Vivo, al persuadirme á que
Debió, porque no me fuese
Sin este triunfo, tener
El mar lástima de ti.

HERACLIO.

Ahora lo verás. (*Pelean los dos.*)

CINTIA. (*Ap.*)

Pues
No me puedo declarar,
Aunque quisiera, al temer,
Si vence Heraclio, mi ruina,
Pues es contra mi poder;
Si Leonido, mi esperanza,
Pues es contra mi interes,
¿Qué he de hacer, cielos piadosos?
(*Tocan cajas.*)

ESCENA XVI.

FÓCAS.—DICHOS.

FÓCAS. (*Dentro.*)

Bruto, que, á tu dueño infiel,
El freno rompiendo, rompes
Con la obediencia la ley,
Ya que te desbocas, sea
Hácia el contrario; no dés
A entender que el desbocarte
Es huir.

FEDERICO. (*Dentro.*)

Cargad á aquel
Grueso que gobierna Fócas.
(*Sale Fócas cayendo.*)

FÓCAS.

¡Cielos, mi vida valed!

HERACLIO.

Mi enemigo es: ¡muera!

LEONIDO.

¡No
Muera!

FÓCAS.

¡Ay de mí! ¿qué escuché?
Que así otra vez de los dos
Equívoca llego á ver
Voz y accion, *muera* y *no muera*,
Porque, quien me mata y quien
Me defiende confundidos,
Vuelva á dudar otra vez.

HERACLIO.

Pues no lo dudes ahora;
Que si allí quisiste hacer
Ensayo de tus tragedias,
Aquesta la verdad es,
Y solo mudó un ensayo,
Que se trocara un papel.

FÓCAS.

¿Qué papel?

HERACLIO.

El de Leonido,
Que allí era el de cruel,
Y el mio era el del piadoso;
Y tan trocados los ves,
Que soy el que te da muerte
Aunque te defienda él. (*Pelean.*)

CINTIA.

A tu lado, Heraclio, estoy.

FÓCAS.

No en vano el presagio fué
De ver sangriento tu acero.

LEONIDO.

Ni el semblante á la mujer
Yo, aun ántes de verla.

ESCENA XVII.

LIBIA, FEDERICO y SOLDADOS.—HERACLIO, FÓCAS, LEONIDO, CINTIA.

LIBIA. (*Dentro.*)

Aquí
Cayó Fócas.

FEDERICO. (*Dentro.*)

Aquí fué
Donde le arrojó el caballo.

LEONIDO.

Perdido me llego á ver.
(*Salen Federico, Libia y soldados. Fócas cae herido por Heraclio.*)

SOLDADOS.

Llegad todos. Mas ¿qué es esto?

HERACLIO.

Ver un tirano á mis piés,
Vengada casi en la misma
Campaña la muerte infiel
De Mauricio, por Heraclio
Su hijo.

FÓCAS.

No es eso.

SOLDADOS.

Pues ¿qué es?

FÓCAS.

Un hidrópico de sangre,
Que, por no poder beber
La de todos, en la suya
Está apagando su sed. (*Muere.*)

HERACLIO.

Retirad ese cadáver.

CINTIA.

Ya puesta en fuga se ve
Toda su gente, y la mia,
Sacudido el yugo que
Su tiranía le puso,
Diciendo una y otra vez:

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva Heraclio, Heraclio viva!
Ciña el sangrado laurel
Que por hijo de Mauricio
Le toca.

ESCENA XVIII.

ASTOLFO, LISIPO y SOLDADOS, *uno de los cuales saca en una fuente una corona.*—DICHOS.

HERACLIO.

Esperad, tened;
Que ese honor es Federico
Quien le llega á merecer,
Pues es suya la victoria.

FEDERICO.

Solo pretendí romper
El suyo deste tirano,
No quitarle á cuyo es,
Y mas tocándote á ti.
Por mí le ciñe.

HERACLIO.

No sé
Si me atreva.

FEDERICO.

¿Por qué no?

HERACLIO.

Porque aun todavía dudé
Si es mentira ó si es verdad
Todo cuanto llego á ver.

FEDERICO.

¿Cómo?

HERACLIO.

Como ya me vi
En majestad otra vez,
Y otra vez en un instante
Me volví á mi antigua piel.

LISIPO.

Ese fué engaño que hizo
Aparente mi saber;
Y pues á ti te mintió
Y á Federico tambien,
Y á quien amenazó ruinas
Le dió victorias despues,
Perdon á entrambos os pido.

LIBIA.

Y yo, puesta á vuestros piés,
Por él intercedo.

HERACLIO.

Viva,
Con presupuesto de que
No use de sus ciencias mas.

ASTOLFO.

Yo, si puedo merecer
Algo contigo, el perdon
De Leonido he de tener.

HERACLIO.

Leonido fué hermano mio,
Y siempre en la antigua fe
De nuestra crianza debo
Mantenerle.

LEONIDO.

Yo seré
Tu mas leal y rendido
Vasallo.

HERACLIO.

Pues yo, porqué
Si acaso se desvanece
Este no esperado bien,
Me coja con una dicha
Imposible de perder,
La mano á Cintia le doy.

CINTIA.

Humilde estoy á tus piés.
(*Tocan cajas y clarines.*)

TODOS.

¡Viva Heraclio! ¡Heraclio viva!

FEDERICO.

En cuyo aplauso se dé
Fin á la historia.

HERACLIO.

Esperad
Que sea felice rey
El que entra con desengaño
De que no hay humano bien
Que no parezca verdad,
Con duda de que lo es.

EL MAESTRO DE DANZAR.

PERSONAS.

DON ENRIQUE, *galan*.
DON JUAN, *galan*.
DON FELIX, *galan*.
DON DIEGO, *viejo*.
DON FERNANDO, *viejo*.
CHACON, *lacayo*.
CELIO, *criado*.
LEONOR, *dama*.
BEATRIZ, *dama*.
INES, *criada*.
ISABEL, *criada*.
JUANA, *criada*.
ALGUACILES.
GENTE.

La escena es en Valencia.

JORNADA PRIMERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE Y CHACON, *en traje de camino*.

DON ENRIQUE.
Deja locuras.

CHACON.
¿Sin mí
Ir solo, señor, procuras?

DON ENRIQUE.
¿Quién dice tal?

CHACON.
Tú.

DON ENRIQUE.
¿Yo?

CHACON.
Sí,
Que si he de dejar locuras,
Es fuerza dejarte á tí.
Y para que el argumento
Veas cuánta fuerza esconde,
Miéntras de noche y á tiento
Vamos, sin saber adónde,
Haz cuenta que va de cuento.
(*Paséanse los dos.*)
En Madrid, patria de todos
(Pues en su mundo pequeño
Son hijos de igual cariño
Naturales y extranjeros),
Noble naciste, si bien
Al antiguo odio sujeto
Con que, al repartir sus dones,
Se miran de mal aspecto
Naturaleza y fortuna:
Con que he dicho que te dieron
La sangre sin el caudal;
Y aunque es lo mejor, no veo
Que jamas le llegue el dia
En que se le luzca el serlo.
Pero esto ahora no es del caso.
Ilustre y noble en efecto,
Bien quisto con tus iguales,
Con tus mayores atento,
Cortés con tus inferiores,
En blanda paz vivias, dentro
De tu esfera, tolerando
Lo no rico con lo cuerdo,
Cuando, porque este atributo
Aun no gozaras, el ceño
De tu fortuna al azar
Le barajó de un encuentro.
Viste una dama, sobrina
De un anciano caballero,
Que enfrente de nuestra casa
Vino á vivir; y tan ciego
Quedaste, que lazarillo
Desde aquel punto te adiestro.
Informado de quién era
El bellísimo portento,
Supiste, como ya dije,
Que era sobrina del viejo,
Hija de un hermano suyo,
Que en Indias en un gobierno
Estaba, y que por ser ella
Embarazo para el riesgo
De tantos mares, la habia
Dejado, con buen acuerdo,
A la tutela del tio.
A este informe sucedieron
Las edades de un amor,
Que nace niño pequeño,
Con el uso de la vida,
Sin el del entendimiento;
Crece, sin saber hablar,
Explicándose indiscreto
Por señas, hasta que empieza
Torpe á pronunciar; y puesto
A andar, no hay cosa en que no
Caiga; tras cuyos tropiezos
Se sigue el ponerle á lér
Y escribir: con que sospecho
Que en poco tiempo te he dicho
Lo que pasó en mucho tiempo;
Pues tu amor correspondido,
Fluctüando los inquietos
Golfos suyos, arribó
De buena esperanza al puerto
Ya ni amigos, ni visitas,
Conversaciones, ni juegos
Cursabas, siendo un balcon
Acomodado terrero,
Donde en coche de ladrillo,
Puesto al estribo de hierro,
Tenias para todo el año
Tus estanques en invierno,
Tu rio en verano, tu prado
En primavera, tu ameno
Camino del Pardo y fuente
De Reina en otoño, siendo
Las orillas de tu casa,
Salvo el arroyo de en medio,
Tus estanques y tus rios,
Prados, fuentes y paseos.
La seña para poder
De noche hablar poco y recio,
Era cuando tú á deshora
Tocabas un instrumento,
Como acaso, en el balcon;
Que aunque no eres nada diestro,
Para que ella te entendiese
Bastaba. y para que oyendo
Alguien folías de arriba,
Dijera: «El primer barbero
Es este que vive en lo alto.»
En fin, á la seña, en viendo
Que el tio dormia y que tú
Esperabas, entreabierto
El marco de su ventana,
Hablábais lo que el silencio
De la noche permitió.
«¿Qué dierades, majaderos
(Decia yo), porque esta calle
Fuera barrio de Toledo,
Adonde no peligrara
El temor de hablaros recio?»
A este tiempo, cuando mas
Alegre, ufano y contento,
Creiste acabara tu amor,
Como farsa, en casamiento,
Vino la flota, y en ella
Su padre: con que, en habiendo
Dado cuenta de sus cargos,
Y sus caudales compuesto,
A descansar y gozar
La última edad en sosiego,
A Valencia, patria suya,
Se vino á vivir, trayendo
Su hija consigo. Aquí entra
El cómo quedaste; pero
Ausente y enamorado
Y favorecido, ello
Se está dicho; y de no estarlo,
Lo habrá de decir su efecto.
Pues sacando de tu poca
Hacienda algun caudalejo,
Tras ella habemos venido
En alas de aquel proverbio:
«¡Ved con quién, y sin quién!» Pues
Aplicado al viaje nuestro,
Es con muchísimo amor,
Y poquísimo dinero.
Y esto á ciudad, donde no
Tienes ni amigo, ni deudo,
Ni conocido ninguno;
Pues aun el padre, sospecho
Que no te conozca, á causa
Del recato con que cuerdo
Siempre dél te recelaste
Aquel no largo intermedio
Que se detuvo en Madrid,
Por no entrarle en los recelos
Que ya el tio se tenia:
A que se añade, sobre ello,
Que apénas te has apeado
En ese meson primero,
Y dejado las maletas
En mal seguro aposento,
Cuando, sin saber las calles,
De noche, á oscuras y á tiento,
Vas buscando la del Mar,
Donde te avisó en el pliego
Ultimo que era su casa.

Mira pues si razon tengo,
Cuando locuras me mandas
Dejar, en dejarte, puesto
Que con dejarte á tí, en tí
Todas las locuras dejo
De Esplandian y Belianis,
Amadís y Beltenébros,
Que, á pesar de Don Quijote,
Hoy á revivir han vuelto.

DON ENRIQUE.

Aunque debiera no haber
Oido discurso tan necio,
Te perdono la molestia
Por el gusto del ácuerdo.
«¿Cómo enseñaria yo á hablar
A mi hijo?» un extranjero
Preguntó, porque entrevia
Que era pesado y molesto.
«Enseñadle (respondió
Un cortesano discreto)
A que hable á cada uno
Siempre en su amor; que con eso
Hablará á gusto de todos.»
Y volviendo al argumento
De que es locura mi amor,
La consecuencia concedo;
Pero locura tan puesta
En razon, que al mismo tiempo
Que me está acusando loco,
Me está acreditando cuerdo,
No tanto por la hermosura
De Leonor, por el ingenio,
Cordura y nobleza, cuanto
Por las finezas que debo
A su amor. Y así no culpes
Pasos que sin tino pierdo;
Que á mí me basta pensar
Que á sus umbrales me acerco,
Para engañarme este rato.
Hácia esta parte dijeron
Que era de la Mar la calle.

CHACON.

¿No reparas, por lo ménos...

DON ENRIQUE.

¿Qué?

CHACON.

Que es hablar de la mar,
Por el tal rato, tu intento?
Pero vamos.

DON ENRIQUE.

¡Ay Chacon!
Que si la oyeras, al tiempo
Del despedirse, decir
Con mil lágrimas...

ESCENA II.

BEATRIZ, DON JUAN, DON FELIX, DON DIEGO. — DON ENRIQUE, CHACON.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

¡Los cielos
Me valgan!

(*Dentro cuchilladas.*)

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡Muere, tirana!

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

No hará, que yo la defiendo.

DON ENRIQUE.

¿Qué es aquello?

CHACON.

Cuchilladas
Y voces se escuchan dentro
Desta casa.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

Huye, que yo,
De cien mil vidas á riesgo,
Sabré defender la tuya.

DON JUAN. (*Dentro.*)

En vano será el intento;
Que en ti y ella he de vengarme.

CHACON.

¿Dónde vas?

DON ENRIQUE.

A ver si puedo
Estorbar una desdicha,
Ya que la puerta han abierto,
Y sale el ruido á la calle.

CHACON.

El onceno mandamiento
Es: «No estorbarás.»

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Bajad
Las luces, y acudid presto.

(*Sale Beatriz, huyendo.*)

BEATRIZ. (*A Don Enrique.*)

Hombre, quien quiera que seas,
Pues basta á cualquiera serlo,
Para que á una desdichada
Mujer ampare corriendo
Fortunas de amor y honor,
Que el mas favorable efecto,
A tan riguroso embate,
Ha de ser por fuerza adverso,
Pues que ya á impedirle (¡ay triste!)
De aquesa casa de juego,
Como ves, con luces y armas
Otros acuden, te ruego
Que á estas horas, afligida
Y sola, en manos del riesgo
De ser quien me dé la muerte
El que me venga siguiendo,
No me dejes; hasta que,
Si no me falta el aliento,
En la casa de una amiga
Tomen mis desdichas puerto.

DON ENRIQUE.

Palabra de no dejaros
Doy, señora, hasta poneros
Donde vos querais.—Chacon,
Ven conmigo.

CHACON.

Solo esto
Le faltaba á tu fortuna,
Para ser hecho y derecho
Caballero andante.

Voces dentro.

Allí
Es el ruido. (*Vanse los tres.*)

ESCENA III.

Salen riñendo DON FELIX *y* DON JUAN, *y por otra parte llegan* DON DIEGO, CELIO, *y* GENTE *con luces.*

DON DIEGO.

Detenéos,
Pues basta haber yo llegado.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Ya en salvo Beatriz, supuesto
Que tomó la calle, mal
Haré si aquí me detengo,
Habiendo llegado gente
Y luz. Testigos los cielos
Sean de que no es huir,
Sino retirarme esto;
Pues el no ser conocido
Y el seguirla, solo es medio
De que pueda restaurarse
Tan gran desdicha.

(*Ha estado riñendo Don Félix, siempre embozado, y vase; quiere seguirle Don Juan, y Don Diego le detiene.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON JUAN, GENTE.

DON DIEGO.

Tenéos,
Pues ya huyó el hombre con quien
Reñiais.

DON JUAN.

Señor Don Diego,
A mí me importa seguirle,
Y así os suplico que en medio
No os pongais.

DON DIEGO.

¿Qué ha de importaros
Seguir á hombre que va huyendo?

DON JUAN.

Mas que pensais. (*Ap.* ¡Ay de mí!
¿Qué he dicho?)

DON DIEGO.

Ya es vano intento,
No tanto porque he llegado
Yo, que en vez de deteneros,
Señor Don Juan, si os importa,
Como encareceis, á vuestro
Lado estaré siempre, cuanto
Por la ventaja; pues cierto
Es que ya será imposible
Alcanzarle.

DON JUAN.

Dadme, os ruego,
Paso; que yo, podrá ser
Le alcance.

DON DIEGO.

Importándôs eso
Tanto como á entender dais,
Vamos los dos.

DON JUAN.

Solo tengo
De ir, quedáos.

DON DIEGO.

Eso no.
¿Cómo, siendo quien soy, puedo
Dejaros ya?

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay infelice!
Que si conmigo los llevo
Y no le encuentro, no hago
Mas que ruido; y si le encuentro,
Van á solo ser testigos,
Que me agravia, y no me vengo;
Pues no he de poder matarle
Puesta tanta gente en medio.
¿Qué debo hacer? ¡Ay de mí!

DON DIEGO.

¿Qué os deteneis? Vamos presto.

DON JUAN.

Por no empeñaros á todos,
He mudado de consejo.
Ya yo me quedo, id con Dios.

DON DIEGO.

¿Pues no sabré yo qué es esto?

UNOS.

Reportáos, y decidnos
Qué ha sido.

DON JUAN.

Sí haré. Viniendo
A mi casa, que es aquesta...

DON DIEGO.

Ya lo sé.

DON JUAN.

Antes que (*Ap.* ¡Ea, esfuerzo,
Da aviso al dolor!) llamase,

A traicion (*Ap.* ¡Qué mal me aliento!)
Un hombre llegó, sacando
La espada. Permitió el cielo
Que le sentí, con que pude
Ponerme en defensa; y siendo
Así que yo declarado
Ningun enemigo tengo,
Encareci lo que importa
Conocer al que encubierto
Lo es tanto, que á no volver
La cara, me hubiera muerto,
Segun me embistió furioso,
Desesperado y resuelto.

CELIO. (*Ap. á Don Diego.*)

Cuanto te ha dicho, señor,
Es engaño, porque dentro
De su casa fué el disgusto:
Por señas que salió huyendo
Della una mujer; que yo,
Esperando á que del juego
Salieses, lo vi.

DON DIEGO.

(*Ap.* No mas.
Don Juan tiene entendimiento,
Espera y valor; y si él
Disimula, ¿cómo puedo
Darme yo por entendido?
Este es el mejor acuerdo.)
No dudo que la ocasion
Es grande, y no hay otro medio
Que vivir, Don Juan, desde hoy
Sobre aviso. Y pues el cielo
Restauró una alevosía,
Dejad el cuidado al tiempo,
Y venid; que he de dejaros
En vuestra casa, primero
Que de vos, Don Juan, me aparte,
Seguro, acostado y quieto.

DON JUAN.

Antes, que os vais, os suplico,
Pues que ya en ella me quedo:
No con verme acompañado
De vos y esos caballeros,
Mi hermana, que ya estará
Recogida, oiga el estruendo,
Y sepa que fué conmigo
El disgusto; que no quiero
Darla ese cuidado.

DON DIEGO.

Es justo.
Quedáos pues, y sea advirtiendo
Que á todo trance, Don Juan,
Me hallaréis al lado vuestro;
Porque, antes que á Indias pasase,
Amigos muy verdaderos
Fuimos vuestro padre y yo.
Adios pues.

DON JUAN.

Guárdeos el cielo.

DON DIEGO. (*Ap. á él.*)

Por si hubiere novedad,
Está con cuidado, Celio,
Para avisarme.

CELIO.

Sí haré.

DON DIEGO.

Volvamos á nuestro juego
Nosotros.

(*Vanse todos, ménos Don Juan.*)

DON JUAN.

Fortuna mia,
¿Aun no perdonaras esto
De que Don Diego llegara,
De quien mas recatar debo
Mi desdicha, por Leonor,
A quién?... Mas ¿cómo me acuerdo
De cosa que honor no sea?
Y pues ya aquí no hay mas medio
Que saber de las criadas
Quién es el agresor fiero
De mi fama y de mi vida,
Temblando á buscarlas entro.
¡Ah fiera hermana! Ah tirana!
Ah cruel! Ah falsa! (*Vase.*)

—

Otra calle.

ESCENA V.

BEATRIZ, DON ENRIQUE, CHACON.

BEATRIZ.

El tiento
De la casa, que buscando
Voy, con el susto y el miedo
Perdí, ó con el poco curso
Que yo de las calles tengo.
Ponedme vos, ya (¡ay de mí!)
Que generoso y atento
Me acompañais, en la plaza
De la Olivera: con eso
Podré cobrarme y llegar
Adonde voy.

CHACON.

¡Eso es bueno!
¡Querer que os guiemos, cuando
Para los dos es lo mesmo
La plaza de la Olivera
Que las coplas de Oliveros!

DON ENRIQUE.

Tan forastero, señora,
Os sigo, que los primeros
Pasos que en Valencia doy,
Son los del servicio vuestro,
Y tanto, que, aunque yo quiera
(En fe de ser caballero,
De quien pudiérais fiaros)
Por esta noche ofreceros
Mi posada, á ella tampoco
Sabré ir.

CHACON.

Lo del sereno
De la luna de Valencia,
Debió decirse por esto.
Si estrella errante sois vos,
Ser toda la noche habrémos
Serenísimos señores.

DON ENRIQUE.

Pero creed que, aunque ciego
Mas que vos, donde estoy dudo
No dudo que por mí tengo
Obligacion de asistiros,
Serviros y defenderos,
Hasta que quedeis segura.

BEATRIZ. (*Ap.*)

Sola esa ventura el cielo
Ha dejado á mis desdichas,
Cuando de tantas dependo,
Que entre mi amante y mi hermano,
Cualquiera que sea el suceso,
Siempre ha de ser contra mí.

CHACON.

Pues nos importa el saberlo,
¿No darémos un pregon,
Aunque algun hallazgo demos,
A quien sepa de nosotros,
Que estamos perdidos?

DON ENRIQUE.

Necio,
¿Ahora de humor estás?

BEATRIZ.

Por aquesta calle, pienso
Que vamos mejor.

DON ENRIQUE.

Guiad vos.

ESCENA VI.

ALGUACILES DE RONDA.—DICHOS.

ALGUACIL 1.°

La justicia, caballeros.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay infelice de mí!

CHACON. (*Ap.*)

Albricias, que ya tenemos
Adonde pasar la noche,
Pues estos señores creo
Nos harán el hospedaje.
(*Pónense delante de Beatriz Don Enrique y Chacon.*)

ALGUACIL 2.°

¿Quién va?

DON ENRIQUE.

Un hombre forastero,
Que ahora acaba de llegar.

ALGUACIL 1.° (*A Chacon.*)

Vos, ¿quién sois?

CHACON.

Otro y el mesmo.

ALGUACIL 1.°

¿Cómo el mismo y otro?

CHACON.

Como
Soy otro, pues fuerza es serlo,
Y el mismo, porque tambien
Forastero soy.

ALGUACIL 1.°

De enmedio
Os quitad, apartad. Esa
Mujer...

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Hoy sin duda muero!

ALGUACIL 1.°

Decid, ¿quién es?

CHACON.

La comadre.
Vamos á un parto secreto...
¿Y no ven que la justicia
Aun no puede detenernos?
Vamos, señora, que está
En gran peligro.

ALGUACIL 2.°

Tenéos;
Que hemos de saber quién sois,
Y quién es ella.

DON ENRIQUE.

Si el ruego
De un hombre de bien, que os pide
Que no os empeñeis en eso,
Algo merece, mirad
En lo que serviros puedo,
Y no me impidais el paso.

ALGUACIL 1.°

Mas sospechoso os ha hecho
Ya ese estilo.

DON ENRIQUE.

¿Cuándo fué
Sospechoso el rendimiento?

ALGUACIL 1.°

Cuando pretende afectado

Disimularse : ya habemos
De saber quién sois.

DON ENRIQUE.

Ya he dicho...

ALGUACIL 1.°

¿Qué?

DON ENRIQUE.

Que soy un forastero :
Esto solo sé de mí.

ALGUACIL 1.°

Pues lo demas que queremos
Saber, diréis en la cárcel.

DON ENRIQUE.

Ved...

ALGUACIL 1.°

Venid...

CHACON. (*Ap.*)

Malo va esto.

ALGUACIL 1.°

Los tres.

DON ENRIQUE.

Aquesta señora
No solo irá con vos [1], pero
Ni saber quién es, ni verla
El rostro habeis.

ALGUACIL 2.°

¿Defenderlo,
Cómo podréis?

DON ENRIQUE.

Desta suerta. (*Riñen.*)

BEATRIZ. (*Ap.*)

Echó mi fortuna el resto.

ALGUACILES.

¡Favor al rey!

BEATRIZ.

¡Ay de mí!

CHACON.

Hoy se verá por lo ménos
La novedad de un lacayo,
Que no huye y tira recio.

DON ENRIQUE.

Huid, señora, pues ya veis
Que en nada serviros puedo,
Mas que en hacer que no os sigan.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Dónde he de ampararme, ¡cielos!
Si, donde quiera que voy,
Conmigo mi estrella llevo,
Que es mi mayor enemigo? (*Vase.*)

ALGUACIL 1.°

¡Ay infeliz, que me han muerto!

CHACON.

Ya va uno, y voy por otro.
(*Entranse riñendo.*)

ESCENA VII.

DON FELIX.

Por donde quiera que intento
Ir, encuentro con mil sustos,
Y con un gusto no encuentro.
En alcance de Beatriz
Una y mil calles revuelvo;
Y cuando, sin que haya hallado
Luz della, á mi casa vengo,
Por si acaso algun aviso
De adónde fué la merezco
(Pues claro está, que de mí
Se ha de valer), nuevo estruendo
Hay en mi calle. Mezclar
No quiero con los ajenos
Propios disgustos, y así
En casa me entraré. Pero
Hácia ella se acerca el ruido.
A vista estaré.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, *herido en la cara;* CHACON. — DON FELIX; *despues,* ALGUACILES.

DON ENRIQUE.

Supuesto
Que ya la dama, Chacon,
Habrá la calle traspuesto,
Retirémonos nosotros.

CHACON.

¡Buena hacienda habemos hecho!
Muerto uno y descalabrados
Dos ó tres quedan.

DON ENRIQUE.

Yo vengo
Herido tambien; mas no
De cuidado, que un pequeño
Piquete es no mas.
(*Pónese un lienzo en el rostro.*)

ALGUACILES. (*Dentro.*)

Seguidlos.

OTROS ALGUACILES. (*Dentro.*)

Por aquí van.

CHACON.

Peor es esto.
La calle nos han tomado.

DON ENRIQUE.

Allí á escasa luz, abierto
Se mira un portal: en él
Ocultarnos procuremos.

DON FÉLIX.

(*Ap.* En mi casa se han entrado
Los de la pendencia. ¡Cielos!
Si es resulta de la mia
Y á mí me buscan, no tengo
De huir el rostro.) ¿Quién así
En mi casa?...

DON ENRIQUE.

Caballero,
Un infeliz, que este umbral
Le dió aquesta luz por puerto.
Honrada ocasion ha sido
La que en un trance me ha puesto
Tal, que sea la justicia
La que me venga siguiendo.
Por forastero y por noble,
Os pido...

ALGUACILES. (*Dentro.*)

Por aquí fuéron.

DON FÉLIX.

No prosigais; que no da
La priesa á noticias tiempo.
Y ya que esta casa ha sido
Casual amparo vuestro,
Lo que pueda haré por vos,
No lo que quisiera, puesto
Que de haberos visto entrar
Alguno impedir no puedo
(Siendo resistencia) el que
La allanen; que es contra fuero,
Por noble que sea, en tal caso
Defenderla; y así ofrezco
Solo dar paso á otras casas;
Que aunque seais forastero,
No ignoraréis que se van
Unos á otros sucediendo
Los terrados de Valencia.
Subid pues, miéntras yo cierro
La puerta, y corred fortuna
Donde quiera el hado vuestro.

ALGUACILES. (*Dentro.*)

Por aquí, por aquí van.

DON FÉLIX.

La gente acude : entrad presto.

DON ENRIQUE.

De cualquier suerte, señor,
La piedad os agradezco.

CHACON.

¿Qué piedad, cuando en-terrados?
Es donde nos lleva á vernos? (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA IX.

LEONOR; INES, *con luz.*

LEONOR.

No me consueles, pues ves
Que en el continuo desvelo
De un mal, el mayor consuelo
Es no haber consuelo, Ines.

INES.

Razon tiene tu pasion,
No lo dudo; mas, señora,
Contra una razon mejora
Discursos otra razon.

LEONOR.

Si otra que tú me dijera
Cortesanía que está
Tan puesta en uso, quizá
Algun crédito la diera;
Pero oyéndola de tí,
¿Cómo puede, Ines, dejar
De ser segundo pesar,
Siendo (¡ay infeliz!) así,
Que nadie sabe mejor
Que tú la razon que tengo
De sentir y llorar?

INES.

Vengo
En que es grande tu dolor,
Pues de Don Enrique amada,
Y él de tí favorecido,
Forzosa la ausencia ha sido;
Pero, señora, porfiada
La imaginacion no sea
Tanto, que ni aun un momento
Dé treguas al sentimiento.
¿Es bien que tu padre vea
Cuán disgustada has venido,
Y que entiendan tus guardadas
Penas las nuevas criadas
Que en Valencia has recibido?
Solo á este fin, procurando
Que alivio á tus ansias dés,
Mira el discurso.

LEONOR.

¡Ay Ines!
Que nada aprovecha, cuando
Tan apoderado vi
De mí al llanto, que sospecho
Que solo del labio al pecho
Pronunciar sepa...

ESCENA X.

BEATRIZ. — LEONOR, INES, *luego* JUANA.

BEATRIZ. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

LEONOR.

¿Quién del acento me hurtó,

[1] No solo *no* irá.

Al ver que con él respiro,
El alivio del suspiro?

INES.

Hácia la parte se oyó
De la escalera; que estando,
Hasta venir, entreabierta,
Mi amo, del zaguan la puerta
Alguien se habrá entrado.

LEONOR.

Cuando
Lloro mi suerte tirana,
¿Otro se queja por mí?
(*Sale Juana.*)

JUANA.

¡En toda mi vida vi
Pena igual!

LEONOR.

¿Qué es eso, Juana?

JUANA.

Ruido sentí en la escalera:
El oido á ella apliqué,
Y el tierno llanto escuché
De una mujer. Ver quién era
Quise, tomé luz y abrí,
Y en el descanso primero
Rendida á un desmayo fiero
Una hermosa dama vi,
Cuyo traje da á entender,
Bien que de paso notado,
Que en lo rico y aliñado
Es mas que comun mujer.

LEONOR.

¿Y qué hiciste?

JUANA.

Sin que á tí
Lo diga ¿qué he de hacer yo?

LEONOR.

Mujer y afligida, no
Es justo dejarla así.
Id, y si está desmayada,
En el cuarto entre las dos
La entrad.—¡Oh, válgame Dios!
(*Vanse las dos criadas.*)
¡Que cuando de desdichada
Me quejo al cielo, ha querido
Traerme quizá quien lo sea
Mas que yo, para que vea
La razon que no ha tenido
El que presume que él es
El mas infelice?
(*Sacan Juana é Ines á Beatriz desmayada.*)

JUANA.

Aquí
La traemos.

BEATRIZ.

¡Ay de mí!

LEONOR.

Trae un vidrio de agua, Ines.—
(*Vase Ines.*)
Triste, infelice hermosura,
Cobra el sentido y alienta;
Que ya hay quien tus penas sienta,
Que es la última ventura
Del mas triste desconsuelo.
(*Trae Ines agua, y rocíanle el rostro.*)

JUANA.

Ya al agua siguió el suspiro.

BEATRIZ.

¡Ay de mí! Pero ¡qué miro!
¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!

LEONOR.

Cobráos, señora, y pensad
Que acaso os ha derrotado
De vuestra fortuna el hado
Donde hay nobleza y piedad.

BEATRIZ.

Perdonad no responder;
Que como es ventura mia,
Y la primera, no habia
Llegádola á conocer.
Y aun despues de conocida,
A excusas del sentimiento
Anda el agradecimiento
Preguntándole á una vida,
Que está pendiente de un hilo,
¿Qué gracias mis ansias den?
Porque en materias del bien
Nunca ha estudiado el estilo,
Y así callando consagro
Alma y vida á vuestros piés,
Como á quien conozco que es
La deidad deste milagro.

LEONOR.

Alzad del suelo y cobrad
El aliento, asegurada
De que (como dije) en nada
Os faltará mi piedad.
Y para que desde luego
En mas confianza entreis
De la casa donde habeis
Tomado puerto, Don Diego
De Rocamora es su dueño,
Yo su hija. Ahora pensad
Si estais con seguridad
De cualquier lance ó empeño
Que hasta aquí os pueda seguir:
Y tan sin costa ha de ser,
Que no tengo de saber
Lo que no querais decir.

BEATRIZ.

En fortuna tan deshecha,
Como veis, señora, ya
Reconozco cuanto está
Hoy contra mí la sospecha,
Para que tengais razon
De no quererla saber;
Pero eso mismo ha de ser,
Lo que aliente mi pasion
Para sanear la disculpa
De la presuncion, en fe
De que hay acasos en que
Lo que es desdicha no es culpa.
Y asi decirlos intenta
Mi voz, pues tales (¡ay Dios!)
Son, que podeis oirlos vos.

LEONOR.

¿Qué esperais pues?

BEATRIZ.

Oid atenta.
Los mas heróicos blasones
Del reino á mí sangre dieron
Lustre, pues ser merecieron...

ESCENA XI.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL. (*Dentro.*)

¡Ladrones, cielos, ladrones!

JUANA É INES.

¿Qué voces aquestas son?
(*Sale Isabel.*)

LEONOR.

No prosigas.—Isabel,
¿Qué es eso?

ISABEL.

Una ansia cruel.
Hoy puse (la turbacion
No me deja hablar), señora,
Ropa al sol en el terrado,
Y habiéndoseme olvidado
Quitarla, por ella ahora
Iba, y apénas abrí
La guardilla, cuando, al vella
Con luz, dos hombres por ella
Se entraron... y aun hasta aquí
Vienen.

ESCENA XII.

DON ENRIQUE, *trayendo la mano puesta delante de la cara, cubierta de un lienzo ensangrentado;* CHACON. — DICHAS.

DON ENRIQUE.

Tu sospecha es vana,
Mujer.

CHACON. (*Ap.*)

Solo á mis pasiones
Falta en pena tan tirana
Que hoy nos prendan por ladrones,
Y nos ahorquen mañana.

DON ENRIQUE.

No alborotes, que no es
La que presumes, la causa.
Oye, escucha.

LEONOR.

¿Cómo así
(*Ap.* Esfuerzos el valor haga,
A pesar del susto) osais,
Hombres, en aquesta casa
Entrar, sin ver que es?...

DON ENRIQUE.

Señora,
No os ofenda la ignorancia
De no saber cuya sea:
Que en las fortunas contrarias
No elige veredas quien
Solo toma las que halla,
Porque van las atenciones
Al órden de las desgracias.
La presuncion que ha tenido
Con razon esa criada,
Dirá esta herida en el rostro,
Si es verdadera ó es falsa;
Pues viniendo herido...
(*Descúbrese el rostro.*)

LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Que veo?

DON ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué mira el alma?

LEONOR.

¡Enrique!

DON ENRIQUE.

¡Leonor!

LEONOR. (*Ap. á él*)

Prosigue;
Que hay muchos testigos, hasta
Que hablar puedas.

CHACON. (*Ap.*)

¡Vive Cristo
Que es ella!—(*Ap. á él.* Oye, señor.)

DON ENRIQUE.

Calla.

LEONOR.

¿No proseguís?

DON ENRIQUE.

Sí, señora;
Pero el aliento me falta.
Pues viniendo herido, digo
Que es la consecuencia clara
De que fué otra la ocasion
Que me obligó á que me valga

Del sagrado que primero
Abierto encontré. Las plantas
Puse apénas en Valencia,
Cuando me empeñó una dama...

BEATRIZ. (*Ap.*)

¿Mas que tengo yo la culpa?

CHACON.

¡Maldita fuese su alma!

DON ENRIQUE.

En su defensa, de que
Resultó obligarme á que haga
Resistencia á la justicia.

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué tras mí mis penas andan!

CHACON.

Era una grande embustera.

DON ENRIQUE.

Huyendo pues...

ESCENA XIII.

DON DIEGO. — DICHOS.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

¿En mi casa
Gente y ruido, y todo el cuarto
Abierto?

LEONOR.

Nadie palabra
Diga, y todos convenid
Conmigo; que pienso que haya
Razon para que los dos
Aquí estéis, y oida la causa,
Tú quedes conmigo, y él
Sin escándalo se vaya.

BEATRIZ.

Mucho intentas.

DON ENRIQUE.

Mucho emprendes.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, CELIO. — LEONOR, BEATRIZ, DON ENRIQUE, CHACON, INES, JUANA, ISABEL.

DON DIEGO.

Leonor, ¿pues qué es lo que pasa?
¿Qué gente es esta?

LEONOR.

Señor,
En ese umbral desmayada
Cayó la dama que miras,
Que venia acompañada
Dese caballero herido.
A los ecos de sus ansias,
Mandé bajar luces: él
Dijo á una destas criadas,
Viendo que ya para huir
La cortó el temor las alas,
Que no ménos que el honor,
La vida, el sér y la fama
Iba, en que quien la siguiese
No la hallase, y que ampararla
Les tocaba por mujeres.
Yo, del suceso informada
(Como esto de las desdichas
Trae para los nobles cartas
Tan de favor, que no es
Posible no ejecutarlas),
Que la recojan mandé.
Como sin sentido estaba,
Fué fuerza entrarla.él; y en fin,
Vuelta del desmayo, pára
Todo, pues pudo traerla,
En que se vuelva á llevarla...

BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

DON ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

CHACON. (*Ap.*)

¿Qué va
Que aun con estotra nos cargan?

LEONOR.

Si ya tú, compadecido
De su hermosura, su gracia,
Su llanto, su desconsuelo,
Su afliccion, su pena, su ansia,
No haces por mí una fineza
Que humilde pido á tus plantas,
Y es, señor (porque no vuelva
Al riesgo que la amenaza,
Y ese hombre de sus heridas
Trate mas, que de guardarla),
Por esta noche permitas
Se quede con tus criadas;
Que no habemos de arrojar,
Una vez dentro de casa,
En la calle una mujer,
Que triste y desconsolada
Expósita de los hados,
De tus umbrales se ampara.

BEATRIZ. (*Ap.*)

Mejoró la peticion,
Enmendó mis esperanzas.

CHACON. (*Ap.*)

Conforme lo que ahora el viejo
Responda á la tal demanda.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Se eslabonan y se enlazan
Unas de otras! (*Ap. á él.* Dime, Celio,
Si es verdad, ó si te engañas,
Que en casa de Don Juan fué
La pendencia.)

CELIO.

No es mas clara
La luz del sol.

DON DIEGO.

¿Y es verdad
Que della salió una dama
Huyendo?

CELIO.

Tambien.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Por cuánto
Ser pudiera el ser su hermana,
Y ser esta, y este el que
Volvió tras ella la espalda?
Que aunque es así, que desdichas
Venir suelen duplicadas,
Y pueden ser dos, á mí
Pensar que es una me basta
Para que, acudiendo á una,
Haya cumplido con ambas.
Y poco importa, pudiendo
Saber la verdad mañana,
Si no es ella, despedirla,
Y si es ella, remediarla.

LEONOR.

¿Es posible que mi ruego
Tan poco contigo valga,
Que aun respuesta no merezca?

DON DIEGO.

Sí, Leonor, porque me agravias
En pensar que yo faltar
Puedo á deuda tan hidalga,
Como no desamparar
A una mujer. Lo que extraña
Mi valor, es que yo habia
De ser quien te lo rogara,
Y tú quien no habia, Leonor,
De consentirlo.

LEONOR.

¿A qué causa?

DON DIEGO.

A que quedando contigo
Y al abrigo de tu casa,
Quien la deja en ella no
Piense que puede buscarla,
Ni verla en ella, ni oirla,
Hasta que...

DON ENRIQUE.

Yo os doy palabra
De que no vuelva por ella,
Ni á oirla, ni verla, ni hablarla.
Forastero soy: el traje
Salga por mí á la fianza
De que yo no la conozco.
Acaso la encontré, (*Ap.* Valga
Lo que con la otra pasó,
Con esta) y en la demanda
De estorbar que la justicia
La conociese, la espada
Saqué, y con ella esta herida.

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*)

Di que es así.

BEATRIZ.

(*Ap.* Poco mandas.)
Esa es tan verdad, señor,
Que, aunque estoy dél obligada,
Puedo jurar á los cielos
Y á todas sus luces santas,
Que no le conozco.

LEONOR. (*Ap.*)

Bien
Finge.

CHACON. (*Ap.*)

De manera habla
Que parece ella.

DON ENRIQUE.

En efecto,
Otra y mil veces palabra
Vuelvo á dar, de que por ella
No vuelva, y que...

DON DIEGO.

Basta, basta,
Que no me estimo en tan poco,
Que otra cosa imaginara.
En casa os quedad, señora,
En hora buena. — Llevadla
A vuestro cuarto vosotras.

BEATRIZ.

Humilde beso tus plantas.
(*Ap.* Ya, por lo ménos, segura
Estoy, donde espero que haya
Ocasion para saber
En qué los empeños paran
De Don Juan y de Don Félix;
Y donde, si los restaura
El cielo, pueda saber
Cuán noble amparo me guarda.)

(*Vanse Beatriz, Juana é Isabel.*)

DON DIEGO. (*A Don Enrique.*)

Idos vos; pero primero
Es bien que á la calle salga,
A ver yo si hay gente en ella,
Y álguien acaso os aguarda. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LEONOR, DON ENRIQUE, INES, CHACON.

DON ENRIQUE.

¡Leonor mia!

LEONOR.

¡Enrique mio!

INES.
¡Chacon mio!

CHACON.
¡Ines ingrata!

LEONOR.
¿Qué venida es esta?

DON ENRIQUE.
¿Eso
Preguntas? ¿Pues puede el alma
Vivir sin verte? A eso solo
Vengo, donde ajena patria
Huésped me admita, á merced
De servidumbres, de ansias,
Necesidades y penas,
Que todas bien empleadas
Serán, por verte, Leonor;
Que no traigo otra esperanza.

LEONOR.
Bien, Enrique, á mis finezas
Lo que le debes le pagas;
Pero á mucha costa, pues
Porque de balde no salga
El gozo de verte, ha sido
A pension de la desgracia
Desa herida.

DON ENRIQUE.
No la sientas,
Que no es cosa de importancia;
Que haber tenido del lienzo
Siempre cubierta la cara,
Ha sido porque tu padre,
Si otra vez aquí me halla,
No me conozca.

LEONOR.
Con todo,
No se aseguran mis ansias.
Sepa yo de tu salud,
Que Ines estará avisada
Si viere á Chacon.

DON ENRIQUE.
Sí haré.
¿Y estarás tú á la ventana,
Leonor?

LEONOR.
Sí, Enrique.

INES.
Señor
Vuelve ya.

DON ENRIQUE.
Al paso le salga,
Porque no te halle conmigo;
Y está, Leonor, avisada
De que mañana te vea.

LEONOR.
Tú, de que mi amor te aguarda.

DON ENRIQUE.
Pues hasta mañana, adios.

LEONOR.
Pues adios, hasta mañana.

JORNADA SEGUNDA.

Cuarto de Don Diego.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, LEONOR.

DON DIEGO.
¿Qué te ha dicho esa mujer?

LEONOR.
En peligrosas materias,
Que á ella está mal el decirlas,
Y á mi no bien el saberlas,
No he querido apurar mas
De lo que ha querido ella
Decir.

DON DIEGO.
¿Qué ha sido?

LEONOR.
Que el lance
Que tantos riesgos la cuesta,
Es mas desdicha que culpa,
Dándome á entender discreta
Que, aunque es delito de amor,
Es delito con enmienda,
Como quien dice que no
Toca en marido la ofensa,
Sino en padre ó en hermano,
En quien aunque ahora la queja
Tenga razon, cesará
El dia que ella parezca
Casada con igual suyo.

DON DIEGO.
Pues siendo desa manera,
¿Qué resta para la paz?

LEONOR.
Algo presumo que resta;
Y aunque solo es conjetura,
No deja de hacerme fuerza.
El amante que en su cuarto
Anoche estaba con ella
(Quizá porque una criada
Se le abrió sin su licencia),
Debe de ser muy amigo
Del ofendido, y recela
Que en la parte de traicion
A la confianza, quiera
Mas una venganza loca,
Que una satisfaccion cuerda.
Y así, hasta que haya quien tome
En esto la mano, y...

DON DIEGO.
Cesa,
Leonor, que ya te he entendido;
Y aunque desvelarme quieras,
Para un informe hecho acaso,
Muy por extenso lo cuentas.
Hablemos pues claro, y dime
(Porque importa á la fineza
Que haga por ella, si es
La que por ciertas sospechas
Presumo) si quién es dice.

LEONOR.
Mujeres que á solas quedan,
Curiosa una, otra afligida,
Siendo la afliccion parlera,
Sagaz la curiosidad...
Saca tú la consecuencia.
Beatriz César es, señor,
Hermana de Don Juan César.

DON DIEGO.
No mintió mi presuncion
Cuando á Celio oí.

LEONOR.
(*Ap.* Ni mi estrella
En que sea desdichado
Quien, siguiendo su influencia,
Puso los ojos en mí.)

DON DIEGO.
¿Y el galan?

LEONOR.
Si se me acuerda,
Don Félix de Lara dijo;
Que el que aquí vino con ella,
Fué un hombre que encontró acaso.

DON DIEGO.
¿Qué hace ahora?

LEONOR.
Esperando queda
(Viendo que á hablarte á tu cuarto
Paso aun ántes que amanezca)
La resolucion, señor,
Que lleve de tu respuesta
En que se quede ó se vaya.

DON DIEGO.
Leonor, aunque estas materias
Estuvieran bien de tí
Ignoradas, lo que es fuerza,
No es eleccion. Esa dama,
Rica, principal y bella
Ves... y todo aventurado
Por una vanidad necia...
Pero esto no habla contigo,
Claro está. En efecto, esa
Dama tiene contra mí
La obligacion de una deuda,
Que en la amistad de su padre
La ha tocado por herencia.
Darme al partido de que
Contigo esté, es dar licencia
A que sepa yo que sabes
Lo que no quiero que sepas.
Dejarla desamparada
Al daño que la acontezca,
Es tambien darme al partido
De que se imagine ó crea
Que huyendo el riesgo en mi casa,
Mi casa al riesgo la vuelva.
Sacar la cara al ajuste,
Sin saber ántes cuál sea
La razon de uno y de otro,
Es resolucion muy necia;
Que no ha de empeñarse un hombre
Sin saber en qué se empeña.
Y así entre tantos extremos,
Hasta que mañoso inquiera
Qué hay aquí y qué puedo hacer,
Partamos la diferencia.
Yo he de decir que se vaya,
Sin que imagine ni entienda
Que sé quién es; tú podrás,
En quedándote con ella,
Decir que se quede en casa
Sin saber yo que se queda:
Con que ni á quien es me obligo
Con la cara descubierta,
Ni desamparo á quien es,
Ni aventuro la decencia
De la que vive conmigo;
Pues siempre es mejor que tenga
Este género de culpa
Tu piedad, que mi imprudencia.
Con que quedamos los tres...
—Mas disimula, que ella
Tras tí á mi cuarto ha pasado.

ESCENA II.

BEATRIZ.—DON DIEGO, LEONOR.

BEATRIZ.
Perdonadme esta licencia,
Que hasta ser agradecida,
A ninguna se le niega;
Y dadme, señor, las plantas
Donde postrada merezca
Saber, si merezco ser,
No criada, esclava vuestra,
En tanto que...

DON DIEGO.
No, no mas,
Señora, (*Ap.* ¡Oh! ¡cuánto me quiebra
El corazon!) que ya he dicho
A Leonor lo que convenga,
Que es que pues pasó la noche,
Podréis iros encubierta
Donde fortunas de amor
Inconvenientes no tengan,
Que tiene mi casa. El cielo
Os guarde. (*Ap. á ella.* Leonor, detenla,
Y de ningun modo, que
Falte de casa consientas.) (*Vase.*)

ESCENA III.

LEONOR, BEATRIZ.

BEATRIZ.

¿Hasle dicho quien soy?

LEONOR.

No,
Porque le ví de manera
Resuelto á esto, que no quise
Que al nombre el decoro pierda.

BEATRIZ.

¡Que aun una esperanza sola,
Que en fortuna tan deshecha
Me dió el acaso, me falte!

LEONOR.

¿Qué esperanza?

BEATRIZ.

Leonor bella
La de haberme persuadido,
El dia que ya á tus puertas
El hado me encomendó,
Que se dijese en Valencia
Que un disgusto con mi hermano
Me trajo á casa como esta,
De donde salí casada
A gusto y á conveniencia
Dél mismo y de los parientes.
Pero arrojándome della,
Donde ofendidos, no habrá
Ninguno que me defienda,
Será fuerza que se diga
(Pues me he de valer por fuerza
De Don Félix) que liviana
Me salí con el; y tenga
Esa razon mas mi hermano
Para que irritado quiera
Acabarlo con la espada
Antes que con la prudencia;
Si ya no es que lo esté (¡ay triste!),
Pues en reñida pendencia
Dejé á los dos, y no sé
Que resultó. De manera,
Que puede ser que á buscar
Vaya locamente ciega
A quien, ó ha muerto á mi hermano.
O mi hermano á él, expuesta
De un peligro á otro peligro.
Manda á alguna criada desas,
Que me dé, Leonor, un manto,
Como limosna siquiera,
Y adios.

LEONOR.

No te desconsueles,
Ni tan presto te resuelvas;
Que compadecida yo,
He de hacer una fineza
Por tí. Mi padre en mi cuarto
Pocas veces sale ni entra;
Y sin que él lo sepa, puedes,
En una pequeña pieza
Que sirve de tocador,
Estar, miéntras yo pretenda
Saber lo que ha sucedido:
Con que, en teniendo mas ciertas
Noticias, resolverémos
Qué debemos hacer.

BEATRIZ.

Deja
Que húmilde bese tus plantas.

LEONOR.

Juana.

ESCENA IV.

JUANA.—BEATRIZ, LEONOR.

JUANA.

¿Qué me mandas?

LEONOR.

Lleva
Al tocador á Beatriz,
Donde de cuanto se ofrezca
Has de cuidar, previniendo
A las demas, que no entienda
Mi padre que quedó en casa.

JUANA.

Así lo haré.

BEATRIZ.

Pues ya presa
Voy por el delito, ¡cielo!
Ten piedad en la sentencia.
(*Vanse Beatriz y Juana.*)

LEONOR.

Aunque ni primer agrado
Me han debido las finezas
De Don Juan, estimo que haya
Ocasion de mirar cuerda
Por su honor, que no hay quien, ya
Que no ame, no agradezca.

ESCENA V.

INES, *con un papel.*—LEONOR.

INES.

Mandaste que con cuidado
Fuese y viniese á la reja,
Por si pasaba Chacon.
Pasó, y echóme por ella
Este papel.

LEONOR.

Muestra, Ines;
Que, aunque cosas tan diversas
Como esta noche han pasado
En casa, ocupar debieran
La imaginacion, ninguna
Se atrevió al lugar de aquella
Guardada estancia del alma,
Que al cuidado se reserva
De las heridas de Enrique.

INES.

Pues para que no le tengas,
El tambien queda en la calle,
A la esquina de la vuelta.

LEONOR. (*Lee.*)

Aunque sea vanidad darme por entendido de que pueda mi salud merecer alguna lástima (que no me atrevo á decir cuidado), no solo me he de dejar incurrir en ella; pero adelantarla hasta pedir, en albricias de mi poco riesgo, la mucha piedad de que te vea. Dios te guarde.
¿Cómo haríamos, Ines,
Que hablar con Enrique pueda,
Sin dar nota, en la ventana?

INES.

Entrándole por la puerta.

LEONOR.

¿Y si viniere mi padre?

INES.

Echarle por la azotea,
Pues ya se sabe el camino.

LEONOR.

¿Que en casa hay, no consideras,
Un testigo mas que esotras,
De quien fiarnos es fuerza,
Pues Beatriz se queda en casa?

INES.

Si no hemos de fiar della,
Dar á una oficio de guarda
De vista, que la detenga.

LEONOR.

¿Y si oye hablar en el cuarto
A un hombre, estando tan cerca
De la sala el tocador?

INES.

Para eso habrá otra deshecha.
Yo cantaré á la guitarra,
Como que acaso divierta
Tus penas, con cuyas altas
Voces, las bajas se pierdan
En que los dos hableis.

LEONOR.

Tú
Lo dispones de manera,
Que aun cuando no lo deseara,
La facilidad hiciera
Que lo ejecutase. Hazle
Por esa reja una seña.

INES.

Hay gente en la calle ahora.

LEONOR.

Pues guárdame, Ines, suspensa
Tu industria para despues.

INES.

No hayas miedo que se pierda.

LEONOR.

Harto hará si es dicha mia. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA VI.

DON JUAN.

¡Oh tirana ley severa
De que el mas honrado, culpas
Que no comete, padezca!
¡Quién te borrara del mundo,
O ya que aquesto no pueda,
Al honor y á la malicia
Les trocara las materias
Del vidrio y el bronce, haciendo
Que el honor de bronce fuera,
Y la malicia de vidrio!
¡Mas ay! ¡qué loca propuesta!
Que aun de bronce se quebrara
Al golpe de tanta ofensa.
Entré en mi casa, y no hallé
Ya criada alguna en ella;
Que, cómplices de mi injuria,
Se valieron de su ausencia:
Con que saber no es posible
El agresor que me afrenta,
Ni dónde puede tener
A una ingrata en salvo puesta.
Preguntarlo será infamia;
Comunicarlo, bajeza.
¿A quién se le habrá negado
Hasta el uso de la lengua?
Si estoy en casa, presumo
Que pierdo tiempo; si fuera
Salgo, no sé dónde voy;
Y esto con tanta vergüenza,
Que juzgo que ya entre sí
Me notan cuantos me encuentran,
Sabiendo ellos lo que ignoro.
¡Oh pundonor, cuánto cuestas,
Para que un hombre te halle,
Y cualquier mujer te pierda!
(*Quédase suspenso á un lado.*)

ESCENA VII.

DON FELIX.—DON JUAN.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Adónde, fortuna mia,
Siempre á mis dichas opuesta,
Iria Beatriz, que de mí
Ni se vale ni se acuerda?
Despues que escapé á aquel hombre,
La noche pasé á la puerta,
Sin resolverme ni á entrar,
Ni á salir, para que en vela
Me hallase cualquiera aviso.
Mas fué inútil advertencia;
Pues ni ella me da noticias,
Ni yo sé dónde tenerlas.
¡Qué fuera (¡ay de mí!) que hubiese
Dado su hermano con ella,
Pues mejor que yo sabria
Donde ir pudo! Vaga idea
De un triste, ¿cuándo sabrás
Hácia lo mejor la senda?
(*Hablan sin verse los dos.*)

DON JUAN.

No sé qué hacer en mis dudas.

DON FÉLIX.

No sé qué haga en mis sospechas.

DON JUAN.

¡Qué asombro!

DON FÉLIX.

¡Qué confusion!

DON JUAN.

¡Qué dolor!

DON FÉLIX.

¡Qué ansia!

LOS DOS.

¡Qué pena!
(*Se ven.*)

DON FÉLIX.

Don Juan.

DON JUAN.

Don Félix.

DON FÉLIX

¿Adónde
Vais? (*Ap.* Mal el alma se esfuerza;
Que al delincuente, aun la sombra
De la vara le amedrenta.)

DON JUAN.

A un negocio que me importa,
(*Ap.* ¡Qué mal el valor se alienta!)
Iba: ¿Y vos?

DON FÉLIX.

Con el cuidado
Voy de no sé qué encomienda
Que me ha encargado un amigo...
(*Ap.* Esto es temer que me lea
Mi delito en el semblante)
Y así me importa la ausencia.
Yo os buscaré en vuestra casa
Despues.

DON JUAN.

Hallaréis en ella
Un gran disgusto. (*Ap.* Esto es
Prevenir, cuando no vea
A Beatriz, como otras veces,
Que no la eche ménos.)

DON FÉLIX.

Sepa
Yo el disgusto. (*Ap.* ¿Si conmigo
Declararse (¡ay de mí!) intenta?)

DON JUAN.

Anoche en mi calle (*Ap.* ¡Cielos,
Favor!) tuve una pendencia
De un hombre que me embistió.

DON FÉLIX.

Hablad bajo, porque llega
Gente pasando la calle.
(*Hablan aparte.*)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, CHACON.—DON JUAN, DON FELIX.

CHACON.

En fin, ¿damos otra vuelta?

DON ENRIQUE.

Y otras mil, hasta la dicha
De estar Leonor á la reja.

CHACON.

¿No bastan siete, que es
El número de las bestias
El dia de San Anton?
Mas su padre...

DON ENRIQUE.

No nos vea:
Volvamos por esta parte.
(*Vanse Don Enrique y Chacon.*)

ESCENA IX.

DON DIEGO.—DON JUAN, DON FELIX.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¿Quién en el mundo creyera
Que hallara en conversacion
Al ofendido y la ofensa?
¡Don Juan y Don Félix, cielos,
En plática tan secreta,
Y tan sin recato el uno
Del otro! ¿Si es conveniencia
La que tratan, declarados
Ya los dos? Mas eso fuera
La boda hacer sin la novia,
Pues ninguno sabe della.
¿Cómo á dar el primer paso
En restauracion de aquella
Pobre afligida señora,
Con los dos me introdujera,
Por si algo rastrease? (*Acércase.*)

DON JUAN.

En fin,
De la casa donde juegan
Llegó con gente Don Diego
Rocamora...

DON DIEGO.

Y ahora llega
Tambien, en fe de que viene
De buscaros de la vuestra,
Señor Don Juan.

DON JUAN.

¿Qué teneis
Que mandarme?

DON DIEGO.

La respuesta
Os dé lo mismo en que hablais,
Pues dejándos con la pena
Que os dejé anoche, es preciso
El que cuidadoso vuelva
A saber qué ha resultado
¿Habeis sabido quién sea
Quien tan cauteloso os busca?

DON JUAN.

Agradezco la fineza;
Y con deciros á vos
Lo que á Don Félix dijera,
Habré cumplido con ambos.
Huyó, sin saber quién era,
El hombre; quise seguirle
Y viendo ser diligencia
Perdida, me entré en mi casa,
Donde hallé (¡desdicha fiera!)
Segundo mayor pesar.

LOS DOS.

¿Qué fué?

DON JUAN.

A Beatriz medio muerta;
Que conociendo mi voz,
Y que la pendencia era
Conmigo, desalentada
Bajar quiso; y de manera
La trabó la turbacion,
Que se cayó en la escalera
Desmayada (tanto debo
A su amor), cuya violencia
Fué tal, que á esta hora no hay
Esperanza de que vuelva.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Qué escucho!

DON DIEGO.

Ella volverá;
No desahucieis tan apriesa
Esperanzas, que los cielos
De un instante á otro remedian.

DON JUAN.

Podrá ser; pero el pesar
Tan arrastrado me lleva,
Que siendo fuerza salir
De casa á una diligencia,
No veo la hora de volver.
Perdonad, y dad licencia
De no quedaros sirviendo.
(*Ap.* Ya por lo ménos con esta
Prevencion no la echarán
Ménos los que no la vean,
Usando, miéntras no puedo
Del valor, de la prudencia) (*Vase.*)

ESCENA X.

DON FELIX, DON DIEGO.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Cuerdo procede Don Juan,
Don Félix suspenso queda,
Y yo, leyendo uno y otro
Corazon, no sé qué deba
Hacer.

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¡Ay de mí! ¿qué he oido?
Beatriz, al tomar la puerta,
Sin duda que desmayada
Cayó, y yo pensé que era
Haber salido. ¡Qué mucho
Que si á mí, las luces muertas,
No me conoció Don Juan,
Que tampoco conociera
Yo que Beatriz se quedaba!
Esto pide grande enmienda;
Pues vuelva ó no vuelva en sí,
Está en gran peligro puesta.)
Perdonadme á mí tambien
(*Ap.* No sé á lo que me resuelva)
El que no pueda serviros. (*Vase.*

ESCENA XI.

DON DIEGO.

¿Quién creerá ¡cielos! que sea
El mentir un hombre honrado
La cosa mas torpe y fea,
Y que haya trance en que agrade
Ver que un hombre honrado mienta?
Don Juan lo diga, supuesto
Que es prevenir con cautela
El que no se vea á su hermana:
Accion á dos luces cuerda,
Pues calla á un tiempo el que agravia,

Y salva el que no parezca.
¿Cómo yo por entendido
Me daré? Que es cosa recia
Decirle á un hombre en su cara
«Yo sé las desdichas vuestras»
Mayormente cuando él
Me está cerrando la puerta.
Dejárselo de decir,
Es dar con el tiempo fuerza
Al escándalo. Un camino
Solo se ofrece. ¡Oh si hubiera
Sido ántes que Don Félix
Se fuese con tanta priesa!
Mas con alcanzarle, poco
Hay perdido. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON ENRIQUE, CHACON; *luego*, INES.

CHACON.

El viejo no entra
En su casa.

DON ENRIQUE.

Antes parece
Que la calle abajo echa
Con acelerado paso,
Mas que suele.

CHACON.

En hora buena
Vaya, y mas si de ahí resulta
Que Leonor salga á la reja,
Y que el dar vuelta dejemos
Nosotros á la cuaresma.
(*Sale Ines á la reja.*)

DON ENRIQUE.

Pasemos esta vez sola.

INES.

Enrique.

DON ENRIQUE.

¿Quién llama?

INES.

Entra
En ese primero cuarto,
Que ya está la puerta abierta. (*Retírase.*)

CHACON.

¿Tengo yo de entrar contigo?

DON ENRIQUE.

Para nada que acontezca
Es malo el hallarnos juntos.
(*Entranse los dos.*)

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA XIII.

LEONOR, INES; *despues*, DON ENRIQUE Y CHACON.

LEONOR.

Cuidado con la deshecha
De que has de cantar, Ines,
Porque aun los ecos no pueda
Oir de nuestra voz Beatriz.

INES.

Para todo estoy alerta. (*Vase.*)
(*Salen Don Enrique y Chacon.*)

LEONOR.

Solo á tanto atrevimiento
Pudiera dar osadía,
Tras la corta dicha mia,
El no corto sentimiento
De tu salud; y así, á intento
De que crédito no dé
Amor á lo que no ve,
El riesgo al cuidado iguala.
(*Canta Ines dentro y representan ellos; advirtiendo que en las repeticiones del tono acaben iguales los versos del cantado y representado.*)

INES. (*Cantando.*)

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe...

DON ENRIQUE.

¿Qué es aquesto?

LEONOR.

Es que hay ahí
De quien fiarme no puedo;
Y porque, aunque hablemos quedo,
No nos oiga, discurrí
El disimular así
Nuestras voces.

DON ENRIQUE.

¿Que temer
Queda en la vida á quien ser
Dueño del alma no ignora?

INES. (*Canta.*)

Que quien te hizo pastora,
No te libró de mujer.

LEONOR.

Aunque del alma lo fuera,
Diera cuidado la vida.
¿Qué fué aquello de la herida,
Y entrar de aquella manera
En mi casa?

CHACON.

Una embustera,
Que, tras dos horas ó tres
De andar á ciegas, despues
Nos dejó en gentil aliño.

INES. (*Canta.*)

La pureza del armiño,
Que tan celebrada es...

DON ENRIQUE.

Calla, loco. — Una afligida
Mujer, que de mí llegó
A valerse, por quien yo,
De la ronda defendida,
Saqué una pequeña herida,
Y escapando del tropel
De un terrado en otro, á aquel
Que vi luz, la fuga aplico.

INES. (*Canta.*)

Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.

LEONOR.

¿Luego la que á aquella hora
Huyendo tambien venia,
Fué esa dama?

DON ENRIQUE.

Sí sería;
¿Pero eso qué importa ahora
Para malograr, señora,
De otra estrella en la esquivez,
El breve rato que, juez
De mi amor, puedes decirme..

INES. (*Canta.*)

Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez...

DON ENRIQUE.

¿Qué piensas hacer de un hado
Tan neutralmente dudoso,
Que solo se ve dichoso
Para verse desdichado?
Dígalo, Leonor, tu agrado,
Y dígalo tu cruel
Temor; pues atenta al fiel
Decoro de tu belleza...

INES. (*Canta.*)

A pesar de su dureza,
Obedecen al cincel. (*Deja de cantar.*)

DON ENRIQUE.

Pendiente me traes de suerte,
Que, piadosa y homicida,
Ni acabas de darme vida,
Ni acabas de darme muerte.

LEONOR.

Ya que en extremos advierte
Tales tu pena, bien hoy
Disculpada, Enrique, estoy,
Pues me acobardo y me animo:
Osada, porque te estimo,
Remisa, por ser quien soy.
¿Cómo puedo?... Pero espera,
Aseguraré un cuidado. —
(*Sale Ines con una guitarra.*)
Ines, ¿por qué lo has dejado?

INES.

La guitarra de manera
Destemplada está, que fuera
Dar mas sospecha.

LEONOR.

Ines, ve,
De cualquier suerte que esté,
No lo dejes un instante.

DON ENRIQUE.

Si tanto importa que cante
Muestra, yo la templaré.
(*Toma la guitarra Don Enrique, y pónese á templarla.*)

INES.

¡Ay desdichada de mí!
¿Cuando entraste, Enrique, en casa,
Cerraste la puerta?

DON ENRIQUE.

No.

INES.

Pues contigo descuidada,
Pensando que nadie fuera
Tan necio, que la dejara
Abierta, no cuidé della,
Con que dentro de la sala
Ya, señor, está, y te ha visto.
El demonio imaginara
Hallar tocando al galan.

LEONOR.

¡Qué descuido!

DON ENRIQUE.

¡Qué ignorancia!

CHACON.

En vez de guitarras, pienso
Que habemos de templar gaitas.

ESCENA XIV.

DON DIEGO. — LEONOR, DON ENRIQUE, INES, CHACON.

DON DIEGO.

¿Quién es este caballero,
Que, tan hallado en mi casa,
Viene á divertirse á ella?

LEONOR.

¿De qué de verle te espantas?
Como en la corte, señor,
Se usan tan poco las danzas,
No aprendí esa habilidad;
Y hallándome desairada
En Valencia (donde están

Tan en uso, que no hay dama
Que no luzca en sus primores,
Pues cuando juntas se hallan,
Todos sus divertimientos
Son saraguetes que llaman,
Sin los públicos saraos,
En que suele caerse en falta
De grave ó de descortes,
Mayormente si la saca
Persona de autoridad),
Dije ayer á Doña Juana,
Mi prima, enviase al maestro.
Preguntó si habia guitarra
En casa, ó si la traería,
Que el hombre que le acompaña
Iria volando por ella;
Sacóle esta esta criada,
Y apénas la tomó, cuando
Entraste. Si esto te cansa,
¿Habrá mas de que no vuelva?

CHACON. (*Ap.*)

Mentira mas adecuada
Al caso, no vi en mi vida,
Pues dió papel en su farsa
A la guitarra, á él y á mí.

DON DIEGO.

Una cosa es que me haga
Novedad, y otra, Leonor,
Que yo me canse de nada
Que tú gustes, cuando todas
Has de hacer; y me pesara
Que no entrases en los usos
De la tierra, y que te hallaras
Corta en ninguna ocasion.
Y para ver si me agrada
O no el que tú te diviertas,
Por vida del maestro, vaya (*Siéntase.*)
De leccion; que aunque cuidados
Por ahora no me faltan,
Para ellos se hizo el alivio,
Mayormente cuando paran
En ajenos. Vaya pues
De leccion.

DON ENRIQUE. (*Ap.*)

Lo que me saca
De un riesgo, me pone en otro;
Que ha de conocer la falta,
Que poco ó nada sé desto.

CHACON. (*Ap. á su amo.*)

Tirar coces, dar patadas,
Y cátate ahí danzarin.

LEONOR.

La primera vez turbada
He de estar; y así, señor,
Hasta que tomado haya
Algunas lecciones, no
Lo has de ver.

DON DIEGO.

No temas nada.

LEONOR.

¿Si no tengo otro galan,
Y ese presente se halla,
No he de temer el desaire?

DON DIEGO.

Tampoco tengo otra dama
Yo, y en fe de enamorado,
Aun el desaire hará gracia.
Vaya, por vida del maestro.

DON ENRIQUE.

Volveré á templar. ¡Mal haya
(*Sube la clavija hasta que hace saltar la cuerda.*)
La prima!

DON DIEGO.

¿Qué fué?

DON ENRIQUE.

Saltó.

LEONOR.

Ello está de Dios, que no haya
De tomar hoy leccion.

DON ENRIQUE.

Todas
Las cuerdas están rozadas,
Y aun la guitarra está rota.

LEONOR.

Fué trasto olvidado en casa.
Llévela el maestro, haga que
La aderecen, y mañana
O á la tarde volver puede.

DON ENRIQUE.

Sí haré, de muy buena gana.

DON DIEGO.

Mire, maestro, que no deje
De volver, y fie la paga
De mí.

DON ENRIQUE.

Aunque muchas lecciones
Tengo, en esta no haré falta.

DON DIEGO.

Vaya con Dios.

CHACON. (*Ap.*)

La primera
Vez es esta, que una dama
Dió guitarras de favores.

DON ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Quién crêrá, que á aprender vaya,
Queriendo firme á Leonor,
El cómo he de hacer mudanzas?
(*Vanse Don Enrique y Chacon.*)

ESCENA XV.

LEONOR, DON DIEGO.

LEONOR.

Pues siempre el pesar al gusto
Pisando la sombra anda,
Y este aun no intentara ayer
A saber lo que hoy en casa
Habia de pasar, te ruego
Me digas, ¿qué es lo que alcanzas
Desto á saber?

DON DIEGO.

Que su hermano
Tiene valor y constancia
Para recatar sus penas.
A mí me dijo, que mala
En su casa está Beatriz;
Con que cortó la esperanza
De que yo pudiese darme
Por entendido de nada,
Sin aventurarme á mucho.

LEONOR.

¿Tú, señor?

DON DIEGO.

¿Es circunstancia
No crêr á uno, para ménos?
En fin está en ignorancia
De quien es el agresor:
Tanto, que con él hablaba
En este mismo sentido.
Yo, atento á una y otra ansia,
Como quien estaba dueño
De los corazones de ambas,
Resolví que era mas fácil
(Ya que hubiese de tratarlas)
Que con Don Juan, con Don Félix,
Por lo mejor que se hablan
Materias de amor, que honor.
Mas tan apriesa la espalda
Volvió, que no le alcancé;
Y viendo que ni la dama
Corre riesgo, ni tampoco
Los dos, me he venido á casa,
Para buscarle despues
Que deje escrita una carta
A mi hermano, en que le digo
No dilate la jornada
A Valencia; que no puedo,
Despues de ausencia tan larga,
Como gobernó la hacienda,
Ni entenderla, ni ajustarla
Sin él.

LEONOR.

Será para mí
El verle gran dicha, á causa
Que por padre tantos dias
Le tuve. —Mejor, desgracia
(*Vase Don Diego.*)
Dijera, sí, viendo á Enrique,
Resucita las pasadas
Sospechas que ya dél tuvo
En Madrid.—¡Beatriz! (*Llamando.*)

ESCENA XVI.

BEATRIZ, JUANA.—LEONOR, INES.

BEATRIZ.

¿Qué mandas?

LEONOR.

Que sepas que entre Don Félix
Y Don Juan no hubo desgracia,
Y tan desimaginado
Está en pensar que le agravia,
Que se acompaña con él.
Ha fingido que en la cama
Estás, porque nadie te eche
Ménos; con que el dia que haya
Quien tome la mano, creo
Que airosa de todo salgas.

BEATRIZ.

¡Plegue al cielo, Leonor bella,
Que, en premio de piedad tanta,
O no tengas amor...

LEONOR. (*Ap.*)

Tarde
Esa bendicion me alcanza.

BEATRIZ.

O le tengas con ventura!
Y permíteme, á tus plantas
Una y mil veces rendida,
Usar de la confianza,
Con que el beneficio de hoy
Consecuencia al de mañana
Hace, siendo el que se goza
Víspera del que se aguarda.
Toda mi dicha, Leonor,
Está en que Don Juan no haga
Duelo de ver ofendida
Su amistad; y ya que falta
Quien saque la cara á esto,
Pues tu padre, cuyas canas
Y autoridad ser pudieran
Medio, no solo me ampara [1],
Pero me deja que tú
Sin que él lo sepa me valgas,
Fuerza es que yo busque otro;
Y no pienso que le haya,
Si no es que le dé Don Félix:
A que es forzoso que añadas
Que no sabiendo de mí,
¿Qué sé yo si se persuada
A una indignidad? Con que
Honor, ser, vida, honra y fama
Está en tu mano, Leonor,
Con solo que por mí hagas
La última fineza.

LEONOR.

¿Qué es?

[1] No solo *no* me ampara.

BEATRIZ.

Que sepa que tú me amparas,
Y para discurrir medios,
Yo le hable una palabra
Delante de tí.

LEONOR.

¿No ves
Cuánto en eso aventurara
Si mi padre?...

BEATRIZ.

Ya lo veo;
Pero quien necesitada
Pide, no pide discreta.
Tienes razon, no lo hagas;
Que yo me dejaré estar.
A Don Juan con su ignorancia,
Y á mí con el desconsuelo
De no haber otra esperanza.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Que no la pueda decir
Que mi padre en esto anda,
Por no obligarme á decirla
Que sabe que se está en casa!
Pero si los dos se ven,
¿No podrá ser que dén traza
Que á mi padre desempeñe,
Y que ellos allá se valgan
De medios que á él no aventuren?

BEATRIZ.

¿Qué es lo que á tus solas hablas?

LEONOR.

No sé, Beatriz, qué te diga.
Siento no hacer lo que mandas,
Y temo hacerlo. (*Ap.* Ahora bien,
Yo tengo de ver si saca
A mi padre del empeño
Esta resolucion.)—Juana,
Pues que tú eres de Valencia,
Di si á Don Félix de Lara
Conoces.

JUANA.

Muy bien, señora.

LEONOR.

¿Sabes su calle?

JUANA.

Y su casa:
Por señas de que es tan cerca,
Que cae de aquesta á la espalda,
Por cuyos terrados suelo
Hablarme con sus criadas.

LEONOR.

Pues búscale y, sin decirle
Quién es, dile que una dama
Le quiere hablar; que á esa reja
Espere una seña blanca,
Que será cuando mi padre,
En habiendo escrito, salga.

(*Vase Juana.*)

BEATRIZ.

¿Qué puedo decir, Leonor,
Sino con mil vidas y almas
Ser tu esclava eternamente?

LEONOR.

Beatriz, los extremos bastan;
Que fortunas de amor tienen
Tanto imperio en las humanas
Penas, que lo que nos ruegan,
Parece que nos lo mandan.

(*Vanse Leonor y Beatriz.*)

INES.

Y añade, sepulturera
De amor: «Hagan bien á esta alma,
Porque nos depare Dios
Quien por nosotras lo haga.» (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XVII.

DON FELIX.

Aunque en casa de Beatriz
Gente á inquirir he enviado,
Ninguna razon me ha dado,
No solo de su infeliz
Accidente, mas la puerta
No abren, ni nadie responde.
Y pues su hermano la esconde
Con tanto recato, cierta
Cosa es que para vengarse
A salvo, fingiendo va
Que tan de peligro está;
Y aunque mi pena restarse
Quiera á todo trance, el ser...

ESCENA XVIII.

JUANA, *tapada*.—DON FELIX.

JUANA.

Señor Don Félix.

DON FÉLIX.

¿A mí?

JUANA.

A vos.

DON FÉLIX.

Ved si soy yo.

JUANA.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Qué mandais?

JUANA.

Obedecer
A las damas es forzoso.
Una envía á suplicaros
Vengais donde pueda hablaros.

DON FÉLIX.

¿Dama á mí? Dificultoso
Se me hace que haya dama
Que de mí se acuerde. ¿Quién
Es? me decid.

JUANA.

No está bien
Ni á su estado ni á su fama,
El nombralla ántes de vella,
Porque la que os llama, no
La que os llama es. Con que yo
No puedo desta ni aquella
Decir mas de que sigais
Mis huellas, donde hallaréis
Una seña, que veréis
A una reja, en que sepais
Cuál os llama de las dos.
Seguidme pues, y esperad,
Y donde yo entrare, entrad,
Que á vos os importa. Adios.

(*Vase Juana, y síguela con la vista Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Oid, esperad ¿Qué será
Novedad tan grande? Pero,
Aunque ningun bien espero,
Fuerza es el seguirla ya;
Que no me ha de acobardar
Que Don Juan sepa quien era,
Y que así vengarse quiera.
La casa en que la veo entrar
Es la de Don Diego, ¡cielos!
Y el ser tan noble y segura,
Del peligro me asegura,
Pero no de los recelos
Del llamarme deste modo.
¿Mas para qué es discurrir,
Pues con esperar é ir
Habré cumplido con todo? (*Vase.*)

—

Otra calle.

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE, CHACON; *despues*, DON FELIX.

CHACON.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

DON ENRIQUE.

Repasar desde este dia
Lo poco que yo sabia
Desta habilidad, y ser
Su maestro de danzar, puesto
Que en la casa de Leonor
Entrada tendrá mi amor
A todas horas con esto.

(*Sale Don Félix, y quédase mirando á la casa de Don Diego.*)

CHACON.

¡Oh si tanto repasaras
Eso poco que sabias,
Que maestro en breves dias
Hecho y derecho te hallaras!
Que no fuera mal socorro
Enseñar, para aprender
Los compases del comer.

DON ENRIQUE.

¡De imaginarlo me corro!
¿Yo habia de ser maestro, dí,
De quien no fuera Leonor?

CHACON.

¿Habia mas de andar, señor,
Preguntando: «¿Vive aquí
Alguna Leonor, que quiera
Saber danzar con primores?»
¿Y maestre-danza Leonores,
No enseñar á quien no fuera
Leonor? Con que comerias,
Sin ajar el pundonor
De enseñar, sin ser Leonor.

DON ENRIQUE.

Deja necias boberías:
No el juicio y el tiempo pierdas.
¿Traes la guitarra?

CHACON.

Ella es juez
De que es la primera vez
Que habemos tratado en cuerdas.

(*Ponen un pañuelo en la reja de casa de Don Diego.*)

DON ENRIQUE.

Pues volvamos allá. Pero
Espera. ¿En la reja, dí,
No hacen una seña?

CHACON.

Sí.

DON FÉLIX.

Ya avisan. (*Cruza la calle.*)

DON ENRIQUE.

¿Un caballero,
Que estaba en la calle, no
Le ves, (¡oh tirana estrella!)
Que se va acercando á ella?

CHACON.

Así me acercara yo.

(*Entra Don Félix en casa de Don Diego.*)

ESCENA XX.

DON ENRIQUE, CHACON.

DON ENRIQUE.

¿Entró dentro?

CHACON.

Y recatado,
Mas que tú, no dejó abierta,
Como tú hiciste, la puerta,
Pues al punto la han cerrado.

DON ENRIQUE.

¡Seña en la reja (¡ay de mí!),
Hombre que la seña espera,
Y en viéndola (¡pena fiera!)
Entrar tras ella! ¿qué vi?

CHACON.

Lo que yo, y no me asusté.
Haz tú lo mismo, y verás
Lo poco que importa.

DON ENRIQUE.

¿Estás
Borracho, infame?

CHACON.

¿De qué
Lo he de estar, si ya no hay vino
Que tenga esa utilidad,
Pues no le habla en puridad
Ningun hijo de vecino?
Pero ¿dónde vas?

DON ENRIQUE.

No sé.
A llamar, abrir, entrar,
Y qué hombre es este, apurar.

CHACON.

Eso yo te lo diré:
Uno, que en la calle estaba,
Esperando á que le hicieran
Seña, y la puerta le abrieran,
Por donde entrar.

DON ENRIQUE.

Hoy acaba
Mi amor, si mi agravio empieza.
Ven tras mí.

CHACON.

Si ello hay pesar,
Por Dios que le he de quebrar
La guitarra en la cabeza. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA XXI.

LEONOR, DON FELIX, INES; *despues*, BEATRIZ.

LEONOR.

Tendréis á gran novedad
El que yo os llame.

DON FÉLIX.

Sucesos
Que imaginados aun no
Los hallara el pensamiento,
¿Qué mucho que acontecidos
Hagan novedad?

LEONOR.

Pues presto
Saldréis de la duda: que
Si decir suele el proverbio
Que el tiempo es precioso, aquí
Es mas que precioso el tiempo.
(*Entra, y saca á Beatriz.*)
¿Conoceis aquesta dama?

DON FÉLIX.

Débame vuestro respeto
Decir que sí, tan remiso,
Que al ver su prodigio bello,
Enviándole la voz
Me quede con el afecto.
Sí, señora, otra vez digo,
Turbado, absorto y suspenso
De ver aquí á quien juzgaba
En otra parte, á mas riesgo.

LEONOR.

Pues en albricias, Don Félix
Dese desengaño, quiero
Me déis (ved ¡cuán poco os pido!)
Lo que os debeis á vos mesmo.
Ella es mi amiga, de mí
Se ha favorecido, y ménos
Que honrada, airosa y casada
Con gusto de hermano y deudos,
No ha de salir de mi lado.
Los medios que para esto
Faltan, habeis de dar vos.
(*Llaman.*)
Pero ¿quién con tanto estruendo
Llama? — Por aquesa reja
Mira, Ines.

INES.

¿Quién es?

ESCENA XXII.

CHACON, *dentro.* — DICHOS.

CHACON. (*Dentro.*)

El maestro
De danzar.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay infelice!
Don Enrique es.

BEATRIZ.

El pequeño
Rato de una conveniencia
Aun no me permite el cielo.
(*Vuelven á llamar.*)

LEONOR.

Aunque quien llama no es
Persona de cumplimiento,
Por lo mismo no es razon
Que tenga parte en secreto
Tan reservado, que aun no
Le sabe mi padre; y puesto
Que el fin á que os he llamado,
Es solo á tratar los medios
Que mas convengan, Don Félix,
Al desenojo ó al duelo
De Don Juan, y con Beatriz
Se han de hablar, miéntras yo intento
(Porque ni á vos ni á ella vean
Al primer recibimiento
Salir al paso á quien llama,
En esa sala de ahí dentro
Esperad á que yo vuelva.—
¡Juana! (*Llamando.*)

ESCENA XXIII.

JUANA. — LEONOR, BEATRIZ, DON FELIX, INES.

JUANA.

Señora.

LEONOR.

Esté abierto.
Entra tú con ellos, Juana.

DON FÉLIX.

En todo he de obedeceros.

BEATRIZ.

¡Ay, Félix, cuánto me debes
De penas y desconsuelos!

DON FÉLIX.

No hago, Beatriz; porque todos
Los pagan mis sentimientos.
(*Vanse Beatriz, Don Félix y Juana.*)

LEONOR.

Abre tú la puerta, Ines,
Y está á la mira, advirtiendo
Si entra mi padre en la calle.
(*Va Ines á abrir.*)

ESCENA XXIV.

DON ENRIQUE, CHACON.—LEONOR.

DON ENRIQUE.

¿Pensarás, Leonor, que vengo
A usar de aquella licencia,
Que sutil halló tu ingenio,
Para, restaurando un daño,
Facilitar un remedio?
Pues no, Leonor, otra causa
Es la que me trae.

LEONOR.

¿Qué es esto?
¡Tú tan perdido el color,
Tan fatigado el aliento,
Tan turbadas las acciones!
¿Hate puesto en otro empeño
Otra dama?

DON ENRIQUE.

Sí, Leonor.
En otro empeño me ha puesto
Otra dama, y tal, que del
Vivo no saldré, si atiendo
Que mal podrá salir vivo
Quien entra á buscarle muerto.

LEONOR.

¿Qué traes, qué tienes, qué miras?

DON ENRIQUE.

Nada y mucho.

LEONOR.

No te entiendo.

DON ENRIQUE.

Yo sí te entiendo, Leonor,
A tí, puesta al paso á efecto
De que no pase adelante.

LEONOR.

¿Dónde has de pasar?

DON ENRIQUE.

Adentro.

LEONOR.

¿A qué?

DON ENRIQUE.

Si lo he de decir,
A buscar un caballero,
Que esperando en esa calle
La seña, que le hizo un lienzo
En tu reja, entró en tu casa,
Della llamado; y supuesto
Que abusos del mundo mandan
Que los hombres ajustemos
Lo que ofenden las mujeres,
Con que contigo no tengo
Mas accion que hasta quejarme,
Deja que pase resuelto
A la que con él me queda.

LEONOR.

¡Mi bien, mi señor, mi dueño!

DON ENRIQUE.

¡A buen tiempo la primera
Vez te escuché agrados! Pero
Favores de infeliz ¿cuándo
Llegaron á mejor tiempo?
Aparta.

LEONOR.

No has de pasar
De aquí, sin oirme primero.

DON ENRIQUE.

¿Qué puedes decirme?

LEONOR.

Que
Soy quien soy, y no te ofendo.

DON ENRIQUE.

Aunque fueras la que fuera
Me dijeras eso mesmo;
Y palabras generales
Que á cualquier predicamento
Vienen, ¿qué haces tú en decirlas?
Y así, pues ya he dicho que esto
No se ha de acabar contigo,
Habiendo con quién, no tengo
De oirte.

LEONOR.

¡Mira!...

DON ENRIQUE.

Suelta.

LEONOR.

Advierte...

INES.

Quita.

LEONOR.

Que yo...

INES.

Hablad mas quedo,
Y disimulad, que viene
Mi señor.

CHACON.

Aquesto es hecho.
Toma la guitarra.

DON ENRIQUE.

¿Yo
Habia de hacer tal? No quiero.

LEONOR.

Enrique mio, si algo
A tus finezas merezco,
Disimula con mi padre,
Valiéndonos del primero
Engaño; que yo te doy
Palabra, que satisfecho
Quedes.

INES.

¿Quieres que te halle
Quien te dejó ayer maestro
De danzar, maestro hoy de esgrima?

LEONOR.

De la dama lo primero
Ha de ser siempre el honor;
Mira por él.

(*Toma Don Enrique la guitarra.*)

DON ENRIQUE.

¿Habrá, cielos,
Otro, á quien haya obligado
Tan no imaginado empeño
De amor y honor, á que haya
De hacer festin á sus celos?

CHACON.

Si *mandábanle bailar*,
Por otro dijo el proverbio,
¿Qué mucho que por tí diga,
Mandábanle danzar?

LEONOR.

Esto
Has de hacer: hállenos como
Dando leccion.

INES.

Y sea presto,
Que entra ya.

(*Sale Don Diego, y los halla tocando, y él con el sombrero en la espada, haciendo la reverencia.*)

ESCENA XXV.

DON DIEGO.—LEONOR, DON ENRIQUE, CHACON, INES.

DON ENRIQUE.

A la reverencia,
Señora, otra vez.

DON DIEGO.

¿No es bueno
Que despues de haber tenido
Escrito y cerrado el pliego,
Se me olvidase? Mas vaya,
El descuido me agradezco,
Pues vengo á buena ocasion. —
¿Qué le ha parecido al maestro?
Que el aire luego se deja
Conocer.

DON ENRIQUE.

Que sabrá presto
Cuanto hay que saber; porqué
A la primer leccion veo
Que ha hecho toda una mudanza.

LEONOR.

Engáñase, que no he hecho.

DON ENRIQUE.

Yo la he visto ejecutada.

LEONOR.

Sí, pero llena de yerros.

DON DIEGO.

Yo lo veré; que tambien
Algo supe allá en mis tiempos
De *lo cierto* y *lo galano*.

DON ENRIQUE.

Por ahora basta lo cierto.

DON DIEGO.

¿Y qué es la primer leccion?

DON ENRIQUE.

Ser solia *el alta;* pero
No es danza que ya está en uso.

LEONOR.

Ni *la baja*, á lo que entiendo.

DON ENRIQUE.

Y así son los cinco pasos
Los que doy y los que pierdo,
Por *la gallarda* empezando.

INES. (*Ap. á Chacon.*)

Cuanto se hablan son floreos.

CHACON.

Yo pensé que eran pavanas.

DON DIEGO.

Yo no estorbo: vaya, maestro.

(*Pónense en sus puestos, y hacen lo que dicen los versos.*)

DON ENRIQUE.

La reverencia ha de ser,
Grave el rostro, airoso el cuerpo,
Sin que desde el medio arriba
Reconozca el movimiento
De la rodilla; los brazos
Descuidados, como ellos
Naturalmente cayeren;
Y siempre, el oido atento
Al compas, señalar todas
Las cadencias sin afecto.
¡Bien! En habiendo acabado
La reverencia, el izquierdo
Pié delante, pasear
La sala, midiendo el cerco
En su proporcion, de cinco
En cinco los pasos. ¡Bueno!
(*Ap. á ella.* ¡Ah ingrata! ¿Quién sino yo,
Por tí se pusiera á esto?)

LEONOR. (*Ap. á él.*)

¿Y quién sino yo, por tí,
Sintiera lo que yo siento?

DON ENRIQUE.

En cobrando su lugar,
Hacer cláusula en el puesto
Con un sostenido, como
Que está esperando el acento.
Romper ahora...

ESCENA XXVI.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.

De Don Juan
César te busca...

DON DIEGO.

Ya esto.
Es de otro caso.

CELIO.

Un criado

LEONOR. (*Ap.*)

¿De Don Juan César? Ya tengo
Mas que temer.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¿Qué querrá?)
Proseguid pues, que ya vuelvo.

(*Vase con Celio.*)

ESCENA XXVII.

LEONOR, DON ENRIQUE, CHACON, INES.

DON ENRIQUE.

¡Vive Dios, que por mí solo
Pasara el estar haciendo
Festin, ingrata, á tu amante!

LEONOR.

No lo es.

DON ENRIQUE.

¿Cómo no ha de serlo
Quien escondido en tu casa?...

LEONOR

Considerando, advirtiendo
Que ántes de ahora te dijo
De Ines la voz que hay sugeto
Dentro, Enrique, de mi casa,
De quien recatarme debo.

DON ENRIQUE.

Quizá sería el mismo entónces.

LEONOR.

No sería, y aunque esto
Es largo para de paso,
¿Dejaste, Enrique, tú mesmo
Aquí una dama la noche
Que veniste?

DON ENRIQUE.

Ya eso es viejo
De echar la culpa á otra dama.

¿No hubieras, pues hubo tiempo,
Pensado mejor disculpa?

LEONOR.

Esta lo es.

DON ENRIQUE

Es fingimiento.

LEONOR.

Esta es verdad.

DON ENRIQUE.

Es traicion.

LEONOR.

Cuando sea todo eso...

DON ENRIQUE.

El lo ha de decir, no tú.

LEONOR.

¿Qué haces?

DON ENRIQUE.

Entrar á saberlo.

LEONOR.

Mira que vuelve mi padre.

DON ENRIQUE.

¡Que haya de ser fuerza esto!

CHACON.

Ella danza la *gallarda*,
Y él *el pié-gibao*.

INES.

Silencio.

ESCENA XXVIII.

DON DIEGO. —Dichos.

(*Vuelven á danzar como ántes Don Enrique y Leonor.*)

DON DIEGO.

(*Ap.* Don Juan me avisa que en casa
Le espere. ¿Si sabrá, cielos,
Que está aquí Beatriz? Mas no
Discurro, pues el efecto
Lo ha de decir tan apriesa.)
Maestro, ¿en qué estado está esto?

DON ENRIQUE.

En romper, como quedamos.

LEONOR.

Y es á lo que yo no acierto.

DON ENRIQUE.

Si aciertas. Con quebradillo
Entrar ahora en el paseo.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
Señalados, y á concierto.

DON DIEGO.

Digo que en mi vida vi
Mejor aire, y me prometo
Que ha de salir bien con todo.

DON ENRIQUE.

Si saldrá.

ESCENA XXIX.

CELIO.—Dichos.

CELIO.

Aquel caballero,
Que te avisó, viene ya.

DON DIEGO.

Dile que me espere dentro
De mi cuarto, que ya voy.—(*Vase Celio*)
(*Aparte á ella.* Leonor, no sé que recelo
Desta visita: á Beatriz
Di que se esté en su aposento,
Y á nada que escuche salga.)
Váyase con Dios, maestro;
(*A Don Enrique.*)
Que ya por hoy la leccion
Basta.

DON ENRIQUE.

En todo te obedezco.
(*Vase hácia donde entraron Beatriz y Don Diego.*)

DON DIEGO.

Por acá, no es por ahí
La puerta.

CHACON.

Ha perdido el tiento
De la sala con las vueltas.

DON DIEGO.

Venid pues, que yo os enseño
Por dónde habeis de ir. (*Vase.*)

DON ENRIQUE.

Di, ingrata,
A tu amante, que le espero
En la calle, donde vea
Que el que, á tu opinion atento,
Maestro es de danzar en casa,
En la calle es caballero. (*Vase.*)

LEONOR.

¿Quién se vió en mas confusiones? (*Vase.*)

INES.

Vayan todos con el cuento.
Beatriz escondida en casa,
Su galan en su aposento,
Su hermano con mi señor,
Mi señor con sus recelos,
Mi ama con sus sobresaltos,
El no aun mi amo con sus celos,
Yo con mi temor. Señores,
¿En qué ha de parar aquesto,
Y mas en veinte y cuatro horas
Que da la trova de tiempo?

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Don Diego.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN.

Consejo muda el mas sabio,
Sagrada sentencia dijo,
Para enseñarnos que nadie
Se pague del suyo mismo.
Y siendo así que yo tanto
De consejo necesito,
¿De quién, como de Don Diego,
Puedo tomarle, si miro
Que por su sangre, sus canas,
Sus experiencias, su juicio,
Y habérseme dado en esta
Ocasion por tan amigo,
Nadie le dará mejor?
Que aunque es verdad que él ha sido
De quien mas, por Leonor bella,
Recatarme solicito,
Llegando á honor, no hay amor;
Y no por un requisito
Lo principal de una esencia
Ha de torcer los designios.
Fuera de que, ¿qué verá
En mí, que no sea un testigo
De honrado, atento y restado?
Que espere en su cuarto dijo,
Y él viene ya. ¿Quién creerá
Que, al ver cercano el peligro,
De haber de hablar desto, cuanto
Vine osado, estoy remiso?

ESCENA II.

DON DIEGO, CELIO. — DON JUAN

DON DIEGO.

Llega esas sillas, y aguarda (*A Celio.*)
Allá fuera.—En mucho estimo,
Señor don Juan, este honor.
(*Siéntanse los dos, y vase Celio.*)

DON JUAN.

En nada, señor, os sirvo;
Que habiendo honrado mi casa
Hoy, como vos me habeis dicho,
Hiciera mal en faltar
A cumplimiento tan digno
Como pagar la visita.

DON DIEGO.

Aunque el cortesano estilo
En eso se satisfaga,
Que me deis licencia os pido
A que la puntualidad
Me haya, Don Juan, persuadido
Que debe de haber segunda
Causa. ¿Habeis algo entendido
De aquel ignorado empeño?
Mirad que soy vuestro amigo,
Que lo fuí de vuestro padre,
Que soy quien soy, y los brios
No están del todo apagados.
(*Ap.* Para que él me dé motivo
A que en la pláctica entre,
Harto se lo facilito.)

DON JUAN.

Señor Don Diego, el haberos,
Como decis, persuadido
Mi puntualidad á que
Sea de otra causa indicio,
No he de negároslo; pero
Es tal, que, cuando conmigo
Resolví hablaros en ella,
Juzgué fácil el camino,
Que hallo tan dificultoso
Al pisarle, que os suplico
Me hagais merced de que no
Pase adelante el designio.
A pediros un consejo,
Desconfiado del mio
(Que en efecto nadie es
Buen médico de sí mismo),
Vine, es verdad, por salvar
El acusado capricho
De quien no se aconsejó
Con algun prudente juicio.
Para esto os elegí, y (como
Dije) lo que se me hizo
Tratable allá, aquí es tan otro...
Perdonad, si solo os digo,
Tengais lástima de un hombre
Á quien han acontecido
Sucesos tales, que siendo
Vos á quien buscando vino
Para decirlos, no osa,
Y se vuelve sin decirlos.
(*Levántanse.*)

DON DIEGO.

Oid, esperad, Don Juan,
Y mirad que enternecido,
Mas que vos me habeis callado,
Vuestras lágrimas me han dicho.
¿Para qué quereis que quede
Vacilando discursivo,
Y sea lo imaginado
Aun mas que lo sucedido?
Yo no me espanto de nada,
De nada, Don Juan, me admiro:
Soldado soy de fortuna,
Mucho mundo es el que he visto,
Todo me cabe en el pecho,
No os embaraceis conmigo,
Y ved que haberme buscado,

Hallarme, y arrepentiros,
Es ofenderme en el fin
Mas que os debí en el principio.

DON JUAN.

Si solo en duelos de honor
Al corazon mas altivo
Disculpa el llanto, ¿qué haré
Yo en callar lo que él ha dicho?
Anoche en mi casa entré,
En la puerta sentí ruido
De un retrete de mi hermana.
La luz tomo, el paso aplico,
Cuando un aleve, apagando
Luz y rostro á un tiempo mismo,
Hizo servir el embozo
De la capa á dos oficios.
«Valedme, ¡cielos!» tomando
La puerta, la ingrata dijo:
Con que, porque no escapase,
Hago á él cara y á ella sigo.
De suerte que, embarazado,
Por acudir indeciso
A dos acciones, lugar
Le doy de abrir el postigo
Y tomar la calle, donde
Tras ella (¡ay de mí!) salimos
Riñendo los dos. Aquí
Llegasteis, y así no digo
Que él, en su alcance, veloz
Corrió sin ser conocido,
Y yo, de vos estorbado,
Ser otra la causa finjo;
Bien como finjo ser otra
La del mortal parasismo,
Por dar visos á su ausencia
(Bien que transparentes visos),
Siendo así que ya en mi casa
No habia un tan solo testigo,
Habiendo faltado todas
Las cómplices del delito.
Con que robada mi hermana,
Sin presuncion, sin indicio
De quién sea el agresor,
Ni dónde hallarla me miro:
Ved vos lo que debo hacer,
Pues de vos solo me fio,
En fe de quien sois, y en fe
De que á esos piés, afligido
Triste, confuso y.... no acierto
Cómo decir ofendido,
Deseando hacer lo mejor,
Vida, honor, sér y alma os rindo.

DON DIEGO.

Don Juan, en un hombre honrado
La desdicha no es delito;
Que no aja la virtud
El que no comete el vicio.
Vos habeis hasta aquí andado
Cuerdo, valiente, advertido,
Caballero, honrado, atento;
Y siendo así, proseguidlo.
Que aunque allá la ley del duelo
Diga que el que fué embestido
De un fracaso, y hizo entónces
Lo que pudo, satisfizo
Su empeño, sin que por eso
De quedar deje en preciso
Trance de que despues haga
Lo que por entónces no hizo;
Esto ha de entenderse cuando,
El agravio recibido
En lo personal, conviene
Que ello vuelva por sí mismo;
Mas cuando el agravio es
Culpa ajena, aunque él sea mio,
Lo que le resta de hacer
Al mas noble y mas altivo,
Es enmendarle; por qué
Hay sucesos infinitos
En que dijo la venganza
Lo que el agravio no dijo.
Hombre á quien dió esa licencia
Beatriz, no sugeto indigno
Ha de ser tanto, que vos,
Domeñándôs al partido
De un leve desden, no hagais
Voluntario lo preciso.
Y así mi primer consejo
Es, que cautos y advertidos
Sepamos quién es; que á esto
Yo, Don Juan, sin vos me obligo;
Y siendo noble (que solo
Faltando el serlo, permito
Que no tomeis mi consejo),
Sin escándalo y sin ruido
Vuelva Beatriz á su casa,
Y dadla vos por marido
Al que eligió; que no es poco
Logro hacer de un enemigo
Un obligado: con que (otra
Vez y otras mil lo repito),
La venganza no dirá
Lo que al agravio no dijo.

DON JUAN.

¡Pluguiera al cielo, Don Diego,
Que, ya el caso sucedido,
Nos volviéramos á hallar
En ese primer principio!
Que no digo yo su hacienda,
Pero el patrimonio mio,
Mi vida, mi alma, mi honor,
Cuanto soy y cuanto he sido
Y he de ser, por restaurar
Un algo de lo perdido
Pusiera á los piés de quien
Noble, ilustre, claro y limpio,
Antes que fuese memoria
Mi ofensa, la hiciese olvido.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Oh quién hubiera á Don Félix
Hablado! pero no ha habido
Ocasion; que aquí quedara
Todo el lance concluido.
Si yo supiera de qué
Animo está... Mas si digo
A Don Juan ahora quién es
Y él allá por los motivos
Que puede tener, no viene
En los conciertos, me obligo,
Habiéndolo dicho yo,
A hacer que haya de cumplirlo.
Y así, hasta hablarle...

DON JUAN.

¿De qué
Tanto os habeis suspendido?
¿He dicho algo mal? que quiero
Retractar haberlo dicho.

DON DIEGO.

No, Don Juan; ántes estoy
Tan admirado de oiros
Honrado y discreto, que
Casi el desaire os envidio.
Dadme pues plazo, que sepa
Quién es: tan breve os le pido,
Que á vuestra casa á esperar
La respuesta podeis iros.

DON JUAN.

¿No será mejor que vos
No os canseis, y yo, advertido
Del cuándo, vuelva por ella?

DON DIEGO.

Eso ó esotro es lo mismo.
Volved dentro de una hora.

DON JUAN.

Quedad con Dios.

DON DIEGO.

Sí es preciso
Que salga á la diligencia,
Dejad que vaya á serviros.
Salgamos juntos de casa.—
¡Leonor! — Id vos, que ya os sigo.
(*Vase Don Juan.*)
¡Dichoso yo, si hallar puedo
En tanto pesar alivio!

ESCENA III.

LEONOR, INES. — DON DIEGO.

LEONOR.

(*Ap.*) ¡Que por mas medios que demos
En ninguno convenimos!)
¿Qué me mandas?

DON DIEGO.

Del cuidado
Sacarte, que habrás tenido
De la visita. Don Juan
(Que en toda mi vida he visto
Caballero mas atento)
A perdonar reducido
La ofensa está. A buscar voy
A Don Félix, é imagino
Que ha de salir de tu lado
Honrada Beatriz.

LEONOR.

Bien fio
De tu cordura y consejo
Su reparo; que no impío
El cielo la encomendó
A tu sagrado.—A decirlo
(*Vase Don Diego.*)
Vuelvo á los dos, para que,
Haciéndose encontradizo,
Se deje hallar de mi padre.
Mas ¿cómo me determino
A que salga, si en la calle
Enrique está?

INES.

¡Buen arbitrio!
Váyase por los terrados,
Con que señor, que habrá ido
A su casa, le hallará
En ella.

LEONOR.

No mal has dicho.
Pero, ¡ay, que ya no es posible,
Ines!

ESCENA IV.

DON ENRIQUE, CHACON.—LEONOR, INES.

DON ENRIQUE.

Habiendo salido
Tu padre, Leonor, de casa
Con el que á buscarle vino,
Bien puedo yo entrar en ella
A decir á ese escondido
Caballero que se deje
Hablar; que no es buen estilo
Hacer esperar á un hombre
Tanto tiempo.

LEONOR.

Yo te estimo
El que hayas, Enrique, vuelto
A aquesta cuadra, que ha sido
Reservada, por si acaso
En casa hay huésped, te pido
Te retires, y verás
Si trato verdad, ó finjo.

DON ENRIQUE.

¡Bueno es, entrando á buscar
Un hombre que está escondido,
Ser el escondido yo!

CHACON.

Esos son los solecismos
De amor, dar persona que hace
Y padece á un tiempo mismo.

LEONOR.

Ten aquesa razon mas,
Y haz esto que te suplico;
Que abierta tendrás la puerta,
Para que al menor resquicio
De sospecha, salir puedas.

DON ENRIQUE

¡Mira cuál es el hechizo
De tus encantos, Leonor!
Que con ser un basilisco
El que me está abriendo el pecho,
Te obedece, adormecido
Al coujuro de tu voz.

LEONOR. (*A Chacon.*)

Entra, que has de ser testigo
Tu tambien de mi verdad.

CHACON.

Vean por lo que se dijo:
«Mete ruin, y saca bueno.» (*Vanse.*)

INES.

¿Qué intentas?

LEONOR.

Hallar arbitrio
Que á Enrique le satisfaga,
A mí me excuse el peligro
Del secreto de mi amor,
Beatriz tenga un buen aviso,
Y Félix vaya á encontrar
Con mi padre.

INES.

En conseguirlo,
Mucho harás.

LEONOR.

¡Félix, Beatriz!
Salid que vengo á pediros
Albricias.

ESCENA V.

DON FELIX Y BEATRIZ.—LEONOR, INES.

LOS DOS.

¿De qué?

LEONOR.

De que
Cuantos medios discurrimos,
Todos sobran.

LOS DOS.

¿Cómo?

LEONOR.

Como
Don Juan está reducido
A la conveniencia. A esto
Mi padre á buscarte ha ido:
Procura hallarle, y de nada
Te darás por entendido
Hasta que él lo diga. ¿Qué
Esperais? A tu retiro,
Beatriz;—tú á buscarle.

LOS DOS.

Deja...

BEATRIZ

Que humilde...

DON FÉLIX.

Que agradecido..

BEATRIZ.

Al reparo de mi honor...

DON FÉLIX.

De mi amor al beneficio...

BEATRIZ.

Bella Leonor...

DON FÉLIX.

Leonor bella...

BEATRIZ.

Diga á voces...

DON FÉLIX.

Diga á gritos.

BEATRIZ.

Que eres la deidad hermosa...

DON FÉLIX.

Que eres el bello prodigio...

BEATRIZ.

Por quien vivo, cuando muero.

DON FÉLIX.

Por quien, cuando muero, vivo.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, CHACON.—LEONOR, INES.

LEONOR.

Ahora, señor Don Enrique,
¿Qué harémos de lo reñido?
¿Ve usted cómo aquella dama
Que usted convoyando vino,
Hasta que le fué forzoso
Dejar el convoy, y herido,
Dando al terrado escalada,
Entrar por asalto el sitio,
Fué la que llamó á su amante
Con consentimiento mio;
Porque habiéndose amparado
De mi padre, era preciso
Que de mi lado saliese
Su honor puro, claro y limpio?
Pues si lo ve usted, y ve
Que tuvieron sus delirios
De mi tan baja sospecha,
Como tener escondido
Un hombre en mi mismo cuarto,
Que se vaya, le suplico,
Y no vuelva donde escuche
Otra vez los desatinos
De tan licenciosos celos.

CHACON. (*Ap. á Ines.*)

¡Oigan, que ha cobrado brios
De provincial, la que antes
No hablaba mas que un novicio!

INES.

En viéndonos disculpadas,
Todas hacemos lo mismo:
No hay diablo que se averigüe
Con nosotras.

DON ENRIQUE.

Dueño mio,
Mi bien, mi Leonor, señora...

LEONOR.

¡A muy buen tiempo ha venido
El halago! Pero á un triste,
¿Cuándo á mejor tiempo vino?

DON ENRIQUE.

¿No hubiera sido peor,
Que á tanto aparente indicio
Respondiera el sentimiento
Perezosamente tibio,
Y dado á la confianza,
Que es la ruindad del cariño,
Sucediera al no extrañarlo
El desden del no sentirlo?

LEONOR.

No, pues pudo el sentimiento
Mirar que hablaba conmigo.

DON ENRIQUE.

No está en mano del dolor
El nivel de los sentidos.

LEONOR.

Hasta quejarse cortes
Yo perdonara el delito.

DON ENRIQUE.

Celos y consejos, ¿quién
En el mundo los ha visto?

LEONOR.

Nadie; que no ha visto nadie
Tanto decoro ofendido.

DON ENRIQUE.

Desaires de desatento
Suelen ser galas de fino.
Mira, Leonor...

INES.

Ea, señora,
¿Qué hacen dos desatinillos
Celosos hoy, mas ó ménos?

CHACON.

Faraona de poquito,
Enternécete.

LEONOR.

Es en vano.
Mi padre espera á mi tio;
Mi tio, ya receloso
De nuestro amor, sabeis que hizo
Tantos extremos; aquella
Mentira, que de un peligro
Nos sacó, durar no puede
Con quien es tan conocido.
Y pues hoy tengo, ofendida,
Ocasion para decirlo
(Que quizá sin ella no
Me atreviera), no es... Mas ruido
(*Suena dentro ruido.*)
Siento en la escalera.

CHACON.

¿Qué
Importa? Guitarra pido,
Como iglesia.

INES.

Don Juan es.
Aquí no entra lo fingido.
Retírate, que él se irá
En oyendo que aun no vino
Mi señor.

DON ENRIQUE.

¿Ves, Leonor, cuánto
Ibas á decir y has dicho?
Pues venga tu enojo, venga
Tu ausencia, venga tu olvido,
Como no vengan tus celos.
(*Escóndense él y Chacon.*)

ESCENA VII.

DON JUAN.—LEONOR, INES.

DON JUAN.

Perdonad, si inadvertido,
En fe de tener licencia
Del señor Don Diego, piso
Estos umbrales.

LEONOR.

Mi padre,
Señor Don Juan, no ha venido.
Si teneis que hablar con él,
Aquel es su cuarto, idos
En él á esperarle.

DON JUAN. (*Ap.*)

Honor,
Licencia de hablar te pido,
De albricias de la esperanza

Con que dé cobrarte vivo,
Un breve rato en mi amor;
Que no hallaré en muchos siglos
Otra ocasion.

LEONOR.

¿Qué esperais?
Su cuarto es aquel.

DON JUAN.

Deciros
Que pues ya, bella Leonor,
Habeis á esa reja oido
Tantas veces de mis ansias,
En ecos de mis suspiros,
La verdad con que os adoro,
La fineza con que os sirvo;
Por ofendida no os deis,
Si acaso mis desvaríos
(Adelantando favores
De otras honras que recibo
De vuestro padre, que vos
No habeis de oir hasta el fijo
Punto que suene primero
Mi dicha en vuestros oidos
Que mi desdicha) me atreven
A ofrecer en sacrificio
Al templo de vuestro amor
El mas postrado albedrío
Que vió arder en sus altares,
A cuyas aras aspiro,
En fe de que podrá hacerme
Dichoso, pero no digno. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, CHACON.—LEONOR, INES.

INES.

¡Esto solo nos faltaba!

CHACON.

Y poco aguardar nos hizo.

DON ENRIQUE.

Y ahora, señora Leonor,
¿Qué harémos de lo sentido?
¿Ve usted, como aquel amante,
Que tantas veces ha oido
A esos umbrales sus ansias,
A esas rejas sus suspiros,
A tratar su boda viene,
En fe de que?...

LEONOR.

Enrique mio...

DON ENRIQUE.

Aquí no hay Enrique, puesto,
Ingrata, que haber fingido,
Para arrojarme de tí,
La venida de tu tio,
Sobre extremos que estimarlos
Debieras mas que sentirlos,
Solo ha sido que la boda
De quien tan atento y fino
Licencias que tiene pide,
Te estaba hablando al oido.

LEONOR.

¡Plegue al cielo!...

DON ENRIQUE.

No, no jures;
Que no hay, ni ha de haber, ni ha habido
Aquí otra dama: en tu cara
Y con tu nombre te ha dicho
Si has oido, ó no, sus penas.
Y ya que esta razon vino,
Leonor, aquí la razon
Tenga que no habia tenido:
Ratificado el dolor,
Yo tambien me ratifico
En que eres falsa y mudable
Y pues sé de qué ha nacido
El despedirme, cruel,
Con tan no usado desvío,
Pudiendo tú pronunciarlo,
¿Qué haré yo, fiera, en cumplirlo?
Adios pues.

LEONOR.

Escucha.

INES.

Espera.

DON ENRIQUE.

En vano es. ¿No habeis oido
Que su padre á su tio aguarda?
¿Que receloso su tio
No ha de dudar en mi engaño?
¿Que yo?... Mas ¿qué lo repito?
Adios, á no mas ver.

LEONOR.

Mira...

DON ENRIQUE.

¿Qué he de mirar mas que miro?

LEONOR.

Que no es culpa ser amada.

DON ENRIQUE.

Si no lo es serlo, es oirlo.
Suelta.

LEONOR.

¿No basta mi ruego
A detenerte?

DON ENRIQUE.

Es delirio.

LEONOR.

Pues vete; que no he de verte
Que dél hagas desperdicio.

DON ENRIQUE.

Ahora no me quiero ir,
Sin que sepas...

LEONOR.

No he de oirlo.

DON ENRIQUE.

Ni yo decirlo tampoco.

LEONOR.

Adios.

DON ENRIQUE.

Adios.

ESCENA IX.

DON DIEGO, CELIO. — DICHOS.

DON DIEGO.

¿Es ya iros,
Maestro?

DON ENRIQUE.

Habemos acabado
Con todo ya.

DON DIEGO.

Y ¿cómo ha ido?

DON ENRIQUE.

Esta vez no negará
Cuán ciertas mudanzas hizo.

DON DIEGO.

Mire que le he menester,
Y que traiga los amigos
Con todos los instrumentos;
Porque muy presto, imagino
Que tendrémos boda en casa.

DON ENRIQUE.

Siempre estoy para serviros. (Vase.)

CHACON.

Eso he de hacer yo, pues solo
Para eso, señor, le sigo
A cuantas lecciones va,
Tomando dellas avisos
De adonde hay festines.

DON DIEGO.

¿Pues
Qué es, hidalgo, vuestro oficio?

CHACON.

Toco el violon, y soy maestro
De los demas violoncillos,
Y á las bodas desta casa
Traeré todos mis ministros.
(Vase él é Ines.)

ESCENA X.

DON DIEGO, LEONOR, CELIO.

LEONOR.

¿Hallaste á Félix?

DON DIEGO.

Leonor,
Si luego lo he de decir
A Don Juan, el repetir
Excusemos.

LEONOR.

Él, señor,
Rato há que en tu cuarto espera.
¿Mas cómo lo sabré yo,
Sin repetirlo, si no
Lo oigo allá?

DON DIEGO.

Desta manera:
Di, Celio, á ese caballero,
Que entre aquí.—(Vase Celio.) Tú, con
(A Leonor.) [Beatriz.
Oye á esa puerta el feliz
Reparo que dar espero
A este amoroso desman,
Dél librando á Beatriz bella,
Casando á Félix con ella,
Sin sospecha de Don Juan
En que él fué el que le ofendió.

LEONOR.

¿Cómo es posible consigas
Eso?

DON DIEGO.

Con solo que digas
Tu, que, sin saberlo yo,
A Beatriz has amparado,
Cuando veas que conviene.
Y retírate, que él viene. (Vase Leonor.)

ESCENA XI.

DON JUAN. — DON DIEGO.

DON DIEGO.

Por excusar el enfado
De un hombre que ha de venir
A buscarme, estar no quiero
En mi cuarto; y pues infiero,
Para lo que he de decir,
Que este es lo mismo, escuchad.
Advertido y recatado
Toda la ciudad he andado,
Sin que en toda la ciudad
Haya un hombre que de vos
Ni Beatriz se acuerde; y bien
Se ve hay yerro, pues no hay quien
Tome en la boca á los dos,
Ni en fuga, ni en galanteo;
Porque luego se dijera,
Se hablara, ó se trasluciera
A quien iba con deseo
De saber qué se decia.

DON JUAN.

Mal puede dejar de ser
Lo que yo llegué á oir y ver,

Y faltar (¡ay suerte mia!)
Beatriz de casa.

DON DIEGO.

Oid ahora;
Que ya que esa nueva no
Os traiga, os traigo otra. Yo
Volvia á casa (¿quién lo ignora?)
Triste de que no alcanzara
A imaginar ni entender
Lo que os ofrecí saber,
Cuando Don Félix de Lara,
Que juzgo que es vuestro amigo...

DON JUAN.

Y mucho.

DON DIEGO.

Al paso salió,
Y en una cosa me habló,
Que, aunque hago mal si la digo
En esta ocasion, peor
Haré en callarla, porqué
Sobre aviso estéis.

DON JUAN.

¿Qué fué?

DON DIEGO.

Que, en fe de ser servidor
Vuestro, os hable (dejo aquí
Los mas nobles cumplimientos
Obsequios y rendimientos
Que en toda mi vida vi)
En que, pues que vos sabeis
Su hacienda y su calidad,
Hagais deudo la amistad;
Y que licencia le déis
De pediros por esposa
Á Beatriz divina y bella.

DON JUAN.

¡Ay, Beatriz, cuál es mi estrella
Pues siendo aquesta la cosa
Que mas pudiera desear,
Solo por ser dicha mia
Viene en tan infausto dia,
Que me es forzoso negar
Lo que pidiera, pues no,
En pena tan inhumana,
Hay quien sepa de mi hermana.

ESCENA XII.

LEONOR.—DON DIEGO, DON JUAN.

LEONOR.

Sí hay, señor Don Juan.

DON JUAN.

¿Quién?

LEONOR.

Yo,
Que aunque aventure dos quejas,
Con mi padre una, que haya
Escuchádole curiosa,
Y otra, que tenga en su casa,
Sin que él lo sepa, á Beatriz;
Ni esta ni aquella me espantan
Para que no sean primero
Su honor, su opinion y fama,
Que ambos enojos.

LOS DOS.

¿Qué dices?

LEONOR.

Que oigais, y sabréis la causa
Sin que Beatriz lo supiera,
La traicion de una criada,
A aquel hombre (sea quien fuere,
Que no es bueno para nada
Añadiros un rencor)
Introdujo en vuestra casa.
Ella, temiendo el enojo
Mas que la razon, turbada,
Habiéndonos hecho amigas
Los estrados de otras damas,
Miéntras dispone un convento
Adonde á morir se vaya,
Por no vivir con quien tuvo
Una presuncion tan baja,
Se vino á valer de mí.
¿Qué consecuencia mas clara
Hay, que no irse á valer dél,
Para saber que no estaba
Cómplice? ¿Ni qué decoro
Mas, que el hallarla en mi casa
Y á mi lado?

ESCENA XIII.

BEATRIZ, INES, JUANA. — DICHOS.

BEATRIZ.

Y porque veas
Que el temer que no escucharas
Mis disculpas, me hizo huir
Mas que el temer que me hallaras
Culpada en igual delito,
Humilde estoy á tus plantas,
Pidiéndote á ellas, en fe
Que otro empeño no me arrastra,
Que me cases con Don Félix,
Si es Don Félix quien te agrada;
Porque en mí no hay eleccion.

DON DIEGO.

Aunque debiera con causa
Quejarme, Leonor, de tí,
Que tal huéspeda me guardas
Eso, y la curiosidad
De oir lo que á Don Juan hablaba,
En hallazgo te perdono.

DON JUAN.

¿Quién creyera dicha tanta
Cuando mas desesperado
Me ví de poder hallarla?
Deja, Leonor, que á tus piés
Una y mil veces...

LEONOR.

Levanta,
Don Juan; que no á mí, á Beatriz
Ha de ser á quien se haga
El rendimiento, y pedirla
Perdon de que imaginaras
Della semejante accion.

DON JUAN.

Señora, Beatriz, hermana,
¿Quién en tan no imaginado
Lance tan cuerdo se hallara,
Que no se arrojara ciego?

BEATRIZ.

Quien viera que en mí se guardan
Su sangre y su obligacion.

INES. (*Ap.*)

¡Ay, pobrecillos, y cuántas
Veces rogais ofendidos!

DON DIEGO.

Justos sentimientos bastan;
Y pues Don Félix, Don Juan,
Con la respuesta me aguarda
(Que claro está que no habia
De darle á entender la falta
De Beatriz), habeis de ser
Vos el que habeis de llevarla;
Y las vistas de las bodas
Han de ser hoy en mi casa,
Diciendo que Beatriz vino,
Por convalecer sus ansias,
A visitar á Leonor.—
Ines, compon tú la casa,
Por si él avisa á sus deudos.—
Tú preven bebidas, Juana,
Y dulces.—Y tú avisar (*A Leonor.*)
Al maestro de danzar manda,
Por si quieren divertirse. —
Vamos, Don Juan.

DON JUAN.

Cuanto mandas,
Obedezco agradecido.
(*Ap.* Pues ya vino una esperanza,
Enseñe el camino á otra.)

DON DIEGO. (*Ap.*)

Todo presumo que tarda;
Que la hora de echar no veo
Este embuste de mi casa.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XIV.

LEONOR, BEATRIZ, INES, JUANA.

BEATRIZ.

Bien, Leonor, ha sucedido.

LEONOR.

Solo una cosa nos falta.

BEATRIZ.

¿Qué es?

LEONOR.

Que licencia me dés
Para ofrecerte una gala;
Que no has de estar de visita,
Si alguien viene, como estabas
Cuando de casa saliste. —
Juana, ven con ella, y dala
Aquel vestido que aun no
He estrenado.

BEATRIZ.

En todo andas
Tan cabal, que solo puede
Darte el silencio las gracias.
(*Vanse ella y Juana.*)

ESCENA XV.

DON ENRIQUE, CHACON.—LEONOR, INES.

CHACON.

¿Es posible que te atrevas
A volver aquí?

DON ENRIQUE.

Si nada
Tengo que perder, perdida
Leonor, di, ¿de qué te espantas?
Pues no digo, habiendo visto,
Que fuera su padre saiga,
Pero, aunque en casa estuviera,
Hoy desesperado entrara.

LEONOR.

¿A qué, señor Don Enrique?

DON ENRIQUE.

A solo decirte (¡ah falsa!)
Que, pues quieres que me ausente
A no estorbar la tratada
Boda dese nuevo amante,
Fingiendo para eso causas
Que ni son ni serán, veas
Que es mi pasion tan hidalga,
Tan caballeros mis celos,
Mis penas tan cortesanas,
Que, porque nunca un testigo
En pasadas dichas haya,
Te traigo hasta las memorias.
(*Rompe unos papeles, y álzalos Ines.*)
Estas, son, Leonor, tus cartas,
Estos tus papeles, estos
Tus favores. Toma, ingrata,
Y llévese las cenizas,
Ya que se llevó la llama

Aquí el aire, y no sea donde
Hallen con mis esperanzas.

LEONOR.

Si yo en mi mano tuviera,
Enrique, la soberana
Majestad de los ajenos
Albedríos, yo mandara
Que nadie me amase; pero
Si yo...

INES.

Discursos ataja;
Que como iban á buscar
A quien aguardando estaba
Con gana de que le hallasen,
Con él vuelven todos.

LEONOR.

Nada
Importará que te vean;
Que ántes á buscarte andan,
Para que esta noche asistas
Aquí.

DON ENRIQUE.

¿Qué querias, tirana?
¿Que festejara mis celos
Otra vez? Una ¿no basta?

LEONOR.

¿Qué intentas? Di.

DON ENRIQUE.

Pues que una
Vez por tu gusto me mandas
Esconder, yo por mi gusto
Me escondo otra: ya la cuadra
Sé, que huéspedes reserva.
Este cuarto... (*Éntrase.*)

LEONOR.

Espera, aguarda.

CHACON.

Entróse: con que es forzoso
Que yo tambien tras él vaya,
No por el violon pregunten. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON DIEGO, DON FELIX Y DON JUAN, *por una parte, y por otra* BEATRIZ. —LEONOR, INES.

INES.

Atencion con la primera
Necedad.

DON FÉLIX.

Si yo pensara
Que era mérito la dicha
Bella Beatriz, disculpara
A los que presumen necios
Que merecen lo que alcanzan;
Pero conociendo que es
Dicha, y no mérito, nada
Podrá acusar á quien llega
Hoy tan rendido á mirarla,
Que la ve como fortuna,
Y no como confianza.

BEATRIZ.

Ya mi hermano por mí hablado
Habrá, y no es bien en tal causa,
Siendo suyas las razones,
Sean mias las palabras.

DON FÉLIX.

Vos perdonad, Leonor bella,
No ser la primera que haya
Saludado; que aquí, dicen
Que la turbacion es gala.

LEONOR.

Tan grande dicha, Don Félix,
Goceis por edades largas.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Dichoso yo, que salí
De confusiones y ansias!

DON DIEGO.

Sentaos, y los cumplimientos
Cesen, miéntras...

Voz dentro.

¡Para, para!

DON DIEGO.

¿Pero qué alboroto es este?

ESCENA XVII.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.

Albricias, señor, me manda.
Don Fernando, mi señor,
Es quien de apearse acaba.

DON DIEGO.

¡Mi hermano! Toda la dicha
Hoy se me ha venido á casa.

DON JUAN.

Bajemos á recibirle
Todos.

INES. (*Ap. á ella.*)

Solo nos faltaba
Esto, señora.

LEONOR.

Mal puede,
Siendo desdicha, hacer falta.

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON DIEGO.

Los brazos una y mil veces
Me dad.

TODOS.

Y á todos las plantas.

DON FERNANDO.

A vos, hermano, y á todos,
Sobre los brazos, el alma.
¡Leonor mia!

LEONOR.

Que me dés
La mano, mi amor aguarda.

DON FERNANDO.

Sí haré. Pero porque no
Desa suerte estés, levanta. —
Perdonad no conoceros (*A Beatriz.*)
A vos, señora, aunque basta,
Para ser vuestro, el hallaros
Honrando á Leonor.

BEATRIZ.

Esclava
Suya y vuestra.

DON DIEGO.

La señora
Doña Beatriz, es hermana
De Don Juan César, y esposa
Hoy de Don Félix de Lara.
Y digo hoy, porque he tenido
Yo la dicha de que se hayan,
Para las primeras vistas,
Valido de mí y mi casa.
Ved si puedo recibiros
Con mas gusto, pues nos halla
De fiesta vuestra venida.

DON FERNANDO.

Mucho siento el perturbarla;
Pero es forzoso mezclar
Su ventura y mi desgracia.

DON DIEGO.

¿Qué desgracia?

DON FERNANDO.

Apénas una
Legua de aquí, en una zanja
Del camino cayó el coche,
Desde una quiebra tan alta,
Que fué milagro no hacernos
Pedazos. Traigo estropeada
Una pierna, y dolorido
Todo este lado: importara
Sangrarme luego.

DON DIEGO.

¡Jesus
Mil veces! — Abre esa cuadra;
Que estos señores darán
Licencia, Ines.

TODOS.

Y con harta
Pena de todos.

DON DIEGO.

Al punto
La adereza, y haz la cama.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí infeliz!

DON DIEGO.

¿Qué esperas?
¿Qué te detienes? ¿Qué aguardas?

INES.

No sé de la llave, como
Ha tanto que ahí no se anda.

DON DIEGO.

Para venir como viene,
¡Es buena esa flema!

INES.

Aguarda,
Que ya á buscarla voy.

DON DIEGO.

No
Haré tal.

LEONOR.

¿Qué haces?

DON DIEGO.

Aparta:
Echar la puerta en el suelo.
(*Abre la puerta, y ve á Don Enrique y á Chacon.*)
Mas (¡ay de mí!) otra es la causa.
¿Quién se oculta aquí?

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE Y CHACON.— DICHOS.

CHACON.

El maestro
De danzar y el camarada
Del violon, que hemos entrado
Solo á buscar la guitarra.

DON ENRIQUE.

Ya no es tiempo deso. Quien
A pesar de todos, salga.

TODOS.

¿Cómo podrás conseguirlo?

DON ENRIQUE.

A costa de vida y alma.

DON DIEGO.

Deteneos todos; que no es
Duelo de tanta importancia;
Que el maestro es de danzar
De Leonor, y esta criada
Le habrá ahí metido: bien dice

Su turbacion con su infamia.
Y así mas cuerdo y mejor
Es, que castigado vaya
Con ella, que muerto á manos
Nuestras.—¿Qué esperais pues? Dadla
La mano, y cargad con ella.

INES.

Por mí de muy buena gana.

DON ENRIQUE.

Y por mí...

DON FERNANDO.

¡Qué veo, traidor!
¡Tú aquí?

DON DIEGO.

¿Quién es?

DON FERNANDO

Quien te engaña,
Don Diego, porque el que ves
Es Don Enrique de Ayala.
Y pues con ese disfraz
Le hallo escondido en tu casa,
Despues de muchas sospechas
En la mia, de que ama
A Leonor y ella le admite,
No es tiempo de callar nada,
Sino de vengarlo todo.

DON DIEGO.

Cielos, ¡qué escucho!—En tí, ingrata,
(*A Leonor.*)
Empezará mi rencor.
(*Don Juan, delante de Leonor, detiene á Don Diego*)

DON FERNANDO. (*A Don Enrique.*)

Y en tí, tirano, la saña
De mis primeras injurias.

BEATRIZ.

Félix, el honor restaura
De quien restauró mi honor.
(*Don Félix, delante de Don Enrique, detiene á Don Fernando.*)

CHACON.

Acuérdate de la plaza
De la Olivera, mujer.

BEATRIZ.

Y mas siendo los que matan
Los que me han dado la vida.

DON JUAN Y DON FÉLIX.

¿Quién vió confusiones tantas?
Deteneos.

DON FERNANDO Y DON DIEGO.

¿Qué es detenerme?

LEONOR.

Don Juan, tú mi vida ampara.

DON ENRIQUE.

¡Ah cruel! ¿Otro no habia
De quien valerte?

DON JUAN.

No hallara
Otro que pudiera hacerlo
Con presuncion mas hidalga,
Pues halla su obligacion
Donde pierde su esperanza.

DON DIEGO.

¿Cómo contra mí, Don Juan,
Despues de finezas tantas
Como vos me debeis?

DON JUAN.

Como
Con esto intento pagarlas,
Pues os doy lo que me disteis.

DON DIEGO.

Yo os dí el honor y la fama.

DON JUAN.

Yo tambien aquesa deuda
Os vuelvo en la misma paga.

DON DIEGO.

¿Y qué es?

DON JUAN.

Que hagais la desdicha
Que es precisa, voluntaria,
Y lo que calla el agravio,
No lo dirá la venganza.

DON DIEGO.

Ese consejo cayó
Sobre sangre ilustre y clara.

DON FERNANDO.

Si él fué bueno, y eso es
Lo que al admitirle falta,
¡Así fuera la intencion
Del que tu respeto agravia,
Como es su sangre! porque es
De las familias de España
Mas ilustres.

DON DIEGO.

Mal podré,
Si con mi razon me atajan,
Dejar de tomar consejo
Que di á otro.—Dale, ingrata,
(*A Leonor.*)
La mano á ese caballero;
Porque no quiero mañana,
Lo que el agravio no diga,
Que lo diga la venganza.

CHACON.

Ponle, Ines, impedimento,
Pues que con otra se casa,
Despues de casar contigo.

INES.

No estoy ahora de gracias. —
Señores, ¿que un dia que solo
Se vió á pique la criada
De casar con el galan,
Hubiese estorbo? ¡Mal haya
Mi alma y mi vida, si á nadie
Le dejare hablar palabra
En órden á que den todos
A su fortuna las gracias,
Viéndose Félix dichoso
Con su Beatriz, con su amada
Leonor Enrique, Don Juan
Con su opinion restaurada,
Don Diego con igual yerno,
Fernando con tal venganza!

TODOS.

Pues ¿qué has de hacer?

INES.

Decir sola
Yo, llena de penas y ansias,
Que aquí *El maestro de danzar*
Venturosamente acaba.

LEONOR.

No nos quitarás por eso
Que nuestras voces añadan:

TODOS.

Pidiendo á esos reales piés
El perdon de nuestras faltas.

AFECTOS DE ODIO Y AMOR.

PERSONAS.

CASIMIRO, *duque de Rusia.*
SEGISMUNDO, *príncipe de Gocia.*
FEDERICO, *príncipe de Albania.*
ARNESTO, *viejo.*
TURIN, *criado.*
ROBERTO, *criado.*
CRISTERNA, *reina de Suevia.*
AURISTELA, *hermana de Casimiro.*
LESBIA, *dama.*
FLORA, *criada.*
NISE, *criada.*
DAMAS, SOLDADOS, etc.

La accion pasa en Rusia y en varios puntos de Suevia.

JORNADA PRIMERA.

Palacio á orillas del Tánais [1].

ESCENA PRIMERA.

AURISTELA, ARNESTO; *despues*, CASIMIRO.

AURISTELA.

¿Qué hace mi hermano?

ARNESTO.

Ya es
Ociosa pregunta esa.

AURISTELA.

¿Cómo?

ARNESTO.

Como ya se sabe
Que está...

AURISTELA.

Di.

ARNESTO.

Desta manera.

(*Corre una cortina, y vese á Casimiro sentado, como llorando.*)

AURISTELA.

Retírate, y no hagas ruido;
Que pues que, sin que me sienta,
Hasta aquí llegué, he de ver
Destos canceles cubierta,
Si por dicha ó por desdicha
Es posible que algo entienda
De sus tristezas, fiando
A sus solas sus tristezas
Algun cuidado á los ojos,
O algun descuido á la lengua.

ARNESTO.

Bien podrá ser; pero mucho
Lo dudo, segun en esta
Galería, que del Tánais
Sobre la orilla se asienta,
Siempre encerrado, ni habla,
Ni ve, ni escucha, ni alienta.

AURISTELA.

Con todo eso, he de deber
A mi amor esta experiencia;
Y pues entre sí suspira,
Quiero escuchar de mas cerca.

(*Vase Arnesto.*)

ESCENA II.

AURISTELA, CASIMIRO.

CASIMIRO.

Quien tiene de qué quejarse
¡Qué mal hace si se queja!
Porque el delito del llanto
Quita el mérito á la pena.
Así yo, porque de mí
Celos mi dolor no tenga,
Aun al labio he de impedirle
Que respirar me consienta,

(*Levántase y pasea.*)

Por mas que el volcan del pecho,
Por mas que del alma el Etna,
Al aire de mis suspiros,
Fuego apague y nieve encienda.
Muera pues... ¿Mas quién aquí
Está? (*Llega junto á Auristela.*)

AURISTELA.

Yo soy.

CASIMIRO.

¡Auristela!
¿Tú en acecho á mis locuras?

AURISTELA.

¿Cuándo, Casimiro, atenta
A la pasion que te aflige,
Al dolor que te atormenta,
Pendiente no estoy de todas
Tus acciones, por si fuera
Tal vez posible inferirlas,
Para procurar ponerlas,
Si no medios que las sanen,
Alivios que las diviertan?
Y ya que hoy, mas declarada
Que otras veces, mi fineza
Me ha descubierto el acaso
Con que á esta parte te acercas,
No he de volverme, sin que
Mi fe y mi amor te merezcan
Alguna breve noticia.
Y para que te convenzas
De mi ruego ú de mi llanto,
He de usar de una cautela,
Que es ponerte en el paraje
De mi estado, porque tengas
Andado el medio camino;
Que no es poca diligencia
A quien perdido se halla,
Guiarle hasta dar con la senda.
Del tercero Casimiro
De Rusia quedaste, en tierna
Edad, sucesor, gozando
Conmigo, en la primavera
De nuestros infantes años,
La mas noble, mas suprema
Provincia del norte, pues
Siempre ceñidas las bellas
Sienes de laurel y oliva,
Es en sus dos academias
El certámen de las armas,
Y el batallon de las ciencias;
Bien que de tanto esplendor
Fué pension la antigua guerra
De aquel heredado odio
Que hay entre Rusia y Süevia,
A cuya causa, queriendo
Adolfo, su anciano César,
Gozar la ocasion de verte
Sin manejo ni experiencia
De militar disciplina,
Intentó invadir tus tierras
En tu primer posesion,
Cuyos estragos acuerdan
Desmanteladas ciudades,
En polvo y ceniza envueltas.
En esta edad fué á los dos
Ponernos en fuga fuerza,
Porque el rencor no acabase
Con la sucesion excelsa
De los coronados duques
De Rusia; y así la cuerda
Política de los jueces
Que gobernaban en nuestra
Pupilar edad, dispuso
Que yo, fiada á la inclemencia
Del Tánais, pasase á Gocia
A criarme en la tutela
De Gustavo, nuestro tio;
Y tú, porque con tu ausencia
La lealtad no peligrase,
Sin que de vista te pierdas,
Te retirases al duro
Corazon de las soberbias
Entrañas del Merque, cuyas
Nunca penetradas breñas
Fuesen tu sagrado; puesto
Que muro, que hizo defensa
Contra las fuerzas del tiempo,
¿Qué no hará contra otras fuerzas?
Dejemos en este estado,
Yo entre estrados, tú entre peñas,
Tu crianza y mi crianza;
Dejemos tambien con ella
Los asedios, los asaltos,
Las desdichas, las miserias,
Que tras sí arrastra ese horrible
Monstruo, esa sañuda fiera,
Que de solo vidas de hombres
Y caballos se alimenta;
Y vamos á que entre tanto
Terror, siendo en tu primera
Cuna, tus gorgeos las cajas,
Tus arrullos las trompetas,
Creciste tan invencible
Hijo de Marte, que apénas
Pudiste, ocupando el fuste,
Tomar el tiento á la rienda,
Ni la noticia al estribo,
Cuando calzada la espuela,
Trenzado el arnes, el asta
Blandida, empezaste, en muestra
De que eras rayo oprimido,
A herir con mayor violencia;
Bien como el que aprisionado
De tupida nube densa,
Cuanto mas tímido tarda,
Tanto mas veloz revienta.

[1] El Don.

Cinco campales batallas
Lo digan; díganlo vueltas
A tu primero dominio
Diez ciudades; y si ellas
No bastan, dígalo yo,
Que en fe de que tus fronteras
Ya resguardadas estaban,
Di á sus umbrales la vuelta;
No tanto atenta al cariño
De la patria, cuanto atenta
A no sé qué vanidad
De mi heredada nobleza;
Pues muriendo nuestro tio,
No me pareció decencia
De mi decoro durar,
Ni huéspeda ni extranjera,
En poder de Segismundo,
Jóven de tan altas prendas
Como publica la fama,
Llena de plumas y lenguas;
Mayormente cuando el vulgo,
Monstruo tambien, que de nueva
Se mantiene, dió en decir
Que sería congruencia
De todos, casar conmigo:
Cuya voz me dió mas priesa,
(¡Ah tirano!) porque cuando
Eso con mi gusto sea,
No se presuma de mí
Que fué mi casamentera
La ocasion; y así previne
Que medios y conveniencias
Se traten desde tu casa,
Porque si le admito, vean
Que es porque me pide, y no
Porque en su poder me tenga.
Pero esto ahora no es del caso;
Y así, cobrada la hebra
Al hilo de tus victorias,
A atar el discurso vuelva.
Desde aquella pues adulta
Edad vencedor, hasta esta
Jóven edad, continuadas
Las generosas empresas
De tu siempre invicto aliento,
Llegaste á la mas suprema,
Que pudo ofrecerte el culto
Desa vana deidad ciega,
Que (sean dichas ó desdichas)
Lo que empieza á dar, aumenta.
Esa última victoria
(De quien con tantas tristezas
Vuelves, debiendo volver
Con mas generosas muestras
De vencedor que vencido)
Lo publique; y pues en ella,
Empeñado á solo un trance
Todo el resto de ambas fuerzas
En aplazada batalla
De poder á poder, llegas
A coronarte triunfante
Con tan singular proeza
Como que Adolfo á tus manos
Muerto en la campaña queda,
Todas sus huestes vencidas,
Todas sus armas deshechas,
¿Qué pasion hay que te postre?
¿Qué dolor hay que te venza?
Y mas cuando á Suevia ya
Tan poca esperanza resta
Para volver sobre sí;
Pues tarde ó nunca Cristerna,
De Adolfo heredera hija,
Podrá...

CASIMIRO.

Suspende la lengua,
No la nombres, calla, calla,
No la acuerdes, cesa, cesa.
Pero ¿qué digo? ¿Qué afecto,
Comunero de mi idea,
Me amotina el vasallaje
De sentidos y potencias,
Obligándoles que rompan
Con desmandada obediencia,
La ley del silencio? ¡Oh nunca
Traidoramente halagüeña,
Hubieras, como dijiste,
Puesto á un perdido en la senda,
Porque nunca hubiera yo
Complacido á tu cautela,
Declarándome, al mirar
Cuánto de mí me enajena,
Cuánto tras sí me arrebata
Solo el nombre desa fiera!
Mas ¡ay! que al de la justicia,
¿Qué delincuente no tiembla?
Y ya (¡ay infeliz!), y ya
Que no es posible que pueda
Retractar la voz (que tiene
No sé qué cosas de piedra,
Que disparada una vez,
No hay como cobrarse vuelva),
Oye, y válgate tu maña;
Pero con tal advertencia,
Que lo que escuche el oido,
No lo ha de saber la lengua.
Despues que en contadas marchas
Adolfo y yo la ribera
Ocupamos del Danubio,
Frente haciendo de banderas,
El lo intrincado de un monte,
Yo lo inculto de una selva;
Atentos los dos á un mismo
Principio de toda buena
Disciplina militar,
Estuvimos en suspensa
Accion, procurando entrambos
Saber por sus centinelas
Los movimientos del otro:
En cuya quietud inquieta
Solo eran guerra galana
Las escaramuzas diestras.
En esta pues pausa astuta
(Porque hay precepto que enseña
Que flemática ha de ser
La cólera de la guerra)
Estábamos, cuando supe
De no sé qué espía secreta,
Que Cristerna... Pero ántes
Que llegue á hablarte en Cristerna,
Es bien que te la defina,
Porque lo que diga della
No haga novedad, sabiendo
En qué condicion se asienta.
Es Cristerna tan altiva,
Que la sobra la belleza:
¡Mira si la sobra poco
Para ser vana y soberbia!
Desde su primera infancia,
No hubo en la inculta maleza
De los montes, en la vaga
Region de los aires, fiera
Ni ave que su piel redima,
Ni que su pluma defienda,
Sin registrar unas y otras
En el dintel de sus puertas,
Ya desplumadas las alas,
Ya destroncadas las testas.
No solo pues de Diana
En la venatoria escuela
Discípula creció; pero
Aun en la altivez severa,
Con que de Vénus y Amor
El blando yugo desprecia.
No tiene príncipe el Norte
Que no la idolatre bella,
Ni príncipe tiene que
Sus esquiveces no sienta,
Diciendo que ha de quitar,
Sin que á sujetarse venga,
Del mundo el infame abuso
De que las mujeres sean
Acostumbradas vasallas
Del hombre, y que ha de ponerlas
En el absoluto imperio
De las armas y las letras.
Con esta noticia ahora
Caerá mejor lo que aquella
Espía me dijo, y fué,
Que habiendo movido levas
A un tiempo en todo su Estado,
Venia á reclutar con ellas
Las tropas de Adolfo, siendo
Su capitan ella mesma.
Yo, viendo cuánto preciso
Tan último esfuerzo era
Ser numeroso, ántes que
Todo á incorporarse venga,
Le presenté la batalla,
Dejando por la desierta
Campaña, al frondoso abrigo,
En órden mi gente puesta.
Bien quisiera él no aceptarla,
Segun tibio en la aspereza
Del monte esperó á que yo
Le embistiese dentro della
Hícelo así, y de primero
Abordo fué tal la fuerza
Del ataque, que (ganadas
Las surtidas, que habia hechas
En el recinto de algunas
Cortaduras y trincheras,
Cuya movediza broza
Era su entrada encubierta)
En desórden la vanguardia
Se puso; y una vez esta
Rota, ella misma tras sí
Llevó las demas defensas:
Con que, mezclada mi gente
Ya con la suya, en la esfera
Del cuerpo de la batalla
Adonde estaban las tiendas,
Corte de Adolfo, me hallé
Casi apoderado dellas,
Si el batallon de su guarda,
Segun las heróicas señas
De los grabados arneses,
Plumas y bandas, no hiciera,
Con desesperado empeño,
La última resistencia.
Disputábase este lance,
Cuando vimos en la sierra,
De infantes y de caballos
Coronarse la eminencia.
Reconoce su socorro
Su gente, sin que la nuestra
Por eso el teson dejase
Al avance: de manera,
Que á un mismo tiempo unas tropas
Con la oposicion se alientan;
Otras con las auxiliares
Armas, que miran tan cerca,
Se reparan; y otras viendo
A cuán buena ocasion llegan,
Aceleradas avanzan:
Entre cuyas tres violencias
Quiso, no sé si mi dicha
O mi desdicha, que hubiera
Puesto los ojos en un
Caballero, por las señas
Que de particular daba,
Coronada la cimera,
Sobre un penacho de acero,
De plumas blancas y negras.
El, no sé si con el mismo
Deseo, mas con la mesma
Accion, á mí se adelanta;
Y echadas ambas viseras,
Cala el can, y calo el can,
Y al torno de media vuelta
Con dos preguntas de fuego
Habló el plomo en dos respuestas.
Fué mas dichosa la mia,
Pues repitió al eco della:
«¡Ay de mí!» desamparando
Borren, fuste, estribo y rienda.

Pareceráte que estás
Oyendo alguna novela;
Y mas si dijese ahora
Que Adolfo, por las caderas
Del caballo, vino á dar
Casi á los piés de Cristerna,
Que entónces llegaba: pues
No, hermana, te lo parezca,
Porque tal vez hay verdades
Que parece que se inventan.
Reconoce las divisas,
Y sañudamente fiera,
Por pasar á la venganza,
No se embaraza en la ofensa.
¡Oh! ¡quién supiera pintarla!
Mas será impropiedad necia
Detenerme ahora en decir
Que (ó porque no le afligiera
La sobrevista, ó vencer
Con la ventaja mas cierta
De dejarse ver) traia
Sobre las doradas trenzas
Sola una media celada,
A la borgoñota puesta;
Una hungarina ó casaca
En dos mitades abierta,
De acero el pecho vestido
Mostraba, de cuya tela
Un tonelete, que no
Pasaba de media pierna,
Dejaba libre el batido
De la bota y de la espuela.
Esta pues nueva Tomiris,
Esta pues Floripes nueva,
Desempeñara el acaso
De la pasada tragedia,
Si al avance de su gente,
Y oposicion de la nuestra,
No se interpusiera oscura
La enmarañada tiniebla
De la noche, en cuyo espacio,
Aprovechada la tregua,
Pareció á sus generales,
Que á Fusa, primera fuerza
Defensable de su Estado,
Se retirase, y con ella
El real cadáver de Adolfo,
En cuyas aras funestas
La jurasen reina, ántes
Que, sin jurarla, pudiera
El trance de una batalla
Aventurar la obediencia,
Mayormente en reino donde
Tan poco há que fué depuesta
La Salia ley, que dejaba
Desheredadas las hembras.
Dejóse vencer forzada,
De suerte, que cuando tierna
La aurora en fe del estrago,
Sobre la teñida yerba
Salió llorando á otro dia
Granates en vez de perlas,
Hallé la campaña franca
De mil despojos cubierta,
Con que canté la victoria;
Mas con tan gran diferencia,
Como cantaria llorando,
Segun vivamente impresa
En mi ofuscada memoria
Quedó la imágen de aquella,
No sé si Vénus, ni Pálas,
Mas Pálas y Vénus era,
Tomando de una la ira,
Y de otra la belleza.
Si me persuado á que puedo
Olvidarla, accion es necia;
Loca accion, si me persuado
A que puedo merecerla:
De suerte, que yo rendido
Y ella ofendida, no queda
Otro medio á mi esperanza
Que morir de mi tristeza,
Supuesto que en dos extremos
De odio y amor, llanto y queja,
Rencor y agrado, venganza
Y piedad, dolor y ofensa,
Siendo fuerza que yo adore,
Y fuerza que ella aborrezca,
No es tratable á mis desdichas
Ni olvidarla, ni quererla.

AURISTELA.

Aunque tan extraños son
Los sucesos que me cuentas,
Yo no he de rendirme á que
Mas esperanzas no tengan;
Por cuanto pudiera ser
Que esos afectos abrieran
El paso á una universal
Paz hoy del Norte.

CASIMIRO.

Aunque sea
Forzado consuelo, basta
Pensar que consuelo sea
Para que el alma le estime.

ESCENA III.

ROBERTO. — AURISTELA, CASIMIRO.

ROBERTO.

Un soldado, por las señas
Deste anillo, dice que
Le dés de hablarte licencia.

CASIMIRO.

Dile que entre. — Este soldado
Es el espía, Auristela,
De quien sé cuanto allá pasa.

ROBERTO.

(*Ap.* No alabes la diligencia;
Que tampoco falta aquí
Quien dé allá de todo cuenta. (*Vase.*)
(*Dentro.*) Tomad, y llegad, soldado.

ESCENA IV.

TURIN. — AURISTELA, CASIMIRO.

TURIN.

Dame tus piés.

CASIMIRO.

Con bien vengas.
Llega á mis brazos.

TURIN.

No creo...

CASIMIRO.

¿Qué?

TURIN.

Que merecen las nuevas
Que traigo, ese porte.

CASIMIRO

¿Pues
Qué hay? qué dudas? qué recelas?
Habla, que mi hermana puede
Oir cuanto decir quieras.

TURIN.

Yo lo agradezco, porqué
Tambien le toca á su Alteza
Mucha parte en mis noticias.

AURISTELA.

¿A mí?

TURIN.

Sí.

AURISTELA.

¿Cómo?

TURIN.

Oye atenta.
Despues que á Fusa, señor,
Retiró el campo Cristerna,
Y que al cadáver de Adolfo
Se hicieron reales exequias,
Mezclando á un tiempo el Estado
Dos acciones tan diversas
Como fúnebre y festiva,
Allí la juró por reina.
Apénas miró en su frente
La corona, cuando puesta
En pié, la mano en la espada,
Dijo en voz desta manera:
«Yo Cristerna, á quien leal
Admite y jura Süevia,
Como á legítima hija
De Adolfo, acepto la herencia,
No tanto del reino, cuanto
Del dolor de su tragedia;
Y así hago pleito homenaje
Sobre estas aras sangrienta
De no darle sepultura,
Hasta que vengada vea
Lavar su sangre con sangre
Del agresor de la ofensa;
Y aunque nunca al matrimonio
Di plática, porque vea
El mundo cuánto tras sí
Esta esperanza me lleva,
Mi mano le ofrezco al noble
Que le mate ó que le prenda;
Y al no noble, cuantos puestos,
Mercedes y honras pretenda.
Y porque otras veces vieron
Los teatros de la guerra
Ser el delincuente mismo
El que se entregue, á cautela
De ser él el perdonado;
Para que esto no acontezca,
A Casimiro, de Rusia
Duque, excepto, porque sepa
Que no le valdrá, cerrando
A lo ya visto la puerta.»
Hasta aquí, señor, contigo
Mi noticia habló; ahora entra
Lo que á Auristela le toca;
Y es, que á este tiempo en la iglesia,
De Segismundo de Gocia
Entró en busca de Cristerna
Un embajador, pidiendo
De paz paso por sus tierras
(Que ya se ve, que está en medio
De Gocia y Rusia Süevia),
Para venir en persona
A casar con Auristela,
Y llevarla por su Estado.
A que respondió soberbia
Que se fuese, que no habia
De venir en conveniencia
Alguna de Rusia; y él
Prosiguió, al verla resuelta:
«Que supiese que traia
Orden, si el paso le niegan,
Para intimar que las armas
Tomarian la licencia
Que ella negase». Con que
Otra vez en arma puesta
Queda Cristerna en campaña,
Al ver que ya sus fronteras
Va ocupando Segismundo.

AURISTELA.

¡Famosa ocasion es esta
Para acabar de una vez
Los dos con toda Süevia,
Divirtiendo por estotra
Parte tú!

CASIMIRO.

Bien me aconsejas
A la razon de mi Estado,
No á la razon de mi pena;
Porque ¿cómo puedo yo,
Si de mi afecto te acuerdas,
Añadir contra mi afecto

Ceño á ceño, queja á queja,
Ira á ira, agravio á agravio,
Daño á daño y fuerza á fuerza?

AURISTELA.

Viendo...

CASIMIRO.

¿Qué?

AURISTELA.

Que una pasion
No ha de abandonar la eterna
Fama de un heróico pecho,
Y mas cuando el que se arriesga,
Es por honrarse contigo.
¿Pero cómo hablo yo en esta
Persuasion? Tú eres quien eres,
Y harás, como el serio acuerda,
Siempre lo mejor. El cielo
Te guarde. (*Ap.* Que á mi en mis quejas
Me basta, que Segismundo
Tan fino á buscarme venga.) (*Vase.*)

ESCENA V

CASIMIRO, TURIN.

CASIMIRO.

En fin, Turin, ¿que la blanca
Mano désa hermosa fiera
Es la talla de mi vida?

TURIN.

¡Ah! verás lo que te precia,
Pues es su reino y su mano
El premio de tu cabeza!

CASIMIRO.

¿Y en fin, porque yo no valga
Lo que yo valgo, me excepta
A mí de mí?

TURIN.

Fué forzoso.

CASIMIRO.

¿Cómo?

TURIN.

Como si no hiciera
Esto, en un instante estaba
Acabada la comedia.
Y yo me holgara, por ver
Una deste autor pequeña.

CASIMIRO.

¡Pues vive Dios que he de ver,
Ya que ese paso me cierran,
Si sé abrir otro á mis ansias!
Ven, Turin, conmigo. Ciega
Imaginacion de un loco,
Si sales con lo que intentas,
Preven al grande teatro
Del mundo que cuando vea
La mas rara, mas extraña,
Mas caprichosa, mas nueva
Locura de amor que pudo
Ganar nombre de fineza,
No la censure; porqué
Si novedades no hubiera,
La admiracion se quedara
Inútil al mundo: fuera
De que no es gran novedad
Que un desdichado pretenda
Ganar un alma por armas,
Ya que por armas la pierda.

Acampamento de Cristerna.

ESCENA VI

Tocan cajas y trompetas, y salen LESBIA, FLORA, NISE Y DAMAS *con plumas y espadas, y detras* CRISTERNA *con bengala, vestidas todas de negro.*

CRISTERNA.

En tanto que enamorado
Segismundo á romper llega
Paso, que en mi Estado niega
La misma razon de Estado,
Por haber considerado
Que no me puede estar bien
Que Rusia y Gocia se dén
La mano, y mas penetrando
Mis plazas, viendo y notando
De qué calidad estén;
Quiero empezar á mostrar
Si tiene ó no la mujer
Ingenio para aprender,
Juicio para gobernar
Y valor para lidiar.
Y así, porque no presuma
Suevia que ciencia tan suma,
Quien la publica la ignora,
Me ha de ver tomando, ahora
La espada, y ahora la pluma.
Veme pues, Lesbia, leyendo,
Miéntras no se acercan mas
Las tropas, que estoy detras
De aquella montaña viendo,
Esas leyes que pretendo
Poner en mi monarquía.
Que si de noche escribia
César lo que de dia obraba,
Yo, miéntras el dia no acaba,
Aun no he de perder el dia.
(*Toma Lesbia un libro.*)

LESBIA. (*Lee.*)

«Nuevas leyes, que Cristerna,
»Reina de Süevia, manda
»Promulgar en sus estados.

CRISTERNA.

Di, por si hallo en qué enmendarlas.

LESBIA. (*Lee.*)

»Primeramente, aunque hoy
»En Süevia no se guarda
»La Salia ley que dispuso,
»Con las mujeres tirana,
»Que las mujeres no hereden
»Reinos, aunque únicas nazcan;
»Con todo eso, porque nunca
»Recurso en su Estado haya
»De que en ningun tiempo pudo
»Ni admitirla ni guardarla,
»Manda, no solo se borre
»De sus libros y sus tablas,
»Pero que á voz de pregon,
»Y á son de trompas y cajas,
»Se dé por traidor á toda
»La naturaleza humana
»Al primer legislador,
»Que aborreció las entrañas
»Tanto en que anduvo, que quiso
»Del mayor honor privarlas.

CRISTERNA.

Digno castigo á un ingrato,
Dar su doctrina por falsa,
Que ser ingrato y ser justo
Son dos cosas muy contrarias.
Di adelante.

LESBIA. (*Lee.*)

»Y porque vean
»Los hombres que si se atrasan
»Las mujeres en valor
»E ingenio, ellos son la causa,
»Pues ellos son quien las quita
»De miedo libros y espadas,
»Dispone que la mujer
»Que se aplicare, inclinada
»Al estudio de las letras
»O al manejo de las armas,
»Sea admitida á los puestos
»Públicos, siendo en su patria
»Capaz del honor, que en guerra
»Y paz mas al hombre ensalza.

CRISTERNA.

Si el mérito debe dar
Los premios, y este se halla
En la mujer, ¿por qué el serio
El mérito ha de quitarla?
¿No vió Roma en sus estrados,
No vió Grecia en sus campañas
Mujeres alegar leyes,
Mujeres vencer batallas?
Pues lidien y estudien; que
Ser valientes y ser sabias
Es accion del alma, y no es
Hombre ni mujer el alma.

LESBIA. (*Lee.*)

»Y en tanto que esta experiencia
»En su favor se declara,
»Manda tambien que se borren
»Duelos, que notan de infamia
»Al marido que sin culpa
»Desdichado es por desgracia.

CRISTERNA.

Esta es la mas justa ley
Que previno mi alabanza.
Hombre, si por ser inútil
La mujer, no la fias nada,
¿Cómo todo se lo fias,
Puesto que el honor la encargas?
¡Bueno es que quieras que no
Tenga ingenio ó valor para
Darte honra por sí, y por sí
Los tenga para quitarla!
O pueda darla, ó no pueda
Perderla. Di.

LESBIA. (*Lee.*)

»Item, declara,
»Porque no en todo parezca
»Que á la mujer adelanta,
»Que la que desigualmente
»Se casare enamorada,
»En desdoro de su sangre,
»Lustre, honor, crédito y fama,
»Sea comprendida en pena
»Capital, sin que le valga
»De amor la necia disculpa.»

CRISTERNA.

En bronce esa ley estampa;
Que han de saber que el amor
No es disculpa para nada.
Porque ¿qué es amor? ¿Es mas
Que una ciega ilusion vana,
Que vence, porque yo quiero
Que venza? Di... Pero aguarda.
(*Suena dentro ruido.*)
¿Qué caballero es aquel
Que de una albanesa alfana
A nuestra vista se apea?

LESBIA.

Como huéspeda en tu patria
Ha tan pocos dias que vivo,
De tu piedad amparada,
A nadie conozco en ella.
Mas él, pues que ya se aparta
De la bien lucida tropa
Que de convoy le acompaña,
Dirá quién es.

ESCENA VII.

FEDERICO. — DICHAS.

FEDERICO.

Si merece,
No digo besar tus plantas,
Mas de la tierra que pisan
La ménos impresa estampa,
Un nuevo soldado tuyo,
Permítele que en las varias
Flores que tu pié guarnecen
A cuenta de que las aja,
Poner los labios merezca.

CRISTERNA.

Del suelo, jóven, levanta,
Y sepa quién eres: no
Pueda nunca la ignorancia
Aventurarme el estilo.
(*Hácense reverencias, y cúbrese.*)

FEDERICO.

Federico soy, de Albania
Príncipe heredero. Habiendo
Oido que alista la fama
Gente en tu servicio, no
Solo en favor de la saña
Que con Casimiro engendra
Aquella infeliz desgracia,
Sino contra la invasion
De Segismundo, en demanda
De hacerle paso en tu Estado;
Vengo, auxiliar á tus armas,
A servirte aventurero
Con naves y con escuadras,
Que verá Gocia en sus puertos,
Verá Rusia en sus campañas,
El dia que tu licencia
Tengan, dignamente vanas
De militar á tu órden;
Sin que el conducirlas haga
Consecuencia para que
Presumas que es confianza
De que vengo á merecer
Tanto triunfo, dicha tanta
Como tu mano promete
Al que logre tu venganza;
Porque solo á servir vengo,
Sin que el sagrado me valga
De que á vista del peligro
No es grosera la esperanza.

CRISTERNA.

Dos veces agradecida,
Príncipe, á vuestra bizarra
Accion, una en el socorro,
Y otra en la desconfianza
Con que le ofreceis, no sé
A cuál primero obligada
Deba responder primero;
Y ya que no puedo á entrambas,
A lo ménos sospechosa,
Que ahora responda, basta.
Vos seais muy bien venido;
Y pues es justo que añada
Yo al sueldo de aventurero
Alguna noble ventaja
Digna de vos, esta es,
Federico, la bengala
De general de mis tropas.

FEDERICO.

Otra vez beso tus plantas,
Y otra y mil veces en ellas
Acepto merced tan alta,
Por lo que fio de mí
Que sabré desempeñarla
Con el alma y con la vida.
(*Dentro una trompeta.*)

CRISTERNA.

Quién de vos... Mas ¿qué bastarda
Trompa es aquella?

FLORA.

Un trompeta,
Que de las góticas armas
De Segismundo guarnece
La banderola y casaca,
Llamada de paz ha hecho.

CRISTERNA.

Responded á la llamada;
Que escuchar al enemigo
Siempre ha sido de importancia.
(*Otra trompeta.*)

NISE.

Ya con el seguro un jóven,
Que vino en su retaguardia,
Se apea, y hácia aquí viene.

LESBIA.

Antes que llegue...

CRISTERNA.

¿Qué tratas?

LESBIA.

Óyeme aparte. Ya sabes
Que mi padre en la embajada
De Gocia murió, y que yo
Sirviendo quedé de dama
A Auristela, que á este tiempo
En Gocia huéspeda estaba,
De cuya corte mis deudos
Me trajeron a tu casa.

CRISTERNA.

Sí; ¿mas qué importa eso ahora?

LESBIA.

Que sepas, si no me engaña
La vista, que el gentilhombre
Que llega en fe de la salva
Del seguro que le has dado,
Es...

CRISTERNA.

¿Quién?

LESBIA.

Segismundo.

CRISTERNA.

Calla,
Y pues no puedo prenderle,
Hecha ya la salvaguardia,
No te dés por entendida.

LESBIA.

No haré. (*Ap.* Y ántes retirada
Excusaré que me vea,
Por no despertar la rabia
De sus pasados desprecios.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SEGISMUNDO, UN TROMPETA. — CRISTERNA, FEDERICO, FLORA, NISE, DAMAS.

SEGISMUNDO.

Pues divinamente humana
Permites que tus piés bese,
No liberalmente escasa,
A quien ya logró esta dicha,
La mano niegues.

CRISTERNA.

Levanta,
Y la ocasion que te trae
Di, y no mas.

SEGISMUNDO.

Oye, y sabrásla.
Segismundo, señora,
Que humilde el eco de tu nombre adora,
Romper contigo siente
La paz que immemorial guardó pruden-
Su vecindad en amigable trato; [te
Y porque nunca baldonar de ingrato
Puedas su estilo, el fin de lo que intenta
Segunda vez por mí te representa.
Dice pues, que su prima
Auristela, deidad que amante estima,
Fué desde su primera
Edad el punto, el término, la esfera
De toda su esperanza:
Tan desde su crianza
Niño amó, que hasta hoy no se ha acor-
Haber vivido, sin haber amado. [dado
A este primer empeño
Añade que juzgándose ya dueño
De igual correspondencia,
La posesion le malogró la ausencia:
La causa, de otros visos honestada,
(Porque no quiere recatarte nada)
Te dice (que pretende
Satisfacer, que tu amistad no ofende)
No fué, como sin duda habrás oido,
Querer su pundonor desvanecido
Casar desde su casa,
Sino querer, si á otro sentido pasa,
Castigar no sé qué vanos recelos,
Que á no ser suyos, los llamara celos,
Con que turbó la paz en que vivia
Una traidora fe que la servia,
Fingiendo (bien se deja su cuidado
Adivinar) que della enamorado,
(¿Mas qué no hará quejosa una hermo-
Su favor pretendia. ¡Qué locura! [sura?)
Con este sentimiento,
Sin bastar nada á disuadir su intento,
Dejó á otra luz burlada su fineza;
Mas ¿qué no hará querida una belleza?
¡Oh mujer, siempre hechizo de la vida,
O amada estés, ó estés aborrecida!
Esto me dió licencia de decirte
Como público ya, por persuadirte
A que atiendas que vive en un estado,
Que ella celosa, y él enamorado,
No hay otro medio de satisfacella,
Que vea que en persona va por ella.
Y siendo así que no hay quilla que hoy
[corte
Los helados carámbanos del Norte,
Ni tropa que se acerque
Al erizado ceño con que el Merque,
Mas que el Tánais helado,
Le impiden el rodeo, pues cerrado
Uno y otro horizonte,
Peñasco el golfo es, piélago el monte,
Te pide que á su amor compadecida
(Pues no es su amor quien te dejó ofen-
Y entre iguales señores [dida,
Suelen lidiar corteses los rencores;
Que una cosa es la saña,
Y otra la urbanidad de la campaña)
O que pasar le dejes
Con su familia sola, ó no te quejes,
Si amante...

CRISTERNA.

No prosigas, [obligas;
Que mas me ofendes, cuanto mas me
Pues cuando mi rencor, mi ira no fuera
Tal, que tambien á él le comprendiera,
Y mas oyendo ahora
Cuánto la sangre que aborrezco adora;
Solo por ser como es su intencion rara
Trance de amor, el paso le negara.
Demas que, ya su gente
A mi vista, otorgar no me es decente
Lo que negué primero;
Que á la tez del acero
Asentar su color la cortesía,
No es mas que una afectada cobardía.
Y así dile que intente

Pasar, porque en mi espíritu valiente
Nunca ha de hallar mas conveniencia
[que esta.

SEGISMUNDO.

Pésame de llevarle esa respuesta,
Que sé la ha de sentir por ser contigo
La guerra; que si fuera otro enemigo
Que una dama no fuera,
Ni aun esta salva juzgo yo que hiciera.

FEDERICO.

Pues porque ese consuelo
No es bien que falte á tan amante duelo,
Dirásle de mi parte
Que dejando lo Adónis por lo Marte,
Podrá intentar tan generoso afeto,
Absolviendo el escrúpulo al respeto;
Pues ya Cristerna bella
No mantiene el rencor de su querella,
Sino un soldado aventurero suyo.

SEGISMUNDO.

Huélgome de saberlo, y si es que arguyo
Que eres tú quien á tanto te prefieres,
¿Quién le diré que eres?

FEDERICO.

Porque sé que el empeño
Crece á sombra del nombre de su due-
Federico de Albania soy. [ño,

SEGISMUNDO. (*Hácele cortesía.*)

Estimo
El conocerte; y porque veas que animo
De parte de mi rey el generoso
Valor, con que enemigo tan glorioso
Mas aplaudido hará su vencimiento,
Desde luego á los dos...

LOS DOS.

Di.

SEGISMUNDO.

Os represento,
Por el puesto que aquí suplo en su au-
A ti la lid, á ti esta reverencia, [sencia,
Como en albricias que á esas nuevas de-
[bo.
Y porque sepan qué respuesta llevo
Antes que llegue, y que la guerra aceta
Quien Cristerna no es, toca, trompeta,
En vez de salva ya, con voz mas clara,
La botasela, el monta y la tarara.

FEDERICO.

En la lid nos verémos.

(*Vase Segismundo con el trompeta.*)

ESCENA IX.

CRISTERNA, FEDERICO, FLORA, NISE, DAMAS.

CRISTERNA.

Yo tambien; que corteses tus extremos
No han de atajar mi brio.
Y pues mis armas á tu acuerdo fio,
Ve á poner el ejército en batalla;
Que batiendo la estrada, á asegurarla
Yo con la guarda voy. Dadme un caballo.
(*Vase.*)

FEDERICO. [Ho!

Amor, ¡en buenos dos empeños me ha-
Uno el de aquel bosquejo, aquel dibujo,
Que con Cristerna á merecer me trujo,
En fe de la esperanza
De que pueda ser mia su venganza,
Y otro del cargo en que este honor me
[ha puesto.
¿Pero qué duda el que á cumplir dis-
[puesto
Su obligacion, dentro del pecho encier-
Amor y honor? [ra

(*Tocan cajas y clarines dentro.*)

Voces dentro.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

FEDERICO.

Y pues apénas el campo
De Segismundo oyó el eco
De toques de guerra cuando
Desciende en buen orden puesto,
Y ella, batiendo la estrada
Marcha ya, en su seguimiento
Iré. Amor, pues que te precias
De amante y soldado, siendo
Hijo de Vénus y Marte,
Mira que dice este acento...

Voces dentro.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

FEDERICO.

Pon á tu cuenta mi riesgo.

(*Vase, y fíngese dentro la batalla.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Segismundo, viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Cristerna!

ESCENA X.

CASIMIRO, *vestido de soldado pobre*, Y TURIN; SOLDADOS, *dentro.*

CASIMIRO.

A buen tiempo
Hemos llegado.

TURIN.

¿Qué llamas
Buen tiempo, señor, si vemos
Llover entre nubes de humo
Granizo de plomo el cierzo?

CASIMIRO.

¿Pues á qué mejor, si es esa
La pretension con que vengo?

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Segismundo!

(*Las cajas.*)

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva
Cristerna!

TURIN.

Advierte, te ruego,
Si hallarte con Segismundo
En esta accion es tu intento,
Que no vas bien, porque está
De Cristerna el campo en medio.

CASIMIRO.

¡Ay Turin, cuán al contrario
Has discurrido! que ciego
Vengo á servir á Cristerna
Contra Segismundo.

TURIN.

Presto
Empiezas á ser cuñado.
¡Qué dices!

CASIMIRO.

Que ver deseo
Si es verdad que la fortuna
Ayuda al atrevimiento.
¡Vive Dios, ó sea locura,
O capricho, ó devaneo,
Que he de ver si valgo yo
Con ella mas que yo mesmo!
Y pues, en fe de que sabes
Lengua y pais, te prefiero
A tantos nobles vasallos,
No hay que encargarte el secreto
De quién soy, puesto que en traje
Pobre, humilde y extranjero,
Nadie habrá que me conozca.

TURIN.

Y allá, en echándote ménos,
¿Qué han de pensar que te hiciste?

CASIMIRO.

Eso ha de decirlo el tiempo.
Y ahora, pues ves que ya empiezan
A repartirse los puestos,
Pues que ya los batidores
Han atacado el encuentro,
Pasemos á la vanguardia;
Que hoy, si amor me ayuda, entiendo
Señalarme tanto, que
O quede triunfante, ó muerto.

TURIN.

Aténgome á lo segundo.

CRISTERNA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí infeliz!

ESCENA XI.

CRISTERNA, *dentro.*—DICHOS.

(*Cajas y ruido grande dentro.*)

CASIMIRO.

¿Qué es esto?

TURIN.

Que, herido el caballo, viene
De aquel ribazo cayendo
Una mujer.

CASIMIRO.

Y tras ella,
Volante escuadron pequeño
De infantería, ó matarla,
O prenderla intenta.

TURIN.

¿Y eso
Qué te importa á ti?

CASIMIRO.

¿No basta
Ser mujer?

TURIN.

Advierte...

ESCENA XII.

CRISTERNA, *cayendo; algunos* SOLDADOS *tras ella, y despues* SEGISMUNDO.—CASIMIRO, TURIN.

CRISTERNA.

¡Cielos,
Dadme favor!

SOLDADO 1.°

A prision
Te da.

SEGISMUNDO.

Apartáos, deteneos,
Que á reales personas solo
Las rinden los rendimientos.—
Vuestra Majestad...

CASIMIRO. (*Ap.*)

Qué escucho!

SEGISMUNDO.

Ya que Segismundo puedo
Hablar, y no embajador,
Vuelto á la vaina el acero,
Se dé á prision; pues ya ve
Que son iguales sucesos
Trances de guerra y fortuna.

CRISTERNA.

Preciso es obedecerlos.
Y pues son fortuna y guerra
Monstruos mantenidos desto,
Muera á su horror.

CASIMIRO. (*Acometiendo á Segismundo.*)

Eso no,
Sin que yo muera primero.—
(*A Cristerna.*)
Cobra un caballo, entre tanto
Que yo tu vida defiendo.

SEGISMUNDO.

Loco, ¿contra tantos, cómo
Posible es?

CASIMIRO.

Como mi intento
Solo es de morir matando.

CRISTERNA.

Y el mio tambien.

ESCENA XIII.

DICHOS.—FEDERICO, *dentro.*

Llegad presto,
Que está en peligro su vida.

UN SOLDADO. (*A Segismundo.*)

Cargando con todo el grueso,
Señor, su ejército avanza
Sobre nosotros, á tiempo
Que apartado de tu gente
Te hallas.

SEGISMUNDO.

¿Qué soldado, ¡cielos!
Es este, que ha embarazado
El mas glorioso trofeo?

TURIN. (*Ap.*)

¿Quién le pudiera decir
Que un cuñado ántes de serlo?

ESCENA XIV.

FEDERICO, SOLDADOS. — DICHOS.

FEDERICO.

¡Muera Segismundo, y viva
Cristerna!

TURIN.

(*Ap.* Aquí entro yo.) ¡A ellos!

UN SOLDADO. (*A Segismundo.*)

Forzoso es que te retires,
Hasta llegar á los nuestros.

SEGISMUNDO.

¡Notable ocasion perdí!
(*Vanse Segismundo y sus soldados.*)

CASIMIRO. (*Ap.*)

Pues aun yo no estoy contento.
Mas adelante, fortuna,
Pase tu valor, si es cierto
Que dar uno, es deber otro. (*Vase.*)

FEDERICO.

Ya que llegué á tan buen tiempo,
Miéntras un caballo cobras,
Dime, señora, ¿qué es esto?
(*Tocan cajas y trompetas.*)

CRISTERNA.

Despues lo sabréis. Ahora
Socorred, socorred presto
Aquel soldado, á quien vida,
Honor y libertad debo;
Aquel de la roja banda,
Que desesperado en medio
De todos lidia hasta que
Cara á cara, y cuerpo á cuerpo,
Con Segismundo á los brazos
Llega. ¿Pero qué os aliento
En su socorro (¡ay de mí!)
Si en su misma sangre envuelto,
Con él despeñar se deja
Del monte?

ESCENA XV.

CASIMIRO, SEGISMUNDO.—DICHOS.

CASIMIRO Y SEGISMUNDO. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

Voces.

¡Viva Cristerna!

TURIN.

¡Victoria
Por los mas!
(*Bajan abrazados Segismundo y Casimiro, y este ensangrentado.*)

CRISTERNA.

¿Qué es esto?

CASIMIRO.

Esto
Es ser persona que hago,
Y persona que padezco.
A tus plantas ¡ay de mí!
Casi en el último aliento
De mi vida, la persona
De Segismundo te ofrezco,
Con la victoria de ver,
Cuando con él me despeño,
Que ha desmayado su gente,
Y la tuya en seguimiento
Suyo... si... Mas cuando yo...
Proseguir ni alentar puedo.
¡Felice quien dió la vida
En tu servicio! (*Cae desmayado.*)

CRISTERNA. (*A Segismundo.*)

Pues estos
Trances de guerra y fortuna
Son, en la vaina el acero
(Que á reales personas solo
Las rinden los rendimientos),
Os dad á prision, pues veis
Que á vista de igual suceso
Se retira vuestro campo
Desbaratado y deshecho.

TURIN. (*Ap.*)

¿No fuera bueno ponerme
Ahora á su lado diciendo:
«Huye, miéntras yo te amparo?»
¿Mas quién me mete á mí en eso?

SEGISMUNDO.

Muy descortes mi desdicha
Fuera en mostrar sentimiento
(Ya que prisionero soy)
En serlo, señora, vuestro.

CRISTERNA.

Mio no, de Federico
Sí, que es de mis armas dueño.—
Llevadle vos donde tenga (*A Federico.*)
Digna prision, miéntras yendo
A la corte, lo es la torre
Del Homenaje.

FEDERICO.

En mi mesmo
Alojamiento tendréis
Quien os sirva.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Quién vió, ¡cielos!
De la dicha á la desdicha
Pasar á nadie tan presto?
(*Vanse Federico, Segismundo y soldados.*)

CRISTERNA.

Si ha muerto, mirad vosotros,
Ese soldado.

TURIN.

Aun no ha muerto;
Que con mas vidas que un gato,
Está vivo como un perro.
(*Ap.* Calle quién es y quién soy.)

CRISTERNA.

Pues retiradle, advirtiendo
(Ya que en siguiendo el alcance,
Volver á la corte intento)
Que en mi tienda de campaña
Se cure con los remedios
Que si fueran para mí;
Porque mas su vida precio
Que prisionero y victoria.
(*Levantan los soldados á Casimiro, y vuelve en sí.*)

CASIMIRO.

Pues con razones no puedo,
Tan grande favor, señora,
Con el alma os agradezco.

CRISTERNA.

Id, cuidad de vuestra vida;
Que en vos, si vivis, espero
Vengarme de Casimiro.

CASIMIRO.

Yo de mi parte os lo ofrezco.

CRISTERNA.

Yo lo acepto de mi parte.

TURIN. (*Ap.*)

Mucho hay que decir en eso.
¡Válgate Dios por novela!
¿En qué ha de parar tu enredo?

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por ventura,
Qué poco gozarte espero!

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por soldado,
En qué obligacion me has puesto!

JORNADA SEGUNDA.

Jardin en la corte de Suevia.

ESCENA PRIMERA.

CASIMIRO, TURIN.

TURIN.

¿Donde, de tantas heridas
Apénas convalecido,
Vienes, señor?

CASIMIRO.

Si á Cristerna
En tantos dias no he visto,
Puesto que en su ausencia muero,
¿Para qué en su ausencia vivo?
A verla vengo, Turin,
Ya que, para hablarla, he oido
Que á cualquier hora al soldado
Audiencia da.

TURIN.

Si ese ha sido
Tu intento, á buen tiempo llegas;
Que ella al apacible sitio
Deste jardin, donde dicen
Que suele andar de contínuo,
Leyendo una carta sale.

CASIMIRO.

Pues retírate conmigo,
Hasta que acabe de leérla;
Que no es cortesano estilo
Llegar estando leyendo.

ESCENA II.

CRISTERNA, *leyendo una carta.* — CASIMIRO, TURIN.

CRISTERNA. (*Lee.*)

«Desde el dia que supimos,
»Señora, aquel homenaje,
»Que vuestra Majestad hizo,
»Con tan grande premio á quien
»Se le diere muerto ó vivo,
»Ni vivo ni muerto dél
»Se sabe.»

CASIMIRO. (*Ap. á él.*)

Turin, ¿has visto
Mas soberano, mas bello,
Mas hermoso, mas divino
Sugeto?

TURIN.

Infinitas veces.

CASIMIRO.

¡Mal hayas tú!

CRISTERNA. (*Lee.*)

«Varios juicios
»Se han hecho en su ausencia; pero
»El que corre mas valido
»Es, que una melancolía,
»Que potencias y sentidos
»Le tenia perturbados,
»Pasándose á ser delirio,
»Debió de precipitarle
»Desde una galería al rio,
»Donde se encerraba á solas.»
Con justa razon admiro
Tan gran novedad. Mas luego
Discurriré; ahora prosigo. (*Lee.*)

CASIMIRO.

Con gusto, que lé parece,
La carta.

TURIN.

No se le envidio,
Si ha de responder á ella.

CASIMIRO.

¿Por qué?

TURIN.

Porque el que recibo
Cuando alguna carta leo,
Le pago cuando la escribo.

CRISTERNA. (*Lee.*)

«Auristela, que en su ausencia
»Tiene de Rusia el dominio,
»Sabiendo que Segismundo
»A ser prisionero vino
»De tus armas, siendo ella
»Desa fineza motivo,
»A ponerle en libertad
»Marcha, y hoy en tus distritos
»Harán alto sus banderas.»

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Qué aire! qué beldad! qué brio!
¡Feliz quien compró esta dicha
A costa de aquel peligro!

TURIN.

Pues á ese precio en la feria
Habrá lances infinitos.

CRISTERNA. (*Lee.*)

«Pero apénas llegará,
»Cuando yo, que leal te sirvo,
»Como pongas en la raya
»Emboscados y escondidos
»En sus malezas algunos
»Soldados, con un caudillo
»De satisfaccion, haré
»Que de una seña advertido,
»Que será una banda blanca,
»Pueda carearse conmigo;
»Y dándole nombre, seña
»Y contraseña, atrevidos
»Llegar á su tienda, donde
»La noche haciendo su oficio,
»O la prendan ó la maten.»
Ahora, discurso mio,
En tantos, en tan extraños
Casos, como cifrar miro
Lo breve deste papel,
Discurramos.

CASIMIRO. (*Ap. á Turin.*)

Ya ha leido.

TURIN.

Llega pues. (*Ap. á su amo.*)

CASIMIRO. (*Ap.*)

Un monte muevo
En cada planta que animo. (*Acércase.*)

CRISTERNA.

¡Casimiro, desde el dia
Que supo que vengativo
Mi rencor ha de buscarle,
No parecer! ¿Si habrá sido
Ardid y cautela?

CASIMIRO.

Sí...

CRISTERNA.

¿Qué oráculo ha respondido?

CASIMIRO.

Si á la deidad del milagro
Llevar debe agradecido
La tabla de la tormenta
El náufrago peregrino,
Bien yo á tus aras, señora,
En piadoso sacrificio,
Pues vida y alma te debo,
La alma y la vida te rindo.

CRISTERNA.

(*Ap.* Acaso ha sido: suspenda
De mis discursos el juicio.)
Mucho me huelgo de veros;
Que vuestra persona estimo
Mas (ya lo dije, y ahora
Vuelvo de nuevo á decirlo)
Que victoria y prisionero.

CASIMIRO.

Bien un cortesano dijo
Que nunca á los reyes falta
Caudal de premiar servicios.

CRISTERNA.

¿Cómo?

CASIMIRO.

Como premian solo
Con dejarse ver benignos.

CRISTERNA.

Con todo eso, hay otros premios
Que dén del poder indicio.

CASIMIRO.

Serán mas acomodados,
Mas no serán mas bien vistos.

CRISTERNA.

Bien es que se dén la mano
Honores y beneficios.

CASIMIRO.

Sí; pero siempre, señora,
Lo mas digno es lo mas digno.

CRISTERNA.

Pues porque lo logre todo
Quien todo lo ha merecido,
¿En qué compañía, en qué tercio
Servís? ¿Qué puesto, qué oficio
En mi ejército teneis?

CASIMIRO.

Yo soy tan recien venido,
Que oficio, puesto ni plaza
Tengo; pues apénas piso
Vuestro, para mí extranjero
País, cuando el hado previno
Mostrar que á serviros vengo,
Con que empezase á serviros.

CRISTERNA.

¿De qué nacion sois?

CASIMIRO.

La banda,
Creí que os lo hubiera dicho.
Vasallo de España soy,
Borgoña es mi patrio nido.

CRISTERNA.

¿Sois noble en ella?

CASIMIRO.

No sé.

CRISTERNA.

¿Eso ignorais?

CASIMIRO.

Es preciso.

CRISTERNA.

¿Cómo?

CASIMIRO.

Como nunca el pobre
Es, ni bien, ni mal nacido;
Bien, porque otro ha de dudarlo,
Mal, porque él no ha de decirlo.
Un soldado de fortuna
Soy, no mas, que peregrino
Vengo buscando la guerra,
Sin mas favor, mas arrimo,
Mas lustre ni mas caudal,
Que esta espada, de quien fio
Que ella ha de decir quién soy,
Si es que el enigma no olvido
Del sabio que preguntó
¿Quién despues de haber nacido
Habia engendrado á sus padres?
Y otro «el soldado» le dijo;
Que los padres del soldado
Solo son sus hechos mismos,
Con tan gran novedad como
Nacer primero los hijos.

CRISTERNA.

¿El nombre?

CASIMIRO.

Soldado soy:
Sangre, nombre y apellido
A esto se reduce todo.

CRISTERNA.

Segunda vez os estimo
(Ya que buscando la guerra
Venís, como me habeis dicho)
Que mis armas eligiéseis,
Y no las de Casimiro
O Segismundo.

CASIMIRO.

¿Quién tuvo
En su mano su albedrío,
Que lo mejor no eligiese?

CRISTERNA.

¿Y es lo mejor el partido
De quien en medio de dos
Poderosos enemigos
Sitiada está?

CASIMIRO.

Sí, señora
(Y perdonad el estilo,
Si á privilegios de reina
Los de mujer anticipo);
Porque solo el ser mujer
Trae una carta consigo

Tan de favor, que no hay hombre
Con quien no hable el sobrescrito.
Servir por inclinacion
Es tan mañoso artificio,
Que de la penalidad
Sabe labrarse el alivio.
Y cuando reina no fuerais,
Y reina de quien he oido
Por vuestro ingenio milagros,
Por vuestro valor prodigios;
Solo por mujer, señora,
Libre una vez en mi arbitrio,
Os eligiera por dueño;
Que tiene casi divino
Su sér, no sé qué absoluto
Imperio sobre el destino,
Que, sin saber á quién mandan,
Mandan con tanto dominio,
Que servirlas no es fineza,
Y es no servirlas delito.

CRISTERNA.

¿Y no sabeis que sois noble?
Pues yo sí; porque es preciso
Que el hábito de estimarlas
Caiga siempre en pechos limpios.
Yo doy por vistas las pruebas,
Y pues yo las califico...
—El capitan de mi guardia,
Al ver mi caballo herido,
Por llegar á socorrerme
En el pasado conflicto,
Murió; y pues que vos quedais
Heredero del peligro,
Es bien lo quedeis del puesto.

CASIMIRO.

A vuestras plantas rendido...
(*Arrodíllase.*)

CRISTERNA.

Alzad, levantad del suelo.

TURIN.

Y yo, que ha mas de mil siglos
Que, oyendo hablar en discreto,
Callando he estado (martirio
Que no alcanzó Diocleciano,
Puesto que á haberle sabido,
Condenara á pasar ántes
A conceptos que á cuchillos),
¿No mereceré, señora,
Tambien por rociu-venido,
Ser vivandero siquiera?

CASIMIRO.

Quita, necio.

TURIN.

Sabio, quito.

CRISTERNA.

Dejadle. — ¿Quién sois?

CASIMIRO.

Un loco,
Ignorante criado mio.

TURIN.

Niego el supuesto, que yo
Soy el amo: el silogismo
Pruebo. Yo sirvo de suerte,
Que no sirve lo que sirvo;
El sirve sirviendo, cuando
Como y bebo, calzo y visto:
Luego el servido soy yo,
Puesto que él no es el servido;
Y aunque él sea el servidor,
Estoy yo á vuestro servicio.

CRISTERNA.

Buen humor teneis.

TURIN.

No gasto
Ni récipes, ni aforismos.

CASIMIRO.

Ya basta, loco.—Y volviendo
A ponerme agradecido
A vuestros piés...

CRISTERNA.

No, no mas;
Que esto no es mas que principio;
Y si una interpresa, que hoy
Os he de fiar, consigo,
Ya que al disponerla habeis
A tan buen tiempo venido,
Habeis de ver... Pero esto
El efecto ha de decirlo.
Esperadme aquí, entre tanto
Que á consultar los designios,
Como en fin mi general,
Voy della con Federico.

ESCENA III.

FEDERICO. — CRISTERNA, CASIMIRO, TURIN.

FEDERICO.

¡Una y mil veces dichoso
Quien á tan buen tiempo vino,
Que oyó su nombre en tus labios!

CRISTERNA.

Accidentes sucedidos
Acaso, ni dichas son
Ni desdichas.

FEDERICO.

Hayan sido
Lo que fueren, por lo ménos,
Cuando el nombre no sea indicio
De memoria, á mí me basta
El que no lo sea de olvido.

CRISTERNA.

Eso es exceder los fueros
De aquel hidalgo motivo
De servir sin esperanza.

FEDERICO.

Yo ¿con qué esperanza sirvo?

CRISTERNA.

No responderos á eso
Sea haberos respondido.
El acaso de nombraros
Fué á decir que iba á advertiros
De dos grandes novedades,
De que un confidente mio,
Vasallo que en Rusia tengo
Me da en esta carta aviso.

CASIMIRO. (*Ap. á él.*)

Esto me importa, Turin,
Que oiga.

TURIN.

¿Pues hay mas de oirlo?

CRISTERNA.

Pero para hablar en ellas
Asegurar solicito
Que Segismundo (que en fe
De la guardia le permito
Desa torre de palacio,
Que es de su prision retiro,
Salir á aquestos jardines)
No nos oiga, y imagino,
Que desde que estoy yo en ellos,
Entre sus redes le he visto.
Y así, como acaso, quiero,
Dando breve vuelta al sitio,
Asegurarme de que
No esté donde pueda oirnos.
Esperad los dos; que importa
Que esté su efecto escondido
De Segismundo.

ESCENA IV.

SEGISMUNDO. — DICHOS.

SEGISMUNDO.

¡Infeliz
Quien á tan mal tiempo vino,
Que oyó en tus labios su nombre!

CRISTERNA.

Eso otro al contrario dijo.

SEGISMUNDO.

Bien pueden tener razon
Dos, no diciendo lo mismo.

CRISTERNA.

¿Cómo?

SEGISMUNDO.

Como lo que es
En el dichoso cariño,
Es ceño en el desdichado;
Y así bien puede haber sido
Dicha en otro, en mi desdicha,
Que con afectos distintos
Hableis dél como parcial,
Y de mí como enemigo.
Mas ya que lo soy, señora,
Dar á entender solicito
Que lo soy bien, como debo
Serlo yo. Un criado mio,
Que preciado de leal,
Menospreciando el peligro,
En traje de jardinero
Osó entrar aquí, me ha dicho
Dos novedades que os tocan,
Y habiéndolas yo sabido
(*Ap.* Hagamos del ladron fiel,
Pues saberlo ella es preciso
Dia mas ó ménos), fuera
Ignorarlas vos delito;
Mayormente, cuando dellas
Puede ser que el hado impío
Desarrugue el ceño, y saque
De un estrago dos alivios.
Una es que no se sabe,
Señora, de Casimiro,
Y se cré que perturbado
De melancolía el juicio,
Furioso se arrojó al Tánais,
Pues cerrado y escondido
En una galería, nadie
Salir, señora, le ha visto.
Otra es que Auristela viene
En su ausencia, con motivos
De ponerme en libertad,
Cuyo ejército, vecino
Ya á vuestra raya, esperando
Las diversiones del mio
Está.

CRISTERNA.

¿Sabeis mas?

SEGISMUNDO.

¿Qué mas?

CRISTERNA.

Mas hay que saber. Lo mismo
Iba á decir yo á los dos,
Que habeis vos á los tres dicho.

CASIMIRO. (*Ap. á Turin.*)

¿En fin por muerto y por loco
Me tienen?

TURIN.

Pues no han mentido
Mas que en la mitad del precio;
Que en la otra, verdad han dicho.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* ¿Aquí estaba este soldado?
Con tanto rencor le miro,
Como causa de mis penas,

Que haré mucho si otro finjo.)
Que lo supieseis, señora,
Quitar no puede á mi aviso
Lo noble de la noticia;
Y mas si della consigo
Que pues Casimiro fué
Quien tan gran pesar os hizo,
Y él falta, no hay contra quien
Vuelva la guerra al principio.
Auristela y yo, no solo
Prisioneros, mas cautivos
Serémos vuestros, si dando
Sentimientos al olvido,
Ve el norte que una paz...

CRISTERNA.

Basta.
No prosigais; que al oiros
Darme aquí las nuevas vos,
Proponiéndome el designio
De la paz, me da á entender
Que todo esto es artificio.
Creido tuve que podia
Ser verdad el precipicio
De Casimiro; y ahora
Que en vos la noticia miro
Y el pretexto, me persuado
A que todo sea fingido.

SEGISMUNDO.

¿Fingido no parecer
Hombre como Casimiro,
Ni saber dél nadie?

CRISTERNA.

Sí,
Que el temor le habrá escondido,
Al ver que contra él no hay
Príncipe, que conmovido
Al interes de mi mano,
O al blason de su homicidio,
No me solicite asunto
De su militar auxilio.
Federico, ya lo veis,
Pues que mis armas le fio,
A tiempo que Hungría me escribe
Que viene ya en favor mio:
El de Bulgaria y Polonia
Tambien me avisan lo mismo:
De suerte, que al ver que tantos
Poderosos enemigos
Le han de buscar, el temor
Sin duda esconder le hizo,
Por ver si en este intermedio
Doy á la plática oidos
De la paz...

FEDERICO.

Y eso lo afirma
Ver que nadie dé por fijo
Su despeño, que es dejar
La puerta abierta al arbitrio,
Para que pueda despues
Que se hayan desvanecido,
Hecha la paz, los socorros,
Vivo parecer, al viso
De otra disculpa.

CASIMIRO. (*Ap. á Turin.*)

¡Que oiga
Esto yo!

TURIN.

¿Hay mas de no oirlo?

CASIMIRO.

¿Cómo?

TURIN

Hazte sordo.

SEGISMUNDO. (*A Federico.*)

Què haga
Cristerna, príncipe, el juicio
Que quisiere, es dama y puede;
Mas que vos le hagais, no es digno
De vuestro valor; que pechos
Tan generosos y altivos
Crèn desdichas, no ruindades,
Y en ellas el fuego activo
De lo rencoroso, apagan
Llantos de lo compasivo:
Fuera de que es argumento
Contra el propio interes mio,
Crêr que mi enemigo hiciera
Lo que no hiciera yo mismo.

FEDERICO.

Ya sé que el tener yo honor
Es tenerle mi enemigo;
Pero cuando el caso sea
Tan jamas acontecido,
Puede arbitrar la sospecha.

SEGISMUNDO.

No puede; y así os suplico
Que advirtais que prisionero
Soy, y que aunque sea mi primo,
Amigo y cuñado, no
Tengo accion para pedir
Desta suerte, que mireis
Cómo hablais de Casimiro.

FEDERICO.

De cualquier suerte que yo
Hable...

CRISTERNA.

Basta, Federico,
Basta, Segismundo. Ved
Que estoy yo aquí.

CASIMIRO. (*Ap. á Turin.*)

¿Quién, ¡divinos
Cielos! crêrá que yo esté
De todo esto por testigo?

TURIN.

Yo lo crêré; pues que creo
Que anda un cuñado tan fino.

FEDERICO.

Señora, yo...

SEGISMUNDO.

Yo, señora...

CRISTERNA.

Bien está, príncipes, idos,
Idos vos tambien, y ved
(Segunda vez lo repito)
Que estoy de por medio yo.

FEDERICO.

Obligaros solicito.

SEGISMUNDO.

Obedeceros deseo.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Denme los cielos camino
Para que yo mantener
Pueda lo que hubiere dicho! (*Vase.*)

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Por no ver á este soldado,
Mas gustoso me retiro,
Que sentido de no haber
Vuelto mas por Casimiro. (*Vase.*)

CRISTERNA.

Soldado.

CASIMIRO.

¿Qué me mandais?

CRISTERNA. (*A Turin.*)

Retiráos vos.

TURIN. (*Ap.*)

¿Secretico?
¡Quiera Dios que á hablarse vuelvan
Secretos, y no entendidos;
Y ya que anda el diablo suelto,
Que no ande el amor listo! (*Vase.*)

ESCENA V.

CRISTERNA, CASIMIRO.

CRISTERNA.

Ya sabeis que á una interpresa
Os cité.

CASIMIRO.

Y sé que no vivo
Hasta saberla.

CRISTERNA.

Tambien
Sabeis que con Federico
Iba á consultarla.

CASIMIRO.

Sí.

CRISTERNA.

Pues sabed que, interrumpido
Aquel intento con esta
Desazon que aquí habeis visto,
Ya consultarla no quiero
Con nadie, sino conmigo.

CASIMIRO.

Y haceis bien. ¿Qué mas consejo,
Señora, que el vuestro mismo?

CRISTERNA.

Pues oid. Pero primero
Que me resuelva á decirlo,
Me habeis de hacer juramento
Del secreto.

CASIMIRO.

A los divinos
Cielos, la rodilla en tierra,
Una mano sobre el limpio
Acero, en las vuestras otra,
Lo otorgo, juro y confirmo.

CRISTERNA.

¿Ceremonias de homenaje
Sabeis?

CASIMIRO.

Tal vez he leido
Que esta es su forma.

CRISTERNA. (*Tómale la mano.*)

Pues yo
Con toda ella le recibo.

CASIMIRO. (*Ap.*)

Por lo ménos ya esta dicha
No has de quitarme, hado impío,
Y como el tacto me dejes,
Te doy los demas sentidos.

CRISTERNA.

¿Y confirmais, otorgais
Y jurais...

CASIMIRO.

Sí.

CRISTERNA.

Sin oirlo...

CASIMIRO.

¿Pues qué hace en adelantarlo
Quien sabe que ha de cumplirlo?

CRISTERNA.

Que en la demanda de la
Faccion que de vos confio,
Perderéis la vida ántes
Que el efecto?

CASIMIRO.

Así lo afirmo.

CRISTERNA.

Pues con los soldados, que
Yo os entregaré escogidos,
Iréis á la raya, en cuyos
Marañados laberintos
Emboscado, esperaréis

Hasta que en ella os dé aviso
Tremolada blanca seña;
Y habiéndôs careado y visto
Con quien la haga, tomaréis,
Cautamente prevenido,
Seña, contraseña y nombre,
Con que en el trémulo abrigo
De la noche llegaréis,
Bien informado del sitio,
A la tienda de Auristela,
Donde osado y atrevido
La prendais ó mateis. Este
El órden es, advertido
Que queda á mi cuenta el premio,
Y va á la vuestra el peligro. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CASIMIRO.

Oid, esperad, ved...—Fortuna,
¿Quién en el mundo se ha visto
En tan nuevo, tan extraño,
Tan raro, tan exquisito
Empeño de amor y honor,
Sangre y patria? Mas ¿qué admiro?
Mas ¿qué dudo? Mas ¿qué extraño?
Qué discurro? qué imagino,
Si sangre, patria y honor,
En este confuso abismo,
Donde amor todo es portentos,
Mi vida todo prodigios,
No pesan, no montan tanto
Como haber Cristerna dicho
Que está á su cuenta el premiarlo,
Y va á mi cuenta el cumplirlo? (*Vase.*)

—

Acampamento á orillas del Danubio.

ESCENA VII.

ARNESTO, AURISTELA, SOLDADOS.

(*Tocan cajas y trompetas.*)

AURISTELA.

En esta inculta playa,
Falda del Merque y del Danubio raya,
Cuyo inmenso raudal y cuya cumbre,
Del mar las olas y del sol la lumbre
Uno iguala, otro mide,
Y á Suevia y Rusia en términos divide,
Alto haga nuestra gente,
Ya que el sol á los campos de occidente
Huyendo baja de la noche fria
En el postrer crepúsculo del dia:
Que apénas el aurora
Veréis que las mas altas cimas dora,
Cuando mi orgullo ciego,
Talando á sangre y fuego
Entre, desde la encina hásta la caña,
El próvido verdor de la campaña,
Sin perdonar al bélico tributo,
Ni hoja, ni mies, ni vid, ni flor, ni fruto.

ARNESTO.

Ya la gente alojada
Por su maleza está, y tu tienda armada:
Entra, señora, á descansar en ella.

AURISTELA.

Mi quietud solo estriba en no tenella
El dia que, mentidos mis desvelos,
Me di por satisfecha de los celos
De Segismundo, al ver cuán manifiesta
Satisfaccion la libertad le cuesta;
Y el dia tambien que trágico mi herma-
Ya de infelice ó ya de cortesano, [no,
No parece: infelice, [ce;
Si el despeño es verdád que el vulgo di-
Cortesano, si es que retirado,
Por vivir de Cristerna enamorado,
Verse excusa con ella
En lid campal, dejándole á mi estrella
Las armas, porque á fin de empresas ta-
De mujer á mujer lidien iguales. [les,
Y pues (sea verdad ó no lo sea
Su despeño ó su amor) es bien que vea
Cristerna, si blasona
De que ella Pálas es, que soy Belona,
No ha de saber que se rindió mi pecho
Al ocio blando del mullido lecho.
Poned ahí unas luces y un asiento;
Que ese le basta á mi cansado aliento,
Cuando porfiado el sueño
Se quiera hacer de mis sentidos dueño.
Salíos todos afuera.
(*Sacan luces, siéntase Auristela, y vanse los demas.*)
¡Oh vaga oscuridad, corre lijera,
Que la hora no ve la saña mia
De que me vuelvas á traér al dia!

ESCENA VIII.

UN SOLDADO; *despues*, ARNESTO.—AURISTELA.

UN SOLDADO. (*Canta dentro.*)

Prisionero Segismundo
En Süevia está; ¿mas quién
Pudo blasonar de amante,
Que prisionero no esté?

AURISTELA.

¡Hola!

(*Sale Arnesto.*)

ARNESTO.

Señora.

AURISTELA.

Quién canta,
Mirad.

ARNESTO.

El soldado ha sido
De posta, que, persuadido
A que sus males espanta
Si el adagio no mintió,
Con ese alivio pequeño
Espanta cansancio y sueño.
¿Diréle que calle?

AURISTELA.

No;
Que lo que extrañé, es que cante
Tan á propósito ahora.

ARNESTO.

¿A qué novedad, señora,
No hacen versos al instante
Ociosos ingenios? Y es
Harto que en la ardiente esfera
De aquesa encendida hoguera,
Adonde reparar ves
Iras del hielo y la escarcha,
No sean las voces mas,
Con que divertir verás
Las fatigas de la marcha.

AURISTELA.

Id, y no le digais nada;
Que no le quiero quitar
Ese alivio á su pesar; (*Vase Arnesto.*)
Ni aun al mio, si llevada
Del concento de su voz,
Clarin su concento fuera
Que mi espíritu encendiera,
Acordándose veloz
Que en Süevia Segismundo
Prisionero está...

Varias voces (dentro) Y AURISTELA.

¿Mas quién
Pudo blasonar de amante,
Que prisionero no esté?

SOLDADO. (*Dentro.*)

Bien que atendiendo á la causa
A quien debe el padecer,
Dulcemente se consuela,
Diciendo una y otra vez:

Todas las voces. (*Dentro.*)

Prisionero me tienen
Por un buen querer.

SOLDADO. (*Dentro.*)

Y responden todos
Envidiosos dél:
Si el querer es delito...

Todas las voces. (*Dentro.*)

Préndanme tambien.

AURISTELA.

Y aun yo con todos (¡ay triste!)
Estoy para responder
A las fantasmas del sueño,
Que ya en mi triunfar se ve:

Todas las voces (dentro) Y ELLA.

Si el querer es delito,
Préndanme tambien. (*Duérmese.*)

ESCENA IX.

CASIMIRO, *con una banda en el rostro;* ROBERTO Y SOLDADOS.—AURISTELA, *dormida.*

ROBERTO.

Aunque de mí recatado,
Descubrirte no has querido
El rostro, el haber venido,
De quien vienes enviado,
Basta para que pretenda
Cumplir lo que prometí.
Llega conmigo, que aquí
Es de Auristela la tienda.

CASIMIRO.

El no descubrirme ha sido
Temer, si el rostro me viera
Quizá alguno, que pudiera
Ser por él muy conocido,
Porque en campaña me vi
Muchas veces cara á cara
Con tu gente.

ROBERTO.

Pues ¡repara!
Ya que llegaste hasta aquí,
Falseando á las centinelas,
De nombre y seña las guardas.
Ya el campo en quietud, ¿qué aguardas?
Durmiendo está, ¿qué recelas?

CASIMIRO. (*Ap.*)

Bien, guerra, ladron atroz
Del siglo, tu horror te muestra,
Pues llave hiciste maestra
De todo el reino una vóz,
Sujeta á una vil cautela.
¿A quién ¡cielos! no da espantos
El mirar que duerman tantos,
Solo en fe de que uno vela?

ROBERTO.

¿Qué esperas? Llega conmigo,
Pues que durmiendo está allí.

CASIMIRO. (*A los soldados.*)

Retiraos, y solo á mí
Me dejad; que si consigo
Mi intento, yo os llamaré
A su tiempo.

(*Vanse los soldados.*)

ROBERTO.

Pues ¿qué intento
Puedes dudar, cuando atento
A la ocasion que se ve,
Tienes á Auristela bella

En tus manos? ¿Qué órden pues,
Dime, traes?

CASIMIRO.

El órden es
De matalla, ó de prendella:
Y pues me dan á escoger,
Todo lo he de ejecutar,
Que prender tengo y matar.

ROBERTO.

Eso ¿cómo puede ser?
Matar y prender ¿no es
Contrario?

CASIMIRO.

No.

ROBERTO.

¿Cómo así?

CASIMIRO.

Traidor, matándote á tí, (*Hiérele.*)
Y prendiendo á ella despues.

ROBERTO.

¡Muerto soy! (*Cae dentro.*)

CASIMIRO.

Nadie se espante
Que en tan nunca visto empeño
Mate á un traidor como dueño,
Prenda á un alma como amante.—
(*Quítase la banda y se la echa al rostro á Auristela.*)
Date, Auristela, á prision.

AURISTELA.

¡Ay de mí!

CASIMIRO.

Llegad, y vamos
Donde la escolta dejamos.
(*Salen los soldados, y llévanse á Auristela.*)

AURISTELA.

¡Traicion!

SOLDADOS.

Al monte.

AURISTELA.

¡Traicion!

ESCENA X.

ARNESTO.—AURISTELA, *dentro*.

ARNESTO.

¡Ah de la guarda! Entre el ruido
La voz de Auristela oí.
Acudid. Mas (¡ay de mí!)
En un cadáver herido
Tropecé, á tiempo que ella
De aquí falta. ¡Qué recelos!
¡Auristela!

AURISTELA. (*Dentro á lo léjos.*)

¡Piedad, cielos!

ARNESTO.

Su voz (¡ay de mí!) es aquella,
Que ya en ecos desmayados
Dentro se oye de la sierra.
¡Traicion, traicion!
(*Vase Arnesto, y tocan cajas.*)
Voces dentro.
¡Arma, guerra!

AURISTELA. (*Léjos.*)

¡Ay de mí infeliz!

—

Monte.

ESCENA XI.

CASIMIRO Y SOLDADOS *con* AURISTELA, *desmayada*.

CASIMIRO.

Soldados,
Pues ya vencida la raya,
No tenemos que temer
Que la puedan socorrer,
Y á ella el aliento desmaya
Tanto, que casi sin vida
Ha quedado, aquí podemos
Repararla, pues tenemos
Por nuestra esta entretejida
Estancia del monte, en quien
Defendernos, cuando fuera
Posible que la siguiera
Su ejército; y así es bien
Que las dos tropas montadas
Estén, en tanto (¡ay de mí!)
Que vuelve ó no vuelve en sí,
Porque, sus luces cobradas
Con las del sol, á quien vemos
Que ya comienza á lucir,
Pueda en un caballo ir.

SOLDADOS.

En todo te obedecemos.
(*Vanse los soldados, y descúbrela el rostro.*)

ESCENA XII.

CASIMIRO, AURISTELA.

CASIMIRO.

Beldad que postrada estás,
Recibe en descuento hoy
De la pena que te doy,
La lástima que me das.
Y si el sueño, que era dueño
Tuyo, fué al desmayo ensayo,
No represente el desmayo
Mas de lo que escribe el sueño.
Despierta pues y...

AURISTELA. (*Vuelve en sí.*)

¡Ay de mí!

CASIMIRO.

¡Alma, albricias!

AURISTELA.

¿Qué oigo y miro?
¿Sueño, ó velo? ¿Casimiro,
¡Cielos! no es este?

CASIMIRO.

No, y sí.

AURISTELA.

¿No y sí? ¿Cómo puede ser
Que seas y que no seas,
Si no es que en sombras me veas,
Obligándome á creer
Que es verdad que despeñado
Moriste? Y pues dices que eres
Y no eres, ¿qué me quieres,
Y para qué me has sacado
De mi tienda á esta montaña,
Haciendo al sueño testigo
De que era el campo enemigo
El que me prendia?

CASIMIRO.

La extraña
Duda (¡ay Auristela bella!)
De ser y no ser, no estriba
En que muera ó en que viva,
Sino en que quiera mi estrella
Que viva y muera, no siendo
Y siendo yo.

AURISTELA.

El cómo ignoro.

CASIMIRO.

Siendo yo, pues que te adoro;
No siendo yo, pues te ofendo:
Con que en tu suerte y la mia
Causa hay que uno y otro afirme.

AURISTELA.

Eso es querer persuadirme
A que sueño todavía.
Y pues ves la mortal lucha
De hallarme aquí en tu poder,
Morir, vivir, ser, no ser,
Sepa yo qué es esto.

CASIMIRO.

Escucha.
Un desordenado amor
Me lleva, arrastra y destierra...

ESCENA XIII.

SOLDADOS.—AURISTELA, CASIMIRO.

(*Voces de soldados dentro.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Al monte!

OTROS.

¡Al valle!

OTROS.

¡A la sierra!

(*Sale un soldado.*)

SOLDADO.

Acude presto, señor,
Que la gente de Auristela
El campo corriendo viene;
Y pues ya su acuerdo tiene,
Ponla en un caballo y vuela,
No se pierda lo adquirido
Con volver á aventurallo.

CASIMIRO.

Dices bien, llega un caballo.—
(*Vase el soldado.*)
Ven conmigo.

AURISTELA.

Si has oido
Que es nuestra gente, ¿de quién
Huyes?

CASIMIRO.

Della.

AURISTELA.

¿Della?

CASIMIRO.

Sí,
Pues que no puedo de mí.
Conmigo, Auristela, ven,
Donde veas que gobierna
Mi accion superior poder.

AURISTELA.

¿A qué he de ir yo huyendo?

CASIMIRO.

A ser
Prisionera de Cristerna.

AURISTELA.

¿Qué dices?

CASIMIRO.

Que en este empeño
Mi honor está.

AURISTELA.

Ahora creí
Que fué cierto el frenesí,
Ya que no lo fué el despeño.
¿De Cristerna prisionera
Yo por tí?

CASIMIRO.

No digas mas,
Que presto vengar podrás
Ese horror.

AURISTELA.

¿De qué manera?

CASIMIRO.

Solo con decir quién soy;
Pues en el instante que

Lo sepa ella, moriré
A sus iras : con que hoy
Tras la ofensa que te alcanza,
Que ya la venganza piensa;
Pues te hago apénas la ofensa,
Cuando te doy la venganza.
Ven, dirás quien soy, y así
Matarme al punto verás,
Y vengada, quedarás
Duquesa de Rusia.

(*Sale el soldado.*)

SOLDADO.

Aquí
Está ya el caballo.

CASIMIRO.

Ea, ven.

AURISTELA.

Antes...

CASIMIRO.

No hagas resistencia,
O volverá la violencia
A su primera accion.

AURISTELA.

Ten
La mano, que si dormida
Te dejé atrever á mí,
En mi acuerdo no. De aquí
Vamos pues.

CASIMIRO.

¡Ay de mi vida!

AURISTELA.

¿Por qué?

CASIMIRO.

Porque veo que vas
Mas consolada, y es...

AURISTELA.

¿Qué?

CASIMIRO.

Que á vengarte vas.

AURISTELA.

No sé
Lo que haré : allá lo verás.

CASIMIRO.

Y aquí, porque ¿qué esperanza
Habrá en mujer ofendida,
Que está en que calle mi vida,
Y en que hable su venganza? (*Vase*)

—

Jardin de Cristerna.

ESCENA XIV.

CRISTERNA, LESBIA.

LESBIA.

¡Tan de mañana, señora,
En el jardin?

CRISTERNA.

Un cuidado
Pocas veces, Lesbia, supo
Guardar al sueño el descanso.
A aquel soldado extranjero
Envié á una faccion, fiando
Dél y della dos efectos,
Bien considerables ambos :
Uno, porque en él estriba
La quietud de mis estados,
Si le consigo; y el otro,
Porque si por él le alcanzo,
Desempeño el homenaje
De dar á nadie la mano.

LESBIA.

¿Cómo?

CRISTERNA.

Como, siendo él
Quien logre el triunfo mas alto
Hoy en mi servicio, quedo
Libre; que siendo un soldado
De fortuna á quien le deba
En el primero fracaso
Libertad, victoria y vida,
Y despues honor y aplauso,
Claro está que con mercedes
A ménos costa le pago,
Que si fuera un igual mio
A quien le debiera tanto.

LESBIA.

¿Y no puede ser, señora,
Segun lo que me has contado,
Que quien habla tan atento,
Que quien lidia tan bizarro,
Sea mas de lo que dice?

CRISTERNA.

Al alma me estás hablando;
Que si á su valor atiendo,
Que si en su ingenio reparo,
Entro en la misma sospecha.
Y pues es aquel criado
(Que en fe de hombre de placer,
Debe de haberse tomado
Licencia de entrar aquí)
Suyo, háblale como acaso :
Quizá entre los dos podria
Ser que averigüemos algo.

ESCENA XV.

TURIN. — CRISTERNA, LESBIA.

TURIN.

Aquí le perdí, y aquí
Le tengo de hallar.

LESBIA.

Hidalgo,
¿Cómo con tanta osadía
Hasta aquí os entrais?

TURIN.

Andando,
Dijera, si ya no fuera
Vieja frialdad deste paso.
Un amo busco, que Dios
Me dió, si da Dios los amos;
Que desde que aquí ayer tarde
Le dejé con vos hablando,
Y salió de aquí á montar
En cólera, y á caballo
(Porque de unas compañías
Iba al principio por cabo),
No ha vuelto. Y así, señora,
Le vengo á buscar. Si acaso
Sabeis vos dél, no perdais
Las albricias del hallazgo,
U os lo pedirán por hurto.

LESBIA.

Bastante desembarazo
Tiene el hombre.

CRISTERNA.

No tan solo
Sé [1] dél yo para informaros,
Mas vos me habeis de informar
Dél á mí.

TURIN.

¿Yo? ¿Cómo ó cuándo?

CRISTERNA.

Fiando de mi secreto
Su patria, nombre y estado.

TURIN. (*Ap.*)

Si fuera comedia esta,
¡Cuál estuviera ahora el patio,
Tamañito de pensar
Que habia de cantar de plano!
Pues vive Dios, que he de ser
Excepcion de los lacayos.

[1] No tan solo no sé yo de él, etc.

CRISTERNA.

¿No respondeis?

TURIN.

Yo, señora,
Ha que sigo algunos años
Vuestro ejército, de que
Hallaréis testigos hartos.
Viendo pues que un mochiller
Lo pasa con gran trabajo,
Me apliqué á servir á este
Don Soldado de soldado,
De quien no sé mas que vos,
Y aun pienso que no sé tanto.
Lo que solo añadir puedo,
Si la malicia adelanto,
(*Ap.* No se pierda todo, ya
Que se pierde el hablar claro)
Es que debe de ser mas
Que dice. Y esto lo saco,
No tanto de ricas joyas,
Que tal vez le he visto, cuanto
Porque es lo que mas estima
De una madama el retrato,
Con quien á solas suspira
Y llora; y esto del llanto,
Con su ¡ay de mí! no es, señora,
Filigrana de hombre bajo.

ESCENA XXVI.

DICHOS. — SEGISMUNDO, *que se queda al paño.*

CRISTERNA.

¿Joyas y retrato? — Pero (*A Lesbia.*)
Segismundo viene : al paso
Le di, que estoy aquí.

LESBIA. (*Con turbacion.*)

Si él
Te ve, él se irá.

CRISTERNA.

Haz lo que mando.

LESBIA.

(*Ap.* Desde que está aquí, he tenido
De que no me vea cuidado;
Mas ya no es posible. ¡Cielos!
¿Qué hará al verme? — Entre esos cua-
(*A Segismundo.*) [dros
Cristerna está. Vuestra Alteza
No pase de aquí.

SEGISMUNDO.

Admirado
Al verte, fiera enemiga,
Primer causa de mis daños,
Ausencia, prision y muerte,
No sé cómo...

LESBIA.

Habla mas bajo;
Que en sabiendo que he venido,
A pesar de tus agravios,
A darte la libertad
(*Ap.* Desta manera le engaño,
Por obligarle á que no
Descubra mi error pasado),
Me estarás agradecido;
Porque sé dónde está el paso
De una mina en esa torre,
Como quien desde sus años
Tiernos se crió aquí. Pero
Esto es para mas despacio.
Vuélvete ahora.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* ¿Qué fuera,
Que dispusieran los hados
Mi antídoto en mi veneno?)
Yo volveré á hablarte cuando
Estés mas sola. (*Vase*)

LESBIA. (*Ap.*)

Y yo ¡cielos!
Ya que esto sucedió acaso,
Pues con méritos no puedo,
Le he de obligar con engaños.

CRISTERNA. (*Á Turin.*)

Y en fin, ¿es tan bella?

TURIN.

Un dia
Que él estaba embelesado,
Llegué quedito, y ví
El mas pernicioso trasto
Que vió amor en su armería
Entre las flechas y rayos
De su municion.

CRISTERNA.

Pues bien,
¿Qué se me da á mí? ¡Qué enfado
Tan necio y impertinente!

TURIN.

Ni á mí.
(*Tocan un clarin dentro.*)

CRISTERNA.

Id á ver si ha llegado
Vuestro amo; que ese clarin
Y esas tropas de á caballo
Quizá son suyas.

ESCENA XVII.

CASIMIRO *con* AURISTELA Y SOLDADOS.—CRISTERNA, LESBIA, TURIN.

CASIMIRO.

No vayas:—
Yo responderé, besando
Antes la tierra que pisas,
Despues, señora, tu mano,
Si estas albricias merece
Quien llegó, vió y venció, dando
Feliz fin á la interpresa,
Pues prisionera te traigo
A Auristela.

TURIN. (*Ap.*)

Hasta aquí loco
Estaba; ya está borracho.
¿A su hermana prisionera?

LESBIA. (*Ap.*)

Solo esto me habia faltado.
¡Auristela aquí, fortuna!

CRISTERNA.

Levantad, Maestre de Campo;
Y aunque debo agradeceros
Dicha en que intereso tanto,
Por lo ménos de una queja
Que tengo de vos, libraros
No podréis.

TURIN. (*Ap.*)

¡Qué fuera, cielos,
Que diera lumbre el retrato!

CASIMIRO.

¿Queja de mí?

CRISTERNA.

Sí, de vos.

CASIMIRO.

¿Qué es?

CRISTERNA.

Que no hiciésedes alto,
Y enviásedes aviso
Antes de entrar en palacio,
Para que saliera yo
Con mas festivos aplausos
A recibir, como debo,
Tal huéspeda. Mas los brazos
Suplan la falta.

CASIMIRO.

El deseo...

CRISTERNA.

No trateis de disculparos.—
Vos seais muy bien venida...
(*A Auristela.*)

CASIMIRO.

Llega, Auristela. (*Ap.* Y el llanto
Deja, pues ves que mi muerte
O mi vida está en tus labios.)

CRISTERNA.

Donde, aunque seais prisionera,
Seais tan dueña de mi Estado,
Como de mi vida dueño.
(*Ap.* ¿Cómo desta suerte hablo
A sangre de mi enemigo?
Mas una cosa es mi agravio
Y otra mi urbanidad.)

AURISTELA.

(*Ap.* ¡Cielos,
Que sea esto fuerza!) La mano,
Como á prisionera, solo
Me dad.

CRISTERNA.

¿Qué haceis? Levantáos,
Y creed que en mí teneis,
(*Abrázanse las dos.*)
(*Ap.* El pecho me está temblando
De cólera...) no prision,
Sino albergue. (*Ap.* En el contacto
Que comunica á mi pecho
La vil sangre de su hermano.)

AURISTELA.

De todos cuantos favores
Recibir de vos aguardo,
Solo uno lograr espero.

CRISTERNA.

¿Qué es?

AURISTELA.

Que la queja dejando,
Pues yo doy por recibida
La pompa de reales faustos,
Sepais que es quien prisionera
Me trae á mí...

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Estoy temblando!

AURISTELA.

Merecedor de mas honras
Que hacerle Maestre de Campo,
Porque es...

TURIN. (*Ap.*)

Ahora caer se deja
A plomo.

CRISTERNA.

¿Quién?

AURISTELA.

Quien me ha dado
Mas crédito con vencerme,
A costa de riesgo tanto,
Que si fuera él el vencido;
Porque ¿quién tan temerario
Osara entrar en mi tienda?
Quién sacarme della en brazos?
Quién, á vista de mi gente,
Sin acelerar el paso,
Retirarse tan en sí,
Que á reparar mi desmayo
Hiciese alto en la espesura?
Y así en empeño me hallo
(Porque vean que es su premio
El crédito de mi llanto)
De que le honreis por mí misma
Aun mas que por vos...

CRISTERNA.

Bien claro
Argumento es del valor
Saber honrar al contrario.
General, en vuestro nombre,
De la caballería le hago.

CASIMIRO.

Tu mano beso, y la tuya,
Por tanto honor.

AURISTELA. (*Ap. á Casimiro.*)

¡Ah tirano!
¿Creiste que habia yo de ser
Tan vil como tú?

CRISTERNA.

A mi cuarto
Venid, donde repareis,
Señora, susto y cansancio.

AURISTELA.

Con la merced que habeis hecho
A tan valiente soldado,
He descansado de todas
Mis fortunas.

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Qué afectados
Extremos!
(*Vanse las dos y los soldados.*)

TURIN.

Entren á ver
Callar una dama, á cuarto.
(*Ap. á Casimiro.*)
Señor, ¿qué aventura es esta,
Que la toco y no la alcanzo?

CASIMIRO.

Ni yo, porque no sé cómo,
Turin, pueda haberse hallado,
Ni una mujer tan prudente,
Ni un hombre tan desdichado,
Que ella se alce con el nombre
De constante, y él de vario.
(*Vanse los dos.*)

LESBIA.

¿Quién creyera que Auristela
Viniera, por tan extraños
Lances, donde Segismundo
Y yo?

ESCENA XVIII.

SEGISMUNDO.—LESBIA.

SEGISMUNDO.

Oculto y retirado,
Sin saber qué novedad
Tocó ese clarin, he estado
Solo atento., Lesbia hermosa...
(*Ap.* ¿Qué he de hacer? alma, finjamos
Por ver si lo que por ella
Pierdo, por ella lo gano,
Y huyendo de aquí pudiese,
En la falta de su hermano,
Ir á asistir á Auristela,
A quien ausente idolatro)
Solo atento, otra vez digo,
A hablarte. Y pues has quedado
Sola, dime ¿cómo puede
Hallar mi libertad paso?

LESBIA. (*Ap.*)

Pues que ya hice el empeño,
He de seguirle, callando
El que está Auristela aquí;
Que no es bien que el mal que paso
Le dé ese gusto, si es gusto,
Ni pena, si es pena.

ESCENA XIX.

AURISTELA. — SEGISMUNDO, LESBIA.

AURISTELA. (*Ap. retirada.*)

En tanto
Que Cristerna (á quien vinieron
A llamar para un despacho)
Vuelve, á mis solas entre estos
Mal entretejidos ramos,
Donde dijo que la espere,
Veré si puedo algun rato
Suspirar conmigo. Flores,
Deste verde cielo astros,
Decidme... ¿Mas Segismundo
No es aquel que está allí hablando
Con una dama? ¡Esto mas,
Fortuna!

LESBIA.

Digo que andando
Un dia por esa torre,
Siendo della castellano
Mi padre, allá en mis niñeces,
Vi, entre las ruinas del cuarto
Ultimo della, una quiebra,
Y supe...

AURISTELA. (*Ap.*)

Iréme acercando,
Por ver si entender pudiese,
Oyendo á cautela, algo.
¿Si es plática de amor?

SEGISMUNDO.

¿Qué
Te suspende?

LESBIA.

Hácia allí pasos
Sentí, y las ramas se mueven.
Veré quién es. (*Ap.* ¡Triste hado!
Auristela es.)

AURISTELA. (*Ap.*)

¡Hado injusto!
¿No es Lesbia?

LESBIA. (*Ap.*)

Muda he quedado.
Y asi, huyendo della, solo
Habré de hablarla callando. (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

Oye, aguarda, Lesbia. ¡No
El gusto, con que escuchando
Te estoy, dilates! ¿De quién
Huyes?

ESCENA XX.

AURISTELA, SEGISMUNDO

AURISTELA.

De mí.

SEGISMUNDO.

¡Cielos santos!
¿Es ilusion del deseo?

AURISTELA.

¿Cuándo fué ilusion el daño?

SEGISMUNDO.

La duda una viva estatua
Me deja de bronce y mármol.

AURISTELA.

De fuego y nieve á mí, no
La duda, sino el agravio.

SEGISMUNDO.

¡Tú, Auristela, aquí! Pues ¿cómo,
O cuándo veniste?

AURISTELA.

Ingrato,
Como vengo á ver mi ofensa,
No hay que averiguarme el cuándo.
En fin, con Lesbia te encuentro,
Diciendo, donde escucharlo
Pude (¡ah cruel!), que prosiga
El gusto, con que (¡ah tirano!)
La estabas oyendo. ¡Bien
Me pagas, sí, lo que paso
Por tí, pues por tí he venido
A dar prisionera en manos
De mi enemiga!

SEGISMUNDO.

Bien dicen
Que fuera el dolor amago,
Si supiera venir solo.
¿Tú prisionera?

AURISTELA.

No caso
Hagas de mi menor pena,
Cuando con Lesbia te hallo.

SEGISMUNDO.

Así enmendara yo esotra
Como esa enmendar aguardo.
A Lesbia hallé aquí, y... Mas ¡cielos!
Cristerna viene.

AURISTELA.

No hablando
Te vea conmigo.

SEGISMUNDO.

Bien dices;
Yo buscaré mas de espacio
Ocasion en que conozcas
Que te adoro y no te agravio. (*Vase.*)

AURISTELA.

Mucho harás en persuadir
A un corazon desdichado;
Que cuando su mal no viera,
Creyera á su sobresalto.

ESCENA XXI.

CASIMIRO, TURIN. — AURISTELA; *despues*, SEGISMUNDO.

CASIMIRO.

Viéndote sola, no pierda
(Pues tuerce Cristerna el paso,
Viniendo hácia aquí, á otra parte)
La ocasion, en que postrado
A tus piés, una y mil veces
Ponga en su estampa mis labios.

TURIN.

Y yo haga de sus tres puntos
Para mi rostro tres clavos,
Con que anden frente y mejillas
Como tres con un zapato.

AURISTELA.

No tienes que agradecerme
Tú, lo que yo por mí hago.
(*Vuelve Segismundo.*)

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Hácia otra parte volvió
Cristerna, quizá buscando
A Auristela, y yo, por ver
Si logro otro breve espacio,
Vuelvo otra vez. Mas con ella
Hablando está aquel soldado,
Que en fin, como aborrecido,
En cualquier parte le hallo.
Esperaré á que se vaya. (*Escóndese.*)

ESCENA XXII.

CRISTERNA. — DICHOS.

CRISTERNA. (*Ap.*)

Hácia aquí dicen que ha rato
Que me espera divertida
Auristela. Mas hablando
Está el soldado con ella.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Qué será secreto tanto?

CRISTERNA. (*Ap.*)

¿Qué su plática será?

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Oigamos, alma.

CRISTERNA. (*Ap.*)

Alma, oigamos.

CASIMIRO.

Aunque obres tú por tí misma,
Siendo yo el interesado,
¿No seré el agradecido
Yo?

AURISTELA.

No, vil traidor, no, falso;
Porque aun agradecimiento
No quiero de tan villano
Término como conmigo
Tiene tu alevoso trato;
Pues por servir á Cristerna,
A mí me ofendes, faltando
A tantas obligaciones.

CRISTERNA. (*Ap.*)

¿Qué es lo que oigo?

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Cielos santos!
Esto ¿no es pedirle celos?

AURISTELA.

Y si en esta parte callo
Quien eres, es por vengarme
Con estilo mas hidalgo
Del que un ingrato merece;
Que no hay castigo á un ingrato
Como hacerle un beneficio,
Cuando él espera un agravio.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Que calla quien es? Aquí
Secreto hay que yo no alcanzo.

CRISTERNA. (*Ap.*)

¿Que calla quien es? Sin duda
Que es verdad lo que el criado
Dijo, y yo temí. ¿Qué fuera
Ser de Auristela el retrato?
¿Y qué fuera que á sentirlo
Llegara el imaginarlo?

CASIMIRO.

Por mas que te enoje ver
Cuánto yo á esa deuda falto,
Aun el dia que te ofendo,
Has de ver lo que te amo.

CRISTERNA. (*Ap.*)

¿Qué mas claro ha de decirlo?

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Cómo he de oirlo mas claro?

AURISTELA.

¿En qué?

CASIMIRO.

En mi agradecimiento,
Pues señora de mi Estado,
Alma y vida...

AURISTELA.

Calla, calla.
Y si has de mostrarle en algo,
Sea...

CASIMIRO.

¿En qué?

AURISTELA.

En que con mi queja
Me dejes. Vete, tirano,

De mi vista, ó yo me iré
De la tuya.

CASIMIRO.

Si te agrado
En eso, adios.

AURISTELA.

Adios.

(*Al ir á entrarse por distintos lados, encuentra Auristela á Segismundo, y Casimiro á Cristerna.*)

SEGISMUNDO.

Ten
La planta.

CRISTERNA.

Suspende el paso.

AURISTELA.

¿Quién aquí me estaba oyendo?

CASIMIRO.

¿Quién estaba aquí escuchando?

SEGISMUNDO.

Quien ya sabe tus traiciones,
Pues sabe que ese soldado
Es sugeto que merece,
Hallándole disfrazado,
Que celos le pidas.

CRISTERNA.

Quien
(*Ap.* Disimule mi recato)
Ha oido que un cargo os hace,
Quien ántes os dió otro cargo.

AURISTELA.

Para que yo no hable en Lesbia,
Buena ocasion te has hallado.

CASIMIRO.

(*Ap.* ¡Allí noble, aquí quejosa!...)
Satisfacer pienso á entrambos.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¿Qué ocasion, si?... Mas Cristerna.

CRISTERNA. (*Ap.*)

Segismundo.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

Calle el labio.

CRISTERNA.

Sufra el alma.

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Qué temor!

AURISTELA. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Qué pena!

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Qué agravio!

TURIN. (*Ap.*)

¡Buenas cuatro caras para
Una máscara de á cuatro!

CRISTERNA.

Por lo ménos, Segismundo,
No diréis que bien no os trato
En la prision, pues á ella
Tan buena visita os traigo.

SEGISMUNDO.

Sí, señora; mas no sé
Si con afectos contrarios
Perdonara el propio gusto
A costa del propio daño.
(*Ap.* Corazon, disimulemos.)

CRISTERNA. (*Ap.*)

Ignorado mal, suframos.

CASIMIRO. (*Ap.*)

No desconfiemos, penas.

AURISTELA. (*Ap.*)

Esperemos, desengaños.

TURIN. (*Ap.*)

Viendo hablar á cada uno
Entre sí, yo tambien hablo
Entre mí. Pero ¿qué es esto?
(*Cajas.*)

CRISTERNA.

¿Quién sin órden toca á bando
A esas puertas?

ESCENA XXIII.

FEDERICO, *y* UN PAJE, *armado con una rodela, y en ella un cartel, y él otro en la mano.*—DICHOS.

FEDERICO.

Quien habiendo
En presencia tuya hablado
En la lástima ó cautela
De Casimiro, ha pensado
Modo con que de una vez
De aquesta duda salgamos...

TURIN. (*Ap.*)

¡Miren con lo que ahora estotro
Se viene para enmendarlo!

FEDERICO.

Y es, que en fe de la venganza,
En ese cartel le llamo
A público desafío.
Si es verdad que despeñado
Murió, ¿qué hay perdido? y si es
Verdad que está retirado,
Es fuerza, siendo quien es,
Que salga en sabiendo el bando
Pues no ha de querer, si vive,
Quedar inhabilitado
De parecer jamas, viendo
Que yo, para averiguarlo,
Le mato en el honor, miéntras
En la vida no le mato.
Y porque en tu corte tú
Seguro has de hacerle el campo,
Sitio que yo para que
Juzgues el duelo señalo,
Vengo á tomar tu licencia
Para fijarle. Veamos
De una vez si es de infelice,
O de cobarde el recato
De no parecer, y si
Yo sustento lo que hablo.
A cuyo efecto, porqué,
Señalado sitio y plazo
(Que las armas á él le tocan),
No pueda nunca ignorarlo,
Te suplico que en tu corte
Y en su corte publicarlo
Mandes, para cuya instancia,
Como árbitro soberano
Que has de ser del desafío,
Pongo el cartel en tus manos,
Dejando su original
A las puertas de palacio.
(*Deja el papel y vase con el paje, y tocan cajas.*)

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Cielos, qué oigo!

TURIN. (*Ap.*)

Viendo estoy
En el color de mi amo,
Que burlado se ha de hallar
Este, si envida de falso. (*Vase.*)

AURISTELA.

Yo me alegro; pues si vive,
Verá qué ha de hacer mi hermano. —
(*Ap.* Y llegará á Segismundo,
Sin darle yo, el desengaño.) (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

Yo lo estimo; pues pondrá,
Si vive, su honor en salvo.
(*Ap.* Y yo lo que debo hacer
De mis celos, veré en tanto.) (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

CRISTERNA, CASIMIRO.

CRISTERNA.

Ya veis que siendo el que reta
Federico, y el retado
Casimiro, yo no puedo
Impedirlo ni excusarlo;
Pues no se niega en buen duelo
Al noble que pide el campo.

CASIMIRO.

Sí, señora.

CRISTERNA.

Pues de vos
Fio este cartel, fijadlo.
(*Ap.* Aquesto es disimular
Que hice, en lo que oí, reparo.)
Rusia le ha de ver tambien
A puertas de su palacio...

CASIMIRO. (*Ap.*)

Nada entendió, pues que vuelve
A fiarme empeño tanto.

CRISTERNA.

A cuyo efecto, porqué
Os asista aquel vasallo
De la interpresa, os daré
Para él carta.

CASIMIRO.

Es excusado.
Que no me está bien llevarla,
Pues solo para esto basto.
Yo me prefiero á ponerle,
Y veréis qué presto traigo
Respuesta, firme ó no firme
Casimiro.

CRISTERNA.

Yo la aguardo,
Con esperanzas de que
Este último desengaño
Nos dirá, si vive ó muere
Traidor que aborrezco tanto.

CASIMIRO.

Desdichado es, mas dichoso,
Quien en servir empleado,
Mereció que pongais siempre
Los empeños á su cargo.

CRISTERNA.

Pagar un riesgo con otro
Es el premio del soldado.

CASIMIRO.

Pues id previniendo riesgos;
Que aun quedan que pagar hartos.

CRISTERNA.

¿Cómo?

CASIMIRO.

No puedo decirlo;
Mas baste.

CRISTERNA.

Ni yo escucharlo.
Id con Dios.

CASIMIRO.

Quedad con Dios.
(*Sepáranse.*)

CRISTERNA. (*Ap.*)
Ya recelo...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Amor tirano...
CRISTERNA. (*Ap.*)
Considera que eres mio...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Advierte que ya has llegado
A ver la cara al honor...
CRISTERNA. (*Ap.*)
Y que yo mas que yo valgo.
CASIMIRO. (*Ap.*)
Y que él ha de ser primero.
CRISTERNA. (*Ap.*)
Y así, en tanto...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Y así, en tanto...
CRISTERNA. (*Ap.*)
Que se explica este dolor...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Que se declara este pasmo...
CRISTERNA. (*Ap.*)
Esta ansia...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Esta duda ..
CRISTERNA. (*Ap.*)
Este
Miedo...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Este asombro...
CRISTERNA. (*Ap.*)
Este encanto...
CASIMIRO. (*Ap.*)
Apriesa, apriesa, desdichas.
CRISTERNA. (*Ap.*)
A espacio, penas, á espacio.

JORNADA TERCERA.

Salon del palacio de Cristerna.

ESCENA PRIMERA.

CRISTERNA, LESBIA, NISE, FLORA.

CRISTERNA.
Dejadme todas, ninguna
Quede conmigo.
LESBIA.
No así
De una tristeza te dejes
Postrar, señora, y rendir.
CRISTERNA.
¿Qué he de hacer (¡ay de mí!), [sentir?
Si no hay mas remedio al sentir que el
FLORA.
Cuando tienes en tu mano
Hacer tu reino feliz,
Prisioneros á tus dos
Enemigos, ¡deslucir
Quieres con penas las dichas!
NISE.
Y mas llegando á advertir
Que de Casimiro no hay
Nueva que pueda impedir
El capitular con ellos
Cuanto quieras.
CRISTERNA.
Bien decis,
Si pudiera yo escuchar
Todo eso que puedo oir.
Dejadme, digo otra vez,
Sola; que no hay para mí
Compañía, que no sea
Soledad. Todas os id.
(*Hablan aparte las tres.*)
FLORA.
¡Extraña melancolía!
NISE.
¡Mejor dirás frenesí!
LESBIA.
¿Sabeis qué he pensado?
FLORA Y NISE.
¿Qué?
LESBIA.
Que podemos borrar...
LAS DOS.
Di.
LESBIA.
La ley de que amor no sea
Disculpa de nadie. (*Vanse las tres.*)

ESCENA II.

CRISTERNA.

Aquí
Donde ya á mis solas puedo
Desahogar y descubrir
El pecho con suspirar,
El corazon con sentir,
Preguntarme á mí pretendo,
¿Qué es lo que pasa por mí?
Que aunque yo misma á mí misma
No me lo sabré decir,
¿Qué he de hacer, ¡ay de mí!
Si no hay mas remedio al sentir que el
¿Quién eres, ó tú, ignorado [sentir?
Mal, que con traidor ardid
En los imperios de una alma
Has sabido introducir
La mas sediciosa plebe
De una batalla civil?
¿Quién eres? digo, no solo
Otra vez, sino otras mil.
Que es mucho ignorar qué huésped
(Mejor pudiera decir
Qué áspid) es el que en el pecho,
O generosa admití,
O inadvertida abrigué,
Que no acierto á distinguir
Sus señas; porque tal vez
Noble, quiere persuadir
Que es agradecido afecto
De mi vida; tal, que es vil
Castigo de mi altivez;
Equivocando entre sí
Con los embozos de noble
Los desembozos de ruin:
En cuya duda no sé,
Ni desechar, ni elegir.
¿Qué importó que un extranjero
En los trances de una lid
Me diese la vida? Qué
Que originase de allí,
Envuelto en propio y ajeno
Raudal de humano carmin,
La prision de Segismundo
Ni la victoria? Y en fin
¿Qué importó que prisionera,
Con el órden que le dí,
A Auristela me trajese?
¿Ya no se lo agradecí
Con puestos y con honores?
¿Pues qué tiene que añadir
La imaginacion, si es
O no es lo que presumí,
Para andarse vacilando
En haber llegado á oir
Que Auristela quien es calla,
Y que por servirme á mí
Falta á sus obligaciones?
Y cuando todo sea así,
Que él sea mas y que ella sea
El alma de aquel matiz,
¿No es mas para agradecido
Que para culpado? Sí.
Pues bien, ¿qué me aflige? Pero
Si aun no me dejo afligir,
¿Qué he de hacer (¡ay de mí!),
Pues no hay mas remedio al sentir que el
Mas ¿qué digo? ¿Dónde está [sentir?
De mi espíritu gentil
La altivez? Dónde el denuedo
De mi ánimo varonil,
Ni dónde, cuando pretenda
De todo ese azul viril
(A instancia quizá de Vénus,
Deidad que no conocí)
Familiar astro de amor
Agoviarme la cerviz,
Astro, que tomar merezca
Mi influjo á su cargo?

ESCENA III.

CASIMIRO.—CRISTERNA.

CASIMIRO.
Aquí...
CRISTERNA.
¿Siempre han de ser vuestras voces
Oráculo para mí?
CASIMIRO.
¿En qué, señora, os ofende
Quien os sirve, que aun no ois
Que aquí la respuesta está
De aquel órden con que fui?
CRISTERNA.
¿Quién os ha dicho que yo
Me ofendo? que ántes decir
Que sois mi oráculo, es
Mostrar que siempre venís
A dar respuestas, que son
Sus oficios.
CASIMIRO.
Siendo así,
Y que á oráculos les toca
Responder y no argüir,
Llegué á Rusia, entré en su corte,
Y disfrazado advertí
El general desconsuelo
De ver perdidos...
CRISTERNA.
Decid.
CASIMIRO.
A Auristela y Casimiro.
(*Ap.* Y es verdad; que Arnesto así
Lo dijo, á quien me fié,
Y á quien mandé prevenir
Cómo he de entrar en Suevia.)
CRISTERNA.
Y en fin, ¿qué os suspende?
CASIMIRO.
En fin,
Divino el sol, trascendió
Los términos del cenit,
A los del nadir pasando,
En cuyo opuesto confin,
Al ir sepultando luces
En panteones de zafir,
A palacio llegué, donde
Pude grabar y esculpir
En sus láminas de acero,
Haciendo el puñal buril,
El cartel. Amaneció
Fijado, en cuyo sentir

Varios juicios hizo el pueblo,
Sin que ninguno de allí
Le quitase. Pero apénas
Pudo á otro dia salir
La aurora, dorando hermosas
Nubes de rosa y jazmin,
Cuando en festivo concurso
De alborozado motin,
A las puertas del palacio
Veo el vulgo concurrir,
Diciendo unos y otros...

ESCENA IV.

GENTE, *dentro*. — DICHOS; *despues*, FEDERICO.

Voces dentro.

Suya
Es la letra.

OTROS.

No es.

CRISTERNA.

Oid,
Que el mio tambien parece
Que en igual tumulto allí
Viene concurriendo á tropas.
A ver qué sucede, id.
(*Sale Federico.*)

FEDERICO.

Como mas interesado,
Yo te lo vengo á decir,
En que haya que merecer,
Ya que no que conseguir.
Sobre el fijado cartel
Que á aquesos umbrales di,
Ha amanecido otro, en que
Casimiro oigo admitir
El duelo, siendo las armas
Que nombra para reñir,
Desabrochados los pechos,
Espadas y dagas sin
Guarnicion, porque no haya
Reparar que no sea herir.
En cuya novedad ves
Unos y otros discurrir
En si es su letra ó no.

CASIMIRO.

Esto
Es, señora, proseguir
Lo que iba diciendo yo;
Y lo que puedo añadir
Es, que el cartel que fijado
Allá amaneció, rompí
A otra noche, para que
Pudiendo traerle aquí,
Constase dél cuán cabal
Con todo el órden cumplí
Que me disteis.
(*Saca el cartel y dásele á Cristerna.*)

CRISTERNA.

¿Cuándo vos
Menos airoso venís?
¡Pluguiera al cielo que en algo
Erráradés!

CASIMIRO.

Advertid
Que es daros por no servida
Querer que yerre el servir.

CRISTERNA.

Es que hace infeliz al dueño
El que sirve tan feliz,
Que atrase los galardones.

CASIMIRO.

Eso ¿es honrar ó reñir?

CRISTERNA.

No sé. Pero ¿quién podrá
Con mas certeza decir
Si es esta su firma?

ESCENA V.

AURISTELA.—CRISTERNA, CASIMIRO, FEDERICO.

AURISTELA.

Yo,
Que en el instante que oí
Que responde, á saber vengo
Si es verdad.

CRISTERNA.

¿Y es ella?

AURISTELA.

Sí.
Tan suya es, señora, que
Jurara que desde aquí
Le estaba mirando yo,
Cuando él la llegó á escribir.
Y así, en albricias á quien
Con este pliego venir
Pudo, esta pequeña joya,
Que acaso reservó en mí
El adorno, con licencia
Tuya, he de darle. — Admitid
(*Á Casimiro.*)
El don de una prisionera,
En premio de que venís
Con nuevas que Casimiro
Vivo está, para acudir
A su honor.

CRISTERNA.

Yo nada os doy
Por ahora, si advertís
Que no sé si es vivir él
Gozo ó pena para mí:
Pena porque viva, ó gozo
Que viva para morir.
Y así ahora suspendo el premio.

FEDERICO.

A ninguno mas que á mí
Toca, pues soy yo á quien trae
Esta ocasion de lucir;
Pero el que yo os he de dar,
Se ha de cifrar en pedir.

CASIMIRO.

¿Qué me mandais?

FEDERICO.

Que me honreis
De mi padrino en la lid.

CASIMIRO.

Fuera el mas supremo honor
Que pudiera conseguir
Mi humildad; mas perdonadme,
Os suplico, el no admitir
Tan grande favor.

CRISTERNA.

¿Por qué?

CASIMIRO.

Porque el haber vuelto aquí,
Ha sido solo por dar
Entera cuenta de mí,
Haciendo falta en mi patria,
Donde me es forzoso ir
A toda prisa.

CRISTERNA.

¿Qué os mueve?

CASIMIRO.

Un papel que recibí,
En que me llaman, señora,
Empeños á que acudir,
Quizá de mi honor tambien;
Y no puedo, siendo así,
Dar de padrino palabra.
Mas si pudiere venir,
La doy de hallarme en el duelo.

CRISTERNA.

(*Ap.* Aquí es forzoso fingir.)
Y en fin, ¿os vais?

CASIMIRO.

Sí, señora.

CRISTERNA.

¿Y cuándo os pensais partir?

CASIMIRO.

Al instante.

CRISTERNA.

El cielo os lleve
Con bien. (*Ap.* Y lleve; ay de mí
Todas mis penas con vos.)

CASIMIRO.

El os haga tan feliz,
Que no os sirva con errar
Quien no os sirve con servir.
(*Vase Cristerna.*)

FEDERICO.

Ya que Casimiro es fuerza
Que al duelo haya de asistir,
Prevendré lo que me toca,
Que es, por donde ha de venir,
Tenerle hecho el hospedaje,
Y salirle á recibir
Y festejarle, hasta que
El dia publique el fin
De mi vida ó de mi muerte. (*Vase.*)

AURISTELA.

¡Cómo te sabré decir
Cuánto agradecida, al ver
Que trates de descubrir
El rostro al empeño, estoy!

CASIMIRO.

¿Pues pudiste presumir
Nunca que á trances de honor
Habian de preferir
Los de amor? Tú verás cómo
Vuelvo, Auristela, á cumplir
Mi obligacion, y verás
Qué hace esta fiera de mí,
Al ver que yo la obligué,
Siendo yo quien la ofendí.

ESCENA VI.

TURIN. — CASIMIRO, AURISTELA.

TURIN.

Ya cuanto á Arnesto mandaste
En la entrada prevenir,
Viene marchando, señor.

CASIMIRO.

Pues vamos presto, Turin. —
Adios, Auristela.

AURISTELA.

¡Quién
Con los brazos influir
Pudiera su corazon
En tu pecho! Porque así,
Lidiando con dos, tuvieras
Ese mas para la lid,
Aventurando primero
El mio que el tuyo. (*Abrázanse.*)

ESCENA VII.

SEGISMUNDO. — DICHOS.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* ¿Qué vi?
¡Cielos! ¡Los brazos le ha dado!
¿Cómo es posible sufrir
Igual dolor, sin que todo
Se pierda, pues la perdí?)

Disfrazado aventurero, (*Á Casimiro.*)
A quien hizo tan feliz,
O su amor ó su fortuna,
Cuanto desdichado á mí,
Saca la espada; que aunque
Pudiera matarte aquí
Sin esta salva, no quiero
Que esa fiera presumir
Pueda que el ser vil su ofensa
Hizo mi venganza vil.

TURIN. (*Ap.*)

¿Quién en el mundo á un hermano
Celos le llegó á pedir?

AURISTELA.

Tente, Segismundo, no
Contra él la espada (¡ay de mí!)
Saques.

SEGISMUNDO.

Que tú le defiendas,
Me obliga mas.

CASIMIRO.

Pues de mí
Teneis experiencias que
No lo haré por no reñir,
Créd que hay causa que me mueva
Cuerdamente á reprimir,
Siendo quizá el ofendido,
Vuestra cólera; y así,
Hasta ocasion en que os pueda
Satisfacer, remitid
Este empeño.

SEGISMUNDO.

¡Qué ocasion,
Y mas cuando llego á oir
Que el ofendido sois vos,
Que es lo mismo que decir
Que sois el favorecido?
Sacad la espada y reñid,
O no la saqueis, que yo
Con avisaros cumplí.

CASIMIRO.

Para defenderme solo
La sacaré.

AURISTELA.

(*Ap.* Ya es aquí
Necio el silencio.) Detente,
Segismundo, porque es mi...

(*Riñen los dos.*)

ESCENA VIII.

CRISTERNA. — CASIMIRO, AURISTELA, SEGISMUNDO, TURIN.

CRISTERNA.

¿Qué es esto?

AURISTELA. (*Ap.*)

Ya no es posible,
Porque es mi hermano, decir.

TURIN. (*Ap.*)

Como iba á cantar en solfa,
Quedóse la sol en mi.

CASIMIRO. (*Ap.*)

Dicha fué.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

AURISTELA. (*Ap.*)

¡Qué pena!

CRISTERNA.

¿Qué es esto? digo.

SEGISMUNDO.

Esto es ir
Uno á morir y á matar,
Y aun no lograr el morir (*Vase.*)

CRISTERNA. (*Á Casimiro.*)

Decid vos, ¿qué ha sido?

CASIMIRO.

Ménos
Lo sé yo, si no es...

CRISTERNA

Decid.

CASIMIRO.

Ser el tropiezo de todos
La vida de un infeliz.
Y pues que para no serlo,
No hay mas remedio que huir
El rostro á todo, quedad
Con Dios.

CRISTERNA.

Ved, mirad, oid...

CASIMIRO.

Perdonad, que voy á errar
Cuanto intente desde aquí,
Y ha de ser mi primer yerro
Ni ver, ni mirar, ni oir. (*Vase.*)

CRISTERNA. (*A Turin.*)

Decid vos...

TURIN.

No digo ni hago;
Que soy un miron tan vil
De los garitos de amor,
Que sin hacer ni decir,
Dependo de suerte de otros,
Donde á merced de un cuatrin
Traigo mi vida en un tras,
Y mi caudal en un tris. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CRISTERNA, AURISTELA.

CRISTERNA.

En fin, Auristela, ¿nadie
Me dice qué es esto?

AURISTELA.

Sí.
Segismundo, que conmigo
Hablaba, oyendo que fuí
Dese ignorado extranjero
Presa, siendo él adalid
De aquella interpresa, tanto
Le aborreció, que al oir
Que se ausentaba, no pudo
Consigo mismo sufrir,
Sin que su ofensa y mi ofensa
Vengase, verle partir;
Y así ciego...

CRISTERNA.

Bien está;
Y aunque debiera sentir
Verle exceder las licencias
De prisionero, hay en mí
Valor para tolerar
Mayores quejas.

AURISTELA. (*Ap.*)

¡Oh si
La vuelta de Casimiro
Pusiese á todo esto fin! (*Vase.*)

CRISTERNA.

¿Qué será (¡valedme, cielos!)
Lo que me quieren decir
Este lance y esta ausencia?
¿Pero á quién mejor que á mí
Están, pues acabaré
De una vez de discurrir?
¿Qué he de hacer (¡ay de mí!) cuando
No hay mas medios?... — ¿Qué clarin
Es este? (*Tocan un clarin.*)

ESCENA X.

LESBIA. — CRISTERNA.

LESBIA.

Si quieres ver,
Señora, el mejor jardin,
Que en los campos de la aurora
Bosquejar supo el abril,
Por mas que vario mezclase
En uno y otro matiz
Los claveles ciento á ciento,
Los jazmines mil á mil,
Ponte en ese mirador,
Verás la esfera pulir
De la plaza de palacio
El mas hermoso pensil
De plumas y de colores,
Que vió el sol desde el turquí
Campo azul, adonde fénix
De la Arabia de zafir,
O muere para nacer,
O nace para morir.
La recámara es, señora,
De Casimiro, en quien vi
Cifrar sus púrpuras Tiro,
Y sus madejas Ofir;
Porque en numerosa tropa
Bruto no hay á quien cubrir.
No verás de mil bordados
Paramentos, que en sutil
Dibujo ornan los blasones
De sus armas, siendo así
Que la plata que derraman,
Ya el giron, y ya el perfil,
Las planchas y los barrotes
La tomaron para sí;
En cuya correspondencia,
Nácar y plata vestir
Verás la familia, siendo...

CRISTERNA.

No tienes que proseguir
Los lucimientos con que
Vendrá, pues son para mí
Lutos de aquellas exequias.

ESCENA XI.

FLORA.—CRISTERNA, LESBIA.

FLORA.

Si te quieres divertir,
No dejes de ver, señora,
En bosquejado pais,
La segunda primavera
A la primera seguir.
La caballería es
La que, ocupando el confin
Del terrero, deja al sol
Deslucido de lucir;
Pues tanta es la pedrería
Del ménos rico terliz,
Que le vuelve los reflejos
Cobardes, de competir
Por lo blanco los diamantes,
Por lo rojo los rubís.
El demas bagaje...

CRISTERNA.

Calla,
Que parece que venis
Unidas á encarecer
Lo que tengo de sentir.

ESCENA XII.

NISE. — CRISTERNA, LESBIA, FLORA.

NISE.

Un anciano caballero,

Que de una carroza ahora
Se apea, pide, señora,
Licencia de hablarte.

CRISTERNA.

(*Ap.* Hoy muero
De varios temores llena.)
Dile que entre. (*Ap.* ¿No bastaba
Ver que una pena acababa,
Sin que empezase otra pena?)

(*Vase Nise.*)

ESCENA XIII.

ARNESTO.—CRISTERNA, LESBIA, FLORA.

ARNESTO.

Déme vuestra Majestad,
Señora, á besar su mano,
Pues me dió el cielo, no en vano,
Esta dicha.

CRISTERNA.

Levantad,
Y decid lo que queréis.

ARNESTO.

El gran duque Casimiro,
Que tuvieron en retiro
Causas que al verle sabréis,
De Federico retado,
Con su obligacion cumpliendo,
Ya al duelo viene; y habiendo
A vuestra corte llegado,
No por la seguridad,
Sino por la cortesía
(Pues bien claro está que el dia
Que hizo vuestra Majestad,
Como árbitro soberano,
Seguro el campo, no queda
Recelo que temer pueda),
Por mí vuestra blanca mano
Humilde besa; y en muestra
Del gran respeto que os guarda,
Para presentarse, aguarda
Segunda licencia vuestra.
Ley es en todo buen duelo
Que el que á responder se ofrezca,
Ante el árbitro parezca,
Donde salvando el recelo
De que otro salga por él,
De ser él mismo presente
Testimonio, y juntamente
Jure al tenor del cartel,
Que solo viene movido
Del empeño de su honor,
Sin traer en su favor
A nadie, ni conmovido
Tener el pueblo, ni haber
De caractéres usado,
Pacto ó nómina, ayudado
Del ilícito poder
De vaga supersticion,
Y que en las armas que tray
Ninguna ventaja hay,
Pues de iguales temples son;
Peso y marca; á cuyo intento
Licencia de parecer
Pide ante vos, para hacer
El usado juramento.

CRISTERNA.

Si pensara lo que habia
De sentir el que viniera
Donde le hablara y le viera,
Nunca la cólera mia
Hubiera dado lugar
A que le viera y hablara;
Mas ya que en eso repara
Tan sin tiempo mi pesar,
Que la licencia le ofrezco,
Le decid. (*Ap.* Mal me reprimo,
Pues cuando huye lo que estimo,
Se acerca lo que aborrezco.)

(*Vanse Cristerna, Lesbia y Flora.*)

ESCENA XIV.

FEDERICO, *por una parte, y por otra* SEGISMUNDO.—ARNESTO.

FEDERICO. (*Á Arnesto.*)

¿Sois vos el que venir miro
De Casimiro enviado?

SEGISMUNDO.

¿Sois vos el que habeis llegado
De parte de Casimiro?

ARNESTO.

Sí, yo soy. ¿Qué me mandais?

SEGISMUNDO. (*Á Federico.*)

Hablad vos, señor, primero;
Que yo retirado espero.

FEDERICO.

No hay para qué; y pues me dais
Licencia de que hable yo,
Que le digais, os suplico,
Que el príncipe Federico
Á recibirle salió.
Y puesto que no he tenido,
Noblemente cortesano,
Dicha de besar su mano,
Que sea muy bien venido;
Y que sepa que en mi casa
Tiene hecho el aposento,
Adonde servirle intento,
Miéntras del término pasa
El plazo que tomar quiera;
Pues toca á su bizarría
Dentro dél nombrar el dia.

ARNESTO.

Si Casimiro supiera
Que habíades de salir,
No hubiera determinado,
Atento al justo cuidado
De hacer la salva, y pedir
Licencia á Cristerna, entrar
De secreto. Y siendo así
Que disculpado hasta aquí
Quede, en cuanto al aceptar
Vuestro hospedaje, yo creo
Que le dé por recibido;
Porque el órden que he traido
Mas conforme á su deseo,
Es, señor, aposentalle
Al pié de aquesa montaña
En sus tiendas de campaña;
Y así habréis de perdonalle,
Que en ella os veréis los dos.

FEDERICO.

A mí me toca hospedar,
A él despedir ó aceptar.
Quedad con Dios.

(*Vase.*)

ARNESTO.

Id con Dios.

ESCENA XV.

SEGISMUNDO, ARNESTO.

ARNESTO.

¿Qué es lo que vos me mandais?

SEGISMUNDO.

Que de mi parte tambien
Le lleveis el parabien
De su venida, y digais
Que por estar prisionero,
No voy á ser su segundo.

ARNESTO.

¿Quién diré sois?

SEGISMUNDO.

Segismundo.

ARNESTO.

Una y mil veces espero
Besar vuestros piés.

SEGISMUNDO.

Alzad,
Y como posible sea,
Cuanto ántes pueda me vea,
Le decid; que hay novedad
Que importa tratar los dos,
Sin que otro delante esté.

ARNESTO.

Desa suerte lo diré.
Quedad con Dios.

SEGISMUNDO.

Id con Dios.

(*Vase Arnesto.*)

ESCENA XVI.

SEGISMUNDO.

Ya que tan infeliz fuí,
Que Cristerna embarazó
Mi venganza, y se ausentó
El que tan dichoso vi,
A Casimiro diré
Le haga seguir y matar,
Pues yo no puedo, hasta dar
Venganza á mi honor, sin que
Le diga de mis agravios
Mas que la prision. ¿Quién ¡cielos!
Les dió poder á los celos
Para cerrarme los labios?
¡Bueno es que tenga una fiera
Licencia para agraviar,
Y que haya de honestar
Yo su traicion! De manera
Que la ruindad, que me obliga
Á que otro la satisfaga,
No lo es porque ella la haga,
Sino porque yo la diga.
¿Qué ley, qué fuero, qué fe
Tales privilegios da
A la mujer?

ESCENA XVII.

LESBIA.—SEGISMUNDO.

LESBIA. (*Ap.*)

Aquí está
Segismundo.

SEGISMUNDO.

¿Pues por qué,
Lesbia, el paso tuerces? (*Ap.* ¡Cielos,
A qué buen tiempo viniera
Hoy su aviso, si pudiera
Con él seguirle!)

LESBIA.

Recelos
De que Auristela me vea
Contigo, me hacen volver.

SEGISMUNDO.

Oye, que importa saber
Hoy mas que nunca, cuál sea
El paso que le ha ofrecido
A mi libertad tu amor.

ESCENA XVIII.

AURISTELA.—SEGISMUNDO, LESBIA.

AURISTELA. (*Ap.*)

Que estaba el embajador
Aquí de mi hermano he oido,
Y á hablarle y saber quién fué
Vengo.—Pero Lesbia está
Con Segismundo.

SEGISMUNDO.

Y no ya
Pena Auristela te dé;
Que no importa que conmigo
Te vea; que ya su amor

No es amor, y en tu favor
Mi vida está.

AURISTELA. (*Ap.*)

Yo testigo,
Aunque sea parte y juez.

LESBIA. (*Ap.*)

Pues hubo otra vez de estar
Tan á mano mi pesar,
Huya su vista otra vez. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

AURISTELA, SEGISMUNDO.

AURISTELA.

Oye.

SEGISMUNDO.

Seguirla es en vano.

AURISTELA.

¿Por qué, falso, aleve, infiel?

SEGISMUNDO.

Mudable, fiera, cruel,
Porque no hay á qué.

AURISTELA.

¡Ah tirano!
¿Podrásme negar ahora
Que ya mi amor no es amor,
Y tu vida en el favor
Desa injusta fe traidora
Está?

SEGISMUNDO.

Que lo dije, no
Podré negar; mas pudiera
Dar satisfaccion que fuera
Bastante para que yo,
De haberlo dicho, quedara
Mas fino contigo. Pero
Aun eso tampoco quiero;
Que es hidalguía muy cara
La que á un hombre ha de costar,
Quejoso de una mujer,
El quitar en su placer
Los caudales del pesar.

AURISTELA.

Quien de satisfacer deja
Por vengar su queja, oirás
Al cuerdo, que no hace mas
Que echar á perder su queja.

SEGISMUNDO.

Aun bien que tu tiranía,
Porque mas cruel se arguya,
No echará á perder la tuya
Por satisfacer la mia.

AURISTELA.

¿Por qué?

SEGISMUNDO.

Porque no podrá.

AURISTELA.

¡Pluguiera al cielo no fuera
Tan clara, que aunque no quiera,
La has de ver!

SEGISMUNDO.

Tarde será.

AURISTELA.

No mucho.

SEGISMUNDO.

¿Cómo?

AURISTELA.

No sé;
Que no tengo de abreviar
Tu pesar á mi pesar.

SEGISMUNDO.

Todo eso es enigma, que
Anda disfrazando errores.

AURISTELA.

Esotro ir tomando plazos.

SEGISMUNDO.

Yo te vi en ajenos brazos.

AURISTELA.

Yo te oí decir favores.

SEGISMUNDO.

Quizá tuvo otra intencion.

AURISTELA.

Quizá tuvo otro sentido.

SEGISMUNDO.

Yo oí tu agravio y mi olvido.

AURISTELA.

Yo oí mi olvido y tu traicion.

SEGISMUNDO.

¡No es malo imitarme el modo!

AURISTELA.

Ni tus agravios son malos.

ESCENA XX.

TURIN. — SEGISMUNDO, AURISTELA.

TURIN.

A costa de cuatro palos,
Por Dios, que lo he de ver todo.
(*Tocan chirimías, cajas y clarines dentro.*)

AURISTELA Y SEGISMUNDO.

¿Que es eso?

TURIN.

Que Casimiro
Entrando viene en palacio,
Y en el siempre ameno espacio
De su florido retiro,
Cristerna, bien que á pesar
De lo que lo ha de sentir,
Le ha salido á recibir.
Y yo deseándome hallar
En todo, sin que me dé
Miedo una y otra alabarda,
Mequetrefe de la guarda,
Por un lado me escapé,
Como el que, sin ser señor,
Entrada tiene, no tanto
Por mejor título, cuanto
Porque arrempuja mejor.
Ya llega.
(*Vuelven á tocar.*)

AURISTELA.

¡Nunca llegara!

SEGISMUNDO.

¿Temes que oiga tu traicion?

AURISTELA.

Temo la satisfaccion,
Que no mereces.

TURIN. (*Ap.*)

¿Qué cara
Pondrá Cristerna al mirar
Que el soldado es Casimiro?

SEGISMUNDO.

Aquí á ver y oir me retiro.

AURISTELA.

Yo á ver, oir y callar.
(*Retíranse al paño Auristela y Segismundo.*)

ESCENA XXI.

Tocan chirimías, cajas y clarines, y por una parte salen SOLDADOS, FEDERICO, CRISTERNA, LESBIA, *y* DAMAS, *y por la otra*, CASIMIRO, ARNESTO Y SOLDADOS *de acompañamiento.*—AURISTELA, SEGISMUNDO Y TURIN, *retirados.*

CRISTERNA. (*Ap.*)

En fin, fortuna, has logrado...

CASIMIRO. (*Ap.*)

En fin, fortuna, has sabido...

CRISTERNA. (*Ap.*)

Hacer que el que he aborrecido...

CASIMIRO. (*Ap.*)

Hacer que la que he adorado...

CRISTERNA. (*Ap.*)

Haya á mi vista llegado.

CASIMIRO. (*Ap.*)

Haya de saber quien soy.

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Muerta llego!

CASIMIRO. (*Ap.*)

¡Ciego voy!

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Qué temores!

CASIMIRO.

(*Ap.* ¡Qué recelos!)
Humilde á vuestros piés...

CRISTERNA. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué es lo que mirando estoy?

CASIMIRO.

Despojo ántes que trofeo,
Yace el duque Casimiro.

CRISTERNA. (*Ap.*)

Otra y mil veces me admiro.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿No es el soldado el que veo?

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Mis venturas dudo y creo!

AURISTELA. (*A Segismundo.*)

¿Quietóte ya el que te dió
Celos?

SEGISMUNDO.

Sí.

AURISTELA.

Pues á mí no.

LESBIA. (*Ap. á Turin.*)

Este ¿no es el extranjero,
Que servia aventurero?

TURIN.

Y si no, dígalo yo.

CASIMIRO.

A todos admira ver
Que hoy el que era ayer no soy,
Como si estas plumas hoy
No fueran señas de ayer.
Y para satisfacer
Que en mí no hay mudanza alguna
De mi fortuna importuna,
¿Dije ser soldado? Pues
¿En qué mentí? ¿Qué rey no es
Un soldado de fortuna [1]?

[1] Voltaire escribió en su *Mérope*, acto I, escena III : *Le premier qui fut roi fut un soldat heureux.* Calderon iba mas allá que Voltaire : para nuestro poeta todo rey debia ser lo que para Voltaire el primero.

Ella fué la que de mí
Triunfó el dia que triunfé,
No digo porque os amé,
Pero digo porque os ví.
Si dichoso os ofendí,
Desdichado lo he llorado;
Porque ¿qué mas desdichado
Que el que á un delirio rendido,
Dió fuerza al haber creido
Que se hubiese despeñado?
A este error (si es que fué error
Ocultarme donde fuera
El valor el que me diera
Lo que impidiera el valor)
Causa dió vuestro rencor;
Que viendo cuánto ofrecia
Al que la persona mia
Viva ó muerta os entregara,
No quise que otro lograra
La dicha que yo perdia.
Y así, al ver que la ley era
Excepcion, falté, no tanto
Porque á muchos temí, cuanto
Porque uno no os mereciera;
Y para que no pudiera
Dar nada temor en mí,
Vos sabeis cómo os serví,
Sin que yo os acuerde que
Aquí Segismundo esté,
Ni que esté Auristela aquí.
Pues para que sea verdad
El que os pudo dar mi fe
Vida y libertad, quedé
Sin vida y sin libertad:
En cuya felicidad
Toda mi vida viviera,
Si á mi honor tal voz no diera
De Federico el valor,
Que me obliga á que mi honor
Le responda, aunque no quiera.
Y pues fe á vos, á él y á Dios
De ser yo ha de dar mi vida,
Séanlo una y otra herida
Que he recibido por vos.
Y si al duelo de los dos
He de jurar no traer
Ventaja, déjase ver
En que no la traerá, creo,
Quien viene con mas deseo
De morir, que de vencer.

CRISTERNA.

De Casimiro ofendida
Y de un soldado obligada,
Tanto contra el uno airada
Cuanto al otro agradecida,
Tambien estuvo mi vida
Ayer; mas hoy viendo ¡ay Dios!
Que el uno y otro sois vos,
No hallo mérito en ninguno,
Pues no obliga como uno,
Quien ofende como dos.
Y dejando el ceño duro
Con que, Casimiro, os miro;
Pues ya como Casimiro
En fe estáis de mi seguro,
Como soldado procuro
Culparos, sin que bajeza
Parezca de mi grandeza;
Pues declarada en mi daño
Fineza que hizo un engaño,
Ni es engaño ni es fineza.
Demas, que si alguna hicisteis;
Mi valor desempeñasteis
Con los puestos que ocupasteis,
Los honores que adquiristeis:
Luego si ya conseguisteis
Su premio, y con él se aleja
La obligacion, libre deja
El campo á mi indignacion
Pues pagué la obligacion,
Para que cobre la queja.
¿Qué cosa es que vos, conmigo
Doble, oseis hacer que viva
Tan ciega, que el bien reciba
De mano de mi enemigo,
Y que á un frenesí testigo
De vuestro despeño hagais,
Siendo, cuando publicais
El fin con que me servís,
Allá donde le fingís,
Y aquí donde os despeñais?
Y pues es fuerza, al miraros
A vos, de vos distinguiros,
Casimiro, he de admitiros,
Soldado, he de castigaros.—
¡Hola!

ESCENA XXII.

SOLDADOS. — DICHOS.

UN SOLDADO.

¿Qué quieres?

CRISTERNA.

Mandaros
Que al que mi seguro he dado,
Guardeis, no al que me ha engañado;
Y pues en uno á dos miro,
Respetando á Casimiro,
Prended á aquese soldado.
(*Ap.* Desta manera he de ver
Si el duelo estorbar pudiese;
Que aunque aborrezco su vida,
No sé si sienta su muerte.)

UN SOLDADO.

Daos á prision.

FEDERICO.

Detenéos,
Y nadie á él llegar intente,
Sin que primero me mate.

CRISTERNA.

¿Tú contra mí le defiendes?

FEDERICO.

Sí, señora, porque el dia
Que vino de mis carteles
Llamado, me toca á mí
(O péseme ó no me pese
Saber quién es á quien llamo)
Que se le guarden las leyes
Del seguro que firmé.

CRISTERNA.

Yo no prendo, si lo adviertes,
A Casimiro, sino
A un traidor, soldado aleve,
Que me ofende y que me engaña.

FEDERICO.

Mi mismo argumento es ese;
Que no defiendo tampoco
Yo al soldado que te ofende,
Sino á Casimiro, que es
Quien de mí llamado viene.
(*Adelántase Segismundo.*)

SEGISMUNDO.

Y yo á tu lado, en tan noble
Demanda, es justo que arriesgue
Honor y vida.

TURIN.

A mí y todo
Toca á su lado ponerme.
Pero ¿qué criado hace
Lo que le toca?

AURISTELA. (*Al paño.*)

Pendiente
De igual trance estoy.

CRISTERNA. (*A Segismundo.*)

¿Pues cómo
El fuero á romper te atreves
De la prision?

SEGISMUNDO.

Como tú
La consecuencia me ofreces,
Pues tampoco el fuero guardas
Del seguro que prometes.

CRISTERNA.

No ha mucho que yo te ví
Solicitando su muerte.

SEGISMUNDO.

Quizá la queja de entónces
En esta duda se vuelve.

CRISTERNA. (*Ap.*)

Ya sé por qué, y no hago mucho,
Que lo mismo me acontece
En ciertas sospechas, que
Se ganan cuando se pierden.—
¿Pero qué esperais? Haced
(*A los soldados.*)
Lo que os mando.

SEGISMUNDO Y FEDERICO.

Nadie llegue.

CASIMIRO.

Bien pusiera ambos empeños
Yo en paz con dejar prenderme,
Porque de una vez en mí
Uno y otro enojo vengues;
Mas no me atrevo, señora,
Porque temo que alguien piense
Que es por excusar el duelo;
Y así es forzoso ponerme
En defensa.

ARNESTO.

Allí el caballo,
Señor, que trajiste tienes:
Ponte en él, pues en faltando
Tú, no hay riesgo que no cese. (*Vase.*)

CASIMIRO.

Dices bien, y no es huir
Aquesto cobardemente;
Que quien por lidiar no lidia,
Solo extraña el que se cuente,
Si hay quien huyó de cobarde,
Que hay quien huya de valiente. (*Vase.*)

FEDERICO.

No he de perderle de vista
Hasta que en salvo le deje. (*Vase.*)

SEGISMUNDO.

Ni yo á tí, ya que á tu lado
Me vi una vez. (*Vase.*)

TURIN.

Sean ustedes
Testigos, que hay uno que huya,
Y lacayo que se quede. (*Vase.*)

CRISTERNA.

Seguidle, á pesar de entrambos,
Hasta matarle ó prenderle.

SOLDADOS.

Su órden obedezcamos. (*Véndase.*)

CRISTERNA.

No os quiero tan obedientes.
Esperad, no le sigais
(¡Ay de mí infeliz!), que ese
Es á quien mi honor la vida,
Libertad y fama debe.
Pero ¿qué digo? Seguidle;
Que es tambien contra quien tiene
Hecho mi honor homenaje.
(*Adelántase Auristela.*)

ESCENA XXIII.

CRISTERNA, AURISTELA, DAMAS, SOLDADOS.

AURISTELA.

No del agravio te acuerdes,
Pues puedes del beneficio.

CRISTERNA.

Nada me digas, pues eres
Tu causa de todo.

AURISTELA.

¿Yo?

CRISTERNA.

Sí, pues abatidamente
Cobarde, tímida, humilde,
No osaste decir quién fuese
Quien prisionera te trajo.

AURISTELA.

Si cuando tu indulto tiene
No está seguro, ¿qué fuera
Cuando no le tenia?

CRISTERNA.

Ese
Entónces fuera otro lance
Ménos público.

AURISTELA.

No eches
A perder el ejemplar
De que callen las mujeres;
Que si yo tengo la culpa,
Podrá ser que yo la enmiende.

CRISTERNA.

¿Cómo?

AURISTELA.

El efecto lo diga.
(Ap. Pues su familia y su gente
Es fuerza estar á mi órden.)

CRISTERNA. (*A los soldados.*)

Tenedla, no infiel, no aleve
Tanto séquito amotine.
Mas dejadla, que se pierde
Tiempo de seguirle á él,
Y no es justo que se ausente
A mi pesar. Mas sí es justo.
Dejad que se vaya y lleve
Consigo mis confusiones.

SOLDADOS.

¿Qué nos mandas finalmente?

CRISTERNA.

Que á mí me deis un caballo;
Pues hallándome presente
Yo al empeño de seguirle
Y al duelo de defenderle,
Probaré entre dos afectos
Tan poderosos, tan fuertes
Como odio y amor, cuál es
El vencido ó el que vence.

(*Vanse Cristerna y los soldados.*)

LESBIA.

Sigámosla todas, no
Hoy la dejemos.

(*Vanse las damas.*)

—

Bosque.

ESCENA XXIV.

SEGISMUNDO, FEDERICO, CASIMIRO.

FEDERICO.

En este
Retirado sitio, donde
No es fácil que nos encuentren,
Esperemos algun rato
Que los caballos alienten.

SEGISMUNDO.

Bien lo han menester, segun
En su lijereza exceden
Al mismo viento.

CASIMIRO.

Yo estimo
La tregua, porque aproveche
Su plazo en daros las gracias
De igual fineza.

SEGISMUNDO.

No tienes
Que agradecerme á mí; pues
El dia que sé quién eres,
Y que tus yerros doró
Amor, es fuerza que cesen
Todas mis quejas.

FEDERICO.

Ni á mí;
Que nadie á mí me agradece
Lo que me debo á mí mismo.
Y porque veas que tiene,
Haber dicho que paremos,
Segunda intencion, atiende.
Yo, Casimiro, he pensado
Que no es justo que se cuente
Ni que yo desafié,
Ni que tú saliste, y piense
Algun cobarde (que nunca
Piensa mal el que es valiente)
Que agradecidos quizá
A tantos inconvenientes,
Yo me quedo sin reñir,
Y tú sin reñir te vuelves.
Y así, pues que Segismundo
Es quien es, y nadie debe
Mas que él mirar por tu honor
Y mi honor, que esté presente
Poco importa, pues podrá
Mirarnos reñir.

SEGISMUNDO.

Si hubiese
Un segundo, con quien yo
Sacar la espada pudiese,
Nunca sin reñir mirara
Reñir; mas puesto que haberle
No es posible, seré de ambos
Padrino, que á partir llegue
El sol, y las armas mida.

CASIMIRO.

Aunque mi valor suspende
Seros deudor de fineza
Tan hidalga, me parece
Que no falto al ser quien soy
Riñendo con vos, pues pende
Una accion de otra; y así
Mi espada y mi pecho es este.

FEDERICO.

Y este mi pecho y mi espada.

SEGISMUNDO.

Pues yo, porque no me lleve,
Como al que mira jugar,
El afecto de la suerte,
La espalda os vuelvo. Reñid.

(*Vuélveles la espalda, y riñen los dos.*)

CASIMIRO.

¡Qué animoso!

FEDERICO.

¡Qué valiente!
¡Válgame el cielo! (*Cae.*)

SEGISMUNDO.

¿Qué ha sido?

FEDERICO.

Tropecé y caí.

SEGISMUNDO.

Detente.
Déjale que se levante.

CASIMIRO.

¿Tú lo que he de hacer me adviertes?
Contigo riñera ahora
Mejor que con él, mil veces. —
Levantad y reparad (*A Federico.*)
Del acaso.

FEDERICO.

Nada debe
Ya vuestro valor al mio.

CASIMIRO.

No esto agradecido os muestre;
Que lo que me debo á mí,
Nadie á mí me lo agradece.
Y pues sé que no desluce
Al valor el accidente,
Volved á reñir.

FEDERICO.

Sí haré,
Solo para defenderme.

ESCENA XXV.

AURISTELA. — DICHOS.

AURISTELA. (*Dentro.*)

Cercad el bosque; que allí
Están caballos y gente.

CASIMIRO.

Sitiados somos.

FEDERICO.

¿Qué harémos?

SEGISMUNDO.

Dejad el duelo pendiente,
Puestos los tres de una banda.

(*Sale Auristela.*)

AURISTELA.

¿Contra quién es todo ese
Último esfuerzo, si soy
Quien en vuestro alcance viene
A dar un medio, con que,
Antes que Cristerna llegue
Con tanta gente que no
Es posible defenderse,
Cese el empeño?

CASIMIRO.

¿Qué trazas?

FEDERICO.

¿Qué dispones?

SEGISMUNDO.

¿Qué pretendes?

AURISTELA.

Que Casimiro conmigo
Se venga; que yo sé en este
Monte, como quien en él
Tuvo alojada su gente,
Seguro paso á la raya.
Y como él solo se ausente,
Contra quien es la ojeriza
De Cristerna, es evidente
Que diciéndola los dos
Que ya está en salvo, se temple.

LOS DOS.

Dice bien.

AURISTELA.

Vente conmigo.

CASIMIRO.

A mi pesar te obedece
Mi amor; que cumplido el duelo

(Pues ser ó no ser solemne
No hace al valor), mejor fuera
Morir, si el medio que tiene
El que no se vengue nunca,
Es perderla para siempre.
(*Vanse los dos hermanos.*)

ESCENA XXVI.

CRISTERNA, DAMAS, TURIN Y SOLDADOS.—SEGISMUNDO, FEDERICO.

CRISTERNA.

Allí están: llegad, soldados,
Y nadie, si se defiende,
Quede con vida.

TURIN.

La fiesta
Será hoy de los Inocentes.

FEDERICO.

Tente, señora; que si es
Casimiro de quien quieres
Vengarte, ya no es posible,
Pues ya penetrando el Merque,
Habrá llegado á su raya.
Si soy yo, á tus piés me tienes,
Cumplida la obligacion,
Primero de defenderle,
Despues de reñir con él,
Porque escrúpulo no quede
En su honor y el mio.

SEGISMUNDO.

Y si yo
Soy en quien vengarte emprendes,
Aquí estoy; que no se va
Quien á la prision se vuelve.

CRISTERNA.

Si hubiera de mis razones
La cólera que me enciende
Satisfacer hoy, no hay
Hartas vidas en dos muertes.
Y así, para no quedar
Mal vengada, es mejor quede
Bien quejosa.

ESCENA XXVII

AURISTELA, CASIMIRO.—DICHOS.

CASIMIRO.

Que has perdido
La senda, Auristela, advierte;
Pues en vez de que dél huyas,
Hácia el peligro te vuelves.

AURISTELA.

No he perdido. ¡Qué! ¿pensaste
Ingrato, tirano, aleve,
Que no habias de pagarme
La libertad que me debes?

CASIMIRO.

¿Pues dónde me traes?

AURISTELA.

A ser...

CASIMIRO.

Prosigue, ¿qué te suspende?

AURISTELA.

Prisionero de Cristerna.

CASIMIRO.

¿De qué suerte?

AURISTELA

Desta suerte.—
Bello prodigio del norte, (*A Cristerna.*)
Alto honor de las mujeres,
Que hicieron sabias y altivas
Tus victorias y tus leyes:
Corrida de que baldones
Mi silencio, porque llegues
A ver si de tu venganza
Mi valor la suya aprende,
A Casimiro, mi hermano,
Prisionero es bien te entregue,
Donde no es posible ya
De tus armas defenderle
Nadie. Y porque veas si sé
Vengarme ántes que te vengues,
Mírale puesto á tus plantas.

CASIMIRO.

Y en ellas es bien que piense,
Si tengo de qué quejarme,
O tengo que agradecerte,
Pues me das la vida, cuando
Piensas que me das la muerte.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Quién creyera que Auristela
Tan grande traicion hiciese!

FEDERICO. (*Ap.*)

Vengativa una mujer,
No habrá crueldad que no intente.

TURIN. (*Ap.*)

Si esto tenia guardado
La que calló mas prudente,
¿Qué hay que fiar en las que hablan?

CRISTERNA.

(*Ap.* ¡Ay de mí, infeliz! que al verle
Segunda vez, del amor
Y el odio la duda vuelve.
El empeño que le traido,
A castigarle me mueve;
Mi obligacion, á ampararle.
¡Quién un medio hallar pudiese
A todo! Mas todo el tiempo
Lo ha de hacer.) Marche la gente
A la corte.

AURISTELA.

Antes que marche,
Permíteme que te acuerde
Que á quien le dé muerto ó vivo,
Tu mano ofrecida tienes.

CRISTERNA.

¿Cómo puedo yo negar
Mi homenaje?

AURISTELA.

Luego viene
A ser mia, pues yo soy
Quien te le entrega.

CRISTERNA.

¿Quien puede
Dudarlo? Y mas cuando está
Tan bien á mis altiveces,
Que cumplida mi palabra,
En mi libertad me quede.

AURISTELA.

Pues si ya tu mano es mia,
¿Qué hay para que á darla esperes?

CRISTERNA.

Yo la doy.

AURISTELA.

Y yo la acepto.

TURIN. (*Ap.*)

Mas ¿qué fuera que se viese
Acabar una comedia
Casándose dos mujeres?

AURISTELA.

Y supuesto que ya es mia,
Sin que nadie el serlo niegue,
Llega, Casimiro, toma
Esta mano.

CRISTERNA.

¿A eso te atreves?

AURISTELA.

Sí, que en tanto es mia una joya,
En cuanto, si bien lo adviertes,
Tengo el uso della, y puedo
Dársela á quien yo quisiere.—
Llega, ¿qué esperas?

CASIMIRO.

No sé
Si me atreva.

AURISTELA.

Pues ¿qué temes?

CASIMIRO.

Cobarde llego á tocarla.

CRISTERNA.

No hay porque cobarde llegues;
Pues no es de quien te la da,
Sino de quien te la adquiere.
Y pues que mis vanidades
Se dan á partido, puedes,
Lesbia, borrar de aquel libro
Las exenciones. Estése
El mundo como se estaba,
Y sepan que las mujeres,
Vasallas del hombre nacen;
Pues en sus afectos, siempre
Que el odio y amor compiten,
Es el amor el que vence.

TURIN. (*Ap.*)

Ahora digo, y digo bien,
Que son diablos las mujeres.

CASIMIRO.

Pues porque con mas aplauso
Aquesta accion se celebre,
Auristela y Segismundo
Se dén las manos.

SEGISMUNDO.

Bien puedes,
Segura de que tus celos
Fueron engaño aparente,
En órden que Lesbia habia
De librarme.

AURISTELA.

No, no tienes
Que disculparte; que una
Cosa es que dama me queje,
Y otra, esposa, desconfíe.

FEDERICO.

Pues soy quien todo lo pierde,
La dicha siquiera gane
De merecer ofrecerme
Por padrino de ambas bodas.

TODOS.

Diciendo todos que siempre
Que el odio y amor compiten,
Es el amor el que vence.

TAMBIEN HAY DUELO EN LAS DAMAS.

PERSONAS.

DON FELIX.
DON JUAN.
DON PEDRO.
DON FERNANDO, *viejo.*
TRISTAN, *lacayo.*
SIMON, *lacayo.*
VIOLANTE, *dama.*
LEONOR, *dama.*
ISABEL, *criada.*
INES, *criada.*
DON ALONSO, *viejo.*
CELIO, *criado.*
ALGUACILES.
GENTE.
CRIADOS.

La escena pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE, *con un papel en la mano*; ISABEL, *con dos bujías.*

VIOLANTE.

Llega, Isabel, esa luz.

ISABEL.

¿Otra vez á lèrle vuelves?

VIOLANTE.

Y no te parezcan muchas
Otra vez y otras mil veces;
Que un papel discreto es
Amigo tan elocuente,
Que siempre está deleitando,
Por mas que esté hablando siempre.

ISABEL.

Si un papel mudara estilos,
Creyéralo fácilmente;
Pero ¿cómo puede ser
Ni discreto ni prudente
Quien siempre una misma cosa
Diciendo está?

VIOLANTE.

Necia eres.
¿Pues no sabes que el idioma
De amor tan corto es, tan breve,
Que á cuatro voces no mas
Se reduce? Porque tiene
Cosas de música amor.

ISABEL.

Nuevo es eso. ¿De qué suerte?

VIOLANTE.

¿Deja un templado instrumento,
Como armonioso suene,
De sonar armonioso,
Porque no le diferencien
Cada vez las fantasías?
¿Deja el ruiseñor alegre,
Porque no mude de letra,
De ser dulce? El aura leve,
Porque el compas de las hojas
Las cláusulas no la trueque,
¿Deja de ser apacible?
El cristal, cuya corriente
Hizo trastes de esmeralda
Aquella guija, aquel césped,
¿Deja de correr sonoro,
Porque continuado lleve
Un mismo acento? No: luego
Bien en metáfora puede
Ser, de música un papel,
Suave, dulce, cuerdo y breve,
Diciendo siempre una cosa,
Si con ella agrada siempre,
A ejemplo del instrumento,
El aura, el ave y la fuente.

ISABEL.

Pues convénceme con él,
Ya que sin él me convences.

VIOLANTE. (*Lee.*)

« Mi bien. . »

ISABEL.

¡Ternísima cosa!

VIOLANTE.

No con falsedad empieces
Ya á murmurarme; que aunque
No te agrade, no has de hacerme
Desconfiar; que bien sé
Que el mas entendido suele
Ser frialdad de quien le oye
Sin la accion de quien le siente.
(*Lee.*) « Su término á que llegar
»Todas las pasiones tienen;
»Y así su término tuvo
»La paciencia de un ausente.
»Y pues sin verte no hay vida,
»Aunque tras la vida arriesgue
»El enojo de mi padre,
»Mañana partiré á verte.
»Porque no sepan de mí
»Tantos como lo pretenden,
»A la casa de Don Pedro
»De Mendoza iré á ser huésped.
»Simoncillo á prevenir
»Va á los dos; mas cuando llegue
»El, ya habré llegado yo,
»Con la ventaja que adquiere
»El que vuela, del que corre.
»Está advertida, si oyeres
»La seña. El cielo te guarde
»Mas que á mí.»

ISABEL.

Aunque me motejes
De necia de primer clase,
Dime, ¿hácia qué parte tiene
Lo discreto este papel,
Si su estilo es tan corriente,
Que pudiera haberle escrito
A Mari-Hernandez Juan Perez?
Cuando esperé yo que habia
De haber muchísimo fénix,
Con descréditos brillantes,
Falsedades refulgentes,
Se sale con « allá voy»,
Sin mas ni mas?

VIOLANTE.

Imprudente,
El que quiere lo que dice,
Es quien dice lo que quiere
Sin mas retóricas frases;
Porque en amor, solamente
Es, quien siente como escribe,
Quien escribe como siente.
Si sabes que la ocasion
De vivir su padre enfrente,
Hallándole á todas horas
Tan fino y tan asistente,
Hizo en mí verdad aquella
Cancion que repetir suelen:
Junto á mi casa vivia
Porque mas cerca muriese;
Si sabes que aunque al principio
Sintió mis iras crueles,
El amistad de su hermana
(A quien estimo de suerte,
Que es mitad del alma mia)
Supo hacer mañosamente
Que declarara en favores
Lo que afectaba en desdenes;
Si sabes que el no casarnos
Es porque su padre quiere
Casarle con Laura, á quien
El festejó ántes de verme;
Si sabes que en este estado
Fué fuerza ausentarse Félix,
Porque en la casa del juego
Dió á un caballero la muerte,
Y su padre retraido
En un convento le tiene
Fuera de aquí, por temor
De muchos nobles parientes
Del muerto, y por la justicia;
Y si sabes finalmente
Que á pesar de tantos riesgos,
Peligros é inconvenientes,
Viene por verme no mas,
¿Qué mas discreto le quieres?
Venga la fineza, y venga
En el traje que quisiere;
Que mejor ó peor vestida,
No es esencia, es accidente,
Y importa poco el estilo,
O yérrele ó no le yerre;
Que nada yerra un amante,
Como la fineza acierte.
¿Qué dijiste á Simoncillo?

ISABEL.

Ahí fuera está.

VIOLANTE.

Dile que entre;

Que temprano es para que
Mi padre aquí pueda verle,
Puesto que de aquestas noches
La prolijidad divierte
En conversacion de amigos.

ESCENA II.

SIMON.—VIOLANTE, ISABEL.

SIMON.

Ya yo acusaba impaciente
La mora de la licencia,
Y bien mora, pues hacerme
Desbautizar pretendia,
Dilatándome que bese
O el átomo del jazmin,
O la azucena de nieve.

VIOLANTE.

Simon, seas bien venido.

SIMON.

Fuerza es serlo el que merece
Llegar á besar tu mano.

VIOLANTE.

Del suelo alza. ¿Cómo vienes?

SIMON.

Muy cansado; que he venido
Caballero en un arenque
Ensillado y enfrenado,
Tan flaco pecador débil,
Que en cualquiera tentacion
Caia muy fácilmente.

VIOLANTE.

¿Y cómo tu señor queda?

SIMON.

Finísimo impertinente,
Pues de puro enamorado
Ni anda, ni come, ni bebe,
Como el caballo de Vamba.
Tan fijo tu nombre tiene
En su memoria, que un dia,
Como de caza viniese
Con unas perdices, dijo:
«Haz, Simon, para que cene,
Que me asen esas Violantes.»
Otra vez entrando á verle
El padre prior: «Arrastra
(Me dijo muy impaciente),
Necio, una Violante, en que
Su paternidad se siente.»

VIOLANTE.

Aunque son locuras tuyas
Las que por suyas me vendes,
No me ha pesado de oirlas.
Toma esta sortija, y vete (*Dásela.*)
Antes que venga mi padre.
Y diráste (cuando llegue
A la casa dese amigo,
Adonde viene á ser huésped)
Que ya yo quedo advertida,
Y á cualquiera hora que fuere,
Haga la seña en la calle.

SIMON.

Vivas un millon de meses,
Todos mayos, sin que tenga
Que ver con ellos diciembre.

VIOLANTE.

Alumbra y cierra, Isabel.

ISABEL.

¡Ay, Simon, lo que me debes
En esta ausencia!

SIMON.

¿Es á mí,
O á la sortija?

ISABEL.

¡Eso entiendes
De mi fineza!

SIMON.

Es achaque
De todas las Isabeles,
Suspirar por alhajados.

ISABEL.

Engáñaste; que si atiendes
A que yo quiero pedirte
Que á mí á guardar me la dejes
No es por codicia, sino
Porque á Ines no se la lleves,
La criada de Leonor
Tu ama; que sé que la quieres
Mas que á mí.

SIMON.

Pues porque veas
Cuánto tus celos te mienten,
No te he de dar la sortija;
Que quiero satisfacerte
Con el desaire de que
La vea, y no se la entregue;
Que por lo demas, ya iba
Yo á dártela.

ISABEL.

¡Ay insolente!
¡Qué buena disculpa hallaste!

SIMON.

Buena no, mas suficiente:
La que basta por ahora.
(*Vanse los dos criados.*)

VIOLANTE.

¡Oh amor, qué poco me debes!
Dígolo, porque viniendo
A tanto riesgo Don Félix,
Me ha alegrado su venida;
Siendo así que ántes ponerme
Debiera en desconfianza
El peligro á que se atreve,
Que no en agradecimiento.
Mas ¿quién en el mundo tiene
Hácia el cariño el afecto,
Cuando hácia el temor le tuerce?
Venga Félix, y...
(*Suena ruido de espadas.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO, LEONOR, DON PEDRO, DON JUAN Y GENTE, *dentro.*—VIOLANTE; *despues,* ISABEL.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

Traidor,
Yo sabré darte la muerte.

LEONOR. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!

VIOLANTE.

¡Qué escucho!

DON PEDRO. (*Dentro.*)

¡Cielos, valedme!

VIOLANTE.

Cuchilladas en la calle
Hay. ¿Si mi desdicha fuese,
Que hubiera llegado, donde
Le matasen ó prendiesen?

GENTE. (*Dentro.*)

Fuera.—Ténganse.—¿Qué es esto?

DON JUAN. (*Dentro.*)

He de entrar.
(*Sale Isabel asustada.*)

ISABEL.

¡Jesus mil veces!

VIOLANTE.

¿Qué es eso, Isabel?

ISABEL.

Que apénas
Salió, cuando ántes que cierre
La puerta, escuché en la calle
Voces y espadas; y al verme
Con luz, matándola un hombre,
En nuestro portal se mete
Con otro bulto en los brazos
Que no distingo: de suerte
Que atropellándome... Pero
El, señora, hasta aquí viene.

ESCENA IV.

DON JUAN, *con* LEONOR *desmayada en brazos, y la espada desnuda.*—VIOLANTE, ISABEL.

DON JUAN.

Violante, prima, señora,
Los precisos accidentes
No dan lugar al respeto.
Perdóname, si á atreverme
Llego á tu casa, cuando ella
Sola ser sagrado puede
Desta difunta hermosura;
Que el ver que tan cerca encuentre
Abierta tu puerta, es
La disculpa que me ofrece
Mas á mano mi desdicha
Para que llegue á valerme
Della y de tí. Por tí misma,
Y lo que á tu sangre debes,
Mira por mi honor y vida,
Y haz que esta beldad se albergue
Y repare aquí esta noche;
Que yo... es preciso volverme
A socorrer un amigo
Que dejo empeñado.
(*Pone á Leonor sobre unas almohadas.*)

VIOLANTE.

Tente,
Don Juan, oye.

DON JUAN.

No es posible.
Mas como con vida quede,
Yo te volveré á buscar. (*Vase.*)

ESCENA V.

VIOLANTE, ISABEL; LEONOR, *desmayada.*

VIOLANTE.

Tenle, Isabel.

ISABEL.

¿Qué es tenelle?

VIOLANTE

Pues baja á cerrar la puerta.

ISABEL.

Temblando iré, aunque parece
Que ya no hay nadie en la calle. (*Vase.*)

VIOLANTE.

Infeliz beldad, ¿quién eres?
Mas ¡ay infeliz! que yo
Lo soy tambien, cuando á verte
Llego así. ¡Leonor, amiga,
Tú en mi casa desta suerte!
¡Tú sin aliento y sin vida!
(*Vuelve Isabel.*)

ISABEL.

Ya por lo ménos no tienes

Que temer que otro entrará,
Que ya cerré.

VIOLANTE.

Aunque consueles
Un susto, no podrás otro
Mas penoso y mas vémente

ISABEL.

¿Cómo?

VIOLANTE.

Leonor es la dama
A quien mi primo previene
Mi casa para sagrado
De sus desdichas.

ISABEL.

¿Qué puede
Haber sucedido?

VIOLANTE.

Esa
Es pregunta que no tiene
Límite. Puede haber sido
Cuanto hay que ser. Por si siente,
Procura abrirla la mano.

ISABEL.

Una llave en ella tiene.

VIOLANTE.

Cogeriala con ella
En la mano el accidente,
Y es natural apretar
Cualquier cosa que se encuentre.—
¡Leonor, amiga, señora!

ISABEL.

Si ahora su hermano viniese,
¡Buena hacienda habiamos hecho!

VIOLANTE.

¡Ah Leonor!

LEONOR.

¡Cielos, valedme!

ISABEL.

Albricias, que ya respira.

LEONOR.

Tente, señor: padre, tente;
No me mates. — Pero ¡cielos!
¿Dónde estoy?

VIOLANTE.

Cóbrate, y vuelve
En tí, Leonor; que estás donde
Mas que tú tus penas sienten.

LEONOR.

¡Violante mia! Pues ¿quién
Fué conmigo tan clemente
Que en un instante me trajo
De los brazos de la muerte
A los brazos de la vida?

VIOLANTE.

¿Pues no sabes tú quién fuese?

LEONOR.

No, que soy tan desdichada,
Que llegando ¡ay de mí! á verme
Sin sentido y entre dos
Afectos, que uno me ofende
Y otro me obliga, no sé
A cuál de los dos le debe
Esta fineza mi vida.

VIOLANTE.

Ni yo sabré responderte;
Que mas turbada que tú
Estoy: y así, hasta que llegues
A informarme tú primero
Qué es lo que á tí te sucede,
Fuera empezar por el fin
La relacion.

LEONOR.

Pues atiende.
Un amigo de mi hermano,
(Déjame, dolor, que aliente)
Con la ocasion de buscarle,
La tuvo ¡ay de mí! de verme;
En cuyo primero instante
(Segun él dice) de suerte
Rendido quedó á mi vista,
Que sin que repare ó piense
Amor en la obligacion
De la amistad que le debe,
Ciego amante y necio amante,
Mas que me obliga me ofende;
Porque no sé qué rencor,
Qué saña en mi pecho enciende
La vanidad de mi duelo
(Si es que hay duelo en las mujeres,
Que gustan ver los galanes
Airosos y honrados siempre),
Que al verle ó traidor amigo,
O mal seguro ó aleve,
Antes que darle la mano,
Me diera ¡ay de mí! la muerte.
El, valido de la usada
Disculpa, que inconvenientes
No ve amor, pues ántes dellos
Monstruo alimentado crece,
Porfió... Pero ya desto
Hemos hablado otras veces
En este mismo sentido,
Bien que no tan claramente;
Y así iré á otra cosa, pues
No hay para qué detenerme
En decirte que es Don Pedro
De Mendoza el que pretende,
Que hoy le aborrezca mas que
Le aborrecí, pues aleve,
Loco, atrevido, tirano,
Ciego, arrojado, imprudente,
Me ha puesto en obligacion
De que...

ESCENA VI.

DON ALONSO, *dentro*. — DICHAS.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

¡Hola!

VIOLANTE.

Mi padre es este.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Baja, Isabel, una luz.

ISABEL.

¿Qué haré?

VIOLANTE.

Bajar brevemente;
Que no importa que á Leonor
Halle aquí.

LEONOR.

Si te parece,
Mejor es que no me vea,
Porque á decir no me fuerce
La ocasion que aquí me trajo.

VIOLANTE.

Pues retírate, ántes que entre,
A mi cuarto, donde nunca
El entrar ni salir suele.

(*Vase Leonor.*)

ESCENA VII.

DON ALONSO, ISABEL. — VIOLANTE.

DON ALONSO.

Violante.

VIOLANTE.

¿Era hora, señor,
Para que á casa vinieses?

DON ALONSO.

¿Quién las noches de un invierno
No las gasta y las divierte
En buena conversacion?

VIOLANTE.

Así es. Mas ¿quién no lo siente,
Siendo á costa de la ausencia
De quien mas te estima y quiere?

DON ALONSO.

Pídeme celos, bien haces,
Que yo me huelgo de verte
Fina conmigo; que al fin
Hoy hija y esposa eres.
No ha habido rifa esta noche
Que pueda mi amor traerte,
Sino solos estos guantes.
Toma.

VIOLANTE.

Aquesto mas parece
Que es tratarme como á dama;
Pues para que no me queje,
Me acallas con interes.

DON ALONSO.

Isabel.

ISABEL.

Señor.

DON ALONSO.

Que lleves,
Será bien, luz á mi cuarto,
Y ántes de cenar me acueste.
Entra tú despues allá,
Y haz que esas puertas se cierren.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

VIOLANTE.

¡Válgame Dios, qué de cosas
En un instante suceden!
¿Quién creerá que cuando espero
Con tanto gusto á Don Félix,
Le espero con un pesar
Tan grande como tenerle
Huida á su hermana en mi casa?
No sé lo que debo hacerme.
Si se lo digo á mi padre,
Es forzoso que le pese
De ver delitos de amor,
Y mas siendo el delincuente
Su sobrino; si lo callo,
Es querer yo sola hacerme
Dueño del duelo de entrambos.

ESCENA IX.

LEONOR. — VIOLANTE.

LEONOR.

¿Fuése?

VIOLANTE.

Ya se fué: bien puedes
Proseguir.

LEONOR.

¿En qué quedamos?

VIOLANTE.

En que á Don Pedro aborreces,
Y él temerario te ha puesto
En el riesgo que padeces.

LEONOR.

Y es verdad, pues en el medio
De amarme él y aborrecerle
Yo, y en el medio tambien
De vivir mi hermano enfrente,
Don Juan, tu primo, de Italia
Vino á Madrid. Tambien tienes
Noticia de que me vió
Y me amó; pero de suerte,
Que no concurriendo en él
El pasado inconveniente

De conocer á mi hermano,
Para en amarme ofenderle,
O concurriendo ¡ay de mí!
En él otros accidentes
Que amor se sabe sin dar
Razon á quien los padece
De por qué merece uno
Con lo que otro desmerece,
Corrió con mejor fortuna
En mi amor; pues para verme
Le di licencia (no sé
Cómo ¡ay infeliz! lo cuente)
Para que en el aposento
De un escudero (que tiene
Una puerta condenada
Que sale á un corto retrete
De mi cuarto) entrase, siendo
Esta (que no acaso viene
(*Mostrando la llave.*)
Por instrumental testigo
De mi desdichada suerte,
En mi mano) la tercera:
De cuya accion imprudente,
Don Pedro (que ya tú sabes
Cuán poco un celoso duerme)
Atrevido entró á ocasion
Que tambien mi padre...

(*Llaman á la reja.*)

VIOLANTE.

Tente.
No prosigas hasta que
Sepa yo qué ruido es este.

LEONOR.

¡Ay infelice de mí!
Que, como la seña acuerde
Que hacer mi hermano solía
A tu reja, esta parece.

VIOLANTE.

Lo peor es que es ella y él.

LEONOR.

¿Y qué has de hacer?

VIOLANTE.

Que pues viene
Hoy tan desimaginado
De tus sucesos á verme,
No he de ponerle en sospecha
Quizá con no responderle.

LEONOR.

¿Y has de decirle que aquí
Estoy?

VIOLANTE.

De ninguna suerte,
Hasta que lo que has de hacer
Con mas espacio se piense;
Que tambien tengo yo duelo
Para que á mirar no llegue
(Y mas en trances de honor)
Desairado á quien me quiere.

LEONOR.

Mira que me va la vida
En que aquí no llegue á verme;
Que aun hay mas de lo que sabes.

VIOLANTE.

Palabra te doy mil veces
De ampararte y de guardarte,
Aunque mil vidas me cueste.
Vuelve á retirarte, pues.

LEONOR.

¿Dónde iré yo que no encuentre
Entre mi padre y mi hermano,
Con la sombra de mi muerte? (*Vase.*)

VIOLANTE.

Isabel.

ESCENA X.

ISABEL.—VIOLANTE.

ISABEL.

Señora.

VIOLANTE.

¿Qué hace
Mi padre?

ISABEL.

Pienso que duerme;
Porque apénas se acostó,
Cuando al sueño me parece
Que quedó rendido.

VIOLANTE.

Pues
Abre la puerta á Don Félix,
Y vuelve á estarte con él,
Y avisa cuando despierte.

(*Vase Isabel.*)

¿Quién en el mundo se vió
En empeño como este?

ESCENA XI.

DON FELIX.—VIOLANTE.

DON FÉLIX.

Violante mia, los brazos
Me da.

VIOLANTE.

Y en ellos, Don Félix,
Un alma que agradecida
Te recibe.

DON FÉLIX.

Bien merece
Esa fineza un amor
Que á pesar de inconvenientes,
La ausencia tuya, Violante,
Mas que á sus contrarios teme.
¿Cómo estás?

VIOLANTE.

Como quien vive
Sin tí. Di tú, ¿cómo vienes?

DON FÉLIX.

Como quien muere sin tí;
Que en algo debo excederte,
Y así está puesto en razon
Que cuando mas me encareces
Tú que estás como quien vive,
Esté yo como quien muere.

VIOLANTE.

En decir bien podrá ser
Que la ventaja me lleves,
No en sentir.

DON FÉLIX.

¡Hermosa estás!
Permíteme que me pese
De mirarte tan hermosa.

VIOLANTE.

Cuando yo estarlo pudiese,
¿Por qué habia de pesarte,
Si desa perfeccion eres
Dueño?

DON FÉLIX.

Porque es el aliño
Mala gala de un ausente.

VIOLANTE.

El aliño no afectado
Es condicion solamente,
No cuidado. Esté desnuda
La verdad de la que quiere,
Que esa es la gala del alma.

DON FÉLIX.

Eso aun no es satisfacerme;
Que aun á la verdad, hay quien
Vestirla de azul intente.

VIOLANTE.

Mal color para verdad.

DON FÉLIX.

Antes bueno, si se atiende
A que es color de los celos,
Que son los que nunca mienten.

VIOLANTE.

Yo he visto mentir algunos.

DON FÉLIX.

Yo tambien, mas pocas veces.

VIOLANTE.

Déjame pensar á mí
Que son muchas, por si tiene
Parte en aquesta fineza...

DON FÉLIX.

¿Quién?

VIOLANTE.

Laura.

DON FÉLIX.

No me la mientes.

VIOLANTE.

Como fué primer amor...

DON FÉLIX.

Primero y último es este.
Y si ha de temer alguno,
Deja que sea yo.

VIOLANTE.

¿Pues tienes
Tú que temer?

DON FÉLIX.

De tí no,
De mí sí; que no es prudente
Quien no merece una dicha,
Si á todas horas no teme
Que como alhaja de vidrio,
Entre las manos se quiebre.

VIOLANTE.

¿Y quien la merece?

DON FÉLIX.

No.
¿Mas quién es quien la merece?

VIOLANTE.

Tú, que la gozas seguro.

DON FÉLIX.

¿De qué suerte?

VIOLANTE.

Desta suerte.
Si el amor se perdiera, en mí se hallara,
Porque á mí como á centro se viniera
De otros pechos en quien tratar se viera
Con fe ménos constante, ménos rara.
Y si despues de verse en mí, intentara
Explayar su poder á nueva esfera,
De mí trato liciones aprendiera,
Con que aun despues el mismo amor amara.
Desde allí tan seguros sus favores
Vivieran de sospechas y recelos,
De traiciones, agravios y temores,
Que ociosos los influjos de los cielos,
Descuidando en que ya todo era amores,
No dejaran que nada fuera celos.

DON FÉLIX.

Pues si amor se perdiera, no se hallara
En mí, porque yo quiero de manera,
Que desde luego soy punto y esfera
En quien su sér, como en su centro, para.
Y así con mas constante fe, mas rara,
A perderse, en mí hallarse no pudiera,

Pues para suponer que él se perdiera,
Era forzoso que de mí faltara.
Y cuando sus halagos y favores,
Enseñados de mí, dieran desvelos
A los demas, amara con temores,
Maestro de sobresaltos y recelos;
Que aprende mal una licion de amores
Quien no teme el azote de unos celos.

(*Llaman á la reja.*)

Y es verdad, pues al concepto,
Que han respondido parece,
Los golpes desa ventana.

VIOLANTE.

Será ilusion; que no puede
Nadie llamar ¡ ay de mí!
A estas horas...

DON FÉLIX.

¡ Pena fuerte!

VIOLANTE.

A la reja de mi cuarto.

DON FÉLIX.

¡ Pluguiera á Dios que lo fuese!

(*Vuelven á llamar.*)

Pero ¿ cómo lo ha de ser,
Si á llamar otra vez vuelven?

VIOLANTE.

Será álguien que acaso pasa
Y en ir dando se entretiene
Golpes á la reja.

ESCENA XII.

DON JUAN, *dentro.*—VIOLANTE, DON FELIX.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡ Prima,
Violante!

DON FÉLIX.

¿ Es acaso este?
Porque es muy bellaco acaso
Tu nombre y el de pariente.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡ Prima, Violante!

VIOLANTE.

Repara
Que nada que temer tienes
De mí.

DON FÉLIX.

Claro está, que tú
La que han nombrado no eres.

(*Hace que se va.*)

VIOLANTE.

¿Dónde vas?

DON FÉLIX.

A no estorbar.
Responde; que no es decente
No responder.

VIOLANTE.

No has de irte.

DON FÉLIX.

Cuando la puerta me cierres,
Me echaré por el balcon
De aquella cuadra de enfrente,
Que ya sé que está sin reja.

VIOLANTE.

Tampoco es bien que aquí entres.

DON FÉLIX.

¡ Pues qué! ¿ Dos puertas me cierras,
Cuando una ventana debes
Abrir?

VIOLANTE.

¡ Yo abrir la ventana!

DON FÉLIX.

Claro está; que no parece
Bien en ninguna ocasion
Ser las damas descorteses.
Y pues salir no me dejas,
Ni entrar donde yo quisiere,
Responde; que vive Dios,
Que aunque á tu padre despierte,
Dé voces. Por eso, escoge
Lo que mejor te estuviere:
Que salga por esa puerta,
Por ese balcon me eche,
O que oiga lo que te dice.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¿ Qué he de hacer? ¡ Cielos, valedme!
Si sale, á Don Juan es fuerza
Que en la calle ¡ ay de mí! encuentre;
Si entra, que encuentre á su hermana;
Si hablo, que algo á entender llegue
Contra su honor; y si á todo
Me resisto, que despierte
A mi padre: y así, ménos
Importa que yo atropelle
A lo que Don Juan me diga,
Que lo demas.

DON FÉLIX.

¿ Qué resuelves?

VIOLANTE.

Abrir la reja, y que veas
Que aquí no hay inconveniente.
(*Abre la reja, y llega á ella Don Juan.*)
¿ Qué desacuerdo, Don Juan,
De llamar á esta hora, es este,
A mi reja, y que de mí
Mal la vecindad sospeche?

DON JUAN.

Como al salir esta noche
De tu casa...

VIOLANTE.

Vete, vete:
No me digas nada.

DON FÉLIX.

Calla.

DON JUAN.

Fué tan forzoso que quedes
Con cuidado...

VIOLANTE.

No prosigas.

DON FÉLIX.

Déjale hablar.

DON JUAN.

Recogerme
No he querido, sin que sepas...

VIOLANTE.

No he de oir.

DON FÉLIX.

No le atropelles.

DON JUAN.

Que ya en la calle no habia
Peligro, ruido, ni gente;
Y con esto, asegurada
De que nada me sucede,
Mírame bien por mi vida,
Pues en tu poder la tienes:
Y adios, hasta que mañana,
Prima mia, vuelva á verte. (*Vase.*)

(*Cierra Violante.*)

ESCENA XIII.

VIOLANTE, DON FELIX.

DON FÉLIX.

¿ Quién oyó igual desengaño?

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡ Quién se vió en trance tan fuerte!

DON FÉLIX.

¡ Fiero agravio!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡ Dura pena!

DON FÉLIX.

¡ Triste amor!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡ Infeliz suerte!

DON FÉLIX. (*Repitiendo.*)

«Como al salir esta noche
»De tu casa...

VIOLANTE. (*Ap.*)

¿ Qué he de hacerme?
Que el decirle la ocasion...

DON FÉLIX.

»Fué tan forzoso que quedes
»Con cuidado...

VIOLANTE. (*Ap.*)

No es posible.

DON FÉLIX.

»No he querido recogerme...

VIOLANTE. (*Ap.*)

Y callársela es hacer
Que contra mí la sospeche.

DON FÉLIX.

»Sin que sepas que en la calle
»No habia ruido ni gente.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Callárselo es agraviarle;
Y decírselo es perderle.

DON FÉLIX.

»Mírame bien por mi vida,
»Pues en tu poder la tienes.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡ Quién en el mundo se vió
En una ocasion tan fuerte!

DON FÉLIX.

»Y adios, hasta que mañana,
»Prima mia, vuelva á verte.»
Ahora bien, aquí no hay
Que discurrir, ni qué espere.
Quédate, Violante, adios.

VIOLANTE.

No te has de ir.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué me quieres

VIOLANTE.

Que lleves sabido...

DON FÉLIX.

¿ Hay mas
Que saber?

VIOLANTE.

Que no te ofende
Mi amor.

DON FÉLIX.

Claro está, porqué
Venir á satisfacerte
A estas horas este primo
(Sin saber qué primo es este)
De que al salir de tu casa
Nada es lo que le sucede,
Y rematar en decir
Tan tierna y rendidamente:
«Mírame bien por mi vida,
Pues en tu poder la tienes»,
No es nada. Tienes razon:
Dices bien que eres quien eres.
Miente la noche, la reja
Miente tambien, finalmente
Mienten mis mismos oidos,

Y mis mismos ojos mienten :
Tú sola dices verdad.

VIOLANTE.

Ni lo digas ni lo niegues;
Que todos mienten, y yo
Digo verdad.

DON FÉLIX.

Calla, aleve :
Calla, fiera : calla, ingrata.
Y si disculparte quieres,
¿Qué verdad es la que dices?

VIOLANTE.

Ninguna, que aunque lo intente
Por tí, por tí he de callarla.
Y déjame, no me aprietes;
Que me está mal enojarte,
Y peor satisfacerte.
Culpada sin culpa estoy.

DON FÉLIX.

¡Muy buen retruécano es ese!
¡A buen tiempo discreciones!
Y puesto que ya no tienes
Que temer el que le alcance
Si por eso me detienes,
Quédate, Violante, adios.

VIOLANTE.

¡Mi bien, mi señor, mi Félix!...

DON FÉLIX.

¡Mi ira, mi pena, mi agravio!
¿Qué me quieres? Qué me quieres?

VIOLANTE.

Que creas que no te ofendo.

DON FÉLIX.

Suelta.

VIOLANTE

Escucha.

DON FÉLIX.

Aparta.

VIOLANTE.

Tente.

ESCENA XIV.

ISABEL.— VIOLANTE, DON FELIX.

ISABEL.

¡Estáis locos! ¿No mirais
Que es forzoso que despierte
A esas voces mi señor?

DON FÉLIX.

Pues dila tú que me deje.

ISABEL.

Déjale ir.

VIOLANTE.

Sí haré, que yo
Atenta, fina y prudente
Le desengañaré.

DON FÉLIX.

¿Cuándo?

VIOLANTE.

Cuando pueda.

DON FÉLIX.

Si hoy no puedes,
¿Cuándo podrás?

VIOLANTE.

Algun dia.

DON FÉLIX.

Tarde ó nunca podrás verle.

VIOLANTE.

¿Por qué?

DON FÉLIX.

Porque tarde ó nunca
Volverás, ingrata, á verme.
Quédate adios... (¡oh, qué mal
Se pronuncia un para siempre!)
Quédate, digo, Violante;
Y pues uno te encarece
Que le mires por su vida,
Mírame á mí por mi muerte. (*Vase.*)

VIOLANTE.

¡Oh mal haya quien obliga
Que haya duelo en las mujeres,
Para que á una amiga amparen,
Con lo que á un amante ofenden! (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XV.

DON PEDRO, SIMON, TRISTAN.

DON PEDRO.

¿Adónde fué tu señor,
Que tan tarde no ha venido?

SIMON.

¿Quién duda que entretenido
Le habrá tenido su amor?

DON PEDRO.

Pues mal hace, que ya el dia
Se ha declarado : no sea
Que álguien en Madrid le vea,
Siendo así que la porfía
De parte y justicia están
Siempre en cuidado de hallarle,
Y no dejan de buscarle,
Por mas que pasando van
Unos tras otros los dias.

SIMON.

Seis meses há ya que estamos
Retraidos y faltamos
De la corte.

DON PEDRO.

Tú podias
Irle, Simon, á buscar;
Que puede ser no venir
Porque no pueda salir
De donde entró. Y si es que á estar
Llega en peligro, es razon
(Como dello aviso haya)
Que yo á la calle me vaya;
Que hasta entónces no hay accion
En que yo deba inquirir,
Sin lance particular,
Lo que él quiere recatar.

SIMON.

A mi pesar habré de ir.

TRISTAN.

¡Pesar! ¿Por qué?

SIMON.

Porque no
Quisiera que al verme...

TRISTAN.

Dí.

SIMON.

O me cascaran á mí,
O me prendieran, y yo
Viniera á pagarlo todo.

TRISTAN.

¡A tí! ¿por qué? ¿Pues tú fuiste
De la pendencia, si huiste
Della, y todos de ese modo
Lo cuentan?

SIMON.

Cuentan muy bien.
Pero por haber huido,
¿Dejo yo de haber tenido
Parte en la muerte tambien?

TRISTAN.

¿Cómo?

SIMON.

Si con dos reñia
Mi amo, ¿púdome obligar
El duelo á mas que á apartar
Al uno que me cabia?

TRISTAN.

No.

SIMON.

Pues si el uno importuno,
En corriendo yo, corrió
Tras mí, ¿quién niega que yo,
Apartando al dicho uno,
De aquella muerte cruel
El cómplice *à longè* fuí,
Pues el que corrió tras mí,
Dejó de tirarle á él? (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, TRISTAN.

TRISTAN.

¿Cómo es posible, señor,
Que tan triste á casa vienes,
Cuando por tu huésped tienes
Al hermano de Leonor,
Siendo así que es cosa llana
(Segun penetrando voy)
Que desta amistad de hoy
Pase al deudo de mañana?
Si no es que como cuñado
Le miras ya...

DON PEDRO.

Si supieras
Cuáles son mis penas, vieras
(En lo presto que han trocado
El gusto que tuve ayer
En su hospedaje, al pesar
Que hoy tengo) el poco lugar
Que hay del pesar al placer.

TRISTAN.

Pues ¿qué hay? ¿No te dejé
En la calle de Leonor
Quieto y seguro, señor?

DON PEDRO.

Seguro y quieto quedé.
Pero ¿qué seguridad,
Qué quietud hay en amor,
Que ira no sea y rigor
De un instante á otro?

TRISTAN.

Es verdad.
Pero dime lo que ha sido.

DON PEDRO.

Con temor te lo diré.

TRISTAN.

¡Tú con temor!

DON PEDRO.

Sí.

TRISTAN.

¿De qué?

DON PEDRO.

De que no he de ser creido,
Porque es tan sin ejemplar
El lance, que has de saber
Que es fácil de suceder,
Y no fácil de contar.
En la calle de Leonor
Al anochecer estaba
Por ver si ocasion hallaba
De lograr el disfavor
Con que siempre me ha tratado
(Que un amante aborrecido,
Tal vez aun del mismo olvido

Siente mirarse olvidado),
Cuando vi que aquel Don Juan
(Que presumo que es pariente
De la otra dama de enfrente),
Muy airoso y muy galan
Pasó la calle. Ya sabes
Que há no sé qué tantos dias
Que aumenta las ansias mias,
Porque entre penas tan graves
No falte la de los celos.
Este pues, mas recatado
Que ántes, volvió, y á un criado
Habló á su umbral. Mis recelos,
Para advertirlo mejor,
Tras un coche me pusieron,
Desde cuya sombra vieron
Que el criado de Leonor
En el portal le metia.
Fuí tras dél, ¡pena cruel!
Y llegué cuando con él
Por la escalera subia.
Y como cerrase ya
La noche, pude al pié della
Ver, sin verme, ¡dura estrella!
Que á un aposento, que está
En el primer paso, abria
La puerta el hombre, y que entrando
Los dos, la cerraba. ¿Cuándo
Igualó á la pena mia
Otra ninguna? No sé
Lo que sentí ó no sentí,
Porque solo sé de mí
Que tropezando llegué
A la puerta, con intento
De llamar y de sacalle
Del aposento á la calle;
Mas mudé de pensamiento
Al advertir que podia
Ser interes del criado
El que allí le hubiera dado
Ocasion, en que seria
Fácil que viera á Leonor,
Sin que Leonor lo supiera.
Pero aun desta lisonjera
Breve disculpa, el dolor
Me dejó apénas gozar;
Pues advirtiendo que habia
Luz dentro, porque se via
Por una quiebra brillar
De la puerta, apliqué á ella
La vista (¡luego faltara
Por donde un triste acechara
Su mal!), y vi á Leonor bella,
Que abriendo ¡ay de mí! otra puerta,
De que ella misma torcia
La llave, á hablarle salia,
Dejándosela entreabierta.
Aquí pues el sentimiento
Tanto me privó de mí,
Que á pocos golpes rompí
La puerta del aposento.
Recibióme con la espada
El en la segunda puerta,
Muerta la luz, y mas muerta
Leonor, porque desmayada
Cayó en tierra. Pensarás
Que en la riña mi tristeza
Acaba; pues ahora empieza
Deste suceso lo mas.
Apénas con saña fiera
Entrambos nos embestimos,
Cuando de su padre oimos
Las voces en la escalera.
Yo que con uno reñia,
Viendo que otro no menor
Enemigo, él y su honor,
A las espaldas tenia,
Quise hacer vista á los dos,
Ladeándome; mas no fué
Necesario esto, porque
El de adentro, en viendo ¡ay Dios!
Que era el padre ¡pena rara!
La primer puerta cerró,
Con que á Don Fernando yo
Le pude volver la cara,
Solo procurando hacer,
Antes que me conociera,
Lugar, y salirme fuera.
No sé si esto pudo ser;
Que luz y gente llegando,
Aunque mas lo pretendí,
No sé si bien me encubrí.
En fin, temiendo y dudando,
La calle tomé: de suerte,
Que desmayada Leonor
Dejé, ofendido un honor,
Y á un traidor sin darle muerte.
Mira con este suceso,
¡Qué gusto puedo tener
En que Félix venga á ser
Mi huésped! pues si confieso
La verdad, la mas impía
Fortuna que por mí pasa,
Es que he ofendido la casa
De quien se entra por la mia.

TRISTAN.

Que es grande empeño, no niego.
Pero si Don Félix viene
De secreto, porque tiene
Que guardarse, á pensar llego
Que nada desto sabrá.
Lo que hemos de hacer, señor,
Es ponerle gran temor,
Pues con aquesto se irá
Presto; y en ese intermedio
El tiempo dará ocasion,
Con que á tanta confusion
Se pueda buscar remedio.

DON PEDRO.

¡Qué remedio, ni hay, ni ha habido,
Ni ha de haber á un desdichado?

ESCENA XVII.

DON FELIX, SIMON. — DON PEDRO, TRISTAN.

DON FÉLIX.

Don Pedro, seais bien hallado.

DON PEDRO.

Vos, Don Félix, bien venido.
Con cuidado me teneis.
Pues ¡tan tarde!

DON FÉLIX.

¡A Dios pluguiera,
Que ni aun agora viniera,
Sino muerto!

DON PEDRO.

¿Qué traeis?

DON FÉLIX.

Traigo la pena mayor
Que me pudo suceder.

DON PEDRO.

¿Quién la causa?

DON FÉLIX.

Una mujer
Aleve, un fiero traidor.

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Ay de mí! ¡Si algo ha entendido,
Y esto lo dice por mí!)
¿Un traidor y mujer?

DON FÉLIX.

Sí.

DON PEDRO.

Pues ¿qué es lo que habeis sabido?

DON FÉLIX.

No sé: dejadme por Dios;
Que es mi pena tan cruel,
Que aunque sois amigo fiel,
No la he de fiar de vos. —
Simon.

SIMON.

Señor.

DON FÉLIX.

Al momeuto
Puedes volver á ensillar;
Que no tengo de parar
En Madrid.

SIMON.

Con ese intento
Vendrás á ser el primero
Que á Madrid haya venido,
Y no se haya detenido
Mas que pensó.

DON FÉLIX.

Majadero,
No me repliques.

DON PEDRO.

¿Pues no
Sabré yo lo que os obliga?

DON FÉLIX.

No sé, Don Pedro, qué os diga;
Que aun apénas lo sé yo.
Basta para esta venganza
Que en mí he de tomar, saber
Que quien va á decir mujer,
Empieza á decir mudanza.
Bien que de sus accidentes
No me he de quejar jamás;
Que no habia de ser yo el mas
Dichoso de los ausentes.
Muerto ó ausente, aun no está
Visto cual á cual prefiere;
Que honras hacen al que muere,
Y agravios al que se va.

DON PEDRO.

(*Ap.* Alentemos, corazon;
Que ya esto á otra parte mira.)
Sin nombrar, puede la ira
Desahogar tanta pasion
Por señas...

DON FÉLIX.

¿Pues tan pequeñas
Son las que llegais á ver,
Que entre mudanza y mujer
Habeis menester mas señas?
¿No basta (cuando á una bella
Fiera hay astro que me incline)
Saber que por vella vine
Y me vuelvo por no vella?

DON PEDRO.

Si de agravios y de celos
Los extremos padeceis,
Bien en volveros haréis;
Porque no han hecho los cielos
Contra los celos y agravios
Cura de mas experiencia,
Que el remedio de la ausencia.
Fuera de que si mis labios
No os dijeron hasta aquí
El gran peligro en que estáis,
Es porque no presumais
Que nace solo de mí.
La justicia os ha buscado,
Y busca con diligencia:
A todo es buena la ausencia:
De un cuidado, otro cuidado
Os asegure. — Ea, Simon,
Ve á ensillar; que aunque yo haya
De sentir el que se vaya,
Detenerle no es razon.

SIMON.

¡Buen achaque te has hallado,
Si en la prisa se repara,

Que tú tambien me das, para
Despedir al convidado!

DON PEDRO.

¿Eso has de pensar en mí?

DON FÉLIX.

Es un loco.—Ve volando,
Y haz, Simon, lo que te mando.

SIMON.

Ya voy.—Mas no voy.

DON FÉLIX.

Pues dí,
¿Qué es lo que te hace volver
Huyendo?

SIMON.

Que á mi señor
He visto en el corredor.

DON FÉLIX.

¡Mi padre!

SIMON.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues saber
No pudo que estoy aquí,
Si tú no se lo dijeras,
Es bien que á mis manos mueras.

SIMON.

Tente, señor...

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
¿Qué puede haberle traido?

SIMON.

Que ¡vive Dios, que no he hablado
Palabra!

DON FÉLIX.

Don Pedro, dado
Que mi padre haya sabido
Que estoy en Madrid, no quiero
Que me vea. Vos podeis
Decir que nada sabeis
De mí: á cuya causa espero
En esta cuadra escondido
Estar, hasta que se vaya.

(*Retíranse Don Félix y Simon.*)

DON PEDRO.

¡Habrá en el mundo, quien haya
Igual empeño tenido!

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO.—DON PEDRO, TRISTAN; DON FELIX, *oculto detras de una puerta.*

DON FERNANDO.

Señor Don Pedro...

DON PEDRO.

¡Señor!
¿Pues vos en aquesta casa?
(*Ap.* ¡Qué mal finge un delincuente!)

DON FERNANDO.

No os admire que me traiga
(*Ap.* Mal disimula un quejoso)
A ella un cuidado.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Qué ansia!

DON PEDRO.

Si teniais que mandarme,
¿Un criado no bastaba
Que viniese, para que
Yo á vuestra obediencia vaya?

DON FERNANDO.

No es negocio el que yo traigo
Con vos, que á criado se encarga;
Y así podeis disponer
Que ese allá fuera se salga

DON PEDRO.

Llega unas sillas, Tristan,
Y espera allá fuera.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Raras
Prevenciones!

TRISTAN. (*Ap.*)

Fuerza es
Que aquí grande empeño haya.
Yo avisaré á quien le impida,
Aunque me acusen de baja
La accion; que en mí no hay mas duelo
Que estorbar una desgracia. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON FERNANDO, DON PEDRO; DON FELIX, *oculto.*

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON FERNANDO.

Cerrar esta puerta.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Quién vió duda tan extraña!

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Quién vió lance tan terrible!

DON FERNANDO.

(*Ap.* ¡Quién vió tan cuerda venganza!)
Señor Don Pedro, materias
Del honor, en quien mas trata
Mantenerle como noble,
Son materias tan sagradas,
Que ni se dicen ni sienten
Sin la costa de que haga,
O novedad el oirlas,
O vergüenza el pronunciarlas.
Pero cuando este respeto
Que se les pierde al tocarlas,
Es por hombre de mis prendas,
De mi sangre y de mis canas,
De mi valor y mi honor,
Parece que asegurada
Llevan no sé qué licencia,
Que, ó concedida ó negada,
Hace tratable el camino
Que hay del honor á la infamia.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Ya esto es muy de otra materia.
Escuchemos en qué para.

DON PEDRO. (*Ap.*)

En grande peligro estoy.

DON FERNANDO.

Yo no me espanto de nada.
Mozo he sido, viejo soy:
Todo cabe en la edad larga.
Escuelas son de la vida
Los años, en cuya sabia
Academia, la experiencia
Lé, en su cátedra sentada,
Aquella licion de que
Se ha de ir hácia la desgracia,
Antes, á que no suceda;
Sucedida, á remediarla.
Hijo tengo, mozo es;
Mucho por vivir le falta;
Quizá menester habrá
Vuestra prudencia mañana,
Como hoy vos la mia, y así
Quiero en vos depositarla
Para que le sirva á él,
Si llega á necesitarla.
Dos quejas tengo de vos
Y aunque parece que basta
Cualquiera á declarar que
Resuciten en mi fama
Aquellos pasados brios,
Que entre aquesta nieve helada,
O bien impedidos yacen,
O mal dormidos descansan;
Antes de apelar á ellos,
Quiero apelar á la anciana
Edad mia, y que haga el juicio
Lo que habrá de hacer la espada;
Porque no hay venganza como
No haber menester venganza.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Adónde irá á parar esto?

DON PEDRO.

Señor... yo... si... cuando...

DON FERNANDO.

Nada,
Hasta oirme, me digais.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Escuchemos lo que falta.

DON FERNANDO.

La primer queja es que siendo
Vos quien sois, de cuya clara
Sangre Mendoza las orlas
De tantos timbres se esmaltan,
Fieis tan poco de mí
O de vos, que con tan bajas
Acciones penseis que puede
Merecer vuestra esperanza
Mas con Leonor que conmigo.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Leonor, dijo! Ya esto pasa
A mas superior empeño.

DON FERNANDO.

La segunda es que se valga
De la amistad de Don Félix
Vuestra pretension, fundada
En que ella en mi casa sea
Quien os guarde las espaldas.
Ya lo dije; ya no puedo
Volver atras las palabras.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Ni yo pasar adelante.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Sin vida estoy y sin alma.

DON FERNANDO.

Demas de estar informado
De criados y criadas
De que vuestro galanteo
Mi casa y mi calle agravia,
El lance en que os hallé anoche,
Sabeis; y aunque allí la saña
Se vengara, si pudiera,
Muy otra es mi confianza;
Que enseña mucho una noche
Al que en discurrir la gasta.
Yo no quiero que Don Félix,
Que vendrá á Madrid mañana
(Porque ya en mi poder tengo
Instrumento en que se aparta
La parte), llegue á entender
Lo que en sus ausencias pasa,
Porque no sé si tendrá,
Si acaso á saberlo alcanza,
La espera que yo; y así
Salgamos á repararla.
Y puesto que contra vos
Todos los informes paran,
Leonor será vuestra esposa,
Con todas cuantas ventajas
Pueda dar de sí mi hacienda,
Con solo que vuelva á casa,
Antes que el haber faltado

Della entre las cuchilladas
De anoche, alguien...
(*Sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.
¿Cómo es eso?

DON FERNANDO.
¡Qué miro!

DON FÉLIX.
¿Quién es quien falta
De casa, señor?

DON PEDRO. (*Ap.*)
Ya aquí,
Solo asegurar la espalda
Me queda que hacer.

DON FÉLIX.
¿Leonor?
Pues ¿qué esperas? di, ¿qué aguardas,
Si contra Don Pedro está
La presuncion? No le valga
El fuero de la amistad
Al que á la amistad agravia.
¡Traidor amigo!...

DON FERNANDO.
Detente.

DON FÉLIX.
Suelta.

DON FERNANDO.
No saques la espada;
Que esto ha de quedarse aquí,
Antes que á la calle salga
Nuestra desdicha.

DON FÉLIX.
Eso es
Lo que ha tocado á tus canas;
Estotro toca á mis bríos.
¡Falso amigo!...

DON FERNANDO.
Tente.

DON FÉLIX.
Aparta.
¡Tú me tienes!

DON FERNANDO.
Yo te tengo,
Porque la prudencia haga
Lo que ha de hacer el valor.
Señor Don Pedro, mi casa,
Mis brazos, mi hija, mi hacienda,
Mi honor, mi vida y mi alma,
Todo es vuestro, nada es mio,
Como con vos Leonor vaya
A ser el dueño de todo.

DON PEDRO. (*Ap.*)
¡Quién vió confusiones tantas!
¡Que me rueguen con la dicha,
Cuando no puedo lograrla!

DON FÉLIX.
¿Cómo, dándose á partido,
No se ha arrojado á tus plantas?

DON FERNANDO.
Un convencido no tiene
Tan á mano las palabras.
Espérate.

DON PEDRO. (*Ap.*)
¿Cómo puedo
Yo empeñarme en dar palabra,
Que no he de cumplir? ¿Ni cómo
Puedo ofrecerme á llevarla,
Si aun, que faltase, no sé?
¿Y cómo, cuando la hallara,
Puedo con quien me aborrezca
Casarme, cuando á otro ama?
Ofrecerlo, será miedo;
Decirselo, será infamia,
Porque es cosa muy cruel
Para dicha cara á cara;
Y aunque me maten, no tengo
De disfamar una dama,
Por mas que ella me aborrezca.
¿Qué haré? Los cielos me valgan.

DON FÉLIX.
Mucho lo piensa, señor.
Déjame llegar.

DON FERNANDO.
Aguarda.—
¡A quien ruega con la dicha,
Tanto en responderle tardas!

DON PEDRO.
Hay mucho que responder,
Y no he de responder nada.
Mi muerte es el mejor medio.

DON FÉLIX.
Ya el sufrimiento no basta.
(*Sacan las espadas, y riñen.*)

DON FERNANDO.
Mira en qué te empeñas, que
Es mi acero quien le ampara.

DON FÉLIX.
Porque no me acusen nunca
Que tu respeto me falta,
Quitándote á tí el sombrero,
Sabré quitarle á él el alma.

DON FERNANDO.
Félix, tente.

DON FÉLIX.
Quita.

DON FERNANDO.
Mira
Que destruyes á tu hermana.

DON FÉLIX.
No me destruyera ella
Primero á mí.

ESCENA XX.

SIMON, TRISTAN, ALGUACILES, GENTE.
—DON FERNANDO, DON FÉLIX,
DON PEDRO.

SIMON. (*Dentro.*)
Cuchilladas
Dentro de la casa hay.

TRISTAN. (*Dentro.*)
En tierra la puerta caiga;
Que dentro está quien le dió
Muerte á Don Diego de Lara.

UNO. (*Dentro.*)
Entrad todos.

DON FERNANDO.
¡Qué pesar!

DON PEDRO.
¡Qué sentimiento!

DON FÉLIX.
¡Qué rabia!
(*Salen Simon, alguaciles y gente.*)

ALGUACILES Y GENTE.
Favor al Rey.

UNO.
A prision
Os dad.

DON FÉLIX.
Poco me acobarda
Ver tantas armas ni gente.

DON FERNANDO. (*Ap.*)
¡Oh si hallase mi amor traza
Para asegurarle, en tanto
Que esotros medios se tratan

SIMON.
Uno que me ha de caber,
Tras mí á la calle se salga. (*Vase.*)

ALGUACILES.
A prision os dad.

DON FÉLIX.
Primero
Pedazos á cuchilladas
Me habeis de hacer.

DON PEDRO.
Y á mí y todo.

DON FERNANDO.
Félix, no con nueva causa
Quieras volver al principio
La que tienes ya acabada.
Tu perdon tengo: no importa
Que te prendan.

DON FÉLIX.
No me espanta
La prision, sino el pensar
Que con ella se dilata
La venganza de un traidor.

DON FERNANDO.
¿Pues qué has de hacer?

DON FÉLIX.
Procurarla,
Poniéndome en salvo ahora.

TODOS.
¿Cómo?

DON FÉLIX.
Por esta ventana.

DON FERNANDO.
No te arrojes. Tente, Félix:
Tente, hijo.
(*Arrójase Don Félix.*)

DON FÉLIX. (*Dentro.*)
¡El cielo me valga!

DON PEDRO. (*Ap.*)
Y á mí aquesta confusion;
Que esto no es volver la espalda
Al riesgo, sino al decoro
De no culpar una dama,
Obligándome á decir
Por qué no puedo aceptarla. (*Vase.*)

ALGUACILES.
Sigámosle por aquí. (*Vanse.*)

DON FERNANDO.
¿Quién vió confusiones tantas?
Entre tu vida y mi honor,
No sé ¡ay de mí! tras quién vaya,
Cuando Don Félix se arroja,
Y de aquí Don Pedro falta.
Mas hay qué temer, desdicha,
De lo que temí. ¡Oh ingrata!
¡Quien te quiere, te desprecia!
¡Paciencia, cielo, ó venganza!

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN; GENTE dentro, y despues
DON FÉLIX.

(*Óyense voces dentro, y sale Don Juan.*)

UNO. (*Dentro.*)
Por aquí, por aquí va:
Seguidle todos.

DON JUAN.
¿Qué estruendo,

Qué ruido es este en la calle,
Y aun en casa?
(*Sale Don Félix con la espada desnuda.*)

DON FÉLIX.

Caballero,
Si las honradas desdichas
Deben obligar...

DON JUAN.

Qué veo!

DON FÉLIX.

A cualquier noble... ¡Qué miro!

DON JUAN.

¡Don Félix!

DON FÉLIX.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¿Qué es esto?
¿La primer vez que en Madrid
Por mi ventura os encuentro,
Viene á ser por mi desdicha?
¿Qué traeis?

DON FÉLIX.

Hablar no puedo;
Que mas que el susto, el cansancio
Me va quitando el aliento.
La justicia es de quien huyo,
Claro está, porque mi pecho
Nunca pudo de cobarde,
Y siempre podrá de atento.

DON JUAN.

Cobráos; que cuando aquí os siga,
No habeis llegado á mal puerto,
Pues á vuestro lado estoy.

DON FÉLIX.

De vuestro valor lo creo,
De vuestra sangre, de nuestra
Amistad antigua; pero
Si me pudiese escapar
Antes la maña que el riesgo,
Será mejor; que justicia
Me pone tan digno miedo,
Que al decir: «Teneos al Rey,»
De piés y de manos tiemblo.

DON JUAN.

La cuartana de los nobles
Llaman á aquese respeto.
Y puesto que nadie os sigue,
Esperadme aquí; que quiero
Ver la calle y tomar voz
De los que os buscan; que puesto
Que nadie os vió entrar, será
Muy posible iros siguiendo
Por otra parte perdidos.
(*Ap.* Ya presumo, á lo que entiendo,
Que este acaso ha de impedirme
(Si ahora viniese Celio,
A quien en cas de mi tio
De guarda he dejado puesto),
La obligacion de acudir
A Leonor, y ver qué medio
Puede tener el extraño
Lance de ayer.) (*Vase.*)

ESCENA II.

DON FELIX.

¿Habrá, cielos
Hombre, á quien en una noche
Asalten tantos sucesos,
Todos infelices, todos
Trágicos, todos adversos?
¡Ay fortuna! Vamos
A ver si es que es ménos
Difícil decirlos
Que fué el padecerlos.
En la casa de Violante...
Amor, no me acuerdes esto;
Que hay mas superior pesar
En el alma, y es desprecio
Del honor querer que tengan
El primer lugar los celos.
Mas ¡ay de mí! muy bien haces
En dar el lugar primero
Al ménos noble enemigo;
Porque si mis sentimientos
Por el mas noble empezaran,
Me habia de faltar tiempo.
¡Buena compañía
La de mis tormentos,
Pues para segundos
Me traen á los celos!
¡Leonor fuera de su casa!
¡Mi padre, prudente y cuerdo,
Rogando con ella á quien
En vez de agradecimiento,
Responde con omisiones!
Poco á poco, pensamiento,
Que vas descubriendo en mal
Distintos visos y léjos
Muchas luces; y aun con ser
Tantas, que han de ser recelo
Mas las sombras que las luces,
Si miro, si oigo, si advierto
Que amante á quien ruega
Su mismo deseo,
Y calla, ó está
Muy loco ó muy cuerdo.
Y por lo que digo ¡ay triste!
De amante rogado, buenos
Deben de ser dos pesares
Que dejan para tercero
Acrédor de mis desdichas,
En el gradüado pleito
De amor, honor y amistad,
La ira, la rabia, el veneno
De hallar traidor á un amigo,
Que en lo íntimo del pecho
Abrigué, para que fuera
La víbora que me ha muerto.
¡Qué infame debia
De ser el primero
Que al amor ingrato
Le doró los hierros!
Y pues de mis tres fortunas,
Al tocar los tres extremos,
Uno por otro me dejan
Con vida, como diciendo:
«Si otro no le mata, viva
Por mí,» afectando violentos,
Mañosamente piadosos,
Ser dañosamente fieros;
La vida que ellos me dan,
Sabré volver contra ellos,
Vengándome de Violante.
¡Otra vez, dolor, has vuelto
A darla el primer lugar!
Mas como eres vil afecto,
Nacido en bajos pañales,
No sabes de cumplimientos,
Y así siempre tomas
El lugar primero;
Que es muy de los ruines,
Si hacen caso dellos.
Vengándome de Violante
(Digo otra vez) con desprecios,
Con olvidos, con mudanzas
(¡Oh! cúmplalo, pues lo ofrezco):
Vengándome de Leonor
Para ejemplar escarmiento,
Con iras y con rencores;
Pues aunque la esconda el centro,
Sabré buscarla y matarla:
Y vengándome en efecto
Antes y despues, teñido
En sangre este limpio acero
De un traidor amigo; pues
Aunque él quiera, yo no quiero
Ya que sea Leonor suya.
Mejor hará los conciertos,
Que el báculo de mi padre,
Mi espada. ¿Mas cómo ¡ay cielos
Ofrezco olvidar,
Y matar ofrezco,
Si yo el olvidado
Soy, ántes que él muerto?

ESCENA III.

DON JUAN, SIMON. — DON FELIX.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Pícaro, desvergonzado,
¿Vos teneis atrevimiento
De entrar aquí?

SIMON. (*Dentro.*)

Si importaba
No entrar, no estuviera abierto.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡Vive el cielo, que á mis manos
Habeis de morir!
(*Sale maltratando á Simon.*)

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Saliendo á mirar la calle,
Vi á ese hombrecillo inquiriendo
Todos los portales della,
Y en este, al volver, le encuentro:
De manera que echadizo
Viene á ver, á lo que infiero,
Dónde estáis; y por si acaso
Os vió, le he entrado acá dentro,
Para que volver no pueda
Con respuesta.

DON FÉLIX.

Deteneos,
Que ese es un criado mio,
Cuya lealtad le habrá puesto
En cuidado de buscarme.

SIMON.

¡Buen socorro, y á buen tiempo,
Despues de descalabrado!

DON JUAN.

Pésame de no saberlo
Antes.

SIMON.

Mas me pesa á mí.

DON JUAN.

Que me perdoneis, os ruego.

SIMON.

Eso dijo uno, despues
Que habia cortado por yerro
A otro la cara.

DON JUAN.

Don Félix,
Bien podréis cobrar aliento,
Que siendo vuestro criado
Aquese hidalgo, es muy cierto
Que todos los que os seguian,
Por esotra calle han vuelto,
Desesperados de hallaros.

DON FÉLIX.

Dicha fué entrar, consiguiendo
Que no me viesen.

DON JUAN.

Y dicha
Veros yo; que desde el tiempo
Que en Salamanca estudiando,
Amigos tan verdaderos
Fuimos, que con sola un alma
Animaban ambos cuerpos,

Y que la escuela dejamos
Por dos caminos diversos,
Vos de cortesano, y yo
De soldado, no nos hemos
Visto mas; y aunque en Madrid
Fué mi principal deseo
Buscaros, nadie me ha dicho
De vos.

DON FÉLIX.

No os espanteis deso;
Que como siendo estudiante,
Gozaba en mis años tiernos
Un patronato que tiene
Gravámen ó privilegio
De nombre y armas, firmaba
Allá Félix de Toledo;
Y habiéndole renunciado
Por el traje que ahora tengo,
Volví al nombre de mi casa;
Y así muchos de aquel tiempo
Me han equivocado, hijo
De mis padres.

DON JUAN.

Y el no haberos
Visto en las conversaciones
Ni en los públicos paseos
De calle Mayor y Prado,
¿Qué ha sido?

DON FÉLIX.

Un triste suceso,
De quien aun hoy es resulta
Ir de la justicia huyendo,
Há seis meses que me tiene
Ausente de Madrid.

DON JUAN.

Esos
Son los que há que yo á Madrid
Vine, poco mas ó ménos,
Con algunas esperanzas
Llamado de mis aumentos.

DON FÉLIX.

Con vuestra licencia. — Dime
Simon...

SIMON.

Dime tú primero
¿Qué te hizo Don Pedro para
Reñir con él?

DON FÉLIX.

Deja eso
(Que aunque has de saberlo, no
Soy yo del que has de saberlo,
Si ya no es que sin mi voz
Te lo diga mi silencio),
Y dime ¡ay Dios! ¿dónde queda
Mi padre?

SIMON.

Él quiso resuelto,
Tras tí echarse, y yo le tuve.

DON FÉLIX.

¿Volvió á hablar con él Don Pedro?

SIMON.

No, que Don Pedro de allí
Faltó al instante, y el viejo
Llorando tras la justicia
Ir quiso; mas con el peso
De años y penas, no pudo.

DON FÉLIX.

Calla, calla, que me has muerto.
(*Al hacer extremos con las manos, da un golpe en la cara á Simon.*)

SIMON.

¡No me hubieras muerto tú
Mas á mí!

DON JUAN.

¿Qué ha sido eso?

DON FÉLIX.

No es nada.

SIMON.

No es sino mucho.

DON FÉLIX.

Acá son mis sentimientos.

SIMON.

Acá son mis mojicones
Duplicados.

DON JUAN.

Y en efecto,
¿Qué es lo que pensais hacer?
Que yo á todo estoy resuelto.

DON FÉLIX.

No sé qué os diga, por qué
Me importa estar encubierto
Por una parte; y por otra
Me importa ir adonde dejo
Pendiente el alma. (*Ap.* Es verdad:
Que allá en mi padre la tengo.)
Y así, entre quedarme ó irme
No sé á lo que me resuelvo.

DON JUAN.

En cuanto á quedaros, yo,
Félix, mi casa os ofrezco;
Pero no es nada segura
Si os importa estar secreto,
Porque es casa de posadas,
Cuyo tráfago es inmenso,
Y es fuerza salir y entrar
Criadas á este aposento;
Que aunque pudiera vivir
En casa de algunos deudos,
Esto de mozo y soldado
No se ajusta á los preceptos
De concertadas familias;
Y así yo por mejor tengo
Vivir en mi libertad.
En cuanto á iros, lo que puedo
Hacer, es acompañaros.
(*Ap.* ¡Qué á mi pesar se lo ofrezco!
Mas ¿cómo puedo excusarlo?)
Ahora escoged vos.

DON FÉLIX.

Habiendo
Riesgo en quedarme, Don Juan,
Mejor es esotro riesgo:
Ir adonde mas me importa
Acudir. Mirad, os ruego,
La calle; que como salga
Seguro una vez de aquellos
Que me siguieron, no es fácil
Encontrar con otros luego
Que me conozcan.

DON JUAN.

La calle
Segura está.

DON FÉLIX.

Pues doblemos
La vuelta por esa esquina. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IV.

DON PEDRO, TRISTAN.

TRISTAN.

¿Eso intentas?

DON PEDRO.

Esto intento.
¿Qué importa perder la vida,
Si dama y amigo pierdo?
Y así á buscar á Don Juan
Ahora á su casa vengo,
Con resolucion de que
Pues es el dichoso dueño
De una ingrata, se declare,
O de no querer hacerlo,
Se venga al campo conmigo;
Que no tiene lo mal hecho
Mas disculpa que la enmienda
Del valor; y así pretendo
Ver si en parte satisfago
A quien en el todo ofendo,
Dando esta satisfaccion
De que yo á Leonor no tengo.

TRISTAN.

El viene allí con Don Félix.

DON PEDRO.

¡Con Don Félix! Pues dejemos:
Espera al lance: quizá
Mas bien informado, ha puesto
La mira en el mayor blanco,
Y hasta llegar á saberlo,
Uno y otro no nos vean. (*Vanse.*)

ESCENA V.

DON JUAN, DON FELIX, SIMON.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cómo hicieran mis deseos
Que para ver á Leonor,
Sin que me estorbe el respeto
Del enojo de mi tio,
Me desocupara presto?

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Cómo hicieran mis pesares
Que me dejara? que siendo
Fuerza buscar á mi padre
Y hallarle en casa, es mas cierto
Que lo sepa, y no quisiera,
Porque buscándome luego,
No entendiera mis desdichas.

SIMON. (*Ap.*)

¿Qué será lo que suspensos
Van discurriendo los dos,
Que parecen suegro y yerno,
Que de una, dos y tres quejas
Juzgando están mal contentos,
Cada uno para sí?

ESCENA VI.

CELIO. — DON JUAN, DON FELIX, SIMON.

CELIO.

(*Ap.* Que ya haya salido temo
Mi amo de casa. Mas él
Viene aquí.) Señor...

DON JUAN.

¿Qué hay, Celio?

CELIO. (*Ap. á Don Juan.*)

Que de allí no me he quitado,
Y hasta aqueste instante mesmo
No salió el viejo de casa.
Ya puedes ir.

DON JUAN.

A mal tiempo
Vienes; que ya no es posible.

DON FÉLIX.

¿Qué os obliga á hacer extremos?

DON JUAN.

Es que tenia un criado
De posta á una calle puesto,
Por ver si un hombre salia
De su casa, porque tengo
De hablar en ella á una dama
A ocasion que él no esté dentro;
Y por ir con vos, es fuerza

La pierda ú dilate, siendo
Así que me va la vida,
Por el mas raro suceso
De amor que jamas oiréis.
Porque habeis de saber... Pero
Esto es para mas despacio.
Id donde vais, y sea presto,
Porque en dejándos á vos,
Pueda volver.

DON FÉLIX.

Yo me huelgo
De tener esa ocasion
Para pediros, mas cuerdo
Que os lo pidiera sin ella,
Que me dejeis solo, puesto
Que tambien me importa ir solo.

DON JUAN.

Ya sé que ese es cumplimiento.

DON FÉLIX.

No es, por Dios, sino verdad,
Y que andaba discurriendo
Cómo decíroslo yo.
Y así, id con Dios.

DON JUAN.

¡Cómo puedo
Dejaros yo en !...

DON FÉLIX.

Vos á mí
No me dejais; que yo os dejo
A vos, pues yo os lo suplico.

DON JUAN.

Mirad que estoy en empeño
Que aceptaré la licencia,
Si me asegurais que es cierto
Que os importa.

DON FÉLIX.

Pues me importa
Mas que pensais.

DON JUAN.

Pues con eso,
Y con que sabeis mi casa,
Y que soy amigo vuestro,
Quedad con Dios.

DON FÉLIX.

El os guarde.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay Leonor, cuánto deseo
Saber lo que tú y Violante
Esta noche habeis dispuesto,
Para acudir á tu amparo
Antes que á mi sentimiento!
(*Vanse Don Juan y Celio.*)

ESCENA VII.

SIMON.—DON FELIX.

SIMON.

Dime, señor, por tu vida,
¿Quién es este caballero?

DON FÉLIX.

Es un grande amigo mio.

SIMON.

¡Y se le luce por cierto!
Que da lindos mojicones
A tus criados.

DON FÉLIX.

Pues eso,
Sin conocerte, ¿qué importa?

SIMON.

Importa el quejarme. Pero
¿Para qué te apartas dél,
Si vais un camino mesmo?

DON FÉLIX.

¿Cómo?

SIMON.

En nuestra calle ha entrado.

DON FÉLIX.

A que salga della quiero
Esperar, porque no sepa
Que es mi casa donde vengo.

SIMON.

Pues si has de esperar que salga,
Despacio estás; que sospecho
Que es en ella la visita.

DON FÉLIX.

Dime pues, si no estoy ciego,
¿No entró en casa de Violante?

SIMON.

Pienso que sí, á lo que pienso.

DON FÉLIX.

Mientes, infame: de largo
Pasó.

SIMON

Claro está que miento.
De largo pasó.

DON FÉLIX.

¿Hácia dónde
Fué donde echó?

SIMON.

Hácia allá dentro.

DON FÉLIX.

¡Ay infelice de mí!
¡Decir que tenia puesto
Un criado que avisara
Cuando (ahógueme mi aliento)
Saliera un hombre (¡qué pena!),
Para hablar (¡qué sentimiento!)
A una dama (¡qué dolor!)
En un extraño suceso
De amor (¡qué rabia!); en la casa
Entrar de Violante, y esto
Sobre lo que yo vi anoche!
Pues ¿qué aguardo? Pues ¿qué espero
Que no voy?... Mas ¿dónde he de ir?
¡Ay de mí!

ESCENA VIII.

DON FERNANDO.—DON FELIX, SIMON.

DON FERNANDO.

¡Oh! ¡cuánto me huelgo,
Félix, de haberte encontrado!

DON FÉLIX. (*Véndose.*)

Yo tambien; pero ya vengo...

DON FERNANDO.

Tente, que no has de ir sin mí,
Donde quiera ..

DON FÉLIX. (*Ap*)

¿Hay tal encuentro?

DON FERNANDO.

Que vayas, porque no es
Quedar dudando y temiendo
Cuidado para dos veces;
Y puesto que conociendo
Que me habias de buscar,
Ya que no quedabas preso,
En casa estuve esperando,
Y della á salir me vuelvo
Por no estar entre mis ruinas,
Y es nuestro fin uno mesmo,
No le hablemos en la calle.
Ven á casa.

DON FÉLIX.

Ya yo vuelvo.

DON FERNANDO.

Ya he dicho que tú sin mí
No has de ir.

DON FÉLIX.

Yo vendré presto.

DON FERNANDO.

Entra en casa, por mi vida,
Porque hay mucho que pensemos
Del arrojo de Leonor,
Y el recato de Don Pedro.
Mira que tu honor te llama,
A cuidar de su remedio.

DON FÉLIX.

Si mi honor me llama, vamos.
(*Ap.* Adios, agravios y celos,
A nunca mas ver; que pues
Os he dejado, no pienso
Volver jamas á buscaros;
Y para que en ningun tiempo
Me acusen de cobardía,
Que me hacen fuerza protesto,
Las instancias de mi honor,
Y las lágrimas de un viejo.
(*Vanse padre é hijo.*)

ESCENA IX.

SIMON.

Ve aquí dos cuartos á quien,
Sea ciego ó no sea ciego,
Me diere la relacion
De lo que quiere ser esto.
Ahora bien, solo he quedado:
Discursos, soliloquiemos;
Que nadie á un pícaro quita
Hablar con su pensamiento.
¿Qué será venir mi amo
Y querer volverse luego,
Llegar su padre á buscarle,
Y cerrados por de dentro,
En cuchilladas pagar
El hospedaje á Don Pedro?
¿Qué será que la justicia
Llegase á tan lindo tiempo,
Y que se hallase un amigo,
Que por igualar el peso
De las alforjas, nos diese
A mí cachetes y á él celos?
¿Qué será que el viejo ande
Tan solícito y suspenso
Tras él? ¿Y qué será?...

ESCENA X.

INES, *tapada*. — SIMON.

INES.

Ce.

SIMON.

No prosiga uced, la ruego,
La suerte; que es mi azar esa
Letra.

INES.

¿Por qué?

SIMON.

Porque temo
Que la *ce* pronuncie, y salga
Luego la *dé* por encuentro.

INES.

Concepto de baratillo,
Raido, remendado y viejo.
Mas si le pongo la mano,
Yo le pondré como nuevo.

SIMON.

¿A mí, ó al concepto?

INES.

A entrambos.

SIMON.
Pues yo, mujer, ¿qué te he hecho?

INES.
¿Qué mas que ver á Isabel
Antes que á mí?

SIMON.
¡Vive el cielo,
Que es Inesilla! ¿Pues cómo
(*Ap.* Aquí entro yo), ¡oh áspid fiero,
Cocodrilo ó basilisco,
U otro cualquier epíteto
De sabandija del caso!
Fuera de casa te encuentro,
Descarriada?

INES.
¿No debes
Tú de saber, segun eso,
Lo que hay en ella?

SIMON.
No sé
Mas de que ahora á ella vengo.

INES.
Pues sabrás...

SIMON.
¿Qué?

INES.
Que Leonor
No está en casa.

SIMON.
Malo es eso.

INES.
Mas no lo digas á nadie,
Porque se fué de secreto,
Y aun digo mas, que se fué...

SIMON.
¿Cómo?

INES.
Como un caballero
Se la llevó.

SIMON.
Idem per idem.

INES.
¿Qué es *idem per idem*, necio?

SIMON.
Quiero decir que irse ella
O llevársela es lo mesmo.
Mas dime, ¿cómo fué?

INES.
Escucha.
(*Hablan los dos bajo.*)

ESCENA XI.

ISABEL, *al balcon.* — SIMON, INES.

ISABEL. (*Para sí.*)
De posta al balcon me han puesto,
Por si viene mi señor,
Miéntras están discurriendo
Leonor, Violante y Don Juan
Lo que han de hacer. Mas ¿qué veo?
Simoncillo á una tapada
Hablando está. ¿Cómo, cielos,
Se puede sufrir que quien
No da diamantes, dé celos?

SIMON.
¡Extraño caso!

INES.
Yo apénas
Vi, Simon, el rio revuelto,
Cuando no quise esperar
A la cólera del viejo.

ISABEL. (*Ap.*)
¡Sortija y otra! Eso no.
De ira y cólera reviento.

INES.
Y el verme ahora en la calle
Es á una cosa que tengo
De fiar de ti, ya que
Te me ha deparado el cielo.

SIMON.
¿Qué es?

INES.
Como huyendo salí,
No saqué mas que mi miedo.

ISABEL. (*Ap.*)
Otra sin diamante, vaya;
Mas con diamante, es desprecio.

INES.
Que aun este manto es prestado;
Y así vine con intento,
Si el viejo no estaba en casa,
De ver si podia entrar dentro
A sacar mi arca.

SIMON.
Pues
¿Qué quieres que haga?

INES.
Oye atento.

ISABEL. (*Ap.*)
Si me la hubiera dejado,
Aun fuera el agravio ménos.

INES.
Mi arca está en su cuarto; que
Leonor en él, por mas fresco,
En ausencia de su hermano,
Ha vivido.

SIMON.
Ya te entiendo.
¿Querrás que yo te abra el arca
Y te saque lo que hay dentro?

INES.
Sí.

SIMON.
¿No es mejor, pues los amos,
Están dese cuarto léjos,
Hablando á puerta cerrada,
Que entres tú? Que yo no quiero
Que despues te falte algo.

INES.
¡Ah, pícaro, ya te entiendo!
Pero vamos, pues en fin
Soy quien soy, y nada temo;
Que conmigo va mi honor.

SIMON. (*Ap.*)
Aunque mas á Isabel quiero
Que á Ines, no es malo inesearme
Miéntras no me isabeleo. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

ISABEL, *y luego* VIOLANTE, *dentro.*

ISABEL.
¿Qué es aquello de «mi honor
Va conmigo?» ¡Esto consiento!
¡Diamante, y otra á mis ojos!

VIOLANTE. (*Dentro.*)
Isabel.

ISABEL.
Llamó á buen tiempo
Mi ama; que de aquí me echara,
A no estar tan hondo el suelo.
Mas yo tomaré venganza
De ambos, tan á sangre y fuego,
Que digan todos al verla:
«Parece que somos griegos.»
(*Quítase de la ventana.*)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XIII.

VIOLANTE, LEONOR, DON JUAN; *y luego* ISABEL.

VIOLANTE.
Isabel.

ISABEL. (*Dentro.*)
Ya voy, señora. (*Sale.*)

LEONOR.
¿A qué la llamas, si viendo
Está si viene tu padre?

VIOLANTE.
A que abra; que no quiero,
Estando aquí con Don Juan,
Oirle mas atrevimientos.

DON JUAN.
¿Qué atrevimiento es decir
Que á todo trance resuelto,
Pondré mil veces la vida
Por asegurar el riesgo
De Leonor, y que ella elija
(Pues no puede durar esto
De tenerla tú escondida,
Sin que lleguen á saberlo
Tu padre y la vecindad)
Mas á su gusto el convento
Que quisiere? Porque en cuanto
A que casarme es el medio
Mas digno, y el que yo mas
Deseo, estimo, busco y precio,
No ha de ser (Leonor, perdona),
Sin asegurar primero
Qué ocasion tuvo otro amante
Para tanto atrevimiento
Como romper una puerta
Dentro de tu casa. Y esto
Tú me lo has de agradecer,
Si me quieres: ¿fuera bueno
Para deudo y para esposo,
Quién fuera ménos atento?

VIOLANTE.
¿Tan poco duelo, Don Juan,
Tengo yo, que hablara en ello,
A no constarme ver que es
Tu amor su aborrecimiento?

DON JUAN.
Si á ti te consta, á mí no.

LEONOR.
¿Y tengo tan poco duelo
Yo, que si diera licencia
A otro para aquel despecho,
Te la hubiera dado á ti,
Don Juan, para este desprecio?

DON JUAN.
No es desprecio la atencion.
Bien sabe amor que en mi pecho,
Idolatrada Leonor,
Vives con tan grande extremo,
Que comprara la disculpa
A no ménos grande precio
Que la vida; y para que
No mal mirada tratemos
Materia tan peligrosa
Sin el decoro y respeto
Que debo á quien mas adoro,
Y que guardo á quien mas debo;
Leonor, mi vida y mi alma
Tuya es: de todo eres dueño;
Solo mi temor es mio.
Satisfáganse mis celos,
Y entónces podré ser tuyo;
Porque en lazo tan estrecho,
No es bien entrar tropezando
Para no salir cayendo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LEONOR, VIOLANTE, ISABEL.

LEONOR.

Oye, aguarda, escucha, espera.

ISABEL.

Mas veloz parte que el viento.

VIOLANTE.

¿Cerraste la puerta?

ISABEL.

Sí.
Y ahora pedirte quiero,
Señora, que una merced
Me hagas.

VIOLANTE.

Di: yo te la ofrezco.

ISABEL.

Una ama que ántes serví,
Me debe algunos dineros:
Quisiera ir allá, porqué
Sé que ahora los tiene, y pierdo
Ocasion para cobrarlos.

VIOLANTE.

Ve pues, como vengas presto.

ISABEL.

Al punto vendré. (*Ap.* Por vida
De cuantos hay, que los tengo
De poner... Ello dirá.
Solo ahora una cosa temo,
Y es que mi ama me conozca,
Si así me ve; mas aqueso,
Con disfrazarme, tendrá
Facilísimo remedio.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

LEONOR, VIOLANTE.

LEONOR.

¡Ay infelice de mí!
¡Qué cierto, amiga, qué cierto
Es que finezas y agravios
Son áspides encubiertos,
Que engañan con la hermosura,
Y matan con el veneno!

VIOLANTE.

No te digo que no llores,
Porque quitarte no puedo
Armas que contra el dolor
Nos dió en último remedio
Nuestro sér. Solo te digo
Que á pesar del sentimiento
Ensanches el corazon,
Porque tenemos un cielo
Tan piadoso, que no envía
El daño sin el remedio.
Tú de tu infeliz fortuna
(Sea acaso, ó sea misterio)
Derrotada, ¿no tomaste
En estos umbrales puerto?
¿Tú de mí no te has valido?
Y dueño de tu suceso,
De tu fama y de tu vida,
¿No soy?

LEONOR.

Sí.

VIOLANTE.

Pues cobra aliento;
Que yo sacaré tu honor
De los turbados reflejos,
Que le empañaron la luz
A tu beldad, tan exento,
Que la altivez de Don Juan
Vuelva á tí con rendimientos,
Y la queja de tu padre
En mas agradecimiento.

LEONOR.

Déjame besar tu mano.

VIOLANTE.

No tienes que agradecerlo;
Que aunque te lo ofrezco á tí,
No eres tú á quien yo lo ofrezco.

LEONOR.

Pues dime, ¿á quién?

VIOLANTE.

A tu hermano;
Y aun á él no es, segun lo advierto,
Sino á mí misma no mas
Por mí misma, porque siendo
Félix mi amante, no fuera
Posible que mis afectos
Le miraran con cariño,
Si le miraran temiendo
Que habia defecto en su fama,
Sin cuidar yo del defecto;
Aunque con lo que le obligo,
El presuma que le ofendo.
¡A quien yo estimo, ha de haber
Quien desestime, creyendo,
Que padece su opinion!
¡A quién yo he dicho que quiero,
Ha de haber quien le murmure!
¡A quién miro como dueño,
Ha de ver como ofendido
La ojeriza ó sobreceño
De la malicia! Eso no.

LEONOR.

Y añade, Violante, á eso,
Sabiendo él mismo el agravio;
Que aun es mas deslucimiento.

VIOLANTE.

¿Cómo?

LEONOR.

Como con mi padre
Le he visto entrar descubierto
En casa.

VIOLANTE.

¡En casa está Félix!

LEONOR.

Sí.

VIOLANTE.

¡Qué dices!

LEONOR.

Lo que es cierto.

VIOLANTE.

¿Tú le viste?

LEONOR.

Yo le vi
Desde aquella reja, á tiempo
Que tú, de espaldas, hablabas
Con tu primo.

VIOLANTE.

¿Pues qué espero
(Si sobre el lance de anoche,
Tan cerca ahora le tengo)
Que á cumplirle la palabra
No voy, de que sus recelos
Tengo de satisfacer,
Con todos cuantos extremos
Pueda la fe de mi amor?
Haber dado á Isabel, siento,
Licencia; pero con otra
Criada iré.

LEONOR.

¡Ay de mí! que temo,
Si á verle vas, que peligre
Entre el cariño el secreto;
Que nunca fuéron amigos
Amor, mujer y silencio.

VIOLANTE.

No lo temas, porque cuando
No fuera porque lo ofrezco,
Porque él no se vengue, no
Lo dijera.

LEONOR.

Pues ¿no es eso
Contra el concepto pasado?

VIOLANTE.

No, sino el mismo concepto,
Pues ni el ser yo tan tu amiga,
Ni el ser tu hermano mi dueño,
Ni el haberte por mi puerta
Entrado á valer del riesgo,
Me pone en la obligacion
Que mi desvanecimiento,
Al presumir que por mí
Ha de quedar satisfecho
Tu honor, Don Félix seguro,
Don Juan casado, y contento
Tu padre, cuando por mí,
En los archivos del tiempo,
Tambien hay duelo en las damas,
Quede al mundo por proverbio. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Fernando.

ESCENA XVI.

INES, SIMON.

SIMON.

Pues que en el cuarto te ves,
Cinco palabras, sin que abras
Tu boca, oye.

INES.

¿Qué palabras?

SIMON.

Un poco te quiero, Ines.

INES.

¿Qué es eso que considero
En tu mano, tan brillante?

SIMON.

No es nada, sino un diamante.

INES.

¡Ay, Simon, lo que te quiero!

SIMON.

Eso, Ines, no me hace á mí
Novedad; que ha muchos dias
Que sé lo que tú querías.

INES.

Desde el punto que te vi...

SIMON.

Con sortija...

INES.

Te adoré,
Sino que me dió temor,
Que á Isabel tienes amor.

ESCENA XVII.

ISABEL.—INES, SIMON.

ISABEL. (*Ap. quedándose á la puerta.*)
¡A buena ocasion llegué!

SIMON.

¡Yo á Isabel! Hate engañado
Tu vil sospecha cruel;
Que si yo quiero á Isabel,
No ha sido de enamorado,
Sino por ver la fineza
Con que la gran mentecata...

ISABEL. (*Ap.*)
Hónrete Dios.

SIMON.

Cuida y trata
De mi regalo y limpieza.
¡Si la vieras cada dia

Acudir á la persona
Con camisa ó con valona,
O con otra niñería
Bucólica, que por yerro
Fingir suele el servil trato
Que se lo ha comido el gato,
Y es que se lo comió el perro,
Sin que por eso jamas
Me viese alegre la cara!...

ISABEL. (*Ap.*)
¡Quién, ladron, te la cortara!

INES.
¿Pues por qué?

SIMON.
Porque sabrás,
Si la verdad te confieso,
Que, sobre ser una loca,
La huele muy mal la boca.

ISABEL. (*Saliendo y castigando á Simon.*)
Cuando pido será eso,
Mucho mas que cuando doy;
Que uno y otro es gran mentira.

SIMON.
¡Que se ha soltado la *Ira*[1]
Del auto del Córpus hoy!

ISABEL.
Picaño, infame, atrevido,
Tú y Ines sabréis aquí
Cómo se ha de hablar de mí.

INES. (*Quitándose un zapato.*)
Ve aquí que lo hemos sabido.
¿Qué hay para eso?

ISABEL.
Que los dos
Murais. (*Saca un cuchillo.*)

INES.
¡Para mí cuchillo!

ISABEL.
¡Chinela á mí!

ESCENA XVIII.

DON FELIX.—DICHOS.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)
¡Simoncillo!

SIMON.
Peor es esto, vive Dios.
Mi amo entra acá.

INES.
Si me ve,
Cierto es que me ha de matar.

ISABEL.
Y á mí me ha de preguntar
Lo de anoche lo que fué,
Y yo no lo he de decir.

SIMON.
Pues si ocultaros quereis,
En esta cuadra podeis.

ISABEL.
Suspendamos el reñir
Para mejor ocasion;
Y hasta que de aquí salgamos,
De esta banda nos hagamos.

INES.
Dices bien.

SIMON.
Presto.
(*Escóndense las dos, y sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.
Simon,
Salte allá fuera, y no digas
A nadie que estoy aquí.

[1] Personaje alegórico de varios autos sacramentales.

SIMON.
¿Solo te has de quedar?

DON FÉLIX.
Sí.
(*Ap.* ¡Ay, honor, á lo que obligas!)
Solo me quiero quedar,
Miéntras mi padre escribiendo
Está; que á solas pretendo
Que me mate mi pesar.

SIMON.
Pues solo aquí, ¿qué has de hacer?

DON FÉLIX.
Llorar, Simon, y sentir,
Sin que lo pueda decir
A nadie.

SIMON.
No puede ser.

DON FÉLIX.
¿Por qué?

SIMON.
Porque mi lealtad
Solo no puede dejarte,
Aunque quiera, en esta parte.

DON FÉLIX.
Dices bien; que soledad
De un triste ya es compañía.
¿No te vas?

SIMON.
Sabe primero
Que aquí no estás bien.

DON FÉLIX.
No quiero
Oirte.

SIMON.
¿Por qué?

DON FÉLIX.
¡Qué porfía
Tan necia!

SIMON.
Corre de aquí
Muy mal aire.

DON FÉLIX.
¿Quién se entró
En aqueste cuarto?

ESCENA XIX.

VIOLANTE.—DON FELIX, SIMON.

VIOLANTE.
Yo.

DON FÉLIX.
¿Vos en esta casa?

VIOLANTE.
Sí.

SIMON. (*Ap.*)
¡Buena hacienda habemos hecho,
Si llega á ver encerrada
Cada cual á su criada!

DON FÉLIX.
(*Ap.* La voz se ha helado en el pecho.)
Si á ver venis á mi hermana
(Que á otra cosa no vendréis),
La visita errado habeis,
Porque desde esta mañana
No está en casa; que sabiendo
Que una deuda ¡fuerte estrella!
Mala está, á estarse con ella
Fué unos dias.

VIOLANTE.
Ya os entiendo.

DON FÉLIX.
¿Qué hay que entender aquí? (¡Ay Dios!)

VIOLANTE.
Que con eso habeis querido
Daros por desentendido
De que es la visita á vos.

DON FÉLIX.
Yerro es ese.

VIOLANTE.
¿Cómo así?

DON FÉLIX.
No sé; pero mal haréis,
Si la visita debeis
A otro, en pagármela á mí.
(*Ap.* Mas volved atras, extremos;
No despeñándonos vamos.)

ESCENA XX.

INES Y ISABEL, *que se quedan al paño.*—VIOLANTE, DON FELIX, SIMON.

INES. (*Ap. á Isabel.*)
En grande peligro estamos.

ISABEL.
Lo que hemos de hacer pensemos.

VIOLANTE.
La visita que mirais,
No á vos vengo á hacerla yo
Porque os la deba, sinó
Porque vos me la debais.
Y esotra que presumis,
Bien podeis imaginar
Que jamas la he de pagar.

DON FÉLIX.
Si es que á decirme venis
Que mis ojos me han mentido
Y mis oidos burlado,
Ya yo estoy desengañado;
Y así solamente os pido
Me hagais merced de quitarme
La ocasion de hablar en esto;
Que estoy á callar dispuesto:
Y aunque sé que ha de matarme
Tener cerrados los labios,
Dad licencia á mis pasiones,
Que huyan las satisfacciones,
Pues huyeron los agravios.

VIOLANTE.
Esperad; que cuando yo
A satisfaceros vengo,
Sin conseguirlo no tengo
De dejaros.

DON FÉLIX.
Cuando no
Hay queja de parte mia,
Haber en la cuestion nuestra
Satisfaccion de la vuestra,
Ociosa cosa sería.

VIOLANTE.
Sea ociosa, ó no sea ociosa,
Sabed que no ofende quien
Busca.

DON FÉLIX.
Yo lo creo: está bien.
Pero vamos á otra cosa.

VIOLANTE.
¿Qué es?

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Que decirla no sé.

ISABEL. (*Ap. á Ines.*)
¿Atreveráste á esto?

INES.
Sí,
Que yo, por salir de aquí,
Cualquier cosa intentaré.

DON FÉLIX.

Yo tengo un pesar, Violante,
Tan grande, que no me deja
Aliento para la queja;
Y así ahora no te espante
De que me falte tambien
Para la satisfaccion.
Perdonad á mi pasion
Que á lo que me está tan bien,
No dé oidos. Algun dia,
Que mis desdichas sabréis,
Quizá me agradeceréis
No deciros la voz mia
Que ¿para qué me buscais,
Despues que yo anoche vi
Lo que vi y oí lo que oí?
Pues vi que á Don Juan le dais
Licencia de que esperara
A que vuestro padre hubiera
Salido, para que fuera
Donde en el lance os hablara
De su amor... Y no prosigo,
Porque errando estilo y modo,
Vendré quizá á decir todo
Lo que digo que no digo.

VIOLANTE.

Pues ya que vos, sin decir,
Decis lo que no quereis,
Escuchadme, porque habeis
De oir ahora sin oir.
Félix, mis obligaciones
Me ponen en ocasion...

(*Salen Ines é Isabel tapadas.*)

ISABEL. (*A Don Félix.*)

Decidme luego que son
Mentiras vuestras traiciones.

(*Vanse Ines é Isabel.*)

ESCENA XXI.

VIOLANTE, DON FELIX, SIMON.

DON FÉLIX.

¡Mujer! ¿Quién eres?

VIOLANTE.

Tras ella
No habeis de ir...

DON FÉLIX.

Soltad.

VIOLANTE.

Que aquí
No es justo dejarme á mí,
Por ir á satisfacella.

SIMON. (*Ap.*)

¡Extraña resolucion!

DON FÉLIX.

No quiero mas de saber
Quién es aquella mujer.

VIOLANTE.

¡Qué necia satisfaccion!
Con ella escondida, ¿no
Sabeis quién es?

DON FÉLIX.

No.

VIOLANTE.

En verdad
Que es poca curiosidad.

DON FÉLIX.

Violante mia, si yo
Sé quien es...

VIOLANTE.

Cerrad el labio;
Que no quiero...

SIMON. (*Ap.*)

¡Lindo aliño!

VIOLANTE.

Que el oiros un cariño
Me cueste hoy un agravio.
¡Ahora *Violante mia!*

DON FÉLIX.

Decis bien; que ni aun ahora
Debiera un alma que llora
Tan infeliz, tan impía
Suerte, háberlo pronunciado.
(*Ap.* Arrebatóme ¡ay honor!
El dolor deste dolor.)

VIOLANTE.

Pues si deso os ha pesado,
Fácil enmienda ha tenido.
Haced vos cuenta de que
No lo dijisteis; yo haré
Cuenta de que no lo he oido;
Y con aquesto los dos
Volvemos bien á quedar
Hoy, vos con vuestro pesar,
Y yo con mi agravio. Adios.

DON FÉLIX.

Espera, Violante, y deja
Que acuda á tu desengaño;
Que no quiero que un engaño
Me eche á perder una queja.—
Simon...

SIMON. (*Ap.*)

Ahora entro yo.

DON FÉLIX.

¿Quién es aquella mujer?

SIMON.

¿Posible es que á conocer,
Quien es, no llegaste?

DON FÉLIX.

No.

SIMON.

Pues Laura, señor, sabiendo
Que á Madrid habias venido,
Con aquel amor rendido
Que siempre te está queriendo,
Vino á verte.

DON FÉLIX.

¡A verme á mí!

SIMON.

¡No, sino á mí!

DON FÉLIX.

Pues ¿por qué
Se escondió?

SIMON.

Fué á tiempo que
Mi amo andaba por aquí,
Y para que no la viera,
En esa cuadra esperando
Estaba.

DON FÉLIX.

¿Pues cómo, cuando
Yo llegué, no salió fuera,
Ni tú á mí me lo dijiste?

SIMON.

Ya yo te lo iba á decir,
Y no lo quisiste oir.
¿Acuérdaste lo que hiciste,
Sobre no dejarme hablar?
Entró en aquesta ocasion
Violante, *et cætera.*

VIOLANTE.

¿Son
Estas...

DON FÉLIX.

Máteme el pesar.

VIOLANTE.

Todas las satisfacciones,
Que teneis que darme?

DON FÉLIX.

Sí,
Pues venirme á ver á mí,
Movida de sus pasiones,
No es tener la culpa yo.

VIOLANTE.

Sí es; pues es tener la culpa
El querer que esa disculpa
Me satisfaga.

DON FÉLIX.

¿Pues no
Es bastante no saber
Yo que ella estuviera aquí?

VIOLANTE.

Sí por cierto, y siendo así
Que yo no puedo tener
Queja (pues en sus acciones
Decir con resolucion:
«Decidme luego que son
Mentiras vuestras traiciones»
No da á entender haya sido,
En razon de mi pasion,
Alguna satisfaccion
De que mi amor es olvido,
O es desprecio ó es desden,
O es agravio lo que vos
La habréis dicho), adios, adios.

DON FÉLIX.

Espera, Violante, ten;
Mira que es muy imperioso
Poder el que ha pretendido...

VIOLANTE.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que ruegue un ofendido,
Y desenoje un celoso.
Yo no he dado...

VIOLANTE.

Está muy bien.

DON FÉLIX.

Causas que tu agravio apoyen.

VIOLANTE.

Mis oidos que lo oyen,
Y mis ojos que lo ven,
Mienten; vos solo decis
Verdad.

DON FÉLIX.

¡Al cielo pluguiera
Que aun aquesa no lo fuera!

VIOLANTE.

Soltad.

DON FÉLIX.

Mirad que venis
A satisfacer, y no
Es bien volveros sin que
Consigais el fin á que
Venís.

VIOLANTE.

Desaire es que yo
Perdonaré agradecida;
Que es cosa muy rigorosa
Que desenoje quejosa,
Ni satisfaga ofendida.

DON FÉLIX.

Pues ved que si porfiais...

VIOLANTE.

Decid.

DON FÉLIX.

Que os dejaré ir.
Idos, que no he de sufrir
Que vos de un agravio hagais
Tanto duelo, y que de vos
No haya yo de hacer ninguno.

VIOLANTE.
Es mas declarado el uno.
Quedad con Dios.

DON FÉLIX.
Id con Dios.

VIOLANTE.
Supuesto que me dejais,
Mirad que á satisfaceros
Con mis agravios primeros
No he de volver.

DON FÉLIX.
No volvais.

VIOLANTE.
Yo he visto una dama aquí.

DON FÉLIX.
Allá vi un amante yo.

VIOLANTE.
Ese á mí no me buscó.

DON FÉLIX.
Ni á esotra yo. Y si es así,
¿A quién buscó ese?

VIOLANTE.
No sé,
Que es sagrado á que no toco.
¿Quién trajo á esotra?

DON FÉLIX.
Tampoco
Lo sé yo.

VIOLANTE.
Ved que me iré
Sin saberlo.

DON FÉLIX.
Mirad vos
Que sin saberlo tambien
Me quedaré yo.

VIOLANTE.
Está bien.
Quedad con Dios.

DON FÉLIX.
Id con Dios.
(*Vase Violante.*)
¿Fuése?

SIMON.
No... sí.

DON FÉLIX.
¡Oh injusta estrella!
Pide licencia al dolor
Que paso, y perdona, honor;
Porque tengo de ir tras ella. (*Vase.*)

SIMON.
La cizaña que derrama
Isabel, no es nueva, pues
La primer moza no es
Que da celos á su ama. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XXII.

ISABEL.

Grande ventura ha sido,
Si mi ama el talle ó voz no ha conocido,
A casa haber llegado,
Y ántes que venga, haberme desnudado
Del disfraz que llevaba.
Digo que fué (no es alabarme) brava
Resolucion la mia;
Porque allí me estuviera todo el dia,
A riesgo que me vieran
Ella y Don Félix, porque no tuvieran
Disculpa mis desvelos.
¡Quién dió celos jamas, yendo por celos,
Sino yo!

ESCENA XXIII.

LEONOR. — ISABEL.

LEONOR.
¡Oh, Isabel! seas bien venida.

ISABEL.
(*Ap.* De todo me he de hacer desentendi- [da.)
¿Adónde está, bella Leonor, mi ama?

LEONOR.
Fuera de casa fué; su honor la llama,
Porque yo estoy muy cierta
Que Laura... (*Llaman.*) Mas ¿no llaman [á la puerta?

ISABEL.
Sí, señora.

LEONOR.
Pues mira,
Antes que abras, quién es.

ISABEL.
Tú te retira.

ESCENA XXIV.

VIOLANTE. — LEONOR, ISABEL.

VIOLANTE. (*Dentro.*)
Abre, Isabel. (*Va Isabel á abrir.*)

LEONOR.
La voz es de Violante.
¡Quiera Dios que á su amante
No me haya descubierto en dolor tanto!
(*Sale Violante con manto.*)

VIOLANTE.
Muerta vengo, Leonor. — Quita este [manto,
Isabel.

LEONOR.
¿De qué nacen los enojos?

VIOLANTE.
De un fuego introducido por los ojos,
De un volcan que bebieron mis oidos,
Con que abrasaron los demas sentidos.

LEONOR.
Pues sepa yo la causa, de tus labios.

VIOLANTE.
Mal animan la voz celos y agravios.
Sabrás que á Félix vi... (*Llaman dentro.*)
¿Mas no han llamado?

LEONOR.
Juzgo que sí.

ISABEL.
Y el cuento han degollado.

VIOLANTE.
Ve tú, Isabel, á abrir; — tú á retirarte.

ISABEL.
Y ese manto hácia allá puedes llevarte,
Porque si es mi señor, no me le vea,
Y que mi ama ha salido fuera crea.

LEONOR. (*Ap.*) [los!
¡Cuándo saldré de aquesta prision, cie-

VIOLANTE.
¡Hasta hoy no vi la cara de los celos!
(*Escóndese Leonor en un aposento, llevándose el manto; abre Isabel, y sale Don Félix.*)

ESCENA XXV.

DON FELIX. — VIOLANTE, ISABEL; LEONOR, *escondida.*

DON FÉLIX. (*A la puerta.*)
¿Está en casa tu señor?

ISABEL.
No.

DON FÉLIX.
Pues que entre, Isabel, deja,
A hablar á Violante.

ISABEL.
¡Ahora
Te vienes con esa flema,
Despues de haberla enviado
De agravios y celos muerta!

DON FÉLIX.
Déjame tú.
(*Llega á la puerta Violante.*)

VIOLANTE.
¿Con quién, di,
Hablando estás á la puerta,
Isabel? ¿Quién llamó?

DON FÉLIX.
Yo.

VIOLANTE.
¡Don Félix! Pues ¿tan apriesa
Pagais las visitas? Pero
Bien haceis, y no me pesa
De ver que en algo tengais
Conmigo correspondencia.

DON FÉLIX.
Siempre, Violante, la tuve
Yo contigo, y siempre buena.
(*Ap.* Déjame, honor, un instante,
Pues ya te pedí licencia.)
A darme satisfacciones
Fuiste; solo entendí dellas
Que las tienes y las guardas;
Si las guardas, no las pierdas.
Duélete de mí, Violante,
Y de lástima siquiera
Dime algo, aunque sea mentira;
Que cualquier cosa que sea,
Antes que tú me lo digas,
Doy palabra de creerla.

VIOLANTE.
Aunque de mis quejas, Félix,
Yo no viva satisfecha,
Y tenga muchas razones
Para pensar que son ciertas,
Quiero seguir tus motivos,
Y para dejar exenta
Mi razon, vencer la tuya.
Don Juan, aquel que á la reja
Llamó anoche, y á mi casa
Vino hoy, mi primo es. Si aun esta
No es satisfaccion, Don Félix
(Que en la corte, es cosa cierta
Haber tramposos amores,
Que se mantienen de deudas),
A lo que vino, es...

LEONOR. (*Al paño.*)
¡Ay triste,
Si mis sucesos le cuenta!

VIOLANTE.
A que mi padre...

ISABEL.
Señora,
Mi señor á casa llega.

DON FÉLIX.
Sin duda era dicha mia
La que decirme deseas,
Pues viene quien lo embarace.

ISABEL.
Ya sube por la escalera.

DON FÉLIX.
Pues en aquese aposento
Me entraré.

LEONOR. (*Ap.*)
Si entra, soy muerta.
(*Cierra por dentro.*)

DON FÉLIX.

¡Cómo es esto! Vive Dios,
Que por de dentro la puerta
Han cerrado.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Ay de mí, cielos!

DON FÉLIX.

He de abrirla.

VIOLANTE.

Considera
Que viene, Félix, mi padre.

DON FÉLIX.

Mas que todo el mundo venga;
Que ya, perdido lo mas,
No importa que esto se pierda.

VIOLANTE.

No has de entrar.

DON FÉLIX.

Tengo de entrar,
Si dos mil vidas me cuesta.

VIOLANTE.

Si pierdo dos mil, no has
De entrar.

ESCENA XXVI.

DON ALONSO.—DICHOS.

DON ALONSO.

¿Qué voces son estas?
«¿He de entrar, y no has de entrar?»

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Perdido estoy.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Yo estoy muerta.

DON ALONSO.

¿Qué es esto? ¡Pues vos, Don Félix,
En mi casa, con tan ciega
Resolucion! ¡Tú, Violante,
Tan loca y tan desatenta!
¿Qué es esto? digo otra vez.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Quién vió confusion como esta!
Si digo lo que es, descubro
Que Leonor está encubierta,
Y la descubro á su hermano.
Si lo callo, es cosa cierta
Que mi padre ¡ay de mí triste!
Algo de mi amor entienda.
Si finjo algo, que es Don Juan,
Pensar Don Félix, es fuerza.
¿Pues cómo satisfaré,
Dejándola libre á ella,
A Don Félix y á mi padre?

DON ALONSO.

¿Ninguno me da respuesta?

VIOLANTE.

Yo te lo diré, señor.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Qué es lo que decirle intenta?

VIOLANTE.

Tapada aquí con el manto
(*Ap.* ¡Oh, quiera amor que me entienda
Leonor, y que se le ponga,
Pues en la mano le lleva!)
Una dama entró, señor,
Diciéndome (yo estoy muerta)
Que la amparase; y así,
(Claro está) á su riesgo atenta,
La cerré en ese aposento,
Cuando Don Félix tras ella
Entró, diciendo que habia
De matarla. Yo, resuelta
A estorbar una desdicha
Dentro de mi casa mesma,
Y mas con la obligacion
De quien se ha amparado della,
Le pedí que se tuviese.
El con la cólera ciega,
«He de entrar», dijo: «no has
De entrar», respondí soberbia,
Que es lo mismo que tú oiste.
Y para que aquesto veas
Que es así, salid, señora.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Si ella á estas horas no hubiera
Puéstose el manto, por Dios,
Que habia hecho linda hacienda!

VIOLANTE.

Tenle tú, miéntras que sale.

(*Sale Leonor, tapada con el manto de Violante.*)

(*Ap. á ella.* Vete, amiga, y da la vuelta.)

LEONOR.

(*Ap.* Muerta voy; pero alentemos
La disculpa.) Para esta.

(*A Don Félix, y vase.*)

DON ALONSO.

Por cierto, señor Don Félix,
Haberos visto me pesa
Tan ciego. Pues ¿qué ocasion
A un caballero destempla,
A querer poner las manos
En mujer? ¡Vos tal bajeza!

DON FÉLIX.

Señor, la cólera...

DON ALONSO.

No,
No os disculpeis: no tras ella
Vais. No le dejes salir
Tú, Violante, hasta que vuelva
Yo; que hasta quedar segura,
No es bien de vista la pierda,
Ya que la valió el sagrado
De mi casa. (*Vase.*)

VIOLANTE.

Considera
¡En qué se fundan tus celos!

DON FÉLIX.

Todos son desta manera.
Mas ¿quién es esta mujer,
Para recatarme el verla?

VIOLANTE.

Pues ¡qué! ¿no la has conocido?
Laura es, que estaba á mi puerta
Esperándome, Don Félix,
Para pedirme muy tierna
Con lágrimas, que te olvide;
Porque la tienes á ella
Obligaciones, á que
No es posible que tú vuelvas
El rostro.

DON FÉLIX.

¡Yo obligaciones!

VIOLANTE.

Así me lo dijo ella.

DON FÉLIX.

Vive Dios, que he de buscarla,
Y hacer...

VIOLANTE.

Si alguna fineza
He de deberte, palabra
Me da...

DON FÉLIX.

¿De qué?

VIOLANTE.

De no verla.

DON FÉLIX.

Mucho me pides, Violante,
Pero por mucho que sea,
Lo haré, no tanto por tí,
Como...

VIOLANTE.

Di.

DON FÉLIX.

Porque otra pena
No me acuse, que entre celos
Y amor me he olvidado della.

VIOLANTE.

¿Qué pena?

DON FÉLIX.

No he de decirla.

VIOLANTE.

Ni yo quiero ya saberla.
Y vete, porque mi padre
No te halle aquí cuando vuelva

DON FÉLIX.

Yo me iré; pero, Violante,
¿En qué mis desdichas quedan?

VIOLANTE.

En mí, que quiero, y no ofendo.

DON FÉLIX.

En mí, que quiero, aunque ofendas.

VIOLANTE.

¡Ay, amor, lo que me debes!

DON FÉLIX.

¡Ay, amor, lo que me cuestas!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR *con manto*, *y* VIOLANTE *sin él.*

LEONOR.

Esto ha de ser.

VIOLANTE.

No ha de ser.

LEONOR.

¿Cómo quieres tú que, expuesta
Cada instante á nuevo riesgo,
Jugada la vida tenga?
Don Juan, de honrado ó de tibio,
No se resuelve á que sea
Nuestro casamiento quien
Ponga á mi desdicha enmienda.
Mi hermano celoso dél,
Segun yo he visto y tú cuentas,
En su alcance anda; y aquesto
Contra tí y contra mí es fuerza
Que resulte; que no siempre
Ha de haber una cautela
Como la de aqueste manto,
Que á él y á Don Alonso pueda
Asegurar: fuera desto,
Tú padeces la sospecha
De mi amor; y no es razon
Que por mi disgustos tengas,
Que un dia ú otro han de obligarte
A que, por salvar tu ofensa,
Hayas de decir la mia;
Y así en irme estoy resuelta,
Donde de un vivo cadáver
Sepultura sea una celda.
Acabe todo conmigo,
O yo con todo. Licencia
Me da; que á aquesto no mas
He dado, amiga, la vuelta,
Ya que me hallaba en la calle,
De aqueste manto cubierta.

Solo te pido que digas
A Don Juan, que si desea
Hallarme, cuando le informe
El cielo de mi inocencia,
Me busque, ya él sabe dónde,
Pues sabe dónde á unas deudas
Suelo visitar. Los brazos
Me da, y adios.

VIOLANTE.

Oye, espera;
Que pues no me has entendido,
Leonor, lo que en mil diversas
Ocasiones dije, aquí
Será el repetirlo fuerza.
Yo te he dado la palabra
De ampararte; y si perdiera
Mil veces por tí la vida,
Mil veces estoy dispuesta,
Leonor, á perderla; que esto
No es porque me lo agradezcas
(Tambien lo he dicho), pues es
(Si de mi duelo te acuerdas)
Por el honor de tu hermano,
Porque á mí sola me deba,
Ya que me debe el cariño,
Que su opinion no se pierda.
¡Vive Dios, que de mi casa,
Ya que se entró por sus puertas
De mí á valerse su honor,
No has de salir, sin que sea
Con todas cuantas mejoras
Fuere posible que tenga!

LEONOR.

¿Pues qué medios para eso
Tenemos?

VIOLANTE.

Escucha atenta.
Don Juan aquí no nos oye:
No el ser deudo mio va fuera
De camino: tú no tienes
A su acusacion respuesta
(Pues no es fácil que Don Pedro
Intente satisfacerla),
Mas que rogar y llorar.
Pues llora, Leonor, y ruega;
Que á una mujer principal
Que una vez á verse llega
Ya declarada, no hay cosa
Que no la esté bien hacerla.
Antes que se empeñe, mire
Lo que hace: empeñada, atienda
A que es nuestra voluntad
Una prision tan estrecha,
Que tenemos homenaje
Jurado de no romperla.
Valgámonos de las armas
Que nos dió naturaleza:
Lágrimas y sentimientos,
Suspiros, ansias y quejas,
En tanto que otro camino
Descubre el cielo, en que puedas
Satisfacer á Don Juan;
Y cuando no valgan estas
Primeras instancias blandas,
Nos valdrémos de la fuerza;
Que yo, por Félix, no habrá
Cosa á que no me resuelva,
Aunque sea á que le mate.

LEONOR.

Deten, Violante, la lengua;
Que á ese intrincado camino
Que hay del llanto á la violencia,
Amor mal ó tarde ó nunca
Le supo pisar la senda.
Mas ¿qué me aconsejas que haga?

VIOLANTE.

Mi padre ha salido fuera;
Y así escríbele á Don Juan
Que á verte esta noche venga;
Y llórale tu desdicha,
Laméntale tu inocencia,
Y déjala á tu verdad,
Que ella misma por sí vuelva.
Que si lágrimas mentidas
Suelen tener tanta fuerza,
Lágrimas sobre verdades,
¿Qué pecho habrá que no venzan?

LEONOR.

Temo que aunque yo le escriba,
Don Juan á verme no venga,
Segun la resolucion
Con que de las dos se ausenta.

VIOLANTE.

Pues ten esa razon mas.

LEONOR.

Ahora otro temor resta.
¿Qué hemos de hacer de mi hermano,
Si ve que sale ó que entra?

VIOLANTE.

Yo aseguraré á tu hermano.

LEONOR.

¿Cómo?

VIOLANTE.

De aquesta manera.
El está de mí celoso,
Y yo empeñada en que tengan
Sus celos satisfacciones.
Estas hoy no puede haberlas
En mas que mirarme fina
Todo el tiempo que no pueda
Declararme mas; y añado
A esto, que tambien es fuerza
Estarlo yo, pues que vi
A Laura en su casa mesma.
Pues con estas dos razones,
Y otra que el alma reserva
Para sí (por no decir
Que Félix á tanta pena
Postrado, aun en sus despechos
Tiene no sé qué vergüenza,
Que yo entiendo, aunque él la calla),
¿Quién culpará que me atreva
(Con lástima sobre celos,
O sobre amor conveniencia),
No estando mi padre en casa,
A pasar, cuando anochezca,
A la suya? Con que tú
Bien asegurada quedas
De que él acá no vendrá,
Como yo allá le detenga.

LEONOR.

Y á tu padre, ¿qué dirémos,
Si cuando viene estás fuera?

VIOLANTE.

Que estoy en una visita;
Con que no es objecion esa.

LEONOR.

Pues yo escribiré un papel,
Encareciendo cuán llena
De pesares podrá ser
Hallarme á sus manos muerta. (*Vase.*)

VIOLANTE.

Isabel.

ESCENA II.

ISABEL. — VIOLANTE.

ISABEL.

¿Qué es lo que mandas?

VIOLANTE.

Ponte el manto, y aquí espera;
Que has de llevar á Don Juan
Luego un papel. (*Ap.* ¡Quién creyera
Que una ofensa facilite
Para curar otra ofensa!) (*Vase.*)

ESCENA III.

ISABEL.

Esto tiene para mí
Mil y tantas conveniencias.
Ponerme el manto es la una;
Que no hay moza que no tenga
Pacto implícito de manto.
La dos, para salir fuera.
La tres, sin ama. Y la cuatro,
A llevar papel, que es fuerza
Que tenga porte. La cinco,
Cuando mas porte no tenga,
Hacer una buena obra;
Y tener lugar, la sexta,
Para ver á Simoncillo,
A la ida ó á la vuelta,
Y echar verbos desta boca,
Para que el infame vea
Si me huele ó no me huele.
La siete .. Pero ya cierra
Leonor el papel. Aquí
Queda esto: haya buena cuenta;
Que ya poquititas faltan
Hasta las mil y quinientas.

ESCENA IV.

LEONOR. — ISABEL.

LEONOR.

Toma, Isabel, y á Don Juan
Volando este papel lleva,
Y ven presto, por tu vida. (*Vase.*)

ISABEL.

Tú verás mi diligencia.
Santiguo el papel, y salgo
Con pié derecho. Con estas
Dos prevenciones, jamas
Me sucedió cosa buena. (*Vase.*)

—

Calle

ESCENA V.

ISABEL.

Sepamos, ya que en la calle
Estoy de paticas puesta,
¿Dónde debe una criada
Acudir con mas presteza?
¿Adonde su ama la envía,
O adonde su amor la lleva?
Mas ¡qué frialdad de pregunta!
Déla calor la respuesta,
Yendo á ver á Simoncillo.
En el umbral de su puerta
Está: yo quiero pasar.
Disimulo.

ESCENA VI.

ISABEL. — SIMON.

SIMON.

(*Ap.* ¡Que no entienda
Los secretos de mis amos!)
Cé, mi reina. Cé, mi reina.

ISABEL.

¿Es á mí?

SIMON.

No, sinó á usted.

ISABEL.

Y bien, ¿qué manda?

SIMON.

Que sepa
Que tiene en mí un escudero,
Y que si me da licencia,
Habrá hipocras y castañas.

ISABEL.
¡Sin verme!

SIMON.
La gracia es esa;
Porque como usted sea otra,
El no haberla visto es verla.

ISABEL.
No me siga, porque soy
Amiga de amigas.

SIMON.
Tenga,
Que me ha tocado en el alma.
¿A quién conoce por prenda
De la persona?

ISABEL.
A Isabel

SIMON.
¡Isabel! ¡buena pobreta
Si no tuviera una falta!

ISABEL.
¿Como qué cosa?

SIMON.
Que es tuerta.

ISABEL.
Yo la he visto con dos ojos.

SIMON.
Es de vidrio el uno.

ISABEL.
¡Tenga!
Que aun por eso ucé engastada
Trae en oro esa centella
De vidrio. ¿Fué desperdicio
De alguno que se le quiebra
A esa mi señora Doña
Licenciada Vidriera?

SIMON.
Mujer, ¿qué dices? que este
Es diamante.

ISABEL.
¡Buena es esa!
¿Diamante ucé?

SIMON.
Yo diamante,
Tan duro como una piedra.

ISABEL.
A ver.

SIMON.
¿A ver y no mas?
Vesle aquí.

ISABEL.
Porque no sea
A ver no mas, á mas ver.
(*Quítale el diamante, y quiere irse.*)

SIMON.
Mujer, tente.

ISABEL.
¡Infame, suelta!
Que ya que soy tuerta, tengo
De hacer que andes á derechas.

SIMON.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que es Isabel!)
Calla, boba; calla necia,
Que á no haberte conocido...

ISABEL.
Esa disculpa es muy vieja,
Y no quiero mas venganza
De todas tus desvergüenzas,
Que dejarte.

SIMON.
No es dejarme
Dejarme desta manera,
Sino llevarme tras tí
Arrastrando.

ESCENA VII.

INES. — ISABEL, SIMON.

INES.
Ver quisiera
Si sacó Simon mi arca.
Mas ¡qué miro!

ISABEL.
(*Ap.* ¿No es aquella
Ines? Sí; para escaparme,
Me viene bien la deshecha.)
Ya le he dicho que me deje,
Y en su vida no me vea;
Que es Ines amiga mia.
No quiero cuentos con ella.

SIMON.
¿Qué tiene que ver aquí
Con mi sortija la puerca
De Ines?

INES. (*Acercándose*)
Hable bien, si sabe.

SIMON. (*Ap.*)
Cayóse la casa á cuestas.

ISABEL.
Amiga mia, á buen tiempo
Has venido, donde sepas
Que yo no te quiero dar
Disgusto; y porque lo veas,
Haz que no venga tras mí. (*Vase.*)

SIMON.
¡Isabel! (*Quiere seguirla.*)

INES.
No has de ir tras ella.

SIMON.
Mira que me lleva el alma.

ISABEL.
¿Hay tan grande desvergüenza?
¡En mi cara!... (*Dale una bofetada.*)

SIMON.
Esa es la mia.
Ten la mano; que se lleva
Ella el diamante, y parece
Que le traes tú, segun pegas.

INES.
Téngase: no porque quiero
Yo á nadie que otra desprecia,
Sino para que me dé
De mis alhajas la cuenta.

SIMON.
En dándola de las mias.
Mas ¡ay, que mis amos llegan!

INES.
¡Quieran los cielos que no
Me conozcan! (*Vase.*)

SIMON.
¡Buena hacienda
He hecho! Por esto no puede
Quien de galante se precia,
Tener dos damas no mas,
Porque á una vez que se encuentran,
Queda un hombre celibato.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, DON FELIX. — SIMON.

SIMON. (*Ap.*)
Ya me vió mi amo, y es fuerza
No seguirlas. ¡Quiera el cielo
Que lo que tratan entienda,
Para que con lo demas
Tambien el juicio no pierda!

DON FERNANDO.
¿De dónde vienes?

DON FÉLIX.
No sé.

DON FERNANDO.
Dime, Félix, por consuelo
De mis canas (así el cielo
Mas ventura á entrambos dé)
Si vienes de haber buscado
A Don Pedro.

DON FÉLIX.
Sí, señor;
Mas como amigo traidor,
Se ha escondido y se ha ocultado
De suerte, que desde ayer,
Que de la justicia huyendo,
Le dejé, aunque mas pretendo
Hallarle, no puede ser
De efecto mi diligencia,
Porque no parece.

DON FERNANDO.
¡Ay triste!
¡Qué mal en buscarle hiciste!

DON FÉLIX.
¿Por qué?

DON FERNANDO.
Porque de su ausencia
Resulta otra pena mia.

DON FÉLIX.
¿Qué es?

DON FERNANDO.
Retiraos de aquí.

SIMON.
¿Pues yo puedo estorbar?

DON FERNANDO.
Sí.
Allí, Simon, te desvía.
(*Habla bajo á Don Félix.*)

SIMON. (*Ap.*)
¿De cuándo acá han estorbado
En los bienes ni en los males
Los lacayos principales?
De cuándo acá se ha guardado
Dellos secreto?

DON FÉLIX.
No digas
Mas; que esa sospecha ya
Tan dentro del alma está,
Que no hay para qué prosigas;
Porque el haber otro allí
Con quien Don Pedro riñera,
Y bajar por la escalera
Solo, bien muestra ¡ay de mí!
Que otro fué quien la ocultó;
Porque Don Pedro, ni hiciera
Desden de Leonor, ni huyera
El rostro al lance, si no
Le obligaran á callar
Sus mismas obligaciones.

DON FERNANDO.
Y aun con eso mis pasiones
De un pesar á otro pesar
Pasan. ¡Qué infeliz sería
Mi desdicha, si no fuera
Hombre que sacar pudiera
La cara, el que ¡ay Leonor mia!
El que!...

DON FÉLIX.
Calla; que no puedo
Permitir que tan sagradas
Materias hagan, tratadas,
Que las perdamos el miedo.
Ni aun nosotros las habemos
De hablar, por solos que estamos.

DON FERNANDO.
Pues si basta que sintamos,
Sintamos, hijo, y callemos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON FELIX, SIMON.

DON FÉLIX.

Simon.

SIMON.

¿Puedo ya llegar?

DON FÉLIX.

Ahora sí, ¿por qué no?

SIMON.

Ahora no quiero yo.

DON FÉLIX.

¡Qué loco!

SIMON.

¡Bueno es estar
Sufriéndote todo el año
Una y otra bobería,
Y apartarme solo el dia
Que puedo oir el desengaño
De lo que tanto deseo!

DON FÉLIX.

¿Qué es?

SIMON.

Saber en lo que andais
Tú y tu padre. ¿Qué tratais,
Que á todas horas os veo
En secretillos?

DON FÉLIX.

¡Pluguiera
Al cielo que lo que son,
Supieran ménos, Simon!
Que dicha de todos fuera...

SIMON.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que sirviera el criado...

SIMON.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Sordo, mudo y ciego.

SIMON.

Solo faltaba ser luego
El amo el endemoniado.
Mas no faltaba, que ya
Nos hizo el cielo justicia.

DON FÉLIX.

No adelantes la malicia,
Que bien declarada está,
Sino, sin meterte en mas
De solo lo que te mando,
Te vuelve á casa volando,
Y allá espera.

SIMON.

¿Dónde vas?

DON FÉLIX.

A querer que lo supieras,
Fueras conmigo.

SIMON.

Es razon
De notable conclusion. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON FELIX.

Quien en sus locas quimeras
Pudiera hacer que su amor
Dentro del pecho viviera
Sin que el honor lo supiera,
Pudiera hacer que su honor,
Sin que el amor lo alcanzara,
Dentro del pecho tambien
Viviera; porque no es bien,
Si el estado se repara
En que me tienen los dos,
Que los dos huéspedes sean
De una alma, donde se vean
Tan ofendidos ¡ay Dios!
Que mal hallados é inquietos,
Me esté quitando la vida
La siempre mal avenida
Familia de sus afetos.
Lo que el honor quiere, impide
Amor; lo que amor desea,
Impide honor, porque sea
Mal que á ninguno se mide,
El mal de mi frenesí;
Pues cuando entre ambos me veo,
Conmigo mismo peleo:
Defiéndame Dios de mí.
Con faltar Don Pedro, crece
Fiero un dolor á mas fiero;
Mi padre llora, yo muero,
Y mi hermana no parece.
Violante, cuando culpada
Me satisface, es de un modo,
Que me lo asegura todo,
O no me asegura nada.
Si no voy tras mi cuidado
Sus disculpas á saber,
Es (como ántes dije) ser
Infame, de puro honrado.
Si quiero ir tras él, tampoco
Me deja este; ántes me aflige
Mas: con que es, como ántes dije,
Ser de puro cuerdo, loco.
De suerte, que siendo así
Que huyo ambos y ambos deseo
Conmigo mismo peleo:
Defiéndame Dios de mí.
Pero sea lo que fuere,
A Violante no he de ver
Hasta ¡ay Dios! satisfacer
Mi honor; que si acaso infiere
Algo de lo sucedido,
No quiero en ningun estado
Que me vea enamorado,
La que me viere ofendido.
De un grande señor se nota
Que pruebas á un hijo hacia,
Y quiso matarle un dia
Porque le halló en la pelota.
Yo así con causa argüido
Seré, teniendo mi amor
De las costumbres de honor
El hábito detenido.
Mas ¡ay de mí! mal podrás,
O amor, ser á esta accion fiel.

ESCENA XI.

DON PEDRO Y TRISTAN, *retirados de* — DON FELIX.

DON PEDRO.

Allí está: dale el papel.

TRISTAN.

¿Dónde te hallaré?

DON PEDRO.

Detras
Desa esquina a esperar voy;
Y aunque él inquirirlo quiera,
Tú de ninguna manera
Le digas adonde estoy.
(*Ap.* Empecemos, fiero engaño,
Miéntras mi muerta esperanza
No toma mejor venganza,
A sembrar el desengaño;
Que no es justo padecer,
El rato que no me vengo,
La culpa que yo no tengo.) (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Esto en efecto ha de ser:
Esto ha de ser, si me cuesta
Mil vidas. Déjame, amor.

TRISTAN. (*A Don Félix.*)

De Don Pedro mi señor
Es este, cuya respuesta
Podrás á casa enviar;
Que él por ella enviará allí.

DON FÉLIX.

¡Don Pedro me escribe!

TRISTAN.

Sí.

DON FÉLIX.

¿Pues mejor no es esperar
La respuesta vos?

TRISTAN.

Sí haré;
Mas no importa, pues que no
Soy quien la ha de llevar yo
Adonde él está.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

TRISTAN.

Porque está fuera de aquí,
Sin saber yo dónde está;
Que un hombre que viene y va,
Aun no lo fia de mí.

DON FÉLIX.

Con todo aqueso, esperad,
Sea verdad ó no lo sea,
A que yo su papel lea.
¿Qué será esta novedad?
(*Lee.*) «Dícenme que me buscais,
»Félix: no en eso os canseis;
»Que no quiero que me halleis,
»Miéntras no os desengañais
»De que no huyo de cobarde,
»Sino de atento. En sabiendo
»Que no soy yo el que os ofendo,
»Yo os buscaré. Dios os guarde.»
(*Ap.* ¡Válgame Dios! «En sabiendo
»Que no soy yo el que os ofendo,
»Yo os buscaré. Dios os guarde.»
Mucho se va declarando
Con esta satisfaccion
La pasada presuncion.
Lo que debo hacer, dudando
Estoy. Si á este criado obligo
A que diga dónde está,
Y él calla, fuerza será
Darle muerte, y no consigo
Nada, sino que de mí
Digan, muerto el criado, que
Por lo ménos empecé
Mi venganza: y siendo así
Que Don Pedro se ha ocultado
Para disculparse, fuera
Ruindad mia que yo hiciera
Prenda dél en un criado.)
Decid al que os dió el papel
Que digo que le leí.

TRISTAN.

Quedad con Dios. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¡Ay de mí!
¿Dónde, sospecha cruel,
Van á parar tus villanos,
Tus mal nacidos desvelos?
¡Quién será este hombre, cielos!

ESCENA XII.

DON JUAN. — DON FELIX; *despues*, DON PEDRO Y TRISTAN.

DON JUAN.

Don Félix, besôs las manos.

DON FÉLIX.

Dios os guarde.

DON JUAN.

Con cuidado
Vuestro lance me ha tenido.

DON FÉLIX.
Y á mí el vuestro.

DON JUAN.
Inadvertido
Fui en no haberos preguntado
Vuestra casa, donde fuera
A buscaros.

DON FÉLIX.
Guárdeos Dios.
(*Salen Don Pedro y Tristan.*)

DON PEDRO.
Tras él he de ir.

TRISTAN.
Ya los dos
Juntos están.

DON PEDRO.
Pues espera
Que se aparten; porque quiero,
Haciendo á mi valor juez,
Declararme de una vez
Con aqueste caballero,
Y bien matando ó muriendo,
Ir la verdad descifrando;
Que no es bien que esté él gozando
Lo que yo estoy padeciendo.
Y ya que la parte fuí
De la fuga de Leonor,
Lo he de ser en que su honor
Se restaure, porque así
A Don Félix satisfaga.

TRISTAN.
El lo debe de estar ya,
Pues con él á hablar se va
Tan amigo.

DON PEDRO.
Lo que haga,
No sé; porque si eso fuera,
Y de medios se tratara,
La boda se declarara,
Y Leonor á casa hubiera
Vuelto ya; que el primer dia
Me obligó esto á no buscarle.
Mas, pues se tarda, he de hablarle.

TRISTAN.
De aquí, señor, te desvía:
No llegue Félix, á verte.

DON PEDRO.
No hará; que aqueste portal
Me esconderá. Tú, á su umbral,
En sus acciones advierte
Para avisarme.

TRISTAN.
Mal yo
Podré verlas, cuando ya
Cerrando la noche va.

DON PEDRO.
Las personas, ¿por qué no
Podrás ver? Y cuando quede
Solo, avisa. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON FELIX, DON JUAN, TRISTAN, *retirado.*

DON JUAN.
En fin, paró
El riesgo en que hasta ahora no
Os buscaron mas.

DON FÉLIX.
Ni puede
Darme ya cuidado, puesto
Que mi padre ha conseguido
El perdon.

DON JUAN.
Ventura ha sido
Que el lance se haya dispuesto
Tan bien. Ese fin el mio,
¡Pluguiera al cielo tuviera!

DON FÉLIX.
¿Pues qué ha habido? (*Ap.* ¡Oh quién pu-
Amarrar el albedrío [diera
A la razon! Pero ¿quién
No hablar en su amor previene,
Si él á las manos se viene?)

DON JUAN.
Que á mí no me va tan bien
En mi amor.

DON FÉLIX.
¿Cómo?

DON JUAN.
Escuchad,
Y el mas nuevo empeño oiréis
Que oisteis nunca; y no culpeis
De fácil mi voluntad;
Que aunque un secreto abandona,
En buenas manos le dejo,
Porque despues del consejo,
Me importa vuestra persona.
Yo vine á Madrid, Don Félix,
Y visitando la casa
De un deudo...

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Con buenas señas
Empieza.

DON JUAN.
Vi en ella...

DON FÉLIX. (*Ap.*)
¡Extraña
Confusion!

DON JUAN.
Una hermosura.
No os encarezco cuán rara,
Cuán discreta, cuán airosa...

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Tampoco estas son muy malas.

DON JUAN.
Que no es tiempo de pinturas;
Pues cuando la noche baja,
Y yo espero á que me llamen,
No es bien gastar en palabras
Lo mas precioso; y así
Solo digo vi una dama;
Que todo lo demas sobra,
Adonde esto solo basta.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Corazon, bebe el veneno,
Y hasta el fin sufre, oye y calla.

DON JUAN.
Empecé su galanteo
Con buena fortuna y mala:
Buena, pues fui no mal visto;
Mala, pues á poca instancia
Supe que otro la escribia,
Cuyos celos son hoy causa
De no casarme con ella;
Pues á querer, cosa es clara
Que lo estimara su padre.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
No va refiriendo nada
Que á Violante no convenga.

DON JUAN.
Y no porque me acobarda
El festejo; que ya sé
Que son nublados, que pasan
Levemente por el sol,
Las finezas cortesanas
De públicos galanteos,
Que ni deslucen ni ajan
Esplendores, que ántes mas
Brillan entre nubes pardas,
Bien como cada dia es
La noche crisol del alba;
Sino porque á este ¡ay de mí!
Quiere el cielo que se añadan
Cercanías de las nubes,
Con no sé qué circunstancia
Que he de consultar con vos;
Porque ya que voy á hablarla,
Llamado por un papel,
Informado, Félix, vaya
De qué debo responderla,
Dando al casamiento largas,
Hasta un desengaño: á cuyo
Fin oid todo lo que pasa,
Para que sobre mejor
Informe el consejo caiga.
Y mirad que en vuestras manos,
Pongo mi honor, vida y alma.

DON FÉLIX.
Decid vos; que yo pensando
Estoy qué me toca que haga.

DON JUAN.
Empecé su galanteo
Con buena fortuna y mala,
Y pasando los comunes
Lugares, papel, criada,
Reja y noche; girasol
De puertas y de ventanas,
A poca costa de penas,
A poca costa de ansias,
Merecí que de favores
Coronase mi esperanza,
Dándome, á riesgo del padre,
En su mismo cuarto entrada
Una noche...

DON FÉLIX. (*Ap.*)
¡Ay infelice!

DON JUAN.
Para mí alegre é infausta,
Pues apénas...

ESCENA XIV.

ISABEL.—DICHOS.

ISABEL.
Cé. ¿Es Don Juan?

DON JUAN.
Yo soy.

ISABEL.
Pues entra. ¿Qué aguardas?

DON FÉLIX.
Eso no, porque primero...

DON JUAN.
Yo os contaré lo que falta
Despues. No os vais, y mirad
Que fio de vos la espalda.
(*Entran Don Juan é Isabel, y cierran.*)

DON FÉLIX.
Vive Dios, que con la puerta
Los dos me han dado en la cara,
Y sin quebrarme los ojos,
Pedazos me han hecho el alma.

ESCENA XV.

DON PEDRO.—DON FÉLIX, TRISTAN, *retirado.*

TRISTAN. (*A Don Pedro.*)
Don Juan fué el que entró, y Don Félix
Quedó.

DON PEDRO.
Pues atiende y calla. (*Retírase.*)

DON FÉLIX.
¿Qué haré? Pero ya no es tiempo
De consulta. Al suelo caiga,

Y piérdase de una vez,
Perdida Violante, hermana,
Padre, honor, hacienda y vida.
Todo es poco...

ESCENA XVI.

DON ALONSO, *dentro*.—DON FELIX; TRISTAN Y DON PEDRO, *retirados*.

DON ALONSO. (*Dentro.*)
Para, para.

DON FÉLIX.
Pero ¿qué escucho? La voz
De su padre parar manda
Un coche, que hasta su puerta
No llega, por una zanja
Que hay en la calle. ¡Ay de mí!
Que su respeto acobarda
Mi resolucion, en cuyo
Tiempo es bien reparo haga
Que me está haciendo el agravio
Quien me hizo la confianza.
Impedirle yo la puerta
A un hombre en su misma casa,
No es posible. ¿Qué he de hacer,
Cielos?

ESCENA XVII.

DON ALONSO, GENTE.—DICHOS.

DON ALONSO.
¡Notable desgracia!

UNO.
Milagro ha sido no hacernos
Pedazos, y que quebrada
La carroza, habernos pueda
Vuelto á Madrid.

DON ALONSO.
Ya en mi casa
Quedo yo; id á repararos
Vos á la vuestra.

UNO.
No es nada
El golpe.

DON ALONSO.
Con todo eso...

UNO.
Pues perdonad que á que os abran,
No espere.

DON ALONSO.
Id con Dios.

UNO.
El cielo
Os guarde.
(*Vase la gente.*)

DON ALONSO.
Presto cerrada
Tiene Violante la puerta.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Ya llega.

DON ALONSO.
¡Cuánto me agrada
Su recato y su virtud! —
Isabel, una luz saca. (*En voz alta.*)

ESCENA XVIII.

ISABEL.—DON ALONSO, DON FELIX, DON PEDRO, TRISTAN.

ISABEL. (*Dentro.*)
Ay desdichada de mí,
Que es mi señor el que llama!

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Por querer hacerlo todo,
No me resuelvo á hacer nada.

DON ALONSO.
¿No abres?

ISABEL. (*Dentro.*)
Sí, señor.
(*Sale Isabel con luz.*)

DON ALONSO.
¿Adónde,
Isabel, está tu ama,
Que viendo en mí novedad,
A recibirme no baja?

ISABEL.
Arriba está. (*Ap.* No me atrevo
A decir que no está en casa,
Aunque Leonor y Don Juan
Pudieran suplir su falta.)

DON ALONSO.
¡Arriba, y llamando yo
No sale, y tú tan turbada!
Alumbra.

ISABEL.
Ya alumbro.

DON ALONSO.
Ve,
Ve delante. (*Ap.* Suerte airada,
Nunca pisé mis umbrales
Con tan perezosas plantas.)
(*Vanse Don Alonso é Isabel.*)

DON FÉLIX.
¿Quién en el mundo se ha visto
En acciones tan contrarias?
¡Mi dama á riesgo por otro,
Y yo empeñado en que haya
De amparar á quien me ofende,
Si acaso el padre le halla
Dentro! Y ya debe de estar
Sucedida la desgracia,
Pues ruido de espadas oigo.

DON ALONSO. (*Dentro.*)
Traidor, aunque la luz matas,
A oscuras sabré quitarte
La vida á tí y á esa ingrata.

ESCENA XIX.

DON JUAN Y LEONOR, *á la puerta de casa de* DON ALONSO.—DON FELIX, *en una esquina de la calle*, DON PEDRO Y TRISTAN, *en otra*.

DON JUAN.
Abrí la puerta, y pues pude,
Cubriéndome con la capa,
Matar la luz á Isabel,
Y salir sin que me hayan
Conocido, adios te queda.

LEONOR.
Espera, Don Juan, aguarda;
Que quedo en peligro, pues
No estando Violante en casa,
Es fuerza verme.

DON JUAN.
Bien dices.
Y pues él á oscuras anda,
Vente conmigo; que no
Es bien dejarte empeñada;
Que uno es reparar mis miedos,
Y otro reparar tus ansias.

LEONOR.
Guia pues, ya que los cielos
(Por dos veces destinada
A huir de mi casa y la ajena)
Quieren que contigo vaya.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
Con mujer sale á la calle,
Si la noche no me engaña.

DON PEDRO. (*Ap. á Tristan.*)
¿Haslo visto todo?

TRISTAN.
Sí.

DON PEDRO.
Espera, á ver en qué para.

DON JUAN.
¿Don Félix?

LEONOR. (*Ap.*)
¡Don Félix, dijo!
Esto solo me faltaba.

DON FÉLIX.
¿Qué es esto?

DON JUAN.
Una pena... Pero
No es tiempo de hablar de nada,
Sino de acudir á todo.
Ya sabeis que una posada
Donde vivo, no es decente
Para llevar á esta dama,
En ocasion que es preciso
Ponerla en salvo y guardarla.
Y así vos (ya que mi dicha
En esta ocasion os halla
En mi favor) á la vuestra
Me haced merced de llevarla
Por esta noche, hasta que
Busque dónde esté mañana.

DON FÉLIX.
Sí haré. — Conmigo, señora,
Venid.

LEONOR.
Mira, Don Juan...

DON JUAN.
Nada
Receles. Segura vas;
Que á quien mi amistad te encarga,
Es otro yo.

LEONOR. (*Ap.*)
¡Ay infelice!
Muerta voy.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
En fin, ingrata,
Has venido á mi poder.

LEONOR. (*Ap.*)
Vida y aliento me falta.

DON JUAN.
Guiad, Félix, ántes que
Nos sigan.

ESCENA XX.

DON ALONSO, *dentro*.—DICHOS.

DON ALONSO. (*Dentro.*)
Traidor, aguarda,
Y quita el alma á quien quitas
La mejor prenda del alma.

DON FÉLIX.
Tras nosotros Don Alonso
Sale.

DON JUAN.
Con ella te alarga,
En tanto que yo me quedo
A hacer que tras tí no vaya.

DON FÉLIX.
¿Cómo puedo yo á quien queda
A reñir, volver la cara?

DON JUAN.
La primer obligacion
En todo trance es la dama.
Ponla tú en salvo, que es
Lo mas; que, ella asegurada,
Lo demas importa poco.

DON FÉLIX.

Pues en esa confianza
De que hago lo mas, conmigo
Venid, señora. (*Ap.* Ven, falsa;
Que primero que te veas
En poder de quien te ama
(Tomando, pues él no sabe
Que es allí enfrente mi casa,
La vuelta, porque me pierda
De vista), de mi venganza
Habré consultado el modo.

LEONOR. (*Ap.*)

Sin vida voy y sin alma.

(*Vanse Don Félix y Leonor.*)

ESCENA XXI.

DON ALONSO, DOS CRIADOS. — DON JUAN, DON PEDRO, TRISTAN.

DON ALONSO.

Libio, Fabio, no criados
Ya, sino hijos, mis ansias
Os muevan.

CRIADO 1.º

Contigo irémos.

CRIADO 2.º

Muera quien tu honor agravia.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Quién creyera que de suerte
Este lance se empeñara
Con hallarse de visita
Violante fuera de casa,
Que sea contra mi sangre
Forzoso sacar la espada!)
Deténganse, caballeros;
Que de aquí ninguno pasa
Sin el riesgo de su vida.

DON ALONSO.

La tuya será venganza
De mi valor. (*Riñen.*)

DON PEDRO.

(*Ap.* Tres le embisten.
Ya es forzoso que yo salga;
Que aunque es mi enemigo, está
Solo.) A vuestro lado se halla
Quien os ayude.

DON ALONSO.

¡Ah, traidor!

ESCENA XXII.

CELIO. — DICHOS.

CELIO.

Aquí son las cuchilladas.
Señor, ¿tú eres?

(*Retiran á Don Alonso y sus criados.*)

DON JUAN.

Caballero,
A mi haber dado me basta
Tiempo para que no sigan
A un amigo y á una dama:
Y así os suplico conmigo
Os retireis; que empeñada
No es bien que vuestra persona
Quede, porque á mí me valga.

DON PEDRO.

Yo no tengo aquí faccion,
Mas que mirar la ventaja
Con que tres os embistieron;
Y así, pues la gente carga,
Retiraos.

DON JUAN.

Si conmigo
Venís vos.

DON PEDRO.

De buena gana;
Que eso es lo que yo deseo. —
Ven, Tristan.

DON JUAN.

Celio, ¿qué aguardas? (*Vanse.*)

DON ALONSO.

¡Ah traidores, que no puedo
Seguiros, y así la espalda
Volveis!

UN CRIADO.

Gente llega.

DON ALONSO.

Pues
Porque no entiendan la causa,
Ya que no es posible ¡cielos!
Ni seguirla ni alcanzarla,
Iré á saber ¡ay de mí!
De alguna de sus criadas
Quién es quien mi honor ofende. (*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA XXIII.

DON JUAN, DON PEDRO, CELIO.

DON JUAN.

No sabré daros las gracias
Del socorro, si no es
Echándome á vuestras plantas,
Y que me digais quién sois,
Para que siempre obligada
Mi atencion os reconozca.

DON PEDRO.

Don Juan, cumplimientos bastan;
Que quien allá os dió la vida,
Quizá fué para quitarla
En otra parte; y así,
No hay que agradecerme nada,
Sino solo la hidalguía
De que á mi enemigo valga.
Don Pedro soy de Mendoza,
Con vos tengo dos palabras
Que ajustar; y porque está
Ya esta calle alborotada,
No será bien que sea en ella.
Escoged vos la campaña,
Y guiad donde quisiéreis.

DON JUAN.

Señor Don Pedro, la causa
Que teneis conmigo sé,
Y la de llamarme basta
Para que yo os siga; pero
No ignorará quien alcanza
Lo que son obligaciones,
Que en buen duelo es asentada
Cosa que miéntras pendiente
Está un empeño, no falta
A otro quien término pide
Con que del primero salga.
Dádmele por esta noche;
Que yo os buscaré mañana.
Y porque no presumais
Que es con poca circunstancia,
Leonor (pues entre nosotros
Importa poco nombrarla)
De la casa de Violante
(Donde, al faltar de su casa
Se albergó), por otro empeño
Ha sido fuerza el sacarla
Esta noche. Yo no puedo
Dejar de seguirla, á causa
De que asegure su vida
Un amigo, á quien la encarga
Mi amistad.

DON PEDRO.

¿Luego Leonor
Era ¡ay infeliz! la dama
Que salió?

DON JUAN.

Sí.

DON PEDRO.

¿Y el amigo,
Don Félix, con quien estabais
Hablando primero?

DON JUAN.

Sí.

DON PEDRO.

¿Que habeis hecho, que es su hermana?

DON JUAN.

¡Hermana Leónor de Félix!

DON PEDRO.

Sí.

DON JUAN.

Matóme mi ignorancia.

DON PEDRO.

Y ahora discurro que estando
El tan cerca de su casa,
Llevarla por otra parte,
Sin duda que es á matarla.

DON JUAN.

Dadme licencia, por Dios,
Para que tras ella vaya.

DON PEDRO.

¿Qué es licencia? De seguiros
Os doy la mano y palabra,
Y ayudaros, hasta que
Leonor dese riesgo salga,
Amparándôs esta noche,
Para mataros mañana.

DON JUAN.

Sois quien sois. — Tú, Celio, aquí
Que venga Violante aguarda.
Cuéntala mi error, porqué
Si es que mi valor no basta
A cobrarla y defenderla,
Ella ingeniosa dé traza
De enmendarle. Hoy veré, amor,
Si eres dios, y tienes alas.

DON PEDRO.

Yo, si amparar al que ofende,
Es la mas noble venganza. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Fernando.

ESCENA XXIV.

VIOLANTE; SIMON, *con luz.*

VIOLANTE.

Supuesto que no ha venido
Y es tan tarde, le dirás
Como he estado aquí.

SIMON.

¿No mas?

VIOLANTE.

No, que á quien tan divertido
Debe Laura de tener,
Que la noche en verla gasta,
Esto que le digas, basta.

SIMON.

¿Que haya ido, no puede sér,
A tu casa?

VIOLANTE.

Si allá hubiera
Ido, ¿no era fuerza, di,
Decirle que estoy aquí,
Isabel?

SIMON.

¿Y no pudiera

Ser que ese ruido que ha habido,
Le haya detenido?

VIOLANTE.

No,
Porque ya el ruido cesó,
Y él á casa no ha venido.
Abre esa puerta, y porqué
Ninguno salir me vea,
Esa luz mata: no sea
Conocerme álguien.

SIMON.

Sí haré.
(*Apaga la luz.*)
Seguidme ahora.

VIOLANTE.

Tras tí
Voy.

(*Ruido dentro.*)

SIMON.

Gente hay en la escalera.

VIOLANTE.

Hasta ver quién es, espera.

ESCENA XXV.

DON FELIX.—DICHOS.

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

¿Cómo una luz no hay aquí?
¡Hola, Simon!

SIMON.

Ya á traerla
Voy. Con gente viene.

VIOLANTE.

Pues
Hasta que veamos quién es,
Me oculto aquí. (*Retírase á un lado.*)

DON FÉLIX. (*Dentro.*)

Ve por ella.

SIMON.

Viendo que tú no venias,
La maté. (*Vase.*)

VIOLANTE. (*Retirada.*)

Callar conviene
Hasta saber con quién viene.

ESCENA XXV.

DON FELIX, LEONOR.—VIOLANTE; *despues*, SIMON.

DON FÉLIX.

Entra, ingrata.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay ansias mias!

VIOLANTE. (*Ap.*)

Ingrata, dijo.

DON FÉLIX.

Entra, aleve;
Que no en vano...

VIOLANTE. (*Ap.*)

¿Qué es aquesto?
Con mujer habla.

DON FÉLIX.

He rodeado
Diversas calles, primero
De haberte traido á casa,
Porque puedan mis tormentos,
No convencer tus traiciones
(Que convencidas las tengo),
Sino pensar de qué suerte
Debe disponer mi pecho
La venganza de un agravio
Semejante; pues primero...
No puedo hablar. — ¡Ah Simon!
¿No traes la luz?

SIMON. (*Dentro.*)

Ya la llevo.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Mujer es: celos la pide.

LEONOR. (*Ap.*)

Aquí ya no hay mas remedio,
Que morir... Pero sí hay.
Este ¿no es el aposento,
En el cuarto de mi hermano,
De quien una llave tengo,
Que no acaso el hierro suyo
Se compuso de mis yerros?
Sí: ¿pues qué aguardo? Fortuna,
A cuenta de tantos riesgos,
Dame solamente amparo.
La puerta hallé.

(*Saca la llave, y trata de abrir con silencio. Entre tanto llega Don Félix adonde está Violante, creyendo que es Leonor.*)

DON FÉLIX.

Pues primero,
Digo otra vez, que ese amante,
Ingrata...

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡No es malo esto!
Con la otra piensa que habla.

DON FÉLIX.

Logre el favor de que es dueño,
Sabré ocultarte á sus ojos,
O á sus manos quedar muerto,
Si es que deja algo que hacer
A mi muerte tu desprecio.

VIOLANTE. (*Ap.*)

No le he de responder nada.
Convénzale mi silencio;
Que él, en trayendo la luz,
Verá la razon que tengo.

LEONOR. (*Ap.*)

Ya hallé la puerta, y ya abrí.
Salga una vez por lo ménos
De aquí, y vayan donde fueren,
A parar mis sentimientos. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿No respondes? Haces bien;
Porque á la razon que tengo,
La disculpa es no negarlo.

ESCENA XXVI.

SIMON, *con luz.* — VIOLANTE, DON FELIX.

SIMON.

Aquí hay luz.

VIOLANTE.

Pues ¡cómo es esto!
¿Tan poca novedad haces
A mis ojos tus desprecios,
Que cuando vienes con otra
Y me hallas aquí dentro,
Como si hablaras con ella,
Conmigo hablas?

DON FÉLIX.

Solo eso
De que me hicieras creer
Que es otra con quien yo vengo,
Le faltaba á mi locura
Para confirmarse en serlo.

VIOLANTE.

Calla, falso; calla, ingrato.
Calla, aleve; calla, fiero.

DON FÉLIX.

¡Bueno es que me riñas tú
Las razones que yo tengo!

VIOLANTE.

¿Qué razones, cuando aquí
Há dos horas que te espero,
Y verte venir con otra?

DON FÉLIX.

¿Pues dónde está? ¿qué se ha hecho?

VIOLANTE.

¿Qué sé yo? ¿Soy yo su guarda?

SIMON. (*Ap.*)

Cain no dijera mas que eso.

DON FÉLIX.

¡Ah ingrata! ¡qué mal pensada
Disculpa, y sin fundamento!
¡Quererme negar que eres
La que aquí traje yo mesmo!

VIOLANTE.

Harásme perder el juicio.

DON FÉLIX.

Y tú á mí el entendimiento.

VIOLANTE.

Simon, ¿qué tanto há que aquí
Estoy?

SIMON.

Una hora, á lo ménos.

DON FÉLIX.

Calla, infame: no de parte
Te pongas de sus enredos.
¡Ah domésticos tiranos,
Criados y damas!

SIMON.

El cielo
Me falte...

DON FÉLIX.

Vete de aquí;
Que, si á ella sufrirla puedo,
A tí no te sufriré.

VIOLANTE.

¡Que quieras quitarme el seso!

SIMON.

Que la verdad...

DON FÉLIX.

Nada digas.

SIMON.

Es...

DON FÉLIX.

Salte allá.
(*Echa á empellones á Simon.*)

SIMON.

¡Ay que me ha muerto!
(*Vase.*)

ESCENA XXVII.

VIOLANTE, DON FELIX.

VIOLANTE.

Si Laura (á quien tú traerias)
Viendo en tí tantos despechos,
Miéntras sacaban la luz
Por esa puerta se ha vuelto,
Síguela: vuelve á traerla;
Que yo me iré. Mas no quiero
Que deshagan tus traiciones
Mi verdad.

DON FÉLIX.

Por Dios te ruego
Me quites la vida, y no,
Violante, el entendimiento.
Porque, ven acá, tirana,
¿Puedes negarme que es cierto
Que Don Juan entró en tu casa,
Que vino tu padre luego

Porque no sé qué accidente
De su jornada le ha vuelto,
Y que?...

VIOLANTE.

¡Mi padre! ¡Ay de mí,
Félix! ¿Si de casa ménos
Me habrá echado?

DON FÉLIX.

¡Hazte de nuevas,
Cuando con Don Juan, huyendo
Dél, saliste, y yo te traigo
Aquí!

VIOLANTE.

Ya es muy otro esto.
Félix mio, si mi padre...

DON FÉLIX.

¿Qué buen *mio*, y á buen tiempo!

VIOLANTE.

Ha venido...

DON FÉLIX.

Calla, ingrata;
Calla, aleve; que no quiero
Oir que me eche á perder
Tantas quejas un afecto.
Y pues no puedes negarme
Lo que estoy tocando y viendo,
No me llores; que esta vez
(Perdónenme tus extremos)
Ha de quedar desairado
El llanto.

VIOLANTE.

Por Dios te ruego
Me quites, Félix, la vida,
Pero no el entendimiento;
Y mira que no soy yo
La que piensas.

DON FÉLIX.

¡Eso es bueno!
¿Pues quién quieres que en tu casa
Sea?

VIOLANTE.

No sé.

DON FÉLIX.

Mejor es eso.
Déjame por Dios, Violante.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Oh mal haya tanto duelo
De por no hablar en tu honor,
Ver el mio padeciendo!

ESCENA XXVIII.

DON JUAN, SIMON. — VIOLANTE, FELIX.

DON JUAN. (*Dentro.*)

He de entrar.

SIMON. (*Dentro.*)

Espera un poco.

(*Sale Simon.*)

DON FÉLIX.

¿Qué es eso?

SIMON.

Aquel caballero
Que da mojicones, viene
Buscándote.

DON FÉLIX.

Yo me huelgo,
Ingrata, que me haya hallado
Don Juan; y aunque fué mi intento
Esconderte dél, ya es otro.
Pues aunque darte no tengo
Si ántes no me da la muerte,
O no se la doy primero;
Con todo, para que veas
Si tus razones convenzo,
Dile que entre.

VIOLANTE.

No le digas
Tal, ni es bien.

DON FÉLIX.

¡Mira qué presto
Quieres ya salirte fuera,
Viendo el exámen postrero
De tus traiciones!

VIOLANTE.

No es
Porque el desengaño temo,
Sino porque aquí mi primo
No me halle.

DON FÉLIX.

No importa eso;
Que en llegando á ser amante,
Pierde uno la accion de deudo.
Dile que entre. Ahora verás
Si mientes tú ó si yo miento.

VIOLANTE.

Aunque me pese por mí,
Entre; que por tí me huelgo,

(*Vase Simon.*)

A precio de que tú veas,
Ya que culpada me veo
Con mi padre y con mi primo,
Que no soy yo quien te ofendo,
Sin que te lo diga yo.

ESCENA XXIX.

DON JUAN; DON PEDRO, *que se queda á la puerta*, SIMON. — VIOLANTE, DON FÉLIX.

DON PEDRO. (*Ap. á Don Juan.*)

Entrad vos; que aquí me quedo
(Ya que amigos y enemigos
Un mismo amor nos ha hecho)
Para acudiros en cuanto
Importe á Leonor.

DON JUAN.

(*Ap. á Don Pedro.* El cielo
Quiera que no haya tomado
La resolucion que temo.)
Don Félix, ¿dónde una dama
Que os entregué, está?

SIMON. (*Ap.*)

Esto es hecho.

(*Retíranse Don Pedro y Simon.*)

DON FÉLIX.

¿De qué azorado venis?
Veisla aquí.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué es lo que veo!
Violante, volviendo á casa,
Prevenida ya de Celio
De todo lo sucedido
Con mi tio, habrá dispuesto
Que de Leonor y de mí
Pase á reparar el riesgo
Con algun engaño; pues
A no ser así, es muy cierto
Que ella no estuviera aquí.

DON FÉLIX.

¿Pues de qué os quedais suspenso?
¿No es esta la dama?

DON JUAN.

Pues
¿Quién duda que ella es el dueño
De mi alma y de mi vida?
(*Ap.* Seguir el engaño quiero,
Pues venga como viniere,
Así mi temor reservo.)
Sino que al ver la fineza,
Félix, que á vos y á ella debo,
No sé por cuál empezar
Dando el agradecimiento;
Pero vos perdonaréis.
Violante mia, no tengo
Razones con que decirte
Cuánto á tu amor agradezco
La fineza de salir
De tu casa por mí, á tiempo
Que puedas darme la vida.

DON FÉLIX.

Mira si soy yo el que miento.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¿Cómo me habla así Don Juan?
¿Qué es esto ¡cielos! qué es esto?
¡Verme aquí, y decirme amores!

DON JUAN. (*Ap. á ella.*)

No me dirás, por lo ménos,
Que no finjo bien tu engaño.
Dime, ¿Leonor qué se ha hecho?

VIOLANTE.

(*Ap. á él.* Pues ¿qué sé yo de Leonor?)
(*Ap.* ¡Quién se vió en igual aprieto!
Si convengo con Don Juan,
Que presume que yo he hecho
Este engaño, pierdo á Félix;
Si con Don Juan no convengo,
Pierdo con él mi opinion.)

DON JUAN.

(*Ap.* Avisar quiero á Don Pedro
Cómo esto está reparado,
Que mañana nos verémos,
Porque no se esté á la puerta.)
Félix, decidle á ese bello
Prodigio, dueño de un alma
Que la adora, que los miedos
Puede perder, pues la fio
De vos, en tanto que vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA XXX.

VIOLANTE, DON FELIX.

DON FÉLIX.

¿A qué mas puede llegar
La infamia de mi tormento?

VIOLANTE.

¿Ves todo aquesto, Don Félix?

DON FÉLIX.

Sí, Violante, bien lo veo.

VIOLANTE.

Pues con todo esto, aun no soy
Yo la culpada.

DON FÉLIX.

El aliento
Ten; que verte convencida
Y soberbia, son extremos...

VIOLANTE.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que mas que con la voz
Me dicen con el silencio.
¡Oh plegue amor sea ó no sea
Lo que dudo y lo que pienso!
Háblame claro, Violante;
Que nada escucharte puedo
Peor, que no escucharte.

VIOLANTE.

Mira
Que lo diré.

DON FÉLIX.

Dí.

VIOLANTE.

No quiero;
Que peor que á mí el decirlo,
Aun te estará á tí el saberlo.

DON FÉLIX.

Mucho dices.

VIOLANTE.

Pues mas callo.

DON FÉLIX.

Mucho callas.

VIOLANTE.

Pues mas siento.

DON FÉLIX.

¿Qué te obliga?

VIOLANTE.

Una atencion.

DON FÉLIX.

¿Qué te embaraza?

VIOLANTE.

Un respeto.

DON FÉLIX.

¿Qué sabes?

VIOLANTE.

Yo no sé nada.

DON FÉLIX.

Declárate.

VIOLANTE.

No me atrevo.

DON FÉLIX.

Explícate.

VIOLANTE.

No me animo.

DON FÉLIX.

Háblame claro.

VIOLANTE.

No puedo.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

VIOLANTE.

El secreto juré.

DON FÉLIX.

¿Mujer no implica, y secreto?

VIOLANTE.

No, que soy yo quien le guarda.

DON FÉLIX.

No te entiendo.

VIOLANTE.

Yo me entiendo.

DON FÉLIX.

¡Oh mal haya tanto engaño!

VIOLANTE.

¡Oh mal haya tanto duelo!

ESCENA XXXI.

DON JUAN. — VIOLANTE, DON FÉLIX.

DON JUAN.

(*Ap.* Hasta dejarme en mi casa,
Dejarme no quiere, atento
A su obligacion, y así
Della importa salir presto.)
Don Félix, agradecido
A vuestra amistad, confieso
(*Ap.* Bien es sacarla de aquí)
La merced que me habeis hecho.
Pero con vuestra licencia,
Ya donde llevarla tengo;
Y así, adios quedad.—Violante,
Ven conmigo.

DON FÉLIX.

Detenéos;
Que hay muchas cosas, Don Juan...

DON JUAN.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que averiguar primero.

DON JUAN.

¿Qué hay que averiguar en que
La que os entregué me llevo?

DON FÉLIX.

Que no diga el mundo que
Pudo nunca un caballero
Entregar su dama á otro,
Sin que matando ó muriendo
Muestre que no hay amistad
Sobre declarados celos.
Y así ved cómo ha de ser;
Que Violante, vive el cielo
No ha de salir de mi casa
Sin que ántes me dejeis muerto.

DON JUAN.

Cuando no fuera la dama
Que á vuestra amistad entrego,
Por ser quien es, no podia
Dejar osado y resuelto
De llevarla yo.

VIOLANTE.

La espada
Tened.

LOS DOS.

Quita.

ESCENA XXXII.

LEONOR. — DICHOS.

LEONOR. (*Dentro.*)

¡Favor, cielos!

DON FÉLIX.

Yo conozco aquella voz.

DON JUAN.

Y yo tambien.

(*Sale Leonor.*)

LOS DOS.

¿Qué es aquesto?

LEONOR.

Volver á echarme á tus plantas,
Don Félix, porque mas quiero
Que me dés la muerte tú,
Que no la vida Don Pedro,
A quien...

DON FÉLIX.

¿No es esta Leonor?

LEONOR.

Saliendo dese aposento
Por el cuarto de mi padre,
En aquese umbral encuentro...

DON JUAN.

Leonor es. ¡Cielos, qué miro!

LEONOR.

Don Juan es. ¡Cielos, qué veo!

DON FÉLIX.

Muere, alevosa.

LEONOR.

Don Juan,
Mi vida ampara, supuesto
Que de tí quiero admitirla;
De Don Pedro no.

DON JUAN.

Tenéos,
Porque no habeis de ofenderla,
Sin que ántes me dejeis muerto.

DON FÉLIX.

Hombre, ¿qué quieres de mí,
Que á mi amor y honor opuesto,
Desde mi dama á mi hermana
Pasas los atrevimientos?

DON JUAN.

Que sepas que entrambas son
Empeño mio, y pretendo
Que ni á una ames, ni á otra ofendas.

DON FÉLIX.

Mucho te arriesga tu esfuerzo.

LEONOR.

Ten tú á Don Félix, Violante,
Yo tendré á Don Juan.

VIOLANTE.

No quiero;
Porque si hay duelo en los hombres,
Esta vez probar intento
Que *hay tambien duelo en las damas.*
Félix, ya estás satisfecho
De que no soy yo la que
Te entregó Don Juan; y siendo
Así que tambien lo estás
(Porque lo ha dicho el suceso,
Y no yo) que Don Juan quiere
A Leonor osado y ciego,
(Leonor, la amistad perdone:
Don Juan, perdone lo deudo;
Que ántes que todo es mi amante)
Véngate dél, advirtiendo
Que has de quedar á mis ojos
O desagraviado ó muerto. (*Riñen.*)

ESCENA XXXIII.

DON PEDRO. — DICHOS.

DON PEDRO.

¿Qué aguardo, si espadas oigo?
Don Juan, pues contigo vengo,
A tu lado estoy. Leonor
Salga libre.

DON FÉLIX.

¡Qué oigo y veo!
¿Tú eres quien le das tu amparo?

DON PEDRO.

Sí, Félix, porque pretendo
Que sepas que yo no soy
El que tu amistad ofendo,
Aunque al lado de Don Juan
En su favor me ves puesto;
Que siendo yo amigo tuyo,
Tanto que me empeñó el serlo
(*Ap.* No perdamos la opinion,
Ya que la dama perdemos)
A que en el ausencia tuya,
Mirando por tu respeto,
Alborotase tu casa,
Dar satisfaccion deseo
De que yo á Leonor no amé,
Pues á quien la ama defiendo
En órden á que ella salga
Asegurada del riesgo
En que la puso mi error,
Mas de amigo que de cuerdo.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué dichosos desengaños,
Ver á Leonor dél huyendo,
Y puesto él al lado mio!

DON FÉLIX.

De satisfaccion no es tiempo;
Pues por tí ó por quien defiendes,
Todo es uno.

ESCENA XXXIV.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON FERNANDO.

¿Qué es aquesto?
Mas no me lo digas, pues
Viendo á Leonor y á Don Pedro

Bien se deja ver.—Traidor,
¿Pues cómo á mi casa has vuelto
A repetir el agravio?

DON FÉLIX.

Mueran los dos.

ESCENA XXXV.

ISABEL, DON ALONSO.—Dichos.

ISABEL. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Hoy morirás á mis manos.

ISABEL. (*Dentro.*)

Aquí entraré, pues abierto
Está.—Socorred, señores,
Mi vida. (*Sale corriendo.*)

TODOS.

Pues ¿qué es aquesto?

ESCENA XXXVI.

DON ALONSO, gente.—Dichos.

DON ALONSO.

Fuerza será que lo diga.
Que yo á esa aleve siguiendo,
Pretendo vengar en ella
Los agravios que padezco,
Porque diga de Violante...
Mas ¿no es aquella que veo?—
Muere, ingrata.

DON FERNANDO.

Muere, injusta.

DON FÉLIX.

Deteneos...

DON JUAN.

Detenéos...

DON FÉLIX.

Porque yo á Violante amparo.

DON JUAN.

Porque yo á Leonor defiendo.

SIMON.

Y yo defiendo á Isabel,
Pero detras della puesto.

DON ALONSO.

A mis ojos...

DON FERNANDO.

A mi vista...

LOS DOS.

Nadie ha de atreverse á eso,
Que no sea su marido.

DON FÉLIX.

Si en eso estriba el remedio,
Yo de Violante lo soy.

DON JUAN.

Y yo de Leonor (*Ap.* Pues puedo
Sin el escrúpulo ya
De los celos de Don Pedro.)

DON FERNANDO.

Don Alonso, aquí no hay mas
Que escoger; pues no hay mas medio
Que obedecer los acasos.

DON ALONSO.

Yo con Don Félix le aprecio...

DON FERNANDO.

Y yo tambien con Don Juan...

DON ALONSO.

Pues basta ser hijo vuestro.

DON FERNANDO.

Pues basta ser vuestra sangre.

DON FÉLIX.

Ufano estoy.

DON JUAN.

Yo contento.

VIOLANTE.

Yo dichosa.

LEONOR.

Yo felice.

DON JUAN.

Ahora os diré, Don Pedro,
Ya que está Leonor segura...

DON PEDRO.

Lo que os ha dicho el suceso
Quise deciros: si vos,
Porque os llamé...

DON JUAN.

Yo me huelgo
De remediar esa queja,
En pago de aquel esfuerzo.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Aunque en materia de amor
El mas desairado quedo,
En fin quedo disculpado.

SIMON.

Con cuyo raro suceso,
Sacando la moraleja,
Quede al mundo por ejemplo
Que hubo una vez en el mundo
Mujer, amor y secreto,
Porque hubo *Duelo en las damas.*
Perdonad sus muchos yerros.

LA BANDA Y LA FLOR.

PERSONAS.

ENRIQUE, *galan*.
PONLEVI, *gracioso*.
EL DUQUE DE FLORENCIA.
OCTAVIO, *criado*.
FABIO, *viejo*.
LISIDA, *dama*.
CLORI, *dama*.
NISE, *dama*.
CELIA, *criada*.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.

La accion pasa en Florencia y extramuros.

JORNADA PRIMERA.

Campo á vista de Florencia.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE y PONLEVI, *vestidos de camino*.

ENRIQUE.

¡Qué alegre cosa es volver,
Despues de una gran partida,
A ver la patria! En mi vida
Tuve tan grande placer.

PONLEVI.

Ni yo tan grande pesar,
Pues despues de tanta ausencia,
Hoy á vista de Florencia
Nos quedamos, sin llegar
A saber lo que hay de nuevo.

ENRIQUE.

Pues por no saberlo yo,
Quise detenerme.

PONLEVI.

No
Culpo el gusto, ni le apruebo;
Que ello hay tanto que temer,
Y es dama tan mal segura
Doña Ausencia, que es cordura
El no llegarlo á saber.
Mas porque en cosas tan graves
Hables conmigo, sabrás
Que sé el estado en que estás.

ENRIQUE.

Pues escucha lo que sabes.
Yo miré á Lisida bella,
De Clori hermana, es verdad.

PONLEVI.

Ya sé que tu voluntad
Vive solamente en ella.

ENRIQUE.

Pues como son dos hermanas,
Flechas de amor y desden,
Que siempre juntas se ven
En paseos y ventanas,
En el principio encubrí
Por cuál de las dos hacia
Finezas, ni á cuál servia.
El fiero rigor vencí
De Clori: era cosa clara
Ser Clori, porque si fuera
Clori á la que yo quisiera,
Clori entónces me olvidara.
Amé á Lisida, y así
Lisida no se obligó;
Que siempre el amor trocó
Las suertes. Clori ¡ay de mí!
Me favoreció. No es
Tiempo de decir que Fabio,
Su padre, sintió su agravio;
Vuelvo á mi discurso pues.
Favorecióme en efeto,
Con lo cual luego cerró
El paso á mi amor, que vió
Fiel sepulcro en mi secreto.
Porque no pudiendo ser
Con una dama grosero
Que se declaró primero,
Ni ménos pudiendo hacer
Con otra finezas, pues
Viendo que estaba su hermana
Declarada, fuera vana
Mi esperanza; de cortés
O cobarde, detenido,
Ciego, triste y mal premiado,
De Lisida enamorado,
De Clori favorecido,
A una miro, á otra quiero,
A una sirvo, á otra adoro,
A una sigo, á otra enamoro,
A una busco y á otra espero.
Y así, partido el placer
En dos, y entero el pesar,
Ni á Lisida sé olvidar,
Ni á Clori puedo querer.

PONLEVI.

Poco cuidado, por Dios,
A mí ese lance me diera.

ENRIQUE.

Pues ¿qué hicieras tú?

PONLEVI.

¿Qué hiciera?
Enamorara á las dos.
Y si Lisida me amara,
Por Lisida me muriera;
Si Clori me aborreciera,
Al punto á Clori olvidara:
Porque no puede tener
Mas mérito, fama ó nombre
Con una mujer un hombre,
Que quererle otra mujer.

ESCENA II.

LISIDA, CLORI, NISE y CELIA, *tapadas*. — ENRIQUE, PONLEVI.

CLORI.

¡Qué apacible el campo está,
Corte de plantas y flores!

LÍSIDA.

Con reflejos y colores
Diversos objetos da
El mayo florido ya
A la vista.

ENRIQUE. (*Ap. á Ponlevi.*)

Aguarda, espera.

CLORI.

No pudo esta verde esfera
Estar al amanecer
Mas hermosa, que al caer
Del sol se muestra.

NISE.

Pues ¿fuera
En ningun tiempo mejor
Hora de gozarla?

CLORI.

Sí;
Que siempre á la aurora vi
Dar ese triunfo, ese honor.

NISE.

Es, prima, engaño, es error
Que ella se corone, pues
La reina del campo es
La noche.

ENRIQUE.

No hagais, señora,
Ese desprecio al aurora,
Que es dama, y soy muy cortés,
Y no dejaré agraviar
Una hermosura, á quien deben
Todo cuanto aliento beben
El clavel, jazmin y azár.
Su luz, deidad singular,
Es breve imperio del dia,
De los campos alegría,
Pulimento de las flores,
Estacion de los amores,
De las aves armonía:
Ved si es justo que ofendais
Tal perfeccion.

CLORI. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Enrique ¿no es este? Sí.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Ojos, ¿qué es lo que mirais?
Enrique es. Pero si amais
Imposibles, ¿para qué
Me matais? Muera mi fe
A manos de un ciego dios.

CLORI. (*Ap. á Nise.*)

Habla tú, porque á las dos
No nos conozcan.

NISE.

(*Ap. á Clori*. Sí haré.)
Don Quijote de la aurora,
¿Qué le importa que al albor
Beba una y otra flor
Las lágrimas que ella llora?

¿Qué importa el saber que dora
Montes, ni el ver que derrama
Perlas que la tierra ama
Y despues el sol enjuga,
Si dama en fin que madruga,
No debe de ser muy dama?

ENRIQUE.

Madrugar entre las bellas
Selvas, llenas de colores,
Cambiando tropas de flores
Por ejércitos de estrellas,
No es desaire, si entre ellas
Busca su amante pastor:
Y el madrugar, en rigor,
Gala es de fe verdadera,
Pues que ménos dama fuera
Si durmiera con amor.

NISE.

Pues madrugue en hora buena,
Buscando al albor primero
Sus amores; que yo quiero
Con mas gusto y ménos pena
Gozar en tarde serena
Los mios, sin desvelar
Mis sentidos, ni envidiar
Las auroras, porque en fin,
Se hizo para gente ruin
La fiesta del madrugar.
(*Ruido dentro.*)
Pero ¿qué es este rumor?

CELIA.

La carroza viene allí
Del Duque.

ENRIQUE.

¿Del Duque?

CELIA.

Sí.

CLORI.

Pues tomar será mejor
La nuestra.—Quedáos, señor,
Y perdonad.

LÍSIDA.

¿Por qué ha sido
La priesa?

CLORI.

Porque ha venido
Siguiéndome: no me vea,
Si es que esta ocasion desea.

ENRIQUE.

Ya que yo acaso he tenido
La ocasion que él procuró,
En lo que serviros puedo
Es en quitaros el miedo
Que su venida os causó;
Pues saliendo al paso yo,
Con mi venida podré
Divertirle así, porqué
En tanto tomar podais
Vuestra carroza, y os vais.

CLORI.

Ese gusto os pagaré
Con esta banda que os doy...
(*Ap.* De albricias desta venida,
Que es rescate de mi vida.)
(*Dale una banda azul.*)

ENRIQUE.

Dichoso en serviros soy.
Mas sepa á quién debo...

CLORI.

Hoy
No es posible.
(*Vanse Clori y Nise.*)

ESCENA III.

LÍSIDA, ENRIQUE, CELIA, PONLEVI.

LÍSIDA.

(*Ap.* Ahora, cielos,
Se repiten mis desvelos,
Mis temores, mis agravios:
Poca cárcel son mis labios
Para un abismo de celos.
Pero pues puedo tapada
Dar celos á quien los da,
Muera quien me mata ya
De necia y de confiada.)
Tanto á las dos nos agrada
Hallar en vos el favor
Que nos ofreceis, señor,
Que con un mismo cuidado,
Si una ésa banda os ha dado,
Yo os quiero dar esta flor.
(*Dale una.*)

ENRIQUE.

Esperad.

LÍSIDA.

No me sigais,
Si ofenderme no quereis.

ENRIQUE.

En mas dudas me poneis,
Cuando mas claro me hablais.
(*Vase Lísida.*)

PONLEVÍ. (*A Celia.*)

Deteneos vos, no os vais.

ENRIQUE. (*Ap. á Ponleví.*)

Miéntras salgo á detener
Al Duque, intenta saber
Quién son.

PONLEVÍ.

Si aquesta tapada,
Por una parte es criada
Como por otra mujer,
Haz cuenta que lo he sabido.
(*Vase Enrique.*)

ESCENA IV.

PONLEVI, CELIA.

CELIA.

Pierda, galan, deso el miedo;
Que criada y mujer, puedo
Dar lecciones á un marido
De callado y de sufrido.

PONLEVÍ.

¡Qué civil es el conceto!
Mas puesto que San Secreto
Nunca es fiesta de guardar,
Empiézale á trabajar;
Dime quién son en efeto,
Y toma...

CELIA.

¡Gran tentacion!

PONLEVÍ.

Porque prosigas mi intento...

CELIA.

¿Qué he de tomar?

PONLEVÍ.

Toma aliento
Para hacer la relacion.

CELIA.

¡Buena alhaja!

PONLEVÍ.

Tales son
Todas cuantas suelo dar.

CELIA.

Pues digo, si he de tomar
El aliento, que ha de ser...

PONLEVÍ.

¿Para qué?

CELIA.

Para correr. (*Vase.*)

PONLEVÍ.

¡Oh criada del Paular!
Fuése huyendo como un rayo.
Diré, pues me deja en calma,
Tenedla ¡cielos! que me lleva el alma.
Mas por la fe de lacayo
Y por la vida del bayo,
Que ha de hacer la relacion.
El Duque y Enrique son.
Voy á seguir la tapada;
Que al fin secreto y criada
Implican contradicion. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL DUQUE, ENRIQUE, OCTAVIO, ACOMPAÑAMIENTO; *despues*, FABIO.

ENRIQUE.

Otra vez me da á besar
Tu mano.

DUQUE.

Y otra vez seas,
Enrique, muy bien venido.

ENRIQUE.

Quien con tanto aumento llega
De honor, señor, á tus plantas,
Que son el dosel y esfera
De mas luz y mejor sol,
Que venga con bien es fuerza.
(*Sale Fabio.*)

FABIO.

Siguiéndote aquí he venido;
Que no fuera bien me fuera
Sin besar tu mano.

DUQUE.

Dicha
Ha sido que Enrique venga
A tiempo que su venida
Podrá divertir tu ausencia.

FABIO. (*Ap.*)

No ha sido sino desdicha,
Pues quedando él en Florencia,
No estaré seguro yo
En Nápoles de sospechas.
Pero en fin, Clori es mi hija,
Y ella hará que todas mientan.

DUQUE.

¿Cómo en España te ha ido?

ENRIQUE.

Como á quien vive y se emplea
En tu servicio, señor.
Llegué á tiempo que pudiera
Ser, aun no yendo á servirte,
Bien empleada mi ausencia.

DUQUE.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Hallé, señor, á España
Llena de aplausos y fiestas,
Noble afecto de su amor,
De su lealtad noble muestra.

DUQUE.

Bien ha declarado, ántes
El deseo que la lengua,
Que fué la causa de tanto
Aplauso la jura excelsa

Del Primero Baltasar [1],
Príncipe infante, que sea
Hijo del alba y del sol,
Rayo de luz y belleza.
Y pues para los negocios
Á que partiste, no es esta
Ocasion, y yo he perdido
La que me trajo á estas selvas
Buscando una dama, quiero,
Enrique, que me diviertas
El disgusto de no hallarla.

ENRIQUE.

Escúcheme vuestra Alteza.
De aquel venturoso dia
En que la romana Iglesia
De la Transfiguracion
La jura de Dios celebra
Llamando á córtes al cielo,
Fué rasgo y sombra pequeña
La jura de Baltasar.
Mas si son en la fe nuestra
Dioses humanos los reyes,
No poco misterio enseña
Que el dia que á Dios el cielo
Jura, á Baltasar la tierra.
Este pues dia felice,
De pardas sombras cubierta
El alba salió, y la aurora
Embozada en nubes densas.
No le dió ventana al sol,
Ni los luceros apénas
Indicios de su hermosura;
Y aunque otras veces pudiera
Atribuirse á accidente
Del tiempo esta parda ausencia,
No fué accidente este dia,
Sino precisa obediencia.
(Haz paréntesis aquí
La causa, pues será fuerza
Que ántes que acabe el discurso,
Al paréntesis me vuelva.)
En el real templo de aquel
Doctor cardenal [2], que ostenta
Ya su piedad, ya su celo,
En los hombres y las fieras,
Se previno el mayor acto
Que vió el sol en su carrera,
Desde que en el mar madruga,
Hasta que en el mar se acuesta.
Al pié del altar mayor
Se armó un tablado, que fuera
Sitio capaz á la jura,
Y luego á la mano izquierda
La cortina de los reyes...
No digo bien, porque era
Una nube de oro y nácar,
Pues al tiempo que despliega
Las tres hojas carmesíes,
Luz y majestad ostentan
Dando como el oro rayos,
Dando como el nácar perlas.
Salió de su cuarto el Rey,
Acompañando á la Reina,
Con el Príncipe jurado,
A quien de las manos llevan
Los dos infantes sus tios.
No se vió la primavera
De mas flores coronada,
La luna de mas estrellas,
Que la hermosa lis de Francia,
Seguida de la belleza
De sus damas, que aun lucian
Con estar en su presencia.
Tomaron, pues, sus lugares:
El Rey la mano derecha
De la Reina, y los Infantes
Detras, y en una pequeña
Silla el Príncipe delante.
Luego, de las gradas mesmas
El lado izquierdo ocupaban
Los prelados de la Iglesia.
Tras los tres embajadores
De Roma, Francia y Venecia,
Se siguieron los Consejos;
Luego por la otra acera
Los grandes, y enfrente dellos
Los títulos, tras que llegan
Los reinos: á nadie nombro,
Que aquí es la lisonja ofensa.
La confirmacion sagrada
Fué del acto la primera
Ceremonia dignamente.
Luego, siguiéndose á esta
Las de la jura, galan,
Con majestad, con modestia,
Airoso y en todo amable,
Haciendo las reverencias
Debidas, llegó Don Cárlos [3]
A jurarle la obediencia.
Siguióse Fernando [4] luego:
Y como España se precia
De católica, al mirar
Que á un tiempo á jurarle llegan,
Uno ceñido el acero,
Y otro la sacra diadema [5],
Me pareció que decia,
Haciéndose toda lenguas:
«¡Oh felice tú, oh felice
Otra vez y otras mil sea,
Imperio, en quien el primero
Triunfo son armas y letras!»
Dejemos en este estado
Las ceremonias, pues estas
Fuéron al patron de todas,
Y salgamos donde espera
Madrid, íris ya divino,
Todas las calles cubiertas
De una bella confusion,
De una confusa belleza,
Haciendo campos y mares
Las plumas y las libreas.
Ya del acompañamiento
Empezaban á dar señas
Las músicas militares
De clarines y trompetas.
Por el órden que estuvieron
Sentados, por ese empieza
El paseo, hasta llegar
La carroza de la Reina.
Delante un poco venian
Los Infantes junto á ella
A caballo, y al estribo.
El Rey... Calle aquí mi lengua,
Y el paréntesis pasado
(Donde dije, si te acuerdas,
Que no salió el sol, que el alba
No se vió, que no dió nuevas
Del dia ningun lucero,
Que no brilló luces bellas
La noche) abre, y á esta vista,
En el paréntesis cierra,
Y verás que no fué acaso
El no salir, sino fuerza.
Porque en Cárlos y en Fernando
Los dos luceros se ostentan,
Hermanos del sol hermosos,
Que á sus rayos se alimentan.
Salió, en lugar de la aurora,
Mejor aurora en belleza,
Isabel en plaustro de oro,
Que mil Cupidillos cercan.
Y si es de la aurora oficio
Dar flores, flores engendra
Su hermosura: flores son
Pompas de la lis francesa.
Y si del planeta cuarto
Es iluminar la esfera
Que toca, el Cuarto Filipo
Fué deste cielo el planeta.
Hijo del sol y la aurora,
Iba la mas pura estrella
De cristales amparada,
Guarnecida de vidrieras.
Luego si á tales luceros,
Que á los del sol avergüenzan;
Si á aurora tal, que á la aurora
Flores á flores apuesta;
Si á tal sol, que rayo á rayo
Los rayos del sol desprecia;
Y si á tal estrella, en fin,
Que ya jura de sol, eran
Las del cielo sombras breves,
Mudas pompas, luces muertas,
No fué accidente del tiempo
Rehusar la competencia,
Sino estudio, pues faltaron
De temor ú de vergüenza.
Y (aparte la alegoría)
Permite que me detenga
En pintarte de Filipo
La gala, el brio y destreza
Con que iba puesto á caballo;
Que como este afecto sea
Verdad en mí, y no lisonja,
No importa que lo parezca.
Era un alazan tostado,
De feroz naturaleza
El monarca irracional,
En cuyo color se muestra
(La cólera disculpando
Del sol que la tez le tuesta)
Que hay estudio en lo feroz,
Y en lo bárbaro hay belleza.
Tan soberbio se miraba,
Que dió con sola soberbia
A entender que conocia
Ser, con todo un cielo á cuestas,
Monte vivo de los brutos,
Vivo Atlante de las fieras.
¿Cómo te sabré decir
Con el desprecio y la fuerza
Que, sin hacer dellas caso,
Iba quebrando las piedras,
Sino con decirte solo
Que entónces conocí que era
Centro de fuego Madrid?
Pues donde quiera que llega
El pié ó la mano, levanta
Un abismo de centellas.
Y como quien toca al fuego,
Huye la mano que acerca,
Así el valiente caballo
Retira con tanta priesa
El pié ó la mano, del fuego
Que la mano ó el pié engendra,
Que hecha gala del temor,
Ni el uno ni el otro asienta,
Deteniéndose en el aire
Con brincos y con corvetas.
Con tanto imperio en lo bruto
Como en lo racional, vieras
Al Rey regir tanto monstruo
Al arbitrio de la rienda.
¿Diré que como iban léjos
Los clarines y trompetas,
Le hizo danzar al compas
Del freno, que espuma engendra?
No, que esté dicho. ¿Diré
Que eran de solo una pieza
El caballo y caballero?
No, que aquí fuera indecencia.
¿Diré que hacian un mapa
Mar la espuma, el cuerpo tierra,
Viento el alma y fuego el pié?
No, que es comparacion necia.
¿Diré qué galan bridon [6]
Calzadas botas y espuela,

[1] La jura del príncipe Don Baltasar Cárlos se celebró en Madrid, á 7 de marzo de 1632.
[2] El convento de San Jerónimo.

[3], [4] Infantes, hermanos de Felipe IV.
[5] El infante Don Fernando era cardenal.

[6] Jinete.

La noticia en el estribo,
En los estribos la fuerza,
Airoso el brazo, la mano
Baja, ajustada la rienda,
Terciada la capa, el cuerpo
Igual, y la vista atenta,
Paseó galan las calles
Al estribo de la Reina?
Sí, porque solo el decirlo
Es la pintura mas cuerda.
Y no tengas á lisonja
Que de bridon te encarezca
A Filipo; que no hay
Agilidad ni destreza
De buen caballero, que él
Con admiracion no tenga.
A caballo, en las dos sillas
Es, en su rústica escuela,
El mejor que se conoce.
Si las armas, señor, juega,
Proporciona con la blanca
Las lecciones de la negra.
Es tan ágil en la caza,
Viva imágen de la guerra,
Que registra su arcabuz
Cuanto corre y cuanto vuela.
Con un pincel, es segundo
Autor de naturaleza.
Las claúsulas mas süaves
De la música penetra.
En efecto, de las artes
No hay alguna que no sepa,
Y todas, sin profesion,
Halladas por excelencia.
¡Oh! quiera pues la fortuna,
¡Oh! propicio el cielo quiera
Que, pues le han dejado ver
Jurado, con tantas muestras
De amor y lealtad, al bello
Príncipe de Asturias, vea
La campaña el mejor Marte,
Rindiendo á su heroica huella
Los rebeldes, levantando
Los pendones de la Iglesia,
Porque todo venga á ser
Honor suyo y gloria nuestra.

DUQUE.

Mucho me hubiera alegrado,
Enrique, tu relacion,
Si por dicha hubiera hallado
Mas seguro el corazon
De las obras de un cuidado.
Mas si en causa como esta
Querer siempre un caso ví
La pregunta y la respuesta,
Oyeme un pesar á mí
En albricias de una fiesta.
No sé por donde (¡ay de mí!)
Empiece; pero si aquí
Es fuerza expresar su afeto,
Mejor lo dirá un soneto,
Que al mismo intento escribí.
Era mi pecho una montaña fria,
A quien de nieve el tiempo coronaba,
Miéntras el corazon alimentaba
Las cenizas del fuego que tenia.
Un rayo hermoso, escándalo del dia,
La mina penetró que oculta estaba:
El fuego, ardiendo con la nieve, helaba;
La nieve, helando entre la llama, ardia.
Etna pues de mi amor y mis enojos,
Volaron ántes mis cenizas; luego
Ardiendo el pecho, hizo llorar los ojos.
¿Pues cómo, vivo monte ó volcan ciego,
Si eres fuego, das aguas por despojos?
Mas lágrimas de amor tambien son fuego.

ENRIQUE.

Bien al discurso, señor,
La llave de oro previenes;
Mas del soneto en rigor
Solo infiero que amor tienes,
Mas no á quién tienes amor.
Ya ocultarme nada es bien:
Merezca saber á quién.

DUQUE.

Pensé que cuando le oyeras,
Luego al dueño conocieras;
Que tú le conoces bien.

ENRIQUE.

¿Yo?

DUQUE.

Sí, pues te digo que amo
Beldad que ejemplar no tiene.

ENRIQUE.

Necio á mi discurso llamo.

DUQUE.

¿Dos hijas Fabio no tiene?

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Aquí se turba mi amo.

ENRIQUE.

(*Ap.* ¿Qué es esto, piadosos cielos?
¿Será Lisida, ó será
Clori? Mátenme mis celos
De una vez.) En pié se está
De tus amantes desvelos
La duda, porque no sé
Si fué Lisida ó si fué
Clori el dueño de tu amor.

DUQUE.

La duda solo es tu error.
¿Quién dudará, cuando vé
Junto á una flor una rosa,
Junto á una rosa una estrella,
Quién tiene mas imperiosa
Jurisdiciones de bella,
Y privilegios de hermosa?
Lisida...

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DUQUE.

Es temprana
Flor; Clori es la rosa ufana.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Eso sí. Mas ¿quién creyera
Que yo de mi dama oyera
Desprecios de buena gana?

DUQUE.

Clori, en fin, me hace penar,
Sentir, padecer, llorar.

ENRIQUE.

Llorar, padecer, sentir,
No es amar, sino morir.

DUQUE.

Pues ¿qué mas morir que amar?

OCTAVIO.

Aunque callando escuché
Tus quejas, por no quitarte
Ese consuelo, no sé
Con qué justicia quejarte
Puedas de Clori, porqué
Si en tu amorosa porfía,
Mas honesta que cruel,
Admite galantería;
Si da licencia á un papel
En los términos del dia;
Y si de noche, señor,
Siempre atenta á tu cuidado,
Con cortesano favor
Hace academia su estrado
De las cuestiones de amor,
Tu queja, señor, es vana.
La porfía un monte allana,
Y yo de su parte estoy;
Que mujer que escucha hoy,
Te responderá mañana.

DUQUE.

¡Qué poco entiendes, Octavio,
De amor! Un amante sabio,
Viendo su amor, mas quisiera
Que favor ó agravio fuera,
Que no ni favor ni agravio;
Porque no hay cosa peor
Que no tener un amor,
Ni favor de quien gozarse,
Ni agravio de quien quejarse;
Pues sin agravio y favor,
Ni la pena desconfía,
Ni se goza la alegría:
Y no hay mas bajo querer,
Que consolarse con ser
Uno, amado en cortesía.
(*Vanse el Duque y su acompañamiento.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, OCTAVIO, PONLEVÍ.

ENRIQUE.

¡Tirano imperio de amor!

OCTAVIO.

Yo lo dijera mejor,
Aunque al reves; pues quisiera
Mi dolor, aunque pudiera
Vivir ya sin mi dolor.

ENRIQUE.

¿Luego vos enamorado
Estáis tambien?

OCTAVIO.

El que vé
Jugar al que está á su lado,
Suele picarse de que
Pierda aquel que él ha mirado.
Vi jugar al Duque, vi
Que perdia, y me perdí.
De aquella estrella me abrasa
Un rayo.

ENRIQUE.

¿Luego en su casa
Son vuestros amores?

OCTAVIO.

Sí.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Ya que una traza faltó,
Otra á lo ménos quedó,
Pues habrá en su voluntad
Duelo de amor y amistad.

ENRIQUE.

(*Ap.* ¿Quién mayor desdicha vió?)
Si del sol de Clori bella
Os abrasa un arrebol,
Lisida, que fué su estrella
Entónces, será ya el sol.

OCTAVIO.

¡Ay, amigo, que no es ella!

ENRIQUE. (*Ap.*)

Buenas nuevas te dé Dios.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¿Tampoco ella? Ya van dos
Trazas echadas á mal.

OCTAVIO.

Pues sois mi amigo leal,
Nada he de ocultar de vos.

ENRIQUE.

Ya sabréis cuán vuestro he sido.

OCTAVIO.

Lisida y Clori han traido
Una prima, un ángel bello

Por huésped, que del cabello
Al pié milagro ha nacido
De la hermosura (en su casa
Vive con ellas), tan bella,
Que á ser mas que humana pasa.
Esta, ya rayo, ya estrella,
Es el cielo que me abrasa.
No la quiero encarecer,
Pues la habemos de ir á ver,
Donde mi amistad espera
Que digais que no la quiera,
Porque la vuelva á querer.

ENRIQUE.

Y desde luego os lo digo.
(*Vase Octavio.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, PONLEVI.

ENRIQUE.

¿Fuiste, Ponleví, testigo
De los dos sustos?

PONLEVÍ.

Señor,
Ya vi entre amistad y amor
A tu dueño y á tu amigo,
Obligándote á ensayar
Soliloquios, y á llamar
Los sentidos cada dia
A cuentas.

ENRIQUE.

En alegría
Se convirtió mi pesar.

PONLEVÍ.

Pues mas lo será, si yo
Digo que las dos tapadas
Y la dama que te habló,
Son las tres suso-alegadas.

ENRIQUE.

¿Quién á tí te lo contó?

PONLEVÍ.

La criada, arrepentida
De haber aquí apostatado
De criada, muy fruncida,
Que son ellas me ha contado.

ENRIQUE.

Y dime ya por tu vida,
¿Cuál esta banda me dió?
¿Cuál la flor?

PONLEVÍ.

¿Pues qué sé yo?
Que eso era mucho saber.

ENRIQUE.

De dichoso vengo á ser
Desdichado, porque no
Sé cuál prenda es la que debo
Estimar ó despreciar.

PONLEVÍ.

Yo á decirtelo me atrevo,
Si las voy á ver y hablar
Hoy, y haciéndome de nuevo,
En tus favores, galante
Las hablo; porque sospecho
Que en los embates de amante,
Al viento que corre, el pecho
Se descubre en el semblante.

ENRIQUE.

Si á descubrir tierra vas,
Por lo ménos me dirás
Que de dos favores, es
Uno de Lisida, pues
Yo no quiero saber mas.
Si la una es veneno fuerte,
La otra es salud conocida,
Y aseguro desta suerte,
O mi muerte con mi vida,
O mi vida con mi muerte. (*Vanse.*)

Jardin de casa de Fabio, en Florencia.

ESCENA VIII.

CLORI, NISE.

NISE.

Aquí, que tiernamente
Murmuran los cristales desta fuente,
Prosigue, prima mia,
Secretos que tu amor de mi amor fia.

CLORI.

Es Enrique en efecto
(Aquí quedamos, Nise) el mas discreto,
Mas galan, mas valiente
De Florencia, ó la fama en todo miente.
No digo yo que estaba
Enamorada dél, ni que deseaba
Que él de mí lo estuviese;
Mas que no me pesara, cuando fuese.
Deste modo vivia,
Que ni bien olvidaba ni queria,
Cuando Amor, niño ciego,
Las cenizas sopló y avivó el fuego.
No tengo que decir que agradecida
Le respondió mi vida
Con favores, de amor prendas süaves:
Pues sabes mi dolor, todo lo sabes.
Esta dulce violencia,
El efecto que tuvo, fué su ausencia:
En ella el Duque ha dado,
Cuál ves, en visitarme, enamorado;
Y ya de su lealtad ¡ay prima! temo
Que el extremo de amor pase á otro ex-
[tremo.

ESCENA IX.

LISIDA, *y luego* PONLEVI.—CLORI, NISE.

LÍSIDA.

No ya la noche oscura
Del alba envidie pompa y hermosura,
Si hace á la noche salva
Mas luz, mejor aurora y mejor alba [1].
(*Sale Ponlevi.*)

PONLEVÍ.

Si tiene un recienvenido,
Que poca vergüenza tiene,
Mucha licencia de entrar
Hasta donde le parece,
Dadme las tres tres chapines,
Porque en un instante bese
Las tres basas de ataujía
De tres columnas de nieve.

NISE.

¿Quién es este loco, primas?

CLORI.

Es criado de un ausente.

NISE.

Ya entiendo.

LÍSIDA.

(*Ap.* Disimulemos,
Corazon; que esta es tu suerte.)
¿Cómo vienes, Ponleví?

PONLEVÍ.

Con salud, señora, alegre
Y contento viene...

LÍSIDA.

¿Quién?

PONLEVÍ.

Mi señor, que es de quien quieres
Saber; que á tí mi salud
Poco te importa. No tienes
Que hacer puntas, como halcon
De Noruega.

LÍSIDA.

Tú te vuelves
Malicioso como fuiste.

PONLEVÍ.

La virtud nunca se pierde

CLORI.

¿Es España buen pais?

PONLEVÍ.

Es por extremo excelente.

CLORI.

¿Buenas damas?

PONLEVÍ.

Con ninguna
Habló en todos once meses...

CLORI.

¿Quién?

PONLEVÍ.

Mi señor, que es de quien
Tú asegurarte pretendes.
No tomes los tornos largos,
Cuando el picadero es breve.

NISE.

No tiene el hombre mal gusto.

PONLEVÍ.

Bueno en extremo le tiene,
Y mas en quererte.

NISE.

¿A mí
Tambien?

PONLEVÍ.

Sí.

NISE.

¿Cómo me quiere
Sin verme?

PONLEVÍ.

La gracia es esa;
Que nada hiciera en quererte
Viéndote, y por nacer ciego,
Vi que te queria sin verte.

CLORI.

Con las tres una malicia,
¿Cómo, di, se compadece?

PONLEVÍ.

Hame mandado mi amo
Que á ninguna desconsuele,
Porque él es tan cuidadoso,
Que por si alguno se pierde,
Trae favores duplicados,
Y yo, por obedecerle,
Hablo así *Deum de Deo*,
Que es decir, *dé donde dicre*.

ESCENA X.

CELIA; *despues*, EL DUQUE, OCTAVIO, ENRIQUE Y CRIADOS.—DICHOS.

CELIA.

El Duque á la puerta está.

[1] ¿A qué viene esto, para no decir mas? Si aquí no falta un trozo, faltan si algunos en otros pasajes de esta comedia.

CLORI.

¡Oh qué enfado!

CELIA.

Con él vienen
Octavio y Enrique.

CLORI.

(*Ap.* ¡Gracias
Al amor, que me parece
Bien la visita del Duque
Alguna vez!) Dile que entre.—

(*Salen el Duque, Octavio, Enrique y criados.*)

Aquí podrá vuestra Alteza
Gozar del fresco mejor.

DUQUE.

No tiene eleccion mi amor,
Ni albedrío mi tristeza;
Y como yo tu belleza
Mire siempre, no sabré
Si jardin ó estrado fué
Donde estuve, pues recelo
Que cualquiera esfera es cielo
Donde tanto sol se vé.

(*Siéntase el Duque en una silla, y Clori en otra, y Lísida y Nise á los lados.*)

OCTAVIO.

Aquesta es el dueño mio:
¿No os parece, Enrique, bella?

(*Ap. á él.*)

ENRIQUE.

Bien merece ser estrella,
Si su hermosura y su brio
Inclina vuestro albedrío.

OCTAVIO. (*Ap.*)

A hablarla quiero llegar,
Pues me dan tiempo y lugar.

ENRIQUE.

Yo, en fin, como forastero,
Favor, ni lugar espero.

LÍSIDA.

Pues ¿quién os le habia de dar
A vos, Enrique, sabiendo
Que hay á quien dar celos?

ENRIQUE.

Quien
Por darlos hiciera bien.

LÍSIDA.

Yo desengaños pretendo,
Celos no.

ENRIQUE.

Yo no os entiendo.

LÍSIDA.

Celos dais, y no venganzas:
La banda hable.

ENRIQUE.

¿A ver no alcanzas
La flor que me coronó?

LÍSIDA.

Y siendo verde, trocó
En celos sus esperanzas.

CLORI. (*Ap.*)

¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!
Flor es de Lísida. ¡Cielos!
Los dos me matan á celos.

DUQUE.

¿Qué es lo que os divierte asi?

CLORI.

Nada.

DUQUE.

¿Qué mirais allí?

CLORI.

(*Ap.* ¡Fuerte dolor! pena brava!)
A Enrique, señor miraba,
Que como recienvenido,
Este afecto me ha debido.

ENRIQUE.

Y yo ocasion esperaba
Para besaros la mano.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Corazon, ¿esto sufrís?

CLORI.

Que de la corte venís
De España, mostrais bien llano,
Con mil favores ufano.

ENRIQUE.

Presto lo habeis visto.

CLORI.

He hecho
Experiencias, y sospecho
Que no mienten.

ENRIQUE.

¿Cuáles son?

CLORI.

La banda y la flor, blason
De la toquilla y el pecho.

ENRIQUE.

Lo que es acaso, no es
Favor.

NISE.

Y cuando lo fuera,
¿Cuál de los dos prefiriera?

ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Cómo podré yo cortés
Responder á las dos?

CLORI.

Pues
¿No respondeis?

ENRIQUE.

No he dudado
La respuesta, y me ha admirado
Que eso pregunte quien ama.
Prefiero aquel que una dama
Tapada hoy me hubiere dado.

CLORI.

(*Ap.* El me conoció. ¿Qué espero?)
¿Y si hubiesen sido dos?

ENRIQUE.

(*Ap.* ¡Mucho aprieta, vive Dios!)
Tendrá en mí el lugar primero
El de la dama á quien quiero.

CLORI.

Y de las dos, en rigor,
¿Cuál es aquese favor?

ENRIQUE.

Responderá aquel que tiene
El mas perfecto color.

NISE.

Pues de amor ú de desden
Siempre una cuestion ha sido
Lo que al Duque ha divertido,
Sepamos de los dos, quién
Es mas perfecto.

ENRIQUE.

No es bien
Gastar el tiempo en favores
Ajenos: propios amores
Diviertan al Duque.

DUQUE.

Yo
Gustaré dello.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Yo no.

CLORI.

Pues si por los dos colores
Se ha de argüir la que quiere,
Si bien accidentes son,
La azul es, en mi opinion,
La que á las otras prefiere.

LÍSIDA.

Yo, si del color se infiere
La eleccion del alma, digo
Que es lo verde.

ENRIQUE.

Yo consigo
Ver en esta competencia
De tu ingenio la excelencia.
Prosigue.

LÍSIDA.

Yo así prosigo.
La verde es color primera
Del mundo, y en quien consiste
Su hermosura, pues se viste
De verde la primavera.
La vista mas lisonjera
Es aquel verde ornamento,
Pues sin voz y con aliento
Nacen de varios colores
En cuna verde las flores,
Que son estrellas del viento.

CLORI.

Al fin, es color del suelo,
Que se marchita y se pierde,
Y cuando el suelo de verde
Se viste, de azul el cielo.
Primavera es su azul velo,
Donde son las flores bellas
Vivas luces: mira en ellas
¿Qué trofeos son mayores?
¿Un campo, cielo de flores,
O un cielo, campo de estrellas?

LÍSIDA.

Ese es color aparente,
Que la vista, para objeto
Finge; que el cielo, en efeto
Color ninguno consiente.
Con azul fingido miente
La hermosura de su esfera:
Luego en esa parte, espera
Ser la tierra preferida,
Pues la una es beldad fingida,
Y otra es pompa verdadera.

CLORI.

Confieso que no es color
Lo azul del cielo, y confieso
Que es mucho mejor por eso;
Porque si fuera en rigor
Proprio, no fuera favor
La eleccion: y de aquí infiero
Que si le eligió primero,
Fué porque lo azul ha sido
Aun mejor para fingido,
Que otro para verdadero.

LÍSIDA.

Lo verde dice esperanza,
Que es el mas inmenso bien
Del amor: dígalo quien
Ni la tiene, ni la alcanza;
Lo azul celos y mudanza
Dice, que es tormento eterno,
Sin paz, quietud ni gobierno.
¿Qué importa, pues, que el amor
Tenga del cielo el color,
Si tiene el mal del infierno?

CLORI.

Quien con esperanza vive,
Poco le debe su dama,
Pero quien con celos ama,
En bronce su amor escribe:
Luego aquel que se apercibe

A amar celoso, hace mas
En cuya razon verás
Cuánto alcanzan sus desvelos,
Pues el infierno de celos
No espera favor jamas.

LÍSIDA.

Esperar puede el cortés.

CLORI.

Con celos ama el discreto.

LÍSIDA.

La flor es verde en efeto.

CLORI.

Y la banda, ¿azul no es?

LÍSIDA.

¿Pues qué adquiere en eso?

CLORI.

¿Pues
Qué gana en esotro?

LÍSIDA.

Fia
Que la flor no es mia...

CLORI.

Ni mia
La banda. (*Levántanse.*)

LÍSIDA.

Que si lo fuera...

CLORI.

¿Qué hubiera?

LÍSIDA.

No sé qué hubiera.

DUQUE.

Cese, por Dios, la porfía:
No sean enemistades
Lo que del ingenio es prueba.
No os vais.

LÍSIDA.

El deseo me lleva.
De no oir mas necedades. (*Vase.*)

CLORI.

Mal contigo te persuades
A no oirlas mas, y así,
Que vaya huyendo de aquí
Dé licencia vuestra Alteza. (*Vase.*)

DUQUE.

Siempre es suya la belleza.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué es lo que pasa por mí?

DUQUE.

Dichoso sois en amores,
Enrique, pues por galan,
Unas favores os dan,
Y otras riñen los favores.

ENRIQUE.

Esto han hecho sus colores,
No mi dicha.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Qué rigor! (*Vase.*)

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Qué suerte! (*Vase.*)

NISE. (*Ap.*)

En traje de amor
La envidia cubierta anda. (*Vase.*)

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Válgate el cielo por banda!
¡Válgate el cielo por flor!

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

PONLEVI, ENRIQUE.

PONLEVÍ.

Contento en extremo estás.

ENRIQUE.

Estoy dichoso en extremo,
Y del color de la dicha
Se viste siempre el contento.

PONLEVÍ.

¿Tanto monta de una dama
El decir: «Que hablaros tengo:
Id por el jardin, Enrique?»

ENRIQUE.

Que me hable ofendida temo
Lísida de mis finezas,
Porque desde el argumento
De la banda y de la flor,
De la esperanza y los celos,
Declarado amante suyo,
A tantos rayos me atrevo.

ESCENA II.

LISIDA, CELIA. — ENRIQUE, PONLEVI.

LÍSIDA.

Enrique.

ENRIQUE.

No en vano, al ver
Coronada de reflejos
Su aurora, el sol se retira,
Como quien dice: «Yo debo
De haber hoy errado el dia,
Pues sin aurora amanezco».

LÍSIDA.

No de lisonjas, Enrique,
Coroneis vuestros afectos;
Desnuda la verdad vive,
A imitacion del silencio.
Y porque de mi intencion,
Ni aun este instante pequeño
Hagais juicio (retiraos
Vosotros), estadme atento.
(*Retíranse Ponleví y Celia.*)
Vos, Enrique, ántes que á España
Fuésedes, si bien me acuerdo
(Que para ofensas del alma
Es bronce el metal del pecho),
De Clori, en efecto, amante...

ENRIQUE.

Esperad, porque no quiero,
Si es que el silencio confiesa
Confesar con el silencio
Ese indicio contra mí;
Pues no fué Clori el sol bello,
Luciente iman de los ojos,
Que hidrópicos se bebieron
Rayo á rayo mejor sol,
Luz á luz mejor incendio.

LÍSIDA.

Pues ¿cómo podeis negarme
Lo mismo que yo estoy viendo?

ENRIQUE.

Negando que vos lo veis.

LÍSIDA.

¿No fuisteis en el paseo
Sombra de su casa?

ENRIQUE.

Sí.

LÍSIDA.

Estatua de su terrero
¿No os halló el alba?

ENRIQUE.

Es verdad.

LÍSIDA.

¿No la escribisteis?

ENRIQUE.

No niego
Que escribí.

LÍSIDA.

¿No fué la noche,
De amantes delitos vuestros
Capa oscura?

ENRIQUE.

Que la hablé
Alguna noche, os confieso.

LÍSIDA.

¿No es suya esa banda?

ENRIQUE.

Suya
Pienso que fué.

LÍSIDA.

¿Pues qué es esto?
Si ver, si hablar, si escribir,
Si traer su banda al cuello,
Si seguir, si desvelar,
No es amar, yo, Enrique, os ruego
Me digais cómo se llama,
Y no ignore yo mas tiempo
Una cosa que es tan fácil.

ENRIQUE.

Respóndaos un argumento.
El astuto cazador,
Que en lo rápido del vuelo
Hace á un átomo de pluma
Blanco veloz del acierto,
No adonde la caza está
Pone la mira, advirtiendo
Que para que el viento peche,
Le importa engañar el viento.
El marinero ingenioso,
Que al mar desbocado y fiero,
Monstruo de naturaleza,
Halló yugo y puso freno,
No al puerto que solicita
Pone la proa; que haciendo
Puntas al agua, desmiente
Sus iras, y toma puerto.
El capitan que esta fuerza
Intenta ganar, primero
En aquella toca al arma,
Y con marciales estruendos
Engaña á la tierra que
Mal prevenida del riesgo
Le esperaba: así la fuerza
Se da á partido al ingenio.
La mina, que en las entrañas
De la tierra estrenó el centro,
Artificioso volcan,
Inventado Mongibelo,
No donde preñada oculta
Abismos de horror inmensos
Hace el efecto, porqué
Engañando al mismo fuego,
Aquí concibe, allá aborta,
Allí es rayo, y aquí trueno.
Pues si es cazador mi amor
En las campañas del viento;
Si en el mar de sus fortunas
Inconstante marinero;
Si es caudillo victorioso
En las guerras de sus celos;
Si fuego mal resistido
En mina de tantos pechos,
¿Qué mucho engañase en mí
Tantos amantes afectos?

Sea esta banda testigo,
Porque volcan, marinero,
Capitan y cazador,
En fuego, agua, tierra y viento,
Logre, tenga, alcance y tome
Ruina, caza, triunfo y puerto.
(*Dale la banda.*)

LÍSIDA.

Bien pensaréis que mis quejas,
Mal lisonjeadas con eso,
Os remitan de mi agravio
Las sinrazones del vuestro.
No, Enrique; yo soy mujer
Tan soberbia, que no quiero
Ser querida por venganza,
Por tema, ni por desprecio.
El que á mí me ha de querer,
Por mí ha de ser, no teniendo
Conveniencias en quererme
Mas que quererme. Si el tiempo
Que vos, amante de Clori,
Fuisteis alma de su cuerpo,
Os declararais conmigo,
Bien pienso, Enrique, bien pienso
Que poco ingrata mi fe,
Que poco cruel mi pecho,
Que poco esquivos mis ojos,
Estimaran... Mas no quiero
Decir mas: harto os he dicho.
Y, apurando el argumento,
Si della favorecido
Os hallárades, sospecho
Que os oyera; pero no
Desvalido, porque creo
Que querer lo que otra quiere,
Es gala de nuestro duelo;
Lo que otra deja, es desaire:
Y así, Enrique, os aconsejo
Que no busqueis, ni pidais
Remedio, porque yo pienso
Que el remedio os matará
Mas que el mal, y será necio
El que pudiendo morir
Del mal, muere del remedio.

ENRIQUE.

No os vais, esperad, oidme.

LÍSIDA.

¿Qué decis?

ENRIQUE.

Que plegue al cielo...
(*Salen Celia y Ponleví.*)

PONLEVÍ.

Clori viene: deja ahora
De plegar el juramento.

ENRIQUE.

Miéntras pasa, estos jazmines
Sean mi cancel.

LÍSIDA.

¿Qué es esto?
¿Tanto temeis que ella os vea
Conmigo?

ENRIQUE.

No: tanto temo
Enojaros, pues por vos
Me escondia; mas supuesto
Que á vos no os importa, á mí
Tampoco; y así me quedo.
Vea Clori que os adoro.

LÍSIDA.

¿Eso haceis por darla celos?
Pues no habeis de estar conmigo.

ENRIQUE.

Si no me escondo, os ofendo,
Y si me escondo tambien:
¿Qué he de hacer?

LÍSIDA.

¿Qué? No esconderos,
Ni estar conmigo.

ENRIQUE.

¿Pues qué?

LÍSIDA.

Iros.

ENRIQUE.

Sí haré.

LÍSIDA.

Deteneos,
Que no ha de ser desa suerte,
Sino á espacio, porque quiero...

ENRIQUE.

Decid.

LÍSIDA.

Que os vais retirando,
Enrique, pero no huyendo.

ENRIQUE.

Desta manera veréis
Que me voy, y os obedezco.

PONLEVÍ.

Si fuera palenque ó valla,
Fuera entrada de torneo.
(*Al quitarse Enrique el sombrero para saludar á Clori y Nise, cáesele del sombrero la flor. Vanse él y Ponleví por un lado, y Lísida y Celia por otro.*)

ESCENA III.

CLORI, NISE.

CLORI.

Nise, ¿qué miran mis ojos?
Nise, ¿qué ven mis desvelos?

NISE.

Tus desdichas y tus celos,
Tus penas y tus enojos.
Si yo te dijese un modo
Para que nunca quisiese
Lísida á Enrique, y pudiese
Asegurarte de todo
Con ingenio, ¿qué dijeras
Entónces, Clori, de mí?

CLORI.

Que engañar quieres así
Con tus burlas tantas véras.

NISE.

Del mas hermoso clavel,
Pompa de un jardin ameno,
El áspid saca veneno,
La oficiosa abeja miel.
(*Repara en la flor, y levántala.*)
Y así, desta verde flor,
Que al quitarse tan severo
El sombrero, del sombrero
Se le cayó al tal señor,
Han de salir tus consuelos
Pues ha de dar su color
Miel á la abeja de amor,
Veneno al áspid de celos.
Toma, ponla en tu tocado.

CLORI.

La flor fué de la porfía,
Y fué de Lísida.

NISE.

Fia
Desa flor y mi cuidado
Tu remedio, con hacer
Solo lo que te dijere.

CLORI.

Pues no hay remedio que espere,
Fuerza será obedecer.

NISE.

Pues la primera licion
Sea, que aunque tus desvelos
Te obliguen á tener celos,
No has en ninguna ocasion
De confesar que los tienes,
Sino ántes disimular,
Riendo de tu pesar.

CLORI.

¡Extrañas cosas previenes!

NISE.

Luego á Lísida dirás
Tú misma que á Enrique quiera.

CLORI.

¿Yo?

NISE.

Sí, pero de manera
Que... Mas luego lo sabrás,
Que Enrique viene.

CLORI.

¡Ah cruel!

NISE.

Aquí entra el disimular,
Porque con él has de hablar
Como si no fuera él.

ESCENA IV.

ENRIQUE. — CLORI, NISE.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Vuelvo corriendo á buscar
La flor que se me cayó.

CLORI.

¿Pues podré fingirlo yo?

NISE.

Pues fingirlo, ó no sanar.

CLORI.

Señor Don Enrique, ¿dónde
Volveis?

ENRIQUE.

Quien hallar espera
Flores (bien la primavera
A su concepto responde),
De un jardin se va á llevar
Flores, á dejarlas no,
Sino solamente yo,
Que traje esa flor de azár...

CLORI.

Yo no os entiendo; mas creo
Que cauteloso venis,
Con esa flor que decis,
A lograr otro deseo.
Adios.

ENRIQUE.

Mirad, Clori hermosa...

ESCENA V.

LISIDA. — CLORI, NISE, ENRIQUE.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Vuelvo á que Clori me vea
Esta banda, porque crea
De Enrique... Pero ¡mi rosa
Tiene ella!

ENRIQUE.

Que el arrebol
Que sobre el oro y la nieve
De vuestra frente se atreve
A ser hoy lunar del sol,
No está en su propio lugar;
Y pues ya aquí tuvo hermosa
Guarda de espinas la rosa,
No se la querais vos dar

De rayos, para que yo
No la cobre. Bien se ve,
Pues si alguno se atrevió,
A guarda de espinas fué,
A guarda de rayos no.
Quitadla, y á vuestros piés
Trofeo en mi mano sea.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Que esto escuche! Que esto vea!

NISE. (*Ap. á Clori.*)

Lísida te ha visto.

CLORI.

Pues
¿Qué haré?

NISE.

Dejarle con ella.

CLORI.

¿Con ella le he de dejar?

NISE.

O fingir, ó no sanar.

CLORI. (*A Enrique.*)

Adios.

NISE. (*Ap. á Clori.*)

Al llegar á vella,
Muéstrale la flor.

CLORI.

Ya entiendo
Que enseñarla me conviene.
¡Pero ella mi banda tiene!

NISE.

Retirando has de ir, no huyendo.

CLORI.

Obedezcamos, amor.

NISE.

Esto mi ciencia te manda.

CLORI.

¡Que se quede con la banda!

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Que se vaya con la flor!

(*Vanse Clori y Nise despacio, enseñando Clori la flor, y Lísida la banda.*)

ESCENA VI.

LISIDA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Quién vió lance mas cruel!

LÍSIDA.

Mal caballero, villano,
Mudable, inconstante, vano,
Poco amante y ménos fiel,
¿Habrá argumento en amor
Ahora?... Mas bien hiciste,
Si á mí su banda me diste,
En darle á Clori la flor.

ENRIQUE.

Oye...

LÍSIDA.

¿Qué tengo de oir?

ENRIQUE.

Mira...

LÍSIDA.

¿Qué he de mirar, pues
La dijiste que á sus piés
La pusiera?

ENRIQUE.

Fué decir
Que de allí yo la tomara,
Y de su tocado no.

LÍSIDA.

¿Y querrás que crea yo
Una mentira tan clara?

ENRIQUE.

Yo he dicho ya la verdad...

LÍSIDA.

¡Pluguiera á Dios que lo fuera!

ENRIQUE.

Viva ahora mi amor ó muera
A manos de tu crueldad.

LÍSIDA.

Pues morirá, si en rigor
No le dan vida los cielos.

ENRIQUE.

¡Quién vió tan injustos celos!

LÍSIDA.

¡Quién vió tan injusto amor! (*Vanse.*)

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA VII.

EL DUQUE, *con un papel;* OCTAVIO.

DUQUE.

Solo este desengaño
Le faltaba á mi amor, solo este daño.

OCTAVIO.

¿No habrá á tu mal consuelo?

DUQUE.

Ninguno, Octavio, ó le dilata el cielo,
Porque yo no le tenga.

OCTAVIO.

Bien el amor hoy del poder se venga,
Dando á entender ufano
Que es rayo cada flecha de su mano,
Pues como rayo que violento pasa,
Lo altivo hiere y lo eminente abrasa.

DUQUE.

Antes, Octavio, tan cobarde ha sido,
Que su violencia prueba en un rendido;
Que una torre eminente,
Si el grave peso de los años siente,
Si caduca ó declina,
No es edificio ya, sino rüina,
Blanco indigno de aquella llama, aquella
Que muros postra y homenajes huella.

OCTAVIO.

No, señor, tan postrado
Juzgues el edificio, aun no mellado
Con prolijas porfías
Del venenoso diente de los dias;
Que para darte el tiempo desengaños,
Basilisco de bronce son los años.

DUQUE.

Tarde ya los espero.

OCTAVIO.

Yo consolarte ó divertirte quiero.

DUQUE.

¿Quién en la sala ha entrado?

OCTAVIO.

Enrique es.

DUQUE.

¿Y quién mas?

OCTAVIO.

Aquel criado,
Que tu licencia tiene
Para entrar.

DUQUE.

Es verdad, él entretiene
Mis penas, pero... Vete, porque quiero
Hablar á Enrique.

OCTAVIO. (*Ap.*)

La ocasion que espero
Para ir á ver á Nise se ha logrado.
Vuela, Amor, pues te llaman dios alado.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, PONLEVI. — EL DUQUE.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Cuántas cosas discurre una tristeza!

PONLEVÍ.

Déme á besar al punto vuestra Alteza,
Príncipe soberano,
Aquel pié que tuviere mas á mano.

DUQUE.

No estoy, porque á mi pena otra no iguala,
De burlas hoy.

PONLEVI.

Pues voyme noramala;
Que burlas y mujeres,
Cuando son menester causan placeres.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE, ENRIQUE.

DUQUE.

Hasta aquí con hablar á Clori bella,
Treguas hizo mi amor, paces mi estrella,
Partiendo con el dia
Engaños que á la noche me decia;
Pues hoy, porque no tenga
Este alivio, y á mas extremo venga
Mi pena, mi dolor y mi cuidado,
Escucha este papel que me ha enviado.
(*Lee.*) *Señor, las continuas visitas de vuestra Alteza han despertado mas de una malicia; y ausente mi padre, lo que una vez le honrara, se le murmurará dos: yo le espero ya; y así le suplico á vuestra Alteza excuse el venir á verme.*
No leo mas. Este agravio, esta sentencia,
Ultima línea ya de mi paciencia,
Te confieso que ha sido.
Este desaire solo me ha rendido
Mas que cuantos rigores
Fuéron dulce prision de mis amores;
Y así tú, Enrique, quiero
Que deste inmenso mal, deste severo
Dolor hoy el remedio me procures,
Y de una vez me mates ó me cures.
Tú has de saberme todo
Cuanto Clori imagina: escucha el modo
De descubrir el pecho de una ingrata;
Que como es guerra amor, ardides trata.
Nise, una dama bella,
Prima de Clori, es toda el alma della:
Pues como tú la sirvas y enamores
Y en público celebres sus favores,
No dudo que consigas ser querido;
Que eres galan, Enrique, y entendido,
Y en fin, una doncella cuanto siente
Que es casamiento, admite fácilmente.
Pues teniendo granjeada
La prima con amor, y la criada
Que la toca, con dádivas, sospecho
Que la mina de nieve de su pecho
Fuego reviente en término mas breve
Por otra contramina de su nieve:
Tendrá entre nieve y fuego
Desengaños mi amor, y yo sosiego.

ENRIQUE.

Señor, aunque hoy alcanza
La ocasion de servirte mi esperanza,

Mejor Octavio te sabrá de Nise
Los desengaños que tu amor avise.

DUQUE.

Si de Octavio quisiera
Fiarme yo, yo á Octavio lo dijera;
Y pues de tí me fio,
Quiero que sepas tú el recelo mio,
Y Octavio no.

ENRIQUE.

Yo lo sabré primero
De Lísida, señor.

DUQUE.

Tampoco quiero
Que Lísida lo entienda;
Que como siempre viven en contienda
De ingenio y hermosura
Las dos hermanas, deslucir procura
La una á la otra; y mi temor celoso
La tendrá por testigo sospechoso.

ENRIQUE.

Pues no puedo excusarlo, claramente
Diré un inconveniente.
Octavio sirve á Nise, y será agravio...

DUQUE.

No importa; que primero soy que Octa- [vio.

ENRIQUE.

Sí, señor; mas tambien sirvo una dama
Para esposa, de ilustre nombre y fama,
A quien guardar mi pretension no pue- [do.
Dadme licencia, pues...

DUQUE.

Es necio miedo,
Comparados conmigo
Disgustos de una dama y de un amigo,
Que al cabo del engaño,
Las gracias han de dar al desengaño.
Pero si importa mas que yo, no es justo
Que mi gusto atropelle por tu gusto.

ENRIQUE.

Señor...

DUQUE.

Nada me digas.

ENRIQUE.

No es dejar de servirte...

DUQUE.

No prosigas.

ENRIQUE.

Prevenirte...

DUQUE.

No me hables ni me veas.

ENRIQUE.

Siento, señor, que mi lealtad no creas.

DUQUE.

¡Bien se ve, pues mi gusto se desprecia!
¡Qué necio amor y qué amistad tan ne- [cia!
(*Vase.*)

ESCENA X.

ENRIQUE.

¿Quién en el mundo pudo
Tan fuerte lazo dar, tan fuerte nudo,
(De lealtad, de amistad y amor castigo)
De un señor, de una dama y de un ami- [go?
Si á Nise no festejo,
Quejoso al Duque dejo;
Si la festejo, á Octavio;
Tambien, de Clori espía, á Clori agra- [vio.
Si la verdad les digo,
Falto al secreto; si con él prosigo,
A Lísida aventuro,
Pues á sus ojos el favor procuro
De Nise: de manera que es agravio
De Nise, Clori, Lísida y Octavio.
Mas ¿para qué rendido
Me doy á mis desdichas á partido,
Sirviendo al Duque, no ofendiendo á Oc- [tavio,
No haciendo á Nise ofensa, á Clori agra- [vio,
Ni dando (¡ay Dios!) á Lísida recelos?
¡Mucho, cielos, decís: cumplidlo, cie- [los! (*Vase.*)

—

Jardin de casa de Fabio.

ESCENA XI.

LISIDA, CELIA.

LÍSIDA.

¿Tú lo viste?

CELIA.

Yo lo vi.

LÍSIDA.

¿Del sombrero se cayó
La flor á Enrique, y la alzó
Nise para Clori?

CELIA.

Sí,
Que yo en el jardin estaba
A su criado escuchando
Mil necias locuras, cuando
Vi todo lo que pasaba.
No te lo pude decir
Entónces, y ahora lo digo.

LÍSIDA.

(*Ap.* ¿Daré crédito á un testigo,
Cuando me importa el vivir,
Celos? Sí, pues no pudiera,
No habiéndose hablado ántes,
Convenir en semejantes
Circunstancias con él: fuera
De que ya para creer
Un triste lo que desea,
No importa que verdad sea;
Basta que lo pueda ser.)
¡Ah desengaño felice!
Ya siento cuánto cruel
Anduve, Celia, con él.
¡Válgame Dios! ¡qué mal hice
En no creerle! Excusara
El pesar con que se fué.
Pero yo lo enmendaré.
Espérame aquí.

CELIA.

Repara
Lo que has de hacer.

LÍSIDA.

Escribir
Desenojada un papel,
Y tú, Celia mia, con él
Hoy á buscarle has de ir,
En cuyo afecto verás,
Dándote el alma en despojos,
Que tras nublado y enojos,
Amor y sol lucen mas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

PONLEVI.—CELIA.

PONLEVÍ.

Apénas dejé en palacio
A mi señor, Celia ingrata,
Cuando ves aquí que vuelvo,
Rayo de capa y espada,
A abrazarte como un rayo.

CELIA.

¿Antes de hablarme me abrazas?

PONLEVÍ.

Soy mas práctico de amor
Que teórico.

CELIA.

No es gracia...
Mas (¡ay de mí!) Clori viene,
Que en estos jardines anda,
Y si te ve, yo soy muerta.

PONLEVÍ.

Por eso me ha dado gana
De que me vea. Mas dime,
¿Qué he de hacer?

CELIA.

Entre esas ramas
Te esconde.

PONLEVÍ.

Turbado estoy,
Mover no puedo las plantas,
Rey parezco de comedia,
Cuando en casa de su dama
Le halla con ella un padre
Tiriton y barba larga. (*Escóndese.*)

ESCENA XIII.

CLORI, NISE.—CELIA; PONLEVI, *oculto.*

CLORI.

¿Qué haces aquí, Celia?

CELIA.

Aquí
A que saliese esperaba
Del tocador mi señora
Lísida.

CLORI.

Allá dentro aguarda.
(*Vase Celia.*)
¡Ay prima, ay Nise, ay amiga!
¡Qué poco sientes mis ansias,
Pues tanto tiempo me dejas!

NISE.

Hablando por las ventanas
Desos jardines he estado
Con Octavio.

CLORI.

Justa causa
Te ha divertido de mí,
Si te ama y si le amas.

NISE.

Ni le amo ni le olvido;
Divierto así su esperanza.
Pero á tí ¿cómo te va
De licion?

CLORI.

Bien estudiada
La tengo, deseando ya
Ocasion con que lograrla.

ESCENA XIV.

LISIDA, *con un papel que guarda en viendo á* — CLORI Y NISE; PONLEVI, *oculto.*

LÍSIDA.

¿Estaba aquí Celia ahora?

CLORI.

Ahora aquí Celia estaba.
Yo la mandé que se entrase
Allá dentro.

NISE.

Yo á llamarla
Iré. (*Ap. á Clori.* Esta es buena ocasion.
Ya quedas en la campaña.
Finge, y engaña tus celos.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

LISIDA, CLORI; PONLEVI, *oculto*.

CLORI.

Lisida, detente, aguarda,
Que tengo mucho que hablarte.

LÍSIDA.

Luego es consecuencia clara
Que tengo mucho que oirte.
Empieza.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Aquí hay gran batalla.

CLORI.

Ya, Lisida, estamos solas:
Mi amiga eres y hermana,
Y como á hermana y amiga,
Te he de descubrir mi alma.
Dos años ha, bien te acuerdas,
Que Enrique fué viva estatua
De mis jardines, tan viva,
Que les debieron las plantas
Mas lágrimas á sus ojos,
Que á los suspiros del alba.
Ausentóse; y como el cielo
Nos dió condicion tan varia
Que es el dia del amor
Víspera de la mudanza,
Fácilmente las cenizas
De la que apénas fué brasa,
Con el aire de la ausencia
Desvanecieron la llama.
Sirvióme el Duque despues;
Y aunque mi honor y mi fama
Me han resistido, no tanto,
Que algun efecto no hayan
Hecho en mí tantos extremos,
Puesto en mí finezas tantas.
Volvió Enrique; y, ya celoso
De ver que el Duque me amaba,
O ya mas enamorado,
Por los celos que le causa,
Intenta tomar contigo
De mis desprecios venganza.
Testigo sea el jardin
Donde, á pesar de sus ansias,
Por no tenerme quejosa
De haberte dado esa banda,
Me volvió á dar esta flor,
Enigma de su esperanza.
Si eres mi hermana y mi amiga,
Como he dicho; si te alcanza
Parte de mis dichas, como
El todo de mis desgracias,
Haz una cosa por mí:
Quiere mucho á Enrique, paga
Con fe y amor verdadero
Amor y fe que son falsas.
No te dés por entendida
De que finge, de que engaña
Sus celos contigo, pues
Pensar que te quiere, basta.
Con esto el Duque tendrá
De sus celos ménos causa,
Enrique seguridad
De su amor y su privanza,
Yo quietud, tú esposo, y todos
Mas dicha y ménos desgracia.

LÍSIDA.

(*Ap.* Esta que me engaña piensa,
Y ella ha de ser la engañada.)
Cierto, Clori, que pensé
Cuando te vi que empezabas
Con prólogos, con proemios,
Que era una cosa muy ardua
Lo que habia de hacer por tí.
Tú ¿pídesme mas, hermana,
De que engañe un hombre? ¿Hay
Cosa mas fácil? ¿No basta
El saber que soy mujer?
Pues ¿para qué me lo encargas?
Mas con todo, por servirte,
Digo que, aunque no pensaba
Hablarle mas en mi vida,
Haré lo que tú me mandas.
Desde hoy me verás con él
Desde la noche hasta el alba,
Y desde el alba á la noche;
Y ántes que en esta renazca
El sol, quemando las plumas
De oro en hogueras de plata,
Le he de enviar un papel,
Diciéndole con mil ansias
Que venga á verme, y de modo
Le hablaré, que te persuadas
Tú misma que es verdadero,
O por lo ménos no hagas
Distincion de mis finezas,
Si son fingidas ó falsas.
¿Quieres mas?

CLORI.

Ni tanto quiero.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¡Linda está, por Dios, la traza!
¿Con la entretenida á Enrique?
No en mis dias. Miéntras hablan,
He de salir; que reviento
Por decirle lo que pasa.
(*Están las dos hablando bajo, y Ponleví sale por detras de ellas, y vase.*)

LÍSIDA.

Pierde cuidado, y de mí
Fía.

CLORI.

Pues adios. (*Ap.* ¡Mal hayan
Venganzas que son amor,
Y amores que son venganza!)
(*Vase.*)

ESCENA XVI.

LISIDA.

Si Clori, que quisiese me dijera
A Enrique, porque á ella la olvidara,
Los desengaños de su amor llorara,
Y los desaires de mi amor sintiera.
Pero si Clori divertir espera
Tan rara fe con invencion tan rara,
Mal hiciera si al daño me fiara,
Mal pensara si al riesgo me creyera.
Y pues el blanco donde Clori tira,
Dice el verde favor de aquella rosa,
Que á hurto cogió y á posesion aspira,
No me tengan sus celos temerosa;
Que en quien dijo una vez una mentira,
La verdad queda siempre sospechosa.

ESCENA XVII.

ENRIQUE, PONLEVI. — LISIDA.

ENRIQUE.

Tú me mientes.

PONLEVÍ.

No te miento.

ENRIQUE.

¿Que eso sucede?

PONLEVÍ.

Esto pasa.

ENRIQUE.

¿Clori dices que me olvida,
Y que Lísida me engaña?

PONLEVÍ.

Sí, señor; que las dos son
Dos grandísimas bellacas.

ENRIQUE.

Yo he de verlo.

PONLEVÍ.

¿De qué suerte?

ENRIQUE.

Viendo á Lísida: enojada
Conmigo quedó, y si hallo
En sus rigores mudanza
Sin haberla satisfecho,
Es verdad.

PONLEVÍ.

Para eso, aguarda
Un papel que ha de escribirte.

ENRIQUE.

¿Quién tendrá paciencia tanta?
(*Adelántase hácia Lísida.*)

LÍSIDA.

Enrique, seas bien venido;
Que bien parece que el alma
Llegó primero á llamarte,
Por desmentir la tardanza
De tu ausencia.

ENRIQUE.

(*Ap.* Ya ¿qué espero?)
Detente, sirena ingrata,
Detente, vil cocodrilo,
Que si me lloras me matas,
Y si me cantas tambien.
Bien lo dicen tus mudanzas,
Pues hoy llorándome celos,
Me diste muerte, tirana;
Y hoy cantándome favores,
Tambien me das muerte. Aparta,
Que no estoy de tí seguro,
Si me lloras ó me cantas.

LÍSIDA.

Ni hoy, Enrique, fué fingido
Mi llanto, ni ahora es falsa
Mi risa; que entrambos son
Afectos hijos del alma.
Si hoy lloré agravios y celos,
Hoy canto al amor las gracias
Y desengaños, porqué
Celia, que escondida estaba,
Me desengañó; y así
Ni la sirena te llama
Con voz fingida á sus brazos,
Ni el cocodrilo te agravia
Con fingido llanto, pues
Solo amor entre estas ramas
Canta y llora siempre firme,
Cuando llora y cuando canta.

ENRIQUE.

¿Piensas que ignoro qué son
Fingidas cuantas palabras
Dices?

LÍSIDA.

¿Y será fingido
Un papel qué te enviaba?

ENRIQUE.

Calla, que ese papel es
Un testigo mas que agrava
La informacion de mi pena,
Pues le dijiste á tu hermana
Que tú me le escribirias:
Y este no es amor, es traza
De las dos.

LÍSIDA.

Pues ¿quién tan presto...

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Aquí entro ahora en la danza.

LÍSIDA.

Te ha dicho lo que las dos
Hablamos?

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¿Qué va, que pára
Sobre mí aqueste nublado?

ENRIQUE.

Ponleví, que te escuchaba
Recatado y escondido,
Lo que tú y Clori trazabais
Con injusta tiranía
Contra mí.

PONLEVÍ.

No he dicho nada
Yo: mi amo miente, señora;
Que no he hablado palabra
De cuantas aquí te ha dicho.

(*Vase retirando de Lísida.*)

LÍSIDA.

No temas. Di, ¿dónde hablaba
Yo entónces?

PONLEVÍ.

Si he de decirlo,
Puesto que tú me lo mandas,
Aquí era.

LÍSIDA.

¿Qué tanto habrá?

PONLEVÍ.

Un instante.

LÍSIDA.

Eso me basta.
Luego si no me he quitado
De aquí, ni aquí escrito, estaba
Escrito ya: luego fué
Mi desengaño la causa
Y no lo que dijo Clori.

PONLEVÍ.

Probada está la coartada.

ENRIQUE.

¿De suerte que he de creer
Que finges para tu hermana,
Y hablas verdad para mí?

LÍSIDA.

¿No has visto, Enrique, una tabla
Que á una luz finge perfecta
Una hermosura extremada,
Y á otra luz un monstruo finge,
Porque le debe la estampa
Tanto artificio al pincel,
Que hace dos cosas contrarias?
Así mi amor, á la luz
De Clori, es monstruo que espanta,
Y á la de Enrique, perfecta
Hermosura; que en un alma
De un amor fingido á un cierto,
Es la diferencia tanta.

ENRIQUE.

No sé qué tienen tus voces,
Que, con saber que me engañas,
Te he de creer. Deja pues
Que agradecido á tus plantas,
Bese la flor que producen,
Por no decir la que ajan.

LÍSIDA.

¿Mas cerca no están los brazos?

ENRIQUE.

No, que es esfera muy alta.

ESCENA XVIII.

CLORI, NISE. — DICHOS.

CLORI.

A mal tiempo hemos llegado.

LÍSIDA. (*Ap. á Enrique.*)

Porque aquestas dos cansadas
No nos enfaden, harás
La deshecha, miéntras pasan,
Y vuelve luego.

ENRIQUE.

Sí haré. (*Vase.*)

LÍSIDA.

Mucho me debes, hermana.
¿Qué quieres? Ya le abracé
Por hacer lo que me mandas. (*Vase.*)

CLORI.

¡Ay Nise! que tú me has muerto.
Tú me has quitado las armas,
Tú le has dado á mi enemiga
La razon con que me mata.

NISE.

Dices bien: mal este engaño
Me ha salido. Pero aguarda,
Veamos si da lumbre otro.
¿Traes un papel en la manga?

CLORI.

No tengo, sino este, que es
Una memoria.

NISE.

Este basta.
Vete ahora, y el suceso
Puedes mirar retirada.—

(*Vase Clori.*

Ponleví.

PONLEVÍ.

Señora mia.

NISE.

Escúchame.

PONLEVÍ.

¿Qué me mandas?

NISE.

Esto. (*Pégale.*)

PONLEVÍ.

Mira que me ahogas.

NISE.

Pícaro, vil, ¡así agravias
Mi respeto!

PONLEVÍ.

¿Qué respeto?

NISE.

¡Tú, con desvergüenza tanta,
Te me atreves!

PONLEVÍ.

¿Yo me atrevo?

NISE.

Calla, infame. (*Pégale.*)

PONLEVÍ.

¡Ay, que me matan
Diez puñales de cristal,
Con diez remates de nácar!

NISE.

¿Tú á mí? (*Rompe el papel.*)

ESCENA XIX.

LISIDA. — NISE, PONLEVI.

LÍSIDA.

¿Qué voces son estas?
¿Qué es esto, prima?

NISE.

No es nada.
Vete, pícaro, alcahuete,
Antes que de una ventana
Vueles, hecho mas pedazos,
Que mariposas manchadas
Tiene el papel que has traido.

PONLEVÍ.

¿Yo?

NISE.

No respondas palabra.
Vete.

PONLEVÍ.

¡Plegue...

NISE.

No repliques.

PONLEVÍ.

A los cielos, que!...

NISE.

¿Que aun hablas?
Vete ya.

PONLEVÍ.

Sí haré. (*Ap.* Señores,
Esta dama está borracha.) (*Vase.*)

ESCENA XX.

LISIDA, NISE.

LÍSIDA.

Pues, ¿no me dirás qué ha sido?

NISE.

Este pícaro, en mi cara
Se me ha atrevido á decirme
Que su amo...

LÍSIDA.

Di.

NISE.

Le manda
Que me diese ese papel;
Que como vió que no daba
Celos á Clori contigo,
Pasó á mí sus esperanzas.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Aquesta es otra cautela:
Pues no se ha de ver lograda.

(*Levanta los papeles.*)

NISE.

¿Qué haces, Lísida?

LÍSIDA.

Levanto
Los papeles que tú rasgas.

NISE.

¿Con qué efecto?

LÍSIDA.

Con efecto,
Nise, de que, si levantas
Tú una flor, que fué de Enrique,
Deste suelo, para darla
A Clori; por ser de Enrique,
Tambien con la misma causa
Levanto yo este papel.

NISE. (*Ap.*)

¡Jesus, y qué desgraciada
Ando en mentir estos dias!

(*Junta Lísida los pedazos del papel.*)

LÍSIDA.

Dice aquí: *batida el agua;*
Aquí: *huevo fresco*; aquí:
Soliman molido... Basta,
Que mas es decir pesares
Esto, que amores. Pues anda
Enrique tan cuidadoso
De que te laves la cara,
No le has parecido bien,
Nise.

NISE.

¿Quién le quita al aura,
Jugando con los papeles,
Que unos lleve y otros traiga?

No sería ese el que yo
Rasgué.

LÍSIDA.

Sí sería: repara
En que te salen muy mal
Las cautelas y las trazas.

NISE.

¡Qué trazas ni qué cautelas?

LÍSIDA.

Estas.

NISE.

Mira no me hagas
Decir que Enrique ha mil dias
Que con amorosas ansias
Me enamora y me festeja,
Me escribe, en fin, y me cansa,
Porque quizá te pondré
Donde escuches retirada
Sus finezas.

LÍSIDA.

Yo no quiero
Tomar de tí mas venganza,
Que averiguarte que mientes;
Y pues él vuelve, guardada
Destos jazmines, veré
Si te escribe, y si te habla.

NISE.

¡Jesus, Lísida, qué presto
Me has tomado la palabra!
¿No ves que me estoy burlando?

LÍSIDA.

No has de estar conmigo falsa

NISE.

Yo quise darte un picon.
Esto al fin no ha sido nada.

LÍSIDA.

Por sí ó por no, yo he de verlo.
(*Escóndese.*)

NISE.

¡Quién vió pena mas extraña!
Con la mentira me coge
Lísida, como en la trampa;
Que Enrique en toda su vida
Me ha hablado á mí una palabra.

ESCENA XXI.

ENRIQUE, PONLEVI. — NISE; LISIDA, *escondida; despues* CLORI.

PONLEVÍ.

¡Oh qué haces de ir y venir
A este jardin!

ENRIQUE.

Es mi centro,
Y si no es, Ponleví, dentro
Dél, no es posible vivir.
(*Sale Clori, y se queda escuchando*)

CLORI. (*Ap.*)

Desde aquí tengo de oir.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Desde aquí le he de escuchar.

ENRIQUE.

Aquí Lísida ha de estar
Esperando.

PONLEVÍ.

Pues no es ella
La que está aquí: Nise es bella.

NISE. (*Ap.*)

El se vuelve aun sin hablar.

ENRIQUE.

(*Ap.* ¡Ay Dios! Sola Nise está,
Nadie me mira: bien puedo
Perderle á mi amor el miedo,
Y empezar á romper ya
La mina del Duque. Va
De amor fingido y secreto.
Buen efecto me prometo,
Pues solo y seguro estoy
De mi Lísida; que hoy
No hay que temer en efeto.)
Serafin deste jardin
Que es paraíso de amor,
Pues sois la guarda y la flor,
La defensa y el jazmin,
El fuego envainad; y en fin,
Templados al sol los brios,
Oid dulces desvaríos,
Oid afectos temerosos,
Siquiera por amorosos,
Ya, Nise, que no por mios.

NISE. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho?

CLORI. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

LÍSIDA. (*Ap.*)

Yo probar mi muerte quise.

PONLEVÍ. (*Ap. á él.*)

Mira, señor, que esta es Nise,
Y no Lísida.

ENRIQUE.

Yo os vi;
Claro está que os amo, sí,
Pues desde aquel punto, ciego,
La vida y alma os entrego:
Una y otra en vos se mueve,
Que un átomo sois de nieve,
Siendo una esfera de fuego.
Desde entónces procuré
Esta ocasion á mi amor.

PONLEVÍ. (*Ap. á él.*)

Mira que es Nise, señor.

ENRIQUE.

No estoy ciego, ya lo sé.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Verdad cuanto dijo fué.
¡Vive amor, que á Nise adora!

CLORI. (*Ap.*)

¿Esto tenemos ahora?
¡Ay cielos! á Nise quiere.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¿Mas que ya por Nise muere?

NISE. (*Ap.*)

El sin duda me enamora.
¿Quién vió lance mas extraño?
Lo que en burlas he fingido,
De véras ha sucedido.
Esforcemos el engaño.

ENRIQUE.

Muera con mi desengaño,
Pues con mi engaño viví.

NISE.

(*Ap.* En toda mi vida ví
Hombre mas enamorado.)
Vos habeis, Enrique, amado
A Clori en un tiempo.

ENRIQUE.

Sí,
Suya fué mi voluntad.

CLORI. (*Ap.*)

¡Ay ingrato!

NISE.

Luego fuisteis
De Lísida, y la quisisteis.

ENRIQUE.

Suya fué mi libertad.
(*Ap.* Esto solo fué verdad.)

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay cruel!

NISE.

Y á mí despues,
Por igualar á las tres.

ENRIQUE.

En vos mi gloria conquisto.

NISE.

En toda mi vida he visto
Florentin mas portugues.

ENRIQUE.

No, Nise, porque haya amado
A dos, no será perfecto
Este amor.

NISE.

¿Qué mas defecto?

ENRIQUE.

Antes mérito: ¿ha dejado
Nunca de ser estimado
Un libro ó una pintura,
Una espada ó una hechura,
Porque el artífice obró
Otras ántes della? No;
Mas la aprecia y mas la apura
La experiencia: luego infiero
Que, al quereros, en rigor,
Es crédito de mi amor
El querer otras primero.
No por eleccion os quiero,
Que esto es fuerza, vive Dios,
Porque viviendo hoy en vos
O mi amor ó mi fortuna,
Obre perfecto en la una,
Lo que he aprendido en las dos.

CLORI. (*Ap.*)

¡Que esto escuche!

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Que esto vea!

NISE.

A tanta solistería,
(*Saca de la mano á Lísida.*)
Responde tú, prima mía,
Y mira si en mí se emplea.

LÍSIDA. (*A Enrique.*)

Ahora di que te crea.
(*Vase Nise adonde está Clori.*)

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¡Que esto nos tengan aquí!

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

NISE. (*Ap. á Clori.*)

Bien así
Segura estás.

CLORI.

No muy bien.

NISE.

Pues ¿qué falta ahora?

CLORI.

Quien
Ya me asegure de tí,
Pues cuando un remedio das,
Añades otro dolor.

NISE.

Yo hice agravio de su amor:
A mí no me toca mas.
(*Vanse Clori y Nise.*)

ESCENA XXII.

LISIDA, ENRIQUE, PONLEVI.

LÍSIDA.
Ahora, ¿qué me dirás?
¿No respondes?

ENRIQUE.
Mudo quedo.

LÍSIDA.
Habla en tu abono.

ENRIQUE.
No puedo.

LÍSIDA.
Discúlpate.

ENRIQUE.
Mal podré.

LÍSIDA.
Engáñame.

ENRIQUE.
No sabré.

LÍSIDA
Habla.

ENRIQUE.
Tengo á la voz miedo.

LÍSIDA.
Di ahora, ¿quién finge?

ENRIQUE.
Yo.

LÍSIDA.
¿Y en quién hay verdad?

ENRIQUE.
En mí.

LÍSIDA.
¿Luego esto es mentira?

ENRIQUE.
Sí.

LÍSIDA.
¿Luego habrá disculpa?

ENRIQUE.
No.

LÍSIDA.
¿Que un engaño te faltó?

ENRIQUE.
Falta en la fe verdadera.

PONLEVÍ.
¿Que te dije, que no era
La que en aqueste lugar
Habias de enamorar,
Y no me creiste?

LÍSIDA.
Muera
Tan falso y fingido amante.

ENRIQUE.
Yo soy firme, y lo he de ser.

LÍSIDA.
Eso ¿en qué se echa de ver?

ENRIQUE.
En que callo, y soy constante.

LÍSIDA.
Eres fácil.

ENRIQUE.
Soy diamante.

LÍSIDA.
De celos y envidia rabio.

ENRIQUE.
¿Qué pueda un dios niño sabio
Con trazas y sutilezas
Ofender con las finezas,
Y hacer del amor agravio?

JORNADA TERCERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, ENRIQUE, PONLEVI, UN MÚSICO.

DUQUE.
No hay fuerza que venza á amor.

ENRIQUE.
Una sola suele haber.

DUQUE.
¿Cuál es?

ENRIQUE.
Quererle vencer.
Así lo dice, señor,
Garcilaso.

DUQUE.
Pues fué error;
Que eso es lo mismo que dar
Por remedio el olvidar:
Y el olvidar no es remedio
Para amar, sino otro medio
Para volverse á acordar.

ENRIQUE.
Luego bien se da á entender,
Si acuerda para ofenderle,
Que el principio de vencerle
Está en quererle vencer.
Porque ¿cómo ha de querer
Un hombre lo que quisiera
Olvidar? Desta manera
Dispuesta la voluntad,
No está la dificultad
En vencer, sino en que quiera.

DUQUE.
Y en fin, dí, ¿cómo te ha ido
Con Nise? ¿Qué ha sucedido?

ENRIQUE.
Mal mis penas escuchó,
(*Ap.* Y es verdad, muerte me dió)
Que como Fabio ha venido,
Y ha reformado la casa,
Ni á verla ni hablarla llego.

DUQUE.
Pues prosigue hasta que el fuego
Apagues, que así me abrasa;
Que si á desengaños pasa
Mi recelo, yo podré
Vencer á amor, pues querré
Vencerle entónces.

ENRIQUE.
Es cosa
Ya, señor, dificultosa.

DUQUE.
De Fabio el cuidado sé.

ENRIQUE.
Oye, porque al mirador
Me parece que he sentido
Gente.

DUQUE.
Y hácia allí otro ruido
Informa, Enrique, mejor.

ENRIQUE.
¿Cómo sabrémos, señor,
Dónde Clori acierta á estar,
Porque la llegues á hablar?

DUQUE.
Dividiéndonos, sí, pues
Llegando los dos despues,
Nos podemos avisar.

ENRIQUE.
Dices bien; y así, yo vengo
Por esa parte.

DUQUE.
Tambien
Yo por esta. Mas deten
El paso; que en el sosiego
De la noche, oscuro y ciego,
Templan un arpa.

ESCENA II.

CLORI Y NISE, *á una ventana*; LÍSIDA Y CELIA, *á otra*.—EL DUQUE, ENRIQUE, PONLEVI, EL MÚSICO.

CLORI.
Mi pena
Alivia, Nise, y sirena
Del mar de mi amor serás.

LÍSIDA.
Canta, Celia, y vencerás
Un mal que á morir condena.

ENRIQUE.
Por si acaso desde aquí
A llamar vas, he traido
Un músico prevenido.
Si cantan, ¿cantará?

DUQUE.
Sí.

PONLEVÍ.
Pues yo tambien desde allí
Responderé á tus desvelos.

ENRIQUE.
Canta, por ver si los cielos
Templan así su rigor.

DUQUE. (*Al músico.*)
Cántame cosas de amor.

LÍSIDA. (*A Celia.*)
Cántame cosas de celos.

CLORI. (*A Nise.*)
Canta cosas de tristeza.

ENRIQUE. (*A Ponleví.*)
Canta cosas de alegría:
Sepa ya el ausente dia
Que sin él hay mas belleza.

MÚSICO. (*Canta.*)
Amor, amor, tu rigor
Reinos vence y quita leyes:
Mas puede amor que los reyes:
Solo es monarca el amor.

CELIA. (*Canta.*)
Celos, ¿cómo no os penetra
Vuestro mál, y os llaman celos,
Si para llamaros cielos,
Os falta sola una letra?

PONLEVÍ. (*Canta.*)
Fortuna, ¿quién se desvela
Por tí, si á todos igualas?
Tu rueda pinta con alas;
Que no rueda, sino vuela.

NISE. (*Canta.*)
Razon, razon, ¿hasta cuándo
El amor te ha de vencer?
Si á espacio viene el placer,
¿Cómo se nos va volando?

DUQUE. (*Al músico.*)
No dejes interrumpirte.

LÍSIDA. (*A Celia.*)
No dejes, no, de cantar.

ENRIQUE. (*A Ponleví.*)
Prosigue, di mi pesar.

CLORI. (*A Nise.*)
Canta mas, que es gloria oirte.
MÚSICO.
¿Si esperaré algun favor?
CELIA.
¿Si tendré alguna esperanza?
PONLEVÍ.
¿Si habrá en mis males mudanza?
NISE.
¿Si sanan males de amor?
DUQUE.
Canta, aunque canten tambien.
LÍSIDA.
No calles, aunque ellos canten.
ENRIQUE.
Mi mal tus voces espanten.
CLORI.
No calles, pues cantas bien.
TODOS. (*Cantan.*)
Razon, fortuna, amor, celos,
Son pasiones que se mudan:
La razon falta á su tiempo,
Y se cansa la fortuna.
El amor es fuego,
Los celos le ayudan,
Cánsase la dicha,
Y el amor se duda.
DUQUE. (*Llegando á la ventana donde están Clori y Nise.*)
Ya que al aire la voz tuya,
O Nise hermosa, se esparce,
Lleve para mi esperanza
Un recado de mi parte.
CLORI. (*Ap. á Nise.*)
Este es el Duque: no digas
Quién soy, porque no me hable.
NISE.
No vuestra Alteza, señor,
Le dé una patria tan fácil;
Que es su centro un pecho, donde
Tiene su adorada imágen.
DUQUE.
Si eso dijera la dama
Que os acompaña, notable
Fuera mi dicha.
NISE.
No mucha;
Que la que engaños os hace,
Es una criada mia.
DUQUE.
¡Ah! ¿sí? Pues decidla que hable.
NISE.
Es muda y no sabe hablar.
DUQUE.
Sentir es lo que no sabe.
LÍSIDA. (*A Enrique.*)
Mal dicen estas finezas
Con otras facilidades.
ENRIQUE.
Bien dicen esos afectos
Quizá con otras verdades.
LÍSIDA.
Mis ojos crên lo que ven.
ENRIQUE.
Y ¿no hay antojos que engañen?
LÍSIDA.
No es posible, cuando son
Tan perfectos los cristales.
ENRIQUE.
Los mas perfectos engañan.
DUQUE.
Luego vuelvo aquí: esperadme;
Reconoceré allí un hombre.
(*Desvíase, y llégase á Enrique á quien habla aparte.*)
Enrique.
ENRIQUE.
Señor.
DUQUE.
Constante
Está Clori en sus rigores;
Que no quiere declararse
De que está con Nise.
ENRIQUE.
Pues
¿Qué quieres?
DUQUE.
Que tú te pases
A esotra ventana quiero;
Y pues dos cosas iguales
Nos traen á los dos (que son,
O que tú con Nise hables,
O yo con Clori), y la una
Ya tan mal á mí me sale,
No las perdamos entrambas.
Allí está: llega, pues sabes
Que en eso me va la vida.
ENRIQUE.
¡Hay suceso semejante!
(*Pásase Clori á la ventana de Lísida.*)
CLORI.
Lísida.
LÍSIDA.
¿Qué es lo que quieres?
CLORI.
El Duque en aquella parte
Ha dado en reconocerme:
Vió dos bultos, y por darle
A entender que no era yo,
Te pido que allí te pases.
LÍSIDA.
Si lo haces por saber
Quién está conmigo, darte
Quiero esa satisfaccion.
Enrique es, y porque le hables
Me iré.
CLORI.
Eso no.
LÍSIDA.
Yo he de irme.
(*Ap.* Mas es á hacer otro exámen:
Veamos de una vez si mienten
Los ojos y los cristales.)
(*Pásase á la otra ventana.*)
PONLEVÍ. (*Para sí.*)
Yo desta noche redonda
De amor de Ronces-amantes,
Solo estoy de nones, cuando
Todos los demas son pares,
Si ya á Don Monsiur del sueño
No llamo, que me acompañe.
(*Apártase á un lado, y échase á dormir.*)

ESCENA III.

OCTAVIO, *que se coloca donde estaba ántes Ponlevi.* — DICHOS.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Si quien unos celos tiene,
No es posible que descanse,
Quien tiene dos celos ¿cómo
Ya descansará un instante?
DUQUE. (*A Enrique.*)
Llega.
ENRIQUE. (*Ap.*)
¡Que á esto me obligue
Hoy un poderoso amante!
DUQUE.
¿Qué esperas?
ENRIQUE.
He visto un hombre.
DUQUE.
No tienes que recelarte,
Que es Ponlevi: retirado
Estuvo allí siempre.
ENRIQUE. (*Ap.*)
Dadme,
Cielos, palabras fingidas
Con que á una deidad engañe.
CLORI.
¡Gracias al cielo, que aquí
No oiré del Duque los males!
DUQUE.
Sí oiréis, que él vendrá á buscaros
Donde estáis.
CLORI. (*Ap.*)
¡Hay semejante
Suceso? ¡Cielos! por donde
De su amor asegurarme
Quise, me entregué á su amor.
Ya es fuerza que con él hable.
ENRIQUE.
Yo llego: aliénteme, pues,
Ver que Lísida este instante
No me oirá, pues con el Duque
Habla ya en esotra parte.—
Bellísima Nise...
OCTAVIO. (*Ap.*)
¿Nise,
Dijo?
ENRIQUE.
Pues tu voz süave
Iman es de cuanto vive,
Conduciendo á estos umbrales
Entre las peñas los brutos,
Entre las flores las aves,
Da lugar á un pensamiento,
Que tu dulce voz le trae
A morir de tal veneno,
Que es toda su copa el aire.
LÍSIDA. (*Ap.*)
¿Qué es esto, cielos, que escucho?
¿Esto es venir á buscarme,
O esto es venir á perderme?
OCTAVIO. (*Ap.*)
¡Oh falso amigo! Oh amante
Ingrato! Viven los cielos,
Que he de salir á matarle.
ENRIQUE.
Si quereis ver si son ciertas
Mis penas, la prueba es fácil.
LÍSIDA.
No mucho, porque yo sé,
Enrique, que no ha un instante
Que eran verdades con otra.
Ved si mienten los cristales.
ENRIQUE.
Lísida...
LÍSIDA.
No digas mas.
ENRIQUE.
Viven los cielos...
LÍSIDA.
No trates

De satisfacerme mas,
Ni me veas, ni me hables.
(*Quítase de la ventana, y Nise la sigue.*)

ENRIQUE.

Oye, escucha... Mas ¿qué miro?
La puerta del jardin abren.—
(*Llégase al Duque.*)
Señor.

DUQUE.

¿Qué quieres?

ENRIQUE.

Un hombre
De casa de Fabio sale.

CLORI.

Mi padre es : ántes que os vea,
Idos, señor, de la calle.
(*Quítase de la ventana, y tambien Celia.*)

DUQUE.

Este es Fabio. Pasa, Enrique,
Procurando disfrazarte :
No me conozca.

ENRIQUE.

¿Qué importan
Los rebozos y disfraces,
Si le ha de decir el dia
Cuanto la noche le calle?
(*Vanse el Duque y Enrique, y Octavio tras ellos.*)

ESCENA IV.

FABIO, OCTAVIO. — PONLEVI, *dormido en el suelo.*

FABIO.

¡Qué mal, patria, me recibes!
El dia que á tus umbrales
Llego, encuentro lo primero
Mis penas, y mis pesares.
Una sospecha que tuve
De Enrique y de Clori, ántes
Que él se fuese á España, hoy
De Milan aquí me trae,
Por ver si él es quien aquí
Dispone escándalos tales.
Sintiéronme, y se ausentaron
Los que estaban en la calle.
¡Oh quién supiera quién son!
(*Tropieza con Ponlevi.*)

PONLEVÍ.

¿Quién va?

FABIO.

¿Quién es?

PONLEVÍ.

Ya es muy tarde :
Déjate, señor, ahora
De decir mas disparates
A Nise, á Lísida, á Clori,
Y vámonos.

FABIO.

Donde darte
Pueda la muerte, será.

PONLEVÍ.

¡Jesus, y qué venerable
Barba! ¡Qué susto te ha dado,
Que has barbado en un instante?

FABIO.

Di, ¿criado de quién eres?

PONLEVÍ.

Es una cosa muy fácil :
De Enrique.

FABIO.

Enrique ¿de cuál
De tres damas es amante?

PONLEVÍ.

De todas.

FABIO.

(*Ap.* Este es un loco.)
Di, ¿á cuál quiere?

PONLEVÍ.

A todas.

FABIO.

Dame
Cuenta aquí de á cuál pretende.

PONLEVÍ.

A todas, y no se canse,
Que no quitaré una sola,
Porque es galan á tres haces,
De pretérito, presente
Y futuro.

FABIO.

El no matarte
Agradece á mi valor,
Porque no es bien que se manche
Mi acero en sangre tan vil.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

No es malo tener vil sangre
Tal vez.

FABIO.

Vete pues, villano,
Vete.

PONLEVÍ.

Digo que me place. (*Vase.*)

ESCENA V.

FABIO.

Enrique, con la privanza
Del Duque, á escándalos tales
Se atreve contra mi honor
Indignamente; y pues ántes
Que se fuese, averigüé
Sospechas que ya á verdades
Pasan, pongamos remedio.
Dos caminos en tan grave
Dolor hay, de la cordura,
O el valor; y pues iguales
Son, acudamos primero
A la cordura. A quejarme
Iré al Duque de mi agravio;
Y cuando aquesto no baste,
Apelaré á mi valor. (*Vase.*)

—

Sala de palacio.

ESCENA VI.

ENRIQUE, OCTAVIO, PONLEVI.

OCTAVIO.

Enrique, buscándôs vengo.

ENRIQUE.

Pues, amigo, ¿qué quereis?

OCTAVIO.

Que ese nombre no me deis,
Pues que yo por tal no os tengo;
Que no lo es el que asegura
Y hiere, el que halaga y mata,
Bien como serpiente ingrata,
Que con lisonjas procura
Encubrir el corazon :
Y así, ese nombre no os toca,
Pues halagais con la boca,
Y matais con la intencion.

ENRIQUE.

De que soy noble, testigo
Hago al cielo, al mundo juez;
Y por saber que una vez
Se ha de sufrir á un amigo,
En responderos se funda
Mi amistad desta manera;
Y pues pasó la primera,
No vamos á la segunda.

OCTAVIO.

Sí vamos, pues sin decoro
De aquel secreto primero,
Diciéndôs que á Nise quiero,
Diciéndôs que á Nise adoro,
Vos, alevoso, la amais,
Vos, ingrato, la servís,
Vos de dia la escribís,
Y vos de noche la hablais.

ENRIQUE.

No puedo, Octavio, negaros
Lo que vos decís que visteis,
Que escuchasteis ó supisteis,
Ni tampoco puedo daros
Disculpas, que están guardadas
Quizá para disuadiros;
Pero no puedo sufriros
Razones tan apuradas,
De quien á ofenderme vengo
Con causa; que si sabeis
Vos la razon que teneis,
Yo tambien sé la que tengo.
Y porque en palacio estamos,
Esto mi amistad responde.

OCTAVIO.

Pues nombrad, Enrique, donde
Vos querais que nos veamos.

ENRIQUE.

Sea...

ESCENA VII.

EL DUQUE. — ENRIQUE, OCTAVIO, PONLEVI.

DUQUE.

¿Qué es esto?

ENRIQUE.

Señor,
No es nada.

DUQUE.

(*Ap.* Los dos turbados
Están : bien de sus cuidados
Dicen que es causa mi amor.
El daño he de prevenir.)
Octavio.

OCTAVIO.

Señor.

DUQUE.

Traed
La escribanía, y poned
El recado de escribir.—
Y vos, salíos allá fuera.

OCTAVIO. (*Ap. á Enrique.*)

¿En qué quedamos los dos?

ENRIQUE.

En qué os diré adónde.

OCTAVIO.

Adios. (*Vase.*)

ENRIQUE. (*A Ponlevi.*)

Tú en esa sala me espera,
(*Vase Ponlevi.*)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, ENRIQUE; *despues*, FABIO.

DUQUE.

Enrique, ¿qué ha sido esto?

ENRIQUE.

Un daño, señor, que ha sido

Mayor, porque prevenido,
No se remedió.

DUQUE.

¡Tan presto
Lo supo! Mas yo he de hacer
Esta amistad.

ENRIQUE.

No, señor,
Porque á dolencias de honor
No es buen médico el poder.
(*Sale Fabio.*)

FABIO.

(*Ap.* Solo está Enrique con él.)
¿Podréte hablar, señor?

DUQUE.

Sí.—
Retírate, Enrique, allí.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Será á escribirle un papel. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE, FABIO.

FABIO.

Para decir mis enojos,
Quisiera en tan triste calma
Que fueran lenguas del alma
Las lágrimas de los ojos.

DUQUE.

(*Ap.* Ya otro cuidado prevengo.)
¿Qué tienes, Fabio?

FABIO.

Señor,
Penas tengo, tengo honor,
Y lloro porque le tengo;
Que con pension tan cruel
El alma el honor recibe,
Que no vive bien quien vive,
Ni con honor, ni sin él.—
Dos hijas tengo, señor.

DUQUE.

(*Ap.* Sin duda, cielos, aquí
Viene á quejarse de mí
A mí mismo, y que mi amor
Ha sabido.) Ya yo sé
Que vuestra opinion segura,
En una y otra hermosura
Tiene librada su fe.

FABIO.

No tanto que un poderoso
Sombra desta luz no sea.

DUQUE.

(*Ap.* El se declara.) No crea
Vuestro pecho generoso
Nada con facilidad.

FABIO.

Tan necio, señor, no fuera,
Que á vuestras plantas viniera
Mal informado: escuchad.
Enrique, con alas vuestras
(Que el vuelo de la privanza
A mayor esfera alcanza),
Ofende con locas muestras
De amor, mi casa.

DUQUE.

Está bien.
Mas quejarse dél así
Aun no es perdonarme á mí,
Pues soy la causa tambien.

FABIO.

Suplicôs que remediéis
Este daño.

DUQUE.

Apasionádo
Venís y mal informado;
Que yo sé que á Enrique haceis
Agravio, porque sé yo
Que la dama que pretende,
Ni os agravia ni os ofende.

FABIO.

Diréos otra vez que no
Viniera desalumbrado.
Si yo sé que Clori era
Antes que á España se fuera,
La esfera de su cuidado;
Si sé que habiendo venido
En su deseo porfía,
Porque de noche y de dia
Argos de mi casa he sido,
¿Podréme engañar, señor?
¿No es evidencia bien clara
Que yo no le levantara
Tal testimonio á mi honor?

DUQUE.

¡Qué decís!

FABIO.

Que Clori es
A quien festeja.

DUQUE.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
¿Antes de irse á España?

FABIO.

Sí.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Qué escucho, cielos!

FABIO.

Y pues
Enrique no se adelanta
A Clori en mas que en tener
Tu privanza, tú has de hacer
Su boda, ó en pena tanta,
Habiendo cumplido ya
Con la obligacion primera,
Cobraré de otra manera
Mi honor, que perdido está.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Qué veneno estos enojos,
Qué tósigo estos agravios
Han bebido sin mis labios,
Han mirado sin mis ojos!
Acuérdome que en un coche
A recibirle salió...
Sí, pues allí le hallé yo,
Y ella huyó de mí esta noche.
Primero la cuestion fué
De la banda y de la flor...
¡Oh, qué de memoria, amor,
Tienes! No me digas que
A otro dia me escribió
Que el visitarla excusara,
Muestra y evidencia clara
Que el venir él, lo causó.

FABIO.

¿Tan poco te mereció
Mi agravio, mi pena fiera,
Que una palabra siquiera
No me has respondido?

DUQUE.

No;
No, Fabio, porque no sé
Responder ni discurrir,
Porque solo sé sentir.

FABIO.

Pues con eso apelaré
Al valor con que he nacido.

ESCENA X.

ENRIQUE, PONLEVI. — EL DUQUE, FABIO.

ENRIQUE. (*Ap. á Ponlevi.*)

Luego á Octavio buscarás,
Y este papel le darás.

PONLEVÍ.

¿A Octavio me dices?

ENRIQUE.

Sí.

DUQUE. (*Ap.*)

Enrique es. Mucho me temo;
Que hoy fio poco de mí,
Y esto no ha de ser aquí.
Pase pues de extremo á extremo
Mi dolor.

ENRIQUE.

¿Tú tan airado,
Señor? ¿Cuál la causa es?

DUQUE.

Yo te la diré despues. (*Vase.*)

PONLEVÍ. (*Ap.*)

De Ineses nos ha tratado.

ENRIQUE.

Fabio, ¿qué es aquesto?

FABIO.

No
Lo sé; que si lo supiera,
Hoy á mí me lo dijera,
Que tambien lo ignoro yo. (*Vase.*)

PONLEVÍ.

¿Qué te dije? ¡Qué no amaras
A Clori, porque te habia
De suceder algun dia
El pesar que ahora reparas!
Pero Octavio pasa allí:
A darle voy el papel. (*Vase.*)

ENRIQUE.

¡Hay confusion mas cruel
Que la que pasa por mí!

ESCENA XI.

CELIA, *tapada*. — ENRIQUE.

CELIA.

Hasta hallarle aquí me he entrado,
Pisando con piés de plomo,
Por no decir que de lana.
Ce.

ENRIQUE.

¿Es á mí?

CELIA.

Sí.

ENRIQUE.

Pues ya os oigo.

CELIA.

Mi señora...

ENRIQUE.

¡Oh Celia mia!

CELIA.

Este te envía.

ENRIQUE.

Dichoso
Soy, aunque vengan en él
Iras, ofensas y enojos;
Que no olvida quien se acuerda
Aun para decir oprobios.
(*Lee.*) *Algun despique han de tener mis agravios, y este quiero que sea el decirlos: salid luego al paseo; que yo me alargaré á la quinta del Duque, donde vos los oigais y yo los diga.*
(*Ap.* La hora casi y el sitio
Que yo para Octavio nombro,
Lisida para mí nombra,
Pues le escribí que en el soto
De la quinta le esperaba.
Otra vez estoy dudoso.
¿Excusaréme con ella?
No, que es añadirla otro
Recelo. Y pues no la digo

De mi fortuna el estorbo,
Salga Lisida al paseo.
Mejor es, pues para todo,
Salga bien ó salga mal,
Bastante disculpa otorgo.)
Di á Lisida, Celia mia,
Que estoy á servirla pronto.

ESCENA XII.

PONLEVI. — ENRIQUE, CELIA.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

En respuesta del papel
Que dí á Octavio, traigo otro,
Que al entrar aquí, me dió
Un hombre que no conozco.
Mas ¡qué miro! ¿No es aquella
La bella Celia que adoro?

CELIA.

Así lo diré.

ENRIQUE.

Oye, Celia.

CELIA.

¿Qué mandas?

ENRIQUE.

Espera un poco.
(*Ap.* El Duque conmigo está
Disgustado ó sospechoso,
Porque de Clori no sé
Los desvelos amorosos;
Y así quiero aquí el secreto
Abrir con llave de oro,
Pues esta es buena ocasion.)
Celia mia de mis ojos,
En tu mano está mi vida,
Mi bien, mi quietud, y todo
Cuanto soy y cuanto valgo,
Que hoy á tus plantas lo pongo.

CELIA.

¿Con tanto encarecimiento
Me hablas á mí?

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¿Cómo, cómo?
¿Tambien á Celia requiebros?
Esto le faltaba solo
Por no enamorar en casa
De Fabio.

CELIA.

El efecto ignore.

ENRIQUE.

Toma este diamante, hijo
Del sol: un rayo es de Apolo,
Aunque piedra.

CELIA.

Por no ser
Grosera, señor, le tomo.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

¡Oh ingrata Celia! Grosera
Fueras mas que un monicongo,
Y no tomajona.

ENRIQUE.

En fin,
Tú, Celia, eres dueño solo
De mi vida.

CELIA.

Ya tú sabes
Que soy tuya.

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Estoy furioso.
¡Tuya dijo! ¡Qué esto veo!
¡Tuya dijo! ¡Qué esto oigo!
Daréle muerte. Mas no,
Que es mi señor. ¡Cuán dudoso
Entre amor y honor estoy,
Aquí necio, y allí loco!

ENRIQUE.

Dime, pues como ladron
De casa, Celia, es forzoso
Que no se te esconda nada
En ella...

PONLEVÍ. (*Ap.*)

Ni á ti tampoco.

ENRIQUE.

Mas ¿quién habla allí?

PONLEVÍ.

Yo soy.

ENRIQUE.

Espera allá.

PONLEVÍ.

¡Liado como[1]!

ENRIQUE.

¿Quién á Clori sirve? Quién
Es el amante dichoso
Que merece que por él
Desprecie al Duque? Y si toco
Por ti aqueste desengaño...

CELIA.

No mas, y á todo respondo
Con decir que soy criada
De Lisida, y que me corro
De que trayéndote yo
De su parte este amoroso
Papel, busques desengaños
De otros celos. ¡Qué buen modo
De desenojarlos! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, PONLEVI.

ENRIQUE.

Oye...
¿Hay pundonor mas gracioso?
¡Que hasta una criada hoy
Celos me pida!

PONLEVÍ.

Y yo y todo:
Potente rey de romanos[2],
Amo injusto y alevoso;
Falso dueño de abarrisco,
Señor de á roso y velloso,
¡Así á un criado leal
Se rompe la fe y el voto
Que debes! ¿Para esto (¡ay cielos!
Con mis razones me ahogo)
Te conté que á Celia quiero,
Te conté que á Celia adoro?

ENRIQUE.

¡Viven los cielos, villano,
Que desde la punta al pomo
Este acero...

PONLEVÍ.

No me jures.
Todo lo he sabido, todo
Por mis oidos lo oí,
Y lo vi por estos ojos.

ENRIQUE.

Te mate y bañe en tu sangre
Con fingido esmalte rojo,
Si no callas!

PONLEVÍ.

¡Yo con celos,
Callar! ¿Dónde, cuándo ó cómo?

ENRIQUE.

¿Hay tal modo de apurar
Mi paciencia?

PONLEVÍ.

¿Y hay tal modo
De apurar nuestras mujeres?

ENRIQUE.

Déjame ya, necio, loco.

PONLEVÍ.

En dando cuenta de mí.

[1] Cordelejo, chasco, rabieta.
[2] Tarquino.

Tu papel le dí, y tomólo
Octavio: al volver, hallé
En aquesa cuadra un mozo,
Que me dió este para ti. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE.

Con temor la nema rompo;
Que soy Midas de desdichas,
Como aquel lo fué de oro.
(*Lee.*) *No dije cuando os hablé, mi resolucion, por no oir vuestras satisfacciones; y porque en el campo no las hay, esperando estoy detras de la quinta del Duque. Quiero hablaros en aquel arroyo que del bosque la divide. Dios os guarde. — Fabio.*
¡Que pudiese la fortuna
Contra un infelice solo
Conjurar tantas desdichas!
Contémoslas poco á poco.
El soto del Duque es
El sitio que á Octavio nombro,
La quinta Lisida á mí,
Y Fabio el veloz arroyo
Que desta parte divide
Su fábrica de unos olmos.
Ya de Lisida el papel
No tiene lugar: depongo
Mi amor, pues para mi honor
Me he menester á mí todo.
Yo llamo á Octavio, y á mí
Me llama Fabio, uno y otro
A un tiempo, y con una queja:
Si este me espera animoso,
Yo animoso á aquel le espero:
¿Cuál es lance mas forzoso?
¿Acudir al que yo llamo,
O al que á mí me llama? Todo
Tiene su fuerza, porqué
En argumentos honrosos,
Son paradojas de honor,
Y por ambas partes docto
El duelo los califica,
Pues tiene un derecho propio
Aquel que á mí me ocasiona,
Y aquel á quien yo ocasiono.
Acudir al que yo llamo,
Es acudir á mi enojo:
Al que me llama, al ajeno;
Mas es engaño notorio,
Pues atreverse á llamarme,
Siendo ajeno, le hace propio.
La razon que contra el uno
Tengo yo, pues yo dispongo
El duelo, contra mí tiene,
Pues me le dispone, el otro.
Faltarle yo al que yo llamo,
Es dejarle sospechoso
De que falto á mi palabra,
Pues en fe della, brioso
Saldrá: dejar de salir
Al que me llama, tampoco;
Pues en fe de mi valor
Me espera: volver el rostro
Al uno ni al otro puedo.
Pues si no puedo yo solo
Acudir aun á dos gustos,
Di, fortuna, ¿cómo, cómo
Acudiré á dos pesares?
¡Cómo, falseando el estorbo,
Lo que el gusto no pudiera,
Haré que pueda el asombro?
Por parte de la razon,
Ambos sin ella quejosos,
Por Nise y Clori se ofenden,
Siendo así que ni yo adoro
A Nise, ni á Clori quiero:
¿Quién creerá, ¡oh cielos piadosos!
Que estando yo enamorado

Tenga dos hombres celosos,
Y ninguno de mi dama?
Que esto solo hay en mi abono,
Y por esta dicha sola,
A mi fortuna perdono
Todas las demas desdichas;
Aunque á un mismo tiempo noto
Que Fabio me desengaña,
Que Octavio me dice oprobios,
Que el Duque, mal satisfecho
De mi lealtad, me huye el rostro;
Que Clori, engañada un tiempo,
Llora ahora sus enojos;
Que Nise, de mí burlada,
Siente mi amor cauteloso;
Que Lísida, mal quejosa,
Crea fingidos antojos;
Que Celia me dice injurias,
Y que hasta un necio, hasta un loco
Me pide celos de Celia.
Todo en fin, fortuna, todo
Te lo perdono, sin celos;
Y mas ahora, que un modo
Me ha prevenido el discurso,
Con que osado y animoso
Cumpla los dos desafíos.
Mucho es lo que propongo;
Pero yo lo cumpliré.
¡Oh! quiera el cielo piadoso
Que acabe hoy, porque hoy acaben
Iras, venganzas, enojos,
Agravios, injurias, duelos,
Quejas, ofensas, oprobios,
Confusiones, penas, rabias,
Engaños, sombras, antojos,
Ilusiones, desvaríos,
Y celos, que lo son todo! (*Vase.*)

—

Entrada á un bosque.

ESCENA XV.

FABIO, *y despues* ENRIQUE.

FABIO.

Esta selva oportuna
El teatro ha de ser de mi fortuna.
Sepa el Duque que Fabio
Sabe satisfacerse de su agravio
Sin él. Aquí en efecto á Enrique espero,
Armado de razon, y no de acero.
Ruido hácia allí he sentido.
Si, dos mujeres son [1], que habrán venido
A espaciarse á esta quinta,
Que pule ya el abril, y el mayo pinta.
(*Sale Enrique.*)

ENRIQUE.

Perdonad, si he tardado.

FABIO.

Nunca tarda
La muerte, aun para el mismo que la [aguarda;
Si bien ha rato, Enrique, que os espero,
Para mostraros...

ENRIQUE.

Tenga vuestro acero;
Que es muy público sitio en el que esta-
A lo espeso del bosque vamos. [mos.

FABIO.

Vamos. (*Vanse.*)

—

Claro en lo interior del bosque.

ESCENA XVI.

OCTAVIO; *despues*, ENRIQUE Y FABIO.

OCTAVIO.

No digan que hay valor, que hay valentía
Mayor que el esperar con bizarría
En el campo al contrario.
Y no dije reñir, que es lance vario, [ra,
Sino esperar, por ver que hace cualquie-
Aun mas que cuando riñe, cuando espe- [ra.
Gente viene. Enrique es, y trae á Fabio
Consigo.
(*Salen Enrique y Fabio.*)

FABIO. (*Ap.*)

¡Vive el cielo, que está Octavio,
Que de Enrique es amigo,
De emboscada! ¡Oh tirano!

OCTAVIO.

(*Ap.* ¡Oh enemigo!)
Yo solo os esperaba,
Enrique...

FABIO.

Y yo tambien solo aguardaba...

OCTAVIO.

Y no con Fabio al lado.

FABIO.

Y no de Octavio ahora acompañado.

OCTAVIO.

Pero reñid los dos de cualquier modo.

FABIO.

Pero reñid los dos; que para todo
Brio tengo y valor.

OCTAVIO.

Animo tengo.

ENRIQUE.

Escuchad y veréis cuán solo vengo.
Yo os escribí que en este sitio, Octavio,
Nos viésemos; á un mismo tiempo Fabio
Me escribió á mí lo mismo:
Yo en tanta confusion, en tanto abismo,
Triste, ciego y turbado,
Viendo que al uno llamo, y que llamado
Del otro soy, no quiero
Arbitro ser de adónde iré primero;
Y así, aquí os he juntado.
Ahora ved si vengo acompañado,
Y ved tambien cuál reñirá primero.
Dos sois, honor teneis, solo os espero.

ESCENA XVII.

EL DUQUE. — DICHOS.

DUQUE.

¿Está aquí Enrique?

ENRIQUE.

Aquí estoy.

DUQUE.

A grande dicha he tenido
Haberte hasta aquí seguido.
¿No os mandé no salir hoy
De palacio?

ENRIQUE.

Solo doy
Por disculpa...

DUQUE.

Bien está.
Todo esta entendido ya;
Y yo ofendido de todo,
Castigaré de otro modo
A quien pesares me da.

OCTAVIO.

Señor...

DUQUE.

Basta.

ENRIQUE.

Si te digo...

DUQUE.

No mas.

FABIO.

Yo...

DUQUE.

Mas culpa vos
Merecéis. Quedáos los dos: —
Vente tú solo conmigo. (*Vase.*)

ENRIQUE.

Sombra de tu luz te sigo. (*Vase.*)

OCTAVIO.

¿Que esto pueda la privanza?

FABIO.

¿Que esto un poderoso alcanza?

OCTAVIO.

¡Qué desdicha!

FABIO.

¡Qué desvelos!

OCTAVIO.

Ya no hay venganza á mis celos.

FABIO.

Ya no hay á mi honor venganza. (*Vanse.*)

—

Cuarto en la quinta del Duque.

ESCENA XVIII.

LISIDA, CELIA.

LÍSIDA.

Hasta el último aposento
Del cuarto del Duque entré.
Y aun aquí no me parece
Que estamos seguras bien
De mi padre. El jardinero
Que aquí nos dejó, y se fué
A saber lo que pasaba
(Porque con una mujer
Es un villano piadoso,
Es un rústico cortés),
¿No tarda mucho?

CELIA.

No tanto,
Que ya no sienta torcer
La llave á la galería,
Y aun entrar por ella...

LÍSIDA.

¿A quién?

CELIA.

¡A Enrique y al Duque!

LÍSIDA.

¡Ay triste!
¿Que he de decir, si me ve
Cerrada en su mismo cuarto
En este traje? No sé
Cómo el cielo careó
Contra mi suerte cruel
Tantos instrumentos juntos.

CELIA.

¿Qué harémos?

LÍSIDA.

Oye: este es
Un camarin, y está abierto
Entrémonos, Celia, en él;
Quizá pasarán sin vernos.
A ganar, y no á perder
Voy, pues la duda de ahora
Remito para despues.
(*Entranse por una puerta que cierran por dentro.*)

ESCENA XIX.

EL DUQUE, ENRIQUE.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que tienes, señor,
Que, enojado al parecer,
Deste cuarto has penetrado
La mas oculta pared?

DUQUE.

Veré si este camarin
Está cerrado tambien.
Sí. Ya, Enrique, estamos solos,

[1] Sospechamos, por esta expresion, que se ha suprimido aquí una escena de Lísida y Celia.

Ya es tiempo, ya ocasion es
De que me reveles cuanto
Has alcanzado á saber
De los amores de Clori.
¿Quién es pues su amante, quién?

ENRIQUE.

Aunque á Nise he festejado,
Solo por obedecer
Tu precepto, no sé nada.

DUQUE.

Pues yo sí, todo lo sé.

ENRIQUE.

¿Y tiene Clori galan?

DUQUE.

Sí, Enrique.

ENRIQUE.

¿Y sabes quién es?

DUQUE.

Un traidor, un alevoso.

ENRIQUE.

¡Vive el cielo, que á saber
Quién era, le diera muerte!

DUQUE.

No, que yo se la daré,
Porque á dolencias de honor,
No es buen médico el poder;
Y porque el valor lo sea,
Desta manera ha de ser.
Saca, villano, la espada,
Procúrate defender.
Un hombre igual soy contigo,
Solo estoy, solo te ves.
(*Saca la espada.*)

ENRIQUE.

Señor, señor, tente, espera,
Miéntras que puesto á tus piés,
Te ruego que no me mates,
Sin que me digas por qué.

DUQUE.

Porque siendo tú el amante
De Clori aun ántes de hacer
La jornada á España, cuando
Mis amores te conté
Me lo negaste, encubriendo
Los tuyos con falsa fe.

ENRIQUE.

Deten la espada, señor;
Deten el brazo, deten
La voz, que me aflige mas.
Diré la verdad.

DUQUE.

Di pues.

ENRIQUE.

Yo amé á Lísida, señor,
Desde la primera vez
Que la vi. Clori, quizá
Burlando de mí, al desden
Suyo recogió el rigor.
Correspondíla cortés
Solamente, porque yo
Nunca á Clori quise bien.

DUQUE.

¿Nunca la quisiste?

ENRIQUE.

No.

DUQUE.

Luego posible no es
Que mi dama ó yo no estemos
Ofendidos de tí, pues
Si la amaste, me ofendiste;
Si no la amaste, tambien.

ENRIQUE.

Testigos hago á los cielos,
Que no te puedo volver
La espalda.

DUQUE.

Ya fuera en vano.

ENRIQUE.

Hago á mi lealtad juez,
Que á ser balcon esta reja
Hoy me despeñara dél.

DUQUE.

Arrojárame tras tí.

ENRIQUE. (*Desenvainando.*)

Yo hice cuanto pude hacer,
(*Retírase hasta la puerta del camarin.*)
Pues de tí me he retirado,
Hasta encontrar la pared;
Que juro á Dios y á esta cruz,
Que para esto la saqué,
Y no mas; que mas no puedo
Retirarme.

DUQUE.

Eso esperé:
Ver en tu mano la espada,
Para tirarte mas bien.

ENRIQUE. (*Entrándose.*)

Los cielos guardan mi vida,
Ellos se saben por qué.
(*Riñen, ábrese la puerta del camarin, éntrase Enrique, y vuelven á cerrar.*)

DUQUE.

¡Viven ellos, que habia gente
Aquí dentro! Romperé
La puerta, haréla pedazos
Con las manos y los piés.
(*Da golpes en la puerta con la daga.*)

ESCENA XX.

LISIDA, *y luego* FABIO.—EL DUQUE.

LÍSIDA. (*Dentro.*)

Jardineros desta quinta,
Acudid presto, romped
Estas puertas, porque el Duque
Mata á Enrique.

DUQUE.

¡Aquella es
Voz de Lísida! Los cielos
Vida y ventura te dén.

FABIO. (*Dentro.*)

Romped las puertas, entremos
Todos.

DUQUE.

Pues no puede ser
Que ya me vengue el valor,
Véngueme el ingenio. Bien
Lo he pensado. (*Abre la puerta.*)

ESCENA XXI.

FABIO, CLORI, OCTAVIO, NISE
PONLEVI.—EL DUQUE.

FABIO.

Ya está abierto.
¿Qué es aquesto?

DUQUE.

¿Qué há de ser?
Satisfacer vuestro enojo,
Y vuestros celos tambien.—
Huélgome, divina Clori,
Que á aquesta ocasion lleguels.

CLORI.

Saliendo al paseo, señor,
Aquí á Lísida dejé,
Porque en esta quinta quiso
Hoy la tarde entretener,
Y vuelvo por ella.

DUQUE.

Es justo,
Y que á daria el parabien
Vengais, que ya está casada.

FABIO.

¡Casada, señor! ¿Con quién?

DUQUE.

Con Enrique; que engañado
Pensasteis, Fabio, que á quien
Amaba Enrique, era á Clori;
Pero en fin, Lísida fué.
Yo supe hoy el desafío
Deste criado.

PONLEVÍ.

Parlier
Puedo ser de vuestra casa.

DUQUE.

Y previniendo el fin dél,
Dispuse que se quedase
En este jardin, porqué
Vuestro enojo no estorbara
Cosa que os está tan bien.

CLORI. (*Ap.*)

Yo perdí á Enrique. ¡Ay de mí!

NISE. (*Ap.*)

Nada nos sucede bien.

DUQUE.

(*Llegándose á la puerta del camarin.*)
Salid, Enrique, salid,
Lísida hermosa, porqué
Beseis á Fabio la mano.

ESCENA XXII.

LISIDA, ENRIQUE, CELIA.—DICHOS.

ENRIQUE.

Y primero á tí los piés.

LÍSIDA.

Ciña, príncipe supremo,
Tu frente eterno laurel.

FABIO.

(*Ap.* Aunque nada desto creo,
Estáme bien el creer,
Pues desmiento las sospechas
Del vulgo, que ya le ve
Casado con hija mia.)
Tuya ha sido esta merced.

DUQUE.

Octavio firme esta paz,
Y á Nise la mano dé;
Pues la hermosa Clori bella
Tanto lo es, que no hay quien
La merezca. (*Ap.* Bien, tirana,
De tu rigor me vengué.)

CLORI.

Pues sirva este desengaño
Para todos, de saber,
Que hacer del amor agravio,
Poco tiempo puede ser,
Porqué, como dios, en fin,
Triunfa de todo despues.

FABIO.

Y de perdonar las faltas
A todos haced merced.

EL MAGICO PRODIGIOSO.

PERSONAS.

CIPRIANO.	JUSTINA, *dama.*	CLARIN.
EL DEMONIO.	LIVIA, *criada.*	UN CRIADO.
FLORO.	EL GOBERNADOR DE ANTIOQUIA.	UN SOLDADO.
LELIO.	LISANDRO, *viejo.*	SOLDADOS.
MOSCON.	FABIO, *criado.*	GENTE.

La escena es en Antioquía y extramuros.

JORNADA PRIMERA.

Bosque cercano á Antioquía.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, *vestido de estudiante;* CLARIN Y MOSCON, *de gorrones, con unos libros.*

CIPRIANO.

En la amena soledad
De aquesta apacible estancia,
Bellísimo laberinto
De árboles, flores y plantas,
Podeis dejarme, dejando
Conmigo (que ellos me bastan
Por compañía) los libros
Que os mandé sacar de casa;
Que yo, en tanto que Antioquía
Celebra con fiestas tantas
La fábrica dese templo
Que hoy á Júpiter consagra,
Y su translacion, llevando
Públicamente su estatua
Adonde con mas decoro
Y honor esté colocada;
Huyendo del gran bullicio
Que hay en sus calles y plazas,
Pasar estudiando quiero
La edad que al dia le falta.
Idos los dos á Antioquía,
Gozad de sus fiestas varias,
Y volved por mí á este sitio
Cuando el sol cayendo vaya
A sepultarse en las ondas,
Que entre oscuras nubes pardas
Al gran cadáver de oro
Son monumentos de plata.
Aquí me hallaréis.

MOSCON.

No puedo,
Aunque tengo mucha gana
De ver las fiestas, dejar
De decir, ántes que vaya
A verlas, señor, siquiera
Cuatro ó cinco mil palabras.
¿Es posible que en un dia
De tanto gusto, de tanta
Festividad y contento,
Con cuatro libros te salgas
Al campo solo, volviendo
A su aplauso las espaldas?

CLARIN.

Hace mi señor muy bien;
Que no hay cosa mas cansada
Que un dia de procesion
Entre cofrades y danzas.

MOSCON.

En fin, Clarin, y en principio,
Viviendo con arte y maña,
Eres un temporalazo
Lisonjero, pues alabas
Lo que hace, y nunca dices
Lo que sientes.

CLARIN.

Tú te engañas
(Que es el mentís mas cortés
Que se dice cara á cara),
Y yo digo lo que siento.

CIPRIANO.

Ya basta, Moscon, ya basta,
Clarin. ¡Que siempre los dos
Habeis con vuestra ignorancia
De estar porfiando, y tomando
Uno de otro la contraria!
Idos de aquí, y (como digo)
Me buscaréis cuando caiga
La noche, envolviendo en sombras
Esta fábrica gallarda
Del universo.

MOSCON.

¿Qué va,
Que aunque defendido hayas
Que es bueno no ver las fiestas,
Que vas á verlas?

CLARIN.

Es clara
Consecuencia: nadie hace
Lo que aconseja que hagan
Los otros.

MOSCON. (*Ap.*)

Por ver á Livia,
Vestirme quisiera de alas. (*Vase.*)

CLARIN. (*Ap.*)

Aunque, si digo verdad,
Livia es la que me arrebata
Los sentidos. Pues ya tienes
Mas de la mitad andada
Del camino; llega, *Livia,*
Al *na,* y sé, Livia, *liviana.* (*Vase.*)

ESCENA II.

CIPRIANO.

Ya estoy solo, ya podré,
Si tanto mi ingenio alcanza,
Estudiar esta cuestion
Que me trae suspensa el alma,
Desde que en Plinio leí
Con misteriosas palabras
La difinicion de Dios;
Porque mi ingenio no halla
Ese Dios en quien convengan
Misterios ni señas tantas.
Esta verdad escondida
He de apurar. (*Pónese á leer.*)

ESCENA III.

EL DEMONIO, *vestido de gala.* — CIPRIANO.

DEMONIO. (*Ap.*)

Aunque hagas
Mas discursos, Cipriano,
No has de llegar á alcanzarla,
Que yo te la esconderé.

CIPRIANO.

Ruido siento en estas ramas.
¿Quién va? quién es?

DEMONIO.

Caballero,
Un forastero es, que anda
En este monte perdido
Desde toda esta mañana,
Tanto que rendido ya
El caballo, en la esmeralda
Que es tapete destos montes,
A un tiempo pace y descansa.
A Antioquía es el camino
A negocios de importancia;
Y apartándome de toda
La gente que me acompaña,
Divertido en mis cuidados
(Caudal que á ninguno falta),
Perdí el camino y perdí
Criados y camaradas.

CIPRIANO.

Mucho me espanto de que
Tan á vista de las altas
Torres de Antioquía, así
Perdido andeis. No hay de cuantas
Veredas á aqueste monte
O le linean ó le pautan,
Una que á dar en sus muros,
Como en su centro, no vaya:
Por cualquiera que tomeis,
Vais bien.

DEMONIO.

Esa es la ignorancia,
A la vista de las ciencias,
No saber aprovecharlas.
Y supuesto que no es bien
Que entre yo en ciudad extraña,
Donde no soy conocido,
Solo y preguntando, hasta
Que la noche venza al dia,
Aquí estaré lo que falta;
Que en el traje y en los libros

Que os divierten y acompañan,
Juzgo que debeis de ser
Grande estudiante, y el alma
Esta inclinacion me lleva
De los que en estudios tratan.
(*Siéntase.*)

CIPRIANO.

¿Habeis estudiado?

DEMONIO.

No;
Pero sé lo que me basta
Para no ser ignorante.

CIPRIANO.

Pues ¿qué ciencias sabeis?

DEMONIO.

Hartas.

CIPRIANO.

Aun estudiándose una
Mucho tiempo, no se alcanza,
¿Y vos (¡grande vanidad!)
Sin estudiar sabeis tantas?

DEMONIO.

Sí, que de una patria soy
Donde las ciencias mas altas
Sin estudiarse se saben.

CIPRIANO

¡Oh quién fuera de esa patria!
Que acá miéntras mas se estudia,
Mas se ignora.

DEMONIO.

Verdad tanta
Es esta, que sin estudios
Tuve tan grande arrogancia
Que á la cátedra de prima
Me opuse, y pensé llevarla,
Porque tuve muchos votos;
Y aunque la perdí, me basta
Haberlo intentado; que hay
Pérdidas con alabanza.
Si no lo quereis creer,
Decid qué estudiais, y vaya
De argumento; que aunque no
Sé la opinion que os agrada,
Y ella sea la segura,
Yo tomaré la contraria.

CIPRIANO.

Mucho me huelgo de qué
A eso vuestro ingenio salga.
Un lugar de Plinio es
El que me trae con mil ansias
De entenderle, por saber
Quién es el Dios de quien habla.

DEMONIO.

Ese es un lugar que dice
(Bien me acuerdo) estas palabras:
«Dios es una bondad suma
Una esencia, una sustancia,
Todo vista, todo manos.»

CIPRIANO.

Es verdad.

DEMONIO.

¿Qué repugnancia
Hallais en esto?

CIPRIANO.

No hallar
El Dios de quien Plinio trata;
Que si ha de ser bondad suma,
Aun á Júpiter le falta
Suma bondad, pues le vemos
Que es pecaminoso en tantas
Ocasiones: Dánae hable
Rendida, Europa robada.
Pues ¿cómo en suma bondad,
Cuyas acciones sagradas
Habian de ser divinas,
Caben pasiones humanas?

DEMONIO.

Esas son falsas historias
En que las letras profanas
Con los nombres de los dioses
Entendieron disfrazada
La moral filosofía.

CIPRIANO.

Esa respuesta no basta,
Pues el decoro de Dios
Debiera ser tal, que osadas
No llegaran á su nombre
Las culpas, aun siendo falsas.
Y apurando mas el caso,
Si suma bondad se llaman
Los dioses, siempre es forzoso
Que á querer lo mejor vayan;
Pues ¿cómo unos quieren uno,
Y otros otro? Esto se halla
En las dudosas respuestas
Que suelen dar sus estatuas.
Porque no digais despues
Que alegué letras profanas...
A dos ejércitos, dos
Idolos una batalla
Aseguraron, y el uno
La perdió: ¿no es cosa clara
La consecuencia de que
Dos voluntades contrarias
No pueden á un mismo fin
Ir? Luego yendo encontradas,
Es fuerza, si la una es buena,
Que la otra ha de ser mala.
Mala voluntad en Dios,
Implica el imaginarla:
Luego no hay suma bondad
En ellos, si union les falta.

DEMONIO.

Niego la mayor, porqué
Aquesas respuestas dadas
Así, convienen á fines
Que nuestro ingenio no alcanza,
Que es la providencia; y mas
Debió importar la batalla
Al que la perdió el perderla,
Que al que la ganó el ganarla.

CIPRIANO.

Concedo; pero debiera
Aquel Dios, pues que no engañan
Los dioses, no asegurar
La victoria; que bastaba
La pérdida permitir
Allí, sin asegurarla.
Luego si Dios todo es vista,
Cualquiera Dios viera clara
Y distintamente el fin;
Y al verle, no asegurara
El que no habia de ser: luego
Aunque sea deidad tanta,
Distinta en personas, debe
En la menor circunstancia
Ser una sola en esencia.

DEMONIO.

Importó para esa causa
Mover así los afectos
Con su voz.

CIPRIANO.

Cuando importara
El moverlos, genios hay
(Que buenos y malos llaman
Todos los doctos), que son
Unos espíritus que andan
Entre nosotros, dictando
Las obras buenas y malas,
Argumento que asegura
La inmortalidad del alma:
Y bien pudiera ese Dios,
Con ellos, sin que llegara
A mostrar que mentir sabe,
Mover afectos.

DEMONIO.

Repara
En que esas contrariedades
No implican al ser las sacras
Deidades una, supuesto
Que en las cosas de importancia
Nunca disonaron. Bien
En la fábrica gallarda
Del hombre se ve, pues fué
Solo un concepto al obrarla.

CIPRIANO.

Luego si ese fué uno solo,
Ese tiene mas ventaja
A los otros; y si son
Iguales, puesto que hallas
Que se pueden oponer
(Esta no puedes negarla)
En algo; al hacer el hombre,
Cuando el uno lo intentara,
Pudiera decir el otro:
«No quiero yo que se haga.»
Luego si Dios todo es manos,
Cuando el uno le criara,
El otro le deshiciera.
Pues eran manos entrambas
Iguales en el poder,
Desiguales en la instancia,
¿Quién venciera destos dos?

DEMONIO.

Sobre imposibles y falsas
Proposiciones, no hay
Argumento. Dí, ¿qué sacas
Deso?

CIPRIANO.

Pensar que hay un Dios,
Suma bondad, suma gracia,
Todo vista, todo manos,
Infalible, que no engaña,
Superior, que no compite,
Dios á quien ninguno iguala,
Un principio sin principio,
Una esencia, una sustancia,
Un poder y un querer solo;
Y cuando como este haya
Una, dos ó mas personas,
Una deidad soberana
Ha de ser sola en esencia,
Causa de todas las causas.

DEMONIO.

¿Cómo te puedo negar (*Levántase.*)
Una evidencia tan clara?

CIPRIANO.

¿Tanto lo sentis?

DEMONIO.

¿Quién deja
De sentir que otro le haga
Competencia en el ingenio?
Y aunque responder no falta,
Dejo de hacerlo, porqué
Gente en este monte anda,
Y es hora de que prosiga
A la ciudad mi jornada.

CIPRIANO.

Id en paz.

DEMONIO.

Quedad en paz.
(*Ap.* Pues tanto tu estudio alcanza,
Yo haré que el estudio olvides,
Suspendido en una rara
Beldad. Pues tengo licencia
De perseguir con mi rabia
A Justina, sacaré
De un efecto dos venganzas.) (*Vase.*)

CIPRIANO.

No vi hombre tan notable.
Mas pues mis criados tardan,
Volver á repasar quiero
De tanta duda la causa.
(*Vuelve á leer, sin reparar en los que vienen.*)

ESCENA IV.

LELIO, FLORO.—CIPRIANO.

LELIO.

No pasemos adelante;
Que estas peñas, estas ramas
Tan intrincadas, que al mismo
Sol le defienden la entrada,
Solo pueden ser testigos
De nuestro duelo.

FLORO.

La espada
Sacad; que aquí son las obras,
Si allá fuéron las palabras.

LELIO.

Ya sé que en el campo, muda
La lengua, el acero habla
Desta suerte. (*Riñen.*)

CIPRIANO.

¿Qué es aquesto?
Lelio, tente; Floro, aparta,
Que basta que esté yo en medio,
Aunque esté en medio sin armas.

LELIO.

¿De dónde, di, Cipriano,
A embarazar mi venganza
Has salido?

FLORO.

¿Eres aborto
Destos troncos y estas ramas?

ESCENA V.

MOSCON, CLARIN.—DICHOS.

MOSCON.

Corre, que con mi señor
Han sido las cuchilladas.

CLARIN.

Para acercarme á esas cosas
No suelo yo correr nada;
Mas para apartarme, sí.

MOSCON Y CLARIN.

Señor...

CIPRIANO.

No hableis mas palabra.—
Pues ¿qué es esto? Dos amigos,
Que por su sangre y su fama
Hoy son de toda Antioquía
Los ojos y la esperanza,
Uno del Gobernador
Hijo, y otro de la clara
Familia de los Colaltos,
¡Así aventuran y arrastran
Dos vidas que pueden ser
De tanto honor á su patria!

LELIO.

Cipriano, aunque el respeto
Que debo por muchas causas
A tu persona, este instante
Tiene suspensa mi espada,
No la tienes reducida
A la quietud de la vaina.
Tú sabes de ciencias mas
Que de duelos, y no alcanzas
Que á dos nobles en el campo
No hay respeto que les haga
Amigos, pues solo es medio
Morir uno en la demanda.

FLORO.

Lo mismo te digo, y ruego
Que con tu gente te vayas,
Pues que riñendo nos dejas
Sin traicion y sin ventaja.

CIPRIANO.

Aunque os parece que ignoro
Por mi profesion las varias
Leyes del duelo que estudia
El valor y la arrogancia,
Os engañais; que nací
Con obligaciones tantas
Como los dos, á saber
Qué es honor y qué es infamia.
Y no el darme á los estudios
Mis alientos acobarda;
Que muchas veces se dieron
Las manos letras y armas.
Si el haber salido al campo
Es del reñir circunstancia,
Con haber reñido ya
Esa calumnia se salva.
Y así, bien podeis decir
Desta pendencia la causa;
Que yo, si habiéndola oido,
Reconociere al contarla
Que alguno de los dos tiene
Algo que se satisfaga,
De dejaros á los dos
Solos, os doy la palabra.

LELIO.

Pues con esa condicion
De que en sabiendo la causa,
Nos has de dejar reñir,
Yo me prefiero á contarla.
Yo quiero á una dama bien,
Y Floro quiere á esta dama:
Mira tú ¡cómo podrás
Convenirnos! pues no hay traza
Con que dos nobles celosos
Dén á partido sus ansiás.

FLORO.

Yo quiero á esta dama, y quiero
Que no se atreva á mirarla
Ni aun el sol; y pues no hay
Medio aquí, y que la palabra
Nos has dado de dejarnos
Reñir, á un lado te aparta.

CIPRIANO.

Esperad, que hay que saber
Mas. Decidme, ¿es esta dama
A la esperanza posible,
O imposible á la esperanza?

LELIO.

Tan principal es, tan noble,
Que si el sol celos causara
A Floro, aun dél no podria
Tenerlos con justa causa,
Porque presumo que el sol
Aun no se atreve á mirarla.

CIPRIANO.

¿Casáraste tú con ella?

FLORO.

Ahí está mi confianza.

CIPRIANO.

¿Y tú?

LELIO.

¡Pluguiera á los cielos
Que á tanta dicha llegara!
Que aunque es en extremo pobre,
La virtud por dote basta.

CIPRIANO.

Pues si á casaros con ella
Aspirais los dos, ¿no es vana
Accion, culpable é indigna,
Querer ántes disfamarla?
¿Qué dirá el mundo, si alguno
De los dos con ella casa,
Despues de haber muerto al otro
Por ella? que aunque no haya
Ocasion para decirlo,
Decirlo sin ella basta.
No digo yo que os sufrais
El servirla y festejarla
A un tiempo, porque no quiero
Que de mí, partido salga
Tan cobarde; que el galan
Que de sus celos pasara
Primero la contingencia,
Pasará despues la infamia;
Pero digo que sepais
De cuál de los dos se agrada,
Y luego...

LELIO.

Detente, espera;
Que es accion cobarde y baja
Ir á que la dama diga
A quién escoge la dama,
Pues ha de escogerme á mí
O á Floro. Si á mí, me agrava
Mas el empeño en que estoy,
Pues es otro empeño que haya
Quien quiera á la que me quiere.
Si á Floro escoge, la saña
De que á otro quiera quien quiero,
Es mayor: luego excusada
Accion es que ella lo diga,
Pues con cualquier circunstancia
Hemos en apelacion
De volver á las espadas:
El querido por su honor,
Y el otro por su venganza.

FLORO.

Confieso que esa opinion
Recibida es y asentada,
Mas con las damas que amores
Elegir y dejar tratan;
Y así, hoy pedírsela intento
A su padre. Y pues me basta
Habiendo al campo salido,
Haber sacado la espada
(Mayormente cuando hay
Quien el reñir embaraza),
Con satisfaccion bastante
La vuelvo, Lelio, á la vaina.

LELIO.

En parte me ha convencido
Tu razon; y aunque apurarla
Pudiera, mas quiero hacerme
De su parte, ó cierta ó falsa.
Hoy la pediré á su padre.

CIPRIANO.

Supuesto que aquesta dama
En que los dos la sirvais
Ella no aventura nada,
Pues que confesais los dos
Su virtud y su constancia,
Decidme quién es; que yo,
Pues que tengo mano tanta
En la ciudad, por los dos
Quiero preferirme á hablarla,
Para que esté prevenida
Cuando á eso su padre vaya.

LELIO.

Dices bien.

CIPRIANO.

¿Quién es?

FLORO.

Justina,
De Lisandro hija.

CIPRIANO.

Al nombrarla
He conocido cuán pocas
Fuéron vuestras alabanzas,
Que es virtuosa y es noble.
Luego voy á visitarla.

FLORO. (*Ap.*)

El cielo en mi favor mueva
Su condicion siempre ingrata. (*Vase.*)

LELIO.

Corone amor al nombrarme,
De laurel mis esperanzas. *(Vase.)*

CIPRIANO.

¡Oh quiera el cielo que estorbe
Escándalos y desgracias! *(Vase.)*

ESCENA VI.

MOSCON, CLARIN.

MOSCON.

¿Ha oido vuesa merced
Que nuestro amo va á la casa
De Justina?

CLARIN.

Sí señor.
¿Qué hay, que vaya ó que no vaya?

MOSCON.

Hay que no tiene que hacer
Allá usarced.

CLARIN.

¿Por qué causa?

MOSCON.

Porque yo por Livia muero,
Que es de Justina criada,
Y no quiero que se atreva
Ni el mismo sol á mirarla.

CLARIN.

Basta, que no he de reñir
En ningun tiempo por dama
Que ha de ser esposa mia.

MOSCON.

Aquesa opinion me agrada,
Y así es bien que diga ella
Quién la obliga, ó quién la cansa.
Vámonos allá los dos,
Y ella elija.

CLARIN.

Es buena traza;
Aunque ha de escogerte, temo.

MOSCON.

¿Ya tienes deso confianza?

CLARIN.

Sí, que lo peor escogen
Siempre las Livias ingratas.
(Vanse.)

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA VII.

JUSTINA, LISANDRO.

JUSTINA.

No me puedo consolar
De haber hoy visto, señor,
El torpe, el comun error
Con que todo ese lugar
Templo consagra y altar
A una imágen que no pudo
Ser deidad, pues que no dudo
Que al fin, si algun testimonio
Da de serlo, es el demonio,
Que da aliento á un bronce mudo.

LISANDRO.

No fueras, bella Justina,
Quien eres, si no lloraras,
Sintieras y lamentaras
Esa tragedia, esa ruina
Que la religion divina
De Cristo padece hoy.

JUSTINA

Es cierto, pues al fin soy
Hija tuya, y no lo fuera,
Si llorando no estuviera
Ansias que mirando estoy.

LISANDRO.

¡Ay Justina! no ha nacido
De ser tú mi hija, no,
Que no soy tan feliz yo.
Mas ¡ay Dios! ¿cómo he rompido
Secreto tan escondido?
Afecto del alma fué.

JUSTINA.

¿Qué dices, señor?

LISANDRO.

No sé.
Confuso estoy y turbado.

JUSTINA.

Muchas veces te he escuchado
Lo que ahora te escuché,
Y nunca quise, señor,
A costa de un sufrimiento
Apurar tu sentimiento,
Ni examinar mi dolor;
Pero viendo que es error
Que de entenderte no acabe,
Aunque sea culpa grave;
Que partas, señor, te pido,
Tu secreto con mi oido,
Ya que en tu pecho no cabe.

LISANDRO.

Justina, de un gran secreto
El efecto te callé,
La edad que tienes, porqué
Siempre he temido el efeto;
Mas viéndote ya sugeto
Capaz de ver y advertir,
Y viéndome á mí que el ir
Con este báculo dando
En la tierra, es ir llamando
A las puertas del morir,
No te tengo de dejar
Con esta ignorancia, no,
Porque no cumpliera yo
Mi obligacion con callar:
Y así, atiende á mi pesar
Tu placer.

JUSTINA.

Conmigo lucha
Un temor.

LISANDRO.

Mi pena es mucha,
Pero esto es ley y razon.

JUSTINA.

Señor, desta confusion
Me rescata.

LISANDRO.

Pues escucha.
Yo soy, hermosa Justina,
Lisandro... No de que empiece
Desde mi nombre te admires;
Que aunque ya sabes que es este,
Por lo que se sigue al nombre
Es justo que te le acuerde,
Pues de mí no sabes mas
Que mi nombre solamente.
Lisandro soy, natural
De aquella ciudad que en siete
Montes es hidra de piedra,
Pues siete cabezas tiene:
De aquella que es silla hoy
Del romano imperio, albergue
Del cristiano digno, pues
Solo Roma lo merece.
En ella nací de humildes
Padres, si es que nombre adquieren
De humildes los que dejaron
Tantas virtudes por bienes.
Cristianos nacieron ambos,
Venturosos descendientes
De algunos que con su sangre
Rubricaron felizmente
Las fatigas de la vida
Con los triunfos de la muerte.
En la religion cristiana
Crecí instruido, de suerte
Que en su defensa daré
La vida una y muchas veces.
Jóven era, cuando á Roma
Llegó encubierto el prudente
Alejandro, papa nuestro,
Que la apostólica sede
Gobernaba, sin tener
Donde tenerla pudiese;
Que como la tiranía
De los gentiles crueles
Su sed apaga con sangre
De la que á mártires vierte,
Hoy la primitiva iglesia
Ocultos sus hijos tiene;
No porque el morir rehusan,
No porque el martirio temen,
Sino porque de una vez
No acabe el rigor rebelde
Con todos, y destruida
La Iglesia, en ella no quede
Quien catequice al gentil,
Quien le predique y le enseñe.
A Roma, pues, Alejandro
Llegó; y yendo oculto á verle,
Recibí su bendicion,
Y de su mano clemente
Todos los órdenes sacros,
A cuya dignidad tiene
Envidia el ángel, pues solo
El hombre serlo merece.
Mandóme Alejandro pues
Que á Antioquía me partiese
A predicar de secreto
La ley de Cristo. Obediente,
Peregrinando á merced
De tantas diversas gentes,
A Antioquía vine; y cuando
Desde aquestos eminentes
Montes llegué á descubrir
Sus dorados chapiteles,
El sol me faltó, y llevando
Tras sí el dia, por hacerme
Compañía me dejó
A que le sostituyesen
Las estrellas, como en prendas
De que presto vendria á verme.
Con el sol perdí el camino,
Y vagueando tristemente
En lo intrincado del monte,
Me hallé en un oculto albergue,
Donde los trémulos rayos
De tanta antorcha viviente,
Aun no se dejaban ya
Ver, porque confusamente
Servian de nubes pardas
Las que fuéron hojas verdes.
Aquí, dispuesto á esperar
Que otra vez el sol saliese,
Dando á la imaginacion
La jurisdiccion que tiene,
Con las soledades hice
Mil discursos diferentes.
Desta suerte pues estaba,
Cuando, de un suspiro leve
El eco mal informado,
La mitad al dueño vuelve.
Retraje al oido todos
Mis sentidos juntamente,
Y volví á oir mas distinto
Aquel aliento y mas débil,
Mudo idioma de los tristes,
Pues con él solo se entienden.
De mujer era el gemido,
A cuyo aliento sucede
La voz de un hombre, que á media
Voz decia desta suerte:

«Primer mancha de la sangre
Mas noble, á mis manos muere,
Antes que á morir á manos
De infames verdugos llegues.»
La infeliz mujer decia
En medias razones breves:
«Duélete tú de tu sangre,
Ya que de mí no te dueles.»
Llegar pretendí yo entónces
A estorbar rigor tan fuerte;
Mas no pude, porque al punto
Las voces se desvanecen,
Y vi al hombre en un caballo,
Que entre los troncos se pierde.
Iman fué de mi piedad
La voz, que ya balbuciente
Y desmayada decia,
Gimiendo y llorando á veces:
«Mártir muero, pues que muero
Por cristiana y inocente;»
Y siguiendo de la voz
El norte, en espacio breve
Llegué donde una mujer,
Que apénas dejaba verse,
Estaba á brazo partido
Luchando ya con la muerte.
Apénas me sintió, cuando
Dijo, esforzándose: «Vuelve,
Sangriento homicida mio,
Ni aun este instante me dejes
De vida. —No soy (le dije)
Sino quien acaso viene,
Quizá del cielo guiado,
A valeros en tan fuerte
Ocasion. —Ya que imposible
Es (dijo) el favor que ofrece
Vuestra piedad á mi vida
Pues que por puntos fallece,
Lógrese en esa infeliz,
En quien hoy el cielo quiere,
Naciendo de mi sepulcro,
Que mis desdichas herede.»
Y espirando, vi...

ESCENA VIII.

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO.

LIVIA.

Señor,
El mercader á quien debes
Aquel dinero, á buscarte
Hoy con la justicia viene.
Que no estás en casa, dije:
Por esotra puerta vete.

JUSTINA.

¡Cuánto siento que á estorbarte
En aquesta ocasion lleguen,
Que estaba á tu relacion
Vida, alma y razon pendiente!
Mas vete ahora, señor:
La justicia no te encuentre.

LISANDRO.

¡Ay de mí! ¡qué de desaires
La necesidad padece! (*Vase.*)

JUSTINA.

Sin duda entran hasta aquí,
Porque siento afuera gente.

LIVIA.

No son ellos, Cipriano
Es.

JUSTINA.

Pues ¿qué es lo que pretende
Cipriano aquí?

ESCENA IX.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.—JUSTINA, LIVIA.

CIPRIANO.

Serviros
Mi deseo es solamente.
Viendo salir la justicia
De vuestra casa, se atreve
A entrar aquí mi amistad,
Por lo que á Lisandro debe,
A solo saber (*Ap.* Turbado
Estoy.) si acaso (¡*Ap.* ¡Qué fuerte
Hielo discurre mis venas!)
Si en algo serviros puede
Mi deseo. (*Ap.* ¡Qué mal dije!
Que no es hielo, fuego es este.)

JUSTINA.

Guárdeos el cielo mil años;
Que en mayores intereses
Habeis de honrar á mi padre
Con vuestros favores.

CIPRIANO.

Siempre
Estaré para serviros.
(*Ap.* ¿Qué me turba y enmudece?)

JUSTINA.

El ahora no está en casa.

CIPRIANO.

Luego bien, señora, puede
Mi voz decir la ocasion
Que aquí me trae, claramente;
Que no es la que habeis oido,
La que sola á entrar me mueve
A veros.

JUSTINA.

Pues ¿qué mandais?

CIPRIANO.

Que me oigais. Yo seré breve.
Hermosísima Justina,
En quien hoy ostenta ufana
La naturaleza humana
Tantas señas de divina:
Vuestra quietud determina
Hallar mi deseo este dia;
Pero ved que es tiranía,
Como el efecto lo muestra,
Que os dé yo la quietud vuestra,
Y vos me quiteis la mia.
Lelio, de su amor movido
(¡No vi amor mas disculpado!)
Floro, de su amor llevado,
(¡No vi error mas permitido!)
El uno y otro han querido
Por vos matarse los dos:
Por vos lo he estorbado (¡ay Dios!)
Pero ved que es error fuerte
Que yo quite á otros la muerte,
Para que me la deis vos.
Por excusar el que hubiera
Escándalo en el lugar,
De su parte os vengo á hablar
(¡Oh nunca á hablaros viniera!)
Porque vuestra eleccion fuera
Arbitro de sus recelos,
Como juez de sus desvelos;
Pero ved que es gran rigor
Que yo componga su amor,
Y vos dispongais mis celos.
Hablaros pues ofrecí,
Señora, para que vos
Escogiérais de los dos
Cuál quereis (¡infeliz fuí!),
Que á vuestro padre (¡ay de mí!
Os pida. Aquesto pretendo;
Pero ved (estoy muriendo)
Que es injusto (estoy temblando)
Que esté por ellos hablando,
Y que esté por mí sintiendo.

JUSTINA.

De tal manera he extrañado
Vuestra vil proposicion,
Que el discurso y la razon
En un punto me han faltado.
Ni á Floro ocasion he dado,
Ni á Lelio, para que así
Vos os atrevais aquí:
Y bien pudiérades vos
Escarmentar en los dos
Del rigor que vive en mí.

CIPRIANO.

Si yo, por haber querido
Vos á alguno, pretendiera
Vuestro favor, mi amor fuera
Necio, infame y mal nacido.
Antes por haber vos sido
Firme roca á tantos mares,
Os quiero, y en los pesares
No escarmiento de los dos;
Que yo no quiero que vos
Me querais por ejemplares.
¿Qué diré á Lelio?

JUSTINA.

Que crea
Los costosos desengaños
De un amor de tantos años.

CIPRIANO.

¿Y á Floro?

JUSTINA.

Que no me vea.

CIPRIANO.

¿Y á mí?

JUSTINA.

Que osado no sea
Vuestro amor.

CIPRIANO.

¡Cómo, si es dios!

JUSTINA.

¿Será mas dios para vos,
Que para los dos lo ha sido?

CIPRIANO.

Sí.

JUSTINA.

Pues ya yo he respondido
A Lelio, á Floro y á vos.
(*Vase, y tambien Cipriano.*)

ESCENA X.

CLARIN, MOSCON, LIVIA.

CLARIN.

Señora Livia.

MOSCON.

Señora
Livia.

CLARIN.

Aquí estamos los dos.

LIVIA.

Pues ¿qué quereis vos? Y vos
¿Qué quereis?

CLARIN.

Que usted ahora,
Por si por dicha lo ignora,
Sepa que bien la queremos.
Para matarnos nos vemos;
Pero atentos á no dar
Escándalo en el lugar,
Que uno escoja pretendemos.

LIVIA.

Es tan grande el sentimiento
De que así me hayais hablado.

Que mi dolor me ha dejado
Sin razon ni entendimiento.
¡Que uno escoja! ¿Hay sufrimiento
En lance tan importuno?
¡Uno yo! ¿Pues oportuno
No es para tener (¡ay Dios!)
Este ingenio á un tiempo dos
Que quereis que escoja uno?

CLARIN.

¿Dos á un tiempo, cómo quieres?
¿No te embarazarán dos?

LIVIA.

No, que de dos en dos los
Digerimos las mujeres.

MOSCON.

¿De qué suerte te prefieres
A eso?

LIVIA.

¡Qué necia porfía!
Queriéndôs la lealtad mia...

MOSCON.

¿Cómo?

LIVIA.

Alternative.

CLARIN.

Pues
¿Qué es *alternative?*

LIVIA.

Es
Querer á cada uno un dia. (*Vase.*)

MOSCON

Pues yo escojo este primero.

CLARIN.

Mayor será el de mañana:
Yo le doy de buena gana.

MOSCON.

Livia, en fin, por quien yo muero,
Hoy me quiere, y hoy la quiero.
Bien es que tal dicha goce.

CLARIN.

Oye usted, ya me conoce.

MOSCON.

¿Por qué lo dice? Concluya.

CLARIN.

Porque sepa que no es suya,
Así como dén las doce. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

FLORO y LELIO, *de noche, cada uno por su parte.*

LELIO. (*Para sí.*)

Apénas la oscura noche
Extendió su manto negro,
Cuando yo á adorar la esfera
De aquestos umbrales vengo
Que aunque hoy por Cipriano
Tengo suspenso el acero,
No el afecto; que no pueden
Suspenderse los afectos.

FLORO. (*Para sí.*)

Aquí me ha de hallar el alba;
Que en otra parte violento
Estoy, porque en fin, en otra
Estoy fuera de mi centro.
¡Quiera amor que llegue el dia
Y la respuesta que espero
Con Cipriano, tocando,
O la ventura ó el riesgo!

LELIO. (*Ap.*)

Ruido en aquella ventana
He sentido.

FLORO. (*Ap.*)

Ruido han hecho
En aquel balcon.

ESCENA XII.

EL DEMONIO, *abriendo una ventana de casa de Lisandro.*—FLORO, LELIO.

LELIO. (*Ap.*)

Un bulto
Sale dél, á lo que puedo
Distinguir.

FLORO. (*Ap.*)

Gente se asoma
A él, que entre sombras veo.

DEMONIO. (*Para sí.*)

Para las persecuciones
Que hacer en Justina intento,
A disfamar su virtud
Desta manera me atrevo.
(*Baja por una escala.*)

LELIO. (*Ap.*)

Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!

FLORO. (*Ap.*)

Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!

LELIO. (*Ap.*)

El negro bulto se arroja
Ya desde el balcon al suelo.

FLORO. (*Ap.*)

Un hombre es, que de su casa
Sale. No me mateis, celos,
Hasta que sepa quién es.

LELIO. (*Ap.*)

Reconocerle pretendo,
Y averiguar de una vez
Quién logra el bien que yo pierdo.
(*Llegan los dos con las espadas desnudas á reconocer quién bajó.*)

DEMONIO. (*Para sí.*)

No solo he de conseguir
Hoy de Justina el desprecio,
Sino rencores y muertes.
Ya llegan: ábrase el centro,
Dejando esta confusion
A sus ojos.
(*Húndese, y quedan frente á frente Floro y Lelio.*)

ESCENA XIII.

FLORO, LELIO.

LELIO.

Caballero,
Quien quiera que seais, á mí
Me ha importado conoceros;
Y á todo trance restado
Con esta demanda vengo.
Decid quién sois.

FLORO.

Si os obliga
A tan valiente despecho
Saber en quién ha caido
Vuestro amoroso secreto,
Mas que á vos el conocerme,
Me importa á mí el conoceros;
Que en vos es curiosidad,
Y en mí mas, porque son celos.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién es de la casa dueño,
Y quién á estas horas gana,
Por ese balcon saliendo,
Lo que yo pierdo llorando
A estas rejas!

LELIO.

¡Bueno es eso,
Querer deslumbrar ahora
La luz de mis sentimientos,
Atribuyéndome á mí
Delito que solo es vuestro!
Quién sois tengo de saber,
Y dar muerte á quien me ha muerto
De celos, saliendo ahora
Por ese balcon.

FLORO.

¡Qué necio
Recato, encubrirse, cuando
Está el amor descubriendo!

LELIO.

En vano la lengua apura
Lo que mejor el acero
Hará.

FLORO.

Con él os respondo.
(*Riñen los dos.*)

LELIO.

Quién ha sido, saber tengo,
Hoy el admitido amante
De Justina.

FLORO.

Ese es mi intento.
Moriré, ó sabré quién sois.

ESCENA XIV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.—FLORO, LELIO.

CIPRIANO.

Caballeros, deteneos,
Si á aquesto puede obligaros
Haber llegado á este tiempo.

FLORO.

Nada me puede obligar
A que deje el fin que intento.

CIPRIANO.

¿Floro?

FLORO.

Sí, que con la espada
En la mano, nunca niego
Mi nombre.

CIPRIANO.

A tu lado estoy,
Muera quien te ofende.

LELIO.

Ménos
Que temer me daréis todos,
Que él me daba solo.

CIPRIANO.

¿Lelio?

LELIO.

Sí.

CIPRIANO.

Ya no estoy á tu lado, (*Á Floro.*)
Porque es fuerza estar en medio.
¿Qué es esto? ¡En un dia dos veces
He de hallarme á componeros!

LELIO.

Esta la última será,
Porque ya estamos compuestos;
Que con haber conocido
Quién es de Justina dueño,
No le queda á mi esperanza,
Ni aun el menor pensamiento.
Si no has hablado á Justina,
Que no la hables te ruego

De parte de mis agravios
Y mis desdichas, habiendo
Visto que Floro merece
Sus favores en secreto.
Dese balcon ha bajado
De gozar el bien que pierdo;
Y no es mi amor tan infame,
Que haya de querer, atento
Á celos averiguados,
Con desengaños tan ciertos. (*Vase.*)

FLORO.

Espera.

ESCENA XV.

CIPRIANO, FLORO, MOSCON, CLARIN.

CIPRIANO.

No has de seguirle
(*Ap.* De haberle oido estoy muerto);
Que si es él el que ha perdido
Lo que has ganado, y dispuesto
Á olvidar está, no es bien
Apurar su sufrimiento.

FLORO.

Tú y él apurais el mio
Con estas cosas á un tiempo;
Y así, á Justina no hables
Por mí; que aunque yo pretendo
Á costa de mis agravios
Vengarme de mis desprecios,
Ya la esperanza de ser
Suyo cesó, porque creo
Que no es noble el que porfía
Sobre averiguados celos. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

CIPRIANO.

(*Ap.* ¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?
¡El uno del otro á un tiempo
Unos mismos celos tienen?
¡Yo de uno y otro los tengo?
Los dos sin duda padecen
Algun engaño, y yo tengo
Que agradecerles, pues ya
Los dos desisten en esto
De su pretension. Desdichas,
Aunque haya sido consuelo
Este discurso, buscado
De mis ansias, le agradezco.)
Moscon, prevenme mañana
Galas; Clarin, tráeme luego
Espada y plumas; que amor
Se regala en el objeto
Airoso y lucido; y ya,
Ni libros ni estudios quiero,
Porque digan que es amor
Homicida del ingenio.
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, MOSCON Y CLARIN, *vestidos de gala.*

CIPRIANO.

(*Ap.* Altos pensamientos mios,
¿Dónde, dónde me traeis,
Si ya por cierto teneis
Que son locos desvaríos
Los que osados intentais,
Pues atreviéndôs al cielo,
Precipitados de un vuelo
Hasta el abismo bajais?
Vi á Justina... ¡A Dios pluguiera
Que nunca viera á Justina,
Ni en su perfeccion divina
La luz de la cuarta esfera!
Dos amantes la pretenden,
Uno del otro ofendido;
Y yo á dos celos rendido,
Aun no sé los que me ofenden:
Solo sé que mis recelos
Me despeñan con sus furias
De un desden á las injurias,
De un agravio á los desvelos.
Todo lo demas ignoro,
Y en tan abrasado empeño,
Cielos, Justina es mi dueño,
Cielos, á Justina adoro.)
Moscon.

MOSCON.

Señor.

CIPRIANO.

Ve si está
Lisandro en casa.

MOSCON.

Es razon.

CLARIN.

No es; yo iré, porque Moscon
Hoy no puede entrar allá.

CIPRIANO.

¡Oh qué cansada porfía
Siempre la de los dos fué!
¿Por qué no puede? ¿por qué?

CLARIN.

Porque hoy, señor, no es su dia:
Mio sí, y de buena gana
A dar el recado voy;
Que yo allá puedo entrar hoy,
Y Moscon no, hasta mañana.

CIPRIANO.

¿Qué nueva locura es esta,
Añadida al porfiar?
Ni tú ni él habeis de entrar
Ya, pues su luz manifiesta
Justina.

CLARIN.

De fuera viene
Hácia su casa.

ESCENA II.

JUSTINA Y LIVIA, *con mantos.* — CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

JUSTINA.

¡Ay de mí!
Livia, Cipriano está aquí. (*Ap. á ella.*)

CIPRIANO.

(*Ap.* Disimular me conviene
De mis celos los desvelos,
Hasta apurarlos mejor.
Solo la hablaré en mi amor,
Si lo permiten mis celos.)
No en vano, señora, ha sido
Haber el traje mudado,
Para que, como criado,
Pueda á vuestros piés rendido
Serviros. A mereceros
Esto lleguen mis suspiros:
Dad licencia de serviros,
Pues no la dais de quereros.

JUSTINA.

Poco, señor, han podido
Mis desengaños con vos,
Pues que no han podido...

CIPRIANO.

¡Ay Dios!

JUSTINA.

Mereceros un olvido.
¿De qué manera quereis
Que os diga cuánto es en vano
La asistencia, Cipriano,
Que á mis umbrales teneis?
Si dias, si meses, si años,
Si siglos á ellos estáis,
No espereis que á ellos oigais
Sino solos desengaños:
Porque es mi rigor de suerte,
De suerte mis males fieros,
Que es imposible quereros,
Cipriano, hasta la muerte.
(*Vase retirando.*)

CIPRIANO. (*Siguiéndola.*)

La esperanza que me dais,
Ya dichoso puede hacerme.
Si en muerte habeis de quererme,
Muy corto plazo tomais.
Yo le acepto, y si á advertir
Llegais cuán presto ha de ser,
Empezad vos á querer,
Que ya empiezo yo á morir.
(*Vase Justina.*)

ESCENA III.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN, LIVIA.

CLARIN.

En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
Está de esqueleto vivo
Desengañando su amor,
Dame los brazos.

LIVIA.

Paciencia
Ten, miéntras que considero
Si es tu dia; que no quiero
Encargar yo mi conciencia.—
Mártes sí, miércoles no.

CLARIN.

¿Qué cuentas, pues ha callado
Moscon?

LIVIA.

Puede haberse errado,
Y no quiero errarme yo;
Porque no quiero, si arguyo
Que justicia he de guardar,
Condenarme por no dar
A cada uno lo que es suyo.—
Pero bien dices, tu dia
Es hoy.

CLARIN.

Pues dame los brazos.

LIVIA.

Con mil amorosos lazos.

MOSCON.

¿Oye usarced, reina mia?
Bien ve usarced con la gana
Que hoy aquesos lazos hace:
Dígolo porque me abrace
Con la misma á mí mañana.

LIVIA.

Excusada es la sospecha
De que á usted no satisfaga,
Ni quiera Júpiter que haga
Yo una cosa tan mal hecha
Como usar de demasía
Con nadie. Yo abrazaré
Con mucha equidad á usté
Cuando le toque su dia. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

CLARIN.

Por lo ménos, no he de vello
Yo.

MOSCON.

Pues eso ¿qué ha importado?
¿Puede á mí haberme agraviado
Jamas, si reparo en ello,
Una moza que no es mia?

CLARIN.

No.

MOSCON.

Luego yo bien porfío
Que no ha sido en daño mio
Lo que no ha sido en mi dia.
Mas ¿qué hace nuestro amo allí
Tan suspenso?

CLARIN.

Por si á hablar
Llega algo, quiero escuchar.

MOSCON.

Y yo tambien.

CIPRIANO.

¡Ay de mí!
(*Al irse acercando cada uno por su lado, Cipriano con la accion les da á entrambos.*)
¡Que tanto, amor, desconfíes!

CLARIN.

¡Ay de mí!

MOSCON.

¡Ay de mí! tambien.

CLARIN.

Llamar á este sitio es bien
La isla de los ay-de-míes.

CIPRIANO.

¿Aquí estábades los dos?

CLARIN.

Yo bien juraré que estaba.

MOSCON.

Yo y todo.

CIPRIANO.

Desdicha, acaba
De una vez conmigo. ¡Ay Dios!
¿Vióse en tan nuevos extremos
El humano corazon? (*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA V.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.

CLARIN.

¿Adónde vamos, Moscon?

MOSCON.

En llegando lo sabrémos.
Pero fuera del lugar
Camina.

CLARIN.

Excusado es
Salirnos al campo, pues
No tenemos que estudiar.

CIPRIANO.

Clarin, vete á casa.

MOSCON.

¿Y yo?

CLARIN.

¿Tú te habias de quedar?

CIPRIANO.

Los dos me habeis de dejar.

CLARIN.

A entrambos nos lo mandó.
(*Vanse Clarin y Moscon.*)

ESCENA VI.

CIPRIANO.

Confusa memoria mia,
No tan poderosa estés,
Que me persuadas que es
Otra alma la que me guia.
Idólatra me cegué,
Ambicioso me perdí,
Porque una hermosura vi,
Porque una deidad miré;
Y entre confusos desvelos
De un equívoco rigor,
Conozco á quien tengo amor,
Y no de quien tengo celos.
Y tanto aquesta pasion
Arrastra mi pensamiento,
Tanto (¡ay de mí!) este tormento
Lleva mi imaginacion,
Que diera (despecho es loco,
Indigno de un noble ingenio)
Al mas diabólico genio
(Harto al infierno provoco),
Ya rendido, y ya sujeto
A penar y padecer,
Por gozar esta mujer,
Diera el alma.

ESCENA VII.

EL DEMONIO. — CIPRIANO.

DEMONIO. (*Dentro.*)

Yo la aceto.
(*Suena ruido de truenos, con tempestad y rayos.*)

CIPRIANO.

¿Qué es esto, cielos puros?
¡Claros á un tiempo, y en el mismo oscuros,
Dando al dia desmayos!
Los truenos, los relámpagos y rayos
Abortan de su centro
Los asombros que ya no caben dentro.
De nubes todo el cielo se corona,
Y preñado de horrores, no perdona
El rizado copete deste monte.
Todo nuestro horizonte
Es ardiente pincel del Mongibelo,
Niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.
¡Tanto ha que te dejé, filosofía,
Que ignoro los efectos deste dia!
Hasta el mar sobre nubes se imagina
Desesperada ruina,
Pues crespo sobre el viento en leves plumas,
Le pasa por pavesas las espumas.
Naufragando una nave,
En todo el mar parece que no cabe;
Pues el amparo mas seguro y cierto
Es cuando huye la piedad del puerto.
El clamor, el asombro y el gemido
Fatal presagio han sido
De la muerte que espera; y lo que tarda
Es porque esté muriendo lo que aguarda.
Y aun en ella tambien vienen portentos;
No son todos de cielos y elementos.
Sin duda se vistió de la tormenta [1].
A chocar con la tierra
Viene. Ya no es del mar solo la guerra,
Pues la que se le ofrece,
Un peñasco le arrima en que tropiece,
Porque la espuma en sangre se salpique.
(*Suena la tempestad, y dan voces dentro.*)

Voces dentro.

Que nos vamos á pique.

DEMONIO.

En una tabla quiero (*Dentro.*)
Salir á tierra, para el fin que espero.

[1] No hay verso que consuene con este. Para el metro y para el sentido falta algo.

CIPRIANO.

Porque su horror se asombre,
Burlando su poder, escapa un hombre,
Y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,
El camarin de los tritones busca,
Y en crespo remolino,
Es cadáver del mar, cascado el pino.
(*Sale el Demonio, mojado, como que sale del mar.*)

DEMONIO.

(*Para sí.* Para el prodigio que intento,
Hoy me ha importado fingir
Sobre campos de zafir,
Este espantoso portento;
Y en forma desconocida
De la que otra vez me vió,
Cuando en este monte yo
Miré mi ciencia excedida,
Vengo á hacerle nueva guerra,
Valiéndome así mejor
De su ingenio y de su amor.)
Dulce madre, amada tierra,
Dame amparo contra aquel
Monstruo que de sí me arroja.

CIPRIANO.

Pierde, amigo, la congoja
Y la memoria cruel
De tu reciente fortuna,
Viendo en tu mayor trabajo
Que no hay firme bien debajo
De los cercos de la luna.

DEMONIO.

¿Quién eres tú, á cuyas plantas
Mi fortuna me ha traido?

CIPRIANO.

Quien, de la piedad movido
De penas y ruinas tantas,
Serte de alivio quisiera.

DEMONIO.

Imposible vendrá á ser;
Que no le puedo tener
Yo jamas.

CIPRIANO.

¿De qué manera?

DEMONIO.

Todo mi bien he perdido...
Pero sin razon me quejo,
Pues ya con la vida dejo
Mis memorias al olvido.

CIPRIANO.

Ya que de aquel torbellino
El terremoto cesó,
Y el cielo á su paz volvió,
Manso, quieto y cristalino,
Con tal priesa, que su grave
Enojo nos da á entender
Que solo debió de ser
Hasta sumergir tu nave,
Dime quién eres, siquiera
Por la piedad que me das.

DEMONIO.

Mas de lo que has visto y mas
De lo que decir pudiera,
Me cuesta el llegar aquí;
Que en mi fortuna cruel,
La menor es del bajel.
¿Quieres ver si es cierto?

CIPRIANO.

Sí.

DEMONIO.

Yo soy, pues saberlo quieres,
Un epílogo, un asombro
De venturas y desdichas,
Que unas pierdo y otras lloro.
Tan galan fuí por mis partes,
Por mi lustre tan heróico,

Tan noble por mi linaje
Y por mi ingenio tan docto,
Que aficionado á mis prendas
Un rey, el mayor de todos
(Puesto que todos le temen,
Si le ven airado el rostro),
En su palacio cubierto
De diamantes y piropos
(Y aun si los llamase estrella
Fuera el hipérbole corto),
Me llamó valido suyo,
Cuyo aplauso generoso
Me dió tan grande soberbia,
Que competí al regio solio,
Queriendo poner las plantas
Sobre sus dorados tronos.
Fué bárbaro atrevimiento:
Castigado lo conozco.
Loco anduve; pero fuera,
Arrepentido, mas loco.
Mas quiero en mi obstinacion
Con mis alientos briosos
Despeñarme de bizarro,
Que rendirme de medroso.
Si fuéron temeridades,
No me vi en ellas tan solo,
Que de sus mismos vasallos
No tuviese muchos votos.
De su corte, en fin, vencido,
Aunque en parte victorioso,
Salí arrojando venenos
Por la boca y por los ojos,
Y pregonando venganzas,
Por ser mi agravio notorio,
Logrando en las gentes suyas
Insultos, muertes y robos.
Los anchos campos del mar,
Sangriento pirata corro,
Argos ya de sus bajíos,
Y lince de sus escollos.
En aquel bajel que el viento
Desvaneció en leves soplos;
En aquel bajel que el mar
Convirtió en ruina sin polvo,
Esas campañas de vidrio
Hoy corria codicioso,
Hasta examinar un monte
Piedra á piedra y tronco á tronco;
Porque en él un hombre vive,
Y á buscarle me dispongo,
A que cumpla una palabra,
Que él me ha dado y yo le otorgo.
Embistióme esta tormenta;
Y aunque pudo prodigioso
Mi ingenio enfrenar á un tiempo
Al euro, al cierzo y al noto,
No quise desesperado,
Por otras causas, por otros
Fines, convertirlos hoy
En regalados favonios.
(*Ap.* Que pude, dije, y no quise:
Aquí de su ingenio noto
Los riesgos, pues desta suerte
A mágicas le aficiono.)
No te espantes del despecho,
Ni del prodigio tampoco:
De aquel, porque yo con ira
Me diera muerte á mí propio;
Ni deste, porque con ciencias
Daré al sol pálido asombro.
Soy en la magia que alcanzo,
El registro poderoso
Desos orbes: línea á línea
Los he discurrido todos.
Y porque no te parezca
Que sin ocasion blasono,
Mira si á este mismo instante
Quieres que lo inculto y tosco
Deste Nembrot de peñascos,
Mas bruto que el babilonio,
Te facilite lo horrible,
Sin que pierda lo frondoso.
Este soy, huérfano huésped
Destos fresnos, destos chopos;
Y aunque este soy, á tus plantas
Quiero pedirte socorro;
Y quiero en el que me dieres,
Librarte el bien que te compro
Con el afan de mi estudio,
Que en experiencias abono,
Trayéndote á tu albedrío
(*Ap.* Aquí en el amor le toco)
Cuanto te pida el deseo
Mas avaro y codicioso.
Y en tanto que no le aceptes,
Ya de cortés, ya de corto,
Págate de los deseos,
Si es que en tí no los malogro;
Que por la piedad que muestras
(Que agradezco y que conozco),
Seré tu amigo tan firme,
Que ni el repetido monstruo
De sucesos, la fortuna,
Que entre baldones y elogios,
Próspera y adversa muestra
Lo avaro y lo generoso;
Ni en su continua tarea
Corriendo y volando á tornos
El tiempo, íman de los siglos;
Ni el cielo, ni el cielo proprio,
A cuyos astros el mundo
Debe el bellísimo adorno,
Tendrán poder de apartarme
De tu lado un punto solo,
Como aquí me dés amparo;
Y aun todo aquesto es muy poco
Para lo que yo intereso,
Si mis pensamientos logro.

CIPRIANO.

Puedo decir que al mar albricias pido
De que te hayas perdido,
Y á este monte llegaras,
Donde verás bien claras
Muestras de la amistad que ya te ofrezco,
Si feliz por mi huésped te merezco:
Y así, vente conmigo;
Que he de estimarte por seguro amigo.
Mi huésped has de ser, miéntras quisieres
Servirte de mi casa.

DEMONIO.

¿Ya me quieres
Por tuyo?

CIPRIANO.

Con los brazos
Firme nuestra amistad eternos lazos.
(*Ap.* ¡Oh si á alcanzar llegase
Que aqueste hombre la magia me enseñase!
Pues con ella quizá mi amor podria
En parte divertir la pena mia;
O podria mi amor quizá con ella
En todo conseguir la causa bella
De mi rabia, mi furia y mi tormento.)

DEMONIO. (*Ap.*)

Ya al ingenio y amor le miro atento.

ESCENA VIII.

CLARIN Y MOSCON, *cada uno por su parte, corriendo.* — CIPRIANO, EL DEMONIO.

CLARIN.

¿Estás vivo, señor?

MOSCON. (*A Clarin.*)

¡Civilidades
Gastas por novedades!
Claro está, pues le miras, que está vivo.

CLARIN.

He usado deste modo admirativo
Para ponderacion, noble lacayo,
Del milagro que fué no darle un rayo
De tantos como vió aquesta montaña.

MOSCON.

Pues el mirarle ¿no te desengaña?

CIPRIANO.

Estos son mis criados. —
¿A qué volveis?

MOSCON.

A darte mas enfados.

DEMONIO.

Tienen alegre humor.

CIPRIANO.

A mí me tienen
Cansado, porque siempre necios vienen.

MOSCON.

¿Quién es aqueste hombre,
Señor?

CIPRIANO.

Un huésped mio, no os asombre.

CLARIN.

¿Para qué quieres huéspedes ahora?

CIPRIANO. (*Al Demonio.*)

Lo que merece tu valor ignora.

MOSCON.

Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?

CLARIN.

No; pero tiene talle
El tal huésped, si acaso no me engaño,
De estarse en casa un año y otro año.

MOSCON.

¿De qué lo infieres?

CLARIN.

Cuando aprisa pasa
Un huésped, decir suelen: «No hará en casa
Mucho humo;» y de aqueste...

MOSCON.

Di.

CLARIN.

Presumo...

MOSCON.

¿Qué?

CLARIN.

Que ha de hacer en casa mucho humo.

CIPRIANO.

Para que te repares
De las iras del mar y tus pesares,
Vente conmigo.

DEMONIO.

Voy á obedecerte.

CIPRIANO.

Tu descanso procuro.

DEMONIO. (*Ap.*)

Yo tu muerte.
Y pues ya he conseguido
El mirarme contigo introducido,
Ir á alterar mi saña determina
De otra suerte tambien la de Justina.
(*Vanse Cipriano y el Demonio.*)

CLARIN.

¿No sabes qué he pensado?

MOSCON.

¿Qué?

CLARIN.

Que del terremoto ha reventado
Algun volcan; que mucho azufre he olido.

MOSCON.

Que es el huésped á mí me ha parecido.

CLARIN.

Malas pastillas gasta. Mas ya infiero
La causa.

MOSCON.

¿Qué es?

CLARIN.

El pobre caballero
Debe de tener sarna, y hase untado
Con ungüento de azufre.

MOSCON.

En ello has dado. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

LELIO, FABIO.

FABIO.

En fin, ¿vuelves á esta calle?

LELIO.

La vida en ella perdí,
Y vuelvo á buscarla aquí:
Quiera amor que yo la halle.
¡Ay de mí!

FABIO.

A la puerta estás
De la casa de Justina.

LELIO.

¿Qué importa, si hoy determina
Mi amor declararse mas?
Que pues á ver he llegado
Que á otro de noche se fia,
No es mucho que yo de dia
Desahogue mi cuidado.
Retírate tú, porqué
El entrar solo es mejor.
Mi padre es gobernador
De Antioquía: bien podré
Con este aliento y la furia
Que á despeñarme camina,
En casa entrar de Justina,
Y quejarme de su injuria. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA X.

JUSTINA; *y luego*, LELIO.

JUSTINA.

Livia... Mas ¿quién está al paso?
(*Sale Lelio.*)

LELIO.

Yo soy.

JUSTINA.

Pues ¿qué novedad,
Señor, qué temeridad
Obliga?...

LELIO.

Cuando me abraso
Tanto, á mis celos sujeto,
No lo he de estar á tu honor.
Perdona, que con mi amor
Ha espirado tu respeto.

JUSTINA.

¿Pues cómo tan atrevido
Osas...

LELIO.

Como estoy furioso.

JUSTINA.

Entrar...

LELIO.

Como estoy celoso.

JUSTINA.

Aquí...

LELIO.

Como estoy perdido.

JUSTINA.

Sin advertir y sin ver
El escándalo que da
Que?...

LELIO.

No te aflijas, pues ya
Tienes poco que perder.

JUSTINA.

Mira, Lelio, mi opinion.

LELIO.

Justina, eso mejor fuera
Que tu voz se lo dijera
A quien por ese balcon
Sale de noche. No quiero
Mas de que sepas que sé
Tus liviandades, porqué
Ménos ingrato y severo
Tu honor esté con mi amor;
Que es tu desden mas injusto
Porque tienes otro gusto,
Que porque tienes honor.

JUSTINA.

Calla, calla, no hables mas.
¿Quién en mi casa se atreve,
Ni quién en mi ofensa mueve
Paso y voz? ¿Tan ciego estás,
Tan atrevido, tan loco,
Que con fingidas quimeras,
Eclipsar las luces quieras
Que aun al sol tienen en poco?
¿Hombre de mi casa...

LELIO.

Sí.

JUSTINA.

Por mi balcon?...

LELIO.

Mi dolor
Lo diga, ingrata.

JUSTINA.

¡Ay honor!
Volved por vos y por mí.

ESCENA XI.

EL DEMONIO, *por la puerta que está á espaldas de Justina.* — DICHOS.

DEMONIO. (*Ap.*)

Acudiendo mi furor
A los dos cargos que tengo,
A esta casa á entablar vengo
El escándalo mayor
Del mundo; y pues ya este amante
Tan despechado y tan ciego
Está, avívese su fuego.
Ponerme quiero delante,
Y como huyendo, despues
De ser visto, retirarme.
(*Hace como que va á salir, y en viéndole Lelio, se reboza y vuelve á entrarse.*)

JUSTINA.

Hombre, ¿vienes á matarme?

LELIO.

No, sino á morir.

JUSTINA.

¿Qué ves,
Que de nuevo te has mudado?

LELIO.

Los engaños tuyos veo.
Di ahora que mi deseo
Mis ofensas ha inventado.
Un hombre deste aposento
Iba á salir: como vió
Gente, embozado volvió
A retirarse.

JUSTINA.

En el viento
Te finge tu fantasía
Ilusiones.

LELIO.

¡Pena brava!

JUSTINA.

¿Pues de noche no bastaba,
Lelio, mas tambien de dia
La luz quieres engañar?

LELIO.

Si es engaño ó no es engaño,
Así veré el desengaño.
(*Éntrase por donde estaba el Demonio.*)

JUSTINA.

No te lo quiero excusar,
Porque la inocencia mia,
A costa desta licencia,
Desvanezca la apariencia
De la noche con el dia.

ESCENA XII.

LISANDRO.—JUSTINA; LELIO, *dentro.*

LISANDRO.

Justina.

JUSTINA. (*Ap.*)

Esto me faltaba.
¡Ay de mí, si Lelio sale,
Estando Lisandro aquí!

LISANDRO.

Mis desdichas, mis pesares
Vengo á consolar contigo.

JUSTINA.

¿Qué tienes, que en el semblante
Muestras disgusto y tristeza?

LISANDRO.

No es mucho, cuando se rasgue
El corazon. Con el llanto
Pasar no puedo adelante.
(*Aparece Lelio á la puerta del cuarto.*)

LELIO. (*Ap.*)

Ahora acabo de creer
Que sombras los celos hacen,
Pues no está en este aposento,
Ni tuvo por donde echarse
El hombre que vi.

JUSTINA. (*Ap. á Lelio.*)

No salgas,
Lelio, que está aquí mi padre.

LELIO.

Esperaré á que se ausente,
Convalecido en mis males. (*Retírase.*)

JUSTINA.

¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?
Qué tienes, señor? Qué traes?

LISANDRO.

Tengo el dolor mas sensible,
Traigo la pena mas grave,
Que vió la tierna piedad,
Para ejemplos miserables,
Con que la crueldad se baña
De tanta inocente sangre.
Al Gobernador envía
El césar Decio inviolable
Un decreto... Hablar no puedo.

JUSTINA. (*Ap.*)

¿Quién vió pena semejante?
Lisandro, compadecido
De los cristianos ultrajes,
Conmigo habla, sin saber
Que Lelio puede escucharle,
Hijo del Gobernador.

LISANDRO.

En fin, Justina...

JUSTINA.

No pases,
Señor, si así has de sentirlo,
Con el discurso adelante.

LISANDRO.

Déjame que le repita;
Que contigo, es aliviarle.
En él manda...

JUSTINA.

No prosigas,
Cuando, es tan justo que engañes
Tu vejez con mas sosiego.

LISANDRO.

Cuando, porque me acompañes
En los sentimientos vivos
Que bastan para matarme,
Te doy cuenta del decreto
Mas cruel que vió la márgen
Del Tíber, con sangre escrito
Para manchar sus cristales,
¡Me diviertes! De otra suerte
Solias, Justina, escucharme
Estas lástimas.

JUSTINA.

Señor,
No son los tiempos iguales.

LELIO. (*Ap. al paño.*)

No oigo todo lo que hablan,
Sino destroncado á partes.

ESCENA XIII.

FLORO.—JUSTINA, LISANDRO; LELIO, *al paño.*

FLORO. (*Ap.*)

Licencia tiene un celoso
Que llega á desengañarse
De una hipócrita virtud,
Sin que mas respetos guarde.
Con este intento hasta aquí...
Mas con ella está su padre:
Esperaré otra ocasion.

LISANDRO.

Quién pisa aquestos umbrales?

FLORO.

(*Ap.* Ya no es posible ¡ay de mí!
Que me vuelva sin hablarle.
Daréle alguna disculpa.)
Yo soy...

LISANDRO.

¿Tú en mi casa?

FLORO.

A hablarte
Vengo, si me das licencia,
Sobre un negocio importante.

JUSTINA. (*Ap.*)

Duélete de mí, fortuna;
Que son estos muchos lances.

LISANDRO.

Pues ¿qué mandas?

FLORO. (*Ap.*)

¿Qué diré
Que deste empeño me saque?

LELIO. (*Al paño.*)

¡Floro en casa de Justina
Con libertad entra y sale!
Si son fingidos aquellos
Celos, ya estos son verdades.

LISANDRO.

Mudado traes el color.

FLORO.

No te admires, no te espantes,
Que vengo á darte un aviso,
Que es á tu vida importante,
De un enemigo que tienes,
Que de tu muerte en alcance
Anda. Esto basta que diga.

LISANDRO.

(*Ap.* Sin duda que Floro sabe
Que yo soy cristiano, y viene
Con esta causa á avisarme
De mi peligro.) Prosigue,
Y nada, Floro, me calles.

ESCENA XIV.

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO, FLORO; LELIO, *al paño.*

LIVIA.

Señor, el Gobernador
Me ha mandado que te llame,
Y á la puerta está esperando.

FLORO.

Mejor será que yo aguarde:
(*Ap.* Pensaré en tanto el engaño)
Y así es bien que le despaches.

LISANDRO.

Estimo tu cortesía.
Aquí volveré al instante.
(*Vanse Lisandro y Livia.*)

ESCENA XV.

JUSTINA, FLORO; LELIO, *al paño.*

FLORO.

¿Eres tú la virtüosa,
Que á las lisonjas süaves
Del templado viento llamas
Descomedidos ultrajes?
Pues ¿cómo de tu recato
Y de tu casa las llaves
Rendiste?

JUSTINA.

Floro, detente:
No tan descortés agravies
Opinion de quien el sol
Hizo el mas costoso exámen
De pura y limpia.

FLORO.

Ya llega
Aquesa vanidad tarde,
Pues ya yo sé á quién has dado
Libre entrada...

JUSTINA.

¿Qué así hables?

FLORO.

Por un balcon.

JUSTINA

No pronuncies...

FLORO.

A tu honor...

JUSTINA.

¿Que así me trates?

FLORO.

Sí, que no merecen mas
Hipócritas humildades.

LELIO. (*Ap.*)

Floro no fué el del balcon.
Sin duda que hay otro amante,
Puesto que ni él ni yo fuimos.

JUSTINA.

Pues tienes ilustre sangre,
No ofendas nobles mujeres.

FLORO.

¡Que noble mujer te llames,
Cuando á tus brazos le admites,
Y por tus balcones sale!
Rindióte el poder; que como
Es gobernador su padre,
Te llevó la vanidad
De ver que á Antioquía mande...

LELIO. (*Ap.*)

De mí habla.

FLORO.

Sin mirar
Otros defectos mas grandes,
Que la autoridad encubre
En sus costumbres y sangre.
Pero no...

(*Sale Lelio.*)

LELIO.

Floro, detente,
Y no en mi ausencia me agravies;
Que hablar del competidor
Mal, es de pechos cobardes.
Y salgo á que no prosigas,
Corrido de tantos lances
Como contigo he tenido,
Sin que en ninguno te mate.

JUSTINA.

¿Quién, sin culpa, se vió nunca
En tan peligrosos lances?

FLORO.

Cuanto yo de ti dijera
Detras, te diré delante,
Y es verdad no sospechosa.

(*Empuñan las espadas.*)

JUSTINA.

Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?

LELIO.

Tomar la satisfaccion
Adonde escucho el desaire.

FLORO.

Sustentaré lo que dije
Donde lo dije.

JUSTINA.

¡Libradme,
Cielos, de tantas fortunas!

FLORO.

Y yo sabré castigarte.

ESCENA XVI.

EL GOBERNADOR, LISANDRO, GENTE.—JUSTINA, LELIO, FLORO.

TODOS LOS QUE SALEN.

Tenéos.

JUSTINA.

¡Ay infelice!

GOBERNADOR.

¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante
Indicio espadas desnudas,
Para que pueda informarme?

JUSTINA.

¡Qué desdicha!

LISANDRO.

¡Qué pesar!

LELIO.

Señor...

GOBERNADOR.

Baste, Lelio, baste.
¿Tú inquieto, siendo mi hijo?
Tú de mi favor te vales
Para alterar á Antioquía?

LELIO.

Señor, advierte...

GOBERNADOR.

Llevadles;
Que no ha de haber excepcion,
Ni privilegios de sangre,
Para no igualar castigos,
Pues son las culpas iguales.

LELIO. (*Ap.*)

Celos traje, y llevo agravios.

FLORO. (*Ap.*)

Penas á penas se añaden.

GOBERNADOR.

En diferentes prisiones,
Y con gente que los guarde,
A los dos tened.—Y vos,
Lisandro, ¿tan nobles partes
Es posible que mancheis,
Sufriendo?...

LISANDRO.

No, no os engañen
Deslumbradas apariencias,
Porque Justina no sabe
La ocasion.

GOBERNADOR.

¿Dentro en su casa
Quereis que viva ignorante,
Mozos ellos, y ella hermosa?
En peligro tan culpable
Me templo, porque no digan
Que sentencio como parte,
Siendo apasionado juez;
Mas vos que esto ocasionasteis,
Ya perdida la vergüenza,
Sé que volveréis á darme
Ocasion (que la deseo)
Para que nos desengañen
De vuestra virtud mentida
Verdaderas liviandades.
(*Vanse el Gobernador y la gente, con Lelio y Floro.*)

ESCENA XVII.

JUSTINA, LISANDRO.

JUSTINA.

Mis lágrimas os respondan.

LISANDRO.

Ya lloras sin fruto y tarde.
¡Oh qué mal, Justina, hice
El dia que á declararte
Llegué quien eras! ¡Oh nunca
Te contara que en la márgen
De un arroyo, en ese monte
Fuiste parto de un cadáver!

JUSTINA.

Yo...

LISANDRO.

No dés satisfacciones.

JUSTINA.

Los cielos han de abonarme.

LISANDRO.

¡Qué tarde será!

JUSTINA.

No hay plazo
Que en la vida llegue tarde.

LISANDRO.

Para castigar delitos.

JUSTINA.

Para acrisolar verdades.

LISANDRO.

Por lo que vi te condeno.

JUSTINA.

Yo á ti por lo que ignoraste.

LISANDRO.

Déjame, que voy muriendo,
Donde mi dolor me acabe.

JUSTINA.

Pierda yo á tus piés la vida;
Pero no me desampares. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Cipriano. En el fondo una galería por donde se ve el campo.

ESCENA XVIII.

CIPRIANO, EL DEMONIO, MOSCON, CLARIN.

DEMONIO.

Desde que en tu casa entré,
Te he visto sin alegría:
Profunda melancolía
En tu semblante se ve.
Tu alivio no es bien que estorbes,
Queriéndomelo ocultar,
Pues sabré destachonar
La clavazon de los orbes,
Por solo el menor deseo
Que te ofenda y te fatigue.

CIPRIANO.

No habrá mágica que obligue
Al imposible que veo:
Son mis ansias infelices.

DEMONIO.

Tu amistad me las confiese.

CIPRIANO.

Quiero á una mujer.

DEMONIO.

¿Y es ese
El imposible que dices?

CIPRIANO.

Si tú supieras quién es...

DEMONIO.

Curiosa atencion te doy,
Miéntras que burlando estoy
De que tan cobarde estés.

CIPRIANO.

La hermosa cuna temprana
Del infante sol que enjuga
Lágrimas cuando madruga,
Vestido de nieve y grana;
La verde prision ufana
De la rosa cuando avisa
Que ya sus jardines pisa
Abril, y entre mansos hielos
Al alba es llanto en los cielos,
Lo que es en los campos risa;
El detenido arroyuelo,
Que el murmurar mas süave
Aun entre dientes no sabe,
Porque se los prende el hielo;
El clavel, que en breve cielo
Es estrella de coral;
El ave, que liberal
Vestir matices presuma,
Veloz cítara de pluma
Al órgano de cristal;
El risco que al sol engaña,
Si á derretirle se atreve,
Pues gastándole la nieve,
No le gasta la montaña;
El laurel que el pié se baña
Con la nieve que atropella,
Y verde Narciso della,
Burla sin temer desmayos,
En esta parte los rayos,
Y los hielos en aquella;
Al fin, cuna, grana, nieve,
Campo, sol, arroyo, rosa,
Ave que canta amorosa,
Risa que aljófares llueve,
Clavel que cristales bebe,
Peñasco sin deshacer,
Y laurel que sale á ver
Si hay rayos que le coronen,
Son las partes que componen
A esta divina mujer.
Estoy tan ciego y perdido,
Porque mi pena te asombre,
Que por parecer á otro hombre,
Me engañé con el vestido.
Mis estudios di al olvido
Como al vulgo mi opinion,
El discurso á mi pasion,
A mi llanto el sentimiento,
Mis esperanzas al viento,
Y al desprecio mi razon.
Dije (y haré lo que dije)
Que ofreciera liberal
El alma á un genio infernal
(De aquí mi pasion colige),
Porque este amor que me aflige
Premiase con merecella;
Pero es vana mi querella,
Tanto que presumo que es
El alma corto interes,
Pues no me la dan por ella.

DEMONIO.

¿Tu valor ha de seguir
Los pasos desesperados
De amantes que se acobardan
En los primeros asaltos?
¿Tan léjos ejemplos viven
De bellezas que postraron
Su vanidad á los ruegos,
Su altivez á los halagos?
¿Quieres lograr tus deseos,
Siendo su prision tus brazos?

CIPRIANO.

¿Eso dudas?

DEMONIO.

Pues envia
Allá fuera esos criados,
Y quedemos los dos solos.

CIPRIANO.

Idos allá fuera entrambos.

MOSCON.

Yo obedezco.

CLARIN.

Y yo tambien.
(*Ap.* El tal huésped es el diablo.)
(*Escóndese.*)

CIPRIANO.

Ya se fuéron.

DEMONIO. (*Ap.*)

Poco importa
Que Clarin se haya quedado.

ESCENA XIX.

CIPRIANO, EL DEMONIO; CLARIN, *escondido*.

CIPRIANO.

¿Qué quieres ahora?

DEMONIO.

Esa puerta
Cierra.

CIPRIANO.

Ya solos estamos.

DEMONIO.

Por gozar á esta mujer,
Aquí dijeron tus labios,
Que darás el alma.

CIPRIANO.

Sí.

DEMONIO.

Pues yo te acepto el contrato.

CIPRIANO.

¿Qué dices?

DEMONIO.

Que yo le acepto.

CIPRIANO.

¿Cómo?

DEMONIO.

Como puedo tanto,
Que te enseñaré una ciencia
Con que podrás á tu mando
Traer la mujer que adoras;
Que yo, aunque tan docto y sabio,
Traerla para otro no puedo.
Las escrituras hagamos
Ante nosotros dos mismos.

CIPRIANO.

¿Quieres con nuevos agravios
Dilatar las penas mias?
Lo que ofrecí está en mi mano;
Pero lo que tú me ofreces
No está en la tuya, pues hallo
Que sobre el libre albedrío
Ni hay conjuros, ni hay encantos.

DEMONIO.

Hazme la cédula tú
Con tal condicion.

CLARIN. (*Ap. al paño.*)

¡Mal año!
Segun lo que ahora he visto,
No es muy bobo aqueste diablo.
¡Yo darle cédula! Aunque
Se me estuvieran mis cuartos
Sin alquilar veinte siglos,
No la hiciera.

CIPRIANO.

Los engaños
Son para alegres amigos,
No para desconfiados.

DEMONIO.

Quiero darte en testimonio
De lo que yo puedo y valgo,
Algun indicio, aunque sea
De mi poder breve rasgo.
¿Qué ves desta galería?

CIPRIANO.

Mucho cielo y mucho prado,
Un bosque, un arroyo, un monte.

DEMONIO.

¿Qué es lo que mas te ha agradado?

CIPRIANO.

El monte, porque es en fin,
De la que adoro retrato.

DEMONIO.

Soberbio competidor
De la estacion de los años,
Que te coronas de nubes,
Por bruto rey de los campos,
Deja el suelo, mide el viento:
Mira que soy quien te llamo.
Y mira tú si á una dama
Traerás, si yo á un monte traigo.
(*Múdase un monte de una parte á otra en el fondo del teatro.*)

CIPRIANO.

¡No vi mas confuso asombro!
¡No vi prodigio mas raro!

CLARIN. (*Ap.*)

Con el espanto y el miedo
Estoy dos veces temblando.

CIPRIANO.

Pájaro que al viento vuelas,
Siendo tus plumas tus ramos;
Bajel que en el viento sulcas,
Siendo jarcias tus penachos,
Vuélvete á tu centro, y deja
La admiracion y el espanto.
(*Vuélvese el monte á su lugar primero.*)

DEMONIO.

Si esta no es prueba bastante,
Pronuncien otra mis labios.
¿Quieres ver esa mujer
Que adoras?

CIPRIANO.

Sí.

DEMONIO.

Pues rasgando
Las duras entrañas, tú,
Monstruo de elementos cuatro,
Manifiesta la hermosura
Que en tu oscuro centro guardo.
(*Ábrese un peñasco, y aparece Justina durmiendo.*)
¿Es aquella la que adoras?

CIPRIANO.

Aquella es la que idolatro.

DEMONIO.

Mira si dártela puedo,
Pues donde quiera la traigo.

CIPRIANO.

Divino impósible mio,
Hoy serán centro tus brazos
De mi amor, bebiendo el sol
Luz á luz y rayo á rayo.

DEMONIO.

Detente, que hasta que firmes
La palabra que me has dado,
No puedes tocarla.
(*Quiere llegar, y ciérrase el peñasco.*)

CIPRIANO.

Espera,
Parda nube del mas claro
Sol que amaneció á mis dichas.—
Mas con el viento me abrazo.—
Ya creo tus ciencias, ya
Confieso que soy tu esclavo.
¿Qué quieres que haga por ti?
Qué me pides?

DEMONIO.

Por resguardo
Una cédula firmada
Con tu sangre y de tu mano.

CLARIN. (*Ap.*)

El alma le dierá yo,
Por no haberme aquí quedado.

CIPRIANO.

Pluma será este puñal,
Papel este lienzo blanco,
Y tinta para escribirlo
La sangre es ya de mis brazos.
(*Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose sacado sangre de un brazo.*)
(*Ap.* ¡Qué hielo! ¡qué horror! ¡qué asombro!)
Digo yo el gran Cipriano,
Que daré el alma inmortal
(¡Qué frenesí! ¡qué letargo!)
A quien me enseñare ciencias
(¡Qué confusiones! ¡qué espantos!)
Con que pueda atraer á mí
A Justina, dueño ingrato:
Y lo firmé de mi nombre.

DEMONIO.

(*Ap.* Ya se rindió á mis engaños
El homenaje valiente,
Donde estaban tremolando
El discurso y la razon.)
¿Has escrito?

CIPRIANO.

Sí, y firmado.

DEMONIO.

Pues tuyo es el sol que adoras.

CIPRIANO.

Tuya por eternos años
Es el alma que te ofrezco.

DEMONIO.

Alma con alma te pago,
Pues por la tuya te doy
La de Justina.

CIPRIANO.

¿Qué tanto
Término para enseñarme
La magia tomas?

DEMONIO.

Un año,
Con condicion...

CIPRIANO.

Nada temas.

DEMONIO.

Que en una cueva encerrados,
Sin estudiar otra cosa,
Hemos de vivir entrambos
Sirviéndonos solamente
A los dos este criado, (*Saca á Clarin.*)
Que curioso se quedó,
Pues con nosotros llevando
Su persona, este secreto
Desta suerte aseguramos.

CLARIN. (*Ap.*)

¡Oh nunca yo me quedara!
¡Que habiendo vecinos tantos
Que acechen, no haya demonio
Que venga al punto á llevarlos?

CIPRIANO.

Está bien. Dos dichas juntas
Ingenio y amor lograron,
Pues Justina será mia,
Y yo vendré á ser espanto
Del mundo con nuevas ciencias.

DEMONIO.

No salió mi intento vano.

CLARIN.

El mio sí.

DEMONIO.

Ven con nosotros.
(*Ap.* Ya vencí el mayor contrario.)

CIPRIANO.

Dichosos seréis, deseos,
Si tal posesion alcanzo.

DEMONIO.

(*Ap.* No ha de sosegar mi envidia
Hasta que los gane á entrambos.)
Vamos, y de aqueste monte
En lo oculto y lo intrincado.
Oirás la primer licion
Hoy de la mágica.

CIPRIANO.

Vamos,
Que con tal maestro mi ingenio,
Mi amor con dueño tan alto,
Eterno será en el mundo
El mágico Cipriano.

JORNADA TERCERA.

Bosque. En el fondo una gruta.

ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO.

Ingrata beldad mia,
Llegó el feliz, llegó el dichoso dia,
Línea de mi esperanza,
Término de mi amor y tu mudanza,
Pues hoy será el postrero
En que triunfar de tu desden espero.
Este monte elevado
En sí mismo al alcázar estrellado,
Y aquesta cueva oscura,
De dos vivos funesta sepultura,
Escuela ruda han sido
Donde la docta mágica he aprendido,
En que tanto me muestro,
Que puedo dar leccion á mi maestro.
Y viendo ya que hoy una vuelta entera
Cumple el sol de una esfera en otra es- [fera,
A examinar de mis prisiones salgo
Con la luz lo que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
Atended á mis mágicos conjuros;
Blandos aires veloces,
Parad al sabio estruendo de mis voces;
Gran peñasco violento,
Estremécete al ruido de mi acento;
Duros troncos vestidos,
Asombráos al horror de mis gemidos;
Floridas plantas bellas,
Al eco os asustad de mis querellas;
Dulces sonoras aves,
La accion temed de mis prodigios gra- [ves;
Bárbaras, crueles fieras,
Mirad las señas de mi afan primeras,
Porque ciegos, turbados,
Suspendidos, confusos, asustados,
Cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,
Fieras ya ves, estéis de ciencias tantas;
Que no ha de ser en vano
El estudio infernal de Cipriano.

ESCENA II.

EL DEMONIO. — CIPRIANO.

DEMONIO.

Cipriano.

CIPRIANO.

¡Oh sabio maestro mio!

DEMONIO.

¿A qué, usando otra vez de tu albedrío,
Mas que de mi precelo,
Con qué fin, por qué causa, y á qué efeto
Osado ó ignorante,
Sales á ver del sol la faz brillante?

CIPRIANO.

Viendo que ya yo puedo
Al infierno poner asombro y miedo,
Pues con tanto cuidado
La mágica he estudiado,
Que aun tú mismo no puedes
Decir, si es que me igualas, que me ex- [cedes;
Viendo que ya no hay parte
Della, que con fatiga, estudio y arte
Yo no la haya alcanzado,
Pues la nigromancía he penetrado,
Cuyas líneas oscuras
Me abrirán las funestas sepulturas,
Haciendo que su centro
Aborte los cadáveres, que dentro
Tiranamente encierra
La avarienta codicia de la tierra,
Respondiendo por puntos
A mis voces los pálidos difuntos;
Y viendo, en fin, cumplida
La edad del sol que fué plazo á mi vida,
Pues corriendo veloz á su discurso,
Con el rápido curso,
Los cielos cada dia,
Retrocediendo siempre á la porfía
Del natural, en que se juzga extraño,
El término fatal cumple hoy del año;
Lograr mis ansias quiero,
Atrayendo á mi voz el bien que espero.
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,
Hoy la hermosa Justina,
En repetidos lazos
Llamada de mi amor, vendrá á mis bra- [zos;
Que permitir no creo
De dilacion un punto á mi deseo.

DEMONIO.

Ni yo que le permitas
Quiero, si es este el fin que solicitas.
Con caractéres mudos
La tierra línea pues, y con ñudos
Conjuros hiere el viento,
A tu esperanza y á tu amor atento.

CIPRIANO

Pues allí me retiro,
Donde verás que cielo y tierra admiro.

(*Vase.*)

DEMONIO.

Y yo te doy licencia,
Porque sé de tu ciencia y de mi ciencia
Que el infierno inclemente,
A tus invocaciones obediente,
Podrá por mí entregarte
A la hermosa Justina en esta parte;
Que aunque el gran poder mio
No puede hacer vasallo un albedrío,
Puede representalle
Tan extraños deleites, que se halle
Empeñado á buscarlos,
Y inclinarlos podré, si no forzarlos.

ESCENA III.

CLARIN. — EL DEMONIO.

CLARIN.

Ingrata deidad mia,
No Libia ardiente, sino Livia fria,
Llegó el plazo en que espero
Alcanzar si tu amor es verdadero;
Pues ya sé lo que basta
Para ver si eres casta, ó haces casta;
Que con tanto cuidado
Aquí la ciencia mágica he estudiado,
Que por ella he de ver (¡ay de mí triste!)
Si con Moscon acaso me ofendiste.
Aguados cielos (ya otro dijo puros),
Atended á mis lóbregos conjuros:
Montes...

DEMONIO.

Clarin, ¿qué es eso?

CLARIN.

¡Oh sabio maestro!
Por la concomitancia estoy tan diestro
En la magia, que quiero ver por ella
Si Livia, tan ingrata como bella,
Comete alguna vez superchería
En la fatal estancia de mi dia.

DEMONIO.

Deja aquesas locuras,
Y en lo intrincado desas peñas duras
Asiste á tu señor, para que veas
(Si tanta admiracion lograr deseas)
El fin de su cuidado;
Que solo quiero estar.

CLARIN.

Yo acompañado.
Y si no he merecido
Haber las ciencias tuyas aprendido,
Porque, en fin, no te he hecho
Cédula con la sangre de mi pecho,
En este lienzo ahora

(*Saca un lienzo sucio.*) [llora)

(Nunca le trae mas limpio quien bien
La haré, para que mas te escandalices,
Dándome un mojicon en las narices;
Que no será embarazo
Salir de las narices ú del brazo.

(*Escribe en el lienzo con el dedo, habiéndose hecho sangre.*)

Digo yo, el gran Clarin, que si merezco
Verá Livia cruel, que al diablo ofrezco...

DEMONIO.

Ya digo que me dejes,
Y que con tu señor de mí te alejes.

CLARIN.

Yo lo haré: no te alteres.
Pues que tomar mi cédula no quieres
Cuando darla procuro,
Sin duda que me tienes por seguro.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

EL DEMONIO.

Ea, infernal abismo,
Desesperado imperio de tí mismo,
De tu prision ingrata
Tus lascivos espíritus desata,
Amenazando ruina
Al vírgen edificio de Justina.
De mil torpes fantasmas que en el viento
Su casto pensamiento
Hoy se forme, su honesta fantasía
Se llene; y con dulcísima armonía
Todo provoque amores,
Los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos,
Que no sean de amor dulces despojos;
Nada oigan sus oidos,
Que no sean de amor tiernos gemidos;
Porque sin que defensa en su fe tenga,
Hoy á buscar á Cipriano venga,
De su ciencia invocada,
Y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
Callaré, porque empiece vuestro canto.

(*Vase.*)

ESCENA V

JUSTINA; MÚSICA, *dentro.*

(*Cantan dentro.*)

UNA VOZ.

¿Cuál es la gloria mayor
Desta vida?

CORO DE VARIAS VOCES.

Amor, amor.

UNA VOZ.

No hay sugeto en que no imprima
El fuego de amor su llama,
Pues vive mas donde ama
El hombre, que donde anima.
Amor solamente estima
Cuanto tener vida sabe,
El tronco, la flor y el ave:
Luego es la gloria mayor
De esta vida...

CORO.

Amor, amor.

JUSTINA. (*Asombrada y inquieta.*)

Pesada imaginacion,
Al parecer lisonjera,
¿Cuándo te he dado ocasion

Para que desta manera
Aflijas mi corazon?
¿Cuál es la causa, en rigor,
Deste fuego, deste ardor,
Que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
Mi sentido?

CORO. (*Dentro.*)

Amor, amor.

JUSTINA.

(*Soseqándose.*)

Aquel ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante
A su consorte, que está
Un ramo mas adelante.
Calla, ruiseñor; no aquí
Imaginar me hagas ya,
Por las quejas que te oí,
Cómo un hombre sentirá,
Si siente un pájaro así.
Mas no: una vid fué lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abrace,
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en tús lazos,
Si así abrazan unas ramas,
Cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
Aquel girasol, que está
Viendo cara á cara al sol,
Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;
Que pensarán mis congojas,
Si así lloran unas hojas,
Cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor,
Desúnete, vid frondosa,
Párate, inconstante flor,
U decid, ¿qué venenosa
Fuerza usais?

CORO. (*Dentro.*)

Amor, amor.

JUSTINA.

¡Amor! ¿A quién le he tenido
Yo jamas? Objeto es vano;
Pues siempre despojo han sido
De mi desden y mi olvido
Lelio, Floro y Cipriano.
¿A Lelio no desprecié?
¿A Floro no aborrecí?
Y á Cipriano ¿no traté

(*Párase al nombrar á Cipriano, y desde allí habla inquieta otra vez.*)

Con tal rigor, que de mí
Aborrecido, se fué
Donde dél no se ha sabido?
Mas (¡ay de mí!) ya yo creo
Que esta debe de haber sido
La ocasion con que ha podido
Atreverse mi deseo;
Pues desde que pronuncié
Que vive ausente por mí,
No sé (¡ay infeliz!), no sé
Qué pena es la que sentí.

(*Sosiégase otra vez.*)

Mas piedad sin duda fué
De ver que por mí olvidado
Viva un hombre, que se vió
De todos tan celebrado;
Y que á sus olvidos yo
Tanta ocasion haya dado.

(*Vuelve á inquietarse.*)

Pero si fuera piedad,
La misma piedad tuviera
De Lelio y Floro, en verdad;
Pues en una prision fiera
Por mí están sin libertad. (*Sosiégase.*)
Mas, ¡ay discursos! parad:
Si basta ser piedad sola,
No acompañeis la piedad;
Que os alargais de manera
Que no sé (¡ay de mí!), no sé
Si ahora á buscarle fuera,
Si adonde él está supiera.

ESCENA VI.

EL DEMONIO. — JUSTINA.

DEMONIO.

Ven, que yo te lo diré.

JUSTINA.

¿Quién eres tú, que has entrado
Hasta este retrete mio,
Estando todo cerrado?
¿Eres monstruo, que ha formado
Mi confuso desvarío?

DEMONIO.

No soy, sino quien movido
Dese afecto que tirano
Te ha postrado y te ha vencido,
Hoy llevarte ha prometido
Adonde está Cipriano.

JUSTINA.

Pues no lograrás tu intento;
Que esta pena, esta pasion
Que afligió mi pensamiento,
Llevó la imaginacion,
Pero no el consentimiento.

DEMONIO.

En haberlo imaginado,
Hecho tienes la mitad:
Pues ya el pecado es pecado,
No pares la voluntad,
El medio camino andado.

JUSTINA.

Desconfiarme es en vano,
Aunque pensé; que aunque es llano
Que el pensar es empezar,
No está en mi mano el pensar,
Y está el obrar en mi mano.
Para haberte de seguir,
El pié tengo de mover,
Y esto puedo resistir,
Porque una cosa es hacer
Y otra cosa es discurrir.

DEMONIO.

Si una ciencia peregrina
En ti su poder esfuerza,
¿Cómo has de vencer, Justina,
Si inclina con tanta fuerza,
Que fuerza al paso que inclina?

JUSTINA.

Sabiéndome yo ayudar
Del libre albedrío mio.

DEMONIO.

Forzaréle mi pesar.

JUSTINA.

No fuera libre albedrío,
Si se dejara forzar.

DEMONIO.

Ven donde un gusto te espera.

(*Tira de ella, y no puede moverla.*)

JUSTINA.

Es muy costoso ese gusto.

DEMONIO.

Es una paz lisonjera.

JUSTINA.

Es un cautiverio injusto.

DEMONIO.

Es dicha.

JUSTINA.

Es desdicha fiera.

DEMONIO.

¿Cómo te has de defender,

(*Tira con mas fuerza.*)

Si te arrastra mi poder?

JUSTINA.

Mi defensa en Dios consiste.

DEMONIO.

Venciste, mujer, venciste (*Suéltala.*)
Con no dejarte vencer.
Mas ya que desta manera
De Dios estás defendida,
Mi pena, mi rabia fiera
Sabrá llevarte fingida,
Pues no puede verdadera.
Un espíritu verás,
Para este efecto no mas,
Que de tu forma se informa,
Y en la fantástica forma
Disfamada vivirás.
Lograr dos triunfos espero,
De tu virtud ofendido:
Deshonrarte es el primero,
Y hacer de un gusto fingido
Un delito verdadero. (*Vase.*)

ESCENA VII.

JUSTINA.

Desa ofensa al cielo apelo,
Porque desvanezca el cielo
La apariencia de mi fama,
Bien como al aire la llama,
Bien como la flor al hielo.
No podrás... Mas ¡ay de mí!
¿A quién estas voces doy?
¿No estaba ahora un hombre aquí?
Sí. Mas no: yo sola estoy:
No. Mas sí, pues yo le vi.
¿Por dónde se fué tan presto?
¿Si le engendró mi temor?
Mi peligro es manifiesto.—
¡Lisandro, padre, señor! (*A voces.*)
¡Livia!

ESCENA VIII.

LISANDRO Y LIVIA, *cada uno por su puerta.*—JUSTINA.

LISANDRO.

¿Qué es esto?

LIVIA.

¿Qué es esto?

JUSTINA.

¿Visteis un hombre (¡ay de mí!)
Que ahora salió de aquí?
Mal mis desdichas resisto.

LISANDRO.

¡Hombre aquí!

JUSTINA.

¿No le habeis visto?

LIVIA.

No, señora.

JUSTINA.

Pues yo sí.

LISANDRO.

¿Cómo puede ser, si ha estado
Todo este cuarto cerrado?

LIVIA. (*Ap.*)

Sin duda que á Moscon vió,
Que tengo encerrado yo
En mi aposento.

LISANDRO.

Formado
Cuerpo de tu fantasía
El hombre debió de ser;
Que tu gran melancolía
Le supo formar y hacer
De los átomos del dia.

LIVIA.

Mi señor tiene razon.

JUSTINA.

No ha sido (¡ay de mí!) ilusion,
Y mayor daño sospecho,
Porque á pedazos del pecho
Me arrancan el corazon.
Algun hechizo mortal
Se está haciendo contra mí,
Y fuera el conjuro tal,
Que á no haber Dios, desde aquí
Me dejara ir tras mi mal.
Mas él me ha de defender,
Y no solo del poder
Desta tirana violencia;
Pero mi humilde inocencia
No ha de dejar padecer.—
Livia, el manto, porque en tanto
(*Vase Livia.*)
Que padezco estos extremos,
Tengo de ir al templo santo,
Que tan secreto tenemos
Los fieles.
(*Sale Livia con el manto, y pónesele á Justina.*)

LIVIA.

Aquí está el manto.

JUSTINA.

En él tengo de templar
Este fuego que me abrasa.

LISANDRO.

Yo te quiero acompañar.

LIVIA. (*Ap.*)

Y yo volveré á alentar
En echándolos de casa.

JUSTINA.

Pues voy á ampararme así,
Cielos, de vuestro favor,
Confio...

LISANDRO.

Vamos de aquí.

JUSTINA.

Vuestra es la causa, Señor.
Volved por vos, y por mí.
(*Vanse Justina y Lisandro.*)

ESCENA IX.

MOSCON.—LIVIA.

MOSCON.

¿Fuéronse ya?

LIVIA.

Ya se fuéron.

MOSCON.

¡Con qué susto me tuvieron!

LIVIA.

¿Es posible que salieras
Del aposento, y vinieras
Donde sus ojos te vieron?

MOSCON.

¡Vive Dios, que no he salido
Un instante, Livia mia,
De donde estuve escondido!

LIVIA.

Pues ¿quién el hombre sería?

MOSCON.

El mismo diablo habrá sido.
¿Qué sé yo? No muestres ya
Por eso, mi bien, enfado.

LIVIA.

No es por eso. (*Suspira.*)

MOSCON.

¿Qué será?

LIVIA.

¿Qué pregunta, si há que esta
Un dia entero encerrado
Conmigo? ¿No echa de ver (*Llora.*)
Que habrá tambien menester
El otro, su confidente,
Que llore hoy tenerle ausente,
Pues no lloré en todo ayer?
¿Hase de pensar de mí
Que mujer tan fácil fui,
Que en medio año de ausencia
Falté á la correspondencia
Que al ser quien soy ofrecí?

MOSCON.

¿Qué es medio año? Un año entero
Há ya que pudo faltar.

LIVIA.

Es engaño, pues infiero
Que yo no debo contar
Los dias que no le quiero.
Y si de un año (¡ay de mí!) (*Llora.*)
Te dí la mitad á tí,
Fuera injuria muy cruel
Contárselo todo á él.

MOSCON.

Cuando yo, ingrata, creí
Que fuera tu voluntad
Toda mia, ¡con piedad
Haces cuentas!...

LIVIA.

Sí, Moscon,
Porque en fin, cuenta y razon
Conservan toda amistad.

MOSCON.

Pues que tu constancia es tal,
Adios, Livia, hasta mañana.
Solo te ruega mi mal
Que pues eres su terciana,
No seas su sincopal.

LIVIA.

Ya tú ves que no hay en mí
Malicia alguna.

MOSCON.

Es así.

LIVIA.

En todo hoy no me has de ver;
Mas no sea menester
Enviar mañana por tí. (*Vanse.*)

—

Bosque.

ESCENA X.

CIPRIANO, *como asombrado;* CLARIN, *acechando, tras él.*

CIPRIANO.

Sin duda se han rebelado
En los imperios cerúleos
Las tropas de las estrellas,
Pues me niegan sus influjos.
Comunidades ha hecho
Todo el abismo profundo,
Pues la obediencia no rinde
Que me debe por tributo.
Una y mil veces el viento
Estremezco á mis conjuros,
Y una y mil veces la tierra
Con mis caractéres sulco,
Sin que me ofrezca á mis ojos
El humano sol que busco,
El cielo humano que espero
En mis brazos.

CLARIN.

Eso ¿es mucho?
Pues una y mil veces yo
Hago en la tierra dibujos,
Una y mil veces el viento
A puras voces aturdo,
Y tampoco viene Livia.

CIPRIANO.

Esta vez sola presumo
Volver á invocarla.—Escucha,
Bella Justina...

ESCENA XI

Aparece una FIGURA *fantástica de Justina.*—CIPRIANO, CLARIN.

FIGURA.

Ya escucho;
Que forzada de tus voces,
Aquestos montes discurro.
¿Qué me quieres? Qué me quieres,
Cipriano?

CIPRIANO.

¡Estoy confuso!

FIGURA.

Y pues que ya..

CIPRIANO.

¡Estoy absorto!

FIGURA.

He venido...

CIPRIANO.

¿Qué me turbo?

FIGURA.

De la suerte...

CIPRIANO.

¿Qué me espanto?

FIGURA.

Que me halló el amor...

CIPRIANO.

¿Qué dudo?

FIGURA.

Donde me llamas...

CIPRIANO

¿Qué temo?

FIGURA.

Y así con la fuerza cumplo
Del encanto, á lo intrincado
Del monte tu vista huyo.
(*Cúbrese el rostro con el manto, y vase.*)

CIPRIANO.

Espera, aguarda, Justina.
Mas ¿qué me asombro y discurro?
Seguiréla, y este monte,
Donde mi ciencia la trujo,
Teatro será frondoso
Ya que no tálamo rudo,
Del mas prodigioso amor
Que ha visto el cielo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CLARIN.

Abernuncio
De mujer que viene á ser
Novia, y viene oliendo á humo.
Pero debió de cogerla
Del encanto lo absoluto
Soplando alguna colada,
O cociendo algun menudo.
Mas no: ¡en cocina y con manto!
De otra suerte la disculpo.
Sin duda debe de ser
(Ahora he dado en el punto;
Que una honrada nunca huele
Mejor), cogida de susto.
Ya la ha alcanzado, y con ella,
De aqueste valle en lo inculto
Luchando á brazos enteros
(Que á brazos partidos, juzgo
Que hiciera mal en luchar
El amante mas forzudo),
A este mismo sitio vuelven.
Desde aquí acechar procuro;
Que deseo saber cómo
Se hace una fuerza en el mundo.

ESCENA XIII.

CIPRIANO, *trayendo abrazada á la* FIGURA *fantástica de Justina.*

CIPRIANO.

Ya, bellísima Justina,
En este sitio, que oculto,
Ni el sol le penetra á rayos,
Ni á soplos el aire puro,
Ya es trofeo tu belleza
De mis mágicos estudios;
Que por conseguirte, nada
Temo, nada dificulto.
El alma, Justina bella,
Me cuestas; pero ya juzgo,
Siendo tan grande el empleo,
Que no ha sido el precio mucho.
Corre á la deidad el velo:
No entre pardos, ni entre oscuros
Celajes se esconda el sol;
Sus rayos ostente rubios.
(*Descúbrela, y ve un esqueleto.*)
Mas ¡ay infeliz! ¿qué veo?
¡Un yerto cadáver mudo
Entre sus brazos me espera!
¿Quién en un instante pudo
En facciones desmayadas
De lo pálido y caduco,
Desvanecer los primores
De lo rojo y lo purpúreo?

EL ESQUELETO.

Así, Cipriano, son
Todas las glorias del mundo.
(*Desaparece: sale Clarin huyendo, y se abraza con él Cipriano.*)

ESCENA XIV.

CLARIN.—CIPRIANO.

CLARIN.

Si álguien ha menester miedo,
Yo tengo un poco y un mucho.

CIPRIANO.

Espera, fúnebre sombra.
Ya con otro fin te busco.

CLARIN.

Pues yo soy fúnebre cuerpo.
¿No echas de verlo en el bulto?

CIPRIANO.

¿Quién eres?

CLARIN.

Yo estoy de suerte,
Que aun quién soy creo que dudo.

CIPRIANO.

¿Viste en lo raro del viento,
O del centro en lo profundo,
Yerto un cadáver, dejando
En señas de polvo y humo
Desvanecida la pompa
Que llena de adornos trujo?

CLARIN.

¿Ahora sabes que estoy
Sujeto á los infortunios
De acechador?

CIPRIANO.

¿Qué se hizo?

CLARIN.

Deshízose luego al punto.

CIPRIANO

Busquémosle.

CLARIN.

No busquemos.

CIPRIANO.

Sus desengaños procuro.

CLARIN.

Yo no, señor.

ESCENA XV.

EL DEMONIO.—CIPRIANO, CLARIN.

DEMONIO. (*Ap.*)

¡Justos cielos!
Si juntas un tiempo tuvo
Mi sér la ciencia y la gracia
Cuando fuí espíritu puro,
La gracia sola perdí,
La ciencia no. ¿Cómo injustos,
Si esto es así, de mis ciencias
Aun no me dejais el uso?

CIPRIANO.

¡Lucero, sabio maestro! (*Sin verle.*)

CLARIN.

No le llames; que presumo
Que venga en otro cadáver.

DEMONIO.

¿Qué me quieres?

CIPRIANO.

Que del mucho
Horror que padezco absorto,
Rescates hoy mi discurso.

CLARIN.

Yo, que no quiero rescates,
Por este lado me escurro. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

CIPRIANO, EL DEMONIO.

CIPRIANO.

Apénas sobre la tierra
Herida, acentos pronuncio,
Cuando en la accion que allá estaba
Justina, divino asunto
De mi amor y mi deseo...
Pero ¿para qué procuro
Contarte lo que ya sabes?
Vino, abracéla, y al punto
Que la descubro (¡ay de mí!),
En su belleza descubro
Un esqueleto, una estatua,
Una imágen, un trasunto
De la muerte, que en distintas
Voces me dijo (¡oh qué susto!):
«Así, Cipriano, son
Todas las glorias del mundo.»
Decir que en la magia tuya,
Por mí ejecutada, estuvo
El engaño, no es posible;
Porque yo, punto por punto
La obré, sin que errar pudiese
De sus caractéres mudos
Una línea, ni una voz
De sus mortales conjuros.
Luego tú me has engañado
Cuando yo los ejecuto,
Pues solo fantasmas hallo
Adonde hermosuras busco.

DEMONIO.

Cipriano, ni hubo en tí
Defecto, ni en mí le hubo:
En tí, supuesto que obraste
El encanto con agudo
Ingenio; en mí, pues el mio
Te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado,
Mas superior causa tuvo.
Mas no importará; que yo
Que tu descanso procuro,
Te haré dueño de Justina
Por otros medios mas justos.

CIPRIANO.

No es ese mi intento ya;
Que de tal suerte confuso
Este espanto me ha dejado,
Que no quiero medios tuyos.
Y así, pues que no has cumplido
Las condiciones que puso
Mi amor, solo de tí quiero,
Ya que de tu vista huyo,
Que mi cédula me vuelvas,
Pues es el contrato nulo.

DEMONIO.

Yo te dije que te habia
De enseñar en este estudio
Ciencias que atraer pudiesen,
De tus voces al impulso,
A Justina; y pues el viento
Aquí á Justina te trujo,
Válido ha sido el contrato,
Y yo mi palabra cumplo.

CIPRIANO.

Tú me ofreciste que habia
De coger mi amor el fruto
Que sembraba mi esperanza
Por estos montes incultos.

DEMONIO.

Yo me obligué, Cipriano,
Solo á traerla.

CIPRIANO.

Eso dudo;
Que á dármela te obligaste.

DEMONIO.

Ya la vi en los brazos tuyos.

CIPRIANO.

Fué una sombra.

DEMONIO.

Fué un prodigio.

CIPRIANO.

¿De quién?

DEMONIO.

De quien se dispuso
A ampararla.

CIPRIANO.

¿Y cuyo fué?

DEMONIO. (*Temblando.*)

No quiero decirte cuyo.

CIPRIANO.

Valdréme yo de mis ciencias
Contra tí. Yo te conjuro
Que quién ha sido me digas.

DEMONIO.

Un Dios, que á su cargo tuvo
A Justina.

CIPRIANO.

Pues ¿qué importa
Solo un Dios, puesto que hay muchos?

DEMONIO.

Tiene este el poder de todos.

CIPRIANO.

Luego solamente es uno
Pues con una voluntad
Obra mas que todos juntos.

DEMONIO.

No sé nada, no sé nada.

CIPRIANO.

Ya todo el pacto renuncio,
Que hice contigo; y en nombre
De aquese Dios te pregunto:
¿Qué le ha obligado á ampararla?

DEMONIO.

(Despues de hacer fuerza por no decirlo.)

Guardar su honor limpio y puro.

CIPRIANO.

Luego ese es suma bondad,
Pues que no permite insulto
Mas ¿qué perdiera Justina,
Si aquí se quedaba oculto?

DEMONIO.

Su honor, si lo adivinara
Por sus malicias el vulgo.

CIPRIANO.

Luego ese Dios todo es vista,
Pues vió los daños futuros.
Pero ¿no pudiera ser
Ser el encanto tan sumo,
Que no pudiera vencerle?

DEMONIO.

No, que su poder es mucho.

CIPRIANO.

Luego ese Dios todo es manos,
Pues que cuanto quiso pudo.
Dime ¿quién es ese Dios,
En quien hoy he hallado junto
Ser una suma bondad,
Ser un poder absoluto,
Todo vista y todo manos,
Que há tantos años que busco?

DEMONIO.

No lo sé.

CIPRIANO.

Dime quién es.

DEMONIO.

¡Con cuánto horror lo pronuncio!
Es el Dios de los cristianos.

CIPRIANO.

¿Qué es lo que moverle pudo
Contra mí?

DEMONIO.

Serlo Justina.

CIPRIANO.

Pues ¿tanto ampara á los suyos?

DEMONIO. *(Rabioso.)*

Sí, mas ya es tarde, ya es tarde
Para hallarle tú, si juzgo
Que siendo tú esclavo mio,
No has de ser vasallo suyo.

CIPRIANO.

¡Yo tu esclavo!

DEMONIO.

En mi poder
Tu firma está.

CIPRIANO.

Ya presumo
Cobrarla de tí, pues fué
Condicional, y no dudo
Quitártela.

DEMONIO.

¿De qué suerte?

CIPRIANO.

Desta suerte.

(Saca la espada, tírale al Demonio, y no le encuentra.)

DEMONIO.

Aunque desnudo
El acero contra mí
Esgrimas fiero y sañudo,
No me herirás; y porqué
Desesperen tus discursos,
Quiero que sepas que ha sido
El Demonio el dueño tuyo.

CIPRIANO.

¡Qué dices!

DEMONIO.

Que yo lo soy.

CIPRIANO.

¡Con cuánto asombro te escucho!

DEMONIO.

Para que veas, no solo
Que esclavo eres, pero cuyo.

CIPRIANO.

¡Esclavo yo del demonio!
¿Yo de un dueño tan injusto?

DEMONIO.

Sí, que el alma me ofreciste,
Y es mia desde aquel punto.

CIPRIANO.

¿Luego no tengo esperanza,
Favor, amparo ó recurso,
Que tanto delito pueda
Borrar?

DEMONIO.

No.

CIPRIANO.

Pues ya ¿qué dudo?
No ociosamente en mi mano
Esté aqueste acero agudo;
Pasándome el pecho, sea
Mi voluntario verdugo.
Mas ¿qué digo? Quien de tí
Librar á Justina pudo,
¿A mí no podrá librarme?

DEMONIO.

No, que es contra tí tu insulto.
El no ampara los delitos,
Las virtudes sí.

CIPRIANO.

Si es sumo
Su poder, el perdonar
Y el premiar será en él uno.

DEMONIO.

Tambien lo será el premiar
Y el castigar, pues es justo.

CIPRIANO.

Nadie castiga al rendido:
Yo lo estoy, pues lo procuro.

DEMONIO.

Eres mi esclavo, y no puedes
Ser de otro dueño.

CIPRIANO.

Eso dudo.

DEMONIO.

¿Cómo, estando en mi poder
La firma que con dibujos
De tu sangre, escrita tengo?

CIPRIANO.

El que es poder absoluto,
Y no depende de otro,
Vencerá mis infortunios.

DEMONIO.

¿De qué suerte?

CIPRIANO.

Todo es vista,
Y verá el medio oportuno.

DEMONIO.

Yo la tengo.

CIPRIANO.

Todo es manos:
El sabrá romper los nudos.

DEMONIO.

Dejaréte yo primero
Entre mis brazos difunto.

(Luchan los dos.)

CIPRIANO.

¡Grande Dios de los cristianos!
A tí en mis penas acudo.

DEMONIO. *(Arrojando de entre sus brazos á Cipriano.)*

Ese te ha dado la vida.

CIPRIANO.

Mas me ha de dar, pues le busco.

(Vase.)

Sala en el palacio del Gobernador.

ESCENA XVII.

EL GOBERNADOR, FABIO, SOLDADOS.

GOBERNADOR.

¿Cómo ha sido la prision?

FABIO.

Todos en su iglesia estaban
Escondidos, donde daban
A su Dios adoracion.
Llegué con armadas gentes,
Toda la casa cerqué,
Prendílos, y los llevé
A cárceles diferentes;
Y el suceso, en fin, concluyo
Con decir que en esta ruina
Prendí á la hermosa Justina
Y á Lisandro, pádre suyo.

GOBERNADOR.

Pues si riquezas codicias,
Puestos, honores y mas,
¿Cómo esas nuevas me das,
Fabio, sin pedirme albricias?

FABIO.

Si así estímas mis sucesos,
Las que me has de dar no ignoro.

GOBERNADOR.

Di.

FABIO.

La libértad de Floro
Y Lelio, que tienes presos.

GOBERNADOR.

Aunque yo con su castigo
Parece que escarmentar
Quise todo este lugar,
Si la verdad, Fabio, digo,
Otra es la causa por qué
Presos han vivido un año:
Y es que así de Lelio el daño
Como padre aseguré.
Floro, su competidor,
Tiene deudos poderosos;
Y estando los dos celosos
Y empeñados en su amor,
Temí que habian de volver
Otra vez á la cuestion;
Y hasta quitar la ocasion,
No me quise resolver.
Con este intento buscaba
Algun color con que echar
A Justina del lugar;
Pero nunca le encontraba.
Y pues su virtud fingida,
No solo ocasion me da
Hoy de desterrarla ya,
Mas de quitarla la vida,
No estén mas presos; y así,
A sus prisiones irás,
Y con brevedad traerás
A Lelio y á Floro aquí.

FABIO.

Beso mil veces tus piés
Por merced tan peregrina. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

EL GOBERNADOR, SOLDADOS.

GOBERNADOR.

Ya está en mi poder Justina,
Presa y convencida: pues
¿Qué espera mi rabia fiera,
Que ya en ella no ha vengado
Los enojos que me ha dado?
A sangrientas manos muera
De un verdugo. — Vos, mirad...
(*A un soldado.*)
Que aquí la traigais os mando
Hoy á la vergüenza, dando
Escándalo en la ciudad;
Porque si en palacio está,
Nada á darla vida baste.
(*Vase el soldado con otros.*)

ESCENA XIX.

FABIO, LELIO, FLORO. — DICHOS.

FABIO.

Los dos por quien enviaste,
Están á tus plantas ya.

LELIO.

Yo que al fin solo deseo
Parecer tu hijo esta vez,
No te miro como juez,
Con los temores de reo;
Sino como padre airado,
Con los temores de hijo
Obediente.

FLORO.

Y yo colijo,
Viéndome de tí llamado,
Que es para darme, señor,
Castigos que no merezco.
Pero á tus plantas me ofrezco.

GOBERNADOR.

Lelio, Floro, mi rigor
Justo con los dos ha sido,
Porque si no os castigara,
Padre, no juez me mostrara.
Pero teniendo entendido
Que en los nobles no duró
Nunca el enojo, y que ya
Quitada la causa está,
Intento piadoso yo
Haceros amigos luego.
En muestras de la amistad,
Aquí los brazos os dad.

LELIO.

Yo el venturoso á ser llego
En ser hoy de Floro amigo.

FLORO.

Y yo de que lo seré
Doy mano y palabra.

GOBERNADOR.

En fe
Deso, á libraros me obligo,
Que si el desengaño toco
Que de vuestro amor teneis,
No dudo que lo seréis.

ESCENA XX.

EL DEMONIO, GENTE. — DICHOS.

DEMONIO. (*Dentro.*)

¡Guarda el loco, guarda el loco!

GOBERNADOR.

¿Qué es esto?

LELIO.

Yo lo iré á ver.
(*Llega á la puerta, y vuelve luego.*)

GOBERNADOR.

En palacio tanto ruido,
¿De qué puede haber nacido?

FLORO.

Gran causa debe de ser.

LELIO.

Aqueste ruido, señor
(Escucha un raro suceso),
Es Cipriano, que al cabo
De tantos dias ha vuelto
Loco y sin juicio á Antioquía.

FLORO.

Sin duda que de su ingenio
La sutileza le tiene
En aqueste estado puesto.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Guarda el loco, guarda el loco!

ESCENA XXI.

CIPRIANO, *medio desnudo*, GENTE. — DICHOS.

CIPRIANO.

Nunca yo he estado mas cuerdo;
Que vosotros sois los locos.

GOBERNADOR.

Cipriano, ¿pues qué es esto?

CIPRIANO.

Gobernador de Antioquía,
Virey del gran césar Decio,
Floro y Lelio, de quien fuí
Amigo tan verdadero,
Nobleza ilustre, gran plebe,
Estadme todos atentos;
Que por hablaros á todos
Juntos, á palacio vengo.
Yo soy Cipriano, yo
Por mi estudio y por mi ingenio
Fuí asombro de las escuelas,
Fuí de las ciencias portento.
Lo que de todas saqué,
Fué una duda, no saliendo
Jamas de una duda sola
Confuso en mi entendimiento.
Ví á Justina, y en Justina
Ocupados mis afectos,
Dejé á la docta Minerva
Por la enamorada Vénus.
De su virtud despedido,
Mantuve mis sentimientos,
Hasta que mi amor, pasando
De un extremo en otro extremo,
A un huésped mio, que el mar
Le dió mis plantas por puerto,
Por Justina ofrecí el alma,
Porque me cautivó á un tiempo
El amor con esperanzas
Y con ciencias el ingenio.
Deste, discípulo he sido,
Esas montañas viviendo,
A cuya docta fatiga
Tanta admiracion le debo,
Que puedo mudar los montes
Desde un asiento á otro asiento;
Y aunque puedo estos prodigios
Hoy ejecutar, no puedo
Atraer una hermosura
A la voz de mi deseo.
La causa de no poder
Rendir este monstruo bello,
Es que hay un Dios que la guarda,
En cuyo conocimiento
He venido á confesarle
Por el mas sumo y inmenso.
El gran Dios de los cristianos
Es el que á voces confieso;
Que aunque es verdad que yo ahora
Esclavo soy del infierno,
Y que con mi sangre misma
Hecha una cédula tengo,
Con mi sangre he de borrarla
En el martirio que espero.
Si eres juez, si á los cristianos
Persigues duro y sangriento,
Yo lo soy; que un venerable
Anciano, en el monte mesmo
El carácter me imprimió
Que es su primer sacramento.
Ea pues, ¿qué aguardas? Venga
El verdugo, y de mi cuello
La cabeza me divida,
O con extraños tormentos
Acrisola mi constancia;
Que yo rendido y resuelto
A padecer dos mil muertes
Estoy, porque á saber llego
Que sin el gran Dios que busco,
Que adoro y que reverencio,
Las humanas glorias son
Polvo, humo, ceniza y viento.
(*Cae boca abajo en el suelo, como desmayado.*)

GOBERNADOR.

Tan absorto, Cipriano,
Me deja tu atrevimiento,
Que imaginando castigos,
A ninguno me resuelvo. (*Pisándole.*)
Levántate.

FLORO.

Desmayado,
Es una estatua de hielo.

ESCENA XXII.

SOLDADOS, JUSTINA. — DICHOS.

UN SOLDADO.

Aquí está, señor, Justina.

GOBERNADOR.

(*Ap.* Verla la cara no quiero.)

Con ese vivo cadáver
Todos sola la dejemos;
(*Ap. á los presentes.*)
Porque cerrados los dos,
Quizá mudarán de intento,
Viéndose morir el uno
Al otro; ó sañudo y fiero,
Si no adoraren mis dioses,
Morirán con mil tormentos.

LELIO. (*Ap.*)

Entre el amor y el espanto
Confuso voy y suspenso.

FLORO. (*Ap.*)

Tanto tengo que sentir,
Que no sé qué es lo que siento.
(*Vanse todos, ménos Justina.*)

ESCENA XXIII.

JUSTINA; CIPRIANO, *sin sentido, en el suelo.*

JUSTINA.

¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
A morir, ¡aun no me dais
Muerte, porque la deseo!
(*Repara en Cipriano.*)
Mas sin duda es mi castigo,
Cerrada en este aposento,
Darme muerte dilatada,
Acompañada de un muerto,
Pues solo un cadáver me hace
Compañía. ¡Oh tú, que al centro
De donde saliste, vuelves!
¡Dichoso tú, si te ha puesto
En este estado la fe
Que adoro!

CIPRIANO. (*Recobrándose.*)

Monstruo soberbio,
¿Qué aguardas, que no desatas
Mi vida en?...
(*Ve á Justina, y levántase.*)
¡Válgame el cielo!
(*Ap.* ¿No es Justina la que miro?)

JUSTINA. (*Ap.*)

¿No es Cipriano el que veo?

CIPRIANO. (*Ap.*)

Mas no es ella, que en el aire
La finge mi pensamiento.

JUSTINA. (*Ap.*)

Mas no es él: por divertirme
Fantasmas me finge el viento.

CIPRIANO.

Sombra de mi fantasía...

JUSTINA.

Ilusion de mi deseo...

CIPRIANO.

Asombro de mis sentidos...

JUSTINA.

Horror de mis pensamientos...

CIPRIANO.

¿Qué me quieres?

JUSTINA.

¿Qué me quieres?

CIPRIANO.

Ya no te llamo. ¿A qué efecto
Vienes?

JUSTINA.

¿A qué efecto tú
Me buscas? Ya en tí no pienso.

CIPRIANO.

Yo no te busco, Justina.

JUSTINA.

Ni yo á tu llamada vengo.

CIPRIANO.

Pues ¿cómo estás aquí?

JUSTINA.

Presa.
¿Y tú?

CIPRIANO.

Tambien estoy preso.
Pero tu virtud, Justina,
Dime ¿qué delito ha hecho?

JUSTINA.

No es delito, pues ha sido
Por el aborrecimiento
De la fe de Cristo, á quien
Como á mi Dios reverencio.

CIPRIANO.

Bien se lo debes, Justina;
Que tienes un Dios tan bueno,
Que vela en defensa tuya.
Haz tú que escuche mis ruegos.

JUSTINA.

Sí hará, si con fe le llamas.

CIPRIANO.

Con ella le llamo; pero
Aunque dél no desconfío,
Mis extrañas culpas temo.

JUSTINA.

Confía.

CIPRIANO.

¡Ay, qué inmensos son
Mis delitos!

JUSTINA.

Mas inmensos
Son sus favores.

CIPRIANO.

¿Habrá
Para mí perdon?

JUSTINA.

Es cierto.

CIPRIANO.

¿Cómo, si el alma he entregado
Al demonio mismo, en precio
De tu hermosura?

JUSTINA.

No tiene
Tantas estrellas el cielo,
Tantas arenas el mar,
Tantas centellas el fuego,
Tantos átomos el dia,
Ni tantas plumas el viento,
Como él perdona pecados.

CIPRIANO.

Así, Justina, lo creo,
Y por él daré mil vidas.
Pero la puerta han abierto.

ESCENA XXIV.

FABIO, *trayendo presos á* MOSCON, CLARIN Y LIVIA.—CIPRIANO, JUSTINA.

FABIO.

Entrad, que con vuestros amos
Aquí habeis de quedar presos. (*Vase.*)

LIVIA.

Si ellos quieren ser cristianos,
¿Acá qué culpa tenemos?

MOSCON.

Mucha; que los que servimos,
Harto gran delito hacemos.

CLARIN.

Huyendo del monte, vine
De un riesgo á dar á otro riesgo.

ESCENA XXV.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

A Justina y á Cipriano
El gobernador Aurelio
Llama.

JUSTINA.

¡Feliz yo mil veces,
Si es para el fin que deseo! —
No te acobardes, Cipriano.

CIPRIANO.

Fe, valor y ánimo tengo;
Que si de mi esclavitud
La vida ha de ser el precio,
Quien el alma dió por tí,
¿Qué hará en dar por Dios el cuerpo?

JUSTINA.

Que en la muerte te querria
Dije; y pues á morir llego
Contigo, Cipriano, ya
Cumplí mis ofrecimientos.
(*Vanse Justina, Cipriano y el criado.*)

ESCENA XXVI.

MOSCON, LIVIA, CLARIN.

MOSCON.

¡Qué contentos á morir
Van!

LIVIA.

Mucho mas contentos
Los tres á vivir quedamos.

CLARIN.

No mucho; que falta un pleito
Que averiguar: y aunque aquesta
No es ocasion, por si luego
No hay lugar, no será justo
Que echemos á mal el tiempo.

MOSCON.

¿Qué pleito es ese?

CLARIN.

Yo he estado
Ausente...

LIVIA.

Di.

CLARIN.

Un año entero,
Y un año Moscon ha sido
Sin mi intermision tu dueño;
Y á rata por cantidad,
Para que iguales estemos,
Otro año has de ser mia.

LIVIA.

¿Pues de mí presumes eso,
Que habia de hacerte ofensa?
Los dias lloraba enteros
Que me tocaba llorar.

MOSCON.

Y yo soy testigo dello;
Que el dia que no era mio,
Guardé á tu amistad respeto.

CLARIN.

Eso es falso, porque hoy
No lloraba cuando dentro
De su casa entré, y con ella
Estabas tú muy de asiento.

LIVIA.

No era hoy dia de plegaria.

CLARIN.

Sí era, que si bien me acuerdo,
El dia que me ausenté,
Era mio.

LIVIA.

Ese fué yerro.

MOSCON.

Ya sé en lo que el yerro ha estado.
Este fué año de bisiesto,
Y fuéron pares los dias.

CLARIN.

Yo me doy por satisfecho,
Porque no lo ha de apurar
Todo el hombre. — Mas ¿qué es esto?
(*Suena gran ruido de tempestad.*)

ESCENA XXVII.

EL GOBERNADOR, GENTE; *luego*, FABIO, LELIO Y FLORO, *todos alborotados; despues*, EL DEMONIO.

LIVIA.

La casa se viene abajo.

MOSCON.

¡Qué confusion! ¡qué portento!

GOBERNADOR.

Sin duda se ha desplomado
La máquina de los cielos.
(*Suena la tempestad, y salen Fabio, Lelio y Floro.*)

FABIO.

Apénas en el cadalso
Cortó el verdugo los cuellos
De Cipriano y de Justina,
Cuando hizo sentimiento
Toda la tierra.

LELIO.

Una nube,
De cuyo abrasado seno
Abortos horribles son
Los relámpagos y truenos
Sobre nosotros cae.

FLORO.

Della
Un disforme monstruo horrendo,
En las escamadas conchas
De una sierpe sale, y puesto
Sobre el cadalso, parece
Que nos llama á su silencio.
(*Descúbrese el cadalso con las cabezas y cuerpos de Justina y Cipriano, y el Demonio, en lo alto, sobre una sierpe.*)

DEMONIO.

Oid, mortales, oid
Lo que me mandan los cielos
Que en defensa de Justina
Haga á todos manifiesto.
Yo fuí quien por disfamar
Su virtud, formas fingiendo,
Su casa escalé, y entré
Hasta su mismo aposento;
Y porque nunca padezca
Su honesta fama desprecios,
A restituir su honor
De aquesta manera vengo.
Cipriano, que con ella
Yace en feliz monumento,
Fué mi esclavo; mas borrando
Con la sangre de su cuello
La cédula que me hizo,
Ha dejado en blanco el lienzo;
Y los dos, á mi pesar,
A las esferas subiendo
Del sacro solio de Dios,
Viven en mejor imperio.
Esta es la verdad, y yo
La digo, porque Dios mesmo
Me fuerza á que yo la diga,
Tan poco enseñado á hacerlo.
(*Cae velozmente, y húndese.*)

LELIO.

¡Qué asombro!

FLORO.

¡Qué confusion!

LIVIA.

¡Qué prodigio!

TODOS.

¡Qué portento!

GOBERNADOR.

Todos estos son encantos
Que aqueste mágico ha hecho
En su muerte.

FLORO.

Yo no sé
Si los dudo ó si los creo.

LELIO.

A mí me admira el pensarlos.

CLARIN.

Yo solamente resuelvo
Que si él es mágico, ha sido
El mágico de los cielos.

MOSCON.

Pues dejando en pié la duda
Del bien partido amor nuestro,
Al *Mágico prodigioso*
Pedid perdon de los yerros.

LOS EMPEÑOS DE UN ACASO.

PERSONAS.

DON FELIX.
DON JUAN.
DON DIEGO.
HERNANDO, *criado.*
LISARDO, *criado.*
DON ALONSO, *viejo.*
LEONOR, *hija de Don Alonso.*
ELVIRA, *hermana de Don Diego.*
INES, *criada.*
JUANA, *criada.*

La accion pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Portal de la casa de Don Alonso.
Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX Y DON DIEGO, *acuchillándose; despues*, DON ALONSO Y LEONOR.

DON FÉLIX.

O he de matar ó morir,
O quién sois he de saber.

DON DIEGO.

Pues mirad cómo ha de ser :
Que yo no lo he de decir.

DON FÉLIX.

Con vuestra muerte ó mi muerte
Que es el último remedio
De mis celos; que otro medio
No permiten.

DON DIEGO.

Desta suerte
He de intentar defendello.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

No he visto valor igual.

DON DIEGO. (*Ap.*)

¡Qué gran brio!

DON ALONSO. (*Dentro.*)

¡En mi portal
Cuchilladas! ¿Qué es aquello?
Dadme una espada y broquel,
Y sacad luces.

LEONOR. (*Dentro.*)

Señor,
Advierte...

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Suelta, Leonor.

LEONOR. (*Dentro.*)

No has de salir.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Mas cruel
Es ya el lance; que al rüido
Luz bajan, y en este estado,
Es fuerza ser yo el culpado,
Siendo yo el aborrecido.

DON FÉLIX.

A cualquier lance dispuesto,
A trueque de conocer
Mis celos, no siento ver
Que bajen luces

ESCENA II.

DON ALONSO; LEONOR, *deteniéndole;* INES, *con luz.*—DON FELIX, DON DIEGO.

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

DON DIEGO. (*Embozado.*)

(*Ap.* Bien ocultarme será,
Aunque á mi valor le pese.)

DON ALONSO.

¡Pues cómo en mi casa!...

DON DIEGO.

Ese
Caballero os lo dirá. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON ALONSO, LEONOR, DON FELIX, INES.

DON FÉLIX.

Sí haré, en habiendôs seguido.

DON ALONSO.

¡Señor Don Félix!

DON FÉLIX.

Yo soy.

DON ALONSO.

¿Qué ha sido esto?

LEONOR. (*Ap.*)

Muerta estoy.
¡Cielos! ¿qué habrá sucedido?

DON FÉLIX.

Yo os lo diré, despues que
Siga á aquel hombre.

DON ALONSO.

Eso no;
Que habiendo salido yo
A poner paz, pues se fué
El hombre con quien reñis,
No es razon que le sigais,
Si ya obligado no estáis
A hacerlo; que si decis
Que os importa darle muerte,
El primero seré yo
Que le siga.

DON FÉLIX

Porque no
Discurrais de aquesa suerte
Contra mi reputacion,
De seguirle dejaré
Y la ocasion os diré. (*Envaina.*)

LEONOR.

¿Cuál pudo ser la ocasion?

DON FÉLIX.

Estando ahora jugando,
Una duda se ofreció
Sobre una suerte, que yo
Ganaba : solicitando
Defenderla como mia,
Se atravesó un caballero
Que, apasionado, el primero
Juzgó que yo la perdia.
Yo que declarada vi
La suerte con tal rigor
Contra mí y de otro en favor,
No sé qué le respondí,
Que le obligó á que sacara
La espada. Como nos vieron
Empeñados, acudieron
Todos á que no pasara
A mayor extremo el lance.
Colérico me salí
De la casa : él hasta aquí
Vino siguiendo mi alcance,
De otros dos acompañado,
Que le seguian. Yo pues,
Viéndome embestir de tres,
De aqueste umbral amparado
Me intentaba defender.
Al ruido salisteis vos,
Retirándose los dos
Antes de dejarse ver,
Y él tambien se retiró
En viéndôs. Aquesta ha sido
La causa : perdon os pido
Del alboroto; que yo
Siento mas el ver que vos
Os hayais sobresaltado,
Que no el disgusto pasado.
Con esto quedad con Dios.
(*Quiere irse, y deliénele Don Alonso.*)

DON ALONSO.

Esperad.

LEONOR. (*Ap.*)

Albricias, ¡cielos!
Una y mil veces os pido
De que por juego haya sido
La ocasion, y no por celos.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué es lo que me mandais?

DON ALONSO.

Lo que yo os suplico es
Que, puesto que os buscan tres,
Solo de aquí no salgais;
Que habiendo mi casa sido
De vuestro riesgo sagrado,
Y habiendo al lance llegado,
Muy necio y inadvertido
Fuera, si solo os dejara
Ir. Yo tengo de ir con vos.

DON FÉLIX.

Mas lo fuera yo, por Dios,
Si eso á permitir llegara,

Dejando á esta mi señora
Con tal cuidado.

LEONOR.

El que yo
Tendré, será de que no
Haga mi padre...

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Ah traidora!

LEONOR.

Siempre lo mejor; y así,
Que os acompañe le ruego,
Hasta vuestra casa.

DON FÉLIX.

Y luego,
¿Qué se dijera de mí
Sino que yo, de temor,
De aquí á salir no habia osado,
Sino tan acompañado?
Y así os suplico, señor,
Me hagais merced de quedaros;
Que conmigo no habeis de ir,
Ni yo lo he de permitir.

DON ALONSO.

Es en vano el excusaros;
Que ha de ser. Y así, aunque estoy,
Por estar ya recogido,
Como veis, medio vestido,
Os ruego que miéntras voy
A tomar un ferreruelo,
De aquí no salgais.— Leonor,
Tenle tú.

LEONOR.

Sí haré, señor.
(*Vase Don Alonso.*)

ESCENA IV.

DON FÉLIX, LEONOR, INES.

DON FÉLIX.

Suelta: si no, vive el cielo,
Si me detienes así,
Que diga la causa...

LEONOR.

Espera.

DON FÉLIX.

Del disgusto; pues me fuera,
Por ir huyendo de tí,
Cuando no porque imagine
Que para reñir conmigo
Tu galan y mi enemigo,
Esperarme determine.

LEONOR.

¿Qué galan? ¡Bueno es venir
Tú del juego ocasionado,
Y querer que yo el enfado
Te pague!

DON FÉLIX.

Por no decir
La ocasion que me obligó
A sacar la espada aquí,
A tu padre eso fingí;
Que no, ingrata, porque no
Tenga razon de quejarme.
Y bien de mi voz pudieras
Tu culpa inferir, si vieras
Que con los dos declararme
Quise á un tiempo; pues la suerte
Que yo fingí que ganaba,
Era la que amor me daba
De hablarte en tu casa y verte.
El caballero embozado,
Que esperando en tu portal
Estaba ventura igual,
Es aquel que interesado
Juzgó que yo la perdia;
Y juzgó bien, pues es cierto
Que si tu mudanza advierto,
De otro es la suerte, y no mia.
Por conocerle en efeto,
Saqué la espada (¡ay de mí!),
Llegó tu padre y así,
Con equívoco conceto
Habló á los dos mi dolor,
Torpe confundiendo y ciego
Empeños de amor y juego;
Que tambien es juego amor,
Pues siempre anda con recelos
El tahur de sus rigores,
De ganancia en los favores,
Y de pérdida en los celos.

LEONOR.

Don Félix, señor, mi bien,
Fálteme el cielo, si di
Ocasion para que á ti
Pesar ninguno te dén
Sombras que en el aire haria
Tu misma imaginacion.

DON FÉLIX.

No son sombras las que son
Culpa tuya y pena mia.

LEONOR.

¡Plegue al cielo, que si sé
Quien pudo ser, quien así!...

ESCENA V.

DON ALONSO. — DICHOS.

DON ALONSO.

Vamos, Don Félix, de aquí.

DON FÉLIX.

Bien á mi pesar iré
Acompañado de vos.

DON ALONSO.

Ines, cierra tú esa puerta,
Y hasta que yo vuelva, abierta
No esté.

DON FÉLIX.

Perdonad, por Dios,
Señora, el justo cuidado
Con que es fuerza que quedeis;
Que vos la culpa teneis,
Pues ir no me habeis dejado.

LEONOR.

Si así obedecer prevengo
A mi padre, vos veréis,
Aunque la culpa me deis,
Que es culpa que yo no tengo.

DON ALONSO.

Venid, que dejaros quiero
En vuestra casa; y despues,
Sabiendo el hombre quien es,
Hacer las paces espero.

LEONOR.

Fáciles de hacer serán,
Puesto que agravio no ha habido.

DON FÉLIX.

No mucho, pues ofendido
Estoy yo, viendo que están
Tres enemigos (¡ay cielos!)
Declarados.

LEONOR. (*Ap. á Don Félix.*)

¿Cuáles son?

DON FÉLIX. (*Ap. á Leonor.*)

¿Eso dudas? Tu traicion
Y su ventura y mis celos.
(*Vanse Don Alonso y Don Félix.*)

ESCENA VI.

LEONOR, INES.

LEONOR.

¿Sabes, Ines, quién seria
El que en mi casa embozado,
Para darme este cuidado
A estas horas estaria?

INES.

No sé; mas aquel Don Diego
Que tu belleza enamora,
Solo pudo ser, señora,
Quien tan atrevido y ciego
Se atreviese á estar aquí.

LEONOR.

Dices bien; pues no estuviera
Quien mi desden no sintiera,
Tan desvelado por mí.

INES.

Pues si él tu desden adora,
No á tí la pena te dés.

LEONOR.

A manos moriré, Ines,
Deste pesar. Cierra ahora
Esa puerta, y á pensar
Ven conmigo en mis desvelos,
Cómo podré de sus celos
A Félix desenojar.

INES.

Eso yo te lo diré.
No dándole á su pasion
Ninguna satisfaccion.

LEONOR.

¿Eso dices?

INES.

Sí.

LEONOR.

¿Por qué?

INES.

Porque en la varia fortuna
De los celos y el amor,
La satisfaccion mejor
Suele ser no dar ninguna.

LEONOR.

Es engaño; que tambien
Es cierta especie de culpa
No acertar con la disculpa. (*Vase.*)

INES.

Si supiera que fui quien
A Don Diego le avisó
Que á aquestas horas viniera
A darme un papel, ¿qué hiciera?
Mas buena disculpa yo
Me tengo, para quedar
Del lance desempeñada,
Con decir que soy criada,
Y sirvo para medrar. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA VII.

ELVIRA Y JUANA, *tapadas*; DON JUAN, HERNANDO.

ELVIRA.

Ya sabeis que la licencia
De seguirme, caballero,
No dura mas que hasta aquí,
Y así que os volvais os ruego.

DON JUAN.

Ya sé que todos los dias
Que en ese Parque os encuentro,
Dando en su florida estancia
Al mayo flores, al cielo
Rayos, cristales al rio,
Luz al sol, envidia al viento,
Me dais licencia de hablaros
Y de veniros siguiendo
Hasta aquesta calle, donde
Me despedís con precepto
De que no os siga ni sepa
Quién sois, cuya ley atento

Tanto me tuvo, que bien
Della fineza, creyendo
Que alguna vez del descuido
Naciera el merecimiento.
Vos, por mas que yo procure
Serviros y obedeceros,
Nunca os dais por entendida
De mi cortés rendimiento;
Antes ofendida juzgo
Que me castigais, supuesto
Que aun no me habeis permitido
Llegar descubierta á veros,
Como en venganza de tanta
Obediencia; porque es cierto
Que en políticas de amor
Suelen tener unos fueros
Las damas, que obliga mas
Que el guardarlos, el romperlos.
Y así, viendo que ya el mayo,
Tiranamente depuesto
Del imperio de las flores,
Le deja á junio el imperio,
Temeroso de ver que entre
Abrasando á sangre y fuego
En las fértiles campañas
Los verdes triunfos del tiempo;
No quiero esperar á que
Deste hermoso sitio ameno
La estacion cese, y pasando
El feliz siglo de acero
(Mejor que el de oro), me quede
Llorando yo en el de hierro
El no haberos conocido.
Discúlpeme un argumento,
Por ver si con la razon
Vuestro recato convenzo.
Vos me mandais que no os siga;
Y yo, que seré, os confieso,
O descortés en seguiros,
O necio en obedeceros.
De necio ú de descortés
Estoy peligrando al riesgo:
¡Ved vos la distancia que hay
De un defecto á otro defecto!
Pues de descortés podré
Enmendarme con no serlo,
Y de necio no, pues nunca
Puede el necio no ser necio;
Con lo cual veréis, señora,
Que en dos daños, escogiendo
El que yo puedo enmendar,
Elijo del mal el ménos.
U os habréis de descubrir
O decir quién sois, ó tengo
De seguiros donde pueda
Mi curiosidad saberlo;
Porque haberos dado el alma
Por fe del entendimiento,
E ignorar á quien la he dado,
O es pereza del deseo,
O es desaliño del gusto,
O es tibieza del afecto,
Y nada os está mejor
Que en mí no haya cosa desto.

ELVIRA.

Señor Don Juan, quien buscó
Esta ocasion para veros
Y para hablaros, dijera
Quién es, á poder hacerlo.
Ni vos lo podeis saber,
Ni yo decíroslo puedo;
Que hay muchos inconvenientes...
Y de uno solo os advierto,
Con que, si quereis que os diga
Quien soy, decíroslo ofrezco.

DON JUAN.

Ninguno será mayor
Que ignorarlo. Decid presto.

ELVIRA.

Pues en el instante que
Sepais quién soy, estad cierto
Que otra vez en vuestra vida
Volver á hablaros no tengo.

DON JUAN.

¡Terrible es la condicion!
Y sin pensarla primero,
No me atrevo á resolverla.

ELVIRA.

Pues...

DON JUAN

¿Qué?

ELVIRA.

Pensadla, y sea presto.
(*Háblanse los dos bajo.*)

HERNANDO. (*A Ines.*)

Miéntras que piensa mi amo,
Y miéntras yo tambien pienso
Este bayo que no ensillo,
Tapada menor, te ruego
Hagas por mí una fineza.

JUANA.

Como no sea su intento
El saber quién soy, señor
Hernando, yo se lo ofrezco,
Porque le quiero así así.

HERNANDO.

Y yo así así lo agradezco.
Mas ¿por qué no ha de decirlo?

JUANA.

Porque he hecho juramento
De callarlo.

HERNANDO.

Por lo propio
Pensaba yo que el saberlo
Fuera mas fácil.

JUANA.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque no hay gusto en el suelo
Como quebrantar tres cosas.

JUANA.

¿Cuáles son?

HERNANDO.

Un juramento,
Un destierro y un ayuno.
Mas no presumas que es esto
Lo que te quiero pedir;
Pues ántes es mi deseo
El que tanta merced me hagas,
Que me lo tengas secreto;
Que estoy, si verdad te digo,
Temblando que he de saberlo.

JUANA.

¿Pues de qué nace el temor
Que tanto le aflige?

HERNANDO.

Desto.
Desde el dia que empecé
A navegar el estrecho
Golfo de amor, sin salir
De Abido para ir á Sesto,
Supe quién era mi dama,
Su cara, su entendimiento,
Su calidad y su estado,
Y todas cuantas encuentro
Son Franciscas, Juanas, Luisas;
Con que (poco mas ó menos)
Todas al Malcocinado
Tienen sus alojamientos.
Quisiera una dama yo
Extravagante, y sugeto
Capaz de novela, porque
Es mi amor tan novelero,
Que me le escribió Cervántes;
Y así te pido y te ruego
Que sin saber yo quién eres,
Me adules mis pensamientos.
Dame á entender que te llamas
Pantasilea; y creyendo
Ser infanta distraida,
Viviré ufano y contento
De pensar que andas tras mí
Puesta en trabajo; y con esto,
Por no olvidar el beber,
Beberé por tí los vientos.

JUANA.

Pues por mucho que imagine,
Aun soy mas.

HERNANDO.

Así lo creo.

ELVIRA. (*A Don Juan.*)

¿Y en eso os resolveis?

DON JUAN.

Sí,
Que si tengo de perderos,
No siguiéndôs de cobarde,
Y de atrevido siguiéndôs,
Mejor es que de atrevido
Os pierda; que en igual riesgo,
Es civil[1] la cobardía,
Y noble el atrevimiento.

ELVIRA.

Mirad que aventurais mucho.

DON JUAN.

Mas aventuro, si os pierdo.

ELVIRA.

Eso es perderme.

DON JUAN.

Es verdad;
Pero no por mi defecto,
Pues hago yo de mi parte
Las diligencias que puedo.

ELVIRA.

Pues yo tambien de la mia
He de hacer otro argumento.
O es verdad que para hablaros
Busqué este disfraz que tengo,
O no. Si es verdad, seguro
Podeis estar de mi afecto.
Si no es, ¿qué os importará
El saber quién soy, supuesto
Que el saber quién soy no es
Circunstancia de quereros?
Y así, señor, fiad de mí
Que os buscaré en otro puesto,
Y no me sigais.

DON JUAN.

Aunque
Adoro el ingenio vuestro,
Aun no me doy por vencido
De la réplica.

ELVIRA.

En efecto,
¿Me habeis de seguir?

DON JUAN.

Sí.

ELVIRA.

Pues
Advertid...

ESCENA VIII.

DON DIEGO. — DON JUAN, ELVIRA, JUANA, HERNANDO.

DON DIEGO.

Don Juan.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Ay cielos!
Ya es mi desdicha mayor.

[1] Ruin.

DON JUAN.

¿Qué mandais?

DON DIEGO.

Buscándôs vengo,
Sabiendo que al Parque fuisteis,
Y á singular dicha tengo
El haberos encontrado.

JUANA.

Muy malo, señora, es esto. (*Ap. á ella.*)

ELVIRA.

¿Si mi hermano nos habrá
Conocido?

JUANA.

Harto lo temo.

DON JUAN. (*A Don Diego.*)

¿Pues qué mandais?

DON DIEGO.

Un cuidado
Que en toda el alma padezco,
Me importa comunicar
Con vos.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

DON DIEGO.

Y os ruego
Que en dejando aquesa dama
En su casa...

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Extraño aprieto!

DON DIEGO.

Conmigo vengais; que yo
A lo largo os voy siguiendo.

JUANA. (*Ap. á su ama.*)

¡No es nada! ¡seguirnos quiere
Nuestro hermano por lo ménos!

ELVIRA. (*Ap. á Don Juan.*)

No permitais que nos siga,
Por Dios, ese caballero,
Señor Don Juan; que quien tuvo
De vos solo igual recelo,
¿Qué hará de otro? Y presumid,
Aunque os diga mas que puedo,
Que importa mas que pensais.

DON JUAN. (*A Elvira.*)

Por quitaros ese miedo,
Perderé yo esta ocasion —
Aunque habeis llegado á tiempo,
(*A Don Diego.*)
Que iba tan bien divertido,
Desa manera viniendo,
¿Cómo puedo dilatar
Ir con vos?

DON DIEGO.

Yo os lo agradezco.
Perdonad, señora, y dadle
Licencia.

DON JUAN.

Ya yo la tengo
Desta dama; que ántes ella
Agradecerá el encuentro,
Porque no la siga yo.

ELVIRA.

Es verdad; mas no por eso
De mí esteis desconfiado,
Pues ya nueva causa tengo
De buscaros, por saber
Que os quiere ese caballero.

DON JUAN.

¿Pues qué os importa á vos?

ELVIRA.

Solo
El cuidado con que quedo,
De presumir que es disgusto.

DON JUAN.

Estimad á ese recelo
Que no os siga.

ELVIRA.

Sí lo estimo;
Mas tambien, Don Juan, lo siento.—
Ven, Juana.

(*Echan á andar.*)

JUANA.

No hay que temer
Que nos conoció, supuesto
Que nos deja ir tan seguras.

ELVIRA.

¿Quién creyera que á un empeño
Igual mi hermano me hiciera
Espaldas? pues por él quedo
Libre ya de que Don Juan
No me siga. Vamos presto,
Juana, pues quiere mi suerte
Que haya venido Don Diego
A sacarme del peligro
En que mi amor me habia puesto,
Librándome la fortuna
De un riesgo con otro riesgo.

JUANA.

A mas ver, señor Hernando.

HERNANDO.

Vuestra Alteza, oculto dueño
De mis sentidos, en mí
Tiene un esclavo.

(*Vanse Elvira y Juana.*)

ESCENA IX.

DON JUAN, DON DIEGO, HERNANDO.

DON JUAN.

Ya quedo,
Don Diego, desocupado.
¿Qué mandais?

DON DIEGO.

Estadme atento.
Ya sabeis (como quien es
Mi amigo tan verdadero,
Y á quien he franqueado todos
Los archivos de mi pecho)
Que adoro á Doña Leonor
De Mendoza, padeciendo
Las iras de sus desdenes,
Las sañas de sus desprecios.
Consolado en sus rigores
(Porque no es amor perfecto
El que no se juzga bien
Hallado en sus sentimientos),
La idolatraba, pensando,
Que en tan soberano empleo,
Nadie habia que ganase
Las venturas que yo pierdo.
Mas ¡ay de mí! ¡cuán burlado
Vivia mi pensamiento,
De sí mesmo persuadido,
Y engañado de sí mesmo!
Que otro es mas feliz que yo.
¿Cómo mis celos refiero,
¡Ay de mí! sin que me mate
La ponzoña de mis celos?
Cómo lo supe, escuchad:
Veréis la razon que tengo
De sentirlos, cuando no
Bastara la de saberlos.
Una criada que sirve
A aquese tirano dueño
De mi vida, sobornada
De la dádiva y el ruego,
Me ofreció darla un papel,
Diciendo que su aposento
Tiene una reja que cae
Al portal; y en el silencio
De la noche, le llevase;
Que en ella, una seña haciendo,
Saldria á tomarle. Yo fuí
A llevarle el papel; pero
Aunque hice la seña, ella
No me respondió tan presto.
Presumiendo que estaria
Con sus amos, hice tiempo
Dentro del mismo portal,
De su oscuridad cubierto;
Cuando con la escasa luz
De la calle, un hombre veo
Entrar. Yo, mas recatado,
De la puerta me defiendo;
Pero no tanto que él
No me sintiese, y diciendo:
«No puede estar aquí nadie,
Que matarlo ó conocerlo
Ya no me importe», la espada
Sacó: yo entónces, resuelto
A que habia de encubrirme,
La mia saqué. Al estruendo
De los dos, se alborotó
Toda la casa allá dentro;
Salió su padre, y Leonor,
A su padre deteniendo,
Salió con luz y criados.
Yo entónces, reconociendo
Que era dar nueva materia
A sus aborrecimientos
El ser conocido, tomo
La puerta y la espalda vuelvo.
Bien claro está que seria
De atencion, y no de miedo,
Pues me obligó á retirarme,
Mas que el temor, el respeto.
Lo que sucedió no sé
Con el otro caballero,
Que detenido de todos,
Se quedó ¡ay de mí! con ellos.
Deste suceso pendiente,
Hasta saber el suceso
Estoy; y á buscaros iba
Para que me deis consejo,
O me digais qué os parece
Uno que pensado tengo.
Porque de cuantos caminos
Previene mi entendimiento,
He elegido el escribir
A la criada, diciendo
Me avise de cuanto ha habido
Desde anoche en casa; pero
Hallo mil dificultades
En el llevarle yo mesmo
El papel, ni criado mio;
Y así se me ofreció un medio,
Y es que deis licencia á Hernando
De llevarle; pues es cierto
Que no siendo conocido,
Podrá dársele sin riesgo,
Y traerme la respuesta.
Veré si con ella venzo
Este tropel de desdichas,
Este raudal de recelos,
Este piélago de penas,
Abismo de sentimientos,
Y, para decirlo todo,
Esta borrasca de celos;
Que donde ellos son los mas,
Todo lo demas es ménos.

DON JUAN.

El lance ha sido notable,
Y juzgo por buen acuerdo
El que habeis vos elegido;
Y así, aunque el disgusto siento,
Me huelgo que nos halleis
En ocasion que podemos
Serviros en algo yo
Y Hernando.

HERNANDO.

Yo no me huelgo

Que no quisiera servir
Aun lo que sirvo.

DON JUAN.

Al momento
Toma ese papel, y haz
Lo que te manda Don Diego.

DON DIEGO.

Toma, Hernando, por tu vida;
Que yo un vestido te ofrezco,
Si traes respuesta.

HERNANDO.

¡Vestido!

DON DIEGO.

Sí.

HERNANDO.

Pues tomo, voy y vengo.
¿Cómo ha nombre la criada?

DON DIEGO.

Ines.

HERNANDO.

¿De qué?

DON DIEGO.

No sé, cierto.

HERNANDO.

¿Pues cómo he de preguntar?

DON JUAN.

¿Ahora reparas en eso?

HERNANDO.

Sí, porque al que no repara,
Le dan siempre.

DON JUAN.

Corre presto,
Y busca alguna invencion,
Con que puedas entrar dentro.

HERNANDO.

Ahora bien, ¿ello ha de ser?
A los dos cita mi ingenio
Que veais en la respuesta
Mi industria y mi atrevimiento.
¿Dónde me esperais los dos?

DON DIEGO.

Pues de mi casa nos vemos
Tan cerca, en ella esperamos.

HERNANDO.

Pues á ella al instante vuelvo. (*Vase.*)

DON DIEGO.

Venid, Don Juan; que tambien
Que vos me conteis deseo
Qué dama era esta tapada.

DON JUAN.

Oiréis un raro suceso,
Que os admirará. (*Vanse.*)

—

Calle en que está la casa de Don Alonso.

ESCENA X.

HERNANDO.

¡Ay, vestido,
En qué confusion me has puesto!
Mas ¿de qué es la confusion?
¿Será este el papel primero
Que haya dado yo delante
De una suegra de otro tiempo?
Que suegras deste, ellas mismas
Le llevaran; porque es cierto
Que en la provincia de amor,
El alguacil de su celo
Tuvo vara criminal,
Pero ya en civil la ha vuelto.

ESCENA XI.

DON FELIX, LISARDO. — HERNANDO.

LISARDO.

¿Dónde vas?

DON FÉLIX.

No sé, Lisardo;
Que aunque venía diciendo
Que no he de ver en mi vida
A Leonor, al punto mesmo
Que lo pronuncian los labios,
Lo desmienten los afectos.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¿si el vestido
Será de color, ó negro?

DON FÉLIX.

¿Qué es esto, cielos? ¿hay dos
Corazones en mi pecho?
Hay en mí dos albedríos,
Dos almas? No. Pues ¿qué es esto
De proponer yo una cosa,
Y contra mi mismo acuerdo
Hacer otra cosa yo?
Mas ¡ay! ¡que loco, que necio
Ignoro que soy quien puede
Ménos yo conmigo mesmo!

HERNANDO. (*Ap.*)

Esta es de Leonor la casa.
Aquí mé santiguo, y entro
Con pié derecho: Dios quiera
No salga con el izquierdo.
Ahora bien, esta es la puerta.
Llego y llamo.

DON FÉLIX.

¡Qué es aquello!
¿No llama un hombre en la casa
De Leonor?

LISARDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Nada veo
Que mis celos no presuman
Que es la sombra de mis celos.
De aqueste umbral amparados,
Por quién pregunta escuchemos.

ESCENA XII.

INES. — DICHOS.

INES.

¿Quién llama?

HERNANDO.

¿Es ucé, mi reina,
Una Ines á quien yo vengo
Buscando?

INES.

Una Ines soy yo;
La que busca, no sé cierto.

HERNANDO.

Yo sí. Para que me tenga
Tal Ines por su cordero,
En sus brazos me reclino.

INES.

¡Qué ancianísimo concepto!
Vamos al caso. ¿Qué manda
Vuesa merced despues de eso?

HERNANDO.

Yo no mando, sino sirvo.
Aqueste papel...

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Qué veo!
Un papel da á Ines.

HERNANDO.

Le traigo.

INES.

¿Cuyo es?
(*Llega Don Félix, y toma el papel.*)

DON FÉLIX.

Yo lo veré presto.

INES. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

HERNANDO.

¿Por qué me toma
Ucé el papel?

DON FÉLIX.

Porque quiero.

HERNANDO.

Es concluyente razon:
Yo me doy por satisfecho.
Ucé le lea, y responda
Lo que le estuviere á cuento.

DON FÉLIX.

Esperad; no os vais, —ni tú
Te entres, Ines, allá dentro,
Hasta que yo haya leido.
(*Abre el papel.*)

INES. (*Ap.*)

Como una azogada tiemblo.

HERNANDO. (*Ap.*)

¡Oh quién fuera ahora valiente!
Mas quizá importa no serlo.

DON FÉLIX. (*Leyendo.*)

Yo no pude excusar el lance de anoche, porque estando esperando para hablarte, como me habias ofrecido, entró aquel caballero; y sacando la espada, fué forzoso que yo me defendiera. Avísame en qué ha parado; que hasta asegurarme de tu peligro, no quiero hablar en mis sentimientos. Dios te guarde.

A Leonor viene el papel.
No fué en vano mi recelo.

INES. (*Ap.*)

¡Cielos! tamañita estoy.

HERNANDO.

Cierto, que yo pensé, viéndôs
Abrirle así, que venía
Para vos.

INES. (*Ap.*)

¿Qué será esto?

DON FÉLIX.

(*Ap.* Apuremos de una vez
Al vaso todo el veneno.)
Ines, ¿quién es el que escribe
Tan cuidadoso y atento
A tu ama?

INES.

¿Qué sé yo?

DON FÉLIX.

Oid vos: decidme presto.
¿A quién, hidalgo, servís?

HERNANDO.

A Don Juan de Silva. Pero,
Si aquí he venido...

DON FÉLIX.

No mas.

HERNANDO.

Ha sido...

DON FÉLIX.

Otros no quiero.

HERNANDO.

De parte...

DON FÉLIX.

Cualquier disculpa
Será en vano. Estadme atento.

Decidle á Don Juan de Silva,
Que Don Félix de Toledo
Le dice que si atraviesa
Esta calle en ningun tiempo,
Le matará á cuchilladas.
Y en fe de que sabrá hacerlo,
Tomad, llevadle en señal
Aquestas dos. *(Dale con la daga.)*

HERNANDO.

¡Yo soy muerto!
¡Confesion!

INES. *(Ap.)*

¿Mas que me da
A mí tambien?

HERNANDO.

Yo me muero.

DON FÉLIX.

Y que esto sustentaré
Solo en el campo.

LISARDO.

¡Qué has hecho!

DON FÉLIX.

¿Qué sé yo?

HERNANDO.

Yo lo sé bien.
Me ha dado de corte y recio.
¿No habrá por aquí una silla
Del Refugio, que á un barbero
Me lleve, y le daré dada
Toda la sangre que vierto,
Solo porque me la tome? *(Vase.)*

LISARDO.

Ir tras aquel hombre quiero
A saber si es de peligro
La herida. *(Vase.)*

DON FÉLIX.

Ines.

INES.

El acero
Ten, señor; que yo no sé
Nada.

DON FÉLIX.

No temas.

INES.

Sí quiero.

DON FÉLIX.

Di á tu señora...

INES.

Mejor
Se lo dirás tú.

ESCENA XIII.

LEONOR.—DON FELIX, INES.

LEONOR.

¿Qué es esto?
¡De dia y de noche hay
Dentro de mi casa estruendos!

DON FÉLIX.

Sí, pues de dia y de noche
Das ocasion para haberlos.

LEONOR.

¿Qué ocasion?

DON FÉLIX.

Este papel,
Que ahora para tí trajeron
A Ines, lo dirá.

LEONOR.

¡Papel
Para mí! Ines, ¿qué es aquesto?

INES.

Lléveme el diablo si sé
Cuyo sea, ni á qué efecto,
Ni conozco á quien le trajo.

DON FÉLIX.

Aun bien que lo dice él mesmo.
El galan que para hablarte
Estaba anoche encubierto,
De tí llamado, te escribe
Muy cuidadoso, diciendo
Le avises en qué paró
El lance, y añade luego
Que en viéndote asegurada,
Hablará en sus sentimientos.

LEONOR.

Don Félix...

DON FÉLIX.

Aquí no hay
Don Félix.

LEONOR.

Plegue á los cielos...

DON FÉLIX.

Nada creo que me digas;
Solo lo que miro, creo.
Toma el papel y responde;
Que es bien que ese caballero
Salga del susto en que está.

LEONOR.

¡Mi bien, mi señor, mi dueño!...

DON FÉLIX.

¡Mi mal, mi muerte, mi rabia!...

LEONOR.

Nada que dices entiendo.

DON FÉLIX.

Pues bien claro te lo digo,
Y á referírtelo vuelvo.
Don Juan de Silva, tu amante,
Está del pasado encuentro
Con muchísimo cuidado.

LEONOR.

Ahora te entiendo ménos.
¿Qué Don Juan de Silva es este
Que no le conozco?

DON FÉLIX.

¡Es bueno!
Quien todo lo niega, todo
Lo confiesa. ¡Que aun el medio
De engañar, con ser tan fácil,
Le haya faltado á tu ingenio!
No fuera mejor, decirme:
«Félix, ese caballero
Me sirve; yo no le admito.
Si anoche estuvo encubierto
Y ahora escribe, diligencias
Son de amor, que yo no acepto.»
Disculpáraste á la luz
De la verdad, fuera ménos
Mi dolor, imaginando
Que en parte podrá ser cierto;
Pero negar el principio,
Es huir el argumento.

LEONOR.

Pues si es el principio falso,
¿No he de negarle? Los cielos
Me falten, si tal Don Juan
Conozco: á decir Don Diego
De Lara, que es el hermano
De una amiga que yo tengo,
Yo confesara, Don Félix,
Que es verdad que mira atento
Mis balcones.

DON FÉLIX.

¡Es buen modo
De disculpar unos celos,
Con dar otros!

LEONOR.

¿Tú no dices
Que la verdad es el medio
Mejor de satisfacer?

DON FÉLIX.

Sí, mas lo contrario siento;
Porque en efecto, no hay cosa
Que esté bien á un sentimiento
Si lo sabe, por dudarlo,
Si lo duda, por saberlo.
Y así dudar ni saber
Quiero ya; que solo quiero
Huir de tí.

LEONOR.

Detente.

DON FÉLIX.

Suelta;
Que si te disculpas, temo
Que á cada nueva disculpa,
Ha de haber un galan nuevo.

LEONOR.

Mira...

DON FÉLIX.

Harto miro, pues miro,
Ingrata, tus fingimientos,
Tus mentiras, tus engaños,
Tus falsedades, tus yerros.

LEONOR.

Pues tú verás mis finezas.

DON FÉLIX.

Ya vendrán tarde y sin tiempo.

LEONOR.

¡Oh mal haya mi fortuna,
Que en tal opinion me ha puesto!

DON FÉLIX.

¡Oh mal haya mi desdicha,
Pues por ella á Leonor pierdo! *(Vanse.)*

—

Sala en casa de Don Diego.

ESCENA XIV.

ELVIRA, *con otro vestido;* JUANA.

ELVIRA.

Notable ventura, Juana,
Fué no habernos conocido
Mi hermano; y pues ha salido
De casa tan de mañana
Que en mi aposento no ha entrado,
Pensando que yo durmiera;
Nadie le diga que fuera
Aquesta mañana he estado;
Que aunque aquesto importaría
Poco, pues sabe que voy
A andar; negárselo hoy
Es tener mas otro dia
De excusa, para salir
A hablar á Don Juan.

JUANA.

Señora,
Solas estamos ahora:
Hazme gusto de decir
Deste embozo el pensamiento.

ELVIRA.

Yo, Juana, te lo diré;
Que haberlo callado fué
Pensar que tu entendimiento
Lo hubiera ya conocido.

JUANA.

No he sido tan necia yo
Que el fin no alcance, mas no
Los medios por que ha venido;
Pues el buscarle tapada
Y encubrirte deste modo,
Aunque me lo dice todo,
Me deja sin saber nada.

ELVIRA.

Ya sabes que es el amigo
Mayor que mi hermano tiene
Don Juan. Como á verle viene
Los mas dias, y testigo
De su gala y discrecion
Es siempre mi soledad,
Lo que ántes ociosidad,
Fué despues inclinacion,
A quien luego pasar veo,
Habiéndose declarado,
De inclinacion á cuidado,
Y de cuidado á deseo.
Por una parte me via
A ser quien soy obligada;
Por otra, á un dolor postrada
Que en la privacion crecia;
Y entre uno y otro tirano
Rigor, ninguno á temer
Llegué tanto, como el ser
Tan amigo de mi hermano.
Y así, por cumplir conmigo,
Con mi propia estimacion,
Con mi ciega inclinacion,
Y con las leyes de amigo,
Busqué...

ESCENA XV.

DON DIEGO, DON JUAN. — ELVIRA, JUANA.

DON DIEGO.

Bien podeis entrar,
Don Juan, porque para vos,
Siendo quien somos los dos,
No hay en mi casa lugar
Reservado.

DON JUAN.

Ya yo sé
La confianza que os debe
Mi amistad; mas no se atreve
A usar della mal mi fe.
Y así á entrar no me atrevia,
Viendo que aquí estaba ahora
Doña Elvira, mi señora.

DON DIEGO.

Ella es tan hermana mia,
Que esta licencia os dará
Porque gusto della yo.

ELVIRA.

Por Don Juan lo haré, que no
Por tí.

DON DIEGO.

¿Por qué?

ELVIRA.

Porque está
Quejosa hoy la voluntad
De tí mucho.

DON DIEGO.

¿Por qué, hermana?

ELVIRA.

Porque en toda esta mañana
No me has visto.

DON DIEGO.

Es la verdad.
Mas la causa de salir
Sin entrar en tu aposento,
Fué que cierto sentimiento
No me dejó discurrir;
Y porque tambien pensé,
Como andas aquestos dias,
Que ya tú fuera estarias.
(*Vase Juana.*)

ELVIRA.

Hoy no he salido, porqué
No me he sentido muy buena.
Pero dime tú el cuidado,
Que á madrugar te ha obligado.

DON DIEGO.

No quiero hablarte en mi pena.
Cosas de tu amiga son.

ELVIRA.

¿Que castigar no has sabido
Un desden con un olvido?

DON JUAN.

Harto culpo su pasion
Yo; pues de un rigor tirano
Sigue el baldío interes
Tan sin esperanza.

ELVIRA.

Es
Muy finísimo mi hermano.

DON DIEGO.

Cúlpame tú, Elvira; pero
Vos, Don Juan, no me culpeis;
Que por qué callar teneis,
Si el suceso considero
Que me veniais contando;
Pues mas qué amar un desden,
Es amar sin ver á quién.

ELVIRA.

¿Sin ver á quién?

DON JUAN.

Sí.

ELVIRA.

Dudando
Estoy, cómo puede ser.
(*Ap.* Lo que ha contado, quisiera
Saber de aquesta manera.)

DON JUAN.

Pues si lo quereis saber,
Estadme atentos los dos;
Que es suceso para oirse,
Y tal que puede decirse,
Aunque esteis delante vos.
La ociosidad cortesana,
Estas mañanas de mayo
Me sacó á ese verde sitio,
Me llevó á ese verde espacio
Que, república de flores
Y laberinto de ramos,
De dosel sirviendo al rio,
Sirven de alfombra á Palacio.
Entre las confusas tropas
Que errantemente bajando,
Coros de ninfas tejian
Mejor que en elísios campos,
Una tapada beldad
Al Parque bajó, ostentando
En el descuido lo airoso
Aun ántes de lo bizarro.
A pesar de la hermosura
De las que ver se dejaron,
Ventaja á todas hacia,
Venciendo y desempeñando
Aquella opinion de que
La hermosura no es el dardo
Mayor de amor, pues sin ella
El brio tiene sus lazos,
Sus viras el desaliño,
Y sus heridas el garbo.
Aunque yo quiera pintarla,
Será imposible, no tanto
Porque el aire no se pinta
Con matices ni con rasgos,
Cuanto porque en toda ella
No vi mas señas que daros,
Que un descuido en el vestido,
Y una atencion en el manto;
Si bien no dejó tal vez
De romper el negro claustro
Del mal transparente velo
Una hermosa blanca mano,
Que de azucenas y rosas
Reina fué, y á quien esclavo
Se confesó de la nieve
Bozal etíope el ampo.
¡Bien hubiese un arroyuelo
Que áspid de cristal pisado,
Entre unas humildes yerbas
Del rústico pié de un árbol,
Quiso morder el ribete
De sus adornos, manchando
No sé qué cenefa de oro
Con saliva de alabastro!
Pues la obligó, por huir
La ponzoña de sus labios,
A la brújula de un pié
Tan breve y tan bien calzado,
Que decia: «Jazmin soy
Del boton deste zapato.»
Aunque la perdí de vista
Una vez, el mismo prado
Me la enseñó solo á mí;
Pues cuantos la iban buscando
Por lo ajado de la yerba
Que pisaba, no la hallaron;
Pero yo mas advertido
Del breve hermoso contacto,
La hallé; pues la iba siguiendo
Por lo florido del campo,
Porque era senda mas suya
Lo florido que lo ajado.
No sé al pasar qué la dije;
Y ella con cortés agrado
Respondiéndome, me dió
Licencia para irla hablando.
¡En mi vida vi mujer
De igual ingenio, mezclando
Las licencias del buen gusto
Con las leyes del recato!
Hasta Madrid la seguí;
Pero al punto que llegamos
A tocar de Leganitos
La calle (que ántes fué campo)
Me dijo: «Señor Don Juan,
Merced me haced de quedaros;
Que como no me sigais
Ni vos, ni vuestro criado,
Ni querais saber quién soy,
Cada dia vendré á hablaros.»
Yo, cogido de improviso
Con un favor tan extraño,
La condicion otorgué,
Desvanecido y ufano.
Algunos dias volvió;
Mas con el mismo cuidado
Que el primero, tuvo siempre
Cubierto el rostro del manto.
Yo pues, viendo que duraba
Ya mucho tiempo el engaño,
Hoy me resolví á seguirla
A pesar de sus enfados;
Mas ella...

ESCENA XVI.

JUANA.—ELVIRA, DON JUAN, DON DIEGO.

JUANA.

Un hombre, señor,
Afuera te está esperando.

DON DIEGO.

Saldré á hablarle. — Vos, Don Juan,
No prosigais, hasta tanto
Que vuelva; que estoy pendiente
De suceso tan extraño.
(*Vanse Don Diego y Juana.*)

ESCENA XVII.

ELVIRA, DON JUAN.

ELVIRA.

(*Ap.* A mí atajarlo me importa;
Que las señas que va dando,
Podrá ser que algo descubran.)
Don Juan, aunque me ha admirado
El suceso, mas me admira
Otra cosa que en él hallo.

DON JUAN.

¿Qué es, señora?

ELVIRA.

Un caballero
Tan noble, tan cortesano,
Tan galan, tan entendido,
Tan atento y tan bizarro,
¡Tan públicamente cuenta
Los favores que ha alcanzado
De una dama, sea quien fuere!

DON JUAN.

¿En qué la ofendo, si callo
Su nombre?

ELVIRA.

No lo sabeis,
Segun infiero del caso:
Por eso no lo decís;
Que el que el favor ha contado,
Contara, á saberlo, el nombre.
Y así quiero aconsejaros
Calleis, si quereis saberle;
Porque quien os ha buscado
No sepa que os alabais,
Y viendo que sois tan vano
Que blasonais de que os buscan,
Deje, Don Juan, de buscaros;
Que quien no calla lo ménos,
Dirá lo demas; y es claro
Que los favores de quien
Os busca con tal recato,
Merece no merecerlos
El que no sabe callarlos. (*Vase*)

DON JUAN.

Esa reprension estimo,
Y ofrezco...

ESCENA XVIII.

DON DIEGO.—DON JUAN.

DON DIEGO.

Volved al caso,
Don Juan; que ya despedí
A quien me buscó.

DON JUAN.

Acabado
Está ya, pues que no tengo
Otra cosa que contaros
Mas, de que no sé quién es.

DON DIEGO.

¿Y Elvira?

DON JUAN.

Habiendo faltado
Vos de aquí, se fué.

DON DIEGO.

Es notable
Su encogimiento.

Una voz dentro.

A este cuarto
Entrad.

DON DIEGO.

¿Quién vendrá á estas horas
En una silla de manos?

ESCENA XIX.

HERNANDO, *entrapajada la cabeza.*—DON JUAN, DON DIEGO.

HERNANDO.

Yo soy ¡ay de mí! que vengo
Ensillado y enfrenado,
A pediros que el vestido
Sea mortaja.

DON DIEGO.

¿Qué hay, Hernando?

HERNANDO.

¿Qué ha de haber? Gran mal.

DON JUAN.

No hagais
De aquestas locuras caso;
Que él habrá buscado esta
Industria para haber dado
El papel.

HERNANDO.

¡Sí, industria fué
Que se me pegó á los cascos!

DON JUAN.

Ea, di presto, ¿qué ha habido?

DON DIEGO.

Hernando, no estés burlando.

HERNANDO.

Es verdad, burlando estoy;
Pero son burlas de manos
Muy pesadas.

DON DIEGO.

¿Tanto esperas
Para contar qué ha pasado?

HERNANDO.

No espero tanto, señor,
Que ya yo me tengo el tanto.

ESCENA XX.

ELVIRA Y JUANA, *al paño.* — DON JUAN, DON DIEGO, HERNANDO.

ELVIRA.

Desde aquí podrémos ver
Quién este ruido ha causado.

DON JUAN.

No nos rompas las cabezas.

HERNANDO.

A eso dijo un cortesano:
«Con ese recado, al toro.»

DON DIEGO.

¿Qué recado traes?

HERNANDO.

Muy malo;
Mas no diréis por lo ménos
Que vengo sin mi recado.

DON JUAN.

Dí, ¿qué traes?

HERNANDO.

¿Qué he de traer?
Rota la cabeza traigo.

LOS DOS.

¡Qué dices!

HERNANDO.

Si no quereis
Creerlo, aquí están los cascos.

DON JUAN.

¿Pues quién te ha herido?

HERNANDO.

Escuchadme
Los dos, que no seré largo.
Llegué, llamé, salió Ines:
El papel le daba, cuando
Un caballero llegó,
Me le quitó de las manos,
Leyóle todo á la letra,
Y díjome luego: «Hidalgo,
»¿A quién servís?» Yo le dije:
«Don Juan de Silva es mi amo;»
Pero, queriendo decirle
De quién era allí enviado,
No quiso oirlo; y haciendo
Un solo compuesto de ambos,
El fué el colérico, y yo
El sanguino, pronunciando
Muy hosco, muy fiero, muy
Iracundo y temerario:
«Decid á Don Juan de Silva,
De quien decís sois criado,
Que Don Félix de Toledo
Le dice que si da un paso
Por esta calle en su vida,
Ni aun por todo aqueste barrio,
Le matará á cuchilladas,
Sustentándolo en el campo
Cuerpo á cuerpo, cuando importe:
Y en fe dè que ejecutarlo
Sabrá, llevadle por muestra
Aquesta;» y así os la traigo
Para ver cuál de los dos
Se quiere vestir del paño.

DON JUAN.

Calla, Hernando, no prosigas.

DON DIEGO.

Calla: no hables mas, Hernando.

HERNANDO.

¡No me faltaba ahora mas
Que darme los dos con algo!

DON JUAN.

¡Habiendo dicho mi nombre,
Y que eres tú mi criado,
Te ha tratado desa suerte
Don Félix!

HERNANDO.

Si aquesto es malo,
Por lo ménos no dirás
Que vengo sin mi recado.

DON DIEGO.

Habiendo ido de mi parte,
¡Desta suerte te ha tratado
Don Felix!

HERNANDO.

Peor me trató
Despues...

DON DIEGO.

¿Quién?

HERNANDO.

El cirujano.

DON JUAN.

A mí el vengarlo me toca.

DON DIEGO.

A mí me toca el vengarlo.

DON JUAN.

Eso no: mi nombre oyó
Don Félix, y el desacato
Se hizo á mi nombre, y á mí
Es á quien envía el recado:
Y así, yo he de responder.

DON DIEGO.

Donde es el principio falso,
Mas fuerza no ha de tener
Que la verdad el engaño.
La verdad es que yo soy
Competidor y contrario
Suyo, y fué de parte mia;
Y así me toca el buscarlo.

DON JUAN.

No haréis tal, porque yo estoy,
Pues conmigo habló, empeñado,
Y me he de satisfacer.

DON DIEGO.

La intencion hace el agravio;
Y así, aunque con vos habló,
Habló del nombre engañado;
Y la intencion es conmigo,
Pues soy quien á Leonor amo

HERNANDO.

Aunque yo no os puedo dar
Por ahora consejo sano,
Os daré un consejo herido.
¿Hay mas de buscarle entrambos,
Y darle entrambos á una?

DON JUAN.

Eso no; que estilo bajo,
Que á quien conmigo habló solo,
Le busque yo acompañado,
Fuera; y mas habiendo dicho
Que lo hará bueno en el campo.
¿Sabes dónde vive?

HERNANDO.

No;
Donde mata, sí.

DON JUAN.

Buscando
Su casa iré.

DON DIEGO.

No me hagais
El desaire de empeñaros
Vos por mí.

DON JUAN.

No le busqueis,
Pues que soy yo el agraviado.

DON DIEGO.

Por un acaso eso fué.

DON JUAN.

Es verdad; pero es bien claro...

DON DIEGO.

¿Qué?

DON JUAN.

Que á hombres como yo obligan
Los empeños de un acaso.

DON DIEGO.

Yo le buscaré primero,
Si tanta ventura alcanzo
Que sepa su casa ántes.

HERNANDO.

¡Alcahuetes desdichados,
Escarmentad, pues me veis
Desnudo y descalabrado.

(*Vanse los tres.*)

ESCENA XXI.

ELVIRA, JUANA.

ELVIRA.

¿Haslo oido todo?

JUANA.

Sí.

ELVIRA.

Pues, volando, dame el manto.

JUANA.

¿Pues qué intentas?

ELVIRA.

Ver intento
Si entre mi amante y mi hermano
Puedo, Juana, restaurar
Los empeños de un acaso.

JORNADA SEGUNDA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA Y JUANA, *con mantos*

JUANA.

¡Gran resolucion, señora,
Es la que tomas!

ELVIRA.

La pena
Pocas veces deja, Juana,
Discurrir con mas prudencia.

JUANA.

¿Pues qué es lo que remediar
Con ese disfraz intentas?

ELVIRA.

Una desdicha á mi hermano,
O á Don Juan; pues de cualquiera
De los dos me toca tanta
Parte en su riesgo ó su ausencia.

JUANA.

¿Y de qué suerte imaginas
Que has de remediarlo?

ELVIRA.

Llega,
Llama á esa puerta, y sabrásIo.

JUANA.

¿Pues quién vive en esa puerta?

ELVIRA.

Don Félix.

JUANA.

¿De qué lo sabes?

ELVIRA.

De que un dia Leonor bella
Y yo en un coche pasamos
Por aquí, y de sus tristezas
Dándome parte, me dijo
Que parásemos en ella,
De adonde salió Don Félix,
A hablarla al estribo.

JUANA.

¿Y esa
Es accion digna de tí,
Venirte desta manera
En casa de un hombre mozo?

ELVIRA.

Hasta que el efecto sepas,
No culpes la accion.

JUANA.

No sé
Cuál puede ser que no sea
Culpable.

ELVIRA.

La de excusar
Que una desdicha suceda;
Que habiendo escuchado yo
De mi hermano la contienda
Y de Don Juan, sobre cuál
Le ha de dar muerte, ¿no es fuerza
Que por Don Juan ó mi hermano
Embarazarlo pretenda,
Ya que el no saber su casa
Ellos, da lugar que pueda
Haber yo, ántes que ellos lleguen
Prevenido la violencia?

JUANA.

Sí; mas no sé de qué suerte
Hoy embarazarlo intentas.

ELVIRA.

Avisándole de que
Se guarde.

JUANA.

Esa diligencia
Mas es en favor, señora,
De Don Félix, si le llegas
A avisar, que de tu hermano,
Ni Don Juan

ELVIRA.

No es como piensas;
Que pendencia prevenida
Nunca llega á ser pendencia
Tan ejecutiva, como
La no prevenida: fuera
De que el modo del aviso
Saneará esa contingencia.

JUANA.

¿De qué suerte?

ELVIRA.

Cuando á él
Se lo diga, lo oirás. Llega,
Y llama.

JUANA.

Excusado ha sido,
Porque la puerta está abierta.

(*Éntranse.*)

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA II.

DON FELIX, LISARDO.

DON FÉLIX.

No hay consuelo para mí.

LISARDO.

¿Tanto te aflige una pena?

DON FÉLIX.

¿Cuándo la pena de celos
Aflige con ménos fuerza?
En fin, yo perdí á Leonor,
Pues despues de haber...

LISARDO.

Espera,
Que dos mujeres tapadas
Hasta esta sala se entran.

DON FÉLIX.

¡Ay Dios, si ella fuera alguna!

LISARDO.

No dudes, señor, que es ella.

DON FÉLIX.

¿Cómo no es fuerza dudarlo?
Que no es posible que sea
Leonor esa dama, pues
No la hace el alma mil fiestas.

ESCENA III.

ELVIRA Y JUANA, *tapadas.* — DON FELIX, LISARDO.

ELVIRA.

¿Sois vos el señor Don Félix?

DON FÉLIX.

Perdonadme, que aunque quiera
Decir que para serviros,
No tengo tanta licencia.

ELVIRA.

A solas quisiera hablaros.

DON FÉLIX.

Salte, Lisardo, allá fuera. —

(*Vase Lisardo.*)

Ya estáis sola. ¿Qué mandais?

ELVIRA.

Si una mujer os viniera
A pedir, señor Don Félix,
Que hicierais una fineza
Por ella, ¿hiciéraisla?

DON FÉLIX.

Sí;
Que de ser quien soy es deuda
Servir á cualquiera dama.

ELVIRA.

Y si esta fineza fuera
Fundada en vuestro provecho,
¿Pudiéraos pedir por ella
Una palabra?

DON FÉLIX.

Conforme
Lo que la palabra fuera;
Que para haber de cumplirla,
Fuerza es haber de saberla.

ELVIRA.

Pues yo sé que dos quejosos
Teneis, que vengarse intentan
De vos, porque en una accion
Habeis hecho dos ofensas.
Que os guardeis, vengo á pediros:
Esta ha de ser la fineza.

DON FÉLIX.

¿Cuál?

ELVIRA.

Mirar por vuestra vida.
La palabra que por ella
Me habeis de dar, es que habeis
De hacer de Madrid ausencia
Unos dias, miéntras pasa
Esta cólera primera;
Pues de cualquier sentimiento
Es medicina la ausencia.

DON FÉLIX.

A vuestra proposicion
No sé qué dar por respuesta,
Porque no sé si es que debo
Sentirla ó agradecerla.
Agradecerla, porqué
Viene de piedades llena;
O sentirla, porque viene
En vanos miedos envuelta.
Y así entre una y otra duda
Partida la diferencia,
Digo que cuanto al aviso,
Aunque no sé lo que os mueva,
Lo agradezco; pero en cuanto
A que me ausente, licencia
Me daréis para no hacerlo;
Porque hombres de mis prendas
Pocas veces ó ninguna,
Porque los buscan, se ausentan.
Y ya que os he respondido,
Permitidme que merezca
Saber mi agradecimiento
A quién una atencion deba
Tan piadosa, y á quién hoy
Mi vida el cuidado cuesta
De venir con el aviso.

ELVIRA.

Avisos que se desprecian,
No deben de ser piadosos;
Y pues á merecer llegan
Tan poco con vos, que vuelven
Burladas sus diligencias,
Quedad con Dios; que no importa
Que sepais el dueño dellas,
Ni qué la obliga.

DON FÉLIX.

Eso no;
Que una cosa es no temerlas,
Y otra cosa es no estimarlas:

ELVIRA.

Yo pensé que era una mesma,
Pues no se da estimacion,
Donde no se da obediencia.

DON FÉLIX.

No tienen obligacion
Las damas, por mas que sepan,
A saber en qué consisten
Acá ciertas leyes nuestras.
Vos habeis errado el modo
De mandar.

ELVIRA.

Como eso yerra
Una mujer cuando quiere
Hablar en estas materias.
Y pues errado el principio,
Tarde los medios se aciertan,
No hay que esperar á los fines.
Y así, adios.

DON FÉLIX.

Antes que ausencia
Hagais, tengo de saber
Quién sois.

ELVIRA.

Ignorancia fuera
Darme á conocer, despues
De motejada de necia.
Basta saber que soy una
Mujer, á quien hoy le cuesta
Esta atencion vuestra vida...
Y no quizá por ser vuestra;
Que no quiero que quedeis
Tampoco con tal soberbia.

DON FÉLIX.

Enigmas son, que es forzoso
Que porfie, hasta que...

ESCENA IV.

LEONOR É INES; LISARDO, *á la puerta, deteniéndolas.* — DON FÉLIX, ELVIRA, JUANA.

LISARDO. (*A Leonor.*)

Espera;
Diréle que estás aquí.

LEONOR.

Pues yo ¿he menester licencia?

DON FÉLIX

¿Qué es eso, Lisardo?

LEONOR.

Yo
Lo diré: una inadvertencia
De quien, sin mirar que estáis
Tan bien divertido, intenta
Entrar hasta aquí; mas ya
Que á tan mala ocasion llega,
Se vuelve por no estorbaros.

DON FÉLIX

Esperad...

ELVIRA. (*Ap.*)

Leonor es esta
No ser aquí conocida
Me importa.

DON FÉLIX.

Porque aunque pueda
Aprovechar la ocasion,
Vengado de mis ofensas,
Mis quejas me han de deber
No echar á perder mis quejas.
Aquesta dama...

ELVIRA.

Señor
Don Félix, tened la lengua
Que vais, segun imagino
A desairar las finezas
Que me debeis. (*Ap.* Así intento
Hacer de los dos ausencia.)
Y ántes que vuestros desaires
Mi rendimiento padezca,
He de ganaros de mano
Y hacérmelos yo. — Mi reina,
A mí me importa tan poco
Don Félix, que porque vean
Vuestros celos que no es
Sugeto de quien los tenga,
Me voy, dejándos con él. —
Ahora satisfacedla; (*A Don Félix.*)
Que una vez ausente yo,
Para todo os doy licencia.

(*Vanse Elvira y Juana.*)

ESCENA V.

DON FELIX, LEONOR, INES, LISARDO.

DON FÉLIX.

Esperad.

LEONOR.

No la sigais.

DON FÉLIX.

Importa que...

LEONOR.

Aqueso fuera
Hacerme, señor Don Félix,
El desaire á mí, no á ella.

DON FÉLIX.

Si lo intento, no es porqué
Verla ir enojada sienta,
Sino porque, como he dicho,
No he de barajar las quejas
Que de vos tengo; y así
Quiero que diga ella mesma
Como yo no la conozco.

LEONOR.

¡Tan lindo sois, que se entran
Tapadas en vuestro cuarto
Las damas, sin conocerlas!

DON FÉLIX.

Sin ser confianza en mí,
Puede ser piedad en ellas,
Cuando vienen á decirme
Que son dos los que hoy intentan,
Celosos de vos, matarme:
Que haga de Madrid ausencia.

LEONOR.

¡Lindos frailes capuchinos
Para un caso de conciencia!

DON FÉLIX.

Yo...

LEONOR.

Señor Don Félix, cuando
Una mujer de mis prendas
Tanto decoro aventura,
Tanto respeto atropella,
Como salir de su casa
Disfrazada y encubierta,
Y á daros satisfacciones,
Se atreve á entrar en la vuestra,
Bastantemente acredita,
Sobradamente sanea,
En exámen de su fe,
De su amor en experiencia,
La poca culpa que tiene
En las pasadas sospechas,
Que un embozo y un papel
Engañosamente engendran.
A desenojaros vine;
No será la vez primera
Que tropiece en un agravio
Quien va á hacer una fineza.
Yo vuelvo muy consolada,
Muy ufana y muy contenta

De haber visto cuánto estáis
Divertido: de manera,
Que si me daba cuidado
Vuestro disgusto, aquí cesa;
Pues si vos no le teneis,
No es justo que yo lo sienta.

DON FÉLIX.

Deteneos; que no es bien
Que volvais tan satisfecha
De que volveis disculpada.

LEONOR.

Ya, cuando yo no lo vuelva,
Importa poco.

DON FÉLIX.

No importa
Sino mucho.

LEONOR.

¡De manera
Que ha de ser delito en mí
Una falsa ilusion ciega,
Y en vos no ha de ser delito
Una tan clara evidencia?

DON FÉLIX.

¿Ilusion fué en vuestra casa,
En la oscura noche negra
Hallar un hombre embozado?

LEONOR.

Y hallar yo en la casa vuestra
En el claro hermoso dia
Una mujer encubierta,
¿Será ilusion?

DON FÉLIX.

Yo no sé
Aquella mujer quién sea.

LEONOR.

Ni yo quién fuese aquel hombre.

DON FÉLIX.

Allí un papel lo confiesa,
Y un criado lo publica.

LEONOR.

Aquí tambien ella mesma,
Pues dice que la pagais
Mal sus rendidas finezas.

DON FÉLIX.

Yo no sé quién es.

LEONOR.

¡Qué mal
Os disculpais! ¿Que aun no acierta
Vuestro ingenio con los modos
De satisfacer? ¿No fuera
Mejor decirme: «Leonor,
Esta hermosa dama bella,
Aborrecida de mí,
Despues que vi tu belleza,
Me persigue y yo la olvido?»
Pudiera ser que creyera
A la luz de la verdad
La disculpa; mas quien niega
Los principios, tarde ó nunca
Con el argumento acierta.

DON FÉLIX.

Eso sí: valéos ahora
Vos de mis razones mesmas,
Pues con eso quedaréis
Mas airosamente exenta
De algunas obligaciones,
Y podréis amar sin ellas
A aqueste Don Juan de Silva,
Que os sirve y os galantea.

LEONOR.

Ya he dicho que no sé quién
Ese caballero sea.

DON FÉLIX.

Yo tambien, que no sé quién
Es esa dama encubierta.

LEONOR.

Eso es herir por los filos,
Y si con eso se vengan
Vuestros celos, yo me doy
Por vencida.

DON FÉLIX.

Considera,
Leonor, que soy yo el quejoso,
Y mal los quejosos ruegan.

LEONOR.

¿Digo yo que me rogueis?
No lo hagais. — Vamos apriesa,
Ines. (*Ap. á ella.* No me dejes ir.)

DON FÉLIX.

Id con Dios.— (*Ap. á ella.* Ines, detenla.)

INES.

(*Ap.* Fácil es servir dos amos,
Mandando una cosa mesma.)
Señora, mira que puede
Ser verdad...

LEONOR.

¿Qué?

INES.

Que no sepa
Quién es aquesta mujer.

LEONOR.

¿Tú tambien contra mí alegas?

INES.

Yo digo lo que ser puede.

LEONOR.

¿Cómo puede ser que sea
Verdad que no la conozca?

DON FÉLIX.

Como pudo ser que fuera
Verdad no conocer vos
Aquel hombre.

LEONOR.

¡De manera,
Que ya á confesar venis
Que puede ser que no sepa
Yo quién sea aquel caballero
Del papel y la pendencia?

DON FÉLIX.

No confieso tal; que hay
En los dos gran diferencia.

LEONOR.

Es verdad, ser vos mas dama,
Y no haber quien se os atreva
A decir su pensamiento
Cara á cara; y así es fuerza
Que de embozo y disfrazadas
A veros y hablaros vengan.
¿No es esto?—Vamos, Ines.

DON FÉLIX.

Idos; que es mucha soberbia
Querer que ruegue un quejoso.

LEONOR.

Vamos, Ines.

INES.

Considera...

LEONOR.

No tienes que detenerme;
Que ahora lo digo de véras.

DON FÉLIX.

Yo tambien; no hay que mirarme.—
Ines, que se vaya, deja.

LEONOR.

Eso quiero yo.

DON FÉLIX.

Yo y todo.

INES.

El demonio que os entienda.

DON FÉLIX.

Pues, para estar disculpado...

LEONOR.

Pues para que razon tenga...

DON FÉLIX.

Yo vi un hombre en vuestra casa.

LEONOR.

Yo una mujer en la vuestra.
(*Ap. á Ines.* ¿Viene tras nosotras?)

INES.

No:
Firme que firme se queda.

LEONOR.

Pues no ha de quebrar por mí,
Aunque voy de celos muerta. (*Vanse.*)

DON FÉLIX.

¿Vuelve, Lisardo?

LISARDO.

No vuelve,
Y ya salió de la puerta.

DON FÉLIX.

¡Ay de mí! ¡Qué á costa mia
Intento hacer resistencia
A mis sentimientos! Pero
No es posible que los venza.
Saldré tras ella á la calle...
—Pero dos hombres se entran
Dentro de mi mismo cuarto.
Perder la ocasion es fuerza,
Hasta saber lo que quieren.

ESCENA VI.

DON JUAN, HERNANDO. — DON FELIX, LISARDO.

HERNANDO. (*Hablando aparte con su amo, junto á la puerta.*)

La casa, dicen, que es esta...
Y él, señor, es el que está
Aquí.

DON JUAN.

Pues conmigo llega.

HERNANDO.

De mala gana lo haré.

DON JUAN.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque no quisiera
Hablar con él; que este es un
Quebradero de cabeza.

DON JUAN.

¿Sois vos el señor Don Félix
De Toledo?

DON FÉLIX.

Nunca niegan
Sus nombres, á quien los buscan,
Caballeros de mis prendas.
Yo soy. ¿Qué mandais?

DON JUAN.

Todo hoy
Os buscó mi diligencia,
Y hasta ahora ignoré la casa,
Con ser la mia tan cerca.

DON FÉLIX.

Esa es culpa de la corte.
Mas si yo, señor, supiera
Que me buscábais, presumo
Que hubiera hallado la vuestra.

HERNANDO. (*Ap.*)

Visita de cortesía
Parece, mas que pendencia.

DON JUAN.

¿Conoceis este criado?

DON FÉLIX.

Bien le conozco; por señas,
Que hoy le descalabré.

HERNANDO. (*Ap.*)

Malas son, pero son ciertas.

DON JUAN.

Pues este criado es mio.

DON FÉLIX.

Sea muy enhorabuena.

DON JUAN.

Y para ver si cumplis
Aquella grande promesa
De sustentarlo en el campo,
Vengo á pediros que sea
Detras de los Recoletos;
Que aunque no reñir pudiera,
Sino, sin reñir, tomar
Satisfaccion desta ofensa,
Siempre yo hago lo mejor.

DON FÉLIX.

Pues guiad; que yo en cualquiera
Parte lo que dije entónces
Cumpliré; porque se crea
De mí que quien se atreviere
A mirar á Leonor bella,
Se atreve á darme pesar.

DON JUAN.

Aqueso es de otra materia.
Yo vengo á reñir, y no
A averiguar competencias;
Y así hasta que hable el acero,
Vaya callando la lengua.

DON FÉLIX.

Decis bien. Estos criados
¿Han de ir allá?

DON JUAN.

No quisiera,
Pues solo es llevar testigos.

DON FÉLIX.

Y es la prevencion muy cuerda.
Despedid al vuestro vos;
Que yo haré que nada entiendan
Acá en mi casa los mios.
(*Va á hablar á Lisardo.*)

DON JUAN.

Hernando.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

¡Muy linda flema
Gastas! Cuando imaginé
Que llegaras y le dieras,
¡Te andas en cortesanías,
Haciendo mil reverencias!

DON JUAN.

Vuélvete desde aquí á casa,
Y en todo hoy no salgas della,
Porque nadie te pregunte
Adónde ó cómo me dejas.
Y mira lo que te mando:
Que de ninguna manera
Me sigas; que, vive Dios,
Que te cortaré las piernas.

HERNANDO.

Fuera hacer un disparate,
Y aun dos disparates fueran;
Pues al instante quedara
Sin tener piés ni cabeza.
Y así palabra te doy
De que el precepto obedezca. (*Vase.*)

LISARDO.

¿Eso has de mandarme?

DON FÉLIX.

Sí.

LISARDO.

Habiendo oido que te lleva
A reñir, y adonde vas,
Fuera el dejarte bajeza.

DON FÉLIX.

Aquesto importa á mi honor.

LISARDO.

El solo hacerme pudiera
Cobarde á mí. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Ya estoy solo:
Guiad ahora donde os parezca.

ESCENA VII.

DON DIEGO.—DON FELIX, DON JUAN.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Tarde hallé la casa, pues
Está ya Don Juan en ella.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cuánto siento que Don Diego
A tan mala ocasion venga!

DON DIEGO.

Señor Don Félix, con vos
Necesito hablar; y aunqué
Tarde pienso que llegué
Pues juntos hallo á los dos,
Me haced merced de escucharme.

DON JUAN.

Don Diego, á mal tiempo, infiero,
Que venisteis.

DON FÉLIX.

Caballero,
Vos habréis de perdonarme;
Que aunque el negocio he ignorado
Para que me buscais hoy,
No puedo oiros; que voy
En un negocio empeñado
Con el señor Don Juan.

DON DIEGO.

Yo,
Yendo con él, no os tuviera,
Si el mismo caso no fuera
Para el que os busco; y pues no
Ha de tener un engaño
Mas fuerza que una verdad,
El desengaño escuchad.

DON JUAN.

Tarde llega el desengaño,
Don Diego; que ya conmigo
El señor Don Félix va.

DON DIEGO.

Aunque vaya con vos ya,
Ha de oir lo que le digo.—
Señor Don Félix, yo soy
Con quien anoche reñistéis.
De aquel papel que leisteis
En casa de Leonor hoy,
Dueño fui tambien; porqué
Compitiendo vuestro amor,
Soy yo quien sirve á Leonor.
Aquel criado que fué
Con el papel este dia,
Y á quien habeis maltratado,
Aunque es de Don Juan criado,
Iba allí de parte mia.
Y así, pues soy el galan
Que los celos da, advertir.
Debeis, si os toca reñir,
O conmigo, ó con Don Juan.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Bien me dijo la mujer
Tapada, que de una accion
Dos los ofendidos son.
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?)
A la verdad el engaño
No he de preferirle yo.
Y así, puesto que llegó
Tan á tiempo el desengaño,
Y que sois quien sois los dos,
Y uno solo ha de reñir;
Habiendo yo de elegir,
Elijo el reñir con vos. (*A Don Diego.*)

DON JUAN.

Habiendo dicho el criado
Mi nombre, á mí me ofendisteis;
Pues cuando mi nombre oisteis
No estábades informado
Si iba de mi parte ó no:
Luego, si conmigo hablasteis,
El hombre á quien agraviasteis
Fué á mí, y á mí se me dió.
Conmigo debeis reñir;
Pues aunque otro os dé el pesar,
Debeis siempre sustentar
Lo que enviasteis á decir.

DON FÉLIX.

Es verdad: con vos hablé;
Y aunque allí el dolor me aflige,
Cumpliré aquí lo que dije.
Guiad; que con vos iré. (*A Don Juan.*)

DON DIEGO.

Dejar uno de reñir
Por dejar de reñir, fuera
Cobardía; mas si espera
Sanear y desmentir,
Riñendo despues, aquella
Opinion, yerra la accion,
Pues riñe sin ocasion,
Pudiendo reñir con ella.
Yo os la doy, que Don Juan no:
Ved cuán mas preciso sea,
Pues Don Juan no galantea
Vuestra dama, sino yo.

DON FÉLIX.

Decis bien, y eso ha de ser;
Que vos me haceis el pesar,
Y yo no me he de quitar
La razon para vencer.
Y así con vos he de ir.

DON JUAN.

El duelo primero es mio,
Pues primero os desafío.
Y si acabais de decir
Que con quien da la ocasion,
Se ha de reñir; siendo así,
Vos me la habeis dado á mí,
Y es mia la obligacion.
Pues en duelo tan cruel,
El mismo empeño en los dos
Hay de reñir yo con vos,
Que vos de reñir con él.

DON DIEGO.

De aquesa razon se arguya
Que en mi favor viene llena;
Pues no ha de reñir la ajena
Causa, pudiendo la suya.

DON JUAN.

Suya es, pues quien le llama,
Pone su honor en recelos;
Y no ha de reñir por celos,
Primero que por su fama.

DON DIEGO.

Si vos le desafiais,
Yo tambien: con que el honor
Queda igual, y es el amor
La ventaja que me dais.

DON FÉLIX.

Pues conformáos los dos
En duelo tan importuno;
Que siendo yo solo uno,
No puedo reñir con dos.

DON JUAN.

Eso vos lo habeis de hacer:
Y así (para que acortemos
De réplicas, y lleguemos
Al fin de lo que ha de ser)
Vos me teneis ofendido,
Teniendo un duelo aceptado;
Y habiendo un duelo aplazado,
Aceptar no habeis podido
Otro. Yo llegué primero;
Y para obligaros mas,
Vuelvo á decir que detras
De San Agustin espero.
Si no saliéredes vos,
Satisfecho quedaré
Con decir que os esperé,
Y no salisteis. Adios. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Oid.

DON DIEGO.

No le sigais, sin que
Primero me oigais á mí.
Quien riñó anoche, yo fuí,
Con vos; yo quien adoré
A Leonor hermosa; mio
Era el papel que vos visteis;
Para vengar lo que hicisteis,
Yo tambien os desafio.
Vos sois discreto y gallardo:
Detras de San Bernardino,
Apartado del camino
De las cruces, os aguardo.
Consultad ahora vos
Quién es primero enemigo:
Un tercero, ó yo que os digo
Que amo á vuestra dama. Adios. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿Qué he de hacer (¡valedme cielos!),
Cuando mis contrarios son,
De una parte la razon,
Y de otra parte mis celos?

ESCENA VIII.

DON ALONSO.—DON FELIX.

DON ALONSO.

Don Félix, buscándôs vengo;
Porque habiendo anoche dicho,
Cuando aquí en casa os dejé,
Que volveria advertido,
Por si quereis que yo trate
De amistades, solicito
Saber en qué estado están.

DON FÉLIX.

A buen tiempo habeis venido;
Que mas que para las paces,
De vos, señor, necesito
Para tomar un consejo.

DON ALONSO.

Vos veréis que en todo os sirvo,
Puesto que no ignorais cuánto
Fuí de vuestro padre amigo.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Pondré el caso en otro caso,
Pero en un propio sentido.)
Ya os dije anoche que habia
Aquella ocasion tenido
Sobre el juego, de que vos
Salisteis á ser testigo.
Ya os dije que acompañado
De un criado y de un amigo,
Me siguió el hombre.

DON ALONSO.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues,
O ciego ó inadvertido,
O ya en la conversacion
Hablando en lo sucedido,
Dije...

DON ALONSO.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que á cuchilladas
A él y á quien hubiese sido
Quien le hubiese acompañado,
Mataría. Tomar quiso
Un criado, que allí estaba,
La causa; yo mas mohino,
Creyendo que era un criado
De mi competidor mismo,
Le di una herida, diciendo:
«Con vuestro amo haré lo mismo.»
Es su amo un caballero
De mucho valor y brio,
Con quien no tengo disgusto,
Ni tenerle solicito,
El cual, viniendo á buscarme,
Desta manera me dijo:
«Para saber si cumplis
Lo que á un criado habeis dicho,
Y vengar lo que habeis hecho,
Venid, Don Félix, conmigo.»
El desafío acepté;
Pero cuando iba á cumplirlo,
El dueño de la pendencia
Llegó á los dos de improviso.
Tuvieron entre los dos,
No queriendo ambos conmigo
Reñir hoy aventajados,
Mil argumentos prolijos,
Y resolviéronse en fin
A esperarme divididos,
Alegando cada uno
De su causa los motivos.
El uno dice que él es
El principal enemigo:
Y el otro, que con él tengo
Aceptado el desafío.
Quien es primero en la causa,
Segundo en la instancia ha sido:
Y quien es segundo en ella,
Primero á buscarme vino.
¿A cuál de aquestos dos debo
Ir primero, cuando á un mismo
Tiempo me están esperando
Dos en dos distintos sitios?

DON ALONSO.

No es fácil de responder:
Y así ántes de hacerlo, os pido
Me satisfagais á una
Duda, y luego el voto mio
Os diré; que sobre ella
Caerá mejor el júicio.
Hablemos, Don Félix, claro.
En el primer lance ¿ha habido
Algo, que toque al honor?

DON FÉLIX.

No, que ya os lo hubiera dicho.

DON ALONSO.

Pues no siendo aquel primero
Empeño, empeño preciso
De honor, y el segundo sí
(Puesto que el segundo vino
De intento á desafiaros,
Y el habérseos atrevido
A esto, ya es caso de honor;
Y aunque es verdad que á lo mismo
Vino el otro, fué despues),
Así, Don Félix, os digo
Que, pues el caso no fué
De honor desde su principio,
El que se atrevió á llamaros,
Ya caso de honor le hizo;
Y así debeis ir primero
Al primero desafío.

DON FÉLIX.

Yo estimo el consejo. Adios.

DON ALONSO.

Esperad. ¿Quién os ha dicho
De mí que solo soy bueno
Para aconsejar peligros,
Y no para hallarme en ellos?
Pues no es de quien soy estilo
Aconsejar que otro riña,
Para no reñir.

DON FÉLIX.

Los brios
De vuestro valor os llevan
Tras sus impulsos altivos;
Pero ved que espera solo.

DON ALONSO.

¿No son dos los enemigos?
Juntémoslos, y riñamos
Dos á dos.

DON FÉLIX.

No será digno.
O decidme: ¿fuérais vos
Acompañado conmigo,
A ser yo vos?

DON ALONSO.

No por cierto.

DON FÉLIX.

Pues respóndaos eso mismo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON ALONSO.

El hace bien, y yo mal
Si á lo largo no le sigo.
Pero esto es llevar las cosas
Muy hasta el fin, y es indigno
Ya de mi edad tanto duelo:
Muden parecer los brios
Si aconsejé como mozo,
Como viejo determino
Enmendarlo; que ya es tiempo
De que haga la edad su oficio.—
Lisardo.

ESCENA X.

LISARDO.—DON ALONSO.

LISARDO.

Señor.

DON ALONSO.

Tú y yo,
Por criado y por amigo,
Hoy habemos de sacar
A tu amo de un peligro.

LISARDO.

¿Adónde va? que quisiera
Seguirle.

DON ALONSO.

Eso es deslucirle.
Dame de escribir recado;
(*Pone Lisardo en un bufete recado de escribir.*)
Que has de llevar un aviso
A quien el daño remedie;
Que no es de quien soy indigno,
Supuesto que aqueste empeño
No es lance de honor preciso.
Ponte la capa y espada,
Miéntras un renglon escribo.
(*Vase Lisardo, y escribe Don Alonso.*)

ESCENA XI.

LEONOR É INES. — DON ALONSO.

INES.

(*Hablando con su ama á la entrada.*)
En fin, ¿vuelves?

LEONOR.

¿Qué he de hacer,
Si tan descortés le miro,
Que saliendo yo quejosa
De su casa, no ha seguido
Mis pasos? A verle vuelvo
Para no llevar conmigo,
Sin arrancarle del alma,
Este mortal basilisco.

INES.

(*Ap. á Leonor, reparando en Don Alonso que está de espaldas á ellas.*)
Escribiendo está.

LEONOR.

¿Quién duda
Que estará escribiendo fino
Satisfacciones que da
A la que hoy á verle vino?
¡Ciega estoy! Lêr tengo.—Ingrato
(*Llega á tomar el papel.*)
Don Félix... Pero ¡qué miro!

DON ALONSO.

¿Quién así?... ¡Pero qué veo!

LEONOR. (*Ap.*)

¡Valedme, cielos divinos!

DON ALONSO.

¡Tú aquí, Leonor!

LEONOR.

Señor, yo...

DON ALONSO.

¿Cómo mi furor reprimo?
Hoy morirás.

ESCENA XII.

LISARDO. — DICHOS.

LISARDO.

¿Qué es aquesto?

DON ALONSO.

Vengar mi honor ofendido.
(*Saca la daga, y detiénele Lisardo.*)

LISARDO.

Huye, señora; que yo
Le tendré.

LEONOR.

Cobarde animo
Las plantas; que en cada paso
Sombras de mi muerte piso. (*Vase.*)

DON ALONSO.

Suelta, villano.

INES.

No hagas
Tal, hasta de aquí á un poquito. (*Vase.*)

DON ALONSO.

Aunque fueran de diamante
Tus brazos, el valor mio
Se desenlazara dellos.

LISARDO.

¿Qué importa eso, si atrevido,
Al que embaracé abrazado,
Con la espada le resisto (*Riñen.*)
El paso?

DON ALONSO.

Yo sabré hacerle.

LISARDO. (*Ap.*)

¡Oh quién, para darle aviso
Deste suceso á mi amo,
Le alcanzara!

DON ALONSO.

¡Que haya habido
Tal valor en un criado!

LISARDO.

¿No hay criados bien nacidos?

DON ALONSO.

Pues yo he de salir.

LISARDO.

No harás.

DON ALONSO.

¿Cómo podrás impedirlo,
Sin tu muerte?

LISARDO.

Desta suerte.
(*Retírase á la puerta, y vase, cerrándola.*)

ESCENA XIII.

DON ALONSO.

Fuése, llevando consigo
La puerta, que con el golpe
Dejó cerrado el pestillo;
Que como ladron de casa,
Haberle en ella previno.
Mas yo la echaré en el suelo.
En vano lo solicito,
Si ya no la abre primero
El fuego de mis suspiros,
Que la fuerza de mis manos.
¿Habráse algun hombre visto,
De cuantos hasta hoy nacieron,
En mas ciego laberinto?
Las cuchilladas de anoche
En mi casa, el desafío
De hoy, y el ver aquí á Leonor,
Evidencias son, no indicios
De que ella es causa de todo:
Y por último delirio
De mi fortuna, me veo,
Habiendo hasta aquí venido
Por un amigo, encerrado
En casa de un enemigo.
Pero pues es imposible
La puerta abrir, y aquí miro
Una ventana sin reja,
Arrojarme determino
Por ella, y en seguimiento
De mi siempre honor invicto,
Hacer estragos, portentos,
Escándalos y prodigios.
Ea, corazon, no temas
Este breve precipicio;
Que mayor caida has dado;
Pues la mayor siempre ha sido
Verse caer un hombre noble
Del estado de sí mismo.
(*Vase por la ventana.*)

Campo detras del convento de Recoletos.

ESCENA XIV.

DON JUAN.

Cuestion fué no apurada hasta este dia
¿Cuál hace mas? ¿Aquel que desafía
A otro á un sitio aplazado,
O el que al sitio salió desafiado?
Y bien ahora pudiera
La cuestion resolver el que me viera
Batallando conmigo;
Porque no hay tan cruel fiero enemigo,
Como es el pensamiento del que aguarda.
Mucho Don Félix tarda,
Sin duda que ha escogido,
De Don Diego celoso y ofendido,
Verse con él primero.
Mas yo no cumpliré, si no le espero.
¿Quién en el mundo ¡cielos!
Se vió sin dama, sin amor, sin celos,
En tal lance empeñado?
¡Que el prestar á un amigo mi criado
De suerte lo disponga,
Que mi opinion en tal empeño ponga!
Digo que aquestos dias
Toda mi vida es caballerías;
Pues no hallo en ella cosa,
Que parecer no pueda fabulosa.
Una dama tapada me ha dejado,
Sin decirme quién es, enamorado;
Un criado me ha puesto
(Porque así su ignorancia lo ha dispuesto)
En trance de perderme; y un amigo,
Sin quererlo, me ha dado un enemigo.
Mas ¡qué me admiro, si hallo á cada paso,
Que estos son los empeños de un acaso!

ESCENA XV.

DON FELIX. — DON JUAN.

DON FÉLIX.

Perdonad, si he tardado,
Don Juan; que por haberme aconsejado
De un amigo que tengo
En lo que debo hacer, tan tarde vengo.

DON JUAN.

De haber, Don Félix, sido
Yo el que elijais, estoy agradecido.

DON FÉLIX.

Siempre en mí era forzoso
Proceder mas honrado que celoso;
Y por mostrarlo, quiero
Que callando la voz, hable el acero.

DON JUAN.

Esperad.

DON FÉLIX.

¿Qué os detiene?

DON JUAN.

Un hombre, que á los dos siguiendo viene.

DON FÉLIX.

Bien creêreis de mi brio
Que no le traigo, aunque es criado mio.
Su lealtad le ha obligado;
Pero no os dé cuidado,
Y hasta que yo le mande que se vuelva,
A nada vuestro acero se resuelva.

DON JUAN.

En todo sois gallardo.

ESCENA XVI.

LISARDO.—DON FELIX, DON JUAN.

LISARDO.

Hácia esta parte le he de hallar.

DON FÉLIX.

Lisardo.
Otro paso no dés mas adelante.
Desde aquí has devolverte, mi arrogante
Brio á Don Juan dejando satisfecho,
O aqueste acero teñirá tu pecho.

LISARDO.

Escúchame primero;
Luego, si te ofendí, mancha tu acero
En mi sangre, señor, habiendo oido
La causa que á seguirte me ha movido,
Pensando que mi celo te alcanzara
Antes que á verte con Don Juan llegara.

DON FÉLIX.

Porque conste á Don Juan, en esta parte
Venir sin órden mia, he de escucharte.

LISARDO.

Ya te acuerdas cómo dentro
De casa, señor, dejaste,
Cuando de casa saliste,
A Don Alonso, su padre
De Leonor; y ya te acuerdas
Que Leonor, bien poco ántes,
De allí se partió quejosa.

DON FÉLIX.

Sí.

LISARDO.

Pues volviendo á buscarte
Leonor, vino á hallarse dentro
De tu cuadra con su padre.
Sacó para ella la daga,
A tiempo que yo abrazarme
Pude con él, cuya accion
Dió lugar á que escapase
Leonor huyendo. El entónces
De mis brazos se desase;
Y sacando las espadas,
Le embarazo que arrogante
La siga, hasta que previne
Que al empeño de tal lance
Le diese lugar el tiempo
Con la industria y sin la sangre;
Y así advertido cerré
Tras mí la puerta: ya sabes
Cómo aquesto podria ser,
Por ser de golpe la llave.
De suerte que Don Alonso
Cerrado queda; y si sale
De allí, rompiendo la puerta,
O previniendo otra parte,
Y va siguiendo á Leonor,
No dudes de que la mate.

DON FÉLIX.

Don Juan, el ser desdichado
Un hombre no es ser cobarde,
Pues harto valiente es quien
A reñir con otro sale.
A reñir vengo con vos:
Esto en desengaño baste
De que no puede ser miedo
Pediros que se dilate
Nuestro duelo. Yo no tengo
En ocasion semejante
Accion mia: todo soy
De mi honor, y en esta parte
Vos sois el árbitro suyo.
Y pues estar escuchasteis
En peligro de la vida
Leonor, y sois quien sois, dadme
Licencia para que acuda
Donde su riesgo restaure;
Que yo mi palabra os doy
De buscaros, al instante
Que ponga en salvo á Leonor.
Y cuando aquesto no baste
A obligaros, tomaré
Resolucion de arrojarme
A vuestros piés y rendiros
La espada; porque se acabe
Con mi desaire este duelo,
Para que á esotro no falte.

DON JUAN.

Tened: no rindais la espada;
Que á mí no me es importante,
Félix, que mi bizarría
Conste de vuestro desaire.
No solo que vais permito,
Mas de Leonor en alcance
Iré con vos, á ayudaros
A que su vida se salve,
Dándos palabra de que
De vuestro lado no falte
Hasta que ella esté segura;
Que tengo por hombre infame
Quien ve á su enemigo en riesgo,
Y á su enemigo no vale.

DON FÉLIX.

¡Feliz mil veces aquel
A quien, ya que hubo de darle
Enemigo su desdicha,
Se le dió de buena sangre!

DON JUAN.

Vuestro enemigo y amigo
Soy, dividido en dos partes.

DON FÉLIX.

Sí; mas con tal diferencia,
Que diré, cuando os lo llame,
Mi enemigo por acaso;
Pero mi amigo por arte.

DON JUAN.

Con vos voy.

DON FÉLIX.

Con tal favor
No hay riesgo que me acobarde.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por acaso,
A qué de empeños me traes!

JORNADA TERCERA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON FELIX, LISARDO.

DON FÉLIX.

No hay hombre mas infeliz.

DON JUAN.

Un ánimo tan valiente,
Un corazon tan constante,
¿Se ha de rendir desta suerte,
Del amor ni la fortuna,
A ningun grave accidente!
No desconfieis de hallarla
Tan presto. Donde quisiereis,
Vamos los dos.

DON FÉLIX.

Si habeis visto
Que de amigos y parientes
Cuantas casas supe he andado;
Que á la mia finalmente
No ha vuelto, ni está en la suya;
Que su padre (¡dolor fuerte!)
Despues que por el balcon
Se arrojó, segun refieren
Los criados, tambien anda
Buscándola, ¿cómo pueden
Consolarse mis desdichas?

DON JUAN.

No digo que se consuelen,
Mas que no se rindan, digo.

DON FÉLIX.

¿Pues qué haré?

DON JUAN.

Lo que quisiereis.
Obrad vos; que no me toca
Aconsejaros prudente,
Sino ayudaros restado.

DON FÉLIX.

Solo ese favor le debe
A mi desdicha mi estrella.
¡Oh quiera el cielo que llegue
Ocasion, en que seamos
Muy amigos!

DON JUAN.

Tarde, Félix,
Eso será; porque yo
En el instante que os deje
Del lance desempeñado
En que os hallais, que me vengue
Será preciso de esotro
Que hemos dejado pendiente.

DON FÉLIX.

Cuando en él llegue á mirarme,
Modos habrá con que os deje
Satisfecho y obligado.

DON JUAN.

Ahora bien, tratemos deste.
Mirad qué quereis hacer.

DON FÉLIX.

No sé. Leonor no parece,
Ni yo sé dónde buscarla.

LISARDO.

Si acaso mi lealtad tiene
Licencia de hablar, diré
Lo que he pensado.

DON FÉLIX.

Dí.

LISARDO.

Vete
A casa; pues ella es fuerza,
Donde quiera que estuviere,
Valerse de tí, pues tú
Causa de sus riesgos eres:
Y no podrán por acá
Hallarte tan fácilmente
Sus avisos.

DON JUAN.

Dice bien.

DON FÉLIX.

Sí, mas hay inconveniente
Para estarme yo en mi casa.

DON JUAN.

¿Cuál es?

DON FÉLIX.

Si su padre viene
A ella, el encontrar conmigo.

DON JUAN.

¿Pues habrá mas de que nieguen
Que estáis en ella?

DON FÉLIX.

Si es eso
Lo que mejor os parece,
Yo me volveré á mi casa.
Quedad con Dios.

DON JUAN.

Sin que os deje
En ella, no he de apartarme;
Y á la hora que dijereis
Que habeis de salir, vendré:
Y en cuanto se os ofreciere,
Palabra me habeis de dar
De avisarme. No se cuente
De mí, que haciendo lo mas,
Lo ménos no.

DON FÉLIX.

De la suerte
Que yo esa palabra os doy,
Os pido la de valerme
En cualquier caso, hasta que
Leonor en mi poder quede.

DON JUAN.

Yo la ofrezco, y de ayudaros
La doy una y muchas veces
Con la mano.

DON FÉLIX.

Yo la acepto.

ESCENA II.

DON DIEGO. — DON FELIX, DON JUAN, LISARDO.

DON DIEGO.

¡Pues, señor Don Juan! ¡Don Félix!
¿Ya tan amigos los dos
Estáis? Cuando yo impaciente
Esperando hasta ahora estuve,
Y por pensar que no fuese
El preferido de vos,
Determiné de volverme
A ver en qué habia parado
Vuestro duelo, por si tiene
Acaso el mio lugar
De vengarse, ¡desta suerte
Os hallo, dadas las manos!
Aunque no es bien que me pese
De que vuestro desafío
Acabe, porque el mio empiece.
Y pues á quien esperé
En el campo, se detiene,
Bien puedo la muerte darle
Donde quiera que le encuentre.
(*Va á sacar la espada.*)

DON FÉLIX.

Señor Don Diego, tened
La espada; que aunque os parece
Que estas son paces, no son
Sino treguas solamente.
El señor Don Juan ha sido
Primero acrédor en este
Pleito de los dos; y puesto
Que él las treguas me concede,
Vos no podeis impedirlas.
Las causas que á ello le mueven,
El os las dirá; que yo
Voy á usar de ellas... —Y hacedme
Merced, Don Juan, de decirle
Con el modo mas decente
Al respeto de Leonor,
De mí amor los accidentes,
Para que yo no padezca
El escrúpulo mas leve
De que en el campo le falte,
Y que en la calle le deje.
(*Vanse Don Félix y Lisardo.*)

ESCENA III.

DON JUAN, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Pues ¡cómo así!...

DON JUAN.

Deteneos.

DON DIEGO.

Yo he de seguirle, hasta verme
Vengado.

DON JUAN.

No os empeñeis;
Porque yo he de defenderle.

DON DIEGO.

¡Tan mudado estáis, que ya,
En vez de darle la muerte,
Le defendeis?

DON JUAN.

Sí, Don Diego;
Que tales acciones debe
Al ser quien soy, mi valor.

DON DIEGO.

¿De qué suerte?

DON JUAN.

Desta suerte.
A reñir salió conmigo,
Y al tiempo que ya valientes
Y restados las espadas
Sacábamos, diligente
Un criado le siguió
Hasta el campo, para hacerle
Sabidor de que Leonor
Estaba en un trance fuerte
De perder honor y vida.
(La causa, no es bien la cuente,
Porque no toca el hacerlo.)
Pidióme en fin que le diese
Licencia para ampararla.
¡Qué noble, honrado y valiente,
Viendo humilde á su enemigo,
No le ampara y favorece?
No solo pues la licencia
Que me pide, le concede
Mi valor; mas la palabra
De ayudarle y de valerle,
Hasta que á su dama libre.
El caso, Don Diego, es este.
Mirad, ¿cómo faltar puedo
A su amparo, cuando tiene
Privilegios de enemigo
Y de amigo en mí Don Félix?

DON DIEGO.

El empeño en que os hallais,
Reconozco; y por no hacerle
Mayor, no le sigo; pero
No ha de ser tan fácilmente,
Que no os ha de costar algo
Mi reputacion. Hacedme
Merced de decirme, cuál
De Leonor el riesgo fuese;
Porque al que siente, dudando
El mismo daño que siente,
Lo que sabe y lo que ignora
Le está afligiendo dos veces.

DON JUAN.

De los celos fué, Don Diego,
Errado motivo siempre
Querer uno saber ántes
Lo que es fuerza que le pese
Despues de haberlo sabido;
Pero porque no se queje
Vuestra amistad de que yo
Cuanto me pida le niegue,
Y por ver si de camino
Con desengaños pudiese
Curaros una pasion
Que sana con lo que duele;
Sabed que informado ya
Don Alonso de que fuese
Leonor destos desafíos
Causa, y su amante Don Félix,
Matarla quiso esta tarde.
Llegó á ocasion tan urgente
Un criado, que á él le tuvo,
Y á ella dió lugar que huyese
Dónde se fué, no se sabe:
Y en fin, como no parece,
Su padre y Félix la buscan,
Uno para darla muerte,
Y otro para defenderla.

DON DIEGO.

¡Oh si tan dichoso fuese
Yo, que la hallara primero
Que los dos, para que viese
Cuánto son mis celos nobles,
Que amparan á quien me ofende!
Debiérame esta fineza
Mi dolor; y pues me ofrece
Lo imposible de mis dichas
Por remedio solo este,
Y ganadas las criadas
Tengo, iré á ver si pudiese
Averiguar dónde está,
Y librarla; pues no tiene
Otra venganza mas noble
Un celoso, que el ponerse
En ocasion que su dama
Conozca qué amante pierde. (*Vase.*)

DON JUAN.

¡En qué extrañas confusiones
La contingencia me tiene
De aquel acaso primero!

ESCENA IV.

HERNANDO. — DON JUAN.

HERNANDO.

Señor, dame una y mil veces
Los juanetes á besar,
Si se besan los juanetes.
¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
Pero supuesto que vienes
Libre, sano y sin cautela,
Bien á la clara se infiere
Que el rompe-cabezas no
Las rompe tan fácilmente
En el campo como en casa.
Cuéntame el suceso en breve,
Y en largo te contaré
Otro que á mí me sucede,
No de menor importancia...
Porque has de saber que tienes
Una huéspeda en tu cuarto.

DON JUAN.

Son tantos los accidentes
De mis sucesos, que no
Sé, Hernando, por dónde empiece:
Y contigo, es excusado
Que la memoria renueve
Mis pesares. Dime tú
¿Qué mujer es la que viene
A buscarme? que sería
Grande ventura que fuese
Aquella enigma del Parque,
Que en su fresca estancia verde
Hallamos; pues ella sola
Es la que mi vida tiene,
Sí la verdad te confieso,
De su esperanza pendiente.

HERNANDO.

¿Tanto te holgaras de que ella
La que ahora está en casa fuese?

DON JUAN.

Sí, Hernando.

HERNANDO.

¿Qué me darias?

DON JUAN.

Todo cuanto me pidieses.

HERNANDO.

Pues...

DON JUAN.

Dilo presto.

HERNANDO.

No es ella.

DON JUAN.

¿Quién es?

HERNANDO.

Oye atentamente.
Mandásteme, señor, que te dejara
Con Don Félix; y yo (¡obediencia rara!)
Lo hice así, con no estar nunca enseñado
A hacer cosa de cuanto me has mandado.
Fuíme hácia casa, donde
Mi valor, que á mi miedo corresponde,
Tan triste, tan suspenso me tenia,
Que no dijera: «Aquesta espada es mia»
Aunque reñir te viera
Con treinta mil Don Félix que tuviera.
Entré en casa, pensando
Cómo la ropa en salvo pondria, cuando
La nueva me llegara [clara
De haber muerto á Don Félix: porque es
Cosa, segun colijo, [jo
Que aunque el refran por el nadar se di-

Mas es que del nadar en toda Europa
La gala del reñir, guardar la ropa.
En esto pensativo estuve un rato
(Si es que sabe pensar un mentecato),
Y al ver que nada el discurrir remedia,
Como amante celoso de comedia,
Que cuando varios soliloquios pasa,
No reposa en la calle ni en su casa,
Quise salirme fuera.
Apénas pues bajaba la escalera,
Cuando al portal una mujer tapada
Entró, de una sirviente acompañada,
Sin mas accion ni intento
Que haber allí faltádole el aliento.
Bien de las dos la turbacion decia
Que algun fracaso sucedido habia,
Y que el dicho fracaso
Les hacia venir mas que de paso.
Sentándose en el poyo, desmayada
Se quedó la señora; y la criada,
Con un turbado espanto,
Cerró la puerta, y la compuso el manto.
Yo, sus acciones viendo,
Llegué á las dos, diciendo:
«Este cuarto, señora,
Podrá mejor serviros por ahora
De albergue: en él, os ruego
Que os entreis». La criada aceptó luego,
Y entre ella y yo cargando con el ama,
Fuera de pulla, la llevé á la cama,
Donde de aquel mortal, triste retiro,
De allí á un rato volvió con un suspiro,
Dónde estaba dudando.
Satisfice su duda, asegurando
Que estaba en parte do sería servida.
Mostróseme en extremo agradecida,
Y aceptando el cortés ofrecimiento,
Dijo con blanda voz y bajo acento:
«Fuerza será que la desdicha mia
Use, hidalgo, de vuestra cortesía,
En tanto solo que esta
Criada tarde en volver con la respuesta
De un recado á que es fuerza que la en- [vie:
Y pues es justo que de vos me fie,
Tambien vos habeis de ir á asegurarme
Si un caballero viejo anda á buscarme,
Sabiendo dónde he entrado:
Y en tanto el cuarto me dejad cerrado.»
Servirla la prometo;
Y despues que las dos allá en secreto
Hablaron, la criada y yo salimos,
Y los dos por distintas sendas fuimos:
Yo, á ver si acaso via
El viejo caballero que decia;
Y ella, segun infiero,
A ver si via al mozo caballero.
Una y mil vueltas á la calle he dado,
Y con nadie he topado,
Sino solo contigo,
A quien, si todas mis sospechas digo,
Sabrás que la criada,
Alguna vez del manto descuidada,
Me pareció la Ines de aquel recado
De donde yo volví descalabrado.

DON JUAN.

Si albricias me pidieras,
¡Ay, Hernando, qué buenas las tuvieras!

HERNANDO.

Pues ¡ay, señor! sí pido.
Pero á tí, ¿qué te va en lo sucedido?

DON JUAN.

Infiero por las señas que estás dando
Que esa es Leonor, en cuya busca ando;
Que el ser á las espaldas de mi casa
La de Don Félix, lo que en ella pasa,
Haber venido huyendo,
A un caballero viejo estar temiendo,
Haberte parecido su criada
Tener siempre tapada
Con tan grande recato su hermosura,
De que es Leonor bien claro me asegura.

HERNANDO.

Sí, señor, y otra causa hay mas fundada,
Que es Leonor.

DON JUAN.

¿Cuál?

HERNANDO.

Que viene mal tocada...
Vámonos pues á casa, y siendo ella,
Haya pastel y pella,
Que es cena de repente,
Y véngate de Félix.

DON JUAN.

Calla, tente,
Villano: no pronuncies disparate
Igual; que vive el cielo, que te mate.
¿Soy hombre yo de tan cobarde fama,
Que dél me habia de vengar su dama?
Antes parte á su casa...

HERNANDO.

¿Yo?

DON JUAN.

Volando,
Y dile que le quedo yo esperando
En la mia.

HERNANDO.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que á ella venga
Luego, sin que un instante se detenga.
Y si te le negaren (que sería
Posible), di que vas de parte mia.

HERNANDO.

Si otra vez, aun no yendo de tu parte,
Me rompió la cabeza por nombrarte,
¿Qué me romperá ahora si te nombro
Y de tu parte voy?

DON JUAN.

Como tu asombro
Duda lo que á los dos nos ha pasado,
Temes.

HERNANDO.

Para temer un hombre honrado,
¿Ha menester achaques?

DON JUAN.

Haz lo que digo.

HERNANDO.

Que el furor aplaques,
Te pido; que yo iré.

DON JUAN.

Dame primero
La llave de mi cuarto: en él te espero,
Y ven presto.

HERNANDO.

No está en mi mano esto,
Sino es en que él me descalabre presto.

DON JUAN.

Segundo acaso ¡cielos! ha venido
A buscarme. Favor en él os pido,
Pues, que me traiga, espero
Mayores confusiones que el primero.
(*Vase.*)

ESCENA V.

HERNANDO.

Rota cabeza mia,
Pasémonos por una barbería
A decir al quirurgo se prevenga,
Y que estopas y huevo á punto tenga
Para la vuelta. ¡Cielos! ¿qué es aquesto
Que hoy á mi amo en ocasion ha puesto
De llamar su enemigo?
Si fué á reñir con él, ¿cómo de amigo
Hace ahora finezas?
¡No fuera el monstruo yo de dos cabezas!
¡Oh, cuánto lo estimara mi fortuna,
Pues para discurrir tuviera una,
Y otra para aparar! Si con bien salgo
Desta, no mas papeles.

ESCENA VI.

ELVIRA, JUANA. — HERNANDO.

ELVIRA.

Oid, hidalgo.

HERNANDO.

Mi señora tapada,
Si venis de otra parte desmayada
A que os socorra yo, tarde sospecho
Que venis; que ese paso está ya hecho

ELVIRA.

¿Habeisme conocido?

HERNANDO.

Si reparo en el talle y el vestido,
Vos sois una civil, baja señora.

ELVIRA.

¿Como así?

HERNANDO.

Como sois madrugadora
Del Parque, me lo dijo la ribera.

ELVIRA.

De vos saber quisiera
¿Qué pesadumbre ha sido
Una que vuestro amo hoy ha tenido,
Y en qué, hidalgo, ha parado?

HERNANDO.

Yo solo sé que mal descalabrado
Estoy, y que á ir me atrevo
Donde me descalabren bien de nuevo;
No en qué paró el disgusto.
Pero si de saberlo teneis gusto,
Mi amo va á casa ahora:
Dél mejor lo podréis oir, señora;
Que yo voy á un recado muy aprisa,
Tan grande, que no es cosa de risa,
Sino cosa de llanto:
Y así, quedad con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ELVIRA, JUANA.

ELVIRA.

¡Ay, Juana! ¡cuánto!
Imagino é intento,
Para quietar mi loco pensamiento,
En razon de saber en qué ha parado
Este pesar que tanto me ha costado!
Nada dél saber puedo,
Y con la duda tan cabal me quedo,
Como ántes la tenia.—
Pero lo he de saber con mi porfía.
Ven en cas de Don Juan.

JUANA.

¡En ella quieres
Entrar! ¿Haste olvidado de quién eres?

ELVIRA.

Sí, pues si me acordara
De mis obligaciones, no intentara
Acciones semejantes.
Ven, y de nada, Juana mia, te espantes;
Puesto que el cielo quiso
Que sirviese de nada aquel aviso
Que le llevé á Don Félix; y en efeto,
Sin atencion, sin juicio, sin respeto,
Pues á un amor, pues á un temor rendida
Perdí la libertad, pierda la vida.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA VIII.

LEONOR, *tapada; despues*, DON JUAN.

LEONOR.

Abrir ya la puerta veo
Desta ignorada prision,
Adonde mi confusion
Tiene atado mi deseo.
¡Con cuantas dudas peleo!
¿Si será Ines, que á avisar
Fué á Don Félix mi pesar?
¿Si será él ó el criado,
Que de mi llanto obligado,
Me dejó aquí y fué á mirar
Si mi padre me seguia?
(*Ap.* Mas ¡ay de mí! que no es
(*Sale Don Juan.*)
Ninguno de todos tres
El que abre. Desdicha mia,
¿Hasta cuándo tu porfía
Me ha de perseguir? Ya entró
Un caballero, á quien no
Conozco. Encubrirme quiero.
¡Ay! ¡de cuántas veces muero!)

DON JUAN.

No, señora, porque yo
Entre, os recateis así,
Ni os dé el mirarme cuidado;
Que del suceso informado
Que os tiene encerrada aquí,
Vengo á que os sirvais de mí.
Dueño desta casa soy,
Y espero serviros hoy
Aun mas de lo que pensais;
Pues del riesgo en que os hallais
Libraros, palabra os doy.
Si bien no teneis, señora,
Que agradecerme, por Dios;
Que á otro, primero que á vos,
Se la he dado ántes de ahora.

LEONOR.

Ni duda, señor, ni ignora
Mi temor que defendida
En vuestro valor mi vida
Esté; que es obligacion
Valer los que nobles son
A una mujer afligida.
Yo lo estoy tanto, que espero
El amparo vuestro, no
Porque lo merezca yo,
Cuanto por ser caballero
Vos. Y pues rendida muero,
Perdon del recato os pido;
Que el encubrirme no ha sido
Duda de vuestro valor,
Sino mujeril temor,
Que de veros he tenido.
Y para mas obligaros
A favorecerme en este
Trance, aunque el vivir me cueste
La vergüenza de informaros,
Sabed...

DON JUAN.

Nada he de escucharos;
Que á precio no he de comprar
Yo aquí de vuestro pesar
Saber quién sois; y porqué
Lo excuseis, sabréis que sé
Cuanto me podréis contar.

LEONOR.

Si vuestro criado ha sido
El que de mí os ha informado,
¿Qué sabe vuestro criado?

DON JUAN.

Si licencia he merecido
De darme por entendido,
Con ella me atreveré
A decir de quién lo sé.

LEONOR.

Ahorraréisme un gran temor.

DON JUAN.

Pues ya sé, bella Leonor...

LEONOR.

Ya que mi nombre escuché
En vuestros labios, bien puedo
Decir con mas confianza (*Descúbrese.*)
Que dueño de mi esperanza
Hice...

DON JUAN.

Pronunciad sin miedo:
«A Don Félix de Toledo.»

LEONOR.

La fortuna, siempre avara
Del bien, quiso que adorara
En su competencia otro hombre
Mi hermosura...

DON JUAN.

Cuyo nombre
Era Don Diego de Lara.

LEONOR.

Este pues (¡lance cruel!)
De noche en mi casa entró,
Donde...

DON JUAN.

Don Félix le halló,
Y riñó entónces con él.

LEONOR.

Envió otro dia un papel...

DON JUAN.

Y encontró con el criado,
A quien hirió.

LEONOR.

Mi cuidado
A satisfacerle fué
A su casa, donde hallé...

DON JUAN.

A vuestro padre, que airado
Os viera á sus manos muerta,
Si un criado no llegara,
Que á vos salir os dejara,
Y á él le cerrara la puerta

LEONOR.

Yo, pues, de vivir incierta,
La calle apénas volví...

DON JUAN.

Cuando desmayada aquí
Os encontró mi criado.

LEONOR.

Muy por extenso informado
Estáis de mi vida.

DON JUAN.

Sí;
Porque por acasos raros
Tuve, ántes de conoceros,
El riesgo de defenderos
Sin el mérito de amaros.

LEONOR.

¿Pues quién sois?

DON JUAN.

Quien ha de daros
Vida, honor y esposo aquí.

LEONOR.

¿Pues cómo?

(*Llaman.*)

DON JUAN.

¿Llamaron?

LEONOR.

Sí.

DON JUAN.

Retiráos, hasta ver
Quién es.

LEONOR.

¡Cielos! ¿qué ha de ser
De mi fortuna y de mí? (*Retirase.*)

DON JUAN.

¿Quién es?

ESCENA IX.

ELVIRA Y JUANA, *tapadas.* — DON JUAN; LEONOR, *escondida.*

ELVIRA.

Es, señor Don Juan,
Una mujer embozada,
Que ha remitido á las tardes
La estacion de las mañanas.
La última que os hablé,
A vuestro estilo obligada,
Porque no fuerais tras mí
Ni supiérades mi casa,
Palabra os di de buscaros,
Y vengo á cumplirla para
Desengañaros de que
Soy mujer de mi palabra.
Si bien aquesto no es solo
Lo que me obliga á que haga
Esta fineza; que hay otras
Razones que aquí me traigan.
Yo he sabido que hoy habeis
Tenido por una dama
Un desafío; y aunque
Para la desconfianza
De mis celos es temprano,
No lo es para que salga
Del cuidado en que me ha puesto
Vuestra vida. Aquesto aguarda
Saber mi curiosidad.
Decidme en qué estado se halla
El disgusto, porque tengo
Pendiente dél vida y alma.

LEONOR. (*Al paño.*)

Mujer es la que entró, y como
Quedo y apartados hablan,
No oigo lo que dicen; pero
Bien se deja ver que es dama
Deste caballero, pues
Así se ha entrado en su casa.

DON JUAN.

Aunque jamas deseé
Cosa con mayor instancia
Que volver, señora, á veros,
En esta ocasion tomara
Que no hubiérades venido;
Porque es fuerza que no os haga
Agasajos que merece
Una fineza tan rara.
Del disgusto de que ya
Mostrais venir informada,
Aunque no bien, cierto lance
Mis discursos embaraza
Tanto, que he de suplicaros
(Bien á costa de mis ansias)
Me hagais merced de volveros,
Sin que por aquesta causa
Me atreva á saber de vos
Quién sois, ni á veros la cara;
Que no ha de pedir quien niega,
Ni ha de rogar quien agravia.

ELVIRA.

Si imaginara que en vos
Tan grande despego hallara,
Antes que... Pero ¡qué miro!
Un hombre entra en esta sala,
Que importa que no me vea.
(*Vase hácia donde está Leonor.*)

LEONOR. (*Al paño.*)

Aunque no entendí palabra,

De llegar hácia aquí infiero
Que son celos, é informada
De que aquí estoy, quiere darme...

ELVIRA.

Este aposento me valga.
Despedidle.

DON JUAN.

Oid.

LEONOR.

(*Tapada entreabriendo la puerta.*)
Aquí
No habeis de entrar; que tomada
Esta posada está, y no
Se puede ver á quien guarda. (*Cierra.*)

ELVIRA.

¡No en vano me recibisteis,
Don Juan, con esquivez tanta!
Pero no es tiempo de quejas.

DON JUAN.

A serlo, bien disculparlas
Pudiera.

ELVIRA.

Haced que no entre
Ese hombre en esta cuadra;
Que importa mas...

DON JUAN.

¿Cómo puedo,
Si ya los umbrales pasa?

ESCENA X.

DON DIEGO.—DON JUAN; ELVIRA Y JUANA, *tapadas.*

ELVIRA. (*Ap. á Juana.*)

¡Ay infelice de mí!
¡Si habré yo sido la causa
De venir aquí mi hermano?

JUANA.

No sé.

ELVIRA.

Cúbrete bien, Juana.

JUANA.

¡Irme, no será mejor,
Pues me dan la puerta franca? (*Vase.*)

DON DIEGO.

Don Juan, si vuestra amistad
Ha sido en el mundo tanta,
Que á ser en tiempo de César
La hubieran labrado estatuas,
Buena ocasion se os ofrece
Ahora para mostrarla,
Pues en vuestra mano está
Mi honor, mi vida y mi fama.
Una hermosura, en quien todo
Esto consiste, se halla
En vuestro poder.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

DON DIEGO.

Rendido vengo á buscarla,
Informado de que aquí
Entró.

ELVIRA. (*Ap.*)

¿Qué esperan mis ansias?
Buscándome viene.

DON DIEGO.

Bien
Vuestra confusion me extraña;
Pues vino Don Diego, cuando
A Don Félix esperabais.
Ya os dije cómo tenia
Secretas espías pagadas;
Pues una me ha dicho ahora
Que dentro de vuestra casa
Está, y es cierto que es ella,
Pues que tanto se recata
De mí.

ELVIRA. (*Ap.*)

Ya me ha conocido.

DON JUAN.

(*Ap.* Pues que él es el que se engaña
Y que no le engaño yo,
Su mismo engaño me valga,
Pues así con Félix y él
Cumplir mi valor aguarda.)
Teneos.

DON DIEGO.

Dejadme llegar
A hablarla, solo.

ELVIRA. (*Ap.*)

El me mata.

DON DIEGO.

No, señora, huyais así
De quien tan rendido os ama,
Que os busca para serviros
Con la vida y con el alma.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Qué es esto, cielos! No viene
Por mí, pues así me trata.

DON DIEGO.

No á hablaros vengo en mi amor;
Que no aspira mi esperanza
A mas mérito, á mas dicha
Que á serviros; pues me basta,
Si otro tiene los favores,
Que tenga yo las desgracias.

ELVIRA. (*Ap.*)

Que me enamore mi hermano,
Es solo lo que me falta.

DON JUAN.

Don Diego, esperad; que ántes
Que os responda aquesa dama,
Me toca á mí responderos.
Las espías fuéron falsas,
Si os dijeron que era quien
Buscais, quien conmigo estaba;
Pues es aquesta señora
Aquella dama tapada,
Cuya novela os conté
Delante de vuestra hermana.
A verme ha venido, haciendo
Hoy por mí fineza tanta;
Y así, pues dichas de amor
Los discretos no embarazan,
Idos con Dios; y advertid
Que cubierta y congojada
Teneis á aquesta señora.

DON DIEGO.

Don Juan, si no imaginara
Que esa es deshecha que haceis
Porque yo os deje y me vaya,
Dando lugar á cumplir
A Don Félix la palabra,
Yo lo hiciera, claro está;
Mas si es tan cruel, tan rara
Mi desdicha, que mi amigo
Por mi enemigo me falta,
Fuerza será que el dolor
De las razones se valga.
Vuestro enemigo es Don Félix;
No diga de vos la fama
Que sois mejor para ser
El dia de la desgracia
Enemigo, que no amigo.
Dadme lugar de que haga
Yo por Leonor la fineza
De servirla y ampararla.

DON JUAN.

Cuando ella fuera Leonor,
El caso se disputara
De cuál era mejor, ser
En ocasion tan hidalga
O mi amigo ó mi enemigo.
No siéndolo, es excusada
La cuestion.

DON DIEGO.

¿Cómo ser puede
No ser ella? La criada
Misma que aquí la dejó
Me lo dijo.

DON JUAN.

Ella os engaña,
Porque no es ella.

DON DIEGO.

Haced algo
Por mí, para que yo vaya
Consolado, sin la duda
De haberla hallado y dejarla.
Si no quiere descubrirse,
Hable solo una palabra:
Despídame ella.

DON JUAN. (*Ap. á Elvira.*)

Señora,
Bien teneis noticias hartas
De cuánto mi cortesía,
La ley que le ponen, guarda.
De un empeño me sacais,
Y bien grande, con que salga
De aquesta duda Don Diego,
Porque me importa se vaya
Antes que venga aquí un hombre,
Que ya por instantes tarda.
Despedidle pues.

ELVIRA. (*Ap. á Don Juan.*)

El mismo
Riesgo hay en verme la cara
Que en escucharme la voz.

DON JUAN.

¿Por qué?

ELVIRA.

Por esto. (*Descúbrese á Don Juan.*)

DON JUAN.

¡Sin alma
He quedado!

ELVIRA.

Yo, Don Juan,
Soy la que encubierta os ama.
Ved ahora si os está bien
Que Don Diego en vuestra casa
Ni me oiga ni me vea.

DON JUAN.

Cubríos, no hableis palabra;
Piérdase todo, y no un solo
Atomo de vuestra fama.—
Don Diego, esta dama aun no
Quiere hablar; y si arriesgara
Mil vidas, no la han de hacer
Fuerza alguna; y así basta
Que yo os diga que no es ella.

DON DIEGO.

¿Cómo quereis que yo haga
Fineza de creros, si?...

ESCENA XI.

DON FELIX, LISARDO.—DON JUAN, ELVIRA, DON DIEGO.

DON FÉLIX.

Bien creréis que mi tardanza,
Don Juan, fué por prevenir
Casa adonde Leonor vaya
Y una silla que la lleve.

DON DIEGO.

Mirad si es ella.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué extrañas
Son mis penas!

DON FÉLIX.

Mas ¡qué veo!
¡Don Diego aquí! — No pensara
(*A Don Juan.*)
De vos jamas que teniendo
A Leonor en vuestra casa,
Habiéndome dado á mí
(Como tan noble) palabra
De ayudarme hasta tenerla
En mi poder, fuera tanta
De Don Diego la amistad,
Que diera lugar de hablarla.

ESCENA XII.

LEONOR, *entreabriendo la puerta del cuarto en que está.* — DON FELIX, ELVIRA, DON JUAN, DON DIEGO.

LEONOR. (*Ap.*)

La voz de Félix he oido,
Y así no importa que abra.

DON JUAN.

(*Ap.* Decir ahora que es Leonor,
Porque deste riesgo salga
Elvira, es bien; que no veo
La hora que de aquí se vaya,
Y despues habrá ocasion
De que el trueque se deshaga.)
Yo sé, Don Félix, muy bien
Qué debo hacer. Si se halla
Aquí Don Diego, no ha sido
Llamado; y ántes estaba
Negándole que es Leonor
Esta señora.

ELVIRA. (*Ap. á Don Juan.*)

¿Qué trazas?

DON JUAN.

(*Ap. á Elvira.* Echarte de aquí: tú, luego
Que á la calle con él salgas,
Dile que vuelva.) Y porqué
Veais si cumplo mi palabra,
Llevadla donde quisiereis.

DON DIEGO.

¿Cómo se entiende, llevarla?

LEONOR. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué traicion es esta?
Mi sufrimiento ¿á qué aguarda?

DON FÉLIX.

Venid, señora, conmigo,
Que á riesgo de vida y alma
Pondré en salvo vuestra vida.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Quién vió confusiones tantas!

DON DIEGO.

Don Félix, que haya venido
Yo aquí llamado, ó que haya
Venido sin que me llamen,
Ya estoy aquí, y á esa dama,
Aunque me aborrezca, no
He de consentir llevarla
Miéntras ella no me diga
Que la deje; pues es clara
Cosa que me está mejor
Que ella el desaire me haga,
Que vos ni Don Juan: ó tengo
De morir en la demanda.

DON FÉLIX.

¿Qué dificultad habrá
Que ella os lo diga?— ¿Qué aguardas,
Leonor? Si soy yo á quien quieres,
¿Porqué, di, no te declaras?
Responde, Leonor.

ELVIRA. (*Ap. á Don Félix.*)

Mirad
Que soy de Don Diego hermana,
Y soy la que os avisó
De que los dos os buscaban.
Supuesto que me debeis
Finezas anticipadas,
Sacadme de aquí; que luego
Volveréis por vuestra dama.

DON FÉLIX.

(*Ap. á Elv.* Noble soy; sí haré.) Don Diego,
Ni hablaros una palabra
Quiere Leonor; y así, aquesto
Para desengaño basta.

DON DIEGO.

No basta. Leonor es quien
Lo ha de decir.
(*Sale Leonor.*)

LEONOR.

Si eso falta,
Leonor lo dirá, sacando
Tres efectos de una causa.
Uno, enmendar la traicion
De quien con otra te engaña;
Otro, dar satisfacciones
De que Don Diego me cansa,
Y nunca tuvo licencia
Para reñir en mi casa;
Y otro, en fin, irme contigo.

DON DIEGO.

Aquí hay mas que yo pensaba.

DON JUAN.

Félix, en vuestro poder
Está Leonor: esto basta
Para que contento vais
Y gustoso de mi casa.
Y pues es fuerza volver
A cumplirme la palabra
De que en librando á Leonor
Medirémos las espadas,
De mí á vos yo os diré entónces
De aqueste engaño la causa.

DON FÉLIX.

Yo voy á que tome solo
La silla, porque se vaya;
Que no haré ausencia de aquí
Hasta que mi valor haga
Cuanto sabe que le toca.
(*Vase con Leonor.*)

DON JUAN.

Yo os guardaré las espaldas.

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON DIEGO, ELVIRA.

DON DIEGO.

¿De quién, si yo no la sigo,
Viendo que me desengaña
Leonor, y que no le queda
A mi amor otra esperanza?

DON JUAN.

Ese es el mejor consejo.
Y pues vuestro amor acaba,
Permitid que empiece el mio.
Dejadme con esta dama.

DON DIEGO.

Hay mucho que ver en eso.

DON JUAN.

¿Qué hay que ver?

DON DIEGO.

Sospechas hartas.
Negarme á solas quién era
Primero; luego trocada
Veria que se entrega á otro,
Y de mí solo se guarda
Tanto, que aun no ha permitido
Que la oiga una palabra,
Me obliga...
(*Dentro ruido de cuchilladas.*)

ESCENA XIV.

DON ALONSO, *y luego*, HERNANDO.— DON JUAN, ELVIRA, DON DIEGO.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

¡Muere, traidor!

LOS DOS.

¿Qué es aquello?

HERNANDO. (*Saliendo.*)

Cuchilladas
A la puerta de la calle.

DON JUAN.

Fuerza es que á ver lo que es salga.
Vamos á este empeño, que es
El que con prisa me llama;
Que yo os satisfaré luego.

DON DIEGO.

Sí haré, por no dejar nada
Que hacer nunca mi valor.
(*Ap.* Vive Dios, que ántes que salga
De aquí, he de saber quién es.)

DON JUAN.

Elvira, dentro te aguarda; (*Ap. á ella.*)
Que yo guardaré tu vida.
(*Vanse Don Juan y Don Diego.*)

ELVIRA.

¿Hay mujer mas desdichada?
¡Quién se vió en mayor peligro
Que yo!
(*Retírase Elvira adonde estaba Leonor.*)

HERNANDO.

¡Buena va la danza!
Puesto que mi amo quedarme,
Cuando va á reñir, me manda,
Quiero obedecer. — Señores,
¿Qué es esto?

ESCENA XV.

LEONOR. — HERNANDO; ELVIRA, *escondida.*

LEONOR.

¡El cielo me valga!
Pues son mis desdichas tales,
Pues son tantas mis desgracias
Que al salir Félix conmigo,
Mi padre (¡ay de mí!) pasaba
Por la calle, y para él
Sacó, en viéndole, la espada,
Y impidiéndome á mí el paso,
Riñendo allá todos andan.

HERNANDO.

Y aun acá; que todos se entran.

LEONOR.

Este aposento en que estaba,
Me oculte. (*Va hácia él.*)

ELVIRA.

(*Tapada, entreabriendo la puerta.*)
Tarde venis;
Que esta posada tomada
Está ya. (*Cierra.*)

LEONOR.

¡Ay de mí! ¡Qué presto
Tomasteis de mí venganza!
Pero en esta parte intento
Esconderme retirada.
(*Escóndese detrás de una cortina.*)

ESCENA XVI.

DON ALONSO, DON FELIX, DON JUAN Y DON DIEGO, *riñendo*. — HERNANDO; LEONOR Y ELVIRA, *ocultas*.

DON ALONSO.

¡Vive Dios, que atropellando
Por todas vuestras espadas,
De una ingrata y de un traidor
Tengo de tomar venganza!

DON FÉLIX.

Señor Don Alonso, quien
Ostenta cordura tanta,
Mejor con la conveniencia
Remedia que con la espada,
Los lances de honor. Leonor
Es mi esposa.

DON ALONSO.

Si se casa
Con vos, diré que me obliga
El que dije que me agravia.

DON JUAN.

Pues ese ha de ser el medio,
Remítanse las espadas
Á la razon.

DON ALONSO. (*A Hernando.*)

¿Dónde está
Una mujer, que turbada
Se volvió á entrar aquí dentro?

DON JUAN.

Hernando, ¿por qué no hablas?

HERNANDO.

¿Qué he de hablar?

DON JUAN.

¿No te quedaste
Aquí?

HERNANDO.

Sí.

DON JUAN.

¿Dónde se guarda
Leonor?

HERNANDO.

No sé si preguntas
Por la buena ó por la mala,
Por la cierta ó la fingida,
Por la fina ó por la falsa;
Y así, por no errar, respondo
Que aquí, y aquí están entrambas.

DON JUAN.

Sin duda aquí está Leonor,
Que es la parte donde estaba
Primero, y aquí habrá vuelto.—
(*Llégase al cuarto donde está Elvira, y habla recio.*)
Señora, ya es bien que salgas
Sin temor de que te vean
Los mismos de quien te guardas;
Pues ya eres feliz esposa
Del que tú quieres y amas.
(*Sale Elvira.*)

ELVIRA.

Contenta, ufana y alegre,
Salgo en esa confianza;
Que claro está que sois vos.

DON DIEGO.

Bien sospeché.— ¡Vil hermana!...

HERNANDO.

¿Aun no habemos acabado?

DON DIEGO.

¿Así mi amistad se agravia?

DON JUAN.

¿En qué agravio la amistad?

DON DIEGO.

En el honor y en la fama.

DON ALONSO.

Si de mi ofensa, Don Diego,
La misma parte os alcanza,
La misma satisfaccion
Es la mas cuerda venganza.

DON JUAN.

Esa yo se la daré
Con la mano y con el alma.

DON DIEGO.

Y yo quedaré contento.

DON FÉLIX.

Que parezca Leonor, falta.

HERNANDO.

Si me dan hallazgo, yo
Les diré que aquí se guarda.
(*Sale Leonor.*)

LEONOR.

Humildemente, señor,
Arrojándome á tus plantas.

DON ALONSO.

Dale la mano á Don Félix.

HERNANDO.

Pensarán que está acabada
La comedia con casarse
Los galanes y las damas;
Pues escuchen vuesarcedes,
Que otro pedacito falta.

DON FÉLIX.

Don Juan, yo os tengo ofendido,
Y vos en la misma instancia
Me teneis á mí obligado.
Yo he de cumplir mi palabra
De que en cobrando á Leonor,
Volver tengo á la campaña;
Mas si el ir yo allá ha de ser
Para rendiros la espada
(Pues no he de reñir con quien
Debo honor, sér, vida y alma),
Mejor es que aquí os la rinda,
Los dos quedando en tal causa
Bien puestos, vos amparando,
Y yo rindiéndôs las armas.

DON ALONSO.

Todo queda así compuesto.

DON DIEGO.

No todo; que ahora falta,
Si con Don Juan ha cumplido,
Que á reñir conmigo salga.

LEONOR.

Ese duelo, yo, Don Diego,
Seré quien le satisfaga.
Eso fué una competencia
De amor, á que nunca causa
Dí yo, permitida entónces
Que era de Don Félix dama.
Pero ahora que soy su esposa,
No será bien que la haya;
Y así cesará el efecto,
Pues ha cesado la causa.

HERNANDO.

A pagar de mi dinero,
La suerte está bien juzgada,
Y nadie queda mal puesto
Sino yo en estas demandas,
Pues quedo descalabrado:
Con cuyos duelos acaban
Los empeños de un acaso.
Perdonad sus muchas faltas.

LA CISMA DE INGALATERRA.

PERSONAS.

EL REY ENRIQUE VIII.
EL CARDENAL VOLSEO (*Wolsey*).
CARLOS, *embajador de Francia.*
TOMAS BOLENO (*Boleyn*), *viejo.*
DIONIS, *criado.*
PASQUIN, *gracioso.*
UN CAPITAN.
LA REINA DOÑA CATALINA.
LA INFANTA MARIA.
ANA BOLENA (*Boleyn*).
MARGARITA POLO (*Pole*), *dama.*
JUANA SEMEIRA (*Seymour*), *dama.*
DAMAS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CABALLEROS.

La escena es en Lóndres.

JORNADA PRIMERA.

Gabinete del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY ENRIQUE VIII, *durmiendo; delante una mesa con recado de escribir, y á un lado* LA FIGURA DE ANA BOLENA; *despues*, EL CARDENAL VOLSEO.

REY. (*Soñando.*)

Tente, sombra divina, imágen bella,
Sol eclipsado, deslucida estrella:
Mira que al sol ofendes. [des.
Cuando borrar tanto esplendor preten-
¿Por qué contra mi pecho airada vives?

LA FIGURA DE ANA.

Yo tengo de borrar cuanto tú escribes.
(*Vase.*)

REY. (*Soñando.*)

Aguarda, escucha, espera.
No desvanezcas en veloz esfera
Esa deidad tan presto.
Oye...

(*Despierta. Sale el cardenal Volseo.*)

VOLSEO.

¡Señor!...

REY.

¿Tú estás aquí?

VOLSEO.

¿Qué es esto?

REY.

¿Quién es una mujer, que ahora ha salido
De este retrete? Di.

VOLSEO.

Del sueño ha sido
Ilusion, porque nadie aquí ha llegado.
Cuéntame pues, señor, lo que has so-
[ñado.

REY.

¡Ay Cardenal! escucha,
Conocerás si fué mi pena mucha.
Ya sabes (pero es forzoso
Repetirlo, aunque lo sepas)
Como yo soy el Octavo
Enrique de Ingalaterra,
Hijo del Séptimo Enrique,
Que por la muerte violenta
De Arturo, dejó en mis sienes
La soberana diadema,
Siendo heredero, no solo
De dos imperios por ella,
Sino de la mas hermosa
Y mas católica Reina,
Que tuvieron los ingleses
Desde que en su edad primera
Fuéron sus hombros columna
De la militante Iglesia;
Porque Doña Catalina,
Hija la mas santa y bella
De los Católicos Reyes,
Nuevos soles de la tierra,
Casó con mi hermano Arturo,
El cual por su edad tan tierna,
O por su poca salud,
O por causas mas secretas,
No consumó el matrimonio,
Quedando entónces la Reina,
Muerto el príncipe de Walia[1]
A un tiempo viuda y doncella.
Los ingleses y españoles,
Viendo las paces deshechas,
Los deseos malogrados
Y las esperanzas muertas,
Para conservar la paz
De los dos reinos, conciertan
Con parecer de hombres doctos
Que yo me case con ella:
Y atento á la utilidad,
Julio Segundo dispensa;
Que todo es posible á quien
Es vice-Dios en su Iglesia.
De cuya felice union
Salió para dicha nuestra
Un rayo de aquella luz
Y de aquel cielo una estrella,
La infanta Doña María,
Que habeis de jurar princesa
De Walia, con que la nombro
Mi legítima heredera.
Esto he dicho por mostrar
Con el gusto y obediencia
Que se reciben las cosas
De la fe en Ingalaterra
(Pues dicen así que fué
Legítima, santa y cuerda
La dispensacion del Papa,
Pues todos vienen en ella),
Y para decir tambien,
Cardenal, de la manera
Que la defiendo, asistiendo
Con el ingenio y las fuerzas:
Pues ahora que Marte duerme
Sobre las armas sangrientas,
Velo yo sobre los libros,
Escribiendo en la defensa
De los siete sacramentos
Aqueste, con que hoy intenta
Mi deseo confundir
Los errores y las sectas
Que Lutero ha derramado;
Pues en él, para su ofensa,
Todo es refutar errores
De un libro que se interpreta
Captividad babilonia,
Que es veneno, es peste fiera
De los hombres. Escribiendo
Estaba... Oye, que aquí empieza
El horror de mas espanto,
El prodigio de mas fuerza,
Que entre las sombras del sueño
Imágenes dió á la idea.
Escribiendo estaba pues,
(En el sacramento era
Del matrimonio: ¡ay de mí!)
Y cargada la cabeza,
Entorpecido el ingenio
De un pesado sueño, apénas
A su fuerza me rendí,
Cuando ví entrar por la puerta
Una mujer... Aquí el alma
Dentro de mi mismo tiembla,
Barba y cabello se eriza,
Toda la sangre se hiela,
Late el corazon, la voz
Falta, enmudece la lengua.
Esta llegó á mí; y turbado
De considerarla y verla,
Ya no acertaba á escribir;
Pues cuanto con la derecha
Mano escribia y notaba,
Iba borrando la izquierda.
Con esta imaginacion
Que hizo caso y tuvo fuerza
De verdad, estoy dispierto
Considerando las señas,
Tanto que ahora la miro
Con aquella forma, aquella
Imágen que ántes la ví,
Y aun pienso que el alma sueña;
Pues en tantas confusiones,
Tantos asombros y penas,
Si puede dormir el alma,
No debe de estár despierta.

VOLSEO.

No haga la imaginacion
Desos discursos empeño;
Que las quimeras del sueño
Sombras y figuras son.
Estas cartas han venido,
Con cuya ocasion entré
Hasta el retrete, porqué
La brevedad, he entendido
Que importa.

REY.

Saber espero
Cuyas son.

[1] Ahora decimos *Gáles.*

VOLSEO.

Aquesta pues
De Leon Décimo es. (*Dáselas.*)

REY.

¿Y esta?

VOLSEO.

De Martin Lutero.

REY.

Si fuera lícito dar
Al sueño interpretacion,
Vieras que estas cartas son
Lo que acabo de soñar.
La mano con que escribia
Era la derecha, y era
La doctrina verdadera,
Que celoso defendia:
Aquesto la carta muestra
Del Pontífice. Y querer
Deslucir y deshacer
Yo con la mano siniestra
Su luz, bien dice que lleno
De confusiones veria
Juntos la noche y el dia,
La triaca y el veneno.
Mas por decir mi grandeza
Cuya la vitoria es,
Baje Lutero á mis piés,
Y Leon suba á mi cabeza.
(*Por arrojar la carta de Lutero á sus piés y poner la del Pontífice sobre la cabeza, las trueca.*)
Ahora veré lo que dice
Su Santidad. Mas ¿qué es esto?
En nuevas dudas me ha puesto
Otro suceso infelice.
¡La carta fué de Lutero
La que sobre mi cabeza
Puse! ¡Qué error! ¡qué tristeza!
¡Otro prodigio, otro agüero
Me amenaza! Muerto soy.
¡Santos cielos! ¿Qué ha de sér
Lo que hoy me ha de suceder?

VOLSEO.

Que tendrás mil gustos hoy.
¿Qué cometa has visto dar
Con macilentos desmayos
Al alba trémulos rayos?
¿Qué monte has visto temblar?
¿En qué eclipsado arrebol,
Previniendo otra fortuna,
Lloró á los piés de la luna
Diluvios de sangre el sol?
Pues si no, ¿qué agüero es
Al dar dos cartas, señor,
Trocarlas yo por error,
O entenderlas tú al reves?

REY.

Bien me consuelas, Volseo:
Fuera de que aqueste error
Ya le juzgo en mi favor,
Y por mi dicha le creo.
Pues si el Pontífice es
Basa firme y fundamento
De la fe, como cimiento
Quiso ponerse á los piés.
Que él es la piedra confieso,
Yo la columna; y así,
Es bien que él me tenga á mí,
Para que yo sufra el peso
Que pone sobre mis hombros
Esta bestia, este portento,
Que hoy en las alas del viento
Carga montañas de asombros.
Baje la piedra oprimida,
Suba la llama abrasada,
Esta en rayos dilatada,
Y aquella del peso herida;
Que yo de las dos presumo
Que buscan en esta accion
Su mismo centro, pues son
Una piedra, y otra humo.
No entre nadie á verme hoy,
Sino tú; que escribir quiero
A Leon Décimo y Lutero.

VOLSEO.

Tus piés beso.

REY.

Triste estoy. (*Vase.*)

ESCENA II.

VOLSEO.

Aunque yo desde la cuna
Hombre humilde y bajo soy,
Subiendo á la cumbre voy
Del monte de mi fortuna.
A su extremo soberano
Solo falta un escalon:
Dame la mano, ambicion,
Lisonja, dame la mano;
Que si por vosotras medro
A tan excelso lugar,
Me pienso altivo sentar
En la silla de San Pedro.
Un pobre estudiante fuí,
De padres humildes hijo.
Un astrólogo me dijo
Que al Rey sirviese; que así
Tan alto lugar tendria,
Que excediese á mi deseo.
Hasta aquí, Tomas Volseo,
No cumplió la astrología
Su prometido lugar;
Pues aunque tan alto estoy,
Miéntras que papa no soy,
Me queda que desear.
Díjome que una mujer
Sería mi destruicion.
Si ahora los reyes son
Los que me dan su poder,
¿Qué funesto fin ofrece
Una mujer á mi estado?
Cardenal soy y legado,
Enrique me favorece,
Francisco, que es rey de Francia,
Y Cárlos, emperador
De Alemania, mi favor
Pretenden; que con instancia
Cada uno á Enrique quiere
Contra el otro, y en mi está
Su gusto: dueño será
Quien pontífice me hiciere.

ESCENA III.

TOMAS BOLENO, CARLOS, DIONIS.—VOLSEO.

TOMAS.

El embajador frances,
Que há dias que se detiene
En la corte, á pedir viene
Audiencia.

VOLSEO.

Venga despues,
Que ahora á su Majestad
No se puede hablar. (*Vase.*)

CÁRLOS.

¿Quién fué
Quien os respondió?

TOMAS.

No sé
Si es la misma vanidad,
La soberbia, ó la arrogancia;
Que todo esto, segun creo,
Es el cardenal Volseo.

CÁRLOS.

No os trataron así en Francia.

TOMAS.

No sé yo qué encanto ha sido
El que Volseo le ha dado
A un hombre tan celebrado,
Tan prudente y advertido,
Tan docto y sabio, que bien
Lér en escuelas podia
Cánones, filosofía,
Y teología tambien.
Y pues hablar es forzoso
De otra cosa, suplicaros
Quiero, monsiur, y rogaros,
Como á frances generoso,
Me honreis con vuestra persona
Esta tarde. Ya supisteis
(Puesto que en Francia la visteis)
Que tengo una hija, corona
De cuantas bellezas dió
Al mundo naturaleza,
Pues á su rara belleza
Otra ninguna igualó.
Esta pues por dama viene
Hoy á palacio; que así
Honrarme pretende á mí
La que ménos causa tiene;
Pues la Reina (que Dios guarde)
Honrar mi sangre ha querido,
Y á palacio la ha traido,
Donde ha de entrar esta tarde.
En el acompañamiento
Os suplico que os halleis,
Para honrarnos.

CÁRLOS.

Ya sabeis,
Boleno, que solo intento
Serviros. . y yo seré
El que así de vos reciba
Honra, y merced excesiva.
Por criado vuestro iré.

TOMAS.

El cielo os guarde.

CÁRLOS.

Y á vos
Felice os deje vivir.

TOMAS.

Tarde es: voy á prevenir
Lo que es necesario. Adios. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CARLOS, DIONIS.

DIONIS.

(*Ap.* ¡Qué triste mi amo está!)
Señor, ¿no me dices nada?
¿Oyóte el Rey la embajada?
¿Estás despachado ya?
¿Darémos presto, señor,
La vuelta á Francia?

CÁRLOS.

¡Ay de mí!
No lo quiera Dios.

DIONIS.

Pues di,
¿Irémonos hoy?

CÁRLOS.

Mejor
Lo hizo la suerte conmigo.
Ni el Rey mi embajada oyó,
Ni estoy despachado yo,
Ni á Francia me vuelvo.

DIONIS.

Digo
Que no te entiendo, ni sé

En qué esa razon consiste.
La embajada pretendiste,
Y nunca supe por qué
Con tanto gusto venias
A Ingalaterra, y estás
En ella con mucho mas
Al cabo de tantos dias;
Y cuando de Francia tratas,
Te entristeces en pensar
Que de aquí te has de ausentar:
¿Qué es esto? ¿Por qué dilatas
Decirme la causa á mí,
Si al cabo la he de saber?

CÁRLOS.

Pues fuerza y gusto ha de ser
El contarlo, escucha.

DIONIS.

Di.

CÁRLOS.

Oya porque á su Rey ó al nuestro im-
[porte,
Lleno de honor y de prudencia lleno,
De Ingalaterra á la francesa corte
Fué por embajador Tomas Boleno.
No sé de los carámbanos del norte,
Cómo en fuego llevó tanto veneno;
Pero ese móvil de cristal y plata
En su curso los cielos arrebata.
Este llevó tras sí, por mi ventura,
(Siempre la tuve yo para mas pena)
Usurpada de Lóndres la hermosura
En su gallarda hija Ana Bolena:
En aquella deidad hermosa y pura,
De los hombres bellísima sirena,
Pues aduerme á su encanto los sentidos,
Ciega los ojos y abre los oídos.
Vila en Paris un dia. ¡A Dios pluguiera
No que (como se dice) ántes cegara,
Sino que á tantas plumas rayos diera,
Que al ave mas hermosa así imitara!
Fuera el pavon de Juno entónces, fuera
El aura celestial en noche clara;
Que para ver de un sol las luces bellas,
Bien fueran menester tantas estrellas
En un festin acompañada entraba
De la mayor belleza que vió el suelo.
De plata y seda azul vestida estaba:
¿Cuándo no se vistió de azul el cielo?
Yo que entónces de libre blasonaba,
Quedé al mirarla envuelto en fuego y
[hielo;
Que como amor es rayo sin violencia,
Crece y crece en su misma resistencia.
Fácil hace un diamante á otro diamante,
Y posible un acero hace á otro acero;
El iman al iman es semejante;
Felice es siempre el que llegó primero:
Pues ¿qué mucho que amor en un ins-
[tante
Postrase humilde corazon tan fiero,
Si en tanta confusion dispuso el ciego
Iman, rayo, diamante, acero y fuego?
Danzó, dancé con ella. No quisiera
Decirte cómo allí mis confianzas
Resucitaron, conociendo que era
Mujer quien supo hacer tantas mudan-
[zas.
Dejó en mi mano un lienzo, lisonjera
Prenda con que animó mis esperanzas,
Y astrólogo favor cuyos despojos
Anunciaron el llanto de mis ojos.
Amé, quise, estimé mansos rigores;
Serví, sufrí, esperé locos desvelos;
Mostré, dije, escribí locos amores;
Sentí, lloré, temí tiranos celos;
Gocé, tuve, alcancé dulces favores,
Dejé, perdí, olvidé vanos recelos:
Testigos fuéron de la gloria mia
Muda la noche, y pregonero el dia.
Porque apénas el sol se coronaba
De nueva luz en la estacion primera,
Cuando yo en sus umbrales adoraba
Segundo sol en abreviada esfera.
La noche apénas trémula bajaba,
A solos mis deseos lisonjera,
Cuando un jardin, república de flores,
Era tercero fiel de mis amores.
Allí el silencio de la noche fria,
El jazmin que en las redes se enlazaba,
El cristal de la fuente que corria,
El arroyo que á solas murmuraba,
El viento que en las hojas se movia,
El aura que en las flores respiraba,
Todo era amor: ¿qué mucho, si en tal
[calma
Aves, fuentes y flores tienen alma?
¿No has visto providente y oficiosa
Mover el aire iluminada abeja,
Que hasta beber la púrpura á la rosa,
Ya se acerca cobarde, y ya se aleja?
¿No has visto enamorada mariposa
Dar cercos á la luz, hasta que deja
En monumento fácil abrasadas
Las alas de color, tornasoladas?
Así mi amor cobarde, muchos dias
Tornos hizo á la rosa y á la llama,
Temor que ha sido entre cenizas frias,
Tantas veces llorado de quien ama;
Pero el amor que vence con porfías,
Y la ocasion, que con disculpas llama,
Me animaron; y, abeja y mariposa,
Quemé las alas, y llegué á la rosa.
¡Oh mil veces feliz aquel que alcanza
Un imposible, á tanto amor rendido!
Quien dice que muriendo la esperanza,
Nace de sus cenizas el olvido;
Quien dice que se igualan la mudanza
Y posesion, ni quiere, ni ha querido;
Porque ¿cómo querria enamorado,
Quien lo niega despues que está obliga-
[do?
En este tiempo acaba la embajada
Su padre, y ella vuelve á Ingalaterra,
Quedando yo como en la noche helada,
Ausente el sol, suele quedar la tierra.
Considera de un alma enamorada
Cuantos discursos imagina y yerra;
Que tantos hice, porque no la via.
¿Qué mucho, si es el norte que me guia?
Pedí al Rey la embajada que he traido:
Diómela, vine á Lóndres, y gozoso
Estoy de ver que el Rey me ha detenido.
¡Ojalá fuera un siglo perezoso!
Aunque parte del bien me ha suspendido
Ver que hoy viene á palacio mi amoroso
Dueño. Mi pena es esta, y mi cuidado:
Mira si estoy con causa enamorado.

DIONIS.

Si al fin has de ser su esposo,
¿Por qué vives con temor?

CÁRLOS.

Tiene mi padre mi amor
En esa parte dudoso,
Y es Ana mujer altiva.
Su vanidad, su ambicion,
Su arrogancia y presuncion
La hacen á veces esquiva,
Arrogante, loca y vana;
Y aunque en público la ves
Católica, pienso que es
En secreto luterana.
Yo enamorado, y dudoso
De condicion semejante,
Quisiera gozarla amante,
Ántes que llorarla esposo.
Pero ¿qué es esto?

(Dentro ruido.)

DIONIS.

Que llega
Bolena á palacio.

CÁRLOS.

Di
El sol que me abrasa á mí,
El resplandor que me ciega.

ESCENA V.

PASQUIN, *vestido ridículamente.* — CARLOS, DIONIS.

PASQUIN.

¡Qué galan voy, á mi ver!
Mas ¿qué es esto? ¡Lindo cuento!
¿Cómo el acompañamiento
Sin mí se ha podido hacer?
No es razon, justicia y ley.
Váyanse mas poco á poco,
Que falto yo...

DIONIS.

Este es un loco,
De quien gusta mucho el Rey.

PASQUIN.

Que soy galan de galanes.

CÁRLOS.

¡Qué un rey, que es tan singular,
Se deje lisonjear
De locos y de truhanes!

DIONIS.

Viéndole en el corredor
De palacio, pregunté
Quién era: desto lo sé.
Y es hombre de tal humor,
Que siempre anda adivinando:
Decir las cosas futuras
Son sus temas y locuras.

CÁRLOS.

Mira que vienen entrando.

PASQUIN.

Háganme luego lugar
En esta parte los buenos;
Que aquí un loco mas ó ménos
Poco les puede estorbar.

CÁRLOS.

A recibirla ha salido
La Reina. Mujer divina
Es la reina Catalina.
¡Notable favor ha sido!

ESCENA VI.

ANA BOLENA, TOMAS BOLENO, UN CAPITAN Y ACOMPAÑAMIENTO, *por un lado*; *y por otro*, LA REINA, LA INFANTA MARIA, MARGARITA POLO Y DAMAS.—CARLOS, PASQUIN, DIONIS.

ANA.

Si favor tan soberano
Hoy merece mi humildad,
Déme vuestra Majestad
A besar su blanca mano:
Llegará mi aliento ufano
A la esfera de la luna,
Y no habrá pena ninguna
Que tema mi suerte, pues
Tendré la envidia á mis piés,
Y en mi mano la fortuna.
Viva en mayor majestad
La que así honrarme procura,
Cuanto el sol en siglos dura
De una edad en otra edad:
Cuente su posteridad
El tiempo, y en él prefiera
Al ave que en blanda hoguera
La sucesion eterniza,
Porque en caliente ceniza
Siempre viva y nunca muera.

REINA.

Los brazos, Ana, tomad,
Y el alma misma en los brazos,
Porque confirme en sus lazos,
No imperio, sino amistad.

De la tierra os levantad;
Que esas ceremonias son
De quien con vana ambicion
A lo divino se atreve,
Porque solo á Dios se debe
Tan debida adoracion.
En vano el hombre procura
Esto para sí usurpar,
Porque no debe adorar
La criatura á la criatura:
Y mas quien en su hermosura
Trae favor tan soberano,
Que muestra en sugeto humano,
Con beldad y resplandor,
Amagos de su Criador
En los rayos de su mano.
Besad la suya á María,
Y á las damas, que esperando
Están, dad los brazos.

ANA.

¡Cuándo,
Princesa y señora mia,
Merecí ver en un dia
Dos soles? Pues de honor llena,
Apénas uno enajena
Su luz, cuando á otro me atrevo.
Dadme la mano.

INFANTA.

Yo os debo
Los brazos, Ana Bolena.

ANA.

Ya no será el fénix solo,
Si tantos puedo admirar.

REINA.

La que ahora os llega hablar,
Ana, es Margarita Polo.

ANA.

Décima musa de Apolo
La fama hacerla procura.

MARGARITA.

Será mi opinion segura
Ya, pues que robar intento
Luz á vuestro entendimiento,
Rayos á vuestra hermosura.

PASQUIN. (*A la Reina.*)

Aunque te suele cansar
Verme á mí en conversacion,
Solo en aquesta ocasion
Me da licencia de hablar.
Reina mia singular,
Permíteme que hable un poco;
Pues con causa me provoco,
Porque en precepto tan fiero,
Si no digo lo que quiero,
¿De qué me sirve ser loco?

REINA.

Yo no me canso de tí,
Pasquin; mas me pone triste
Pensar que hombre docto fuiste,
Y que con juicio te vi,
Y de verte ahora así
Me pesa, y que estés contento.
Esto es, Pasquin, lo que siento.

PASQUIN.

Por eso nos hizo Dios,
A mí loco, y cuerda á vos,
Y para esto viene un cuento.
Un ciego en Lóndres habia
Tal, que no determinaba
Los bultos con quien hablaba
En el resplandor del dia:
Y una noche que llovia
(Como una de las pasadas)
A cántaros y á lanzadas,
Por las calles caminando,
Se iba mi ciego alumbrando
Con unas pajas quemadas.
Uno que le conoció,
Dijo: «Si no os alumbrais,
¿Para qué esa luz llevais?»
Y el ciego le respondió:
«Si no veo la luz yo,
La ve el que viene; y así
No encuentra conmigo aquí:
Con que aquesta luz que ves,
Si no es para ver yo, es
Para que me vean á mí.»
Yo soy ciego (aplico el cuento),
Y si me llego hácia vos,
Para eso os dejó Dios
La luz del entendimiento.
Apartad, si estoy contento,
Y estáis triste; y cuando estéis
Alegre, no os aparteis;
Porque yo con mis locuras
Soy ciego, y alumbro á oscuras:
Huid de mí, pues que veis.
Y ahora dadme licencia,
Pues que la ocasion me obliga
Para que á Bolena diga
En vuestra misma presencia,
Segun mi astróloga ciencia,
El hado que la previene
El cielo, y el fin que tiene
Reservado á su hermosura.

MARGARITA.

Aquesta fué su locura.

INFANTA.

¿Que aquesto no te entretiene?
Dí.

PASQUIN.

Lo primero que saca
La profecía que veis,
Es, que vos, Ana, teneis
Cara de muy gran bellaca.
Y aunque vuestro amor aplaca
Con rigor y con desden
La hermosura que en vos ven;
Muy hermosa y muy ufana
Venis á palacio, Ana:
¡Plegue á Dios que sea por bien!
Y sí será, pues espero
Que en él seréis muy amada
Muy querida y respetada,
Tanto, que ya os considero
Con aplauso lisonjero
Subir, merecer, privar,
Hasta poderos alzar
Con todo el imperio inglés,
Viniendo á morir despues
En el mas alto lugar.

ANA.

Yo tomo por buen agüero
Aquesta vez su locura;
Pues siendo yo vuestra hechura,
Tanto levantarme espero,
Que en el sol me considero.

REINA.

Vos mereceis mas honor.—
Nunca está ocioso el amor,
Y mas el que desconfia.
Dígolo, porque este dia
No he visto al Rey mi señor.
Entrar en su cuarto intento
A saber de su salud. (*Va á entrar.*)

CÁRLOS.

¡Qué belleza!

TOMAS.

¡Qué virtud!

PASQUIN.

¡Oh qué raro entendimiento.
(*Vanse Tomas Boleno, Cárlos, Dionís, el Capitan y el acompañamiento.*)

ESCENA VII.

VOLSEO, *que se queda á la puerta de la cámara del Rey.* — LA REINA, LA INFANTA, ANA, MARGARITA, PASQUIN, DAMAS.

REINA.

¿Qué hace Enrique?

VOLSEO.

En su aposento
Está escribiendo, señora:
Tu Majestad no entre ahora,
Porque mandó que no entrase
Persona que le estorbase.

REINA.

¿Conoceisme?

VOLSEO.

¿Quién ignora
Que vos mi Reina habeis sido?
Que el respeto y majestad
Nunca encubren su deidad.

REINA.

¿Pues cómo tan atrevido,
Volseo, habeis detenido
Mis pasos?

VOLSEO.

Guardo el preceto
A que me tiene sujeto
El Rey.

REINA.

¡Loco, necio, vano!...
Por príncipe soberano
De la Iglesia, hoy os respeto
Aquesta púrpura santa,
Que por falso y lisonjero,
De hijo de un carnicero
A los cielos os levanta,
Me turba, admira y espanta,
Para que deje de hacer...
Pero bastará saber,
Ya que Aman os considero,
Que los preceptos de Asuero
No se entienden con Ester. (*Vase.*)

VOLSEO.

Señora...

INFANTA.

Basta, Volseo.

VOLSEO.

Tu Alteza advierta que ya
A sus plantas...

INFANTA.

Bien está.

VOLSEO.

Solo servirla deseo. (*De rodillas*)

INFANTA.

Levantad, que yo lo creo.
(*Vanse todas las damas.*)

PASQUIN.

Y cuando hablar al Rey quiera,
Nadie estorbe mi carrera;
Que si Aman os considero,
Los preceptos de Don Suero
No se entienden con Estera. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VOLSEO.

¿Qué escuché? Qué ví? Qué oí?
¡Que la reina Catalina
Piadosa á todos se inclina
Solo airada para mí!
¡Que su corazon fiel
Es (enojado, terrible)
Para todos apacible,
Para mí solo cruel!

El ayo que me crió
Me dijo que una mujer
Mi destruicion ha de ser;
Si en lo demas acertó,
Temerlo en esto tambien
Es prevencion acertada;
Pues sino es tú, Reina airada,
¿Quién puede atreverse? Quién?
La Reina sin duda es
La que oposicion me tiene,
La que ruinas me previene:
Padezca la Reina pues.
Ganaría de mano espero,
Y será con civil guerra
Asombro de Ingalaterra
El hijo del carnicero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

TOMAS BOLENO, ANA.

TOMAS.

Ana, ya estás en palacio:
Ahora en tu mano tienes
El inconstante albedrío
De la fortuna y la suerte.
El Rey me honra á mí, la Reina
Te estima y te favorece:
Yo he hecho lo que he podido:
Haz tú ahora lo que debes.

ANA.

No porque de padre sean,
No serán impertinentes
Tus consejos, cuando son
Tan sin propósito siempre.
¡A qué imperio me has traido,
Donde ceñidas las sienes
De rayos del sol, me vea
Adorada de las gentes,
Para decir que procuras
Mi aumento? Llegar á verme
A los piés de una mujer,
¿Qué gloria, qué triunfo es este?
¡Yo la rodilla en la tierra!
Yo besar con rostro alegre
La mano á la Reina aunque
De cuatro imperios lo fuese!
Llevárasme á un monte ántes;
Que mas estimara verme
Reina de fieras y brutos,
A mis plantas obedientes,
Que adorando majestades
Entre sagrados laureles,
Nunca envidiada de alguna,
De alguna envidiosa siempre.
Mas ya que de mi fortuna
El mayor aplauso es este,
Yo serviré; que no importa,
Supuesto que tú lo quieres.

TOMAS.

Siempre de tu condicion,
Por los discursos crueles,
Temí lastimosos fines.
Mas puesto que cuerda eres,
Sabe vencerte; y pues hoy
Te ponen un transparente
Cristal en la Reina santa,
Mírate en él; que bien puedes
Componer tus pensamientos.
De sus virtudes aprende;
Que yo hice lo que pude:
Tú verás lo que conviene.
Dios hay, y aunque soy tu padre,
Tal vez podrá ser que niegue
La sangre por el honor,
Y no rehusaré tu muerte. (*Vase.*)

ESCENA X.

CARLOS, DIONIS. — ANA.

CÁRLOS.

Sola ha quedado.

DIONIS.

Pues llega.

CÁRLOS.

¡Podré en palacio atreverme,
Podrá el alma que te adora,
Con el respeto que debe
A estas paredes (que en fin
Son sagrado estas paredes),
Decirte, perdido dueño,
Los suspiros que me debes,
Las lágrimas que me cuestas,
De tus dos soles ausente?
Sin ellos, Bolena, vivo
A oscuras. No de otra suerte,
Que el girasol amarillo,
Iman que abrasado mueve
Las hojas, siguiendo el norte
Del sol, y cuando le pierde
De vista, marchita y seca
Granos de oro y hojas verdes;
Así yo, atento á tus rayos,
Vivo aquel instante breve
Que tu vista me permite,
Siendo girasol que muere
Con la luz, para vivir
Otra vez que llegue á verte.

ANA.

¿Y yo podré, noble Cárlos,
Decirte, cuando se ofrecen
Del honor y del respeto
Tan grandes inconvenientes,
Que soy una llama fácil
Entre dos suspiros leves,
Que con el uno se apaga,
Y con el otro se enciende?
Pues estando en tu presencia,
Vivo; y á tu vista ausente,
El fuego es pavesa, es humo,
Hasta que tu aliento vuelve
A darme luz, alma y vida,
Siendo la llama que muere
Ausente, para vivir
Otra vez que llegue á verte.

CÁRLOS.

¡Qué consuelo tendrá quien
Tantas ocasiones pierde
De verte, sino saber
Que está en tu memoria siempre?

ANA.

Pues ama, espera y confía,
Que en ella vives.

CÁRLOS.

No puede
Dejar de temer quien ama,
De dudar quien vive ausente,
Ni puede estar confiado
Quien sabe que no merece.

ANA.

Ame firme el que es querido,
Quien vive admitido espere,
Y confíe el que constante
Mira el cielo que pretende.

CÁRLOS.

Pues ¿quién es querido?

ANA.

Cárlos.

CÁRLOS.

¿Quién admitido?

ANA.

Quien tiene
Mi voluntad en su mano.

CÁRLOS.

¿Quién es constante?

ANA.

Quien vence
Tantos imposibles.

CÁRLOS.

¿Cómo?

ANA.

Amando.

CÁRLOS.

Mi pecho es ese.

ANA.

Pues ¿ama tu pecho?

CÁRLOS.

Sí.

ANA.

¿A quién?

CÁRLOS.

Es fuerza perderte
El respeto: tú lo sabes.

ANA.

¿Mudaráste?

CÁRLOS.

Eternamente.

ANA.

¿Tendrás otro dueño?

CÁRLOS.

Nunca.

ANA.

Pues ¿qué serás?

CÁRLOS.

Tuyo siempre.

ANA.

¿Quién lo asegura?

CÁRLOS.

Esta mano.

ANA.

¿De esposo?

CÁRLOS.

Digo mil veces
Que sí, aunque mi padre ingrato
En Francia casarme quiere.
Mas ahora estoy en Lóndres.

ANA.

La Reina con el Rey vuelve.

CÁRLOS.

Pues hasta que me dé audiencia,
Que no me vea conviene.
Adios, señora. (*Vase.*)

ANA.

El te guarde.
Ya será fuerza que llegue
A pedir la mano al Rey.
¡Otra vez tengo de verme
Con la rodilla en la tierra!
¿Esta es gloria? Agravio es este.

ESCENA XI.

EL REY, VOLSEO, LA REINA, LA INFANTA, DAMAS. — ANA.

ANA. (*De rodillas.*)

Vuestra Majestad, señor,
Me dé la mano.

REY. (*Turbado al ver á Ana.*)

¡Qué miro,
Cielos!

ANA.

Si puede...

REY. (*Ap.*)

Hoy admiro...

ANA.

Merecer tanto favor...

REY. (*Ap.*)

Aquí el asombro mayor.

ANA.

Una esclava...

REINA. (*Ap.*)

¡Qué elevado
El Rey de verla ha quedado!

ANA.

Yo soy...

REY. (*Ap.*)

¡Rigurosa pena!

ANA.

La dichosa Ana Bolena,
Pues á esos piés he llegado.
Dadme á besar vuestra mano.

REY.

(*Ap.* ¿Otra vez, alma, os turbais?
Ojos, ¿otra vez mirais
Sombras en el aire vano?
¿Otra vez, prodigio humano,
Rendido á tu vista estoy?)
(*A Volseo.* Esta es la misma que hoy
Alma de mi sueño ha sido.
Pues ahora no estoy dormido;
Despierto estoy, vivo estoy.
¿Quién eres? ¿Cómo te nombras
Mujer que deidad pareces,
Y con beldad me enterneces,
Si con agüeros me asombras?
Entre luces, entre sombras
Causas gusto y das horror;
Entre piedad y rigor
Me enamoras y me espantas;
Y al fin entre dichas tantas
Te tengo miedo y amor.)

VOLSEO. (*Ap. al Rey.*)

Disimula.

REY.

(*Ap. á Volseo.* A tanta pena,
Disimular no es consuelo.)
Alzad, no estéis en el suelo,
Bellísima Ana Bolena.
Y si el cielo me condena
A haber sus luces tenido
A mis piés, disculpa ha sido
El haber, Ana, quedado
Entre tanto fuego helado,
Y en tanta nieve encendido.
Pero esta disculpa en mí,
Mas que me absuelve, condena,
Pues no es esta, Ana Bolena,
La primera vez que os vi.
Levantad, no estéis así.

ANA.

Si en tus brazos me levantas,
Tocaré las luces santas
Del sol; mas no será bien
Que vuele mas alto quien
Está, señor, á tus plantas.
En ellas vivo dichosa,
Y en ellas (*Ap.* ¡Rabiando muero!)
Mayor esfera no quiero.

REY.

Tan discreta como hermosa
Os hizo el cielo.

INFANTA.

Envidiosa
De sus brazos estuviera,
Si en la majestad cupiera
Envidia.

REINA.

Y en mis desvelos
Pienso que tuviera celos,
Si amor hasta aquí supiera.[1]

ANA.

Mirad, señora, por Dios,
Que agravio á mi amor haceis.

REY.

Al mio no. (*Ap.* ¡Qué bien teneis
Celos y envidia las dos!)
Y mas si os miran á vos,
Ana, tan divina y bella. (*Vase.*)

MARGARITA.

Con muy favorable estrella,
Bolena, en palacio entrais.
Ruego al cielo que salgais
(Que es lo que importa) con ella.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, VOLSEO.

VOLSEO.

Sosiégate.

REY.

Mal podré,
Que quien sin discurso ama,
Solo en sus penas sosiega,
Solo en su llanto descansa.
En las muertes de los reyes
Se ven sombras y fantasmas,
Aves de fuego que vuelan,
Cometas de luz que pasan.
Yo vi el cometa y las lumbres
De mis desdichas presagas,
Cuando aquel sueño introdujo
Miedo al cuerpo, horror al alma.
Déjame pues que yo muera
A manos de quien me mata;
Que será lisonja, siendo
Ana Bolena la causa.

ESCENA II.

PASQUIN. — EL REY, VOLSEO.

PASQUIN.

(*Ap.* Triste está el Rey. ¿De qué sirve
Cuanto puede, cuanto manda,
Si no puede estar alegre
Cuando quiere?) Pues ¿hay causa
Que os tenga á vos triste?

REY.

Sí,
Que las pasiones del alma,
Ni las gobierna el poder,
Ni la majestad las manda.
Triste estoy.

PASQUIN.

Pues ahora digo
Que á mí no se me da nada
De no ser rey, cuando estoy
Alegre: y un cuento vaya,
Que me ocurrió en este punto.
Un filósofo que estaba
En un monte, ó en un valle
(Que no importa á la maraña
Que esté en bajo ó esté en alto),
Vió un soldado que pasaba,
Se puso á parlar con él,
Y al fin de pláticas largas,
Le dijo: «¿Posible ha sido,
Que nunca has visto la cara
De Alejandro, nuestro césar,
De aquel cuyas alabanzas
Le coronan de laureles,
Y rey del orbe le aclaman?»
El filósofo le dijo:
«¿No es un hombre? ¿Qué importancia
Tendrá el verle, mas que á ti?
O si no (para que salgas
Desa adulacion comun),
Del suelo una flor levanta,
Llévala y dile á Alejandro
Que digo yo que me haga
Sola una flor como ella:
Verás luego que no pasan
Trofeos, aplausos, glorias,
Lauros, triunfos y alabanzas,
De lo humano; pues no puede,
Despues de victorias tantas,
Hacer una flor tan fácil,
Que en cualquier campo se halla.»
Así vos, despues de ser
Un soberano monarca,
Rey temido y estimado
Por el ingenio y las armas,
No podeis estar alegre,
Cosa tan vil y tan baja,
Que en un pícaro, desnudo
Y muerto de hambre, se halla.

REY.

Gusto me has dado, Pasquin.

PASQUIN.

Y tú no me has dado nada,
Por no darme gusto á mí.

REY.

Di qué quieres.

PASQUIN.

Que me hagas
De tu corte figurin,
Te suplico, y de tu casa;
Que esto es ser denunciador
De figuras; que es bien que hay
Juez de figuras, que tenga
Del que fuere declarada
Figura, solo un dinero.

REY.

(*Ap.* Tengo de ver en qué para
Aquesta nueva locura.)
Pasquin, yo te hago la gracia.

PASQUIN.

Pues pagadme, Cardenal.

VOLSEO.

¿Por qué?

PASQUIN.

Porque traeis la barba,
No mas de porque se usa,
Como chivo, estrecha y larga.
Mas si es uso, no me espanto.
Yo vi muy triste á una dama
(Y esto es verdad, vive Dios),
Tan solo porque no estaba
Hipocondríaca, siendo
La enfermedad que se usaba...
Pero yo me voy; que viene
Con docientas y tres damas
La Reina, por divertirte
De aquesta grave, pesada
Melancolía que tienes:
Y siempre á la Reina cansa
El verme aquí.

REY.

Eso será
Por no darme gusto en nada.
No te vayas, Cardenal.
Dime (porque yo no haga
Algun extremo, volviendo
A verla), ¿quién acompaña
A la Reina?

VOLSEO.

La primera
Es mi señora la Infanta,
Luego Margarita Polo.

REY.

¡Cuánto esa beldad me cansa!

VOLSEO.

Es valida de la Reina.

REY.

¿Quién se sigue luego?

VOLSEO.

Juana
Semeyra.

REY.

Aunque no es hermosa,
Tiene algun donaire y gracia.

VOLSEO.

Luego viene Ana Bolena.

REY.

No digas mas; que ya el alma,
Por asomarse á los ojos,
El corazon desampara.
Por este gusto ¿qué quieres
Que te dé?

VOLSEO.

Solo que hagas
De una vez aquesta hechura,
Que empezaste á hacer de tantas.
Por la muerte de Leon
Décimo, ahora está vaca
La silla pontifical,
Y si tú, señor, me amparas
Como lo hacen Cárlos Quinto
Y Francisco, rey de Francia,
No habrá duda de que ciña
Las tres divinas tiaras.

REY.

Eso es lo que mas deseo.
Mi favor tendrás.

VOLSEO.

Levantas
Al lugar mas soberano
Un vasallo que te ama.

ESCENA III.

LA REINA, LA INFANTA, ANA, JUANA SEMEYRA, MARGARITA, DAMAS.—EL REY, VOLSEO, PASQUIN.

REINA.

¡Vos sin salud, señor mio,
Y yo viva! Vos con causa
De tristeza, y yo no muero!
Poco siente quien os ama.
¿Cómo os hallais?

REY.

¡Qué prolija!...

REINA.

¿Estáis mejor?

REY.

¡Qué cansada...
Falta de gusto y salud
Es aquesta!

REINA.

¡Quién llegara
A poder partir con vos!..:
No el gusto; que si él os falta,
Mal podré tenerle yo.
Conmigo vienen las damas
A divertiros con juegos,
Versos, festines y danzas.
La bella Semeyra es
Dulce sirena que encanta
Con sus voces los oidos.
Margarita es celebrada
Por sus versos, pues con ellos
Hoy á todos aventaja.
Ana Bolena...

REY. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

REINA.

Extremadamente danza.
Y si festines y versos
No te divierten, ni agradan,
De moral filosofía
Tiene principios la Infanta,
Yo sé lenguas diferentes:
Escoge entre cosas varias
Qué pueda alegrarte.

REY. (*Ap. á Volseo.*)

Ya
No puede alegrarme nada...
Si no es que dance Bolena.

VOLSEO. (*Ap. al Rey.*)

Pues para que no se haga
Novedad de tu eleccion,
Diles á las otras damas
Que canten primero, y digan
Los versos.

REINA.

¿Qué es lo que habla
Tu Majestad con Volseo?

REY.

Negocios son de importancia.

REINA.

Cardenal, salios afuera.
Los negocios no se tratan
Tan acaso; y donde estoy,
No ha de tener mas privanza
Vuestra Majestad.—¿No os vais?

VOLSEO. (*Ap.*)

Yo me iré donde dé traza
Del modo que ha de tener
Tu castigo y mi venganza. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LOS REYES, LA INFANTA, ANA, JUANA, MARGARITA, DAMAS, PASQUIN.

REY.

¿En qué tendré gusto yo,
Que os agrade?

REINA.

Justas causas
Me mueven: tengo á Volseo
Por lisonjero, y que entabla
Mas su aumento que el provecho
Del reino: que solo trata
De subir al sol, midiendo
La soberbia y la arrogancia.
Esto es daros mas pesar,
Que gusto. Empiecen las damas
A divertiros.—Semeyra,
Toma un instrumento, y canta.

JUANA.

Cantaré un tono, aunque antiguo,
Por ser la letra extremada.
(*Canta.*) *En un infierno los dos,*
Gloria habemos de tener;
Vos en verme padecer,
Y yo en ver que lo veis vos.

REY.

¡Extremado tono y letra!

REINA.

Y no lo es ménos la gracia
De Semeyra.

PASQUIN.

Sí por cierto,
Como un gilguerillo canta.

REINA.

Toma esta piedra.—Y por ver
Que tanto la letra agrada
A tu Majestad, diré
Una glosa suya.

PASQUIN.

Vaya.

REINA.

En un infierno los dos,
Gloria habemos de tener;
Vos en verme padecer,
Y yo en ver que lo veis vos.
A dos imposibles fieros
Quiere mi amor atreverme,
Y son, cuando llego á veros,
Que dejeis de aborrecerme,
O que deje de quereros.
Sin esperanza yo y vos,
Aborrecemos y amamos;
Y pues nos condena un dios
A tanta pena, ya estamos
En un infierno los dos.
De un lisonjero clavel
Que hermoso á la vista engaña,
Una dulce, otra cruel,
Saca ponzoña la araña,
La abeja destila miel.
Así, de veros querer
Tener pena, cuando no
Yo de verme aborrecer,
Mis pensamientos y yo
Gloria habemos de tener.
Si vos, por solo vengaros,
No dejais de despreciarme,
Fácil es el castigaros;
Pues yo, por solo vengarme,
Nunca dejaré de amaros.
Si el olvidar y querer
Castigo entre dos alcanza,
Yo en veros aborrecer
Me vengo, y tomais venganza
Vos en verme padecer.
Aunque yo contento espero
De que mudaros podeis;
Pues en tormento tan fiero,
Si sé que me aborreceis,
Vos tambien sabeis que os quiero.
El Amor vive, que es dios,
Mas no el aborrecimiento;
Y así, esperemos los dos,
Vos en ver lo que yo siento,
Y yo en ver que lo veis vos.

REY.

¡Buenos versos!

PASQUIN.

No muy buenos;
Razonablejos les basta.

INFANTA.

Pues ¿qué tienen?

PASQUIN.

Soy poeta,
Y así, ningunos me agradan,
Si no son mis propios versos:
Los demas no valen nada.

INFANTA.

Dance Ana Bolena ahora.

ANA.

Danzaré, pues tú lo mandas.

REY. (*Ap.*)

Disimulemos, amor.

PASQUIN.

¿Qué tocarán?

ANA.

La Gallarda.

(*Danza Ana Bolena, y cae á los pies del Rey.*)

REY.

A mis plantas has caido.

ANA.

Mejor diré que á tus plantas
(Pues son esfera divina)
Me he levantado... (*Ap.* Tan alta,
Que entre los rayos del sol
Mis pensamientos se abrasan,
Mas remontados.)

REY.

No temas,
Si mis brazos te levantan.
(*Ap.* Quiera amor que sea, Bolena,
Al pecho en que idolatrada
Vives.)

ANA.

Ya sé lo que os debo.
Señor, por ahora basta.

PASQUIN.

¿Ha danzado bien Bolena?
Que yo no entiendo de danzas.
Todas me parecen unas,
Pues todas veo que paran
En ir saltando hácia aquí
O hácia allí. Una vez se alargan
Con carreras, y otras veces,
Dando salticos, se paran,
Siendo pelota de viento
Al compas de una guitarra.

ESCENA V.

TOMAS BOLENO. — DICHOS.

TOMAS.

Hablarte quiere, señor,
El embajador de Francia.

REINA.

Dias há que le detiene
Volseo, y no sé la causa.

PASQUIN.

Entrando cosas de véras,
Sobro yo. Quiero ir á casa
De figuras : ojo alerta,
Señores, que soy la parca. (*Vase.*)

REY.

Entre.

(*Vase Tomas Boleno, y vuelve.*)

ESCENA VI.

TOMAS BOLENO, *con* CARLOS. — DICHOS, *ménos* PASQUIN.

CÁRLOS.

A tus invictos piés,
Cristianísimo monarca,
Beso la mano que ha sido
Con la pluma y con la espada
Admiracion de dos mundos.
Desde el dia que las cartas
De creencia dí, y besé
Tu mano, hasta ahora, aguarda
Mi deseo esta ocasion.

REY.

Mi poca salud y largas
Ocupaciones, frances,
Vuestro despacho dilatan.

CÁRLOS.

Pues ya, señor, que he llegado
A verte, en pocas palabras
Diré el fin á que he venido...
(*Ap.* Si puede decirlo el alma.)
Francisco, de Francia rey,
Para lograr la esperanza
Que ofrecen rosas y flores,
Ya con las lises de Francia,
Ya con los ingleses lirios,
En las vencedoras armas
Quiere unir dos primaveras
De juventudes lozanas,
A quien ni el tiempo se oponga,
Ni se atreva la mudanza.
Y así, para conservar
La paz, excusando tantas
Disensiones como tiene
Hoy la religion cristiana;
Para el príncipe de Orliens
(Sol á quien los rayos faltan)
En casamiento te pide
A mi señora la Infanta.
Vuestra Majestad ahora
Con su parlamento haga
La union destos dos imperios;
Que esta es, señor, mi embajada.

REY.

Yo lo veré mas de espacio.

CÁRLOS.

El cielo te dé tan larga
Vida, que inmortal excedas
A aquel pájaro de Arabia,
Que el fuego en que nace y muere
Sopla él mismo con sus alas.

REINA. (*Al Rey, que se retira.*)

Triste vais : iré con vos,
Que el alma nunca se aparta
De donde vivé.

REY. (*Ap.*)

Sí hace;
Que si tú la tienes, Ana,
Cierto es que con alma muero,
Cierto es que vivo sin alma. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

VOLSEO.

No hay cosa que me suceda
Bien : ya es mi suerte importuna.
No dés la vuelta, fortuna,
Deten un poco la rueda.
Contra las humanas leyes
Al embajador tenia
Suspenso : así pretendia
Tener amigos dos reyes,
Porque no determinando
A quién la Infanta le daba,
A Cárlos lisonjeaba
Y á Francisco, procurando
Que los dos favoreciesen
Mi pretension; que despues
El español ó el frances
No importa que se ofendiesen.
Y no solo el Rey ha oido
Al embajador de Francia,
Estorbándome esta instancia,
Pero Cárlos ha querido
Hacer á su maestro Adriano
(Quitándome á mí este honor)
Dignísimo sucesor
Del pontífice romano.
Y pues la Reina este dia
Venganza á todo me ofrece,
Muera, pues que me aborrece,
Y muera, porque es su tia.
Y aun contra el Papa me atrevo,
Por ser mi competidor,
A introducir un error
El mas prodigioso y nuevo. —
¡Bolena! A buen tiempo viene :
Parece que la llamé.
En una industria veré
Si valor y ánimo tiene
Para ayudarme; que en ella
Fundo toda mi esperanza.
Hoy veré si mi venganza
Tiene buena ó mala estrella.

ESCENA VIII.

ANA. — VOLSEO.

VOLSEO.

Vuestra Majestad, señora...
—¿Qué es esto? Como dejé
Aquí á la Reina, llegué
Tan inadvertido ahora,
Que hablé ciego. Perdonad,
Y mi turbacion abone
El descuido.

ANA.

¿Que perdone
Quereis, una «majestad»,
Cuando en discursos tan claros
Los oidos lisonjeros
Tienen mas que agradeceros,
Cardenal, que perdonaros?
¿Qué ofensas oí? ¡Pluguiera
A los cielos, que ignorante
Os turbarais cada instante,
Y cada instante os oyera!
Y al fin, mas desvanecida,
Por ley, por descuido no,
¡Oyera ese nombre yo...
Y costárame la vida!
¿A quién le pesa de oir
Nombre tan dulce y süave?
(*Ap.* ¡Ay dolor! Ay pena grave!)

VOLSEO.

No dices mal. (*Ap.* Proseguir
Puedo.) De lo que quisiera
Pedir perdon, yo lo sé;
Y de que por yerro fué
O por acierto, pudiera
Decirlo en otra ocasion;
Pero el peligro me obliga
A callar. Basta que diga
Que aquestas cosas no son
Para tratadas así.
El cielo te guarde. Adios.

(*Hace que se va.*)

ANA.

Solos estámos los dos,
Y no has de salir de aquí
Sin declararme el secreto.

VOLSEO.

¿Y tú le sabrás tener,
Bolena, siendo mujer?

ANA.

Por los cielos te prometo
De ser mármol.

VOLSEO.

¿Y tendrás,
Ya que secreto me ofreces,
Valor?

ANA.

Dígote mil veces
Que en mí todo lo hallarás.
Secreto tendré y valor,
Porque no me puede dar
Ni todo el cielo pesar,
Ni todo el infierno horror.

VOLSEO.

Pues tú mi reina serás :
En Ingalaterra espero
Coronarte, si primero
Mano y palabra me das
De que no has de ser ingrata;
Que temo que una mujer
Mi destruicion ha de ser :
Por eso mi ingenio trata
De asegurar ese agravio
Con amallas y querellas;
Porque sobre las estrellas
Alcanza dominio el sabio.

ANA.

Palabra te daré aquí,
Con solemne juramento,
De ayudar tu pensamiento.

VOLSEO.

¿De qué suerte?

ANA.

Escucha.

VOLSEO.

Dí.

ANA.

¡Plegue á Dios que cuando intente
Ofensa tuya (despues
Que tenga el cetro á mis piés
Y la corona en mi frente),
Que el aplauso y el honor
Que tanta dicha concierta,
Tristemente se convierta
En pena, llanto y dolor;
Y por fin mas lastimoso
De lo que al cielo le plugo,
Muera á manos de un verdugo
En desgracia de mi esposo!
Esto juro, esto prometo.

VOLSEO.

Y yo satisfecho estoy.
Y para que empieces hoy
A tener dichoso efeto,
Oye la mayor maldad
Que hombre mortal intentó,
Ni que el sol verá ni vió
De una edad en otra edad.
Solo obedecer procura.
Ya sabes que el Rey te quiere
Y que enamorado muere
Por tu divina hermosura.
Ya sabes que Enrique es
Hombre fácil, y se ciega
Tanto, que si á querer llega,
No hay respeto ni interes
A que se rinda su amor.
Pues como tú finjas bien
Que le quiéres, y tambien
Que por tu sangre y tu honor
No puedes favorecerle;
Y que si su esposa fueras,
Le amaras y le quisieras;
Yo sabré despues ponerlo
A los ojos tal engaño,
Que brote el alma del pecho,
Para que nuestro provecho
Resulte en ajeno daño.

ANA.

¡Yo pensé que habia de hacer
Prodigios! porque pedir
Que solo sepa fingir,
Sabiendo que soy mujer
Y que soy Bolena yo,
Bien excusarse pudiera;
Pues por ser mujer fingiera,
Cuando por Bolena no.

VOLSEO.

El viene. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ANA.

Cárlos, perdona
Si tu firme amor ofendo,
Cuando hoy aspirar pretendo
Al lustre de una corona.
Mujer he sido en dejar
Que me venza el interes:
Séalo en mudar despues,
Y séalo en olvidar.
Que cuando lleguen á ver
Que el interes me ha vencido,
Que he olvidado y he fingido,
Todo cabe en ser mujer.

ESCENA X.

EL REY. — ANA.

REY.

No en balde el alma mia
Que ausente de ti estaba,
Errando me guiaba
Donde tu luz ardia;
Que en tan feliz encuentro,
Llama ha sido mi amor, subió á su centro.
¡Ay, Ana hermosa y bella!
Nuevo prodigio ha sido
De amor el que ha rendido
Mi pecho: no una estrella
Favorable me inclina,
Sino toda la esfera cristalina.
Puesto que mi albedrío
A quererte me fuerza
Sin que mi amor se tuerza,
Ya no es libre, ni es mio.
Dame esa blanca mano.

ANA.

Deten, señor, la tuya, porque en vano
El labio helado mueves
Con amorosas quejas,
Cuando de tí te alejas
Y á tanto honor te atreves;
Que si amor te provoca,
Es rayo amor, y abrasa cuanto toca.
No porque yo no estimo
Tu amoroso desvelo;
Que tambien sabe el cielo
Que me venzo y reprimo
Mas que quiero y que quieres;
Pero soy tu vasalla, y mi rey eres.
¡Ojalá no lo fueras!
Fueras (¡ay Dios!) un hombre
De bajo estado y nombre:
Pobre (¡ay de mí!) nacieras;
Que quien tus partes tiene,
Poca deidad el cetro le previene.
Yo entónces te estimara,
Yo entónces te quisiera,
Esposa tuya fuera,
Y como tal te amara.
¡Mira á lo que has llegado,
Que para tí es desmérito el estado!
Mas ¿para qué es ponerte
En desdichas terribles
Discursos imposibles?
Pues aunque merecerte
Como reina pudiera,
Mas vale que tú reines, y yo muera.
(*Hace que se va.*)

REY.

Ana, detente, aguarda.

ANA.

Aquí está quien te estima.

REY.

Tu hermosura me anima...

ANA.

Tu deidad me acobarda...

REY.

¡Ay Bolena! á adorarte.

ANA.

¡Ay Enrique! á perderte y á olvidarte.

REY.

Si yo hombre humilde fuera,
¿Tu aficion me estimara?

ANA.

Mi respeto humillara,
Y tu humildad subiera,
Porque en extremos tales
El amor á los dos hiciera iguales.

REY.

Pues ménos aventuras,
Si favores previenes
Sin humillarte, y vienes
A mas honor.

ANA.

Procuras
Tú mi deshonra clara;
Que el ser tu esposa, ya me disculpara;
Pero no el ser tu dama.
Y así, piedad no esperes.
Si me estimas y quieres
No borres hoy la fama
Que limpia y clara vive.

REY.

No es descortés mi amor; tambien escribe
Finezas amorosas.
Si fuera único dueño
Del mundo (honor pequeño
A tus plantas hermosas),
Como libre me hallara,
De los rayos del sol te coronara.
No puedo: tengo esposa;
Soy casado: no puedo.

ANA.

Pues disculpada quedo.

REY.

Dame una mano hermosa
Ya que á matarme vienes.

ANA.

No puedo: eres casado, esposa tienes.
Ni tú puedes casarte,
Ni yo puedo quererte;
Y en tan dudosa suerte
Es forzoso dejarte:
No digan los enojos,
Que callo con la lengua y con los ojos.
Adios, adios, rey mio,
Mi señor y mi dueño.
No haga en ti nuevo empeño
El triste llanto mio.
Sabe el cielo si quiero. (*Vase.*)

REY.

Y el cielo sabe si rabiando muero.

ESCENA XI.

VOLSEO. — EL REY

VOLSEO.

(*Ap.* ¡Con qué grave tristeza
Divertido ha quedado!
Llegaré descuidado;
Que aquí mi engaño empieza,
Si ha obrado como creo.)
¿Qué hace tu Majestad?

REY.

Morir, Volseo.
Todo el infierno junto
No padece en su llanto
Pena y tormento tanto
Como yo en este punto,
Porque en muerte deshecho,
Si es Etna el corazon, volcan el pecho.
¡Ay de mí, que me abraso!
Ay, cielos, que me quemo!
No es de amor este extremo
Mover no puedo el paso.
Algun demonio ha sido,
Espíritu que en mí se ha revestido.

VOLSEO.

Sosiégate.

REY.

Sosiego
Pides á la fortuna,
Constancias á la luna,
Obediencias al fuego,
Leyes al mar salado;
Que estoy de Ana Bolena enamorado.
¿Quieres saber á cuánto

Esta desdicha excede?
Quieres ver lo que puede
Pena y tormento tanto?
Con ella me casara,
Si libre en este punto me mirara:
Y aun no sé lo que hiciera,
Con no estarlo. Confieso
Que estoy loco, sin seso.

VOLSEO.

Señor, pena tan fiera
(*Ap.* Valor, mi lengua mueve:
Aquesta es la ocasion : al sol te atreve.)
Fiero remedio pide.
Más importa la vida
De un rey, que ver perdida
La majestad que os mide
Cetro y laureles de oro.

REY.

¿Qué me quieres decir?

VOLSEO.

Señor, no ignoro
Que sabe vuestra Alteza
Mas que yo á saber llego.
Pero escúchame, y luego
Córtame la cabeza;
Que por darte la vida,
Estará mal guardada y bien perdida.
Mil veces ha querido
Mi lealtad, que te adora,
Decirte lo que ahora;
Pero no me he atrevido;
Que, por injustas leyes,
No se dicen verdades á los reyes.
Mas hoy que en tu provecho
Puedo hablar libremente,
Salga aqueste vémente
Escrúpulo del pecho.
Tú estás, señor, soltero:
No fué tu matrimonio verdadero.
Ni humana ni divina
Ley habrá que conceda
Que ser tu esposa pueda
La reina Catalina,
Siendo caso tan llano
Que fué primero esposa de tu hermano.

REY.

Al alma me has llegado
Con aquesa razon. Si ha dispensado
El Papa...

VOLSEO.

¿Qué recelas?
Esa opinion se trate en las escuelas,
No aquí, porque en andando con razones
Equívocas la causa en opiniones,
Todos, cuando se arguya,
Por Rey, por docto, han de tener la tuya.
Cuando verdad no fuera,
Y ciegamente tu aficion quisiera
Deshacer la razon y la justicia,
¿Quién pensará de tí que fué malicia?
¿Quién pensará de tí que no lo has hecho
Aconsejado de comun provecho,
Y tu misma conciencia?
Sal del yugo, sacude la obediencia,
Repudia á Catalina:
En un convento esté, pues es divina;
Que cuando este partido se la ofrezca,
No dudo yo, señor, que le agradezca.
Sin gusto, sin amor estás casado:
Repúdiala, señor, pues has llegado
A tan notable extremo.
¿Qué tienes que temer?

REY.

Yo nada temo
En intentarlo todo;
Solo temo, Volseo, hallar el modo.

VOLSEO.

Llama tu parlamento,
Y junto, haz un retórico argumento
Diciendo que te aflige la conciencia
A tomar contra el Papa esta licencia;
Y mostrando que es celo aqueste intento,
Haz extremos, señor, de sentimiento.
Apártala de tí: quedarás luego
Libre para apagar el vivo fuego
Que te abrasa; y despues se tendrá modo
Para que el Papa lo componga todo;
Que yo solo deseo
Tu gusto y tu salud.

REY.

Parte, Volseo,
Pues tú solo procuras dar la vida
A tu Rey, que la tiene ya perdida
A manos de un amor desatinado.
Junta los consejeros de mi Estado,
Porque las confusiones con que lucho,
Nunca permiten que se piense mucho;
(*Ap.* Que en cosas graves siempre las dis-
La prisa con que se hacen.) [culpa

VOLSEO. (*Ap.*)

Ya me culpa
A mí la dilacion y la tardanza.
Mi vida se asegura y mi privanza,
Aunque se pierda todo;
Pues pienso hacer de modo, [da,
Que el que engañado ahora y ciego que-
Cuando se quiera arrepentir, no pueda.
(*Vase.*)

ESCENA XII.

EL REY.

Confieso que estoy loco y estoy ciego,
Pues la verdad que adoro, es la que nie-
[go.
Pero si un hombre el daño no alcanzara,
Aunque errara, parece que no errara;
Que en tan confusa guerra,
Solo errará el que sabe cuándo yerra.
Bien sé que me ha engañado
Volseo; y he quedado
De su falso argumento satisfecho;
Y es que el fuego infernal que está en el
[pecho,
Hace que ciega mi turbada idea,
Niegue verdades y mentiras crea.
Bien sé que no repugna (caso es llano)
El casamiento que hace el un hermano
Con mujer del hermano, porque Júdas
(Para satisfaccion de aquestas dudas),
Gran patriarca, dijo
Que con Tamar, viuda de Her, su hijo
Casase. Era tambien hijo segundo.
Todo en ley natural tambien lo fundo
Y en Escritura, pues que fué forzoso
Que la mujer, despues, del muerto espo-
(Y mas cuando sin hijos se quedase) [so,
Con el hermano suyo se casase.
Luego si esto no fué contra el derecho
Escrito y natural, por el provecho
Comun el Papa pudo
(Confieso que es verdad, y no lo dudo)
En la ley eclesiástica y humana
Dispensar: es verdad, es cosa llana.
Y cuando en mi argumento no se quede,
El Papa es vice-Dios, todo lo puede;
Pero aunque lo confieso,
Faltó en mí la razon, pues faltó el seso.
Padezca Catalina
Por cristiana, por santa, por divina.
Sí, pues quieren los cielos
Hoy acabarme; sí, pues mis desvelos
Me ponen desta suerte
En las últimas líneas de la muerte.
Catalina, perdona
Si quito de tus sienes la corona,
Para ponerla en otras, pues el cielo
Què mira tus desdichas y tu celo,
Por mayor alabanza,
Me dará á mí castigo, á tí venganza;
Pues si la pierdes tú por virtüosa,
Otra podrá perdella
Por vana, por lasciva y ambiciosa.
Esta fué mi desdicha, esta mi estrella.

ESCENA XIII.

PASQUIN.—EL REY.

PASQUIN.

Con una duda vengo
Del cargo figurífero que tengo:
El que es figura doble,
Figura de dos hierros, de dos filos,
De dos haces, cansados los estilos,
¿Debe pagar dos veces? Porque he ha-
Un figura de á dos. [llado

REY. (*Ap.*)

¡Terrible estado!
Si no alcanzo el efecto que hoy espero,
Muero de amor; y si lo alcanzo, muero
De dolor. Pues ya estoy desta manera,
Muera de gusto, y no de pena muera;
Pues de cualquiera suerte
Voy pisando las sombras de la muerte.
(*Vase.*)

PASQUIN.

No quiso responderme. ¡Peligroso [so!
Alcance sigue el hombre que es gracio-
Pues llega en ocasion donde se enfria,
Cuando dice una gracia, y no hay quien
Pero á palacio viene [ria.
Mucha gente. A esta puerta me conviene
Estar, y como vayan hoy entrando,
Del que fuere figura iré cobrando.

ESCENA XIV.

Por una parte, TOMAS BOLENO Y EL CAPITAN, *y por otra*, CARLOS Y DIONIS.—PASQUIN.

TOMAS.

¿Qué querrá el Rey?

CAPITAN.

Si al Parlamento llama,
Cosa grave será.

TOMAS.

Voló la fama,
Que dice que le mueve su conciencia
Una gran novedad.

PASQUIN.

Tened paciencia,
Señor Tomas Boleno,
Que estas son cosas que hace Dios: con-
El cabello. [deno.

TOMAS.

¿Por qué?

PASQUIN.

¿No ha reparado
Que fué alazan, y es hoy rucio rodado?
Pero no me responda, porque vienen
Las damas: todas sus pericos tienen.
Llegaré á cobrar dellas.
Pero ¿cuándo no hay soplo por ser be-
(*Vase.*) [llas?

—

Salon regio.

ESCENA XV.

EL REY Y LA REINA, *con coronas y cetros*; LA INFANTA, *sentada junto á la Reina*; VOLSÉO, *detras del Rey, en pié*; ANA, MARGARITA, CARLOS, TOMAS, DIONIS, DAMAS, CABALLEROS.

CÁRLOS.

Ya el Rey está sentado
Con la Reina y la Infanta.

TOMAS.

¡Qué turbado
Se muestra en su semblante!

VOLSEO.

Ya tu corte, señor, está delante.

REY.

Vasallos, deudos y amigos,
Cuyos valerosos hombros
Son las basas de un imperio,
Las columnas de dos polos:
Ya sabeis que yo en el mundo
Católico y religioso,
Por ser obediente al Papa,
Cristianísimo me nombro:
Ya sabeis que vigilante,
A los errores me opongo
Con que nuestra fe perturba
Ese prodigio, ese monstruo
De Lutero: y ya sabeis
Que advertido y cuidadoso
(Bien lo dicen los escritos),
Me llaman Enrique el Docto.
Pues yo, que en tantas acciones
De las muestras que os propongo,
He sido quien ha evitado
Tantos errores y asombros,
Bien cierto es que no pretendo
Causar nuevos alborotos
En la cristiandad; pues ántes
Para excusar los estorbos
A tantos heresiarcas
A quien la fe causa enojos,
En aqueste parlamento,
A que os he llamado, solo
Asegurar mi conciencia
Pretendo: escuchadme todos.
Catalina, vuestra Reina...
Aquí turbado y dudoso,
Hablen ántes que las voces,
Las lágrimas en los ojos.
Catalina, nuevo ejemplo
De virtud (que mas dichoso
Que por Rey de dos imperios,
Me tengo por ser su esposo),
Fué de mi hermano mujer:
Esto á todos es notorio;
Y así conmigo no pudo
Ser válido el matrimonio.
Y viendo que yo no estoy
Casado con ella, pongo
En libertad mi conciencia
(Sabe el cielo si lo lloro)
Con apartarla de mí;
Y así ahora la despojo
Del imperio, y á sus manos
Quito el cetro y laurel de oro,
Porque no siendo mi esposa,
Está en su poder impropio.
Esto es ser césar cristiano,
Pues á una mujer que adoro
Mas que á mí, pues á una santa,
De mis Estados depongo.
¡Sabe el cielo si sintiera
Apartarme de mí propio
Tanto! pero donde es ley,
Es obedecer forzoso.
La Infanta Doña María,
Verde rama deste tronco,
Mi sucesion asegura;
Y así, aunque es de matrimonio
Disuelto, princesa queda:
Tal la juro y reconozco.
Y tú, Catalina, vete,
En hado tan riguroso,
Donde llores tu fortuna
Y dés á la envidia asombros.
Cárlos Quinto es tu sobrino:
Vete á España, ó con piadoso
Celo, vive en un convento,
Que es á tus costumbres propio·
Que yo triste y condolido
De un acto tan lastimoso,
No puedo verte, porqué
Tus fortunas siento y lloro.
Y el vasallo que sintiere
Mal, advierta temeroso
Que le quitaré al instante
La cabeza de los hombros.

REINA.

Escucha, señor, si puedo
Hablar; que el aire, medroso
De tus preceptos, parece
Que se niega á mis sollozos;
Y yo, por obedecerte,
Leyes á mi lengua pongo,
Con mis lágrimas me anego,
Con mis suspiros me ahogo.
Mi Enrique, mi rey, mi dueño,
Mi señor, mi dulce esposo
(Que este nombre entre los dos
Como á sacramento adoro),
No siento ver á mis plantas
La corona y cetro de oro,
Depuesta de mis Estados,
Esta seca, y aquel roto:
No siento que de tu imperio,
Trofeos del ambicioso,
Me aparten, pues de la muerte
Serán caducos despojos;
Siento verme sin tu gracia,
Siento verte con enojos,
Y haberte dado ocasion
A extremos tan rigurosos.
Y si no, para saber
Cuál destas desdichas lloro,
Ponme en oscura prision,
Donde los rayos hermosos
Del sol me nieguen sus luces:
Llévame á lo mas remoto
Del mundo, donde entre fieras,
Y en un monte, duros troncos
Me escuchen; ó ya en el mar,
Entre nevados escollos,
Desnudas peñas habite;
Pues ya en unos ó ya en otros,
Viviré pobre y contenta,
Como sepa que mis ojos
Están, señor, en tu gracia,
Que pueda llamarte esposo.
Y cuando quiera mi amor
Que por darte gusto en todo,
No sienta el estar sin tí
(¡Qué de imposibles propongo!),
¿Cómo dejaré, señor,
De sentir el peligroso
Extremo en que vives, siendo
Causa á nuevos alborotos?
Tú, cristianísimo rey,
Que prudente y religioso,
Las columnas de la Iglesia
Trajiste sobre tus hombros;
Tú, que sabio confundiste
Con estudios cuidadosos
A Lutero, ¡pones duda
Sobre los rayos de Apolo!
Ménos sé que tú, señor;
Mas cuando las cosas toco
De la fe y su religion,
Creo, cerrados los ojos,
Que el peregrino en el mar
Fin tuviera lastimoso,
Si el gobierno de la nave
Tiranizara al piloto.
Las cismas y los errores
Con máscaras de piadosos
Se introducen; pero luego
Se van quitando el embozo.
Mira no vayas, señor,
Deslizando poco á poco;
Porque el volver sobre tí
Será mas dificultoso.
El pontífice Dios es:
Pues si Dios lo puede todo,
No hay duda, todo lo pudo:
Esto sé y esto conozco.
Para él apelo, y á Roma,
Arrastrando con los ojos,
Partiré peregrinando
A pedir justicia solo:
Y así, aunque á España pudiera
Irme, adonde el vitorioso
Cárlos me diera su amparo,
Ni le pido ni le invoco,
Por no pedirle venganza
Contra tí; pues si animoso
Solicitara vengarme,
Mi pecho, mi pecho propio
Fuera tu escudo, y en él
Deshicieran los enojos
Golpes de templado acero,
Iras del ardiente plomo.
Irme á un convento, señor,
Por religiosa... tampoco,
Porque si yo estoy casada,
En vano otro estado tomo;
Y así en palacio he de estar
A vuestros umbrales propios,
Y sabrán, muriendo en ellos,
Que os estimo y reconozco
Por mi dueño, por mi bien,
Por mi rey y por mi esposo.
(*Vuelve el Rey la espalda, y se va con Volseo poco á poco.*)
¿Las espaldas me volveis?
¿No merezco vuestro rostro?
Aunque, si he de verle airado,
Por mejor partido escojo
No miraros: ¡muera yo,
Y vos no tengais enojos!
Púsose el sol: ¡ay de mí!
Tinieblas y sombras toco.

CÁRLOS. (*Ap.*)

No he visto en toda mi vida
Teatro mas lastimoso.

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Qué tiranía!

TOMAS. (*Ap.*)

¡Qué agravio!

DIONIS. (*Ap.*)

¡Qué maravilla!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué asombro!
Volveré á Francia con esto;
Que no siendo el matrimonio
Legítimo, no querrá
Mi príncipe ser esposo
De María: á Francia voy,
Y acabados los enojos
Del Rey, vendré luego adonde
Celebre mi desposorio.
(*Vanse Cárlos y Dionis.*)

ESCENA XVI.

LA REINA, LA INFANTA, ANA, MARGARITA, TOMAS, CABALLEROS, DAMAS; *despues*, VOLSEO.

REINA.

¡María!

INFANTA.

¡Señora!

REINA.

Dame
El postrer abrazo.

INFANTA.

¿Cómo
Podrá hablaros quien os pierde?
Sirvan de lengua los ojos.
(*Estando abrazadas, sale Volseo y aparta á la Infanta.*)

VOLSEO.

El Rey, señora, os espera.

REINA.

¡Aun no aguardarais un poco!
¡Así, tirano cruel,
La vid desasis del olmo!
Así del mar de mi llanto
Sacais ese breve arroyo!—
Hija, adios.

INFANTA.

Señora, adios.

REINA.

Hágate el cielo piadoso
Mas dichosa que á tu madre.—
Cardenal, por Dios, que es solo
Juez supremo, os ruego y pido
(Ved que en la tierra me pongo)
Que advirtais, que aconsejeis
Bien al Rey.

VOLSEO.

El Rey es docto:
El se aconseja consigo,
Y con él yo puedo poco.
Perdonadme, que este gusto
Os quito. (*Vase con la Infanta.*)

REINA.

Yo os lo perdono,
Aunque veo que el cordero
Va entre las manos del lobo.—
Boleno, pues que las canas
Son el freno de los mozos,
Decir al Rey cuánto yerra.

TOMAS.

El Rey es sabio, y conozco
La razon; mas no me atrevo
A su espíritu furioso.
Dios os consuele; que así
A riesgo mi vida pongo. (*Vase.*)

REINA.

Ana, pues que la hermosura
En los oidos mas sordos
Halló piedad, id al Rey,
Y en discursos amorosos
Habladle en mí, y de mi parte
Estos suspiros que arrojo,
Le llevad. Decid que en llanto
Un mar de lágrimas formo.
(*Vanse Ana Bolena, los caballeros y las damas.*)
En fin, ¡que todos me dejan!
Que me desamparan todos!
¿La majestad vive ya
Tan sin aplausos y adornos?
¿Aun no tengo á quien quejarme,
Que es el consuelo, que solo
A un desdichado le queda?

MARGARITA.

Yo, que tus desdichas oigo,
Quedo á llorarlas contigo.
Mi vida, señora, pongo
A tus piés: esta te ofrezco;
Que espero un nombre famoso,
Cuando por Dios y por tí
Muera Margarita Polo.
¿Dónde irémos?

REINA.

A un castillo.
¡Ay, palacio proceloso,
Mar de engaños y desdichas,
Ataud con paños de oro,
Bóveda donde se guarda
La majestad vuelta en polvo!
Ay, entierro para vivos!
Ay, corte, ay, imperio todo!
¡Dios mire por tí! ¡Ay, Enrique!
¡El cielo te abra los ojos!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, DIONIS.

CÁRLOS.

¿Qué me dices?

DIONIS.

Lo que pasa.

CÁRLOS.

¡Bolena en tan breve tiempo
Se mudó! Mas ¿qué me espanta,
Si son de mujer efectos?
Fuí á Francia, y á mi rey dije
Las mudanzas, los extremos,
Sediciones y alborotos
De Enrique, y mandó al momento
Que no se tratase mas
De la Infanta. En este tiempo
Murió mi padre: yo triste
Y alegre en un punto, viendo
Ya mia mi libertad,
El tratado casamiento
Dije al Rey. Dióme licencia:
Despedíme de mis deudos,
Todos contentos de verme
De tantas venturas dueño.
Venia por los caminos
En alas de mis deseos...
¡Oh cuántas veces, Dionis,
Me pareció torpe el viento!
¡Qué alegre me imaginaba
En sus brazos! Qué contento
Pensé, que me recibiera
Ana, agradecida, en ellos!
¡Y está casada!

DIONIS.

Despues
Que tú dejaste revuelto,
Con el repudio infeliz,
Todo este cristiano imperio,
Con Ana Bolena el Rey
Se desposó de secreto;
Que dicen que enamorado
Hizo aquel notable extremo,
Que de Catalina santa
Vimos en el parlamento.
A todo esto, el reino estaba
En bandos, y á todo esto,
El Rey vive con Bolena,
La Reina, firme en su intento,
Está en un pobre castillo
Junto á Lóndres, padeciendo
Mil desdichas. Esto pasa,
Señor, en tan breve tiempo.
No hay sino tener paciencia,
Y volverte á Francia luego,
Porque hoy en Lóndres estás
A mil peligros expuesto.

CÁRLOS.

Fuerza será que me vuelva,
Dionis, si ya no es que quedo
Muerto en Lóndres á las manos
De mi amor ó de mis celos.
Mas ántes que á Francia vaya,
Veré á la Reina. Resuelto
Estoy: con ella he de hablar...
Y denme mil muertes luego.
Mas ¿quién á palacio viene
Con tanto acompañamiento?

DIONIS.

Ya su vanidad nos dice
Que es el cardenal Volseo.

CÁRLOS.

Déjale, vente conmigo,
Contaréte cómo pienso
Hablar á Bolena.

DIONIS.

Mira
Tu peligro.

CÁRLOS.

Ya le veo;
Mas Dionis, no me aconsejes:
Que mi loco pensamiento
En esta ocasion no está
Para admitir tus consejos. (*Vanse.*)

ESCENA II.

VOLSEO, *arrojando á* DOS SOLDADOS *que traen memoriales;* PASQUIN.

VOLSEO.

¡Qué cansados memoriales!
Dejadme ya, que no puedo
Sufriros: nadie me siga.

SOLDADO 1.°

¡Qué tiranía!

SOLDADO 2.°

Los cielos
Me dén venganza de tí.

SOLDADO 1.°

¡Qué cruel! (*Vase.*)

SOLDADO 2.°

¡Y qué soberbio! (*Vase.*)

PASQUIN.

A mí, señor Cardenal.

VOLSEO.

Pasquin, ¿qué hay de nuevo?

PASQUIN.

Vengo
Tan elevado y absorto
Como admirado y suspenso,
De una cosa que hoy he visto.

VOLSEO.

Pues ¿qué has visto?

PASQUIN.

Vuestro entierro.
¡Oh qué gran capilla haceis!
Para un pájaro pequeño
Muy grande jaula es aquella.
Mas ¿no sabeis lo que pienso?
Que no os habeis de enterrar
Vos en ella.

VOLSEO.

Loco, necio,
Malicioso, calla, y mira
Lo que te mando: al momento
Sal de palacio, Pasquin:
No entres en él.

PASQUIN.

Esto es hecho. (*Vase.*

ESCENA III.

ANA. — VOLSEO.

VOLSEO.

Vuestra Majestad, señora,
Me dé sus piés.

ANA.

Levantad.

VOLSEO.

Ya que vuestra Majestad
De los rayos del sol dora
La frente, pedirla quiero
Una merced.

ANA.

Pues ¿qué habrá
Que pueda negaros? Ya
Saber vuestro gusto espero,
Cardenal.

VOLSEO.

La presidencia
Del reino, en aqueste dia
Al Rey pedirle queria;
Y siendo en vuestra presencia,
Si ayudais mi pretension;
Tendrá efecto.

ANA.

No tendrá,
Que la tengo dada ya.
Sin saber vuestra intencion,
A mi padre se la dí.

VOLSEO.

Yo, señora, no creyera
Que tu Majestad la diera
Sin saber ántes de mí
Si la queria.

ANA.

¿Por qué?

VOLSEO.

Porque mi pecho entendió
Que estaba mas cerca yo
Que tu padre; pues si él fué
Quien de mujer te dió el sér,
Yo el de reina; y así estás
Obligada, lo que vas
De ser reina á ser mujer.
Pero vuestra Majestad
Con mayor cuidado advierta
Que no se cerró la puerta
Por donde entró esa deidad,
Y que el mismo que la abrió
Para una reina tirana,
Abrirla podrá mañana
A quien por ella salió;
Pues quien á la tiranía
Halló paso, claro está
Que mas franco le hallará
A la justicia otro dia. *(Vase.)*

ESCENA IV.

ANA.

¡Oh qué cosa tan pesada
En la gloria conseguida,
Es quedar agradecida
Una mujer y obligada!
Porque ¿á quién no causa enfado
Cada punto, cada instante,
Ver un acreédor delante
De las glorias de su estado?
Muera Volseo. ¿Tirana
Me llaman? ¿Ingrata soy?
¿Quien la puerta me abrió hoy,
Podrá cerrarla mañana?
Pues no pueda. Esto ha de ser:
Firme en mi venganza estoy.
Derriben mis manos hoy
A quien me levantó ayer.

ESCENA V.

EL REY. — ANA.

REY.

Esta carta recibí
De Catalina, y sin vella,
Quise, Ana hermosa, traella
Para entregártela á tí.
Abrela tú, que es razon
Que mi amor y mi obediencia
Te pidan esta licencia.
Quejas inútiles son
De una mujer despreciada.

ANA.

¿Para qué quieres que vea
Cosa que lástima sea?
No solo que esté cerrada
Deseo, sino tambien
Que la leas y respondas
A ella, y que correspondas
A la piedad; porque es bien
Que se atienda á lo que ha sido,
Pues no perdió con el sér
Haber sido tu mujer
Y mi reina.

REY.

Agradecido
A esa piedad soberana,
Te rindo un pecho fiel.
¿Que digan que eres cruel,
Siendo tan afable, Ana?
Tanto estimo lo que has hecho,
Que por tu gusto este dia
Saldrá la infanta María
De palacio y de mi pecho:
Con su triste madre viva.
Tú la respuesta verás
Que la envio, pues me das
Licencia de que la escriba.

ANA.

Sí, yo la doy, como vea
La carta para saber
Qué la escribes.

REY.

¿Qué ha de ser
Sino un engaño, que sea
Alivio á un pecho tan lleno
De desdichas?

ANA.

Yo veré
La carta, (*Ap.* Y será porqué
En ella ponga veneno.)
Y agradecida, señor,
A la merced de enviar
A la Infanta, os quiero dar
Los brazos. Pero mayor
Mi gusto y el vuestro fuera,
Si en aqueste mismo dia
Otro ántes que María
De vuestro pecho saliera.

REY.

¿A quién podré reservar,
Si á mi hija desterré
De mí? Prosigue: ¿quién fué
Quien á tí te pudo dar
Ocasion?

ANA.

El que llegó
A hablarme tan libremente
Y sin respeto...

REY.

Detente.
¿Hombre humano se atrevió
Al sol mismo? ¿Desleal
Hubo, que con vil efeto
A tí te perdió el respeto?
¡Tal escucho! ¡Qué oigo tal!
Saber su nombre deseo.
¿Qué dudas? Prosigue, pues.

ANA.

Temo decirte que es...

REY.

¿Quién?

ANA.

El cardenal Volseo.

REY.

¿Que Volseo se atrevió
A tí, y quejosa te ofreces?
Pues si ya tú le aborreces,
No podré quererle yo.
Vete, no te vean conmigo,
Y creé que hoy será Volseo
De su vanidad trofeo.

ANA.

Beso tus piés. (*Ap.* Si consigo
Las tres cosas que intenté,
Las tres muertes que emprendí,
Dichosa diré que fuí,
Y mas dichosa seré
Si cual mi pecho imagina,
En el imperio me veo
Sin el cardenal Volseo
Y la reina Catalina.) *(Vase.)*

ESCENA VI.

PASQUIN; *despues* DOS SOLDADOS. — EL REY.

PASQUIN.

¿Podré llegar hasta aquí,
Sin tener licencia, yo?

REY.

¿Quién á tí te la negó?

PASQUIN.

Quien te la negara á tí,
Como á él se le antojara;
Pues si el Cardenal quisiera,
De aquella misma manera
Que á mí, á tí te desterrara.
(*Salen los dos soldados.*)

SOLDADO 1.º

Tú, señor, eres mi rey:
Si á tí, señor, te serví,
Poniendo á riesgo por tí
La misma vida, ¿qué ley
Hay para que al Cardenal
Acuda, y que él me dilate
Mis pretensiones, y trate,
Siendo tu soldado, mal?

ESCENA VII.

VOLSEO, *que viendo á los soldados se pone muy airado.* — DICHOS.

VOLSEO.

¿Qué es esto? ¿No he dicho ya
Que ninguno entre hasta aquí?
¡Guárdanse y cúmplense así
Mis órdenes?

REY. (*Muy severo.*)

Bien está,
Cardenal: basta, Volseo.

VOLSEO.

Como solo he procurado
Excusarte del enfado
Que mendigos...

REY.

Yo lo creo,
Y mejor lo excusará,
Remediando su porfía,
La hacienda que teneis mia

No sois cancelario ya.
Vuestros bienes, granjeados
Con codicia y ambicion,
No los gozaréis, que son
De aquestos pobres soldados.—
A saquear podréis ir
Sus casas. (*A los soldados.*)

VOLSEO.

Pues ¿qué me dejas
Entre lágrimas y quejas,
Para que pueda vivir?

REY.

Aunque os pudiera quitar
Vida que es tan atrevida,
Quiero dejaros la vida,
Por dejaros mas pesar.
Vivid, morid; que es penoso
Estado llegarse á ver
Un avaro sin poder,
Y sin mando un ambicioso. (*Vase.*)

SOLDADO 1.°

Llegó el deseado efeto,
Que mi suerte pretendió.
(*Vase, haciendo burla.*)

VOLSEO.

Apénas este me vió,
¡Y sin temor, ni respeto
Pasa delante de mí!

SOLDADO 2.°

Solo este dia esperé.
Castigo del cielo fué. (*Vase.*)

VOLSEO.

¡Que estos me traten así!
Llegue de mi vida el fin,
Porque sirva de escarmiento
Al ambicioso.

PASQUIN.

Al momento
Sal de palacio, Pasquin:
No entres en él mas. — A fe
Que todo mando se acaba. (*Vase.*)

ESCENA VIII

VOLSEO.

Esto solo me faltaba:
Un soplo mi vida fué.
¡Ay, dudosa astrologia,
Y qué bien me preveniste!
¡Que con tiempo me dijiste
El que una mujer seria
Mi destruicion! ¡Ay Bolena!
Por engrandecerte á tí
Sobre las nubes, caí
Al abismo de mi pena.
¡Plegue á Dios, que pues ingrata
Mi infame muerte deseas,
Que como me veo te veas:
Muera así, quien así mata.
Y pues al cielo le plugo
Darme fin tan lastimoso,
A tí te mate tu esposo
A las manos de un verdugo. (*Vase.*)

—

Campo á vista de una torre.

ESCENA IX.

LA REINA CATALINA, MARGARITA.

MARGARITA.

Divierte aquesa pasion
En estos campos, señora,
Sal á ver la blanca aurora;
Que la torre no es prision,
Pues nunca della saliste.

REINA.

Mal dijiste;
Que á un triste solo consuela,
Margarita, el estar triste.

MARGARITA.

Esta cadena te envia
Mi tio Reinaldo Polo
Con grande secreto.

REINA.

A él solo
Debe la tristeza mia
Su alegría,
Pues solamente á los dos
Debo tanta caridad.

MARGARITA.

Voluntad
Muestra, como pobre.

REINA.

Dios
Os pague tanta piedad;
Y en tanto que estos claveles
Matizo entre aquestas rosas
Apacibles y amorosas,
Dime aquel tono que sueles.

MARGARITA.

¿Que consueles
Tu llanto y tus penas hoy
Con aquella letra?

REINA.

Sí,
Porque se escribió por mí;
Pues en tal estado estoy,
Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy.

MARGARITA. (*Canta.*)

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy,
Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy.

ESCENA X.

VOLSEO, *pobremente vestido.* — LA REINA, MARGARITA.

VOLSEO

(*Escuchando de léjos la cancion.*)
«¡Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy!»
Siguiendo el acento voy
Desta dulce voz que oí;
Pues que así
De los ecos el rumor
Arrebató mi sentido,
Que en mí ha sido
Un reloj despertador
De mi sueño y de mi olvido.
Vuelve con voz homicida,
Serrana hermosa, á cantar;
Vuelve, y vuelve á señalar
Los instantes de mi vida,
Que perdida
Huye de mí.

MARGARITA.

Gente viene.

REINA.

Cubre el rostro.
(*Cúbrense ambas.*)

MARGARITA.

A lo que creo,
Este es Volseo.

REINA.

Novedad el verle tiene:
Saber la causa deseo.

VOLSEO.

Bellas serranas, si han sido
Vuestros divinos despojos
Tan dulces para los ojos,
Como son para el oido,
Hoy os pido
Que á un peregrino ampareis,
Tan pobre y tan desdichado,
Que ha llegado
A pediros que le deis
Ménos de lo que ha dejado.
Hoy limosna á pedir llega
Quien ayer la pudo dar,
Quien escapado del mar,
En vuestro arroyo se anega:
Una luz ciega
A quien el sol le vió así.
Enigmas confusas soy:
Tal estoy,
Que podeis cantar de mí
«Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy.»

REINA.

Disimula, Margarita.— (*Ap. á ella.*)
¿Quién te derribó? (*A él.*)

VOLSEO.

Una ingrata.

MARGARITA.

Muera así quien así mata.

REINA.

Si tu muerte solicita,
Si te quita
Tu hacienda, causa la obliga
A tal furia, á tal desden.

VOLSEO.

Antes bien
Pienso que Dios me castiga
Solo porque la hice bien.

REINA.

Hiciérasle tú á quien fuera
Agradecida.

VOLSEO.

Sospecho
Que si bien hubiera hecho
A otra persona, tuviera
En pena fiera
El sentimiento doblado;
Pues en la suerte que sigo,
Advierto y digo
Que á tener otro obligado,
Ya tuviera otro enemigo.

REINA.

¿Que á tal extremo has llegado?

VOLSEO.

¿Qué mas te puede decir
Quien ha menester pedir,
Que es el mas humilde estado?

REINA.

Tú has hallado
En mí remedio felice,
Y yo hallé consuelo en tí,
Pues que vi
Un hombre tan infelice,
Que me ha menester á mí.

VOLSEO.

¿Consuelo te da mi pena?

REINA.

Sí, pues aunque pobre quedo,
A tí remediarte puedo.
Toma, toma esa cadena.

VOLSEO.

Si, cual liberal, el cielo
Te hizo piadosa, que es mas,
Ya que el remedio me das,
No me niegues el consuelo,
Y en el suelo
Tendrás dos piadosos nombres.

REINA.

Pues el mio saber quieres,
Si tú eres
El infeliz de los hombres,
Yo lo soy de las mujeres.
La vida y alma te diera
Por consolarte, Volseo.
¡Conócesme? (*Descúbrese.*)

VOLSEO.

Ya en ti veo
La piedad mas verdadera
Que venera
Todo el orbe. ¡Oh cuánto yerra
El que bien hace! Repara
Si es cosa clara,
Pues Bolena me destierra,
Y Catalina me ampara.

MARGARITA.

Señora, gente de guarda
Se va llegando hasta aquí.

VOLSEO.

Sin duda vienen tras mí:
Ya aquí el temor me acobarda.
Por mí vienen: si me alcanza
Su furor, me dará muerte.
Pues acabe desta suerte,
Y no logren su esperanza.
Mi venganza
Yo mismo la he de tomar;
Que no han de triunfar de mí.
Desde allí
Despeñado he de acabar,
Y ¡muera como viví! (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL CAPITAN, LA INFANTA, SOLDADOS. —LA REINA, MARGARITA.

CAPITAN.

El Rey mi señor te envía,
De su corte desterrada,
Del cetro desheredada,
A la princesa María.

INFANTA.

¡Qué alegría
Mayor pudo en tales plazos
Darme mi padre cruel?
Pues fiel,
Como yo viva en tus brazos,
¡Qué importan cetro y laurel?

REINA.

Pierda yo cetro y corona,
Pierda el mundo, y viva aquí,
Donde no te pierda á ti.
¡Cómo está el Rey?

CAPITAN.

Bien te abona
Tu virtud. Esta te envía
En respuesta.

REINA.

Muerta estoy,
Pues en albricias no doy
La vida á tanta alegría.
¿Que el ver merecí en mi mano
Carta del Rey mi señor?
¡Hay dicha, hay gloria mayor?
Hay favor tan soberano?
Decidle á Enrique, á mi bien,
A mi señor, á mi esposo,
Cuánto mi pecho amoroso
Estima tan alto bien;
Que estoy tan agradecida,
Y tan contenta en extremo,
Que hoy aqueste gusto temo
Que me ha de costar la vida. (*Vanse.*)

—

Sala de palacio, cortada con unas celosías y cortinaje.

ESCENA XII.

EL REY.

El pecho de un alevoso
¡Qué inquieto y confuso vive!
¡Qué de sospechas le cercan!
¡Qué de temores le rinden!
Deseoso de saber
Cómo en mi corte se admiten
Las novedades, pretendo,
Hecho Argos, hecho lince,
Escuchar lo que de mí
En el palacio se dice.
Desde aquí suelo escuchar:
De cuyos efectos vine
A conocer qué vasallos,
O me niegan, ó me siguen.
(*Retírase detras de las celosías.*)

ESCENA XIII.

CARLOS, TOMAS BOLENO, DIONIS. —EL REY, *detras de las celosías.*

CÁRLOS.

De todo os doy parabienes.

TOMAS.

Y todo es de quien os sirve
Como amigo.

CÁRLOS.

De mi rey
Ofendido, vengo á Enrique
A que en su corte me ampare.

DIONIS. (*Ap.*)

¡Oh qué bien la causa finge
De haber vuelto!

ESCENA XIV.

ANA, SEMEYRA. —DICHOS.

TOMAS.

Esta es la Reina.

CÁRLOS.

Deja que á tus piés se humille
Un nuevo vasallo tuyo,
Que ahora ha llegado á servirte.
Dame tu mano, y diré
Que por ella solo vine.
A tus piés llego á ampararme,
Donde justicia te pide
Mi valor de cierto agravio
Que me hizo el Rey.

DIONIS. (*Ap.*)

¡Qué bien finge!

ANA.

¡Agravio el Rey!

CÁRLOS.

Sí, señora.

ANA.

¿Y qué fué?

CÁRLOS.

En mi ausencia triste
Me quitó lo que era mio.

ANA.

(*Ap.* Ya sé que por mí lo dice.)
¿Qué os quitó?

CÁRLOS.

Una fortaleza,
Al parecer invencible.
Pero al fin quedó por suya.

ANA.

No hay muralla que no humille
La Majestad.

CÁRLOS.

Es verdad.
Son reyes, todo lo rinden.

ANA.

¿Era vuestra?

CÁRLOS.

La tenia
Yo por posesion felice,
Y como dueño pensaba
Verla en mi poder humilde.
Pero al fin todo se muda.

ANA.

Por mí os juro y por Enrique
De satisfaceros hoy,
Si es que vuestro agravio pide
Satisfaccion.

CÁRLOS.

No la tiene.

ANA.

¿Por qué, Cárlos?

CÁRLOS.

No es posible.

ANA.

Semeyra.

SEMEYRA.

Señora.

ANA.

Bajen
Músicos á los jardines;
Que ya voy. — El Rey espera,
Boleno.

TOMAS.

Y yo iré á servirte,
Que es obligacion. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL REY, *oculto;* ANA, CARLOS, DIONIS.

ANA.

Y yo
En aquesta cuadra quise
Quedar sola, para hablarte,
Cárlos, y para decirte
Que no es la satisfaccion
De aquel agravio imposible.
Si un rey me quiere, si un rey
Me adora, si un rey me sirve,
¿Qué resistencia tuviera
Una mujer?

CÁRLOS.

¿Qué me dices?
Si me dijeras...

REY. (*Ap.*)

¡Qué oigo!

CÁRLOS.

«Tú te ausentaste y te fuiste,
Cúlpate á tí, pues no hay
Mujer en ausencia firme,»
Dijeras bien; pero el Rey
No es disculpa, que no rinde
El poder la voluntad,
Porque esta siempre fué libre
Toma esos falsos papeles,
Toma aquesas prendas viles,
Que en mi poder están mal,
Cuando huyendo como Ulises,
Pienso cerrar los oidos
A los encantos de Circe.
Mas no me quejo (¡ay triste!)
Eres mujer, y como tal hiciste.
(*Dale los papeles, y vase con Dionis.*)

ANA.

Espera, Cárlos, detente.
¡Ay de mí! oprimida y libre,
Entre el amor y el respeto
El alma dudosa vive. (*Vase.*)

(*Sale el Rey de donde estaba escondido.*)

ESCENA XVI.

EL REY.

¡Qué es esto que escucho, cielos!
¿Que es posible, que es posible
Que pasen por mí en un punto
Tantas desdichas? ¡Terrible
Aprension! ¡fiera sospecha!
¡Suerte injusta! ¡hado infelice!
¿Yo engañado? Ajeno dueño
Lo fué de aquella que hoy mide
Los rayos del sol. ¿Qué mucho?
Era sol, llegó su eclipse.
Este papel se cayó (*Álzale.*)
Entre aquellos... ¿Quién resiste
Tanto dolor? Letra es suya.
(*Lee.*) *Vos sois, Cárlos*, y prosigue,
Mi dueño... ¡Tal pronuncié!
¡Tiernos amores le escribe!
Mas ¿qué mucho que le escriba
Mujer que á mis ojos dice:
«Entre el amor y el respeto
El alma dudosa vive?»
Pues no haya duda en mi fama:
Ella dude, y yo confirme.
¡Ah de mi guarda!

ESCENA XVII.

EL CAPITAN. — El REY.

CAPITAN.

Señor.

REY.

Sin el respeto que pide
La Majestad, á la Reina..
—¿A la Reina? ¡Qué mal dije!—
A esa mujer, á esa fiera,
Ciego encanto, falsa esfinge,
A ese basilisco, á ese
Aspid, á ese airado tigre,
A esa Bolena prended,
Y en el castillo invencible
De Lóndres, que del palacio
Está enfrente, en noche triste
Viva presa, y al frances
Que fué embajador, y libre
Está en palacio, tambien.
(*Vase el Capitan.*)
«¡El alma dudosa vive
Entre el temor y el respeto!»
La que duda, ya concibe
La ofensa, y en esta parte
Bastará que se imagine.
Y mujer que á dudar llega,
¿Cuándo, cuándo se resiste?
¡Ay Bolena! desde el centro
Te levantaste y subiste
A coronarte de nubes;
Mas ¿qué violento está firme?

ESCENA XVIII.

TOMAS. — EL REY.

TOMAS.

¡Tú, señor, voces al viento!
Grande mal es el que rinde
La Majestad.

REY.

¡Ay Boleno!
Tú eres prudente, tú riges
Mi imperio, tú le gobiernas.
Mi presidente te hice:
Guardarme debes justicia.
Hoy he de ver cómo mides
La piedad con el rigor.

TOMAS.

Ocioso es el prevenirme
Con tantos extremos. Juro
A los cielos que administre
Justicia en mi propia sangre,
Tan limpia desde su origen...

REY.

Pues esa palabra acepto.
Toma, toma, y no examines
Mas testigo. (*Dale el papel.*)

TOMAS.

Aunque pudiera,
Como padre, en fin, rendirme
A la pasion, no pretendo
Sino que el mundo publique
Que he sido juez, y no padre.
Libre estoy, quedaré libre.
Lavaré en mi misma sangre
Las manos.

ESCENA XIX.

ANA, EL CAPITAN, SOLDADOS. — EL REY, TOMAS.

ANA.

¡Villanos, viles!
Vive Dios, que en vuestro pecho
Hoy mi furor examine.
¡Yo presa! ¿Quién en el mundo
Pudo atrevido medirse
Con mi poder y mi mano?

CAPITAN.

Orden es del Rey: él dice
Que te prendan.

ANA.

Si él me escucha,
El lo dirá. — Tú, invencible
César, ¿me mandas prender?

REY.

Yo lo mando.

ANA.

¿Quién resiste
A tus preceptos? Yo estoy
Siempre á tus plantas humilde.
En ellas pondré la boca.
Mas ¿qué causas hay que obliguen
A este extremo?

REY.

Tú las sabes,
Y mi voz no las repite,
Hasta que ofensa y castigo
Con tu muerte se publiquen. (*Vase.*)

ANA.

Aquí dió fin mi fortuna,
Aquí los triunfos sublimes,
Aquí las doradas glorias,
Aquí las honras insignes.
¡Ay fortuna, loco almendro!
¡Qué sin tiempo y sazon diste
Rosadas hojas! ¿Qué importa
Que á sus giros ilumine
El sol tus flores, si luego
Airados vientos embisten,
Y hechos cadáver del campo
Tus destroncados matices,
Aves sin alma en el viento
Fuéron despojos sutiles?

TOMAS.

Id con ellos, y ese órden
Se ejecute.

CAPITAN.

Como dices
Se cumplirá. (*Vanse.*)

ESCENA XX.

EL REY.

¡Ay discurso!
¿Qué me atormentas y afliges?
Ilusion, ¿qué me amenazas?
Temor, ¿por qué me persigues?
¡Tantos enemigos juntos
A solo un pecho le embisten!
Socorred, Señor piadoso,
Al hombre mas infelice
Que verá el mundo en sus tornos,
Aunque eternamente giren.
(*Quédase un poco suspenso.*)
Ya que me inspiras, presumo,
Mucho aliento con que alivie
Mis ansias, si yo lo admito:
Pues comenzais, concluidle.
Que vuelva con Catalina,
Me decis. Bien se permite.
¡Buen consejo! Mas el cielo
¿Cuándo le dió malo, Enrique?
Ea, tráiganme á mi esposa
Verdadera, á quien humilde
Pediré que pida á Dios
Que con su piedad me mire.—
¡Hola, guarda!

ESCENA XXI.

LA INFANTA Y MARGARITA, *con luto*. — EL REY.

INFANTA.

Aunque mi vida
Ponga á riesgo, he de pedirle
Justicia á mi padre el Rey.—
A tus piés, invicto Enrique,
Ya no como hija tuya,
Sino como la mas triste
Mujer, te pido justicia.

REY.

¿Por qué negro luto vistes?
¿Murió Catalina?

INFANTA.

Sí.
Trabajos fuéron posibles
A deshacer una vida
Tan santa, y vengo á pedirte
Venganza De aquesos piés
No he de levantarme humilde,
Hasta que me la concedas,
O que la mia me quites.
Justicia, señor, justicia.

REY.

¡Ay de mí! Ya el alma vive
En mejor imperio. ¡Ah cielos!
¡Qué mal hice! ¡qué mal hice!
Mas si no tengo remedio,
¿De qué sirve arrepentirme?
¿De qué sirven desengaños,
Y deseos? ¿De qué sirven,
Si está cerrada la puerta?
Yo negar al Papa quise
La potestad, yo usurpé
De la Iglesia un increible
Tesoro, tanto que es ya
Restitucion imposible.
Si á los grandes hoy les quito
Las rentas, y á los que hoy viven
Libres les vuelvo á poner
Leyes, haré que apelliden
Libertad. ¡Angel hermoso,
Que en trono de luz asistes,
Y en tu venturosa muerte
Mártir generosa fuiste,
Dame favor, dame ayuda,
Pues ya quiero arrepentirme!
Pero es muy tarde, no puedo.

¡Qué mal hice! qué mal hice!—
(*Hablando con la Infanta.*)
Tú serás de Ingalaterra
Reina, y porque se confirme,
Hoy te ha de jurar el reino,
Para que en tí resuciten
De tu siempre santa madre
Memorias que lo acrediten.
Y casaréte en España
Con el Segundo Felipe,
Hijo de Cárlos, honor
De los flamencos paises,
Y daréte la venganza
De la Jezabel que pides.
Porque tu coronacion
Tenga principios felices,
Llamen á la jura al reino.

INFANTA.

En el dia que tan triste
Estás, señor, y lo estoy,
No será bien que me obligues
A tan festivas acciones
Como los aplausos piden.
Otro dia podrá ser.

REY.

Hoy ha de ser, no repliques;
Que ya que á tu madre no
Pude, aunque tanto la quise,
Restituirla en su reino,
Quiero en él restituirte.
Para ella será la gloria,
Cuando del cielo lo mire,
Y para Bolena horror,
Si ya en el mayor no asiste.
Vete, y vístete de gala.

INFANTA.

Con obedecerte, dice
Mi humildad que es ley tu gusto.

REY.

¡Qué mal hice! qué mal hice!
(*Vanse la Infanta y Margarita.*)

ESCENA XXII.

TOMAS.—EL REY.

TOMAS.

Ya hice lo que mandaste.

REY.

Callad, mirad...
(*Hablan bajo.*)
Prevenidme,
Ya me entendéis, á la jura
Lo necesario.

TOMAS.

Si hice
Lo mas, en lo que es lo ménos,
¡Cómo podré no servirte? (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

EL REY.

¡Cómo tengo de mirar,
Pues no verlo es imposible
El mas funesto teatro,
Y espectáculo mas triste,
Que del exordio del mundo
A su periodo mire
En todo el globo inferior
El sol, de sus orbes lince?
(*Tocan dentro.*)
Ya la seña de la jura
Hacen: quiero prevenirme
A disimularme afable,
A consolado fingirme.
Aquí, valor, ayudadme;
Aquí, valor, permitidme
Que muestre aquí del que tuve
Alguna seña visible.
¡Ayuda aquí, poderoso
Señor, que el bajel va á pique!
¡En que piélagos navega
De confusiones Enrique! (*Vase.*)

—

Salon.

ESCENA XIV.

Tocan chirimías y clarines, y salen EL REY Y LA INFANTA, *que suben á un trono, á cuyos piés, en lugar de almohada, ha de estar el cuerpo de* ANA BOLENA, *cubierto con un tafetan; y en estando sentados, la descubren*; TOMAS, MARGARITA, EL CAPITAN, CABALLEROS.

INFANTA.

¡Qué bien vuestra Majestad
Satisfizo mis ofensas,
Pues que me ha puesto á los piés
Quien pensó ser mi cabeza!
Con tan alegres principios
Mis dichas serán eternas:
Gloriosos triunfos me aguardan,
Triunfantes glorias me esperan.

CAPITAN.

El cristianísimo Enrique,
A quien la corona inglesa,
Con ser tan grande, le viene
A sus méritos pequeña,
Para dar satisfaccion
Al vulgo, monstruo que piensa
Que la reina Catalina
No fué legítima reina,
Hoy á María su hija,
Infanta y señora nuestra,
Unica heredera suya,
Quiere jurarla princesa.
Para cuya accion heróica,
Los grandes de Ingalaterra
Y titulados, á Lóndres
Hoy convoca á su obediencia,
Y manda como rey suyo,
Como universal cabeza
En entrambos fueros, que
Al juramento procedan.
Así ¿la obedecen todos?

TODOS.

Sí obedecemos.

CAPITAN.

Su Alteza
Ha de jurar de cumplir
Su obligacion, que es aquesta:
Que ha de conservar en paz
Sus vasallos, aunque sea
A costa de su descanso,
Obligacion de quien reina.
Que á nadie ha de compeler,
Con alteraciones nuevas
En materia de costumbres,
A la extirpacion de sectas.
Con Roma y con su Prelado,
Para excusar diferencias,
Si quiere proceder bien,
Como su padre proceda.
No ha de quitar á los legos
Las eclesiásticas rentas,
Ni ha de presumir que es robo
Quitárselas á la Iglesia.
Si esto vuestra Alteza jura
Cumplir, toda la nobleza
Princesa la jurará.

INFANTA.

Pues no quiero ser princesa.
¿Vuestra Majestad, señor,
Este juramento ordena
Que haga?

REY.

El reino lo pide,
Y no pide cosa nueva.

INFANTA.

Si el reino piensa de mí
Que he de jurarlo, mal piensa,
Cuando de mil reinos juntos
Imperios me prometiera.
Y pues vuestra Majestad
Sabe la verdad, no quiera
Que por razones de Estado,
La ley de Dios se pervierta.
Quien *los siete sacramentos*
Escribió con excelencia
Tan grande, que los mas doctos
Como milagro veneran;
Quien la inobediencia al Papa
Condenó de tal manera,
Que al hereje mas sofista
Concluyen sus consecuencias;
Quien della escribió tan alto,
Que confundió la protervia
Del sacrílego Lutero,
Aquella alemana bestia,
¡Hoy ha de contradecirla!

REY.

(*Ap.* Dices verdad; mas ya es fuerza,
Por mi opinion. ¡Pobre Enrique!
¡Qué de daños que te esperan!)
María, moza y mujer
Sois, y la poca experiencia
Os hace hablar dese modo.
Tocaréis las conveniencias,
Y veréis lo que os importa.

INFANTA.

Lo que importa es que á la Iglesia
Humildes obedezcamos;
Y yo postrada por tierra,
La obedezco, renunciando
Cuantas humanas grandezas
Me ofrezcan, si ha de costarme
Negar la ley verdadera.

REY.

No se niega aquí la ley;
Algunos preceptos della
Sí.

INFANTA.

Pues quien en uno falta,
A todos los hace ofensa.

MARGARITA. (*Ap.*)

¡Oh católica señora!
Vivas edades eternas.

TOMAS.

Vuestra Majestad modere
El pensamiento á su Alteza,
Porque no la jura el reino.

INFANTA.

Hará muy bien, porque crea
Que al que me jure, y faltare
A lo que mi ley profesa,
Si no le quemare vivo,
Será porque se arrepienta.

REY.

Efímeras de la edad
De María son aquestas.
Ella es cuerda, y sabrá bien
Moderarse, como cuerda.
El reino puede jurarla,
Y si, cuando llegue á Reina,
No fuere del reino á gusto,

Depóngala Ingalaterra.—
Callad y disimulad, (*A la Infanta.*)
Que tiempo vendrá, en que pueda
Ese celo ejecutarse,
Ser incendio esa centella.

CAPITAN.

¿Quiere el reino hacer la jura?

TODOS.

Sí, pues nuestro rey lo ordena.

TOMAS.

Con las condiciones dichas.

INFANTA.

Yo la recibo. (*Ap.* Sin ellas.)
(*Tocan chirimías, y bésanla la mano, con las ceremonias ordinarias.*)

REY.

Ya sois princesa de Walia
Jurada, ya Lóndres muestra
En sus aplausos su gusto.

TODOS.

¡Viva, viva la Princesa
Muchos años!

INFANTA.

Dios os guarde.

CAPITAN.

Y aquí acaba la comedia
Del docto ignorante Enrique,
Y muerte de Ana Bolena.

CON QUIEN VENGO, VENGO.

PERSONAS.

OCTAVIO, *galan*.
DON JUAN, *galan*.
DON SANCHO, *galan*.
URSINO, *viejo*.
LISARDA, *dama*.
LEONOR, *dama*.
NISE, *criada*.
CELIO, *criado*.
EL GOBERNADOR DE VERONA.
CRIADOS.
GENTE.

La accion pasa en Verona.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Sancho.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA Y LEONOR, *asidas de un papel*.

LEONOR.

No le has de ver.

LISARDA.

Es en vano
Defenderle ya.

LEONOR.

Resuelta
Estoy ántes á hacer...

LISARDA.

Suelta.

LEONOR.

Un exceso en él, villano.

LISARDA.

Ya el papel está en mi mano:
¿Cómo has de excusarte ahora
De que le vea?

LEONOR.

Señora,
Hermana, Lisarda, advierte...

LISARDA.

Esto ha de ser desta suerte.

LEONOR. (*Ap.*)

¿Quién mis desdichas ignora?

LISARDA. (*Lee.*)

Amor, señor Don Juan, que de amor no pasa á atrevimiento, indignamente adquiere el nombre: dígalo el mio, pues me atreve á tanto, que sin mirar el riesgo de mi vida, el temor de mi hermano, ni el recelo de Lisarda, os suplico vengais esta noche por el jardin, donde entraréis á hablarme; y venga con vos el criado, porque cuando yo aventuro mi vida, trato de asegurar la vuestra.

¡Notable resolucion!
(*Ap.* Mas mal hay del que pensé,
Pues donde solo busqué
Una sombra, una ilusion,
Hallo un engaño, una accion
Tan grave. No sé qué intente.
Mas ya importa cuerdamente
Disimular el agravio;
Que parecer muda el sabio,
Consejo toma el prudente.)

LEONOR.

¿Estás ya contenta, di,
De haberlo sabido?

LISARDA.

No,
Porque destas cosas yo
No he de estarlo; triste sí.

LEONOR.

¿Mil veces no te advertí
Que no llegases á ver
El papel, que habia de ser
De disgusto y de pesar?
Pues quien no lo ha de estorbar,
¿Por qué lo quiere saber?
¡Mira lo que has conseguido,
Que andando yo con secreto,
Con recato y con respeto
Huyendo de tí, has querido
Perder el que te he tenido!
Pues cuando tú no entendiste
Mi amor, respetada fuiste;
Y ya que lo sabes, no;
Porque no he de olvidar yo,
Porque tú mi amor supiste.

LISARDA.

Sin prudencia y sin consejo,
Dudosa, Leonor, estoy;
Y cuando á un discurso voy,
Mas del discurso me alejo.
Dos veces de tí me quejo:
De parte de nuestro honor
Una, y otra de mi amor,
Que á amar y callar te ofreces,
Para ofenderme dos veces
Con una culpa, Leonor.
Cuando tú te aconsejaras
Conmigo para querer,
La primera habia de ser
Que dijera que no amaras;
Mas si á decirme llegaras
Que amaste una vez, yo fuera
La primera y la tercera
Que echara el manto al amor;
Que si aquello fuera honor,
Estotro cordura fuera.

LEONOR.

Has nacido sin empeño
En palabras y en acciones,
Tan dueño de tus pasiones,
De tus discursos tan dueño,
Que no vi en tí el mas pequeño
Afecto á mi pena igual,
Para que en desdicha tal
Te descubriese la mia,
Y hace mal quien su mal fia
A quien no sabe del mal.
¿Quién en libertad se vió,
Que se duela del cautivo?
Quién, estando sano y vivo,
Se acuerda del que murió?
Quién en la orilla rogó
Por el que en el mar fallece?
Quién del dolor se entristece,
Que á otro aflige y desalienta?
Nadie, que nadie hay que sienta
Las penas que otro padece.
Yo así, esclava, no te hablé,
Porque en libertad te vi;
Muerta, no me llegué á tí,
Porque con vida te hallé;
Desde el mar no te llamé,
Porque en la orilla vivias;
Doliente, en las ansias mias,
No te pedí que sintieras,
Porque sé que no supieras
Sentir lo que no sentias.
Pero ya que yo no he sido
Quien te ha dicho mi cuidado,
Y que la ocasion me ha dado
El lance que se ha ofrecido,
Sabe que amor he tenido,
Y sabe que fué Don Juan
Colona, á quien lugar dan
Mis favores en secreto,
Por ilustre y por discreto,
Por valiente y por galan.
Dos años há que festeja
Mi calle, dos años há
Que asido hasta el alba está
A los hierros de mi reja.
Al ruego, al llanto, á la queja,
Roca, monte y fiera fuí;
Pero ¿quién pudo (¡ay de mí!)
Resistirse tiempo tanto
A la queja, al ruego, al llanto
De un hombre que llorar vi?
Vida, hacienda y honra gano
Con tal dueño: esto previno
Mi esperanza, cuando vino
De la guerra nuestro hermano.
Y viendo que ya es en vano
Hablar por la reja, quiero
Que entre al jardin (no el primero
Será mi amoroso error,
Que le enmiende otro mayor):
En él esta noche espero.
Mas pues te ha dicho el papel
A lo que mi amor llegó,
No es bien que te diga yo
Lo que ya te ha dicho él.
Esta es la causa cruel
De mi gran melancolía,
Este el fin de mi alegría;
Y pues que tu hermana soy
Y humilde á tus piés estoy,
No estorbes la suerte mia.

LISARDA.

Aunque es verdad que pudiera
Ofenderme de tu amor,
Estás resuelta, y error
Notable el reñirte fuera,
Pues sé que con eso hiciera
Mayor tu amor y tu fe
De lo que al principio fué;
Que aunque de amor no he sabido,
Que crece mas resistido
Amor, como es fuego, sé.
Cuentan que se hallan dos fuentes
Cuyos templados cristales,
Naciendo juntos é iguales,
Son varios y diferentes;
Pues contrarias las corrientes,
Iris de oro, nieve y plata
Que una montaña desata,
Contienen tanto rigor,
Que la una mata de ardor,
Y la otra de hielo mata.
Yo que aborrezco el amor,
Yo que ni estimo ni quiero,
Soy la del hielo, pues muero
A manos de mi rigor;
Tú que adoras su sabor
Y tu mismo daño adquieres,
Eres la opuesta, pues mueres
Llena de ardor y de fuego:
Juntémonos, porque luego,
Si soy hielo y fuego eres,
Templarémos de manera
Nuestra condicion nociva,
Que el cargo del amor viva,
Y el de la opinion no muera.
Dime, pues, ¿quién es tercera
De tu amor?

LEONOR.

Nise avisada
Está de abrirle á la entrada.

LISARDA.

¡Oh qué infeliz á ser vienes,
Leonor, supuesto que tienes
Que te calle una criada!
Mas oye lo que he pensado
Para asegurarme á mí,
Y no embarazarte á tí
La esperanza de tu estado.
En traje disimulado
Yo tu criada he de ser
De noche, porque he de ver
Si es tan honesto el empleo
De tu amor y tu deseo
Como me das á entender.
Seis cosas así consigo:
Ser con nuestro honor leal,
Ser contigo liberal,
Y ser honrada conmigo,
Dar á tu amor un testigo
Que temas enamorada,
Suspender despues la espada
De Don Sancho cuando venga,
Y excusar al fin que tenga
Que callar una criada.
Envia pues el papel,
Y empiece el engaño hoy.

LEONOR.

Esperando un criado estoy,
Que aquí ha de venir por él
Ahora... Y aun es aquel.

LISARDA.

Aunque de Don Juan oí
La fama, nunca le vi,
Ni á él conozco ni al criado.
Dale el papel, con cuidado
De que te guardas de mí.

ESCENA II.

NISE, CELIO.— LISARDA, LEONOR.

CELIO. (*Ap. á Nise.*)

No faltará una cautela;
Que á los audaces, sin duda,
Dicen que fortuna ayuda,
Y á los tímidos repela.

NISE.

Ya te vió.

CELIO. (*Ap.*)

¡Triste de mí,
Y qué ojos!

LISARDA.

Gentilhombre...

CELIO.

Ese, señora, es mi nombre.

LISARDA.

¿Cómo os atreveis así
A entraros aquí?

CELIO.

No sé
Qué respuesta daros pueda:
Término se me conceda...
El de la ley... Para que
En tan estupendo exceso
Halle de disculpa indicio.
Y así digo que al oficio
De la querella el proceso
Se lleve, porque mejor
Fulminado el caso esté,
Y que yo responderé
Allá por procurador.

LISARDA.

No de burlas respondais,
Cuando de véras os hablo.

CELIO. (*Ap.*)

Esta mujer es el diablo.

LISARDA.

Decid presto á quién buscais,
O haré que por atrevido,
Mil palos, villano, os dén
Dos esclavos.

CELIO.

No harán bien
En darme lo que no pido.
Mi conciencia acomodada
Corre, porque desto gusta,
Siempre abierta y nunca justa,
Por no verse empalizada:
Y tanto se sutiliza
El temor, que de mi casa
No salgo el dia que pasa
Por ella Mons de Paliza.
Y así, porque revoqueis,
Diosa Pálas, la paluna
Sentencia, ved que ninguna
Causa contra mí teneis.
Buscando vengo al cajero
De Don Nicolas Ursino,
Este genoves vecino,
Para que me dé el dinero
Que de una libranza resta.
Dijéronme que vivia
Pared en medio, y creia
Que fuese la casa esta.
Y así, por ella me he entrado,
Como quien viene á pedir;
Mas con volverme á salir
Se enmienda todo lo errado.
(*Quiere irse.*)

LISARDA.

Llámale y dale el papel,
Leonor, sin que yo lo vea. (*Ap. á ella.*)

LEONOR.

Oid, soldado. Quien desea
Castigar hoy tan cruel
Vuestra osadía, ha mandado
Que os diga que aquí (advertid)
No volvais mas. (*Dale el papel.*)

CELIO.

Pues decid
Que yo lo pondré en cuidado,
Y cumplida mi esperanza
No vendré mas donde estoy,
Pues, Dios bendito, me voy
Sin palos... (*Ap.* Y con libranza.)
(*Al irse Celio, le detiene Don Sancho.*)

ESCENA III.

DON SANCHO.—DICHOS.

DON SANCHO.

¿Qué libranza?

CELIO. (*Ap.*)

Este es peor
Lance: no me voy sin palos.

DON SANCHO.

¿Qué buscais?

CELIO.

(*Ap.* ¡Indicios malos!)
No busco nada, señor.

DON SANCHO.

¿De quién sois criado vos?

CELIO.

De Dios.

DON SANCHO.

¡Lindo desenfado!

CELIO.

Si Dios todo lo ha criado,
¿Quién no es criado de Dios?
Y si argumentos tan buenos
No os dejan asegurado,
Pruebo que soy su criado
En que es á quien sirvo ménos.
Y al cabo, por yerro entré
Aquí, y ya me he disculpado
Del yerro y de haber entrado.
No te lo digo, porqué
Es contra el arte decir
Alguna cosa dos veces;
Mas si á saberlo te ofreces,
Mejor lo podrás oir
Desas damas, á quien yo
Lo he dicho ya, y mi capricho
Se atiene á lo dicho dicho. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON SANCHO, LISARDA, LEONOR, NISE.

LISARDA.

Déjale, que aquí se entró
Preguntando si sabía
De un vecino, á quien él viene
Buscando; y tal humor tiene,
Que estuviera todo el dia
Oyéndole, segun es
De entendido y sazonado.

DON SANCHO.

Con todo eso, no me agrado
Yo de estas cosas. Despues,
O Lisarda, que deje
La guerra y vine á vivir
En la paz, para asistir
Mas á vuestro lado, hallé
En la calle alguna vez
A este hombre; y no quisiera
Que ocasion mi honor me diera
Para que haciendo júez
Al mundo de mi valor,
Algun loco pensamiento
Fuera trágico escarmiento
De las fortunas de amor.

LISARDA.

El que te oyere decir
Razones tan ponderadas,
Tan graves y tan cansadas,
Muy bien podrá presumir
Que una de las dos previene
Asuntos de tu temor;
Cuando en buena ley de honor,
No solo quien no le tiene
Lo ha de pensar[1], pero quien
Le tiene, debe pensar
Que el sol le pudo engañar,
Que es lo que le está mas bien.
Y así, del aire no arguyas,
Don Sancho, ilusiones vanas,
Que al fin somos tus hermanas;
Y aunque no por serlo tuyas
Debiéramos proceder
Bien, por ser nosotras sí;
Pues no aprendimos de tí
Ni de tus celos el sér
Ni el lustre con que nacimos,
Si nos estuviera bien
El aprenderle, de quien
Viles hazañas oimos.
Y así el valor y la fama
De que al cielo haces testigo,
Guárdale para el amigo
A quien quitaste la dama. (*Vase.*)

DON SANCHO.

Escucha, Lisarda, espera.

LEONOR.

¿Para qué te ha de escuchar?

DON SANCHO.

Para que ya que á culpar
Llegó tan altiva y fiera
Hoy mis acciones, tambien
Sepa, Leonor, que ha mentido
El coronista fingido
De mis celos.

LEONOR.

Está bien;
Pero allá podrá mejor
Que no aquí tu pensamiento
Ver el trágico escarmiento
De las fortunas de amor. (*Vase.*)

DON SANCHO.

Oye tú tambien, aguarda.
Yo sabré en desdicha igual
Quien ha informado tan mal
De mí á Leonor y á Lisarda. (*Vase.*)

—

Habitacion de Don Juan en casa de Ursino.

ESCENA V.

DON JUAN, OCTAVIO.

DON JUAN.

Grave melancolía
Es, Octavio, la vuestra: todo el dia
No haceis, aquí encerrado,
Sino dejar las riendas al cuidado,
Dando con mil enojos
Voz y llanto á los labios y á los ojos.
Si es tanto sentimiento,
Corrido del humilde alojamiento
Que en mi casa se os hace,
Poco tanto dolor se satisface
Con tan pequeña queja,
Pues agraviado el sentimiento deja.
Hacedme á mi testigo
De vuestros sentimientos.

OCTAVIO.

¡Ay amigo!
No hagais tan grande agravio
A la amistad de Octavio,
Pensando que podia
Vuestra casa aumentar la pena mia;
Pues como veis que es fuerza
No verme el sol, mi sentimiento fuerza
El estar solo y triste: [siste.
Mas que en la causa, en la pasion con-

DON JUAN.

Aunque yo de un amigo
Nunca á saber ni á preguntar me obligo
Mas de lo que él quisiere
Decirme, aquí la ley así prefiere
La voluntad, que quiero
Que me acuse la parte de grosero,
Suplicándôs merezca mi cuidado
Saber la causa con que habeis llegado
Encubierto á Verona,
Recatada del sol vuestra persona,
Haciendo mi aposento
Voluntaria prision.

OCTAVIO.

Estadme atento.
Bien os acordais, Don Juan,
De aquel venturoso tiempo,
Que en las escuelas famosas
De Bolonia, patria y centro
De las artes y las ciencias,
Fuimos los dos compañeros,
Viviendo un cuerpo dos almas
Y dando un alma á dos cuerpos.
Bien os acordais tambien
De que en un mismo correo,
De vuestro padre y el mio
Tuvimos juntos dos pliegos,
En que el señor Don Ursino
Os mandaba que al momento
Viniésedes á Verona
A descansarle del peso
De vuestro estado, porqué
Os tenian sus deseos,
De una principal señora
Tratado ya el casamiento.
En el mio me mandaba
A mí mi padre que luego
Trocase plumas y libros
Por las galas y el acero.
Vos á casaros y yo
A la guerra, en un dia mesmo
Fuimos llamados; si bien
No de contrarios efectos,
Porque la guerra y casarse
Todo es uno en este tiempo.
Al despedirnos los dos,
En el abrazo postrero
Palabra los dos nos dimos
Que habíamos de valernos
El uno al otro, y llamarnos
Para cualquiera suceso:
Sobre cuya confianza,
A buscaros, Don Juan, vengo,
Para probar que soy yo
Mas vuestro amigo, supuesto
Que yo de vuestra amistad
Soy quien se vale primero.
Doblemos aquí la hoja
Y á los discursos pasemos
De mi vida, que son tales
Que imagino, dudo y temo
Que yo los pueda decir,
Si no los dice el silencio.
Salí de Bolonia pues
Para Milan, donde luego
Que llegué, senté la plaza
Y ventajas en el tercio
Del señor duque de Lerma,
Aquel Escipion mancebo
En quien Adónis, Mercurio
Y Marte tienen imperio.
A mi discurso volvamos,
Que huele á lisonja esto;
Mas sus proezas son tales,
Que aunque callarlas deseo,
Es fuerza volver á ellas
Antes que acabe el suceso.
Asenté en su compañía
La plaza, y miéntras el tercio
Estuvo en Milan, en él
Divertí los pensamientos
De la patria y los amigos
Entre mujeres y juego.
¡Oh cuanto en mi relacion
Algun amoroso extremo
Tarda ya, porque sin él
Está frio cualquier cuento!
Amor, al fin, que no teme
Los escándalos y estruendos
De Marte (que desde niño
Le tiene perdido el miedo,
Como se crió en sus brazos),
Depuesto el arco y depuesto
El arpon, quiso tal vez
Matar con armas de fuego,
Y en unos divinos ojos
Introdujo tanto incendio,
Que hicieron Troya las almas,
Aun ántes de verse dentro.
Vi y amé tan igualmente,
Que viendo y amando á un tiempo,
Hubo despues competencia
Sobre cuál seria primero.
Por no cansaros, aunque
Con gusto me estéis oyendo,

. . . .

Lo que es lugares continuos[2],
Ventanas, calles, terrero,
Señas, papeles, criados,
Noches, embozos, paseos...

. . . .

Ya es hábito del amor
Gozar mas, quien vale ménos.
Tambien sabréis cómo hallaron
Buen sagrado mis deseos.
Creció amor comunicado,
Y de un lance á otro, siguiendo
Al incendio de la vista,
Por vecindad, el incendio
Del alma, pasó el que era
Breve pavesa entre hielo,
A ser llama, que ya daba
Tornasoles y reflejos,
A ser Etna, á ser volcan,
Abismo de luz inmenso;
El que era volcan y Etna,
A ser esfera, á ser centro,
Oficina y obrador
De los rayos y los truenos;
Tanto, que aunque desigual,
Si bien no en el nacimiento,
Sino en la hacienda, la dí[4]
Palabra de casamiento:
Cuya llave, que es maestra
Para entrar á cualquier pecho
De mujer, me ofreció hacerme
De tantas venturas dueño.
Di parte desto á un amigo...
¿A un amigo dije? Miento,
Porque un amigo traidor
Con capa de verdadero,
Es el mayor enemigo;
Que al fin, no fuera el veneno
Del áspid tan ponzoñoso,

[1] No solo quien no le tiene (temor) *no* lo ha de pensar, sino ni aun quien le tiene, etc.

[2] No hallamos sentido razonable en los seis versos que siguen. El verso séptimo, que principia con las palabras *Tambien sabréis*, nos hace creer que ha debido emplearse otro *sabréis* ántes. Falta sin duda algun trozo aquí.

[3] Tal vez, *comunes*.

[4] El pronombre *la* se refiere sin duda á *la dama* de Octavio; pero tal como va impreso el romance, solo ha hablado de ella, empleando la expresion masculina, *divinos ojos*. Otra señal de que ántes se han omitido algunos versos.

Si no matara encubierto.
¡Oh fementido! Oh aleve!
Oh falso! ¡Oh mal caballero!...
Pero quédese esto aquí.
Ufano, alegre y contento
Esperé que el dios de Dafne
Entre sombras y bosquejos
De una noche sepultase
Su luz, siendo monumento
Todo el mar á todo el sol,
Cuando llegase á su centro.
Quiso el cielo el mismo dia
(¡Qué tasado que anda el tiempo
En las penas!) que mandó,
De honor y prudencia lleno,
El marques de los Balbases
Que fuese marchando el tercio
Al Casal de Monferrato,
Abrasando y destruyendo
Cuantos lugares hubiese
Confinantes; que aunque abiertos,
No les faltaban defensas.
¡Ah ley dura! Ah duro fuero
De honor! ¿Qué no pararás,
Si sabes parar deseos?
Yo, atento á la disciplina,
Yo, á la milicia sujeto,
Salí con mi compañía;
Que es al noble caballero
La religion mas estrecha
De cuantas admira el tiempo,
La milicia. A Pontostura
Llegamos, donde el esfuerzo
De nuestro maestre de campo
Hizo alarde de su aliento;
Pues porque tardó un criado
Con su arnes, desnudo el pecho
Se entró por la batería:
Debió de tener por cierto
Que la obediencia del plomo
Habia de guardar respeto
A un Sandoval y á un Padilla;
Y bien lo dijo el efecto,
Pues hallándole una bala
Desarmado y descubierto,
Cayó, sin hacerle mal,
Hecha una plancha en el suelo,
Dejando (como por firma
Que dijese «no me atrevo
A pasar mas adelante»)
Un cardenal en el pecho.
Ganó á Pontostura pues,
A Rofinar puso cerco
Luego, y rindió á Rofinar,
A San Jorge y otros pueblos
Del Monferrato, dejando
Para mayores empleos
Descubierta la campaña.
Mas ¿qué va que estáis diciendo
Ahora entre vos: «Este hombre
¿Dónde va con este cuento,
Que ha dejado tantos cabos
Para su novela sueltos?
Porque él tiene introducidos
Una dama, por quien muerto
De amores está: un amigo,
De quien se queja con celos:
Un duque, á quien encarece:
Y á mí, á quien tiene propuesto
Que le tengo de valer.»
Pues de la farsa que emprendo
Todos somos personajes,
Todos nuestra parte hacemos;
Y para que lo veais,
A mi discurso me vuelvo.
Cuando á San Jorge llegó
Del duque de Lerma el tercio,
Mons de Toral le esperaba
Con los caballos lijeros
Del suyo, de un montecillo
Amparado y encubierto.
Descubrióle nuestra gente,
Y en arma los campos puestos,
Empezó á escaramuzar
La caballería, y el tercio
De españoles y franceses,
Tan valientes como diestros.
No me quiero detener
A repetir por extenso
La guerra, que voy muy largo;
Solo detenerme quiero
A contar en esta parte
Lo que importa á nuestro intento.
El fin de la escaramuza
Fué que vencido y deshecho
El Toral, se retiró
Al Casal, y hasta que dentro
Dél estuvo pertrechado,
Le dieron caza los nuestros.
Y cuando ya nuestra gente
Volvia á ocupar los puestos,
Escuchamos una voz,
Que entre los franceses muertos
Salia, y vimos tambien
Que se levanta entre ellos
Un hombre, herido y desnudo,
De polvo y sangre cubierto.
Este, en mal formadas voces
Que apénas concibió el eco,
Dijo en idioma frances:
«Españoles caballeros,
Cualquiera que haya ganado
Por despojo, triunfo y premio
De su valor, un joyel
Que traje pendiente al pecho,
Véngale á dar por rescate,
Si quiere joyas de precio
Mas subido; y si no quiere,
Déme la muerte, primero
Que yo viva imaginando
Que aun pintada, es de otro dueño
La bellísima madama
Que lleva por huésped dentro.»
Dijo el frances, y aunque allí,
Por las señas, creí cierto
No poder determinar
Ser noble, por los afectos
Sí; que quien noble no fuera,
No tuviera sentimiento
Tan hidalgo. Llegó á él
El Duque, y con muchos ruegos
Corteses le persuadió
Que fuese su prisionero.
Rindióse el frances al Duque,
Y mandó curarle luego,
Y ordenó que á Milan fuese,
Porque desmintiese el riesgo
De su vida con mayor
Cura, regalo y aseo.
(Ya tenemos en la farsa
Otro personaje nuevo.
Pues ninguno está de mas.)
Echóse un bando, diciendo
Que aquel soldado que hubiese
Adquirido en el encuentro
Un joyel con un retrato,
Le diese á rescate luego.
Prometióse cien escudos
Por él: pareció al momento
En el poder de un soldado
Manchego... y por mucho ménos
Le diera. Diósele al Duque,
Y á mí (que siempre en su pecho
Tuve piadoso lugar)
Me dió el retrato, diciendo:
«Partid, Octavio, á Milan
En alas de mis deseos,
Y decidle de mi parte
A aquel frances caballero,
Que en generoso rescate
De su dama, solo quiero
Que tome su libertad;
Y así, que se vaya luego.»
Ya veréis si volvería
Alegre á Milan con esto,
Pues obedeciendo yo
A mi superior y dueño,
Iba donde me llevaban
A voces mis pensamientos.
Con lo cual veréis tambien
Que no es lisonja ni afecto
El haber introducido
Dama, amigo, guerra, encuentros,
Duque y frances, porque todo
Cuanto referí primero,
Para volver á Milan
Fué necesario en el cuento.
Volví pues á Milan... ¡Nunca
Volviera á Milan! ¡Primero,
Pluguiera el cielo, una bala,
Rémora de mis deseos
Fuera, parándome el curso
En el mar de mis tormentos!
Pues embajador apénas
De amor, cumplí con el feudo,
Cuando partiendo á la casa
De mi dama, hallé... El aliento
Aquí me falta, y aquí
La voz desde el labio al pecho
Es un tósigo, un puñal,
Es un cordel, un veneno,
Que me aflige, que me hiere,
Que me abrasa y deja muerto,
Por que hallé...

ESCENA VI.

URSINO. — OCTAVIO, DON JUAN.

URSINO.

Don Juan.

DON JUAN.

¡Señor...

OCTAVIO.

Interrumpióme á buen tiempo,
Para que vuelva á tomar
En mis desdichas aliento.

DON JUAN.

Tú en este cuarto!

URSINO.

A buscarte,
Muy quejoso de tí, vengo.

DON JUAN.

¿Tú de mí quejoso?

URSINO.

Sí.

DON JUAN.

¿En qué disgustarte puedo,
Si como á señor te aclamo,
Como á padre te obedezco?

URSINO.

En haberme dilatado
Una dicha tanto tiempo
Como há que el señor Octavio
Está en casa. ¿No merezco
Tener parte yo de un huésped
Que á honrarnos viene? ¿No debo
Dar gracias á la fortuna
Deste gusto, deste aumento?

DON JUAN.

Con causa te quejas. Digo
Que te ofendió mi silencio
Neciamente; pero fué
Gusto de Octavio.

OCTAVIO.

Yo beso
Tus plantas por la merced
Que me haces; que como vengo
A sola una diligencia
A Verona de secreto,
No quise darte cuidado

Porque he de volverme luego
A Milan.

URSINO.

Mucho agraviaste
Obligaciones que tengo,
Octavio, á tu sangre.

OCTAVIO.

Soy
Tu esclavo.

URSINO.

Pues ya que puedo,
Informado de mi dicha,
Hablar libremente, quiero
Que un cuarto se te aderece,
Que por ser al Parque, creo
Que te divierta; que son
Sus vistas por todo extremo.

DON JUAN.

Con tu licencia, señor,
No saldrá de mi aposento,
Porque los dos lo pasamos
Bien aquí; y allí, recelo
Que al venir tarde ó temprano
Te dé ruido.

ESCENA VII.

CELIO. — DICHOS.

CELIO. (*Ap.*)

¡Aquí está el viejo?
¿De cuándo acá nos visita?
Escondo el papel.

URSINO.

No quiero
Embarazar vuestros gustos,
Pues solamente pretendo
Que sepais, señor Octavio,
Que sé que en mi casa os tengo.

OCTAVIO.

Los años vivais del sol.

(*Vase Ursino.*)

CELIO.

Octavio, yo te agradezco
Que no dijeses *del fénix*,
Arrendador de lo eterno.
Y si quien trae buenas nuevas
Y quien las dice de presto,
Albricias nuevas merece,
Papel hay, venga dinero;
Y si no, no habrá papel.

DON JUAN.

Daca.

CELIO.

¿Qué es *daca?* Primero
He de *toma-car*.

DON JUAN. (*Toma el papel.*)

¡Qué loco
Estás! — Proseguid, que tengo,
Hasta saber en qué para,
Pendiente el alma del cuento.

OCTAVIO.

Leed primero el papel;
Que buenas nuevas, no creo
Que es bien, Don Juan, dilatarlas.

DON JUAN.

Con vuestra licencia leo.

OCTAVIO.

Contento leeis. ¿Podré
Daros parabienes?

DON JUAN.

Creo
Que será agraviar, Octavio,
Tanta ventura con ellos.
Ya os he contado otra vez
Que el tratado casamiento,
Para que entónces mi padre
Me llamó, no tuvo efecto.
Ya os dije como pensaba
Casarme á mi gusto, haciendo
A una dama, á quien adoro,
Del alma y la vida dueño.
Ya os conté cómo la hablaba
De noche, y que por respeto
De un hermano que ha venido
(Con quien amistad profeso
Con este intento no mas,
Pues le visito y le veo,
Y apénas sabe mi casa,
Ni conoce, segun creo,
A mi padre), por ahora
Se puso á mi amor silencio.
Pues leed, veréis que escribe
Que hablarla esta noche puedo
Dentro de su misma casa.
¿Qué os parece?

(*Toma Octavio el papel, y lee para sí.*)

OCTAVIO.

¡Grande extremo
De amor!

DON JUAN.

Hora es ya de ir.
Perdonadme, que si pierdo
La ocasion, pierdo la vida.—
Tú, dame la capa presto
Y un broquel. Adios, Octavio.

(*Vase Celio.*)

ESCENA VIII.

OCTAVIO, DON JUAN.

OCTAVIO.

Aguardáos, Don Juan, tenéos,
Porque habeis de hacer por mí
Una fineza, que quiero
Suplicaros.

DON JUAN.

¿Qué mandais?

OCTAVIO.

Esta dama os pone á un riesgo
Notable, y os da licencia
Que para el seguro vuestro,
Lleveis un criado.

DON JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues en cualquiera suceso,
¡Cuánto es mejor un amigo
De satisfaccion y esfuerzo!
Yo, como vuestro criado,
He de ir con vos; pues es cierto
Que yo para todo trance
Os seré de mas provecho.

DON JUAN.

Claro está que lo seréis,
Y aunque os estimo el consejo,
Hay una dificultad:
Que le nombrau á él, y teme
Que se disgusten.

OCTAVIO.

¿Hay mas
Que decir que soy el mesmo?
Que yo sabré recatarme.

DON JUAN.

Y si os hablasen (que á Celio
Le tienen allá por hombre
De humor y de pasatiempo),
¿Qué habeis de hacer?

OCTAVIO.

Pediré
Licencia á mis sentimientos,
Y diré mil disparates;
Que para todo hay remedio.

DON JUAN.

Sois mi amigo.

ESCENA IX.

CELIO. — OCTAVIO, DON JUAN.

CELIO.

Aquí está ya
Capa, broquel y sombrero.

OCTAVIO.

Dame tú la tuya á mí,
Y quédate...

CELIO.

Lo consiento,
Sin mas notificacion.

DON JUAN.

Vamos, Octavio.

OCTAVIO.

Aunque llevo
Tantos pesares conmigo,
Como sabeis, algun tiempo
He de gastar buen humor,
Miéntras soy criado vuestro. (*Vase.*)

—

Jardin de casa de Don Sancho.

ESCENA X.

LEONOR; LISARDA, *en traje de criada.*

LEONOR.

Huélgome de que seas
Testigo de mi amor, para que veas
Desde cerca el intento
Con que se atreve al sol mi pensamiento;
Que si me recataba
De tí, Lisarda, fué porque pensaba
Que cuerda me quitases
La ocasion; pero no porque llegases
A examinarla y verla,
Como tú no me quites el tenerla.

LISARDA.

Yo estimo el haber dado
Tan buen corte á tu gusto y mi cuidado,
Que conformando extremos
Tan contrarios, Leonor, las dos estemos
Gustosas de una suerte;
Mas solo un punto que me falta, advierte.
El dia que llegare
A pensar (¿qué es pensar?), que imaginare
Que yo soy la que ha hecho
Espaldas á tu amor, y de tu pecho
En esto tuve parte,
Leonor, te persuade que es quitarte
La ocasion.

LEONOR.

El callarlo te prometo,
Aunque yo sea mujer, y él sea secreto.

LISARDA.

Pues que ya recogida
Está la casa, y yo vengo vestida
Sin que oro brille y sin que cruja seda
Que informar á Don Juan de quién soy pueda,
Vete á hacer la deshecha,
Para que se desmienta la sospecha,
Con aquella criada
Que para abrir la puerta está avisada.

LEONOR.

Ya dije que has sabido
Tú la ocasion, Lisarda; que esta ha sido
La causa de dejalla,
Con que no es menester asegurarlla.

LISARDA.

¿Y vino nuestro hermano?

LEONOR.

No vino; pero aquese es temor vano,
Porque del nuestro tiene
Su cuarto muy distante, y cuando viene,
Se entra en él sin que sea
Fuerza que este jardin mire ni vea.
(*Hacen ruido dentro.*)

LISARDA.

¿Qué es aquello?

LEONOR.

Es la seña.
Vé á abrir la puerta, pues.

LISARDA.

Con no pequeña
Turbacion.

LEONOR.

¿Pues de qué, di, vas turbada?

LISARDA.

¿No ves que hago el papel de la criada?
—¿Don Juan? (*Llega á abrir.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, OCTAVIO —LISARDA, LEONOR

DON JUAN. (*Dentro*)

Sí, Nise bella.
(*Salen Don Juan y Octavio.*)
Yo soy quien busca al sol con una estrella.

LEONOR.

Pisa quedo, que aunque está
Su hermano fuera de casa,
Lisarda no duerme.

DON JUAN.

Escasa
De luz la noche, no da,
Nise, solo un rayo.

LISARDA.

Ya
En presencia de Leonor,
Será luz y resplandor
La tiniebla oscura y fria.

DON JUAN.

Dices bien, que todo es dia
Con el sol.

LEONOR.

¡Don Juan, señor!

DON JUAN.

Leonor, señora, mi bien,
Deja que en honestos lazos
Supla la fe de los brazos
Lo que los ojos no ven.

LEONOR.

¿Cómo se atreviera quien
No te estimara, á una accion
Semejante?

DON JUAN.

Dudas son
Que á tu recato prevengo,
Y solo á pagarlas vengo.

LEONOR.

Nise.

LISARDA.

Señora.

LEONOR.

Atencion
Has de tener con el cuarto
De Lisarda: no dispierte,
Y á echarnos ménos acierte.

LISARDA.

Yo tendré cuidado harto
De Lisarda

OCTAVIO.

Yo me aparto
Hácia la puerta á mirar
Que nadie salir ni entrar
Pueda.

LEONOR.

¿Es Celio?

OCTAVIO.

Leonor, sí.
(*Ap.* Mi crianza empieza aquí.)

LEONOR.

¿Pues cómo? ¿no hay mas hablar?

OCTAVIO.

No hay mas hablar, porque mas
Callar viene mas á cuento;
Que el primero mandamiento
De amor es, *no estorbarás.*
No fuí tan necio jamas
Que jugué con quien supiese
Mas que yo, ni que esgrimiese
Con amigo que estimase,
Que con mi amo me burlase,
Que con mi moza riñese.
Ni con necios porfié,
Ni con sabios argüí,
Ni con señor competí,
Ni de dama confié,
Ni con celos me ausenté,
Ni tuve, al fin, por favores
Cintas, cabellos ni flores;
Ni en sucesos semejantes
Me puse entre dos amantes
Que se están diciendo amores.

DON JUAN. (*Ap. á Octavio.*)

Bien el modo has imitado
De Celio; mas oye.

OCTAVIO.

Di.

DON JUAN.

Puesto que has de estar aquí,
Divierte un poco el enfado
Con el humor de criado:
Con esto conseguirás
Dos cosas, y es que estarás
Con Nise bien divertido,
Y siendo Celio fingido,
El mismo parecerás.

OCTAVIO.

Yo voy; pero no quisiera
Echarlo á perder.

LISARDA.

(*Ap.* No sé
Cómo hablar con él, porqué
El callar mas yerro fuera.
Mas sea desta manera.)
¡Ah Celio!

OCTAVIO.

Nise.

(*Siéntanse Don Juan y Leonor, y Octavio llega á hablar con Lisarda.*)

LISARDA.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
Que me entretengas aquí
Quiero.

OCTAVIO.

¿Entretenerte quieres?
¿Por ventura, Nise, eres
La mujer de Montení?

LISARDA.

Tu buen humor me convida.
(*Siéntanse los dos.*)

OCTAVIO.

Pues miente mi buen humor
Como un mal convidador
Que conozco en esta vida,
El cual para una comida
Tres amigos convidó
De falso, y cuando llegó
Del convite el aplazado
Dia, él muy descuidado,
Sin esperarlos, comió.
Entraron cuando ya estaba
Al *ite, comida est;*
Y colérico despues,
A su despensero echaba
La culpa, con que no hallaba
Que comer: y uno, á quien llama
Segundo Apolo la fama,
Al tal convite movido,
Antes muerto que nacido,
Hizo este breve epigrama:
«Tiene Fabio al parecer
Despensero á su medida,
Que al que convida, se olvida
De traerle que comer.
Si en convidar, Fabio amigo,
Gastas tan poco dinero,
Préstame tu despensero,
Y vente á comer conmigo.»

LISARDA.

Bueno el epigrama es.

OCTAVIO.

Consiento el llamarle bueno,
Porque he dicho que es ajeno.

LISARDA. (*Ap.*)

Bien va sucediendo, pues
No me conoce.

OCTAVIO. (*Ap.*)

¡Que dés,
¡Oh amor! (tu deidad te abona)
Nombre y voz de otra persona?

LISARDA. (*Ap.*)

En verdad que es extremado
El pícaro del criado.

OCTAVIO. (*Ap.*)

No huele mal la fregona.

LEONOR.

¿Tanto estimas el tener
Esta ocasion?

DON JUAN.

Sí, y ahora
Que duerme la blanca aurora
En lecho de rosicler,
¡Oh Leonor! quisiera ser
De toda esa esfera dueño,
O con el opio y beleño
Que da el monte de la luna,
Infundir en la fortuna
Del orbe silencio y sueño.

LEONOR.

Aunque en mi mano tuviera
El órden del cielo yo,
Hoy el curso del sol no
Parara ni detuviera;
Antes mas prisa le diera
Por sentir el verte ausente;
Que quien ama firmemente,
Don Juan, que trocara sé
Las glorias de lo que ve
A penas de lo que siente.

LISARDA.

(*Ap.* Ya que mas segura estoy,
En lo que sé le he de hablar,
Pues así no podré errar.)
¿Y cómo saliste hoy
De con Lisarda?

OCTAVIO.

(*Ap.* Aquí doy

Al traves. Mas la voz mia
Por mayor responda.) ¿Habia,
Hermosa Nise, de hacer
Caso yo desa mujer?
Todo, al fin, fué niñería.

LISARDA.

No mucho, porque yo sé
Que es mujer que cumplirá
Lo que dijere.

OCTAVIO.

No hará.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Yo me sé por qué.

LISARDA.

Ella es fiera.

OCTAVIO.

Ya yo sé
Que ella es fiera averiguada.

LISARDA.

Como nunca enamorada
Se vió, y nunca quiso bien,
No tuvo duelo de quien
Lo está.

OCTAVIO.

Ella es una menguada.

LISARDA.

¿Menguada?

OCTAVIO.

Y un argumento
Lo podrá probar mejor.

LISARDA.

¿Y es?

OCTAVIO.

Que quien no tiene amor...

LISARDA.

¿Qué?

OCTAVIO.

No tiene entendimiento.

LISARDA.

Ese es falso fundamento.

OCTAVIO.

No es sino fino.

LISARDA.

Es error
Dar á amor tan superior
Grado.

OCTAVIO.

Pues oye, y sabrás
Que no se apartan jamas
Entendimiento y amor.
Es amor una pasion
Del alma, tan firme en ella,
Que á duracion de una estrella
Se mide su duracion:
Un carácter ó impresion
Fija, que lleva la palma
Al tiempo; una dulce calma,
Que al alma suspensa tiene,
Tan alma suya, que viene
A ser el alma del alma.
Que como si uno se atreve
Fuego y nieve á mezclar, luego
Vendrá la nieve á ser fuego,
O el fuego vendrá á ser nieve,
Porque á la union se le debe
Tomar el hielo ó ardor;
Así amor y alma en rigor,
Juntándose en una calma,
O el amor ha de ser alma,
O el alma ha de ser amor.
Luego si es en mi argumento
Al amor el alma igual,
Y del alma principal
Potencia el entendimiento;
Tambien del amor, atento
A que ya es alma el amor,
Y él, como parte inferior
Del alma, le ha de asistir;
Que el criado ha de servir
Al huésped de su señor.
El amor lleva tras sí
Al alma, lleva despues
Al entendimiento, que es
Parte del alma: y así
Queda bien probado aquí
Que pecho en quien no halló asiento
Amor, ó quedó violento,
No fué porque fué cruel,
Sino porque no halló en él
Ni alma ni entendimiento.

LISARDA.

(*Ap.* Bachiller es el criado.)
Diga contra esa opinion
La experiencia una razon.
Yo vi un necio enamorado:
Luego es error haber dado
Al entendimiento fama,
Que dueño de amor se llama;
Pues amar un pensamiento,
No está en el entendimiento,
Supuesto que un necio ama.
Y apura mas mi razon:
¿Cuántos, por haber querido,
Su entendimiento han perdido?
Pues estos efectos son
De una amorosa pasion,
¿Cómo, dime, puede ser
Entendimiento el querer?
Que amor de su mismo asiento
No echara el entendimiento,
Si le hubiera menester.

OCTAVIO.

(*Ap.* Bachillera es la señora.)
Cualquiera que un arpa mida,
Hace que responda herida,
No que responda sonora:
Con esto te he dicho ahora
Que un necio amará tambien,
Mas no sabrá amar; que quien
Ama sin entendimiento,
Sonar hace el instrumento,
Pero no que suene bien.
(*Dentro ruido.*)

LISARDA.

Escucha. ¡Ay de mí!

OCTAVIO.

¿Qué es esto?

LISARDA.

La puerta abren del jardin.

OCTAVIO.

La cuestion tuvo mal fin.

LISARDA.

Señora.

LEONOR.

Nise.

LISARDA.

Huye presto,
Que la suerte nos ha puesto
En gran mal. Tu hermano viene
Por el jardin, como tiene
Llave dél.

LEONOR.

¡Triste de mí!

LISARDA.

Huyamos presto de aquí.
A los dos salir conviene
Por las tapias.

DON JUAN.

Saltad vos.

OCTAVIO.

Tente, señor, que no es bien
Que hasta que libres estén,
No hemos de salir los dos
De aquí.

LEONOR.

Pues adios. (*Vase.*)

DON JUAN.

Adios. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Pues no vuelven á hacer ruido,
Ahora me iré, advertido
De que quedas sin cuidado.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Válgate Dios por criado
Tan valiente y entendido!

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Sancho.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, LISARDA.

LEONOR.

¡Notable melancolía
Es la tuya! ¿No pudiera,
Para ayudarte á sentirlas,
Tener parte en tus tristezas?
Descansa conmigo á solas.
¿Qué sientes?

LISARDA.

Si yo supiera
Decir, Leonor, lo que siento,
No fuera mi mal, no fuera
Grave mi dolor, porqué
No es posible que se sienta
Mas que se dice; y aquello
Que se llora y que se cuenta,
No es mucho; que ántes el mal
Con eso se lisonjea:
Y yo estoy tan bien hallada
Con el mio, que quisiera
Que durara sin matarme,
Porque las desdichas nuevas
De morir, aquel instante
No me tuviesen contenta.

LEONOR.

Esa no es melancolía,
Es frenesí, es rabia, es fuerza
De mayor causa; y supuesto
Que decírmela no quieras,
No me la niegues, si yo
La supiere.

LISARDA.

(*Ap.* Yo estoy muerta.
¿Si mis extremos la han dicho
La ocasion?) Como la sepas
Tú, yo no la negaré.

LEONOR.

¿Es por ventura tu pena,
Corrida de lo que has hecho
Conmigo, siendo tercera
Estas noches de mi amor?

LISARDA.

Aunque alguna parte es esa,
No toda. Di si imaginas
Otra cosa.

LEONOR.

Solo esta
Me daba cuidado.

LISARDA.

Pues
Persuádete que no es esa;

Y supuesto que mi mal
Comunicarse no deja,
No apures mi sufrimiento.

LEONOR.

Dime en qué alegrarte pueda.

LISARDA.

En dejarme; porque un triste
Consigo solo se alegra.

LEONOR.

Obedecerte deseo:
Contigo, hermana, te queda.
(*Ap.* ¡Gran pasion es esta, cielos!
Quiera Dios que por bien sea.) (*Vase.*)

ESCENA II.

LISARDA.

Ya estoy sola, ya bien puedo
Dejar al dolor la rienda,
Dar al aliento la voz,
Soltar al llanto la presa,
Y en mal pronunciadas voces
Y en lágrimas mal deshechas,
Dar corrientes y suspiros
A los ojos y á la lengua.
Salgan pues, salgan del pecho
Tantas desdichas y penas..
Mas no salgan; que aunque estoy
Sola, es tan grande la afrenta
Que padezco, que al decirlas,
Aun de mí tengo vergüenza.
Y ántes que mi agravio diga,
El primer acento sea
La disculpa, como aquel
Que en una prision espera
Morir de veneno, y toma
Primero la contrayerba.
Tres peligros tiene amor:
Uno el que la voz alienta,
Otro el que la vista admite,
Y otro el que el oido engendra.
Conociendo el de los ojos,
Les dió la naturaleza
Párpados, porque no fuese
Disculpa el ver á una ofensa.
En la lengua puso luego,
Como á monstruo, como á fiera
Terrible, mayores guardas
De candados y de puertas,
Tras canceles de coral,
Otras murallas de perlas.
Pues siendo así que previno
Para los ojos defensa,
Defensa para la voz,
¿Cómo olvidó que tuviera
Defensa el oido, siendo
El que aprende mas apriesa?
Pues de lo que hace y ve
Un hombre, ménos se acuerda
Que de lo que oye; y no solo
No hay guardas que le defiendan,
Pero tiene, porque vaya
La voz mas sonora y cierta,
Quien la recoja, pues son
Arcaduces las orejas.
Y (apurando este discurso,
Llevada de mis tristezas)
De lo que miran mis ojos,
Ya con harta recompensa
Lo que lloran ellos mismos
De sus agravios les venga:
De lo que la lengua dice,
Con suspiros la consuela;
Mas el oido no tiene
Ni consuelo ni defensa.
Dígalo yo, que engañada
Oí la falsa sirena
De un hombre... Pero aquí el llanto
Anegue la voz, y sea
Mar de desdichas mi pecho,
Adonde corra tormenta.
¿A un hombre... (aquí me suspende
Segunda vez la vergüenza)
De humilde estado, de poca
Estimacion, y de prendas
Tan bajas, pudo el oido
Tanto, que la voz sujeta
Y el pecho, que ha sido el centro
De altivez y de soberbia?
¿Yo ¡cielos! yo á una pasion
Tan rendida y tan resuelta,
Que me desvele un criado,
Un pícaro? La paciencia
Me falta. ¡Oh qué bien, amor,
De mis desdenes te vengas!
Un solo camino hallo
De vencer esta inclemencia
Del cielo, que es verle presto;
Que el verle de dia refrena
La pasion, que de escucharle
De noche, nace. Con esta
Intencion le dije anoche
Que á verme á estas horas venga,
Pensando que Nise soy,
Y estoy esperando atenta;
Que si viéndole de dia
Con tal traje y tales señas
De hombre bajo, mi furor
Tras sí me arrastra y despeña,
Tengo de darle la muerte,
Porque con su vida mueran
Tantos abismos de males,
Tantos piélagos de afrentas,
Tantos Etnas de desdichas,
Tantos volcanes de afrentas,
Tantos montes de peligros,
Tantos mares de sospechas,
Tantos linajes de agravios,
Tantos géneros de penas.

ESCENA III

CELIO.—LISARDA.

CELIO. (*Ap. sin ver á Lisarda.*)

Octavio y Don Juan me dicen
Que á buscar á Nise venga;
Que ella dirá qué me quiere,
Y que la otorgue y conceda
Cuanto me dijere: yo
No sé qué enigmas son estas.
Ellos se vienen de noche
Con disfraces y cautelas
Sin mí, que ya no parezco
Escudero de comedia,
Segun que no me hallo en todo;
Y siendo así que recelan
De mí no sé qué secretos
Que allá entre los dos conciertan,
¡Me dicen que hable con Nise!—
Pero Lisarda es aquesta.

LISARDA.

(*Ap.* ¡Qué presto vino! ¿Que un hombre
Tal, con cuidado me tenga?)
¿A qué efecto me nombraste?

CELIO.

Por mi devocion, que es buena
La que con Santa Lisarda
Tengo; que yo no pudiera
Con otro afecto nombraros;
Y si es que os nombrara, fuera
Por diosa de la hermosura,
Por ninfa de la belleza,
Emperatriz de la gala
Y de la discrecion reina,
Archiduquesa del garbo,
De lo prendido duquesa,
Marquesa de lo parlado,
Y del aseo condesa,
Y vizcondesa... de nada;
Que no ha de ser vizcondesa
Lisarda, si en la demanda
Perder un ojo me cuesta;
Que ménos importará,
Para lo de Dios, que sea
Yo, hermosa señora mia,
Bizco, que vos vizcondesa.

LISARDA. (*Ap.*)

¿Que tan frias necedades,
Que frialdades tan necias
Como estas, á una mujer
Como yo, cuidado cuestan?
¡Castigo del cielo ha sido!

CELIO. (*Ap.*)

Mucho la vista pasea
Por mi estatura; sin duda
Que los palos me tantea,
Quizá porque los esclavos
Los dén por razon y cuenta.

LISARDA.

(*Ap.* En esto el remedio hallo;
Que no hay cosa que aborrezca
Mas que á este hombre, si le miro.
Mas disimular es fuerza,
Si así tengo de sanar.)
¿No os dije yo que no os viera
Aquí otra vez?

CELIO.

Sí, señora.
De lo dicho se me acuerda;
Pero como son esclavos
Los que han de hacer la faena,
Trayendo al cuerpo de guardia
De mis costillas su leña,
No me dió mucho cuidado;
Que no hay ninguno que sea
Mas vuestro esclavo que yo;
Y siendo yo esclavo, es fuerza
Que como á prójimo suyo,
Ni me toquen ni me ofendan.

LISARDA. (*Ap.*)

Donaire de la amenaza
Hace: claramente muestra
El valor con que le he visto
Alguna noche á mi puerta
Al lado de su señor,
Sobre espadas y rodelas
Desembarazar la calle,
Para quedar solo en ella.
Es valiente; mas ¿qué importa,
Si es quien es?

CELIO. (*Ap.*)

Dióme otra vuelta.
Yo pienso que me retrata,
Segun me mira de atenta.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Qué mal talle! Pues ¿la cara?
¡Qué fealdad!

CELIO. (*Ap.*)

Haré una apuesta,
Que está diciendo entre sí:
¡Qué generosa presencia!

ESCENA IV.

DON SANCHO.—LISARDA, CELIO.

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Ten, Fabricio, ese caballo.

LISARDA.

Don Sancho es el que se apea.

CELIO.

Siempre con Don Sancho tuve
Azar, y aquí no quisiera
Que me hallara, aun siendo un Cid.

LISARDA.

(*Ap.* Que una desdicha suceda
Temo, y mas siendo la causa
Yo de que ahora á verme venga:
Excusarla me conviene.)
En este aposento entra.

CELIO.

¿Qué es aposento, señora?
En un desvan me metiera. (*Vase.*)

(*Sale Don Sancho.*)

DON SANCHO.

¿Estás sola?

LISARDA.

Si no son
Compañía la tristezas,
(*Va Don Sancho á cerrar la puerta.*)
Sola estoy ¿Qué es lo que haces?

DON SANCHO.

Cierro, Lisarda, la puerta;
Que quiero quedar contigo
A solas.

LISARDA. (*Ap.*)

La puerta cierra.
Él le ha visto.

(*Asoma Celio al paño.*)

CELIO. (*Ap.*)

Malo es esto.
Todos ustedes me sean
Testigos, por si me matan,
De que protesto la fuerza,
Para que pueda pedir
Despues contra la sentencia
La nulidad de mi muerte.

LISARDA. (*Ap.*)

Ya cerró. Yo quedo muerta.

DON SANCHO.

Muchas veces deseé
Que ocasion se me ofreciera
De hablar contigo, Lisarda,
Y ninguna es como aquesta;
Que si algun criado mio
Te informó de la manera
Que suelen, lo que me trajo
De Milan quiero que sepas.
Yo vi en Milan una mujer tan bella...
No digo bien mujer; yo vi una diosa,
En los cielos de abril fragrante estrella,
En los campos del sol luciente rosa,
Tan entendida, y tan sagaz, que en ella,
Como de mas estaba el ser hermosa;
Que parece formó naturaleza
Contra la discrecion tanta belleza. [do
Tal fué, que habiendo á mis desvelo da-
Mas de alguna ocasion, y habiendo sido
Agradecido iman de mi cuidado,
Y no ingrata prision de mi sentido;
Habiendo pues á mi temor librado
Necios favores que borró el olvido,
Con nueva voluntad, con nuevo empeño,
Mudable me dejó por otro dueño.
Súpelo yo despues, de una criada
Que me dijo que ciega pretendia
Aquella misma noche dar entrada
En su casa al galan que la servía;
Pero que ella, á mis ansias obligada,
No á mis dádivas, dijo, me ofrecia
Venderme la ocasion. ¡Oh cuántas famas
Las criadas vendieron de sus amas!
Agradecí el aviso (que un celoso
Le debe agradecer, aunque le pese);
Y esperaba la noche cauteloso,
Para que paso á mis traiciones diese;
Cuando viniendo á verme su penoso
Amante, sin saber que yo lo fuese,
Contándome sus dichas y desvelos,
Creció mas la congoja de mis celos.
Confieso que si entónces me dijera
Lo que yo en sus amores ignoraba,
Secreto dar á su amistad debiera,
Morir primero á mi lealtad tocaba;
Mas si yo de su amor tan capaz era,
Que lo supe ántes que él me lo contara,
Ya niego la fineza del efeto;
Que lo que dos me dicen no es secreto.
Abrióme pues la puerta la criada,
Guiándome á su cuarto, donde aquella
Deidad de la inconstancia profanada,
Estaba tan mudable como bella.
La criada, á la luz, fingió turbada
Desconocerme; y mas turbada ella,
Sin fingirlo quedó, sin que supiese
Cuál la verdad, cuál lo fingido fuese.
Dió voces, bajó gente, y mis venganzas
Probaron en alguno los rigores.
Si estorbé de su amor las esperanzas,
Si olvidé de mi olvido los favores,
Si burlé de una fiera las mudanzas,
Si castigué de un áspid los errores,
Dilo tú, aunque ignorante me castigas;
Pero no es de tu estado, no lo digas.
Esto te he dicho, porque no imagines
De mí que hacer, sin gran disculpa, pue-
Cosa indigna de mí, ni determines [do
Si yo bien puesto ó si mal puesto quedo;
Que no es bien que me arguyas ni exami-
Para poner á mis acciones miedo, [nes,
Y disculpar lo que en mi casa pasa;
Que Argos de honor, he de velar mi casa.
(*Vase.*)

ESCENA V.

LISARDA.

¿Hay cosa como pensar
Mi hermano, como me vió
Tan de su parte, que yo
Fuese la que dió lugar
A aquel criado, y he sido
La que admitiendo al criado,
La pendencia ha ocasionado?
Aun si le hallara escondido,
Con mas razon lo dijera;
Pues es verdad que yo soy
Quien le dió la ocasion hoy
De que á buscarme viniera.
Mas ya que el temor resisto
Y él se fué, bien empleado
Ha sido el susto pasado,
A trueco de haberle visto;
Pues verle solo será
Remedio.—¡Ah Celio! (*Llamando.*)

ESCENA VI.

CELIO.—LISARDA.

CELIO.

Señora.

LISARDA.

Bien podeis salir ahora,
Que mi hermano se ha ido ya.
Pero mirad lo que os digo:
Que no atribuyais la accion
Que habeis visto, á otra ocasion
Que estorbar vuestro castigo
A mis ojos.

CELIO.

No se crea
Tal de mí, ni tal se espere;
Y si tal atribuyere,
Que atribuido me vea
A los ojos del Señor.
Y con esto, y con besar
Aquese pié singular
(Cifra que asienta el amor,
Pié que á persona se atreve,
Pié que en mi pié lugar toma,
Pié que un notario de Roma
Le despachó, por lo breve;
Pié duende, pues en rigor,
No se sabe si es verdad;
Y pié tan menor de edad,
Que le pueden dar tutor),
Me iré, con compas de piés,
Alegre y agradecido,
Avisado y advertido
De tu piedad.

LISARDA.

Oye, pues.

CELIO.

¿Otrosí? ¿Qué mandas?

LISARDA.

Mando
Que no me vuelvas aquí
Otra vez.

CELIO.

Harelo así,
Las tres ánades cantando.

LISARDA.

(*Ap.* Mas ¿por qué me quito yo
El remedio de mi mal,
Si es que con seguro igual
Amor mi remedio halló?)
Celio, oye.

CELIO.

No me detengas,
De todo estoy avisado:
Que no venga me has mandado.

LISARDA.

Pues ya te mando que vengas.
Licencia, Celio, te doy:
Ven á verme, porque el verte
Solo ha de excusar mi muerte.
Mas ¿qué digo? ¡loca estoy! (*Vase.*)

ESCENA VII.

CELIO.

¡Cielos! ¿quién ha de entender
La cifra de aqueste enfado?
Mas pues solo me han dejado,
Un soliloquio he de hacer.
Recibirme melindrosa,
Lisarda, hablarme turbada,
Advertirme recatada,
Y guardarme generosa,
Enfadarse y desdecirse,
Quererme ir y enfadarse
Despedirme y retractarse,
Mandar que venga y partirse,
¿No me está diciendo aquí
(Que no es otra cosa, no)
«Necio, entiéndeme, que yo
Me estoy muriendo por tí?»
Pues alto, esperanza vana,
No hay en esto duda alguna;
Que el que es de buena fortuna,
Lo que no envida, no gana.
Desde hoy tengo de asistir
Noche y dia; desde hoy
Su eterna figura soy,
Pues que yo puedo rendir
Con mi buen arte y con mi
Buen ingenio y mi gallarda
Presuncion, una Lisarda
De las mas lindas que vi. (*Vase.*)

Calle con paredes, rejas y puerta de un jardin.

ESCENA VIII.

URSINO, DON JUAN y OCTAVIO, *de noche.*

OCTAVIO.

Los dos, señor, contigo
Sirviéndote hemos de ir.

URSINO.

Ya, Octavio, os digo
Que es conmigo excusado
Afectar ese honor, ese cuidado.

DON JUAN.

¿Has de ir solo á esta hora?

URSINO.

¿Pues quién me ha de ofender?

OCTAVIO.

Ninguno ignora
Que es rayo tu cuchilla,
Que del rebelde ha sido maravilla;
Mas no porque lo fueses,
Nos excusa á los dos de descorteses,
Si habiéndote aquí hallado,
Te dejamos ir solo.

URSINO.

Ya habeis dado
En eso, y lo consiento
De vos, Octavio, porque Juan, atento
A la obediencia mia,
No os deje solo; porque mas querria
Ser hoy con vos grosero
Yo, que no que él lo sea.

OCTAVIO.

Solo quiero
Responder á ese agravio,
Muda la voz y suspendido el labio.

DON JUAN.

¿Dónde vas?

URSINO.

Aquí á casa
De César, donde se divierte y pasa
Lo noche en tener juego,
Conversacion y rifas, y irme luego.
Esta es la casa: despediros puedo.
Idos con Dios, que yo seguro quedo.

DON JUAN.

¿Entrarémos contigo?

URSINO.

No, que no quiero yo que seas testigo
De si juego ó no juego,
Para alentar tus inquietudes luego.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

DON JUAN, OCTAVIO.

OCTAVIO.

¡Bien vuestro padre ha andado!
Propio despejo de tan gran soldado,
Reñir con bizarría.

DON JUAN.

Pues no quisiera hoy la suerte mia
Que haber andado bien, hubiese sido
En eso.

OCTAVIO.

¿Pues en qué?

DON JUAN.

En haber venido,
Ya que le acompañamos,
Al barrio de Leonor, pues nos tardamos,
Por haberle asistido.

OCTAVIO.

Antes, Don Juan, mas presto hemos venido
Que otras noches.

DON JUAN.

No creo
Que vive en vos la fe de mi deseo,
Pues temprano os parece.

OCTAVIO.

Aunque es verdad que el alma no padece
El ansia ni el afeto
Digno de un alto y singular sugeto;
Por Dios, que no ha dejado
De traerme mi poco de cuidado.
Sabed que la criada
Parla excelentemente.

DON JUAN.

Es extremada.

OCTAVIO.

No vi en toda mi vida
Pícara tan gustosa y entendida.
Pues ¿qué diré del modo
Con que se hace estimar?... Calle aquí todo.
Decidme si es hermosa.

DON JUAN.

¿Pudiera haber pregunta mas ociosa?
Si vos decis que tan discreta sea,
¿No estáis diciendo á voces como es fea?
Pero pues ya llegamos,
La seña, Octavio, en esta reja hagamos.

OCTAVIO.

¿Qué va que no responden?
Pues poco há que se esconden
Del sol las luces bellas,
Dejando por vireinas las estrellas.

DON JUAN.

Fuerza es pues que esperemos:
Aquí este rato divertir podemos.
Ved, ¿qué quereis que hagamos?
Mas, pues solos estamos
Sin el impedimento
Que os estorbó otras veces, va de cuento.

OCTAVIO.

Con el retrato de aquella
Madama... Aquí me parece
Que quedamos.

DON JUAN.

Es verdad.

OCTAVIO.

Cuya hermosura excelente
Con vida y con alma estaba
En el joyel, de tal suerte,
Que mirándola y hablando
Otra dama diferente,
Quise responder á ella,
Presumiendo que ella fuese;
Llegué á Milan, y á la casa
De monsiur de Orliens, pariente
Muy cercano de los duques
De Orliens, cuyos intereses
Quizá le empeñaron tanto,
Que pasando de valiente
A temerario, le hicieron
Deudor de tantas mercedes.
Díle el recado del Duque,
Y en el trasunto viviente
Absorto, en muy grande rato
No habló; pero en solo verle,
Dijo mas que si dijera;
Que es el silencio elocuente.
Luego con mil ceremonias
De rendimientos corteses,
Me dijo: «Monsiur, al Duque
Mi señor le decid que este
Esclavo rendido suyo,
Le besa los piés mil veces.
Y así, que por no tomar
Contra mi dueño excelente
Las armas, me volveré
A Francia, pues me concede
La vida y la libertad,
Sin que á ello el Rey me fuerce.
He querido decir esto,
Por no dejaros pendiente
Ningun cabo, porque todos
Los de la novela queden
Atados; si ya no es
Porque advertida y prudente
Rodeos busca la lengua
Para que al dolor no llegue.
Pero en fin, por no huir
El semblante á los desdenes
De la fortuna, supuesto
Que la congoja mas fuerte,
Cuanto mas se recatea,
Tanto mas se aviva y crece
(Que es otra desdicha aparte
La desdicha que se teme),
Llegué á la casa ¡ay de mí!
De Flérida hermosa (que este
Es el nombre); y cuando en ella
Pensé lograr los placeres
Perdidos (¡qué necedad,
Que tal mi pecho creyese!
Pues es cierto que ninguno
Despues de perdido vuelve),
Hallé la casa (que abierta
Estaba, sin que me diesen
Los adornos seña alguna
De que la habitase gente)
Toda desierta, y en toda
Una suspension [1]... que á veces
Aun las desdichas se hacen
De rogar, si les parece
Que son de provecho. El huerto,
Cuyas flores fuéron jueces
De mi amor, vi seco y mustio,
Y algunas, sin que naciesen
Claveles, lo parecian,
Pero sangrientos claveles.
Vi que hácia una parte estaba
La turca alfombra excelente
Trocada en funesto lecho,
Que hacia sombra á unos cipreses [2].
Todo me puso pavor,
Todo tristeza; y de suerte
Vi tras la imaginacion
Arrebatarse y perderse
El discurso, que temí
Dentro en mí mismo perderme.
¿Viste á cóleras del noto
Deshojarse y deshacerse
Los nevados tornasoles
De aquel árbol que amanece
A ser alba del verano
Por su rizado copete,
Y apénas al mundo vive,
Cuando maravilla muere?
¿Viste, á violencia de un rayo,
En la campaña celeste
Del estío, que son ruina
Los pámpanos y las mieses?
¿Viste océano terrible,
Que montes de espuma mueve
A los embates de un rio,
Soberbio con su corriente?
Tal la casa parecia,
Arbol, mies, rio, que pierde
Al viento, al rayo, á las ondas,

1 Quizá falte aquí algo: toda la comedia está plagada de inconexiones de tal género, que indudablemente prueban hallarse el texto cercenado y viciado.

2 Otro verso que parece viciado ó fuera de su lugar. No es creible que escribiese Calderon «que un lecho hacia sombra á unos cipreses.» Mas natural era que los cipreses hicieran sombra al lecho, es decir, á la alfombra revuelta y tirada por el suelo.

Cuando mas se desvanece,
Pompa, hermosura y caudal,
Humilde, postrado y débil.
No previniendo la causa
Del no pensado accidente,
Pensé morir; pero un hombre
Que acaso allí estaba, en breve
Informado de mis dudas,
Me respondió desta suerte:
«Aquí vivia una dama,
Rica solo de los bienes
De naturaleza, á quien
Amó un caballero: este,
La noche que salió el tercio
De Milan, habrá dos meses,
Por la puerta del jardin
Entró: no sé quién le abriese;
Solo sé que la mujer
Dió voces, y que la gente
De su casa acudió, y él,
Como atrevido y valiente,
En su defensa mató
Un hombre; y segun parece,
Debió de quedar aquí;
Mas las señas lo desmienten.
Salió, en fin; y ella turbada,
Viendo que á todos los prenden,
Se fué á un monasterio, donde
Librarse, señor, pretende.»
Nombróme el nombre, al fin: era
Aquel fiero, aquel aleve
Amigo, en quien, por mis males,
Deposité tantos bienes.
Ved ¡qué penoso dolor!
Ved ¡qué confusion tan fuerte!
Y mas cuando de la dama
Tuve un papel que me advierte
Que por mí su hacienda, vida
Y reputacion padecen:
Que volviese por su honor,
Pues es tan cierto, que tiene
Obligacion de pagar
La deuda el que no la debe,
Como en su nombre se pida,
Y a todo el nombre se preste.
Con esto pues, empeñado
En matarle ó en prenderle,
Le busqué, y supe que estaba
En Verona...

DON JUAN.

Oye, detente,
No prosigas, hasta tanto
Que haya pasado esta gente.

ESCENA X.

DON SANCHO, CRIADOS.—DON JUAN, OCTAVIO; *despues*, CELIO.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Ellos son: ya no hay que hacer,
Sino esperar á que entren.

(*Vanse Don Sancho y sus criados.*)

OCTAVIO.

Armas lleva y prevenciones.

DON JUAN.

La esquina á la calle vuelven,
Y otro hombre por esta parte
Mirando las rejas viene.

(*Sale Celio con capa rica.*)

CELIO. (*Ap.*)

¡Qué mal un enamorado
Descansa, come ni duerme,
Si á los umbrales no está
De la dama á quien bien quiere!
Aquí me ha de hallar el dia
Adorando estas paredes.
¡Ay bellísima Lisarda,
Qué de suspiros me debes!
Yo quiero hacer una seña.

OCTAVIO. (*Ap. á Don Juan.*)

¿Si son estos los valientes
De la otra noche, y nos echan,
Por ocasionarnos, este?

DON JUAN.

¿De qué suerte lo sabrémos?

OCTAVIO.

Yo os lo diré. Desta suerte.—

(*Llégase á Celio.*)

Caballero, á mí me importa
Sola que esta calle deje;
Y así le ruego se vaya,
O haráme que se lo ruegue
A cuchilladas.

CELIO.

No hará;
Porque el pedir desa suerte,
Es lo mismo que pedir
Limosna con pistolete.

OCTAVIO.

Pues váyase de aquí al punto.

CELIO.

Dónde es el punto conviene
A saber, si he de ir allá;
Si no es que decirme quiere
Que irme al punto, es irme al punto.

OCTAVIO.

No del vocablo me juegue,
Sino váyase.

CELIO.

No quiero.

OCTAVIO.

Yo le haré que quiera.

CELIO.

Tente,
Señor.

OCTAVIO.

¿Es Celio?

CELIO.

Yo soy.
Milagro fué el conocerte,
Porque si no, esta es la hora
Que eres un atun de *requiem*.

OCTAVIO.

¿Qué capa es esta?

CELIO.

Una tuya.

OCTAVIO.

Pues ¿qué disfraz es aqueste?

CELIO.

Disfraz de hombre enamorado;
Que no hay cosa en que se eche
De ver mas, cuando lo están,
Que en andar limpias las gentes.

OCTAVIO.

Nise lo habrá así trazado.

CELIO.

Nise fué mi remoquete
Un tiempo; mas ya no es Nise,
Ni-se dice, ni-se puede
Decir, porque al fin, fué amor
De medio mogate ese,
Y este es de mogate entero.

DON JUAN.

Ea, vete de aquí, vete.

CELIO.

No puedo, porque he de estar
Hasta que el alba despierte,
Clavado en estos umbrales,
Dosel poco, esfera breve
De mejor sol, pues el sol
La luz de Lisarda aprende.

DON JUAN.

¿Estás loco?

CELIO.

Cuerdo estoy,
Porque quien el juicio pierde
Por tal causa, cuerdo está.

OCTAVIO.

Eso es ser loco dos veces.

ESCENA XI.

LISARDA, *á la puerta del jardin.* — DON JUAN, OCTAVIO, CELIO.

LISARDA.

Celio, Celio.

DON JUAN.

¿Llaman?

CELIO.

Sí.
Aguárdate tú, no llegues;
Que Celio dijeron, y es
Lisarda, que á hablarme viene,
Enamorada de mí.

DON JUAN.

Necio estás. Mira: no quedes
En la calle.—Nise, ¿es hora?

LISARDA.

Sí, entra. Mas Celio ¿no viene
Contigo?

DON JUAN.

Celio.

CELIO Y OCTAVIO.

Señor.

OCTAVIO. (*A Celio.*)

No respondas tú, detente.

DON JUAN. (*A Octavio.*)

Entra: ¿qué esperas?

OCTAVIO.

Pensar
Que he de pasar fácilmente
Del monte de mis pesares
Al jardin de tus placeres.

LISARDA. (*A Octavio.*)

¡Oh Celio! seas bien venido.

OCTAVIO.

Claro está, si vengo á verte,
Que bien venido seré.

LISARDA.

Entra presto, porque cierre.

OCTAVIO.

Entro, porque cierres, presto.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Ay amor! mucho me debes,
Pues asegurando el riesgo,
Quiere amor que á perder eche
De noche con escucharle,
Lo que mejoré con verle.

(*Vanse al jardin Don Juan, Lisarda y Octavio.*)

ESCENA XII.

CELIO.

¿Qué me toca hacer á mí,
Viendo en la ocasion presente
Que á Lisarda (á quien conozco
Por la voz distintamente,
Como aquel que de la suya
Y de la de Nise tiene
Mas noticia) me ha llamado
Por mi nombre, viendo que entre
Octavio á gozar las dichas,

Que solo mi amor merece;
Pues cuanto de dia granjeo,
Porque el verme la divierte,
Viene él á gozar de noche?
¡Fiero amigo, ingrato huésped,
Vive Dios, que va de véras
El sentir celos tan fuertes!...
Pero ¿qué mucho, si veo
De véras tambien que llegue
A rendirse una mujer
De su calidad, de suerte
Que me viese y que me llame?
Mas ya, ¿qué remedio tiene,
Si al que ha de ser desdichado,
Aun la vida le da muerte? (*Vase.*)

—

Jardin con puerta de comunicacion á la casa de Don Sancho.

ESCENA XIII.

LEONOR, DON JUAN, LISARDA, OCTAVIO.

LEONOR.

En la alfombra lisonjera
Deste cuadro (que es dosel
De la hermosa primavera,
Pues las rosas que hay en él,
Estrellas son de otra esfera,
Cuyos muertos resplandores
A las estampas y huellas
Del sol, dicen entre olores :
«Si esta noche sois estrellas,
Mañana seremos flores»)
Puedes sentarte.

DON JUAN.

Y aquí
Puedes tú darme del dia
Cuenta. ¿En qué has pensado? di.

LEONOR.

En que la memoria mia
Siempre está pensando en tí.
A la aurora desperté,
La mañana te escribí,
A la tarde te esperé,
De noche, Don Juan, te ví,
Y á todas horas te amé.

OCTAVIO.

Y tú, Nise, ¿en qué has pasado
El dia?

LISARDA.

No me he acordado
De ti.

OCTAVIO.

Tú has hecho muy bien;
Que por Dios, que yo tambien
Tuve ese mismo cuidado,
Y desde hoy te he de querer
Por finezas tan extrañas.

LISARDA.

¿Qué finezas?

OCTAVIO.

¿Pueden ser
Mayores, pues desengañas
A un hombre, siendo mujer?
En ninguna mi cuidado
Desengaño hubiera hallado.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Porque en todas son
La lengua y el corazon
Un reloj desconcertado.
(*Ruido dentro.*)

LISARDA.

¿Cómo?... Mas ¿qué ruido es este?

LEONOR.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

¡Válgame el cielo!

LISARDA.

El cuarto abren de mi hermano.

LEONOR.

Luz sacan.

LISARDA. (*Ap.*)

Aquí me pierdo,
Si en este traje me ven,
Y si conocida quedo
De Don Juan y su criado.

DON JUAN.

¿Qué he de hacer?

LISARDA.

Arrojaos presto
Por las tapias, que nosotras
Seguras quedamos.

DON JUAN.

Celio,
Ven tras mí.

OCTAVIO.

Si ántes que lleguen
Saltar las tapias podemos,
Será mejor.

LEONOR.

Dices bien.

OCTAVIO.

Ea, pues, salta primero.
(*Vanse Don Juan y Octavio.*)

ESCENA XIV.

DON SANCHO, CRIADOS.—LISARDA; LEONOR, *escondida*.

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Guardad las puertas vosotros,
Pues ya vimos que están dentro.

LISARDA.

¡Ay infelice de mí!

LEONOR. (*Escondida.*)

¡Muerta estoy!

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Acudid presto.
(*Salen Don Sancho y criados.*)

LISARDA.

¿Qué ruido es este? ¿qué buscas
Con tantas armas y estruendo?

LEONOR. (*Ap.*)

A mí no me ve Don Sancho.
Segura escaparme puedo
Y irme á mi cuarto. (*Vase.*)

DON SANCHO.

¿Qué haces
Aquí á estas horas?

LISARDA.

(*Ap.* ¡Hoy muero!)
Bajé al jardin desta forma
A solo tomar el fresco.

DON SANCHO.

¡Oh aleve, infame!

ESCENA XV.

UN CRIADO.—LISARDA, DON SANCHO, CRIADOS; *despues*, OCTAVIO.

CRIADO.

Señor,
Acude á las tapias presto,
Que ha saltado un hombre, y otro
Va á salir.

OCTAVIO (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!
Cayó la tapia, y yo estoy
Enterrado ántes que muerto.

DON SANCHO.

Presto lo estarás.
(*Sale Octavio.*)

OCTAVIO.

No haré,
Porque es un rayo este acero
Desatado.—Mas ¡qué miro! (*Ap.*)
¿No es este Don Sancho, cielos?

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿este no es Octavio?

LISARDA. (*Ap.*)

Don Juan es este que veo,
El que saltó fué el criado:
Pues no le conozco, es cierto.

OCTAVIO.

Traidor, ahora verás
Que desta suerte me vengo
De los pasados agravios.

DON SANCHO.

Villano y mal caballero,
Si es que á buscarme has venido,
¿No era mas hidalgo hecho
Vengarte de mí en mi vida,
Si ella te ofendió, primero
Que en mi honor? ¿No era mejor
Darme muerte cuerpo á cuerpo
En el campo, que matarme
Disfrazado y encubierto?
Mas ántes que del jardin
Hagas teatro funesto,
Tomaré de dos agravios
Dos venganzas: pues primero
De mi honor y desta hermana
He de remediar el riesgo,
Haciendo que de marido
La mano la dés; y luego
Te he de dar muerte, porque
A dos agravios atento,
Ya que en mi honor y en mi vida
Quisiste vengarte fiero,
Tomen mi vida y mi honor
Satisfacciones á un tiempo.
Dale la mano.
(*Dentro dan golpes.*)

CRIADO.

Las puertas
Quiebran.

DON SANCHO.

Todos estad quedos.

OCTAVIO.

(*Ap.* Esta es Leonor; la criada
Era la que se fué huyendo.
¿Habráse visto jamas
Otro hombre en mayor empeño?
En casa de mi enemigo,
Sin saber cómo, me veo,
Cercado de armas y gente
Estoy, con indicios ciertos
De amante de la que es dama
Del amigo con quien vengo:
¿Cómo he de salir de aquí?
Pues si callo, lo confieso;
Y si digo la verdad,
La ley de amistad ofendo.
Mas remítolo al valor:
Mejor es matar muriendo.)
Traidor Don Sancho, aunque aquí
Me ves ahora encubierto,
No vengo á ofender tu honor;
A darte la muerte vengo.
Esas paredes salté

Solo con aqueste intento.
Ni yo conozco á esa dama,
Ni sé si es, viven los cielos,
Tu hermana; y esta respuesta
Me debes por su respeto.

LISARDA.

(Ap. Don Juan y Don Sancho deben
De haber reñido ántes desto:
Esforcemos su disculpa.)
¡Bueno es que tú, loco ó necio
Hagas por allá locuras
Que obliguen á tanto extremo
Como buscarte en tu casa,
Y quieras, viniendo á eso,
Echarme la culpa á mí,
Cuando te busca resuelto!

DON SANCHO.

¡Qué mal, ingrata, pretendes
Disculparte, cuando tengo
Desengaños yo de todo!
Que há dias que lo pretendo.
Él ha de darte la mano,
Y morir despues.

OCTAVIO.

Primero
Que se la dé, he de morir.

DON SANCHO.

Pues mueran los dos.

LISARDA.

¡Ay cielos!
Caballero, por mujer,
Me amparad, si es que os merezco
Esta fineza.

OCTAVIO.

Hoy será
Muralla vuestra mi pecho.

DON SANCHO.

Sí, pero poca muralla.
(*Acuchíllanse Don Sancho y Octavio, y retíranse hácia una puerta Octavio y Lisarda.*)

LISARDA.

Mucho una desdicha temo.

DON SANCHO.

En vano el valor te alienta.

OCTAVIO.

La ventaja te confieso;
Pero he de morir matando.

DON SANCHO.

Pues yo he de matar muriendo

OCTAVIO.

El umbral de aquesta puerta
Sea el sagrado postrero
De mi vida.

DON SANCHO.

Tu sepulcro
Ha de ser ese aposento,
Porque no tiene salida.

LISARDA.

De su vida es el remedio.

DON SANCHO.

¿De qué suerte?

LISARDA.

Desta suerte.
(*Éntrase Octavio retirando, y cierra la puerta Lisarda.*)

UN CRIADO.

Cerró la puerta.

DON SANCHO.

En el suelo
La echaré.

CRIADO.

¿Cómo es posible?
Que son dos personas dentro,
Que la guardan y defienden.

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Yo así mi vida defiendo,
Por vivir para matarte.

DON SANCHO.

Cobarde soy, pues no intento
Derribar aquestas puertas.
No en vano (¡vil pensamiento!)
Supo Lisarda que yo
Dejaba en Milan (¡ah cielos!)
Quejoso de mí un amigo.
Si él lo dijo... Mas ¿qué es esto?

CRIADO.

Que han trepado por las rejas.

ESCENA XVI.

DON JUAN.—DON SANCHO.—CRIADOS.

DON SANCHO.

¿Quién va?

DON JUAN.

Un hombre que resuelto
Viene así á morir al lado
De un amigo.

DON SANCHO.

Yo agradezco,
Oh Don Juan, como es razon,
La fineza y el deseo,
Pues no dudo, que el oir
En mi casa aqueste estruendo
Os habrá obligado á hacer
Por mi amistad tal extremo.

DON JUAN.

Don Sancho, aquí soy testigo
De la obligacion que tengo,
Y he de acudir á la parte
Que es mas forzosa, primero.
Perdonadme.

DON SANCHO.

¿Que os perdone,
Decis, cuando os agradezco
Venir así? Y pues se llega
Siempre en desdichas á tiempo,
Las mias sabed, que pongo
En vuestras manos. Yo tengo
Dentro de mi casa un hombre,
Que á matarme entró resuelto...
Y aun con dos muertes; que si es
En los generosos pechos
Vida del alma el honor,
El alma tambien me ha muerto.
Con una de mis hermanas
Ha hecho fuerte ese aposento.
Si le doy muerte atrevido,
De mi hermana el honor pierdo;
Y si le dejo con vida,
Vivo un enojo me dejo.
¿Qué he de hacer en tales dudas?

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Habráse visto suceso
Semejante? Con Don Sancho
Era de Octavio el empeño.
Yo le he traido á esta casa
Mal haré, si aquí le dejo.
Si un amigo hace de mí
Confianza, y si le ofendo,
Las esperanzas de ser
De Leonor esposo pierdo.
A librar á Octavio vine,
Y cuando librarle intento,
¡Me dicen que está encerrado
Con Leonor, para ser dueño
De su amor!

ESCENA XVII.

OCTAVIO, LISARDA. — DON JUAN, DON SANCHO, CRIADOS.

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Aquella voz
Conozco, salir pretendo.

LISARDA. (*Dentro.*)

No hagas tal.

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Aparta.

LISARDA. (*Dentro.*)

Yo
De aquí á salir no me atrevo.
(*Ábrese la puerta, sale Octavio, y vuelve á cerrar Lisarda.*)

OCTAVIO.

(*Ap.* ¡Miedo de mujer! Cerró.
Mas ¿cómo conformes veo
Tanto á Don Juan y á Don Sancho?
¿Cosa que fuese concierto
Haberme traido?... Mas ¿cómo
Tal de un amigo sospecho?)
Don Juan...

DON SANCHO.

Pues, ¿de qué os conoce
(*Ap.* Peor esto se va poniendo.)
A vos, Don Juan, mi enemigo?

OCTAVIO.

Ya de que acudais es tiempo
A la obligacion que os puse,
Cuando os conté mi suceso.
Don Sancho es el enemigo.

DON SANCHO.

Don Juan, que acudais espero
A mí, pues honor y vida
En vuestras manos he puesto.
El enemigo es Octavio.

DON JUAN.

¿Quién se vió en igual aprieto?
Pero, ¿qué temo, qué dudo,
Si dice la ley del duelo,
Para casos semejantes?...

LOS DOS.

¿Qué?

DON JUAN.

Que *con quien vengo, vengo.*
Don Sancho, dadnos lugar,
Porque por montes de acero
Hemos de salir los dos.

DON SANCHO.

Pues ¿tú contra mí? ¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es cumplir mi obligacion.

DON SANCHO.

¿Y en la que yo te habia puesto?

DON JUAN.

Llegó muy tarde.

DON SANCHO.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque *con quien vengo, vengo.*

DON SANCHO.

«¿Con quien vengo, vengo?» Aquí
Se oculta mayor misterio.
Mas no importa, pues que yo,
Que honor de mi parte tengo
Y vengo á cobrarle aquí,
Dándôs la muerte primero,
Diré al lado de mi honor

También : *Con quien vengo, vengo.*
Mueran los dos.

CRIADOS.

Los dos mueran.

OCTAVIO.

Hay mucho que hacer en eso,
Que sois pocos. (*Riñen.*)

DON SANCHO.

¡Ay de mí!
¡Muerto soy! ¡Válgame el cielo!
(*Cae Don Sancho, huyen los criados.*)

OCTAVIO.

Don Sancho cayó en las flores,
Y los criados huyeron.

DON JUAN.

Y como sin luz nos dejan,
Por donde salir no acierto.
Pero ¿dónde está Leonor?

OCTAVIO.

Cerrada en ese aposento.

DON JUAN.

Abre aquí, yo soy, bien puedes.

LISARDA. (*Dentro.*)

Por conocerte, me atrevo.
(*Abre y sale.*)

DON JUAN.

Ven conmigo, que no es bien
Que te deje en este riesgo.

LISARDA.

Mira que no soy...

DON JUAN.

Ya sé
Quien eres, pues que te llevo.
Segura conmigo vas.

LISARDA. (*Ap.*)

Ya todo está descubierto,
Pues me conoce y me ampara
Por cómplice deste yerro. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

URSINO; *despues*, DON SANCHO Y OCTAVIO.

URSINO.

Fácil está de verse que he perdido,
Pues del juego no salgo acompañado,
Ni á un miron reverencias he debido,
Ni luz al garitero le he costado.
Y aun mejor despaché que he merecido,
Pues que las escaleras no he rodado.
Bien del garito al tiempo no hay distan-
[cia,
Pues solo medra el que anda de ganan-
¡Vive Dios!... [cia.
(*Dentro ruido de espadas.*)

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Aun se anima en esta mano
Noble acero en defensa de mi vida
Y mi honor.

URSINO.

Esto ¿qué es?

DON SANCHO. (*Dentro.*)

Vuelve, tirano,
Y no seas dos veces mi homicida.

URSINO.

En esta casa riñen.

OCTAVIO. (*Dentro.*)

Ya es en vano
Esperar, mi venganza conseguida,
Y tu muerte.

ESCENA XIX.

DON JUAN, OCTAVIO, LISARDA. — URSINO; *despues*, DON SANCHO Y LEONOR.

LISARDA.

¡Ay de mí!

OCTAVIO.

Ved dónde irémos.

DON JUAN.

A casa, porque allí lo dispondrémos.
(*Vanse los tres.*)

URSINO.

En esta casa fué la cuestion ¡cielos!
Y despues de la voz y del ruido,
Dos hombres entre asombros y desvelos
Y una mujer con ellos, han salido,
Desnudas las espadas. Mil recelos
Al alma y la razon han ocurrido.

DON SANCHO. (*Dentro.*)

¡Triste de mí! Sin confesion me muero.

URSINO.

Ni hombre humano seré ni caballero,
Si dejo á aquesta voz de dar ayuda,
Cuando pronuncia en lamentable acen-
Afectos religiosos: lengua muda, [to
Entrar adentro á socorrerle intento.
(*Sale Don Sancho.*)

DON SANCHO.

Mal el valor se alienta, mal se ayuda,
Cuando de sangre propria está sediento
El corazon, y en bárbaros enojos
Le lloran las heridas y los ojos.
Vuelve, vuelve, enemigo, y esa espada
Muerte me dé, para mayor exceso.

URSINO.

Quien así os busca, no os ofende en nada,
Mas os viene á ayudar en tal suceso.
(*Sale Leonor.*)

LEONOR. (*Ap.*)

Yo bajó en llanto y en dolor bañada:
Que estoy mortal á mi dolor confieso.
¿Dónde voy (¡ay de mí!), que en esta cal-
[ma
Miente la vida, y se desdice el alma [1]?

DON SANCHO.

Decid, ¿quién sois?

URSINO.

Quien de piedad movido,
Llora vuestras desdichas.

DON SANCHO.

Caballero,
Bien la piedad lo dice, pues ha sido
De la sangre el blason mas verdadero.
Perdonadme el no haberos conocido;
Que aunque en mi patria estoy, soy ex-
[tranjero
En ella, y así ignoro vuestro estado;
Que extranjero en su patria es el solda-
En el último aliento de mi vida, [do.
Lucho á brazo partido con la muerte,
Y por la infausta boca de una herida
El alma los espíritus divierte.
No quiero, no, que sea socorrida
Mi vida desas canas en tan fuerte
Desdicha; el honor sí: dejadme os rue-
Y esa dama poned en salvo luego. [go,
No es mi dama, señor; hermana es mia:
¡Así lo fuera la que abrió primero
Puerta para tan grande alevosía,
Despojo infame del rigor severo!
Solo en vuestro valor mi honor se fía,
Porque os juzgo señor y caballero.

1 Aquí debe faltar una octava en que Leonor diga algo á su hermano, al verle herido.

Mirad por ella, y quede en vos segura
Pobre nobleza, y huérfana hermosura.

URSINO.

Infeliz caballero, ya que el cielo
A esta ocasion mis pasos ha traido,
¿Quién duda que haya sido por consuelo
De vuestro pecho honrado y afligido?
En mis brazos venid, alzad del suelo.
Llamaré quien os cure, y advertido
Vivid de que tendrá esta hermosa dama
Segura su opinion, cierta su fama.
Ursino soy... y basta; y á Dios juro
De no faltar jamas de vuestro lado,
Hasta que de la vida estéis seguro
Y del honor estéis desagraviado. [curo
Con vos me habeis de hallar, porque pro-
Ya como propio el bien de un desdicha-
Venid los dos. [do.

DON SANCHO.

Esa palabra aceto.

URSINO.

Otra vez con el alma os lo prometo.

—

JORNADA TERCERA.

Cuarto de Don Juan.— Está oscuro.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, LISARDA, OCTAVIO.

DON JUAN.

Este es mi cuarto, señora,
Y aunque en él quedais á oscuras,
Importa, miéntras que voy
A preveniros alguna
Parte, donde retirada
Estéis con los dos, segura
De la justicia, que hoy tiene
La vara de la fortuna.

LISARDA.

En vuestras manos, Don Juan [2],
Estoy. Vos teneis la culpa
Destos sucesos, supuesto
Que vuestro amor (¡suerte injusta!)
Me puso en esta ocasion;
Y así os toca (¡oh pena dura!)
Sacarme della, y mirar
Que mi riesgo no se excusa.

DON JUAN.

Octavio, vente conmigo.

OCTAVIO.

¿Dónde vas?

DON JUAN.

¿Eso preguntas?
A prevenir donde estémos
De suerte, que si nos buscan
No nos hallen, y de suerte
Que si falta quien presuma
Contra nosotros, no pueda
Hacernos daño la fuga;
Pues con estos dos intentos,
Octavio, tengo entre muchas
Partes que se me ofrecieron,
Hecha eleccion de la una,
Que es un cuarto desta casa,
Que ni se vive ni ocupa.
Y con estarnos allí
Los dos, y Leonor oculta,
No nos salimos de casa,
Ni la ven; y si procuran
Buscarnos, él tiene puerta
Al mar (que bate su espuma
Unos jardines, adonde
Corresponde su hermosura);

2 Lisarda aun no ha conocido á Don Juan. Como estan á oscuras, cree que es Octavio el que habla, y á él responde, teniéndole por Don Juan.

Y con hacer que esté siempre
Puesta á tiempo una faluca,
Podemos libres las vidas
Echar al mar.

OCTAVIO.

Pues ¿qué dudas,
Si dentro de casa tienes
Comodidad tan segura?

DON JUAN.

Si Leonor está conmigo,
Vengan desdichas. (*Vanse los dos.*)

ESCENA II.

LISARDA.

Fortuna,
¿Quién en una noche sola
Vió tantas desdichas juntas?
¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Yo que fuí la que de industria
Negué la deidad á amor,
Sin darle obediencia nunca,
Fuí la que mas examino
Sus violencias, sus injurias!
¡Fuera de mi casa yo?
¡Yo en casa de un hombre (¡injusta
Suerte!), galan de mi hermana,
Que como tal me asegura
Y me libra, por haber
Conocido (¿quién lo duda?)
Que fuí de su amor tercera
Y primera de mi culpa?
Parecerá impropriedad
Que cuando en tantas angustias,
Tantas penas, tantos llantos,
Quiere el cielo que discurra,
Me acuerde de otra pasion;
Sin mirar el que esto culpa,
Que las desdichas y penas
Se eslabonan y se juntan
De suerte, que salen todas
En tirándose de una.
¿Qué es esto, cielos, qué es esto
Que el alma y sentidos burla,
Despues que vi este Don Juan,
Galan de mi hermana, en cuya
Casa estoy? ¡Pluguiera al cielo,
Que yo no le viera nunca!
¡Tan bien me pareció, cuando
Volvió, volcan de sus furias,
Desde la tapia? ¡Tan bien,
Cuando dijo, por disculpa
De su amor, que le traia
Allí otra venganza justa?
¿Qué es esto? El amo y criado
Hoy contra mí se conjuran,
El uno cuando se ve,
Y el otro cuando se escucha:
Tanto, que igual el afecto,
Uno en véras, otro en burlas,
Con ser dos personas, pienso
Que son en el alma una.

ESCENA III.

CELIO, *con luz.* — LISARDA.

CELIO. (*Sin ver á Lisarda.*)
¡Habrá lacayo de bien,
Que no se aflija y se pudra,
Viendo que su amo anda
Con máquinas, con industrias?
¡Irse sin mí á sus amores,
Donde con mi nombre hurta
Otro la ocasion, que yo
Mereci por mi ventura!
¡Venirse á casa despues,
Y aposentándose á oscuras,
Probar llaves de otro cuarto,
Sin saber lo que procura!
¡A mí hay caso reservado!
No quedaré, por ninguna
Cosa del mundo, con él:
Porque ¡aquí de Dios! ¿quién gusta,
Aunque se muera de hambre,
De servir, si no murmura?
Mas no moriré; que al fin
Tengo quien me contribuya.
Porque ¿para qué enamora
Un pobre hombre á una hermosura
Tan rica como Lisarda,
Sino para que (no hay duda)
Le traiga como un Narciso?

LISARDA. (*Ap.*)
Ya no es posible me encubra.

CELIO.
¿Quién está aquí?

LISARDA.
Yo soy, Celio.

CELIO.
¡Jesus!

LISARDA.
Pues ¿de qué te turbas?

CELIO.
Pues ¿no tengo de turbarme,
Viendo tan grande ventura?

LISARDA.
No, que el que, como tú, tiene
Buen entendimiento, nunca
Se ha de turbar de sucesos,
Que por sí no dificulta
El entendimiento. Y puesto
Que no es la primer fortuna
Esta del amor, no es bien
Te turbes; y mas si apuras
Que como es rayo, se lleva
Tras sí mas de lo que busca.

CELIO.
Pues ¿cómo has venido aquí?

LISARDA.
El error tuvo la culpa
De un hombre en traje de Celio.

CELIO.
(*Ap.* Ella conoció la industria
Con que, trocándose el nombre
Octavio, su amor procura;
Y viendo que no era yo,
A tales horas me busca.
Siempre mi abuela me dijo
Que era de buena ventura.)
Señora, aunque es bien que dé
Las gracias á mi fortuna
Desta dicha, mejor fuera
Dar las quejas, pues son justas,
De que no me haya hecho un hombre
Poderoso; pero suplan
Afectos de voluntad
De mi bajeza las culpas
Una racion mal pagada,
Una cama no muy dura,
No puede faltar; y en fin,
Logrando dicha tan suma,
Seré alfombra de tus plantas,
Y seré como se usan,
Pues yo soy tan mal cristiano,
Que seré tu alfombra turca.

ESCENA IV.

OCTAVIO. — LISARDA, CELIO.

OCTAVIO.
(*Ap.* Quiere Don Juan que á Leonor
Lleve yo al cuarto en que oculta
Ha de estar, miéntras él queda
Haciendo espaldas seguras
A su padre; y temeroso
Llego á mirar su hermosura,
Porque entre tantas desdichas
Se hizo mayor lugar una
En el alma. ¿Cómo, lengua,
Traidoramente pronuncias
Razones tan mal formadas,
Que el mismo aliento las duda?
¿Por qué se atrevió á decirlas,
Sin tener licencia suya
El alma, siendo mi pecho
Del silencio sepultura?)
Celio.

CELIO.
¡Señor! ¿que aquí estás?

LISARDA. (*Ap.*)
Este es Don Juan. ¡Qué desdicha!

OCTAVIO.
Salte... (*Ap.* Que importa á mi dicha.)

CELIO. (*Ap. á Octavio.*)
No quiero, ni es justo, pues
Esta dama que aquí ves,
Huyendo viene de tí,
Señor, á buscarme á mí,
Supuesto que no te quiere,
Y que yo soy por quien muere.

OCTAVIO.
Loco estás, vete de aquí.
(*Vase Celio.*)

ESCENA V.

LISARDA, OCTAVIO.

OCTAVIO. (*Ap.*)
¿Cómo (¡ay de mí!) llegaré
A hablarla, sin que los ojos
Dén paso á tantos enojos
Como padezco?

LISARDA. (*Ap.*)
¿Qué haré
Para que el alma no dé
Lugar en tanto rigor
A otra desdicha mayor?

OCTAVIO. (*Ap.*)
Diré al amor...

LISARDA. (*Ap.*)
Yo á mi fama...

OCTAVIO. (*Ap.*)
Que es Leonor de Don Juan dama.

LISARDA. (*Ap.*)
Que es amante de Leonor.

OCTAVIO.
Señora, ya prevenido
Sobre el mar un cuarto queda,
Que ser el ocaso pueda
Dese sol recien nacido.
Fortuna y amor han sido
Los que hospedaje os han dado,
Porque ya que habeis llegado
A esta breve esfera, es bien
Que en el mar se hospede quien
Sacó del mar su traslado.
Ocasion solo se espera
Para que podais pasar
Sin que os vean, á lograr
Las perlas de su ribera;
Pues no habrá ruda venera
En las márgenes de Flora,
Si sobre sus conchas llora
Las auroras que en vos nacen,
Porque las perlas se hacen
De lágrimas de la aurora.
No os aflijais, no lloreis;
Que en casa, señora, estáis
Donde servida seais,
Si no como mereceis,
Como vos misma veréis
En el gusto y el cuidado
De quien constante os ha dado
La libertad que perdió

LISARDA. (*Ap.*)
¡En toda mi vida yo
Vi tan amante cuñado!
Mas del silencio vencido,
Muera en mi pecho mi agravio.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Antes que salga del labio,
Muera mi amor á mi olvido.

LISARDA. (*Ap.*)
Un rayo la voz ha sido.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Sus ojos son un volcan.

LISARDA. (*Ap.*)
A mas mis desdichas van.

OCTAVIO. (*Ap.*)
¡Oh qué furia!

LISARDA. (*Ap.*)
¡Oh qué rigor!
Mas es galan de Leonor.

OCTAVIO. (*Ap.*)
Mas es dama de Don Juan.

ESCENA VI.

DON JUAN. — LISARDA, OCTAVIO.

DON JUAN.
Segura la casa está.
Bien podeis pasar ahora
A esotro cuarto, señora,
Que os está esperando allá.
—Mas ¿qué es esto?

OCTAVIO.
¿Pues qué os da,
Que así os turbais?

LISARDA. (*Ap.*)
Este ha sido
El amigo que ha venido
Con Don Juan.

DON JUAN.
¡Válgame el cielo!

OCTAVIO.
¿Qué teneis?

DON JUAN.
Todo soy hielo.

OCTAVIO.
Pues ¿de qué?

DON JUAN.
Pierdo el sentido.
¿Cómo vos, señora?... Yo
Aquí... Estoy yerto y turbado.

OCTAVIO.
Pues ¿qué teneis, qué os ha dado?

LISARDA. (*Ap.*)
De mirarme se turbó
El amigo que llegó.

OCTAVIO.
Decidme ya, ¿qué teneis?
Mas luego me lo diréis.
Ahora á esotro cuarto vamos,
Y la ocasion no perdamos
De pasar.

DON JUAN. (*Ap.*)
Ojos, ¿qué veis?
(*Vanse hácia la puerta.*)

ESCENA VII.

CELIO. — LISARDA, DON JUAN, OCTAVIO.

CELIO.
Mi señor viene, señor.

OCTAVIO.
El paso cogió.

LISARDA.
¡Ay de mí!

DON JUAN.
Si él la ve pasar de aquí,
Será otro nuevo rigor.

OCTAVIO.
Mata la luz.

LISARDA.
¡Qué temor!

OCTAVIO.
Y así, sin que vista quede,
Ir entre nosotros puede.
(*Mata la luz Don Juan, y llevan á Lisarda entre los dos.*)

CELIO.
¡No es la tramoya muy mala!

LISARDA. (*Ap.*)
¿Qué pena á mi pena iguala?

DON JUAN. (*Ap.*)
¿Qué mal á mi mal excede? (*Vanse.*)

—

Portal de casa de Ursino.

ESCENA VIII.

URSINO; LEONOR, *tras él. Despues,* DON JUAN, LISARDA Y OCTAVIO.

URSINO.
Mucho me huelgo que esté
Sin luz el portal ahora:
Mas segura así, señora,
Aquí entrar podrás, porqué
Nadie te ha de ver.

LEONOR.
No sé
Por dónde voy.
(*Salen Don Juan, Lisarda y Octavio. Encuéntranse Ursino y Don Juan, y cada uno hace como que no quiere que el otro encuentre con la dama que lleva, y apártanse hasta igualarse las damas; y ellos, volviendo á guiarlas, por tomar cada uno la suya, coge la del otro, de manera que se truecan.*)

URSINO.
¿Quién va allá?

DON JUAN.
Yo soy, señor.

URSINO.
Como está
La casa sin luz, no veo.
(*Ap.* Y está como yo deseo.)

LEONOR. (*Ap.*)
Nueva maravilla ya
Admiro: de Don Juan fué
Aquella voz.

URSINO. (*Ap.*)
Yo sintiera
Mucho que Don Juan me viera
Con esta mujer. ¿Qué haré?
Pero yo la ocultaré...
(*Ap. creyendo hablar á Leonor.*)
¿No sois vos, señora?

LISARDA. (*Que se halla ya colocada al lado de Ursino.*)
Sí,
Yo soy.

URSINO.
Pues venid tras mí.

LISARDA.
Turbada, señor, os sigo.

URSINO.
Don Juan, ¿quién está contigo?

DON JUAN
Octavio solo está aquí.

URSINO.
Pues ¿como sin luz estáis
En este portal?

DON JUAN.
Ahora
Entramos los dos.

OCTAVIO. (*Bajo, creyendo hablar con Lisarda.*)
Señora,
Venid, que segura vais.

LEONOR.
Sí haré, pues vos me guiais.

URSINO. (*Ap.*)
¡Lindamente ha sucedido!
Que vengo solo ha creido.

OCTAVIO.
Celio. (*Ap. á él.*)

CELIO.
Señor.

OCTAVIO.
Pues aquí
Tu señor no te oyó á tí,
Ni te ha visto ni sentido,
Al cuarto que sabes lleva
Esa dama; que yo quiero
Quedarme...

CELIO. (*Ap.*)
¡Qué dicha espero!

OCTAVIO.
Por la deshecha...
(*Vase Celio con Leonor.*)

DON JUAN.
¡Oh qué nueva
Confusion mi vida lleva!

URSINO. (*Ap.*)
¡Lindamente la he escapado,
Y hasta mi cuarto guiado!
(*Vase con Lisarda*

ESCENA IX.

DON JUAN, OCTAVIO.

OCTAVIO. (*Ap.*)
¡Lindamente se libró,
Pues ni la vió ni sintió!
Logróse nuestro cuidado.

DON JUAN.
Octavio.

OCTAVIO.
Don Juan.

DON JUAN.
¿Sois vos?

OCTAVIO.
Ya vuestro padre se ha ido.
Dicha fué no haber pedido
Luz; que viera con los dos
A Leonor.

DON JUAN.
¡Pluguiera á Dios,
Que luz, Octavio, pidiera!
Yo me holgara, como viera
A Leonor.

OCTAVIO.
¿No la veréis
En el cuarto, si quereis?

DON JUAN.
Menor mi desdicha fuera,
Si eso fuera así.

OCTAVIO.
Quiero irme,
Pues Leonor en él aguarda.

DON JUAN.

No, Octavio, sino Lisarda,
Mas soberbia, y ménos firme.

OCTAVIO.

¿Qué decis?

DON JUAN.

Que he de morirme
En pena tan inhumana.

OCTAVIO.

¿Quién es Lisarda?

DON JUAN.

Es la hermana
De Leonor.

OCTAVIO.

No puede ser.

DON JUAN.

Si yo lo acabo de ver,
¿Puede mi esperanza vana
Engañarme? ¡Vive Dios,
Que á Lisarda hemos sacado
Del riesgo, y que hemos dejado
A Leonor!

OCTAVIO.

¿Estáis en vos?

DON JUAN

Volvamos allá los dos.

OCTAVIO.

¡Vive el cielo, que estoy loco!
Esperad, Don Juan, un poco.

DON JUAN.

¿Qué tengo ya que esperar
Si en las orillas del mar
Mayores peligros toco?

OCTAVIO.

¿No oiréis un instante?

DON JUAN.

No.

OCTAVIO.

Decid, la que estaba allí
Con vos, ¿era Leonor?

DON JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues Leonor fué á la que yo
Libré su vida, y aun vió
Que yo la vi; y si ella fué
La que estaba con vos, sé
Que es la que ahora está con vos,
Porque nunca hubo allí dos.
O decidme...

DON JUAN.

No sabré.

OCTAVIO.

¿Cómo se pudo trocar?

DON JUAN.

Como fué desdicha mia,
Fácil, Octavio, seria,
De suceder un pesar.

OCTAVIO.

No hallo razon de dudar
De que es la misma.

DON JUAN.

Yo sí,
Que distintamente vi
A Lisarda.

OCTAVIO.

¡Vive Dios,
Que pierda mi juicio! Vos
¿Hablasteis con Leonor?

DON JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues Leonor es la que va
A vuestra casa.

DON JUAN.

Confieso
Que quereis que pierda el seso.

OCTAVIO.

¿No es mas fácil ir allá
A verla?

DON JUAN.

Cosa será
Excusada.

OCTAVIO.

Pues en vella
¿Qué perdeis?

DON JUAN.

Ver que no es ella.

OCTAVIO.

¡Tanto bien me hiciera amor,
Que ella no fuera Leonor,
Y fuera mi prenda bella! (*Vanse.*)

—

Cuarto, en casa de Ursino, distinto del de Don Juan.

ESCENA X.

URSINO, *con luz;* LISARDA, *turbada.*

URSINO.

Este cuarto, que apartado
Está, y por él no se manda,
Será el sagrado mejor
Que puedan hallar tus ansias;
Pues aquí, sin que lo sepa
Persona alguna de casa,
Sino aquellos de quien yo
Hiciere tal confianza,
Estarás servida, en tanto
Que el cielo camino abra
A tus desdichas. Y aquí
Otra vez te doy palabra
De que no saldrás, señora,
Si no es contenta y honrada,
Si en defensa de tu sangre,
Sé morir en la demanda.
Y con aquesta advertencia,
Quédate adios; que me llama
El deseo de saber
En qué los sucesos paran
De tu hermano.
(*Vase, cerrando la puerta.*)

ESCENA XI.

LISARDA.

¡Santos cielos!
¿Qué es esto que por mí pasa?
Que la atencion mas prudente
Y la accion mas acertada,
El discurso mas atento,
La imaginacion mas alta
Se hubiera perdido, siempre
Corriendo fortunas tantas.
Yo, de Don Juan conocida,
¿No me di ya por hermana
De Leonor? ¿No me sacó
Del peligro de mi casa?
¿A la suya no me trajo,
Cuando Celio me guiaba,
Para llevarme á otra parte?
O el sentido ya me falta,
O sigo á otro hombre. Pues ¿como
Este que sigo, no halla
Novedad en mi inquietud,
Mis penas y mis desgracias?
Don Juan, si hasta aquí me trajo,
¿Cómo se fué? Cielos, basta:
Pues confieso que ya estoy
Rendida, tened las armas.
¿Qué cuarto será este solo?
Estas señas no señalan
De que habite gente en él.
Iré por todas las salas
A ver si sé dónde estoy,
Absorta, ciega y turbada;
Que apénas tantas desdichas
Pueden sustentar las plantas. (*Vase*

ESCENA XII.

LEONOR Y CELIO, *por otra puerta.*

CELIO.

Este es el cuarto, señora,
Que para esfera os aguarda.
Aquí Don Juan, mi señor,
Que yo os trajese me manda.
¡Gracias á Dios que hay en él
Luz, y podré cara á cara
Ver el sol de vuestros ojos,
Que á rayos de celos matan!
—Mas ¡qué es esto, santo cielo!

LEONOR.

¿Eres Celio?

CELIO.

¡Cosa extraña!

LEONOR.

Bien en la voz que escuché,
Convienen señas tan claras.
Dime, Celio, ¿qué es aquesto?
Que estoy de verte admirada.

CELIO.

Dime tú primero á mí
Quién te hizo á tí Lisarda,
Y responderéte yo
Al tenor de la demanda.

LEONOR.

¿Qué Lisarda?

CELIO.

¿Tantas hay?

LEONOR.

Pues ¿dónde Lisarda estaba?

CELIO.

En tí, pues tú te has vestido
De su talle y de su cara.

LEONOR.

No te entiendo.

CELIO.

Yo tampoco.
Uno por otro se vaya.

LEONOR.

Un anciano caballero
Hoy me sacó de mi casa
Y me trajo hasta la suya,
Debajo de la palabra
Que dió á mi hermano, y en ell.
Entré tras él; y guiada
De sus pasos me ha traido
Hasta aquí. ¿Qué es lo que pasa
Por mí? ¿Cómo estoy contigo?

CELIO.

La pregunta es extremada.
Pues si eso supiera yo,
No estuviera en dudas tantas
Para dar un estallido.

ESCENA XIII.

DON JUAN, OCTAVIO. — LEONOR CELIO.

OCTAVIO.

¡Plegue á Dios que sea Lisarda!

CELIO.

Señor, aquí está Leonor
Esperándote.

DON JUAN.

¡Qué hagas
Tú tambien burla de mí!

CELIO.

La burla es no darme nada
De albricias.

LEONOR.

¡Don Juan, señor!

DON JUAN.

¡Leonor! Agradezca el alma
Esta dicha, pues es suya.

OCTAVIO.

(*Ap.* Aquí dió fin mi esperanza,
Pues desengañado ya
Tan tiernamente la abraza.
¡Y porfiaba que no es ella!
Mas ¡vive Dios, que porfiaba
Bien! que no es esta la misma
Que yo vi. Mas dudas faltan
De averiguar.) Celio, Celio.

CELIO.

Señor.

OCTAVIO.

¿Dónde está la dama
Que te dije que trajeses,
Cuando Ursino vino á casa,
A este cuarto?

CELIO.

Vesla allí.

OCTAVIO.

No es aquella.

CELIO.

Yo jurara
Lo mismo; mas yo no tengo
Otra aquí, ni en Alemania.
Aquella me diste tú
Debajo de confianza:
Aquella misma te vuelvo,
Libre, segura y sin tacha.

OCTAVIO.

¡Vive el cielo, que te mate,
Si no me dices la causa
Deste trueco!

CELIO.

¿De qué trueco?
Dos mil demonios la valgan,
Si con premio ni sin premio
La troqué. Mas ¿qué te espantas
De haber visto en este tiempo
Una mujer con dos caras?

DON JUAN.

No estamos bien aquí cerca
De la puerta. Entra á otra cuadra,
Leonor, donde mas segura
Estés.

(*Vase Leonor.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, OCTAVIO, CELIO.

DON JUAN.

Octavio, yo estaba
Loco por Dios; pero ántes:
Ya confieso mi ignorancia.
Leonor era, la verdad
Me dijisteis.

OCTAVIO.

Cuando acaba
Vuestra duda, la mia empieza.
Que era Leonor porfiaba,
Y ya que no era Leonor
La que en el jardin estaba
Con vos.

DON JUAN.

Si vos mismo, Octavio,
Volviendo desde las tapias,
La socorristeis; si vos
La tuvisteis encerrada,
Si vos mismo la sacasteis
De su casa, y á mi casa
La trajisteis, y está aquí:
Bien claro nos desengaña
Que fué una siempre, pues nunca
Hubo otra con quien trocarla.
Si á mí me lo pareció,
Como esas veces se engañan
Los ojos: yo estuve ciego. (*Vase.*)

CELIO.

Aquí lindamente encaja
Lo de «no sois vos, Leonor»,
Y aquello de mal tocada.

OCTAVIO.

El con las mismas razones
Que me convence, me mata;
Mas no es mucho en este caso
Ver que las de otro no alcanza
El que no alcanza las suyas.
¿Quién vió cosa mas extraña?
Rendido á mi pena estoy.
Ya basta, cielos, ya basta.

ESCENA XV.

LISARDA. — OCTAVIO, CELIO.

LISARDA. (*Ap.*)

La casa anduve, y en ella
No he visto á nadie; y guiada
De la luz, me vuelvo á ver
En esta primera sala.
—Mas ¿quién está aquí?

CELIO.

¡Jesus!

OCTAVIO.

¿Qué es esto?

CELIO.

¡Aquí que no es nada!
La que en este mismo instante
Era Leonor, ya es Lisarda.
Huiré della cielo y tierra.

OCTAVIO.

¿Eres sombra, eres fantasma,
Mujer, que así los sentidos
Turbas?

LISARDA.

Pues ¿de qué te espantas,
Si tú mismo me trajiste
Desde mi casa á tu casa,
De que esté en ella?

OCTAVIO.

De verte
Cada vez en formas varias.
¿Quién te trajo aquí?

LISARDA.

Tu padre.

OCTAVIO.

¡Mi padre! Otra vez me matas.

LISARDA.

El me guió aquí, Don Juan.

OCTAVIO.

(*Ap.* Con Don Juan piensa que habla.
¿Si me parezco á Don Juan?
Que segun las cosas andan,
No será mucho.) Leonor,
¿Cómo viéndome te engañas?

LISARDA.

Tú solo te engañas.

OCTAVIO.

¿Yo?

LISARDA.

Sí, pues que Leonor me llamas.
¿No me conoces? ¿No sabes,
Don Juan, que yo soy Lisarda?
Como tal, ¿no me trajiste
Desde mi casa á tu casa?

OCTAVIO.

¡Cielos! ¿Qué escucho? Tú misma
¿No eres aquella que estabas
En el jardin?

LISARDA.

¿Quién lo duda?

OCTAVIO.

Pues ¿cómo, si á Don Juan hablas,
En él, ignoras que es
El mismo que quieres y amas?

LISARDA.

Porque yo nunca le quise;
Que allí estuve disfrazada
Como criada. Mas tú,
Si la quieres, ¿cómo agravias
Su amor y no la conoces,
Siendo el que con ella hablabas?

OCTAVIO.

No fuí, que como criado
Guardé á Don Juan las espaldas.

LISARDA.

¿Luego tú eres aquel Celio,
Que entendidamente habla?

OCTAVIO.

¿Luego eres tú aquella Nise
De tan buen ingenio y gracia?

LISARDA.

¿Luego no eres tú el galan
De Leonor?

OCTAVIO.

¿Luego la dama
No eres tú de Don Juan?

LISARDA.

Yo
Fuí Nise, siendo Lisarda.

OCTAVIO.

Y yo Celio, siendo Octavio.

LISARDA.

¿Eso es verdad?

OCTAVIO.

Cosa es clara.

CELIO.

¡Gracias al cielo que ya
Llegamos á la posada!

OCTAVIO.

Sepan Don Juan y Leonor
Esto que á los dos nos pasa.

LISARDA.

¿Dónde están?

OCTAVIO.

En este cuarto.

LISARDA.

¿Cómo?

OCTAVIO.

Es historia muy larga

LISARDA.

¿Quién trajo á Leonor?

OCTAVIO.

No sé.

LISARDA.

Prosigue, pues.

OCTAVIO.

Temo...

LISARDA.

Acaba.

OCTAVIO.

Que no tengo de saber,
Sabiendo que tú eres...

LISARDA.

Basta.

OCTAVIO.

Ni se iba á decir.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Por no perder á tu fama
El respeto.

LISARDA

Bien está,
Celio.

OCTAVIO.

¿Por qué así me llamas?

LISARDA.

Porque así...

OCTAVIO.

Dilo.

LISARDA.

Es muy presto.
Vamos á ver á mi hermana.
(Ap. ¡Válgate el cielo por Celio!)

OCTAVIO.

(Ap. ¡Válgate Dios por Lisarda!) (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Sancho.

ESCENA XVI.

URSINO, UN CRIADO.

URSINO.

¿Qué dices?

CRIADO.

Lo que es cierto

URSINO.

Cuando temia que le hallase muerto,
¿Dices que levantado
Está?

CRIADO.

Tanto le anima su cuidado.
Fuera de que la herida
Nunca le puso á riesgo de la vida; [do.
Que falta fué de sangre, á lo que entien-

URSINO.

Y ahora, di, ¿qué hace?

CRIADO.

Está escribiendo
Un papel. Mas él sale. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON SANCHO. — URSINO.

URSINO.

Con los brazos
Os doy el parabien.

DON SANCHO.

Porque sus lazos
A quien valor, nobleza y sangre esmalta,
Suplan en mí la fuerza que les falta.

URSINO.

¿Cómo os sentis?

DON SANCHO.

Sin vida, sin sosiego,
Hasta abrasar, señor, á sangre y fuego
Este fiero homicida
De mi honor, de mi fama y de mi vida.

URSINO.

Yo, Don Sancho, á buscaros
Vengo, para serviros y ayudaros,
Hasta que libre estéis de vuestro agra-
Disponed la venganza como sabio. [vio.

DON SANCHO.

Por eso he prevenido
El remedio que oiréis. Vamos, os pido,
A vuestra casa.

URSINO.

En el camino espero
Saberle. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVIII.

URSINO, DON SANCHO.

DON SANCHO.

Mi enemigo es forastero,
Y no sé dónde pueda
Hallarle; y así el alma en duda queda.
Hablar á Leonor quiero, que es mi her-
[mana,
Que en vuestra casa está, deidad huma-
De virtud y belleza. [na
Ella quizás podrá con mas certeza
De Lisarda informar: no son errores
Pensar que ella sabia sus amores.
Si dice dónde puedo
Hallarle yo, desengañado quedo:
Iré de allí á matalle.
Si no me dice dél, iré á buscalle,
Sabiendo de un su amigo
Que por librarle, se empeñó conmigo.
De suerte, que primero
Buscar, señor, al agresor espero;
Y de no hallarle, al cómplice; que llanos
Discursos dicen que si yo á las manos
El principal no tengo,
Me vengo si en el cómplice me vengo;
Y han de diferenciarse,
Que una cosa es reñir, y otra es vengarse.
Y así, si no me vengo de uno altivo,
Este papel para el segundo escribo,
Donde en el Parque digo que le espero.

URSINO.

Bien pensais, replicar en nada quiero.
Y pues hemos llegado
A mi casa, entrad dentro recatado,
Porque ninguno os vea,
Y la ocasion que os trae sospeche y crea.

DON SANCHO.

Ya vuestros pasos sigo.

URSINO.

Entrad, que bien seguro entrais conmi-
(*Vanse.*) [go.

—

Cuarto en casa de Ursino.

ESCENA XIX.

LEONOR, LISARDA.

LISARDA.

Ya que fué piedad del cielo
(¡Ay Leonor!) haberme dado
Compañía en tal cuidado,
Y en tal desdicha consuelo,
Estando juntas las dos;
En tanto que fuera están
Del cuarto Octavio y Don Juan,
Te he de decir... Mas ¡ay Dios!
La puerta de Ursino es
La que abren.

LEONOR.

Pues á mí
No me vea. (*Vase.*)

ESCENA XX.

URSINO, DON SANCHO.—LISARDA.

URSINO.

Espera aquí, (*A Don Sancho.*)
Que no es justo que le dés
Tan buena nueva con susto;
Que tambien sabe matar
Un gusto como un pesar,
Cuando no se espera el gusto. —
Señora, ya que no tengo
Digno albergue en que hospedaros,
Serviros y regalaros,
Una buena nueva vengo
A daros, para que así
Supla el error de ofenderos.
Vuestro hermano viene á veros.

LISARDA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
¿No es Lisarda esta?

URSINO.

Llegad.
Ved, Don Sancho, vuestra hermana.

DON SANCHO.

Pues ¿cómo infame, villana...

LISARDA.

Señor, mi vida amparad.

URSINO.

¿Aquí entrais con ese intento?

DON SANCHO.

Delante de mí te atreves
A vivir?

LISARDA.

En vano mueves
Contra mi mano y aliento.

URSINO.

Estando yo aquí... ¿Qué es esto?

DON SANCHO.

Es, Ursino, castigar,
Y la vil mancha sacar
Que en esta ocasion me ha puesto.

URSINO.

Mirad, Don Sancho, que aquí
Vuestra hermana á cuenta vive
De mi espada; y si recibe
Alguna ofensa, de mí
Ha de ser vengada.

DON SANCHO.

Pues
¿Palabra no me habeis dado
De ayudar siempre á mi lado
Mi pretension? Tiempo es
De mostrar tan noble empeño
Dejad lograr...

LISARDA.

¡Ay de mí!

DON SANCHO.

Mi venganza.

URSINO.

Idos de aquí.
(*Vase Lisarda.*)

ESCENA XXI.

URSINO, DON SANCHO.

URSINO.

Tambien me hice entónces dueño
Del honor de vuestra hermana,
De libralla y defendella,
Y así he de morir por ella.

DON SANCHO.

No fué por esa inhumana,
Sino por la que, señor,
Yo mismo os di y os fié.

URSINO.

Pues esta misma ¿no fué
La que me disteis?

DON SANCHO.

¡Qué error
Tan notable!

URSINO.

El yerro es vuestro,
Que esta fué la que yo ví
En el jardin, y hasta aquí
La he guardado; y esta os muestro
Para que os informeis della,
No para que la ofendais;
Y si con traicion pensais
Que habeis venido á ofendella,
Quejaréme yo de vos,
Pues que me traeis engañado
A castigar vuestro enfado
En mi casa.

DON SANCHO.

¡Vive Dios,
Que á verla vine y saber
Lo que della pretendí!
Mas no es esta la que aquí
Busco.

URSINO.

¿Cómo puede ser,
Si yo mismo la he traido?

DON SANCHO.

No es ella, tras todo eso.

URSINO.

Haréisme que pierda el seso.

DON SANCHO.

Vos, que yo pierda el sentido;
Y el fin desta confusion
Es solamente pensar
Que dos se pueden errar,
Aunque dos tengan razon.
Y pues que no he conseguido
El haberme aquí informado,
Y es vuestra casa sagrado
De quien tanto me ha ofendido,
Solo un remedio me queda.
Aqueste papel tomad,
Y á quien él dice buscad;
Que yo espero á la alameda
Del Parque. Si ese saliere
Solo, solo espero allá;
Mas si por dicha, que irá
El otro amigo dijere,
Id vos tambien; que esto os pido
Por no ofenderos; que fuera
Mal hecho que á otro eligiera,
Habiendo con vos venido
Y llevando el papel vos.
Dad luego al punto el papel,
Y en el Parque espero dél
La respuesta. Adios.

URSINO.

Adios.
(*Vase Don Sancho.*)

ESCENA XXII.

URSINO.

¿Qué confusion es aquesta
Tan extraña y tan cruel?
Pero quizás del papel
Sabré mejor la respuesta.
¿Quién será aquesta persona,
A quien tengo de buscar?
¡Cielo! añade otro pesar,
Porque á Don Juan de Colona
Dice. ¡Vive Dios, que es
Mi hijo agresor de su agravio,
Y que el amigo es Octavio!
Ponderar conviene pues,
Qué he de hacer en este caso;
Que perder el juicio temo,
Si de un extremo á otro extremo,
Y de una duda á otra paso.
Si doy á mi hijo el papel,
Cierto su riesgo será:
Si no, Don Sancho dirá
Que es cobarde. ¡Qué cruel
Duda padezco! Mas ¿quién
Abre á este cuarto la puerta
Que corresponde á la huerta
Del Parque? El es. Ya se ven
Mas dudas. Pues ¿qué querrá
En este cuarto? ¿Y qué ha sido
El haber desconocido
Don Sancho á su hermana? Ya
Que no sé de mí, confieso,
Ni pensar, ni discurrir;
Y así, mejor será ir
Al atajo del suceso.

ESCENA XXIII.

DON JUAN, OCTAVIO, CELIO. — URSINO.

DON JUAN.

¡Mi padre está aquí!

CELIO. (*Ap.*)

Por Dios,
Que él ha cogido la trampa.

OCTAVIO. (*Ap.*)

Mucho lo siento.

CELIO. (*Ap.*)

Ya escampa
La fortunilla.

URSINO.

Pues ¡vos
En este cuarto!

DON JUAN.

Venia
A enseñar el cuarto á Octavio.

URSINO.

(*Ap.* No hace poco el que un agravio
Disimula.) No querria
Le viese ahora, que está
(Como no se habita en él)
Descompuesto: y así dél
Os salid; que tiempo habrá
De verle otro dia.

DON JUAN. (*Ap.*)

Él aquí
Por Lisarda defendió
La entrada.

OCTAVIO. (*Ap. á Don Juan.*)

¿Si á Leonor vió?

DON JUAN.

No sé: esto ha de ser así.
(*Hace que se va.*)

URSINO.

Ven acá, que me olvidaba
De un recado que me han dado
Para tí; que aquí un criado
De un amigo te buscaba
Para darte este papel (*Dásele.*)
Sobre no sé qué dinero
Del juego; y dártele quiero
Sin mirar lo que hay en él,
Por no obligarme á pagar
Porte; que dicen es bien
Que pague los portes quien
Abre la carta. Tomar
Puedes el papel; y advierte
Que si es algo que has perdido
Lo que en él se te ha pedido,
Lo cumplas, aunque la muerte
Te dén por cumplir, Don Juan,
Lo que prometido hubieres;
Que los nobles como eres,
Cuando empeñados están
Han de salir del empeño,
Aunque les cueste la vida.
Ninguna cosa te impida,
Pues de mi hacienda eres dueño.
No quede yo con sospecha;
Que os mataré, vive Dios,
Si me dijeren de vos
Cosa que no sea bien hecha.
Con esto, salios afuera,
Que cerrar aquí es razon.
(*Ap.* Cumpla con su obligacion,
Y mas que en el campo muera.) (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON JUAN, OCTAVIO, CELIO.

OCTAVIO.

Con tan preñadas razones
A discurrir nos provoca.

CELIO. (*Ap.*)

Con la barriga á la boca
Están todos.

DON JUAN.

Mis pasiones
De nuevo empiezan. ¿Qué harémos?

OCTAVIO.

Pues aquí ya ¿qué hay que hacer,
Don Juan, sino abrir y leer
El papel? Dél lo sabrémos.

DON JUAN. (*Lee.*)

Por no haber sabido dónde hallar á Octavio, os busco á vos, como mas conocido y no ménos culpado: decidle de mi parte que venga al Parque, donde le espero, si solo, solo; y si con vos, con un amigo. Dios os guarde.

Pésame de haber leido
Recio el papel.

CELIO. (*Ap.*)

A mí no,
Que á trueco de saber yo
Lo que en él se ha contenido,
Lo doy por bien empleado;
Que no me habia de andar
Todo el año á adivinar,
Siendo astrólogo criado.

DON JUAN.

Aquesto dice.

OCTAVIO.

Ya aquí
No tenemos que pensar.
¿No sale esta puerta al mar?

DON JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues guiad por ahí
Al Parque, porque si ahora
En las razones advierto
De vuestro padre, es muy cierto
Que nada del caso ignora:
Porque estar dentro del cuarto,
Echarnos á los dos dél,
Darte él mismo ese papel,
¿Qué más desengaño?

DON JUAN.

Harto
Me dijo: y así me atrevo

Á hacer lo que él me mandó.
Pues dice que pague yo,
Voy á pagar lo que debo.

CELIO.

(*Ap.* ¡Desafiados los dos!
Supuesto que yo lo supe,
La Virgen de Guadalupe
Hará las paces.) Adios.

(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA XXV.

URSINO, DON SANCHO.

DON SANCHO.

Presto á buscarme venis.
¿Qué hay?

URSINO.

Fuí de vuestra parte
Al caballero, y leyó
Vuestro papel sin turbarse,
Ni dar muestras de disgusto
En la voz ni en el semblante.
Dice que hará lo que en él
Le decis: si solo sale,
Reñiréis solo con él;
Si con otro, habeis de hallarme
Á vuestro lado.

DON SANCHO.

Cumplis,
Señor, en empresas tales
Con la sangre que teneis.

URSINO.

¿Sabeis vos cuál es mi sangre?

DON SANCHO.

Sé que sois Ursino, y basta.

URSINO.

Pues no lo soy, no os engañe
El nombre; que mi apellido
Es otro.

DON SANCHO.

Bien engañarme
Puedo.

URSINO.

Bien se echa de ver,
Supuesto que aun ignorasteis
Que soy Ursino Colona,
Y que soy de Don Juan padre.
Pero ya estamos acá.
Bien será que solo os halle,
Por si acaso viene solo.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que si no sale,
Que yo le he de dar la muerte!)

ESCENA XXVI.

DON JUAN, OCTAVIO. — URSINO, DON SANCHO.

OCTAVIO.

¿Don Sancho?

DON SANCHO.

Sí.

OCTAVIO.

El cielo os guarde.

DON SANCHO.

Solo el término le pido
Que he de tardar en vengarme.

OCTAVIO.

En buena ocasion estáis,
Pues no lo estorbará nadie;
Que el amigo con quien yo
Vengo, es á quien enviasteis
El papel; y por saber
Que hay otro que nos aguarde,
Venimos los dos.

URSINO.

Es cierto.
Pues sois dos los que llegasteis,
Dos somos; que a venir solo,
Solo estuviera.

DON SANCHO.

Á esta parte
Conmigo os poned.

DON JUAN. (*Á Ursino.*)

Señor,
Pésame de que así agravies
La sangre que tengo tuya:
Tú me la diste, y tú sabes
Que supiera yo pagar,
Como tú me aconsejaste,
Mis deudas; y ya me ofendes,
Si á darme tu ayuda sales.

URSINO.

Caballero, yo no sé
Lo que decís; y admirarme
Debo de que me trateis
Con respeto semejante.
Yo soy un hombre que vengo
Al lado de quien me trae:
No conozco otro en el mundo
De quien yo deba acordarme,
Que estando en esta ocasion,
Yo nunca conozco á nadie.
Haced vos lo que debeis,
Sin que os turbe ni embarace
Nada; que yo me holgaré
De veros en esta parte
Cumplir las obligaciones
Que decís; que en semejante
Caso un noble caballero
Debe reñir con su padre.

DON JUAN.

No debe, ni hay ocasion
Que á eso pueda obligarle.

DON SANCHO.

¿Qué escucho? ¡perdido estoy!

URSINO.

¿Qué recelais?

DON SANCHO.

De mirarte,
Sintiendo dentro de tí,
Que ya es forzoso dejarme.

URSINO.

¡Vive Dios, que si no fuera
Por no dar fuerza al infame
Escrúpulo vuestro aquí,
En ese pecho ignorante
Manchara este blanco acero!
Con vos vengo, no os espante
Nada.

DON JUAN.

Perderé mil vidas
Primero, Octavio, que os falte.
Señor, pues vienes al lado
De Don Sancho, y me llevaste
El papel tú mismo, y yo
Llamado vengo à la parte
Tambien al lado de Octavio,
Y es fuerza en empeños tales
Sacar los dos las espadas,
Si ellos la sacan; pensarse
Debe algun medio que excuse
Entre los dos este lance.

URSINO.

Cuando al lado de otro hombre
El que es caballero sale,
No ha de dar medio ninguno,
Porque él para nada es parte.
Con Don Sancho vengo aquí
Yo no soy mio este instante:
Bien hecho estará y bien dicho
Cuanto hiciere y cuanto hablare.
Si él riñere, he de reñir;
Haré paces, si hace paces;
Que yo con quien vengo, vengo,
Y aquí no conozco á nadie.

DON SANCHO.

De suerte vuestro valor
Pudo, señor, admirarme,
Que por no empeñaros tanto,
Mi honor quisiera que hallase
Un modo que el duelo excuse
Mas extraño y mas notable
Que ha visto el sol hasta hoy.

URSINO.

Eso vos habeis de darle,
Yo no; y si aquí permitiere
Que algun partido se trate,
Será porque estoy bien puesto.
Vos, que sois el que llamasteis,
Ved si os volveis sin reñir,
Porque no hay medio importante
Para que de reñir deje,
Cuando otro á reñir me saque,
Llamado por un papel.

DON JUAN. (*Á su padre.*)

Cuerdamente me avisaste
De la obligacion que tengo,
Pues soy quien tuvo esta tarde
El papel; y así me toca
A mí el reñir, por hallarme
Empeñado en ser llamado. —
Saca la espada, y acabe (*Á Don Sancho.*)
La duda; que como yo
Contra el pecho no la saque
De mi padre, no rehuso
La ocasion, pues así iguales,
Cumplo yo de parte mia,
Y él cumplirá de su parte.

(*Van á reñir Don Juan con Don Sancho, y Octavio con Ursino; pero Octavio se vuelve contra Don Sancho.*)

OCTAVIO.

Eso no me está á mí bien;
Que aunque el papel enviasteis
Á Don Juan, fuí yo el llamado.

(*Riñen Don Sancho y Octavio.*)

URSINO.

Entrambos riñen. ¿Qué haces?
Pues te llamaron, conmigo
Riñe tú. (*Á Don Juan.*)

DON JUAN.

Fuerza es que halle
Disculpa, pues he de hacer
(*Riñen padre é hijo.*)
Lo que con quien vengo hace.

ESCENA XXVII.

LEONOR Y LISARDA, *por un lado, con mantos; y por el otro*, CELIO, EL GOBERNADOR Y GENTE.

CELIO.

Llegad presto, que los cuatro
Dieron las hojas al aire.

GOBERNADOR.

Pues ¿qué es esto, caballeros.
Mirad que estoy yo delante.

URSINO.

Vueseñoría pudiera
Solamente reportarme,

Como al fin, gobernador
Que es de Verona.

GOBERNADOR.

Admirarme
Debo de ver en dos bandos
Contrarios á hijo y padre.

URSINO.

A aquesto obliga el honor
De quien á campaña sale
Con otro; que este es precepto
De la ley del duelo.

GOBERNADOR.

Baste
Para ejemplo del valor
De vuestra invencible sangre;
Pero á los cuatro, es forzoso
Dar una torre por cárcel,
En tanto que se averigua
La ocasion.

LISARDA.

Todo es muy fácil,
Con saber que de Don Juan
Es Leonor, que está delante,
Esposa, y de Octavio yo;
Pues las dos por esta parte
Desde la casa de Ursino
Llegamos en este instante.
Y que hagan los casamientos
Hoy, señor, las amistades
Entre Don Sancho, mi hermano
Y Octavio, pide mas grave
Lugar, porque son sucesos
Dignos de espacio mas grande.

DON SANCHO.

Como mi honor se remedie,
Yo le perdono la parte
De mi vida, que es lo ménos
De mi ofensa: como case
Con Lisarda, soy su amigo,
Y hermano.

DON JUAN.

Pues, señor, sabe
Que el principio de su amor
Fué por solo acompañarme.

GOBERNADOR.

Si tan conforme amistad
Hizo entre los cuatro paces,
Yo soy padrino de todos.

OCTAVIO.

Para que con esto acabe
La comedia, perdonando
Sus defectos, aunque grandes,
Siquiera porque el autor
Humilde á esas plantas yace.

EL CASTILLO DE LINDABRIDIS.

PERSONAS.

LINDABRIDIS.
SIRENE.
ARMINDA.
CLARIDIANA.
MALANDRIN.

EL FAUNO.
MERIDIANO.
ROSICLER.
FLORISEO.
FEBO.

EL REY LICANOR.
DAMAS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.
COROS DE MÚSICOS.

La accion pasa en una isla y en las cercanías de Babilonia.

JORNADA PRIMERA.

Isla del Fauno. — Monte con una gruta.

ESCENA PRIMERA.

ROSICLER, FLORISEO, EL FAUNO, GENTE.

ROSICLER. (*Dentro.*)

Talad deste horizonte
La rústica cerviz.

FLORISEO. (*Dentro.*)

Al valle.

GENTE. (*Dentro.*)

Al monte.

FLORISEO. (*Dentro.*)

A la cumbre.

GENTE. (*Dentro.*)

A lo llano.

EL FAUNO. (*Dentro.*)

Muchos, cobardes, sois; pero es en vano
Temer yo tanto número de gente
(Que mil cobardes no hacen un valiente)
Para lidiar conmigo.

(*Sale el Fauno, vestido de pieles y con un baston grande y nudoso, y tras él Rosicler con espada desnuda.*)

ROSICLER.

Yo solamente, bárbaro, te sigo,
Porque tengo tu vida
A mi fama ofrecida,
Y he de quitar deste gitano imperio
La esclavitud que todo su hemisferio
Padece, á tus rigores enseñado.

FAUNO.

¿Sabes que soy el Fauno endemoniado,
Hijo feroz, como mi sér lo avisa,
De un espíritu y de una fitonisa,
Compuesto de hombre, de demonio y fiera,
Escándalo del mar y de la esfera,
Vivo horror desta lóbrega montaña,
Y escollo vivo desa azul campaña?

ROSICLER.

Sé que son tus prodigios singulares
Peligro destos montes y estos mares.

FAUNO.

Si tanto aliento tienes
Que ya lo sabes y á matarme vienes,
Atrévete, infelice caballero,
A hacer campo conmigo. Yo te espero
En esta cueva oscura,
Donde partida, no la lumbre pura
Del sol que hermoso alumbra,
Sino la oscuridad, sino la sombra
De la noche importuna,
Geroglífico ya de la fortuna,
Harás campo conmigo.

ROSICLER.

¿Qué esperas? Ya te sigo.

FAUNO.

Pues ya la infausta boca,
De quien mordaza fué una dura roca,
Está abierta, entra pues. (*Ap.* Así pretendo
Que entren todos tras él, porque saliendo
Yo por la gruta, que de esotra parte
Obró naturaleza sin el arte,
Se pierdan todos dentro,
Y sea su sepulcro el triste centro
Desta bóveda oscura:
Tendrán á un tiempo muerte y sepultura.)

(*Entra en la gruta.*)

ROSICLER.

Hoy sabrás que no puedo
Ver yo el semblante pálido del miedo.

ESCENA II.

FLORISEO. — ROSICLER; GENTE, *dentro.*

FLORISEO.

¿Dónde vas desa suerte?

ROSICLER.

A dar al Fauno en esa cueva muerte.

FLORISEO.

Entremos, pues.

ROSICLER.

Ya solo le haré guerra.

FLORISEO.

Sin mí tú no has de entrar.

(*Luchan los dos sobre cuál ha de entrar; suenan dentro cajas, clarines y voces, y los dos al oirlo se suspenden.*)

Voces dentro.

A tierra, á tierra.

ROSICLER.

¿Qué repetidas voces
Desacordadas suenan y veloces?

FLORISEO.

«Tierra» dicen; mas es en la montaña;
Que á ser la parte que Neptuno baña,
Ser bajel era cierto,
Que aportaba á la paz deste desierto.

ROSICLER.

Pues sea lo que fuere,
Déjame entrar.

FLORISEO.

Sin mí jamas lo espere.

(*Vuelven á luchar.*)

Osado tu valor. Y mas si creo
El gran prodigio que en el aire veo.

(*Aparece en el aire un castillo.*)

ROSICLER.

¡Gran maravilla encierra!
Santos cielos, ¿qué es esto?

Voces dentro del castillo.

A tierra, á tierra.

ROSICLER.

Con mas causa me admiro,
Cuando el horror que no encareces, miro;
Pues la estacion vacía,
Claraboya diáfana del dia,
Es mar que con asombros
Sufre un bajel de piedra, que en sus hombros
A errar tan veloz llega,
Que sobre golfos de átomos navega.

FLORISEO.

¡Un castillo eminente
Es! La proa es el cubo de la frente,
Que ondas de vidrio corre;
Arbol mayor es una excelsa torre;
Jarcias son las almenas,
De banderolas y estandartes llenas;
Popa una cristalina galería,
Hermoso espejo en que se toca el dia.
El farol es un sol que en arreboles
Duplica rayos, multiplica soles;
Y en fin, todo portento,
Es pájaro del mar y pez del viento;
Mas por dejar la admiracion pasmada,
Sin plumas vuela, sin escamas nada,
Con presuncion tan grave,
Que atendido mejor, ni es pez ni es ave.

ROSICLER.

¡Oh tú, ciudad movible,
Si eres tu dueño tú, ó inaccesible,
El timon te gobierna del piloto
Que halló camino en rumbo tan remoto!
Abate, abate el vuelo,
Y déte abrigo este gitano suelo,
Si ya el mar no te espera;
Que tú tendrás el mar por tu ribera;
Pues quien sulca en el viento,
¿Quién duda que en el mar tendrá su asiento?

FLORISEO.

A tus voces parece

(*Baja el castillo.*)

Que el castillo se humilla ó se agradece;
Pues posado en la roca
Que á la cueva del Fauno abrió la boca,

Le deja sepultado,
Seguro el monte ya, y á tí vengado.
(*Asiéntase en tierra el castillo, y abren la puerta.*)

ROSICLER.

Un pasmo á otro sucede, pues abiertas
Del castillo veloz las altas puertas,
Un escuadron de ninfas se me ofrece.

FLORISEO.

La isla del Fauno isla del sol parece.

ESCENA III.

LINDABRIDIS; ARMINDA, *con una rodela y en ella un cartel;* SIRENE, DAMAS.—ROSICLER, FLORISEO.

LINDABRÍDIS.

Si una mujer peregrina
Hallar piedad es posible,
Por peregrina y mujer,
En vuestros pechos, decidme,
¿Qué tierra es esta que toco?
Qué montes los que se miden
Con las estrellas? Qué mares
Los que su esmeralda ciñen?
Porque me importa saber,
Antes que su arena pise,
Qué clima es y quién le habita,
Qué tierra es y quién la rige.

ROSICLER.

Huéspeda hermosa del aire,
Porque mis voces te obliguen
A pagar tambien en voces
Esa deuda que me pides,
Escúchame. Ese caduco
Homenaje, que resiste
Embates de mar y viento,
Con dos enemigos firme,
Es el Cáucaso eminente [1].
Esta isla, donde asiste
El endemoniado Fauno,
Su albergue fué oscuro y triste,
A quien ese muro ya
De monumento le sirve.
La corona deste imperio
Es Méntis, y quien la rige
Es el magno Tolomeo,
Dueño del alma de Euclídes.
Yo soy Rosicler de Tracia,
Hermano soy invencible
Del caballero del Febo.
El que á tu deidad se rinde,
Don Floriseo es de Persia :
A tan remotos paises
Nos trajo ambicion de honor,
Que este en nuestros pechos vive.
A vencer vine un prodigio,
A cuya empresa me sigue
Floriseo (que los dos
Profesamos las insignes
Leyes de caballería);
Y si mi intento consigue
Vencer la duda que ya
Dentro del alma reside,
Con mayor causa diré,
Agradecido y humilde,
Venciendo mis confusiones,
Que á vencer prodigios vine.

LINDABRÍDIS.

Tartaria, aquella provincia
Que sobre las dos cervices
De África y Asia se sienta,
Rica, hermosa y apacible :
Aquella que dos mitades
Del orbe abraza y divide,
Línea de plata el Oróntes,
Pauta de cristal el Tigris,
Es mi patria. Hija soy noble
De Brutamonte, felice
Rey de Tartaria : mi nombre,
En ofensa de Floripes,
De Angélica y Bradamante,
Es la sin-par Lindabrídis,
Heredera de su imperio,
Si el hado no me lo impide.
Pues á esta instancia discurro
El orbe. Y porque os admire
El oirme, como el verme,
Con mas atencion oidme.
Es de mi patria heredada
Costumbre, que no apellide
El pueblo príncipe augusto,
Ni le adore, ni se humille
Al hijo mayor del Rey;
Que solo hereda y preside
El que él en su testamento
A la hora del morirse
Deja en sus hijos nombrado ;
Que así el imperio consigue
Altos reyes, porque todos,
Por llegar á preferirse
A sus hermanos, se crian
Magnánimos y sutiles,
Doctos en ciencias y en armas :
Sin que ley tan sola olvide
Las hembras, pues no lo es
Que el ser mujeres nos quite
La accion de reinar. En fin,
Atentos á la sublime
Dignidad, yo y Meridian
Mi hermano, segundo Ulíses,
Nos criamos en Tartaria.
Bien os acordais que dije
Que la eleccion heredaba,
Porque el nacer era libre;
Pues rendido Brutamonte,
Humano sol, á su eclipse
(¡Oh violencia, qué no postras!
Oh humanidad, qué no rindes!)
Llegó el caso de nombrar
Sucesor (¡lance terrible!)
Entre mí y Meridian;
Y al tiempo «que herede,» dice,
«Este imperio...» perdió el habla,
Dejando confuso y triste
El reino. Y pasando entónces
A mejor vida (pues vive
Al lado del sol, adonde
Lucero añadido asiste),
Dejó en duda la eleccion,
Y en bandos parcial y libre
La plebe, que alborotada
Por las calles se divide,
Diciendo unos : «Meridian
»Viva ;» y otros : «Lindabrídis.»
Llegó la pasion á extremos
Tales, que en guerras civiles
La Tartaria ardió. Ya eran
Las campañas apacibles
De Flora, selvas de Marte;
Pues variados los matices,
Tal vez murieron claveles
Los que nacieron jazmines.
Un dia que frente á frente
Los dos campos se compiten,
Haciendo aceros y plumas
De un abril muchos abriles;
Delante yo de mi gente
Ocupaba la invencible
Espalda á una turca alfana,
Que entre el copete y las crines
Se ocultaba de tal forma,
Que con las ondas que finge
Dió á entender que sus espumas
Iba cortando en un cisne.
En otra parte mi hermano
Un persa hipógrifo oprime,
Tan fiero, que despreciando
Su especie, osado y terrible
Se manchó de espuma y sangre,
Gustando él que le salpiquen,
Por desmentirse caballo,
Con los remiendos de tigre.
Ya con el marcial estruendo
Aun no dejaban oirse
Lo robusto de las cajas,
Lo dulce de los clarines;
Cuando mi hermano, arbolando
Un blanco estandarte, pide
Licencia de hablar, y así
A los ejércitos dice :
«Tártaros fuertes, si acaso
La cólera se permite
A la razon, y el orgullo
Os deja el discurso libre,
Paréntesis de la muerte
Sean mis voces, oidme :
Lidie la razon primero
Que la sinrazon hoy lidie.
Las heredadas costumbres
Deste imperio se dirigen
A que su príncipe sea
En letras y armas insigne.
Pues si en mí los dos extremos
De ingenio y valor se miden,
¿Por qué me desheredais,
Tiranamente insufribles?
Mas porque de mi persona
Los méritos se examinen,
Rindámonos á un partido,
Para todos apacible.
Halle mi hermana un esposo;
Que si me excede ó compite
En valor, ingenio y gala,
Desde aquí quiero rendirme
A sus plantas, y que él ciña
La corona que me quiten :
Con calidad, que si ella
En el tiempo que describe
El sol un círculo entero,
Plateando de perfiles
Los vellones del Ariete
Y las escamas del Piscis,
No le hallare, quede yo
Quieto, pacífico y libre
En la posesion. Con esto
Vuestros deseos consiguen
A ménos riesgo mas rey;
Y yo cuantos ella envíe.
Esperaré en Babilonia,
Para que en entrambas lides
Viva, tártaros, quien venza,
Pues siempre quien vence vive.—
Dijo Meridian, y yo,
Aunque responderle quise,
No pude, porque las voces
Entre los aplausos viles
Se perdieron. En efecto,
Las condiciones le admiten,
Volviendo yo á mi palacio
Confusa, afligida y triste.
Aquí pues, contando el caso
Al docto, al mágico Antistes,
Ayo mio, y de los cielos
El prodigio mas sublime :
Aquel cuya voz el sol
Respeta, y en los viriles
De once cuadernos azules
Leyó letras de rubíes,
Me dijo : «Si has de buscar
Un príncipe que te libre
Dese empeño, que discurras
El orbe es fuerza, y que animes
Con tu hermosura el valor;
Que no hay cosa que le incite
Tanto. Y porque mas segura

[1] La geografía que se usa en esta comedia, estan de invencion como los personajes y el argumento. El lector habrá ya visto que lo mismo sucede en otras obras de Calderon : en *Con quien vengo, vengo* hizo á Verona ciudad marítima.

Todo el mundo peregrines,
Hoy quiero lograr en tí
Los mas admirables fines
De mis mágicos estudios.
Este castillo en que asistes,
Alcázar portátil sea,
Sea palacio movible,
Que á obediencia de tus voces,
Ya se eleve, ó ya se incline.
Parte en él, porque en él lleves
Las grandezas con que vives,
Las galas que te hermosean,
Y las damas que te sirven.»
Pronunció el acento apénas
Último, cuando ya gime
La torre, ya tiembla, y ya
De la tierra se divide;
Y elevados en el viento
Muros, campos y jardines,
De tan nueva Babilonia
Todos éramos pensiles.
Ese pájaro que cuando
Vuela, los aires aflige;
Ese pez que cuando nada,
Los crespos mares oprime;
Ese monstruo que los montes,
Cuando los habita, rinde;
Ese escollo que navega,
Ese monte que describe,
Esa fábrica que nada,
Ese, en fin, portento horrible
Que mirais, es el famoso
Castillo de Lindabrídis.
Si sois (como lo mostrais
Y vuestras personas dicen)
Príncipes, que de trofeos
Habeis de orlar vuestros timbres;
Si en defensa de las damas
Vuestros aceros se visten,
Ya con la espada en la mano,
Ya con la lanza en el ristre;
Buena ocasion se os ofrece.
A vuestras plantas se rinde
Una hermosura que os ame,
Un reino que os apellide,
Una empresa que os ilustre,
Una lid que os acredite,
Una mujer que os adore,
Y un honor que os eternice. (*Vase.*)

ROSICLER.

Espera, mujer.

SIRENE.

Detente.
Estos umbrales no píses,
Aunque la ocasion te llame,
Aunque tu valor te anime,
Si la accion perder no quieres
De las empresas que sigues.
(*Vase, y síguenla las damas.*)

FLORISEO.

Escucha...

ARMINDA.

Si estos aplausos
Deseas, firma invencible
Ese cartel, y no intentes
Violar su muro, aunque mires
Arderse el castillo en fuego.
Esto importa.
(*Vase, dejando fijo el cartel.*)

FLORISEO.

Que le firme
No dudes. Este puñal
Mi nombre en bronce describe.

ROSICLER.

No harás, porque estas empresas
Son mias.

FLORISEO.

Contigo vine
A vencer un monstruo, á quien
Ya todo ese monte oprime,
No á dejar tan alto empleo.

ROSICLER.

Pues ¿tú conmigo compites?

FLORISEO.

Desistir un hombre noble
A tal causa, es imposible.
No compito á quien excedo.

ROSICLER.

Como la lengua lo dice,
¿No lo dijera el acero?

FLORISEO.

Sí hiciera.

ROSICLER.

Pues calla y riñe.
(*Sacan las espadas, y riñen.*)

ESCENA IV.

CLARIDIANA, MALANDRIN.—ROSICLER, FLORISEO.

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

Ten el caballo, que al pié
De aquel castillo arrogante
Que en competencia de Atlante,
Coluna del cielo fué,
Los repetidos aceros
De dos jóvenes valientes
Me llaman.

MALANDRIN. (*Dentro.*)

Señor, no intentes
Meter paces.
(*Sale Claridiana en traje de hombre.*)

CLARIDIANA.

Caballeros,
Si del duelo comenzado
Tiene acaso en mí valor
Apelacion el favor,
Lógrese el haber llegado
En una ocasion tan fuerte
Quien vuestros riesgos impida.

FLORISEO.

No podréis, porque una vida
Vive á costa de otra muerte.

ROSICLER.

Viviendo yo, no pudiera
Vivir quien me compitió;
Y para que viva yo,
Es forzoso que otro muera:
Y así, jóven, cuyo brio
Mostrais bien, pues no podeis
Ser nuestro adalid, seréis
Juez de nuestro desafío.
Vednos pues, y ya que advierto
En vos valor tan altivo,
Dad luego un caballo al vivo,
Y una sepultura al muerto.

FLORISEO.

Esto los dos os pedimos,
Y sin esperar respuesta;
Que no admite mas ley que esta
La causa por que reñimos. (*Riñen.*)

CLARIDIANA.

Cuanto me pedis, haré.

ESCENA V.

SIRENE, LINDABRIDIS Y ARMINDA, *á la ventana del castillo.*—CLARIDIANA, ROSICLER, FLORISEO.

SIRENE.

Grande estruendo de armas suena.

LINDABRÍDIS.

Desde esta dorada almena
Del castillo los veré.

CLARIDIANA.

¡Qué bien mostrais que es de amor
Lance tan duro y cruel!
Y así os presido, porque él
No admite medio mejor
Que morir matando. Ea pues,
Reñid los dos igualmente,
Que habiendo de estar presente
Yo á este duelo, cierto es
Que no habrá engaño ó traicion,
Ventaja ó alevosía.
Yo os hago seguro el dia,
El campo y la ejecucion.
(*Riñen.*)

ARMINDA.

Los dos riñen, que testigos
De tus relaciones fuéron.

LINDABRÍDIS.

¡Tan presto pasar pudieron
Desde amigos á enemigos?

FLORISEO.

No has de ser conquistador
Desta aventura, viviendo
Este brazo.

ROSICLER.

Yo defiendo
Que la merezco mejor.

FLORISEO.

Que la merezcas ó no,
Yo he de firmar el cartel.

SIRENE.

Por tí es el campo cruel.

LINDABRÍDIS.

Pues remediaréio yo.
¡Ah del monte!
(*Dejan de reñir.*)

FLORISEO.

Alma y accion
Son ya despojos del viento.

ROSICLER.

En su mismo movimiento
Se ha helado la ejecucion.

CLARIDIANA.

¡Bella mujer!

LINDABRÍDIS.

Si el trofeo
De la encantada aventura
Hoy vuestro esfuerzo procura
(Que así del aire lo creo),
Y sobre firmar aquí
El cartel habeis reñido,
Seña es de no haber leido
Su condicion.

ROSICLER.

Es así.

LINDABRÍDIS.

Pues ¿quién por firmar se mata
Sin ver lo que ha de firmar?

FLORISEO.

Quien de solo conquistar
Tan nuevos aplausos trata;
Que el que lé la condicion
De la dicha que pretende,
Su mismo valor ofende
Y agravia su estimacion;
Pues da á entender que no siendo
La condicion á su gusto,
No admite la dicha. ¡Injusto
Temor! Y como pretendo
Yo esta dicha conquistar,
Con cualquiera desta suerte,
Por firmar me doy la muerte,
Sin ver lo que he de firmar.

ROSICLER.

Yo desa voz advertido,
Confieso que pude errar
En atreverme á firmar
Condicion que no he leido;
Y así he de leer el cartel,
Para aumentar mis blasones
Sabiendo las condiciones
Con que cae mi firma en él;
Pues mas valor muestra quien
A reñir osa salir
Sabiendo que va á reñir,
Que no, aunque riña tambien,
El que en la ocasion se halló;
Pues, uno y otro valiente,
Aquel ve el inconveniente
Que atropella, y este no.
Veamos en duda tan grave
Cuál mas valor muestra ahora,
Quien firma riesgos que ignora,
Ó quien firma los que sabe.
(*Lee.*) *El caballero diestro y animoso,*
Que en el certámen muestre la osadía,
Y á Meridian prefiera generoso
En la gala, el ingenio y valentía,
Será rey de Tartaria, será esposo
De Lindabridis, cuya monarquía
Le aclama en posesion quieta y segura
Rey de un imperio, dios de una hermo-
[sura.
Aquel empero que al amor rendido,
Al castillo los términos profane,
En cuanto de los céfiros movido,
Montes pise, ondas sulque, aires allane,
Quedará de la accion desposeido:
Ni consiga laurel, ni precio gane;
Que ha de vagar, deste peligro exento,
Páramos de cristal, golfos de viento.
Aquel tambien osado caballero,
Que por celos, por ira y por venganza,
En los términos dél saque el acero,[za.
Pierda el triunfo, el laurel y la esperan-
Y no porque á firmar llegue primero,
Impida que otro firme, pues alcanza
Mas aplauso, mas fama, mas victoria,
Quien corona de méritos la gloria.
No leo mas, y pues no impide
Mi fe otro competidor,
Porque veais que mi amor
Con mi obediencia se mide,
Vuelvo á la vaina el acero;
Que no tengo yo de hacer
Hazañas para perder
Dichas, que ganar espero.

FLORISEO.

Cese entre los dos aquí
La lid, pues así tendrás
Tú en mí una victoria mas,
Y yo un triunfo mas en tí,
Y en tan firme competencia,
Siendo la pluma un puñal,
Que en el papel de metal
Escriba sin resistencia,
Firma tu nombre.

ROSICLER.

Sí haré. (*Firma.*)

FLORISEO.

Y yo al cielo haré testigo
De pleitear y ser tu amigo. (*Firma.*)

ROSICLER.

Eso no hago yo.

FLORISEO.

¿Por qué?

ROSICLER.

Porque en pleitos de aficion
Es vil la conformidad,
Y celos sobre amistad
Muy infames celos son.
Ni sé yo que honor y fama
Puedan acabar conmigo
Que tenga yo por amigo
Á quien pretende á mi dama.
Y así, hemos de ser los dos
Contrarios desde este dia;
Que en amor no hay cortesía.

FLORISEO.

Dices bien. Adios.

ROSICLER.

Adios.
(*Vanse los dos.*)

ARMINDA.

Bizarros han procedido.

SIRENE.

Valiente es el Rosicler
De Tracia.

ARMINDA.

Pudiera ser
Habérmelo parecido,
Si el competidor no fuera
El persiano Floriseo.

LINDABRÍDIS.

Ninguno á mis ojos creo
Que ese afecto les debiera,
Miéntras tuviesen delante
Al gallardo caballero,
Que llegando á ser tercero,
Tan cortés como arrogante,
Fué primero en el valor,
El brio y el desenfado.

SIRENE.

¡Qué suspenso se ha quedado,
Estatua viva de amor!

ESCENA VI.

MALANDRIN. — CLARIDIANA. *En las ventanas del castillo*, LINDABRIDIS, ARMINDA y SIRENE.

MALANDRIN.

Ya, señor, que se ausentaron
Los dos que á reñir vinieron,
Y que si no lo riñeron,
Por lo ménos lo parlaron,
Me atrevo á llegar aquí;
Que si la cuestion durara,
En mi vida no llegara:
Porque yo en mi vida fuí
Amigo de meter paz,
Desde un dia que llegué,
Riñendo dos, y el que fué
El riñon [1] mas pertinaz,
Me abrió un jeme de cabeza
Por abrirla á su enemigo;
Y luego cortés conmigo,
Me dijo con gran tristeza,
Cuando ya estaba en poder
De la quirurga impiedad:
«Caballero, perdonad,
Que yo no lo quise hacer.»

CLARIDIANA.

¡Que de burlas, Malandrin,
Vienes á darme la muerte?

MALANDRIN.

Pues ¿qué tenemos?

CLARIDIANA.

Advierte
Que hoy es de mi vida el fin.
Aquesa fábrica bella
Que escalar al cielo ves,
La de Lindabridis es,
Y Lindabridis aquella
Que con hermoso arrebol
Da á los campos alegría,
Sin que le haga falta al dia
Irse ya poniendo el sol.
¡Qué hermosa es! (¡valedme, cielos!)
Pero mírola celosa,
Que quizá no es tan hermosa,
Á quien la mira sin celos.

MALANDRIN.

¡Válgame el cielo! ¿Esta es
Aquella lijera torre,
Que en el mundo vuela y corre,
Sin tener alas ni piés?
¿Y esta la que dia y noche
(De verla me maravillo)
Dice: «Pónganme el castillo.»
Como si dijera, el coche,
Cuya caja es cal y canto,
Que por un encanto rueda
(Aunque en esto á otros no exceda,
Pues no hay coche sin encanto),
Diciendo muy sin cuidado:
«Anda al reino del Mogor,»
Como á la calle Mayor,
Á las Vistillas ó al Prado:
Y caminando lijero,
Que el sol no puede igualallo,
Ni se le manca un caballo,
Ni se emborracha un cochero?
Este...

CLARIDIANA.

Calla ya. (*Pégale.*)

MALANDRIN.

¡Ay de mí!
No hablaré mas que un jumento.

CLARIDIANA.

(*Ap.* Dame, amor, atrevimiento,
Y empiece tu engaño aquí.)
Si el respeto ó el temor
Con que á los umbrales llego
Deste encantado prodigio,
Fábula hermosa del tiempo,
Puede merecer, señora,
Cortés aplauso en un pecho
Que labró amor de diamante,
Dad licencia á un caballero,
Que cortesano del mar,
Que ciudadano del viento,
Batió hasta llegar á verte
Las alas de sus deseos.
Sagrado voto de amor
(*Ap.* Mejor dijara de celos.)
Á su templo me trae, donde
Rendido, humilde y sujeto,
Os sacrifico en sus aras
Un alma y mil pensamientos;
Y aun son pocos cuando á vos
Os adoro y os respeto
Por ídolo de su altar,
Por imágen de su templo.
No sé si el voto cumplí,
Hermoso encanto, con esto,
Pues quien va á cumplir un voto,
Se suele tener por cierto
Que va á dejar las prisiones,
Y yo por prisiones vengo.
El príncipe Claridiano
Soy, de Trinacria heredero:
Mis vasallos son el Etna,
El volcan y el Mongibelo.
¡Veis cuánto fuego os he dicho?
Pues muy poco os lo encarezco,
Que es bien que un príncipe amante
Vasallos tenga de fuego.
Para creencia los traigo
Conmigo, el Etna en el pecho,
El Mongibelo en el alma,
Y el volcan en el aliento.
Dad pues licencia que escriba
Con el buril deste acero

[1] Reñidor.

Mi nombre, no porque entienda
Que galan, valiente y cuerdo
Pueda merecer, señora,
Desa hermosura el imperio,
Sino porque entienda solo
Que morir amando puedo;
Pues yo con morir amando,
Cumpliré con mis afectos.
Mirad ¡á cuán poco aspiro!
Mirad ¡cuán poco me atrevo,
Pues licencia de morir
Os pido de cumplimiento!
Y esta, solo porque diga
En mi sepulcro un letrero:
«Aquí yace aquel amante,
Que quiso morir primero,
Que ver al dueño que amó
En los brazos de otro dueño;»
(*Ap.* Y es verdad, pues á estorbarlo,
Desde la Trinacria vengo);
Que si tengo de morir
De estorbarlo ú de saberlo,
Mejor será de estorbarlo;
Que es muy cobarde ó muy necio
El que se deja morir
Del mal, y no del remedio.
No me entenderéis; no importa,
Que soy un enigma ciego,
Tal que apostando conmigo,
Aun yo mismo no me entiendo.
Mas porque nunca os quejeis
De que os engañé, os advierto
Que en todo cuanto os he dicho,
Os digo verdad, y os miento.

LINDABRIDIS.

Príncipe trinacrio ilustre,
Cuyo valor, cuyo ingenio
Dirán bien espada y pluma
Competidas á su tiempo,
Licencia para firmar
Las condiciones del duelo
Teneis; que en pública lid
A ningun aventurero
Se ha negado: á lo demas,
Ni respondo, ni me atrevo;
Que si vos no os entendeis,
En mí no será defecto
El no entenderos á vos.
Mas por hablar en el mesmo
Estilo vuestro, os respondo
Que el venir os agradezco;
Pero no el haber venido,
Pues lo estimo y lo aborrezco;
Porque tambien soy enigma
Yo, que á dos sentidos tengo
Dos luces. Si no entendeis,
No importa; que yo me entiendo.
(*Ap.* ¡Válgate el cielo por jóven,
En qué confusion me has puesto!)
(*Éntranse las damas.*)

ESCENA VII.

CLARIDIANA, MALANDRIN.

MALANDRIN.

¡Cielos! ¡qué de disparates
Atinados y compuestos
Os habeis dicho! Y habrá
Quien diga que son conceptos,
Sin haberlos entendido.

CLARIDIANA.

¡Oh qué cansado y qué necio
Estás, riyendo y burlando,
Cuando yo amando y muriendo!

MALANDRIN.

Ya los dos estamos solos,
Nadie nos oye, bien puedo
Hablar contigo, señora.
Si vienes con este intento
Determinada á estorbar
El amor ó los deseos
De aquel descortés amante,
El caballero del Febo
Que á estas aventuras vino,
Y hallaste para este efecto
Ese arrogante caballo
Tan desbocado y soberbio,
Que cuanto mas le corrige
La disciplina del freno,
Tanto mas corre, y se para
Cuando siente sobre el cuello
Suelta la rienda; si en fin,
Volando en él tanto viento,
Tanta tierra y tanto mar,
Has dado en este desierto
Con el castillo; si en él
Ha empezado tu deseo
Tan felizmente, ¿qué temes?

CLARIDIANA.

Que soy desdichada temo.
A competir he venido
(Es verdad, yo lo confieso)
A Febo en esta aventura,
Porque en ciencias y armas tengo
Experiencias y noticias
Con que aventurarme puedo
A salir con la victoria;
Y siendo yo sola dueño
De Lindabridis, dejar
Burlados sus pensamientos.
Pero cuanto (¡ay de mi triste!)
Atrevida vine, luego
Que la vi, quedé cobarde;
Que este es natural secreto
Que trae consigo el temor.
Bien en los campos del viento
Lo dice la garza, aquella
Nave de pluma, que haciendo
Proa el pico, vela el ala,
Timon la cola, el pié remo,
Sulca grave, vuela altiva,
Hasta que se pasa al fuego,
A ser mariposa en él,
Por vivir otro elemento;
Pues aunque al paso le salgan
Mil pájaros bandoleros,
Que son ladrones del aire,
De ninguno tiene miedo,
Sino de aquel solamente
De quien ha de ser trofeo;
Y así, erizada la pluma
Y el copete descompuesto,
Tiembla y huye, hasta que deja
La vida á sus manos, siendo
Flor despues de haber caido,
La que fué estrella cayendo.

MALANDRIN.

Sobre los afectos reina
La razon.

CLARIDIANA.

Bien dices. Quiero
Firmar el cartel y dar
Principio al fin... Mas ¿qué es esto?
La primera firma dice
«El caballero del Febo.»
¡Dadme paciencia, cielos,
Si puede haber paciencia donde hay celos!
¡Ay ingrato! Para mí
¡Firmas en arena fuéron
Tus palabras, que duraron
A la discrecion del viento!
Para Lindabridis bella
¡Firmas en bronce y acero,
Que vivirán inmortales
A la duracion del tiempo!
Para mí escribiste en agua
Tantos perdidos requiebros;
Y para ella ¡en bronce escribes
La constancia de tu pecho!
¡A ella fineza, á mí olvido!
¡A ella agrado, á mí desprecio!
¡A ella firme, á mí mudable!
¡A ella apacible, á mí fiero!
Dadme paciencia, cielos,
Si puede haber paciencia...

ESCENA VIII.

FEBO.—CLARIDIANA, MALANDRIN.

FEBO. (*Dentro.*)

Fuego, fuego.

CLARIDIANA.

¿Qué voz es tan temerosa
La que en repetidos ecos
Quitó el impulso á mi accion,
Hurtó el número á mi acento?

MALANDRIN.

Sobre el campo de Neptuno,
Un Etna, señora, veo,
Que brotando llamas, hace
Guerra de dos elementos.

CLARIDIANA.

¿Quién vió jamas (¡oh qué horror!)
En campos de nieve, ardiendo
Montañas de humo? Quién vió
Abortar el agua fuego?

MALANDRIN.

Bajel es.

CLARIDIANA.

No dices bien,
Porque alumbrando su incendio,
Todo el bajel es farol,
Antorcha ya de sí mesmo.
O Neptuno, si eres dios,
¿Cómo sufres que en tu reino
Jurisdiccion de otra esfera
Esté abrasando, en desprecio
De tus ondas? ¿No te corres,
Que tu contrario soberbio
Entre en los términos tuyos,
Tiranizando tu imperio?

MALANDRIN.

Norte vocal sean mis voces.
A tierra.

(*Sale Febo, cayendo.*)

FEBO.

¡Valedme, cielos!

CLARIDIANA.

Mísero aborto que el mar,
Por despojo desa guerra,
Dió de barato á la tierra,
Ya bien puedes respirar.
Vuelve en tí, vuelve á alentar.
Mas ¡ay! que sangrienta y dura
El agua, su fin procura,
Y así, á la tierra la advierte:
«Pues que yo le dí la muerte,
Dale tú la sepultura.» (*Llega á Febo.*)

MALANDRIN.

Es verdad, que yerto y frio
Yace.

CLARIDIANA.

Y yo de asombros lleno,
Tropiezo en el mal ajeno,
Y voy cayendo en el mio.
De mi muerte desconfio,
Porque mi vida me asombre,
Y porque infeliz me nombre.
Detente, no espires, sol,
Deja, deja un arrebol
Compadecido á tu nombre;

Que Febo (¡ mísera suerte!)
Es (¡ tragedia lastimosa!)
El que (¡ pena rigurosa!)
Arrojado (¡ trance fuerte!)
Del mar (¡ miserable muerte!)
Llegó (¡ tirano rigor!)
A mis piés (¡ fiero dolor!),
Porque así (¡ valedme, cielos!)
Cuando él me mata de celos,
Le vea yo muerto de amor.
Bien digo, pues sus rigores
Es razon que yo presuma
Que los castigó la espuma,
Que es madre de los amores.
Ya son mis penas mayores.
Llorad, ojos; sentid, labios:
No os acordeis poco sabios
De ofensas hechas y dichas;
Que es vil quien en las desdichas
Se acuerda de los agravios.
Cesen pues venganzas fieras,
Y haga finezas mi fe.
¡Vivieras, oh Febo, aunqué
En otros brazos vivieras!
Estas son las verdaderas
Muestras de quien quiere y ama.
¡ Oh mar, oh bajel, oh llama,
Ya es occidente cruel
Tu teatro, pues en él
Murió Febo!

FEBO. (*Vuelve en sí.*)

¿Quién me llama?
¿Dónde estoy, piadosos cielos?

CLARIDIANA. (*Ap.*)

Albricias, alma. Mas no,
(*Pónese una banda al rostro.*)
Que si él vuelve á vivir, yo
Volveré á morir de celos.
Mas viva él, y mis desvelos
Vivan. Si en tan breves plazos,
O amor, ataste sus lazos,
Y mi fe milagros labra,
No me tomes la palabra
De que viva en otros brazos.

FEBO.

¿Quién eres tú, que con llanto
La voz en el aire quiebras,
Y mis exequias celebras?

CLARIDIANA.

Quien sintió tu muerte cuanto
Siente ya tu vida: tanto
Es mi asombro duro y fuerte,
Que en tu vida y muerte advierte
Una pena dividida;
Pues muerto te diera vida
Quien vivo te dará muerte.
Y así, pues pasó el severo
Rigor, y pues vivo estás,
No tengo que esperar mas.
Cobra ese perdido acero;
Que cuerpo á cuerpo te espero
Donde á mi honor dé esta palma.

FEBO.

Hombre, que en tan triste calma
Para mi desdicha has sido
Un enigma con sentido,
Un laberinto con alma,
¿Cómo mi muerte sentiste,
Si de darme muerte tratas?
Cómo viviendo me matas,
Si muriendo no lo hiciste?
Si piadoso entónces fuiste,
¿Cómo ahora eres tirano,
Y tienes, cruel é inhumano,
Siendo amigo y enemigo,
En una mano el castigo,
Y el favor en otra mano?

CLARIDIANA.

Como cuando muerto estabas,
Tu muerte, Febo, sentia;
Cuando estás vivo la mia;
Que tú la muerte me dabas.
Muerto, lástima causabas;
Vivo, causas pena: así
Puedes argüir aquí
Mis desdichas, pues es cierto
Que tú, ni vivo ni muerto,
No eres bueno para mí.

FEBO.

Si vivo ni muerto espero
Vencer rigor tan esquivo;
Si te he de enojar si vivo,
Si te he de ofender si muero,
Defender mi vida quiero.
Siente el verme vivo, pues
Medio para los dos es
Hacer que el rigor dilates,
Y que ahora no me mates,
Si me has de llorar despues.
Una herida que he sacado
Del mar, no importa.

CLARIDIANA.

(*Ap.* ¡ Ay de mí!)
¿Herido estás, Febo?

FEBO.

Sí.
Mas ¿qué cuidado te ha dado?

CLARIDIANA.

Lo que es piedad, no es cuidado.

FEBO.

Pues si piedad sola ha sido,
Riñe.

CLARIDIANA.

Soy tan atrevido,
Que con ventaja no quiero.
Cúrate, y cobra primero
Sangre y fuerza que has perdido;
Que yo te buscaré.

FEBO.

Pues
Guíame á esa torre bella.

CLARIDIANA.

Eso no, no has de ir á ella.

FEBO.

¿Por qué?

CLARIDIANA.

Porque el sitio es
De Lindabridis.

FEBO.

Tus piés
Mil veces me da á besar.
¡ Piadosos son fuego y mar!

CLARIDIANA.

¿Mucho?

FEBO.

Sí.

CLARIDIANA.

Pues el acero
Esgrime; que ya no quiero
Que te vayas á curar.

FEBO.

Pues ya no quiero reñir
Yo; que á su vista, es perder
Las esperanzas de ser
Su dueño. Y pues argüir
Puedo, á medio discurrir,
Que celos la causa son
De tu pena y tu pasion,
No me puedes obligar
A reñir, hasta llegar
Del duelo la ejecucion;
Que cuando hay tiempo aplazado,
No es mengua de un caballero
Tener cortés el acero.

CLARIDIANA.

Bien en la ocasion has dado
De mi pena y mi cuidado,
Porque celos me han traido
Amante y favorecido
De Lindabridis...

FEBO.

¡ Ay cielos!

CLARIDIANA.

(*Ap.* Tenga celos quien da celos.)
A estorbar que tú atrevido
Intentes esta aventura.

FEBO.

¿Doite yo mas que temer
Que todos?

CLARIDIANA.

Tú no has de ser
El dueño de su hermosura.

FEBO.

Pues tu temor ¿qué asegura?

CLARIDIANA.

Tantos favores lograr
Como tengo.

FEBO.

¡ Oh qué pesar!
¿Muchos?

CLARIDIANA.

Sí.

FEBO.

Pues el acero
Sacaré; que ya no quiero
Yo tampoco irme á curar.

CLARIDIANA.

Ni yo reñir, que advertido,
No he de perder la esperanza.

FEBO.

Pues tiempo habrá á tu venganza.

CLARIDIANA.

Por estar aquí y herido,
Hoy la dilato, y te pido
Tomes ese bruto en quien
Irte á curar, porque es bien
Cuidar, Febo, desa herida.

FEBO.

¿Qué te importa á tí mi vida?

CLARIDIANA.

Mucho.

FEBO

¿Y mi muerte?

CLARIDIANA.

Tambien

FEBO.

No te entiendo.

CLARIDIANA.

Yo me entiendo.
Toma el caballo.

FEBO.

Sí haré

CLARIDIANA. (*Ap.*)

Mis celos estorbaré
Pues en el bruto corriendo,
De aquí ausentarle pretendo.
Deje el campo á mi dolor.

FEBO. (*Ap.*)

¡Oh qué rabia!

CLARIDIANA. (*Ap.*)

¡Oh qué rigor!

FEBO. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

CLARIDIANA.

(*Ap.* ¡Qué desvelos!)

Vete ya.

FEBO.

A morir de celos.

Quédate. (*Vase.*)

CLARIDIANA.

A morir de amor. (*Vase.*)

(*Suena dentro música* [1].)

JORNADA SEGUNDA.

Anochece.

ESCENA PRIMERA.

MALANDRIN.

Despues de la salpicada,
Mil instrumentos oí:
Si fuera comedia, aquí
Acabara mi jornada;
Mas puesto que no lo es,
Y que prosiguiendo va,
La música suplirá
Ausencias de un entremes.
Por lo ménos extrañeza
Será de ingenio saber
Que hoy todo cuanto hay que ver
Es cortado de una pieza.
Y esto aparte, ¡vive Dios
Que él se ha puesto en el caballo!
Ya nunca podrá parallo.
Y á un mismo tiempo los dos
Y el sol me dejan á oscuras
En un monte. Ya ¿qué espero?
No fuera andante escudero,
A no verme en aventuras.

ESCENA II.

FLORISEO, Y UN CORO DE MÚSICOS. — MALANDRIN.

FLORISEO.

Pues que ya la noche fria
Temerosamente asombra,
Y baja la negra sombra
Pisando la falda al dia,
Cantad: tenga una vez salva
La negra noche al bajar,
Que no siempre ha de envidiar
A los músicos del alba.
Decid al segundo sol,
Que da al primero desmayos,
Que en ausencia de sus rayos,
Soy humano girasol.

ESCENA III.

ROSICLER, Y UN CORO DE MÚSICOS. — FLORISEO, OTRO CORO DE MÚSICOS, MALANDRIN.

ROSICLER.

Pues Lindabrídis permite
Hasta el fin de tanto empleo
Lo que es cortés galanteo,
Y estas licencias admite;
Miéntras yo digo llorando
Mi mal, pues yo lo sentí,
Quien no lo siente, por mí
Le podrá decir cantando.

CORO 1.°

Bellísima Lindabrídis,
¿Para qué tus ojos buscan
Nuevos encantos, teniendo
El mayor en la hermosura?

CORO 2.°

¿Para qué buscas mas rayos,
Si sale la aurora tuya
Compitiendo con las selvas,
Cuando las flores madrugan?

FLORISEO.

De esotra parte del monte
Sonoras voces se escuchan.

ROSICLER.

Este es Floriseo, que así
Dichas que yo pierdo, busca.

MALANDRIN.

Vísperas son á dos coros:
No será muy mala industria,
En tanto que cantan ellos
La copla, hacer yo la fuga.
(*Vase hácia Rosicler.*)

CORO 1.°

Despojos son de tu planta
Bellas flores, fuentes puras,
Porque ambicioso el abril
Para tu adorno las junta.

CORO 2.°

Y porque el aire no esté
Celoso de su ventura,
Los pájaros en el viento
Forman abriles de pluma.

ROSICLER.

Bajeza es que un hombre noble
Declarados celos sufra.
Mas es nueva ley de amor:
La obediencia me disculpa.

MALANDRIN.

(*Ap.* Por esta parte se acerca
A mí un bulto, ó una bulta,
Que no sé si es hembra ó macho,
Y solo sé que se junta
Mas de lo que yo quisiera.
Animo: todo es fortuna.
Quizá será otro gallina
Como yo, y en esta duda,
Seamos valientes de miedo.)
Caballero, á mí me injurian
Esas voces que al aurora
Destas montañas saludan;
Y así, mandadles que callen.

ROSICLER. (*Ap.*)

Este hombre viene sin duda
A reconocerme y darme
Ocasion con que mi furia
Pierda el derecho de ser
Acrédor desta aventura.
Venceréle con callar,
Vengando mi pena justa
En que canten, pues le ofenden.
De cuantos una hermosura
Hizo valientes, á mí
Me hizo cobarde, no hay duda;
Pues por no perderla siempre,
Hago lo que no hice nunca.

CORO 1.°

¡Ay Lindabrídis bella, hermosa y pura,
Milagro del amor y la hermosura!

CORO 2.°

¡Ay Lindabrídis pura, hermosa y bella,
Que eres del cielo flor, del campo estrella!
(*Retírase Rosicler.*)

MALANDRIN.

(*Ap.* ¡Vive Apolo, que se vuelve!
¿Esto es ser valiente á oscuras?
No hay cosa mas fácil. Otro
Desta parte está. Pues dura
El susto, dure el remedio.)
Esas voces que se escuchan,
(*A Floriseo.*)
A un celoso amante ofenden,
Caballero, y le disgustan:
Callen, si acaso hay remedio
Para que callen en bulla
Músicos que cantan mal.

FLORISEO. (*Ap.*)

Esta es cautela ó industria
De Rosicler, que ocasiona
Mi valor, porque desnuda
La espada, las esperanzas
Pierda de dicha tan suma.
Pues no ha de lograr su intento,
Hoy amor al valor supla;
Que huir de amante en la ocasion,
Mas que bajeza, es cordura. (*Retírase.*)

MALANDRIN.

¡Viven los cielos, que son
Gallinas, sin duda alguna!
Que si esperaran un poco
Sin huir (¡hay tal locura!),
Huyera yo.

FLORISEO.

Cantad siempre. (*Vase.*)

ROSICLER.

No dejeis de cantar nunca. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MALANDRIN; CORO 1.° Y CORO 2.° DE MÚSICOS.

CORO 1.°

Suspiros son de un amante
Cuantos el eco pronuncia;
Lágrimas son de un celoso,
Cuantas las flores inundan.

CORO 2.°

Porque así fuentes y flores,
Con sonora voz y muda,
De su belleza engañados,
Por aurora la saludan.

AMBOS COROS.

¡Ay Lindabrídis, etc.

MALANDRIN.

¿Dueño yo de la campaña
Y músicos? ¡hay tal burla!
O está todo el mundo loco,
O borracha la fortuna.
Si me valiera la hazaña
En esta ocasion alguna
Albaja manducativa,
Fuera notable ventura.
¡Ah del castillo! Si non
Yace la infanta desnuda,
Catadlo, y que á un agujero
Asome su fermosura.
Malandrin de allende Trapo-
Bana soy, que viene en fucia,
Si ella es la vana é yo el trapo,
De facer dos almas una.
Si non cuida de salir,
Salga cualque dama suya,
E si non dama pluguiere,

[1] Esta comedia se representó toda de seguido, sin entremeses al fin de los actos: á esto alude lo que dice Malandrin en el monólogo siguiente.

Menina su ausencia supla,
Ya de la cámara sea,
Magüer que non de la ayuda.
¿Non la hay? Pues sea mondonga;
Que ¿á quién mondongas no escuchan?
O si non, salga una dueña;
Que dueñas non faltan nunca.
¿Non hay dueña? ¡Yo dichoso!
Iréme por la espesura,
A buscar quien me socorra,
Fablando vegadas muchas:
(*Canta.*) *Quien no tiene ventura,*
Aun dueñas no hallará, si dueñas busca.
(*Vase.*)

—

Jardin donde desemboca la cueva del Fauno. En el fondo el castillo.

ESCENA V.

LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, DAMAS.— CORO 1.° Y 2.° DE MÚSICOS, *dentro.*

CORO 1.°

Amorosos sacrilegios
Esta novedad disculpan,
Porque en su misma belleza
Están la culpa y disculpa.

CORO 2.°

Pues cuando deidad la adoran,
Y cuando beldad la juran,
Mirando sus ojos bellos,
Quedan vanos de su culpa.

AMBOS COROS.

¡Ay Lindabrídis, etc.

SIRENE.

Bien los dos competidores
Cortesanamente usan
De la licencia de amantes,
Celebrando tu hermosura
En dulces versos.

LINDABRÍDIS.

Bien dices.
Pero yo no supe nunca
Que gallardos caballeros,
Que andan buscando aventuras,
Con músicos caminasen.

SIRENE.

Quien de hacer obsequios gusta...
Jamas le falta ocasion:
En cualquier parte la busca.
Cerca está Constantinopla...
Y como las leyes tuyas
Les dan licencia de amarte
Y no de verte, procuran
Que donde no entran sus ojos,
Entren sus penas ocultas
Y disfrazadas.

LINDABRÍDIS.

¡Qué bien
Al compas suyo murmuran
Las fuentes destos jardines,
Que el canto á las aguas hurtan!

SIRENE.

Esta alfombra que tejió
De mastranzos y de juncia
El abril, formando en ella
Un florido catre, á cuya
Belleza corona es
El pabellon de una murta,
Trono será de la aurora,
Si tú su dosel ocupas.

LINDABRÍDIS.

Desde aquí se oyen mejor
Dulces canciones, que anuncia
Anticipada la aurora.

SIRENE.

Y ella por verte madruga.
(*Siéntase Lindabrídis, y quédase dormida.*)

ARMINDA.

Pues la Princesa se queda
Aquí, Sirene, segura,
Ven donde oigas tono y letra
Mejor.

SIRENE.

Vamos, si tú gustas. (*Vanse.*)

AMBOS COROS. (*Dentro.*)

¡Ay Lindabrídis, etc.

ESCENA VI.

EL FAUNO, *por la cueva.* — LINDABRÍDIS, *dormida.*

FAUNO.

Cuando de la opuesta boca
Por quien bosteza esta gruta,
Aborto fuí, con intento
De que la cobarde turba
Siguiéndome se quedara
Sepultada en las oscuras
Entrañas de aqueste monte
Que les sirviese de tumba,
Y vuelvo á escuchar gemidos,
Penas, lástimas y angustias;
Me informan voces sonoras,
Que á la oscuridad nocturna,
Como si ella fuera el alba,
Alegremente saludan.
Y aun no paran mis sentidos,
Contentos con una duda,
Pues extrañan lo que ven
Mucho mas que lo que escuchan.
¡A la boca de mi albergue
Fábricas de arquitectura
Tan hermosa, que las piedras
Aun mas que la luz alumbran!
¡Aquí fuentes y jardines,
Espejos, cuadros, pinturas!
¿Duermo ó velo? ¿sueño ó vivo?
Mas ¿qué dudo que en confusas
Imágenes haga el sueño
Estas sombras y figuras?
(*Ve á Lindabrídis.*)
¡Bárbaros dioses de un fauno,
Que á las sangrientas y duras
Aras vuestras consagró
Cuantos mortales la inculta
Playa desta isla tocaron!
Dadme favor, dadme ayuda;
Que una admiracion me ciega,
Que una deidad me deslumbra,
Una beldad me suspende,
Y todo un cielo me turba.
¿Si es la diosa que este templo
Habita? Sí. ¿quién lo duda?
No en vano pues la adurmieron
Voces que los vientos surcan,
Fuentes que las flores mojan,
Arroyos que el prado cruzan,
Copas que el aire detienen,
Auras que mansas murmuran,
Hojas que apacibles suenan,
Flores que sus plantas buscan;
Pues voces, fuentes, arroyos,
Copas, vientos y hojas mudas,
Todos dicen que esta es
La diosa de la hermosura.
Mas otra duda me queda:
Si es viva, ó si es escultura,
Adorno destos jardines;
Que para todo hay disculpa:
Para estar viva, en dar muerte
A quien á su luz se junta;
Para estar muerta, en dar vida
A quien sus milagros busca.
Luego si da vida y mata,
Si da muerte y asegura;
Para dar vida y dar muerte,
Estará viva y difunta.
¡Atreveréme á tocar
La blanca mano, que injuria
La nieve? Sí. Mas ¡ay, cielos, (*Tómala.*)
Que me abrasa su blancura!
Mujer, deidad, ó quien eres,
¿Qué veneno es el que oculta
Este áspid de jazmin?

LINDABRÍDIS. (*Despierta.*)

¿Quién
Me llama? ¡Ay de mí!

FAUNO.

No huyas.

LINDABRÍDIS.

No podré, porque el temor
Con prision de hielo anuda
Mis pasos. Fiera ú hombre
Silvestre, deidad inculta,
¿Cómo te atreviste, cómo,
A profanar la clausura
De un castillo, donde el sol,
Si entra, entra con la disculpa
De que viene á traer el dia,
Y entra en él, porque le alumbra?

FAUNO.

Como yo soy mas que el sol
Atrevido; y si él se excusa
De tu enojo por traer
La luz, yo con ménos culpa,
Porque vengo á traer la sombra;
Que esa bóveda profunda
Es el seno de la noche,
Y yo quien su seno ocupa.

LINDABRÍDIS.

¡Arminda! ¡Sirene! ¡Flora!

ESCENA VII.

ARMINDA, SIRENE. — LINDABRÍDIS, EL FAUNO.

SIRENE.

¿Qué das voces? — ¡Suerte injusta!

ARMINDA.

¿Qué mandas? — ¡Horror extraño!

SIRENE.

¡Grave mal!

ARMINDA.

¡Desdicha suma!

FAUNO.

¿Son estas las que han de darte
El favor? porque la duda
Queda en pié: ¿quién ha de darles
Favor á ellas? Llama, junta
Muchos enemigos destos:
Será mejor la fortuna
De morir á tales manos,
Aunque ya lo esté á las tuyas.
Todas son bellas; mas tú
Te avienes con su hermosura
Como el clavel con las flores,
Como las estrellas puras
Con los claveles, los signos
Con las estrellas, la luna
Con los signos, y con ella
El sol, que á todos sepulta.
Deja, deja que á beber
Vuelva la sed que me angustia
Este tósigo de nieve.

LINDABRÍDIS.

Antes seré de tu furia
Breve despojo. — Dad voces.

SIRENE.

Yo estoy turbada.

ARMINDA.

Yo muda.

LINDABRÍDIS.

¡Caballeros, al castillo;
Que á manos de la sañuda
Fiera destos montes, muero!
¡Dadme favor, dadme ayuda!

SIRENE.

¡Al castillo, caballeros;
Que vuestra gloria, difunta
A manos de un monstruo yace!

ESCENA VIII.

ROSICLER Y FLORISEO, *dentro*. — DICHOS.

ROSICLER. (*Dentro.*)

Sirena, las voces tuyas
No me engañarán; que atado
Al árbol de la fortuna
Estoy.

FLORISEO. (*Dentro.*)

Cocodrilo aleve
Que voz humana pronuncias,
No me vencerá tu encanto.

LINDABRÍDIS.

¡Ay, leyes de honor injustas!
¿Cuál es la dama que ver
Cobarde á su amante gusta?

FLORISEO. (*Dentro.*)

Responded cantando siempre.

ROSICLER. (*Dentro.*)

No dejeis de cantar nunca.

ARMINDA.

¡Al castillo, caballeros!

FAUNO.

Escaparte no presumas.

LINDABRÍDIS.

¿Cómo están sordos los cielos
A mi voz?

FAUNO.

Como en mi injuria
Los cielos no oyen.

LINDABRÍDIS.

Los montes
¿Cómo no se descoyuntan?

FAUNO.

Son los montes mis vasallos.

LINDABRÍDIS.

Las fieras...

FAUNO.

Temen mi furia.

LINDABRÍDIS.

Los hombres...

FAUNO.

No se me atreven.

LINDABRÍDIS.

Los rayos...

FAUNO.

Mi voz los turba,
Que soy rayo, muerte y fiera.

LINDABRÍDIS.

Yo rabia, veneno y furia.
¡Caballeros, al castillo!
Romped las leyes injustas.
¡Al castillo, caballeros!

(*Huyen, y síguelas el Fauno.*)

ESCENA IX.

CLARIDIANA; *despues*, LINDABRÍDIS Y EL FAUNO.

CLARIDIANA.

Mi valor ¿qué dificulta,
Que no entra á ver qué ocasion
El monte de horror ocupa?
¿Qué aventuro en esto yo?
Las esperanzas futuras
De Lindabrídis ¿qué importan,
Si yo no las tuve nunca?

(*Vuelven á salir Lindabrídis y el Fauno.*)

LINDABRÍDIS.

¡Qué estén sordos los cielos! [los?
¿Qué mucho si el amor lo está y los ce

CLARIDIANA.

No así al amor ofendas,
Ni deslucir su vanidad pretendas;
Que yo por él satisfacerte espero.

FAUNO. (*Ap.*)

¡Qué bello jóven!

CLARIDIANA. (*Ap.*)

¡Qué galan tan fiero!

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

¡Qué desdichada suerte,
Si mi vida redimo con su muerte!

FAUNO. (*Ap.*)

No sé qué nuevas ansias he sentido
De que este en su favor haya venido,
Que de un veneno tengo el pecho lleno,
Y se hace mas lugar otro veneno.

CLARIDIANA.

Semi-dios destos montes,
Que llenando de horror sus horizontes,
Por no ser fiera y hombre en una esfera,
Dejaste de ser hombre, y no eres fiera,
Esa belleza vive
A cuenta deste acero: así, apercibe
El nudoso baston, que partir quiero
Contigo el sol.

FAUNO.

Pues yo llevarle entero;
Que si es sol la belleza
Desta excelsa deidad, fuera bajeza
Partirle, ni aun un rayo; y mas contigo,
Que eres, puesto conmigo,
Atomo comparado
Al sol, cárdeno lirio cotejado
Al cipres eminente,
Mendigo arroyo al rápido corriente
Del Nilo, sombra pálida y pequeña
A la inmensa estatura desta peña.

CLARIDIANA.

No, bárbaro, blasones,
Ni de ajenos aplausos te corones;
Que si eres sol, soy luna,
A cuyo eclipse mengua tu fortuna;
Si cipres, soy la muerte,
Que en fúnebre arrebol hoy le convierte;
Si Nilo, mar sediento que le bebe,
Si montaña, homenaje soy de nieve,
Que su eminencia inclina,
Cuando á rayos de hielo le fulmina.

FAUNO.

Acis, mancebo desta Galatea,
Si soy el Polifemo vuestro, sea
Este baston, ya que no aquella roca,
Urna mucha, pirámide no poca[1].

(*Riñen; da el Fauno con el baston á Claridiana, y cae.*)

[1] Verso de Góngora.

CLARIDIANA.

¡Muerto soy!

LINDABRÍDIS.

¡Ay de mí!

FAUNO.

¿De qué te espantas?
Mira, mira á tus plantas
Flor, arroyo, cristal, jardin y fuente,
Salpicados de púrpura caliente.
Y si fiero y sangriento no te obligo,
Cortés amante quiero ser contigo.
Cuanto metal se encierra
En las pardas entrañas de la tierra,
Y cuantas piedras cria
Ese luciente aparador del dia,
Pondré á tu pié de nieve;
Que hidrópica esa cueva se las bebe,
Porque registro fué del peregrino,
Que hallando puerto aquí, perdió cami-
Un breve instante espera, [no.
Y en tanto, ese cadáver considera,
Porque admires, teniéndole delante,
Valiente y rico á este tu nuevo amante.

(*Vase.*)

ESCENA X.

LINDABRIDIS; CLARIDIANA, *caida, sin sentido*.

LINDABRÍDIS.

Muda, cobarde, helada,
Confusa y admirada,
No sé lo que hacer puedo,
Que no me deja qué elegir el miedo.
Aquí (¡oh qué horror!) un triste meus-
[pende,
Allí (¡oh qué pena!) un bárbaro me ofen-
Aquí (¡qué pasmo!) un jóven agoniza, [de,
Allí (¡qué llanto!) un monstruo atemori-
Aquí (¡qué desconsuelo!) [za,
Deshojado un clavel, salpica el suelo,
Allí (¡qué desventura!) [cura,
Amante un bruto (¡ay Dios!) mi fin pro-
Y yo, sin quien me valga en este abismo,
A manos muero de mi encanto mismo.
¿Qué haré, piadosos cielos?
Pero apelen á mí mis desconsuelos.
Fuera está del castillo, y en su cueva
La fiera horrible. Pues eleva, eleva,
¡Oh espíritu oprimido
Del mágico conjuro! el atrevido
Vuelo. Mi amparo y mi sagrado sea
El viento, que esta fábrica posea:
Llevemos deste bárbaro desierto
Un alma viva en un cadáver muerto.

(*Entra, y cierra el castillo, que desaparece, y queda el teatro como ántes estaba.*)

—

Monte.

ESCENA XI.

MALANDRIN; *despues*, EL FAUNO

MALANDRIN.

¡Ah, volador castillo! espera, espera.
¿No hay mas hablar? ¿Se va desa manera?
¡Que se lleva á mi amo!
Sea cortés y responda, pues le llamo.

(*Sale el Fauno con algunas cajas de joyas.*)

FAUNO.

Ya, Lindabrídis bella,
Que eres del cielo flor, del campo estre-
Podrás llenar las manos y los ojos [lla,
En estos...; Ay de mí! Ricos despojos,
Iba á decir; y mudo,
Con ser desdichas, las desdichas dudo

MALANDRIN. (*Ap.*)

¡Qué salvaje tan fiero es el que veo!
Con ser desdichas, las desdichas creo.

FAUNO.

¿Adónde, adónde tanto alcázar sube?
¡Oh fábrica eminente! si eres nube
Que bajaste del trono de Faetonte
Por granizos de piedras á este monte,
Mira que son prodigios que me elevan,
Ser tú la nube, y que mis ojos llueven.
Aguarda, aguarda.

MALANDRIN. (*Ap.*)

Si de noche fuera,
Fuera valiente yo.

FAUNO.

Detente, espera.—
Mas ¿quién está testigo á mis ultrajes?

MALANDRIN.

Un servidor de todos los salvajes,
Que por su devocion los ha buscado
Para servir...

FAUNO.

¿Quién eres?

MALANDRIN.

Un menguado.

FAUNO.

¿Viste?...

MALANDRIN.

¿La cueva? Sí, y estuve en ella.

FAUNO.

Aquel alma feliz que á ser estrella
Sube á mejor esfera?

MALANDRIN.

¡Y cómo que la vi!

FAUNO.

Pues di, ¿quién era?

MALANDRIN.

Lindabridis se llama,
Que anda buscando al hombre de mas fa-
Al mas valiente y de mejor persona; [ma,
Que aunque es infanta, ha dado en ser
Pero esto á nadie espanta, [buscona;
Porque ya ¿qué buscona no es infanta?

FAUNO.

Pues si al de mas valor viene buscando,
Dile que yo lo soy.

MALANDRIN.

Si va volando,
Decírselo no puedo.

FAUNO.

Sí podrás, porque yo (no tengas miedo)
Asiéndote de un brazo,
Te haré volar del aire tanto plazo,
Que cayendo del mar á esotro cabo,
Llegues primero que ella.

MALANDRIN.

El saque alabo;
Pero ¿quién hará luego
Conmigo desde allá otro pasa-juego,
Que me vuelva á la losa
Con la respuesta? ¿No es mas fácil cosa
Que paso á paso á Babilonia vamos,
Donde en la lid á todos los venzamos?
Que yo con este escudo y esta espada
A tu lado me ofrezco... á no hacer nada.

FAUNO.

Bien dices. Una balsa, bajel breve,
A los dos á ese piélago nos lleve
Con violencia tan suma,
Que aun no aje los rizos de la espuma.
Desde hoy serás mi guia. Ven conmigo.—
Lindabridis, espera, ya te sigo. (*Vase.*)

MALANDRIN. (*Ap.*)

Véme aquí en un instante
Hecho escudero de un salvaje andante;
Y, aun con él, muy contento la siguiera,
Si Lindabridis lindo-brindis fuera.

(*Vase.*)

—

Campos de Babilonia.

ESCENA XII.

FEBO, *atravesando el teatro de un lado á otro en un caballo.*

Hipogrifo desbocado,
Parto disforme del viento,
¿Dónde te cupo el aliento
Para haber atravesado,
Ya en la carrera, ya á nado,
Tanta tierra y tanto mar?
Hijo, ó monstruo singular
Del tiempo, debes de ser,
Pues que te enseñó á correr,
Y no te enseñó á parar.
Mas no, que si tu ambicion
(Cuando las riendas te di,
Haciéndote dueño á ti
De mi desesperacion)
Se paró, no fué esta accion
Del tiempo: ya tu violencia
De la fortuna fué herencia;
Pues pudo en tanto fracaso
Contigo mas el acaso
Que pudo la diligencia.
¿Qué escuela, di, te ha instruido?
Qué leccion, di, te ha enseñado,
Que te desboques llamado,
Y te detengas herido?
Mas si en un concepto has sido
Tiempo, y en otro despues
Fortuna, ya mejor es
Hacer dos sentencias una,
Pues eres tiempo y fortuna
En andar siempre al reves.
¿Cuál fué tu dueño, me di,
Que con mi vida fiel
Y con mis desdichas cruel
Me quiso ausentar así?
Mas ¿qué discurro (¡ay de mí!)
Cuando me llego á mirar
En tan remoto lugar,
Lleno de penas y enojos,
Con los míseros despojos
Que escapé de fuego y mar?
(*Suenan dentro cajas.*)
¿Dónde iré? Pero ¡qué veo!
Al caer desta montaña,
Que el mar proceloso baña,
Una vega fértil veo,
Que adorna el marcial trofeo;
Pues en varios resplandores,
Al monte hacen sus colores
Una hermosa emulacion:
Las tiendas las peñas son,
Y las plumas son las flores
De la mayor (que es esfera
En los rasgos y bosquejos,
En la luz y los reflejos,
Del sol y la primavera)
Sale un jóven que pudiera
Dar cuidado á Vénus, pues
En solo un sugeto es
Bello Adónis, Marte fiero.
Aquí retirado espero
Saberlo todo despues.

(*Escóndese con el caballo.*)

ESCENA XIII.

Descúbrese una tienda de campaña, y sale de ella MERIDIAN, *armado, y por otro lado* EL REY LICANOR, *con* ACOMPAÑAMIENTO *y* GENTE. *Hacen al sa-lir unos y otros salva de caja y clarin.*

MERIDIAN.

Invicto Licanor, á quien aclama
Gran rey de Babilonia su fortuna,
Y en cuanto el sol midió con veloz llama
Siendo una vez sepulcro y otra cuna,
No compitió ninguna con tu fama,
Con tu deidad no compitió ninguna:
Atiende, atiende, y en tu real presencia
Hoy para protestar me da licencia.

REY.

Prosigue, Meridian.

MERIDIAN.

Azul esfera,
Rápido Eufrates, áspera montaña:
Sagrado muro, bárbara ribera,
Gente, ya propria sea, ya sea extraña,
Testigos sed que Meridian espera
De sol á sol armado en la campaña,
Tomando testimonio cada dia
De que á sus enemigos desafía.
Sed testigos de cómo no ha faltado,
Desde que se fijó el cartel del duelo,
De la tela y el sitio señalado,
Constante al sol, al agua, nieve y hielo;
Que á caballo, ó á pié, desnudo, armado,
Con armas ó sin ellas, hoy al cielo,
Puesta la mano sobre el pomo, jura
Que Licanor las armas le asegura.
Testigos sed tambien que tiene armada
Tienda y familia á todo aventurero;
Y que desde que entrare en la estacada,
Le proveerá de armas y dinero:
Y que en defensa de la celebrada
Lindabridis no ha entrado un caballero
A presentarse, y que por tantos dias
Tartaria y la campaña están por mías.
(*Tocan cajas.*)

ESCENA XIV.

FEBO. — DICHOS.

FEBO.

Ínclito rey del babilonio muro
Que fué de tanto idioma primer fuente,
Cuando aquel edificio mal seguro
Empinó al orbe de zafir la frente:
Hoy que la novedad deste seguro
A tu patria conduce tanta gente,
Que parece, segun la que á ella corre,
Que aun la fábrica dura de la torre,
Da licencia que un pobre aventurero
A Meridian en tu presencia diga
Que tiene Lindabridis caballero
Que su justicia á defender se obliga
Y que si no se presentó primero,
Fué porque el precio del honor consiga
El tiempo que ha tardado, pues entiendo
Que el que es César de amor llega ven-
[ciendo.

REY.

Si dese aventurero generoso
Sois escudero, y por seguro envía
Para entrar en la tela, licencioso
Habeis andado en la presencia mia.

MERIDIAN.

No te enojes, señor, porque animoso
Vuelva á su dueño, y tenga yo este dia
A quien vencer.

FEBO. (*Ap.*)

¡Quién vió fortunas tantas!

REY.

Decid que llegue, pues.

FEBO.

Ya está á tus plantas.
(*Arrodíllase.*)

REY.

¿Quién es?

FEBO.

Yo.

REY.

Loco estás sin duda alguna.

FEBO.

Nada al varon magnánimo le asombre;
Que de los accidentes de la luna
Desigualdades participa el hombre.
Al honor acrisola la fortuna,
No le consume: así os diré yo el nombre
Que el traje os ha callado. Yo soy Febo,
Que al sol el nombre como el lustre debo.
De Rosicler hermano... Mas no es justo
Que piense yo que me ignorais, pues creo
Que ya de mi valor y esfuerzo augusto
Lenguas y plumas son vulgar trofeo.
Supe el campo que haces, y á disgusto
De una dama que adoro, mi deseo
(Eclipse desde entónces de tu gloria)
Anhelo fué en la sed desta victoria.
En África alcancé aquel prodigioso
Castillo, que á su arbitrio se pasea,
Por que los elementos litigioso
Pleito tuvieron sobre cuyo sea.
El fuego le examina luminoso,
La tierra sus campañas hermosea,
En su estancia le ven mares y vientos,
Y así le traen por lid cuatro elementos.
En sus planchas de bronce fuí el primero
Que su nombre imprimió: ¡así le impri-
[miera
En un pecho de cera dulce y fiero! [ra
Mas ¿quién dudara nunca ó quién creye-
Que á los arpones dos de oro y acero
Se enterneciese el bronce, y no la cera?
Yo lo dudara, pues á mi despecho [cho.
Vá mi nombre en el bronce, y no en el pe-
Seguirla quise, y sobre riza espuma,
Huésped ya del cerúleo pavimento,
Viví un bajel, que sin escama y pluma,
Aguila fué del mar, delfin del viento.
Mas porque Amor de ciego no presuma,
A la venganza Júpiter atento,
Fuego introdujo ardiente en nieve fria,
Y el bajel volcan de agua parecía.
Los marineros, viendo que Neptuno
No tomaba el desprecio con enojos,
A llorar empezaron, cada uno
Por valerse del agua de sus ojos.
Pero lo que apagó el llanto importuno,
De la voz encendieron los despojos.
¡Oh cuánto el riesgo en su favor ignora!
Pero ¿quién no suspira cuando llora?
Con tanto enojo sus venganzas fragua
El flamígero dios, que osado y ciego,
Ni al fuego pudo mitigar el agua,
Ni el agua pudo consumir el fuego.
El que, el bajel ya roto, al mar desagua,
Vuelve á la llama á socorrerse; y luego
Que ve la llama, vuelve al mar: de suerte
Que dió esta vez en qué escoger la muer-
Tan uno el humo con el mar se via, [te.
Tan uno el viento con el mar estaba,
Que si el incendio ahogaba, el mar ardia;
Y si el agua encendia, el viento ahogaba.
Dígalo aquel que el fuego se bebia,
Dígalo aquel que llamas respiraba,
O yo lo diga, pues á todo atento,
A la sala apelé de otro elemento.
Rompí, pasé y vencí la ardiente llama;
Vencí, pasé y rompí la espuma luego,
Y logrando opinion, ventura y fama,
La amada tierra mido, toco y llego.
Tomé, tuve, logré sepulcro y cama,
Donde confuso, absorto, helado y ciego,
Ira y amor, piedad y rigor hallo
En el dueño feliz dese caballo.
En él vine hasta aquí; y si haber perdido
Por fortuna en el mar armas y hacienda,
Causa bastante á mi desprecio ha sido,
Yo haré que el mundo el desengaño en-
[tienda.
Haz sin armas el campo que te pido,
Porque no me hagan falta, y yo defienda
Que ser merece Lindabridis bella
Reina en el mundo, y en el cielo estrella.

REY.

Febo, de vuestro valor
No dudo, y es bien se crean
De un osado caballero
Mayores fortunas que estas.
Sucesos tristes ó alegres,
Suertes prósperas ó adversas,
Ni deslucen, ni dan fama;
Que el sol, no de serlo deja
Por nieblas que se le opongan,
Por nubes que se le atrevan.
Pero esto aparte, os respondo
Que yo soy quien hace buena
Esta campaña, y no puedo
Alterar las leyes della.
Caballero que perdió
En buena ó en mala guerra,
En buena ó mala fortuna,
El escudo que es su empresa,
Hasta que por su persona
Otro gane, el duelo excepta.
Y así, aunque yo sea el primero
Que vuestras desdichas crea,
Seré el primero tambien
Que guarde á la ley la fuerza.
Fuera desto, no se admite
Caballero que no entrega
Testimonio de que es él
El mismo que se presenta.
Este es pleito, yo soy juez,
Y no basta que lo sepa
Yo, si vos no lo probais:
Y así, Febo invicto, es fuerza
Que yo conforme á lo visto
Haya de dar la sentencia.
Ganad armas, y volved
Con testimonio y certeza
De que sois el que decís;
Que Meridian os espera,
Y yo os haré bueno el dia,
Partiendo con vos la tierra,
El aire, el polvo y el sol.

FEBO.

Sí haré, y porque no padezca
Ese escrúpulo mi fama,
Mi opinion esa sospecha
Un breve instante, un minuto,
Y solo con una empresa
Dé el testimonio de mí
Y gane las armas, sean
Estas las de Meridian,
Porque digan él y ellas
Que soy yo y que las gané.
Salga donde...

MERIDIAN.

Si saliera,
Si me tocara el salir;
Mas quien tiene á su defensa
Un duelo ó está llamado,
No hay nueva causa que pueda
Hacerle acudir á otro:
Y así, no respondo. Intenta
Ganar armas y volver;
Que aquí me hallarás. No temas
Que falte de aquí, porqué
Aunque todo el mundo venga,
No me hará dejar el puesto;
Y así en él, ó Febo, es fuerza,
Pues quedo cuando te vas,
Que me halles cuando vuelvas.
(*Vanse todos, ménos Febo, y ocúltase la tienda de campaña.*)

ESCENA XV.

FEBO.

¡Hay hombre mas infeliz!
¿Aun no bastó la tormenta
Del mar, sino que tambien
La he de correr en la tierra?
¡Yo exceptuado del honor
Que ilustró tantas empresas!
¡Yo excluido de la fama
Que dió mas plumas y lenguas
A los tiempos, que quedaron
Destas fábricas! ¡Yo fuera
Del número de los nobles
Porque en batalla sangrienta
Perdí de dos elementos
Mi escudo! Mas, justa es esta
Infamia, este deshonor;
Pues que no cuidé que fuera
Menor defecto morir
Con las armas, que perderlas.
Bien nos lo enseña el decreto
Del honor, bien nos lo enseña
La ley de caballería,
Pues en sus fueros ordena
Que para morir se arme
El caballero, y que muera
De todas armas guarnido,
Y el manto mortaja sea:
Dando á entender que primero
Pierda la vida, que pierda
Las armas, que del cadáver
Aun son adorno en la huesa.
Pues ¡vive Dios, que esta injuria,
Este enojo, esta violencia
Del mar, del viento y del fuego
Hoy me ha de pagar la tierra;
Pues hoy de sangre manchada
Se ha de mirar de manera,
Que este monte y aquel muro
Ciudad fundada parezca
Sobre el rubio mar! El sol
Ha de mirar su belleza
En espejo de escarlata
Que el sangriento humor le ofrezca:
Tal que dejando al morir
Llena de flores la selva,
Y hallándola de corales
Al nacer, piense que yerra
El dia, y le yerre entónces,
Dando á otra parte la vuelta.
Dos montañas, que columnas
Son de las nubes, estrechan
Este paso, que es por donde
Se ha de pasar á las telas.
No ha de entrar aventurero
Alguno desde hoy en ellas
Sin hacer campo conmigo
Y dejar su escudo: sea
Esta línea pues la valla
Que el paso á todos defienda.
Verá Licanor, verá
Meridian, verá la esfera
Superior, el sol, la luna,
Los astros, signos y estrellas,
Hombres, brutos, flores, plantas,
Agua, viento, fuego y tierra,
Que el caballero del Febo
Así sus desprecios venga.
(*Aparece y baja el castillo.*)
Mas ¿qué es esto? ¡Vive el cielo,
Que entre los dos montes cierra
El paso otro monte hermoso
Que hace á los dos competencia!
Sin duda el orbe de Marte

De sus polos se despeña.
De sus quicios se trastorna
Murado cielo de almenas,
Porque no gane otras armas
Que las suyas: bien lo muestra
La máquina desasida
Y desplomada la esfera,
Que aun no pronunció el gemido
De los ejes y las ruedas.
Pero ¡ay de mí! ciego estoy,
Pues no percibo las señas
Deste encantado castillo,
A cuya frente soberbia
Se abolla el viril del cielo,
Por no decir que se quiebra.
Como del año fatal
Está el número tan cerca,
Los campos de Babilonia
Serán su estancia primera.
Solo este testigo (¡ay triste!)
Les faltaba á mis ofensas,
Les sobraba á mis desdichas,
(*Abren las puertas del castillo.*)
Para que... Pero las puertas
Se abren. ¿Qué he de hacer? Dejar
Este puesto ya, es bajeza,
Habiendo jurado en él
Mi venganza. Que me vea
Lindabridis, es desaire.
Pues de irme y quedarme sea
Medio el esconderme: así
Ni ella me ve, ni hago ausencia.
Retirado esperaré
Hasta que el primero venga.
Haz breve sepulcro á un vivo
¡Oh monte! de hojas y peñas.
(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

LINDABRIDIS y SIRENE, *que salen del castillo, acechando.*

LINDABRÍDIS.

Pues sin estruendo ni ruido
El castillo tomó tierra
En Babilonia, Sirene,
Con intento de que pueda,
Antes que la novedad
Despierte las gentes della,
Salir ese hermoso jóven
Que la piedad y clemencia
Del cielo restituyó
A la vida; considera
Si hay en este inculto monte
Gente alguna que le vea.

SIRENE.

Solo son mudos testigos
Estos troncos y estas selvas
De nuestra venida.

LINDABRÍDIS.

Pues
Sal, Claridiano. ¿Qué esperas?

ESCENA XVII.

CLARIDIANA. — LINDABRIDIS, SIRENE.

CLARIDIANA.

La sentencia de mi muerte;
Que es de mi muerte sentencia
Notificarme, señora,
Tu voz, tu llanto ó tu lengua
Que me ausente de tus ojos.
¡Oh nunca, oh nunca volviera
Yo á vivir, pues allí, viva
El alma y la vida muerta,
No daba tiempo de estar
Sin ti! Y es feliz quien llega
A morirse de una dicha
Sin el temor de perderla.
La ausencia es muerte del alma,
Muerte del cuerpo es la pena:
Pues si allí el cuerpo moria,
Y aquí el alma, considera
Que lo que hay del cuerpo al alma
Hay de la muerte á la ausencia.

LINDABRÍDIS.

Si para morir de ausente
Viviste de amante, deja
El necio argumento, pues
Tambien quien muere se ausenta.
Y ya que por no dejarte
(Despues que amor, á mis quejas
Movido, te dió la vida)
En una playa desierta
Solo, triste y mal curado,
Te traje hasta aquí, no quieras,
Rebelde á leyes de honor,
Usar mal de mis finezas.
Ya estamos en Babilonia:
Valor tienes, armas llevas:
Y si dan dicha favores
(*Ap.* Turbada estoy y suspensa),
Favores llevas tambien.
Las campañas son aquellas
Tribunal de Amor y Marte:
Armadas están las tiendas,
Precio soy de la victoria,
Hazte tu fortuna mesma,
Lábrate tu misma dicha...
Y adios, que con bien te vuelva:
El te libre y él te guarde,
Claridiano, en la violencia
Del duelo. Adios. Vete pues.

CLARIDIANA.

No (¡ay cielos!) con tanta priesa
Me despidas. ¿No darás
Siquiera al dolor licencia
Para saber que se parte?

LINDABRÍDIS.

Temo...

CLARIDIANA.

Aquí ya ¿qué hay que temas?

LINDABRÍDIS.

Que te vean...

CLARIDIANA.

Di.

LINDABRÍDIS.

Salir
Del castillo, y que no pierdas
Las esperanzas.

CLARIDIANA.

Prosigue.

LINDABRÍDIS.

Esto basta.

CLARIDIANA.

No, no quieras
Dejar pendiente la voz.

LINDABRÍDIS.

No dudo yo que me entiendas.

CLARIDIANA.

Ni yo dudo que te entiendo.

LINDABRÍDIS.

Pues si me entiendes, ¿qué esperas?

CLARIDIANA.

Que me lo digas.

LINDABRÍDIS.

¿Por qué?

CLARIDIANA.

Porque hay una diferencia
Entre el saber y el oir
Uno las dichas que espera;
Que es dicha aparte el oirlas,
Mucho despues de saberlas.

LINDABRÍDIS.

Pues temo, si eso te agrada,
Que las esperanzas pierdas
De ser mi dueño, por verte
En el castillo.

CLARIDIANA.

No quieras
Mas afecto de mi fe,
Sino que otra vez lo oyera.

LINDABRÍDIS.

Dices bien, porque si amor
No tuviera preminencia
De hacer nuevas cada vez
Las razones, ¿quién tuviera
Que hablar al segundo dia
Con su dama? Mas ¿qué esperas?
Vete, vete.

CLARIDIANA.

¿Acordaráste
De mí, señora, en mi ausencia?

LINDABRÍDIS.

No, que no me olvidaré.

CLARIDIANA.

¿Serás mia?

LINDABRÍDIS.

Amor lo quiera.

CLARIDIANA.

Porque veas de mi fe
Las mas declaradas muestras,
Solo con que no seas de otro
Me contento.

LINDABRÍDIS.

Esa promesa
Cumpliré con darme muerte
El dia que tú me pierdas.

CLARIDIANA.

¿Quién lo asegura?

LINDABRÍDIS.

Mi fe.

CLARIDIANA.

¿Será firme?

LINDABRÍDIS.

Será eterna.

CLARIDIANA.

Pues adios.

LINDABRÍDIS.

Adios.

CLARIDIANA.

Conmigo
Vas.

LINDABRÍDIS.

Y tú conmigo quedas.
¡Qué ardiente el rayo es de amor!
(*Entranse Lindabridis y Sirene, y cierran el castillo.*)

CLARIDIANA.

¡Qué frias son las finezas
Que se dicen sin el alma!

ESCENA XVIII.

FEBO. — CLARIDIANA.

FEBO. (*Ap.*)

¡Qué rigurosa es la fuerza
De los celos, pues se hace
Lugar entre tantas penas!
Este es el dueño (sí, él es)
De la desbocada bestia
Que aquí me trajo. No en vano
Me dijo entónces que él era
El dueño de Lindabridis:
Bien el efecto lo muestra.

Pues, ofendido y celoso,
Hoy vengaré dos ofensas.
Mis celos me dén valor
Y mis desdichas paciencia.

CLARIDIANA.

¡Oh Babiloma! tus muros
Saludo, y beso la tierra
Que ha de ser teatro donde
La fortuna representa
Del poder y del amor
La mayor de sus tragedias.
A ti vengo... (*Pónese la banda.*)

FEBO.

Caballero,
El de la blanca cimera
Que mariposa de plumas
En el sol las alas quema,
No dés otro paso mas,
No te arrojes, no te atrevas
A pisar aquesa raya,
Porque su línea postrera
Es línea que hizo la muerte,
Como quien dice: «Aquí tengan
Término y coto las vidas
Que osaren pasar por ella.»

CLARIDIANA.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! Este es Febo.
¿Qué nueva fortuna es esta?)
Disfrazado aventurero,
Albricias darte pudiera
De los riesgos que me avisas
Pues me alegraré que sea
Ley de la muerte esta línea,
Y que rompida su fuerza
Por mi, cuantos amenaza,
Vivan despues á mi cuenta.

FEBO.

Pues con dejar ese escudo
Vivirán, porque así cesa
Mi rigor, y tu piedad
Consigue lo que desea.
De ganar escudo, tengo
A mi honor hecha promesa,
Al primer aventurero.

CLARIDIANA.

Mucho ofreces, mucho intentas,
Porque la tengo hecha yo
De defenderle.

FEBO.

Pues sea
Esta una lid á dos luces;
Que si no mienten las señas,
Eres el que ya otra vez
Solicitaste esta empresa.

CLARIDIANA.

Bien dices, ingrato Febo;
Pero ¿cómo se te acuerda
Esa ofensa y se te olvida
El beneficio y la deuda
De haberte dado un caballo
En que a estas campañas vengas?
Pero dirás que es defecto
De nuestra naturaleza
Dar el beneficio al agua
Y dar al bronce la queja.

FEBO.

No presumo yo ni creo
Que hay piedad que te agradezca
En darme el caballo á mí,
Pues no hubiste (es cosa cierta)
Menester para volar
Entónces su lijereza.
Luego sin que ya de ingrato
Puedas argüirme, es fuerza
Ganar tu escudo.

CLARIDIANA.

Tambien
Lo es en mí que le defienda;
Pero no ha de ser á vista
Del castillo, si te acuerdas
Que es ley que pierda la accion
El que á desnudar se atreva
Su acero aquí.

FEBO.

Ley tambien
Es suya que la accion pierda
Quien entrare en el castillo,
Y tú, sin temerla, entras:
Luego tú solo eres quien
Rompes la ley y la quiebras.
Rómpela en tu daño, y no
Jurista del amor seas,
Que en su daño y su provecho
Una ley misma interpreta.

CLARIDIANA.

Pues si estás desengañado
(*Ap.* ¡Qué buena ocasion es esta!)
De que favores que entónces
Te dije, son ciertos, deja
La pretension desta dama;
Pues es ruindad y bajeza
Reñir por dama que á otro
Quiere, estima, adora y precia.

FEBO.

Hoy no riñe aquí el amor;
Riñe el honor, porque entiendas
Que el que en la ocasion se halla,
Aunque á la dama no quiera,
Debe por ella reñir,
Si le da la ocasion ella.

CLARIDIANA.

Pues yo no quiero de tí
Mas satisfaccion que esa.

FEBO.

Esta no es satisfaccion,
Ni yo á ninguno la diera,
Sino decir solamente
Que es obligacion primera
La obligacion del honor.
Ya estoy restado á esta empresa
Por empeños de mi honra,
Ganando armas con que vuelva
A vista de Licanor:
Mira, advierte y considera
Si ya una vez declarado
Que estoy sin honor...

CLARIDIANA.

La lengua [cho?)
Suspende. (*Ap.* ¡Ay de mí!) ¿Qué escu-
¿Tu honor, Febo, en contingencia?
Tu opinion en opiniones?
Calla, calla: no te atrevas
A pronunciarlo; que el alma
Con cada accion me penetras,
Con cada acento me hieres,
Con cada voz me atraviesas.

FEBO.

Suspenso otra vez me tiene,
Absorto otra vez me deja
Ver que aumentes mis desdichas,
Y que mis desdichas sientas.

CLARIDIANA.

(*Ap.* Ya, cielo, este es otro caso;
Ya es, cielo, otra duda esta.
A Febo le va el honor
En que yo ahora le pierda:
En que yo no tenga vida,
Me va el que Febo la tenga.
Si le doy las armas, doy
Armas contra mí, pues ellas
Le darán á Lindabridis.
Si las defiendo, me dejan
La pena de su opinion.
Denme los cielos paciencia.
Mas si al fin he de quererle,
Que le gane ó que le pierda,
En tan grandes confusiones
Su honor viva, y mi amor muera.)
Febo, si la obligacion
De tu honor es la primera,
La mia tambien, y así,
Ganarme el escudo intenta;
Que yo le arrojo en el suelo,
Porque le lleve el que venza.
(*Echa el escudo en el suelo, y sacan las espadas.*)

FEBO.

Por no errar en lo que diga,
Con la espada (que es la lengua
De un caballero) respondo.

CLARIDIANA.

¡Qué gran ventaja me llevas,
Febo!

FEBO.

Di, ¿en qué?

CLARIDIANA.

En que sí tú
Aquí matarme deseas,
Yo deseo que me mates;
Y es la primera pendencia
En que se ha visto reñir
Dos sobre una cosa mesma. (*Riñen.*)

FEBO. (*Ap.*)

No vi mas templado pulso.

CLARIDIANA. (*Ap.*)

No vi mas notable fuerza.
(*Caésele la banda.*)
¡La banda se me ha caido
Del rostro!

FEBO.

Y á mí con ella
Las alas del corazon,
Y en su ejecucion suspensa
El alma, no determino
Si está viva, ó si está muerta.

CLARIDIANA.

Pues en tanto que lo dudas,
Que lo imaginas y piensas,
Vive honrado, y muera yo.
Ahí el escudo te queda;
Que á costa del honor mio,
Quiero, Febo, que le tengas. (*Vase.*)

FEBO.

Espera, espera.

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

Soy rayo.

FEBO.

Oye, oye.

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

Soy cometa.

FEBO.

Seguiréte, aunque á las nubes
Subas.

ESCENA XIX.

EL REY LICANOR, MERIDIAN, ROSICLER, FLORISEO, GENTE.—FEBO.

REY. (*Dentro.*)

¿Qué voces son estas?
(*Salen Licanor, Meridian, Rosicler, Floriseo y gente.*)

FEBO.

(*Ap.* Guardar mis penas importa,
Si hay lugar adonde quepan.)
Son llamar á un caballero,
Que en buena guerra ha dejado
Este escudo: y pues ganado
Hoy por mi espada le adquiero,

Ya en la tela entrar podré,
Libre del baldon injusto.

REY.

De vuestro valor augusto
Yo nunca, Febo, dudé.
Dadme los brazos, y luego
Ved que llegan Rosicler
Y Floriseo, á vencer
(Cada cual de amores ciego)
Esta empresa.

FEBO. (*A Rosicler.*)

Fuerza es
Lidiar, hermano, los dos.

ROSICLER.

Dadme ahora los brazos vos,
Que han de vencerme despues.

FEBO.

Yo callo, por no ofenderte.

REY.

Ya que tanta bizarría
Disfraza en la cortesía
Los semblantes de la muerte;
Y tan conformes extremos
Hoy en todos maravillo,
Vamos todos al castillo,
Porque juntos visitemos
A Lindabridis. Veamos
Este encanto, que ha tenido
Todo el mundo suspendido
Con admiraciones.

TODOS.

Vamos.

(*Vanse; suena música, y ábrese el castillo.*)

—

Salon en el castillo.

ESCENA XX.

LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, DAMAS.

LINDABRÍDIS.

Pues mi hermano y Licanor
Aquí á visitarme vienen,
Hoy manifestar se tienen
Las pompas de mi valor.
Vean todas las riquezas
Con que el orbe discurrí:
No diga el tiempo de mí
Nunca menores grandezas.
Haced pues que se prevengan
Músicas, saraos, festines,
Para que aquí con dos fines
Dos admiraciones tengan.

ESCENA XXI.

EL REY LICANOR, MERIDIAN, ROSICLER, FLORISEO, FEBO, GENTE.—DICHAS.

REY.

Cómo saludarte dudo,
Prodigio hermoso, y no sé
Si (con un sabio) diré
Que la copia me hace mudo.
Ven en felice ocasion
A honrar el suelo en que estás...
Ya enmudecí; lo demas
Te diga la admiracion.

LINDABRÍDIS.

Si una suspension forzosa
Es en el que se turbó,
Dos habré de tener yo,
De turbada y de dichosa.

MERIDIAN.

Dadme vuestra mano, hermana,
Y seais muy bien venida
A dar muerte y á dar vida
A quien os pierde, ú os gana.
Y pues el gusto de veros
Todos esperando están,
Y á mi licencia me dan
De hablar estos caballeros,
Todos por vos han venido
En alas de sus cuidados:
Muchos fuéron los llamados,
¡Dichoso del escogido!

LINDABRÍDIS.

A todos responderé
Con el alma, que quisiera
Que capaz de un cielo fuera,
Para agradecer su fe.
Sentaos, señor, y tomad
Todos lugares, (*Vanse sentando.*)

FLORISEO. (*Sentándose junto á Sirene.*)

Aquí,
Sirene, me toca á mí.

SIRENE.

Pidiólo mi voluntad.

ROSICLER. (*A Arminda.*)

Yo junto á vos, dama bella,
Me abrasaré á su arrebol.

ARMINDA.

Ya que no me cupo el sol,
Por lo ménos sois su estrella.

UNO. (*A una dama.*)

Como á luz de aquella esfera,
Gozaré este resplandor.

OTRO. (*A otra.*)

Yo os adoro como á flor
Que sois, de otra primavera.

FEBO. (*A Lindabridis.*)

Yo el mas dichoso en efeto,
Por mí aqueste lugar gano.

LINDABRÍDIS.

¿No veis que es favor en vano?

FEBO.

Si quereis que del conceto
Me aproveche, bien sé yo
Quién es la que en vano quiere,
Pues por una sombra muere.

LINDABRÍDIS.

Yo no os he entendido.

FEBO.

¿No?

ESCENA XXII.

CLARIDIANA.—DICHOS.

CLARIDIANA. (*Ap.*)

Aquí me traen mis desvelos
Otra vez á morir. Sí,
Pues mis celos miro allí,
Y aun no conozco mis celos.

LINDABRÍDIS.

(*Ap.* Ya Claridiano se ofrece.
¡Oh quién excusar pudiera
Sus celos! Oh si entendiera!...)
Hola, la música empiece,
Porque yo logre el deseo
De festejar en mis reales
Palacios huéspedes tales.

REY.

Maravillas dudo y creo.

CLARIDIANA.

(*Ap.* Esto ya es morir.) Si alcanza
Tal licencia un caballero,
Empezar el festin quiero,
Por hacer una mudanza.—
Tocad. (*Ap.* ¡Oh si ver lograda
Llego la accion que emprendí!...)

SIRENE.

Atencion, que desde aquí
Empieza la otra jornada.

NOTA.

Puso el autor aquí este sarao, para que dilatándose en las mudanzas lo que pareciere, sirva de sainete, en lugar del que se estila hacer entre las dos jornadas.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

EL REY LICANOR, MERIDIAN, ROSICLER, FLORISEO, FEBO, LINDABRIDIS, SIRENE, ARMINDA, CLARIDIANA, DAMAS, GENTE; DOS COROS DE MÚSICA.

(*Dividida la Música en coros, canta, saliendo á danzar caballeros y damas, como lo dicen los versos.*)

CORO. 1.°

Dama divina,
Danza conmigo;
Que no vivo, no,
Si ajena te miro.

CORO 2.°

Mirad á otra parte,
Galan caballero;
Que todos verán
Lo mucho que os quiero.

CLARIDIANA. (*A Lindabridis.*)

Si en esta amorosa calma
Se deja tratar el cielo,
Merezca tan alta palma,
Pues, la rodilla en el suelo,
Reverencia os hace el alma.

LINDABRÍDIS.

Logre vuestro atrevimiento
Su deseo en la fe mia.
(*A Febo.*) Dadme vos licencia, atento
A que en mí es la cortesía
Reina de mi pensamiento.

FEBO.

Salid, señora, á danzar:
Muy poco envidio el favor,
Porque sé qué es adorar
Una sombra del amor
Por ídolo de su altar.

(*Lindabridis sale á danzar.*)

MERIDIAN.

Miéntras en pié la contemplo,
Respetaré su luz pura.

(*Pónense todos en pié.*)

REY.

Reveréncienla á mi ejemplo,
Si es templo este de hermosura,
Por imágen de su templo.

CORO 1.°

Cuando entráredes, caballero,
En mi castillo inmortal,
Vestido de blanco acero,
Bien dirán que mucho os quiero
Cuantos conozcan mi mal.

(*Danzan Lindabridis y Claridiana.*)

CORO 2.°

Cuando entráredes, dama hermosa,
En el templo del amor,
Deidad de jazmin y rosa,
Bien dirán que sois mi diosa,
Cuantos vean mi dolor.

FLORISEO.

(*Ap.* ¿Qué mas ocasion aguarda
Mi pena? ¿Qué me acobarda?)
(*A Lindabrídis.*) Dadme otro lugar á mí,
Pues yo tambien vine aquí
Por vos, princesa gallarda.
(*Asela de la mano.*)

CORO 1.°

Si quisiéredes ser mi amante,
Caballero, yo os querré,
Como cortés y galante
Me mostreis siempre constante
Dulce amor y firme fe.

SIRENE.

(*Ap.* Ya la venganza prevengo
Del que necio me dejó:
Así mis desaires vengo.)
(*Cógele de la mano á Floriseo, y vuelven á danzar Claridiana y Lindabrídis.*)
Si fe buscais de amor, yo
La fe verdadera tengo.

CORO 2.°

Si os quejáredes, dama bella,
Que no supe agradecer,
Culpad á sola mi estrella,
Pues que solamente es ella
La que me enseñó á querer.

UNO.

(*Ap.* No introducirme, es error,
Para dar de mi ardimiento
Muestras.) Perdonad, señor,
Que para este atrevimiento
Licencia ha dado el amor.
(*Toma de la mano á Lindabrídis.*)

CORO 1.°

Cuando entráredes, caballero, etc.

ARMINDA.

Si amor da licencia, quiero
Tomarla yo en tu presencia,
Que esto podrá (bien lo infiero)
Una dama, si hay licencia
De que pueda un caballero.
(*Tómale la mano Arminda á él.*)

CORO 2.°

Cuando entráredes, dama, etc.

ROSICLER.

Pues si en la opinion ó fama
De quien mas estima y ama
Esta ocasion toca, ya
Hablar cualquiera podrá
En el sarao á su dama.
(*Pónese á una punta del tablado.*)

FEBO.

Yo desde esta parte intento,
Adorando tu hermosura,
Siempre á la ocasion atento,
Pues que cada cual procura
Decirla su pensamiento.
(*Pónese á la otra punta.*)

CORO 1.°

Si quisiéredes ser mi amante, etc.

CORO 2.°

Si os quejáredes, dama bella, etc.

(*Estarán, trabados los lazos, danzando varias damas y galanes en medio, y en las cuatro esquinas Rosicler, Febo y Meridian y el Rey en pié; y empiezan todos otra diferencia de tañido.*)

CORO 1.°

A la sombra de un monte eminente,
Que es pira inmortal,
Se desangra un arroyo por venas
De plata torcida y hilado cristal.

CORO 2.°

Sierpecilla escamada de flores,
Intenta correr,
Cuando luego detienen sus pasos
Prisiones süaves de rosa y clavel.

CORO 1.°

Detenido en los troncos, suspende
El curso veloz,
Y adquiriendo caudales de nieve,
Malogra la rosa y tronca la flor.

CORO 2.°

A las ondas del Nilo furioso
Se arroja á morir,
Y parece su espuma una línea
Que labra dibujos de plata y marfil.

CORO 1.°

¡Ay de las lágrimas mias,
Que siendo tú arroyo y fuente,
Las entregué á tus cristales,
Y en el mar de amor se pierden!

CORO 2.°

Lindabrídis, Lindabrídis,
Que deidad humana eres,
Atiende á mis voces, ya
Que á mis lágrimas no atiendes.

AMBOS COROS.

Por ti, dama hermosa,
Por ti, bella fénix,
Por ti, dulce encanto,
Amor vive y muere.

CORO 1.°

Suspiros son de un amante
Cuantos los aires suspenden,
Lágrimas son de un celoso
Cuantas los cristales beben.

CORO 2.°

Quejas son de un ofendido
Cuantas las flores divierten,
Voces son de un desdichado
Cuantas al eco enmudecen.

AMBOS COROS.

Por ti, nuevo encanto,
Por ti, bella fénix, etc.

LINDABRÍDIS. (*Canta.*)

Muera de amor el que adora,
Muera el que suspira y llora.
(*Llega hácia donde está Febo.*)

FEBO.

¿Quereis que yo muera?

LINDABRÍDIS.

No.

FEBO.

¡Qué dichoso fuera yo,
Si quisiésedes, señora!
(*Repítelo todo la música.*)

MÚSICOS.

Muera de amor, etc.

LINDABRÍDIS. (*Canta.*)

Amor, el mejor maestro,
Muriendo enseña á servir.
(*Llega hácia donde está Rosicler.*)

ROSICLER.

Mi obediencia en eso muestro,
¿Pues qué mas dulce morir,
Que por el servicio vuestro?

MÚSICOS.

Amor, el mejor, etc.

LINDABRÍDIS. (*Canta.*)

¿Como, si de amor sentís,
Siempre muriendo vivís?
(*Llega hácia otro de los que danzan.*)

UNO.

Quiere amor que me perdone
La muerte, hasta que os corone
En la plaza de París.

MÚSICOS.

¿Cómo si de amor sentís, etc.

LINDABRÍDIS. (*Canta.*)

Precio, laurel y trofeo
De vuestra victoria soy.
(*Llega hácia donde está Claridiana.*)

CLARIDIANA.

Para lograr mi deseo,
¡Pluguiese al amor, que hoy
Se celebrase el torneo!

MÚSICOS.

Precio, laurel y trofeo, etc.
(*Suenan dentro golpes y ruido.*)

ESCENA II.

EL FAUNO, MALANDRIN.—Dichos.

FAUNO. (*Dentro.*)

Rompe con un pié el castillo.

MALANDRIN. (*Dentro.*)

No soy nada rompedor,
Que solo rompen mis piés
Zapatos, castillos no.

MERIDIAN.

¿Qué alboroto es este, cielos?

LINDABRÍDIS.

¡Qué asombro!

CLARIDIANA.

¡Qué confusion!

FEBO.

¡Qué atrevimiento!

FLORISEO.

¡Qué furia!

REY.

¿Quién da aquellas voces?
(*Salen el Fauno, y Malandrin: este vestido de pieles, ridículo.*)

FAUNO.

Yo,
Y me espanto que no haya,
Generoso Licanor,
Dicho en el eco mi acento,
Dicho en el aire mi voz
Que es trueno, hijo deste rayo,
Que es rayo, hijo deste sol,
Pues con mi voz y mi vista
Trueno, llama y rayo soy.
Esta divina hermosura,
Norte felice de amor,
Buscando vengo, porqué
Es mia, y su dueño soy,
Desde que fui de su amante,
A leyes deste baston,
Homicida y heredero,
Jóven á quien trasladó,
Nuevo Adónis en estrella,
La majestad de algun dios,
Porque era hecho ya otra vez
Lo de convertirle en flor.

MALANDRIN.

Y todo cuanto dijere
El salvaje mi señor,

Está bien dicho; que al fin,
Con quien vengo, vengo.

ROSICLER.

Horror
De la gitana ribera,
A cuya inmensa ambicion
Sepulcro fué y monumento,
Que el cielo te destinó,
Todo este castillo, cuando
Huyendo de mi valor,
Urna funesta fué el centro
Que engendra miedo y pavor:
¿Qué fiera segunda vez
De sus senos te abortó,
Si ya no de tus cenizas
Renaciste, si ya no
Moriste, y á vivir vuelves
A ruegos de mi valor,
Para que vuelva á matarte?

FLORISEO.

¡Oh tú, inculto semi-dios
De las orillas del Nilo,
De cuyo engaño aprendió
El cocodrilo traiciones,
Remedo de humana voz!
Si tanto sentiste, tanto,
Que no te matase yo,
Que me vienes á buscar,
Por lograr este blason,
Hazte al campo, en él te espero

FEBO.

Hombre, ó fiera, ó lo que sois,
Si morir á nobles manos
Fué ya vuestra pretension,
Yo soy quien os ha de hacer
Esa lisonja, pues soy
Febo, y podrá la soberbia
(Si de gigante intentó
Blasonar) decir despues
Que fué vencida del sol.

MERIDIAN.

A nadie le toca aquí
Hablar sino á mí, pues yo
Mantengo este paso, y debo,
Como al fin mantenedor,
Responder á todo trance.
Y así en respuesta te doy
La vida, hasta que te mate.
Vive, siquiera por hoy.

FAUNO.

Si tanta ilustre soberbia,
Tanta noble presuncion
Sucede al acero, como
A la lengua sucedió,
No dudaré que en venceros
Adquiera yo algun blason;
Pero tampoco creré
Que darme pueda temor
Quien con instrumentos dulces
Ensaya guerras de amor,
Cuando de cajas y trompas
Les está llamando el son.
Si sois enemigos todos,
Si competidores sois
De una dama, ¿cómo estáis
Conformes? Bien que desde hoy
A cualquiera que intentare
Mirar solo un arrebol
Desa luz, le daré muerte;
Que mal sufrirá el valor
Mio que otro esté logrando
Lo que esté adorando yo.
Porque aunque partir las dichas
Es la mas ilustre accion,
Las dichas del amor tienen
Privilegio de que no
Se partan; y esto se prueba
Por una razon, de dos:
O porque amor es avaro,
O porque dichas no son.

MALANDRIN.

Y á todo cuanto dijere
El salvaje mi señor...

REY.

Bárbaro, la mayor muestra
Es de constancia y valor
La estimacion con que debe
Tratarse al competidor.
¿Qué mas nobleza, qué mas
Grandeza, qué mas blason
Que darse muerte mañana
Los que se festejan hoy?
A tu política ruda
Esta respuesta le doy;
Y en cuanto á la lid que aplazas,
No ha lugar tu pretension;
Que este no es circo de fieras,
Ni aquesas campañas son
Anfiteatros que muestran
Espectáculos de horror,
Haciendo duelo los brutos
Y los hombres.

FAUNO.

¿Cómo no?
Vive Lindabrídis, viven
Sus ojos, que el tornasol
Del mayor planeta agravian,
Que he de ser conquistador
De su hermosura. Si noble
Debo ser, tan noble soy,
Que en la maga fitonisa
Espíritu me engendró
Angelical. A ese monte
A esperar á todos voy;
Aunque al ver que no osarán
A salir, es mi dolor,
Como ya otra vez no osaron
A entrar. ¡Ay de uno que entró!
Pues que rendido á mis manos,
La saña y furia probó
De otra fiera, aunque haya sido
Civil castigo de un dios. (*Vase.*)

MALANDRIN.

Y á todo cuanto dijere
El salvaje mi señor... (*Vase.*)

FLORISEO.

Espérame, ya te sigo. (*Vase.*)

FEBO.

Aguarda, que tras ti voy. (*Vase.*)

ROSICLER.

En alas de mis deseos
He de correr mas veloz. (*Vase.*)

REY.

Remediaré tantos daños.
(*Vase con su acompañamiento.*)

MERIDIAN.

De toda esta confusion
La causa fué tu hermosura:
No te lo perdone amor. (*Vase.*)

CLARIDIANA. (*Ap.*)

A toda esta novedad
No me he declarado yo,
Porque no dijese el Fauno
Que á quien dió la muerte soy.
¿Qué he de hacer, ya conocida
De Febo una vez? Mejor
Será mudar de consejo,
Dejando la pretension
De la guerra, y acudiendo
A las lágrimas, que son
Las armas de las mujeres.
Pues que ya no puedo, no,
Conseguir el fin que traje,
Vamos á otro caso, amor.
(*Vanse las damas, y quedan Claridiana, Lindabrídis y Sirene.*)

ESCENA III.

CLARIDIANA, LINDABRIDIS, SIRENE.

LINDABRÍDIS.

(*Ap.* Aquí se quedó.) Mirad
Esas puertas. Gracias doy
A mi dicha, ó Claridiano,
De haberme dado ocasion
Para hablarte.

CLARIDIANA.

¡Ay enemiga!
La primera que ofendió
Amando, eres tú.

LINDABRÍDIS.

¿Qué es esto,
Mi bien, mi dueño y señor?

CLARIDIANA.

¿Qué ha de ser? Morir de celos.
¿Qué ha de ser? Morir de amor.

LINDABRÍDIS.

¿Qué tienes?

CLARIDIANA.

¿Qué he de tener?
¿No es bastante ver (¡ay Dios!)
A Febo contigo?

LINDABRÍDIS.

Dime,
¿Pudiera pensarlo yo?

CLARIDIANA.

Sí pudieras.

LINDABRÍDIS.

¿Cómo?

CLARIDIANA.

¿Cómo?
No haciendo á Febo favor.

LINDABRÍDIS.

Yo, Claridiano, por vida...
(Tuya iba á decir, mas no
Me atrevo) que no hice tal,
Porque él fué el que pretendió
Aquel lugar junto á mí.

CLARIDIANA.

¿Él mismo?

LINDABRÍDIS.

Él mismo.

CLARIDIANA.

¡Ah traidor!
(*Ap.* ¡Y habiéndome conocido!)

LINDABRÍDIS.

Él fué el que solicitó
Hablarme.

CLARIDIANA.

Calla.

LINDABRÍDIS.

¿Por qué?
¿No es satisfacerte?

CLARIDIANA.

No,
No es sino darme la muerte.

LINDABRÍDIS.

¿Qué dices?

CLARIDIANA.

No sé.

LINDABRÍDIS.

Ni yo

Sé de cuál tienes los celos,
Dél, ó de mí.

CLARIDIANA.

De los dos,
Porque aunque un bárbaro dijo
Que él tuviera por error
Sufrir que otro esté mirando
Lo que esté queriendo yo;
No siento tanto el que te ame,
Como el perderte mi amor.

LINDABRÍDIS.

Sí, pero sientes que él dé
La causa.

CLARIDIANA.

Oye la razon.
Si tú me dieras la causa
Dejara de amarte yo,
Porque amar sobre un agravio
Es desaire del valor;
Pues yo sufriera un desden,
Un enojo y un rigor,
Mas no un agravio; que agravios
Tocan á la estimacion.
Y así, si él te busca á tí,
No es causa bastante, no,
Para olvidarte; y lo es
Para sentir mi pasion.
Luego si amándote él,
Tengo de sentirlo yo
Y no tengo de dejarte,
Es la desdicha mayor
Que tú no me dés los celos,
Y él sí; pues entre los dos,
Nunca quitada la causa,
Siempre durará el dolor.
Y así, quédate...

LINDABRÍDIS.

Detente.

CLARIDIANA.

Donde él te sirva.

LINDABRÍDIS.

Es rigor.

CLARIDIANA.

Solicitando...

LINDABRÍDIS.

Es agravio.

CLARIDIANA.

De hablarte y verte ocasion.

LINDABRÍDIS.

¡Plegue á Dios, si no aborrezco
Su vista, porque es feroz
A mis ojos su presencia!...

CLARIDIANA.

Tampoco... No quiero, no,
Que digas dél mal.

LINDABRÍDIS.

¿Por qué?

CLARIDIANA.

Porque es mi competidor.
Suelta.

LINDABRÍDIS.

No has de irte.

CLARIDIANA.

Es en vano.
(*Ásele de la banda Lindabridis.*)

LINDABRÍDIS.

Preso estás.

CLARIDIANA.

Limaré yo
La cadena.
(*Se suelta Claridiana, y quédase Lindabridis con la banda.*)

LINDABRÍDIS.

Al fin, me dejas
Prenda.

CLARIDIANA.

Es violenta. (*Ap.* ¡Ay rigor!
Vamos á probar fortuna
En otra transformacion.)
¿Qué ha de ser? Morir de celos.
¿Qué ha de ser? Morir de amor. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LINDABRIDIS, SIRENE.

LINDABRÍDIS.

El primer amante ha sido
Que huye la satisfaccion,
Pues muchos agradecieran,
Aunque supieran que son
Mentirosas, escucharlas:
Corrida y confusa estoy.
No en vano pues, me dijiste
La primera vez que yo
Te vi, que eras un enigma;
Pues mil sentidos te doy,
Y no pueden descifrarte
Oido, vista, ni voz.
Mas no ha de quedarse así:
Despéñeme mi pasion,
Porque amor sin desatinos
Es muy descortés amor.
Iréme tras él.

SIRENE.

Señora,
Advierte...

LINDABRÍDIS.

Es, Sirene, error
Aconsejar á quien corre
Tras la desesperacion.

SIRENE.

¿Y es razon?...

LINDABRÍDIS.

No; pero ¿cuándo
Hay pena puesta en razon?
Yo le tengo de seguir.

SIRENE.

Piensa otro medio mejor.

LINDABRÍDIS.

¿Qué medio?

SIRENE.

Pues que tenemos
Para todo prevencion,
Con algun disfraz, señora,
Encubriendo rostro y voz,
Para salir del castillo
El medio busca mejor;
Pues estando la campaña
De diversas gentes hoy
Cubierta, no hay que temer.

LINDABRÍDIS.

Dices bien, y en mi favor
Llevaré esta banda, siendo
Metamorfósis de amor.
Ven á vestirme, Sirene

SIRENE.

¿Qué es esto en tu presuncion?

LINDABRÍDIS.

¿Qué ha de ser? Morir de celos.
¿Qué ha de ser? Morir de amor.
(*Vanse.*)

—

Campo.

ESCENA V.

EL FAUNO Y MALANDRIN, *seguidos de* FEBO, MERIDIAN, ROSICLER Y FLORISEO; EL REY LICANOR, *deteniéndolos;* ACOMPAÑAMIENTO.

FAUNO.

Yo no entiendo, yo no sé
Las políticas del duelo;
Solo sé manchar el suelo
De humana sangre, porqué
Sedienta no haya una flor.
Sígame el que verlo quiere. (*Vase.*)

MALANDRIN.

Y en todo cuanto dijere
El salvaje mi señor...

REY.

Ninguno pase de aquí,
Ni siga ese monstruo ya.

MERIDIAN.

Tened á ese.

MALANDRIN. (*Ap.*)

¿Cuánto va
Que esto llueve sobre mí?

UNO. (*A Malandrin.*)

Llegad.

REY. (*A Malandrin.*)

¿Quién sois?

MALANDRIN.

Haga tregua
Tu enojo, y muda consejo;
Que soy un fauno de viejo,
Un semi-dios de la legua,
Una fiera del castillo,
Un sátiro remendon,
Un bruto del bodegon,
Y un monstruo del baratillo;
Que viendo, señor, un dia
La madre que me parió
Que era tan salvaje yo,
Que aun el serlo no sabía;
Como el que aprende á fullero,
Que dice: «bueno es saber,»
Así la buena mujer
Me dijo: «Ponerte quiero
De un salvaje al pupilaje;
Porque si en decir y hacer
Al fin salvaje has de ser,
Aprendas á ser salvaje.»

FEBO. (*Ap.*)

¿No es Malandrin este? Sí.
¿Qué discurro ni imagino?
Él con Claridiana vino.

REY.

Llevadle luego de aquí,
Y ahórquenle á un árbol, porqué
A ese bruto horrible y fuerte
Le dé escándalo su muerte.

MALANDRIN.

No, señor, no hay para qué:
Vivo se le daré yo,
Y ahorraré de ahorcarme aquí
La costa.

FEBO.

Señor, á mí
De escudero me sirvió
Este hombre, y es un loco:
Suplícote le perdones.

REY.

Basta, Febo, que le abones.

FEBO.

Libre estás.

MALANDRIN.

Mil veces toco
La tierra que pisas: ya
Siempre he de andar á tu lado,
De salvaje reformado.

REY.

Pues cubierto el campo está
Hoy de tanto aventurero,
Que á esta empresa concurrió,
Ya no hay mas que esperar. Yo
Asistir al duelo quiero
Luego: no la bizarría
De tanto jóven valiente
Con nuevos riesgos aumente
Ocasiones cada dia.
Idos á prevenir pues,
Porque luego el campo sea.

MALANDRIN.

Yo haré allá que el mundo vea
Quién mayor salvaje es.
(*Vase el Rey con el acompañamiento.*)

ESCENA VI.

FEBO, MERIDIAN, ROSICLER, FLORISEO, MALANDRIN.

MERIDIAN.

Ya, príncipes, la ocasion
Que pide nuestra esperanza
Se cumple hoy, pues hoy alcanza
El premio tanta opinion.
Valiente, bizarro y sabio
El vencedor ha de ser:
De tres triunfos ha de hacer
Muestra, sin pasion ni agravio:
Sabio en la empresa que escriba;
Galan en la luz que aumente
Rayos al sol; y valiente,
Cuando á tantos riesgos viva.
Hoy en efecto es el dia
De mostrar vuestro valor:
La fortuna y el amor
A campaña os desafía.
Generosa es la aventura,
Sus esperanzas pregona
El precio de una corona
Y el laurel de una hermosura.
Con esto así animar quiero
El valor que he de vencer;
Que bien lo habréis menester,
Pues yo soy el que os espero. (*Vase.*)

FLORISEO.

Muy poco podrá vivir
Con aplauso ni opinion
Esa altiva presuncion,
Si soy yo el que ha de salir. (*Vase.*)

ROSICLER.

Ya que á este trance la suerte,
O Febo, nos ha traido,
Sola una cosa te pido,
Antes que me dés la muerte.

FEBO.

¿Y es?

ROSICLER.

Que enemigos seamos
Y hermanos.

FEBO.

¿Cómo?

ROSICLER.

Los dos
Al mundo, al cielo y á Dios
Jura y homenaje hagamos,
Que el que perdiere la empresa,
Desistido della ya,
Luego al otro ayudará
Con sus armas.

FEBO.

Siendo esa
Tan justa accion, este dia
Así lo prometo y juro.

ROSICLER.

Pues si de tí estoy seguro,
Lindabridis será mia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FEBO, MALANDRIN.

FEBO.

Malandrin, ya que he quedado
Contigo en esta ocasion,
Rescata mi confusion
De las manos de un cuidado.
¿Qué fortuna os ha traido
Aquí, Malandrin? Qué es esto?
¿Quién en tal lance os ha puesto?

MALANDRIN.

De tu razon he inferido
Que sabes ya que está aquí
Claridiana.

FEBO.

Sí lo sé,
Y en una ocasion (que fué
Bien apretada) la ví;
Pero quedé tan turbado
De verla, que no llegó
El desengaño. Allí yo,
Ciego, confuso, admirado,
La siguiera despechado,
Si al paso no me saliera
Gente: en efecto, no fué
Posible, y disimulé,
Porque ella entónces no fuera
Conocida. En el festin
Otra vez me ocasionó
A descubrirla, si yo
No me reportara allí.
Desde entónces no he podido
Hablarla, aunque lo deseo:
Llévame á verla; que creo
He de perder el sentido,
Hasta saber qué es su intento.

MALANDRIN.

Eso yo te lo diré:
Competirte aquí, porqué
Dándola su atrevimiento
A Lindabridis, no sea
Tuya. Y en cuanto á que yo
Te lleve á verla, eso no
Podré, aunque amor lo desea,
Porque no sé dónde esté;
Que yo no vine con ella
Aquí, ni aquí pude vella,
Porque tan tirana fué
Conmigo, que me dejó
Aprendiz de monstruo fiero,
Y en el castillo lijero
De Lindabridis voló.

FEBO.

¿Qué harémos para buscarla?

MALANDRIN.

Ir el campo discurriendo

FEBO.

Ven, que por aquí pretendo,
Aunque se disfrace, hallarla.

ESCENA VIII.

LINDABRIDIS, *en traje de hombre, con la banda de Claridiana rodeada al rostro.* — FEBO, MALANDRIN.

LINDABRÍDIS. (*Para sí.*)

Desta suerte me he atrevido
De mi castillo á salir
Disfrazada, para ir,
Sin ley, razon, ni sentido,
A buscar á Claridiano
Y á darle satisfaccion
De que vanos celos son
Los que le afligen en vano.
Gente hay aquí. No parece
Que me mira nadie hoy,
Que ya no sepa quién soy.
Sombras que el temor ofrece.

FEBO.

Malandrin, dí, ¿será aquella
Claridiana, ó son mis ojos
Cómplices destos antojos?

MALANDRIN.

No señor, sino que es ella;
Porque la bordada banda
Yo la conozco muy bien:
Y fuera deso, tambien
El cuidado con que anda
Lo dice; que aunque haya estado
Tan disimulada, ha sido
Porque (á buena fe) no ha habido
Quien la mire con cuidado
Las paticas. ¿No la ves?
Llega á hablarla, más no esperes;
Que demonios y mujeres
Se conocen por los piés.

FEBO.

Caballero rebozado,
Quitar la banda podeis
Al rostro, porque si es ciego
Amor, no la ha menester.
Ya estáis conocido, ya
Por demas el disfraz es;
Que embozado el sol, descubre
Los rayos de rosicler.

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

¡Yo estoy muerta! Conocióme
Febo; pero callaré
A todo, porque la voz
No lo confirme.

FEBO.

No estéis
Tan falso conmigo ya,
Caballero, pues sabeis
Que os conozco; y si gustais
De que mas señas os dé,
Sois una enigma de amor,
Que una cosa pareceis
Y sois otra: dos sentidos
Entre el favor y el desden.
Disfraz de celos (si celos
Pueden disfrazarse) es
El traje: á un dueño buscais,
Que porque amado se ve,
Trata tan mal el favor;
Mas ¿quién en el mundo, quién
No trata sus dichas mal,
Si las ve logradas bien?

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

Ya ¿qué hay que dudar? Las señas
Bien claro dan á entender
Quien soy; mas con todo, intento
Fingir callando, porqué
Lo que hay de callar á hablar,
Hay de dudar á creer.

FEBO.

No os vais, porque si no bastan

Tantas señas como veis,
Para mayor desengaño
Las del amante os diré.

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

Claridiano ya sin duda
Se ha declarado con él.
Si, pues dice mis amores.

FEBO.

De su misma boca sé
Que el amar á Lindabrídis
Bizarria y valor es...

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

¡Qué escucho?

FEBO.

Pero no amor,
Porque fuera injusta ley
De su ardimiento faltar
Su firma deste cartel,
Y que otro en el mundo fuera
Dueño de tanto interes,
Y le ganase por armas,
Viviendo en el mundo él.
Esto me ha dicho que ha sido
Causa de venir á ver
Y servir á Lindabridis;
Pero no el quereria bien.

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

¡Desprecios de mí le ha dicho?
¡Ah Claridiano cruel!
¿Bizarría fué tu amor,
Y bizarría tu fe?

ESCENA IX.

CLARIDIANA, *en traje de dama.*—DICHOS.

CLARIDIANA. (*Para sí.*)

Con nuevo disfraz de amor,
Ya que posible no fué
Llevar el intento mio
Tan al fin como pensé,
A Febo vengo buscando;
Que conocida una vez,
No es justo, no, que ya vea
En traje indecente á quien
Como á su dueño le mira,
Como á su esposo le ve.
No me ha de quedar fineza
Alguna... Mas ¿no es aquel?
Sí: hablando está con un hombre.
Que esté solo esperaré.

FEBO.

¿Para qué, señora, andamos
Por rodeos? ¿para qué?
Hablemos claro, mi dueño,
Mi cielo, mi gloria y bien.
Destas finezas deudor,
Humilde estoy á tus piés.
Sabe el cielo que te adoro.
Cese ya, cese el desden.

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

El se declara conmigo
Ya, porque sola me ve,
De Claridiano ofendida.
¡Válgame amor! ¿Qué he de hacer?

CLARIDIANA. (*Ap.*)

Ya ¿qué esperan mis desdichas?
¡Vive el cielo, que es mujer!
Y si en la banda reparo,
Lindabrídis (¡ay Dios!) es.

FEBO.

Yo te adoro, tú eres sola,
Dueño mio: siempre fiel
Pagaré tan gran fineza.
Y si me has venido á ver
En este traje basta aquí,
¿Por qué me tratas, por qué,
Desta suerte?

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

Peor es esto.
Juzga que vine por él.

CLARIDIANA. (*Ap.*)

¡Buenas andamos las dos!
Una se empieza á poner
El traje que la otra deja.
Saldré furiosa, saldré
Y entre mis brazos... Mas no,
Que no hace una mujer bien,
Que se pone á pedir celos
Delante de otra mujer.
Su conversacion (¡ay triste!)
Con industria estorbaré,
Y á cada uno de por sí
Sabré matarle despues. (*Vase.*)

FEBO.

Si no es posible negar
Ya quién eres, si te ves
Declarada, ¿por qué dura
Tu rigor? Cese el desden,
Quitate la banda, y deba
Una palabra á tu fe.

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

¡Febo! Febo!

FEBO.

¿Quién me llama?

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

Que me dan la muerte, ven
A socorrerme.

MALANDRIN.

¿Qué es esto?

FEBO.

Aquella voz ¿cuya es,
Malandrin?

MALANDRIN.

Pues ¿qué sé yo?

FEBO.

¡Vive Dios, que juraré
Que es la misma que está aquí!

MALANDRIN.

Pues si á eso va, yo tambien.

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

¡Mira que me dan la muerte,
Febo, por quererte bien!

FEBO.

¿Qué es esto, cielos? ¡Aquí
El cuerpo hermoso se ve,
Y allí la lengua pronuncia!
¿Aquí la forma fiel
Calla, y allí habla la voz?
¡Que la vida aquí se esté,
Y que allí el alma se escuche!
¿Qué es esto?

MALANDRIN.

Pues yo ¿qué sé?

CLARIDIANA. (*Dentro.*)

Acude á darme la vida.

FEBO.

Alma sin cuerpo, sí haré.
Perdona, cuerpo sin alma,
Porque en dos riesgos, es bien
Acudir á quien me llama;
Y esto no es ser descortés,
Pues te dejo á ti por ti. (*Vase.*)

MALANDRIN.

Pues tambien yo acudiré
A mí por mí en este caso,
Huyendo de aquí, porqué
Alguno destos encantos
A mí por mí no me dé. (*Vase.*)

LINDABRÍDIS. (*Quitase la banda.*)

¿Qué confusiones son estas?
Pero ¿qué pregunto, qué,
Si estamos en Babilonia
Que patria de todas fué?

ESCENA X.

CLARIDIANA.—LINDABRIDIS.

CLARIDIANA.

Mejor dijeras, si estamos
Donde una fácil mujer,
Aunque no está en Babilonia,
Tiene en el alma un Babel.

LINDABRÍDIS.

¡Claridiano!

CLARIDIANA.

¡Lindabrídis!

LINDABRÍDIS.

¿Qué traje, qué disfraz es
Ese?

CLARIDIANA.

¿Qué disfraz, qué traje
Es esotro?

LINDABRÍDIS.

Ya lo sé.

CLARIDIANA.

Como uno que dicta á dos,
Con sola una voz que dé
Escriben dos un concepto,
Así hizo el amor tambien;
Mas con una diferencia:
A mí para entrarte á ver,
Y á ti (¡ay Dios!) para salir
A ver á Febo.

LINDABRÍDIS.

Di, ¿á quién?

CLARIDIANA.

A Febo. Yo ¿no lo he visto,
Que eres falsa, eres cruel,
Eres mudable, eres fiera,
Eres (diréło) mujer?
Pues con tener hoy prestado
El traje, yo estoy en él
Tan mudada en un instante,
Que no has de volverme á ver.

LINDABRÍDIS.

¡Bien te curas en salud
De traiciones tuyas! ¡Bien
Ganas de mano á la queja,
Pues fiero y mudable, pues
Ingrato y desconocido,
Tratas mi amor! Ya lo sé,
Que es vanidad solamente
Dese fijado cartel,
Lo que te obliga á engañarme,
Y que eres traidor sin fe,
Sin respeto, sin decoro,
Sin honor, sin Dios, sin ley,
Hombre al fin; que aqueste traje
Prestado un instante es,
Y me enseña á ser traidor;
Tanto, que estoy por creer
Que es verdad que soy mudable,
Despues que me adorna él.
Pero basta que te diga
Que no has de volverme á ver.

CLARIDIANA.

Ni yo quiero que me veas
En tu vida, porque á quien

Vino á buscar á otro así,
¿Para qué, di, para qué
Quiero yo verla, ni oirla,
Si ha de engañarme cruel?

LINDABRÍDIS.

¡Buena disculpa has hallado
A un término descortés!

CLARIDIANA.

No es disculpa, sino queja.

LINDABRÍDIS.

A tí te venía yo á ver,
Aunque estaba con él.

CLARIDIANA.

Mira,
Lindabrídis: otra vez,
Si á uno buscas, y á otro hablas,
Trueca á los dos el papel.
Estáte hablando conmigo,
Y venle á buscar á él.

LINDABRÍDIS.

Y tú otra vez que á una dama
Hayas de servir, y hacer
Alarde de tu valor,
Acude solo al cartel,
Y no al engaño.

CLARIDIANA.

Yo vi
Esto.

LINDABRÍDIS.

Yo estotro escuché.
¡Ay traidor!

CLARIDIANA.

¡Ay enemiga!

LINDABRÍDIS.

Eres falso.

CLARIDIANA.

Eres infiel.

LINDABRÍDIS.

Eres ingrato.

CLARIDIANA.

Eres fiera.

LINDABRÍDIS.

Eres hombre.

CLARIDIANA.

Eres mujer.

LINDABRÍDIS.

Yo...

CLARIDIANA.

Yo...

LINDABRÍDIS.

No te digo mas.

CLARIDIANA.

Ni yo, porque no podré.

ESCENA XI.

FEBO.—LINDABRIDIS, CLARIDIANA.

FEBO.

No hallé en el monte del eco
El dueño. Pero ¡qué ven
Mis ojos! ¡Tú en este traje!
¡Tú en esotro! Decid, ¿qué es?

LINDABRÍDIS.

Dese galan disfrazado,
Febo, lo podrás saber. (*Vase.*)

CLARIDIANA.

Esa dama disfrazada,
Febo, os lo dirá mas bien. (*Vase.*)

ESCENA XII.

FEBO.

Oye, aguarda, escucha, espera...
¿Cuál de las dos seguiré?
Deten, Claridiana, el paso,
Que ya voy tras tí. Deten
El curso tú, Lindabrídis:
Ya te sigo. ¿Qué he de hacer?
Que por alcanzar á dos,
No sigo á ninguna: bien
Como el acero entre imanes,
Que si llamado se ve
De dos impulsos, se queda
En solo el aire despues.
Y así yo, que entre dos soles
Me siento abrasar y arder,
Ni sé á quién le dé la vida,
Ni á quién el alma le dé.
Oye tú, prodigio hermoso,
Oye tú, asombro cruel.

ESCENA XIII.

EL FAUNO.—FEBO.

FAUNO.

¿Asombro y prodigio dijo?
Yo soy. ¿Quién me llama?

FEBO.

Quien
Diligenciára su muerte
En tu brazos, á tener
Licencia para morir;
Mas no lo quiere el desden
De mi fortuna: y así,
A mi pesar viviré,
Huyendo de tí. ¡Mal haya
Tan necia é injusta ley!
¿Cuándo fué el amor cobarde,
Ni temió el que quiso bien? (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL FAUNO; *despues*, CLARIDIANA Y LINDABRIDIS.

FAUNO.

¡Buena disculpa es esa,
Cuando el temor á voces se confiesa!
No os habeis atrevido
Nunca á salir, y lo que miedo ha sido,
¡Lo teneis á valor! Mas no me espanto
Que tanto tema quien se atreve á tanto,
Cuando á mi brazo fuerte
Licencia de matar pidió la muerte.

(*Sale Claridiana.*)

CLARIDIANA.

Apénas me resuelvo
A ausentarme de aquí, cuando aquí vuelvo.

(*Sale Lindabrídis.*)

LINDABRÍDIS.

¡Cuánto, oh cielo divino,
Arrastra á un desdichado su destino!

CLARIDIANA.

Aquí quedó.

LINDABRÍDIS.

Que aquí he de hallarle creo.

FAUNO.

(*Ap.* Mujer es peregrina
La que hácia mí los pasos encamina.
Muerto de amor de una beldad me veo,
Y he de curar con otra mi deseo;
Aunque aplicarle una al que otra ama,
Será matarle el humo, no la llama.)
Mujer...

CLARIDIANA.

¡Ay de mí triste!

FAUNO.

En tu favor...

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

¡Qué miro allí!

FAUNO.

Consiste
Mi vida.

LINDABRÍDIS.

(*Ap.* Ya ¿qué espero?
Con esta obligacion ceñí el acero.)
Fiera...

FAUNO.

¿Qué es lo que veo?
Verdades dudo, si ilusiones creo.
Tú, hermosa sombra fuerte,
¿No eres aquella á quien le di la muerte?
Y tú, deidad fingida,
¿No eres aquella á quien le di mi vida?
Pues ¿cómo tú mudanzas del sér haces?
¿Tú mueres jóven, y mujer renaces?
Tú, dime, entre mis brazos
(Nudos de Vénus y de Marte lazos)
Entónces no te viste?
Tú en su defensa entónces ¿no moriste?
Pues ¿cómo aquí, con una accion trocada,
Ciñes tú la hermosura y tú la espada,
Y yo confuso ignoro
A quién la muerte doy y á quién adoro?
No sé lo que hacer debo,
Ni encantos tales á apurar me atrevo.
Si trocando la suerte,
A tí te adoro, á tí te doy la muerte,
Adoraré una sombra
En tí, que viva admira y muerta asombra;
Y daré en tí la muerte á una luz pura,
Que mañana será nueva hermosura:
Y así, sombras fingidas,
Que á trueco os dais las muertes y las vidas,
Confusas ilusiones
Que os prestais las bellezas y blasones,
Huyendo os venceré, porque pretendo
El primer monstruo ser que venza huyendo.
Vivid, vivid, y máteme á desmayos
El Dios de los relámpagos y rayos.
¡Qué pena! qué dolor! qué horror tan fuerte!
¡Qué vida tan cruel! qué hermosa muerte!

(*Éntrase, y tocan caja y clarín.*)

ESCENA XV.

LINDABRIDIS, CLARIDIANA.

CLARIDIANA.

Aunque el caso pudiera
Darme ocasion á que el ingenio hiciera
Varios discursos, cuantos solicita
Esta ocasion, la brevedad me quita
Del tiempo, que me llama
Con voces de metal á ganar fama.
Quédate adios, que aunque tu amor lo impida,
Voy á ganarte á precio de mi vida. (*Vase.*)

LINDABRÍDIS.

Y yo á tu lado quiero
Acreditar este valiente acero,
Que no le ceñí en vano;
Y ganándome á mí mi propria mano,
Darme yo á mi albedrío.
¡Vive amor, que ha de ser mi imperio mio!

(*Vase. Tocan cajas y trompetas.*)

ESCENA XVI.

SIRENE, ARMINDA, DAMAS; *despues*, MALANDRIN.

SIRENE.

Pues no vuelve Lindabrídis
Al castillo, y excusada
Está de acudir al duelo,
Por decir que en esta causa
Lidia su sangre y su amor,
Y que fuera accion ingrata
Mirar ella á quien por ella
Hoy con su hermano se mata;
Salgamos todas á ver
Las telas y la campaña;
Que es morir vivir sin ver
Una mujer lo que pasa.

(*Sale Malandrin.*)

MALANDRIN.

¡Oh quién tuviera boleta
Para ver de una ventana
Toda la fiesta! Aunque á mí
Muy poco de ver me falta.

SIRENE.

Soldado.

MALANDRIN.

¿Qué me mandais,
Las bellísimas madamas?

SIRENE.

Que nos digais, si por dicha
Se extiende hasta vos la fama,
Quién son los aventureros
Que han de entrar en la estacada.

MALANDRIN.

Habeis hallado con quien,
Sin que falte una palabra,
Os lo diga, porque he andado,
Ya que no de rama en rama,
De tienda en tienda, mirando
Quién son, y qué empresas sacan;
Porque soy relacionero,
Y esta he de imprimir mañana,
Si la tinta no me miente,
O si el papel no me falta.
Y para que me creais
Cuanto os diga, breves gracias,
Va de relacion; que es fuerza,
Entre tanto que se arman,
Dar tiempo al tiempo. — En efecto
Amaneció esta mañana
Cubierto el sitio de tiendas
De damasco, tela y grana.
Era un monte levadizo,
Que para engañar al alba,
Nieve y flores le vestian
Las plumas sobre las armas.
Listadas de azul y oro
Se vieron todas las vallas,
Que presumió el sol que era
La eclíptica que él abrasa.
No la hicieron salva, no,
Los músicos que la aguardan;
Que otros pájaros canoros
De metal la hicieron salva.
El mantenedor valiente,
Al son de trompas y cajas
Dió un paseo, y por empresa
Pintó una horrible borrasca.
Y así, en medio de las olas,
Y combatido de cuantas
Iban y venian, á todas
Resistia en las espaldas
De un delfin, que hasta la orilla
Le aportó, bajel de escama.
La letra en su nombre dice,
Como que al delfin le habla:
Temeroso voy, del-fin,
Que brevemente declara
Que en tempestades de honor,
Donde le combaten tantas,
Resistiendo á todas él,
No sabe *el fin* que le aguarda.
El segundo que yo vi,
Era Rosicler de Tracia,
Jóven valiente: en su escudo
Sacó una áncora pintada,
Geroglífico y insignia
Que le dan á la esperanza.
Bien pareció grosería
Que espere nadie que ama;
Mas la letra le disculpa,
Pues dice en breves palabras:
Llevo esperanza, porqué
Es fuerza que en mal tan grave,
O me acabe á mí, ó se acabe.
Floriseo, arpon de Amor,
Que disparó de su aljaba,
Persa ilustre, jóven fuerte,
Acrêdor de su alabanza,
Sacó por divisa un muerto:
Empresa desesperada
Pareció; pero fué cuerda,
Pues escribió en la mortaja:
Por no temer,
Voy cual sé que he de volver.
El caballero del Febo,
Aquel fénix que la fama
Renace á instantes la vida,
Emulacion del de Arabia;
Dando á entender que entre dos
Pretensiones tiene un alma,
Y que no sabe de cuál
Ha de decir su esperanza,
Un camaleon sacó,
Que sobre la verde grama
Era verde, y sobre el mar
Azul, colores contrarias,
Pues nunca comieron juntos
Los celos y la esperanza:
La letra lo significa
Mejor, breve, aguda y clara:
No sé cuál color es mia:
Que no la tiene
Quien del aire se mantiene.
Síguese un gran personaje,
Que quiere entrar en la danza,
A fuer de caballería,
Viendo que ha de dar las armas
A Lindabrídis: este es
El Fauno. Mas, lengua, calla,
Que es el Fauno tu señor:
Su yerba has comido, y basta.
Es la empresa como suya:
En una grosera tabla
Pintado trae un demonio,
Que en el infierno se abrasa,
Y dice la letra luego,
Que está escrita entre las llamas:
Mas penado, mas perdido.
Y ménos arrepentido.
El príncipe Claridiano
De Sicilia (en su alabanza
Quisiera gastar dos coplas,
Si es que las coplas se gastan;
Pero es tarde: voy al caso)
Sacó un barco sobre el agua,
Que siempre se está moviendo
Con tormenta y con bonanza;
Y significando que él
Ni sosiega ni descansa,
Dice la letra, mostrando
Que aun no hay quietud en la calma:
Este ni yo no podemos
Descansar,
Por placer, ni por pesar.
Otro aventurero hay
A quien nadie vió la cara,
Ni sabe quién es; yo solo
Sé que en su talle y sus galas
Excede á todos, supuesto
Que en competencia ó venganza,
Adónis le dió el despejo,
Y Marte le dió las armas.
Este una víbora fiera
Pintó, que cuando le causa
Su veneno, á sí se muerde,
Y esto diciendo, se mata:
¡Oh qué veneno tan fuerte!
Por vivir me doy la muerte.
Muchos pudiera contaros;

(*Tocan.*)

Mas los clarines y cajas
Dicen que ya llega al puesto
El mantenedor, y armadas
Están las damas, por quien
Hice relacion tan larga.
Todo valiente esté alerta;
Que si ellas una vez bajan
Armadas, será peor
Que Ingalaterra y Holanda.

(*Tocan.*)

Ya vuelve otra vez el son,
Y si la vista no engaña,
El Rey, en su sitio ya,
Preside al duelo y las armas.
Esto es hecho: yo no puedo
Esperar mas; que si falta
De allá mi persona, entiendo
Que será la fiesta aguada,
Porque yo las hago puras.
Adios, bellísimas damas;
Aunque si quereis venir,
No nos faltará en la plaza
Un sitio en que nos dé el sol,
Y en que nos vacien el agua
De cantimploras de olor,
O una tudesca alabarda
Que las costillas nos muela,
Que en ninguna fiesta faltan. (*Vanse.*)

—

Campo del torneo.

ESCENA XVII.

Descúbrese EL REY LICANOR *en un trono; sale* MERIDIAN *de su tienda, y hacen la entrada por el palenque* FEBO, FLORISEO, EL FAUNO, ROSICLER, CLARIDIANA Y LINDABRIDIS, *todos con armas, y delante* CRIADOS *con los escudos, como han dicho los versos, y en llegando delante del Rey, hacen reverencia y ocupan sus puestos.* ACOMPAÑAMIENTO, DAMAS, GENTE.

REY.

Tantos á tantos el duelo
Se ha de hacer, y al que su fama
Dejare solo en el puesto
Por señor de la campaña
A un golpe de pica solo
Y luego á muchos de espada,
Hoy será de Lindabrídis
Esposo, y rey de Tartaria.

MERIDIAN.

¿Qué esperais? Ya Meridian,
Aventureros, aguarda.

(*Repártense á un lado Lindabrídis, Claridiana y Meridian; á otro, Rosicler, Febo y Floriseo, y el Fauno en medio. Lidian, y el Fauno vence á todos los caballeros.*)

FAUNO.

¡La victoria está por mia!

(*Llega Claridiana, y derriba el Fauno á sus piés.*)

CLARIDIANA.

No está, pues que ya á mis plantas
Caiste.

FAUNO.

¿Quién me venciera,
Si amor no me derribara? (*Cae.*)

TODOS.

¡El príncipe Claridiano
Viva, pues al Fauno mata!

REY.

Tuya ha de ser Lindabrídis.
Cese el duelo, que esto basta.
(*Baja del trono.*)

CLARIDIANA.

¡Dichoso yo que merezco
Su hermosura celebrada!

LINDABRÍDIS.

Ahora me descubriré,
Si Claridiano me gana.

FEBO.

No hace, porque Claridiano
Es la hermosa Claridiana,
Esposa mia, y señora
De los estados de Francia.

LINDABRÍDIS. (*Ap.*)

Burlóme el amor.

CLARIDIANA.

Supuesto
Que eres mia, tu esperanza
Lograrás con Rosicler
Mi hermano, y Fénix de Tracia;
Porque siendo yo señora
De Francia, á Febo le basta,
Y quédese Meridian
Por rey invicto en Tartaria.

MALANDRIN.

Porque así, todos contentos,
Digamos que aquí se acaba
El encantado *Castillo
De Lindabrídis*: sus faltas
Perdonad, porque el ingenio
Lo ruega humilde á esas plantas.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DON HIPOLITO.
DON LUIS.
ARCEO, *gracioso.*
PERNIA, *escudero vejete.*
DOÑA CLARA.
DOÑA ANA.
DOÑA LUCIA, *dueña.*
INES, *criada.*

La accion pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *embozado;* ARCEO, *con una luz en un candelero.*

ARCEO.

Ya he dicho que no está en casa
Mi señor, y es, caballero
O fantasma, ó lo que sois,
En vano esperarle, puesto
Que no sé á qué hora vendrá
A acostarse.

DON JUAN.

Yo no puedo
Irme de aquí sin hablarle.

ARCEO.

Pues en el portal, sospecho
Que estaréis mucho mejor.

DON JUAN.

Mejor estaré aquí dentro.

ARCEO.

Muerto de capa y espada,
Que tan pesado y tan necio
Has dado en andar tras mí
Rebozado y encubierto,
Agradécele al Señor
Que te tengo mucho miedo;
Que si no, yo te pusiera
A cuchilladas muy presto
En la calle.

DON JUAN.

No lo dudo;
Mas no os turbeis: de paz vengo.
De Don Pedro soy amigo,
Sosegáos...

ARCEO

¡Lindo sosiego!

DON JUAN.

Y sentáos aquí.

ARCEO.

Yo estoy
En mi casa, y si yo quiero
Me sentaré.

DON JUAN.

Pues estad
Como quisiéredes.

ARCEO.

Cierto
Que sois fantasma apacible
Y que teneis mil respetos
Del Convidado de piedra.

DON JUAN.

Decidme, ¿qué hace Don Pedro
Fuera de casa á estas horas?
¿Diviértele amor ó juego?

ARCEO.

Juego ó amor le divierte.

DON JUAN.

Todo es uno, á lo que pienso,
Pues amor y juego, en fin,
Son de la fortuna imperios
¿Anda de ganancia ahora?

ARCEO.

Yo de pérdida me veo.

DON JUAN.

¿Está desfavorecido?

ARCEO.

No lo sé.

DON JUAN.

¿Pues sus secretos
No fia de vos?

ARCEO.

No fia,
Sino presta algunos dellos.
(*Ap.* ¿No bastaba entremetido
Sino preguntou?)

ESCENA II.

DON PEDRO.—DON JUAN, ARCEO.

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

ARCEO. (*A Don Juan.*)

Esperad en hora mala
En la calle ó el infierno,
Si no quereis...

DON PEDRO.

Dime, loco,
¿Qué ha sido?

ARCEO.

Vienes á tiempo;
Que si un poco mas tardaras,
A ese embozado, sospecho
Que le echo por la ventana
Tan alto, que deste vuelo,
Ya que no siete-durmiente,
Uno-volante, primero
Que volviera, se mudaran
Los trajes y los dineros,
Y se hablaran otras lenguas.

DON PEDRO.

¿Quién es?

ARCEO.

No lo sé; mas pienso
Que es algun hombre casado
Que viene á verte encubierto,
Pues no se ha dejado ver
La cara.

DON PEDRO.

Pues, caballero,
¿A quién buscais así?

DON JUAN.

A vos.

DON PEDRO.

Decid, ¿qué quereis?

DON JUAN.

Diréio
En quedando solos.

ARCEO.

¿Ves,
Si digo bien?

DON PEDRO.

Majadero,
Salte allá fuera.

ARCEO.

En buen hora.
(*Ap.* Porque aunque ir á parlar tengo
Con Doña Lucía, la dueña
De mi vecina, más quiero
Ser hoy criado que amante,
Y he de estarme aquí, por serlo,
Escuchando cuanto digan.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Ya estoy solo, y solo espero
Que me digais, ¿qué quereis?

DON JUAN.

Cerrad la puerta.

DON PEDRO.

Suspenso
Me teneis. Ya está cerrada.

DON JUAN. (*Desembózase.*)

Pues ahora, á esos piés puesto,
Me dad, Don Pedro, los brazos.

DON PEDRO.

¡Don Juan, amigo! ¿Qué es esto?
¿Cómo os atreveis á entrar
Así en Madrid, sin que el riesgo
De vuestra vida mireis?

DON JUAN.

Como la muerte no temo:
Así no guardo la vida;
Que ya, de tratarlas, tengo
Con la compañía perdido
A mis desdichas el miedo.
Ya sabeis (como quien fué

Por la vecindad, tercero
De mi desdichado amor)
Aquel venturoso tiempo
Que amé á Doña Ana de Lara,
Cuyo divino sugeto
Se coronó de hermosura,
Se laureó de entendimiento.
Ufano con mi esperanza,
Y con su favor soberbio,
Viví. En esto no me alabo,
Antes me desluzco en esto;
Que en materias de favores
Es tan desdichado el premio,
Que es el que los goza mas,
El que los merece ménos.
Ya sabeis que viento en popa
Este amor, este deseo,
En el mar de la fortuna
Tuvo de su parte al cielo,
Hasta que, alterado el mar,
El bajel del pensamiento
En piélagos de desdichas
Corrió tormenta de celos.
Una noche... Ciegamente
Lo que vos sabeis os cuento;
Pero dejad que lo diga,
Ya que es el pesar tan necio,
Que repetirle el dolor
Es repetirle el consuelo.
Una noche pues salí
De su casa yo, creyendo
Que para mí solo estaba
El falso postigo abierto
De un jardin, cuando, llegando
A abrirle (¡ay Dios!) por de dentro,
Hácia la parte de afuera
Torcer otra llave siento.
Suspendo la accion, y á un lado
Me retiro, por si puedo
Mis celos averiguar,
Si es que han menester los celos,
Para estar averiguados,
Mas diligencia que serlo.
Entreabrieron el postigo,
Y á la poca luz que dieron
Las estrellas en la calle,
Entrar solo un hombre veo
Que sin luz y sin razon,
Andaba dos veces ciego.
Bien le pudiera matar
A mi salvo entónces; pero
Quise apurar la malicia
A mis desdichas, y quedo
Me estuve un rato. ¡Mal haya
Tan curioso sufrimiento!
El, tentando las paredes
(Que no estaba, no, tan diestro
Como yo en ellas, que habia
Estudiádolas mas tiempo),
Llegó á tropezar en mí;
Y desalumbrado, viendo
Que habia gente en el portal,
Dijo atrevido y resuelto:
«No puede haber aquí nadie,
Que matarlo ó conocerlo
No me importe: otro no tenga
Las dichas que yo no tengo.»
No sé qué le respondí,
Y los dos con un esfuerzo
Hasta la calle salimos,
Donde los dos cuerpo á cuerpo
Reñimos, hasta que igual
Partió la fortuna el duelo
Entre los dos (¡ay de mí!);
Pues á quien me dió primero
Celos, le di yo la muerte,
Como quien dice: «Hoy intento
Que sea paz de nuestra lid,
O morir, ó tener celos;»
Y dándome lo peor,
Quedé celoso, y él muerto.
Al ruido de las espadas
Llegó la justicia luego,
Y yo, apelando á los piés
De la ejecucion que hicieron
Las manos, me puse en salvo;
Mas no tanto, que cogiendo
Un criado, que esperaba
Con un rocin en el puesto,
No dijese á la justicia
Quién era. Solo por esto
Son señores los señores,
Que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaracion
Me ausenté; mas no pudiendo
Vivir ausente y celoso,
Desta manera me he vuelto
A Madrid, y confiado
En vuestra amistad, me atrevo
A venirme á vuestra casa;
Y escarmentado en efecto
De la lengua de un criado,
Me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos dias,
Solo hasta saber si puedo
Ver á Doña Ana, por quien
Tantas desdichas padezco;
Que aunque es verdad que ofendido
Estoy, la estimo y la quiero
Tanto, que solo á quejarme
Hoy á la corte me vuelvo,
Por ver si acaso (¡ay de mí!)
Se disculpa; que si llego
(Hablándola alguna noche,
Siendo vos solo el tercero)
A oir satisfaccion (que ántes
Que ella la diga, la creo),
Me iré á Flándes, consolado
De que sus disculpas llevo,
Que haciendo amistades, sean
Camaradas de mis celos.
Por que así estaré seguro,
Que ni el pesar ni el contento
Me maten: bien como aquel
Que está herido de un veneno,
Y otro veneno le cura;
Que este es el último extremo
De un hombre celoso, pues
No puede, ni yo lo creo,
Hacer de su parte mas
Que decir: «Quejoso vengo
A creer cuanto digais;
Y pues que vivir no puedo,
Hacer que muera del gozo,
Si he de morir del tormento.»

DON PEDRO.

En dos empeños me pone
La merced que me habeis hecho
De valeros desta casa
Y de mí, y es el primero
El ampararos en ella;
Y así cortesmente ofrezco
Casa, hacienda, honor y vida,
Don Juan, al servicio vuestro.
El segundo es ayudaros
En vuestro amor. Para esto
Y para todo, es forzoso
(Supuesto que él ha de veros)
Fiaros dese criado;
Que aunque ha poco que le tengo,
Tengo dél satisfaccion.
No hablo ahora en vuestro pleito;
Que ya sabeis que un Don Luis
De Medrano, que era deudo
Del muerto, es quien se ha mostrado
Parte.

DON JUAN.

Ya nos conocemos
Los dos.

DON PEDRO.

Pues esto dejado
(Porque en efecto no quiero
Hablaros en penas hoy),
De Doña Ana lo que puedo
Deciros es que ni el rostro
La he visto desde el suceso
Desa noche, ni en ventana,
Ni en iglesia, ni en paseo
De Prado y calle Mayor;
Que es mucho para mí, siendo,
Como soy, vecino suyo.

DON JUAN.

Fineza es, Don Pedro. Pero
¿Quién puede á mí asegurarme
Que es por mí, y no por el muerto
Ese luto que ha vestido
Su hermosura?

DON PEDRO.

Mas ¡qué presto
A lo que le está peor
Discurre el entendimiento!

DON JUAN.

¿Qué quereis? Es mas honrado
El mal que el bien.

DON PEDRO.

No lo entiendo.

DON JUAN.

Yo sí, pues dudo del bien
Cuanto dice, y del mal creo
Cuanto imagina; y mirad
Cuál es mas honrado, puesto
Que uno siempre está tratando
Verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
Restaba al nocturno velo
Se ha desvanecido ya,
De la hermosa luz huyendo
Del sol. Recogeos, y haced
Del dia noche.

DON PEDRO.

No puedo,
Porque tengo á aquestas horas
Que hacer, y ántes agradezco
Haberme hallado vestido.

DON JUAN.

Desvelado galanteo
Teneis, pues os recogeis
Tan tarde y volveis tan presto.

DON PEDRO.

Ando por averiguar,
Don Juan amigo, unos celos,
Por dejar desengañada
Una pretension que tengo;
Y he de ir al Parque, porqué
Su apacible sitio ameno
De las flores y las damas
Es el cortesano imperio
Estas *mañanas de abril
Y mayo*, y he de ir siguiendo
Esta dama. Vos podeis
Descansar en tanto.—Arceo.

ESCENA IV.

ARCEO.—DON JUAN, DON PEDRO

ARCEO.

Señor.

DON PEDRO.

Haz que luego al punto
Se haga en aqueste aposento
Una cama, y esto sea
Con recato y con silencio;
Que importa que nadie sepa
Que al señor Don Juan tenemos
En casa: y de tí lo fio
Solamente.—Adios. *(Vase.)*

ARCEO.

Tú has hecho
Conmigo lo que se suele

Con los galeotes; y es cierto,
Pues dellos nada hay seguro
Sinó lo que se fia dellos.

DON JUAN.

Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA V.

DOÑA CLARA É INES, *con mantos y sombreros.*

INES.

¿En fin, has dado en que has de ir
Al Parque?

DOÑA CLARA.

¿Quieres saber
Si puede dejar de ser,
Ines? Pues has de advertir
Que me ha dicho que no vaya
A él Don Hipólito; y creo
Que fué alentar mi deseo
Para que mas presto le haya;
Pues si ayer, cuando me habló,
Que viniera me dijera,
Presumo que no viniera;
Y solo porque llegó
A persuadirse que habia
De obedecerle, me ha dado
Tal gana, que he madrugado
Dos horas ántes del dia

INES.

No es en nosotras hoy nueva
Esa culpa, ese pecado;
Que pecar en lo vedado
Es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
Deste amor, deste deseo
De los dos, porque no creo
Lo que á los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre,
Por loco y por maldiciente
Conocido de la gente
Mas que por su propio nombre;
Tú (perdona que lo diga),
Mujer, en justo ó injusto
Muy amiga de tu gusto,
De tu libertad amiga.
El á todos quiso bien,
Tú á todos quisiste mal:
Dime, ¿amor tan desigual,
Cómo ha de parar en bien?

DOÑA CLARA.

Pensarás que me he enojado,
Ines, por haberme dicho
Su capricho y mi capricho,
Y ántes gran gusto me has dado;
Porque no hay para mí cosa
Como hombres de extraños modos;
Y que al fin me tengan todos
Por vana y por caprichosa.
¡Qué! ¿quisieras que estuviera
Muy firme yo y muy constante,
Sujeta solo á un amante,
Que mil desaires me hiciera
Porque se viera querido?
Eso no: el que he de querer,
Con sobresalto ha de ser,
Miéntras que no es mi marido.
Y así por dársele hoy
A Don Hipólito, quiero
Ir al Parque, donde espero,
Porque disfrazada voy,
Pasear, hablar, reir,
Preguntar y responder,
Ser vista en efecto y ver;
Porque no se ha de admitir
Al amante mas fiel
Por el gusto que ha de dar...

INES.

Pues ¿por qué?

DOÑA CLARA.

Por el pesar
Que yo le he de dar á él.

INES.

Y tienes mucha razon;
Con lo cual hemos llegado
A la calle, que fué prado,
En virtud del azadon.

DOÑA CLARA.

Pues bajemos por aquí
A la de Álamos, que es
Arrendajo del Pajés.

INES.

Parece que cantan.

DOÑA CLARA.

Sí.

Cantan dentro.

Mañanicas floridas
De abril y mayo,
Despertad á mi niña,
No duerma tanto.

—

Parque del palacio de Madrid.

ESCENA VI.

DON LUIS, DON HIPOLITO.

DON LUIS.

Solo haceros compañía,
Don Hipólito, pudiera
Vencer de mi pena fiera
La grave melancolía.

DON HIPÓLITO.

Por divertiros yo á vos
De vuestro primo en la muerte,
Os traigo de aquesta suerte
Al Parque, donde los dos
Divirtamos la mañana.

DON LUIS.

Mas hermoso el sol parece,
Porque embozado amanece
Entre nubes de oro y grana.

DON HIPÓLITO.

Desde aquí podemos ver
La gente que va bajando.
¡Qué tierno va enamorando
Don Sancho allí á la mujer
De aquel letrado, su amigo!

DON LUIS.

Que es amistad, no se ignore,
Porque otro no la enamore.

DON HIPÓLITO.

A un pleito está aquí, y yo digo
Que parecer tomará
De los dos, pues le conviene
Verla á ella por el que tiene,
Como á él por el que da.

DON LUIS.

Maldiciente estáis. ¿Que no
Os reduzca yo?

DON HIPÓLITO.

Advertid
Que no hay hombre hoy en Madrid
De mejor lengua que yo.
Aquella ¿no es Flora?

DON LUIS.

Sí.

DON HIPÓLITO.

Harto es que á fiesta de á pié
Haya venido.

DON LUIS.

¿Por qué?

DON HIPÓLITO.

Porque en mi vida la ví
Sino en coche. Por aquesta
Fué por quien se ha presumido
Que le dijo á su marido:
«Con lo que la casa cuesta
De alquiler, echemos coche.»
Y volviéndola á decir:
«¿Pues dónde hemos de vivir
Y estar el dia y la noche?»
Dijo: «Si el coche tuviera,
Sin casa vivir podia,
En el coche todo el dia,
Y de noche en la cochera.»

DON LUIS.

Eso es como lo que pasa
A Doña Clara de Ovalle;
Pues viviendo hácia la calle,
La sobra toda la casa.

DON HIPÓLITO.

Es verdad; y cierto dia,
Cumpliendo el plazo, el casero
Vino á pedirle el dinero
De la casa en que vivia.
Y ella dijo: «¿Hay tal traicion?
¿Esta desvergüenza pasa?
Aunque yo alquilo la casa,
No vivo sino el balcon.»

DON LUIS.

¡Qué diera porque os oyera!

DON HIPÓLITO.

Por eso no lo oirá, no;
Que anoche la dije yo
Que de casa no saliera.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, INES. — DON LUIS, DON HIPOLITO.

DOÑA CLARA.

Mejor mañana no ví
En mi vida.

INES.

Ni yo, á fe.
Pero tápate.

DOÑA CLARA.

¿Por qué?

INES.

Don Hipólito está allí.

DON LUIS.

¿Habeis visto en vuestra vida
Mujer mas airosa?

DON HIPÓLITO.

No,
Ni al Parque jamas salió
Mas aseada y bien prendida.

DON LUIS.

Pues la donada, por Dios,
Que no es muy mala.

DON HIPÓLITO.

Embistamos
Esta empresa, pues estamos
En el campo dos á dos.

INES. (*Ap. á su ama.*)

Don Hipólito y Don Luis
Llegan á hablarnos.

DOÑA CLARA.

Repara
En que de ninguna suerte
Respondas una palabra;
Que no quiero que los dos
Me conozcan.

INES.

Si tapadas
Estamos, y en este traje,

Que es en el que todas andan,
¿Cómo te han de conocer?

DOÑA CLARA.

Si le respondo, en el habla;
Que persuadirse que puede
Estar segura una dama
Solamente con taparse,
Es bueno para la farsa,
Mas no para sucedido.

DON HIPÓLITO. (*A Doña Clara.*)

Señora Doña Tapada,
Que á honrar el festin alegre
Que hoy la primavera traza
En este verde salon
(Donde vivas flores danzan
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas)
De rebozo habeis venido,
Dad licencia cortesana
A un hombre para que os diga
Que ha sido accion excusada
Madrugar tanto, supuesto
Que árbitro del sol y el alba
Esa negra sutil nube
Trae consigo la mañana;
Y á cualquier hora que vos
Descubriérades la llama,
Amaneciera, y tuviera
Luz el dia, aliento el aura.
¿No me respondeis? ¡Por señas
Me hablais! No me desagrada.
¿Ni aun para pedir no hablais?
¿No? Pues sois la mejor dama
Que he visto en toda mi vida.
Albricias me pide el alma
De que me ha deparado una
Mujer que no pide, y calla.

DON LUIS. (*A Ines.*)

¿Y vos tambien profesais
La religion cartujana?
¡Linda cosa! ¡Vive Dios,
Que ha dos mil años que andaba
Buscándôs! Mas que seais
Tuerta, zurda, coja ó manca,
Pedigüeña, melindrosa,
Contrahecha, roma ó calva,
Desde aquí por vos me muero.

DON HIPÓLITO. (*A Doña Clara.*)

Ya que me negais el habla,
Como si hubiera reñido
Con vos, mostradme la cara.
¿Ni eso tampoco? Mirad
Que dais á entender que es mala.
¿Es verdad? Yo no lo dudo:
Mas mujer tan extremada
No ha menester perfeccion
Mayor, que no hablar palabra.
Mas si yo no entiendo mal,
Eso es decir que me vaya.
Pero veis aquí que yo
No quiero entenderos nada;
Que en mi vida he sido mudo,
Y muy poco se me alcanza
Desto de hablar por la mano.
¿Qué haceis? ¡Volverme la espalda!
Arte de enseñar á hablar
A los mudos, oye, aguarda.
(*Vanse las dos.*)

DON LUIS.

No vi mujer en mi vida
De mejor gusto.

DON HIPÓLITO.

Su casa
Sepamos; que vive el cielo,
Que he de verla y he de hablarla
Hoy en ella, hasta saber
En qué este embeleco para.

DON LUIS.

Sigámosla pues.

DON HIPÓLITO.

Sigamos;
Que ya veis cuánto me arrastra
Una mujer tramoyera,
Pues el serlo solo es causa
De que á Doña Clara ame;
Y aquesta, si no me engaña
La pinta, lo es mucho mas
Que la misma Doña Clara. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA VIII.

ARCEO, DOÑA LUCIA.

DOÑA LUCÍA.

No me tienes que decir;
Que no te has de disculpar
De hacerme anoche esperar.

ARCEO.

No pude anoche venir,
Vive Dios, Doña Lucía.

DOÑA LUCÍA.

Pues ¿qué tuviste que hacer?

ARCEO.

Si eso pudieras saber,
Supieras que la fe mia
Te trata verdad.

DOÑA LUCÍA.

¿Pues qué es,
Que yo saberlo no puedo?

ARCEO.

No es nada.

DOÑA LUCÍA.

Ofendida quedo
Dos veces de tí, porqué
No venir anoche á verme,
Hoy venir y no fiarme
Un secreto, es agraviarme,
Arceo.

ARCEO.

No sé qué hacerme.
¡Eh! no haya secreto entero,
Que eres dueña y soy criado.
Anoche entró rebozado
En mi casa un caballero,
Por mi señor preguntando
(Mas que has de callar advierte).
Este pues, por una muerte
Ausente está; y aguardando
A mi señor, me detuvo
(Nadie en fin lo ha de saber),
Pues hasta el amanecer
Hablando con él estuvo.
Luego en casa se quedó,
Donde dice que ha de estar
(Mira que lo has de callar)
Escondido, y solo yo
Lo sé; que en fin soy secreto.
Don Juan de Guzman se llama.
De la casa de una dama
(Que esto no oí bien en efeto),
Saliendo una noche, dió
A un caballero la muerte.
Y en fin está desta suerte
Retirado, donde no
Lo saben mas que los dos.
Y pues me fio de tí,
Esto no salga de aquí.
¡Bendito sea mi Diós,
Que salí deste cuidado!

DOÑA LUCÍA.

Y yo por él, darte quiero
Los brazos. (*Abrázale.*)

ARCEO.

Mas bien espero.

ESCENA IX.

PERNIA. — DOÑA LUCIA, ARCEO.

PERNÍA. (*Ap.*)

A muy mal tiempo he llegado.
¿Hay tan gran bellaquería?

ARCEO.

Pernía á los dos nos vió.

DOÑA LUCÍA.

Poco importa, porque no
Es muy celoso Pernía.
Mas vete de aquí.

ARCEO.

Sí haré,
Y corriendo como un potro. (*Vase.*)

PERNÍA.

Doña Lucía, si otro
Entrara, como yo entré,
¡Estaba bueno el honor
Desta casa! A mi señora
He de contar cuanto ahora
Pasa, pues de tu rigor
Vengarme, ingrata, hoy espero.
Hecho estoy un fuego, un rayo.
¿De cuándo acá así un lacayo
Se prefiere á un escudero?

DOÑA LUCÍA.

Unas cartas me ha traido
Este hombre de un hermano
Que está en las Indias; y es llano
Que el abrazo el porte ha sido,
Pues solo te quiero á tí.

PERNÍA.

Pues trueca el modo, cruel,
Y desde hoy quiérele á él,
Y dame el abrazo á mí.

DOÑA LUCÍA. (*Abrazándole.*)

Sí abrazaré (*Ap.* Procurando
Hacer que calles.) supuesto...
Mas ¡mi señora!

ESCENA X.

DOÑA ANA, *con manto.* — DOÑA LUCIA, PERNIA

DOÑA ANA.

¿Qué es esto?

PERNÍA.

Es que andan aquí abrazando.

DOÑA LUCÍA.

Hame traido Pernía
Nuevas de un hermano mio,
Y gozoso mi albedrío
Tales extremos hacia.

PERNÍA.

Es, señora, caso llano,
Y creerla te conviene.
(*Ap.* Para cada abrazo tiene
Doña Lucía un hermano.)

DOÑA ANA. (*A Pernía.*)

Salga, y mire si está puesto
El coche; que es hora ya
(*Vase á espacio Pernía.*)
De ir á misa. ¿Pues no va
Presto?

PERNÍA.

Aquesto ¿no es ir presto? (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.

DOÑA LUCÍA.

¡Tú, señora, tan dejada
Del aliño y la belleza,

Que, fuera de la tristeza,
Vives de tí descuidada?

DOÑA ANA.

No hay consuelo para mí,
Ni me has de ver en tu vida
Sino triste y afligida.

DOÑA LUCÍA.

Pues ¿qué remedias así?

DOÑA ANA.

¿Quién te ha dicho que yo quiero
Remediar, sino sentir?
Aunque si llego á advertir
Que es el remedio primero
Del mal el sentir el mal;
Por sentirle mas, no sé
Si el sentirle dejaré;
Pues es mi desdicha tal,
Que apeteciendo el morir
Sin pretender resistirle,
Por no dejar de sentirle
Le dejara de sentir.
Desde el dia que á Don Juan
En mi casa sucedió
Aquella desdicha (y yo
Veo que todos me dan
La culpa sin merecella),
Tan muerta y tan otra estoy,
Que aun sombra mia no soy.

DOÑA LUCÍA.

Si tan noble como bella,
Tu perfeccion me asegura
De callarlo, yo diré
Que adónde está Don Juan, sé.

DOÑA ANA.

¡Qué neciamente procura
Tu lisonja divertir
Mi mal!

DOÑA LUCÍA.

Yo se dónde está;
Y aunque tú no lo oigas, ya
Lo tengo yo de decir.
Don Juan á Madrid llegó
(Mas que lo calles te pido),
Y está en la casa escondido
De nuestro vecino. Yo
Lo sé, porque una criada
Me lo ha dicho ahora á mí.
Pero no salga de aquí:
Ya ves que es cosa pesada.

DOÑA ANA.

¡Qué dices!

DOÑA LUCÍA.

Lo que es verdad.

DOÑA ANA.

Siendo dicha mia, no sé
Si algun crédito la dé,
Siendo esa temeridad.

ESCENA XII.

DOÑA CLARA É INES, *con mantos y sombreros.* — DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA.

INES. (*Hablando aparte con su ama, á la puerta.*)

¿Qué es lo que tu pasion hacer procura?

DOÑA CLARA.

¿Qué? Llevar adelante una locura;
Que aunque nada importara
El verme Don Hipólito de Lara,
Por lo que se ha picado,
No ha de salir hoy, no, deste cuidado.

INES.

Que hay aquí gente, mira.

DOÑA CLARA.

¿Faltará á una mujer una mentira
Que la saque de otra?—Dama hermosa,
(*A Doña Ana.*)
Si quien dice mujer, dice piadosa,
Un rato (mal mi pena significo)
Que me dejeis entrar aquí, os suplico,
Miéntras un hombre pasa
Esa calle: sagrado vuestra casa
Sea de mi cuidado,
Pues casa de deidad siempre es sagrado.

DOÑA ANA.

Holgaréme por cierto
Que sea, no sagrado, sino puerto,
Pues la congoja vuestra [tra.
Bien que os importa el ocultaros mues-

DOÑA LUCÍA.

Un hombre aquí se ha entrado.

DOÑA CLARA.

¡Ay Dios, que es mi marido! Y pues me
Vuestra piedad licencia, [ha dado
Aquí he de retirarme. Con prudencia
Haced que una criada le despida,
Porque me va la fama, honor y vida.

DOÑA ANA.

Pues decid...

DOÑA CLARA.

Nada espero.

(*Entranse Doña Clara é Ines, dejando aquella su sombrero á Doña Ana.*)

DOÑA ANA.

Turbada me dejó con su sombrero.

DOÑA LUCÍA.

Yo voy tras ella, porque no sea ganga,
Y se eche alguna sábana en la manga.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON HIPOLITO. — DOÑA ANA

DON HIPÓLITO.

Perdonad que la esfera,
Dosel florido de la primavera,
Donde son vuestros bellos resplandores
La primera oficina de las flores,
Pisar mi pié presuma,
Calzado mas de plomo que de pluma.

DOÑA ANA.

(*Ap.* Disimular, fingiendo enojo, intento.)
¿Quién os dió para tanto atrevimiento,
Caballero, osadía?

DON HIPÓLITO.

Yo la tomé de la ventura mia;
Que hasta veros, divina
Deidad, vencer la nube que, cortina
De humo, ocultaba el fuego,
Descanso no tuviera; y así ciego
Con el humo pasado,
Y ahora desos rayos abrasado,
Llorar y arder presumo:
Arder del fuego, pues lloré del humo.

DOÑA ANA.

No entiendo, caballero,
Estilo tan cortés y lisonjero,
Ni sé qué causa he dado
Para que desta suerte hayais entrado
En mi casa. Si esfera
La llamais de la hermosa primavera,
No introduzcais en ella tal desmayo,
Que espire su esplendor ántes del rayo.
Si humo seguís, que en sombras se re-
[suelve,
No lo espereis; que el humo nunca vuel-
Y si buscais el fuego, [ve.
No os acerqueis á él, y volveos luego;
Que no vive enseñado á acciones tales
El antiguo blason destos umbrales.

DON HIPÓLITO.

Vos, ni veros ni oiros
En el Parque dejasteis, y el seguiros
A riesgo de ofenderos,
Tambien fué por oiros y por veros. [sa
Y ahora advierto que fuera accion piado-
Oiros discreta, cuando os miro hermosa;
Porque si allí, sin veros os oyera,
A la dulce armonía suspendiera
El alma y el sentido
Desa voz, que es veneno del oido;
Y si hermosa os mirara
Sin oiros discreta, aquí postrara
Alma y vida en despojos
Desa luz, que es veneno de los ojos.
Y así, porque no muera al advertiros
Tan hermosa, me da la vida oiros;
Y así, porque no muera al conoceros
Tan discreta, me da la vida el veros:
De suerte que mi vida
Está de un daño en otro defendida. [ro,
Quedad con Dios, en fin; porque no quie-
Ya que he sido atrevido, ser grosero;
Pues ser grosero culpa mia habrá sido,
Y vuestra lo ha de ser ser atrevido.
(*Vase.*)

DOÑA ANA.

¿Hay cosa semejante? [amante,
¡Que entre un hombre marido, y salga
Y de sus mismas penas descuidado,
Llegue celoso, y vuelva enamorado!

ESCENA XIV.

DOÑA LUCIA, DOÑA CLARA, INES.— DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

¿Fuése?

DOÑA ANA.

Sí.

DOÑA CLARA.

Tus piés pido.

DOÑA ANA.

Vos teneis un finísimo marido.

DOÑA CLARA.

Harto á Dios lo que paso en eso ofrezco,
Pues sabe Dios lo que con él padezco.

DOÑA ANA.

Creyó en fin que era yo (¡raro suceso!)
La dama que siguió; que aun para eso
Sirvió el sombrero y el estar con manto,
Y el ser los trajes parecidos tanto;
Que, como en los conceptos repetidos,
Se encuentran tambien dos en los vesti-
[dos.

ESCENA XV.

PERNIA. — DICHAS.

PERNÍA.

Ya está el coche esperándote, señora.

DOÑA ANA.

Lucía, mira ahora
La calle.

DOÑA LUCÍA.

Bien podrás seguramente
Salir.

DOÑA CLARA.

Aquesa vida el cielo aumente.

DOÑA ANA.

Ved si serviros puedo
En otra cosa.

DOÑA CLARA.

Yo obligada quedo..:
(*Ap. á Ines.* Y no sé si ofendida,
Pues lo que no pensé en toda mi vida
Que suceder pudiera,
Que es tener celos yo (¿quién tal creyera?),
Acaso ha sucedido.)

INES.

Pues dime, ¿qué has sentido?

DOÑA CLARA.

Que haya este hombre á otra parte enamorado.
Y en mi misma presencia requebrado.
(*Vanse Doña Clara é Ines.*)

DOÑA ANA.

Nada oigo, nada miro, nada siento
Que para mí no sea otro tormento.

DOÑA LUCÍA.

¿Pues qué tienes ahora?

DOÑA ANA.

Ver que en todos la suerte se mejora,
En todos convalece,
Y solo en mí de cualquier mal fallece.
Cuando es culpada, halla esta la salida;
Así inocente pierdo yo la vida;
Porque no está la culpa en que la culpa
Se cometa, sino en no hallar disculpa.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, *por la puerta derecha*, Y DON JUAN *por la izquierda, que es la de su aposento.*

DON PEDRO.

Seais, Don Juan, bien hallado.

DON JUAN.

Vos, Don Pedro, bien venido.
¿Cómo en el Parque os ha ido?

DON PEDRO.

Mal.

DON JUAN.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Como no he hallado
La dama que iba á buscar;
Y creo que son desvelos
De otro amante, cuyos celos
Ando por averiguar,
Para que desengañado
Cure con dolor al pecho;
Que es mi amigo el que sospecho
Y está ya desconfiado.

DON JUAN.

¿Es Doña Clara la dama?

DON PEDRO.

Sí

DON JUAN

¿Y el galan?

DON PEDRO.

Es un hombre
De buena opinion y nombre:
Don Hipólito se llama.
Y, esto para otro lugar,
Vos, ¿qué habeis hecho?

DON JUAN.

Sentir.
Desesperarme, morir,
Sin poderlo remediar.
Decid, ¿qué traza darémos
Para que logre mi fe
Ver á Doña Ana?

DON PEDRO.

No sé;
Que no hay verla. Mas pensemos
Si habrá por dónde.

ESCENA XVII.

ARCEO. — DON JUAN, DON PEDRO.

ARCEO.

Señor,
Don Hipólito, un tu amigo,
Te busca ahí fuera. Testigo
No puede venir peor,
Que él dirá cuanto supiere.

DON JUAN.

Por lo que puede pasar,
Presente tengo de estar
A cuanto aquí sucediere,
A vuestro lado.

DON PEDRO.

No es justo
Que os vea: á vuestro aposento
Os retirad.

DON JUAN.

Mucho siento...

DON PEDRO.

Don Juan, hacedme este gusto.
(*Retíranse Don Juan y Arceo.*)

ESCENA XVIII.

DON HIPOLITO.—DON PEDRO; *despues*, DON JUAN Y ARCEO.

DON HIPÓLITO.

¿Qué hay, Don Pedro? ¿Cómo estáis?

DON PEDRO.

A vuestro servicio. ¿Y vos?

DON HIPÓLITO.

Al vuestro.

DON PEDRO.

Pues ¿qué mirais?

DON HIPÓLITO.

Si hay aquí mas que los dos.

DON PEDRO.

No. ¿Qué quereis?

DON HIPÓLITO.

Que me oigais.
Esta mañana salí
A ese verde hermoso sitio,
A esa divina maleza,
A ese ameno paraíso,
A ese Parque, rica alfombra
Del mas supremo edificio,
Dosel del cuarto planeta,
Con privilegios de quinto,
Esfera en fin de los rayos
De Isabel y de Filipo;
Desde cuyo heróico asiento,
Siempre bella, siempre invicto
Están, católicas luces,
Dando resplandor al indio,
Siendo en el jardin del aire
Ramilletes fugitivos.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¿En qué parará el venir
A contar lo que yo he visto?
(*Salen Don Juan y Arceo al paño.*)

DON JUAN. (*Ap.*)

Sin duda sabe que allí
Hoy á su dama ha seguido,
Y viene quejoso dél.
De todo estaré advertido.

DON HIPÓLITO.

De cuantas al alba dieron
Envidia, en varios corrillos
Tejiendo corros sin órden,
Dando vueltas sin aviso,
Una embozada hermosura
Tal ventaja á todas hizo,
Que oscureció con su sombra
Las demas luces. Yo he visto
Salir al campo á traer rosas
De sus jardines floridos,
Pero á dejar rosas, no,
Sino hoy, que al desperdicio
De un pié debió el campo cuantas
Fuéron al contacto altivo,
Quedando blancos jazmines,
Quedando marchitos lirios.
Bajaba por una cuesta
Una mujer (¡qué mal digo!),
Un encanto, sí, embozado,
Disfrazado, sí, un hechizo.
El sutil manto en celajes,
Ya oscuros y ya distintos,
O negaba ó concedia
El rostro. ¿Cuándo ha salido
Mas hermosa el alba, cuándo
Se mostró el sol mas lucido,
Que cuando el alba entre sombras,
Que cuando el sol entre visos
Da recateada la luz,
Y anda dudoso el sentido,
Haciendo apuesta entre sí,
Si lo ha visto ó no lo ha visto?

DON PEDRO. (*Ap.*)

Todo esto vendrá á parar
En que Doña Clara ha sido,
Por venir á hablar en ella.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh qué cansados estilos!

DON HIPÓLITO.

Coronaba sobre el manto
Los bien descuidados rizos
Airoso un blanco sombrero,
Por una parte prendido
De un corchete de diamantes
Sobre un penacho, que hizo
Lisonja al aire, diciendo
A sus halagos rendido:
« Pues inclinada la frente,
Sí á cuanto me dicen digo,
Mejor que mi dueño, yo
Sé obligarme de suspiros. »
El talle era bien sacado,
Y de buen gusto el vestido
Mas que rico; pero si era
De buen gusto, ¿qué mas rico?
Dejo aquí, por no causaros,
Lo que en el Parque tuvimos,
Y voy á que la seguí
A su casa, que atrevido
Entré en ella, que ví al sol
Cara á cara, que rendido,
Lo que ántes diera por verla,
Diera por no haberla visto
Despues; porque de sus rayos
Mariposa mi albedrío,
Entró enamorando el riesgo,
Salió halagando el peligro.
Esta pues mal lisonjeada
Beldad:.. Turbado lo digo.

ARCEO. (*Ap.*)

¡Aquí es ello!

DON JUAN. (*Ap. á Arceo.*)

Escucha.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Ahora
Se va á declarar conmigo.

DON HIPÓLITO.

Es una vecina vuestra.
Esa pared sola ha sido
La que su esfera divide;
Y pues que, como vecino,
Es fuerza...

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿Qué escucho?

DON PEDRO. (*Ap.*)

¿Qué haré, si Don Juan lo ha oido?

DON HIPÓLITO.

Que sepais quién es, decidme
Su nombre; porque atrevido
Pienso adorar su belleza,
Y para todo es arbitrio
Entrar, Don Pedro, informado,
Y mas de tan buen amigo.

DON JUAN. (*Ap. á Arceo.*)

Estaba por responderle
Yo...

ARCEO.

Detente.

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Quién se ha visto
En igual duda? ¿Qué haré?
Si quién es, aquí le digo,
Será alentar su esperanza;
Si lo niego, es desvarío,
Pues podrá saberlo de otro:
Si el amor le significo
De Don Juan, su honor ofendo.
Mas queden con buen estilo
Un amor desengañado,
Un honor seguro y limpio,
Y atajados unos celos
Con la verdad, sin peligro
De no decir la verdad.
Mucho haré si lo consigo.)
Don Hipólito, pues ya
Vuestra relacion he oido,
Oidme á mí, y agradeced
De que tan á los principios
Os halle este desengaño.
La dama que habeis seguido,
Doña Ana de Lara es,
Y mas que por su apellido,
Ilustre por su virtud;
Que esa casa que habeis dicho,
Es el templo de la fama.
Paréceme desvarío
Seguir este galanteo;
Que os aseguro, os afirmo
Que intentais un imposible.

DON HIPÓLITO.

Yo noticia os he pedido,
No consejo; y pues la llevo,
Quedad con Dios; que si altivo
Muriere mi pensamiento,
Osado y desvanecido
De atrevimiento tan noble,
¿Qué mas premio que el castigo? (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN. — DON PEDRO.

DON JUAN.

Decidme ahora, Don Pedro,
Que el sol apénas ha visto
En esta ausencia á Doña Ana.
Mas diréis bien, si ha salido
De su casa ántes que el sol,
A ser del Parque prodigio.

DON PEDRO.

No sé qué os diga.

DON JUAN.

Yo sí.

DON PEDRO.

¿Qué?

DON JUAN.

Que huyamos el peligro.
Ya la he perdido dos veces,
Ya verla ni hablarla estimo.
Haced que me busquen postas;
Que esta noche (¡ah cielo impío!)
He de volver de una vez
La espalda.

DON PEDRO.

Mirad...

DON JUAN.

Ya miro
Que en mi presencia hallo á otro
En su casa (¡estoy sin juicio!),
Y que en mi ausencia despues
Sale (con razon me aflijo)
A ser vista (¡qué rigor!),
De donde trae (¡qué martirio!)
Nuevo amor. ¡Oh quién quitara
Del año este mes florido!
Mas no tiene la culpa él;
Yo sí, que una sombra sigo,
Yo sí, que un áspid adoro,
Yo sí, que amo un basilisco.
Mañanas de abril y mayo,
Noches para mí habeis sido.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, *afligida;* INES.

INES.

¡Tú triste, tú pensativa,
Melancólica y suspensa,
Tan bien perdida, y tan mal
Hallada contigo mesma!
¿Dónde, señora, está el brio,
El buen gusto, la belleza
Y el despejo?

DOÑA CLARA.

No lo sé,
Y no es mucho (¡ay Dios!) que necia,
Pues que no sé de mi vida,
De mis acciones no sepa.
¿Quién crêrá de mí (¡ay de mí!)
Que yo llore y que yo sienta
Desaires de un hombre? Yo,
Que tan altiva y soberbia
Me llamé la vengadora
De las mujeres, ¡sujeta
Tanto á un desaire me veo!

INES.

Yo no sé qué razon tengas
Para tanto sentimiento;
Pues si bien se considera,
El te siguió á tí, y tú fuiste
La causa de la fineza.
Luego si estás ofendida
Y obligada tambien, sea
Tu mal consuelo de otro,
Supuesto que representas,
Despreciada y pretendida,
La celosa de tí mesma.
Ya fué el cuidado por tí,
Pues por tí en la casa entra
De la otra; y si se halla
Tan empeñado con ella,
¿Cómo se puede excusar
De andar galan? Considera
Que si has de olvidar á un hombre
Porque á una hable y á otra vea,
No hay que querer á ninguno;
Que maldito de Dios sea,
Señora, el que hay que no diga
Lo mismo á cuantas encuentra

DOÑA CLARA.

Con todo eso, ya llegué
(Confieso que anduve necia)
A darme por entendida
Deste agravio con mis penas,
Y me tengo de vengar.

INES.

¿De qué suerte?

DOÑA CLARA.

Escucha atenta.
Un papel le he de escribir
(Disfrazándole mi letra,
Y escribiéndomele tú)
En nombre de la encubierta
Dama, diciéndole en él
Cuán obligada me dejá
Su cortesía, y que quiero
Hablarle á solas; que tenga
Una silla prevenida,
Y una casa donde pueda
Verle esta tarde. El, muy vano,
Creido de su soberbia,
Pensará que tiene lance;
Y para que no le tenga,
Iré yo, y será buen paso
Lo que hará cuando me vea.

INES.

¿Y qué consigues con eso?

DOÑA CLARA.

Dos cosas: es la primera
Burlarme dél; la segunda
Desengañarle, y que sepa
Que fuí la tapada yo,
Porque no se desvanezca
Presumiendo que la otra
Le dió ocasion de que fuera
Tras ella, y su galanteo
Prosiga.

INES.

Esta diligencia
¿No pudiera hacerse en casa?

DOÑA CLARA.

Con venganza no pudiera.

INES.

No sé si aciertas en eso.

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

INES.

Yo te lo dijera,
Si él y aquel Don Luis no entraran.

DOÑA CLARA.

Pues disimula: no entiendan,
Hasta este lance, que fuimos
Las tapadas.

ESCENA II.

DON HIPOLITO, DON LUIS. — DOÑA CLARA, INES.

DON HIPÓLITO.

Considera,
Don Luis, que importa sacarme
Presto de aquí.

DON LUIS. (*Ap. á él.*)

Sí haré.

DOÑA CLARA.

¿Era,
Señor Don Hipólito, hora
De veros? ¡Tan larga ausencia!
Desde ayer no me habeis visto.

DON HIPÓLITO.

Solo pudiera esa queja
Hacer mi ausencia feliz;
Que es sutil estratajema
De amor, que una pena misma
Hacerse lisonja sepa.
Mas no vine esta mañana,
Presumiendo que estuvieras
En el Parque, como anoche
Dijiste.

DOÑA CLARA.

Deten la lengua;
Pues si anoche me dijiste
Que de casa no saliera,
¿Habia de salir de casa?
¡Jesus! de mí no se crea
Tal desenvoltura, tal
Liviandad de mi obediencia.

DON LUIS.

Harto le encarezco yo
A Don Hipólito esa
Verdad, y cuán obligado
Debe estar desa fineza;
Y aun él la conoce bien,
Pues la paga con la mesma.

DOÑA CLARA.

¿Luego él al Parque no fué?

DON HIPÓLITO.

¡Jesus! ¿Pues tal de mí piensas,
Sabiendo que para mí
No hay, Clara, holgura ni fiesta
Donde tú no estás?

DOÑA CLARA.

Y yo
Lo creo como si lo viera;
Pues si tú hubieras estado
Hoy en el Parque, hoy hubiera
Estado en el Parque yo,
Claro está, y es cosa cierta;
Pues si yo en tu pecho vivo,
Y tú en el pecho me llevas,
Contigo hubiera yo estado
Disfrazada y encubierta.

DON HIPÓLITO. (*Ap.*)

¡Qué fácil es engañar
A la mujer mas discreta!

DOÑA CLARA. (*Ap.*)

¿Que sea bobo el mas bellaco
De los hombres?

INES. (*Ap.*)

Hombres y hembras
Asi unos á otros se engañan,
Cuando que se quieren piensan.
(*Hace señas Don Luis á Don Hipólito.*)

DON LUIS.

Aunque es el primer precepto
De amor no estorbar, licencia
Me daréis para que os diga
Que unos amigos me esperan,
Donde es preciso llevar
A Don Hipólito. Esta
Ausencia os deba el ser yo
Tan vuestro criado.

DOÑA CLARA.

Cesa,
Don Luis; que no es esta sala
Donde hablar la parte es fuerza
Por procurador. Si él quiere
Hablar, hable, y no por señas. —
Id, Don Hipólito, adios;
Que esta casa es siempre vuestra
Para iros y para estaros,
Pues siempre de la manera
Que abierta para que entreis,
Para que os vais está abierta. —
Pon esos hombres, Ines,
En la calle, y luego cierra
Las puertas.

DON HIPÓLITO.

Escucha.

DOÑA CLARA.

¿Yo
Escucharte?

DON LUIS.

Considera
Que si yo tuve la culpa,
No ha de tener él la pena.

DOÑA CLARA.

Yo no me enojo con él
Ni con vos: doy la licencia
Que me pedís. (*Ap.* Mucho hago
En no declarar mis quejas,
Porque estoy muy enfadada
En verlos hablar por señas.)
(*Vanse Doña Clara é Ines.*)

ESCENA III.

DON HIPOLITO, DON LUIS.

DON HIPÓLITO.

¿Qué os parece, Don Luis,
Deste amor, desta fineza?

DON LUIS.

Que vos habeis reducido
A precepto y obediencia
La condicion mas rebelde
De una mujer. ¿Quién creyera
Que Doña Clara llegara
Nunca á verse tan sujeta,
Que no saliera de casa,
Por decir que no saliera?
En fin, vos lo rendis todo.

DON HIPÓLITO.

Yo tengo notable estrella
Con mujeres.

DON LUIS.

Bien se ve,
Pues habeis triunfado desta.
Pero decidme, ¿á qué efecto
Ha sido toda la priesa
De que salgamos de aquí?

DON HIPÓLITO.

¿Tan mal mi dolor lo muestra,
Que ha menester explicarlo
Mas que el efecto la lengua?
¿No os dije que la tapada
Vi en su casa descubierta,
Donde, porque entrara yo,
Os quedasteis á la puerta?
¿No os dije como la hablé,
Y que es entendida y bella,
Sin que subsidios de hermosa
Dén excusados de necia?
¿No os dije como informado
De Don Pedro, dijo que era
Rica y noble?

DON LUIS.

Sí.

DON HIPÓLITO.

¿Pues cómo
Dudais dónde voy? ¿No es fuerza
Que vaya á estarme en su calle,
(No digo bien) en la esfera
Luciente del mejor sol,
A cuya dulce violencia
Arde abrasada la pluma,
Y derretida la cera?

DON LUIS.

¿No creeis al desengaño
De decir Don Pedro que era
La pretension imposible
Por su virtud y sus prendas?

DON HIPÓLITO.

Si es esa otra parte mas
Para ser amada, esa
Es hoy la que mas me anima,
Es hoy la que mas me alienta.

DON LUIS.

Pues ¿y la comodidad?

DON HIPÓLITO.

Pues ¿no es comodidad esta,
Si es rica, noble y hermosa,
De buena opinion y honesta,
Y puedo dentro de un mes
Estar casado con ella? (*Vanse.*)

—

Calle en que están las casas de Doña Ana y Don Pedro.

ESCENA IV.

INES, *con manto; despues,* DON HIPOLITO Y DON LUIS.

INES.

Apriesa escribió mi ama
El papel, y mas apriesa
Yo tras ellos me he venido,
Y cogiéndoles las vueltas,
Hasta la calle he llegado
De la madama... y aun esta
Es su casa: allí se paran.
Yo no quiero que me vean
Tras ellos, porque no echen
De ver que los seguí: sea
Otra vez, de mi delito,
Sagrado su casa mesma.
(*Entra en el portal de Doña Ana. Aparecen en la calle Don Hipólito y Don Luis.*)

DON HIPÓLITO.

Esta es la calle feliz...
¿Pero quién dudar pudiera
Que habia de vivir Flora
En la calle de las Huertas?
Este es el balcon por donde,
En tornasoles envuelta,
Sale el alba á todas horas,
De jazmines y azucenas
Coronada, pues el dia
En sus umbrales despierta.

INES (*Ap. Saliendo del portal.*)

Ya de que los he seguido,
Desmentida la sospecha
Está: daréle el papel
Como mi ama lo ordena.
Vuelvo á penar en lo mudo.

DON LUIS.

Una mujer encubierta
Ha salido de su casa.

DON HIPÓLITO.

Y hácia nosotros se acerca.

DON LUIS.

De las dos debe de ser,
Pues que vuelve á hablar por señas.

DON HIPÓLITO.

Estas mujeres sin duda
En casa el hablar se dejan
Cuando salen della, pues
Solo hablan dentro della. —
¿Es á mí? ¿Sí? Pues ya estoy (*A Ines.*)
Aquí: ¿qué quieres? Espera,
Mujer.
(*Da Ines un papel á Don Hipólito, y vase.*)

ESCENA V.

DON HIPOLITO, DON LUIS.

DON LUIS.
Aquello es decir
Que no la sigais.

DON HIPÓLITO.
Lijera
Volvió la espalda, avisando
Que calle, y el papel lea.
(*Lee.*) *El mayor argumento de la nobleza fué siempre la cortesía. La vuestra me asegura la verdad de todo: y así os he menester para fiar de vos un secreto. Tened una silla para luego en San Sebastian, y una casa donde pueda hablaros. Dios os guarde.—La dama muda.*
¿Qué decis deste papel?
Decid ahora que crea
A Don Pedro, y que desista
De la pretension.

DON LUIS
Empresa
Notable seguis.

DON HIPÓLITO.
¿No os digo
Que yo tengo linda estrella
Con mujeres?

DON LUIS.
¿Y qué habeis
De hacer?

DON HIPÓLITO.
Todo cuanto ordena.
Y así entre los dos partamos
Ahora las diligencias;
Que este es oficio de amigo.
Id, Don Luis, por vida vuestra,
Pues venimos sin cuidado,
Por la silla, y esté puesta
Al punto en San Sebastian,
Como dice. Y cuando venga,
Le diréis que por no dar
De aquesto á un criado cuenta,
Os la di á vos, porque hagamos
La necesidad fineza;
Que yo os espero en mi casa.

DON LUIS.
¿Y si Doña Clara acierta
A ir allá?

DON HIPÓLITO.
Habeis reparado
Bien; que gran disgusto fuera
Que ella llegara á saberlo.
¿Qué harémos?

DON LUIS.
Pues que es tan cerca
La casa deste Don Pedro,
Mejor es llevarla á ella.

DON HIPÓLITO.
Es verdad; prevenid vos
La silla, por vida vuestra,
Miéntras prevengo la casa.

DON LUIS.
Oid: de la suya mesma
Otras dos salen.

DON HIPÓLITO.
Mirad
Si lo han tomado de véras.
No malogremos la dicha.
Vámonos sin que nos vean;
Que estando aquí, podrá ser
Que ir á otra parte no quieran.

DON LUIS.
Voy á prevenir la silla. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

PERNIA, DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.

DOÑA LUCÍA.
¿Qué es, señora, lo que intentas?
¿En este traje, de casa
Sales?

DOÑA ANA.
A esto amor me fuerza.
En la casa de Don Pedro
He de entrar, ya estoy resuelta,
Hasta saber si Don Juan
En ella se oculta ó cierra.

DOÑA LUCÍA.
Pues ¿dónde vas? Esta es
La casa.

DOÑA ANA.
¿No eres mas necia?
Pasa de largo, porqué
Deslumbremos las sospechas,
Si acaso me ha visto alguno
Salir de casa: no entienda
Que á esotra voy. — ¡Ay Don Juan!
¡Ay, amor, lo que me cuestas! (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON PEDRO.
Notable sois, por cierto.

DON JUAN.
¿No lo he de ser, Don Pedro, si estoy muerto
De celos y de agravios,
Las manos sin accion, la voz sin labios?

DON PEDRO.
Si yo de vuestros celos
Hoy traigo averiguados los recelos
Y deshecho el engaño,
¿Qué os quejais?

DON JUAN.
Para mí no hay desengaño.

DON PEDRO.
Pues yo puedo deciros
Que solo por serviros,
Ahora cauteloso
Y con vuestro poder, Don Juan, celoso,
De uno y otro criado
En casa de Doña Ana me he informado
Si salió esta mañana
Al Parque, y dicen todos que Doña Ana
Solo á misa ha salido
En su coche á las once, y nadie ha habido
Que lo contrario diga.

DON JUAN.
¿Pues quién á Don Hipólito le obliga,
Don Pedro, á haber mentido?

DON PEDRO.
Asegurad vos bien vuestro partido;
Pero no averigüeis tan neciamente,
Puesto que mienta el otro, por qué miente.

DON JUAN.
¿Quereis ver cuán atento
Estoy á mi dolor y mi tormento?
Pues con creer el daño como daño,
Me ha sosegado en parte el desengaño.
Y así, aunque no queria
Ver á Doña Ana, al espirar del dia
Verla y hablarla quiero
Y decir, ya que muero, por qué muero,
Quejándome de todo.

DON PEDRO.
Pues yo os diré, ya que así estáis, el modo
Que me parece que hay de prevenilla.
Vos habeis de escribilla
Un papel, que ha de darle ese criado...
— Mas luego lo diré, porque han llamado

ESCENA VIII.

ARCEO. — DON JUAN, DON PEDRO.

ARCEO.
Hasta aquí Don Hipólito se entra.

DON PEDRO.
Ya veis lo que perdeis si aquí os encuentra.
Yo saldré á recibille.

DON JUAN.
Eso no, porque yo tengo de oille.

DON PEDRO.
Pues ¿no os fiais de mí?

DON JUAN.
Yo sí me fio;
Mas es desconfiado el amor mio.

DON PEDRO.
Yo estoy tan satisfecho
Del honor de Doña Ana, que sospecho
Que viene á retractarse;
Y así muy poco llega á aventurarse.
Retiraos.

DON JUAN.
Piedad ¡cielos!
Escuche dichas quien escucha celos.
(*Retírase.*)

ESCENA IX.

DON HIPOLITO. — DON PEDRO, ARCEO; DON JUAN, *en su cuarto.*

DON HIPÓLITO.
Don Pedro, siempre vengo
A vos, ó con el mal ó el bien que tengo.
Ya que de vos me fio,
Amparadme, pues sois amigo mio.
Doña Ana...

DON PEDRO.
(*Ap.* ¿Hay semejante
Confusion?) No paseis mas adelante.
No teneis que decirme
Que á vuestra pretension constante y firme
Está, que yo lo creo, como es justo.

DON HIPÓLITO.
Léjos dais de mi dicha y de mi gusto;
Que es lo contrario lo que hablaros quiero.

DON PEDRO. (*Ap.*)
¡Cielos! ¿qué es esto?

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)
Hasta escucharlo espero.

DON PEDRO. (*Ap.*)
¿Qué he de hacer? Porque temo
Que pase este negocio á mas extremo.

DON HIPÓLITO.
Doña Ana, en fin...

DON JUAN. (*Ap.*)
¿Quién mi desdicha ignora?

DON PEDRO.
Esperad un instante.
(*Cierra la puerta del aposento donde está Don Juan.*)
Hablad ahora.

DON HIPÓLITO.

¿Por qué cerrais?

DON PEDRO.

No quiero que esa puerta,
Cuando fuera me voy, se quede abierta.
(*Ap.* Con esto he asegurado
Aquí, de dos cuidados, un cuidado.
Celos y riesgo le han buscado: ¡cielos!
Estorbe el riesgo, ya que no los celos.)

DON HIPÓLITO.

Doña Ana pues, este papel me escribe.
Que busque donde hablarla me aperci-
Y pues mi dicha pasa [be;
Tan adelante, dadme vuestra casa,
Adonde pueda vella:
Tapada vendrá á ella.
Yo he menester á Arceo
Que se venga conmigo; que deseo
Miéntras llega, advertido,
Tener algun regalo prevenido.
Y pues que la respuesta
Ha de ser ayudar dicha como esta,
Quedad con Dios; que con el bien que to-
Loco debo de estar, si no voy loco. [co,

DON PEDRO.

Oid, mirad.

DON HIPÓLITO.

No me deja mi deseo,
Ni lo espereis; que yo me llevo á Arceo.
(*Vase con Arceo.*)

DON PEDRO.

¿Qué haré, de dos amigos empeñado,
Si uno me busca, y otro está encerrado,
Y ambos de mí se fian? Triste llego
A abrir las puertas, y en las dudas ciego.
(*Abre.*)

ESCENA X.

DON JUAN, *que sale de donde estaba.* — DON PEDRO.

DON PEDRO. [brava!)

Don Juan, viendo que aquí (¡confusion
Una desdicha y otra acá os buscaba
En deshecha fortuna,
Quise de dos embarazar la una,
Y porque no saliérades restado,
Ya que celoso...

DON JUAN.

Todo fué excusado;
Que oyendo lo que oí, aunque estuviera
Abierto, no saliera;
Pues á tal desengaño, cosa es clara
Que esperara hasta verle cara á cara:
Necedad en el mundo introducida,
Solicitar lo que quitó la vida.

DON PEDRO.

Esa ahora es mi duda:
Yo no sé cómo á tanto empeño acuda.
Don Hipólito (¡ay cielos!) este dia
De mí su gusto y vuestra pena fia.
Mi obligacion en vuestras manos dejo.
¿Qué hiciérades? ¡Ay Dios! Dadme con-

DON JUAN. [sejo.

Yo no sé lo que hiciera,
Si vos, Don Pedro, fuera,
En un caso tan nuevo;
Mas siendo yo, bien sé lo que hacer debo;
Que es, aunque el alma en celos se me
[abrasa,
El respeto guardar á vuestra casa.
Mas fuera della le daré la muerte,
Ya que el duelo de amor es ley tan fuer-
Que dispone severa [te,
Que ofenda la mujer, y el hombre muera.

DON PEDRO.

Vos no habeis de salir de aquí.

DON JUAN.

Es en vano,
Que he de salir.

DON PEDRO.

Vuestro peligro es llano.

DON JUAN.

Y esotro ¿no lo es? ¿Quereis que vea
Hoy mis desdichas yo? Pues así sea.
Que aquí me estaré, digo,
Y que de mi dolor seré testigo.
Venga Doña Ana, de otro enamorada,
Y... Mucho iba á decir; no digo nada.

DON PEDRO.

Eso tampoco es justo.

DON JUAN.

Pues ni irme ni quedarme no os da gusto,
(¡Estoy perdido y loco!)
¿Qué quereis?

DON PEDRO.

No lo sé.

DON JUAN.

Ni yo tampoco.

DON PEDRO.

Solo deciros quiero
Que, aunque como desdichas las espero,
Estoy tan confiado
Del honor de Doña Ana, que he pensado
Que este se desvanece,
O que su amor algun error padece.

DON JUAN.

Confianza tan vana
¿De qué os nace?

DON PEDRO.

De ser quien es Doña Ana,
Que es mujer principal.

DON JUAN.

Necio anduvisteis,
Si ántes que *principal, mujer* dijisteis.
Y ved si engaño habrá, que ya han en-
Dos mujeres. [trado

DON PEDRO.

Yo estoy desesperado,
Pues consultando extremos,
Tratando mucho, nada resolvemos,
Y ya el lance llegó. No sé qué hacerme.
Escondéos.

DON JUAN.

Yo no tengo de esconderme.

DON PEDRO.

¿Pues quereis que aquí os vean?

DON JUAN.

¿Habrá desdichas que mayores sean?

DON PEDRO.

Haced esto por mí, hasta que sepamos
La verdad, y despues los dos muramos
En la defensa del agravio vuestro.

DON JUAN.

Mi amistad así os muestro;
Pero con condicion (¡desdicha grave!)
Que á aquesta puerta he de quitar la lla-
Y ha de estar siempre abierta. [ve,
(*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA Y PERNIA. — DON PEDRO; DON JUAN, *en su cuarto.*

DOÑA LUCÍA.

Oye, Pernía, quédese á la puerta.
(*Vase Pernía.*)

DOÑA ANA.

Señor Don Pedro Giron,
Muy admirado estaréis
De ver hoy en vuestra casa
Entrarse así una mujer.
Galan y discreto sois,
Y como todo, sabeis
Que extremos de amor obligan
A mas extremos; y pues
De alguno se han de fiar,
¿De quién, Don Pedro, de quien
Mejor que de vos, que sois
Noble, entendido y cortés?
(*Descúbrese.*)

DON PEDRO. (*Ap.*)

Ya no me queda esperanza:
Doña Ana, vive Dios, es.

DON JUAN.

(*Ap. entreabriendo la puerta del cuarto donde está.*)
¡Y querrán que calle yo!
Mas puesto que así ha de ser,
Arded, corazon, arded,
Que yo no os puedo valer.

DOÑA ANA.

Ya que con vos declarada
Estoy, Don Pedro, sabed
En lágrimas y suspiros
Mis desdichas de una vez.
Y pues sabeis que he venido
A vuestra casa, entended
(¡Cuánta vergüenza me cuesta!)
Ya, señor Don Pedro, á qué.
Un hombre vengo á buscar,
Porque de muy cierto sé
Que le puedo hallar en ella.
(*Sale Don Juan.*)

DON JUAN.

A Dios, Don Pedro; porqué
Darme tormento de celos,
Y querer que calle, es
Nuevo rigor. Yo confieso
Que es mi delito querer,
Si eso pretendeis de mí...

DOÑA ANA.

¡Don Juan, mi señor, mi bien!...

DON JUAN.

¡Doña Ana, mi mal, mi muerte!

DOÑA ANA

Dame los brazos.

DON JUAN.

Deten,
No con los brazos añadas
Al tormento otro cordel,
Pues ya he dicho la verdad.

DON PEDRO. (*Ap.*)

No sé, vive Dios, qué hacer.
Mas porque ni uno entre, ni otro
Salga, el paso cerraré.

DON JUAN.

No cerreis, porque he de irme.

DOÑA ANA.

No has de irte. — Sí cerreis. —
¿Pues cómo tan rigoroso,
Cómo tan tirano, pues
Agradeces desa suerte
Haberte venido á ver?

DON JUAN.

¿A quién?

DOÑA ANA.

A tí, porque supe
Que aquí estabas.

DON JUAN.

¡Bien á fe!
Buena disculpa has hallado.

¡Ah fiera! ah ingrata! ah cruel!
¡Qué pronto vive á mentir
El ingenio en la mujer!

DOÑA ANA.

Don Juan, si de las pasadas
Ofensas (al parecer
Justas) te dura el enojo,
Y huyes de mí (¡ay Dios!) porqué
Estás engañado, ya
Te vengo á satisfacer.
Aquel hombre, á quien le diste
La muerte...

DON JUAN.

Yo no hablo dél.
¡Mira, mira tus engaños,
Cuáles han llegado á ser,
Pues quejándome de uno,
A otro respondes! Y pues
Son tantos que unos á otros
Se embarazan, no me dés
Satisfaccion de ninguno;
Que mejor será tener
Queja de todos; que al fin
Está mejor puesto aquel
Que, ántes que mal satisfecho,
Se queda quejoso bien.

DOÑA ANA.

No te entiendo; y si es la causa
Que yo imagino que es
La que tú sientes, señor,
¿De qué te quejas? de qué?
¡Qué nueva causa te he dado?
Pero si no puede ser
Darla yo, ¿qué nueva causa
Te ha dado mi estrella? Ten
El paso, y dime, ¿qué es esto?

DON JUAN.

Traiciones tuyas; si bien
No siento que sean traiciones,
Porque te llego á perder;
Pues lo que llego á sentir,
Solo (he de decirlo) es
Que otro merezca en un dia
Lo que en siglos no alcancé
A merecer yo. Y en fin
Me consuela en parte, que
El no te ha llegado á amar,
Pues te llega á merecer.

DOÑA ANA.

Si mi desdicha, Don Juan,
Te ha sabido disponer
Otra evidencia aparente
Que yo no alcanzo ni sé,
¿Cómo he de desengañarte?
Cómo te he de responder?
¡Vive Dios, que te han mentido!

DON JUAN.

No, que es verdad cuanto hablé.

DOÑA ANA.

¡Quién te lo dijo?

DON JUAN.

El galan
A quien tú vienes á ver.

DOÑA ANA.

Yo á verte á tí, Don Juan, vengo...

DON JUAN.

¡Es verdad, dices muy bien!

DOÑA ANA.

Porque supe que aquí estabas.

DON JUAN.

¿De quién pudiste ¿de quién?

DOÑA ANA.

Desta criada.

DON JUAN.

¡Por cuánto
Llegara el testigo á ser,
Que no fuera tu criada!
Que criadas y amas teneis
Pacto explícito á mentir.

DOÑA ANA.

Esta es verdad.

DON JUAN.

¿Quién tal crê?

DOÑA ANA.

Quien quiere bien.

DON JUAN.

Pues yo quiero
Muy mal por aquesta vez.

DOÑA ANA.

Pues muera de desdichada.

DON JUAN.

Y yo de infeliz tambien.

ESCENA XII.

ARCEO.—DICHOS.

ARCEO. (*Dentro.*)

Abran aquí.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Esto es peor.
No sé ¡vive Dios! qué hacer,
Que Don Hipólito viene.

DON JUAN.

¿Quieres, ingrata, saber
Si me han mentido? Pues este
El galan que buscas es.

DOÑA ANA.

Yo me huelgo de que sea,
Puesto que no puede ser
El que busco, el que imaginas.—
Abrid, Don Pedro. Entre pues,
Y sepa Don Juan que miente
El que contra mi altivez
Bajo concepto ha formado.

DON JUAN.

¡Plegue á Dios! Y aquesta vez,
O por vivir ó morir,
Escuchándote estaré,
Supuesto que es ya mi vida
El juego del esconder.
(*Escóndese Don Juan, y abre Don Pedro; sale Arceo con una fuente de dulces.*)

ARCEO.

¡Tanto tardan en abrir
A quien llama con los piés,
Que es señal que trae algo
En las manos? ¡Vive diez,
Que queda saqueada toda
La tienda del Portugues!—
Ya Don Hipólito viene, (*A Doña Ana.*)
Señora.—¿Pero qué ven
Mis ojos? ¿Doña Lucía
En mi casa?

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)

Aquesta vez,
Por el chisme de una dueña,
Muertes de hombres ha de haber.

ESCENA XIII.

DON HIPOLITO.—DICHOS.

DON HIPÓLITO.

(*Ap.* ¿Si habrá ya Don Luis llegado
Con la silla? Si, pues ver
Puedo la dama. ¡Ay amor!
Todo ha sucedido bien.)
Seais, señora, bien venida
A este, aunque humilde dosel
Del mayo y el sol, ya esfera
De verdor y rosicler.

DOÑA ANA. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué pasa por mí?
¿Este el marido no es
De la que hoy se entró en mi casa?

DON JUAN.

(*Ap. entreabriendo la puerta.*)
¡Quién vió lance mas cruel!

DON PEDRO. (*Ap.*)

Mal se va poniendo todo.
Lo que resuelva no sé.

DON HIPÓLITO.

Don Pedro, no tan penada
Tengais á esta dama: ved
Que por vos no se descubre.

DON PEDRO.

Yo, por no estorbar, me iré.
(*Ap.* Mas será á estar á la mira.)

DOÑA ANA.

Don Pedro, no os ausenteis,
Porque habeis de ser aquí,
De cuanto pasare, juez.—
Caballero, á quien apénas
Vi, pues si os vi, á penas fué,
(*A Don Hipólito.*)
Ya que por vos las padezco,
¿Conoceisme?

DON HIPÓLITO.

No y sí, pues
En este instante os conozco,
Y os desconozco tambien.
Conózcôs, pues que quien sois,
Muy bien informado, sé;
Y desconózcôs, señora,
Porque desa suerte hableis.
Si os vi en el Parque primero,
Y en vuestra casa despues;
Si para venir á hablaros
Llamado fuí de un papel;
Y si habeis venido adonde
Yo os traigo, ¿cómo ó por qué
Así os extrañáis de verme,
Donde me venis á ver?

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Querrán Doña Ana y Don Pedro
Que esto llegue á oir y ver,
Y no salga? ¡Vive Dios,
Que infamia del amor es!

DOÑA ANA.

¡Yo á veros á vos! Mirad
Lo que decis: no busqueis
Desengaños, que á vos solo
Mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al Parque fuí;
Ni en él os vi ni os hablé.
Si os entrasteis en mi casa,
No me pregunteis á qué;
Que aunque lo puedo decir,
Vos no lo podeis saber;
Que habeis de ser el postrero
Que el desengaño toqueis.
Basta decir que engañado
Estáis, y que me dejeis;
Que puede ser sea causa
De todo vuestra mujer.

DON HIPÓLITO.

¡Mi mujer! Ahora conozco
De qué ha podido nacer
Vuestro enojo. Yo hice mal
En traeros aquí: haced
La deshecha norabuena;
Pero no me acumuleis
Que soy casado, que es susto
De que jamas sanaré.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Ya ni aun á mentir acierta
Doña Ana.

DON JUAN. (*Ap.*)

Ni yo á tener
Paciencia; pero si salgo,
Rompo de amistad la ley,
A Doña Ana la destruyo,
Y á mí me pierdo tambien
Sin efecto, pues en medio
Han de estar su criado y él,
Y es hacer ruido no mas,
Dejando la duda en pié.
Pues sufrirlo, es imposible:
Que ¿quién ha podido, quién,
Oir requebrar á su dama?
Haya un medio entre los tres,
Como yo solo me pierda,
Donde... Pero esto despues
Ha de decir el suceso.
Ya he visto cómo ha de ser. (*Vase.*)

DOÑA ANA.

Dejadme, señor, por Dios:
Y porque mejor mireis
Que huyo de vos, y lo mas
A que se puede atrever
Una mujer como yo,
A voces digo que quien
En este aposento está,
Mi dueño y mi amante es,
Y es á quien vine á buscar,
Y es á quien yo quiero bien;
Porque á vos no os escribí,
Ni os vi en mi vida, ni hablé,
Desmintiendo desta suerte
Su peligro y mi desden.
(*Éntrase donde estaba Don Juan; Doña Lucía la sigue.*)

DON HIPÓLITO.

Cerró la puerta. ¿Quién vió
Mas tramoyera mujer?
Desde el punto que la vi,
Enredadora la hallé.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Bien cuerda resolucion
Tomó Doña Ana, porqué
Con esto estorba que salga
Don Juan, que es lo que á temer
Llegué siempre.

DON HIPÓLITO.

Estoy confuso
Y qué he de decir no sé.

ESCENA XIV.

DON LUIS.—DON HIPOLITO, DON PEDRO.

DON LUIS.

Yo llego á muy buena hora.
Don Hipólito, ahí está
Aquella señora ya
En la silla.

DON HIPÓLITO.

¿Qué señora?

DON LUIS.

La que esperais.

DON HIPÓLITO.

¿Qué decís?

DON LUIS.

Que tomó en San Sebastian
La silla, y que ahí fuera están.

DON HIPÓLITO.

Engañado estáis, Don Luis;
Porque la dáma, á quien yo
Vengo á ver, ya estaba aquí
Cuando vine.

DON LUIS.

¿Cómo así,
Si ahora conmigo llegó
En la silla la mujer
Que hoy en el Parque encontramos,
A quien seguimos y hablamos?

DON HIPÓLITO.

Eso ¿cómo puede ser,
Si la misma, destapada,
Aquí la he visto y hablado,
Y en este aposento ha entrado?

DON LUIS.

No quiero deciros nada,
Sino que entra ya.

DON HIPÓLITO.

¡Por Dios,
Que es rigorosa mi estrella!

ESCENA XV.

DOÑA CLARA É INES, *tapadas*.—DON HIPOLITO, DON PEDRO, DON LUIS.

DON LUIS.

Ahora decid si es aquella.

DON HIPÓLITO.

O es ella, ó ellas son dos.

DON PEDRO.

¿Veis, Don Hipólito, veis
Cómo la dama que estaba
Hoy aquí, á vos no os buscaba?

DON HIPÓLITO.

Quitarme el juicio quereis.—
Mujer, dos veces tapada, (*A Doña Clara.*)
Que á mi deshecha fortuna,
Por si se me pierde una,
Se me envía duplicada,
¿No me hablaste en el Parque hoy?
¿No eres tú la que seguí,
Y la que en tu casa vi?
(*Hasta aquí á todas las preguntas ha respondido Doña Clara por señas, y ahora se descubre.*)
Confuso otra vez estoy.

DOÑA CLARA.

Yo soy, el mi caballero,
Ya que descubierta os hablo,
Aquella habladora muda,
Por las lecciones de un manto;
Que viendo que era muy poca
Victoria, muy poco aplauso
De toda aquesta mujer
Un hombre no mas, buscando
Ocasion de que alcanzara
Sola una parte del lauro,
Le quise dar de ventaja
La discrecion á mi garbo.
Bien pensó vuesa merced
Muy necio y muy confiado
Que tenía muerta al vuelo
La hermosura de los campos;
Pues no, señor Para-todas,
Y conozca escarmentando
Que ha dado vuesa merced,
Por lo entendido ó lo raro,
Mala cuenta de su amor,
Pues deja este desengaño
Vengada á la hermosa Filis
De los desdenes de Fabio.
Pues cuando fuera verdad
Que yo le amara; pues cuando
Fuera verdad que celosa
Aquí le hubiera buscado,
El verme vengada solo
Me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy con que haya visto
Que los celos que me ha dado,
Han sido conmigo misma;
Pues nadie pudiera darlos
A este talle, que no fuera
Su mismo desembarazo.
Envaine vuesa merced
Todo ese grande aparato
De dulces de Portugal,
Que le han salido tan agrios;
Que no es la boda por hoy.
Pero agradezca el cuidado,
Que en ella ha puesto el señor
Casamentero del diablo;
Que cierto que de su parte
Nada faltó, porque ha estado
Con mucha puntualidad
Con la tal silla esperando,
Y hizo muy bien el papel,
Encareciendo el recato;
Porque es amigo muy fino
Del que es amante muy falso.
Con esto adios, y ninguno
Me siga; que si echo el manto,
Si vuelvo la calle, si otro
Embeleco desenvaino,
Les haré creer que soy
Otra dama, aunque al estrado
Me entre de una mesurada,
Como esta mañana, cuando
Le hizo creer que era otra
Solo un sombrerillo blanco. (*Vase.*)

DON HIPÓLITO.

Oye, aguarda, espera, escucha.

DON LUIS.

¡En toda mi vida he hallado
Hombre de tan buena estrella
Con mujeres!

DON HIPÓLITO.

¿Que burlando
Estéis, cuando estoy muriendo?—
Detente, Ines.

INES.

Será en vano;
Que vamos muy enojadas. (*Vase.*)

DON HIPÓLITO.

No sé qué hacer en tal caso.
Mas sí sé, que es apelar
De todo al desembarazo,
Desengañando hoy la una,
Y la otra despues amando.
(*Vanse Don Hipólito y Don Luis.*)

DON PEDRO.

¡Gracias á Dios, que con esto
Ya los celos se acabaron
De Doña Ana y de Don Juan,
Pues todo lo han escuchado,
Y mi amor, pues Doña Clara
Viene á Hipólito buscando!
¡Cielos! sin querer, he visto
Mis celos averiguados.

ARCEO.

Y si el galan y la dama
Estan ya desengañados,
Aquí acaba la comedia.

DON PEDRO.

¿Oistes ya el desengaño,
Don Juan?
(*Llegándose á la puerta del cuarto donde estuvo.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.—DON PEDRO, ARCEO.

DOÑA ANA.

No soy tan dichosa
Yo.

DON PEDRO.

¿Cómo así?

DOÑA ANA.

Como cuando
Yo entré, solo vi un hombre,
Que atrevido y temerario
Se echaba por la ventana,
Que hay, señor, á esos tejados.

ARCEO.

Pues no acaba la comedia.

DON PEDRO.

¡Qué rigoroso, qué extraño
Afecto de amor y celos!
(*Ap.* El iba á salir al paso:
Seguir á los dos importa,
No suceda algun fracaso.) (*Vase.*)

DOÑA ANA.

Grande desdicha es la mia,
Pues cuando vengo buscando
Hoy, Don Juan, finezas tuyas,
Solas mis desdichas hallo.
Cuando te siguen sospechas,
Tú las estás esperando
Firme, ¡y vuelves las espaldas
Si te siguen desengaños!
¡Qué mujer es esta ¡cielos!
Que hoy en mi casa se ha entrado?
¡Qué hombre es este que asegura
Que yo le vengo buscando?
¡Oh nunca en el tiempo hubiera,
Oh nunca hubiera en el año,
Si es que la culpa han tenido
De enredos y enojos tantos,
Las mañanas floridas
De abril y mayo!

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *á oscuras.*

Nada me sucede bien.
¿Qué roca habrá que contraste
Tanta avenida de penas,
Tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
Por testigo de mis males,
Imposible de sufrirlos,
E imposible de vengarme,
Celoso y desesperado
Salir pretendo á la calle
A esperar aquel galan
Tan feliz, que coronarse
Pudo de tantos favores,
De dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana
(Porque allí no me estorbasen
La venganza de mis celos.),
Presumiendo que era fácil,
Ganando desde el tejado
De la puerta los umbrales;
Y saltando dél á un patio,
Donde la ventana sale,
Perdí el tino, y di á otra casa.
Pero parece que abren
Una puerta, y entra gente...
Y con las luces que traen
Percibo mejor las señas.
¿Hay suceso semejante?
¡Vive Dios, que esta es la casa
De Doña Ana! ¡Si tomase
Hoy puerto en el mismo golfo
Esta derrotada nave!
Ella es. ¿Qué he de hacer, cielos?
Que no es bien que aquí me halle,
Y presuma que he venido
Cobardemente á quejarme
De mis celos, sin vengarlos.
¿Hay confusion mas notable?
¿Qué haré? Que no me está bien
Ya ni el irme ni el quedarme.
(*Escóndese.*)

ESCENA II.

DOÑA ANA Y DOÑA LUCIA, *con luz.*—DON JUAN, *escondido.*

DOÑA ANA.

Quítame este manto. ¡Gracias
A mi fortuna insconstante
Que me ha dado (¡ay infelice!)
Un solo punto, un instante
De tiempo para llorar,
De lugar para quejarme!
Y así, ya que estoy á solas,
Sean tormentas, sean mares
Mis lágrimas y mis quejas
Entre la tierra y el aire.

DOÑA LUCÍA.

Señora, si dese modo
Tan justos extremos haces,
Triunfará de amor la muerte.
Consuelo tus penas hallen;
Que para todo hay consuelo.
Que si Don Juan (por guardarle
A Don Pedro aquel decoro
Que debió á sus amistades)
Se arrojó por la ventana,
Ya en su seguimiento parten
Don Pedro, Arceo y Pernía,
Porque los dos no se maten.

DOÑA ANA.

Y cuando remedie (¡ay triste!)
Mi temor, ¿para adelante
Puede ya dejar de ser
Lo que fué? ¿Pueden borrarse
De la memoria los celos
En que yo no tuve parte?

DON JUAN. (*Ap. al paño.*)

De cuanto yo desde aquí
Puedo á las dos escucharles,
Nada entiendo; y solo entiendo
Que temo que me declaren
Mis congojas, mis desdichas,
Mis recelos, mis pesares;
Porque no es posible, no,
Que un celoso sufra y calle.

DOÑA LUCÍA.

Acuéstate, por tu vida,
Porque en la cama descanses.

DOÑA ANA.

No hay descanso para mí.
Fuera de que he de esperarle
A Don Pedro; que le dije
Que con lo que le pasase
En alcance de Don Juan
(Pues todos van á buscarle),
Viniese á avisarme; y ya
Parece que llaman. Abre.

ESCENA III.

DON PEDRO, ARCEO, PERNIA.—DICHOS.

DOÑA ANA.

Señor Don Pedro, ¿qué hay?

DON PEDRO.

Que todo ha salido en balde.

DOÑA ANA.

¿Cómo?

DON PEDRO.

No habemos hallado
A Don Juan, y es bien notable
Suceso, porque de aquella
Ventana, que al patio cae,
Para salir al portal
Hay una puerta, y la llave
Está echada, de manera
Que ha sido imposible hallarle,
Cuando ni en mi casa está,
Ni salir pudo á la calle.

ARCEO.

No le hemos buscado bien,
Si va á decir las verdades;
Porque á un celoso, señora,
Le ha de buscar el que hallarle
Quisiere, ahogado por los pozos,
O ahorcado por los desvanes.

PERNÍA.

Ya le he dicho que se meta
En juntar sus consonantes.
No hable palabra donde
Yo estoy.

ARCEO.

Quínola pasante,
Tambien yo le tengo dicho
Que de dar lanzadas trate,
Y sacar, no para el toro,
Para el lacayo el alfanje,
Y no mas.

DOÑA LUCÍA.

Entre dos ruines
Sea mi mano el montante.

DON PEDRO.

No es posible hallarle, en fin.

DOÑA ANA.

Son mis penas, no os espante,
Y bien dicen que son mias,
Pues ellas disponer saben
Tantas falsas apariencias,
Que me culpen y le agravien.
¡Plegue á Dios, señor Don Pedro,
Que él me destruya y me falte,
Si á aquel hombre vi en mi vida,
Sino hoy, que pudo entrarse
Aquí tras una mujer,
A quien siguió desde el Parque,
Y vióme á mí! ¿Mas por qué
Lo digo ¡ay Dios! si escucharme
No puede Don Juan, y doy
Satisfacciones al aire?

DON PEDRO.

Quedad, señora, con Dios;
Que por si vuelve á buscarme
A mi casa, vuelvo á ella.
¿Qué mandais?

DOÑA ANA.

No es bien que os mande,
Que os ruegue sí, que volvais
A la mañana á contarme
Lo que hubiere sucedido.

DON PEDRO.

Puedad con Dios. (*Vase.*)

DOÑA ANA.

El os guarde.—
Lucía, cierra esas puertas,

Y entra despues á acostarme;
Que he de madrugar mañana,
Porque he de salir al Parque
A hacer una diligencia. —
¡Oh si á este vivo cadáver
Hoy ese lecho de pluma
Sepulcro fuera de jaspe! (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO, DOÑA LUCÍA.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Al Parque mañana? ¡Ay cielos!
No estos desengaños basten:
Vuelvan atras mis desdichas,
Pues pasa el riesgo adelante.

ARCEO.

De todos estos enredos,
De todos estos debates,
Vos teneis, Doña Lucía,
La culpa, pues vos contasteis
A vuestra ama que en mi casa
Estaba Don Juan.

DOÑA LUCÍA.

De tales
Sucesos, quien me lo dijo
A mí, tiene mayor parte;
Que ya sabe quien me cuenta
A mí el suceso que sabe,
Que es decirme que lo diga
El decirme que lo calle.

ARCEO.

Eres tan dueña, que puedes
Servir desde aquí adelante
De molde de vaciar dueñas.

DOÑA LUCÍA.

Tú escudero vergonzante.

ARCEO.

Eres dueña.

DOÑA LUCÍA.

Tú eres loco.

ARCEO.

Eres dueña.

DOÑA LUCÍA.

Tú un bergante.

ARCEO.

Eres dueña.

DOÑA LUCÍA.

Tú un bufon.

ARCEO.

Eres dueña.

DOÑA LUCÍA.

Tú un infame.

ARCEO.

Eres dueña.

DOÑA LUCÍA.

Tú un bribon.

ARCEO.

Item mas, dueña; y no trates
De desquitarte, porqué
Nó has de poder desquitarte.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo no? Eres un...

ARCEO.

Di, di.

DOÑA LUCÍA.

Mal poeta.

ARCEO.

¡Tate, tate!
¿Poeta, dijiste? Adios, dueña;
Que ya quedamos iguales.

DOÑA LUCÍA.

¿Desa manera te vas?

ARCEO.

Pues ¿qué quieres?

DOÑA LUCÍA.

Que te aguardes
Aquí, miéntras que mi ama
Acaba de desnudarse,
Y volveré á hablar contigo
Un rato.

ARCEO.

Aquí espero.
(*Vase Doña Lucía, llevándose la luz.*)

ESCENA V.

DON JUAN, *al paño;* ARCEO.

ARCEO.

Madres
Las que á los hijos paristeis
Para nocturnos amantes
De viejas, mirad en mí
Las desdichas á que nacen.
Esperando una estantigua
Estoy, confuso y cobarde,
Aquí donde mis suspiros
Pueblan estas soledades.
(*Sale Don Juan del cuarto en que estaba.*)

DON JUAN. (*Ap.*)

Ahora, desconfianzas,
Es tiempo de aconsejarme,
Si esto que pasa por mí
Son mentiras ó verdades.
El recatarme me importa
De Doña Ana: ella no sabe
Que la escucho, y en suspiros
Que mal pronunciados salen
Desde el corazon al labio,
Me ha dado ciertas señales
De que mi desdicha llora,
De que siente mis pesares.
Estos criados no pueden
Engañarse ni engañarme,
Puesto que Arceo á Lucía
La contó cómo ocultarme
Pude en casa de Don Pedro,
Y ella á Doña Ana: bastante
Desengaño de que fué
Entónces ella á buscarme.
Mas ¡ay de mí! si es aquesto
Como dicen señas tales,
¿Don Hipólito á qué efecto
Dijo que á él iba á buscarle?
¿O qué mujer es aquesta?
Y en fin ¿para qué ir al Parque
Mañana quiere Doña Ana,
Para que á mí no me falte
Cuidado? ¡Pues vive Dios,
Que tengo de averiguarle!
Si aquí estoy, es imposible
Que disimule y que calle;
E imposible, si me ven,
De que la ida del Parque
Averigüe: luego irme
Será lo mas importante.
Este criado á Lucía
Espera: miéntras no sale,
Pues no ha cerrado la puerta,
Salir pretendo á la calle,
Por seguirla donde fuere.
Que me prendan ó me maten,
Todo, todo importa ménos
Que no que me desengañe.

ARCEO.

Ya siento pasos. — Lucía,
Seas bien venida, dame
Los brazos. (*Abraza á Don Juan.*) ¡Barbada vienes!
¿Quién es?

DON JUAN.

Callad, que no es nadie.

ARCEO.

¿Cómo no es nadie? Yo soy
Tan cortés y tan galante,
Que antes crêré que sois muchos.
¡Ay, ay!

DON JUAN.

¡Vive Dios, que os mate,
Si no callais!

ESCENA VI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCÍA. — DON JUAN, ARCEO.

DOÑA ANA. (*Dentro.*)

¿Qué rüido
Es aquel?
(*Sale Doña Lucía á oscuras, y encuentra con Don Juan.*)

DOÑA LUCÍA. (*Bajo á Don Juan.*)

¡Eres notable!
¿Es posible que tu miedo
Tan grandes extremos hace,
Que dés voces? Salte presto,
Para que aquí no te hallen.
Vente tras mí.

DON JUAN.

(*Bajo á ella.* Vamos.) (*Ap.* ¡Cielos!
Hasta que me desengañe
He de callar; que esta es
Propia condicion de amantes.)
(*Vanse Doña Lucía y Don Juan, que al entrarse, encuentra con Arceo.*)

ARCEO.

¿Otro diablo? ¡Vive Dios,
Que tienen aquestos lances
Cosas de la Dama Duende!

ESCENA VII.

DOÑA ANA, *medio desnuda, con luz.* — ARCEO; *despues*, DOÑA LUCÍA.

DOÑA ANA.

¡Hola! ¿No responde nadie?
Mas ¡ay de mí!

ARCEO. (*Ap.*)

Yo me embozo,
Por ver si puedo excusarme
De que me conozcan.
(*Sale Doña Lucía.*)

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)

Ya
No hay peligro que me espante,
Pues ya en la calle está Arceo.
¿Mas no es el que está delante?
¿Quién era, si él está aquí,
El que yo puse en la calle?

ARCEO. (*Ap.*)

¡Aquí muero!

DOÑA ANA.

Caballero,
Que, recatado el semblante,
La noble clausura rompes
Destos sagrados umbrales,
Si necesidad acaso
Te ha obligado á extremos tales,
De mis joyas y vestidos
Francas te daré las llaves:
Ceba tu hidrópica sed
En sus telas y diamantes.
Pero si, mas codicioso
De honor que de hacienda, haces
Estos extremos, te ruego
(Estoy muerta) que no trates
Con tal desprecio (¡ay de mí!)
El honor (estoy cobarde)
De una mujer infelice,

Sujeta á desdichas tales.
Porque si para mi afrenta
A aqueste cuarto llegaste,
Vive Dios, que ántes que intentes
Hablarme palabra, y ántes
Que ofenda al dueño que adoro,
Yo con mis manos te mate;
Porque si lágrimas solas
No enternecen un diamante,
Rompiéndome el pecho yo,
Le sabré labrar con sangre.

ARCEO.

No labraréis, si yo puedo;
Que fuera mucho desaire
Ser pelicana una dama,
Y ser labradora un ángel.
Grandes casos de fortuna
A vuestra casa me traen,
No á hacer mella en vuestras joyas,
Ni á vuestra opinion ultraje.
Y porque os asegureis
De mi término galante,
Segura quedais de mí.
A Dios, señora, que os guarde. (*Vasé.*)

DOÑA LUCÍA.

¡Qué miro!

DOÑA ANA.

¿Fuése ya?

DOÑA LUCÍA.

Sí.

DOÑA ANA.

Echa á esa puerta la llave;
Y pues ya la blanca aurora
Venciendo las sombras sale,
No me quiero desnudar.
¡Ay, Don Juan, si esto mirases!...
¿Quién de que no es culpa mia
Pudiera desengañarte? (*Vanse.*)

—

El Parque.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA É INES, *en el traje corto, como primero.*

INES.

¡Al Parque vuelves?

DOÑA CLARA.

Rendida,
Sin ley, razon ni sentido,
Donde la vida he perdido,
Vuelvo, Ines, á hallar la vida.

INES.

Bastante está lo sentido,
Y si yo no me he engañado,
Toda la gloria ha parado
En que has, señora, advertido
De ayer el raro suceso.

DOÑA CLARA.

¡De qué sirviera negar
Con la lengua mi pesar,
Si con llanto lo confieso?
Vana de que hallarse habia
Don Hipólito burlado,
Le llamé; y su desenfado
Burló de la industria mia.
Que aunque es verdad que me dió
Satisfacciones que allí
Por mi respeto creí,
Ines, por mi gusto no;
Pues no me pudo negar
Que fué donde otra mujer
Le llamaba, y mi placer
Se convirtió en mi pesar.
Yo misma (¡ay de mí!) encendí
El fuego en que triste peno,
Yo confícioné el veneno
Que yo misma me bebí,
Yo misma desperté, yo,
La fiera que me ha deshecho,
Yo crié dentro del pecho
El áspid que me mordió.
Arda, gima, pene y muera
Quien sopló, conficionó,
Alimentó, despertó,
Veneno, ardor, áspid, fiera.

INES.

Bien en tantos pareceres
Hoy dirán cuantos te vea,
Que solo queremos bien,
Tratadas mal, las mujeres.
¿Para qué habemos venido
Al Parque con tal cruel
Pena?

DOÑA CLARA.

A ver si viene á él
Don Hipólito.

INES.

El ha sido,
Por cierto, muy lindo ensayo.

DOÑA CLARA.

Si hoy doy tregua á mis temores,
Yo os coronaré de flores,
Mañanas de abril y mayo. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

DON HIPOLITO, DON LUIS.

DON HIPÓLITO.

En efecto, hasta su casa
A Doña Clara seguí
Como visteis, y la dí
Del engaño que me pasa
Satisfacciones, diciendo
¿Qué ofensa era ir á ver,
Llamado de una mujer,
Lo que mandaba? Y haciendo
Extremos de enamorado,
Que supe fingir muy bien
(Porque ya no hay, Don Luis, quien
No haga el papel estudiado),
La dejé desenojada,
Atenta á mi desengaño;
Y al fin, con su mismo daño
Vino ella á ser la engañada,
Pues mis extremos creyó;
Siendo así, Don Luis, verdad
Que alma, vida y voluntad
La Doña Ana me robó;
Porque una vez persuadido
De que me llamaba á mí
Y hallaria despues allí,
Me empeñó en haber creido
Que ella fué quien me llamó.

DON LUIS.

Vos teneis lindo despejo.

DON HIPÓLITO.

¿Fuera mas cuerdo consejo
Darme por vencido?

DON LUIS.

No.
Mas á haberme sucedido
A mí lo que á vos con ellas,
Jamas volviera yo á vellas
De turbado y de corrido.

DON HIPÓLITO.

Fuera linda necedad.
Puntualidades teneis
Tan necias, que pareceis
Caballero de ciudad.
Mira, si aquesta fortuna
A corrella te acomodas,
Querer por tu gusto á todas,
Por tu pesar á ninguna.

ESCENA X

DOÑA ANA Y DOÑA LUCIA, *vestidas como Doña Clara.*—DON HIPOLITO, DON LUIS.

DOÑA LUCÍA.

Ya estás en el Parque, ya (*Ap. las dos.*)
Decirme, señora, puedes
Con qué intento deste modo
A su hermoso sitio vienes.

DOÑA ANA.

Si has de verlo, ¿para qué
Ahora que lo diga quieres?
Que es retórica excusada
Decir las cosas dos veces,
Y mas cuando están tan cerca
De suceder, que presente
Está el que vengo buscando.

DOÑA LUCÍA. (*Ap. á ella.*)

El hombre, señora, es este
De los engaños de ayer,
Si mis ojos no me mienten.

DOÑA ANA.

Por él lo digo; pues solo
He salido á hablarle y verle,
Donde por la obligacion
Que á ser caballero tiene,
Desengañe mi opinion;
Pues los que son mas corteses
Caballeros, siempre amparan
El honor de las mujeres.

DOÑA LUCÍA.

¿Para aquesto de tu casa
Al Parque, señora, vienes,
Donde es una culpa mas
Si aquí acertaran á verte?

DOÑA ANA.

Don Juan está retraido
Donde quiera que estuviere,
Y solo, á este sitio, donde
Hay tal concurso de gente,
No se atreverá á venir.
Y así mas seguramente
Es donde le puedo hablar.

DOÑA LUCÍA.

¡Plegue á Dios que no lo yerres!

DOÑA ANA.

Tápate, y llega á llamarle.
Dí que una mujer pretende
Hablarle: que se retire
Del amigo con quien viene.

DOÑA LUCÍA. (*A Don Hipólito.*)

Caballero, una tapada
A solas hablaros quiere,
Que es la que mirais. Seguidnos.

DON HIPÓLITO.

(*Ap.* Doña Clara es, claramente
Lo dice el traje. Otra vez
Al engaño de ayer vuelve;
Mas hoy no lo ha de lograr.)
(*Llégase, y habla á Doña Ana.*)
Notable, vive Dios, eres,
Pues que tan mal te aseguras
De quien te estima y no ofende.
Si buscas satisfacciones
Mayores de las que tienes,
No es menester que me sigas,
Pues en el alma estás siempre.

DOÑA ANA.

Por otra me habeis tenido:
En vuestras voces se infiere,
Y quiero desengañaros
Desde luego. ¿Conocéisme?
(*Descúbrese.*)

DON HIPÓLITO.

Otra vez me preguntasteis
En otra ocasion mas fuerte
Eso mismo, y respondí
Que sí y que no; y me parece,
Pues siempre es una la duda,
Dar una respuesta siempre.
Si os conozco, pues que os miro;
No os conozco, porque suelen
Los bienes pasarse á males,
Y hoy al reves me sucede.

DOÑA ANA.

Seguidme hácia la Florida,
Porque hablaros me conviene
Donde estéis solo; y decidle
A ese amigo que se quede.
(*Vanse las dos.*)

DON HIPÓLITO.

Don Luis, de nueva aventura
Podeis darme parabienes.
Doña Ana es esta tapada.
Ahora no puedo hacerme
Engaño, que yo la he visto
Con mis ojos claramente.
¿Veis cómo fué la de ayer
Esta misma? Veis si vuelve
A buscarme? Aquí os quedad,
Y murmurad, si os parece,
El haber dicho que tengo
Buena estrella con mujeres.

ESCENA XI.

DOÑA CLARA Y INES, *tapadas*.—DON HIPOLITO, DON LUIS.

INES. (*Ap. á Doña Clara.*)

Don Hipólito está aquí.

DOÑA CLARA.

Pues no andemos mas, detente.

(*Quédanse paradas Doña Clara é Ines; Don Hipólito, engañado por el traje, cree que son Doña Ana y Lucía, que esperan á que las siga, y se acerca y las habla.*)

DON HIPÓLITO.

Ya os sigo. Guiad, señora
Doña Ana, donde quisiereis;
Que yendo con vos, hermosa
Deidad de estos campos verdes,
Cualquiera sitio será
La Florida; que le deben
A vuestros ojos de fuego
Y á vuestra planta de nieve
Púrpura y verde las flores,
Cristal y aljófar las fuentes.

DOÑA CLARA. (*Ap.*)

Doña Ana dijo: ¡ay de mí!
Mas ¿qué nuevo engaño es este?
Mas no tarde en discurrillo
Quien averiguarlo puede.
La Florida es el lugar
Citado, y á él me conviene
Llevarle.) Venid.

DON HIPÓLITO. (*Ap.*)

Fortuna,
¡Oh cuánto mi amor te debe,
Pues seguro de los celos
De Doña Clara, me ofreces
A Doña Ana! Triunfo hermoso
De tu gran deidad es este.
(*Vanse todos, y queda solo Don Luis.*)

ESCENA XII.

DON JUAN. — DON LUIS.

DON JUAN.

Hácia esta parte bajó
Doña Ana; que entre la gente
Que venia, la perdí
De vista. Pero no puede
Esconderse. Y es verdad;
Pues cuando á mí me mintiesen
Tantas señas, me dijera
Verdad mi infelice suerte.
Con Don Hipólito va
Hablando. Ya no hay que espere.
Muera de cólera y rabia
Quien de amor y celos muere.

DON LUIS.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
Don Juan de Guzman ¿no es este?)
¡Señor Don Juan de Guzman!

DON JUAN.

¿Quién llama? (*Ap.* ¿Quién vió mas fuerte
Confusion? Este es Don Luis.)

DON LUIS.

Donde quiera que yo viere
A quien agravia mi sangre
Y á quien mi opinion ofende,
Primero que con la lengua,
Sin ceremonias corteses
Le saludo con la espada,
Voz de honor mas elocuente.
Sacad la vuestra; porqué
Con mas opinion me vengue.

DON JUAN.

Yo no he rehusado en mi vida
Con la mia responderle
A quien me habla con la suya.
Y si matarme os conviene,
Daos priesa; que si os tardais,
Os podrá quitar la suerte
Otra herida, y no es capaz
Una vida de dos muertes.

DON LUIS.

No os respondo, porque ya
Hablar el acero debe. (*Riñen.*)

DON JUAN. (*Ap.*)

Con Doña Ana entró en la huerta
Don Hipólito. ¡Oh aleve
Pena! ¿Quién creerá que allí
Me agravien, y aquí se venguen?

DON LUIS.

Desguarneciose la espada.

DON JUAN.

Daros pudiera la muerte;
Pero porque echeis de ver
Cómo mi valor procede,
Y como debí de darla
A vuestro primo igualmente
(Pues el que fuera una vez
Traidor, lo fuera dos veces;
Porque ser uno cobarde
No es defecto que se pierde),
Id por espada, que aquí
Os espero.

DON LUIS.

(*Ap.* ¡Trance fuerte,
Pues quien me agravia me obliga,
Pues me halaga quien me ofende!
Mas ya sé qué debo hacer.)
Esperad, que brevemente
Volveré.

DON JUAN.

Ya veis el riesgo
A que estoy, si aquí me viesen.
Y por quitarme del paso,
Puesto que veis que lo es este,
Dentro estoy de la Florida.

DON LUIS.

Antes de un instante breve
A ella volveré á buscaros. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

¿Qué haré en penas tan crueles,
Que un inconveniente es
Sombra de otro inconveniente?
Cuando sigo un daño, otro
En mi seguimiento viene;
Uno busco, y otro hallo,
Y en todos no sé qué hacerme;
Que soy en un caso mismo
Persona que hace y padece.
Si á Don Hipólito sigo,
Falto á Don Luis neciamente;
Y si espero á Don Luis, falto
A mis celos ¡Mas qué teme
Mi valor? ¿No es morir todo?
Máteme el que ántes pudiere,
Don Hipólito ó Don Luis;
Pues cosa justa parece,
Si me busca al que yo ofendo,
Que busque yo el que me ofende.
(*Vase.*)

—

La Florida.

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA, DON HIPOLITO.

DON HIPÓLITO.

En aqueste hermoso márgen,
En este florido albergue,
Que la hermosa primavera
A tanto estudio guarnece,
Podeis decirme, señora
Doña Ana, lo que á esto os mueve
(Pues ya sabeis que he de estar
A vuestro servicio siempre),
Y no esa grosera nube
Tan bellos rayos afrente.
Amanezca vuestro sol,
Pues ya el del cielo amanece.

DOÑA CLARA.

Yo haré lo que me mandais;
Que á conceptos tan corteses,
Que á discursos tan galantes,
Hace mal quien no obedece.
(*Descúbrese.*)

DON HIPÓLITO. (*Ap.*)

¡Doña Clara es, vive Dios!

DOÑA CLARA.

¿Qué os admira? ¿Qué os suspende?
Yo soy: proseguid, que va
El discursillo excelente.

DON HIPÓLITO.

Ni me suspendo ni admiro,
Sino solo de que pienses
Que no te habia conocido,
Y sabido que tú eres.
Pero quiseme vengar
De que salgas desta suerte
De casa, trocando el nombre.

DOÑA CLARA.

¡Oh qué anciano chiste es ese!

DON HIPÓLITO.

¡Vive Dios, que cuando dije
A Don Luis que no viniese
Tras mí, le dije quien eras!
Venga él, y si no dijere
Que es verdad, castiga entónces

Mis culpas con tus desdenes.
Yo voy por él, y dirá...

DOÑA CLARA.

Todo cuanto tú quisieres.
No le llames.

DON HIPÓLITO.

Pues ¿por qué?

DOÑA CLARA.

Porque es el «Muñoz, que miente
Mas que vos» del refrancillo.

DON HIPÓLITO.

No, no: mejor es que entre
A desengañarte. (*Ap.* No es
Sino que yo busco este
Desahogo, con que pueda
Admirarme y suspenderme
De que de una mano á otra
Asi una mujer se trueque.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON JUAN. — DOÑA CLARA, *que al verle, se echa el manto.*

DON JUAN.

(*Ap.* De toda la Florida
La esfera, de matices guarnecida,
Celoso he discurrido,
Y hallar en ella ¡ay cielos! no he podido
Mis celos. ¿Cuándo ¡cielos!
Se hicieron de rogar tanto los celos,
Que se esconden buscados?
Mas huyen, porque están ya declarados.
¿No es aquella Doña Ana?
Vano es mi enojo, y mi venganza vana,
Pues sola la he encontrado.
¿Quién creerá que es tan necio mi cuidado,
Que me pesa de vella,
No estando Don Hipólito con ella?
Volverme quiero. Pero ¿cómo ¡cielos!
Podré? que son mis rémoras los celos.)
Fiera enemiga mia, (*A ella.*)
Falsa sirena y engañosa arpía,
Esfinge mentirosa,
Aspid de nieve y rosa,
¿Dónde esta aquel amante
Que tan firme te adora, tan constante,
Porque me vengue en él de tí mi acero,
Y no en tí dél mi lengua?

DOÑA CLARA.

Caballero,
Vos venis engañado
Con tanta pena y tanto desenfado;
Pues ocasion no ha habido, (*Descúbrese.*)
Para que á mí, tan necio y atrevido
Me hableis, sin conocerme, con desprecio.

DON JUAN.

Decis bien: atrevido anduve y necio.
Por otra dama os tuve;
Que como á luna y sol guarda una nube,
Con embozo de sol hallé una luna.
Perdonad, mi señora,
Que no hablaba con vos.

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA LUCIA. — DOÑA CLARA, DON JUAN.

DOÑA ANA.

Yo puedo ahora
Serviros de testigo,
Pues no hablaba con vos, sino conmigo.

DOÑA CLARA.

Pues si con vos hablaba,
Hable con vos; que aquí mi enojo acaba. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA LUCIA.

DOÑA ANA.

Mucho me alegro, Don Juan,
De que hayais llegado á tiempo
Que os desengañen y engañen
A vos vuestros ojos mesmos;
Porque si vos padeceis
A un mismo instante esos yerros.
Ya es fuerza que lo creais,
Como quien pasa por ellos;
Pues pensar que lo que vos
Créis, no puede otro creerlo,
Es hacer mas advertido
Al otro, y á vos mas necio;
Y no hay ninguno que quiera
Tan mal á su entendimiento.

DON JUAN.

¡Oh qué necio desengaño,
Doña Ana, pues cuando veo
Que es verdad que me engañaron
Mis ojos, tambien advierto
Que el desengaño me ofende,
Pues tú le traes á este puesto!
Luego engaño y desengaño
Todo ha sido engaño: luego
No te puedes excusar
Del agravio de mis celos;
Pues hoy, como del engaño,
Del desengaño me ofendo,
Pues el engaño era agravio;
Y el desengaño es desprecio.

DOÑA ANA.

En haber venido aquí,
Ni te engaño ni te ofendo;
Pues por tí solo he venido.

DON JUAN.

¿Pues pudiste tú saberlo?

DOÑA ANA.

No; mas pude adivinarlo,
Desta manera viniendo
Para hacer que te buscara
Don Hipólito.

DON JUAN.

¿A qué efecto?

DOÑA ANA.

A efecto de que te diese
La satisfaccion él mesmo.

DON JUAN.

¡Oh qué necia prevencion!
Porque cuando da muy necio
El que fué segundo amante
Al que fué amante primero,
De celos satisfacciones,
Es cuando le da mas celos.

DOÑA ANA.

No hagas graduacion de amores;
Que no soy mujer que puedo
Tener primero y segundo.

DON JUAN.

Calla, calla, que me acuerdo
De una noche... Pero aquí,
Mas que yo, dice el silencio.

DOÑA ANA.

¡Pluguiera á Dios, las disculpas
Que yo desa noche tengo,
Pudiera significarte!
Pero puedo, si no puedo,
Con decir que soy quien soy.

DON JUAN.

¡Ojalá bastara eso!

DOÑA ANA.

Sí bastara, si me amaras.

DON JUAN.

Porque te amo, no te creo.

DOÑA ANA.

Pues ves aquí que en mi casa
Anoche un hombre encubierto
Estaba, que allí se entró...

DON JUAN.

Di.

DOÑA ANA.

De la justicia huyendo.
Y en efecto, enternecido
A mi llanto ó á su esfuerzo,
Se fué. Y si le vieras tú
Salir de mi casa, es cierto
Que pagara yo la pena
De la culpa que no tengo.

DON JUAN.

No hiciera, cuando aquel hombre
Fuera un hombre como Arceo,
Que es el que anoche en tu casa
Escondido y encubierto
Le tuvo Doña Lucía.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)

¡Por Dios, que me ven el juego!

DOÑA ANA.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Lo que es verdad.

DOÑA ANA.

¿Hay tan grande atrevimiento?

DON JUAN.

Pero siendo un hombre noble
El que entónces quedó muerto,
Y abriendo con llave, ¿no
Entraba?.. Pero no quiero
Pronunciarlo, por no ser
Víbora yo de mi aliento.
Quédate á Dios, que te guarde,
Doña Ana, para otro dueño;
Que son muchos desengaños
Para un hombre que va huyendo.
(*Ap.* Por esperar á Don Luis
Solo me voy y me quedo.) (*Vase.*)

DOÑA ANA.

¡Tente, espera, escucha, aguarda!
¿Quién creerá mis sentimientos?

ESCENA XVIII.

DON HIPOLITO, *y tras él* DOÑA CLARA, *siguiéndole.*—DOÑA ANA, DOÑA LUCIA.

DON HIPÓLITO. (*A Doña Ana.*)

No pude hallar á Don Luis
En todo el Parque...

DOÑA CLARA. (*Ap.*)

Yo vuelvo
Tras Don Hipólito, á ver
En qué paran sus enredos.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)

¿Que hubiese tan mala lengua?

DON HIPÓLITO. (*A Doña Ana.*)

Pero, vive Dios, que es cierto,
Clara, que te conocí
Desde el instante primero.

DOÑA ANA.

No hicisteis, porque si hubierais
Conocídome, sospecho
Que no os debiera mi honor,
Don Hipólito, estos riesgos.
Advertid que hablais conmigo. (*Descúbrese.*)

DON HIPÓLITO. (*Ap.*)

¿Qué tramoya es esta, cielos?

DOÑA CLARA.

No hablaba sino conmigo,
Como vos dijisteis, puedo
Decir yo; que yo tambien
Quien hable conmigo tengo.
(*Descúbrese.*)

DON HIPÓLITO. (*Ap.*)

¡Vive Dios, que me han cogido
Por hambre las dos enmedio!

DOÑA ANA.

Pues aunque vos me imitais
A mí, imitaros no puedo
Yo á vos; que no he de dejaros
Sin averiguar primero
Un engaño con los dos.

DOÑA LUCÍA. (*Ap.*)

¿Que haya en el mundo parleros?

DON HIPÓLITO.

Pues ¿qué esperais?

DOÑA ANA.

Un testigo
Que ha de oirlo y ha de verlo...
Y él viene ya; que esta sola
Piedad al cielo le debo.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON JUAN, ARCEO. — DICHOS.

DON PEDRO.

No habeis de ir desa suerte,
Ya que en el Parque os encuentro,
Despues que toda la noche
Os busqué.

DON JUAN.

Mirad que tengo
Que hacer, y me va el honor.

DON PEDRO.

Oid á Doña Ana primero.

ARCEO.

¿Qué hay, Lucía? (*Ap. á ella.*)

DOÑA LUCÍA.

Parlerías.
Ya todo se sabe, Arceo.

DOÑA ANA.

¡Gracias á Dios que llegais,
Don Juan, una vez á tiempo,
Que mi verdad conozcais! —
Decid, Doña Clara, ¿es cierto
Que ayer fuisteis á mi casa,
De Don Hipólito huyendo,
Y que él creyó que yo fuí
La tapada?

DOÑA CLARA.

Sí, y queriendo
Cortesanamente hacerle
Una burla, escribí luego
Un papel en vuestro nombre,
Y en la casa de Don Pedro
Le fuí á ver, donde pasó
Lo que proseguirá él mesmo.

DOÑA ANA.

Con esto, Don Juan, he dado
Los desengaños que puedo.
El cielo en los otros hable,
Pues solo los sabe el cielo.

ESCENA XX.

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

¡Señor Don Juan de Guzman!

DON PEDRO. (*Ap.*)

Peor se va poniendo esto.

ARCEO. (*Ap.*)

¡Por Dios que le ha conocido
Don Luis, el primo del muerto!

DON HIPÓLITO. (*A Don Luis.*)

¿Este es Don Juan de Guzman?
Él no conocerle siento,
Para haber en vuestra ausencia
Hecho...

DON LUIS.

Esperad, detenéos;
Que este duelo ha de vencer
La hidalguía, y no el acero.

DON JUAN.

Pudiérades esperar
A verme solo en el puesto.

DON LUIS.

Importa que haya testigos
Para lo que hacer intento,
A que fuese por espada,
Que se me quebró riñendo
Con vos, me disteis lugar:
Si tardo, disculpa tengo,
Pues por haberos escrito
Este papel, me detengo.
De la causa en que soy parte,
Este es el apartamiento;
Que si deudor de una vida
Erais mio, y noble y cuerdo
Me la disteis, contra vos
Derecho ninguno tengo.
Y si entónces no lo hice,
Fué porque allí, no teniendo
Espada, no presumierais
Que os daba el perdon de miedo;
Y así os le entrego, Don Juan,
Cuando en la cinta la tengo.

DON JUAN.

No solo me dais la vida [1],
Sino el honor; y pues viendo
Estáis la dama que fué
La ocasion deste suceso [2],
Ella os pague con los brazos
Lo que con almas no puedo.

DOÑA ANA.

Pues con vuestras amistades
Todas las nuestras hacemos.

DOÑA CLARA.

No hacemos; porque si ya
No tengo quien me dé celos,
No tengo á quien quiera bien.

DON HIPÓLITO.

Pues ¿hay mas de no quereros?

DOÑA ANA.

Arceo y Doña Lucía
Se casen luego al momento.

ARCEO.

¿Mas que nace el Ante-Cristo
De Lucías y de Arceos?

DON JUAN.

Mañanas de abril y mayo
Dan fin: perdonad sus yerros.

[1] [2] Don Luis no ha hecho declaracion alguna sobre la cual recaiga esto de decir Don Juan que se le ha dado ó devuelto el honor; él sin embargo, se manifiesta completamente satisfecho de Doña Ana. Es pues de creer, que en el discurso de Don Luis se han suprimido algunos versos en que declararia que su difunto primo habia obsequiado á Doña Ana, sin obtener sus favores. En otros pasajes de la comedia hay tambien señales de supresiones y enmiendas poco acertadas.

EL JARDIN DE FALERINA,

REPRESENTACION DE DOS JORNADAS.

PERSONAS.

LISIDANTE.
RUGERO.
CARLOMAGNO.
ROLDAN.
OLIVEROS.
REINALDOS.
DURANDARTE.
FALERINA.
ARGALIA.
MARFISA.
FLOR DE LIS.
BRADAMANTE.
EL DELFIN CARLOTO.
JAQUES, *frances.*
MARSILIO.
ZULEMILLA, *moro.*
UN SALVAJE
DAMAS.
NINFAS.
MÚSICOS.
CABALLEROS.
SOLDADOS FRANCESES.
SOLDADOS MOROS.
GENTE.

La escena es en Trinacria (ó Sicilia).

JORNADA PRIMERA.

Montes y arboledas.

ESCENA PRIMERA.

Sale por un lado MARFISA, *vestida de mora, y por otro* LISIDANTE, *ambos con plumas y bengalas, hablando cada uno aparte, sin ver al otro.*

LISIDANTE.

¡Oh tú, de aquestos montes
Que el mar en desiguales horizontes
Une y desune, oráculo divino...

MARFISA.

¡Oh tú, destas montañas peregrino
Idolo humano, á cuyo docto anhelo
Es el abismo intérprete del cielo...

LISIDANTE.

Tú, que sabia la gran piromancía
Escribes en pirámides de fuego...

MARFISA.

Tú, que en el aire, á tus conjuros ciego,
Das á las aves la eteromancía...

LISIDANTE.

Tú, que en sepulcros la nigromancía
Ejecutas...

MARFISA.

Y en agua
La hidromancía, en quien sutil se fragua
Su asombro...

LISIDANTE.

En quien esmera su portento...

MARFISA.

El cielo...

LISIDANTE.

El mar...

MARFISA.

La tierra...

LISIDANTE.

El fuego...

MARFISA.

El viento!

LISIDANTE.

¡Tú, que á líneas divides
Los ámbitos del sol, que á dedos mides...

MARFISA.

¡Tú, que á rumbos las sombras de sus [huellas
Le pisas á la luna, y las estrellas
Cuentas una por una...

LISIDANTE.

Anticipada voz de la fortuna..

MARFISA.

Futuro vaticinio de la fama...

LOS DOS.

Mágica Falerina!

ESCENA II.

FALERINA, *vestida de pieles.*—MARFISA, LISIDANTE.

FALERINA.

¿Quién me llama?

LISIDANTE.

Quien, bien que en fe de un corazon [amante...

MARFISA.

Quien, bien que en fe de un ánimo cons- [tante...

LISIDANTE.

De tí á valerse, oh sabio asombro, viene.

MARFISA.

En tí, bello prodigio, hallar previene
La paz de sus sentidos.

FALERINA.

Para nadie piadosos mis oidos,
Galan jóven, hermosa dama, fuéron
De cuántos deste escollo trascendieron
Piélagos y montañas
Al duro corazon de sus entrañas,
Donde de amor la amenazada ira,
Quizá mas que mi estudio, me retira...
—Pero esto no es de aquí; y así, prosi- [go.—
Para nadie (otra vez y otras mil digo)
Mis oidos piadosos se mostraron,
De cuantos en mi busca penetraron
Esos peñascos, mas que para aquellos
(O remediallos sea, ó no temellos)
Cuyos estragos han de amor nacido:
Y pues mis sañas solo á este partido
Se dan, sepa quién sois; que daros qui- [ero
Mi favor. ¿Qué esperais?

LISIDANTE.

Que hable primero
Esa dama; que fuera infiel locura
Negar su prêminencia á la hermosura.

MARFISA.

Esa cortés licencia que os permito,
No por hermosa, por mujer la admito.
(*Va á retirarse Lisidante.*)
¿Adónde os retirais?

LISIDANTE.

A no escucharos;
Que si en fueros de amor llega á costaros
Vergüenza mi atencion, á ser vendria
Curiosidad, aun mas que cortesía.

MARFISA.

Oid, esperad, no os vais; que mis pasiones
Son tan mias, tan mias mis acciones,
Que podréis vos oirlas,
Supuesto..

LISIDANTE.

¿Qué?

MARFISA.

Que puedo yo decirlas.
Tan hija de la fortuna
Vi la luz desde el primero
Horóscopo de mi siempre
Triste, infausto nacimiento,
Que no conocí mis padres,
Ni aun otros los conocieron,
Segun (despues que ilustrado
En las escuelas del tiempo,
Empezó á dar el discurso
Leccion al entendimiento)
Me informaron las noticias
De los que solo supieron
De mí, ser un inconstante
Aborto del mar y el viento.
Un barco, pues, derrotado,
Sin vela, jarcia ni remo,
Supe que fué mi primera
Cuna, entregada al inquieto
Arbitrio de ondas y embates:
Tan infeliz desde luego,
Que ráfagas y bramidos
Del mar y del aire fuéron
Idioma de mis arrullos
Y frase de mis gorjeos.
Combatida de las ondas
Fluctuaba...—¡Oh no pequeño
Bien del mar, nacer un triste
Tan en las manos del riesgo,
Que sepa dél el sentido,
Y no sepa el sentimiento!
—Combatida de las ondas
Fluctuaba, á decir vuelvo,
Cuando, de unos pescadores
Socorrida, me trajeron
A la orilla en tan felice
Ocasion, que en sus desiertos
Aglante, rey africano,
Andaba á caza; y oyendo
El no prevenido acaso
De tomar á sus piés puerto
Tan contrastada inocencia,
Que se hallaba en un momento
Sin saberlo, desdichada,
Y dichosa sin saberlo;
Me llevó á su corte, adonde
Me crió. Quédese esto

Aquí por ahora, y vamos
A otra cosa, miéntras crezco.
Este dia (ó ya que no
Este, pocos mas ó ménos)
Trajeron al Rey, por rara
Maravilla, sus monteros
Una parida leona,
Que encontraron en lo espeso
Del bosque, abrigando entre otros
Cachorros suyos un bello
Infante, á quien como á hijo
Alimentaba á sus pechos.
Temiendo que peligrase
Humana vida entre ellos
El dia que mas crecidos
Quisiesen cobrar soberbios
En su alimento lo que él
Les quitó de su alimento,
Le pusieron tales lazos,
Que sin peligro pudieron
Robársele; mas fué tal
De la fiera el sentimiento,
Que rotas redes y lazos,
Los siguió á la corte, haciendo
Con domesticado instinto
Tan cariñosos extremos,
Que el Rey, conmovido aun mas
Que á la piedad al portento,
Curiosamente, no sé
Si diga piadoso ó fiero,
Mandó que los otros hijos
La trajesen, y á un pequeño
Albergue los retirasen
Con el infante, poniendo
A mí por el *mar*, *Marfisa*
En nombre, y á él, por los fieros
Rugidos de la leona
El dia que le echó ménos,
Ruger; de suerte, que iguales
En hados y en nacimientos,
En influjos, en destinos,
En fortunas y sucesos,
Ambos nos criamos juntos;
Y como dice el proverbio,
Amor en nuestras niñeces
(Para seguir el concepto)
Hirió nuestros corazones;
Pero no prosigo el verso,
Con arpones diferentes,
Pues fué el arpon uno mesmo;
Bien que templado en tan dulce
Yerba, en tan blando veneno,
Que confesándole amor,
No sé qué linaje nuevo
De amor le confiese, pues
Entre cariño y respeto,
Era amor sin esperanza,
Esperanza sin deseo,
Deseo sin presuncion,
Y presuncion sin afecto
De mas que amar por amar:
Tanto que asegurar puedo
(Porque no se alabe el gusto,
Que hubo interes de por medio)
Que amándole para todo,
Para esposo le aborrezco.
En esta confrontacion
De estrellas crecimos, siendo
Mi ocupacion la asistencia
De Argalía (asombro bello,
Sobre un espíritu altivo,
De la beldad y el ingenio),
Hija de Aglante; y la suya,
La del militar manejo
De las armas, en que iguales
Tambien corrimos un mesmo
Rumbo, pues yo merecí
De Argalía el valimiento,
Y él el de Aglante en las lides
Que poco ántes se movieron
Entre él y Cárlos de Francia;
Mas ¿qué mucho, si su esfuerzo
Mereció regir sus tropas
Con el claro nombre excelso
De Paladin Africano,
En oposicion de aquellos
Que con Cárlos en la mesa
Redonda tienen asiento?
Pero como en la fortuna
No hay punto fijo, pues vemos
De un instante á otro mudar
La serenidad en ceños;
Quiso, cansada de haber
Contra sus estilos hecho
De un desdichado un dichoso
Sin hacer al mismo tiempo
De un dichoso un desdichado,
Que en un atacado encuentro,
Muerto el caballo, quedase
De las armas prisionero
De Francia: á cuya ocasion,
Uno y otro rey atentos
A sus razones de Estado,
Trataron treguas, viniendo
A una suspension de armas:
En cuyo espacio, no habiendo
Plática de un campo á otro,
No se han tratado los medios
De su rescate ó su canje:
Su rescate, porque precio
No hay á Rugero en el mundo;
Y su canje, porque preso
Tampoco hay en él de igual
Suposicion: con que habiendo
La tregua cumplido el plazo,
Y en él faltado [1] el rey nuestro,
Vuelve Francia á la campaña,
No sin vanidad, creyendo
Que por quedar Argalía
Heredera de su reino,
Será fácil la victoria,
Sin atender que no ménos
Belicosa ella que Aglante,
Sabrá salirle al encuentro.
Dígalo el que, persuadida
De su generoso aliento,
Pasar á Trinacria quiso,
Donde en los ocultos senos
De los campos de Agramante
(Que han sido el alojamiento
Y cuartel de sus armadas
Huestes) vean que no ha hecho
Falta Marte donde queda
Pálas para su gobierno.
Embarcóse pues, y apénas,
Sacra emulacion de Vénus,
La vió el mar en sus espumas,
Cuando dudando ó creyendo
Que era que iba á litigar
De la hermosura el imperio,
En favor de su deidad
Amotinó su elemento,
Tan sañudamente airado,
Tan airadamente fiero,
Que en los campos de cristal,
Gigantes Flegras de hielo,
Se vieron en un instante
Montes sobre montes puestos.
Tal vez vimos su fanal
Estrella del firmamento,
Tal, pavesa del abismo:
Hasta que piadoso el cielo
Quiso que el pardo celaje
Deste obelisco soberbio,
Que entre Caribdis y Scila
Se deja descollar, siendo
Nuestro norte y nuestra aguja,
Nos diese prestado puerto,
En tanto que no serene
Las arrugas de su ceño
El enojado Neptuno.
Y siendo así, que sabiendo
Antes de ahora de la fama,
Y ahora de los groseros
Moradores deste escollo,
Ser tu albergue, á verte vengo
Desmandada de las tropas,
Por si pudiese mi ruego
Obligarte á que me digas,
Hermoso, sabio portento,
Si Rugero muere ó vive,
Qué modo de tratamiento
Ha tenido en la prision,
Si está afligido ó contento,
Y en fin, si de mí se acuerda,
Y qué caminos, qué medios
Pondré á su libertad; pues
No dudo, con tu consejo
Y mi fineza, que sean
En los anales del tiempo
Prodigiosas las fortunas
De Marfisa y de Rugero.

FALERINA. (*A Marfisa.*)

Antes que á tí te responda, —
Prosigue tú, por si puedo, (*A Lisidante.*)
Habiendo escuchado á entrambos,
A entrambos satisfaceros.

LISIDANTE.

Lisidante de Asia, hijo
De Menodante, supremo
Soldan, soy: mi heróico padre,
De Cárlos parcial, sabiendo
Que con Aglante rompia
La guerra, entre otros opuestos
Que auxiliares le dispuso,
Quiso que fuese el no ménos
Estimable mi persona,
Revalidando los fueros
A la jurada alianza
Conmigo de amigo y deudo.
Honróme Cárlos, sentóme
A su mesa, con que excelso
Par de Francia me juró:
Si le pagué ó no igual premio,
La fama lo diga, en cuantas
Ocasiones se ofrecieron
Hasta la firmada tregua,
En cuyo ocioso intermedio
No fué para mí la corte
Campaña de ménos riesgo
Que la de Agramante, pues
Pasó tan de extremo á extremo
La distancia de una á otra,
Cuanto va de vivo á muerto,
De vencedor á vencido,
Y de libre á prisionero.
Bradamante de Arles, hija
De sus duques, fué el objeto
En quien lidiaron mis ansias
Aquel repetido duelo
A que siempre están rendidos
Amor y aborrecimiento;
Pero como la hermosura,
Potentada de su imperio,
Labra contra sí las armas
De su desden (pues es cierto
Que da armas contra sí
La que desdeñosa al mesmo
Que escasea los favores,
Crece los merecimientos);
No escaseando la costa
De ansias, penas y desvelos,
Siendo gala en ella usarlos,
Y gala en mí padecerlos;
Duraba, no en mi esperanza,
Sino en mi dolor, á tiempo
Que despedidas las tropas
A causa de los pretextos
De la tregua, me fué fuerza
Volver á mi patrio centro.
¿Quién crerá que hubo quien vuelve
A vivir en él violento?
Si el que mas favorecido

[1] Fallecido.

Se ausenta, peligra, puesto
Que ausencia es muerte de amor,
¿Qué peligrará el que, ajeno
De favor, se ausenta? Bien
Que le aventaja el consuelo
De no perder la ventura
Que no tuvo: con que creo
Que ausente y aborrecido,
Llegué á vivir mas contento,
Que favorecido, ausente
Viviera; pues por lo ménos
Es sin aquel sobresalto,
Aquel recato, aquel miedo
De que tengo de perder
La esperanza que no tengo.
Hasta aquí fué fuerza darte
Cuenta de mis sentimientos;
Mas ya desde aquí será
Prolija relacion, puesto
Que desde aquí son tan unos
De Marfisa los sucesos
Y los mios, que el contarlos
No importa para saberlos.
La misma cumplida tregua
Que á ella trae en seguimiento
De Argalía, es la que á mí
Me trae al pasado empeño;
Bien que ahora forzado mas
Del amor, que del esfuerzo.
El temporal mismo que á ella
Trajo á abrigar á este puerto,
Me trajo á mí. El mismo informe
De habitar tú estos desiertos,
Que á ella la obliga, me obliga
Tambien á buscarte; y siendo
Así que lo que ella dijo
Y yo dijera, es lo mesmo,
Séalo tambien saber
Si en esta ausencia otro afecto
Supo servirla mejor;
Y ya que á sus ojos vuelvo,
Qué género de agasajos,
Qué especie de rendimientos,
Qué linaje de finezas
En su servicio hacer puedo,
Que mas la obliguen; y en fin,
Si por acaso ó por yerro,
Albajas de desdichados
A Bradamante la debo,
Ya que no para favores,
Memorias para desprecios.

FALERINA.

Ya os dije que de amorosas
Fortunas me compadezco,
Y aun di á entender que tenia
Altas causas para hacerlo.
Y no habiendo de salir
Aquestas jamas del pecho,
Porque, gusanos del alma,
Se han de morir acá dentro;
Sus afectos salgan: no
Diga amor que le reservo,
Avarienta de sus triunfos,
Las causas y los efectos.
Y así, obediente á los dos,
Y á mí obedientes aquellos
Espíritus, que he heredado
De Merlin, padre y maestro,
Cuyo cadáver, aunque
Yace en los campos amenos
De Agramante, desde aquí
Me escucha; rasgue sus senos
Este risco, y en sus duras
Entrañas, desculwa dentro
De su pavoroso espacio,
De Bradamante y Rugero
La accion en que ahora se hallan
Entrambos.

(*Dentro ruido de terremoto.*)

LA VOZ DE MERLIN. (*Dentro.*)

Ya te obedezco.

LISIDANTE.

¡Qué asombro!

MARFISA.

¡Qué confusion!

ESCENA III.

Aparece el salon de un palacio, en el cual se ven sentados en sillas CARLOMAGNO, CARLOTO *y* FLOR DE LIS; *luego, por una banda y otra*, ROLDAN, REINALDOS, DURANDARTE, OLIVEROS, DAMAS Y CABALLEROS: *ellas sentadas en almohadas, y ellos hincada la rodilla; la primera, al lado derecho, es* BRADAMANTE *con* RUGERO, *y los* MÚSICOS *están detras de todos, en ala.*—FALERINA, MARFISA, LISIDANTE.

FALERINA.

¿Qué veis?

LISIDANTE.

El salon excelso
Del gran palacio de Cárlos,
Que de gala y de festejo,
Como suele en reales bodas
Está, lugares teniendo
Los galanes con las damas,
De cuyos altos sugetos,
Despues de Cárlos, Carloto
Y Flor de Lis, al derecho
Lado sigue Bradamante,
Con quien está un caballero,
A quien solamente no
Conozco de todos ellos;
Bien que de verle tal vez,
Como entre sombras, me acuerdo.

MARFISA.

Si es que á contraria razon
Valer suele el argumento,
El que desconoces tú,
El que conozco es, supuesto
Que el que con la primer dama
Está en lugar, es Rugero;
Bien que yo tambien debiera
Desconocerle, si atiendo
Que, del africano traje
El noble adorno depuesto,
La francesa moda viste.

LISIDANTE.

¿No nos dirás á qué efecto
Es el festin?

MARFISA.

¿Y á qué causa,
Cuando le juzgaba preso,
Triste y afligido, está
Tan alegre, tan contento
Y tan hallado en Paris?

LOS DOS.

¿No nos respondes?

FALERINA.

No puedo;
Que si habeis visto vosotros
Vuestras desdichas, no ménos
He visto yo mis desdichas;
Y pues que suspensa quedo
Mas que vosotros, de mí
No hay que esperar el saberlo;
Pues mejor os lo dirá
Su gozo que mi tormento,
Cuando pasando al oido
De los ojos el portento,
A las músicas de allá
Repitan aquí los ecos...

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Reinando en Francia Cárlos el primero,
Y entrando á esposo sin salir de amante,
Así al lado feliz de Bradamante,
Vencido de su amor, dijo Rugero.

RUGERO.

Ya, Magno Cárlos, ya, invicto,
Heróico Delfin excelso,
Soberana Flor de Lis,
Bellas damas, caballeros
Ilustres, que mi fortuna,
Mejorando á un mismo tiempo
De religion y de estado,
Mereció, sin merecerlo,
De prisionero de Marte,
Pasarme á ser prisionero
De Amor, en la esclavitud
Del mas soberano dueño,
Que sin hierros que dorar,
Doró á mi prision los hierros;
Dadme licencia á que empiece
Yo el festin.

CARLOS.

Si consiguiendo
De paladin africano
Antes el renombre eterno,
El de frances paladin
Hoy conseguis, y el empleo
De mi sobrina, ¿quién puede
Competiros ese puesto?

RUGERO.

Con esa licencia, bien
Humildemente soberbio
Y soberbiamente humilde,
Decir podré, á sus piés puesto...

(*Saca á danzar á Bradamante.*)

ÉL Y MÚSICOS.

Reverencia os hace el alma,
Gloria de mi pensamiento...

BRADAMANTE.

Si dispensara el decoro
Osadías al respeto,
Y hubiera de hablar la voz
Donde ha de hablar el silencio,
Tambien os dijera yo
Que os veneraba mi afecto...

ELLA Y MÚSICOS.

Por ídolo de su altar,
Por imágen de su templo.

(*Danzan todos.*)

RUGERO.

No excediérades, señora,
Los límites á que atento
Ha de vivir el recato,
Quando lo dijerais, puesto
Que pagarais una fe
Verdadera; pues yo, es cierto...

ÉL Y MÚSICOS.

Por vos, francesa gallarda,
La fe verdadera tengo.

(*Culebrilla.*)

BRADAMANTE.

No deslucir la fineza,
Con no conocerla, quiero;
Sino ántes agradecida
Estimaros que de extremo
A extremo paseis, el dia
Que á esposo pasais, de preso.

ELLA Y MÚSICOS.

Y de caballero moro,
Sois cristiano caballero.

RUGERO.

Vos, hermosa Flor de Lis,
No tengais á atrevimiento
El suplicaros, honreis
De mis bodas el festejo;
Pues para que á danzar saque
Al mas divino sugeto...

ÉL Y MÚSICOS.

Licencia ha dado el Amor,
Que pueda un aventurero.

BRADAMANTE. (*A Carloto.*)
Vos, príncipe generoso,
No por mí, mas por vos mesmo
El festin honrad, y sea
Vuestro el agradecimiento;
Que darle á un gallardo jóven
Ocasion de parecerlo,
Ya es lisonja, porque es darle
Causa á que pueda discreto...

ELLA Y MÚSICOS.
En el sarao á su dama
Decirla su pensamiento.

FLOR.
Cuando por mi prima no
Tuviera razon de hacerlo,
Por vos, Rugero, saliera,
Pues desde hoy el honor vuestro
A cuenta corre de todos.

CARLOTO.
Y á la mia obedeceros,
No por mi interes, sinó
Por vuestro gusto, creyendo
Que mayores obediencias
Intentaran mis deseos...

ÉL Y MÚSICOS.
Si quisiérades, señora,
Que por el servicio vuestro.
(*Danse las manos.*)

DAMA 1.ª
Ya, los príncipes en pié,
Todos estarlo debemos.

ROLDAN. (*Por de dentro.*)
Mas quisiera mi valor
(Para llegar á deberos
Algun agrado, señora, (*A una dama.*)
Merecido del esfuerzo
Y no de la gala) que hoy
Al son de otros instrumentos...

ÉL Y MÚSICOS.
En la plaza de Paris
Se celebrase un torneo.

REINALDOS.
No le pesara á mi fama,
Pues cuando suceda el verlo...

ÉL Y MÚSICOS.
Yo seré el mantenedor,
Y sustentaré que puedo,
Atento á vuestros desdenes,
Merecer no merecerlos.

DAMA 2.ª
La desconfianza estimo.

RUGERO.
Mayor hiciera el empeño
Yo entónces, pues sustentara
Que soy solo el que merezco...

ÉL Y MÚSICOS.
Tener el cielo en mis brazos,
Despues que fuisteis mi cielo.

DURANDARTE.
Para cuando se disponga
Trocar el sarao en duelo...
(*Tres cruzados.*)

ÉL Y MÚSICOS.
Dadme vos vuestros colores,
Y veréis qué galan entro.
(*Hacen corros.*)

DAMA 3.ª
Las que hoy al rostro me salen
Como asentara primero
Una condicion.

DAMA 4.ª
¿Qué fuera?

OLIVEROS.
Que me deis cuantos diversos
Matices significaron
Ansias, penas y tormentos...

ÉL Y MÚSICOS.
Como no me deis azul,
Porque significa celos.
(*Cara á cara.*)

LAS DAMAS.
A esa condicion á todas
Nos tocará responderos.

LOS CABALLEROS. (*Por defuera.*)
Y á todos el preguntaros
¿Cómo?

LAS DAMAS.
Como el satisfecho..:

ELLAS Y MÚSICOS.
Galan que sin celos ama,
O no quiere bien, ó es necio.

LOS CABALLEROS.
¿Por qué se debe culpar
Desear vivir sin ellos?
(*Paradetas.*)

ELLAS Y MÚSICOS.
Porque la desconfianza
Es madre de los discretos.
(*Suenan dentro cajas y trompetas.*)

ESCENA IV.

GENTE, *dentro.* — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!

UNOS.
¡Qué horror!

OTROS.
¡Qué asombro!

CÁRLOS.
¿Qué estruendo
Es este?

ROLDAN.
Hácia el campo es
De Agramante.

CÁRLOS.
Acudid presto
Todos, y queden por hoy
Festin y boda suspensos.

TODOS.
Vamos todos.

GENTE. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! (*Tocan.*)

RUGERO.
Aunque la dilacion siento
De mi dicha, mi valor
Quizá agradece el empeño,
Por darme un mérito mas.

BRADAMANTE.
No sea ventura ménos.
(*Vanse todos. Tocan dentro las cajas y las trompetas.*)

GENTE. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!
(*Desaparece el salon.*)

ESCENA V.

FALERINA, MARFISA, LISIDANTE.

LISIDANTE.
Bello prodigio, ¿qué es esto?

MARFISA.
¿Qué es esto, divino asombro?

FALERINA.
Esto es vengar vuestros celos
(*Ap.* Mejor dijera los mios),
Espíritus infundiendo
En Marsilio, que es quien hoy
Desde que fué Aglante muerto,
Hasta que llegue Argalía
Tiene el militar gobierno
De las tropas africanas;
Solicitando con eso
Que se suspendan las bodas,
Para que ambos tengais tiempo
De llegar quizá á impedirlas.

LISIDANTE.
¡Cuánto el favor te agradezco!

MARFISA.
¡Cuánto el amparo te estimo!

FALERINA. (*Ap.*)
¡Ay! que no sabeis que tengo
Mas causas para estorbarlas
Yo que vosotros, pues fieros
Mis hados dieron conmigo,
Cuando iba á buscar los vuestros.

ESCENA VI.

ARGALIA, SOLDADOS. — DICHOS.

ARGALÍA. (*Dentro.*)
¡Marfisa!

MARFISA.
Esta es Argalia,
Que viene en mi seguimiento.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Lisidante!

LISIDANTE.
Y los soldados,
Que á mí me buscan, son estos.

FALERINA.
Pues que ya, sereno el mar,
Podeis surcarle, al encuentro
Cada uno á su gente salga:
No á mí me vean.

LISIDANTE.
¡Voy muerto...

MARFISA.
¡Confusa voy...

LISIDANTE.
De haber visto
En los brazos de otro dueño
A Bradamante! (*Vase.*)

MARFISA.
De haber
Visto el rostro á sentimientos,
Que no pensé tener nunca! (*Vase.*)

ESCENA VII.

FALERINA.

Tampoco pensé tenerlos
Yo jamas, y me han venido
A buscar donde mas léjos
Dellos pensaba ocultarme.
¿Quién creerá que mis agüeros,
Para hallarlos como proprios,
Los buscase como ajenos?
Mas ¡ay! que cuantos caminos
Intenta el arbitrio nuestro
Para apartar el influjo,
Tantos son precisos medios
De adelantarle los pasos.
Dígalo el infausto sueño
En que vi un gallardo jóven
Que ensangrentaba en mi pecho
El dorado arpon de aguda
Flecha, y escapaba huyendo,

Tras quien yo despavorida
Intenté correr, á tiempo
Que á las temerosas voces
De mi mal cobrado aliento,
En los brazos de mi padre
Despierta me hallé, que oyendo
La aprension del sueño, dijo:
«¡Nunca ese galan mancebo
Llegues á ver, plegue al hado!
Pues ese dia los ceños
Conjurarás contra tí
Del amor y de los celos,
En que solo ¡desdichada!
Te amenazan los soberbios
Hados en la esclavitud
De su mas tirano imperio.
Si quieres asegurarlos
(Pues dicen que tiene el cuerdo
En las estrellas dominio),
Huye á los montes soberbios;
Que en ellos no te hallará,
Si no le buscas tú en ellos:
Y mas miéntras dure el pacto
Que comprometido tengo
En Malgesí, y no descubra
Cierta lámina un secreto.»
Tan fija con el asombro,
Con el horror, con el miedo,
Se grabó en mi fantasía
Su imágen, que al ver (¡ay cielos!)
Hoy á Rugero, jurara
Estar otra vez durmiendo.
Y pues no me bastó (¡ay triste!)
Venir á este risco huyendo,
Para que, sin que él me busque
Le busque yo, hallando el riesgo
Tan no imaginadas sendas
De ejecutar sus decretos;
Suelte la rienda al destino,
Y corra tras él, haciendo
(Ya que el verle tan gallardo
Y de dos damas á un tiempo
Tan querido, es torcedor
De tan contrario veneno,
Que entrando á matar en pasmo,
Viene á acabar en incendio)
Que pues los mios perdí,
No consigan sus deseos,
Ni una en amorosos lazos,
Ni otra en amantes afectos.
Y así, valida de mí,
Pues yo á mí me basto, tengo
De ver si... Pero mejor
Será que lo diga el tiempo,
Cuando sol, luna y estrellas,
Aire, agua, tierra, fuego,
Hombres, aves, peces, fieras,
Montes, valles, cumbres, puertos,
Hados, influjos, destinos,
Vean que á todos opuesto
El valor de Falerina,
En fieros airados ceños
Envuelto, en rígida saña,
Sabe turbar á portentos
El amor de Bradamante,
De Marfisa y de Rugero. (*Vase.*)

—

Campo de Agramante, y en él una gruta y una torre.

—

ESCENA VIII.

Tocan al arma, y salen por una parte ZULEMILLA, *y por otra* JAQUES, *ridículamente armados.* SOLDADOS, *dentro.*

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!

JÁQUES.
¿Adónde podré ocultarme...

ZULEMILLA.
¿Dónde esconderme podré...

JÁQUES.
Miéntras la batalla pase...

ZULEMILLA.
Miéntras durar el batalla...

JÁQUES.
Que las iras no me alcancen...

ZULEMILLA.
Que no me alcanzar el furias...

JÁQUES.
Destos morillos infames...

ZULEMILLA.
Destos fames crestianillos...

JÁQUES.
Que embisten como unos canes?

ZULEMILLA.
Que terar como unos berros?

JÁQUES.
Pero allí la boca abre...

ZULEMILLA.
Pero hácia allí abrir el boca...

JÁQUES.
Una gruta, á quien mi hambre
Está diciendo: «comedme».

ZULEMILLA.
Un cueva, que estar bastante
Para me tragar.

JÁQUES.
En ella
Me esconda.

ZULEMILLA.
En ella me ampare.

(*Al entrar los dos, se ven, y tienen miedo uno de otro.*)

JÁQUES. (*Ap.*)
Mas ¡ay! que viene tras mí...

ZULEMILLA. (*Ap.*)
Mas ¡ay! que venir mi alcance...

JÁQUES. (*Ap.*)
Un morillo como un monte.

ZULEMILLA. (*Ap.*)
Un frances como un gegante.

JÁQUES.
Señor moro, buen cuartel.

ZULEMILLA.
Monsiur bugre, bon pasaje.

JÁQUES. (*Ap.*)
¡Vive el cielo, que me teme!

ZULEMILLA. (*Ap.*)
¡Por Mahoma, que temblarme!

JÁQUES.
Háblame claro, morillo.

ZULEMILLA.
Crestianilio, claro hablalde.

JÁQUES.
¿Eres por dicha gallina...

ZULEMILLA.
¿Estar acaso cobarde...

JÁQUES.
Que aquí vienes á esconderte?

ZULEMILLA.
Que aquí venir á ocultarte?

JÁQUES.
Si tú me dices que sí,
Yo diré que sí al instante.

ZULEMILLA.
¿Para qué decirlo el voz,
Si el temor decirlo ántes?

JÁQUES.
Pues cállate tú, y callemos.

ZULEMILLA.
Pues caliemus tú, y calialde.

JÁQUES.
Y á escondernos...

ZULEMILLA.
Y á ocultarnos...

JÁQUES.
Donde el furor no nos halle.

ZULEMILLA.
Donde Marte no poder
Nos pegar con la del mártes.

JÁQUES.
Pase usted, señor morillo...

ZULEMILLA.
Seor crestianilio, osted pase...

LOS DOS.
Que sin capitulaciones
Firman dos gallinas paces. (*Vanse.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡guerra, guerra!

ESCENA IX.

ROLDAN, OLIVEROS, DURANDARTE, REINALDOS, RUGERO Y SOLDADOS; CARLOMAGNO, *deteniéndolos.*

CÁRLOS.
No les sigais el alcance,
Supuesto que se retiran,
Y que ya la noche esparce
Sus sombras; que puede ser
Que con la fuga nos llamen,
Y que siendo aquestos montes,
Como son, tan formidables,
Sea ardid, y que en alguna
Emboscada nos aguarden;
Que el recato en la milicia
Siempre fué accion importante,
Y es pensar lo que yo hiciera,
Prevenir lo que ellos hacen.
Y así, á retirar, amigos;
Que mañana en los celajes
Primeros del alba, espero
En sus cuarteles pagarles
La visita: no se diga
Que vinieron á buscarme,
Y no fuí á buscarlos yo.

TODOS.
A retirar toca.

(*Caja y clarin.*)

ESCENA X.

LISIDANTE. — DICHOS.

LISIDANTE.
Dame
Tus piés, pues soy tan dichoso
Que al primer paso te halle
En estos montes, que el mar
Repetidamente bate,
Donde pudo mi fortuna
Tomar tierra.

CÁRLOS.
Lisidante,
¿Qué venida es esta?

LISIDANTE.
Habiendo
Sabido que ya se acabe

La tregua, vuelvo al honor
De ser tu soldado, y darte
Noticias de que Argalía
Casi en el mismo paraje,
Desde Scila, en que corrimos
Unos mismos temporales,
Viene á reclutar sus tropas,
Tan altiva y arrogante,
Que es en valor y hermosura
Hija de Vénus y Marte.

CÁRLOS.

Eso habrá mas que vencer.
Llegad á todos, y dadles
Los brazos, pues todos son
En fineza semejante
Interesados, teniendo
Vuestro esfuerzo de su parte.

LISIDANTE.

Roldan invicto, famoso
Oliveros, Durandarte,
Reinaldos, dadme los brazos.

ROLDAN.

Seais muy bien venido.

OLIVEROS.

Edades
Eternas vivais.

DURANDARTE.

Los cielos
Con bien os traigan.

REINALDOS.

Y os guarden.

RUGERO.

Aunque á mí, al lado del César,
Vuestras noticias me extrañen,
Por las que yo de vos tengo,
No daré ventaja á nadie
En ser vuestro servidor.

CÁRLOS.

Rugero ya de los pares
Es uno mas: general
Del ejército de Aglante
Fué, á quien prisionero vos
En esa torre dejasteis...

LISIDANTE.

Ahora reparo en él.

CÁRLOS.

Que de los duques de Arles,
Antiguos alcaides suyos,
Es heredado homenaje;
Y á quien han sacado della
Dos venturas, y tan grandes,
Como ser paladin mio
Y esposo de Bradamante.

LISIDANTE.

Uno y otro parabien
Os doy. (*Ap.* ¿Que yo (¡ay de mí!) abrace
A mi enemigo, sin que
Entre mis brazos le mate?)

RUGERO

Siempre me tendréis por vuestro.

CÁRLOS.

Los acentos militares
A retirar toquen. Pero
(*Suenan cajas y trompetas.*)
¿A quien nueva salva hacen
Los militares estruendos,
De cláusulas llenando el aire vano?

ESCENA XI.

CARLOTO, FLOR DE LIS, BRADAMANTE, DAMAS. — DICHOS.

CARLOTO.

Permíteme tus piés...

FLOR.

Dame tu mano.

CÁRLOS.

¡Delfin! ¡Flor de Lis bella!
Pues ¿qué venida es esta?

FLOR.

De mi estrella
El influjo seguir, con la disculpa
De que nunca el valor pudo ser culpa.
Corriendo ya la voz de que venia
A gobernar su ejército Argalía,
No es justo que blasone
Una mujer que á tu poder se opone,
Sin que otra mujer sea
La que á tus piés sus altiveces vea,
No ménos que ella heróicamente ufana.

CARLOTO.

Ya por los dos te respondió mi hermana,
Porque tampoco fuera
Justo quedarme yo, sin que viniera,
Señor, á acompañarla.

BRADAMANTE.

Con que no ménos disculpado se halla
El generoso espíritu de cuantas
A su ejemplo, llegamos á tus plantas,
Trocando el lisonjero
Espejo de cristal al del acero.

CÁRLOS.

El amor la fineza os agradece,
Mas no el temor, que por instantes crece
Al veros en campaña.
Pero al fin, sois mis hijos, y no extraña
Vuestro heróico valor mi fama altiva.
Venid.

UNOS.

¡Viva el Delfin!

OTROS.

¡Flor de Lis viva!

(*Vanse al son de cajas y trompetas Carlomagno sus hijos, los paladines, soldados y damas.*)

LISIDANTE. (*Ap.*)

¡Ah tirana! Los cielos
Tiempo me dén en que vengar mis celos.
(*Vase.*)

ESCENA XII.

RUGERO, BRADAMANTE; *despues*, FALERINA.

RUGERO.

¡Ay bella Bradamante!
¿Quién crërá que el amor, que fué bastante
Tal vez algun cobarde á hacer valiente,
Al contrario hoy en mí trocar intente
Extremos?

BRADAMANTE.

¿Cómo?

RUGERO.

Como mi despecho
Tiembla al saber que tú vas en mi pecho,
Y por guardarte, temo...

BRADAMANTE.

No tienes qué, pues á contrario extremo,
Si en tí fallece, en mí se aumenta el brio,
Al conocer que tú vas en el mio.
Y despues de aquel dia, que en la torre
De mi antiguo homenaje te ví, corre
El amor nuestro una fortuna. Vamos
Donde juntos vivamos ó muramos.
(*Vanse.*)

FALERINA. (*Dentro.*)

Eso será mas cierto,
Si á ese fin tomo en vuestros montes puerto.
Sobre aquesta oscura cueva,
Que oculta el yerto cadáver
De Merlin, llegue esta noche
El encanto á fabricarse
Del *Jardin de Falerina.*

—

Está ya oscuro.

ESCENA XIII.

ZULEMILLA, JAQUES.

JÁQUES.

Camarada, ¡qué de lance
Me dió el miedo!

ZULEMILLA.

Cumorada,
¿Que darme el tamor de balde?

JÁQUES.

¿Dónde estás?

ZULEMILLA.

Alá saber.
¿Dónde estár tú?

JÁQUES.

Aunque me halles,
No me hallarás; que no estoy
En mí, pues desde el instante
Que entramos en esta cueva,
Y vimos que solo guarde
Un sepulcro, pienso que
Me fuí á huir á otra parte.

ZULEMILLA.

El mesmo á mí soceder,
E mas, si añadir el grande
Romor con que el noche el paso
Cerrar con oscoridades.
(*Tropiézanse los dos.*)
Mas ¡ay triste Zulemilla!

JÁQUES.

Mas ¡ay desdichado Jáques!

ZULEMILLA.

¿Qué estar eso?

JÁQUES.

¿Qué sé yo?
Pero algun dragon me ase,
Segun que las garras tiene.

ZULEMILLA.

A mé algun lobo rapante,
Segun que tener el presas.

JÁQUES.

Señor dragon, no me trague,
Porque aunque gallina soy,
No soy buen gigote de ave.

ZULEMILLA.

Ni mé estar bon alcuzcúz,
Aunque tener calbezate.

JÁQUES.

Mas ¡qué miro!

ZULEMILLA.

¡Que el primera
Luz del sol nos desengañe!

JÁQUES.

¡Zulemilla!

ZULEMILLA.

¡Jaquecillos!

JÁQUES.
¿Tú eres?
ZULEMILLA.
¿Ser tú?
JÁQUES.
Que te abrace,
Deja en albricias.
ZULEMILLA.
Mé y todo.
(*Al abrazarse, sale un Salvaje, que se pone en medio, y abraza á los dos.*)

ESCENA XIV.

UN SALVAJE.— JAQUES, ZULEMILLA.

SALVAJE.
Eso ha de ser á mí ántes.
JÁQUES.
¡San Jaco!
ZULEMILLA.
¡San Zancarron!
¿Quién ser vos, que nos despartes?
JÁQUES.
¿Quién puede entre dos amigos
Meterse, sino un salvaje?
SALVAJE.
Miserables hombrecillos...
JÁQUES.
Conmigo no habla, que ántes
Soy en esta ocasion un
Perdido, que un miserable.
ZULEMILLA.
Con mé sí, pues que no dar
Por mi vida cuatro reales.
SALVAJE.
¿Cómo á entrar os atrevisteis,
Cómo penetrar osasteis
Deste encantado palacio
Los reservados umbrales?
JÁQUES.
¿Qué palacio es una cueva? [gante.)
(*Ap. á Zulemilla.* Borracho está este gi-
ZULEMILLA.
¿Qué gegante no lo estar?
Y si no él, el que le trae.
SALVAJE.
El que veréis, en abriendo
Esas puertas de diamante,
Que está dentro de la cueva.
(*Ap.* Esto es llevar á encerrarles;
Porque estando los jardines
Sobre ella, no es bien que paseen
Por ellos, y lo que vieren,
Lo puedan decir á nadie.)
Entrad pues, porque llegueis
A besar las plantas reales
De su reina Falerina,
Y ver qué castigo os mande
Dar, por estar aquí dentro.
ZULEMILLA.
¿Dónde estar el majestades
De la reina bailarina?
SALVAJE.
Allá lo veréis.
JÁQUES.
Agrajes,
No digas mas.
SALVAJE.
Entrad presto,
Si no quereis que os arrastre.
LOS DOS. (*Ap.*)
¿Quién vió mas pena, que estar
A obediencias de un salvaje?

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Salen por una parte, mirando á lo léjos, algunos SOLDADOS MOROS, *y detras* MARSILIO, MARFISA Y ARGALIA; *y por la otra,* CARLOMAGNO, CARLOTO, FLOR DE LIS, BRADAMANTE, LISIDANTE, RUGERO, *los cuatro* PALADINES, Y SOLDADOS FRANCESES.

ARGALÍA.
Ya que la primera luz
Del sol sus rayos esparce...
CÁRLOS.
Ya que el alba rompe el velo
De sus primeros celajes...
ARGALÍA.
Y en buena ordenanza, Cárlos
Manda que su campo marche
Al nuestro, porque sin duda
Que le gobierno no sabe,
Pues no le he puesto en temor...
CÁRLOS.
Y el africano arrogante,
Quizá en la fe de Argalía,
Al opósito nos sale...
ARGALÍA.
No hay que esperar: las primeras
Tropas de vanguardia avancen.
CÁRLOS.
No hay que perder la ocasion.
UNOS.
Brame el bronce.
OTROS.
Gima el parche.
TODOS.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
(*Dase la batalla, y éntranse peleando.*)
MARFISA.
¡Oh quiera el cielo que halle
En la batalla á Rugero!
Y para que no recate
Entrar en duelo conmigo,
Destos tupidos cendales
Tengo de cubrir el rostro.
(*Cúbrese con un velo el rostro, y vase.*)
LISIDANTE.
¡Oh si la ocasion hallase
De dar á Rugero muerte! (*Vase.*)
RUGERO.
De tu vida, Bradamante,
Mi pecho será el escudo. (*Vase.*)
BRADAMANTE.
Del tuyo, paves mi imágen. (*Vase.*)
SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

ESCENA II.

ARGALIA Y FLOR DE LIS, *por lados opuestos;* SOLDADOS.

FLOR.
Ya que en lid los campos arden,
¡Ah si fuese tan dichosa
Mi suerte, que me encontrase
Con ella! — ¡Argalía! — ¡Argalía!
(*Voceando.*)
ARGALÍA.
El nombre acudir me hace
Donde me llaman. ¿Quién eres,
Que de tu riesgo ignorante,
A mí me buscas?
FLOR.
Porqué
Solo con la voz te espante,
Y ántes que con el acero
Con el sonido te mate,
Flor de Lis soy yo.
ARGALÍA.
¡Ay de tí
Infelice! que no sabes
Que la espada de Argalía
Templada está en yerbas tales,
Que á sus golpes derribó
Cuanto se puso delante.
Muere á mis manos.
(*Riñen, y cae Flor de Lis.*)
FLOR.
¡Ay triste!
ARGALÍA.
¡Soldados!

ESCENA III.

MARSILIO, SOLDADOS MOROS. — FLOR DE LIS, ARGALIA.

MARSILIO.
¿Qué hay que nos mandes?
ARGALÍA.
Que á Flor de Lis retireis.
Y hoy para triunfo nos baste,
Pues con ella la victoria
Segura está de mi parte.
Y así, á retirar.
FLOR.
¡Piadosos
Cielos, valedme, amparadme!
(*Llévanla.*)

ESCENA IV.

CARLOMAGNO, BRADAMANTE, SOLDADOS FRANCESES; *despues,* RUGERO Y MARFISA.

CÁRLOS. (*Dentro.*)
A la voz de Flor de Lis,
Allí todo el grueso cargue.
BRADAMANTE. (*Dentro.*)
Sígueme, Rugero.
SOLDADOS FRANCESES. (*Dentro.*)
Todos
Morirémos en su alcance.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
(*Tocan cajas, y salen riñendo Rugero, y Marfisa, rebozada.*)
MARFISA.
Ya que de uno en otro trance
Barajada la batalla,
A la voz de Bradamante
Te reconocí, y llamado
De mí á singular combate
Has venido á esta, del monte
La mas retirada parte,
Vuelve á la lid.
RUGERO.
Bien creerás
No excusaria de cobarde,
Sino de atento, al mirar
En mujer valor tan grande.
MARFISA.
¿Por qué?
RUGERO.
Porque si te venzo,
Dirán que es victoria fácil

Los que tu valor ignoran;
Y si me vences, desaire
Mi rendimiento; y así,
Pues no es posible que gane,
Ni vencedor ni vencido,
Te suplico que dilates
Conmigo el duelo, y me digas
¿Qué te ha obligado á buscarme
Á mí mas que á otro?

MARFISA.

Ser tú
El mas vil, el mas infame
De los hombres, mas traidor
A tí, á tu patria y tu sangre.

ESCENA V.

BRADAMANTE. — MARFISA, RUGERO.

BRADAMANTE.

Yendo presa Flor de Lis,
Y viendo que en semejante
Empeño falta Rugero, *(Sin verle.)*
Con temor vuelvo á buscarle;
Pues no es posible que vivo,
A mí y á su opinion falte.
Hácia esta parte fué adonde
De vista le perdí: dadme,
Montes, dél noticia.—Pero
Con una africana aparte
Retirado está.

RUGERO.

Por mas
Que me injuries y me ultrajes,
No has de obligarme á la lid,
Porque solo has de obligarme
A saber quién eres.

MARFISA.

¿Cómo?

RUGERO.

Desta suerte. *(Descúbrela.)*

MARFISA.

¿Que dudases
¡Ah cruel! que era yo á quien
Le tocaban mas que á nadie
Tus sinrazones?

RUGERO.

Marfisa,
Mi bien, mi cielo...

MARFISA.

No trates
Desenojar con lisonjas
A quien matas con pesares.

BRADAMANTE. *(Ap.)*

¡Qué escucho!

MARFISA.

¿Tú eres aquel
Paladin abencerraje,
Que en real pavimento tuvo
Una leona por madre?
Pues ¿cómo desde prodigio
Tan presto has llegado á ultraje,
Que de tu patria y tu ley
Y mi amor olvido haces,
Tan del todo, que?...

RUGERO.

Marfisa,
No me culpes de inconstante;
Que aunque mudé religion
Por mas superior dictámen,
De amor no mudé; que el tuyo
Es en el alma carácter.
Como te quise, te quiero,
Y que no te quise, sabes
Para esposa.

BRADAMANTE. *(Ap.)*

Dama era
Suya sin duda.

MARFISA.

No baste
Aquesa satisfaccion;
Que celos son unos males
Tan fáciles de nacer,
Que de cualquier amor nacen.
Cuando no me ofenda el gusto,
¿Puede el olvido dejarme
De ofender, con que abandonas
Tu fama, pues que la abates
Al ciego amor de?...

BRADAMANTE.

Detente,
No á decir su nombre pases,
Africana; que no es
Sugeto tan relevante
Para los labios de quien
Se da á partido tan fácil,
Que en qué la amen se consuela,
Sin que para esposa la amen.

MARFISA.

Quizá es mas decoro que
Ni aun para eso me mirase
Su esperanza, por no haber
Tenido primero amante
En quien el miedo perdiese,
Como alguna en Lisidante.

RUGERO. *(Ap.)*

¿Qué escucho, cielos?

BRADAMANTE.

El ser
Servida una dama, no hace
Consecuencia á los favores,
Cuando constan las crueldades.
Y así, aunque no me desluzca
Tu voz, que me enoje baste,
Para que, ya que no vengue,
Castigue... *(Va á embestirla.)*

RUGERO.

Ten, Bradamante,
La espada.

BRADAMANTE.

¿Tú la defiendes?

MARFISA.

Quita, y deja que la mate

RUGERO.

Ten el acero, Marfisa.

MARFISA

¿Tú la amparas?

RUGERO.

¿Habrá alguien
Tenido entre dos afectos
Poderosamente iguales,
El corazon dividido
En tan enteras mitades,
Que aunque Marfisa me injuria
Con sus despechos, la ampare,
Y aunque me dé con sus celos
Pena, valga á Bradamante,
Siendo mi vida un acero
Tirado de dos imanes,
Tan á un tiempo?

ESCENA VI.

FALERINA, *dentro; despues,* JAQUES, ZULEMILLA Y GENTE.—DICHOS.

FALERINA. *(Dentro.)*

Ya lo es
De que él no se desengañe,
Ni fe ninguna asegure.

BRADAMANTE.

Quita.

MARFISA.

Aparta.

RUGERO.

¡Bradamante,
Marfisa!... ¡Valedme, cielos!

(Estando riñendo las dos, y él en medio, salen Jáques y Zulemilla en figura de leones, y cargan con Rugero, sonando ruido de terremoto, truenos y relámpagos; y cruzen algunos el tablado, asombrados.)

ZULEMILLA.

Ya obedecer tus mandates.

JÁQUES.

Ya tus preceptos cumplimos.
(Llévanse á Rugero en hombros.)

BRADAMANTE.

¡Qué desdichas!

MARFISA.

¡Qué pesares!

UNOS.

¡Qué asombros!

OTROS.

¡Qué confusiones!

BRADAMANTE.

Dos leones de delante
Le han robado de nosotras.

MARFISA.

Porque muera como nace
Quien no como nace vive:
A cuyo pasmo en mortales
Parasismos muerto el sol,
Fallece á la media tarde.

BRADAMANTE.

Anticipada la noche,
No hay nube que no se rasgue
Á relámpagos y truenos.
Mas nada, mas nada baste
A que á mis manos no mueras.

MARFISA.

Ni tú á las mias no acabes.

UNOS. *(Dentro.)*

¡Qué prodigio!

OTROS.

¡Qué portento!

ESCENA VII.

ROLDAN, OLIVEROS, LISIDANTE, CARLOTO, DURANDARTE, REINALDOS Y CARLOMAGNO, *que van saliendo sucesivamente.* — BRADAMANTE, MARFISA.

ROLDAN.

De Flor de Lis el alcance
No es posible que prosiga;
Que en negras oscuridades
Voy tropezando en mis sombras.
(Sale Oliveros.)

OLIVEROS.

Envidioso de ver tales
Iras, aun el viento quiere
Entrar en duro combate
Con los montes.
(Sale Lisidante.)

LISIDANTE.

Y no solo
De los estruendos se vale,

Pero de la artillería
De los rayos.
(*Sale Carloto.*)

CARLOTO.

Sí, pues aves
De globos de fuego pueblan
De crinado vulgo el aire.
(*Sale Durandarte.*)

DURANDARTE.

En embriones de luz
Sus senos los riscos abren.
(*Sale Reinaldos.*)

REINALDOS.

Y auxiliares de los riscos,
Contra ellos braman los mares.
(*Sigue el terremoto. Sale Carlomagno.*)

CÁRLOS.

Sin duda, contra nosotros
Hoy Argalia se vale
De Merlin, á quien tener
Torpe espíritu por padre
Dió tan diabólicas ciencias,
Siendo siempre favorables
Al Africa sus encantos;
Y así, porque no embarace
El que cobre á Flor de Lis
Y con toda Africa acabe
De una vez, nuestra conquista
Será la cueva en que yace,
Hasta que abrasado vuele
En cenizas su cadáver.

TODOS.

Todos en tan alta empresa
Te ayudarémos constantes,
Luego que cobrado el sol,
Diga, publicando paces;
«Cesen, cesen rigores,
Cesen crueldades.» (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

UN CORO DE MUJERES. (*Dentro.*)

Cesen, cesen rigores,
Cesen crueldades,
Y cobrando las fuentes,
Las flores y aves
Sus matices, sus voces
Y sus cristales,
Firmen blandas treguas,
Ya que no paces,
Luna, sol, agua, fuego,
Tierra y aire.

—

El Jardin de Falerina.

ESCENA IX.

Continuando la música, se descubren unos magníficos jardines, adornados de varias fuentes con estatuas de NINFAS, *una de las cuales es* FALERINA. *Sacan á* RUGERO *los dos leones, que son* ZULEMILLA Y JAQUES, *haciendo lo que dicen los versos.*

RUGERO.

Pues que desde las primeras
Luces que gocé, en mí son
Verdad y contradicion
Veros piadosas y fieras,
Con crueldades lisonjeras
(O por decir mas verdades,
Crueles lisonjas), piedades
O iras de una vez usad.
O vida ó muerte me dad:
No para contrariedades...

ÉL Y CORO.

Cesen, cesen rigores,
Cesen crueldades.

ZULEMILLA. (*Para sí.*)

¡Oh quién hablalde pudiera!
Ya que mi amo moro ser...

JÁQUES. (*Para sí.*)

Ya que, cristiano, placer
Tuvo en que yo le sirviera...

LOS DOS.

Le hablaré desta manera.
(*Hácenle varias señas los dos, y vanse.*)

RUGERO.

A mis piés con ceños graves,
Halagüeños y süaves
Me enseñan, yéndose, aquella
Estatua divina y bella,
A quien dió el abril las llaves...

ÉL Y CORO.

Pues cobrando las fuentes,
Las flores y aves...

RUGERO.

Su primero resplandor,
En bello jardin me veo,
Que no pudiera el deseo
Imaginarle mejor...
Mil aromas cada flor,
Cada fuente mil raudales,
Cada ave mil celestiales
Tonos... y en prodigio tanto,
Todo junto es un encanto,
Pues que suspenden iguales...

ÉL Y CORO.

Sus matices, sus voces
Y sus cristales.

RUGERO.

¡Oh tú, que en confusa calma
Tienes, de jazmin vestida,
Para estatua mucha vida,
Para deidad poca alma!
Si deste jardin la palma
Eres, pues de cuanto aplaces,
Victoriosamente haces
Triunfos á tu pié rendidos,
Haz que tambien mis sentidos
Entre asombros y solaces...

ÉL Y CORO.

Firmen blandas treguas,
Ya que no paces.

RUGERO.

Luna es, pues siente desmayos;
Sol, pues brilla luces tales;
Agua, pues toda es cristales;
Fuego, pues que toda es rayos;
Tierra, pues florece mayos;
Y aire, pues á su donaire,
No hay lustre que no desaire:
Con que viene en mi consuelo
A ser de todo esto el cielo,
Pues padecen su desaire...

ÉL Y CORO.

Luna, sol, agua, fuego,
Tierra y aire.

RUGERO.

¿Cuya eres, oh peregrina,
Bella imágen soberana?
¿De Vénus, ó de Diana?
Que uno y otro te imagina
El que, dos veces divina,
En tí adora dos deidades.
Si á mi llanto te persuades,
Sepa; pues si ídolo eres,
Sí responderás, si quieres.
¿Qué me dicen tus piedades?

ÉL Y CORO.

Cesen, cesen rigores,
Cesen crueldades,
Y cobrando las fuentes,
Las flores y aves
Sus matices, sus voces
Y sus cristales,
Firmen blandas treguas
Ya que no paces
Luna, sol, agua, fuego
Tierra y aire.
(*Baja Falerina de donde está.*)

FALERINA.

Jóven, cuyo valor
Nació á mas alto fin
Que á caudillo africano,
Ni á frances paladin:
No solo mi voz creas,
Viendo restituir
A vida y alma un mármol,
Pues hablarán por mí,
Para mayor abono...
(*Las ninfas que en estatua adornan las fuentes, abandonan sus puestos y forman un coro.*)

ELLA Y NINFAS. (*Cantan.*)

Deste hermoso jardin
En fuentes el cristal,
En flores el matiz...

FALERINA.

El grande origen tuyo,
Que te trajo hasta aquí
De la otomana luna
A la francesa lis,
Presagio fué que dijo
Cuán vago has de vivir
De una en otra ley, hasta
Dar en la del gentil,
De cuyos dioses vienes.

ELLA Y NINFAS.

Dígalo el ver vivir
Fatigas de un cincel,
Afanes de un buril.

FALERINA.

Estatua viva te habla
La diosa, que feliz
Idolo es deste templo,
Deidad deste pensil.
No es Vénus, ni Diana,
Ninfa celeste sí,
En cuyas sacras bodas
Estrella has de lucir,
Cuando goces por ella...

ELLA Y NINFAS.

En ese azul viril,
Dosel de rosicler,
Tálamo de zafir.

FALERINA.

No pues, consorte humana
Llegues á permitir,
Que las distancias mida
Que hay del alta cerviz
Del monte al valle; pues
Aunque es noble, es así
Que lo humano mas noble,
Con lo divino, es vil:
Y mas cuando los hados...

ELLA Y NINFAS.

Te saben prevenir
En rayos de otro sol
Luces de otro cenit.

FALERINA.

Hasta entónces conmigo
Goza deste pais,
Donde dichoso vivas,
Sin llegarte á afligir
De Bradamante ausencias,
Que ella no ha de sentir,
Ni de Marfisa celos,

Que sabrá echar de sí;
Y cuando no los eche...

ELLA Y NINFAS.

El que en mejor confin
Tiene que merecer,
¿Qué tiene que sentir?

FALERINA.

Vuelve á ver ese alcázar
Que labró para tí
Arquitecto el Amor,
En cuyo camarin
Son el bronce y el jaspe
Materia mas civil;
Pues de pórfido y oro
Mantienen entre sí
Columnas y linteles...

ELLA Y NINFAS.

Cuestion sobre argüir
Cuál desangró mas venas,
El Catay, ó el Ofir.

FALERINA.

Vuelve á ver el verjel,
Cuya menor raiz
Da en hojas de esmeralda
Claveles de rubí.
Aroma es de coral
Cada flor carmesí,
Zafiro cada lirio,
Tambien cada alelí
Topacio, eu cuya aurora...

ELLA Y NINFAS.

Perla es cada jazmin,
Que se engendró al llorar,
Y se cuajó al reir.

FALERINA.

Eterna primavera
El año será aquí,
Sin que de doce meses
Sepas mas que el abril.
Tu mesa será el ampo,
Sin que, por acudir
Su blancura al mantel,
Su frio deje ir
Al néctar y ambrosía...

ELLA Y NINFAS.

En copas, que sutil
Filigrana de oro
Guarnezca su perfil.

FALERINA.

Tu lecho será el mayo,
Pues le verás mullir
Rasos de primavera
En catres de marfil;
Siendo regazo de uno
Y de otro transportin,
Las plumas de aquel ave,
Que al nacer del morir
Reservará la hoguera...

ELLA Y NINFAS.

Cuyo hermoso terliz,
Del colchado algodon
Respirará ámbar gris.

FALERINA.

Tendrás á todas horas
En continuo festin
Mis damas, en quien hay
Aun mas que ver, que oir;
Y cuando echare ménos
Tu espíritu la lid,
Tambien sabré batallas
En el aire fingir,
Que tu valor diviertan...

ELLA Y NINFAS.

Viendo en el embestir,
Escuadras ciento á ciento
Y tropas mil á mil.

FALERINA.

En fin, tendrás, Rugero,
Bien que no tendrá fin;
Pues semi-dios conmigo
Eterno has de vivir,
Miéntras de colocarte
No llegue el tiempo en sí
Un alma que te adore,
Con quien siempre feliz
Vivirás, cuando el íris...

ELLA Y NINFAS.

Desplegará por tí
Las hojas de esmeralda,
De gualda y de carmin.

RUGERO.

Hermoso enigma, en quien,
No sin asombro, vi
Que pudo alcanzar mas
El ver que el discurrir:
Si deidad eres, ¿cómo
Puedes dudar de mí
Que al decirme que soy
Mas noble que creí,
En mas obligacion
Me pones de acudir
A esa misma nobleza?
Y siendo aquesto así,
¿Contradiccion no implica
Que intentes conseguir
El hacerme mas noble
Para verme mas ruin?

FALERINA.

¿Cómo?

RUGERO.

Pues ¿hay mayor
Ruindad...

FALERINA.

¿Qué?

RUGERO.

Que mentir?
Y mas á una mujer,
Obligándome aquí
A que te ofrezca un alma,
Que ya á otro dueño di.
Verdad es que á Marfisa
La quiero como á mí;
Mas no como á mi esposa:
Y si grosero fuí,
Dígalo la contienda
En que á las dos perdí
Con querer allá á dos:
¿Qué será á tres aquí?
Y pues desengañar
Mas noble es que fingir,
Permíteme que vuelva
Donde estaba, al oir
Que estoy en mi fortuna
(Desde que merecí,
Para admitirme esposo,
De Bradamante el sí)
Tan feliz, que no puedes
Hacerme mas feliz.
Por ser estrella yo,
¿Cómo he de permitir
Que ella mi sol no sea,
Llegando á preferir
A todo un sol un astro?
Y así, humilde...

FALERINA.

¡Ay de tí!
Que no sabes que solo
No es el engaño vil
Que se hace á declarada
Mujer, pues siempre vi
Sentir mas el desprecio,
Que el engaño; que en fin,
Uno da que temer,
Pero otro que sentir.

RUGERO.

Eso es juzgarla á ella,
Mas no juzgarme á mí,
Que soy el que no quiero
Finezas deslucir
Con engañarte: fuera
De que ¿eres, como oí,
Deidad, ó no? Si lo eres,
¿Cómo he de presumir
Engañarte? Y si no,
¿Qué aventuro en huir
De quien me engaña?

FALERINA.

El ver...

RUGERO.

¿Qué?

FALERINA.

Que aun sin prevenir
Tantas felicidades
Como te prometí,
Por mí sola el desaire
Tomar debo, y que...

RUGERO.

Dí.

FALERINA.

Es poca la distancia
Que se da entre rendir
Un afecto, ó vengar
Un desden.

RUGERO.

Es así;
Mas si es ruin (ya lo dije)
Quien miente por mentir,
Quien miente por temer,
Será dos veces ruin.

FALERINA.

¿Que aun no fingirás?

RUGERO.

No.

FALERINA.

¿Y quieres irte?

RUGERO.

Sí.

FALERINA.

Pues ¿qué vendrán finezas
Contigo á conseguir?

RUGERO.

Darme que agradecer,
Pero no que admitir.

FALERINA.

¿En eso te resuelves?

RUGERO.

No está mi arbitrio en mí.

FALERINA.

Pues pasen á otro extremo
Mis iras.

RUGERO.

¿Cómo?

FALERINA.

Así.—*(A las ninfas.)*
El tono que adormece
Los sentidos, decid.

ELLA Y NINFAS.

¡Ay mísero de tí,
Que lo feliz desdeñas
Y eliges lo infeliz!
¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

¡Cielos! ¿que confusion
Es la que ha entrado en mí,
Que no me deja (¡ay triste!)
Ni hablar ni discurrir?

NINFAS.

¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

Un letargo, un delirio,
Un pasmo, un frenesí
Los sentidos embarga,
Sin ver, ni hablar, ni oir.

NINFAS.

¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

Turbado el corazon,
Late, tan sin latir,
Que á no animar, anima,
Y vive á no vivir.

NINFAS.

¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

Tan trabado el aliento
El pecho echa de sí,
Que empieza en pronunciar,
Y remata en gemir.

NINFAS.

¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

Todo es entorpecer,
Y temblar, tan sin mí,
Que viene á ser mi pena
Sentir de no sentir.

NINFAS.

¡Ay mísero de tí!

RUGERO.

¿Qué es esto, cielos?

FALERINA.

Esto
Es que pues yo por tí
Pasé de estatua á viva,
Pases tú ahora por mí
De vivo á estatua, siendo
Mármol deste jardin,
Para que en mi venganza
Mejor pueda decir...

RUGERO.

Tambien lo diré yo,
Por si descanso así:
¡Ay mísero de mí...

NINFAS.

¡Ay mísero de tí...

RUGERO.

Que lo feliz desdeño,
Y elijo lo infeliz! (*Quédase inmóbil.*)

NINFAS.

Que lo feliz desdeñas,
Y eliges lo infeliz!

FALERINA.

¡Ministros mios, á quien
Las brutas formas dí,
Por haber penetrado
De esta cueva el sibil!...

ESCENA X.

JAQUES Y ZULEMILLA, *de leones.*— FALERINA; RUGERO, *sin sentido;* NINFAS.

JÁQUES.

¿Qué mandas?

ZULEMILLA.

¿Qué querer,
Puesto que para tí
Somos los que ántes fuimos?

FALERINA.

Que ya que me servis,
Me guardeis esa estatua,
Y á cualquiera que aquí
En busca suya entre,
Le hagais pedazos mil.

ZULEMILLA.

¿Y si él se contentar
Con novecien?

JÁQUES.

Y si
Aunque yo leon parezca,
Soy puerco, y aun espin,
¿Cómo he de defenderle?

FALERINA.

No temais, porque aquí
Lo formidable basta;
Y para resistir,
Si álguien se atreve á entrar,
El que pueda salir,
Continuamente el eco
Que aduerme, repetid
Vosotras, miéntras yo
Siembro aqueste contin
De venenosas yerbas,
Que al pisarlas, herir
Puedan la planta á cuantos
A entrar osen aquí.
Fuera de que, ¿qué temo,
Si miéntras de Merlin
Dure el sepulcro, y nadie
Se atreva á descubrir
Lo que en sí encierra el pacto
De sus ciencias, el fin
Nadie ha de ver? En cuyo
Asombro ha de vivir,
Hecho mármol á todos,
Quien lo fué para mí.
A cuyo encanto, una
Y mil veces decid...

ELLA Y NINFAS.

¡Ay mísero de tí,
Que lo feliz desdeñas,
Y eliges lo infeliz! (*Vanse.*)

—

Entrada á la gruta.

ESCENA XI.

Por una parte, ROLDAN Y DURANDARTE, *deteniendo á* MARFISA; *y por otra*, LISIDANTE, OLIVEROS Y REINALDOS, *deteniendo á* BRADAMANTE.

UNOS.

Tente, Bradamante.

OTROS.

Tente,
Africana.

LAS DOS.

Es desvarío...

BRADAMANTE.

Que yo he de ser la primera
Que examine ese prodigio,
De cuya boca las fieras
Salieron, que el dueño mio
Me robaron de los ojos;
Que como á esposo le estimo...
(*Ap.* Aunque me ofendan sus celos.)

MARFISA.

Que solo ha de ser mi brio
El que examine el portento
De aquese inculto retiro,
De cuyo bostezo fuéron
Parto los monstruos esquivos
Que á Rugero arrebataron...
(*Ap.* Aunque me ofenda su olvido;
Que como amante le adoro.)

LISIDANTE.

Aunque pudiera, ofendido
De tí, darme por vengado,
Fuera á mi valor indigno;
Porque la mayor venganza
Que para una dama ha habido,
Es, cuando ella hace un desprecio,
Vengarle con un servicio.

ROLDAN.

¡Bueno fuera que Roldan
Estuviera por testigo
De un peligro, y viera ir
A una mujer al peligro,
Y él se quedara! Y así,
Por tí y por mí solicito
Ser el primero que entre
En el pavoroso sitio
De aquesta gruta.

LISIDANTE.

Y así
El primero determino
Ser, que los senos penetre
Dese asombro.

DURANDARTE.

Ese desvío
No consentirá mi fama.

OLIVEROS.

Tampoco mi pecho invicto.

REINALDOS.

Ni mi valor.

TODOS.

Yo...

ESCENA XII.

CARLOMAGNO.— DICHOS.

CÁRLOS.

¿Qué es esto?

LISIDANTE.

Que habiendo tú anoche dicho
Que para cobrar á Flor
Y acabar la lid, camino
No hay miéntras que militaren
Los diabólicos hechizos
Del cadáver de Merlin
Por Africa, conferimos
Que era bien reconocer
Qué contiene el laberinto
De sus intrincadas quiebras,
Para aplicar los designios
Mas á su ruina conformes:
A que Bradamante dijo...

BRADAMANTE.

Rugero, de dos leones,
Que no sé si compasivos
O crueles le ausentaron,
Vivo ó muerto en su distrito
Yace; y así á nadie toca
Mas que á mí, entrar en su abismo:
Si es muerto, á morir con él;
O á vivir con él, si es vivo.

LISIDANTE.

Prosiguió á eso esta africana...

MARFISA.

Habiendo anoche perdido,
Con la oscura confusion
De aquel terremoto, el tino,
Que impidió mi retirada;
Y habiendo entre otros cautivos
Quedado á ser prisionera
(*Ap.* Lo que me movió no digo:
Quien lo ha de saber, lo sabe),
Proseguí: Siempre fué estilo
Para inquirir de las simas
Los secretos escondidos,
Abandonar un esclavo;

Y pues yo lo soy, me obligo
A la ley de serlo, entrando
La primera.

LISIDANTE.

Yo el peligro
De Bradamante excusaba.

ROLDAN.

Yo el desta mujer, movido
A que basta ser mujer;
Pues no hay tan opuesto rito,
Que sus privilegios rompa.

LISIDANTE.

Cuando intentando lo mismo
Todos...

LOS TRES.

Todos pretendemos
Ser al riesgo preferidos.

CÁRLOS.

En cuanto á que es buen acuerdo
Saber qué haya contenido
Aquesa gruta, convengo;
Pero no me determino
A cuál haya de vosotros
De ser el que ha de inquirirlo.

ROLDAN.

Escúchame á mí: quizá
A una razon convencido
Que milita en mí y no en otro,
Podré á todos reducirlos.
Ya sabeis que por la bella
Angélica perdí el juicio,
Y que le cobré sabeis,
En virtud de aqueste anillo,
Que el mágico Malgesí
Me dió. Pues si yo conmigo
Llevo tal contraveneno
Que fué bastante aforismo
Contra el hechizo de celos,
¿Qué hará contra otros hechizos?
Seguro pues con él voy
De que no haya tan nocivo
Espíritu, que me ofenda;
Y así á tus plantas te pido
Me nombres, pues no es desden
Para los que no han tenido
Igual antídoto.

CÁRLOS.

Dices
Bien. Vé pues, y trae aviso
De lo que vieres, porqué
Sepa, una vez advertido,
Si han de ser acero ó fuego
Los que arruinen su obelisco.

ROLDAN.

Fia de mí, que te traiga
Buen informe.

CÁRLOS.

Si no fio
De Roldan, ¿de quién podré?
(*Vase Roldan. Suena un clarin.*)
Pero ¿qué clarin ha herido
El aire?

ESCENA XIII.

CARLOTO; *despues*, ARGALIA.—CARLOMAGNO, BRADAMANTE, MARFISA, LISIDANTE, DURANDARTE, OLIVEROS, REINALDOS.

CARLOTO.

Llamada es
De paz que hace el enemigo,
Para que á un embajador
Oigas.

CÁRLOS.

¿Qué habrá sucedido?
¡Ay, Flor de Lis de mi vida!
Llegue, que yo le permito
De embajador el seguro.
(*Sale Argalia, y Marfisa se retira.*)

ARGALÍA.

Con ese salvo te pido
Mano y audiencia.

CÁRLOS.

¿Quién eres?

ARGALÍA.

Argalía, que no he querido
Fiar de otro que de mí
Plática en que solicito,
Embajatriz de mí misma,
Participarte motivos
Que á esto me obligan.

CÁRLOS.

Dí, pues.

ARGALÍA.

Anoche mi valor hizo
A Flor de Lis prisionera;
Y aunque triunfo tan altivo
Medios pudo anticiparme
De adelantar mis partidos
Con tantas ventajas cuantas
Me propusiera el arbitrio,
Pues no hay canje que ser pueda
De tanto mérito digno;
Con todo, en su estimacion
(No tocando mi delirio
En la locura de hacer
La dicha desprecio indigno)
Vengo á hacer liberal trueco
Della á dos vidas, que han sido,
Si no precio suyo, precio
De mi odio y de mi cariño.
Marfisa, una dama mia,
Que criándose conmigo
Ha merecido tener
Las llaves de mi albedrío,
Estrella predominante
En mí gozando el dominio;
Si es que escapó viva anoche
De tanto mortal conflicto,
Es la una: la otra es
Rugero, un advenedizo,
Hijo espurio de los hados,
Que infiel, desagradecido
É ingrato á tantos honores
Como mi padre le hizó,
Contra mí, contra su ley
Y contra su patria ha sido
Tan vil traidor, que ha tomado
Las armas en tu servicio.
Y así, volviendo á la salva
De que no cuerda remito
Por los dos á Flor de Lis,
Disculpen el desvarío
Lo que á Rugero aborrezco,
Y lo que á Marfisa estimo.

CÁRLOS.

Sepa yo, ántes que responda,
Quién esta esclava haya sido,
Y si vive.

MARFISA. (*Acercándose.*)

Sí, señor.
Y á tus plantas te suplico
Me dés licencia de que
La mano á mi dueño invicto
Bese por tanta fineza.

CÁRLOS.

No solo eso te permito,
Mas que con ella te vayas,
Sin pasar á mas partidos
En cuanto á la libertad
De Flor de Lis; que indeciso
No me atreveré á tratarlos,
Por no atreverme á cumplirlos.

ARGALÍA.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque aun no tocando
En humanos ni en divinos
Fueros de ser ya cristiano
(Que importa mas que mis hijos)
Y estar en mi proteccion,
Aun hay otro requisito.

ARGALÍA.

¿Qué es?

CÁRLOS.

Que no se sabe dél,
De que Marfisa es testigo;
Pues sabe que en esa cueva
De Merlin, despojo ha sido
De dos leones: á cuya
Causa abrasar solicito
Su cadáver, y acabar
De una vez con sus prodigios.

ESCENA XIV.

ROLDAN.—DICHOS.

ROLDAN.

Aun en sabiendo, señor,
Cuán raros, cuán exquisitos
Son, mejor lo dirás.

CÁRLOS.

¿Cómo?

ROLDAN.

Como dentro dese risco
Entrando, sin que llegase
Alguna guarda á impedirlo,
Solo ví reales palacios
Entre jardines tan ricos
Y tan hermosos, que son
Retratos de un paraíso:
De suerte que sin horror
Alguno, yendo conmigo
(Pues conmigo vais seguros
De que sus encantos rindo),
Podréis todos entrar dentro.

CÁRLOS.

Guia pues, que ya te sigo;
Que no es tan no visto asombro
Para dejar de ser visto.

TODOS.

Si tú vas, ¿quién dejará
De seguirte?
(*Éntranse todos por la cueva.*)

—

Jardin.

ESCENA XV.

FALERINA Y NINFAS, RUGERO, *convertido en estatua;* JAQUES Y ZELEMILLA, *de leones, á sus piés.*

FALERINA.

Ea, ministros,
Ya dentro de mis jardines
Todos nuestros enemigos
Están, pues con Bradamante
Y Marfisa, que han tenido
La culpa de mis desprecios,
Vienen cuantos destruirnos
Tratan. Y pues á Roldan,
En virtud de aquel anillo
Que entre Malgesí y Merlin
Pacto contra pacto hizo,
No le alcanzan mis rencores;
Los demas, á ellos rendidos,
Sientan las dos venenosas
Fuerzas de los dos hechizos
De la yerba y de la voz,

Miéntras que yo me retiro
Al sepulcro de Merlin;
Porque no dando conmigo
Roldan, contra quien no tengo
Poder, no tema el castigo
De la venganza de todos. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

JAQUES, ZULEMILLA; RUGERO, *hecho estatua.*

JÁQUES.

Leon manso...

ZULEMILLA.

Leon pacífico...

JÁQUES.

Pues hoy podemos hablarnos
Como en aquel tiempecillo
En que hablaban los leones,
En tiempo del rey Perico,
Dime por señas si anda
En el jardin algun ruido.

ZULEMILLA.

¡Y cómo que andar! Mas no
Atreverme ni aun á oirlo;
Que la reina bailarina
Por qui travesar he visto,
Haciendo no bon mudanza
Y así, caliar el hocico,
Por no poderse decir
Por los dos caliar el pico.

ESCENA XVII.

CARLOMAGNO, BRADAMANTE, ARGALIA, MARFISA, CARLOTO, ROLDAN, REINALDOS, DURANDARTE, OLIVEROS, LISIDANTE.—JAQUES, ZULEMILLA; RUGERO, *inmóbil.*

CÁRLOS.

¡Quién vió jamas tan hermoso,
Bello, deleitable sitio?

ARGALÍA.

Ni aun la imaginacion pudo
Atreverse á describirlo.

TODOS.

¿Debajo de tierra, ¡cielos!
Cupo tan grande edificio?

ROLDAN.

Ved si con seguridad
Que podeis entrar he dicho.

MARFISA.

Y no es lo mas admirable
Lo suntuoso y lo lindo,
Sino lo que á mirar llego,
Pues estatua de aquel nicho
Rugero está.

BRADAMANTE.

Y tan inmóbil,
Que no sé si muerto ó vivo.

MARFISA.

Pero á mirarlo me atrevo.

BRADAMANTE.

A verlo me determino.

MARFISA.

Mas ¡ay infeliz!

CÁRLOS.

¿Qué es esto?

LAS DOS.

Los dos leones, que impíos
Nos le robaron, le guardan.

JÁQUES. (*Ap. á Zulemilla.*)

Por Dios que nos han temido,
Con ser leones de paz.

ZULEMILLA. (*Ap.*)

Como eso mondo haber visto.

ROLDAN.

No los temais...

JÁQUES. (*Ap.*)

Harán bien

ROLDAN.

Pues yo á mis golpes los rindo.

ZULEMILLA. (*Ap.*)

Y aun mucho ménos bastar.

(*Dentro instrumentos.*)

TODOS.

¿Qué es esto, cielos divinos?

CÁRLOS.

Esperad, que quizá quieren
Sonoras voces decirlo.

ESCENA XVIII.

NINFAS. (*Cantan dentro.*)

En esta galería
Que Amor para sí hizo,
Y que tirano dueño
Se la entregó al olvido,
Todos han de sentir tan sin sentido,
Que á ser vengan estatuas de sí mismos.

CÁRLOS.

¡Qué dulce voz! A sus ecos
Quedé absorto y suspendido.

MARFISA.

Turbada yo.

BRADAMANTE.

Yo confusa.

ARGALÍA.

¿Qué veneno...

LISIDANTE.

¿Qué delirio...

DURANDARTE.

¿Qué frenesí...

OLIVEROS.

¿Qué letargo...

REINALDOS.

¿Qué pasmo...

CARLOTO.

¿Qué parasismo...

TODOS.

Es el que me hiela el pecho?

ROLDAN.

¿Qué es esto, cielos, que miro?

TODOS Y NINFAS.

En esta galería
Que Amor para sí hizo,
Y que tirano dueño
Se la entregó al olvido,
Todos han de sentir tan sin sentido,
Que á ser vengan estatuas de sí mismos.

(*Quédanse inmóbiles todos, ménos Roldan.*)

ROLDAN.

Ajenos de sí, elevados,
Atónitos y rendidos
A profundo embargo, yacen
Cuantos la voz han oido,
Sino yo solo (¡ay de mí!)
A cuya cuenta ha corrido
Su riesgo. Y pues á mi cuenta
Habrá de correr su alivio,
Sea desta suerte. Fieras,
Ya que á vosotras me libro,
No á mí os libraréis vosotras:
De Durindana á los filos
Moriréis hoy, ya que sois
Tan fantásticos vestiglos,
Si no decis quién es dueño
Deste encanto.

ZULEMILLA. (*Ap. á Jáques.*)

¿Quién decirlo
Poder, si no tener voz,
Que no sonar á rugido?

JÁQUES. (*Ap. á Zulemilla.*)

Sea galan de mondonga
Usted un rato, por Cristo,
Y sabrá hablar por la mano.

(*Hacen señas á Roldan.*)

ROLDAN.

A aquella parte me han dicho
Sus señas, donde lo inculto
Del jardin abre un resquicio.
Veré qué hay en él, en tanto
Que dicen voz y gemido... (*Éntrase.*)

NINFAS.

En esta galería
Que Amor para sí hizo,
Y que tirano dueño
Se la entregó al olvido,
Todos han de sentir tan sin sentido,
Que á ser vengan estatuas de sí mismos.

ESCENA XIX.

FALERINA, *huyendo de* ROLDAN.—DICHOS.

ROLDAN.

¿Quién eres, ¡oh prodigiosa
Mujer! que en este retiro
Te ocultas, acompañando
Un yerto cadáver frio,
De cuyas manos quité,
En fe de no haber temido
Su horror, esta de metal
Lámina?

FALERINA.

Quien de haber visto
Que tú, Roldan, la has quitado
De donde hasta hoy no ha podido
Quitarla nadie, ni aun yo,
Con haberlo pretendido
Muchas veces; á tus piés
Postrada, de sus prodigios
Rendirá la fuerza, á precio
De la vida.

ROLDAN.

Yo te admito
La condicion.

FALERINA.

Pues las voces,
Vuelvan á su contrahechizo.

NINFAS. (*Dentro.*)

De aquesta galería,
Que Amor para sí hizo,
Aunque tirano dueño
Se la entregó al olvido,
Cese, cese el encanto,
Y en su sentido
Vuelvan cuantos estatuas
Son de sí mismos.

(*Recóbranse todos los que se habian quedado inmóbiles. Zulemilla y Jáques pierden la figura de leon.*)

CÁRLOS.

¿Qué es lo que pasa por mí?

MARFISA.

Con nuevo aliento respiro

BRADAMANTE.

Como de un sueño despierto.

ARGALÍA.

¿Quién restaura mi sentido?

LISIDANTE.

¿Quién en mi acuerdo me cobra?

DURANDARTE.

¿Me restituye en mi juicio?

OLIVEROS.

¿A la nueva luz me vuelve?

REINALDOS.

¿Quién me rescata en mi arbitrio?

CARLOTO.

¿Y á mí en mí me restituye?

ZULEMILLA.

Hásta en mí faltar hechizo.

JÁQUES.

Hasta en mí falta el encanto.

RUGERO.

¿Quién, cielos, dudar me hizo,
Viendo aquí á todos, que ahora
Es cuando estoy mas rendido
A aquella divina fiera?

ROLDAN.

La voz que á todos os dijo...

ÉL Y NINFAS. (*Dentro.*)

Cese, cese el encanto,
Y en su sentido
Vuelvan cuantos estatuas
Son de sí mismos.

TODOS.

¿Qué es esto, Roldan?

ROLDAN.

Haber
Aqueste asombro vencido,
Con solo haber arrancado
De un cadáver que allí he visto,
Esta lámina.

CÁRLOS.

Sepamos
Qué es lo que está en ella escrito.

ROLDAN.

Está en arábigo.

ARGALÍA.

Muestra
Pues, que yo podré decirlo.
(*Lee.*) «¡Ay, Falerina, de tí,
»El dia que los dos hijos
»De Agramante se conozcan
»Por herederos de Egipto!
»Que es el término en que está
»El pacto comprometido
»Que hice, para haber obrádo
»Tantos extraños prodigios.
»A cuya causa, teniendo
»En sus fortunas dominio,
»Y no en sus vidas, porqué
»Nunca llegase, atrevido
»Hurté á los dos de sus cunas,
»A los ásperos retiros
»De Aglante huyendo con ellos;
»Y para mas dividirlos,
»Al uno en un barco al mar
»Entregué, y entre unos riscos
»El otro á las fieras. Esto
»En el último suspiro
»De mi vida te declaro;
»Porque vivas sobre aviso,
»Que en tu sueño y en la mira
»Con que siempre los asisto[1],
»Marfisa y Rugero son
»En quien está tu peligro.»

FALERINA.

No mas, no mas; que al oir
Que el fatal plazo cumplido
Está á mis hados, al mar
Me echaré desde este risco,
Donde despeñada muera
En trágico precipicio.
(*Vase. Suena grande ruido de terremoto, y desaparecen los jardines.*)

RUGERO.

Los jardines y palacios,
Todo ha desaparecido.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué confusion!

OTROS.

¡Qué portento!

OTROS.

¡Qué prodigio!

[1] Expresion inexacta y oscura. Ha de faltar aquí algo.

CÁRLOS.

Sin duda, escribiendo esto,
Murió; y el cielo previno
Que esta lámina en sus manos
Durase.

MARFISA.

Con que habrás visto,
Siendo Rugero mi hermano,
Si fué justo el amor mio,
Bradamante.

BRADAMANTE.

Y tú, Marfisa,
Si en mis celos causa ha habido
Hasta aquí para tenerlos,
Que no lá hay para sentirlos.
Y así la mano le doy.

LISIDANTE.

Con que yo, destituido
De su amor, pues sé, Marfisa,
Cuánto tu amor era digno,
La mano te ofrezco.

MARFISA.

Yo,
Lisidante, la recibo.

CÁRLOS.

Para que cobren el reino,
Mis militares auxilios
Ofrezco.

ARGALÍA.

Mis armas yo.

RUGERO.

Con que á una accion reducidos
Ambos ejércitos, paces
Firmarán.

ARGALÍA.

Y habiendo sido
Flor de Lis el íris della,
Verás que al punto la envio,
Si no festejada, al ménos
Servida de mis cariños.
Con que podrémos dar fin
Todos, á los piés rendidos
De dos vidas, de que el cielo
Nos deje gozar mil siglos.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR.

PERSONAS.

DON ALONSO DE LUNA.
DON JUAN DE MENDOZA.
DON LUIS OSORIO.
DON DIEGO.
MOSCATEL, *gracioso.*
DON PEDRO ENRIQUEZ, *viejo.*
DOÑA BEATRIZ, *dama.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
INES, *criada.*

La accion pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO; MOSCATEL, *muy triste.*

DON ALONSO.

¡Válgate el diablo! ¿qué tienes,
Que andas todos estos dias
Con mil necias fantasías?
Ni á tiempo á servirme vienes,
Ni á propósito respondes;
Y por errarlo dos veces,
Si no te llamo, pareces,
Y si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dilo.

MOSCATEL.

¡Ay de mí!
Suspiros que el alma debe.

DON ALONSO.

¿Pues un pícaro se atreve
A suspirar hoy así?

MOSCATEL.

Los pícaros ¿no tenemos
Alma?

DON ALONSO.

Sí, para sentir,
Y con rudeza decir
De su pena los extremos;
Mas no para suspirar;
Que suspirar es accion
Digna de noble pasion.

MOSCATEL.

¿Y quién me puede quitar
La noble pasion á mí?

DON ALONSO.

¡Qué locuras!

MOSCATEL.

¿Hay, señor,
Mas noble pasion que amor?

DON ALONSO.

Pudiera decir que sí;
Mas para ahorrar la cuestion,
Que no, digo.

MOSCATEL.

¿Que no? Luego
Si yo á tener amor llego,
Noble será mi pasion.

DON ALONSO.

¿Tú amor?

MOSCATEL.

Yo amor.

DON ALONSO.

Bien podia.
Si aquí tu locura empieza,
Reirme hoy de tu tristeza
Mas que ayer de tu alegría.

MOSCATEL.

Como tú nunca has sabido
Qué es estar enamorado;
Como siempre has estimado
La libertad que has tenido,
Tanto, que á los dulces nombres
De amor, fuéron tus placeres
Burlarte de las mujeres
Y reirte de los hombres,
De mí te ries, que estoy
De véras enamorado.

DON ALONSO.

Pues yo no quiero criado
Tan afectuoso. Hoy
De casa te has de ir.

MOSCATEL.

Advierte...

DON ALONSO.

No hay ahora que advertir.

MOSCATEL.

Mira...

DON ALONSO.

¿Qué querrás decir?

MOSCATEL.

Que se ha trocado la suerte
Al paso, pues siempre dió
El teatro, enamorado
Al amo, y libre al criado.
No tengo la culpa yo
Desta mudanza; y así,
Deja que hoy el mundo vea
Esta novedad, y sea
Yo el galan, tú el libre.

DON ALONSO

Aquí
Hoy no has de quedar.

MOSCATEL.

¿Tan presto,
Que aun de buscar, no me das,
Otro amo, tiempo?

DON ALONSO.

No hay mas
De irte al instante.

ESCENA II.

DON JUAN. — DON ALONSO, MOSCATEL.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DON ALONSO.

Es un pícaro, que ha hecho
La mayor bellaquería,
Bajeza y alevosía
Que cupo en humano pecho,
La mas enorme traicion,
Que haber pudo imaginado.

DON JUAN.

¿Qué ha sido?

DON ALONSO.

Hase enamorado.
Mirad si tengo razon
De darle tan bajo nombre;
Pues no hace alevosía,
Traicion ni bellaquería
Como enamorarse, un hombre.

DON JUAN.

Amor es quien da valor
Y hace al hombre liberal,
Cuerdo y galan.

DON ALONSO.

¡Pese á tal!
De *Los milagros de amor*
La comedia me habeis hecho,
Que fué un engaño culpable;
Pues nadie hizo miserable,
De avaro y cobarde pecho
Al hombre, sino el amor.

DON JUAN.

¿Qué es lo que decis?

DON ALONSO.

Oid,
Y este discurso advertid:
Veréis cuál prueba mejor.
El hombre que enamorado
Está, todo cuanto adquiere,
Para su dama lo quiere,
Sin que á amigo ni criado
Acuda, por acudir
A su gusto: luego es
Miserable amando, pues
No es ni se puede decir
Virtud, la que no es igual:
Y miserable no ha habido
Mayor, que el que solo ha sido
Con su gusto liberal.

DON JUAN.

A vuestra sofistería
Nada quiero responder,
Don Alonso, por no hacer
Agravio á la pena mia,
Que es de amor; y si en su historia
Discurro, temo quedar
Vencido, y no quiero dar
Yo contra mí la victoria.
A buscaros he venido
Para consultar con vos
Un pesar; mas viendo (¡ay Dios!)
Que de mi amor ha nacido,
Le callaré, porque quien
Da á un criado tal castigo,
Mal escuchará á un amigo.

DON ALONSO.

No escuchará sino bien;

Que no es todo uno, Don Juan,
Ser vos el enamorado,
O el bergante de un criado;
Que vos sois noble, galan,
Rico, discreto, y en fin,
Vuestro es amar y querer;
Mas ¿por qué ha de encarecer
El amor la gente ruin?
Y porque sepais de mí
Que trato de un mismo modo
Burlas y véras, á todo
Me teneis, Don Juan, aquí.—
Salte allá fuera.

DON JUAN.

Dejad
Que me oiga Moscatel;
Que á vos os busco y á él.

DON ALONSO.

Pues proseguid.

DON JUAN.

Escuchad.
Ya, Don Alonso, sabeis
Cuan rendido prisionero
De la coyunda de amor,
El carro tiré de Véuus:
Tan fácil victoria suya,
Que no sé cuál fué primero,
Querer vencer ó vencerme;
Que un tiempo sobró á otro tiempo.
Ya sabeis que la disculpa
De tan noble rendimiento
Fué la beldad soberana,
Fué el soberano sugeto
De Doña Leonor Enriquez,
Hija del noble Don Pedro
Enriquez, de quien mi padre
Amigo fué muy estrecho.
Este pues, milagro hermoso,
Este pues, prodigio bello,
Es la dicha que conquisto,
Es la gloria que deseo.
No os digo que venturoso
Amante (¡ay de mí!) merezco
Favores suyos; que fuera
Descortés atrevimiento,
Que los merezco decir:
Que aunque es verdad que los tengo,
Tenerlos es una cosa,
Y otra cosa merecerlos:
Y así, que los tengo, digo,
Que los merezco, no puedo;
Que es conseguir lo imposible,
Dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
En las alas del deseo,
Lisonjeado de la noche,
Aplaudido del silencio,
Festejado de las sombras,
A quien mas favores debo
Que al sol, que á la luz, que al dia,
Vivo de saber que muero,
Hasta que mas declarado
Pueda á rostro descubierto
Pedirla á su noble padre,
De quien no dudo, ni temo
Que me la dé, porque iguales
Haciendas y nacimientos,
No hay que esperar, donde amor
Tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
Y casarme desde luego
Con ella, es (aquí entra ahora
La pension deste contento,
El subsidio desta dicha
Y el azar de aqueste encuentro)
Tener Leonor una hermana
Mayor; y como no es cuerdo
Discurso querer que case
A la segunda primero,
No me declaro con él:
Porque si á pedirle llego
Alguna de sus dos hijas
(Que claro está que nó tengo
De decir á la que adoro),
Por ser la mayor, es cierto
Que me ha de dar á Beatriz;
Y si digo que no quiero
Sino á Leonor, es hacer
Sospechoso mi deseo,
Despertando la malicia
Que hoy yace en profundo sueño,
Y quizá perder la entrada
Que ahora en su casa tengo...
Si no es ya que está perdida
Con el mas triste suceso
De amor, que me pasó anoche;
Pues la pena con que vengo
Buscándôs... Oidme, que aquí
Os he menester atento.
Beatriz, de Leonor hermana,
Es el mas raro sugeto
Que vió Madrid, porque en él,
Siendo bellísima y siendo
Entendida, están echados
A perder, por los extremos
De una extraña condicion,
Belleza y entendimiento.
Es Doña Beatriz tan vana
De su persona, que creo
Que jamas á ningun hombre
Miró á la cara, teniendo
Por cierto que allí no hay mas
De verle ella y caerse muerto.
De su ingenio es tan amante,
Que por galantear su ingenio,
Estudió latinidad
Y hizo castellanos versos.
Tan afectada en vestirse,
Que en todos los usos nuevos
Entra, y de ninguno sale.
Cada dia por lo ménos
Se riza dos ó tres veces,
Y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa,
Que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
Son melindres muy pequeños;
Y con ser tan enfadosa
En estas cosas, no es esto
Lo peor, sino el hablar
Con tan estudiado afecto,
Que, crítica impertinente,
Varios poetas leyendo,
No habla palabra jamas
Sin frases y sin rodeos,
Tanto, que ninguno puede
Entenderla sin comento.
La lisonja y el aplauso
Que la dan algunos necios,
Tan soberbia, tan ufana
La tienen, que con desprecio
De la deidad del Amor,
Comunera es de su imperio.
Esta tema á todas horas,
Este enfado á todos tiempos,
Aborrecible la hacen
Tanto, que no hay dos opuestos
Tan contrarios, como son
Las dos hermanas, haciendo
Por instantes el estrado
La campaña de su duelo.
Ha dado pues (yo no sé
Si es necia envidia ó si celo)
En asistir á Leonor
De suerte, que no hay momento
Que no ande en alcance suyo
Sus acciones inquiriendo,
Tanto que al sol de sus ojos
Es la sombra de su cuerpo.
Anoche pues, en su calle
Entré embozado y secreto:
Y haciendo al balcon la seña,
Donde hablar con Leonor suele
La ventana abrió Leonor,
Y yo á la ocasion atento,
Llegué á hablarla; pero apénas
La voz explicó el concepto
Que estudiado y no sabido
No me cabia en el pecho,
Cuando tras ella Beatriz
Salió, y con notable estruendo
La quitó de la ventana,
Dos mil locuras diciendo,
Que si yo entendí el estilo
Con que las dijo, sospecho
Que fuéron que ella á su padre
Diria el atrevimiento.
No sé si me conoció;
Y así, cuidadoso, temo
El saber ó no saber
En qué ha parado el suceso,
Por cuya causa no voy
A visitarla, temiendo
Su enojo; pero tampoco
A dejar de ir me resuelvo,
Porque si acaso ha llegado
A su noticia mi intento,
La vida del dueño mio
No dudo que corra riesgo.
Y así, porque en ir ó estarme
Hay peligro, elijo un medio,
Que es enviar este papel
Disimulado y secreto,
Que aun no va de letra mia:
Para cuyo efecto quiero
A Moscatel, que le lleve,
Valiéndose de su ingenio,
Y se le dé á Ines, criada
De Leonor; porque no siendo
Conocido por criado
Mio, no hay que tener miedo.
Y así, que le deis licencia,
Don Alonso, es lo que os ruego,
Y que conmigo en la calle
Os halleis; porque si llego
A saber que está Leonor
En peligro, estoy resuelto
A sacarla de su casa,
Aunque todo el mundo entero
Lo estorbe; y para esta accion
He elegido el valor vuestro.
Mi amigo sois, Don Alonso,
Y bien conocido tengo
Que las burlas del buen gusto
Son las véras del acero.

DON ALONSO.

Moscatel, ese papel
Toma, en casa de Don Pedro
Enriquez, con la invencion
Que te ofreciere tu ingenio,
Entra, y dale á esa criada
Que dice Don Juan.

DON JUAN.

¿Tan presto
Lo disponeis?

DON ALONSO.

Si ha de ser,
¿Cuánto es mejor que sea luego?—
Toma el papel, con nosotros
Ven.

MOSCATEL. (*Ap.*)

Aunque temer no puedo
El peligro, pues Inés,
Que es de mis sentidos dueño,
Es la que voy á buscar,
Amor me dé atrevimiento.

DON ALONSO.

Guiad ahora hácia la calle.

DON JUAN.

¡Qué amigo tan verdadero!

DON ALONSO.

¡Qué amores tan enfadosos!
Si me oyeron, no me oyeron...
¡Bien haya yo, que en mi vida
Me enamorado con riesgo
Sino dama á todo trance,
Sino moza á todo ruedo,
Que á la primera visita
Llamo recio y hablo recio!
Y el haber en mí ó no haber,
O temor ó atrevimiento,
No consiste en otra cosa
Que haber ó no haber dinero. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA III.

DON ALONSO, DON JUAN, MOSCATEL; *y despues*, DON LUIS Y DON DIEGO.

DON JUAN.

Esta es la calle. Porqué
No nos vean, estarémos
En algun portal metidos.

DON ALONSO.

Decís bien.
(*Salen Don Luis y Don Diego, y cruzan la calle, quitándose los sombreros.*)
Mas ¿quién son estos
Que parece que á la casa
De Leonor miran atentos?

DON JUAN.

Este es un Don Luis Osorio,
A quien muy continuo veo
En la calle aquestos dias,
Y ha dado, viven los cielos,
En cansarme.

DON ALONSO.

Pues ¿hay mas
De que tambien le cansemos
Nosotros á él?

DON JUAN.

Dejadlo,
Que no es destas cosas tiempo.
Pasemos de largo, y no
Demos que decir.

DON ALONSO.

Pasemos,
Aunque con tantas figuras,
Pueda ser hombre.

DON JUAN. (*A Moscatel.*)

Tú luego
Darás la vuelta, y darás
El papel á Ines.

MOSCATEL.

Me temo...

DON JUAN.

No hay que temer. Aquí estamos
A la vista: éntrate presto. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

DON LUIS, DON DIEGO.

DON LUIS.

Esta es la capaz esfera,
Este el abreviado cielo
De la mas bella deidad
Y del planeta mas bello
Que vió el sol desde que nace
En jóven golfo de fuego,
Hasta que abrasado muere
En canas ondas de hielo;
Y con ser tal su hermosura
En ella ha sido lo ménos,
Porque pudiera ser fea,
En fe de su entendimiento.

DON DIEGO.

Y en fin, ¿mujer tan discreta
Servís para casamiento?

DON LUIS.

Por conveniencia y amor
La sirvo y la galanteo,
Para cuyo efecto, ya
Han de tratarlo mis deudos.

DON DIEGO.

Pues no sé si lo acertais.

DON LUIS.

¿Por qué no, si en ella veo
Virtud, nobleza y hacienda,
Gran beldad y grande ingenio?

DON DIEGO.

Porque el ingenio la sobra;
Que yo no quisiera, es cierto,
Que supiera mi mujer
Mas que yo, sino ántes ménos.

DON LUIS.

Pues ¿cuándo el saber es malo?

DON DIEGO.

Cuando fué el saber sin tiempo.
Sepa una mujer hilar,
Coser y echar un remiendo;
Que no ha menester saber
Gramática ni hacer versos.

DON LUIS.

No es ejercicio culpable,
Donde es tan noble el exceso,
Que no tiene inconveniente.

DON DIEGO.

Ni yo que le tenga creo;
Pues ántes sé lo contrario
Del rigor y del desprecio
Con que os trata.

DON LUIS.

Ese desden
Adoro. La vuelta demos
A la calle: no otra vez
Pasen estos caballeros,
Que ya miro con cuidado.

DON DIEGO.

Vamos, pues.

DON LUIS.

¡Hermoso centro
De la ingratitud que adoro,
Presto á tus umbrales vuelvo! (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, INES.

DOÑA LEONOR.

¿Está mi hermana vestida?

INES.

Tocándose ahora quedó;
Y por no pudrirme yo
De ver cuán desvanecida
Pide uno y otro consejo
A su espejo, la dejé.

DOÑA LEONOR.

Tan necio es como ella fué
A todas horas, su espejo.

INES.

¿Cómo necio?

DOÑA LEONOR.

¿No lo es
Quien á gusto, en un pesar,
No sabe un consejo dar
A quien se le pide, Ines?
Pues si á Beatriz la he pedido
Mil consejos cada dia,
Y á tan continua porfía
Nunca á gusto ha respondido,
Muy necio es.

INES.

Ahora reparo
La causa.

DOÑA LEONOR.

¿Cuál puede ser?

INES.

Que no os debeis de entender;
Que ella habla culto, tú claro,
Y así os estáis todo el dia
Porfiando las dos.

DOÑA LEONOR.

¡Quién fuera
Tan feliz que no tuviera
Mas cuidado! ¡Ay, Ines mia!
¡Con cuánto temor estoy
De que aquesta melindrosa,
Esta crítica enfadosa,
A mi padre cuente hoy
Lo que anoche me escuchó
Al balcon hablar!

INES.

Supuesto
Que haber salido tan presto
Mi señor de casa, dió
Lugar para prevenir
El lance, y que no ha tenido
Tiempo de haberlo sabido,
Procuremos desmentir
Su malicia con alguna
Invencion.

DOÑA LEONOR.

Ya he imaginado,
Y digo que no he hallado
A propósito ninguna;
Porque ¿cómo la he de hallar,
Si ella misma quien vió, fué,
A Don Juan?

INES.

Lo que se ve,
Es lo que se ha de negar
Con brio y con desenfado,
Procurando deshacello;
Lo que no llegan á vello,
Señora, se está negado.

DOÑA LEONOR.

El medio (¡ay de mí!) mejor
Que me ofrece el pensamiento,
Es, Ines, con rendimiento
Dueño hacerla de mi amor,
De mi empleo y mi esperanza;
Pues es hácer en efeto
Puerta de hierro á un secreto
El hacer dél confianza.
¿Qué puedo hacer (¡ay de mí!),
Ines, si esta industria sola
Es la que me queda?

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ. — DOÑA LEONOR, INES.

DOÑA BEATRIZ. (*Dentro.*)

¡Hola!
¿No hay una fámula aquí?
(*Sale con un espejo en la mano, mirándose en él.*)

INES.

¿Qué es lo que mandas?

DOÑA BEATRIZ.

Que abstraigas
De mi diestra liberal
Este hechizo de cristal,
Y las quirotecas traigas.

INES.

¿Qué son *quirotecas*?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué?
Los guantes. ¡Que haya de hablar
Por fuerza en frase vulgar!

INES.

Para otra vez lo sabré.
Ya están aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cuánto lidio
Con la ignorancia que hay!
Hola, Ines.

INES.

Señora.

DOÑA BEATRIZ

Tray
De mi biblioteca á Ovidio:
No el *Metamorfosis*, no,
Ni el *Arte Amandi* pedí;
El *Remedio Amoris*, sí,
Que es el que investigo yo.

INES.

Pues ¿cómo he de conocer
Libro (si es que eso has pedido),
Si aun el cartel no he sabido
De una comedia leer?

DOÑA BEATRIZ.

Oscura, idiota y lega,
¿No te medra cada dia
La concomitancia mia?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Ahora mi papel llega.)
Hermana...

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién me habla así?

DOÑA LEONOR.

Quien á tus pies obediente
Viene á arrojarse.

DOÑA BEATRIZ.

Detente:
No te apropincues á mí;
Que empañarás el candor
De mi castísimo bulto,
Y profanarás el culto
De las aras de mi honor.
Porque mujer que fió
Del caos de la sombra fria,
Y en descrédito del dia
Nocturno amor aceptó,
No mirar consiga atento
Mi semblante á voz profana,
Pues víbora será humana,
Que con su, inficione, aliento[1].

DOÑA LEONOR.

Beatriz discreta y hermosa,
Mi hermana eres.

DOÑA BEATRIZ.

Eso no;
Que tener no puedo yo
Hermana libidinosa.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es *libidinosa*, hermana?

DOÑA BEATRIZ.

Una hermana, que al farol
Trémulo, virey del sol,
Osa abrir una ventana;
Y susurrando por ella
A voz media y labio entero,
Da que decir á un lucero,
Da que callar á una estrella.
Pero yo minoraré
El escándalo que has hecho,
Diciendo al paterno pecho
Sacrilegios de tu fe.
Un devoto anoche vi...

DOÑA LEONOR.

¿Y conocístele?

DOÑA BEATRIZ.

No,
Ni pudo ser, porque yo
¿Qué másculo conocí?

DOÑA LEONOR.

Pues yo te quiero decir
Quién era, y con el intento
Que me habló.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué atrevimiento!
¡Tal insulto habia de oir?

DOÑA LEONOR.

Pues aunque oirlo no quieras,
Lo has de oir; porque tambien
No está á mi decoro bien
Que tú con locas quimeras
Te persuadas á que ha sido
Liviandad lo que honor fué.

DOÑA BEATRIZ.

¿Honor?

DOÑA LEONOR.

Oye.

DOÑA BEATRIZ.

No daré
Directo á tu voz mi oido.

DOÑA LEONOR.

Pues directo ó no dirèto,
Todo has de escucharlo ya.

DOÑA BEATRIZ.

Oido por fuerza, será
Clandestino tu secreto,
Y no puedo error tan mucho
Cometer.

DOÑA LEONOR.

Si hablando estoy...

DOÑA BEATRIZ.

Aspid al conjuro soy:
No lo escucho, no lo escucho. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Oye. Mas ¿quién ahí ha entrado?

INES.

A mi señor buscará.

DOÑA LEONOR.

Mira quién es, miéntras va
Mi desdicha y mi cuidado
Siguiendo una fiera. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MOSCATEL. — INES.

MOSCATEL. (*Ap.*)

Amor,
¡Qué cobarde eres conmigo,
Pues aun no valen contigo
Las leyes de embajador!

INES.

¿Es posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento
De entrar hasta este aposento?

MOSCATEL.

Sin saber qué me ha movido
A haber entrado hasta aquí
Rigor es anticipado...

INES.

Pues ¿no basta haber entrado.

MOSCATEL.

Sí y no.

INES.

Pues ¿cómo no y sí?

MOSCATEL.

No, pues no sabes á qué;
Sí, pues enojada estás;
No, pues presto lo sabrás;
Sí, pues tarde lo diré.
Y aunque pude haber venido
De tu hermosura llamado,
Traido de mi cuidado
Y del tuyo distraido;
A darte aqueste papel
Vengo, que Don Juan envía,
Que de mi cuidado fia
Lo que á Leonor dice en él.
Que por no ser conocido
Por criado suyo yo,
Con el papel me envió;
Si ya la causa no ha sido
Conocer de mi dolor,
Saber de mi mal severo,
Que de amor no es buen tercero
El que no sabe de amor.

INES.

Pues di que el papel me diste,
Y que á Leonor le daré:
Y vete presto, porqué
Temerosa (¡ay de mí triste!)
De que Beatriz...

MOSCATEL.

Yo me iré;
Que aunque adoro tu presencia,
Las leyes de tu obediencia
Tan constante observaré,
Que á precio de tu rigor
Compraré el desprecio mio,
Y á costa de tu desvío
Mereceré tu favor.

INES.

Bien pudiera responderte
Que tan ingrata no he sido
Como te habré parecido;
Pero tiéneme de suerte
El temor de verte aquí,
Que dejo para despues
La respuesta. Vete pues;
Que tiempo... Mas ¡ay de mí!
Mi señor por la escalera
Sube. Aquí no me ha de hallar,
Viéndote conmigo hablar. (*Vase.*)

MOSCATEL.

Oye, aguarda, escucha, espera.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. — MOSCATEL.

DON PEDRO.

¿Quién ha de esperar y oir?
Quién aguardar y escuchar?

MOSCATEL.

Quien me tuviere que hablar,
O yo tenga que decir.

DON PEDRO.

¿Qué haceis aquí?

MOSCATEL.

¿Qué he de hacer?
¿Ya vos no lo estáis mirando?

[1] En las ediciones que hemos tenido á la vista, se halla esta redondilla así:

No mirar consigo atenta
Mi semblante á voz profana,
Pues víbora será humana
Que con su inficion se alienta.

Nos parece mejor como lo hemos impreso arriba, dejando á propósito la trasposicion ridícula del último verso, en lugar de corregir, como hubiera sido preciso, á ser otro el que hablase.

Que inficione con su aliento.

DON PEDRO.

¿No hablais?

MOSCATEL.

Estaba pensando
Lo que os he de responder.

DON PEDRO.

¿Qué buscais?

MOSCATEL.

(*Ap.* ¿Que aquesto pase?)
A quien sea mi homicida.

DON PEDRO.

¿Por qué?

MOSCATEL.

Porque yo en mi vida
Hallé cosa que buscase.

DON PEDRO.

¿Quién sois?

MOSCATEL.

Habeis preguntado
En propios términos. Soy
Un criado honrado, si hoy
Hay un honrado criado.

DON PEDRO.

¿A quién servís?

MOSCATEL.

No serví,
Aunque criado me llamo.

DON PEDRO.

¿Cómo no?

MOSCATEL.

Como mi amo
Es el que me sirve á mí.

DON PEDRO.

Ya es mucha bellaquería
Hablarme desa manera,
Y ya mas plazo no espera
La justa cólera mia.

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡Malo va esto, vive Dios!
Si me da con algo aquí,
¡Miren qué se me da á mí
Que en la calle estén los dos!

DON PEDRO.

Quién sois me habeis de decir,
Qué quereis y qué buscais,
Y á qué en esta casa entrais,
O en ella habeis de morir
A mis manos.

MOSCATEL.

Si firmado
Habeis la sentencia ciego
Con «ejecútese luego»
Yo soy Moscatel, criado
De un Don Alonso de Luna...

ESCENA IX.

DON JUAN, DON ALONSO. — DON PEDRO, MOSCATEL.

DON JUAN.

(*Ap. á Don Alonso, á la puerta.*)
Pues está aquí Moscatel,
Y vimos entrar tras de él
A Don Pedro, mi fortuna
No espera mas.

DON ALONSO.

Yo dispuesto
A cuanto suceda estoy.
A tomar la puerta voy. (*Vase.*)

DON PEDRO. (*A Moscatel.*)

Proseguid.

(*Llega Don Juan.*)

DON JUAN.

Señor, ¿qué es esto?

MOSCATEL. (*Ap.*)

Eso sí.

DON PEDRO.

(*Ap.* Forzoso es ya
Reportarme.) Este hombre hallé
Aquí: qué busca, no sé.

DON JUAN.

¿No? Pues él nos lo dirá,
O á aqueste acero rendido
Morirá. (*Ap. á Moscatel.* Miente algo aquí,
Moscatel, que importa así.)

MOSCATEL.

(*Ap.* ¡Buen socorro me ha venido!)
Un hombre busco; y no hallando
Nadie que me respondiera,
De escalera en escalera
Me fuí poco á poco entrando,
Sin ver á quién preguntar.
Hasta esta parte llegué,
Donde una doncella hallé,
(La verdad en su lugar).
Pensando que era ladron,
Huyó de mí; y á ella era
El «escucha, aguarda, espera.»

DON JUAN.

Bien puede tener razon.

DON PEDRO.

(*Ap.* Aunque no estoy satisfecho
De que me diga verdad,
Fuera necia liviandad
De mi espada y de mi pecho
Saber Don Juan que he tenido
Otra sospecha; y así
Fingir me conviene aquí
Que su disculpa he creido,
Porque ménos recatado
Le pueda despues seguir,
Saber quién es, y salir
De una vez deste cuidado.)
Pues si venis á buscar
Un hombre, ¿por qué os turbais
De verme á mí?

MOSCATEL.

Porque dais,
Y soy fácil de turbar.

DON JUAN.

Id con Dios.

MOSCATEL

Que á los dos guarde.

DON JUAN. (*Ap. á Moscatel.*)

A Don Alonso le di
Se quite luego de ahí.

(*Vase Moscatel.*)

DON PEDRO.

Luego vuelvo. Adios, que es tarde.

DON JUAN.

¿Dónde vais?

DON PEDRO.

Vuelvo á buscar
Unas cartas que perdí.

DON JUAN.

No habeis de salir de aquí,
U os tengo de acompañar.

DON PEDRO.

(*Ap.* Algo sin duda ha entendido
De mi enojo: fuerza es
Deslumbrarle.) Venid, pues.

DON JUAN. (*Ap.*)

Bien hasta aquí ha sucedido,
Pues sin sospechar en mí
Asistirle á todo puedo. (*Vanse.*)

ESCENA X.

INES, y luego, DOÑA LEONOR.

INES.

Confusa de mirar quedo
Lo que ha sucedido aquí.
Informarse tan severo,
Cobrarse tan recatado,
Hablar con él tan pesado,
Y seguirle tan lijero,
Muchos efectos han sido.
No sé qué ha de suceder.

(*Sale Doña Leonor.*)

DOÑA LEONOR.

¡Válgate Dios por mujer,
Qué temeraria has nacido!

INES.

Señora, ¿qué te ha pasado,
Que tan colérica vienes?

DOÑA LEONOR.

Que no me escuchó Beatriz,
Porque ha estado impertinente,
Con mas soberbia que nunca,
Tan cansada como siempre.
Dice que dirá á mi padre
El suceso.

INES.

Cuando vienen
Los pesares, nunca (¡ay triste!)
Vienen solos; pues de suerte
Se eslabonan unos de otros,
Que enredándose crueles,
Es víspera del segundo
El primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
Aquí, para que supiese
Yo quién era, te buscaba
A tí, señora, con este
Papel; que Don Juan no quiso,
Por el riesgo, que viniese
Criado suyo. El papel
Me dió apénas, cuando quiere
El cielo que entre tu padre,
Y que con el hombre encuentre.
Llegó al empeño Don Juan,
Y hizo que el hombre le diese
No sé qué necias disculpas.
Pero aunque quiso prudente
Disimular mi señor,
No pudo, y tras él se vuelve.

DOÑA LEONOR.

¡Qué bien dicen que los males
Son, si hay uno, como el fénix,
Pues cuna es en que uno nace,
La tumba donde otro muere!
Dame el papel, porque quiero
Al instante responderle
A Don Juan, en el peligro
Que estoy.

INES.

No le guardes, léle;
Que quizá advertirá algo
Que en tu cuidado aproveche.

DOÑA LEONOR.

Dices bien, abrirle quiero;
Que nada en ello se pierde.
(*Lee.*) *¡Qué mal podré, hermoso dueño,
Decirte ni encarecerte...*

INES.

Tu hermana viene.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!

ESCENA XI.

BEATRIZ.—LEONOR, INES.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué misivo idioma es ese
Que, ajado, ocultas?

DOÑA LEONOR.

¿Yo.?

DOÑA BEATRIZ.

Sí.

DOÑA LEONOR.

No entiendo lo que me quieres
Decir.

DOÑA BEATRIZ.

Con vulgar disculpa
Me has obstinado dos veces.
Ese manchado papel
En quien cifró líneas breves
Cálamo ansarino, dando
Cornerino vaso débil
El etíope licor,
Ver tengo.

DOÑA LEONOR.

En vano pretendes
Ver el papel, porque fuera
Tambien ser necia dos veces
No querer saber de mí,
Cuando de oirme te ofendes,
Lo que yo quiero decir,
Y querer saber aleve
Lo que pretendo callarte.

DOÑA BEATRIZ.

Mi fraternidad no atiende
A tu lengua, si á tu accion,
Porque aquella mentir puede,
Y esta ha de decir verdad:
Y así, en la ocasion urgente,
Si oir lo que quieres no quiero,
Saber si lo que no quieres.

DOÑA LEONOR.

¿De qué suerte, si no quiero,
Lo has de saber?

DOÑA BEATRIZ.

Desta suerte.

(*Ase del papel, y porfían las dos*)
Suelta la epístola.

INES.

No es
Sino evangelio.

DOÑA LEONOR.

Aunque intentes
Por fuerza verle, tirana,
Poco podré, ó no has de verle.

DOÑA BEATRIZ.

Deja el papel.

(*Sale Don Pedro á tiempo que rompen el papel, quedándose con la mitad cada una.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO.—DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INES.

DON PEDRO.

¿Qué papel
Es? ¿Por qué reñís, aleves?

INES. (*Ap.*)

Cayóse la casa, como
Dice el fullero que pierde.

DON PEDRO.

Suelta ese pedazo tú,
Y tú suelta esotro.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Déme
Ingenio amor.

DOÑA BEATRIZ.

El que abstraes
Fragmento á mi mano débil,
Te referirá baldones
Que tu pundonor padece.

DOÑA LEONOR.

El papel, señor, que miras,
Yo no sé lo que contiene;
Y pues que Beatriz lo sabe,
¿Quién duda que suyo fuese?
Leyéndole estaba, cuando
Llegué...

DOÑA BEATRIZ.

¿Yo?

DON PEDRO. (*A Doña Beatriz.*)

Calla.

DOÑA LEONOR.

Y al verme,
Le ocultó con tal cuidado,
Que me le puso de verle.
Quise quitársele, y ella
Me le defendió. No pienses
Que fué atrevimiento en mí,
Que despues que sé que tiene
Beatriz quien la escriba, y quien
La hable de noche por ese
Balcon, mi virtud me ha dado
Disculpa para atreverme,
Aunque soy menor hermana,
A tratarla desta suerte.

INES. (*Ap.*)

De mano gana Leonor,
Cuando un mismo punto tienen.

DON PEDRO.

¡Por cierto, Beatriz!..

DOÑA BEATRIZ.

Ignoro,
Atónita, responderte;
Que me construyó su acento
Estatua de fuego y nieve;
Porque cuanto me acumula
Delito es suyo *in specie.*

DOÑA LEONOR.

¿Pues aquí no estaba Ines,
Que decir la verdad puede?

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues Ines no estaba aquí,
Que dirá lo que sucede?

INES. (*Ap.*)

Yo soy, en fin, la presencia
De todo el hecho presente.

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Ay de mí! que combatido
De uno y otro mal tan fuerte,
Ambos me están mal, pues ambos
Armados contra mí vienen!
Que al averiguar (¡ay triste!)
Cuya es la culpa evidente,
No es excusarme la pena;
Pues cuando á saberla llegue,
Tan sitiado mi dolor,
Tan acosado mi suerte,
Tan cercado mi desdicha
En este lance me tienen,
Que habiendo (¡ay de mí!), que habiendo
De morir precisamente,
Quien me dé muerte sabré,
Mas no excusaré la muerte.)
Vete tú, Beatriz, de aquí;
Y tú, Leonor, de aquí vete.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, yo...

DON PEDRO.

Nada digais.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Quiera amor que no confiese
El papel lo que yo niego. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Tú, mentil hermana, tienes
La culpa de todo. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO, INES.

DON PEDRO.

Ines.

INES. (*Ap.*)

Aquí entro ahora.

DON PEDRO.

Detente.

INES. (*Ap.*)

Honor, con quien vengo, vengo.

DON PEDRO.

Pues sola el testigo eres,
¿Quién leía el papel?

INES. (*Ap.*)

Yo
Ni quito ni pongo leyes;
Pero hago lo que debo...

DON PEDRO.

¿Qué es lo que dudas, qué temes?

INES.

(*Ap.* Al oficio de criada
Es ayudar á quien miente.)
Señor, poco ántes que tú
Llegué yo, sin que pudiese
De la accion ni de las voces
Saber cuyo el papel fuese.
Esta es la verdad, so cargo
Del juramento que tiene
Fecho cualquiera criada
En el pleito que refiere.

DON PEDRO.

¡Aun este pequeño alivio
Del desengaño, no quiere
Darme el dolor!—Vete, Ines...

INES. (*Ap.*)

Viva á toda ley quien vence. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

Que el papel confesará
Cuanto tú y ellas me nieguen.
Juntar quiero los pedazos
De esta víbora, esta sierpe,
Que dividido el veneno
En dos mitades contiene.
(*Lee.*) *¡Qué mal podré, hermoso ducño,
Decirte ni encarecerte
El cuidado con que estoy
De que anoche nos oyese
Tu hermana! Avísame, al punto
Que á tu padre se lo cuente,
Para que te ponga en salvo.*
A entrambas á dos conviene
El papel, para que sea
Hoy mi desdicha mas fuerte,
Pues si supiera de una
Que con liviandad procede,
Supiera tambien de otra
La virtud; y desta suerte,
Templado estuviera el daño.
Mas para que no se temple,
Quiere el cielo que á ninguna
Crea, y que en las dos sospeche.
Hallar un criado aquí,
Turbarse (¡ay de mí!) de verme,
Llegar Don Juan y dejarle,
Salir tras él y perderle,
Volver á casa y hallar
La confusion que me vence,
Cosas son que han menester
Atenciones mas prudentes.
Y así, pues sé que el criado
Es, si su temor no miente,
De Don Alonso de Luna,

Saber quién es me conviene,
Y atender á sus acciones;
Y hasta que á mis manos llegue,
O desengaño ú venganza,
¡Valedme, cielos, valedme!

JORNADA SEGUNDA.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DON JUAN, MOSCATEL.

DON ALONSO.
De buena salimos.

MOSCATEL.
Yo
Soy el que salí de buena
Y entré en mala, pues me vi
Ya de la muerte tan cerca.

DON JUAN.
Determinarme yo á entrar
(Viendo la ocasion tan cerca)
Tras Don Pedro, fué tu dicha.

MOSCATEL.
Y aun la tuya, pues si dejas
De entrar, confieso de plano.

DON ALONSO.
¿Eso dices?

MOSCATEL.
Y aun lo hiciera
Mejor que lo digo.

DON ALONSO.
Mira,
Don Juan, si amando, hay quien tema.

DON JUAN.
Pues ¿un amante es cobarde?

MOSCATEL.
Mucho mas, por ver que arriesga
Una vida que no es suya,
Sino de su hermosa prenda.
Y si es deuda de un amante
En su servicio perderla,
Ya es de amor estelionato
Hipotecarla a otra deuda.

ESCENA II.

INES, *tapada*. — DICHOS.

INES.
Señor Don Juan.

DON JUAN.
¿Quién me llama?

INES.
Yo soy.

DON JUAN.
Vengas norabuena,
Ines.

INES.
Para haberte hallado,
He dado á Madrid mil vueltas.

DON JUAN.
¿Qué ha sucedido, que así
Vienes?

MOSCATEL. (*Ap.*)
Inesilla es esta.
¡Quiera el cielo que mi amo
Ni la atisbe ni la vea!

INES.
A darte aqueste papel
He venido. Adios.

DON JUAN.
Espera,
Le leeré.
(*Lee Don Juan, y entre tanto se pone Moscatel en medio de Don Alonso y de Ines.*)

DON ALONSO
No tiene, á fe,
Mala cara la mozuela.

MOSCATEL. (*Ap.*)
Vióla: no daré un ochavo
Por mi honra toda entera.

DON ALONSO.
Oye, Moscatel. (*Ap. á él.*)

MOSCATEL.
Señor.

DON ALONSO.
Si como esta moza, fuera
La tuya, te disculpara,
Si hay disculpa que amor tenga.

MOSCATEL.
(*Ap.* Celos, vamos poco á poco,
No mateis con tal violencia.)
¿Esta te parece bien?

DON ALONSO.
Pues ¿no es bien hermosa esta
Para fregona?

MOSCATEL.
No es
Sino muy mala y muy fea.
Si vieras, señor, la mia,
Pondré un brazo que dijeras
Que era pecado nefando
Si entraba en su competencia.

DON ALONSO.
Viven los cielos, que mientes.

DON JUAN.
Ya he leido.

DON ALONSO.
¿Y qué hay?

DON JUAN.
Mil quejas
De Leonor; y en fin, me avisa
Que bien puedo ir á verla,
Que no hay sospecha de mí,
Por una industria: cuál sea
No dice. Despues, de todo
Yo volveré á daros cuenta.—
Vamos, Ines. (*Vase.*)

DON ALONSO.
Moscatel,
No la dejes ir, detenla.

MOSCATEL. (*Ap.*)
¡Esto mas, celos!

DON ALONSO.
¡Ah, hermosa!

INES.
¿Qué quereis?

DON ALONSO.
Veros quisiera
Esa buena cara.

MOSCATEL. (*Ap.*)
¡Ay cielos!

INES.
Hay mucho que ver en ella,
Y no vengo tan despacio.

DON ALONSO.
Yo la sabré ver apriesa.

MOSCATEL. (*Ap.*)
Y aun dejar de verla y todo.

ESCENA III.

DON LUIS, DON DIEGO. — DON ALONSO, INES, MOSCATEL.

DON DIEGO. (*Ap. á Don Luis.*)
La criada suya es esta.

DON LUIS. (*Ap. á Don Diego.*)
Desde su casa la he visto
Salir, y vengo tras ella,
Por ver si para Beatriz
Darla un recado pudiera.

INES. (*Ap.*)
No sé lo que Moscatel
Me quiere decir por señas.

DON DIEGO.
Con Don Alonso de Luna
Habla.

DON LUIS.
Cierta es mi sospecha;
Que venir una criada
De Beatriz desta manera
A buscarle, estar él siempre
En su calle y á su reja
Con el otro amigo suyo,
Mirar que cuando se aleja
Se quedan los dos hablando,
No es posible que no sean
Lances de amor.

DON DIEGO.
¿Qué quereis
Hacer?

DON LUIS.
Que aquí no me vea;
Que no tengo yo favores
Para que empeñarme pueda;
Y reñir un desvalido
Es valentía muy necia.

DON DIEGO.
Decis bien... y quizá mienten
Los viles celos que os cercan.

DON LUIS.
Nunca son viles los celos,
Don Diego.

DON DIEGO.
Opinion es nueva.

DON LUIS.
¿Hay mas nobleza que hablar
Verdad? Pues esta nobleza
Solos los celos la tienen,
Porque no hay celos que mientan.
(*Vanse Don Luis y Don Diego.*)

ESCENA IV.

DON ALONSO, MOSCATEL, INES.

INES.
Bien está. Adios, que es muy tarde.

DON ALONSO.
Dejad que vaya siquiera
Con vos aqueste criado:
No vais sola.

INES.
Norabuena,
Venga el criado conmigo.

MOSCATEL. (*Ap.*)
¿Que esto escuche? Que esto vea?

DON ALONSO.
Moscatel.

MOSCATEL.
Señor.

DON ALONSO
Escucha.
Ines me ha dado licencia

Para que en mi nombre vayas
Hasta su casa con ella :
Ve, y dirásla en el camino
Que como tal vez se venga
A casa, no faltará
Algun regalo que hacerla.

MOSCATEL.

¿Es posible que tal dices?

DON ALONSO.

Sí, que si en su amor ya es fuerza
Acompañar á Don Juan,
No es muy mala conveniencia
Tener quien aquel instante
Tambien á mí me entretenga.

MOSCATEL.

Yo se lo diré.

DON ALONSO.

En los trucos
Te aguardo con la respuesta. (*Vase.*)

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡Quedamos buenos, honor!

INES.

Moscatel, vamos. ¿Qué esperas?

MOSCATEL.

Vamos, Ines. (*Vanse.*)

—

Otra calle.

ESCENA V.

MOSCATEL, INES.

INES.

Pues ¡tan triste
Conmigo vas, que aun apénas
Alzas á verme la cara!
¿Qué es aquesto?

MOSCATEL.

¡Ay, Ines bella!
¡Ay, dulce hechizo del alma,
Qué de cuidados me cuestas!

INES.

¿Qué tienes?

MOSCATEL.

Amor y honor.
Quiero y sirvo, y hoy es fuerza
Entre mi dama y mi amo,
Que no sirva ó que no quiera.

INES.

No entiendo tus disparates.

MOSCATEL.

Pues yo haré que los entiendas.
Don Alonso mi señor
Te vió, Ines... y ¡á Dios pluguiera
Que ántes cegase, aunque yo
El mozo del ciego fuera!
Vióte, Ines ¡ay Dios! y al verte,
Fué precisa consecuencia
Quererte; no tanto, Ines,
Por tu infinita belleza,
Como por su amor finito,
Que eres en fin cara nueva.
Conmigo á decir te envia...
—Aquí se turba mi lengua.—
Dice que si vas, Ines,
A verle, tendrás (¡qué pena!)
Si es por la mañana, almuerzo;
Si es por la tarde, merienda.

INES.

Grosero, descortés, loco,
Suspende la aleve lengua;
Que no sé, no sé qué has visto
En mí para que te atrevas
A hablar con tal libertad
A una mujer de mis prendas.
Dile á tu amo, villano,
Que soy quien soy, y no tenga
Prevenciones para mí;
Que de cualquiera manera
Iré á servirle á su casa,
Porque yo no soy de aquellas
Mujercillas que se pagan
De almuerzos y meriendas;
Que soy moza de capricho,
Y esto le doy por respuesta.

MOSCATEL.

¿Eso dices?

INES.

Esto digo,
Y presto de aquí te ausenta,
No te vean en mi casa:
Mira que ya estamos cerca.

MOSCATEL.

En fin, ¿te vas enojada?

INES.

No me sigas, no me veas.

MOSCATEL.

Obedecerte es forzoso.
Pues tan triste Ines me deja,
Bien podeis, ojos, llorar,
No lo dejeis de vergüenza. (*Vase.*)

INES.

Aquesta es mi casa. El manto
Me he de quitar á la puerta;
Que para esto solamente
Creo que en las faldas nuestras
Usamos los guardainfantes.
Ahora, aunque mi ama la necia
Me haya echado un rato ménos,
No sabrá que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga,
Que les cargo la conciencia. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

Esta mentira ha sido
La que nuestro cuidado ha divertido.

DON JUAN.

Fué del ingenio tuyo,
Que con eso que fué sutil arguyo.

DOÑA LEONOR.

Ya del todo perdida
La vida, restauré en parte la vida;
Que lo que era evidencia,
Puse con el engaño en contingencia;
Que no es pequeño aviso
Saber hacer dudoso lo preciso.

DON JUAN.

Tu padre en fin, ¿de entrambas sospechoso
Quedó?

DOÑA LEONOR.

Tanto, que anda cuidadoso,
Yendo á casa y viniendo,
Escuchando á la una, á la otra oyendo;
Que hasta aquí no ha sabido
Cuyo el papel ni para quién ha sido:
Porque Ines, que tenia
Sola noticia de la culpa mia,
Sin que a decirlo acuda,
Dejó en su fuerza la primera duda.

INES.

Yo no dije que era
El papel de Beatriz, porque pudiera
El papel desmentirme;
Y así en lo que dijiste estuve firme.

DON JUAN.

Dicha fué que viniera
El papel de manera
Que á entrambas convenía;
Que bien se acuerda la memoria mia
De que no te nombraba
Y de que escrito de otra letra estaba.
Pero dime, ¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?

DOÑA LEONOR.

Yo sospecho
Que, sujeta al indicio,
Si juicio tiene, ha de perder el juicio.
Pues, sobre su melindre y su locura,
Tan vana de su ingenio y hermosura,
Verse indiciada tanto
De una sospecha, la convierte en llanto.
Y estoy, Don Juan, gustosa de manera
De verla así, que diera
Porque fuera verdad y no fingido
El amor que en su culpa he introducido,
La vida.

INES.

Piensa tú, señor, qué harémos,
Por llevar adelante sus extremos.

DOÑA LEONOR.

De nuestro amor industria lisonjera
El divertirla y el culparla fuera,
Pues con eso dejara
De perseguirme á mí, y ella callara.

DON JUAN.

Ahora bien, pues yo quiero
Desta venganza tuya ser tercero,
Y trayendo conmigo
Para que la entretenga, un cierto amigo,
Haré... Pero ella viene.
Despues lo oirás, que aquí callar conviene.

DOÑA LEONOR.

Pues vete, no te vea;
Que aunque aquesta sospecha en tí no sea
A toda ley, bien creo
Que es mejor desvelar nuestro deseo.

DON JUAN.

Pues adios, Leonor bella.

INES.

¡Santiago, cierra España!¡Á ella, á ella!
(*Vanse Don Juan é Ines.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ.—DOÑA LEONOR.

DOÑA BEATRIZ. (*Para sí.*)

Aquí, que fénix [1] estoy
(Porque al fin la fantasía
Hace y no hace compañía),
Soliloquiar quiero hoy
Por qué tan infeliz soy,
Y en qué horóscopo nací;
Pues siendo mi honor en mí
Sol que el dia iluminó,
Él eclipse padeció,
Y yo el efecto sentí.
Entre mi luz y mi ardor,
Con epiciclo confuso
El cuerpo opaco me puso
La mentira de Leonor.

DOÑA LEONOR.

¿Qué me quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Es error,
Aunque á solas te he nombrado,
Fantasiar que te he llamado;
Que si el nombrar es llamar,
Hoy desvía con llamar,
Al contrario, mi cuidado.

[1] Sola.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿por qué, cruel conmigo,
Tu voz á solas se emplea?

DOÑA BEATRIZ.

Pues que me interrogas, sea
Tu mendacio tu castigo.
¿Tú no fuiste, amor testigo,
La escrita?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tú no fuiste
La que, al paterno, dijiste,
Orden, que era para mí
El lineado papel?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Tú no fuiste quien hiciste
Tan válida la mentira,
Que embelecó la verdad,
Acuada su puridad?

DOÑA LEONOR.

Sí, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿qué te admira
Lamentar tu fraude?

DOÑA LEONOR.

Mira
Lo que tu enfado causó;
Que no lo intentara, no,
Si tú ayudaras mi engaño;
Mas ya sucedido el daño,
Beatriz, primero era yo.
Negarte á solas no quiero
Que mia la culpa fué;
Pero tampoco querré
Confesársela á un tercero.—
Yo amo, yo adoro, yo muero
De amor...

(Sale Don Pedro al paño á espaldas de Doña Beatriz, y de cara á Doña Leonor: esta le ve, y él se recata.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO. — DICHAS.

DOÑA LEONOR. *(Ap.)*

Mi padre. ¡Ay de mí!

DON PEDRO. *(Ap.)*

«Yo muero de amor» oí
A Leonor.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Cure mi error
Mi voz.) ¡Yo muero de amor,
Dices delante de mí!
¡Yo quiero!

DON PEDRO. *(Ap.)*

¿Esto llego á ver?

DOÑA LEONOR.

¡Yo amo!

DON PEDRO. *(Ap.)*

¿Aquesto llego á oir?

DOÑA LEONOR.

¡*De amor muero*, ha de decir
Una principal mujer!
Mi padre lo ha de saber;
Que aunque tú me has dicho aquí
Que á él no, pero á mí sí
Lo confiesas, brevemente
Lo sabrá.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Tente,
No te apropincues á mí.

DOÑA BEATRIZ.

El concepto dificulto
De tus extremos, Leonor.

DOÑA LEONOR.

No me empañes el candor
De mi castísimo bulto.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué mudanza?...

DOÑA LEONOR.

¿Tal insulto
Pronunciar tu lengua osa?

DON PEDRO. *(Ap.)*

Leonor es la virtüosa.

DOÑA BEATRIZ

Oye, hermana.

DOÑA LEONOR.

Aqueso no,
Que tener no puedo yo
Hermana libidinosa. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DON PEDRO, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién tales extremos vió?
Quién vió tales sentimientos?
Quién vió tales fingimientos
De un instante á otro?

DON PEDRO.

Yo,
Yo los vi, Beatriz, y no
En vano el cuidado ha sido
Que con las dos he tenido[1].

DOÑA BEATRIZ.

Señor, ¿tú estabas aquí?

DON PEDRO.

Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.

DOÑA BEATRIZ.

¿Oiste á Leonor lo que hablaba?

DON PEDRO.

Lo que habló Leonor oí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Luego ya estarás de mí
Desengañado?

DON PEDRO.

Sí estoy,
Pues he llegado á ver hoy
Que una hermana menor pueda
Reñirte.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué tal suceda!
Infausta y crinita soy.

DON PEDRO.

¿Qué crinita, ni qué infausta[2]?

DOÑA BEATRIZ.

Señor...

DON PEDRO.

Beatriz, bueno está:
Basta lo afectado ya,
Lo enfadoso basta, basta;
Que es lo que mas te contrasta
Para que vencida quede
Tu opinion: bien verse puede,
Si á hablar así te acomodas,
Que quien no habla como todas,
No como todas procede.
Yo sé que el cuidado ha sido
Y el papel de un caballero,
Bachiller y chocarrero,
Libre y mal entretenido;
Y que le quieres he oido,
Cuando Leonor te reñia.
Culpa ha sido tuya y mia;
Mas remediarélo yo.
Aquí el estudio acabó,
Aquí dió fin la poesía.
Libro en casa no ha de haber
De latin, que yo le alcance.
Unas *Horas* en romance
Le bastan á una mujer.
Bordar, labrar y coser
Sepa solo: deje al hombre
El estudio... Y no te asombre
Esto; que te he de matar,
Si algo te escucho nombrar,
Que no sea por su nombre.

DOÑA BEATRIZ.

Subordinaba al respeto,
Girasol de tu semblante,
En estilo relevante
No frasificar prometo.
Deja empero á tu conceto
Desvanecer la apariencia,
Que el engaño hizo evidencia,
Que hizo caso la malicia,
Queriendo con su injusticia
Captar tu benevolencia.

DON PEDRO.

¡Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Ausculta propicio[3]...

DON PEDRO.

¡Bien enmendada te veo!

DOÑA BEATRIZ.

Por tu anticipata[4]...

DON PEDRO.

Creo
Que hoy me has de quitar el juicio.
(Vanse.)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA X.

DON ALONSO, MOSCATEL.

DON ALONSO.

¿Eso la pícara dijo?

MOSCATEL.

De tu amor tan ofendida,
Como si fuera hija Ines
Del Preste Juan de las Indias:
«Decid, dijo, á vuestro dueño
Que mi valor no conquista,
Que soy grande para dama,
Y para esposa soy chica.»

DON ALONSO.

Eso á reyes de comedia,
No hay condesa que no diga
De Amalfi, Mantua ó Milan,
Mas no las de Picardía.
¡Válgate el diablo, picaña!
¿Cómo no tienes á dicha
Que te hable un hombre que al fin
Una camisa trae limpia?

[1] Este verso y los seis anteriores parece que son de una décima incompleta, colocada entre dos cabales.

[2] *Infausta* no es consonante de *basta*. ¿Seria esta una licencia de Calderon, ó escribiria *nefasta*, voz impropia, pero pasadera en boca de la extravagante Beatriz? Las alteraciones que ha padecido la comedia, autorizan esta duda.

[3] En lugar de este verso hay en las ediciones antiguas el siguiente, que no rima con ninguno: *Perdiendo el juicio, Beatriz.*

[4] Tal vez querrá decir, *por tu ascendiente femenina*, por tu madre.

Los últimos versos de esta escena forman una redondilla, puesta á continuacion de varias décimas.

MOSCATEL.

Señor, cada ropa blanca
Su semejante codicia.

DON ALONSO.

¿Y qué te pasó con Celia?

MOSCATEL.

Estaba á su celosía
Asomada, y aun borracha,
Pues dijo, ¿por qué no ibas
A verla? Y esto, señor,
En juicio no lo diria,
Porque ¿cómo has de ir á verla,
Si ya la viste ha tres dias?

DON ALONSO.

Mi firmeza me destruye;
Porque todas imaginan,
Siendo galan al quitar,
Que lo he de ser de por vida.
Pues ¡mejor es lo que á mí
Me ha pasado! Como iba
En un coche Doña Clara,
Llamóme, lleguéme á oirla,
Y díjome que á la tarde
(Ahí es una niñería)
La enviase veinte varas
De lama, porque queria
Hacer en mi nombre una
Pollera. Y á media risa
Pregunté de qué color:
Respondió que de la mia,
Y así al propósito hice
De repente esta quintilla:
«De mi color, bien mi amor
Dar la pollera quisiera;
Mas es tanto mi temor,
Que no me dejas color
De que hacerte la pollera.»
Con esto me descarté
De la lama.

MOSCATEL.

Linda finca
Es un desenfado.

DON ALONSO.

¿Cómo?

MOSCATEL.

Como paga á chanza vista.

DON ALONSO.

¡No sabes lo que en aquesto
Mas me mata, mas me admira?
Que usándose hombres que nieguen,
Se usen mujeres que pidan.

MOSCATEL.

Piden por su devocion.
(*Ap.* ¡Qué presto de Ines se olvida!
Celos, adios.)

DON ALONSO.

Moscatel.

MOSCATEL.

Señor.

DON ALONSO.

¿Quieres que te diga
Una verdad?

MOSCATEL.

Si contigo
Lo puedes acabar, díla.

DON ALONSO.

La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL.

¿Tan aguda es la Inesilla?

DON ALONSO.

Y por hacer burla della
Solamente, he de rendilla.
Allá has de volver.

MOSCATEL.

¿Yo?

DON ALONSO.

Sí.

MOSCATEL. (*Ap.*)

Celos, no adios tan aprisa.

DON ALONSO.

La dirás...

ESCENA XI.

DON JUAN. — DON ALONSO, MOSCATEL.

DON JUAN.

¡Gracias al cielo
Que os traigo nuevas un dia
De contento! porque amor
No siempre ha de ser desdichas.
Ya cesaron sus disgustos,
Sus pesares, sus rencillas;
Que como es niño, el semblante
Que ayer fué llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
Me valí, cuando tenia
Empeños de honor; y ahora
Que han mejorado de dicha,
Me he de valer, Don Alonso,
De vuestra cortesanía,
Buen gusto y sutil ingenio,
Porque en dos iguales líneas
Los dos extremos toqueis
Del pesar y la alegría.

DON ALONSO.

Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

DON JUAN.

De cuanta culpa tenia
Leonor, hizo á Beatriz dueño,
Cautelosa y prevenida.
Dudó el padre entre las dos
Cuya fuese la malicia,
Y quedó por fe dudosa
La que era culpa precisa.
Para ayudar este engaño
Con Beatriz y divertirla
(Que si hay envidia entre hermanos
Es la mas cruel envidia),
Me ha pedido que con ella
Algun nuevo amante finja,
Porque la importa en extremo,
O culparla ó divertirla.
Y aqueste habeis de ser vos,
Ayudándoos ella misma
A la entrada de su casa;
Y así, desde aqueste dia
La habeis de asistir, pasear,
Adorar su celosía,
Solicitar sus criadas,
Donde saliere seguirla,
Escribirla...

DON ALONSO.

Deteneos:
Que ni hablarla ni servirla,
Ni pasearla ni mirarla
Sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar á una ventana
Embobado todo el dia,
Haciendo el amor ardiente
A un cántaro de agua fria?
¿Yo sobornar á una moza,
Porque mis penas la diga?
¿Yo abrazar un escudero
Con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir á una mujer,
Ni saber donde va á misa
Ni si la oye? (Que al fin yo,
Don Juan, en toda mi vida
He averiguado á mi dama
Si tiene ó no tiene crisma:
Y ellas se alegran, pues todas
Niegan donde se bautizan.)
¿Yo escribir papel tan cuerdo
Que mil locuras no diga,
Donde ande el razonamiento
Entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar á una ventana,
Dos horas de noche fria,
Para pedir una mano
A quien siempre que la pida
Me responda, «es de mi esposo,»
Y con aquesta porfía
Me ande con su doncellez
Dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que ántes me deje
Morir, que á una mujer siga,
Ni solicite ni ronde,
Ni mire ni hable ni escriba.
Porque en no teniendo yo
Libre entrada á mis visitas,
Donde tome mi despejo
A la primera vez silla,
La segunda taburete,
Y la tercera tarima,
Siendo mi lecho el estrado,
Y mi almohada una rodilla,
Y haciendo así que me rasquen
La cabeza, si me pica;
No daré por cuanto amor
Hay en el mundo, dos bigas.
Y ¡mirad, pues, qué mujer
Tan chistosa y entendida
Traeis! sino una mujer
Que habla siempre algarabía,
Y sin calepino no
Puede un hombre entrar á oirla.
Y así, mirad si teneis
Algun disgusto en que os sirva;
Que, vive Dios, que primero
Con diez hombres legos riña,
Que con una mujer culta;
Que ha de ser la dama mia,
Como fianza, abonada,
Sobre lega, llana y lisa.

DON JUAN.

En la corte, Don Alonso,
¿Cada dia no se mira,
Por hacer tercio á un amigo,
Enamorar á una amiga?

DON ALONSO.

Tambien se mira, Don Juan,
En la corte cada dia
Perder uno su dinero
Por hacer tercio á una riña.

DON JUAN.

Yo no quiero que tu amor
Sea, sino que lo finjas;
Que esto todo ha de ser burla.

DON ALONSO.

Mucho lo fingido obliga,
Y ¡hacer burla de una loca
Tan vana y tan presumida!...

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡Qué presto hizo la razon
A la ocasion que le brinda!
Tan loco nos venga el año.

DON ALONSO.

Cuanto sea engaño y mentira,
Vaya; mas pensar que tengo
De obligarla ni sufrirla,
Es pensar un imposible.

DON JUAN.

Ni nadie á aqueso os obliga.

DON ALONSO.

Desde aquí empezaré á hablarla.

DON JUAN.

Vamos á su casa misma,
Y en el camino os diré

Destas cosas conocidas
Que importan, y haré que entreis
A hablarla.

DON ALONSO.

Vamos aprisa;
Que ya de pensar, Don Juan,
Lo que hoy á las burlas mias
Han de responder sus véras,
Me estoy muriendo de risa.

MOSCATEL.

Quiera amor no pare en llanto.

DON ALONSO.

¡Qué llanto, necio, si miras
Que todo es burla? pues solo
Mi libertad solicita
Hacer buen tercio á Don Juan,
Vengar á Leonor divina,
Burlar a Beatriz hermosa,
Y retozar á Inesilla.

MOSCATEL. (*Ap.*)

No será, no, sino echarse
Con la carga de mis dichas.

—

Cuarto de Beatriz con una alacena.

ESCENA XII.

BEATRIZ, INES.

INES.

Grande, señora, es tu melancolía.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cómo no ha de ser grande, siendo mia?
Y ¡harta razon no tengo? [vengo[1]
Pues por Leonor, con mi ascendente
A padecer calumnias de que amo,
Cuando la misma ingratitud me llamo.
¡Yo, pensar que he escuchado á un hom-
[bre amores,
Que un papel admiti, que di favores,
Que entró en mi cuarto, abriendo una fe-
[nestra,
Que fué el tacto la nube de mi diestra!
Cosas son, que el escrúpulo mas leve,
Dentro de mí ni aun á pensar se atreve.
Y así, aqueste retiro
Donde la luz del sol apénas miro,
Lúgubre será esfera,
Donde equívoca yo que vivo, muera:
Estancia será esquiva,
En que burlando lo que muero, viva.
El sol, Narciso de jazmin y grana,
Desde el primer fulgor de la mañana
Al parasismo de la noche fria
Adonde espera el parangon del dia,
No me ha de ver la cara;
Si ya con luz no penetrase avara
A esta mansion, en donde
Mi profanado pundonor se esconde.
Lloren aquí mis ojos
Sinónomos neutrales... digo, enojos
De torpes desvaríos,
Que son ajenos, y parecen mios.
—Ines, ¿no me he quejado [do?
En bien humilde estilo, en bien templa-
Si mi padre me oyera, [viera!
¡Oh cuánta enmienda en mis discursos

INES.

Mucha, bien que del tema reformado
Algunas palabrillas te han sobrado.

DOÑA BEATRIZ.

Dime, ¿cuáles han sido?

INES.

Lúgubres y *crepúsculos* he oido,
Equívocos, *sinónomos neutrales*,

[1] Mi padre.

Fenestras, *parasismos*, y otras tales
De que yo no me acuerdo.

DOÑA BEATRIZ.

Con la estulticia que hay, el juicio pierdo.
Pues esas ¿no son voces de cartilla,
Que un portero las sabe de la Villa?
Mas desde aquí prometo
Que calce mi conceto,
A pesar de Saturno,
Vil zueco, en vez de trágico coturno.

INES. (*Ap.*)

Enmendándose va.

DOÑA BEATRIZ.

Y si tú me oyeres
Frase negada á bárbaras mujeres,
Por ver si en esto topa,
Tírame de la manga de la ropa.

INES.

La concesion aceto,
Y ser fiscala de tu voz prometo.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, DON ALONSO, MOSCATEL.—DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA LEONOR. (*Ap. á Don Alonso.*)

Esta es Beatriz, y puesto que has venido
A divertirla, su galan fingido,
Hablarla aquí podrás seguramente:
Yo atenta á que no haya inconveniente,
Con Don Juan allí hablando,
Hoy las espaldas te estaré guardando.
(*Vase.*)

DON ALONSO. (*Ap.*)

¿Quién creerá que he tenido
Mudo el amor, aun siendo amor fingido?

INES.

Moscatel, ¿qué es aquesto? (*Ap. á él.*)

MOSCATEL.

La droga introducir, que se ha dispuesto.

INES.

¿Por qué entras acá tú?

MOSCATEL.

Porque te amo,
Y no has de estar á tiro de mi amo
Sin escucha.

DOÑA BEATRIZ. (*Viendo á Don Alonso.*)

¿Qué es esto?

INES.

Un hombre osado,
Que hasta aquí se ha entrado.

DOÑA BEATRIZ.

¡Un hombre en mi cubículo! . . .
[2] . . . .
[3] . . . (*Ap. á Ines.* ¿Qué haces?)

INES.

Tirarte de la manga.

DOÑA BEATRIZ.

¡Necio intento!
Deten, que solo digo en mi aposento.

DON ALONSO.

Hermosa Beatriz, la voz
No dés al aire, no dés
Al cielo quejas, huidas
De la prision de clavel.
Oye piadosa mi pena
Sin enojarte, porqué
No siempre fué de lo hermoso
Patrimonio lo cruel.

[2] [3] El sentido y el verso están cabales uniendo las palabras *¿Qué haces?* con las anteriores; pero el consonante falta, quizá por efecto de alguna breve supresion.

DOÑA BEATRIZ.

¡Andas por antonomasia!

INES. (*Ap. á su ama.*)

Dos veces tiro.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien.—
Atrevido caballero
(Que has sido osado á romper
La clausura, donde el sol,
Que fénix y hoguera es,
Si tal vez entra atrevido,
Sale cobarde tal vez;
Y á no traer por disculpa
Que me viene el dia á traer,
No osara donde yo estoy
A entrar en átomos él),
¿Qué atrevimiento, qué audacia
Rige tu alevoso pié?

INES. (*Ap.*)

Aquí empiezan sus engaños.

MOSCATEL. (*Ap.*)

El mismo vaya con él.

DON ALONSO.

Peritísima Beatriz,
Beatriz, dulce enigma, en quien
Vive de mas el hablar,
O de mas el parecer:
Yo soy aquel que dos años
Viviente girasol fué
De la luz de tu beldad,
Fragrante al llegarte á ver,
Cuanto mustio al ausentarte,
Que entre el morir y el nacer,
No hubo mas distancia, que entre
Si se ve, ó si no se ve.

INES. (*Ap.*)

Atencion, señoras mias:
Entre mentir ó querer,
¿Cuál será lo verdadero,
Si esto lo fingido es[4]?

DON ALONSO.

La causa hoy de tanto absurdo
Es haber hallado ayer
Tu padre el criado mio,
Que te traia un papel;
Y viendo la obligacion
Que tengo á quien soy, osé,
Temeroso de tu riesgo,
Ahora que ocasion hallé,
Entrar hasta aquí.

DOÑA BEATRIZ.

Detente,
Que ya me incumbe saber,
Aunque mi riesgo derogue
La mas inviolable ley,
Qué papel, ó qué criado
Aquese que dices fué.

DON ALONSO.

El criado, este criado;
El papel, aquel papel
Que abrió Leonor, siendo tuyo,
Porque á ella se le dió Ines.

INES.

Yo no se le di, que ella
Me le quitó sin querer.

[4] Ines tiene razon: requiebros iguales á estos pone Calderon en boca de otros galanes para expresar muy de véras un cariño entrañable. Prueba concluyente de que el lenguaje usual de aquella época era conceptuoso y alambicado: los autores dramáticos de entónces escribieron como se hablaba, y por consecuencia expresaron los afectos con cierta verdad relativa, aunque á nosotros nos cuesta trabajo creerlo, porque los entendemos con dificultad. Pero tambien es difícil de entender el hipérbaton latino, y el estudio nos lo hace tan claro como á los que lo usaban.

DOÑA BEATRIZ.
¿Tuyo era el criado?
DON ALONSO.
Sí.
DOÑA BEATRIZ.
¿Y tuyo el papel?
DON ALONSO.
Tambien.
DOÑA BEATRIZ.
¿Y para mí?
DON ALONSO.
Pues ¿qué dudas?
DOÑA BEATRIZ.
Antes no dudo, pues sé
Que mi muerte, y homicida
Fuiste de mi paz, cruel,
Tirano, que introdujiste
Escrúpulos en mi fe.
Vuelve, vuelve las espaldas
De piadoso y de cortés;
Que solicitas mi muerte
Si aquí mi hermana te ve,
Porque hará verdades hoy
Los fingimientos de ayer.
INES. (*Ap.*)
¡Qué fácilmente creyó
Lo que él contó y yo afirmé!
MOSCATEL. (*Ap.*)
En fin, no hay cosa mas fácil
Que engañar una mujer.
DOÑA BEATRIZ.
Y no quieras mas victoria
De mi vanidad, que ver
Que por ti lloran mis ojos;
Que puede en efecto hacer
Costar lágrimas un hombre,
Sin quererle una mujer;
Que no las lágrimas siempre
Señas son de querer bien.
Vete.
DON ALONSO. (*Ap.*)
Mas lo deseo yo;
Que estoy ya para perder
El juicio, buscando modos
Para responder.
DOÑA BEATRIZ.
No dés
Mas escándalo en mi casa;
Que basta el primero ser,
Que concupiscible oí.—
(*Tírale Ines de la manga.*)
No tires mas, dejamé;
Que tienes traza, por Dios,
De dejarme manca.
DON ALONSO.
En fe
De amante humilde, será
Opuesto planeta quien
Ausentándose, sabrá
Obedeceros cortés;
Pero en sabiendo mi amor.
DOÑA BEATRIZ.
Pues adios, que ya lo sé.
DON ALONSO. (*Ap. á Moscatel*)
No se ha empezado muy mal.
MOSCATEL.
Ni se ha acabado muy bien,
Que viene gente.
INES.
¡Ay, señora!
Ir no le dejes.
DOÑA BEATRIZ.
¿Por qué?
INES.
Porque al paso están hablando
Leonor, Don Juan, y tambien
Tu padre.
MOSCATEL.
El padre es el diablo
Destos enemigos tres.
DOÑA BEATRIZ.
Mi climatérico dia
Es hoy (¡ay de mí!) si os ven,
Porque contra mí los cielos
Han sabido disponer
Evidencias que acrediten
Culpas, que no imaginé.
Para el cuarto de mi padre
El paso esta cuadra es:
No podeis salir de aquí,
Ni allá dentro entrar podeis;
Y así, ántes que aquí entren,
Fuerza el esconderos es.
DON ALONSO.
¿Es comedia de Don Pedro
Calderon, donde ha de haber
Por fuerza amante escondido,
O rebozada mujer?
DOÑA BEATRIZ.
Esto conviene á mi honor.
DON ALONSO.
¿Yo me tengo de esconder?
MOSCATEL.
Ines, mala burla es esta. (*Ap. á ella.*)
INES.
Y muy mala, Moscatel.
DOÑA BEATRIZ.
Esto he de deberos.
DON ALONSO. (*Ap.*)
¡Cielos!
Considerad que no es bien
Darme tan fino el pesar,
Siendo tan falso el placer.
DOÑA BEATRIZ.
¿Qué esperais?
DON ALONSO.
¿Qué he de esperar?
Saber adónde ha de ser
Donde tengo de esconderme.
INES.
Donde estar mejor podeis,
Es en aquella alacena
De vidrios.
DOÑA BEATRIZ.
Has dicho bien.
DON ALONSO.
¡Lindo búcaro del Duque,
O de la Maya seré!
¿Yo en alacena de vidrios?
¡Vive Dios!...
DOÑA BEATRIZ.
Preciso es.
INES.
Entrad.
DON ALONSO.
Sin un calzador,
No es posible.
INES.
Entra tambien.
MOSCATEL.
¿Es alacena de dos,
Como mula de alquiler?
(*Al entrar en la alacena, quiébranse vidrios.*)
INES.
Mirad que quebrais los vidrios.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, DOÑA LEONOR, DON JUAN.—DOÑA BEATRIZ, INES.

DON PEDRO.
Hola, unas luces traed
A esta sala.
DON JUAN. (*Ap.*)
¡Vive Dios,
Que no sé lo que he de hacer,
Si halla á Don Alonso aquí
Don Pedro! que yo bien sé
Que no tiene el cuarto puerta
Por donde salir; y en fe
De haberle empeñado yo,
Y ser mi amigo tambien,
No sé, como llegue á verle,
Qué remedio puede haber.
DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
¡Oh nunca hubiera inventado
La venganza que busqué,
Pues empezando de burlas,
Tan de véras viene á ser!
DON PEDRO.
Aquestas noches, Don Juan,
¿A qué hora os recogeis?
DON JUAN.
Temprano. (*Ap.* Aquesto es decirme
Que me vaya, y fuerza es.
En grande peligro dejo
A Don Alonso, por ser
Mi amigo. El estarme aquí
No es posible. Lo que haré,
Será estar siempre á la mira
De lo que ha de suceder.)
Quedá adios.
DON PEDRO.
Adios.—Alumbra
Al señor Don Juan, Ines.
DON JUAN.
No habeis de salir de aquí.
DON PEDRO.
Yo sé bien lo que he de hacer.
(*Va Ines alumbrando, y Don Pedro acompañando á Don Juan.*)
DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
¿Adónde Beatriz habrá,
Pues yo no lo puedo ver,
A Don Alonso escondido?
DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)
¡Que tantos sustos me dé
Un hombre que no conozco!
(*Vuelve Don Pedro, y Ines con la luz.*)
DON PEDRO.
Entra aquesa luz, Ines,
En mi cuarto.
DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
Ahora sin duda
Da en su aposento con él.
DON PEDRO.
Entrad conmigo las dos,
Que os tengo que hablar.
(*Suenan en la alacena vidrios rotos: Ines, al oirlo, deja caer la luz.*)
Mas ¿qué
Es aquello?
INES.
El candelero
Se me cayó.
DON PEDRO.
¡Que no estés
Nunca, Ines, en lo que haces!
INES.
Sí estoy, señor.
(*Vanse Don Pedro y Doña Leonor.*)

ESCENA XV.

BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Oye, Ines.
Pues mi padre se recoge
Tan presto, haz al punto que
Salgan de ahí aquesos hombres,
Sin que lo llegue á entender
Leonor.

INES.

No lo entenderá.
Mas dime, ¿cómo ha de ser?
Que mi señor no bajó
Con Don Juan por ser cortés,
Tanto como por cerrar
Las puertas.

DOÑA BEATRIZ.

Procura hacer
Que salgan como pudieren. (*Vase.*)

INES.

Ya por donde salgan sé.
(*Abre la alacena.*)
Mis aprensados señores,
Bien desdoblaros podeis.

ESCENA XVI.

DON ALONSO, MOSCATEL. — INES.

DON ALONSO.

¡Vive Dios, que si no fuera,
Pícaro, por no sé qué,
Que te matara!

MOSCATEL.

No pude
Mas, si los vidrios quebré,
Que eran vidrios en efecto.

INES.

Venid conmigo.

DON ALONSO.

¡Ay, Ines!
Si fuera el susto por tí,
Fuera empleado mas bien.

MOSCATEL.

No fuera sino muy mal.
Que ahora de humor estés?

DON ALONSO.

No puedo conmigo mas.
Vamos... Mas por no perder
Ocasion, toma un abrazo.

MOSCATEL. (*Ap.*)

Cordero en brazos de Ines,
El hombre le vió mil veces;
Pero sola aquesta vez
Es el abrazado el hombre,
Y el cordero el que lo ve.

INES.

Salgamos presto de aquí.

DON ALONSO.

¿Quién dice que no?

INES.

Que aunqué
Mi señor cerró las puertas,
Bien salir los dos podeis.
Arrojáos, sin que os sientan,
Por este balcon. Ea, pues.

DON ALONSO.

¿Eso tenemos ahora,
Pues? ¡Balconear, despues
De una alacena!

INES.

Es forzoso.

MOSCATEL.

Y diga la tal Ines,
¿Es muy alto?

INES.

Del segundo
Cuarto no mas. No aguardeis.

DON ALONSO.

¿Mas que me quiebro una pierna?
Hombres que enamorais, ved,
Si estos lances en quien ama
Se dejan aborrecer,
En quien no ama, ¿qué será?
¡Mal haya quien quiere bien!

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ. — INES.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

INES.

Digo que habiendo...

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay Dios! ¿Cómo, Ines, ha sido?

INES.

Los dos Luzbeles caido,
Llegaron con mucho estruendo
Unos hombres, pretendiendo
Conocerlos; y despues
Repararon (tanta es
De amo y mozo la destreza)
El uno con la cabeza
Lo que el otro con los piés.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién, Ines, te lo contó?

INES.

Relacion es de un criado
Del galan de pié quebrado
Cuanto he referido yo;
Que como cojo partió
Del salto del balcon, fuí
A verle á su casa.

DOÑA BEATRIZ.

Y di,
¿Quién le vulneró, ó le ha herido?

INES.

Aqueso no se ha sabido.

DOÑA BEATRIZ.

¿Doliente, en fin, yace?

INES.

Sí.
Pierna y cabeza llevó
Quebradas; aunque ya está
Mucho mejor.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quedará
Claudicante?

INES.

¿Qué sé yo
Que es claudicante? ¡Que no
Has de perder vicio tal!

DOÑA BEATRIZ.

¿Hay demencia? Hay tosca igual?
El claudicante no es
Hombre de alternados piés,
Sí el que ambula desigual.

INES.

No sé lo que es, ni qué no[1];
Solo sé, de temor llena[2],
Que ha estado herido[3].

DOÑA BEATRIZ.

Su pena[4],
¡Ay de mí! padezco yo[5].
Un hombre en mi cuarto entró,
De mis ansias informado,
Resuelto y determinado:
Accion fué que me obligó
Al compas que me ofendió;
Pues si ofensa el amor piensa
Ser, la accion en mi defensa
La construye obligacion:
Luego compatibles son
La obligacion y la ofensa.
Vino mi padre; y aquí
Trágica mi historia fuera,
Si cortés no obedeciera
Los preceptos que le di.
Por mí escondido, por mí
Precipitado y caido,
De otra mano quedó herido:
Pues si iguales llego á ver
Qué sentir y agradecer,
¿Cuál será lo preferido?

INES.

Pues ¿qué pena es esta ahora?
Qué tienes, que triste estás?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres que tenga mas?

INES.

No le gastes á la aurora
Las blancas perlas ahora
Que ha de echar ménos despues.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay, Ines mia! Ay, Ines!
Si tú guardarme quisieras
Un secreto, tú supieras
Mi tormento.

INES.

Dile pues,
Que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido
Dia de trabajo ha sido,
Le quiero canonizar
Y hacer fiesta de guardar.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si eso ha de ser así,
Yo he de fiarme de tí.
A este galan caballero
Agradecer, Ines, quiero
Lo que ha pasado por mí;
Pero no quisiera que él
Sepa que lo siento yo,
Porque ser piadosa hoy, no
Es dejar de ser cruel.
A mi obligacion fiel
Y fiel á mi honor, que intente
Saber dél mi fe consiente,
No por él, sino por mí.

INES.

Claro está que será así.
(*Ap.* ¡Ay, señores! que ya siente.)

DOÑA BEATRIZ.

Quisiera que te llegaras,
Como que de tí salia,

[1], [2], [3], [4], [5] Una quintilla entre décimas. Esta irregularidad y otras que se advierten en esta escena en las ediciones antiguas, las cuales corrigió Don Vicente García Huerta, cuando imprimió la comedia presente en su *Teatro español*, prueban que el texto original se halla viciado aquí.
Tambien lo está en otros pasajes.

A visitarle, Ines mia,
Y de su mal te informaras.

INES.

¿Y qué mas?

DOÑA BEATRIZ.

Que le llevaras
Una banda, y le dijeras
Que tú la ladrona eras
Del favor.

INES.

Está muy bien,
Y haré este papel tan bien,
Como tú misma le hicieras.
Dame la banda, y verás
Cuál mi chinelita anda.

DOÑA BEATRIZ.

Yo voy, Ines, por la banda,
Pero mira que jamas
Nada á Leonor le dirás.

INES.

Nada le diré á Leonor.
(*Vase Beatriz.*)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. — INES.

INES.

¡Victoria por el amor!

DOÑA LEONOR.

¿De qué es el contento, Ines?

INES.

Yo te lo diré despues...
Pero primero es mejor,
Que reviento (te prometo),
Porque en Dios y mi conciencia,
Que hizo nuestra diligencia
En Beatriz un grande efeto.

DOÑA LEONOR.

¿Qué fué?

INES.

Encargóme un secreto,
Y fué haberme encomendado
Que le cuente de contado:
Claro es, pues cuando nó fuera
Por decirlo, lo dijera
Por habérmelo encargado.
De Beatriz la fantasía
Ya Don Alonso rindió:
En tal lenguaje la habló,
Que á pesar de su porfía,
Conmigo una banda envía.
En fin, en fin ha de ser
Mujer cualquiera mujer.
Por la banda quiero ir...—
Y aunque te lo he de decir
Yo, tú no lo has de saber.

DOÑA LEONOR.

Digo que no lo sabré. (*Vase Ines.*)

ESCENA III.

DON JUAN. — DOÑA LEONOR.

DON JUAN.

Pues ya yo lo tengo oido:
Con esto quedo advertido
De cuán en vano esperé
La firmeza de tu fe.
Ahora veo que en amor
Número hay; pues en rigor,
Por no dejarte infeliz,
Crece un afecto en Beatriz,
Cuando ha faltado en Leonor.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿en mí ha faltado? di.

DON JUAN.

En tí, Leonor, ha faltado;
Que aunque he sufrido y callado
Mis desdichas hasta aquí,
Fué porque pensé hoy de tí
Que averiguarlas pudiera,
Sin que á tí te lo dijera;
Mas siendo fuerza sentirlas,
No muera yo sin decirlas,
Ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso, por tu gusto,
A hablar á Beatriz entró.
Ni arguyo ni pruebo yo
Si fué justo ó no fué justo.
Por excusar su disgusto
A costa de su opinion,
Se arrojó por un balcon,
Cuando yo en la calle estaba
A esperar en qué paraba
Su empeño. Fué en ocasion
El bajar, que habian entrado
Dos hombres en ella; y yo
Me desvié, porque no
Les diese el verme cuidado.
Estando pues apartado,
Las cuchilladas oí,
Y á ellas al punto acudí;
Y por presto que llegué,
Ya los dos hombres no hallé,
Y herido á mi amigo vi.
Mira si de mis recelos
Puede haber causa mayor,
Pues en su fingido amor
Vi mis verdaderos celos.
Testigos hago á los cielos
Del dolor que sentí allí.
Quien acuchilla (¡ay de mí!)
A quien sale de tu casa,
Bien dice que en ella pasa
Mi agravio. Por tí y por mí
Disimular he querido,
Como he dicho, hasta llegar
(¡Ay Leonor!) á averiguar
Quién ese galan ha sido:
Y viendo que no he podido
Y que son intentos vanos,
Porque mis celos villanos
No murmuren en mi mengua,
Quiero que diga la lengua
Lo que no han hecho las manos.
Quédate, ingrata, que no,
Pues que ya me he declarado,
Me has de ver desengañado.

DOÑA LEONOR.

¿No tengo una hermana yo
Que pueda ser causa?..

DON JUAN.

No,
Que si tú hermana tuvieras
De quien amores supieras,
No culparla procuraras,
Pues no era bien la acusaras
Ni de burlas ni de véras.
Y supuesto que has querido
Fingirla un galan, infiero
Que á tenerle verdadero,
No se le dieras fingido.

DOÑA LEONOR.

Plegue al cielo...

DON JUAN.

No te pido
Satisfacciones, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Ni estas lo son, que es error,
Cuando nunca te he ofendido.

DON JUAN.

Pues que tú la causa has sido,
Deja que muera mi amor. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA IV.

DON ALONSO, MOSCATEL.

MOSCATEL.

Señor, ¿qué tienes? Qué es eso?
¿En qué piensas? En qué tratas?
En qué discurres? En qué
Imaginas? Di, ¿en qué andas?
¡Tú melancólico! Tú
Divertido! ¿Qué mudanza
Es aquesta? ¿Tan valida
Ha sido una cuchillada
Contigo, tanto consigue
Una herida, tanto alcanza
Un balcon, que han acabado
Contigo no hablar de chanza?

DON ALONSO.

¡Ay de mí! que no sé, no,
Qué es lo que siento en el alma,
Que es bien y parece mal,
Que es gusto y parece ansia.

MOSCATEL.

¿Tú, señor, no me dijiste
Que no era tan afectada,
Como Don Juan te habia dicho?

DON ALONSO.

Es verdad.

MOSCATEL.

¿Tú no la alabas
De hermosa?

DON ALONSO.

Sí.

MOSCATEL.

¿Tú no sientes
Que hombres en su calle haya
Que acuchillen?

DON ALONSO.

No lo niego;
Pero tal tengo la causa.

MOSCATEL.

Luego son celos.

DON ALONSO.

No son,
Que no se me diera nada
Que hubiera hombres, como dieran
Celos, y no cuchilladas.
Fuera de que si yo fuí
A verla, fué por burlarla,
De Don Juan apadrinado;
Y fuera historia muy mala
Haberme llevado á ser
El burlado yo.

MOSCATEL.

En la plaza
Un toricantano[1] un dia
Entró á dar una lanzada,
De un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,
Galan requirió el sombrero,
Y osado tomó la lanza
Veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
Hácia el caballo se vino,
Aunque pareció anca á anca,
Porque el caballo y el toro,
Murmurando á las espaldas
Se echaron dos melecinas
Con el cuerpo y con el asta.

[1] Uno que toreaba por primera vez: pa-
bra de capricho, formada á imitacion de la
misacantano, que es el que celebra la prim
misa.

Cayó el caballero encima
Del toro, sacó la espada
El tal padrino, y por dar
Al toro una cuchillada,
A su ahijado se la dió;
Y siendo de buena marca,
Levantóse el caballero,
Preguntando en voces altas :
«¿Saben ustedes á quién
Este hidalgo apadrinaba?
¡A mí, ó al toro?» Y ninguno
Le supo decir palabra.
Aplica ahora : apadrinado
De Don Juan, fuiste á la casa
De Beatriz, la suerte erraste,
Y nadie á saber alcanza
Si era Don Juan tu padrino,
Ú de Beatriz.

DON ALONSO.

Calla, calla.
¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCATEL.

Bien ó mal, á Dios doy gracias
De que ya no reñirás
Mi amor, pues que ya en la danza
Entras tambien.

DON ALONSO.

Si es así,
Dime, ya que desta dama
Esté un hombre enamorado,
¿De qué servicio es guardarla [1]?

MOSCATEL.

Eso no, que no se pierde
Tan presto una mala maña.
(*Llaman dentro.*)

DON ALONSO.

Mira quién llama a esa puerta.

MOSCATEL.

¿Quién es?

ESCENA V.

INES. — DON ALONSO, MOSCATEL.

INES.

¿Está tu amo en casa,
Moscatel?

MOSCATEL.

(*Ap.* ¡Cielos! ¿qué miro?
Ines es esta.) ¡Ay ingrata!
(*Hablan los dos junto á la puerta.*)
¡Viven los cielos, que vienes
A verle!

INES

Pues ¿qué pensabas?
(*Ap.* Quiero decir que es verdad,
Porque lo que mas me agrada
Es dar celos de poquito.)
Si, que le importa á mi fama
Que Don Alonso conozca
Que sé cumplir mi palabra.

MOSCATEL.

¡Bien honrado pundonor!

[1] Pasaje oscuro, quizá porque estará mutilado. El órden lógico del diálogo parece deberia ser este : *Moscatel.* ¡Gracias á Dios, ya no me reñirás por mi amor! — *Don Alonso.* ¿Y quién es la que tú quieres? No me lo has dicho. *Moscatel.* Ni te lo diré. — *Don Alonso.* ¿Por qué? Si crees que estoy enamorado de Beatriz, ¿á qué me ocultas quién es tu novia? — *Moscatel.* No se pierden tan pronto las malas mañas.

INES.

Quita.

MOSCATEL.

No has de entrar.

INES.

Aparta.

DON ALONSO.

¿Quién habla contigo?

MOSCATEL.

Nadie.

INES.

Mientes, que álguien es quien habla.

DON ALONSO.

Y muy álguien. ¡Ines mia!
Una y mil veces me abraza.

INES.

Mil veces te abrazo y una,
Por pagarte en otras tantas.
(*Pellizcala Moscatel.*)

INES.

¡Ay!

DON ALONSO.

¿Qué es eso?

INES.

Dióme un golpe
La guarnicion de tu daga.

DON ALONSO.

No dudo que tu venida
Sea á darme vida y alma;
Que aunque tú con Moscatel
Me respondiste enojada,
En fin, sabes que te quiero,
Y no has de ser siempre ingrata.

INES.

Nunca lo fui yo contigo;
Que á la primera palabra
Dije que á verte vendria.

DON ALONSO.

¡Pícaro! ¿Pues tú me engañas?

MOSCATEL.

¿Yo, señor?

DON ALONSO.

¡Viven los cielos,
Que he de matarte á patadas!

MOSCATEL. (*Ap.*)

Cumplióse el refran; mas no,
Que mandarme bailar falta.

INES. (*Ap.*)

En sabiendo á lo que vengo,
Moscatel se desengaña.
Duren los celos un poco.

MOSCATEL.

¡Vive Dios! ¿De una picaña?...

INES.

Pícaro, hablad con respeto :
Mirad que soy vuestra ama.—
A solas quisiera hablarte.
(*A Don Alonso.*)

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡A solas!

DON ALONSO.

Salte allá, y guarda
Esa puerta.

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡Yo la puerta!
¡Viven los cielos!

DON ALONSO.

¿Qué hablas?

MOSCATEL.

Que soy leal, y no tengo
De consentir tal infamia,
Que por una picarona
Exceso ninguno hagas,
Y se aventure tu vida.

DON ALONSO.

¿De cuándo acá tanto guardas
Mi salud? Salte allá fuera.

MOSCATEL.

No me saldré, si me matas;
Que esto conviene á tu vida.

DON ALONSO.

Nunca te he visto con tanta
Lealtad.

MOSCATEL.

Guardéla otras veces
Para esta ocasion.

DON ALONSO.

Ya basta.
(*Echale á empellones.*)

ESCENA VI.

DON ALONSO. — INES.

DON ALONSO.

Ya estás sola : vuelve, Ines,
A abrazarme.

INES.

Aunque culpada
Me has hecho en venir á verte,
Por la opinion de mi ama
Ha sido, no porque vengo,
Como dije, por tu causa.

DON ALONSO.

No sé qué quieras decirme

INES.

Diréla en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
Como hubo unas cuchilladas,
De donde herido saliste,
A la puerta de su casa;
De tu herida condolida,
De tu término obligada,
Y de tu salud dudosa,
Te envía toda esa banda.
Favor es suyo, aunque ella
Me mandó que no llegaras
A saber que te la envía.
Con esto, adios.

DON ALONSO.

Oye, aguarda.
¿Beatriz se acuerda de mí?
Beatriz siente mis desgracias?
Beatriz me envía favores?
Novedad se me hace extraña.

INES.

A mí no, porque en sabiendo
Que era tu voluntad falsa,
Supe que sería dichosa;
Que por no acertar en nada,
Mas con nosotras merece
Quien finge, que no quien ama

ESCENA VII.

MOSCATEL. — DICHOS.

MOSCATEL. (*Ap. al paño.*)

¡Qué mal descansa un celoso!
Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré; que ménos
Es verlas, que imaginarlas.

DON ALONSO.

Ines bella, pues Beatriz
Hoy de extremo á extremo pasa,
Pase yo de extremo á extremo;

Que aunque fineza no haga
De enamorado, de noble
La he de hacer. Aquí te aguarda
A que la escriba un papel. (*Vase.*)

MOSCATEL.

(*Ap.* El se entra en esotra cuadra:
Descanse mi corazon.)
Tigre fregatriz de Hircania,
Vil cocodrilo de Egipto,
Sierpe vil, leon de Albania,
¿Tendrá mi lengua razones,
Tendrán mis labios palabras
Para quejarse de tí?

INES.

No.

MOSCATEL.

Pues si voces me faltan,
Tenga mi mano licencia
De darte de bofetadas
Siquiera.

INES.

No quiera hacer
Tu mano tal; que ya bastan
Las burlas, que todo ha sido
Por solo tomar venganza.
Picon fué.

MOSCATEL.

Pues los picones
Si juegan, muden baraja
O truequen la suerte. Dame
Los brazos.

INES.

De buena gana.
(*Sale Don Alonso.*)

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

INES.

Esto es abrazar
En mi tierra.

MOSCATEL.

Ha sido tanta
La alegría de haber visto
Que ya esa fiera se ablanda
(La curiosidad perdona,
Si he escuchado cuanto hablas),
Que le di á Ines este abrazo,
En albricias de la banda.

DON ALONSO.

Toma, Ines, este papel
Que le has de dar á tu ama,
Y para tí este diamante.

INES.

Vivas edades mas largas
Que claro está que es el fénix
Suegra mentira [1] de Arabia. (*Vase.*)

MOSCATEL.

Ea, hagamos, señor, cuentas,
Que no he de quedar en casa.

DON ALONSO.

¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL.

Porqué
Amo no quiero que ama,
Y que no me acude á mí,
Por acudir á su dama.

DON ALONSO.

¡Bien el haberte sufrido
Tantas locuras, me pagas!

MOSCATEL.

Esto ha de ser.

[1] *Mentira suegra*, mentira que vive tanto como una suegra, mentira que dura mucho.

ESCENA VIII.

DON JUAN. — DON ALONSO, MOSCATEL.

DON JUAN.

¿Qué ha de ser?

DON ALONSO

Irse quiere de mi casa.

DON JUAN.

¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL.

Porqué
Ha hecho la mayor infamia,
La mayor ruindad, mayor
Bajeza, mayor...

DON JUAN.

Acaba,
¿Qué ha sido?

MOSCATEL.

Hase enamorado.
Mira si tengo harta causa.

DON ALONSO.

En esta locura ha dado,
Por haber visto con cuánta
Fineza sirvo á Beatriz
Por vos.

DON JUAN.

Al amor doy gracias
Que ese cuidado dió fin,
Y han cesado ya mis ansias.

DON ALONSO.

Pues ¿cómo de aquese empeño
Libre estáis?

DON JUAN.

Como se acaba
Hoy mi amor.

DON ALONSO.

Pues ¿y Leonor?

DON JUAN.

Leonor de mi pecho falta;
Que como amor es fortuna,
Sujeto vive á mudanzas.

DON ALONSO.

Habeis de ir allá conmigo.

DON JUAN.

Yo no he de verla ni hablarla
En mi vida.

DON ALONSO.

Por Beatriz
He de volver á su casa,
Y á su calle á hablarla y verla
Por la tarde y la mañana,
Siendo yo el descalabrado,
Y vos la cabeza sana;
¿Y no iréis?

DON JUAN.

No, porque herida
Mas penetrante y tirana
Son mis celos, porque son
Mortal herida del alma.

DON ALONSO.

Pues troquemos las heridas;
Que yo primero tomara
Sea mortal ó venial,
Tener hoy descalabrada
El alma, que la cabeza.
Y esto bien claro se saca
Del efecto, pues si curan
En falso una herida, mata;
Y á los celosos da vida
Cualquier cura, aunque sea falsa.

DON JUAN.

En fin, Don Alonso, sea
Con poca ó con mucha causa,
No he de volver á poneros
En la confusion pasada.

DON ALONSO.

Ni por mí habeis de dejarlo,
Que á mí no se me da nada.

DON JUAN.

Por mí lo dejo y por vos,
Porque vuestra herida basta.

DON ALONSO.

De una herida no escarmientan
Caballos de buena casta.

DON JUAN.

Yo no he de volver allá,
Ni á su calle, ni a su casa.

DON ALONSO.

Pues cuando por vos no sea,
Por ver si á saber se alcanza
Quién me ha herido, he de volver.

DON JUAN.

Cuando importe á vuestra fama,
Desde acá fuera podrémos
Hacer diligencias varias.

DON ALONSO.

Yo mas pretendo, Don Juan
Buena opinion con las damas
Que con los hombres; y no
Es bien que mujer tan vana
Como Beatriz, de mí piense...

DON JUAN.

Yo sabré desengañarla
De todo.

DON ALONSO.

Don Juan, Don Juan,
Hablemos verdades claras.
Yo he de ir á ver á Beatriz.

MOSCATEL. (*Ap.*)

¡Hablara para mañana!
Y dirá que miento yo.

DON JUAN.

Si eso os importa, ¿qué os falta?
Id vos muy en hora buena.

DON ALONSO.

¿Cómo, sin que las espaldas
Me guardeis vos y Leonor?

DON JUAN.

Yo no he de volver á hablarla.

DON ALONSO.

Esto habeis de hacer por mí;
Que no es cosa tan extraña,
Por hacer tercio á un amigo,
Volver á hablar una dama.

DON JUAN.

Por vos, Don Alonso, haré
Lo que en mi vida pensaba.
Ahora bien, por vos iré.
Mas mirad ántes que vaya,
Que hay alacena.

DON ALONSO.

¿Qué importa

MOSCATEL.

Que hay balconazo.

DON ALONSO.

Que haya.

MOSCATEL.

Que hay cuchillada.

DON ALONSO.

Eso no:
Fuera de que si amor traza
Que por sola una mentira
Me sucedan cosas tantas,
Vengan ya, por ser verdades,
Alacena y cuchilladas. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

DON DIEGO, DON LUIS.

DON DIEGO.

Ya sabeis la voluntad
Con que siempre os he servido.

DON LUIS.

Conozco vuestra amistad
Y sé, Don Diego, que ha sido
Con fineza y con verdad.

DON DIEGO.

Pues no me tengais á exceso
Una reprension.

DON LUIS.

No haré.

DON DIEGO.

Aquel pasado suceso...

DON LUIS.

¿Quereisme decir que fué
Locura? Yo lo confieso;
Porque haber á un hombre herido [1],
Que conmigo no ha tenido
Lances de competidor,
No trae disculpa mejor.
Fuerza es remediarlo, pues
Quien lleva ya en sus recelos
Perdido el miedo á los celos,
No se le tendrá despues.

DON DIEGO.

Y ahora ¿qué habeis de hacer
De lo que ya se trató?
Pues es cierto que á saber
Vuestros intentos llegó
Don Pedro.

DON LUIS.

¿Qué hay que temer?
Deshácese un casamiento,
Siendo santo sacramento,
Despues que se efectuó,
¿Y no le desharé yo,
Sin efectuarle?

ESCENA X.

DON PEDRO. — DON DIEGO, DON LUIS.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Atento
A este hielo que me abrasa,
A este, que me hiela, ardor,
A lo que en mi agravio pasa
Y al respeto de mi honor,
Tan tarde salgo de casa.
A Don Luis pretendo hablar;
Que mejor es acabar
De una vez con mi recelo,
Que no esperar que un mozuelo,
Que es fábula del lugar,
Se me atreva. El viene aquí.

[1] Desde aquí siguen ocho versos, de los cuales los cuatro primeros forman dos pareados, y los otros cuatro una redondilla, aunque la escena está escrita en quintillas. Han de faltar dos versos.

¡Cuánto de verle me alegro
Galan y noble! Este sí.

DON DIEGO.

Vuestro suegro viene allí.

DON LUIS.

Pues huyamos de mi suegro.

DON PEDRO.

Señor Don Luis, informado
De vuestros deudos he estado
De que honrar habeis querido
Mi casa; y agradecido,
Como es justo, os he buscado
Para mostrar cuánto estoy
Ufano de merecer...

DON LUIS.

Señor Don Pedro, yo soy
El que las dichas de ayer
Tiene por disculpas hoy.
Confieso que me atreví
A tanto empeño, y que fuí
Venturoso en tanto empeño,
Pues ser destas honras dueño
Por lo ménos merecí.
Pero fuí tan desdichado
En estas dichas, señor,
Que para tomar estado,
Un nuevo empeño de honor
Lo ha deshecho y lo ha estorbado.

DON PEDRO.

¿De honor empeño (*Ap.* ¡Ay de mí!)
Os retira desto?

DON LUIS.

Sí.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo? ¿En qué (*Ap.* Estoy mortal)
Puede á Beatriz estar mal?

DON LUIS.

Que no lo entendeis así;
Que de vuestro enojo, no
De mis disculpas ha sido
El honor bien entendido.

DON PEDRO.

¿De qué suerte?

DON LUIS.

Porque yo,
Señor, habiendo sabido
Que su Majestad (que el cielo
Guarde por sol desta esfera,
Por planeta deste suelo)
Con su católico celo
Sale aquesta primavera;
Y sabiendo como hacia
Gente un señor, de quien fuí
Deudo por ventura mia;
Que me honrase le pedí
Con alguna compañía.
Hámela dado: este ha sido
El empeño que he tenido
Para no tomar estado;
Que el que es marido y soldado,
No es soldado ó no es marido.
Si yo volviere, señor,
Entónces con mas valor
Me podeis hacer feliz;
Porque hoy casar con Beatriz
No le está bien á mi honor.
(*Vanse Don Luis y Don Diego.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

«¡Porque hoy casar con Beatriz
No le está bien á mi honor!»
¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido
Lo que he visto y lo que he oido?
Poco siento (¡ay infeliz!)...
—Pero afligirme es error:
Si en aquel caso consiste
Su honor, miente mi temor.
¡Que en fin, cuanto piense un triste,
Siempre ha de ser lo peor? (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Pedro.

ESCENA XII.

BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, ¿cómo el papel tomaste?

INES.

Como
Todo cuanto me dan, señora, tomo.

DOÑA BEATRIZ.

¡Sin duda le dirias
Que de mi parte ibas!

INES.

Desconfías
De mí sin causa, porque yo he callado
Que era tuya la banda, y el recado
Callé por tu respeto,
Como suelo callar cualquier secreto.

DOÑA BEATRIZ.

Pues Ines, ¿á qué efeto,
Si es así, me has traido
Papel?

INES.

(*Ap.* ¡Vive el Señor, que me ha cogido!
Mas yo me soltaré.) Que le trajera,
Me dijo, y que si acaso hallar pudiera
Ocasion, te le diese.
Yo le tomé, porque de mí creyese
Cuán de su parte estaba;
Que puesto que una banda le llevaba
Hurtada, que era tuya, bien creéria
Que un papel, que es mas fácil, te traeria.

DOÑA BEATRIZ.

Esa satisfaccion algo me agrada.

INES.

Aquesto es dar satisfaccion honrada.
Leonor, señora, viene.

DOÑA BEATRIZ.

Pues que el papel me vea, no conviene.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR. — DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA LEONOR.

Bien pudiera yo ahora
Decir con mayor causa (¿quién lo ignora?)
«¿Qué idioma fué misivo el que en línea-
Papel ocultas en tu manga ajado?» [do

DOÑA BEATRIZ.

Y yo tambien pudiera
Decir que en vano preguntarlo fuera;
Pues quien saber no quiere
Lo que quiero decir, saber no espere
Lo que callarle quiero.
(*Retírase, quedándose oculta detras de una puerta.*)

DOÑA LEONOR.

Ines, ¿qué es esto?

INES.

Por hablarte muero.

DOÑA LEONOR.

Dime presto, ¿qué ha sido
Este papel?

INES.

¡Qué poco te he debido!
¿No aguardaras siquiera

A que sin preguntar te lo dijera?
Que se me hace conciencia, te prometo,
La pregunta llevar por un secreto.
(*Entreabre la puerta Doña Beatriz.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Mal segura, escuchar desde aquí quiero
Qué hablan las dos.

INES.

Fuí á verle, y lo primero
Le dije que Beatriz me lo mandaba.

DOÑA LEONOR.

Bien hiciste.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Y yo mal, pues me fiaba
De quien con Leonor en chismes anda.

INES.

Lo segundo, en su nombre di la banda.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay infeliz! ¡Qué he oido!

DOÑA LEONOR.

En esa cuadra hay ruido.

INES.

Don Juan es el que ha entrado.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo, si de aquí se fué enojado,
Diciendo, que en su vida no me habia
De ver?

INES.

¿Que estés tan nueva todavía,
Que no sepas que cuando está un aman- [te
Diciendo, mas furioso y arrogante:
«No he de volver á verte, ingrata bella,»
Es cuando muere por volver á vella?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Ya que á escuchar mis penas he empeza- [do,
Acabe de escucharlas mi cuidado.

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON ALONSO, MOSCATEL. — DOÑA LEONOR, INES; DOÑA BEATRIZ, *oculta.*

DON JUAN.

Pensarás que me han traido
A verte, Leonor, y hablarte
Mis celos, porque los celos
(Perdona el civil lenguaje)
Son ordinarios de amor,
Que así llevan como traen.
Pues no, Leonor, no he venido
Para que me desengañes;
Porque el desaire de amor
Es hablar en el desaire.
Con otra ocasion he vuelto
A pisar estos umbrales,
Porque nunca les faltó
Ocasion á los pesares.
Don Alonso, á quien tú hiciste
De Beatriz fingido amante,
Sucediéndole en tu casa
Con desaire el primer lance;
Pero atento á que no piensen
De Beatriz las vanidades
Que el no volver aquí es
De escarmentado y cobarde,
Me ha pedido que le traiga
A verla. ¿Cómo negarle
Puedo yo lo mismo á él,
Que él no me negó á mí ántes?

DOÑA LEONOR.

En notable obligacion
Le estáis: forzoso es pagarle.

DON JUAN.

El viene, Leonor, á esto;
Y porque en aquesta parte
Nunca piensen mis desdichas,
Nunca sospechen mis males,
Nunca imaginen mis penas
Que fué gana de buscarte,
En la calle me estaré
En tanto que á Beatriz hable,
Y deste escrúpulo leve,
Y desta materia fácil
Desempeñe su opinion,
Su crédito desengañe. —
Don Alonso, entrad; y pues
Ya el sol, helado cadáver,
Agonizando entre sombras,
De la noche en brazos yace,
Hablad á Beatriz, y ved
Que aquí Don Pedro no os halle.

DOÑA LEONOR.

Aguarda, Don Juan, espera.

DON JUAN.

¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

DOÑA LEONOR.

Disculpas.

DON JUAN.

Serán en vano.

DOÑA LEONOR.

Desengaños.

DON JUAN.

Son en balde. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Tras él iré. — Don Alonso,
Luego vuelvo. Perdonadme,
Que Don Juan está celoso,
Y es fuerza desengañarle. (*Vase.*)

DON ALONSO.

¿Mas que me voy sin hablar
A Beatriz?

MOSCATEL.

No dirás ántes:
¿Mas que entramos en aprieto
Al pasado semejante?

DON ALONSO.

Ines, dime, ¿dónde está,
Para que en tanto la hable
Beatriz?

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ. — DON ALONSO, MOSCATEL, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Aquí está Beatriz,
Escuchando los ultrajes
De una vil hermana, de un
Falso amigo, de un infame
Criado, una criada aleve,
Y de un cauteloso amante.
¡Que entre Leonor y Don Juan,
Ines y Moscatel, no halle,
Si no consuelo á mis penas,
Disculpa á mis disparates!
Solo en esta parte intento,
Solo quiero en esta parte,
Como quejosa ofenderme,
Como ofendida quejarme
Del mayor de mis agravios,
Y no el menor de mis males.
¿Tan pocas las partes son
De mi hacienda y de mi sangre,
Tan pocas de mi persona
(Decirlo tengo) las partes
Que hay, que si un hombre hubiera
Que atrevido me mirase,
Fuese, con fingido amor,
Quererme á mí por burlarme?
¡A mí por...

DON ALONSO.

Beatriz hermosa,
Si de tus pesares sales
Tan airosa como ahora,
Con pagar finezas tales,
Facil es el desengaño.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo el desengaño es fácil,
Cuando el quererme es por burla

DON ALONSO.

Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
Uno al mar, sin que presuma
(Viéndole jardin de espuma,
Viéndole selva de nieve)
Que hay peligro en él; y en breve
Selva y jardin con horror
Le anegan; y así es amor:
Luego en placer y pesar,
Si no hay burlas con el mar,
No hay burlas con el amor.
Tal vez por burla ó ensayo
Polvorista artificial
Hace un rayo material,
Y forja contra sí el rayo,
Cuando con mortal desmayo
Muere á su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
Contra su artífice: luego,
Si no hay burlas con el fuego,
No hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
La espada para esgrimir
Con otro, y le viene á herir
Como si fuera enemigo.
Su destreza es su castigo;
Y así, usar della es error.
Espada amor en rigor
Es: luego desenvainada,
Si no hay burlas con la espada,
No hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
Doméstica y mansa ya
Una fiera, un hombre está
Con ella, Beatriz, jugando.
Cuando mas la halaga blando,
Volver suele á su furor.
Fiera es amor en rigor:
Luego si, ya lisonjera,
No hay burlas con una fiera,
No hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
Por burla el rayo encendí,
Con blanca espada esgrimí,
Con brava fiera jugué;
Y así, en el mar me anegué,
Del rayo sentí el ardor,
De acero y fiera el furor:
Luego si saben matar
Fiera, acero, rayo y mar,
No hay burlas con el amor.

DOÑA BEATRIZ.

A ese argumento...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, *alborotada.* — DOÑA BEATRIZ, INES, MOSCATEL.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!
Huyendo salió á la calle
Don Juan: y miéntras le daba
Voces, vi entrar á mi padre.
Esconder importa ahora...

DOÑA BEATRIZ.

No, Leonor, porque ya es tarde...

DOÑA LEONOR.

A Don Alonso...

DOÑA BEATRIZ.

Que hoy
Ha de saber cuanto pase,
Mi padre, aquí, y tus engaños
Se han de saber.

DOÑA LEONOR.

Cuando traes
Tú decirlo, yo sabré
Culparte á tí y disculparme.
Y así, puesto que las dos
Corremos el riesgo iguales,
Iguales, Beatriz, busquemos
El remedio.

DOÑA BEATRIZ.

Por mostrarte
A proceder bien, lo haré;
Que es fuerza estar de tu parte.

MOSCATEL.

Alacena como iglesia
Pido.

DON ALONSO.

Eso no haré yo, que ántes ..

INES.

Él entra ya.

DOÑA BEATRIZ.

Este aposento
Hoy de su vista te guarde.

MOSCATEL.

Y á mí me guarde tambien.

DON ALONSO. (*Ap.*)

¡Qué pesados son los lances
De amor hijo de familias!

MOSCATEL.

Ines, avisa en la calle
Que ya estamos escondidos:
Que haya quien nos descalabre.
(*Escóndense los dos.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO. — DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INES; DON ALONSO Y MOSCATEL, *ocultos*.

DON PEDRO.

¡Tan tarde, y no han encendido!
Haz tú que unas luces saquen.

INES.

Ya las tengo prevenidas.

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡En mi cara tal desaire!
¡A mis ojos tal afrenta!
Cielos piadosos, ó dadme
Paciencia, ó dadme la muerte.

DOÑA BEATRIZ.

Señor, ¿qué tienes?

DOÑA LEONOR.

¿Qué traes?

DON PEDRO.

Tengo honor, y traigo agravios...
Aunque miento en esta parte;
Que yo no soy quien los traigo:
Ellos vienen á buscarme
Dentro de mi casa misma.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí! todo se sabe.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿no me dirás, señor,
De qué esos extremos nacen?

DON PEDRO.

De tus locuras, Beatriz;
Que ya es fuerza declararme,
Viendo que por tí se atreve
Hoy un mozuelo arrogante
Al honor de aquesta casa.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Ya no hay cosa que no alcance.

DOÑA BEATRIZ.

¿Yo, señor?

MOSCATEL. (*Ap. al paño.*)

Malo va esto.

DON PEDRO.

Sí, pues por tí Don Luis hace
Desprecios della y de mí.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Convaleciendo va el lance.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Eso sí, cobre mi aliento.

ESCENA XVIII.

DON JUAN. — DON PEDRO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LEONOR, INES; DON ALONSO Y MOSCATEL, *ocultos*.

DON JUAN.

(*Ap.* Un caso bien puede errarse
De una vez; pero de dos
La una, no le yerra nadie.
No he de esperar á que cierren
Las puertas, y despues baje
Por el balcon Don Alonso:
Remediarlo pienso ántes.)
Señor Don Pedro, si en vos
Hoy la amistad de mis padres
Hereda la obligacion
De mi casa y de mi sangre...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¿Qué es lo que intenta Don Juan?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Muerta estoy hasta escucharle.

DON JUAN.

Os obliga en un aprieto
A valerme y ampararme.
De vuestra casa á las puertas
Me ha sucedido un desaire
Con tres hombres, y me importa
No volver solo á buscarles.
Muy bien sé que puedo á vos
Atreverme y declararme,
Porque sé que es vuestro pecho
El Etna, que dentro arde,
Aunque cubierto de nieve.

DON PEDRO.

No paseis mas adelante;
Que ya sé que es ley precisa
De mi honor y de mi sangre
En esta edad, no dejar
A hombre que de mí se vale.
Vamos.

DON JUAN.

En fin, sois quien sois. —
En llevando yo á tu padre,
Leonor, echa á Don Alonso. (*Ap. á ella.*)

DON ALONSO. (*Ap. asomándose á la puerta del cuarto donde entró.*)

Estos son los que matarme
Quisieron. No me está bien
Ir con ellos ni quedarme.

DON PEDRO.

Esperad, pues ya es de noche,
Que de aquesta sala saque
Un broquel, prenda olvidada
De mi mocedad.

DON JUAN.

Sacadle
Presto.
(*Don Pedro entra en el cuarto donde está Don Alonso.*)

DOÑA BEATRIZ.

Él se ha empeñado mas,
Por donde pensó librarse.

DON PEDRO. (*Dentro.*)

¿Quién está aquí dentro?

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Un hombre
(*Salen del cuarto Don Pedro, Don Alonso y Moscatel.*)

MOSCATEL.

Dice bien, porque no es nadie
El otro que esta con él.

DON PEDRO.

Don Juan, pues que yo á ayudarte
Iba contra tu enemigo,
Obligacion es mas grande
El ayudarme tú á mí,
Cuando la causa es mas grave.
Este hombre ofende mi honor,
Y á mí me importa matarle.

DON ALONSO.

Don Juan, en tan grande empeño
La obligacion tuya sabes.
Mi vida y la destas damas
Es preciso que yo ampare.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¡Infelice soy!

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Quién vió empeño semejante?

DON PEDRO. (*A Don Juan.*)

¿Te suspendes?

DON ALONSO. (*A Don Juan.*)

¿Ahora dudas?

DON PEDRO.

Mas soy bastante á vengarme
Sin tí.
(*Riñen, y Don Juan se pone en medio.*)

DON JUAN.

Tente, Don Alonso. —
Tente, señor.

DON PEDRO.

Pues ¿tú paces
Pones?

DON ALONSO.

Pues ¿tú contra mí
Tan viles extremos haces?

ESCENA XIX.

DON LUIS, DON DIEGO. — DICHOS.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Cuchilladas hay en casa
De Don Pedro.

DON DIEGO. (*Dentro.*)

Más no aguardes.
Entremos, Don Luis.

DON LUIS. (*Dentro.*)

Tenéos.

DON PEDRO.

Gente viene.

DON ALONSO.

¡Duro trance!
(*Salen Don Luis y Don Diego.*)

DON LUIS.

¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Esto es, Don Luis,
Satisfacer el ultraje
Que te oí; pues si no está
Bien á tu honor el casarte
Con Beatriz, al mio esta bien
Satisfacer y vengarme.

DON LUIS.

Ahi verás que no sin causa
Traté yo de disculparme,
Quizá por haber tenido
Algun empeño en la calle.

DON ALONSO.

Sin duda, que tú me heriste.

DON LUIS.

Es verdad.

DON ALONSO.

Yo he de vengarme.

DON JUAN.

Pues quiere el cielo que así
Hoy mis celos desengañe,
Viva Leonor en mi pecho:
Ya es forzoso que la guarde
Contra tí.

DON PEDRO.

Don Juan, Don Juan,
En aquesta casa nadie
Ha de defender mis hijas,
Sino quien con ellas case.

DON ALONSO.

Esa palabra te tomo.

DON JUAN.

Pues el remedio es tan fácil,
Yo soy de Leonor.

DON ALONSO.

Y yo
De Beatriz.

DON PEDRO.

Fuerza es que calle;
Que ya sucedido el daño,
Nada puede remediarse.

MOSCATEL.

En fin, el hombre mas libre,
De las burlas de amor sale
Herido, cojo, y casado,
Que es el mayor de sus males.

INES.

En fin, la mujer mas loca,
Mas vana y mas arrogante,
De las burlas del amor,
Contra gusto suyo sale
Enamorada, y rendida,
Que es lo peor.

MOSCATEL.

Ines, dame
Esa mano: si ha de ser,
No lo pensemos, y acaben
Burlas de amor, que son véras.

DON ALONSO.

No se burle con él nadie,
Sino escarmentad en mí.
Todos del amor se guarden,
Y perdonad al poeta,
Que humilde á esas plantas yace.

EL GRAN PRINCIPE DE FEZ,

DON BALTASAR DE LOYOLA.

PERSONAS.

MULEY MAHOMET, *príncipe de Fez.*
EL REY, *su padre.*
MULEY, *su hijo, niño pequeño.*
ZARA, *su esposa.*
CIDE HAMET, *viejo.*
ABDALÁ, *rey de Marruécos.*
ALCUZCUZ, *moro villano.*
DON BALTASAR MANDAS, *del hábito de San Juan.*
TURIN, *su criado.*
DON PABLO LAZARIS, *maestre de San Juan.*
EL BUEN GENIO.
EL MAL GENIO.
LA FIGURA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.
LA DE UN MORISCO.
LA DE ABRAHAM.
LA DE ISAAC.
UN ANGEL.
LA VIRGEN.
LA RELIGION.
CABALLEROS DE MALTA.
SOLDADOS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
MOROS.
MARINEROS.
GENTE.

La escena es en el reino de Fez, en Malta, en Roma y en otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Acampamento del príncipe de Fez, á la raya entre Fez y Marruécos.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas y trompetas, y abriéndose una tienda de campaña, se verá en ella al PRINCIPE, *vestido á lo moro, leyendo en un libro; y delante un bufete, en que habrá aderezo de escribir, luces y algunos instrumentos matemáticos: á su lado,* CIDE HAMET, *en pié.* SOLDADOS, *dentro.*

SOLDADOS. (*Dentro.*)
Alto, y pase la palabra.

PRÍNCIPE.
Déjame solo, que quiero
Discurrir conmigo un rato.

CIDE.
Advierte, señor...

PRÍNCIPE.
Ya advierto.
Mi maestro eres, y no sabes
Responder á mi argumento;
Y así he de ver si yo á mí
Me respondo.

CIDE.
Mucho temo
Que este entendimiento tuyo
Te quite el entendimiento. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL PRINCIPE.

En tanto que el numeroso
Ejército en el silencio
De la noche, de las marchas
Cobra el fatigado aliento
Para saludar mañana
Los altos montes soberbios,
Que verdes vallas de riscos
Son entre Fez y Marruécos,
En venganza (ó en castigo,
Diré mejor) del pretexto
Con que Marruécos á Fez
Intenta negar el feudo
Que hereditario han gozado
Casi inmemoriales tiempos,
Por timbre de su corona,
Los blasones de su reino;
En tanto (digo otra vez)
Que guardándoles el sueño
Avanzadas centinelas,
En zozobrado sosiego
Descansan muchos dormidos
En fe de pocos despiertos;
Yo pues, general del rey
Mi padre, á quien obedezco
(Bien que contra mi dictámen,
Por inclinarme mi genio
Mas á la paz del estudio,
Que de la guerra al estruendo):
Acudiendo en una parte
A la ley de su precepto,
Cuanto á las armadas huestes
Que en nombre suyo gobierno,
Y en otra á la inclinacion
A que me llama mi afecto,
Cuanto á mostrar que no embotan
A las plumas los aceros;
Hurtándole á mi descanso
Horas en tanto desvelo,
He de ver si sin faltar
Al encargado manejo
De las armas, acudir
Tambien á las letras puedo,
En prueba de que no implican
Amigos valor é ingenio.
Pero ¿qué mucho que viva
A estas vigilias atento,
Si una máxima, si un dogma
Que en el Alcoran encuentro,
Siempre que le leo, me hace
Tan gran fuerza, que ni duermo,
Ni sosiego, ni descanso.
El rato que no le entiendo?
Y así, dejando otras artes,
De quien contra el ocio suelo
Usar (por ser el de inútil,
Vicio que mas aborrezco),
Como son las siempre doctas
Matemáticas, siguiendo
A ellas la curiosidad
De varias lenguas; intento
Hoy en mas alta leccion
Ocupar el pensamiento,
Corrido de que no halle
En el arábigo texto
Del gran profeta de Alá
Un raro sentido, siendo
Así que hasta hoy no se ha hallado
Morabito tan experto
Que en su inteligencia no
Me dé el lauro, conociendo
Que en la ley fuera, á no ser
Yo su príncipe, el maestro.
Cide Hamet lo diga, pues
Lo es, y cada dia le venzo.
(*Lee.*) *Del imperio de Satan*
(Dice) *solamente fuéron*
María y el Hijo suyo
Tan divinamente exemptos,
Que no pagaron el grande
Tributo del universo.
Dos razones de dudar
Ofuscan mi entendimiento,
Siempre (yá lo dije ántes)
Que á esta proposicion llego,
Corrido (tambien lo dije)
De que no la comprehendo.
La primera es no saber
Qué tributo le debemos
Al imperio de Satan
Todos, pues debiera cuerdo
El profeta, para dar
A la razon fundamento,
Asentar qué imperio es este
Y qué tributo, primero
Que llegar á la exencion
De los dos; pues no sabiendo
Qué imperio es, ¿qué prueba que haya
Quien se libre del imperio?
Y cuando por asentado
Principio omitiese el texto
Que á Satan debemos todos
Pagar tributo (ahora entro
En la segunda razon
De dudar), ¿qué ley, qué fuero
Libró á esta María y su Hijo,
Y qué Hijo y María son estos?
Que aunque es verdad que no ignoro
Que los cristianos tuvieron
A Cristo, hijo de María,
Por su profeta; no creo
Ni creré, miéntras que no
Me lo diga algun portento,
Que son ellos de quien habla
Nuestra Escritura, supuesto
Que no habia de dar mas lustres
A su profeta que al nuestro.
Y así, dejo en una parte

El no pensar que sean ellos,
Y en otra por asentado
Principio el tributo dejo,
Y á la excepcion voy, en que
Desta manera argumento.
Si se pudieron librar
Hijo y María, sería cierto
Ser en virtud de poder
O en virtud de privilegio.
Si de poder, ¿quién podia
Tenerle contra el infierno,
Que no fuese Alá? Y si fué
De privilegio, es lo mesmo;
Pues solo pudiera darle
Quien pudo tenerle. Luego
Solo Alá y quien Alá quiso,
Tendrá igual predicamento.
Ser Alá, no puede ser
Sin gran repugnancia, puesto
Que Alá es dios, y Dios es ente
En sí y por sí de sí mesmo;
Y quien dijo «Madre é Hijo»,
Dijo humano nacimiento:
Con que en la porcion de humano
Solo cabe ser exento,
Puesto que en la de divino
Bien claro se estaba el serlo.
En llegando á esta razon
De que haya de dar supuesto
Que como divino pueda
Romper de Satan los fueros,
Y como humano gozar
El triunfo del rompimiento
Divino á un tiempo y humano;
Tan rendido me confieso
A la duda, que por no
Darla de mí el vencimiento,
Que el sueño sea, y no ella,
Quien me venza, le agradezco.
A tí ¡oh imágen de la muerte!
Como solo en quien espero
La solucion de mis dudas,
Mis sentidos encomiendo.
(*Quédase dormido.*)

ESCENA III.

EL BUEN GENIO, *en figura de ángel;* EL MAL GENIO, *en figura de demonio.* — EL PRINCIPE, *dormido; despues*, SOLDADOS, *dentro.*

BUEN GENIO.
¿Dónde vas?

MAL GENIO.
¿Dónde he de ir,
Si soy el réprobo Genio
Que, con permision de Dios,
El albedrío pervierto
Dese príncipe africano,
Cuando rendido le veo
Mas al sueño que á la duda,
Investigando misterios
En que va tanto á mis iras
No entre su conocimiento,
Sino á infundirle ilusiones,
Que entre la duda y el sueño,
Le impidan el discurrirlos,
Cuanto mas el comprenderlos?

BUEN GENIO.
Con tu misma razon, contra
Tu misma razon, intento
Detenerte el paso; pues
El Genio elegido siendo
Yo de Dios, que en su albedrío
Tambien la inspiracion tengo,
(Que Dios aun á los infieles
No les niega ángeles buenos),
Me toca que no confundas
Con fantásticos objetos
De sus morales virtudes
Los iluminados léjos.

MAL GENIO.
Ya sé que igualmente asiste
Dios al fiel y al infiel; pero
Aunque lo sé, y sé tambien
Que al mas bárbaro, al mas ciego,
A quien no llegó la clara
Luz de su conocimiento,
No le queda á deber nada;
Pues como se adorne cuerdo
De las virtudes morales,
A ley natural atento,
Aun de morales virtudes
Le da temporales premios,
Ya en victorias, ya en riquezas,
Ya en dignidades, ya en puestos,
Ya en salud, ya en larga vida,
Ya en fin en otros aumentos;
Con todo, no has de negarme
Hoy la accion que contra él tengo,
Pues réproba secta sigue,
Y está en su aborrecimiento,
Segun presente justicia.

BUEN GENIO.
Es verdad, mas no por eso
He de perder la esperanza
Que de sus mejoras tengo;
Porque siendo, como es,
Aquese heróico mancebo
Tan nada entregado al ocio,
Tan todo dado al desvelo,
Tan afecto á la justicia,
A la piedad tan afecto,
Tan templado en los enojos,
Tan humilde en los obsequios,
Tan de la verdad amigo,
Tan a la mentira opuesto,
Tan prudente, tan afable,
Tan liberal, tan modesto,
Y en fin, tan contrario á cuanto
Turba el natural derecho,
Bien fio que ha de ilustrarle
Dios, por especial decreto,
Tanto en bienes temporales,
Que pasen á ser eternos.

MAL GENIO.
Antes que de tanta causa
Llegues á ver el efecto,
Yo le sabré pervertir
Con tal desvanecimiento,
Que olvidado del estudio,
No ande acaudalando medios
Para otras felicidades:
A cuyo fin, pues que tengo
Ya inspirado al valeroso
Abdalá, rey de Marruécos,
Que al opósito le salga,
Lograré que de su encuentro
El triunfo le desvanezca,
Para que en su vencimiento
Tenga premio esa virtud
Temporal, sin que su celo
A que sea eterno aspire.

BUEN GENIO.
Ven, que yo á ese mismo tiempo
(Representando los dos
De su Buen Genio y Mal Genio
Exteriormente la lid,
Que arde interior en su pecho)
Zozobraré tus aplausos
Y turbaré tus trofeos,
Sacando de sus azares
Sobrenatural acuerdo,
Que á la primer causa acuda.

MAL GENIO.
Pues toca al arma, que presto
Verás de la competencia
Nuestra el fin, á Abdalá oyendo
Y á sus gentes, bien que ahora
Solo en lejanos acentos...
(*A una parte, dentro, cajas y voces muy bajas, como que se oyen á lo léjos.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Muera el príncipe de Fez
Y viva el rey de Marruécos!

BUEN GENIO.
Tambien oirás tú de estotra
Parte, á fin de mis intentos...
(*A otra parte atabalillos y chirimías y voces altas.*)

OTROS SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Viva nuestra invicta Reina
Y viva el Príncipe nuestro!

MAL GENIO.
Pues al arma...

BUEN GENIO.
Pues al arma...

MAL GENIO.
Y vea el mundo...

BUEN GENIO.
Y mire el cielo...

LOS DOS.
Su interior y exterior lid,
Unos y otros repitiendo...

UNOS. (*Dentro.*)
¡Muera el príncipe de Fez
Y viva el rey de Marruécos!

OTROS. (*Dentro.*)
¡Viva nuestra invicta Reina
Y viva el Príncipe nuestro!
(*Vanse los dos Genios, y despierta el Príncipe como despavorido.*)

ESCENA IV.

EL PRINCIPE.

¡Cuán breve instante el descanso
Se me permitió! ¿Qué es esto?
¿Qué nuevo rumor de armas,
De salvas qué rumor nuevo
Al primer albor del dia,
Nubes y sombras rompiendo,
Sobre que dormido vea,
Quieren que sueñe despierto?
Si era arma, ¿cómo no hace
Mi gente mas movimiento,
Dando á entender que yo solo
Debo de escucharla al viento?
Y si alegre salva, ¿cómo
No hay quien me diga á qué efecto?
¡Hola! ¿Nadie me responde?
(*Tocan las chirimías y atabalillos.*)

ESCENA V.

ZARA, EL NIÑO MULEY, ACOMPAÑAMIENTO; *despues*, SOLDADOS, *dentro.*— EL PRINCIPE.

ZARA. (*Dentro.*)
Ninguno llegue primero
Que yo á ganar las albricias.
(*Sale el acompañamiento, y detrás Zara con espada, plumas y bengala, y el niño Muley con bengala y espada.*)

PRINCIPE.
Hermosa Zara, ¿qué es esto?

ZARA.
No desdeñes con la duda,
Dulce esposo, amado dueño,
La fineza, pues no puede
Ser sino el rendido afecto

De haber para tanta ausencia
Faltado ya el sufrimiento.
Y siendo así (tú lo sabes)
Que en las guerras que tuvieron
De Túnez las rebeladas
Islas con mi padre, fuéron,
En los primeros albores
De mis anuncios primeros,
Las trompetas mis arrullos,
Y las cajas mis gorjeos,
Tanto que muerto mi padre
Y mi hermano, infante tierno,
Hubo de estribar en mí
De tanto escándalo el peso,
Sin que agoviase mi espalda,
Sin que doblase mi cuello
Ni el teson de sus violencias,
Ni de sus sañas el riesgo,
Hasta poner á mi hermano
En posesion de su reino;
¡Cómo puedes ignorar
Que aquel heredado aliento
En que nací y me crié,
Alimentándome al fuego
De los cañones á rayos,
Y de la pólvora á truenos,
Sea quien me facilite
Venir en tu seguimiento?
Y así, viendo que tu padre,
Las levas que quedó haciendo
Para reclutar tus tropas
Y para doblar tus tercios,
Habia de encomendarlas
A cabo cuyo denuedo
Te acompañase en la lid,
Te asistiese en el consejo,
¡Quién como yo? le propuse;
Y añadiendo el llanto al ruego,
A repetidas instancias
De mi amor lo otorgó; pero
¡Qué mujer entró llorando
Que no saliese venciendo?
Con que á rehacer tus escuadras,
A guarnecer tus pertrechos,
Y en fin, á morir contigo,
Soy yo, Mahomet, la que vengo,
Trayéndote, porque veas
Cuanto tus huestes aliento,
A Muley Mahomet, que hijo
Tuyo y mio, sea espero,
Nuevo Escanderbec de Europa,
De Asia Saladino nuevo,
Cuyas tremoladas plumas
(Imitándote en los hechos,
Como en el nombre te imita)
Remonten su altivo vuelo
Hasta desplumar las alas
Del águila del imperio.

NIÑO.

Cuanto mi madre de mí
Se promete, te prometo
Cumplirlo yo, y mas ahora
Que humilde tu mano beso,
Porque el aliento del labio
Dé al corazon mas aliento.

PRÍNCIPE.

Bien pensarás, bella Zara,
Que á tan noble airoso extremo
De amor, no ménos airoso
Y noble agradecimiento
Deba responder. Pues no,
Que aunque es verdad que agradezco
La fineza, en ella nada
Es, Zara, lo que te debo.

ZARA.

¡Nada me debes?

PRÍNCIPE.

No.

ZARA.

¿Cómo?

PRÍNCIPE.

Oye, si quieres saberlo.
Tan como esposo te estimo,
Tan como amante te quiero,
Y tan como amante esposo
Te idolatro, que sospecho
Que desde moro á gentil,
Apóstata mi deseo
Hoy pasa, adorando á Pálas
En la hermosura de Vénus.
Testigo desta verdad
La ley sea, pues teniendo
Della permision (¿quién duda
Que seria al justo efecto
De que nuestra religion
Siempre fuese en mas aumento?)
Para admitir mas esposas
Que una, ni aun el pensamiento
Se atrevió á hacerte ese agravio,
Disonándome el que siendo
Un contrato natural
El del primer casamiento,
Se ofenda con el segundo;
Porque ¿cómo esperar puedo
Honesta fe de una esposa
Que ve, al entregarme entero
Todo un corazon, que yo
Se le pago con el medio?
Ni ¿cómo puedo tampoco,
Traidoramente grosero,
Sin que sea estelionato
De amor, á segundo dueño
Dar lo que al primero di?
Y mas cuando en el primero
Tan bien hallado está amor,
Tan ufano y tan contento
Como el mio, que á otro bien,
A otro cariño, á otro empleo
No aspira? Mira si dije
Bien en que nada te debo,
Pues quien lo que debe paga,
Queda de la deuda absuelto.

ZARA.

Con dos razones la fina
Cortesanía agradezco:
Una, el desengaño; y otra,
Que siéndolo, llegue presto;
Porque ya desconfiada
Del no merecido ceño
En que nada me debias,
Estaba entre mí diciendo...

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Viva Abdalá, y Mahomet muera!

ZARA.

Miente el aleroso acento
Que creyó que tal decia.

PRÍNCIPE.

No hagas del acaso agüero.

ZARA.

¿Cómo no, si al escucharle,
Absorta y confusa tiemblo?

(*Dentro cajas y clarines.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Ahora no es devaneo,
Supuesto que lo oyen todos.)
¡Ah de la guardia! ¿Qué es eso?

ESCENA VI.

CIDE HAMET, *que trae á* ALCUZCUZ — DICHOS.

CIDE.

Las centinelas, señor,
Que avanzadas en los puestos
Están de las avenidas,
A lo largo han descubierto
Armadas tropas de infantes
Y caballos. Solo aquesto
Supe hasta aquí; pero en tanto
Que batidores, que fuéron
A tomar voz, informados
Vuelven; por no perder tiempo,
Te traigo aqueste villano
Que viene del monte huyendo,
De quien podrás informarte;
Que aunque rústico y grosero
(Morillo al fin, bahari en traje
Y lengua) con todo eso,
Te dirá lo que en él vió.

ALCUZCUZ.

¿Qué querer decir aquello
De baril morillo? Habladle
Ben; que mal por mal, ser ménos
Mé estar morillo baril,
Que estar vos morazo vejo.

CIDE.

Mirad cómo hablais, que estáis
En presencia del supremo
Príncipe de Fez, Muley
Mahomet.

ALCUZCUZ.

A decir volvedlo,
Que ser mocha algorobia
Para aprendilda tan presto.
¿Quién decir?

CIDE.

Muley Mahomet,
Príncipe de Fez.

ALCUZCUZ.

Si un miedo
Traer hasta aquí, ya son dos.

PRÍNCIPE.

Llegad y no temais.

ALCUZCUZ.

Eso
Conmego cabado estar,
Ma no cabado conmego.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

ALCUZCUZ.

Como mé querer
Llegar, é no llegar, viendo
Que no saber cómo habladle
Con debido catamiento
A sinior Mulo Mahoma,
Prencipio de Pez. (*Hace que se va.*)

PRÍNCIPE.

Tenéos
Y cobráos.

ALCUZCUZ.

Mal poder
Cobrarme, si no me presto.

PRÍNCIPE.

¿Cómo os llamais?

ALCUZCUZ.

Alcorcuz.

PRÍNCIPE.

¿De dónde sois?

ALCUZCUZ.

Dese puebro
Que entre Berruécos y Pez,
No ser Pez ni ser Berruécos.

PRÍNCIPE.

¿Adónde ibais?

ALCUZCUZ.

A por lenia.

PRÍNCIPE.

¿De quién huis?

ALCUZCUZ.

Oír atento.
Me jomento é me mojer

De semana (ya saberlo,
Que mojeres por semanas
Servir á marido), haciendo
Un haz de lenia estar, cuando
Oir en repentidos ecos
El *tan tan* de los tabalos
Y el *tun tun* de los trompetos.
Volver los ojos, é ver
Por todos los vericuetos
Desotro parto del monte,
Tantos de los caballeros
E tantos de los infantos;
Y delantándose delios
Unos trompas, ver tambien
Que ir ó matando ó prendendo
Otros leniadores. Mé,
Que mirar peligro cerco,
Jomento é mojer dejar
Y escorrir. Y pus que liego
A pes de sinior Priucipio
De Pez, que mandar le ruego
Volver jomento é mojer;
E si es mucho pedirle esto,
La mojer les perdonar,
Como volver el jomento;
Que él ser solo y elia no,
Que otras tres ó cuatro tengo.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

CIDE.

Ya los batidores nuestros,
Trabada la escaramuza,
Obligados del exceso,
Vuelven tomando la carga.

PRÍNCIPE.

Pues salgan á socorrerlos
Las compañías de guardia,
Miéntras que con todo el grueso
Yo al opósito les salgo.

(*Vase Cide Hamet.*)

Tú, Zara, en tanto que vuelvo
A tus ojos vitorioso,
Con Muley espera, haciendo
Reten la gente que traes,
Para que en cualquier suceso
La retirada asegure.—
Toca al arma. (*Vase.*)

ZARA.

¿Cómo es eso
De que yo me quede, cuando
Tú te empeñas? ¿A qué vengo
Sino á vencer ó morir
Contigo? En mi seguimiento
Vengan mis tropas, quedando
Dos compañías, á efecto
De hacer escolta á Muley,
A quien en la tienda dejo
Con órden de que no salga
De ella.—Toca al arma. (*Vase.*)

NIÑO.

Viendo
Que tú no guardas el órden
De mi padre, ya no debo
Guardar el tuyo. Un caballo
Me dad; que disculpa tengo,
No obedeciendo á mi padre,
Ni á mi madre obedeciendo;
Que de mi padre seguí
Y de mi madre el ejemplo.

(*Vase con el acompañamiento.*)

ESCENA VII.

ALCUZCUZ; SOLDADOS, *dentro.*

UNOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

(*Fíngese dentro la batalla, y tocan cajas.*)

UNOS. (*Dentro.*)

Viva Fez.

OTROS. (*Dentro.*)

Viva Marruécos.

ALCUZCUZ.

¡Bono andar el caramuza!
¿Qué tocarle á Alcorcuz? Pero
A Alcorcuz, que á degeridos
Oler á estas horas penso,
¿Qué tocar, sino escondido
Estar, hasta ver soceso?
Que Alá mejorar el horas;
Ben que en sus mejoras temo
Que el mojer parecerá,
E no parezca el jomento. (*Vase.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(*Tocan las cajas y trompetas.*)

—

Monte.

ESCENA VIII.

LOS DOS GENIOS, *cada uno por su parte.*

BUEN GENIO.

A poder tú estar contento,
¡Oh qué contento estarías
Al ver cuánto en ese encuentro
Se declara la fortuna
Por Muley Mahomet!

MAL GENIO.

Es cierto,
Pues con aquesto le pago,
Como dijimos primero,
De sus morales virtudes
El merecido talento,
Sin que á mejor premio aspire.

BUEN GENIO.

No lo imagines, que eso
Podrá ser, mudado el trance.

MAL GENIO.

¿Qué?

BUEN GENIO.

Que algun mortal acuerdo
Le llame á la primer causa.

MAL GENIO.

¿Cómo?

BUEN GENIO.

Así.

(*Disparan dentro.*)

ESCENA IX.

EL PRINCIPE.—DICHOS.

PRÍNCIPE. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

MAL GENIO.

En la colina, de donde
Estaba distribuyendo
Las órdenes, desmandada
Bala el caballo le ha muerto.

BUEN GENIO.

Y despeñado de esotra
Parte del monte, cayendo
Viene.

MAL GENIO.

¡Bien le favoreces,
Si es muerto Muley!

BUEN GENIO.

No es muerto.

MAL GENIO.

¿Adónde vas?

BUEN GENIO.

A ampararle,
Pues á mi cargo le tengo.

MAL GENIO.

Porque no te deba á tí
La vida, á mi pesar llego
Tambien yo.

(*Desde lo alto cae despeñado el Príncipe, y viene á dar en los brazos de los dos, y habla como que no los ve.*)

PRÍNCIPE.

Cruel fortuna,
Feliz é infeliz á un tiempo,
¿Cómo me das tan iguales
Ansias y dichas? ¿Qué es esto?

MAL GENIO. (*Invisible para el Príncipe.*)

Dar tu Mal Genio las dichas.

BUEN GENIO. (*Invisible para el Príncipe.*)

Y las ansias tu Buen Genio.

PRÍNCIPE.

Parece que respondido
Me hallo; mas de quien, no veo.

ESCENA X.

ABDALA, ZARA, CIDE HAMET, EL NIÑO MULEY Y SOLDADOS, *dentro.*—DICHOS.

ABDALÁ (*Dentro.*)

Pues su caudillo les falta,
A ellos, soldados.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

A ellos.

PRÍNCIPE.

Esto es peor, que Abdalá,
Alentado en mi despeño,
Creyendo que muerto caigo,
Vuelve á embestir mas soberbio;
Y mi gente desmayada
Se pone en fuga, diciendo...

CIDE. (*Dentro.*)

Soldados, á retirar,
Pues falta el Príncipe nuestro.

ZARA. (*Dentro.*)

¿Qué es retirar? Por su falta
Debeis seguirme, pues quedo
En venganza de su vida
Yo heredera de su esfuerzo.

PRÍNCIPE.

¡La voz de Zara es aquella!
¿Y cómo (¡ay infeliz!) puedo
Dejar en defensa suya
De dar la vida?

NIÑO. (*Dentro.*)

¿Qué es esto,
Soldados? ¿Así dejais
A vuestro Príncipe en medio
De tanta enemiga hueste?

PRÍNCIPE.

Mas ¡ay de mí! ¿Qué es aquello?
¿No es la voz de Muley? Sí,
Y él, el que osado y resuelto
Se atreve á morir matando.
¿Cómo á ampararle no llego,
Matando y muriendo yo?

ZARA. (*Dentro.*)

¡Aquí, soldados!

PRÍNCIPE.

Mas ¡cielos!
¿Cómo he de dejar á Zara?

A ella acudiré primero,
Que es la mitad de mi vida.

NIÑO. (*Dentro.*)

¡Soldados, aquí!

PRÍNCIPE.

¿Qué intento?
Que él es la mitad del alma.

ZARA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

PRÍNCIPE.

Ya, Zara, vuelvo
A ti.

NIÑO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

PRÍNCIPE.

Y á ti y todo...
Pero en vano lo pretendo;
Que á uno ni á otro permite
Que pueda acudir lo espeso
De tanta intrincada breña.
¿Quién se vió tirado acero
De dos tan fuertes imanes,
Que por ir á ambos, suspenso
Se esté, sin ir á ninguno?
Y pues del iman me acuerdo,
Trayéndome á la memoria
La ambigüedad deste empeño,
El sepulcro de mi grande
Profeta, que está en el viento
Fijo, en fe de su atractiva
Violencia, para él apelo.
(*Alégrase el Mal Genio, y el Bueno se entristece.*)
¡Grande profeta de Alá!
Solemnemente te ofrezco,
Y con voto revalido,
A Meca, tu antiguo templo,
Ir en peregrinacion,
Si la maraña rompiendo
Destos montes, los socorro.
(*Vase. Suena dentro la caja y ruido de armas.*)

ESCENA XI.

LOS DOS GENIOS; ABDALA Y SOLDADOS, *dentro.*

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

ABDALÁ. (*Dentro.*)

A ellos, soldados.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

A ellos.

MAL GENIO.

¡Mira á qué buena primera
Causa le lleva el empleo
De sus ansias, pues el voto
A su mal profeta ha hecho!

BUEN GENIO.

Aunque es religion errada,
Ya es religion por lo ménos,
Que de su Buen Genio da
Indicios, mostrando en eso
La piedad de su engañado
Corazon, pero dispuesto
Para mas perfectos votos.

MAL GENIO.

¿Cuándo serán mas perfectos?

BUEN GENIO.

Eso solo Dios lo sabe.

MAL GENIO.

Pues quede el trance suspenso
Ahora de la batalla,
Que con verle vivo, ha vuelto
A encenderse mas sañuda.

BUEN GENIO.

Norabuena, y sea diciendo
Unos y otros, hasta que
Mas claro lo diga el tiempo...

UNOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra.

UNOS.

¡Viva Fez!

OTROS.

¡Viva Marruécos! (*Vanse.*)

—

Malta. — Muelle de un puerto.

ESCENA XII.

DON BALTASAR MANDAS, *con hábito de San Juan, baston y banda;* TURIN, *de soldado.*

DON BALTASAR.

No te canses, que no has de ir.

TURIN.

Eso es, juro á Dios, querer
Deslucir y deshacer
Mi opinion. ¿Qué ha de decir
Malta de mí, si me ve
(¡Pesar de quien me engendró!)
Quedar en su corte [1], y no
Ir contigo, cuando en fe
De tu sangre y tu opinion
Hoy el gran Maestre fia
Las costas de Berbería
Y honor de la religion,
Sino que debo de ser
Algun mandria, y que temblando
Me quedo de miedo? cuando
Sabes tú, ó debes saber
Que en todas las ocasiones
Que te has, voto á Dios, hallado,
Siempre me has visto á tu lado
Cumplir mis obligaciones.

DON BALTASAR.

Que siempre osado anduviste
Y valiente, Turin, yo
Lo confesaré; mas no
Confesaré que cumpliste
Tus obligaciones.

TURIN.

Pues
¿En qué falta me has hallado?

DON BALTASAR.

En que nunca es buen soldado,
Quien buen cristiano no es.
Si cuando en tus labios noto,
Es maldicion cada aliento,
Cada voz un juramento,
Y cada palabra un voto;
Si cuando te he menester,
Y no es cárcel donde llego
A hallarte, es casa de juego,
U de perdida mujer;
Si en mi vida no te vi
Rosario ni devocion,
¿De tí qué satisfaccion
Tener puedo? Y siendo así
Que por haberte traido
De la patria, he tolerado,
Con verte mal inclinado,
El no haberte despedido,
Por el prudente temor
Que amenaza tu despeño,
Pues quien es malo con dueño,
Sin dueño será peor;
Será bien, pues que conmigo
No has de ir, que te resuelvas
Y que á Saboya te vuelvas;
Porque en la empresa que sigo
(Que es dar vista á las riberas,
En corso, de Berbería,
Donde el Gran Maestre me envía
General de seis galeras,
Y donde, aunque es justo el celo,
No hay seguridad alguna,
Porque trances de fortuna
Corren á cuenta del cielo),
De tí no son miedos vanos
Pensar contra sus decoros,
¿Qué hará un cristiano entre moros,
Que aun es moro entre cristianos?

TURIN.

Cuando de los dos, señor,
Se haga comedia, será
El título que tendrá,
El Amo Predicador.
¡Cuerpo de Cristo! ¿Por qué
Eso has de temer de mí,
Si toda mi vida oí
Que el que bien jura bien cré?
Y cuando lo temas, di,
¿Qué buena piedad será,
Porque no reniegue allá,
Querer que reniegue aquí?
Que á ratos perdidos juego,
Es verdad; mas ¿te ha faltado
Algo que haya yo jugado?
Y si á esotros cargos llego,
De haber sacado la espada
Y estado preso, ¿has oido
Pendencia que no haya sido
Bien reñida? Si me agrada
Esta ó aquella mujer,
¿Es mas visitar á alguna
(De tejas abajo) que una
Pesadumbre de placer?
Y en fin, propuesta la enmienda
De que desde hoy seré
Ménos malo, y que pondré
A todos mis vicios rienda,
Llévame, por Dios, contigo,
Y si mejoras no ves,
Podrás enviarme despues.
O advierte, si no consigo
El ir como tu criado,
Que soldado sentaré
Plaza, ó algun lance haré
Con que vaya por forzado;
Porque apartarnos los dos,
A la tierra yo, y tú al mar,
No ha de ser; y (sin jurar)
No has de ir sin mí, ¡voto á Dios!

DON BALTASAR.

¡Buen modo de enmienda es ese!

TURIN.

La lengua se fué no mas.

DON BALTASAR.

Si la palabra me das...
—Pero la plática cese,
Que sale el Gran Maestre.

ESCENA XIII.

DON PABLO LAZARIS, *con el traje de maestre de San Juan;* ACOMPAÑAMIENTO DE CABALLEROS Y SOLDADOS.—DICHOS.

MAESTRE.

Ya
Que la escuadra prevenida,
Tripulada y guarnecida
De gente y de chusma está,
No hay que esperar, Baltasar;

[1] Capital.

Y mas cuando desa sierra
Encrespan vientos de tierra
Blandas espumas al mar.
Los avisos que he tenido,
Son que Túnez armar trata
Á Alamí, el mayor pirata
Que estos mares han tenido.
En su busca vais, y espero
Que ponga á su orgullo espanto
Vuestro valor, y el de tanto
Religioso caballero
Como os acompaña. Muestre
Vuestro espíritu gallardo
Que sois, Mandas, saboyardo,
Y es saboyardo el Maestre
Que esta caravana os fia.
Volved pues por la opinion
De toda la Religion,
De vuestra patria y la mia.

DON BALTASAR.

Si en favor tan singular,
Señor, mis dichas entablo,
Como el de Don Frey Juan Pablo
Lazaris y Castellar,
Maestre, cuando á dar vaya
Muchas vidas que tuviera,
Aun fueran pocas. Tercera
Vez es esta, que esa playa
General suyo me ve;
Y aunque en las dos he tenido
La dicha de haber venido
Con reputacion, no sé
Qué me dice el corazon,
Que astrólogo suele ser,
De que en esta he de volver
Aun con mas reputacion.

TURIN.

Sola una cosa podrá
Hacer no suceda así.

MAESTRE.

¡Oh Turin! ¿Qué es?

TURIN.

Que á mí
No quiere llevarme allá.

MAESTRE.

Pues ¿en qué le has enojado?

TURIN.

Solo en reñir, en jugar,
Enamorar y jurar;
Que otra falta no me ha hallado.

MAESTRE.

¡Qué virtud! Pues lisonjero
El mar, no hay ola que mueva,
A zarpar. Pieza de leva
Dispare, y venid, que quiero
Veros embarcar.

DON BALTASAR.

Los cielos
Vida, gran señor, os dén.

MAESTRE.

Y á vos os traigan con bien.

TURIN.

¿Y en qué paran mis recelos?
¿Hay indulto, ó hay ultraje?

DON BALTASAR.

En que á ver la enmienda pruebe.

TURIN.

Me alegro; ¡el diablo me lleve! (*Vanse.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Buen viaje!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Buen viaje!

—

Campo á vista de una quinta próxima á Fez.

ESCENA XIV.

En un lado, dentro, canta la MÚSICA, *y en otro suenan las cajas y trompetas, y salen luego* EL REY, *y* MOROS *de acompañamiento; y despues* ZARA, EL PRINCIPE, EL NIÑO MULEY, ABDALA, Y SOLDADOS.

UNOS.

¡Viva el gran Mahomet!

MÚSICA. (*Dentro.*)

Viva.

UNOS.

Y por sabio y valiente,

MÚSICA. (*Dentro.*)

Y por sabio y valiente...

UNOS.

Ciñan su augusta frente...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Ciñan su augusta frente...

UNOS.

Sacro el laurel, pacífica la oliva.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sacro el laurel, pacífica la oliva.

TODOS.

¡Viva el gran Mahomet, viva!

REY.

Ya que en aquesta quinta
Que bosqueja el abril y el mayo pinta,
Adelantando gozos, al camino
Salirle á recibir mi amor previno,
Miéntras Fez en triunfal carro le vea
Digno á sus hechos, vuestra salva sea,
La militar mezclando y la festiva,
Quien diga á voces: Viva Mahomet.

TODOS.

Viva.

(*La caja, clarin y Música*)

PRÍNCIPE.

Ya que segun su aviso,
De la quinta diviso
La siempre verde esfera,
Donde mi padre recibirme espera,
La aclamacion festiva
No sea á mí, sino á Zara.

TODOS.

Zara viva.

(*Caja y clarin.*)

UNOS.

¡Viva la bella esposa...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Viva la bella esposa...

UNOS.

Que valiente y hermosa...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que valiente y hermosa...

UNOS.

De ambos extremos se corona altiva!

PRÍNCIPE.

Bien suena el ¡viva Zara!

TODOS.

¡Zara viva!

ZARA.

No á mí sola tampoco déis la gloria,
Pues tambien de Muley es la victoria.

UNOS.

¡Viva el hermoso Infante!.

MÚSICA.

Viva el hermoso Infante...

UNOS.

Que no ménos triunfante...

MÚSICA.

Que no ménos triunfante.

UNOS.

Es bien que nuestras ansias le reciban.

TODOS.

¡Viva Muley, y Zara y Mahomet vivan!

REY.

Dame, Mahomet, los brazos.
Tú, bellísima Zara,

(*Abrázalos como los nombra.*)

Llega tambien, y vos, oh prenda cara.
Pues sois el nudo que con dulces lazos
Une un amor, que estriba en dos peda-
Llegad, llegad al pecho: [zos.
Que aunque parezca que es palacio es-
Para tres voluntades, [trecho
Llenan, pero no ocupan las verdades;
Y lo son las de amor tan verdadero,
Que dividido en tres, se queda entero.

PRÍNCIPE.

Hasta besar, señor, tu invicta planta...

ZARA.

Hasta volver triunfante yo á tus ojos...

NIÑO.

Tambien yo, hasta ofrecerte mis despo-

PRÍNCIPE. [jos...

De tanto triunfo...

ZARA.

De victoria tanta...

NIÑO.

De tan alto trofeo...

LOS TRES.

Logré la dicha, pero no el deseo.

ABDALÁ. (*Ap.*) [gozo,

¿Quién no creerá que al ver tan comun
Mi desdicha se aumente á su alborozo?
Pues no, que mi desdicha
Aun es para callada mas que dicha.

PRÍNCIPE.

Abdalá es el que miras prisionero,
Cuyo valiente espíritu guerrero,
Cediéndole el valor á la fortuna,
Llega á tus piés.

ABDALÁ.

Donde, si tuve alguna
Queja del hado, ya la he remitido;
Que de tal vencedor ser el vencido
Trae el dolor en traje de consuelo.

(*Arrodíllase.*)

REY.

¿Qué es lo que haceis? Alzad, alzad del
Y ocupad de mi lado [suelo,
El superior lugar; que nunca el hado
Pasar debe el desden de la persona
Al sagrado esplendor de la corona.
Y ya que tanto huésped generoso
El efecto me dice venturoso
Del trance de la lid, saber quisiera
De qué manera fué.

PRÍNCIPE.

Desta manera;
Que aunque ya mucho dello habrás oido
De populares voces
Que el vulgo suele adelantar veloces,
Ménos defecto ha sido
Que noticias que quedan empezadas
Prosigan repetidas, que ignoradas.
En ese monte, que es

De Fez y Marruécos raya,
Restaurabas tus soldados
Las fatigas de la marcha,
Cuando Zara de recluta
Llegó. — Baste decir Zara,
Para que á decir no vuelva
Que vi a Vénus, viendo á Pálas.—
Apénas pues nos dió vista,
Cuando á su festiva salva
Sucedieron los estruendos
De las trompetas y cajas
De Abdalá, que valeroso,
En mi opósito, con gana
De reducir nuestro duelo
Al trance de una batalla,
Valiente se opuso. Dejo
Que de la guerra galana
Trabada la escaramuza,
Bien como cuando levanta
Poca chispa mucho incendio,
Poco soplo gran borrasca,
Fuimos empleando tropas,
Fuimos empeñando escuadras,
Hasta venir á entablar
Todo el resto de las armas.
A los principios rompida
La frente de su vanguardia,
Iba á cantar la victoria;
Cuando de la ardiente aljaba
Del arco de la fortuna
Vibrada flecha una bala,
Dejó mi caballo muerto,
De suerte, que de la alta
Colina del monte al centro
Me arrojó, no sé en qué alas,
Pues cuando del precipicio
El golpe temí, jurara
Que me recibió la tierra
Temerosamente blanda.
El pavor de mi caida
Tanto á mi gente desmaya
Y tanto á la suya alienta,
Que trocadas las balanzas,
El fiel, de infiel peso, hizo
Que una suba y que otra caiga.
Mal reparado del susto,
Mi gente vi desmandada
Y puesta en fuga, sin que
Tanto horror, confusion tanta
Perturbase mis oidos,
Para que á ellos no llegara
La voz de Zara, diciendo...

ZARA.

¡Traidora, infame canalla!
¿Qué es retirar, ni qué es
Haber pasado palabra
De que tu príncipe es muerto,
Si ántes ahora con mas causa
Debes lidiar, pues es mas
Lustre, mas honor, mas fama,
Que hasta aquí por el blason,
Desde aquí por la venganza?

PRÍNCIPE.

Dijo, y de pocos seguida,
Cuando de muchos sitiada,
Se empeñó en los enemigos.
Subir intenté á ampararla,
A pesar de lo intrincado
De breñas, troncos y zarzas
Que el paso me impedian, cuando
Con igual brio, igual saña,
Muley en igual peligro,
De la otra parte en la falda
Del monte repetia...

NIÑO.

¿Así,
Vasallos, se desampara
A vuestro príncipe, en medio
De tanta hueste contraria?

PRÍNCIPE.

Yo en dos partes dividido,
Queriendo acudir á entrambas
Solo con que entrambas viesen
Que moria en su demanda,
Por en medio de las dos,
Venciendo de la montaña
El ceño, intenté subir;
Mas su aspereza era tanta,
Que á no proveer el cielo
Dese villano, que estaba,
De miedo de tanto asombro,
Escondido entre unas ramas,
Que me dijese...

ALCUZCUZ.

Sonior,
Si querer sobir, mis prantas
Seguir; que mé saber senda
Por donde á la cumbre salgas.

PRÍNCIPE.

Sin él delante de mí,
Fuera imposible llegara
A la eminencia, fineza,
Que para haber de pagarla,
Quise que venga conmigo.
Hasta aquí pudo la fama
Haberte dicho: oye ahora.
Apénas pues, de la alta
Cumbre mi gente me vió
Blandir de la cimitarra
La cuchilla, persuadiendo
Mas la accion que las palabras,
Cuando el comun alborozo
De verme vivo, levanta
Tal alarido en mi gente,
Que volvió desesperada
A cobrarse, á tiempo que
La de Abdalá, confiada
En ser suya la victoria,
Al pillaje se desmanda.
Desordenado él, y yo
Recobrado (¡oh qué bien llama
El gentil á la fortuna
Deidad de los hombres varia!),
Pude, partiendo los dos
Extremos que me arrastraban
Iguales, hacer en medio
Dellos tan grande matanza,
Que acudiendo á su socorro,
Dejaron desmanteladas
De ambos costados las fuerzas;
Con que pudo, de uno Zara,
Y de otro Muley, poner
En tal estrecho las guardias
De Abdalá, que prisionero,
Como ves, llega á tus plantas.
Pero aunque ruinas y triunfos
Tan de extremo á extremo pasan,
Que desde un instante á otro,
Llora uno lo que otro canta;
No en sus términos dejemos
El trance; que no hay humana
Accion en que la divina
Mas absoluta no manda.
Dígalo el que en el conflicto
De estar tan aventuradas
Las dos vidas (¿quién vió nunca
Hecha mitades un alma?),
A nuestro grande profeta
Ofrecí, si me ayudaba
En defensa de una y otra,
De su sepulcro á la casa
Ir en peregrinacion,
Donde en sus piadosas aras
Sea una lámpara de oro
Ardiente mudo epigrama,
Que geroglífico diga,
Cuando á sus cenizas arda:
«Mahomet, príncipe de Fez,
Esta memoria consagra
Por su hijo en el metal,
Y por su esposa en la llama.»
Y así, pues queda Abdalá
Donde te suplico hagas
Con él capitulaciones
Tan benignamente gratas,
Que parezca mas que está
En su patria que en tu patria
(Porque esto de usar, señor,
De superiores ventajas,
Si en el opuesto es blason,
En el rendido es infamia);
Dame licencia de que
(Sin que en mi obligacion haya
Mora ó pereza) á cumplir
El voto al punto me parta,
Tomando desde aquí á Túnez
(Pues en otros puertos faltan
Por ahora embarcaciones),
Por tierra, de mis jornadas
El itinerario, donde
Jacimé, hermano de Zara,
Desde allí la embarcacion
Me asegure, en confianza
De que Alamí me convoye,
Bien como mayor pirata
Que de Grecia á Berbería
Ha estremecido las playas
Del Adriático, á pesar
De todo el poder de Malta.

REY.

Mahomet, cumplir la promesa
Justo es; pero no con tanta
Prisa, que ántes no repares
Fatigas, que en la campaña
Has tolerado, ya al sol
Del agosto, ya á la escarcha
Del diciembre.

PRÍNCIPE.

Fuera error;
Que fatigas continuadas
No hacen novedad; y si hoy
El ocio las pone en pausa,
El descanso de hoy quizá
Será pereza mañana.
Y para que no lo sea...—
Cide Hamet.

CIDE.

Qué es lo que mandas?

PRÍNCIPE.

Que mi partida dispongas
Luego al punto. (*Vase Cide Hame*

ESCENA XV.

DICHOS, *ménos Cide Hamet.*

ALCUZCUZ.

Si ser paga
De me servicio el me hacer
Tu creado, que allá vaya
Me has de permetir, porqué
Tener mochísima gana
De ver á sonior Mahoma,
Por si otorgar un demanda
Que mé tener que pedirle.

PRÍNCIPE.

¿Qué es?

ALCUZCUZ.

Me mojer tener habla:
Me jomento ser un bestia,
No saber hablar palabra;
E pus elia pregontando,
Y él no, volver podrá á casa,
Dejar que mojer se venga,
Y que jomento me traiga.

PRÍNCIPE.

Di á Cide Hamet que conmigo
A Meca has de ir.

ALCUZCUZ.

¡Cosa santa!
Mojer, mé ir á Meca, méntras
ú de ceca en meca t'andas. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DICHOS, *ménos Alcuzcuz.*

ZARA.

Ya que de tu padre el ruego
No te mueve, el mio me valga.
Morabitos doctos tiene
La ley: pretextos no faltan
Con que á mayor recompensa
Conmutes el voto.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Zara!
Que no hay morabito docto,
Pues ninguno me declara
De nuestro Alcoran un dogma,
Tras cuyo sentido vaga
La imaginacion. Mas esto
No es de aquí.

NIÑO.

Otra cosa haga
Por mí tu amor, que ni es ir
Ni quedar. Espera hasta
Solamente ver el triunfo
Con que la corte te aguarda,
Porque dicen que está llena
De arcos, músicas y danzas.

PRÍNCIPE.

¡Qué como niño, la simple
Sencillez de tu ignorancia
Quiere que una vanidad,
Mas que una devocion valga!
Solo por huir della, hiciera
La ausencia.

ESCENA XVII.

CIDE HAMET. — EL REY, EL PRÍNCIPE, ZARA, EL NIÑO MULEY, ABDALÁ, MOROS.

CIDE.

Pues ya te aguarda
La gente que va contigo,
Puesta á caballo.

REY.

¿Con tanta
Prisa ha de ser la partida,
Que aun una hora no descansas?

PRÍNCIPE.

Si en tu obediencia, señor,
Fué pronta mi vigilancia,
¿Por qué en la del gran profeta
Has de querer que sea tarda?
Dame tu mano, y Alá
Te guarde.

REY.

Poca esperanza
Deso le queda á una vida,
Breve al gusto, á la edad larga.
Y porque el verte partir,
Dolor á dolor no añada,
Vente tú, Muley, conmigo,
Para que suplas la falta
De verle con verte. Ven
Tú, Abdalá, donde mi alcázar,
Mas albergue que prision,
Te vea.

ABDALÁ.

Con honras tantas,
Bien podré decir que hoy
Por el trato y por las armas
Me has cautivado dos veces.
(*Ap.* Y aun tres, dijera, si osara
(¡Ay bella Zara!) decirte
Que si otros la vida, el alma
Tú has traido prisionera.)
(Vanse el Rey, Abdalá, el niño Muley y los moros.)

ESCENA XVIII.

EL PRINCIPE, ZARA; CIDE HAMET, *retirado.*

ZARA.

En fin, Mahomet, ¡ni las canas
De un padre, el amor de un hijo,
Ni de una esposa las ansias,
A dilatar esta ausencia,
Siquiera unos dias, no bastan!

PRÍNCIPE.

Mas que estimo el verte fina
Conmigo, siento que ingrata
Con el cielo estés.

ZARA.

¿En qué?

PRÍNCIPE.

En que siendo tú quien causa
La deuda, seas ahora
Quien embarace el pagarla.
¿Tan poco don, Zara hermosa,
Dulce dueño, esposa amada,
Tan poco don es tu vida,
Y mas á quien la idolatra,
Que no agradecido quieras
Que esté á quien te la restaura?
Por ti me aparto de tí.

ZARA.

Si por mí de mí te apartas,
Cumple con mi amor, y cumple
Con tu hacimiento de gracias.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

ZARA.

Llévame contigo.

PRÍNCIPE.

Para ir tú á tierras extrañas
Tanto como hasta Medina,
Que es la corte, en cuya estancia
El sepulcro del profeta
Yace en la feliz Arabia,
Son menester prevenciones
Ricas, costosas y varias.
Peregrinar tú, no es
Sin gran lustre, sin gran casa,
Familia y séquito, digna
Accion de sangre tan alta.

ZARA. *(Llora.)*

¿Para todo has de tener
Razones, todas contrarias,
Y favorable ninguna?

PRÍNCIPE.

No llores: mira que agravias
Al alba y al cielo: al cielo,
Porque su culto embarazas,
Y porque la desperdicias
Sus dulces perlas, al alba.

ZARA.

No te espantes de que sienta
Mas que otras esta mudanza

PRÍNCIPE.

Dime, ¿por qué?

ZARA.

Porque della,
Si he de creer á la sabia
Natural astrología
Que sin estudios se alcanza,
No sé (¡ay infeliz!), no sé
Qué es lo que me dice el alma. *(Vase.)*

PRÍNCIPE.

Yo sí, pues sé que me dice
Que á pesar de padre y patria,
De hijo y de esposa, á cumplir
El voto que ya hice vaya;
No tanto porque le hice,
Cuanto por la confianza
De que obligando al profeta,
Saque de aquesta jornada
Saber qué feudo es aquel
Que á Satan todos le pagan,
Y qué Madre y Hijo son
Los que solo dél se salvan,
O ya en virtud del poder,
O ya en virtud de la gracia.

JORNADA SEGUNDA.

Malta. — Muelle de un puerto.

ESCENA PRIMERA.

Dentro salva de piezas y chirimías, y en habiéndose dicho los primeros versos, salen por una parte EL MAESTRE DE SAN JUAN Y SU ACOMPAÑAMIENTO; *y por otra*, DON BALTASAR, TURIN Y SOLDADOS; *y con ellos* EL PRINCIPE, CIDE HAMET, ALCUZCUZ, *y otros* MOROS CAUTIVOS.

SOLDADOS. *(Dentro.)*

A tierra, á tierra.

DON BALTASAR. *(Dentro.)*

El esquife
A escala de popa llega,
Y en órden la gente, vaya
Desembarcándose.

MUCHOS. *(Dentro.)*

A tierra.

UNO. *(Dentro.)*

Ya las galeras entrando
Vienen al puerto, y con ellas
Un navío de remolque.

MAESTRE. *(Dentro.)*

Siga á su salva la nuestra,
Y á recibirlos al muelle
Salgamos.

UNOS. *(Dentro.)*

Al muelle.

OTROS. *(Dentro.)*

A tierra.

UNOS. *(Dentro.)*

Don Baltasar Mandas viva.

OTROS. *(Dentro.)*

Viva.

UNOS. *(Dentro.)*

Al muelle.

OTROS. *(Dentro.)*

A tierra, á tierra.

(Hacen la salva, y salen todos.)

DON BALTASAR.

Dame, gran señor, la mano.

MAESTRE.

Con bien, Don Baltasar, vengas.

DON BALTASAR.

Quien viene de obedecer
Órdenes tuyas, es fuerza;
Que el lucimiento, señor,

En inferiores estrellas,
No es mas que mendigo rasgo,
Que se debe á la influencia
Del sol que las ilumina.

(*Hablan Don Baltasar y el Maestre aparte.*)

PRÍNCIPE.

¡Quién creerá con cuánta priesa
La farsa de mi fortuna
Va de próspera en adversa?
De vencedor el papel
Ayer en mi patria era
El que me tocaba, y hoy
El de vencido en la ajena.
Pero si no hay mas fortuna
Que Alá, que es quien lo gobierna
Como primer causa, y él
Así lo quiere, ¡paciencia!

ALCUZCUZ.

¿Quién crerme ayer con mojer
Y jomento, y hoy sin elia
Y sin él, y sin las otras
Tres ó cuatro?

CIDE.

Calla, bestia.

ALCUZCUZ.

Caliar Mahoma, que tener
Porque caliar, pus su Meca
Nos trocar en Malto.

MAESTRE.

En fin,
¿Cómo fué?

DON BALTASAR.

Desta manera.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Hasta en esto parecida
Es á mi dicha mi pena,
Pues como yo el vencimiento
De Abdalá conté allá, cuenta
Aquí el mio él. ¡Oh, Alá,
Qué bien corresponde esta
Mortificacion en digno
Baldon de aquella soberbia!

DON BALTASAR.

Tercera vez, señor, de las galeras
De Malta general, en feliz dia
Della salí, costeando las riberas
Al africano mar de Berbería.
De agua y viento la paz de ambas esferas
Tan tranquilo el pasaje me ofrecia,
Que á cuarteles bogando iba, en extremo
La vela hinchada, y descansado el remo.
Mas como no hay segura confianza
En viento y agua, que de la fortuna
Son girasoles, y ella en su mudanza
Condicional imágen de la luna;
En tormenta trocada la bonanza,
Fué fuerza, de un traves en otro, de una
Punta en otra, con náutica cautela
Proejar el remo y amainar la vela.
Guiñando pues á costa del cuidado,
Y del sudor descantillando á costa
El rumbo, con la proa á otro costado,
Para no dar en la africana costa,
Hubimos de arribar, golfo lanzado,
Del ancho mar á la garganta angosta,
Donde con el Adriático termina
Mediterráneo el Faro de Mesina.
Aquí del mismo temporal traida
A nuestras maños árabe fragata,
Dió á voluntaria esclavitud la vida,
Viendo que con rendirla la rescata.
Della pues la noticia repetida,
Que Alamí de salir á otro dia trata,
Aun no en quietud la alborotada espuma,
Volví á romper su verdinegra bruma.
Apénas los celajes de su puerto
Desde el tope el grumete distinguia,
Cuando, para no ser dél descubierto,
Desarbolar mandé la escuadra mia:
Que al fin, en emboscadas del desierto
Campo del mar, no tiene la osadía
Mas árboles, mas riscos ni mas breñas,
Que en las distancias desmentir las señas.
No mal me sucedió, pues sin recelo
A media tarde vi que el muelle daba
Alto bajel al mar, y hollando el hielo,
A levante la proa enderezaba:
Yo hasta esperar que el negro oscuro velo
Mas me ocultase, el rumbo que llevaba
Seguí, desarbolado todavía;
Que la boga el velámen me suplia.
Cerró la noche, y desplegando el viento
Sus abatidas alas, á la breve
Escasa luz de su fanal atento,
Norte la hice, que tras sí me lleve:
Con que al primer albor vió en seguimiento
Suyo cuánto combate contra él mueve
Quien en su caza, á no distancia larga,
De ambos andenes recibió la carga.
Bien presumió que el viento que corria
Sobre el destrozo que dejaba hecho,
Le zafase el cañon de mi crujía;
Mas quiso Dios calmarse á poco trecho:
Con que debajo de su artillería,
No velejando ya, vió á su despecho
Troncar el árbol, rebujar el lino,
Crujir la brea y rechinar el pino.
Muerto Alamí de un astillazo, ese

(*Señalando á Cide Hamet*)

Anciano dijo, sobre el borde puesto,
Como en voz de motin: «El furor cese;
Que á rendirse el bajel está dispuesto.»
Con que subiendo á él, supe que fuese
Sin su órden, esta vida su pretexto,
Por ser de Fez, quien ya es tu prisionero,
Muley Mahomet, su príncipe heredero.

MAESTRE.

Otra y mil veces los brazos
En albricias de tal nueva
Me da. Y pues tambien es justo
Que al Príncipe los ofrezca,
Dime qué moro de aquestos
Será, para que me entienda,
Intérprete entre los dos.

DON BALTASAR.

Entre otras muy buenas prendas
Que en él he reconocido,
Una es saber varias lenguas,
Fuera de que la toscana,
Por lo mucho que comercian
Con judíos de Liorna,
Hay pocos que no la entiendan.

MAESTRE.

No me atrevo, gran Mahomet,
A decir que con bien vengas,
Por no hacer ese desaire
Al dolor, que traer es fuerza;
Pero atrévome á decir
Que las fortunas adversas
Son crisoles del valor,
Argüid á competencia:
¿Qué ánimo mas generoso
Fué, entre la paz y la guerra,
El que alcanzó gran victoria
O el que toleró gran pena?
Y pues de entrambas fortunas
Os tocan las experiencias,
Poned de aquella el favor
A cargo del desden de esta.

PRÍNCIPE.

Cuando esa razon, señor,
No fuera consuelo, fuera
Consuelo ser del Bautista
La religion que me venza,
No solo porque mi ley
Le estima como á profeta
De Alá, sino por ser tales
De sus armas las empresas,
Que dan honor al vencido,
Y para gloriosa prueba
De mi valor, basta haber
Lidiado en su competencia.

MAESTRE.

La pesadumbre y el mar
Fatigado os traerán, y esta
No es estancia para que
Sin descansar os detenga.
Venid á palacio, donde
Albergue, y no prision, sea
Vuestro hospedaje.

PRÍNCIPE.

Ya que hallo
Tan cortesana clemencia
En vos, como en fin gran maestre
De religion tan excelsa
E ilustre, en mí el recibirla
Os logre el blason de hacerla.
Y así, pues vuestros favores
Mi corto mérito alientan,
Para pedir dos mercedes
Os suplico una licencia.

MAESTRE.

Antes de saber qué son,
Ambas os las concediera
Mi voluntad; mas quien sabe
De sí que es el ofrecerlas
Y cumplirlas todo uno,
No os disonará que quiera
Saber qué son.

PRÍNCIPE.

Que á un criado
Le permitais, la primera
Es, dándole embarcacion,
Señor, que á la patria vuelva
A decir en el estado
Que quedo, para que vengan
A tratar de mi rescate.
La segunda es que pues llega
Mi fortuna (en esto solo
Feliz) á que esclavo sea
Del señor Don Baltasar,
Me dejeis á su obediencia.
Yo no he de ser mas aquí
Que otro cautivo cualquiera,
Porque á ejemplar de mis ansias,
Alivio las suyas tengan.
Y pues que nunca el cautivo
Está mejor que en presencia
De su dueño, permitid
Que en su familia lo sea,
Donde como tal me mande,
Y como á tal le obedezca.

MAESTRE.

¿Qué criado es el que ha de ir?

PRÍNCIPE.

Este anciano.

(*Señalando á Cide Hamet.*)

MAESTRE. (*A un soldado.*)

Oye.

EL SOLDADO.

¿Qué ordenas?

MAESTRE.

Que al punto, bien guarnecido
Un bergantin se prevenga,
Que con mi salvo-conducto
Y con su blanca bandera,
Le lleve.

SOLDADO (*A Cide Hamet.*)

Venid conmigo.

PRÍNCIPE.

Cide Hamet, á Zara bella,
A mi padre y á mi hijo
Consuéleles tu prudencia.
Diles como quedo yo
Cautivo, y que... (*Ap.* La terneza
Con las memorias de Zara
Un nudo ha puesto en la lengua.)
Tú se lo dirás mejor.
Parte pues.

CIDE.

Sí haré, aunque sienta
El haber de ser, señor,
Portador de malas nuevas.
(*Vase con el soldado.*)

ESCENA II.

DICHOS, *ménos Cide Hamet y un soldado.*

MAESTRE.

Ya el un ruego de los dos
Habeis visto; y aunque fuera
Dando uno y negando otro,
Bien partida diferencia,
No lo he de hacer; y no tanto
Por las razones propuestas
(Pues Don Baltasar sabrá
Acudir á la decencia
Con que os debe tratar), cuanto
Por el honor que interesa
En la propiedad de tal
Prisionero. Y pues que no queda
Nada á mi atencion que hacer
Por ahora, dadme licencia
Vos á mí de que á su casa
Os acompañe.

PRÍNCIPE.

No hiciera
Bien tampoco yo en coartar
Liberalidades vuestras.
Vos por vos me honrais.

DON BALTASAR.

Y á mí
Ambos con una accion mesma,
Tanto uno en pedir mis dichas,
Cuanto otro en concederlas.

TURIN.

¡Cuerpo de Cristo, con tanta
Cortesana impertinencia!
Y pues no puedo tener
Otra ocasion como esta
Para hablar, aprovechando
El camino, miéntras llegas
A casa, sepa, señor,
¿Cuándo será el dia que tengan
Algun premio mis servicios?

MAESTRE.

Turin, bien venido seas.

TURIN.

¿Cómo ha de ser bien venido
(Aunque de haber sido venga
De los primeros que entraron
El bajel, y en la contienda
De rendirse ó no rendirse,
Tambien lo fué en las defensas
De la cámara de popa),
Si nunca para sus medras
Llega ocasion?

DON BALTASAR.

Quita, loco.

MAESTRE.

Ni le riñas ni le ofendas,
Que tiene razon. De aquesos
Esclavos, que de la presa
(Despues que á la religion
Se dé lo que pertenezca)
Se han de partir entre todos
Los que se han hallado en ella,
Un esclavo, Baltasar,
Da á Turin; que cuando venga
El rescate, y comprendido
Sea en él, poco habrá que pierda
En su precio, como ántes
El no le juegue ó le venda.

TURIN.

¿Qué es jugar ó vender moro,
Dádiva tuya? Con ella
Me han de enterrar...Bien que entónces
Habrémos de apartar sendas,
El hácia el infierno, y yo
(Quiera el demonio ó no quiera)
Hácia el cielo, ¡voto á Dios!

DON BALTASAR.

¿Qué oir estas locuras quieras?

MAESTRE

En algo le he de pagar
Buen gusto y valor.

TURIN.

Si intentas
Que llegue á logro la paga,
De contado el moro venga;
Que librármele en mi amo
Es lo mismo que en Ginebra,
Porque es el cuento de cuentos
La cuenta de nuestras cuentas.

MAESTRE.

Desde aquí ese esclavo es tuyo.
(*Señala á Alcuzcuz.*)

TURIN.

Goces la supervivencia
De un lanzon en el zaguan
De una casa solariega.
Moro mio (no es requiebro,
Sino dominio), paciencia,
Y servirme como un moro
Desde aquí.

ALCUZCUZ.

Ser norabuena
Vos mi poltron. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA III.

EL MAESTRE, EL PRINCIPE, DON BALTASAR, TURIN, ALCUZCUZ, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

DON BALTASAR.

Ya, señor,
Que la corta, humilde esfera
De mi casa, por el huésped,
No por mí, este honor merezca,
Entrad; pues á vos os toca
Darle, como dueño della,
La posesion della.

MAESTRE.

¿Donde
Vais?

PRÍNCIPE.

A dejaros la puerta
Por que entreis primero vos.

MAESTRE.

Eso no, que esta advertencia
En cualquier estado, es bien
Que á la real sangre se tenga.
Vuestra Alteza ha de pasar.

PRÍNCIPE.

En pasando vuestra Alteza.

MAESTRE.

Ambos cabemos, venid.

PRÍNCIPE.

Solo este honor recompensa
Pudo ser de mis desdichas.
(*Ap.* ¡Qué venerable presencia!)

MAESTRE. (*Ap.*)

¡Qué lástima es que sea moro
Príncipe de tales prendas!
(*Vanse todos, ménos Turin y Alcuzcuz.*)

ESCENA IV.

TURIN, ALCUZCUZ.

TURIN.

Moro mio.

ALCUZCUZ.

Mio poltron.

TURIN.

Tras mí la ciudad entera
Has de pasear ¡vive Dios!
Para ver cómo me asienta
El verme servir un dia
De cuantos serví.
(*Paséase muy grave, y el moro tras él.*)

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

Ser fuerza
Seguir pasos, y al volver,
Con zalá hacer reverencia.

TURIN.

¿Cómo es el nombre?

ALCUZCUZ.

Alcorcuz.

TURIN.

Me alegro, por si me aprieta
Tal vez el hambre, comerme
De mi cautivo una pierna.
Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

Sonior.

TURIN.

¿De dónde
Eres?

ALCUZCUZ.

De un homilde aldea,
Que estar en Pez y Berruécos.

TURIN.

¿Y qué es lo que hacias en ella?

ALCUZCUZ.

Perder jomento é mojer
Fué mi último diligencia,
De que el perder las demas
Se seguir.

TURIN.

Pues ¿cuántas eran?

ALCUZCUZ.

Tres ó cuatro.

TURIN.

(*Ap.* Lo mejor
Es no haber hecho la cuenta.
¡Oh si no fuera pecado
El usarse en esta tierra,
Adonde ni aun una sola
Se permite á su nobleza!)
Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

Sonior.

TURIN.

¿Y adónde
Iba el tal Príncipe?

ALCUZCUZ.

A Meca,
A ver á sonior Mahoma...

TURIN.

¡Oh qué buena diligencia!

ALCUZCUZ.

Por un bote que le hacer
De le haber en un refriega
En que se empeñó, guardado
Su esposa.

TURIN.

Ya no es tan buena;
Que porque no la guardase,
Hubiera acá quien hiciera
Voto aun al mismo Mahoma.
Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

Sonior.

TURIN.

¿Y qué era
De lo que le servias?

ALCUZCUZ.

De
Sabandija palaciega.

TURIN.

¿Qué oficio es?

ALCUZCUZ.

Comer y holgar

TURIN.

¡Linda ocupacion es esa!

ALCUZCUZ.

Sí, sonior, y acá saber
A ti servir en la mesma.

TURIN.

Dámela tú á mí, y troquemos.
Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

Sonior.

TURIN.

Por esta
Calle ven, que es por donde
Toma el Gran Maestre la vuelta
Para ir á palacio, y quiero
Que viento en popa me vea
Con esclavo de remolque.

ALCUZCUZ.

Guiar tú é mé seguir.

TURIN.

No sea
Tan atras, que podrá ser
Que se trastruequen las señas
De ir conmigo. Junto á mí,
Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

No estar decencia
Cabo ti, sonior.

TURIN.

Yo quiero
Honrarte, llega mas cerca.

ALCUZCUZ.

Ben estar aquí.

TURIN.

¡Qué humilde!
Lástima es que no le muela
A palos, porque á un bergante
Como yo, no haga zalemas.

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

¡Qué lástima no ser moro
Poltron de tanta llaneza! (*Vanse.*)

Jardin del real palacio de Fez.

ESCENA V.

EL REY, ABDALA.

REY.

Habiéndome dejado
Mahomet en su partida
No solo el agasajo de tu vida,
Mas el de tu rescate encomendado,
Justo es que mi cuidado
Al uno y otro acuda;
Y así, supuesta entre los dos la duda
De si debe pagar ó no el tributo
Que como á reino que es mas absoluto,
A Fez Marruécos debe,
Es bien, ya que esta plática se mueve
Entre los dos, que entre los dos veamos
Cómo ha de ser, y que lo resolvamos.

ABDALÁ.

Antiguo abuelo mio, que reinaba
Cuando Marruécos solevado estaba,
Pidió socorro á Fez: yo lo concedo,
Y concedo tambien que el gran denuedo
Del rey que entónces era,
Le dió auxiliares armas, de manera
Que al favor del socorro agradecido,
El feudo le juró; y habiendo sido
De terceros el daño, aunque ha pasado
De un estado á otro estado
La ley inmemorial, aun la ley vive
De que el mal posédor nunca prescribe.
Y pues este pretexto [to,
Es el que en esta esclavitud me ha pues-
En ella he de morir ántes que venga
En que mi patria ese homenaje tenga;
Y así, en rescate puedes resolverte
A darme libertad, ó á darme muerte.

REY. [ria,

Muerte, muy torpe é indigna accion se-
Que el valor nunca mata a sangre fria,
Ni libertad, en tanto
Que no vuelva Mahomet.

ESCENA VI.

ZARA. — EL REY, ABDALA

ZARA.

Mucho me espanto [va,
Que lo que es bien que tu poder resuel-
Lo guardes para cuando Mahomet vuel-
Por complacer con mi melancolía, [va.
Este jardin á solas discurria;
Y viendo cuán privadamente hablando
Aquí estábais los dos, adivinando,
No en vano, cuál la plática seria,
Haciendo de esas murtas celosía,
Me recaté; y habiendo oculta oido
A la altiva jactancia de un rendido
Que aunque cautivo muera,
Nunca ser tributario tuyo quiera;
Me ofendo que dés plática al rescate,
Y que entender no trate [vo,
Que nunca espere verse, ó muerto ó vi-
Ménos que tributario ó que cautivo.

ABDALÁ.

Más, Zara hermosa, en tan preciso em-
Que mi desdicha, temeré tu ceño; [peño,
Que esclavitud ó vida ó muerte, nada
Importa mas que verte á ti enojada.
(*Ap.* Y es verdad, porque tímido en ex-
[tremo,
Su enojo mas que mi desdicha temo.)
Y así, pues todo esto
Pára en estar dispuesto
A morir prisionero
(Y mas tuyo), primero
Que vivir tributario, no te ofenda [tienda
Querer mas padecer, que el que se en-
Que concedí, por verme en tierra extra-
[ña,
Lo que no concediera en la campaña.

ZARA.

¿Qué extraña tierra es donde asistido,
Festejado y servido
Te ves? ¿Qué mas dijeras,
Si sujeto te vieras
A las penalidades de cautivo?
Y pues hablar tan vanamente altivo
Nace de tratamiento
Tal, que no sabe dél el sentimiento;
Para que el vasallaje en que estás veas,
Desde hoy haré que tan esclavo seas
(El decoro perdone),
Que ó bien tu sufrimiento te corone,
O bien el rencor mio
La altivez mortifique de tu brio,
Hasta ver si desdeñas ó codicias
La libertad.

ESCENA VII.

EL NIÑO MULEY, CRIADOS. — ZARA, EL REY, ABDALA; *despues*, CIDE HAMET.

NIÑO.

Dame, señora, albricias.

ZARA.

¿De qué, Muley, que tan contento vienes?

NIÑO.

De que noticias de mi padre tienes.
A ese balcon que cae al mar estaba,
Cuando vi que tomaba
Tierra Hamet; y es sin duda que de parte
Suya vendrá.

ZARA.

¿Qué albricias puedo darte,
Si de tales noticias
Aun vida y alma son cortas albricias?
¿Cómo pues, no entra luego?

(*Sale Cide Hamet.*)

CIDE.

Ninguno extrañe ver cuán presto llego,
Que soy vivo argumento, en que se prue-
Cuánto corre veloz la mala nueva. [ba
Dame, señor, tu mano, y de tus plantas,
Señora, si merezco dichas tantas,
Permite que rendido
La tierra bese.

LOS DOS.

Seas bien venido.

CIDE.

¡Oh! ¡á los cielos pluguiera
Fuera posible bien venido fuera!

ZARA.

¿Qué venida es aquesta?
Los ojos sin la voz dan la respuesta.
Sin duda á grande daño me apercibo.
¿Vive mi esposo?

CIDE.

Sí, señora: vivo
Y sano y bueno queda.

ZARA.

Pues como él viva, ¿qué hay que turbar
Semblante y voz? [pueda

REY.

Pues bien, ¿qué ha sucedido?

NIÑO.

¿Qué ha pasado?

ZARA.

¿Qué ha habido?
Habla, prosigue: mira que un cuidado
Ménos mata sabido que dudado,
Y á cuanto él no es faltar, me sobra el
[brio.

CIDE.

Tu esposo...

ZARA.

Di.

CIDE.

Infeliz príncipe mio...

ZARA.

¿Qué esperas?

CIDE.

El aliento que me falta.
Queda...

ZARA.

Acabemos ya

CIDE.

Cautivo en Malta.
Apresado el bajel adonde iba,
De aquesa religion, que siempre altiva,
Infesta nuestros mares,
Y añadiendo pesares á pesares, [mira.
Llega a lograr el triunfo en que hoy se

REY.

¡Ay infeliz de mí! (*Cae desmayado.*)

NIÑO.

¡Qué ansia! (*Llora.*)

ZARA.

¡Qué ira! (*Enfurécese.*)

ABDALÁ.

Notando estoy atento
A qué puede llegar un sentimiento,
Viendo con nuevas tales
Tres afectos contrariamente iguales.
Su padre de dolor perdió el sentido,
Su hijo se ha enternecido,
Y su esposa irritado: [do?
¿Quién juzgara á quien mas le haya pesa-

ZARA.

¿Quién no lo juzgará, si es evidente
Que el desmayo no siente,
Y el llanto desahoga?
Luego á quien mas aflige, mas ahoga
De aquesa voz el pronunciado rayo,
Soy yo, pues que ni lloro ni desmayo.
Retiradme de aquí (¡dolor esquivo!)
Ese triste, infeliz, cadáver vivo.
Ve tú, Muley, á que se le prevenga
La curacion que á su afliccion convenga,
Mientras quedo, á pesar del sufrimiento,
Yo haciendo rostro á todo el sentimien-
[to.

(*Llevan los criados al Rey, y el niño Muley va con ellos.*)

ESCENA VIII.

ZARA, CIDE HAMET, ABDALA.

ZARA.

Dime, Hamet: ya la pena sucedida,
¿Habrá algun medio?

CIDE.

A eso es mi venida:
Pues es á que se trate
El precio disponer de su rescate.

ZARA.

¡Oh qué medio tan necio!
Que es mi esposo, y tener no puede pre-
Quien es esposo mio. [cio
Mas ya que hemos de estar al desvarío
De que haya de canjearse el prisionero;
Vuelve á no regatear cuanto es dinero,
Y si mas que Fez vale te pidieren
Y á mí para su esclava me quisieren,
Mi esclavitud á su contrato obliga.

ABDALÁ.

Oyeme á mí primero que lo diga.
Todo cuanto no di ni dar espero
Nunca en mi libertad, emplear hoy quie-
En la suya; que una [ro
Cosa es que no me rinda la fortuna,
Y otra agraviarse mi valor altivo
De ser cautivo ya de otro cautivo. [go
Vente conmigo, Hamet, donde con plie-
De crédito en Liorna, partas luego,
Y da cuanto por él se te señale; [le
Que por mucho que dés, mucho mas va-
Quien á mí me venció. Vea el mundo y
Zara, sin que esto su amenaza sea, [vea
Gozar Mahomet de mi victoria el fruto
Como dádiva, y no como tributo.
(*Ap.* ¿Quién en el mundo, ¡cielos!
Calló su amor y sobornó sus celos?)

(*Vanse Abdalá y Cide Hamet.*)

ESCENA IX.

ZARA.

Aguarda, escucha, espera.
¿Quién aceptar, sin aceptar, pudiera
Tan heróica hidalguía?—
¡Cielos! ¿qué debe hacer la altivez mia?
Pero si hacer no puede
Lo que debe, que es que Malta quede
A mi horror, á mi saña, á mi despecho,
Ceniza del incendio de mi pecho,
Pavesa del volcan de mi quebranto,
Y ruina del Vesubio de mi llanto;
Fuerza es que á otros partidos
Mis sentimientos rindan mis sentidos;
Bien que es recio dolor, que es rigor re-
[cio
Poner la vida de mi esposo en precio.
(*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Baltasar, en Malta.— Un bufete con libros.

ESCENA X

EL PRINCIPE, DON BALTASAR.

DON BALTASAR.

Perdonad que á todas horas
No esté haciéndôs compañía,
Porque es en mí obligacion
Forzosa, que al Maestre asista.

PRÍNCIPE.

Ya sé (aunque contra mí sea
El carecer desa dicha)
Que la voluntaria accion
Ceder debe á la precisa.
Id en buen hora, que yo
Acá con las penas mias,
Si no bien acompañado,
Mal solo, pondré este dia
A cuenta de otros.

DON BALTASAR.

¿Qué es solo?
Pues ¿no hay en casa familia,
A quien he mandado yo
Que á todas horas os sirvan?

PRÍNCIPE.

Mucha merced me hacen; pero
Criados... ya es cosa sabida
Que estorban la soledad,
Y no hacen compañía.
Con ninguno, si no es
Con vos, pueden mis desdichas
Estar bien halladas.

DON BALTASAR.

Esa
Es accion vuestra, esta mia. —
Turin. (*Llamando.*)

ESCENA XI.

ALCUZCUZ. — EL PRINCIPE, DON BALTASAR.

ALCUZCUZ

¿Sonlor?

DON BALTASAR.

No eres tú
A quien llamo.

ALCUZCUZ.

En cortesía,
Deber la falta del dueño
El bon cativo soplirla.
¿Qué querer?

DON BALTASAR.

¿Adónde está
Turin?

ALCUZCUZ.

No mandar que diga
Dónde estar; que me encargar
No decir que en el vecina
Casa con otros soldados
Estar vendo unas cartilias
Pintadas, donde tener
No sé cuantas fegorilias
(Oros para sus regalos,
Espadas para sus riñas,
Palos con que se sacuden,
Y copas con que se brindan):
Porque si mé lo decir,
Dar palos en el barrigas;
Y así me importar caliarlo.

DON BALTASAR.

(*Ap.* En fin, es cosa perdida
Esperar enmienda dél;
Mas sufra ahora la mohina,
Porque este moro no pague
Su culpa.) Lo que quería
A Turin es no dejara
Solo al Príncipe; y pues mira
Mi atencion mas bien hallada
Que con él, con tu venida
Su soledad, queda tú
Donde á su servicio asistas.
Perdonadme, á decir vuelvo;
Que yo procuraré aprisa
Venir á estarme con vos;
Que como verdad os diga,
No tengo rato mejor
Que el que de vuestras noticias
Y ciencias gozo. ¡Oh si el cielo!...

PRÍNCIPE.

Solo en eso no prosiga,
Os suplico, vuestra voz;
Pues cuantas galanterías
Conmigo usais, desvanece
La persuasion tan contínua
Desto de la ley.

DON BALTASAR.

Con Dios
Quedad.

PRÍNCIPE.

Guarde él vuestra vida.
(*Vase Don Baltasar.*)

ESCENA XII.

EL PRINCIPE, ALCUZCUZ.

PRÍNCIPE.

¿Qué hay, Alcuzcuz?

ALCUZCUZ

Muchos penos,
Ben que todas las fatigas
Consolar haber caido
Contigo en un casa misma.

PRÍNCIPE.

¿Están muy desconsoladas
Mis gentes con quien se aplican
Por esclavos?

ALCUZCUZ.

Mochísimo.

PRÍNCIPE.

Pues diles de parte mia

Que en volviendo Cide Hamet
(Que juzgo que será aprisa),
He de tratar su rescate
Antes que el mio. Divinas
Esferas, ¡qué bien aquel
Gran cortesano decia,
Contra el sentir de quien dijo
Ser valientes las desdichas,
En fe de atreverse á todos!
Pues al ver cuán de cuadrilla
Lidian tan acompañadas,
Que nunca una sola lidia,
Las motejó de cobardes.
Yo en mis fortunas lo diga,
Pues contra una vida sola
No hay multitud que no embista.
Si de mis triunfos me acuerdo,
Hallo acciones tan distintas,
Como que allá altivo cante,
Y que aquí cautivo gima.
Si voy á la religion,
Hallo que piedad tan digna
Como ver á mi profeta,
Se ha convertido en mi ruina.
Si me acuerdo de mi patria,
Me afligen sus agonías;
Si de mi padre, sus canas,
Si de mi hijo, sus caricias
Solo de quien no me acuerdo
¡Ay hermosa Zara mia!
Es de tí; que el que se acuerda,
Ya supone que se olvida;
Y en mí es imposible; que eres
De mis ansias un enigma,
Que sincopándolas todas,
Tan todas juntas las cifras,
Que dando cuerpo á la idea
Y sombra á la fantasía,
No hay parte en que no te encuentre,
Cuerpo y sombra de tí misma.
¡Oh qué bien ¡ ay dulce esposa!
Me dijiste á la partida
Que del corazon aquella
Natural astrología
Que no se estudia, te daba
De mi tragedia premisas!
¿Quién, viendo que no hay pequeña
Circunstancia que no aflija,
Arrancara la memoria
Del lugar adonde habita,
Y de nada se acordara?
Mas ¡ay! ¿qué poder tendrian
Las desdichas, si faltase
La memoria de las dichas?
¿Qué hiciera yo para que
Tan rebelde, tan prolija
Está villana potencia
No á todas horas me siga?
Mas ¿qué puedo hacer? Si aquí
Tuviera mi libreria,
Solo el estudio pudiera
O apartarla ó divertirla.
Mas ya que el lêr me parece
Que solamente podria
Acompañarme, he de ver
(Aunque materias distintas
De aquellas que tantas veces
Desvelaron mis vigilias)
Si otra cualquiera materia,
Ya que no remedia, alivia.—
Alcuzcuz, en esa cuadra
Donde tal vez se retira
Este ilustre caballero,
Segun su virtud indica,
A hablar con Alá, unos libros
He visto; y pues no me priva
Ningun idioma que entienda
Su frase, ve por tu vida,
Traeme uno dellos.

ALCUZCUZ.

Di cuál.

PRÍNCIPE.

Si aquí no hay eleccion mia,
¿Cuál he de decir? Cualquiera.

ALCUZCUZ.

Pues me dejar que le elija.

ESCENA XIII.

EL BUEN GENIO, *saliendo por detras del bufete donde están los libros.* — DICHOS.

ALCUZCUZ. (*Para sí.*)

¿Cuál de estos le llevar?

BUEN GENIO. (*Señala uno.*)

Este.

ALCUZCUZ.

No saber qué causa inclina
Mas á este que á estotros.
(*Coge un libro, y llévaselo al Príncipe.*)
Toma.

PRÍNCIPE.

Llega aquí bufete y silla,
Que está mejor luz.

(*Llega Alcuzcuz á la punta del tablado bufete y silla; y el Príncipe se sienta á leer.*)

BUEN GENIO.

Sí está,
Y mas si su llama activa,
Alumbrándote en tus dudas,
Es la que te solicita
Tu Buen Genio; que no en vano
Te ha reducido á que vivas
Entre cristianos, adonde
Tengas de su fe noticias.

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

Miéntras él lê, pus no falta
Le hacer, ir á ver querria
Si ganar mi amo ó perder,
Por le esperar al venida,
Si perder con gran tresteza,
Si ganar, con alegría. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL PRINCIPE, EL BUEN GENIO.

PRÍNCIPE.

¿De qué este libro será?
Lêr quiero su inscripcion. *Vida
De San Ignacio Loyola*,
Dice, *de la Compañía
De Jesus, fundador:* luego,
Por el padre, dice, *escrita
Pedro de Ribadeneyra*,
*De sagrada teología
Lector*. Gran varon debió
De ser á quien se dedica
Todo este volúmen. Pero
Supuesto que esto no mira
Mas que á divertirme, ¿quién
A lêrle todo me obliga?
Por cualquiera parte le abro.

(*Llega el Buen Genio por detras de la silla, y abre el libro.*)

BUEN GENIO.

Sea por esta, y ya que en guia
De la verdad tu Buen Genio
Te ha puesto, procura oirla;
Que él procurará que sea,
Si tus virtudes aplica,
Con tal aprension, que puedas
Persuadirte á que esas líneas
Llegan á tu oido mas
Pronunciadas, que leidas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL PRINCIPE.

La parte por donde abrí,
Dice en el renglon de arriba:
Capítulo quinto, y luego
Su párrafo: *Yendo un dia
De Manresa á Monserrate,
Despues que las galas ricas
De caballero y soldado
Trocó á una pobre esclavina.
Con un moro se encontró,
De los que entónces habia
Tolerados en España;
Y como un camino iban,
Trabaron conversacion.*
Mas que acaso, maravilla
Parece que en lo primero
Que esta leyenda me dicta
De moro y cristiano sea
La plática. Lo que indican
O maravilla ó acaso,
Veré. *Y hablando en distintas
Cosas, vinieron los dos
A trabar una porfía,
En que á decir vino el moro...*

ESCENA XVI.

Aparece una figura de SAN IGNACIO, *en traje de peregrino, y otra de* UN MORISCO, *como andaban en España; y paseándose los dos, como que van de camino, representan sus versos, y al mismo tiempo los lee* EL PRINCIPE: *con esta diferencia, que ellos los dicen en voz alta, y él en voz baja, como que los lee para sí.*

EL PRÍNCIPE Y EL MORISCO.

«Por mas que tu voz me diga
Que pudo vírgen doncella,
Sin detrimento y mancilla
Concebir de su pureza,
Y que despues de parida
Permaneció vírgen, yo
No he de crêrlo, pues implican
Vírgen y madre.»

PRÍNCIPE. (*Solo, leyendo.*)

*A que Ignacio
Respondió...*

ÉL Y SAN IGNACIO.

«No hace, si miras
Que el rayo del sol penetra
La vidriera cristalina,
Y que pasando sus rayos,
Luce, resplandece y brilla,
Quedándose la vidriera
Clara, pura, intacta y limpia.»

PRÍNCIPE.

Con tanta vehemencia esta
Rara, nueva, peregrina
Cuestion mi aprension tras sí
Se lleva, que juraria
Que articuladas razones
Mas que razones escritas
Son las suyas. Veamos cómo
El cristiano solicita
Ajustar la paridad
De vidrio y sol.

ÉL Y EL MORISCO.

«No prosigas...»

PRÍNCIPE. (*Solo, leyendo.*)

Dijo el moro...

ÉL Y EL MORISCO.

«Que ese ejemplo
Nada explica.»

ÉL Y SAN IGNACIO.

«Mucho explica...»

PRÍNCIPE. (*Solo, leyendo.*)
Ignacio le respondió...

ÉL Y SAN IGNACIO.

«Que si ese sol ilumina
Por un vidrio, sin que el vidrio
Se empañe, turbe ó resista,
¿Por qué no iluminará
Cristo, que es sol de justicia,
Las entrañas de una madre,
Sin daño ó lesion, el dia
Que Hijo de Dios, de su seno
Desciende á que á la divina
Naturaleza la humana
En sí la abrace y la admita?»

PRÍNCIPE.

¿Divina naturaleza
Y humana propone unidas
En un supuesto? ¡Oh si el moro
Dijera lo que diria
Yo, si le oyera! (*Lee.*) *A que el moro
Replicó...*

ÉL Y EL MORISCO.

«Pues ¿qué precisa
Causa á Dios pudo mover
Para que se abrevie y ciña
Su noble naturaleza
En la tosca villanía
De la humana?»

PRÍNCIPE.

Mi razon
De dudar fuera la misma.
(*Lee.*) *A que Ignacio respondió...*

ÉL Y SAN IGNACIO.

«¿Qué mas causa solicitas
Que estar el género humano
Sujeto á la tiranía
De Satan, á quien no hay
Criatura que no le rinda
Tributo, y ser el librarle
La causa de su venida?»

PRÍNCIPE.

¿Cómo es esto de tributo
Á Satan? Ya aquesto mira
Á aquella duda primera,
En el Alcorán prevista.
Por si á la segunda pasa,
Leo. (*Lee.*) *A que el moro replica...*

ÉL Y EL MORISCO.

«Pues Satan ¿cuándo entabló
Su tirana monarquía
Sobre el hombre?»

PRÍNCIPE. (*Solo, leyendo.*)
Y él le dijo...

ÉL Y SAN IGNACIO.

«Cuando, criándole en justicia
Original Dios, perdió,
Por las traidoras insidias
De un áspid, la gracia; y como
Estaba comprometida
En él la naturaleza,
Quedó toda su familia
Tributaria á su tirano
Imperio: bien nos lo explican
Las humanas propensiones
Que padece, pues no habia,
Siendo obra de su mano,
Labrada á su imágen misma,
Dios de criarle inperfecto,
Si no hubiese su malicia
Viciado su sér, de que
Resultó que hasta hoy le opriman,
Sobre el horror de la muerte,
Sed, cansancio, hambre y fatiga,
El humo de la soberbia,
El fuego de la avaricia,
El rebelion de la carne,
La cólera de la ira,
La embriaguez del apetito,
La carcoma de la envidia
Y el plomo de la pereza.
Y siendo (como homicida
De todo el género humano)
En cierto modo infinita
Su culpa, fué necesario
El que para redimirla,
Mérito infinito hubiese;
Y así, la sabiduría
De Dios dispuso que el Hijo,
Hecho hombre, al hombre redima,
Satisfaciendo por todo
El rigor de la justicia.
Con que habiendo de venir,
El Padre eligió una Hija,
Que para Madre del Hijo
Y para Esposa divina
Del Espíritu, en primero
Instante, en primera línea
De su animacion primera,
Fuese en gracia concebida
Y á los contactos de Madre
Preservada y preferida;
Siendo María y su Hijo
Los que del feudo se libran,
Su Hijo en virtud del poder,
Y de la gracia María.»

PRÍNCIPE.

¿Su Hijo en virtud del poder,
Y de la gracia María?
¡Cielos! Mi duda ¿no es esta?
Veamos mas. (*Lee.*) *A que con risa
Dijo el moro...*

ÉL Y EL MORISCO.

«¿Ves todo eso?
Pues ni me mueve ni anima
A creer que virgen madre
Antes del parto conciba
Virgen, virgen en el parto
Permanezca, y virgen viva
Despues del parto; y pues tanto,
Ignacio, tu compañía,
Ejercitándose maestra
De la cristiana doctrina,
En no sé qué ocultos léjos
Me asombra y me atemoriza,
Huiré de tí.»
(*Desaparece la figura del Morisco.*)

PRÍNCIPE. (*Solo, leyendo.*)
*Con que echando
El moro por otra via,
Quedó él diciendo...*

ÉL Y SAN IGNACIO.

«Oye, aguarda,
Que no es bien de mí se diga
Que oí de María baldones,
Y no los vengué. Que siga
Sus pasos, y á puñaladas
Le mate, será accion digna.
Pero ¿dónde voy? que ya
No es tiempo de bizarrías,
Y la milicia de Dios
No es la pasada milicia.
Él volverá por su causa,
Sin que sea yo homicida,
Haciendo que de su secta
Reyes crean algun dia
Que de aquel comun tributo
María y su Hijo se libran:
Su Hijo por naturaleza,
Y por la gracia María.»
(*Desaparece la figura de San Ignacio.*)

ESCENA XVII.

EL PRINCIPE.

Que tienen alma los libros,
Ya lo oí, mas no tan viva,
Que en el corazon sus letras,
Mas que en el papel, se impriman,
Sonándome en los oidos
Calladas á un tiempo y dichas.
¡Cielos! si del Alcorán
Vuelvo al no entendido enigma,
¿Aquella proposicion,
Y esta, no son una misma,
Y una misma mi razon
De dudar? Vuelvo á inquirirla.

ESCENA XVIII.

EL MAL GENIO, *colocándose detrás de* EL PRINCIPE.

MAL GENIO.

No harás, sin que yo te borre
Las hojas en que está escrita.
(*Le muda las hojas del libro, siempre al contrario de lo que él las abre.*)

PRÍNCIPE.

Pero el aire me ha trocado
El capítulo en que iba
Leyendo. ¿Hácia aquí no estaba?

MAL GENIO.

Antes que le halle y prosiga
En ajustar ambos textos,
Ven, Cide Hamet, tan aprisa,
Que con mis alas parezca
Que vuelas, mas que caminas.
Veamos si con el rescate
Que le traes, le prevaricas
El discurso, y no viviendo
Entre cristianos, le privas
De que vaya de su ley
Tomando nuevas noticias.

PRÍNCIPE.

Por mas que le busco donde
Le dejé, no le hallo.

ESCENA XIX.

DON BALTASAR.—EL PRINCIPE, EL MAL GENIO.

DON BALTASAR.

Albricias,
Mahomet, á pedirte vuelvo,
Bien que muy á costa mia.

PRÍNCIPE.

¿De qué puede albricias dar
Un cautivo tan sin dicha,
Que no la espera?

DON BALTASAR.

De que
Ya desa playa á la orilla,
Tierra toma el bergantin
Que fué á tu patria.

MAL GENIO.

Si inspira
El aquilon de mi aliento
En el buque de su quilla,
¿Qué mucho que veloz vuelva?
¡Oh sea para que impidan
Las humanas conveniencias
Discurrir en las divinas! (*Vase.*)

ESCENA XX.

EL PRINCIPE, DON BALTASAR.

PRÍNCIPE.

Perdonadme, si grosera
Incurriere mi alegría
Acaso en el alborozo
De pensar que su venida
Sea á sacarme de vuestro
Dominio; que donde instan
Una esposa, un padre, un hijo
Y todo un reino, no es tibia
La disculpa: mayormente
Cuando en la esclavitud mia,
Aunque el cuerpo libre, el alma
Siempre ha de quedar cautiva.
Con esta salva, licencia
Me dad de que á la marina
Llegar pueda.

DON BALTASAR.

Será en vano,
Que para que no tardías
Llegasen á vos las nuevas,
Y supiesen donde habian
De hallaros, envié un soldado
Que le sirviese de guia
Al portador, y con él
Llega ya.

ESCENA XXI.

CIDE HAMET.—EL PRINCIPE, DON BALTASAR.

CIDE.

¡Felice el dia
Que con salud vuelvo á verte!

PRÍNCIPE.

¡Oh Hamet! ¿Qué hay?

CIDE.

Porque prolija
No sea mi relacion,
Procuraré reducirla.
Zara y Muley quedan buenos;
Solamente en quien peligra
La salud, es en tu padre:
Años son, no hay que te aflija;
Que el achaque de los años
Se sabe sin que se diga.
(Ap. Callaréle que la nueva
Que llevé, fué su homicida,
Porque el saber que ya es rey
No crezca al precio la estima.)
Unos y otros, no hay riqueza
En Fez que por ti no rindan:
Joyas y dineros traigo,
En que tambien participa
Tu cuñado, el rey de Túnez;
Mas quien con mas bizarría
Se ha mostrado, es Abdalá.
Crédito abierto te envia
En Liorna, como estas
Cartas dirán...

PRÍNCIPE.

Sin abrirlas
(Que al cautivo no le es dado
Que las lea ó las reciba),
Mi rendimiento, señor
Don Baltasar, os suplica
(Bastantemente honestada
Tengo ántes desto la prisa),
Que al Maestre y su consejo
Las presenteis; y que admitan
La plática dispone d,
Sin que un punto contradiga
A lo que vos dispusiéreis;
Pues solo en uno os avisa
Mi atencion.

DON BALTASAR.

¿Qué es?

PRÍNCIPE.

Que si el precio,
Ya en créditos ó ya en ricas
Joyas y dineros, no
Basta para que consigan
Libertad cuántos sin ella
Están, desde mi familia
Al mas mísero grumete,
Y por dicha, ó por desdicha,
Faltare para uno solo,
Sea á mí; que me lastiman
Las penalidades suyas
Aun mucho mas que las mias.

DON BALTASAR.

De todo advertido voy:
Quedadlo vos, que adquiridas
Presas de la religion
Son, y que disminuirlas
No podré lo que quisiera.—
Venid vos conmigo.
(*Vanse Don Baltasar y Cide Hamet.*)

PRÍNCIPE.

Impía
Imaginacion, pues es
Ya otro lo que discurrias,
Déjame pensar un rato
En las amantes delicias
De volver á ver á Zara;
Bien que no, como querria,
Será presto, porque es fuerza
Que el cumplimiento prosiga
Del voto que hice al profeta.

ESCENA XXII.

SOLDADOS.—EL PRINCIPE.

UN SOLDADO. (*Dentro.*)

Antes perderás la vida.

PRÍNCIPE.

¿Qué oigo?

VARIOS SOLDADOS. (*Dentro.*)

Téngase.

SOLDADO. (*Dentro.*)

¡Que sufra
hacer tal superchería!
(*Suenan dentro cuchilladas.*)

PRÍNCIPE.

A la puerta cuchilladas
Hay: iré á ver si la riña
En voz de oráculo habla
Conmigo.

—

Portal de la casa de Don Baltasar.

ESCENA XXIII.

Salen por un lado riñendo algunos SOLDADOS *con* TURIN, *que sale sin sombrero; y unos y otros tirando de* ALCUZCUZ. — *Por otro lado*, EL PRINCIPE.

TURIN.

En vano porfias,
Que no has de llevarte el moro.

UN SOLDADO.

Sí haré tal.

ALCUZCUZ.

Acude aprisa,
Sonior, ántes que me partan
Por medio.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué osadía
Es esta? Cuando no fuera
Porque esta casa la viva
Vuestro general, porqué
Mi persona en ella habita,
¿No basta para tenerla
Mas respeto?

UN SOLDADO.

Aunque te indignas
Con razon, la que yo tengo
Podrá, si llegas á oirla,
Disculparme.

TURIN.

La razon
Es solo la que...

PRÍNCIPE.

Desvía,
Que estoy yo aquí.

SOLDADO.

Porque yo...

TURIN.

Porque yo...

PRÍNCIPE.

Nadie la diga,
Que cualquiera es sospechoso;
Y si alguno ha de decirla,
Ese moro la dirá,
Que no es parte.

ALCUZCUZ.

Mal maginas,
Que parte y aun partes ser,
Pues temer que me dividan.
Jugando estar mi poltron;
Mé querer ver si perdia
O ganaba; él así como
Mé entrar, poner en mí el vista
Y decir: «Sobre ese moro
Cien escudos, que es su estima,
Mé correr.» Decir aqueste:
«Topo:» con que parecia
Mi tabardillo, segun
Fué sobre mé echando pintas.
Cinconta escudos ganar,
Cuando ofrecerse un rencilla
Sobre ganarle la mano;
Y un miron de los de encima
Decir que mi amo perderla:
Responderle él que mentia;
Sacar el espada todos;
Y miéntras los apaciguan,
El que ganar mi metad,
Decir: «Cabo mé camina,»
E terar de mé. Mi medio
Amo, ya con gran mohina
Decir: «No le has de llevar;
Antes perderás el vida.»
Decir el otro: «¿Que mé
Sofrir tal sospercheria?»
Con que de parte unos de uno,
Y otros de otro, repetida
La pendencia, unos y otros
De su medio moro tiran:
Peligro en que pára quien
Pára sobre prenda viva.

PRÍNCIPE.

Porque de Don Baltasar
Esto no llegue á noticia,
Quiero componerlo yo.—
Tomad aquesta sortija, (*Al soldado.*)
Mas que el medio moro vale,
Y idos de aquí.

SOLDADO.

Que te sirva
En eso y en todo, es fuerza.
(*Vanse los soldados.*)

ESCENA XXIV.

EL PRINCIPE, TURIN, ALCUZCUZ.

PRÍNCIPE.

¿Posible es, Turin, que vivas
Tan sin rienda, tan sin freno,
Que no adviertes, que no miras
Tan buen dueño como tienes?

TURIN.

Hasta ahora no sabia
El que tambien los señores
Príncipes de Fez, predican.

PRÍNCIPE.

No te quiero responder
A tan libre y atrevida
Desvergüenza, sino solo
Con dejarte por perdida
Cosa. (*Vase.*)

ESCENA XXV.

TURIN, ALCUZCUZ.

TURIN.

Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

So...

TURIN.

¿Qué es so?

ALCUZCUZ.

Como decirte solia,
Cuando mi amo entero ser,
Entero *senior*, partida
La mitad, á medio amo
Basta medio, *so*.

TURIN.

En la riña
Perdí el sombrero, y la espada
Se me ha torcido: allá arriba
Sube, otra espada y sombrero
Me trae.

ALCUZCUZ.

Esa es gollería,
Querer que á medio poltron
Entero cautivo sirva.
Sombrero escoger ó espada;
Y pensar desde esto dia,
No tocarme traer mas de
La metad de lo que pidas.

TURIN.

¡Viven los cielos, infame,
Vil canalla barrachina,
Que te mate! (*Embiste con él.*)

ALCUZCUZ.

Tu metad
Matar; mas dejarme viva
La otra metad.

ESCENA XXVI.

DON BALTASAR. — TURIN, ALCUZCUZ.

DON BALTASAR.

¿Qué es aquesto?

ALCUZCUZ.

¡Josticia, señor, josticia!

DON BALTASAR.

¿De qué?

ALCUZCUZ.

De que me jogar
Solo medio, y aun porfía
Que ser para él estafermo,
Siendo para otro sortija.

DON BALTASAR.

¿Qué sortija?

ALCUZCUZ.

La que dar
Mahomet, al merar que habia
Por mé cochiliadas, como
Si fuera yo dama linda.

DON BALTASAR.

Esto no tiene remedio.
Turin, hoy parto á Sicilia
Un bergantin: ahí tendrás
Todo cuanto necesitas
Para el camino: el rescate
Queda en la contaduría
Ya hecho bueno, de ese moro.
Ve por él.

TURIN.

Advierte, mira...

DON BALTASAR.

No hay que hablar.

ESCENA XXVII.

EL PRINCIPE.—DON BALTASAR, TURIN, ALCUZCUZ.

PRÍNCIPE.

Señor, ¿qué es esto?

DON BALTASAR.

Volver con una alegría
Y encontrar con un enfado.

PRÍNCIPE.

¿Qué enfado?

DON BALTASAR.

Las demasías
Dese pícaro.

TURIN.

Por mí,
Señor, le rogad.

PRÍNCIPE.

¿Yo habia
De interceder por un hombre
Sin ley y de mala vida?
Antes le daré las gracias
Porque os arroje y despida
De su casa.

TURIN.

¡Voto á Dios,
Que á no mirar!... Pero dia
Quizá habrá.

PRÍNCIPE.

¿Y qué hay?

DON BALTASAR.

Que el bajel
Y la gente que venia
En él, se apresta; y el canje
De toda vuestra familia
Ajustado queda en...

PRÍNCIPE.

Vuestra voz no me lo diga,
Porque no quiero saber
Qué tanto vale una dicha.

DON BALTASAR.

Pues hecho el canje, el Maestre,
Por trataros con la estima
De príncipe libre ya,
Vendrá á veros.

PRÍNCIPE.

¿No sería
Mejor que yo anticipase
El honor desa visita,
Y que le viese primero?

DON BALTASAR.

Todo lo que es cortesía
Me parecerá á mí siempre
Lo mejor.

PRÍNCIPE.

Pues sed mi guía
Hasta palacio.

DON BALTASAR.

Venid.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Confusa imaginativa,
Déjame que por ahora
Solo piense en mi partida;
Que despues habrá lugar
De volver á tus enigmas.
(*Vanse el Príncipe y Don Baltasar.*)

TURIN.

Ya ves, infame, que has hecho
Que mi amo me despida
Por tí.

ALCUZCUZ.

Bien ver vos, picaño,
Que, libertad conseguida,
No ser mi amo. Horro ¡Mahoma!
Me llamar. (*Vase huyendo.*)

TURIN.

Poco la huida
Servirá para que á azotes
Yo no te mate. (*Vase tras él.*)

—

El mar.

ESCENA XXVIII.

LOS DOS GENIOS.

MAL GENIO.

Bien miras
Lo poco de que han servido
Tus ejecutadas ruinas,
Hasta reducirle esclavo
A que entre cristianos viva,
Pues ya humanas conveniencias
Le alejan de las divinas.
Dígalo el que yendo á ver
Al Maestre, cuando él venia
A visitarle, se encuentran;
Y uno y otro en cortesías
Embarazados, no ven
La hora de que se despida:
Con que para que se vaya
Es tan de entrambos la prisa,
Que aprestado el bajel, llegan
Juntos hasta la marina,
Donde á despedirse vuelven,
Don Baltasar con caricias,
El Maestre con agasajos,
Y Mahomet con alegrías;
Diciendo de mar y tierra
A un tiempo salvas y grita...
(*Dentro chirimías y salva de tiros.*)

ESCENA XXIX.

GENTE, *dentro* [1]. — LOS DOS GENIOS.

UNOS. (*Dentro* [2].)

Buen viaje.

OTROS. (*Dentro* [3].)

Buen pasaje.

OTROS. (*Dentro* [4].)

Desferra la amarra, y vira
Al mar.

MAL GENIO.

Y no en esto solo
Tus vencimientos estriban,

1 2 3 4 Es decir, léjos, donde no se los ve.

Mas en levante la proa,
Al rumbo de Salmedina,
Vuelve en demanda del voto,
Con que (aunque otra vez lo diga)
Se ve que en sus conveniencias
Ha olvidado tus noticias.

BUEN GENIO.

No mucho, si en fe de cuanto
La vehemente aprensiva
De aquella leccion le lleva,
Apénas pierde de vista
La tierra, y en alta mar,
Que le recibió tranquila,
Se ve, cuando alborotada,
Sus crespas ondas eriza,
Combatida de contrarios
Vientos, á cuya improvisa
Saña, ráfagas y golfos,
No tan solo se amotinan,
Pero el sol, porque el viaje
De su voto no prosiga,
Al horror del terremoto
Tambien sus rayos eclipsa.

(*Ruido dentro de terremoto y tempestad.*)

MAL GENIO.

Si por los ángeles malos
Tal vez Dios al mundo envia
Las tempestades, á mí
No mal me tocan sus iras.
Iré á encenderlas de suerte,
Que navegando su quilla
Ondas de fuego, le sean
Urna, monumento y pira.

BUEN GENIO.

Si Dios, por ángeles buenos,
Tal vez tambien se apacigua,
Yo pediré á sus piedades
Que les ampare y asista,
Cuando dicen...

ESCENA XXX.

Se descubre el bajel, en que vendrán EL PRINCIPE, CIDE HAMET, ALCUZCUZ *y* MARINEROS. — LOS DOS GENIOS.

TODOS.

¡Piedad, cielos!

UNOS.

Amaina la vela.

OTROS.

Iza
El trinquete.

OTRO.

A la mesana.

UNOS.

A la escota.

ALCUZCUZ.

A la bolina.

PRÍNCIPE.

Procura volver á tierra,
Por si el puerto nos abriga.

UNO.

Tres veces el gobernalle
Del timon puse en su mira,
Y tres el viento por proa
Nos volvió al mar.

(*Enciéndese el mar, echando fuego entre las ondas.*)

PRÍNCIPE.

Suerte impía,
¿No basta ver contra mí
Que airados los vientos giman,
Que inquietos bramen los mares,
Que fieros aun no me admitan
Los montes, sino que el fuego
Tambien sañudo me embista?
¡Oh cuántos flechados rayos
Contra mí las nubes vibran!
De cuyo incendio, al caer
En agua sus culebrinas,
En vez de apagarse, abrasan;
Pues las ondas encendidas
Volcanes de fuego arrojan,
Etnas de llamas espiran.
¿No veis páramos de nieve
Dar por espumas cenizas?

UNO.

Nada vemos, sino solo
Que sueñas.

UNOS.

Amaina.

OTROS.

Iza.

PRÍNCIPE.

Tan sobrenatural pasmo
Sin duda quiere que diga
Que no es bastante el profeta,
A quien mi fe peregrina,
Para ampararme; y pues él
Me desampara y olvida,
De su ingratitud apele
Al favor de la divina
Deidad, que del feudo exenta
Su mismo Alcorán publica.
¡María! mi vida ampara.

BUEN GENIO.

Sí hará, que nadie apellida
Su piedad, que no la halle
Piadosamente benigna.

ESCENA XXXI.

Abrese una nube sobre el bajel, y vese dentro de ella á LA VIRGEN *sobre un dragon;* MÚSICA *oculta.*— DICHOS.

MÚSICA, *que canta dentro de la nube.*

Templen vientos y mares,
Templen sus iras,
Pues de paz el iris
Sale en María.

PRÍNCIPE.

Si el fuego no veis, ¿no ois
Dulcísimas armonías
En los vientos?

TODOS.

Nada oimos.

PRÍNCIPE.

¿Luego no veréis que brilla
Sobre las nubes el iris
De la paz, de quien la ninfa
Verdadera y pura es
Una bellísima niña,
Que coronada de estrellas,
Y rayos del sol vestida,
Con la luna por coturno,
La frente de un dragon pisa,
Diciendo su salva, en fe
De que sobre ellos domina?...

ÉL Y MÚSICA.

Templen vientos y mares,
Templen sus iras,
Pues de paz el iris
Sale en María.

UNO.

Nada oimos.

CIDE.

Nada vemos,
Sino solo que retira
Sus sañas el mar.

PRÍNCIPE.

¿Qué quieres
De mí, beldad peregrina?

LA VIRGEN.

Vuelve, Mahomet, vuelve á Malta,
Donde te espera la dicha
De que salgas de una vez
De aquellas dudas antiguas;
Pues el haberme invocado
Basta para que consigas
Librarte de esa tormenta,
Y saber con fe mas viva...

ELLA Y MÚSICA.

Que Cristo y María son
Los que del feudo se libran,
Cristo por naturaleza,
Y por la gracia María.

PRÍNCIPE.

¡A Malta, á Malta otra vez,
Amigos!

TODOS.

Pues ¿qué te obliga?

PRÍNCIPE.

No sé, ni nunca sabré
Si tan grande maravilla
Es revelacion ó sueño;
Pero sé que siempre diga...

ÉL Y MÚSICA.

Que Cristo y María son
Los que del feudo se libran,
Cristo por naturaleza,
Y por la gracia María.

JORNADA TERCERA.

Calle cercana á una iglesia en Malta.

ESCENA PRIMERA.

Dentro tocan atabalillos y chirimías, y miéntras canta LA MÚSICA *la primer copla, salen* CIDE HAMET *y* ALCUZCUZ.

MÚSICA.

Abrid las puertas, abrid,
Entrará por ellas quien
Hoy en el de Baltasar
Trueca el nombre de Muley,
Mostrando que mas estima tener,
Que allá todo un reino, aquí el nombre [de un rey.

CIDE.

Ven conmigo, Alcuzcuz.

ALCUZCUZ.

¿Dónde
Con tanto priso?

CIDE.

A no ver,
A no oir, no imaginar
Una pena tan cruel,
Como que á las puertas llamen
De la iglesia, á que entre...

ÉL Y MÚSICA.

Quien
Hoy en el de Baltasar
Trueca el nombre de Muley.

ALCUZCUZ.

Pues ¿qué importarte?

CIDE.

¿Eso dudas,
Infame, cuando le ves?...

ÉL Y MÚSICA.

Mostrando que mas estima tener,
Que allá todo un reino, aquí el nombre [de un rey

CIDE.

Si sabes que dese golfo
Corrimos tormenta, en que,
Privado el juicio, creyó

Mahomet que á su parecer
Navegaba ondas de fuego;
Si arrebatado despues
Sabes que dijo que via
Bello arco de rosicler,
Y que la paz publicaba
Purísima niña en él;
Si sabes que este, ó bien sueño,
O bien aprension, ó bien
Delirio, su corazon
Poseyó con tal poder,
Que no solo á Malta hizo
Que diese vuelta el bajel,
Sino que á voces en ella
Publicando entrase que
De su error desengañado,
Venía á pedir su ley;
Y en fin, si sabes que á pocos
Dias que hubo menester
Su ingenio para instruirse
Catequizado en su fe,
Hoy se bautiza, y hoy,
Porque le venció, ó porqué
Le agasajó, ó porque uso
Entre los cristianos es
Poner al esclavo el nombre
Del dueño, el del gran Muley
Trueca en el de Baltasar,
Y el apellido tambien
De Mahomet, su real estirpe,
En el de Loyola, á quien,
Por un gran varon, cobró
Amor (la causa no sé);
¿Cómo dudas que yo sienta,
Sobre ser su maestro y ser
Quien tan mal le doctrinó,
Tan grande improperio ver
De nuestro profeta, y mas
Habiendo dado á entender
Que el que quisiere seguirle
Con él se quede, y que el que
Quiera volverse, ahí tiene
La libertad y el bajel?
Y siendo así que de cuantos
Criados salimos de Fez
Ninguno quiere seguirle,
Conmigo y con todos ven
A embarcarte.

ALCUZCUZ.

No hacer tal,
Que mé criado suyo ser
A quien sacar de villano
(Como tú, sonior, saber)
Antes, y haber rescatado
De no ir con Torin despues.
Dictámen suyo seguir,
O mal haga ó haga bien,
Que esto es estar palaciego:
Callar, ó decir amen.

CIDE.

¿Qué importará que no vengas
Tú? Quédate, que yo iré
Con los demas á llevar
Otra mala nueva, aunqué
Siendo esta tanto peor,
No sé si me atreveré
Públicamente á decirla
Sin alguna industria.

ALCUZCUZ.

Pues
Si allá vas, per mé pedirte
Hacer un fineza.

CIDE.

¿Qué es?

ALCUZCUZ.

Es que si haber parecido
Me jomento é me mojer,
A ambos decir que las manos
Besar, y quedar á ser,
Ni crestiano por el haz,
Ni moro por el reves;
Sino así así, entre dos luces,
Cresti-moro.

CIDE.

¡Oh vil, soez,
Infame casta babari!
Pues quieres quedarte á ver,
Cuando á la iglesia le llevan,
Ya en cristiano traje, á ser
Oveja de su rebaño:
Que digan canto y tropel...

ALCUZCUZ.

Y aun, por hacer lo que todos,
He de decir yo tambien...

ÉL Y MÚSICA.

Abrid las puertas, etc.

(*Vase Cide Hamet.*)

ESCENA II.

Sale LA MÚSICA *delante, luego* CABALLEROS *con la gran cruz de San Juan;* UNO *con una fuente, y en ella un salero;* OTRO *una vela*, OTRO *un velillo de plata*, OTRO *un mazapan; y detras* EL PRINCIPE, *vestido á la española, en medio de* EL MAESTRE Y DON BALTASAR: EL BUEN GENIO *delante de él, con una hacha encendida; y* EL MAL GENIO *detras de todos, como mirando á lo largo.* — ALCUZCUZ.

MAESTRE.

Ya el aguja de tu norte
Descuella aquel chapitel.

DON BALTASAR.

Y desde aquí los umbrales
Ya del gran templo se ven.

PRÍNCIPE.

Pues ántes que en su sagrado
Me atreva á poner el pié,
Pública satisfaccion
Al mundo he de dar de que,
Detestando los errores
En que nací y me crié,
A Cristo, hijo de María,
Que hoy confieso, y cuya ley
Hoy recibo, perdon pido
De lo mucho que tardé
En responder á interiores
Auxilios: y para que
Conste mi dolor y conste
Mi confesion, atended,
Atended todos á esta
Protestacion de la fe.

BUEN GENIO.

Di, pues quien te dicta y guia,
Luz de tu Buen Genio es.

MAL GENIO.

Con que el mal genio arredrado,
Aun no se atreve á ir tras él.

PRÍNCIPE.

La católica fe solo llamamos
Aquella con que solo un Dios tenemos,
Unidad en quien tres siempre adoramos,
Trinidad en quien siempre uno creemos,
Sin que desta unidad que veneramos,
Ni desta trinidad que defendemos,
Las personas confunda la ignorancia,
Ni el ciego error separe la sustancia.
Que una es del Padre la persona, es claro;
Que una es del Hijo la persona, es cierto;
Que una es del Santo Espíritu preclaro
La persona, la fe lo ha descubierto;
Mas aunque en las personas tres separo,
En la divinidad solo uno advierto;
Que coeterna en los tres, sin duda alguna
Una es la majestad, la gloria es una.
De nadie el Padre allá en supremo grado
Fué hecho, engendrado, criado ni nacido;
De nadie el Hijo ni hecho ni criado;
Que engendrado no mas del Padre ha sido;
El Espíritu ni hecho ni engendrado,
Sino de Padre é Hijo procedido:
Tan coiguales los tres, que en nadie infero
Mayor, menor, primero ni postrero.
Así, Señor, confieso, adoro y creo
Vuestra divinidad, y en este arcano
Misterio, de la fe primer empleo,
Divino os reconozco y soberano:
Y trascendiendo al singular trofeo
De unir al sér divino el sér humano,
Confieso en vuestro Hijo el sér y el nombre
De verdadero Dios, verdadero hombre,
Para que en dos naturalezas cuadre
Ser hombre y Dios al que le crê humanado;
Pues Dios por la sustancia fué del Padre
Ante siglos de siglos engendrado,
Y hombre por la sustancia de la Madre,
Nacido en siglo, habiéndose encarnado
En preservada, intacta, vírgen bella,
Antes, entónces y despues doncella.
Con esta protesta y este
Honor que los dos me haceis,
En ser mi padrino vos, (*Al Maestre.*)
Vos en darme el nombre, pues
Lo Baltasar y Loyola (*A Don Baltasar.*)
En vuestra casa lo hallé,
Bien como en la religion
De Juan el bautismo, en fe
Que el suyo de agua, ya de agua
De Espíritu Santo es;
Alentad mi confianza
Para poderme atrever
A pisar esos umbrales
Cuanto ántes pueda, porqué
Apénas habré dejado,
Como serpiente, la piel
De antiguo hombre, y de hombre nuevo
Vestido la candidez,
Lavándome en el cristal
Que no haciéndome volver
Al materno seno, me hace
Que nazca segunda vez,
Cuando para Roma parta
Con las cartas que me habeis
El uno y otro ofrecido,
A besar al Papa el pié;
Y dándole la obediencia,
Suplicarle que me dé
Licencias y pasaportes
Para que pueda volver
(En términos procurando
La deuda satisfacer
A Dios del perdido tiempo)
A predicar de su ley
La verdad, no solamente
Al moro, pero al infiel
Mas remoto, desde aquí
Sacrificando mi sér,
Mi vida y alma, á la llama,
Al cuchillo ó al cordel.

MAESTRE.

Enternecido de oiros,
Qué responderos no sé.

DON BALTASAR.

Pues supuesto que á los dos
Nos obliga á enmudecer,
No enmudezca el alborozo
De todo el pueblo: volved
A las músicas y voces,
Diciendo una y otra vez...

TODOS Y MÚSICA.

Abrid las puertas, abrid,

Entrará por ellas quien
Hoy en el de Baltasar
Trueca el nombre de Muley.

BUEN GENIO.

Y añada á la aclamacion
Su Buen Genio...

ÉL Y MÚSICA.

Pues ya es
Don Baltasar de Loyola
El gran príncipe de Fez.

TODOS Y MÚSICA.

Mostrando que mas estima tener,
Que allá todo un reino, aquí el nombre
[de un rey.

(*Tocan chirimías, y con esta repeticion se entran todos.*)

ESCENA III.

EL MAL GENIO; MÚSICA, *dentro.*

MAL GENIO.

¡Oh, cayera sobre mí
Al abrasado desden
Del último parasismo,
La enmarañada altivez
De esos montes! ¡Oh cayera,
Roto de su polo el ej,
Sobre mí la inmensa cumbre
De todo ese azul dosel,
Para que abriendo los mares
Al despeñado vaiven
De tanto embate, los senos
De su pavorosa tez,
Me sepultara en su abismo,
Antes que llegara á ver
Al Buen Genio contra mí
Coronado de laurel!
Pero ¿qué me desconfía?
Que tarde se pudo hacer
De buen moro buen cristiano,
¿Comun proverbio no fué?
Pues en su persecucion,
Andando siempre tras él,
Prosiga mi saña. Pero
¡Ay infeliz! mal podré
Seguirle ya; que lanzado
De la gran virtud de aquel
Exorcismo, que el obispo,
Para admitirle, le lê,
Dél me ahuyenta: con que es fuerza
Que me haya de valer
De otros medios. ¡Oh si Dios,
Ya que de infiel le hace fiel,
Para acrisolarle mas,
De la cadena cruel,
Que como á perro rabioso
Me tiene atraillado el pié,
Me alargara un eslabon!
Verémos, como me dé
El inmenso poder suyo
Para usar de mi poder
Licencia, si persevera
O no, por mas que por él
Esos júbilos ahora
Se glorien que ya es...

ÉL Y MÚSICA.

Don Baltasar de Loyola
El gran príncipe de Fez,
Mostrando que mas estima tener,
Que allá todo un reino, aquí el nombre
(*Vase.*) [*de un rey.*

—

Jardin del real palacio de Fez.

ESCENA IV.

Por un lado ZARA, *y por otro* ABDALÁ *sin verse hasta despues.*

LOS DOS.

¡Oh loca esperanza vana,
»Qué de siglos há que estoy
»Engañando el dia de hoy
»Y esperando el de mañana!»

ZARA.

Por mí este antiguo conceto
Sin duda que se escribió...

ABDALÁ.

Sin duda alguna fui yo
Deste sentido el objeto...

ZARA.

Pues siguiendo una esperanza,
No sé si muero ó si vivo

ABDALÁ.

Pues ni libre ni cautivo,
Sigo un bien que no se alcanza.

ZARA.

Qué efecto tendrá el rescate
De Mahomet, es mi cuidado.

ABDALÁ.

Mi pena es el haber dado
Armas con que otro me mate.

ZARA.

Cuanto mas su aviso tarda,
Mas mi temor me atormenta.

ABDALÁ.

Cuanto mas mi amor me alienta,
Mas su desden me acobarda.

ZARA.

Y así voy con ansia vana...

ABDALÁ.

Y así con recelo voy...

LOS DOS.

Engañando el dia de hoy,
»Y esperando el de mañana.» (*Vense.*)

ZARA.

Abdalá.

ABDALÁ.

Divina Zara.

ZARA.

¿Cómo sin ver...

ABDALÁ. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ZARA.

Que yo?...

ABDALÁ.

A presumir que aquí
Estuviérades, no osara
Entrar en todo el jardin.

ZARA.

Aunque ofenderme pudiera
De encontraros en su esfera,
Lo he de perdonar, á fin
De saber (pues ya teneis
La licencia conseguida,
Supuesto que agradecida
A la fineza que habeis
En la libertad mostrado
De Mahomet, la he concedido,
Sin tratar de mas partido
Que iros, por haberme dado
El Rey mi hijo poder
Para que en su ausencia pueda
Ser yo la que os la conceda)
Qué os obliga á suspender
Tanto tiempo la partida.

ABDALÁ.

Si yo decir (¡pena fiera!)
Lo que me obliga pudiera,
Dichosa fuera mi vida;
Y supuesto que no puedo,
Solo, señora, diré
Que quien me cautivó fué
Mahomet, que en su ausencia quedo
Esclavo vuestro, es verdad;
Mas tanto en serlo me alabo,
Que miéntras soy vuestro esclavo
No quiero mas libertad.
¿Qué se dijera de mí,
Si usando vuestra licencia
Ausencia hiciera en su ausencia,
Sino que si le serví
En algo, cautivo fiel,
No la lealtad me obligó,
Sino el interes, pues yo
Me libertaba ántes que él?
Venga Mahomet tan dichoso,
Como quien á veros viene,
Que dél solo me conviene
Admitir en mi penoso
Estado aquesa piedad;
Pues si él en mí os dió el imperio,
Fué para mi cautiverio,
No para mi libertad;
Y aun esta no agradecer,
Cuando él me la dé, pretendo.

ZARA.

Eso es lo que yo no entiendo,
(*Ap.* O no lo quiero entender).
Y porque oiros y veros
No me dé qué discurrir,
O mañana os habeis de ir,
O mañana he de poneros
En una torre á esperalle;
Que si atento á esos reparos,
Él libertad ha de daros,
No es bien que tan libre os halle,
Que su liberalidad
No tenga qué hacer despues.
Y pues la libertad es
No querer la libertad,
Escoged desto el partido
Que ménos peligro os cueste,
(*De adentro echan un papel á sus piés.*
Y... Mas ¿qué papel es este,
Que á mis plantas ha caido?

ABDALÁ.

Yo le levantaré y yo,
Bella Zara, le leré.

ZARA.

Mostrad, que yo tambien sé
Lêr, y ¡ay de vos si intentó
Por este medio...

ABDALÁ.

¡Ay de mí!

ZARA.

Vuestra loca fantasía!..

ABDALÁ.

No creais que mi osadía...

ZARA.

Baste, baste. Dice así:
(*Lee.*) *Al Rey, mi señor, en mano*
De la Reina, mi señora.
¡Al Rey, y en mi mano, ahora
Que él aun no ha venido! Vano
Pensamiento, no me dés
Qué temer y sospechar
Que pudo Mahomet faltar,
Y que ya su hijo lo es.
(*Lee.*) *Sin Dios, sin razon ni ley,*

Vuestro padre (¡qué pesar!)
Ya por el de Baltasar
Trocó el nombre de Muley;
Y abandonando tirano
Con accion tan afrentosa,
Patria, reina, hijo y esposa,
En Malta queda cristiano.
¡Cielos! aunque de su vida
Me vi al riesgo amenazada,
Aun mayor que imaginada,
Es mi pena sucedida.
Pero mal hago en creer
Que esto pueda ser verdad. —
Todas las puertas tomad (*A voces.*)
Del jardin, hasta saber
Quien entró en él, quién echó
Aquí este papel.

ABDALÁ.

Allí
Un bulto está.

LOS DOS.

¿Quién aquí
Ocultarse intenta?

ESCENA V.

CIDE HAMET. — ZARA, ABDALÁ.

CIDE.

Yo,
Yo, señora, que dudando
El que pudiese mi aliento
Cara á cara pronunciar
Tan desdichado suceso,
Quise que fuese un papel
Quien lo dijese primero,
Porque del primer dolor
En él quebrases el ceño,
Excusándome el decirlo
La prevencion del saberlo.

ZARA.

¿Luego es cierto lo que aquí
Escribes?

CIDE.

¡Pluguiera al cielo
Tan cierto fuera mi fin,
Como mi dolor es cierto!
Aquella melancolía,
Que le trajo tanto tiempo
Desvelado en entender
De nuestro Alcorán un texto,
Creció á manía tan grande,
Que con el susto ó el riesgo
De una tormenta, llegó
(Despues que del cautiverio
Dejó pagado el rescate)
A tan declarado extremo
De locura, que creyó
Navegar ondas de fuego,
Y que iluminadas nubes
Desplegaban en el viento
Arcos de paz, cuya ninfa
Tenia á sus plantas puesto
Feroz dragon: con que á Malta
Volvió, donde entró pidiendo
El bautismo, y...

ZARA.

Calla, calla,
No lo digas; que los ecos
De tu voz, avenenados
Del tósigo de su estruendo,
Son á mi vista y oido
El relámpago y el trueno
De un rayo, que el corazon
Me penetra tan violento,
Que sin ver fuera la llama,
Arde hecho ceniza dentro.
¡Mahomet á su ley aleve!
Mahomet tirano á su reino!
Mahomet infiel á su patria!
Mahomet á su hijo fiero,
Y fiero, tirano, infiel
Y aleve á mi amor! ¿Qué espero,
Que como pisado áspid,
La ponzoña no reviento
De la ira en que me abraso,
Del furor en que me quemo,
Talando montes y mares
Las cóleras de mi incendio?
Tú, infame, tú, traidor, tú,
Tú, aleve, caduco viejo,
Tienes la culpa.

CIDE.

¿Yo?

ZARA.

Sí,
Que habiendo sido maestro
Suyo, lo que le enseñaste
Le trajo absorto, suspenso
Y atónito tantos dias,
Hasta dar en el despeño
De tan ciego precipicio,
De tan loco devaneo.
Bien digo que en ti resulta
La causa de tal efecto.
Y pues creciendo rencores
De un momento á otro momento,
Y de un instante á otro instante,
Pasan tan de extremo á extremo,
Que lo que hasta aquí fué amor,
Desde aquí aborrecimiento
Es; no pudiendo vengar
La ira en él y el despecho
De un nuevo espíritu, que
Se ha revestido en mi pecho,
Me vengaré en ti.

(*Sácale la espada; Abdalá se pone en medio.*)

ESCENA VI.

EL NIÑO MULEY, CRIADOS. — DICHOS.

ABDALÁ.

Detente.

CIDE.

¡Ay infeliz!

CRIADOS. (*Dentro.*)

Corred presto
Todos á su voz.

(*Salen el niño Muley y criados.*)

NIÑO.

¡Hamet
Aquí, y tú airada! ¿Qué es esto?

ZARA.

¿Qué ha de ser? Que no tan solo
Sin el Rey tu padre ha vuelto;
Pero perturbado el juicio,
Blasfemando contra el cielo,
Contra la ley, contra ti,
Contra mí y contra sí mesmo,
Cristiano le deja en Malta.

NIÑO.

Pues ¿cómo (¡ay de mí!) no vengo
Tan gran desdoro en su vida?

ABDALÁ.

Huye, Hamet.

CIDE.

¡Valedme, cielos! (*Vase.*)

ZARA.

Seguidle todos, seguidle.

NIÑO.

¡Muera el traidor á su reino
Y á su ley! (*Vase.*)

CRIADOS.

Muera el traidor.

(*Vanse todos tras él.*)

ABDALÁ.

Tan acosado del pueblo
Corre al mar, que despeñado
A él se arroja.

ZARA.

Aun no con eso
Vengada estoy.

ABDALÁ.

Pues si otra
Venganza quieres...

ZARA.

Sí quiero,
Mas no que tú me la digas. (*Vase.*)

ABDALÁ.

Mahomet ya para ti muerto,
Tú ofendida y yo constante,
Sin mí te la dirá el tiempo. (*Vase.*)

—

Una calle en Roma.

ESCENA VII.

TURIN, *ridículamente vestido de soldado pobre, con un brazo en una horquilla y una muleta en la otra mano.*

TURIN.

Fortuna, sin circunloquios
Desatemos la maldita,
Que nadie á un pícaro quita
El don de los soliloquios.
De Malta, bien pertrechado
De dinerillo y ajuar,
Me envió Don Baltasar;
Y apénas desembarcado
En Mesina puse el pié,
Cuando esperando que hubiera
Viaje que á Saboya fuera,
En una hostería alojé.
Recibí en ella un criado,
Porque al fin, como venia
A lo bien que me servia
Alcuzcuz mal enseñado,
Lloraba sus soledades;
Y así dispuse que hubiera
Quien de mi Alcuzcuz supliera
Ausencias y enfermedades.
Comia conmigo á pasto,
Y yo, por ver si podia
De la malicia del dia
Sanear la costa del gasto,
Tal vez á un garito fuí,
Cuya estacion continué,
Si gané porque gané,
Si perdí porque perdí;
Hasta que un dia picado,
Tan largo llegué á jugar,
Que estuve un tris de parar
Como al cautivo, al criado.
El, como me vió perder
Cuanto dinero tenia,
Fué volando á la hostería,
Y dió al patron á entender
Que por estar mal servido,
A otra mandaba mudar
La ropa, cuyo pesar
Le dejó tan ofendido,
Que cuando á casa llegué,
Sobre si es bien hecho ó no;
Me habló muy mal; pero yo
Muy bien le descalabré.
Llegó justicia al suceso,
Y de esbirros rodeado,
Me vi á un punto sin criado,
Sin ropa, sin blanca y preso.

En este espacio el picaño
Tuvo lugar de escapar:
Con que yo; para pagar
Al descalabrado el daño
Y costas á la justicia,
Hasta el vestido vendí,
Y á teja vana salí,
Como casa á la malicia.
Viendo pues que no tenia
Mas á mano otro ejercicio,
Me metí á bribon, oficio
Que se aprende al primer dia;
Pues con alzar el clamor,
Torpe el paso y ronco el pecho,
Se halla el hombre hecho y derecho
Vagamundo del Señor.
Tunando pues deste modo,
Por no volver deslucido
A la patria, me he venido
A dar en Roma por todo.
Aquí es de la Compañía
El colegio, en que frecuente
Acude toda la gente
Mas devota cada dia...
Y béla que viene. Cuidado
Con mis ecos lastimeros.

ESCENA VIII.

EL PRINCIPE Y ALCUZCUZ, *vestidos á la española.* — TURIN.

TURIN.

Déo, cristianos caballeros,
Limosna á un pobre soldado.

PRÍNCIPE.

Dicha ha sido haber tenido,
Despues que hechos á la vela,
De Malta á Italia pasamos,
En Augusta tan apriesa
Para Roma embarcacion.

ALCUZCUZ.

Como ser hestoria nuestra
Tan rara, que parecer
Tener cosas de comedia,
¿Qué mucho que en componerse
De jornadas, lo parezca?

PRÍNCIPE.

Esta, Juan (¡dichoso tú,
Cuya buena ley te alienta,
No solo á quedar conmigo,
Mas á pasarla de buena
A mejor, pues de su gracia
Quiso que aun el nombre tengas!),
Esta (digo otra vez) noble
Antigua ciudad excelsa,
Que como Jerusalen,
Tambien en montes se asienta,
Es centro, dosel y silla
De la corte de la Iglesia.

ALCUZCUZ.

Y bien, ¿no saber, sonior,
A qué haber venido á elia?

PRÍNCIPE.

A besar el pié al vicario
De Cristo, que hoy la gobierna,
Que es el Décimo Inocencio,
Y dándole la obediencia,
Suplicarle que me dé
Pasaportes y licencias
Para que sacrificando
Mi vida al martirio, pueda
Llevar su fe, donde mas
A su honra y gloria convenga.

ALCUZCUZ.

Pues si á eso venir, ¿por qué
Preguntar por el colegio
De Jesus, ántes que no
Por su palacio?

PRÍNCIPE.

Quisiera
Que supiese ántes de otro
Quién soy: con que para esta
Prevencion, es bien valerme
De anteriores diligencias.
Del Maestre y Don Baltasar
Cartas traigo de creencia
Para diversas personas;
Y así, valiéndome dellas,
La del padre general
Tengo de dar la primera.
Y porque mas advertido
En lo que él escribe, pueda
Hablar yo, la léré ántes,
Pues trae en falso la nema.

TURIN.

Caballero, deste pobre
Soldado tened clemencia.

PRÍNCIPE.

(*Leyendo la carta, y sin mirar á Turin.*)
Da limosna á ese soldado,
Y en esta parte me espera,
Miéntras salgo. (*Éntrase leyendo.*)

ESCENA IX.

ALCUZCUZ, TURIN.

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

¿Qué merar?
O mentir todas las senias,
O este estar Torin.

TURIN.

Hidalgo...

ALCUZCUZ. (*Ap.*)

¡Quién saber fingir el lengua,
Hasta ver si él ser, guardando
El rostro al tomar el vuelta!

TURIN.

¿Qué digo? Pues el señor
Mandó que limosna diera,
¿Qué aguarda?

ALCUZCUZ. (*Paseándose.*)

Saber á quién,
Que tener órden expresa
De dar ménos ú dar mas,
Segun el persona sea.

TURIN.

Pues alargue todo el órden;
Que el que hoy á pedirla llega,
Pobre es de primera clase.

ALCUZCUZ.

Segun el enforme tenga.

TURIN.

Pues si le ha de oir, escuche,
Y no la espalda me vuelva.

ALCUZCUZ.

Me aguo en estando parado.
Cabo mí, soldado, venga.
(*Paséase, y Turin le sigue.*)
¿Cómo es el nombre?

TURIN.

Turin.

ALCUZCUZ.

Me huelgo.

TURIN.

¿De qué se huelga?

ALCUZCUZ.

Só yo muy gran servidor
De los Torinos de Persia.
¿Es de allá el buen Torin

TURIN.

Soy
De Saboya.

ALCUZCUZ.

¿Y en qué guerras
Ha melitado?

TURIN.

En Italia
Primero, y en las galeras
De Malta despues.

ALCUZCUZ.

¿Galeote,
O calafate?

TURIN.

(*Ap. parándose.* Este intenta
Que ántes que él me dé limosna,
Le rompa yo la cabeza.)
Honrado soldado he sido
Y soy.

ALCUZCUZ.

Pues ¿por qué se queda,
Si es honrado? Que el honrado
Soldado sigue la hilera.

TURIN.

Me canso.

ALCUZCUZ.

Pues no se canse;
Que gusto de que me vean
Con soldado de remolque.
Cabo mí, Torin: no tema,
Que pues yo le quiero honrar,
Bien puede venir mas cerca.

TURIN.

No puedo, porque estropeado
De un brazo estoy, y una pierna
Tengo baldada.

ALCUZCUZ.

Sería
De algun tratillo de cuerda.

TURIN.

No, sino muchos balazos
Que he recibido.

ALCUZCUZ.

¿En qué empresas?

TURIN.

Preguntador limosnero,
En muchas, y en la postrera
Mas que en otras.

ALCUZCUZ.

¿Cuándo fué?

TURIN.

Cuando se hizo prisionera
La persona de Mahomet,
Príncipe en Fez.

ALCUZCUZ.

¿Qué me cuenta?
¿El mismo Príncipo?

TURIN.

El mismo
Príncipe, y á Dios pluguiera
Se le hubieran mil demonios
Llevado ántes.

ALCUZCUZ.

¿Pues le pesa
Dello?

TURIN.

Sí.

ALCUZCUZ.

¿Por qué?

TURIN.

Porque
Me tocó á mí de la presa
El mas infame morillo
De cuantos venian en ella,

Por quién salí desterrado
De la isla. ¡Oh quién los viera
Por acá, para matarlos
A palos!

ALCUZCUZ.

Muy mal hiciera,
Y me pesara á mí mucho.

TURIN.

¿Cómo?

ALCUZCUZ.

Como me dolieran
Sus lástimas.

TURIN.

Pues ahorremos
De demandas y respuestas,
Y vamos á la limosna.

ALCUZCUZ.

Vamos, pero haciendo cuenta.
¿No es usted el seor Torin?

TURIN.

Sí soy.

ALCUZCUZ.

Por mar y por tierra,
¿No ha servido?

TURIN.

Sí he servido.

ALCUZCUZ.

¿Del Príncipe en la refriega
No se halló, y está estropeado?

TURIN.

Sí estoy.

ALCUZCUZ.

Pues Dios le provea;
Que no hay limosna que dar
A pobre de tantas prendas,
Que por muchas que le vayan,
Habrá pocas que le vengan.

TURIN.

¿Ahora sale con eso?
Voto á Dios, que la muleta
Y horquilla rompa en sus cascos.

ALCUZCUZ.

¿Con qué manos?

TURIN.

Con aquestas.
(*Arremete á darle de palos.*)

ALCUZCUZ.

¡Milagro, que le he sanado!
¿Quién en dos dias creyera
Que yo era santo? ¡Milagro!

TURIN.

¡Alcuzcuz!

ALCUZCUZ.

¿Qué alcuzcuceas?
Que ya no soy Alcuzcuz,
Sino cristiana menestra.

TURIN.

Dame los brazos, y dime
¿Qué transmutacion es esta?

ALCUZCUZ.

Eso es largo de contar,
Y mas al ver que ya llega
Acompañado mi amo
De honrada gente, por seña
Dando de serlo, que toda
Es gente de capa negra.
Con el mas anciano dellos
En una carroza entra,
Y hácia otra parte camina.
Ven, verás lo que se huelga
De verte. (*Vase.*)

ESCENA X.

TURIN.

¿Qué importará
Que él se huelgue, si me pesa
A mí de verle á él? que aun no
Tengo olvidada la ofensa
De su mal tercio, por mas
Que cristiano en Roma vea
A quién dejé moro en Malta.
Y así, solo entre diversas
Gentes, que corriendo voz
De quien es, por verle cercan
La carroza, introducido,
Iré á ver si hay quien me sepa
Decir por qué extraños modos
Vino aquí. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL MAL GENIO.

Nadie pudiera
Mejor que yo, que lo miro
De mas léjos y mas cerca.
Apénas Juan Pablo Oliva,
General desta suprema
Religion (que siendo sola
Una compañía, mas guerra
Hace al Infierno que muchos
Ejércitos), á lér llega
La carta del Maestre, cuando
Con dulces lágrimas tiernas
Le recibe y le agasaja;
Y porque tiempo no pierda,
En la carroza que acaso
Tenia un señor á sus puertas,
Al sacro palacio guia,
Donde pedida la audiencia,
Humildemente postrado,
El pié de Inocencio besa.
¡Con qué paternal cariño,
Con qué amor, con qué terneza
Para llevarle á sus brazos
Le levanta de la tierra!
¡Y con qué afable consuelo,
Oyendo el fin que desea,
Que es dar la vida por Dios
Para conferir materias
Tan sagradas, mas despacio
Le dice que á verle vuelva!
Despedido, el general
En su colegio le hospeda,
Sin que en religioso albergue
Tratamientos de rey quiera.
Mas ¡ay! ¡cuán de paso admite
La cortesana clemencia!
Pues á oposicion del voto
Que hizo en otro tiempo á Meca,
Peregrinar á Loreto
Dispone, y con tanta priesa,
Que sin dar tiempo (mas ¿cuándo
El del dolor no se abrevia?)
Por complacer de Loyola
Al nombre con mas fineza,
El traje de caballero
Al de peregrino trueca.
Pero aunque tantos extremos
De fe y religion debieran
Desconfiar mis rencores,
Desesperar mis violencias,
No me he de dar por vencido.
Cide Hamet, al dar las nuevas
De su conversion, ¿no hizo
Que todos contra él se vuelvan?
¿No se echó desesperado
Al mar? De sus sañas fieras
¿No le socorrió la gente
De una fragata que en ella
De Liorna estaba? ¿No vino
A Italia, y por varias sendas
A Roma, donde hoy se halla,
A riesgo de que le prendan
Como á esclavo fugitivo?
Y en fin, ¿con Turin no encuentra
Y de sus dos derrotadas
Fortunas no se dan cuenta,
En órden ambos de que
Uno y otro le aborrezcan?
Pues ¿qué instrumentos mejores
Puede elegir mi soberbia
Para quitarle la vida
Como yo su saña encienda?
Mayormente, cuando está
Tan dispuesta la materia,
Que lo que se dicen, es...

ESCENA XII.

CIDE HAMET y TURIN, *hablando con recato.* — EL MAL GENIO.

TURIN.

Yo no quise que me viera
Tan pobre, por no obligarle
A que de mi piedad tenga;
Que no he de admitir piedades
De quien no he de olvidar quejas.
Aun una intercesion no
Le debí.

CIDE.

Desa manera
Tu rencor y mi rencor
Pisan una línea mesma;
Y si quieres ayudarme,
Verás que no solo vengas
Tu enojo, pero mejoras
Tu fortuna.

TURIN.

Pues ¿qué intentas?

CIDE.

Yo he de dar satisfaccion
Al mundo de que mis ciencias
No le volvieron cristiano;
Y pues como á maestro llegan
A culparme, como maestro
Me toca su inobediencia
Castigar; y cuando esto
No baste, baste el que sea
Morabito para que
Desagravie á mi profeta.
Y así, si me ayudas tú,
Desmintiendo las sospechas
(Con decir que soy tu esclavo)
De mi traje y de mi lengua
(Pues alhajándote yo,
Podré hacer que lo [1] parezcas)
Seguros tras él podrémos
(Haciendo de la cautela
Lealtad, con darle á entender
Que es amor el que á él nos lleva)
Darle muerte á nuestro salvo;
Que para que no se entienda
El achaque de que muere,
Sé yo de naturaleza
Mil venenosos secretos,
Y alguno de tanta fuerza,
Que sin que llegue á gustarle,
Tan solo con que le huela,
Le privará de sentidos
Hasta que la vida pierda.
Y en cuanto á que su homicidio
Resulte en tu conveniencia,
De lo que sobró al rescate
Aun tengo joyas y letras
(Porque la prisa de echarme
Al mar no dió tiempo á cuentas)
Bastantes para que rico
Y honrado á tu patria vuelvas,
Donde haciendo un instrumento
De que libertad me entregas,
Volveré libre y ufano,
Solo con que en Fez se sepa
Que fuí el que desagravió
Ley y patria, reino y reina.
¿Qué me respondes?

[1] *Que parezcas amo mio*, es lo que se quiere dar á entender; pero no está bien expresado.

TURIN.

Si ves
De una parte mi miseria
Y de otra mi sentimiento,
¿Cómo dudas que cometa
Esa especie de asesino [1],
Pues no hay peligro que tema
El que ya llegó á perder
El temor de su conciencia?
Sigámosle pues, por donde
Va: verás si hago cautela
De la traicion.

CIDE.

Tambien tú
Verás el don que te espera
De mi mano.

(*Vanse los dos.*)

MAL GENIO.

Y yo veré,
Ya que Dios me da licencia
De aquilatar este oro,
Si miéntras los dos conciertan
Quitarle la vida, puedo
Hacer que tambien padezca
Tales achaques el alma,
Que ya que ha de morir, muera
Desesperado, mirando
Lo que en Fez pasa en su ausencia,
Que podrá fingir mi magia.
Vean el cielo y las estrellas,
Hombres, fieras, peces y aves,
Agua, aire, fuego y tierra
Que ya que me venza un hombre,
No á poca costa me venza. (*Vase.*)

—

Bosque inmediato á Loreto.

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE Y ALCUZCUZ, *en traje de peregrinos.*

PRÍNCIPE.

Cansado vengo.

ALCUZCUZ.

Si ser
El horas que mas el sol
Fatigar con su rebol,
¿Qué mucho?

PRÍNCIPE.

Pues el placer
De aquesta selva florida
En su hermosa verde estancia
Nos llama con su fragancia
Y con su sombra convida,
Aquí descansar podrémos
Un rato.

(*Siéntanse, arrimándose á un peñasco.*)

ALCUZCUZ.

¿Quién te diria,
Cuando general te via
De ejércitos tan supremos,
Y príncipe soberano
De Fez, que hoy en un camino,
A pié, solo y peregrino
Te habias de ver?

PRÍNCIPE.

Mas gano
En este que en aquel pierdo;
Y pues te he dicho que no
Te acuerdes tú, ya que yo
De nada que fuí me acuerdo,
Ve á otra cosa. ¿Turin era
El soldado que pidió
Limosna?

ALCUZCUZ.

Sí.

PRÍNCIPE.

¿Por qué no
Le dijiste que me viera?
Que aunque por su mal obrar
Poco afecto me ha debido,
Bastaba que hubiese sido
Criado de Don Baltasar,
Para que en cualquier estado,
Por mas pobre que me vea,
De mí en cuanto pueda sea
Socorrido y amparado.

ALCUZCUZ.

Ya se lo decir; mas no
Debió de te querer ver,
Porque no dejar que hacer
Nada á tus piedades yo.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué hiciste con él?

ALCUZCUZ.

¿Qué
Pude hacer mas que miralle
Manco y tollido, y dejalle
Sano y bueno?

PRÍNCIPE.

¿Cómo fué
Sanarle tú? que sabello
Es bien, pues de oirlo me espanto.

ALCUZCUZ.

Has de saber que era santo,
Y no habia dado en ello
Hasta que para su cura
La virtud se declaró.

PRÍNCIPE.

Ya me espantaba que no
Parase en una locura.
Deja necios disparates,
Por si un espacio pequeño
Treguas me permite el sueño.

ALCUZCUZ.

Como tú de dormir trates,
Trataré yo de velar;
Que en tierra en que haber bandidos,
No es bien que á los dos dormidos
Nos coger: y así, por dar
Cordelejo al sueño, haré
De las flores que promete
Este selvo un romilíete. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL PRINCIPE; *despues* EL MAL GENIO.

PRÍNCIPE.

Necia memoria, ya sé
Que reino, hijo y esposa
Dejé; y pues lo mismo hiciera
Si de todo el mundo fuera
La majestad, no penosa
Me aflijas. Mas ¡ay! ¡qué en vano
Procuro echarte de mí!

(*Quédase dormido.*)

MAL GENIO. (*Dentro.*)

Ya que rendido le vi
A propensiones de humano,
Asombro y horror reciba:
Sueñe quien es y quién era.

(*Suenan dentro cajas y trompetas.*)

ESCENA XV.

ZARA, EL NIÑO MULEY, ABDALA, ACOMPAÑAMIENTO, MOROS.

ZARA. (*Dentro.*)

¡Muera Mahomet!

MOROS. (*Dentro.*)

¡Mahomet muera!

ZARA. (*Dentro.*)

¡Viva Muley!

MOROS. (*Dentro.*)

¡Muley viva!

(*Aparece un trono con gradas y dosel, y en lo alto una estatua del Príncipe, con los mismos vestidos de moro que sacó primero, y con baston de general, corona y cetro; y al pié del trono Zara, el niño Muley, Abdalá, acompañamiento y otros moros.*)

PRÍNCIPE. (*Entre sueños.*)

¡Qué pesadez! ¡ay de mí!
¡Qué angustia! Qué sobresalto!

ZARA.

Nobleza y plebe de Fez,
Ya os constó cuánto, tirano
Con su patria, cuánto, fiero
Con su ley, y cuánto, ingrato
Mahomet con su hijo y conmigo,
A la obligacion faltando
De sangre, honor, lustre y fama,
Despues de haber rescatado
Su persona mi fineza,
En Malta quedó, trocando
La real majestad de moro
Al vil nombre de cristiano.
Y siendo así que en sus fueros
Nuestra gran ley al que vario
La prevarica teniendo
Honores de soberano,
Degradarle manda dellos,
Yo la ceremonia usando,
Como á delincuente y reo,
Haciendo el trono cadalso,
Os le represento vivo
En ese muerto retrato,
Corrida de que no tenga,
Vida que le quite, el mármol.
Cumplid pues de vuestros ritos
La usanza.

ABDALÁ.

Yo, pues me hallo
Presente, como ministro
Militar, pues ser esclavo
Hoy no quita que ayer fuese
General maestre de campo
De mis ejércitos, sea
Quien el puesto ejercitando,
Le degrade del baston,
Que fué mi ruina y su lauro.

(*Quítale el baston.*)

NIÑO.

Yo, pues cometió el delito
Despues de haberme engendrado
(Con que ser no debe en mí
El baldon hereditario
Y el reino sí), del laurel,
Como mio, le degrado,
Quitándole de sus sienes
Con la corona el aplauso.

(*Quítale la corona.*)

ZARA.

Yo, que en su mano le puse
Del mas ilustre y mas alto
Reino el cetro, pues le dí
De mi alma y vida el mando,
Porque el mundo vea que dél
En venganza de mi agravio,
No solo le privo, pero
Aun del corazon le arranco,
De su mano el cetro quito.

(*Quítale el cetro.*)

Y mostrando la mia cuánto
Es imposible que á él vuelva,
Mano y cetro (de un presagio
Cumpliendo la voz que dijo,
Mal hurtada de mis labios

[1] Asesinato.

«¡Viva Abdalá y Mahomet muera!»)
Los enajeno y reparto,
Dándole el cetro á Muley,
Dándole á Abdalá la mano. (*Dásela.*)
Todos vosotros ahora,
Ya que no sois sus vasallos
Y que sin reales insignias
No es traidor el desacato,
Calles y plazas la estatua
Arrastrad hecha pedazos.

MOROS.

¡Muera Mahomet, y Muley
Y Abdalá vivan!

(*Vuelven á tocar, desaparece todo, y el Príncipe despierta.*)

ESCENA XVI.

EL PRINCIPE; *despues*, MÚSICA, *dentro*.

PRÍNCIPE.

¡Qué pasmo!
¡Traidores! ¿pues?... Mas ¿qué digo,
Ni qué me admiro ni espanto
De que haga su oficio el sueño,
Representándome vago
En las últimas especies
Con que dormí, los engaños
Que tal vez saben hacer
De la imaginacion caso?
Y cuando fuesen verdad
(Que ni lo dudo ni extraño)
En Fez mis agravios, ¿qué
Importan ya mis agravios?
¡Pluguiera á vuestra piedad,
Señor, se acercara el plazo
En que por vos padeciera
La persona, y no el retrato!
Y si acaso el amor propio
(Si es que hay propio amor acaso
En la parte de mis celos)
Os ofendió involuntario,
De no tener sentimiento
Dese sentimiento os hago
Sacrificio. Perdonad
Si me atrevo á decir: Cargo,
Reino y compañía en un dia
Dejé; sin ellos, Señor,
¿Qué haré?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Buscar con fe pia,
Para otro reino mejor,
Otra mejor compañía.

PRÍNCIPE.

Si yo juzgara de mí
Méritos para tener
Inspiracion, bien aquí
Pudiera darme á entender
Que interiormente la oí;
Pues en callada armonía,
Oigo ser á mi dolor
Medio...

ÉL Y MÚSICA.

Buscar con fe pia
Para otro reino mejor,
Otra mejor compañía.

PRÍNCIPE.

Otro mejor reino, ya
Sé que es el reino del cielo;
Mas ¿quién decirme sabrá
La mejor á mi fe y celo,
Qué compañía será?

ESCENA XVII.

ALCUZCUZ, CIDE HAMET, TURIN.—DICHOS.

ALCUZCUZ. (*Dentro.*)

¡De Jesus la virtud pia
Me valga!

PRÍNCIPE.

Dudar ya, error
Cuál es, con tal voz sería...

ÉL Y MÚSICA.

Para otro reino mejor,
Otra mejor compañía.

(*Quédase el Príncipe suspenso, y salen Cide Hamet, y Turin deteniendo á Alcuzcuz, que traerá en la mano unas flores.*)

ALCUZCUZ.

De Jesus (digo otra vez)
La virtud me valga.

CIDE.

Necio,
¿De qué te admiras?

ALCUZCUZ.

¿De qué
No admirarme, cuando á veros
Llego aquí á los dos?

TURIN.

Detente.

ALCUZCUZ.

En vano ser, que dar quiero
Estas nuevas á mi amo.

CIDE.

No has de llegar tú primero
Que nosotros.

ALCUZCUZ.

Si hacer tal.

(*Desásese de ellos, dejando á Turin las flores en la mano.*)

TURIN.

Al ir de los dos huyendo,
Por asirle de la mano,
El ramillete que haciendo
Estaba, dejó en la mia.

ALCUZCUZ.

(*Al Príncipe que suspenso no le oye.*)
Sonior, sabe...— Tan sospenso
Estar, que ni ver ni oir.

CIDE. (*Ap. á Turin.*)

Muestra, que no acaso creo
Que la ocasion que buscamos,
Nos ha salido al encuentro.

TURIN.

¿Cómo?

CIDE.

Como en estas flores (*Tómalas.*)
Empezar á sembrar puedo
Los confeccionados polvos
De aquel tósigo violento,
Por si acaso hay ocasion
De ofrecerlas en su obsequio.

(*Derrama en las flores unos polvos.*)

ALCUZCUZ.

Sonior, mira si soy santo,
Pues con Hamet, sano y bueno
Viene Torin.

TURIN. (*Ap. á Cide Hamet.*)

Como tú
Las inficiones, yo medios
Buscaré de ir á su mano.

CIDE.

Ya lo están.

ALCUZCUZ.

¿No hay oir?

TURIN.

Lleguemos
Con nuestra deshecha ahora.

LOS DOS. (*Al Príncipe.*)

Danos tus piés.

ALCUZCUZ.

¡Bueno es eso!
Aun no me responde á mí,
Con hablarle algo mas recio
¿Y responderá á los dos?

(*Vuelve en sí el Príncipe.*)

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

¡Oh, Señor, y cuánto os debo,
Pues á un humilde gusano
Revelais vuestros secretos,
No solo inspirando auxilios,
Pero revelando riesgos!

LOS DOS.

Danos, gran señor, tus plantas.

PRÍNCIPE.

¡Hamet, Turin! pues ¿qué es esto?

CIDE.

Haber dejado por tí
Patria, esposa, hijos y deudos,
Y á ser discípulo tuyo,
Corrido en ser tu maestro,
Venir siguiendo tus pasos.

TURIN.

Como era un camino el nuestro,
Nos encontramos en él;
Que tambien yo en seguimiento
Tuyo, con los desengaños
De mi mala vida, vengo
Ansioso de mejorar
Mis costumbres con tu ejemplo.

PRÍNCIPE.

No sabré encarecer cuánto
De ver á los dos me huelgo;
Pues ya sé que tú á ser vienes
Cristiano, Hamet, y tú luego,
Turin, de no buen cristiano,
A ser ménos malo, siendo
En las piedades de Dios
Casi un beneficio mesmo
Pasar de moro á cristiano,
Que de mal cristiano á bueno.

LOS DOS. (*Ap.*)

Si bien lo supieses...

PRÍNCIPE.

Dadme
Los brazos.

LOS DOS.

A tus piés puestos
Estamos.

PRÍNCIPE.

¡Qué bellas flores!

ALCUZCUZ.

Yo para tí estar haciendo
Ese romiliete, y él
Quitármele.

TURIN.

Acaso creo
Que fué dejarle en mi mano;
Mas si era para tí, quiero
Restituirle á la tuya.
Goza pues el blando aliento
De sus lirios, azucenas.

Rosas y jazmines, puesto
Que eran tuyas.

PRÍNCIPE.

Muestra.
(*Da Turin el ramillete al Principe.*)

CIDE. (*Ap.*)

Bien
Sucede.

PRÍNCIPE.

Cuánto agradezco
El don, no sabré explicarlo.

TURIN.

Por qué ¿un pobre don?...

PRÍNCIPE.

Por esto.
Este cárdeno lirio enamorado
Galan del blanco albor desta azucena;
Esta purpúrea rosa, que de ajena
Sangre dió su matiz al encarnado;
Este tierno jazmin, que no manchado,
Ni el ábrego ni el cierzo le dió pena,
Símbolo son de quien, de gracia llena,
Ni aun en primer instante vió el pecado.
Pues si nunca abrigaron en su seno
Estas flores al áspid, ¿qué osadía
Pudo juzgar que donde, de horror lleno,
No introdujo Satan su tiranía,
Pudiese introducir otro veneno
La suya en atributos de María?
Y porque mejor veais
Que ni lo dudo ni temo,
No solamente al olfato
Las flores aplico, pero
Aun á los demas sentidos.
Ojos, labios y oidos tengo
De cebar en ellas. Ved
¡Qué poco daño me han hecho!
Mas ¿cómo me ha de hacer daño,
Quien es de todos remedio?

HAMET.

¡Qué asombro!

TURIN.

¡Qué horror!

PRÍNCIPE.

Y mas
A la vista de su templo,
Que extraño bajel del aire,
Sulcó sus esferas, siendo
De la exempcion del tributo
No mal probable argumento;
Pues quien sacó de cautiva
La casa, seria bien cierto
Que no habia de dejar
Nunca cautivo á su dueño.—
¡Gran Jerusalen de Europa,
Salve! ¡Salve, alcázar bello
De la cristiana Sion!
¡Salve, misterioso centro,
Que solar de Joaquin y Ana,
En el instante primero
Viste al alba sin mancilla,
Y en el segundo al sol mesmo
Amancillado! pues viste
En tí ceñido lo inmenso,
Medido en tí lo infinito,
En tí abreviado lo eterno,
Y pasible lo impasible,
Viendo en tí hecho carne al Verbo.
¡Salve otra vez y otras mil!
Y ya que á saludar llego
Tus torres, sea pensando
(Mejor dijera creyendo)
Que la zarza incombustible
Fuiste, que exempta del fuego,
Ardió sin quemarse. Y pues
Como á tal te reverencio,
Para pisar tus umbrales
Me descalzaré, poniendo
Mas los ojos que las plantas
En tus arenas; y puesto,
Que á vista tuya, favores
Que no merezco, merezco,
De la inspiracion usando
Que me ilustraba primero,
Y de la que rescató
Mi vida despues, prometo
En la mejor compañía
Alistarme; pues habiendo
Sido Ignacio á quien debí
El primer conocimiento
De mis confusos errores,
Y á quien por lo caballero,
Por lo soldado y lo santo
Cobré tan digno respeto
Que con su ilustre apellido
Mi real sangre honré, bien creo
Que por adoptado hijo
De su religioso gremio
Me reconozca y me admita:
En cuya milicia, siendo
Su cuarto voto misiones
Que lleven el Evangelio
A infieles gentes, no dudo
Que ella logre mis intentos,
Facilitándome ella
Las licencias de Inocencio.
Y mas, si del sacerdocio
(Pues ya de mi casamiento
Aquel natural contrato,
El dia que corra riesgo
La pureza de la fe,
Le da por nulo y disuelto
La disparidad del culto)
A la dignidad me atrevo;
Que si no dignos son todos
Cuantos le gozan, bien puedo
Entre los no dignos, yo
Osar á ser uno de ellos.
Y en fin, Señor, protestando
Que desde aqueste momento
No daré paso que no
Sea en órden al deseo
De dar la vida por vos,
A las puertas de Loreto,
Patrimonio de MARIA,
Cuyo no pagado feudo
Fué mi primer vocacion,
Humilde y postrado os ruego
Me concedais este don;
Y si fuere gusto vuestro
Que en el camino la vida
Pierda, admitid el afecto,
Pues á mí me basta
Buscar los medios.
Que en mejor Compañía
Dan mejor reino. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

CIDE HAMET, TURIN, ALCUZCUZ; *despues*, MÚSICA, *dentro*.

CIDE.

Oye.

TURIN.

Aguarda.

CIDE.

Escucha

TURIN.

Espera.

CIDE.

Que confuso...

TURIN.

Que suspenso...

CIDE.

Al prodigio de tu auxilio...

TURIN.

De tu fervor al portento...

CIDE.

No solo tu muerte ya...

TURIN.

No ya tu aborrecimiento...

CIDE.

Solicitaré traidor...

TURIN.

Tirano intentaré...

CIDE.

Pero
Tu ley ofrezco seguir.

TURIN.

Mi vida enmendar ofrezco.

ALCUZCUZ.

¿Quién le decir á mi amo
Que venir, ántes de verlo,
A ser ménos malo el uno,
Cuando el otro á ser mas bueno?
Pero ¿quién á él lo decir,
Si aun á mí decirme el viento?..

ÉL Y MÚSICA.

¡Victoria, victoria
Por el Buen Genio!
(*Vanse los tres.*)

ESCENA XIX.

LOS DOS GENIOS.

MAL GENIO.

¿De qué cantas la victoria,
Si aunque mas auxilios veo,
En tu alabanza inspirados
Y en mi desdoro dispuestos,
Si creo á las conjeturas
De mis ciencias (pues es cierto
Que aunque gracia y hermosura
Perdí, no perdí el ingenio),
Hallo en ellas que la muerte
Le está amenazando presto,
Con que nunca gozará,
Por mas que insten sus anhelos,
El renombre del martirio
Que es su mas deseado premio?

BUEN GENIO.

¿Cómo puede no gozarle,
Si ya le goza, supuesto
Que si no es mártir por sangre,
Es mártir por el afecto?

MAL GENIO.

¡Mártir por afecto, y no
Por sangre!

BUEN GENIO.

Sí.

MAL GENIO.

Da un ejemplo

BUEN GENIO.

Muchos pudiera; mas uno
Por todos, del sacro texto.
Sube conmigo, pues no
Se da ni lugar ni tiempo
Entre los dos.

MAL GENIO.

Ya contigo
Rompo la esfera del viento
(*Vuelan los dos juntos; y estando arriba, se apartan, y se ve un monte.*)

BUEN GENIO.

¿Conoces aquese monte?

MAL GENIO.

Sí conozco: bien me acuerdo
De sus señas. Este es
Moria, á quien el nombre dieron
Del monte de la vision.

BUEN GENIO.

Y ¿qué es lo que miras dentro?

ESCENA XX.

Abrese el monte, y vese á ABRAHAM *en el acto de sacrificar á* ISAAC.—LOS DOS GENIOS.

MAL GENIO.

Lo que vi en él, repetido
Me parece que á ver vuelvo,
Pues en la elevada cima
Abraham está diciendo...

ABRAHAM.

Ya, Señor, á Isac mi hijo
Os sacrifico yo mesmo.

ISAAC.

Y yo de mi voluntad
La vida á la vuestra ofrezco.

BUEN GENIO.

¿Podrásme negar, al ver
Alto el brazo, humilde el cuello,
El ser ya sacrificada
Vida aquella?

MAL GENIO.

¿Cómo puedo?

BUEN GENIO.

Pues mira cómo interpone
Dios entre cerviz y acero,
Nuevo decreto.

ESCENA XXI.

UN ANGEL.—DICHOS.

ÁNGEL. (*Deteniendo á Abraham.*)

Suspende
El golpe, Abraham; que el cielo,
Aceptando de tu fe
El sacrificio, ha dispuesto
Que la vida de Isac supla
La víctima de un cordero.

ISAAC.

Yo, Señor, ya os di mi vida...

ABRAHAM.

Señor, ya visteis mi celo...

LOS DOS.

Y aunque no vierta su sangre
Isac, sacrificio es vuestro.

BUEN GENIO.

¿Estás convencido?

MAL GENIO.

Sí,
Y aunque á mi pesar, confieso
Que mártir sin sangre, puede
Ser mártir por el afecto.

BUEN GENIO.

Pues no han de parar aquí
Sus aplausos y trofeos.

MAL GENIO.

¿A qué mas han de llegar,
El dia que á esto llegan?

(*Desaparece el sacrificio, y vese en su lugar la Religion, con cetro y corona imperial.*)

ESCENA XXII.

LA RELIGION (*la Compañía de Jesus*).—DICHOS.

RELIGION.

Eso
Me tocará á mí el decirlo.

MAL GENIO.

¿Quién eres, prodigio bello?

RELIGION.

Si no lo han dicho las señas
De imperial corona y cetro,
Y el nombre de JESUS, que
Por timbre en mi escudo tengo,
De los ejércitos grandes
Que en el militante gremio
De la Iglesia sirven, soy
La *Compañía* que dieron,
Por premio de sus servicios,
A Ignacio sus altos hechos.
Y el dia que en mí se alista
Ese Príncipe extranjero,
Es fuerza que á mí me toque
Publicar de sus portentos
La segunda parte.

LOS DOS.

¿Cuándo?

RELIGION.

Cuando superior decreto
Dé licencia que á luz salgan
Los misteriosos ejemplos
De las muchas conversiones,
De su humildad, de su celo,
De su obediencia y su fe,
En cuyo dichoso tiempo
Hablarán en su alabanza...

ESCENA XXIII.

Algunos MOROS, EL MAESTRE Y CABALLEROS DE MALTA.—DICHOS.

MORO.

Fez, que le dió el nacimiento.

MAESTRE.

Malta, que le dió el bautismo.

UNO.

Sicilia, que le dió el puerto.

OTRO.

Roma, que le dió el abrigo
Y las licencias.

OTRO.

Loreto,
Que le dió la inspiracion.

RELIGION.

Yo, que le dí en mi colegio
La ropa, estudios y ciencias.

OTRO.

Y Madrid el monumento,
Diciendo todos...

MAL GENIO.

Y yo
Con todos, á mi despecho...

TODOS Y MÚSICA.

*¡Victoria, victoria
Por el Buen Genio,
Que en mejor compañía,
Da mejor reino!*

LA EXALTACION DE LA CRUZ.

PERSONAS.

SIROES, *príncipe de Persia.*
MENARDES, *su hermano.*
COSDROAS, *rey de Persia, su padre.*
ANASTASIO, *mágico.*
MORLACO, *villano.*
ZACARIAS, *patriarca de Jerusalen.*

HERACLIO, *emperador.*
ARNESTO, *viejo.*
LIBIO, *soldado.*
IRENE, *dama.*
FLORA, *dama.*
CLODOMIRA, *reina de Gaza.*

ANGELES.
MÚSICOS.
CAUDILLOS.
SOLDADOS.
GENTE, etc.

La escena es en Babilonia, en Jerusalen, Constantinopla y otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Monte cercano á Babilonia.— Una gruta.

ESCENA PRIMERA.

SIROES y MENARDES, *cada uno por su parte, sin verse.*

SÍROES.

¡Ah del soberbio monte
Que, línea desigual deste horizonte,
Tanto á los cielos sube,
Que una vez es montaña y otra es nube!

MENÁRDES.

¡Ah de las altas peñas
Que confundiendo equívocas las señas
De luces y verdores,
Una vez sois estrellas y otra flores!

SÍROES.

¡Ah del rústico seno
Que ya de horror, ya de hermosura lleno,
Entre breñas incultas
El prodigio del Asia nos ocultas!

MENÁRDES.

¡Ah del albergue esquivo
Que verde tumba de cadáver vivo,
Cuando en ecos respondes,
El asombro de Persia nos escondes!

SÍROES

¡Pasmo del tiempo!

MENÁRDES.

¡Asunto de la fama!

SÍROES.

¡Anastasio!

MENÁRDES.

¡Anastasio!

(*Sale de la gruta Anastasio, vestido de pieles.*)

ESCENA II.

ANASTASIO.—SIROES, MENARDES.

ANASTASIO.

¿Quién me llama?

SÍROES.

Yo soy, que hablarte quiero,
Síroes, de Persia príncipe heredero.

MENÁRDES.

Y yo, que verte pretendí, no en vano,
Menárdes soy, y su menor hermano.

ANASTASIO.

A vuestros piés rendido,
Me perdonad no haberos conocido
Que como infantes os dejé, seis años
Que há que aquí me trajeron desengaños
Del palacio, hoy al veros
Jóvenes ya, mal pude conoceros.
Y sepa yo ¡oh famosos
Príncipes bellos, héroes generosos!
Qué causa os ha traido
A penetrar lo inculto y escondido
Deste monte. Decidme vuestro intento.

SÍROES.

Yo hablaré.

MENÁRDES.

Yo tambien.

LOS DOS.

Escucha atento.

MENÁRDES.

Cósdroas, rey de Persia invicto,
Padre de los dos, queriendo
Por todo el orbe ensanchar
Los límites de su imperio,
Ejércitos numerosos
Puso en arma, cuyo estruendo,
Asia escuchándole en voces,
Africa oyéndole en ecos
Y Europa en noticias, tuvo
Tan pasmado, tan suspenso
El mundo, que sus tres partes
Estremecidas, temieron
Ver el relámpago al rayo,
Oido el escándalo al trueno.

SÍROES.

Si bien, porque tanto asombro
De armas, estragos é incendios
No atribuyese una y otra
Nacion á solo soberbio
Afecto de ambicion, quiso
Tanto honestar el afecto,
Que haciéndole religioso,
Dió á entender que sus pretextos
Solo miraban al sumo
Honor de los dioses nuestros,
Contra el Dios de los cristianos
Publicando á sangre y fuego
De su jornada el dictámen,
Asolando y destruyendo
Cuantas fértiles provincias
Delante se le pusieron,
Hasta llegar á la grande
Jerusalen, corte y centro
De su fe, y mayor teatro
De sus errados misterios.

MENÁRDES.

A esta pues (segun nos vienen
Los avisos) puso cerco,
A quien por fuerza de armas,
Sin esperar el asedio,
Intenta ganar, dejando
Sus alcázares deshechos,
Sus altares destruidos
Y derribados sus templos.

SÍROES.

Los dos pues, aunque intentamos
Dispensar con los alientos
Del ánimo la cobarde
Edad de los años tiernos,
Sirviendo al Rey de soldados
En esta empresa, él atento
A nuestra seguridad
Aun mas que al aplauso nuestro,
No lo permitió; y así,
Obedientes al precepto,
En Babilonia quedamos,
Bien que á pesar del esfuerzo.

MENÁRDES.

En ella estamos los dos
Tan pendientes del suceso,
Que nos tardan los avisos,
Aunque lleguen por momentos.
Y así, para anticipar
Las noticias al deseo,
Que colérico no deja
Que se le dé tiempo al tiempo...

SÍROES.

Hoy que por aqueste monte
Salimos á caza, haciendo
Que se retiren las tropas
De criados y monteros,
En busca tuya venimos,
Penetrando lo secreto
Desta estancia, á quien el sol
Registra apénas, temiendo
Salir de sus laberintos,
Si una vez le cogen dentro.

MENÁRDES.

La causa con que los dos
Te buscamos, ya tu ingenio
La habrá prevenido; pues
Se deja ver, al reflejo
De poca luz, que á tu albergue
Nos trae curioso el intento
De saber en qué ha parado
De Jerusalen el cerco.

SÍROES.

Y pues eres, Anastasio,
Hijo de aquel gran maestro,
Que tuvo en mágicas ciencias
Escuela pública, siendo
A un tiempo de sus lecciones
Discípulo y heredero...

MENÁRDES.

¡Pues el oráculo eres

De estos bárbaros desiertos,
Donde son para tu estudio
Verdés y azules cuadernos
Las láminas de las flores,
Las cifras de los luceros,
De quien es árbitro el sol,
Cuyos dos rumbos opuestos
Sigues en su natural
Y rápido movimiento...

SÍROES.

Pues eres (dejando aparte
La astrología y viniendo
A mayor ciencia) el asombro
De la mágica, en que has hecho
Tantos prodigios, usando
De todos cuatro elementos,
La geomancía en la tierra,
La eteromancía en el viento,
La hidromancía en el agua,
La piromancía en el fuego;
Y pues eres finalmente
El que á pesar de los tiempos,
Presente haces lo futuro,
Siendo para tí en el viento
Los arrullos vaticinios,
Y los graznidos agüeros...

MENÁRDES.

Dinos en qué trance se halla
El Rey nuestro padre puesto...

SÍROES.

Si son de Jerusalen
Los muros ruina ó trofeo
De sus armas, porque así
Descanse nuestro recelo...

MENÁRDES.

Sosiegue nuestro cuidado...

SÍROES.

Y descuide nuestro afecto.

ANASTASIO.

Aunque pudiera, ¡oh famosos
Príncipes! no obedeceros,
Por la contingencia que hay
Siempre en las lides, y puedo,
Yendo á buscaros un gusto,
Daros con un sentimiento;
Con todo eso, como en mí
Es tan sagrado el precepto
De la obediencia, es forzoso
No excusarme; y así quiero,
Informado de la causa,
Responder con el efecto.
¿Tendréis ánimo los dos
Para, sobre aquesos mesmos
Peñascos que ahora os hallais,
Ir penetrando los vientos
Hasta que desde la media
Region del aire estéis viendo
La faccion en que se halla
Vuestro padre?

LOS DOS.

Sí tendrémos.

ANASTASIO.

Pues, espíritus impuros,
Que sois los dañados genios
Que á mis voces obedientes
Y á mis conjuros atentos
Asistis: en virtud mia
Esos dos jóvenes bellos,
Elevados sobre el aire,
Vean en su vago asiento,
A pesar de las distancias
Que se les ponen en medio,
Del ejército las tropas,
Y de la ciudad el cerco.

(*Hace Anastasio un círculo en tierra, y elévanse los dos príncipes en el aire sobre dos peñascos. Suenan dentro cajas y trompetas.*)

ESCENA III.

DICHOS, y *despues* COSDROAS, SOLDADOS PERSAS Y CRISTIANOS.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS.

¡Guerra, guerra!

(*Ábrese el monte, y aparecen los muros de Jerusalen.*)

CÓSDROAS. (*Dentro.*)

Viva de Persia el imperio.

SÍROES.

Ya al son de trompas y cajas,
Nueva Babilonia veo,
Que intenta escalar el sol,
Montes sobre montes puestos.

MENÁRDES.

Ya esa nueva Babilonia
En mas confusion advierto
Que la primera, asaltada
De los escuadrones nuestros.

(*Sale Cósdroas vestido á lo persiano, con la espada desnuda, y soldados. Dase batalla entre los soldados de Cósdroas y los de Jerusalen.*)

UNOS.

¡Arma, arma!

OTROS.

¡Guerra, guerra!

(*Retíranse los soldados cristianos, seguidos de Cósdroas y los suyos.*)

CÓSDROAS.

Viva de Persia el imperio.

TODOS LOS PERSAS.

¡Persia viva, Persia viva!

SÍROES.

¡Qué prodigio!

MENÁRDES.

¡Qué portento!

(*Aparece la entrada de una iglesia de Jerusalen.*)

SÍROES.

El Rey el primero es
Que anda sus calles corriendo.

MENÁRDES.

Y con la espada en la mano,
Va á sus soldados diciendo...

(*Vuelve á salir Cósdroas con sus soldados.*)

CÓSDROAS.

Ea, valientes soldados,
Hoy el dia ha de ser nuestro,
Y en fe de vuestro valor
Mi nombre vivirá eterno.
Ya la gran Jerusalen,
Que pudo llamarse un tiempo
Emperatriz de las gentes,
Esclava está en cautiverio.
Ya postrada, ya rendida,
A voces clama, pidiendo
Misericordia. Ninguno
Se enternezca á sus lamentos;
Que yo el primero de todos,
Por dar á todos ejemplo,
Para mi despojo elijo
Este edificio opulento,
De quien piedra sobre piedra
No me ha de quedar.

(*Al entrar por la puerta del templo, sale Zacarías, viejo venerable, vestido de sacerdote á lo antiguo, y pónese de rodillas: Cósdroas se suspende.*)

ESCENA IV.

ZACARIAS. — COSDROAS, SOLDADOS, SIROES, MENARDES, ANASTASIO.

ZACARÍAS.

Soberbio
Idólatra, no profanes
Los umbrales deste templo.

CÓSDROAS.

¿Quién eres, ¡oh venerable
Anciano! que al verte, has hecho
Que se suspendan mis iras?

ZACARÍAS.

Soy, si de quien soy me acuerdo,
El infeliz patriarca
De Jerusalen.

CÓSDROAS.

¿Qué afecto
Te trae buscando la muerte,
De que andan todos huyendo?

ZACARÍAS.

El de morir á tus manos,
Antes de ver el desprecio
Del templo á quien amenazas.

CÓSDROAS.

Pues ¿qué templo, di, qué templo
Es este?

ZACARÍAS.

El que fabricaron
La fe, religion y celo
De Elena y de Constantino
Al soberano madero
En que fué crucificado
Nuestro Dios.

CÓSDROAS.

Al oirlo, tiemblo (*Atropéllale.*)
De ira. Esa cruz, que es su imágen,
Será mi mayor trofeo:
A Babilonia cautiva
La he de llevar, donde tengo
De ofrecérsela á mis dioses...

ZACARÍAS.

¡Piadosos cielos!

(*Entra Zacarías en el templo como para defender la cruz, y descúbrese dentro un altar, y la cruz en él, y á sus lados las estatuas de Elena y Constantino.*)

UN SOLDADO PERSA.

¡Qué veo!
¡La cruz de Cristo es aquella!

SOLDADOS PERSAS.

Vamos de su vista huyendo.

CÓSDROAS.

Subiré á pisar las aras,
Y de ellas...

(*Ruido de tempestad. Entra Cósdroas en la iglesia, y Zacarías hace por detenerle. A este tiempo desaparece todo, y los dos peñascos vienen al suelo, quedando Anastasio asombrado.*)

SÍROES Y MENÁRDES.

¡Valedme, cielos! (*Caen.*)

ANASTASIO.

¡Supremos dioses! ¿qué miro?

SÍROES.

Sin vida estoy.

MENÁRDES.

Yo estoy muerto.

SÍROES.

¿Qué es esto, docto Anastasio?

MENÁRDES.

Traidor mágico, ¿qué es esto?

SIROES.

¿Por qué has cortado el discurso?

MENÁRDES.

¿Por qué has troncado el suceso?

ANASTASIO.

No sé, no sé con qué causa
Los espíritus que apremio,
A mi obediencia faltaron
Y de mi asistencia huyeron.

SIROES.

En parte he de agradecerte
Ver el estrago suspenso
De Jerusalen, porqué
A mis piadosos afectos
Ya movia á compasion
La lástima de estar viendo
Tan gran tragedia.

MENÁRDES.

A mí no:
Ni lo estimo, ni lo precio,
Porque tan gustoso estaba
De estar sus desdichas viendo,
Que por haberme quitado
Tan triste mísero objeto,
Le tengo de dar la muerte.
(*Saca la daga Menárdes; Siroes le detiene.*)

ANASTASIO.

Yo culpa ninguna tengo.

SIROES.

No le ofendas, pues que ya
Hemos visto, por lo ménos,
Rendida á Jerusalen.

MENÁRDES.

¿Qué importa, si el fin no vemos,
Ni el ultraje de la cruz?

SIROES.

Estimar debieras esto.

MENÁRDES.

Tú siempre has de ser piadoso.

SIROES.

Tú siempre has de ser sangriento.

MENÁRDES.

Es verdad, y ahora agradezca
Ese mágico no serlo
Con él, quitándome el ver
Muertes, desdichas é incendios,
Que son mis mayores gustos. (*Vase.*)

SIROES.

Yo no solo no me quejo,
Pero habérmelos quitado
De delante, le agradezco. (*Vase.*)

ESCENA V.

ANASTASIO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Cómo (ni ahora á hablar acierto)
Pudo (el pecho se estremece)
Faltar (ahógame el aliento)
La fuerza de mis encantos?
¿Qué es esto, dioses, qué es esto?
Cuando Cósdroas, rey de Persia,
Iba á ultrajar el madero
Que del Dios de los cristianos
Fué patíbulo sangriento,
¿El pacto negais, á vista
Suya? Aquí hay mayor misterio,
Que yo en mis ciencias no alcanzo,
Que yo en mis artes no entiendo.
(*Quédase suspenso.*)

ESCENA VI.

MORLACO, *vestido de pieles ridículamente, con una cesta en el brazo.* — ANASTASIO.

MORLACO.

(*Ap.* ¡Oigan, qué elevado está,
Hendo visajes y gestos,
El amo que Dios me ha dado,
O el diablo, que es lo mas cierto!
Desde mi aldea me trajo
Por aquesos vericuetos
A ser salvaje de paz,
Donde ando cada momento
Dado al diablo, sin haber
Perdido, ni tener celos.
Pero llego á hablarle, pues
Esto no tiene remiendo.)
Señor.

ANASTASIO.

¿Que no pueda yo...

MORLACO.

¡Ah, señor!
(*Al llegar Morlaco, hace Anastasio distraido una accion, dándole un golpe, y cae Morlaco.*)

ANASTASIO.

Saber qué es esto?

MORLACO.

Yo sí, y muy bien.

ANASTASIO.

Pues ¿qué ha sido?

MORLACO.

Haberme de un golpe muerto.

ANASTASIO.

¿Tú eres?

MORLACO.

¿Quién, sino yo, pudo
Ser tan grande majadero
Que aquí llegase, sin ser
Cernícalo? Dese puebro
Vecino, como otros dias,
Hoy con la comida vengo;
Y viéndote embelesado,
Llegué á hablarte en tan mal tiempo,
Que me has hecho las narices,
Con habérmelas deshecho.

ANASTASIO.

Admiracion fué, que hice
Divertido.

MORLACO.

Pues por cierto,
Que de propósito, no
Pudieras darme mas recio.
Pero ¿qué te ha sucedido?

ANASTASIO.

¡Ay, Morlaco, que estoy muerto!

MORLACO.

¡Ay, que no estás sino vivo,
Mas que un capitan con sueldo!

ANASTASIO.

Todas mis ciencias son vanas.

MORLACO.

Pues no las vendas á peso.

ANASTASIO.

Otra hay superior, pues dia
(*A cada accion hace temblar á Morlaco.*)
De mi mayor lucimiento,
Quedé con mayor desaire
Vencido (¡de pena muero!)
De mayor (¡rabio de ira!)
Poder. De cólera tiemblo.

MORLACO.

Pues tiembla, muérete y rabia
Un poquitito mas léjos.

ANASTASIO.

¿De qué, cielos, me ha servido
Desde mis años primeros
Haberme dado al estudio?...

MORLACO.

De haber perdido ese tiempo.

ANASTASIO.

¿De qué el haber observado
Los mas ocultos secretos
De la gran naturaleza?...

MORLACO.

De ser en este desierto
Ermitaño del demonio.

ANASTASIO.

¿De qué la mágica, haciendo
Moverse á mi voz los montes,
Pararse á mi voz los vientos...

MORLACO.

De solo que al verlo, tenga
Yo tantísimo de miedo.

ANASTASIO.

Si todo mi estudio y todas
Mis obras y mis desvelos,
Invocaciones y libros,
Líneas, pactos, argumentos,
Caractéres y conjuros,
Me faltan al mejor tiempo?
Más hay que saber, pues hay
Ciencia que vence todo esto;
Y así, pues es mi ambicion
Saber mas, buscar pretendo
Quien desta ciencia que ignoro,
Me dé luz. Salgamos presto
Destas montañas.

MORLACO.

Salgamos.

ANASTASIO.

Busquemos los dos...

MORLACO.

Busquemos.

ANASTASIO.

Esta ciencia de las ciencias,
Que tengo de hallar, si puedo,
Quién es causa de las causas,
Que hasta hoy ni alcanzo ni entiendo.
(*Vanse.*)

—

Salon del palacio imperial en Constantinopla.

ESCENA VII.

Músicos, *con instrumentos;* IRENE, FLORA; *y detras, el emperador* HERACLIO, *mirando un retrato.*

MÚSICOS.

¿Qué dolor, qué pena á ser
De mas sentimiento viene?
¿Perder un bien que se tiene,
O dejarle de tener?

HERACLIO.

No canteis mas, que aunque bien
Concuerda vuestra armonía
Con el gusto y la alegría
En que mis dichas se ven,
Esperando cada instante
Ser dueño de la divina
Belleza de mi sobrina
Eudocia; nada á un amante
Divierte como el hablar
En sus afectos; y así,
La música para mí
Tiene parte de pesar,
En la de que no querría
Que el gusto se me atribuya
A gloria que no sea suya,

Ni á pena que no sea mia.
¿Qué nueva, Irene; has tenido
De tu padre, que es quien fué
Por ella á Cólcos?

IRENE.

No sé
Mas de que le ha detenido
El tiempo; y si esto no es mas,
Ya por esos golfos viene.

HERACLIO.

Toma este diamante, Irene,
Por la nueva que me das.—
Tú, pues de mi madre (á quien
Vienen los avisos) eres,
Flora, la valida, ¿quieres
Darme nuevas de mi bien?

FLORA.

Por no hacer mayor tu pena,
Callé; que á lo que he oido yo,
No vendrá tan presto.

HERACLIO.

¿No?
Pues toma tú esta cadena
Por esa nueva tambien;
Que es tan fino mi tormento,
Que aun nuevas de sentimiento,
Agradecerlas es bien.
Porque como en mí no veo
Partes para merecer
Tanto bien, deseo tener
La pena deste deseo
Para hacer mérito de ella;
Y así, agradecer es justo
A tí el pesar, á tí el gusto;
Porque si tú, Irene bella,
Lisonjeas mi amor; mas
Tú, Flora, le facilitas:
Pues tú un cuidado me quitas,
Y tú un mérito me das.
Y para que mi locura
Disculpeis las dos, llegad,
Llegad las dos, y mirad
Esta divina hermosura.
(*Llegan las dos, haciendo reverencia al retrato.*)
¿No está mi amor en su objeto
Bien disculpado?

LAS DOS.

Y muy bien.

HERACLIO.

Pues escuchad, que tambien
Lo estará aqueste conceto.
(*Mirando el retrato.*)
Bellísima deidad, que repetida
De uno y otro matiz vives pintada:
Bellísima deidad, que iluminada
De un rasgo y otro, animas colorida:
¿Cómo estando en la lámina sin vida,
Dejas la vida á tu beldad postrada?
Cómo estando en el bronce inanimada,
Dejas el alma á tu beldad rendida?
Si nació con estrella tan segura
Tu dueño, y él no mas es señor della,
El influjo que debe á luz tan pura,
Vuelve á su original, ¡oh copia bella!
Que es mucha vanidad de una hermosu
Querer estar pintada con su estrella.[ra

ESCENA VIII.

ARNESTO y LIBIO, *por puertas distintas.* — DICHOS.

ARNESTO. (*Ap.*)

¡Ah cielos, que divertido
Heraclio de un ciego amor
Se olvida de su valor!

LIBIO.

Albricias, señor, te pido.

HERACLIO.

¿Son nuevas del bien que adoro?

LIBIO.

No es ménos de que llegó
Al puerto ya; que aunque no
La vi, ser ella no ignoro.
Pues viendo una nave entrar,
De dónde era á ver salí,
Y á un marinero le oí
(Que á tierra salió del mar)
Que era la Reina, señor.
Otra razon no esperé
En oyendo esta, porqué
No me permitió el amor
Con que te sirvo, dejar
De ser el primero que
Tan buena nueva te dé.

HERACLIO.

Sin duda ha querido entrar
Sin hacer salva, excusando
Públicos recibimientos,
Atenta á los sentimientos
Que está la guerra causando
En mis estados; y así
Salir á esperarla es bien.

FLORA.

Excusado es, pues ya ven
Nuestros ojos desde aquí
Su gente.
(*Ruido dentro.*)

ESCENA IX.

CLODOMIRA, *vestida de luto*; ACOMPAÑAMIENTO. — HERACLIO, ARNESTO, LIBIO, IRENE, FLORA, MÚSICOS, *despues*, GENTE, *dentro.*

HERACLIO.

Entre dichas tantas,
No sé lo que el alma dice.

CLODOMIRA.

Permítele á una infelice
Besar, gran César, tus plantas.

HERACLIO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!
¡Qué ajeno, qué infiel, qué ingrato
Es á su vista el retrato!

CLODOMIRA.

No sin gran causa de mí
Te admiras, cuando me miras
En suerte tan importuna,
Monstruo ya de la fortuna,
Venir huyendo sus iras.

HERACLIO.

Mal pudo la vista mia
No temer, no dudar, pues
Tengo la noche á mis piés,
Teniendo en mi mano el dia.
¿Tú, tú eres Eudocia?

CLODOMIRA.

No.

HERACLIO.

Pues dime, mujer, ¿quién eres?
¿Qué me buscas, qué me quieres,
Y qué causa te obligó
A este engaño, por quien tengo
El alma en confusa lucha
Pendiente de un hilo?

CLODOMIRA.

Escucha,
Sabrás quién soy y á qué vengo.
Yo, cuya voz en lágrimas se baña,
Yo, cuyo llanto en voces se retira,
De los hados hurtándome á la saña,
De los astros huyéndome á la ira,
Soy... Mas no digo bien, mi error le en-
Fuí (mejor dije ahora) Clodomira, [gaña.
Reina de Gaza un tiempo, y ya importuna
Fábula, gran señor, de la fortuna.
Mi patria, entónces reino, ahora rüina,
Es del Asia menor mayor colonia,
Neutral confin de Persia y Palestina,
Tributaria al soldan de Babilonia:
Cósdroas, que ambos imperios predo-
[mina,
Llegó á ella, y con la antigua ceremo-
[nia
De que usan los reyes con los reyes,
Me propuso sus dioses y sus leyes.
Yo, que heredera fuí de la cristiana
Religion, desde aquel tremendo dia
Que estremecida vió toda la humana
Naturaleza su alta monarquía,
Reconociendo en lid tan soberana
Que ella espiraba ó su Hacedor moria,
Al ver en desiguales horizontes,
Chocar las piedras y temblar los mon-
De crueles decretos intimada, [tes;
De ciegas amenazas persuadida,
Le respondí que solo de fe armada,
En su defensa perderia la vida.
El, sangrientos los filos de su espada,
Tirano rey y bárbaro homicida,
Con furia horrible, con crueldad extraña
Asoló la ciudad y la campaña.
Buscando puestos mi temor seguros,
Para la vida que me habia quedado,
Vi de Jerusalen los altos muros,
Buscando en su sagrado mi sagrado:
Apénas pues de idólatras perjuros
Me hubo el dolor á penas retirado,
Cuando me hubo retirado apénas,
A Cósdroas viendo desde sus almenas.
Tan numeroso ejército traia,
Segun la multitud que le acompaña,
Que daba que dudar á quien le via
Cuál era la ciudad, cuál la campaña:
Con tan loca, tan bárbara osadía
Su soberbia, su cólera, su saña
A los muros llegó, que desde luego
Les publicó la guerra á sangre y fuego.
Jerusalen de idólatras sitiada,
Jerusalen de fieles no asistida,
De los unos tres veces asaltada,
De los otros ninguna socorrida,
La frente de ceniza coronada
Y la cerviz de púrpura teñida,
Toda horror, toda asombro, toda espan-
Apeló solo al tribunal del llanto. [to,
No bastó, no bastó á la rigurosa
Furia la retirada de la queja:
Cuál allí por su padre morir osa,
Cuál por el hijo allí de sí se aleja,
Cuál aquí muere en brazos de su esposa
Y en poder de los bárbaros la deja,
Sintiendo mas, celosamente sabio, [vio.
Que su honor muerto, póstumo su agra-
¡Oh, nunca hubiera en confusion tan fuer-
[te,
Oh, nunca hubiera en pena tan crecida
Sin vida yo escapado de la muerte,
Sin muerte yo escapado de la vida!
Nunca me hubiera mi infelice suerte
De un portillo enseñado la salida,
Por donde pude, sin que estorbos tope,
Llegar á Jafa y embarcarme en Jope.
De su puerto, traida de los hados,
Vengo, donde te cuenten mis gemidos
Que dejo sus alcázares postrados
Y sus antiguos muros demolidos,
Sus sagrados lugares profanados,
Sus altares y templos destruidos;
Y que por fin de suerte tan esquiva,

La cruz de Cristo á Persia va cautiva.
No puedo aquí...

HERACLIO.

Ni yo puedo,
Cuando sus voces escucho
Dejar que prosigas. Cesa,
Que helado, absorto y confuso,
No sé, ¡ay infeliz! no sé
Si vivo estoy ó difunto.
El madero soberano,
Iris de paz que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo:
El sagrado leño, que
Siendo arca deste diluvio,
Fué despues, de Dios humano
El carro, el plaustro y el triunfo,
¡Ultrajado (¡tal repito!)
De bárbaros, (¡tal pronuncio!)
En Persia cautivo yace,
Sin estimacion y culto?
¡Oh mal hayan, oh mal hayan!...
Pero ¿á quién culpo, á quién culpo,
Si mis omisiones solas
Dieron materia á este insulto?
Pero aunque conozco tarde
El yerro en que amor me puso,
Presto he de enmendarle. Salga
Del lugar donde le tuvo
Mal entretenido el ocio,
Mal aconsejado el gusto,
Salga Eudocia de mi pecho,
Y este hermoso objeto suyo,

(*Rompe el retrato.*)

Desperdiciado del aire,
Vuele en átomos menudos.
Los aplausos de mis bodas
Que el alborozo dispuso,
Trueque el dolor en exequias:
Sea el tálamo sepulcro.
No haya en mi valor, no haya
En mi amor afecto alguno
Desde hoy que en órden no sea
A rescatar este sumo
Tesoro: sepa cobrarle
Quien solo perderle supo. —

(*Asómase á una galería, y se dirige á las personas que se supone se hallan abajo.*)

Deudos, vasallos y amigos,
Heraclio, César Augusto
De Constantinopla, os pide
Perdon del ocio en que os tuvo.
En todo mi imperio á un tiempo
Se escuchen ecos confusos
De trompas y cajas; pero
Bien pronunciado ninguno.
Destemplado el parche gima,
Bastardo el metal robusto,
Y en vez de los estandartes
Que fuéron en sus dibujos
Primavera de los vientos,
El aire tremole oscuros
Tafetanes: negras sean
En sentimiento tan justo,
Banderas, plumas y bandas;
Que á tan sacrílego hurto,
Es bien que la cristiandad
Se vista de negros lutos.
Y yo he de ser el primero
Que embrazado el fuerte escudo,
Que el templado arnes trenzado
Y el limpio acero desnudo,
En la campaña resista
Los destemplados influjos
De las escarchas de enero
Y de los soles de julio,
Hasta que ó pierda la vida,
O vea si restituyo
La cruz de Cristo al lugar
Adonde Elena la puso.

(*Tocan dentro cajas destempladas y sordinas.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva Heraclio, viva Heraclio!

LIBIO.

Nobleza, señor, y vulgo
Tu nombre aclaman, oyendo
Tu resolucion.

FLORA.

¿Qué mucho
Que los hombres se conmuevan
Con tan religioso asunto,
Si hasta las mujeres hoy
Hacen la milicia estudio?
Y yo en el nombre de todas,
A quien de mi parte juzgo,
Seguirte ofrezco; y mas viendo
Que para caudillo suyo
Clodomira las alienta.

CLODOMIRA.

Hacer mi nombre procuro
Eterno. Ea, invicto Heraclio...

ARNESTO.

Cristiano César Augusto...

FLORA.

Católicamente airado...

LIBIO.

Piadosamente sañudo...

FLORA.

Sal á campaña, que todos
Te seguirán.

CLODOMIRA.

Y no dudo
Que ver en campaña al Rey
Lleva asegurado el triunfo.

(*Cajas y sordinas.*)

TODOS.

¡Viva Heraclio, Heraclio viva!

HERACLIO.

Con vuestras voces infundo
Nuevo espíritu en el pecho.
Sagrado leño, yo os juro
De no volverme sin vos,
Si mil veces aventuro
El mundo en rescate vuestro.
Pero ¿qué mucho, qué mucho,
Que el mundo aventure todo,
Por quien salvó á todo el mundo?

(*Vanse, tocando como primero.*)

Extramuros de Babilonia.

ESCENA X.

ANASTASIO y MORLACO, *vestidos de soldados.*

ANASTASIO.

¿Qué te parece, Morlaco,
Del traje?

MORLACO.

Galan estás,
Mas yo muchísimo mas:
Si bien, por cosas que saco,
Nunca puedo perjeñar
Lo que á aquesto te obligó.
La culpa es tuya, pues no
Me enseñaste á adivinar.

ANASTASIO.

Bien fácil está de ver.
Buscando una ciencia voy
De quien ignorante estoy.

MORLACO.

Y dime, para saber
Uno de ciencias que ignora,
¿Es la guerra buena tierra?
Que nunca oí ser la guerra
Universidad.

ANASTASIO.

¿Ahora
Sabes que en ella concurren
Varias gentes y naciones,
Ritos, leyes y opiniones,
Y unos con otros discurren?
De suerte, que entre ellos puedo
Tomar noticias mejor
Que en la escuela superior
De Grecia, puesto que excedo
Sus maestros. Y siendo así
Que esta ciencia que ignoré,
Ciencia reservada fué
Tanto á ellos como á mí;
Habiéndola de buscar,
Por verme de ella burlado,
No la ha de hallar el cuidado;
El acaso la ha de hallar:
Y esto ha de ser conversando
Religiones diferentes,
Y costumbres de otras gentes.

(*Suena dentro la caja.*)

Mas ya viene el Rey marchando
La vuelta de Persia, en quien,
Conseguidos sus deseos,
Quiere ostentar los trofeos
Que trae de Jerusalen.

(*Tocan instrumentos.*)

MORLACO.

Sus hijos, como supieron
Que victorioso venía,
Con música y alegría
A recibirle salieron.

ANASTASIO.

Retírate, hasta ocasion
Que á hablarle llegue.

MORLACO.

¿No es
Mejor llegar ahora? pues
Entre tanta confusion,
Podrémos dar á entender
Que en la guerra hemos estado
Y fuertemente peleado,
Como lo suelen hacer
Otros, que en la corte están
Vestiditos de color;
Y no se sabe, señor,
Ni cuándo vienen ni van.

ESCENA XI.

Suenan cajas é instrumentos, y salen por una parte SIROES, MENARDES, MÚSICOS Y GENTE; *y por otra* COSDROAS, SOLDADOS, Y ZACARIAS, *vestido de cautivo.*

MÚSICOS.

En hora dichosa venga
Coronado de victorias
El gran rey de Persia invicto,
El soldan de Babilonia;
Y repitan las cajas y las trompas
Al son de dulces ecos...

GENTE Y MÚSICOS.

¡Viva Cósdroas!

SIROES.

En hora dichosa venga
De laureles coronado,
El que siendo en Persia sol,
Es en Palestina rayo.

MENÁRDES.

En hora dichosa venga
Lleno de honores y aplausos,
El que hizo de su valor
A Jerusalen teatro.

CÓSDROAS.

Hasta este punto no supe
Que habia vencido y triunfado,
Pues para mí es el mejor
Laurel veros en mis brazos.
¿Cómo estás, Síroes?

SÍROES.

Señor,
Desvanecido y ufano
Con tus victorias.

CÓSDROAS.

¿Y tú,
Menárdes?

MENÁRDES.

No lo estoy tanto,
Porque me parece todo
Poco para tí.

CÓSDROAS.

Otro abrazo
Me vuelve á dar; que aunque sois
Retratos mios entrambos,
Tú de mis alientos eres
Mas parecido retrato.

SÍROES.

Solo aquí es virtud la envidia.

(*Llegan Anastasio y Morlaco.*)

ANASTASIO.

Si dia de triunfos tantos,
Llegar merece á tus plantas,
Señor, un nuevo soldado,
Permítele que á ellas puesto,
Tu mano bese.

CÓSDROAS.

¡Anastasio!
¿Qué es esto? ¿Pues tú, que al monte
Te fuiste de mi palacio,
Ahora vuelves, y en traje
Tan ajeno y tan contrario
A tus estudios?

ANASTASIO.

Señor,
De parecer muda el sabio.
Aunque yo no lo soy, sé
Que el dia que de soldado
Se viste el rey, no están bien
De otra suerte sus vasallos.
No me ha sufrido el afecto
Dejar de venir buscando
Tus banderas.

MORLACO.

Mayormente
Como ya pasó el asalto.

ANASTASIO.

Que aunque es tarde, por no haberme
En tan gran faccion hallado,
Otras habrá en que te sirva.

MORLACO.

Demas que dice un adagio:
«Mas que tarde vale nunca.»

CÓSDROAS.

Levanta y llega á mis brazos.

SÍROES.

¡Cuánto de verle me alegro!

MENÁRDES.

¡Cuánto de verle me canso!

CÓSDROAS.

Que aunque confieso que estuve
Contigo un tiempo enojado,
Estimo mas tu venida
Que la empresa, de quien traigo,
Dejando á Jerusalen
Asolada, esos esclavos
Que reservé para humanas
Fieras de mi triunfal carro.
Su gran patriarca era
Este miserable anciano,
Que en nueva transmigracion
A Babilonia, llorando
Viene su cautividad.
Y este aun no es mi mayor lauro:
La cruz, en que dicen ellos
Que murió crucificado
Su Dios para redimirlos,
Tambien prisionera traigo;
Y supuesto que á tan buena
Ocasion hoy has llegado,
Aunque allá no fuiste, quiero
Que tengas parte en el saco.
Ese cristiano te doy
Por cautivo.

MORLACO. (*Ap. á su amo.*)

¡Lindo trasto,
Señor, si para su entierro
Dotado no viene de algo!

ZACARÍAS. (*Ap.*)

¡Ah, cielos! ¿para ver tantas
Desdichas habeis guardado
Mi vida?

CÓSDROAS. (*Á Anastasio.*)

Y escucha aparte.
La causa que me ha obligado
A darte ese esclavo, es
Ser entre ellos el mas sabio.
A su ejemplo no habrá alguno
Que á su Dios no deje falso,
Como él le deje; y así
Te le doy á tí, Anastasio,
Porque tú, como tan docto
Le arguyas en sus engaños,
Y convencido, le obligues
A adorar los dioses santos.

ANASTASIO.

Palabra te doy de que
Con tan sutiles, tan claros
Silogismos le concluya,
Que se reduzga.

CÓSDROAS.

Eso aguardo;
Y porque ni un solo instante
Pierda de tiempo el cuidado
Que tengo, hasta que le ofrezca
A Júpiter soberano
La cruz de Cristo, á marchar
Toca, y á su templo vamos;
Que tengo de entrar en él
Primero que en mi palacio,
Donde no tengo de dar
Una hora sola al descanso;
Pues he de marchar á Egipto,
Cuyo gran reino teatro
Será como Palestina,
De mi poder, arrancando
Raices de religion
A quien aborrezco tanto.

SÍROES.

Toca á marchar, y vosotros
Venid tañendo y cantando.

(*Vanse Cósdroas, sus hijos, los soldados y la gente, repitiendo la música, y tocando cajas y trompetas.*)

MÚSICA.

En hora dichosa venga, etc.

ESCENA XII.

ANASTASIO, ZACARÍAS, MORLACO.

ANASTASIO.

Cristiano.

ZACARÍAS.

Humilde á tus piés,
Ya como dueño te trato.
¿Qué me mandas?

ANASTASIO.

Lo primero
Que de tí saber aguardo,
Es tu nombre.

ZACARÍAS.

Zacarías.

MORLACO.

Yo pensé que ungüento blanco.
¿Eras en Jerusalen
Patriarca ó boticario?

ZACARÍAS.

Nada era, nada soy
Y nada he de ser.

ANASTASIO.

El llanto
Suspende, y pues te dan tantas
Lecciones los desengaños
De la edad, no al sentimiento
Te rindas; que los trabajos
Se hicieron para los hombres.
Sucesos buenos y malos
Han de ver; pues para eso
Tiene la vara en la mano
La diosa de la Fortuna,
Que los reparte.

ZACARÍAS.

Es engaño:
No hay mas fortuna que Dios.

ANASTASIO.

¿Luego niegas de los hados
El poder?

ZACARÍAS.

Sí, que Dios solo
Infinitamente sabio,
Reparte males y bienes,
Sin que nosotros sepamos
Aprovecharnos del bien
Ni del mal aprovecharnos;
Siendo así que bien y mal
Todo viene de su mano
Para nuestro bien, supuesto
Que aunque no lo conozcamos,
Viene el mal como castigo,
Viene el bien como regalo.

ANASTASIO.

Segun eso, ¿tambien vienes
Tú á ser con tu Dios ingrato,
Pues la infelicidad lloras
Que te envía, confesando
Que viene para tu bien?

ZACARÍAS.

No lloro yo en este estado
La infelicidad que tengo,
Sino la causa que he dado
Para tenerla, pues es
Castigo de mis pecados;
Que si no fuera por ellos,
Ni mi Dios en ese sacro
Leño muriera, ni él
A Persia viniera esclavo.

ANASTASIO.

Ven acá. Tú ¿no confiesas
Que murió?

ZACARÍAS.

Sí.

ANASTASIO.

Luego es falso

Decir que es Dios quien no es
Inmortal.

ZACARÍAS.

No es, porque es llano
Que no murió en cuanto Dios.

ANASTASIO.

Pues ¿en cuánto murió?

ZACARÍAS.

En cuanto
Hombre no mas.

ANASTASIO.

Dios y hombre
¿No implica?

ZACARÍAS.

No, que tomando
Nuestra carne, fué hombre y Dios.

ANASTASIO.

Ni lo entiendo ni lo alcanzo.

MORLACO.

¿Esto no alcanzas ni entiendes?
Pues yo con ser un Morlaco...
No lo he entendido tampoco.

ANASTASIO.

Varias ciencias he estudiado,
Varios libros he leido,
Y ni en ellas ni ellos hallo
Que pueda un dios ser pasible,
En la multitud de tantos
Como las gentes adoran,
De quien el nombre ha tomado
La gentilidad.

ZACARÍAS.

Estudia
En el libro soberano
De la ciencia de las ciencias,
Verás misterios mas altos.

ANASTASIO.

Aguarda. ¿Libro hay alguno
En el mundo intitulado
Ciencia de ciencias?

ZACARÍAS.

No es libro,
Materialmente tomando
El nombre, sino un supuesto
Tan grande, tan docto y sabio
Que es capaz de todas ciencias.

ANASTASIO.

¿Quién es? que ese voy buscando.

ZACARÍAS.

Cristo.

ANASTASIO.

¿Cristo?

ZACARÍAS.

Sí.

ANASTASIO.

¿Pues cómo?...

MORLACO.

¿No miras que el Rey marchando
Parte ya?

ANASTASIO.

Vente conmigo;
Que en oyendo tus engaños
En ellos te he de argüir,
Probándote que los altos
Dioses son los verdaderos.

ZACARÍAS.

Yo probaré que son falsos.

ANASTASIO.

Tú ¿no eres docto?

ZACARÍAS.

¿No tienes
Tú sutil ingenio claro?

ANASTASIO.

Pues tú dejarás tu Dios.

ZACARÍAS.

Pues tú seguirás su bando.

ANASTASIO.

Pues quédese por ahora
El desafío aplazado
Para despues.

ZACARÍAS.

Norabuena.

ANASTASIO.

Y cré, esclavo...

ZACARÍAS.

Y cré, Anastasio...

ANASTASIO.

Que yo te he de hacer gentil.

ZACARÍAS.

Que yo he de hacerte cristiano.

JORNADA SEGUNDA.

Campo á orillas del Nilo.

ESCENA PRIMERA.

ZACARIAS, *huyendo*, Y MORLACO, *dándole empellones.*

ZACARÍAS.

No me maltrates, amigo,
Ten lástima, ten clemencia,
Si no por mi dignidad,
Por mis canas.

MORLACO.

¿Pues qué hubiera
Hecho, señor Zacarías,
Con él la fortuna adversa
En traerle á cautiverio
A Babilonia, si en ella
Mas que si estuviera libre,
Como un patriarca huelga?
Trabaje, cuerpo de Apolo,
Como esotros; y no quiera,
En fe de que con mi amo
Tiene pláticas diversas
Allá de unas teologías
Que nadie hay que las entienda,
Ser privilegiado.

ZACARÍAS.

Bien
Sabe el cielo que quisiera
No excusar ningun trabajo;
Mas no me alcanzan las fuerzas.

MORLACO.

Tírelas y alcanzaránle,
Que así hice yo con aquestas
Bragas y coleto, el dia
Que por venir á la guerra,
Dejé el pellejo.

ZACARÍAS.

Mal puedo
Acudir yo á la tarea
En que Cósdroas los cautivos
Ocupa, haciendo defensas
Al ejército de Heraclio,
Que dicen que ya se acerca.

MORLACO.

No digo yo que trabaje
En guarnecer la ribera
Del Nilo, donde hoy estamos
Esperándole que venga;
Pero que trabaje en casa
En algo; que no hay paciencia
Para que siendo usté esclavo
De mi amo, yo lo sea
De su patriarcalidad.

ZACARÍAS.

Pues, Morlaco, norabuena,
¿En qué quieres que te ayude?

MORLACO.

En traer desa cisterna
Agua.

ZACARÍAS.

Sí haré, aúnque en mis ojos
Pudiera hallarla mas cerca.
(*Dale Morlaco un cubo de sacar agua.*)

ESCENA II.

ANASTASIO. — ZACARIAS, MORLACO.

ANASTASIO.

Zacarías, ¿dónde vas,
Y qué lágrimas son esas?

ZACARÍAS.

Voy por agua y llevo agua,
Tributo de mi miseria;
Porque el trabajo del cuerpo
Y el del espíritu tengan
En los ojos y en las manos
Igual la correspondencia.

ANASTASIO.

¿No tengo mandado yo
Que ni trabajes ni entiendas
Mas que en dejarle á su arbitrio
De la fortuna la rueda,
Hasta que llegue el felice
Dia que se la detengas,
Haciendo que pare fácil,
Por mas que corra violenta?

MORLACO.

Lo mismo le decia yo,
No permitiendo que fuera
Por el agua; pero tanto
De ser tu esclavo se precia,
Que no quiere estar ocioso.
Diga él si no es verdad esta.

ZACARÍAS.

Conténtate con que calle,
Porque aunque yo en mi ley pueda
Omitir una verdad,
No puedo oponerme á ella.

MORLACO.

¡Qué lindo escrúpulo! Pues
¿Qué cristiano hay que no mienta?

ANASTASIO.

Segun eso, ¿este villano
Te trata mal en mi ausencia?

ZACARÍAS.

No, señor: muy bien me trata,
Pues que me da en que merezca.

ANASTASIO.

¡Vive el cielo, si con él
Riñes y no le respetas
Como á mi misma persona,
Que te mate!

ZACARÍAS.

No le ofendas.

MORLACO.

Digo, señor, que si en esto
Consiste que gusto tengas,
Le trataré desde aquí
Como á tu persona mesma.
Verbi gracia: pues, señor,
Tú mismo asimismo intentas
Lo mismo hacer que yo, estando
Yo mismo aquí mismo, suelta
El mismo cubo, y yo mismo

Iré á la misma cisterna
Por la misma agua, y no vaya
Tu misma persona mesma.

(Hácele reverencia, quítale el cubo, y pasa por delante de Anastasio sin hacer caso, y vase.)

ESCENA III.

ZACARIAS, ANASTASIO.

ANASTASIO.

No hagas caso deste loco;
Que yo haré que te obedezcan
Todos en casa.

ZACARÍAS.

Mil honras
Me hace tu piedad. ¡Oh quiera
El cielo que yo las pague,
Quizá en la misma moneda
De traerte agua otro dia!

ANASTASIO.

Nada, amigo, me agradezcas,
Pues no puedo hacer contigo
Todo lo que yo quisiera;
Y el tratarte como esclavo,
Creé que es desmentir sospechas
De algunos, que mal afectos
Murmuran la amistad nuestra.
Y si va á decir verdad,
Tienen razon en tenerlas;
Pues desde el primero instante
Que me dijiste que era
Ese Cristo, Dios que adora
Tu fe, ciencia de las ciencias,
Le debo á tu estimacion
El deseo de saberlas.—
¿Hay en él filosofía?

ZACARÍAS.

Quien es su criador ¿no es fuerza
Saber todos los principios
De la gran naturaleza?
Luego la filosofía
Mas oculta y mas secreta
En él, como en centro suyo,
Patente está y descubierta.

ANASTASIO.

¿Hay jurisprudencia en él?

ZACARÍAS.

Siendo la ley verdadera,
¿Quién puede dudar que es Dios
Divina jurisprudencia?

ANASTASIO.

¿Hay medicina?

ZACARÍAS.

No solo
Como autor de ella la engendra,
Pero aplica los remedios
De vida y salud eterna.

ANASTASIO.

Hay teología?

ZACARÍAS.

Es la misma
Teología, puesto que ella
Tiene por objeto á Dios,
Y es quien mas nos le penetra.

ANASTASIO.

¿Hay matemáticas?

ZACARÍAS.

Todas
Las matemáticas muestra
Tener, y aun sus liberales
Artes.

ANASTASIO.

Dí, ¿de qué manera?

ZACARÍAS.

Oye por curiosidad,
Cuando no por advertencia.
En él hay astrología,
Porque es suma inteligencia,
A cuyo arbitrio se mueven
Cielos, sol, luna y estrellas.
Dialéctica, porque es
En su divina presencia
Su mismo sér de sí mismo
Silogismo y consecuencia.
Música, porque compone
La dulce armonía perfecta
De elementos que entre sí
Se templan y se destemplan.
Gramática, porque es
El orígen de las letras;
Y así que es principio y fin
Dicen dos, *Alpha* y *Omega*.
Retórica, porque solo
En una palabra encierra
Altos misterios, y es cierto
Que él es su palabra mesma.
Poesía, porque no
Hay obra en sus obras bellas,
Que en números y compases
Heróico metro no tenga.
Geometría, porque mide
Distancias de cielo y tierra,
Sin que haya tan remota
Estancia que no transcienda.
Arquitectura, hable á voces
Esta fábrica opulenta
Del universo, á quien hizo
Solo con querer hacerla.
Pintura, dígalo el hombre,
Pues su sér lo manifiesta,
Dando á su imágen en cuerpo
Y en alma forma y materia.
Luego si filosofía
Están y jurisprudencia,
Medicina y teología,
Matemáticas, y en ellas
Las artes, como en su centro,
En Dios, y Dios las enseña,
Este Dios, en quien están,
Ciencia será de las ciencias.

ANASTASIO.

Antes que te arguya contra
Esa máxima, quisiera
Saber cómo haces resúmen
De tantas distintas ciencias,
Y de las mas principales,
Zacarías, no te acuerdas.
¿Dónde la mágica está,
Y las que producen de ella
Hasta la nigromancía,
Que ni las nombras ni mientas,
Ni dices que están en Dios?

ZACARÍAS.

Como no están en Dios esas,
Ni esas son ciencias.

ANASTASIO.

¿Pues qué
Serán, si el serlo me niegas?

ZACARÍAS.

Unos diabólicos artes,
Dignos que él los aborrezca.

ANASTASIO.

¿Cómo diabólicos? Pues
Los espíritus (¡qué pena!)
Que los obran, ¿no son genios
De los dioses á quien fuerzan
Caractéres y conjuros,
Para hacer, por su obediencia,
Cosas sobrenaturales?

ZACARÍAS.

Genios son; mas considera
Que son los dañados genios,
Que opuestos á Dios, intentan
Competir con sus milagros,
Valiéndose de apariencias
Fantásticas, que lo ausente
O futuro representan
Por conjeturas, formando
En agua, fuego, aire y tierra
Vagos fantasmas: y en esto
Hable mejor la experiencia.
¿Cuántas veces solo al nombre
De Dios, falta la asistencia
De esos espíritus? ¿Cuántas
Solo á la divina seña
De la cruz de Cristo, huyen
De su vista, y?...

ANASTASIO.

Oye, espera,
Que aunque piensas lo que dices,
Dices mas de lo que piensas.
¿La señal (¡qué es lo que escucho!)
(En voces altas.)
De la cruz (el alma tiembla)
Por sí (el pecho se estremece)
Los espíritus ahuyenta,
Que forman esas fantasmas,
Y (la voz falta á mi lengua)
Pierden á la vista suya
Estudio, poder y fuerzas?

ZACARÍAS.

Sí.

ANASTASIO.

Pues si tú lo probaras,
Con saber yo que no fuera
De probar dificultoso,
Yo...

ESCENA IV.

COSDROAS. — ZACARIAS, ANASTASIO.

CÓSDROAS.

Pues ¿qué voces son estas,
Anastasio?

ANASTASIO.

Una cuestion
Me arrebató de manera
Que me obligó á destemplarme.

CÓSDROAS.

¿Y qué era la cuestion?

ANASTASIO.

Era
Del culto de nuestros dioses.

CÓSDROAS.

¿Y qué habeis sacado de ella?

ANASTASIO.

Con no ser nada hasta ahora,
Es de lo que tú me ordenas.

CÓSDROAS.

¿Cómo?

ANASTASIO.

Como pienso que
Andamos, señor, muy cerca
De convenirnos los dos,
A ser de una opinion mesma.

CÓSDROAS.

¿Qué dices tú á esto?

ZACARÍAS.

Que sí;
Porque es tan grande la fuerza
De la verdad, que no dudo
Que el errado se convenza.

CÓSDROAS.

Mucho me huelgo de oirlo,
(Ap. á Anastasio.) Y es verdad, porque si llega
Ese esclavo miserable
A dejar su ley, es cierta

Cosa que arrancar podré
Las raices de la Iglesia,
De quien ya he troncado el árbol.)
(Tocan cajas destempladas y sordinas.)
Pero ¿qué cajas son estas?

ESCENA V.

MORLACO, *huyendo*. — DICHOS.

MORLACO.

¡Ah señor misma persona!
Mire usted qué dicen esas
Cajas, que como hablan gordo
No me atrevo á responderlas.

ZACARÍAS.

¿Dónde vas?

MORLACO.

¿Qué me faltara,
Si yo dónde voy supiera?
(Tocan otra vez cajas.)

ANASTASIO.

Segunda vez el clamor
Se oye.

CÓSDROAS.

¿No hay quién decir sepa
Qué es aquesto?

MORLACO.

Sí, señor.

CÓSDROAS

¿Qué es?

MORLACO.

Una cosa que suena
A truenos de la otra vida.

CÓSDROAS.

Ve, Anastasio, á ver qué sea
Esta novedad.

ESCENA VI.

MENARDES. — DICHOS.

MENÁRDES.

No vayas,
Que la novedad es esta.
El ejército de Heraclio,
Ya, gran señor, desde aquellas
Altas puntas se descubre,
Anticipando las nuevas
El ronco bastardo son
De cajas y de trompetas;
Que como pisando viene
Las oscuras sombras negras
De su muerte, marcha dando
Ya de ser vencido muestras:
A cuyo efecto de negros
Pendones el aire cuelga,
Como anticipado luto
De sus tempranas exequias.

ESCENA VII.

SIROES. — DICHOS.

SÍROES.

Aunque te habrá dicho el viento
En tristes voces funestas
La marcha de Heraclio, yo,
Que vengo, señor, de verla,
Diré mejor cuánto es grande
El pavor con que se acerca;
Pues en fe de que á ninguno
Librar de la muerte piensa,
Viene de todos nosotros
Celebrando las postreras
Ceremonias de la vida,
Construyendo en las riberas
Del Nilo, que ya es Leteo,
De pálidas sombras feas
Un sepulcro en cada planta,
Un túmulo en cada piedra,
De que es panteon el monte,
De que es bóveda la selva.

MORLACO. *(Ap.)*

Aqueste y yo nos calzamos
Miedos en una horma mesma.

CÓSDROAS.

Mejor interpretacion
Que tú, á esas fúnebres señas
Dió Menárdes, pues por sí
El luto será que ostentan.

MENÁRDES.

Sal, señor, á recibirle:
No aguardes que formar pueda
Sus escuadrones.

SÍROES.

No salgas
Sin que conozcas y veas
Número y disposicion.

MENÁRDES.

Tu voz y discurso muestran
Cuánto temes la batalla.

SÍROES.

Primero que se acometa,
El temeria es valentía.

MENÁRDES.

No es, pues en fin es temeria.

SÍROES.

Quien piense... *(Empuña la espada.)*

CÓSDROAS.

Calla, cobarde,
Que me corro de que sea
Hijo mio quien no tiene
Ya la victoria por cierta.
¿Puede el poder del destino,
Puede del hado la fuerza,
Ni contrastar mi valor,
Ni amedrentar mi soberbia?
¡Para temer, me pediste
Que conmigo te trajera!
Quedáraste en Babilonia.

SÍROES.

Señor...

CÓSDROAS.

Suspende la lengua —
Toca á recoger, y empiecen
A formarse las hileras,
Para que á campaña salgan
En buena ordenanza puestas.

SÍROES.

¿Que esto escuche mi valor?
Que esto mi fama consienta?

MORLACO.

Por mí lo dice tambien:
No hay sino tener paciencia.

SÍROES. *(Ap.)*

Pues yo haré de suerte que
El Rey y Menárdes vean
Si es la atencion valentía,
Y si es el valor prudencia.

CÓSDROAS.

Tú, Menárdes, ven conmigo;
Tú, Síroes, atras te queda;
Que no he menester yo que
Cobardes conmigo vengan.
(Vanse Cósdroas y sus hijos.)

ZACARÍAS.

Anastasio, ¿en qué quedamos?

ANASTASIO.

En grandes dudas me dejas.
Despues hablaré contigo;
Que ahora mostrar quisiera
El hermoso maridaje
De las armas y las letras.

ZACARÍAS.

¡Oh, llegue el felice dia,
Que Dios por su causa vuelva!

ANASTASIO.

Tú ven conmigo.

MORLACO.

No quiero.

ANASTASIO.

¿Por qué?

MORLACO.

Porque tú me ordenas
Lo de la misma persona;
Y pues te vas, y él se queda,
Quiero quedar á servirle,
Como á tu persona mesma.
(Vanse. Tocan cajas y trompetas destempladas.)

ESCENA VIII.

Por una parte LIBIO, ARNESTO, EL EMPERADOR HERACLIO Y SOLDADOS; *y por la otra*, IRENE, FLORA, CLODOMIRA Y MUJERES, *todas con bandas y plumas negras. Arnesto trae un estandarte negro, y Flora otro, pintada en ellos la cruz.*

HERACLIO.

En esta parte donde
Despavorido el eco nos responde
A media voz, del susto que le han dado,
Ronco el metal, el parche destemplado,
Hagan alto las tropas de mi gente.

CLODOMIRA.

En este sitio, donde dulcemente
Suena á mi oido, porque triste suena,
La voz de tanta militar sirena
Que á gemidos el aire desafía,
Alto hagan las escuadras de la mia.

HERACLIO.

¡Oh, Clodomira bella,
Con cuya luz el sol parece estrella!...

CLODOMIRA.

Heraclio generoso,
De cuyo esfuerzo Marte está envidioso...

HERACLIO.

¿Cómo vienes?

CLODOMIRA.

Quien viene
A esta empresa y contigo, dicho tiene
Que ufana, alegre, osada y atrevida
Viene á ofrecer la vida por la vida.
Tú, señor, muy cansado
De la marcha vendrás.

HERACLIO.

Solo el cuidado
A que el celo me obliga,
De mi fatiga es mi mayor fatiga;
Si bien te puedo asegurar que apénas
Pisé aquestas arenas,
Que con traidor estilo
Son temporales márgenes del Nilo,
Pues hidra de cristal con siete bocas
Les muerde á tiempos árboles y rocas,
Cuando con nueva fe, con valor nuevo,
A apellidarme vencedor me atrevo,
Sabiendo que me espera
Cósdroas fortificado en su ribera.

CLODOMIRA.

Si á tan remota parte,
Católico campeon, cristiano Marte,

Te trae de Dios la gloria,
Justa es la vanidad de la victoriá
Que tanto triunfo encierra,
Pues yo que soy...
(*Tocan dentro al arma.*)

ESCENA IX.

SOLDADOS PERSAS, *y al fin*, COSDROAS, SIROES, MENARDES Y ANASTASIO. — DICHOS.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

HERACLIO.
¿Qué es esto?

ARNESTO.
A recibirnos ha salido
Cósdroas.

FLORA.
Y tanto el número ha extendido
De sus gentes, que todo este desierto
Se mira ya de bárbaros cubierto.

LIBIO.
Tantas las flechas son de la primera
Salva, que el sol en su dorada esfera
Se oscurece y asombra.

HERACLIO.
Pues así pelearémos á la sombra.
Toca á embestir. Y vos, leño sagrado...

CLODOMIRA.
Iris de roja púrpura manchado...

HERACLIO.
Dadme esfuerzo.

CLODOMIRA.
Valor me dad divino.

HERACLIO.
Y si contra Majencio á Constantino...

CLODOMIRA.
Y si á Elena, en favor de su desvelo...

HERACLIO.
Un ángel dijo...

CLODOMIRA.
La previno el cielo...

HERACLIO.
Que con vuestra señal le venceria...

CLODOMIRA.
Que con luz vuestra, oculto os hallaria...

HERACLIO.
Yo con vos y por vos vengo á libraros.

CLODOMIRA.
Yo por vos y con vos vengo á buscaros.

HERACLIO.
No es menor triunfo el vuestro que un [imperio.

CLODOMIRA.
No fué una pena mas que un cautiverio.

LOS DOS.
Acierte la intencion, si la voz yerra.

UNOS SOLDADOS. (*Dentro.*)
Persia viva.

OTROS.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
(*Salen Cósdroas, Anastasio, Menárdes, Siroes y soldados persas; retíranse Heraclio y los suyos á una parte; trábase la batalla, y éntranse peleando.*)

ESCENA X.

MENARDES, *que vuelve solo, mirando á todas partes, temeroso.*

¡Ah cielos! ¡cuánto miente, cuánto enga-
Vista desde la corte la campaña, [ña,
Al que nunca ha sabido
Cuán pavoroso ha sido,
Cuán terrible, cuán fuerte
Este cruel teatro de la muerte!
Animoso venia,
Juzgando que podia,
Desvanecida en triunfos la memoria,
Dar yo solo á mi patria una victoria;
Y apénas de la guerra el campo veo
A discrecion del hado
De sangrientos cadáveres poblado,
Cuando escapar deseo
No mas que con la vida. [vida.
Honor, no acuerdes lo que el pasmo ol-
Entre las quiebras que hacen estas pe- [ñas,
Donde no alcanzan de la lid las señas,
Esperaré escondido
Quién es el vencedor, quién el vencido.
Pero gente (¡ay de mí!) hasta aquí ha lle-
(*Escóndese.*) [gado.

ESCENA XI.

SIROES, *con uno de los estandartes cristianos;* CLODOMIRA, *tras él.* — MENARDES, *oculto.*

CLODOMIRA.
Viendo, valiente jóven, que has ganado
Ese real estandarte,
A esta escondida parte
A singular batalla te he llamado,
Donde cobrarle cuerpo á cuerpo espero

SIROES.
Sí harás, bello prodigio, si el acero
No esgrimes; pues victoria mas segura
Que tu valor, ofrece tu hermosura.

CLODOMIRA.
No pienses desa suerte
Con lisonjas librarte de la muerte:
Demas, que están en trances y rigores
De las armas violentos los amores,
Y yo valor, y no hermosura tengo.
Lidia, pues solo á restaurarle vengo.

SIROES.
Sí haré, que no me dan tantos enojos,
Recelos, ni desmayos
De tu espada los rayos,
Como me dan los rayos de tus ojos.
Y si aquestos despojos
Te obligan á apartarme
De la lid, como dices, y á matarme,
Y aqueste es aplazado desafío,
Lidien iguales tu valor y el mio.
(*Arroja el estandarte en el suelo*)
Ya entre los dos arrojo en ese suelo
La asta que ha sido todo tu desvelo:
Arroja tú, pues á cobrarla vienes,
La ventaja tambien que á mí me tienes.

CLODOMIRA.
¿Qué ventaja? Una espada
Mis armas son.

SIROES.
Engáñaste, que armada
De soles, me deslumbra la extrañeza
De tu belleza.

CLODOMIRA.
¡Oh pese á mi belleza!
O defiéndete ó muere.

SIROES.
¿Quién ha sido
Vencedor con deseos de vencido,
Sino yo?
(*Riñen, y cáesele la espada á Clodomira cerca de donde está Menárdes.*)

CLODOMIRA.
¡Ay infeliz! perdí la espada.

SIROES.
Vuelve á cobrarla, pues.

CLODOMIRA.
De tí obligada
Al tiempo que ofendida, mis desvelos
Han de pensar si es bien...

ESCENA XII.

COSDROAS. — CLODOMIRA, SIROES; MENARDES, *oculto.*

CÓSDROAS. (*Dentro.*)
¡Valedme, cielos!

SIROES.
¡Aquella voz que escucho,
Es de mi padre! En nuevas dudas lucho,
Pues veloz su caballo se desboca
A chocar de una roca en otra roca.—
Piensa lo que has de hacer, bella homi- [cida,
Que luego vuelvo en dándole la vida.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

CLODOMIRA; MENARDES, *oculto.*

CLODOMIRA.
Del afecto de hijo arrebatado,
Estandarte y espada me ha dejado;
Y en vano, pues ha sido
(*Mirando adentro.*)
En vano su socorro, detenido
Ya de otros el caballo.
Y pues libre me hallo,
Veré si hasta mi gente
Puedo llegar.
(*Toma el estandarte, y al ir á tomar la espada, sale Menárdes de donde estaba, y tómala primero.*)

MENÁRDES.
Aqueso no: detente,
Que prisionera mia
Has de ser.

CLODOMIRA.
¡Generosa bizarría
Será, de otro dejada,
Triunfar de una mujer, y sin espada!

MENÁRDES.
Yo de tí no deseo
Hacer aquí victoria del trofeo,
Sino por interes.

CLODOMIRA.
¿Quién le asegura?

MENÁRDES.
Tener por prisionera tu hermosura.

CLODOMIRA.
Primero me darás la muerte esquiva.

MENÁRDES.
¿Cómo has de defenderte...

ESCENA XIV.

SOLDADOS PERSAS; *despues*, HERACLIO. — CLODOMIRA, MENARDES.

SOLDADOS. (*Dentro.*)
Persia viva.

MENÁRDES.
Y mas cuando veloces
«¡Persia viva!» repiten esas voces?

CLODOMIRA.
¡Ay de mí, que mi gente fugitiva,
De los montes se ampara!

SOLDADOS. (*Dentro.*)
Persia viva.

CLODOMIRA.

Ceda el valor á la ira de los hados.
Tu esclava soy. (*Vanse.*)

HERACLIO. (*Dentro.*)

A retirar, soldados,
Pues perdida tenemos la victoria.

ESCENA XV.

COSDROAS, ANASTASIO, MORLACO y soldados; *despues*, MENARDES y CLODOMIRA.

ANASTASIO.

Dame en albricias de tan grande gloria
La mano.

CÓSDROAS.

Corto premio son mis brazos
Cuando te ciñan en eternos lazos;
Que tú, Anastasio, has sido
Por quien no solo digo que he vencido,
Sino que vivo estoy, pues en tí hallo
Socorros al desman de mi caballo.

ANASTASIO.

De aquella flecha herido,
Se desbocó; mas luego reducido
De tu valor, templó la furia airada;
Que á mí, señor, no me debiste nada.

ESCENA XVI.

MENARDES, *con el estandarte*, y CLODOMIRA. — DICHOS.

MENÁRDES.

Recibe, invicto señor,
De aqueste nuevo soldado
Los trofeos que ha ganado,
Primicias de su valor. —
Llega á sus piés y asegura
La dicha, esclava, en que estás.

CÓSDROAS.

No sé qué agradezca mas,
Tu valor ó su hermosura.

CLODOMIRA.

Dame, gran Cósdroas, tus piés,
(*Arrodíllase.*)
Ya que sin piedad alguna
A ellos me trae mi fortuna.

CÓSDROAS.

Levanta del suelo, que es
Indignidad, que en el suelo
Estén tan sin arrebol,
En el oriente del sol
Muertas las luces del cielo.
¿Quién eres?

CLODOMIRA.

Pues de tu ira
La muerte deseando estoy,
No he de negarlo. Yo soy
La infelice Clodomira.

CÓSDROAS.

¿La reina de Gaza?

CLODOMIRA.

Sí.

CÓSDROAS.

Cuando en tu reino me viste,
A Jerusalen te fuiste,
Huyendo entónces de mí.
Cuando fuí á Jerusalen,
La ciudad desamparaste
Y en Jope te embarcaste,
Huyendo de mí tambien.
¿Qué te han contado de mí,
Que tanto miedo me tienes?
Pero puesto que á ser vienes
Hoy mi prisionera aquí,
Yo venceré tu temor
Dándote á entender que he sido
Mas de mujeres vencido,
Que de hombres vencedor.
¿Y Siroes?

MENÁRDES.

No le vi mas
Que al principio... Y que le esconde,
Pienso, esa montaña.

ESCENA XVII.

SIROES. — DICHOS.

SIROES. (*Hablando desde dentro.*)

¿Dónde,
Hermoso prodigio, estás?
Mira... (*Sale.*) Mas ¿quién está aquí?

CÓSDROAS.

¿De qué vienes tan turbado?
Ya, ya la lid se ha acabado,
Bien puedes volver en tí;
Que no quiero otro castigo
Dar á tu temor, villano,
Que el trofeo que tu hermano
Ha ganado al enemigo.
Este estandarte quitó,
Y hizo en lid sangrienta y dura,
Prisionera esa hermosura.
(*Ha tenido Clodomira la mano delante del rostro, llorando; ahora la quita, y Siroes se admira al verla.*)

SIROES.

¡Qué escucho!

CLODOMIRA.

¡Qué miro!

SIROES.

Yo...

CÓSDROAS.

Calla, cobarde.

SIROES.

Fuí quien...

CÓSDROAS.

En ese monte guardado
Toda la batalla ha estado.

SIROES.

Ese estandarte...

CÓSDROAS.

Está bien.

SIROES.

Y esa hermosa deidad bella
En la batalla gané,
O dígalo ella quién fué.

MORLACO. (*Ap.*)

¿De los de «dígalo ella»
Me es? Pues sin mas ver ni oir,
Apostaré la cabeza
A que es gallina su Alteza.

MENÁRDES.

¿Cómo ella lo ha de decir,
Si por haberla vencido,
Se querrá vengar de mí?

CÓSDROAS.

Claro está; y pues yo te vi
Salir de donde escondido
Estuviste, es asentada
Cosa que allí tu temor
Te retiró.

CLODOMIRA.

Yo, señor...

CÓSDROAS.

Ninguno me diga nada,
Que nada creré.

SIROES.

¡Ay de mí!

CÓSDROAS.

Ya es para el engaño tarde.—
Ven, Clodomira. — Cobarde,
Yo me vengaré de tí.

SIROES.

¿Posible es que el singular
Valor tus labios no digan?...

CLODOMIRA.

Fuerza es callar, que me obligan
Muchas cosas á callar.
(*Vanse Cósdroas, Clodomira y los soldados.*)

SIROES.

¡Suerte injusta! ¡Hado enemigo!
Oye, Menárdes, verás...

MENÁRDES.

No me faltaba ahora mas
Que ponerme á hablar contigo. (*Vase.*)

SIROES.

¿Hay mas infelice estado,
Que ver con aplauso honroso,
En las manos del dichoso
Méritos del desdichado? (*Vase.*)

MORLACO.

Con esas voces pregona
Cuán poca justicia tiene.
Pero allí viene...

ANASTASIO.

¿Quién viene
Allí?

MORLACO.

La misma persona,
Que en oyendo que vencia
Cósdroas, tan marchito estaba,
Que á mí, aunque él á Dios se daba,
El diablo me parecia.

ANASTASIO.

¿Qué murmuras? Como á mí
Tratarle, ¿no te mandé?

MORLACO.

¿Y quién te ha dicho á tí, que
Yo no murmuro de tí?

ESCENA XVIII.

ZACARIAS. — ANASTASIO, MORLACO.

MORLACO.

Mas porque no me dén pena
Las disputas de los dos,
(*Pónese en medio de los dos, y hace reverencia á entrambos.*)
Seor misma persona, adios,
Adios, seor persona ajena. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

ZACARIAS. — ANASTASIO.

ZACARÍAS.

Hasta llegar á tus piés,
No he salido del cuidado
Que tu peligro me ha dado.

ANASTASIO.

Guárdete el cielo, que aunque es
Con pérdida la victoria
De tu rey, de tu nacion,
Tu Dios y su religion,
Quiero creer que la gloria
Della te alcance por mí.

ZACARÍAS.

Verdad es que yo me holgara,
Señor, que mi rey triunfara
De todos; mas no de tí.

ANASTASIO.

Deshecho y desbaratado
Al monte se retiró,

De donde no pienso yo
Que saldrá, porque sitiado
En él, abrigo no tiene,
Ni bastimento.

ZACARÍAS.

¡Ay de mí!
Mas si Dios lo quiere así,
Eso es lo que nos conviene.

ANASTASIO.

Su muerte el Rey no ha intentado,
Por reducirle primero
Y hacerle su prisionero.

ZACARÍAS.

Sea Dios siempre alabado.

ANASTASIO.

En este mismo conflito,
Cautiva de nuestra ira
Fué la reina Clodomira.

ZACARÍAS.

Sea Dios siempre bendito.

ANASTASIO.

¿Cómo con tanta paciencia
Llevas los trabajos?

ZACARÍAS.

Como
De mano de Dios los tomo
Por regalos.

ANASTASIO.

De su ciencia
Capaz me empezaba á hacer;
Y aunque pendiente quedó
Aquello de la cruz, no
Quiero ahora sino saber,
Si es tu Dios tan poderoso,
¿Cómo no puede ayudar
A los suyos, y pasar
Los vemos por el penoso
Golfo de calamidades,
Que en una y otra avenida
Son escollos de la vida?
O puede usar sus piedades,
O no. Si puede, ¿por qué
A ellos no se las concede?
¿Y cómo, si es que no puede,
Todo poderoso fué?

ZACARÍAS.

No es dejar uno de usar
Tal vez de todo el poder
Argumento de no ser
Poderoso; pues gozar
Puedo yo un tesoro, y no.
Por no querer despenderlo,
Dejaré de poseerlo,
Ni de ser su dueño yo.
Luego de mi Dios, no dudo
Que á nuestro entender remiso,
Pudo usar desto que quiso,
Sin usar de lo que pudo.

ANASTASIO.

Al Padre y Hijo ha aplicado
Saber y poder tu error,
Al Espíritu el amor;
Y habiendo en los tres juntado
Poder, amor y saber,
Si esto no es contra la ciencia
Ni contra la omnipotencia,
Contra el amor vendrá á ser;
Pues dejar tu Dios de dar
Favor á los suyos, ya es
Faltar uno de los tres.

ZACARÍAS.

Un padre que á castigar
Llega á un hijo, no por eso
Deja de tenerle amor;
Antes le muestra mayor,
Cuanto con mayor exceso
Le hiere de enojo lleno,
Y hace del dolor regalo
Porque su hijo ha sido malo,
Mas no porque él no sea bueno.
Y así, el dia que castiga
Dios su pueblo, hace mayor
Argumento de su amor,
Sin que por eso se diga
Que quiere mas al infiel;
Porque allí es bien que se note
Que le toma como azote,
Con que le corrige á él.

ANASTASIO.

Si aqueso fuera verdad,
Le castigara y le hiriera;
Pero no le destruyera
Tan del todo su crueldad
Que la vida le quitara.
O vuelve á ver de qué suerte
A prenderle ú darle muerte
Va Cósdroas donde él se ampara.

ZACARÍAS.

Quizá dél compadecido,
Viéndole ya castigado,
Le pondrá en mejor estado.

ANASTASIO.

Mal podrá, si reducido
A dos peñascos se ve,
Y casi á ninguna gente.

ZACARÍAS.

Bien podrá, si con fe...

ANASTASIO.

Tente,
Y deja eso de la fe
Para despues; que ahora es
Fuerza que al Rey asistamos
(*Suenan cajas.*)

ZACARÍAS.

Sí haré; pero mucho vamos
Dejando para despues. (*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA XX.

COSDROAS y SOLDADOS *al pié del monte; en la cumbre de él*, HERACLIO *y sus* SOLDADOS; *despues*, ANASTASIO.

CÓSDROAS.

No paseis de aquí, que quiero,
Despues de haber advertido
Seña de paz, llegar solo
A ese trágico retiro
De cristianos, para ver
Si ya que están reducidos
O al trance de una batalla
O á la pesadez de un sitio,
Antes que con el acero,
Con sola una voz los rindo.
(*Hace seña con un lienzo*)

SOLDADOS DE HERACLIO. (*Cantan.*)

¡Piedad, Señor divino!
No entres con tus esclavos en júicio.

CÓSDROAS.

Cuando esperé solo oir
Llantos, quejas y suspiros,
¿La respuesta que me han dado,
Sonora música ha sido?
¿Si es ceremonia en su ley
Tratar así los vencidos.
(*Sale Anastasio.*)
Al vencedor? — Anastasio...

ANASTASIO.

¿En qué, gran señor, te sirvo?

CÓSDROAS.

¿Suelen, dime, los cristianos,
Cuando se miran rendidos,
Pedir cantando piedades?

ANASTASIO.

No sé que hasta hoy haya sido
Tal ceremonia en su ley.

CÓSDROAS.

Pues llega, acércate á oirlo.

SOLDADOS. (*Cantan.*)

¡Piedad, Señor divino!
No entres con tus esclavos en júicio.

ANASTASIO.

Esto, señor, es hablar
Con su Dios, que no contigo.

CÓSDROAS.

Pues ¿qué dicen á su Dios?

ANASTASIO.

Cántanle en salmos y en himnos
Alabanzas.

CÓSDROAS.

¿Alabanzas,
Cuando se ven afligidos?

ANASTASIO.

Sí, que quien por él padece,
Muere con tal regocijo,
Que como cisnes, celebran
Su muerte en esos cajstros.

CÓSDROAS.

Pues porque él no los escuche,
Mi voz ha de interrumpirlos. —
¡Ah de ese soberbio monte!
Ah de ese encumbrado risco,
Que rústica pira hoy
Es de cadáveres vivos!

HERACLIO. (*En lo alto.*)

¡Ah de ese profundo valle!
Ah de ese desierto abismo,
Que de muertos animados
Hoy es bárbaro obelisco!

CÓSDROAS.

Decid á Heraclio que yo,
Cósdroas (rey de Persia invicto,
Gran soldan de Babilonia
Y gran sátrapa de Egipto,
Dueño de Gaza, y aun dueño
Del hermoso sol divino
De Clodomira, que es
El triunfo que mas estimo,
Señor de Jerusalen
Y... Mas ¿para qué repito,
Habiendo dicho que yo,
Mas señas, si en eso he dicho
Cuanto puedo, pues yo soy
Rey y reino de mí mismo?)
Hablarle pretendo.

HERACLIO.

Heraclio
(Cristiano César indigno
De Constantinopla, rey
De Jerusalen y Cipro,
Protector de Egipto y cuanto
Ese monstruo cristalino
Del Archipiélago moja,
Conducidor y caudillo
Y general destas armas;
Que todas mis señas digo
Yo, porque yo soy por ellas
Mucho, y nada por mí mismo)
Te escucha: ¿qué es lo que quieres?

CÓSDROAS.

Que yo, el humano prodigio
De los hombres y las fieras;
Aunque en mi vida he tenido
Compasion, y mas de aquellos
Que sin ley, razon ni juicio,
Siguen el errado bando
Del crucificado Cristo;
De tus míseras fortunas,
O vano ó compadecido,
Que allá en la parte de rey
Simbolizaron conmigo,

A rogarte con la paz
Vengo; y para esto es preciso
Que te proponga primero
Que estás sujeto al arbitrio
De mis armas, siendo un monte
Mal defensable retiro
De las armas; pues en él,
Cuando no te estreche el brio
De mis soldados, podrán
Los embotados cuchillos
De la hambre y de la sed
Herir con menor peligro
Que el acero; y cuando no
Fuera uno y otro conflicto
Bastante, puedo poner
Fuego á todo este distrito,
Haciendo que arda en pavesas
Aun ántes que alumbre en visos.
Siendo pues así, y que no
Tienes mas seguro alivio
Que apelar á la piedad
De que quiero usar contigo,
Mira si te estará bien
Disponerte á los partidos
De buena guerra, y si quieres
Capitularlos conmigo.

SOLDADOS DE HERACLIO.

Acepta, señor, las vidas,
Pues que nos miras rendidos.

HERACLIO.

Antes que yo te responda,
Mi gente te ha respondido;
Porque es mi gente tan mia,
Que viendo que nunca ha sido
Para uno solo desaire
Desaire de muchos, quiso
Decirlo ella, porque yo
No tuviese que decirlo.
Y puesto que la fortuna
Y el valor son enemigos,
Y siempre deshizo aquella
Las hechuras que este hizo,
A tus capitulaciones
Quiero doblar los oidos,
No por mí, sino por tantos
Hijos y vasallos mios;
Que de católicos reyes
Aun los vasallos son hijos.

CÓSDROAS.

La primera condicion
Es que sin armas, rendidos
Han de salir tus soldados
De todos estos distritos.

HERACLIO.

¡Sin armas?

CÓSDROAS.

Sin armas.

HERACLIO.

Puesto
Que las honras del vencido
Son triunfos del vencedor,
Y eso no fuera honor mio,
Sino tuyo, di adelante,
Que esa condicion confirmo.

CÓSDROAS.

La segunda, que el imperio
De Constantinopla altivo
Ha de ser mi tributario.

HERACLIO.

Tampoco á esta replico;
Que el interes no ha de hacer
Lo que la opinion no hizo.

CÓSDROAS.

Es la tercera, que tú
No has de ir con ellos; cautivo
Has de quedar.

HERACLIO.

Sí haré: mira
¡Qué presto te la confirmo!
Que ya que llevar no puedo
La cruz de Cristo conmigo,
Es bien quedarme con ella,
Para que digan los siglos
Que ella me cautiva á mí,
Ya que yo á ella no la libro.

CÓSDROAS.

La cuarta y última es
Que ántes de salir rendidos,
Habeis de jurar mis fueros,
Mis ceremonias y ritos,
Y en el templo en que esa cruz
A Júpiter le dedico,
Ante ella habeis de hacer todos
A mis dioses sacrificios.

SOLDADOS.

No lo aceptes, no lo aceptes:
Muramos ántes que oirlo.

HERACLIO.

¡Oh ingrata gente! ¡Qué presto
Os vengais de un beneficio!
Pues apénas me quitasteis
Aquella infamia al principio,
Cuando me quitais la gloria
De decir lo que habeis dicho.—
Blasfemo, bárbaro Rey,
Soberbio y desvanecido,
No prosigas, no prosigas;
Que si yo puedo conmigo
Dispensar en los honores
De mis vasallos y mios,
En los de mi Dios no puedo.
Colérico, vengativo,
Sañudo, fiero, obstinado,
Desarma el acero limpio,
Asedia el hambre penosa,
O apresura el fuego activo;
Que á morir determinados
Estamos, y no á rendirnos.

CÓSDROAS.

Eso lo dices tú solo.

SOLDADOS.

Todos, todos lo decimos.

MENÁRDES.

Pues ¿qué aguardas? Todos mueran,
Pues todos lo han elegido. (*Vase.*)

SÍROES.

Ten piedad, quizá otra vez
Responderá mas sumiso.

CÓSDROAS.

¿Que aun de los rendidos tienes
Temor?

SÍROES.

Hoy serás testigo
De mi valor y tu engaño. (*Vase.*)

CÓSDROAS.

Al arma, al arma.

(*Vase, y tras él Anastasio y soldados. Tocan cajas.*)

HERACLIO.

Ea, amigos,
Los que estáis para el manejo
De las armas impedidos,
Cantad á Dios alabanzas
Miéntras nosotros morimos;
Porque á las voces de unos,
Diga de otros el martirio...

(*Aparecen en lo alto ángeles con espadas de fuego.*)

SOLDADOS. (*Cantan.*)

¡*Piedad, Señor divino!* etc.

UNOS SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Viva Cósdroas!

OTROS.

¡Viva Heraclio!

OTROS.

¡Viva la gran cruz de Cristo!

OTROS. (*Cantando.*)

Piedad, Señor divino, etc.

(*Sobreviene una tempestad con truenos, rayos y piedras, cubriendo una nube la cima del monte. Vuelve Cósdroas con sus soldados.*)

CÓSDROAS.

¡Santos dioses! ¿Qué espantoso
Terremoto de improviso
La luz del sol ha apagado?

ESCENA XXI.

MENÁRDES, *y luego* SIROES, MORLACO Y ANASTASIO.—CÓSDROAS, *y sus* SOLDADOS, HERACLIO *y los suyos.*

MENÁRDES.

¿Dónde han desaparecido
Las luminares antorchas
De planetas y de signos?

(*Sale Síroes.*)

SÍROES.

Contra nosotros pelean
Los montes estremecidos,
Arrancando los peñascos,
Solo para destruirnos,
Las ráfagas de los vientos.

(*Sale Morlaco.*)

MORLACO.

Ve aquí, por lo que se dijo
Aquello de estar el mundo
Para dar un estallido.

(*Sale Anastasio.*)

ANASTASIO.

En igual confusion, ¿cuándo
El orbe jamas se ha visto?
Igual eclipse no cabe
En el humano júicio.

CÓSDROAS.

Anastasio...

ANASTASIO.

¿Quién me llama?

SÍROES.

Gran sabio...

MENÁRDES.

Docto prodigio...

MORLACO.

Mal amo...

ANASTASIO.

¿Qué me quereis?

CÓSDROAS.

Pues contra mí se han valido
Los cristianos de sus artes,
Pelêmos hechizo á hechizo,
Pues ves que ya contra ellos
Nuestras fuerzas no han podido,
Ni ofenderles la tormenta,
Porque valientes y activos,
Con sus hechizos nos vencen.

TODOS.

Serena, pues ves en giros
Caer del cielo tantos rayos,
Ese celeste prodigio.

ANASTASIO.

No puedo, que mis secuaces,
Prisioneros del abismo,
No me obedecen, al ver
Mas soberanos ministros
Peleando contra ellos.

TODOS.

¿Pues de qué nos han servido
Tus ciencias?

CÓSDROAS.

A retirar,
Soldados. (*Vase.*)

HERACLIO. (*De entre la nube.*)

¡Que huyen! ¡Seguidlos! (*Bajan.*)

ANASTASIO.

De mucho, de mucho, pues
En solo un instante he visto
Del Padre la omnipotencia,
La sabiduría del Hijo,
Del Espíritu el amor;
Y así, confieso y publico
Con la voz de los cristianos...

SOLDADOS DE HERACLIO.

¡Viva la gran cruz de Cristo!

(*Acometen los soldados de Heráclio á los de Cósdroas, y éntranse todos peleando.*)

JORNADA TERCERA.

Campo fortificado de Cósdroas. Una tienda de campaña.

ESCENA PRIMERA.

Sigue la tempestad con que acabó la segunda jornada, y salen, como asombrados, CLODOMIRA Y ZACARIAS.

ZACARÍAS.

Clodomira...

CLODOMIRA.

Padre mio...

ZACARÍAS.

¿Qué desdicha...

CLODOMIRA.

¿Qué desgracia...

ZACARÍAS.

Es la que hoy nos espera?

CLODOMIRA.

Es la que hoy nos aguarda?

ZACARÍAS.

Con los demas prisioneros,
Cósdroas, esa fiera humana...

CLODOMIRA.

En sus fortificaciones
A los dos dejó con guardas

ZACARÍAS.

En tanto que él á buscar
Iba á Heraclio á la montaña...

CLODOMIRA.

Adonde se retiró
Cuando perdió la batalla.

ZACARÍAS.

Atentos pues al estruendo
De las trompas y las cajas...

CLODOMIRA.

Estábamos, cuando el cielo
Se encubrió de nubes pardas.

ZACARÍAS.

Contra nosotros sin duda
Sus azules velos rasga,
Y enojado con nosotros,
No quiere que ajenas armas
Nos castiguen.

CLODOMIRA.

No lo creas,
Que quizá su soberana
Piedad, hoy de su poder
Usa en favor de su causa.

ZACARÍAS.

¡Ay que son nuestros pecados
Muchos!

CLODOMIRA.

¡Ay que nuestras ansias
Son muchas, y Dios es Dios
De piedad!

ZACARÍAS.

Y de venganza.

CLODOMIRA.

Yo por lo menos vivir
Tengo en esta confianza.
En fe de la cual parece
Que ya su cólera aplaca
El cielo, y segunda vez
Permite que el sol nos nazca,
A cuya luz veo que rotas
Y deshechas las escuadras
De Cósdroas, á las defensas
Se retiran destas altas
Fortificaciones.

ZACARÍAS.

¿Quién
Nos dirá qué ha habido?

ESCENA II.

MORLACO, *huyendo.* — ZACARIAS, CLODOMIRA.

MORLACO.

¡Gracias!
A Baco, opíparo dios
De las cepas y las parras
(Que es el que yo invoco en todas
Buenas y malas andanzas),
Que llegué vivo á ponerme
En salvo!

ZACARÍAS.

Detente.

CLODOMIRA.

Aguarda.

LOS DOS.

Dinos, ¿qué es esto?

MORLACO.

Esto es
Que *una bella ritirata*
A tutta la vita onora.

ZACARÍAS.

Pues ¿qué sucede?

CLODOMIRA.

¿Qué pasa?

MORLACO.

¿Qué mas quisieran ustedes
De que yo se lo contara,
Y tener dos buenos ratos
En mi prosa y mi desgracia?
Pues mal haya mi alma (si es
Que Morlacos tiene alma)
Si yo dijere que Heraclio,
Vuestro cristiano monarca,
Amparado de los cielos
Que en su favor se declaran
O se obscurecen, nos viene,
Cocinero de campaña,
Para hacernos un gigote,
Picando la retaguardia;
Fuera de que aunque quisiera
Decirlo, no me dejara
Cósdroas que con los demas
Que le siguen y acompañan,
Viene diciendo...

ESCENA III.

COSDROAS, *furioso, huyendo de él algunos* SOLDADOS; MENARDES, SIROES Y ANASTASIO. — DICHOS.

CÓSDROAS.

Huid de mí
Todos.

SÍROES.

Advierte...

MENÁRDES.

Repara...

ANASTASIO.

Considera...

TODOS.

Mira...

CÓSDROAS.

Nadie
Me hable, pues que nadie basta
A reparar los extremos
De mi cólera y mi rabia.
¡Yo sin laurel, yo sin triunfo,
Yo sin honor, yo sin fama!
¿De cuatro humildes rendidos
Huyendo vuelvo? ¡Qué ansia!

ANASTASIO.

No hay cosa, señor, que mas
Sujeta esté á la mudanza
Que la guerra, de un instante
A otro.

CÓSDROAS.

No prosigas, calla,
Calla, bárbaro; que desos
Prodigios que me acobardan
Tú tienes la culpa; pues
Con inútiles, con vanas
Ciencias engañado tienes
El mundo, y á hacer no bastas,
Contra cristianos hechizos,
En cielo y tierra mudanzas.
Y así, puesto que te precias
De enseñar lo que no alcanzas,
Desterrado para siempre
De mi imperio y de mi gracia,
Sal al instante.

ANASTASIO.

Señor...

MORLACO. (*Ap.*)

Hoy cobra mi amo gran fama,
Que hechiceros y hechiceras
Nunca son famosos, hasta
Que por ser tan poderosos
Les murmuran las espaldas

SÍROES.

No, señor, por un acaso,
Triste y desterrado salga
Quien es honor de tu reino.

CÓSDROAS.

¿Pues tú, cobarde, me hablas?

MENÁRDES.

Salga, señor, desterrado
Quien con sus ciencias engaña
El mundo, y siempre vencidas,
Al mejor tiempo le faltan.

CÓSDROAS.

Siempre tú de mi opinion
Eres; tú de la contraria:
Y así, por darte á ti gusto
Y á ti pesar, le arrojara,
Cuando no por no vencer
De los cristianos la magia.

ANASTASIO.

No es magia de los cristianos,
Señor, lo que hoy amenaza
Tus ejércitos.

CÓSDROAS.

Pues ¿qué es?

ANASTASIO.

Ciencia mas divina y alta
De su Dios.

CÓSDROAS.

Dí, ¿quién te enseña
Esa vil doctrina falsa?
¿Quién te engaña?

ZACARÍAS.

Nadie, y yo,
Pues nadie es el que le engaña,

Y yo soy el que le enseña
Esa verdad.

CÓSDROAS.

Oye, aguarda,
Que ahora conozco, ahora veo
Cuán opuesto efecto saca
Mi diligencia en los dos;
Pues cuando ciego pensaba
Que él te redujera á tí,
Hallo la accion tan contraria,
Que tú reduces á él.

MORLACO.

¡Ahora sabes que si andan
Juntos un sabio y un tonto,
Al cabo de la semana
Uno no enseña su ciencia,
Y otro pega su ignorancia?

CÓSDROAS.

Ven acá. ¿Tú dices que ese
Accidente de la varia
Naturaleza, con que
La luz se eclipsa, el sol falta,
Efecto es de tu Dios?

ZACARÍAS.

Sí.

CÓSDROAS.

¿Y tú crès que por su causa
Con tales prodigios vuelve?

ANASTASIO.

Y con la vida y el alma
Moriré por su verdad.

CÓSDROAS.

Pues mi cólera ¿qué aguarda,
Infames? Mas no, de otra
Suerte ha de ser mi venganza.—
Hola.

UN SOLDADO.

Señor.

CÓSDROAS.

A ese anciano
Caduco, y á esa tirana
Fiera, que apóstata ya
De los dioses se declara,
Con prisiones reducid
A la mas lóbrega estancia.
Veamos, veamos si ese Dios
Que uno enseña y otro ensalza,
Los libra de mí. Ea, llevadlos.

MORLACO.

Yo el primero cuanto mandas
Por ejecucion pondré.
(*Llegan á agarrarlos Morlaco y soldados.*)
(*Ap.* Veré si puedo dar traza
De no ser por su criado
Conocido.)

ANASTASIO.

¿Tú me atas?

MORLACO.

¿Pues no? Lindamente; y por
Servirte en cuanto me encargas,
Como á tu misma persona,
Ataré ahora al Patriarca.

ZACARÍAS.

¡Anastasio!

ANASTASIO.

¡Zacarías!

ZACARÍAS.

Ten en mi Dios confianza.

ANASTASIO.

En fe suya mi deseo
Vivir y morir aguarda.

CÓSDROAS.

Llevadlos presto.

MORLACO.

Venid.

ANASTASIO.

Gran Dios, pues mis ignorancias
Venciste, dame lugar
De aprender tus alabanzas.

MORLACO.

Heme aquí hecho en un instante
Sayon de capa y espada.
(*Llévanlos atados: Morlaco se va con los soldados que los llevan.*)

MENÁRDES.

Yo por ser tu gusto y ser
Accion justa, heróica y santa,
Seré, hasta dejarlos presos,
El ministro desta causa.

CÓSDROAS.

Tú solo agradarme sabes.
(*Vase Menárdes.*)

ESCENA IV.

COSDROAS, SIROES, CLODOMIRA.

SÍROES.

¡Qué desdicha!

CLODOMIRA.

¡Qué desgracia!

CÓSDROAS.

¿De qué, Clodomira, lloras?
¿De qué tú, Síroes, te espantas,
Y los dos, mirando al cielo,
Suspirais?

CLODOMIRA.

Yo de ver cuánta
Es tu crueldad, pues no pueden
Enternecerte las canas
Dese miserable anciano.

SÍROES.

Yo de ver cuánta es tu saña,
Pues por un fácil error
Así á Anastasio maltratas.

CÓSDROAS.

¿Fácil error te parece
Oponerse á las sagradas
Deidades de nuestros dioses?

SÍROES.

Sola esa culpa le falta.
El no dice...

CÓSDROAS.

No disculpes
Ya el error. ¿Ser no te basta
Cobarde, sino tambien
Sacrílego?
(*Va á darle, y pónese Clodomira en medio.*)

CLODOMIRA.

Interesada
En lo uno, quiero en lo otro
Volver, señor, por su fama.
Ni es sacrílego, ni es
Cobarde, que en la campaña
El fué...

CÓSDROAS.

Otra vez me lo has dicho,
Y ya sé que esta es venganza
De Menárdes: no prosigas.

ESCENA V.

MENARDES, *con una carta.* — COSDROAS, CLODOMIRA, SIROES.

MENÁRDES.

Ya en la mas lóbrega estancia
De una cueva oscura y triste
Quedan los dos, y esta carta
Trae á toda diligencia
Un hombre, y respuesta aguarda.

CÓSDROAS.

¿De dónde es?

MENÁRDES.

De Babilonia.

CÓSDROAS.

Temor me ha dado al tomarla;
Que adivino el corazon,
No sé qué le dice el alma.
(*Lee, haciendo extremos.*)

SÍROES.

Como va leyendo, va
Los semblantes de la cara
Mudando.

MENÁRDES.

¿Qué novedad
Tan nuevos extremos causa?

CÓSDROAS.

Yo os lo diré, pues es fuerza
Hacer notoria esta carta,
A cuyo efecto es preciso
Que mi cetro y laurel traigas.
(*Dirígese á la tienda de campaña y entra en ella, siguiéndole los demas.*)

ESCENA VI.

Tocan cajas y trompetas, ábrese la tienda, y dentro de ella aparece COSDROAS *sentado en un trono, con laurel y bastoncillo, y á sus lados* SIROES Y MENARDES *en asientos mas bajos.* CLODOMIRA, CAUDILLOS Y SOLDADOS.

CÓSDROAS.

Vasallos, deudos y amigos,
En cuyos hombros descansa
El peso de mi corona:
Aquel prodigio, que en tanta
Confusion nos puso, el dia
Que perdimos la batalla,
Hasta la gran Babilonia
Llegó, y refiere esta carta,
Que de Júpiter el templo,
Donde se conserva esclava
La cruz de Cristo, ha temblado,
Cayendo en tierra su estatua.
Los cristianos que cautivos
En Babilonia se hallan,
Validos de la ocasion
Han puesto la plebe en arma,
De suerte que me es forzoso
Que yo á reducirla parta.
Habiendo pues de faltar
De aquí, será bien que haya
Quien en mi ausencia gobierne
Las tropas y las escuadras;
Que al opósito de Heraclio,
Es preciso conservarlas.
Aquesto asentado, ya
Sabeis que es costumbre usada
De Persia, que entre sus hijos
(Sin que mayor edad valga)
Puedan elegir los reyes
Sucesor: ley soberana
Que mira á que no por qué
Primero uno que otro nazca,
Ciña la sacra diadema,
Sino porque sea su fama
Mas digna della; y así,
Pues constan en lides tantas,
De Menárdes y de Síroes
Los triunfos y las infamias;
Desta ley usando, quiero
Que en él la eleccion se haga,
Y que príncipe jurado
Y general de mis armas
Quede.
(*Levántase, pónele su corona y bájase del trono, y Menárdes se sienta en él.*)

En fe de lo cual yo
Pongo en su frente la sacra
Corona, y de aqueste cetro
Su mano adorno, y en altas
Voces publico al compas
De trompetas y de cajas :
¡Viva Menárdes!

TODOS.
¡Menárdes
Viva!

CÓSDROAS.
¿Qué esperas? qué aguardas,
Síroes, que el primero tú
No te pones á sus plantas?

SÍROES.
Padre, rey y señor mio,
¿Por qué desta suerte infamas
Tu sangre en mí, y en mí á toda
La naturaleza faltas?
Mira, señor, que un engaño
Y una pasion avasallan
Tus acciones de manera,
Que á ser rey y padre faltas.
Si es ley de Persia que herede
La majestad soberana
El mérito y no la edad,
Tambien lo es que no se hagan
Violencias en la eleccion
A quien no haya dado causa.
Señor, rey y padre mio,
(*De rodillas, y él volviendo el rostro.*)
(Segunda vez te lo llama
La voz), duélete de mí,
No en la parte de que hagas
A mi hermano sucesor
Del reino, que en eso no habla
Mi valor, sino en la parte
Con que mi opinion disfamas,
No solo en el honor, pero
En la religion sagrada
De nuestros dioses, á quien
Doy por testigo...

CÓSDROAS. (*Arrojándole.*)
Ya basta;
Y pues ha de ser, ¿qué esperas?
Llega, y échate á sus plantas.

SÍROES.
Sí haré, pues que la fortuna,
Deidad de los hombres varia,
Lo quiere así; protestando
A tí, señor, que lo mandas,
A los cielos que lo miran,
A los dioses que lo trazan
Y á tus gentes que lo escuchan,
Que nunca te he dado causa
Para este oprobio, y que tengo
De morir en la demanda
De mi honor, hasta tomar
Satisfaccion y venganza.
(*Besa la mano á Menárdes.*)

MENÁRDES.
Soberbio, bárbaro, loco,
¿Qué satisfaccion aguardas?
(*Levántase Menárdes.*)

SÍROES.
Tú la verás algun dia.

CÓSDROAS.
No le escuches.

CLODOMIRA. (*Ap.*)
¡Qué tirana
Accion!

CÓSDROAS.
Y pues ya la noche
Extiende sus negras alas,
Cubriendo el mundo de horrores,
A Babilonia mañana
He de partir, ya que puedo,
Seguro en la confianza
De dejar quien os gobierne.
Y ahora decid en altas
Voces, que el viento confundan
Al son de músicas varias :
¡Viva el gran Menárdes!

TODOS.
¡Viva!
(*Vanse Cósdroas, Menárdes, los caudillos y soldados.*)

ESCENA VII.

SIROES, CLODOMIRA.

SÍROES.
¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Yo con nota de cobarde,
Desheredado (¡qué rabia!)
Del laurel? ¿Yo (¡qué veneno!)
Desposeido de tanta
Majestad? ¡Oh! ¿para cuándo
Júpiter sus rayos guarda?
Mas ¿quién aquí por testigo
Ha quedado de mis ansias?

CLODOMIRA.
Quien no quiso interrumpirlas,
Imaginando aliviarlas
Con oirlas, porque dellas
No la menor parte alcanza.

SÍROES.
¡Ay, Clodomira! tú sola
Pudiéras hoy consolarlas;
Pues sola tú eres capaz
De la pasion que le engaña
A mi padre; y es consuelo
El mayor de las desgracias,
Ya que es fuerza el padecerlas,
El padecerlas sin causa.

CLODOMIRA.
Otro consuelo hay mayor.

SÍROES.
¿Cuál es?

CLODOMIRA.
Tratar de vengarlas.

SÍROES.
¿Cómo puedo?

CLODOMIRA.
¿Tomarás
Un consejo? (*Hablan con recato.*)

SÍROES.
¿En qué reparas,
Si me ves aborrecido?

CLODOMIRA.
¿Tendrás valor?

SÍROES.
¿Qué lo extrañas,
Si me ves desesperado?

CLODOMIRA.
¿Guardarás secreto?

SÍROES.
¿Eso hablas,
Si me miras sin honor?

CLODOMIRA.
Es tu padre el que lo causa.

SÍROES.
No es padre el que me aborrece.

CLODOMIRA.
Es tu hermano quien te agravia.

SÍROES.
No es mi hermano mi enemigo.

CLODOMIRA.
Pues yo...

SÍROES.
¿Qué?

CLODOMIRA.
Te daré traza
De vengarte.

SÍROES.
¿De qué suerte?

CLODOMIRA.
Así... Pero gente pasa.
Ven donde no haya testigos
De vernos hablar.

SÍROES.
¿Qué aguardas?
Guia por donde quisieres.

CLODOMIRA.
En fin, ¿que me das palabra
De tomar consejo?

SÍROES.
Sí.

CLODOMIRA.
¿Tener valor?

SÍROES.
Cosa es clara.

CLODOMIRA.
¿Y guardar secreto?

SÍROES.
Es cierto.

CLODOMIRA.
Pues tú tomarás venganza.

SÍROES.
Quiéralo el cielo, aunque borre
Con una infamia otra infamia. (*Vanse.*)

—

Tienda de Heraclio.

ESCENA VIII.

HERACLIO, ARNESTO; LIBIO, *que trae luces y las pone en un bufete.*

HERACLIO.
Apénas mañana al dia
Habrá dispertado el alba,
Cuando en la primera salva
De militar armonía,
Auxiliados mis blasones
Del cielo, en su albor primero,
A Cósdroas embistan fiero
En sus fortificaciones.
Y así, prevenida esté
Y en buena ordenanza puesta
La gente, armada y dispuesta
Para el asalto, porqué
En esta faccion que viva
Está el honor del imperio,
Y el sacar de cautiverio
Aquel leño en quien estriba
Nuestro aplauso.

LIBIO.
Con extraña
Fe toda la gente espera
La ocasion.

ARNESTO.
Y es de manera
Lo que verte en la campaña
Les anima y les alienta,
Que el mas humilde soldado,
De tu valor inspirado,
Ser rayo de Persia intenta.

HERACLIO.
Por justa y natural ley
Es preciso, es evidente
Que sea el soldado valiente
A la vista de su rey,
Por dos razones : la una
Por parte del rey, porqué
Como el mismo sabe y ve
Los trances de la fortuna,
Los estima y agradece :
La otra, del soldado, pues
Al mirar que su rey es
El primero que padece
Riesgo y incomodidad,
Hielo, sol, hambre y fatiga

De ver iguales se obliga
La pena y la majestad.
Con esto espero triunfar
De idólatras enemigos;
Y para haceros testigos
De que no he de descansar
Ni aun este espacio pequeño
Que la noche oscura y fria
Hurta de su imperio al dia
Para entregársele al sueño,
Quiero á Cósdroas escribir
Si á rescate de dineros
O á canje de prisioneros
Quiere acaso remitir
A Clodomira; y de mí
Créd que dé por su persona
La mitad de mi corona.
¿Dónde estará ahora?

ESCENA IX.

FLORA, *y despues*, SIROES Y CLODOMIRA. — DICHOS.

FLORA. (*Dentro.*)

Aquí
Esperad. (*Sale.*)

HERACLIO.

¿Qué es eso, Flora?

FLORA.

Dos villanos, sin mostrar,
Señor, los rostros, ni dar
Mas razones, á esta hora
Dicen que audiencia les dés,
Que importa hablarte.

HERACLIO.

Pues di
Que lleguen, que nunca en mí
Entró el recelo.

(*Flora hace entrar á Siroes y Clodomira, que vienen vestidos de villanos, con bandas en los rostros.*)

SIROES.

Tus piés
Nos da, señor, á besar.

HERACLIO.

Levantad los dos del suelo
Y de los rostros el velo
Podeis quitaros, y dar
Noticias de qué quereis
Y quién sois.

SIROES.

Si solo estás,
Presto uno y otro sabras.

HERACLIO.

Porque no lo dilateis,
Retiráos todos.

LIBIO. (*Ap. á él.*)

Señor,
Advierte que puede ser
Traicion.

HERACLIO.

Nada hay que temer:
Conmigo está mi valor.
Retiráos, digo.

FLORA.

¿Quedar
Solo determinas?

HERACLIO.

No,
Que conmigo quedo yo.
Aun la tienda he de cerrar.

(*Quedan los tres solos.*)

ESCENA X.

HERACLIO, CLODOMIRA, SIROES.

HERACLIO.

Ya estoy solo, decid pues
Vuestra pretension.

SIROES.

Primero
Que yo me descubra, quiero,
Porque crédito me dés,
Cristiano César, mostrar
Una carta de creencia,
Que traigo á esta diligencia.

HERACLIO.

¿Qué carta es?

SIROES.

Esta.

(*Descubre á Clodomira.*)

HERACLIO.

A dudar
Llego, no sin ocasion,
Lo mismo que el alma mira.

CLODOMIRA.

Pues no dudes, Clodomira
Soy.

HERACLIO.

Si estas las cartas son
Que de creencia has traido,
Seguro puedes hablar;
Pues no puedes tú contar
Tanto como yo he creido.

SIROES.

Cristiano César invicto,
Cuyo valor fuera fácil,
A no serlo, que partiera
Adoraciones con Marte:
Hijo de Cósdroas nací
En tan enemigo instante,
Que su odio y mi desdicha
Nacieron de un parto iguales.
Desde mi primer oriente
Aborrecido fui, aun ántes
Que su inclinacion pudiera
Partirse entre mí y Menárdes:
Menárdes, menor hermano,
Si es que, á pesar de la sangre,
Nace á ser hermano el que
A ser enemigo nace:
Tan opuesta mi fortuna,
Y siempre tan favorable
La suya, que siendo yo
(¡Oh quién pudiera en tal trance,
Callándolo con la voz,
Decirlo con el semblante!),
Que siendo yo (como he dicho)
Mayor hermano, en ultraje
De mi fama y de mi honor
Cósdroas esta misma tarde,
Estando en su tienda, todo
El ejército delante,
Me desheredó, alegando
Una ley de que el inhábil
No reine, con nota indigna
De incapaz y de cobarde.
Bien veo que contra mí
Voy ganando tu dictámen,
Pues al oirme es forzoso
Que rehuses ó que extrañes
El dar tu favor á un hombre
Tan cruel, tan ignorante,
Que desesperado viene
A pedir contra su sangre
Auxilios; pues para que
Ni te admires ni te espantes
De lo que quiero decirte,
Mi dicha es la que me vale,
Si á segunda luz la miras,
Pues no es mucho que amor falte
Para un padre á un hijo, cuando
Falta para un hijo á un padre.
Y así, no sin confianza,
Aconsejado del grande
Esfuerzo de Clodomira,
Vengo, católico atlante,
A ponerme hoy en tus manos
Para que mi vida ampares
Y que mi honor restituyas,
A vista deste desaire.
Y yo me ofrezco, si tomas
La voz de mi agravio, á darte
Prisioneras las personas
De Cósdroas y de Menárdes,
Introduciendo tus gentes
Esta noche en sus reales.
A cuyo efecto salí
En este villano traje,
Trayendo conmigo el nombre
Y la contraseña y llave
En cuya seguridad
Todo un ejército yace.
Despues desto, y que auxiliado
De tí, Asia mi nombre aclame,
Te ofrezco la libertad
De cuantos cristianos halles
Cautivos en Babilonia,
Y entre ellos, el venerable
Zacarías, patriarca
De Jerusalen triunfante.
Luego restituir ofrezco
Al imperio las ciudades,
Que tiranizadas, hoy
Tienen en sus homenajes
Guarniciones que tremolan
De Persia los estandartes.
El reino restituiré
De Gaza, que confinante
De Persia y de Palestina,
Entrambas provincias parte.
A Clodomira, á quien (como
La religion no lo extrañe)
Coronaré en Babilonia
Por deidad de sus deidades.
Cuantos vasos de oro, cuantos
Ornamentos y metales
A tus altares robó
Cósdroas, daré á tus altares.
Y finalmente, daré
Por triunfo y blason mas grande,
La cautiva cruz de Cristo,
Para que vuelvas triunfante
Con ella á Jerusalen,
Y...

HERACLIO.

No pases adelante,
Que cuanto me das me sobra,
Si la cruz llegas á darme.
Y della inspirado, quiero
Darme á presumir, no en balde,
Que no son pretextos tuyos
Los que estos pretextos hacen,
Sino del cielo, que siempre
De humanos medios se vale,
Porque nosotros podamos
Comprenderle y penetrarle.
Y así, porque no se pierda
Tiempo, ni un punto, un instante
Mi omision la libertad
Del sacro leño dilate,
¿Cómo lo dispones?

CLODOMIRA.

Eso
Lo diré yo, pues son tales
Mis dichas, que han merecido
En esta interpresa parte.
Tú has de entregarnos á mí
Y á Siroes los capitanes
De mas satisfaccion tuya,
Con la gente que bastante
Pareciere, que podrá

A la desbilada entrarse
Con nosotros; pues llevando
Nombre y seña, será fácil
Llegar á su tienda, donde
O los prendan ó los maten.
Tú á este tiempo, con el resto
De tus bien compuestas haces,
De todas sus avenidas
Has de ocupar los lugares:
De suerte, que cuando sientas
Que ya su ejército arde
En el arma que nosotros
Toquemos, por todas partes
Los embistas, publicando
La victoria á fuego y sangre.

HERACLIO.

¿Quién sino tu ingenio fuera
De valor tan admirable?

SÍROES.

¿Y quién sino tu valor
Dueño de ingenio tan grande?

CLODOMIRA.

Pues no ya valor ni ingenio
Quiero que uno ni otro alabe.

LOS DOS.

¿Pues qué?

CLODOMIRA.

Celo y religion;
Y porque uno y otro ensalce,
Mira que mañana Cósdroas
A los primeros celajes
Del alba se ha de ausentar.

HERACLIO.

Pues no la ocasion nos falte.
Venid conmigo los dos,
Para que al punto despache
La gente que ha de seguiros.

CLODOMIRA.

Hoy verá el mundo si saben
Las mujeres manejar
Acero y gobierno iguales.

SÍROES.

Hoy verá el cielo, supuesto
Que el Rey incapaz me hace,
La licencia con que pueden
Obrar mal los incapaces.

HERACLIO.

Hoy pues, el cielo y el mundo
Tambien verá en este trance
La Exaltacion de la Cruz
En Jerusalen triunfante. (*Vanse.*)

—

Campo fortificado de Cósdroas.

ESCENA XI.

MORLACO, *armado ridículamente con un lanzon, paseándose.*

El diablo engañó mi humor,
Ya que salí de criado,
En meterme á ser soldado;
Pues no sé cuál es peor,
Servir á un amo ó á mil.
Mas porque no me prendieran
Con Anastasio, y me hicieran
Causa de mágico vil,
Tuve por mejor sentar
La plaza: con que á despecho
De mi pereza, me han hecho
Su posta [1], y en perjeñar,
Si aquel oso estoy dudando
Quién el primero ha de ser
Que ha de venirme á comer.
Fuera desto, imaginando
Estoy tambien dónde irá
A parar quién me comiere;
Pero vaya donde fuere.
Determinado estoy ya
A serlo de buena gana;
Que el que fué tan á su costa
Ayer jumento y hoy posta,
Caballo será mañana.
Fuera de que ¿para qué
Me tengo yo de podrir,
Si los presos de reir
Tratan? pues cuando yo entré
La comida, Zacarías
De tan buen humor estaba,
Que el agua que le llevaba,
Haciendo mil alegrías,
Sobre la cabeza echó
De Anastasio; y él despues,
Arrojándose á sus piés,
La burla le agradeció.
Y aun ahora, que dormir
Pueden, puesto que no son
Postas, en conversacion
Se están, que se puede oir
Aquí. Mas que su pesar
(*Suena música debajo de tierra.*)
Es su placer. ¡Vive Dios,
Que á media noche los dos
Se ponen ahora á cantar
Al son de un nuevo instrumento
Que quién se le dió no sé,
Ni quién le toca! porqué
Solos están. Oigo atento.

ESCENA XII.

ZACARIAS, ANASTASIO Y UN CORO DE VOCES *en un subterráneo; despues*, SOLDADOS. — MORLACO.

ZACARÍAS.

En tu alabanza divina...

ANASTASIO.

Señor, mis labios enciende.

CORO. (*Canta.*)

Deus in adjutorium meum intende.
Domine ad adjuvandum me festina.

MORLACO.

¿Quién les ayuda á su canto
Y les da tan dulce auxilio?

CORO.

Gloria Patri, gloria Filio,
Et gloria Spiritui Sancto.

MORLACO.

¿Por qué con tales deseos
Alaban á un Dios en tres?

CORO.

Quoniam Deus magnus est,
Et rex super omnes deos.

MORLACO.

¿Por qué es Dios de dioses? Yerra
La voz, ó sepamos pues,
¿Cómo diré que lo es?
(*Suenan dentro cajas y trompetas.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

MORLACO.

Aqueste es otro cantar.
¿Quién vió suerte mas esquiva!

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Viva Heraclio!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Síroes viva!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Traicion, traicion!

MORLACO.

Escapar
Me importa de aquí. ¿No es bueno
Que en cantando en esta tierra
Los cristianos, luego hay guerra?
Y aun no es poco si es sin trueno.
En esta tienda (¿qué esperan
Mis ansias?) mi vida estriba.
(*Va á entrar en la tienda de Cósdroas y dicen dentro de ella:*)

UNOS.

¡Viva Heraclio!

OTROS.

¡Síroes viva!

ESCENA XIII.

COSDROAS, *herido, cayendo y levantando;* CLODOMIRA Y SOLDADOS, *acuchillándole.* — MORLACO.

CLODOMIRA.

Cósdroas y Menárdes mueran.

CÓSDROAS.

¡Traicion! ¡Vasallos, amigos!
Que en su tienda (¡pena fuerte!)
Dan á vuestro rey la muerte.

MORLACO.

No tuviera él enemigos.

CLODOMIRA.

Aunque los llames, no habrá
Quien te favorezca, pues
En el trance que te ves,
Todo el ejército está.
No hay breve espacio de tierra
Que con sangre no se escriba.

UNOS.

¡Viva Heraclio!

OTROS.

¡Síroes viva!

---

[1] Su centinela. — Lo que sigue no se entiende.

¿Qué *oso* es este de que nos habla Morlaco, tan fuera de propósito? ¿A qué viene esa duda sobre quién ha de ser el primero que se coma al propio Morlaco? En la vida de San Anastasio mártir, protagonista casi de la comedia, hemos leido que una vez le tuvieron preso sin darle de comer en tres dias: quizá habia aquí algunos versos relativos á esto, en los cuales se ponderaria el hambre que debian tener Zacarías y Anastasio, y diria el gracioso que temia le comiesen á él, no satisfechos con la comida que últimamente les habia llevado: bajo este supuesto, las palabras *aquel oso*, serían errores de manuscrito ó de imprenta, ocasionados por otras palabras algo parecidas. Sea lo que fuere, la falta de sentido es evidente. *Estoy dudando en perjeñar si aquel oso quien el primero ha de ser*, etc., esto es una cáfila de barbarismos que nadie puede suponer hayan salido de la pluma de Calderon. Nosotros admitimos por genuinos los cuatro versos siguientes:

Tuve por mejor sentar
La plaza: con que á despecho
De mi pereza me han hecho
Su posta, y en perjeñar...

Aquí opinamos que se hizo una supresion. En lo suprimido, quizá hablaria de osos Morlaco, ó diria lo de haber tenido tres dias sin comer á los encarcelados; despues continuaria:

Aquellos, estoy dudando,
ó
Si aquel ó ese estoy dudando
Quién el primero ha de ser
Que ha de venirme á comer.

Muy aventuradas son estas conjeturas, pero no cabe duda en que el texto no merece fe aquí.

TODOS.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

CÓSDROAS.
No siento (¡fiero pesar!)
Tanto mi tragedia esquiva,
Como oir que Síroes viva.
(*Riñe con todos.*)

ESCENA XIV.

MENÁRDES, *huyendo*; SIROES y SOLDADOS, *tras él*. — DICHOS.

CLODOMIRA.
Todo eso es volverle á dar
Mas razon para vengarse.

SÍROES.
Muere, cobarde.

MENÁRDES.
¡Ay de mí!
Pero mi padre está aquí:
De tu favor á ampararse
Llega mi temor.
(*Pónese detras de Cósdroas, que sigue defendiéndose.*)

SÍROES.
¿Huyendo,
Dél así á valerte vienes?
¿Dónde está el valor que tienes?
Que á tu rey y padre viendo
Morir, con saña atrevida
No antepones tu persona,
Y á quien te dió una corona,
No sabes darle una vida? —
Mira, mira á quien aquí (*A Cósdroas.*)
Premias y ofendes cruel.

CÓSDROAS.
¿Pues á quién premio yo?

SÍROES.
A él.

CÓSDROAS.
¿Y á quién ofendo yo?

SÍROES.
A mí.
(*Descúbrese Síroes; Cósdroas quiere embestirle, y cae.*)

CÓSDROAS.
¿Tú eres, traidor?

SÍROES.
No es traidor
Quien, viéndose baldonado
De que valor le ha faltado,
Muestra que tiene valor.
Aquesto es cumplir contigo.

CLODOMIRA.
Mueran pues.

SÍROES.
Yo á vuestro acero
No digo que mueran; pero
Que son los que buscais digo.

CÓSDROAS.
Primero mi brazo fuerte
Mostrará á quien ofendeis.
(*Riñe con todos.*)

ESCENA XV.

HERACLIO. — DICHOS.

HERACLIO.
Esperad, no le mateis.

CÓSDROAS.
¿Quién eres tú, que mi muerte
Suspendes con accion que hoy,
Aunque parece piedad,
Tiene mucho de crueldad?

HERACLIO.
Heraclio, bárbaro, soy.
Date á prision.

CÓSDROAS.
Fuerza es
Que obedezca á la fortuna,
Deidad sin constancia alguna.

HERACLIO.
¿Y Menárdes?

MENÁRDES.
A tus piés
Ya está tambien.

HERACLIO.
A mi tienda,
Bellísima Clodomira,
Presos á los dos retira,
Porque nadie los ofenda.

CÓSDROAS.
¡Pena injusta!

MENÁRDES.
¡Suerte esquiva!
(*Vanse Clodomira, Cósdroas y Menárdes.*)

ESCENA XVI.

HERACLIO, SIROES, MORLACO, SOLDADOS.

UN SOLDADO. (*Dentro.*)
Pues que vencidos nos vemos,
A la piedad apelemos.

UNOS.
¡Viva Heraclio!

OTROS.
¡Síroes viva!

HERACLIO.
Ya, Síroes, que prisioneros
Tu padre y tu hermano están,
Y que tus gentes te dan
Con aplausos lisonjeros
El laurel que él te quitó,
En cuya seguridad,
Con siempre firme amistad
He de conservarte yo;
Miéntras á disponer voy
Que esas fortificaciones
Guarnezcan mis escuadrones
Donde te corones hoy;
Será bien, pues que ya viste
Que hice lo que te ofrecí,
Que empieces tú á hacer por mí
Tambien lo que me ofreciste.
(*Vase retirando, y Síroes acompañándole y hablándole.*)

SÍROES.
Honor y reino me das;
Y así, á tus plantas, señor
Invicto, reino y honor
Pongo, y la vida, por mas
Fianza de que siempre en mí
Se ha de confesar deudora:
Y en cuanto á cumplir ahora
La palabra que te dí,
Miéntras por la cruz envío
Para entregártela, quiero
Que no quede prisionero
Cristiano, que á su albedrío
Libre no vaya; y así
Goce las piedades mias
El primero Zacarías.
(*Vase Heraclio.*)

ESCENA XVII.

SIROES, MORLACO, SOLDADOS.

UN SOLDADO
Este villano que aquí
Está, era su guarda.

MORLACO.
Yo
Su posta, gran señor, era,
No su guarda.

SÍROES.
Escucha, espera.

MORLACO.
Espero y escucho.

SÍROES.
¿No
Eras (si no me he engañado)
Criado de Anastasio?

MORLACO.
Sí.

SÍROES.
¿Pues cómo estás, traidor, di,
En su martirio ocupado?

MORLACO.
Pues si aqueso es ser traidor,
¿Qué criado ves tratar
De cosa que no sea martirizar á su señor?

SÍROES.
Ve por ellos.

MORLACO.
Esta oscura
Cueva ha sido su prision.

SÍROES.
Rompedla, que no es razon
Que de vivos sepultura
Sea un espacio que asombra
Con tales melancolías. —
(*Abren los soldados la cueva.*)
¡Anastasio! ¡Zacarías!

ESCENA XVIII.

ZACARIAS y ANASTASIO, *que salen de la cueva*. — SIROES, MORLACO, SOLDADOS.

ANASTASIO.
¿Quién me llama?...

ZACARÍAS.
¿Quién me nombra?..

ANASTASIO.
Que si es para darme muerte,
Albricias es bien que pida.

ZACARÍAS.
Que si es quitarme la vida,
Dichosa será mi suerte.

SÍROES.
No solo el que os ha llamado
Quiere [1] que uno y otro muera,
Mas daros la vida espera:
Tanto un solo dia ha mudado
Lo cruel y lo piadoso,
Que libres os veis aquí,
Al Rey prisionero, á mí
Rey y á Heraclio victorioso;
Y así puedes, Zacarías,
Buscarle y decirle que
Yo te envío libre en fe
De las obediencias mias,
En tanto que el leño en quien
Murió su Dios veo llegar,

[1] No quiere.

Yendo con él hasta entrar,
Triunfando en Jerusalen.

ZACARÍAS.

Viva de uno en otro polo
Tu fama. — Vente conmigo.
(*A Anastasio.*)

SIROES.

Que vayas solo te digo,
Que yo á ti le ofrecí solo.—
Quédate, Anastasio.

ZACARÍAS.

Adios. (*Llorando.*)

ANASTASIO.

¡Ay, padre!

ZACARÍAS.

¿Qué haces extremos?

ANASTASIO.

Mucho temo que no habemos
De vernos ya mas los dos.
(*Vanse Zacarías y Morlaco.*)

ESCENA XIX.

SIROES, ANASTASIO, SOLDADOS.

SIROES.

Anastasio, yo he enmendado
(Confieso que con alguna
Indignacion) mi fortuna;
Y lo mas que en este estado
Agradezco á mi rigor,
Es poder darte la vida
Que ya juzgabas perdida.

ANASTASIO.

Tus plantas beso, señor,
Por la merced; que ya sé
Las finezas que te debo.

SIROES.

Aunque es así, no me atrevo
Hoy á librarte, porqué
Habiendo la voz corrido
Que te hace en el culto honroso
De los dioses sospechoso,
No es bien que yo inadvertido
Entre á reinar, tropezando
En escrúpulos de que
Cuando á mi padre falté,
Falté á mis dioses, tomando
De Heraclio en esta ocasion
No solo lo militar,
Sino la fe; y así, dar
Importa satisfaccion
De que dijiste engañado
Que la deidad verdadera
La de los cristianos era;
Porque si ven que yo he dado
Hoy á sus armas favor,
Que sus ciudades entrego,
Su cruz y esclavos, y luego
Ven que á ti te doy honor,
Podrán, y no injustamente,
Presumir de mí tambien
Que yo lo soy; y así, es bien
Quitar este inconveniente,
Con que hoy otro yo serás.

ANASTASIO.

Tarde tus honores gano.

SIROES.

¿Por qué?

ANASTASIO.

Porque ya cristiano
Soy, señor, y no podrás
De aqueste intento mudarme.

SIROES.

¡Qué dices!

ANASTASIO.

Que si me dieses
Mil muertes, ó si tuvieses
Mil imperios que entregarme,
A Cristo ha de confesar
La ciega ignorancia mia
Por suma sabiduría.
Esta he venido á buscar
Desde el dia que faltó
Mi encanto por la asistencia
De la cruz, cuya presencia
Como tú viste, ahuyentó
Los espíritus impuros:
Y puesto que ya la hallé,
Y en mejor gloria troqué
Caracteres y conjuros,
No hay que esperar mas de mí.

SIROES.

Aunque ofenderme debiera,
Y con tu muerte pudiera
Asegurar hoy aquí
La corona, pues con eso
Daba de mi religion
Al mundo satisfaccion;
Si la verdad te confieso,
Te estimo y quiero de suerte,
Que, la pena suspendida,
Ni puedo darte la vida,
Ni intento darte la muerte:
Y así, en aquesa prision
Es bien que otra vez te quedes,
Adonde consultar puedes
Tu razon y mi razon.
Della pues no has de salir,
Aunque sea á mi pesar,
Sino es á sacrificar
A los dioses, ó á morir. (*Vase.*)

ESCENA XX.

ANASTASIO, SOLDADOS.

ANASTASIO.

¡Dichoso mil veces yo
Este dia! pues es cierto
Que siendo á morir, será
A tener mi fe su premio.
Y no siento en esta oscura
Prision penas y tormentos
Que constante aguardo, pues
Solamente en ella siento
El no haber de ver en ella
Aquel grande triunfo, inmenso,
Con que ha de volver Heraclio
Triunfando (¡ay de mí!) y venciendo,
A la gran Jerusalen,
Con el sagrado madero
Que cautivo en Persia ha estado
¡Ah Señor! ¿Quién mereceros
Pudiera ver este dia
Tan venturoso á los vuestros?
¿Quién viera en la gran Sion
Entre aplausos y trofeos
La Exaltacion de la Cruz?
Pero no quiero, no quiero
Discurrir en esto mas,
Si ahora (¡ay de mí!) me acuerdo
Que fué mi mayor error
Penetrar lo ausente: y puesto
Que ya diabólicas ciencias
No he de usar, y que confieso
Las vuestras por las mejores,
A ellas me acoja, sabiendo
Que no sé nada, que vos
Lo sabeis todo. Deseos,
Dejadme, que si conviene
Que lo vea, Dios eterno,
Que es sabiduría, sabrá
Con ciencia mejor hacerlo.

ESCENA XXI.

DOS ANGELES, *que descienden en una nube.*—ANASTASIO.

ÁNGEL 1.°

Anastasio, habiendo oido
Dios la humildad de tu afecto,
No quiere la ciencia suya
Que eches otra ciencia ménos.

ÁNGEL 2.°

Y así, para que conozcas
Que él con su saber inmenso
Sabe vencer los espacios
Con mas milagrosos medios..

ÁNGEL 1.°

Ven con los dos, que elevado
En las regiones del viento...

ÁNGEL 2.°

Has de ver deste gran dia
El triunfo y el vencimiento.
(*Toman los dos Ángeles á Anastasio de las manos, y elévanle en el aire.*)

ANASTASIO.

¡Con cuánto logro, Señor,
Daré mis ciencias á trueco
De las vuestras, pues ya miro
Ser milagros los que fuéron
(*Aparecen los campos y muros de Jerusalen. Un monte en el fondo.*)
Encantos! pues la ciudad
Segunda vez á ver vuelvo
A esta parte, y en sus campos
El grande acompañamiento
Con que ya Heraclio á sus puertas
Llega con el sacro leño,
Cantando en sus alabanzas
Himnos, canciones y versos.

ESCENA XXII.

Suenan chirimías, y salen COSDROAS Y MENARDES, *vestidos de cautivos*, CLODOMIRA Y SIROES *de gala*; ARNESTO, LIBIO, FLORA, IRENE Y MORLACO, *trayendo en las manos algunos vasos de oro*; *despues*, ZACARIAS, *vestido de pontifical, y detras de él* MÚSICOS *y todo el* ACOMPAÑAMIENTO. HERACLIO, *con manto imperial y corona de emperador, trayendo la cruz.*

MÚSICOS.

En hora dichosa vuelva
El soberano madero
De la redempcion del mundo,
Restituido á su templo.

SIROES.

Salve, divina Sion.

CLODOMIRA.

Salve, teatro del cielo.

ARNESTO.

Salve, sagrada Salen.

IRENE.

Salve, soberano centro.

LIBIO.

Salve, nuevo paraiso.

FLORA.

Salve, florido Carmelo.

ZACARÍAS.

Salve, gran ciudad de Dios.

HERACLIO.

Salve, honor de sus misterios.

MORLACO.

Salve, y aun salve Regina
De ciudades y de pueblos.

MENÁRDES.

¡Que esto escuchen mis desdichas?

CÓSDROAS.

¡Que esto vean mis tormentos?

MÚSICOS.

En hora dichosa vuelva
El soberano madero, etc.

HERACLIO.

¡Felice yo, que á estas puertas
Llegar triunfando merezco!
Mas ¡ay de mí! ¿qué temblor
Me ha dado? ¿Qué horror, qué hielo
Ha entumecido mis plantas?

ZACARÍAS.

Entra, gran César, al templo.

HERACLIO.

No es posible, no es posible,
Que un grave, un prolijo peso
(*Arrodíllase con la cruz*)
Me hace arrodillar en tierra,
Y sobre mis hombros tengo
La máquina de esos montes,
La fábrica de esos cielos.

ZACARÍAS.

No te aflijas, que ya sé
La causa deste portento.
En su primer fundacion
Esta, que ahora es puerta, creo
Que era el paso del Calvario.

HERACLIO.

Pues bien ¿qué ha importado el serlo?

ZACARÍAS.

Mucho, pues cuando por él
Iba Cristo señor nuestro
Llevando sobre sus hombros
Este divino madero,
No con imperial corona,
No con real púrpura, es cierto
Que iba, sino coronado
De tosco cambron sangriento,
Y vestido de una humilde
Túnica; y no es justo, puesto
Que mejor Rey sin adorno
Anduvo estos pasos mesmos,
Que tú con ellos le lleves
Desvanecido y soberbio.
Quítate pues la corona,
Desnúdate los arreos
De la vanidad humana,
Y en humilde traje puesto,
Podrás en Jerusalen
Entrar triunfando y venciendo.

HERACLIO.

Dices bien.

(*Quítanle la corona y el manto imperial, y pónenle una corona de espinas, túnica morada y una soga al cuello. Vuelve á tomar la cruz, y entra con ella, siguiéndole todos. Ábrese entónces el monte, y se ve lo interior de una iglesia de Jerusalen, con un altar adornado de luces, y las estatuas de Elena y Constantino.*)

HERACLIO.

Y ya con esa
Reprehension, á que obedezco,
Puedo llegar al altar,
Donde la sacra Cruz vuelvo
Restituida á sus aras
Y consagrada á su templo,
En cuya exaltacion, todos
Decid, cantando y tañendo...

(*Pone la cruz en el altar con la misma música y representacion de todos; vuelven las chirimías, y se cierra la montaña, y vuelven los Ángeles á dejar en tierra á Anastasio, y ellos vuelven á subir en la nube.*)

MÚSICOS.

En hora dichosa vuelva
El soberano madero,
Que fué redempcion del mundo,
Restituido á su templo.

ÁNGEL 1.°

Ya que el triunfo deste dia
Viste, queda donde el cielo ..

ÁNGEL 2.°

La corona del martirio
Para tu frente ha dispuesto.

ANASTASIO.

¡Dichoso mil veces yo,
Que tan grande dicha espero!
Y en tanto que esta se llega,
Acabe ahora con esto
La Exaltacion de la Cruz.
Perdonad sus muchos yerros.

GUARDATE DEL AGUA MANSA.

PERSONAS.

CLARA, *dama*.
EUGENIA, *dama*.
BRIGIDA, *criada*.
MARI-NUÑO, *dueña*.
HERNANDO, *criado*.
OTAÑEZ, *escudero*, *vejete*.
DON FELIX, *galan*.
DON JUAN DE MENDOZA, *galan*.
DON PEDRO, *galan*.
DON TORIBIO CUADRADILLOS.
DON ALONSO, *viejo*.

La accion pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de Don Alonso, junto á los pozos de la nieve.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, OTAÑEZ.

OTÁÑEZ.

Una y mil veces, señor,
Vuelvo á besarte la mano.

DON ALONSO.

Y yo una y mil veces vuelvo
A pagarte con los brazos.

OTÁÑEZ.

¿Posible es que llegó el dia
Para mi tan deseado,
Como verte en esta corte?

DON ALONSO.

No lo deseabas tú tanto,
Como yo; pero ¿qué mucho,
Si en dos hijas dos pedazos
Del alma me estaban siempre
Con mudas voces llamando?

OTÁÑEZ.

Aun en viéndolas, señor,
Mejor lo dirán tus labios.
¡Oh si mi señora viera
Este dia!

DON ALONSO.

No mi llanto
Ocasiones con memorias
Que siempre presentes traigo.
Téngala Dios en el cielo;
Que á fe que he sentido harto
Su muerte; que desde el dia
Que su Majestad, premiando
Mis servicios, en el reino
De Méjico me dió el cargo
De que vengo, á no mas ver
Me despedí de sus brazos.
No quiso pasar conmigo
A Nueva-España, no tanto
Por los temores del mar,
Como porque en tiernos años
Dos hijas eran estorbo
Para camino tan largo.
Criándolas quedó en casa:
Fué Dios servido que al cabo
De tantos años faltó.
A cuya causa, abreviando
Yo con mi oficio, dispuse
Volver para ser reparo
De su pérdida; aunque no
Estaban bien sin amparo
De padre y madre.

OTÁÑEZ.

Es muy justo,
Señor, en tí ese cuidado;
Pero si alguno pudiera
No tenerle, eras tú. Es llano,
Porque el dia que faltó
Mi señora, ambas se entraron
Seglares en un convento,
Sin mas familia ni gasto
Que á Mari-Nuño y á mí,
Donde en Alcalá han estado
Con sus tias hasta hoy,
Que obedientes al mandato
Tuyo, vuelven á la corte.
Y habiéndolas yo dejado
Ya en el camino, no pude
Sufrir del coche el espacio;
Y así, por verte, señor,
Me adelanté.

DON ALONSO.

Unos despachos
Que para su Majestad
Traje, demas del cuidado
De tener puesta la casa,
Tiempo ni lugar me han dado
De ir yo por ellas; demas
Que el camino es tan cosario,
Que perdona la fineza,
Pues es venir de otro barrio.
¿Cómo vienen?

Voces dentro.

Para, para.

OTÁÑEZ.

Ya parece que han llegado:
Ellas lo dirán mejor.

DON ALONSO

A recibirlas salgamos.

OTÁÑEZ.

Excusado será, pues
Están ya dentro del cuarto.

ESCENA II.

CLARA, EUGENIA Y MARI-NUÑO, *de camino.*—DON ALONSO, OTAÑEZ.

CLARA.

Padre y señor, ya que el cielo,
Enternecido á mi llanto,
Me ha concedido piadoso
La dicha de haber llegado
Adonde, puesta á tus piés,
Merezca besar tu mano,
Cuanto desde hoy viva, vivo
De mas; pues no me ha dejado
Ya que pedirle, si no es
Solo el eterno descanso.

EUGENIA.

Yo, padre y señor, aunque
Logre en estas plantas cuanto
Me prometió mi deseo...
Mas que pedir me ha quedado
Al cielo, y es que tal dicha
Dure en tu edad siglos largos;
Porque esto del morir, no
Lo tengo por agasajo.

DON ALONSO.

No en vano, mitades bellas
Del alma y vida, no en vano
Al corazon puso en medio
Del pecho el cielo, mostrando
Que con dos afectos puede
Comunicarse en dos brazos.
Alzad del suelo: llegad
Al pecho, que enamorado
Vuelva á engendraros de nuevo.

CLARA.

Hoy puedo decir que nazco,
Pues hoy nuevo ser recibo.

EUGENIA.

Dices bien, que tal abrazo
Infunde segunda vida.

DON ALONSO.

Entrad, no quedeis al paso:
Tomaréis la posesion
Desta casa en que os aguardo,
Para que seais dueños della,
Hasta que piadoso el hado
Traiga á quien merezca serlo
De dos tan bellos milagros;
Si bien en mí, esposo, padre
Y galan tendréis, en tanto
Que os vea como deseo. —
¡Brigida! *(Llamando.)*

ESCENA III.

BRIGIDA. — DICHOS.

BRIGIDA.

Señor.

DON ALONSO.

Su cuarto
Enseña á tus amas.

BRIGIDA.

Todo
Limpio está y aderezado;
Pero ¿qué mucho es, si tales
Dueños espera, el estarlo
Como un cielo, con dos soles?

CLARA.

¡Feliz yo que á ver alcanzo
Este dia, aunque á pension
De haber, Eugenia, dejado
Las paredes del convento!

EUGENIA.

¡Feliz yo, pues he llegado
A ver calles de Madrid,
Sin rejas, redes, ni claustros!
(*Vanse Clara, Eugenia, Brígida y Otáñez.*)

ESCENA IV.

DON ALONSO. — MARI-NUÑO.

MARI-NUÑO.

Ya, señor, que el alborozo
De dos hijas ha dejado
Algun lugar para mí,
Merezca tambien tu mano.

DON ALONSO.

Y no con menor razon
Que ellas, el alma y los brazos,
Pues por vuestra buena ley,
En lugar de madre os hallo.
Y ya que ausentes las dos,
Solos, Mari-Nuño, estamos,
Decidme sus condiciones;
Que como las dos quedaron
Niñas, mal puedo hacer juicio
Que no sea temerario,
Para que prudente y cuerdo
Pueda, como maestro sabio,
Gobernar inclinaciones
Que pone el cielo á mi cargo.

MARI-NUÑO.

Con decir, señor, que son
Hijas tuyas, digo cuanto
Puedo decir; mas por qué
No presumas que te hablo
Solo al gusto, aunque de entrambas
La virtud y ejemplo es raro,
De lo general verás
Que á lo particular paso.
Doña Clara, mi señora,
Mayor en cordura y años,
Es la misma paz del mundo:
No se ha visto igual agrado
Hasta hoy en mujer. Pues ¿qué
Su modestia y su recato?
Apénas cuatro palabras
Habla al dia: no se ha hallado
Que haya dicho con enojo
A criada ni á criado
En su vida una razon:
Es, en fin, ángel humano,
Que á vivir solo con ella,
Pudiera uno ser esclavo.
Doña Eugenia, mi señora,
Aunque en virtud ha igualado
Sus buenas partes, en todo
Lo demas es al contrario.
Su condicion es terrible:
No se vió igual desagrado
En mujer: dará, señor,
Una pesadumbre á un santo.
Es muy soberbia y altiva,
Tiene á los libros humanos
Inclinacion, hace versos;
Y si la verdad te hablo,
De recibir un soneto
Y dar otro, no hace caso.
Pero no por eso...

DON ALONSO.

Basta,
Que en eso habeis dicho harto.
Yo os lo estimo, como es justo,
Que, prevenido del daño,
Sepa adónde he de poner
Desde hoy desvelo y cuidado.
Y así, aunque en edad menor,
Sea primera en estado;
Que el marido y la familia
Son los médicos mas sabios
Para curar lozanías,
Flores de los verdes años.
Desde el dia que llegué,
A la montaña he enviado
Por un sobrino, que hijo
Es de mi mayor hermano;
Y en él quiero de mis padres
Y abuelos el mayorazgo
Aumentar: pobre es, yo rico,
Y es bien que el caudal fundamos
De la sangre y de la hacienda,
Porque conservemos ambos
El solar de Cuadradillos
Con mas lustre. Así, en llegando,
Será Eugenia esposa suya:
Veamos si el nuevo cuidado
Enmienda las bizarrías
De los verdores lozanos.

ESCENA V.

OTAÑEZ. — DON ALONSO, MARI-NUÑO.

OTÁÑEZ.

Un hombre espera allí fuera.

DON ALONSO.

¿Quién es? — Que ese breve espacio
Tardaré, á las dos decid. —
¿Versos? ¡Gentil cañamazo!
¡No fuera mucho mejor
Un remiendo y un hilado? (*Vase.*)

OTÁÑEZ.

¿Qué le has dueñado á señor,
Que es lo mismo que chismeado,
Que ya va tan desabrido?

MARI-NUÑO.

¡Ahora sabes, mentecato,
Que apostatara una dueña,
Si supiera callar algo? (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA VI.

DON FELIX, *vistiéndose;* HERNANDO.

HERNANDO.

¡Bravas damas han venido,
Señor, á la vecindad!

DON FÉLIX.

El agasajo, en verdad,
Perdonara por el ruido,
Pues dormir no me han dejado.

HERNANDO.

La una es dada.

DON FÉLIX.

¿Qué importó,
Si á la una duermo yo,
Que haya dado ó no haya dado?
Mas ¿qué género de gente
Es?

HERNANDO.

De lo muy soberano:
Las hijas de aqueste indiano,
Que compró el jardin de enfrente,
Que dicen, señor, que lleno
De riquezas para ellas,
A solamente ponellas
Viene en estado.

DON FÉLIX.

Eso es bueno.
¿Son hermosas?

HERNANDO.

Yo las vi
Al apearse, y á fe
Que por tales las juzgué.

DON FÉLIX.

¿Hermosas y ricas?

HERNANDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Buenas dos alhajas son:
Dirémoslas al momento
Todo nuestro pensamiento,
Por gozar de la ocasion,
Con estar cerca de casa;
Que estoy cansado de andar
Lo que hay desde aquí al lugar.

HERNANDO.

Un vejete cuanto pasa
Me dijo: y al padre iguala
Al hombre de mas valor,
Pues dice que por su honor
Matara al Sofí.

DON FÉLIX.

Eso es malo;
Que aunque yo no soy Sofí,
En extremo me pesara
Que para que él me matara,
Por él me tuviera aquí.
Y de las hijas ¿qué dijo?
Que escudero que empezó
A hablar, nada reservó.

HERNANDO.

Diversas cosas colijo
De ambas que apruebo y condeno,
Porque hay del pan y del palo.
Una es callada.

DON FÉLIX.

Eso es malo.

HERNANDO.

Otra es risueña.

DON FÉLIX.

Eso es bueno.
Para la alegre, por Dios,
Habrá sonetazo bello;
Y para la triste aquello
De «ojos, decídselo vos.»

HERNANDO.

Alegre ó triste, me holgara
De verte, señor, un dia,
Con una galantería,
Que decirla te costara
Desvelo.

DON FÉLIX.

¿A mí? Harto fuera
Que alabarse, vive el cielo,
De que me costó un desvelo
Ninguna mujer pudiera.
Eso no, pues sabe Dios
Que si las hiciere ya
Algun terrero, será
Por estar cerca y ser dos.
Aunque á cualquiera me inclina
Ya fuerza mas poderosa.

HERNANDO.

Será ser rica y hermosa.

DON FÉLIX.

No es sino el estar vecina,

Que es mayor perfeccion, pues
Nada la iguala.

(*Llaman.*)

Mas di,
¿Llaman á la puerta?

HERNANDO.

Sí.

DON FÉLIX.

Ve y mira, Hernando, quién es.

ESCENA VII.

DON JUAN, *en traje de camino.* — DON FÉLIX, HERNANDO.

DON JUAN.

Yo soy, Don Félix; que estando
La puerta abierta, no fuera
Bien, que mas me detuviera.

DON FÉLIX.

Mal llamar ha sido, cuando
Sabeis que puertas y brazos
Están siempre para vos
De una suerte.

DON JUAN.

Guárdeos Dios,
Que ya sé que destos lazos
El estrecho nudo fuerte
Que en nuestras almas está,
Sin romperle, no podrá
Desatárnosle la muerte.

DON FÉLIX.

Seais bien venido; que aunqué
En la jornada de Hungría,
Que veniades sabia,
No tan presto os esperé.

DON JUAN.

Fuerza adelantarme ha sido
Para un negocio, en razon,
Don Félix, de mi perdon.

DON FÉLIX.

¡Habeisle ya conseguido?

DON JUAN.

Sí, y habiendo perdonado
La parte, gozar quisiera
Del indulto que se espera
Por las bodas; y así, he dado
Priesa á venir, para que,
En vuestra casa escondido,
Me halle á todo prevenido.

DON FÉLIX.

Dicha es mia. Y ¿cómo fué?

DON JUAN.

Ya sabeis que por la muerte,
Félix, de aquel caballero,
Fui á Italia. Pues, lo primero,
Dispuso mi buena suerte
Ser ocasion que el señor
Duque excelso y generoso
De Terranova famoso,
Iba por embajador
A Alemania. Acomodado
Con él à Alemania fui;
Y hallándose allá de mí
Bien servido y obligado,
A España escribió, porqué
Conocimiento tenia
Con la parte: y así un dia,
Sin saberlo yo, me hallé
Con el perdon, en un pliego
Que de su mano me dió.

DON FÉLIX.

El lance fué tal, que erró
La parte en no darle luego
Pues fué casual la pendencia
Que dió la conversacion.

DON JUAN.

Esa es, Félix, la opinion
Comun; pero mi impaciencia
De mayor causa nacia,
Que la que ocasiona el juego.

DON FÉLIX.

Eso es lo que yo no llego
A saber.

DON JUAN.

Pues yo servia
(Ya que decirlo no importa)
A una dama rica y bella
Para casarme con ella;
Y no con suerte tan corta,
Que esperanzas no tuviese;
Aunque me las dilataba
Que ausente su padre estaba,
Y la madre no quisiese
Tratar su estado sin él.
En este tiempo entendí
Servirla el muerto; y así,
Ocasionado de aquel
Lance que el juego nos dió,
Con capa de otros desvelos
Venganza tomé á mis celos,
Con que todo se perdió;
Pues fueran necios engaños,
Confiado de mi estrella,
Pensar hoy que aun viva en ella
Memoria de tantos años.

DON FÉLIX.

Vos estáis bien persuadido;
Que en Madrid, cosa es notoria
Que en las damas, la memoria
Vive á espaldas del olvido.
Su favor y su desden
Ya en ningun estado no
Hizo fe: ¡bien haya yo,
Que en mi vida quise bien!

DON JUAN.

¿Todavia dese humor?

DON FÉLIX.

Sí, pues aunque ellas son bellas,
Me quiero á mí mas que á ellas;
Y así tengo por mejor,
A la que me ha de engañar,
Engañarla yo primero;
Que yo por amigo quiero
Al gusto mas que al pesar.
Y para que no se crea
Que lo es para vos mi humor,
Ni para mí vuestro amor,
Otra la plática sea.
¿Cómo en la jornada os ha ido?

DON JUAN.

Como á quien viene de ver
Darse poder á poder
Desempeños á partido;
Porque tal autoridad,
Pompa, aparato y riqueza
Como ostentó la grandeza
De una y otra majestad,
El dia que la hija bella
Del águila soberana,
Generosamente ufana
Trocó el Norte por la estrella
Del hispano (en cuya accion,
Llanto á gozo competido,
Dejó del águila el nido
Por el lecho del leon),
No la vió otra vez el dia.

DON FÉLIX.

De paso no estoy contento
De oirla.

DON JUAN.

Pues estadme atento,
Porque á la relacion mia
Los afectos cortesanos
Pagueis.

DON FÉLIX.

Yo os la ofrezco brava.

DON JUAN.

Deudora Alemania estaba...

ESCENA VIII.

DON PEDRO, *vestido de color.* — DON FELIX, DON JUAN, HERNANDO.

DON PEDRO.

Don Félix, bésôs las manos.

DON FÉLIX.

Seais, Don Pedro, bien venido.
Por esta puerta en un punto
Hoy se entra el bien todo junto.
Pues ¿qué venida esta ha sido?
¿Acabóse el curso?

DON PEDRO.

No

DON FÉLIX.

Pues ¿qué os trae?

DON PEDRO.

Yo os lo diré.

DON JUAN.

Si yo embarazo, me iré.

DON PEDRO.

No, caballero; que yo,
Hallándôs con Félix, fio
Mucho de vos, porque arguyo
Que baste que amigo suyo
Seais, para ser dueño mio.
Demas, que aquí es mi venida
(Que en decirlo no hago nada)
Una dama celebrada,
Que á mi amor agradecida
Pude en Alcalá servir:
Vino hoy á Madrid, y á vella
Vengo, Don Félix, tras ella.

DON FÉLIX.

¿Y qué mas?

DON PEDRO.

Que por huir
De mi padre, aquí escondido
Dos dias habré de estar.

DON FÉLIX.

Albricias me podeis dar
De haber á tiempo venido,
Que en ella Don Juan tambien
Puede haceros compañía.

DON JUAN.

Será gran ventura mia
Que en mí conozcais á quien
Serviros desea.

DON PEDRO.

Los cielos
Os guarden.

DON FÉLIX.

Pues vive Dios
Que no habeis de hablar los dos
Tocados de amor y celos. —
Haz que nos dén de comer,—

(*A Hernando, que se va.*)

Y pues no hemos de salir
De casa, por divertir
El tiempo que puede haber,
La relacion me decid,
Don Juan, de la real jornada.

ESCENA IX.

DON FELIX, DON JUAN, DON PEDRO.

DON JUAN.

Con calidad, que acabada,
La prevencion de Madrid
Diréis despues.

DON FÉLIX.

Soy contento.

DON PEDRO.

Yo vengo á buena ocasion,
Que una y otra relacion
Nueva es para mí.

DON JUAN.

Oid atento.
Deudora Alemania estaba
A España de la mas rica,
De la mas hermosa prenda,
Desde el venturoso dia
Que María nuestra infanta,
Generosamente altiva,
Trocó la española alteza
Por la majestad de Hungría [1].
Deudora Alemania estaba
(Otra vez mi voz repita)
De tanto logro al empeño,
De tanto empeño á la dicha,
Sin esperanzas de que
Pudiese su corte invicta
Desempeñarse con otra
De iguales méritos digna,
Hasta que piadoso el cielo
Ilustró su monarquía
De quien, si no la excedió,
Pudo al ménos competirla,
Para que nos restituya
En Mariana su hija
Tan una misma beldad,
Que parece que es la misma.
Pues si de las dos esferas
Vamos corriendo las líneas,
Y en florida primavera
Le dimos la maravilla,
La maravilla nos vuelve
En primavera florida,
Que apénas catorce abriles
Bebió del alba la risa.
Si la real sangre de Austria
Sus hojas tiñó en la tiria
Púrpura, en ella tambien
Quiso que esotras se tiñan.
Si prudencia, si virtud,
Si ingenio y partes divinas
La dimos, esas nos vuelve,
Porque de todas es cifra.
Despues de capitulado
El Rey, que mil siglos viva,
Se dilataron las bodas
Mas tiempo del que quería
La ansia de los españoles;
Mas no fueran conocidas
Las dichas, si no vinieran
Con su pereza las dichas.
Fué causa á la dilacion
Esperar que la festiva
Tierna edad de la niñez
Creciese, hasta ver que hoy pisa
De la juventud la márgen:
¡Buen defecto es el de niña,
Pues se va, aunque ella no quiera,
Enmendando cada dia!
Llegó, pues, el deseado
De que feliz se despida
El águila generosa
Del real nido que la abriga,
Porque saliendo á volar,
El cuarto planeta diga
Que imperial águila es, puesto
Que de hito en hito le mira.
Y porque no sin decoro
Deje la corte que habita,
Llegó la nueva á Madrid,
De que allí el Rey se despida
De su hermana, hasta la entrega,
Mezclando el llanto y la risa;
Que siempre en bodas de infanta
El pesar y el alegría
Se equivocan, hasta que
De gala el dolor se vista,
Saliendo de ellas casada.
Ferdinando, rey de Hungría
Y Bohemia, ínclito jóven,
Que no vanamente aspira
Que heredada la eleccion,
Roma su laurel le ciña,
En nombre del Rey con ella
Se desposa, y ejercita
Tan amante sus poderes,
Que sin perderla de vista,
Hasta Trento la acompaña
Con la pompa mas lucida,
Con el fausto mas real
Que vió el sol; pues á porfía
Españoles, alemanes
Y italianos, con su vista
Se compitieron de suerte,
Que era gloriosa la envidia,
Porque unos y otros hicieron
En costosas libreas ricas,
Tratable el oro en sus venas,
Fácil la plata en sus minas,
Agotando de una vez
Todo el caudal á las Indias.
Y porque por mar y tierra
Halle siempre prevenida
Quien por la tierra y el mar
De parte del Rey la sirva,
El cargo del mar al duque
De Túrsis (de esclarecida
Generosa casa de Oria,
Siempre afecta y siempre fina
A esta corona) le dió,
Porque de nuevo repita
En servicios y finezas
Obligaciones antiguas.
La Reina estuvo en Milan
Detenida algunos dias,
Por ocasion de que el mar
Embarazó con sus iras
De España el pasaje; pero
¿Quién de su inconstancia fía,
Que no motive de culpa
Lo que no es mas que desdicha?
Del mar y del viento, en fin,
Las condiciones esquivas
O vencidas ó templadas
(Aténgome á que vencidas),
Llegó el dia de embarcarse;
Y apénas la vió en su orilla
El mar, cuando convocó
Todo el coro de sus ninfas
Para que corriendo á tropas
La campaña cristalina,
Tan solo en ella dejaran
Aquella inquietud tranquila,
Que no bastando á temerla,
Baste á hermosearla y lucirla.
Entró la Reina en la Real,
Cuya popa era encendida
Brasa de oro, que á despecho
De tanta agua, estaba viva.
La chusma, toda de tela
Nácar y plata vestida,
Con camisolas de holanda,
Que su gala es estar limpias,
Velámen, jarcias y velas
A su modo guarnecidas.
De mil colores, formaban
Un pensil, á quien matizan
De flores los gallardetes
Y las flámulas, que heridas
Del aire que las tremola
Y el agua que las salpica,
Venganza daban al aire
Y el agua de la ojeriza
Que tenian con las salvas,
Por ver que de ver les quitan
Las negras nubes de humo
Que dejó la artillería,
La mas pura, la mas bella,
La mas noble y mas divina
Vénus que sobre la espuma
Flechas de constancia vibra.
Aquí al compas de las piezas,
Clarines y chirimías,
A leva tocó la Real,
Cuya seña, obedecida,
Aun primero que escuchada
Fué de todos, con tal prisa,
Que á un mismo tiempo la boga
Arrancó; y siendo la grita
Segunda salva vocal,
Nos pareció, cuando se iba
De la tierra, una vistosa
Primavera fugitiva.
Cuarenta galeras fuéron
Las que siguieron su quilla,
Que mas que rompen las olas,
Las encrespan y las rizan.
El golfo tomó la nao,
Aun sin tocar en las islas
Mallorca, Ibiza y Cerdeña;
No á causa de la enemiga
Oposicion de los puertos
De Francia; que bien podia,
Viniéndose tierra á tierra,
Tomar puerto en sus marinas,
Porque en las enemistades
De las coronas, militan
En la campaña las armas,
Y en la paz la cortesía:
Y así, con salvoconducto
General en sus milicias,
Francia esperó á nuestra reina.
¡Qué bien lidian los que lidian
Para vencer, cuando vencen,
Aun ménos que cuando obligan!
— Mas no puedo detenerme
En referir las festivas
Demostraciones que Francia
La tenia prevenidas. —
El golfo tomó la nao,
Trayendo siempre benigna
En los vientos y los mares
La fortuna, porque mira
Que con solo este festejo
Que hace á España, se desquita
De otras penas que la debe
La vanidad de su envidia.
En fin, con serena paz
La vaga ciudad movida,
Ya del remo que la impele,
Ya del viento que la inspira,
Los mares sulca de España,
Y de sus campos divisa
Los celajes, que quisieran
Que el mar en sus ondas frias
Huéspedes los admitiese,
Porque una vez se compitan
Golfos de verde esmeralda
Con montes de nieve riza.
Ya el mar saluda á la tierra,
Ya la tierra al mar se humilla,
Siendo la primera que
Sus reales plantas pisan,
Denia. ¡Oh tú, mil veces tú
Felice, pues en tu orilla
Hoy de la concha de un tronco

[1] La infanta Doña María, hermana de Felipe IV, habia casado con Fernando, rey de Hungría, en el año de 1631. Felipe IV casó con Doña Mariana, hija de Fernando y María, en 1649.

Sacas la perla mas rica!
Querer que yo diga ahora
La majestad de las vistas,
El séquito de su corte,
Las galas, las bizarrías,
El amor de sus vasallos,
De sus reinos la alegría,
No es posible, si no es que
Con la voz de todos diga
Que este repetido lazo,
En quien de esposa y sobrina
El nudo apretó dos veces,
Con propagada familia,
Para bien comun de España
Venturosos siglos viva.

DON FÉLIX.

No tuve gusto mayor.
Estad ahora vos atento.
—Con el general contento
Digno á su lealtad...

ESCENA X.

HERNANDO. — DICHOS.

HERNANDO.

Señor.

DON FÉLIX.

¿Qué dices?

HERNANDO.

Que las dos bellas
Damas que al barrio han venido,
A la ventana han salido,
Y desde esta puedes vellas.

DON FÉLIX.

Perdone la relacion,
Pues dice á voces la fama:
«Antes que todo es mi dama»,
Y despues habrá ocasion
Para ella; que ver deseo
Qué cosa son mis vecinas.
(*Asómase á la ventana.*)
¡Vive Dios, que son divinas!

DON JUAN.

Veámoslas todos.
(*Llega Don Juan á mirar.*)
(*Ap.* ¡Qué veo!
Ella es.)

DON PEDRO.

Pues las visteis vos,
A mí me dejad llegar.
(*Llega Don Pedro.*)

DON FÉLIX.

A fe que hay bien que admirar
En cualquiera de las dos.

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Qué es lo que veo? Ella es; Cielos!)
Gran dicha ha sido venir (*A Don Félix.*)
A vuestro barrio á vivir.

DON JUAN.

(*Ap.* Disimulen mis desvelos.)
Bizarra cualquiera es.

DON PEDRO.

(*Ap.* Finja mi pena amorosa.)
Cualquiera es dellas hermosa.
(*Vase Hernando.*)

DON FÉLIX.

¿Oyen vuesarcedes? Pues
Bizarras y hermosas son,
Quítense de aquí, porqué
Son muy tiernos para que
Les dé mi jurisdiccion.
A su dama cada uno,
Pues están enamorados:
Déjenme con mis cuidados,
Sin alabarme ninguno
Bellezas ni bizarrías;
Que aquestas damas, les digo
Que son cosas de un amigo.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Qué poco mis alegrías
Duraron!) Ya se quitaron
De la ventana. (*Ap.* Porqué
Yo llore su ausencia fué.
La primer cosa que hallaron,
¡Cielos! mis penas, ha sido
Dellas la causa. ¡Ay de mí!)

DON PEDRO. (*Ap.*)

La primer cosa que vi,
Es por la que aquí he venido.
(*Sale Hernando.*)

HERNANDO.

La mesa espera, señor. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Vamos á comer, que aunqué
Tan enamorado esté,
Tengo mas hambre que amor.

DON JUAN. (*Ap. á Don Félix.*)

Aunque de burlas hablais,
Sabed que de mi fortuna
Una es la causa. (*Vase.*)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Adios, una.

DON PEDRO.

Aunque tan de humor estáis,
Por sí ó por no, sabed que
Una de las dos, por Dios,
Es la que sigo. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Adios, dos.
¡Qué corta mi dicha fué!
Si no es que una misma sea
(Que aun peor que esto sería)
La que uno y otro quería.
¡Plegue á Dios que no se vea
Empeñado en los desvelos
De dos amigos mi honor,
Y pague celos y amor
Quien no tiene amor ni celos. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XI.

CLARA Y EUGENIA.

CLARA.

Por cierto, casa y adorno,
Todo, Eugenia, está extremado.

EUGENIA.

A mí no me ha parecido
Sino de la corte el asco.

CLARA.

¿Por qué?

EUGENIA.

Cuanto á lo primero,
Porque este, Clara, es el barrio
Donde de la corte habitan
Los pájaros solitarios.
A los pozos de la nieve
Casa mi padre ha tomado:
¡Fresca vecindad! Agosto
Le agradezca el agasajo.

CLARA.

Por la quietud y el jardin
Lo haria.

EUGENIA.

¡Lindos cuidados!
¿Quietud y jardin? Para eso
Yuste está juntico á Cuacos.
Pero en Madrid, ¿qué quietud
Hay como el ruido? y ¿qué cuadro,
Aunque con mas tulipanes
Que trajo extranjero mayo,
Como una calle que tenga
Gente, coches y caballos,
Llena de lodo el invierno,
Llena de polvo el verano,
Donde una mujer se esté
De la celosía en los lazos,
Al estribo de un balcon,
A todas horas paseando?—
Pues ¿qué los adornos?

CLARA.

¿No es
De terciopelo este estrado
Y sillas y con su alfombra,
De granadillo y damasco
Estas camas, los tapices
De buena estofa, y los cuadros
De buen gusto, y el demas
Menaje, Eugenia, ordinario,
Limpio y nuevo? Pues ¿qué quieres?

EUGENIA.

Buenos son; pero diez años
De Indias son mucho mejores.
Yo pensaba que el adagio
De tener el padre alcalde,
Era niño comparado
Con la suma dignidad
De tener el padre indiano.
Fuera de que entre estas cosas
Que tú me encareces tanto,
La mejor cuadra y mejor
Alhaja es la que no hallo.

CLARA.

¿Cuáles son?

EUGENIA.

Coche y cochera,
Que ella en invierno y verano
Es la mejor galería,
Y el mas hermoso trasto.
¿Qué Indias hay donde no hay coche?
¡Aquí de Dios y sus santos!
¿Que ensayados trae, no ha escrito.
Muchos pesos? Pues veamos,
Si no han de hacer su papel,
¿Para qué se han ensayado?

CLARA.

¿Ni aun á tu padre reserva
La sátira de tus labios?
¡Jesus mil veces!

EUGENIA.

¡Mala hija!
Vivir quisiera mil años,
Solo por ver si me logro.

CLARA.

Advierte, Eugenia, que estamos
Ya en la corte, y que el despejo,
El brio y el desenfado
Del buen gusto, aquí es delito;
Que aquí dan los cortesanos
Estatua al honor, de cera,
Y á la malicia, de mármol.
No digo que no sea bueno
Lo galante y lo bizarro;
Pero ¿qué importa si no
Lo parece? Y no es tan malo
No ser bueno y parecerlo,
Como serlo y no mostrarlo.
El honor de una mujer,
Y mas mujer sin estado,
Al mas fácil accidente
Suele enfermar, y no hay ampo
De nieve que mas aprisa
Aje su tez al contacto
De cualquiera: planta no hay,
Que padezca los desmayos

Mas presto; que sin el cierzo,
Basta á marchitarla el austro.
Cuantos tus versos celebran,
Cuantos tus donaires, cuantos
Tu ingenio, son los primeros,
Eugenia, que al mismo paso
Que te lisonjean el gusto,
Te murmuran el recato,
Rematando en menosprecio
Lo mismo que empieza aplauso.
Y una mujer como tú
No ha de exponerse á los daños
De que parezca delito
Nada, ni le sea notado
Hacer profesion de risa,
Que tan presto ha de ser llanto.
¿Hasta hoy en carta de dote,
Eugenia, ha capitulado
La gracia?

EUGENIA.

Quam mihi et vobis
Præstare se te ha olvidado,
Para acabar el sermon
Con todos sus aparatos.
Y para que de una vez
Demos al tema de mano,
Has de saber, Clara, que
Los *non fagades* de antaño
Que hablaron con las doncellas
Y las demas deste caso,
Con las calzas atacadas
Y los cuellos se llevaron
A Simancas, donde yacen
Entre mugrientos legajos.
Don Escrúpulo de honor
Fué un pesadísimo hidalgo,
Cuyos privilegios ya
No se lén de puro rancios.
Yo he de vivir en la corte
Sin melindres y sin ascos
Del qué dirán, porque sé
Que no dirán que hice agravio
A mi pundonor; y así,
Derribado al hombro el manto,
Descollada la altivez,
Atento el desembarazo,
Libre la cortesanía,
He de correr á mi salvo
Los siempre tranquilos golfos
De calle Mayor y Prado,
Cosaria de cuantos puertos
Hay desde Atocha á Palacio.
Uso nuevo no ha de haber
Que no le estrene mi garbo:
¿Amiga sin coche? Tate;
Y ¿sin chocolate estrado?
No en mis dias; porque sé
Que es el consejo mas sano
El mejor amigo el coche,
Y él el mejor agasajo.
Las fiestas no he de saberlas
Mejor que yo el calendario:
Desde el Angel á San Blas,
Desde el Trapillo á Santiago.
Si picaren en el dote
Los amantes cortesanos,
Que enamorados de sí
Mas que de mí enamorados,
Me festejen, has de ver
Que al retortero los traigo,
Haciendo gala el rendirlos,
Y vanidad el dejarlos.
Todo esto quiero que tengas,
Clara, entendido; y si acaso
Vieres en mí...

CLARA.

¿Qué he de ver,
Si aun de escucharte me espanto?

ESCENA XII.

DON ALONSO, *muy alegre*. — CLARA. EUGENIA.

DON ALONSO.

¡Eugenia! ¡Clara!

LAS DOS.

Señor.

DON ALONSO.

Pediros albricias puedo.

LAS DOS.

¿De qué?

DON ALONSO.

De la mejor dicha,
Mayor bien, mayor contento
Que sucederme pudiera,
Despues de llegar á veros.
Don Toribio Cuadradillos,
Hijo mayor y heredero
De mi hermano, mayorazgo
Del solar de mis abuelos,
Llegará al punto: una posta
Que se adelantó, me ha hecho
Relacion de que ahora queda
Muy cerca de aquí.

EUGENIA.

Por cierto
Que pensé que habia venido,
Segun tu encarecimiento,
Algun plenipotenciario
Con la paz del universo.

DON ALONSO. (*Llamando.*)

Mari-Nuño.

ESCENA XIII.

MARI-NUÑO; *despues* BRIGIDA Y OTAÑEZ. — DICHOS.

MARI-NUÑO.

¿Qué me mandas?

DON ALONSO.

Aderécese al momento
Aquese cuarto de abajo,
Y esté aliñado y compuesto. —
Tú ¡Brigida!... (*Llamando.*)

(*Sale Brigida.*)

Saca ropa
De la excusada.

BRIGIDA.

Ya tengo
Un azafate, que pueden
Beber su holanda los vientos.

(*Vanse Mari-Nuño y Brigida.*)

DON ALONSO. (*Llamando.*)

¡Otáñez!

(*Sale Otáñez.*)

OTÁÑEZ.

Señor...

DON ALONSO.

Buscad
Algo de regalo presto,
Para que coma en llegando.

(*Vase Otáñez.*)

Y á las dos, hijas, os ruego
Le agasajeis mucho. Ved
Que es vuestra cabeza; y creo
Que será la mas dichosa
La que le tenga por dueño,
Pues será escudera suya
La otra. (*Ap.* Así inclinar pretendo
A Eugenia.)

EUGENIA.

Yo desa dicha
Pocas esperanzas tengo,
Que Clara es mayor.

CLARA.

¿Qué importa,
Si es mas tu merecimiento?

EUGENIA.

¿Falsedad conmigo, Clara?

DON ALONSO.

Ya en el portal hay estruendo.
Oid.

ESCENA XIV.

DON TORIBIO, OTAÑEZ — DON ALONSO Y SUS HIJAS.

DON TORIBIO. (*Dentro.*)

¿Vive aquí un señor tio
Que yo en esta corte tengo,
Con dos hijas, por mas señas
Con quien á casarme vengo,
De dos la una, como apuesta?

OTÁÑEZ (*Dentro.*)

Esta es la casa.

DON ALONSO.

Yo creo
Que es él sin duda. Llegad
Conmigo al recibimiento.

(*Pasan los tres desde la sala al recibimiento, que está en el fondo del teatro.*)

DON TORIBIO. (*Dentro.*)

¿Y está acá?

OTÁÑEZ. (*Dentro.*)

En casa está.

DON TORIBIO. (*Dentro.*)

Pues
Ten ese estribo, Lorenzo.

(*Don Alonso va á encontrarse con Don Toribio; Eugenia y Clara miran por la puerta hácia afuera.*)

EUGENIA.

¡Jesus! ¡qué rara figura!

CLARA.

Tú tienes razon por cierto.

EUGENIA.

¡Ay, que consintió mi hermana
En murmuracion!

(*Vuelve Don Alonso con Don Toribio, vestido de camino ridiculamente.*)

DON ALONSO.

Contento,
Sobrino y señor, de ver
Que haya concedido el cielo
Esta ventura á mi casa,
Salgo alegre á conoceros
Por mayor pariente della.

DON TORIBIO.

Pues bien poco haceis en eso;
Que en el valle de Toranzos,
Desde tamañito, tengo
El ser cabeza mayor
Adonde quiera que llego.

DON ALONSO.

Llegad: ved que vuestras primas
Desean mucho conoceros,
Y han salido á recibiros.

DON TORIBIO.

Razonables primas tengo.

CLARA.

Vos seais muy bien venido.

DON TORIBIO.

Tanto favor agradezco.

DON ALONSO.
¿Cómo venís?

DON TORIBIO.
Muy cansado;
Que traigo un macho, os prometo,
De tan mal asiento, que
Me ha hecho á mí de mal asiento.
(*Pasan del recibimiento á la sala.*)

DON ALONSO.
Miéntras de comer os dan,
Sentaos.

DON TORIBIO.
¿No será mas bueno
El trocarlo, y que me dén
De comer miéntras me siento?
Pero por no ser porfiado, (*Siéntase.*)
Que os senteis los tres os ruego;
Que yo de cualquier manera
Estoy bien.

CLARA. (*Ap.*)
¡Lindo despejo!

EUGENIA. (*Ap. á Clara.*)
¿Esta es mi cabeza?

CLARA.
Sí.

EUGENIA.
En aqueste instante creo,
Cierto, que soy loca, pues
Tan mala cabeza tengo.

DON TORIBIO.
Finalmente, primas mias,
Como digo de mi cuento,
Parece que sois hermosas,
Ahora que caigo en ello;
Y tanto, que ya me pesa
Que seais á la par tan bellos
Angeles.

LAS DOS.
¿Por qué?

DON TORIBIO.
Porqué..
Mas expliqueme un ejemplo.
Escriben los naturales
Que puesto un borrico en medio
De dos piensos de cebada,
Se deja morir primero
Que haga del uno eleccion,
Por mas que los mire hambriento:
Yo así en medio de las dos,
Que sois mis mejores piensos,
No sabiendo á cuál llegue ántes,
Me quedaré de hambre muerto.

DON ALONSO.
¡Oh sencillez de mi patria,
Cuánto de hallarte me huelgo!

CLARA.
¡Buen concepto y cortesano!

EUGENIA. (*Ap.*)
De borrico es, por lo ménos.

DON TORIBIO.
Mas remedio hay para todo.
¿No ha de traerse, á lo que entiendo,
Tio, una dispensacion,
Por razon del parentesco,
Para la una?

DON ALONSO.
Claro está.

DON TORIBIO.
Pues traigan dos, que yo quiero
Dar el dinero doblado;
Y desa suerte, en teniendo
Para cada una la suya,
Casaré con ambas. Pero
¡Ah sí! que se me olvidaba.
¿Cómo estáis, saber deseo,
Vos y mis señoras primas?

DON ALONSO.
Muy alegre y muy contento
De ver mi casa y mis hijas,
Y á vos, para que seais dueño
Del fruto de mis trabajos.

DON TORIBIO.
Eso y mucho mas merezco.
Si vierais mi ejecutoria,
Primas mias, os prometo
Que se os quitaran mil canas.
¡Vestida de terciopelo
Carmesí, y allí pintados
Mis padres y mis abuelos,
Como unos santicos de Horas!...
En las alforjas la tengo.
Esperad, iré por ella,
Para que veais que no os miento.

ESCENA XV.

MARI-NUÑO. — DICHOS.

MARI-NUÑO.
La comida está en la mesa.
(*Espántase Don Toribio de ver á Mari-Nuño.*)

DON TORIBIO.
¡Ay, señor tio! ¿qué es esto?
¿Trajisteis este animal
De las Indias? que no creo
Que es hombre ni mujer, y habla.

DON ALONSO.
Es dueña.

DON TORIBIO.
¿Y es mansa?

MARI-NUÑO. (*Ap. á Eugenia.*)
Ingenio
Cerril tiene el primo.

EUGENIA.
No es,
Sino tonto por extremo.

DON ALONSO.
Cómo queda vuestro padre
Y su casa, saber quiero.

DON TORIBIO.
No me haga mal hijodalgo
De comedias, si me acuerdo.

MARI-NUÑO.
La mesa está puesta.

DON TORIBIO.
¿Y dónde
Teneis la mesa?

MARI-NUÑO.
Allá dentro.

DON TORIBIO.
No sé si lo crea.

MARI-NUÑO.
¿Por qué?

DON TORIBIO.
Porque la instruccion que tengo
Es, que no me crea de dueñas.
Pero yo lo veré presto
Perdonadme, que no soy
Amigo de cumplimientos. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON ALONSO, CLARA, EUGENIA, MARI-NUÑO.

CLARA. (*Ap.*)
¡Lindo primo, por mi vida!

MARI-NUÑO. (*Ap.*)
El no es galan; pero es puerco.

EUGENIA. (*Ap.*)
Las guardas de peste ¿cómo
Entrar le dejaron dentro?

DON ALONSO.
¿De qué estáis tristes las dos?

LAS DOS.
Yo de nada.

DON ALONSO.
Ya os entiendo.
¿Os habrá el estilo y traje
Desagradado! Pues esto
Es lo mas y lo mejor
Que tiene: veréis cuán presto
Le mejoran corte y trato.
Los mas vienen así, y luego
Son los mas agudos. Mas
Explicaros cuán contento
Y alegre estoy, no es posible,
De ver que vuelva á mis nietos
La casa de mis mayores.
Don Toribio ¡vive el cielo!
Se ha de casar con la una,
Sin pensar la otra por eso
Que no ha de casar con otro
Como él; porque no quiero
Que lo que á mí me ha costado
Tanta fatiga y anhelos,
Me malbarate un mocito
Que gaste en medias de pelo
Mas que vale un mayorazgo.
Si viera por un sombrero
De castor dar veinte ó treinta
Reales de á ocho yo á mi yerno
Sacados de mi sudor,
Perdiera mi entendimiento;
Y así no hay que hablar, sinó
Persuadiros desde luego
Que este y otro como este
Han de ser esposos vuestros. (*Vase.*)

CLARA.
Primero pierda la vida.

EUGENIA.
La vida no; mas primero
Me quedaré sin casar,
Que es mas encarecimiento.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX, DON JUAN, HERNANDO.

DON FÉLIX.
¿Cómo habeis, Don Juan, pasado
La noche?

DON JUAN.
¿Cómo pudiera,
Don Félix, en vuestra casa,
Sino muy bien, puesto que ella
De mi tristeza no tiene
La culpa?

DON FÉLIX.
Pues ¿qué tristeza
Es la que ahora os aflige?

DON JUAN.
No sé cómo os la encarezca.
Desde el instante que vi
Esa divina belleza,
Que aun en mi memoria vive
Á pesar de tanta ausencia,
Todas aquellas cenizas,
Que entre olvidadas pavesas,

Aun no juzgué que eran humo,
Llama han sido: de manera
Que conocí que han estado
En ocioso fuego envueltas,
Tibias, pero no apagadas;
Calladas, pero no muertas.
No volví á verla ayer tarde,
Porque no volvió á la reja;
Y así, hoy con la esperanza
De que siendo dia de fiesta
No dejará de salir,
He madrugado por verla.
A la puerta de la calle
Voy á esperar que amanezca
Segundo sol para mí.
Vos haced, por vida vuestra,
Puesto que no importa el caso,
Que nada Don Pedro entienda. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

¿Habrá hombre tan necio como
El que hallar memorias piensa
En una mujer, al cabo
De tantos años de ausencia?

HERNANDO.

Déjale que con su engaño
Viva.

DON FÉLIX.

Un cortesano, que era,
Decia, el engaño la cosa
Que mas y que ménos cuesta.
Veamos estotro doliente
En qué estado está, ya que esta
Casa, de locos de amor
Se ha vuelto convalecencia.

ESCENA II.

DON PEDRO. — DON FELIX, HERNANDO.

DON FÉLIX.

¿Qué hay, Don Pedro? Buenos dias.

DON PEDRO.

Fuerza será que lo sean,
Recibiéndolos de vos
Y en vuestra casa, por vuestra,
Y por la dicha de estar
Mis esperanzas tan cerca.
No creréis cuánto gozoso
Y ufano estoy de que sea
Vuestra vecina esta dama;
Pues con eso, cosa es cierta
Que para verla, Don Félix,
Dos mil ocasiones tenga;
Y por no perder ninguna
Voy á esperarla á la puerta,
Pues sin duda que hoy á misa
Habrá de salir por fuerza.

DON FÉLIX.

En ella Don Juan aguarda.

DON PEDRO.

Así se hará la deshecha
Mejor, paseándonos todos.
Vos, aunque llevaros quiera
A otra parte, no vais; pero
De suerte que nada entienda. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA III.

DON FELIX y DON PEDRO, *encontrándose con* DON JUAN.

DON FÉLIX.

¿Qué haceis, Don Juan?

DON JUAN.

Esperaros
Para saber á qué iglesia
Quereis que vamos á misa.
(*Ap. á él.* De aquí no hagamos ausencia.)

DON PEDRO.

Lo mismo le decia yo.
Vamos adonde os parezca.—
No os vais, Don Félix, de aquí. (*Ap. á él.*)

DON FÉLIX.

(*Ap.* Desta suerte fácil fuera
Servir un hombre á dos amos,
Mandando una cosa mesma.)
Vuesarcedes, caballeros
Muy enamorados, ¿piensan
Que no hay mas que irse y llevarme
Cada cual á su querencia?
Pues no ¡vive Dios! que hoy
Se han de estar donde yo quiera;
Que quiero yo enamorar
Tambien un dia en conversa.
Y así, hasta que mis vecinas
Salgan y vamos tras ellas,
Para ver la que me toca
Festejar (pues cosa es cierta
Que yo la que quiero mas,
Es la que tengo mas cerca),
No se ha de ir de aquí ninguno.

DON PEDRO.

Por mí sea norabuena.

DON JUAN.

Por mí tambien.

DON PEDRO. (*Ap. á Don Félix.*)

¡Lindamente
Habeis hecho la deshecha
Con Don Juan!

DON JUAN. (*Ap. á Don Félix.*)

¡Bien con Don Pedro
Desmentido habeis mis penas!

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Mas lo hago por saber
Si es que es la dama una mesma.
Y si es la que de las dos...
Mas no prosiga mi lengua;
Que es tarde para que á mí
Beldad alguna me venza.

DON JUAN.

Pues ya que quereis, Don Félix,
Que os asistamos, no sea
Tan de balde, que no os cueste
El pagarnos una deuda
Que nos debeis.

DON PEDRO.

Es verdad,
Y es famosa ocasion esta,
Pues solo para hacer hora
Son las relaciones buenas.

DON FÉLIX.

Yo me huelgo, pues así
Hablaré un rato siquiera,
Sin que á la mano me vayan
Con amor, celos y ausencia.
—Con el general contento,
Madrid, digno á su fineza,
A su lealtad y su amor,
Oyó las felices nuevas
De las bodas de su rey;
Y mas cuando supo que era
La divina Mariana...

DON JUAN.

Tened, que dejar es fuerza
Otra vez la relacion
Para otra ocasion suspensa.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque sale gente.

DON FÉLIX.

¡Cuánto va que se me queda
La relacion en el cuerpo,
Y vienen otros á hacerla?

DON PEDRO.

Un criado es el que sale,
Que á su amo sin duda espera.

DON JUAN.

Bien podeis ya proseguir.

DON FÉLIX.

Digo que en gozosa muestra
Del alegría de todos...
— Pues todos juntos quisieran
Significar los afectos
En regocijos y fiestas;
Y aunque, como vos dijisteis,
Caminan con su pereza
Las dichas, y no es el gusto
Correo á toda diligencia;
Con todo eso... — llegó el dia
De saberse que en Viena
El Rey desposado estaba,
Remitiéndole que ejerza
Sus poderes Ferdinando,
Rey de Hungría y de Bohemia:
Ferdinando, ínclito jóven,
En quien la sacra diadema
De rey de romanos, presto
Hará la eleccion herencia.
El pues, no del poder solo
Usó, mas de la fineza:
Con que sirviendo á su hermana,
Hizo de la corte ausencia.
Dejemos en el camino
Las dos majestades (que esta
No es la accion que á mí me toca,
Ya que vos con la agudeza
De vuestro ingenio dijisteis
El aparato y grandeza),
Y vamos á que Madrid,
Desvelada, fiel y atenta
Al servicio de sus reyes,
Que es de lo que mas se precia,
En tanto que prevenia
La usada lid de sus fiestas,
Convidó lo mas ilustre
De la española nobleza,
Para una máscara; haciendo
(Fuese acaso ó diligencia)
A propósito de bodas
Ceremoniosa la fiesta;
Porque si á la antigüedad
Revolveis humanas letras,
Hallaréis cómo en las nupcias
Aun ménos ilustres que estas,
Con antorchas en las manos
Corrian tropas diversas
A quien llamaban preludios,
Invocando la suprema
Deidad del sacro Himeneo,
A cuyas aras las teas
Sacrificaban, cantando
Epitalamios, en prendas
De que á aquellos casamientos
Favorable á asistir venga.
Y así de la antigüedad
Tomando Madrid aquella
Parte festiva, y dejando
La gentílica depuesta,
Usó el regocijo solo,
Mejorando ilustre y cuerda
El rito, pues que fué dando
Al cielo gracias inmensas
De sus dichas, cuyas voces
Variamente lisonjeras,
Fuéron el epitalamio
Que España cantó contenta,
En música, que es confusa,
Mas dulce, si no mas diestra.
En toda mi vida vi

Tan hermosa tropa bella,
Como la máscara junta,
Cuando al compas de trompetas,
Clarines y chirimías
Empezaron á moverla
Los dos polos que de España
Y de Alemania sustentan
La política, bien como
Dando generosas muestras
De que Alemania y España
Por todo el tiempo interesan,
Una en que tal prenda da,
Y otra en que admite tal prenda.
Bien quisiera yo pintarlos;
Pero aunque mas lo pretenda,
No es posible, si no es
Que la retórica quiera
En sus figuras prestarme
El uso de sus licencias,
Cometiendo una que llaman
Tropo de prosopopeya,
Que es cuando lo no posible
Bajo objeto de la idea,
O callando se imagina,
O hablando se representa.
Porque si no es que finjais
Allá en la fantasía vuestra
Bajar de púrpura un monte,
Arder de plata una selva,
Y de selva y monte luego
Formais un monstruo, que á fuerza
De nuevo metamorfósis
Todo en fuego se convierta,
No podréis imaginar
Cómo aquel peñasco era
De luz y nácar y plata,
En cuya abrasada selva
Fuéron las plumas las flores,
Y las hachas las estrellas.
Tan iguales todos juntos
Y cada uno, que no hubiera
Pareja que poder darles,
Si ellos mismos no se hubieran
Antes convenido á ser
Ellos mismos sus parejas.
Cuando del un puesto al otro
Corrian las tropas, eran
Disueltas exhalaciones
Y dilatados cometas.
Tan hermosa fué la noche,
Que el dia entre pardas nieblas
Sucedió por muchos dias
La faz de nubes cubierta,
Llorando lo que llovia,
O de envidia ó de vergüenza.
Hasta que desempeñada
Vió su luz con la belleza
Del dia, que vió la plaza
Para los toros dispuesta.
Porque aunque su hermoso circo
Siempre ha sido heróica afrenta
De cuantos anfiteatros
Roma en ruina nos acuerda,
Nunca con mas causa, pues
Nunca se vió su grandeza,
A fuer de dama, ni mas
Despejada ni mas bella
Ser, que cuando vió que á tropas
Ocupaban la palestra
De los lucidos criados
Las adornadas catervas,
Que como á triunfo trajeron
Los grandes héroes, que en ella
La suerte han hecho precisa;
Porque ya el acaso deja
De ser acaso, pues ya
No viene á ser sino fuerza
El que ha sacado al acierto
Del nombre de contingencia.
A ninguno he de nombraros,
Y es justo; que no quisiera
Que habiendo ya tantas plumas
Pintado á sus excelencias,
Los deslucieseu ahora
Cortedades de mi lengua.
Solo os diré que no hubo
Bruto que armada la testa,
La piel manchada, arrugado
El ceño, hendida la huella,
Dilatado el cuello, el pecho
Corto, la cerviz inhiesta,
De una vez escriba osados
Caractéres en la arena,
Como quien dice: «Esta es
O vuestra huesa ó mi huesa,»
Que no fuese triunfo fácil
Del primor y la destreza,
Del que mas hidalgo bruto
Soberbio con la obediencia,
Dócil con la lozanía,
Sus amenazas desprecia
Al tacto del acicate,
O al aviso de la rienda;
Pues ya el asta y ya la espada
En ambas acciones diestra,
Airosamente mezclaban
La hermosura y la fiereza.
Feliz acabó la tarde,
Quedando Madrid contenta
Con ella y con la esperanza
De que su deidad se acerca;
Y así, solo en prevenciones
Desde entónces se desvela,
Porque siendo, como es,
La corte el centro y la esfera
Que ha de merecer lograrla
Mas suya, desaire fuera,
Habiendo de paso tantas
Ciudades héchola fiestas,
Exceder ella en las dichas,
Y las otras en finezas:
Y mas estando á su aplauso
Las naciones extranjeras,
O de envidiosas pendientes,
O de curiosas atentas.
Y así, la prolijidad
De las horas de la ausencia
Gastó solo en disponer
Aparatos, que ahora es fuerza
Que yo remita á mejor
Pluma que nos los refiera.
Diciendo ahora solamente
Que la señora condesa
De Medellin, de Cardona
Ilustre familia excelsa,
A Denia fué á recibirla
Como mayor camarera,
Adonde esperó hasta el dia
De la deseada nueva
De que ya su Majestad
(Que Dios guarde) estaba en Denia.
Aquí el señor Almirante
A darla la enhorabuena
De parte del Rey salió;
Y aunque salió á la lijera,
Fué con aquel lucimiento
Digno á ser quien es; que fuera
En su excelencia muy tibia
La disculpa de la priesa.
De deudos, criados y amigos
Fué el séquito de manera,
Que á no hacer particular
Eleccion, pienso que fuera
Dejar sin gente á Castilla;
Que de un almirante della,
¿Quién de ser deudo, ó amigo,
O criado se reserva?
¡Oh felice casa, adonde
Entre todas tus grandezas,
El afecto es patrimonio,
Y lo bien visto es herencia!
En este intermedio pues
Hizo Madrid diligencias
Mas afectivas en órden
A que todo se prevenga
Con majestad y aparato,
Para la entrada á la Reina,
Asistida dignamente
Del que tio la festeja,
Del que esposo la merece,
Del que amante la celebra,
Poniendo á sus piés dos mundos;
Pues como cuarto planeta,
Cuanto ilumina, la postra,
Cuanto dora, la sujeta,
Coronándola tres veces,
Esposa, sobrina y reina.
Con que hasta el felice dia
Que nuestros ojos la vean
Entrar triunfante en su corte,
Mi relacion se suspenda,
Divertida en la esperanza
De que generosa venga
A ser fin de nuestras ansias,
Término de nuestras penas,
Logro de nuestros deseos,
Y á par de las dichas nuestras,
Con felice sucesion
Nos viva edades eternas.

DON JUAN.

La relacion con el tiempo
Se ha medido de manera,
Que acabarla y salir gente,
Ha sido una cosa mesma.

DON PEDRO.

Sí, mas no la que esperamos.

DON FÉLIX.

No, porque es el padre dellas.

DON JUAN.

No le conocí hasta ahora,
(*Ap.* Que en mi tiempo estaba fuera.)

DON PEDRO.

Nunca hasta ahora le ví,
(*Ap.* Que yo siempre amé en su ausencia.)

DON JUAN.

¿Quién es el que con él viene?

HERNANDO.

Yo podré dar esa cuenta.
Es un sobrino asturiano,
Con quien el padre desea
Casar una de las dos.

DON JUAN. (*Ap.*)

Quiera el cielo, que no sea
La novia la que yo adoro.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Plegue á Dios que no sea Eugenia.

ESCENA IV.

DON ALONSO; DON TORIBIO, *vestido de negro, ridículo.*—DON FELIX DON JUAN, DON PEDRO, HERNANDO.

DON FÉLIX.

Pasémonos.

DON TORIBIO.

Como digo,
¿Qué hacen, tio, á nuestra puerta
Estos mocitos?

DON ALONSO.

¿No están
En la calle? ¿Qué os altera?

DON TORIBIO.

¡En la calle de mis primas,
Sin mas ni mas, se pasean

DON ALONSO.

Pues ¿por qué no?

DON TORIBIO.

Porque no
Me ha de haber paseante en ella
Ni piante, ni mamante;
Y mas estos de melena,
Que Filenos de golilla,
De candil y bigotera,
Andan cerrados de sienes
Y trasparentes de piernas.

DON ALONSO.

¿Qué habemos de hacer, si son
Vecinos?

DON TORIBIO.

Que no lo sean.

DON ALONSO.

¿Cómo, si tienen aquí
Sus casas?

DON TORIBIO.

Que no las tengan.

DON FÉLIX.

Fuerza es hablarle. Yo llego,
Pues buena ocasion es esta.
Dadme, señor Don Alonso,
Aunque de paso, licencia
Para besaros la mano
Y daros la enhorabuena
De haber al barrio venido;
Que aunque excusarlo debiera
Hasta estar en vuestra casa
Y visitaros en ella,
El alborozo de ver
Que tan buen vecino tenga,
Dilatar no me permite
Que á su servicio me ofrezca.

DON PEDRO.

Todos lo mismo decimos.

DON TORIBIO. (*Ap.*)

¡Qué ceremonia tan necia!

DON ALONSO.

Guárdeos Dios por la merced
Que me haceis; que si supiera
La dicha de mereceros
Tantos favores, hubiera
Cumplido mi obligacion,
Visitándôs en la vuestra.
Conoced á mi sobrino,
Que quiero que desde hoy sea
Vuestro servidor.

DON TORIBIO. (*Ap. á Don Alonso.*)

¿Yo habia
De ser alhaja tan puerca?

DON ALONSO.

Esta es accion cortesana.

DON TORIBIO.

Mas me huele á corte-enferma.

DON ALONSO.

Llegad, Don Toribio: ved
Que estos señores esperan
Conoceros.

(*Llega Don Toribio.*)

DON JUAN.

En nosotros
Tendréis á vuestra obediencia
Hoy amigos y criados.

DON TORIBIO.

Guárdeos Dios por la fineza.

DON FÉLIX.

¿Venis con salud?

DON TORIBIO.

Al cielo
Gracias, ni mala ni buena,
Sino así así, entreverada,
Como lonja de la pierna.

DON ALONSO.

Mas despacio besaré
Vuestras manos: dad licencia...

DON FÉLIX.

Vos la teneis.

DON ALONSO.

Don Toribio,
Venid.

DON TORIBIO. (*Ap. á Don Alonso.*)

¿Aquí te los dejas?

DON ALONSO.

¿Qué he de hacer?

DON TORIBIO.

Yo lo sé.

DON ALONSO.

¿Adónde
Vas?

DON TORIBIO.

A dar á casa vuelta.

DON ALONSO.

¿A qué?

DON TORIBIO.

A decir á mis primas
Que en todo hoy no salgan fuera.

DON ALONSO.

¿Han de quedarse sin misa?

DON TORIBIO.

¿Qué dificultad es esa?
Mi ejecutoria les basta
Para ser cristianas viejas.

DON ALONSO.

¡Jesus, y qué disparate!
Venid, venid: no lo entiendan
Esos hidalgos.

DON TORIBIO.

Par Dios,
Que si por mi voto fuera,
No habian de salir de casa,
Quisieran ó no quisieran.

(*Vanse Don Alonso y Don Toribio.*)

DON FÉLIX.

No sé cómo fué posible...

DON JUAN.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Que la risa detenga,
Viendo al primo.

DON PEDRO.

¡Qué figura
Tan rara!

DON JUAN.

Extraña presencia
De novio.

ESCENA V.

CLARA Y EUGENIA, *con mantos*; OTAÑEZ *delante*, *y* BRIGIDA Y MARI-NUÑO *detras*.—DON FELIX, DON JUAN, DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO.

Ya las dos salen.

DON FÉLIX.

Desde aquí podrémos verlas,
Como acaso.

CLARA.

Echate el manto,
Que hay gente en la calle, Eugenia.

EUGENIA.

¿Qué he hecho yo para no andar
Con la cara descubierta?

OTÁÑEZ.

¡Tomad! ¡Luego la faltara
A la hermanica respuesta!

MARI-NUÑO.

Callad, que no os toca á vos
Hablar en estas materias.

BRÍGIDA.

Ni á vos en estas ni esotras,
Y hablais en esotras y estas.

DON FÉLIX.

Pasemos ahora al descuido.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh permita amor que en ella
Al verme, estén sus memorias,
Ya que no vivas, no muertas!

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Oh plegue á Dios que se obligue
De ver que he venido á verla!

CLARA.

Advierte que llega gente.

EUGENIA.

Y bien, la gente que llega,
¿Qué se lleva por llevarse
Hácia allá esta reverencia?
(*Saluda Eugenia. Trae un lienzo en la mano*).
(*Ap.* Mas ¡cielos! ¿Qué es lo que miro!
Don Juan es. Ya de su ausencia
Debió de cesar la causa;
Y no es mi duda sola esta,
Sino estar con él Don Pedro.
Aquesta es la vez primera
Que ha sido por ignorancia
Amiga la competencia.)

DON FÉLIX. (*Ap. á él.*)

¿Cuál es de las dos, Don Juan,
La que tanto amor os cuesta?

DON JUAN.

(*Ap. á Don Félix.* La del pañuelo en la mano.
No volvais tan presto á verla:
No advierta que de ella hablamos.
Y porque tampoco advierta
Don Pedro mi turbacion...)—
Voy á esperar á la iglesia. (*Alto.*)
(*Ap. á Don Felix.* Quedáos vos con él.)

DON FÉLIX.

Sí haré.—
(*Vase Don Juan.*)
Don Pedro, ¿cuál es de aquellas?

DON PEDRO.

La que, en la mano un pañuelo,
Descubierta va, es Eugenia.
No volvais tan presto: no
Conozca que hablamos della.
Quedáos, que porque no dé
Mi amor á Don Juan sospecha,
Tras él voy. (*Vase.*)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Ya sé, á lo ménos,
Que la dama es una mesma.

CLARA.

Sin pañuelo me he venido,

El tuyo, hermana, me presta;
Que ir tapada me congoja. (*Destápase.*)

EUGENIA.

A mí el venir descubierta,
Pues por si fué encuentro acaso,
Que me hayan visto me pesa.
(*Tápase, y da el pañuelo á Clara.*)

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Ya puedo ver, pues que tengo
Nombre, seña y contraseña,
Cuál es la dama que adoran.

CLARA.

No á mirar el rostro vuelvas.

EUGENIA.

¡Jesus, y qué condicion!
Lástima es que no seas suegra,
Segun te pudres de todo.
(*Vanse las damas, Ottáñez, Brígida y Mari-Nuño.*)

ESCENA VI.

DON FELIX, HERNANDO.

DON FÉLIX.

¡Oh cuánto he sentido verla!
Que aunque estoy con el cuidado
De que aquesta competencia,
El dia que se declare,
Ha de parar en pendencia;
Siendo la dama una misma,
Ya para mí se acrecienta
Ver que de las dos ha sido,
Aunque entrambas son tan bellas,
La que me lo pareció
Mas, cuando la vez primera
Ví á las dos en la ventana.
Pero esto ahora no es de esencia,
Que yo acabaré conmigo
Que mi honor á mi amor venza,
Sino acudir á estorbar
Que á desengañarse vengan,
En tanto que yo á la mira
Discurro de qué manera
Entre dos amigos que hacen
De mí confianza, deba
Prevenir el lance, haciendo
A su estorbo diligencia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON TORIBIO Y DON ALONSO.

DON ALONSO.

¿A qué volveis aquí?

DON TORIBIO.

¿A qué
He de volver ¡pese á mí!
Sino á escombrarlos, si aquí
Están los que aquí dejé?

DON ALONSO.

Pues ¿qué os va en eso?

DON TORIBIO.

¿Qué mas
Quereis que á un hidalgo vaya,
Que ver que holgazanes haya
Adonde hay primas?

DON ALONSO.

Jamas
Tan necia locura ví.
En Madrid ¿quién reparó
Si hay gente en la calle?

DON TORIBIO.

Yo.

DON ALONSO.

Y vos ¿por qué?

DON TORIBIO.

Porque sí.

DON ALONSO.

Aun bien que se han ausentado,
Y ya nadie aquí se ve.

DON TORIBIO.

Acertáronlo, porqué
Venía determinado.

DON ALONSO.

Pues ¿qué era vuestra intencion?

DON TORIBIO.

Solo ver si la anchicorta,
Como en caperuzas, corta
En sombreros de castron.

DON ALONSO.

Vos ¿qué teneis que temer,
Para llegar á ese extremo?

DON TORIBIO.

Mucho tengo y nada temo;
Que desde que llegué á ver
De mis primas los dos cielos,
Si verdad digo, señor,
Tengo á Eugenia tanto amor,
Que aun los hombres me dan celos

DON ALONSO.

Aunque esas cosas me dan
Enfados, he agradecido
Que os entreis á ser marido
Por las puertas de galan.
Pero ha de ser con cordura;
Que celos no ha de tener
Un hombre de su mujer.

DON TORIBIO.

Pues ¿de cuál? ¿de la del cura?

DON ALONSO

Dejad delirios, por Dios,
Y baste saber de mí,
Si es Eugenia la que aquí
Os agrada de las dos,
Que Eugenia vuestra será...
(*Ap.* Que es lo que yo deseaba.)

DON TORIBIO.

Con eso el rencor se acaba,
Que el verlos aquí me da
A nuestra calle volver
En tanta conversacion.

DON ALONSO.

Pues yo la dispensacion
Haré al instante traer.
Venid ahora, que quiero
Ganar las albricias yo
De ser la que prefirió
Vuestro amor.

DON TORIBIO.

Oid primero.
La dispensacion, señor,
¿De Roma no ha de venir?

DON ALONSO.

Por ella á Roma se ha de ir.

DON TORIBIO.

Pues siendo así, ¿no es mejor
Abreviarlo de otro modo?

DON ALONSO.

¿Qué modo?

DON TORIBIO.

Uno que yo sé.

DON ALONSO.

¿Qué es?

DON TORIBIO.

Desposarnos, y que
Vamos á Roma por todo. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DON FELIX, DON JUAN.

DON FÉLIX.

Yo estimo la confianza.

DON JUAN.

Pues habiendo reparado
Que al verme el color mudado,
Hizo su rostro mudanza,
Que no la hizo, sospecho,
Su amor, y que está constante,
Porque es el rostro volante
Del reloj que anda en el pecho.
Y así, pues que solo ha sido
Mi dicha el haber llegado
Donde de vos amparado
Sea amor tan bien nacido;
Lo que habeis de hacer por mí
(Puesto que entablada ya
La amistad del padre está),
Es proseguir desde aquí
De suerte, que con entrar
Vos en su casa, me dé
Ocasion amor en que
Pueda escribir, ver y hablar.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡En buen empeño de amor
Estoy! pues en lance igual,
Si á un amigo soy leal,
Soy á otro amigo traidor.

DON JUAN.

¿No me respondeis?

DON FÉLIX.

No sé
Qué os diga, Don Juan, pues no
Soy hombre tan bajo yo,
Que ocasion procuraré
Con nadie para engañarle.

DON JUAN.

¿Cuál es amigo mayor?

ESCENA IX.

DON PEDRO. — DON FELIX, DON JUAN.

DON PEDRO.

Don Félix, si de mi amor...

DON FÉLIX.

(*Ap.* Que pues ya he de estorbarle.)
A buen tiempo habeis venido,
Y luego proseguiréis
Lo que decirme quereis;
Que quiero que prevenido
De una porfía en que estamos,
Seais juez. (*Ap.* Así, vive Dios,
Tengo de hablar con los dos.)

DON PEDRO.

El argumento esperamos.

DON FÉLIX.

Si un grande amigo os pidiera
Que trabaseis amistad
Con hombre de calidad,
Para que fuese tercera
En su casa de su amor,
¿Hiciéraislo vos?

DON PEDRO.

Yo sí.

DON FÉLIX.

Yo no.

DON PEDRO.

¿Por qué?

DON FÉLIX.

Porque en mí
Fuera escrúpulo traidor;

Pues el dia que llegara
De traicion á otro que fuera
Mi amigo, preciso era
Le lograra ó no lograra.
Si no lo lograra, ¿en qué
A mi amigo le servia?
Y si lo lograra, hacia
Una gran ruindad, porqué
El que engañado de mí,
Se daba ya por mi amigo,
Ya lo era, y yo su enemigo:
Es cierto; pues siendo así,
¿Cómo es posible que yo
Sea enemigo del que ya
Por mi amigo se me da?
Luego si en no serlo no
Es nada lo que consigo,
Y en serlo consigo ser
Su amigo, ¿cómo he de hacer
Yo traicion al que es mi amigo?

DON PEDRO.

Siendo esa vuestra opinion,
Ya no tengo que os decir. (*Vase.*)

DON JUAN.

Yo tampoco, y habré de ir
A buscar otra ocasion. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON FELIX.

¿Habrá desdicha mayor?
¿Que no me baste el no amar,
Para saberme librar
De impertinencias de amor?
¿Qué haré entre uno y otro amigo,
Que cada uno en su esperanza
Hace de mi confianza?
Pues nada enmendar consigo,
Viendo tan cerca á los dos
De la dama, ¿qué podré
De mi parte hacer? No sé
Que haya medio, vive Dios,
Si ya no es que á ver alcance
Que las damas solas son
Las que en cualquiera ocasion
Hacen bueno ó malo el lance.
Mas ¿cómo podré atrevido
Hablar en materia tal
A una mujer principal,
Ni darme por entendido?
Cara á cara he de saber
Si á los dos quiso ó no quiso;
Pero basta dar el aviso,
Un papel lo podrá hacer;
Que á su opinion no se atreve
Quien por salvar su opinion,
La advierte de una ocasion.
Ahora falta quien le lleve...
Pero ¿ha de faltarme modo,
Sin que lo llegue á fiar
De otro, de poderle dar?
Ahora bien, salir á todo
Me toca, haciendo testigos
Los cielos, que aventurar
Yo un empeño, es por sacar
De otro empeño á dos amigos. (*Vase.*)

Sala en casa de Don Alonso.

ESCENA XI.

EUGENIA, CLARA, BRIGIDA, MARI-NUÑO.

CLARA.

Ten, Mari-Nuño, este manto.
¡Oh quién en casa tuviera
Capellan, para no ir fuera,
Y mas á concurso tanto!

EUGENIA.

Mucho me holgara venir
Ahora de buen humor,
Para poder con mejor
Título que tú, decir:
¡Quién la parroquia tuviera
Diez leguas, para tener
Mas que andar y mas que ver!

MARI-NUÑO.

Aténgome á la primera.

BRÍGIDA.

Yo á la segunda.

MARI-NUÑO.

¿Por qué?

BRÍGIDA.

Porque no he visto en mi vida
Escrupulosa aturdida,
Que al primer lance no dé
De ojos.

(*Vanse Mari-Nuño y Brígida.*)

ESCENA XII.

DON ALONSO; DON TORIBIO, *que se queda á la puerta.*—CLARA, EUGENIA.

DON ALONSO.

En tu cuarto espera,
Que yo la llegaré á hablar.

DON TORIBIO.

Sí haré.(*Ap.* Desde aquí escuchar
Lo que responde quisiera.)
(*Quédase al paño.*)

DON ALONSO.

(*Ap.* Saber que á Eugenia eligió
Ha sido ventura extraña:
Llévesela á la montaña,
Porque lo ménos que yo
En la corte he menester,
Es una hija discreta,
Retórica ni poeta,
Y no de mal parecer.)
Eugenia, yo vengo á hablarte;
No tienes, Clara, que irte;
Que albricias he de pedirte (*A Eugenia.*)
Del pésame que he de darte. (*A Clara.*)

EUGENIA.

¿Albricias á mí, señor?

CLARA.

¿Pésame, señor, a mí?

DON ALONSO.

Pésame y albricias, sí.

LAS DOS.

¿De qué?

DON ALONSO.

Efectos son de amor.
Don Toribio, enamorado,
Me ha dicho cuánto desea
Que Eugenia su mujer sea;—
Y aunque ponerte en estado
A tí, por ser la mayor, (*A Clara.*)
Primera obligacion era,
El elige de manera,
Que del gozo y del dolor,
Pésame tuyo á ser pasa.—
Hoy tu parabien, por ver (*A Eugenia.*)
Que pierdes, y ganas, ser (*A las dos.*)
La cabeza de tu casa.

CLARA.

Aunque pérdida es penosa,
Yo estimo que el bien posea
Eugenia, para que sea
Mi hermana la venturosa,
Feriando el pesar á precio
Del parabien que la doy.
Gócesle mil años. (*Ap.* Hoy
Solo hizo gusto el desprecio.) (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON ALONSO, EUGENIA; DON TORIBIO, *oculto.*

DON TORIBIO. (*Ap. al paño.*)

¡Qué triste va de perderme
La escudera de su hermana!
Veamos ella qué ufana
Responde de merecerme.

EUGENIA. (*Ap.*)

Esto solo me faltaba
Que añadir (confusa estoy)
A las novedades de hoy.

DON ALONSO.

¿Qué me respondes? Acaba
De dudar.

EUGENIA.

Que agradecida
Una y mil veces, señor,
Rindo por tanto favor
A tu obediencia mi vida.
Que aunque no me toca á mí
Elegir, pues no he de hacer
Nunca mas que obedecer,
Haré mal, si viendo en tí
Gusto, en mi primo amor fiel,
No respondo agradecida...
(*Ap.* Mal haya mi alma y mi vida,
Si me casare con él!)

DON ALONSO.

No en vano esperaba yo
De tu mucho entendimiento,
Eugenia, ese rendimiento.

DON TORIBIO. (*Ap.*)

Yo tambien.

DON ALONSO.

El esperó
En su cuarto, y ganar quiero
Con él las gracias tambien. (*Vase.*)

DON TORIBIO. (*Ap.*)

Que á mí las gracias me dén,
Será mas razon.

EUGENIA.

Hoy muero,
Pues tras mis penas, he sido
Objeto de un ignorante.

ESCENA XIV.

DON TORIBIO, *que sale de donde estaba.* — EUGENIA.

DON TORIBIO.

(*Ap.* ¡Qué airoso sale un amante,
Cuando está favorecido!)
Sea muy enhorabuena
El ser, prima, tan dichosa,
Que merezcais ser mi esposa.

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Esto faltaba á mi pena!
(*Vuelve la espalda.*)

DON TORIBIO.

¿Por qué adorándome...

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay Dios!

DON TORIBIO.

Me desadorais?

EUGENIA.

Porqué,
Si ántes con mi padre hablé,

Ahora he de hablar con vos.
Señor Don Toribio, yo,
Por no responder aquí
Resuelta á mi padre, di
Una palabra, que no
He de cumplir, si supiera
Perder mil veces, rendida
A sus enojos, la vida.
Y siendo desta manera
Que no he de casar con vos,
De la eleccion desistid
Que habeis hecho, y advertid
Que estamos solos los dos:
Y si de lo que aquí os digo,
Algo á mi padre decís,
He de decir que mentís.

DON TORIBIO.

¡Cómo se habla eso conmigo,
Escudera de mi casa,
Ingrata, desconocida,
Falsa, aleve y fementida?

EUGENIA.

No déis voces; que esto pasa
Entre los dos, y no es, no,
Para que salga de aquí.

DON TORIBIO.

¿Vos no sois mi prima?

EUGENIA.

Sí.

DON TORIBIO.

¿No soy vuestro esposo?

EUGENIA.

No.

DON TORIBIO.

Decidme, ¿no soy galan?

EUGENIA.

No lo dudo.

DON TORIBIO.

¿Y entendido?

EUGENIA.

¿Pues no?

DON TORIBIO.

¿Hidalgo?

EUGENIA.

Cierto ha sido.

DON TORIBIO.

¿Airoso?

EUGENIA.

Mucho.

DON TORIBIO.

¿Y amante?

EUGENIA.

Tambien.

DON TORIBIO.

Pues de mis cuidados
¿En qué estriban los desvelos?

EUGENIA.

Preguntádselo á los cielos,
A los astros y á los hados,
Que no inclinan mi albedrío.

DON TORIBIO.

Pues en algo está el busilis.

EUGENIA.

En que vos no teneis filis
Para ser esposo mio. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON TORIBIO.

¿Cómo que filis no tengo?
¡Tal á un hombre se le dice,
Que tiene un solar con mas
De tantísimos de filis,
Que no hay otra cosa en él,
Por do quiera que se mire,
Sino filis como borra?
Que aunque yo qué es no adivine,
Bien lo puedo asegurar;
Pues siendo algo que sea insigne,
Es preciso que no deje
De estar allá entre mis timbres.
¡A mí, que filis no tengo!
¿Esto los cielos permiten?
¿Esto consienten los hados?
Prima, ved lo que dijisteis:
Mas filis tengo que vos.

ESCENA XVI.

DON ALONSO. — DON TORIBIO.

DON ALONSO.

¿Adónde, sobrino, os fuisteis,
Cuando os busco para daros
Mil norabuenas felices
De que vuestra prima ya
Agradecida y humilde,
Sabiendo vuestra eleccion,
No hay cosa que mas estime?

DON TORIBIO.

Mi prima (si es que es mi prima)
Es una mujer terrible,
Con todos sus aderezos
De sirena, áspid y esfinge.
Aquí me ha dicho una cosa,
Que no pudiera decirse
A un barquillero asturiano
De los de quite y desquite.

DON ALONSO.

¿A vos?

DON TORIBIO.

En toda esta cara.

DON ALONSO.

Fuerza será que me admire.
¿Qué fué?

DON TORIBIO.

Que filis no tengo. —
Y para que se averigüe
Si los hombres como yo
Tienen ó no tienen filis,
Por no obligarme á retarla
En extranjeros países,
Haced que me compren luego
Cuantos filis sean vendibles,
Y cuesten lo que costaren.

DON ALONSO.

Esa es locura terrible.

DON TORIBIO.

¿Tan caros son? Pues no importa.
Dónde se venden, decidme,
O yo lo preguntaré;
Que volver no se permite
A su vista, hasta volver
Todo cargado de filis. (*Vase.*)

DON ALONSO.

¿Hay delirio semejante?
Sobrino, escuchad, oidme.

ESCENA XVII.

CLARA, EUGENIA. — DON ALONSO.

CLARA.

¿Qué es esto? ¿Con quién das voces?

EUGENIA.

¿Con quién te enojas y riñes?

DON ALONSO.

Contigo, ingrata.

EUGENIA.

¿Conmigo,
El dia que mas humilde
Solo trato obedecerte?

DON ALONSO.

Ven acá: ¿qué le dijiste
A tu primo, que enojado,
No hay quien con él se averigüe?

EUGENIA.

¡Yo á mi primo! En todo hoy
Ni le hablé ni vi.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

EUGENIA.

Lo que es cierto.

DON ALONSO.

¡Vive Dios,
Si disimulada finges,
Y es verdad que le has hablado
Bachilleramente libre,
Que te he de hacer!... — Tras él voy,
Por si puedo reducirle
A que no ande preguntando
Adonde se venden filis. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

CLARA, EUGENIA.

EUGENIA.

Yo á mi primo, ¿qué pudiera,
Que fuese ofensa, decirle?

CLARA.

No te disculpes conmigo,
Pues sé, aunque no llegué á oirte,
Que perderás tu remedio,
Solo por decir un chiste.

EUGENIA.

Aunque eso de mi remedio
Con falsedad me lo dices,
Lo oigo yo como lisonja,
Viendo que hasta un tonto, un simple,
Aun el alma que no tiene,
A mi vanidad la rinde.

CLARA.

¿Qué quieres decirme en eso?
¿Que nadie hay que á mí se incline,
Neciamente imaginando
Que á méritos me compites?
Pues no es sino que no hay nadie
Que sin respeto me mire,
Porque sé yo hacer que todos
De otra manera me estimen
Que á ti, siendo solamente
Lo que á las dos nos distingue,
El verte á ti no sé cómo,
Pero á mí como á imposible.

EUGENIA.

¡Ay! que no es eso.

CLARA.

Pues ¿qué?

EUGENIA.

Obligarásme á decirte
Lo que á mi primo.

CLARA.

¿Qué es?

EUGENIA.

Que
Tampoco tú tienes filis. (*Vase.*)

CLARA.

No lo dirás, porque yo
A responder no me obligue,

Que cuando... Pero ¡qué miro!
¿Quién hay que esta cuadra pise,
Para estorbar el que lleguen
Mis enojos á sus fines?

ESCENA XIX.

DON FELIX. — CLARA.

CLARA.

¿A quién buscais, caballero?

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¡Ay amistad! pues que vine
A hacer por tí una fineza,
A una infamia no me inclines;
Pues vi hermosura, á quien mal
Mi libertad se resiste.)
Viendo á vuestro primo ir fuera,
A quien vuestro padre sigue,
Me atreví á llegar á hablaros.

CLARA.

¿A mí?

DON FÉLIX.

A vos.

CLARA.

Hombre, ¡qué dices!
¿A mí hablarme?

DON FÉLIX.

Sí, señora,
Porque sé que en esto os sirve
Mi deseo, y no os ofende.

CLARA. (*Ap.*)

¡Plegue á Dios, que no me obligue
Una necia á que me huelgue
De que!... Pero no es posible.

ESCENA XX.

EUGENIA, *al paño.* — CLARA, DON FELIX.

EUGENIA. (*Ap.*)

¿Con quién hablará mi hermana?
Desde aquí es bien que lo mire.

CLARA.

¿A mí (dejadme dudarlo
Mil veces), (*Ap.* Mal reprimirme
Puedo.) me buscais?

DON FÉLIX.

A vos.

CLARA.

Pues ántes que oseis decirme...

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Oh si fuera algo de aquello
De posible y de imposible!

CLARA.

Quién sois y qué me quereis,
Que os vais es bien que os suplique,
Sin decirlo; que á mí nada
Hay que á buscarme os obligue.

DON FÉLIX.

Sin decíroslo, me iré,
Si en eso mi pecho os sirve;
Mas no sin que lo sepais;
Que en este papel se escribe,
Para que con esto llegue
A saberse, sin decirse.

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Oh si tomara el papel,
Porque hubiera qué decirle!

DON FÉLIX.

Tomad, y adios.

CLARA.

¡Yo papel!

DON FÉLIX.

Y porque á verle os anime,
Solo os diré que el honor
Vuestro en leerle consiste,
Y que Don Pedro y Don Juan
No arriesguen y precipiten,
No digo su vida, que ese
Es peligro muy humilde,
Sino vuestro honor, que fuera
Pérdida mas infelice.

EUGENIA. (*Ap.*)

Si toma el papel, soy muerta.

CLARA.

Hombre, mira lo que dices.
Ni á tí, á Don Juan, ni á Don Pedro
Conozco yo.

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí triste!
Que todo esto sobre mí
Viene, si el papel recibe.
Mas por engaño la habla.

CLARA.

(*Ap.* ¿Que sola una vez que quise
Yo no ser yo, no he podido?)
¿Qué aguardas pues para irte?

DON FÉLIX.

Aunque tan desentendido
Vuestro decoro porfíe,
Y agradecer no pretenda
La fineza de que os dije
Mi empeño y el de los dos;
Ya que lo que debo hice
A amigo y á caballero,
Me iré. Adios.

CLARA.

No os vais, oidme.
(*Ap.* Sin duda que aquí hay engaño,
Y así, es bien que le averigüe.)
¿Con quién presumis que hablais,
Porque la fineza estime?

DON FÉLIX.

¿No sois Doña Eugenia?

CLARA.

Sí.

EUGENIA. (*Ap.*)

¿Hay mujer mas infelice?

CLARA.

Dad ahora el papel, y adios.

EUGENIA.

(*Ap.* Que le deje es bien que evite,
Barajando el lance.) (*Sale.*) Hermana...

CLARA.

¿Qué tienes? ¿De qué te afliges?

EUGENIA.

Mi padre y mi primo vienen,
Y porque tú no peligres,
Vengo á avisarte; que yo
Ya tú ves cuánto estoy libre.
Mira lo que hemos de hacer.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿Quién vió empeño tan terrible?

CLARA.

¿Qué se ha de hacer, sino que entren
Y que todo se averigüe,
Para que no quedes vana
Tú de que por mí lo hiciste?
¡Padre! ¡Señor! ¡Primo! ¡Otáñez!

EUGENIA. (*Ap.*)

Si fuera cierto el venite,
Muy buen lance hubiera echado.

CLARA.

¿No hay nadie que pueda oirme?

ESCENA XXI.

DON ALONSO, *y luego* DON TORIBIO, BRIGIDA, MARI-NUÑO Y OTAÑEZ. — DICHOS.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

Voces da Clara.

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Que ya es verdad lo que dije
Por fingimiento.

CLARA.

Llegad
Todos.

EUGENIA.

No á voces publiques
Que está aquí este hombre.

CLARA.

Si quiero.

DON FÉLIX.

Aquí es bien que me retire,
Por asegurar la espalda.
(*Escóndese Don Félix, y salen Don Alonso, Don Toribio, Brígida, Mari-Nuño y Otáñez.*)

TODOS.

¿Qué es esto?

CLARA.

Que un hombre...

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay triste!

CLARA.

Dentro está de nuestra casa:
Yo desde aquesos jardines
Le he visto en el corredor
Del desvan: por un tabique
Saltó. Subid allá todos:
Quedarse no solicite
A robarnos esta noche.

DON ALONSO.

Aquesos serán sus fines.

MARI-NUÑO.

En casa de indiano, ¿quién
Duda que eso solicite?

DON TORIBIO

Nadie primero que yo
El primer escalon pise;
Que á mí me toca el asalto,
Si fuese el desvan Mastrique.
Vea mi prima que tengo
Pujanza, ya que no filis. (*Vase.*)

DON ALONSO.

Contigo voy. (*Vase.*)

CLARA.

Subid vos,
Otáñez.

OTÁÑEZ.

Ya á los dos siguen
Los filos de la tizona.
Conmigo van dos mil Cides. (*Vase.*)

CLARA.

Vosotras, desde allá dentro,
Ved que entrar no solicite
Por otra parte á esconderse.

MARI-NUÑO.

Un árgos seré. (*Vase.*)

BRÍGIDA.

Yo un lince. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

CLARA, EUGENIA; DON FELIX, *oculto.*

CLARA.

Todas tus bachillerías
Mira de lo que te sirven,
Que al primer lance te pasmas,
Y al primer susto te rindes.
(*Llega adonde se escondió Don Félix.*)
Ya tienes franca la puerta,
Hombre: ya bien puedes irte.
(*Sale Don Félix.*)
Déjame el papel, y adios.

DON FÉLIX.

El os guarde: y pues difícil
No es lo que os advierto, ved
Lo que importa. (*Dale el papel.*)

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí triste!
¿Que no pudiese estorbarlo?

DON FÉLIX. (*Ap. yéndose.*)

Amor, no me precipites,
Que aunque ingenio y hermosura
Todo en ella se compite,
Es dama de mis amigos,
Y adorarla es imposible. (*Vase.*)

CLARA. (*A voces.*)

¡Señor! ya el hombre á otra casa
Pasado ha; no solicites
Buscarle.

ESCENA XXIII.

DON ALONSO, DON TORIBIO. — CLARA, EUGENIA.

DON ALONSO.

Forzoso era,
Pues no fué hallarle posible.

DON TORIBIO.

Nigromántica es su dicha,
Pues me le ha hecho invisible.

CLARA.

Digo que pasó á otra casa;
Que yo le vi sano y libre.

DON ALONSO.

Con todo eso, á verla toda
Vamos. (*Vase.*)

DON TORIBIO.

Y ahora, ¿qué dices?
¿Tengo ó no filis?

EUGENIA.

No sé,
Que ahora no estoy para filis.
(*Vase Don Toribio.*)

CLARA.

Esto, necia, presumida,
He hecho, para que mires
Que tener valor y ingenio,
Es tenerle y no decirle:
Y vete de aquí, que quiero
Ver lo que el papel me dice.

EUGENIA. (*Ap.*)

No sosegaré (¡ay de mí!)
Hasta ver lo que la escribe. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

CLARA.

De aquí la envié, porqué
Si este hombre este engaño finge
Para escribirme á mí, ella
No lo entienda, ni imagine.
(*Lee.*) *No se atreve á vuestro honor,*
Quien por vuestro honor se atreve
A presumir que os obliga
Con lo mismo que os ofende.
Y así, en esta confianza
De pensar que errando acierte,
Lo que hay que culparme vaya
Por lo que hay que agradecerme.
Don Juan, mas enamorado
Que fué de vos, de vos vuelve,
Y Don Pedro os sigue, mas
Fino cuanto mas ausente.
Que dejen de declararse,
No es posible, ni que dejen
De remitir al acero
La competencia, de suerte
Que á dar escándalo pase;
Y pues podeis fácilmente
Remediarlo con mandar
A Don Pedro que se ausente,
O á Don Juan que se retire,
Quedando vos dueño siempre
Del desden y del favor,
Quitad el inconveniente;
Que á mí el aviso me toca,
Procediendo desta suerte
Con vos, conmigo y con ellos,
Caballero, amigo y huésped.
¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
Tan varias, tan diferentes,
En un punto me combaten,
Y en un instante me vencen!
En lo que dice y no dice,
Es muy cierto que me ofende
Este papel: es verdad,
Que si aqueste papel viene
A Eugenia, que cuando pensaba,
Que papel para mí fuese,
Solicitando aquel medio
Que me ha obligado á leerle,
He sentido que no sea
Su intento aquel, sino este.
¿Cómo puedo yo decirlo,
Si no es ya que en mí reviente
No sé qué callada mina,
Que amor en el alma enciende?
¿Amor dije? Pues no siento,
Sino haber tan neciamente
Persuadídome que á mí
Me buscase; y es de suerte
La vanidad de una dama,
Persuadida á que la quieren,
Que aunque la ofenda el amor,
Mas el engaño la ofende:
Y mas cuando esta á la mira
Una necia, una imprudente,
Una loca...

ESCENA XXV.

EUGENIA. — CLARA.

EUGENIA. (*Ap., quedándose al paño.*)

Esta soy yo.

CLARA.

De tan varias altiveces,
Que presume que ella sola
Todo cuanto mira vence.
¡Oh envidia, oh envidia! ¡Cuánto
Daño has hecho á las mujeres!
Pues por vengarme de Eugenia,
Diera...
(*Sale Eugenia.*)

EUGENIA.

¿En qué Eugenia te ofende,
Para pensar á tus solas
El cómo della te vengues?

CLARA.

Ese papel te lo diga,
Que acaso á mis manos viene
Por las tuyas.

EUGENIA.

Ya lo sé.

CLARA.

Pues si lo sabes, y tienes
Tan á riesgo tu opinion,
Que estriba solo en que lleguen
A declararse dos hombres;
Mira si es justo que piense
Cómo he de vengar, ingrata,
Falsa, atrevida y aleve,
La ocasion en que...

EUGENIA.

Oye, aguarda,
Que para que consideres
Tanta amenazada ruina,
Cuán fácil remedio tiene,
Me huelgo de haber venido
A esta ocasion. (*Llega á una ventana.*)

CLARA.

¿Pues qué emprendes?

EUGENIA. (*Llamando.*)

¡Señor Don Pedro!

CLARA.

¿Qué haces?

EUGENIA.

Hablar un instante breve
A un caballero, que está
En la calle.

CLARA.

¿A eso te atreves?

EUGENIA.

Sí, que en su cuarto mi padre
Está ya con su acidente
De la gota, que hoy le ha dado,
Y Don Toribio no puede
Ver desde el suyo esta reja;
Y así he de satisfacerte.—
¡Señor Don Pedro!

ESCENA XXVI.

DON PEDRO, *á la reja.* — DICHAS.

DON PEDRO.

Bien fué
Menester oir dos veces
Mi nombre, para que alguna
Creyera que dél se acuerde
Vuestra memoria; que un triste
No cré su bien fácilmente.

EUGENIA.

No prosigais, que está reja
Es de otras tan diferente,
Cuanto hay de no serlo á ser
Ahora de las paredes
De mi padre; y si allí pudo
La seguridad hacerme
Usar de algunas licencias;
Mi honor prisionera tiene
Su libertad ya, y tan otra
Habeis de ver que procede,
Cuanto hay de que otros me guarden
A guardarme yo. Así, hacedme
Merced de volveros luego
Donde otra vez no os encuentre
Ni en mi calle ni en mi reja,
Suplicándos que prudente
Deis de mano á una esperanza
Que no hay sobre qué se asiente.

DON PEDRO.

Oid.

EUGENIA.

Perdonad, que no puedo.

DON PEDRO.

Cuando por veros...

EUGENIA.

Haréisme
Ser, sobre ingrata, grosera.

DON PEDRO.

¿Vos?

EUGENIA.

Sí.

DON PEDRO

¿Cómo?

EUGENIA.

Desta suerte.
(*Cierra la ventana.*)

CLARA.

Y al otro ¿qué has de decirle?

EUGENIA.

Haz cuenta que si le viere,
Le diré lo mismo al otro,
Clara; porque las mujeres
Como yo, puestas en salvo,
Si se esparcen y divierten,
Es para aquesto no mas;
Que amor bachiller no tiene
Mas fondo que solo el ruido.
Aquel emblema lo acuerde
Del perdido caminante,
A quien de noche acontece
Que avisado del estruendo
Con que del monte desciende
Pequeño arroyo, le asusta,
Le perturba y estremece;
Y huyendo dél, da en el rio:
Porque á todos les parece
Que es manso cristal aquel
Que aun las guijas no le sienten
Y en su agua perecen. Pues
Que no tiene riesgo advierte
La ruidosa, porque el riesgo
El agua mansa le tiene:
Y así fué del agua mansa
Lo mejor guardarse siempre. (*Vase.*)

ESCENA XXVII.

CLARA.

¡Qué escucho, cielos! ¡qué escucho!
«Que no tiene riesgo, advierte
La ruidosa, porque el riesgo
El agua mansa le tiene:
Y así, fué del agua mansa
Lo mejor guardarse siempre.»
Sin duda (¡ay de mí!) que oyó
Cuanto dije, ó lo parece,
Segun el concepto habla
De lo que mi pecho siente.
Pues ya que el acaso hizo
En las respuestas que ofrece,
Lo que el cuidado debiera;
Ya que por ella me tiene
El caballero que trajo
El papel, lograr intente
La ocasion, que con su nombre
Amor á mi amor ofrece;
Porque con mas verdad pueda
Decir que riesgo no tiene
La ruidosa, porque el riesgo
El agua mansa le tiene:
Y así, fué del agua mansa
Lo mejor guardarse siempre.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, MARI-NUÑO.

CLARA.

Esto pasa, y solo á tí
Lo dijera.

MARI-NUÑO.

Ya tú tienes
Experiencia de lo mucho
Que fiar de mi amor puedes.
Pero deja que me admire
De oir que á tal extremo lleguen
Los despejos de tu hermana.

CLARA.

Dos caballeros pretenden
Su favor, y á mí me toca
Que el escándalo remedie,
Ya que llegó á mi noticia;
Y así es fuerza hablar á este
Que me dió el aviso. Y para
Hacer que el daño se enmiende,
Tú has de darle un papel mio
En su nombre, porque llegue,
Ignorando que soy yo,
A hablarme mas claramente
Esta noche, y... Pero luego
Proseguiré; que parece
Que anda gente ahí fuera: mira
Quién es.
(*Vase Mari-Nuño.*)
Bien de aquesta suerte
Con la verdad se ha engañado
Mari-Nuño, que ha de hacerme
Lugar para conseguir
Hablarle de noche y verle,
Ya que mi pena...

ESCENA II.

DON TORIBIO, *que quiere entrar, y* MARI-NUÑO *lo impide.* — CLARA.

MARI-NUÑO.

Esperad,
Que no es bien que nadie entre,
Sin avisar, á este cuarto.

DON TORIBIO.

Dos veces para mí eres
Dueña hoy.

MARI-NUÑO.

¿De qué manera
Se entiende eso de dos veces?

DON TORIBIO.

Una en la que estorbas, y otra
En lo que un cuarto defiendes.

MARI-NUÑO.

¿Será justo, si no están
Decentes, que á verlas lleguen?

DON TORIBIO.

¿Pues cómo pueden no estar
Siempre mis primas decentes?

CLARA.

¿Qué es eso?

DON TORIBIO.

Que esa estantigua
A mí el paso me defiende.

CLARA.

Hace muy bien, porque aquí,
Sin mi padre, nadie puede
Entrar.

DON TORIBIO.

Sí puede, y ya sé
De qué ese ceño procede,
Y así no quiero enojarme,
Porque sé tambien que tienen
Licencia las desvalidas
De llorar amargamente.

CLARA.

Yo confieso que lo estoy;
Y pues la dichosa en este
Cuarto no está, no teneis
Qué hacer en él: brevemente
Dél os id, ó yo me iré,
Porque de mí no se piense
Que me vengo en estorbaros,
Cuando hay mas en que me vengue.

DON TORIBIO.

Eso es poco y mal hablado.

CLARA.

Ven, Mari-Nuño. (*Ap.* Que tienes
Que hacer por mí esta fineza.)

MARI-NUÑO.

Tuya soy y seré siempre.
(*Llaman.*)
Pero aguárdate, veré
Quién llama.
(*Vanse Clara y Mari-Nuño.*)

ESCENA III.

DON TORIBIO.

¡Cielos, valedme!
Que este remoquete, sobre
Aquella sospecha fuerte,
Que áspid del pecho, á bocados
Todo el corazon me muerde,
Es, ahora que caigo en ello,
Un bellaco remoquete.
Cuando buscamos la casa,
Vi... Lengua mia, detente:
No lo digas, sin que ántes
Te haya dicho yo que mientes.
Vi que detrás de la cama
De Eugenia ¡oh malicia aleve!...
Estaba detrás...

ESCENA IV.

MARI-NUÑO, *saliendo apresurada.* — DON TORIBIO.

MARI-NUÑO.

Señora,
Albricias, que este billete
Con coche y balcon...

DON TORIBIO.

Mujer,
En lo que dices advierte;
Que balcon, billete y coche,
Sobre dueña, me parece
Es traer todo el yerro armado.

MARI-NUÑO.

(*Ap.* Mal encuentro fuera este,
Si importara.) Mi señora...

DON TORIBIO. (*Ap.*)

Memoria, no me atormentes.

MARI-NUÑO.

¿Aquí no estaba?

DON TORIBIO.

Aquí estaba
Un poco ántes que se fuese.

MARI-NUÑO.

A buscar á entrambas voy
Con este papel.

DON TORIBIO.

Detente,

Que ántes he de verle yo
Que ellas.

MARI-NUÑO.

¿Qué llama verle?
Que aunque no importara nada,
No le he de dar, por no hacerle
Tan dueño de casa ya.

DON TORIBIO.

¡Qué va...

MARI-NUÑO.

¿Qué?

DON TORIBIO.

Que de un puñete
Te abollo sesos y toca?

MARI-NUÑO.

¡Qué va que no es mayor que este?
(*Dale una puñada.*)

DON TORIBIO.

Los dientes debieron de irse,
Pues he perdido los dientes.

MARI-NUÑO. (*A voces.*)

¡Ay, que me matan! ¡Señores,
Acudan á socorrerme!

DON TORIBIO.

Solo me faltaba ahora
Ser ella la que se queje.

MARI-NUÑO.

¡Que me matan!

ESCENA V.

EUGENIA, CLARA, DON ALONSO, BRIGIDA. — DON TORIBIO, MARI-NUÑO.

DON ALONSO.

¿Qué es aquesto?

CLARA.

¡Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?

MARI-NUÑO.

Don Toribio, mi señor,
Colérico é impaciente,
Porque no le quise dar
Aqueste papel, que viene
Para las dos, puso en mí
Las manos.

LAS DOS.

¡Jesus mil veces!

DON ALONSO.

Por cierto, señor sobrino,
Vuestro enojo, sea el que fuere,
Es muy sobrado. ¡A criada
De mis hijas desta suerte
Se ha de tratar!

DON TORIBIO.

Vive Dios,
Que soy yo...

DON ALONSO.

No hableis.

DON TORIBIO.

Quien tiene
De qué quejarse...

DON ALONSO.

Ya basta.
Dadme vos, dadme el billete;
Que quiero ver la ocasion
Que tuvo para ofenderse.

EUGENIA. (*Ap.*)

¡Ay de mí, si fuese acaso
De alguno de los ausentes!

CLARA. (*Ap. á Eugenia.*)

Quiera el cielo que no sea
Que algo de tus cosas cuente.

DON ALONSO.

(*Lee.*) *Sobrinas mias, yo tengo balcon en que esta tarde veais la entrada de la Reina nuestra señora: el coche va por vosotras; que no dudo que mi primo...*
Ahora de nuevo vuelvo
A enojarme y ofenderme
De que escrúpulo haya habido
En vuestro juicio. En aqueste,
Doña Violante, mi prima,
Hijas, os dice que quiere
Que con ella vais adonde
Veais la entrada excelente
De la Reina, cuya vida
El cielo por siglos cuente. —
Tomad, lédle vos; veréis
Cuán necio, cuán imprudente
Habeis pensado otra cosa;
Que no quiero que se ausenten,
Hasta que vos le leais.

DON TORIBIO.

Mostrad.
(*Toma el papel.*)
Dice desta suerte:
(*Lee.*) *Sobrinas mias, yo tengo Balcon...* Tio, finalmente,
¿Hasta que yo lea, no han de ir?

DON ALONSO.

No

DON TORIBIO.

Pues muy bien me parece;
Que no irán de aquí á dos años.

DON ALONSO.

¿Por qué?

DON TORIBIO.

Porque no sé lêrle,
Y esos habré menester
Para aprenderlo.

DON ALONSO.

¿Que llegue
A tanto vuestra ignorancia?

DON TORIBIO.

¿Pues qué defecto es aqueste?
Como desos lêr no saben,
Y lo saben todo. Esténse,
Hasta que lo aprenda, en casa,
Y entónces irán.

DON ALONSO.

Mal pueden,
Si hoy es la entrada.

DON TORIBIO.

¿Habrá mas
De que la entrada se quede,
Hasta que yo sepa lêr?

DON ALONSO.

Hijas, aquesto sucede
Una vez en una edad:
Verlo es justo. Brevemente
Os poned los mantos, y id,
(*Vase Brigida.*)
O pésele ó no le pese
A Don Toribio; que yo,
A causa de mi accidente,
No saldré de casa, y basta
Que vuestra voz me lo cuente,
Cuando volvais.

CLARA.

A tu gusto
Humilde estoy y obediente.

EUGENIA.

Si me das licencia á mí,
Contigo es bien que me quede.

DON ALONSO.

No, hija, ambas habeis de ir.
(*Vuelve Brigida.*)

BRIGIDA.

Aquí ya los mantos tienen.

CLARA.

Pónme, Mari-Nuño, el mio.
(*Ap. á ella.* Toma, y lo que digo advierte.)
(*Dala un papel, y habla bajo con ella.*)

EUGENIA. (*Ap.*)

Sola esta vez salgo triste,
Porque alguno no me encuentre
Destos dos necios amantes.

CLARA. (*Ap.*)

Sola esta vez salgo alegre,
Por si en las fiestas, por dicha,
A este caballero viese.

MARI-NUÑO. (*Ap. á Clara.*)

Ve segura, y fia de mí.

DON TORIBIO. (*Ap.*)

Aunque desairado quede,
Me huelgo, que quedo en casa,
Entre la Reina ó no entre,
Por si puedo averiguar
A mis solas esta fuerte
Sospecha, que en vivos celos
Amor en el alma enciende. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA VI.

DON FELIX, HERNANDO.

HERNANDO.

¿Sin ver la fiesta te vienes,
Señor, hasta casa?

DON FÉLIX.

Sí,
Que no hay fiesta para mí
Donde no hay gusto.

HERNANDO.

¿Qué tienes,
Que estás tan triste, señor?

DON FÉLIX.

¿Qué mas tu lengua quisiera
De que yo te lo dijera?

HERNANDO.

Ya me has dicho que es amor,
Con solo eso.

DON FÉLIX.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque obligarte á callar,
Solo puede ser estar
Enamorado.

DON FÉLIX.

No sé
Cómo te diga que sí,
Y que una rara belleza
Es causa de mi tristeza:
Tan imposible, que vi
En el primero deseo
El primero inconveniente.

HERNANDO.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

A quien Don Juan ausente
Ama, y á Don Pedro veo
Venir siguiendo, es la dama
Que mi libertad robó;
Y aunque siempre he de estar yo
De la parte de mi fama,
Aun no estriba mi cuidado
En esta especie de celos,
Sino que de sus desvelos

Uno y otro me han fiado
El secreto; de manera,
Que obligado á embarazar
Su empeño estoy, y á callar.

ESCENA VII.

MARI-NUÑO, *en la calle.* — DON FELIX, HERNANDO.

MARI-NUÑO. (*Llamando por una reja.*)
Señor Don Félix.

DON FÉLIX.
Espera.
¿A quién han llamado?

MARI-NUÑO.
A vos.

DON FÉLIX.
¿Pues qué es lo que me mandais?

MARI-NUÑO.
Doña Eugenia, que leais
Aqueste papel, y adios.
(*Arrójale un papel, y vase.*)

DON FÉLIX.
(*Lee.*) *Agradecida al aviso que me disteis, he empezado ya á obedeceros; y para ejecutarlo mejor, me importa hablaros. Venid esta noche, que yo os estaré aguardando. El cielo os guarde.*
¿Quién vió confusion mas fiera,
Puesto que ni ir ni dejar
De ir puedo ya excusar?

ESCENA VIII.

DON JUAN. — DON FELIX, HERNANDO.

DON JUAN. (*Ap. al salir.*)
¡Cielos! ¿qué haré?

HERNANDO. (*Ap á su amo.*)
Considera
Que viene Don Juan aquí.

DON FÉLIX.
¿Si vió arrojar el papel?

HERNANDO.
No.

DON JUAN. (*Ap.*)
¡Qué sospecha tan cruel!

DON FÉLIX.
Don Juan, pues ¿qué haceis aquí?
¿No sois de fiestas?

DON JUAN.
No sé
Lo que os diga...

DON FÉLIX. (*Ap.*)
¡Muerto quedo!

DON JUAN.
Que ni hablar ni callar puedo.

DON FÉLIX.
¿Callar ni hablar?

DON JUAN.
Sí.

DON FÉLIX.
¿Por qué?

DON JUAN.
Porque os ofendo en hablar,
Y en callar me ofendo á mí:
Con que es preciso que aquí
No pueda hablar ni callar.

DON FÉLIX.
No os entiendo.

DON JUAN.
Yo tampoco;
Mas si entenderme quereis,
Como licencia me déis
(Propia dádiva de un loco),
Diré el dolor que me aqueja

DON FÉLIX.
Sí doy. (*Ap.* ¡Empeño cruel!)

DON JUAN.
Pues enseñadme un papel
Que os dieron por esta reja.

DON FÉLIX.
Solo eso en el mundo hubiera,
Siendo quien somos los dos,
Que yo no hiciera por vos;
Y no haciéndolo, quisiera
Que el crédito de mi fe
Os debiese creer de mí
Que soy vuestro amigo.

DON JUAN.
Así
Lo creo; mas ¿no podré
(Viendo que habeis excusado,
Con pretexto de otro honor,
Ser tercero de mi amor,
Y que habiéndome llamado
Eugenia en el coche ahora,
Muy enojada me diga
Que ni la vea ni siga
Mas), no podré (¿quién lo ignora?)
Entrar en temor de que
Vuestra excusa y su crueldad
Nacen de otra novedad?
Y mas viendo que llegué
A tiempo que daros vi
Por esa reja un papel,
Y que los secretos dél
Tanto recatais de mí,
Que turbado le escondais,
Habiendo yo el nombre oido
De Eugenia, y que ella ha sido
La que os dice que leais.

DON FÉLIX. (*Ap.*)
¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Que el papel me llama á mí,
Y si me disculpo aquí,
A Don Pedro culparé.

DON JUAN.
¿Qué me respondeis?

DON FÉLIX.
Ya os tengo
Respondido con saber
Que soy, Don Juan, y he de ser
Amigo, y callar prevengo.

DON JUAN.
Confieso que sois mi amigo,
Y que vuestro huésped soy;
Pero el empeño en que estoy,
Vos le sabeis: y así, os digo
Solo que me aconsejeis
En este lance, por Dios.
¿Qué hicierais conmigo vos?

DON FÉLIX.
Aunque contra mí teneis
Alguna razon, si yo
En el empeño me viera,
Que erais mi amigo creyera,
Y no os apurara.

DON JUAN.
No
Es tan fácil de tomar
Como de dar un consejo,
Y así de admitirle dejo,
Volviéndôs á suplicar
Que me enseñeis el papel.

DON FÉLIX.
Si otra causa no tuviera
Que la vuestra, yo lo hiciera.

DON JUAN.
Pues ¿hay otra causa en él
Mas que ser suyo y venir
A vuestra mano?

DON FÉLIX.
Sí hay,
Pues la causa que le tray
Es la que no he de decir.

DON JUAN.
¿No fiais de mí un secreto?

DON FÉLIX.
Sí, mas no aqueste.

DON JUAN.
Mirad
Que puede nuestra amistad
Dilatar en mí el efeto
De verle, mas no excusalle.

DON FÉLIX.
Pues mirad cómo ha de ser,
Porque no le habeis de ver.

DON JUAN.
Saliéndonos á la calle.

DON FÉLIX.
Guiad donde quisiereis vos,
Que á guardarle estoy dispuesto.
(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA IX.

DON PEDRO, *que se encuentra con* DON FELIX, DON JUAN Y HERNANDO, *al salir de la casa.*

DON PEDRO.
¡Don Juan, Don Félix! ¿qué es esto?
¿Dónde vais así los dos?

DON FÉLIX.
Paseándonos vamos.

DON PEDRO.
No
Es la deshecha bastante
A desmentir el semblante;
Y habiendo llegado yo
A tiempo que ya empuñadas
De ambos las espadas vi,
No habeis de pasar de aquí.

DON JUAN.
Prevenciones excusadas
Son las vuestras, vive el cielo.

HERNANDO.
No son, que mi amo y Don Juan
A reñir, Don Pedro, van.

DON FÉLIX.
Calla, pícaro.
(*Vase Hernando.*)

DON PEDRO.
¡Qué duelo
Hay, que entre amigos lo sea
Que no se pueda ajustar,
Félix, ántes de llegar
Al último trance? Vea
Yo que haceis esto por mí,
Y sepa la causa.

DON FÉLIX.
Yo

No he de decirla, que no
Me está á mí bien.

DON JUAN.

A mí sí,
Que no quiero que se diga
Que sobre la obligacion
De huésped, es sinrazon
La que á este trance me obliga.
Y pues que sois caballero,
Que nos dejaréis reñir,
La ocasion he de decir...

DON FÉLIX.

No diréis; porque primero
Yo...

DON PEDRO.

Tened.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera
Su discurso suspender!

DON JUAN.

Que quiero con vos hacer
Lo que con otro no hiciera.
Yo, Don Pedro, he fiado
De Don Félix que estoy enamorado
De una dama; y habiéndome valido
Dél, no solo [1] ayudarme ha pretendido,
Pero contra su honor, contra su fama,
Sé que festeja aquesta misma dama.
Ved si es justa mi queja,
Pues dándole un papel por esta reja...

DON PEDRO. (*Ap.*)

¡Qué es lo que escucho, cielos!

DON JUAN.

Oí (que oyen mucho contra sí los celos)
Que dijo la tercera
Que el dueño suyo Doña Eugenia era.
Su nombre dije, poco habrá importado
El haberla nombrado,
Siendo quien sois.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Con nuevas penas lucho.

DON PEDRO.

Esperad, que no importa, sino mucho,
Porque aquese desvelo
Me toca á mí con ambos, ¡vive el cielo!
Con vos, pues habeis sido [guido;
De Eugenia amante, que es la que he se-
Y con él, pues de vos á oir he llegado
Que está Don Félix de ella enamorado:
De suerte que en los dos vengar preven-
La razon que teneis y la que tengo. [go

DON JUAN.

Si vos os declarais de Eugenia bella
Amante, cuando yo muero por ella,
Ya con vos es mayor empeño el mio,
Pues ya son dos de quien mis penas fio,
Y dos los que me ofenden.

DON FÉLIX.

Dos son tambien los que agraviar pre-
Mi amistad, presumiendo [tenden
Que, siendo yo quien soy, á ambos ofen-
Cuando en mi valor hallo [do,
Que al uno por el otro su amor callo,
Y excusar el empeño solícito,
Pasando la fineza á ser delito.

DON JUAN.

¡Fineza es, cuando impío...

DON PEDRO.

Cuando ingrato...

DON JUAN.

Con falsa fe...

DON PEDRO.

Con fementido trato...

[1] No solo *no* ha pretendido ayudarme.

LOS DOS.

Ofendeis mi amistad?

DON FÉLIX.

Oidme primero,
Pues á los dos satisfacer espero.

DON JUAN.

Pláticas acortemos,
Y puesto que tenemos
Nuestro duelo empezado,
Venid conmigo.

DON PEDRO.

Habiendo yo llegado
A tiempo que he sabido
Que los dos me ofendeis, ¿cómo he po-
Dejar de ir con los dos? [dido

DON FÉLIX.

Y ¿cómo puedo
Yo dejar que los dos con tal denuedo
Presumais que traidor puedo haber si-

LOS TRES. [do?

De ambos está ofendido
Mi valor.

DON FÉLIX.

Por mi honor volver espero.

DON JUAN.

Calle la lengua pues, y hable el acero.
(*Riñen los tres.*)

ESCENA X.

DON ALONSO, DON TORIBIO. — DON FELIX, DON JUAN, DON PEDRO.

DON TORIBIO. (*Dentro.*)

¡Pendencia hay á la puerta de mi casa!
(*Salen Don Alonso y Don Toribio con espadas desnudas.*)

DON ALONSO.

¿Cómo entre tres amigos eso pasa?

DON JUAN.

Guárdeos Dios, que ya el duelo está aca-
(*Vase.*) [bado.

DON ALONSO.

Esperad, porque habiendo yo llegado,
Ofendeis mi valor...

DON PEDRO.

Nada esto ha sido.
(*Ap.* Seguir quiero á Don Juan, pues ya
(*Vase.*) [se ha ido.)

DON TORIBIO.

Tenedlos, tio; que para ajustarlo,
Sobre mi ejecutoria han de jurarlo.
Aguardar; que ya vengo,
Miéntras voy á sacarla; que la tengo
Metida en las alforjas, como vino,
Porque no se me ajase en el camino.

DON ALONSO.

Merezca yo saber qué furia airada
Os ha obligado aquí á sacar la espada.

DON FÉLIX.

Nació esta competencia
Sobre una diferencia
Que en el juego los tres hemos tenido;
Y habiendo vos venido
A tan buena ocasion, no fuera justo
Que entre amigos durara este disgusto.
Perdonadme, señor, y dad permiso
Que los siga.

DON ALONSO.

Será muy cuerdo aviso.
Id, Don Félix, con Dios, que sabe el cielo
Que siento no cumplir hoy con el duelo,
Habiéndome aquí hallado.

(*Vase Don Félix.*)

(*Ap.* Pero es tal mi cuidado, [cha,
Que no entre Don Toribio en mi sospe-
Que mas con él me importa la deshecha.
(*Vanse.*)

—

Cuarto de Eugenia en casa de Don Alonso.

ESCENA XI.

DON TORIBIO, *muy preocupado, trayendo á* DON ALONSO *de la mano.*

DON ALONSO.

¿De qué tan pensativo
Habeis quedado?

DON TORIBIO.

Imaginando vivo,
Si nuestra solariega sangre acierta
En que riñendo, tio, á nuestra puerta,
Se vayan atufados,
Sin ir los dos muy bien descalabrados,
Y aun los tres.

DON ALONSO.

¡Qué notable desvarío!
Pues ¿qué nos toca su disgusto?

DON TORIBIO.

¡Ay, tio!
¡Si hablara yo!..

DON ALONSO.

¿De qué es el sentimiento?

DON TORIBIO.

De mucho.

DON ALONSO.

Pues hablad.

DON TORIBIO.

Estadme atento.
Cuando yo iba á buscar fális
Y fuisteis vos á traerme,
Desengañado de que
Burla de mi prima fuese,
Siendo hablilla que las damas
Decir por donaire suelen;
Al volver á casa, oimos
Voces, diciendo impaciente
Clara que un hombre habia en ella.

DON ALONSO.

Es verdad, y yendo á verle,
No le hallamos, aunque toda
La anduvimos.

DON TORIBIO.

Pues de aquese
Exámen que en ella hicimos,
Todo mi dolor procede,
Todas mis penas se causan,
Y todos mis celos penden.

DON ALONSO.

¿Por qué?

DON TORIBIO.

Fáltame el aliento.
La voz duda, el labio teme...
Porque como no dejamos
Nada por ver diligentes,
Detrás de la cama (¡ay triste!)
De Eugenia...

DON ALONSO. (*Ap.*)

¡Cielos, valedme!

DON TORIBIO.

Vi...

DON ALONSO.

¿Qué? ¿Al hombre?

DON TORIBIO.

¡Mas nonada!

¿Verle y no darle la muerte?
¿No bastó ver...

DON ALONSO.

Proseguid.

DON TORIBIO.

Una clara seña, un fuerte
Indicio de que á deshora
En el cuarto salga y entre?

DON ALONSO.

Ved, sobrino, qué decis:
No algun engaño es empeñe
A decir...

DON TORIBIO.

¿Cómo que engaño,
Si lo ví mas claramente
Que cinco y cinco son diez,
Y diez y diez serán veinte?

DON ALONSO.

Pues ¿qué visteis?

DON TORIBIO.

Una escala
Que Eugenia escondida tiene.

DON ALONSO.

¿Escala escondida?

DON TORIBIO.

Sí,
Y de hartos pasos, con fuertes
Cuerdas y hierros atada.

DON ALONSO.

¡Vive Dios, si verdad fuese,
Que habia!...

DON TORIBIO.

¿Cómo verdad,
Si solo porque la vieseis,
Os traigo aquí, cuando solo
Está el cuarto? Un punto breve
Esperáos: veréis cuán presto
Aquí la mirais patente. *(Vase.)*

DON ALONSO.

¡Ay de mí! No en vano, cielos,
Previne ausentar prudente
De la corte á Eugenia. Pero
Si ya Don Toribio tiene
Tan vivas sospechas, ¿cómo
Es posible que la lleve?
Pues ya...

(Vuelve Don Toribio con un guardainfante.)

DON TORIBIO.

Mirad si es verdad...
Con mas de dos mil pendientes
De gradas, aros y cuerdas.

DON ALONSO.

¡Necio, loco, impertinente!
¿Esa es escala?

DON TORIBIO.

Y escala
Que si se desdobla, debe
Poderse escalar con ella,
Segun las revueltas tiene,
La torre de Babilonia.
Esto es para quien lo entiende.
No la sé armar.

DON ALONSO.

¡Vive Dios,
Que no sé cómo consiente
Mi cólera no deciros
Mil pesares! porque ese
Es guardainfante, no escala.

DON TORIBIO.

¿Guarda... qué?

DON ALONSO.

¡Qué impertinente!
Guardainfante.

DON TORIBIO.

Peor es eso
Que esotro. ¿Qué infante tiene
Mi prima, que este le guarde?

DON ALONSO.

Hablar con vos es hacerme
Perder el juicio. No entienda
Aquesto nadie: volvedle
Donde estaba, y estimadme,
Bárbaro, y agradecedme
Que no os digo mil locuras. *(Vase.)*

DON TORIBIO.

Escalado seas mil veces,
Guardainfante de mi prima,
Quien quiera que fuiste y fueses:
¡Bueno me han puesto por tí
De bárbaro impertinente!...
Y hasta saber el oficio
Que en cas de mis primas tienes,
No he de parar.

Voces dentro.

Para, para.

DON ALONSO. *(Dentro.)*

Pues que ya mis hijas vienen,
Poned luces en su cuarto.

ESCENA XII.

MARI-NUÑO. — DON TORIBIO.

MARI-NUÑO.

¡Ay de mí! que en él hay gente.
¿Quién es?

DON TORIBIO.

Yo soy, que no es nadie.

MARI-NUÑO.

¿Qué haces aquí desta suerte,
Con aquese guardainfante?

DON TORIBIO.

Aquí, si saberlo quieres,
Me estaba pensando cosas...

MARI-NUÑO.

Sitio habrá donde las pienses.
Suelta, y mira no te hallen
Aquí dentro cuando lleguen,
Que ya vienen.

DON TORIBIO.

Mira tú
No me obligues á que vengue
El pasado mojicon.

MARI-NUÑO.

Mejor será, si lo adviertes,
No quieras que te dé otro.

DON TORIBIO.

¿Qué va que no es mayor que este?
(Dala una puñada.)
¡Ay, que me han muerto! ¡Señores,
Acudid á socorrerme!
¡Ay, que me matan!

ESCENA XIII.

EUGENIA, CLARA, DON ALONSO, BRIGIDA. — DON TORIBIO, MARI-NUÑO.

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

CLARA.

¡Qué voces!

EUGENIA.

¿Qué ruido es este?

DON TORIBIO.

Mari-Nuño, mi señora,
Estando en este retrete,
Porque la dije no mas
Que buenas noches tuviese,
Puso las manos en mí.

MARI-NUÑO.

Mas me dijo...
(Ap. á Don Alonso, oyéndolo Don Toribio.)
Pues pretende
Que le favorezca yo,
Porque dice que no quiere
Señora de guardainfante,
Y trae por testigo este,
De quien está haciendo burla.

DON TORIBIO.

¡Qué testimonio tan fuerte!

MARI-NUÑO. *(Ap.)*

A un traidor dos alevosos.

DON ALONSO. *(Ap. á Mari-Nuño.)*

Advertid vos que no lleguen
A entender nada las dos,
(Ap. á Don Toribio.)
Que de vuestras sencilleces,
O ignorancias ó locuras,
Estoy cansado de suerte...
Pero hablemos de otra cosa,
No sean delirios siempre.
(A las damas.)
¿Cómo en la fiesta os ha ido?

EUGENIA.

Como á quien viene, señor,
De ver el triunfo mayor
Que nuestra España ha tenido
Desde que su monarquía
A ser la mayor llegó.

DON ALONSO.

Ya que no lo he visto yo,
De algun consuelo sería
Oirlo de las dos aquí.

EUGENIA.

Yo, señor, te contaré
Lo que me acuerdo. *(Ap. Veré
Si desvelar puedo así
La pena en que me ha tenido
La competencia cruel
Que vió Clara en su papel.)*

CLARA. *(Ap. á Mari-Nuño.)*

¿Viste á Félix?

MARI-NUÑO.

Y advertido,
No dudo que venga.

CLARA.

Pues
Vele á abrir.

MARI-NUÑO.

¿Cómo, si aquí
Todos están?

CLARA.

Mira, así.
(A su padre. Como atento nos estés,
Lo que ella olvide, señor,
Yo acordárselo pretendo.)
(Ap. á Mari-Nuño.)
¿Entiéndesme?

MARI-NUÑO.

Ya te entiendo.

EUGENIA.

Oirás la fiesta mayor,
Que habrás oido en tu vida.

CLARA.

Y vos oid tambien.

DON TORIBIO.

¿Pues no?

CLARA. *(Ap. á Mari-Nuño.)*

Ve por él, miéntras que yo
Les doy con la entretenida.
(Vase Mari-Nuño.)

ESCENA XIV.

DON ALONSO, CLARA, EUGENIA, DON TORIBIO, BRIGIDA.

EUGENIA.

Llegó el dia que trocando
La divina Mariana
En felices posesiones
Perezosas esperanzas,
De Madrid amanecieron,
Para su dichosa entrada,
En felices aparatos
Cubiertas calles y plazas.
Todas las vimos, porqué
Transcendiendo por las vallas
Fingidas de jaspe y bronce,
Llegamos adonde estaba
En el Prado un arco excelso
Que á las nubes se levanta.

CLARA.

Aquí en el nacional traje
Madrid de su antigua usanza,
Esperó á su nueva Reina,
Vestida de blanco y nácar;
Y para significar
De sus afectos las ansias
Con que liberal quisiera
Poner el mundo á sus plantas,
Ya que no la puso el mundo,
Puso, por lo ménos, tantas
Significaciones dél,
Que en este arco y los que faltan
Representó de sus cuatro
Partes las coronas varias
Que en él amante la ofrece
Quien la mereció monarca;
Y así esta parte fué Europa,
Como principal estancia,
Donde sus imperios tienen
Las demas por tributarias.

EUGENIA.

Querer pintar que en él vimos
En casi vivas estatuas
A Castilla y á Leon,
Por los reinos: Alemania
Por la cuna, y por la fe
De la religion á Italia,
Sin otras muchas señales,
Imposible es ya, pues basta
Que en este arco y los demas
Apelemos á la estampa,
Cuando lo expliquen sus letras
Latinas y castellanas.

CLARA.

Solo por mayor dirémos
Que á las cuatro dilatadas
Partes del mundo, en quien tuvo
Dominio el planeta de Austria,
Correspondieron los cuatro
Elementos, siendo en claras
Significaciones, doctos
Reversos de sus fachadas:
Y así á Europa se dió el aire,
Por ser en quien mas templadas
Sus influencias se gozan
Dulces, süaves y blandas.

EUGENIA.

Y como del aire es
El águila remontada
Emperatriz, cuyo nido
Favorable aspira el aura,
El águila coronó
Este elemento, adornada
De gerogliflcos que
Todos del aire se sacan.

CLARA.

A esta puerta pues, la Villa
(La ceremonia acabada
Del besamano), empezó
(Haciendo al compas la salva,
No solo de los clarines,
Las trompetas y las cajas,
Sino de la voz del pueblo,
Que es la mas sonora salva)
A caminar con el palio,
Con tanto aplauso, con tanta
Majestad, que no se vió
En términos de vasalla,
Nadie con mas causa humilde,
Ni soberbia con mas causa.

EUGENIA.

De aquí pues á la carrera
De San Jerónimo pasa,
Donde no ménos vistoso
La recibió el triunfo de Austria.

CLARA.

De sesenta y dos coronas
Que en la India rinden á España
Feudo, los bultos de algunas
Significaron las ansias
De servir su buena reina
Con dones y empresas cuantas
Mide este imperio al Oriente,
Donde su poder alcanza.

EUGENIA.

Y como Asia es la mayor
Parte del mundo, que abraza
Gánges, Nilo, Eufrates, Tigris,
Señora de tierras tantas,
Fué su elemento la tierra,
En quien se vió coronada
La melena del leon,
Como su mayor monarca.

CLARA.

Llegó pues el Sol, del Sol
A la Puerta, en cuya estancia
Africa en el triunfal arco,
A vista suya se planta.
Y así, todas sus pinturas
Fuéron las fuerzas y plazas
Que España en Africa goza,
Desde que dos reinas santas,
Política una en Madrid,
Victoriosa otra en Granada,
Arrancarón las raices
Desta venenosa planta.
A Africa correspondiendo
El fuego, ó por su abrasada
Libia, ó porque ha de ser hoy
La Puerta del Sol su estancia,
El sol, planeta de fuego,
Entre pirámides altas
Se vió colocado, bien
Como exaltado en su casa.

EUGENIA.

Siguióse la Platería,
De tal manera adornada,
Que solo un arte tan noble
Así pudiera ilustrarla;
Pues casi desde este arco
Se corrieron dos barandas
De bichas y de columnas,
Que empezándose desde altas
Pirámides, prosiguieron,
Hasta que en otras rematan,
Poblando sus corredores,
Por una y por otra banda,
Aparadores cubiertos
De diamantes, oro y plata.

CLARA.

La América en otro arco
A Santa María estaba,
En cuyo templo el fiel culto
El *Te Deum laudamus* canta.
Fuéron divinas empresas
Cuantas dió el agua á sus aras,
Siendo perennes milagros
Manzanares y Jarama.

EUGENIA.

En la plaza de Palacio
Animados en dos basas,
Que de Himeneo y Mercurio
Sostenian las estatuas,
Dos triunfales carros vi,
De cuya fábrica rara
Fué la significacion,
Si es que me atrevo á explicarla,
Que Mercurio, de los dioses
Embajador, su jornada
A la vista de Palacio
Feneció; y así, acabada
La fatiga del camino,
A Himeneo se la encarga,
Porque uno su culto empiece,
Donde otro su culto acaba.

CLARA.

Con este acompañamiento,
Al compas de voces varias,
Que del esposo y la esposa
Decian las alabanzas...

EUGENIA.

En un bruto que parece
Que sabia que llevaba
Todo un cielo sobre sí,
Segun la noble arrogancia
Con que obedecia soberbio
Al impulso que le manda,
Llegó nuestra invicta Reina
A las puertas de su alcázar.

DON ALONSO.

Tal la relacion ha sido,
Que aunque el no verlo da enojos,
El deseo de los ojos
Se suple con el oido.

DON TORIBIO.

No á mí, que aquese deseo
Nunca tuve.

DON ALONSO.

¿Por qué no?

DON TORIBIO.

Como esas bodas vi yo.

DON ALONSO.

¿Dónde?

DON TORIBIO.

En Cángas de Tineo,
Cuando los concejos todos
Se juntan para llevar
Las novias á otro lugar,
Entonando varios modos
De bailes y de cantares,
Que es una fiesta bien rara.
Si de alguno me acordara,
Se os quitaran mis pesares.

DON ALONSO.

Dejad locuras, por Dios.—
Brígida, á alumbrarme ven,
Que ya recogerme es bien,
(*Vanse Don Alonso y Brígida.*)

ESCENA XV.

CLARA, EUGENIA, DON TORIBIO.

CLARA.

¿Por qué no os recogeis vos?

DON TORIBIO.

Porque para recogerme,
Falta salir de un cuidado.

CLARA.

¿Qué cuidado?

DON TORIBIO.

No he cenado:

Y tras esto, otro ha de hacerme
Perder el juicio.

CLARA.

¿Qué es?

DON TORIBIO.

Vos dijisteis que habia en mí
Mas en que vengaros.

CLARA.

Sí.

DON TORIBIO.

Decidme la causa pues.

CLARA. (*Ap. á él.*)

La causa es que Eugenia, á quien
(*Ap.* Dél asegurarme quiero
Para la ocasion que espero.)
Vos decis que quereis bien,
A otro favoreció.

DON TORIBIO.

¡Ay cielos!

CLARA.

Si averiguarlo quereis,
Bien fácilmente podeis...

DON TORIBIO.

Si esto oyeran mis abuelos,
¿Qué dijeran?

CLARA.

Pues estando
Un rato en ese balcon,
Oiréis la conversacion
Que tiene en la calle, hablando
Con un hombre por la reja
De su cuarto.

DON TORIBIO.

¿Cómo qué?
En el balcon me estaré,
Si acaso el dolor me deja,
Sin chistar, de penas lleno.

(*Disimuladamente abre un balcon, métese en él y cierra.*)

CLARA.

(*Ap.* Ya este no me estorbará,
Pues cerrado se estará
Toda la noche al sereno.)
Eugenia. (*Ap.* Bueno será
Engañarla.)

ESCENA XVI.

CLARA, EUGENIA.

EUGENIA.

¿Qué me quieres?

CLARA.

Avisarte cuánto eres
Infeliz.

EUGENIA.

¿En qué?

CLARA.

En que está
Mi padre tan sospechoso
(Pues no sé qué, que ha pasado,
Mari-Nuño le ha contado
Acerca de que celoso
Uno y otro amante tuyo
Hoy á esta puerta riñeron),
Que sus sospechas le hicieron
Desvelar, segun arguyo,
Que no se acuesta. Por Dios,
Que si tienes que temer,
Me lo digas, para hacer
Como hermana.

EUGENIA.

Si á los dos
En el coche y en la reja
Viste que los despedí,
Y que no ha quedado en mí
Ni aun el ruido de la queja,
¿Qué mas de mi parte puedo
Haber hecho, ni saber
Puedo ahora qué he de hacer?

CLARA.

Yo sí.

EUGENIA.

¿Qué es?

CLARA.

Perder el miedo,
Puesto que inocente estás,
Y cerrada en mi aposento,
Desvelar tu pensamiento;
Que yo, desvelando mas
Tu inocencia, allá entraré,
Diciendo que estás dormida,
Y mostrándome ofendida
A su enojo, le diré
Muy bien dicho que no tiene
Razon, si en sospechar da
De quien tan segura está.

EUGENIA.

Mi vida, hermana, previene
Tu amistad; y porque mas
De mí asegurarse quiera,
Ciérrame tú por defuera. (*Éntrase.*)

CLARA.

¿Eso habia de hacer? (*Cierra.*) Ya estás
Conmigo en campaña, Amor.
Aquesta es la vez primera
Que te vi el rostro; no quieras
Vencer tan presto el rigor
De tus iras.—¡Mari-Nuño!

ESCENA XVII.

MARI-NUÑO; *despues*, DON FELIX.—CLARA; DON TORIBIO, *encerrado en un balcon.*

CLARA.

¿Dónde está aquel caballero?

MARI-NUÑO.

En mi aposento, señora,
Rato ha que oculto le tengo,
Miéntras que la relacion
A todos tenia suspensos.

CLARA.

Esto por Eugenia hago.

MARI-NUÑO.

Por eso yo te obedezco.

CLARA.

Dile, que salga á esta cuadra.

MARI-NUÑO.

Voy.

(*Vase, y sale Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Aunque rendido vengo
A serviros, es mayor
Mi pena que el rendimiento

CLARA.

¿De qué?

DON FÉLIX.

De ver que mi aviso
Ni vuestra córdura han hecho
El efecto que esperamos,
Sino tan contrario efecto,
Que los dos conmigo hoy
A vuestra puerta riñeron;
Y saliendo vuestro padre
Y vuestro primo á este tiempo,
Queriendo acudir á todo,
A nada acudí, supuesto
Que ni á uno ni otro alcanzar
Pude; y estoy con recelo
De que se hayan encontrado,
Puesto que ninguno ha vuelto,
Siendo ambos huéspedes mios.
Y aunque por ellos lo siento,
Lo siento por vos con mas
Ventajas, pues si os confieso
Una verdad, me debeis
Vos mayor fineza que ellos.

CLARA.

¿Yo mayor fineza?

DON FÉLIX.

Sí.

CLARA.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

Perdonad, os ruego,
Porque no puedo decirlo,
Aunque ya dicho lo tengo.

CLARA.

¡Dicho lo teneis, y no
Podeis decirlo! No entiendo
Tan nuevo enigma.

DON FÉLIX.

Yo sí.

CLARA.

Declaráos mas.

DON FÉLIX.

No puedo,
Que si el sentimiento es
Por ser mis amigos, cierto
Será, por ser mis amigos,
El callar mi sentimiento.

(*Ruido dentro.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *y despues*, MARI-NUÑO.—DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

DON FÉLIX.

¿Qué voces
Son las que estamos oyendo?

CLARA.

En el jardin fué.

(*Sale Mari-Nuño.*)

MARI-NUÑO.

¡Señora!

CLARA.

¿Qué hay Mari-Nuño? ¿Qué es eso?

MARI-NUÑO.

Por las tapias del jardin
Se ha arrojado un hombre dentro,
A cuyo ruido, tu padre
Baja ya de su aposento.

CLARA.

¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer,
Si os ven aquí?

DON FÉLIX.

Buen remedio:
Yo por aqueste balcon
Saldré á la calle primero
Que me vea.

CLARA.

No le abrais.

DON FÉLIX.

¿No es mejor?

(*Abre un balcon, y halla á Don Toribio.*)

DON TORIBIO.

Estése quedos,
No hagan ruido, que ya el hombre

A la reja llega, y quiero
Oir lo que habla.

DON FÉLIX.

Hombre, ¿quién eres?

DON TORIBIO.

¿Quién os mete á vos en eso?
¿Métome yo en quién sois vos?
Agradecedme que tengo
Que hacer aquí, que si no,
A fe que habia de saberlo.
(*Enciérrase en el balcon.*)

DON FÉLIX.

¿Quién vió tan extraño lance?

MARI-NUÑO.

Ya en el jardin se oye estruendo.

CLARA.

Apartémonos de aquí.
(*Abren la puerta por donde se retiró Eugenia, y vanse por ella Clara y Mari-Nuño: Don Félix se esconde, como Don Toribio, en otro balcon.*)

ESCENA XIX.

DON PEDRO.—DON FELIX, Y DON TORIBIO, *ocultos.*

DON PEDRO.

Viendo mis rabiosos celos
Que abriendo la puerta entró
Mi enemigo hasta aquí dentro
Sin poderlo yo estorbar,
Que llegar no pude á tiempo,
Por las tapias del jardin
A entrar me atreví resuelto
A vengar... Pero ¡qué miro!
Que es su padre, vive el cielo,
Y brioso, con otro hombre
Riñendo sale á este puesto.

ESCENA XX.

Sale DON ALONSO, *riñendo con* DON JUAN.—DON PEDRO; DON FELIX, *oculto;* DON TORIBIO, *en el balcon.*

DON ALONSO.

Al esfuerzo de mi brazo,
De mis iras al aliento,
Pues me han hecho dos agravios
Tu voz y tu atrevimiento,
Los dos vengaré... ¡Ay de mí!
Que van mis penas creciendo,
Pues cuando pensé de uno,
Dos de quien vengarme tengo.

DON FÉLIX. (*Saliendo del balcon donde estaba escondido.*)

Tened la espada, Don Juan.
Don Alonso, deteneos.

DON JUAN.

Mira si traidor amigo
Eres, pues aquí te encuentro.

DON FÉLIX.

Oid, sabréis que enemigo
No soy, ni suyo, ni vuestro.

DON ALONSO.

¡Dentro de mi casa dos
Enemigos!

DON FÉLIX.

Deteneos.

DON PEDRO.

(*Ap.* Aunque estorbar aquí deba
De Don Alonso el empeño,
Primero venganza pide
Lo rabioso de mis celos.)
Si por aquese balcon
(*A Don Félix, que se ha quedado delante del balcon donde está Don Toribio.*)
Te pasó el atrevimiento
De aquesa ingrata á mis ojos,
En tí he de vengar primero
Los celos con que te busco.
Baja abajo, ó vive el cielo
Que esta pistola...

DON TORIBIO. (*Saliendo del balcon.*)

¿Pistola?
Hombre del diablo, está quedo,
Que no es eso lo que yo
Te dije. Pero ¡qué veo!
¿Qué es esto, tio?

DON ALONSO.

A mi lado
Os poned.

DON PEDRO. (*Ap.*)

Pues que le abrieron
La ventana, llegaré
A matarle; que no temo,
Ya que estoy muerto á su dicha,
Quedar á sus manos muerto.

DON JUAN.

Traidor, tras tí. Mas ¿qué miro?
¿Por la ventana resuelto
Así os entrais?

DON PEDRO.

¿Qué os admira?
Si tanto ruido me ha puesto
En obligacion de entrar
A saber lo que es.

DON ALONSO.

Suspenso
En repetidos agravios,
No sé á cuál he de ir primero.

DON FÉLIX.

Tenéos, señor, Don Alonso,
Que trances de honor, el cuerdo
Los venga con su prudencia,
Antes que con el acero:
Y si me escuchais, no dudo
Quedeis honrado y contento.

DON ALONSO.

Uno entró por mi jardin,
Otro por mi reja; pero
Vos que aquí dentro os hallais,
¿Por dónde entrásteis primero?
Que haciéndome el mismo agravio,
Me venis á dar consejo.

DON TORIBIO.

Entraria por la escala,
Que escala habia para ello.

DON FÉLIX.

Yo soy tan interesado
En este lance, que pienso
Que vine á serviros mas
A todos, que no á ofenderos,
Pues fué á excusarle; mas ya
Que conseguirlo no puedo
De una manera, de otra
Lo intentaré: estadme atentos.
Doña Eugenia me ha tenido
En aqueste cuarto, á efecto
De estorbar entre los dos...

ESCENA XXI.

EUGENIA, CLARA.—DICHOS

EUGENIA. (*Dentro.*)

¿Qué escucho? Dejar no puedo
De salir, al oir mi nombre.

CLARA. (*Dentro.*)

Tente, no salgas.
(*Salen Clara y Eugenia.*)

EUGENIA.

Sí quiero,
Que ya me importa saber
Qué es aqueste fingimiento.—
¡Yo te he tenido (¿qué dices,
Hombre?) en mi cuarto! (*A Don Félix.*)

DON FÉLIX.

Tenéos,
Que yo Doña Eugenia he dicho,
No vos. (*Señala á Clara.*)

DON ALONSO.

¿Cómo, cómo es eso?
¿Luego tú eras la que un hombre
Escondido tenias dentro?

EUGENIA.

¿Luego tú con nombre mio,
Clara, la traicion has hecho?

DON TORIBIO.

¿Luego tú por eso á mí
Me tenias al sereno,
Hecho avestruz del amor?

LOS TRES.

¿Qué es esto, ingrata? Qué es esto?

CLARA.

Esto es que por estorbar
De Eugenia yo los empeños,
No pude estorbar el mio;—
Y pues que sois caballero, (*A Don Félix.*)
No en el riesgo me dejeis,
Cuando á otra sacais del riesgo.

DON FÉLIX.

¿Qué es dejaros? Con mil vidas
Habeis de ver que os defiendo;
Pues no amando la que es dama
De mis amigos, bien puedo.

DON JUAN.

Pues supuesto que ya quedan
Desvanecidos mis celos,
Yo os ayudaré.

DON PEDRO.

Yo y todo.

DON ALONSO.

¿Hay tan grande atrevimiento?

DON TORIBIO.

¡Quién tuviera aquí un lanzon
De tres que en mi casa tengo!

DON ALONSO.

A mis ojos y en mi casa,
Nadie á mis hijas (¡ay cielos!)
Defenderá que no sea
Su esposo.

DON FÉLIX

Si basta eso,
Yo lo soy suyo.

CLARA.

Y yo suya.

DON ALONSO.

¿Quién creyera que en el yerro
Mayor, fuera quien cayera
La mesurada mas presto?

DON TORIBIO.

¿Quién no lo creyera? pues
Siempre en el mundo lo vemos,
Que las aguas mansas son
De las que hay que fiar menos,
Y tienen mayor peligro

Porque sin duda por eso,
Guárdate del agua mansa
Dijo un antiguo proverbio

EUGENIA.

Pues yo, señor, á tus plantas
Humildemente te ruego
Me dés estado á tu gusto;
Que yo con mi primo quiero
Irme á la montaña, donde
Te asegure, por lo ménos,
De que nunca delincuentes
Fuéron mis esparcimientos.

DON TORIBIO.

¿A la montaña? Eso no,
Porque allá llevar no quiero,
Ni filis, ni guarda infantes:
Y así, con mi alforja al cuello,
Donde está mi ejecutoria,
Habeis de ver que me vuelvo
Sin casar.

DON ALONSO.

Ni yo tampoco;
Que no tengo de dar dueño
Tan bruto á una hija mia
A quien mas atencion debo,
Sino darla á quien su madre
La habia dado en casamiento,
Y esperando mi licencia,
Se quedó hasta ahora suspenso.

DON JUAN.

A vuestras plantas humilde
Os digo que soy el mesmo,
Pues soy Don Juan de Mendoza.

DON ALONSO.

Con esto es del mal el ménos.

DON PEDRO.

Pues quedo sin esperanza
De mi amor, lograrla intento
En pedir que perdoneis
De nuestras faltas los yerros.

DON TORIBIO.

Porque con la moraleja
Del *Agua mansa* y su ejemplo,
Dando principio á serviros,
Fin á la comedia demos.

NOTA.

A esta comedia habia de seguir la de *Los cabellos de Absalon*, cuya segunda jornada es casi igual á la tercera del drama trágico de Tirso de Molina, titulado *La venganza de Tamar*. No habiéndose incluido esta obra en el tomo V de nuestra BIBLIOTECA, que comprende las principales de Tirso, parece oportuno colocarla aquí, para que se compare el original de aquel poeta con la refundicion hecha por CALDERON.

LA VENGANZA DE TAMAR, TRAGEDIA
DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

PERSONAS.

AMON.
TAMAR.
DAVID.
ABSALON.
ABIGAIL, *reina*
BERSABÉ.
MICOL.
ADONIAS.
SALOMON.
ELIACER.
JONADAB.
DINA.
JOAB.
JOSEFO.
ELISA.
TIRSO. } *Ganaderos.*
BRAULIO. } *Ganaderos.*
ALISO. } *Ganaderos.*
RISELO. } *Ganaderos*
ARDELIO. } *Ganaderos*
LAURETA. } *Ganaderos*
UN CRIADO.
UN MAESTRO DE ARMAS.
MÚSICOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Jerusalen y en Baalhasor.

JORNADA PRIMERA.

Galería baja interior en el palacio de David en Jerusalen. En el fondo las paredes de unos jardines.

ESCENA PRIMERA.

AMON, *de camino*; ELIACER, JONADAB.

AMON.

Quitadme aquestas espuelas,
Y descalzadme estas botas.

ELIACER.

Ya de ver murallas rotas,
Por cuyas escalas vuelas,
Debes de venir cansado.

AMON.

Es mi padre pertinaz;
Ni viejo admite la paz,
Ni mozo quita del lado
El acero que desciño.

JONADAB.

De eso, señor, no te espantes:
Quien descabezó gigantes
Y comenzó á vencer niño,
Si es otra naturaleza
La poderosa costumbre,
Viejo tendrá pesadumbre
Con la paz.

ELIACER.

A la grandeza
Del reino que le corona,
Por sus hazañas subió.

AMON.

No soy tan soldado yo
Cual dél la fama pregona.
De los amonitas cerque
David la idólatra corte;
Máquinas la industria corte
Con que á sus muros se acerque,
Que si en eso se halla bien
Porque sus reinos mejora,
Mas quiero, Eliacer, un hora
De nuestra Jerusalen,
Que cuantas vitorias dan
A su nombre eterna fama.

ELIACER.

Si fueras de alguna dama
Alambicado galan,
No me espantara que ausencia
Te hiciera la guerra odiosa;
Que amor que en la paz reposa,
Pierde armado la paciencia.
Mas no amando, aborrecer
Las armas, que de pesadas
Suelen ser desamoradas,
Cosa es nueva.

AMON.

Sí, Eliacer:
Nueva es, por eso la apruebo.
En todo soy singular;
Que no es digno de estimar
El que no inventa algo nuevo.

ESCENA II.

ABSALON, ADONIAS Y ACOMPAÑAMIENTO, *de camino*.—AMON, ELIACER, JONADAB.

ABSALON.

No gozarémos, las treguas
Que el Rey da al contrario, bien,
No estando en Jerusalen.

ADONÍAS.

Corrido habemos las leguas
Que hay de Rábata hasta aquí,
Volando.

ABSALON.

¡Qué bien pensó
Quien las postas inventó!

ELIACER.

No, á lo ménos, para mí:
Dellas á la maldicion;
Que batanando jornadas,
Me han puesto las dos lunadas
Como ruedas de salmon.

ABSALON.

¡Oh Eliacer! ¿tambien tú gozas
Treguas acá?

ELIACER.

¿Qué querrias?

AMON.

¡Oh! ¡Mi Absalon, mi Adonías
Aquí!

ABSALON.

Travesuras mozas
Nunca, hermano, están despacio
Troquemos en nuestra tierra
Por las tiendas de la guerra
Los salones de palacio.
Diez dias que han de durar
Las treguas que al amonita
David da, el amor permita
Sus murallas escalar.

AMON.

¿Murallas de amor?

ABSALON.

Bien puedes
Permitirles este nombre.
Amando de noche un hombre,
¿No asalta tambien paredes?
¿Ventanas altas no escala?
¿No ronda? ¿El nombre no da?
¿Trazando ardides no está?
Luego Amor á Marte iguala.

AMON.

No te quiero replicar.
Ya sé que tiene gran parte
Amor, que es hijo de Marte,
Y lo que hay de Marte á amar.

ADONÍAS.

En tí, Príncipe, infinito;
Pues con ser tan gran soldado,
Nunca fuiste enamorado.

AMON.

Poco sus llamas permito:
No sé ser tan conversable
Como mi hermano Absalon.

ABSALON.

La hermosura es perfeccion,
Y lo perfecto es amable.
Hízome hermoso mi suerte,
Y á todas me comunico.

AMON.

Estás de cabellos rico,
Y ansí puedes atreverte;
Que á guedeja que les dés,
Las que muertas por las tiendas
Te porfian que los vendas,
Tendrán en tí su interes;
Pues si no miente la fama,
Tanto tu cabeza vale,
Que me afirman que te sale
A cabello cada dama.

ELIACER.

Si ansí sus defetos salvas,

¿Qué mucho te quieran bien,
Pues toda Jerusalen
Te llama *Socorre-Calvas?*
Y las muchas que compones,
Debiéndote sus bellezas,
Hacen que haya en las cabezas
Infinitos Absalones.
Ristros puedes hacer de ellas.

ABSALON.

Eliacer, conceptos bajos
Dices.

ELIACER.

Fueran ristros de ajos,
Sino es por tí, las mas bellas.

ABSALON.

En fin, ¿el Príncipe da
En no querer á ninguna?

AMON.

Hasta encontrar con alguna
Perfeta, no me verá
En su minuta el amor.

ABSALON.

Elisabet, ¿no es hermosa?

AMON.

De cerca no, que es ojosa.

ADONÍAS.

¿Y Ester?

AMON.

Tiene buen color,
Pero mala dentadura.

ELIACER.

Délbora...

AMON.

Es grande de boca.

JONADAB.

Atalia...

AMON.

Esa es muy loca,
Y pequeña de estatura.

ABSALON.

No tiene falta María.

AMON.

Ser melindrosa, ¿no es falta?

ADONÍAS.

Dina...

AMON.

Enfádame por alta.

ELIACER.

Rut...

AMON.

Es negra.

JONADAB.

Raquel...

AMON.

Fria.

ABSALON.

Aristóbola...

AMON.

Es comun:
Habla con ciento en un año.

ABSALON.

Judit...

AMON.

Tiene mucho paño,
Y huele siempre á betun.

ADONÍAS.

Marta...

AMON.

Encubre muchos granos.

ELIACER.

Alejandra...

AMON.

Es algo espesa.

JONADAB.

Jezabel...

AMON.

Dicenme que esa
Trae juanetes en las manos.

ABSALON.

Cilene...

AMON.

Rostro bizarro,
Mas flaca é impertinente.

ELIACER.

Pues no hallas quien te contente,
Haz una dama de barro.

ABSALON.

¡Válgate Dios por Amon!
¡Qué satírico que estás!

AMON.

No has de verme amar jamas:
Tengo mala condicion.

ADONÍAS.

¿Luego no querrás mañana
En la noche ir á la fiesta
Y boda que á Elisa apresta
La mocedad cortesana?

AMON.

¿Con quién se casa?

ADONÍAS.

¿Eso ignoras?
Con Josefo de Isacar.

AMON.

Bella mujer le han de dar.

ABSALON.

Tú que nunca te enamoras,
No la tendrás por muy bella.
¿Piensas ir allá?

AMON.

No sé.

ADONÍAS.

Hay bravo sarao.

AMON.

Iré
A danzar, mas que no á vella.
Pero ha de ser disfrazado,
Si es que máscaras se admiten.

ADONÍAS.

En los saraos se permiten.

AMON.

Lástima tengo al casado
Con una mujer á cuestas.

ELIACER.

Poco en eso te pareces
A tu padre.

AMON.

Muchas veces
Dese modo me molestas.
Ya sé que á David mi padre
No le han parecido mal:
Testigo la de Nabal,
Y Bersabé, hermosa madre
Del risueño Salomon.

ADONÍAS.

Y las muchas concubinas
Cuyas bellezas divinas
Milagro del mundo son.

ABSALON.

Gana he tenido de vellas.

AMON.

Guárdalas el Rey de suerte,
Que aun no ha de poder la muerte
Hallar por donde vencellas.

ABSALON.

El recato de palacio
Y poca seguridad
De la femenil beldad
No las deja ver despacio;
Mas por Dios que ha pocos dias
Que á una muchacha que vi
Entre ellas, Amon, le dí
Toda el alma.

AMON.

Oye, Adonías,
Del modo que está Absalon.—
¡A la mujer de tu padre!

ABSALON.

Solo perdono á mi madre.
Tengo tal inclinacion,
Que con quien celebra bodas,
Envidiando su vejez,
Me enamoro; y ya habrá vez
En que he de gozallas todas.

AMON.

La belleza y la locura
Son hermanas: eres bello,
Y estás loco.

ADONÍAS.

A tu cabello
Atribuye tu ventura,
Y no digas desatinos.
Ya es de noche: ¿qué has de hacer?

ABSALON.

Cierta dama he de ir á ver,
En durmiendo sus vecinos.

ADONÍAS.

Yo me pierdo por jugar

AMON.

Yo que ni adoro ni juego,
Leeré versos.

ABSALON.

¡Buen sosiego!

AMON.

En esto quiero imitar
A David, pues no le imito
En amar, ni quiero, tanto.

ABSALON.

Serás poeta á lo santo.

ADONÍAS.

Los salmos en verso ha escrito;
Que es Dios la musa perfeta
Que en él influyendo está.

ABSALON.

Misterios escribirá;
Que es guerrero y es profeta.
(*Vanse Absalon, Adonías y el acompañamiento.*)

ESCENA III.

AMON, ELIACER, JONADAB.

ELIACER.

¿Qué habemos de hacer agora?

AMON.

No sé qué se me ha antojado.

ELIACER.

¿Mas si estuvieses preñado?

AMON.

Tanta mujer que enamora
A mi padre ausente y viejo,
¿Qué puede hacer encerrada?
Pues es cosa averiguada
Que la que es de honor espejo
En la lealtad y opinion,
En fin es frágil sugeto
Y un animal imperfeto.

JONADAB.

Si toda la privacion
Es del apetito madre,
Deseará su liviandad
Al hombre, que es su mitad;
Y no estando ya tu padre
Para fiestas, ya lo ves...

ELIACER.

Irásceles en deseos
Todo el tiempo, sin empleos
De su gusto.

JONADAB.

Rigor es
Digno de mirar despacio.

AMON.

Bien filosofais los dos.

ELIACER.

Lástima tengo, por Dios,
A las damas de palacio
Encerradas como en hucha.

AMON.

El tiempo está algo pesado,
Y con la noche y nublado,
La oscuridad que hace, es mucha.
¿Quién duda que en el jardin
Pedirán limosna al fresco
Las damas? Lo que apetezco
He de ejecutar en fin.
Curioso tengo hoy de ser.

ELIACER.

Pues ¿qué intentas?

AMON.

¿Qué? Saltar
Aqueste muro y entrar
Dentro del parque, Eliacer,
Y ver qué conversacion
A las damas entretiene
De palacio.

ELIACER.

Si el Rey viene
A saberlo, no es razon
Que le enojes; pues no ignoras
Que al que aquí dentro cogiese,
Por mas principal que fuese,
Viviria pocas horas;
Que las casas de los reyes
Gozan de la inmunidad
Que los templos.

AMON.

Es verdad;
Mas no se entienden las leyes
Con el príncipe heredero.
Príncipe soy de Israel,
El calor que hace es crüel,
Y ansí divertirle quiero.
En dando yo en una cosa,
Ya sabes que he de salir
Con ella.

JONADAB.

Empieza á subir;
Mas siendo tan peligrosa,
Y de tan poco provecho,
No me parece que es justo.

AMON.

Provecho es hacer mi gusto.

ELIACER.

¿Y despues que le hayas hecho?

AMON.

Esto ha de sér, vive Dios.
Vamos los tres á buscar
Por dónde poder entrar.

ELIACER.

¿Entrar? ¿quién?

AMON.

Yo; que los dos
Fuera me esperaréis.

ELIACER.

Alto.

AMON.

Hácia allí he visto unas yedras,
Que abrazadas á sus piedras,
Aunque el muro está bien alto,
De escala me servirán.

ELIACER.

Vamos, y á subir empieza.

(*Vase Amon.*)

En dándole en la cabeza
Una cosa, no podrán
Persuadirle á lo contrario
Catorce predicadores.

JONADAB.

¡Qué extraños son los señores!

ELIACER.

Y el nuestro ¡qué temerario! (*Vanse.*)

—

Jardin del palacio. — Es de noche.

ESCENA IV.

DINA, *con guitarra.* — TAMAR.

TAMAR.

¿Viste jamas tal calor?
Aunque tú mejor lo pasas
Que yo.

DINA.

Pues ¿por qué mejor?

TAMAR.

Porque no juntas las brasas
Del tiempo, al fuego de amor;
Mas yo que no puedo mas,
Y á mi amor junto el bochorno
Que hace...

DINA.

¡Donosa estás!

TAMAR.

¿Qué seré?

DINA.

Serás un horno
En que á Joab cocerás
Pan de tiernos pensamientos,
A sustentarle bastantes
Contra recelos violentos.

TAMAR.

Sí, que en eso á los amantes
Paga amor sus alimentos.

DINA.

¡Notable calma! No mueve
Una hoja el viento siquiera.

TAMAR.

Si aquesta fuente se atreve
A aplacar su furia fiera,
Que en la taza de oro bebe
De su arena aqueste prado,
Dénos su márgen asiento.

DINA.

En cojines de brocado
Sus flores de ciento en ciento
Te ofrecen su real estrado;
Que, en fin, como eres infanta,
No te contentas con ménos.

TAMAR.

Pues traes instrumento, canta;
Que en los jardines amenos
Ansí amor su mal espanta.

DINA.

Yo no tengo que espantar;
Que no estoy enamorada;
Tú al viento puedes llamar,
Pues siendo tan celebrada
En la música Tamar
Como en la belleza, á oirte
Correrá el céfiro manso
Alegre por divertirte.

TAMAR.

¿Lisonjéasme?

DINA.

Descanso
Si amores llego á decirte.

ESCENA V.

AMON. — TAMAR, DINA.

AMON. (*Para sí, al salir.*)

La mocedad no repara
En cuanto intenta y procura.
La noche mi gusto ampara:
Cuanto me entristece oscura,
Me alegra esta fuente clara.
Como no sé dónde voy,
En cuanto toco tropiezo.

DINA.

Cuando yo á cantar empiezo,
Treguas á mis penas doy.

TAMAR.

Dame pues ese instrumento.

AMON. (*Ap.*)

Mi deseo se cumplió.
Aquí hablar mujeres siento.

TAMAR.

La música se inventó
En alivio del tormento.

AMON. (*Ap.*)

Cantar quieren: no pudiera
Venir á tiempo mejor.

TAMAR.

¡Ay si mi amante me oyera!

AMON. (*Ap.*)

No hay parte en que no entre amor.
Hasta aquí llegó su esfera.

TAMAR. (*Canta.*)

Lijero pensamiento,
De amor pájaro alegre,
Que viste la esperanza
De plumas y alas verdes,
Si fuente de tus gustos
Es mi querido ausente,
Donde amoroso asistes,
Donde sediento bebes,
Tu vuelta no dilates
Cuando á su vista llegues;
Que me darán tus dichas
Envidia si no vuelves.
Pajarito, que vas á la fuente,
Bebe y vente.
Correo de mis quejas
Serás cuando le lleves
En pliegos de suspiros
Sospechas impacientes.
Con tu amoroso pico,
Si en mi memoria duerme,
Del sueño de su olvido
Es bien que le despiertes.
Castígale descuidos,
Amores le agradece,
Preséntale firmezas,
Favores le promete.
Pajarito, que vas á la fuente,
Bebe y vente.

AMON. (*Ap.*)

¡Qué voz tan apacible!
Qué quejas tan ardientes!
Qué acentos tan süaves!
¡Ay Dios! ¿Qué hechizo es este?
A su melifluo canto
Corrido el viento vuelve;
Que en fe que se detuvo,
Muy bien pudo correrse;
Y por acompañarla,
Su voz hace que templen
Los tiples de estas hojas,
Los bajos de estas fuentes.
Amor, no sé qué os diga
Si vuestro rigor viene
A escuras y de noche
Porque los ojos cierre.
Como á la voz iguale
La belleza, que suele
Ser ángel en acentos
Y en rostro ser serpiente,
Triunfad, niño absoluto,
De un corazon rebelde,
Si rústico, ya noble,
Si libre, ya obediente.

DINA.

Vuelve á cantar, señora;
Que por oirte y verte
El sol, músico ilustre,
Anticiparse quiere.

AMON. (*Ap.*)

Si por verla y oirla
Sus rayos amanecen,
¿Quién duda que es hermosa?
Quién duda que conviene
Su cara con su canto?
¡Ay Dios! ¡Quién mereciese
Atestiguar de vista
Lo que de oidos siente!

TAMAR.

¿Qué he de cantar, si lloro?

AMON. (*Ap.*)

Entrad, celos crüeles,
Servid de rudimentos
Con que mi amor comience
¡Mujer ausente y firme!
¡Celoso yo y presente!
¡Sin ver, enamorado!
¡Hoy libre y hoy con leyes!
¡Oh milagrosa fuerza
De un ciego dios que vence
Sin ojos y con alas,
Cuanto desnudo, fuerte!

DINA.

Ansí tu amante goces,
Y de tus años cuentes
Los lustros á millares
En primavera siempre,
Que prosiguiendo, alivies
El calor que suspendes
Y olvidas con oirte.

TAMAR.

Va, pues que tú lo quieres.
(*Canta.*) *¡Ay pensamiento mio!*
¡Cuánto allá te detienes!
¡Qué leve que te partes!
¡Con qué pereza vuelves!
Celosa estoy que goces
De mi adorado ausente
La vista con que aplacas
La ardiente sed de verle.
Si acaso de sus labios
El dulce néctar bebes
Que labran sus palabras,
Y hurtalle algunas puedes,
Pajarito, que vas á la fuente,
Bebe y vente.

AMON. (*Ap.*)

¿Hay mas apacible rato?
Espíritus celestiales,
Si entre músicas mortales
Ver quereis vuestro retrato,
Venid conmigo. Acercarme
(*Adelántase hácia donde está Tamar y Dina, tropieza y cae.*)
Quiero un poco.— Mas caí.

TAMAR.

¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?

AMON. (*Ap.*)

Ya es imposible ocultarme,
Aunque la noche es de suerte,
Que mentir mi nombre puedo,
Pues con su oscuridad quedo
Seguro que nadie acierte
Ni vea el traje en que estoy.

TAMAR.

¿Qué es esto?

AMON.

Dame la mano.
Hijo soy del hortelano,
Que he caido. Al diablo doy
La mosica, que ella fué
Ocasion que tropezase
En un tronco, y me quebrase
La espinilla. ¿No me ve?

DINA.

No veis vos por dónde andais,
¿Y os hemos de ver nosotras?

AMON.

Par Dios, damas ó quillotras,
Lindamente lo cantais.
Oyéraos yo doce dias
Sin dormir.

TAMAR.

¿Haos contentado?

AMON.

Par Dios, que lo habeis cantado
Como un gigante Golias.
Dadme la mano; que peso
(*Tamar da la mano á Amon, que se la besa y se queda con el guante que Tamar tenia en ella.*)
Un monte. (*Ap.* Tomeselá,
Beséla, y juro en verdá
Que á la miel me supo el beso.)

TAMAR.

Atrevido sois, villano.

AMON.

¿Qué quiere? Siempre se vido
Ser dichoso el atrevido.

TAMAR.

Al fin, ¿sois el hortelano?

AMON.

Si par diez, y inficionado
A mosicas.

DINA.

¡Buen modorro!

AMON.

Par Dios, vos teneis buen chorro.
Si en la cara os ha ayudado
Como en la voz, la ventura,
Con todo os podeis alzar,
Aunque no se suele hallar
Con buena voz la hermosura.

TAMAR.

Tosco pensamiento es ese.

AMON.

¿No suele, aunque esto os espanta,
Decirse á la que bien canta:
«Quién te oyese y no te viese?»

TAMAR.

Cumpliráos ese deseo
La oscuridad que hace agora.

AMON.

Antes me aburro, señora,
Pues ya que os oigo, no os veo.

TAMAR.

Pues ¿no me habeis conocido?

AMON.

Sois tantas las que aquí estáis,
Y de dia y noche andais
Paseando el jardin florido,
Que como no me expliqueis
Vueso nombre, no me espanto
Que no os conozca en el canto;
Porque aunque tal vez llegueis
A retozarme, y me quejo
De mas de un pellizco y dos
Que me dais (quizá, par Dios,
Porque el Rey, que ya está viejo,
Os cumple mal de jósticia,
Tiniendo tanta mujer),
Soy rudo en el conocer.

TAMAR. (*Hablando aparte con Dina.*)

¡Qué villano!

DINA.

¡Y qué malicia!

TAMAR.

Fiad burlas desta gente.

AMON.

¿Quiéreme decir quién es,
Y llevaréla despues
De flor y fruta un presente?

TAMAR.

Sois muy hablador.

AMON. (*Ap.*)

El guante
De la mano le quité
Cuando á besarla llegué.

TAMAR.

Vamos.

AMON.

No se vaya, cante
Ansí la remoce el cielo
A David, si es su marido.

TAMAR.

Un guante se me ha caido.

AMON.

Debe de estar en el suelo.
Halléle: par Dios que gano
En hallazgos mucho ya.

TAMAR.

¿Qué es dél?

AMON.

Tome.

TAMAR.

Dalde acá.

AMON. (*Bésala la mano.*)

(*Ap.* Beséla otra vez la mano.)

TAMAR.

¿Quién tanta licencia os dió,
Villano?

AMON.

Mi dicha sola.

TAMAR.

Dadme acá el guante.

AMON. (*Vásele á dar y búrlala.*)

Mamola.

TAMAR.

Luego, ¿no le hallastes?

AMON.

No

TAMAR.

¿No gustas de lo que pasa?

DINA.

¡Buen jardinero!

AMON.

(*Ap.* De amor.)

¿Qué pensais? Todo esto es flor.

TAMAR.

Yo haré que os echen de casa.
Vamos.

DINA.

¿Has de ver mañana
La boda de Elisa?

TAMAR.

Sí.

DINA.

¿Qué vestido?...

TAMAR.

Carmesí.

AMON.

Seréis un clavel de grana.
(*Ap.* De aquí mis venturas saco.)
¿Que sin cantar mas se van?
¿Sus nombres no me dirán?

DINA.

No, que sois muy gran bellaco.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

AMON.

Agora, noche, sí que á escuras quedo,
Pues un sol hasta aquí tuve delante.
Libre de amor entré, ya salgo amante:
Reíame ántes de él, ya llorar puedo.
¡Ay amorosa voz, oscuro enredo! [te;
Cifrad vuestra ventura en solo un guan-
Que si iguala á su música el semblante,
Victorioso quedais, yo os lo concedo.
¡Cuando mas descuidado, mas rendi-
[do!
¡Sin saber á quien quiero, enamorado,
Asaltando murallas, y vencido!
Mas ¡dichoso rapaz, vuestro cuidado,
Si sacando quién es por el vestido,
La suerte echais, no en blanco, en encar-
(*Vase.*) [nado!

—

Sala del palacio.

ESCENA VII.

ABSALON, ADONIAS, ABIGAIL, BERSABE.

ABIGAIL.

¿Quedaba el Rey mi señor
Bueno?

ABSALON.

Alegre salud goza;
Que en el bélico furor
Parece que se remoza
Y le da sangre el valor.

ABIGAIL.

Quitarále la memoria
De nosotras el deseo
Del triunfo de esa vitoria.

ADONÍAS

Amaros es su trofeo,
Conversaros es su gloria.

ABSALON.

Poca ocasion habrá dado
A que su olvido os espante,
Pues no sé que se haya hallado
Ni en guerra mas firme amante,
Ni en paz mas diestro soldado.
En la mas árdua vitoria
Es vuestro amor buen testigo,
Que tiene, en fe de su gloria,
La espada en el enemigo,
Y en vosotras la memoria.

ADONÍAS.

Bien sabe eso Bersabé,
Y Abigail no lo ignora.

ABIGAIL.

Que estoy triste sin él, sé.

BERSABÉ.

Y yo que en su ausencia llora
Quien vive cuando le vé.

ABIGAIL.

¿Pensais volveros tan presto
Al cerco?

ADONÍAS.

Las treguas son
Tan breves que el Rey ha puesto,
Que no sufren dilacion.

ABSALON.

Yo mañana estoy dispuesto
A partirme.

ADONÍAS.

Y yo tambien.

ABIGAIL.

Escribiré con los dos
Al Rey que si quiere bien,
Dedique salmos á Dios
Seguro en Jerusalen,
Y en la guerra no consuma
La plata que peine helada;
Que aunque en su esfuerzo presuma,
El viejo cuelga la espada,
Y el sabio juega la pluma.

ABSALON.

A ambas cosas se acomoda
Mi padre.

BERSABÉ.

Galan venis,
Absalon.

ABSALON.

Soy hoy de boda.

BERSABÉ.

Y vos, Infante, salís
Para que la corte toda
Se vaya tras vos perdida.

ADONÍAS.

Autorizamos la fiesta;
Que es la novia conocida.

ESCENA VIII.

AMON, *muy triste;* JONADAB, ELIACER. — DICHOS.

ELIACER. (*Hablando á la entrada de la sala con Amon.*)

¿Qué novedad será esta,
Señor?

AMON.

Es mudar de vida.

JONADAB.

¿Qué te sucedió, que ansí,
Desde que al jardin entraste,
Ni duermes, ni estás en tí?

ELIACER.

¿Qué viste cuando llegaste?

AMON.

Triste estoy porque no ví.
Dejadme, que de opinion
Y vida mudar pretendo.
No quiero conversacion,
Porque ya con quien me entiendo,
Sola es mi imaginacion.
(*Ap.* ¡Ay, encarnado vestido,
Si á verme salieses ya!)

ABSALON.

¡Oh Príncipe!

ADONÍAS.

¡Amon querido!

AMON.

Las treguas que David da,
A veros nos han traido.

ADONÍAS.

Y agora el casarse Elisa
Nuevas fiestas ocasiona,
Que dan á las galas prisa.

AMON.

Merécelo su persona.

ABSALON.

Para vos cosa de risa
Son casamientos y amores.

AMON.

No sé lo que en eso os diga.

ESCENA IX.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

Josefo espera, señores,
Que le honreis.

ADONÍAS.

Y él nos obliga
A que le hagamos favores.

ABSALON.

¿Venis, Príncipe?

AMON.

Despues;
Que tengo que hacer agora.

ABSALON.

Adonías, vamos, pues.

(*Vanse todos, ménos Amon.*)

ESCENA X.

AMON.

Salid ya, encarnada aurora,
Postraréme á vuestros piés,
Salid, celeste armonía,
Que en la voz enamorais:
Vea vuestro sol mi dia,
Y sepa yo si igualais
La cara á la melodía.
¿Si mudará parecer?
¿Si trocará la color
Que mi remedio ha de ser?
¿Si querrá vengarse Amor
De mi libre proceder?
No lo permitais, dios ciego.
Sepa yo, pues que me abraso,
Quién es la que enciende el fuego:
No hagais de arrogancias caso,
Pues las armas os entrego.
Ya salen acompañando
A los desposados todos.

(*Cruzan el teatro Josefo y Elisa, de novios, con grande acompañamiento, del cual forma parte Tamar, vestida de un rico traje carmesí.*)

Dudo alegre, temo amando.
¡Ay, amor! ¡por qué de modos
Almas estáis abrasando!
Quiero escondido de aquí
Ver sin ser visto si pasa

Quien me tiraniza ansí.
¡Ay Dios! ya el fuego me abrasa
De un vestido carmesí.
¿No es esta de lo encarnado
Mi hermana? ¿No es esta, cielos,
Tamar? ¡Buena suerte he echado!
¡Ay, imposibles desvelos!
¡De mi hermana enamorado!
¡Mal haya el jardin, amen,
La noche triste y oscura,
Mi vuelta á Jerusalen,
Mal haya, amen, mi locura,
Que para mal de mi bien,
Libre me obligó á asaltar
Los muros de amor tirano!
Alma, morir y callar;
Que siendo amante y hermano
Lo mejor es olvidar.
Mas vale, cielos, que muera
Dentro mi pecho esta llama
Sin que salga el fuego fuera;
Ausente olvida quien ama,
Amor es pasion lijera.
Al cerco quiero partirme;
Que á los principios se aplaca
La pasion, que no es tan firme.—
Eliacer.

ESCENA XI.

ELIACER, JONADAB.—AMON.

ELIACER.

Gran señor.

AMON.

Saca...

ELIACER.

¿Qué quieres?

AMON.

Quiero vestirme
De camino, y al campo ir:
Preven tus botas y espuelas.

JONADAB.

Postas voy á prevenir.

AMON.

(*Ap.* Pero ciego y con pigüelas,
¿Cómo podrá el sacre huir?)
Deja eso, dame un vaquero
De tela, sácame un rostro;
Que hallarme en el sarao quiero.
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)
De imposibles soy un mostro:
Esperando desespero.
Ame el delfin al cantor,
Al plátano el persa adore,
A la estatua tenga amor
El otro, el bruto enamore
La asiria de mas valor;
Que de mi locura vana
El tormento es mas atroz,
Pues me enamoró una voz,
Y adoro á mi misma hermana.
(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

JONADAB.

Aquí están rostro y disfraz.

AMON.

Visteme, pues. Pero quita;
Que este rigor pertinaz
Con la razon precipita
De mi sosiego la paz.
Dejadme solo. ¿No os vais?

ELIACER. (*Ap.*)

¿Qué le habrá dado á este loco?
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)

AMON.

Penas, si esto amor llamais,
En distancia y tiempo poco
Su infierno experimentais.
No quiera Dios que un deseo
Desatinado y crüel
Venza con amor tan feo
A un príncipe de Israel:
Morir es noble trofeo.
Incurable es mi dolor.
Pues ya soy vuestro vasallo,
Ciego dios, dadme favor,
Porque adorar y callallo
Son imposibles de amor. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Josefo.

ESCENA XII.

JOSEFO, ELISA, TAMAR, CONVIDADOS A LA BODA Y MÚSICOS.

(*Siéntanse.*)

TAMAR.

Goceis, Josefo, el estado
Con Elisa años prolijos,
Con la vejez coronado
De nobles y hermosos hijos,
Fruto de amor sazonado.

JOSEFO.

Si vuestra Alteza nos da
Tan felices parabienes,
¿Quién duda que gozará
Nuestra ventura los bienes
Que nos prometemos ya?

ELISA.

A lo ménos desearémos
Toda esa dicha, señora,
Porque con ella paguemos
Lo mucho que desde agora
A vuestra Alteza debemos.

ESCENA XIII.

UN CRIADO, *y luego* AMON.—DICHOS.

CRIADO.

Máscaras quieren danzar.

TAMAR.

Dése principio á la fiesta.
(*Sale Amon, de máscara.*)

JOSEFO.

El cielo juntó en Tamar
Con una hermosura honesta
Un donaire singular.
(*Danzan.*)

AMON. (*Ap.*)

¿De qué sirve entre los dos
Mi rebelde resistencia,
Amor, si en fuerza sois dios,
Y tirais con tal violencia,
Que al fin me llevais tras vos?
Desocupado está el puesto
De mi imposible tirana;
Deudor os soy solo en esto:
¡Qué de estorbos, crüel hermana,
En mi amor el cielo ha puesto!
(*Hinca la rodilla al lado de Tamar, y hablan los dos.*)
Por gozar tal coyuntura,
Bien me holgara yo, señora,
Que casara mi ventura
Una dama cada hora,
Puesto que la noche obscura
Tambien voluntades casa,
Hecho tálamo un jardín,
Donde cuando el tiempo abrasa,
Con voces de un serafin
Hizo cielo vuestra casa.
Yo sé quién ántes de veros,
Enamorado de oiros,
Los árboles lisonjeros
Movió anoche con suspiros,
Y á vos no pudo moveros.
Yo sé quién besó una mano
Dos veces (¡fueran dos mil!),
Yo sé...

TAMAR.

Fingido hortelano,
Para vuestro mal sutil,
Y para mi honor villano,
Ya el engaño he colegido
Que en fe de la obscuridad
Os hizo anoche atrevido.
La sagrada inmunidad
Del palacio habeis rompido;
Pero agradeced que intento
No dar á esta fiesta fin
Que lastime su contento;
Que hoy os sirviera el jardin
De castigo y escarmiento.

AMON.

De castigo, cosa es clara,
Que vuestro gusto cumplió
Mi fortuna siempre avara;
Pero de escarmiento, no.
¡Ojalá que escarmentara
Yo en mi mismo! Mas no temo
Castigos; que el cielo me hizo
Sin temor con tanto extremo,
Que yo mismo el fuego atizo
Y brasas en que me quemo.

TAMAR.

¿Quién sois vos que hablais ansí?

AMON.

Un compuesto de contrarios,
Que desde el punto que os ví,
Me atormentan temerarios,
Y todos son contra mí:
Una quimera encantada,
Una esfinge con quien lucho,
Un volcan en nieve helada,
Y, en fin, por ser con vos mucho,
No vengo, Infanta, á ser nada.

TAMAR.

¿Vióse loco semejante?

AMON.

Yo sé que anoche perdistes,
Porque yo ganase, un guante:
La mano que á un pastor distes,
Dadla agora á un firme amante.

TAMAR.

Máscara desconocida,
Levantáos luego de aquí;
Que haré quitaros la vida.

AMON.

Esa anoche la perdí:
Tarde vendrá quien la pida.
Mas pues no es bien que á un villano
Mas favor de noche hagais
Que á un ilustre cortesano,
Que querais ó no querais,
Os he de besar la mano.
(*Bésasela y vase.*)

TAMAR.

¡Hola! Matadme ese hombre.
(*Levántanse todos.*)
Dejad la fiesta, seguilde.

JOSEFO.

¿Qué tienes? ¿Qué hay que te asombre?

TAMAR.

No me repliqueis: herilde,

Dalde muerte, ó dadme nombre
De desdichada.

ELISA.

Dejemos
El sarao; que hacer es justo
Lo que manda.

JOSEFO.

Siempre vemos
Que del mas cumplido gusto
Son pesares los extremos.

JORNADA SEGUNDA.

Cuarto de Amon, en el palacio.

ESCENA PRIMERA.

AMON, *muy melancólico, vistiéndose de ropa y montera;* ELIACER, JONADAB.

JONADAB.

No lo aciertas, gran señor,
En levantarte.

AMON.

Es la cama
Potro para la paciencia.

ELIACER.

Un discreto la compara
A los celos.

AMON.

¿De qué modo?

ELIACER.

De la suerte que regalan
Cuando pocos; si son muchos
O causan flaqueza ó matan.

AMON.

Bien has dicho. — Hola.

JONADAB.

Señor...

AMON.

Dalde cien escudos.

ELIACER.

Pagas
Como príncipe, no solo
Las obras, mas las palabras.

AMON.

¿Qué es esto?

JONADAB.

Darte aguamanos.

AMON.

Si con fuego me lavara,
Pudiera ser que estuviera
Mejor, pues me abrasa el agua.
Dime algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
Tanto, Eliacer?

ELIACER.

No sé cómo
Darte gusto: ya te enfadas
Con que hablando te diviertan,
Ya darte música mandas,
Ya á los que te hablan despides,
Y riñes á quien te canta.

JONADAB.

Esta tu melancolía
Tiene, señor, lastimada
A toda Jerusalen.

ELIACER.

No hay caballero ni dama
Que á costa de alguna parte
De su salud, no comprara
La tuya.

AMON.

¿Quiérenme mucho?

ELIACER.

Como á su príncipe.

AMON.

Basta.
No me hableis mas en mujeres:
¡Pluguiera á Dios que se hallara
Medio con que conservar
La naturaleza humana,
Sin haberlas menester!
¿Vino el médico?

JONADAB.

¿No mandas
Que ninguno te visite?

AMON.

Si supieran como parlan,
No estuviera enfermo yo.

ELIACER.

No estudian, señor, palabra:
Sangrar y purgar son polos
De su ciencia.

AMON.

Y su ganancia.

JONADAB.

Todo es seda, ámbar y mulas:
Si dos de ellos enviara
A Egipto ó Siria David,
Con solas plumas mataran
Mas que su ejército todo.

ELIACER.

Juntáronse ayer en casa
De Délbora séis dotores
(Que ha dias que está muy mala)
Para consultar entre ellos
La enfermedad y aplicarla
Algun remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
Echando la gente de ella.
Dióle gana á una criada
(Que bastaba ser mujer)
De escuchar lo que trataban;
Y cuando tuvo por cierto
Que del mal filosofaran
De la enferma, y experiencias
Acerca de él relataran,
Oyó preguntar al uno:
«Señor dotor, ¿qué ganancia
Sacará vuesa merced
Una con otra semana?»
Respondió: «Cincuenta escudos,
Con que he comprado una granja,
Veinte aranzadas de viñas,
Y un soto en que tengo vacas.
Pero no me descontenta
El buen gusto de las casas
Que tuvo vuesa merced.»
Dijo otro; «Son celebradas:
No sé qué hacer del dinero
Que gano. ¡Cosa extremada
Es ver que sin ser verdugos,
Porque matamos, nos pagan!»
«Dejad eso,» replicó
Otro, «y decid de qué traza
Os fué en el juego de anoche.
—Perdí: son suertes voltarias.
—Pero ¿teneis muchos libros?
¿Doscientos cuerpos no bastan
Con cuatro dedos de polvo,
Que ni ellos hablan palabra,
Ni yo las que encierran miro?
Ostentacion y ignorancia
Nos han dado de comer.
Mas ha de cuatro semanas
Que no hojeo si no son
Pechugas de pavos blancas,
Lomos de gazapos tiernos,
Y con pimienta y naranja
Perdiz, pichon y vaquita.»
—Ansí á la ternera llaman
Los hipócritas al uso.
Pero lo parlado basta;
«Vamos á ver nuestra enferma,
Que estará muy confiada
En nuestra consulta.» Fuéron,
Y dijo el de mayor barba:
«Lo que se saca de aquí
Es que al momento se haga
Una fricacion de piernas,
Y por todas las espaldas
Le echen catorce ventosas,
Las tres ó cuatro sajadas.
Pónganla en el corazon
Un socrocio, y fomentada
Con manteca de azahar,
Tenga en el cielo esperanza,
Que la consulta de hoy
La ha de dar muy presto sana.»
Diéronles docientos reales,
Y volviéronse á su casa
Tan medrados de la junta
Como te he contado.

AMON.

Calla,
Relator impertinente,
Que me atormentas y cansas.
¿Es posible que hables tanto?

ELIACER.

Tú, señor, ¿no me lo mandas?
Si callo, te doy pesar;
En hablando, me amenazas:
Dios te dé sosiego y gusto.

AMON.

¿Qué es aquello? ¡Hola! ¿Quién canta?

JONADAB.

Músicos que recibistes
Para que sus consonancias
Tu melancólico humor
Alivien.

AMON.

¡Industria vana!

CANTAN. (*Dentro.*)

Pajaricos, que haceis al alba
Con lisonjas alegre salva,
Cantalde á Amon;
Que tristezas le quitan la vida,
Y no sabe si son de amor,
Y no sabe si de amor son.

AMON.

Hola, Eliacer, Jonadab,
Echaldos por las ventanas,
Daldos muerte, sepultaldos
Haciendo ataud las tablas
De sus necios instrumentos:
Tendrán sepultura honrada,
Como gusanos de seda
En sus capullos.

JONADAB.

¡Qué extraña
Pasion de melancolía!

AMON.

¿No imitan en una casa
A su señor los criados?
¡Yo llorando, y ellos cantan!
Mi enfermedad los alegra.

ESCENA II.

UN MAESTRO DE ARMAS.—AMON, JONADAB, ELIACER.

ELIACER.

Aquí está el maestro de armas.
Que viene á darte licion.

AMON.

Dadme pues la negra espada,
Aunque, pues se queda en blanco
Mi nunca verde esperanza,
Mejor que la espada negra,
Pudiera jugar la blanca.

MAESTRO.

Vuelva el cielo, gran señor,
Los colores á tu cara
Que la tristeza marchita,
Con la salud que te falta.

AMON.

Retórico impertinente,
El que es diestro, jamas habla:
Jugad las armas callando,
O no os precieis de las armas.

MAESTRO.

Perdóneme vuestra Alteza.—
Dije en la licion pasada
Que con estas dos posturas
Al enemigo se gana
Medio pié de tierra.

AMON.

Siete,
Que son los que á un cuerpo bastan,
Cuando os haya muerto á vos,
Darán quietud á mis ansias.
(*Da tras él.*)

MAESTRO.

¿Qué es lo que hace vuestra Alteza?

AMON.

Castigar vuestra arrogancia.
Necios, el mal que me aflige,
Siendo de amor, no se saca
Con bélicos instrumentos.
Morid todos, pues me matan
Invisibles enemigos. (*Da tras todos*)

MAESTRO.

Huyamos, miéntras se amansa
El frenesí de su furia.
(*Huyen todos.*)

AMON.

Si hubiera armas que mataran
La memoria que me aflige,
¡Qué buenas fuéran las armas!
¡Hola! Eliacer, Jonadab,
Josefo, Abiatar, Sisara,
¿No hay quien venga á dar alivio
Al tormento que me abrasa?

ESCENA III.

ELIACER, JONADAB.—AMON

JONADAB.

Gran señor, sosiegaté.

AMON.

¿Cómo, si es quimera mi alma,
De contradicciones hecha,
De imposibles sustentada?
¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme presto, presto.

ELIACER.

Tú te vistes y levantas
Contra la opinion de todos.

AMON.

Mentis.

JONADAB. (*Ap. á Eliacer.*)
Desnúdale y calla.

AMON.

Yo sedas en vez de luto?
Ay libertad malograda!
¡Muerta vos, y yo de fiestas!
Sayal negro, jerga basta
Os tienen de hacer desde hoy
Las obsequias lastimadas.
(*Suenan cajas dentro.*)
¿Qué es esto?

JONADAB.

Gran señor, viene
Tu padre, rey y monarca
De los doce ilustres tribus,
Entre clarines y cajas
Triunfando á Jerusalen,
Despues que por tierra iguala
Del idólatra amonita
Las ciudades rebeladas.
Sálenle con bendiciones,
Músicas, himnos y danzas
A recebir á sus puertas.
Cubiertas de cedro y palma,
Los cortesanos alegres;
Y la vitoria le cantan
Con que triunfó de Golias,
Sus agradecidas damas.
Sal á darle el parabien,
Y con su célebre entrada
Suspenderás tu tristeza.

AMON.

Al melancólico agravan
El mal, contentos ajenos.
Idos todos de mi casa;
Dejadme á solas en ella
Miéntras veis que me acompañan
Desesperacion, tristeza,
Locura, imposibles, rabia,
Pues cuando mi padre triunfe,
Muerte me darán mis ansias. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ELIACER, JONADAB

JONADAB.

¡Lastimoso frenesí!

ELIACER.

¡Que no se sepa la causa
De tanto mal!

JONADAB.

¿Si es de amor?

ELIACER.

A serlo, ¿quién rehusara
A quien hereda este reino?

JONADAB.

No sé, por Dios; mas pues calla
La ocasion de su tristeza,
O Amon está loco, ó ama. (*Vanse.*)

—

Salon del palacio.

ESCENA V.

Salen marchando con mucha MÚSICA, *por una puerta* JOAB, ABSALON, ADONIAS, *y tras ellos*, DAVID, *coronado; por otra*, TAMAR, BERSABE, MICOL Y SALOMON: *dan vuelta, y dice*

DAVID.

Si para el triunfo es lícito, adquirido
Despues de guerras, levantar trofeos,
Premio, si muchas veces repetido,
Aliento de mis bélicos deseos;
Si tras desenterrar del viejo olvido
De asirios, madianitas, filisteos,
De Get y de Canán vitorias tantas,
Inexhausta materia á plumas santas;
Si despues que en los brazos guedeju-
Del líbico leon, fuerzas bizarras [dos
Hipérboles venciendo, hicieron mudos
Elogios que el laurel convierte en arras;
Y en juvenil edad miembros desnudos
Galas haciendo las robustas garras
Del oso informe entre el crespado vello,
Como joyas sus brazos me eché al cue-
En fin, si tras hazañas adquiridas [llo;
En la robusta edad que amor dilata,
Grabada su memoria en las heridas,
Ejecutoria de quien honras trata,
Agora á esta pequeña reducidas,
Cuando á mi edad el tiempo paga en pla-
El oro que le dió juventud leda [ta
(Que pues se trueca y pasa, ya es mone-
[da),
Por sola una corona que he quitado
Al amonita rey, de los cabellos,
Cuatro coronas mi valor premiado
En vuestros ocho brazos gana bellos.
Quisiera, con sus círculos honrado,
Que brotaran de aqueste otros tres cue-
Y hecha Jerusalen de amor teatro, [llos,
Viera un amante con coronas cuatro.
Ya Rábata, que corte incircuncisa
Del amonita fué, rüinas solas
Ofrece al tiempo, que caduco pisa
Montes altivos de cerúleas olas;
Ya la tristeza transformada en risa,
Muerta Belona, cuatro laureolas
Lisonjean mi gozo con sus lazos,
Reduciendo mi cuello á vuestros brazos.
Micol querida, que por tantos años
A indigno posédor distes trofeos,
Dad á envidia venganza, á amor engaños,
Al tiempo que contar, y á mi deseos:
Dadme entre esos abrazos desengaños
Como yo á vuestras aras filisteos,
Sus prepucios al Rey incircuncisos,
Plumas al sabio, y á la fama avisos.
Discreta Abigail, á quien el cielo
Gracias de aplacar cóleras ha dado,
Del bárbaro pastor en el Carmelo
Premio no merecido ni estimado:
En esos brazos, polos del consuelo,
En quien vive mi amor depositado,
Descanse mi vejez; que pues los goza,
Si largos años cuenta ya, está moza.
Hermosa Bersabé, ninfa del baño, [frias,
Que sirviéndôs de espejo en fuentes
Brillando el sol en ellas de un engaño,
Dieron causa á un pequé lágrimas mias:
Ya se restaura en vos el mortal daño
Del malogrado por leal Urías,
Pues dais quien edifique templo al arca,
Paz á los tiempos y á Israel monarca.
Y vos, mi Salomon, noble sugeto
En quien Dios ciencia infusa deposite,
De la fábrica célebre arquitéto
Que la gloria de Dios en niebla imite:
El Líbano de Hiran grato y discreto
Cedros os corte donde eterna habite
La incorrupcion que el tiempo no mal-
[trata,
Con oro os sirva Ofir, Társis con plata.
Bellísima Tamar, hija querida,
Cárcel del sol en vuestras hebras preso,
¡Dichosa mi vitoria, reducida
Al triunfo que con veros intereso!
¿Cómo estáis?

TAMAR.

Dando albricias á la vida,
Que, vos ausente, en contingencia, al se-
Gran señor, puso. [so.

ABIGAIL

Y yo de mi deseo
Pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estáis, mi Abigail, buena?

ABIGAIL.

A serviros
Dispuesta, gran señor, eternamente

DAVID.

¡Vos, hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros
En gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros
Tierno en amores, si en valor valiente,
Riñiéndôs toda el alma por despojos,
Que á gozaros se asoma por los ojos.

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
O veinte mil ducados, rica y bella,
Lo fué del amonita, que os presento
Alegre en ver que sois las piedras de ella.
Mi general Joab, merecimiento
De la fama que envidias atropella,
De mi vitoria la ocasion ha sido,
Valiente capitan, si comedido.
A Rábata redujo á tanto aprieto,
Que cifrando su sed, asoló un pozo:
Dejó su asalto de llegar á efeto
Y ser ejecucion de su destrozo,
Por avisarme, á la lealtad sujeto,
Que á mis vitorias aplicase el gozo
De esta conquista, que su fe publica
Las veces que Israel me la dedica.
Dadle las gracias de ella.

JOAB.

En esas plantas
Puesta la boca, quedaré premiado,
Pues á mayores glorias me levantas
Con solo el nombre, ó Rey, de tu soldado.
Ceñiga ante el arca con tus armas santas
Trofeos que á la envidia dén cuidado,
Y al arpa dulce, de tu gusto abismo,
Cantale las vitorias á ti mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalon, á mi Adonías,
Diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALON.

A tu lado, señor, ¿qué valentías
Podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMON.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Vieron nuestros dias,
Al tremolar hebreos tafetanes,
Juntar en dos sujetos la ventura,
El esfuerzo abrazado á la hermosura.

DAVID.

Mi Amon, mi mayorazgo, el primer fruto
De mi amor, ¿cómo está?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
Tristeza en verle, á su pesar tributo,
Prisa á la muerte que sus años corte,
Llanto a sus ojos y á nosotras luto;
Pues callando su mal, no hay quien re-
La pálida tristeza, que enfadosa [porte
Gualdas siembra en su cara, y hurta rosa.

SALOMON.

No hay médico tan célebre que acierte
La causa de tan gran melancolía.
Ni con música ó juegos se divierte,
Ni va á cazar, ni admite compañía.

BERSABÉ.

A los umbrales llama de la muerte
Para dar á tu reino un triste dia.

ABIGAIL.

Háblale, y el dolor que le molesta
Aliviarás: su cuadra es, señor, esta.
(*Corren una cortina, y descubren á Amon sentado en una silla, y muy triste.*)

ESCENA VI.

AMON.—DICHOS.

DAVID.

¿Qué es esto, amado heredero?
Cuando tu padre dilata
Reinos que ganarte trata
Por ser tú el hijo primero,
¿Dejándote consumir
De tus imaginaciones,
Luto al triunfo alegre pones,
Que me sale á recebir!
Diviértante los despojos
Que toda tu corte ha visto:
Todo un reino te conquisto:
Alza á mirarme los ojos.
Llega á enlazar á mi cuello
Los brazos: tu gusto admita
Esta corona que imita
El oro de tu cabello.
Hijo, ¿no quieres hablarme?
Alza la triste cabeza,
Si ya con esa tristeza
No pretendes acabarme.

ABSALON.

Hermano, la cortesía
¿Cuándo no tuvo lugar
En vuestro pecho, á pesar
De cualquier melancolía?
Mirad que el Rey, mi señor
Y padre, hablando os está.

ADONÍAS.

Si Adonías causa da
A conservar el amor
Que en vos mostró la experiencia,
Por él os ruego que hableis
A un monarca que teneis
Llorando en vuestra presencia.

SALOMON.

No agüeis tan alegre dia.

TODOS.

¡Ah Príncipe! volvé en vos.

DAVID.

¡Amon!

AMON. (*Alza la cabeza muy triste.*)

¡Oh! ¡Válgame Dios!
¡Qué impertinente porfía!

DAVID.

¿Qué tienes, caro traslado
De este triste original?
Que en alivio de tu mal
De todo el hebreo estado
La mitad darte prometo.
Gózale y no estés ansí:
Pon esos ojos en mí,
De todo mi gusto objeto.
No se oscurezca el Apolo
De tu cara: el mal despide.
¿Qué quieres? Háblame, pide.

AMON.

Que os vais y me dejeis solo.

DAVID.

Si en eso tu gusto estriba,
No te quiero dar pesar;
Tu tristeza ha de causar
Que yo sin consuelo viva.
Aguado has el regocijo
Con que Israel se señala;
Pero ¿qué contento iguala
Al dolor que causa un hijo?
¡Qué! ¿No mereciera yo,
Aunque fingiéndolo fuera,
Una palabra siquiera
De amor? Dirásme que no.
Príncipe, ¡un mirarme solo!
Crüel con mis canas eres.
¿Qué has? Qué sientes? Qué quieres?

AMON.

Que os vais y me dejeis solo.

ABSALON.

El dejarlo es lo mas cuerdo,
Pues persuadirle es en vano.

DAVID.

¿Qué vale el reino que gano,
Hijos, si al príncipe pierdo?
(*Vanse, y al entrarse Tamar, llámala Amon, y levántase de la silla; Tamar se detiene.*)

ESCENA VII.

TAMAR, AMON.

AMON.

¡Tamar! ah Tamar! ¡Señora!
¡Hermana!

TAMAR.

Príncipe mio...

AMON.

Oye de mi desvarío
La causa que el Rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?

TAMAR.

A estar su aumento en mi mano,
Sabe Dios, gallardo hermano,
Con cuánta solicitud
Yerbas y piedras buscara,
Experiencias aprendiera,
Montes ásperos subiera,
Filósofos consultara,
Para volver á Israel
Un príncipe que la muerte
Quitalle pretende.

AMON.

Advierte
Que no siendo tú cruel,
Sin piedras, drogas ni yerbas,
Metales, montes ó llanos,
Está mi vida en tus manos,
Y que en ellas la conservas.
Toma este pulso, en él pon (*Tómale.*)
Los dedos como instrumento,
A cuyo encendido acento
Conceptos del corazon
Entiendas.

TAMAR.

Desasosiego
Muestra.

AMON.

Cáusanle mis penas:
Sangre encierran otras venas,
En las mias todo es fuego.
¡Ay, manos, que el alma toca,
(*Tómalas y bésalas.*)
Pagando en besos agravios!
¡Quién se hiciera todo labios
Para gloria de esta boca!

TAMAR.

Por ser tu hermana, consiento
Los favores que me haces.

AMON.

Y porque ansí satisfaces
La pena de mi tormento.

TAMAR.

Dime ya tu mal, acaba.

AMON.

¡Ay, hermana, que no puedo!
Es freno del alma el miedo.
Darte parte de él pensaba;
Pero vete, que es mejor
Morir mudo. ¿No te vas?

TAMAR.

Si determinado estás
En eso, sigo tu humor.
Voyme. Adios.

AMON.

¡Crueldad extraña!
Oye.

TAMAR.

Vuelvo.

AMON.

Pero vete.

TAMAR.

Alto.

AMON.

Vuelve, y contaréte
El fiero mal que me engaña.

TAMAR.

Si de una hermana no fias
Tu secreto, ¿qué he de hacer?

AMON.

(*Ap.* De ser mi hermana y mujer
Nacen mis melancolías.)
¿Posible es que no has sacado
Por el pulso mi dolor?

TAMAR.

No sé yo que haya dotor
Que tal gracia haya alcanzado.
Si hablando no me la enseñas,
Mal tu enfermedad sabré.

AMON.

Pues yo del pulso bien sé
Que es lengua que habla por señas;
Pero pues no conociste
Por él tanto desvarío,
En tu nombre y en el mio,
Hermana, mi mal consiste.
¿No te llamas tú Tamar?

TAMAR.

Ese apellido heredé.

AMON.

Quítale al Tamar la T,
Y dirá *Tamar*...

TAMAR.

Amar.

AMON.

Ese es mi mal. Yo me llamo
Amon; quítale la N.

TAMAR.

Serás *amo*.

AMON.

Porque pene,
Mi mal es amar: yo amo.
Si esto adviertes, ¿qué preguntas?
¡Ay, bellísima Tamar!
Amo, y es mi mal amar,
Si á mi nombre el tuyo juntas.

TAMAR.

Si como hay similitud
Entre los nombres, le hubiera
En las personas, yo hiciera
Milagros en tu salud.

AMON.

Amor ¿no es correspondencia?

TAMAR.

Ansí le suelen llamar.

AMON.

Pues si entre *Amon* y *Tamar*
Hay tan poca diferencia,
Que dos letras solamente
Nos distinguen, ¿por qué callo
Mi mal, cuando medios hallo
Que aplaquen mi fuego ardiente?
Yo, mi Tamar, cuando fui
Contra el amonita fiero,
Y en el combate primero
Del Rey mi padre seguí
Las banderas y el valor,
Vi sobre el muro una tarde
Un sol bello, haciendo alarde
De sus hazañas Amor.
Quedé ciego en la conquista
De sus ojos soberanos,
Y sin llegar á las manos,
Me venció sola su vista.
Desde entónces me alistó
Amor entre sus soldados:
Supe lo que eran cuidados,
Que hasta aquel instante no.
Tiré sueldo de desvelos,
Sospechas me acompañaron,
Imposibles me animaron,
Quilataron mi amor celos.
Y procurando saber
Quién era la causa hermosa
De la pasion amorosa
En que me siento encender,
Supe que era la princesa
Hija del bárbaro rey,
Contraria en sangre y en ley,
Si una sola amor profesa.
Y como imposibilita
La nuestra el mezclarse, hermana,
Sangre idólatra y pagana
Con la nuestra israelita,
Viendo mi amor imposible,
A la ausencia remití
Mi salud, porque creí
Que de su rostro apacible
Huyendo, el seso perdido,
A pesar de tal violencia,
Ejecutara la ausencia
Los milagros del olvido.
Volvíme á Jerusalen,
Dejé bélicos despojos,
Quise divertir los ojos,
Que siempre en su daño ven;
Pero ni conversaciones,
Juegos, cazas ó ejercicios
Fuéron remedios ni indicios
De aplacarse mis pasiones.
Creció mi mal de dia en dia
Con la ausencia; que quien ama,
Espuela de amor la llama,
Y en fin mi melancolía
Ha llegado á tal extremo,
Que aborrezco lo que pido,
Lo que me da gusto olvido,
Y me anima lo que temo.
Aguardé á mi padre el Rey
Para que cuando volviese,
Por esposa me la diese;
Que aunque de contraria ley,
La nuestra, hermana, dispensa
Del Deuteronomio santo,
Con que quien amare tanto
Como yo, y casarse piensa
Con mujer incircuncisa
Ganada en lícita guerra,
La traiga á su casa y tierra,
Donde en paz sus campos pisa,
Le quite el gentil vestido
Y la adorne de otros bellos,
Le corte uñas y cabellos,
Y pueda ser su marido.
Esta esperanza en sosiego
Hasta agora conservé;
Pero ya, Infanta, que sé
Que mi padre á sangre y fuego
La ciudad de quien adoro
Destruyó, quedando en ella
Muerta mi idólatra bella,
Sangre por lágrimas lloro.
Este es mi mal, imposible
De sanar, esta mi historia:
Consérvala mi memoria
Para hacerla mas terrible.
Ten piedad, hermana bella,
De mí.

TAMAR.

Dios, hermano, sabe
Si cuanto es tu mal mas grave,
Me afige mas tu querella.
Mas yo ¿cómo puedo, Amon,
Remediarte?

AMON.

Bien pudieras,
Si tú, mi Tamar, quisieras.

TAMAR.

Ya espero la conclusion.

AMON.

Mira, hermana de mi vida,
Aunque es mi pasion extraña,
Como es niño Amor, se engaña
Con cualquier cosa fingida.
Llora un niño y á su ama
Pide leche, y dale el pecho
Tal vez otra sin provecho,
Donde creyendo que mama,
Solamente se entretiene.
¿No has visto fingidas flores
Que en apariencia y colores
La vista á engañarse viene?
Juega con la espada negra
En paz quien la guerra estima,
Engañando con la esgrima
Las armas con que se alegra.
Hambriento he yo conocido,
Que de partir y trinchar,
Suele mas harto quedar
Que los otros que han comido.
Pues mi amor, en fin rapaz,
Si á engañarle, hermana, llegas,
Si amorosas tretas juegas,
Si tocas cajas en paz,
Si le das fingidas flores,
Si el pecho toma á un engaño,
Si esgrime, seguro el daño,
Si de aparentes favores
Trincha el gusto que interesa,
Podrá ser, bella Tamar,
Que sin que llegue al manjar,
Le satisfaga la mesa.
Mi princesa malograda
Fué imágen de tu hermosura:
Suspender mi mal procura,
En su nombre transformada.
Sé tú mi dama fingida;
Consiente que te enamore,
Que te ronde, escriba y llore,
Cele, obligue, alabe, pida;
Que el ser mi hermana asegura
A la malicia sospechas,
Y, mis llamas satisfechas
Al plato de tu hermosura,
Miéntras el tiempo las borre,
Serás fuente artificial,
Que alivia al enfermo el mal,
Sin beber miéntras que corre.

TAMAR.

Si en eso estriba no mas,
Caro hermano, tu sosiego,
Tu gusto ejecuta luego;
Que en mí tu dama hallarás.

Quizá mas correspondiente
Que la que ansí te abrasó.
Ya no soy tu hermana yo:
Preténdeme diligente;
Que con industrioso engaño,
Miéntras tu hermana no soy,
Para que sanes te doy
De término todo este año.

AMON.

¡Oh lengua medicinal!
¡Oh manos de mi ventura! (*Bésalas.*)
¡Oh cielo de la hermosura!
¡Oh remedio de mi mal!
Ya vivo, ya puedo dar
Salud á mi mortal llama.

TAMAR.

¿Dícesme eso como á dama,
O solo como á Tamar?

AMON.

Como á Tamar hasta agora;
Mas desde aquí como á espejo
De mi amor.

TAMAR.

¿Luego ya dejo
De ser Tamar?

AMON.

Sí, señora.

TAMAR.

¿Princesa soy amonita?

AMON.

Finge que en tu patria estoy,
Y que á hablar contigo voy
Al alcázar donde habita
Tu padre el rey, que cercado
Por el mio, está afligido;
Y yo en tu amor encendido,
Despues de haberte avisado
Que esta noche te he de ver,
Entro atrevido y seguro
Por un portillo del muro;
Y tú por corresponder
Con mi amor, á recibirme
Sales.

TAMAR.

¡Donosa aventura!
Comienzo á hacer mi figura.
(*Ap.* No haré poco en no reirme.)

AMON.

Entro pues. — Arboles bellos
De este jardin, cuyas hojas
Son ojos, que mis congojas
Llora amor por todos ellos,
¿Habeis visto á quien adoro?
Pero si, visto la habeis,
Pues el ámbar que verteis
Condensado en gotas de oro,
De su vista le heredais.

TAMAR.

¡Si habrá el Príncipe venido? —
¿Sois vos, mi bien?

AMON.

¡Que he adquirido
El blason con que me honrais?
Dichoso mi amor mil veces!

TAMAR.

¿Venis solo?

AMON.

No es discreto
El amor que no es secreto.
¿Cómo, amores, no me ofreces
Los brazos amorosos
Que con mis suspiros merco?
Pues que con los mios os cerco,
Cielos de amor luminosos,
Luna soy que se corona
Con los signos de oro bellos
De esos hermosos cabellos;
Estrellas son de esta zona
Esos ojos; esas manos,
Que al cristal envidia dan,
La via láctea serán
De mis gustos soberanos.
¡Ay, mis manos, que me abraso,
(*Bésalas.*)
Si á los labios no os arrimo,
Con que sus llamas reprimo!
Remediadme.

TAMAR.

Paso, paso;
Que no os doy tanta licencia

AMON.

¿Dícesme eso como á hermano,
O como á amante que ufano,
Estoy loco en tu presencia?

TAMAR.

Como á hermano y á galan;
Que si de véras te abrasas,
Las leyes de hermano pasas;
Y si favores te dan
Ocasion de que así estés,
La primera vez que vienes
A ver tu dama, no tienes
De medrar por descortés.
Basta por agora esto
¿Cómo te sientes?

AMON.

Mejor.

TAMAR.

¡Donosas burlas!

AMON.

De amor.

TAMAR.

Ya es sospechoso este puesto.
Vete.

AMON.

¿No eres tú mi hermana?

TAMAR.

El serio recato pide.

AMON.

Como á galan me despide.

TAMAR.

Vaya, pues esto te sana.

AMON.

Adios, dulce prenda.

TAMAR.

Adios.

AMON.

¿Quercisme mucho?

TAMAR.

Infinito.

AMON.

¿Y admitis mi amor?

TAMAR.

Sí admito.

AMON.

¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR.

Vos.

AMON.

¿Vendré esta noche?

TAMAR.

A las once.

AMON.

¿Olvidaréisme?

TAMAR.

En mi vida.

AMON.

¿Quedais triste?

TAMAR.

Enternecida.

AMON.

¿Mudaréisos?

TAMAR.

Seré bronce.

AMON.

¿Dormiréis?

TAMAR.

Soñando en vos.

AMON.

¡Qué dicha!

TAMAR.

¡Qué dulce sueño!

AMON.

¡Ay, mi bien!

TAMAR.

¡Ay, caro dueño!

AMON.

Adios, mis ojos.

TAMAR.

Adios.

(*Vase Amon.*)

ESCENA VIII.

JOAB. — TAMAR.

JOAB.

Escuchando de aquí he estado,
Aunque á mi pesar, finezas,
Requiebros, gustos, ternezas
De un amor desatinado.
¿Usase entre los hermanos,
Aun de la gente perdida,
Esto de «mi bien, mi vida?»
¿Ceñir cuellos, besar manos?
«Ay, mi esposa!—¡Ay, caro dueño!—
¿Mudaráste?—Seré bronce.
—¿Vendré esta noche? — A las once.
Soñaré en tí: ¡dulce sueño!»
No sé yo que haya señales
De una hermanada aficion
Como estas, si ya no son,
Tamar, de hermanos carnales.
En pago de mis hazañas
Pedirte al Rey pretendí:
Por esta causa emprendí
Dificultades extrañas.
El primero que asaltó
A vista del campo hebreo
Con muerte del jebuseo
Muros en Sion, fuí yo.
Su capitan general
El Rey profeta me hizo,
Con que en parte satisfizo
Mi pecho noble y leal.
En muestra de este deseo,
Siempre que á la guerra fuí,
Partí, llegué, vi y vencí;
Y agora llego, entro y veo
Amores abominables,
Ofensas de Dios, del Rey,
De tu sangre, de tu ley,
Y con efetos mudables
Olvidados mis servicios,
Menospreciado mi amor,
Mal pagado mi valor,
Y de tu deshonra indicios.
Mas, gracias á Dios, que ha sido
En tiempo que queda en pié
Mi honra: desde hoy haré
Altares al cuerdo olvido.
Al Rey diré lo que pasa
Como testigo de vista,
Pues cuando extraños conquista,

Afreûtan propios su casa;
Y miéntras hace el olvido
En mi pecho habitacion,
En el incestuoso Amon
Tendrás hermano y marido.

TAMAR.

Oye, espera, Joab valiente.
Ansi alargue Dios tus años,
Que escuches los desengaños
De un amor, solo aparente.
Si á un loco que con furor
Rey se finge, el que es discreto,
Por librarse de un aprieto
Le va siguiendo el humor,
Le intitula majestad,
Le habla hincada la rodilla,
Cual vasallo se le humilla,
Y teme su autoridad,
Con que su furia sosiega;
A que adviertas te provoco
Que está Amon de amores loco,
Y que de esta pasion ciega
Ha de morir brevemente,
Con que á mi padre ha de dar,
Si no le mata el pesar,
Vejez triste y inclemente.
Quiso á una dama amonita,
Que con los demas murió
Cuando á Rábata asaltó
La venganza israelita.
Tiénela en el alma impresa
Y la ama sin esperanza,
Dice soy su semejanza,
Y que si del mal me pesa
Que le abrasa, finja ser
La que adora, y cuando venga,
Con amores, le entretenga:
Es mi hermano, sé el poder
Del ciego amor que le quema,
Y para que poco á poco
Aplaque el tiempo este loco,
Seguí, como ves, su tema.
Mas pues resulta en tu daño
Y en riesgo de mi opinion,
Muérase mi hermano Amon,
Y cese desde hoy tu engaño.
Si él ama, yo amo tambien
Las partes de un capitan
El mas valiente y galan
Que ha visto Jerusalen.
Pídeme á mi padre luego;
Que otras hijas ha casado
Con vasallos que no han dado
Las muestras que en tí á ver llego,
Y no ofenda esta maraña
El valor de mi firmeza,
Ni un amor en la corteza
Que á un enfermo amante engaña.

JOAB.

Conozco tu discrecion
Y tus virtudes no ignoro,
Tu honesta hermosura adoro,
Y celebro tu opinion.
No haya mas celos ni enojos,
Perdone á Joab Tamar,
Que desde hoy jura no dar
Crédito ni fe á sus ojos.
Si ser tu esposo intereso,
Será premio de mi amor:
En fe de aqueste favor,
La mano hermosa te beso.

(Bésale la mano al tiempo que vuelve Amon. Vase Joab.)

ESCENA IX.

AMON.— TAMAR.

AMON.

Besar la mano, donde el labio ha puesto
Su príncipe, un vasallo, es hecho aleve;
Que el vaso se reserva donde bebe,
El caballo, el vestido y el real puesto.
Como hermano, es mi agravio manifiesto;
Como amante, á furor mi pecho mueve.
Idolo de mi amor, hermana leve,
¡Tan presto atormentar! ¡celos tan presto!
Como amante ofendido y como hermano
A locura y venganza me provocas.
Daré la muerte á tu Joab villano,
Y cuando niegues tus mudanzas locas,
Desmentiráte tu besada mano,
Pues por tener con qué, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amon, tu hermana, ya tu dama,
Aquella verdadera, esta fingida,
Quimeras deja, tu pasion olvida;
Que enferma, porque tú sanes, mi fama.
Si una difunta en mí busca tu llama.
Diré que estoy para tu amor sin vida;
Si siendo hermana, soy de tí oprimida,
Razon es que aborrezca á quien me infama.
No me hables mas palabras disfrazadas,
Ni con engaños tu aficion reboces,
Cuando Joab honesto amor pretenda;
Que andamos yo y tu dama muy pegadas
Y no sé yo cómo tu intento goces,
Sin que la una de las dos se ofenda

(Vase.)

ESCENA X.

AMON.

¿Ansí te vas, homicida?
¿Con palabras tan resueltas
La venda á la herida sueltas
Para que pierda la vida?
Pues yo te daré venganza
Crüel, mudable Tamar,
Que en fin acabas en *mar*
Por ser mar en la mudanza.
¡Que me abraso, ingratos cielos!
¡Que me da muerte un rigor!

ESCENA XI.

JONADAB.— AMON.

JONADAB.

¿Qué es aquesto, gran señor?

AMON.

Mal de corazon, de celos.

JONADAB.

¿Celos? ¿No sabré yo acaso
De quién?

AMON.

Sí, que pues me muero,
Ni puedo callar, ni quiero.
Por Tamar de amor me abraso.

JONADAB.

¡Qué dices!

AMON.

No me aconsejes;
Dame muerte, que es mejor.

JONADAB.

Desatinado es tu amor;
Mas para que no te quejes
De mi lealtad conocida,
Tu pasion quiero aliviar:
Pierda su honra Tamar,
Y no pierdas tú la vida.
Fíngete malo en la cama.

AMON.

No es mi tormento ficcion.

JONADAB.

Disimula tu aficion.
Y al Rey que te adora, llama.
Pídele que venga á darte
Tamar tu hermana á comer;
Y cuando esté en tu poder...
No tengo que aconsejarte.
Discreto eres: la ocasion
Lo que has de hacer te dirá

AMON.

En ese remedio está
Mi vida ó mi perdicion.
Ve por mi padre. ¿Qué aguardas?

JONADAB. *(Ap.)*

Como andas á tiento, Amor,
No distingues de color,
Ni á hermanos respetos guardas.

(Vase.)

ESCENA XII.

AMON.

Si amor consiste solo en semejanza,
Y tanto los hermanos se parecen,
Que en sangre, en miembros y en valor merecen
Igual correspondencia y alabanza,
¿Qué ley impide lo que amor alcanza?
De Adan los mayorazgos nos ofrecen,
Siendo hermanos, ejemplos que apetecen
Lo mismo que apetece mi esperanza.
Perdone pues, la ley que mi amor priva,
Vedando que entre hermanos se conserve;
Que la ley natural en contra alego.
Amor, que es semejanza, venza y viva;
Que si la sangre, en fin, sin fuego hierve,
¿Qué hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XIII.

DAVID, JONADAB, ELIACER.— AMON.

DAVID.

De que envies á llamarme,
Hijo, arrimo de mi vida,
Ya mi tristeza se olvida,
Ya vuelves á consolarme.
Habla, no repares, pide.

AMON.

Padre, mi flaqueza es tanta,
Que la muerte se adelanta,
Si tu favor no lo impide.
No puedo comer bocado,
Ni hay manjar tan exquisito,
Que alentando el apetito,
Mi salud vuelva á su estado
Como el mal todo es antojos,
Paréceme, padre, á mí
Que á venir Tamar aquí,
Con solo poner los ojos
Y las manos en un pisto,
Una sustancia ó bebida,
Términos diera á la vida,
Que ya de camino has visto.
¿Quiere, señor, vuestra Alteza
Concederme este favor?

DAVID.

Poco pides á mi amor.
Si ansí alivias tu tristeza,
Tamar vendrá diligente.

AMON.

Beso tus piés.

DAVID.

Eso es justo.

AMON.

Guisa Tamar á mi gusto,
Y entiéndele solamente.

DAVID.

No le quiero dilatar,
Voy á llamar á la Infanta. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

AMON, JONADAB, ELIACER.

AMON.

Eliacer, dime algo, canta,
Si alivia amor el cantar.

ELIACER. (*Canta.*)

Cuando el bien que adoro
Los campos pisa,
Madrugando el alba,
Llora de risa.
Cuando los piés bellos
De mi niña hermosa
Pisan juncia y rosa,
Ambar cogen de ellos:
Va el campo á prendellos
Con grillos de flores,
Y muerta de amores,
Si el sol la avisa,
Madrugando el alba,
Llora de risa.

ESCENA XV

TAMAR, *con una toballa al hombro, y trayendo una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo.*—AMON, JONADAB, ELIACER.

TAMAR.

Mandóme el Rey mi señor
Que á vuestra Alteza trujese
De mi mano que comiese,
Porque conozco su humor;
Ya no tendrá buen sabor
Si de gusto no ha mudado,
Porque aunque yo lo he guisado,
Si llaman gracia á la sal,
Yo vendré, Príncipe, tal,
Que no estará sazonado.

AMON.

Jonadab, salte allá fuera,
Cierra la puerta, Eliacer;
(*Vanse los dos.*)
Que á solas quiero comer
Manjares que el alma espera.

TAMAR.

Lo que haces considera.

AMON.

No hay ya qué considerar:
Tú sola has de ser manjar
Del alma, á quien avarienta
Tanto há que tienes hambrienta,
Pudiéndola sustentar.

TAMAR.

Caro hermano (que harto caro
Me saldrás si eres cruel),
Príncipe eres de Israel,
Todos están en tu amparo.
Mi honra es espejo claro,
Donde me remiro y precio:
No sufrirá su desprecio,
Si le procuras quebrar,
Ni tú otro nombre ganar
Que de amante torpe y necio.
Tu sangre soy.

AMON.

Ansí te amo.

TAMAR. (*Retirándose.*)

Sosiega...

AMON.

No hay sosegar.

TAMAR.

¿Qué quieres?

AMON.

Tamar, amar.

TAMAR.

Detente.

AMON.

Soy, Amon, amo.

TAMAR.

¿Si llamo al Rey?

AMON.

A amor llamo.

TAMAR.

¡A tu hermana!

AMON.

Amores gusto.

TAMAR.

¡Traidor!

AMON.

No hay amor injusto.

TAMAR.

Tu ley...

AMON.

Para amor no hay ley

TAMAR.

Tu rey...

AMON.

Amor es mi rey.

TAMAR.

Tu honor...

AMON.

Mi honor es mi gusto.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

AMON, *echando á empellones á* TAMAR; *despues,* ELIACER Y JONADAB.

AMON.

Vete de aquí, salte afuera,
Veneno en taza dorada,
Sepulcro hermoso de fuera,
Arpía que en rostro agrada,
Siendo una asquerosa fiera.
Al basilisco retratas,
Ponzoña mirando arrojas:
No me mires, que me matas.
Vete, monstruo, que me aojas,
Y mi juventud maltratas.
¿Que yo te quise es posible?
¿Que yo te tuve aficion,
Fruta de Sodoma horrible,
En la médula carbon,
Si en la corteza apacible?
Sal fuera, que eres horror
De mi vida, y su escarmiento.
Vete, que me das temor:
Más es mi aborrecimiento,
Que fué mi primero amor.—
¡Hola! echádmela de aquí.

TAMAR.

Mayor ofensa y injuria
Es la que haces contra mí,
Que fué la amorosa furia
De tu torpe frenesí.
Tirano, de aquese talle
Doblar mi agravio procura
Hasta que pueda vengalle.
Mujer gozada es basura:
Haz que me echen en la calle.
Ya que ansí me has deshonrado,
Llama el plato en que has comido
Un perro, al suelo arrojado:
Di que se ponga el vestido
Que has roto ya, algun criado.
Honra con tales despojos
A quien se empleó en servirte,
Y á mí dame mas enojos.

AMON.

¡Quién, por no verte ni oirte,
Sordo naciera y sin ojos!
¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR.

¿Dónde iré sin honra, ingrato,
Ni quién me querrá acoger,
Siendo mercader sin trato
Deshonrada una mujer?
Haz de tu hermana mas cuenta,
Ya que de tí no la has dado:
No añadas afrenta á afrenta;
Que en cadenas del pecado
Perece quien las aumenta.
Tahur de mi honor has sido,
Ganado has por falso modo
Joyas que en vano te pido:
Quítame la vida y todo,
Pues ya lo mas he perdido.
No te levantes tan presto,
Pues es mi pérdida tanta;
Que aunque el que pierde es molesto,
El noble no se levanta
Miéntras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
Pero es vida sin honor,
Y ansí de perderla trato:
Acaba el juego, traidor,
Dame la muerte en barato.

AMON.

Infierno, ya no de fuego,
Pues helando me atormentas,
Sierpe, monstruo, vete luego,

TAMAR.

El que pierde sufre afrentas
Porque le mantengan juego:
Mantenme juego, tirano,
Hasta acabar de perder
Lo que queda. Alza, villano,
La mano: quítame el sér,
Y ganarás por la mano.

AMON.

¿Vióse tormento como este?—
¡Hola! ¿no hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!
(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

ELIACER.

¿Llamas?

AMON.

Echadme de aquí
Esta víbora, esta peste.

ELIACER.

¡Víbora! ¡peste! ¿qué es de ella?

AMON.

Llevadme aquesta mujer,
Cerrad la puerta tras ella.

JONADAB. (*Ap.*)

Carta Tamar viene á ser:
Leyóla, y quiere rompella.

AMON.

Echalda en la calle.

TAMAR.

Ansí
Estaré bien; que es razon,

Ya que el delito fué aquí,
Que por ellas dé un pregon
Mi deshonra contra tí.

AMON.

Voyme por no te escuchar. (*Vase.*)

JONADAB.

¡ Extraño caso, Eliacer!
¡Tal odio tras tanto amar!

TAMAR.

Presto, villano, has de ver
La venganza de Tamar. (*Vanse.*)

—

Salon del palacio.

ESCENA II.

ABSALON, ADONIAS.

ABSALON.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
En palacio, ambicioso, brevemente
Hoy con la vida bárbara perdieras
El deseo atrevido y imprudente.

ADONÍAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
Con que te honró mi padre indignamen-
Yo hiciera que quedándose vacías, [te,
De púrpura calzaran á Adonías.

ABSALON.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿Tú, muerto Amon del mal que le con-
Subir al trono aspiras soberano [sume,
Que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy no sabes tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalon presume,
Á cuyos piés ha puesto la ventura
El valor, la riqueza y la hermosura?

ADONÍAS.

Si el reino israelita se heredara
Por el mas delicado, tierno y bello,
Aunque no soy yo monstruo en cuerpo y
[cara,
A tu yugo humillara el reino el cuello:
Cada tribu hechizado se enhilara
En el oro de Ofir de tu cabello,
Y convirtiendo hazañas en deleites,
Te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
A trenzas tu corona, y á un estrado
El solio de tu ilustre padre viejo,
Las armas á la holanda y al brocado:
Por escudo tomaras un espejo,
Y de tu misma vista enamorado,
En lugar de la espada á que me aplico,
Esgrimieras tal vez el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
Con que los ojos de Israel suspendes:
El cielo ha puesto renta en tu cabeza,
Pues sus madejas á las damas vendes:
Cada año haciendo esquilmos tu belleza
Cuando aliviarla de su peso entiendes,
Repartiendo por tiendas tu tesoro
Se compran en doscientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura:
Déjame á mí á Israel; que haces agravio
A tu delicadeza, á tu blandura.

ABSALON.

Cierra, villano, el atrevido labio:
Que el reino se debia á la hermosura,
A pesar de tu envidia, dijo un sabio:
Señal que es noble el alma que está en
[ella;
Que el huésped bello habita en casa be-
Cuando mi padre al enemigo asalta, [lla.
No me quedo en la corte dando al ocio
Lascivos años, ni el valor les falta,
Que con mis hechos quilatar negocio:
Mi acero incircuncisa sangre esmalta:
La guerra que jubila al sacerdocio,
En mis hazañas enseñar procura [ra.
Cuán bien dice el valor con la hermosu-
Mas ¿para qué lo que es tan cierto he
[puesto
En duda con razones? Haga alarde
La espada contra quien te has descom-
[puesto,
Si porque soy hermoso, soy cobarde.

ADONÍAS.

Por adorno no mas te la habrás puesto:
No la saques, ansí el Amor te guarde;
Que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALON.

Si no saliera el Rey...

ADONÍAS.

Si no saliera...

ESCENA III.

DAVID, SALOMON. — ABSALON, ADONIAS.

DAVID.

Bersabé vuestra madre me ha pedido
Por vos, mi Salomon; creced, sed hom-
[bre;
Que si amado de Dios sois y querido,
Conforme significa vuestro nombre,
Yo espero en él que al trono real subido,
Futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMON.

Vendráme, gran señor, esa alabanza
Por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes...

ABSALON.

Gran señor...

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONÍAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades:
Galas la mocedad al gusto vende,
Si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALON.

La caza, que del ocio nos defiende,
Nos convida á correr sus soledades:
Esta trazamos, y tras ella fiestas. —
¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV.

TAMAR, *descabellada y de luto.* — DICHOS.

TAMAR.

Gran monarca de Israel,
Descendiente del leon,
Que para vengar injurias
Dió á Judá el viejo Jacob:
Si lágrimas, si suspiros,
Si mi compasiva voz,
Si lutos, si menosprecios
Te mueven á compasion,
Y cuando aquesto no baste,
Si el ser hija tuya yo
A que castigues te incita
Al que tu sangre afrentó,
Por los ojos vierto el alma,
Luto traigo por mi honor,
Suspiros al cielo envio
De inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
De ceniza; que un amor
Desatinado, si es fuego,
Solo deja en galardon
Cenizas que lleva el aire;
Mas aunque cenizas son,
No quitarán mancha de honra;
Sangre sí, que es buen jabon.
La mortal enfermedad
Del torpe príncipe Amon
Peste de la honra fué,
Pegóme su contagion.
Que le guisase mandante
Alguna cosa á sabor
De su postrado apetito:
Ponzoña fuera mejor.
Sazonéle una sustancia;
Mas las sustancias no son
De provecho, si se oponen
Accidentes de aficion.
Estaba el hambre en el alma,
Y en mi desdicha guisó
Su desvergüenza mi agravio:
Sazonólo la ocasion;
Y sin advertir mis quejas,
Ni el proponelle que soy
Tu hija, Rey, y su hermana,
Su estado, su ley, su Dios,
Echando la gente fuera,
A puerta cerrada entró
En el templo de la fama,
Y sagrado del honor.
Aborrecióme ofendida:
No me espanto; que al fin son
Enemigas declaradas
La esperanza y posesion.
Echóme injuriosamente
De su casa el violador,
Oprobios por gustos dando:
¡Paga en fin de tal señor!
Deshonrada, por sus calles
Tu corte mi llanto oyó:
Sus piedras se compadecen,
Cubre sus rayos el sol
Entre nubes, por no ver
Caso tan fiero y atroz:
Todos te piden justicia,
Justicia, invicto señor.
Dirás que es Amon tu sangre;
El vicio la corrompió:
Sángrate de ella, si quieres
Dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
Semejanza tuya son
En el esfuerzo y virtudes:
No dejes por sucesor
Quien deshonrando á su hermana,
Menoscabe tu opinion;
Pues mejor afrentará
Los que sus vasallos son.
Ea, sangre generosa
De Abraham, si su valor
Contra el inocente hijo
El cuchillo levantó,
Uno tuvo, muchos tienes;
Inocente fué, Amon no:
A Dios sirvió ansí Abraham:
Ansí servirás á Dios.
Véncete, Rey, á ti mismo.
La justicia á la pasion
Se anteponga, que es mas gloria
Que hacer piezas al leon.
Hermanos, pedid conmigo
Justicia. Bello Absalon,
Un padre nos ha engendrado,
Una madre nos parió:
A los demas no les cabe
De mi deshonra y baldon
Sino sola la mitad:
Mis medios hermanos son.
Vos lo sois de padre y madre:
Entera satisfaccion
Tomad, ó en eterna afrenta
Vivid sin fama desde hoy.
Padre, hermanos, israelitas,

Calles, puertas, cielos, sol,
Brutos, peces, aves, plantas,
Elementos, campos, Dios,
Justicia os pido á todos de un traidor,
De su ley y su hermana violador.

DAVID.

Alzad, Infanta, del suelo.
Llamadme al príncipe Amon.
¡Esto es ¡cielos! tener hijos?
Mudo me deja el dolor.
Hablad, ojos, si podeis:
Sentid mi mal, lenguas sois:
Lágrimas serán palabras
Que expliquen al corazon.
Rey me llama la justicia,
Padre me llama el amor,
Uno obliga, y otro impele:
¿Cuál vencerá de los dos?
(*Llora amargamente en silencio.*)

ABSALON.

Hermana (¡nunca lo fueras!),
Da lugar á la razon:
Pues no le halla la venganza,
Freno á tus lágrimas pon.
Amon es tu hermano y sangre;
A sí mismo se afrentó;
Puertas adentro se quede
Mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efrain,
Granjas tengo en Bálbasor,
Casas fuéron de placer,
Ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas;
Que mujer sin opinion
No es bien que cortes habite,
Muerta su reputacion.
Vamos á ver si los tiempos
Tan sabios médicos son,
Que con remedios de olvido
Dén alivio á tu dolor.

TAMAR.

Bien dices: viva entre fieras
Quien entre hombres se perdió;
Que á estar con ellas, yo sé
Que no muriera mi honor. (*Vase.*)

ABSALON. (*Ap.*)

Incestüoso tirano,
Presto cobrará Absalon,
Quitándote vida y reino,
Debida satisfaccion. (*Vase.*)

ADONÍAS.

A tan portentoso caso
No hay palabras, no hay razon
Que aconsejen y consuelen.
(*Ap.* Triste y confuso me voy.) (*Vase.*)

SALOMON. (*Ap.*)

La Infanta es hermana mia,
Del Príncipe hermano soy,
La afrenta de Tamar siento,
Temo el peligro de Amon,
El Rey es santo y prudente,
El suceso causa horror:
Mas vale dar con el tiempo
Lugar á la admiracion. (*Vase.*)

ESCENA V.

AMON, *que sale temeroso.* — DAVID, *que está llorando*

AMON. (*Para sí.*)

El Rey mi señor me llama:
¿Iré ante el Rey mi señor?
¿Su cara osaré mirar
Sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve
De aquellas canas; que son
Los pecados frias cenizas
Del fuego que encendió amor.
¡Qué animoso ántes del vicio
Anda siempre el pecador!
Cometido, ¡qué cobarde!

DAVID.

Príncipe...

AMON. (*De rodillas, léjos.*)

A tus piés estoy.

DAVID.

(*Ap.* ¿No ha de poder la justicia
Aquí mas que la aficion?
Soy padre... tambien soy rey.
Es mi hijo... fué agresor:
Piedad sus ojos me piden,
La Infanta satisfaccion.
Prenderéle en escarmiento
De este insulto. Pero no.
Levántase de la cama:
De su pálido color
Sus temores conjeturo.
Pero ¿qué es de mi valor?
Qué dirá de mi Israel
Con tan necia remision?
Viva la justicia, y muera
El Príncipe violador.)
Amon...

AMON.

Amoroso padre...

DAVID.

(*Ap.* El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
Socorro pide á mi amor.
Pero muera.)
(*Vuelve á él furioso, y en viéndole, se enternece.*)
¿Cómo estás?

AMON.

Piadoso padre, mejor.

DAVID.

(*Ap.* En mirándole, es de cera
Mi enojo, y su cara el sol.
El adulterio homicida,
Con ser rey, me perdonó
El justo Juez, porque dije
Un pequé de corazon.
Venció en él á la justicia
La piedad, su imágen soy:
El castigo es mano izquierda,
Mano es derecha el perdon,
Pues ser izquierdo es defeto.)
Mirad, Príncipe, por vos,
Cuidad de vuestro regalo.
(*Ap.* ¡Ay prenda del corazon!)(*Vase.*)

ESCENA VI.

AMON, *levantándose.*

¡Oh poderosas hazañas
Del Amor; único dios,
Que hoy á David ha vencido,
Siendo rey y vencedor!
Que mirase por mi dijo:
Blandamente me avisó.
El castigo del prudente
Es la tácita objecion.
Temió darme pesadumbre:
Por entendido me doy.
Yo pagaré amor tan grande
Con no ofendelle desde hoy. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ABSALON.

¿Que una razon no le dijo
En señal de sus enojos?
¡Ni un severo mirar de ojos!...
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa; que ya elijo
La justa satisfaccion;
Que á mi padre la pasion
De amor ciega: pues no ve,
Con su muerte cumpliré
La justicia y mi ambicion.
No es bien que reine en el mundo
Quien no reina en su apetito:
En mi dicha y su delito
Todo mi derecho fundo.
Hijo soy del Rey, segundo,
Ya por sus culpas primero:
Hablar á mi padre quiero,
Y del sueño despertalle
Con que ha podido hechizalle
Amor, siempre lisonjero.
(*Tira una cortina, y descubre un bufete, sobre él una fuente, y en ella una corona de oro de rey.*)
Aquí está. Pero ¿qué es esto?
La corona en una fuente
Con que ciñe la real frente
Mi padre grave y compuesto.
La mesa el plato me ha puesto
Que há tanto que he deseado:
Debo de ser convidado.
Si el reinar es tan sabroso
Como afirma el ambicioso,
No es de perder tal bocado.
Amon no os ha de gozar,
Cerco en quien mi dicha encierro;
Que sois vos de oro, y fué yerro
El que deshonró á Tamar.
Mi cabeza quiero honrar
Con vuestro círculo bello;
Mas rehusaréis el hacello,
Pues aunque en ella os encumbre,
Temblaréis de que os deslumbre
El oro de mi cabello. (*Corónase.*)
Bien me estáis: vendréisme ansí
Nacida, y no digo mal,
Pues nací de sangre real,
Y vos naceis para mí.
¿Sabréos yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? Tambien.
¿Quién hay en Jerusalen
Que lo estorbe? — Amon. — Matalle. —
Mi padre que ha de vengalle. —
Matar á mi padre...
(*Saca la espada, sale al encuentro David, y hállale coronado.*)

ESCENA VIII.

DAVID. — ABSALON.

DAVID.

¿A quién?

ABSALON.

(*Ap.* ¡Ay cielos!) A quien no es (*De rodillas.*)
Vasallo de vuestra Altèza.

DAVID.

Coronada tu cabeza,
No dices bien á mis piés.

ABSALON.

Pienso heredarte despues;
Que anda el Príncipe indispuesto.

DAVID.

Hástela puesto muy presto:
(*Quítaselo.*)
No serás sucesor suyo;
Que de esa corona arguyo
Que como llega á valer
Un talento, ha menester
Mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿me quieres matar?

ABSALON.

¿Yo?

DAVID.

¿No acabas de decillo?

ABSALON.

Si llegaras bien á oillo,
Mi fe habias de premiar.
«Si vengo, dije, á reinar,
Vivo tú, en Jerusalen,
Mi enojo probará quien
Fama por traidor adquiere,
Y por ser tirano quiere
Matar á mi padre.»

DAVID.

Bien.
¿Pues quién hay á quien le cuadre
Tal título?

ABSALON.

No sé yo...
Quien á su hermana forzó,
Tambien matará á su padre.

DAVID.

Por ser los dos de una madre,
Contra Amon te has indignado;
Pues ten por averiguado
Que quien fuere su enemigo,
No ha de tener paz conmigo.

ABSALON.

Sin razon te has enojado.
Solo yo te hallo cruel.

DAVID.

¿Qué mucho, si tú lo estás
Con Amon?

ABSALON.

No le ama mas
Que yo nadie en Israel;
Antes, gran señor, con él
Y los príncipes quisiera
Que vuestra Alteza viniera
Al esquilmo que ha empezado
En Bálbasor mi ganado,
Y que esta merced me hiciera.
Tan léjos de desatinos
Y venganzas necias vengo,
Que allí banquetes prevengo
De tales personas dinos.
Honre nuestros vellocinos
Vuestra presencia, señor,
Y divierta allí el dolor
Que le causa este suceso:
Conocerá que intereso
Granjear solo su amor

DAVID.

Tú fueras el fénix dél,
Si estas cosas olvidaras
Y al Príncipe perdonaras,
No vil Cain, sino Abel.

ABSALON.

Si hiciere venganza en él,
Piegue á Dios que me haga guerra
Cuanto el sol dora y encierra,
Y contra ti rebelado,
De mis cabellos colgado,
Muera entre el cielo y la tierra.

DAVID.

Si eso cumples, mi Absalon,
Mocedades te perdono:
Con los brazos te corono,
Si mejor corona son.

ABSALON.

En mis labios los piés pon,
Y añade á tantas mercedes,
Porque satisfecho quedes,
Señor, el venir á honrar
Mi esquilmo, pues da lugar
La paz, y alegrarte puedes.

DAVID.

Harémoste mucho gasto:
No, hijo, goza tu hacienda.
Al reino pide que atienda
La vejez que en canas gasto.

ABSALON.

Pues á obligarte no basto
A esta merced, da licencia
Que supliendo tu presencia
Adonías, Salomon,
Hagan, yendo con Amon,
De mi amor noble experiencia.

DAVID.

¿Amon? Eso no, hijo mio.

ABSALON.

Si melancólico está,
Sus penas divertirá
El ganado, el campo, el rio.

DAVID.

Temo que algun desvarío
Dé nueva causa á mi llanto.

ABSALON.

De la poca fe me espanto
Que tiene mi amor contigo.

DAVID.

La experiencia en esto sigo;
Que cuando con el disfraz
Viene el agravio de paz,
Es el mayor enemigo.

ABSALON.

Antes el gusto y regalo
Que he de hacelle, ha de abonarme:
En esto pienso esmerarme.

DAVID.

Nunca el recelar fué malo.

ABSALON.

¡Plegue al cielo que sea un palo
Alguacil que me suspenda
Cuando yo al Príncipe ofenda!
No me alzaré de tus piés,
Padre, hasta que á Amon me dés

DAVID.

Del alma es la mejor prenda;
Pero en fe de que me fio
De ti, yo te lo concedo.

ABSALON.

Cierto ya de tu amor quedo.

DAVID. (*Ap.*)

¿De qué dudais, temor frio?

ABSALON.

Voyle á avisar.

DAVID.

Hijo mio,
En olvido agravios pon.

ABSALON.

No temas.

DAVID.

¡Ay mi Absalon!
Lo mucho que te amo pruebas.

ABSALON.

Adios.

DAVID.

Mira que me llevas
La mitad del corazon. (*Vanse.*)

—

Campo de Baalhasor delante de la quinta de Absalon.

ESCENA IX.

TIRSO, BRAULIO, ALISO, RISELO, ARDELIO; TAMAR, *de pastora, rebozada la cara con la toca.*

CANTAN UNOS.

Al esquilmo, ganaderos;
Que balan las ovejas y los carneros.

OTROS.

Ganaderos, á esquilmar,
Que llama los pastores el mayoral.

UNO.

El Amor trasquila
La lana que dan
Los amantes mansos,
Que á su aprisco van.
Trasquila la dama
Al pobre galan,
Aunque no es su oficio
Sino repelar.
Trasquila el alcalde
Al que preso está,
Y si entró con lana,
En puribus *va.*
Pela el escribén,
Porque escribanar
Con pluma con pelo
De comer le da.
Pela el alguacil
Hasta no dejar
Vellon en la bolsa,
Plata otro que tal.
El letrado pela,
Pela el oficial,
Que hay mil peladores,
Si pelones hay.

TODOS.

Al esquilmo, ganaderos;
Que balan las ovejas y los carneros:
Ganaderos, á esquilmar;
Que llama á los zagales el mayoral

TIRSO.

Dichosas serán desde hoy
Las reses que en el Jordan
Cristales líquidos beben,
Y en tomillos pacen sal.
Ya con vuesa hermosa vista
Yerba el prado brotará,
Por mas que la seque el sol,
Pues vos sus campos pisais.
¿De qué estáis melanconiosa,
Hermosísima Tamar,
Pues con vuesos ojos bellos
Estos montes alegrais?
Si dicen que está la corte
Do quiera que el rey está,
Y vos sois reina en belleza,
La corte es esta, no hay mas.
La infantica, entretenéos:
Vuesa hermosura mirad
En las aguas que os ofrecen
Por espejo su cristal.

TAMAR.

Temo de mirarme á ellas.

BRAULIO.

Si es por no os enamorar
De vos misma, bien haceis;
Que á la hé que quillotrais
Desde el alma á la asadura
A cuantos viéndos están,
Y que para mal de muchos
El dimuño os trujo acá.
Mas asomáos con todo eso;

Veréis cómo os retratais
En la tabla de este rio,
Si en ella á vos os mirais.
Y haréis un cuadro valiente,
Que porque le guarnezcais,
Las flores de oro y azul
De marco le servirán.
Honralda, miráos á ella.

TAMAR.

Aunque hermosa me llamais,
Tengo una mancha... (*Ap.* Afrentosa.)
Si la veo, he de llorar.

ALISO.

¿Manchas teneis? Y aun por eso;
Que aquí los espejos que hay,
Si manchas muestran, las quitan,
Enseñando al amistad.
Allá los espejos son
Solo para señalar
Faltas, que viéndose en vidrio,
Con ellas en rostro dan:
Acá son espejos de agua
Que á los que á mirarse van,
Muestran manchas y las quitan,
En llegándose á lavar.

TAMAR.

Si agua esta mancha quitara,
Harta agua mis ojos dan:
Solo á borralla es bastante
La sangre de un desleal.

RISELO.

No vi en mi vida tal muda.
Miel vírgen afeita acá;
Que ya hasta las caras venden
Postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR. (*Ap.*)

Pecados son.

ARDELIO.

Cubrillas con soliman.

TAMAR.

No queda, pastor, por eso:
Toda yo soy rejalgar.

TIRSO.

¿Es algun lunar acaso
Que con la toca tapais?

TAMAR.

No se muda cual la luna,
(*Ap.* Ni es la deshonra lunar.)

TIRSO.

Pues sea lo que se fuere,
Par diez que hemos de cantar
Y aliviar la pesadumbre;
Que es locura lo demas.

CANTAN.

Que si estáis triste, la Infanta,
Todo el tiempo lo acaba.
Desdenes de amor,
La ausencia los sana.
Para desengaños,
Buena es la mudanza.
Si atormentan celos,
Darlos á quien ama.
Para la vejez,
Arrimar las armas.
Para mujer pobre,
Gastar lo que basta.
Para mal de ausencia,
Juegos hay y cazas.
Para excusar penas,
Estudiar en casa.
Para agravios de honra,
Perdon ó venganza;
Que si triste estáis, la Infanta,
Todo el tiempo lo acaba.

ESCENA X.

LAURETA, *con un tabaque de flores.*—DICHOS.

LAURETA.

Todas estas flores bellas
A la primavera he hurtado;
Que pues de amor sois el prado,
Competir podeis con ellas.
Lleno viene este cestillo
De las mas frescas y hermosas
Yerbas, jazmines y rosas,
Desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
La estrella-mar turquesada
Con la violeta morada,
Que amor porque huela, pisa,
El sándalo, el pajarillo,
Alelíes, siete-ramas,
Azucenas y retamas,
Madreselva y hisopillo.
Tomaldos; que son despojos
Del campo, y juntad con ellos
Labios, aliento y cabellos,
Pechos, frente, cejas y ojos.

TAMAR.

Todas las que abril esmalta,
Pierden en mí su valor,
Laureta,.. (*Ap.* Porque la flor
Que mas me importa, me falta.)
(*Laureta le da unas violetas, y pónese-las Tamar en el pecho.*)

TIRSO.

Ya vendréis á adivinar
Sueños ó cosas de risa;
Que como sois fitonisa,
Consolaréis á Tamar.
Laureta, diz que tratais
Con el diablo.

ARDELIO.

Ya han venido
Los príncipes, que han querido
Honrarnos hoy.

TIRSO.

¿Qué aguardais?

ARDELIO.

Miéntras el convite pasa,
Al soto apacible vamos,
Y de flores, yerba y ramos
Entapicemos la casa.

TIRSO.

Ardelio, teneis razon:
Démonos prisa, pastores;
Pero ¿qué ramos ni flores
Hay como ver á Absalon?
(*Vanse los pastores.*)

ESCENA XI.

TAMAR, LAURETA.

TAMAR.

Vámonos de aquí, Laureta.

LAURETA.

¿Para qué? Bien disfrazada
Estás.

TAMAR.

Di mal injuriada.

LAURETA.

Olvida, si eres discreta.

TAMAR.

Bien dijo, aunque ese es buen medio,
Un ingenio singular:
«El remedio era olvidar,
Y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XII.

AMON, ABSALON, ADONIAS. SALOMON.—TAMAR, LAURETA.

AMON.

Bello está el campo.

ABSALON.

Es el mayo
El mes galan, todo flor.

ADONÍAS.

A lo ménos, labrador,
Segun agirona el sayo.

AMON.

Oid, que hay aquí serranas,
Y no de mal aire y brio.

ABSALON.

De mi hacienda son, y os fio
Que envidien las cortesanas
Su no ayudada hermosura.

AMON.

¡Bien haya quien la belleza
Debe á la naturaleza,
No al afeite y compostura!

ABSALON.

Esta es mujer tan curiosa,
Que de lo futuro avisa:
Tiénenla por fitonisa
Estos rústicos.

SALOMON.

¿Y es cosa
De importancia?

AMON.

De esta gente
Hacer caso es vanidad:
Tal vez dirá una verdad,
Y despues mentirá veinte.
Mas ¿quién es la rebozada?

ABSALON.

Es una hermosa pastora,
Que injurias de su honra llora,
Y espera verse vengada.

AMON.

Ella tiene buena flema.
¿No la verémos?

ABSALON.

No quiere,
Miéntras sin honra estuviere,
Descubrirse.

AMON.

¡Linda tema!
Ahora bien, con vos me entiendo.—
Llegáos, mi serrana, acá. (*A Laureta.*)

LAURETA.

Su Alteza pretenderá,
Y despues iráse huyendo.

AMON.

Bien pareceis adivina.
Llena de flores venis:
¿Cómo no las repartis,
Si el ser cortés os inclina?

LAURETA.

Estos prados son teatro
Do representa Amaltea;
Mas porque no os quejeis, ea,
A cada cual de los cuatro
Tengo de dar una flor.

AMON.

Y esotra serrana ¿es muda?
Quitá el rebozo.

LAURETA.

Está en muda.

AMON.

¿Mudas hay acá?

LAURETA.

De honor.

AMON.

¿Y hay honor entre villanas?

LAURETA.

Y con mas firmeza está;
Que no hay príncipes acá,
Ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos de esto,
Y va de flor.

AMON.

¿Cuál me cabe?

LAURETA. (*Habla aparte á cada uno.*)

Esta azucena süave.
(*Dale una azucena, y despues una espadaña.*)

AMON.

Eso es picarme de honesto.

LAURETA.

Yo sé que olella os agrada;
Pero no la deshojeis;
Que la espadaña que veis,
Tiene la forma de espada:
Y aquesos granillos de oro,
Aunque á la vista recrean,
Manchan si los manosean,
Porque estriba su tesoro
En ser intactos. Dejáos,
Amon, de deshojar flor
Con espadañas de honor;
Y si la ofendeis, guardáos.

AMON.

Yo estimo vuestro consejo.
(*Ap.* Demonio es esta mujer.)

SALOMON.

¿Qué os ha dicho?

AMON.

No hay que hacer
Caso: por loca la dejo.

ADONÍAS.

¿Qué flor me cabe á mí?

LAURETA.

Extraña:
Espuela de caballero.

ADONÍAS.

Bien por el nombre la quiero.

LAURETA.

A veces la espuela daña.

ADONÍAS.

Diestro soy.

LAURETA.

Si lo sois, alto;
Pero guardáos, si os agrada,
De una doncella casada:
No os perdais por picar alto.

ADONÍAS.

No os entiendo.

ABSALON.

Yo me quedo
Postrero: id, hermano, vos.

SALOMON.

Confusos vienen los dos:
Si acaso obligaros puedo,
Mas conmigo os declarad.

LAURETA.

Esta es corona de rey,
Flor de vista, olor y ley:
Sus propiedades gozad;
Que aunque rey seréis espejo,
Y el mayor de los mejores,
Temo que os perdais por flores
De amor, si sois mozo viejo.

AMON.

¿Buena flor?

SALOMON.

Con su pimienta.

ABSALON.

¿Cábeme á mí?...

LAURETA.

Este Narciso.

ABSALON.

Ese á sí mismo se quiso.

LAURETA.

Pues tened, Absalon, cuenta
Con él, y no os querais tanto,
Que de puro engrandeceros,
Estimaros y quereros,
De Israel seais espanto.
Vuestra hermosura enloquece
A toda vuestra nacion:
Narciso, sois, Absalon,
Que tambien os desvanece.
Cortáos esos hilos bellos;
Que si los dejais crecer,
Os habeis presto de ver
En alto por los cabellos. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

AMON, ABSALON, ADONIAS, SALOMON, TAMAR.

ABSALON.

Espera.—Fuése. (*Ap.* Si en alto
Por los cabellos me veo,
Cumpliráse mi deseo:
Al reino he de dar asalto.
¡En alto por los cabellos!
Mi hermosura ha de obligar
A Israel que á coronar
Me venga, loco por ellos.)

AMON.

Confuso os habeis quedado.

ABSALON.

Príncipes, alto, á comer.
(*Ap.* Sobre el trono me han de ver
De mi padre, coronado.
Muera en el convite Amon,
Quede vengada Tamar,
Dé la corona lugar
A que la herede Absalon.)

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

La comida que se enfria,
A vuestras Altezas llama.

AMON.

De aquesta serrana dama
Ver la cara gustaria:
Idos, hermano, con ellos.

ABSALON.

No nos hagais esperar.
(*Ap.* Reinando, vengo á quedar
En alto por los cabellos.)
(*Vanse Absalon, Adonías, Salomon y el criado.*)

ESCENA XV.

AMON, TAMAR.

AMON.

Yo, serrana, estoy picado
De esos ojos lisonjeros,
Que deben de ser fulleros,
Pues el alma me han ganado.
¿Quereisme vos despicar?

TAMAR.

Cansaráos el juego presto,
Y en ganando el primer resto,
Luego os querréis levantar.

AMON.

¡Buenas manos!

TAMAR.

De pastora.

AMON.

Dadme una.

TAMAR.

Será en vano
Dar mano á quien da de mano,
Y ya aborrece, ya adora.

AMON.

Llegaréosla yo á tomar,
Pues su hermosura me esfuerza.

TAMAR.

¿A tomar? ¿Cómo?

AMON.

Por fuerza.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

Basta; que aquí todas dais
En adivinas.

TAMAR.

Queremos
Estudiar cómo sabréinos
Burlaros, pues nos burlais.

AMON.

¿Flores traeis vos tambien?

TAMAR.

Cada cual, humilde ó alta,
Busca aquello que le falta.

AMON.

Serrana, yo os quiero bien:
Dadme una flor.

TAMAR.

¡Buen floreo
Os traeis! Creed, señor,
Que á no perder yo una flor,
No sintiera el mal que veo.

AMON.

Una flor he de tomar.

TAMAR.

Flor de Tamar, diréis bien.

AMON.

Forzaréos, dalda por bien.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!
Pero tomad, si os agrada.
(*Dale las violetas.*)

AMON.

¿Violetas?

TAMAR.

Para alegraros,
Porque yo no puedo daros,
Amon, sino flor violada.

AMON.

Eso es mucho adivinar.
Destapáos.

TAMAR.

Apartesé.

AMON.

Por fuerza os descubriré.
(*Descubrela.*)

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

¡Ay cielo! Monstruo, ¿tú eres?
¿Quién los ojos se sacara
Primero que te mirara,
Afrenta de las mujeres?
Voyme, y pienso que sin vida;
Que tu vista me mató.
¡No esperaba, cielos, yo
Tal principio de comida! (*Vase.*)

TAMAR.

Peor postre te han de dar,
Bárbaro, cruel, ingrato,
Pues será el último plato
La venganza de Tamar. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LOS PASTORES, *que vuelven con ramos, cantando.*

A las puertas de nuesos amos
Vamos, vamos,
Vamos á poner ramos.

UNO.

A Absalon el bello
Alamico negro,
Cinamomo y cedro
Y palma ofrezcamos.

TODOS.

Vamos, etc.

OTRO.

Al mozo Adonías,
De las maravillas,
Rosa y clavellinas,
Guirnaldas tejamos.

TODOS.

Vamos, etc.

UNO.

Al príncipe nueso,
De cipres funesto
Y taray espeso
Coronas tejamos.

TODOS.

Vamos, etc.

OTRO.

Salomon prudente
Ceñirá su frente
Del laurel valiente
Que alegres cortamos.

TODOS.

Vamos, etc.

(*Suena grita dentro, ruido de golpes y de caerse mesas y vajillas.*)

ESCENA XVII.

ABSALON, AMON, ADONIAS, SALOMON. — PASTORES.

ABSALON. (*Dentro.*)

La comida has de pagar,
Dándote muerte, villano.

AMON. (*Dentro.*)

¿Por qué me matas, hermano?

ABSALON. (*Dentro.*)

Por dar venganza á Tamar.

AMON. (*Dentro.*)

¡Cielos, piedad! Muerto soy.
(*Salen huyendo Salomon y Adonías.*)

SALOMON.

Huye.

ADONÍAS.

¡Oh bárbaro sin ley!
Todos los hijos del Rey
Por reinar perecen hoy. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

LOS PASTORES.

TIRSO.

¡Oste, puto! Esto va malo.

ARDELIO.

Huyamos, no nos alcance
Algun golpe de este lance.

BRAULIO.

¡Mirad qué negro regalo
De convite!

TIRSO.

¡Oh mi cebolla!
Mas os quiero que Absalon
Sus pavos.

ARDELIO.

Tirso, chiton,
Que mos darán en la cholla. (*Vanse.*)

ESCENA XIX.

Descúbrese lo interior de la quinta, y vense unos aparadores de plata, caidas las vajillas, y una mesa llena de manjares y descompuesta, con los manteles ensangrentados, Y AMON *sobre la mesa, asentado y caido de espaldas en ella, con una taza en la una mano, y un cuchillo en la otra, atravesada por la garganta una daga. Delante* ABSALON Y TAMAR.

ABSALON.

Para tí, hermana, se ha hecho
El convite; aqueste plato,
Aunque de manjar ingrato,
Nuestro agravio ha satisfecho:
Hágate muy buen provecho.
Bebe su sangre, Tamar,
Procura en ella lavar
Tu fama, hasta aquí manchada.
Caliente está la colada,
Fácil la puedes sacar.
A Gesur huyendo voy,
Que es su rey mi abuelo, y padre
De nuestra injuriada madre.

TAMAR.

Gracias á los cielos doy,
Que no lloraré desde hoy
Mi agravio, hermano valiente.
Ya podré mirar la gente,
Resucitando mi honor;
Que la sangre del traidor
Es blason del inocente.
Quédate, bárbaro, ingrato,
Que en buen túmulo te han puesto:
Sepulcro del deshonesto
Es la mesa, taza y plato.

ABSALON.

Heredar el reino trato.

TAMAR.

Déntele los cielos bellos.

ABSALON.

Amigos tengo, y por ellos,
Como dijo la mujer,
Todo Israel me ha de ver
En alto por los cabellos.
(*Vanse, y encúbrese la apariencia.*)

—

Salon del palacio de David.

ESCENA XX.

DAVID, *saliendo como quien despierta de un sueño agitado.*

¡Amon, Príncipe, hijo mio!
Si eres tú, pide al deseo
Albricias, que los instantes
Juzga por siglos eternos.
¡Gracias á Dios, que á pesar
De sospechas y recelos,
Con tu vista restituyo
La vida que sin tí pierdo!
¿Cómo vienes? ¿Cómo estás?
¿Podré, enlazando tu cuello,
Imprimir lirios en rosas,
Guarnecer oro en acero?
(*Tiende los brazos para abrazarle, como si le tuviese presente.*)
Dame los amados brazos. —
¡Ay, engaño lisonjero!
¿Por qué con burlas pesadas
Me haces abrazar los vientos?
Como la madre acallando
Al hijo que tiene al pecho,
Me enseñas la joya de oro
Para escondérmela luego.
Como en la navegacion
Prolija, en celajes negros
Fingidos montes me pintas,
Siendo mentiras de lejos.
Como fruta de pincel,
Como hermosura en espejo,
Como tesoro soñado,
Como la fuente al enfermo,
Burladoras esperanzas,
Engañais mis pensamientos
Para acrecentar pesares,
Para atormentar desvelos.
Amon mio, ¿dónde estás?
Deshaga al temor los ceños
El sol de tu cara hermoso:
Remoce tu vista un viejo.
¿Si se habrá Absalon vengado?
¿Si habréis sido, como temo,
Hijo caro de mis ojos,
De sus esquilmos cordero?
No, que es vuestro hermano: en fin,
La sangre hierve sin fuego.
Mas ¡ay! que es sangre heredada
De quien á su hermano mesmo
Vendió, y llorará David
Como Jacob, en sabiendo,
Si á Josef mató la envidia,
Que á Amon la venganza ha muerto.
Absalon ¿no me juró
No agraviarle? ¿De qué tiemblo?
Pero el amor y el agravio
Nunca guardan juramentos.
La esperanza y el temor
En este confuso pleito
Alegan en pro y en contra;
Sentenciad en favor, cielos.
Caballos suenan. ¿Si son
Mis amados hijos estos?
Alma, asomáos á los ojos:
Ojos, abrios para verlos.
Grillos echa el temor frio
A los piés, cuando el deseo
Se arroja por las ventanas.

ESCENA XXI.

ADONIAS Y SALOMON, *muy tristes.*—DAVID.

DAVID.

¡Hijos!

ADONÍAS.

¡Señor!

DAVID

¿Venis buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos?
¡Callais! Siempre fué el silencio
Embajador de desgracias.
¡Llorais! Hartos mensajeros
Mis sospechas certifican.
¡Ay adivinos recelos!
¿Mató Absalon á su hermano?

SALOMON.

Sí, señor.

DAVID.

Pierda el consuelo
La esperanza de volver
Al alma, pues á Amon pierdo.
Tome eterna posesion
El llanto, porque sea eterno,
De mis infelices ojos,
Hasta que los deje ciegos.
Lástimas hable mi lengua,
No escuchen sino lamentos
Mis oídos lastimosos.
¡Ay mi Amon! Ay mi heredero!
Llore tu padre con Jacob diciendo:
«Hijo, una fiera pésima te ha muerto.»

ADONÍAS.

Y de Tamar la historia prodigiosa
Acaba aquí en tragedia lastimosa.

LOS CABELLOS DE ABSALON.

PERSONAS.

EL REY DAVID.
JOAB.
ABSALON.
SALOMON.
ADONIAS.
AMON.
JONADAB.
TAMAR.
TEUCA, *etiopisa.*
AQUITOFEL.
ELIAZAR.
SEMEI.
CUSAY.
DAMAS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS.
ETIOPES.
PASTORES.
GENTE.
MÚSICOS.

La escena es en Jerusalen, en Baalhasor y en los campos de Hebro.

JORNADA PRIMERA.

Atrio del palacio de David en Jerusalen.

ESCENA PRIMERA.

Tocan cajas: sale DAVID *por un lado*, Y SOLDADOS *con él; y por el otro*, ABSALON, SALOMON, ADONIAS, TAMAR, AQUITOFEL Y ACOMPAÑAMIENTO.

SALOMON.

Vuelva felicemente,
Del laurel coronada la alta frente,
El campeon israelita,
Azote del sacrílego moabita.

ADONIAS.

Ciña su blanca nieve
De la rama inmortal círculo breve,
Al defensor de Dios y su ley pía,
Horror de la gentil idolatría.

ABSALON.

Himnos la fama cante
Con labio de metal, voz de diamante,
De Jehová al real caudillo,
De Filistin al trágico cuchillo.

TAMAR.

Hoy de Jerusalen las hijas bellas,
Coronadas de flores y de estrellas,
Entonen otra vez con mayor gloria
Del Goliat segundo la victoria.

DAVID.

Queridas prendas mias,
Báculos vivos de mis luengos dias,
Dadme todos los brazos.
Renuévese mi edad entre los lazos
De dichas tan amadas.
¡Ay dulces prendas, por mi bien halla-
Adonías valiente, [das!
Llega, llega otra vez. Y tú, prudente
Salomon, otra vez toca mi pecho,
En amorosas lágrimas deshecho.
Bellísimo Absalon, vuelve mil veces
A repetirme el gusto que me ofreces
En tan alegre dia.
Y tú no te retires, Tamar mia;
Que he dejado el postrero [quiero
Tu abrazo ¡ay mi Tamar! porque no
Que el corazon en gloria tan precisa,
Viendo que otro le espera, me dé prisa.
A Rábata, murada y guarnecida
Ciudad del fiero Amon, dejo vencida,
Sus muros excelentes
Demolidos, sus torres eminentes
Deshechas y postradas,
Y sus calles en púrpura bañadas:
Gracias primeramente
Al gran Dios de Israel, luego al valiente
Joab, general mio,
De cuyo esfuerzo mis aplausos fio.

JOAB.

Honras, señor, tu hechura.

AQUITOFEL. (*Ap.*)

¡Infelice el que sirve sin ventura,
Pues habiendo yo sido leal soldado,
No fui de una razon galardonado!

DAVID.

Mas con haber tenido
Tan singular victoria, no lo ha sido,
Sino el volver á veros;
Si bien tantos contentos lisonjeros
Confunden su alegría,
Considerando que el felice dia
Que vengo victorioso,
Que entro por el alcázar suntüoso
De Sion, que salís con ansias tales
Todos á recibirme á sus umbrales,
En ocasion tan alta
Amon no mas de entre vosotros falta:
Amon, mi hijo mayor y mi heredero,
A quien como á mayor estimo y quiero.
¿Qué es la causa, Adonías,
De que él no aumente las venturas mias?

ADONIAS.

Yo, señor, no sé nada.

DAVID.

Salomon, una pena imaginada
Es mas que acontecida. [da.
¿Qué ha sucedido á Amon? Di, por tu vi-

SALOMON.

Absalon lo dirá: yo no he sabido
Que pueda haberle nada sucedido.

ABSALON.

Ni yo lo sé tampoco.

DAVID.

En vuestra suspension mis penas toco.
Tamar, ¿qué hay de tu hermano?

TAMAR.

A mí, señor, pregúntasmelo en vano;
Que en mi cuarto encerrada,
Vivo aun de los acasos ignorada.

DAVID.

¿No hay quien de Amon me diga?

AQUITOFEL.

Sí, señor. Criado soy, amor me obliga
A que nada te calle,
Aunque razones el discurso halle
Para no dar avisos de una pena,
A cuyo fin se excusan todos; llena
De otra razon el alma,
No quiero recatarte aquesta calma,
Porque á ignorado mal no se da medio,
Y sabido, se trata del remedio.
Amon tu hijo, señor, há muchos dias
Que ha dado en padecer melancolías
Y tristezas tan fuertes,
Que por no ser capaz de muchas muer-
Enfado de la luz del sol recibe, [tes,
Con que entre sombras vive;
Y aun está sin abrir una ventana,
Ni ver la luz hermosa y soberana.
Tanto Amon se aborrece,
Que el natural sustento no apetece:
Ningun médico quiere
Que le entre á ver; y en fin, Amon se mue-
De una grave tristeza, [re
Pension que trae la naturaleza.

DAVID.

Aunque nazca la nueva que me has dado
De lealtad, te la hubiera perdonado,
Aquitofel, porque es tan mal contento
El disgusto, el pesar y el sentimiento,
Que lo mismo que quiso
Saber, oyendo tan pesado aviso
Saberlo no quisiera,
Porque lo supo ya; que es de manera
Desconversable el mal de un afligido,
Que ignorado y sabido,
Da siempre igual cuidado;
Pues siempre es mal, sabido ó ignorado.
Entrar ¡ay Dios! á descansar no quiero
En mi cuarto primero [go.
Que en el de Amon: venid todos conmi-
Ingrato soy, Señor, ingrato (digo)
Al grande favor vuestro:
Bien en mis sentimientos hoy lo mues-
Pues cuatro hijos que veo [tro,
Con salud, no divierten mi deseo
Tanto, como le aflige y atormenta
Uno sin ella. ¡Oh ingrata y descontenta
Condicion que tenemos [mos
Los humanos, haciendo siempre extre-
(*Vanse.*)

Habitacion de Amon en el palacio del Rey su padre. Una puerta grande en el fondo.

ESCENA II.

DAVID, ADONIAS, ABSALON, SALOMON, TAMAR, JOAB Y AQUITOFEL; *despues*, AMON Y JONADAB.

ABSALON.

Este es de Amon el cuarto: ya has llega-
Mas del afecto que del pié guiado. [do

DAVID.

Abrid aquesta puerta.

(*Ábrenla, y se ve á Amon sentado en una silla, arrimado á un bufete, y de la otra parte Jonadab.*)

JOAB.

Ya, señor, está abierta,
Y al resplandor escaso que por ella
Nos comunica la mayor estrella,
Al Príncipe se mira
Sentado en una silla.

TAMAR.

¿A quién no admira
Verle tan divertido
En sus penas, que aun no nos ha sentido?

DAVID.

¡Amon!

AMON.

¿Quién me llama?

DAVID.

Yo.

AMON.

¡Señor! pues ¿tú aquí?

DAVID.

¿Tan poco
Gusto te deben mis dichas,
Mi amor afecto tan corto,
Que aun no llegas á mis brazos?
Pues yo, aunque tú riguroso
Me recibas, llegaré,
Hijo, á los tuyos. Pues ¿cómo,
Empezando en mí el cariño,
Aun no obra en ti el alborozo?
¿Qué tienes, Amon? ¿Qué es esto?
Que aunque tus tristezas oigo,
Pensé que al verme templaras
De su violencia el enojo.
¿Aun parabien no me das,
Cuando vuelvo vitorioso
A Jerusalen? Mis triunfos
¿Aun no vencen tus enojos?
Un príncipe que heredero
Es de Israel, cuyo heróico
Valor resistir debiera
Constante, osado y brioso,
Los ceños de la fortuna
Y del hado los oprobios,
¿Tanto á una pasion se rinde,
Tanto á una pena, que absorto,
Confuso, triste, afligido,
No les permite á sus ojos
La luz del dia, negando
La entrada á sus rayos de oro?
¿Qué es esto, Amon? Si de causa
Nace tu pena, no ignoro
Que podré vencerla yo:
Tuyo es mi imperio todo,
Dispon dél á tu albedrío,
Desde un polo al otro polo.
Y si no nace de causa
Conocida, sino solo
De la natural pension
Deste nuestro humano polvo,
Aliéntate: imperio tiene
El hombre sobre sí propio,
Y los esfuerzos humanos,
Llamado uno, vienen todos.
No te rindas á tí mismo,
No te avasalles medroso
A tu misma condicion:
Mira que el pesar es monstruo,
Que come vidas humanas
Alimentadas del ocio.
Sal deste cuarto, y pues vienen
A él tus hermanos todos
Hoy conmigo, habla con ellos.
Llegad pues, llegad vosotros,
Ya que las ternezas mias
Pueden con Amon tan poco.

ADONÍAS.

Príncipe...

ABSALON.

Hermano...

SALOMON.

Señor.

TAMAR.

Amon...

AMON. (*Ap.*)

A esta voz respondo.

TAMAR.

¿Qué tienes?

SALOMON.

¿Qué sientes?

ABSALON.

¿Qué
Te aflige?

ADONÍAS.

¿Qué te da asombro?

DAVID.

¿Qué apeteces?

TODOS.

¿Qué deseas?

AMON.

Solo que me dejeis solo.

DAVID.

Si en eso no mas estriban
Tus deseos rigurosos,
Vamos de aquí. (*Ap.* Por volver
A hablarle á solas, lo otorgo;
Que quizá no se declara,
Por estar delante todos.)
Venid. Ya solo te quedas.
¡Ay infeliz, qué de gozos,
Qué de gustos, qué de dichas
Desazona un pesar solo!

(*Vase retirando David, y acompañándole todos, ménos Adonías, Absalon y Tamar.*)

JOAB.

¡Qué extraña melancolía!

AQUITOFEL.

¡Qué silencio tan impropio!

ADONÍAS.

¡Qué violencia tan cruel!

SALOMON.

¡Qué afecto tan poderoso!

TAMAR.

Saben los cielos, Amon,
¡Cuánto tus tristezas lloro!

ABSALON. (*Ap. á Tamar.*)

Yo no.

TAMAR.

Absalon, ¿eso dices?

ABSALON.

Sí, que es heredero heróico
De David; y si él se muere,
Quedo yo mas cerca al solio;
Que á quien aspira á reinar,
Cada hermano es un estorbo.

TAMAR.

Aunque su muerte sintiera,
Me holgara verte en su trono;
Que en efecto tú y yo hermanos
De padre y de madre somos.

(*Vanse los que vinieron.*)

ESCENA III.

ÁMON, JONADAB.

AMON.

Jonadab, ¿fuéronse ya?

JONADAB.

Sí, señor, unos tras otros,
Como suelen los dineros
De quien gasta poco á poco,
Que piensa que no hace mella
Ahora un real y luego otro;
Y cuando ménos se cata,
Halla el talego mas gordo
Hecho esqueleto de anjeo.

AMON.

Pues salte fuera tú y todo.

JONADAB.

¿Ya te olvidas de que tu
Valido soy?

AMON.

No lo ignoro,
Que eres tú solo quien tiene
Licencia entre mis dudosos
Discursos para asistirme;
Pero quiero quedar solo.

JONADAB.

Yo lo haré de buena gana;
Que no es rato muy gustoso
El de un amo, cuando está
Saturnino y hipocondrio;
Pero ántes que me vaya,
He de preguntarte, ¿cómo
A tu padre y tus hermanos
Respondiste de aquel modo?
¿Es posible que ninguno
Merezca de tus penosos
Males saber la ocasion?

AMON.

No. Si yo propio á mí propio
Me la pudiera negar,
La negara, cuando noto
Que yo mismo de mí mismo
Me avergüenzo si la nombro.
Es tal, que aun de mi silencio
Vivo tal vez temeroso,
Porque me han dicho que saben
Con silencio hablar los ojos.
Tan en lo mas retirado
Del pecho la causa pongo
De mi pena, que tal vez
Al corazon se la escondo,
Porque el corazon no pueda,
Sobresaltado al asombro
De reconocerla, dar
Un golpe mas recio que otro.
Tan en lo mas escondido
De la vida le aprisiono,
Que aun este soplo que entra
A dar vitales despojos,
No sabe della, porqué
No pueda el aire curioso
Decir, por lo destemplado
De algun suspiro que arrojo:
«Este sabe de la causa,
Pues sale ardiendo este soplo.»
En fin, está mi dolor
Tan atado en lo mas hondo
Del alma, que el alma misma,
Alcaide del calabozo,
No sabe el preso que guarda,
Con ser su consejo propio.

JONADAB.

Sin duda eres sodomita,
Pues otra causa no toco,
Que á tanto silencio obligue.

AMON.

¿Que siempre hayas de ser loco?

JONADAB.
No está en mi mano ser cuerdo.
(Dentro ruido.)
AMON.
¿Qué pasos son los que oigo?
JONADAB.
Tamar tu hermana, que habiendo
Dejado en su suntüoso
Cuarto á David, vuelve al suyo
Por ese corredor.
AMON. *(Ap.)*
¿Cómo,
Calladas pasiones mias,
A esta ocasion me reporto?
Pero ha de ser ¡ah deseo!
Que aun á solo ver su rostro
No he de salir á la puerta.
(Vase hácia ella.)
Mas ¡ay! que en vano me opongo
De mi estrella á los influjos;
Pues cuando digo animoso
Que no he de salir á verla,
Es cuando á verla me pongo!
¡Qué es esto, cielos? Yo mismo
¿El daño no reconozco?
Pues ¿cómo al daño me entrego?
¿Vive en mi mas que yo propio?
No. Pues ¿cómo manda en mi
Con tan grande imperio otro,
Que me lleva donde yo
Ir no quiero?
JONADAB. *(Ap.)*
O soy un tonto,
O anda por aquí...
AMON.
¿Qué miras?
JONADAB.
Tengo aquí que hacer un poco.
AMON.
¿No te he dicho que te vayas?
JONADAB.
Sí, señor; mas por lo propio,
No lo he hecho yo.
AMON.
Éntrate allá.
JONADAB. *(Ap. retirándose.)*
En esta puerta me pongo.
Por esto dijo uno que
Galanes los criados somos,
Pues el mas sucio criado
No deja de ser curioso. *(Escóndese.)*

ESCENA IV.

AMON, *y luego* TAMAR. — JONADAB, *dentro.*

AMON.
Desde aquí veré á Tamar,
Que no he de ser tan medroso,
(Desde la puerta principal del cuarto, mira hácia dentro.)
Que he de pensar que en efecto
Se haya de salir con todo.
Y aun porque vean mis penas
Como la lid les propongo,
La he de ver y la he de hablar;
Que no es valiente ni heróico
Corazon, quien sin el riesgo,
Se apellidó victorioso.
¡Oh bellísima Tamar!
TAMAR. *(Dentro.)*
No entreis conmigo vosotros,
Esperad en esta puerta. *(Sale.)*
¡Cuánto estimo, cuando torno
A mi cuarto, cuando queda
Con mi padre el reino todo,
Que me hayas, Amon, llamado!
Que yo, aunque con amoroso
Pecho siento tus tristezas,
No entrara, porque conozco
Que cualquiera compañía
Le sirve á su triste de estorbo.
Mas ya que aquesta ocasion
Te he debido, cuando oigo
Mi nombre, Amon, en tus labios,
Mal haré, si no la logro,
Suplicándote merezca
Ser yo quien del riguroso
Dolor que te aflige, llegue
A oir la causa; que no poco
Alivia el mal quien le cuenta
Con satisfaccion á otro
De que ha de sentirle; y puesto
Que yo á feriar me dispongo
A mis lágrimas tus voces,
Mi fe es fiadora de abono.
Hagan su oficio tus labios,
Harán el suyo mis ojos:
Vea yo cómo tú sientes,
Verás tú cómo yo lloro.
AMON.
Si yo, divina Tamar,
Mi pena decir pudiera;
Si capaz de mi voz fuera
El pesar de mi pesar;
Si me pudiera explicar,
Solamente á tí (¡ay de mí!)
Lo dijera; y siendo así
Que á tí te lo callo, cré
Que á nadie se lo diré,
Pues no te lo digo á tí.
Aunque es tan grande y tan rara
Pena, y tanto se acrisola,
Que á tí la dijera sola,
Y á tí sola la callara:
La contrariedad repara
De mis ansias, pues aquí,
Siendo tú sola (¡ay de mí!)
Quien no sabe esta quimera,
A cualquiera lo dijera,
Por no decírtela á tí.
TAMAR.
Si una misma razon se halla
En tu pena al padecella,
Por quien yo debo sabella,
Ya me ofende quien la calla.
La curiosidad batalla
En la parte de poder
Saberla; y que soy mujer
Advierte, y he de insistir
Por saberla, y la he de oir,
Pues no la puedo saber.
AMON.
Ya que ese empeño me obliga,
Sin que salida le halle,
Por mi parte á que lo calle,
Por la tuya á que lo diga;
Sin que en mí se contradiga
El hablar y enmudecer,
Te tengo de obedecer.
Oye... Mas has de advertir,
Que yo te la he decir,
Y tú no la has de saber.
Yo amo, Tamar. Mi dolor
Amor imposible es:
¡Mira si es bien grande, pues
Es imposible, y amor!
TAMAR.
Ya es mi confusion mayor.
Di, ¿de quién? que aunque me dén
Cuenta tus voces, no bien
Se explican.
AMON.
¡Ay, Tamar mia!
Yo te dije que diria
Por qué muero, no por quién.
TAMAR.
Yo lo pregunto, admirada
De que haya quien querida
De tí, no esté agradecida,
Cuando no esté enamorada.
AMON.
No es ella, no, la culpada;
Que aunque yo por ella muero,
No sabe ella que la quiero,
Ni lo ha de saber jamas.
TAMAR.
¿Por qué?
AMON.
Porque estimo mas
Lo que amo que lo que espero.
Fuera de que tanto ha sido
El temor que la he cobrado,
Que aventuro el verme amado,
Por no verme aborrecido:
Y así, callar he querido,
Porque sé que he de ofendella.
Máteme, Tamar, mi estrella,
Y mi sufrimiento no;
Que mas quiero morir yo,
Que ser la ofendida ella.
TAMAR.
Pues ¿por qué se ha de ofender
De verse de tí querida,
Si la mas desvanecida
Mujer, en fin es mujer?
Bien podrá no agradecer,
De su honor haciendo alarde;
Sentir no. No te acobarde
Nada, que del mas tirano
Desden se queja temprano
El que se declara tarde.
Declárate, pues.
AMON.
No puedo.
TAMAR.
¿Por qué?
AMON.
Porque temo y dudo.
TAMAR.
Di tu dolor.
AMON.
Estoy mudo.
TAMAR.
Sepa tu mal.
AMON.
Tengo miedo.
TAMAR.
Habla.
AMON.
Absorto al hablar quedo.
TAMAR.
Escríbela.
AMON.
Es ofendella.
TAMAR.
Hazla señas.
AMON.
Tiemblo al vella.
TAMAR.
¿Es mas que una mujer?
AMON.
Sí.
TAMAR.
Pues quéjate, Amon, de tí.
AMON.
No haré, sino de mi estrella,
Cuyo influjo es tan severo,

Que á morir, Tamar, me obliga
Antes que á mi dama diga:
Tú eres el dueño que quiero,
Tú la gloria por quien muero,
Tú la causa por quien lloro,
Tú á quien explicarme ignoro,
Tú la deidad á que aspiro,
Tú la belleza que admiro,
Tú la hermosura que adoro.
Compadécete de mí,
Hermoso imposible, pues
Tan rendido á ti me ves,
Que me ves morir por ti.

TAMAR.

Basta, no mas; que si aquí
Te di ese consejo, fué
Solo animándote á que
Lo digas á ella, á mí no.

AMON.

¿Pues acaso he dicho yo
Mas de que no lo diré?
Si bien tu consejo, puedo
Decirte que me ha alentado
Tanto, que ya me ha quitado
La primer parte del miedo:
Y pues aliviado quedo
Con el exámen que toco,
Porque vaya poco á poco
Perdiendo el miedo al hablar
(Que engaños han de curar
La imaginacion de un loco),
Deja, Tamar, que prosiga
Este ensayo á mi dolor,
Porque lo sepa mejor,
Cuando á mi bien se lo diga.

TAMAR.

Tanto tu pena me obliga,
Que si así aliviarla espero,
Seguirte la tema quiero,
Por si algun descanso adquieres.

AMON.

Pues haz cuenta que tú eres
La hermosa por quien me muero,
Para ver si á su desden
Sabré declararme yo.

TAMAR.

Yo haré mi papel; mas no
Sé si lo sabré muy bien.

AMON.

Hermoso imposible, á quien,
Desde que en un jardin vi,
La vida y alma rendí
Que ahora de nuevo te ofrezco
(Si bien lo que yo aborrezco,
No es dádiva para ti),
Deste atrevimiento mio
No tengo la culpa yo,
Porque en mí solo nació
Esclavo el libre albedrío.
No sé qué planeta impío
Pudo reinar aquel dia,
Que aunque otras veces habia
Tu beldad visto, aquel fué
El primero que te amé,
Bellísima Tamar mia. —
Mas ¿qué he dicho?

TAMAR.

Tente, espera:
Mira que yo haciendo estoy
La dama, y Tamar no soy.

AMON.

Dices bien; mas de manera
Labios y ojos en la fiera
Aprension de mis enojos
Confundieron los despojos,
Que equívocamente sabios,
Se arrebataron los labios
En lo que vieron los ojos.

TAMAR.

Pues siendo así, dese error
Ojos y labios absuelvo,
Y al pasado engaño vuelvo. —
Amon, príncipe, señor,
Aunque yo de vuestro amor
Vivo muy desvanecida,
El ser quien soy os impida
Tan alto empeño, porqué
Si así hablais, no volveré
A escucharos en mi vida.

AMON.

¿Eso me respondes?

TAMAR.

Sí.
Mas ¿de qué te afliges, pues
Esto fingimiento es?

AMON.

Pues si es fingimiento, di,
¿Para qué me hablaste así?
¿Qué te importaba, Tamar,
Alguna esperanza dar
A rendimiento tan justo?
¿Tenia mas costa un gusto
De fingir, que no un pesar?

TAMAR.

No, pero de la manera
Que tus labios y tus ojos
Confundieron tus enojos,
Persuadiéndote á que era
Yo tu dama, considera
Que en mí tambien confundidos
Al oirte mis sentidos,
Se equivocaron mas sabios,
Respondiéndote mis labios
A lo que oyen mis oidos.
Y así, pues que ser no puede
De efecto alguno este engaño,
Pues vemos que en él el daño
Por limitarse se excede,
En este estado se quede:
Que no es fácil de engañar,
Amon, placer ni pesar.
Ame tu pecho á quien ama,
Que Tamar no ha de hacer dama
Que no hable como Tamar. (*Vase*)

ESCENA V.

AMON, *y luego* JONADAB.

AMON.

¿Quién mayor desdicha vió?
¿Que aun la piedad de un engaño
Se convierta en mayor daño,
Que el que la verdad me dió?
¿Quién me aconsejará?

(*Sale Jonadab.*)

JONADAB.

Yo,
Cuya curiosidad ciega,
Hoy á haber sabido llega
Cuál es tu mal, y por quién;
Que al fin ve lo mismo quien
Mira jugar, que el que juega.

AMON.

¿Luego tú ya has entendido
La causa de mi pasion?

JONADAB.

Sí, señor; que no hay miron
Que ántes tahur no haya sido.

AMON.

Pues un consejo te pido.

JONADAB.

Aunque es opinion extraña,
Que ha menester el que engaña
Mas maña que fuerza. error
En amor es, porque amor
Mas quiere fuerza que maña.

AMON.

Mi media hermana es Tamar.

JONADAB.

Yo digo lo que yo hiciera,
Si fuera mi hermana entera,
Llegado á encolerizar.

AMON.

¿Cómo la he de asegurar?
Que ya Tamar, cosa es clara
Que no vuelva aquí.

JONADAB.

Una rara
Industria tu amor prevenga,
Para forzarla á que venga,
Y viéndola aquí...

AMON.

Repara
En que mi padre se ha entrado
En el cuarto.

JONADAB.

Pues no hablemos
Desto mas.

AMON.

No hay para qué,
Pues ya á todo estoy resuelto,
Porque piden mis desdichas,
A gran daño, gran remedio.

ESCENA VI.

DAVID. — AMON, JONADAB.

DAVID.

Por haber estado, Amon,
Embarazado del pueblo,
Que con prolijas lealtades
Vino al parabien, no he vuelto
A verte ántes.

AMON.

Yo, señor,
La fineza te agradezco.

DAVID.

Pues págamela con otra,
Que es no negarme un consuelo
Que vengo á pedirte.

AMON.

Siempre
Rendido estoy y sujeto
A tu obediencia.

DAVID.

Pues sepa
De qué nacen los extremos
Que te afligen.

JONADAB.

Yo, señor,
Te lo diré.

AMON.

Calla, necio.
Melancolía y tristeza
Los físicos dividieron,
En que la tristeza es
Causada de un mal suceso;
Pero la melancolía
De natural sentimiento:
Y así no podré decirlo.

DAVID.

¿De qué nace el padecerlo,
Cuando sea así? ¿A qué mal
No se aplica algun remedio?

AMON.
Ya me aplico yo el mejor.

DAVID.
¿Cuál es?

AMON.
Sentir como siento.

DAVID.
Ese no es remedio, ántes
Es dar al mal mas esfuerzos.

AMON.
Pues ¿qué puedo hacer?

DAVID.
Buscar
Alegres divertimientos.

JONADAB.
De uno le decia yo ahora,
Harto alegre.

AMON.
Ya está bueno:
Todos cansan mas que alivian,
Porque como yo no tengo
Gusto, se me vuelven todos
En mas pena, porque es cierto
Que en el humor que domina,
Se convierte el alimento.

DAVID.
Aunque en metáfora sea
Eso que has dicho, yo quiero,
Ya que de alimento hablas,
Materialmente entenderlo.
¿No es de desesperacion
Especie, que un hombre cuerdo
Aun este humano tributo
Se niegue á sí?

JONADAB.
Sí por cierto.
Yo que coma, y aun de todo,
Le estaba ahora diciendo.
Pero no me entiende.

AMON.
En nada
Hallo sazon, y por eso,
O porque es conservacion
De la vida, lo aborrezco.

DAVID.
Pues una cosa por mí
Has de hacer.

AMON.
Yo te la ofrezco.

DAVID.
¡Qué regalo será, Amon,
Mas de tu gusto? que quiero
Yo cuidar dél, y deberte
El que le admitas.

AMON.
No pienso
Que tendré en eso eleccion,
Porque ninguno apetezco;
Mas si hubiera de comer
Algo, el aliño, el aseo
Con que sirven á Tamar
Sus criadas, señor, creo
Que lisonjeara mi hastio,
Aquellas viandas comiendo;
Y mas si ella me trajera
La comida; que un enfermo
Mas se agrada del cariño,
Señor, que del alimento.

JONADAB.
Y es verdad, porque una dama,
Con las pinzas de los dedos,
Tronchando los bocaditos,
Hará que los masque un muerto.

DAVID.
Pues yo, Amon, diré á Tamar
Que venga ella misma luego
A traerte de comer,
Y mandaré al mismo tiempo
Que los músicos te canten,
Por ver si así te divierto.

AMON.
El cielo aumente tu vida;
Que yo en aqueste aposento
Esperaré ese favor.— (*Vase David.*)
Ven, Jonadab.

JONADAB.
Bien se ha hecho
Hasta aquí.

AMON.
No, sino mal,
Pues traidoramente intento
Añadir desesperado
Culpa á culpa, incendio á incendio,
Pena á pena, error á error,
Daño á daño y riesgo á riesgo. (*Vanse.*)
(*Tocan un clarin.*)

—

Estancia del Rey.

ESCENA VII.

DAVID, *y despues* ABSALON, SALOMON, JOAB Y AQUITOFEL.

DAVID.
¿Qué nueva salva es aquesta,
Que con marciales acentos
Vuelve á dar voces al aire,
Mal respondidas del eco?
(*Salen Absalon y Salomon.*)

SALOMON.
Danos albricias, señor.

DAVID.
¿De qué, si gusto no espero?

ABSALON.
De que las naves de Ofir
Han llegado á salvamento.
(*Salen Joab y Aquitofel.*)

JOAB.
Ya habrás sabido la causa
Deste militar estruendo.

DAVID.
Sí, Joab.

AQUITOFEL.
Segunda vez
Vuelve á repetir el viento...
(*Tocan otra vez.*)

ESCENA VIII.

SEMEI, TEUCA, ETÍOPES Y SOLDADOS. — DICHOS.

SEMEÍ.
Dadme, señor, á besar
Tu real mano.

DAVID.
Alza del suelo
Y seas muy bien venido,
Semeí.

SEMEÍ.
Forzoso es serlo,
Viniendo á verme á tus plantas.
De Hiram despachado vengo
Con tu armada y tus bajeles,
Monstruos de dos elementos:
Y entre las varias riquezas
De plata y oro, y de cedros,
Material incorruptible,
Para la obra del templo
Que tú hacer has prevenido
Al arca del Testamento;
Mas de todos los despojos
Que te traigo, te encarezco
Esta divina etiopisa,
En cuyo bárbaro acento
Un espíritu anticipa
Sucesos malos ó buenos.

DAVID.
Un gusto y un pesar juntos,
Semeí, me traes á un tiempo:
El gusto, de tu venida,
Cuyo cuidado agradezco;
El pesar, de tu ignorancia,
Pues has pensado que puedo
Tener por grandeza yo
En mi palacio agoreros.
Dios habla por sus profetas;
El demonio, como opuesto
A las verdades de Dios,
Habla apoderado en pechos
Tiranamente oprimidos:
Y así, destierra al momento
Esta torpe fitonisa
De mi corte; y despues desto,
Los materiales que traes
Se guarden, porque no es tiempo
Que la fábrica se empiece;
Que yo labrar no merezco
Casa á Dios: quien me suceda
La fabricará. Con esto,
Que aprendais á ser piadosos,
Hijos mios, os advierto;
Pues el gran Dios no permite
Que yo fabrique su templo,
Porque manchadas las manos
De sangre idólatra tengo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *ménos David.*

TEUCA. (*Ap.*)
Aunque responder quisiera
Al Rey, no he podido, ¡cielos!
Que está espíritu mas noble
Aposentado en su pecho
Que en el mio; y como al verle,
Mudo quedó el que yo tengo,
En mí se venga, á pedazos
El corazon deshaciendo.
¡Ay de mí! rabiando vivo.
¡Ay de mí! rabiando muero.

ABSALON.
¿Qué frenesí, qué letargo
Dió á la etiopisa?

SALOMON.
¿Qué es esto?

AQUITOFEL.
Sus cabellos y sus ropas
Está arrancando y rompiendo.

SEMEÍ.
Teuca.

TEUCA.
Sacrílego aleve,
Detente, que al verte tiemblo.

JOAB.
Advierte...

TEUCA.
Injusto homicida,
Aparta: de tí iré huyendo,
Que tú lanzas arrojando,
Que tú piedras recogiendo,
Me dais horror, hasta que
De vuestra muerte herederos
Seais, siendo vuestra muerte
Cláusula de un testamento.

AQUITOFEL.

Extrañas locuras dice.
Considera...

TEUCA.

Oir no quiero
Tu consejo, Aquitofel:
Basta que por tu consejo,
Torpe desesperacion
Aun te niegue el monumento.

SALOMON.

Repórtate.

TEUCA.

A ti sí haré,
Salomon; que hablar no puedo;
Que no ha de saber el mundo
Si tu fin es malo ó bueno.

ABSALON.

¡Qué sin propósito habla!
Mira, etiopisa...

TEUCA.

Ya veo
Que te ha de ver tu ambicion
En alto por los cabellos.
¡Ay de mí! rabiando vivo,
¡Ay de mí! rabiando muero. (*Vase.*)

SALOMON.

Ve tras ella, no el furor
La desespere.

SEMEÍ.

Siguiendo
Iré sus pasos, dudando
Vaticinios que no entiendo.
(*Vase Semeí, y con él los soldados y etíopes.*)

ESCENA X.

ABSALON, SALOMON, JOAB, AQUITOFEL.

SALOMON.

¡Raros delirios ha dicho!

ABSALON.

Aunque por tales los tengo,
No me ha dejado de dar,
Lo que me ha dicho, contento.

SALOMON.

¿Qué te ha dicho?

ABSALON.

Que he de verme,
Si bien, Salomon, me acuerdo
Por los cabellos en alto.

SALOMON.

Pues ¿cómo interpretas eso?

ABSALON.

Hermosura es una carta
De favor que dan los cielos,
Y su sobrescrito al hombre
Y á todo el comun afecto.
Esta en mí (todos lo dicen;
Que no creyera á mi espejo)
Es tan grande, que este solo
Desperdicio de su imperio
En cada un año me vale
De esquilmos muchos talentos.
De Jerusalen las damas
Me le compran; que á su aseo
Yo soy quien les deja alguna
Adoracion de alimentos.
Pues siendo así, que yo amado
Soy de todos, bien infiero
Que esta adoracion comun
Resulte en que todo el pueblo
Para rey suyo me aclame,
Cuando se divida el reino
En los hijos de David.
Luego justamente infiero,
Pues que mis cabellos son
De mi hermosura primeros
Acrêdores, que á ellos deba
El verme en tan alto puesto;
Y así, vendré á estar entónces
En alto por los cabellos.

SALOMON.

¡Qué por ellos has traido
La aplicacion al concepto!
Pues ¿quieres que una hermosura
Afeminada, en los pechos
De todos engendre mas
Amor que aborrecimiento?

ABSALON.

Cuando la hermosura cae
Sobre el valor que yo tengo,
¿Por qué no?

SALOMON.

Porque hay en hijos
De David merecimientos
Que te prefieren en todo.

ABSALON.

No serás tú, por lo ménos,
Reliquia de dos delitos,
Homicidio y adulterio:
Hablen Bersabé y Urías,
Una incasta y otro muerto.

SALOMON.

De tu padre has murmurado,
Absalon; y aunque yo puedo
Por mis manos castigar
Tan osado atrevimiento,
El cielo me ata las manos,
Quizá porque él quiere hacerlo;
Que ofensas de un padre siempre
Las toma á su cargo el cielo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ABSALON, JOAB, AQUITOFEL.

JOAB.

Cuerdamente ha respondido.

AQUITOFEL.

Siempre el temor es muy cuerdo.

JOAB.

Antes siempre la cordura
Fué muy valiente.

ABSALON.

¿Qué es eso?

AQUITOFEL.

Joab, que es de Salomon...

ABSALON.

¡A mí os andais oponiendo
Toda la vida!

JOAB.

Yo siempre
La razon, señor, defiendo.

ABSALON.

La privanza de mi padre,
Joab, os tiene muy soberbio.
Vos de mí os acordaréis,
Cuando esté en el alto puesto
Que mi valor me previene.

JOAB.

Entónces haré lo mesmo,
Y aun quizá entónces tendré
Mas ocasion para hacerlo.

ABSALON.

¡A mí me amenazas! (*Vase Joab.*)

ESCENA XII.

ABSALON, AQUITOFEL.

AQUITOFEL.

Tente,
Señor: mira que aun no es tiempo
De empezar á declarar
Lo que tratado tenemos
Entre los dos, porque importa
Ganar algunos primero.

ABSALON.

En todo quiero seguir,
Aquitofel, tus consejos.

AQUITOFEL.

Ellos te pondrán adonde
Aspiran tus pensamientos.

ABSALON.

Dellos y de tí lo fio,
(*Dentro tocan instrumentos.*)
Pues los dos... Pero ¿qué es esto?

AQUITOFEL.

Tamar de su cuarto sale
Con mucho acompañamiento,
Y va hácia el cuarto de Amon.

ABSALON.

Divertir sus sentimientos
Quiere con músicas. Vamos,
Aquitofel; que no quiero
Hablar ahora en otra cosa,
Sino en los designios nuestros.
(*Vanse.*)

ESCENA XIII.

MÚSICOS, DAMAS *con platos y toballas*
TAMAR.

MÚSICOS.

De las tristezas de Amon,
Que es amor la causa, es cierto;
Que solo amor se atreviera
Á herir tan ilustre pecho.
Mas ¡ay! que es engaño
Pensar que él le ha muerto;
Que no tiene amor,
Quien tiene silencio. (*Vanse.*)

—

Aposento de Amon.

ESCENA XIV.

AMON, JONADAB; *despues*, TAMAR
DAMAS Y MÚSICOS.

JONADAB.

Ya entra en tu cuarto Tamar.

AMON.

¡Qué osado mi pensamiento,
Sin verla está! y ¡qué cobarde,
Al verla! Todo yo tiemblo.
(*Sale Tamar con sus damas y los músicos.*)

TAMAR.

No me agradezcas, Amon,
Esta visita; que hoy vengo,
Porque mi padre lo manda,
A servirte.

AMON.

Sí agradezco,
Pues tu obediencia resulta
En mi dicha. (*Ap.* Yo estoy muerto.)

TAMAR.

Música y manjares traigo
Para lisonjear á un tiempo
Los sentidos.

AMON.

Mucho agravias
Al mayor de todos ellos.

TAMAR.

¡Cuál es?

AMON.

La vista, porqué
Vianda y música trayendo,
Para el gusto y el oido,
Te has olvidado (*Ap.* ¡Yo muero!)
De que traes para los ojos
Hermosura; si no infiero
Que piensas que no la traes,
Porque me imaginas ciego.

TAMAR.

Si de aquel pasado engaño
Te han sobrado esos requiebros,
Mira que los desperdicias
En vano, porque hoy intento
Que alivien tus penas, mas
Verdades que fingimientos.

AMON.

Ea pues, cantad vosotros;
Y porque vuestros acentos
Suenen de léjos mas dulces,
Cantad desde otro aposento.

JONADAB.

Si, que música y pintura,
Parecen mejor de léjos.

TAMAR.

Ahí fuera podeis cantar.

(*Vase la música.*)

AMON. (*Ap. á él.*)

Ce, Jonadab.

JONADAB.

Ya te entiendo.
Cerrar la puerta, y que canten
Todos: ¿no me dices eso?

AMON.

Si.

(*Vase Jonadab, y dentro cantan.*)

ESCENA XV.

AMON, TAMAR; *despues un* MÚSICO, JONADAB, *dentro, y* MÚSICA.

TAMAR.

Come tú, miéntras cantan.

AMON.

En escuchar me divierto.

ÉL Y MÚSICOS.

Que no tiene amor,
Quien tiene silencio.

AMON.

Y así, divina Tamar,
No admires mi atrevimiento,
Si hoy ves que las leyes rompo
Del decoro y del respeto.
Esta hermosa mano blanca,
Permíteme, que no haciendo
De lirios áspides, sirva
De triaca á mi veneno.

TAMAR.

Suéltame la mano, Amon,
Que ya quejarte es extremo
De un engaño.

AMON.

Si lo fuera,
Dices bien; pero ya es tiempo
De que la pasion le rompa
El lazo á mi sentimiento...

ÉL Y MÚSICOS.

Que no tiene amor,
Quien tiene silencio.

AMON.

Yo muero por tí, Tamar.
No puedo á mayor extremo
Llegar, que á morir por tí:
Mi confianza me ha muerto.

TAMAR.

(*Ap.* ¿Quién pudiera prevenirlo?)
Mira, Amon...

AMON.

Ya nada veo.

TAMAR.

Que soy tu hermana.

AMON.

Es verdad;
Pero si dice un proverbio
«La sangre sin fuego hierve,»
¿Qué hará la sangre con fuego?

TAMAR.

En nuestra ley se permite
Casarse deudos con deudos.
Pídeme á mi padre.

AMON.

Es tarde
Para valerme del ruego.

TAMAR. (*Llamando.*)

¡Hola!

(*Sale un Músico.*)

AMON.

Que canteis, os manda
Tamar.

TAMAR.

¿Yo?

EL MÚSICO.

Ya obedecemos. (*Vase.*)

(*Cantan dentro, sin cesar, miéntras los dos hablan.*)

AMON.

No he de dejar de gozarte:
Jonadab, cierra al momento.

JONADAB. (*Dentro.*)

Ya está la puerta cerrada.

TAMAR.

Mira el riesgo.

AMON.

No le temo.

TAMAR.

¡Padre! ¡Señor! ¡Absalon!

AMON.

Tu voz ya no es de provecho,
Con esa dulce armonía.

TAMAR.

Pues daré voces al cielo.

AMON.

El cielo responde tarde.

TAMAR.

Pues mataráte este acero,

(*Sácale la espada y huye.*)

Si me sigues, porque yo
Fuerza mucha y valor tengo.

AMON.

Al sacarla me has herido;
Y aunque puede ser agüero,
Ya no temo cosa alguna
Cuando esta violencia intento.
La he de seguir, ya una vez
Declarado, pues es cierto. .

ÉL Y MÚSICOS.

Que no tiene amor,
Quien tiene silencio.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA.

AMON, TAMAR.

AMON.

Vete de aquí, salte afuera,
Veneno en taza dorada,
Sepulcro hermoso de fuera,
Arpía que en rostro agrada,
Siendo una asquerosa fiera.
Al basilisco retratas,
Ponzoña mirando arrojas
Y mi juventud maltratas,
Pues cruelmente me matas
Con tan mortales congojas.
¿Que yo te quise, es posible?
¿Que yo te tuve aficion,
Fruta de Sodoma horrible,
En la médula carbon,
Si en la corteza apacible?
Sal fuera, que eres horror
De mi vida, y su escarmiento.
Vete, que me das temor,
Y es mas mi aborrecimiento,
Que fué primero mi amor.—
¡Hola! echádmela de aquí.

TAMAR.

Mayor ofensa é injuria
Es la que haces contra mí,
Que fué la amorosa furia
De tu torpe frenesí.
¿Cómo burlan tus antojos
A quien se empleó en servirte,
Y me das tales enojos?

AMON.

¿Quién, por no verte ni oirte,
Sordo quedara y sin ojos?
¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR.

¿Dónde iré sin honra, ingrato?
¿Ni quien me querrá acoger,
Siendo mercader sin trato,
Deshonrada una mujer?
Haz de tu hermana mas cuenta,
Ya que de tí no la has dado;
Que en cadenas del pecado
Parece quien las aumenta,
En su hierro aprisionado.
Tahur de mi honor has sido:
Ganado has por falso modo
Joya, que en vano te pido:
Quítame la vida y todo,
Pues ya lo mas he perdido.
No te levantes tan presto,
Pues es mi pérdida tanta;
Que aunque el que pierde es molesto,
El noble no se levanta
Miéntras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
Pero es vida sin honor,
Y así de perderla trato:
Acaba el juego, traidor,
Dame la muerte en barato.

AMON.

Infierno, ya no de fuego,
Pues helado me atormentas,
Sierpe, monstruo, vete luego.

TAMAR.

El que pierde, sufre afrentas,
Porque le mantengan juego:
Manténme juego, tirano,
Hasta acabar de perder
Lo que queda: alza, villano,
La mano: quítame el sér,
Y ganarás por la mano.

AMON.

¿Vióse tormento como este?—
¡Hola! ¿No hay ninguno ahí?
¿Qué desatino es aqueste?

ESCENA II.

ELIAZAR, JONADAB.—AMON, TAMAR.

ELIAZAR.

Señor...

AMON.

Echadme de aquí
Esta víbora, esta peste.

ELIAZAR.

¡Víbora y peste! ¿Qué es della?

AMON.

Llevadme aquesta mujer,
Cerrad la puerta tras ella.

JONADAB. (*Ap.*)

Carta Tamar vino á ser,
Leyóla, y quiere rompella.

AMON.

Echadla en la calle.

TAMAR.

Así
Estaré bien; que es razon,
Ya que el delito fué aquí,
Que por ellas dé un pregon
Mi deshonra contra tí.

AMON.

Voyme, por no te atender. (*Vase.*)

JONADAB.

¡Extraño caso, Eliazar! (*Ap. á él.*)
¿Tal odio, tras tanto amar?

TAMAR.

Presto, villano, has de ver
Las venganzas de Tamar. (*Vanse.*)

—

Estancia del Rey.

ESCENA III.

ABSALON, ADONIAS.

ABSALON.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
En palacio, ambicioso, brevemente
Hoy con la vida, bárbaro, perdieras
El deseo atrevido é imprudente.

ADONÍAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
Con que te honró mi padre indignamente,
Yo hiciera que quedándose vacías,
De púrpura calzaran á Adonías.

ABSALON.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿Tú, muerto Amon del mal que le consume,
Subir al trono aspiras soberano,
Que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy, no sabes, tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalon presume,
A cuyos piés ha puesto la ventura
El valor, la riqueza y la hermosura?

ADONÍAS.

Si el reino israelita se heredara
Por el mas delicado, tierno y bello,
Aunque yo no soy monstruo en cuerpo y cara,
A tu yugo humillara el reino el cuello:
Cada tribu hechizado se enhilara
En el oro de Ofir de tu cabello,
Y convirtiendo hazañas en deleites,
Te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
A trenzas tu corona, y á un estrado
El solio de tu triste padre viejo,
Las armas á la holanda y el brocado:
Por escudo tomaras un espejo,
Y de tu misma vista enamorado,
En lugar de la espada, á quien me aplico,
Esgrimieras tal vez el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
Con que los ojos de Israel suspendes:
El cielo ha puesto renta en tu cabeza,
Pues tus madejas á las damas vendes:
Cada año, haciendo esquilmo tu belleza
Cuando aliviarla de tu pelo entiendes,
Repartiendo por tiendas su tesoro,
Le compran en doscientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura:
Déjame á mí á Israel, que haces agravio
A tu delicadeza, á tu blandura...

ABSALON.

Cierra, villano, el atrevido labio:
Que el reino se debia á la hermosura,
A pesar de tu envidia, dijo un sabio:
Señal que es noble el alma que está en ella;
Que el huésped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta,
No me quedo en la corte, dando al ocio
Lascivos daños, ni el valor me falta;
Que con mis hechos quilatar negocio.
Mi acero incircuncisa sangre esmalta:
La guerra, que jubila al sacerdocio,
En mis hazañas enseñar procura
Qué bien dice el valor con la hermosura.
Mas ¿para qué lo que que es tan cierto he puesto
En duda con razones? Haga alarde
La espada contra quien te has descompuesto:
Verás si por hermoso soy cobarde.

ADONÍAS.

Por adorno no mas te la habrás puesto:
No la saques, así el Amor te guarde;
Que te desmayarás, si la ves fuera.

ABSALON.

Si no saliera el Rey...

ADONÍAS.

Si no saliera...

ESCENA IV.

DAVID, SALOMON.—ABSALON, ADONIAS.

DAVID.

Bersabé, vuestra madre, me ha pedido
Por vos, mi Salomon: creced, sed hombre;
Que si amado de Dios, sois el querido,
Conforme significa vuestro nombre,
Yo espero en él que al trono real subido,
Futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMON.

Vendráme, gran señor, esa alabanza,
Por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes...

ABSALON.

Gran señor...

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONÍAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades.
Galas la mocedad al gusto vende,
Si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALON.

La caza, que del ocio nos defiende,
Nos convida á buscar las soledades:
Esta trazamos, y tras ella fiestas.—
¡Válgame Dios! ¿Qué voces son aquestas?

ESCENA V.

TAMAR, *llorando*.—DICHOS.

TAMAR.

Gran monarca de Israel,
Descendiente del leon,
Que para vengar injurias
Dió á Judá el viejo Jacob:
Si lágrimas, si suspiros,
Si mi compasiva voz,
Si delito y menosprecio
Te mueven á compasion,
Y cuando aquesto no baste
Ni el ser hija tuya yo,
A que castigues te incita
Al que tu sangre afrentó:
Por los ojos vierto el alma,
Luto traigo por mi honor,
Suspiros al cielo arrojo,
De inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
De ceniza; que un amor
Desatinado, si es fuego,
Solo deja en galardon
Cenizas que lleva el aire;
Mas aunque cenizas son,
No quitan la mancha de honra;
Sangre sí, que es buen jabon.
La mortal enfermedad
Del torpe príncipe Amon
Peste de mi honra ha sido,
Su contagio me pegó.
Que le guisase mandaste
Alguna cosa á sabor
De su villano apetito:
Ponzoña fuera mejor.
Sazonéle una sustancia;
Mas las sustancias no son
De provecho, si se oponen
Accidentes de pasion.
Estaba el hambre en el alma,
Y en mi desdicha guisó
Su desvergüenza mi agravio:
Sazonóle la ocasion;
Y sin advertir mis quejas,
Ni el proponerle que soy
Tu hija, Rey, y su hermana,
Su estado, su ley, su Dios,
Echando la gente fuera,
A puerta cerrada entró
En el templo de mi fama,
Y sagrado de mi honor.
Aborrecióme ofendida:
No me espanto; que al fin son
Enemigas declaradas
La esperanza y posesion.
Echóme injuriosamente
De su casa el violador,
Oprobios por gustos dando:
¡Paga, al fin, de tal señor!
Deshonrada, por sus calles
Tu corte mi llanto vió:
Sus piedras se compadecen,
Cubre sus rayos el sol
Entre nubes, por no ver
Caso tan fiero y atroz:
Todos te piden justicia,
¡Justicia, invicto señor!
Dirás que es Amon tu sangre,
El vicio la corrompió:
Sángrate della, si quieres
Dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
Semejanza tuya son
En el esfuerzo y virtudes:
No dejes por sucesor
Quien deshonrando á su hermana
Menosprecia tu opinion;
Pues mejor afrentará
Los que sus vasallos son.
Ea, sangre generosa
De Abraham, que su valor

Contra el inocente hijo
El cuchillo levantó:
Uno tuvo, muchos tienes;
Inocente fué, Amon no.
A Dios sirvió así Abraham;
Así servirás á Dios.
Véncete, Rey, á tí mismo:
La justicia á la pasion
Se anteponga, que es mas gloria
Que hacer piezas un leon.
Hermanos, pedid conmigo
Justicia. Bello Absalon,
Un padre nos ha engendrado,
Una madre nos parió.
A los demas no les cabe
De mi deshonra y baldon,
Sino sola la mitad:
Mis medios hermanos son.
Vos lo sois de padre y madre:
Entera satisfacion
Tomad, ó en eterna afrenta
Vivid sin fama desde hoy.
Padre, hermanos, israelitas,
Cielos, astros, luna, sol,
Brutos, peces, aves, fieras,
Elementos cuantos sois,
Justicia os pido á todos de un traidor,
De su ley y su hermana violador.

DAVID.

Alzad, mi Tamar, del suelo.—
Llamadme al príncipe Amon.
¿Esto es ¡cielos! tener hijos?
Mudo me deja el dolor:
Lágrimas serán palabras,
Que expliquen al corazon.
Rey me llama la justicia,
Padre me llama el amor,
Uno obliga y otro impele:
¿Cuál vencerá de los dos?

ABSALON.

Hermana... (¡nunca lo fueras!)
Da lugar á la razon:
Pues no se halla en la venganza
Medio que enmiende el error.
Amon es tu hermano y sangre;
A sí mismo se afrentó:
Puertas adentro se quede
Mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efrain,
Granjas tengo en Bálbasor,
Casas fuéron de placer,
Ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas;
Que mujer sin opinion,
No es bien que en la corte habite,
Muerta su reputacion.
Vamos á ver si los tiempos
Tan sabios médicos son,
Que con remedio de olvidos
Dén alivio á tu dolor.

TAMAR.

Bien dices: viva entre fieras
Quien entre hombres se perdió;
Que á estar con ellas, es cierto
Que no muriera mi honor. (*Vase.*)

ABSALON. (*Ap.*)

Incestüoso, tirano,
Presto cobrará Absalon,
Quitándote el reino y vida,
Debida satisfacion. (*Vase.*)

ADONÍAS.

A tan portentoso caso,
No hay palabras, no hay razon
Que aconsejen y consuelen.
Triste y confuso me voy. (*Vase.*)

SALOMON. (*Ap.*)

La Infanta es hermana mia,
Del Príncipe hermano soy,
La afrenta de Tamar siento,
Temo el peligro de Amon.
El Rey es santo y prudente,
El suceso causa horror:
Mas vale dar con el tiempo
Lugar á la admiracion. (*Vase.*)

ESCENA VI.

AMON. — DAVID.

AMON. (*Ap.*)

El Rey mi señor me llama:
¿Iré ante el Rey mi señor?
¿Su cara osaré mirar
Sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve
De aquellas canas; que son
Los pecados frias cenizas
Del fuego que encendió amor.
¡Qué brioso ántes del vicio,
Anda siempre el pecador!
Y en pecando ¡qué cobarde!

DAVID.

Príncipe...

AMON.

A tus piés estoy.

DAVID.

(*Ap.* No ha de poder la justicia
Aquí mas que la aficion.
— Soy padre. — Tambien soy rey. —
Es mi hijo. — Fué agresor.
Piedad sus ojos me piden,
La Infanta satisfacion.
Prenderéle en escarmiento
Deste insulto. Pero no.
Levántase de la cama:
De su pálido color
Sus temores conjeturo.
Pero ¡qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
Con tan necia remision?
Viva la justicia, y muera
El príncipe violador.)
Amon...

AMON.

Amoroso padre...

DAVID.

(*Ap.* El alma me traspasó.
¡Padre amoroso me llama!
Socorro pide á mi amor.
Pero muera.) ¿Cómo estáis?

AMON.

Piadoso padre, mejor.

ESCENA VII.

ABSALON, *que se queda al paño.* — DICHOS.

DAVID.

(*Ap.* En mirándole, es de cera
Mi enojo, deshecho al sol.
Adulterio y homicidio,
Siendo tal, me perdonó
El justo Juez, porque dije
Un pequé de corazon.
Venció en él á la justicia
La piedad; su imágen soy:
El castigo es mano izquierda,
Mano derecha el perdon,
Pues ser izquierdo es defecto.)
Mirad, Príncipe, por vos,
Cuidad de vuestro regalo.
(*Ap.* ¡Ay prenda del corazon!) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

AMON; ABSALON, *escondido.*

AMON.

¡Oh poderosas hazañas
Del Amor, único dios
Que hoy á David ha vencido,
Siendo rey y vencedor!
Que mirase por mí, dijo:
Tiernamente me avisó;
Que el castigo del prudente
Es la tácita objecion.
Temió darme pesadumbre:
Por entendido me doy.
Yo pagaré amor tan grande
Con no ofenderle desde hoy. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ABSALON.

¡Qué una razon no le dijo
En señal de sus enojos!
¡Ni un severo mirar de ojos!
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa; que yo elijo
La justa satisfacion;
Que á mi padre la pasion
De amor ciega: pues no ve,
Con su muerte cumpliré
Su justicia y mi ambicion.
No es bien que reine en el mundo,
Quien no reina en su apetito:
En mi dicha y su delito
Todo mi derecho fundo.
Hijo soy del Rey, segundo,
Ya por sus culpas primero:
Hablar á mi padre quiero,
Y del sueño despertarle
Con que ha podido hechizarle
Amor, siempre lisonjero.
(*Tira una cortina, y descubre un bufete, y sobre él una corona.*)
Allí está. Pero ¿qué es esto?
La corona en una fuente,
Con que ciñe la real frente
Mi padre grave y compuesto.
La mesa el plato me ha puesto,
Que há tanto que he deseado:
Debo de ser convidado.
Si es el reinar tan sabroso
Como afirma el ambicioso,
No es de perder tal bocado.
Amon no os ha de gozar,
Cerco en que mi gusto encierro;
Que sois de oro, y fué de hierro
El que deshonró á Tamar.
(*Toma la corona.*)
Mi cabeza quiero honrar
Con vuestro círculo bello;
Mas rehusaréis el hacello,
Pues aunque en ella os encumbre,
Temblaréis de que os deslumbre
El oro de mi cabello. (*Pónesela.*)
Bien está: vendréisme así
Nacida, y no digo mal,
Pues nací de sangre real,
Y vos naceis para mí.
¿Sabréos yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? Tambien.
¿Quién hay en Jerusalen
Que lo estorbe?— Amon.— Matalle.
—Mi padre querrá vengalle.
—Matar á mi padre...

ESCENA X.

DAVID. — ABSALON.

DAVID.

¿A quién?

ABSALON.

(*Ap.* ¡Ah cielos!) A quien no es
Vasallo de vuestra Alteza.
(*Arrodíllase.*)

DAVID.

Con corona en la cabeza,
No dices bien á mis piés.

ABSALON.

Pienso heredarte despues;
Que anda el Príncipe indispuesto.

DAVID.

Hástela puesto muy presto:
No serás sucesor suyo; (*Quítasela.*)
Que desa corona arguyo
Que como llega á valer
Un talento, ha menester
Mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿me quieres matar?

ABSALON.

¿Yo?

DAVID.

¿No acabas de decillo?

ABSALON.

Si llegaras bien á oillo,
Mi amor habias de premiar.
«Si es que llegara á reinar
(Dije) hoy en Jerusalen,
Mi enojo probara quien
Fama por traidor adquiere,
Y por ser tirano quiere
Matar á mi padre.»

DAVID.

Bien.
Pues ¿quién hay á quien le cuadre
Tal título?

ABSALON.

Pienso yo
Que el que á su hermana forzó,
Tambien matará á su padre.

DAVID.

Por ser los dos de una madre,
Contra Amon te has indignado;
Pues ten por averiguado
Que quien fuere su enemigo,
No ha de tener paz conmigo.

ABSALON.

Sin razon te has enojado.
Solo yo te hallo cruel.

DAVID.

¿Qué mucho, si tú lo estás
Con Amon?

ABSALON.

No le ama mas
Que yo nadie en Israel;
Antes, gran señor, con él
Y los príncipes, quisiera
Que vuestra Alteza viniera
Al esquilmo que ha empezado
En Bâlhasor mi ganado,
Y que esta merced me hiciera.
Tan léjos de desatino
Y venganzas necias vengo,
Que allí banquete prevengo
De tales personas dino.
Honre nuestro vellocino
Vuestra presencia, señor,
Y divierta allí el dolor
Que le causa este suceso:
Conocerá que intereso
En granjear solo su amor.

DAVID.

Tú fueras el fénix dél,
Si estas cosas olvidaras,
Y al Príncipe perdonaras,
No vil Cain, sino Abel.

ABSALON.

Si hiciere memoria dél,
Plegue á Dios, que me haga guerra
Cuanto el sol dorado encierra,
Y contra tí rebelado,
De mis cabellos colgado,
Muera entre el cielo y la tierra.

DAVID.

Si eso cumples, mi Absalon,
Mocedades te perdono:
Con los brazos te corono,
Que mejor corona son.

ABSALON.

En mis labios tus piés pon,
Y añade á tantas mercedes,
Porque satisfecho quedes,
Señor, el venir á honrar
Mi esquilmo, pues da lugar
La paz, y alegrarte puedes.

DAVID.

Harémoste mucho gasto:
No, hijo, guarda tu hacienda.
El reino pide que atienda
La vejez que en canas gasto.

ABSALON.

Pues á obligarte no basto
A esta merced, da licencia
Que supliendo tu presencia
Adonías, Salomon,
Hagan, yendo con Amon,
De mi amor noble experiencia.

DAVID.

¿Amon? Eso no, hijo mio.

ABSALON.

Si melancólico está,
Sus penas divertirá
El ganado, el campo, el rio.

DAVID.

Temo que algun desvarío
Dé nueva causa á mi llanto.

ABSALON.

De la poca fe me espanto
Que tiene mi amor contigo.

DAVID.

La experiencia en esto sigo;
Que cuando con el disfraz
Viene el agravio de paz,
Es el mayor enemigo.

ABSALON.

Antes el gusto y regalo
Que he de hacerle, ha de abonarme:
En esto pienso esmerarme.

DAVID.

Nunca recelar fué malo.

ABSALON.

¡Plegue al cielo que sea un palo
Alguacil que me suspenda,
Cuando yo al Príncipe ofenda!
No me alzaré de tus piés, (*De rodillas.*)
Padre, hasta que á Amon me dés.

DAVID.

Del alma es la mejor prenda;
Pero en fe de que me fio
De tí, yo te le concedo.

ABSALON.

Cierto ya de tu amor quedo.

DAVID. (*Ap.*)

¿De qué dudais, temor frio?

ABSALON.

Voyle á avisar.

DAVID.

Hijo mio,
En olvido agravios pon.

ABSALON.

No temas.

DAVID.

¡Ay mi Absalon!
Lo mucho que te amo pruebas.

ABSALON.

Adios.

DAVID.

Mira que me llevas
La mitad del corazon. (*Vanse.*)

—

Campo de Baalhasor, delante de la quinta de Absalon.

ESCENA XI.

TAMAR y TEUCA, *cubiertos los rostros, y algunos* PASTORES *cantando.*

PASTORES. (*Cantan.*)

Al esquilmo, ganaderos;
Que balan las ovejas y los corderos.
Ganaderos, á esquilar;
Que llama á los pastores el mayoral.

PASTOR 1.°

Dichosas serán desde hoy
Las reses que en el Jordan
Cristales líquidos beben,
Y en tomillos pacen sal.
Ya con vuestra hermosa vista
Yerba el prado brotará,
Por mas que la seque el sol,
Pues vos sus campos pisais.
¿De qué estáis tan dolorosa,
Hermosísima Tamar,
Pues con vuestros ojos bellos
Estos montes alegrais?
Si dicen que está la corte
Do quiera que el rey está,
Y vos sois reina en belleza,
La corte es esta, no hay mas.
Ea, Infanta, entreteneos,
Y esa hermosura mirad
En las aguas, que os ofrecen
Por espejo su cristal.

TAMAR.

Temo de mirarme en ellas.

PASTOR 1.°

Si es por no os enamorar
De vos misma, bien haceis:
Un ángel os trajo acá.
Pero asomáos con todo eso:
Veréis como os retratais
En la tabla deste rio,
Si en ella vos os mirais;
Y haréis un cuadro valiente,
Que porque le guarnezcais,
Las flores de oro y azul
De marco le servirán.
Honradla, miráos en ella.

TAMAR.

Aunque hermosa me llamais,
Tengo una mancha afrentosa:
Si la veo, he de llorar.

PASTOR 1.°

¿Mancha teneis? Aun por eso,
Que aquí los espejos que hay,
Si mancha muestran, la quitan,
Enseñando á la amistad.
Allá los espejos son
Solo para señalar
Faltas, que viéndose en vidrio,
Con ellas en rostro dan.
Acá son espejos de agua,
Que á los que á mirarse van,
Muestran la mancha, y la quitan
En llegándose á lavar.

TAMAR.

Si agua esta mancha quitara,
Harta agua mis ojos dan:
Solo á borrarla es bastante
La sangre de un desleal.

PASTOR 1.°

No ví en mi vida tal muda:
Miel virgen afeita acá;
Que ya hasta las caras venden
Postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR. (*Ap.*)

Pecados son.

PASTOR 1.°

Cubrirlas con soliman.

TAMAR.

No queda, pastor, por eso :
Toda yo soy rejalgar.

PASTOR 1.°

¿Es algun lunar acaso,
Que con la toca tapais?

TAMAR.

No se muda cual la luna.
(*Ap.* No es la deshonra lunar.)

PASTOR 1.°

Pues sea lo que se fuere,
Par diez hemos de cantar
Y aliviar la pesadumbre;
Que es locura lo demas.
Pero Teuca viene allí,
Y pienso que de cortar
Unas flores del jardin.

TAMAR.

Todo es tristeza y pesar.

ESCENA XII.

TEUCA, *con unas flores en un cestillo.* — DICHOS.

PASTOR 1.°

Teuca, aunque tú te descubras,
Segura puedes estar
De que el sol no ha de abrasarte :
Bien te conoce de allá.

TEUCA.

Todas estas flores bellas
A la primavera he hurtado;
Que pues de amor sois traslado,
Competir podeis con ellas.
Lleno viene este cestillo
De las mas frescas y hermosas
Yerbas, jazmines y rosas,
Desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
La estrella-mar turquesada
Con la violeta morada,
Que amor, porque fué, la pisa.
Tomad los que son despojos
Del campo, y juntad con ellos
Labios, aliento y cabellos,
Pecho, frente, cejas y ojos.
(*Dale un ramillete.*)

TAMAR.

Todas las que abril esmalta,
Pierden en mí su color,
Amiga, porque la flor
Que mas me importa, me falta.

TEUCA.

¡Qué presto te has de vengar!

TAMAR.

Ese es todo mi consuelo,
Y si no, trágueme el suelo.

TEUCA.

Bien te puedes consolar.

PASTOR 1.°

Alegráos. ¿En qué pensais?

TAMAR.

Me parece que han venido
Los príncipes, que han querido
Honrarnos hoy.

PASTOR 1.°

¿Qué aguardais?
Miéntras el convite pasa,
Al soto apacible vamos,
Y de flores, yerba y ramos
Entapicemos la casa.

PASTOR 2.°

Tiene Cardenio razon :
Démonos priesa, pastores;
Pero ¿qué ramos y flores
Hay como ver á Absalon?
(*Vanse los pastores.*)

TAMAR.

Teuca, vámonos de aquí.

TEUCA.

¿Para qué? Bien disfrazada
Estás.

TAMAR.

Di mal injuriada...:
¡No puedo caber en mí!

ESCENA XIII.

ABSALON, ADONIAS, SALOMON, AQUITOFEL Y JONADAB, *de caza.* —TAMAR, TEUCA.

AMON.

Bello está el campo.

ABSALON.

Es el mayo
El mes galan, todo es flor.

JONADAB.

A lo ménos, labrador,
Segun agirona el sayo.

AMON.

Oye, que hay aquí serranas.

JONADAB.

Y no de mal talle y brio.

ABSALON.

De mi hacienda son, y os fío
Qué envidien las cortesanas
El aseo y hermosura.

AMON.

Bien haya quien la belleza
Debe á la naturaleza,
No al afeite y compostura.

ABSALON.

Esta es mujer tan curiosa,
Que de lo futuro avisa;
Tiénenla por pitonisa
Estos rústicos.

SALOMON.

¿Y es cosa
De importancia?

AMON.

Desta gente
Hacer caso es vanidad :
Tal vez dirá una verdad,
Y despues mil veces miente.
Mas ¿por qué están embozadas?

ABSALON.

Es una hermosa pastora
La una, que injurias llora,
Y la imitan las criadas.

JONADAB.

Ella tiene buena flema.

AMON.

¿No la verémos?

ABSALON.

No quiere,
Miéntras sin honra estuviere,
Descubrirse.

JONADAB.

¡Linda tema!

AMON.

Ahora bien, con vos me entiendo.—
Llegáos, mi serrana, acá.

TEUCA.

Su Alteza pretenderá,
Y despues iráse huyendo.

AMON.

Bien pareceis adivina.
Llena de flores venis :
¿Por qué no las repartís,
Si el ser cortés os inclina?

TEUCA.

Estos prados son teatro
Que representa á Amaltea;
Mas porque queja no sea,
A cada cual de los cuatro
Tengo de dar una flor.

AMON.

Y esotra serrana en duda
Tal, ¿cómo no habla?

TEUCA.

Está en muda.

AMON.

¿Mudas hay acá?

TEUCA.

De honor.

AMON.

¿Hay honor entre villanas?

TEUCA.

¡Y cómo! Mas firme está;
Que no hay príncipes acá,
Ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos desto,
Y va de flor.

AMON.

¿Cuál me cabe?

TEUCA.

Esta azucena süave.
(*Dale una azucena y una espadaña.*)

AMON.

Eso es tratarme de honesto.

TEUCA.

Yo sé que oleria os agrada;
Pero no la deshojeis;
Que la espadaña que veis,
Tiene la forma de espada :
Y aquesos granillos de oro,
Aunque á la vista recrean,
Manchan si los manosean,
Porque estriba su tesoro
En ser intactos : dejáos,
Amon, de deshojar flor
Con espadañas de honor;
Y si la ofendeis, guardáos.

AMON.

Yo estimo vuestro consejo.
(*Ap.* Demonio es esta mujer.)

SALOMON.

¿Qué te ha dicho?

AMON.

No hay que hacer
Caso : por loca la dejo.

ADONÍAS.

¿Qué flor me cabe á mí?

TEUCA.

Extraña :
Espuela es de caballero.

ADONÍAS.

Bien por el nombre la quiero.

TEUCA.

A veces la espuela daña :

ADONÍAS.

Diestro soy.

TEUCA.

Sí, lo sois harto;
Pero guardáos, si os agrada,

De una doncella casada :
No os perdais por picar alto.

ADONÍAS.

No os entiendo.

ABSALON.

Yo me quedo
Postrero : id, hermano, vos.

SALOMON.

(*Ap.* Confusos quedan los dos.)
Si acaso obligaros puedo,
Mas conmigo os declarad.

TEUCA.

Esta es corona de rey,
Flor de vista, olor y ley :
Sus propriedades gozad;
Que aunque rey, seréis espejo
Y el mejor de los mejores,
Temo que os perdais por flores
De amor, si sois mozo viejo.

AMON.

¿Buena flor?

SALOMON.

Con su pimienta.

ABSALON.

¿ Cuál me cabe á mí ?

TEUCA.

El Narciso.

ABSALON.

Ese á sí mismo se quiso.

TEUCA.

Pues tened, Absalon, cuenta
Con él, y no os querais tanto,
Que de puro engrandeceros,
Estimaros y quereros,
De Israel seais espanto.
Vuestra hermosura enloquece
A toda vuestra nacion :
Narciso sois, Absalon,
Que tambien os desvanece.
Cortáos esos hilos bellos ;
Que si los dejais crecer,
Os habeis presto de ver
En alto por los cabellos.

ABSALON.

Teuca, advierte que si en alto
Por los cabellos me veo,
Yo premiaré tu deseo,
Y á Israel daré un asalto.

AMON.

Confusos hemos quedado.

JONADAB.

Príncipes, alto, á comer.

ABSALON. (*Ap.*)

Sobre el trono me he de ver,
De mi padre, coronado.
Muera en el convite Amon,
Quede vengada Tamar,
Dé la corona lugar
A que la herede Absalon.

ESCENA XIV.

UN PASTOR. — DICHOS.

PASTOR.

La comida, que se enfria,
A vuestras Altezas llama.

AMON.

De aquesta serrana dama,
Ver la cara gustaria ;
Que me tiene en confusion.

ADONÍAS.

No nos hagas esperar.

JONADAB.

Yo no me quiero quedar,
Que como con Absalon.
(*Vanse todos, ménos Amon y Tamar.*)

ESCENA XV.

AMON, TAMAR.

AMON.

Yo, serrana, estoy picado
Desos ojos lisonjeros,
Que deben de ser fulleros,
Pues el alma me han ganado.
¿Quereisme vos despicar?

TAMAR.

Os cansará el juego presto,
Y en ganando el primer resto,
Luego os querréis levantar.

AMON.

¡ Buenas manos!

TAMAR.

De pastora.

AMON.

Dadme una.

TAMAR.

Será en vano
Dar mano á quien da de mano,
Y ya aborrece, y ya adora.

AMON.

Llegaréla yo á tomar,
Pues su hermosura me esfuerza.

TAMAR.

¿A tomar? ¿cómo?

AMON.

Por fuerza.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

Basta ; que aquí todas dais
En adivinas.

TAMAR.

Queremos
Estudiar cómo sabrémos
Burlaros, pues que burlais.

AMON.

¿ Flores traeis vos tambien ?

TAMAR.

Cada cual, humilde y alta,
Busca aquello que le falta.

AMON.

Serrana, yo os quiero bien :
Dadme una flor.

TAMAR.

¡ Buen floreo
Os traeis! Creed, señor,
Que hasta perder yo una flor,
No sintiera el mal que veo.

AMON.

Una flor he de tomar.

TAMAR.

Flor de Tamar, diréis bien.

AMON.

Forzaréos, dadla por bien.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar !

AMON.

Destapáos.

TAMAR.

No puede ser.

AMON.

Ya te digo que he de verte.

TAMAR.

Aparta.

AMON.

Pues desta suerte
Lo has de hacer. (*Descúbrela.*)
Vete, mujer.
¡Ay cielos ! ¡ Monstruo ! ¿ tú eres?
¿Quién los ojos se sacara,
Primero que te mirara,
Afrenta de las mujeres?
Voyme, y pienso que sin vida;
Que tu vista me mató.
No esperaba ¡ cielos ! yo
Tal principio de comida. (*Vase.*)

TAMAR.

Peor postre te han de dar,
Bárbaro, cruel, ingrato,
Pues será el último plato
La venganza de Tamar.
Amon, ya ha llegado el dia
En que tu muerte has de ver;
Que agraviada una mujer...

ESCENA XVI.

SALOMON, ABSALON, AMON. — TAMAR.

SALOMON. (*Dentro.*)

¿Hay tan grande alevosía?

ABSALON. (*Dentro.*)

La comida has de pagar,
Dándote muerte, villano.

AMON. (*Dentro.*)

¿ Por qué me matas, hermano?

ABSALON. (*Dentro.*)

Por dar venganza á Tamar.

—

ESCENA XVII.

Descúbrese una mesa con un aparador de plata, y los manteles revueltos; AMON *echado sobre ella con una servilleta, ensangrentado.* — ABSALON, TAMAR.

ABSALON.

Para tí, hermana, se ha hecho
El convite : aqueste plato,
Aunque de manjar ingrato,
Nuestro agravio ha satisfecho:
Hágate muy buen provecho.
Bebe su sangre, Tamar,
Procura en ella lavar
Tu fama, hasta aquí manchada.
Caliente está, tú vengada,
Fácil la puedes sacar.
A Gesur huyendo voy,
Que es su rey mi abuelo, y padre
De nuestra injuriada madre.

TAMAR.

Gracias á los cielos doy,
Que no lloraré desde hoy
Mi agravio, Absalon valiente.
Ya podré mirar la gente,
Resucitando mi honor;
Que la sangre del traidor
Es blason del inocente.
Quédate, bárbaro, ingrato,
Que en buen túmulo te han puesto :
Sepulcro del deshonesto
Es la mesa, taza y plato.

ABSALON.

Heredar el reino trato.

TAMAR.

Guíente los cielos bellos.

ABSALON.

Amigos tengo, y por ellos,
Como dijo Teuca ayer,
Todo Israel me ha de ver
En alto por los cabellos.
(*Vanse, y cúbrese la apariencia.*)

—

Estancia del Rey en su palacio.

ESCENA XVIII.

DAVID.

¡Amon, príncipe, hijo mio!
¿Eres tú? Pide al deseo
Albricias, que los instantes
Juzgo por siglos eternos.
Amon mio, ¿dónde estás?
Deshaga al temor los hielos
El sol de tu cara hermosa,
Recobre su vista un ciego.
¿Si se habrá Absalon vengado?
¿Si habrá sido, como temo,
Ingrato Absalon conmigo?
Pero no, que el juramento
Ha de cumplir, yo lo fío,
Y es su hermano por lo ménos.
¡Oh! ¿qué hago de discurrir?
La sangre hierve sin fuego.
Mas ¡ay! que es sangre heredada,
Y Amon culpado en efecto.
Absalon ¿no me juró
No agraviarle? ¿De qué temo?
Pero el amor y el agravio
Nunca guardan juramento.
La esperanza y el temor
En este confuso pleito
Alegan en pro y en contra;
Sentenciad en favor, cielos.
Caballos se oyen. ¿Si son
Mis amados hijos estos?
Alma, asomáos á los ojos:
Ojos, abríos para verlos:
Grillos, echad el temor
A los piés, cuando el deseo
Se arroja por las ventanas.
¡Hijos!...

ESCENA XIX.

ADONIAS, SALOMON. — DAVID.

ADONÍAS.

¡Señor!..

DAVID.

¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos
Amon y Absalon? ¿Qué es esto?
¿Cómo no me respondeis?
¡Callais! Siempre fué el silencio
Embajador de desgracias.
¡Llorais! Hartos mensajeros
Mis sospechas certifican:
No eran vanos mis recelos.
¿Mató Absalon á su hermano?

SALOMON.

Sí, señor.

DAVID.

¡Pierda el consuelo
La esperanza de volver
Al alma, pues á Amon pierdo!
Tome eterna posesion
El llanto, porque sea eterno,
De mis infelices ojos,
Hasta que los deje ciegos.
Lástimas hable mi lengua;
No escuchen sino lamentos
Mis oidos lastimosos.
¡Ay, mi Amon! Ay, mi heredero!
Búsquese luego á Absalon,
Marchen ejércitos luego
A buscarle.

ADONÍAS.

Señor, mira...

DAVID.

No hay que aconsejarme en esto.
¡Ay, Amon del alma mia!
Tú y Absalon me habeis muerto.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

JOAB, SEMEI, JONADAB.

JOAB.

¿Y dónde está esa mujer?

SEMEÍ.

Jonadab, que es quien por ella
Fué á Bâlhasor, dirá adonde.

JONADAB.

Esperando está aquí fuera,
Ya en el traje israelita
Disfrazada y encubierta;
Si bien pudiera excusarlo,
Porque la naturaleza
Por lo muerto de lo rubio,
La dió un luto de bayeta.

JOAB.

Y en fin, ¿teneis, Semeí,
Satisfaccion de que sepa
Hablar con el Rey?

SEMEÍ.

No hay
Mujer de mas alta ciencia
Ni de mas sutil ingenio
En el orbe.

JOAB.

¿De qué tierra
Es, y qué nombre es el suyo?

SEMEÍ.

Por patria y por nombre es Teuca.

JOAB.

¿Es la fitonisa?

SEMEÍ.

Sí,
Que la he tenido encubierta,
Hasta ver el vaticinio
De los dos qué efecto tenga.

JOAB.

Que ha de ser de un testamento
Cláusula la muerte nuestra,
Dijo á los dos, yo arrojando
Lanzas, vos tirando piedras.
Pero esto ahora no es del caso,
Ni yo temo que suceda.
Decidme, ¿está ya advertida
De lo que hoy hacer desea
Mi lealtad por Absalon?

SEMEÍ.

Sí, y ántes que entre á la audiencia,
Os suplico me digais
Qué pretension es la vuestra.

JOAB.

Desde aquel infeliz dia
Que, convertido en tragedia,
La real púrpura de Amon
Manchó de Absalon la mesa,
Absalon se fué á Gesur,
Haciendo del reino ausencia,
Por ser la provincia donde
Tolomey, su abuelo, reina.
Si se fué Tamar con él,
No sé; que nadie habla della
En Israel desde el dia
Que se quejó de la fuerza
A David, y á Bâlhasor
La envió Absalon: de manera,
Que ella en poder de su hermano
Estará; y cuanto yo quiera
Decir desde aquí, ha de ser
Conjetura y no certeza.
Yo viendo pues sospechosa
Con Absalon mi obediencia,
Por sanear la malicia
Y desvelar la sospecha,
Su venida he pretendido;
Sin que mi privanza pueda
En la clemencia del Rey,
Con ser tanta su clemencia,
Hallar entrada al perdon;
Que le han cerrado las puertas,
En David los sentimientos,
Y en todo el reino las quejas.
Y en fin, viendo que no es medio
Una pena de otra pena,
Ya del ruego despedido,
Me valgo de la cautela,
Buscando una mujer sabia.
Pues vos me dijisteis della,
Y ella está informada ya
De lo que mi pecho intenta,
Haced que entre á hablar al Rey,
Pues no tendrá riesgo el verla;
Que en las audiencias las viudas
Siempre hablan al Rey cubiertas;
Que yo la quiero asistir,
Hablando en la causa mesma
De Absalon al propio instante,
Haciendo así la deshecha,
Por divertir sus discursos.

SEMEÍ.

El sale ya.

JOAB.

No nos vea
Hablando.

SEMEÍ.

En todo obedezco.
Tú, Jonadab, considera
Que en habiendo hablado al Rey
Aquesta mujer, con ella
Has de volverte á Efrain:
Y que tiene, es bien que sepas
Un espíritu en el pecho.
Si acaso llegas á verla
Furiosa, no hay que temer;
Que un demonio la atormenta.

JONADAB.

Sí, hay que temer, y muy mucho
Aun por esa razon mesma.

SEMEÍ.

Calla, mira que el Rey sale.

ESCENA II.

DAVID, AQUITOFEL, ACOMPAÑAMIENTO. —JOAB, SEMEI, JONADAB.

AQUITOFEL.

Mi pretension es aquesta.

DAVID.

Ya la merced de la plaza
De mi consejo de guerra
Os he hecho.

AQUITOFEL.

No es, señor,
Lo que mi pecho desea.

DAVID.

Por eso mismo os la he dado,
Y porque desta manera
Advirtais la obligacion
Que tienen los que aconsejan.
¿Joab de audiencia en la sala?

JOAB.

Sí, señor, que soy en ella
El primero pretendiente.

DAVID.

¿Tú? ¿Qué pretendes?

JOAB.

Que tenga

Fin de Absalon el enojo.
Dos años há...

DAVID.

Tente, espera.
No me hables de Absalon.

JOAB.

Advierte...

DAVID.

Nada me adviertas.
Mirad si hay quien quiera hablarme.

SEMEÍ.

De negro luto cubierta,
Una mujer solicita,
Señor, que la dés audiencia.

DAVID.

Entre pues.

JOAB. (*Ap.*)

¡Quieran los cielos
Bien esta industria suceda!

JONADAB. (*Ap.*)

A esta negra endemoniada,
¿No le bastaba ser negra?

ESCENA III.

TEUCA, *vestida de luto y echado el manto.* — DICHOS.

TEUCA.

Señor, yo soy una pobre
Viuda, que á las plantas vuestras
Solicito hallar amparo
Contra una grande violencia
Que me hacen vuestros jueces;
Porque aunque razones tengan
En la justicia fundadas,
Tal vez debe la prudencia
Moderar á la justicia;
Pues no es dudable que sea
Tiranía que la ley
A lo que puede se extienda.

JONADAB. (*Ap.*)

Qué fuera de ver que ahora
La diera la pataleta!

DAVID.

Levantad, decid.

TEUCA.

Yo tuve
Dos hijos, señor, que eran,
Difunto ya mi marido,
El consuelo de mis penas.
Estos en el campo un dia
Tuvieron una pendencia
Entre sí... ¡De los primeros
Hermanos amarga herencia!
No hubo quien los esparciese:
De suerte, que con la fiera
Cólera, mató uno al otro.
¡Ah, bárbara pasion ciega
De la ira, que irritada,
Ni aun de su sangre se acuerda!
Vino á casa el fratricida,
Pidiéndome que le diera
Con que ausentarse, porqué
La justicia no le prenda.
Yo viendo ya un hijo muerto,
Siendo á un tiempo en mis tristezas
La parte para llorarlas
Y la parte contra ellas,
Traté de ocultar al vivo,
Porque entrambos no perezcan.
Los jueces pues de Israel,
Haciendo mil diligencias
Buscándole, han pronunciado
Contra mí aquesta sentencia:
Que entregue á mi hijo, ó que yo
Porque le he ocultado, muera.
¡Mirad, señor, si es justicia
Que llegue á entregar yo mesma
Un hijo solo, en quien hoy
Las cenizas se conservan
De su padre! que aunque he sido
La interesada en la ofensa,
Mas lo soy en el reparo
De su vida, porque fuera,
Perdido uno, entregar otro,
Doblar al dolor las fuerzas.
Piedad, gran señor, os pido.

DAVID.

No llores, mujer, no temas;
Que no mereces morir,
Porque á tu hijo defiendas;
Antes es justa piedad
La tuya; y mas yerro hicieras,
Si muerto el uno, acusaras
Al otro; pues cosa es cierta
Que hace mas el que perdona
Su dolor, que el que se venga.

TEUCA.

¿Eso dices?

DAVID.

Esto digo,
Y una y mil veces mi lengua
Repetirá que es piedad
Guardarle.

TEUCA.

Luego con esa
Razon convencido estás...

DAVID.

¿De qué?

TEUCA.

De la ira que muestras
Hoy contra Absalon, tu hijo;
Pues opuesto á tu sentencia,
Muerto uno y ausente otro,
Quieres que entrambos se pierdan.
Vuelva Absalon á tu gracia,
O verá Israel que yerras
En no hacerlo, pues no obras
Lo mismo que tú sentencias.

DAVID.

Espera, mujer, aguarda,
No porque castigar quiera
Tu engaño, mas por saber
Si es Joab quien te aconseja
Que intentes aqueste juicio.
Dilo, y mira no me mientas.

TEUCA.

Sí, señor.

DAVID.

Pues vete en paz,
Que yo haré lo que convenga.

SEMEÍ. (*Ap. á Aquitofel.*)

Esta vez de su privanza
Cae Joab.

AQUITOFEL.

El cielo quiera.

SEMEÍ.

Ven con ella.

JONADAB.

Si va el diablo,
¿Para qué he de ir yo con ella?
(*Vanse Teuca, Jonadab y Semei.*)

ESCENA IV.

DAVID, JOAB, AQUITOFEL; *despues,* GENTE.

DAVID.

Joab.

JOAB.

¿Yo?

DAVID.

No os turbeis. Haced
Que Absalon á verme vuelva;
Que no es justo pronunciar
Yo una cosa por bien hecha,
Y hacer otra. Ya lo dije,
Y ya conozco que es fuerza
Que, un hijo muerto, otro vivo,
Llore uno y otro defienda;
Que si el uno se perdió,
Nada el enojo remedia,
Y es justo amparar al otro,
Porque entrambos no se pierdan.

JOAB.

Dame mil veces tus plantas.

AQUITOFEL.

Pues ya, con esta licencia,
Presto Absalon vendrá á verte.

DAVID.

¿Dónde está?

AQUITOFEL.

En tu gran clemencia
Fiado, pienso que en Hebron
Su persona está muy buena.

DAVID.

(*Ap.* No es tan malo que lo esté,
Como lo es que tú lo sepas.)
Ve por él, venga al instante.
(*Vase Aquitofel.*)

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva el gran rey de Judea!

DAVID.

¿Qué ruido es este, y qué voces?

JOAB.

Toda la ciudad, que llena
De regocijos está,
Como ha corrido la nueva
Ya del perdon de Absalon.

DAVID.

¡Como se ve en tus diversas
Opiniones, vulgo, que eres
Monstruo de muchas cabezas,
Pues lo que ayer acusabas
Contra Absalon, hoy apruebas!

ESCENA V.

CUSAY.—DAVID, JOAB.

CUSAY.

Señor, un pobre soldado
Soy, tan hijo de la guerra,
Que en ella nací, y espero
Morir sirviéndôs en ella.
De vuestro consejo aspiro
A ser: la larga experiencia
De las lides y los años
A esta pretension me alienta.
Una plaza hay vaca...

DAVID.

Ya
A Aquitofel la di, en muestra
De que quisiera obligarle...
(*Ap.* Por el temor que en mí engendra.)
Pero yo en otra ocasion
Premiaré las canas vuestras.

CUSAY.

¿A Aquitofel la habeis dado?
¡Plegue á Dios que no suceda
Que él premiado, y yo quejoso,
Yo os sirva, y él os ofenda!

ESCENA VI.

ADONIAS, SALOMON.—DICHOS.

ADONÍAS.

La merced que hoy á Absalon
Has hecho, es bien que agradezca
Nuestra amistad.

SALOMON.

Y por él
La mano mi amor te besa.

DAVID.

El tiempo que con la sorda
Lima de las horas llega
A gastar nuestros afectos,
Sin que su ruido se sienta,
Mi sentimiento ha gastado;
Y si una verdad confiesa
El alma, ya Absalon tarda
De llegar á mi presencia.

JOAB.

No mucho, porque parece
Que esperando la respuesta
Estaba.

(*Tocan chirimías dentro.*)

SALOMON.

Ya por palacio
Muy acompañado entra.

ESCENA VII.

ABSALON, AQUITOFEL, ACOMPAÑAMIENTO DE ABSALON. — DICHOS.

ABSALON.

¡Feliz mil veces el dia
Que tras de tantas tormentas
Mi derrotada fortuna
Al sagrado puerto llega,
Señor, de tus reales plantas!

DAVID.

Alza, Absalon, de la tierra:
Llega, Absalon, á mis brazos,
Cuyo cariño sucedan
Hoy Salomon y Adonías.

SALOMON.

Con bien, bello Absalon, vengas.

ADONÍAS.

El cielo aumente tu vida.

ABSALON.

El guarde, hermanos, la vuestra.

DAVID.

Por Tamar no te pregunto,
Por no despertar en esta
Ocasion algun rencor:
Y pues que con tales muestras
Habeis visto que le admito,
Salíos todos allá fuera;
Que entre hijo y padre el perdon
Público es justo que sea;
Pero no entre padre y hijo
Del perdon las advertencias.
Dejadnos solos.

(*Vanse todos, ménos el Rey y Absalon.*)

ESCENA VIII.

DAVID, ABSALON.

DAVID.

No dudo,
Absalon, que ahora piensas
Entre ti que espero darte
Quejas de tu inobediencia,
Por quedar aquí contigo
A solas; pues no lo entiendas,
Porque no perdona bien
El que, perdonando, deja
Nada al temor que decir,
Ni que hacer á la vergüenza.
Y para que mires cuánto
Al contrario es lo que intenta
Mi amor, es darte, Absalon,
Satisfacciones, no quejas,
Del tiempo que en perdonarte
Tardé, Absalon. La primera,
Es que es muy cierto que yo
Lo deseé con todas véras
Mas que tú. ¡Oh cuántas veces
Maldije mi resistencia!
Forzosa fué, Absalon mio,
No porque en mí no cupiera
Valor para perdonarte
Mayores inobediencias,
Sino porque temo mas
Las por hacer que las hechas,
Segun las cosas que todos
De tu condicion me cuentan.
No te quiero referir
Las malicias, las sospechas,
Los escrúpulos, las dudas
Que han llegado á mis orejas,
Por no obligarme á decirlas;
Solo te advierto que sepas
Que yo vivo, que yo reino,
Que la sagrada diadema
Está en mis sienes muy firme,
Aunque oprime mas que pesa,
Y que sabré... Mas no es dia
Hoy de hablar desta manera.
Nada temo, nada dudo
De tu amor y tu obediencia.
Seamos, Absalon, amigos[1]:
Con amorosas contiendas,
Con lágrimas te lo pido[2];
Y si no fuera indecencia
Desta púrpura, estas canas,
Hoy á tus plantas me vieras
Humildemente postrado,
Pidiéndote, puesto á ellas,
Pues te quiero como padre,
Que como hijo me obedezcas;
Y porque veas cuán poco
Dudando voy tus finezas,
No quiero que me respondas,
Porque no pienses ni creas
Que yo he podido dudar
Cuál ha de ser tu respuesta. (*Vase.*)

ABSALON.

¡Qué caduco está mi padre,
Pues cuando sé yo que intenta
Dar el reino á Salomon,
Quiere que yo me enternezca
De sus lágrimas! Pero ántes...

ESCENA IX.

AQUITOFEL. — ABSALON.

AQUITOFEL.

Esperando á que se fuera
El Rey estuve. ¿Qué ha habido
Con él?

ABSALON.

Mil impertinencias.
¿Hay cosa como decirme
Que el perdonarme agradezca?
¿No perdonó á Amon? ¿No es mas
Delito hacer una afrenta
Que vengarla?

AQUITOFEL.

Sí por cierto.
Y tú, si lo consideras,
Tienes la culpa.

ABSALON.

¿De qué?

AQUITOFEL.

De que él piense que te deja
Con esa accion obligado.
¿Mucho mejor no te fuera
Haber entrado por armas,
Haciendo del ruego fuerza?
¿No están diversas provincias
Ya convocadas? ¿No esperan
Para declararse, solo
Que se toque la trompeta
De tu ejército en Hebron?
¿Pues para qué ha sido esta
Ceremonia? ¿No sería
Accion mas prudente y cuerda,
Primero que te perdone,
Obligarle á que te tema?

ABSALON.

Verdad es que yo carteado
Estoy con gentes diversas,
Que en diciendo que me sigan,
Veré en la campaña puestas;
Pero con todo, he querido
Reconciliarme con esta
Fingida amistad, porqué
Hace mas segura guerra
Un enemigo de casa
Solo, que muchos de fuera.
Demas de que yo aun no tengo
Bastante gente que pueda
Seguirle, y aquí pretendo
Granjearla con mi asistencia.

AQUITOFEL.

¿De qué suerte?

ABSALON.

Desta suerte.
Ya sabes que las audiencias
De Israel, siempre se hicieron
De la ciudad á las puertas.
Saldréme al campo, y en viendo
Que un pretendiente se queja,
Ya de mala provision,
Ya de contraria sentencia,
Le llamaré y le diré
Que como á mí me obedezca,
Le haré justicia. Con esto,
Los malcontentos es fuerza
Que me sigan y me aclamen.

AQUITOFEL.

Dices bien, si consideras
A la justicia una y sola:
Dos no se ve que la tengan;
Y así, de cualquiera causa
Haber un quejoso es fuerza
Por lo ménos.

ABSALON.

Pues en tanto
Que yo haga estas diligencias
Parte tú, y avisa á todos
Que á la deshilada vengan
Para juntarse en Hebron.
Tamar está allí encubierta
Con la gente de Gesur:
Yo la escribiré que venga
Acercándose, y verás
Enarbolar mis banderas
En Jerusalen, y que
A sangre y fuego hago guerra
A mi padre y mis hermanos,
Coronando mi cabeza
De sus laureles.

AQUITOFEL.

Sí harás,
Si á los malcontentos llevas
Tras tí, porque como todos
De sí que merecen piensan,
Son pocos los que agradecen,
Y muchos los que se quejan. (*Vanse.*)

—

Campo de Hebron.

ESCENA X.

JONADAB, TEUCA.

JONADAB. (*Ap.*)

Bien alabarme puedo
De haber tenido á ratos lindo miedo;
Pero como el de ahora
Yendo con esta antípoda de aurora,
Jamas le he de tener ni le he tenido.

[1] [2] Aquí forzosamente hay que recordar el famoso verso de Corneille, en el acto v, escena III de *Cinna*.

Soyons amis, Cinna; c'est moi qui t'en convie.

TEUCA.

¿En qué vas, Jonadab, tan divertido?

JONADAB.

¿Yo divertido? En nada...
(*Ap.* Pues es ir con el diablo á camarada.)

TEUCA.

¡Mas causa no tuviera
Yo para caminar con saña fiera,
Triste, confusa y loca,
Por una duda que en el alma toca!

JONADAB. (*Ap.*)

Consigo viene hablando.
¿Mas que se va el demonio endemoniando?

TEUCA.

Si el espíritu grande que ha cabido
En mí, espíritu de odio y de ira ha sido,
De rencor y discordia,
¿Cómo viene de hacer esta concordia
De Absalon y David?

JONADAB. (*Ap.*)

Entre sí habla.
El diablo me parece que se endiabla.

TEUCA.

¿Yo instrumento de hacer dos amistades?
¿Yo unir dos tan discordes voluntades?
Mas sí, que ya vendrán á iras atroces.

ESCENA XI.

TAMAR, CRIADOS. — TEUCA, JONADAB.

TAMAR.

¿Quién aquí da tan temerosas voces?
Mas ¿no eres Jonadab?

JONADAB.

Fuilo algun dia;
Mas ya no soy, señora, quien solia.

TAMAR.

¿Tú no fuiste el tercero
De aquella afrenta que vengar espero,
Como ya en mi enemigo,
Hoy en toda Israel, siendo testigo
La gran Jerusalen de mis hazañas?

JONADAB.

Yo fuí criado, usé de mis marañas;
Pero ya un santo soy.

TAMAR.

¿De dónde vienes
Por aquí, que das voces? Di, ¿qué tienes?

JONADAB.

Yo aqueste negro dia,
Con esta negra compañera mia,
Aqueste negro monte atravesaba...
Cuál fué el negro camino que llevaba,
Ella te lo dirá.

TAMAR. (*Ap.*)

Este criado,
Pues vino á mi poder...

JONADAB. (*Ap.*)

¡Ay desdichado!

TAMAR.

(*Ap.* Prenderé.) Teuca.

TEUCA.

¡Oh Tamar divina!

TAMAR.

¿De dónde por aquí tu pié camina?

TEUCA.

De hablar vengo á David en su Consejo.
Hechas las paces dél y Absalon dejo.

TAMAR. (*Ap. á Teuca.*)

Mucho gusto me has dado
En decir que quedó reconciliado
Mi hermano con el Rey, porque no dudo
Que esta fingida paz, disponer pudo
Sus intentos mejor y mis intentos,
Que han de ser escarmientos,
Segun nuestra esperanza,
De su hermosa ambicion y mi venganza.
Sus órdenes espero
En el Hebron, ceñido el blanco acero,
La gente de Gesur capitaneando,
Con los tribus que ya se van juntando;
Aunque la fama diga
Que mi pasada ofensa á esto me obliga.
—Y pues ya ese criado (*A los suyos.*)
A saber mis designios ha llegado,
Porque no pueda dar ningunas señas,
De lo alto le arrojad de aquellas peñas:
Atadle atras las manos.

JONADAB.

¡Suerte dura!

ESCENA XII.

GENTE Y SOLDADOS, *dentro.* — DICHOS.

GENTE. (*Dentro.*)

Al valle.

GENTE. (*Dentro.*)

Al monte.

SOLDADOS. (*Dentro.*)

A la espesura.

TAMAR.

Tenéos, esperad. ¿Qué crudo acento
En cuatro partes despedaza el viento?

JONADAB.

Yo iré á saber lo que es.

TEUCA.

Aquella cumbre
Corona una confusa muchedumbre,
Y aquel bosque guarnece
Otro escuadron, y por allí parece
Que el monte gente aborta,
Y otra tropa el camino despues corta.

TAMAR.

Si gente aquesta fuera
De guerra, sordamente no viniera
Marchando. Pues así llegar previene
Donde estoy, á prenderme (¡ay de mí!);
Pero mi vida venderé primero, viene.
Bien recateada á golpes del acero;
Que no me dan temores gentes tantas.

ESCENA XIII.

AQUITOFEL, *con una carta*; GENTE, SOLDADOS. — TAMAR, TEUCA, JONADAB, CRIADOS.

AQUITOFEL.

Todos alto aquí haced. Dame tus plantas.

TAMAR.

¡Aquitofel amigo!

AQUITOFEL.

Humano girasol, los rayos sigo
Del sol de tu hermosura.
Aquesta es de Absalon.

TAMAR.

Lo que procura
Veré.

AQUITOFEL. (*Ap.*)

La fitonisa ¿no es aquella?
Ya me huelgo de vella,
Por saber lo que el hado me apercibe.

TAMAR.

Oye lo que Absalon aquí me escribe.
(*Lee.*) *Yo quedo previniendo*
Gente infinita que me va siguiendo:
La que al Hebron llegare
Hoy con Aquitofel, ni un punto pare,
Sino con toda ella
A la ciudad te acerca, Tamar bella.
Ni trompeta se toque,
Ni parche se oiga que á la lid provoque,
Sino venga tan quedo,
Que piensen que es su general el miedo.
Yo la estaré esperando
En la campaña del Hebron, y cuando
La descubra y con salva la reciba,
Embistan, repitiendo ¡Absalon viva!
Porque así con el súbito desmayo,
Sin avisar el trueno, venga el rayo.
Esto escribe mi hermano,
Por quien honores tan crecidos gano:
Y porque vea cuánto reverencio
Sus órdenes, la mia sea el silencio.

TEUCA.

Yo te quiero seguir.

TAMAR.

Ese criado...

JONADAB. (*Ap.*)

Ya pensé que de mí se habia olvidado.

TAMAR.

Sea el primero que muera.

TEUCA.

Suplicarte quisiera
Que por haber conmigo aquí venido...

JONADAB.

Siempre fué este color agradecido.

TEUCA.

No muera.

TAMAR.

Norabuena: quede preso,
Porque avisar no pueda del suceso,
(*Atan los soldados á Jonadab.*)
Y la gente esparcida
Marche en pequeñas tropas dividida;
Que si con ella á las murallas llego,
Jerusalen verá que á sangre y fuego
Sus almenas derribo,
Sus torres postro, su palacio altivo
Ruina sin polvo yace.
Póngase el sol caduco, pues que nace
Jóven otro que da rayos mas bellos
Con el crespo esplendor de sus cabellos.

JONADAB.

Pues ¡qué! ¿preso he de estar?

AQUITOFEL.

Soltad, que quiero
Sea mi prisionero.

JONADAB.

Pues haz que este cordel, señor, me quiten,
Y no sañudos contra mí se irriten.

AQUITOFEL.

Sí harán, y allí me espera.
(*Desata á Jonadab.*)

JONADAB.

El diablo que esperara y no se fuera,
Ya que el cordel me quita
Tu piedad.

AQUITOFEL. (*A Teuca.*)

Oye.

TEUCA.

Di, ¿qué solicita
Tu voz?

AQUITOFEL.

Saber quisiera
Qué me quiso decir (¡oh pena fiera!)
La voz que horrible pronunció tu acento,
Que el aire habia de ser mi monumento.

TEUCA.

No lo sé, porque ahora
No me dicta el espíritu que mora
En mi pecho; mas viendo
Ese lazo en tus manos hoy, entiendo,
Como entre pardas sombras de algun [sueño,
Que ese cordel anda á buscar su dueño.

AQUITOFEL.

Pues si su dueño busca,
Ya le halló: ni me admira, ni me ofusca,
Porque así ser espero,
Coronado Absalon, el juez primero
Que contra la malicia
En mi su dueño tenga: pues justicia
He de hacer, teman todos su castigo,
Que va el ministro del rigor conmigo.
(*Vanse.*)

—

Aposento de Absalon en el palacio de su padre.

ESCENA XIV.

ABSALON, CUSAY.

ABSALON.

A esta sala os he traido,
Por estar mas sola, adonde
Mi amistad que corresponde
A lo bien que habeis servido,
Premiaros quiere. Yo sé
Que de mi padre quejoso
Estais, y yo cuidadoso,
Por veros viejo, de que
Ningun vasallo se queje
Pretendo satisfacer
A todos; y así, he de hacer
Que la razon vuestra deje
En mis manos el reparo
De tan justo sentimiento:
Así premiaros intento.

CUSAY.

Eres príncipe y amparo
Deste pobre humilde viejo.

ABSALON.

Si él, cuando no os satisfizo,
De su Consejo no os hizo,
Yo os hago de mi Consejo.

CUSAY.

Eso no entiendo; que vos,
¿Qué tribunales teneis?
¿De qué ministro me haceis?

ABSALON.

Solos estamos los dos;
Y así mas claro hablar quiero.
Todo el tiempo lo mejora:
Aunque no los tengo ahora,
Presto tenerlos espero.

CUSAY.

Vivo el Rey, no será ley
Que yo ese cargo reciba.

ABSALON.

Si es el daño que el Rey viva,
Presto no vivirá el Rey.

CUSAY.

Su larga edad, yo confieso
Que á los umbrales está
De la muerte; pero ya
¿Sabeis que os nombre?

ABSALON.

Por eso
Me quiero nombrar yo á mí,
Que nieto de reyes soy;
Y pues declarado estoy
Con vos, advertid que aquí
Ya tengo echada la suerte.
Palabra me habeis de dar
De mi persona ayudar,
O yo os he de dar la muerte.

CUSAY. (*Ap.*)

¿Quién en mas dudas se vió?
¿Qué hacer? ¡Ay de mí!
Traidor soy, si digo sí,
Muerto soy, si digo no.
Mas ¿qué dudo? ¿Cuánto es
Mas grave dolor, mas fuerte,
Una infamia que una muerte?
Mas ¡ay triste! que despues
De muerto yo, no podrá
David saber lo que ignora;
Y así, conceder ahora
Conviene con él.

ABSALON.

¿Qué está
Tu imaginacion dudando?

CUSAY.

Cosas que tan grandes son,
Siempre la imaginacion
Las escucha vacilando:
No porque dude, señor,
Cuál ha de ser mi respuesta.

ABSALON.

Pues di, ¿cuál ha de ser?

CUSAY.

Esta:
Que hacienda, vida y honor
Siempre á tus plantas pondré,
Y me huelgo de que haya
Ocasion en que yo vaya
Vengado del Rey, porqué
Tan mal premió mis servicios.
Tuyo he sido, y tuyo soy.
Por tí vivo desde hoy.

ABSALON.

De tu valor son indicios
Todos aquesos; y así,
Vete á casa, y ten armados
Tu persona y tus criados,
Y en el instante que aquí
Se diga, «¡viva Absalon!»
Que esta es la señal, saldrás,
Y la parte seguirás
Que me aclame.

CUSAY.

Salomon
Viene allí.

ABSALON.

No entienda nada.
Retirémonos los dos.

CUSAY. (*Ap.*)

Avisaré, vive Dios,
Al Rey.

ABSALON.

Vete á tu posada;
Que yo salgo á prevenir
La gente que presto espero
De Hebron, y regirla quiero.
Valor, reinar ó morir. (*Vanse los dos.*)

—

Cámara de David.

ESCENA XV.

SALOMON; DAVID, *durmiendo.*

SALOMON.

Las amistades que ha hecho
Mi padre con Absalon,
Aunque para mí no son
De enojo, turban mi pecho,
Temiendo que estorbar trate
La feliz eleccion mia,
Y ya que no en este dia
La deshaga, la dilate:
Y así, á mi padre hablar quiero
De parte de Bersabé
En mi pretension, porqué
De la dilacion infiero
Peligro. Durmiendo está.
No es justo que le despierte.

DAVID. (*En sueños.*)

Hijo, no me dés la muerte.

SALOMON.

Su notable inquietud da
Indicio de algun cansado
Sueño: despertarle es bien,
No sus sentidos estén
En letargo tan pesado.—
¡Señor!

DAVID. (*En sueños.*)

¡Qué extraño rigor!
Hijo, ¿tú mi ruina tratas?
Tú me ofendes? Tú me matas?
(*Despierta.*)

SALOMON.

Yo te despierto, señor,
Porque tu quietud pretendo,
Al verte inquieto; mas no
Porque imagines que yo
Ni te mato, ni te ofendo.

DAVID.

¡Ay, hijo del alma mia!
¡Qué triste y funesto sueño
Me puso en mortal empeño,
Este instante que dormia!
Pero ya con estos lazos,
Todo el sobresalto acaba:
Dormido, uno me mataba,
Despierto, otro me da abrazos.
Y así, á Dios dar gracias quiero,
Pues piadoso ha permitido
Que el pesar sea el fingido,
Y el contento el verdadero.

SALOMON.

Pues ¿qué soñabas?

DAVID.

No sé:
Delirios y fantasías,
Sombras de mis largos dias.

SALOMON.

Cuéntamelo á mí.

DAVID.

Sí haré:
Gusto en contarlo reciba,
Pues solo es que gente entraba
Por Jerusalen, soñaba,
Repitiendo...
(*Dentro cajas.*)

ESCENA XVI.

GENTE *dentro*, *y despues*, CUSAY. — DAVID, SALOMON.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Absalon viva!

DAVID.

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que he oido?

SALOMON.

Escándalo es de horror fiero.

DAVID.

Ya el pesar es verdadero,
Y el contento es el fingido.
(*Sale Cusay con la espada desnuda.*)

CUSAY.

David, infelice rey
De Israel, aunque ahora llegue

Mi voz á avisarte tard
De los peligros que tienes,
Sabrás que Absalon, juntando
Grande número de gentes,
Ha entrado por la ciudad,
Publicando á voces leves
Todos, que...

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva Absalon!

CUSAY.

Con él Aquitofel viene:
Mira á quien premias allí,
Y mira aquí á quien ofendes,
Pues él tu muerte apresura,
Y yo defiendo tu muerte.
No pude avisarte ántes;
Mas para que tengas siempre
Avisos de sus designios
En cuanto le sucediere,
Voy á ser traidor leal.
Los que en su bando me vieren,
Sepan que aunque esté con él,
Tú de tu parte me tienes. (*Vase.*)

DAVID.

Escucha, Cusay, aguarda.

ESCENA XVII.

ADONIAS Y SEMEÍ; *despues*, JOAB.—DAVID, SALOMON.

ADONÍAS.

Señor, un punto no esperes,
Que es un volcan la ciudad,
Que humo exhala y llamas vierte.

SEMEÍ.

Escollo es del mar Bermejo
Ya todo el muro eminente,
Pues sobre sangre fundado,
Golfo de carmin parece.

DAVID.

Pues ¿qué espero? Yo el primero
Saldré donde...

(*Sale Joab.*)

JOAB.

Aguarda, tente,
Señor, no salgas, porqué
Ya conoces que la plebe
Monstruo es desbocado: no hay
Prevenciones que la enfrenen,
Cuando su mismo furor
La obliga á que se despeñe.
La novedad al principio
La alimenta, y fácilmente,
Dejándose llevar della,
De instantes á instantes crece.
Déjala pues que en sí misma
Este primer golpe quiebre,
Hasta que, rendida ya,
Caiga en los inconvenientes.
Huye á la primera instancia
El rostro, señor: advierte
Que como desprevenida
De tan súbito accidente
La ciudad estaba, toda
A un crujido se estremece.
Los traidores y leales,
Mezclados confusamente,
No se distinguen, porqué
Neutrales é indiferentes,
Los mas están á la mira;
Que en comunidades, siempre
El traidor es el vencido,
Y el leal es el que vence.

DAVID.

¿Qué riesgo hay como esperar
Sin resistencia la muerte?

JOAB.

Nosotros defenderémos
Todas estas puertas: vete
Por esa, que sale al monte.

SALOMON.

A precio de nuestras muertes,
Defenderémos tu vida.

DAVID.

¡Ay, hijos! ¡qué mal pretende
Vuestro valor que yo solo
Me escape, y á todos deje!
O huyamos todos, ó todos
Muramos.

JOAB.

Si eso resuelves,
Ménos importa el huir,
Que aventurar solamente
Tu vida. Esto no es temor;
Que como tú vivo quedes,
Con tu valor y tu vida
Todo harás que se remedie.

DAVID.

Pues venid conmigo todos.
¿Quién creerá que desta suerte
Huyendo sale David
De su alcázar eminente?
¡Ay, mi Absalon, y qué mal
Me pagas lo que me debes! (*Vanse.*)

(*Tocan al arma.*)

ESCENA XVIII.

JONADAB; GENTE, *dentro.*

UNOS. (*Dentro.*)

Viva David.

JONADAB.

David viva

OTROS. (*Dentro.*)

Viva Absalon.

JONADAB.

Viva y reine,
Que yo no pienso matarme
Porque viva aquel ni este.
Soldado sin ejercicio
He de ser, como otras veces;
Que esta es espada capona,
Que solo el título tiene
Y no la entrada en las lides,
Que no hay puerta que abra ó cierre.

ESCENA XIX.

ABSALON, Y SOLDADOS *suyos*, AQUITOFEL, CUSAY; GENTE, *dentro.*

ABSALON.

Entrad, y no quede vivo
Quien á voces no dijere,
¡Viva Absalon!

JONADAB.

¡Absalon
Viva! que por mí no quede.

AQUITOFEL.

Ya rendida la ciudad,
Señor, á tu nombre tienes,
Y aun la campaña, pues queda
Tamar allá con las huestes.

ABSALON.

Guarnézcanse las murallas
Todas luego de mis gentes,
Miéntras el palacio allano.

AQUITOFEL.

El cuarto del Rey es este.

ABSALON.

No escape de muerto ó preso.

CUSAY.

Tarde ese triunfo previenes,
Que al monte huyendo ha salido.

ABSALON.

Descuido fué. ¡Que no hubiese
Las puertas tomado!

GENTE. (*Dentro.*)

¡Viva
David!

ABSALON.

¿Qué es eso?

AQUITOFEL.

La gente,
Que en seguimiento del Rey,
Salir al monte pretende.

CUSAY.

Sola dejan la ciudad:
Niños viejos y mujeres
Se van saliendo á los montes.

ABSALON.

¿Cómo harémos que esto cese?
Que los reyes sin vasallos,
No pueden llamarse reyes.

AQUITOFEL.

Como entre hijos y padres,
Estos escándalos siempre
Paran en paces, y al fin
El odio en amor se vuelve,
Muchos hoy no se declaran
De tu parte, porque temen
Que tú quedes perdonado,
Y ellos por traidores queden;
Y así, para asegurarlos
Mas, fuera acierto que hicieses
Una demostracion tal,
Que no fuera eternamente
Posible volver á ser
Amigos: vieras que en breve
Todos tu nombre aclamaban.

ABSALON.

¿Qué accion esa fuera?

CUSAY. (*Ap. á Absalon.*)

Advierte
Que de Aquitofel consejo
No admitas que te despeñe.

AQUITOFEL.

Sobre injurias, sobre agravios,
Sobre afrentas, sobre muertes,
Sobre engaños y traiciones,
Caer las amistades suelen.
Una cosa sola hay
Sobre que caer no pueden;
Pues nunca caen amistades
Sobre celos solamente,
Porque no es noble ni honrado,
Ni entendido ni valiente
El hombre que á la amistad
De quien le dió celos vuelve,
Y mas celos del honor,
Que es duelo que al alma ofende.
Pues siendo así, en ese cuarto
Están todas las mujeres,
Concubinas de tu padre...

ABSALON.

No prosigas, cesa, tente.
Ya te entendido: eso baste,
Que hay cosas que no parecen
Tan mal hechas, como dichas.
En él mis soldados entren,
Y sin reservar alguna,
A la gran plaza las lleven;
Que hoy he de asombrar al mundo.

(*Vanse los soldados y Absalon.*)

JONADAB.

Ea, mondongo *me fecit.* (*Vase.*)

ESCENA XX.

AQUITOFEL, CUSAY.

CUSAY.

¡Qué fiera, qué monstruo airado,
Que obrase irracionalmente,
Tan torpe consejo diera?

AQUITOFEL.

¿No sabes cuán pocas veces
La dura razon de estado
Con la religion conviene?
Aquesto á la duracion
Desta enemistad compete.

CUSAY.

Mas compete á la malicia
De tus intentos aleves.¡

AQUITOFEL.

Mis intentos son leales,
Pues asegurar pretenden
La corona en rey, que sea
Justiciero eternamente.

CUSAY.

Si, mas con tales insultos...

AQUITOFEL.

Sospechas, Cusay, ofreces
De que estás con Absalon
Neutral.

CUSAY.

Desto, ántes se infiere
Que le quiere para rey
El que perfecto le quiere.

AQUITOFEL.

¿Puede no ser tirania
Todo esto?

CUSAY.

No, pero puede,
Siendo tirano y piadoso,
No ser tirano dos veces.
(*Suena ruido dentro.*)

ESCENA XXI.

ABSALON.—AQUITOFEL, CUSAY.

ABSALON. (*Dentro.*)

Ya las puertas derribadas
Están: los soldados entren,
Y por la calles y plazas
A la vergüenza las lleven.

CUSAY.

¡Oh mal hayan tus consejos!

AQUITOFEL.

Agradece á Dios que vuelve;
Que yo te diera á entender
Con cuánto riesgo me ofendes.
(*Sale Absalon.*)

ABSALON.

¿Qué es aquesto? Qué dais voces?

AQUITOFEL.

Es Cusay, señor, que quiere
Enmendar acciones tuyas.

CUSAY.

Asi es, que como me tienes
Hecho consejero tuyo,
A mí solo pertenece.

ABSALON.

Pues ¿qué decias?

CUSAY.

Señor,
Pues entras á reinar, que entres
Ganando primero afectos
De piadoso y de clemente;
Que una monarquía fundada
En rigor, no permanece,
Pues el mismo la deshace,
Que fortalecerla quiere.

ABSALON.

Dices bien, pero ya es tarde.
Mas porque el tiempo se pierde,
Decidme los dos, dejando
Competencias, ¿qué os parece
Que debo hacer ahora yo?
Jerusalen obediente
Está á mis armas, mi padre
Huido penetra y trasciende
Las entrañas de los montes:
¿Será bien que hoy aquí quede
La ciudad asegurando,
O será mejor que intente
Irle siguiendo el alcance?

AQUITOFEL.

Lo que aconsejarte debe
Mi lealtad, es que le sigas,
Le prendas y le dés muerte;
Y porque á todo se acuda
A un mismo tiempo igualmente,
Quédate tú en la ciudad;
Que yo con alguna gente
Le seguiré.

CUSAY.

(*Ap.* ¡Oh si pudiera
Dar yo lugar á que huyese!)
Señor, las buenas fortunas
Aventurarse no deben,
Y conservar lo ganado
Es la batalla mas fuerte.
Ya á la gran Jerusalen
Hoy supeditada tienes:
Si sacas la gente della,
Habrá dos inconvenientes:
Uno, que al mirar que hay ménos
Que la guarden y la cerquen,
Los neutrales podrá ser
Que á alguna faccion se alienten:
Otro, que si por ventura
El que hoy á David siguiere,
En lo encumbrado del monte
Un solo soldado pierde,
Desmayarán los demas,
Si ven que al principio vuelve
Con la pérdida menor
Solo un paso atras; y advierte
Que todo en un dia no cabe:
Basta una vitoria en este:,
Mañana podrás seguirle.

ABSALON.

Tú aconsejas cuerdamente.
No solo mi consejero
Eres, Cusay, mas ya eres
Juez de Israel.

AQUITOFEL.

¿Ese cargo
Ofrecido no me tienes?

ABSALON.

¡Oh qué presto, Aquitofel,
Ejecutarme pretendes,
Por lo que has hecho por mí!
Puntual acreedor eres.

AQUITOFEL.

Acrédores reconozco
Que al quitar y poner reyes,
Podrán...

ABSALON.

Mañana hacer otro:
¡Esto es lo que decir quieres!
Vente conmigo, Cusay;
Y tú, Aquitofel, advierte
Que valerse de un traidor
No es bueno para dos veces.
(*Vanse Absalon y Cusay.*)

ESCENA XXII.

AQUITOFEL.

¿Que esto escuche yo de quien
Esperé tantas mercedes?
¿Baldones son recompensas?
¡Qué rigurosa, qué fuerte
La víbora de la envidia
En el corazon me muerde!
Sin vida estoy, sin aliento:
Que se me eclipsa parece
El sol, la tierra me huye,
Y el mismo viento me ofende.
El corazon á pedazos
Salirse del pecho quiere,
Aborreciendo el vivir
Amando la acerba muerte.
(*Saca el cordel que quitó á Jonadab al desatarle.*)
Este áspid que en el seno
Abrigué (¡ay de mí!) me muerde;
Que no en vano dijo Teuca
Que andaban estos cordeles
Buscando su dueño en mí.
Ministro soy de mi muerte;
Que pues ya no hay que esperar
De Absalon que me aborrece,
Ni de David que aborrezco,
Mejor es que desespere.
Déme monumento el aire,
Y la tierra me le niegue;
Que quien pendiente de un hombre
En vida estar quiso, en muerte
Será justo que un cordel
Le deje al aire pendiente. (*Vase.*)

—

Monte.

ESCENA XXIII.

DAVID, ADONIAS, SALOMON, JOAB.

SALOMON.

Esto es, señor, del monte lo mas fuerte.

ADONÍAS.

Esto es lo mas secreto y escondido.

JOAB.

Aquí de los amagos de la muerte,
Si no seguro, espera defendido.

DAVID.

¿Quién creerá¡ay infeliz!que desta suerte
A pié, cansado, solo y perseguido
David camina, de Absalon huyendo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

ADONÍAS.

De la ciudad mil gentes han salido
Siguiéndote, señor.

SALOMON.

Por todo el monte
El número está en tropas dividido.

JOAB.

Aquí á esperar y á descansar disponte,
En tanto que nosotros, discurrido
Con nuestra diligencia el horizonte,
Los vamos en escuadras recogiendo.

DAVID.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Id pues á reducillos y á traellos,
No porque asegurarme yo pretenda,
Mas porque se aseguren mejor ellos
Unidos, y el rigor no los ofenda.

JOAB.

Yo á reducillos voy y recogellos.

ADONIAS.

Todos irémos.

SALOMON.

Cada cual su senda
Elija, y vaya el monte discurriendo.
(*Vanse Adonias, Salomon y Joab.*)

ESCENA XXIV

DAVID, *y despues* SEMEI.

DAVID.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Ay, Absalon, hijo querido mio,
Cómo procedes mal aconsejado!
No lloro padecer tu error impío,
Mas lloro que no seas castigado
De Dios: á él estas lágrimas envío
En nombre tuyo, porque perdonado
Quedes de la ambicion, que á esto te indujo.
(Sale Semei.)

SEMEÍ.

¡Mal haya quien á padecer nos trujo!
Mas ¡ay de mí, que él solo retirado
Está! ¿Si habrá mi voz acaso oido?

DAVID.

Sí, pero no te dé, Semeí, cuidado:
El dolor te disculpa, que has tenido.
Tienes razon; pero maldice al hado,
No á mí, pues que la culpa yo no he sido,
Sino el hado.

SEMEÍ.

¡Conmigo y con él medras!
Verás que contra tí me arme de piedras.

DAVID.

Tira, pague la pena merecida,
Pues apedrearme es justo mi vasallo.

SEMEÍ.

Contento no estaré si con tu vida
Vengado de mis manos no me hallo.
(Vase.)

ESCENA XXV.

CUSAY.—DAVID.

CUSAY.

¿Qué haces, infiel, sacrílego homicida?
¿Piedras contra tu rey? Ya castigallo
Me toca, pues llegué...

DAVID.

No lo pretendas,
Y pues yo le perdono, no le ofendas.
¡Ah Semeí! no de mi vista huyas,
Que palabra te doy de no vengarme
En mi vida de tí y las iras tuyas.
Ministro eres de Dios, que á castigarme
Envía, y pues que son justicia suyas,
En mi vida de tí no he de quejarme.
Dime tú ahora, amigo, ¿qué ha pasado?

CUSAY.

Que ya en Jerusalen se ha coronado
Absalon.

DAVID.

¡Ojalá del mundo fuera
Jerusalen metrópoli eminente,
Porque de todo el mundo señor fuera
Mi Absalon, coronando la alta frente!

CUSAY.

Tan tarde ser amigo tuyo espera,
Que al culto de tu honor mas reverente
Se atrevió, pues violando...

DAVID.

No prosigas,
Y si es lo que imagino, no lo digas:
No lo quiero saber, porque no quiero
Que el dolor á decir (¡ay Dios!) me obligue
Alguna maldicion; pues aun espero
Que el cielo le perdone, y no castigue.

CUSAY.

Consejo fué de Aquitofel el fiero;
Mas ya desesperado...

DAVID.

¡Ay Dios! mitigue,
Señor, vuestra justicia su castigo.

CUSAY.

Se mató á sí tu bárbaro enemigo.
Absalon la batalla hoy te previene,
Que por mí desde ayer fué dilatada:
Contra tí, gran señor, al monte viene
La hueste suya de furor armada:
Ya quedarme contigo me conviene,
Mi vida á tu defensa dedicada.
(Tocan dentro.)

ESCENA XXVI.

JOAB, ADONIAS, SALOMON. — DAVID, SEMEI.

JOAB.

La gente está dispuesta ya en tres haces.

DAVID.

Muy bien, Joab, en disponerlas haces:
Pues que Absalon á darnos la batalla
Viene, yo moriré el primero en ella.

JOAB.

No, señor: tu persona, si se halla
Aquí, todo se pierde con perdella.

SALOMON.

No es seguro, señor, aventuralla:
Los dos bastamos para defendella.

DAVID.

Si os veo peligrar, hijos queridos,
Nueva guerra daréis á mis sentidos;
Pues si de todas partes considero
Mis hijos en la lid, es cosa clara
Que buen suceso para mí no espero,
Pues el brazo que tira, el que repara,
Uno es mismo; y así, con un acero
Vendré á morir en confusion tan rara,
Si cualquier golpe contra mí se ofrece,
Siendo persona que hace y que padece.

JOAB.

Dices muy bien: retírense contigo
Salomon y Adonías.

SALOMON.

No consientas
Injuria tal.

DAVID.

Haced lo que yo os digo.

ADONÍAS.

Nuestra reputacion con esto afrentas.

DAVID.

Ya que el campo divides, Joab amigo,
En tres trozos, y así esperar intentas,
Tú el uno, Abisay y Cusay los otros
Regid.
(Tocan un clarin dentro.)

JOAB.

Ya el clarin suena.

DAVID.

Pues nosotros
Nos retiremos.— Sal á recibillos.—
Hijos, venid.

SALOMON.

¡Qué así encerrarnos quieras!

DAVID.

La batalla darán nuestros caudillos.

ADONÍAS.

¡Qué injusta pretension, Joab, esperas!
(Dentro clarin y cajas.)
Ya bélicos acentos, para oillos
Se acercan, ya se miran las banderas.

DAVID.

¡Joab!

JOAB.

Señor...

DAVID.

Pues que mi honor te fio,
Advierte que Absalon es hijo mio:
Guárdame su persona; no el despecho
De la gente matármele pretenda,
Que es todo el corazon de aqueste pecho,
De estos ojos la mas amada prenda.
Mírame tú por él, porque sospecho
Que moriré si hay alguien que le ofenda.

JOAB.

Mira que de la lid empieza el brio.

DAVID.

Mira tú que Absalon es hijo mio.
(Vanse David, Salomon y Adonías por un lado; Joab y Cusay por otro, y dentro tocan cajas: dase la batalla, y huyen los soldados de David.)

ESCENA XXVII.

ABSALON, *á caballo;* SOLDADOS SUYOS.

ABSALON.

Fugitivos israelitas,
Que en los bárbaros desiertos
De los montes, amparais
Una vida que aborrezco,
Salid, salid á lo llano,
Que la batalla os presento,
Porque vasallos dos veces
Seais de mi sangre y mi esfuerzo.
Decid á David mi padre
Que no ha de dejar de serlo,
Siguiéndole, por hacer
Mas grande mi atrevimiento;
Que si se acuerda de cuando
Era jóven, y en su pecho
Duran algunas reliquias
De aquel pasado ardimiento,
Que no se esconda de mí,
Que en la campaña le espero
Para afrentar con su muerte
La corona y el imperio.
Decid que traiga sus hijos
Consigo, porque en muriendo
Él á mis manos, acabe
De una vez con todos ellos.
¡Al arma, soldados mios!
Y á los trabados encuentros,
Gima la tierra oprimida,
Brame fatigado el viento.
(Tocan clarines y cajas, y se da la batalla, entrando y saliendo algunos, peleando.)

TODOS LOS SOLDADOS.

¡Guerra, guerra!

UNOS.

¡Absalon viva!

OTROS.

¡Viva David! que es rey nuestro.

ABSALON.

¡Qué miro! allí un escuadron
Que el monte tenia encubierto,
Salió de traves, y hace
Notable daño en los nuestros:
Acudiré á socorrerle.
O tú, de tierra y de viento,
Bruto veloz, que has nacido
Monstruo de los elementos,
Corre y vuela; que los tuyos
Perecen, á socorrellos.
(Éntrase con el caballo por el monte.)
(Dentro.) Mas ¡ay de mí! desbocado,
Sin obedecer al freno,
Por la espesura se entra
De las encinas, que en medio
Se me ponen. ¡Ay de mí!
¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Que en las copadas encinas
Se me enredan los cabellos.

ESCENA XXVIII.

Tocan al arma, y salen CUSAY, JOAB Y SOLDADOS, *con lanzas;* ABSALON, *dentro.*

SOLDADOS. (*Dentro y fuera.*)

¡Guerra, guerra!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Absalon viva!

OTROS.

¡Viva David! que es rey nuestro.

CUSAY.

No sigas, Joab, el alcance,
Sin que te pare el portento
Que he visto en aqueste monte.

JOAB.

¿Qué has visto?

CUSAY.

A Absalon pendiendo
De sus cabellos asido,
Teniendo por patria el viento.

JOAB.

Pues si le viste, ¿por qué
No le atravesaste el pecho
Con una lanza? Tuvieras
De mí inumerables premios.

CUSAY.

Por todo el oro del mundo
No le tocara en un pelo;
Que es hijo de mi rey, y él
Nos mandó á todos lo mesmo.

JOAB.

Ménos importa una vida,
Aun de un príncipe heredero,
Que la comun inquietud
De lo restante del reino.
La justa razon de estado
No se reduce á preceptos
De amor: yo le he de matar.—
Desvanecido mancebo,
Muere, aunque el Rey me mandó
Que no te tocase.
(*Éntrase por el monte en actitud de tirar una lanza: síguenle todos.*)

ABSALON. (*Dentro.*)

¡Ay cielo!

JOAB. (*Dentro.*)

Aun está vivo: dadme otra.
De Israel Narciso bello,
Muere en el aire.

ABSALON. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

JOAB. (*Dentro.*)

Aun con dos no estoy contento;
Tres son las que contra tí
Me manda blandir el cielo:
Por fratricida la una,
La otra por deshonesto,
Y la otra por ser hijo
Inobediente.

—

Otra parte del monte.

ESCENA XXIX.

ABSALON, *pendiente de un árbol por los cabellos, con tres lanzas atravesadas;* JOAB, CUSAY, SOLDADOS.

ABSALON.

Yo muero
Puesto, como el cielo quiso,
En alto por los cabellos,
Sin el cielo y sin la tierra,
Entre la tierra y el cielo. (*Muere.*)

JOAB.

Israelitas, suspended
Los repetidos acentos,
Y venid todos, venid
A ver tan raro portento.

ESCENA XXX.

TEUCA, SEMEI, JONADAB.—DICHOS.

CUSAY.

¡Que espectáculo tan triste!

TEUCA.

Cumplió su promesa el cielo.

SEMEÍ.

Huyendo venía del Rey,
Y esto me para suspenso.

JONADAB.

Bellotas de aquesta encina
No comeré, aunque soy puerco:
Diréle el suceso al Rey,
Como si fuera muy bueno.
¿Qué va, que aunque voy despacio,
Con esta nueva voy presto? (*Vase.*)

ESCENA XXXI.

TAMAR.—ABSALON, *muerto;* JOAB, CUSAY, SEMEI, TEUCA, SOLDADOS.

TAMAR.

Crueles hijos de Israel,
¿Qué estáis mirando suspensos?
Aunque merecido tengan
Ese castigo los hechos
De Absalon, ¿á quién, á quién
Ya no le enternece el verlo?
Cubridle de hojas y ramos,
No os deleiteis en suceso
De una tragedia tan triste,
De un castigo tan funesto;
Que yo, por no ver jamas,
Ni aun los átomos del viento,
Iré á sepultarme viva
En el mas oscuro centro,
Donde se ignore si vivo,
Pues que se ignora si muero. (*Vase.*)

TEUCA.

Y yo tambien desde hoy
En su ley seguirla quiero;
Que es grande Dios el que sabe
Medir castigos y premios. (*Vase.*)

ESCENA XXXII.

DAVID, SALOMON, ADONIAS.—ABSALON, *muerto;* JOAB, CUSAY, SEMEI, SOLDADOS.

DAVID. (*Dentro.*)

¡Ay hijo mio, Absalon,
No fuera yo ántes el muerto
Que tú!

JOAB.

Llorando David
Viene: de mirarle tiemblo.

SEMEÍ.

Yo tambien, que cometí
Contra él tan gran sacrilegio.
(*Salen David, Adonías y Salomon.*)

JOAB.

Señor...

DAVID.

Joab, nada me digas,
Ya sé que vencedor quedo...
Toda la victoria diera
De una vida sola en precio...
—Semeí, ¿tú estabas aquí?

SEMEÍ. (*De rodillas.*)

Yo, señor...

DAVID.

Alza del suelo,
No temas. Terrible Joab,
Muchas victorias te debo:
No te puedo ser ingrato,
Miéntras viva te lo ofrezco.—
Tú maldiciones y piedras (*A Semeí.*)
Contra mí animaste fiero;
Palabra de no vengarme
En mi vida, te di, es cierto,
Y aunque tú arrojando lanzas,
Y tú piedras esparciendo,
Los dos me habeis ofendido,
Yo os perdono... no me vengo.
Salomon, lo que has de hacer
Te dirá mi testamento...
Y ahora, no alegres salvas,
Roncos, sí, tristes acentos
Esta victoria publiquen,
A Jerusalen volviendo,
Mas que vencedor, vencido;
Teniendo aquí fin con esto
Los cabellos de Absalon.
Perdonad sus muchos yerros.

LUIS PEREZ EL GALLEGO.

PERSONAS.

LUIS PEREZ.
MANUEL MENDEZ.
DON ALONSO DE TORDOYA.
JUAN BAUTISTA.
EL ALMIRANTE DE PORTUGAL.
PEDRO, *gracioso.*
LEONARDO.
ISABEL, *hermana de Luis Perez.*
DOÑA JUANA, *dama.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
CASILDA, *criada.*
UN CORREGIDOR.
UN JUEZ PESQUISIDOR.
ALGUACILES.
VILLANOS.
SOLDADOS.
CRIADOS.
GENTE.

La accion pasa en Salvatierra, en sus inmediaciones y en las de Sanlúcar.

JORNADA PRIMERA.

Sala en la quinta de Luis Perez, junto á Salvatierra.

ESCENA PRIMERA.

LUIS PEREZ, *con la daga desnuda, detras de* PEDRO; ISABEL Y CASILDA, *deteniéndole.*

ISABEL.

Huye, Pedro.

LUIS.

¿Dónde ha de ir,
Si yo le sigo?

PEDRO.

Las dos
Le detened.

LUIS.

¡Vive Dios,
Que á mi mano has de morir!

ISABEL.

¿Por qué le tratas así,
Tan riguroso y cruel?

LUIS.

Por vengar, ingrata, en él
Las ofensas que hay en ti.

ISABEL.

No te entiendo.

LUIS.

Deja, pues,
Que mate á quien me ofendió,
Aleve hermana; que yo
Me declararé despues
Contigo, y saldrá del pecho
Envuelto en iras y enojos,
Por la boca y por los ojos
Todo el corazon deshecho.

ISABEL.

Cuando formas en mi daño
Maquinas y presumpciones,
Aunque extraño tus acciones,
Mas tus razones extraño.
¡Tú descompuesto conmigo,
Necio, atrevido, villano,
Mi enemigo y no mi hermano?

LUIS.

Y dices bien, tu enemigo,
Pues el acero que ves,
Bañado quizá algun dia
En la sangre tuya y mia,
Pondrá un agravio á mis piés.

PEDRO. (*Ap.*)

En tanto que quien metió
Paz en la ajena pendencia
Lleva lo peor, la ausencia
Me valga; que ausente yo
Deste soberbio tirano,
Seguro resistiré
Con fuga de guardapié
La daga de guardamano.
Adios, patria, que es forzoso
No volver á verte mas.

LUIS.

Pedro, oye: pues que te vas
Mas libre y mas venturoso
Que tu traicion mereció,
Advierte que desde aquí
Te guardes siempre de mí;
Porque si por dicha yo
De aquí á mil años te veo
Al cabo del mundo, allí
No estás seguro de mí.

PEDRO.

Yo lo oigo y yo lo creo,
Y de la definitiva
No apelo, que la consiento.
Y en cuanto á su cumplimiento,
Pues me permites que viva
Ausente, digo que iré,
Por complacer tus deseos,
A vivir entre pigmeos.
Mayor venganza no sé
Que á tus agravios se deba,
Que es, huyendo de tus manos,
Ir á vivir entre enanos
Un desterrado hijo de Eva.

(*Vase, y con él Casilda.*)

ESCENA II.

LUIS, ISABEL.

ISABEL.

Ya se fué: solo has quedado
Conmigo, y he de saber
Qué causa llegó á tener
Tu deseo ó tu cuidado.

LUIS.

Hermana.. ¡Pluguiera á Dios
Que nunca mi hermana fueras,
Porque al nacer no pusieras
Este nudo entre los dos! —
¡Tú piensas que de ignorante
He visto y disimulado,
He conocido, he callado
Los extremos de un amante
Que te sirve, y que pretende,
No solo manchar tu honor,
Sino la sangre y valor
Que de tus padres desciende?
Pues no, Isabel, no he sufrido
Esta ofensa, este desprecio
De inadvertido y de necio,
Sino de cuerdo, advertido
Y prudente, por medir
Mi sentimiento mejor;
Que los celos del honor
Una vez se han de pedir.
Y supuesto que ha de ser
Una vez solo, y que estoy
En la ocasion, solo hoy
Mi sentimiento he de hacer
Público: por esto, hermana,
Sabe hoy de mí que lo sé;
Y si no, yo lo diré
De otra manera mañana.
Juan Bautista es quien desea
Favores tuyos. — Sospecho
Que no hay valor en su pecho
Para que tu esposo sea.
Esto basta que te diga
Por ahora el labio mio,
Por no decir que es judío.
Este cuidado me obliga
A salir de Salvatierra;
Que no fué en vano el venir
A nuestra quinta á vivir
Las entrañas de una sierra;
Y aun aquí no estoy seguro,
Pues con aquese criado
Este papel te ha enviado,
Por cuya ocasion procuro
Darle muerte. Tú llegaste;
Colérico declaré
Lo que há tanto que callé:
Habértelo dicho baste
Para que haya alguna enmienda
Deste amor entre los dos;
Porque si no, ¡vive Dios,
Que si llego á que él entienda
Que este recelo he tenido
Y que no lo he remediado,
Que loco y desesperado,
Colérico y atrevido,
Le ponga á su casa fuego,
Quitando á la Inquisicion
Ese trabajo!

ISABEL.

Bien son
De hombre colérico y ciego
Tus razones, pues á mí
(Sin prevenir su disculpa)
Me haces dueño de la culpa
Que no tengo.

LUIS.

¿Cómo así?

ISABEL.

Como cualquiera mujer
Nace sujeta á los daños,
Que en lisonjeros engaños
Causa nuestro parecer.

LUIS.

Dijeras, hermana, bien,
Y esa disculpa lo fuera,
Cuando el papel no me diera
Color, é indicio tambien,
De que tú...

ISABEL.

Calla, que ha sido
Mucho apurar. ¿Qué me quieres,
Luis? Considera que eres
Mi hermano, no mi marido;
Y no siéndolo, si fueras
Cuerdo, en aquesta ocasion
Cualquiera satisfaccion
Estimaras y admitieras;
Porque es mejor engañarse
Quien no puede remediar
El daño, que no esperar
A que llegue á declararse
Del todo. Yo soy tu hermana,
Mis obligaciones sé:
Hoy digo esto, y lo diré
De otra manera mañana. *(Vase.)*

LUIS.

Dices bien, pues mejor fuera
Con cautela ó con engaño,
Que disimulara el daño
La satisfaccion primera.
Yo lo erré: ya de otra suerte
Me importará proceder.
¡Ay, hermana! tú has de ser
Causa infeliz de mi muerte.

ESCENA III.

CASILDA; *despues*, MANUEL MENDEZ. — LUIS.

CASILDA.

Un gallardo portugues
Que á nuestra quinta ha llegado,
Pregunta por tí.

LUIS.

(*Ap.* Cuidado,
Disimulemos.) Di, pues,
Que entre.
(*Vase Casilda, y sale Manuel Mendez.*)

MANUEL.

Si mas tardara,
Luis Perez, esta licencia,
Mi deseo ó mi impaciencia
Otro instante no esperara.

LUIS.

Mil veces, Manuel, me da
Los brazos; que el nudo fuerte,
Aunque le rompa la muerte,
Desatarle no podrá.
¿Qué buena venida es esta?
¡Vos en Salvatierra!

MANUEL.

Sí,
Y el haber llegado aquí
Muchos cuidados me cuesta
Y peligros de la vida.

LUIS.

Pesaráme que vengais
Sin gusto.

MANUEL.

Si vos me honrais,
Todo mi dolor se olvida.

LUIS.

Hasta saber qué teneis,
Y qué causa os ha traido
Aquí, y qué os ha sucedido
En Portugal, me tendréis
Cuidadoso; y aunque sea
Demasiada ejecucion
En la primera ocasion
Saberlo, tanto desea
Partir vuestro sentimiento
Mi pecho, que me ha obligado
A salir deste cuidado.
¿Qué teneis?

MANUEL.

Estadme atento.
Ya os acordaréis, Luis Perez,
(Si no es que la ausencia ha hecho
Su oficio en vuestra amistad)
De aquel venturoso tiempo
Que mi huésped en Lisboa
Vivisteis, por los sucesos
Que de Castilla os llevaron
A honrar mi casa... Mas esto
No es del caso: ahora en el mio,
A lo que importa lleguemos.
Ya os acordaréis tambien
De aquel venturoso empleo
Que tuvo dentro de mí
Cautivo mi entendimiento.
No tengo que encarecer
De mi pasion los extremos:
Soy portugues, esto baste,
Pues todo lo digo en esto.
Doña Juana de Menéses
Es el adorado dueño
De mi vida, imágen bella,
En cuyo encarecimiento,
Torpe desmaya la voz,
Mudo fallece el aliento,
Por ser deidad á quien hizo
Sacrificio el Amor mesmo,
Por ídolo de su altar,
Por imágen de su templo.
Amantes vivimos, pues,
Dos años en el sosiego
Que una voluntad premiada
Vive, sin tener mas celos
De su divina hermosura
Que aquellos no mas, aquellos
Que bastan á despertar
Con un temor, con un miedo
La voluntad, pero no
A matarla con desprecios.
Con estos celos vivia
Mas amante y mas contento,
Porque sin celos amor,
Es estar sin alma un cuerpo.
¡Mal haya quien tuvo nunca
Por medicina el veneno,
Quien entre blandas cenizas
Despierta el oculto fuego,
Quien ponzoñoso animal
Domestica, quien soberbio
Se engolfa á surcar el mar
Por solo entretenimiento,
Y mal haya, en fin, quien hace
Burla de sus mismos celos!
Pues ese el veneno prueba
Que despues le deja muerto,
Pues ese el áspid regala
Que despues rompe su pecho,
Pues ese el cristal adula
Que es despues su monuménto,
Porque al fin, los celos son,
Ya declarados los celos,
Mar soberbio, fuego airado,
Aspid vil, dulce veneno.
Fué la ocasion de los mios
Un bizarro caballero,
Galan, valiente, entendido,
Liberal, prudente y cuerdo;
Que yo no vengo en su honor
Mis penas, aunque las vengo
En su sangre; que una cosa
Es matar con el acero,
Y otra ofender con la lengua:
Y así, de mí nunca creo
Que le tengo mas seguro,
Que cuando ausente le tengo.
Este caballero, en fin
(Dejando locos rodeos
De imposibles pretensiones
Contra su honor y respeto),
La pidió al padre. No os digo
(Para decirlo de presto)
Sino que era rico; baste,
Pues ya he dicho en solo esto
Que entre un rico y un avaro
Hechos iban los conciertos.
Llegó de la boda el dia...
Dijera mejor (¡ay cielos!)
De su muerte, porque juntas
Bodas y exequias hicieron,
Mezclando lutos y galas
Su tálamo y monumento:
Porque apénas prevenidos
Los amigos y los deudos
Estaban, y ya la noche,
Tendiendo su manto negro,
Bajó mas llena de horror,
Cuando temerario entro
En su casa, y entre todos,
Desesperado y resuelto,
Busqué al novio, á quien hablaron
La mano y la lengua á un tiempo.
Aquella dijo: «Yo soy
De aquesta hermosura dueño;»
Y esta de dos puñaladas
Le dejó en la tierra muerto,
Imitando trueno y rayo
El puñal con el acento,
Dando mi acero la lumbre,
Y dando su voz el trueno.
Alborotáronse todos,
Y yo entre todos dispuesto
A reñir, no por vivir,
Sino por matar muriendo,
Cogí, saliéndome altivo
(Que entre el ruido y el estruendo
No fué muy dificultoso),
A Doña Juana, á quien luego
Puse en un caballo... Mal
Digo, en un alado viento,
Tan veloz... Mas ¿para qué
Su lijereza encarezco,
Pues basta decir que fué
Tan obediente y lijero,
Que me pareció veloz
A mí, con venir huyendo?
La raya de Portugal
Pasamos, y ya en el suelo
Castellano, saludamos
Su tierra, que es nuestro puerto.
A Salvatierra venimos,
Seguros de que hallarémos
En vos amparo. Luis Perez,
A vuestros piés estoy puesto: *(De rodillas.)*
Amigos somos los dos,
Y amigos tan verdaderos,
Que á nuestra amistad le debe
Láminas de bronce el tiempo.
Hospedad á un infeliz,
No tanto, amigo, por serlo,
Como porque á vuestras plantas
De vos se vale (que es cierto
Que es obligacion que debe
Un noble), y si no por esto,
Por una dama, á quien yo
En esa alameda dejo,
A la orilla de ese rio;
Porque hasta hablaros y veros,
No quise que ella viniese
Conmigo; y ahora viniendo
A buscaros, de un criado
Supe que en este desierto
En esta quinta vivis,

onde á vuestros brazos llego
gradecido, obligado,
onfiado, satisfecho,
emeroso, perseguido
enamorado. No puedo
asar de aquí; que pues dije
namorado, yo creo
ue se me debe el favor
e justicia y de derecho.

LUIS.

an ofendido he quedado
e escuchar los cumplimientos
on que me hablais, Manuel Mendez,
ue estoy por no responderos.
ara decirme: «Luis Perez,
n hidalgo dejo muerto,
onmigo traigo una dama
á vuestra casa me vengo»,
era menester andar
or frases y por rodeos?
as quiero enseñaros yo,
ejando encarecimientos,
el modo que habeis de hablar:
scuchad, Manuel, atento.
engais á esta vuestra casa
or muchos años y buenos,
donde seréis servido;
así, volved al momento
onde esa dama dejais,
traedla donde creo
ue esté segura y gustosa;
ue yo en la quinta me quedo,
no salgo á recibirla,
orque no sé cumplimientos,
quiero quedarme aquí
prevenir todo aquello
ue á su servicio convenga.

MANUEL.

ejad que otra vez el pecho
gradecido os conozca
or amigo verdadero.

LUIS.

dad, señor, que estará,
éndose en extraño suelo,
on cuidado esa señora,
no es justo deteneros.

(*Vase Manuel.*)

abel.

ESCENA IV.

ISABEL. — LUIS.

ISABEL.

¿Qué es lo que quieres?

LUIS.

ecirte que si algun tiempo
e ha merecido mi amor
gun agradecimiento,
n esta ocasion lo muestres.
eja el enojo, y no demos
ue decir á los extraños;
ue para todo habrá tiempo.
orque has de saber que en casa
os huéspedes tenemos,
quien debo obligaciones,
pagárselas pretendo.
anuel Mendez viene aquí
on su mujer.

ISABEL.

En aquesto
en todo te serviré.

(*Dentro ruido de espadas.*)

as, ¡válgame Dios! ¿Qué es esto?

LUIS.

Notable ruido de armas
voces!

ESCENA V.

ALGUACILES. — DICHOS.

ALGUACIL 1.° (*Dentro.*)

O preso ó muerto
Le hemos de llevar.

ALGUACIL 2.° (*Dentro.*)

En vano
Le seguimos.

ISABEL.

Allí veo
Un hombre, que en un caballo
Viene de muchos huyendo.

ALGUACIL 1.° (*Dentro.*)

Tiradle.

(*Disparan dentro.*)

ISABEL.

¡Válgate Dios!

LUIS.

¿Qué fué?

ISABEL.

Dejáronle muerto
De un arcabuzazo.

LUIS.

Antes
Fué mas felice el suceso,
Porque las ardientes balas
A solo el caballo hirieron.
Sangriento queda en la arena,
Y en pié el caballero puesto,
Defendiéndose la vida,
Rayos esgrime de acero.

ISABEL.

Ya, de todos acosado,
Llega á nuestra quinta.

ESCENA VI.

DON ALONSO, *con la espada desnuda.* — LUIS, ISABEL.

DON ALONSO.

¡Cielos!
Amparad á un desdichado,
Que ya, rendido el aliento,
Desfallece.

LUIS.

Pues, señor
Don Alonso, ¿qué es aquesto?

DON ALONSO.

No me puedo detener
A contarlo; solo os ruego,
Luis Perez, que me ampareis;
Que por lo que dejo hecho,
Me importa entrar esta tarde
En Portugal.

LUIS.

Pues buen pecho,
Que para estas ocasiones
Es el generoso esfuerzo. (*Vanse.*)

—

Paso estrecho entre dos eminencias.

ESCENA VII.

LUIS, DON ALONSO.

LUIS.

Cerca está la puente ya
Dese rio, donde vemos
Que se dividen Castilla
Y Portugal: si entrais dentro,
Seguro estaréis de cuantos
Os siguen; que yo me quedo
En lo estrecho deste monte
Y esta quinta, á detenerlos;
No os seguirán, sin que á mí
Me dejen pedazos hecho.

DON ALONSO.

En el valor de esos brazos
Bastante muralla dejo,
Que me defienda la vida;
La vuestra guarden los cielos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CORREGIDOR DE SALVATIERRA, ALGUACILES. — LUIS.

ALGUACIL 1.°

Por aquesta parte fué.

LUIS.

Pues, señores, ¿qué es aquesto?
¿A quién buscais?

CORREGIDOR.

Don Alonso
De Tordoya ¿no fué huyendo
Por aquí?

LUIS.

Ya estará cerca
De la puente, porque el viento
Pienso que le dió sus alas.

CORREGIDOR.

Vamos tras él.

LUIS.

Detenéos.

CORREGIDOR.

¿Qué es detenerme?

LUIS.

Señor
Corregidor, ya habeis hecho
La diligencia que os toca:
No sigais á un caballero
Tanto, porque la justicia
No ha de extender el derecho
Que tiene, todas las veces.

CORREGIDOR.

Quedárame á responderos,
Si no pensara alcanzarle.

LUIS.

Escuchad, señor.

CORREGIDOR.

Sospecho
Que pretendeis detenerme.

LUIS.

Si conveniencias y ruegos
No bastan á hacer con vos
Que no sigais ese intento,
Cuando por fuerza lo hagais
No tendré qué agradeceros.

CORREGIDOR.

¿De qué suerte?

LUIS.

A cuchilladas,
Porque ya una vez dispuesto
A defender este paso,
He de cumplirlo resuelto.
¡Vive Dios, que ningun hombre,
De cuantos presentes veo,
Ha de pasar desta raya!

(*Hace una raya.*)

CORREGIDOR.

Matadle.

LUIS.

Quedo, tenéos.

CORREGIDOR.

Matadle.

ALGUACIL 1.°

Muera Luis Perez

LUIS.

Gallinas, villanos, perros,
Canalla, así muero yo.
(*Retíralos á cuchilladas.*)

ALGUACIL 1.° (*Dentro.*)

Herido estoy.

ALGUACIL 2.° (*Dentro.*)

Yo estoy muerto.

—

Una alameda á la orilla de un rio.

ESCENA IX.

DOÑA JUANA Y MANUEL.

DOÑA JUANA.

Nunca me ha parecido,
Manuel, que á tus finezas he debido
Otra mayor que ahora
En venir tan apriesa.

MANUEL.

Mi señora,
Amor que solicita
Mis glorias, imposibles facilita.
No llegué á Salvatierra;
Que en las entrañas desta oculta sierra
Hallé lo que buscaba.
En una casa de placer estaba
Luis Perez, un amigo
Cuyo valor ofendo si le digo.
Aquí vive contento,
Y parece que á nuestro pensamiento
El consejo ha pedido,
Pues aquí nuestro amor mas escondido,
No entrando en Salvatierra,
Vivirá mas seguro en esta tierra.

DOÑA JUANA.

Manuel, quien ha dejado
Patria, padre y honor, y en este estado
Aun vive agradecida
De que le queda que perder la vida
Por tí, nada desea,
Sino que sola esta montaña sea
Templo de la fineza,
Venciendo á su firmeza mi firmeza.

ESCENA X.

DON ALONSO; *despues*, ALGUACILES. — DOÑA JUANA, MANUEL.

DON ALONSO.

¡Adónde mi destino
Me lleva, sin consejo y sin camino,
Por aquesta alameda,
Sin que el cielo un alivio me conceda?
Aun el aliento mio
Ya falta, y ya rendido desconfio
De que pueda librarme.
Cansado, en este suelo he de arrojarme.
¡Muerto soy! ¡Ay de mí! ¡Válgame el cielo!

DOÑA JUANA.

Gente siento.

MANUEL.

Es verdad, allí en el suelo
Rendido un caballero
Está, en la mano el desmayado acero.
Lo que es sabré. Señor ¿estáis herido?
(*Llegándose á Don Alonso.*)

DON ALONSO.

Guárdeos el cielo, hidalgo, que no ha si- [do
Sino cansancio solo; ya me aliento.
Quien presumió parejas con el viento,
Hoy desmayado yace,
Y él es en mí quien tal extremo hace.

MANUEL.

El ánimo es valiente,
No desmaye.

ALGUACILES. (*Dentro.*)

Tomad, tomad la puente,
Porque escapar no pueda.

DON ALONSO.

Mayor desdicha es la que me queda.
¿Qué he de hacer? que esta gente
Es la que me siguió, que aunque valiente
Un amigo me guarda
Las espaldas, ya el verlos me acobarda,
Porque tengo por cierto,
Pues siguiéndome vienen, que le han [muerto.

ESCENA XI.

LUIS; *despues*, UN ALGUACIL, *dentro*. — DICHOS.

LUIS.

La puente me han tomado
Y el paso, y aun el cielo se ha cerrado
Para mí. Esta espesura
Será de mi cadáver sepultura.

MANUEL.

¡Luis Perez! pues ¿qué es esto?

LUIS.

Una desdicha en que el valor me ha pues- [to,
Por librar á un amigo
De la muerte.

MANUEL.

Conmigo
Ya, Luis Perez, estáis: muramos juntos,
Pues de amistad y amor somos trasun- [tos.

DON ALONSO.

Quien culpa tiene y de la causa es dueño,
Tambien sabrá morir.

LUIS.

En grande empeño
Estoy; mas esto es siempre lo primero.
Manuel, oid. Lo que rogaros quiero,
Es, que en defensa mia
La espada no saqueis aqueste dia;
Que, aunque me va la vida
En verla dese brazo defendida,
Me va el honor en veros en mi ausencia
En mi casa: mirad la diferencia
De la vida al honor.

MANUEL.

Yo no os entiendo.
Si os vienen á buscar, morir pretendo.
¡Bueno fuera que os viera
Reñir, y que la espada me tuviera
En la cinta envainada!

DOÑA JUANA. (*Ap.*)

¿Adónde habrá mujer mas desdichada?

ALGUACIL 1.° (*Dentro.*)

Por aquí van.

MANUEL.

¡Ya llegan donde estamos.
Aquí los tres en vano procuramos
De tantos defendernos,
Porque habrán de matarnos ó prender- [nos.

DON ALONSO.

¿Qué harémos?

LUIS.

¿Tendréis brio
Para arrojaros, y pasar el rio
A nado?

DON ALONSO.

Si tuviera
Valor, Luis Perez, si nadar supiera.

LUIS.

Pues no temais asombros,
Que el rio he de pasaros en mis hombros.
Manuel, determinado
En esto, honor y vida habré guardado.
La vida, con ponerme
En Portugal, pues no podrán prender- [me;
Y el honor, con dejaros
En mi casa. No tengo que explicaros
Mas de que dejo en ella
Todo mi honor en una hermana bella.
Harto os he dicho: adios.

MANUEL.

Yo tambien dig[o]
Harto en decir que soy un fiel amigo
En vuestra casa quedo.

LUIS.

Decid.

MANUEL.

Y bien aseguraros puedo
Que no haréis falta vos.
(*Coge Luis Perez á Don Alonso, y éntrase con él, arrojándose al rio.*)

LUIS. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo

DOÑA JUANA.

Delfin humano es ya del ancho hielo.

LUIS. (*Dentro.*)

Manuel, mi honor os fio.

MANUEL.

Ya lucha á brazo con el centro frio.

LUIS. (*Dentro.*)

Mirad por él.

MANUEL.

En tu lugar me dejas.
No dés al viento repetidas quejas.

LUIS. (*Dentro.*)

Adios.

MANUEL.

¿Quién hay que mi desdicha crea?

DOÑA JUANA.

¿Dónde iré yo, que lástimas no vea?
(*Vanse.*)

—

Otro punto á la orilla opuesta del rio, ya en Portugal.

ESCENA XII.

EL ALMIRANTE DE PORTUGAL Y DOÑA LEONOR, *de caza*.

ALMIRANTE.

Puesto que el can del estío
Ni fallece ni declina,
Puedes, hermosa sobrina,
A la orilla deste rio
Descansar de la fatiga
Que te enoja y amenaza.

DOÑA LEONOR.

Noble ejercicio es la caza:
¿A quién no mueve y obliga
Su milicia generosa?

ALMIRANTE.

Tienes, sobrina, razon,
Que es gallarda imitacion
De la guerra belicosa.
¿Qué es mirar de canes mil
Cercado un espin valiente,
Defenderse diestramente
Con navajas de marfil?
A este hiere, á aquel derriba,
Y sacudiendo derechas
Sus puntas, de humanas flechas
Parece una aljaba viva.
¿Qué es mirar luego un lebrel,
Que cuando la presa pierde,
De rabia sus manos muerde,

Y vuelve á cerrar con él,
Y los dos con mas fiereza
Herir los bizarros cuellos,
Ley del duelo, que hasta en ellos
Puso la naturaleza?

DOÑA LEONOR.

¡A quién no causa alegría
Esta lucha imaginada?
Si bien á mí mas me agrada
Del viento la cetrería.
¡Qué es ver, sin mortal desmayo,
Una garza, cuyo aliento
Atomo es de pluma al viento,
Al fuego es de pluma rayo,
Y de una y otra suprema
Region el término errante
Escala, que en un instante
Ya se hiela, ó ya se quema?
Porque con medida tanta
Bate las alas, si vuela,
Que si las baja, las hiela,
Las quema, si las levanta.
¡Qué es ver dos halcones luego
Hacer puntas (que esto es
Batir alas), y despues,
Cometas sin luz ni fuego,
Retar la garza, que diestra
Corre, siendo á tanto viento
Poca valla un elemento,
Un cielo poca palestra?
Y acudiendo aquí y allí,
De dos contrarios vencida,
Bajar en sangre teñida
Hecha estrella carmesí:
Cuya vitoria y destreza
No adquieren triunfos mas graves;
Que es duelo que hasta en las aves
Puso la naturaleza.

ESCENA XIII.

PEDRO. — EL ALMIRANTE, DOÑA LEONOR.

PEDRO.

¡Qué tierra es esta? No sé
Por dónde camino, lleno
De mil temores. ¿No es bueno,
Que cansa el andar á pié?
A Portugal he pasado,
Por ver si hallo en Portugal
Consuelo alguno en mi mal,
Ya que fui tan desdichado
Alcahuete: ¡ved qué espantos!
Que aun en el primer indicio
Vine á perderme en oficio,
En que se han ganado tantos.
Qué ha de hacer? Gente hay aquí,
Y á lo que el semblante ofrece,
Gente principal parece.
Si se doliese de mí,
Que soy niño y solo,
nunca en tal me vi?

ALMIRANTE.

i te quieres retirar
la quinta, porque el sol,
énix del cielo y farol
e belleza singular,
a se ausenta, llamaré
uien traiga en tanto rigor
n caballo. — ¡Hola!

PEDRO.

Señor.

ALMIRANTE.

Quién sois vos?

PEDRO.

Pues yo ¿qué sé?

ALMIRANTE.

Servisme? porque no os vi
Otra vez en este suelo.
¿Sois mi criado?

PEDRO.

Serélo,
Si no lo soy. Héle aquí
Un cuentecito. Entró un dia
En el palacio real
Un Don Fulano de Tal,
Que al rey ni al mundo servía.
Vió que á la hora de comer,
Los de la cámara todos,
Con mil políticos modos,
Porque habian de traer
Las viandas, se quitaban
Las capas, él se quitó
La suya, y en cuerpo entró
Donde los demas entraban.
Un mayordomo llegó,
Advirtiendo en lo que hacia,
Preguntándole si habia
Jurado, y él respondió:
«No señor; mas juraré,
Si eso importa.» Lo que quiero
Es serviros; que primero
Votaré y renegaré,
Cuanto mas jurar.

ALMIRANTE.

Humor
Gastais.

PEDRO.

No tengo otra cosa
Que gastar: es generosa
Mi mano; y así, señor,
Gasto lo que tengo.

ESCENA XIV.

LUIS PEREZ, *y luego*, DON ALONSO. — DICHOS.

LUIS. (*Dentro.*)

¡Ay triste!

DOÑA LEONOR.

¿Qué voz es aquella? ¡Cielos!

ALMIRANTE.

Sobre ese campo de hielos,
Un hombre á brazos resiste
De las ondas el furor.

DOÑA LEONOR.

Y ya entre abismos y asombros
Intenta sobre los hombros
Librar de tanto rigor
A otro infelice.

DON ALONSO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

ALMIRANTE.

Llegad y socorreréis
Ese hombre, y así tendréis
Mi gracia.

PEDRO.

Si desde aquí
Basto, yo socorreré
Sus desdichas; mas, señor,
Soy pesado nadador.

DOÑA LEONOR.

Ya la arena puerto fué
De su tormenta.

(*Salen mojados Luis y Don Alonso.*)

DON ALONSO.

¡Divinos
Cielos! mil gracias os doy.

LUIS.

¡Vive Cristo, que ya estoy
Libre de esos cristalinos
Impetus!

ALMIRANTE.

Llegad, llegad;
Que daros favor deseo.

PEDRO.

Ahora sí. (*Ap.* Mas ¿qué veo?)
(*Vase retirando.*)

ALMIRANTE.

A tanta necesidad
¿Os retirais?

PEDRO.

Yo nací
Piadoso, y viendo á los dos,
Me desmayo. (*Ap.* Vive Dios,
Que se ha venido tras mí
Luis Perez, por castigar
Aquella alcahuetería
De su hermana y ama mia!
Cierto es, me viene á matar.
De aquí me importa á la guerra
Ir, pues en desdicha tal,
De Castilla y Portugal
En un dia me destierra.)

ALMIRANTE.

¿Adónde vais?

PEDRO.

Hame dado
De repente un accidente,
Y así, me voy de repente,
Y lo jurado jurado. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL ALMIRANTE, DOÑA LEONOR, LUIS, DON ALONSO.

ALMIRANTE.

El es loco. ¡Ah! caballero,
Dad al aliento valor
En mis brazos.

DON ALONSO.

Hoy, señor,
La vida de vos espero.

ALMIRANTE.

¿Quién sois? porque me han movido
Vuestras desdichas aquí.
Bien podeis fiaros de mí.

DON ALONSO.

Por no hablar inadvertido,
Sepa quién sois, y sabréis
Por qué en este estado estoy.

ALMIRANTE.

Sí haré. El Almirante soy
De Portugal: bien podeis
Declararos ya; que labra
Tanto la piedad en mí,
Que de ampararos aquí
Os doy la mano y palabra.

DON ALONSO.

Yo la acepto; y ahora digo
Que soy de la ilustre casa
De los Tordoyas, linaje
En toda aquesta comarca
Estimado: Don Alonso
Es mi nombre. Esta mañana,
Celoso de un caballero,
Entré en casa de una dama,
Halléle en ella, y le dije
Que en el campo le esperaba.
Salió, en fin, como quien era,
Con su capa y con su espada.
Reñimos... cayó en la tierra
Muerto de dos estocadas.
Desdicha fué. En este punto
Ya todo el lugar estaba
Alborotado, y salió
La justicia á la campaña.
Quiso prenderme, escapéme
En un caballo, á quien alas
Le ofreció mi pensamiento,
Y á quien la justicia mata

De un arcabuzazo. A pié
Corrí, y llegué hasta una casa
De placer, á cuya puerta
Vi que por mi dicha estaba
Luis Perez...

LUIS.

Aquí entro yo,
Y así, diré lo que falta.
Mirando tan perseguido
A Don Alonso, y de tanta
Gente, le ofrecí guardar
Con mi pecho sus espaldas.
Está á la falda del monte
Esta casa, que la llaman
De placer, y de pesar
Ha sido por mi desgracia:
De suerte, que allí se estrecha
El paso á la misma falda;
Y así, era fuerza que todos
Delante de mí pasaran.
Aquí pretendí primero,
Ya con corteses palabras,
Ya con ruegos, persuadir
Al Corregidor dejara
De seguir á Don Alonso.
No quiso, y con arrogancia
Quiso alcanzarle, y lo hiciera,
Si yo con sola esta espada
No lo defendiera al punto,
Voto á Dios, á cuchilladas,
En cuya refriega, pienso
Que me dí tan buena maña,
Que herí algunos cuatro ó cinco:
Querrá Dios que no sea nada.
Viéndome pues mas culpado
Ya que Don Alonso estaba,
Pretendí que me valiese
Antes el salto de mata,
Que ruego de buenos. Viendo
Cerrado el paso, y tomada
La puente, con Don Alonso
En los brazos y la espada
En la boca, arrojé entónces,
Como dicen, pecho al agua.
Llegamos aquí... ¡Dichosos
Mil veces, pues nos ampara
El valor de Vuexcelencia,
Donde no hay que temer nada,
Supuesto que de ampararnos
Ha dado aquí la palabra!

ALMIRANTE.

Yo la di y la cumpliré.

DON ALONSO.

Y será fuerza acetarla,
Que es grande el competidor.

ALMIRANTE.

Pues ¿cómo el muerto se llama?

DON ALONSO.

Supuesto que es caballero
Digno de toda alabanza,
Pues siempre se vieron juntos
El valor y la desgracia,
Y que no pierde en nombrarle
Su nombre, honor, lustre y fama,
Es Don Diego de Alvarado.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí! ¡El cielo me valga!
¡Aleve! ¿á mi hermano has muerto?

ALMIRANTE.

¡Traidor! ¿mi sobrino matas?

LUIS.

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Pues esto ahora nos falta?
Ahora bien, por si ó por no,
Volveré á tomar la espada.

DON ALONSO.

Vuexcelencia se detenga,
Señor, y mire que agravia
En un rendido su acero,
Si con mi sangre le mancha.
Yo di cuerpo á cuerpo muerte
A Don Diego en la campaña,
Sin traicion ni alevosía,
Sin engaño y sin ventaja.
Pues ¿de qué quiere vengarse?
Fuera desto, la palabra
De Vuexcelencia, señor,
¿Cuándo en ningun tiempo falta?

LUIS.

Y si no, viven los cielos,
Que si esgrimo la hojarasca,
Y viene Portugal junto,
De oponerme á la demanda.

ALMIRANTE.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer
En confusion tan extraña?
Aquí me llama mi honor,
Y allí mi sangre me llama.
Pero partamos la duda.)
Don Alonso, mi palabra
Es ley que se escribe en bronce:
Dila, y no puedo negarla;
Mas mi venganza tambien
Es ley que en mármol se graba.
Y por cumplir de una vez
Mi palabra y mi venganza,
Todo el tiempo que estuvieres
En mi tierra, está guardada
Tu persona; pero advierte
Que al salir della, te aguarda
La muerte; que si ofrecí
Defenderte hoy en mi casa,
En mi casa te defiendo;
Pero no te di palabra
De guardarte en el ajena.
Y así, poniendo la planta
En tierra del Rey, verás
Que quien te libra te agravia,
Quien te asegura, te ofende,
Y quien te vale, te mata.
Vete ahora libre.

DOÑA LEONOR.

Esperad,
Que yo no he dado palabra
De no ofenderle; y así,
Puedo tomar la venganza.

ALMIRANTE.

Tente, sobrina, y advierte
Que le defiendo. — ¿Qué aguardas?
Vete libre. Di, ¿qué esperas?

DON ALONSO.

Besar tus invictas plantas
Por accion tan generosa.

ALMIRANTE.

No lo dirás cuando hayas
Dado á mi acero la vida.

DON ALONSO.

¿Qué mas airosa alabanza
Qué morir á tales manos?

DOÑA LEONOR.

Sin vida voy.

ALMIRANTE.

Voy sin alma.

DON ALONSO.

¿Qué dices, Luis Perez, desto?

LUIS.

Que aun mejor está que estaba.
Déjenos salir de aquí
Hoy, que en su poder nos halla;
Que una vez allá, verémos
Quién se lleva el gato al agua.

JORNADA SEGUNDA.

Campo en las inmediaciones de Sanlúcar.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL Y DOÑA JUANA, *de camino.*

MANUEL.

Nunca viene solo el mal.

DOÑA JUANA.

Es que desdichas y penas
Se llaman unas á otras.

MANUEL.

¡Ay, Juana! ¡cuánto me pesa
El verte venir así,
Peregrinando por tierras
Extrañas! Cuando pensé
Que Galicia puerto fuera
De nuestra tormenta, ha sido
Golfo de mayor tormenta;
Pues otro nuevo accidente
Nos saca de Salvatierra
Y trae á la Andalucía,
Corriendo desta manera
Ajenas patrias.

DOÑA JUANA.

Manuel,
Cuando yo dejé mi tierra
Y padres por tí, salí
A mas desdichas dispuesta.
No salí yo por vivir,
Eligiendo esta ni aquella
Provincia, sino por solo
Vivir contigo: así, sea
Donde quiera mi desdicha,
O donde mi dicha quiera.

MANUEL.

¡Con qué acciones, qué palabras
Podrá declarar la lengua
Un justo agradecimiento?
Pero dejando finezas
Amorosas á una parte,
¿Dónde aquel criado queda,
Que recibí en el camino?
Para que conmigo venga
A buscarte algun regalo,
En tanto que pides treguas
Con blando sueño al cansancio.

DOÑA JUANA.

Ya él á nuestra vista llega.

ESCENA II.

PEDRO. — DOÑA JUANA, MANUEL

PEDRO.

¿Qué es, señor, lo que me mandas?

MANUEL.

Que tú conmigo te vengas
Por Sanlúcar. Tú, mi bien,
Retírate donde puedas
Descansar.

DOÑA JUANA.

Aquí estaré
Llorando tu breve ausencia.

MANUEL.

Presto volveré á adorarte.
(*Vase Doña Juana.*)

ESCENA III.

MANUEL, PEDRO.

MANUEL.

Parece que esa tristeza,
Adivina del pesar

ue tengo de darla, empieza
hacer tales sentimientos.

PEDRO.

Cómo hacer pesar intentas
una mujer, á quien debes
an peregrinas finezas?
ue aunque es verdad que yo soy
riado tan nuevo, que apénas
onoces por tal, pues solo
á dos dias que me entregas
ecretos tuyos, he visto
a mil amorosas muestras
bligaciones muy grandes.

MANUEL.

o puedo negar la deuda;
as, Pedro, á fuerza del hado
o hay humana resistencia.
uyendo de Portugal,
asé á Galicia, y voy della
uyendo á la Andalucía.
osas son que el cielo ordena.
o vengo á quedarme aquí;
ue tampoco en esta tierra
i persona está segura,
ino, sirviendo en la guerra,
asar en esta ocasion
or esa inconstante selva
e espuma y sal, á las islas
el norte... Los cielos quieran,
esen sus doradas torres
as católicas banderas.
istarme quiero, y soldado,
uardar la vida á quien cercan
antas desdichas. Yo apuesto
ue tú ahora entre tí piensas
ue el dejar aquesta dama
erá con infame afrenta
e su honor, poniendo á riesgo
a hermosura con mi ausencia;
ues no ha de ser desa suerte,
ino dejándola quieta
segura en un convento
e Sanlúcar, donde tenga,
n tanto que vuelvo yo,
unque es muy poca, mi hacienda;
ue á mí la espada me basta.

(*Tocan dentro caja.*)

PEDRO.

ccion generosa es esa,
igna de tu gran valor.
ero ¿qué cajas son estas?

MANUEL.

abrá algun cuerpo de guardia
in duda, por aquí cerca,
saldrán dél.

PEDRO.

Sí, bien dices;
ue allí se ve la bandera.

MANUEL.

ámonos llegando allá;
ue pues el primero encuentra
ste mi suerte, en él quiero
entar la plaza. Tú llega,
regunta por el alférez,
i que dos hombres intentan
entarse en su compañía. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUIS PEREZ, SOLDADOS.—PEDRO.

PEDRO.

Ap. Este que hácia mí se acerca,
ira dél.) Señor soldado,
or cortesía le ruega
n forastero le diga
Quién es de aquesta bandera
l alférez?

SOLDADO 1.°

Aquel es,
A quien el pecho atraviesa
Una banda roja.

PEDRO.

¿Aquel
Que tiene buena presencia
Y está de espaldas ahora?

SOLDADO 1.°

El mismo.

LUIS.

Ustedes me tengan
Por soldado y por amigo.

SOLDADO 2.°

Todos serviros desean.

(*Vanse los soldados.*)

PEDRO. (*Ap.*)

Solo ha quedado el alférez.
Famosa ocasion es esta.

LUIS. (*Para sí.*)

¡Válgame Dios! ¡Qué dichoso
En ese estado me viera,
Si no tuviera un cuidado
Que me aflige y me atormenta!

PEDRO.

Señor Alférez.

LUIS. (*Sin ver ni oir á Pedro.*)

¿Que deje
Yo una hermana tan resuelta
En tanto riesgo?

PEDRO.

Señor
Alférez...

LUIS. (*Para sí.*)

¿Qué me aprovecha
Adquirir aquí el valor,
Si por mas que yo le adquiera
Por una parte, por otra
Quiere el cielo que se pierda?
Pero en tanta confusion,
Una cosa me consuela,
Y es, que un amigo...

PEDRO.

Señor
Alférez.—A esotra puerta.

LUIS. (*Para sí.*)

Vive en mi casa, y me guarda
Las espaldas.

PEDRO.

Desta oreja
Debe de ser sordo: voy
Por esotra. ¡Linda flema!—
Señor Alférez.

LUIS.

¿Quién llama?

PEDRO.

Un soldado que desea...

(*Conócele y túrbase.*)

Mas no desea el soldado,
Y si de alguna manera
Alguna vez deseó,
Mintió; que atrevida lengua,
Deseó por boca de ganso.

LUIS.

Aguarda, villano, espera.
¿No te acuerdas que te dije
Que en ningun tiempo me vieras,
Porque habia de matarte
En cualquier estado y tierra
Que te hallase?

PEDRO.

Así es verdad;
Mas ¿quién hallarte creyera
Hoy alférez en Sanlúcar?

LUIS.

¡Vive el cielo, que mi afrenta
He de castigar en tí,
Pues fuiste la causa della!

PEDRO.

¡Ay, que me matan!

ESCENA V.

MANUEL.—LUIS, PEDRO.

MANUEL.

¡Qué veo!
A mi criado atropella
Un soldado. ¡Ah, caballero!
No sé yo qué causa os mueva,
Para que á aquese criado
Se trate desa manera,
Sin mirar... Pero ¡qué veo!

LUIS.

¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!

MANUEL.

Con justa razon me admiro.

LUIS.

Con el ansia no lo creo.
¡Manuel! (*Abrázanse.*)

MANUEL.

¡Luis! Pues ¿qué es aquesto?
¿No fuisteis á Portugal?
¿Qué ocasion en lance tal
Hoy nuestra amistad ha puesto?

LUIS.

Y vos, Manuel, ¿no os quedasteis
En mi casa en Salvatierra?
¿Con qué ocasion á esta tierra
A darme muerte llegasteis?
¿Cómo cumple desta suerte
Un amigo noble y fiel
Obligaciones de aquel
Que en una deuda tan fuerte
Le pone, cuando le fía
Su honor? Testigo es el cielo,
Que otro bien, otro consuelo
En mi ausencia no tenia.

MANUEL.

Los dos en esta ocasion,
Como un corazon tenemos,
Igualmente padecemos
Una misma confusion.
Sacadme primero vos
De otra pena, y yo despues
Os satisfaré, porque es
Fuerza que estemos los dos
Solos, cuando haya de hablar,
Porque os importa el secreto.

LUIS.

Que estoy rendido os prometo,
A un pesar y otro pesar.
Y por salir del cuidado,
Que vuestro recato advierte,
Abreviemos desta suerte.
¿Es vuestro aquese criado?

MANUEL.

Hasta Sanlúcar venía:
En el camino le ví,
Y acaso le recibí.

LUIS.

Pues válgale aqueste dia
Ese sagrado. Ahora advierte, (*A Pedro.*)
Villano, lo que te digo,
Que no hay cada dia un amigo
Que te libre de la muerte.
Vete, pues.

PEDRO.

Muy bien me está:
Mas quiero saber de tí
Adonde has de ir desde aquí,
Porque yo no vaya allá.

¿Dónde iré que no te vea?
Mas ya una industria adverti
Para escaparme de tí;
Y aqueste remedio sea,
Que al fin, por no hablarte, y verte,
Pues tu enojo me destierra,
Tengo de estarme en mi tierra
Pues me libro desta suerte. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUIS, MANUEL.

LUIS.

Ya estamos solos yo y vos,
Y pues primero de mí
Quereis saber quién aquí
Nos ha juntado á los dos,
Sabed que fué en Portugal,
Despues que salí del rio,
Mayor el peligro mio;
Porque al dejar su cristal,
La tierra que allí se ve,
Es tierra del Almirante
De Portugal; y al instante
Que nos vió, su amparo fué
Nuestro sagrado; mas luego
Que supo á quien (¡trance fuerte!)
Don Alonso dió la muerte,
Convertido en rabia y fuego,
De su tierra nos echó;
Que era el muerto su sobrino.
Contaros por el camino
Lo que á los dos nos pasó,
Será imposible. En efeto,
Hasta Sanlúcar llegamos,
Y el Duque, al punto que entramos,
Nos honró mucho, os prometo,
Porque como es general
Capitan en esta guerra
Que hace el Rey á Ingalaterra,
Generoso y liberal
A Don Alonso le dió
Una jineta, él á mí
La bandera, y soy aquí
Alférez, que es cuanto yo
De mí he podido contaros.
Lo que sabeis ahora vos,
Decid, Manuel; que por Dios,
Amigo, que hasta escucharos,
A vuestro acento y estilo
Tan grande atencion daré,
Que miéntras hablais, tendré
Pendiente el alma de un hilo.

MANUEL.

Os arrojásteis al rio,
Y en este instante llegó
La justicia; y como os vió
Luchar en el centro frio,
Desesperó de tomar
Por entónces la venganza,
Y perdida la esperanza,
Volvió corrida al lugar.
Fuíme yo á la casa vuestra,
Adonde huésped me ví,
Y la merced recibí
Que mi obligacion os muestra;
Mas el corazon recela
De contaros hoy alguna
En que duerme la fortuna,
Aunque es un Argos que vela.
No sé cómo aquí prosiga
Ni qué humano estilo halle
Para que diga y que calle
Lo que es bien que calle y diga.
Mas si os acordais, Luis,
Que al despediros dijistes
Con voces al cielo tristes:
«Pues en mi casa vivís,
Mirad por mi honor, Manuel,»
Con esto explicarme entiendo,
Pues digo que vengo huyendo,
Porque he mirado por él.

LUIS.

Manuel, el curso veloz
Tened, que mi muerte labra;
Que es áspid cada palabra,
Basilisco cada voz,
Con que me matais aquí,
De toda piedad ajeno.
¿A quién se ha dado veneno
En palabras, sino á mí?

MANUEL.

Juan Bautista, un labrador
Rico, á vuestra hermana bella,
Enamorándose della,
Sirve con público amor.
Llegó á tanto atrevimiento,
Que alguna noche escaló
Nuestra casa.

LUIS.

¡Ah cielo!

MANUEL.

Yo,
Que siempre velaba atento,
De mi aposento salí,
Hasta una cuadra llegué
Donde embozado le hallé,
Y dije resuelto así:
«Esta casa, caballero,
Es de un hombre de valor:
Alcaide soy de su honor,
Y así, castigar espero
Osadía tan villana.»
Embisto osado y cruel
Con él, pero luego él
Se arrojó por la ventana.
Tras él me arrojé; en la calle
Otros dos hombres estaban,
Que la espalda le guardaban;
Mas yo dispuesto á matalle,
A los tres acometí.
Al uno herí, otro cayó
Muerto, y Juan Bautista huyó.
Consideradme ahora á mí
Forastero, en tierra ajena,
Cargado de una mujer:
Mirad lo que puedo hacer,
Sino volver á la pena
La espalda. Si en esto he errado,
Solo habré errado la accion,
No á lo ménos la intencion;
Que habiendo considerado
Que hiciérades vos, por Dios,
En lance tan infelice
Lo mismo allí, asi hice
Yo lo que hiciérades vos.

LUIS.

Es verdad, pues si yo hallara
Un hombre desa manera,
Darle muerte pretendiera,
Y á quien pudiera matara.
Y así, digo que habeis hecho
Lo mismo que hiciera yo.
Quien del amigo pensó
Que era un espejo su pecho,
Pensó bien; pues vos decis
Defectos tan claramente,
Que nunca el tiempo desmiente;
Y si mejor lo advertís,
Cuando en un espejo creo
La virtud que me aprovecha,
Lo que en mi mano es derecha,
Izquierda en la suya veo:
Y así, veo el cruel tiro
Ejecutado en los dos,
Pues voy á ver, vive Dios,
Mi honor en vos, y en vos miro
Mi agravio; que el cristal sabio
Poco lisonjero es,
Y honor visto del reves,
Por fuerza ha de ser agravio.
Ahora bien, cese el furor
Que me previno la guerra:
Volvamos á Salvatierra,
Porque es perder el honor
Dejarle en peligro tal.

ESCENA VII.

DON ALONSO.—LUIS, MANUEL.

DON ALONSO.

Luis Perez, ¿qué haceis aquí?

LUIS.

Suplícoos que si en mí
Hubo alguna accion leal
Que mereció vuestra gracia,
En mi ausencia lo mostreis
Con Manuel, y á él le daréis
Mi puesto; que una desgracia,
Que en mi ausencia ha sucedido,
A Salvatierra me vuelve.

DON ALONSO.

Mirad...

LUIS.

A esto se resuelve
Un hombre que está ofendido.

DON ALONSO.

Con razones intentó
Hoy mi amistad disuadiros;
Pero cuando llego á oiros
Que estáis ofendido, no.
Antes quiero suplicaros
De mi parte, si lo estáis,
Que á Salvatierra volvais,
Luis Perez, para vengaros.
Pero advirtiendo primero
Una cosa.

LUIS.

¿Qué es?

DON ALONSO.

De aquí
No habeis de volver sin mí,
Porque á vuestro lado espero
Volver, como amigo fiel;
Porque no es razon que así
Me saqueis del riesgo á mí,
Y vos os quedeis en él.

MANUEL.

Cuando á volver se resuelva
Luis Perez, no faltará
Quien vuelva con él, pues ya
Es forzoso que yo vuelva.
Su amigo soy, y no fuera
(Pues traje la nueva) justo
Meterle yo en el disgusto,
Para quedarme yo fuera.

DON ALONSO.

Quien á Luis Perez metió
En el disgusto, yo he sido,
Pues cuando llegué rendido
A pedir su amparo yo,
El se estaba descuidado
En su quinta: luego fui
Causa primera, y así,
Volver con él me ha tocado;
Porque, en fin, de polo á polo
Por grosero estilo pasa,
Sacar á uno de su casa,
Y dejarle volver solo.

MANUEL.

Yo he de ir, que os quedeis ó no,
Porque disculpa no es
El que vos seais cortés
Para ser cobarde yo.

LUIS.

Noblemente os compelis;
Mas ninguno de los dos
Ha de ir conmigo, por Dios.
Entrambos á dos venis
De vuestra suerte fatal
Huyendo, entrambos teneis
Causa para que os guardeis.
¿Fuera yo amigo leal,
Si con tan poco interes,
Hoy dos amigos pusiera
A riesgo, y que no tuviera
A quien apelar despues?

DON ALONSO.

Decis bien; mas yendo uno
Solo, poco aventurais
A perder, pues que guardais
El otro.

MANUEL.

Si ha de ir alguno,
Yo he de ser.

DON ALONSO.

No, sino aquel
Que Luis Perez escogiere.

MANUEL.

Yo soy contento: prefiere,
Como amigo cuerdo y fiel,
El que tú fueres servido.

LUIS.

Determinarme á ofender
Al uno, eso habrá de ser.
Ya que yo estoy convencido...
Don Alonso tiene mucho
Hoy que perder, y así, digo
Que Manuel vaya conmigo.

DON ALONSO.

¡De vos tal palabra escucho!
¿A la vida anteponeis
Ningun interes humano?
¡Discurso inconstante y vano!
Mas ya que así me ofendeis,
Yo me he de vengar así.
Para el camino llevad
Estas joyas, y tomad
Esta poquedad de mí;
Que he buscar á los dos,
Quizá en ocasion tan fuerte,
Que libre á alguno de muerte.

LUIS.

Dadme los brazos, y adios;
Que me importa dar castigo
A una hermana y un traidor,
Y voy á sacar mi honor
Del pecho de mi enemigo.
Las joyas tomo, por ser
De un amigo verdadero,
Y devolverlas prefiero.

DON ALONSO.

Es agravio.

LUIS.

Esto he de hacer. (*Vanse.*)

Sala en la quinta de Luis Perez.

ESCENA VIII.

ISABEL, CASILDA.

CASILDA.

Oye, y sabrás lo que pasa.
A Salvatierra ha venido
Doña Leonor de Alvarado.

ISABEL.

¿Con qué intento?

CASILDA.

Yo imagino
Que la sangre de su hermano
Líquido iman, la ha traido
En venganza de su muerte.—
Y hoy con ella hablar he visto
A Juan Bautista.

ISABEL.

Pues deso,
Casilda, ¿qué has inferido?

CASILDA.

Oye adelante: confusa
De verle así, á un conocido
Que es criado de Leonor,
Le pregunté qué habia sido
La causa porque Leonor
Le admitió. Y este me dijo
Que en la informacion que hacia
El Pesquisidor que vino
De la corte á averiguar
Las muertes y los delitos
De Don Alonso y tu hermano,
No habia mas de aquel dicho
Que condenase á los dos:
Y agradecida, le hizo
Tal honra; que solo medran
Ya en el mundo los testigos
Que dicen lo que pretenden
Las partes.

ISABEL.

Mi muerte ha sido,
Casilda, tu voz. No digas
Dichos y hechos tan indignos
De que los admitan ¡cielos!
Las voces y los oidos.
¿Juan Bautista con la lengua
Se venga del ofendido
Con los otros? ¡De un agravio
Toma la venganza el mismo
Que le comete! ¿Qué es esto?
¿Quién alguna vez ha visto
Que se vengue el ofensor,
Y se ausente el ofendido?

CASILDA.

Pues supe mas.

ISABEL.

¿Qué?

CASILDA.

Que ha dado
Querella de aquel amigo
De mi señor que mató
Su criado, y ha querido
Que el Juez conozca de todo.

ISABEL.

¡Muy bueno anda el honor mio,
Si por culparle me culpan!

ESCENA IX.

PEDRO.—ISABEL, CASILDA.

PEDRO.

(*Ap.* ¡Qué largo ha sido el camino!
Y es porque al que huye, parece
Que el miedo le pone grillos.
¿Quién vió tomar por sagrado,
Por amparo y por asilo
Del delincuente, la casa
Donde cometió el delito?
Esta es mi señora.) Dame,
Pues que tan dichoso he sido,
El enano de los piés,
Ese de los puntos niño,
Bonamí [1] de los zapatos,
Y de las hormas resquicio;
Y dime, por vida mia,
Si mi señor ha venido
Por acá.

ISABEL.

Pedro, tú vengas
Con bien. Seguro imagino

[1] Nombre de un enano.

Estás aquí dél, porque él,
Por cosas que han sucedido
En tu ausencia, vive ausente.

PEDRO.

Ya lo sé; mas no me fio
Deso yo, porque si agora
No está por acá, yo afirmo
Que esté presto.

ISABEL.

¿De qué suerte?

PEDRO.

Porque habiendo yo venido
No tardará mucho él;
Que ha tomado por oficio
El andarse tras mí, hecho
Fantasmita de poquito,
Vision de capa y espada,
Y de mi temor vestiglo.

ESCENA X.

JUAN BAUTISTA.—ISABEL, CASILDA, PEDRO.

JUAN.

(*Ap.* Si le condenan á muerte,
Como merece el delito,
Seguro estoy que no vuelva
A Salvatierra; que el dicho
Basta para destruirle,
Y este es el intento mio.
Pero aquella es Isabel.)
Dichoso el que ha merecido
Llegar á tocar la esfera
Por donde á rayos y visos
Alumbra con luces de oro
Estos orbes cristalinos,
Ese sol, planeta humano,
Noble envidia del divino.

ISABEL.

Basta, Juan Bautista, basta;
Y si hasta aquí le has tenido
Por tal, ya no es sol, planeta
De resplandores vestido;
De rayos sí, fulminados
Dentro de mi pecho mismo,
Donde son iras las luces,
Que el viento ilumina en giros.
En vano es, necio, grosero,
Que loco y desvanecido,
Al sol que dices llegaste,
Tan engañado, el altivo
Vuelo; que hoy te da sepulcro,
Sin ser tálamo de vidrio,
En las cenizas de un pecho,
Que ya es cárcel del olvido.
¿Quién de los agravios hechos
Alevosamente hizo
Lisonja? Torpes venganzas
¿Son méritos y servicios
Para conquistar mi amor?
Si te hallabas ofendido
De mi hermano, con la espada,
Cuerpo á cuerpo, en desafío,
Fuera digno desagravio,
Y de mis favores digno;
Pero con la lengua no.
Mas no me espanto ni admiro
Que á las espaldas se venguen
Cobardes que no han podido
Cara á cara. Esta mudanza
Ha ocasionado aquel dicho,
Porque ¿á quién no desobliga
Un ruin trato, un mal estilo? (*Vase.*)

JUAN.

Escucha, Isabel.

CASILDA.

Con causa
Se queja. (*Vase.*)

ESCENA XI.

JUAN BAUTISTA, PEDRO.

JUAN.

Infeliz he sido.
Por donde pensé ganar
Mas á Isabel, la he perdido.
¡A cuántos, cielos, á cuántos
Han muerto sus artificios!

PEDRO.

Si es que te deja el pesar
Libre y en tu entero juicio,
Da los brazos al que ausente
Por tu causa, ha padecido
Un destierro y muchos sustos.

JUAN.

¡Pedro! seas bien venido.

PEDRO.

A tu servicio.

JUAN.

Si tú
Vinieses á mi servicio,
¡Qué dichoso fuera yo!

PEDRO.

Habla, y verás si te sirvo.

JUAN.

¿No vives con Isabel?

PEDRO.

Hoy he vuelto, y imagino
Que habré de estarme en su casa,
Que en fin es mi centro antiguo.

JUAN.

Si tú esta noche me abrieses
La puerta, porque atrevido
Llegase á satisfacerla
Destas cosas que la han dicho
De mí, quedaré obligado
A darte un rico vestido.

PEDRO.

¿Qué puedo perder yo en eso?
A abrir la puerta me obligo;
Mas ha de ser desta suerte:
Llamando tú, yo advertido
La abriré, sin preguntar
Quién es, pues con artificio
Tú entrarás, sin parecer
Que tengo yo culpa.

JUAN.

Has dicho
Bien; y pues ya el sol se esconde,
Quiero irme. Prevenido
Está, que yo vuelvo luego. (*Vase.*)

ESCENA XII.

PEDRO.

A los alcahuetes, digo
Que son de amor gariteros:
Vaya un discurso al garito.
Pone un garitero casa:
El alcahuete es lo mismo:
Los galanes son tahures,
Y entran en ella infinitos.
De aqueste juego, el tahur
Que da palmadas y gritos,
Es el celoso; que siempre
Celos son voces y ruido.
El que pierde y el que calla,
Es tahur á lo ministro,
Que entra y paga su dinero,
Sin sentirlo, con sentirlo.
El que juega sobre prenda,
Es el amante novicio
Que saca del mercader,
Ya la joya, ya el vestido.
El que hace alicantina,
Es el amante entendido,
Que pierde y dice: «esto es hecho»,
Necio el que pierde continuo.
Sobre palabra, es aquel
Que promete, y que cumplido
El plazo, paga. El galan
Que sirve por lo entendido,
Con papeles estudiados,
Es el fullero del vicio,
Pues juega con cartas hechas.
Los mirones que han venido
A enfadar sin dar provecho,
Son los vecinos prolijos;
Que del garito de amor
Mirones son los vecinos.
Las barajas deste juego
Son las damas:—bien se ha visto
Ser todas ellas barajas,—
Y para el barato, digo,
Que cuando hay baraja nueva,
Tiene seguro el partido.
Y al fin, de cualquiera suerte,
Dándole al discurso mio
Cabo, el garito, jamas
Escarmienta, aunque le hizo
Denunciacion la justicia,
Pues le ha de costar lo mismo
La causa; y así, yo ahora,
Sin temer otro peligro,
Conmigo he de desquitarme
De lo que perdí conmigo.
Pero Isabel es aquesta.

ESCENA XIII.

ISABEL, CASILDA, INES.—PEDRO.

ISABEL.

Casilda, pues que ya apresta[1]
Lecho de cristal el sol,
En el piélago español,
Donde abrasado se acuesta,
Cierra esa puerta, y aquí
Tú y Ines cantad; que así
En parte podré aliviar
Mi tristeza y mi pesar.
Cantad tono triste. Di[2], (*Llaman.*)
Ines, ¿oiste que á la puerta
Llamaron? Quién es, no sé,
A estas horas.

PEDRO.

(*Ap.* Yo pondré
Que es el galan que concierta
Que yo se la tenga abierta.)
Yo responderé.

ISABEL.

Ve, pues.
Pero sin saber quién es
No abras.

PEDRO.

No haré, claro está.
(*Ap.* Y es verdad, pues lo sé ya.) (*Vase.*)

ISABEL.

Desde el cabello á los piés
Temblando estoy. ¿Qué desvelo
Es este que me atormenta,
Y qué ilusion me fomenta,
Convertida en nieve y hielo,
Una desdicha en recelo?
(*Vuelve Pedro, asustado.*)

PEDRO.

¡Señora!...

ISABEL.

¿Qué sucedió?

PEDRO.

Abrí la puerta y se entró
Un hombre en casa embozado.
(*Ap.* Bien así me he disculpado.)
(*Las criadas se van.*)

[1], [2] Estos nueve versos parece que son de una décima, de la cual falta el verso quinto.

ESCENA XIV.

LUIS PEREZ.—ISABEL, PEDRO.

ISABEL.

¿Quién aquí se ha entrado?

LUIS.

Yo.

PEDRO. (*Ap.*)

¡Qué miro!

LUIS.

Yo soy, que vengo
A verte.

ISABEL.

¡Válgame Dios!

LUIS.

Pues ¿de qué os turbais los dos?

PEDRO. (*Ap.*)

¡Oh qué lindo miedo tengo!
Aquí esconderme prevengo. (*Retírase.*)

ISABEL.

Pues ¿cómo te has atrevido
A venir tan presumido
Aquí, sin ver el rigor
De un Jüez pesquisidor,
Que de la corte han traido
Contra ti, y en rebeldía
Te tiene... ¡Desdichas fieras!

LUIS.

Di.

ISABEL.

Condenado á que mueras!

LUIS.

No es la mayor pena mia
Esa; pues que ya venía
Dispuesto siempre á morir,
Hombre que viene á sentir
Tus agravios.

ISABEL.

No te entiendo.

LUIS.

Yo remediarlo pretendo,
No lo pretendo decir.
Y pues á aquesto he venido,
Fia de mí que lo haré;
Y miéntras que yo no sé
Este Juez á qué ha venido,
No tendré entero sentido.
Di todo lo que ha pasado,
Di lo que hay averiguado
Contra mí.

ISABEL.

Yo no sé mas
De que á pregones estás
Públicamente llamado;
Tu hacienda toda embargada,
Y á mí para mi sustento
Me dan un pobre alimento;
Mas del pleito no sé nada.

LUIS.

No hables, hermana, turbada;
Que si yo he venido aquí,
Es solamente por ti,
Porque pretendo llevarte
Conmigo; que en esta parte
No estás bien, pobre y sin mí.

ISABEL.

Y dices bien; que no quiero[3]
Dar á algun Icaro alas;
Que hay para un traidor escalas,
Y vuela mucho el dinero.

LUIS.

De tus razones infiero
Cosas que han asegurado;
Mas me aflige otro cuidado[4].

[3], [4] Siete versos de una décima: faltan los restantes; pero el sentido corre bien.

ISABEL.

¿Y es?

LUIS.

El no saber qué tiene
Escrito el Juez contra mí,
Y no he de ausentarme así;
Que el saberlo me conviene.

ISABEL.

¿De quién lo sabrás?

LUIS.

Previene
Averiguarlo el valor
Del original mejor;
Y pues ausencia he de hacer,
¡Vive Cristo, que ha de ser
Por algo! y así, traidor, (*A Pedro.*)
Empiece en tí mi crueldad.

PEDRO.

Mejor es que acabe en mí.
Empieza en otro.

LUIS.

¡Tú aquí!

PEDRO.

Oye, y sabrás la verdad.
Viendo que necesidad
Tenias...

LUIS.

Pasa adelante.

PEDRO.

Tú de venir, al instante
Vine, porque me debieses
Que la cara no me vieses.

LUIS.

¿Cómo?

PEDRO.

Viniendo delante.

LUIS.

¡Muere, traidor! (*Dale.*)

PEDRO.

Muerto soy,
¡Jesus, confe!..
(*Cae como que está muerto.*)

LUIS.

Ven conmigo,
Que yo á librarte me obligo
De tantas desdichas hoy:
Y pues á su lado estoy,
De la Troya deste fuego
La he de librar, pues que llego
¡Cielos! á verla abrasar.
Fama al mundo ha de quedar
De Luis Perez el Gallego.
(*Vanse, y levántase Pedro, mirando por donde van.*)

PEDRO.

¡Oh bendita mortecina!
Pues agora me valiste,
Sin duda para mí fuiste
Invencion santa y divina.
¡Qué bien su dicha imagina
El que se encomienda á vos!
Y pues se fuéron los dos,
Yo escaparé como un rayo
De un milagro del soslayo,
Y aquello de «quiso Dios.» (*Vase.*)

—

Sala en casa de un Juez, en Salvatierra.

ESCENA XV.

EL JUEZ PESQUISIDOR Y UN CRIADO; *despues*, OTRO.

JUEZ.

Poned en aquesta sala,
Que corre fresco, un bufete
Con recado de escribir
Y todos esos papeles;
Que quiero mirar ahora
Por ellos lo que conviene
Hacer, y de los testigos
Lo que dicen cerca deste
Caso, que he de averiguar.
(*Pone el criado el bufete con luces y papeles.*)

EL CRIADO 1.°

Ya aquí prevenido tienes
Cuanto mandaste, señor.
(*Sale otro criado.*)

EL CRIADO 2.°

Un forastero pretende
Hablarte, y dice que al caso
Que has venido es conveniente
Que le escuches.

JUEZ.

Será aviso
Sin duda: decidle que entre.
(*Vase el criado 2.°*)

ESCENA XVI.

LUIS PEREZ, MANUEL Y EL CRIADO 2.° —EL JUEZ, EL CRIADO 1.°

LUIS. (*Hablando aparte con Manuel á la puerta.*)
Quédate tú en esta puerta,
Manuel, y á ninguno dejes,
Miéntras que yo estoy hablando,
Que á ver ni escuchar se llegue.

MANUEL.

¿Qué es entrar? Llega seguro,
Y no hayas miedo que deje
Entrar á persona alguna,
Si no fuere yo: esto advierte. (*Vase.*)

LUIS.

Beso al señor Juez las manos,
A quien suplico se siente
Y quede solo; que tengo
Que hablar cosas que convienen
A la comision que trae.

JUEZ.

Idos luego.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XVII.

EL JUEZ, LUIS.

LUIS.

Por si fuere
Largo, me daréis licencia
De tomar un taburete.

JUEZ.

Siéntese vuesa merced.
(*Ap.* Sin duda algun caso es este
De importancia.)

LUIS.

Vuesarced
¿Cómo en Galicia se siente
De salud?

JUEZ.

Con ella estoy
Para serviros, si fuese
De importancia.

LUIS.

Pues al fin,
Vuesa merced me parece,
Señor Juez, que aquí ha venido
Contra ciertos delincuentes.

JUEZ.

Sí señor, un Don Alonso
De Tordoya y un Luis Perez.
Contra el Don Alonso es
Sobre haber dado la muerte
A un Don Diego de Alvarado,
Noble y valerosamente
En el campo, cuerpo á cuerpo.

LUIS.

Sepamos ¿qué caso es este
Para traer de la corte
Un hombre docto y prudente,
Y sacarle del regalo
Que á su cómodo conviene,
A averiguar una cosa
Que á cada paso sucede?

JUEZ.

No es el alma del negocio
Esta; que la mas urgente
Del caso es la resistencia
De la justicia, y ponerse
A herir un Corregidor,
Un bellaco, un insolente
De un Luis Perez, hombre vil,
Que aquí vive de hacer muertes
Y delitos. Pero yo
¿Cómo hablo de aquesta suerte,
Dando parte de mi intento,
Sin saber quién sois? Conviene
Que me digais qué quereis;
Porque no es cosa decente
Hablar sin saber con quién.

LUIS.

Yo lo diré fácilmente,
Si en eso no mas estriba.

JUEZ.

Pues decidlo ya.

LUIS.

Luis Perez.

JUEZ.

¡Hola, criados!

ESCENA XVIII.

MANUEL.— EL JUEZ, LUIS.

MANUEL.

Señor,
¿Qué es lo que mandas? ¿qué quieres?

JUEZ.

¿Quién sois vos?

LUIS.

Un camarada
Mio.

MANUEL.

Y soy tan obediente
Criado vuestro, que estoy,
Porque otro ninguno entre
A serviros, sino yo,
El tiempo que aquí estuviere.

LUIS.

Vuesa merced, señor Juez,
No se alborote... y se siente
Otra vez, que falta mucho
Que hablar.
(*Vase Manuel.*)

JUEZ.

(*Ap.* Consejo es prudente
No aventurar hoy mi vida
Con unos hombres, que vienen
Tan restados; que sin duda
Vendrá con ellos mas gente.)
Pues ¿qué quereis en efecto?

LUIS.

Yo he estado, señor, ausente
Algunos dias: hoy vine,
Y hablando con diferentes
Personas, todas me han dicho
Como vuesa merced tiene
Un proceso contra mí.
Preguntando qué contiene,
Unos dicen una cosa,

Y otros otra : yo impaciente,
Por no saber la verdad,
Tuve por mas conveniente
El venir á preguntarla
A quien mejor la supiese.
Y así, señor, os suplico,
Si ruegos obligar pueden,
Me digais qué hay contra mí,
Porque yo no ande imprudente
Vacilando en qué será
Lo que me acusa ó me absuelve.

JUEZ.

¡No es mala curiosidad!

LUIS.

Soy curioso impertinente.
Mas si no quiere decirlo ..
Este el proceso parece :
El lo dirá, y no tendré,
Señor Juez, que agradecerle.
(*Toma el proceso.*)

JUEZ.

¿Qué haceis?

LUIS.

Hojeo un proceso.

JUEZ.

Mirad...

LUIS.

Vuesarced se siente
Otra vez; que no quisiera
Decírselo tantas veces.
La cabeza del proceso
Es esta... no pertenece
A mi intencion, pues ya sé,
Mas ó ménos, qué contiene.
Vamos á la informacion.
El primer testigo es este.
(*Lee.*) *Y habiendo tomado en forma*
Juramento á Andres Jimenez,
Declaró que el tiempo y cuando
Vinieron los dos valientes
Caballeros, él cortaba
Leña, y que secretamente
Riñeron solos los dos,
Y que al fin de un rato breve,
Cayó en el suelo Don Diego.
Y que mirando que viene
A este tiempo la justicia,
El Don Alonso pretende
Escaparse en un caballo,
A quien en el suelo tienden
De un arcabuzazo; y luego,
Procurando velozmente
Escaparse, llegó á pié
A la quinta de Luis Perez,
(Aquí entro yo) *el cual le dijo*
Con palabras muy corteses
Al Corregidor, dejase
De seguir tan cruelmente
A un caballero; y no quiso.
Y él, puesto en medio, defiende
El paso, y resiste osado
Al Corregidor. No puede
Decir, porque él no lo sabe,
Dónde ni cuándo le hiriese.
Esto declara, so cargo
Del juramento que tiene
Hecho. Y dice la verdad;
Que es un hombre Andres Jimenez
Muy de bien y muy honrado.
Segundo testigo es este.
(*Lee.*) *Gil Parrado : que al rüido*
De la confusion y gente
Se salió de Salvatierra,
Y llegó cuando pudiese
Ver á Luis Perez riñendo
Con todos, y pudo verle
Despues arrojar al rio,
Y no sabe mas. ¡Qué breve
Y compendioso! Tercero,
Juan Bautista. Veamos este
Cristiano viejo qué dice.
(*Lee.*) *Que él estaba entre unos verdes*
Arboles, cuando salieron
A reñir, y que igualmente
Reñian cuando salió
De una emboscada Luis Perez,
Y al lado de Don Alonso
Se puso, y los dos aleves
Dieron la muerte á Don Diego
Cobarde y traidoramente.
¿Quiere usted, señor Jüez,
Saber mejor quién es este
Hombre? Pues es tan infame,
Que confiesa claramente
Que una traicion vió, y se estuvo
Quieto. ¡Vive Dios, que miente!
(*Lee.*) *Que se puso Don Alonso*
En el caballo; y por verse
Luis Perez á pié, se opuso
A la justicia, á quien hiere
Y mata. Este es un judío.
Dad licencia que me lleve
Esta hoja; que yo mismo (*La arranca.*)
La volveré cuando fuere
Menester, porque he de hacer
A este perro que confiese
La verdad; aunque no es mucho
En verdad que no supiese
Confesar este judío,
Porque há poco que lo aprende.
Y si es que atento á lo escrito
Deben sentenciar los jueces,
No han de ser falsos testigos;
Que tambien los jueces deben
Escuchar en el descargo.
Vuesa merced considere
Qué delito cometí,
En estarme quietamente
A la puerta de mi quinta :
Si allí la desdicha viene
A buscarme, ¿cómo puedo
Huirme della? Y si lo advierte,
Desdicha que no se busca,
La disculpa el que es prudente.

ESCENA XIX.

GENTE, *y luego,* MANUEL.—EL JUEZ, LUIS.

UNO. (*Dentro.*)

Toda la gente está junta.
El que está dentro es Luis Perez,
Entrad, prendedle.

MANUEL. (*Dentro.*)

Está aquí
Un monte, que le defiende.

LUIS.

Manuel, dejadles la puerta, (*La abre.*)
Que ya no importa que entren,
Pues sé lo que he pretendido,
Y veréis que los que quieren
Entrar por la puerta, salen
Por las ventanas.

GENTE. (*Dentro.*)

Prendedle.
(*Salen alguaciles y gente armada.*)

JUEZ.

Deteneos : yo os prometo,
Como hombre de bien, Luis Perez,
Si os dais á prision, de ser
Vuestro amigo eternamente.

LUIS.

No quiero amigos letrados;
Que no obligan á los jueces
Las palabras; que ellos hacen
A propósito las leyes.

JUEZ.

Ved, que si no os dais, que puedo
Daros en pública muerte
El castigo.

LUIS.

Aqueso sí :
Dádmela cuando pudiereis.

JUEZ.

Pues ahora ¿no puedo?

LUIS.

No,
Porque en mis brazos valientes
Estoy seguro.

JUEZ. (*A los suyos.*)

Llegad,
Matadlos, si se defienden.

MANUEL.

A ellos, Luis Perez.

LUIS.

A ellos,
Valeroso Manuel Mendez.
Las luces he de matar, (*Lo hace así.*)
A ver si á oscuras se atreven.

UNOS.

¡Qué asombro!

JUEZ.

¡Qué confusion!

LUIS.

Canalla, viles, aleves,
Nombre ha de quedar famoso
Hoy del gallego Luis Perez.
(*Pónense los dos á un lado, la justicia, alguaciles y gente á otro, y méten-los á cuchilladas.*)

JORNADA TERCERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

LUIS PEREZ, ISABEL, DOÑA JUANA Y MANUEL.

LUIS.

Este monte eminente,
Cuyo arrugado ceño, cuya frente
Es dórica coluna
En quien descansa el orbe de la luna
Con majestad inmensa,
Nuestro muro ha de ser, nuestra defen-
Y pues que no pudieron [sa.
Prendernos los cobardes que vinieron
De la ocasion llamados,
Contra solos dos hombres tan honrados,
Pierdan ya la esperanza
De lograr con mi muerte la venganza;
Pues es fuerza que agora
Quien el camino que he elegido ignora,
En otra parte sea
Donde me busque. ¿Quién habrá que crea
Que aseguro mi vida
En un monte cerrado y sin salida?
Pues por aquella parte
Es nuestra tierra, y por esotra el arte
De la naturaleza,
Con las ondas del rio y la aspereza
Que sus muros defiende,
Foso es de plata, que abrazar pretende
Este verde Narciso,
Que á su cristal desvanecerse quiso,
En cuyo centro fuerte
Habemos de vivir de aquesta suerte.
La intrincada maleza
Depósito ha de ser de la belleza
De tu esposa y mi hermana.
Aquí estarán en esta selva ufana,
Dando al tiempo colores,
Nieve al enero, como al mayo flores.
De noche á esa pequeña
Aldea, que es lunar de aquella peña,
Podemos retirarnos,

Seguros que no vengan á buscarnos.
Los dos nos bajarémos
A los caminos, donde pedirémos
Sustento á los villanos
Destas aldeas; pero no tiranos
Hemos de ser con ellos;
Que solamente lo que dieren ellos,
Habemos de tomar. Desta manera
Hemos de estar hasta que el cielo quiera
Que habiéndonos buscado,
Hayan perdido el tiempo y el cuidado,
Y seguros podamos
Salir de aquí, y á otra provincia vamos,
Donde desconocidos,
De la fortuna estémos defendidos,
Si será parte alguna
Reservada al poder de la fortuna.

MANUEL.

No es novedad, Luis Perez generoso,
Hallar un homicida valeroso
En la casa del muerto,
Sagrado, amparo y puerto;
Que como no presume ni malicia
Que esté allí, la justicia
No le busca: de suerte,
Que la vida le da á quien él dió muerte.
Así nosotros hoy, parando en esta
Montaña, á los contrarios manifiesta,
No han de venir, aunque noticia tengan,
A buscarnos á ella; y cuando vengan,
Solos los dos podrémos
Hacernos fuertes, pues aquí tenemos
Las espaldas seguras,
Guardadas bien de aquestas peñas duras
Y destas ondas suaves,
Que se compiten en enojos graves,
Cuando con igual brio
Rio se finge el monte, monte el rio,
Siendo en varias espumas y colores,
Peñasco de cristal y mar de flores.

ISABEL.

A los dos he escuchado
Corrida, vive Dios, de haber mirado
El desprecio villano,
Con que los dos habeis dado por llano
Que estáis solos los dos en la campaña.
Yo, hermano, estoy contigo,
Y á imitarte me obligo,
Siendo mi brazo fuerte
Escándalo del tiempo y de la muerte.

DOÑA JUANA.

Yo vengo á ser aquí la mas cobarde;
Llegue mi queja pues, aunque sea tarde;
Que yo tambien me ofrezco
A matar y á morir.

LUIS.

Yo os agradezco
El aliento atrevido,
Aunque en las dos han sido
Errados pareceres;
Que las mujeres han de ser mujeres.
Nosotros dos bastamos
A defenderos. Con aquesto vamos,
Manuel, hasta el camino,
Donde hallar el sustento determino.
Y las dos esperad en este puesto.

ISABEL.

Rogando al cielo que volvais tan presto,
Que ignore el pensamiento
Si estuvisteis ausentes un momento.
(*Vanse.*)

—

Camino al pié del monte.

ESCENA II.

LUIS, MANUEL.

LUIS.

Ya que en aquesta montaña
Aseguradas se ven
Hoy mi hermana y vuestra esposa,
No sin causa os aparté,
Porque ya que hemos quedado
Los dos solos, yo Manuel,
Quiero en un negocio grave
Tomar vuestro parecer.
Anoche, cuando leí
En la casa de aquel Juez
Mi proceso, hallé un testigo
Tan infame y falso en él,
Que decia que habia visto
Como Don Alonso fué
Acompañado conmigo
A la campaña; y tambien,
Que traidoramente dimos
Muerte alevosa y cruel
A Don Diego de Alvarado
Los dos. Ved ahora, ved
¡Cómo se pueden sufrir
Atrevimientos de quien
Con la lengua ha pretendido
Deslucir y deshacer
Acciones de un desdichado
Que en este estado se ve,
Sin tener culpa mayor
Que ser tan hombre de bien!

MANUEL.

¿Y quién es ese testigo?

LUIS.

Cuando lo sepais, veréis
Que es mayor mi sentimiento,
Porque Juan Bautista es.

MANUEL.

Es un cobarde, y así,
Luis Perez, no os admireis;
Que el cobarde siempre apela,
Como sin valor se ve,
Del tribunal de las manos,
A la lengua y á los piés.
Vamos, y en medio del dia,
Sin recelar ni temer
La muerte, públicamente,
Delante del mismo Juez,
Saquémosle de su casa
O donde quiera que esté,
Y llevémosle á la plaza,
Donde diga como es
Testigo falso; que yo,
De mirar que le dejé
Vivo la noche de marras,
Estoy picado tambien.

LUIS.

Esto ha de ser, en efecto,
Amigo; pero ha de ser
Disponiéndolo mejor...
Y, las pendencias, sabed
Que han de ser de dos maneras:
Este discurso atended.
Pendencia que á mí me llame,
Como quiera que yo esté
Me ha de hallar dispuesto siempre,
Salga mal ó salga bien.
Mas la que yo he de buscar,
Con mi seguro ha de ser;
Que del nadar y el reñir
El guardar la ropa fué
La gala. — Gente he sentido.
Llegad conmigo: veréis
Del modo que he de vivir,
Tomando lo que me dén,
Sin hacer agravio á nadie,
Que soy ladron muy de bien.

ESCENA III.

LEONARDO. — LUIS, MANUEL.

LEONARDO. (*Dentro.*)

Saca, Mendo, esos caballos
Desta montaña, porqué
En su amena poblacion
Un rato quiero ir á pié. (*Sale.*)

LUIS.

Bésôs las manos, señor.

LEONARDO.

Vengais, hidalgo, con bien.

LUIS.

¿Adónde bueno camina,
Con tal sol vuesa merced?

LEONARDO.

A Lisboa.

LUIS.

Y ¿de dó bueno?

LEONARDO.

Hoy salí al amanecer
De Salvatierra.

LUIS.

Dichoso
Soy; que deseó saber
Qué hay de nuevo en Salvatierra,
Y haréisme mucha merced
En decírmelo.

LEONARDO.

No hay
Cosa digna de saber,
Sino solo travesuras
De un hombre, que dicen que es
Escándalo desta tierra
Con su vida, el cual, despues
De herir un Corregidor
Un dia por no sé qué,
Y matar un criado suyo,
Anoche en casa del Juez
Pesquisidor, diz que entró
Por curiosidad á lèr
Su proceso...

LUIS.

Es muy curioso.

LEONARDO.

Y queriéndole prender,
De entre todos se escapó
Con un hombre, que tambien
Dicen que es facineroso
Y homicida como él.
Anda toda la justicia
Buscándolos: pienso que,
Segun tienen los deseos,
No se escaparán por piés.
Esto hay de nuevo.

LUIS.

Yo ahora
Quisiera de vos saber,
Señor (que en lo que habeis dicho
Hombre cuerdo pareceis),
¿Qué es lo que hiciérades vos,
Si llegárades á ver
Un amigo en un aprieto,
Y que echado á vuestros piés
Os pidiera que amparaseis
Su vida?

LEONARDO.

Puesto con él
A su lado, me restara
Hasta morir ó vencer.

LUIS.

¿Fuérades facineroso
Por eso?

LEONARDO.

No.

LUIS.

Y si despues
Os dijeran que tenia
Hecha informacion el juez,
En que le probaban muertes
Y delitos por hacer,
¿Procuráràdes mirar
La causa, y della saber

Quién era en ella testigo
Falso?

LEONARDO.

Sí.

LUIS.

Decidme, pues,
Otra cosa. Si este hombre
Llegase por esto á ver
Su persona perseguida,
Sin hacienda y sin tener
Con que sustentar su vida,
¿No hiciera, señor, muy bien
En pedirlo?

LEONARDO.

¿Quién lo niega?

LUIS.

Y si aqueste tal, á quien
Lo pidiese, se lo diese,
¿No hiciera tambien muy bien
En tomarlo?

LEONARDO.

Claro está.

LUIS.

Pues si está claro, sabed
Que soy Luis Perez, que vivo
De la manera que veis,
Y que os pido socorrais
Mi desdicha. ¡Ahora ved
En qué obligacion estoy,
Y vos, señor, lo que haceis!

LEONARDO.

Para que os socorra yo,
Luis Perez, no es menester
Convencerme con razones,
Porque soy hombre que sé
Lo que son necesidades.
Si esta cadena no es
Bastante para las vuestras,
Palabra os doy de volver
Con mi hacienda á socorreros.

LUIS.

Noble en todo pareceis.
Mas ántes, señor, que tome
La cadena, he de saber
Si me la dais por temor,
Ahora que solo os veis
En el campo.

LEONARDO.

No os la doy,
Luis Perez, sino por ver
Vuestra desdicha; y lo mismo
Hiciera ahora, á tener
Un escuadron de mi parte.

LUIS.

Con eso la tomaré;
Que de mí no ha de decirse
Que cosa ruin intenté;
Pues cuando llegue á costarme
La vida el rigor cruel
De mi estrella y mi destino,
Consolado moriré
Con que la fama dirá:
«Esta la justicia es
Que manda hacer la fortuna
A este, por hombre de bien».

LEONARDO.

¿Mandais otra cosa?

LUIS.

No.

LEONARDO.

Luis Perez, el cielo os dé
La libertad que deseo.

LUIS.

Acompañando os iré,
Hasta salir deste monte.

LEONARDO.

Amigo, no hay para qué. (*Vase.*)

MANUEL.

¡Bueno es querer reducir
A estilo noble y cortés
El hurtar!

LUIS.

Esto es pedir,
No es hurtar.

MANUEL.

Quien llega á ver
Dos hombres desta manera
Pidiendo limosna, ¿es bien
Se la niegue?

ESCENA IV.

DOS VILLANOS. — LUIS, MANUEL.

VILLANO 1.°

He comprado,
Como os digo, todo aquel
Majuelo de somo el valle.

VILLANO 2.°

¿El que de Luis Perez fué?

VILLANO 1.°

El mismo; que la justicia
Lo vende todo, porqué
De aquí ha de pagar las costas
Al escribano y al juez;
Y así, le llevo el dinero.

LUIS. (*A Manuel, que se aparta luego.*)
Este conocido es:
Seguro puedo llegar,
Porque sus entrañas sé.
Anton, ¿qué hay de nuevo?

VILLANO 1.°

¡Luis!
¿Qué es esto? ¿Aquí os atreveis
A estar, cuando el mundo os busca?

LUIS.

Con mi riesgo ¿no podré?
En fin, esto no es del caso:
Pues sois mi amigo, atended.
Yo tengo necesidad;
Cosa infame no he de hacer;
Vos llevais ahí dineros
Con que ayudarme podeis.
Ni me he de dejar morir,
Ni yo os tengo de ofender;
Y así, os podeis ir seguro.
Vos mirad cómo ha de ser,
Y dése en esto algun corte,
Que á todos nos esté bien.

VILLANO 1.°

¿Qué medio se puede dar,
(*Dale dinero.*)
Sino que vos le tomeis?
(*Ap.* Con esto guardo mi vida;
Que á negarlo, cierto es
Que aqueste me la quitara.)

LUIS.

Yo el dinero tomaré;
Pero advirtiendo primero
Que es porque vos le ofreceis
De muy buena voluntad.

VILLANO 1.°

Que la tengo, bien se ve
De serviros; pero á mí
Me ha de hacer falta tambien.

LUIS.

Eso no entiendo. De suerte,
Que vos, si pudiera ser
Defenderlo, ¿no lo dierais?

VILLANO 1.°

Está claro.

LUIS.

Pues volved
A tomar vuestro dinero,
Y id con Dios, porque no es bien
Que se diga de Luis Perez
Que robó á alguno: porqué
Decirse de mí que yo
Necesitado tomé
De quien me dió, poco importa;
Pero decirse que fué
Con violencia, importa mucho.
Tomad el dinero pues,
Y idos con Dios.

VILLANO 1.°

¿Qué decis?

LUIS.

Digo, amigo, lo que veis.
Id con Dios.

VILLANO 1.°

De tus contrarios
El cielo te libre, amen.
Yo llevo aquí seis doblones,
No lo sabe mi mujer,
Dellos te puedes servir.

LUIS.

Ni una blanca tomaré.
Idos con Dios, que ya es tarde,
Y ya el sol se va á poner.
(*Vanse los villanos.*)

ESCENA V.

DON ALONSO. — LUIS; MANUEL, *retirado.*

DON ALONSO. (*Sin ver á Luis.*)
No en vano, amistad, mandó
La gentilidad hacer
Altares á tu deidad,
Pues eres la diosa á quien
El humano pensamiento
Da su adoracion con fe.
Pues llego buscando así,
Por ser amigo fiel,
Uno á quien debo la vida;
Que no es de la amistad ley
Que porque él me deje solo,
Haya de dejarle á él.
(*Ap.* Gente hay aquí: cubrir quiero
El rostro, por si me ven.)

LUIS.

Caballero, la fortuna
Fuerza á dos hombres de bien
A pedir desta manera
Que algun socorro les dé,
Por no tomarlo de otra.
Si es que ayudarnos podeis
Con algo que no haga falta,
Nos haréis mucha merced;
Y si no, ahí está el camino,
Y á Dios, que os lleve con bien.

DON ALONSO.

¡Luis Perez! De mi dolor
Mi llanto respuesta os dé,
Y mis brazos. ¡Qué es aquesto?

LUIS.

¿Qué es lo que mis ojos ven?

DON ALONSO.

Dadme mil veces los brazos.

LUIS.

Cuando en el mar os juzgué,
Cortesano de las ondas
Y vecino de un bajel,
¡A Salvatierra venis!
Decidme, señor, ¿á qué?

DON ALONSO.

Buscándôs, porque yo apénas
Desde la playa miré
La armada, y para embarcarme
En la lancha puse el pié,
Cuando me acordé de vos,
Y tan corrido me hallé

De baberos dejado, Luis,
Venir, que determiné
Seguiros, por no pasar
Con tal cuidado. Esto es
Ser amigo; que un amigo
No se ha de dejar perder
Por un agravio que haga;
Pues de la suerte que veis,
El agravio que me hicisteis
Tengo de satisfacer.
A morir llego con vos.
Aquí, amigo, me teneis,
¿Qué quereis hacer de mí?

LUIS.

Dadme mil veces los piés.

DON ALONSO.

Dadme vos cuenta de vos.

LUIS.

En este monte Manuel
Y yo vivimos, vendiendo
Las vidas al interes
De mas vidas.

DON ALONSO.

Ya he venido
Yo, y esto, Luis, ha de ser
De otra suerte. Aquesa aldea,
Que está dese monte al pié,
Es mia: si yo entro en ella,
En el traje que me veis,
En la casa de un vasallo,
De quien fiarme podré,
Vivirémos mas seguros,
Hasta que determineis
El negocio á que venis,
Y qué es lo que habeis de hacer.
Esperadme en este puesto:
Dispondrélo y volveré
A avisaros; y en efeto,
Para el mal y para el bien
Hemos de correr desde hoy
Una fortuna los tres. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUIS, MANUEL.

LUIS.

¡Qué amigo!

MANUEL.

Por esta parte
Viene un confuso tropel
De gente.

(*Ruido dentro.*)

LUIS.

Estos muchos son:
Apelemos á los piés
Y á la aspereza del monte.

MANUEL.

Si pretendemos correr,
Las ramas, lenguas del bosque,
Dirán que anda gente en él.
¿Qué harémos?

LUIS.

Aquestas peñas
Sean rústico cancel
Que nuestras personas guarden;
Pues aquí estarémos bien,
Entre estas peñas echados.

MANUEL.

Ya será fuerza tener
Ese por mejor remedio,
Pues no hay otro que escoger,
Que llegan cerca.

LUIS.

Montañas,
Sepulcro de un vivo sed.
Diráse de mí que voy
Al sepulcro por mi pié.
(*Échanse en el suelo, quedando encubiertos con algunas ramas.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, JUAN BAUTISTA Y CRIADOS. — LUIS Y MANUEL, *ocultos.*

JUAN.

Aquí, señora, entre las varias flores,
Defendida de pálidos doseles,
Que defienden al sol los resplandores,
Coronada de mirtos y laureles,
Puedes, haciendo alfombras sus colo- [res,
De los rayos huir iras crueles,
Pues la saña del sol en este monte
Precipicios avisa de Faetonte.

DOÑA LEONOR.

No puedo, aunque de esferas de diaman- [te
Llueva rayos el sol, volver un paso
Atras, pues la salud del Almirante
Me llama á ser aurora de su ocaso.
Con todo, esperaré este breve instante,
Por ver si el sol, desvanecido acaso,
Se emboza en las cortinas de una nube,
Altiva garza que á los cielos sube.

ESCENA VIII.

EL JUEZ. — DICHOS.

JUEZ.

Andando ahora en busca, ó Leonor be- [lla,
Destos hombres, á quien el cielo esconde
(Pues un rastro, una estampa ni una hue- [lla
A mi solo deseo corresponde),
Supe la nueva triste que atropella
Vuestra inquietud, y vine luego donde
Ninguna ocupacion, señora, impida
Rendir á vuestras plantas esta vida.

LUIS. (*Ap. á él.*)

Manuel, ois?

MANUEL.

Mas quedo hablad.

LUIS.

Supuesto
Que á castigar ese traidor villano
Con pública venganza estoy dispuesto,
¿Qué ocasion podrá hallar jamas mi ma- [no
Mejor que verle ahora en este puesto,
Donde alabanza, honor y gloria gano,
Volviendo por mi honor y el de un ami- [go,
Juntando el Juez, la parte y el testigo?
Yo salgo.

MANUEL.

Mirad bien...

LUIS.

Ya estoy restado:
Mi honor defiendo á riesgo de mi vida.

MANUEL.

Llegad, pues que ya estáis determinado:
Que yo no es bien que vuestro honor im- [pida.
Mas esperad un poco, que ha llegado
Mucha gente.

LUIS.

¡Ay de mí! ya veo perdida
La ocasion.

DOÑA LEONOR.

Gente viene.

JUEZ.

¡Hola! ¿qué es eso?

UN CRIADO.

Un hombre que del monte traen preso.

ESCENA IX.

ALGUACILES, *que traen á* PEDRO *agarrado.* — DICHOS.

UN ALGUACIL.

Este villano, señor,
Fué de Luis Perez criado:
Camino le hemos hallado
De Portugal; y en rigor
Sabe dél, porque aquel dia
Que Luis Perez se ausentó,
De Salvatierra faltó,
Volvió ayer, y ahora huia.

JUEZ.

Muy grandes indicios son.

PEDRO.

Sí, señor, lo son muy grandes,
Porque en Alemania, en Flándes
En la China y el Japon
Que yo esté, estará él.

JUEZ.

Pues di, ahora, ¿dónde está?

PEDRO.

Presto á buscarme vendrá;
Que es un amo tan fiel,
Que hoy (mirad esto que os digo),
Si preso me llega á ver,
El se dejará prender,
Por solo encontrar conmigo.

JUEZ.

¿Dónde está, en fin?

PEDRO.

No lo sé;
Mas me atreveré á jurar
Que cerca debe de estar.

JUEZ.

¿De qué lo infieres?

PEDRO.

De que
Si sabe que estoy yo aquí,
Es fuerza que esté tambien,
Porque me quiere muy bien,
Y no se aparta de mí.
Y hablando de véras digo
Que si donde está supiera,
Luego al punto lo dijera,
Por huir de su castigo;
Pues el mayor que yo espero,
Es Luis Perez. Si falté
Desta tierra, señor, fué
Huyendo rigor tan fiero.
Fuí á Portugal, y en él vi
A Luis aquel mismo dia.
Paséme al Andalucía,
Y tambien vi á Luis allí.
Volvíme á esta tierra; y luego
Luis á esta tierra volvió,
Donde anoche me dejó
Por muerto. Libre del fuego
Me vi, y quiseme escapar,
Ausentándome otra vez;
Y esta gente, señor Juez,
Me alcanzó al primer lugar.
Prendiéronme por criado
Suyo; pero no lo soy.
A vuestras plantas estoy,
De ningun modo culpado;
Mas digo que si á mi amo
Quereis cazar, me pongais
En el campo donde estáis,
Por señuelo y por reclamo;
Que yo pondré la cabeza,
Si él á picar no viniere,
Y en vuestra red no cayere.

JUEZ.

Tu locura ó tu simpleza
No te han de librar de mí.
Dime presto dónde está,
O un potro decirlo hará.

PEDRO.

Nunca buen jinete fuí,
Y á saberlo, cosa es clara
Que huyendo dolor tan fiero,

Me desbocara primero
Que el potro se desbocara.
Pero no lo sé.

JUEZ.

Ahora bien,
A esa aldea le llevad
Preso, y allí le encerrad,
Asistiéndole muy bien,
Hasta que traza se dé
De que á Salvatierra vaya :
Y mucho cuidado haya
En guardarlo, pues se ve
En su brio y su desgarro
Que es hombre de gran valor,
Supuesto que su señor
Se valió de él.

PEDRO.

¿Tan bizarro
Le he parecido? Por Dios,
De cuatro hombres que hay aquí,
[1] . . . .
Sobran tres, de tres los dos,
De dos uno, y aun de uno
La mitad, de la mitad
El ninguno; y en verdad,
Que de ninguno el ninguno.
(*Vanse los alguaciles y criados, llevándose á Pedro.*)

ESCENA X.

EL JUEZ, DOÑA LEONOR, JUAN BAUTISTA; LUIS Y MANUEL, *ocultos.*

JUEZ.

Vamos.

LUIS. (*Ap. á Manuel.*)

Pues que ya se fuéron
Los que las armas tenian,
Y que los cielos me envían
La ocasion que pretendieron
Mis deseos (pues mejor
Nunca la pudiera hallar,
Que ver en este lugar
Juntos al Juez, á Leonor
Y á Bautista, sin mas guarda
Que sus personas), no espero
Mejor ocasion, y quiero
Lograrla.

MANUEL.

¿Qué te acobarda?

JUEZ.

¿Dónde esta gente estará?
(*Salen Manuel y Luis.*)

MANUEL.

Aquí, si ignorarlo siente.

LUIS.

Guarde Dios la buena gente.
Todos estamos acá.

JUAN. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué es esto que miro?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

JUEZ. (*Ap.*)

¡El cielo me valga!

LUIS.

Ninguno deje su puesto :
Esténse como se estaban.
Miéntras que al señor Bautista
Le digo cuatro palabras.

JUEZ.

¡Hola!

LUIS.

No, no os altereis.

[1] Falta un verso, que pudiera ser :
«Para asegurarme á mí.»

MANUEL.

El llamar no es de importancia,
Si no quereis que os respondan
Criados, que en vuestra casa
Os sirvieron otra vez.

JUEZ.

¿Así mi poder se trata?
Así el respeto se pierde
A la justicia?

LUIS.

¿Quién guarda
Mas su respeto que yo,
Supuesto, señor, que en nada
Os ofendo, ántes os sirvo
Con puntualidades tantas,
Que porque vos no os canseis
Buscándome en partes varias,
Vengo á buscaros?

JUEZ.

¿Así
Os pone vuestra arrogancia
Delante de la señora,
Que es la parte á quien agravia
La traicion, que ha derramado
La sangre, que la venganza
Está pidiendo á los cielos,
Con lengua que finge el nácar
Destas flores, que han vivido
Desde entónces con dos almas?

LUIS.

Antes con esto la obligo,
Pues que la quito la causa
De un rencor tan indignado
A su sangre ilustre y clara,
Por haber crédito dado
A un testigo que la engaña.
O si no, decid, señora :
Si cuerpo á cuerpo matára
Don Alonso á vuestro hermano,
Sin traicion y sin ventaja,
¿Siguiérades rigurosa
El castigo y la venganza?

DOÑA LEONOR.

No, porque aunque á las mujeres
Las leyes les son negadas
De los duelos de los hombres,
Las que mi valor alcanzan,
Saben las obligaciones
Que deben á una desgracia.
Si en igual campo á Don Diego
Hubiera muerto, en mi casa
Estuviera Don Alonso
Seguro de mi venganza.
Yo misma, viven los cielos,
La amparara y perdonara,
A ser noble su desdicha.

LUIS.

Pues yo tomo esa palabra.
Y pues la ley del derecho
Nadie la ignora, asentada
Ley es que se ratifique
El testigo, y que no valga.
Este, Bautista, es tu dicho,
(*Preséntale la hoja del proceso.*)
Voy á leerle, y declara
Lo que es verdad y mentira.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Determinacion bizarra!

LUIS.

Primeramente, tú aquí
Dices que escondido estabas,
Cuando miraste reñir
A los dos en la campaña.
¿Esta es verdad?

JUAN.

Sí lo es.

LUIS.

Dices que de entre unas ramas
Me viste salir á mí,
Y ponerme con mi espada
Al lado de Don Alonso :
Pues sabes que aquí te engañas,
Di la verdad.

JUAN.

Esta lo es.

LUIS.

Miente tu lengua tirana.
(*Dispara un pistoletazo á Juan Bautista, que cae en el suelo.*)

JUAN.

¡Válgame el cielo!

LUIS.

Señor
Juez, vuesa merced añada
Aquesta muerte al proceso,
Y adios. Tú, Manuel, desata
Los caballos que han traido
Estos señores, y marcha;
Que pues aquí han de quedarse,
No les harán mucha falta.
Adios.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XI.

EL JUEZ, DOÑA LEONOR; JUAN BAUTISTA, *herido.*

JUEZ.

Por vida del Rey,
Que tan soberbia arrogancia,
O me ha de costar la vida,
O ha de quedar castigada.

JUAN.

Escucha, señora, y sabe
Que muero con justa causa,
Pues cuanto he dicho fingí,
Por conseguir á su hermana.
Don Alonso dió la muerte
Cuerpo á cuerpo y cara
A tu hermano : esto es verdad.
Que á voces lo diga basta,
Para que en mi triste muerte
Esta deuda satisfaga.

ESCENA XII.

ALGUACILES Y CRIADOS *con* PEDRO, *y él resistiéndose.* — DICHOS.

UN ALGUACIL.

A la voz de la escopeta,
Lengua de fuego que habla
A los vientos, hemos vuelto
A saber si algo nos mandas.

JUEZ.

Venid todos, que Luis Perez
Aquí en este monte aguarda.

PEDRO.

¿No lo dije yo que habia
De venir tras mí sin falta?

JUEZ.

Hoy han de morir, y aquí,
Porque aqueste no se vaya
(Que bien se ve estar culpado),
Queden dos hombres de guarda
Con él.

PEDRO.

Si era mi delito
Callar donde Luis estaba,
¿Yo no dije que vendria,

Y vino? ¿Qué culpa hallan
En mí?

UN ALGUACIL (*A otro.*)

Los dos nos quedemos
Con él. Ven, traidor, y calla.

(*Vase el Juez con alguaciles.*)

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Mucho sentiré que alcancen
Este hombre; que aunque airada
Estuve con él, sabiendo
La verdad, con justa causa
Podrá trocar el valor
En agravio la venganza.
La vida tengo de darle,
Si puedo, en desdicha tanta.
¡Que á tanto el valor obligue,
Que temple al mismo que agravia!

(*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA XIII.

LUIS Y MANUEL; *despues* EL JUEZ.

LUIS.

Pues rendidos á su aliento
Los caballos se desmayan,
En la espesura del monte
Esperemos cara á cara.

JUEZ. (*Dentro.*)

En esta parte se esconden
Entre las espesas ramas:
Cercadlos por todas partes.

MANUEL.

Perdidos somos. Con tanta
Gente no hemos de poder
Defendernos, pues la espalda
No está segura jamas.

LUIS.

Sí está: escuchad una traza.
Si con toda aquesta gente
Riñésemos cara á cara,
. . . . [1]
No podrán jamas cercarnos
Si estamos espalda á espalda,
Pues hallarán siempre así
El rostro, el pecho y la espada.
Reñid vos con quien cayere
Hácia esa parte, y sed guarda
De mi vida, y de la vuestra
Yo.

MANUEL.

Pues si tú me la guardas,
Seguro estoy: venga el mundo.

JUEZ. (*Dentro.*)

A ellos.

ESCENA XIV.

EL JUEZ *con* ALGUACILES Y GENTE.—
LUIS, MANUEL.

LUIS.

Llegad, canalla.

(*Pónense Luis y Manuel de espaldas, y andan al rededor riñendo, y los alguaciles procuran apartarlos.*)

Manuel, ¿cómo va?

MANUEL.

Muy bien.
¿Qué hay por allá?

LUIS.

Linda danza.

JUEZ.

Demonios son estos hombres.

(*Retíranse los alguaciles.*)

[1] Parece evidente que falta algo.

LUIS.

Pues que ya nos desamparan
El puesto, á la cumbre. (*Vase.*)

MANUEL.

Al monte. (*Vase.*)

JUEZ.

Seguidlos, y no se vayan. (*Vanse*)

—

Otro punto del monte.

ESCENA XV.

ISABEL, DOÑA JUANA, *en lo alto de unas peñas.*

ISABEL.

Aquel arcabuz que oí,
De horror y tristeza lleno,
Siendo para todos trueno,
Rayo ha sido para mí.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
El tardar Luis y Manuel?
Que un pensamiento cruel
Asombro y temor me da.
Amiga, ¿qué te parece?

DOÑA JUANA.

¿Cómo quieres que te dén
Respuesta voces de quien
La misma duda padece?

ISABEL.

Bajemos desta montaña,
Que ménos mal es morir
De una vez, que no sentir
Muerte prolija y extraña.

ESCENA XVI.

LUIS, MANUEL. — ISABEL, DOÑA JUANA.

LUIS.

Procurad, Manuel, subir;
Que una vez allá los dos,
A una escuadra, voto á Dios,
No nos hemos de rendir.

ISABEL.

Luis..

DOÑA JUANA.

Manuel...

MANUEL.

Mi bien...

LUIS.

Hermana...

ISABEL.

¿Qué es esto?

LUIS.

Que el mundo viene
Sobre nosotros.

MANUEL.

No tiene
El hado defensa humana.

ISABEL.

No temais al mundo entero,
Si os asegura, y no en vano,

(*Coge una piedra.*)

Este peñasco en mi mano,
Y en las vuestras ese acero.

(*Súbense ellos á una peña alta.*)

ESCENA XVII.

EL JUEZ, ALGUACILES. — DICHOS.

JUEZ.

Trepad la montaña arriba;
Que á pesar de ofensas tantas,
Tengo de poner las plantas
Sobre su cerviz altiva.
Vive el cielo, que ha de ser
Plaza todo este horizonte,
Y cadalso aqueste monte,
Que mi justicia ha de ver.
Quien me diere vivo ó muerto
A Luis Perez, le daré
Dos mil escudos.

LUIS.

A fe
Que es muy barato el concierto.
Tasaisme en precio muy vil:
Yo os taso en mas. Quien me diere
Vivo ó muerto al Juez, espere
De mi mano cuatro mil.

JUEZ.

Tirad, matadle, del cielo
Castigue un rayo á los dos.

(*Disparan un arcabuz, y cae Luis rodando de la peña.*)

LUIS.

¡Muerto soy! ¡Válgame Dios!

JUEZ.

Date á prision.

LUIS.

¿Cómo? Apelo
A la espada... Mas ¡ay triste!
En pié no puedo tenerme.
Llegad, llegad á prenderme.

JUEZ.

Aun muerto se me resiste.

ISABEL.

Esperad, no le mateis,
O si esa saña atrevida
A él le quitó la vida,
Con ella no me dejeis.

JUEZ.

Caminad á Salvatierra.
Con tal presa voy contento.

(*Vanse el Juez y los alguaciles, llevándose á Luis.*)

MANUEL.

Suelta.

JUANA.

¿Qué intentas?

MANUEL.

Intento
Despeñarme desta sierra.

JUANA.

Detente.

MANUEL.

Suelta, ó por Dios,
Que te arroje de mis brazos
A ese valle, hecha pedazos,
Donde muramos los dos. (*Baja.*)

ESCENA XVIII.

DON ALONSO, *muy alborotado.* —
MANUEL, DOÑA JUANA.

DON ALONSO.

¿Qué es esto?

MANUEL.

Que llevan preso
A Luis Perez. Este dia
A riesgo de la honra mia,
De mi amistad el exceso
Se ha de ver.

DON ALONSO.

Vamos tras él:
Que aunque encubierto he venido,
Y estarlo aquí he pretendido,
Si han llegado á tan cruel
Estado y á tales puntos
De un amigo los extremos,
Las máscaras nos quitemos,
Y muramos todos juntos. (*Vanse.*)

Otro punto del monte.

ESCENA XIX.

Dos ALGUACILES, *con* PEDRO.

ALGUACIL 1.°

¡Bravo ruido es el que suena
En el monte y en el valle!

PEDRO.

Espérenme aquí un poquito;
Que yo iré, y en un instante,
Bien informado de todo,
Veloz volveré á contarles
Lo que pasa.

ALGUACIL 2.°

Estése quedo
Y un átomo no se aparte,
O detendránle dos balas.

PEDRO.

Serán rémoras notables.
Ahora bien, pues que no quieren
Que vaya y vuelva á informarles,
Vayan y vuelvan los dos
A informarme á mí, que es fácil.

ALGUACIL 1.°

No te habemos de dejar
Un minuto.

PEDRO.

¿Hay mas constantes
Guardas? ¿Soy dia de fiesta,
Para que todos me guarden?
Si bien tengo aquí un consuelo;
Y es, que no vendrá á buscarme,
Miéntras preso estoy, Luis Perez,
Si este sagrado me vale.

ALGUACIL 1.°

Gran gente viene á nosotros.

PEDRO.

Es verdad, y aquí adelante
Vienen dos arcabuceros,
Y detras otros que tales:
En medio de todos cuatro
Un hombre embozado traen,
Y luego infinita gente.

ESCENA XX.

EL JUEZ, ALGUACILES Y GENTE *con* LUIS PEREZ, *embozado*. — DICHOS.

JUEZ.

¿Dónde aquel preso dejasteis?

ALGUACIL 1.°

Aquí, señor.

JUEZ.

Los dos juntos
De aquesta manera marchen.

ALGUACIL 3.°

No podrá Luis, porque tiene
Hecho un brazo dos mil partes,
Y ya fallece, señor,
Con la falta de la sangre.

JUEZ.

Dejadle cobrar aliento,
Y por ahora destapadle.

PEDRO.

Solo aquí pudo la suerte
Perseguirme, y apurarme
La paciencia. ¿Cuánto va
Que pára esto en que se hace
Un cepo para los dos,
Para los dos una cárcel,
Para los dos una horca,
Un cordel, y un enterrarme
Con él en un mismo hoyo?

LUIS.

¿Quién aquí se queja?

PEDRO.

Nadie.

LUIS.

No temas, Pedro, que ya
No tienes que recelarte;
Que ayer de matar fué dia,
Y hoy de morir. ¡Ah inconstantes
Presunciones de los hombres,
Qué desvanecidas yacen!

JUEZ.

¿Qué gente nos sale al paso
Allí, y tantas armas trae?

ESCENA XXI.

DOÑA LEONOR, DOÑA JUANA, ISABEL, Y CRIADOS *armados*. — DICHOS.

DOÑA LEONOR.

Yo soy, con estas señoras,
Que corrida de mirarme
Vengativa por engaños
De un traidor, quiero mostrarme
Piadosa y agradecida
A desengaño tan grande.
Dadme ese preso, que yo
Le perdono como parte.

ISABEL.

O si no, le quitarémos.
Dadnos el preso al instante.

PEDRO. (*Ap.*)

¿En qué ha de parar aquesto?

LUIS.

Hermosa Leonor, no trates
De darme vida.

ESCENA XXII.

DON ALONSO, MANUEL Y OTROS. — DICHOS.

DON ALONSO.

Señor,
Escucha.

JUEZ.

Otro nuevo lance
Es aqueste.

DON ALONSO.

Don Alonso
De Tordoya soy; que sabe
Agradecer de esta suerte
Mi amistad acciones tales.
Aquesto es venir restados:
Por eso no hay que excusarse
En entregarnos el preso.

MANUEL.

Cuantos miras aquí, ántes
Morirán, que desistir
De una accion tan admirable.

ISABEL.

Venga el preso.

DON ALONSO.

El preso venga.

JUEZ.

Probad, si quereis llevarle.

DON ALONSO.

A ellos, y mueran todos.

DOÑA LEONOR.

Aquí estoy de vuestra parte,
Don Alonso; pero luego
Advierte que has de pagar
El haber muerto á mi hermano.

DON ALONSO.

Deso ahora no se trate,
Que yo os daré la disculpa.

PEDRO.

Y parará en que se casen.

DON ALONSO.

¿No hay remedio, señor Juez?

JUEZ.

No habrá remedio que baste.

DON ALONSO.

Pues ánimo, y pelead.
¡Ea, amigos! Dadles, dadles.
(*Riñen, y retíranse los alguaciles; sale por otro lado libre Luis Perez.*)

DON ALONSO.

Ya, Luis Perez, estáis libre.

LUIS.

Don Alonso amigo, ántes
Estoy preso; que quisiera
Pagar accion semejante,
Y miéntras me desempeño,
Mi vida á esas plantas yace.

DON ALONSO.

Deja ahora cumplimientos.

LUIS.

¿Qué harémos?

PEDRO.

Meterte fraile,
Que es el camino mejor
Para vivir y librarte.
Pero dime, ¿será hora
En que puedas perdonarme?
Harto he pasado por tí,
Por caminos y con hambres.
Señor Don Alonso, á vos
Os suplico de mi parte,
Que me alcancéis el perdon.

DON ALONSO.

Luis Perez...

LUIS.

Amigo, baste:
Yo le perdono por vos.
Vamos desde aquí al instante
Por mi hermana y Doña Juana,
Pues quedaron á esperarme.
Dando con aquesto fin
A las hazañas notables
De Luis Perez; y su vida
Dirá la segunda parte.

NO SIEMPRE LO PEOR ES CIERTO.

PERSONAS.

DON CARLOS, *galan*.
DON JUAN ROCA, *galan*.
DON DIEGO CENTELLAS, *galan*.
DON PEDRO DE LARA, *viejo*.
FABIO, *criado*.
GINES, *criado*.
LEONOR, *dama*.
DOÑA BEATRIZ, *dama*.
INES, *criada*.
GENTE.

La escena es en Valencia.

JORNADA PRIMERA.

Sala de una posada.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS y FABIO, *vestidos de camino; despues*, LEONOR.

DON CÁRLOS.

¿Diste el papel?

FABIO.

Sí, señor,
Y con notable alegría
Dijo que al punto vendria
A esta posada.

DON CÁRLOS.

Y Leonor
¿Habráse ya levantado?

FABIO.

Aun no ha abierto su aposento.

DON CÁRLOS.

Pues llama á él, porque intento
Darla parte del cuidado
Con que á asegurar me atrevo
Su vida y su honor aquí
Por lo que me debo á mí,
No por lo que á ella la debo.
Llámala pues, que ya es hora
De que despierte.

(*Sale Leonor.*)

LEONOR.

Eso fuera
Si yo, Don Cárlos, durmiera;
Pero quien padece y llora
Desdenes de una fortuna
Tan cruel, tan inclemente,
Tan á todas horas siente,
Que no descansa en ninguna.
¿Qué me quieres?

DON CÁRLOS.

Informarte
De cómo en tan triste suerte
Trata mi amor defenderte,
Ya que no es posible amarte.
Sabrás...

LEONOR.

No prosigas, no,
Pues sea justo ó no sea justo,
Basta saber que es tu gusto,
Para obedecerle yo.
Que aunque en pena semejante
Atento te considero
A la ley de caballero
Primero que á la de amante;
En mí no hay mas eleccion,
Mas gusto, mas albedrio,
Que el tuyo : siendo este el mio,
¿Para qué es la relacion?

DON CÁRLOS.

¡Oh qué bien esa humildad,
Hermosa Leonor, viniera,
Si de voluntad naciera,
Y no de necesidad!

LEONOR.

A quien ya le ha persuadido
La apariencia de un engaño,
Tarde ó nunca el desengaño
Pondrá su queja en olvido:
Y mas cuando él de su parte
Tan poco hace por creer
Qué pudo ó no pudo ser.

DON CÁRLOS.

No trates de disculparte;
Que no has de poder, Leonor.

LEONOR.

Haz una cosa por mí,
Por ser la última que aquí
Ha de deberte mi amor.

DON CÁRLOS.

Sí haré : sal dese cuidado.
Dime, pues, lo que deseas.

LEONOR.

Escúchame, y no me creas
Despues de haberme escuchado.

DON CÁRLOS.

Con aquesa condicion,
Sí haré. Prosigue, pues : di,
¿Qué es lo que quieres de mí?

LEONOR.

Solamente tu atencion.

DON CÁRLOS.

Aguarda. — Fabio.

FABIO.

Señor.

DON CÁRLOS.

Si viniere el caballero
Que llamaste, entra primero,
Porque se esconda Leonor.—

(*Vase Fabio.*)

Prosigue ahora.

ESCENA II.

LEONOR, DON CARLOS.

LEONOR.

Ya sabes,
Cárlos mio... Mal empiezo,
Pues yendo á decir verdades,
Hube de empezar mintiendo.
Descuido fué. — ¡Ay Dios! ¡Cuál debe
De andar mi amor acá dentro,
Pues de cuanto arroja fuera,
Hasta el descuido es requiebro!
Ya sabes, digo otra vez,
La ilustre sangre que tengo,
Por la estimacion que has visto
En mis padres y en mis deudos.
Tambien sabes que por mí,
Cárlos, no la desmerezco,
Aunque quieran mis desdichas
Deslucir mis pensamientos.
¡Oh cuánto en esta materia
Cobarde estoy, conociendo
Que contra mí hasta la misma
Verdad sospechosa tengo!
Pues quien me viere venir
Peregrinando á otro reino
En poder de un hombre mozo,
Y deste con tal despego
Tratada, que las finezas
Que á su ilustre sangre debo
Aun no las debo yo, pues
El se las debe á sí mesmo,
¿Cómo crérá que sin culpa
Tantas desdichas padezco,
Cuando al primero que obligo,
Es el primero que ofendo?
Pero ¿qué importa, qué importa
Que en lo aparente y supuesto
Se conjuren contra mí
Estrella, fortuna y tiempo,
Si en la verdad han de hallarse
Todos de mi parte, haciendo
Lo que el sol con el eclipse,
Que aunque borre sus reflejos,
Aunque perturbe sus rayos,
No por eso, no por eso
Deja, á pesar de las sombras,
De salir despues, venciendo
La vaga interposicion,
Que ya le juzgaba muerto?
Yo al fin, contra cuantas nieblas
Mi esplendor deslucen, pienso
Coronarme victoriosa:
Y hasta llegar este efecto,
Hoy, á pesar de sus iras,
A atar el discurso vuelvo.
En la corte, patria mia
(¡Oh pluguiera al mismo cielo
Hubiera sido al nacer
Mi cuna y mi monumento!),
Cárlos, me viste una tarde,
Que á San Isidro saliendo
Con unas amigas mias,
Por amistad ó por deudo
Llegaste á hablarlas; y dando
Licencias el campo, atento...
— A mi hermosura dijera,
Si pensara que la tengo... —

De galan y de entendido
Juntaste los dos extremos,
Haciendo la cortesía
Capa del atrevimiento.
Continuaste desde entónces
En mi calle los paseos,
En mi reja los suspiros,
De dia y de noche siendo
La estatua de mis umbrales,
Y la sombra de mi cuerpo.
Solicitaste criadas
Y amigas, que son los medios
Comunes de amor, á quien
Debiste que tus afectos
Oyese para escucharlos,
Si no para agradecerlos.
Cuántos dias te costó
De finezas y desvelos
Que leyese un papel tuyo,
Tú lo sabes; y así, quiero,
Dejando empeños menores,
Ir á mayores empeños.
Enterada yo de que
Fuesen, Cárlos, tus intentos
Tan lícitos, que aspiraban
Solo al fin de casamiento,
Admití, ménos cruel
Que debiera, tus deseos;
Pero con aquel seguro,
Bastante disculpa tengo
En lo ilustre de tu sangre,
Lo honrado de tus respetos,
Lo galan de tu persona,
Y lo sutil de tu ingenio.
Ya nuestra correspondencia
Entablada, en el silencio
De la noche, porque á él solo
Se fiaba el amor nuestro,
Nos hablábamos por una
Reja de mi cuarto; y viendo,
Que no dejaba de ser
Escándalo á los que necios
De sus cuidados se olvidan
Por cuidar de los ajenos,
Tratamos que desde entónces
Entrases al aposento
De un criado, donde yo
Hablarte podia, sin miedo
Desta vil curiosidad
Que tantos daños ha hecho,
Pues los peligros de afuera
Enmienda con los de adentro.
Una noche que viniste
Mas tarde que otras (no quiero
Hablar, que no es ocasion,
En si otro divertimiento
Mas gustoso te detuvo,
Pues al fin yo le agradezco
La novedad de venir
Al daño y no venir presto),
Entraste en mi casa; y cuando
Quejoso mi sentimiento,
Desconfiada mi fe,
Te esperaba con aquellos
Dulces desaires de amor,
Que entre confianza y miedo
Hacen el cariño mas
Porque le descubren ménos;
Apénas una palabra
Pude hablarte, cuando siento
Dentro de mi cuarto ruido,
Y á saber quién era vuelvo.
Tú, pensando que sería
Desden estudiado á efecto
De castigar tu tardanza,
Me seguiste, cuando (¡ay cielos!)
Vi (máteme mi memoria)
Que (¡con qué dolor me acuerdo!)
Un (¡con qué pena lo digo!)
Hombre (ahógame mi aliento)
Embozado (¡qué desdicha!)
Hacia mí...

ESCENA III.

FABIO. — LEONOR, DON CARLOS.

FABIO.
Aquel caballero
Que enviaste á llamar, aguarda
Ahí fuera.

DON CÁRLOS. (*A Leonor.*)
Entrate allá dentro,
Que no quiero que te vea
Hasta despues.

LEONOR.
¡Que hasta en esto
Hube de ser desdichada,
Pues aun para este pequeño
Alivio de hablar siquiera,
Hubo de faltarme tiempo!

DON CÁRLOS.
Hoy verás cuánto es en vano
Querer disculparte.

FABIO.
Presto,
Si has de esconderte, que entra.

DON CÁRLOS.
Tú salte allá fuera luego, (*A Fabio.*)
Y tú escucha lo que hablamos. (*A Leonor.*)

LEONOR.
¡Qué poco á mi estrella debo!

DON CÁRLOS.
Ménos debo yo á la mia,
Pues lo que me dió la he vuelto.
(*Vanse Leonor y Fabio.*)

ESCENA IV.

DON JUAN.— DON CARLOS.

DON JUAN.
¡Don Cárlos! ¡primo!

DON CÁRLOS.
Los brazos
Me dad, Don Juan.

DON JUAN.
Aunque tengo
Para negarlos razon,
Conmigo acabar no puedo
Que valga la queja mas
Que vale el gusto de veros.
¡Vos en Valencia, Don Cárlos,
Y no en mi casa! ¿Qué es esto?
Pues ¿cómo se hace este agravio
A amistad y parentesco?

DON CÁRLOS.
La queja, Don Juan, estimo
Como es justo; pero tengo
La disculpa tan á mano,
Que habréis de olvidarla presto.
¿Cómo estáis?

DON JUAN.
Para serviros
Siempre, á todo trance expuesto [1].

DON CÁRLOS.
Vuestra hermana y prima mia...

DON JUAN.
Salud goza; mas dejemos
El cumplimiento, por Dios,
Que es un hidalgo muy necio.
¿Qué venida es esta, Cárlos?
¿Qué hay en la corte de nuevo?

DON CÁRLOS.
¿Qué ha de haber? Desdichas mias,
De que en vano voy huyendo,
Pues donde quiera que voy,
Allí, Don Juan, las encuentro.

DON JUAN.
Con eso que me habeis dicho,
Me habeis crecido el deseo
De saber qué causa os trae
Tan depulsado el aliento.

DON CÁRLOS.
Yo vi una hermosura, y yo
La amé, Don Juan, tan á un tiempo
Todo, que entre ver y amar,
Aun no sé cuál fué primero.
Rendido ostenté finezas,
Constante sufrí desprecios,
Fino merecí favores,
Celoso lloré tormentos;
Que estas son las cuatro edades
De cualquier amor, pues vemos
Que en brazos del desden nace,
Crece en poder del deseo,
Vive en casa del favor
Y muere en la de los celos.
Entraba una noche á hablarla
De un criado al aposento
Que corresponde á su cuarto...
Escuchamos pasos dentro:
Volvió ella, y yo tras ella,
O recelando ó temiendo
Que fuese su padre, cuando
Vimos un hombre encubierto,
Que de su cuarto venía
A hurto sus pasos siguiendo.
«¿Quién es?» dijo [2]. El respondió:
«Quien solo quiso ver esto.»
Yo nada hablé, porque á vista
De mi dama y de mis celos,
Remití toda la voz
A la lengua del acero.
Saqué la espada, y cerrando
Los dos, á morir resueltos,
Quiso (no sé bien si diga
Piadoso ó cruel) el cielo
Que de una herida cayese
En la tierra, para hacernos
Iguales la suerte; pues
Nos vimos á un punto mesmo,
Muerto de la herida él,
Y yo del agravio muerto.
Bien pensaréis que esta es sola
Mi desdicha, y que el suceso
Pára en que yo delincuente
Me vengo á Valencia huyendo
Del rigor de la justicia:
Pues no, Don Juan, pues no es eso;
Que ahora empieza el mas extraño,
El mas notable, el mas nuevo
Lance de amor que jamas
Dió la cadena á su templo.
Al ruido de las espadas,
De la dama á los extremos,
Dieron las criadas gritos:
Despertó su padre á ellos.
Consideradme á mí ahora,
Sobre declarados celos,
Conjurando contra mí
Su familia á un noble viejo,
Desmayada aquí mi dama,
Y allí mi enemigo muerto.
En este trance me hallaba,
Cuando ella (¡ay de mí!) volviendo
Del desmayo, me pidió
Su vida amparase. ¡Ah cielos!
¡Qué bien hace la mujer
Que habiendo de hacer un yerro,
Lo fia de buena sangre!
Dígalo yo, pues en medio
De su traicion y mi agravio,
Dispuse acudir primero
Al reparo de su vida,

[1] Dispuesto.

[2] Leonor.

ıe no al de mi sentimiento.
Sígueme presto, » la dije,
haciendo muro mi pecho,
ılí con ella á la calle,
onde las alas del miedo
s ampararon de suerte
eloces, que en un momento,
ı cas de un embajador
mamos seguro puerto.
ıvié á llamar un criado,
ıe informado de secreto
todo, volvió á decirme
ıe el hombre era un caballero
rastero (que en la corte
taba á seguir un pleito),
ıyo nombre, aunque le oí,
r ahora no me acuerdo.
ıe la herida en la cabeza
privó el sentido; pero
unque con poca esperanza
e vida, no estaba muerto,
no en otra casa, adonde
e llevó un alcalde preso,
ue habiendo sabido que era
o el agresor del suceso,
i hacienda estaba embargando:
añadió despues á esto
ue el padre, como hombre al fin
rudente, advertido y cuerdo,
i querella, ni otra alguna
iligencia habia hecho,
orque su venganza solo
ibrada tenia en su esfuerzo.
o, viéndome pues cercado
e penas, y en un empeño
an grande como amparar
a causa dellas, resuelvo
alir de Madrid, adonde
ueda vivir por lo ménos
n temor de la justicia
i de su padre y sus deudos.
así, lleno de pesares
de obligaciones lleno,
cordándome de vos,
e vos á valerme vengo.
o, Don Juan, traigo conmigo
questa dama, á quien tengo
e salvar la vida á costa
e todos mis sentimientos.
n dejándola segura
'ues esta es en todo riesgo
i primera obligacion),
odrán mis desdichas luego
cudir á la segunda;
ues la segunda que tengo
s huir desta enemiga,
ue como noble defiendo,
ue como quejoso obligo,
omo enamorado quiero,
como ofendido huyo,
en dos contrarios extremos,
cudiendo á las dos partes,
e amante y de caballero,
namorado la adoro,
celoso la aborrezco:
uyas dos obligaciones
an cabal la accion han hecho,
ue desde Madrid aquí,
no es hoy, juraros puedo
ue no la hablé dos palabras,
orque no quise que en tiempo
lguno de mí dijese
a fama, que pudo ménos
i valor que mi apetito;
ue es hombre bajo, que es necio,
s vil, es ruin, es infame
l que solamente atento
lo irracional del gusto
á lo bruto del deseo,
iendo perdido lo mas,
e contenta con lo ménos.
lirad vos cómo en Valencia,
Con otro nombre supuesto,
Podrá vivir esta dama,
En qué casa, en qué convento,
En qué retiro, en qué aldea,
Donde veréis que la dejo
Lo poco que traer conmigo
Pude, para su sustento;
Que á mí me basta esta espada
Pues al instante, al momento
Que ella asegurada quede,
Yo tengo de ir della huyendo.
A Italia, á servir al Rey
Me pasaré, donde al cielo
Le pido que la primera
Bala acierte con mi pecho;
Porque con mi vida acaben
De una vez tantos recelos,
Tantas penas, tantas ansias,
Agravios y sentimientos,
Que como noble las huyo,
Y como amante las siento.

DON JUAN.

Es tan nueva vuestra historia,
Tan raro vuestro suceso,
Que solo puede admirarse,
Dejándoselo al silencio.
Y hablando, no en lo pasado
(Pues ya no tiene remedio),
Sino en lo presente, vamos
Lo que ha de ser previniendo.
Donde mejor esta dama
Estará, es en un convento;
Mas tiene el inconveniente
De haber de estarla asistiendo,
Cuando tan pobre os hallais
Sin renta, con alimentos.
Y aunque mi alma, mi vida,
Mi sér y honor, todo es vuestro,
Mi hacienda está de manera,
Don Cárlos, que no me atrevo
Porqué no sé si despues
Podré cumplirlo, á ofrecerlo.
Y así, en mi casa presumo
Que habrá de estar, donde creo
Que...

DON CÁRLOS.

No paseis adelante;
Que aunque la oferta agradezco,
No me es posible aceptarla,
Ni que, estas cosas sabiendo,
Dé ese cuidado á mi prima.
Fuera de que no es respeto
Llevar mi dama á su casa;
Que aunque por su nacimiento
Mereciera bien su lado,
Estos extraños sucesos
Ajan mucho las noblezas.

DON JUAN.

Oid, que para todo hay medio.
A una doncella de casa,
Mi hermana habrá poco tiempo
Que puso en estado, y hoy
Está sin ella. Yo tengo
Una dama, amiga suya,
A quien sirvo y galanteo
Para casarme, y á quien
Podré fiar el secreto.
Pidiéndole yo á esta dama
Que la envíe á casa, dejo
Asegurada la parte
De que mi hermana, sabiendo
Quien es, lo tenga á disgusto;
Y aunque el desdoro confieso
De que entre con este nombre,
Puede tolerarse, siendo
En lo público criada
Y señora en lo secreto;
Pues yo he de estar á la mira
Siempre á su servicio atento.

DON CÁRLOS.

El medio no era muy malo
Para asegurarla; pero
No me atreveré, Don Juan
Yo á decirlo y proponerlo
A Leonor, porque...

ESCENA V.

LEONOR. — DON CARLOS, DON JUAN.

LEONOR.

Detente,
Que yo responderé á eso.
Señor Don Juan, no tan solo,
Como criada sirviendo,
En vuestra casa estaré
Honrada y gustosa, pero
Como esclava que comprais
De aquesta fineza á precio;
Porque no habrá para mí,
Si es que para mí hay consuelo,
Otro alguno, sino solo
Saber que ha de ser mi dueño
Cosa tan propia de Cárlos.
Y así, humilde á esos piés, ruego
Faciliteis esta dicha;
Y pues os he estado oyendo,
Y en la relacion que él
De mis fortunas ha hecho,
Parece que estoy culpada
Y que apelacion no tengo,
Porque á vuestra casa no
Lleveis ni aun el mas pequeño
Escrúpulo de que soy
Tan fácil como parezco,
¡Plegue á Dios que él me destruya
Con su poder, y los cielos
Me falten, si yo á aquel hombre
Embozado y encubierto
Ocasion le dí jamas
Para tanto atrevimiento!
Si ya no es darle ocasion
A un hombre, darle desprecios.

DON JUAN.

Vuestra hermosura, señora,
Al paso que vuestro ingenio,
Os acredita conmigo;
Y no ya por Cárlos quiero
Hacer la fineza (si es
Fineza la que os ofrezco),
Sino por vos. Que la escriba
Mi dama á mi hermana quiero
Un papel que vos lleveis.
Esperad, que al punto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LEONOR, DON CARLOS.

LEONOR.

Ya, Don Cárlos, que ha llegado
El plazo de tus deseos,
Pues ya te verás sin mí,
Una cosa sola espero
Que añadas á las finezas
Que hasta este instante te debo.

DON CÁRLOS.

Déjame, Leonor, por Dios:
No apures mi sufrimiento,
Porque no sé que te adoro
Hasta que sé que te pierdo.
Pero dime, ¿qué me quieres
Pedir?

LEONOR.

Que si en algun tiempo
Te llegare el desengaño
De la culpa que no tengo,
Me has de cumplir la palabra
Que me diste.

DON CÁRLOS.

No solo eso

Ofrezco á ese desengaño,
Leonor, pero hacerte ofrezco
Victima el alma y la vida...
Pero ¿cómo me enternezco
Desta suerte? Tú ¿no eres
La que aquel hombre encubierto
En tu aposento tenias?
Pues ni aun desengaños quiero
Tuyos, sino huir de tí,
Ya que segura te dejo.

LEONOR.

Vete, vete; que algun dia
Volverán por mí los cielos.

DON CÁRLOS.

Si esa esperanza no hubiera,
Me hubiera yo, Leonor, muerto
A manos de mi dolor.

LEONOR.

Si airado una vez, si tierno
Otra vez, me hablas, ¿por qué
Mas al mal que al bien atento,
No te pones de mi parte,
Y crees, Cárlos, que puedo
Estar sin culpa?

DON CÁRLOS.

Porqué
Temo que en cualquier suceso
Siempre es cierto lo peor.

LEONOR.

Pues yo en mi inocencia espero
Que ha de haber suceso en que
No siempre lo peor es cierto. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, *leyendo un papel; tras ella*, INES.

INES. (*Ap.*)

Leyendo mi ama un papel,
Tan triste y confusa está,
Que mil deseos me da
De saber lo que hay en él.
Una vez le aja furiosa,
Y al cielo elevada mira,
Otra llora, otra suspira.

DOÑA BEATRIZ.

¿Hay suerte mas rigurosa?

INES. (*Ap.*)

A lêr vuelve. ¿De qué nace
Ya el agrado y ya el furor?
Sin duda que es borrador
De alguna comedia que hace.

DOÑA BEATRIZ.

Bien dicen que una cruel
Pluma áspid es de ira lleno,
De quien la tinta es veneno
En las hojas del papel.
Dígalo yo, pues á mí
Muerte su traicion me dió.
¿Quién crêrá mis penas?

INES.

Yo.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, ¿tú estabas aquí?

INES.

A esta cuadra salí ahora,
Y viendo la confusion
Que tiene tu corazon,
Te he de suplicar, señora,
Digas qué causa te obliga
A tan grande extremo.

DOÑA BEATRIZ.

Es tal,
Que por aliviar el mal,
Es fuerza que te la diga.
Bien te acuerdas que Don Diego
Centellas me galanteó
Mucho tiempo.

INES.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

Y que yo,
Agradecida á su ruego,
A su amor y á su fineza,
Le correspondí.

INES.

Muy bien.

DOÑA BEATRIZ.

Bien te acordarás tambien
Que aunque es tanta su nobleza,
No se declaró jamas
Con mi hermano, hasta salir
Con un pleito que á seguir
Fué á la corte.

INES.

Lo demas.

DOÑA BEATRIZ.

Pues Gines, un criado suyo
Que de mí obligado vive,
Aquesta carta me escribe,
De que claramente arguyo
Que, en Madrid enamorado,
El pleito á que fué es de amor.
La carta dirá mejor
Su traicion y mi cuidado.

(*Lee.*) *Cumpliendo, señora, con la obligacion de lo que ofrecí, que fué avisar de todo, hago saber á vuestra merced que en casa de una dama desta corte dejó por muerto á mi señor un caballero, de una herida, de que estuvo dos dias sin sentido y preso: ya gracias á Dios está mejor y libre, y de partida para esa ciudad, adonde...*

No leo mas, porque confieso
Que me ahogan las ansias mias.

INES.

¿Qué mas, señora, querias
Leer, despues de leido eso?

DOÑA BEATRIZ.

¡Este es el pleito á que fué
Don Diego!

INES.

Era necesario;
Que siempre es pleito ordinario
De Madrid amor.

DOÑA BEATRIZ.

No sé
Con qué estilos, con qué modos
Pueda explicar mi dolor.

INES.

¡Quién vió partir al señor
(¡Oh fuego de Dios en todos!)
Ofreciendo maravillas!...
Que como los alfareros
De amor, no solo pucheros
Hacen, sino cantarillas.—
Y al fin duran sus extremos,
Hasta que otra cara ven.
Pero, pícaros, tambien
Nosotras lo mismo hacemos;
Y al cabo de la jornada,
Bien sabe mi santo Dios
Que estamos en paz, y no os
Quedamos á deber nada.

DOÑA BEATRIZ.

De rabiosos celos muerta
Estoy.

INES.

Tienes mil razones.

DOÑA BEATRIZ.

Y durarán mis pasiones
Hasta que... Pero á esa puerta,
Ines, ¿no han llamado?

INES.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues llega, mira quién es.

INES. (*Para sí, yéndose.*)

¡Ay de tí, pobre Gines,
Si otro escribiera de tí
Que en Madrid descalabrado,
Mi casto honor ofendias! (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Locas confusiones mias,
Ya que á ver habeis llegado
Efectos de una mudanza,
Haced, pues todo es del viento,
Que me lleve el pensamiento
Quien me llevó la esperanza.
Diera por ver á la dama
Que pudo empeñarle así,
El alma, y la vida.

ESCENA VIII.

INES *con* LEONOR, *vestida pobremente, con manto.* — DOÑA BEATRIZ.

INES.

Aquí
Está, entrad.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, ¿quién llama?

LEONOR.

Quien, si merece, señora,
Besar vuestra blanca mano,
Podrá desmentir, no en vano,
Sus fortunas desde ahora,
Pues de su golfo cruel,
Puerto toma en vuestro cielo.

DOÑA BEATRIZ.

Alcese, amiga, del suelo.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué mal me ha sonado el *él!*

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es lo que quiere?

LEONOR.

Este aquí
(*Dale un papel.*)
Carta de creencia es.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuyo es?

LEONOR.

De Violante.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á ella.*)

Ines,
¡Qué buena cara!

INES.

Así, así.

LEONOR. (*Ap.*)

Fortuna, ¿á qué mas extremo
Puedes haberme traido?
Y aun lo que lloro no ha sido
Tanto como lo que temo.

DOÑA BEATRIZ.

Violante me escribe aquí,
Sabiendo que una criada
Que ha tenido, está casada,
Que en su lugar...

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

La reciba, porque tiene
Bastante satisfaccion
Que su virtud y opinion
A mi servicio conviene.
Muy agradecida quedo
A la intercesion...

LEONOR.

Los piés
Me da otra vez.

DOÑA BEATRIZ.

¿De dónde es?

LEONOR.

Soy de tierra de Toledo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿á qué á Valencia vino?

LEONOR.

Con una dama, señora,
De la vireina, que ahora
Ha muerto; y así, previno
Mi suerte buscar á quien
Servir pueda en la ciudad.

DOÑA BEATRIZ.

Su buena gracia, en verdad,
Y su persona tambien
Me agradan. ¿De qué servia?

LEONOR.

De doncella de labor.

INES. (*Ap.*)

Eso sí, que fuera error
Esotra doncellería.

LEONOR.

Yo la tocaba, y no dudo
Que daros gusto sabré
En esta parte, porqué
Abril inventar no pudo
Flor que yo de tal manera
No imite, que ese cabello
Competir hermoso y bello
Le haré con la primavera.
Enaguas, valonas, tocas,
No habrán menester salir
De casa para lucir;
Pues, como yo, sabrán pocas
Aderezallas ni hacellas
Del uso que mas se tray.
No hay labor blanca, no hay
Puntas sutiles y bellas,
Que no haga con perfeccion
Tanta, que dirás, no en vano,
Que allí no anduvo la mano,
Sino la imaginacion.
Bordo razonablemente
Broca, cañamazo y gasa.

DOÑA BEATRIZ.

Lo que ha menester mi casa
Me ha venido cabalmente;
Y así, puede desde luego
Quedarse en casa, que aunque
Dueño mio y della fué
Mi hermano, á dudar no llego
Que siendo esto gusto mio,
Él no lo embarazará.

LEONOR.

Que no se disgustará,
Señora, en quien es confio;
Que hacer á un triste feliz,
Es de nobles como él.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo se llama?

LEONOR.

Isabel.

DOÑA BEATRIZ.

Quítese el manto.

ESCENA IX.

DON JUAN. — LEONOR, DOÑA BEATRIZ, INES.

DON JUAN.

Beatriz...

DOÑA BEATRIZ.

Hermano Don Juan...

DON JUAN.

¿Qué hacias?

DOÑA BEATRIZ.

Una fineza por tí
Haciendo estoy.

DON JUAN.

¿Cómo así?

DOÑA BEATRIZ.

Porque sabiendo que habias
De agradecer, como amante,
Dar gusto á tu dama bella,
Recibí aquesa doncella,
Por ser cosa de Violante.

DON JUAN.

La buena cortesanía
Y la malicia agradezco.—
Y así, esta casa os ofrezco, (*A Leonor.*)
Por vos y quien os envia;
Porque si para los dos
Tal encomienda traeis,
Vos á Beatriz serviréis,
Pero yo os serviré á vos.

LEONOR.

Guárdeos el cielo, señor,
Por la merced que me haceis:
En mí una esclava tendréis.

DON JUAN. (*Ap. á ella.*)

¿Qué te parece, Leonor,
De la casa y Beatriz bella?

LEONOR.

Que solamente con esto
Que hoy la he debido, se ha puesto
En paz conmigo mi estrella.

DON JUAN.

Beatriz, hablarte quisiera
En una cosa que hoy
Por mí has de hacer.

DOÑA BEATRIZ.

Tuya soy.

Idos las dos allá fuera.
(*Hablan en secreto los dos hermanos.*)

INES. (*Retirándose con Leonor.*)

Usted, señora Isabel,
Me conozca por criada,
Por amiga y camarada;
Que uno y otro seré fiel,
Como su mucho valor
Solamente haga una cosa.

LEONOR.

¿Qué es?

INES.

No serme escrupulosa
En un tantico de amor.

LEONOR.

Esa caduca costumbre
Ya espiró: y si verdad digo,
Tambien traigo yo conmigo
Mi poca de pesadumbre.

INES.

Como eso tu voz me diga,
Desde aquí de mejor gana
Seré amiga mas que hermana.

LEONOR.

Y yo hermana mas que amiga.
(*Ap.* ¡Que hable yo así! ¡Cielos! ¿quien
Aquesto creerá de mí?) (*Vanse las dos.*)

ESCENA X.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cárlos en Valencia!

DON JUAN.

Sí;
Mas publicarlo no es bien,
Porque de secreto pasa
A Nápoles, y esto ha sido
Causa de que no ha venido
A servirse desta casa.
Mas vendrá al anochecer
A verte; y lo que quisiera
Que por mí tu amor hiciera,
Es prevenir y tener
Algun regalo que hacelle.

DOÑA BEATRIZ.

Digo que yo trastearé
Mis escritorios: veré
Qué hay en ellos que ofrecelle;
Que aunque estoy desalhajada
Para casos semejantes,
Habrá bolsas, lienzos, guantes,
Y de la ropa excusada
Que hay por estrenar, verás
Un azafate, que creo
Que le acredite el deseo.

DON JUAN.

Notable gusto me das.

DOÑA BEATRIZ.

Esto y la cena, de mí
Fia.

DON JUAN.

Pues yo vuelvo luego.
Adios.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Oh, traidor Don Diego,
Quién se vengara de tí! (*Vase.*)

DON JUAN.

A Cárlos quiero avisar
El efecto que ha tenido
El papel: y aunque haya sido
Su mayor cuidado estar,
Lo que há que está, tan secreto
Que ninguno pudo velle,
Esta noche he de traelle
Conmigo á casa, en efeto. (*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XI.

DON DIEGO y GINES, *de camino.*

DON DIEGO.

Gran gusto es volver un hombre
A ver la patria, Gines.

GINES.

Y mas, cuando ha estado tan
A pique de no volver.

DON DIEGO.

Convaleciente me vi
Y libre apénas (porqué
Contra mí no hubo querella),
Cuando al instante traté
De ausentarme de Madrid,
Por el recelo de que
Los parientes de Leonor
Muerte á su salvo me dén.

GINES.

Si esto de morir es burla
Pesada para una vez,
¿Qué será para dos veces?
Tú hiciste, señor, muy bien.

DON DIEGO.

¿No es Don Juan aquel que sale
De su casa?

GINES.

Sí.

DON DIEGO.

Gines,
Todo parece que hoy
Me va sucediendo bien.

GINES.

Pues ¿qué maula te has hallado?

DON DIEGO.

¿Es poca dicha saber
Que estando ahora Don Juan
Fuera de casa, podré
Ver á Beatriz?

GINES.

¿De Beatriz
Te acuerdas?

DON DIEGO.

¿Cuándo olvidé
Yo su gran belleza?

GINES.

Cuando
Por otra que yo me sé,
Te dieron en la cabeza,
O de tajo ú de reves,
Un tanto con que por cuánto
No vuelves acá otra vez.

DON DIEGO.

Eso de servir un hombre
En ausencia otra mujer,
Es licencia concedida
Al amante mas fiel.

GINES.

Lo mismo hacen ellas.

DON DIEGO.

Llega,
Y pregunta por Ines,
Y dila que estoy aquí,
Y advierte una cosa.

GINES.

¿Qué?

DON DIEGO.

Que del pasado suceso
A nadie noticia dés,
Y mas en cas de Beatriz.

GINES.

¿Eso habia yo de hacer?
Cré que hoy no sabrá de mí
Mas de lo que supo ayer,
Que no la vi de mis ojos.

DON DIEGO.

Llega pues, llama. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA XII.

INES, *y luego* GINES Y DON DIEGO.

(*Llaman dentro.*)

INES. (*Dentro.*)

¿Quién es?

GINES. (*Dentro.*)

Señora Ines, un criado
De toda vuesa merced,
Que tan amante y rendido
Se viene, como se fué.

(*Salen Ines y Gines.*)

INES.

¡Gines mio! ¿no me das
Un abrazo?

GINES.

Y dos y tres,
Que no soy yo miserable.

INES.

¿Cómo has venido?

GINES.

Despues
Lo sabrás muy por extenso;
Que no hay tiempo ahora, porqué
Mi señor te quiere hablar.

INES.

¿Luego ha venido tambien?

(*Sale Don Diego.*)

DON DIEGO.

Sí, Ines, y con mil deseos
De verte á tí, y de saber
Cómo está Beatriz.

INES.

Pues buena
La hallarás, sabiendo...

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ. — DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Ines,
¿Quién llamaba, que con tanta
Conversacion estás?

DON DIEGO.

Quien
Peregrino y derrotado
De la tormenta cruel
De una ausencia, quien, rendido
El zozobrado bajel
De amor á uno y otro embate,
Sufrió uno y otro vaiven,
Hasta que tranquilo el mar
Con el bello rosicler
De los amigos celajes,
Toma puerto á vuestros piés,
Adonde consagra humilde
La tabla que tumba fué
En el templo de su amor,
Al ídolo de su fe.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Qué mientan así los hombres!
Mas disimular es bien.)
Aunque mas, señor Don Diego...
Pero luego os lo diré.—
Ines, mira que no salga
A aquesta cuadra Isabel;
Que no es bien que el primer dia
Mis penas sepa.

INES.

Haces bien.
Gines, despues nos verémos.

GINES.

Como nos veamos despues,
Yo haré verdad el refran
De «Un poco te quiero, Ines».

(*Vase Ines.*)

ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, DON DIEGO, GINES.

DOÑA BEATRIZ.

Aunque mas, señor Don Diego,
Vuelvo á decir otra vez,
(*Ap.* ¡Qué mal se encubre el dolor!)
Encarezcais ni pinteis
De la ausencia las tormentas,
Significar no podréis
Las que he padecido yo
Siempre amante y siempre fiel.

DON DIEGO. (*Ap. á Gines.*)

Albricias, que nada sabe.

GINES.

¿Cómo lo habia de saber?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo en la corte os ha ido?

DON DIEGO.

Como ausente de vos, pues
No hay gusto en ausencia amando,
Sino es uno.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cuál?

DON DIEGO.

Volver
A vista de lo que se ama.

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Que falso conmigo esté!
Un áspid tengo en el pecho,
Y en la garganta un cordel.)
¿En qué estado el pleito queda?

DON DIEGO.

Como estaba le dejé,
Porque mi poca salud
Me trae á convalecer.

DOÑA BEATRIZ.

¿De qué achaque?

DON DIEGO.

De no veros.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿no hay en Madrid que ver?
¿No son bizarras sus damas?

DON DIEGO.

Como á ninguna miré,
No puedo dar voto en ellas.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ninguna?

DON DIEGO.

Di tú, Gines,
La fineza que en mí viste.

GINES.

Tanta fineza vi en él,
Que le vi muerto de amor.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, mas no dices de quién.

DON DIEGO.

¿Quién fuera que tú no fueras?

DOÑA BEATRIZ.

¿Luego vos no sois aquel,
Que trocando en criminal
El civil pleito á que fué,
A sala de competencia
Le llevasteis, donde al ver
En estrado, no en estrados,
Vuestra causa una mujer,
En vista os condenó á muerte,
De que ministro cruel
Fué cierto competidor?

GINES. (*Ap.*)

¿Cómo lo habia de saber?
¡Hémosla hecho buena!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Muerto
Estoy.

GINES.

¿Qué miras? Aun bien
Que yo no he hablado palabra.

DON DIEGO. (*Ap. á Gines.*)

¿Qué es esto que escucho?

GINES.

Es
Tu suceso de pe á pa,
Sin quitar y sin poner.

DOÑA BEATRIZ.

Todo se sabe, Don Diego,
Y pues las razones veis
Que tengo para ofenderme
De un traidor, aleve, infiel,
Falso, engañoso, inconstante,
Atrevido y descortés,
Que me pasa por finezas
Los agravios, no me hableis
Otra vez en vuestra vida,
Si no intentais que otra vez
Os dé á entender mi valor
Que hay en Valencia tambien
Dama por quien pueda darse
La muerte á un hombre sin fe.

DON DIEGO.

Mirad...

DOÑA BEATRIZ.

Mirad vos, Don Diego,
Que es tarde, y no será bien
Que me cueste hoy el pesar
Mas que me costó el placer.
Idos, pues.

DON DIEGO.

Hasta dejaros
Desengañada de que...

ESCENA XV.

DON JUAN; *luego* INES.— DICHOS.

DON JUAN. (*Dentro.*)

¿Cómo no hay aquí una luz?

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay infeliz! este es
Mi hermano.

GINES.

Pues el hermano
¿Cómo lo habia de saber?
(*Sale Ines.*)

INES.

Señora, mi señor sube.

DON DIEGO.

¿Qué quieres que haga?

DOÑA BEATRIZ.

No sé.

INES.

Yo sí: entrad en esta cuadra,
Donde escondidos estéis,
Hasta que podais salir.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué infeliz soy!

INES.

Entrad, pues.

GINES.

Yo tomo de buen partido
Que dos mil palos me dén.
(*Escóndense los dos.*)

DOÑA BEATRIZ.

Cierra la puerta hácia acá,
Porque no los puedan ver.

INES.

Ya está la puerta cerrada.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Siendo ya al anochecer,
¿No hay luces en casa?

ESCENA XVI.

Salen DON JUAN Y DON CARLOS *por una puerta, y* LEONOR, *con luces, por otra.* — DOÑA BEATRIZ, INES.

LEONOR.

Aquí
Las luces están.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* Al ver
Que es quien trae la luz Leonor,
Ciego con la luz quedé.)
Dadme, señora, á besar
La mano, si merecer
(*Ap.* ¡Ay, Leonor! ¡tú en este estado?)
Puedo tanta dicha.

DOÑA BEATRIZ.

Aunqué
Con rendimientos, Don Cárlos,
Desenojarme intenteis
Del agravio que á esta casa
Habeis hecho, no podréis.

DON CÁRLOS.

Ya dese agravio, señora,
Con Don Juan me disculpé:
El me disculpe con vos,
Pues ya lo estoy yo con él.
Y aunque á vuestra casa hoy
No vengo á honrarme, creed
Que en ella, para serviros,
Mi alma y vida tendréis.

DON JUAN.

Ya tengo dicho á mi hermana
Las razones que teneis
Para no honrarnos despacio.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ya que de paso es
La dicha, dadme licencia
A que de paso tambien
Os sirva como pudiere,
Mal prevenida mi fe.
Aquí no estáis bien: entrad
En mi cuarto. — ¡Hola, Isabel!
Alumbra á mi primo. (*Ap.* ¡Cielos!
Lástima de mí tened.) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

LEONOR, DON CARLOS, DON JUAN; INES, *retirada.*

(*Hablan los tres recatándose de la criada.*)

LEONOR.

Supuesto, señor Don Cárlos,
Que he llegado á merecer
Serviros hoy, ¿qué mayor
Dicha, qué mayor placer?

DON CÁRLOS.

¡Ay, Leonor! si yo pudiera
Dejarte servida, cré
Que no quedaras sirviendo.

LEONOR.

Yo quedo, Cárlos, mas bien
Que merezco, pues que soy
Tan desdichada mujer,
Que no merezco de tí
Que algun crédito me dés.

DON CÁRLOS.

¿Creyó alguno lo que oye
Primero que lo que ve?

LEONOR.

Sí.

DON CÁRLOS.

Pues hizo mal.

DON JUAN.

Mirad
Que con extremos no deis
Alguna sospecha en casa.

DON CÁRLOS.

¿Quién puede dejar de hacer
Extremos viendo á Leonor
En el traje de Isabel?
(*Vanse los tres.*)

ESCENA XVIII.

GINES Y DON DIEGO, *al paño.*—INES.

GINES.

Ines, ¿podrémos salir?

INES.

No, que están al paso.

GINES.

Pues
¿Qué hemos de hacer?

INES.

Esperar
Que el huésped se vaya.

GINES.

¿Quién
Es este huésped?

INES.

Un primo
De casa. Yo volveré
A sacaros; y si cierra
Mi amo la puerta, saldréis
Cuando ya esté recogido,
Por ese balcon.

GINES.

¿Bal... qué?

INES.

Balcon.

GINES.

Por no saltar yo,
Aun no danzo al saltaren.
Ines, disponlo de suerte,
Que yo salga por mi pié,
Si es posible.

DON DIEGO.

De cualquiera
Suerte lo dispon, Ines.

GINES.

Como tú ya estás, señor,
Enseñado á que te dén,
Piensas que el salir no es nada.

INES.

Cerrad la puerta, y no hableis.

DON DIEGO.

¿Quién se vió en igual aprieto?

GINES.

Yo, sin qué, ni para qué.

INES.

Gran cochiboda hay en casa.
Quiera Dios que pare en bien.

JORNADA SEGUNDA.

Sala de la posada.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS, FABIO.

DON CÁRLOS.

¿Está todo prevenido?

FABIO.

Ya la ropa y las maletas
Tengo aparejadas; solo
Falta que las postas vengan.

DON CÁRLOS.

Mas falta.

FABIO.

¿Qué es?

DON CÁRLOS.

Que Don Juan,
Que hoy he de partirme sepa,
Para que dél me despida.

FABIO.

Pues ¿no sabe que hoy te ausentas?

DON CÁRLOS.

No: ni él ni Leonor lo saben;
Que anoche aun no tenia esta
Resolucion.

FABIO.

Pues yo iré
A avisarle.

DON CÁRLOS.

Aguarda, espera;
Que él parece que ha tenido
De mi pensamiento nueva,
Pues á la posada viene
Antes casi que amanezca.

ESCENA II.

DON JUAN. — DON CARLOS, FABIO.

DON CÁRLOS.

¡Tan de mañana, Don Juan!
Pues ¿qué madrugada es esta?

DON JUAN.

Lo mismo puedo deciros.
¿Dónde vais con tanta priesa?

DON CÁRLOS.

Anoche cuando volví
De vuestra casa, en aquesta
Posada supe que hay
En Vinaroz dos galeras
De Italia, y perder no quiero
La ocasion de irme con ellas,
Porque no veo la hora
De hacer de Leonor ausencia;
Que aunque yo por verla muero,
Muero tambien por no verla.
Y ya que queda segura,
Tengo por la accion mas cuerda
Volver á todo la espalda;
Y así, con vuestra licencia,
Don Juan, pienso partir hoy.

DON JUAN.

Si yo, Don Cárlos, pudiera,
O concederla ó negarla,
Fuera muy gran conveniencia
De mi dolor, poder ántes
Negarla que concederla.

DON CÁRLOS.

¿Cómo?

DON JUAN.

Como me importara
Deteneros en Valencia
Unos dias, alma y vida.

DON CÁRLOS.

Fabio...

FABIO.

Señor.

DON CÁRLOS.

Cuando vengan
Las postas, despedirálas. —
Ved, Don Juan, con cuánta priesa
Son vuestros preceptos, ántes
Que preceptos, obediencias.

(*Vase Fabio.*)

ESCENA III.

DON CARLOS, DON JUAN.

DON CÁRLOS.

¿Qué hay de nuevo?

DON JUAN.

¿Estamos solos?

DON CÁRLOS.

Sí.

DON JUAN.

Pues cerrad esa puerta.

(*Cierra la puerta Don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

Ya lo está. — ¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es
Una desdicha, una pena
Tan grande, Cárlos, que solo
Vos podeis de mí saberla,
Como mi amigo, porqué
Soy mitad del alma vuestra,
Y como mi sangre, Cárlos,
Por ser en los dos la mesma.
Mirad cuánto de un dia á otro
Muda la inconstante rueda
De la fortuna las cosas.
Ayer en vuestras tragedias
Venisteis de mí á valeros;
Y hoy en las mias es fuerza
Que yo me valga de vos.
¡Oh cuán villana, cuán necia
Es mi desdicha, pues cobra
Con tanta prisa la deuda!

DON CÁRLOS.

¿Desde anoche acá hubo causa
Que á tan grande extremo os mueva?

DON JUAN.

Despues que anoche salisteis
De mi casa, porque en ella,
Ni vos quisisteis quedaros,
Ni yo quise haceros fuerza;
Y despues que con instancias
No dejasteis que viniera
Con vos, traté recogerme;
Y recorriendo las puertas
De mi casa (que es en mí
Costumbre, y no diligencia)
En mi cuarto me entré, donde
Mil ilusiones diversas
Me desvelaron de suerte,
Que entre confusas ideas,
Apénas dormir queria,
Cuando dispertaba á penas;
Cuando oigo (¡tiemblo al decirlo!)
Que en una cuadra de afuera
Una ventana se abria.
Presumiendo que por ella
Alguna criada hablaba,
Quise averiguar quién era,
Abriendo sin hacer ruido
De mi ventana la media;
Pues oyendo una razon
O tomando alguna seña,
Sin escándalo podia
Poner en el daño enmienda.
A nadie en la calle vi:
Con que casi satisfechas
Mis dudas, se persuadieron
A que el viento hacer pudiera
El ruido; pero ¡qué poco
Dura el bien que un triste piensa!
Pues por el balcon á este
Tiempo vi que se descuelga
Un hombre. Acudí volando
A tomar una escopeta,
Y por prisa que me di,
Ya otro y él daban la vuelta
A la calle: á cuyo tiempo
Cerraron, porque aun aquella,
O tibia ó fácil ó vana
Imaginacion siquiera
De que eran ladrones, no
Me quedase, viendo que eran
Cómplices del hurto iguales
Los que huyen y el que cierra.
Quise arrojarme tras ellos;
Mas viendo con cuánta priesa
Y ventaja iban, hallé
Que era inútil diligencia.
Conocer quién era quise
La que vestida y despierta
A aquellas horas estaba;
Y abriendo (¡ay de mí!) la puerta
De mi cuarto, el de mi hermana
Cerrado hallé: de manera
Que llamar á él no era mas
(Pues todas en mi presencia
Habian de alborotarse)
Que equivocando las señas,
El semblante de la culpa
Ponérsele á la inocencia,
Y advertir para adelante,
Siendo la accion ménos cuerda
Que hace un ofendido, cuando
No está en términos la ofensa,
Darla á entender con decirla,
Para no satisfacerla.
Yo no he de hacer en mi casa
Novedad: de la manera
Que hasta aquí me vieron todos,
Me han de ver, tan sin sospecha,
Que hasta mi mismo semblante
Sabré hacer que el color mienta;
Pero para este recato
Tener un amigo es fuerza
Afuera, si estoy en casa,
O en casa, si estoy afuera.
Pues si he de fiarme de otro,
¿De quién con mayor certeza
Que de vos, que como dije,
Sois mitad del alma mesma,
Y como deudo y amigo
Os toca tanto mi afrenta?
Y así, para averiguarlo,
Oid lo que mi pecho intenta.
Dentro de mi cuarto yo
Tengo una cuadra pequeña
Con libros y con papeles,
Donde jamas sale ó entra
Criado alguno. Aquí escondido,

(*Llaman dentro.*)

Don Cárlos... Pero á la puerta
Llaman.

ESCENA IV.

FABIO. — DON CARLOS, DON JUAN.

DON CÁRLOS.

Esperad. ¿Quién es?

FABIO. (*Dentro.*)

Yo soy, señor: abre apriesa.

DON CÁRLOS.

Si ves que tengo cerrado,
¿Por qué llamas?

(*Abre, y sale Fabio.*)

FABIO.

Porque sepas
Una grande novedad,
De que importa darte cuenta.

DON CÁRLOS.

¿Qué es?

FABIO.

Estando desta casa
Esperándote á la puerta,
Llegó de camino el padre
De Leonor, á ver si en ella
Posada habia.

DON CÁRLOS.

¿Qué dices?

FABIO.

Lo que he visto. Considera
Si es cosa para que oculta
Un instante te la tenga;
Y mas habiéndole dicho
Que sí, y apeádose ahí fuera,
Donde te ha de ver, si sales.

DON CÁRLOS.

¡Hay desdicha como esta?
Sin duda en mi seguimiento
Y de Leonor, á Valencia
Viene.

DON JUAN.

¿Conóceos él?

DON CÁRLOS.

Sí.

DON JUAN.

Pues mira tú cuando pueda
Salir de aqueste aposento
Don Cárlos, sin que le vea,
Y avisa.

FABIO.

Ahora podrá,
Que él en el cuarto se entra
Que le han dado.

DON JUAN.

Pues salgamos
De aquí una vez; que allá fuera
Verémos qué hemos de hacer.

DON CÁRLOS.

Salgamos, Don Juan, apriesa.

DON JUAN.

Vamos á mi casa, adonde
Ya es de los dos conveniencia
Estar en ella escondido.

DON CÁRLOS.

¡Qué de temores me cercan!

DON JUAN.

¡Qué de cuidados me afligen!

DON CÁRLOS.

¡Ay, Leonor, lo que me cuestas! (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, INES.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, nada me digas;
Que á mas dolor mi sentimiento obligas.

INES.

Pues habiendo salido
Del empeño de anoche tan sin ruido,
Que sin que en casa nadie lo sintiera,
A Don Diego y Gines echamos fuera,
¿Qué es lo que ahora te aflige?

DOÑA BEATRIZ.

Tú de mi llanto mi pasion colige.
¿Qué importa que saliesen,
Sin que mi hermano ni Isabel los viesen,
Si despues mis desvelos
Quedaron sin temor, mas no sin celos?
¿Viste, Ines, en tu vida
Desvergüenza mayor que la fingida
Confianza y tristeza,
Con que á significarme la fineza
Que ausente habia tenido
Llegó Don Diego, habiendo yo sabido
Cuanto le habia pasado
En Madrid, de otra dama enamorado?

INES.

El no nos oye ahora,
Y así por él he de volver, señora
¿Qué querias que hiciera
En Madrid (que es el centro y es la esfera
De toda la lindura,
El aseo, la gala y la hermosura)
Un caballero mozo,
Que le apunta el dinero con el bozo,
Y está, cuando mas ama,
Cincuenta y tantas leguas de su dama?
Ya pagó su pecado
Bastantemente en cas de aquella moza,
Puesto que sin venir de Zaragoza,
Vino descalabrado;
Y así, aunque amor en tu opinion le culpa,
En la mia la ausencia le disculpa.

DOÑA BEATRIZ.

No son mis celos, no, tan poco sabios,
Que no sepan, Ines, que los agravios
Que tocan en el gusto y no en la fama,
Tienen perdon en quien de véras ama.
Y si verdad te digo,
Diera por verle disculpar conmigo...
No sé lo que me diera,
Loca estoy, muerta estoy.

INES.

Aguarda, espera;
Que si ese es tu deseo,
Yo te le cumpliré, pues nada creo
Que embarazarnos puede;
Que cuando te entre á ver, y aquí se quede,
No hay ya que hacer extremos,
Pues que la escapatoria nos sabemos.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, pero no quisiera
Que mi amor tan rendido conociera,
Ines, que imaginase
Que yo, sobre mis quejas, procurase
A sus disculpas la ocasion.

INES.

A todo
Remedio hay.

DOÑA BEATRIZ.

¿De qué modo?

INES.

Deste modo:
Yo le diré que estás tan enojada,
Tan ofendida y tan desesperada,
Que una y doscientas veces me has mandado
No admitir papel suyo ni recado;
Mas que no obstante, solo por hacelle
Gusto, me he de atrever...

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

INES.

A ponelle
Donde te pueda hablar; con que consigo
Tres cosas: la una, que él se vea contigo,
La otra, que tú rogarle no parezca,
Y la otra, que él á mí me lo agradezca.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, yo estoy celosa, cuerda eres:
Harto he dicho, haz tú allá lo que quisieres,
Y en esta parte mas no discurramos,
Porque Isabel no entienda lo que hablamos.

ESCENA VI.

LEONOR, *con unos lazos en una bandeja.* — DOÑA BEATRIZ, INES.

LEONOR.

Aquestas son, señora,
Las flores que mandaste hacer.

DOÑA BEATRIZ.

Ahora
Gusto, Isabel, no tengo para nada.
Yo las veré despues.

LEONOR.

¡Qué poco agrada
Quien sirve sin estrella!

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Ménos agrada quien amó sin ella.

(*Vase.*)

LEONOR.

¿Qué es esto, Ines? ¿Qué tiene nuestra ama?

INES.

Esto es, amiga, reventar de dama.
Tiene una hipocondria,
Con que, de una hora á otra, cada dia
Muda mil pareceres.
Oye, ve y calla, si agradarla quieres.

(*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONOR.

Harto oigo y harto veo,
Y harto callo tambien. Loco deseo,
¿Para qué neciamente
Persuadirme procuras que aquí ausente
De mi casa, mi patria y padre, puedo
Perder ya mas á mi desdicha el miedo,
Si está tan cerca el daño,
Que es locura aguardar el desengaño,
Y me pone tan léjos la esperanza,
Que es locura tener la confianza
En lo instable del tiempo? Pues decia
Uno que enfermo de mi mal estaba:
«¡Ay triste del que fia
Su cura al tiempo!» Porque examinaba
Que es remedio, aunque sabio, tan incierto,
Que ya el mal le habria muerto,
Cuando á curarle el médico llegara,
Matando mil para uno que sanara.
¿Quién jamas se habrá visto
(¡Mal el dolor, mal la pasion resisto!)
En tan mísero estado,
Como yo, sin haber (¡ay de mí!) dado
Ocasion á fortuna tan tirana?
Pues nunca fué...

ESCENA VIII.

DON JUAN. — LEONOR.

DON JUAN.

Isabel, ¿qué hace mi hermana?

LEONOR.

En su cuarto, señor (¡oh pena fuerte!),
Está.

DON JUAN.

Pues hablaréte de otra suerte,
Si sola estás. ¿Qué hacias, Leonor bella?

LEONOR.

Lo que siempre, quejarme de mi estrella.
¿Has visto á Cárlos?

DON JUAN.

Sí, porque no fuera
Justo...

LEONOR.

¿Qué?

DON JUAN.

Que sin verle se partiera.

LEONOR.

¿Luego ya se ha partido?

DON JUAN.

Sí, Leonor.

LEONOR.

¡Sin haberse despedido
De mí! ¡Qué poco á sus finezas debo!

DON JUAN.

No, Leonor, con afecto ahora nuevo
Dejes tu entendimiento
Fácilmente llevar del sentimiento.
Yo estoy en guarda tuya,
Y no sin causa tu discurso arguya
Que de mí defendida,
Por tí he de aventurar honor y vida.

LEONOR.

No dudo esa fineza
De tu valor, tu sangre y tu nobleza;
Y porque sepas cuanto, Don Juan, fio
De tan hidalgo y noble ofrecimiento,
Puesto que el pecho mio
No es posible negarse al sentimiento,
Dame, señor, licencia
Para que en tanta pena, en dolor tanto
Me retire á llorar de tu presencia;
Que no es razon que descortés mi llanto
Pierda á tus confianzas el decoro.
No llore yo, sabiendo tú que lloro.
(*Vase.*)

ESCENA IX.

DON JUAN.

¡Qué cuerdamente decia
Aquel sabio, que entre el ver
Padecer y el padecer,
Ninguna distancia habia!
Díjela que se habia ido
Cárlos, que encerrado ya
Dentro de mi cuarto está,
Porque él y yo hemos querido
Que nadie sepa este grave
Empeño, porque en efeto,
Ninguno guarda un secreto
Mejor que el que no le sabe;
Fuera de que estando aquí
Hoy el padre de Leonor,
Para todos es mejor.
(*Llégase á una puerta, la abre, pasa el umbral y dice:*)
Cárlos.

ESCENA X.

DON CARLOS. — DON JUAN.

DON CÁRLOS. (*Dentro.*)

¿Estáis solo?

DON JUAN.

Sí,
Que no entrara acompañado.
(*Vuelve Don Juan, y sale Don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

¿Habeis hablado á Leonor?

DON JUAN.

Sí, Cárlos, y de su amor
Y de su virtud me han dado
Bastante satisfaccion
Sus lágrimas. Ha sentido
Pensar que os habeis partido
Con tan discreta pasion,
Que he llegado á persuadirme,
Aunque el indicio la culpa,
Que ella está, Cárlos, sin culpa.

DON CÁRLOS.

Poco teneis que decirme
En eso; pero aunque yo
El desengaño deseo,
Miéntras no le toco y veo,
¿Tengo de creerle?

DON JUAN.

No.

DON CÁRLOS.

Luego hablar dél es error,
Supuesto que en mis recelos
Han de ir borrando los celos
Cuanto pintare el amor.
¿Dijiste que habia venido
Su padre?

DON JUAN.

No, que no fuera
Justo que mas la afligiera
De lo que está.

DON CÁRLOS.

Bien ha sido.
¿Y qué mandasteis á Fabio?

DON JUAN.

Que en la posada esté, pues
El conocido no es,
Para que leal y sabio
Siempre á la mira estuviese
Del padre, y que procurase
Penetrar cuanto intentase.

DON CÁRLOS.

Medio muy frívolo es ese;
Que claro es que él no dirá
A nadie á lo que ha venido.

DON JUAN.

Con todo eso... Mas ¿qué ruido
Es este?
(*Ruido dentro.*)
(*Don Cárlos mira por la cerradura de una puerta.*)

DON CÁRLOS.

Ser cierto ya,
Don Juan, el lance mayor
Que sucedernos pudiera.
Quien sube por la escalera
Es el padre de Leonor.

DON JUAN.

¿Qué decis?

DON CÁRLOS.

Que yo por esa
Llave le vi y conocí.

DON JUAN.

¿El padre de Leonor?

DON CÁRLOS.

Sí.

DON JUAN.

Pues retiráos apriesa
Vos á esa cuadra; que yo
A recibirle saldré,
Y lo que intenta sabré.

DON CÁRLOS.

Deteneós: eso no;
Que no es, adonde Leonor
Y yo estamos venir él,
Lance tan poco cruel,
Que permita mi valor
Dejaros.

DON JUAN.

Pues siempre os queda
Libre el paso á accion igual,
No anticipemos el mal:
Dejémosle que suceda.
Escuchémosle primero.
Retiráos de aquí.

DON CÁRLOS.

Sí haré;
Pero á la mira estaré.
(*Escóndese Don Cárlos, y abre la puerta Don Juan.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO, *vestido de camino.* — DON JUAN; DON CARLOS, *oculto.*

DON JUAN.

¿A quién buscais, caballero?

DON PEDRO.

Suplicóos que me digais,
Pues por caballero os toca
Honrarme, si Don Juan Roca
En casa está.

DON JUAN.

¿Qué mandais?
Que yo Don Juan Roca soy.

DON PEDRO.

Que vuestros brazos me deis,
Pues que vos solo podeis
Ser de mis fortunas hoy
Puerto, á cuya confianza
Todas mis penas entrego,
Cuando á vuestra casa llego
A lograr una esperanza,
Seguro de que ha de hallar
Mi infeliz tirana estrella
Todo cuanto busco en ella.

DON CÁRLOS. (*Al paño.*)

¿Qué mas se ha de declarar?

DON JUAN.

(*Ap.* Sin duda que ya ha sabido
Que Don Cárlos y Leonor
Están aquí.) Yo, señor,
A mi suerte agradecido
Estoy, cuando así me honrais;
Pero es fuerza padecer
Mil dudas, hasta saber
Quién sois, y qué me mandais.

DON PEDRO.

Sentáos, y quién soy, señor,
De aquesta sabréis primero.
(*Dale una carta.*)
Luego sabréis lo que espero
Fiar de vuestro valor. (*Siéntanse.*)

DON JUAN.

Del Marques mi señor es
La carta. (*Ap.* Dudando estoy.)

DON PEDRO.

Lêd: sabréis della quién soy,
Y mi pretension despues.
(*Abre Don Juan la carta, y lee.*)
El señor Don Pedro de Lara, mi pariente y amigo, va á esa ciudad en seguimiento de un hombre, de quien importa á su honor satisfacerse: mi poca salud no me da lugar á acompañarle; pero fio que donde vos estáis, no le hará falta mi persona; y así os digo que su ofensa es mia, y su satisfaccion corre por mi cuenta. — Dios os guarde. — El marques de Denia.

DON JUAN.

o que me escribe el Marques
li señor, habeis oido :
o que yo respondo á esto
s, que aquí para serviros
le teneis á todo trance.

DON PEDRO.

uárdeos Dios; que así lo fio
e las noticias que traigo,
de las partes que miro
n vos: con cuyo resguardo,
olo y secreto he venido,
n confianza no mas
esa carta, porque dijo
l Marques, que en vos tendria
i honor valedor y amigo,
or muchas obligaciones
ue á su casa habeis tenido.

DON JUAN.

odas las confieso, y todas
eréis en vuestro servicio
mpleadas igualmente;
ero para esto es preciso
aber, señor, la ocasion,
ue á Valencia os ha traido.
Ap. Apuremos de una vez
odo el veneno al peligro.)

DON PEDRO.

o lo diré, si es que yo
uedo acabarlo conmigo.
oble soy, Don Juan, y sobre
er noble, estoy ofendido :
i enemigo está en Valencia,
ras él vengo : harto os he dicho.

DON JUAN.

yo lo he entendido todo,
an bien ya como vos mismo.

DON PEDRO.

iscreto sois; y así, solo
uiero que estéis prevenido
ara cuando yo os avise
e que de vos necesito. (*Levántase.*)

DON JUAN.

sperad, que falta mas.

DON PEDRO.

ecid, ¿qué falta?

DON JUAN.

Advertiros
e que yo tengo en Valencia
eudos, parientes y amigos;
así, sin saber quién es,
on Pedro, vuestro enemigo,
i el Marques puede mandarme
osa contra el valor mio,
i yo ofrecer favor que
esulte contra mí mismo.

DON PEDRO.

e vuestra sangre y cordura
a sido reparo digno;
aunque sea contra mí,
s lo agradezco y estimo.
para que no dejemos
l escrúpulo indeciso,
Qué teneis con un Don Diego
entellas?

DON JUAN.

Ser conocido
io no mas.

DON CÁRLOS. (*Al paño.*)

Este es
quel competidor mio.

DON PEDRO.

egun eso, ¿ya el reparo
s ninguno?

DON JUAN.

Así lo afirmo.

DON PEDRO.

Pues este una noche (¡ ay triste!
¡Con qué dolor lo repito!)
Quedó por muerto en mi casa :
Con que no pudo mi brio
Satisfacerse; que fuera
Villano rencor, indigno
De mi valor, emplear
En un cadáver los filos
De mi vengativo acero,
Pero no tan vengativo,
Que vida no diera muerto,
A quien diera muerte vivo.
Llegó justicia, y yo alcé
La mano al instante mismo
A venganzas y querellas;
Porque no fuera bien visto
Que hombre como yo tratara
De vengarse por escrito.
Entre el alboroto huyó
Una hija mia... Al decirlo
Me embaraza la vergüenza.
¡Mal haya el primero que hizo
Ley tan rigurosa, pacto
Tan vil, duelo tan impío,
Y entre el hombre y la mujer
Un tan desigual partido,
Como que esté el propio honor
Sujeto al ajeno arbitrio!
Huyó, digo, de mi casa;
Y aunque de aqueste delito
Fuéron dos los agresores,
A este con dos causas sigo.
La primera, que no sé
Del otro; y así, es preciso
Que aquel de quien sé primero,
Pruebe primero el castigo.
La segunda, que viniendo
Ahora por el camino,
Que un caballero venía
Recatado y prevenido
Con un criado y una dama,
En mil posadas me han dicho;
Y por las señas es ella;
Que habiendo él convalecido
Y ella faltado, es muy fácil
Presumir que se ha valido
Dél en su fuga. Y así,
Con este segundo indicio,
Mas irritado le busco,
Y mas osado le sigo,
O para que se reparen
Las ruinas del edificio
De mi honor, que está por tierra,
O para que vengativo
Haga que aun estas no queden,
Sin que los incendios vivos
De mi pecho les abrasen.
Y pues mi agravio os he dicho,
Y ya no hay inconveniente
En ayudar mis designios,
Despues volveré á buscaros;
Que ahora de vos me retiro
A hacer otra diligencia,
De que os vendré á dar aviso,
Como á quien ya desde aquí
Mi amparo ha de ser y asilo,
No tanto porque á ello os mueva
La carta que os he traido,
Cuanto por la obligacion
En que os pone haberme visto
Dar lágrimas á la tierra,
Y dar al cielo suspiros.
(*Vase Don Pedro, y sale Don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON CARLOS. — DON JUAN.

DON CÁRLOS.

¿Quién en el mundo se vió
En las dudas que me miro?

DON JUAN.

Vamos recorriendo, Cárlos,
Lo que nos ha sucedido.

DON CÁRLOS.

Vos teneis en vuestra casa
A la dama de un amigo...

DON JUAN.

Hija de un hombre, que hoy
A valer de mí se vino.

DON CÁRLOS.

El amigo está tambien
En vuestra casa escondido.

DON JUAN.

Y á efecto de que me ayude
A vengar agravios mios.

DON CÁRLOS.

El enemigo, que aquel
Busca, es tambien mi enemigo.

DON JUAN.

Y yo de todos prendado,
No sé á qué me determino :
De Leonor, porque es mujer;
De vos, porque sois mi primo;
Por el Marques, de Don Pedro;
Y de mi honor, por mí mismo.
¿Qué puedo hacer?

DON CÁRLOS.

Resolveros
A que el tiempo ha de decirlo,
Obrando en los lances, como
Se vinieren sucedidos.

DON JUAN.

Pues si habemos de esperarlos,
Cárlos, no hay que prevenirlos;
Que ellos vendrán: y hasta entónces,
Vos en mi cuarto escondido,
Sed de mi honor centinela,
En tanto que yo advertido
Hago la deshecha fuera
De que sin cuidado vivo.

DON CÁRLOS.

Pues adios. ¡Piadosos cielos...

DON JUAN.

Adios pues. ¡Cielos divinos...

DON CÁRLOS.

Sacadme de tantas penas!

DON JUAN.

Negadme á tantos peligros!
(*Vase cada uno por su puerta, y Don Cárlos se cierra por dentro.*)

—

Calle.

ESCENA XIII.

DON DIEGO; GINES, *cojeando.*

DON DIEGO.

Tú has de ir.

GINES.

Yo no he de ir.

DON DIEGO.

¿Por qué?

GINES.

Porque la mas singular
Razon que hay para no andar,
Es tener quebrado un pié.

DON DIEGO.

¡Válgate Dios! ¡qué notable
Estás!

GINES.

Para entre los dos,
Me acuerda el «válgate Dios»

Cierto cuento razonable.
En un pozo un portugues
Cayó : al verlo dijo un hombre
«¡ Válgate Dios ! » y el de abajo
Le respondió : «já naom pode».
Fácil es la aplicacion,
Y á propósito ha venido,
Si es lo mismo haber caido
A un pozo que de un balcon.

DON DIEGO.

¿Yo tambien no salté, y no
Me hice daño?

GINES.

Pues ¿qué quieres,
Si tú quebradizo no eres,
Y soy quebradizo yo?

DON DIEGO.

Tu poca maña condeno.

GINES.

Estreno, señor, de piés :
Malo para uno es
Lo que para otro es bueno.
Con hambre y cansancio un dia
A una posada llegó
Cierto fraile, y preguntó
A la huéspeda ¿qué habia
Que comer? «Si una gallina
No mato (le dijo ella),
Nada hay. — ¿Quién podrá comella
(Respondió con gran mohina),
Acabada de matar?
— Tierna estará (replicó
La huéspeda), porque yo
Sé un secreto singular
Con que se ablande.» Y cogiendo
La polla, que viva estaba,
Vió que los piés la quemaba :
Con que à nuestro reverendo
Muy blanda le pareció;
Y aunque el hambre pudo hacello,
Atribuyéndolo á aquello,
En la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
Tanto que le tenia inquieto;
Y él, cayendo en el secreto,
Pegarla á los piés procura
La luz. Dijo, al ver la llama
La huéspeda : «Padre, ¿qué es
Eso?» Y él dijo : «Nuestra ama,
Porque se ablande la cama,
Quemo á la cama los piés.» —
Así, no te dé mohina,
Que en los dos no haga el secreto
Su efecto, porque en efeto
Tú eres cama, y yo gallina.

DON DIEGO.

Por mas que tu voz me diga,
No has de escaparte, Gines,
De ir á ver á Ines.

GINES.

Ines,
¿No es una fiera enemiga,
Que anoche con mil rigores,
Tras tenernos á un rincon,
Nos vació por un balcon,
Al fin, como servidores,
Yo suyo, y tú de su ama?
Pues vive Dios, de no vella
En mi vida.

DON DIEGO.

Antes por ella
Se aseguró vida y fama
De Beatriz, y agradecido
Debo á la fineza ser.

GINES.

Yo no; que aun agradecer
No puede un hombre caido.

DON DIEGO.

Ya es notable tu extrañeza.

GINES.

Pues ¿no quieres que me enoje,
Señor, si á los dos nos coge
Tu amor de piés á cabeza?

DON DIEGO.

Por mi has de ir allá.

GINES.

Yo iré;
Pero por partido tomo
Traerte mal despacho.

DON DIEGO.

¿Cómo?

GINES.

Como voy con muy mal pié.

DON DIEGO.

En esta esquina te espero.

GINES.

Poco tendrás que esperar,
Si solo á Ines has de hablar.

DON DIEGO.

¿Por qué?

GINES.

Porque, á lo que infiero
Del traje, el brio y el talle,
Es ella la que salió
De su casa.

DON DIEGO.

Ella es, y no
Quisiera hablarla en la calle.
Dila que en este portal
Estoy, que se llegue aquí.

(*Retirase á un portal.*)

ESCENA XIV.

INES, *con manto.* — GINES; DON DIEGO, *retirado.*

INES. (*Para sí.*)

Desde la ventana vi
A Don Diego; y aunque es tal
Mi temor, le hablaré, pues
Fiada en la industria mia,
Mi ama echadiza me envía.

GINES.

¿Qué importa, traidora Ines,
Lo tapadillo, si el brio
Va diciendo á voces que eres
Coliflor de las mujeres?

INES.

¿Qué es aqueso, Gines mio?

GINES.

Esto es cojear.

INES.

Ya lo veo.
Pero ¿de qué achaque es?

GINES.

De un achaque tuyo, Ines.

INES.

Mientes como un cojifeo.

GINES.

Mi achaque fué tu balcon,
Luego claramente arguyo
Que es mi achaque achaque tuyo.

INES.

Negara la conclusion,
A no ir en cas de Violante
A un recado; y no quisiera
Que contigo hablar me viera
Nadie de casa.

GINES.

Al instante
Que te hable mi señor
En esta parte no mas
Que una palabra, te iras.

INES.

Aquesto fuera peor;
Que si mi ama supiera
Que le hablaba, me matara.

(*Llega Don Diego.*)

DON DIEGO.

¿Por qué, Ines?

INES.

Porque es tan rara
Su cólera, y es tan fiera
La ira que tiene contigo,
Que no tomar me ha mandado
Papel tuyo, ni recado.

DON DIEGO.

Pues, Ines, ¡tanto castigo
Para quien la adora!

INES.

Darte
Quisiera ahora...

DON DIEGO.

¿Por qué? di.

INES.

Porque no adores aquí,
Y ofrezcas en otra parte.

GINES.

Si cesa la indignacion
Con decir los enojados :
«Mandaré á cuatro criados
Que os echen por un balcon»;
Y ella, con mandarlo á una
Sola criada, nos echó
Tan á la letra, que yo
Voy cojeando mi fortuna;
¿Qué mas quiere?

DON DIEGO.

¿Tú tambien
Eres, Ines, contra mí?

INES.

Esto que te digo aquí,
Sé allá disfrazar mas bien;
Que sabe Dios si me cuesta
Mas de dos pesares ya
Disculparte.

DON DIEGO.

Pues si está
Tanto en mi favor dispuesta
Tu voluntad, haz, Ines,
Que solo un instante vella
Pueda yo.

INES.

¡En eso está ella!

DON DIEGO.

Y fia de mí, despues
Desto que ahora te da
Mi amor, la satisfaccion.

(*Dala un bolsillo.*)

INES.

Para mí excusadas son
Estas cosas.

GINES.

Claro está.

INES.

Y porque veas que tengo
Gana de servirte, haré
Una cosa. Yo diré

Que ya del recado vengo;
Y pues ya empieza á cerrar
La noche, y mi amo está fuera;
Tú á solo que yo entre espera;
Que dejándome al entrar
La puerta abierta...

DON DIEGO.

¡Ay, Ines!
Hoy nueva vida me das.

INES.

Entrarte tras mí podrás...
Y obre fortuna despues.

DON DIEGO.

Dices bien, y yo te sigo.

GINES.

¡Ay, Ines, lo que te quiero!

INES.

¿Habla vusted, caballero,
Con el bolsillo, ó conmigo?

GINES.

Con quien quisieres que sea;
Mas ponle á mi parte nombre.

INES.

Quita, que no hablo yo á hombre,
Que sé de qué pié cojea. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON DIEGO, GINES.

DON DIEGO.

Sígueme, Gines.

GINES.

¿Yo?

DON DIEGO.

Sí.

GINES.

¿Adónde?

DON DIEGO.

Conmigo ven.

GINES.

El diablo me lleve, amen,
Si yo pasare de aquí.
¿Qué me quieres encerrado?
Si es por saltar uno mas,
En la calle me hallarás,
Y haz cuenta que ya he saltado.

DON DIEGO.

Ese temor me ha advertido
Que irme solo es lo mejor.

GINES

Es muy cuerdo ese temor,
Y haz cuenta que ya he partido.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Don Juan.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ, LEONOR.

DOÑA BEATRIZ.

Haz que pongan unas luces,
Isabel, en esa cuadra,
Y espera, en tanto que yo,
De la labor enfadada,
Me divierto en esta reja
Un rato.

LEONOR.

Haré lo que me mandas.
(*Ap.* Malo es servir, y peor
Servir con desconfianza.
Recatándose de mí
Siempre Beatriz y Ines andan.
Una salió fuera, y otra
Aquí debe de esperarla.
Quiero dar lugar, pues sé
En qué estos secretos paran,
A que hablen. Yo me acuerdo
Cuando solia en mi casa
Tener el mismo recato,
Y la misma confianza,
De unas y de otras, que entónces
Me servian. Basta, basta,
Memoria; y pues ahora sirves,
Leonor, oye, mira y calla.) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

INES. — DOÑA BEATRIZ.

INES.

No dirás que me he tardado.

DOÑA BEATRIZ.

Por saber lo que te pasa
Con Don Diego, estoy, Ines,
Esperando en esta sala.
¿Qué ha habido?

INES.

Que mi papel
No ha echado á perder la traza.
Tras mí viene, sin que entienda
Que tú, señora, le llamas.
No hay sino hacer ahora el tuyo,
Mostrándote muy airada,
Y conmigo la primera.

DOÑA BEATRIZ. (*Alzando la voz.*)
Ines, mira quién andaba
Ahí fuera.

INES.

¡Ay, señora! Un hombre.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién así?...

ESCENA XVIII.

DON DIEGO. — DOÑA BEATRIZ.

DON DIEGO.

Quien á tus plantas,
Hermosa Beatriz, ofrece
Una y mil veces el alma.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Ines?

INES.

Yo, señora,
La puerta dejé cerrada.

DOÑA BEATRIZ.

Mientes, que esta es traicion tuya.
No has de estar una hora en casa.

DON DIEGO.

¿Para qué riñes á Ines,
Beatriz, si yo soy la causa
De tu enojo? En mí tus iras
Se rompan y se deshagan;
Que yo no quiero mas premio,
Que solo darte venganzas.

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Diego, bien estas
Demasías excusadas
Pudieran estar, sabiendo
Cuánto es hoy vuestra esperanza
Para conmigo imposible.

DON DIEGO.

Siempre lo fué; que mis ansias
Nunca, Beatriz, presumieron
Que mereciesen lograrla.

DOÑA BEATRIZ.

Sí, mas nunca ménos que hoy.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA BEATRIZ.

Porque es muy contraria
Política del amor,
Que merezca quien agravia.

DON DIEGO.

Disculpar esa sospecha
Pretendo.

DOÑA BEATRIZ.

Mal disculparla
Podréis.

DON DIEGO.

Quizá bien.

DOÑA BEATRIZ.

Don Diego,
La hora es muy aventurada.
Aquesa puerta está abierta,
Muy dispuesta mi desgracia:
Idos, no querais perderme
De dos suertes.

DON DIEGO.

Ya que alcanza
Esta ocasion mi deseo,
No tengo de despreciarla.
En oyéndome, me iré.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, esa puerta guarda,
Ya que es fuerza que le oiga,
A precio de que se vaya.
(*Va Ines hácia la puerta.*)

DON DIEGO.

Yo salí, Beatriz hermosa,
De Valencia...
(*Vuelve Ines, muy asustada.*)

INES.

¡Ay desdichada!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es eso?

INES.

Mi señor viene.

DOÑA BEATRIZ.

¡Triste de mí!

INES.

Ea, ¿qué aguardas?
Del aposento de anoche
Hoy el sagrado nos valga.

DON DIEGO.

¡Qué desdichado que ha sido
Siempre mi amor! (*Escóndese.*)

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué tirana
Ha sido siempre mi estrella!

INES.

¿Qué te turbas y desmayas?
No temas, que mi señor
No trae recelo de nada,
Pues entra en su cuarto ántes
Que en el tuyo.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay, Ines, cuánta
Es mi pena!

ESCENA XIX.

DON JUAN, DON CARLOS. — DOÑA BEATRIZ, INES; DON DIEGO, *al paño*.

DON JUAN. (*Ap á Cárlos.*)

Yo venia,
Cárlos, como digo, á casa,
Cuando vi que un hombre en ella
Entró: en la calle me aguarda,
Y por ventana ni puerta
Dejes que ninguno salga.

DON CÁRLOS.

Entra y fia, que seguras
Tienes, Don Juan, las espaldas. (*Vase.*)

DON JUAN.

Beatriz...

DOÑA BEATRIZ.

Hermano.

DON JUAN.

¿Qué hacias?

DOÑA BEATRIZ.

Aquí con Ines estaba.

DON JUAN.

Está bien.

DOÑA BEATRIZ.

¿Adónde vas?

DON JUAN.

¿Es novedad que en mi casa
Entre yo donde quisiere?

DOÑA BEATRIZ.

No lo es; pero extraño...

DON JUAN.

Aparta.

DOÑA BEATRIZ.

El modo de hablarme.

DON JUAN.

Quita
De delante.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Pena extraña!

DON DIEGO. (*Al paño.*)

Hácia este aposento viene;
Salida tiene á otra cuadra:
Quiero ver si mas seguro
Lugar mis recelos hallan. (*Vase.*)

DON JUAN.

Desta suerte he de salir
De una vez de dudas tantas.
(*Saca la espada.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Para entrar al aposento
(¡Ay de mí!) la espada saca.
(*Entra Don Juan en el cuarto donde estaba Don Diego.*)

INES.

Muertes de hombres ha de haber.

DOÑA BEATRIZ.

Ines, la suerte está echada.

INES.

Y echada á perder, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Sin vida estoy y sin alma.

INES.

Pues cualquiera dellas es
Importantísima alhaja.
Huyamos.

DOÑA BEATRIZ.

Aun para huir
Aliento y valor me falta.

INES.

Don Diego del aposento
Salió, pues que no le halla
En él.

ESCENA XX.

LEONOR, *y luego* DON DIEGO. — DOÑA BEATRIZ, INES.

LEONOR. (*Dentro.*)

¡Ay de mí infelice!

DOÑA BEATRIZ.

Pasando de cuadra en cuadra,
Dió adonde estaba Isabel.
Ella de verle se espanta,
Y huyendo dél, hasta aquí
Viene... A este lado te aparta.
(*Retíranse las dos, y sale Leonor con luz, y tras ella Don Diego.*)

LEONOR.

Hombre, que mas me pareces
Sombra, ilusion ó fantasma,
¿Qué me quieres? ¿No bastó
El echarme de mi casa,
Sino tambien de la ajena?

DON DIEGO.

Mujer, que mas me retratas
Fantasma, ilusion ó sombra,
¿Mis desdichas no me bastan,
Sin las que tú ahora me añades,
Pues segunda vez me matas?
Pero no, pues hoy...

ESCENA XXI.

DON JUAN. — LEONOR, DON DIEGO; DOÑA BEATRIZ É INES, *retiradas.*

DON JUAN.

En vano,
Aunque el centro en sus entrañas
Te esconda, podrás, Don Diego.

DON DIEGO.

Detened, Don Juan, la espada;
Que aunque vuestra casa está
En esta parte agraviada,
No vuestro honor; y si puedo
Satisfacer con palabras
Al empeño, mejor es;
Pues es cosa averiguada
Que es la venganza mejor
No haber menester venganza.

DON JUAN. (*Ap.*)

Don Diego Centellas es.
Con Leonor está: aquí hallan
Mis sospechas el mejor
Desengaño. Albricias, alma;
Que aunque esta es desgracia, es
Mas tolerable desgracia.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Ines.*)

Suspenso el acero, al verle,
Se quedó. Oye lo que hablan.

DON DIEGO.

Yo, Don Juan, amé en la corte
A Leonor, que es esta dama,
En cuya casa una noche
Me sucedió una desgracia.
Vine á Valencia, y teniendo
Noticia que en vuestra casa
Estaba...

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON DIEGO.

Esta noche
Me atreví á entrar aquí á hablarla.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Ines.*)

¡Qué buena disculpa, Ines,
Si ahora Isabel conformara
Con ella! Haz señas que diga
Que sí, que es ella la dama.
(*Hace Ines señas á Leonor.*)

LEONOR.

Don Juan, cuanto aquí has oido,
Es verdad; Don Diego es causa
De mi fortuna, y por quien
Desterrada de mi patria,
De mi padre aborrecida,
De mi esposo despreciada,
En este estado, este traje
Vivo, sirviendo á tu hermana.

INES. (*Ap. á su ama.*)

La seña entendió.

DOÑA BEATRIZ.

Y lo finge
Tan bien, que aun á mí me engaña.

LEONOR.

Pero diga él si yo aquí
Ni allá le di...

DON JUAN.

Calla, calla.

LEONOR.

Ocasion...

DON JUAN.

No te disculpes.
(*Ap.* ¡Hay mujer mas desgraciada!)

INES. (*Ap. á Beatriz.*)

Mucho la debes, señora,
Pues se culpa por tu causa.

DOÑA BEATRIZ.

Solo que lo haya creido
Mi hermano, es lo que nos falta.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Qué haré? que aunque esté seguro
Yo, que lo esté Cárlos falta.

ESCENA XXII.

DON CARLOS. — DICHOS.

DON CÁRLOS. (*Ap. desde la puerta.*)

Habiendo en la calle oido
Ruido acá dentro de espadas,
Dejo la puerta, y á hallar
Vengo á Don Juan... Mas las armas
Tienen suspensas los dos.
Desde aquí oiré lo que tratan;
Que quizás será su honor
Conveniencia á la desgracia.

DON DIEGO.

Esta es vuestra ofensa, y pues
A ser agravio no pasa,
Mirad si os estará bien,
O remitirla ó vengarla.

DON JUAN.

Don Diego, vuestras disculpas
Convienen con señas varias
Que yo tengo de Leonor.

DON CÁRLOS.

¿Qué escucho? ¡Pena tirana!
A Leonor nombró, y Don Diego...

DON JUAN.

Pero una pregunta falta.
¿Es esta la primer noche
Que aquí habeis entrado á hablarla?

DON DIEGO.

(*Ap.* Malicia trae la pregunta.
Por sí ó por no he de salvarla.)
No, que anoche entré por esa

Puerta, y por esa ventana
Salí : sabida la culpa,
¿Qué importa la circunstancia?

DON JUAN.

Importa mas que pensais.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Contra mí es contra quien paran
Los celos de Don Juan, ¡cielos!

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* Ya que lo ha creido, salga
Yo ahora.) Pues, ten de mí, (*Sale.*)
Don Juan, la desconfianza,
Y mira lo que me envía,
Para servirme, tu dama. —
(*Ap. á Leonor.*)
Perdona, amiga, y prosigue.

LEONOR. (*Ap. á Doña Beatriz.*)

No entiendo lo que me mandas.

DON JUAN.

No es tiempo deso, Beatriz,
Pues aunque con señas tantas
Me satisfaga Don Diego,
Estar Leonor en mi casa
Por órden de quien á ella
La envió, á mí no me saca
De la obligacion en que
Me pone mi sangre hidalga;
Y así, aunque por ella venga,
Y no por tí, eso me basta
Para que el atrevimiento
Castigue yo.
(*Sale Don Cárlos.*)

DON CÁRLOS.

Aquesa instancia
Pues me toca á mí el sentirla,
Tambien me toca el vengarla.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Qué miro! ¿Cárlos aquí?
Esto solo me faltaba.

DON DIEGO.

Pues ¿quién sois vos, que quereis
Tomar ahora la demanda?

DON CÁRLOS.

Bien pudierais conocerme;
Que razones teneis hartas.
Yo soy aquel que por muerto
Os dejó; y ahora trata
Acabar lo que empezado
Dejó entonces.

LEONOR.

¡Pena extraña!

DON DIEGO.

Antes pienso que venís
A que yo tome venganza
Hoy de todo.

DON JUAN.

A vuestro lado,
Cárlos, estoy.

DON DIEGO.

No me espanta
La ventaja de los dos.
(*Riñen.*)

ESCENA XXIII.

GINES, GENTE. — DICHOS.

GINES. (*Dentro.*)

Aquí son las cuchilladas.
Entrad todos.
(*Salen Gines y gente.*)

GINES Y GENTE.

¿Qué es aquesto?

DOÑA BEATRIZ. (*Ap. á Ines.*)

Ines, esas luces mata,
Por si podemos así
Excusar desdichas tantas.
(*Apaga la luz, y riñen.*)

GINES.

Nadie tire, estando á oscuras.

DON JUAN.

Ved todos que esta es mi casa.

GINES.

Encienda usted una luz,
Y lo verán.

LEONOR.

¡Qué desgracia!

DON DIEGO. (*Ap.*)

La puerta hallé : esto no es
Volver al riesgo la cara,
Si no fiar á mejor
Ocasion mis esperanzas. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

A mi cuarto me retiro
Llena de confusas ansias. (*Vase.*)

INES. (*Ap.*)

Tan buena hacienda hemos hecho,
Que de puro buena, es mala. (*Vase.*)

GINES.

Señor, ¿dónde estás, que ya
El cirujano te aguarda?

DON CÁRLOS.

¡Muere, traidor!

GINES.

Muerto soy,
Que mandarlo vusted basta.
(*Ap.* El diablo que mas espere,
A que de véras lo hagan.) (*Vase.*)

UNO.

Muerto está uno : por si viene
Justicia, de aquesta casa
Salgamos. Huyamos todos.
(*Vase la gente.*)

DON JUAN.

¡Hola! Aquí unas luces saca....
Mas yo por ellas iré. (*Vase.*)

LEONOR. (*Ap.*)

De confusa y de turbada,
Tropezando en mis desdichas
De aquí no muevo las plantas.

DON CÁRLOS.

El puesto he de sustentar;
Que aunque siento que se vayan
Todos, no he de faltar yo
De donde saqué la espada.

ESCENA XXIV.

DON JUAN, *con luz.* — LEONOR, DON CARLOS.

DON JUAN.

Ya hay luz aquí.

LEONOR.

Cárlos, tente.

DON JUAN.

¿Solos los dos?

DON CÁRLOS.

¿Qué te espantas?
Porque si yo á mi enemigo
No puedo volver la espalda,
Hallándome con Leonor,
Con mi enemigo me hallas;
Pero enemigo de quien
La victoria es huir.
(*Quiere irse, y deténele Don Juan.*)

DON JUAN.

Aguarda.

DON CÁRLOS.

Déjame, que en seguimiento
De esotro, huyendo á este, salga.

DON JUAN.

Ya no hay tras quien.

LEONOR.

¡Quién pudiera
Rasgarse el pecho, y que hablara
El corazon con acciones,
Y no la voz con palabras!

DON CÁRLOS.

Fuera el corazon tambien
Traidor; que ser tuyo basta.

LEONOR.

Fuera leal, por ser mio.

DON CÁRLOS.

¡Bien el lance lo declara,
Que acabo de ver! ¡Ay, fiera!
Cuando no consideraras
Las finezas que me debes,
Consideraras que estabas
En casa de Don Juan.

LEONOR.

Pues
¿Qué culpa contra mí hallas
En las locuras de un hombre?

DON CÁRLOS.

Ninguna. Ahorremos demandas
Y respuestas. — Primo, amigo,
Pues tan felizmente acaba
Para tí aquella ocasion,
Que detuvo mi jornada,
Cuanto infeliz para mí,
Adios; que aunque con infamia
Salga de Valencia, es fuerza
Que della esta noche salga.
Diga mi enemigo que huyo;
Que no quiero honor ni fama.
A esa mujer, porque en fin
La quise bien, te la encarga
Mi amistad, no para que
La tengas mas en tu casa,
Sino para que la dejes
Que en cas de Don Diego vaya.
Logre él felice su amor,
Y ella gustosa... Mas nada
Digo. Adios, Don Juan.

LEONOR.

¡Ay, cielos!
Espera, Cárlos.

DON CÁRLOS.

¿Que aun hablas?

LEONOR.

Si yo supe...

DON CÁRLOS.

No prosigas.

LEONOR.

Que aquí...

DON CÁRLOS.

No me digas nada.

LEONOR.

¿No? Pues yo... sí... Hablar no puedo.
Vista y aliento me faltan.
¡Jesus mil veces! (*Desmáyase.*)

DON JUAN.

Cayó
En mis brazos desmayada.

DON CÁRLOS.

Tenla, Don Juan. ¡Ay, Leonor!
Que te adoro, aunque me matas,
Y es muy distinto sentir
Tu traicion que tu desgracia.

DON JUAN.

En lágrimas y gemidos
Se le han vuelto las palabras.
Esperad, Cárlos, á que
Entre al cuarto de mi hermana
Con ella.

DON CÁRLOS.

Sí, Don Juan, id.
Algun remedio se le haga...
Mas dejadla que se muera,
Pues para otro amor se guarda.

DON JUAN.

Despues verémos los dos
Lo que hemos de hacer.
(*Éntrala Don Juan.*)

DON CÁRLOS.

¡Mal haya
Rendimiento tan postrado,
Pasion tan avasallada,
Afecto tan abatido,
Y voluntad tan postrada,
A mas quejas, mas amor,
A mas agravios, mas ansias,
A mas traicion, mas firmeza!
Mas ¿qué me admira y espanta?
Que quien no ama los defectos,
No puede decir que ama.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS, DON JUAN.

DON CÁRLOS.

¿Volvió del desmayo?

DON JUAN.

Sí,
Pero volvió de manera,
Que pienso que mejor fuera
No haber vuelto.

DON CÁRLOS.

¿Cómo así?

DON JUAN.

Como al instante que allí
Restauró el perdido aliento,
Fué tan grande el sentimiento,
Que de tenerle ha tenido,
Que á un tiempo cobró el sentido
Y perdió el entendimiento,
Segun los extremos son
Que hace confusa y turbada.

DON CÁRLOS.

¿Qué dice?

DON JUAN.

Que es desdichada,
Sin oirla su razon.

DON CÁRLOS.

¡Oh mal haya mi pasion!

DON JUAN.

Vos ¿qué habeis determinado?

DON CÁRLOS.

Dos cosas he imaginado,
Y solo, Don Juan, quisiera
Que nadie me las oyera
Sin estar enamorado.
¿Quereis que os diga, Don Juan,
Sobre tantas confusiones,
Fantasías é ilusiones
Como á mi vienen y van,
Cuáles son las que me dan
Mas gusto cuando las toco,
Cuáles las que me provoco
Mas á ejecutarlas?

DON JUAN.

Sí.

DON CÁRLOS.

No os habeis de reir de mí,
Pues confieso que estoy loco.
Si en este estado pudiera
Yo conseguir que á Leonor
Todo su perdido honor
Don Diego satisfaciera,
Que honrada y en paz volviera
Con su padre á su lugar,
Fuera la mas singular
Venganza: y á esta mujer
La sabré hacer un placer
Cuando ella espera un pesar.
Leonor está enamorada,
Don Diego lo está tambien
(Dígalo el lance): pues bien,
¿Qué pierdo yo? Todo y nada.
Y así, en pena tan airada
Como tengo y he tenido,
Solo este me ha parecido
Que despicarme sabrá:
Ganemos á Leonor, ya
Que á Leonor hemos perdido.

DON JUAN.

Es vuestra resolucion
Tan honrada como vuestra;
Y bien en su efecto muestra
Ser hija de una pasion
Tan noble.

DON CÁRLOS.

Pues á su accion
¿Qué medio, Don Juan, pondrémos?

DON JUAN.

No sé, porque si queremos
A Don Diego hablar yo y vos,
Por lo mismo que los dos
El casamiento tratemos,
El no lo hará; que no fuera
Justo que un hombre otorgara,
Por mas que él lo deseara,
Lo que el galan le pidiera
De su dama. De manera
Que otra persona ha de haber.

DON CÁRLOS.

Pues lo que se puede hacer
Es que á su padre digais
Como á Leonor ocultais,
Y él lo podrá disponer.

DON JUAN.

Tiene eso un inconveniente.

DON CÁRLOS.

¿Qué?

DON JUAN.

El empeño de los dos:
Fuera de que entónces vos
No haceis la accion.

DON CÁRLOS.

Cuerdamente
Decís. ¿Quién habrá que intente
Esta plática mover?

DON JUAN.

Ya sé yo quien ha de ser:
Veréis que todo lo allana.

DON CÁRLOS.

¿Quién?

DON JUAN.

Doña Beatriz, mi hermana;
Que es en efecto mujer,
Con quien, lo uno, no habrá
Duelo en la proposicion;
Y lo otro, es debida accion
Suya el honrar á quien ya
Dentro de su casa está
Declarada por quien es.

DON CÁRLOS.

Bien pensais.

DON JUAN.

Escondéos pues,
Mientras yo á tratarlo llego.

DON CÁRLOS.

Yo, ¿por qué?

DON JUAN.

Porque Don Diego
Ni el padre os vea hasta despues.

DON CÁRLOS.

¿Yo esconderme?

DON JUAN.

O deshacer
Toda nuestra pretension.

DON CÁRLOS.

Yo lo haré, con condicion
Que nadie lo ha de saber
Sino vos.

DON JUAN.

Así ha de ser.

DON CÁRLOS.

Pues id con Dios. (*Ap.* ¡Ay, Leonor,
Cuánto debes á mi amor,
Pues te da, fiera homicida,
Sobre un agravio la vida,
Sobre otro agravio el honor!)
(*Escóndese, y cierra por dentro.*)

ESCENA II.

DON JUAN.

Si á conseguir esto llego,
A nadie le está mejor,
Pues quedo bien con Leonor,
Con su padre y con Don Diego,
Y vengo á mirarme luego
Sin el empeño á que he estado
Por Don Cárlos obligado;
Y así tengo de esforzar
Esta accion, hasta quedar
Gustoso y desengañado.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ. — DON JUAN.

DOÑA BEATRIZ.

¿Está Don Cárlos aquí?

DON JUAN.

No, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Pues yo á tu cuarto
Solo á buscarle venia.

DON JUAN.

Cuando le dió aquel desmayo
A Leonor, le dejé aquí,
Y aquí al volver no le hallo.
(*Ap.* Ni aun mi hermana ha de pensar
Que se ha escondido Don Cárlos.)

DOÑA BEATRIZ.

Sin duda que su valor
Tras Don Diego le ha llevado.

DON JUAN.

Yo, por no saber adónde
Hallarle podré, no salgo
Tras él; mas tú ¿qué le quieres?

DOÑA BEATRIZ.

Decirle, Don Juan, que cuando
Por amante y por rendido
No fuese, por cortesano
Y caballero tuviese
De su dama, que llorando
Está, lástima.

DON JUAN.

¿Qué dice?

DOÑA BEATRIZ.

Que con solo hablar á Cárlos
Consuelo tendrá.

DON JUAN.

Pues si él
No está aquí y solos estamos,
Una cosa á tu cordura
He de fiar, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Harto
Será que fies de mí
Nada, porque quien te ha dado
Ocasion para que della
Desconfies, Don Juan, tanto
Que presumas que ha podido
Ocasionar el cuidado
Con que anoche entraste en casa,
Parece que es muy contrario
Que fies y desconfies
A un mismo tiempo.

DON JUAN.

Excusado
Será, Beatriz, que yo haga
Dese sentimiento caso,
Sabiendo tú cuánto estimo
Tu virtud y tu recato.
Y en fin, tú sola, Beatriz,
Podrás hoy de riesgos tantos
Como amenazan las vidas
De Don Diego y de Don Cárlos,
Y aun la mia (pues es fuerza
Hallarme en el duelo de ambos),
Librarnos.

DOÑA BEATRIZ.

¿Yo? ¿de qué suerte?

DON JUAN.

Desta suerte: oye y sabrásIo.
Yo intento, por ser quien es
Leonor, cuidar del amparo
De su honor y su opinion;
Pero si llego á tratarlo
Yo con Don Diego, no sé
Lo que hará, y es empeñarnos
Para haber de conseguirlo,
Haber de llegar á hablarlo:
Y así á ti, Beatriz, te toca;
Que á las mujeres es dado
Tratarlo con suaves medios;
No á nosotros, y mas cuando
La mujer está en tu casa,
Y son tu primo y tu hermano
Comprendidos en el riesgo:
Razones que me la han dado,
Para que llames...

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién?

DON JUAN.

A Don Diego; y procurando
Darle á entender cuánto está
Ofendido tu recato
De que á tu casa se atreva,
Proponerle que, pues tantos
Peligros debe á esta dama,
Se disponga á remediarlos;
Que como con ella case,
A todos deja obligados.
Y esto ha de ser sin que entienda
Que nosotros le rogamos,
Sino que sale de tí.

DOÑA BEATRIZ.

Digo, Don Juan, que has pensado
Bien, y que yo lo haré así.

DON JUAN.

Pues yo voy á ver si á Cárlos
Hallo: tú, si al tuyo vuelves,
Haz que cierren ese cuarto.
(*Vase Don Juan.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ.

Yo le cerraré. ¿A qué mas
Puedo llegar, pues me hallo
Obligada á ser yo misma
Tercera de mis agravios
Y cómplice de mis celos?
¿Qué puedo hacer? Pero vamos
Al exámen, celos mios;
Y pues le da libre el paso
Hoy en su casa á Don Diego
Quien ayer lo estorbó tanto,
Sepamos dél qué responde.
Salgamos ó no salgamos
De una vez deste delirio,
Desta pena, deste encanto.—
Ines.

ESCENA V.

LEONOR; *despues*, DON CARLOS, *al paño*.—DOÑA BEATRIZ.

LEONOR.

Señora.

DOÑA BEATRIZ.

Leonor,
¿Tú respondes?

LEONOR.

Si has llamado
A una criada, ¿qué mucho
Que responda quien lo es tanto?
(*Sale Don Cárlos al paño.*)

DON CÁRLOS.

La voz de Leonor oí;
Y así, la puerta entreabro,
Por verla convalecida
De aquel penoso letargo.

DOÑA BEATRIZ.

Si ayer, Leonor, mi ignorancia
Te tuvo en aquese estado,
Hoy mi advertencia, Leonor,
Te pone en lugar mas alto.
Mi amiga eres. (*Ap.* Mi enemiga
Diré mejor.)

LEONOR.

Si he llegado
A perder, señora, el nombre
De criada tuya, no en vano
De la ventura que pierdo,
Me libra el honor que gano.
Tu esclava soy, y te pido,
Si puede merecer algo
Quien vino á tu casa solo
A causar asombros tantos,
Me trates como hasta aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo puedo, Leonor, cuan o
Por ser quien eres y estar
En mi casa, darte trato
Esposo?

DOÑA LEONOR.

En eternidades
Prospere el cielo tus años.
Pero Cárlos no querrá,
Que está celoso.

DOÑA BEATRIZ.

No es Cárlos.

LEONOR.

Pues ¿quién?

DOÑA BEATRIZ.

Don Diego Centellas.

LEONOR.

No te empeñes en tratarlo;
Que ántes me daré la muerte,
Que dé á Don Diego la mano.

DOÑA BEATRIZ.

¿Luego tú nunca has querido
A Don Diego?

LEONOR.

Aspid pisado
Entre las flores de abril,
Víbora herida en los campos,
Rabiosa tigre en las selvas,
Cruel sierpe en los peñascos,
No es tan fiera para mí,
Como él lo es.

DOÑA BEATRIZ.

A espacio, á espacio;
Que aunque le desprecies quiero,
No que le desprecies tanto.

DON CÁRLOS. (*Al paño.*)

¡Ah, traidora! Ella me vió
Esconder, pues así ha hablado.

DOÑA BEATRIZ.

Yo pensaba que te hacia
Lisonja; que quien ha estado
Por tí á la muerte en Madrid,
Y que te viene buscando,
No entendí que te ofendia.

LEONOR.

Pues ¡si supieras bien cuánto
Me ofende!..

DOÑA BEATRIZ.

Yo lo veré
Presto, para que salgamos
De este oscuro laberinto
El, tú, yo, Don Juan y Cárlos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON CARLOS, *á la puerta del cuarto*.—LEONOR.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Fuése Beatriz, y Leonor
(¡Ay cielos!) sola ha quedado.
Llorando está. Mas ¿qué importa,
Si es tan equívoco el llanto,
Que aunque está llorando veo,
No por quién está llorando?

LEONOR.

Ahora sí, piadosos cielos...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh celos!

LEONOR.

Que solos podrán mis labios...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh agravios!

LEONOR.

Quejarse al viento mejor.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh amor!

LEONOR.

¿Quién le dirá á mi dolor
La razon que ha de culparme?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Yo lo dijera, á dejarme
Celos, agravios y amor.

LEONOR.

¿Cuándo yo ocasion he dado...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Fiero hado!

LEONOR.

A mi desdicha importuna...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Cruel fortuna!

LEONOR.

Que así el honor atropella?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Dura estrella!

LEONOR.

¿Pues cómo, si nunca della
Dí ocasion, me da castigos?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

No sin causa hay enemigos
Hado, fortuna y estrella.

LEONOR.

Quien inocente se mira...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Es mentira.

LEONOR.

En la ciega confusion...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Es traicion.

LEONOR.

De tan conocido daño...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Es engaño.

LEONOR.

¿Cuándo, Amor, el desengaño
Verán otros, que tú ves?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Nunca, que todo eso es
Mentira, traicion y engaño.—
Sin duda están contra mí
Hoy los cielos conjurados,
Pues me tienen persuadido
A que sabe que oigo cuanto
Diciendo está. Mas ¿qué importa?
Que aqueste metal humano
El mismo sonido tiene
Cuando es fino y cuando es falso;
Y así, pues basta el oirlo,
¿Para qué es examinarlo?

LEONOR.

¡Ay, Cárlos, si tú me oyeras!
(*Llaman.*)

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ay, Leonor! si... Mas llamaron
A la puerta: á cerrar vuelvo
Yo la mia.

LEONOR.

¿Que sea hablando
Sin efecto, no faltó
Quien viniese á embarazarlo?
Veré quién es, por si puedo
Quedarme sola otro rato.
¿Quién es?

ESCENA VII.

DON PEDRO.—LEONOR; DON CARLOS, *al paño.*

DON PEDRO.

El señor Don Juan
¿Está en casa? (*Ap.* ¡Cielo santo!
¡Qué miro!)

LEONOR.

Ahora salió...
Mas ¡qué veo! (*Huye.*)

DON PEDRO.

Estoy turbado.

(*Vase Leonor hácia donde está Don Cárlos, que sin dejarse ver de Don Pedro, abre la puerta.*)

DON CÁRLOS. (*Ap. á ella al abrir.*)

No temas, Leonor, que yo
Te recibiré en mis brazos.

DON PEDRO.

Cerró la puerta tras sí.
Mas ¿qué importa, si yo basto,
En defensa de mi honor,
A dar asombros y espantos
Al mundo? Caiga en el suelo;
Que despues de hecha pedazos,
Haré lo mismo de aquella
Tirana, que...

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ.—DON PEDRO; DON CARLOS, *oculto.*

DOÑA BEATRIZ.

¡En este cuarto
Golpes y voces! ¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Es un furor, es un pasmo,
Una desesperacion,
Un horror, una ira, un rayo,
Que ha de abrasar cuanto encuentre,
Que intente ponerse al paso.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿cómo este atrevimiento
En mi casa? ¿Quién ha dado
Ocasion, para que así
Haya podido empeñaros
Una cólera?

DON PEDRO.

Una fiera,
Que aquí se oculta.

DOÑA BEATRIZ.

Esperáos.
¿Es Leonor?

DON PEDRO.

Pues ¿quién pudiera,
Sino ella, obligarme á tanto?

DOÑA BEATRIZ.

(*Ap.* ¡Esto nos faltaba solo!
Otro amante, y destos años,
Tras Don Cárlos y Don Diego,
Que pusiese en paz á entrambos.)
Pues bien, aunque vos tuvieseis
Razones, que yo no alcanzo,
Para buscarla ofendido,
¿Os atreveis temerario
A entrar aquí?

DON PEDRO.

Sí, que yo
En mí la disculpa traigo
Para mayores extremos;
Y así, perdonad, si os trato
Sin mas atencion, señora.

DOÑA BEATRIZ.

En esta casa, es engaño
Pensar que no habrá...

ESCENA IX.

DON JUAN. — DON PEDRO, DOÑA BEATRIZ; DON CARLOS, *oculto.*

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha de ser? Aqueste anciano
Caballero en busca viene
Tambien de Leonor, y ha dado
En que ha de romper las puertas
Desta casa.

DON JUAN.

Paso, paso,
Beatriz; que el señor Don Pedro,
Ni te ha ofendido, ni ha errado,
Porque, como dueño della,
A todos puede mandarnos.

DON PEDRO.

Señor Don Juan, no gastemos
Cumplimientos excusados.
Ni soy dueño, ni ser quiero
Mas que un forastero, que hallo
(Cuando fiado de vos,
A veros vengo y hablaros)
En vuestra casa á mi hija.
Cerrada está en ese cuarto.
Abrid vos, ó abriré yo,
Echando la puerta abajo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

Su padre es.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Cómo saldré
De lance tan apretado?
Ya él la vió: ¿qué he de decirle?

DON PEDRO.

¿Qué pensais? Determináos.

DON JUAN.

Por cierto, señor Don Pedro...
(*Ap.* Mucho haré, si desta salgo.)
¡Muy buen agradecimiento
Es ese de mi cuidado!
Pues desde ayer que me hice
De vuestras fortunas cargo,
Busqué á Leonor, y la traje
A mi casa, donde al lado
La hallais de mi hermana, adonde
Satisfaceros aguardo
De suerte, que á vuestra casa
Volvais contento y honrado.
Mas si desto os disgustais,
De todo alzaré la mano.

DON PEDRO.

Dadme, Don Juan, vuestros piés,
Y perdonadme; que airado
Al verla, razon no tuve
Para discurrir á tanto;
Que no sabe discurrir
En su dicha un desdichado.
Arrastróme la pasion;
Mas ya, á vuestros piés postrado
Os hago dueño de todo.

DON JUAN.

¿Qué haceis, señor? Levantáos.

DON PEDRO.

Y vos perdonad, señora,
El disgusto que os he dado.
Soy noble, estoy ofendido.

DOÑA BEATRIZ.

A haber, señor, alcanzado
Quien sois, de otra suerte hubiera
Pretendido reportaros.

DON JUAN.

¿Llamaste á Don Diego?

DOÑA BEATRIZ.

Sí,
ues fué ahora á llamarlo.

DON JUAN.

Venid conmigo, señor
Don Pedro, para que vamos
A hacer una diligencia
Importante en este caso.
Leonor con Beatriz segura
Queda.

DOÑA BEATRIZ.

Y yo, señor, me encargo
De dar cuenta della.

DON PEDRO.

Basta
Quedar con vos. (*Ap.* ¡Cielo santo!
Venga la muerte, si llego
A ver mi honor restaurado.)

DON JUAN.

(*Ap.* Yo no sé dónde le lleve.)
Habla tú á Don Diego en tanto,
Porque en esa diligencia
Está mi dicha.

(*Vanse Don Juan y Don Pedro.*)

DOÑA BEATRIZ.

Y mi daño.—
Leonor, abre: yo estoy sola.

ESCENA X.

LEONOR; DON CARLOS, *oculto.*—DOÑA BEATRIZ.

LEONOR. (*Dentro.*)

Con ese seguro salgo.

DON CÁRLOS. (*Ap. á Leonor, al salir ella.*)

Ni á Beatriz, Leonor, la digas
Que aquí estoy.

LEONOR. (*Ap. á Don Cárlos.*)

No haré.
(*Adelántase.*)

DOÑA BEATRIZ.

De extraño
Lance tu vida escapó.

LEONOR.

En esta cuadra sagrado
Hallé.

DOÑA BEATRIZ.

No fué poca dicha
Dejarla abierta mi hermano,
Que nunca suele dejar
Della la llave.

LEONOR.

No en vano
Diré mil veces que en ella
Mi vida está... (*Ap.* Que está Cárlos.)

DOÑA BEATRIZ.

Leonor, puesto que tu padre
Nuestros sustos ha llegado
A aumentar, como si acá
No nos tuviésemos hartos,
Lo que ántes de ahora te dije,
Trataré con mas cuidado.

LEONOR.

Tambien lo que te dijeron
Antes de ahora mis labios,
Dirán con mas causa ahora.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es tema.

LEONOR.

Esotro agravio.

DOÑA BEATRIZ.

Ahora bien, cierra esa puerta,
Y ven, Leonor, á mi cuarto.

LEONOR.

Ya yo te sigo.

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

¡Ay, Don Diego,
Con cuánto temor te aguardo!

(*Vase, y sale Don Cárlos.*)

ESCENA XI.

DON CARLOS; *despues* DOÑA BEATRIZ.—LEONOR.

LEONOR.

Cárlos, pues me da ocasion
De hablarte este breve rato,
Oyeme.

DON CÁRLOS.

Leonor, si en mí
Aun es fineza el acaso,
Puesto que siempre nos vemos,
Tú ofendiendo y yo amparando,
¿Qué me quieres? Déjame,
Hasta que llegue otro acaso
De darte la vida yo,
Y de hacerme tú otro agravio.

LEONOR.

Eso no llegará nunca;
Mas esotro ya ha llegado.

DON CÁRLOS.

¿Cómo?

LEONOR.

Sabe que Beatriz
Me da la muerte, intentando
Que me case con Don Diego.
Si generoso y bizarro
A cada riesgo una vida
Me has de dar, aquesta aguardo.
Háblala tú.

DON CÁRLOS.

¡Bueno es eso,
Siendo yo mismo el que trato
El casamiento, pedirme
Contra mi herida el reparo!

LEONOR.

¿Tú lo quieres?

DON CÁRLOS.

Yo lo quiero.

LEONOR.

¿Tú lo trazas?

DON CÁRLOS.

Yo lo trazo,
A cuyo efecto escondido
Estoy, por no embarazarlo,
Ni encontrarme con Don Diego,
O con tu padre.

LEONOR.

No alcanzo
La razon.

DON CÁRLOS.

Yo sí.

LEONOR.

¿Qué es?

DON CÁRLOS.

Ser
Mis respetos tan honrados,
Tan nobles mis sentimientos,
Y mis celos tan hidalgos,
Que ya, Leonor, que te pierdo,
Quiero ver si tu honor gano..

LEONOR.

Yo le tengo.

DON CÁRLOS.

Pretendiendo,
Que el escándalo que ha dado
(Dejo aparte los sucesos
De Madrid, en que no hablo),
El entrar Don Diego á verte
A casa que yo te traigo,
El salir por un balcon
Una noche, otra encerrado
Hallarle, Leonor, contigo,
Cesen con darte la mano:
Fineza última que puede
Hacer un enamorado,
Por ver con honor su dama,
Ver su dama en otros brazos...

LEONOR.

Mi bien, mi señor, mi dueño...

DON CÁRLOS.

Mi mal, mi muerte, mi agravio...

LEONOR.

Si la noche del balcon
Le vi, me confunda un rayo;
Y si la que habló conmigo
Lo supe...

DON CÁRLOS.

Todo eso es falso.

LEONOR.

Si lo fuera, no dijera
Lo que con Beatriz he hablado.

DON CÁRLOS.

¡Ah, traidora, que sabías
Que yo lo estaba escuchando!

LEONOR

Yo, ¿de qué?

DON CÁRLOS.

De haberme visto
Esconder: bien lo ha mostrado
Venir, cuando entró tu padre,
De mí á valerte.

LEONOR.

Fué acaso,
Mas quiero que no lo sea.
Cuando tú me estás rogando
Que con él case, ¿á qué efecto
Te habia de estar engañando?

DON CÁRLOS.

Pregunta eso á cuantas damas
Engañan á dos, sabráslo.

LEONOR.

No como yo.

DON CÁRLOS.

Todas sois...

DOÑA BEATRIZ. (*Dentro.*)

Leonor.

LEONOR.

Beatriz ha llamado.

DON CÁRLOS.

No digas que estoy aquí,
Si es que por mí has de hacer algo.

LEONOR.

No haré. ¿Al fin no me creerás?

DON CÁRLOS.

No, porque dice un adagio,
«Siempre es cierto lo peor.»

LEONOR.

Yo le enmendaré, mudando,
«No siempre lo peor es cierto.»
¡Oh lo que me cuestas, Cárlos! (*Vanse.*)

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Beatriz, enviarme á llamar,
Y á estas horas no temer
Que entre tu casa, y poner
Guarda á tu cuarto, y pasar
En el de tu hermano á hablarme,
Muchas prevenciones son.
¿Es fineza, ó es traicion?
¡Es darme vida, ó matarme?

DOÑA BEATRIZ.

No extrañeis, señor Don Diego,
Ver aquesta novedad,
Ni que con tal brevedad
A veros y hablaros llego
A estas horas y en mi casa,
Ni que este cuarto haya sido
El que para esto he elegido;
Que avisándome que pasa
Violante esta tarde á verme,
No es bien que os vea; y así,
Intento hablaros aquí.
No, no teneis que temerme,
Porque ya sois tan seguro
Para conmigo, que puedo
Perder á mi amor el miedo
Tanto, que solo procuro
Ser hoy del vuestro tercera,
Ya que no es posible ser
Mas, habiendo otra mujer,
Que para marido os quiera.

DON DIEGO.

Cuando llamado de vos,
Aquel papel recibí,
Una duda concebí;
Entrando aquí, fuéron dos;
Tres al escucharos son:
Dejad que al remedio acuda,
Si he de añadir una duda,
Beatriz, á cada renglon.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, *á la puerta del cuarto.* — DOÑA BEATRIZ, DON DIEGO.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Temor, no sé lo que arguya
Deso, y es fuerza escuchar
Si vienen estos á hablar
En mi pena ó en la suya.

DOÑA BEATRIZ.

Mucha gana de dudar,
Señor Don Diego, teneis,
Supuesto que no entendeis
Tan fácil modo de hablar.
Y para que á vuestro amor
Ningun escrúpulo quede
De que entenderme no puede,
Declárome mas. Leonor
Por vos su casa ha dejado,
Padre, honor, vida y reposo:
A Don Juan teneis quejoso,
Don Cárlos está agraviado,
Yo estoy de vos ofendida,
O por mi casa ó por mí:
De Leonor el padre aquí
Está tambien, vuestra vida
Corre gran riesgo, y es llano
Que otro remedio no espero
Que dar venganza á su acero,
Ú dar á Leonor la mano.
Vos la amais, ella os adora:
Todos andan por mataros,
Y es el remedio casaros.
¿Habeisio entendido ahora?

DON DIEGO.

Necio fuera en no entenderos,
Cuando tan claro me hablais;
Y si licencia me dais,
Trataré de responderos.

DOÑA BEATRIZ.

Decid, pues.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Qué es esto? ¡Cielos!
¡Don Diego y Beatriz se amaban!
Unos celos ¿no bastaban?
¿Para qué son otros celos?
Mas quiero oir; que fingido
Esto no será, supuesto
Que Beatriz no hablara desto
Donde yo estaba escondido.

DON DIEGO.

Mucho quisiera, Beatriz,
Poder en aqueste instante
De amante y de caballero
Dividirme en dos mitades;
Porque no sé á cuál acuda
De dos afectos, que iguales,
Al intentar responderos,
Me sitian y me combaten.
Si como amante pretendo
Daros la respuesta, es fácil
Presumir que hace mi amor
De las mentiras verdades.
Y así, como quien soy solo,
Solicito hablaros ántes,
Pues ántes, Beatriz hermosa,
Fuí caballero que amante.
Pensad que no hablo con vos;
Que no quiero en esta parte,
De vuestros celos, Beatriz,
Ni de mi amor acordarme.
De mi mismo, de mi honor,
De mi obligacion, mi sangre
Me acuerdo solo; y así
Presumid que otro me trae
Ese recado, y que á otro
Respondo.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Empeño notable!

DON DIEGO.

Yo vi en Madrid á Leonor:
Su hermosura pudo darme
Ocasion de que asistiese
De dia y de noche en su calle.
Vi, miré, pasé, escribí;
Pero con desdenes tales
Me trató, que ya no eran
Desdenes, sino desaires.
Hice tema del amor,
Sintiendo que me tratase
Sin aquella estimacion
Con que las mujeres saben
Despedir lo que no quieren;
Que hay algunas de tal arte,
Que aun de los mismos desprecios
Agradecimientos hacen.
Este le faltó á Leonor:
De suerte, que yo al mirarme
Tan desvalido, acudí
Al medio siempre mas fácil,
Que son las criadas. Una,
Poniéndose de mi parte
(Gracias á no sé que alhaja),
Me dijo: «De lo que nacen
Los desprecios de Leonor,
Es de que tiene otro amante.»
Celos tuve.... y aquí vuelvo,
Contra lo propuesto, á darte
Licencia de que seas tú
La que me oye, por mostrarme
Honrado á tus ojos; pues
No lo es el que al infame
Consuelo se da de que
Otro, lo que él pierde, alcance.
Añadió que de secreto
Con él trataba casarse,
Cuyo seguro les daba
Lugar para que se hablasen
De noche en su casa. Yo,
Por poder, Beatriz, vengarme,
Quise verlo; siendo solo
Mi ánimo que ella llegase
A saber que yo sabia
Su amor, porque no ostentase
Conmigo la vanidad
De no merecerla nadie.
Escondióme la criada
De su cuarto en una parte
Oculta, donde ver pude
Que ella de allí á poco sale
Hácia otro aposento. Quise
Seguirla, por si alcanzase
A oir alguna razon,
Que repetirla adelante. —
No seas tú aquí; que no quiero
Que venganza tan cobarde
Sepas de mí, como hacer
De las mujeres ultraje. —
Sintióme ella, volvió á ver
Quién era, y al mismo instante
Entró Don Cárlos, de cuyo
Encuentro el suceso sabes,
Y así no quiero decirle.
Al fin pues de muchos lances,
Vine á Valencia, y por Dios
(Si en esto miento, él me falte),
Que no supe que en Valencia
Leonor estaba: bastante
Satisfacion es, Beatriz,
Saber tú que vine á hablarte
La noche que fué forzoso
Por ese balcon echarme.
Capaz de todo el suceso,
Celosa, Beatriz, me hablaste;
Y yo, por satisfacerte,
A verte volví ayer tarde.
Entró Don Juan á este tiempo;
Que parecen que le traen
Siempre á ocasion mis desdichas.
Intentando retirarme,
Di con Leonor; y aunque pudo
El verla, y verla en tal traje,
Suspenderme, me cobré
Tanto, que por disculparme,
Culpé á Leonor. Sobrevino
A tan no pensado lance
Don Cárlos. Pues si tú misma,
Beatriz, que es esto así sabes,
¿Cómo me pides, Beatriz,
Que yo con Leonor me case?
Mujer que me aborreció,
Mujer que dió á mis pesares
Ocasion con sus rigores,
Mujer que con otro amante
Vino á Valencia, y mujer
Que, aunque en tu casa la hallase,
Fué buscándote á ti, ¿es justo
Que me la proponga nadie?
Si tú en esta ausencia mia
A mejor empleo aspiraste,
Y los celos de Madrid
Tomas ahora por achaque,
Múdate muy en buen hora,
Beatriz; pero no me cases:
Que no es mujer para mí,
Mujer que tú me la traes.

DON CÁRLOS. (*Al paño.*)

¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Quién vió
Tan evidente, tan grande
Desengaño? ¡Ay, Leonor mia!
Verdades son tus verdades.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y qué es lo que hacer intentas
Con enemigos tan grandes?

DON DIEGO.

¿Qué enemigos?

DOÑA BEATRIZ.

Yo, Leonor,
Cárlos, Don Juan y su padre.

DON DIEGO.

De todos esos, Beatriz,
Sino á tí, no temo á nadie.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué á mí?

DON DIEGO.

Porque me advierte
Muchas cosas ver que hables
Tú en esto.

ESCENA XIV.

INES Y GINES, *cada uno por su puerta.* — DICHOS.

GINES.

Señor...

INES.

Señora...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es lo que tienes?

DON DIEGO.

¿Qué traes?

INES.

Mi señor viene, que yo
Le he visto ahora en la calle.

GINES.

Y es lo peor que con él
Viene de Leonor el padre.

DON DIEGO.

¡Qué destinado nací
Á desdichas semejantes!

DOÑA BEATRIZ.

Por mi hermano no importara
Que aquí te viese y te hablase;
Por Don Pedro sí.

GINES.

Ellos son
De los dos mas puntüales
Padre y hermano que he visto:
No hay cosa en que no se hallen.

DON DIEGO.

A esta cuadra me retiro,
Miéntras á su cuarto pase.
(*Va hácia donde está Don Cárlos.*)

GINES.

¿Esto ha de ser cada dia?

DON CÁRLOS.

(*Entreabriendo la puerta del cuarto.*)
Aquí no puede entrar nadie.

DON DIEGO.

Un hombre está dentro. ¡Cielos!

DOÑA BEATRIZ.

¡Hombre! ¿Quién?

GINES.

Abindarráez,
Que por no quedarse hoy
Sin posada, llegó ántes.

DON DIEGO.

No te hagas ahora de nuevas;
Que el traerme aquí á rogarme
Que me case con Leonor,
Bien muestra que quieres darle
Satisfaccion á quien es,
De que tú mis bodas haces.
Y vive el cielo ..

DOÑA BEATRIZ.

Don Diego...

ESCENA XV.

LEONOR. — DICHOS.

LEONOR.

Señora, ¿quién hay que cause
Estas voces? Mas ¡qué miro!

DOÑA BEATRIZ.

No sé quién es.

DON DIEGO.

Pues yo darte
El gusto de que lo sepas
Quiero; porque aunque me maten
Todos cuantos contra mí
Hoy solicitan vengarse,
He de ver quién es un hombre
Tan reportado ó cobarde,
Que á los ojos de su dama,
Llamándole otro, no sale.

ESCENA XVI.

DON CARLOS. — DICHOS.

DON CÁRLOS.

Eso no, que yo de atento
Puedo desviar un lance,
De cobarde no.

LEONOR.

Desdichas,
¿Hasta cuándo habeis de darme
Siempre que sentir?

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DON PEDRO.

¡Qué confusion tan notable!
Un enemigo buscaba,
Y dos tengo ya delante.
Traidor Cárlos, vil Don Diego,
Si no puedo en dos mitades
Dividirme, para daros
Dos muertes á un tiempo iguales,
Ponéos de un bando los dos,
Para que de un golpe os mate.

DON JUAN.

Tenéos todos; que si puede
De la razon el exámen
Mediarlo sin el acero,
Componerlo sin la sangre,
¿Haos dicho Beatriz, Don Diego,
El mas conveniente y fácil
Medio?

DON DIEGO.

El mas dificultoso
Me ha dicho, que es que me case
Con Leonor, y no he de hacerlo.

DON PEDRO.

Ya, Don Juan, no hay mas que aguarde:
Pues no basta la razon,
Baste el acero.

DON CÁRLOS.

Dejadle.
(*Pónese Don Cárlos al lado de Don Diego.*)

DON JUAN.

¿Tú le defiendes, diciendo
Que no? Siendo así, ¿cómo haces
Tú la fineza?

DON CÁRLOS.

Don Juan,
Si dijera que sí, darle
Yo muerte vieras.

DON JUAN.

¿Por qué?

DON CÁRLOS

Porque de uno en otro instante
Mejora tanto mi amor,
Que es fuerza que yo me case
Con Leonor.

DON JUAN.

¿Y sus agravios?

DON CARLOS.

Yo no satisfago á nadie:
Bástame á mí estarlo yo. —
Llega, Leonor, á tu padre.

LEONOR.

Señor...

DON PEDRO.

No me digas nada;
Que como mi honor restaure,
En albricias de esta dicha
Perdono tantos pesares.

DON JUAN.

Pues ¿no me diréis, Don Cárlos,
Qué novedad visteis?

DON CÁRLOS.

¿Daisme
Licencia de que lo diga?

DON JUAN.

Sí.
(*Llega Don Cárlos junto á Don Diego.*)

DON CÁRLOS.

Pues dejad que me pase
A vuestro lado, Don Diego...

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.*)

El dice lo que oyó.

DON CÁRLOS.

Dadle
La mano á Beatriz.

DON DIEGO.

Y el alma.

DON JUAN.

¿Pues cómo?

DON CARLOS.

Esto es importante,
Don Juan: con que ya sabréis
De qué mi mudanza nace;
Pues si adonde está Leonor
Y Beatriz él entra y sale,
Y yo caso con Leonor,
Fuerza es que él con Beatriz case.

DON JUAN.

¡Dichoso yo, que aunque tuve
Recelos, no supe ántes
El agravio que el remedio!

GINES.

¿Están hechas ya estas paces?
Pues, Ines, boda *me fecit*,
Para que con esto nadie
Desconfíe de su dama;
Que aunque la apariencia engañe,
No siempre lo peor es cierto.
Perdonad sus yerros grandes.

LA FIERA, EL RAYO Y LA PIEDRA[1].

PERSONAS.

PIGMALEON.	LAQUESIS.	IRIFILE.	CORO DE VILLANOS.
CEFIRO.	CLOTO.	LISI.	CORO DE CÍCLOPES.
ANTEO.	ATROPOS.	CLORI.	CORO DE CUPIDO.
IFIS.	ANTEROS.	LAURA.	CORO DE ANTÉROS.
BRUNEL.	CUPIDO.	ISBELLA.	CORO DE SIRENAS.
PASQUIN.	VENUS.	CORO DE DAMAS.	UN JARDINERO.
LEBRON.	ANAJARTE.	UNA ESTATUA.	GENTE.

La escena es en Trinacria ó Sicilia.

JORNADA PRIMERA.

(*Oscurécese el teatro, que será de peñascos, con el foro de marina; y miéntras se dicen los primeros versos, se descubre la perspectiva del mar, y habrá truenos y relámpagos.*)

PASQUIN. (*Dentro.*)

¿Qué se nos hizo el dia?

CÉFIRO. (*Dentro.*)

La enmarañada oscura sombra fria,
Con pálidos enojos,
Nos le burtó de delante de los ojos.

En otra parte LEBRON, *dentro.*

¿Qué se nos hizo el dia?

PIGMALEON. (*Dentro.*)

En un instante,
No solo nos le quitan de delante
Entupecidas nieblas,
Pero el confuso horror de las tinieblas
Nos le hace á cada paso
Síncopa del oriente y del ocaso.

En otra parte BRUNEL, *dentro.*

¿Qué se nos hizo de la hermosa lumbre
El esplendor?

IFIS. (*Dentro.*)

Aquella excelsa cumbre
Le tramontó, porque ántes que llegara
Hoy al mar, en la tierra se apagara.

LOS DOS PRIMEROS.

Al monte.

LOS SEGUNDOS.

Al llano.

LOS TERCEROS.

Al puerto.

Sale IRÍFILE, *vestida de pieles, suelto el cabello.*

IRÍFILE.

Tres asombros en un asombro advierto.
Dejo aparte el horror del terremoto,
En cuya lid la cólera del Noto, [mas,
De tierra y mar, con dos violencias su-
Los riscos postra, eleva las espumas;
Y voy á las tres voces,
Que tres veces distantes, tres veloces,
Llegaron á mi oido. [do
¿De cuándo acá, ni aqueste escollo ha si-
De humano pié pisado,
Ni de quilla aquel piélago sulcado?
Si ya no es que por mar y tierra quiera
Sitiarme quien pensando que soy fiera,
Otra vez me ha seguido.
¡Oh! ¡no hubiera salido
A buscar, dia de tan gran portento,
Anciano padre mio, tu sustento!

CÉFIRO. (*Dentro.*)

De aquel peñasco los incultos mayos
De la saña nos libren de los rayos.

PIGMALEON. (*Dentro.*)

De aquella gruta lóbregos los senos
La amenaza reparen de los truenos.

IFIS. (*Dentro.*)

De aquel celaje al corto abrigo breve
La luz de los relámpagos nos lleve.

LOS PRIMEROS.

¡Piedad, oscuros velos!

LOS SEGUNDOS.

¡Piedad, dioses divinos!

LOS TERCEROS.

¡Piedad, cielos!

IRÍFILE.

En tan confusa guerra,
Arbitro yo del mar y de la tierra,
Tierra y mar señoreo;
Y bien que á poca luz, desde aquí veo
Allí correr tormenta
Derrotado bajel, allí violenta
Tropa abrigarse al monte, y allí al llano
Número no menor. En vano, en vano,
Si á mí no me buscais ¡oh peregrinos,
Que las huellas seguis de tres destinos!
Solicitais á tanto horror defensa,
Si causa este desórden lo que piensa
El docto estudio de mi padre y mio.
¡Oh! ¡fuese ántes que estudio, desva-
Mas ¡ay de mí infelice, [río!
Que dice mucho este temblor! pues dice
Que hoy nace la ojeriza de los hados,
A que no solo fuéron destinados
Los humanos sentidos,
Mas tambien comprendidos
En estrago de escándalos tan graves
Las fieras con los peces y las aves.
Luchando allí lo digan
Las unas, y prosigan,
Trinando, en voz de cláusulas agüeros,
Allí las otras; y esos brutos fieros,
Que del mar no sufridos,
Mudamente se quejan á gemidos;
(*Atraviesan varios peces por la marina.*)
Pues al romper la verdinegra bruma,
Sobre la tez lidiando de la espuma,
Del márgen solicitan las arenas,
Monstruos del mar, tritones y sirenas
¡Ah! si de alguna el canto
La causa me dijera de horror tanto..

Pasan algunas SIRENAS, *cantando.*

SIRENAS.

La hija de la espuma
Madre es del fuego:
Brame el mar, gima el aire
De envidia y celos.

IRÍFILE.

No hay bajel, que á lo léjos
(*Atraviesan algunos bajelillos por la marina.*)
Deste puerto no huya,
Sino es aquel, en cuya
Suerte, ni arbitrios dejan ni consejos,
Vela, timon, bitácora, ni aguja,
Por mas que ya cascado el pino cruja,
Dando en aquella roca,
Donde, caballo desbocado, choca.

LOS TERCEROS. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos divinos!

BRUNEL. (*Dentro.*)

Ya que en páramos vemos cristalinos
Que apénas del bajel fragmentos que-
[dan,
En el esquife escapen los que puedan
Con Ifis nuestro dueño.

Descúbrese el esquife, y va pasando con IFIS, BRUNEL *y otros.*

IFIS.

¡Oh! ¡fuese tumba el derrotado leño,
En que á despecho mio,
De aqueste seno frio
Quereis vencer la guerra!

BRUNEL.

Ya que el mar se serena, á tierra.

TODOS.

A tierra.

CÉFIRO. (*Dentro.*) [bre,

Ya que vuelve á aclararla hermosa lum-
El llano penetrad, dejad la cumbre.

(*Empieza á aclarar.*)

[1] Esta comedia se reimprime sin division de escenas, porque no lo necesita tanto como otras, en atencion á que es de espectáculo y tiene señaladas las mutaciones.

PIGMALEON. (*Dentro.*)
Ya que otra vez se restituye el dia,
Cercana poblacion la suerte mia
Solicite, vagando este desierto.

LOS TERCEROS.
A tierra, á tierra.

LOS SEGUNDOS.
Al valle.

LOS PRIMEROS.
Al llano.

LOS TERCEROS.
Al puerto.

IRÍFILE.
¡Ay infeliz de mí! que ya la orilla
Costeando sulca mísera barquilla,
Con poca gente en ella,
A tiempo que sin norte de otra huella,
Cada tropa se inclina
A la tranquilidad de la marina
Donde estoy. ¿Quién, sin ser vista, pudiera
De aquí escapar?

Cúbrese el rostro con el cabello; y al irse á entrar, salen CÉFIRO *y* PASQUIN.

CÉFIRO.
Humano monstruo, espera;
Que aunque tu aspecto pudo
Ponerme horror, no dudo
Que tus señas desmientan tu semblante.

IRÍFILE.
Tente, jóven: no pases adelante,
Ni quieras detenerme;
Que el escucharme, mas horror que el verme
Te ha de dar, pues si el verme te acobarda,
Mas lo hará oirme.

Al entrarse por otra parte huyendo, salen PIGMALEON *y* LEBRON.

PIGMALEON.
Humano monstruo, aguarda;
Que pues de humano mostro
Noticias da el cabello sobre el rostro,
Con la duda del uno vencer quiero
De otro el terror.

IRÍFILE.
Primero
A aquese mar me arrojaré, que intente
Oir á los dos.

Al irse á entrar por otra parte, salen IFIS *y* BRUNEL.

IFIS.
Humano monstruo, tente;
Que pues cuando me asombra, me asegura
No sé qué luz entre tu traje oscura,
Que me escuches pretendo.

IRÍFILE.
Cerróme el paso, y pues aun ir huyendo
No permite mi suerte,
¿Qué me quereis?

CÉFIRO.
Atiende.

PIGMALEON.
Escucha.

IFIS.
Advierte.

CÉFIRO.
En la caza perdido...

PIGMALEON.
Del camino apartado...

IFIS.
En el mar derrotado...

CÉFIRO.
Del terremoto al ruido...

PIGMALEON.
Del temblor al amago...

IFIS.
Del eclipse al estrago...

CÉFIRO.
Triste yo...

PIGMALEON.
Yo confuso...

IFIS.
Yo afligido...

LOS TRES.
A este monte he venido...

CÉFIRO.
Donde escuchar deseo...

PIGMALEON.
Donde oir solicito...

IFIS.
Donde en saber me empleo...

CÉFIRO.
¿Quién eres, y qué monte es el que habito?

LOS DOS.
¿Quién eres, y qué tierra es la que veo?

IRÍFILE.
De suerte que ¿un deseo
A un intento reduce tres intentos?

LOS TRES.
Sí.

IRÍFILE.
Pues juntáos los tres, y estadme atentos.
Derrotados peregrinos,
Que del mar y de la tierra,
A merced de la fortuna
Venis corriendo tormenta,
Este prodigioso monte
Que el mar de una parte cerca,
Y de otra al Etna contiguo
Es bastardo hijo del Etna,
De la fértil hermosura
De Trinacria, patria bella
De los dioses, es lunar,
No tanto porque la afea
Lo rústico de sus riscos,
Lo intratable de sus breñas
(Pues la oposicion podia
Ser faccion de su belleza),
Cuanto por lo que la infama
Su poblacion, siempre expuesta
A los duros ejercicios
De desdichas y miserias.
Dígalo allí de Anajarte
El alcázar, donde presa
La tiene Argante su tio,
Sepultada ántes que muerta.
La fragua allí de Vulcano
Lo diga, en cuya violenta
Forja, de Estérope y Bronte
Es martillada tarea
La fundicion de los rayos.
Y allí, entre las duras quiebras
De pardo escollo, lo diga
Lóbrega gruta funesta,
Rudo templo consagrado
En mal fabricada cueva
A la deidad de las Parcas,
Cuya vecindad sujeta
Siempre á estragos, siempre á ruinas,
Siempre á llantos, siempre á penas,
La hace que continuamente
Tales eclipses padezca;
Si bien el de hoy dice mas,
Pues dice (si de mi ciencia
No miente la observacion,
Gradüada en las estrellas)
Que este comun sentimiento
De fuego, mar, aire y tierra,
Y en tierra, aire, mar y fuego
De hombres, peces, aves, fieras,
Es cumplir una amenaza
Que tienen los dioses hecha,
De que ha de nacer al mundo
Una deidad tan opuesta
A todos, tan desigual,
Tan sañuda, tan violenta,
Que ha de ser comun discordia
De cuanto... (*Vase.*)

PIGMALEON.
Oye.

IFIS.
Aguarda.

CÉFIRO.
Espera.

LEBRON.
Con la palabra en la boca
No se dirá que nos deja;
Que ántes con ella se va.

PASQUIN.
Burlónos su lijereza.

CÉFIRO.
No hizo, que yo he de seguirla.

PIGMALEON.
No hizo, que yo he de tenerla.

IFIS.
No hizo, que yo he de alcanzarla.
(*Vanse los tres.*)

LEBRON.
Sí hizo, pues el que tras ella
Fuere, será un mentecato.

BRUNEL.
¿Por qué?

LEBRON.
Porque muy compuesta
Y adornada una mujer,
Aun no es bueno andar tras ella:
¡Miren qué será tras una
Tan salvaja, que se deja
Decir que hay Vulcano y Parcas
Por aquí!

PASQUIN.
Peor, si te quedas
Solo, será.

LEBRON.
Dices bien.

LOS DOS.
Pues corramos.

LEBRON.
Norabuena,
Pero corramos sentados,
Si os parece. (*Vase.*)

—

Múdase el teatro en el de bosque, y en el foro la gruta de las Parcas; y vuelven á salir por distintas partes PIGMALEON, IFIS *y* CÉFIRO.

LOS TRES.
Monstruo, espera.

IRÍFILE. (*Dentro.*)
Es en vano, pues ya pude
Hacer la fuga defensa.

CÉFIRO.
Lo intrincado de las ramas,
Por donde tan veloz entra,
Me la han perdido de vista.

PIGMALEON.
La enmarañada aspereza
Deste bosque me la oculta.

IFIS.
Pues ya á los ojos no dejan

Terminar su sombra tantos
Troncos como se atraviesan,
Sea la voz la que la siga.

LOS TRES.

Vuelve, prodigio.

Salen LEBRON, PASQUIN Y BRUNEL.

LEBRON.

No vuelvas.
¿Qué os va en eso á los tres, para
Pedirlo con tanta fuerza?

CÉFIRO.

Saber quién es el que nace
Con tanto horror.

PIGMALEON.

Y quién sea
El asombro destos montes.

ÍRIS.

Oye.

CÉFIRO.

Aguarda.

PIGMALEON.

Escucha.

LOS TRES

Espera.

ISÍFILE. (*Dentro.*)

No me sigais; que no es
Posible que decir pueda
Quién yo soy, porque los hados
A vivir así me fuerzan.
Pero si quereis saber
Con la causa de mis penas
De aquel eclipse la causa;
Pues os hallais á sus puertas,
A las Parcas consultad;
Que mejor lo dirán ellas,
Como quien sabe mejor
Quién nace á ser ruina vuestra.

CÉFIRO.

¡Confusion extraña!

PIGMALEON.

¡Extraño
Asombro!

ÍRIS.

¡Extraña tristeza!

LEBRON.

¿Adónde, que nos hallamos,
Dijo esa señora bestia?

BRUNEL.

¿No lo oyes? A los umbrales
De las Parcas.

LEBRON.

¿No son esas
Unas beatas, que hilando
Siempre, nunca echaron tela,
Y con ser tan hacendosas,
Jamas hacen buena hacienda?

PASQUIN.

Las mismas.

LEBRON.

¡Triste de mí!

CÉFIRO.

Extranjeros (que las señas
De traje y voz lo publican,
Y el venir por mar y tierra
Derrotados lo aseguran),
Yo, aunque de ver me estremezca
Estos montes (que una cosa
Es noticia, otra experiencia),
Céfiro soy, de Trinacria
Príncipe; y ya que la fuerza
Del destino me ha empeñado,
Siguiendo otra inculta fiera,
A transcender hoy la línea
Que tiene el asombro puesta
A esta inhabitable estancia,
Hallándome dentro de ella
No he de volverme, sin que,
Ya que mi valor me alienta,
El oráculo me diga
De las Parcas ¿qué secreta
Amenaza de los hados,
Es en mis imperios esta?
Y así, bien podeis volveros,
Pues los dos, á quien no fuerza
Interes alguno, no
Es bien que llegueis á verlas.

PIGMALEON.

Extranjero soy, á quien
Perdió la confusa niebla
De las dos noches de un dia,
Entre la inculta maleza
Desos peñascos: la causa
Que á peregrinar me fuerza,
Quizá es no menor, oh invicto
Céfiro, para que quiera
Tambien yo saber el fin
Deste asombro: y así, llega;
Que yo te he de acompañar.

ÍRIS.

Cuando ocasion no tuviera
Yo, que del mar derrotado,
Pisé tambien estas selvas,
Para inquirir los prodigios
Que su oscuro centro engendra,
Por no volver á terror
Alguno la espalda, fuera
El primero que llegara.

CÉFIRO.

Pues desquiciemos la puerta
Deste risco, que mordaza
Es de su boca funesta.

ÍRIS.

Melancólico bostezo
Ya del centro de la tierra
Es la pavorosa gruta.

PIGMALEON.

Y ya en sus léjos se dejan
Terminar á poca luz
Las tres deidades severas.

Ábrese la gruta, y vese en lo mas léjos de ella á LAS TRES PARCAS: *la primera con una rueca, cuyo hilo va á dar á la tercera, que le devana, dejando en medio á la segunda, con unas tijeras en la mano.*

PASQUIN.

¡Qué miedo pone el mirarlas!

BRUNEL.

¡Y qué temor causa el verlas!

LEBRON.

A cuál temor y á cuál miedo
Es mayor, hago una apuesta.

BRUNEL Y PASQUIN.

¿Tanto te parece el tuyo?

LEBRON.

Tanto, que con ser tan puerca
De las Hileras la calle,
Tomara estar ahora en ella
A trueco de no estar en
La gruta de las hileras.

CÉFIRO.

¡Oh tú, Láquesis, que impía
De la futura edad nuestra
Desvaneces el estambre!...

ÍRIS.

¡Oh tú, Cloto, que severa,
De la ya pasada edad
Deshaces el copo á vueltas!...

PIGMALEON.

¡Oh tú, Átropos, que terrible,
La inexorable tijera,
Que es el fin de los alientos,
A arbitrio tuyo gobiernas!..

CÉFIRO.

De negro ébano á tus aras
Altar ofrezco, que sea
Atezado culto suyo...

ÍRIS.

Yo de cipres una hoguera,
Cuyo humo desde ese altar
Hasta empañar al sol, crezca...

PIGMALEON.

Yo en la hoguera y en el ara,
Porque haya víctima en ellas,
Nocturno buho te ofrezco
Sacrificar por ofrenda...

CÉFIRO.

Si me dices qué prodigio...

ÍRIS.

Si me dices qué violencia...

PIGMALEON.

Si me dices qué presagio...

LOS TRES.

El pasado eclipse encierra.

LAS TRES. (*Cantando, en tono muy triste.*)

Dolores de parto han sido,
Con que ha nacido á la tierra
Su mayor ruina.

CÉFIRO.

¿Pues quién
A ella ha nacido?

LÁQUESIS.

Una fiera.

ÍRIS.

Y tú, ¿quién dices?

CLOTO.

Un rayo.

PIGMALEON.

¿Y quién dices tú?

ÁTROPOS.

Una piedra.

CÉFIRO.

¿Fiera?

ÍRIS.

¿Rayo?

PIGMALEON.

¿Piedra?

LAS TRES.

Sí.

(*Ciérrase la gruta.*)

LOS TRES.

Cerróse otra vez la puerta
Del oscuro seno.

LEBRON.

Mas
Que nunca estuviera abierta.

CÉFIRO.

Una fiera á mí me dijo,
Láquesis, en sus respuestas
Que habia nacido.

ÍRIS.

A mí, Cloto,
Un rayo.

PIGMALEON.

Y á mí una piedra
Átropos.

CÉFIRO.

¿Pues qué disforme
Monstruo, de tres tan diversas
Cosas, pudiera formarse?

ÍRIS.

¿Qué embrion de tan opuestas
Causas pudo componerse?

PIGMALEON.

¿Qué pasmo de tres materias
Tan contrarias?

LEBRON.

Como hilaban,
Diciendo estarian consejas.

PASQUIN.

No hagais caso destas locas.

BRUNEL.

Y haréis bien; que la mas cuerda
Mujer, del huso en que hila,
Es su cabeza la rueca.

CÉFIRO.

Claro está, que no hacer caso
De lo imposible es prudencia.

ÍRIS.

Como á tal mi horror le trata.

PIGMALEON.

Y mi valor le desprecia.

LOS TRES.

Porque ¿quién á un tiempo mismo
Pudiera, siendo una fiera,
Ser rayo y piedra?

ANTÉROS. (*Dentro.*)

Cupido...

PIGMALEON.

Ya es muy otra esta respuesta.

ÍRIS.

Oigamos por si prosigue.

ANTÉROS. (*Dentro.*)

No recien nacido quieras
Echarme ya del regazo
De Vénus, mi madre bella.

CUPIDO. (*Dentro.*)

Sí quiero; que nunca yo
Tuve, ni tendré mas fuerza,
Que el primer dia que nazco:
Diránlo cuantos me sientan,
Pues desde el primero dia
Conocerán mis violencias.

PIGMALEON.

Ya el que juzgamos agüero,
Que solo es acaso muestra.

TODOS.

¿Cómo?

PIGMALEON.

Como de la humilde,
Pobre fábrica pequeña
De una fragua, que á la gruta
Yace de las Parcas cerca,
Dos jóvenes han salido
Luchando, y de su pendencia
No es vaticinio el enojo.

Salen luchando ANTEROS Y CUPIDO.

ANTÉROS.

No me dés la muerte, suelta,
Suelta mis brazos, Cupido;
Que ya rendido confiesa
Mi valor, que es mas el tuyo.

CUPIDO.

Es en vano que pretendas,
Antéros, que tenga yo
Piedad, pues desde hoy es fuerza
Que á las manos de Cupido,
Amor absoluto, muera
El correspondido amor.

ANTÉROS.

Ten clemencia.

CUPIDO.

No hay clemencia.

LOS TRES.

Sí hay. Yo le amparo, porqué
A tus manos no perezca.

ANTÉROS.

A los tres debo la vida;
Mas yo os pagaré la deuda,
Ya que al temor de ese monstruo
Huir padres y patria es fuerza.

CUPIDO.

¿Dónde has de huir de mi saña?

ANTÉROS.

En la superior esfera
De Diana. Pues que ya
No puede sufrir la tierra
El correspondido amor,
Al cielo es bien que trasciendа
De la luna, desde donde
Deshaga tus influencias.
(*Vuela rápidamente.*)

CUPIDO.

Seguiréte allá.

LOS TRES.

Es en vano.

CUPIDO.

Nadie mi furor detenga;
Que he de darle muerte.

LOS TRES.

¿Cómo?...

CÉFIRO.

¿Tal rabia?

CUPIDO.

Como soy fiera.

ÍRIS.

¿Tal ira?

CUPIDO.

Como soy rayo.

PIGMALEON.

¿Tal crueldad?

CUPIDO.

Como soy piedra.

PIGMALEON.

¿Piedra?

ÍRIS.

¿Rayo?

CÉFIRO.

¿Fiera?

CUPIDO.

Sí,
Que aunque me veis en tan tierna
Edad, fiera, piedra y rayo
Soy tan desde mi primera
Cuna, que nunca mayor
He de ser, por mas que crezca.

CÉFIRO.

Hiciérame admiracion,
Si donaire no me hiciera
Tu arrogancia.

ÍRIS.

Este rapaz
Sin duda oyó de las ciegas
Parcas la voz, y pretende
Valerse de su respuesta.

PIGMALEON.

Los niños lo que oyen, dicen,
O venga bien, ó no venga.

CUPIDO.

¿De mí os burlais?

CÉFIRO.

Pues ¿qué quieres
Que hagamos de una soberbia
Tan donairosa? — Conmigo
Por esta intrincada selva
Hasta que mi gente cobre,
Y vuelva á buscar con ella
Aquel prodigio que vimos,
Dad, extranjeros, la vuelta;
Que quiero que me informeis
Hoy de las fortunas vuestras,
Para daros mi favor
En cuanto aquí se os ofrezca,
Ya que el hado nos ha hecho
Cómplices de una tragedia.

LOS DOS.

Guárdete el cielo.

CUPIDO.

¿De mí,
Sin hacer caso, se ausentan?

ÍRIS.

Y agradecido á ese agrado,
Te doy, primero que sepas
Quién soy, palabra de que
No haga de tu lado ausencia,
Hasta que del monte salgas.

PIGMALEON.

Yo es bien que lo mismo ofrezca.

CÉFIRO.

Pues homenaje los tres
Hagamos, que en esta empresa
Del alcance deste monstruo,
En cuanto nos acontezca,
Hemos de favorecernos.

PIGMALEON.

Y porque mejor se pueda
Correr el monte, mejor
Es dividirnos, y sea
El rumbo de cada uno,
El que le diere su estrella.

ÍRIS.

Dice bien: mejor es ir
Los tres por partes diversas;
Y para juntarnos luego,
Tomemos los tres por seña
El humo de aquella fragua,
Cuya oscura nube negra
Siempre está atezando al sol.

PIGMALEON.

Norabuena.

CÉFIRO.

Norabuena.

CUPIDO.

Pues ¿cómo, habiendo escuchado
Quién soy, de aquesa manera
Os vais, sin darme mas culto,
Ni hacerme mas reverencia?

CÉFIRO.

Como, aunque eres fiera, eres
Muy bello para ser fiera. (*Vase.*)

ÍRIS.

Muy tibio para ser rayo. (*Vase.*)

PIGMALEON.

Muy tierno para ser piedra. (*Vase.*)

LEBRON.

¡Mirad, pues, y quién queria
Tambien meterse en docena!

BRUNEL.

Ruin es quien por ruin se tiene. (*Vase.*)

PASQUIN.

Y vil el que se desprecia. (*Vase.*)

LEBRON.

Quitad de ahí, que es un rapaz
Que apénas sabe á la escuela,
Y es, oliendo á las mantillas,
Muy bello para ser fiera,
Muy tibio para ser rayo,
Muy blando para ser piedra. (*Vase.*)

CUPIDO.

Burla han hecho de mi enojo
Los tres; pues yo haré que sea
Llanto de los tres la risa
Tan presto, que no anochezca
Sin que empiece mi venganza
A dar su primera muestra,
Hasta en el criado: á cuyo
Fin, desta rama primera
Haré flechas y arco. Y no
Acaso he elegido esta,
Aunque la he elegido acaso;
Porque arrancada á las puertas
De las Parcas, sepa el mundo
Que nacen de una raiz mesma
Las armas suyas y mias:
Por eso, humanos, alerta;
Que somos ellas y yo
Las que á ninguno reservan.
Mas ¡ay! que aunque tengo el tronco
De que labrar las saetas,
No tengo el metal de que
He de herrarlas. Mas ¡qué necia
Cobardía, siendo hijo
De quien fragua, funde y templa
De Júpiter y de Marte
Armas que entrambos ejerzan,
Aquel en rayos que vibra,
Y este en puntas que ensangrienta!
Y pues de su casa ya
Arrojé á Antéros, que era
El amor correspondido,
Que hasta hoy vivió, desde hoy sea
Cupido, el ingrato amor,
El que solo triunfe y venza.
Para que sepan, no solo
Estos tres que me desprecian,
Pero cuantos no me admitan
Por la deidad mas suprema,
Que soy fiera, piedra y rayo,
Siendo primera experiencia
De mi poder...

LAS DAMAS. (*Dentro.*)

¡Anajarte!

CUPIDO.

Anajarte han dicho. Sea
Proverbio ó no, escuchar quiero.

ANAJARTE. (*Dentro.*)

Lisi, Clori, Laura, Isbella,
Venid á estas selvas todas,
Donde os aguardo.

LAS DAMAS. (*Dentro.*)

A la selva.

CUPIDO.

Escuadron de damas es
El que ese monte atraviesa,
Con tan desiguales armas
Como instrumentos y flechas;
Pues todas el arco al hombro,
Dan á la mano otras cuerdas.
Nuevo género de caza
Será sin duda el que inventan.
Pero á mi rencor, ¿qué importa?
Si ya no es que saque della
Experiencias, para ser
La fiera, el rayo y la piedra.

—

Vuela Cupido, múdase el teatro en el de monte, y en el foro la fragua de Vulcano; y sálen por una parte LISI, CLORI, LAURA Y ISBELLA, *con arcos y flechas, y varios instrumentos en las manos; y por otra* ANAJARTE, *en traje de cazadora, con venablo, y* OTRAS.

LAS DAMAS.

A todos nos da á besar
Tu mano, Anajarte bella.

ANAJARTE.

Seais todas bien venidas,
Donde mi amor os espera
Con los brazos, en el centro
De la coartada licencia
De mi prision.

ISBELLA.

¿A qué fin,
Que á él te sigamos ordenas,
Con instrumentos y armas?

ANAJARTE.

A fin de que á una empresa
Os he menester á un tiempo
Valientes y lisonjeras,
Porque consta su victoria
De dulzuras y de ofensas.

CLORI.

¿De qué suerte?

ANAJARTE.

Desta suerte.

LISI.

Prosigue pues.

ANAJARTE.

Oid atentas.
Ya de Trinacria sabeis
Que habia nacido heredera,
Si mi estrella no estorbara
Lo que disponia mi estrella:
Pues tan contraria al primero
Natal se mostró y violenta,
Que póstuma de mi padre,
Nací de mi madre muerta.
De suerte que racional
Víbora humana pudieran
Decir que fui, pues dos vidas,
Naciendo, mi vida cuesta.
En poder de Argante, hermano
De mi padre, quedé en tierna
Edad, de su confianza
Entregada á la tutela.
El, con no sé qué pretexto
De que teniendo (¡qué pena!)
En Céfiro hijo varon,
Yo perdia, por ser hembra,
La accion del reino, tomó
Posesion dél: indefensa
Yo, y él poderoso, ¿quién
Le habia de hacer resistencia?
Resultó (¡ay de mí!) que tenga
(En efecto no hay fiscal
Como la propia conciencia)
Escrúpulos, que en el alma
Roan siempre, y nunca muerdan.
A cuya causa, no dudo
Que matarme no resuelva,
Por no dejar contra sí
Siempre viva la sospecha
De que me habia dado muerte,
Quedando al mundo con ella
Declarada la injusticia,
Cuyo escándalo le hiciera
Siempre estar sobresaltado.
Y así, porque no parezca
Que me teme, no me mata;
Mas porque tampoco pueda
Yo reclamar al tener
Con nadie correspondencia,
Me prende en estos palacios,
Que convecinos del Etna,
Son prision y sepultura,
Donde, teniéndome presa,
Satisfago como viva,
Y aseguro como muerta.
Diréis ¿qué tiene que ver
De mis pasadas tragedias
El origen, con haceros
Venir ahora á estas selvas
Con instrumentos y armas?
Diréis bien; pero ¿qué pena,
Con buena ó mala ocasion,
No se alivia si se cuenta?
Y así, aprovechando yo
La que me dió mi tristeza,
Para mostrar que fué alguna,
Daré al discurso la vuelta.
La crianza en estos montes,
La vecindad de sus peñas,
Lo familiar de sus riscos,
Lo intratable de sus quiebras,
Sobre la imaginacion,
Que es causa de mis tristezas,
Melancólico y adusto
Humor en mi pecho engendran;
De suerte que no hay instante
Que un delirio no padezca,
Que un letargo no me aflija,
Y que un frenesí no sienta.
A cuyas dos causas, dos
Efectos hacer es fuerza
Tan poderosos, que no
Les puedo hacer resistencia,
Por mas que lo solicite.
Es el uno, que aborrezca
(Hecha ya desde mi tio
A todos la consecuencia)
De suerte á los hombres, que
De humana sangre sedienta,
Vivo hidrópica; y el otro,
Que ya que vengar no pueda
Mi cólera en sangre humana,
La vengue en brutos y fieras,
Bandolera de sus grutas,
Pirata de sus cavernas.
Pues siendo así, que no hay cosa
Que me alivie y me divierta
Como la caza y la sangre,
¿Qué hará el presumir que pueda
Ser hoy caza y sangre humana
La que mi venablo vierta?
Los rústicos moradores
Destas míseras aldeas
Dicen, no sin grande asombro,
Que andan dos humanas fieras
En estos montes; y añaden
(Porque ya alguna experiencia
Lo ha enseñado repetida)
Que en oyendo la una dellas
Música, el encanto suyo
La atrae con tan grande fuerza,
Que la han visto alguna vez
Llegar del poblado cerca.
De suerte que, imaginando
Con la música atraerla,
Y con las flechas herirla,
No vienen á estar opuestas
Hoy dos tan opuestas cosas
Como instrumentos y flechas.
Y así de uno y otro armadas
Las cuatro, en cuatro diversas
Avenidas deste bosque
Os repartid; que yo á espera
Detras de aquel verde tronco
Estaré, para que vea
El sol una montería
Hoy tan extraña y tan nueva,
Como cazar con reclamo
Este monstruo, de quien tiemblan

Los convecinos lugares
De toda esta inculta esfera
Mas que de la vecindad
Del Mongibelo y del Etna.

LISI.

A obedecerte venimos;
Y así, solo la respuesta
Será el elegir los puestos.

ISBELLA.

No será, con tu licencia;
Que en pensar que vendrá ya
El monstruo que buscas, muerta
Estoy de temor.

ANAJARTE.

Pues ¿no
Tendrás tú valor, Isbella,
Para, en viéndole, trocar
El instrumento á la flecha?

ISBELLA.

No, señora, porque yo
Le hablé descubierto apénas,
Cuando eché á correr.

CLORI.

¿Tal dices?

LAURA.

Pues yo desearé que venga
Para matarle.

LISI.

Yo y todo.

ISBELLA.

¡Cuidado con las valientas!

ANAJARTE.

Id pues, tomando lugares.

CLORI.

Dices bien; y así, yo en esta
Parte al instrumento aplico
La mano.

LISI.

Yo, en consecuencia
Tuya, á esta parte me pongo.

LAURA.

Yo oculta en esta maleza
Tambien estaré.

ISBELLA.

Yo aquí,
Que está del lugar mas cerca.

ANAJARTE.

Pues yo detras de aquel tronco
Estaré á las cuatro atenta,
Blandiendo deste venablo
La cuchilla, de manera
Que venga á ser triunfo mio
Por cualquier parte que venga.

Pónense las cuatro á las cuatro puntas del tablado, retíranse Anajarte y las otras damas, y miéntras cantan, sale IRÍFILE, *acechando.*

CLORI. (*Canta.*)

¿Cuál es la dicha mayor
De las fortunas de amor?

LISI. (*Canta.*)

Yo, Clori, no lo diré;
Que poco de dichas sé:
Laura lo dirá mejor.

LAURA. (*Canta.*)

Es error;
Que en amor no hay dicha segura.

ISBELLA. (*Canta.*)

Es locura;
Que no hay dicha sin amor.

LAS CUATRO.

¿Cuál es la dicha mayor, etc.

IRÍFILE.

¡Qué dulces voces han sido
Las que con tal suspension
Me llevan el corazon
Adonde quiere mi oido?
Escondida en el tejido
Seno desta selva umbría,
Del furor que me seguia,
Me aseguró mi temor;
Y pudiendo del furor,
No puede de la armonía.
¿Quién crêra que es para mí
Tan poderoso veneno
Este canto, de que lleno
Hoy está el aire, que así
Como sus ecos oí,
Me vine acercando á ver
Quién le causa, por saber...

CLORI. (*Canta.*)

¿Cuál es la dicha mayor
De las fortunas de amor?

IRÍFILE.

Ni fué eso, ni pudo ser;
Que no es saber mi trofeo,
Ni hacer experiencia alguna
De dicha, amor ni fortuna;
Porque solo es mi deseo,
Deste armonioso empleo,
Á pesar de mi temor,
Saber quién es el autor.

LISI. (*Canta.*)

Yo, Clori, no lo diré;
Que poco de dichas sé:
Laura lo dirá mejor.

IRÍFILE.

Laura, esta voz me asegura
Que me lo dirá mejor.
¿Quién será Laura?

LAURA. (*Canta.*)

Es error;
Que en amor no hay dicha segura.

IRÍFILE.

¡Con qué apacible dulzura
Cada voz hace mayor
La duda! Crezca el favor,
Porque crezca la ventura
De escucharlas.

ISBELLA. (*Canta.*)

Es locura
Buscar dicha sin amor.

IRÍFILE.

¿Cómo? si de cada acento
Tras sí arrastrada me llevan
Las armonías, me elevan
Y me dan mas movimiento,
Cuando á decir vuelve el viento...

LAS CUATRO. (*Cantan.*)

¿Cuál es la dicha mayor, etc.

IRÍFILE.

Si cada una de por sí
Mis afectos arrebata,
Siendo al norte de una vida
Iman cualquiera del alma,
¿Qué harán todas juntas? Pero
En lo espeso destas jaras
Oculta, será mejor
Que las oiga.

(*Vase á entrar, y sale Anajarte.*)

ANAJARTE. (*Ap.*)

Entre las ramas
Siento hácia esa parte ruido.

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Qué miro!

ANAJARTE. (*Ap.*)

¡El cielo me valga!

IRÍFILE. (*Ap.*)

Gente hay aquí.

ANAJARTE. (*Ap.*)

El monstruo veo.

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Muerta estoy!

ANAJARTE. (*Ap.*)

¡Estoy turbada!
Que aunque mi valor me anima,
Su semblante me acobarda.

IRÍFILE. (*Ap.*)

Con dulce traicion me han muerto.
A todas partes sitiada,
No me ha de valer la fuga.

ANAJARTE.

(*Ap.* Pues el ánimo me falta...)
¡Laura, Clori, Isbella, Lisi! (*Llamando.*)

LAURA Y CLORI.

¿Qué nos quieres?

ISBELLA Y LISI.

¿Qué nos mandas?

ANAJARTE.

Llegad, y los instrumentos
Trocad todas á las armas;
Llegad, que aquí está la fiera.

CLORI.

¡Qué pena!

LISI.

¡Qué asombro!

LAURA.

¡Qué ansia!

ISBELLA.

¿Adónde están, reinas mias,
Todas aquellas bravatas?

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿Dónde podré
Asegurar yo la espalda?

LISI.

Huye, Isbella. (*Vase.*)

CLORI.

Lisi, huye. (*Vase.*)

LAURA.

Corre, Clori. (*Vase.*)

ISBELLA.

Corre, Laura.

IRÍFILE. (*Ap.*)

Crezca mi valor su miedo.

ANAJARTE.

¿Así os vais?

ISBELLA.

¿De qué te espantas?
Que á los músicos no toca
Reñir, pues es cosa clara
Que su oficio es hacer fugas,
Y el valerse de las plantas
Cumplir con su obligacion;
Pues son, usando su gracia,
Las gargantas de los piés
Tambien pasos de garganta. (*Vase.*)

ANAJARTE.

No importa, que yo conmigo
Quedo, y una vez cobrada
Del primer susto de verla,
Solo mi valor me basta.

IRÍFILE.

Pues ya que contigo sola
El recato fuera infamia,
De la acerada cuchilla

Emplea blandida el asta,
De suerte que no me yerres;
Porque si el golpe te falta,
De mi nudoso baston
Habrás de probar la saña
De suerte, que al primer golpe,
No solo rendida caigas,
Pero de la tierra el centro
Tan gran sepulcro te abra,
Que muerta aquí, las exequias
Los antípodas te hagan
De esotra parte del mundo.

ANAJARTE.

No me admira tu arrogancia;
Que cuando el arpon te yerre,
A mi que me quede basta
El brazo que le despida,
Para que en segunda instancia
En tan menudos pedazos
Mi cólera te deshaga,
Que esparcidos por el viento,
Suban á esfera tan alta,
Que en pavesas encendidas,
O caigan tarde ó no caigan.

IRÍFILE.

Tira pues, y no me yerres.

Al acometerse, sale IFIS *por un lado y abrázase con* ANAJARTE, *y* CEFIRO *por otro y abrázase con* IRÍFILE.

ÍFIS.

Deidad, tente.

CÉFIRO.

Monstruo, aguarda.

ÍFIS.

Porque en lid tan desigual...

CÉFIRO.

Porque en tan nueva batalla...

ÍFIS.

No es bien sea una mujer
Rival de empresa tan alta.

CÉFIRO.

No es bien que mates ni mueras,
Sin que, si mueres ó matas,
Sepamos quién fué el prodigio
Destos montes.

IRÍFILE.

Suelta...

ANAJARTE.

Aparta...

IRÍFILE.

Que ya terciado el baston...

ANAJARTE.

Porque ya blandida el asta...

IRÍFILE.

Esa hermosura...

ANAJARTE.

Ese asombro...

LAS DOS.

Triunfo ha de ser de mi planta.

ÍFIS.

¡Qué soberana belleza...

CÉFIRO.

¡Qué hermosura soberana...

ÍFIS.

Es la que este monte pisa?

CÉFIRO.

Es la que este traje guarda?

ANAJARTE.

Suelta, digo.

IRÍFILE.

Aparta, digo.

ÍFIS.

Si tu peligro estorbaba
Por una causa, ya son
Dos.

CÉFIRO.

Si ántes embarazaba
Por una causa tu riesgo,
Dos son ya.

LAS DOS.

¿Dos?

LOS DOS.

Sí.

LAS DOS.

¿Qué causas?

ÍFIS.

Tu hermosura y tu peligro.

CÉFIRO.

Tu riesgo...

IRÍFILE.

¿Y qué mas?

CÉFIRO.

Tu gracia.

ANAJARTE.

¿Ahora lisonjas?

IRÍFILE.

¿Ahora
Rendimientos?

ANAJARTE.

Suelta...

IRÍFILE.

Aparta...

ANAJARTE.

Que ha de ver aquese asombro
Que soy rayo que desata
Júpiter contra su pecho
Desde la esfera mas alta.

IRÍFILE.

Que ha de ver esa altivez,
A pesar de su arrogancia,
Que desta montaña aborto,
Soy fiera desta montaña.

ÍFIS.

Que eres rayo, ya lo siento,
Pues tan poderosa abrasas,
Que sin ofender el cuerpo,
Has hecho ceniza el alma.

CÉFIRO.

Que eres fiera, ya lo lloro,
Pero de tan dulce saña
Que á quien matas, te agradece
El favor con que le matas.

ANAJARTE.

Mas que con tu accion me obligas,
Me ofendes con tus palabras.

IRÍFILE.

Aun mas que me lisonjeas,
Con detenerme me agravias.

ÍFIS.

Pues para que veas mejor
Cuán de tu parte me hallas.

CÉFIRO.

Pues para que mejor veas
Cuán de extremo á extremo pasas..

ÍFIS.

Desempeñaré tu riesgo
Tomando yo tu venganza.

CÉFIRO.

Has de ver que tu peligro
Soy yo quien te le restaura.

ANAJARTE.

Pues si haces por mí fineza
Tal, que esa fiera avasallas
(Porque estoy en el empeño
De rendirla y de postrarla),
Aunque no he de agradecer
Yo jamas amantes ansias,
Te agradeceré el valor.

IRÍFILE.

Pues si haces que yo me vaya
Sin que me siga ninguno,
Agradeceré á tu fama
La fineza del socorro.

CÉFIRO.

De eso yo te doy palabra.

ÍFIS.

Yo te la ofrezco.

CÉFIRO.

Divina
Hermosura...

ÍFIS.

Fiera humana...

CÉFIRO.

No el venablo...

ÍFIS.

No el baston...

LOS DOS.

Esgrimas.

ANAJARTE.

¡Qué pena!

IRÍFILE.

¡Qué ansia!

ÍFIS.

¡Qué veo!

CÉFIRO.

¡Qué miro!

ÍFIS.

¡Oh cuánto
Estimo que ocasion haya
En que ya nuestro homenaje
De algo á mi fortuna valga!

CÉFIRO.

No ménos yo lo agradezco;
Que empeñada tu palabra
En ampararme, es preciso
Por mí una fineza hagas.

ÍFIS.

Sí haré: ¿qué quieres?

CÉFIRO.

Que aqueste
Asombro, que ya me causa
Mas admiracion que espanto,
Me ayudes, que libre salga
De sus riesgos, porque estoy
En empeño de librarla.
Y dime tú lo que yo
Por ti puedo hacer.

ÍFIS.

Ya nada,
Porque en ese mismo empeño
A mí me ha puesto esta dama,
Y he de ayudar á rendirla.

CÉFIRO.

Yo he de acudir á ampararla:
Y así, mira en que te empeñas

ÍFIS.

Mucho me admira que haya
Quien...

CÉFIRO.

Di.

ÍFIS.

Se ponga de parte
De la noche contra el alba.

CÉFIRO.

¿Quién lo es mas que quien hermosa
Se emboza entre nubes pardas?

IRIS.

Yo mi palabra empeñé.

CÉFIRO.

Yo tambien dí mi palabra.

IRIS.

Yo la dí al sol.

CÉFIRO.

Yo á la aurora.

IRIS.

Yo al dia.

CÉFIRO.

Yo á la mañana :
Y mira, extranjero, cómo
Ha de ser; que he de librarla.

IRIS.

Mira tú cómo ha de ser,
Céfiro, porque yo...

ANAJARTE.

Aguarda.
¿Tú eres Céfiro?

CÉFIRO.

Yo soy.

ANAJARTE.

Ya no me admira ni espanta
Que de parte de una fiera
Contra mí esté tu arrogancia,
Pues no es la primera vez
Que fieras contra mí amparas

CÉFIRO.

¿Cómo, si no te conozco,
De mi proceder te agravias?

ANAJARTE.

Como es el no conocerme
Otro abono de tu infamia.

CÉFIRO.

Pues ¿qué fiera contra tí
Yo amparé?

ANAJARTE.

Una tan ingrata
Como lo es la tiranía
Con que tu padre me trata.

CÉFIRO.

Pues ¿quién eres?

ANAJARTE.

Anajarte
Soy; y pues ya se declaran
Mis sentimientos, no quiero
Que otro tome mi venganza,
Sino yo, y así...

CÉFIRO.

Detente,
Porque si vengarte trazas,
Ya lo estás de quien rendido
Sabrá ponerse á tus plantas.

ANAJARTE.

Eso es querer que el sagrado
De mi hidalguía te valga.
Pues no ha de ser, que...

IRÍFILE.

Tambien
Eso es querer que yo salga
Al reparo de su vida.

CÉFIRO.

Muy presto el favor me pagas.

IRIS.

Tambien saldré yo en defensa
De quien tú ofendes.

CÉFIRO.

Repara
Que estoy en la suya yo.

ANTEO. (*Dentro.*)

¿Dónde, Irífile, te guardas?

IRÍFILE.

Aunque al favor que te debo
Siempre he de rendir las gracias,
Ya me sobra tu favor
Con esta voz que me llama.
Ven, Anteo, á socorrerme.

Sale ANTEO, *vestido de pieles, con barba larga.*

ANTEO.

Pues ¿quién tu hermosura agravia,
Viviendo yo, que no sea
Vil trofeo de tus plantas?

CÉFIRO.

Aunque yo te defendia,
Deidad, cuando sola estabas,
Ya es fuerza ser contra tí,
Cuando otro monstruo te guarda,
Y monstruo tal, que á pesar
De traje, cabello y barba,
De mi mayor enemigo
Me acuerda la semejanza.

ANTEO. (*Ap.*)

Céfiro es este. ¡Ay de mí,
Si á disfrazarme no bastan
La edad y el traje!

CÉFIRO.

Traidor,
¿Aun vives?

ANTEO.

No me acobarda
Tu voz y tu accion, aunque
No alcance por qué me llamas
Traidor, ni mi muerte intentes.

CÉFIRO.

Baste que mi honor lo alcanza.

IRIS.

Y yó, Céfiro, á tu lado
Estoy, ya que el duelo pasa
A otro monstruo; que una cosa
Fué el empeño de una dama,
Y otra el riesgo de tu vida.

ANAJARTE.

Yo es bien paréntesis haga
A mis rencores tambien,
Y contra los dos te valga.

CÉFIRO.

Pues ya que la novedad
De aventura tan extraña
Os pone á mi lado, sea
Advirtiendo, que de entrambas
Vidas me guardeis la una.

ANTEO.

Ponte, Irífile, á mi espalda.

IRÍFILE.

A tu lado estoy mejor.

ANTEO.

Pues contra los dos ¿quién basta?

DAMAS. (*Dentro.*)

Acudid, acudid todos
A la desigual batalla
De hombres, deidades y monstruos.

Salen GENTE, LAS CUATRO DAMAS, PASQUIN Y BRUNEL.

TODOS.

Mueran las fieras tiranas,
Escándalo destos montes

PASQUIN Y BRUNEL.

Mueran, que en bulla no espantan.

ISBELLA.

¡Qué proprio es de los gallinas
Animarlos la ventaja!

UNO.

Mueran estos monstruos.

TODOS.

Mueran.

ANTEO.

Gran gente, Irífile, carga
Sobre los dos. (*Vase.*)

IRÍFILE.

Pues el monte
En su aspereza nos valga. (*Vase.*)

ANAJARTE.

Yo he de seguirlos, aunque
El viento les dé sus alas.

IRIS Y CÉFIRO.

Y yo á tí.

(*Vanse Anajarte, sus damas y gente.*)

Salen PIGMALEON Y LEBRON.

PIGMALEON.

¡Qué ha sido esto?
Que del sitio en que aguardaba,
A la voces he venido.

IRIS.

No me detengas, que nada
Podré decirte...

CÉFIRO.

Ni yo...

IRIS.

Sino que temo... ¡Qué ansia!

CÉFIRO.

Sino que dudo... ¡Qué pena!

IRIS.

Que ha sido verdad... ¡Qué rabia!

CÉFIRO.

Que ha sido cierto... ¡Qué asombro!

LOS DOS.

El anuncio de las Parcas.

PIGMALEON.

¿Cómo?

LOS DOS.

Como contra mí
Quieren los cielos que nazca...

IRIS.

El rayo destas esferas. (*Vase.*)

CÉFIRO.

La fiera destas montañas. (*Vase.*)

GENTE. (*Dentro.*)

Al monte, á la selva, al llano.
Ataja por aquí, ataja.

PIGMALEON.

¿Qué será lo que á los dos
Sucedió?

LEBRON.

Pues ¿yo sé nada?

PIGMALEON.

¿Qué fiera, ni rayo, puesto
Que si verdad pronunciaran,
Tambien viera yo la piedra?
Y es el temerlo ignorancia.

LEBRON.

No es tarde; que si ellas son
Señoras de su palabra,
Ella vendrá.

PIGMALEON.

Calla, necio,

(*Suenan dentro los martillos de la fragua.*)

Porque ¿cómo?... Pero aguarda,
¿Qué ruido es este?

LEBRON.

Pues yo
¿Qué sé? Si ya no le causa
Que pida algo algun pobre
Fiado.

PIGMALEON.

¿De qué lo sacas?

LEBRON.

De que este ruido es, si el
Sonecillo no me engaña,
Machacar en hierro frio.

PIGMALEON.

La vecindad de la fragua
De Vulcano hará estos ecos,
A cuyo compas descansan
Sus cíclopes, pues al son
Del duro ejercicio cantan :

CÍCLOPES. (*Cantan dentro.*)

Teman, teman los mortales;
Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

PIGMALEON.

De Amor las armas allí,
Dice esta voz, que se labran.

LEBRON.

Digo, y los cíclopes ¿son
Músicos?

PIGMALEON.

Que vuelven: calla.

CÍCLOPES. (*Cantan dentro.*)

Que se labran
En el taller de las fieras
De Amor las armas.

LEBRON.

Rayos y fieras han dicho.

PIGMALEON.

Lo que prosiguen, repara.

CÍCLOPES. (*Cantan dentro.*)

Que se labran
En el taller de las piedras
De Amor las armas.

LEBRON.

¿Oyes? Tambien piedras dicen.

PIGMALEON.

Poco uno ni otro me espanta,
Por mas que digan.

GENTE. (*Dentro.*)

Al monte.
Ataja por aquí, ataja.

CÍCLOPES. (*Cantan dentro.*)

Que se labran, etc.

LEBRON.

Aqueste es otro cantar,
Que allí dos fieras se alargan.

PIGMALEON.

Algo fué desto, sin duda,
Lo que dijeron las ansias
De los dos. De no entenderlos
Por entónces mi ignorancia,
Me pesa, por no seguirlos;
Mas yo salvaré mi fama,
Saliéndola al paso ahora
Por esta senda. (*Vase.*)

LEBRON.

Que haya
Andantes que anden por selvas
Encantadas, malo es, vaya;
Pero peor por selvas es
Encantadas y cantadas.
Dígolo, porque á dos coros,
Allí dice el uno...

GENTE. (*Dentro.*)

Ataja.

LEBRON.

Y el otro allí le responde :

CÍCLOPES. (*Cantan dentro.*)

Que se labran, etc.

LEBRON.

¡Mal haya el alma y la vida
Que atajadas y labradas
Nos tiene de tales amos
Hoy las vidas y las almas! (*Vase.*)

Salen VENUS Y CUPIDO.

VÉNUS.

¿A qué fin, Cupido, ya
Quieres que te labren armas
Tan venenosas, que juntes
Las dos pasiones contrarias
Del olvido y del amor,
En las puntas explicadas
De oro y plomo?

CUPIDO.

A fin de que
Usando, madre, de ambas,
Teman los mortales tanto
Mi favor como mi saña,
Mi agrado como mi ira,
Y mi paz como mi rabia.
Desprecio han hecho de mí
Tres afectos, y así encarga
Mi voz á Estérope y Bronte
La fatiga con que labran
Esas flechas, que no solo
En los dos metales hagan
Esos dos afectos, pero
En las venenosas plantas
Que en el monte de la luna
Son ojeriza del alba,
Las he de templar, porqué,
En mortal yerba tocadas,
Pasen sin sentirlo el cuerpo,
A ser venenos del alma.

VÉNUS.

Pues ya que usar de armas quieras,
¿Por qué de traidoras armas,
Sin ver cuánto deja atras
El triunfo quien le aventaja
Con desiguales partidos?
¿Que uses, Cupido, no basta
Las nobles iras de todos?
Y yo, para ver si alcanza
Algo contigo mi ruego,
Es bien que el taller te abra,
Oficina de Vulcano.

Descúbrese la fragua, y los CÍCLOPES *cantan al son de los martillos.*

VÉNUS.

Ahí tienes paveses, lanzas,
Yelmos, venablos, escudos
Arcos, saetas y aljabas :
No pues singular pretenda
Usar tu soberbia infancia
De armas venenosas, pues
Basta cualquiera.

CUPIDO.

No basta,
Porque aun han de ser los dioses
Sacrificio de mis aras.

CÍCLOPES. (*Cantan.*)

Teman, teman los mortales, etc.

VÉNUS.

Ya no me espanto de que
Engendre soberbia tanta
Quien á Antéros de mis brazos
Hoy desterró y...

CUPIDO.

Calla, calla;
Que si lloras por su ausencia,
Al ver que del mundo falta
El correspondido amor,
Tomaré de tí venganza
Tambien; y quizá algun dia...

VÉNUS.

Ataja la voz.

GENTE. (*Dentro.*)

Ataja.

UNOS. (*Dentro.*)

Al monte.

OTROS. (*Dentro.*)

Al valle.

OTROS. (*Dentro.*)

A la selva.

VÉNUS.

¿Quién este alboroto causa?
Mas ¿quién le ha de causar, puesto
Que ya es sin duda que anda
Por tí en confusion el mundo?

CUPIDO.

Pues ¿qué victoria mas alta?

CÍCLOPES. (*Cantan.*)

Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

Sale ANTEO *con* IRIFILE *en los brazos.*

ANTEO.

Ya que el huir no es posible,
Este sagrado me valga.

CUPIDO.

¿Qué es esto?

ANTEO.

Es una desdicha,
Una pena, una desgracia,
Que me obliga á que de tí
Hoy me favorezca. Cuanta
Gente aquese monte alberga,
Toda en mis alcances anda.
Esta beldad infelice
Pongo, jóven, á tus plantas :
Su vida libra; la mia
Importa poco.

CUPIDO.

Levanta,
Que á no mal puerto has llegado :
Y pues que de mí te amparas,
No temas.

Salen TODOS.

TODOS.

Todos entrad,
Y muera donde se guarda.

CÍCLOPES. (*Cantan.*)

Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

CUPIDO.

¿Qué es esto? Pues que llegaso
A mis umbrales ¿no basta?

ANAJARTE.

No, que yo esa humana fiera
A mis piés he de postrarla.

ÍRIS.

No, porque yo de su empeño
Tengo de valer la causa.

CÉFIRO.

No, que aunque la guarde yo,
Matar tengo á quien la guarda.

PIGMALEON.

No, que el duelo de los dos,
A mí por los dos me alcanza.

LEBRON.

No, que para defenderlo,
Tiene usted muy pocas barbas.

CUPIDO.

¿Esto sufro?

CÍCLOPE 1.°

¿Quién te enoja?

CÍCLOPE 2.°

¿Quién te ofende?

CÍCLOPE 3.°

¿Quién te agravia?

CUPIDO.

Nadie, para que ninguno
Tome por mí la venganza:
Y pues que segunda vez
Perdeis mi decoro, esparza
Flechas al viento de amor
Y odio, caigan donde caigan,
Que todo es veneno.

(*Danle flechas los Cíclopes, y él va disparando al aire.*)

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Qué fuego llevo en el alma,
Que me obliga á que agradezca
A Céfiro aquella hidalga
Accion de guardar mi vida? (*Vase.*)

ANTEO.

Espera, Irífile, aguarda. (*Vase.*)

CÉFIRO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué violento impulso
Tras una fiera me arrastra,
Que así me obliga á seguirla? (*Vase.*)

ANAJARTE. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué pasion ingrata
Ha introducido en mi pecho
Deste jóven la bizarra
Accion, que aunque quiera, no
Será posible estimarla? (*Vase.*)

CÍCLOPES. (*Cantan.*)

Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

IRIS. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿Qué rayo es aqueste,
Que en una beldad me abrasa? (*Vase.*)

PIGMALEON. (*Ap.*)

¿Qué ignorado fuego es, ¡cielos!
Este que siento en el alma,
Que aunque su llama no veo,
Se deja sentir la llama? (*Vase.*)

LEBRON. (*Ap.*)

¿Cuánto va que me enamoro,
Segun suelto el Amor anda,
Que es peor que el diablo suelto? (*Vase.*)

ISBELLA. (*Ap.*)

Mas ¿qué fuera, que en ingrata
Diera yo de poco acá? (*Vase.*)

LOS HOMBRES.

¡Qué sentimiento! (*Vanse.*)

LAS MUJERES.

¡Qué ansia! (*Vanse.*)

CÍCLOPES. (*Cantan.*)

Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

CUPIDO.

Verá el mundo en los afectos
De voluntades contrarias
Hoy mi poder.

Desaparece la fragua, y pasa en una nube ANTEROS, *atravesando el teatro, con un venablo en la mano.*

ANTÉROS.

No verá;
Que todo cuanto tú hagas,
Ingrato Amor, deshará
Desde este sagrado alcázar,
El correspondido amor:
A cuyo efecto Diana
Me ha dado el venablo suyo,
Porque con mejores armas
Quebrante yo tus arpones.
Y así, todo cuanto trazas,
Que sean rigores y iras,
Haré yo delicias blandas.

CUPIDO.

¿Cómo podrás tu oponerte
A mi deidad soberana,
Si haré yo amar á una fiera?

ANTÉROS.

Yo haré aquesa fiera humana.

CUPIDO.

Yo haré aborrecer á una
Beldad, á quien mas la ama.

ANTÉROS.

Yo haré que esa beldad quiera,
O tendré della venganza.

CUPIDO.

Yo haré adorar una piedra.

ANTÉROS.

Yo daré á las piedras alma.

CUPIDO.

Fiera, rayo y piedra soy.

ANTÉROS.

Yo piedad, blandura y gracia.

CUPIDO.

Pues al arma, al arma, Antéros.

ANTÉROS.

Pues Cupido, al arma, al arma.

(*Vuelan rápidamente cada uno á distinta parte.*)

JORNADA SEGUNDA.

Teatro de bosque, y en el foro un palacio: salen LEBRON *y* PIGMALEON.

LEBRON.

Señor, por un solo Baco
(Que es el dios con quien yo tengo
Mis trabacuentas en cuantas
Ermitas suyas encuentro),
Que me digas ¿qué tristeza
Es esta?

PIGMALEON.

Déjame, necio,
Que á tí ni á nadie es posible
Que fíe mis sentimientos.

LEBRON.

Pues porque veas que soy
Mas liberal que tú, quiero
Fiarte yo esta vez los mios.
Paciencia, y escucha atento.
De Lidia, tu patria...

PIGMALEON.

Ya
Me querrás hacer recuerdo,
Lebron, de tantas deshechas
Fortunas como padezco.
Ya querrás decirme, como
La muerte (¡ay de mí!) de Alfeo
Me arrojó della, ó por ser
Del Rey tan cercano deudo,
O porque vivir no quise
A la vista de suceso
Tan infeliz; que aun vengado,
En un generoso pecho,
Siempre está vivo el dolor,
Aunque esté el agravio muerto.
Querrásme decir que apénas,
De mis desdichas huyendo,
En busca de Ifis (á quien
Sin conocerle, le tengo
Por Mecénas en Epiro),
A Trinacria llegué (¡cielos,
Nunca á ella llegara!) cuando
Perdido en ella al estruendo
De aquel terremoto, vi
Un hermoso monstruo bello:
Juré una amistad, oí
De las Parcas el agüero,
Vi la fragua de Vulcano,
Y la lid de...

LEBRON.

Oye, te ruego,
Que aunque todo aqueso es,
No es nada de todo aqueso.
Porque ¿qué tiene que ver
Monstruos, parcas, lides, duelos,
Con que, todo eso acabado,
De aquellos dos caballeros
Con quien alianza hiciste,
Uno se vuelva á su reino,
Y á sus aventuras otro,
Y tú te quedes en estos
Montes, sin que un solo instante
Pierdas de vista ese bello
Palacio, que es de Anajarte
Voluntario cautiverio?
Toda la noche y el dia
A sus umbrales suspenso,
El sol te deja y te halla,
Solo á ver si abren atento
Las puertas de esos jardines,
Donde entrando una vez dentro,
Es menester que te echen
A palos sus jardineros:
¿Qué es lo que aquí esperas?

PIGMALEON.

Nada.
Y es verdad que nada espero,
Porque no tiene mi mal
En la esperanza consuelo.

LEBRON.

Pues ¿qué mal hay, que con ella,
Señor, no aspire á ser ménos,
Y aun á ser ninguno?

PIGMALEON.

El mio.

LEBRON.

Si á tus suspiros atiendo,
¿Qué va que es tu mal amor?

PIGMALEON.

¿De qué lo infieres?

LEBRON.

Lo infiero

De que esa inquietud que tienes,
Es como otra que yo tengo.
Desde aquel infausto dia
(¡Quién le borrara del tiempo!)
Que en la fragua de Vulcano
Nos vimos todos revueltos,
Tambien tengo yo mi poco
De no sé qué, que le siento
No sé dónde, y no sé cuándo
Le he de aplicar el remedio.

PIGMALEON.

¡Pluguiera á Amor, fuera amor
Mi mal!

LEBRON.

Tú tienes mal pleito,
Pues te das á ese partido.
Mas ¿qué es?

PIGMALEON.

Una ira, un veneno,
Un letargo, una locura,
Un frenesí, un devaneo,
Una ilusion, un delirio,
Un... Pero ¿qué digo, cielos,
Si es tal (¡ay de mí!), si es tal
La especie de mi tormento,
Que ni aun por señas es bien
Que haga desaire al silencio?
Calla, y déjame morir
Antes que diga que es cierto,
Segun en mí se ha vengado
El traidor hijo de Vénus,
Que puede ser piedra Amor.

LEBRON.

Si como morir te dejo,
Me dejaras tú vivir,
Estaríamos contentos
Los dos.

Salen por otro lado PASQUIN Y CEFIRO.

PASQUIN.

En fin, señor, ¿vuelves
A estos montes?

CÉFIRO.

En fin, vuelvo
Como á mi centro, que ya
Son sus entrañas mi centro,
Tanto, Pasquin, por aquel
Hermoso prodigio bello,
Ruda perla de sus mares,
Bruto rubí de sus senos,
En quien que puede ser fiera,
Hizo Amor el argumento,
Cuanto por desengañar
A mis locos pensamientos,
Si es verdad ó es ilusion
El que vi á Nicandro en ellos:
Nicandro, traidor vasallo,
Siempre á mis dichas opuesto.
Y para facilitar
De ambas causas el efecto,
Y poder á mi rencor
Y amor asistir á un tiempo,
Al palacio de Anajarte
Con este partido vengo
De...

PASQUIN.

Calla, que está aquí el uno
De aquellos dos extranjeros.

LEBRON.

Céfiro, si no me engaño,
Viene allí.

CÉFIRO. (*A Pigmaleon.*)

¡Cuánto me huelgo
De hallaros segunda vez!
Porque como los sucesos
De aquel dia, eslabonados
Unos de otros, no me dieron
Lugar á la obligacion
En que mi honor me habia puesto,
Deseaba saber quién sois;
Y como ofrecí valeros
En cuanto pueda....

PIGMALEON.

Las plantas
Mil veces humilde os beso;
Y pues la misma disculpa,
Señor, que vos teneis tengo,
Tambien me valga á mí para
No haberos ido sirviendo.

CÉFIRO.

Pues ¿cómo en aqueste monte
Quedasteis?

PIGMALEON.

En grande empeño
Me poneis.

CÉFIRO.

¿Por qué?

PIGMALEON.

Porqué
La causa, señor, no puedo,
Ni callarla ni decirla:
Callarla, por el respeto
De preguntármela vos;
Ni decirla, por el riesgo
De haber de decir mi nombre,
Cuando infelice deseo
Solo vivir ignorado:
A cuya causa he dispuesto
No salir desta montaña,
Avecindado en el pueblo
Que mas en su corazon,
A causa de sus portentos,
Tenga este vivo cádaver
Sepultado ántes que muerto.

CÉFIRO.

No ignoraréis cuánto ha sido
Siempre curioso el deseo,
Y que no hay para él razon
Mayor, mayor argumento
Que pretender recatarlo,
Para que intente saberlo.
Hablad pues claro conmigo;
Que para todo os ofrezco
Segunda vez mi favor,
En tanto que al cuarto llego
De Anajarte, á quien yo busco.

PIGMALEON.

Pues oid, señor, atento.
Lidia es mi patria, mi nombre
Es Pigmaleon....

CÉFIRO.

Detenéos;
Que no quiero en el discurso
De ningun acaso vuestro
Entrar ignorando nada.
¿Sois vos aquel á quien dieron
La pintura y la escultura
Tanta opinion, que es proverbio
Decir de vos que partís
Con Júpiter el imperio
De dar vida y de dar alma
Así al metal como al lienzo?

PIGMALEON.

Sí, señor, yo soy de quien
Dijo ese encarecimiento
(Bien que sin jactancia mia)
La fama: y conste no serlo,
De que al confesar quién soy,
Con vergüenza lo confieso.

CÉFIRO.

¿Por qué?

PIGMALEON.

Porque hay quien presuma
Que es oficio el que es ingenio,
Sin atender qué el estudio
De un arte noble es empleo
Que no desluce la sangre,
Pues siempre deja á su dueño
La habilidad voluntaria
Como le halla; y en efecto,
Señor, para que este modo
De ignorar pienses si es cierto,
Y que hay pocos que distingan
Que es gala en algun sugeto,
Lo que en otro fué tarea...
Un dia, que divirtiendo
Estaba no sé qué pena
En una estatua de Vénus,
Alfeo, un deudo del Rey
(Si los reyes tienen deudos),
Entró en mi obrador, adonde
Admirando el mármol terso
Tan vivo, que sin la voz
Estaba hablando el afecto,
Quiso feriármela. Yo
Cortés, claro está, y atento,
Le respondí que enviase
Por ella; pero advirtiendo
Que su precio habia de ser
El no ponérmela en precio.
El (que hay hombres que no tienen
Animo de deber) viendo
La sobrada estimacion
Que yo hacia de mí, y creyendo
Que era modo de negar
Ofrecer con sentimiento,
No sé qué me dijo: baste
Saber que fué tal desprecio,
Que me obligó á responderle
Con mas brio que respeto.
La mano...

PASQUIN.

Anajarte sale.

PIGMALEON.

Nunca llegó á mejor tiempo
El estorbo, porque ya
Me iba faltando el aliento.

CÉFIRO.

Esperadme aquí.

PIGMALEON.

Eso no.
Habeisme de oir primero,
Porque no es bien que en la mano,
Que fué mi postrer acento,
Quede mi honor sospechoso,
Ya que ha de quedar suspenso.
Y así, sabed que la causa
De venir del Rey huyendo,
Y procurar ignorado
Vivir, fué quedar él muerto.
Ahora acudid á otra cosa,
Llevando sabido eso.

CÉFIRO.

Despues en vuestras fortunas
Y las mias hablarémos.

Salen por la puerta del palacio CLORI, LISI, LAURA, ISBELLA Y ANAJARTE.

ANAJARTE.

Desde aquella galería,
Verde atalaya del cierzo,
Que os habia visto, una dama
Me dijo, y á saber vengo
¿Qué novedad (estimadme
No decir, qué atrevimiento)
Os trae á aquestos umbrales?

CÉFIRO.

Que atenta me oigais, os ruego,
Antes que haga vuestro enojo
Agravio el que es rendimiento.

Yo, bellísima Anajarte,
Oí vuestros sentimientos,
Bien que de paso, tal vez
Que pude llegar á veros.
De vuestra razon (que ahora
No es justo hacer argumento
Si es justa ó no es justa), yo
Entré conmigo en acuerdo;
Y habiendo considerado
Que mi padre, si algun tiempo
Aquí os crió y aquí os tuvo,
Fué con algunos pretextos
Que ya nó importan, es bien
Desecharlos; y así vengo
A deciros que elijais
Vos los partidos ó medios
Para vivir en la corte,
Donde podeis desde luego
Ir á ser de mi palacio...

GENTE. (*Dentro.*)

Tened.

ÍFIS.

He de entrar.

ANAJARTE.

¿Qué es eso?

Sale IFIS *con* IRIFILE *y* BRUNEL.

ÍFIS.

Esto es llegar á tus plantas
A ofrecerte en un pequeño
Triunfo, divina Anajarte,
Las primicias de un afecto
Que... (*Ap.* Mas Céfiro está aquí.
¿Quién pudo prevenir ¡cielos!
Lance igual?)

CÉFIRO. (*Ap.*)

Con Anajarte
Ofendido mi respeto,
Y con la que trae, mi amor,
No sé á lo que me resuelvo.

ANAJARTE. (*Ap.*)

De dos acciones, al paso
Que ambas me obligan, me ofendo;
Pues ni este favor estimo,
Ni esta fineza agradezco.

IRÍFILE. (*Ap.*)

¿Qué profundo sueño es
Este de que yo despierto
Al mirarme entre mis ansias
En palacio tan soberbio?

PIGMALEON. (*Ap. á Lebron.*)

¿Has reparado en los cuatro
Cuatro mudados afectos?

LEBRON.

Y aun en los cinco, que el tuyo
Por Dios que no lo está ménos.

ÍFIS.

(*Ap.* Ya que el empeño se hizo,
Fuerza es seguir el empeño.)
Palabra te di, señora,
De ver á tus plantas puesto
El asombro destos mares,
Escándalo de sus puertos.
No pude cumplirla entónces,
A causa de los sucesos
Tan varios como tú viste;
Mas durando en mí el pretexto
De tu gusto, y mi palabra,
De dia á la vista atento,
De noche atento al oido,
Topo y lince á un mismo tiempo,
Penetré de esas montañas
El mas escondido centro,
Hasta que en la oscura quiebra
De un ribazo, en que primero
Naturaleza cavó
Rústico albergue pequeño
Que pulió despues el arte,
Bárbaramente arquitecto,
Pues eran techumbre y puerta,
Bastas ramas, troncos secos;
Sobre pieles de animales
Hallé en miserable lecho
A esa beldad, si es beldad,
Rendida al pálido sueño,
Con quien yo cómplice entónces,
Ladron me introduje nuevo,
Pues él la hurtaba el sentido,
A hurtarla yo el sentimiento.
Conseguílo, pues inmóbil
Estatua viva de hielo,
Al despertar en mis brazos
Sin voz quedó y sin aliento,
De suerte que sin poder
Valerla siquiera el eco,
Desde su albergue á tus plantas...

ANAJARTE.

Basta, basta; que no quiero
Que aun este pequeño instante
Que te escucha mi silencio,
Puedas presumir que es
Callado agradecimiento.
En el empeño me hallaste
(Es verdad, yo lo confieso)
De rendir esa extrañeza,
Y viendo en su amparo puesto
A Céfiro, te pedí
Favor; pero no por eso
Te dije que me quitaras
A mí el desvanecimiento
De rendirla yo; que uno
Es valerme en un trofeo
A que yo salga con él,
Y otro hacerte tú tan dueño,
Que tú te salgas con todo,
Sin darme parte en el riesgo.
¿Qué cosa es quitarme á mí
La accion que de vencer tengo?
Pues ¿no tengo yo valor
Para lograr lo que emprendo?
¿No volviera yo á buscarla?
¿No supiera cuerpo á cuerpo
Rendirla yo? Pues ¿por qué,
Loco, osado, altivo, necio,
Quisiste ajarme la gloria,
Asunto de mi ardimiento?
Y para que mejor veas
Si le tengo ó no lo tengo,
Y que triunfos de otra mano,
Ni los estimo ni aprecio,
Y en fin que tu afecto ha sido
Aun mas desaire que afecto;
Vuélvete, fiera, á tus montes, (*A Irifile.*)
Que yo te buscaré en ellos:
Y á tí, Céfiro, porqué
Tampoco pienses que puedo
Agradecer la fineza
Del pasado ofrecimiento,
Tambien te digo que estoy,
En el hado que padezco,
Mas hallada con mi mal
Que estaré con tu remedio;
Porque no quiero de tí,
Ni aun la vida, cuando dueño
Fueras de la vida tú.
Y así los tres, sin que á veros
Vuelva otra vez de mis ojos,
Volved, volved de mí huyendo:
Tú, humana fiera, á tus montes,
Tú á tu patria, y tú á tu reino;
Porque en mí no habeis de hallar,
Siempre á mis iras atentos,
Ni tú agrado, ni piedad
Tú, ni tú agradecimiento.

IRÍFILE.

Espera; que aunque con tres
Hablas, y soy yo quien ménos
Accion á responder tiene,
Me he de tomar el primero
Lugar, por mujer.

ANAJARTE.

¿Querrás
Decirme, segun soberbio
Tu espíritu es, que tampoco
Mis ejemplares siguiendo,
La libertad de mi mano
Quieres?

IRÍFILE.

Pudiera ser eso,
Si superiores motivos
No atrasaran mis intentos;
Pues desde el punto que vi
Deste edificio soberbio
Los reales aparatos
De sus doseles supremos,
Me parece que entre pompas
Reales estoy en mi centro:
Y así... (*Ap.* ¡Quién hacer supiera,
Por causas que yo no entiendo,
Mañoso al rencor!) postrada
Hoy á tus plantas, te ruego
Que como á humana me trates,
Pues lo soy; que si el despecho
Soberbia me hizo en los montes,
Humilde me hará el consejo
En los poblados.

ANAJARTE.

Levanta,
Levanta, asombro, del suelo;
Que por servirme de fieras,
En mi servicio te acepto.

IRÍFILE. (*Ap.*)

Perdóname, padre mio,
Si pudiéndome ir, me quedo
Sin tí á vivir; que no sé
Quién me ha trocado el afecto
De un instante á otro.

ANAJARTE.

Y porque
Saber quién eres deseo,
Conmigo te ven... y tú
No presumas, extranjero,
Que es favor que uso contigo,
Aceptar tu ofrecimiento.
Esto te digo, porqué
Arguya Céfiro desto
Que no agradeceré el suyo,
Pues el tuyo no agradezco.
(*Vanse Anajarte, Irifile y las damas.*)

CÉFIRO.

¿Quién vió igual desaire?

ÍFIS.

¿Quién?
Igual desvanecimiento?

PASQUIN.

¿Para esto á hablarla venías
Tan alegre y tan contento?

BRUNEL.

¿Para esto dias y noches
Corrimos montes y cerros?

ÍFIS. (*Ap.*)

¡Qué haga la fineza agravio!

CÉFIRO. (*Ap.*)

¡Qué haga queja el rendimiento!

LEBRON. (*Ap. á su amo.*)

¡Cuál se han quedado los dos
Elevados y suspensos!

PIGMALEON.

¿Veslos? pues yo les trocara
Mi tormento á sus tormentos.

LEBRON.

Yo no, porque se han mirado
De matarme.

PIGMALEON.

Escucha atento.

CÉFIRO. (*A Ifis.*)

Extranjero, que atrevido
Has alzado el pensamiento
A dos cosas tan violentas,
Como haber los ojos puesto
(Quién es sabiendo) y hacer
Con tan públicos extremos
Finezas por Anajarte,
A que añades despues desto
(Sabiendo tambien que yo
Aquesa mujer defiendo),
El ir á buscarla, ¿en qué
Fundas tus atrevimientos?

IFIS.

Pudiérate responder,
Céfiro, que un caballero
Por mas que viva ignorado,
No puede faltar á serlo:
Con cuyo razon, la libre
Galantería de un pecho
Generoso, no es agravio
De los mas cercanos deudos.
Y que en cuanto á ser tu ofensa
De aquella causa el efecto,
No corre á cuenta de quien
No la ha elegido por serlo,
Puesto que el lance él se vino
Elegido. Mas no quiero
Que con dos satisfacciones
Pienses que restauro un riesgo:
Y así, te diré no mas
De que lo hecho está hecho,
Y que á precio de mi vida
Lo habré comprado en buen precio.

CÉFIRO.

A eso no me toca á mí
Responder, sino á mi acero.
(*Sacan las espadas.*)

PIGMALEON.

Mirad, tened...

BRUNEL.

Y á los tres
¿Qué nos toca?

PASQUIN.

Estarnos quedos,
U hacer como que reñimos.

LEBRON.

Pues vaya de cumplimiento,
Y nadie tire á matar;
Pues bastará, como diestros,
El señalar las heridas.

(*Sacan los criados las espadas, y tíranse desde léjos.*)

CÉFIRO.

¿Pues tú te pones en medio?

PIGMALEON.

Sí, puesto que el homenaje
Hice á los dos.

IFIS.

Segun eso,
El no ayudar á ninguno
Será mas noble pretexto,
Que no embarazar á entrambos.

PIGMALEON.

No será; que yo no creo
Que ver reñir sin reñir
Toque nunca á un caballero;
Y así, quien se mueva piense
Que ha de hallarme al lado puesto
Del otro.

CÉFIRO.

Pues ponte al lado
De Céfiro; que no puedo
Dejar yo de mantener
Lo que he dicho y lo que he hecho.

PIGMALEON.

La soberbia de pensar
Que no importa, te agradezco,
Para poder con buen aire
Ponerme á su lado.

CÉFIRO.

Eso
No: yo, que no me embaraces,
Mas no que me ayudes, quiero.
Retírate.

PIGMALEON.

Esa igualdad,
Aun entre iguales, sospecho
Que fuera afectada.

IFIS.

Aguarda,
Que porque no desatento
Presumas que no la hay,
Y por hacer el empeño
Tan de una vez, que no pueda
Hasta el fin dejar de serlo...
Ifis, príncipe de Epiro
Soy, que á la Arcadia viniendo,
Provincia mia, corrí
Tormenta.

PIGMALEON.

¿Qué escucho? ¡Cielos!
¿Tú eres Ifis?

IFIS.

Ifis soy.

PIGMALEON.

Perdóname, que no puedo,
Céfiro, dejar de echarme
A los piés de quien le debo
Vida y honor.

IFIS.

Pues ¿quién eres?

PIGMALEON.

Pigmaleon, á quien dieron,
Sin conocerme, favores
Tus piedades.

IFIS.

Yo agradezco
Haberte hallado; mas no
En esta ocasion, supuesto
Que aquí, que no me embaraces,
Y no que me ayudes quiero.

PIGMALEON.

Eso es uno, y otro es
Volverme á dejar en medio,
Para que una y otra vida
Guardar intente.

Salen ANAJARTE *y las* DAMAS.

ANAJARTE.

¿Qué es esto?

CÉFIRO.

Yo no lo sé.

IFIS.

Yo tampoco.

ANAJARTE.

¡Oh qué recato tan necio,
Puesto que lo he de saber!

IFIS.

Pues si pretendes saberlo,
Yo te lo diré otro dia,
Quizá con mas noble afecto. (*Vase.*)

CÉFIRO.

Aguarda.

ANAJARTE.

No has de seguirle,
Sin que me digas primero
Qué es esto.

CÉFIRO.

Yo lo diré;
Pero será á mejor tiempo. (*Vase.*)

ANAJARTE.

Decidme vos lo que ha sido.

PIGMALEON.

Yo, señora, lo sé ménos,
Pues solo sabré decir
Que en dos partidos afectos,
Me importa acudir á entrambos. (*Vase.*)

PASQUIN.

Cada cual siga á su dueño. (*Vase.*)

BRUNEL.

Pues adios, hasta otro dia. (*Vase.*)

ANAJARTE.

¿Nadie me dice qué es esto?

LEBRON.

Yo, señora, lo diré.
Esto es que tres majaderos,
Sobre quién se ha de matar,
Se hacen dos mil cumplimientos.
«Mate usted.— No sino usted.—
Usted ha de ser primero.—
Y tras esto viven todos.

DOS DAMAS.

Quita, loco.

OTRAS DOS.

Aparta, necio.

ANAJARTE.

¿Desta suerte á mis umbrales
Y á mí se pierde el respeto?
Decidles vos que si vuelven,
Atrevidos y soberbios,
A aventurar mi decoro,
Que han de ver...

Sale ISBELLA.

ISBELLA.

¡Raro suceso!

ANAJARTE.

¿Qué es eso, Isbella?

ISBELLA.

Es, señora,
Que apénas se miró dentro
De tu cuarto esa fantasma,
Que á ser trasto palaciego
Te han enviado los montes,
Cuando sus adornos viendo,
Doseles, camas y estrados,
Despues de haberla yo puesto
No sé qué galilla tuya,
Perdió el poco entendimiento
Que debia de tener;
Y pasando en un momento
La admiracion á delirio,
Da en tratarse como dueño
De todo.—Mas ¿para qué,
Señora, te lo encarezco,
Pues puedes tú verlo?

Sale IRIFILE.

IRIFILE.

¡Hola!
¿Nadie responde? ¿Qué es esto?
Pues ¿cómo así me dejais
Sola con mi pensamiento,
Doméstico áspid, á quien

Yo misma abrigué en mi seno?
Mal servida estoy de vuestra
Desatencion. Pero ¡cielos!
¡Ay de mí! ¿qué es lo que digo?
¡Ay de mí! ¿qué es lo que pienso?

ANAJARTE.

¿Qué tienes?

IRÍFILE.

No sé, señora,
No sé, porque un devaneo
Hasta mirarte se habia
Apoderado en mi pecho;
Mas tú, en viéndote, me quitas
Todo el desvanecimiento.

ANAJARTE.

No es la primera vez esta
Que los no vistos objetos,
Cuando á la capacidad
Sobran del que llega á verlos,
Le ofuscan y le confunden
Razon, discurso y ingenio.
Cóbrate pues, y conmigo
Ven á espaciarte, que quiero
(Ya que la experiencia ántes
Me lo ha dicho) que en aquesos
Jardines sea quien mas
Repare tus sentimientos
La música, para que
Mas asegurada dellos,
Tu patria y nombre me digas,
Y por qué extraños sucesos
Te ha traido la fortuna
Así á vivir.

IRÍFILE.

Para eso
Poco he menester cobrarme,
Pues cuanto decirte puedo
De mí, es que mi nombre es
Irífile: que el primero
Rayo del sol ví en el monte,
Adonde un anciano viejo,
Padre mio, me ha criado
Allá, por no sé qué agüeros
Que vió en las ocultas ciencias
De estrellas y de luceros:
De quien yo, para cumplirlos,
He estudiado el entenderlos.

ANAJARTE.

No te enternezcas, y ven
Conmigo. Vosotras luego
Seguid á los dos, llevando
Al jardin los instrumentos.
(*Vanse las dos.*)

LEBRON.

Ya que aquestas novedades
Dan, no sin disculpa, tiempo
Para que pueda un amante
Hablar en sus sentimientos,
¿Sabránme decir ustedes,
Porque me importa saberlo,
Cuál de ustedes cuatro es
Una dama á quien yo quiero,
Como cosa de perder
Por ella el entendimiento?
Porque yo bien sé que es una,
Mas qué una es, no sé.

ISBELLA.

¡Bien nuevo
Estilo de declarar
Un galan su sentimiento!

LEBRON.

Cada uno se declara
Como puede.

CLORI.

Y en efecto,
¿Usted es enamorado?

LEBRON.

Pienso que sí, á lo que pienso.

LAURA.

¿En qué lo ve?

LEBRON.

En que ando mas
Limpio, en que hablo mas discreto
Que solia, y en que traigo
Una hipocondría acá dentro
En traje de cosicosa,
Que la siento y no la siento.

ISBELLA.

Pues declárese ya usted
De una vez, y vuelva luego;
Que aquí se le hará justicia.

LEBRON.

Eso dijo un mosquetero.

DOS DAMAS.

¡Qué discreto mentecato! (*Vanse.*)

OTRAS DOS.

¡Qué galante majadero! (*Vanse.*)

LEBRON.

Son atributos y achaques
De galantes y discretos.—
Mas ¡ay de mí! ¡Enamorado
Sin saber de quién! El ciego
Rapaz, de quien hice burla,
Sin duda alguna, anda á tiento
Por mis sentidos.

Sale PIGMALEON.

PIGMALEON.

Lebron...

LEBRON.

¿Quién va allá?

PIGMALEON.

Dime, te ruego,
¿Viste á Céfiro ó á Ifis?
Que yo, por seguir á un tiempo
A los dos, no ví á ninguno.

LEBRON.

A mí me pasa lo mesmo;
Que por seguir cuatro damas,
Sin conseguir una quedo.
Mas á ninguno ví.

PIGMALEON.

¡Ay triste!
Que en su competencia temo
Declararme por el uno,
Porque á entrambos se lo debo:
A Ifis, por su embajador,
Que en Lidia siempre mi afecto
Se mostró, y en mi desdicha,
El fué, á su mandato atento,
Quien me guardó y puso en salvo.
Céfiro aquí, noble y cuerdo
Me ofrece el favor de que
Necesito... Mas ¡qué veo!
Ya abierto el jardin está.

LEBRON.

Pues ¿qué importa que esté abierto?

PIGMALEON

¿Qué importa, dices, villano,
Infame, atrevido, necio?
¿Qué importa? Pues ¿sabes tú
La deidad que habita dentro?

LEBRON.

Yo solo sé que estás loco.

PIGMALEON.

Es verdad, yo lo confieso:
Y así, aunque á entrambos los pierda,
No se pierda el breve tiempo
De seguir mi desvarío. (*Vase.*)

LEBRON.

Señores, ¿qué ha de ser esto,
Ni quién me sabrá decir
En qué ha de parar?

CUPIDO. (*Dentro.*)

Antéros....

LEBRON.

¿Quién es Antéros? Mas ¿quién
A mí me mete en saberlo,
Sino en seguir á mi amo,
Y procurar encubierto
Saber quién es quien le tiene
En estos jardines muerto,
Y quién podrá remediar
Su amor ó locura?

CUPIDO. (*Dentro.*)

Antéros....

LEBRON.

Mal Antéros te dé Dios,
Y mas si eres el que pienso. (*Vase.*)

—

Múdase el teatro en el de jardin, y en medio habrá una fuente, y sobre ella una hermosa estatua; y sale CUPIDO *cantando en estilo recitativo.*

CUPIDO.

Si el orbe de la luna,
Esfera soberana
De la casta Diana,
Sagrado puerto fué de tu fortuna
(Adónde sin ninguna
Obediencia á mis flechas,
Rendimiento á mis iras,
U de plomo las miras,
U de oro las acechas
Para desdenes y favores hechas),
Ponte á esas galerías,
De vidrio y nácar claraboyas bellas,
Y Argos de tantos ojos como estrellas,
Lince de tantas noches como dias,
Atiende á ver de las victorias mias,
En no léjos confines,
Tres triunfos, de que dueño
Me hace el primer diseño;
Que para que mejor los determines,
Teatro te quiero hacer destos jardines.
Vuelve pues, vuelve á vellos:
Verás representar mi triunfo en ellos
De fiera, rayo y piedra en otra parte
Blasoné ya, y blasono en esta esfera;
Pues piedra, rayo y fiera
En Irífile soy, en Anajarte,
Y en ese mármol frio, á quien el arte
Hermosura sin alma dar procura;
Porque en aquesta calma
Aun venciese, sin alma,
Hermosa una escultura...
Pero ¿cuándo tuvo alma la hermosura?
La música, que en ellos
Suena en ecos veloces,
Mis triunfos diga á voces, [llo;
Viendo arrastrar de tres prodigios be-
La ocasion mi furor por los cabellos.
Y porque suspendido
Tengas en mis despojos,
No solo el devaneo de los ojos,
Mas tambien la lisonja del oido,
Del aire atiende al sonoroso ruido
Que canta en repetidas armonías
Desprecios tuyos y victorias mias;
Pues dice todo que al nacer Cupido,
Murió Antéros, amor correspondido.
Céfiro ¿en quién dicha espera?

MÚSICOS. (*Dentro.*)

En una fiera.

CUPIDO.
¿Y quién á Ifis da desmayo?
MÚSICOS. (*Dentro.*)
Un bello rayo.
CUPIDO.
¿En quién Pigmaleon no medra?
MÚSICOS. (*Dentro.*)
En una piedra.
CUPIDO.
Ninguno llegue á ser yedra
Del laurel que ama, porque hoy
Lloren todos, que yo soy
La fiera, el rayo y la piedra.
MÚSICOS. (*Dentro.*)
Ninguno llegue á ser yedra
Del laurel, etc.
(*Vuela Cupido.*)

Salen IFIS *y un* JARDINERO.

IFIS.
Esto habeis de hacer por mí.
JARDINERO.
No sé si me atreveré.
IFIS.
Pues ¿qué riesgo tiene el que
Con vos me tengais aquí,
En traje de jardinero,
Cuatro dias?
JARDINERO.
Que pudiera
Ser que álguien os conociera.
IFIS.
No es posible; que extranjero
Soy... y soy agradecido.
Esta cadena tomad
En primer muestra.
JARDINERO.
Mirad...
Yo bien os diera un vestido,
Y bien conmigo os tuviera;
Bien de sobrino os tratara,
Y bien, en fin, os guardara,
Si mal no me sucediera.
¿No conoceis á Anajarte,
Que es un rayo?
IFIS.
Ya lo sé,
Pues su fuego examiné.
¡Oh bastardo hijo de Marte!
No te has de vengar de mí;
Que ha de saber mi fineza
Esta imposible belleza
Vencer.
JARDINERO.
Gente viene allí.
Retiráos.
IFIS.
¡Oh, quién vella
O hablarla pudiera hoy,
Para decirla quien soy,
Y lo que he de hacer por ella! (*Vase.*)

Sale PIGMALEON.

JARDINERO.
¿Dónde bueno, camarada?
PIGMALEON.
Por este bello jardin
Divertido voy, á fin
De admirar de su extremada
Fábrica y agricultura
El arte y naturaleza,
Adónde de la riqueza
Desprecio hace la hermosura.
JARDINERO.
¿Y os querréis estar aquí
Embobado todo el dia,
Junto á aquella fuente fria
Donde otras veces os vi?
Pues no ha de ser hoy; que creo
Que Anajarte ha de bajar
A su esfera.
PIGMALEON.
Dad lugar
Breve rato á mi deseo;
Que esta sortija podrá
Dar, si os riñen esta culpa,
De mi parte la disculpa.
JARDINERO.
(*Ap.* ¡Y cómo que la dará!)
Mirad: si la veis venir,
Procurad luego esconderos.
(*Ap.* ¿Quién son estos majaderos
Que saben dar sin pedir?
Y aun otro mas, que escondido
Dentro del jardin está.
Pero aquel manda y no da,
Y así no es tan bien servido.) (*Vase.*)
PIGMALEON.
Ya que sola á verte llego,
Helada, muda hermosura,
Permite que mi locura
Temple en tus aguas su fuego.
Desde el instante que ciego
Vi en tu rara perfeccion
Lograda mi admiracion,
Te confieso que al mirarte
Es la inclinacion del arte,
Arte de otra inclinacion.
¿Qué mano (¡ay imágen bella!)
De deidad te retrató
Tan superior, que copïó
Hasta el influjo á tu estrella?
Y es verdad, que á estar sin ella,
¿Quién inclinarme podia
A amar? Si ya no sería
Que al ver cuán perfecta estás
Que alma te falta no mas,
Te has valido de la mia.
La eleccion estimo: no
Duren tus ansias esquivas;
Qué á precio de que tú vivas,
¿Qué importa que muera yo?
Y pues mi afecto te dió
El alma ¡oh estatua bella!
Vive, vive al poseella,
Porque no es justo (¡ay de mí!)
Que ella no te sirva á tí,
Y á mí me dejes sin ella.
O para verme y hablarme
El alma que te di emplea,
O para que te hable y vea
Vuelve, volviendo á animarme,
El alma que te di á darme:
Mira que es desden indino,
Si á tí fué y á mí no vino,
Crêr que algun tirano dios,
Poniéndose entre los dos,
Nos la ha hurtado en el camino.

Sale LEBRON.

LEBRON.
Diciendo amores está
A una estatua, á quien ofrece
La alma, y ella, me parece,
Pues hecha un mármol está,
Que no le responderá.
PIGMALEON.
¿Quién habla aquí?
LEBRON.
Bien podias
Saberlo.
PIGMALEON.
¿Tú me seguias?
LEBRON.
¿Cuándo tu sombra no he sido,
Siempre tras tí?
PIGMALEON.
¿Qué has oido?
LEBRON.
Muchísimas boberías.
PIGMALEON.
¿Has, dí, llegado á entender
Que esta perfecta escultura
La causa es de la locura
Que me has visto padecer?
LEBRON.
¿Pues no?
PIGMALEON.
Ya querrás hacer
Burla (¡ay Dios!) de mi pasion.
LEBRON.
No querré, ni es ocasion
Deso.
PIGMALEON.
¿Por qué?
LEBRON.
Porque...
PIGMALEON.
Dí.
LEBRON.
En toda mi vida vi
Cosa mas puesta en razon...
PIGMALEON.
¿Qué?
LEBRON.
Que querer á esta dama.
PIGMALEON.
¿Díceslo de véras?
LEBRON.
Sí.
PIGMALEON.
¿Por qué?
LEBRON.
Porque quien no sabe
Hablar, no sabrá pedir.
¿Hay cosa mas descansada
Que amanecer uno sin
Cuidar de lo que su dama
Ha de comer y vestir?
Y mas en tiempo que el traje
Está tal, que sin mentir,
No se usa por mayo el
Jubon que se hizo en abril.
Fuera de que ¿qué reposo
Puede haber, como dormir
Seguro de que su dama
En casa está, siendo así
Que es corriente saber que
No se ha de mudar? Y en fin,
Solo hay malo, á mi ver...
PIGMALEON.
¿Qué?
LEBRON.
Que es materia muy civil
Mármol, y habia de ser bronce
Para haberte de sufrir.
PIGMALEON.
Ríete, que eso y aun mas
Merezco. Mas ¡ay de mí!
Que Anajarte al jardin baja,
Segun lo llego á inferir
Destos instrumentos. ¿Qué
He de hacer?
LEBRON.
Echar á huir
A uno destos emparrados.

PIGMALEON.

Dices bien. ¿Quién está aquí?

(*Llega á esconderse, y halla á Céfiro.*)

CÉFIRO.

Yo soy, Pigmaleon, que no
Viendo á Ifis, tras quien salí,
Miéntras vuelvo á hallarle, oculto
Del cancel deste jazmin
Estoy, por ver si mi dicha
Llega acaso á permitir
Que pueda adorar aquella
Hermosa fiera, á quien dí
Toda el alma.

PIGMALEON.

Pues no quiero
Tu amor estorbar; y así
Me retiraré á otra parte.

LEBRON.

Si aquí hay huésped, fuerza es ir
A buscar otra posada.

(*Va Pigmaleon á esconderse á otro lado, y halla á Ifis.*)

ÍFIS.

Pigmaleon...

PIGMALEON.

¿Ifis?

ÍFIS.

Sí.

PIGMALEON.

¿Qué es esto?

ÍFIS.

Como no hallé
A Céfiro, tras quien fuí,
Por lograr alguna dicha
Si acaso baja al jardin
El bello rayo que adoro,
Oculto aquí estoy; y así
No me descubra tu ruido.
Retírate.

LEBRON.

Siempre ví
Quien llega tarde quedarse
En la calle.

PIGMALEON.

¡Ay infeliz!
Que ya no podré sin verme;
Pues veo hácia aquí venir
Las dos que los dos adoran.

LEBRON.

Y aun las tres puedes decir,
Porque tambien mi señora
Doña Mármol se está aquí.

PIGMALEON.

Fuerza ha de ser que me vea,
Si no me llega á encubrir
La basa de aquesta fuente.
Tú no te quites de ahí,
Por si oyó ruido ó vió sombra,
Vea que eres tú; y así
En tí se quiebre el enojo.

LEBRON.

Como lo que quiebre en mí
Sea el enojo, y no sea
Una vara de medir,
Vendré en ello fácilmente.

Retírase Pigmaleon detras de la fuente, y salen ANAJARTE, IRIFILE, LAS CUATRO DAMAS, Y MÚSICOS.

ANAJARTE.

Todas conmigo venid.

CÉFIRO. (*Oculto.*)

¡Feliz quien llega á mirarla!

ÍFIS. (*Oculto.*)

Quien llega á verla ¡feliz!

PIGMALEON. (*Oculto.*)

¡Feliz quien vive á esta sombra!

ANAJARTE.

¿Qué te ha parecido, di,
Irífile, desta esfera?

IRÍFILE.

¿Qué me preguntas á mí,
Si no hay rasgo, no hay amago,
Si no hay línea, no hay perfil,
Señora, que no me vuelva
Al pasado frenesí,
Absorta, admirada y muda?

ANAJARTE.

De lo mejor que hay aquí
Es esta fuente... Mas ¿quién
Aquí está?

LEBRON.

Con prevenir
Que tu enojo, y no otra cosa,
Diz que has de quebrar en mí,
Un hipocóndrico soy,
Que se ha entrado á divertir
A este jardin.

ANAJARTE.

Pues ¿de cuándo
Acá nadie á este jardin
Osa entrar?

LEBRON.

Desde hoy acá.

ANAJARTE.

Todas á ese loco asid,
Y al estanque de las focas
Le echad.

DAMAS.

El será su fin.

LEBRON.

¿De las fo.. qué?

DAMAS.

De las focas.

LEBRON.

Qué son focas, me decid.

ISBELLA.

Bestias marinas, que comen
Humana carne.

LEBRON.

Advertid
Que es sentencia criminal
Para delito civil.
De las cuatro enamorado,
A entrar acá me atreví:
Doléos de mí las cuatro.

ANAJARTE.

¿Cómo es eso que decís?
¿Cuatro amais?

LEBRON.

Y si me enojo,
He de amar á cuatro mil.

ANAJARTE.

Llevadle á echar á las fieras.

LEBRON.

Tened lástima de mí,
Que soy niño y solo, y nunca en tal me vi.

ISBELLA.

Este es un loco, señora.

ANAJARTE.

Echadle, echadle de ahí.

ISBELLA. (*Ap. á Lebron.*)

Yo os quiero poner en salvo.
Conmigo solo venid.

LEBRON.

¿Qué dirán de eso las tres?

ISBELLA.

(*Ap.* A fe que no te has de ir
Sin algun castigo.) Una
Fineza he de hacer por tí.

LEBRON.

¿Qué es?

ISBELLA.

Para hablarte, despues
Que todas falten de aquí,
Este cenador te ha
De ocultar.

LEBRON.

¡Ah, pese á mí!
Que si es cenador, lo hará
Muy bien.

ISBELLA.

¿Por qué?

LEBRON.

Porque sí,
Porque como él, no solo
Cenador soy, pero...

ISBELLA.

Di.

LEBRON.

Cenador y almorzador.

ISBELLA.

Mira que no has de salir
Dél; que si vuelven á verte,
Será fuerza que hayas de ir
Al estanque de las focas.

LEBRON.

Que no saldré, fia de mí,
Hasta que tú vuelvas.

ISBELLA.

Eso
Has de hacer. (*Ap.* Ahora he de ir
A avisar al jardinero
Lo que ha de hacer.)

(*Ocúltale en un cenador, y vase.*)

ÍFIS. (*Oculto.*)

Conseguí
La dicha de ver su cielo.

CÉFIRO.

Logré el deseo feliz
De idolatrar su hermosura.

PIGMALEON. (*Oculto.*)

El intento conseguí
De dejar fuera á Lebron.

LEBRON. (*Oculto.*)

Rendí la una: con que en fin,
Tres me faltan para cuatro.

ANAJARTE.

Ya que el sol en el viril
Del mar baña los hermosos
Peinados rayos de Ofir,
Y que la estrella de Vénus
En teatros de zafir,
Está en la Loa pidiendo
Silencio á todo el confin,
Allí os retirad, porqué
Suene mejor desde allí
La música al dulce son
Deste cristal, que sutil
Cítara de vidrio, forma
Sobre trastes de marfil
Fantasías ciento á ciento,
Y cláusulas mil á mil.

(*Vanse las danzas y los músicos.*)

Tú paséate conmigo
Por su márgen.

IRÍFILE. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

Que toda esta majestad
Con que la veo servir,
Siendo pompa para ella,
Es envidia para mí.

ÍRIS. (*Ap.*)

¡Qué dulce rayo de amor!

CÉFIRO. (*Ap.*)

¡Qué fineza tan gentil!

PIGMALEON. (*Ap.*)

¡Quién te diera sus sentidos
A tí para ver y oir!

LEBRON. (*Ap.*)

La fiera, el rayo y la piedra
Estoy viendo desde aquí;
Y cuál de los tres padece
Mas, no lo sabré decir.

ANAJARTE.

¿No es apacible la estancia
De aqueste ameno pensil?

IRÍFILE.

¿No ha de serlo, si tu pié
Pisa su hermoso país,
A una y otra flor á un tiempo
Dando y quitando el matiz?

CÉFIRO. (*Ap.*)

¡Quién saliera á hablarla!

ÍRIS. (*Ap.*)

¡Quién
Pudiera á hablarla salir!

PIGMALEON. (*Ap.*)

¡Quién fuera Orfeo, y moviera
Tu amor!

LEBRON. (*Ap.*)

¡Quién viera venir
Ya la cena al cenador!

LOS TRES. (*Ap.*)

Mas basta poder decir
Al ver tu hermosura, que...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Es verdad que yo la vi...

LOS TRES. (*Ap.*)

La música por mí habló,
Pues es verdad que la vi...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

En el campo entre las flores...

LOS TRES. (*Ap.*)

Aun cuanto va á repetir,
Va á mi intento, pues refiere...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Cuando Celia dijo así...

LOS TRES. (*Ap.*)

Veamos lo que dijo Celia,
Si hace tambien á mi fin.

MÚSICOS. (*Dentro.*)

*¡Ay que me muero de amores!
Tengan lástima de mí.*

ÍRIS. (*Ap.*)

Sí, pues que de amores muero.

CÉFIRO. (*Ap.*)

Pues muero de amores, sí.

PIGMALEON. (*Ap.*)

Todo hace al intento de otros,
Solo al mio (¡ay infeliz!)
No hace, pues nunca podrá
La que yo adoro, decir...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

*¡Ay que me muero de amores!
Tengan lástima de mí.*

ANAJARTE.

Bien sonora es, si no fuera
La letra de amor.

IRÍFILE.

A mí
Cualquiera música pudo
Siempre llevarme tras sí.

LEBRON. (*Ap.*)

¿Qué es esto? Viven los cielos,
Que no llueve por aquí
A uso de mi tierra, pues
Llueve hácia arriba. ¡Ay de mí,
Que como si fuera tronco,
Me riegan por la raiz!
Si salgo, doy con las focas,
Si no salgo, he de morir
Anegado por el pié.

ANAJARTE.

Letra y tono repetid,
(*A los que cantan dentro.*)
Que hacen lindo maridaje
Noche, música y jardin.

LOS TRES. (*Ap.*)

¡Oh, nunca espirara el sol!

MÚSICOS. (*Dentro.*)

*Es verdad que yo la vi
En el campo entre las flores,
Cuando Celia dijo así:
¡Ay que me muero de amores!
Tengan lástima de mí.*

LEBRON. (*Ap.*)

¡Ay que me mojo, señores,
Sin ser Córpus para mí!

Sale ANTEO, *sin ver á nadie, por estar el jardin oscuro.*

ANTEO. (*Para sí.*)

Como no tengo otro norte,
Ni otro rumbo que seguir,
Irífile mia, en tu busca,
Que el vago destino vil
De la planta, de cualquiera
Razon me valgo; y así,
Sin recelar daño alguno,
Ni algun riesgo prevenir,
Me he entrado sin saber dónde,
Tras la música que oí,
A estos jardines; que como
Era hechizo para tí,
Me hace pensar el deseo,
Si aquí te traerá tras sí.

ANAJARTE.

Di, Irífile, que otra letra
Canten; que me cansa oir
Que nadie muera de amor.

ANTEO. (*Ap.*)

¿No dijo Irífile?

IRÍFILE.

Así
Se lo diré.

ANTEO.

(*Ap.* Nombre y voz
Ya no me pueden mentir...
Ni los ojos... que la noche
Aun la deja percibir.)
Irífile mia, mil veces
Los brazos me da. (*Ap. á ella.*)

IRÍFILE.

¡Ay de mí!
¡Padre mio! ¿cómo á riesgo
De tu vida entras aquí?

ANTEO.

Como yo, hija, te vea,
Mi muerte será feliz.

IRÍFILE.

Vuélvete ántes que Anajarte
Pueda verte.

ANTEO.

Yo sin tí
No he de volver.

IRÍFILE.

Ni contigo
Yo; que quiero mas servir
En palacios, que reinar
En montañas.

ANAJARTE.

¿Con quién, dí,
Irífile, hablas? (*Ap.* Mas ¡cielos!
¡Qué miro!)

IRÍFILE. (*Ap.*)

Llegó mi fin.

LOS TRES. (*Ap.*)

¿Qué oigo?

LEBRON. (*Ap.*)

Nadie tema, pues
Todo llueve sobre mí.

ANTEO.

Con quien, si das voces ó hablas,
Sabrá darte muerte á tí,
Por darla la vida á ella.

ANAJARTE.

¿Esto, dioses, consentís,
Dentro de mi casa?

ANTEO.

Calla.

ANAJARTE.

¿No hay quien me defienda?

LOS TRES.

Sí.
(*Salen los tres.*)

ANAJARTE.

¿A defender y ofender
A un mismo tiempo venís?
¿De dónde ó cómo en mi ofensa,
Y en mi defensa salís?

ÍRIS.

Despues lo sabrás, que ahora
Dar muerte á ese monstruo vil
Solo me toca.

IRÍFILE.

Primero
Me darás la muerte á mí.

ÍRIS.

Sí haré; que por Anajarte,
En nada debo advertir.

CÉFIRO.

No harás; que aunque mas me importe
A mí su muerte que á tí,
Irífile le defiende,
Y por ella ha de vivir.

ÍRIS.

Eso es volver nuestro duelo
A aquella primera lid.

CÉFIRO.

Pues ¿á qué mejor principio
Que al de matar ó morir?

PIGMALEON.

Eso no; que estoy yo en medio,
Que á los dos debo asistir.

ANAJARTE.

Ninguno saque la espada;
Que accion es mas varonil
Tal vez, en quien reñir sabe,
Reportarse, que reñir.
Que yo, porque no volvamos
Hoy en repetida lid

A aquello de, «á mí me toca
Rendirla, y librarla á mí»,
Quiero sacar este empeño
De sus quicios, y acudir
A ver si yo elijo medio,
Que á todos componga.

TODOS.

Di.

ANAJARTE.

Tú, Céfiro, enamorado
De Irifile entraste aquí;
Tú (ya lo sé) de esa estatua, *(A Pigmaleon.)*
Porque al verte á ella asistir
Tan atento, lo he inferido;
Y tú, extranjero infeliz, *(A Ifis.)*
Por facilitarle á él,
Enamorado de mí,
Que soy mas estatua, pues
Sé ménos que ella, sentir.
Pues siendo así, componeros
Quiero á los tres.

LOS TRES.

¿Cómo?

ANAJARTE.

Oid,
Que porque nadie se queje,
Tengo de empezar por mí.
Derrotado peregrino
Del mar, que en este país
Tomaste tierra en el fuego
De su abrasado confin,
¿Harás por mí una fineza?

ÍFIS.

¿Qué imposible prevenir
Podrás tú, que yo no emprenda?

ANAJARTE.

¿Dasme esa palabra?

ÍFIS.

Sí.

ANAJARTE.

Pues tu esquife está en la playa
Vuelve á cortar, vuelve á abrir
Las espumas de Anfitrite,
Y ese varado delfin
Que te hurtó de la tormenta,
Sea velado neblí
Que al aire te restituya:
Y pues que tan infeliz
Fuiste, que de aquel eclipse
Cayó el rayo sobre tí
(Pues rayo es sin llama quien
Sabe abrasar sin herir),
Llévale á apagar al mar;
Que mas imposible unir
Es de mi amor el extremo,
Que si intentaras medir
La distancia de tí al sol.

ÍFIS.

Pues fui tan necio que fui
De puro cortés grosero,
Ya que palabra te dí
Sin saber de qué la daba,
Te la tengo de cumplir.
Yo me iré; pero será
Para volver á venir
(Quizá con mejor fortuna)
A hacer, señora, por ti
Tal fineza, que ella pueda,
No digo yo conseguir
Tu favor, sino obligarle.
Mas ¿qué fineza (¡ay de mí!)
Será que sepa volver
De donde no me sé ir? *(Vase.)*

ANAJARTE.

Ya que de los tres afectos
Aparté el mayor de mí,
Tú, horror de aquestas montañas,
A quien por fuerza seguí,
Supuesto que no eres fiera,
Y que informada de tí
Estoy, que á esto obliga un hado
Conmigo no has de vivir,
Porque no tenga disculpa
Céfiro de entrar aquí.
Su amor te busque en los montes,
Y sirva algo de venir
Tu anciano padre á buscarte.

ANTEO.

Tu planta una vez y mil
Beso. Ven, hija; que no
Sabes cuánto eres feliz
En salir deste palacio.

IRÍFILE.

Aunque me pese salir
De entre majestad y pompa,
Fuerza es que te he de seguir,
Pues me destinan los cielos
(Volviendo otra vez al vil,
Al bárbaro antiguo traje)
Tiranamente á vivir
Donde mi mas alto estrado
Es de un monte la cerviz. *(Vase.)*

CÉFIRO.

No destinan, que á mejor
Alcázar, yendo tras tí,
Sabré yo mudarte.

ANAJARTE.

No
La sigas; que hasta salir
De mis términos, está
Segura.

CÉFIRO.

Mal impedir
Podrás mi intento.

ANTEO.

No en eso
Te empeñes.

CÉFIRO.

Ya accion tan vil
Me dice mas claramente
Quién eres, puesto que así
A tu rey te atreves.

ANTEO.

No
Lo quiera el cielo.

CÉFIRO.

Pues dí,
¿No soy tu rey?

ANTEO.

No, que yo
No tengo rey, reina sí.

CÉFIRO.

¿Quién lo es?

ANTEO.

Yo diré quién es
Cuando lo pueda decir. *(Vase.)*

ANAJARTE.

Presto su voz me ha pagado
La libertad que le dí.

CÉFIRO.

¿En qué?

ANAJARTE.

No sé en qué; mas ¿quién
Duda el decirlo por mí?

CÉFIRO. *(Ap.)*

¿Quién creerá, cielos, que á un tiempo
Me importa á los dos seguir,
Al uno para matar,
Y al otro para morir? *(Vase.)*

ANAJARTE.

Ya que solamente falta
Tu tema ó tu frenesí,
Tu delito ó tu locura
De enmendar, escucha.

PIGMALEON.

Di.

ANAJARTE.

Si á un amante y á una fiera,
Por no ver, por no advertir
Ningun extremo de amor
Le supe apartar de mí,
¿Qué haré á una piedra, á una estatua?

PIGMALEON.

¿Por qué lo vas á decir?

ANAJARTE.

Porque tampoco no quiero
Que tú, para entrar aquí,
En las licencias de loco
Tengas licencia; y así,
Esa que hasta hoy imágen
De alguna deidad gentil
Veneré, y ya desde hoy
Tendré por retrato vil
De una Lamia, de una Flora,
Pues mudamente civil
Se deja mirar sin ver,
Se deja hablar sin oir,
En mi jardin no ha de estar:
Yo la echaré del jardin.
Búscala tú fuera dél;
Que yo por verte morir
A las manos de su hielo,
Vengada della y de tí,
Te la doy.

PIGMALEON.

Deja que bese...
Tu pié, quisiera decir;
Mas no me atrevo; pues basta
Que diga aqueste matiz,
Que cuando él le pensó ajar,
Fué cuando le hizo lucir. —
Bella deidad, ya eres mia.
Yo te ofrezco desde aquí
Labrarte templo, en que emplee
Cuanto supe y adquirí,
Siendo de su arquitectura,
Ya al cincel y ya al buril,
La menor materia el jaspe,
El menor lustre el marfil.
De oro y de bronce mi mano
Estatuas labrará mil,
Que, como familia tuya,
Las vean todos asistir
A tu culto, en cuyas aras
El corazon que te dí,
Verás arder sin humear,
Verás quemar sin lucir. *(Vase.)*

ANAJARTE.

¡Extraña locura! Pero
Ya que eché á los tres de mí,
Echando de mí las causas
Para que no entren aquí,
¿Habrá quien me hable de amor?
¿Habrá quien pueda decir
Que corresponda ya mas
Yo á ningun afecto?

ANTEROS. *(En lo alto.)*

Sí.

ANAJARTE.

¿De cuándo acá aprendió el eco
Voz que él la diga por sí,
Sin que se la dicte otro?
Dígolo porque (¡ay de mí!)
No fué acento de mi acento
El que en los aires oí.
Ilusion sería, porque este,
Hermosos cielos, decid,

n que le formara yo,
'udiera él formarse?

ANTÉROS.

Sí.

ANAJARTE.

uién es quien así me habla,
: quien solo percibí
eco?

ANTÉROS. (*Baja cantando.*)

Quien de tí viene
valerse contra tí.
a al que ama, Anajarte
ermosa y gentil;
e el amor no es defecto, no,
el olvido sí.

ANAJARTE.

uién eres, hermoso jóven,
e entre nubes de rubí
esplegando vienes hojas
: púrpura y de carmin?

ANTÉROS.

correspondido amor,
e rey en el orbe fui,
ites que el interesado
nor me obligase á huir.
: plomo y oro sus flechas
mó este fiero adalid,
ezclando de odio y favor
noble afecto y el vil.
: la de plomo tocado
tá tu pecho, en quien vi,
edando mustio el clavel,
sangrentarse el jazmin.
ngate dél, y no ingrata
rrespondas, siendo así
e no es defecto el amar,
es defecto el no sentir.
ien ama á lograr amando
rque es interes su fin,
puede decir que ama
su dama, sino á sí.
s quien ama por amar,
en merece conseguir
e el correspondido amor
ga su vida feliz.
anta.) Ama al que ama, Anajarte
ermosa y gentil;
e el amor no es defecto, no,
el olvido sí.

ANAJARTE.

inque en traje de deidad
l cielo te veo venir,
te he de creer.

ANTÉROS.

¿Por qué?

ANAJARTE.

rque no has de persuadir
nca á mi pecho que deje
: aborrecer.

ANTÉROS.

¡Ay de tí!

ANAJARTE.

s esa amenaza?

ANTÉROS.

No.

ANAJARTE.

ies ¿qué es? ¿Es lástima?

ANTÉROS.

Sí.

ANAJARTE.

ástima sin amenaza?

ANTÉROS.

'or qué no?

ANAJARTE.

¿De qué? me di.

ANTÉROS.

De que quien sentir no sabe,
Merece...

ANAJARTE.

¿Qué?

ANTÉROS.

No sentir.
(*Canta.*) *Ama al que ama, Anajarte*, etc.
No un tirano dios blasone
De que se valió de tí
Con nombre de rayo, para
Abrasar y no lucir.

ANAJARTE.

Por mas que me persüadas,
No he de amar, ni he de admitir
Tu correspondido amor.
Para ser rayo nací.

ANTÉROS.

Pues mira que el rayo es piedra,
Despues que llega á morir.

ANAJARTE.

¿Qué importa ser piedra yo?
Y no te canses, en fin,
Que no te he de corresponder,
Aunque mas te oiga decir....

ELLA Y ÉL. (*Cantando.*)

Ama al que ama, Anajarte
Hermosa y gentil; (*Sube.*)
Que el amor no es defecto, no,
Y el olvido sí.

(*Va Antéros subiendo á lo alto, midiendo con la música la distancia.*)

JORNADA TERCERA.

Teatro de monte, y en el foro la punta del jardin; y salen CEFIRO, PASQUIN, PIGMALEON Y LEBRON.

CÉFIRO.

Este es mi intento.

PIGMALEON.

Este el mio.

CÉFIRO.

¿Quién en el mundo creyera
Que una piedra y una fiera
Mandaran nuestro albedrío
De suerte, que me obligara
A mí en un monte á seguirla,
Y á vos que para admitirla,
Vuestro ingenio fabricara
Ese alcázar que labrais?

PIGMALEON.

Quien supiera cuanto ha sido
Venenoso dios Cupido.

CÉFIRO.

Y en efecto, ¿dónde vais?

PIGMALEON.

Díjome (cuando os pedí
Licencia para empezar
El palacio singular
En el sitio que elegí,
Ni bien de campo ni bien
De poblado, pues en medio
De monte y corte, en buen medio
Todos fabricar le ven)
Anajarte que ofendida
Della y de mí, por no vella
Ni verme, me daria aquella
Bella estatua que homicida
Fué de mis ciegos sentidos,
Pues con tan nuevos enojos,
Me ha enamorado los ojos,
Sin saberlo los oidos.
Y como yo no tenia
Alcázar donde tenella,
Nunca he venido por ella;
Pero llegado ya el dia
En que la fábrica está
Tan adelante, quisiera
Pedirla que me cumpliera
La palabra.

CÉFIRO.

¡Quién crêrá
Que es tal mi pena severa,
Que á la vuestra la trocara?
¡Pluguiera al Amor, yo amara
Una estatua y no una fiera!

PIGMALEON.

¿Qué decís?

CÉFIRO.

Pues ¿no prefiere
A vuestra llama mi llama,
Si esa, por no poder, no ama,
Y estotra porque no quiere?
Cuanto va de no querer
A no poder, ha excedido
Mi mal.

PIGMALEON.

Por eso ha tenido
La ventaja de tener
Esperanza de mudanza,
Pues con el trato pudiera
Domesticarse una fiera,
Y una piedra no.

CÉFIRO.

Esperanza
Muy vana es, pues desde el dia
Que la vi, ando en busca della,
Y nunca he podido vella;
Que la injusta tiranía
De aquel monstruo que la guarda
Con nombre de padre suyo,
Que la haya ausentado arguyo,
Segun lo que le acobarda
El que yo le busque.

PIGMALEON.

Pues
¿Quién es el hombre?

CÉFIRO.

Un traidor,
Que opuesto siempre á mi honor
Le vi... Mas esto no es
Ahora del caso. En fin,
Hoy vengo al monte dispuesto
A que no ha de quedar puesto
Que no tale.

PIGMALEON.

Yo al jardin,
A ver si á Anajarte bella
Mueve mi llanto importuno.

CÉFIRO.

Pues adios, y cada uno
Siga el rumbo de su estrella. —
¿Dónde, Pasquin, ha quedado
La gente?

PASQUIN.

En el monte está
De suerte, que no podrá
(Si no es que se haya ausentado
A otro clima) escapar hoy
Del número que la sigue.

CÉFIRO.

¡Oh plegue á Amor que se obligue
De ver cuán rendido estoy
A su ciega tiranía,
Pues di á una fiera mi fe!

PASQUIN.

Esa es cosa que se ve
En el mundo cada dia.

CÉFIRO.

¿Cómo una fiera pudiera
Haber ejemplar tenido?

PASQUIN.

¿No habrá quien haya querido
A una roma? ¿Qué mas fiera?
(*Vanse los dos.*)

PIGMALEON.

Entra, miéntras yo turbado
Sigo el norte que me guia,
Tú á saber de parte mia
Cómo la noche ha pasado
Esa hermosa imágen bella,
A quien el alma rendí.

LEBRON.

¿No ves que no hace de mí
Caso, y aunque hable con ella
Nunca me responde, pues
Yendo y viniendo á la fuente,
Con ser para otros corriente,
Moliente para mí es?
Y así, pues que nunca oyó
Recado que yo la llevo,
Vé á hablarla tú.

PIGMALEON.

No me atrevo
A entrar en el jardin yo;
Que de Anajarte el rigor
Es fuerza que tema y huya.

LEBRON.

Yo el de aquella criada suya
Que me entró en el cenador,
Donde fuimos desbocado
Caballo el cristal y yo.

PIGMALEON.

Pues ¿cómo?

LEBRON.

Como él corrió,
Y fuí yo el que quedó aguado.

PIGMALEON.

Deja locuras, y vé
A decirla, ¿cuándo el dia
Será que yo la vea mia?
Dila como ya acabé
De labrarla el suntüoso
Palacio en que ha de vivir
Cuando me llegue á cumplir
Anajarte el generoso
Ofrecimiento; que estoy
A esta puerta, y si me da
Licencia de entrar allá,
Lo haré, aunque aventure hoy
El enojo de Anajarte.

LEBRON.

Yo, señor, se lo diré...
(*Pasa al jardin.*)
Aunque no haré tal.

PIGMALEON.

¿Por qué?

LEBRON.

Porque no está ya en la parte
Donde la habemos dejado.
Fuente y ella se han hundido.

PIGMALEON.

Pues ¿adónde se habrá ido?

LEBRON.

Donde la hubieren llevado;
Que yo te aseguro de ella,
Señor...

PIGMALEON.

¿Qué?

LEBRON.

Que no se fué
Con la pila por su pié.

PIGMALEON.

¡Ay infeliz de mi estrella!
¡Ay de mi amor y ay de mí!
Que esta tirana beldad
Celosa de su deidad
La habrá ausentado de aquí,
Y por no llegar á verla
Con envidia colocada,
Habrá querido indignada
Ocultarla ó deshacerla:
Porque si esto hubiera sido
Por la palabra que dió,
Lo hubiera sabido yo.

LEBRON.

Haz cuenta que lo has sabido,
Y deja, señor, locura
Tan extraña.

PIGMALEON.

¡Infame, necio!
Tú tambien haces desprecio
De que adore una hermosura
La mas perfecta que vió
El sol? De ti y de una ingrata
Me vengaré.

LEBRON.

¡Ay, que me mata!

Sale ANAJARTE.

ANAJARTE.

¿Quién aquí da voces?

PIGMALEON.

Yo.

LEBRON.

Y yo tambien.

ANAJARTE.

¿Qué cruel
Causa os ha obligado?

PIGMALEON.

A mí,
Quejarme, ingrata, de tí.

LEBRON.

Y á mí, ingrata, de tí y dél.

ANAJARTE.

Pues ¿qué ocasion has tenido,
Ni en qué tu queja consiste?

PIGMALEON.

¿De qué palabra me diste?

ANAJARTE.

De lo que te la he cumplido.
¿Dije yo mas de que habia
De arrojar deste jardin
Una vil estatua, á fin
De no ver á quien podia
Ser objeto de otro amor?
Pues si así lo hice, ¿de qué
Te quejas?

PIGMALEON.

De que no sé
Dónde la echó tu rigor.

ANAJARTE.

¡Bueno fuera que quisiera
Tu necia y loca porfía,
Que yo de su fantasía
Fuese cómplice y tercera!
Yo me cansaba de vella,
Y así, ayer mandé quitarla
Y en ese monte arrojarla.
Vé tú á ese monte por ella;
Que basta que yo la dé
Por simulacro profano,
Sin que la dé de mi mano.

PIGMALEON.

Tan en busca suya iré,
Que no habrá rastro ni seña,
Que no inquiera mi congoja,
Rama á rama y hoja á hoja,
Risco á risco y peña á peña.
No habrá centro en cuanto encierra
Este bárbaro horizonte,
Desde este alcázar...

UNOS. (*Dentro.*)

Al monte.

PIGMALEON.

Desde aquel piélago.

OTROS. (*Dentro.*)

A tierra.

ANAJARTE.

Voces en tierra y en mar
A un mismo tiempo se oyeron.

PIGMALEON.

Es que mar y tierra fuéron
Testigos de mi pesar,
Al ver el indigno ultraje
De una deidad ofendida.
Mas ¿qué le importa á mi vida
Que de aquella cumbre baje
Inmenso escuadron, ni que
De aquel mar la riza espuma
Ser vaga ciudad presuma
Con la armada que se ve
Que sobre sus ondas yerra,
Si á mí en todo este horizonte
Solo me toca ir...

UNOS. (*Dentro.*)

Al monte.

PIGMALEON.

Para ver si encuentro...

OTROS. (*Dentro.*)

A tierra.

PIGMALEON.

La imágen divina y bella,
Y si mi amor la restaura? (*Vase.*)

Sale LAURA.

LAURA.

¡Qué asombro!

ANAJARTE.

¿Qué es eso, Laura?

Sale ISBELLA.

ISBELLA.

¡Qué espanto!

ANAJARTE.

¿Qué es eso, Isbella?

LEBRON. (*Ap.*)

Para el bobo que saberlo
De la una ni la otra aguarde. (*Vase.*)

LAURA.

No sé, señora, qué causa
Pueda obligar á tan grande
Admiracion, como ver
Que de esa montaña baje
Tanto número de gente,
Cercando por todas partes
El monte, que ha parecido,
Segun se cubre su márgen,
Que por poblar los desiertos
Se despueblan las ciudades.

ISBELLA.

A mí la gente de tierra
No es bien me admire ni espante
Tanto como la del mar,
Pues de esas veloces naves,
Que á nuestro puerto han venido,
Tan grande número sale,
Que pueden mudar los montes
Desde una parte á otra parte.

ANAJARTE.

¿Qué será aquello?

IRIS. (*Dentro.*)

La gente
...aje, como desembarque
...n este playazo, donde
...o se lo resista nadie,
...oblándose en escuadrones,
...en ellos mi órden aguarde,
...n tanto que á estos jardines
...olo es bien que me adelante.

ANAJARTE.

¿Qué miro! Aqueste ¿no es Ifis?
...in duda viene á vengarse
...e mi ingratitud.

Sale IFIS.

IFIS.

Sí vengo;
...as no con venganza infame,
...orque un corazon rendido,
...tra, señora, no sabe
...ue vengarse en los placeres
...e quien le costó pesares.
...andásteme que me fuese:
...bedecíte al instante;
...vuelvo, porque no entónces
...ue no vuelva, me mandaste.
...lo que vuelvo es á que
...epas quién soy, y cuán grande
...istancia hay desde mí á mí,
...derrotado ó triunfante.
...is, príncipe de Epiro
...oy; que la saña inconstante
...el mar, navegando á Acaya,
...l traves dió con mi nave
...n esos bajos, de quien
...e echó el esquife á esta márgen.
...n ella vi tu hermosura.
...ejo los hados á parte
...e que un rayo habia de ser
...l destino que me mate
...Pues ya se vió que era rayo
...l que pudo penetrante,
...un relámpago de luz
...e tus ojos celestiales,
...acer, sin hacer herida
...n el cuerpo, que se abrase
...n corazon que en el pecho
...n mudas cenizas arde),
...voy al intento que
...oy á tus plantas me trae.
...sa armada, que del mar
...ncrespando los cristales,
...uela y nada con envidia
...e los peces y las aves
...Pues monstruos de dos especies
...us buques y jarcias, hacen,
...uellas unos en la espuma,
...ulcos otros en el aire),
...rmada es tuya, que llena
...e aparatos militares,
...la vista de un volcan
...rae otros tantos volcanes
...omo quillas, que á su tiempo
...erás, si sus vientres abren,
...uántas nubes á las nubes
...e pólvora y humo esparcen.
...orque no ignorando yo,
...omo no lo ignora nadie,
...a tiranía que injusta
...san Céfiro y Argante
...ontigo (pues prisionera,
...ien que entre pompas reales
...n esa cárcel te tienen,
...in que eso al consuelo baste,
...ues por dorada que esté,
...iempre la cárcel es cárcel),
...ponerte en libertad
Vengo, y á hacer que restaures
Tu reino, restando el mio
Al condicionado trance
De una lid: en cuya empresa
Me adelanté á suplicarte,
Poniendo aqueste baston
A tus piés, que me le encargues
De tu mano, porque sea
Mayor mi honor cuando afable
De tu general me des
El título con que ensalce
Mi nombre á sombra del tuyo.
Y cuando de honor tan grande
Incapaces ya mis dichas
No las hagas tú capaces,
Me des licencia, señora,
Para que mas arrogante
Cuanto mas humilde, sirva
Entre los particulares,
A obediencias de quien tú
Quieras que esas armas mande;
Que á mí en la primera hilera
Premio me será bastante,
Que alcance que en tu servicio
La primer flecha me alcance.
Y porque desprevenidos
Los trinacrios, llegue ántes
Que el trueno que los avise,
El rayo que los abrase,
No pierdas tiempo; que á veces
Los no imaginados trances
Vencen con la confusion
Aun mas que con el combate.
No demos lugar á que
Céfiro sus huestes arme,
Pues es mejor que indefenso
Nuestra venida le asalte.
Y así, pues que tu licencia
No mas es justo que aguarde,
Para que el campo disponga,
Y con él en órden marche,
A quien la das de que muera,
No la niegues de que mate.
Y porque no temerosa
De mi fineza te agravies,
Presumiendo que en favores
Quiero que el sueldo me pagues;
Para que veas que no
Grosero ni interesable
Mi amor, sino aventurero,
Sirve á merced de otros gajes,
Palabra te doy de que
Cuanto la guerra durare,
No te hable en el amor mio;
Bien que aunque en él no te hable
Me perdonarás que sienta
Todo aquello mas que calle;
Porque retirado el fuego
A centro que no le exhale,
Es preciso que se cebe
En la materia que halle;
Que callado y oprimido
Se vió, ó mal, ó nunca, ó tarde.

ANAJARTE.

Dos veces agradecida
A dos finezas tan grandes
Como el favor y el silencio
Que me ofreces y me traes,
El discurso me conoce,
La razon me persüade;
Pero ninguna el Amor,
Que siempre rebelde alcaide
De mi corazon, está
A la ley del homenaje
Que juró de aborrecer,
Sin que, para que yo ame,
Ser pueda el odio de todos
Privada excepcion de nadie.
Y así, porque en ningun tiempo
De mi ingratitud te agravies
(Pues el no querer no es culpa,
Y si lo es, es mas tratable
Que te desdeñe, que no
Que te desdeñe y te engañe),
Digo que con el pretexto
De que en tu amor no me trates,
Acepto el de tu valor.
Merece el costoso exámen
De que tus hechos me digan
Lo que tus voces me callen,
Y manda que como vaya
La gente ocupando el márgen,
Sitie el monte; que hoy en él
Céfiro está, porque amante
De aquella cruel fiera, siempre
Es en estas soledades
Atalaya de sus cumbres,
Centinela de sus valles.
Esa gente que le ocupa,
Gente es que consigo trae
Al ojeo de las fieras,
Cuya resistencia es fácil,
Porque desarmada y poca,
No es á impedirte bastante.
Y como una vez le prendas,
Y al pueblo caudillo falte,
Será fuerza que al asombro
De nuestras armas desmaye:
Mayormente, que no dudo
Que, como valida me halle
De quien mi justicia abone,
De quien mi derecho ampare,
A cuyo lado me vean,
Haciendo al corcel que tasque
Al compas de la trompeta,
Al son de los alacranes;
Que el fuste al borren ocupe,
Que rija á la rienda el ante,
Que trence el bruñido arnes,
Que el grabado escudo embrace,
Que el templado acero ciña,
Que la sobrevista cale,
Y que de la cuja al ristre
El herrado fresno pase,
No dudo (digo otra vez)
Que en mi favor se declaren
Muchas nobles intenciones,
Muchos callados leales.
Testigo Nicandro sea...

Salen ANTEO *y* BRUNEL.

ANTEO.

Sí será, que en el instante
Que vi esa armada en el mar,
Sin que nada me acobarde,
Salí á ver cúya era, y quiso
Mi ventura que encontrase
Con este soldado, que
Habiéndome visto ántes,
Perdido el miedo que á otros
Da mi persona y mi traje,
Cúya es, me dijo, y quién eres, (*Á Ifis.*)
Y el intento que te trae:
A cuya causa, veloz
Vengo con él á buscarte,
Para que sepas de mí
Que el vivir como salvaje
Las entrañas de sus grutas,
De quien soy vivo cadáver,
Es, porque no habiendo yo
Aplaudido á los parciales,
En demanda de mi reina
Con la voz de sus leales,
Huyendo salí; y pensando
Que en aquestas soledades
Estaba seguro, á causa
De ser tan impenetrables,
Por sus parcas y sus Etnas,
Sus fráguas y sus volcanes,
No quise perder de vista
La patria, por si llegase
Esta ocasion que hoy los cielos

Facilitan liberales,
No sin aviso, pues ya
Mis ciencias, bien que inconstantes,
Entre otros prodigios, vieron
(Leyendo á esos celestiales
Orbes las oscuras cifras
De tanto hermoso carácter
Como me asegura fijo,
Como me perturba errante)
Que habia de llegar dia
En que mi reina restaure
Su corona; y siendo así
Que hoy el hado favorable,
Cuando no que se consiga,
Quiere al ménos que se trate,
Vengo á ponerme á tus piés
Y á los suyos, y á alistarme
Debajo de las banderas
De tus armas, que auxiliares
Los dioses envian; que no
Pueden venir de otra parte.
Y para que veas mejor
Si es mi persona importante,
Primero que el valor venza
He de vencer con el arte.
Céfiro, bien que asustado
De ver sobre aquesos mares
La confusa babilonia,
Pensil de tanto velámen,
En mi alcance vengativo
Mas que de Irifile amante,
El monte discurre; y como
A algunos soldados mandes
Que me sigan, podrá ser
Que yo tal lazo le arme,
Que dé en él: con que no dudo
Que será el triunfo mas fácil.

ÍFIS.

No solo yo quien te siga
Daré, pero acompañarte
Tengo; que tal interpresa
No la he de fiar de nadie.

ANTEO.

Pues sígueme con alguna
Gente; y donde me escuchares
Llamar á Irifile, haz alto,
Solicitando ocultarte
En la cercana aspereza
Del mas fragoso celaje. (*Vase.*)

ÍFIS.

Yo lo haré así: tú, Brunel,
Di que algunos me acompañen
A lo largo.

BRUNEL.

¡Plegue al cielo
Que él por su piedad me saque
De escudero andante! (*Vase.*)

ÍFIS.

Tú,
Hermosísima Anajarte,
Pon á cuenta de mi amor,
Que de mi amor no te hable.

ANAJARTE.

Hablar en que no hablas, ya
Es hablar mas que si hablases.

ÍFIS.

¿Que calle un dolor no basta,
Sin que en lo que calla calle?

ANAJARTE.

No, que mudez que se explica,
No deja de ser lenguaje.

ÍFIS.

Sí deja, porque no es voz
La seña que aun no es del aire.

ANAJARTE.

Dictámen que habla por señas
Es muy bachiller dictámen.

ÍFIS.

Eso es quererle quitar
Sus idiomas al semblante.

ANAJARTE.

Claro está, que los colores
Ya son retóricas frases.

ÍFIS.

¿Quién le negó á un accidente
Que pálido se declare?

ANAJARTE.

Quien quiso hacer la fineza
De sufrirle.

ÍFIS.

Aunque no es fácil,
Cuidado con mi silencio.

ANAJARTE.

Ni ese cuidado me encargues;
Que ya dice que le tiene,
Quien pide que le repare.

ÍFIS.

Pues solo que no le tengas,
Te diré de aquí adelante.

ANAJARTE.

Ni aun eso me has de decir;
Que no deja en un amante
De ser acuerdo el acuerdo
Que del olvido se vale.

ÍFIS.

Pues para que no te ofenda
Lo que diga ó lo que calle,
Lo que acuerde ó lo que olvide,
Quitándome de delante
Te serviré de manera,
Que la noticia te alcance
Sin el ruido de mi voz
Ni el color de mi semblante. (*Vase.*)

ANAJARTE.

Eso es obligarme á que
Piense que puedo obligarme;
Pero en vano, pues no tienen
Esos orbes celestiales
Estrella que á mí, no digo
Que me incline para que ame,
Mas para que no aborrezca,
Por mas que del cielo baje
El correspondido amor
A persuadirme süave
Su yugo, contra quien solo
Mi pecho armó de diamante
Cupido, absoluto amor,
Interesado y mudable.

ISBELLA.

Pues no, señora, te fies
Dél, porque es traidor que sabe
Dar muerte sobre seguro;
Y como obligada te halles,
Podrá ser...

ANAJARTE.

No haré, pues cuando
Ifis mi reino restaure
Y en su posesion me ponga,
Sabré el auxilio pagarle
Poderosa como reina,
Y no tierna como amante.

LAURA.

Y si con aquese premio
Su amor no se satisface,
¿Qué has de hacer de un acreedor,
Que á todas horas delante
Se te ponga?

ANAJARTE.

¿Faltará
Un desden con que le aparte,
Un rigor con que le ausente?
Y cuando aquesto no baste
A no verle, ¿faltará
Un veneno que le acabe,
Una cuerda que le ahogue,
O un acero que le mate,
Aunque venganza despues
Pida Autéros á su madre?

ANTÉROS. (*Dentro.*)

Sí pedirá, porque siempre
Amor con amor se pague.

ANAJARTE.

¡Ay infelice de mí!
¿Qué voz se escuchó en el aire?

LAURA.

Yo no la oí.

ISBELLA.

Yo tampoco.

ANAJARTE.

Oid, por si á pronunciarse
Vuelve: sepamos quién puede
Turbar mis felicidades.

ANTEO. (*Dentro.*)

Irifile.

ISBELLA.

Allá en el monte
Llaman.

ANAJARTE.

¿No es esta la voz de ántes?
Pero sea la que fuere,
Nada á mí me sobresalte;
Que un corazon como el mio
Nunca ha de vivir de balde.

—

Vanse las tres; múdase el teatro en el de bosque, y salen ANTEO, ÍFIS, BRUNEL Y OTROS.

ANTEO.

Irifile.

IRÍFILE. (*Dentro.*)

¿Dónde, Anteo,
Te ocultas?

ANTEO.

Hácia esta parte.

ÍFIS.

¿Por qué, si la llamas, huyes
De donde viene á buscarte?

ANTEO.

Porque suenen nombre y voz
El tiempo que no me halle;
Que este es el veneno que
He de sembrar en el aire.
Ocúltate tú y tu gente.

ÍFIS.

Sí haré.

ANTEO.

Irifile.

IRÍFILE. (*Dentro.*)

Anteo, padre,
¿Dónde estás?

Vanse Ifis, Anteo y los soldados, y sale CEFIRO.

CÉFIRO.

Aunque esta armada
Que en la playa surta yace,
Me obliga á dar á la corte
Vuelta, donde me resguarde
De su traicion, si es traicion
La que á estos puertos la trae;
Con todo, es tan poderosa
Esta voz que el viento esparce,
Dando de Irifile el nombre
Al eco, que he de ver ántes

Que me retire, si puedo,
Siguiendo el nombre süave
De su acento, hallaría entre estas
Intrincadas soledades,
Adonde suena la voz.

ANTEO. (*Dentro.*)

Irífile.

Sale IRIFILE.

IRÍFIRE.

Anteo.

CÉFIRO.

No en balde
Fué mi diligencia, pues
Atravesando á esta parte
Viene, al iman de su nombre.

IRÍFILE.

¿Dónde, Anteo, te ocultaste?

CÉFIRO.

No preguntes por Anteo;
Que aunque él sea el que te llame,
Yo, Irífile, el que te busca:
Y no es bien respondas ántes
A quien costaste una voz,
Que á quien un alma costaste.

IRÍFILE.

Céfiro... (*Ap.* ¡Ay de mí infelice!
¡Si ahora viniera mi padre!)
Yo confieso (¡muerta estoy!)
Que al verte (¡la voz me falte!)
Tan fino (¡dude el aliento!)
Conmigo,(¡la lengua calle!)
Agradecida (¡qué digo!)
Quisiera...

Salen ANTEO, IFIS Y OTROS.

ANTEO. (*A Ifis.*)

Ya ¿qué hay que aguardes?

TODOS.

Date á prision.

CÉFIRO.

¡Ah traidora!
¿Para esto tu voz al aire
Diste, y tu nombre? ¡En lisonjas
Oculto tenias el áspid!

IRÍFILE.

¡Ay de mí, cielos! que he sido
Causa de traicion tan grande.

ANTEO.

No te resistas, si no
Quieres que contigo acabe.

CÉFIRO.

No siento tanto, traidor,
Que te vengues y me mates,
Cuanto que esa fiera sea
Tan fiera, que ella me engañe.

IRÍFILE.

Pues porque mejor lo digas,
Dejadme todos, dejadme
Llegar á mí, porque como
(*Llega Irífile á Céfiro, y le quita la espada.*)
Yo aqueste acero le saque
De la vaina, haré con él...
(*Con la espada de Céfiro acomete á los que le sujetan.*)
Que de todos se desate,
Para que libre de todos,
Huyendo, la vida escape.

BRUNEL.

¿Quién me metió en ser corchete?

IRÍFILE.

Dejadle todos, dejadle.

ANTEO.

Detente, Irífile, mira
Que no sabes lo que haces,
Pues su prision ó su muerte,
Lo que te importa, no sabes.

IRÍFILE.

No puede importarme nada
Tanto, como que inconstante
La fama, de mí no diga
Que fué mi amor tan infame,
Que el que de mí enamorado
Vino á este monte á buscarme,
No le mató mi hermosura,
Y tuvo otros que le maten.
Toma, Céfiro, tu acero, (*Dásele*)
Y pues no huyes de cobarde,
Huye de solo; que yo
A que no te siga nadie
Quedo aquí.

CÉFIRO.

Mas que la vida
Fineza estimo tan grande:
El cielo me dé ocasion,
Irífile, en que la pague.

ANTEO.

Hija....

IRÍFILE.

No me llames hija;
Que quien es traidor, no es padre.

IFIS.

Irífile, mira....

IRÍFILE.

Ifis,
Si dél pretendes vengarte,
Campañas hay donde escriba
Tu fama el valor con sangre.
No te valgas de traiciones.

IFIS.

En la lid no es bien se llame
Traicion el que es ardid; pero
Ya que este á mi intento falte,
Verás que el valor me sobra
Para ir siguiendo su alcance. (*Vase.*)

ANTEO.

¡Ay infelice de tí,
Que lo que has hecho no sabes! (*Vase.*)

IRÍFILE.

Sí sé, pues sé que he hecho una
Accion de noble y amante;
Aunque le pese á Cupido
Que haya mujer que no engañe.
Mas ¿qué importa? que yo quiero
Mas el blason de constante
Que el de ingrata, aunque de mí
Pida venganza á su madre.

CUPIDO. (*Dentro.*)

Sí pedirá, porque nunca
Amor con amor se pague.

IRÍFILE.

¿Qué voz es aquesta? Pero
Nada mi amor acobarde,
Aunque á vengarse de mí
Cupido los cielos rasgue,
Sala haciendo de justicia
En los orbes celestiales. (*Vanse.*)

Córrese la mutacion de cielo, y en lo alto estarán á un lado CUPIDO, *y al otro* ANTEROS *en dos tronos de nubes, y al lado de cada uno su* CORO, *y en medio* VENUS *sobre una estrella, y cantan.*

VÉNUS.

Pues que todo en los cielos
Es armonía,
Porque aquí hasta las quejas
Suenan á dichas;
Ya que habeis penetrado
Los dos el cielo,
Patria de la hermosa
Deidad de Vénus;
Dulce música vuestras
Quejas repitan,
Porque aquí hasta las quejas
Suenan á dichas.

ANTÉROS.

Oye de mi coro
Las que yo traigo,
Y por mí las publiquen
Favor y halago.

CUPIDO.

Oye de mi coro
Las que yo tengo,
Y por mí las publiquen
Envidia y celos.

VÉNUS.

Uno y otro sonoras
Cláusulas digan.

CORO 1.°

Pues escucha.

CORO 2.°

Pues oye.

CORO 1.°

Pues ve.

CORO 2.°

Pues mira.

TODOS.

Porque aquí hasta las quejas
Suenan á dichas.

ANTÉROS.

Hermosa madre mia,
En plumas de mis alas,
A tus etéreas salas,
Donde es eterno el dia,
Venganza pido de una tiranía,
A quien correspondido amor no alcanza.
¡Venganza, Vénus, de un desden!

CORO 1.°

¡Venganza!

CUPIDO.

Madre, no digo hermosa,
En alas de mi fuego
A tus umbrales llego,
Donde la luz reposa,
A que me vengues de una rigurosa
Fiera, en quien puse toda mi esperanza.
¡Venganza, Vénus, de un favor!

CORO 2.°

¡Venganza!

ANTÉROS.

¿Por qué, de plomo herida,
Ha de durar una beldad ingrata?

CUPIDO.

¿Por qué quien fiera mata,
Ha de amparar rendida...

ANTÉROS.

Dando esta muerte...

CUPIDO.

Aquella dando vida...

ANTÉROS.

Sin que su mal mejore.

CUPIDO.

Sin que padezca y llore.

ANTÉROS.

Quien vió mi amor?

CUPIDO.

Quien vió mi confianza?

TODOS.

¡Venganza, Vénus, etc.

ANTEROS.

Tras estos dos se ofrece
Otro no ménos fiero,
Sañudo arpon severo,
De quien, porque Cupido le aborrece,
Flecha de irracional amor padece.
Una piedra le abrasa helada y fria.

CORO 1.°

¡Piedad, piedad, hermosa luz del dia!

CUPIDO.

¿Cómo el mundo supiera
Que con mortal desmayo,
Soy, abrasando, rayo,
Soy, maltratando, fiera,
Soy piedra no sintiendo, si no diera
Esos ejemplos tres mi monarquía?

CORO 2.°

¡Rigor, rigor, hermosa luz del dia!

ANTÉROS.

Amar quien se ve amada, es igual suerte.

CUPIDO.

Querer es culpa, en quien se ve querida.

ANTÉROS.

Quien da una muerte, indigna es de una [vida.

CUPIDO.

Quien da una vida, digna es de una muer- [te.

ANTÉROS.

Sépase que una piedra se convierte
Al llanto de un amor correspondido.

CUPIDO.

Sépase que una piedra es de Cupido
Triunfo en que su mayor aplauso alcan- [za.

CORO 1.°

¡Piedad, piedad!

CORO 2.°

¡Rigor, rigor!

TODOS.

¡Venganza!

VÉNUS.

Ya que una y otra pasion
Declaró su pretension,
Cifrad los dos á una idea,
Cada cual lo que desea.

ANTÉROS.

Que quien no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

CUPIDO.

Que quien en amar se emplea,
Mujer y no mármol sea.

VÉNUS.

No me atrevo á responder,
Sin hacer
Consulta desa esperanza
Con la hermosa estrella mia.
Otro dia
Diré qué poder en entrambos alcanza
Pedirme piedad, rigor y venganza.

ANTÉROS.

Pues hasta entónces, huyendo
De ese monstruo, iré diciendo...

(*Van subiendo.*)

CORO 1.°

Que quien no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

CUPIDO.

Yo iré al contrario pidiendo,
Con mi coro repitiendo...

CORO 2.°

Que quien en amar se emplea,
Mujer, y no mármol sea.

VÉNUS.

Pues yo, á los dos respondiendo,
Justicia á entrambos pretendo
Hacer, porque el mundo vea...

TODOS.

Que quien no sabe querer,
Sea mármol, no mujer:
Que quien en amar se emplea,
Mujer, y no mármol sea.

—

Al ocultarse esta apariencia, se descubre la mutacion del palacio, y salen LEBRON, PASQUIN Y BRUNEL.

LEBRON.

Aquí la habeis de poner.

PASQUIN.

¡Lebron amigo!

LEBRON.

¡Pasquin!

BRUNEL.

¡Lebron hermano!

LEBRON.

¡Brunel!
Seais los dos bien parecidos.

LOS DOS.

Y bien hallados los tres.

LEBRON.

¿De dónde bueno, Pasquin?

PASQUIN.

Lo que te diga no sé.
Con mi amo fui de aquí,
Y aquí me vuelvo con él.
De Anajarte enamorado,
Dice que la viene á hacer
Reina de Trinacria.

LEBRON.

Y tú,
Brunel, ¿qué te haces?

BRUNEL.

No sé.
Tambien con mi amo á este monte
Voy y vengo, sin saber
A qué vengo ni á qué voy,
Porque una fiera cruel
Le trae de sí enamorado;
Y perdiéndole ahora en él,
Vengo á ver este edificio.

PASQUIN.

Y yo vengo á eso tambien.

LEBRON.

Pues bien le podréis mirar;
Que á fe que hay harto que ver.
Así no fuera locura
Haberle hecho.

LOS DOS.

¿Por qué?

LEBRON.

A una ingrata y á una fiera
Vuestros amos quieren: pues
Dad muchas gracias á Amor
De que á una estatua no es.

LOS DOS.

¿A una estatua?

LEBRON.

Sí, á una estatua
Mi amo quiere, para quien
Ha labrado este palacio
Tan hermoso como veis.
Y no es esto lo peor
De su pena, sino que
Del campo donde Anajarte
La echó, la manda traer,
Sobre un pedestal de mármol,
Como triunfal carro, á quien
Los villanos jardineros
Hace que la canten, y él
Galanteándola al estribo
Viene. Pero ¿para qué
Me canso yo en repetir
Lo que los dos podeis ver?

Salen, vestidos de villanos, MUJERES Y HOMBRES, *cantando y bailando, con instrumentos diferentes, y en un carro* LA ESTATUA *y á su lado* PIGMALEON.

MÚSICA.

Si es lo hermoso el objeto
Que obliga á querer,
¿Ser de piedra qué importa
La que hermosa es?

PIGMALEON.

Es verdad, que si lo hermoso
Objeto del amor es,
¿Qué importa que sea imposible
Para que parezca bien?
Cuántas beldades se adoran
Desde léjos, por tener
Perfecta hermosura, ¿y no
Son de piedra á quien las ve?
¿Pues cuánto es mejor amar
El que no ha de merecer,
Como yo, un desden preciso
Que un voluntario desden?
Aquí la poned, que aquí
Ha de estar, á cuyo pié
Rendidos todos, cantad,
Diciendo una y otra vez...

MÚSICA.

Si es lo hermoso el objeto, etc.

PIGMALEON.

¿Quién, Lebron, está contigo?

LEBRON.

Pasquin, señor, y Brunel.

PIGMALEON.

¿Quién son Brunel y Pasquin?

LEBRON.

Son dos camaradas.

PIGMALEON.

Pues
¿Cómo se atreven á entrar
Al cuarto de mi mujer?

LEBRON.

Hasta aquí de medio ojo
Tu locura anduvo á fuer
De buscona; pero ya
Se destapó de una vez.
¿Tu mujer?

PIGMALEON.

No la palabra
Me tomes ya, que no sé
Lo que digo... Pero miento,
Que nada supe mas bien.
Mas idos todos de aquí;
Que un loco no ha menester
Testigos á su locura.

TODOS.

Vámonos huyendo dél.

PIGMALEON.

Tú no te vayas, Lebron.

LEBRON.

¿Cómo me he de ir sin saber
Si ha venido muy cansada,
Aunque no ha venido á pié,
Doña Mármol? Mi señora,
Sea bien venida usted
A esta su casa, y conozca
Su menor criado; bien,
Que no hay oficio en que pueda
Servir, pues no puedo ser
Con quien ni come ni bebe,
Despensero ó botiller.

PIGMALEON.

Quita, loco.

LEBRON.

Llega, cuerdo.

PIGMALEON.

Hermosa beldad, á quien
Poco le costó á la lima,
Poco le debió al cincel
(Pues no de humana labor,
Sino de mayor poder,
Al parecer, se formó)
Tu divino parecer:
Bien quisiera á tu deidad
Templo consagrar, en que
Diese á tus aras continuos
Sacrificios de mi fe;
Pero ya que el desear
Se deja atras el poder,
Este corto albergue admite,
Para ser servida en él
De esas vasallas estatuas
Que por mi mano labré,
Como familia que siempre
Atenta á tu culto esté.
Si el oficio que tuviste
De ser fuente en un verjel,
Con el trato del cristal,
Te enamoró acaso dél;
Ya que de su risa echas
Ménos el ruido, no estés
Triste por eso, que aquí
Cristal no faltará, pues
Mis ojos te le darán,
Con que vengamos á ser,
Yo aquesta vez la corriente,
Y tú la fuente otra vez.
Recibe...

GENTE. (*Dentro.*)

¡Guerra! ¡Arma, arma!

PIGMALEON.

¿Qué es esto?

(*Tocan.*)

LEBRON.

Lástima es
Que te estorben, porque traza
Tenias de enternecer
Un mármol.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra!

PIGMALEON.

¿Qué será?

LEBRON.

A lo que se ve,
Huyendo viene del monte
Un derrotado tropel
Que hácia la corte camina.

PIGMALEON.

¿De quién huirá?

LEBRON.

Yo ¿qué sé?
Pero de extranjera gente
Parece.

ANAJARTE. (*Dentro.*)

Volad tras él.

ÍFIS. (*Dentro.*)

Hasta la corte seguid
El alcance, para que
De preso ó muerto no escape.

CÉFIRO. (*Dentro.*)

Favor el cielo me dé.

IRÍFILE. (*Dentro.*)

A tu lado he de morir.

PIGMALEON.

Confusion notable es.

ANAJARTE. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!
¡Valedme cielos!

LEBRON.

¿Qué fué
Aquello?

PIGMALEON.

Que de un caballo
Despeñada una mujer,
Viene cayendo del monte.
Iré á socorrerla.

LEBRON.

Ten
El paso, que no es razon
Que celos llegue á tener
La señora Doña Mármol.

(*Vase Pigmaleon.*)

Perdone vuesamerced,
Que es mi amo un caballero
Con las damas muy cortés;
Y así el socorrer á otra
Aire, y no desaire es.
¿Usted lo siente así?

LA ESTATUA.

Sí.

LEBRON.

¡Cielos! ¿Qué llego á oir y ver?
¡Qué! ¿no tienes celos?

LA ESTATUA.

No.

LEBRON.

Ya va hablando un si es no es.
Mi señora Doña Mármol,
Yo no enternezco á vusted,
Y así no gaste conmigo
Finecitas de oropel.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

Saca PIGMALEON *á* ANAJARTE *en brazos.*

PIGMALEON.

Lebron...

LEBRON.

¿Qué me mandas?

PIGMALEON.

Ten
Esta beldad en los brazos,
Miéntras que yo vuelvo á ver
Qué novedad es aquesta. (*Vase.*)

LEBRON.

Oye, aguarda: no me des
Otra estatua, que con una
Tengo yo harto en que entender.
¡Ah mi señora Ana Juarez!

ANAJARTE.

¡Ay de mí!

LEBRON.

Y de mí tambien.

ANAJARTE.

¿Dónde estoy?

LEBRON.

En el tablado.

ANAJARTE.

Dime si fuiste tú quien
En sus brazos me detuvo,
Cuando, llegando á caer,
Perdí el sentido.

LEBRON.

¿Pues no?

ANAJARTE.

La vida te debo.

LEBRON.

Aun bien
Que con cualquier joya desas
Estarémos en paz.

ANAJARTE.

Ten,
Que ¡así pudiera pagar
A precio de otro interes
Otra fineza! Ahora dime,
¿Cúyo este palacio es?

LEBRON.

Doña Estatua, mi señora,
Lo dirá, que vive en él.

ANAJARTE.

¡Qué es lo qué miro! — Mentida
Deidad, que en solio te ves,
De un amor idolatrada,
Colocada de una fe,
¿Cómo, habiendo sido mia,
No te pegó mi altivez
La vanidad, para no
Dejarte amar y querer?
Pero si al correspondido
Amor sigues, yo veré
Si de un mármol lo apacible
Desagravia lo cruel
De otro mármol: en tu pecho
Admite tú un amor fiel,
Miéntras yo otro fiel amor
Altiva desprecio, á quien
Despues de haberme servido
Muerte le he de dar, porqué
Acrédor de mis favores
No pueda volverle á ver,
Aunque de mí licenciosa
Diga la fama despues...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

La que no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

ANAJARTE.

¿Qué oráculos son del aire
Éstos, que siempre escuché?

UNOS. (*Dentro.*)

¡Anajarte viva!

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva
La que nuestra reina es!

ANAJARTE.

Mejor suenan estas voces,
A pesar de hados, aunqué
Entre cajas y trompetas
Aquellas digan tambien....

MÚSICOS. (*Dentro.*)

La que no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

TODOS.

¡Anajarte viva! ¡Viva
La que nuestra reina es!

PIGMALEON. (*Dentro.*)
Entrad á mi alcázar todos,
Que aquí es donde la dejé.

TODOS.
¡Nuestra reina viva, viva!

MÚSICOS. (*Dentro.*)
Sea mármol, no mujer.

Sale ACOMPAÑAMIENTO, *y detras* CEFIRO, IRIFILE, IFIS, ANTEO, PIGMALEON Y LAS DAMAS.

ÍFIS.
En albricias de tu vida
Vengo á poner á tus piés,
Hermosísima Anajarte,
Todo este triunfo, de quien
Yo el primer rendido soy,
Céfiro y Anteo despues;
Con Irífile, que apénas
Con mi gente le alcancé
A la vista de su corte,
Cuando llegándole á ver
A él prisionero y á mí
Victorioso, solo en fe
De haber tomado la voz
De tu nombre, empezó á hacer
Toda su nobleza y plebe
Demostraciones de que
Estaba sin voluntad,
Oprimida del poder.
Todos te apellidan, todos,
Diciendo en afecto fiel...

TODOS.
¡Anajarte viva! ¡viva
La que nuestra reina es!

ANAJARTE.
Agradecida... (*Ap.* ¿Qué importa
Que afable este rato esté,
Si por no verme obligada,
Sabré matarle despues,
O pésele ó no le pese
A Antéros, el amor fiel?)
A tu valor,(¡ay de mí!)
Ifis generoso,(¿qué
Mortal frio me estremece?)
Confieso (¿qué ansia cruel
La voz me hiela en el labio?)
(*Va convirtiéndose en estatua.*)
Que debo (¡letargo infiel
Es el que siento!) á tu fama
(¡Qué ira!) el sagrado laurel
Y la vida... Pero miento,
Pero miento, que no fué
(Un áspid tengo en el pecho
Y en la garganta un cordel)
La vida la que te debo,
Porque no puedo deber
Lo que no tengo. ¡Ay de mí!

TODOS.
¿Qué es esto?

ANAJARTE.
No sé, no sé;
Si ya no es que sea venganza
De Vénus, dando á entender
Que la que querer no sabe,
Más es mármol que mujer.
(*Queda como la estatua.*)

ÍFIS.
No solo quedó á la vista
Helada, pero tambien
Al tacto, que no de humana
Materia la llega á ver.

CÉFIRO.
Frio mármol es y hielo
Su nevada candidez.

LEBRON.
Ojo á la márgen, señoras,
Y tratarme de querer,
Si no quieren ser mañana
Todas de mármol.

ÍFIS.
¡Qué bien
Diciendo el agüero está
(¡Ay de mí infeliz!) de aquel
Oráculo fementido
Que para mí habia de ser
Rayo amor, pues tras el fuego
Que me vió abrasar y arder,
En muriéndose la llama,
Quedó la piedra despues!
Si es mármol, sabré adorarla.

PIGMALEON.
No será la primer vez
Que un mármol se vea querido;
Que yo, cuyo influjo fué
Que amor, piedra para mí,
Habia (¡ay infeliz!) de ser,
Amo esta; y de mi locura
Tan grande el extremo es,
Que en la presencia de todos
La doy la mano y la fe
De ser suyo miéntras viva.

LA ESTATUA.
Y yo la acepto, porqué
Pasando de extremo á extremo
El soberano poder
Del amor correspondido,
Se vea que en una fe
Firme, en un amor constante,
Tierno llanto, afecto fiel,
Si una mujer y una piedra
Porfian á aborrecer,
Se deja vencer primero
La piedra, que la mujer.

PIGMALEON.
Desciende, hermoso prodigio,
Para que me eche á tus piés.
(*Baja la Estatua.*)

LA ESTATUA.
Para ser tuya viví,
Y ahora conmigo ven
Al templo de Vénus, donde
Sacrificio haga mi fe
Al correspondido amor.

ÍFIS.
Contigo á su templo es bien
Ir yo, donde á su deidad
La sacrifique tambien
La venganza que por mí
Tomó Antéros de un desden.

LA ESTATUA.
Pues id diciendo los dos,
Si quereis agradecer,
Tú el favor y tú el castigo,
Lo que dice el aire.

LOS DOS.
¿Qué es?

ANTÉROS. (*Dentro.*)
Que quien no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

CUPIDO. (*Dentro.*)
Que quien en amar se emplea,
Mujer, y no mármol, sea.

PIGMALEON Y ÍFIS.
Pues yo por mí iré diciendo
Que justo decreto es...

ÍFIS.
Que quien no sabe querer,
Sea mármol, no mujer.

PIGMALEON.
Que quien en amar se emplea,
Mujer, y no mármol, sea.

CÉFIRO.
Aunque Anajarte no es
Capaz de reinar, y queda
A mí el derecho por ley,
El mas infeliz amante
Vengo yo á ser de los tres.

ANTEO.
No eres sino el mas felice.

CÉFIRO.
¿Cómo, si cuando ambos ven,
Uno vengado su amor,
Y otro premiada su fe,
Yo vengado ni premiado
Le veo ni le he de ver?
Vengado, pues que no tengo
En Irífile de qué,
Ni premiado, pues no puedo
La fineza agradecer
De haberme dado la vida.

ANTEO.
¿Por qué no puedes?

CÉFIRO.
Porqué
Fiera la encontré en los montes.

ANTEO.
¿Casarás con ella, si es
Tu igual?

CÉFIRO.
Sí.

ANTEO.
Pues sabe que ella
La reina heredera fué
De Trinacria, y yo Nicandro,
Que temiendo la cruel
Ira de tu padre, una
Noche en la cuna la hurté,
Donde á Anajarte introduje;
Y llegando á conocer
Por las estrellas, que habia
De cobrar su reino, dél
Nunca la quise ausentar.
Esto lo dirán mas bien
Las joyas que echaron ménos
Cuando yo...

CÉFIRO.
La voz deten,
Que á quien quiere creér, le sobran
Las pruebas para creer.
Esta, Irífile, es mi mano.

IRÍFILE.
¡Dichosa quien llega á ver
Logrado reino y amor!
Y ahora, en tanto que le haceis
Las exequias á ese mármol,
Conmigo, prodigio, vén;
Que un prodigio á otro prodigio
Que le haga agasajo es bien.

LA ESTATUA.
De tu hermosura y del sol
Igualmente el rosicler
Me ha cegado. (*Vanse las dos.*)

ANAJARTE. (*Hablando, aunque convertida en estatua.*)
Mármol fui,
Mármol soy, mármol seré.

TODOS.
Retirémosla de aquí.

LEBRON.
Mejor ponerla allí es; (*Sobre la fuente.*)
Que no faltará otro bobo
Que la convierta en mujer

ÍFIS.
¡Ay infelice de mí!

BRUNEL.

No has negociado mal, pues
Condenado á ahorcar estabas.

LEBRON.

¡Mire el diablo de mujer,
Y dónde estaba escondida!

PASQUIN.

¡Qué aun no le bastase ser
De mármol para no hablar!

BRUNEL.

Aténgome á mi amo, pues
El que no queda casado
Es el que queda mas bien.
Pero ¿qué música es esta?

LEBRON.

Escuchad, y lo sabréis.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Muera, muera el amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido amor perfecto!

LEBRON.

Sobre el gran templo de Vénus,
En nubes, al parecer,
Se rasga el cielo.

TODOS.

Venid
Todos á saber lo que es.

—

Descúbrese la mutacion del cielo, y bajan ANTEROS, CUPIDO Y VENUS.

ANTÉROS.

¿Cómo que es puede dudarse
Triunfo mio en que se ve
Que el socorro que me dieron
Les he pagado á los tres?
A Pigmaleon, pues puede
Una piedra enternecer;
A Céfiro, pues que una
Fiera le asegura rey;
A Ifis, dándole venganza
De un rayo, que habia de ser
Muerte suya: con que vienen
A convertirse en placer
Piedra, rayo y fiera, siendo
Cádaver, reina y mujer.

CUPIDO.

Sí; mas no me negarás
A mí que yo pude ser
Piedra, rayo y fiera, puesto
Que eso han amado los tres.
Y para que no presumas
Que envidia puedo tener,
Te he de asistir al festejo,
Repitiendo yo tambien:
¡Muera, muera el amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido amor perfecto!

TODA LA MÚSICA.

¡Muera, muera el amor vendado y ciego!

VÉNUS.

Viva, pues que vitorioso
Antéros de tu poder,
En la esfera de Diana,
Que la diosa auxiliar es
Del correspondido amor,
Todas las ninfas á quien
Ha premiado, le hacen fiesta.
Volved los ojos, volved
A ver ese hermoso cielo,
De quien el prólogo es
La fortuna del amor,
Cantando segunda vez...

MASCARA.

AQUÍ, HABIÉNDOSE ACABADO LA COMEDIA, SE DA PRINCIPIO Á LA MÁSCARA, DESCUBRIÉNDOSE REPARTIDA EN DOS COROS DE MÚSICA DE SIETE VOCES, Y EN CADA UNO CUATRO MUJERES Y TRES HOMBRES, Y EN UNA TROPA DOCE MUJERES, QUE SON LAS QUE HAN DE DANZAR, Y EN LO ALTO LA FORTUNA.

TODOS. (*Cantan.*)

¡Muera, muera el amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido amor perfecto!
Y en coros repetidos
De voces y instrumentos,
Las flores en la tierra,
Las aves en el viento;
Y en forma de batalla
Canten los dulces ecos,
A pesar de Cupido,
¡Victoria por Antéros!
¡Muera, muera el amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido amor perfecto!

LA FORTUNA.

Yo, que la Fortuna soy,
Que para aqueste festejo
En tres sagrados asuntos
Propuse tres argumentos,
Depuesta la vela y rueda
Con que en veloz movimiento
Campañas de vidrio corro,
Piélagos de luz navego,
Humildemente rendida,
En alas del pensamiento,
Para pediros perdon
De parte de todos vengo.
Cuarto asunto el triunfo sea,
Con que de Diana y Vénus
Las ninfas celebren hoy
La gran victoria de Antéros.
Y tú, gran planeta, y tú,
Bella Aurora, á quien siguieron
Las dos mejores estrellas
De ese humano firmamento,
Felices vivais, y sea
Para ver en vuestros reinos
La dichosa sucesion
Que aguardan nuestros afectos.
Y en tanto, pues todo es
Amor puro, amor honesto,
Adonde empezó el festin,
Acabe el festin, diciendo:
¡Muera, muera el amor vendado y ciego!
¡Viva el correspondido amor perfecto!

(*Repite la música, y danzan los de la máscara.*)

¡Oh qué airosas van danzando
Con hermosura y con gala
Al amor enamorando!
Pero ninguna no iguala
A las que lo están mirando.
Porque aunque del sol la esfera
El cielo traslade al suelo,
No es bien que competir quiera
Toda la luz de su cielo
La de nuestra primavera.

(*Canta la música de la máscara.*)

MÚSICOS.

Vuestros son, ó Felipe,
Mis nobles pensamientos,
Y el alma y sus potencias
A vuestros piés ofrezco.
Vuestras son, ó Mariana,
Las ansias y deseos,
De que las esperanzas
Lleguen á ser efectos.
Vuestros son, Margarita,
Los rendidos desvelos
Que de servir tuvimos,
Y de acertar tenemos.
Los años que mandasteis
Que aplauda nuestro afecto,
No han menester mas dias,
Pues es cualquiera vuestro;
Que todos son del sol,
Y sol cuyos reflejos
La esfera de dos mundos
Alumbra en dos imperios;
Pues todos son del Alba,
Y alba, de cuyo bello
Llanto, la Margarita
Es perla sin ejemplo.
¡Oh qué airosas van haciendo,
Al compas de la Fortuna,
Los lazos que van tejiendo!
Pero no iguala ninguna
A las que las están viendo.
El amor correspondido
La fama les dé, y la gloria
A la envidia de Cupido,
Pues es suya la victoria
Del desden y del olvido.

(*Danzan todos á compas de la música.*)

CORO 1.° (*Canta.*)

¡Qué bien suenan las cláusulas dulces
Que van á Felipe airoso y galan!
¡Y qué bien que las oye su esposa,
Diciéndole alegre al mismo compas,
Que viva inmortal, que viva inmortal!

TODOS.

¡Y qué bien que las oye su esposa,
Diciéndole alegre al mismo compas,
¡Que viva inmortal!

CORO 2.° (*Canta.*)

¡Qué bien suenan las cláusulas dulces
Que aplauden los rayos de un sol ale-
[man!
¡Y qué bien que las oye su esposo,
Diciéndole alegre al mismo compas...

TODOS.

Que viva inmortal!

CORO 1.°

¡Qué bien suenan las cláusulas dulces
El dia feliz de uno y otro natal!
¡Y qué bien que las oyen dos reinos,
Diciendo uno y otro al mismo compas...

TODOS.

Que viva inmortal!

FORTUNA.

¡Qué bien es que dancen el Alta
Los que de la Alta Alemania vinieron;
Y á las voces que da la Fortuna,
Respondan los aires, y digan los ecos...
¡Viva el Amor, y viva el Amor,
Que es vida y alma de mi corazon!

TODOS.

¡Viva el Amor, y viva el Amor!
Que es vida y alma, etc.

ANTÉROS Y CUPIDO. (*Cantan.*)

Al Amor, que fino y constante [*pechos,*
Gobierna en las almas, y manda en los
La gala le canten las ninfas, y á coros
Respondan los aires, y digan los ecos...

TODOS.

¡Viva el Amor! etc.

CORO 1.° (*Canta.*)

¿Hay quien se atreva á volar
Con las alas de Cupido,
Sin que al golfo del olvido
Le anegue de Amor el mar?
¿Quien se atreverá á los vuelos
De las alas de un rapaz,
Que, en vez de favor y paz,
Ha engendrado envidia y celos?
Todos sus fuegos son hielos,
Todo su placer pesar.
¿Hay quien se atreva á volar, etc.

EL ALCAIDE DE SÍ MISMO.

PERSONAS.

MARGARITA, *infanta de Nápoles.*
ELENA, *dama.*
SERAFINA, *criada.*
ANTONA, *villana.*
BENITO, *villano.*
UN CAPITAN.
FEDERICO, *príncipe de Sicilia.*
EL INFANTE DE SICILIA.
EL REY DE NAPOLES.
ENRIQUE, *criado de Elena.*
LEONELO, *criado de Elena.*
ROBERTO, *criado de Federico.*
MÚSICOS.
LABRADORES.
SOLDADOS.—CRIADOS.

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

JORNADA PRIMERA.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, ROBERTO.

ROBERTO. (*Dentro.*)

Precipitado vuelo
Nos despeña. ¡Jesus!

FEDERICO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

(*Salen como despeñados; Federico armado, con botas y espuelas.*)

ROBERTO.

¿Estás, señor, herido?

FEDERICO.

Muerto fuera mejor; mas tal ha sido
Siempre el rigor del hado,
Que vive á su pesar un desdichado.

ROBERTO.

Guarde el cielo tu vida
De cobardes contrarios defendida;
Que al fin, viviendo un hombre,
No hay horror, no hay espanto que le asombre.

FEDERICO.

Antes en penas tales,
El morir es el último en los males.
¡Pluguiera á Dios, Roberto,
Pluguiera á Dios, que allí me hubieran muerto,
Entre asombros y espantos,
Las fieras armas de enemigos tantos;
Y no fuerte y altivo,
O venturoso mas, hubiera esquivo
Dejado á una lanzada
Muerto á Don Pedro Esforcia en la estacada!
No hubiera yo llegado,
De duro acero, de diamante armado
(Como ves), á este monte,
Término al parecer deste horizonte;
O ya que aquí llegase,
¡Pluguiera á Dios que en él me despeñase,
Cuando veloz tropieza
El caballo en su propia lijereza!
Pues fuera el daño ménos,
Que vernos hoy de confusiones llenos,
Y de tantos contrarios perseguidos.
Adviertan tus sentidos
Que pierdo á Margarita, lo primero,
A Margarita bella,
Que fué del cielo flor, del campo estrella:
Luego, que nos hallamos
En un monte, y que en él los dos estamos,
El caballo perdido,
Tú cansado, yo armado y sin vestido,
Y cuando á alguna aldea
Queramos ir, ninguno habrá que vea
A pié y armado un hombre,
Que no se ria dél, ó no se asombre.
Y siendo conocido
Por las señas tan grandes, mas seguido
De quien me busca quedo,
Donde la muerte asegurarme puedo,
Cuando preso me tenga
El Rey, pues juntamente en mi se venga
De su sobrino muerto
Y de la grande enemistad, Roberto,
Que con mi padre tiene; que esta ha sido
La causa de entrar yo desconocido
En su reino, en sus fiestas,
No fiestas ya, tragedias si funestas,
Pues con penas tan graves
Sucedió lo que callo yo y tú sabes.

ROBERTO.

Todo lo considero.
Y peor fuera morir; que hallar espero
Remedio á mal tan fuerte.

FEDERICO.

¡Remedio! ¿De qué modo?

ROBERTO.

Desta suerte.
Tú no eres conocido
En Nápoles; que nunca en él ha habido
Quien el rostro te vea.
Pues este monte muda guarda sea
De las armas grabadas:
En él con verdes ramas sepultadas
Queden; que yo no dudo
El poderte escapar, yendo desnudo
A la primer aldea
Diciendo que la gente que saltea
En este monte, ha sido
Quien te llevó la hacienda y el vestido.
Así, al fin, se consigue
El no hallarte la gente que te sigue,
Y el hallar tú consuelo,
Moviendo á compasion la tierra y cielo.
Yo (habiéndote dejado
Dónde quisieres tú) disimulado,
Me volveré á la corte,
Donde sabré lo que á tu amor le importe.
Las joyas tendré en ella,
Para irte socorriendo.

FEDERICO.

Si mi estrella
No me hubiera dejado
Tal amigo, ¡qué triste y desdichado
Hubiera yo nacido!
La oposicion de mi desdicha has sido.
Siguiendo tu consejo,
Las duras armas en el monte dejo.
Desnudo iré moviendo
A compasion las piedras, porque entiendo
Quejarme tristemente
Con tal disfraz, de lo que el alma siente,
Como aquel que ha llegado
A tener un dolor disimulado;
Que cuando no le deja,
Fingiendo otro dolor, de aquel se queja.

ROBERTO.

Pues hácia aquesta parte,
Que es mas secreta, puedes retirarte;
Que ya del sol la lumbre
Da el primero perfil á aquella cumbre.

FEDERICO.

Tú, si á la corte fueres,
Y en ella acaso á Margarita vieres,
Dila que soy amante
Tan descortés, tan necio é inconstante,
Tan loco y tan altivo,
Que no la puedo ver, y quedo vivo.
(*Vanse.*)

Entrada á una aldea.

ESCENA II.

ELENA, ENRIQUE Y LEONELO, *en traje de camino.*

ELENA.

En tanto que esos caballos,
Veloces hijos del viento,
Pagan en cristal y nieve
Las esmeraldas del suelo,
Podrás hasta Miraflor
Adelantarte, Leonelo,
Y decir cuán desdichada
Y desesperada vengo
A ser rústica aldeana
De sus montes. Quiera el cielo,
Que por ser rústicos tanto,
Halle mas piedad en ellos.
(*Vase Leonelo.*)

ESCENA III.

ELENA, ENRIQUE.

ENRIQUE.

La soledad deste monte,
La causa de tus extremos,
Y el no haber visto las fiestas
Que nuestra desdicha fueron,
En la lealtad de un criado
Dan, señora, atrevimiento
A pedir que me repitas
Tu dolor y sentimiento,

Porque el mal comunicado,
Dice un sabio que fué ménos.

ELENA.

Publicóse por Italia,
Con el comun sentimiento
Digno de tan tristes nuevas
(Presagios deste suceso),
La muerte infeliz de Enrico,
De Nápoles heredero.
Por cuya razon su padre,
A su anciana edad atento,
Dispuso dar á la infanta
Margarita digno dueño,
Llamando para esta empresa
A los príncipes del reino.
Todos vinieron, y todos
Muestra de su gusto dieron,
Celebrando su hermosura;
Y mas que todos, Don Pedro
Esforcia mi hermano, pues
Como su amante y su deudo
(Que suele hacer el amor
Un segundo parentesco),
Fijó en Europa carteles
Llamando á público duelo
Para una justa real,
Sustentando y defendiendo
En ella que Margarita
Era el mas digno sugeto
De amor, y la mas perfecta
Dama en belleza é ingenio.
— Perdonen tantas como hay
En el mundo, atrevimientos
De hombre enamorado, pues
Quien llega á estarlo, sospecho
Que ni mas que aquello estima,
Ni piensa que hay mas que aquello. —
A la fama de las justas,
De toda Europa acudieron
Los príncipes mas gallardos,
Mas bizarros caballeros;
Y en tanto que se cumplia
De los carteles el tiempo,
Todo era máscaras, motes,
Festines, saraos y juegos.
Una noche (que era dia,
Pues no se echaba el sol ménos)
Dando principio á un festin
Estaban los instrumentos,
Cuando por la sala entró
Un bizarro caballero,
Que arrebató á un mismo punto
De todos los movimientos.
El dió principio al festin,
Teniendo siempre cubierto
El rostro con el embozo:
Hizo el primero paseo,
Sacó á Margarita, y ella,
Con un cortés cumplimiento
Salió. Mi hermano (no sé
Si yo me hiciera lo mesmo)
Salió entónces, procurando
Quedar con ella en el puesto;
Y el caballero embozado,
Poniendo cuidado en serio,
Con la mano en la cuchilla,
Dijo atrevido y resuelto:
« Ninguno mejor que yo,
Merece el lugar que tengo.»
Don Pedro iba á responder,
Cuando entrándose por medio
El Rey y grandes, salió
De la sala el caballero
Tan en sí, que no le vió
Nadie el rostro, ni supieron
Hasta hoy quién era: tal fué
Su recato y su secreto.
Llegó de la justa el dia,
Y afrentando y desmintiendo
Nuestra plaza la memoria
De romanos coliseos,
Se vió cubierta de gentes
Tan diversas, que se vieron
En ella las confusiones
Que tuvo Babel un tiempo.
De una tienda de brocado
Que estaba al lado derecho
Armada, salió mi hermano,
Tan airoso y bien dispuesto
En un caballo, que un alma
Informaba á entrambos cuerpos.
Con amorosas empresas
Gallardos aventureros
Entraron, que por no ser
Mas prolija no las cuento,
Y porque llegando á entrar
El caballero encubierto,
Se olvidan y quedan todas
Sepultadas en silencio.
Corriéronse muchas lanzas,
En cuyos varios sucesos,
Como en la suerte y fortuna,
Se ganan y pierden premios.
Llegó á correr el gallardo
Embozado con Don Pedro
Mi hermano, que hasta aquel punto
Le habia dicho bien el tiempo.
Pusiéronse frente á frente
Los caballos, tan atentos
A las voces de un clarin,
Que con estar algo léjos,
Parece que á cada uno
El animado instrumento
Estaba hablando al oido:
Tal era el instinto en ellos,
Pues parece que el enojo
Heredaban de sus dueños.
Partieron pues tan veloces,
Que ya trocados los puestos,
Muchos no determinaron
Si pararon ó partieron,
Habiendo en medio las lanzas,
Hechas átomos, el viento
Dividido en tantas partes,
Que muchas dellas subieron
Tan altas, que por entónces
Ninguna cayó en el suelo,
Ni despues, porque tardaron
En caer ó no cayeron.
Toman la segunda lanza
Para su segundo encuentro:
Mucho espacio si son véras,
Mucha prisa si son juegos.
Vuelven á partir, y aquí
Un caballo, desmintiendo
La valla, de un lado rompe.
¿No has visto en el mar soberbio
Cuando nevadas montañas,
Rizando á su frente el ceño
Un navío en un escollo
Da, y en pedazos resuelto,
La que fué campaña ántes,
Le sirve de monumento?
¿No has visto en un terremoto
Temblar la tierra y el cielo,
Caducar los edificios,
Y en tanto horror, tanto estruendo,
Precipitarse dos montes,
Desgajados de sí mesmos,
Y encontrándose al caer,
Darse batalla violentos,
Hasta rendirse á su furia,
Que no pudieran á ménos?
Pues tales eran los dos,
Porque en la carrera á un tiempo
Imitando las acciones
De agua, tierra, fuego y viento,
Eran dos naves de bronce,
Eran dos montes de hierro,
Eran dos rayos de plata,
Eran dos aves de acero.
Falseando la sobrevista
Hirió el acerado hierro
A mi hermano: cayó en tierra,
Bañando en humor sangriento
La arena; que parecia
Que tan infeliz suceso
Lloró con sangre la tierra...
Cuando dividida veo
La plaza en bandos, vengando
Unos, y otros defendiendo
La muerte y el homicida,
El cual animoso y diestro
Salió de la plaza. Dónde
Se esconde, ignoro; sospecho
Que Marte le arrebató
A colocarle en su asiento,
O por guardarle de mí
Abrió sus bocas el centro.
Yo, á un tiempo pues combatida
De dos contrarios afectos,
Quise, viendo la impiedad
(Si la verdad te confieso),
Dejar la corte, y confusa
Vengo á Belflor, donde vengo
(Si hay desdichas que se huyan)
De mis desdichas huyendo,
Donde mi esperanza muera,
Donde viva mi tormento,
Donde mi llanto me anegue,
Donde me ahogue mi aliento;
Pues entre amor y rigor,
Entre esperanza y deseo,
Llego, huyo, quiero, olvido,
Amo, adoro, vivo y muero.

ENRIQUE.

Notable suceso ha sido,
Y mas pensar que se esconde,
Sin saber cómo, ni dónde,
Y que no sea conocido.

ESCENA IV.

LEONELO; *despues* BENITO, ANTONA Y LABRADORES. — DICHOS.

LEONELO.

Los villanos de Belflor,
Sabiendo que vuestra Alteza
Viene con tanta tristeza,
Para mostrar el amor
Y voluntad que la tienen,
Todos á darla su vida,
El pésame y bien venida,
Y á besar sus plantas vienen.
(*Salen Benito, Antona y labradores Hablan aparte en el fondo del teatro.*)

ANTONA.

Benito, advierte que ahora
Tú, por ser el mas erguido,
Mas calletrudo y sabido,
Tienes de dar á señora
El pésame.

BENITO.

Yo ¿por qué
He de dar á la Condesa
Pésame, si no me pesa?
El pésete la daré.

LABRADOR 1.°

Di que es Vénus y Diana,
Y que en su gran presuncion
Murió como otro Faeton
Su hermano.

BENITO.

De buena gana.

LABRADOR 2.°

Di que fué quien le mató
Un Neron soberbio y malo,
Un cruel Sardanapalo.

BENITO.

Todo eso la diré yo.

ANTONA.

ue ella nos viva mas años
ue vivió Matusalen.

BENITO.

odo aquesto está muy bien.

ANTONA.

ara consolar sus daños,
ue el Concejo no la envía
olacion, fiesta y grandeza,
orque quien tiene tristeza,
e cansa de la alegría. (*Adelántanse.*)

BENITO.

uesa Conda soberana,
an erguida, llumpia y bella
ue son fregonas con ella
oña Vénus y Doña Ana,
i en tiempo de fiestas bellas
Belflor habeis venido,
ien hecho ha sido, si ha sido
or buscar donde no vellas.
todos nos ha pesado,
aquesto nos está bien;
ue un pésame ó parabien
empre es estilo cansado.
éngale Dios en buen poso,
ue él murió en su presuncion,
omo el otro fanfarron,
e arrogante y animoso.
pues á aqueste le igualo,
l que le dió muerte fiera,
ra un Eneron, y aun era
na Sardina de palo.
ero vivais vos, amen,
ara gozar destos daños,
on gusto y salud mas años
ue vivió Mateo de Allen.
ue el Concejo no la envía
olacion, fiesta y grandeza,
orque quien tiene tristeza,
o diz que tiene alegría.

ESCENA V.

EDERICO, *medio desnudo y herido.* — ELENA, ENRIQUE, LEONELO, BENITO, ANTONA, LABRADORES.

FEDERICO.

enerosos labradores,
vos, hermosa señora,
ue entre bárbaros sayales
ois entre espinas la rosa,
uévaos á piedad el ver
n desdichado que arroja
nvuelta en sangre y suspiros
edazos del alma propria.
n mercader rico era,
tanto, que en una joya
ifré el tesoro del mundo.
ine á las fiestas famosas
e Nápoles, procurando
n concurso de personas
an ilustres emplear
i caudal y hacienda toda.
icelo así... ¡A Dios pluguiera,
uera mi dicha tan corta,
ue no hiciera empleo tan grande!
orque perdiéndole, ahora
s mayor el sentimiento
ue la fortuna envidiosa
o lo fuera, si llevara
ras las dichas la memoria;
as es fortuna loca,
iosa sin fe, y amiga de lisonjas.
ensé volver á mi patria,
ico de hacienda y de honra
Basta que dijese rico,
orque en los tiempos de ahora
a riqueza es el honor,
n atencion de personas,
Porque ya el pobre se vende,
Como ya el rico se compra);
Pero fuéron mis designios
La hermosura de la rosa,
Que el purpúreo rosicler
Juzga perpetua corona
Del campo, sin atender
A que en un tiempo se enojan
Tiempo y fortuna: soberbio
Brama el austro, el cierzo sopla,
Siendo cadáver del campo
Entre sus perdidas pompas.
Tal yo, rico de esperanzas,
Que son las tempranas hojas,
En mi patria me juzgué,
Sin advertir á que corta
El cielo intentos del hombre.
¿Qué importa (¡ay de mí!), qué importa
Que él proponga y determine,
Si hay estrellas que dispongan
Y ejecuten? Porque ellas,
Cuanto el hombre escribe, borran;
Que es nuestra vida sombra
De aquella luz que influye poderosa.
Yendo pues por ese monte,
Salió una pequeña tropa
De bandoleros, que en él
La hacienda y la vida roban.
Quise ponerme en defensa;
Pero ¿cuál hombre se arroja,
Anteponiendo los bienes
A la vida, si ella sola
Merece ser preferida
Sobre las humanas cosas?
¡Mal haya quien ambicioso
Muere! ¡Mal haya quien compra
La majestad con la vida!
Pusiéronme dos pistolas
A los pechos, y rendido
(No fué temor, fué piadosa
Atencion al ser cristiano),
Entregue mi hacienda toda.
Y pensando que guardaba
Mi vestido algunas joyas
(Que usar mercaderes suelen
De invenciones cautelosas),
El vestido me quitaron,
Dejándome como ahora
Estoy; y viéndome así,
Há tres dias que esas rocas
Habito, que me sustento
De yerba rústica y tosca.
Pero la necesidad
Hace que rompa y que corra
Los velos á la vergüenza;
Y pues mis plantas dichosas
A esta parte me guiaron,
En mi consuelo conozcan
Que sigue el gusto á la pena,
A la desdicha la gloria,
A la fatiga el descanso,
La luz á las negras sombras,
A mi llanto la piedad
De tus manos generosas;
Que mortales congojas
Viven á la mudanza atentas todas.

ELENA.

Bien pensé que no tenia
Mi pecho infeliz lugar
Donde cupiese el pesar
De tu desdicha y la mia;
Pero aquí me ha consolado
Tu pena y tu desconsuelo;
Que á un desdichado es consuelo
Hallar otro desdichado.
Aliéntate, toma brio,
Ten ánimo y esperanza;
Que todo está á la mudanza
Sujeto. Este Estado es mio:
En él te puedes quedar
Reparando tu fortuna,
Donde tu suerte importuna
Puedes felice burlar.
Tambien al monte he venido
A llorar desdichas yo:
Consuelo tu pena halló,
Pues un hermano he perdido,
Cuya nobleza y valor
Publica á voces la fama,
Cuando infelice le llama,
Muerto á manos de un traidor:
Y por no alabarle yo,
Sabe que es quien lloro aquí,
Don Pedro Esforcia.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

ELENA.

Y el traidor que le mató
No se ha sabido quién era:
Demonio debió de ser,
Pues se pudo defender,
Y esconderse de manera
Que no se sabe por dónde
Ni de qué suerte escapó.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡A buen puerto vine yo!

ELENA.

Sin duda el centro le esconde.

FEDERICO.

Al reves ha sucedido
Hoy ese efecto en los dos,
Pues mirar á un triste, á vos
De consuelo os ha servido,
Y á mí de pena; que aquí
Un dolor al otro excede;
Que pena vuestra no puede
Ser de gusto para mí,
Pues tanto pienso, por Dios,
Sentir la que es vuestra, tanto,
Que parezca que en mi llanto
Son una misma las dos.
La merced que me ofreceis
De vivir con vos aceto
(*Ap.* Aquí viviré secreto.)
Sirviéndôs; que bien sabeis
Que un hombre que rico ha sido
Dobla en su tierra el dolor,
Pues vive pobre mejor
Adonde no es conocido.

BENITO.

Señor desnudo, ¿hasta cuándo
Vuesa merced piensa habrar?
¿No pudo considerar
Que tambien yo estaba habrando,
Y no es buena cortesía
Dejar, con cordura poca,
Atravesada en la boca
La media embajada mia?

ELENA.

(*Ap.* ¡Qué prudente y advertido
Su sentimiento mostró!
¡Qué bien que disimuló
El llanto mal resistido!)
Este hombre me ha obligado
Con su estilo. (*A Enrique.*)

BENITO.

Guárdeos Dios.

ANTONA.

Benito, no habra con vos.

BENITO.

Otras veces habrá habrado.

ELENA.

¿Cómo os llamais?

FEDERICO.

Español.

BENITO.

Benito.

ELENA. (*Á Federico.*)

¿Y sóislo?

BENITO.

¿Yo?

FEDERICO.

Sí;
En Barcelona nací.

ELENA.

Todos sois hijos del sol.
¡Qué buen talle!

BENITO.

A su servicio
Está el talle y la persona,
Que su mercé es quien le abona.

ANTONA.

No dice á vos. Pierdo el juicio.

ELENA.

En fin, ¿quereis el partido?

FEDERICO.

Sí, pues á un puerto he llegado,
Tal, que fuera desdichado,
Cuando no lo hubiera sido.

ELENA. (*Á Enrique.*)

Su modo dice que es
Hombre bien nacido.

BENITO.

Sí,
Aseguro que nací,
Si bien me acuerdo, de piés.

ELENA.

Palabra os doy que si tengo
En la venganza que sigo
Buen fin, y deste enemigo
No conocido me vengo
(Porque fiera y vengativa
Siempre ha sido la mujer),
Que tengo, Español, de hacer
Que os olvideis, así viva,
De la pérdida de hoy.

FEDERICO.

No pierda yo vuestra gracia,
Que de toda mi desgracia,
Señora, olvidado estoy.

(*Vanse retirando todos.*)

(*Ap.* ¿Qué confusiones me ofrece,
Fortuna, tu mano ingrata?
¡Vida me da quien me mata,
Me acoge quien me aborrece,
Quien me busca, me defiende,
Quien me da favor, me sigue,
Quien me ampara, me persigue,
Y me guarda quien me ofende!
Pues quedarme solícito
Adonde mi muerte veo;
Que está mas seguro el reo
Donde comete el delito.) (*Vanse.*)

—

Sala del real palacio en Nápoles.

ESCENA VI.

EL REY, MARGARITA, SERAFINA.

MARGARITA.

Déjame morir.

REY.

Advierte...

MARGARITA.

¿Qué puedo advertir, señor,
Si es de cualquiera dolor
Última línea la muerte?

REY.

Tan grave pena, tan fuerte
Pasion y mal resistida,
Hoy vendrá á dejar vencida
Tu vida.

MARGARITA.

¡Al cielo pluguiese
Tan dulce mi pena fuese,
Que acabase con mi vida!

REY.

Todos la muerte lloramos
De Esforcia, todos sentimos,
Todos al cielo pedimos
La venganza que esperamos;
Pero no todos estamos
Rendidos á un sentimiento,
Margarita, tan violento,
Que exceda al sentir sus modos.

MARGARITA.

Siento sola mas que todos,
Porque mas que todos siento.

REY.

Ya tu venganza publico.
Muerte le daré al traidor,
Si le alcanzo.

MARGARITA. (*Ap.*)

¡Qué rigor!
¡Ay mi bien! ¡Ay Federico!

REY.

¿Qué respondes?

MARGARITA.

Significo
Conmigo así los recelos
De tus penas, tus desvelos.
Busca al traidor, harás bien:
Muerte tus manos le den.
(*Ap.* No lo permitan los cielos.)
Mas quien pretende olvidar
Una pena ó una gloria,
Le sirve de mas memoria
El insistir en pensar
Que olvida: el que ha de dejar
De quejarse, y se aconseja
Con su razon, cuando deja
La pena y llanto infelice,
Con las razones que dice
Que no se queja, se queja.
Allí su consuelo alcanza
Pena mas firme y notoria,
Pues la queja y la memoria
Son pensar en la venganza:
No habrá en mis males mudanza,
Pues lo que remedio ha sido
Trae el veneno escondido,
Pues con la venganza intento
No sentir, y siempre siento,
Olvidar, y nunca olvido.

ESCENA VII.

UN CAPITAN *con* ROBERTO.—DICHOS.

CAPITAN.

Señor, como has publicado
Por traidor al que encubriere
El homicida, ó supiere
Dél, nos ha manifestado
Un hombre aqueste criado,
Que por suyo conoció.

REY.

Dél sabré mi intento yo.

ROBERTO.

Yo con mi lealtad concluyo
Que soy criado, mas cuyo,
Eso no lo diré yo.

REY.

¿Quién eres?

ROBERTO.

Un forastero
Que á Nápoles ha llegado,
De las grandezas llamado
De las fiestas.

REY.

De tí espero
Saber quién es aquel fiero
Autor de mis penas.

ROBERTO.

Yo
No le conozco.

REY.

¡Pues no
Eras su criado?

ROBERTO.

Sí;
Mas no supe á quien serví.

CAPITAN.

Bien su turbacion mostró
Que esta es malicia, señor;
Porque en un pobre criado,
En quien ahora han hallado
Joyas de tanto valor,
Es el presumir error
Que no hubiese conocido
A quien hubiese servido.

ROBERTO.

Por cierto, el señor Don Tal
Es bueno para fiscal.

REY.

Pues la piedad no ha podido
Moverte, pueda el tormento.
Entre las joyas está
Un papel, y dél quizá
Conoceré el fin que intento.

MARGARITA. (*Ap.*)

¿Hay mas triste pensamiento?
Papel será suyo. Mucho
Es mi temor: triste lucho
Con mi llanto y mi deseo.

REY.

Oye, que...

MARGARITA. (*Ap.*)

Mi agravio veo.

REY.

Carta es.

MARGARITA. (*Ap.*)

Mi muerte escucho.

REY.

(*Lee.*) *Porque vuestra Majestad no esté con el cuidado que le puede dar mi ausencia, escribo con Roberto, avisando de mi salud y la causa que me ha traido á Nápoles, que es á ver las fiestas que sustenta Don Pedro Esforcia, cuyo valor me ha obligado á asistir en ellas: acabadas, volveré á los piés de vuestra Majestad, cuya vida el cielo aumente. El príncipe Federico.*

¿Es posible que esto creo,
Y mi pena no publico?
¡El príncipe Federico
Fué el homicida! ¡Qué veo!
¿No le bastaba que fuese
Federico mi enemigo,
Sino que por mas castigo
Guerra en mis tierras hiciese?

MARGARITA.

¡Oh Federico cruel!...
(*Ap.* Corazon, disimulemos,
Y estas lágrimas y extremos
Hablen á un tiempo con él.)

¡Bárbaro, arrogante, vano,
Soberbio y desvanecido,
Altivo, loco, atrevido,
Cuyo poder, cuya mano
Muerte me dió!... (*Ap.* Y es verdad,
Muerte alevosa me dió,
Pues la vida me quitó,
Robándome la mitad
Del alma.) ¡Plegue á los cielos
Que tu fin sangriento sea,
Como mi pecho desea!

REY.

Tus lágrimas y desvelos
A todos nos han rendido.
Capitan, buscadle luego,
Destruyendo á sangre y fuego
El lugar mas escondido.
(*Vase, y síguele el Capitan.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, ROBERTO, SERAFINA.

MARGARITA.

¡Ay, Roberto! tu lealtad
Muerte á todos nos ha dado.
Dime, ¿por qué te has quedado
Por mi daño en la ciudad?
¿Por qué esta carta guardaste,
Donde su nombre firmó
El Príncipe? ¿Por qué no
La rompiste ó la quemaste?

ROBERTO.

No pude yo prevenir
Lo que nos ha sucedido.
Aquí me quedé escondido,
Y un huésped pudo decir
(¡Mal haya quien inventó
Los huéspedes!) que yo fui
El que al Príncipe serví,
Porque en su casa vivió.
Esta carta le escribia
Al Rey su padre, y despues
No la envió; que esta es
Su desdicha, tuya y mia.

MARGARITA.

Y la que yo he de llorar.

ESCENA IX.

EL CAPITAN. — MARGARITA, SERAFINA, ROBERTO.

CAPITAN. (*A Roberto.*)

El Rey manda que estéis preso,
Porque de aqueste suceso
No podais aviso dar.

MARGARITA.

Y es bien que esté preso el fiero
Que á un enemigo sirvió.
(*Ap. á Roberto.* Libertad te daré yo.)

ROBERTO. (*Ap. á Margarita.*)

Esa de tu mano espero.
(*Vanse el Capitan y Roberto.*)

ESCENA X.

MARGARITA, SERAFINA.

SERAFINA.

Tus razones he escuchado,
Tus lágrimas he advertido;
Y de no haberte entendido,
Triste y confusa he quedado.
Algun secreto hay aquí.

MARGARITA.

Quiero á tu pecho fiel
Hacer secretario dél.

SERAFINA.

Atenta te escucho.

MARGARITA.

Allí
Para tragedias de amores
Nos da lugar el jardin,
Entre el azar y el jazmin,
Entre las rosas y flores.
Y si contarte pretendo
Una enigma semejante,
No entenderme no te espante,
Que yo tampoco me entiendo. (*Vanse.*)

—

Monte.

ESCENA XI.

ANTONA, BENITO.

ANTONA. (*Canta.*)

Subiera Morales
En el su caballo,
La espuela de melcocha,
Y el freno de esparto.
Luneta,
Atala allá de la sonsoneta.

BENITO. (*Canta.*)

En la calle nueva
Está enamorado:
Por mirar arriba,
Cayera en un charco.
Luneta,
Atala allá de la sonsoneta.

ANTONA. (*Canta.*)

Sogas y maromas
Tiran á sacarlo:
Sácanle una asadura
Que habia merendado.
Luneta,
Atala allá de la sonsoneta.

BENITO.

Deja un poco esa luneta;
Que lo has cantado tan bien,
Que no chilla una sarten,
Un órgano, una carreta,
Con mas fuerte y recio chorro
Que tú.

ANTONA.

El alabarme es yerro,
Porque no entonó un becerro,
Un podenco ni un cachorro,
Mas que tú, ni aun un marrano,
Cuando le matan, gruñó
Con mas gracia, y no habro yo
En la carreta y organo.
Mas ya que esto es acabado,
Y que es forzoso el habrar
De otra cosa, hasta llegar
A la quinta, me ha pasado
Por el calletre que habrémos
En cuándo será aquel dia,
Benito dell alma mia,
Que los dos matrimuñemos.
En pensallo me hace astillas
El pracer dentro del pecho,
Y me viene tan estrecho,
Que el hato me hace cosquillas.

BENITO.

Para olvidar sus regalos,
Considera que pasó
Ese dia, y que llegó
El que yo te mato á palos,
Muy mohino y enfadado;
Que en fin, forzoso ha de ser
Que me canse una mujer
Que ha de estar siempre á mi lado.
Porque ¿á cuál hombre no pesa
Ver (si en su mujer repara)
Siempre en la cama una cara,
Siempre una cara en la mesa?
Si tiende una mano, toca
Siempre una cara; si huele,
Es á la cara que suele;
Si ve, es con ventana poca,
Una cara; y si esta pena
Cualquiera cara nos da,
Dime, Antona, ¿qué será
Si la tal cara no es buena?
Pero casados los dos,
¿No nos vendrá á ser así?

ANTONA.

¡Vos darme palos á mí!
¡Malos años para vos!
No en mis dias, á la hé.

BENITO.

Ya desenojarte quiero.
Sino es el dia primero,
En mi vida te daré.

ANTONA.

¿Por qué el primero?

BENITO.

Azotó
La justicia cierto dia
Un hombre; y él, que temia
La penca, al verdugo dió
Tal cantidad de dinero,
Porque ablandase la mano
La solfa de canto llano.
Tomólo pues, y el primero
Azote fué tan cruel,
Que la sangre reventó:
Y cuando el otro volvió
La cara de probar hiel,
Le dijo: «Con tales modos
Vuestra deuda satisfago:
Ved el amistad que os hago,
Que así habian de ser todos».
Ansí tú conocerás,
Pegándote el primer dia,
La amistad y cortesía
Que te hago en los demas.
Mas ¿cómo ha de darte enojos
Quien tan de véras te amó?
Que ántes me quebrara yo
Las mochachas de mis ojos:
Porque ellas pueden quebrarse,
Y mi amor, Antona, no.

ANTONA.

¿No podrás mudarte?

BENITO.

No.

ANTONA.

¿Ni olvidarme?

BENITO.

Ni olvidarte
Puede mi amor.

ANTONA.

¿Y podrá...

BENITO.

¿Qué?

ANTONA.

Llegarme á aborrecer?

BENITO.

Sí, que en siendo mi mojer,
Antona, fuerza será.

ANTONA.

¿Por qué?

BENITO.

Porque serás mia.

ANTONA.

Si por la cara ha de ser,
Mojer soy, y sabré hacer
Una cara cada dia. (*Vase.*)

ESCENA XII.

BENITO.

Si sabrás, que alguna vi
Que lirio se levantó,
Blanca azucena vivió,
Y se recogió albelí.
Mas ¿qué allumbra allí? No sé.
Llegar mas cerca deseo.
Oro ó prata es lo que veo.
Notabre ventura hué
Haber por aquí llegado.
Un tesoro he descubierto,
Que alguno en este desierto
Debió de dejar guardado
Tirar quiero... Mas ¿qué miro?
Un vestido de oro es,
Que llaman armas ó arnes.
(*Saca las armas de Federico.*)
Poco de vellas me admiro,
Que ya otras veces las vi
En mi aldea; que no só
Tan bobo, que bien sé yo
Que esto ha de ponerse así.
(*Póneselo al reves.*)
La prata y oro, sospecho
Que de la tierra ha nacido;
Pero que nazca un vestido
De la tierra hecho y derecho,
Es cosa notabre y rara.
Si así cualquiera naciera,
Porque en el mundo no hubiera
Sastre ninguno, me holgara.
¡Qué será verme vestido
Con él, y entrar en la aldea!
Ninguno habrá que me vea,
Que no se quede atordido.
Pues Antona, ¿qué dirá?
Que só con figura extraña
San Jorje Mata-la-araña.
¡Oh lo que verme será
Vestido, como yo quiero,
Desde este (que el nombre ignoro),
Este papahigo de oro (*Por la celada.*)
A las polainas de cuero!
No faltará quien me ayude
A ponerlo, si me vó
Hácia los pastores yo
(Que en ellos no habrá quien dude
El componer hatos tales),
Y andaré, como Longinos,
De dia por los caminos,
De noche por los jarales.
(*Vase, llevándose las armas.*)

ESCENA XIII.

EL CAPITAN, SOLDADOS.

CAPITAN.

En este monte que ha sido
Con intrincada maleza
Laberinto natural
Que tantas calles enredan,
Es sin duda donde aquel
Prodigio humano se encierra
Que por esta parte vino,
Segun nos dicen las señas.
¡Oh si ya pluguiese al cielo
Que á nosotros nos debiera
El Rey ver en su poder
Al que convirtió en tragedia
El gusto, en luto las galas,
Y en llanto y dolor las fiestas!

SOLDADO 1.°

Si por esta parte entró,
Será imposible que pueda
Esconderse, porque el monte
De todas partes le cercan
Gentes de armas.

CAPITAN.

Y las suyas
Son tan conocidas, que ellas
Dirán del dueño.

SOLDADO 2.°

Señor,
Al pié destas altas sierras
Muerto está un caballo.

CAPITAN.

Y es
El mismo que en la carrera
Rayo fué; que no es posible
Engañarnos tantas señas.
Y si el caballo rendido
Está á su misma violencia,
Poco léjos está el dueño.

SOLDADO 1.°

¿Y no puede ser que sea
Haber mudado caballos
En el monte?

CAPITAN.

Mal pudiera
Tener tanta prevencion
Quien dudaba de la empresa.
En fin, él está en el monte:
La dicha sin duda es nuestra.
Todo se visite, y todos
Con oido y vista atenta
Le examinen rama a rama:
No quede la mas secreta
Parte que el sol ignoró,
Guardada á su diligencia.
No habrá servicio que estime
Tanto el Rey, como que vea
En su poder este monstruo
Que tanto dolor le cuesta.

SOLDADO 1.°

Era el infeliz Don Pedro
Su sobrino.

CAPITAN.

Y tambien era
El mas galan, mas cortés,
De mas ingenio y nobleza,
De mas valor, y en efecto
El príncipe de mas prendas:
De modo que hizo comun
El sentimiento; y si llega
A prenderle, sea quien fuere,
Le cortará la cabeza,
Por lo que la noche hizo
Del sarao en su presencia,
Y por haber dilatado
Hasta las justas aquella
Enemistad, donde hizo
Duelo y campo la palestra.

ESCENA XIV.

BENITO, *ridículamente armado.*— EL CAPITAN, SOLDADOS.

BENITO. (*Para sí.*)

¡Qué brava fegura vengo!
¿Quién habrá que ansí me vea
Que no se muera de risa?
Unos hombres que esta sierra
Pasaron, por divertirse
Me han armado, y de manera
Que no puedo menearme.
¿Qué será verme en la aldea
Desta suerte? Qué hará Antona
Cuando por otro me tenga?

SOLDADO 2.° (*Ap. al Capitan.*)

Si no me engaña la vista,
Por entre esas pardas peñas
Sale un caballero armado.

CAPITAN.

Y son del mismo las señas:
Mal pudiera desmentirle
El arnes.

SOLDADO 1.°

¿De qué manera
Le pudiéramos prender?
Que si se pone en defensa,
No será el mundo bastante.

CAPITAN.

El que esté rendido, es fuerza,
Al peso del duro acero,
A la fatiga y violencia
Del cansancio y del camino,
Pues muerto el caballo deja.
Llegad los dos por detras;
Que yo, la pistola puesta
A los pechos, le tendré,
Para que no se defienda.

SOLDADO 1.°

Llega paso.

SOLDADO 2.°

Con temor
Voy, porque como nos sienta,
Dos mil son pocos: tal es
Su valor, ánimo y fuerzas.

SOLDADO 1.°

Con silencio.

BENITO. (*Para sí.*)

Estaba yo
Haciéndome ahora cuenta
De cuánto durará un sayo
Destos... (*Asenle por detras.*)

SOLDADO 1.°

Ya le tengo, llega.

CAPITAN.

Date á prision, ó la vida
En tu misma sangre envuelta,
Saldrá al rayo de mi mano.

BENITO.

¡Ay, señores, que me llevan!
Pues ¿qué culpa tuve yo
En ponerme?...

CAPITAN.

No pretendas
Defenderte, que has de ir
Muerto ó vivo á la presencia
Del Rey.

SOLDADO 2.°

Tenle.

SOLDADO 1.°

Un monte muera.

BENITO.

¡Ay, señores, que me llevan!

JORNADA SEGUNDA.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, SERAFINA.

MARGARITA.

Aquí, Serafina hermosa,
Que solo escucharme pueden
Estas plantas y estas flores,
De mi amor testigos fieles;
Pues otras veces han visto,
Pues han oido otras veces
Estas lágrimas heladas
Y estos suspiros ardientes,
Cuando á solas consultaba
Mis penas ó mis placeres
(Que se descansan contando
Amores, aunque se cuenten
A plantas que no responden.

pájaros que no entienden,
peñascos que no aman,
cristales que no sienten);
abrás (pues que ya he rompido
n secreto que me debe
antos dias de silencio,
oco hallado en las mujeres)
ue un dia que la violencia
e aquel pasado accidente
ió treguas á mi dolor
¡Pluguiera á Dios no las diese!)
n mayordomo me dijo :
Si es que vuestra Alteza quiere
ivertirse, podrá ver
as joyas mas excelentes
ue la codicia imagina,
l arte pule, y guarnece
l deseo, que son tales
ue el arte y codicia vencen.
quí un platero extranjero
as trae, porque así pretende
ntre príncipes tan grandes
mplear tan grandes bienes.»
a curiosidad entónces
le dió causa á que las viese,
di licencia al platero
ara que á mi vista llegue.
No llegara mas al alma,
ues desde entónces padece
n mal que no se conoce
un dolor que no se siente!
esaráte de pensar
ue un artífice pudiese
abrarme el alma ; pues no,
erafina, no te pese;
ue debajo deste nombre
star disfrazado puede
n príncipe Federico;
ue arte tan noble comprende
ebajo de su nobleza
os príncipes y los reyes.
nseñóme algunas joyas,
entre ellas una que excede
a imaginacion, y en ella
uardado curiosamente
n retrato. Si era mio,
ígalo el alma, que al verle,
udó el cuerpo en que asistia,
iciendo entre sí : «¿No es este
l original? pues ¿cómo
resa en un cuerpo me tienen,
quien solo informa un alma
e matices y pinceles?»
quiso pasarse á él.
o dudo yo que lo hiciese,
ues quedé sin alma yo,
ue allá el platero la tiene.
reguntéle que á qué efecto
n joya tan excelente
usó mi retrato. Y él,
urbado el rostro y sin verme,
e respondió : «Federico
e mandó que así le hiciese
ara su pecho, porqué
a fama, que vuela siempre,
e dijo de tu hermosura
a perfeccion, si es que puede
plauso tan dilatado
edirse en centro tan breve.
andóme hacer el retrato;
ero al llevarle y al verle,
sí dijo : — Ángel humano,
quien los hados crueles
partan de mí, porqué
irados los cielos quieren
ue el enojo de los padres
n nosotros dos se herede,
o quiero yo profanar
u decoro, ni atreverme
amar tu sombra; y así,
o es bien que en mi pecho quedes,
orque agravia á todo el sol
Quien á esos rayos se atreve.
Mas no será bien tampoco
(¡Ay de mí!) que llegue á verse
En otro poder la imágen
Que adoraré eternamente;
A sus manos ha de ir,
Si á llevársele te atreves,
Porque una estrella, del sol
Desasida, porque un breve
Arroyuelo, hijo del mar,
Porque una centella ardiente,
De su rayo despedida,
Si alumbra, camina y hiere,
Se restituyen al sol,
Al mar y al rayo; que vuelve
Todo á su centro. — Palabra
Dí, señora, de atreverme
A dejártele en tu mano :
Ahora dame la muerte.»
Dijo, y sacando la joya
Otra vez, sin que me espere
Respuesta alguna, volvió
La espalda. No de otra suerte
Quedé, que entre dos imanes
Suspenso el acero suele.
Abrí la joya otra vez,
Donde (¡oh, amor, lo que puedes!)
Vi amorosas tropelías;
Pues trocadas sutilmente,
Otra me dió, donde estaba
Un retrato, vivo siempre,
Del príncipe Federico,
Y conocí claramente
Serlo el platero. Quedé
En una ocasion tan fuerte
En mayores confusiones...
Pero ¿para qué pretende
Turbada mi voz decirte
Pensamientos que se mueren
Discursos que se imaginan,
Glorias que se desvanecen?
Yo amé : díganlo esas flores
Otra vez, pues ellas pueden
Decir las noches que oyeron
Sus quejas en estas redes.
Bien la empresa de la justa [1]
Dió á entender que estima y siente
Las lisonjas de la noche.
Lo que en ella le sucede
Ya lo sabes : menos mal,
Si mi padre no le prende;
Pues aunque le pierda yo,
No será dolor tan fuerte
Como que él pierda la vida,
Porque es fuerza que se vengue
De las guerras que ha tenido
Con su padre; y si él la pierde,
¡Ay de la mia! porqué
Vivo en pensar que la tiene,
Aliento en pensar que vive,
Y muero en pensar que muere.

SERAFINA.

Mi amor, señora, de quien
Tanta confianza tienes,
Te estima favor tan grande.
Mucho ha sido que pudieses
Guardar un secreto tanto.

MARGARITA.

No hay mujer que cuando quiere,
No sepa tener secreto.

SERAFINA.

El Rey, señora, aquí viene.

MARGARITA.

Con una industria quisiera
Que ahora por libre diese
A Roberto, que está preso.

[1] De esta empresa no se ha hecho mencion al dar noticia de la justa. ¿Faltará algun pedazo en la relacion que hizo Elena en la escena II del acto I?

ESCENA II.

EL REY, CRIADOS. — MARGARITA, SERAFINA.

REY.

Margarita, ¿cómo sientes
Tu mal? ¿No da la tristeza
Lugar para que te alegres?

MARGARITA.

A Serafina decia
Ahora, como no puede
Tan grande dolor dejarme,
Que ha de atormentarme siempre.

REY.

Muy justa eleccion hiciste
En tan hermosa y prudente
Secretaria.

MARGARITA.

¡Ella dirá
Si estoy triste!

SERAFINA.

Y justamente.

REY.

Pues ¿hate dicho la causa?

SERAFINA.

No, pero los accidentes
Della : y á mi parecer
Muy fácil remedio tiene.

REY.

¿Cómo?

SERAFINA.

Hallándose á quien dió
A Don Pedro Esforcia muerte.

REY.

Pues alégrate, que yo
Tengo esperanza de verle
En mi poder.

MARGARITA.

Una industria,
Pues es muy fácil, se me ofrece.
Manda soltar al criado
Que está preso, pues no tiene
Culpa en servir á su dueño;
Y despues, señor, ponerle
Espías; que él ha de ir
Donde el Príncipe estuviere,
Y así le descubrirás.

REY.

¡Qué ingenio tan excelente! —
Vayan por aquel criado.

MARGARITA.

Vayan luego por él.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA III.

EL CAPITAN. — EL REY, MARGARITA, SERAFINA.

CAPITAN.

Déme
Vuestra Majestad los piés.

REY.

¿Qué hay de nuevo?

CAPITAN.

Que sucede
A medida del deseo
Tu pretension.

REY.

¿De qué suerte?

CAPITAN.

Con la gente de tu guarda
Salí en busca de un aleve,

Informado de que habia
Llegado á un monte, y halléle
En medió dél, desarmado,
Porque rendido de verse
Sin caballo, que se habia
Despeñado, tristemente
Estaba al pié de una peña.
Sintiónos; y tan valiente
Volvió sobre sí, que fué
Mucho que no nos hiciese
Pedazos á todos juntos:
Tan diestro es, altivo y fuerte.
Pero á mi valor rendido,
Da las armas, y no quiere
Decir quién es; solo dice
Que un villano... y aun pretende
Hacerse loco tambien,
Porque algunas veces suele
Decir locuras.

REY.

No importa
Que esconda el nombre y que intente
Hacerse loco, si ya
Sé que es el traidor aleve
El príncipe Federico.
(*Habla en voz baja con el Capitan, el cual se va.*)

MARGARITA.

(*Ap.* ¡Ay de mí! venga mi muerte.
¡Ay de mí! acabe mi vida;
Que no pueden, que no pueden
Disimular tantas ansias.
Rompan la prision, revienten
Por la boca y por los ojos
De mis entrañas ardientes
Suspiros que el alma enciendan,
Lágrimas que el pecho aneguen.)
¡Ay de mí, cielos!

REY.

¿Qué es esto?
Qué sientes, hija? Qué tienes?

MARGARITA.

Tengo un fuego que me hiela,
Tengo un hielo que me enciende,
Un dolor que me atormenta,
Una pasion que me vence.
¡Ay de mí! acabe mi vida.
¡Ay de mí! venga mi muerte. (*Vase.*)

REY.

Serafina, pues contigo
Ha descansado, ¿qué sientes
De una tan nueva pasion?

SERAFINA.

Aunque quebrante las leyes
De un secreto, más importa
Que su vida se remedie.
El príncipe Federico
De Sicilia, que ahora prendes,
Es causa desta tristeza;
Y para decirlo en breve,
No es la causa, sino amor,
Porque en secreto se quieren.
Esto es verdad; y temiendo
Que tu enojo le dé muerte,
Rompió su dolor el pecho.

REY.

¿Qué escucho? Ya de otra suerte
Procederé, porque al fin
Consejo muda el prudente.
Moderemos el rigor.

ESCENA IV.

ROBERTO, CRIADOS. — EL REY, SERAFINA.

ROBERTO.

Deja que tus plantas bese
Quien, sirviendo á su señor,
Si te enoja no te ofende.
Dame la muerte.

REY.

Antes quiero
Que libre, Roberto, quedes;
Que tu lealtad, galardon,
Y no castigo, merece.
Vete libre, que ya el cielo
Mas piadoso favorece
Mi deseo. Ya le hallaron
A tu señor, y ya viene
Preso.

ROBERTO. (*Ap.*)

¿Qué es esto que escucho?
¿Si hubo quien le conociese
En la aldea en que quedó?

ESCENA V.

EL CAPITAN, SOLDADOS, Y BENITO, *armado.* — DICHOS.

CAPITAN.

Ya, señor, está presente
El príncipe Federico
De Sicilia.

BENITO.

(*Ap.* Encanto es este.)
¡Yo príncipe! Si só Enrique
De Cecilia, ¿qué pretenden
Con este sayo?

REY.

(*Ap.* Dudoso,
En un punto me acometen
Los deseos de vengarme,
Y las razones de verme
Piadoso. ¿Qué puedo hacer?
Aquí la pasion me tuerce,
Y allí me lleva el amor.)
Si á vuestra Alteza parece
Que, viéndole en mi poder,
He de vengar imprudente
Las ofensas de su padre
Y suyas, poco le debe
Mi pecho, pues no conoce
El valor con que procede,
Si bien queda preso.

BENITO.

¿Yo?
Pues ¿qué delito es ponerme
Este vestido, si yo,
Como un hongo ó seta verde,
Allí me le hallé prantado
En aquel campo?

REY.

No tiene
Vuestra Alteza que encubrirse
Con los disfraces de hacerse
Villano, rústico ó loco;
Que el sol nace y resplandece
Aunque nublados se opongan
A sus rayos transparentes.
No desconfíe de mí
Hoy vuestra Alteza: consuele
Estos lances de fortuna,
Mudable y dudosa siempre.

BENITO.

¿Qué mudabre ó qué dudosa?
Tomen sus armas y denme
Mis hatos, si es que esto buscan;
Que no soy, aunque lo piensen,
El príncipe Fueborrico
De Cecilia.

ROBERTO.

(*Ap.* Engaño es este,
Que ahora en mi lengua está
Darle crédito y hacerle
Mayor; y aun estorbo así
Que vuelvan con nueva gente
A buscarle.) Vuestra Alteza
Me dé los piés; que no puede
Mi amor, aunque esté delante
El Rey, sufrir que les niegue
A mis labios esta dicha
De besarlos. (*De rodillas.*)

BENITO.

¿Quién os mete
Con mis piés á vos? No quiero
Que nadie mis piés me bese.

ROBERTO.

Ya no puede vuestra Alteza
Disfrazarse desa suerte.

SOLDADO 1.°

Señor, ya estás conocido.

CAPITAN.

Ya, señor, saben que eres
El príncipe de Sicilia.

BENITO.

¿Todos?

ROBERTO.

Sí.

BENITO.

Pues todos mienten;
Que no conozco Cecilia,
Entre todas las mujeres
Que conozco, sino una
Cecilia tan solamente
Del rabadan de mi aldea.
Esta es verdad.

ROBERTO.

¿Que aun pretendes
Disimularte conmigo,
Siendo un criado que excede
A Acátes en la lealtad?

BENITO.

Aunque de Acicátes cuentes
Cuanto mandares, no sé,
Hombre ó demonio, quién eres.

ROBERTO. (*Ap. al Rey.*)

Señor, mi amo Federico
Mas que de discreto, tiene
De valiente. Ha dado en esto,
Y habrá de estarse en sus trece.

REY.

A la torre de Belflor
Le llevad, y allí se entregue
A Elena; pero advirtiendo,
Que esté en la prision de suerte
Que sea digno hospedaje
De un príncipe tan valiente.
(*Ap. á Roberto.* Ya como yerno le trato
A mi enemigo.)

ROBERTO. (*Ap.*)

No es ese
Milagro ni novedad,
Porque á ser lo mismo viene
Un enemigo que un yerno.

REY.

Y con él Roberto quede
A servirle; que en efecto
Se holgará de hablarle y verle.
Dirás á Elena tambien,
Que allí le tenga, y que espere
De mis manos generosas
Mil favores y mercedes.
(*Ap.* Quiero componer las partes,
Por Margarita. ¡Oh mujeres!
¡Qué de intentos descomponen
Vuestros necios pareceres!)

CAPITAN.

Ven, señor, donde descanses.

BENITO.

Vamos (*Ap.* otro loco es este)
A descansar y á comer.

ROBERTO.

Aquí vuestra Alteza tiene
A Roberto.

BENITO.

¿Y sos Roberto
El diabro? (*Ap.* ¿Si es sueño este?
Mas todos han dado en esto,
Y sin duda alguna, debe
De ser verdad : pues que todos
Lo dicen, es evidente.
O todos están borrachos,
O yo solo. Mas ¿qué puede
Estarme mejor á mí,
Que ser en tiempo tan breve
Fraile-rico de Cecina,
Y venga lo que viniere?) (*Vanse.*)

—

Floresta delante de un castillo.

ESCENA VI.

ANTONA Y LABRADORES.

ANTONA.

No hay consuelo para mí.
Dejadme llorar, Belardo.

LABRADOR 1.°

¿No hay consuelo?

ANTONA.

No le aguardo.

LABRADOR 2.°

¿Pues has de morirte?

ANTONA.

Sí.
El me dijo : «Antona mia,
Cuando vuelvas me hallarás
Firme á tu amor, mucho mas
Que esta encina.» ¿Qué seria
El no estar despues allí?

LABRADOR 3.°

Para mí, bien juzgo yo
Que una fiera le comió.

ANTONA.

Y debió de ser ansí :
Aqueso es razon que veas.
Fea le comió cruel :
Es sin duda, porque él
Muy amigo era de feas.
En las entrañas está
De alguna, sin testimonios,
Porque no harán mil demonios
Lo que una fea no hará. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

ELENA, FEDERICO.

FEDERICO.

¿Con qué he de poder pagar
Tantas honras y favores?

ELENA.

Tú las mereces mayores.

FEDERICO.

Aun no merezco besar
La tierra que pisas. ¿Yo,
Quién soy, señora, ó quién fuí,
Para tal favor? Si aquí
Mi ventura me guió,
No fué mi suerte importuna,
Pues con mas razon diré
Que, por mas fortuna, fué
Desdichada mi fortuna.
¡Dichoso yo, que nací
Con tan venturoso estado,
Que fuera mas desdichado
Cuando no lo hubiera sido!

ELENA.

(*Ap.* Ya conoce mis extremos,
Pues habla sin que repare;
Mas ántes que se declare,
Corazon, disimulemos.)
Quien os oyere, Español,
Hablar tan agradecido,
Pensará que habeis tenido
A vuestras plantas el sol.
Alcaide os hice, y no son
Favores en tanto aumento,
Que vuestro agradecimiento
Merezca por galardon.

FEDERICO.

No os entiendo. ¿De qué suerte
He de proceder? Hablando,
Estoy temiendo y dudando,
Entre mi vida y mi muerte.
Muchas veces que pretendo
Agradecer con recato,
Soleis culparme de ingrato...
¡Vive Dios, que no os entiendo!
Hoy, que obligado de vos,
Agradecido me veis,
También desto os ofendeis :
¡No os entiendo, vive Dios!
¿O es que, como malos tratos
De falsa y fingida fe
Han hecho, Elena, que esté
Poblado el mundo de ingratos,
Os canso yo porque he sido
Agradecido? Que ya,
Como no se usan, da
Enfado un agradecido.
Yo no lo seré, si aquí
Obligo mas, sin saber
Estimar y agradecer.

ELENA.

Pues tampoco os quiero así.

FEDERICO.

¿Qué haré?

ELENA.

Que de aquí adelante,
Mis pesares ó mis gustos,
Mis contentos ó disgustos
Escucheis con un semblante.
Ni agradecido os pretendo,
Ni olvidado entre los dos.

FEDERICO.

¡No os entiendo, vive Dios!

ELENA. (*Ap.*)

Ni yo, vive Dios, me entiendo.

ESCENA VIII.

EL CAPITAN.—ELENA, FEDERICO.

CAPITAN.

Dame, señora, los piés.

ELENA.

¿Qué es aquesto, Capitan?

CAPITAN.

Que ya tus contentos van
En los aumentos que ves.
Ya se sabe quién ha sido
El homicida, que allí
Mató á Don Pedro.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Ay de mí,
Si me hubiesen conocido!

ELENA.

¿Quién es (que ya multiplico
Con las nuevas el dolor)
Ese bárbaro traidor?

CAPITAN.

El príncipe Federico
De Sicilia.

FEDERICO. (*Ap.*)

Ya ¿qué haré?
Conociéronme sin duda.

CAPITAN.

Siempre la verdad ayuda.

FEDERICO. (*Ap.*)

¿Si me iré? ¿Si me pondré
En defensa?

CAPITAN.

¿A quién nombró
Por alcaide deste fuerte
Tu Alteza?

FEDERICO. (*Ap.*)

Echada es la suerte.

CAPITAN.

¿O quién es su guarda?

FEDERICO.

Yo,
Yo soy ese que buscais,
Porque en mi vida encubrí
Mi nombre ; y pues soy ya aquí
Conocido, ¿qué mandais?

CAPITAN.

Hablaros aparte quiero.

FEDERICO.

Desde ahí podeis hablar,
Porque tengo de apelar
De mi valor á mi acero.

CAPITAN.

¿Para quién, ó contra quién?

FEDERICO.

Vos, Capitan, ¿no decis,
Que aquí buscando venis
Al alcaide, y que tambien
El príncipe Federico
Está conocido ya?
Pues aquí presente está
Lo que buscais.

CAPITAN.

No replico
A eso, porque no os entiendo.
En vano os alborotais.

FEDERICO.

Si vos, señor, me buscais...

CAPITAN.

Yo solamente pretendo
Entregaros en prision...

FEDERICO.

Antes perderé la vida.

CAPITAN.

No vi tan inadvertida
Y notable confusion.
Oidme, y despues sabréis
Mi intento.

FEDERICO.

Ya no replico.

CAPITAN.

El príncipe Federico
Viene preso, y vos habeis
De guardarle en este fuerte.
Yo en el monte le prendí.

FEDERICO.

Eso está bien. Como os vi
Llegar, señor, desa suerte
Tan turbado, y preguntando
Por mí, pasion propia fué.
Sin ocasion me alteré.

ELENA.

¿Qué es lo que estoy escuchando?
¡Federico preso!

CAPITAN.

Sí.
A vos el Rey os le envió,
Para que desde este dia
Preso le tengais aquí.
En una carroza viene,
Sin que ninguno le vea
El rostro, porque no sea
Causa (tanto valor tiene)
De algun alboroto ciego
Del vulgo, viéndole así.
Alcaide, venios tras mí,
Donde veréis que os le entrego,
Y donde con juramento
Os obligueis á tenelle
Guardado.

FEDERICO.

Aquí puedo hacelle:
Escuchad un poco atento.
Yo juro solemnemente,
Doy palabra y certifico
Que guardaré á Federico
Fiel y cuidadosamente:
Que tendré desde este dia,
En que tal cargo me han dado,
Con su persona el cuidado
Que tuviera con la mia:
Pues estando por mi cuenta
Federico, claro está
Que á mí la vida me va
Tanto, que decir intenta
Mi lengua que una fortuna
Hemos de correr los dos;
Y así prometo, por Dios,
Guardarlo sin falta alguna.

CAPITAN.

Ese juramento aceto.
Venid, porque esto ha de ser
Antes que le pueda ver
Nadie; que importa el secreto.
Vos, señora, si quereis,
Vedle, porque en tal presencia
Ya le sirva de sentencia
Solo que vos le mireis.

ELENA.

Si como el pecho está lleno
De iras, rigores y enojos,
Fuego arrojaran mis ojos
Y mis razones veneno,
Yo le viera, yo le hablara,
Porque con venganza fiera
Muerte mi vista le diera,
Y con mi voz le matara.
No quiero verle. Español,
De quien justamente fio
La venganza y honor mio,
De los átomos del sol
Guarda ese monstruo; que á tí
Solamente le fiara.

FEDERICO.

Si en mi lealtad se repara,
Le guardaré como á mí.

CAPITAN.

Venid.

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Qué notable abismo
De agradar y de ofender!
¡Vive Dios, que voy á ser
El alcaide de mí mismo!

(*Vanse el Capitan y Federico.*)

ESCENA IX.

MARGARITA, SERAFINA. — ELENA.

MARGARITA.

¡Qué descuidada estarás,
Elena, desta visita!

ELENA.

¡Ay, hermosa Margarita!
Honor y vida me das.
¿Dónde desta suerte vas?

MARGARITA.

En solo verte consiste
Mi jornada.

ELENA.

¿A eso veniste?

MARGARITA.

Dicen que el sitio que ves,
Selva de los tristes es,
Y envianme acá por triste.
A divertir he venido
Una gran melancolía,
Que solo á tí, prima mia,
Contara.

ELENA.

Dichosa he sido.
¿Es de amor?

MARGARITA.

Amor ha sido.

ELENA.

Y ya ¿no es amor?

MARGARITA.

No sé
Lo que es, ni lo que fué:
En mi llanto lo verás.

ELENA.

Declárate un poco mas;
Que yo tambien te diré
De un amor todo al reves,
Prima y señora, del tuyo;
Porque si de aquese arguyo
Que ha sido y que ya no es,
Podré contarte despues
Una inclinacion, que va
A ser amor, y no está
Declarado ni advertido:
Y si el tuyo no es y ha sido,
Mi amor no ha sido y será.
Siéntate sobre esas flores
Que á tus piés tejen alfombras,
Donde pueden verdes sombras
Templar del sol los rigores:
Estancia es propia de amores.

MARGARITA.

No tan despacio he venido,
Que sentarme haya querido.
(*Ap.* Yo he de empezar por aquí.)
Una fineza por mí
Has de hacer.

ELENA.

Tuya he nacido.

MARGARITA.

La vida me va en que vea
Este Príncipe, que preso
Han traido.

ELENA.

¿Para eso
Es menester que yo sea
Tercera? No habrá quien crea
Que licencia hayas pedido,
Siendo quien eres.

MARGARITA.

Ha sido
Por un caso, que sabrás
Despues.

ELENA.

No me digas mas;
Que si en eso ha consistido
Tu gusto, luego diré
Que esté del fuerte la puerta,
Sin ver para quién, abierta.

MARGARITA.

Y yo en este monte haré
La deshecha: en él saldré
A caza, hasta que anochezca,
Porque á todos les parezca
Que á esto vine, prima mia.
No es mucho que mi alegría,
Sér, vida y alma te ofrezca.
Tuya soy, y de mi llanto
El curso atajaste ya. (*Vase.*)

ELENA.

¡Válgame Dios! ¡Qué será
Lo que me agradece tanto?
Mas la causa deste encanto
Presto he de saber.

ESCENA X.

FEDERICO. — ELENA.

FEDERICO.

Señora,
Ya en la torre queda preso
El Príncipe.

ELENA.

Oye un suceso,
Y lo que has de hacer ahora.

FEDERICO.

El alma tu sombra adora,
Y obedecer determino.

ELENA.

Aquí Margarita vino
Con excusa de cazar
En el monte, por hablar
Con el Príncipe. Imagino
Que es amor; y por saber
Deste caso la verdad
(Es necia curiosidad;
Pero soy en fin mujer),
Tú, Español, te has de poner
Donde los oigas; y advierte,
Que de aquella misma suerte
Que hablaren, lo has de decir.

FEDERICO.

Pues ¿pudiera yo fingir,
Yendo solo á obedecerte?

ELENA.

Vame la vida y honor
En ver si amor la disculpa
De tan declarada culpa
Como querer á un traidor. (*Vase.*)

ESCENA XI.

FEDERICO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Qué enigmas ¡cielos! son estas?
Qué engaños, qué confusiones,
Laberintos y quimeras?
Y aun esto no es imposible;
Pero ¿quién habrá que crea
Que hay una mujer constante,
Y tanto, como la bella
Margarita? Maldicientes,
Cuyas venenosas lenguas
De mudables las acusan,
Venid á ver la firmeza
De un amor. Y porque el mundo
Mayor desengaño tenga
De que hay firmeza en mujeres,
Tengo de ver dónde llegan

De un amor, que es verdadero,
Las peligrosas finezas.
Ella piensa que yo soy
El preso; y como lo piensa
Ha de hallarme en la prision:
Así veré lo que intenta.
Esta experiencia he de hacer,
Y será la vez primera
Que la mujer y la espada
Califique la experiencia. (*Vase.*)

—

Sala en la torre del castillo.

ESCENA XII.

FEDERICO, *y luego* ROBERTO.

FEDERICO.

Esta es la torre. Roberto.
(*Sale Roberto.*)

ROBERTO.

Señor, ¿posible es que pueda
Verte y hablarte?

FEDERICO.

Fortuna
Así los estados trueca.
¿Qué hacias?

ROBERTO.

Entretenido
Estaba con esta bestia,
Borrico de nuestra andanza,
Pues él nos la lleva á cuestas.
Es el mayor animal
Que he visto: dice que sueña
Cuanto ve.

FEDERICO.

Poco se engaña.

ROBERTO.

Ya se ha creido de véras
Que es el Príncipe.

FEDERICO.

¿Qué importa,
Roberto, que no lo sea,
Para estar soberbio ya?
La majestad y grandeza
No está en ser uno señor,
Sino en que por tal le tengan.

ROBERTO.

Ha dado en mandarme mucho,
Y es bien que yo le obedezca
En estando acompañado;
Pero si solo se queda,
Él ha de servirme á mí
Otro tanto.

FEDERICO.

Ahora deja
Esas locuras.

ROBERTO.

Por Dios,
Que á solas ha de haber fiesta.

FEDERICO.

¿Qué hace ahora?

ROBERTO.

Está roncando
Como una gorda. Tú piensa,
Que como la cama vió
Tan adornada y compuesta,
La tuvo miedo ó respeto,
Y se echó á dormir en tierra.

FEDERICO.

Pues ¿por qué no le dijiste
Que para acostarse era
La cama?

ROBERTO.

Mejor lo hice.

FEDERICO.

¿Cómo?

ROBERTO.

Acostéme yo en ella.

FEDERICO.

Escucha, Roberto, ahora,
Que hay muchas cosas que sepas;
Y pues durmiendo me da
La ocasion que amor desea,
Margarita ha de venir
A verme á la fortaleza;
Porque como no me ha visto,
Que yo soy el preso piensa,
Y quiero que por ahora,
Si lo imagina, lo crea,
Hasta ver en lo que pára
Su error, y hasta que sea fuerza
Descubrirme. ¿No llamaron?

ROBERTO.

Sí.

FEDERICO.

Pues vé, y abre la puerta.
(*Siéntase Federico en una silla.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA. — FEDERICO, ROBERTO.

ROBERTO. (*Entreabriendo un ventanillo.*)
¿A quién, señora, buscais?

MARGARITA. (*Dentro.*)
Licencia traigo de Elena
Para llegar hasta aquí.

ROBERTO.

Es verdad: por esas señas
Me mandó el Alcaide á mí
Que yo franquease las puertas.
(*Abre, y sale Margarita.*)

MARGARITA.

¡Roberto!

ROBERTO.

¡Señora mia!
Pues ¿cómo aquí vuestra Alteza
Osó llegar?

MARGARITA.

A esto obliga
Una pasion loca y ciega.
¿Y tu señor?

ROBERTO.

Allí está
Sentado, y de la manera
Que le ves, ha estado siempre
Con la mas grave tristeza
Que vi en mi vida. Yo temo
Que melancólico muera,
Si tan hermosa visita,
Como es razon, no le alegra.

MARGARITA.

¡Federico!

FEDERICO.

¿Quién me llama
Con tan dulce voz, que eleva
Mis sentidos? Mas ¡qué miro!
La imaginacion intenta
Lisonjear á la memoria.
Sin duda que ya se acerca
Mi fin, y que ya publican
De mi muerte la sentencia,
Pues en el viento confusas
Figuras se representan,
Cuerpos en la fantasía,
Y fantasmas en la idea;
Que no puede ser que aquí
Los rayos del sol se atrevan,
Para que de mi prision
Iluminen las tinieblas.
Pero sea lo que fuere,
Como yo esas luces vea,
Como esos rayos me alumbren,
Y ese cielo me divierta,
Ni mas vida, ni mas gloria
La imaginacion desea.
Si son de mi muerte asombros,
Venga pues, porque ellos vengan.

MARGARITA.

Federico, no es fingida
Esta forma que te alienta;
Que aun mi sombra, siendo mia,
Ni engañara ni fingiera.
Margarita soy.— Detente,
Que no quiero que agradezcas
Esto, porque las mujeres
De mi decoro y mis prendas,
No quieren para olvidar.
Antes de amarte, pudiera
Mirar los inconvenientes;
Pero ya te amé, y ya es fuerza
Que no vuelva atrás ni olvide,
Sino que si mueres, muera.
Ya sé que se despeñó
Tu caballo, y que te deja
(¡No le dió mi amor las alas;
Que él volara y no corriera!)
En un monte: sé que allí
Al pié de unas altas peñas
Te hallaron, sé que estás preso;
Con esto no hay mas que sepa,
Si bien hay que sepas tú.
Mi padre vengarse intenta:
A peligro está tu vida...
Mal dije, erróse mi lengua;
La mia es la que está en peligro.
Sabe que á la puerta espera
Un caballo; en el arzon
Tiene dos pistolas puestas,
Y en una bolsa unas joyas.
Sal pues desta fortaleza;
Que yo me quedo á sufrir
Tantos enojos resuelta,
Y sabré guardar tu vida:
Y así, no habrá mas que sepas.

FEDERICO.

Mal hiciera yo en negarte
Las verdades que se encierran
En mi pecho, habiendo visto
Las tuyas tan descubiertas.
Yo no soy preso, señora;
Libre estoy: y porque sepas
La novela mas notable
Que en castellanas comedias
Sutil el ingenio traza,
Y gustoso representa,
Sabe que estás engañada.
Verdad es que me despeña
El caballo; pero dejo
Las armas, para que pueda
Librarme, y llegué desnudo
A Miraflor, esa aldea.
Donde Elena mi enemiga
Me libra, guarda y alberga.
Sabe que un villano luego
(Que esto, aunque yo no lo sepa
De cierto, pues no lo vi,
La misma razon lo enseña)
Se puso las armas mias;
Y engañados por las señas,
Le llevaron preso, y luego
A mí mismo me le entregan,
Porque Elena me hizo alcaide
A mí desta fortaleza.
Esto es verdad; y si estoy
Libre ahora donde pueda
Verte cada dia y hablarte,
¿Para qué quieres que sea
Tan cobarde, que me ausente,
Porque otros peligros tema,

Cuando el peligro mayor
En un amante es la ausencia?

MARGARITA.

Temo que no ha de durar
Este engaño, y será fuerza
Vengarse mi padre en ti.

ROBERTO.

Remedio hay.

MARGARITA.

¿De qué manera?

ROBERTO.

Tú has de declarar tu amor
A una persona que entiendas
Que ha de decírselo al Rey;
Y si él, reportado, templa
El enojo por tu causa,
Y quiere hacer conveniencia
La enemistad con casarte
(Pues todo con eso cesa),
Podrá descubrirse entónces.
Y si enojado se altera,
Y quiere vengarlo todo,
En un villano se venga,
Y él se quedará encubierto
Sin peligro: de manera
Que deste trato resulta,
Ya con paz ó ya con guerra,
En tu cabeza el provecho,
Y el peligro en el ajena.

MARGARITA.

Bien has dicho.

FEDERICO.

Desta suerte
Concertado en los dos queda.
Tú has de amar á Federico
Públicamente, y dar muestras
De tu amor.

MARGARITA.

Yo te agradezco
Que me hayas dado licencia,
Porque reventaba ya,
Sufriendo tantas ofensas,
Callando tantos agravios
Y ocultando tantas penas.
En público, será el preso
Quien mis favores merezca,
Pero siempre Federico;
Que si otro nombre tuviera,
No le amara ó no acertara
A fingirlo.

FEDERICO.

¿Y será cierta
La voluntad?

MARGARITA.

A él fingida.

FEDERICO.

¿Y para mí?

MARGARITA.

Verdadera.

FEDERICO.

¿Que serás firme?

MARGARITA.

Dará
Desengaños mi firmeza.

FEDERICO.

¿Tendrásla?

MARGARITA.

Será inmortal.

FEDERICO.

Pues la mia será eterna.
¿A quién estimas?

MARGARITA.

A Federico.

FEDERICO.

¿Qué intentas
Fingiendo otro amor?

MARGARITA.

Tu vida.

FEDERICO.

Y mi muerte, si eso fuera
De véras.

MARGARITA.

¿Por qué?

FEDERICO.

Los celos
Me mataran, ó la ausencia.

MARGARITA.

Voy á amar.

FEDERICO.

Y yo me quedo
A guardarme.

MARGARITA.

Adios te queda.

FEDERICO.

Los cielos tu vida aumenten.

MARGARITA.

Ellos tu vida defiendan.

FEDERICO.

Nadie como yo te estima.

MARGARITA.

Nadie como yo te aprecia.

JORNADA TERCERA.

Floresta delante de un castillo.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, ELENA.

ELENA.

¿Qué le dijo?

FEDERICO.

Que ella era
Margarita, y que inclinada
A la opinion celebrada
Y á la fama lisonjera
De su esfuerzo y valentia,
Por una amorosa ley,
Contra el enojo del Rey
Darle libertad queria:
Que un caballo le esperaba
A la puerta de la torre,
Donde el pensamiento corre,
Pues mas que corre, volaba:
Que huyese veloz en él.
Y él entónces respondió:
«En la prision hice yo
Pleito homenaje, y fiel
Le he de guardar; que he nacido
Mas obligado á mi honor,
Correspondiendo al favor
Liberal y agradecido.»

ELENA.

¿Todo lo escuchaste?

FEDERICO.

Digo
Que á todo presente fuí,
Y que tan claro lo oí,
Como si hablara conmigo.
Si ella otra cosa contare,
Vuestra Alteza no lo crea.

ELENA.

Ella viene, no te vea.

FEDERICO.

El cielo tu industria ampare. (*Vase.*)

ESCENA II.

MARGARITA, SERAFINA. — ELENA.

MARGARITA. (*Ap. á Serafina.*)

El Rey mi padre ha venido,
Serafina, á Miraflor,
Por ver si el fiero rigor
De mi pena he suspendido.
Tú has de hacer con gran secreto
Lo que te llego á advertir:
A mi padre has de decir
De mi amor todo el afeto.
Esto me importa.

SERAFINA.

Si á ti
Te importa, yo lo diré;
Pero advierte que callé
Hasta este punto, que oí
Que te serviré en efeto
En decírselo.

MARGARITA.

¿Pues no?

SERAFINA.

¡Buena, por cierto, soy yo
Para decir un secreto!
Si mil vidas me quitaras,
Lo callara y encubriera,
Y ahora no lo dijera,
Si tú no me lo mandaras.
Diréla, porque me dió
Licencia tu voz, señora.
(*Ap.* ¡Bueno fuera que hasta ahora
Hubiera callado yo!) (*Vase.*)

ESCENA III.

MARGARITA, ELENA.

ELENA.

¡Tan sola, prima mia!

MARGARITA.

¡Oh, bellísima Elena!
Aquí mi antigua pena
A solas divertia;
Que suele en su cuidado
Ser amor un filósofo cansado,
Que busca soledades.

ELENA.

Cuando solas nos vimos,
Contarnos prometimos
Nuestras dos voluntades.

MARGARITA.

Yo empezaré primero,
Porque seré mas breve.

ELENA.

Atenta espero.

MARGARITA.

El verle tan airoso,
De honor y gloria rico,
Al preso Federico,
Engendró un amoroso
Deseo en mi cuidado
De ver si como es visto, era tratado.
Entré á verle, en efeto,
Diciendo cautelosa
Ser del Alcaide esposa,
Y halléle tan discreto,
Tan cuerdo y entendido,
Que ya mi muerte el escucharle ha sido.

ELENA.

Tú sola le has hallado
Tan cuerdo y entendido,
Discreto y advertido;
Porque á mí me han contado
Acciones de su mano
Solo dignas de un rústico villano

MARGARITA.

…nes es engaño, prima.
…ederico es valiente,
…alan, cuerdo y prudente:
…il la fama le estima,
…yo lo certifico,
…es que hablamos del proprio Federico.

ELENA.

…güirte no quiero;
…ie en voluntad errada
… tambien fui culpada,
…de ti considero
…ie amas á un ignorante,
…yo de un hombre humilde soy amante.
…ste Alcaide que has visto...

MARGARITA. (*Ap.*)

…ielo! ¿qué es lo que escucho?

ELENA.

…on mi vergüenza lucho.

MARGARITA.

…Ap. Mal mi dolor resisto.)
…Qué temes?

ELENA.

Tu desprecio.
…as nada culpará quien quiere á un ne-
…se pues, que desnudo, [cio.
…erido y desdichado,
…mis piés ha llegado,
…obarme el alma pudo.

MARGARITA.

…alla, Elena, no digas
…ales bajezas: calla, no prosigas.

ELENA.

…re, que no he tenido
…n fácil pensamiento,
…ue á mi cuidado atento,
…aya, aunque alcaide ha sido,
…n la prision entrado.
…mor tuve; mas no le he declarado,
…orque yo sufro y callo;
…aunque me alegra el verle,
…o he llegado á ofrecerle
…ineros ni caballo;
…ue no es bien que yo aguarde
…que... Pero esto baste. Dios te guarde.
(*Vase.*)

MARGARITA.

…Quién creerá que ha tenido
…i cólera paciencia,
…i furia resistencia,
…rudencia mi sentido,
…uando en fuego deshecho
…s Etna el corazon, volcan el pecho?
…elos, si esto es temeros,
…ecid, ¿qué fuera hallaros?
…i esto es imaginaros,
…ecid, ¿qué fuera veros?
…teneros ¿qué fuera?
…a, rigor, desden y rabia fiera.

ESCENA IV.

…EDERICO; *despues*, ELENA.—MARGARITA.

FEDERICO.

…ue se fuese esperaba
…lena, y á tu luz atento estaba
…ara llegar á darte
…a vida que te debo;
…as ya á llegar me atrevo.

MARGARITA.

…yo deseando estaba, falso, hablarte,
…ara darte la muerte que me has dado.

FEDERICO.

¿Qué dices?

MARGARITA.

Tu rigor y mi cuidado,
Tu agravio, mi dolor, mi mal, mis celos...
(*Sale Elena, y se queda oculta, escuchando.*)

ELENA. (*Ap.*)

Llena de mil recelos
Vuelvo, con la sospecha
De ver si no ha quedado satisfecha
De mi amor Margarita,
Y hablar con el Alcaide solicita.
Miéntras habla con él, verdes laureles,
Sed frondosos canceles.

FEDERICO.

¿Qué dices? No te entiendo,
Y en vano al alma disculpar pretendo.
¿Tú ofensas? ¿yo rigores?
¿Tú celos, y yo amores?
¿Cómo, ofendida tú, el morir dilato?

MARGARITA.

¡Oh caballero vil, oh amante ingrato!
¿Estas son las firmezas
Que ofreciste? ¿las ansias, las finezas
De quedar encubierto?
Pero finezas son, esto es lo cierto,
Que te ha debido Elena,
No Margarita. Acabe ya mi pena,
Y acabe con tu vida;
Que la mujer es víbora, ofendida,
Cuyo rigor, de imperfecciones lleno,
Engendra la triaca y el veneno.

FEDERICO.

Y dices bien, pues de una misma suerte
Das con una hermosura vida y muerte.
Pero ¿en qué te ha ofendido quien te [adora?
¿En qué te ha dado enojo quien te estima?

MARGARITA.

Mal el engaño esas modestias dora,
Si amante declarado de mi prima,
Por ella te quedaste,
Por ella me dijiste que buscaste
Este disfraz, y que en tan ciego abismo
Has sido tú el alcaide de ti mismo.
Pues salga á mi despecho,
Del alma el llanto y el dolor del pecho.
Diga mi voz en ecos repetida
Tu fiero engaño y tu traicion fingida.
Sepan que eres...

FEDERICO.

Advierte...
Oyeme ahora, y luego dame muerte.

MARGARITA.

Pues ¿podrás disculparte?

FEDERICO.

Sí puedo.

MARGARITA.

¡Plegue á Dios!

ELENA. (*Para sí.*)

Yo escucho aparte.

FEDERICO.

¡Yo de tu prima amante!
¡Yo disfrazado por Elena! ¡Cielos!
¿Hay dolor semejante?
Injusta causa hallaste á tantos celos,
Ciega pasion hallaste á tanta pena.
Pártame un rayo, si en mi vida á Elena
Una palabra he hablado
Que los términos pase de criado
Cortés y agradecido,
Porque tercera liberal ha sido
De mi amor, pues por ella
Estoy adonde puedo,
Siguiendo el hado de mi injusta estrella,
Verte y hablarte, sin que tenga miedo
A tu padre ofendido.

ELENA. (*Ap.*)

¡Qué escucho! ¡Yo tercera suya he sido!
Pero suframos, cielos,
Sepamos lo demas.

FEDERICO.

¡Tuviera celos
El sol de solo un rayo,
De una flor sola el mayo,
El mar de un arroyuelo,
De una luz todo el cielo,
La luna de una estrella, y un diamante
De una amatista? No: pues no te espante
Amando Elena bella,
Que es el rayo, la flor, la muda estrella,
La piedra, el arroyuelo,
La breve luz que se compara al cielo,
Pues eres tú (aunque todo está delante)
El sol, la luna, el mayo y el diamante.

ELENA. (*Ap.*)

¡Bien comparada estoy!

FEDERICO.

Vuelve á dar vida,
Vuelva á vivir nuestra invencion fingida,
Y demos fin á penas tan extrañas.

MARGARITA.

Con saber que me engañas,
Quiero creerte al fin, porque no fuera
Amante quien lisonjas no creyera;
Que en amorosos daños,
Tienen voz de verdades los engaños.
Vuelvo á sufrir de nuevo
Al preso amor, ya que á sufrir me atrevo
Los celos de una necia...

ELENA. (*Ap.*)

¡Qué bien me honran los dos!

MARGARITA.

Pues tanto precia
Mi pecho tu persona,
Que dejara del mundo la corona,
Y contigo viviera,
Donde la sombra de tu cuerpo fuera
Porque no dan los cielos
Imposible á mi amor; y bien se advierte
Pues en tan dura suerte
Fué imposible callar, teniendo celos.

FEDERICO.

Tuvístelos en vano.

MARGARITA.

Basta que fuéron celos.

FEDERICO.

Está llano,
Que aun nombrados ofenden,
Y el veloz curso del amor suspenden.

MARGARITA.

Pues ¿qué hicieran sabidos?

FEDERICO.

Privaran con el alma los sentidos.
¿Y estás desengañada?

MARGARITA.

Es fuerza; que mujer enamorada,
En oyendo, perdona; que es sirena
Cualquier amante.

FEDERICO.

¡Celos tú de Elena!

MARGARITA.

Aun nombrarla me mata.
(*Vase retirando, y Federico acompañándola y hablando con ella.*)

FEDERICO.

Ciega pasion, aun con su dueño ingrata,
Es amor; y pues tú estás ofendida,
No nombraré en mi vida
Ese nombre que agravios tuyos labra.
(*Vase Margarita.*)

ESCENA V.

ELENA, *saliendo de donde se ocultó.* — FEDERICO.

ELENA.

Y es razon que se cumpla la palabra,
Que á las damas se ofrece.
¿Estas ausencias, di, traidor, merece
Mi amparo, mi piedad, mi amor, mi tra-
¡Oh caballero vil! ¡huésped ingrato! [to?

FEDERICO. (*Ap.*)

¡Cielos! ¿qué es lo que escucho?
Con nueva duda y nueva pena lucho.

ELENA.

Tú, que pobre y herido
A mis plantas llegaste, y defendido
De tu suerte importuna,
Reparo hallaste contra la fortuna,
¡Tan desagradecido, tan ingrato
A mi amor correspondes y á mi trato!
Si mercader fingido me obligaste,
Di, ¿por qué, caballero, me ofendiste?
Si á Margarita amaste,
¿Por qué de Elena tal desprecio hiciste?
Que es, aunque esté delante,
El sol, la luna, el rayo y el diamante.
¡Tú alcaide de tí mismo,
Disfrazado en mi casa!
Sepa el Rey lo que pasa,
Salga ya mi furor de tanto abismo.

FEDERICO.

Escucha, hermosa Elena.

ELENA.

¿Cómo me nombras, dando tanta pena
Mi nombre á Margarita?

FEDERICO.

Oyeme, y luego sér y honor me quita.
Yo soy un caballero,
Del preso Federico compañero,
Que de la Infanta enamorado vine;
Mas cuando le prendieron, yo previne
Escaparme, dejando
Mi vestido en el monte: y así, cuando
Llegó á tus piés mi bárbara osadía,
Fué (si te acuerdas) ese mismo dia:
Despues me le entregaste.
De mi valor por desengaño baste
El haberle guardado,
Siendo príncipe mio, con cuidado
Tan grande; pues si yo noble no fuera,
Bien escapar al Príncipe pudiera;
Mas atento á mi honor, preso he vivido:
Y esta la causa ha sido, [mo,
Guardando yo á mi Príncipe en su abis-
De llamarme el *Alcaide de sí mismo.*
Pues si como leal y fiel criado
Te he servido y al Príncipe he guardado,
¿De qué puedes quejarte?
Si como amante llego á despreciarte,
Yo soy para contigo
Un pobre mercader; y así me obligo
A agradecerte el bien, y le agradezco
Como tal; pero no cuando me ofrezco
Como duque de Mantua y como amante
De Margarita bella.

ELENA.

No es bastante
La disculpa, si al fin conmigo ha sido
Tu trato doble y tu valor fingido.

FEDERICO.

Elena...

ELENA.

No me nombres.

FEDERICO.

Mira, advierte,
Que viene el Rey, y que en tu voz mi
Está segura. [muerte

ELENA.

Muera pues (¡ay cielos!)
Muera de celos quien mató de celos.

FEDERICO.

En fin, ¿resuelta vienes á matarme?

ELENA. [me.

Como tú, Duque ingrato, á despreciar-
Sepa el Rey tus engaños.

FEDERICO.

Vuelva la espalda, pues, á tantos daños
Quien no puede obligarte. (*Vase.*)

ELENA.

Aunque la vuelvas, no podrás librarte;
Que á lo infinito alcanza
De mujer ofendida la venganza.

ESCENA VI.

EL REY, SERAFINA. — ELENA.

SERAFINA.

Remedia su dolor.

REY.

Hoy en mí lucha
Mi venganza y su amor.

ELENA.

Señor, escucha;
Que es bien que sepas tú tu misma pena
Y el amor de la Infanta.

REY.

Ya sé, Elena,
Lo que quieres decirme;
Y así, aquí es excusado el afligirme.
Ya sé que Margarita
Mi muerte solicita,
Y que determinada,
Está dese traidor enamorada.

ELENA.

Pues si lo sabes ya, remedia el daño,
Ya que á tiempo ha venido el desengaño;
Que no es bien que esto pase,
Y que con un traidor la Infanta case,
Que está disimulado
En tu reino, en tu casa disfrazado,
Cuando la sangre mia
(Mejor diré la tuya) helada y fria,
Con caduca esperanza,
De todos á una voz pide venganza.
(*Vase, y despues Serafina.*)

REY. (*Ap.*)

¡Cielos! en tanta pena,
¿Cómo satisfarémos de una suerte
De Margarita amor, quejas de Elena,
Si una pide su vida, otra su muerte?
Mas viva Margarita,
Que la paz de mi reino solicita;
Que Elena fácilmente
Podrá curarse del ardor que siente.

ESCENA VII.

EL CAPITAN — EL REY.

CAPITAN.

Oye, señor, lo que pasa.
Edüardo, de Sicilia
Infante, con mucha gente
Hoy á Nápoles camina.
Todo su reino le sigue
En defensa tan altiva,
Como es el dar á su hermano
La libertad y la vida;
Que es su príncipe en efecto.

REY.

Aunque pudiera la ira
Y el enojo hacer con él
Que tanto poder resista,
Quiero con mejor acuerdo
Decirte la intencion mia.
Margarita... ¡Ay cielos! ¡cuánto
Esto siento! Margarita...
Sé que á Federico ama.
Tan graves melancolías
Como padece, que han puesto
En tanto riesgo su vida,
Desto nacen: así Elena
Me lo ha dicho, y Serafina,
Y yo sin esto lo sé;
Mas con casarla, se quitan
Mayores inconvenientes.
Pero á esto me desanima
Sola una cosa.

CAPITAN.

¿Cuál es?

REY.

Temer que algunos me digan
Que Federico no sabe
Lo que importa.

CAPITAN.

No prosigas;
Que en ese extremo le han puesto
Tristeza y melancolía,
Viéndose sin libertad;
Pero si una vez se mira
Libre, volverá en su acuerdo.

REY.

Bien dices, y ántes querria
Qué esto se tratase, hacer
Una experiencia exquisita,
Y la experiencia que intento
Es aquesta...
(*Habla bajo con el Capitan, y este se va.*)
¡Margarita!

ESCENA VIII.

MARGARITA. — EL REY.

REY.

¿Cómo te va de tristezas?

MARGARITA.

Mal, señor; que el alegría
Es imposible á mi pecho:
Continuo el llanto lo diga.

REY.

Una lisonja has de hacerme.

MARGARITA.

¿Qué mandas?

REY.

Mucho peligra
En soledades y penas
De Federico la vida.
Si muere, ¿quién pensará
Que de mi mano enemiga
No fué el golpe, y de alevoso
Me argüirán los de Sicilia?

MARGARITA.

Pues ¿qué me mandas?

REY.

Si tú
Hoy le ves y le visitas,
Alentará el desmayado
Corazon, y con tal dicha

Dará nuevo aliento al alma,
Dará al cuerpo nueva vida.
Yo iré contigo : por mí
Has de verle.

MARGARITA.

Tú me obligas
A obedecerte.

REY. (*Ap.*)

¡Qué presto
Concedió, y el alegría
Salió modesta á los ojos,
Como á los labios en risa!
Mas disimular importa.

MARGARITA. (*Ap.*)

Si enamorada me mira
En su presencia mi padre,
Efecto tendrán mis dichas. (*Vanse.*)

Sala en el castillo.

ESCENA IX.

ROBERTO, BENITO, MÚSICOS.

ROBERTO.

¿Cómo ha dormido tu Alteza?

BENITO.

Muy bien. En toda mi vida
He tenido mejor sueño,
En cama tan branda y rica.
Soy un príncipe liron.

ROBERTO.

Canten, hasta que se vista
Su Alteza.

UN MÚSICO.

Vaya aquel tono,
Cuya letra es peregrina.
(*Cantan.*)

BENITO.

Roberto...

ROBERTO.

Señor.

BENITO.

Decid
A esos músicos que gritan,
Que dejen esos entonos,
Y canten, por vida mia,
Una letra, de que agora
Me acuerdo, que se decia:
(*Canta.*) *Luneta,*
Atala allá de la sonsoneta.

ROBERTO.

¿Eso habian de cantar?

BENITO.

Esta es la mejor letrilla
De todas : esta cantaba
Yo, cuando á los montes iba
A trabajar con Antona.

ROBERTO.

¿Cómo tan presto se olvida
Vuestra Alteza de quien es?
Del juicio el dolor le priva.

BENITO.

Es verdad, no me acordaba
De que todos me apellidan
El príncipe no sé cómo.

ROBERTO.

Federico de Sicilia.

BENITO.

Basta. (*Ap.* Ello ha de ser así
Por fuerza. Esta prencipia
Me ha venido no sé cómo,
Y no quieren que yo diga
Que esta casa es de mi aldea,
Y que desde aquí se mira
Por detras desos espejos,
Vidrieras y celosías,
El aldea de Belflor.
(*Mirando por una ventana.*)
¡Válgame Dios! ¿No es la misma
Casa de Juana y Anton
Aquella, y esotra chica
La de Llorente y Bartola?
La de Gines y Marina
¿No es aquella? ¿Aquel, Perico,
Que á la taberna camina,
No es el que dicen que es hijo
Del sacristan y Llocía,
Y dicen bien? El barbero
¿No está tras de su cortina,
Tañiendo (que aquí lo oigo)
El villano y las folías?
Mas ¿quién me mete á mí en eso?
Yo cómo buenas gallinas
En prata, yo visto seda,
Y duermo en cama mullida.
Venga por donde viniere,
Sea verdad ó sea mentira,
No me vá muy mal con ser
Fray Francisco de Sencilla.)

ROBERTO.

Dejadle solo, que ya
Vuelve á su melancolía.
(*Vanse los músicos.*)

ESCENA X.

BENITO, ROBERTO.

ROBERTO. (*Dando empellones á Benito.*)

¡Válgale el diablo! ¿Qué tiene?
¿De qué se eleva y suspira?
¿No tiene mas que merece?
¿Qué desea?

BENITO.

Que en mi vida
Me dejen solo con vos,
Porque tantas cortesías,
Somisiones, remenencias,
Alturas y señorías,
Las vengo á gormar dempues
A solas. Y en la comida,
Cuando alguno está delante,
Vos me servís de rodillas,
Y en quedando solo, andais
Conmigo á la rebatiña.

ROBERTO.

Pues ¿qué quiere? ¿No está así
La diferencia partida?
Que á quien yo unos ratos sirvo,
Razon es que otros me sirva.

BENITO.

Sí, mas sin darme porrazos.
(*Ap.* Mas ya mi ingenio imagina
Cómo he de vengarme dél,
En teniendo compañía.)

ESCENA XI.

FEDERICO.—ROBERTO, BENITO.

FEDERICO.

Muy bien puede, gran señor,
Vuestra Alteza darme albricias.
El Rey y la Infanta vienen
A verle, y con tal visita,
Segura tiene desde hoy
La libertad y la vida.

ROBERTO.

Vuestra Alteza advierta ahora
Que es bien que á la Infanta diga
Muchas corteses finezas,
Como á su esposa y su prima.

BENITO.

Yo sé lo que he de decir:
No es tanta mi bobería...
(*Ap.* Y aun lo que he de hacer con vos.
Pagaréisme la malicia
En estando acompañado.)

FEDERICO.

Ya llegan. (*Ap.* Amor, anima
Este engaño, pues que tú
Los enseñas y fabricas.
Crea el Rey que enamorada
La divina Margarita
Está del Príncipe, viendo
Tantas finezas fingidas.)

ESCENA XII.

EL REY, MARGARITA.—FEDERICO, BENITO, ROBERTO.

REY.

Bien vuestra Alteza estará
De aquesta visita incierto.

BENITO.

No mucho, porque Roberto
Me lo habia dicho ya.

REY.

Aquí verá si le estima
Mi pecho, y si amor le tiene
La Infanta, que á verle viene.

BENITO.

Beso á mi señora prima
La mano.

MARGARITA.

Sabiendo el Rey
Mi señor la gran porfía
De vuestra melancolía,
Quiso, por piadosa ley,
Veros : cuya accion olvida
Su enojo, y el bien declara,
Pues quien mira al rey la cara,
Segura tiene la vida.
Esta es ley, cuya piedad
Quedará en mármol escrita.

REY. (*Ap.*)

¡Qué mal callan, Margarita,
Tus ojos!

BENITO.

Tu Majestad
Sabe bien dar honra y vida
A un preso que está sujeto.
(*Ap.* El diabro me hizo discreto.)

ROBERTO. (*Ap.*)

¡Que hable ya con advertida
Prudencia aqueste animal!

FEDERICO. (*Ap.*)

De oirle así hablar me espanto.
¡Ah poder y mando, cuánto
Enmiendas el natural!

REY. (*Ap. á Margarita.*)

Ciega estás.

BENITO.

Sillas nos dén.

ROBERTO.

Aquí las tiene tu Alteza.

BENITO.

(*Ap.* Pagaréisme, buena pieza,
Los porrazos.) Yo estoy bien;
(*Siéntase.*)
Y puesto que hay sillas mas,
Vuestra Majestad se siente.

FEDERICO. (*Ap.*)

Volvió á su sér brevemente.

REY. (*Ap. á Margarita.*)

Y ahora, ¿qué me dirás,
Ya que me alabas su talle,
De aqueste urbano cortejo?

MARGARITA.

Que es su bizarro despejo
Muy digno para alaballe.
¡Qué airosamente tomó
La silla! ¡Qué airosamente
«¡Vuestra Majestad se siente»
Dijo! La fama mintió,
Aunque tiene el mundo lleno
De sus alabanzas, pues
No dijo cuán bueno es.

REY.

¿Esto te parece bueno?
No es amor, sino locura,
No conocer este error.

MARGARITA.

¿Cuándo no es locura amor?

(*Siéntanse.*)

REY. (*A Benito.*)

Lo mas que ahora procura
Mi deseo, es consultar
Con tu Alteza la venida
De su hermano.

BENITO.

Yo en mi vida
Tuve hermano en mi lugar.

ROBERTO.

Como el Infante ha venido,
Tu hermano dice, y es llano...

BENITO.

Si dice el infante hermano...
No le habia conocido.
Vos teneis la culpa desto,
Que callais hasta este dia
Que infante hermano tenia;
Mas pagaréislo. (*Pégale á Roberto.*)

FEDERICO.

¿Qué es esto?

REY. (*Ap. á Margarita.*)

Y ahora, ¿qué puedes decir?
¿Es galan? ¿Es entendido?

MARGARITA.

¡Notable gracia ha tenido!
Solo él me hiciera reir.

REY.

No vi hombre tan ajeno
De gracia. ¿Esto te ha agradado?

MARGARITA.

¡Qué bueno el enojo ha estado!

REY.

¿Esto te parece bueno?
Pues no ha de ser tu marido,
Aunque su hermano valiente
Con la sangre de mi gente
Deje este campo teñido.

MARGARITA.

Pues aunque es indigno en mí,
Si me llego á declarar,
En un necio amor hablar
A mi rey y padre así,
Lograr casada pretendo
Aqueste amor que publico,
Con el mismo Federico,
Que á los dos nos está oyendo.

FEDERICO. (*Ap.*)

Bien su respuesta me anima.

BENITO.

¿Ha visto tu Majestad
El amor y voluntad
Que debo á mi seora prima?

MARGARITA.

¿No es un príncipe heredero
De Sicilia? Pues ¿qué error
Puede culpar el amor?

REY.

Ser hombre rústico y fiero.

MARGARITA.

Por cuerdo el mundo le estima,
Por su ingenio y su valor.

BENITO.

Cierto que es mucho el amor
Que debo á mi seora prima.

REY.

Ya mi confusion es mucha.
¿Este es discreto? ¡Qué abismo!
¿Este es príncipe?

MARGARITA.

Sí, el mismo
Que nos mira y nos escucha.

ESCENA XIII.

EL CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN.

Un embajador, señor,
Del rey de Sicilia aguarda
Licencia para besar
Tus manos.

ROBERTO. (*Ap.*)

Aquí se acaban
Los engaños.

MARGARITA.

Este viene,
Mirándote en dudas tantas,
A decirte la verdad.

REY.

Bien es que baje, y que salga
A recibirle. — Tu Alteza
Se retire.

BENITO.

Que me vaya
Es mejor (que no he comido)
A comerme una empanada
De ternera, doce pollos,
Diez conejos, seis tortadas,
Diez chorizos, cuatro quesos,
Mil peros, treinta patatas;
Que con esto Freno-rico
De Cecina bien lo pasa.
Adios, que me voy á hartar. (*Vase.*)

FEDERICO. (*Ap.*)

Yo me voy, porque no haga
El Embajador aquí,
Viéndome, alguna mudanza. (*Vanse.*)

—

Vista exterior del castillo.

ESCENA XIV.

ANTONA, LABRADORES, EL REY, MARGARITA, ROBERTO, EL CAPITAN.

ANTONA.

Par diez, que habemos de ver
Cómo á los reyes los habran
Los bajadores, pues vemos
En Belflor cosas tan varias.

ROBERTO. (*Ap. al Rey.*)

Señor, el Embajador
Que viene, si no me engaña
La vista, es el mismo Infante.

REY.

¡Oh, si con esto acabaran
Mis penas y confusiones!

MARGARITA.

¡Oh, si acabasen mis ansias!

ESCENA XV.

EL INFANTE DE SICILIA; despues SOLDADOS. — DICHOS.

INFANTE.

Vuestra Majestad, señor,
Me dé la mano.

REY.

No haga
Hoy vuestra Alteza conmigo
Ese disfraz.

MARGARITA. (*Ap.*)

¡Cosa extraña!

INFANTE.

Embajador de mi mismo
Quise ser; mas aunque se halla
Conocida mi persona,
Los privilegios me valgan.
Y hablando ya de otra suerte,
Agradeciendo á sus plantas
Los favores que recibo,
Oiga de mí mi embajada.
El príncipe Federico
Entró solo en la estacada:
Muerte dió á Don Pedro Esforcia,
Cuerpo á cuerpo y lanza á lanza:
Luego no merece, ó Rey,
El rigor con que le tratas,
Pues no le mató á traicion
Alevosa, ó con ventaja.
Aquesto asentado, ¿cómo
A tu honor altivo faltas
Y á tu decoro te niegas,
Rompiendo tu fe y palabra,
Pues me dicen que le has muerto?
Estas, señor, ¿son hazañas
Dignas del valor que heredas,
Dignas del poder que alcanzas?
Dame á mi hermano, ó por él
Sustentaré en la campaña
Que eres alevoso rey,
Pues á mi Príncipe matas,
Cuando debieras guardarle
La seguridad jurada.

REY.

Confieso que debe hacer
El rey que una justa ampara,
Bueno el campo; pero no
Dar lugar á ofensas tantas,
Que empuñe un aventurero
En su presencia la espada:
Esta es la satisfaccion
De la prision y las guardas.
Y ahora, en cuanto á decir
Que le he dado muerte, valga
Por respuesta verle vivo,
Que es mejor. — ¡Ah de la guardia!

(*Salen soldados.*)

Haced luego que el Alcaide
A aquellas almenas salga
Con el preso, donde vea
El Príncipe quién le engaña.
Y mira ¡cómo le diera

(*Vanse los soldados.*)

Muerte al que ahora trataba
Casarle con Margarita,
Dando fin á ofensas tantas!
Y lo hiciera, vive Dios,

no mirar que le falta
e principe la prudencia,
ue le es de tanta importancia.

INFANTE.

uien engañado procede,
isculpa y perdon alcanza;
así del reto desisto,
emitiéndome á tu gracia.

ESCENA XVI

ELENA. — Dichos.

ELENA.

lágrimas de mujer
adoso lugar alcanzan
los pechos de los hombres,
mas en los que se hallan
n obligados, por ser
ioses en la tierra, valgan
privilegio á mi llanto,
tu piedad á mis ansias.
Cómo, magnánimo Rey,
nto á tu justicia faltas,
ue das premio, y no castigo,
quien me ofende y me mata?
Cómo á Federico pones
n libertad, y le casas
on Margarita, sin ver
ue soy la parte que agravia?
ermano perdí y esposo:
el satisfacerme tratas,
ame esposo, cuyo amparo
upla de mi honor la falta:
entónces podrás librar
l Príncipe; pues es clara
i justicia, que no es libre,
ientras mi perdon no alcanza.
ola una satisfaccion
retendo de ofensas tantas,
es, señor, el que me cases
oy con el duque de Mantua.
n tu reino está, yo sé
uién es, pues con esto acaban
is penas, quedando, al fin,
oble, contenta y honrada.

REY.

El duque de Mantua aquí!
ano te doy y palabra
e que hoy ha de ser tu esposo.

ELENA.

éjame besar tus plantas.
Ap. ¡Lindamente me he vengado
e los celos que me causa
argarita! Amor, vencí,
ngañando á quien me engaña.)

REY.

a con el Alcaide está
n esas almenas altas
l preso: mira si es vivo.

ESCENA XVII.

EDERICO Y BENITO, *en las almenas.* — Dichos.

INFANTE.

y, hermano de mi alma!

MARGARITA. (*Ap.*)

iendo el Infante á los dos,
advirtiendo en dudas tantas
uál el preso es ó el Alcaide,
omo á su hermano le habla.

ELENA. (*Ap.*)

álgame el cielo! ¡qué miro!
¿El preso es aquel? Jurara
Que le conozco.

ANTONA. (*Ap. á los labradores.*)

Oye, Bato,
Belardo, ó yo estoy borracha,
O el tal principe es Benito.

UN LABRADOR.

Antona, oye, mira y calla.

ANTONA.

¿Como le habran desta suerte,
Si yo le conozco?

INFANTE.

¡Cuántas
Lágrimas debe tu amor
A los ojos que hoy alcanzan
Aquesta dicha de verte!
Mas verte por premio basta.

BENITO.

¿Este es el hermano Infante?
El tiene pequeña traza
Para infante y para hermano.
Mas Antona está allí.

FEDERICO.

Calla.

BENITO.

Pues los príncipes ¿no pueden
Habrar con Antonas?

FEDERICO.

Basta.

BENITO.

Ya está bastado. ¿Hánle visto?

ANTONA.

Bato, ¿has visto lo que pasa?
El mismo Infante venido,
Hermano al Príncipe llama.

FEDERICO.

(*Ap.* Sin que el engaño conozcan,
Con equívocas palabras
Responderé por los dos.)
No puede la voz turbada
Decir, Infante, el contento
Que tu presencia le causa;
Y por no ofenderte hablando,
Federico siente y calla.
(*Vase de las almenas, llevándose á Benito.*)

ESCENA XVIII.

EL REY, MARGARITA, EL INFANTE, ELENA, EL CAPITAN, ANTONA, LABRADORES.

INFANTE.

Pues ya, señor, que le he visto,
Vuélveme á decir la causa
¿Por qué el casamiento dejas
De mi señora la Infanta?

REY.

Solo por no ser capaz
Del gobierno.

INFANTE.

Mucho agravias
Su divino entendimiento.

REY.

¿No es aquel que miras y hablas?

INFANTE.

Sí, señor.

REY.

Pues ese mismo
Tan rústicamente habla,
Tan torpemente procede,
Que es igual á un bruto.

INFANTE.

Basta,
Que debe de haber perdido
Aquí el juicio, porque Italia
No vió tan sutil ingenio.

MARGARITA. (*Ap.*)

¡Qué á ciegas los dos se hablan
De diferentes sugetos!

REY.

Pues porque en un punto salgas
Dese engaño, luego al punto
Aquí á Federico traigan, (*Al Capitan.*)
Y si él hablare en razon,
Vuelvo á empeñar mi palabra
De casarle con mi hija.
(*Vase el Capitan.*)

ELENA. (*Ap.*)

De confusion tan extraña
Saldré, si viéndole ahora
Mas cerca, hermano le llama.

ESCENA XIX.

EL CAPITAN, *con* BENITO.—EL REY, MARGARITA, EL INFANTE, ANTONA, LABRADORES.

BENITO.

Parezco cabalgadura
Que se vende, porque andan
Conmigo, viéndome todos.
¿Qué es, señor, lo que me manda
Tu Majestad? Diga, ¿aqueste
Es mi hermano?

REY.

Su ignorancia
Ha descubierto bien presto.
Mira si mi voz te engaña.

INFANTE.

Pues ¿no me engañas, si aquí,
Cuando al Príncipe esperaba,
Me das un hombre que dél
No tiene la semejanza?

REY.

Pues ¿no es el mismo que viste
Y que ahora confesabas
Ser tu hermano?

INFANTE.

No era este.

REY.

¿Hay confusion mas extraña?

ELENA.

Ese es, señor, un villano
Que conozco.

REY.

¡Hay penas tantas!
Pues yo no tengo otro preso
Ni otro en mi poder se halla.

INFANTE.

Pues ¿cómo á negarlo vuelves,
Si le he visto?

REY.

Al punto llama
Al Alcaide.

ELENA.

Advierte aquí
De la suerte que le tratas,
Porque el Alcaide, señor,
Es el gran duque de Mantua.

REY.

¡Otro engaño!

ESCENA XX.

FEDERICO. — DICHOS.

ELENA.

Ya está aquí.

INFANTE.

Este es Federico.

FEDERICO.

Aguarda, (*Al Infante.*)
Que ántes de darte los brazos
Tengo de besar tus plantas. (*Al Rey*)
Yo soy quien enamorado,
Sin temer tus amenazas,
Siendo alcaide de mí mismo,
Vivo en tu reino. La causa
Ya la sabes : amor fué.
¡ Felice si tu palabra
Ahora cumples!

ELENA.

¿ Pues no
Ha de cumplirla, si dada
La tiene que ha de casarme
Hoy con el duque de Mantua?

MARGARITA.

Este es Federico, Elena :
Engáñese quien se engaña.

REY.

Supuesto que ya este yerro
En tu favor se declara,
Margarita, da la mano
A Federico.

MARGARITA.

Y el alma
Con ella.

FEDERICO.

¡ Feliz mil veces
Quien logra dicha tan alta!

ELENA.

¡ Infeliz yo, que he perdido
Ya todas mis esperanzas!

REY.

Hoy á mi cuidado, Elena,
Queda el remediar tus ansias.

BENITO.

Y á mí, al fin de todo esto,
¿ No imaginan darme nada,
Siquiera por haber sido
El tamboril desta danza,
A cuyo son han bailado?

FEDERICO.

Dos mil escudos te aguardan
Ya con Antona. Y con esto
Aquí la comedia acaba
Del *Alcaide de sí mismo*.
Perdonad sus muchas faltas.

LOA PARA LA COMEDIA

FIERAS AFEMINA AMOR[1].

PERSONAS.

EL AGUILA.
EL FENIX.
EL PAVON.
LOS DOCE SIGNOS.
LOS DOCE MESES.
MÚSICOS.

Fundóse el pórtico del teatro de órden compuesto, sobre cuatro columnas de bien imitada piedra lázuli, cuyas cañas estaban adornadas á trechos de resaltados bollos de oro, y en su correspondencia dorados sus capiteles y sus basas, con que siguiendo el órden, corria la cornisa enriquecida á partes de los mismos bollos, mascarones y cornucopias. En ellas descansaban unas volutas, de quien pendian varios festones, que dando vuelta á los modillones, recibian el cerramiento del fróntis, de quien era clave una medalla de relieve, guarnecida de hojas de laurel con cuatro mascarones y otros adornos que la dividian en igual compartimiento. Dentro della estaba un caballo cuya velocidad enfrenaba galan jóven, no sin algunas señas de Mercurio, dios del ingenio, así en el caduceo como en las plumas del capacete y los talares: jeroglífico del que osadamente vano intenta sofrenar al vulgo. A los lados del pórtico, entre coluna y coluna, estaban en sus nichos dos estatuas, al parecer de bronce, que haciendo viso al héroe de la fábula, halagando una á un leon y otra á un tigre, significaban el valor y la osadía. Todo este frontispicio cerraba una cortina, en cuyo primer término, robustamente airoso, se veia Hércules, la clava en la mano, la piel al hombro, y á las plantas monstruosas fieras, como despojos de sus ya vencidas luchas; pero no tan vencidas que no volase sobre él en el segundo término Cupido flechando el dardo, que en el asunto de la fiesta habia de ser desdoro de sus triunfos. Bien desde luego lo explicaba la inscripcion, cuando en rotulados rasgos que partian entre los dos el aire, decia á un lado el castellano mote : Fieras afemina amor, *y á otro el latino :* Omnia vincit amor. *Lo demas del campo que restaba á la cortina, ocupaban pendientes festones de trofeos de guerra, que enlazados los unos de otros orlaban todo el lienzo, sin perdonar pequeño espacio, que no llenase de hermosa variedad la arquitectura en sus diseños, y la pintura en sus dibujos. En habiendo logrado la vista por breve rato ambos primores, empezó á lograr los suyos el oido, primero en sonoras chirimías, y despues en templados instrumentos, á cuyo compas desde lo mas alto del fróntis, por detras de la medalla, empezó á descubrirse, hecha una ascua de oro, una* AGUILA *caudal, con imperial corona, sobre cuyas batidas alas venia una ninfa, que rompiendo la cortina sin romperla, dió principio á la Loa, como en voz de*

EL ÁGUILA. (*Cantando.*)

A los felices años,
Que para dicha nuestra
Ya en estatuas de bronce,
Ya en láminas de piedra,
Con luces cuente el fuego,
El agua con arenas,
Con atomos el aire,
Y con flores la tierra;
A los felices años
Del Águila suprema,
Que mas que en nuestras vidas
En nuestras almas reina:
La reina de las aves,
En dulce competencia
De cual es la que mira
Al sol desde mas cerca;
Por lidiar mas airosa
(Que en duelos de nobleza
No hay ceño que milite
Donde hay razon que venza),
Viendo que es hoy el dia
Que su natal celebran,
Llevar pretende á todos
La loa de la fiesta.
¿Qué ave pues será aquella
Que en tanto empeño mas me favorezca?

EL FÉNIX. (*Dentro, cantando.*)

¿Quién puede ser sino el Fénix,
Quien á ese obsequio se atreva?

EL PAVON. (*Dentro, cantando.*)

¿Quién sino el Pavon ser puede
Quien á ese culto se ofrezca?

FÉNIX. (*Dentro.*)

Que en festejo de años
Nadie hay que pueda
Asistir como el ave
Que los renueva.

PAVON. (*Dentro.*)

Que en festejo de años
De quien gobierna,
Ave que toda es ojos,
Que asista es fuerza.

Con estos versos, por la entrecalle que delante de la cortina formaban las columnas, salieron de ambas otras DOS NINFAS, *una en un* FENIX *y otra en un* PAVON; *y moviéndose iguales, este sobre su nido y aquel sobre su hoguera con los matices de sus plumas, salpicadas de oro, se fuéron acercando, donde suspensa el Aguila en el aire, prosiguieron cantando.*

FÉNIX.

Símbolo del amor es
El Fénix, que en blanda hoguera
Fuego nace, fuego muere,
Y fuego otra vez se engendra.
Luego si afectos de amor
Son los que á todos alientan,
Y el amor llama que nace
Hija y madre de sí mesma,
En festejo de años
Nadie hay que pueda
Asistir como el ave
Que los renueva.

PAVON.

Símbolo es de vigilancia
El Pavon, pues en su rueda
Tantos ojos como plumas,
A nunca dormir despierta.
Luego si los años son
De la que, toda ojos, vela,
Y un corto festin no es mas
Que venir á cobrar fuerzas
Para volver á la lucha,
¿Quién puede dudar que sea
La vigilancia la mas
Interesada en que vuelva?
Con que en fiesta de años
De quien gobierna,
Ave que toda es ojos,
Que asista es fuerza.

EL FÉNIX. (*Representando.*)

¿Primero que yo?

PAVON.

Primero.

ÁGUILA.

No mas; que amantes contiendas
Tienen de su guerra el lauro
Tan al reves de otras guerras,
Que canta por el rendido
La victoria la fineza:
Y puesto que á mí me toca
Ajustar la diferencia,
¿Qué para mi fiesta ofreces
Tú?

FÉNIX.

Yo ofrezco para ella

[1] Debiéndose considerar las acotaciones de esta comedia como documentos históricos de su representacion, se reimprime literalmente la pieza sin dividirla en escenas, lo que harémos tambien con algunas otras en que aquella division no es necesaria.

El círculo de los años
Que á siglos el Fénix cuenta.
De los meses se componen,
Y (como quien los sujeta
A que pasen sin su ruina)
Haré que los doce vengan
En festivo parabien,
En alegre norabuena
Del cumplimiento de este,
Todos de gala y de fiesta.

ÁGUILA.

Y tú, ¿qué me ofreces?

PAVON.

Yo
Te ofrezco la diferencia,
Como se suele decir,
Que va del cielo á la tierra;
Que pues del Pavon los ojos
Juno colocó en estrellas,
Bien como familiar astro
De las demas luces bellas,
Haré que los doce signos
Que en los doce meses reinan,
Tambien de fiesta y de gala
Para tu cortejo vengan.

ÁGUILA.

Luego mirando á un fin mismo
Las solicitudes vuestras
Sin que en los medios se estorben,
Puesto que de una es la tierra
Teatro, de otra teatro el cielo,
Fácilmente estáis compuestas...

LOS DOS.

¿Cómo?

ÁGUILA.

Aceptando de entrambas
Yo el afecto; y así, en muestra
De justo agradecimiento,
Al mes que en su signo tenga
Para el asunto de hoy
Mas favorable influencia,
De las plumas de mis alas,
Que son de la fama lenguas,
Le rizaré tal penacho,
Que ceñido á su cimera,
En tremolada guirnalda,
Publique la preminencia.
Y para no perder tiempo,
Miéntras tú con voces tiernas
Los meses convocas, tú
Los signos, yo de mis bellas
Aves convocaré el canto,
Y remontando lijeras
Las alas, haré del aire
Retirar las nubes densas,
Corriendo al sol la cortina,
Para que mejor se vean
A un tiempo entrambos teatros.

FÉNIX.

Pues ¿qué aguardas?

PAVON.

Pues ¿qué esperas?

ÁGUILA. (*Canta.*)

¡Ah de la vaga region
Del aire!

CORO 1.° (*Dentro.*)

¿Qué es lo que ordenas?

FÉNIX. (*Canta.*)

¡Ah de los siglos!

CORO 2.° (*Dentro.*)

¿Qué mandas?

PAVON. (*Canta.*)

¡Ah de los astros!

CORO 3.° (*Dentro.*)

¿Qué intentas?

ÁGUILA.

Que corras al sol la arrugada cortina.

FÉNIX.

Que juntes los meses, que á edades los cuentan.

PAVON.

Que llames los signos, que en ellos influyen.

LAS TRES.

Y todos digais en voces diversas
Que Cárlos Segundo ofrece á su Madre,
Pues ella admitió de sus años la fiesta,
Esta fiesta tambien á sus años,
Que cumplan y gocen edades eternas.

TODOS Y MÚSICA. (*Dentro.*)

Pues todos digamos en voces diversas,
Que Cárlos Segundo ofrece á su Madre,
Pues ella admitió de sus años la fiesta,
Esta fiesta tambien á sus años,
Que cumplan y gocen edades eternas.

Con esta repeticion, superior el Aguila á las dos, y elevadas las tres, midieron con la música la distancia que habia desde el tablado á la cornisa, llevándose tras sí en arrugados pabellones la cortina, que no sin cuidadoso desaliño se escondió en ellas, dejando descubierta la primera escena del teatro. Era su perspectiva de color de cielo, hermoseado de nubes y celajes, y desde su primer bastidor hasta su foro cuajada de caladas estrellas, que al movimiento de artificiales luces, oscureciendo unas y brillando otras, en luciente travesura campeaban alternadas; sobre cuya vistosa inquietud de sombras y reflejos estaban en el aire LOS DOCE SIGNOS, *significados en* DOCE *hermosas* NINFAS. *Tenia cada una en la una mano, dibujado en transparente escudo su cárácter, y en la otra una antorcha, de cuya llama descendia un rayo de velillo de plata que, como influjo que inspiraba en ellos, le admitian* LOS DOCE MESES, *significados tambien en* DOCE *airosos jóvenes, que al pié cada uno de su signo formaban entre todos, en dos bandos, cuatro diagonales líneas, tiradas al centro con tan regular medida en su declinacion las estatuas, que desmentidas unas de otras, dejaban verse todas. No fué menor adorno de esta vistosa planta lo ataviado de ella, pues así las tres que corrieron la cortina, como* LOS SIGNOS, LOS MESES Y LOS MÚSICOS, *que tambien acompañaban á lo léjos, estaban todos uniformemente vestidos de azul y plata, con rizados penachos de plumas blancas y azules: á cuyo aparato, despues de haber repetido toda la música los pasados versos, empezó la representacion en esta forma:*

ENERO.

Yo, que consagrado á Jano,
Tomé su nombre en la lengua
Latina, pues Januario
Y Enero una cosa es mesma,
Añadiendo al nombre el cargo
De abrir y cerrar las puertas
Del templo á los dos arbitrios
De la paz y de la guerra,
Soy quien tambien las del año
Abrí; y así, mi primera
Estacion es la que viene
A dar primera obediencia.

ACUARIO.

Y para que la guirnalda
El por mí influjo merezca,
Soy yo su signo, de cuya
Urna el agua se despeña,
Que inunda tierras y mares;
Porque de Acuario se entienda
Que la guerra ó paz que Jano
Ofrece á la providencia
Política y militar
De la que hoy á todo atenta
Acude á guerras y paces,
Comprende mares y tierras
En que imperiosa domine,
Y en quien victoriosa venza.

FEBRERO.

La ciega gentilidad
De la India, en reverencia
De Febrero consagró,
Viciada la frase nuestra,
Templo al ídolo de Fabro,
De cuyo altar le destierra
La fe de España: testigo
En Copacavana sea
Su mayor culto en Febrero:
Luego preferirte es fuerza,
Pues tú en un templo profano
Tu mayor mérito asientas,
Y yo en un templo divino.

PÍSCIS.

Y añade que la influencia
Del Píscis, que te preside
(Sin pasar á otra materia
Mas de la que da el carácter),
Es preciso que prefiera
A la de Acuario, pues él
Solo en el agua presenta
Lo elemental, que ni anima
Ni vive: yo ofrezco en ella
Todo el mudo vasallaje
De sus peces; de manera,
Que hay de un don á otro, lo que hay
De una luz viva á una muerta.

MARZO.

Aunque pudiera ofenderme
Que los dos á hablar se atrevan
Primero que Marzo, en quien
El año solar empieza,
No lo he de hacer, que no es
Cuestion deste lugar esta;
La de pretender el premio
Sí, y el que á mí se me deba
Preciso es; pues siendo yo
El que en la veloz carrera
Del sol, las noches iguala
Y dias, que representan
Vicios y virtudes, soy
Tribunal de la prudencia,
De quien los vicios castiga
Y quien las virtudes premia.

ÁRIES.

No digas quién es, que yo
Lo digo mejor por señas
Que tú por palabras: ved
De donde un cordero cuelga,
Que en el toison del ariete
Dorados vellones peina:
Veréisla de su collar
Siempre á los rayos atenta.

ABRIL.

Buenas son tus señas; pero
Abril dará otras tan buenas,
Cuando al cristal de su espejo
Componga la primavera
Todas sus flores, de quien,
Como la rosa, es la reina.

TAURO.

Y tan reina, como el signo

De Europa en su toro muestra,
Pues como álguien dijo, «en campos
De zafir paciendo estrellas,»
Desde los puertos de Europa
Golfos de pluma navega,
Hasta donde no hay remoto
Clima en que imperio no tenga.

MAYO.

Eso de flores, Abril,
Toca al Mayo; que si engendras
Tú en boton púrpura y nieve
De claveles y azucenas,
Que jeroglíficos son
De majestad y pureza,
Yo saco tu embrion á luz;
Y siendo así que concuerdan
En un sentido las flores
Y las virtudes...

GÉMINIS.

Espera,
Que eso mejor en su abrazo
Géminis lo manifiesta.
Nacer la paz en el cielo
Y la verdad en la tierra,
Sagrado cántico dice,
Donde prosigue la letra,
Que la verdad y la paz
Se abrazaron: luego en muestra
De ser las virtudes hijas
Del cielo, y las flores bellas
De la tierra, y abrazarse,
Bien el Géminis lo prueba
En dos abrazados niños,
Símbolos de la inocencia.

JUNIO.

Junio contiene el mayor
Dia del año.

CANCRO.

Esa evidencia
Diga el trópico de Cancro,
En cuya exaltacion, llega
A su auge el sol.

JUNIO.

Pues siendo
Así, ¿quién habrá que ofrezca
Al sol de España mas sol,
Que á par suyo resplandezca?

JULIO.

Harto sol la ofrece Julio;
Y cuando algo descaezca,
Lo crece en la estimacion,
Por ser, como es, mes que impera,
A césares consagrado,
Despues que por Julio César
Julio se llamó.

AGOSTO.

No es
Gran prerogativa esa;
Que Agosto tambien de Augusto
El nombre tomó.

LEON.

Pues sea,
Si esa no es prerogativa,
Ser su signo el leon, empresa
De los católicos reyes
De España.

VIRGO.

Tampoco en esa,
Julio, á Agosto excedes, pues
Es mi signo pura, honesta
Vírgen, empresa tambien
De sus católicas reinas.

SEPTIEMBRE.

Septiembre noches y dias
Vuelve á igualar; y así, es fuerza
Que de vicios y virtudes
Tambien la plática vuelva.

LIBRA.

Mas con una circunstancia:
Que si en su equinoccio premia
Áries virtudes, y vicios
Castiga, en el suyo pesa
Libra al fiel de sus balanzas
Lo recto de sus sentencias,
Siendo allá la igual justicia
Práctica, y aquí experiencia.

NOVIEMBRE.

Octubre, ¿por qué no hablas
Para que yo te suceda?

OCTUBRE.

Porque en el silencio fio
Yo mi mayor excelencia
Con que he de exceder á todos.

TODOS.

¿Cómo?

ESCORPION.

Con razon bien cuerda;
Que viendo que el Escorpion
Su signo es, es advertencia,
Que la lengua de escorpion
En tanto asunto enmudezca.

NOVIEMBRE.

Mal hoy su veneno temes;
Pues para que no le temas,
Noviembre á su Sagitario,
De Amor le ha dado las flechas,
Hurtándolas á su aljaba.

SAGITARIO.

Y yo uso gozoso dellas,
A fin de que todos hoy
Las flechas del Amor sientan.

DICIEMBRE.

¡Dichoso yo, pues á mí
Tan desacordada llega
La cuestion de una razon,
Que alegándola cualquiera
De los que la tienen, ántes
Que á mí llegara, tuviera
Merecida la guirnalda!

TODOS.

¿Qué razon puede ser esa?

DICIEMBRE.

¿Vosotros septentrionales
Signos no sois?

LOS SEIS.

Cosa es cierta.

DICIEMBRE.

¿Australes signos vosotros
No sois?

LOS OTROS SEIS.

Sí.

DICIEMBRE.

Pues ¿qué imprudencia
Es, valiéndôs de otras causas,
Haberos dejado esta?
Y pues no acaso la suma
Influencia de influencias
Que sobre los astros manda,
Para el Capricornio deja
La mayor prerogativa,
Mas heróica y mas excelsa
De todos los signos, hoy
Permite que yo los venza.
¿No es el austro de quien vino
El Rey? Las sagradas letras
¿No cantan el Rey del austro?
¿No es quien de Jano las puertas
Abre á la guerra y la paz,
Arbitro de paz y guerra,
Como de tierras y mares?
¿No es el que la fe sustenta
En remotos climas? No es
El que del ariete cuelga
El vellon en hilos de oro?
No es el que en flores diversas,
Significando virtudes,
Y vicios que tras sí llevan,
Dias y noches iguala?
¿No goza de Augusto y César
En España y Alemania
Blasones? ¿No es el que llega
A conseguir, nivelando
Justicia á un tiempo y clemencia,
Que el Sagitario enamore,
Y el Escorpion enmudezca?
Luego al Diciembre, que es
Quien solo lo austral alega,
Se le debe la guirnalda;
Que á la voz de ave que vela,
Y de ave que es toda amor,
El águila real presenta
Hoy al águila imperial,
Cuando...

ENERO.

Aguarda.

FEBRERO.

Escucha.

MARZO.

Espera.

ABRIL.

¿Cómo, siendo tú el mas pobre
Mes de luz...

MAYO.

En quien se abrevian
Los dias...

JUNIO.

En quien se duda
Muchos dias si amanezcan...

JULIO.

Mayormente el veinte y uno...

AGOSTO.

Que en la regular tarea
Del sol, es de todo el año
El menor...

TODOS.

Vencer intentas
A todos?

DICIEMBRE.

Como hay razon.

TODOS.

¿Qué razon puede ser?

DICIEMBRE.

Esta.
Viendo el sol cuán agraviado
Tenia al dia en que su bella
Luz ménos se participa,
Desagraviando la ofensa
Quiso que naciese en él
Sol, que mas que él resplandezca;
Y así, nació Maria-Ana
A suplir del sol la ausencia.

ENERO.

Aunque esa razon á todos
Es justo que nos convenza...
No podrás negar á Enero
La parte que hoy tiene en ella,
Pues ya que fué tuyo el dia,
Viene á ser suya la fiesta.

DICIEMBRE.

Engáñaste, que no acaso
Fué el que yo en tí la transfiera
Con no ménos digna causa.

ENERO.

¿Cómo?

DICIEMBRE.

De aquesta manera.
Viendo cuán cercana estaba

La florida aurora tierna
De la hermosa María Antonia,
Tan peregrina, tan bella,
Que hija de la Margarita,
Se califica de perla :
Y viendo, que era de Cárlos
El obsequio, fué advertencia,
Anticipando en sus años
La ventura que se espera,
Dejar yo pasar el dia,
Puesto que siempre se queda
A ser mio, porque fuese
A dos luces la fineza,
Como amante de su madre
Y galan de su belleza.

ENERO.

A esa razon, confesarte
Vencedor es la respuesta.

TODOS Y LA MÚSICA.

¡Viva el Diciembre!

ACUARIO.

Nosotros,
Pues mejor sol nos espera
Ya en la tierra, que ilumine
Nuestros influjos, á ella
Descendamos.

TODOS LOS SIGNOS.

Descendamos
Diciendo en voces diversas...

MÚSICOS.

Pues que nos da mejor sol
Diciembre en mejor esfera,
Que viva, que reine, que triunfe y que [*venza.*

(*Bajaron los Signos al tablado, y mezclados con los Meses compusieron una máscara con varios lazos, al compas desta letra.*)

MÚSICOS.

Ya que la Aguila plumas
Dió á su guirnalda bella,
La tierra con sus flores
La adorne y la guarnezca,
Las fuentes instrumentos
En su aplauso prevengan,
Dulces cuerdas de plata
A cítaras de perlas.
En sus ecos los montes
Templadas cajas sean,
Y en su espacio los aires
Clarines y trompetas.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
Pero guerra amorosa,
Que en paces se convierta,
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(*A esta batalla música, respondió la militar de cajas y trompetas, con que sonando á un tiempo clarines, instrumentos y voces, y trocando lugares Meses y Signos, desaparecieron unos por el aire y otros por la tierra, en cuya confusa disonancia festiva dió fin la loa, transformándose la escena en un ameno bosque, en cuya frondosa variedad, ya de vestidos troncos, y ya de desnudas peñas, empezó su primer jornada la comedia.*)

FIERAS AFEMINA AMOR.

PERSONAS.

HERCULES.
ANTEO.
ARISTEO, *rey de Tesalia.*
EURISTIO, *rey de Libia.*
CUPIDO.
LICAS, *criado de Hércules.*
YOLE, *infanta de Libia.*
EGLE, *dama.*
VERUSA, *dama.*
HESPERIA, *dama.*
CIBELE, *diosa de la tierra.*
VENUS.
CALIOPE, *ninfa.*
OTRAS OCHO NINFAS.
CUATRO DAMAS.
SOLDADOS.
CAUTIVOS.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

Dentro voces, y salen atravesando el tablado por diversas partes VERUSA, EGLE Y HESPERIA, *seguidas de otras* NINFAS.

UNOS. (*Dentro.*)

Pastores, huid la fiera.

OTROS. (*Dentro.*)

Al bosque, al llano.

OTROS. (*Dentro.*)

Al monte, á la ribera.

EGLE.

Corred, hasta ampararnos en los bellos
Jardines nuestros. (*Vase.*)

VERUSA.

Solo el guarda dellos
Defendernos podrá de su fiereza. (*Vase.*)

HESPERIA.

¡Ay de aquella que tímida tropieza
Aun en su misma sombra! (*Vase.*)

HÉRCULES. (*Dentro.*)

No huyais, que ya el leon que Africa [asombra,
Seguiros podrá en vano,
Que si él es el nemeo, yo el tebano.

Sale LICAS.

LICAS.

¿Quién crêrá que es mi miedo
Tan al revés del otro, que huir no puedo?

Sale HERCULES *luchando con un leon.*

HÉRCULES.

Bruto rey destos montes,
En cuyos africanos horizontes
Terror fuiste, por mas que con tiranos
Escándalos intentes
Tú con tus dientes demoler mis manos,
Yo con mis manos morderé tus dientes;
Que á no ménos valientes
Hechos mi fama se empeñó resuelta.
Muere á sus iras, pues.

(*Arrójale de sí, y tropezando en Licas, cae entre los bastidores.*)

LÍCAS.

¡Ay que le suelta!

HÉRCULES.

¿De qué temes, cobarde,
Si ya ese bruto, ó mal, ó nunca, ó tarde
Ofenderte podrá? pues cuando en esas [sas
Breñas me embiste, de sus mismas pre-
Armado contra él, hacerle pude
(Al tiempo que la greña se sacude,
Y afilando las garras, me provoca
A lid) tan de una vez abrir la boca;
Que la una media testa, á su despecho
Le puse al lomo, y la otra media al pecho.

LÍCAS.

¿Luego desquijarado,
Hablando herculeamente, le has dejado?

HÉRCULES.

Si vencí las serpientes en la cuna,
La Hidra feroz en la Lernea laguna,
Si en Calidonia al fiero
Espin, si en el abismo al can Cerbero,
Y al toro de Aquelóo en Tesalia, ¿es mu- [cho
Venza en Libia al leon con quien hoy le- [cho?
Llama, pues ya no hay que temer, la gen- [te
Que desnudarle de la piel intente,
Para vestirme della;
Que es bien, pues que mi estrella
Amante me hizo solo de mi fama,
Galas usar al gusto de mi dama.

LÍCAS.

Andantes escuderos,
Todo el año cansados, hoy lijeros
Volved, y como si postiza fuera,
Destocad al leon la cabellera [tanta,
De testa y piel. Ya allá lo harán, y en
Para convalecer de aqueste espanto,

¡No será bien, señor, seguir aquella
Hermosa tropa bella,
A que nos dé las gracias de haber sido
Los dos los que las hemos defendido?

HÉRCULES.

Yo mas gracias no quiero
Del vencer, que el vencer.

LÍCAS.

Está bien; pero
Al vencer por vencer, ¿quién le ha quita- [do
El comer por comer? Si fatigado
A la falda de Atlante,
Ese gigante monte, y tan gigante
Que el cielo en él estriba,
Vienes llamado por tu fama altiva
De Euristio, rey de Libia (no me meto
Ahora en discurrir para qué efeto,
Pues me basta saber que no fué acaso
Dejar por él la guarda del Parnaso);
Si apénas en él entras,
Cuando unas ninfas y un leon encuentras,
Y eres tan majadero,
Que te vas á abrazar al leon primero
Que las ninfas; ¿por qué, ya que las dejas
Desabrazadas ir, ahora te alejas
Del rumbo que siguieron?

HÉRCULES.

Ya lo dije: porque para mí fuéron
Inútiles las gracias. Yo he cumplido
Conmigo ya en haberlas socorrido,
Y ni oirlas ni verlas [las,
Quiero, por no obligarme á aborrecer-
Como á cuantas mujeres
Hasta hoy llegué á ver.

LÍCAS.

Ya sé que eres
Galante cortesano, y que es muy justo
Alabarte por hombre de buen gusto;
Porque ¿quién, empleado en aventuras,
Por ver fierezas, no dejó hermosuras?

HÉRCULES.

No es para tí esa plática.

LÍCAS.

Pues sea,
Ya que el monte permite que se vea
Allí un bello palacio,
Plática para mí...

HÉRCULES.

¿Qué?

LÍCAS.

Que en su espacio
A Euristio le esperemos
Mas á placer.

HÉRCULES.

No dices mal: lleguemos;
Que sin duda, pues es donde llamado
Vengo dél, será donde aposentado
La conferencia nuestra entablar quiera.

LÍCAS.

Ya de aquí se descubre.

(*Corrióse el foro al bosque, y descubrióse la fachada de un palacio ricamente adornado de jaspes y bronces y, como dicen los versos, coronado de un pensil en que habia un árbol cuyas hojas eran doradas y sus frutas de oro.*)

HÉRCULES.

¡Sacra esfera,
En cuya arquitectura
Se vieron la riqueza y la hermosura!

LÍCAS.

¡Qué fábrica tan bella!

HÉRCULES.

Jaspes y bronces son cuantos en ella
Hacen, doblando al dia los reflejos,
Del espejo del sol varios espejos.
Tanto su luz deslumbra,
Que me ciega lo mismo que me alumbra.

LÍCAS.

Demas del edificio, mil abriles
Ostenta allí un jardin.

HÉRCULES.

Y en los pensiles
Que coronan su muro,
Un árbol se descuella de oro puro,
Cuyas frutas no ignoro,
Que todas bellas son manzanas de oro.

LÍCAS.

Más quisieran mis ganas
Que fueran manducables las manzanas,
Y el tal oro potable.

HÉRCULES.

¿Quién vió alcázar jamas tan admirable?
Sin duda este es el monte de la Fama.
¡Ah del templo!

VOZ 1.ª (*Dentro.*)

¿Quién es?

VOZ 2.ª

¿Quién va?

VOZ 3.ª

¿Quién llama?

HÉRCULES.

Con sonora armonía han respondido.
Ya de la vista el pasmo es el oido.

LÍCAS.

Así del gusto fuera,
Y tercer pasmo al paladar viniera,
Y que vendrá no dudo;
Que si halagar á dos sentidos pudo,
Halagará á otros dos, dando no en vano,
Nocturno lecho y pasto meridiano. [ras
Vuelve á llamar, que entre las peñas du-
Tal vez pierden el Ah las aventuras.

HÉRCULES.

Sí haré, que un nuevo espíritu me infla-
¡Ah del templo! [ma.

Toda la MÚSICA *dentro del palacio.*

MÚSICA.

¿Quién es? Quién va? Quién llama?

HÉRCULES.

Un errado extranjero peregrino,
Que siguiendo la ley de su destino,
Desta desierta Libia ha penetrado
El mas inculto seno; y pues guiado
De esplendores tan reales,
Puerto llega á tomar á tus umbrales,
Diá tu deidad (pues fuerza es que lo sea
Quien tal esfera habita),
Que adorarla en sus aras me permita,
Para que en ellas vea,
La cerviz ofreciéndola del bruto, [buto
Que en sus montes vencí, que en tal tri-
A su culto el obsequio no desdice.

EGLE. (*Canta dentro.*)

¡Ay mísero de tí! ¡Ay infelice...

LÍCAS.

Este es otro cantar.

EGLE. (*Canta.*)

*Si aquesta puerta
Intentas ver para tu ruina abierta!*

HÉRCULES.

¿Oiste segundas voces?

LÍCAS.

Por señas que veloces
Dijeron, si es que yo buen juicio hice...

TODA LA MÚSICA.

¡Ay mísero de tí! ¡Ay infelice...

HÉRCULES.

Atiende.

MÚSICA.

*Si esta puerta
Intentas ver para tu ruina abierta!*

HÉRCULES. [asombre?

¿Qué ruina puede haber que á mí me
Hércules soy, empéñeme mi nombre
A no dejar de ver prodigio tanto,
Como dan á entender música y llanto,
Si ya no es aparente
Vaga ilusion. Lleguemos donde intente
Nuestra fuerza romper el duro esconce
De sus grabadas láminas de bronce.

LÍCAS.

Llega sin mí, pues sabes de cuán poco
Te suelo yo servir. Mas mira...

HÉRCULES.

Loco,
Aparta; que has de ver, una vez dentro,
Si examino el asombro de su centro,
Por mas que infausto oráculo me dice...

HESPERIA. (*Dentro.*)

¡Ay mísera de mí! ¡Ay infelice!

Representando HÉRCULES *á la parte del bosque.*

Mas, ¿qué es esto? En el hueco
Del monte ¿desta voz no se oyó un eco?

LÍCAS.

Esto es que si aquel era
Otro cantar, ser este considera
Otro llorar. Sin duda
Hubo quien ántes á inquirir acuda
Este canto; y quizá porque no quiso
Creer, como tú, el aviso,
Llorando desconsuelos,
Repite...

HESPERIA. (*Dentro.*)

¡Favor, dioses! ¡Piedad, cielos.

HÉRCULES.

Allí se oyó: seguir su llanto quiero;
Que es socorrer una afliccion primero
Que averiguar una ilusion. (*Vase.*)

LÍCAS.

En una
Quiebra del monte su infeliz fortuna,
Quien quiera que es, lamenta:
De cuyo seno Hércules intenta
Sacarla.

HÉRCULES. (*Dentro.*)

Pues no acaso te redime
Por mí el cielo la vida...

HESPERIA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

Sale HERCULES *con* HESPERIA *en brazos.*

HÉRCULES.

Dime
Quién eres, bella deidad,
Si es que yo entiendo de bellas;
Que para mí las hermosas
Son solamente las fieras.
¿Quién eres, y cómo viva
Yaces sepultada en esa
Lóbrega sima, de quien
Pude sacarte?

HESPERIA.

Si deja
Aliento para la voz
El corazon, que aun no alienta,

Soy quien en fe de que nadie
Llegar hasta aquí se atreva,
Con alguna de las ninfas
Que ese Real Retiro alberga,
Como otras veces, salí
Hoy del jardin á la selva;
Y divertida en mirar
Cuánto la naturaleza
Es bella, por varia, habiendo
Quien, por ser varia, no es bella,
Estábamos, cuando, al fiero
Rugiente bramido desa
Horrible fiera asustadas,
Solicitamos lijeras
De nuestro seguro albergue
Volver á cobrar las puertas.
Yo, por mas tímida, ó mas
Sobresaltada, ó mas ciega,
O mas infeliz, que es
La definicion mas cierta,
Volviendo el rostro á mirar
Si me sigue (que una pena,
Aunque se escuc e de léjos,
Siempre se presume cerca),
Alcancé á ver que luchando
Brazo á brazo y fuerza á fuerza
Contigo estaba: con que
A tanto pavor suspensa,
A tanto escándalo absorta,
Perdido el tino á la senda,
En el lazo tropecé
De una enmarañada quiebra,
Que áspid de mi precipicio,
Se escondia entre la yerba.
En ella pues, no pudiendo
Esforzarme á salir della,
Di voces; y pues te debo
Dos veces la vida, sea
Darte yo una vez la vida
Satisfaccion de ambas deudas.
Vuelve pues, vuelve, extranjero,
Al camino, y no pretendas
Saber mas de que soy noble;
Y pues que siéndolo, es fuerza
Ser agradecida, cree
Que es solicitar tu ausencia,
Sin que te albergue ese alcázar,
Mas que ingratitud clemencia.
Y sea presto, porque (¡ay triste!)
Si conmigo á verte llegan,
Aun á mí no me abrirán
Las demas, al ver que arriesgan
Una vida, á quien debieron
Tan generosa defensa:
A cuya causa, no dudo,
Que á estas horas digan ellas
Lo mismo que yo, y que juntas
Repitan las voces nuestras...

ELLA Y MÚSICA.

¡Ay de tí si esa puerta
Intentas ver para tu ruina abierta!

HÉRCULES.

Oye, aguarda; que no es bien
Que ir te deje sin que sepa
Quién eres, cómo estos montes
Vives, qué fábrica es esa,
Y qué misterio ó qué encanto
El que en su recinto encierra;
Porque para mi valor
Es todo una cosa mesma
El decirme que le haya,
Que el decirme que le venza.

HESPERIA.

Eso no haré yo, porqué
Si es que el saberlo te empeña,
El no saberlo te saca
Del empeño.

HÉRCULES.

No es respuesta,
Cuando el saber que hay prodigio
Basta para que le emprenda,
Sea el que fuere.

HESPERIA.

Entónces no
Correrá el riesgo á mi cuenta,
Sino el dolor de que tú,
Como los demas, perezcas,
Que lo han intentado.

(*Quiérese ir, y él la detiene.*)

HÉRCULES.

Mira...

HESPERIA.

No osadamente te atrevas
A detenerme.

HÉRCULES.

No fies
Tú que por mujer te tenga
Respeto, porque no hay
Cosa que mas aborrezca:
Y asi, persuádete á que,
O lo he de saber, ó presa
Te he de llevar donde nunca
A cobrar tu centro vuelvas.

HESPERIA.

A tanta amenaza hable,
Sin la voluntad, la fuerza —
Que se convirtiese en monte
Atlante, por la soberbia
Con que intentó competir
En las judiciarias ciencias
Con los dioses; que le diesen
Por castigo las esferas
Mismas que quiso entender
(Pues su gran fábrica inmensa,
Sin agobiarle la espalda,
Sobre su cerviz se asienta),
No lo ignorarás; y así,
Esta noticia suspensa,
Paso á que Héspero, su hermano,
Se crió, en su competencia,
Mas inclinado á las armas,
Que Atlante lo fué á las letras.
Tres hijas Héspero tuvo:
Sí dotadas de excelencias
Naturales, como son
Música, ingenio y belleza
Repartidas en las tres,
Otro lo diga; que es necia
La alabanza en causa propria:
Y siendo yo la una dellas,
No es justo que aventurando
El que aquí no te parezca
Docta ó sabia, la opinion
De las otras dos desmienta.
Muerta pues su bella esposa,
Y (como dije) á la guerra
Héspero inclinado, viendo
Cuánto el Africa se esfuerza
En las conquistas de Europa,
Y que á tan heróica empresa
Tres hijas le embarazaban
A no hacer su fama eterna,
A consultar á su hermano,
A quien semi-dios venera
Libia, vino, donde oyó
En su estatua esta respuesta:
«Pasa, Héspero, á Europa, en fe
De que en Europa te espera
Tan alta gloriosa fama,
Que su provincia mas bella,
Mas abundante, mas rica,
Mas ilustre y mas suprema,
Tomará el nombre de tí,
Confrontando con la estrella
Del Vésper, que la domina:
Con que concurriendo en ella
De una parte tus conquistas,
Y de otra sus influencias,
Héspero y Vésper harán
Que sea su nombre Hesperia,
Que traducirá en España
La variedad de las lenguas.
Y en cuanto á que de tus hijas
El cariño te detenga,
Yo quedaré en guarda suya:
Tráelas á mi monte, y piensa
Que para que alegres vivan
Siempre á mi sombra en tu ausencia,
No habrá festejo, delicia,
Honor, aplauso, grandeza,
Pompa, fausto, joya ó gala,
Que en su servicio no tengan;
Y así, seguro de que
No saldrán, hasta que vuelvas,
De mis montes, parte».— Dijo:
Con que Héspero á su obediencia
Atento, nos trajo donde
Ya el diseño de su idea
Habia lineado este hermoso
Alcázar, en cuya esfera
En poco distrito somos
De tantos imperios reinas,
Que en sus límites vivimos
A nunca salir contentas;
Porque muriendo mi padre
Coronado de proezas
En la Hesperia, cuyo nombre
Tambien nos dejó en la herencia
(Pues las Hespérides somos),
Cumplímosle la promesa
De no salir de aquí, en tanto
Que él por nosotras no vuelva
Aquí nos mantienen bien,
Como ántes dije, tan llenas
De tesoros, que uno puede
Ser de todos consecuencia.
Aquella hermosa manzana
De oro, que fué competencia
De Vénus, Pálas y Juno,
Adquirida por las ciencias
De Atlante, en esos jardines
Plantó, y prendiendo en la tierra
Sembrado metal, produjo
Un tronco, cuya corteza
Es una lámina de oro,
De oro sus hojas, y dellas
El fruto tambien doradas
Pomas. Aquí es donde entra
Lo mas prodigioso. Vénus
Ufana con la sentencia
De Páris, viendo que un árbol
Inmortal su triunfo acuerda,
Pues con alma vegetable
No hay alegre primavera
Que no reviva en sus frutas,
Puso tal virtud en ellas,
Como al fin madre de Amor,
Que el amante que una adquiera
Será en su amor venturoso:
Viendo Atlante cuánto sea
Apetecible un hechizo
De tan poderosa fuerza,
Que atraiga las voluntades;
Para que nadie se atreva,
Por la codicia de ser
Amado, á romper la cerca,
Y por robar sus manzanas,
Violar la clausura nuestra;
Enroscó un dragon al tronco,
Que velando en su defensa,
Siempre los ojos abiertos,
Sin que un solo instante duerma
Apénas un ruido siente
De que hombre en el jardin entr
(Que mujeres no le enojan),
Cuando la cerviz inhiesta,
La escama erizada, el ala
Batida, afilando presas
Y garras, por boca y ojos
Fuego exhala y humo alienta.
A cuyo horror nadie hubo,

Que hecho pedazos no muera,
De cuantos finos amantes,
O ya falseando las puertas,
O ya asaltando los muros,
Intentaron...

HÉRCULES.

Cesa, cesa,
No prosigas...

LÍCAS. (*Ap.*)

¿Dragon dijo?
¿Qué va que tenemos fiesta
Dragontina?

HÉRCULES.

Que me ofende
Oir que haya hombre que pretenda
Que le merezca un hechizo
Lo que él por sí no merezca.
¡Qué bajo espíritu debe
De tener quien se contenta
Con que lo que es voluntad
Lo haya de adquirir por fuerza!
Una mujer violentada,
¿Es mas, si se considera,
Que una estatua algo mas viva,
Con alma algo ménos muerta?
Y esto á una parte, no ménos
Me ofende que haya quien quiera
Ni ser amado, ni amar.
¿Es amor mas que una ciega
Tiranía, a quien yo doy
Las armas con que me venza?
¿Yo he de introducir en mí
Otro yo, que con su fuerza
Mande en mí mas que yo mismo?
¿Yo una doméstica guerra,
Que haga al corazon campaña
De sentidos y potencias?
Y luego ¿para qué triunfos,
Para qué glorias, qué empresas,
Qué laureles, qué blasones,
Mas que conquistar la tierna,
La mal defendida plaza
De una flaca mujer? Si ellas,
Por natural vasallaje,
Están al hombre sujetas,
¿Para qué he de darlas yo
La vanidad de que sean,
Cuando no amadas, humildes,
Y cuando amadas, soberbias?
Tan equívoca victoria
Es la suya, que hay quien mueva
Cuestion, ¿cuál me quiere mas,
La dama que me desdeña,
O la que me favorece?
Pues conformemente opuestas,
Si aquesta mira á mi agrado,
Esotra á mi conveniencia.
Y cuando no hubiera tantos
Ejemplares, como cuentan
Del tiempo el buril en bronces,
De la fama el bronce en lenguas,
De altos héroes que afearon
Las hazañas de suprema
Opinion, con el lunar
De que el amor los divierta;
El de Aquíles me bastara
No mas, para que aborrezca
Amor y mujer, cuando oigo
Cuán vil, por Deidamía bella,
Vistió femeniles ropas,
Peinando el cabello á trenzas:
En cuya oposicion yo,
En vez de holandas y sedas,
Desde hoy vestiré la piel
Dese leon, porque vea
El mundo que si hubo héroe
Que en dama el amor convierta,
Hubo héroe que contra amor
El odio convirtió en fiera.
Y así, bien puedes, piadosa
Hespéride, sin que temas
Que yo pise tus umbrales,
Hacer que te abran sus puertas;
Que aunque me arrastra el oir
Que hay nuevo monstruo que ofrezca
Una hoja mas á mi sacro
Laurel, no he de hacerlo, en muestra
De que no quiero dejar
Sin guarda, tronco que pueda
Ser medio de amar á nadie.
Despedace, rompa y hiera
Dese vestiglo la saña,
Dese terror la soberbia
A cuantos necios amantes
Probar sus frutos pretendan;
Que no se lo he de impedir
Yo, solo con que tú creas
Que hago en no vencerle mas
Que lo que en vencerle hiciera,
Pues venciera allá su furia,
Y aquí venzo la mia mesma.
Vete pues, que ya me aparto,
Porque á tí te abran. ¿Qué esperas?
Vete.

HESPERIA.

Sí haré, lastimada,
Ya que obligada me dejas.

HÉRCULES.

¿Lastimada?

HESPERIA.

Sí.

HÉRCULES.

¿De qué?

HESPERIA.

De ver que el Amor desprecias,
Que al fin es deidad.

HÉRCULES.

Amor
No es deidad, sino quimera
Que inventaron las delicias
Para honestar las tragedias.

HESPERIA.

Alma del alma le llaman.

HÉRCULES.

Tú me dijiste que eras
La sabia entre tus hermanas:
Bien puede ser que lo seas;
Pero no me lo pareces.

LÍCAS.

Claro está que es una necia,
Pues toma el Léxicon cuando
Dejas tú la Dragontea.
Vete, mujer, ántes que
De no lidiar se arrepienta,
Y intente...

HÉRCULES.

No temas tal.
Vete en paz.

HESPERIA.

En paz te queda,
Y ¡plegue á Vénus que Amor
No vengue en tí sus ofensas!
(*Apártanse Hércules y Lícas, y Hesperia se acerca al palacio.*)

HÉRCULES.

¿Cómo ha de poder vengarlas
Si yo no le doy licencia?

HESPERIA.

Tomándosela él.

LÍCAS.

Supuesto
Que es esta la vez primera
Que te vi cuerdo, por Dios,
Ya que ella al jardin se acerca
Y tú del jardin te apartas,
Que sea un poco mas apriesa:
No sea el diablo que al dragon
Se le antoje, como á ellas,
Salirse tambien un rato
A pasear por estas selvas.

HÉRCULES.

¿Qué importará cuando salga? (*Vase.*)

LÍCAS.

Muchísimo, si es que encuentra
Conmigo ántes que contigo. (*Vase.*)

HESPERIA.

¡Verusa, Egle! abrid: no tema
Vuestro recato, que yo
Sola estoy ya.

Entreabren un postigo del palacio EGLE Y VERUSA.

LAS DOS.

Con bien vengas.

VERUSA.

Que como al principio el miedo
No vió que quedabas fuera...

EGLE.

Y despues con él te vimos,
No osamos abrir la puerta,
Porque el jóven que nos dió
La vida, al mirarla abierta,
No entrase tras tí á morir.

VERUSA.

Por eso las voces nuestras
Le avisaban el peligro.

HESPERIA.

Pues otro mayor le queda:
Avisádsele tambien,
Diciendo en voces diversas,
Porque las oiga en el monte,
Ya que del jardin se aleja:
¡Oh! ¡quiera Vénus que Amor...

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Oh! ¡quiera Vénus que Amor...

HESPERIA.

No vengue en tí sus ofensas!

MÚSICA. (*Dentro.*)

No vengue en tí sus ofensas!

—

Entranse cerrando la puerta, cubriendo el palacio con los mismos bastidores del bosque, y vuelven por otra parte HÉRCULES Y LICAS.

HÉRCULES.

¡Qué inútilmente los ecos
Sus amenazas me acuerdan!

LÍCAS.

Pues que, perdido de vista
El palacio, la maleza
Nos le encubre, discurramos,
Señor, ¿qué damas son estas,
Qué Hespérides, qué manzanas,
Qué dragon?

HÉRCULES.

Discursos deja;
Que yo en solo esperar hallo
Novedad en mi paciencia:
Y así, sube á descubrir
Desde esta elevada peña
La campaña; que quizá
Andarán en busca nuestra.

LÍCAS.

Yo iré; mas de aquí no faltes. (*Vase.*)

HÉRCULES.

Sobre esta silvestre yerba
Recostado me hallarás;

Y no en vano, que aunque quiera
Alejarme, no podré,

(*Échase en el tablado.*)

Segun rendido me deja,
O la lucha del leon
En las naturales fuerzas,
O en las sobrenaturales
El raro encuentro de aquellas,
Que todavía repiten
Neciamente lisonjeras. .

EGLE Y MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Oh! ¡quiera Vénus que Amor
No vengue en tí sus ofensas!

HÉRCULES.

¿Quién es Amor, ó quién es
Vénus, para que yo tema
Sus deidades? A buen tiempo
El cansancio me espereza.
Nunca al sueño agradecí
Que su letargo me aduerma,
Sino es hoy, por no escuchar
Que á decir sus ecos vuelvan...

Quedándose dormido, aparecieron en el aire cantando, á un lado CUPIDO, *y á otro* VENUS, *pendientes en igual correspondencia de dos resplandores que, á manera de pirámide, bajaban en diminucion desde lo mas alto á rematar en un tronillo, en que venian sentados.*

CUPIDO.

Bellísima hija del mar...

VÉNUS.

Hermoso horror de la tierra...

CUPIDO.

Escucha mi voz, pues por tí rompo el ai-[re.

VÉNUS.

Ya corto por tuyo del fuego la esfera.

CUPIDO.

Atiendan...

VÉNUS.

Atiendan...

LOS DOS.

A quejas de amor cuantos lloran sus que-[jas.

TODA LA MÚSICA. (*Dentro.*)

Atiendan, atiendan
A quejas de amor cuantos lloran sus que-[jas.

CUPIDO.

Ese humano fiero monstruo
Mi absoluto imperio niega;
Pues niega que amor es el alma del alma,
Y todo con él respira y alienta.

VÉNUS.

Ya sé que Hércules oprobio
Es de la naturaleza;
Porque es un hombre tan fiera, que quie-[re,
Aun mas que de hombre, preciarse de [fiera.

CUPIDO.

Las Hespérides te invocan
A efecto de que no quieras
Que en él mis ofensas se venguen, y hoy
Te invoco á vengar en él mis ofensas.

VÉNUS.

¿Qué importa que ruegue quien
Ofende con lo que ruega,
Si en tu aplauso han de ser sus mayores
Contrarias despues las Hespérides mes-[mas?

CUPIDO.

¿En qué belleza de cuantas
Dotó su rara belleza,
Del ampo en la tez, del Ofir en el rizo,
Y en ojos y labios de grana y estrellas,
Pondré con mas confianza
El veneno de dos flechas,
Haciendo que el oro le obligue á que a-[me,
Y el plomo la obligue á que ella aborrez-[ca?

VÉNUS.

En Yole, infanta de Libia;
Y porque tiempo no pierdas,
Desde luego he de hacer que le admire
El imaginarla, aun ántes que el verla.—
¡Vagas fantasmas del sueño!

(*Llamando.*)

CORO 1.° (*Dentro.*)

¿Qué solicitas?

CORO 2.° (*Dentro.*)

¿Qué intentas?

VÉNUS.

Del duro peñasco en que os tiene Mor-[feo,
Los grillos romped, arrancad las cade-[nas,
Y dese monstruo dormido
Representad en la idea
La rara hermosura de Yole; que es bien,
Si niega esplendores, que sombras le ven-[zan.

TODA LA MÚSICA. (*Dentro.*)

Ya al imperio de tu voz
Estamos á tu obediencia.

VÉNUS.

Ve tú á prevenir las flechas y el arco;
Que ya á mí me sobran el arco y las fle-[chas.

CUPIDO.

Sí haré, porque todos repitan...

TODA LA MÚSICA. (*Dentro.*)

Atiendan
A quejas de amor cuantos lloran sus que-[jas.

(*Con esta repeticion desaparecieron los dos, y empezó á levantarse de la tierra un pequeño vapor, que, lentamente creciendo, llegó á transformarse en horrible gruta.*)

HÉRCULES.

¿Qué es esto? Sobre mí el cielo
Parece que se despeña.
Sin duda que quiere Atlante,
Desfallecidas sus fuerzas,
Que á sustentarle le ayude.
Sí haré. Mas ¡ay de mí! apénas
Lo intento, cuando pequeño
Vapor, que exhala la tierra
De la sima que ocultaba
A la Hespéride, me ciega
La vista, el paso me impide,
Y á mí, creciendo, se acerca.

Dividióse la gruta en dos mitades, dejando ver (como que dentro de sí la contenia) á YOLE, *dama bizarra, elevada en el aire.*

HÉRCULES.

Las entrañas rasga... pero
Mejor dijera la esfera
Del sol.— ¿Quién eres, deidad?

YOLE.

Quien á tus hechos atenta,
Viene á rendirte las gracias
(*Ap.* Esto es desvelar sospechas
A los ardides de Vénus)
De que el amor aborrezcas.
Prosigue en su odio, y no dejes
Que tu heróica fama excelsa,
Ni con delicias se borre,
Ni se manche con ternezas,
Que podrá ser que en tu pecho
Venenoso fuego enciendan.
Y para que veas que soy
Quien mas tus triunfos desea,
Hablándote en el idioma
De tus gloriosas empresas,
En militares estruendos
Trocaré esas voces tiernas;
Y así, cuando dicen unas
En dulces ecos...

ELLA Y MÚSICA. (*Dentro.*)

Atiendan
A quejas de amor cuantos lloran sus que-
Dirán otras. . [jas,

EURÍSTIO. (*Dentro.*)

Hagan salva
Las cajas y las trompetas
A la coronada cumbre
Del Atlante.

(*Con este estruendo de cajas y trompetas desapareció todo, y despertó Hércules despavorido.*)

HÉRCULES.

Aguarda, espera,
Bella deidad.

YOLE. (*Dentro.*)

Es en vano,
Cuando el rumor te despierta
De las trompetas y cajas.

EURÍSTIO. (*Dentro.*)

Otra vez la salva vuelva.

(*Cajas y trompetas.*)

HÉRCULES.

¿Qué veo, cielos? ¿Qué no veo?
Diré mejor. ¿Quién creyera
Que á mí me sonaran mal
Los ecos que me desvelan,
Segun bien hallado estaba
En mi sueño? ¡Qué belleza
Tan rara soñé que via!
Sino es que me lo parezca,
Cuando con voces de Marte
Contra Cupido me alienta.
Y así, dejando á quien fué
Vaga ilusion de la idea,
Que las especies del dia
En las noches representa,
Acuda á ver ¿qué rumor
Es este?

Salieron LICAS, *y por otra parte* SOLDADOS, *que traian una piel de leon.*

LÍCAS.

Que Euristio llega,
Poblando el monte de varias
Tropas; pero tan diversas,
Que una es de armadas escuadras...

HÉRCULES.

Sin duda prenderme intenta
Por la muerte de Aqueloo.

LÍCAS.

Y otra de damas; bien que estas
No vienen hácia nosotros,
Que hácia los jardines echan
De las Hespérides, creo
Que imaginando esperiegas
Sus manzanas; que las damas
Son golosísimas dellas,
Por lo que tienen de acedo.

SOLDADOS.

La piel que mandaste es esta.

HÉRCULES.

A buen tiempo viene, puesto
Que es bien que Euristio me vea
En el traje del horror
Que le ha de dar mi presencia.
Desnudadme destas ropas,
Y vestidme solo della,
Sin mas aliño, que el mismo

salíño de la priesa.
uítase la casaca, y pónese la piel.)
iora dadme la clava.
amos si hay quien se me atreva,
i que hasta ver gente armada,
i previne cuánto era
ueló su amigo.

slen EL REY, ANTEO Y SOLDADOS.

ANTEO.
Aquí
tá Hércules.

REY.
Pues vuelvan
hacer salva, repitiendo
le viva, para que venza.
(*Cajas y clarines.*)

TODOS.
iva Hércules!

HÉRCULES.
(*Para sí.* Llegar puedo,
iesto que estas voces muestran
is agasajos que enojos.)
sar tus manos merezca.

REY.
eróico terror del mundo,
ime mil veces los brazos.

HÉRCULES.
sde hoy en tus reales lazos
s mayores glorias fundo.

REY.
este monte te llamé,
porque traerás cuidado
el fin á que te he llamado,
esto dél te sacaré,
en público; que es bien dar
todos satisfaccion
que puede una eleccion
icer placer el pesar.
isteo, invicto rey
Tesalia, me pidió
or esposa á Yole: yo,
orque no era justa ley
le mi hija á otro reino fuera,
que sujeta quedara
bia á que la gobernara
n rey que su rey no fuera,
ortesmente agradecido
la eleccion, respondí
uesto mismo; él de mí
justamente ofendido,
rotestando otros pesares,
e Libia á los horizontes
ene poblando los montes,
ene infestando los mares,
siendo fuerza acudir
su opósito, ¿de quién
edo mis armas mas bien
ar (no habiendo yo de ir,
or mis ya cansados años)
ue de un Hércules? Y así,
ara valerme de tí,
on seguros desengaños
que en tu inmenso valor
olo asegurar podré
i corona, te llamé;
pues mi reino y mi honor
ongo en tus manos, el dia
ue en ellas de general
ongo el baston; que sea igual
i agradecimiento, fia,
honor y reino; pues siendo
isto esposo á Yole bella
ar, que, sin que falte della,
n Libia reine; pretendo
ue vea el mundo que busqué
ara esposo y rey el hombre
De mas valor, fama y nombre
Que en todo su ámbito hallé.
Y así, en noble confianza
De que vuelvas victorioso,
Antes de ir serás esposo
De Yole.

ANTEO. (*Ap.*)
¡Ay de mi esperanza!

REY.
Irás luego con la gente,
Que ya prevenida está.

HÉRCULES.
Mil veces los piés me da;
Bien que no sé cómo intente
Responderte, porque son
Para tres tan soberanas
Dádivas, mal cortesanas
Mis voces. Reino, baston
Y esposa tal en un dia,
Es lograr, no merecer;
Y así, porque pueda hacer
Mérito la dicha mia,
Te suplico que me dés
Licencia que admita una
No mas, miéntras mi fortuna
Las dos me adquiera.

REY.
Y ¿cuál es
La que quieres que te ofrezca?

HÉRCULES.
El baston de general,
Que es la que puede inmortal
Hacerme sin que parezca
Desaire de Yole bella;
Pues en fe de venerarla,
Elijo, ántes de mirarla,
Medios para merecella.
Despues que haya en tu venganza
La victoria conseguido,
Mas airoso á ser marido
Vendré.

ANTEO. (*Ap.*)
Viva mi esperanza
Siquiera ese plazo.

REY.
Aunqué
A los visos de fineza
Lo dilatas, la extrañeza
Admiro.

HÉRCULES.
Pues no te dé
La extrañeza que admirar;
Porque yo tengo, señor,
Pocas lecciones de amor.
Sé vencer y no sé amar;
Y puesto que me hallo aquí
Empeñado á parecer
Descortés ó bruto, ser
Bruto elijo, pues nací
Tan sin uso de razon,
Que opuesto á quien me dió el sér,
Tengo á cualquiera mujer
Natural oposicion.
Sola una, que parecia
Mujer porque no lo era,
Me agradó en no sé qué esfera,
Que troqué la noche al dia;
Y así, el plazo que te pido
Es por ver si encuentro el arte
De amar, viendo herido á Marte
Con las armas de Cupido.
(*Ap. hablando con Licas.*)
Bien me disculpo, y no mal
Sucede, pues no se dió
En venganza de Aqueló
Por sentido.

LICAS.
Si hizo tal,
Pues tratar casarte, que es
Gran venganza, nadie ignora.

HÉRCULES.
Vaya yo á vencer ahora,
Que otra excusa habrá despues.

REY.
(*Ap.* Aunque es fuerza haber sentido
Tan necia respuesta, yo
Hasta servirme dél, no
Me daré por entendido.)
Es tan digna la atencion
Que se funda en merecer,
Que la debo agradecer;
Y ya que la presuncion
De ver lograda mi dicha,
Del reino y de Yole bella,
Dilatalla no es perdella...

ANTEO. (*Ap.*)
Vuelva á alentar mi desdicha.

REY.
Ven donde ya está dispuesta
La marcha; pues cuanto mas
Presto vayas, volverás
(*Cajas y trompetas.*)
Mas presto, y... ¿Qué salva es esta?

ANTEO.
Es que como Yole, por
Sus graves melancolías,
Viendo el sitio á que venias,
Para aliviar su dolor
A él te quiso acompañar
Y tú lo aceptaste, á fin
De si pudiese el jardin,
Hoy como otras veces, dar
Algun alivio á su pena,
Puesto que cualquier mujer
Entra y sale sin temer
Su encanto; esa salva suena
Saludando su hermosura
Y la de sus damas bellas,
Que como del sol estrellas
Van siguiendo su dulzura.
(*Tocan cajas.*)

REY. (*Ap.*)
No me pesa de que vea
El bien que dilata, puesto
Que el alma de las victorias
Es la esperanza del premio;
Y como él una vez venza
Mis contrarios, como espero
De su valor, yo sabré,
Castigando lo grosero
De su estilo, hallar tambien
Excusas al casamiento.

Salen YOLE *y sus* DAMAS.

YOLE.
Perdóname si he tardado;
Que son tales los festejos
De las tres hermanas, ya
De una escuchando el acento,
Cuya voz ninguno oyó
Que no quedase suspenso;
De otra viendo la hermosura,
De otra gozando el ingenio,
Sobre lo majestüoso
De sus palacios, lo ameno
De sus jardines, que hube
De hacer del divertimiento
Pereza; bien que á pesar
Del siempre amante deseo,
Que me llamaba á volar
A tus brazos.

REY.
Yo me huelgo
De que te hayas divertido:
Y pues que llegaste á tiempo,
Da licencia á Hércules que

Tu mano bese. (*Ap. á Yole.* Advirtiendo
Que es en el que te he hablado.)
(*Ap.* Disimule sus desprecios
Hasta mejor ocasion.)

YOLE. (*Ap. al Rey.*)

Pues yo ¿qué voluntad tengo?

REY.

Llega, Hércules; que Yole
Por mí lo permite.

HÉRCULES. (*Ap.*)

¡Bueno
Es hacer fineza el que
Lo permita, cuando llego
Forzado yo á ceremonias
De corteses cumplimientos,
Que no han de servir de mas
Que de lograr el empleo
De tener á quien vencer!

LÍCAS. (*Ap. á Hércules.*)

Llega, que miéntras mas necio,
Está mas discreto un novio.

HÉRCULES.

Si tanta dicha merezco,
Dame, señora, tu mano.

YOLE.

¿Qué haceis? Levantad del suelo.

HÉRCULES.

Justo es, cuando... (*Ap.* Mas ¡qué miro!)

YOLE.

Que no es bien... (*Ap.* Pero ¡qué veo!)

HÉRCULES. (*Ap.*)

¿No es la beldad que yo vi
Desvanecida en el viento?

YOLE. (*Ap.*)

¿Quién vió mas fiero semblante
Ni mas horroroso aspecto?

DAMA 1.ª (*Ap. á las otras.*)

¿Este es el esposo, Flora,
De nuestra ama?

DAMA 2.ª

Sí.

DAMA 3.ª

¡Por cierto,
Que él viene galan á vistas!

LÍCAS. (*Ap. á ellas.*)

No murmuren los pellejos;
Que venimos de Moscovia.

HÉRCULES. (*Ap.*)

¡Qué asombro!

YOLE (*Ap.*)

¡Qué sentimiento!

REY. (*Ap á Anteo.*)

Al mirarse el uno al otro,
Ambos quedaron suspensos.

ANTEO. (*Ap.*)

Y yo sin mí, pues no sé
De mí si vivo ó si muero.

Al tiempo que, suspensos los dos, manifestaba cada uno su contrario afecto, aparecieron en lo mas alto de la escena VÉNUS Y CUPIDO *volando sobre dos blancos cisnes, que moviendo las alas, sustentaban en ellas dos pequeños tronos, revestidos de sobrepuestas bichas y florones de oro, en que venian sentados; de suerte que representando unos en el tablado, y cantando otros en el aire, se correspondian el odio y el amor, que sentian aquellos, con las flechas y dardos que estotros disparaban.*

VÉNUS.

Amor, ya es tiempo
Que quien vivió dormido
Sueñe despierto.

CUPIDO.

Ya yo prevengo
Que la esfera del aire
Lo sea del fuego.

HÉRCULES. (*Ap.*)

¿Cómo es posible, fortuna,
Que en dos contrarios afectos,
Aquí me persuada á amor,
La que allá á aborrecimiento?

VÉNUS.

Como yo engendro
Eslabones de oro
Que encienden hielo.

YOLE. (*Ap.*)

¿Cómo es posible que quiera
Mi padre entregarme á dueño
Que haya de entrar al cariño
Por los umbrales del miedo?

CUPIDO.

Como no es nuevo
Que eslabones de plomo
Junten extremos.

HÉRCULES. (*Ap.*)

¡Oh nunca hubiera mi esquiva
Condicion mostrado el ceño!
Mas ¡qué digo! ¿No sabré
Vencerme á mí si á otros venzo?

VÉNUS.

Corten su aliento
Con diluvios de flechas
Nubes de incendios.

CUPIDO.

No temas, puesto
Que ninguno vencerse
Pudo á sí mesmo.

YOLE. (*Ap.*)

¡Oh nunca naciera ántes
Que el arbitrio el rendimiento,
Y entre respeto y temor
Pusiera el honor en medio!

VÉNUS.

Vence ese miedo.

CUPIDO.

¿Cuándo no supo el odio
Vencer respetos?

HÉRCULES. (*Ap.*)

¡Ay de mí! todo me abraso.

YOLE. (*Ap.*)

¡Ay de mí! toda me hielo.

REY.

(*Ap.* Á tanta suspension ponga
Fin mi autoridad.) Supuesto
Que al punto has de partir, ven,
Invicto Hércules; que quiero
Que pases muestra á la gente
Que ya prevenida tengo.—
Tú adelántate, que yo,
Yole, iré en tu seguimiento.

YOLE.

No tardes, pues que no ignoras
Cuánto tus ausencias siento.

ANTEO. (*Ap.*)

¡Ay perdida Yole! ¿quién
Hablar pudiera?

YOLE. (*Ap.*)

¡Ay Anteo!
¿Quién pudiera callar, no
Dando á entender su tormento?

(*Vanse.*)

DAMA 1.ª

Triste va Yole.

DAMA 2.ª

Y no alegre
Anteo. (*Vanse.*)

REY.

¿No vienes?

HÉRCULES. (*Ap.*)

¡Cielos!
¿Cómo es posible que venza
El que va á vencer huyendo?
Pero el tiempo con la ausencia
Vencerá este devaneo.

CUPIDO.

Mal podrá el tiempo;
Que aun me queda en la aljaba
Flecha de celos.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que aun le queda en la aljaba
Flecha de celos.
Mal podrá el tiempo;
Que aun le queda en la aljaba
Flecha de celos.

(*Con esta última repeticion, que acompañó toda la música, llegaron á juntarse los dos cisnes; y cuando pareciá que el uno al otro impedirian el paso, tomaron desimaginado vuelo por otra parte, con que dió fin la primera jornada.*)

JORNADA SEGUNDA.

Habiendo hecho blanco los instrumentos, empezó la segunda jornada con cajas y trompetas; y trasmutándose la escena en populosa ciudad murada, se vió en el pequeño recinto de un teatro tan gran fortificacion, que á merced del arte cupo en ella la inmensa fábrica de altos muros, dilatadas cortinas, irregulares baluartes, á quien no poco hermoseaban, asomados, como acaso, por diferentes claraboyas, militares instrumentos de picas, alabardas y banderas. La principal fachada era la puerta, guarnecida de pilastras, frisos y dinteles, desde cuyo torreon corrian compartidas almenas que coronaban todo el edificio: con esta vista y con el toque de la marcha salieron al tablado, en forma de escuadron, algunos SOLDADOS, *y detras* HÉRCULES, Y ARISTEO, *rey de Tesalia.*

HÉRCULES.

Ya desde aquí se descubren
Torreones y murallas
De la gran corte de Libia:
Prosiga otra vez la salva,
Porque otra vez y otras mil,
Alternando consonancias,
Los estruendos de Belona,
Y las blanduras del aura,
Entrambas de mi victoria
Avisen, mezclando entrambas
Lo dulce de los clarines
Y lo ronco de las cajas.
(*Ap.* Mal de mi victoria dije,
Pues son dos: una que haya
Vencido á Aristeo, y otra
A mí, pues aunque me daba
Cuidado aquella ilusion,
Que se pasó de fantasma
A realidad, se llevaron
Los aires de la campaña
Sus memorias; que no en vano

..a ausencia muerte llaman
e amor, pues falta el afecto
donde el objeto falta;
anto, que no sé qué diga
Euristio, si otra vez habla
n que me case con Yole.
ero excusa habrá que valga,
si no la hubiere, ¿qué
nporta que no la haya?
ue una mujer que me dió
dmiracion al mirarla,
orque de la que soñé
onvino en la semejanza,
o ha de alabarse de que,
bandonando mi fama,
lla sola vengó el odio
ue á todas tuve.) La salva
epetid, digo otra vez
otras mil; que hasta que salgan
recibirme, no quiero
ntrar á la ciudad. Haga
lto el ejército aquí.

UNO.

lto, y pase la palabra.

TODOS.

lto, y pase la palabra.
(*Vanse los soldados.*)

ARISTEO. (*Ap.*)

nfeliz fortuna mia,
iempre á mi estrella contraria,
No te bastó que perdiesen
quellas primeras ansias
ue en mi introdujo un retrato
e Yole, las esperanzas?
e su padre despedido,
No te bastó en la campaña
aber perdido, al sangriento
rance de dura batalla,
eino y libertad, sino
ue prisionero me traigas
or testigo de que Yole
aya de ser lauro y palma
el que me vence, logrando
u ventura en mi desgracia?

HÉRCULES.

Qué te parece, Aristeo,
ue puede ser la tardanza
e no salir de los muros
uristio á darme las gracias?

ARISTEO.

erá que para tu triunfo
ace prevenciones varias,
hasta estar en perfeccion
rcos, músicos y danzas,
o se da por entendido
e tu venida.

HÉRCULES.

No vana
s la presuncion. Lleguemos
l muro, por si se alcanza
entender algo.

ARISTEO.

En un templo,
ue está del lienzo á la espalda,
arece que cantan.

(*Música á lo léjos, de voces bajas, en el tono que se canta despues.*)

HÉRCULES.

Si;
as no se oye lo que cantan,
orque solo hasta aquí llegan
as voces sin las palabras.—
ú dices bien, prevenciones
on.

Sale LICAS.

LÍCAS.

Dame, señor, tus plantas.

HÉRCULES.

Dos dias há que no te veo.
¿Adónde, Licas, estabas?

LÍCAS.

La gana de unas albricias
Me adelantó de la marcha;
Pero tambien me atrasó
De las albricias la gana
Euristio, que no hizo caso
De mí, quizá porque le hagas
Tú, á quien traigo mejor nueva
Que á él llevé.

HÉRCULES.

Dila: ¿qué aguardas?

LÍCAS.

En dándome las albricias;
Que no quiero aventurarlas
Como esotras.

HÉRCULES.

Yo las mando,
Como las que juzgo traigas.
¿Hay muchos carros triunfales
Dispuestos para mi entrada,
Y en las calles mucho adorno?

LÍCAS.

No, señor, no hay deso nada.

HÉRCULES.

Pues ¿qué hay?

LÍCAS.

Que no hay que pensar
Excusas, medios ni trazas
Para no casarte.

HÉRCULES.

¿Cómo?

LÍCAS.

Como ya á Yole casada
Con Anteo la hallarás.
Mira si es no ménos alta
Victoria; pues, no casado,
Y victorioso, te hallas
De lance hecha la disculpa.

HÉRCULES.

¿Qué? ¿Qué dices?

LÍCAS.

Lo que pasa.
Hoy la boda se celebra
En el gran templo de Pálas,
Adonde de tu venida
La voz llegó: esta es la causa
De que hasta que se concluyan,
Por no dejar empezadas
Las nupciales ceremonias,
A recibirte no salgan.
Y pues ya están merecidas,
Vengan las albricias.

HÉRCULES.

Calla,
Calla, villano, si no
Quieres que te arranque el alma.

LÍCAS.

¡Y cómo que no lo quiero!
Señores, ¿á quién puñadas
Se han dado en albricias?

HÉRCULES.

Pero
¿Qué digo? ¡A mí puede nada
Perturbarme! Ven acá,
Vuelve á decirlo. ¿Anteo casa
Hoy con Yole?

LÍCAS.

Ni por pienso.

HÉRCULES.

¿Pues de decirlo no acabas?

LÍCAS.

No, que lo que dije fué
Que á Yole hallarás casada
Con Anteo, mas no á Anteo
Con Yole.

HÉRCULES.

Pues ¿en qué hallas
La diferencia?

LÍCAS.

En el solo
Trastrueco de las palabras.

HÉRCULES.

¡Maldígate el cielo, amen!

LÍCAS.

Tente, que si esto no basta,
Habré de decir que ha sido
Engañarte, por si dabas
Algo adelantado.

HÉRCULES.

Mientes
Que ahora es cuando me engañas;
Pues aunque tú te desdigas,
No se desdice la saña
Que ha introducido en mi pecho
Pensar que Euristio me agravia
En la estimacion, ya que
No en el gusto; pues es clara
Cosa que en la estimacion
Ofende el que á la fe falta
De la palabra que dió.
Y aunque nunca la palabra
Yo le habia de pedir,
Son dos cosas muy contrarias
Ver él que yo no la pida,
O ver yo que él la quebranta.
(*Ap.* Mas ¡ay! que no es esto solo
Lo que me hiela y me abrasa
Tan á un tiempo, que no sé
Qué fiera en el pecho inflama
Tal ira, que excede á todas,
Con haber lidiado á tantas.
Beldad que vi en vaga sombra,
Sombra que vi en forma humana,
¿A qué efecto en brazos de otro
A mis ojos te retratas
Ménos aparente y mas
Viva que nunca? ¿No estaba
Ya apagado aquel primero
Afecto que al verte causas?
Pues ¿cómo ahora, aun en ménos
Visible forma que en ambas
(Pues allí toda eras vista,
Y aquí eres imaginada),
Con mayor fuerza me vences,
Con mayor poder me arrastras?
¿Qué fuera (¡ay de mí!) que fueran
Celos, si hay celos, la brasa
Que envuelta en cenizas, no
Se sabe que oculta arda,
Hasta que desvanecidas
Del soplo que las levanta,
Lo que era ceniza es polvo,
Y lo que era polvo es ascua?
Pero ¿qué digo? ¡Yo amor!
¡Yo celos! No es sino rabia
De la desestimacion,
Y así, he de intentar vengarla.)
Aristeo.

ARISTEO.

¡Qué me quieres?

HÉRCULES.

A los dos Euristio agravia
En el empleo de Yole
Con Anteo: á tí en negarla,
Y á mí en ofrecerla; y mas
Viendo que es para entregarla

A un desvanecido jóven,
De quien ni padre ni patria
Se sabe, pues solo ser
De la tierra hijo le ensalza,
Segun los tesoros que ella,
Rasgándose las entrañas
En despedazados montes,
Para su fausto desangra,
Ya de sus venas en oro,
Ya de sus minas en plata.
Pues siendo así que en los dos
Ofende á un rey de Tesalia,
Y á un Hércules, á quien dió
En premio de sus hazañas
La alcaidía del Parnaso
Apolo, de quien es guarda,
¿Cómo los dos no tomamos
De un agravio dos venganzas?

ARISTEO.

¿Qué venganza un prisionero
Tomar puede?

HÉRCULES.

Temerarias
Acciones, el conseguirlas
Aun es ménos que el pensarlas.
¿Ayudarásme á ellas?

ARISTEO.

¿Cómo
Puedo excusarlo, si acabas
De oir que soy tu prisionero?

HÉRCULES.

No eres tal; libre te hallas
Con condicion de que vuelvas
A recoger tus escuadras,
Que en mal fugitivas tropas
Por los montes se desmandan
Y estés á mi devocion.

ARISTEO.

Mano te doy y palabra,
Testigos haciendo á cuantos
Dioses contiene ese alcázar
Que Diana borra á sombras
Y Apolo á luces esmalta,
De ser siempre esclavo tuyo
Y estar á lo que me mandas.

HÉRCULES.

Pues vete, que yo entre tanto
Disimulando mis ansias,
Veré si hoy con mi presencia
Consigo que se deshaga
Esta boda, ántes que llegue
Al tálamo su esperanza.
A cuyo efecto es el órden
Que llevas, tocar al arma,
Por ver si necesitando
De mí otra vez, la dilatan;
Y de no lograrlo, puesto
Que su caudillo me aclama
Ese ejército, llevando
Tras mí las naciones varias
De que se compone, haré
Que se pongan de tu banda:
Con que los dos, contra toda
Libia, harémos que se arda
En viva guerra.

ARISTEO.

Si tú
En mi favor te declaras,
El mundo es poco trofeo.

HÉRCULES.

Pues al arma.

ARISTEO.

Pues al arma.

HÉRCULES.

Vete pues.

ARISTEO.

Adios... (*Ap.* Y adios,
Amorosas esperanzas;
Que no hay pasion propia, donde
Hay ajena confianza.) (*Vase.*)

HÉRCULES.

Vente tú, Licas, conmigo,
Que has de ejecutar la traza
Con que he de disimular
Mis designios en la falta
De Aristeo.

LÍCAS.

Como sea
Llevar nuevas que no traigan
Albricias, yo lo haré.

HÉRCULES.

¡A mí
Euristio promesas falsas,
Hasta verse victorioso!
¡A mi amor celosas ansias!
Eso no, y han de ver dioses,
Cielos, mares, montes, plantas,
Brutos, aves, fieras, peces
(A no complacer mi saña
Euristio, Yole y Anteo),
Que con mas noble venganza
Y á ménos costa que ser
Esposo de Yole ingrata,
Llego á coronarme en Libia;
Y aun ella puesta á mis plantas,
Ha de ver, no solo que es
Mi esposa, sino mi esclava,
Mostrando que no hay tan soberana
Mujer, que del hombre á serlo no nazca.

—

Prosiguiendo con la música que habian cantado primero, se abrieron las puertas de la muralla; y viéndose á lo léjos mal divisadas señas de poblacion y templo, salieron al tablado MÚSICOS Y DAMAS, *y detras* EURISTIO, YOLE Y ANTEO.

MÚSICOS.

A la mas dichosa union,
Al vínculo mas estrecho,
Que ciñó en amante lazo
Gala y hermosura á un tiempo,
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

EURÍSTIO.

Ya que con digno ejemplo
Las ceremonias celebré del templo,
En este espacio, en quien no ménos puro
Altar de Pálas es tambien el muro,
Podrá con mas decoro
Volver del dulce epitalamio el coro.
Y pues á un tiempo aplauden mi alegría
La militar y métrica armonía,
Es bien que á todo acuda; y así, en tanto
Que los himnos repite vuestro canto
(Que en fe de culto, siempre son primero),
Salir á recibir á Hércules quiero,
Porque de mi tardanza no se ofenda,
Y tambien porque entienda
Della la causa, y sepa que la fama,
Si allá premia al que lidia, aquí al que ama;
Y ofreciéndole á Yole, no se alabe
De que sabe vencer y amar no sabe.
Y ya que su deseo
Fué triunfar por triunfar, y en el trofeo
Que trae, viene premiado,
Todos quedamos bien; y pues que veo
Puesta á Yole en estado,
Feliz al vencedor, y alegre á Anteo...

ÉL Y MÚSICOS.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

ANTEO.

Desas tres dichas solamente en una
Puede fijar su rueda la fortuna:
Esa es, señor, la mia;
Que vencer al contrario cada dia
Se ve; mas no se ve vencer aquella
Oposicion de desigual estrella,
Que en la comun desdicha
Puso el hado entre el mérito y la dicha.

YOLE.

Si lícito me fuera,
Cuya es la dicha ó mérito dijera.

REY.

Pues porque no lo digas,
Ya que á entenderlo sin decirlo obligas,
El canto lo dirá. Vuelvan veloces
Vuestras festivas voces,
Miéntras que yo me ausento,
A llenar con sus cláusulas el viento.

MÚSICOS.

A la mas dichosa union
De dos en quien compitieron,
La tierra á puros tesoros,
Y á puras luces el cielo,
Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.

Al entrarse el Rey, sale HERCULES

HÉRCULES.

Yo lo debo de ser, pues que yo entro
A vuestra invocacion.

REY.

¡Extraño encuentro!
¡Hércules! ¿tú aquí?

HÉRCULES.

Cansado
De esperar á que tú salgas
A honrar mi triunfo y á darme
De igual victoria las gracias,
Vengo á tomármelas yo.
Fuera desto, oir que cantan
Epitalamios, me ha hecho
Crêr que debo de hacer falta;
Pues sin el novio, no sé
Que ningunas bodas se hayan
Celebrado; y pues lo soy,
En fe de la real palabra
Que me diste de que Yole
Sería mia, ¿qué te espantas
De que á lograr me anticipe
El gozo con que me aguardas?

EURÍSTIO.

Hércules, yo...

YOLE.

No prosigas,
Que yo responderé, á causa
De que desengaños suenan
Mejor en labios de dama,
Que no agravian aunque enojen.

HÉRCULES.

Que blancas manos no agravian,
Oí tal vez: con que tú debes
De querer hablar, fiada
En que rojos labios tengan
Licencia de manos blancas.
Di, pues.

ANTEO. (*Ap.*)

En notable empeño,
Si á reducirle no basta,
Estoy.

YOLE.

Hércules, mi padre
Ofreció á tus esperanzas
Mi libertad, suponiendo
Mi gusto; pues cosa es clara,
Que mi padre no querria
Que me casase forzada.
Yo, viendo con el despego
Que su ofrecimiento tratas,
Por una parte, y por otra
Oyendo que tus hazañas
Son lidiar hidras, dragones

Y sierpes, cuya arrogancia
Desdeñó con asperezas
De amor las delicias blandas,
Tanto que de aborrecer
A las mujeres te alabas,
Horror te cobré; que no
Soy tan neciamente vana,
Que fíe de mi hermosura
Que me dén paso á tu gracia
Las puertas de aborrecida
A las viviendas de amada.
Y así, con este temor,
Para que aquí te persuadas
A que no fué de mi padre,
Sino mia, la mudanza;
A que me diese la muerte
Resuelta y determinada,
De Anteo amada, me atreví
A decirle...

(*Caja y clarin.*)

Voces dentro.

¡Al arma, al arma!

REY.

Qué es aquesto?

HÉRCULES.

¿Qué ha de ser?
Proseguir trompas y cajas
Lo que se atrevió á decirte;
Pues decirte que dejaras
A Hércules por Anteo, fué
Decirle que aventuraras
A que por él respondiera
Tu generosa demanda
De tu rompida fe todo
El orbe diciendo...

Voces dentro.

¡Arma, arma!

Sale LICAS.

LÍCAS.

Acude, señor.

HÉRCULES.

¿Qué es eso?

LÍCAS.

Novedades bien extrañas.
Aristeo, ó sobornando
O amenazando las guardas,
Se ha huido de la prision,
Y juntando las escuadras
Que en alcance de su rey
Siguieron tu retaguardia,
En formados escuadrones
Vuelve, doblando la marcha.
No es esto lo peor, sino
Que las naciones que aman
Tu valor, en fe de que
Las ilustra y ensalza,
Y aun los naturales mismos,
Perdidas las esperanzas
De que tú su rey no seas,
A su ejército se pasan:
Con que tu gente deshecha,
Y la suya reclutada,
Hecha frente de banderas,
Te presenta la batalla.

Voces dentro.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

REY.

Acude, Hércules, ataja
Tan gran novedad.

HÉRCULES.

No quiero:
Mejor será que Anteo vaya,
Y yo me quede á la boda.
Ea, Anteo, á la campaña,
Y á la música vosotros,
Puesto que el novio no falta.
Llega tú, Yole.

YOLE.

Primero
Me daré desesperada
Mil muertes.

ANTEO.

Yo, porque no
Presumas que me acobardan
Delicias de amor, á que
Deje de acudir mi fama
A horrores de Marte, iré
Donde digan mis hazañas
Que ya que no falta el novio,
Tampoco el general falta.

HÉRCULES.

Pues siendo así que tú irás,
Y la ley del duelo manda
Que se venguen en los hombres
Los desaires de las damas,
Tambien yo iré; y porque tú
Me busques en la batalla,
Y cuerpo á cuerpo, los dos
Nos veamos cara á cara,
De la parte de Aristeo
Me hallarás; que mi venganza
No solo en tí, pero en toda
Libia ha de ser.

ANTEO.

Pues ¿qué aguardas
Si en la campaña te espero?

HÉRCULES.

El verte á tí en la campaña.

ANTEO.

Al arma, y Eurístio viva. (*Vase.*)

HÉRCULES.

Viva Hércules, y al arma. (*Vase.*)

REY.

Oye, Hércules: Anteo, espera.
Fuerza es que tras ellos vaya,
Por ver si con mi respeto
Tanto empeño se restaura;
Y si no, canas de honor
Verán ser del Etna canas,
Que en la cumbre ostenta nieve,
Y fuego en el pecho guarda.

YOLE.

Advierte...

REY.

Nada me digas,
(¡Ay belleza desdichada!)
Cuando á perder por tí voy
Honor, vida, reino y patria. (*Vase.*)

YOLE.

Patria, reino, honor y vida
Dijo; y es tal mi desgracia,
Que otra pérdida le queda,
Aun con haber dicho tantas,
Pues entre padre y esposo
Va en dos mitades el alma.
Todo va á perderse: pues
No quede en resguardo nada.
Dadme un caballo. — Fortuna,
No siempre seas contraria
A dichas de amor: permite
Que sea suya la alabanza
Siquiera una vez, dejando
Al trance de la batalla,
Pues es de Hércules la ira,
Ser de Yole la venganza,
Por mas que neutral el eco
Repita ahora en voces varias...

ELLA Y UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Eurístio! ¡Guerra, guerra!

(*Vase.*)

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva Hércules! ¡Arma, arma!

TODOS. (*Dentro.*)

¡Viva Eurístio! ¡Hércules viva!
¡Guerra, guerra! ¡Al arma, al arma!

—

Fíngese dentro la batalla, y cubriéndose el muro con el teatro del primer bosque, salen como asustadas, oyendo á lo léjos el estruendo de las armas, EGLE *y* VERUSA, *deteniendo á* HESPERIA.

LAS DOS.

¿Qué solicitas?

HESPERIA.

Oyendo
Desde el alcázar al monte,
Por todo aqueste horizonte
Tanto militar estruendo,
Sin que se pueda alcanzar
Dónde, y nos haga saber
Qué puede, Verusa, ser,
¿Cómo es posible dejar
De salir á ver si alguno
Pasa, que cuenta nos dé?

(*Las cajas á lo léjos.*)

EGLE.

Dices bien; pero no sé
Que aquí se atreva ninguno
A llegar; que si llegó
Aquel valiente soldado
Del leon, fué derrotado
Sin saber dónde; que no
Llegara si lo supiera.

VERUSA.

No en vano el aviso fué,
Que le dimos.

EGLE.

Bien se ve.
Puesto que en toda la esfera
Destos cotos no paró.

HESPERIA.

Pues aseguraros puedo
Que no se ausentó de miedo;
Que segun lo que él contó
Y nosotros vimos, era
Hombre de tanto valor,
Que solo temia al Amor...
(*Ap.* Y ¡ojalá no le temiera!

(*Las cajas.*)

Que aunque no tengo esperanza
De que he de volverle á ver,
En la parte de mujer,
No poca (¡ay de mí!) me alcanza
De oir las aborrecia.
Bien, que á quien verle no espera,
Consuelo es que á otra no quiera.)

VERUSA.

A lo léjos todavía
La arma se escucha.

HESPERIA.

No sé
Qué diera porque llegara
Alguien aquí.

Sale LICAS.

LÍCAS.

Cosa es rara,
Que canse el correr á pié,
Aunque sea huyendo.

EGLE.

Allí
Vi un hombre. — ¡Ah, soldado!

LÍCAS.

No

Habla conmigo, que yo
No lo soy.

HESPERIA.

Oid.

LÍCAS. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Con las ásperas he dado.

HESPERIA.

Llegad, que no hay qué temer.

LÍCAS.

Sí hay, y mucho.

EGLE.

¿Qué es?

LÍCAS.

Saber
Si es que está el dragon atado.

VERUSA.

El no sale aquí.

LÍCAS.

Opiniones
Hay.

HESPERIA.

¿En qué fundarlas puedes?

LÍCAS.

Por donde salen ustedes,
¿Quién quita salir dragones?
— Mas ¿qué me mandais?

HESPERIA.

Saber
Qué rumor de armas es ese.

LÍCAS.

Yo lo diré, aunque me pese
De haberme de detener.
Hércules, el que hizo aquí,
Si os acordais, á un leon
De la boca boqueron;
Porque el padre dijo sí,
Y Yole no, se indignó:
Con que alterando la tierra,
A él por no ó por sí hizo guerra,
Y á ella paz, por sí ó por no.
Hoy la batalla se han dado,
Y aunque Hércules va venciendo,
Para que yo venga huyendo
No importó ser su criado.
Este es el caso, y así,
Adios; que el rumor se acerca
Pues se oye desde mas cerca.

YOLE. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!

EGLE.

¿Qué es aquello?

VERUSA.

Que un caballo
Desbocado se despeña
Desde la mas alta peña
Del monte.

HESPERIA.

¡Quién remediallo
Pudiera!

YOLE. (*Dentro.*)

¡Dioses, favor!

HESPERIA.

Y mas siendo al parecer
La que despeña, mujer.

CUPIDO. (*Dentro.*)

No temas, Yole; que Amor,
Aunque á otras despeña, á tí,
Porque en su triunfo te empeñes,
Hará que no te despeñes.

YOLE. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!

Al decir YOLE *este verso, desde no poca altura cayeron abrazados al tablado ella y* CUPIDO, *y dejándola desmayada entre las tres, volvió arrebatadamente á desaparecer, representando en el aire los siguientes versos.*

CUPIDO.

En mis brazos has caido,
Segura estás. ¿Quién creyera,
Que para que aborreciera,
La socorriera Cupido?
Mas ¿quién no lo creerá, al ver
Que Amor, atento á su queja,
Para aborrecer, la deja
Adonde la ha menester? (*Escóndese.*)

HESPERIA.

Lleguemos, por si por dicha
No habiendo muerto, podemos
Su vida amparar.

LAS DOS.

Lleguemos.

LÍCAS.

Yole es.

VERUSA.

¡Qué ansia!

EGLE.

¡Qué desdicha!

HESPERIA.

¡Yole hermosa!

YOLE.

¿Quién me llama?

HESPERIA.

Quien en albricias de que
Vivas, atenta á la fe
Con que te estima y te ama,
Mil vidas diera. ¿Qué ha sido
Esto?

YOLE.

Que viendo (¡ay de mí!)
Que contra el que aborrecí,
Habian los que amé salido,
Que fuéron padre y esposo;
Llevada de mi valor
(*Ap.* Mejor diré de mi amor),
De un caballo apénas oso
Tomar á la rienda el tiento,
Y la noticia al estribo,
El fuste al borrén, y altivo
Pasarle de bruto á viento,
Cuando al lado de los dos
Al embestir me mostré:
Si lo sintieron no sé,
Mas sé que al encuentro (¡ay Dios!)
Primera arbolada flecha
El rostro á mi padre hirió,
Y del caballo cayó.
Yo, humana víbora hecha,
Desesperada, á morir
En su venganza me entré
En la batalla; y tal fué
La violencia del batir
El ijar, que desbocado
El corcel, de espuma lleno,
Rompió al alacran el freno,
Y la montada al bocado.
Tanto la cólera mia
Fué, que al verme despeñar,
Me holgué, solo por quitar
La sospecha de que huia.
Pero como al desdichado
Aun la muerte se escasea,
Cruel piedad (que cuya sea
No sé) de un céfiro alado
En el aire me detuvo,
Haciendo que la caida
Ménos violenta, mi vida
Guardase; y aun despues tuvo
Tan doblados los favores,
Que si con presteza suma
Me dió allí lecho de pluma,
Aquí me le da de flores.

(*Cae desmayada.*)

LAS TRES.

Entrémosla donde pueda
Repararse y descansar.

(*Retíranla entre las tres.*)

LÍCAS.

Id, miéntras voy yo á avisar
A mi amo dónde queda,
Ya que el militar espanto
Tregua pone á la batalla.

Vase Lícas, y sale ANTEO.

ANTEO.

¿Quién en el mundo se halla
En tanta afliccion, en tanto
Desconsuelo como yo?
Pues que de Euristio la vida
Y la batalla perdida,
El ejército aclamó
A Hércules su rey, en fe
De que á Yole cumpliria
La palabra que le habia
Dado, en el instante que
Se sepa dónde paró:
Bárbaramente entendiendo
Que á solo escapar huyendo
De la batalla salió,
Que es lo que tambien de mí
Pensará, en viendo que no
Parezco tampoco yo,
Dél retado; siendo así,
Que desbocado el caballo,
Yole salió, y yo tras ella,
Donde fué fuerza el perdella
De vista: con que me hallo,
Habiéndome desmontado,
Por penetrar la aspereza,
En busca de su belleza,
Sobre rendido, obligado,
O viva la encuentre ó no,
A dos contrarios extremos;
Pues muerta, ambos la perdemos,
Y viva, la pierdo yo.
Bien que porque viva diera
Mil vidas mi suerte esquiva;
Que á precio de que ella viva,
Poco importa que yo muera
De tanta celosa pena,
Como que en la edad de un dia
Amanezca para mia
Y anochezca para ajena
¡Yole hermosa! — No responde:
¡Bella Yole! — No me escucha.
O mucha desdicha, ó mucha
Ventura es la que la esconde.
¿Quién, cielos, me dirá della?
Mas ¿quién decirlo podrá,
Como la tierra, si ya
Quien fué rosa no es estrella?
Fecunda madre del hombre
En comun, y en singular
Madre de un hijo, á quien dar
Supiste alma, vida y nombre;
Ya que me dió tu piedad
Los tesoros que me dieron
Tanto lustre, que pudieron
Crecer mi felicidad
A esposo de Yole bella,
Dime dónde iré á buscarla:
Hálléla yo, aunque el hallarla
Venga á ser para perdella.
Y si esto no mereció
Mi llanto, siquiera di
Si es que vive Yole.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sí.

ANTEO.

ιué, ¿no se despeñó?

MÚSICA. (*Dentro.*)

No.

ANTEO.

ues ya que, madre piadosa,
e permites oir, ¿por qué
o te dejas ver?

CIBELE. (*Dentro, cantando.*)

Sí haré.

ANTEO.

e clavel, jazmin y rosa,
uevo íris, al parecer,
orma una bella guirnalda,
la tierra de esmeralda,
al cielo de rosicler.
ıcra deidad, si mi idea
o miente, entre sus fulgores
iene derramando flores
e la copia de Amaltea:
iluminando horizontes,
rae tras su vario celaje
odo el bruto vasallaje
e los senos de los montes,
ue de un risco en otro yerra;
omo en sacrificios suele
nte el ara de Cibele
ue es la diosa de la tierra.
mí se acerca veloz,
omo que hablarme procura.
)h! iguálese á su hermosura
a dulzura de su voz.

sgándose las nubes, que eran cielo del bosque, apareció en lo mas alto de la frente del teatro CIBELE, *diosa de la tierra, en un trono de flores que, á manera de guirnalda, iluminaba el aire con ocultas luces. Traia en una mano la copia de Amaltea derramando flores, y en la otra la rienda de encarnadas colonias, con que al parecer gobernaba uncida la ferocidad de cuatro leones que tiraban desde la tierra el trono: á cuyo tiempo aparecieron por entre unos y otros bastidores diversos animales, como en acompañamiento de su diosa, la cual en blando movimiento bajó hasta la punta del tablado, en recitativo estilo cantando ella, y respondiendo* EL CORO.

CIBELE. (*Canta.*)

eliz y infeliz amante,
ues compitiendo entre sí,
: hizo feliz el nacer,
el amar te hizo infeliz,
ı dejo por ti
ı lechos de mayo regazos de abril.

MÚSICA. (*Dentro.*)

á su voz el eco responde sutil
ue rompe los aires, dejando por ti...

ELLA Y MÚSICA. (*Dentro.*)

n lechos de mayo regazos de abril.

CIBELE.

ibele soy, de la tierra
ın fecunda emperatriz,
ue del confin oriental
l occidental confin,
u todo su ámbito hermoso
o hay reservado pais,
ue sus montes y sus mares
o descanse sobre mí.
ieras y flores lo digan,
iendo á mis plantas rendir,
o vegetable su tez,
o sensible su cerviz;
Dejando por tí,
En lechos de mayo regazos de abril.
Motejada de que solo
Para el aire concebí
Fruto y flor, y me quedé
No mas que con la raiz,
Por ostentarme deidad
Que pudiese competir
Con cuantas contiene él coro
De ese celeste zafir;
Como gusano que hila
Su misma vida de sí,
A tí te engendré, sin mas
Padre que mi mismo ardid.
Viendo que tu nacimiento
Creyó no mas que el gentil,
Porque nadie le dudara,
No tan solo te ofrecí,
Sin reservarte diamante,
Perla, esmeralda ó rubí,
En plata todo el Pactolo,
Y en oro todo el Ofir,
Mas viéndote hoy en dos riesgos,
De amar y de competir,
A cautelarte de entrambos
Quise á tus voces venir,
Dejando por tí
En lechos de mayo regazos de abril.
El uno, que es el cuidado
De Yole... no hay que sentir
Su muerte, que Yole vive;
Mas dónde no he de decir,
Por no empeñarte en el riesgo
De que es preciso morir
Si vas á buscarla: el otro,
Que es el de haber de reñir
Con Hércules, cuyas fuerzas
Nadie pudo resistir...
Llega á los brazos con él;
Que aunque él una vez y mil
Te arroje á la tierra, ella
Te sabrá restituir
Dobladas fuerzas, con que
Puedas volver á la lid.
Y en cuanto á que tú no sepas
De Yole, y Hércules sí,
No temas que á verla llegue;
Pues cuando pretenda ir
A buscarla, sabré yo
Tanto la senda impedir,
Que no se atreva á pisarla.
Y pues ya quedas aquí,
Sabiendo que vive Yole
Y cómo has de resistir
A Hércules, y que él no irá
A verla, vuelva el sutil
Aire á repetir sus ecos,
En tanto que yo al pensil
De mi retirado albergue
Vuelvo, de donde salí,
Dejando por ti...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Dejando por ti...

CIBELE.

En lechos de mayo regazos de abril.

MÚSICA. (*Dentro.*)

En lechos de mayo regazos de abril.

(*Desapareció Cibele midiendo con la música la distancia de lo alto.*)

ANTEO.

Oye, escucha: no tan presto
Te ausentes, sin permitir
Que, de tanta admiracion
Cobrado, diga...

LÍCAS. (*Dentro.*)

Hácia aquí
Es la senda.

HÉRCULES. (*Dentro.*)

Pues no dejes
En su alcance de seguir
La vereda.

ANTEO. (*Dentro.*)

Gente viene:
Forzoso es al monte huir
Quien á todo un vencedor
Ejército trae tras sí.
Pues está segura Yole,
Duélete ¡oh cielo! de mí.
No haya tan mal ejemplar
Como que pueda decir
Que hallé piedad en la tierra,
Y no en el cielo. (*Vase.*)

Salen HÉRCULES, LÍCAS Y ARISTEO.

LÍCAS.

Hácia aquí,
Vuelvo á decir, que es la senda
Del hespérico pais.

HÉRCULES.

Pues guia, ya que te afirmas
En que Yole quedó allí.

ARISTEO.

Si pudiera aconsejar
A quien me toca servir,
Dijera, Hércules, que no
Está el triunfo en adquirir,
Tanto como en mantener
Lo adquirido: siendo así
Pues, que te hallas aclamado
Rey, ¿no es mejor acudir
A establecer esta voz,
Que dejarlo, por venir
Tras un afecto que puedes
Lograr despues?

HÉRCULES.

Para mí
Ni el triunfo ni el reino importan
Tanto como destruir
Encantos de amor, llevando
Esclava á Yole, á asistir
A mi coronacion: vea,
Ya que á un hijo, aborto vil
De la tierra, prefirió
A Hércules, que merecí
Ser su rey á ménos costa
Que su esposo.

LÍCAS.

Ya de aquí
Se descubren de sus torres
Los homenajes.

HÉRCULES.

A abrir,
A pesar del fiero monstruo
Que los vela sin dormir,
Sus puertas iré, si fueran
De diamante.

ARISTEO.

Y yo tras tí;
Que uno es aconsejar,
Y otro es restado morir.

LÍCAS.

Yo no, que uno es morir loco,
Y otro es tratar de vivir.

HÉRCULES.

Ven pues; que juntos los dos,
¿Quién nos ha de resistir?

CIBELE. (*Dentro.*)

Quien en defensa de Yole
Lo impedirá.

LOS DOS.

¿Cómo?

CIBELE. (*Dentro.*)

Así.

(*Apénas desde lo alto pronunció Cibele este medio verso, cuando se oyeron en el aire truenos y en la tierra tem-*

blores; y abriéndose en ella un volcan que atravesaba todo el tablado, arrojó de sí tan condensados humos, que oscurecieron el teatro, bien que sin molestia del auditorio, porque estaban compuestos de olorosas gomas, de suerte que lo que pudiera ser fastidio de la vista, se convirtió en lisonja del olfato.)

HÉRCULES.

¿Qué es esto, cielos?

ARISTEO.

Un fiero
Temblor de tierra, que abrir
Su centro intenta en quebradas
Grietas.

(*Sale humo.*)

HÉRCULES.

Y no solo á fin
De que sus cavados senos
Quieran el paso impedir,
Pero de que sus funestas
Bocas arrojan de sí

(*El terremoto.*)

Entupecidos vapores,
Que en pirámides subir
Se ven á empañar la tez
De todo el azul viril.

ARISTEO.

¿Quién vió que el Vesubio en Libia
Humo exhale?

LÍCAS.

Yo lo vi,
Por señas que el verlo fué
De puro ciego.

(*Terremoto.*)

HÉRCULES.

Aun á mí
La vista perturba, pues
Ni veo alcázar ni jardin.

ARISTEO.

En pardas nieblas la tierra
Nos le ha sabido encubrir.

HÉRCULES.

Como es la madre de Anteo,
Sin duda intenta impedir
Ultrajes de Yole; pero
No lo podrá conseguir;
Que si de la tierra el centro
Conjura ella contra mí,

(*Terremoto.*)

Contra ella el del aire yo
Moveré. Quédate aquí,
Aristeo, por si en este
Tiempo Yole intenta ir
Donde yo no sepa della,
Tú lo sepas, con seguir
Sus pasos.

ARISTEO.

De mí confia,
Que no faltaré de aquí.

HÉRCULES.

En ese seguro voy,
Como dije, á prevenir,
Pues no puedo por la tierra,
Por el aire entrar. — Tras mí
Ven, Licas. (*Vase.*)

LÍCAS.

Sí haré, que aunque es
Tan malo el andar tras ti,
Peor fuera que aquí quedara. (*Vase.*)

ARISTEO.

No fuera, pues ya de aquí
Ausente Hércules, la tierra
Sus simas vuelve á cubrir,
El humo á desvanecer,
Y el alcázar á lucir.
Y si no me engaño, una
Dama viene por aquí.
¿Si será Yole? Mas no,
Que aunque yo nunca la vi,
Nunca tampoco borré
Las especies que imprimí
De su retrato : no es ella.

Sale VERUSA.

VERUSA. (*Para sí.*)

Yole del desmayo en sí
Volvió apénas, cuando de otro
Dolor se tornó á afligir,
Que es no saber de su padre
Ni de la batalla el fin.
Compadecida á su llanto,
Por si fuera tan feliz
Que con una buena nueva
La pudiera divertir,
Al monte salgo. Allí un hombre
Está. ¿Sabréisme decir,
Caballero (que en el traje
Bien el serlo descubris),
En qué paró la batalla,
De cuyo rumor oí
En estos montes los ecos?

ARISTEO.

No me atrevo á discurrir
En cuál os esté mejor,
Oir la ganancia ú oir
La pérdida, cuando os veo
Tan cuidadosa; y así,
Hasta saber qué deseais
Saber, nada he de decir.
Por no aventurar que pueda
Ser lo que hayais de sentir.

VERUSA.

Aunque siempre de la patria
El cariño lleva, á mí
Sus victorias ó sus ruinas
No me tocan.

ARISTEO.

Quizás sí,
Ya que no á vos, á persona
De cuya parte venis.
Decidla que un forastero
Que hallasteis acaso aquí,
No quiso deciros nada.

VERUSA.

Harto en eso me decis.
Quedad con Dios. (*Vase.*)

ARISTEO.

El os guarde.
En toda mi vida vi
Igual hermosura. ¡Cielos!
¿Qué fuera que un infeliz,
Que ni vencido una vez,
Ni otra vencedor, decir
Pudo su pena?.. Mas esto
No es ahora para aquí:
Baste que para aquí sea
No dejarla de seguir,
Por verla otra vez. (*Vase.*)

Salen HERCULES Y LICAS.

LÍCAS.

Señor,
¿Esto es caminar ó huir?

HÉRCULES.

Volar quisiera que fuera,
Licas, hasta descubrir
De la cumbre del Parnaso
La verde cima.

LÍCAS.

Eso sí.
Volvámonos á ser guardas
De ninfas, gente feliz
Y alegre; que no hay tal gloria
Como habitar en país
Adonde todo es cantar,
Danzar y bailar, y en fin,
Todo es paz y nada es guerra.

HÉRCULES.

Hablaste como hombre ruin.

LÍCAS.

No tanto que mienta, pues
Ya se escuchan desde aquí
(Al tiempo que Don Pegaso
En el último perfil
Del monte, batiendo el ala,
Tremola al aire la crin)
Dulces músicas. ¿No oyes
Sus blandos acentos?

HÉRCULES.

Sí.
Acerquémonos á ver
Lo que llegamos á oir.

—

Al entrarse los dos, empezó á descubrirse un monte cuya eminencia casi de improviso frisó las nubes con la cumbre, y los bastidores con la falda; de suerte que no dejó mas foro el teatro que su mismo foro y un pedazo de nuevo cielo que á espaldas suyas por entre tremoladas bambalinas y quebradas peñas, fingia lejanos horizontes. Ocupaba su cima el Pegaso, extendidas las alas, como haciendo sombra al risco de CALIOPE, *principal musa de las nueve, desde cuyo superior asiento derivaban los peñascos sus últimos perfiles. Estaban todos coronados de frondosa arboleda; y entre uno y otro tronco, una y otra ninfa :* URANIA Y POLIMNIA *á la diestra mano, y* TERSICORE Y CLIO *á la siniestra. Debajo de las cuatro, en segundo descanso, que hacia con adelantadas projeturas mas corpulento el monte, estaban á un lado* MELPOMENE Y ERATO, *y á otro* EUTERPE Y TALIA. *Eran sus ropajes como los de los Signos y los Meses, diferenciándose solo en haber trocado el campo azul al nácar, confrontando matices, aquí con las flores, si allá con las estrellas. En el corazon del monte corria tan artificiosa fuente, que sin agua ni sonido de agua, no se echaba ménos ni el agua ni el sonido. Estaban pues las nueve como divertidas en sus siempre festivos solaces, cantando, desasida de la fábula, esta letra :*

MÚSICA.

Ruiseñor, que volando vas,
Cantando finezas, cantando favores,
¡Oh cuánta pena y envidia me das!
Pero no, que si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos y tú llorarás.

HÉRCULES.

Todo el coro de las ninfas
Junto está. Mas ¡ay de mí!
Que parece que la letra
Conmigo ha hablado, al oir,
Para que se irriten mas
Mis vengativos rencores,
Y amor no sean jamas...

MÚSICA.

Pero no, que si hoy cantas amores...

ÉL Y MÚSICA.

Tú tendrás celos y tú llorarás.

HÉRCULES.

agradas hijas de Apolo,
quien desde este cenit,
or cuantos círculos corre
asta su opuesto nadir,
ara coronar los rizos
e vuestro peinado Ofir,
lores dora ciento á ciento,
uces brilla mil á mil:
uestro Hércules (por quien
n estos montes vivís
eguras de incultas fieras,
medrentadas de mí;
or quien á la excelsa cumbre
adie se atrevió á subir
in pasaporte de Apolo,
ue yo he de cerrar y abrir,
beber de los cristales
u que aquel don infundis,
ue abandonando lo útil,
e pagó de lo sutil)
oy contra una hermosa fiera
avor os viene á pedir,
o para amarla, no; pero
ara aborrecerla sí.

TODAS Y MÚSICA.

Ay de ti!
ue vencer á las fieras
o es vencerse á sí.

CALÍOPE. (*Cantando.*)

ércules, ya tus hazañas
abemos, y que por ti
emplaron Fama y Apolo
a lira con el clarin.
a sabemos que en Tesalia
a hidra pudiste rendir,
n el abismo al Cerbero,
en Calidonia al espin.
ue al leon venciste en Libia,
onde pudiste adquirir
o sagrado del laurel,
o sangriento de la lid.
ue perdonaste sabemos
e la Hespéride el jardin;
as no sabemos que puedas
ti vencerte; y así...

ELLA Y MÚSICA.

ly de ti!
ue vencer á las fieras
o es vencerse á sí.

CALÍOPE.

uejoso de Yole vienes,
rocurando desmentir
on razones de vengar
inrazones de sentir.
eme el ardid del Amor,
ue es tan cauteloso ardid,
ue tal vez para vencer
ace maña del huir.
eme su disimulada
raicion, que sabe vestir
os desaliños del áspid
e las galas del jazmin.
o te vengues, si te quieres
engar de Yole; que vi
uchas veces que el dejar
lcanza mas que el seguir.
si estos avisos no
e bastan á reducir,
mi voz y en la de todas
rás una vez y mil...

ELLA Y MÚSICA.

ly de ti!
ue vencer á las fieras
o es vencerse á sí.

HÉRCULES.

ella Calíope, á quien
empre tocó el presidir
Al castalio coro, no
Desconfies del gentil
Espíritu que me ilustra,
Que deje de conseguir
De Amor, que es fiera de fieras,
La victoria, á cuyo fin
Por vuestro Pegaso vengo.
Que le lleve permitid,
A que en los golfos del aire
Sea alado bergantin,
Que á pesar del huracan
Que levanta contra mí
La tierra, madre de Anteo,
Tome puerto tan feliz,
Que deshaga los prodigios
De su encantado pensil.

CALÍOPE.

Si en tu peligro nosotras
No habemos de concurrir,
Lo que tú puedes tomar,
¿Para qué lo has de pedir?

HÉRCULES. (*A Licas.*)

Dices bien, sube por él,
Pues tú tambien has de ir...

LICAS.

¿Dónde?

HÉRCULES.

En sus ancas.

LICAS.

¿Sus ancas
Yo?

HÉRCULES.

¿Por qué no?

LICAS.

Porque si
El es rocin de poetas,
Y nunca pudo sufrir
Ancas su puchero, ¿cómo
Sufrirá ancas su rocin? (*Vase.*)

HÉRCULES.

Anda, cobarde... y vosotras
Quedad en paz hasta oir
Mi triunfo.

TODAS.

Antes porque no
Te empeñes en él, tras ti
Irémos todas diciendo...

HÉRCULES.

¿Qué es lo que habeis de decir?

TODAS. (*Cantan.*)

¡Ay de ti!
Que vencer á las fieras
No es vencerse á sí.

HÉRCULES.

¿Y cómo iréis?

TODAS.

Desta suerte.

HÉRCULES.

Pues venid todas, venid:
Veréis de cuán poco os sirve
El escuchar que decis...

ÉL Y TODAS.

¡Ay de ti!
Que vencer á las fieras
No es vencerse á sí.

(*Cantar la música este estribillo, repetirlo el coro, volar el Pegaso á las nubes, Calíope al centro, y las ocho á distintas partes, llevándose consigo á pedazos el monte, fué tan uno, que al verle deshecho, apénas pudo percibir la vista el cómo: con que causando mas novedad en todos lo que dejaron de ver que lo que vieron, acabó la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA.

Para empezar la tercera jornada, no solo se contuvo el coliseo, como hasta aquí, en limitados foros; pero abriéndose el seno, se dilató hasta dar con el último centro de su muro; y con ser tan grande la distancia, aun la hizo mayor la perspectiva. Era un hermoso jardin, cuyas calles tenian por guarda de sus emparrados dobladas pilastras de mármol blanco con remates de lo mismo. Al pié de cada pilastra habia un tiesto de porcelana con sus mas usados frutos. Lo que se descubria de ellas eran unos enrejados á manera de glorietas, cubertados de hojas y flores; de suerte que mirando por cualquiera parte, cualquiera entrecalle era una dilatada galería. La principal estaba tan sujeta al arte, que le obedecia desde su primero término al postrero, disminuyendo sus tamaños con tan ajustada regla, que huyendo los unos de los otros, cuanto iban á ménos en la cantidad, iban á mas en la apariencia. Remataban sus líneas en un cenador, y en él una fuente de varios jaspes, de cuyo surtidor se derramaban otros caños: no digo con ruido y sin agua, por no encarecer segunda vez el artificio. En medio de esta, al parecer, suma distancia, estaba un árbol natural, doradas sus hojas, cuajadas de manzanas de oro, sobre cuya copa apareció HERCULES *en un blanco caballo alado, á imitacion del que se vió primero en el Parnaso. A este tiempo se levantó de la tierra, batiendo tambien las alas y moviendo las garras y las presas, un escamado dragon, con que subiendo el uno y descendiendo el otro, partido el aire, se salieron al encuentro. Trabada la batalla, gozaban ambos de cuatro movimientos, pues elevándose el uno al tiempo que el otro se abatia, y al contrario, abatiéndose el uno cuando el otro se elevaba, se buscaban y se huian, trocando no solo las alturas, sino tambien los costados, pues se embestian ya por un lado y ya por otro, de cuya boreal lid duró la contienda lo que duraron estos versos.*

HÉRCULES.

Ya, alado Belerofonte,
Que Bucentoro velero,
Huyendo escollos de tierra,
Golfos navegas de viento,
Ya que la vela del ala
Desplegada, del pié el remo
Batido, timon la cola,
Popa el anca, quilla el cuello,
Proa la frente, la crin
Jarcia, y buque todo el cuerpo,
En alto aire, ya que no
En alta mar, á lo léjos
Descubres de los dorados
Celajes el verde puerto,
(*Sube el dragon, y baja Hércules.*)
Amaina, amaina, y no temas
El bruto huracan soberbio;
Que cuando tú el vuelo abates,
Levantar intenta el vuelo.
Y pues al encuentro quiere
Salirte, sal tú al encuentro
Que si en nueva cetrería

De sierpe en sacre se ha vuelto,
Yo en águila de bajel
Tambien mudaré el concepto;
Pues cuando él se cale en puntas,
Le buscaré en escarceos,
Haciendo que sea boreal
Campaña de nuestro duelo
Toda la vaga region
Del mas capaz elemento.
Avenenado hipogrifo,
Que áspid del jardin mas bello
No solo el tesoro guardas
De amables hechizos, pero
De aborrecidas beldades.
No á robar tus pomas vengo
Por ser dichoso en amores,
Sino en aborrecimientos.
Embiste otra vez; que no
Me has de poner en recelo,
Por mas que escamada nube
Traigas, abortando incendios,
El relámpago en los ojos,
En los bramidos el trueno,
Y el rayo en la exhalacion
Del tósigo de tu aliento.
La clava de Hércules es
La que te hiere; y supuesto

(*Cae el dragon, retirado en los bastidores.*)

Que oir de Hércules el nombre
Mas que la clava le ha muerto,
A tierra, Pegaso, y vea
Que á pesar de sus violentos
Vesubios, volcanes y Etnas,
Introducido en el centro

(*Apéase, y vuela el caballo.*)

De sus vedados jardines,
A ella y á sus monstruos venzo.
Y tú, tronco del amor,
De tus dorados renuevos
Este me da por testigo
Del triunfo, no porque quiero
Ni ser amado ni amar,
Sino vencer mis desprecios.—
¡Ah del palacio! ¡Ah del monte!
Salid cuantos estáis dentro,
Y entrad cuantos en mi busca
Andais, pues que ya no hay riesgo
Que temer.

Dentro golpes, y salen por una parte ARISTEO, LICAS Y SOLDADOS, *y por otra* HESPERIA, EGLE, VERUSA Y YOLE, Y ANTEO *á lo largo.*

ARISTEO. (*Dentro.*)

Romped las puertas
De aquesas voces al eco.

HESPERIA. (*Dentro.*)

Acudid al jardin todas
A ver quién causa este estruendo.

LÍCAS.

Aten al dragon, que vamos.

ANTEO.

Muera yo, y sepa qué es esto.

YOLE.

¿Mas que es alguna desdicha
Que á mí me viene siguiendo?

TODOS.

¿Quién daba aquí voces?

HÉRCULES.

Yo.

UNO.

¡Qué prodigio!

OTRO.

¡Qué portento!

YOLE. (*Ap.*)

Bien dijeron mis temores.

HESPERIA.

¿Este no es el hombre, cielos,
Del leon?

EGLE Y VERUSA.

Y aun el leon.

HÉRCULES.

Yo soy. ¿Qué os admira, viendo
Muerto este horrible vestiglo,
El ser yo quien le haya muerto?
Pues mal pudiera ser otro.

LÍCAS.

Sí pudiera; que á lo mesmo
Tambien yo venia á las ancas;
Sino que no entré acá dentro,
Porque no me atreví á entrar.

HÉRCULES.

En tu busca, Yole, vengo,
Para que sepas quién es
Hércules, y quién Anteo.
Hércules, á quien dejaste,
Es el que triunfó venciendo:
Anteo, á quien elegiste,
Es el que se escapó huyendo.
Muerto tu padre, su rey
Me aclama Libia: el pretexto
Es cumplirme la palabra
Que él me dió, y que yo no aprecio;
Que á quien quedó prisionera,
No he de tratar como dueño
El dia que por mí mismo,
Avasallado su reino,
Capitulé la corona,
Por quien las armas suspendo.
Ven pues, que has de ser testigo
Del merecido trofeo
De coronarme sin tí.

ANTEO.

No irá tal, sin que primero
A mí la muerte me dés.

HÉRCULES.

Si eso falta, es fácil eso.

ANTEO.

No mucho; que si faltó
A nuestro aplazado duelo
De buscarte en la batalla,
Fué por no menor empeño
Que el de socorrer á Yole.
(*Ap.* Y aun esto lo es tambien, puesto
Que es dar lugar á su fuga.)
Y pues no hay perdido tiempo,
Retírate de tu gente;
Que en ese bosque te espero,
Donde los dos nos veamos
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.
(*Ap.* ¡Madre tierra! en confianza
Tuya voy: dame tu esfuerzo.) (*Vase.*)

HÉRCULES.

Ya yo te sigo. Ninguno
Me siga á mí, ó vive el cielo,
Que á quien me siga, le mate.
Tú, corta á esa sierpe el cuello,
Que has de llevar su cabeza
Hoy de Júpiter al templo.

LÍCAS.

¡Mal haya mi alma y mi vida
Si tal cortare! (*Vase.*)

HÉRCULES.

Aristeo,
Guárdame estas puertas tú,
Como te dije primero,
Porque Yole no se huya,
A quien prisionera dejo,
Fiada á vosotras, en tanto
Que á él mato, y por ella vuelvo. (*Vase.*)

ARISTEO.

Pues que no debo seguirle
Yo, y obedecerle debo,
Perdonad, que desta puerta
No me aparte... Deste cielo
Dijera mejor, mirando
Tal hermosura.

YOLE.

Aristeo,
Si algun tiempo te debí
Algun mal logrado afecto
De amor, que apartó mi padre
Con no mal fundados miedos,
Duélete de mí: no digan
Que te vengaste, supuesto
Que tomó mejor venganza
Quien no se vengó pudiendo.
Padre, esposo y reino, todo
Perdí en un dia; y pues reino,
Esposo y padre me dejan
Vida, que quizá no pierdo
Por aborrecida, no
Quites á mis sentimientos
La desdicha de llorarlos,
Que es la dicha de tenerlos.
Dame paso á aquesos montes,
En cuyo áspero desierto
Hallaré entre brutas fieras
Quizá mas acogimiento
Que en sola una fiera humana.

ARISTEO.

Yole, tus desdichas siento.
A Hércules debí la vida
Vencido: vencedor debo
A Hércules el honor
En que mis armas ha puesto.
Sobre esto, la confianza
Que de mi amistad ha hecho
Me acobarda; y porque tú,
Ni las que me están oyendo,
Puedan presumir que yo
Villanamente me vengo,
Jueces las haré de que
Hallándome entre dos riesgos,
De grosero ó vengativo,
Elijo del mal el ménos;
Pues lo vengativo infama,
Bien que mancha lo grosero.
Yo vi tu retrato, y vi
Otra hermosura: el extremo
De lo vivo á lo pintado
Pudo hacer... Mas baste esto
Para que quien entendiere
Que aquí es cortés el silencio,
Entienda que no es venganza
El no servirte, sabiendo,
Si hay razon para mi olvido,
Que no la hay para tu ceño:
Pues por no vengarme en tí,
Quizá en mí mismo me vengo. (*Vase.*)

VERUSA. (*Ap.*)

Todo es enigmas este hombre
En sus respuestas. Mas esto
¿Qué puede importarme á mí,
Que parece que lo siento?

YOLE.

Hesperia, Verusa, Egle,
A vuestra piedad apelo.
¿Dónde ocultarme podré?

HESPERIA.

Si ves que ya no tenemos
Ni aun guardas para nosotras,
Pues Atlante en favor nuestro
No se da por ofendido
De ver su encanto deshecho,
Quizá porque anda mayor
Deidad aquí, mal podrémos
Aventurarnos nosotras
A su enojo; y mas habiendo

ejádole en confianza
uestra.

VERUSA.

Lo que yo prometo
s por ti atreverme á una
xperiencia; bien que á riesgo
e que pueda parecer
oco desvanecimiento
l darme por entendida
e que algo hermosa parezco.
ı hermosura pues, no tiene
baja de mas aprecio
ıe el espejo: dél'se dice
ıe templa la ira, en poniendo
colérico su imágen
lante; y así, aunque fiero
uelva, yo le saldré al paso
on él, por ver si le templo,
aciendo que sea menor
ı enojo, al verle en sí mesmo.

EGLE.

o te ofrezco de mi parte,
ıpuesto que á otros suspendo
on mi voz, ver si por dicha
él le parase suspenso,
ıra que ménos airado
legue á tí.

HESPERIA.

Yo te prometo
alirle al paso tambien,
epresentándole ejemplos
n mis estudios, hallados
e altos héroes, que tuvieron
or mayor de sus victorias
l verse al amor sujetos.

VERUSA.

erdona si esto no basta...

HESPERIA.

ue otras armas no tenemos
on que socorrerte, Yole...

LAS TRES.

ue hermosura, voz y ingenio.

(*Vanse las tres.*)

YOLE.

ły de aquella, que á experiencias
a su esperanza, siendo
sí que experiencias se hacen
olo á falta de remedios!
Dioses! ¿en qué parará
ı lid de Hércules y Anteo,
ue sobre tantas desdichas
ı la última que temo?

tlaban VENUS *y* CUPIDO *en el aire, cantando, sin verlos* YOLE.

YOLE.

Qué haré si él llega á morir?

VÉNUS.

ingir.

YOLE.

Qué puede fingir mi estrago?

CUPIDO.

alago.

YOLE.

¿qué será ese furor?

CUPIDO.

raidor.

YOLE.

o, ya que á mi dolor
oráculo eres trasunto,
él muere, ¿qué haré? pregunto.

ELLA Y LOS DOS.

ingir halago traidor.

YOLE.

Mas alivio á mis sospechas...

CUPIDO.

Que con flechas...

YOLE.

En fingir halagos das.

VÉNUS.

Mas...

YOLE.

¿Que serán no consideras...

CUPIDO.

Severas?

YOLE.

Mal con voces lisonjeras
Persuades á mis rencores
Vengarse ántes con favores...

ELLA Y LOS DOS.

Que con flechas mas severas.

YOLE.

Dime, anuncio mas cruel...

VÉNUS.

Que él...

YOLE.

¿Qué obra halago que se aplica?

CUPIDO.

Domestica...

YOLE.

¿Quién dirá que dél lo esperas?

VÉNUS.

Las fieras.

YOLE.

¿Cómo es posible que quieras,
Dudando si vence ó no
Hércules, que escuche yo...

ELLA Y LOS DOS.

Que él domestica las fieras?

YOLE.

Y pues son vanas quimeras...

CUPIDO.

Fieras...

YOLE.

El presumir que su ruina...

VÉNUS.

Afemina...

YOLE.

Dime si hay medio mejor.

CUPIDO.

Amor.

YOLE.

Permite que mi temor
Crédito á tu voz no dé,
Pues nada consuela oir que...

ELLA Y LOS DOS.

Fieras afemina Amor.

YOLE.

Si ya viendo mi dolor
Junto todo, no te obligas
A que de una vez me digas
Qué medio me está mejor.

LOS DOS.

Fingir halago traidor;
Que con flechas mas severas
Que él domestica las fieras,
Fieras afemina Amor.

YOLE.

Pues si el sagrado favor
Que por consejo me das
Es fingir, desde hoy verás,
Viéndome contra su furor...

ELLA, LOS DOS Y TODA LA MÚSICA.

Fingir halago traidor,
Que con flechas mas severas
Que él domestica las fieras,
Fieras afemina Amor.

(*Vase Yole.*)

VÉNUS. (*Canta.*)

Pues sigue tus designios
Sin apurar mas dellos,
Que ser contra un tirano
Que se huye de tu imperio.
Dime, siendo como eres
El mas glorioso afecto
De verdadero amor,
¿Por qué su rendimiento
Fías á amor fingido?

CUPIDO. (*Canta.*)

Porque amor verdadero,
En vez de ser castigo,
Se convirtiera en premio.
Que él quiera, y que no sea
Querido, es lo que quiero:
Hállese mas burlado
Cuanto mas satisfecho.
De amarle Yole, no
Pudiera lograr luego
El que ella enamorada
Le ponga en el desprecio
Que le pondrá mañana,
Cuando mi prisionero,
Trocando la acerada
Clava en vil instrumento,
Mi carro arrastre; y pues
Esto lo dirá el tiempo,
Dejemos el jardin,
En tanto que á él volvemos
A esforzar que descubran
El ignorado fuego,
Que él piensa que es rencor,
Belleza, voz y ingenio.

VÉNUS.

¡Ay, que ni ingenio, ni voz, ni belleza
Han de poder dominar sus afectos,
Miéntras Yole no finja que llora!

CUPIDO.

Pues llore, aunque finja.

LOS DOS.

Pues llore, supuesto
Que no es la primera que llora fingiendo.

—

Vanse, y cúbrese el jardin con el bosque, y salen ANTEO *y* HERCULES.

ANTEO.

Al sitio que apénas bruta
Planta pisó, guiando vengo
Tus pasos, porque ninguno
Nos siga y se ponga en medio.

HÉRCULES.

Di que á fin de dilatar
Tu muerte, que es lo mas cierto.
Pues ya que solos estamos
Y ocultos, saca el acero.

ANTEO.

Son muy desiguales armas
Espada y clava; y en duelo
Aplazado el igualarlas
Es ley; y así, pues yo dejo
La espada, deja la clava,
Y ven á los brazos.

HÉRCULES.

Eso
Ya es lo contrario, pues es
Gana de morir mas presto.

ANTEO. (*Ap.*)

Tú lo verás cuando veas

Que cobro, en dando en el suelo,
Dobladas fuerzas.

HÉRCULES.

¿Qué aguardas?
Llega pues, y del primero
(*Luchan.*)
Impetu verás si doy
Contigo en tierra.

(*Cae Anteo, y levántase.*)

ANTEO.

¿Qué has hecho
En eso, si con mayor
Valor á la lucha vuelvo?
(*Luchan.*)

HÉRCULES.

Mas resistencia hallo en tí
De la que ántes hallé. Pero
No importa, para que deje
De ser superior mi esfuerzo.

(*Cae Anteo, y levántase.*)

ANTEO.

Tambien superior el mio,
Volverá á embestir de nuevo.
(*Luchan.*)

HÉRCULES.

¿Qué es esto, ¡cielos! pues cuando
Mas le rindo, mas le encuentro
Fortalecido?

ANTEO. (*Ap.*)

Pues va
Siempre mi fuerza en aumento,
En excediendo á la suya,
Que le he de vencer, es cierto.

HÉRCULES. (*Ap.*)

Como es su madre la tierra,
Sin duda ella le da alientos
Cuando á ella cae; y así
No ha de volver á ella.
(*Luchan.*)

ANTEO. (*Ap.*)

¡Cielos!
Como ahora no me arroja,
Desalentado fallezco.
Haga maña, lo que ántes
Era fuerza.

(*Déjase caer, y levántase.*)

HÉRCULES

Ahora veo,
Pues que te dejas caer
Tú, cuando yo no te dejo,
Que es señal de que la tierra
Te fortalece en cayendo.

ANTEO.

Sea lo que fuere, vuelve
A la lid.

HÉRCULES.

Sí haré, ya vuelvo.
(*Ap.* Pero advertido de que,
Si allá vencí sus portentos
Porque me valí del aire,
He de hacer aquí lo mesmo.
No ha de caer en la tierra,
Por si en el aire le venzo,
(*Levántale en el aire.*)
Haciéndole que en mis brazos
Reviente.

ANTEO.

¡Valedme, cielos!
Que oprimido, sin tocar
En la tierra desfallezco.
¿Quién crêrá, cuando en los brazos
De Hércules espira Anteo,
Que dando el aliento al aire,
Le niegue el aire el aliento?

HÉRCULES.

Quien viere que yo te arrojo
Hecho pedazos al viento.
Y tú, enemiga Cibele,
En tu horrible oscuro centro,
A quien meciste en la cuna,
Construye su monumento.

En esta última lucha levantó de la tierra Hércules á Anteo, y significando que en vez de arrojarle á ella le arrojaba al aire, le despidió de sí con tan arrebatado ímpetu, que no se dió término entre salir de sus brazos y verle, sin verle, de la otra parte de las nubes; con que al entrarse Hércules victorioso, se abrió la tierra, y salió de ella CIBELE *en una eminente pirámide de mármol, como construido monumento al cádaver de su hijo, la cual mezclando ya lo furioso y ya lo compasivo, desaparecida la pirámide, en recitativo estilo cantó llorando lo siguiente.*

CIBELE.

Sí haré, y en esperanza
De que podrá mi ira
En esta infausta pira,
Inscribir donde alcanza
Del dolor de Cibele la venganza.
En distintas esferas,
En varios horizontes,
Valida de mis montes,
Con formadas hileras
Convocaré las huestas de mis fieras.
Y tú, verde gigante,
En quien el cielo estriba,
De tu fábrica altiva
Venga el desden: no cante
Hércules triunfos de Héspero y Atlante.
Pues estás ofendido
Del vuelo del Pegaso,
¡Arma contra el Parnaso,
De quien la guarda ha sido!
Castigue Apolo el verle destruido.
Las ninfas que inspiraron,
Siguiéndole veloces,
Contra el amor sus voces,
Bien que no las lograron,
Ahora lloren lo que allá cantaron.
Del Helicon la frente,
Del Castalio la cima,
Una agobie, otra gima,
Sin que llore su fuente,
Aun para el llanto seca su corriente.
Todo el verdor que encierra
Su seno, se destruya,
Resulte en culpa suya
El dolor de la tierra:
¡Arma contra el Parnaso! ¡Guerra, guerra!
(*Vase.*)
(*Tocan dentro cajas y clarines.*)

MÚSICA.

¡Arma contra el Parnaso! ¡Guerra, guerra!

—

Cúbrese la apariencia, y sale VERUSA *con un espejo, deteniéndola* ARISTEO.

ARISTEO.

No pases de aquí.

VERUSA.

Desvía,
Que en vano tenerme quieres,
Puesto que tú solo eres
Guarda de Yole, y no mia.

ARISTEO.

Que fuera parar el dia,
No lo dudo; pero advierte
Que el procurar detenerte
No es usar jurisdiccion,
Sino superior razon
Que me obliga.

VERUSA.

¿De qué suerte?

ARISTEO.

De tu alcázar has salido
Al monte; y viendo tan nuevas
Acciones, como que llevas
A él tu espejo, he presumido
Que loco y desvanecido
Narciso, retar intente
Tu hermosura, y que valiente
Ella, á igualar el cotejo,
Lleva el cristal de tu espejo
Contra el cristal de su fuente.
Y aunque tu valor infiera
Ver cuán sin ventaja alguna
Se arme de solo una luna,
Quien de todo un sol pudiera;
Con todo eso, yo quisiera
Tenerte: no porque arguya
No ser la victoria tuya,
Sino por ver si podria
Hacer que en la muerte mia
Te ensayes para la suya.

VERUSA.

Muy al contrario has creido;
Que no es contra una belleza,
Sino contra una fiereza
El cristal que he prevenido:
Y así, que vuelvas, te pido,
A la puerta, y este paso
Me dejes, donde no acaso
Hércules me halle al volver,
Antes que á Yole.

ARISTEO.

Temer
Debo que á algun gran fracaso
De su ira llegue el extremo:
Y así, no quiero impedir
Medio que pueda servir
Contra lo mismo que temo.

VERUSA.

Pues ¿qué aguardas?

ARISTEO.

Tan supremo
Poder tu hermosura tiene,
Que él me aparta y me detiene.

VERUSA.

Pues débale el que te aparte,
Y mas cuando hácia esta parte
Es Hércules el que viene.

Retírase Aristeo, y salen HÉRCULES *y* LICAS.

LICAS.

Si ya los aires venenos
De Anteo fuéron, ¿dónde vas?

HÉRCULES.

Con un ansia á Yole mas,
Y á mí con un ansia ménos.
¿Qué será, de dudas llenos
Mis sentidos, un pesar
Que hace placer, al mirar
Que son pesar y placer,
Que no tenga á quien querer
Y que tenga á quien llorar?

LICAS.

¿Que no tenga á quien querer
Y que tenga á quien llorar
Es placer que hace pesar,
Y es pesar que hace placer?
¡Plegue á Dios!..

HÉRCULES.

¿Qué hay que temer?

LÍCAS.

¿Qué sé yo? Pero recelos
Que traen penas y consuelos,
¡Plegue á Dios que sean, señor,
No haber á quien quiera amor
Y haber á quien llore celos!

HÉRCULES.

¡Celos ni amor para mí!—
Pero ¿qué dama es aquella?

LÍCAS.

La que campa de mas bella
Entre las tres.

HÉRCULES. (*A Verusa.*)

¿Dónde, di,
Yole está? —Pues ¿cómo así
La espalda me vuelves? ¿No
Merezco respuesta yo?

VERUSA.

El semblante de tu ira
Tanto de tí me retira,
Que su temor me obligó
A intentar irme sin verte.

HÉRCULES.

¿Tanto asombro? Tanto espanto?

VERUSA.

Fácil fuera decir cuánto.

HÉRCULES.

¿De qué suerte?

VERUSA.

Desta suerte. (*Dale el espejo.*)
Tú mismo en tí mismo advierte
Si espanto y asombro das.

HÉRCULES. (*Mírase al espejo.*)

¡Yo soy este! Ya con mas
Causa á mi descuido riño,
Pues no me debió el aliño
Verme á una fuente jamas.
¡Qué varia naturaleza
Es en su desigualdad!
¡Qué mal dice una fealdad
En brazos de una belleza!
Si es tan grande mi fiereza,
¡Qué mucho que la luz pura
Huya de la sombra oscura,
Y que le haga novedad
Ver á la monstruosidad
En brazos de la hermosura?
Disculpado Yole bella
En cierta parte se ha.
(*Ap.* ¡Qué digo? que el disculpalla
Ya camina hácia querella.
Pero ¿si por otro ella
Me dejó? —Pero si yo
Maté á por quien me dejó.
—¿Y si en su memoria queda?
—¿Y si hay como yo quien pueda
Borrarle della? —¿Quién vió
Tan rara contrariedad?)
Quítame esa luna impura:
No vea yo que es tu hermosura
Espejo de mi fealdad.
Ya sin verme, á mi crueldad
Vuelvo. A Yole llevaré
Donde por testigo esté
Que Libia á su rey me iguala.

Sale EGLE, *cantando.*

EGLE.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe...

HÉRCULES.

Mas ¿quién pudo suspender
Mi nuevo furor ahora?

EGLE.

Que quien te hizo pastora,
No te libró de mujer.

HÉRCULES.

¿No te bastó, Hércules, ver
Tu horror? Sino que despues
Suspenso á una voz estés
Que trae tras tu desaliño...

EGLE.

La pureza del armiño,
Que tan celebrada es...

HÉRCULES.

Y ¿qué haré yo desta piel,
Si á otros ropajes me aplico?

EGLE.

Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.

HÉRCULES.

Voz, que en disfraz de zagala,
Persuades á no sé quién:
Que deje rudezas y ame,
¿Por quién lo dices?

EGLE.

No sé.
Por divertirme, esta letra
Por mas sabida, canté,
No porque con nadie hablase
Mas que con el aire.

HÉRCULES.

Pues
Ni aun con el aire has de hablar
De que culto se le dé
Al Amor, cuando yo voy,
No á amar, sino á aborrecer.

EGLE.

Pues ¿qué te ofende que yo
Diga, sin saber por quién
(*Canta.*) *Aquella amorosa vid*
Que enlazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel?

HÉRCULES.

¡Qué hechizo tiene esta voz,
Que me obliga á suspender
Mi enojo? Pero ¿qué digo?
El acento, Egle, deten;
Que sobre darme los ojos
Horror al llegarme á ver,
Los oídos suspension
Al llegarte á oir, no sé
Que falten ya contra mí
Sino los labios tambien
Que en favor de Yole quieran
Persuadir á mi altivez
Que hay Amor.

Sale HESPERIA.

HESPERIA.

¡Qué altivez pudo
Negarlo, cuando se vé
Júpiter en lluvia de oro,
Marte en cautelosa red,
Saturno amando á una estatua,
Apolo amando á un laurel?
Y descendiendo á lo humano
(Que en las tablas que heredé
De Atlante, no solo vi
Lo pasado, mas tambien
Lo futuro), ¿qué valiente
Héroe no será ó no fué
Triunfo de Amor? Hablen cuantos
Su carro arrastran, en que,
O son fieras de su yugo,
O son huellas de su ej.
Julio César por Cleopatra,
Por Drusila Augusto, el rey,
Masinisa por la bella
Sofonisba, hasta el cruel
Neron por Popea, Jason
Por la gran Medea, despues
Teseo por Ariadna,
Eneas por Dido, y con él
Páris por Elena, Antonio
Por Faustina...¿Y para qué,
Procediendo en infinito,
Te repito mas que haber
Visto á Aquíles por Deidamia
En hábito de mujer,
Cuando?...

HÉRCULES.

No prosigas, no
Lo digas, no; que no ha de ser
Consecuencia el que obren mal,
Para que yo no obre bien.
Ni el espejo ni la voz
Ni el ingenio han de poder
Templar mi enojo.

Sale YOLE.

YOLE.

Pues pueda
El arrojarme á tus piés,
Donde ni vida ni reino
Te pido por interes
De confesarme rendida,
Sino solo que me dés
Licencia para que diga,
Ya que he de morir, por qué.
Argante, un vil agorero,
Dijo á mi padre, despues
De la palabra que dió[1],
Que en aquese azul dosel
Habia visto que de entrambos
Habia un hijo de nacer,
Que violentamente habia
De darle la muerte. El
Creyendo su vaticinio
(Que es muy fácil de creer
Lo peor), porque me hallases
Casada, me impuso en que
Me echase yo á mí la culpa,
Dando, como hice, á entender
Que tu horror me habia obligado,
Siendo así que solo fué
Su violencia, porque yo
Nunca á Anteo quise bien,
Ni mal á tí; ántes si fuera
Permitido á una mujer
De mis prendas confesar
Que tu fama, tu altivez,
Tu valor... Pero esto baste;
Que mas dije que pensé,
Cuando dije que no mal,
Que es casi decir que bien.
Dígalo, cuando veloz
El desbocado corcel,
Saliendo de la batalla
Me trajo al monte; que aunqué
Vi que Anteo me seguia,
Deste alcázar me amparé,
Por estar en él segura
Tanto de tí como dél.
Y dígalo el que ahora, oyendo
Su muerte (¡ay de mí!), no sé
Si es que tengo que sentir,
O tenga que agradecer.
Y ya que el hado ha cumplido
Sus amenazas, al ver
Muerto mi padre á las manos
De un hijo tuyo (pues lo es
Tu rencor y mio, pues yo
Soy la que en mí le engendré
Con lo que fingí), ¿qué aguardas
Para darme muerte, ó que
Me lleves como á rendida
A coronarte por rey? (*Llorando.*)
Que á mí me basta que todos
Hayan llegado á saber

[1] No se entiende qué palabra es esta.

Que hubo sobrenatural
Causa aquí, y...

HÉRCULES.

La voz deten;
Que aunque es verdad que pudiera,
No solamente creer
Una causa, pero dos
Sobrenaturales, pues
Antes de verte, te vi;
Y consiguiendo despues
La hermosa manzana, veo
Que prodigiosa tambien
Me hace con tu desengaño
Dichoso en amor; no sé
Qué sueño, poma, cristal,
Cantos ni ejemplos, mover
Hayan podido mi afecto,
Hasta verte llorar; que es
Sin duda el llanto el mayor
Hechizo de la mujer.
Levanta del suelo, llega,
Llega á mis brazos, y ven
Donde tu reino te admita,
Y la posesion te dé
De tu heredada corona;
Que el victorioso laurel
Que me da su aclamacion,
Ya no es mio: tuyo es,
De albricias de que no es tuyo
Ni su amor ni mi desden.

LÍCAS.

¡Gracias á Dios, que te veo
Puesto en razon una vez!

HÉRCULES.

Venid pues, venid con ella
Todas sirviéndola, y dén
A toda Libia noticia
Festivas voces de que
Yole es su reina, y quien ella
Elija, será su rey.

YOLE.

¿A quién puedo elegir yo,
Que pueda estarme mas bien
Que ser hoy reina y esposa
De quien rendida era ayer?
(*Ap.* ¡Si bien lo supieras! Pero
Presto lo sabrás.) Y pues
Dos veces felice Libia
Me llega á reconocer,
Una vez como heredera,
Y como esposa otra vez;
Dejando las asperezas
De intratables montes, ven
A mis palacios, de donde,
Trocando la bruta piel
A real púrpura (que en fin
Lo exterior del parecer
Gana mas afectos cuando
Da que amar y no temer),
Galan en público salgas:
A cuyo efecto, seré
Yo la primera que entre
Mis damas me veas torcer
En hilados copos de oro
Blandas hebras, que despues
Ellas en varios dibujos
Sobre la encendida tez
De la grana, asentarán
Con tantos primores, que
Dude Tiro si sus campos,
Matizados á merced
De la broca y de la aguja,
Dan flores de rosicler:
En cuyo espacio no habrá.
Porque mas seguro estés,
Instante que no sea todo
Gozo, música y placer.

HÉRCULES.

Mal podrá no serlo allá,
Si ya desde aquí lo es.

VERUSA.

Las tres, pues ya en estos montes
Sin la guarda del verjel
No está seguro el alcázar,
Contigo irémos á ser,
Si esta dicha merecemos,
Tus criadas, y á tener
Parte en los reales adornos
De igual majestad.

YOLE.

No iréis
Sino como amigas mias,
Y compañeras las tres.

HÉRCULES.

Bien dices; yo las estoy
Agradecido tambien,
Y estimo el que vayan.

EGLE.

Sea
En festivo parabien,
Todas cantando y bailando.

LÍCAS.

Estotra ha dicho mas bien.

HESPERIA.

Empieza, Egle, tú; que todas
Te seguirémos despues.

LÍCAS.

¡Gracias á Dios, que llegó
El dia de algun placer!

EGLE.

Sea para bien...

CORO 1º. (*Dentro*)

Sea para bien...

EGLE.

Que Hércules y Yole
En culto á Amor dén...

CORO 2.º (*Dentro.*)

Sea para bien.

EGLE.

El su fortaleza
Y ella su desden.

CORO 1.º

Sea para bien.

CORO 2.º (*Dentro.*)

No sea para bien.

CALÍOPE. (*Dentro.*)

Ni diga el Amor
Que dejó por él...

CORO 2.º (*Dentro.*)

No sea para bien.

CALÍOPE. (*Dentro.*)

Hércules su fama,
Yole su altivez.

CORO 2.º (*Dentro.*)

No sea para bien.

HÉRCULES.

Oid, escuchad: ¿qué contrario
Eco puede ser aquel?

Sale ARISTEO.

ARISTEO.

Una bellísima tropa
De ninfas, Hércules, es,
Y viene hácia aquí.

HÉRCULES.

Que sea
Quien fuere, al canto volved.

CORO 1.º

Sea para bien,
Que Hércules y Yole
En culto á Amor dén,
El su fortaleza,
Y ella su desden.

Salen CALÍOPE *y las* NINFAS.

CORO 2.º

No sea para bien...

CALÍOPE.

Que diga el Amor
Que dejó por él
Hércules su fama,
Yole su altivez:
No sea para bien.

CORO 1.º

Sea para bien.

CORO 2.º

No sea para bien.

LÍCAS.

¡Lindas ninfas del Parnaso,
Para echarnos á perder
Nuestro alborozo!

HÉRCULES.

¿Qué es esto,
Calíope?

CALÍOPE.

¿Qué ha de ser?
¿Cómo es, Hércules, posible,
Que con tal descuido estés
De la guarda en que el Parnaso
Puso Apolo en tu poder,
Cuando por ausencia tuya,
U otra causa que no sé,
Cibele, no solo haciendo
Sus riscos estremecer,
Pero titubear sus cimas
Al fiero temblor cruel
De un embate y otro embate,
De un vaiven y otro vaiven,
Su ruina amenaza; pero
Amotinando tambien
Sus fieras, no hay flor que no
Talen, siendo de su sed
Dañado tósigo hoy
El que era antídoto ayer?

HÉRCULES.

¡Qué escucho! ¿Cibele toma
En él venganza, porqué
Ofendido Apolo, en mí
Castigue la ausencia? Ven,
Calíope, y venid tódas
Conmigo; que habeis de ver...

YOLE.

¿Tan presto quieres dejarme?
(*Ap.* ¡Oh! no se vaya sin que
Ejecute mi venganza.)

HÉRCULES.

No llores, que no me iré,
Si tú has de sentirlo.

CALÍOPE.

¿Cómo
Atras te vuelves?

HÉRCULES.

No sé.

CALÍOPE.

¿Qué es de tu valor?

HÉRCULES.

Bien dices.

YOLE.

¿Qué es de tu amor?

HÉRCULES.

Dices bien.

CALÍOPE.

Volved á acordar su fama.

YOLE.

Ni amor á acordar volved.

CORO 1.°

Sea para bien,
Que Hércules, etc.

CORO 2.°

No sea para bien,
Ni diga el Amor, etc.

YOLE Y CALÍOPE.

En fin, ¿en qué te resuelves?

HÉRCULES.

¿En qué me he de resolver?
Piérdase todo, y no tú, (*A Yole.*)
Que es lo mas que hay que perder.
Caliope, dile á Apolo
Que si me oyó alguna vez
Que sé vencer y no amar,
Ya sé amar, y no vencer.
Ven, Yole.

YOLE.

Porque no vuelva,
Volved al canto otra vez.

CALÍOPE.

Volved otra vez al canto,
Por si obligarle podeis.

CORO 1.°

Sea para bien,
Que Hércules, etc.

CORO 2.°

No sea para bien,
Ni diga el Amor, etc.
(*Vanse Hércules, Yole y sus damas.*)

UNA NINFA.

Sin admitir nuestra queja,
Se ausenta.

CALÍOPE.

¿Quién pudo creer
Que Hércules abandonara
Su fama por su amor?

OTRA NINFA.

Quien
Sepa que sabe el Amor
Vencer aun mas fieras que él.

CALÍOPE.

Con todo, no por vencidas
Nos hemos de dar; y pues
A quien le trató tan mal
Trata de premiar tan bien,
Quejémonos dél.

TODAS. (*Cantan.*)

Quejémonos dél.

CALÍOPE. (*Canta.*)

¿Por qué, cieguezuelo dios,
Aunque lo diga otra vez,
A quien le trató tan mal
Tratas de premiar tan bien?

CUPIDO. (*Dentro, cantando*)

Esperad, no os quejeis, no os quejeis,
Hasta ver que cautelas de Amor
Tal vez son piedad, y castigo tal vez.

Sale CUPIDO.

CALÍOPE.

Ya que á nuestra queja atento
Te dejas, Cupido, ver,
Dinos, ¿qué quieres decirnos
En eso?

CUPIDO. (*Canta.*)

Que no os quejeis
Hasta ver que cautelas de Amor
Tal vez son piedad, y castigo tal vez.

TODOS.

¿Cuándo hemos de verlo?

CUPIDO.

Cuando
Desengañadas llegueis
A ver que entre mis astucias
Hay fineza que es desden,
En cierta crueldad piadosa
Que pasa á piedad cruel.

TODOS.

Sí, mas ¿cuándo será?

CUPIDO.

Presto,
Y tanto, que al parecer
Vuele el tiempo con mis alas
Que son mas lijeras que él.
Venid pues, venid conmigo;
Que no solo habeis de ser
Testigos de mi venganza,
Pero ministros tambien
De su castigo.

CALÍOPE.

Tras ti
Iremos, hasta saber...

TODOS. (*Cantan.*)

Si es verdad que cautelas de Amor
Tal vez son piedad y castigo tal vez.

—

Al irse las ninfas en seguimiento de Cupido, trasmutado el pasado jardin en real salon, volvió á desabrochar todo su fondo el coliseo, de suerte que, repetidas las verdaderas elegancias del pincel en los mentidos léjos del noble engaño de sus perspectivas, se vió en igual distancia lo deleitable de un verjel, convertido en lo majestuoso de un palacio. Era toda su fábrica de variados jaspes á colores cuanto mas distantes mas unidos. Estribaban sus colunas en agobiados leones de bronce, á quien correspondian, de bronce tambien, los capiteles. Sobre sus cornisas enlazaba su arquitrabe un dorado arteson, dosel de todo su edificio. Tan bien avenidos desde su basamento á su techumbre y desde su portada á su retrete se hallaban en él pinceles y buriles, que se dudaba si todo de una pieza le hubiese el buril pintado ó el pincel esculpido. Este era el cuerpo de la sala; pero el alma de ella hermosa tropa de bizarras DAMAS, *ocupadas en laboriosos ejercicios: unas hilaban copos de oro, que otras devanaban; y otras en bastidores y almohadillas daban á entender que aprovechaban sus tareas. Solazado* HÉRCULES *entre Hespérides y damas, y sobre rica alfombra, al lado de Yole, en una almohada recostado, gozaba absorto ambas delicias, así en lo que veía como en lo que escuchaba, cuando las damas, al mudo compas de sus labores, cantaban, no fuera del propósito, esta letra.*

MÚSICA.

Esto que me abrasa el pecho
No es posible que sea amor,
Sino un rabioso dolor
Del mal que el Amor me ha hecho.

HÉRCULES.

¡Qué bruto el tiempo viví,
Yole, que viví y no amé!
Mas digo mal, que no fué
Vivir, solo dudar si
Estas delicias en sí
Tenia amor. ¡Qué mal he hecho
En tratarle con despecho!
Mas ¿qué mucho? No sabía
Que tan dulcemente ardia...

ÉL Y MÚSICA.

Esto que me abrasa el pecho.

YOLE.

No ménos necia vivia
Quien, porque otro lo mandaba,
Ni aborrecia ni amaba,
Y cautelosa fingia
Que amaba y que aborrecia;
Y entre desden y favor,
Ignorando lo mejor,
Decia: Este afecto fingido
Si es posible que sea olvido...

ELLA Y MÚSICA.

No es posible que sea amor.

HÉRCULES.

Tan anticipado fué
Tu raro prodigio en mí,
Que te vi ántes que te vi,
Y amé sin saber que amé.
Cómo fué, no sé; mas sé
Que domeñado el furor,
Como dure tu favor
Siempre en mi pecho amoroso,
Será un halago piadoso...

ÉL Y MÚSICA.

Si no un rabioso dolor.

HESPERIA. (*Ap.*)

La primera vez que vi
A Hércules, y que me dió
La vida, aunque me obligó,
Como nunca presumí
Volverle á ver, no sentí
Lo que ahora, pues sospecho
Que al verle cuán satisfecho
Ama engañado, no sé
Cómo el bien le pagaré...

ELLA Y MÚSICA.

Del mal que el Amor me ha hecho.

MÚSICA.

Esto que me abrasa el pecho...
(*Quédase dormido Hércules*)

YOLE.

No canteis; y pues rendido
Hércules al sueño queda,
Escucha, Egle; Hesperia, aguarda;
Oye, Verusa.

LAS TRES.

¿Qué intentas?

YOLE.

Que pues no ignorais que ha sido
Cuanto le he dicho, cautela
Para conseguir que aquí
A darme venganza venga
De la muerte de mi padre
Y de Anteo, y de que quiera
Coronarse en Libia rey,
¿Qué mejor ocasion que esta?
Ayudadme, por si acaso
Entre las ansias despierta,
A que con aqueste acero
Le dé muerte.

HESPERIA.

Considera
Que no queda tan vengado
El que de una vez se venga
Como el que de muchas, ni hay
Dolor para una soberbia
Como ultrajarla, y dejarla
Vida para que lo sienta.

Pongámosle en tal desaire,
Que Libia corrida vea,
Si le aclamó una victoria,
Que le degrada una afrenta.
(*Ap.* Esto es pagarle la vida
Con la vida.)

YOLE.

Bien lo piensas,
Y yo no mal el desaire.

LAS TRES.

¿Cómo?

YOLE.

De aquesta manera.
Quítale esa clava tú,
Miéntras le ciño esta rueca
Yo; y ahora todas vosotras
La nunca peinada greña
De su cabello, de cintas
En desaliñadas trenzas
Prended.

UNA.

¡Qué hermoso le vamos
Dejando!

YOLE.

Tú ahora, Hesperia,
A los soldados de guardia,
Porque si airado despierta
Nos hallemos defendidas,
Manda que toquen trompetas
Y cajas, y que entren todos
Con armas y que le prendan,
Llevándole desta suerte
Donde toda Libia vea,
Si hay hombres que las agravian,
Que hay mujeres que se vengan.

VERUSA.

Yo segunda vez usando
Del espejo, á otra experiencia
Examinaré su luna,
Tan contraria como era,
Allá para que se temple,
Y aquí para que se ofenda.

EGLE.

Yo en satíricos baldones
Motejaré su soberbia.

HESPERIA.

Yo en acordadas noticias.

Voces dentro.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

HÉRCULES.

¿Qué nuevo rumor, qué nuevo
Estruendo de armas inquieta
Mi solaz? ¿Dónde la clava
Está, para que con ella
Castigue á quien?... Mas ¡qué miro!
¿Qué transformacion es esta?
¿Qué pudo hacer que en tan torpe
Vil instrumento se vuelva,
Al tiempo que dicen otros?...

(*Dentro cajas y trompetas.*)

Voces dentro.

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

HÉRCULES.

Pues ¿cómo si?... Dar no puedo
Paso ni mover la lengua.
¿Qué delirio, qué letargo
Tanto de mí me enajena,
Que me da á entender que yo
No soy yo?

VERUSA.

Pues no lo entiendas:
Vuelve á mirarte. (*Pónele el espejo.*)

HÉRCULES

¿Esto mas?
¿Yo con mujeriles señas?

HESPERIA.

¿Qué dirás ahora de Aquíles?

HÉRCULES.

Diré...

EGLE. (*Canta.*)

Por Deidamia bella
Vistió mujeriles galas,
Peinando el cabello en trenzas.

YOLE.

No dirá sino que Yole,
Vengando en él sus ofensas,
Vengó tambien las de todas
Las mujeres.

(*Cajas dentro.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Arma! ¡Guerra!

YOLE.

Entrad todos.

HÉRCULES.

No los llames,
Y pues las tres experiencias
De ingenio, hermosura y voz
No movieron mi soberbia
Hasta que lloraste tú
(Pues no hay desdoro que sienta
Como que tu amor me engañe),
El verme á tus piés te mueva...
No sé si diga llorando...
Y sí lo sé, en claras muestras
De que lágrimas de amor
Son el huso desta rueca.
No te duelas de mi fama;
Que no quiero que te duelas,
Sino de mi amor. Mi dueño,
Mi bien, mi esposa, mi reina,
No cautelosa...

YOLE.

Es en vano.
Las cajas y trompas vuelvan,
Y entrad todos.

Salieron ARISTEO, LICAS Y SOLDADOS.

TODOS.

¿Qué es aquesto?

ARISTEO.

¡Hércules postrado en tierra
Con viles armas llorando!

LÍCAS.

Si hay dias en las bellezas
Hoy debe de ser el suyo,
Pues tan hermoso despierta.

ARISTEO.

¿Qué es esto, Hércules?

HÉRCULES.

No sé,
Que apénas, y bien á penas,
No sé si muero ó si vivo.

YOLE.

¿Qué ha de ser, sino que vea,
No tan solo Libia, pero
El mundo, cuán vil, cuán ciega
Fué, deponiéndome á mí,
Y obligándome á que sea
Forzada esposa de un bruto,
La infame aclamacion vuestra?
Si el valor os movió, viendo
Que él es el que vence fieras,
¿Cuánto es mas valor el mio?
Pues es clara consecuencia
Que vencerá fieras, quien
Al que fieras vence, venza.

UNO.

Dice bien, nobles isleños.
Pues es Yole vuestra reina,
Y Hércules afeminado,
Ni oye, ni mira, ni alienta,
No forceis su libertad.

TODOS.

¡Viva Yole! ¡Hércules muera!

ARISTEO. (*Ap.*)

¿Qué haré, cuando á mí me tocan
Su ofensa aquí y su defensa?

YOLE.

Prendedle pues.

HÉRCULES.

Mal podréis;
Que aunque aquí no me defienda,
Porque sois muchos y estoy
Sin armas, yo iré por ellas,
Valiéndome de la fuga
Ahora, miéntras no vuelva
En mí mi valor. (*Huye.*)

YOLE.

Seguidle.

TODOS.

¡Muera Hércules!

Salen CALIOPE Y NINFAS.

CALÍOPE.

No muera,
Ni le sigais, porque estamos
Nosotras en su defensa.

YOLE.

¿Cómo en su defensa? ¿No es
Tambien mi venganza vuestra?

CALÍOPE.

Sí, Yole; mas si tú vivo
Para que sienta le dejas,
Nosotras tambien queremos
Que viva para que sienta.
Date á prision al Amor.

NINFAS.

El nos envia á que vengas
A ser fiera de su carro.

HÉRCULES.

Mal puedo hacer resistencia,
Cuando es fuerza que confiese
Que contra el Amor no hay fuerza.

CALÍOPE.

Llevadlo todas, en tanto
Que yo dulcemente tierna,
Invocando las deidades
De Cupido y Vénus bella,
Intento ver si consigo
Que en fantástica apariencia
Se deje mirar triunfante,
Bien como le representan
Ya pinceles y ya plumas.

TODOS.

¿Cómo?

CALÍOPE.

De aquesta manera.

(*Cantan.*)

¡Ah de los bellos jardines!
Ah de las hermosas selvas,
De Chipre, trono de Vénus
Y cuna de Amor!

CUPIDO Y VÉNUS. (*Dentro, cantando.*)

¿Qué intentas?

CALÍOPE. (*Canta.*)

Que iluminando los vientos
Y floreciendo la tierra,
Vea el teatro del mundo
Tu triunfo, para que vea
Quien quiso que las mujeres

Esclavas del hombre sean,
Que él es su esclavo, pues es
Esclavo de amor por ellas.

LOS DOS.

Ya á tu invocacion los dos
Damos piadosa respuesta,
Que repetirán tus ninfas,
Diciendo en voces diversas:

(*Canta.*) *Para que suenen mejor*
Sus cláusulas lisonjeras,
De Hércules en deshonor;
Que si él domestica fieras,
Fieras afemina Amor.

A la invocacion de Calíope respondieron VENUS *y* CUPIDO, *no solo en voz, pero en efecto, pues dando á entender que en fantástica apariencia se gozaban en dejarse ver triunfantes, con la repeticion de la pasada copla salieron al tablado en festiva tropa, primero* LAS MUSAS *delante del carro, cantándoles la gala; y despues coronados de laurel algunos* CAUTIVOS, *en accion que forcejaban al movimiento de sus ruedas. Era su diseño imitacion de aquellos que ya en pinturas ó ya en historias nos acuerdan los romanos triunfos. Su altura se media con el tercer cuerpo de las primeras colunas, y su longitud con el tercer término del tránsito. Desde las cartelas de proa hasta los cartelones de popa, resplandecia recamado de cogollos y follajes de oro, y en sus faldones bosquejados algunos héroes, como atropellados de su huella. En su eminencia venian Vénus y Cupido, con* HERCULES *á las plantas; y habiendo repetido* LA MUSICA *la aclamacion, prosiguió la representacion la suya.*

UN CAUTIVO.

Todos cuantos el imperio
Conocimos de tus flechas,
Y al pértigo de tu carro
Vamos moviendo las ruedas,
Confesarémos que es
Tu mayor victoria esta.

UNA NINFA.

Y cantándote la gala
Las sonoras voces nuestras,
Dirán en plectros y plumas
Que son de la fama lenguas...

MÚSICA.

Para que suenen mejor
Sus cláusulas lisonjeras
De Hércules en deshonor;
Que si él domestica fieras,
Fieras afemina Amor.

HÉRCULES.

Nada podréis decir ya
Que ménos dolor no sea
Que ver que traidora Yole,
Sin amor al Amor venga.
Y así, será mi valor
El que en las voces primeras
Diga para mas dolor...

ÉL Y MÚSICA.

Que si él domestica fieras,
Fieras afemina Amor.

TODOS.

Todos su triunfo sigamos.

ARISTEO.

Pues otro mayor le resta.

TODOS.

¿Qué es?

ARISTEO.

Que vean que de todas
Las gracias es la belleza
La que en su segundo triunfo
Se corona la primera,
Y ser de Verusa yo
Esclavo tambien merezca.

VERUSA.

Esa dicha es mia.

LÍCAS.

Segun
Eso, pues vengadas quedan
Las damas en una parte,
Y en otra por mas suprema
Coronada la hermosura,
Prometerme puedo dellas
El perdon, diciendo todos,
Puestos á las plantas vuestras..

TODOS Y MÚSICA.

Para que suenen mejor
Sus cláusulas lisonjeras
De las damas en favor;
Que si él domestica fieras,
Fieras afemina Amor.

(*Con este aparato, majestad y pompa, cantando unos y representando otros, se escondió el carro, se desplegó la cortina, y se dió fin á la comedia.*)

AMIGO, AMANTE Y LEAL.

PERSONAS.

ALEJANDRO, *príncipe de Parma.*
DON FELIX, *galan.*
DON ARIAS, *galan.*
MECO, *gracioso.*
AURORA, *dama.*
ESTELA, *dama.*
LAURA, *criada.*
JACINTA, *criada.*
CRIADOS.

La escena es en Parma y sus cercanías.

JORNADA PRIMERA.

Calle. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX Y MECO, *vestidos de camino.*

DON FÉLIX.

Celio á esa esquina se quede
Con los caballos, y ven
Tú solo conmigo.

MECO.

¿Quién
Sufrir tus locuras puede?

DON FÉLIX.

¿De qué te quejas?

MECO.

No sé.

DON FÉLIX.

Pues si no lo sabes, no
le canses.

MECO.

¿Qué diré yo,
i tú preguntas de qué,
ues acabas de llegar,
azucado en una posta
otra posta, tan á costa
e nuestro particular,
e noche y lloviendo Dios,
tu quinta? Y cuando espero
ospedaje lisonjero,
ue nos descanse á los dos,
cama, cuyo algodon
isar por nieve pudiera,
mesa que pareciera
aparador de ligon;
hospedaje, la mesa
la cama, es el decir:
A Parma esta noche he de ir:
n cuyo rigor no cesa
mal, pues pagando el porte
un viceposta, me tray
tas dos millas que hay
sde tu quinta á la corte.
cuando pienso que ha sido
gar aquí por mejor,
que aparato mayor
esperará prevenido,
do el regalo es dejar
s caballos, y embozado,
ié, con hambre y mojado,
currir todo el lugar.
s ya que así nos hallamos,
icencia no me darás
ma pregunta no mas?

DON FÉLIX.

Sí doy.

MECO.

Pues ¿adónde vamos?

DON FÉLIX.

No me atrevo á responderte,
Meco; que yo mismo estoy
Dudoso de adónde voy.

MECO.

Y en duda ¿vas desa suerte?

DON FÉLIX.

Sí, que tres afectos son
Los que á un tiempo el pecho siente,
Que arrebatan igualmente
Alma, vida y corazon.
El corazon, que es la parte
Del cuerpo mas principal
Y el amigo mas leal
Del hombre, de mí se parte,
Por ir á ver á un amigo.
La vida, al dueño ofrecida
(Porque es objeto la vida
Del favor y del castigo),
Pretende con mas valor
Y afecto leal, no en vano,
Que vaya á besar la mano
Al Príncipe mi señor.
El alma, que es la que ama
Un soberano sugeto,
Media entre los dos, á efeto
De que vaya á ver mi dama.
Y así, no fué mucho error
No acertar á responder,
Pues no sé si voy á ver
Amigo, dama ó señor.

MECO.

Contra argumentor. ¿No fuera
Mejor, miéntras se declara
La duda, que se pasara
La noche y el dia viniera,
Y esa contienda trabada,
Esa reñida cuestion
De alma, vida y corazon,
Consultarla con la almohada,
Y despues de haber dormido
Ver lo que te está mejor?
Y aun ellos mismos, señor,
Lo darán por recibido;
Porque el Príncipe estará
A tales horas jugando,
El amigo enamorando,
Y la dama dormirá:
Y así, el verlos será error;
Pues por obligarlos mas,
Finísimo cansarás
A dama, amigo y señor.

DON FÉLIX.

¿Y quién tuviera paciencia,
Por dos leguas solas, di,
De no llegar hasta aquí,
Despues de tan larga ausencia?
Mas porque veas que estimo
En algo tu parecer,
Al uno solo he de ver:
Los dos á ofender me animo.
¿Quién será?

MECO.

¿Quieres que aquí,
Oráculo sobornado,
Responda lo que has deseado?

DON FÉLIX.

Sí.

MECO.

El ver á Aurora.

DON FÉLIX.

Es así;
Y si al fin el corazon
Es vasallo de la vida,
Y ella está al alma rendida,
Obedecerla es razon.
Rinda el corazon la palma
A la vida, ella despues
Al alma, y entre los tres
Salga victoriosa el alma.
Vamos á verla primero.

MECO.

Venció en fin Aurora bella.

DON FÉLIX.

¿Creerás que muero por vella,
Y que por no verla muero?

MECO.

Has reparado muy bien.
No vamos.

DON FÉLIX.

¡Qué necio estás!

MECO.

Pues ¿de qué dudoso vas?

DON FÉLIX.

¿Quién, sin dudar, quiso bien?
Temo que ausente he vivido,
Y siempre está la hermosura,
En ausencia, mal segura.

MECO.

Engaño notable ha sido;
Que ántes, miéntras mas hermosa
Estará segura mas
Una mujer.

DON FÉLIX.

Loco estás,
O en opinion tan dudosa
Al mal lógico te igualas.

MECO.

Un astuto mercader

Suele en su tienda poner
Mil telas, buenas y malas.
Las buenas, al concertarlas,
No hay en Génova tesoro,
Con ser la suma del oro
Del mundo, para pagarlas;
Porque el mercader, al vellas,
Esto á todos respondió :
« Vendidas las tengo yo,»
Y siempre se está con ellas.
Llegan otros de mal gusto,
Unas malas telas ven
Que llaman bromas, y bien
Les parecen (¡caso injusto!),
Y al primer precio que dan,
Se las llevan, por temer
El astuto mercader
Que no vuelvan si se van.
Mercader es la mujer,
Y no hay faccion en su tienda
Buena ó mala, que no venda.
Si hermosa se llega á ver,
Aunque el príncipe, el señor,
El título, el caballero,
El hidalgo, el escudero,
Lleguen, marchantes de amor,
No temas que precio haya;
Que va diciendo : « Aquí está :
Otro marchante vendrá :
No importa que este se vaya.»
Aquí la razon consiste;
Mas de la fea reniega,
Porque el primero que llega,
Corta la tela y la viste.
Y pues son (si ahora tomas
El consuelo y te le aplicas)
Las hermosas, telas ricas,
Y las feas, telas bromas,
Estará contra tu queja
La hermosura bien segura;
Que no es siempre la hermosura
Mal segura zagaleja.

DON FÉLIX.

Con tu discurso he llegado
Hasta su casa : esta es.

MECO.

Hagamos la seña pues. (*Hácela.*)

DON FÉLIX.

¿Si se habrán della olvidado?
Sí, pues no nos respondieron,
¡Ay de mí! Ausencia y olvido
Tumba de mi amor han sido.

MECO.

No muy tumba, que ya abrieron
La puerta.

DON FÉLIX.

Pues ¡ay de mí!
¡Qué á punto á la puerta estaban!
¿Si es que á otro dueño esperaban?

MECO.

¡Qué es lo que han de hacer de tí
Estas mujeres, señor,
Que te agrade en lance tal?
Si no te responden, mal;
Si te responden, peor.

ESCENA II.

LAURA, *desde la puerta.* — DON FELIX, MECO.

LAURA.

Ce.

MECO. (*A su amo.*)

Llega.

LAURA.

¿Es Félix?

DON FÉLIX.

Yo soy;
Que con haberme nombrado,
Laura, vida y ser me has dado.

LAURA.

A pedir albricias voy,
Porque aunque tu seña oyó
Mi señora, no creyó
Que fueses tú el que la hacia (*Éntrase.*)

MECO.

Ya estarás contento.

DON FÉLIX.

No.

MECO.

Pues ¿qué temes, si esto ves?

DON FÉLIX.

Que ser puede este cuidado
Demostracion del enfado.
No siempre el cuidado es
Efecto de la alegría;
Tambien se suele causar
Del disgusto y del pesar. (*Éntranse.*)

—

Sala en casa de Aurora.

ESCENA III.

AURORA, LAURA, *con luz;* DON FELIX, MECO.

AURORA.

No espere mas feliz dia
Quien con noble confianza
En sus brazos te recibe,
Porque amor honesto vive
Donde muere la esperanza:
Fénix es que vida alcanza
De otras cenizas. Mi bien,
Mi señor, vengas con bien;
Que por la dicha de hoy,
El alma en albricias doy
A los ojos que te ven.
Ellos tu ausencia han llorado,
Y como han sido instrumento
Del pesar y el sentimiento,
Lo son del gusto y agrado.
Hasta ahora habia pensado,
Llevada de mis enojos,
Que eran todos sus despojos
Lágrimas; pero ya creo
Despues, Félix, que te veo,
Que hay dichas para los ojos.
Divertia mis temores
Leyendo que cierta gente
Se sustenta solamente
De oler las frutas y flores.
Juzgué yo que eran errores;
Mas si llego á examinar
Que un sentido sabe dar
Vida, muy bien puede ser
Que otros vivan con oler,
Pues vivo yo con mirar.

DON FÉLIX.

Cómo responderos dudo,
Sin que á mi amor haga agravio;
Pero diré con un sabio,
Que la copia me hace mudo;
Pues de lisonjas desnudo,
Diversos discursos hallo :
Uno elijo, y si á explicallo
Voy, el silencio es testigo
Que aun no es sombra lo que digo,
Del cuerpo de lo que callo.
Solamente el alma sabe
Comprender afecto igual,
Porque es esencia inmortal;
Que mi amor inmenso y grave
En ménos caja no cabe
Que en lo eterno; y así, intento
Explicarte este contento
Disculpándome contigo,
Con que siento lo que digo,
Y no digo lo que siento.
Hay dos modos de decir :
Uno, que es decir diciendo,
Y otro, que es decir sintiendo.
Quien dice por divertir,
Dice; mas quien por sentir
Dice, siente : así verás,
Cuando escuchándome estás,
Que con la amante fatiga
Hallarás quien mas te diga,
Mas no quien te diga mas.
Dame esos brazos.

MECO.

Y á mí,
Señora, ¿no me darás,
Para besarle no mas,
Ese de los piés tití,
De juanetes Bonamí?

AURORA.

Los brazos te doy.

MECO. (*A su amo.*)

Ahora
¿Ves lo que un temor ignora,
Lo que un miedo desconfía?
Ves lo que yo te decia
De la firmeza de Aurora?

DON FÉLIX.

Meco, por lo que dijiste,
Darte albricias determino.
El vestido de camino
Que hice en la corte, te viste.

MECO.

Mira que cabos hiciste.

DON FÉLIX.

Los cabos te dén tambien

MECO.

Queda el aderezo.

DON FÉLIX.

Bien :
Tómale.

MECO.

Tiene el sombrero
Un cintillo.

DON FÉLIX.

Nada quiero :
Toma el cintillo tambien.

(*Llaman.*)

Mas ¿qué es esto? ¿Llaman?

LAURA.

Sí.

DON FÉLIX.

Pues á estas horas ¿quién suele
Llamar, Aurora, á tus puertas,
Y tan recio, que parece
Que extraña el que estén cerradas?

AURORA.

No sé; mas sea quien fuere
No respondan.

DON FÉLIX.

Sí respondan.

MECO. (*Ap.*)

¡Plegue al cielo que no llegue
Alguno que me desnude
El vestido sin ponerle!

DON FÉLIX.

Baja, Laura, abre esas puertas.
Y quien ha llamado entre;
Que de entrar tendrá licencia,
El que de llamar la tiene.
Mira que puede quebrarlas,
Diciendo así claramente
Que no se suelen tardar
Tanto en abrirle otras veces.

AURORA.

Félix, porque no presumas
Que hay que encubrirte, consiente
Mi recato en que responda. (*A Laura.*)
—Baja, pues está inocente
Mi fe.

(*Vase Laura.*)

DON FÉLIX.

¡Plegue á Dios!

AURORA.

¿De mí
Tan bajas sospechas tienes?

DON FÉLIX.

De mi desdicha las tengo.

(*Vuelve Laura.*)

¿Quién es, Laura?

AURORA.

Di, ¿qué temes?

LAURA.

Don Arias, señora, es,
Que dice que hablarte quiere.

AURORA.

¿A mí Don Arias?

DON FÉLIX.

No finjas;
Que ya he visto claramente
Por qué siempre me estorbaste
Que á Don Arias le dijese,
Siendo mi amigo, mi amor.

AURORA.

Recato no mas fué ese.

DON FÉLIX.

No fué sino prevencion
De que mi amor no supiese
Quien te amaba.

AURORA.

Verdad es
Que Don Arias...

DON FÉLIX.

Tente, tente:
No lo digas tú, supuesto
Que no hay dolor que te fuerce
A confesar; que yo he visto
Que el que un tormento padece
Confiese delitos suyos;
Y aquí es muy contraria suerte,
Que á mí me dén el tormento,
Y tú el delito confieses.

AURORA.

No importa una confesion,
Que mas que condena, absuelve;
Pues aunque me ame Don Arias,
No sé con qué causa puede
Llamar aquí: y ha de entrar
Porque satisfecho quedes,
Oyendo de qué manera
Le han tratado mis desdenes.

DON FÉLIX.

Pues si me halla aquí, ¿qué mucho
Que disimule?

AURORA.

No tienes
Qué temer, si aquí te escondes.

DON FÉLIX.

Yo estoy bien con esconderme;
Mas con una condicion
Me esconderé.

AURORA.

¿Y es?

DON FÉLIX.

Que siempre
Has de estar donde te vea,
Porque de ninguna suerte
Puedas por señas decirle
Que hay quien le escucha y atiende.

AURORA.

Norabuena.—Vé á llamarle.—
Nada mi amor te defiende.

(*Vase Laura.*)

DON FÉLIX. (*Ap. á él.*)

¡Ay, Meco! ¿Qué puedo hacer,
Si mi amor Aurora ofende
Con Don Arias?

MECO.

¡Ay, señor!
Quitarme el vestido puedes.

(*Escóndense los dos.*)

ESCENA IV.

DON ARIAS, LAURA. — AURORA.

DON ARIAS.

Tendréis á gran novedad,
Señora, que de esta suerte
A vuestra casa me atreva;
Pero tal licencia tiene
Quien viene mandado á veros.
¿Quién crêrá que hay mal tan fuerte,
Que haga de los gustos penas,
Y desdichas de los bienes?

AURORA.

Una novedad no mas
Creí que hallarse pudiese
En esta visita: y ya
Dos á mis ojos se ofrecen.
Es una venir, y otra
Venir mandado. ¿Quién puede,
Ni á lo uno ni á lo otro,
A estas horas atreverse?

DON ARIAS.

Aunque son las dudas dos,
A la una solamente
Satisfaré, pues la otra
No ignorais; que no me deben
Tan pocas finezas estas
Rejas, que ellas no pudiesen
Haberos dicho de mí
Rigores que el alma siente;
Pues por ver alguna aurora
En celajes de su oriente,
Desperté en la calle muchas
Con las músicas alegres
De lágrimas y suspiros
Que dan las aves y fuentes,
A cuya dulce armonía,
Y en cuya undosa corriente,
Es el cisne mi esperanza,
Que canta cuando se muere.

AURORA.

Por cierto, señor Don Arias,
Pensará quien os oyere
Que habeis tenido de mí
Favores con que se aliente
Esa esperanza, que nace
Y muere tan fácilmente,
Que mas que esperanza cisne,
Parece esperanza fénix.
Decid á lo que venis,
Porque no quiero deberme
Tan poco, que no presuma
Que otra causa es la que os mueve.

DON ARIAS.

Sí mueve, y porque veais
Errores que el mundo tiene,
Un lince ha buscado á un ciego
Que le guie y que le adiestre;
Un cuerdo ha llamado á un loco
Que le advierta y le aconseje;
Un sabio á un necio ha pedido
Que le doctrine y enseñe;
Y un sano pide salud
A un enfermo que se muere.
Esto es deciros en suma
Que un enamorado quiere
Hacer tercero á un celoso:
Ved ¡qué error tan imprudente!
El Príncipe mi señor
Veros, señora, pretende,
Porque os vió. ¿Quién en el mundo
Tiene envidia á lo que tiene?
Con achaque de pedir
Un vidrio de agua que temple
Su sed, me mandó llamar.
¿Quién buscó entre fuego nieve?
En la calle está esperando
Licencia, que no se puede
Negar, porque á esta ocasion
No hay disculpa conveniente.
Ya sé que ha de ser por fuerza
La respuesta «decid que entre»;
Mas porque no lo digais
Vos, ni yo lo escuche, iréme
A decir que venga á veros;
Que al fin, la envidia mas fuerte,
Si propria mano la cura,
Ménos que la ajena duele. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON FELIX, MECO.—AURORA, LAURA.

DON FÉLIX.

¿Fuése ya?

AURORA.

Sí.

DON FÉLIX.

Antes que venga
El Príncipe, me iré.

AURORA.

Tente.
¿Por qué?

DON FÉLIX.

Porque no sean mas
Las desdichas que me cerquen,
Las penas que me persigan,
Los celos que me atormenten.
Déjame salir; que temo,
Segun las desdichas crecen,
Que he de hallar hoy en tu casa
Señores, deudos, parientes
Y amigos; y ya no estoy
Para visitas.

AURORA.

Mi Félix,
Mi señor, mi bien, mi dueño...

DON FÉLIX.

¡Ay, Aurora, cómo mientes!

AURORA.

Pues ¿no oirás el desengaño?

DON FÉLIX.

¿Y es?

AURORA.

Decirle que no intente
Amarme.

DON FÉLIX.

¿Y qué se remedia?

AURORA.

Que me olvide y que me deje.

DON FÉLIX.

Dices mal, Aurora.

AURORA.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

No es remedio conveniente

Para que olvide, tratarle
Mal.

AURORA.

Pues ¿qué he de hacer?

DON FÉLIX.

Quererle.
¡Mira qué será el dolor,
Si el remedio, Aurora, es este!

LAURA.

Advierte que suben ya.

AURORA.

Forzoso será esconderte.

DON FÉLIX.

Sí haré, porque él no me vea
Antes que yo vaya á verle.

AURORA.

Yo le salgo á recibir,
Miéntras puedas esconderte. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON FELIX, MECO.

DON FÉLIX.

Tú me dijiste que era
Firme Aurora: ¿ves si mientes?

MECO.

Pues no me dés el vestido,
Si no es firme.

DON FÉLIX.

¿Ves si tiene
Mas peligros la hermosura?

MECO.

Dices bien: mentí dos veces.
Toma pues tambien los cabos.

DON FÉLIX.

¿Ves si el temor de un ausente
Faltó?

MECO.

Cintillo y sombrero
Vuelvo intactos. Pero advierte
Que estas visitas, señor,
Mas te obligan que te ofenden.
Porque si estabas dudoso
Sobre á cuál de estos tres vieses,
Adivinándote el gusto
Aurora, quiso tenerte
A todos tres en su casa,
Porque su visita fuese
Visita de tres en raya.
Pero escóndete, que vienen.
(*Escóndense.*)

ESCENA VII.

EL PRINCIPE, AURORA Y DON ARIAS. —DON FELIX Y MECO, *escondidos.*

AURORA.

Ha sido exceso, señor,
Que mi humildad no merece,
Porque no siendo esta casa
Esa fábrica celeste,
Ese palacio de vidrio
Que es del sol dorado albergue,
¿Cómo puede, señor, serlo
De tan soberano huésped?

PRÍNCIPE.

No afrentes, Aurora bella,
Mis descuidos de esa suerte;
Que si es motejar discreta
El poco honor que me debe
Vuestra casa, pues la sé
Tan tarde, disculpa tiene
Quien dilatando abrasarse,
Duda, espera, aguarda y teme.
No la hagais humilde esfera;
Que si dice vulgarmente
Un adagio castellano
Que hacen palacios los reyes,
Las Auroras harán cielos:
Y este humano cielo breve
Será la cuna del dia,
Pues con tu aurora amanece.

AURORA.

No me atrevo á responder
A finezas tan corteses,
Sin que os senteis; que es pedir
Tiempo, señor, de que piense
La respuesta.

PRÍNCIPE.

Sentáos vos.

AURORA.

Vuestra soy.

DON ARIAS. (*Ap. al Príncipe.*)

¿Qué te parece?

PRÍNCIPE.

La fama mintió donaires,
Y mis ojos juntamente,
Cuando vieron su hermosura.

DON ARIAS.

Sí, señor; que hay mil mujeres
Que parecen bien de léjos,
Y esta, si mejor lo adviertes,
No es tan hermosa.

PRÍNCIPE.

No digas
Tal; que fama y ojos mienten
Porque no representaron
Esta hermosura excelente
Como es, porque á sí sola
Se compite, y no se excede.

DON FÉLIX. (*Al paño.*)

La visita va despacio.
¡Plegue á Dios no me despeñen
Los celos á alguna accion
Que vida y honor me cueste!

AURORA.

Dice, señor, vuestra Alteza
Que el descuido no moteje
De haber tan tarde sabido
Mi casa; y el que confiese
En esta parte su culpa,
Me alegra, pues claramente
Confiesa lo osado que es
Para visitar mujeres
De mis prendas. ¿Qué dirá
Parma mañana, si hoy viese
A deshoras á mis puertas
Caballos, carroza y gente?
Esto digo, gran señor,
Porque vuestra Alteza piense
Que si hoy ha entrado hasta aquí
A honrarme en mi casa y verme,
Fué, porque habiendo llegado
A la puerta, no se fuese
Sin que besase su mano;
Y estas honras y mercedes,
Para una vez es honor,
Y afrenta para dos veces.

PRÍNCIPE.

Cuerdamente me advertís. —
Don Arias...

DON ARIAS.

Señor.

PRÍNCIPE.

Que dejen
La calle haz á esos criados,
(*Ap. á él.* Y tú escucha aparte. Véte
En casa de Estela, allí
Me espera.)

DON ARIAS. (*Ap.*)

Esto solamente
Debo al amor, pues me pone
De mis desdichas ausente. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL PRINCIPE. AURORA; DON FELIX, MECO, *escondidos.*

DON FÉLIX. (*Al paño.*)

¡Vive Dios que quedan solos!
Haced, cielos, que no intente
Alguna accion que me obligue
A despeñarme y perderme.

PRÍNCIPE.

Ya despedí los criados,
Y si he errado, enmendaréme
Otra vez, y vendré solo,
Si es este el inconveniente.

AURORA.

No es eso solo, señor,
Porque á mí eso no me ofende;
Pues cuando no hubiera mas
Testigos que me asistiesen
Que estas paredes, aun dellas
Me recatara prudente;
Que si otras paredes oyen,
Ven y oyen mis paredes.

PRÍNCIPE.

¿Por qué pensaréis que son
Las hermosas tan crueles?
Porque es parte de hermosura
El resistirse y vencerse.
La rosa por eso es reina
De las flores, porque tiene
Archeros en las espinas,
Que su hermosura defienden.

DON FÉLIX. (*Al paño.*)

¿Habrá quién tenga paciencia
Para ver que otro requiebre
A su dama? ¡Vive Dios,
Que miente su honor, y miente
Su amor! ¿Qué tengo de hacer?
Déme el cielo industria ó déme
Fuerza para reportarme
En una ocasion tan fuerte.

PRÍNCIPE.

Por lo que digo de rosas,
Yo os vi en un jardin alegre,
Diosa del abril, hacer
Campo azul un cielo verde.
Estas manos...

AURORA.

Vuestra Alteza
Advierta...

DON FÉLIX. (*Al paño.*)

Ya no hay que espere,
Entre mi dueño y mi dama;
Que es ya forzoso perderme:
Y aunque á los dos aventure,
Esto ha de ser de esta suerte.
(*Sale Don Félix embozado, cruza la sala y vase.*)

PRÍNCIPE.

¿Qué es esto?

AURORA. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!

PRÍNCIPE.

Hombre embozado, ¿quién eres?

AURORA.

Deténgase vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

Soltadme; que no consiente
Mi valor que este desaire
Sin castigarle se quede.

AURORA.

No ha de salir vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

Si me estorbais desa suerte
La puerta, por la ventana
Me echaré; que no consiente...
Mas ¿quién está aquí?

(*Al retirarse el Príncipe, repara en Meco, que salia para seguir á su amo.*)

MECO.

Yo soy.

PRÍNCIPE.

¿Quién?

MECO.

Un fámulo, un sirviente
Un súbdito, un siervo desta
Casa.

PRÍNCIPE.

¿Quién era el valiente
Rebozado?

MECO.

Como estuvo,
Señor, rebozado siempre,
No le conocí.

PRÍNCIPE.

Vos sois
Su criado.

MECO.

Ciertamente
Que jamas comí su pan.
(*Ap.* Y es verdad, que no le tiene.)

PRÍNCIPE.

Pues ¿á quién servís?

MECO.

A Aurora.

PRÍNCIPE.

Hombre de tan baja suerte,
Y en ese traje, ¿de qué
A una dama servir puede?

MECO.

De cochero; que no somos
Mas curiosos: claramente
Lo dicen fieltro y espuelas.

PRÍNCIPE.

dos...

MECO.

Me place mil veces.

PRÍNCIPE.

Que no es justo que mi enojo
Por lo mas delgado quiebre.
(*Vase Meco.*)
Quedáos, Aurora, con Dios;
Que ya he visto claramente
Que es verdad que en vuestra casa
Ven y oyen las paredes. (*Vase.*)

AURORA.

Yo perdí vida y amante
Por una locura. ¡Ay Félix!
Poco te debe mi honor,
Poco mi opinion te debe. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Estela.

ESCENA IX.

ESTELA, DON ARIAS.

ESTELA.

¿Dónde el Príncipe queda?

DON ARIAS.

Jugando le dejé.

ESTELA.

¡Qué haya quien pueda
Sufrir sus desengaños
De una fe, de un amor de tantos años!
¿De cuándo acá se olvida
Alejandro que es alma de mi vida?
¿De mi amor desa suerte
Toda una noche el juego le divierte,
Que sin verme se pasa?
Pues ya el sol las pirámides abrasa
Dese monte eminente,
Primer anuncio del pasado oriente;
Ya la nevada aurora
En granos de esmeraldas perlas llora,
¡Y el Príncipe no viene!

DON ARIAS.

Quizá la misma aurora le detiene.
Y sin quizá, pues ¡al amor pluguiera
No fuera Aurora quien le detuviera!

ESTELA.

Tus razones escucho;
Y si dicen que celos saben mucho
De astrología (porque al fin, los celos
Por una letra dejan de ser cielos),
De tus voces infiero
La enfermedad á cuyas manos muero.

DON ARIAS.

¿Por qué?

ESTELA.

Porque dijiste
Que Aurora le detiene.

DON ARIAS.

Si ya hoy viste
El monte coronado
De luces y de aljófares bañado,
Ya de venir en público no es hora.

ESTELA.

Pues ¿por qué proseguiste,
Melancólico y triste,
Diciendo: «A amor pluguiera
No fuera Aurora quien le detuviera?»

DON ARIAS.

Porque sentí que se acercase el dia
Y faltase la noche; que tenia
Entre sus pardos velos [los.
Que averiguar las sombras de unos ce-

ESTELA.

Quitásteme el cuidado.

DON ARIAS.

Ya me pesa de habértele quitado.

ESTELA.

¿Por qué?

DON ARIAS.

Son los rigores lisonjeros,
Cuando hay en las desdichas compañe-
[ros.

ESTELA.

Aunque satisfaciste
A la duda, por eso no venciste,
Don Arias, á la queja;
Y pues la misma presuncion me deja,
Consuélate conmigo,
Que sombras busco y ilusiones sigo.

DON ARIAS.

Contigo ¿cómo puedo,
Si en tí los celos son sombras y miedo,
Y en mí son desengaños?

ESTELA.

¡Dichoso tú, que á costa de los daños
Que lloras y padeces,
No vives engañado!

DON ARIAS.

Tú me ofreces [bre.
Un argumento con que al mundo asom-
Supongo desdichado ahora un hombre:
¿No es mejor que lo sea,
Sin que sepa su agravio ni le vea,
Que no que cara á cara
Le embista la desdicha? Cosa es clara,
Pues el que está inocente
De su mal, ni le llora ni le siente.

ESTELA.

¿Eso tu ingenio dice?
¡Mil veces desdichado y infelice
Quien fiando lo ignora,
Pues tiene que llorar, y no lo llora!
Muerte que anda conmigo,
Es un traidor con máscara de amigo.
¿Qué muerte mas extraña
Que irme vendiendo aquel que me acom-
Y de quien yo me fio? [paña,
Ignorar el veneno que al fin mio
Me lleva, ¿no es error? ¿Qué sana herida
Sobre falso, no es mina de la vida,
Que poco á poco roza, cava, infesta
El corazon, si no se manifiesta?
Presida la experiencia esta contienda:
Dame un hombre no mas, que no preten-
Tocar el desengaño [da
En el primer crepúsculo del daño:
Pues soberbia será con tales modos
Querer saber tú solo mas que todos.

DON ARIAS.

Arguyes de manera,
Que si es dicha saber desdichas, fuera
Ser ingrato contigo,
A no hacerte dichosa. Harto te digo:
Quédate á Dios; que de venir no es hora
El Príncipe, si ya salió el aurora.
(*Vase retirando.*)

ESTELA.

¡Ay, confusos recelos!
Ciertas mis penas son, ciertos mis celos.
No sé, que todo es malo:
Una desdicha á otra desdicha igualo.
Cuando no la sabia,
Por saberla moria;
Y ahora que la sé, la vida diera
Por ignorarla. De cualquier manera
Cuidados son cuidados,
Malos sabidos, malos ignorados. (*Vase.*)

DON ARIAS.

Quien un secreto fia
De mujer, en los vientos se confia,
En el mar se asegura,
Y se juzga constante en la ventura.
Bien sé que así de cuerdo el nombre pier-
Mas ¿qué celoso es cuerdo? [do;
Con los celos de Estela
Quiero sacar los mios á cautela
Del fuego en que me quemo.
¡Qué furia! Qué dolor! Qué amor! Qué
(*Vase.*) [extremo!

—

Sala en el palacio del Príncipe.

ESCENA X.

DON FÉLIX, MECO.

DON FÉLIX.

¿Que todo aqueso pasó?

MECO.

De la suerte que lo digo.

DON FÉLIX.

Pues si el Príncipe te vió,

Desde hoy no has de andar conmigo.
No durará mucho.

MECO.

¿No?

DON FÉLIX.

No, que en el punto que dé
Cuenta al Príncipe (¡ay de mí!
De la forma que acabé
La pretension á que fuí,
De Parma me ausentaré
Para no volver á verla
Jamas, puesto que el rigor
De sangre, valor y estrella,
Borra, desvanece y huella
Amistad, lealtad y amor.
Miéntras en palacio estoy,
Busca postas.

MECO.

Muerto soy;
Que postas no faltarán.

DON FÉLIX.

De esta suerte acabarán
Todas mis desdichas hoy.
(*Vase Meco.*)

ESCENA XI.

DON ARIAS. — DON FELIX.

DON ARIAS.

Dudosa el alma temia,
Hasta ver si érades vos;
Que como era dicha mia
El hallaros, vive Dios,
Félix, que no lo creia.
Dadme mil veces los brazos.

DON FÉLIX.

Mi fe y vuestra voluntad
Con mil amorosos lazos
Confirmen estos abrazos,
Símbolos de la amistad.

DON ARIAS.

¿Cuándo llegasteis?

DON FÉLIX.

Por Dios,
Que el primer hombre que he visto
En Parma, habeis sido vos.
(*Ap.* ¡Qué mal mis penas resisto!)

DON ARIAS.

Dicha ha sido de los dos.
Bueno venis.

DON FÉLIX.

Sí venia;
Mas desde el punto que entré
En Parma este infausto dia,
En sus umbrales dejé
Todo el gusto que traia.

DON ARIAS.

¿Tan mal os recibe?

DON FÉLIX.

Sí,
Y tan mal que no he de estar
Aquí un dia.

DON ARIAS.

¿Cómo así?

DON FÉLIX.

Importa mucho tornar
A España y salir de aquí.

DON ARIAS.

Casi me dais á entender
Que es de amor ese rigor,
Porque no pudiera ser
Ménos iman que el amor
El que os hiciera volver
Tan presto.

DON FÉLIX.

Negar no puedo
Que es amor el que me lleva.

DON ARIAS.

Triste de escucharos quedo,
Porque, si como decis,
Es amor el que sentis,
Hiciérais muy neciamente
En deteneros ausente;
Pues no sé cómo vivis
Este instante que no estáis
Viendo la dama que amais,
Porque si un dia estuviera
Ausente yo, no viviera.

DON FÉLIX.

¡Oh qué constante os pintais!

DON ARIAS.

Tanto lo estoy, que no fuera
Posible que ausencia ó muerte
Olvidar mi amor hiciera.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Si él se pinta desta suerte,
¿Qué espera mi amor? Qué espera
Mi amistad? Pues si le digo
Que es mi dama la que ama,
Ningun efecto consigo;
Y ya perdida la dama,
No perdamos el amigo.

DON ARIAS.

¿Tanto amais?

DON FÉLIX.

Tanto, os prometo,
Que atropellando el respeto
Del Príncipe, deste modo
He de morir; mas de todo
Es capaz tanto sujeto.
Yo sé que me disculpeis
Cuando lo sepais. (*Ap.* ¡Ay cielos!
¿Qué es lo que de mí quereis?
¡Posible es que me mateis
Con tanta ventaja, celos!)

DON ARIAS.

Tendréis á facilidad,
Que apénas hayais llegado,
Cuando de mi voluntad
Tan larga cuenta os he dado [1].
Mas no sufre mi amistad
Mas dilacion. ¡Bueno fuera
Que en mi pecho para vos
Algo reservado hubiera!
Ni un instante, vive Dios;
Que ese instante me rompiera
El pecho, y hablara en él
Un corazon tan fiel.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

El me enseña á ser amigo,
Haciendo leal conmigo
Lo que yo no hice con él.

DON ARIAS.

Pero el Príncipe ha salido.
Luego tratarémos desto. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL PRINCIPE, CRIADOS. — DON FELIX, DON ARIAS.

DON FÉLIX.

Tus plantas, gran señor, pido,
A cuyas estampas puesto
Soberbio y desvanecido,
No envidio el laurel que encierra
Uno y otro paralelo
Por donde inconstante cierra
Ese corazon del cielo,
Esa alma de la tierra.

PRÍNCIPE.

¡Oh Félix noble y leal!
Vengais mil veces con bien.
Jamas tuve gusto igual.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Todos me reciben bien;
Mas todos me tratan mal.

PRÍNCIPE.

¿Cómo venis?

DON FÉLIX.

Con salud,
Y mas que sano contento,
Porque vengo de servirte.
Tuvo, señor, buen efecto
Tu pretension en España:
Despacio mira este pliego,
Y en los despachos verás
Cuanto pretendes en ellos.

PRÍNCIPE.

Los brazos me vuelve á dar,
Porque descanse en tu cuello
El peso de mis cuidados;
Que no puede tanto peso
Fiarse á ménos Atlante.
Ya sé que albricias te debo:
Pídeme, Félix.

DON FÉLIX.

Señor,
Las mercedes que pretendo
De tus generosas manos
Son...

PRÍNCIPE.

Pide, no tengas miedo.

DON FÉLIX.

Licencia para volverme
A España, porque yo vengo
Solamente por servirte;
Que si no fuera por eso,
No hubiera llegado aquí;
Que es España amparo y centro
Del mundo, noble hospedaje
De todos los forasteros.

PRÍNCIPE.

Y esa ¿es bastante ocasion
A hacer tan largo destierro
De la patria?

DON FÉLIX.

Yo sé bien,
Señor, la ocasion que tengo;
Y si va á decir verdad,
Dada la palabra dejo
A una dama y á un amigo,
De salir de aquí muy presto.
Yo sé que á los dos importa
Que me vaya.

PRÍNCIPE.

Yo me alegro
De no haber aquí ofrecido
Con palabra ó juramento,
Don Félix, lo que pidieses;
Porque habiendo sido esto,
Me hallara muy empeñado
En lo que cumplir no puedo.
Tengo mucho que fiarte.

DON FÉLIX.

Mil veces tus plantas beso.
(*Ap.* ¿A qué mas puedo llegar,
Si los males agradezco?)

[1] De su voluntad, es decir, de su amor, no ha dicho mas que esto:

Porque si un dia estuviera
Ausente yo, no viviera.

¿Faltará algo mas arriba? Tal creemos: en otras partes de la comedia, hay razon para sospechar lo mismo.

PRÍNCIPE.

ejadnos solos.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Fortuna,
ime en qué ha de parar esto.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE, DON FELIX.

PRÍNCIPE.

unque fuera, Félix, justo
ue descansaras primero
ue fiarte mi cuidado,
o tiene paciencia el fuego.
sí, sabrás que una dama,
uyo divino sujeto
si mismo se compite
)ue no pudiera con ménos),
ive en Parma, tan hermosa
discreta, que sospecho
ue en ella han tratado paces
a hermosura y el ingenio.
an hermosa es, que aunque fuera
ecia, supliera el defecto:
an discreta, que á ser fea,
a sucediera lo mesmo.
ero ¿para qué presumo
ar con encarecimientos
érminos á lo infinito,
i con nombrártela, puedo
ecir en solo su nombre
'as que en frases y conceptos,
etóricas y figuras
e las prosas y los versos?
s Aurora. Hoy la vi.
endido, abrasado y muerto
uedé... y, por llegar al caso
ues... apénas, Félix, quiero
ocar una blanca mano,
onstruo de cristal y fuego,
uando un hombre rebozado
el mas oculto aposento
alió. Yo entónces corrido,
eguirle y matarle intento.
ualquier estorbo bastó
que él tomase primero
a puerta: así cuando salgo,
on la dilacion le pierdo.
ste desaire en mi cara,
n su casa este desprecio,
a por fuerza ó ya por tema,
e enamoraron de nuevo.
orque yo no sé quién dice
ue de sí ignoran los celos...
·Perdido soy, por saber
uién es desta dama el dueño:
á ti, Don Félix, te fio
a averiguacion de aquesto.
ú de dia, tú de noche,
iendo, celando, asistiendo
n su calle, has de saber
uién es este hombre encubierto.
ú has de guardarme su casa
e suerte, que no entre dentro
i aun un pensamiento mio,
on ser tal un pensamiento.
lira, si de tí me valgo,
Cómo dar licencia puedo
'ara que de mí te ausentes?
'sa dama y caballero
)ue te esperan, te perdonen;
'ues en cualquiera suceso
'rimero soy yo que nadie,
' has de acudirme primero. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON FELIX.

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré
Con tan notable suceso,
Combatido de desdichas,
Contrastado de recelos,
Cargado de obligaciones,
Cercado de pensamientos,
Y finalmente vencido
De honor, de amistad y celos?
Un amigo y un señor
Y una dama á un mismo tiempo
Me obligan y ofenden: ¿cómo
Pueden disponer los cielos
Favor, castigo y agravio
A lisonja, afrenta y premio?
El ¿se declaró conmigo [1]?
Sí. Luego tiene derecho
Contra mi amor, pues yo soy
Quien le agravio y quien le ofendo,
Y él no el que me ofende á mí.
Quédese á esta parte esto,
Y vamos á otro discurso.
Un señor, á quien le debo
Lealtad, porque siempre ha sido
Mi amparo, príncipe y dueño,
Me hace de sus amores,
Contra mí mismo, tercero.
Fuerza es asistirle á él:
Con cuya asistencia dejo
De ser leal á mi amigo;
Pues cualquier cuidado, es cierto
Que le ofenda. Yo bien sé
Que aquí obligacion no tengo
De revelar ni decir
De uno á otro los intentos,
Porque esta entre los nobles
Es la ley natural; pero
Cuando viva mi cuidado
A dos pasiones atento,
Guardando secreto á todos,
¿Cómo puedo, cómo puedo
Dejar de ser desleal
Y traidor conmigo mesmo?
Aquí entra Aurora. Si ella
Nunca dió causa á mis celos,
¿Qué culpa viene á tener
En que, arrogante y soberbio
La ame el Príncipe? Ninguna.
¿Y Don Arias? Ménos, ménos,
Pues uno y otro se quejan
De rigores y desprecios;
Y cuando fué menor culpa,
Hallo finezas que debo.
Pues si ella no está culpada,
¿Cómo intento, cómo intento
Dejarla? ¿Es buena disculpa
De un amante caballero
Decir á su dama: «Yo
Por un amigo te dejo,
O por un señor te olvido?»
No por cierto, no por cierto,
Porque es infamia y bajeza
Hacer de damas desprecio.
Y dado caso que fuera
El decirlo así bien hecho,
¿Está acabado conmigo
Ya, que decírselo puedo?
No, pues no puedo dejar
De amarla. Pues ¿qué remedio
Habrá para ser amigo
Con mi amigo, con mi dueño
Leal, con mi dama amante?
Dejar en manos del tiempo
El suceso, y hasta tanto
Que dé luz á mis deseos,
¡Quitadme, cielos, la vida,
O dadme paciencia, cielos!

[1] Como siete versos mas abajo habla terminantemente del Príncipe, parece que aquí habla del amigo, y que este *él* es Don Arias, el cual no se ha declarado con Félix en la escena XI. Otro indicio de que allí faltan versos.

JORNADA SEGUNDA.

Sala en casa de Estela.

ESCENA PRIMERA.

ESTELA, JACINTA.

JACINTA.

Mira lo que haces.

ESTELA.

Jacinta,
¿Qué me cansas y aconsejas?
Que una flecha disparada,
Un abrasado cometa,
Un delfin cortando el mar,
Un caballo en su carrera,
Un viento, mar, tierra y fuego,
Podrán parar su violencia;
Y no una mujer celosa,
Determinada y resuelta.
¿Tengo de sufrir que Aurora
Tanto al Príncipe divierta,
Que ya de mi amor se olvide,
Y que ya á verme no venga?

JACINTA.

Pues ¿qué has de hacer?

ESTELA.

Tengo de ir
A su casa, donde entienda
Que me ofende y que me agravia;
Que hasta el punto que lo sepa,
No puedo della quejarme
(Que todas sabemos esta
Ley del duelo); mas si luego,
Advertida de mi ofensa,
Prosigue en matarme á celos,
¡Viven los cielos, que en ella
Tengo de vengar mi injuria!
Despídale, y como vuelva
El Príncipe á visitarme,
Con juramento y promesa
Daré palabra de entónces
Dejarle que suyo sea;
Porque dejarme es desaire,
Y yo he de quedar bien puesta.

JACINTA.

Don Arias vendrá á pagar
Estos rigores.

ESTELA. (*Ap.*)

¿Qué esencia
Es decir que él me lo ha dicho?
Antes lo callaré, atenta
A saber mas.

JACINTA.

Una dama
Hácia tu cuarto se acerca,
Y es Aurora.

ESTELA.

Si viniese
A pedirme celos ella,
Por la mano me ganaba.

JACINTA.

¿Qué es, señora, lo que piensas
Hacer?

ESTELA.

¿Qué? disimular
Hasta que su intento sepa.

ESCENA II.

AURORA, LAURA, *con mantos.* — ESTELA, JACINTA.

AURORA.

Amiga, dame los brazos,
Para que con ellos tenga
Dulce alivio quien te busca
Por consuelo de sus penas.

ESTELA.

¡Jesus! Aurora querida,
¿Es posible que merezca
Tanto favor esta casa?
¿No fuera justo, no fuera
Lícito avisar primero,
Porque advertida estuviera
Desta dicha? ¿Tan callando
Se entra el bien por estas puertas?

AURORA.

¡Ay, Estela! ¡qué de burlas
Me recibes! ¡qué bien muestras
Que ni amores te divierten,
Ni cuidados te desvelan!
Pero porque no blasones
Tan arrogante y soberbia,
A partir vengo contigo
Mis desdichas y mis penas;
Porque sé de tu amistad
Que tanto te compadezcas,
Que como ajenas las oigas
Y como propias las sientas.

ESTELA.

Con ménos satisfaccion
De mi amistad, ofendieras
El deseo de servirte.
Ven al estrado y sosiega,
Que estás cansada.

AURORA.

Aquí estamos
Bien, porque esta cuadra, Estela,
Que cae sobre estos jardines
Tambien divierte y alegra.
(*Siéntanse en unas sillas.*)

ESTELA.

(*Ap.* ¿Qué fin tendrá esta visita?)
Descansa pues tu tristeza
Conmigo; que los pesares,
Si se repiten y cuentan,
Pasan plaza de favores.

AURORA.

Escúchame pues atenta;
Que quiero, Estela, fiarte
Secretos que aun á mí mesma
Alguna vez me encubrí:
Tanto que á salir no aciertan,
Porque ignoran el camino
Que hay desde el pecho á la lengua.
Pero como un arroyuelo
Que con plata hilada riega
Verdes céspedes en quien
Cobardemente tropieza,
Suele tal vez, estorbado
De las flores y las yerbas,
A sí mismo reducirse,
Rebalsarse y hacer presa,
Hasta que hallándose ya
Con mas poder y mas fuerza,
Revienta por lo mas alto,
Burlando la resistencia
De las flores, que doblaron
La cerviz á su soberbia;
Para descansar contigo,
Como mi amiga y mi deuda,
Quiero decirte la causa
Que me aflige y me atormenta;
Mas no sé por donde empiece
A contarte mi tristeza;
Que aunque te he dicho que quiero
Decirla, no hay mas que sepas
Ni hay mas ya que yo te diga;
Que en ella creo se encierra
Todo; que pesares mios
Acaban por donde empiezan.
Ya no solo inferirás
Deste discurso que sea
Amor mi mal, mas tambien
Habrás inferido cuerda
Que es rabia, rigor y muerte;
Porque si yo quiero, es fuerza
No ser querida; que Amor
Es dios de fortuna, y niega
Al uno lo que da al otro,
Por ser con ambos adversa.
Don Félix Colona fué...
(Al nombrarle, la vergüenza
Me enmudeció) dueño ingrato
De sentidos y potencias.
Tres años há que merece
Con recatada licencia
De mi honestidad favores,
De mi voluntad finezas.
Esto con tanto secreto,
Que el sol que registra y quema
Los átomos, no podrá
Decir que sabe, en mi ofensa,
De mi amor un desengaño,
Una sombra, una sospecha,
Si no es que se lo haya dicho
Viéndole dios de su esfera,
Por congraciarse con él,
Maliciosa alguna estrella;
Que aun no pudiera la luna,
Porque sus rayos apénas
Divisaron en mi calle
De su persona las señas.
Pensarás que estoy celosa,
Oyendo de qué manera
Hoy de los celos me quejo;
Pues no es que siento su ofensa,
Sino que Félix la siente,
Porque hay ocasion que pueda
Tenerle celoso á él,
Sin que yo la culpa tenga.
Alejandro, nuestro dueño,
Dios de las armas y letras,
Da por mi mal en mirarme,
Y tan constante se muestra,
Que disfavores, desdenes,
Rigores, iras, ofensas,
Ni aun desengaños, no bastan
A que me olvide y me pierda;
Antes con uno tan grande
Como fué que en su presencia
Salió rebozado Félix
(Solo á tí te lo dijera)
A estorbar que me tomase
Una mano, de manera
Creció su amor, que en el punto
Que el sol entre sombras negras,
En los campos de occidente
Baña las doradas trenzas,
Hasta que en brazos del alba
Medio dormido despierta,
Las guedejas coronadas
De jazmines y azucenas,
No se aparta de mi calle.
Si tal vez la noche cierra,
Y yo fuera de mi casa
Estoy, rebozado llega
A mi carroza; si voy
Al prado, en él me festeja.
Al fin, de dia y de noche,
Ya por amor, ya por tema,
Bebiendo rayos, parece
Girasol de mi belleza.
¡Mal haya amor que intenta,
Tirano en mi poder, gustos por fuerza!
Félix con esto rendido
A tan grande competencia,
Ya no me ve ni me oye;
Si bien es que nunca deja
Mi calle; pero ¿quién duda
Que solo por saber sea
En qué estado están sus celos?
Que no hay nadie que no quiera,
A costa de un desengaño,
No hacer mas de una experiencia.
Pero no ha sido posible,
Estela, que escuchar quiera
Satisfaccion; que en un hombre
Con celos, es cosa nueva.
Viendo pues, que él en mi casa
No quiere entrar, yo quisiera
Ir á la suya, y salir
De tantas dudas en ella,
Porque ya no el amor solo,
Sino la opinion me fuerza:
Sabré así en qué han de parar
Estos celos, estas quejas,
Y hasta qué tanto se extienden
De un criado las finezas.
Tendrá fin mi desengaño
O tendrá fin mi sospecha,
Si es posible que tengan
Fin las desdichas, término las penas.
Para aquesto me he valido
De tí. Oye de qué manera
Lo dispongo. Yo salí
De mi casa descubierta,
Como ves, con mis criados,
Y en mi coche.— No hay que temas.—
Si ahora, mudando vestido,
Disfrazada y encubierta
Vuelvo á salir (que ya tengo
De aquesta calle á la vuelta
Prevenido en qué llegar
Hasta su quinta; que en ella
Vive Félix), lo que tú
Has de hacer, es que se entienda
Que estoy contigo: de suerte
Que mis criados no sepan
Que falto de aquí, supuesto
Que estando el coche á la puerta,
Que estoy contigo en visita
Se presume; y cuando vuelva,
Saliendo como me entré,
Se desmiente la sospecha.
Este es oficio de amiga,
Y de amiga tan discreta:
Esto se ha de hacer por mí.
A tus plantas estoy puesta...
Y no te espantes de verme
Tan restada y tan resuelta;
Que quien amando no hace
Necedades como estas,
No ama; por cuya ocasion
Dijo de amor un poeta,
Que amor tirano era
Discreta necedad, discrecion necia.

ESTELA.

Con gran atencion he oido
Tus sentimientos, y tanto
Me ha suspendido tu llanto,
Tu queja me ha enternecido,
Que mil veces he creido
Que á tí te las cuento yo,
Y el alma se persuadió
A que eran tus penas suyas;
Mas supuesto que son tuyas,
Poco ó nada se engañó.
Y si he podido tener
En sentimiento tan justo,
Aurora mia, algun gusto,
Solo lo ha podido ser
El venirte hoy á valer
De mi amistad, porque así
He estimado que de mí
Te ampares; que ya deseo
Que ese amor y que ese empleo
Se logre; que desde aquí

le va mucho en que tu amante,
ı tus finezas testigo,
'uelva á proceder contigo
)esengañado y constante.
Plegue á Dios que sea bastante
'u fineza y tu cuidado!
Que una vez asegurado
le que al Príncipe aborreces,
'uelva una y muchas veces
las firme y enamorado!
'orque como al fin tus quejas
'o las tengo de sentir,
lo veo la hora de salir
lel cuidado en que me dejas.
' si tu amor aconsejas
ionmigo, un punto no esperes.
intra, pues mudarte quieres:
'ondréte tan disfrazada,
lue acaso á un cristal mirada,
ıun tú no sepas quién eres.

AURORA.

lo en vano ¡ay hermosa Estela!
'ine á valerme de ti.

ESTELA

Tú me agradeces así
il ayudar tu cautela?
'ues digo que me desvela
il deseo de ampararte.

AURORA.

iuárdete Dios.

ESTELA.

Vame parte
in esto.

(*Vanse Aurora y Laura.*)

ESCENA III.

ESTELA, JACINTA.

ESTELA.

Jacinta, espera;
lue aunque de paso, quisiera
)escansar en esta parte
iontigo.

JACINTA.

Todo lo oí,
' sé la ocasion que tienes
'ara quejarte, pues vienes
ı desengañarte así.

ESTELA.

'odo (¡ay cielos!) lo perdí,
'ríncipe, aficion y honor.

JACINTA.

labla paso.

ESTELA.

Ya el rigor
le mis desdichas, sospecho
lue no cabiendo en el pecho
levientan con el dolor.
' si daños curan daños,
.os mios he de apurar:
Vive Dios, que he de sanar
ı costa de desengaños!
iuren engaños á engaños.
.a experiencia ¿no enseñó
lue el que al fuego se quemó,
ion el fuego sana luego?
'ues curémonos con fuego,
'uesto que me abraso yo.
le su boca quiero oir
li muerte.

JACINTA.

Pues ¿qué has de hacer?

ESTELA.

.as ropas me he de poner
lue deje Aurora, y he de ir
¡Qué bien dijera á morir!)
Encubierta y disfrazada,
Desos criados guardada,
Dentro de su mismo coche,
Al paseo aquesta noche:
Y entónces desengañada,
Si el Príncipe á hablarme llega
Por ella (¡oh suerte infelice!),
Veré qué amores la dice,
Con qué palabras la ruega,
Si se turba ó si se ciega.

JACINTA.

Y deso ¿qué sacarás?

ESTELA.

¡Qué necia, Jacinta, estás!
Si este desengaño toco,
Desengañarme no es poco,
Tahur de mis celos.

JACINTA.

Jamas,
Hasta hoy, señora, oí
Tal concepto.

ESTELA.

Pues advierte:
Un tahur ¿no da la suerte,
Aunque sea contra sí?
Pues la dama y el galan
Con los amores así,
Suertes echándose están,
Que averiguan sus recelos:
Con las barajas de celos
Andando la suerte van.
El deseo poco cuerdo,
Brujuleando el rigor,
Va preguntando al temor
Si la gano ó si la pierdo:
Yo sin luz y sin acuerdo,
La suerte contraria vi:
Barajarla pretendí;
No pude, y en mal tan fuerte,
Ya es forzoso andar la suerte,
Aunque sea contra mí. (*Vanse.*)

—

Sala en el palacio del Príncipe.

ESCENA IV.

EL PRINCIPE, DON ARIAS.

PRÍNCIPE.

Esto que me abrasa el pecho,
No es posible que sea amor.

DON ARIAS.

¿Que una tristeza, señor,
Haya tal extremo hecho?
Advierte...

PRÍNCIPE.

No me aconsejes,
Que no es capaz mi pasion
De discurso ni razon.

DON ARIAS.

¿Que tanto llevar te dejes
De un amor?

PRÍNCIPE.

Ese es error;
Que, en vivo fuego deshecho,
Esto que me abrasa el pecho,
No es posible que sea amor.
Amor es dulce fatiga;
Este es penoso tormento:
Amor es triste contento,
Esto es pasion enemiga:
Luego bien, Arias, sospecho
Que este fuego no es amor,
Sino rabioso dolor
Del mal que el amor me ha hecho.

DON ARIAS.

La retórica elocuente
Suele aplicar un conceto
A la causa por su efeto:
Al ejemplo docta fuente
La llama, cuyo cristal
Doctos hace; y bien se ve
Que ella la docta no fué,
Sino el efecto: y si es tal
El efecto que en tí ha hecho
Amar, sintiendo el rigor:
Luego viene á ser amor
Eso que te abrasa el pecho.

PRÍNCIPE.

Aunque suele con efeto
La retórica tomar
Propriedad para explicar
Con elegancia un sujeto,
Tambien vemos que, mudada
Una forma, se trocó
El nombre con que nació:
Pongo el ejemplo en tu espada.
Tierra en su principio fué:
Mira ahora ¡cuánto errara
Quien hoy tierra la llamara!
Luego en aquesto se ve
Que si mi amor en rigor
Y furia trocado está,
Siendo furia y rabia ya,
No es posible que sea amor.

ESCENA V.

DON FELIX.—EL PRINCIPE, DON ARIAS.

DON FÉLIX.

¿Podréte hablar?

PRÍNCIPE.

Bien podrás.
Déjanos solos.

(*Retírase lentamente Don Arias, miéntras hablan bajo el Príncipe y Don Félix.*)

DON ARIAS. (*Ap.*)

¡Ay cielos!
Viendo tan claros mis celos,
¿Qué tengo que esperar mas?
Viendo al Príncipe perdido,
¿Qué es lo que mi amor procura?
¿No es el porfiar locura,
Soberbio y desvanecido,
Contra un príncipe y señor
A quien tanta lealtad debo?
Sí, pero fuera muy nuevo
Guardar respetos amor.
Cuanto mas enamorado
El esté, mas me disculpa,
Pues la causa de mi culpa
El mismo ha experimentado;
Que sucede en el amor
Lo que en un enfermo suele,
Que ninguno dél se duele,
Si no sabe su dolor.
Y así, en su rigor, sospecho
Que halle disculpa mi error,
Este rabioso rigor
Del mal que el amor me ha hecho.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

EL PRINCIPE, DON FELIX.

PRÍNCIPE.

¿En casa de Estela fué?

DON FÉLIX.

Sí, señor.

PRÍNCIPE.

Mucho he sentido
Que hayan las dos concurrido
En la visita, porqué

Sería fácil hablar
Las dos de mi amor.

DON FÉLIX.

Señor,
Si á Estela tienes amor,
¿Para qué la quieres dar
Este disgusto?

PRÍNCIPE.

Confieso
Que á Estela he querido bien,
Y que la quiero tambien;
Pero no c n tanto exceso
Para estorbar sus recelos.
Pero, apurado en rigor,
Si á la una tuve amor,
De la otra tengo celos.
Al fin, ¿á su casa fué?

DON FÉLIX.

Sí, señor; pero duró
Poco la visita. Yo
En la calle la esperé,
Por ver si alguien la seguia,
Cumpliendo con el secreto
De su guarda; y en efecto,
Antes que espirase el dia,
De la manera que entró,
Sin mirar ni descubrir
El rostro, volvió á salir.
Hácia el prado el coche echó
Y hasta el prado la siguiera,
Si yendo á pié, no mirara
Cuánto cuidado causara
Y cuánto escándalo diera.
Ella está en el prado ahora:
No tengo que avisar mas.

PRÍNCIPE.

¿Y es posible que jamas
Has visto en casa de Aurora
Entrar algun hombre?

DON FÉLIX.

No.
Desde el dia (*Ap.* ¡Ay de mí triste!)
Que esta comision me diste,
No he faltado un punto yo,
Ni de noche ni de dia,
De la calle, (*Ap.* ¡Mal resisto
Mi dolor!) y nunca he visto
Otra sombra que la mia:
Tanto que tengo creido,
Viéndome á mí solo en ella,
Que en casa de Aurora bella,
Yo sería el escondido;
Porque, señor, otro hombre
Ni mira el balcon, ni pasa
Los umbrales de su casa.

PRÍNCIPE.

Fuerza será que me asombre
De ver con cuánto secreto
Este galan se ocultó.

DON FÉLIX.

Esto solo he visto yo.

PRÍNCIPE.

Don Félix, tú eres discreto.
No he menester licencioso
Encarecer neciamente
Lo que un ofendido siente,
Lo que padece un celoso.
Yo estoy ya desesperado:
Dame modo con que pueda
Vivir: tu ingenio conceda
Este alivio á mi cuidado.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¿A qué mas puede llegar
Esta celosa violencia,
Si yo he de dar la sentencia
De mi muerte? ¡Yo he de dar
El cuchillo y el cordel!
Pues ¿no basta dar la vida,
Cuando á mi honor ofrecida
Sufro pena tan cruel?
¡Ay de mí!

PRÍNCIPE.

¿Has, Félix, hallado
Alguna industria?

DON FÉLIX.

Señor,
¿A qué se extiende tu amor?

PRÍNCIPE.

A morir desesperado,
A todo fácil se extiende.
Con poder ó con violencia
La he de gozar: mi impaciencia
Morir matando pretende.

DON FÉLIX.

Pues entremos en su casa
Esta noche, y fuerza en ella
A Aurora divina y bella.

PRÍNCIPE.

Aunque mi amor, Félix, pasa
De los límites corteses,
Con una industria quisiera
Que suerte y no fuerza hubiera,
Y esta pedí que me dieses.

DON FÉLIX.

No la hallo.

PRÍNCIPE.

Pues yo sí.
Escucha la mas notable
Industria que ingenio humano
Dar pudo á un celoso amante.
Aurora en el prado está
A estas horas, cuando yace
En monumentos de nieve
El sol, que es hermoso padre
Del dia, y la noche triste
Entre sombras y celajes
Da licencia á las estrellas
Para que alumbren cobardes.
Si tú, disfrazado ahora
De galas y voz, y en traje
Humilde (con que te mudes
Capa y sombrero es bastante),
Te llegases á su coche,
Yo haré de suerte que alcances
El abrasado gobierno,
Que Faeton lograra en balde;
Pues haciendo á dos criados,
Que sobre que ande ó no ande,
Dén al cochero una herida,
Que habrá merecido ántes;
Llegarás á muy buen tiempo,
Pues con la lengua y el traje
Te podrás introducir;
Que no es objecion que hace
Al caso el riesgo; que quien
Tan bien el manejo sabe
De los caballos, es fuerza
Que esta habilidad alcance.
Con aquesta industria, Félix,
Se excusa el peligro grave
De testigos y criados
En su casa y en la calle.
Tendrá disculpa mi amor,
Tendrán fin tantos pesares,
Tendrán venganza mis celos,
Y tendrá vida un amante.

DON FÉLIX.

Advierte, señor...

PRÍNCIPE.

Don Félix,
Si qué son celos no sabes,
No me aconsejes.

DON FÉLIX.

Sí sé,
Señor, y porque son tales
Quiero juntos sus efectos
Ponértelos hoy delante.
Aurora es noble.

PRÍNCIPE.

Es verdad.

DON FÉLIX.

De lo mejor es su sangre
De Italia.

PRÍNCIPE.

Tambien lo sé.

DON FÉLIX.

Su honor es incomparable.

PRÍNCIPE.

No me apures desa suerte.
Yo he de seguir mi dictámen;
Y así te encomiendo, Félix,
Que no digas esto á nadie.
Yo voy á llamar á quien
Esta noche te acompañe;
Y supuesto que ha de ser,
Bien puedes, Félix, mudarte.

DON FÉLIX.

¡Pluguiera á Dios que pudiera!

PRÍNCIPE.

¿Qué dices?

DON FÉLIX.

Que de mi parte
Yo haré cuanto pudiere
Por servirte y por mudarme.
(*Vase el Príncipe.*)

ESCENA VII.

DON FELIX.

¿Habráse algun hombre visto
En confusion semejante?
¡Yo mismo, ¡cielos! yo mismo
He de ser tercero infame
De mi agravio? ¿Habráse dicho
Jamas de ningun amante
Que haya entregado su dama?
No es posible, no, que hallen
Consecuencias mis desdichas,
Ni mis penas ejemplares.
Viva Aurora firme y noble,
Muera yo leal y amante,
Triunfe el Príncipe dichoso;
Que adonde viven iguales
Amor y honor (¡ay de mí!),
El honor está delante.
Amante y leal no puedo
Ser á un tiempo; y pues son tales
Mis fortunas, cumpla ahora,
Siendo ejemplo de leales,
Con mi obligacion; que yo,
Cuando tu beldad agravie,
Con darme despues la muerte
Cumpliré con la de amante.

ESCENA VIII.

Dos CRIADOS. — DON FELIX.

UN CRIADO.

El Príncipe nos envia,
Don Félix, á acompañarte,
Informado de lo que has
De hacer.

DON FÉLIX.

Venid... (*Ap.* Y matadme.
A obedecerte, Alejandro,
Voy, en ofensa de un ángel.
Perdona, Aurora; que es fuerza
Aquesta vez agraviarte.) (*Vanse.*)

—

Sala en la quinta de Don Félix.

ESCENA IX.

AURORA y LAURA, *tapadas*; MECO.

MECO.

Don Félix, señora mia,
Ahora en casa no está,
Ni á recogerse vendrá
Hasta que se pase el dia.
Si es que le habeis de esperar,
En este cuarto podréis
Divertiros, pues teneis
Pinturas en que espaciar
La vista.

AURORA.

¿Vendrá muy tarde?

MECO.

Como una dama quisiere,
Por quien vive y por quien muere,
Por quien hiela y por quien arde.
Su hermosura adora en vano,
Quedando en su voluntad
Aquella civilidad
Del perro del hortelano;
Pues sin pretender jamas
Favores desta mujer,
Se contenta con saber
En lo que entiende, y no mas.

AURORA.

Pues dese extremo ¿qué ha sido
La causa?

MECO.

Un competidor,
Que es el padre superior;
Y anda el pobre tan perdido
De celos, que si venis
A hablarle en cosas de amores,
Serán muy necios errores;
Que vive el triste Amadis
En Niquea divertido
Tanto, que el dia de ayer,
Acabado de comer,
Preguntó si habia comido.
Yo á ver si era burla pruebo,
Respondiéndole que no;
Y él la comida pidió,
Y volvió á comer de nuevo.

AURORA.

Notable fineza fué.

MECO.

Finezas desta manera,
Yo tambien me las hiciera
Cada dia, en buena fe.

AURORA.

Y ¿cómo no estáis con él
En esas andanzas vos?

MECO.

Dividiónos á los dos
Cierta desdicha cruel.
Aquí paso en escribir
Versos...

AURORA.

Versos vuestros, ¡cuáles
Serán!

MECO.

Mis versos son tales...
Mas no lo quiero decir.

AURORA.

¡Y de qué escribís?

MECO.

Es vario
El discurso : haciendo voy,
Como solitario estoy,
Del pájaro solitario
Un enigma en disparates,
Que aun yo á entender no me obligo;
Y así, en el prólogo digo
Desta suerte : «No te mates
Si no entiendes, lector pio,
Esto que fueres leyendo,
Que yo tampoco lo entiendo,
Y todos dicen que es mio».
Mas ya que cuenta os he dado
De mi vida, ¿no diréis
Quién sois y qué pretendeis
A expensas de lo tapado?
¿Como qué me sois? ¿Busconas
Que á hacer envite venis
A pocos maravedís,
O cosarias tomajonas?
¿Hay marido preso? Hay madre
En cama? ¿llorais piedad
Para una necesidad
De un honrado viejo padre?
¿Qué tramoya caza aquí?
Que si cazais con reclamo,
No hay que esperar á mi amo :
Hablad conmigo; que á mí
Podréis convertir mejor,
Porque por poco que os dé,
A lo ménos os daré
Mucho mas que mi señor.
¿Qué pedis?

AURORA.

Solo que vea
Si viene, porque es muy tarde,
Y no es posible que aguarde.

MECO.

¿Eso es lo que usted desea?
Es muy vieja aquesa ganga.
¡Que salga! y miéntras que salgo,
Traducir sutiles algo
Del escritorio á la manga.

AURORA. (*Ap. á ella.*)

Bien nos trata, Laura.

LAURA.

¿Quieres
Vengarte de todo?

AURORA.

Sí.

LAURA.

Descúbrete pues.

AURORA.

¿Aquí?

LAURA.

Luego ha de saber quién eres :
Con esto divertirás
Del esperar el enfado.

MECO.

Pues, damas de lo buscado,
¿Piensan que uo entiendo mas?
Por ver á la una doy
Dos reales.

LAURA.

Vengan.

MECO.

¡Qué presto!
Vélos aquí, que por esto
No he de malparir.

AURORA. (*Descúbrese.*)

Yo soy.
Ya ves cómo me has tratado.

MECO.

Quise entretenerte así;
Que siempre te conocí.

LAURA.

Coche á la puerta ha parado.

MECO.

En él vendrá mi señor.

AURORA.

Por si acompañado viene,
Taparnos, Laura, conviene.

MECO.

Esconderte ¿no es mejor?

AURORA.

Dices bien.

MECO.

Pues aquí puedes,
Señora, en aquesta cuadra.
Entra presto, que ya llegan,
Y yo diré que le aguardan.

(*Escóndense las dos.*)

ESCENA X.

DON FELIX, *vestido de cochero, que trae desmayada en los brazos á* ESTELA. — MECO; AURORA y LAURA, *ocultas.*

DON FÉLIX. (*Sentando á Estela en una silla.*)

Ya podeis restituir
A las mejillas la grana,
A la frente nieve y rosa,
A los labios sangre y nácar.
Mas no restituyais, no,
Colores tan malogradas,
Que perdidas se estarán
Para otro susto que os falta.

ESTELA.

¡Válgame el cielo!

MECO.

Señor,
¿Qué traje es este y qué carga
Es esta?

DON FÉLIX.

Fortunas mias
Son. Salte allá fuera y guarda
Esas puertas.

MECO.

Sabe ántes...

DON FÉLIX.

No tengo que saber nada.

MECO.

Mira que...

DON FÉLIX.

No me repliques.

MECO.

Está...

DON FÉLIX.

No digas palabra,
Que no sabes cómo vengo.

MECO.

Importa decir...

DON FÉLIX.

¿Que aun hablas?

MECO.

Has de oirme.

DON FÉLIX.

¡Vive Dios,
De darte mil puñaladas!

MECO.

No me dés de cumplimiento;
Que para mí, ménos bastan.
Mas sin hablar, va por señas.

DON FÉLIX.

¿Ahora es tiempo de gracias?
¡Vive Dios, que he de matarte!

(*Dale con la daga.*)

MECO.

¡Ah señor! deten la daga,
Que me has muerto.

DON FÉLIX.

Tal estoy,
Que á mí mismo me matara.
(*Vase Meco.*)

ESCENA XI.

AURORA Y LAURA, *al paño*; ESTELA, DON FELIX.

AURORA. (*Ap. á ella.*)

Laura, ¿qué es esto que veo?
Félix con disfraces anda,
Y trae una dama en brazos.
¿A esto he venido á su casa?

DON FÉLIX.

Ya bien podréis descubriros,
Que la puerta está cerrada.
Pero no, nó os descubrais,
Que para decir mis ansias
Y para escuchar las vuestras,
Mejor estaréis tapada;
Que en efecto, la vergüenza
Ni se turba ni embaraza,
Y ellas son muchas, señora,
Para dichas cara á cara.

AURORA. (*Ap. á ella.*)

Laura, ¿esto he venido á ver?

LAURA.

Señora, oye, mira y calla.

DON FÉLIX.

Bien habréis pensado, ingrato
Dueño de mi vida y alma,
Que el haber llegado aquí,
Ha sido solo por causa
De la indómita soberbia,
De la fogosa arrogancia
De los brutos, que corriendo
Por las fértiles campañas
Del estío, presumieron
Que en carro triunfal tiraban
A la diosa de sus flores,
Pues con desprecios del alba,
Le debieron á sus huellas
Mas rosas que en las montañas,
Para lograrse rubíes,
Se murieron esmeraldas.
Pues no ha sido sino industria
Celosa y desesperada
De un amante, que ha querido
Lograr hoy con esta traza
Tan súbitas posesiones,
Que aun no fuéron esperanzas.
No puedo pasar de aquí,
Porque un nudo en la garganta
Tengo, un puñal en el pecho,
Y un áspid en las entrañas.

AURORA. (*Ap. á ella.*)

¿Has oido, Laura, que es
Industria, cautela y traza
El haberla aquí traido
Don Félix para forzarla?

LAURA.

Disimula.

AURORA.

Mal podré.

ESTELA. (*Ap.*)

Dudosa estoy y turbada.
¿Qué haré? que el nombre de Aurora
Me ha pegado sus desgracias.
No me atrevo á descubrirme.

DON FÉLIX.

¿No habeis visto, quien se cansa,
Para respirar de nuevo
Cuando el aliento le falta,
Suspenderse? Pues yo así
Quise dar aliento al alma.
Bien sabeis cuántas finezas
Me debeis, y bien sé cuántas
Os debo. ¡Mal haya, amen,
Quien un firme amor aparta!

AURORA.

Laura, muerta soy.

LAURA. (*Ap. á Aurora.*)

Señora,
¿Qué haces?

AURORA.

¿Qué quieres que haga
En su casa? Desatinos,
Como él los hizo en mi casa.
No tengo de ser mas cuerda.

LAURA.

Espera, á ver en qué para.

AURORA.

Siempre va á mas la desdicha,
Y así es mejor atajarla.

DON FÉLIX.

No podréis de mí quejaros
Que no miré vuestra fama,
Que no adoré vuestro honor,
Que no idolatré la causa.
Sabe amor, y vos sabeis,
Que os amó de suerte el alma,
Que olvidada de sí misma,
Vivia en vos, y en mí animaba.
Testigo es el cielo desto;
Y si sus estrellas hablan,
Ya que son lenguas de fuego
Con voz, con aliento y alma,
Digan si mi fe y mi amor
Es verdad.

AURORA. (*Dentro.*)

Verdad es clara.

ESTELA. (*Ap.*)

De Aurora es aquesta voz,
De Félix es esta casa:
Ahora sé dónde estoy.

(*Sale Aurora.*)

AURORA.

¿Qué te admira? Qué te espanta?

DON FÉLIX.

Lo que veo y lo que escucho,
Pues en tan breve distancia
Estoy hablando aquí al cuerpo
De la voz que allí me habla.
Aquí lo que adoro veo,
Por señas de talle y gala:
Desengañadme por Dios.
¿Cuál es forma ó cuál fantasma?
Cuál es cuerpo ó cuál es sombra?
Cuál es vida ó cuál es alma?
Cuál es la copia de cuál?
Mas no lo digais; ya basta,
Pues entrambas lo seréis,
Para que yo os pierda á entrambas;
Pues aunque me quede á mí
El original que amaba,
Basta á matarme de celos,
Que otro la goce en estatua.

ESTELA.

A mí, Don Félix, me toca
Responder; pues aunque hablara
Aurora, y satisfaciera
A tu duda, se quedara
En pié la duda; y así,
Yo que puedo, en penas tantas,
Satisfacer á los dos,
Quiero responder á entrambas.
Estela soy: como amiga
Guardé á Aurora las espaldas,
Para que á verte viniese:
Si aquí la ves, esto basta.
Con su vestido, en su coche,
Encubierta y disfrazada,
Quise averiguar los celos
Con que el Príncipe me agravia.
Si tú disfrazado, Félix,
Has pretendido robarla,
Haz cuenta que la robaste,
Pues la tienes en tu casa,
Y quedad los dos con Dios;
Que aquí no hay perdido nada,
Sino el susto que os he dado.
Mas por el susto se vaya
El que me disteis; que así
Susto con susto se paga.

AURORA.

El mio, Estela, te perdone
Por el desengaño.

DON FÉLIX.

Aguarda,
Estela.

ESTELA.

Pues ¿qué me quieres?

AURORA.

Deja, Félix, que se vaya:
Quedemos solos los dos,
Que tenemos cuentas largas
Que averiguar.

DON FÉLIX.

No es posible
Dejarla ir.

AURORA.

¿De darme tratas
A entender que no quisiste
Traerme á mí, pues te embaraza
El verme?

ESTELA.

A mí ¿qué me quieres,
Pues quedas con lo que amas?

DON FÉLIX.

Esperad, que mis desdichas
Víboras fuéron pisadas.
(*Ap.* ¿Qué he de hacer (¡válgame el cielo!)
Cercado de dudas tantas,
Si son ser leal y amante
Proposiciones contrarias?)

AURORA.

¿Qué es esto, Félix, qué piensas?

ESTELA.

¿Qué es esto, Félix, qué tratas?

ESCENA XII.

DON ARIAS. — ESTELA, AURORA, DON FELIX.

DON ARIAS. (*Dentro.*)

Abre, Félix, esta puerta.

DON FÉLIX.

Esto solo me faltaba.
(*Ap.* Ya hay aquí otra duda mas.)
Tapáos, que ya es fuerza que abra.

(*Sale Don Arias.*)

DON ARIAS.

Amigo, si la amistad
Es deidad á cuyas aras
Altares erige el tiempo,
Templos el mundo consagra...
Tiempo es de atajar discursos...
Y pues presente se halla
Aurora, ya habrás sabido
De su boca su desgracia
O su dicha, pues los brutos,
Que tan veloces tiraban
A la exhalacion los rayos,

Y á los céfiros las alas,
Haciendo acaso esta cuenta,
Sabiendo que malograban
La hermosura, no se dieron
Al monumento del agua.
Si esto has sabido, sabrás,
Que corrió la voz en Parma
Del despeño y la piedad,
Y sabiendo que aquí estaba,
Hizo el Príncipe fineza
De venir hoy á buscarla.
Díjome al partir: «Si á Aurora
Don Félix tiene en su casa,
O por amor ó por fuerza
He de lograr dicha tanta.»
Yo en un caballo, tan hijo
Del viento, que aun las estampas
No imprimió, porque en el viento
Mas que en la arena pisaba,
Me he adelantado á decirte
Que á las mujeres ampara
Su nobleza, su opinion,
Su pundonor y su fama.

DON FÉLIX.

Calla, no me encargues tanto
Esta defensa, Don Arias;
Que mas que tú la deseo.
Aquí dentro Aurora se halla;
Mas no me mandes que yo
La oculte.

AURORA.

Pues tú ¿reparas
En nada para librarme?

DON ARIAS.

¿Así mi amistad agravias?

ESTELA.

A todos habrá servido
Mi trueco.

DON ARIAS.

¡Estela! ¿aquí estabas?
Perdona si repetí
Segunda vez tus desgracias.
¿Cómo has venido hasta aquí?

ESTELA.

Es cuento largo, Don Arias,
Y será dicha de todos,
Pues yo tengo de dar traza
Con que Aurora tenga honor,
Don Félix della la palma,
Arias consiga su intento,
Yo esté tambien disculpada
De estar aquí.

DON ARIAS.

Yo me voy. (*Ocúltase.*)

AURORA.

Mucho emprendes, mucho trazas.

DON FÉLIX.

¿Cómo ha de ser?

ESTELA.

El suceso,
Muy claro y fácil, aguarda.

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE. — DICHOS.

PRÍNCIPE.

El deseo, bella Aurora,
De vuestra salud (*Ap.* Helada
Tengo la voz.) me ha traido
A veros.

ESTELA.

La misma causa
Me trajo á mí, porque al tiempo
Que su coche se dispara,
Andaba en el prado yo,
Y la seguí con mil ansias
Del suceso; que temimos
Fuese mayor la desgracia.
Pero no ha sido tan poca
Que el susto, señor, no haya
Robado al rostro el color
Y los sentidos al alma.
Ven, Aurora; que su Alteza
Da licencia que te vayas;
Que en los príncipes es timbre
Ser corteses con las damas.

PRÍNCIPE.

Id con Dios.

AURORA.

Por la merced,
Beso, gran señor, tus plantas.
(*Ap. á él.* Félix, aunque voy de vos
A la fineza obligada,
No me robeis otra vez,
Que yo me vendré de gracia.)

PRÍNCIPE. (*Ap. á él.*)

Félix, ¿ha entendido Estela
Que esto fué industria?

DON FÉLIX.

¿Así agravias
Quien te sirve? No, señor.
Lo que de mi parte estaba,
Ya lo cumplí.

PRÍNCIPE.

Bien se vé
Tu lealtad.

DON FÉLIX.

Fué mala traza
Accion tan escandalosa
Y pública.

PRÍNCIPE.

Pues buscarla,
Para otra vez mas secreta.

DON FÉLIX.

Como á tu esclavo me manda.

PRÍNCIPE.

Como á tu señor me pide;
Que esta ocasion el lograrla
O el perderla, no es defecto
Tuyo, porque siempre el alma
Queda obligada á la deuda. (*Vase.*)
(*Sale Don Arias de donde se ocultó.*)

DON ARIAS.

Pues ya mi temor se acaba,
Bien podré del hospedaje
De Aurora daros las gracias.
¿Dónde pudiera parar,
Félix, sino en vuestra casa? (*Vase.*)

DON FÉLIX.

De buena anda mi fortuna,
Cuando imaginé que estaban
En esta ocasion perdidos
Amigo, señor y dama,
Amigo, dama y señor
Todos me dan alabanza
De amigo, amante y leal.
Tente, fortuna, esto basta.

JORNADA TERCERA.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

AURORA Y LAURA, *con mantos.*

LAURA.

¿Qué ha sido tu pensamiento
Llamando á Félix así?

AURORA.

Ya que la ocasion perdí
En su casa, y que mi intento
No pude en ella lograr,
Pues la suerte barajó
El Príncipe, quiero yo
En este campo acabar
De vivir ó de morir;
Pues el consuelo del daño
Me ha de dar el desengaño.
Don Félix no quiere ir
A mi casa; yo no quiero
Ir á la suya: y así,
Aquel papel le escribí,
Diciendo que aquí le espero;
Si bien no puede saber
Quien le espera: esto lo afirma,
Ir de otra letra y sin firma;
Porque he llegado á temer
Que si supiera que yo
Soy quien en el campo espera,
Por lo mismo no viniera.

LAURA.

Si él, señora, pretendió
Llevarte á su casa, di,
¿Cómo verte no ha querido
En la tuya?

AURORA.

No he entendido
Jamas eso. Pero allí
Viene, tápate.

ESCENA II.

DON FELIX, *que viene leyendo un papel.* — AURORA, LAURA.

DON FÉLIX.

(*Lee.*) *En la fuente
De Mira flor os espero,
Donde solo hablaros quiero.*
El puesto es este: la gente
Que le ocupa, no será
La que me ha llamado así.
Quiero ver si por allí
Alguien retirado está.

LAURA.

El se vuelve.

AURORA.

¡Ah caballero!

DON FÉLIX.

Perdonadme, porque voy
Buscando...

AURORA. (*Descubriéndose.*)

¿A quién? que yo soy
La que en el campo os espero.

DON FÉLIX.

Bien á creeros me obligo;
Que era fuerza (sí, por Dios)
Que os hallase, Aurora, á vos,
Cuando busco á mi enemigo.
Mas mirad que no cumplis
Con la obligacion de noble,
Y que ha sido trato doble,
Cuando á campaña salis
A triunfar de mis despojos,
Salir tan aventajada,
Que traigais en emboscada
Por valientes vuestros ojos.
Tened su rigor, os ruego,
Y no os valgais de esos bríos;
Que están en los desafíos
Prohibidas armas de fuego.

AURORA.

No me hagais tantos favores,
Porque solo es la traicion
Ofender con la intencion,
Diciendo la lengua amores.
Aquí os he querido hablar,
Por ver que, con lo que pasa,
Vos sois encuentro en mi casa,

Y en la vuestra soy yo azar.
Y porque estéis satisfecho
Que no hay traicion que temer,
Lo primero que he de hacer,
Es descubriros el pecho.
Escuchad. Yo os he querido,
Como vos mismo sabeis,
Si mis finezas no habeis,
Por mias, dado al olvido.

DON FÉLIX.

Esperad : no hay para qué
Repetirlas, porque fuera
Sacaros muy verdadera,
Escuchándos lo que sé.
Y pues de mí presumis
Que os he olvidado, de nuevo
Vuelvo á confesar que os debo
Las finezas que decís.

AURORA.

Pues ¿qué disculpa teneis
Para olvidaros así
Hoy de mi honor y de mí?

DON FÉLIX.

Lo que vos misma sabeis :
Tener dos competidores.

AURORA.

No es disculpa esa bastante,
No ; que hasta hoy ningun amante
Dejó el campo á sus temores.

DON FÉLIX.

No es temor vil el que fué
Temor noble.

AURORA.

¿Cómo así?

DON FÉLIX.

Para criado nací
Y amigo : claro se ve
Que es honor el que me obliga.

AURORA.

Ese es un segundo error,
Que tampoco hay ley de honor
Que disponga ni que diga
Que debe un hombre dejar
Su dama por otro hombre,
Amigo ó señor se nombre;
Que aun allí el disimular,
Bajeza y ruindad se llama:
Y bien se podrá creer
Que dispense en la mujer
Quien lo consiente en su dama.
Y cuando leyes de honor
Obligan á suspenderos,
Con honor quiero venceros :
Depongo á parte mi amor.
Con lo que os estimo y quiero,
Ni os convenzo ni os obligo,
Porque hoy, Don Félix, conmigo
No sois mas que un caballero.
Como tal, vengo á poner
En vuestras manos mi fama
Y honor : no soy vuestra dama,
No soy mas que una mujer.
Como tal, vengo á pediros,
Pues es fuerza ser cortés,
Humillada á vuestros piés,
Con lágrimas y suspiros,
Que me ampareis de un tirano,
De un poderoso, que intenta
Mi deshonor y mi afrenta.
Y en fin, pongo en vuestra mano
El desengaño del hombre
Que quiero satisfacer,
Porque de ser su mujer
Nada os espante ni asombre.
Si el honor vence al amor,
Accion generosa es esta :
A vuestros piés estoy puesta,
Y así, ampararme es honor.

DON FÉLIX.

Si de afectos tan desnudo
Me dejas, no mas, Aurora,
Que Félix Colona ahora
Te ha de aconsejar. No dudo
Que es el remedio mejor,
Miéntras esta furia pasa,
Ausentarte de tu casa.
La ausencia es muerte de amor,
Las llamas, cenizas frias,
Con su olvido desvanece;
Y así, Aurora, me parece
Que te ausentes unos dias.
A aquese amante que quieres
Satisfacer, no podrás
Con otra fineza mas;
Con esta á todas prefieres.
Vete á tu hacienda, y allí
Vive segura entre tanto,
Que obligado de mi llanto,
Se duele el amor de mí.

AURORA.

Así lo haré; pero advierte
Que quien un consejo da,
Tambien obligado está
A ampararle.

DON FÉLIX.

¿De qué suerte?

AURORA.

Tú has de venirte conmigo
Hasta dejarme en seguro.

DON FÉLIX.

Obedecerte procuro :
Que te pondré en salvo, digo;
Que si yo en desdicha tal,
Como otro te ha de valer,
Ni amigo dejo de ser,
Ni dejo de ser leal.

AURORA.

Pues esta noche saldré,
Fiada en su sombra triste,
Si en esta ausencia consiste
El secreto.

DON FÉLIX.

Yo estaré
Ya de un rocin prevenido
Y Meco la seña hará,
Pues por lo ménos será
Ménos que yo conocido.

AURORA.

Bien has reparado

DON FÉLIX.

¡Ay cielos!
¿Quien creerá que mi paciencia
Se consuela con tu ausencia?

AURORA.

Quien sepa lo que son celos;
Que si uno es mal, otro es muerte.

DON FÉLIX.

¿Cuánto mejor es morir
Que padecer y sentir?

AURORA.

Uno y otro es trance fuerte.
Pero mejor será estar
Un hombre ausente y querido,
Que presente aborrecido.

DON FÉLIX.

Mucho me das que dudar,
Porque como yo te vea,
Mas que aborrecido esté.

AURORA.

¿Eso dices?

DON FÉLIX.

Sí, porqué
No hay rigor que rigor sea,
Viéndose : el ver alboroza;
Que aunque haya quien se acuerde
Del que está ausente, en fin, pierde
Lo que el ofendido goza.

AURORA.

Pues, Félix, si tus desvelos
Pruebas neciamente así,
Auséntate ántes de mí
Que imagines darme celos;
Que aun el miedo no he perdido
Desde aquella noche triste
Que amores á otra dijiste.

DON FÉLIX.

A tí fué, porque atrevido
Ni el labio los pronunciara,
Ni la lengua los dijera
A quien tu sombra no fuera.

AURORA.

Nunca de una duda clara
Salí.

DON FÉLIX.

Pues ¿sabes por qué
El despeño pretendí
Del coche? Fué porque así
De un peligro te saqué.
Tarde es, y pues que á los dos
Amenaza mal tan fuerte,
Quiero ensayarme á no verte.
Adios. Voy perdido.

AURORA.

Adios. (*Vase.*)

—

Calle.—Es de noche.

ESCENA III.

EL PRINCIPE, DON ARIAS, Y UN CRIADO.

PRÍNCIPE.

Buena noche.

DON ARIAS.

Extremada;
Que del zafir la máquina estrellada
Aun tiene el sol perdido
En átomos de luces dividido;
Pues en su esfera bella
Un cadáver del sol es cada estrella.

PRÍNCIPE.

Dices bien, y ha quedado
En monumento azul depositado,
Cuando su ardiente llama
En cenizas se siembra y se derrama,
Convirtiéndose en ellas;
Que cenizas del sol son las estrellas.

DON ARIAS.

Para que en todo sea
Hoy discreta la noche, porque es fea,
No ha salido la luna,
Trémula, maliciosa y importuna.

PRÍNCIPE.

Dejadme los dos solo;
Que si en ausencia del dorado Apolo
A salir no se atreve,
Fluctuando rayos de cristal y nieve;
Bien puedo asegurarme
De que no me conozcan... Y quedarme
Solo me importa.

DON ARIAS.

Advierte...

PRÍNCIPE.

No tengo que advertir.

DON ARIAS.

Obedecerte
Es fuerza; pero mira...

PRÍNCIPE.

Ya tu porfía y tu razon me admira.
No he de ir acompañado
Donde voy. ¿Quieres mas?

DON ARIAS. (*Ap. retirándose.*)

¡Ay desdichado!
El Príncipe tan cerca (¡ay infelice!)
De la casa de Aurora, ¡solo, dice,
Que quedar quiere! ¡Cielos!
Ya estos son desengaños, no son celos.
Sin duda que rendida
La presuncion, la vanidad vencida,
Hoy al Príncipe espera, y porque vea
Que todo verdad sea, [nías!)
No hay mas que ver (¡oh injustas tira-
Que ver que son desdichas, y son mias.
(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

Ya que solo he quedado,
Quiero partir conmigo mi cuidado
Yo mismo, pues yo mismo
He de salir de tan confuso abismo.
(*Quédase á un lado.*)

ESCENA IV.

DON FELIX, MECO.—EL PRINCIPE.

MECO.

Con aqueste sereno,
De hilas, trementina y trapos lleno,
Me sacas de la cama?
Esta, señor, sayona accion se llama.
Pues ¿no bastaba herirme
Sin qué ni para qué, sino pedirme
Que ahora me levante?

DON FÉLIX.

Meco, ¿quién á enfrenar será bastante
La cólera furiosa
De una pasion celosa?
Harto me he disculpado
Contigo, y no es la herida de cuidado:
Por eso te he pedido
Que esta noche me asistas, que he tenido
De tí necesidad.

MECO.

Desde aquel punto
Que yo cochero me fingí, barrunto
Que me eché en sal para una cuchillada.
A eso no importa nada.

DON FÉLIX.

Hay en la calle gente?

MECO.

Si fuera ahora yo vulgar sirviente,
Con temores dijera
Que un ejército de hombres nos espera,
Y que venia delante
Un gran jayan, descomunal gigante,
La maza levantada.
Pero la calle está mas despejada
Que gorron convidado.

DON FÉLIX.

Pues miéntras yo me quedo en este lado,
Llega tú, y haz la seña.

MECO.

Y la lealtad, y la amistad?

DON FÉLIX.

Ya enseña
Un argumento que atreverme puedo,
Sin que se pierda á la lealtad el miedo,
Ni á la amistad profane su decoro.
(*Hace Meco la seña.*)

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Ya de mis celos la ocasion no ignoro:
Ya logré mi deseo,
Pues en la reja haciendo señas veo
Un hombre, y han abierto la ventana.

ESCENA V.

LAURA, *á la ventana.*—DICHOS.

LAURA.

¿Es Meco?

MECO.

Sí, yo soy.
(*Retírase Laura de la ventana.*)

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

No ha sido vana
Mi diligencia.

LAURA.

Una razon espera.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Pues quien me ofende, muera.)
Caballero embozado, (*A Meco.*)
La ocasion á las manos se ha llegado
De probar los aceros;
Que tengo, vive Dios, de conoceros.

MECO. (*Huyendo.*)

Conozca enhorabuena.

PRÍNCIPE.

Hoy será en vano
Apelar de mi espada y de mi mano,
A vuestros piés y á vuestra lijereza.

DON FÉLIX. (*Ap.*) [Alteza.
¡Válgame Dios! ¿qué haré? que este es su

MECO. (*Ap.*)

Ya yo le he conocido.
Cochero, á voces, como iglesia, pido.

PRÍNCIPE.

Quién sois, saber espero.

MECO.

Pues poco esperaréis. Soy el cochero
De la señora Aurora,
Que vivo en esa casa, y si yo ahora
Cortés no he respondido,
Es que desombrerarme no he podido,
Porque tuve una herida, tendré y tengo;
Que á tales lances por cochero vengo;
Que no lo es consumado
El que no está muy bien descalabrado;
Pues en las caravanas que corremos,
Cuando la profesion hacer queremos,
Una cruz que nos dan (¡insignia rara!),
Se borda en la cabeza ú en la cara.
Vengo ahora de fuera,
Y dije á una criada que me abriera.
Esto fué cuanto á esto;
Si de mí á saber mas estáis dispuesto,
Y vuestra gana es mucha,
Yo seré de romance, y diré «escucha».

PRÍNCIPE.

Vete de aquí; que ya te he conocido:
Tales las señas que me has dado han sido.
(*Vase Meco.*)

ESCENA VI.

EL PRINCIPE, DON FELIX.

DON FÉLIX.

(*Ap.* Bien, Meco, se ha escapado,
Aunque añade un cuidado á otro cuida-
Aurora está ya avisada [do.
De que la espero; y en fe
De que yo en la calle estoy,
Bajará: ¿qué puedo hacer?
Que si el Príncipe está en ella,
Es fuerza que hable con él,
Y no conmigo. Mas yo,
Haciendo del ladron fiel,
Le sacaré de la calle.
Amor la industria me dé.)
Caballero rebozado,
El honor de una mujer
Que vive en aquesta calle,
Me obliga á ser descortés:
Que os saque della es forzoso,
Porque me importa saber
Quién sois, y reconoceros.

PRÍNCIPE.

¿Es Don Félix?

DON FÉLIX.

Sí. ¿Quién es?

PRÍNCIPE.

Yo soy.

DON FÉLIX.

¡Señor! ¿Vuestra Alteza
Desta suerte! ¿Pues á qué
Viene así, teniendo yo
La comision de saber
Lo que pasa en esta calle?
Poco le debe á la fe
De mi lealtad, pues de mí
Desconfía.

PRÍNCIPE.

Muy bien sé
Cómo me servís, Don Félix.

DON FÉLIX.

Solo un instante falté,
Y fuí siguiendo á un criado
Que salió, hasta conocer
Quién era.

PRÍNCIPE.

Ya el criado ha vuelto.
Yo he hablado aquí con él.

DON FÉLIX.

Era el cochero del prado.

PRÍNCIPE.

Las señas lo dicen bien.

DON FÉLIX.

Delante de mí venía.

PRÍNCIPE.

Es verdad.

DON FÉLIX.

Váyase pues
Vuestra Alteza; que conmigo
Puede descuidarse bien,
Que soy, vive Dios, leal.

PRÍNCIPE.

Nunca esa verdad negué.
Quedad con Dios.

DON FÉLIX.

El os guarde.
(*Ap.* Vencí, amor.)

PRÍNCIPE.

La voz deten,
Que siento que abren la puerta.

DON FÉLIX.

Criados deben de ser,
Que bajan á abrir, señor,
Al cochero.

PRÍNCIPE.

A lo que ver
Se deja, que es solo el bulto,
Mas parece de mujer.

DON FÉLIX.

(*Ap.* De una tempestad apénas
Abierto el cielo miré,
Cuando de otra tempestad
Se me ha cerrado otra vez.)
Mujer! Muy bien puedes irte.

ESCENA VII.

LAURA Y AURORA.—EL PRINCIPE, DON FELIX.

LAURA. (*Ap. á Aurora.*)

Hasta que á reconocer
Llegues á Félix, no salgas;
Que paso muy visto es
Buscar uno y dar con otro.

AURORA.

Primero me informaré.—
Ce.

PRÍNCIPE.

¿Llamaron?

DON FÉLIX.

No.

AURORA.

¿Sois vos?

PRÍNCIPE. (*Ap. á Don Félix.*)

Sí hicieron. Tú á responder
Llega; que á mí me conocen.

DON FÉLIX.

Pues á mí, señor, tambien.

PRÍNCIPE.

No harán, que aunque te conozcan,
No sabrán que estoy yo.

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¿Quién
Vió tal rigor?) ¿No es mejor
Que llegues tú?

PRÍNCIPE.

Espantaré
La caza.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

Eso quiero yo.

PRÍNCIPE.

Llega, que aquí esperaré.

AURORA.

¿No sois vos?

PRÍNCIPE. (*Ap. á Don Félix.*)

Diles que sí.

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¡Que ya por fuerza he de hacer
Lo que vine á hacer por gusto!)
Sí, yo soy.

AURORA.

Aunque no os ven
Los ojos, el alma sí,
Pues os adora por fe.

LAURA. (*Ap. á Aurora.*)

¿Estás muy bien enterada,
Señora, de que sea él?

AURORA.

Entrate, y cierra la puerta.

LAURA.

Pues Dios os lleve con bien.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Oh quién pudiera por señas
A Aurora avisar de que
Está aquí el Príncipe!

AURORA.

Ya
Estoy en vuestro poder,
Ya estoy puesta en vuestras manos:
Llevarme, señor, podeis
A librarme de un tirano.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

A fe que la libro bien.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* ¡Oh cuánto mejor dijera,
Llevadme á entregar á él!)
(*Ap. á Don Fél.* Mas ¿cómo su necio amor
Ciega tanto á esta mujer,
Que te habla como si fueras
El que ella piensa que es?
Yo me quedaré á esta puerta.
Parte seguro de que
Nadie te siga, y espera
En tu quinta de placer;
Que porque Estela no estorbe,
La he de asegurar tambien.)

AURORA.

Vamos presto, porque temo
Que ahora en la calle esté
El Príncipe y sus espías.—
Meco, tras nosotros ven, (*Al Príncipe.*)
Viendo si alguno nos sigue.

PRÍNCIPE. (*Ap. á Don Félix.*)

No esperes mas: vete pues,
Y pues hago confianza
De tí, págamelo bien.

DON FÉLIX. (*Ap.*)

¡Habráse en el mundo visto
Este suceso otra vez?
¡Que de la dicha que es mia
Otro hombre me llegue á hacer
Confianza! Que otra mano
Ajena, por propio dé
A su dueño lo que es suyo,
Haciendo el hurto merced!
¿Cómo he de salir de aquí?

AURORA.

Turbado estáis. ¿Qué teneis?
¿Ahora es tiempo de dudar?
Ahora es tiempo de temer?

DON FÉLIX. (*Ap. á ella.*)

La causa, Aurora, que tengo,
Sabrás en el campo. Ven.

AURORA.

Si sé que contigo voy,
Si que eres tú mismo sé,
Y esto no puede engañarme,
¿Qué mas tengo que saber?

(*Vanse Aurora y Don Félix.*)

PRÍNCIPE.

¡Que tenga el amor tan loca,
Y tan ciega á una mujer,
Que se salga de su casa,
Sin ver primero con quién?
¡Oh encanto de los sentidos,
Del alma hechizo cruel!
¡Cuánto el discurso adormeces!
Cuánto entorpeces el sér!

ESCENA VIII.

LAURA, *á la puerta.*—EL PRINCIPE.

LAURA.

¡Válgame Dios! ¡qué descuido!
¡Oh quién por adonde fué
Supiera! Porque estas joyas
Se la olvidaron.

PRÍNCIPE.

Deten
El paso, mujer.

LAURA.

¿Qué es esto?
(*Ap.* ¡Ay triste!)

PRÍNCIPE.

No has de saber
Por dónde va tu señora,
Cómo, dónde, ni con quién.
Vuélvete á casa.

LAURA.

¡Ay de mí!
Traicion es esta.

PRÍNCIPE.

No dés
Voces.

LAURA.

(*Ap.* ¡Que por mas que dije
Que los mirase muy bien,
Este paso de encontrarle
Hubiese de suceder!)
¡Fabio! ¡Meco!

PRÍNCIPE.

Calla.

LAURA.

¡Meco!

ESCENA IX.

MECO, CRIADOS. — EL PRINCIPE, LAURA.

MECO.

¿Qué es aquesto?

PRÍNCIPE.

¿Qué ha de ser?
Ninguno pase de aquí,
Ni me siga mas, porqué
El plomo de una pistola
Será rémora á sus piés.

MECO.

Ninguno pase de aquí:
Dice este señor muy bien.

(*Apártanse los criados.*)

Mire si manda otra cosa,
Y malos palos me dén
Si diere otro paso mas.

(*Vase Meco, y despues el Príncipe.*)

LAURA.

¡Ay de mí triste! ¿Qué haré?

ESCENA X.

DON ARIAS. — LAURA, MECO, CRIADOS, *retirados.*

DON ARIAS.

(*Para sí.* Los celos que me llevaron,
Aquí me han vuelto á traer,
Porque un celoso no está
En ninguna parte bien.)
Mas ¿qué novedad ha habido
En casa de Aurora? Pues
Luces y alboroto lo
Están publicando bien.
¿Qué es esto, Laura?

LAURA.

Señor,
Pues te obliga á ser cortés
La obligacion de ser noble,
Dale amparo á una mujer,
Pues por serlo no mas, basta,
Si no por quererla bien.
Robada llevan á Aurora.

DON ARIAS.

(*Ap.* Esto, ¿quién pudiera, quién
Sino el Príncipe, intentarlo?

l sin duda el autor es
esta violencia : por esto
uedó solo : aquesta fué
a ocasion. Pero yo ¡cielos!
o estoy forzado á saber
o que él encubre de mí,
i aquí tengo de creer
as lo que el temor sospecha
ue lo que los ojos ven.
o aseguro que él ha sido
l ladron dichoso, y sé
ue es Aurora la robada :
enza la evidencia, pues,
la duda; que no tengo
bligacion de entender
quí mas de que mi dama
stá en ajeno poder.
/ive Dios, que he de cobrarla
he de llegar á saber
ue es del Príncipe la ofensa;
ue en declarándose él,
cudiré á la lealtad;
ero miéntras no lo sé,
o ha llegado (claro está)
iempo ni ocasion de ser
eal, y ha llegado el tiempo
e ser amante y cortés.)
Por dónde van?

LAURA.

Hácia el campo.

DON ARIAS.

eguidme todos : seréis
estigos de mi valor;
ues el campo habeis de ver,
n defensa de mi Aurora,
añado de rosicler.

(*Vase, y los criados le siguen.*)

MECO.

n tanto que ustedes van
verlo todo, me iré
o á mi quinta; que no entiendo
l sutil idioma bien
e una boca que pronuncia
uanto sabe de una vez. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Estela.

ESCENA XI.

EL PRINCIPE.

l cazador que desea
iro y ocasion lograr,
one á otra parte la mira;
l marinero que va
este puerto, en otro puso
a proa, engañando el mar;
l neblí, ladron del viento,
untos pone, tornos da,
ara asegurar la garza
n campañas de cristal.
o pues garza, presa y puerto
ienso esta noche lograr,
vengo á cautela aquí,
eniendo el intento allá.

ESCENA XII.

STELA, JACINTA.—EL PRINCIPE.

JACINTA.

l Príncipe digo que es,
ue ahora acaba de entrar
n casa.

ESTELA. (*Ap.*)

¡Ay Dios! ¿Quién supiera
ingir y disimular?
Más vale quejarse bien
Lo que se resiste mal.

PRÍNCIPE.

Estela...

ESTELA.

Príncipe mio,
¡Vuestra Alteza la humildad
Desta casa favorece,
No siendo la celestial
Esfera, el palacio hermoso,
Templo altivo, rico altar,
Donde en márgenes de flores
Sobre piras de metal,
Da holocaustos á la Aurora
La docta gentilidad!
Pródiga anda la fortuna
Hoy, pues que sin mas ni mas,
No sabiendo qué hacer dellas,
Echa las dichas á mal.
Mas no quiero atribuirme
La dicha á mí, pues será
Haber errado el camino,
Y quiéroselo enseñar.
¿Ve vuestra Alteza esta calle,
Como hácia palacio va?
Pues vuelva sobre esta mano,
Y luego enfrente han de estar
Balcones azules y oro:
Arcos son que dicen «paz».
Aquí pues, vive, señor,
El trasguito de cristal,
El juguete de jazmin,
El rebujito de azar:
Allí tiene la hermosura
Por el tiempo de su edad
Casa de aposento : allí
El ingenio singular
Tiene de accesoria el alma:
Allí tiene su lugar
Lo prendido y lo garboso,
Y el donaire otro que tal.
Y si acaso le ha traido
La costumbre por acá
Divertido (porque siempre
Los mas señores lo están),
Bien puede desengañarse
Que está en mi casa. No hay mas
Señas que dar pueda della,
Que es tratarle con verdad;
Pues aunque esté vuestra Alteza
Aquí un siglo, no verá
Que salga á guardar mi mano
El escondido galan.
Rebozados en mi casa
No hallaréis; que Amor acá
Solo con triunfos se juega,
Mas con tramoyas jamas.
Así, vaya vuestra Alteza
Donde le enamoren mas
Desaires que rendimientos,
Agravios que voluntad.
Y si por andar ahora
De ganancia, vino á dar
De barato este favor,
Yo le acepto, por ser tal;
Mas no fie en las ganancias,
Porque en estos tiempos hay
Quien se hace perdidoso,
Y el mas ganado es quizá.
En fin, señor, de criados
Hay tan poco que fiar,
Que del regalo que llevan,
Se quedan con la mitad.
Vuestra Alteza mire bien
(Ya que corresponde mal),
No le dé á Félix su dama.—
Y si le he dado pesar
Con aqueste desengaño...
Tenga celos quien los da,
Y quien con un puñal mata,
Recátese del puñal.
Y no me vea otra vez
Vuestra Alteza; que es frialdad
Venir á decir amores
Por obligacion no mas.

(*Vase, y con ella Jacinta.*)

PRÍNCIPE.

¿Qué es esto, cielos? Qué escucho?
Ya de amor la enigma está
Descubierta : yo he entendido
Todas mis desdichas ya.
Félix es el que me ofende.
¡Qué fácil es de engañar
Un pecho noble! En mi vida
Creyera de Félix tal. (*Vase.*)

—

Sala en casa de Don Félix.

ESCENA XIII.

DON FELIX, MEÇO.

DON FÉLIX.

¡Caiga el cielo sobre mí!

MECO.

¿No he de preguntar qué tienes,
Dónde vas ó dónde vienes,
Que no caiga sobre mí
Este nublado? Y aunqué
Hoy tengo que preguntarte,
Callaré por no enojarte.

DON FÉLIX.

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Perdí amor, honor y vida
En un lance. ¿No hay ninguna
Piedad para mi fortuna?

MECO.

(*Ap.* Todo es que me dé otra herida,
Y ménos la sentiré,
Que estar perdiendo mi seso
Por saber este suceso.)
Señor.

DON FÉLIX.

Meco, dejamé,
Porque en la imaginacion
No cesa, por mas que quiera.
Novela tan verdadera,
Que mas parece invencion.

MECO.

(*Ap.* Yo lo tengo de saber,
Sin el preámbulo ahora.)
Di, ¿dónde dejas á Aurora?

DON FÉLIX.

Yo te quiero responder;
Que en mis desdichas advierto
Que será bien repetirlas,
Porque me mate el decirlas,
Ya que el verlas no me ha muerto.
En la calle me dejaste
Cuando te fuiste.

MECO.

Dejé.

DON FÉLIX.

Con el Príncipe quedé.

MECO.

Con el Príncipe quedaste.

DON FÉLIX.

Yo le quise sacar della
Con una industria.

MECO.

Quisiste.

DON FÉLIX.

Hice el ladron fiel.

MECO.

Hiciste.

DON FÉLIX.

Y aquí... ¡dura estrella!

MECO.

¡Estrella!

DON FÉLIX.

Aurora salió.

MECO.

Salió.

DON FÉLIX.

¿Suben la escalera?

MECO.

Sí.

DON FÉLIX.

El Príncipe es. ¡Ay de mí!

MECO.

¿Quién anda en la calle?

ESCENA XIV.

DON ARIAS, *con* AURORA. — DON FELIX, MECO.

DON ARIAS.

Yo.

DON FÉLIX.

¡Don Arias! Pues ¿desa suerte?...

AURORA.

Pues vivo, Félix, te veo,
Mayor dicha no deseo.

DON ARIAS.

Meco, salte allá. (*Vase Meco.*)
(*A Don Felix.*) Tú advierte.
Llegué esta noche á la calle
De Aurora, cuando en oscuras
Sombras, aun no dispensaba
Trémulos rayos la luna.
Vi luz y gente, y oí
Entre las voces confusas
De muchos que se quejaban,
La de una criada suya:
Supe della que un cosario
Que los mares de amor sulca,
Piélagos de penas corre,
Ondas de celos fluctúa,
Robada á Parma llevaba
La flota de su hermosura.
Yo, que el nombre del ladron
No sé, aunque lo presuma,
Y de mi dama sabia
Que iba corriendo fortuna,
La seguí, porque era fuerza
Que venciese en mis angustias
La certeza á las sospechas,
Y la evidencia á la duda.
Siguiéronme sus criados,
A cuyas voces se juntan
Mil hombres, todos amigos;
Que esta es la mayor ventura.
En tropa todos llegaron
A ese bosque, en quien se junta
Ese arroyo, que del mar
Mendiga lo que tributa.
Aquí, pues (dicha fué nuestra),
Porque no se logren nunca
Traiciones, el hombre á quien
Se encarga accion tan injusta,
A pié estaba; que seguro
Quiere el discurso que arguya:
«El rocin en que venían,
Temeroso de la furia
Del arroyo, se erizaba
Al son de la plata pura».
Así pues como nos vió,
Osado el acero empuña,
Airoso la capa dobla,
Y hácia nosotros se junta.
«Deja esa dama que llevas»,
Dijeron voces confusas;
Y él callando les responde,
Arrojándose con furia
Airosa sobre el rigor
De los filos y las puntas.
No vi hombre tan valiente,
Ni mas bien restado nunca;
Que juzgo que no quisieron
Darle la muerte de industria.
Aurora, viendo el peligro
Que la deja y que la busca,
Se fió en la lijereza
Del rocin, monte de espuma,
Que fué cometa sin luz,
Que fué pájaro sin pluma.
Seguíla yo, y alcancéla,
Conocióme, y sus angustias
Me pidió que socorriese:
A cuyas voces, á cuyas
Lágrimas enternecido,
Mi pecho lealtades jura;
Porque es mi amor tan honesto,
Mi fe tan leal, y tan pura
Mi intencion, que no desea
Mi honor mas dicha junta,
Que haberla en eso servido.
Viendo pues que si procura
Volver á Parma, es volver
A despertar la fortuna,
Tomé por mejor acuerdo
Fuese tu casa segunda
Vez puerto de mis desdichas.
Con ella mi amor consulta
Esta determinacion,
Y ella lo mismo procura.
Si puede ocultarse el sol,
Hoy en tu casa la oculta
Tanto, que no sepa della
La desdicha ó la ventura,
Que son las dos cosas solas
Que siempre hallan á quien buscan.
Aquí, Don Félix, te hago
Depósito de hermosura,
Y en confianza te dejo
La beldad que me deslumbra.
No dirás, hermosa Aurora,
Que es mi voluntad perjura.
Quédate en paz, que te quedas
Con un amigo segura;
Porque yo vuelvo á saber
Lo que en Parma se divulga.
Díla, Félix, que la obligue,
Si no mi amor, mi ventura;
Si no mi ruego, mi estilo;
Si no mi fe, mi cordura;
Y si no las partes mias,
Las obligaciones suyas.

DON FÉLIX.

Detente: no te has de ir,
Don Arias, cuando me pones
En nuevas obligaciones
A que no puedo acudir,
Sin saber, sin advertir
Que ha de romper el estrecho
Nudo que mi alma ha hecho,
Cuando reventando están
Un Mongíbelo, un volcan
En el Etna de mi pecho.
Y pues saber mis enojos
Hoy á los dos juntos toca,
Salgan para tí á la boca
Voces que fuéron despojos
Del sol; para tí á los ojos
Lágrimas que amor forjó;
Y sabed que á quien fió
El Príncipe (¡dura estrella
De mi suerte!) á Aurora bella
Aquesta noche, fuí yo.
Yo fuí el que aquí has pintado
Desesperado y furioso;
Que cuando muere un dichoso,
No hay quien mate á un desdichado.
Mira, pues, ¡cómo podré
Aquí encargarme de que
A Aurora te he de guardar,
Si al Príncipe la he de dar,
Que acreêdor primero fué!
Y así, mejor habrá sido
Haberte desengañado,
Que no quedar obligado,
Y ser desagradecido;
Pues si te hubiera ofrecido
Guardarla, y despues la diera
Al Príncipe, traicion fuera;
Y ahora, no solo es traicion [1],
Sino generosa accion
De una amistad verdadera.

DON ARIAS.

Félix, aunque tu valor
Con amistades arguya,
Hoy no es la amistad tuya
Acudir á tu señor,
Sino á mí. Arguya mejor
Un ejemplo: ya se sabe
Que cuando una nave grave
Lleva el piloto á su cuenta,
Corre el riesgo y la tormenta
Por el dueño de la nave.
Tú tu obligacion cumpliste
Con lealtad y con valor:
Luego fué por el señor
La tormenta que corriste.
Cuando tú á Aurora perdiste,
Perdió él la accion que tenia:
Quien la gana y te la fia,
De nuevo obligarte intenta:
Tenia aquí; que esta tormenta
Correrá por cuenta mia.

DON FÉLIX.

De poca importancia fué
Lo que tu voz probar quiere,
Porque el dominio no adquiere
Quien posê con mala fe.
No fué esta tormenta, fué
Robo: luego no ha perdido
Su dueño la accion, ni ha sido
La tuya obligarme á nada,
Pues que como prenda hurtada
Hoy me la has restituido.

DON ARIAS.

Eso no: no ha de quedar
Contigo. ¡Muy bueno fuera
Que yo mismo la trajera
A rendir y sujetar
De quien la quise librar!
Ven, Aurora.

DON FÉLIX.

Aqueso no.
¡Muy bueno fuera que yo,
Habiendo llegado á verla,
Me anime para perderla,
Y para cobrarla no!

DON ARIAS.

Yo sin ella no he de ir:
Mira tú cómo ha de ser.

DON FÉLIX.

Mejor lo podrás tú hacer,
Pues de aquí no ha de salir.
(*Empuñan las espadas.*)

AURORA.

Tened las armas, y á oir
Esperad mi voto; ¡ay Dios!
Porque puesta entre los dos,
Satisfaceros espero,
A vos como caballero,
Y como villano á vos. (*A Don Félix.*)

[1] No solo no es traicion.

ues si quereis en derecho
acer primero acrédor
l Príncipe de mi amor,
s engaño; pues sospecho
ue la primera que ha hecho
e vos confianza, yo fui.
or conoceros, salí
e mi casa: luego soy
la primera que estoy
u derecho contra mí.
por haberos fiado
Mal haya tan necio error!)
l Príncipe ántes su amor,
on Arias no le ha ganado,
tampoco le ha llegado
ganar en este dia;
ues la primera que os fía
honor, fuí: con que se muestra
ue ni soy suya ni vuestra,
de Arias, sino mia.
pues lo soy, yo me iré,
al caballero, á entregarme
quien mas sepa guardarme.

DON ARIAS.

a destas razones sé
uién aquí la causa fué
ue mueve á desdicha igual:
a he visto por el cristal
e los celos y el amor,
ue eres amigo traidor
on máscara de leal.
a he visto, viven los cielos,
ue ingrato, falso y fingido,
oy al Príncipe has querido
acer capa de tus celos.
egar ó no tus desvelos,
o fué descubrirte: así
mante de Aurora fuí.
ues ya no quiero dejarla,
ue á mí me toca el llevarla.

DON FÉLIX

o darla me toca á mí;
porque no la lleveis...

AURORA.

Mi bien, mi esposo, señor!..

DON ARIAS.

Bien y esposo! Esto es peor.
(*Mira á la puerta.*)

DON FÉLIX.

errada está: bien podeis
hacer lo que pretendeis.

DON ARIAS.

Qué ha de ser, sino morir?
ue no es tiempo de argüir,
donde hay espada es mengua
uerer vencer con la lengua.

ESCENA XV.

MECO. — DICHOS.

MECO.

l Príncipe. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

Pues fingir.

DON ARIAS.

Ay de mí! esconderme tengo.
(*Escóndese.*)

DON FÉLIX.

Aquesta pieza es oscura:
Entra, pues.
Escóndese Aurora en otro aposento.)

ESCENA XVI.

EL PRINCIPE. — DON FELIX.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Corrido vengo
De haber con poca cordura
Fiado á su mismo amante
Mis celos y amor. ¿Quién duda
Que ya nuevo engaño intenta,
Que nuevas máquinas busca
Para librarla? Hasta verla
Tendré con freno mi furia,
Fingiendo agrado. ¡Qué mal
Los celos se disimulan!)
Félix...

DON FÉLIX.

Gran señor.

PRÍNCIPE.

¿Y Aurora?

DON FÉLIX.

(*Ap.* ¡Oh leyes de honor injustas,
Que las fuerzas de amor rinden!)
La breve esfera la oculta
Dese aposento: la llave
Es esta.

PRÍNCIPE.

¿De qué te turbas?

DON FÉLIX.

Quiero pedirte en albricias
De ser de tanta ventura
Hoy el dueño, una merced.

PRÍNCIPE.

Luego lo dirás.

DON FÉLIX.

Escucha;
Que quizá no podré luego,
Ya pasada la aventura.
Supuesto que te he servido,
Dame licencia (que es justa)
Para que me vuelva á España,
O á la tierra mas inculta
Del mundo, ó me vaya adonde
Del sol las madejas rubias,
Las perlas que el alba llora
Sobre las flores no enjugan,
Y donde enojado siempre
Abrasa la tierra dura,
Engendradora de sierpes,
Cortesanas de sus grutas.
Iréme, señor, adonde
De mí no se sepa nunca,
O se sepa que mi muerte
Fué tal, que la tierra en flores
Me negó la sepultura
Y el mar la negó en espumas.
Desesperado te hablo:
El necio afecto disculpa;
Que como lograr te veo
Tiempo, lugar y ventura,
Me despierta la memoria
De una perdida hermosura,
Que por quedar á servirte
Perdí yo, y la pena dura
De ver deshecho mi amor,
De ver que vivo me acusa.
Toma pues, señor, la llave
Del tesoro que tú buscas,
Y no pierdas la ocasion.
Escarmienta en mis fortunas;
Pues yo la perdí, y no espero
Volver á cobrarla nunca.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* ¡Válgame el cielo! ¿qué es esto
Que mis oidos escuchan?
Que ven mis ojos y tocan
Todas mis potencias juntas?
¡Tanto la lealtad obliga
A un noble, que le desnuda
De sus afectos, y hace
Vencer las pasiones suyas!
Enojado con él vine;
Mas la experiencia que apura
Mi pecho, condena ya
El pérfido rigor. Mucha
Es mi crueldad, si esta accion
La pago con una injuria.
Yo soy Alejandro, y él
No ha de dar la dama suya,
No; que no es justo que el nombre
Pierda yo á mi fama augusta.
Como él se vence, podré
Vencerme yo; y cuando en duda
Ponga mi deuda el amor,
La opinion quede segura.
No le quiero declarar
Que sé su amor, porque nunca
Viva mas desvanecido
Que yo.) Félix, tus fortunas
Siento. Si por mí perdiste
Esa dama, amor procura
Satisfacerte. No puedo
Dar la misma; mas si ocupa
Su lugar Aurora, pienso
Que tu ausente falta supla.
Aurora ¿será bastante
A que de olvido se cubra
Este amor? Responde.

DON FÉLIX.

Sí,
Señor.

PRÍNCIPE.

Pues Aurora es tuya.

DON FÉLIX.

Vivas mas años, que el ave
Heredera de sus plumas.
(*Vase el Príncipe.*)
Mas supuesto que ha cumplido
Venturosa mi fortuna
La parte de leal, ahora
La de amistad y amor cumpla.
Triunfe la amistad ahora.
¡Don Arias!

ESCENA XVII.

DON ARIAS. — DON FELIX.

DON FÉLIX.

Puesto que escuchas
Con el Príncipe mi ruego,
Traslúdale á tí, y disculpa
El encubrirte mi amor;
Pues fué prudencia y cordura
No añadir celos á celos.
Cuando era ajena ventura,
La defendí; ya que es mia,
La guardaré para tuya;
Mas con una diferencia,
Que á él se la di sin alguna
Ceremonia; pero á tí
Te la he de entregar con una.
Toma, Arias, aquesta espada,
Pon en mi pecho su punta,
Y despues de haberme muerto,
El sol encerrado busca;
Que si al señor la entregué,
Fué de amor cuerda locura;
Y ya que no te la entrego,
Basta por fineza justa
El que no te la defienda.

DON ARIAS.

Mas que me obligas, me injurias,
Pues llegando á rendimientos,
Vencerme, Félix, procuras.
Goza la dicha que alcanzas;
Que si tengo parte alguna
En ella, te la renuncio.

DON FÉLIX.

¿Qué dices?

DON ARIAS.

Que Aurora es tuya. (*Vase.*)

DON FÉLIX.

En láminas de oro y bronce
El tiempo tu nombre esculpa.
Ya he sido leal y amigo;
Y para que á todo supla,
El ser amante me falta,
Y es razon que á serlo acuda.—
Ya, Aurora...

ESCENA XVIII.

AURORA, *con una espada*. — DON FELIX.

DON FÉLIX.

Pero ¿qué es esto?
¿Qué pretendes? ¿Qué procuras?

AURORA.

Defender así mi honor,
Aunque ponga el valor duda,
Que con esta espada puedo...
Mas no corta, por ser tuya.

DON FÉLIX.

Esgrime contra mi pecho
La cuchilla, si procuras
Vengarte; mas dame solo
Tiempo para una pregunta,
Y respóndeme. ¿Quisieras
Sin honor á un hombre?

AURORA.

Nunca
Le viera.

DON FÉLIX.

Por merecerse
A tu casto amor, le busca.

AURORA.

El entregarme ¿era honor?

DON FÉLIX.

Sí, que era obediencia justa.

AURORA.

Y el defenderme yo, ¿qué era?

DON FÉLIX.

Era obligacion, ley dura
De quien te trajo á mi casa.

AURORA.

Ya, por lo ménos pronuncias
Que esa es deuda.

DON FÉLIX.

Yo protesto
Morir en defensa tuya.

AURORA.

¿Y murieras?

DON FÉLIX.

Firme siempre.

AURORA.

¿Quién lo dice?

DON FÉLIX.

Fe tan pura.

AURORA.

¿Quién lo afirma?

DON FÉLIX.

Amor notable.

AURORA.

¿Quién de un traidor se asegura?

DON FÉLIX.

¿Quién de un leal desconfía?

AURORA.

¿Tú lo eres?

DON FÉLIX.

Mi amor lo jura.

AURORA.

¿Qué?

DON FÉLIX.

Ser tuyo eternamente.

AURORA.

¿No estuviera mas segura
Yo conmigo?

DON FÉLIX.

Pues ¿qué hicieras?

AURORA.

Echarme sobre esta punta
Antes que ser de otro dueño.

DON FÉLIX.

¿Quién lo dice?

AURORA.

Mi fe justa.

DON FÉLIX.

¿Quién lo afirma?

AURORA.

Aquesta mano.

DON FÉLIX.

Jura pues.

AURORA.

Juro ser tuya
Eternamente.

DON FÉLIX.

¡Qué dicha!

AURORA.

¡Qué gran placer!

DON FÉLIX.

¡Qué ventura!

AURORA.

Del poeta lo será,
Si á vuestro gusto se ajusta.

DON FÉLIX.

Y Don Pedro Calderon
A vuestras mercedes jura,
Por quitaros de opiniones,
A Dios y á una cruz, que es suya.

ECO Y NARCISO.

PERSONAS.

NARCISO.
FEBO, *pastor galan.*
SILVIO, *pastor galan.*
ANTEO, *pastor galan.*
SILENO, *pastor viejo.*
BATO, *villano.*
ECO, *zagala.*
LIRIOPE, *zagala.*
LAURA, *zagala.*
NISE, *zagala.*
LIBIA, *zagala.*
SIRENE, *villana.*
ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

escúbrese el teatro, que será de bosque, y sale por un lado SILVIO, *de gala.*

SILVIO.

lto monte de Arcadia, que eminente
l cielo empinas la elevada frente,
uya grande eminencia tanto sube,
ue empieza monte y se remata nube,
iendo de tu copete y de tus huellas
a alfombra rosas y el dosel estrellas...

Por el otro lado sale FEBO.

FEBO.

ella selva de Arcadia, que florida,
iempre estás de matices guarnecida,
in que á tu pompa, á todas horas verde,
l diciembre ni el julio se le acuerde,
iendo el mayo corona de tu esfera,
tu edad todo el año primavera...

SILVIO.

ájaros, que en el aire fugitivos,
ois matizados ramilletes vivos,
añadiendo colores á colores,
n los árboles sois parleras flores...

FEBO.

anados, que en el monte divididos,
úsica sois de esquilas y balidos,
en la márgen de aquese arroyo breve
ándidos trozos de cuajada nieve...

SILVIO.

pediros albricias mi alegría
iene de las venturas deste dia,
ues Eco, en él, zagala la mas bella
ue vió la luz de la mayor estrella,
e humana da floridos desengaños,
n círculo cumpliendo de sus años.

FEBO.

ésames viene á daros mi tristeza
e que la rara y singular belleza
e Eco, desengañada de que ha sido
mortal, hoy un círculo ha cumplido
e sus años; que aunque de dichas llenos,
ada año mas es una gracia ménos.

Sale BATO, *por otro lado.*

BATO.

elvas de Arcadia, bello excelso monte,
anados y aves pues, deste horizonte,
pediros albricias he venido
á daros hoy un pésame cumplido:
Las albricias, porque Eco á la florida
Fiesta hoy de sus años nos convida,
Y con su vanidad hacer promete
A todos un opíparo banquete:
Y el pésame, porqué (¡dolor extraño!)
Otro no nos hará desde aquí á un año.

FEBO.

¡Oh Silvio!

SILVIO.

¡Oh Febo!

BATO.

¡Oh Bato!

FEBO.

¿Tú mismo á ti te nombras, mentecato?

BATO.

Pues si no hay quien me nombre, [bre;
¿Qué he de hacer? Y el estilo no os asom-
Que el tiempo está tan necio y importu-
[no,
Que es menester honrarse cada uno.

FEBO.

Silvio, pues ¿dónde bueno?

SILVIO.

De gusto vengo y de alborozo lleno,
A esta hermosa cabaña,
Que dos veces pajiza, el sol la baña.

FEBO.

Yo tambien á ella vengo,
Y de verte á ti en ella celos tengo;
Que ya mi amor está desengañado
De que vives de Eco enamorado.

SILVIO.

¡Oh qué temprano, cielos,
Antes que con mi amor, di con mis celos!

BATO.

¡Qué falsos, con esfuerzos semejantes,
Están unos con otros los amantes!

FEBO.

¿Por qué lo dices?

BATO.

Aunque yo quisiera
Decirlo, no pudiera,
Porque toda esta música, este ruido,
Dice que Eco ha salido
De todos los zagales festejada

SILVIO.

Daréla el parabien con voz turbada,
Hasta que hablen mas claro mis desve-

FEBO.

[los.

¿Quién vió en villano amor tan nobles ce-
[los?

Salen LOS MÚSICOS *cantando y bailando,* SILENO, ANTEO, NISE Y SIRENE; Y ECO *detras.*

MÚSICOS.

A los años felices de Eco,
Divina y hermosa deidad de las selvas,
Feliz los señale el mayo con flores,
Ufano los cuente el sol con estrellas.

SILVIO.

Eco hermosa, en quien cifró
La sabia naturaleza
La mas singular belleza
Que jamas la Arcadia vió:
El círculo que cumplió
La aurora en tus luces bellas,
Tanto mejores, que en ellas
Unos y otros resplandores...

ÉL Y MÚSICOS.

Feliz los señale, etc.

FEBO.

Tu florida primavera
El invierno ignore frio,
Ardiente ignore el estío,
Porque dure lisonjera
En su verdor de manera,
Que de la muerte las huellas
No truequen sus rosas bellas,
Sino sus claros albores...

ÉL Y MÚSICOS.

Feliz los señale, etc.

BATO.

Mi lengua no te aconseja
Vivir tanto; que es error,
Pues morir moza es mejor,
Que no llegar á ser vieja.
Y así las edades deja,
Que en pasándosete aquella
De la hermosura mas bella,
Los matices y colores...

ÉL Y MÚSICOS.

Feliz los señale, etc.

ECO.

Estoy muy agradecida
Al festejo que me haceis,
Y para que me mandeis,
Solo estimaré esa vida
En la cancion repetida;
Pero quejarme tambien
Debo este tiempo de quien
Con extremos mas extraños
En la fiesta de mis años
No me ha dado el parabien.

ANTEO.

Si es que lo dices por mí,
Yo soy rústico pastor:

Nunca hablar supe en amor;
Luchar con las fieras si.
Y ya que he callado aquí,
En tu nombre al monte iré,
Cuanto cazare traeré;
Y así, con accion mas alta,
Lo que en palabras me falta,
En obras te lo diré.

SILVIO.

Si por mí tambien ha sido,
Eco, la queja que has dado,
No extrañes que mi cuidado
Me tenga tan suspendido.
Años tambien han cumplido
Hoy mis mayores enojos;
Y así, en rendidos despojos,
No te ofrecen mis agravios
Las lisonjas de los labios,
Sino el llanto de los ojos.
Doce años há que faltó
Liriope, mi hija bella,
De estos valles, y que della
No tuve noticia yo:
Hoy los cumple, y así, no
Admires ver en mis daños
Sentimientos tan extraños,
Pues el dia (¡suerte dura!)
Que cumple años tu hermosura,
Cumple mi desdicha años.

BATO.

Hoy no es de lágrimas dia.

SIRENE.

No nos quite la extrañeza
De tu notable tristeza
Nuestra comun alegría.

NISE.

Vuelva la dulce armonía
A poblar los vientos.

ECO.

Hoy
Al templo ofrecida estoy
De Júpiter, que en lo oculto
Yace deste monte inculto;
Pues acompañada voy
De todos, cumplirle quiero
Ahora; que mal pudiera
Sola yo, sin que temiera
El horrible monstruo fiero
Que en él se esconde.

FEBO.

Aunque infiero
Cuánto es grave pesadumbre
Querer penetrar la cumbre
Donde ese templo se asienta,
Pues su fábrica opulenta
Al sol escala su lumbre,
Vamos; que yendo contigo,
La dificultad mayor
Hará fácil el amor.

SILVIO.

Y yo lo mismo te digo.

BATO.

Yo no, que á ir no me obligo
Adonde un monstruo encantado
Muesas gentes y ganado
Tantas veces asombró.

SIRENE.

Vuelva la música, y no
Quede pastor en el prado
Que no vaya.

SILVIO.

Yo tambien
Llegar hasta el templo quiero,
Por si en él piedad espero.

NISE.

Pues prosiga el parabien.

FEBO.

¡Ay, Eco divina, quien
Obligara tu rigor!

SILVIO.

¡Quién lograra tu favor!

ECO.

¡Quién querida no se viera!

SILENO.

¡Quién su llanto divirtiera!

BATO.

¡Quién no tuviera temores!

MÚSICOS.

A los años felices de Eco,
Divina y hermosa deidad de las selvas,
Feliz los señale, etc.

—

Otro punto del bosque.

Vanse, y sale NARCISO, *vestido de pieles, y* LIRIOPE, *deteniéndole, vestida de pieles, con arco y flechas.*

LIRÍOPE.

No has de pasar de aquí.

NARCISO.

¿Cómo
Quieres tú que me detenga,
Si esos pájaros que escucho,
Forman tan extraña y nueva
Música para mi oido,
Que arrebatado me llevan
Tras sus acentos? Jamas
Voces escuché tan tiernas,
Aunque escuché tantas veces
Las aves que al sol despiertan.

LIRÍOPE.

Esas voces que has oido,
Y que tú ser aves piensas,
No lo son.

NARCISO.

Pues ¿qué son, madre?

LIRÍOPE.

No conviene que lo sepas,
Porque los hados han puesto
Tu mayor peligro en ellas.

NARCISO.

¿Qué peligro, si el mayor
Será no escucharlas? Deja
Que las siga: sepa quién
Tan süavemente alienta
Los acentos de su voz,
Diciendo en cláusulas tiernas...

ÉL Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

A los años felices de Eco,
Divina y hermosa deidad de las selvas...

LIRÍOPE. (*Ap.*)

Naturalmente llevado
Del afecto, los remeda.

NARCISO Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

Feliz los señale el mayo con flores,
Ufano los cuente el sol con estrellas.

LIRÍOPE. (*Ap.*)

¡Que en tantos años no haya
Quien á discurrir se atreva
Esta intrincada espesura,
Y hoy con tal música vengan!

NARCISO.

Permíteme, madre mia,
Que los siga.

LIRÍOPE.

Tente.

NARCISO.

Suelta,
Que ¿cómo he de detenerme,
Oyendo que á decir vuelvan?...

ÉL Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

Feliz los señale el mayo con flores,
Ufano los cuente el sol con estrellas.

LIRÍOPE.

¿Ya no sabes que no puedes
Llegar mas que hasta esta peña,
Que es pardo cancel que encubre
Los umbrales desta cueva
Donde vivimos los dos?
Pues ¿cómo romper intentas
Los fueros de mi precepto,
Las leyes de mi obediencia?

NARCISO.

Como aquella novedad
Me ha dado, madre, licencia,
No para que intente solo
Quebrantarlas y romperlas,
Mas para que intente hablarte
Mas claro: escúchame atenta.
Yo, desde aqueste peñasco,
Que es raya donde me ordenas
Que pueda llegar, he visto
De la gran naturaleza
Varios efectos. Un dia
Sobre aquella parda sierra
Vi una ave, que es sin duda
De todas las otras reina,
Segun lo ufana que vive,
Y segun lo alto que vuela.
Esta, sobre un verde nido
Hecho de pajas y yerbas,
Unos polluelos tenia,
A quien con su boca mesma
Mantenia en cuanto estaban
Desnudos de pluma; apénas
Vestidos los vió y con alas,
Cuando, las piedades vueltas
En rigores, los echó
Del nido, para que fuera
Del discurso de su vida
La necesidad maestra.
Entre aquellos dos peñasco
(Aun allí dura la quiebra)
Una leona criaba
Sobre pieles de otras fieras
Unos cachorros, á quien
Desangrada su fiereza
Por los pechos, mantenia.
Hasta que cobrando fuerzas,
Los arrojó de sí misma,
Tratándoles con soberbia,
Para que ellos conociesen
Lo que les daba en herencia.
Pues si una fiera y una ave
Del lecho y el nido echan
A sus hijos, para que ellos
A vivir sin madre aprendan,
¿Por qué tú, viéndome ya
Con las alas que en mí engendra
El discurso, y con el brio
Que mi juventud ostenta,
¿No me despides de tí?
¿No me has contado tú mesma
Que hay mas mundo que estos montes
Mas casas que aquesta cueva,
Mas gente que aquestos brutos,
Mas poblacion que estas selvas?
Pues ¿por qué, madre, me quitas
La libertad, y me niegas
Don que á sus hijos conceden
Una ave y una fiera,
Patrimonio que da el cielo
Al que ha nacido en la tierra?

LIRÍOPE.

De que discurras, Narciso,
Hoy tan resuelto, me pesa,
Porque me obligas á darte

esas dudas la respuesta.
o lo haré, pero no ahora;
ue ántes que el sol se oscurezca,
cazar que comas quiero
alir: en dando la vuelta,
os peligros te diré
ue amenazan tu belleza,
las causas por que así
e he criado; que pues llegas
tener ya entendimiento,
ú sabrás guardarte dellas.
olo lo que ahora mi voz
on mis lágrimas te ruega,
s que no salgas de aquí
asta que yo á verte vuelva.

NARCISO.

o te lo ofrezco con una
ondicion, y es, que no venga
tra vez á mis oídos
quella voz lisonjera
ue escuché, porque será
lucho no irme tras ella,
i otra vez á decir vuelve
on voz tan suave y tierna...

ÉL Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

los años felices de Eco divina, etc.
(*Vase Narciso.*)

LIRÍOPE.

legó el dia que temí,
'ues ya declarar es fuerza
Narciso los sucesos
le mi vida y de su estrella.
)ioses, dad ventura hoy
las puntas de mis flechas;
)ue nunca mas me importó
)ar presto al albergue vuelta. (*Vase.*)

Sale ANTEO, *con venablo.*

ANTEO.

;olo un dia que ha querido
;azar con mas diligencia
El deseo, no ha encontrado
lguna caza. Aunque sea
'enetrando las entrañas
)esta confusa maleza,
)ue tarde ó nunca ha sentido
)e humanas plantas la huella,
lo he de volver al lugar,
in llevar alguna presa
)ue la pueda dar á Eco,
'ues vine en su nombre.

Vuelve á salir LIRIOPE.

LIRÍOPE.

Apénas
ímido conejo hoy corre,
;obarde perdiz hoy vuela.
lunca viene mas despacio
)ue cuando se busca apriesa,
a caza.

ANTEO.

Entre aquellas ramas
uido he sentido.

LIRÍOPE.

Entre aquellas
lojas rumor he escuchado.

ANTEO.

n cualquier cosa que sea,
a cuchilla he de dejar
leste venablo sangrienta.

LIRÍOPE.

n lo que fuere, he de ver
lanchado el hierro á mis flechas...
-Pero un hombre es. ¡Ay de mí!
lo dispares: tente, espera.

ANTEO.

lien ha sido menester
Oir que pronuncia tu lengua
Voz humana, para que
La accion al brazo suspenda.

LIRÍOPE.

Y bien menester ha sido
El mirarte con las señas
De hombre, para que el impulso
Afloje al arco la cuerda.

ANTEO.

Humano monstruo, ¿quién eres?

LIRÍOPE.

Soy una ignorada fiera
Destos montes; y así, ántes
Que aquí mas noticia tengas
De mí, vuélvete, porqué
Si dar otro paso intentas,
Desde mi aljaba á tu pecho
Verás volar las saetas
Tan veloces, que ellas solas
Se embaracen á sí mesmas.

ANTEO.

Si las señas no me mienten,
Conocido he por tus señas
Que eres el prodigio a quien
Toda esta comarca tiembla.
Y así, aunque dos muertes juntas
Aquí mi recelo tema,
La una de tus arpones,
La otra de tu extrañeza,
He de atropellarlas ambas;
Porque ya, no solo intenta
Mi admiracion apurar
Quién, extraño monstruo, seas,
Pero llevarte conmigo;
Que á una zagala hice ofrenda
De lo que hoy cace en el monte,
Y será notable empresa
El ofrecerte á sus plantas,
Y el asegurar la tierra.

LIRÍOPE.

No desesperado intentes
Tan grande accion, pues arriesgas
Tu vida

ANTEO.

Ya no es posible
Dejar de intentarlo.

LIRÍOPE.

Piensa
Antes á lo que te atreves.

ANTEO.

No hay cosa á que no me atreva
Ya.

LIRÍOPE.

Pues será á tanto riesgo
Como el de morir.

ANTEO.

¿Qué esperas?
Dispara.

LIRÍOPE.

Sí haré. —Mas ¡cielos!
Con la sobrada violencia
Que alentar el tiro quise,
Al arco rompí la cuerda.

ANTEO.

Sin duda, que yo consiga
Esta victoria desean
Los dioses.

LIRÍOPE.

Pues si has vencido
Mis desdichas, no mis fuerzas.
Mil pedazos te haré ántes,
Que segunda vez me venzas.
(*Luchan los dos.*)

ANTEO.

Mal sabes quién es el jóven
Que te lidia; que aunque fueras
Leona destas montañas,
Humillara tu soberbia.

LIRÍOPE.

¡Ay, infelice de mí!
Ya que á tu valor sujeta
Estoy, no me lleves sola;
Que lleve conmigo deja
La otra mitad de mi vida.—
¡Narciso!

ANTEO.

Los labios cierra.
No llames á quien te ampare,
Porque, sin que te defiendan,
He de lograr esta dicha.

LIRÍOPE.

¡Narciso!

ANTEO.

Calle tu lengua.

Vanse los dos luchando, y sale NARCISO.

NARCISO.

La voz de mi madre he oido,
Que tristemente se queja,
Llamándome. Si ella misma
Que no salga de la cueva
Me manda, ¿cómo me llama?

LIRÍOPE. (*Desde léjos á voces*)

¡Narciso, adios! que me ausentan
De tí mis hados.

NARCISO.

¡Qué escucho!
¿Pues cómo, madre, me dejas,
Diciéndome desde léjos,
Sin que yo dónde estás sepa,
Que los hados te han dispuesto
A hacer de mi amor ausencia?
El dia que te esperaban
Mi alma y vida mas contentas,
Porque esperaban saber
Quién soy, y cómo me niegas
La libertad, ¡solamente
Vuelven tus voces, y aun esas
No cabales, pues el viento
La mitad usurpa de ellas!

LIRÍOPE. (*Dentro á lo léjos.*)

¡Narciso, adios!

NARCISO.

¡Ay de mí
¿Qué he de hacer sin tí en aquestas
Montañas solo, ignorando
Quién soy, y qué modo tengan
De vivir los hombres, pues
Nada sino á hablar me enseñas?
Y aun eso te perdonara
Ahora, porque no tuvieran
En su abono las desdichas
El consuelo de las quejas.
Mi bien, mi madre, señora,
Vuelve, vuelve á mí: no seas
Tan ingrata, que me dejes
A vivir entre estas peñas,
Compañero de sus troncos,
De sus brutos y sus fieras.
¿Qué enojo te he dado yo,
Para que desta manera
Huyas de mí? ¿No he vivido
Siempre atento á tu obediencia?
¿Sé yo mas de lo que tú,
Madre, has querido que sepa?
Pues ¿para qué me castigas
Con tan extraña sentencia?
¡Ay de mí! ¿Qué haré? La voz
Hácia allí se oyó: tras ella
Iré; que no dudo que
Mis lágrimas la detengan.

Ea, adelantáos, suspiros:
Decid que ya el llanto llega,
Que le aguarde un breve instante,
Que solo va á enternecerla.
Mas ¡ay triste! que no sé
Si acierta el discurso ú yerra
En la eleccion de mis pasos;
Que como es la vez primera
Qüe de la cueva he salido,
No sé si yerra ó si acierta.
Dioses, mis plantas guiad;
Cielos, socorred mis penas;
Sol, alumbra mis sentidos;
Inclinad mi arbitrio, estrellas;
Fieras, doléos de mí;
Aves, repetid mis quejas;
Montañas, dadme salida;
Troncos, decidme la senda;
Pues á un infeliz, á quien
Su misma madre le deja,
Justo será que le amparen
Dioses, cielos, sol, estrellas,
Fieras, pájaros, montañas,
Troncos, peñascos y selvas. (*Vase.*)

—

Múdase el teatro, teniendo en el foro la puerta del templo, y salen primero FEBO Y SILVIO, *asidos de una cinta, y* ECO *deteniéndolos; luego* LAURA, SIRENE, LIBIA, SILENO Y LOS MÚSICOS.

FEBO.

Antes perderé la vida,
Que dé la cinta.

ECO.

Mirad
Que estoy yo aquí.

SILVIO.

Tu beldad
Me perdone, y no me impida
El quedar con el liston,
Ya que habiéndose caido
De tu cabello, yo he sido
El que en aquella ocasion
Le llegó á alzar el primero.

FEBO.

Amor nunca en sus favores
Gradúa los acrêdores,
Y aunque llegase postrero,
Le he de llevar.

BATO.

¿No advertis...

FEBO.

¿Qué?

BATO.

Que es muy civil contienda
Por un liston, que en la tienda
A veinte maravedís
Vale la vara, luchar?

SILENO.

Si los dos habeis culpado
Que mi prolijo cuidado
Hoy me acuerde mi pesar,
Diciéndome que no es dia
De lágrimas el que veis,
¿Cómo convertir quereis
En tristeza la alegría
Con que del templo volvemos?

SILVIO.

Como en cualquiera ocasion
Los celos disculpa son
Aun de mayores extremos.

ECO.

Oidme á mí, sin que tengais
Mas contienda ni porfía.
Si el liston, por prenda mia,
Tanto los dos estimais,
Advertid que no merece
Hasta ahora esa estimacion,
Pues no es favor un liston
Que el viento acaso os ofrece,
De mi cabello volado;
Que aunque yo no entiendo nada
De amor, la ocasion tomada
Ha de ser, y el favor dado.
Y así, hasta que yo le dé,
No le tengais por favor:
Volvérmele á mí es mejor;
Que yo despues le daré
De mi mano á quien quisiere
Que con mi gusto le tenga.

FEBO.

Aunque mi temor prevenga
Que nunca esta dicha espere,
El liston te restituyo. (*Dásele.*)

SILENO.

Yo tambien, aunque no creo
Que jamas vuelva el deseo
A verse con favor tuyo. (*Dásele.*)

BATO.

Si habértele vuelto aquí,
Es para que tú le dés
Al mas galan, venga pues,
Que claro es que es para mí.

SILENO.

¿Tú el mas galan?

BATO.

¿Por qué no
¿Qué me falta para sello,
Sino que caigan en ello
Hoy los demas como yo?

SILVIO.

Ya que á ti restituido
Ese íris de colores,
Que con tantos resplandores
Lisonja del viento ha sido,
Habemos los dos, te pido
Que cumpla tu beldad rara
Hoy su palabra. Declara
Para cuál de los dos es,
Como ofreciste.

FEBO.

No dés
Igual sentencia, y repara
Que si yo te le volví,
Por obedecerte fué
Solamente, y no porqué
Merecerle presumí
Jamas; y siendo esto así,
Que no le dés te prevengo;
Que á ser tan infeliz vengo
En amar y padecer,
Que aun temo que he de perder
La esperanza que no tengo.

SILVIO.

Yo tampoco la he tenido;
Que el haber yo deseado
Ver mi dolor declarado,
Mas desconfianza ha sido;
Que si á una duda rendido
Tengo de morir, que acuda
Es mejor mi fe desnuda
De su desengaño al daño,
Por morir del desengaño,
Si he de morir de la duda.

FEBO.

Duda ó desengaño infiero
Hoy precisos; y pues no
Es posible tener yo
La ventura que no espero,
Vivir hoy dudoso quiero,
Antes que desengañado,
Pues en mi infeliz estado
Es lance ménos penoso
El ser en duda dichoso,
Que de cierto desdichado.

SILVIO.

Poco ama aquel que en su engaño
Consolado, de su dama
No ama el favor.

FEBO.

Ménos ama
Quien no teme un desengaño.

SILVIO.

La duda es dolor extraño.

FEBO.

Ese quiero padecer.

SILVIO.

Querer dudar, no es querer.

FEBO.

Querer saber, no es amar.

SILVIO.

Pues yo no quiero dudar.

FEBO.

Pues yo no quiero saber.

ECO.

Vos que me declare, y vos
Que calle solicitais,
Y yo en la duda en que estais
He de igualar á los dos.
(*Ap.* Déme pues el ciego dios
Industria para que aquí
Hable y calle. — Solo así
El callar y hablar se infiere.)
El liston daré al que hiciere
Mayor fineza por mí.

FEBO.

Yo acepto la condicion,
Y solamente pudiera
Ser esa la que pusiera
Alas á mi presuncion.
Fúndolo en esta razon:
El merecer no está en mí,
Y en mí está el servir; y así
Puedo esperanza tener,
Pues no está en mí el merecer,
Y el hacer finezas sí.

SILVIO.

Yo la condicion no aceto,
Porque si tan feliz fuera
Que hacer finezas pudiera,
No las guardara á este efeto:
Nada un amor que es perfecto
Reservó: siendo esto así,
Bien la condicion temí,
Pues mi corazon constante
No podrá hacer adelante
Mas de lo que ha hecho hasta aquí.

Sale ANTEO *con* LIRIOPE.

ANTEO.

Eco hermosa, á quien el cielo
Dotó de tantos favores,
Bellas zagalas, pastores,
Honor del arcadio suelo,
Vivid, vivid sin recelo
De aquel monstruo que con tantas
Penas os asombró cuantas
Veces le visteis, pues ya
Humilde y rendido está
Besando de Eco las plantas.
En su nombre al monte fuí,
Y en el monte le encontré:
No es la admiracion de que
Os le haya traido aquí;
No el verle cubierto así

De cabello, no el andar
Es lo que os ha de admirar,
Sino el oirle hablar; que tiene
Nuestra humana voz, que viene
A hacerle mas singular.
Preguntadle, hablad con él;
Que á todo os responderá.

ECO.

Si hablar sabes, dinos ya
Quién eres, monstruo cruel.

FEBO.

Respóndanos tu horror fiel
Cuánto su esclavitud siente.

SILVIO.

¿De qué especie diferente
Eres?

SILENO.

¿Sabes dónde estás?

LIRÍOPE.

Pues no puedo callar mas,
Escuchadme atentamente.
Yo, pastores de la Arcadia,
No soy, como presumis,
Monstruo irracional, que soy
Una mujer infeliz;
Si bien no ha sido el engaño
Muy notable, si advertís
Que solo para ser monstruo
De la fortuna nací.
Estos valles, que están siempre
De un matiz y otro matiz
Llenos, porque en todo el año
No saben mas que el abril,
Fuéron mi primera cuna:
¡Pluguiese á ese azul viril,
Que tumba, y no cuna, hubiesen
Sido entónces para mí!
Jóven, mi hermosura apénas
Empezaba á descubrir
En mis primeras auroras
Algun agrado gentil,
Cuando á descubrir tambien
Empezó (esto permitid
Que diga) que no vió el sol
Una hermosura feliz.
Céfiro, un galan mancebo
Hijo del viento sutil,
Por el nombre, que su padre
Debió de llamarse así),
Me vió en el prado una tarde,
Y enamorado de mí,
A entender me dió su amor
Cortesmente: á que el carmin
Respondió de mis mejillas,
Parlero no, mudo sí.
Desde allí mi sombra fué
Y yo su luz desde allí,
Pues no hice mas que abrasar,
Y él no hizo mas que seguir.
¡Oh cuántas veces, oh cuántas
Dar á los vientos le vi
Suspiros de ciento en ciento,
Lágrimas de mil en mil,
Sin que en el buril ni lima
Del porfiar ni el asistir
Pudiesen labrar mi pecho,
Porque era diamante, en fin
Defendido aun de las mellas
De la lima y del buril!
Desesperado su amor
De no poder conseguir
Mi amor, y desesperado
De padecer y sentir,
Una tarde que al ejido
Apacentando salí
Una manada de blancos
Corderillos, que entre sí
Retozando celebraban
La libertad del redil,
A mí Céfiro llegó,
Y abrazándose de mí,
Bien como al muro la yedra,
Bien como al olmo la vid,
Dijo: «Lo que no han podido
Rendimientos conseguir,
Consíganlo las violencias.»
Y en este instante (¡ay de mí!)
El Céfiro arrebató
A los dos con tan sutil
Movimiento, que á las nubes
Volar sin alas me vi;
Que como era padre suyo,
Por no mirarle morir
De amor, le prestó sus alas:
¡Mirad qué piedad tan vil!
¿Quién vió contienda de amor
Tan nueva, pues bien así
Volábamos los dos como
La temerosa perdiz
En las garras del azor,
La garza en las del neblí?
Viéndome desvanecer
Al solicitar medir
La distancia de la tierra,
Los ojos cerré, y me así
Al traidor hijo del viento:
¡Ah, qué abrazo es tan rüin
El que la necesidad
Hace dar y no sentir!
Desta suerte pues, conmigo
Llegó el velero adalid
Del aire, á esa cumbre altiva,
A quien todo ese turquí
Globo con su peso está
Agobiando la cerviz.
Hay en sus duras entrañas
Una oscura cueva: aquí
De los piélagos vacíos
El humano bergantin
Tomó puerto, á quien salió
Un anciano á recibir.
Despues os diré quién era,
Porque ahora es fuerza decir
Que honestando la traicion
Con la disculpa civil
De amor, que aun el enojar
Es en nosotras servir,
Llegó... Entendedlo vosotros,
Y á mi vergüenza suplid
Cosas, que para saberse
No se han menester oir.
¿Quién creerá que tan extraño
Principio de amor su fin
Tan cerca tuviese, que
Su nacer fué su morir?
Todos lo creed; que apénas
Coronada de jazmin
Salió otra aurora (no sé
Si á llorar ó si á reir),
Cuando, ausente de mis brazos,
Mas á Céfiro no vi.
¿Qué hay que fiar del que finge
Si el que ama procede así?
En poder de aquel anciano
Caduco quedé... Ahora oid
Con mas atencion, porque
Empieza otro caso aquí,
No ménos extraño. Este
Tiresias era, el sutil
Mágico que tantas veces
Habréis oido decir
Que asombraba con su ciencia
A los dioses, pues así
A ese encuadernado libro
De once hojas de zafir
Le leia los secretos,
Que muchas veces le vi
Los futuros contingentes
Anunciar y prevenir.
¡Cuántas veces eclipsó
Al sol puesto en su cenit,
Y cuántas resplandecer
Le hizo desde su nadir!
¡Cuántas á la blanca luna
La vistió de carmesí,
Y cuántas á las estrellas
Las vistió el oro de Ofir!
Porque se quiso igualar
A Júpiter, él allí
Ciego y preso le tenia:
Consideradme ahora á mí
Presa allí y ciega tambien,
Aborreciendo el vivir,
Y las lástimas veréis
Con que mis penas sentís.
Sola una utilidad pudo
Mi soledad adquirir,
Que fué saber los sucesos,
Que de su ciencia aprendí,
Principalmente en las causas
Naturales, á quien fuí
Mas inclinada. No hay piedra,
Flor, yerba ni hoja, que en fin
Su naturaleza niegue...
Pero esto no es para aquí.
Un dia pues, aquel caduco
Esqueleto me habló así:
«Yo he hallado por mis estudios
Que ya el término cumplí
De mis alientos: hoy es
Cuando tengo de morir.
No tengo qué te dejar,
¡Oh compañera gentil!
De mis fortunas, si no es
Lo que te voy á decir.
En cinta estás: un garzon
Bellísimo has de parir:
Una voz y una hermosura
Solicitarán su fin
Amando y aborreciendo:
Guárdale de ver y oir.»
Yo, viendo del vaticinio
Ya los anuncios cumplir
En el parto y la belleza,
Todo lo demas temí:
Y así, sin querer jamas
De aquella cueva salir,
Asegurando á Narciso
De sus peligros, viví
Criándole, sin que llegase
A saber ni á discurrir
Mas de lo que quise yo
Que él alcanzase, y en fin,
Sin que otra persona viese
Humana, sino es á mí.
Esta es la causa por qué,
Viéndome tal vez huir
Por el monte los pastores,
Escándalo suyo fuí.
Mas ya que ha querido el cielo
Mis secretos descubrir,
Rendida de aqueste jóven,
Todos conmigo venid
Por mi hijo, pues es fuerza
Ya entre vosotros vivir.
Fuera de que ya el discurso
Suyo le empieza á afligir,
Y no dudo que su pena
Le acabe al verse sin mí.
Y para que me creais
Todo cuanto os referí;
Por si oisteis alguna vez
Mi suceso referir,
Y hay alguno entre vosotros
Que ahora se acuerde de mí;
Yo, que en los inquietos mares
De la fortuna corrí
Tan graves tormentas; yo,
Que al nunca mudo clarin
De la fama voladora
Tantos asuntos la dí;
Yo, que al teatro del mundo
Cómica tragedia fuí;

Yo, ejemplo del padecer;
Yo, epílogo del sentir;
Yo, cifra del suspirar,
Del llorar y del gemir,
La hija soy de Sileno,
Liríope la infeliz.

SILENO.

¡Ay hija del alma mia!
Deja que una vez y mil
Tu cuello enlace. Yo soy
Sileno; y pues merecí
A la que muerta lloré,
Viva abrazar, ver y oir,
Venga la muerte, pues ya
No tengo mas que vivir.

LIRÍOPE.

Humilde á tus piés estoy,
Aunque la vergüenza aquí
Me embaraza mucha parte
Del contento que hay en mí.

ECO.

Los brazos albricias sean
De suceso tan feliz.

FEBO.

Aquí mas dice el callar,
Que el decir puede decir.

SILVIO.

Con bien, Liríope vuelvas
A esta campaña gentil.

BATO.

Yo, hasta veros desollada
Del pellejo que vestís,
Aun no me atrevo á abrazaros.

ANTEO.

Dichoso mil veces fui,
Pues traer tanta alegría
Pude al valle conseguir.

LIRÍOPE.

Mayor será, cuando todos
Veais mi hijo, en quien sutil
Esmeró naturaleza
Sus perfecciones. Venid
Conmigo á la cueva donde
Me espera: hallaréis allí
Bruto el mas bello diamante,
Y tosco el mejor rubí.

SILENO.

Guia, Liríope mia.

ECO.

Todos habemos de ir
Juntos.

FEBO.

¿Quién se quedará
Sin ver de este acaso el fin?

BATO.

Yo, que si no hay que fiar
De una mujer mansa, di,
¿Qué habrá que fiar de aquesta
Tan montaraz y cerril?

SILVIO.

Vamos todos.

TODOS.

Vamos todos

LIRÍOPE.

Vamos, mis pasos seguid.
Narciso, no te entristezca
Mi ausencia, ya voy por tí

JORNADA SEGUNDA.

Salen LIRIOPE, SILENO, ECO, FEBO, ANTEO, BATO, SIRENE, *y todos los demas que acabaron la primera jornada.*

LIRÍOPE.

Mil veces infeliz fuí.

FEBO.

Oye.

SILENO.

Aguarda.

ECO.

Escucha.

SILVIO.

Espera.

NISE.

Mira.

ANTEO.

Advierte.

SIRENE.

Considera.

LIRÍOPE.

No hay consuelo para mí,
Habiéndome sucedido
Una desdicha tan nueva,
Pues Narciso de la cueva
Falta. Jamas ha salido
Della, sino solo hoy,
Y ya su muerte recelo.—
¡Narciso! ¡Narciso! Al cielo
En vano estas voces doy.
Sin duda el haber tardado
Tanto en venir aquí yo,
De la cueva le sacó.
¡Oh, máteme mi cuidado!

ANTEO.

No te aflijas, que pues él
En este monte ha de estar,
Yo te le sabré buscar.

TODOS.

Todos irémos.

LIRÍOPE.

Cruel
Fortuna ha sido la mia.—
¡Narciso! Yo estoy mortal.

SILENO.

¡Ay dioses! ¿cuándo cabal
Sucederá una alegría?

SILVIO.

Discurriendo el monte vamos,
Llamándole, pues será
Cierto el responder.

LIRÍOPE.

No hará;
Porque si así le buscamos,
El, que nunca gente vió,
Mas es fuerza que se esconda,
Que no á las voces responda.
Mas oid lo que pensó
Mi ingenio: para que venga
Buscándonos, ha de haber
Una industria.

TODOS.

¿Qué ha de ser?

LIRÍOPE.

No hay cosa que con él tenga
Mas fuerza para atraelle,
Que oir música; y siendo así,
Divididos desde aquí,
Cantando para movelle
Todos id.

FEBO.

Con Laura esta
Falda al monte correré.

SILVIO.

Y yo con Sirene iré
Penetrando esa floresta.

ANTEO.

Yo con Libia hasta la cumbre
Dese monte he de subir.

SILENO.

Yo con Eco he de medir
Su mas alta pesadumbre.

BATO.

Y yo con Nise tambien
He de entrar á ese jaral,
Y si cantáremos mal,
Por Eco aullarémos bien.

LIRÍOPE.

Yo sin ley y sin aviso
Por todas partes iré.
Cada uno cante lo qué
Sepa.—¡Narciso! ¡Narciso!

LAURA. (*Canta.*)

Pues del monte la falda
Tocó á mis voces,
Díganme de Narciso
Fuentes y flores.

NISE. (*Canta.*)

Pues á mí de la selva
Tocó lo alegre,
De Narciso me digan
Flores y fuentes.

SIRENE. (*Canta.*)

Pues le tocó á mi acento
Medir la cumbre,
Díganme de Narciso
Sombras y luces.

ECO. (*Canta.*)

Y pues á mis acentos
Los riscos tocan,
De Narciso me digan
Luces y sombras.

LAURA.

A la falda.

NISE.

A la selva.

SIRENE.

A la cumbre.

ECO.

Al risco.

LIRÍOPE.

Oiga á todos y todas
Decir...

ELLA, MÚSICA Y TODOS.

¡Narciso!
A la falda, á la selva,
A la cumbre, al risco.

Vanse, y sale NARCISO.

NARCISO.

Aunque la süave voz
De mi madre me parece
Que oigo, sombra es que me ofrece
Sin cuerpo el aire veloz,
Pues hallarla no he podido,
Por mas que al monte he bajado.
Ya el aliento me ha faltado.
Aquí moriré rendido
Al cansancio, aunque no es
El lo que mas me fatiga,
Sino la sed; y así siga
De aquella agua el ruido, pues
Para darme alivio,
Diciendo corre...

LAURA Y MÚSICA. (*Dentro.*)

Díganme de Narciso
Fuentes y flores.

NARCISO.

Pero ¿qué voz es esta
)ue me suspende?

NISE. (*Dentro.*)

)iganme de Narciso
'lores y fuentes.

NARCISO.

:omo ya en dos partes
)uiere que escuche...

SIRENE. (*Dentro.*)

)e Narciso me digan
iombras y luces.

NARCISO.

[aun en tres, supuesto
)ue dice estotra...

ECO. (*Dentro.*)

)iganme de Narciso
.uces y sombras.

NARCISO.

'or seguir á todas,
Ninguna sigo.

TODA LA MÚSICA. (*Dentro.*)

l la falda, á la selva,
l la cumbre, al risco.

LIRÍOPE. (*Dentro.*)

)iga á todos y todas
)ecir...

ELLA Y TODA LA MÚSICA. (*Dentro.*)

Narciso.

NARCISO.

Cómo, si á mí me llamais,
ionoras hermosas voces,
'olveis huyendo veloces,
[no solo no le dais
Jn alivio á mi sentido,
las trocándole en agravio,
le embarazais el del labio
'or irme tras del oido?
[pues de vosotras mal
'uedo percibir las señas,
il ruido que entre estas peñas,
lo ménos dulce, el cristal
lace, su aliento me dé,
iiendo la primer vez esta
)ue afan el llegar me cuesta
il agua; pues no dejé
lunca la cueva hasta hoy,
)onde un alcornoque era
'aza ménos lisonjera,
)ue la que mirando estoy,
iuarnecida de yerbas
[ramos, donde...

LAURA. (*Dentro, cantando.*)

)iganme de Narciso
'uentes y flores.

NARCISO.

las la voz á pararme,
)iciendo vuelve...

NISE. (*Dentro.*)

)e Narciso me digan
'lores y fuentes.

NARCISO.

ii es que á mí me buscas,
Por qué me huyes?

SIRENE. (*Dentro.*)

)iganme de Narciso
iombras y luces.

NARCISO.

'uesto que no me alivias,
Por qué me estorbas?

ECO. (*Dentro.*)

)iganme de Narciso
.uces y sombras.

LIRÍOPE. (*Dentro.*)

Repitiendo á un tiempo
Tonos distintos,
Oiga á todos, y todas
Decir...

ELLA, MÚSICA Y TODOS. (*Dentro.*)

Narciso.

NARCISO.

Pues á todos escucho,
Y á nadie veo,
Vuelvo al agua. Mas ¿cómo
Si oigo este acento?

LAURA. (*Dentro.*)

Es el engaño traidor,
Y el desengaño leal,
El uno dolor sin mal,
Y el otro mal sin dolor.

NARCISO.

Solo aquella voz pudiera
Ser rémora de un sediento.
Seguir quiero de su acento
La música lisonjera.

NISE. (*Dentro.*)

Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

NARCISO.

Pero mas cerca esta suena,
Aunque una y otra me encanta.
Si aquella tan dulce canta,
Más estotra me enajena
De mí mismo, porque tiene
Mas agrado y mas dulzura.
Por esta verde espesura
El buscarla me conviene.

SIRENE. (*Dentro.*)

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

NARCISO.

En lo alto de aquellas peñas
Otra dulce voz sonó,
Que nuevamente borró
De las pasadas las señas.

ECO. (*Dentro.*)

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

NARCISO.

¡Válgame el cielo! Esta sí
Que es reina de todas ellas;
Que aunque por dulces y bellas
Juzgué las que hasta ahora oí,
Con mas fuerza ha suspendido
Esta con mayor empeño.
¡Qué hermoso será su dueño,
Pues vence por el oido
Dos afectos, que en rigor
Son con fuerza desigual...

LAURA. (*Dentro.*)

El uno dolor sin mal,
Y el otro mal sin dolor.

NARCISO.

Voz, que postrando mis brios,
Mis males creces mortales...

NISE. (*Dentro.*)

La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

NARCISO.

No quisiera ver rendida
La vida á tanto sentir...

SIRENE. (*Dentro.*)

Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

NARCISO.

Lo que siento, mal me obligo
A que lo diga mi aliento...

ECO. (*Dentro.*)

Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

NARCISO.

En mil partes divididos
Mis cuidados, son despojos
Del viento. Ved algo, ojos,
O no escucheis tanto, oidos.

Vuelve á cantar cada una su copla, y sale ECO.

ECO.

Hácia aquesta parte yo
He de penetrar lo ameno
Destas intrincadas breñas,
Una y otra vez diciendo...
(*Canta.*) *Solo el silencio testigo*
Ha de ser de mi tormento, etc.

NARCISO.

Pájaro destas montañas,
Que con süaves acentos
Tan sonoramente eres
Dulce confusion del viento;
Si entre el oido y el labio
Dudoso, absorto y suspenso
Me ví, sin saber quién es
Mi mas poderoso afecto,
Pues al oir el cristal,
Que me llamaba sediento,
Sediento tambien me llama
El aire que á beber vuelvo;
¿Cómo de una sed y otra
Tanto has trocado el afecto,
Que en vez que labios y oidos
Beban agua y aire, has hecho
Que beban fuego los ojos,
Y tan venenoso fuego,
Que para explicarle es fuerza
Pensar que en tu estilo mesmo...

ÉL Y ECO. (*Cantan.*)

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento?

ECO.

Bruto diamante, que mal
Pulido dese grosero
Tosco traje, brillar dejas
El alma que ocultas dentro,
No ménos suspensa yo
Quedé al mirarte, supuesto
Que absorta, helada y confusa,
Solo á responderte acierto
Con lo mismo que cantaba...
(*Canta.*) *Y aun no cabe lo que siento*
En todo lo que no digo.

NARCISO.

Parecidas, segun eso,
Son nuestras dos suspensiones
Tanto, que los dos dirémos,
Tú, por sí á mí me respondes,
Yo, por sí á tí me parezco...

LOS DOS. (*Cantan.*)

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento.

NARCISO.

¿Quién eres?

ECO.

Una mujer.

NARCISO

La segunda eres que veo,
Y aun la primera pudiera
Decir, pues á lo que entiendo
No era mujer para mí
La primera que vi, puesto
Que en mi pecho no encendió
Nunca tan activo fuego
Como tu voz y tu vista
Han encendido en mi pecho.
¿Adónde vas por aquí?

ECO.

A solo buscarte vengo,
Y con desear hallarte,
Estimara, á lo que entiendo,
No haberte hallado, porqué
Hoy en tí mas que hallo pierdo.

NARCISO.

¿Conocíasme?

ECO.

Yo no.

NARCISO.

Pues ¿cómo en este desierto
A quien no conoces buscas?
Úsase en el mundo eso
De que busquen las mujeres
A quien no conocen?

ECO.

Presto
La causa que me ha traido
Sabrás.

NARCISO.

Dila, pues.

ECO. (*Llamando.*)

¡Sileno!

NARCISO.

¿A quién llamas? ¿Qué pretendes?

ECO.

¡Febo, Bato, Silvio, Anteo!

NARCISO.

Tú quieres matarme, como
Si ya no me hubieras muerto.

ECO.

¡Sirene, Liríope, Nise!
Venid todos á este puesto,
Que ya he llegado á Narciso.

Salen TODOS.

SILVIO.

Llamado de tu voz vengo.

ANTEO.

De tu voz vengo traido.

SILENO.

Alas me ha dado tu acento.

FEBO.

Aquí Eco hermosa llamaba.

BATO Y SIRENE.

Pues todos llegan, lleguemos.

NARCISO.

¿Tanta gente hay en el mundo?

LIRÍOPE.

¡Felice yo que te veo!

NARCISO.

Pues ¿cómo, madre, á buscarme
Vienes con todos aquestos?

SILENO.

Pedazos del corazon,
Dadme los brazos.

NARCISO.

Tenéos,
Y si me ha de abrazar alguien,
Sea aquella que estoy viendo.
Quién es, me di, y lo que intentas,
Madre, porque estoy suspenso,
Tan notables diferencias
De rostros y trajes viendo.

LIRÍOPE.

Despacio sabrás tu historia.

SILENO.

Dices bien, que ahora no es tiempo
De detenernos aquí.
Juntos al valle bajemos:
Allá mudarás de traje
Y oirás todos tus sucesos,
Hermoso Narciso mio.

FEBO.

Perdonad mi atrevimiento,
Sileno, y dadme licencia
Para dar al zagalejo,
Miéntras vos le haceis vestido,
Un pellico, que por nuevo
Irá con mejor disculpa.

SILENO.

La merced os agradezco.

FEBO.

Yo me adelanto á enviarle.
(*Ap.* Y desocupado desto,
Amor, intenta finezas,
Que hacer por tu hermoso dueño.) (*Vase.*)

SILVIO. (*Ap.*)

Dadme lecciones de cómo
Obligue un desden, deseos. (*Vase.*)

SILENO.

¡Dichoso yo, que he vivido
Hasta haber mirado esto! (*Vase.*)

ANTEO.

Dicha he tenido en ser yo
Deste acaso el instrumento. (*Vase.*)

LIRÍOPE.

Sigue, Narciso, mis pasos;
Que ya no es patria el desierto. (*Vase.*)

NARCISO.

Muchas cosas he admirado,
Pero una sola me ha muerto. (*Vase.*)

ECO.

¿Mas que segun son las penas
Que dentro del alma siento,
Vienen á ser nueva historia
Del mundo Narciso y Eco? (*Vase.*)

BATO.

¡Ah Sirene!

SIRENE.

¿Qué me quieres?

BATO.

Algo es lo que te quiero,
Para que sepas en algo
El mal gusto que yo tengo.

SIRENE.

Peor le tuviera yo,
Si te quisiera á tí.

BATO.

Niego;
Que, cada cosa en su tanto,
Todo es malo y nada es bueno.
Pero esto aparte, entre tanto
Que á nuestros amos siguiendo
Vamos, ¿tú no me dirás
Una verdad?

SIRENE.

Yo la ofrezco.

BATO.

No la cumplirás, que no
Estás enseñada á hacerlo.
Pero vaya. Yo, Sirene,
Soy muy grande majadero.

SIRENE.

Grandísimo.

BATO.

¡Voto al sol,
Que ahora he caido en ello,
Desde que estó viendo cosas
Que son cosas que estó viendo
Sin entenderlas, Sirene!

SIRENE.

¿Qué cosas?

BATO.

¿Pues hay suceso
Tan extraño, como haberse
Hallado hoy mi amo Sileno
Una hija suya salvaja
Con un salvajito nieto,
Y haberme de ir yo ahora
A casa á vivir con ellos?

SIRENE.

Pues eso ¿qué importa? di.

BATO.

Tú no sabes, segun eso,
Lo que es tratar con salvajes.

SIRENE.

Bato, no lo son aquestos,
Sino una mujer y un hombre.

BATO.

Esos, á lo que yo entiendo,
Son los peores salvajes,
La vez que llegan á serlo.

SIRENE.

Pues ¿has visto tú en tu vida
Garzon mas hermoso y bello
Que Narciso?

BATO.

Ya estarás
Caprichosa; mas no es nuevo
Agradarse de salvajes
Las mujeres.

SIRENE.

¡Oh mal fuego
En tu lengua! ¿Qué mujer
Se ha llegado á agradar dellos?

BATO.

¿Qué mujer? Todas aquestas
Que iré, Sirene, diciendo.
Mujer hay que se enamora
De un volatin, atendiendo
Que es tan gran salvaje, que
Anda en aire habiendo suelo.
Mujer hay que se enamora
De un toreador, advirtiendo
Que es tan gran salvaje, que anda
Con el toro en galanteos.
Mujer hay que se enamora
De un diciplinante, viendo
Que es tan gran salvaje, que
A sí mismo se da recio.
Mujer hay que se enamora
De un danzante, conociendo
Que es tan gran salvaje, que
Se muele á compas los huesos.
Mujer hay que se enamora
De uno que esgrime, sabiendo
Que es tan gran salvaje, que
Pone sus ojos á riesgo.
Mujer hay que se enamora...

SIRENE.

Tente, que saber no quiero
Mas.

BATO.

Pues ahora empezaba.

SIRENE.

Divertidos, en efecto,

Con tus locuras, al valle
Hemos llegado.

BATO. (*Mirando adentro.*)

Y habiendo
Dejado en casa á los dos,
Se va el acompañamiento.

SIRENE.

Cada uno á su ganado
Querrá acudir.

BATO.

Si no es Febo,
Que á la soledad se vuelve.

Sale FEBO.

FEBO.

Sirene, á buscarte vengo.

SIRENE.

¿En qué puedo yo servirte?

BATO.

Yo por no estorbar me ausento,
Y tambien por ir á ver
Qué hacen los huéspedes nuevos. (*Vase.*)

FEBO.

Pues nadie, Sirene, ignora
En el valle la firmeza
Con que la rara belleza
De Eco mi atencion adora,
No habré menester ahora
Repetirla; y pues aquí
Estabas cuando (¡ay de mí!)
Un favor depositó
Para una fineza, yo
Le intento ganar por tí.
Sirene, supuesto que eres
Hoy tú la zagala á quien
Eco ha querido mas bien,
Y en su gracia te prefieres;
Si dar vida á un muerto quieres,
Procura saber en qué
Mas agradarla podré;
Que las finezas no son
De mayor estimacion,
Por grandes, Sirene, que
Por la ocasion en que llegan.

SIRENE.

No tienes que decir mas.
Cuanto yo sepa, verás
Que mis labios no te niegan.

FEBO.

Eso mis ansias te ruegan.

SIRENE.

Ya te digo que lo haré,
Y nada te callaré. (*Vase.*)

FEBO.

¿Quién mayor tormento alcanza
Que el que ama sin esperanza
A una hermosura sin fe?
Apénas el invierno helado y cano
Este monte de nieves encanece,
Cuando la primavera le florece,
Y el que helado se vió, se mira ufano.
Pasa la primavera, y el verano
Los rigores del sol sufre y padece:
Llega el fértil otoño, y enriquece
El monte de verdor, de fruta el llano.
Todo vive sujeto á la mudanza:
De un dia y otro dia los engaños
Cumplen un año, y este al otro alcanza.
Con esperanza sufre desengaños
Un monte; que á faltarle la esperanza,
Ya se rindiera al peso de los años.

Salen LIRIOPE y NARCISO.

LIRÍOPE.

¿Has estado atento?

NARCISO.

Sí,
Y todo cuanto me has dicho,
En la memoria lo tengo
Y en el corazon escrito.
Y para que lo conozcas,
El haber, madre, nacido
En los montes, y el haber
Criádome con tal retiro,
Todo pára en que yo tengo
En las estrellas previsto
Que una voz y una hermosura,
Con dos efectos distintos,
Amando y aborreciendo,
Son mis mayores peligros.

LIRÍOPE.

Pues haz por guardarte dellos,
Considerando, Narciso...

NARCISO.

¿Qué?

LIRÍOPE.

Que tú solo no mas
Podrás guardarte á tí mismo.

NARCISO.

De todo advertido ya,
Licencia, madre, te pido
Para ir á ver por el valle
Lo que otras veces he visto.
Sepa yo de los pastores
Los diversos ejercicios,
El modo de apacentar
Los ganados, el estilo
De las labranzas del campo;
Y ya que libre me miro,
Débales algo á los ojos
Hoy mi natural instinto;
Que no todas las noticias
Deber tengo á los oidos.

LIRÍOPE.

Aunque con algun temor,
La licencia te permito;
Mas porque no vayas solo
Quiero que vaya contigo
Un criado de mi padre,
Que te informe y te dé aviso
De todo.— Bato. (*Llama.*)

Sale BATO.

BATO.

Señora.

LIRÍOPE.

Hoy de tu despejo fio
Mi temor. Narciso quiere
Ir á ver todo el ejido,
Y conocer los pastores,
De aqueste valle vecinos.
Llévale por ahí, y dél
No te apartes. Advertido
Escucha, Bato, lo que,
A solas, aquí te digo. (*Ap. á él.*)
No le dejes con alguna
Zagala hablar.

BATO.

No me obligo
A eso solo, porque es
Muy desapacible oficio
El de estorbador, y yo
A lo contrario me inclino
Mas; que en fin es hacer gusto,
Y muero por ser bienquisto.

LIRÍOPE.

Tú harás lo que yo te encargo.
Mejorad, dioses divinos,
Del hado las amenazas. (*Vase.*)

BATO.

Buena comision ha sido
La que tu madre me ha dado.
¿Quién en el mundo habrá visto
Que sean ayos los Batos?

NARCISO.

Ea, vamos, Bato amigo,
Discurriendo todo el valle.

BATO.

Escurramos.

NARCISO.

¿Qué edificio
Es aquel?

BATO.

¿Aquel? Un tempro
De Apolo, eminente y rico.

NARCISO.

Es muy justo que los dioses
Tengan lugar mas altivo,
Que aun en lo material deben
Ser al hombre preferidos.
No te sabré decir cuánto
El haber mirado estimo
El edificio dorado
Entre los demas pajizos.

ANTEO. (*Dentro.*)

Yo os pondré en paz, voto al sol,
Si la honda me desciño.

NARCISO.

¿Qué es aquello?

BATO.

Están lidiando
Allí dos fuertes novillos
De Anteo, y él los aparta
Con la honda y con el silbo.

NARCISO.

¿Quién es Anteo?

BATO.

Un zagal
El mas valiente que ha habido
En toda la Arcadia.

NARCISO.

Y ¿qué es
Ser valiente?

BATO.

Haberlo él dicho.

NARCISO.

¿Cúyo ha sido aquel rebaño?

BATO.

Si has de matarme, Narciso,
A pescudas, ¿no es mijor
Tomar aqueste cochillo
Y degollarme con él,
Que con el de palo?

NARCISO.

Digo
Que no preguntaré mas.
¿Cúyo aquel rebaño ha sido,
Que de ese monte á ese valle
Desciende en tan excesivo
Número, que tras sí trae
Descabellados los riscos?

BATO.

De Febo, que es el pastor
Mas discreto y entendido
Que tiene toda la Arcadia.

NARCISO.

Y ¿en qué, dime, ha consistido
El ser entendido un hombre?

BATO.

En dar otros en decirlo,
Porque una misma razon
Dicha de dos, ya se ha visto
Ser en el uno agudeza
Y en el otro desatino.

NARCISO.

¿Y aquel ganado que llega,
Amenazándole, al rio,
Que ha de agotar su corriente?

BATO.

¿Quién me ha juntado contigo?
De Silvio, que es el pastor
Mas galan.

NARCISO.

Y ¿en qué ha caido
Ser galan?

BATO.

En parecerlo,
Siendo al uso talle y brio.

NARCISO.

Pues ¿hay usos en los talles?

BATO.

Sí: yo me acuerdo haber visto
Usarse un año á los pechos,
Y otro año á los tobillos:
Y esto no es mucho, que en fin
Consistia en los vestidos.
Mas en las caras me acuerdo
El tener usos distintos
Las mujeres.

NARCISO.

¿En las caras,
Que naturaleza hizo,
Uso?

BATO.

Un tiempo que se dieron
En usar ojos dormidos,
No habia hermosura despierta,
Y todo era mirar bizco.
Usáronse ojos rasgados
Luego, y dieron en abrirlos
Tanto, que de temerosos,
Se hicieron espantadizos.
Las bocas chicas, entónces
Era de lo mas valido,
Y andaban por esas calles
Todas, los labios fruncidos.
Dieron en usarse grandes,
Y en aquel instante mismo
Se desplegaron las bocas,
Y dejando lo jarifo
De lo pequeño, pusieron
Su perfeccion en lo limpio
De lo grande, hasta enseñar
Dientes, muelas y colmillos.

ECO. (*Canta dentro.*)

Pues el sol y el aire
Turban mi color,
Hácenlo de envidia
El aire y el sol.

NARCISO.

¿Quién es esta, que un rebaño
Trae de blancos corderillos,
Dando á entender que se dejan
Apacentar los armiños?

BATO.

Esta es Eco, la mas bella
Zagala que el sol ha visto.

NARCISO.

¿Qué será que al verla yo
Pierdo todos mis sentidos,
Y este pesar que me hace,
Se le agradezco y estimo,
Dejándome engañar dél,
Creyendo que es regocijo?

BATO.

A la bé, que esos extremos
De amor son. De resistirlos
Trata al principio, porqué
Solo podrás al principio.

ECO. (*Canta.*)

Pues el sol y el aire
Turban mi color,
Hácenlo de envidia
El aire y el sol.

NARCISO.

Si una voz y una hermosura
Me amenazan con castigo,
De su hermosura y su voz
Huyamos, Bato.

Salen ECO Y SIRENE.

ECO.

Narciso...

NARCISO.

Hermosa zagala.

ECO.

Mucho
Verte en este traje estimo.
¿Cómo te parece el valle?
¿No es mas ameno este sitio
Que el monte donde naciste?

NARCISO.

Si en él tu belleza admiro,
No solo mejor que el monte,
Mejor será que el Elisio.
Mas quédate adios.

ECO.

¿Por qué
Te vas tan presto?

NARCISO.

Imagino
Que me importa el ausentarme.

ECO.

¿Cómo?

NARCISO.

Como habiendo sido
Una voz y una hermosura
Mis dos mayores peligros,
Y concurriendo en tí entrambos,
El huir de tí es preciso;
Que es un encanto tu voz
Y tu hermosura un hechizo. (*Vase.*)

BATO.

Criarse quiere el mochacho. (*Vase.*)

ECO.

Sirene, ¿qué es lo que miro?
¿Zagal hay que al darle yo
Ocasion (tiemblo al decirlo)
De hablar conmigo, se ausenta,
Huyendo de hablar conmigo?
Y aun no extraño tanto, no,
Que él pueda (pierdo el sentido)
Consigo acabarlo, como
El que yo no haya podido
Conmigo, al ver que se ausente,
Acabar de no sentirlo.
Yo que la mas celebrada
Pastora soy, que ha tenido
La Arcadia, yo, que de tantos
Idolatrada me he visto,
¿Al desaire de un rapaz
Tan grosero como lindo,
Tantas vanidades postro,
Tantas altiveces rindo,
Que confiese que lo siento?
Mas ¡ay de mí! ¿qué me aflijo?
Que ninguna siente mas
Los desaires que la hizo
La libre condicion de uno,
Que quien ufana ha rendido
La esclava pasion de todos;
Porque en efecto es preciso
Que todo estilo se extrañe,
Cuando es extraño el estilo.

SIRENE.

No desa manera sientas
Un acaso sucedido
Tan acaso.

ECO.

Si supieses
Lo que siente el pecho mio,
¡Ay, Sirene! no culparas
Estos extremos que has visto.
Desde el instante que vi
La hermosura de Narciso,
Vivo, juzgando que muero,
Muero, juzgando que vivo.

Salen por los dos lados SILVIO Y FEBO.

FEBO.

¡Qué escucho, cielos! ¿Tú quejas?

SILVIO.

¿Tú extremos? Cielos, ¡qué miro!

FEBO.

¿Tú llanto?

SILVIO.

¿Tú sentimiento?

FEBO.

¿Tú lágrimas?

SILVIO.

¿Tú suspiros?

ECO.

Esto solo me faltaba.

SILVIO.

Mirando que tus divinos
Ojos mas perlas congelan
Que de la aurora el rocío,
Al cielo pediré albricias.

FEBO.

Yo al ver que en dos bellos hilos
De aljófar hoy se desata
Todo el campo del Olimpo,
El pésame daré al cielo.

SILVIO. (*Ap.*)

Alegre á su voz me rindo,
Porque este apacible llanto
Con sus ternezas me ha dicho
Que sabe sentir su pecho.

FEBO. (*Ap.*)

Triste hoy á sus piés me humillo,
Porque me ha dicho este llanto
Que hay algo que ella ha sentido.

ECO. (*Ap.*)

¡Oh qué mal contento, amor,
Eres, pues que no ha podido
Despicarte de un amado,
Tener dos aborrecidos!

SILVIO.

Si en el desear ¡oh Febo!
Hacer finezas compito
Con tu amor, en esta accion
Mas Eco á mí me ha debido.

FEBO.

¿De qué suerte?

SILVIO.

Desta suerte.—
Oye, pues es tuyo el juicio. (*A Eco.*)

ECO. (*Ap.*)

Por disimular mis penas,
Habré por fuerza de oirlo

SILVIO.

Tan rara es, tan peregrina
De Eco la belleza ufana,
Que no creyéndola humana,
La adoré como divina.
Hoy pues que al llanto se inclina,
Mayor esperanza alcanza
Mi amor: luego en confianza
Tal debe mi pensamiento
Estimar su sentimiento,
Pues dél nace mi esperanza.

FEBO.

Yo desde el punto que vi
A Eco, siempre la adoré
Como divina, y aunqué
Llorar ahora la vi,
Humana no la creí:
Con que persuadirme intento
Que siente mi atrevimiento,
Porque á ser divina alcanza:
Luego debe mi esperanza
Morir de su sentimiento.

SILVIO.

Suceder en el amor
Lo que en un enfermo suele,
Que ninguno dél se duele,
Si no sabe qué es dolor.
Luego sentir fuera error
El verla sentir aquí;
Pues viendo que siente así,
Podrá mas piadosamente
Obligarla lo que siente
A que se duela de mí.

FEBO.

Que solo se compadece
El que padece un dolor,
Concedo; y así, mi amor
Del suyo se compadece.
Si á tí su dolor te ofrece
Alivio, porque de tí
Se duela, yo al reves fuí,
Pues es mas justo que yo
Me duela della, que no
Que ella se duela de mí.

SILVIO.

Si yo remediar pudiera
Con mi dolor su dolor,
El no hacerlo fuera error.

FEBO.

Yo de cualquiera manera
Sentir su dolor quisiera.

SILVIO.

Hacer, no es contra decoro,
Dél conveniencia.

FEBO.

Eso ignoro.
¿Qué mayor inadvertencia
Que el hacer yo conveniencia
Del dolor de lo que adoro?

ECO.

Atentamente he escuchado
De uno y otro la importuna
Competencia, y que ninguna
Se declara en mi cuidado.
En tí, ni en tí he estimado
Consuelo ni compasion,
Y puesto que iguales son
Del que estima y del que llora
Los afectos, hasta ahora
No es de ninguno el liston. *(Vase.)*

SILVIO.

¡Plegue á amor, pues ofendida
Dél, en mi agravio te empleas,
Que de quien amas te veas
Quejosa y aborrecida! *(Vase.)*

FEBO.

Eso á los cielos no pida
Mi voz: mejor es que así
Aborrezcas, pues aquí
Quieren mas mis penas fieras,
A trueco que á nadie quieras,
Que me aborrezcas á mí.
¡Ay, Sirene! ¿qué haré yo,
Me di, si es que algo has sabido,
Que en el mar de mis desdichas
Me pueda servir de alivio?

SIRENE.

Sola una cosa.

FEBO.

¿Cuál es?

SIRENE.

Olvidar.

FEBO.

Sin duda has visto
Desahuciada mi esperanza,
Pues la recetas olvido,
Que es sepulcro del amor.

SIRENE.

Mal haré si no te digo
Lo que sé, ya que has fiado
Tu dolor del pecho mio.
Eco no puede quererte,
Y no tan comun ha sido
Su desden, que no se haya
Postrado...

FEBO.

¿A quién?

SIRENE.

A Narciso.

FEBO.

¡Ay, Sirene! Mal has hecho ..

SIRENE.

¿En qué?

FEBO.

En habérmelo dicho.

SIRENE.

Tú, ¿no me lo has preguntado?

FEBO.

Sí, mas por aqueso mismo
No decírmelo debieras;
Pues cuanto un celoso quiso
Saber, quiso no saber.
Y pues no estaba en mi arbitrio
No preguntarlo, estuviera
En el tuyo no decirlo.

SIRENE.

Aunque tarde esa leccion
Me das, Febo, solicito
Pagártela yo con otra.
Nunca lo que está escondido
De mujer, quieras saberlo,
Si has de sentir el oirlo. *(Vase.)*

FEBO.

Flores deste ameno valle,
Troncos destos altos riscos,
Aves deste manso viento,
Fieras deste monte altivo,
Pastores destas riberas,
Ganados destos apriscos,
Hermosuras destos campos,
Cristales de aquestos rios,
Pues todos testigos fuisteis
Del venturoso amor mio,
De mis desdichados celos
Sed ahora tambien testigos.

Quédase suspenso sobre el cayado, y salen BATO y NARCISO.

BATO.

¿Dónde vuelves?

NARCISO.

No lo sé;
Que por mas que me resisto,
No puedo mas. A ver vuelvo
La beldad que en este sitio
Dejé.

BATO.

Pues ya no está aquí.

NARCISO.

Digasme, pastor amigo,
Que sobre el cayado estribas
Tan confuso y suspendido,
Si á Eco, honor destas montañas,
Por estos valles has visto.

FEBO.

Respóndate aqueste acebo
(Amenázale con el cayado.)
En tu púrpura teñido.—
Pero no, que no he de hacerte
Yo infeliz, porque te hizo
Feliz tu amor. Vive, jóven,
Ufano y desvanecido;
Que yo no quiero tomar
Mas venganza que en mí mismo,
Pues tú no tienes la culpa
De querer á quien te quiso,
Y yo sí de haber amado
A la que me ha aborrecido. *(Vase.)*

NARCISO.

¿Qué es esto, Bato?

BATO.

¿Qué quieres
Que sea, si inadvertido
Preguntas por Eco á quien
A Eco adora?

NARCISO.

¡Qué esquivo
Veneno en esa palabra
Me has dado por el oido,
Que ha corrido al corazon
Tan vario, que á un tiempo mismo
Me abraso y tiemblo, alternando
Hielo ardiente y fuego frio?

BATO.

El que tú á Febo le diste.

NARCISO.

Y Febo, di, Bato amigo,
¿Es de Eco querido?

BATO.

No,
Antes siempre aborrecido
Vivió.

NARCISO.

La mitad del peso
Has quitado á mis sentidos;
Que aunque arde el hielo, es templado,
Y aunque hiela el fuego, es tibio.

Sale ECO.

ECO.

(Ap. Mejor es que de una vez
Se declare el dolor mio.)
Narciso, á buscarte vengo.

NARCISO.

Ya el ver que á buscarme vino,
Me quitó la otra mitad;
Pues si no hubiera venido
A buscarme, fuera yo
A buscarla.— ¿En qué te sirvo?

ECO.

En escucharme: cantando
Lo diré, por si te obligo
Mas con mis voces.

BATO.

Yo quiero
Dar á Liriope aviso
De aquestos extremos, pues
Yo no basto á resistirlos. (*Vase.*)

ECO. (*Canta.*)

Bellísimo Narciso,
Que á estos amenos valles
Del monte en que naciste,
Las asperezas traes,
Mis pesares escucha,
Pues deben obligarte,
Cuando no por ser mios,
Solo por ser pesares.
Amor sabe con cuanta
Vergüenza llego á hablarte,
Y no dudo ni temo
Que tú tambien lo sabes,
Si atiendes los colores
Que en el rostro me salen,
La púrpura y la nieve
Variada por instantes;
Porque en cada suspiro,
Que en efecto son aire,
Camaleon de amor,
Se muda mi semblante.
Desde el primero dia
Que al monte fuí á buscarte,
Y te hallé la primera
Entre sus soledades,
Mi vida á tu hermosura
Rindió sus libertades,
Haciendo tu extrañeza
De mi altivez donaire.
Que aunque estaba tan bruto
Entónces el diamante
De tu pecho, ya daba
Muestra de sus quilates.
Eco soy, la mas rica
Pastora destos valles:
Bella decir pudieran
Mis infelicidades;
Que de amor en el templo,
Por culto á sus altares,
De felices bellezas
Pocas lámparas arden.
Todo aquese oceano
De vellones, que hace
Con las ondas de lana
Crecientes y menguantes,
Desde aquella alta roca,
Hasta este verde márgen
Esmeraldas paciendo
Y bebiendo cristales,
Todo es mio: no hay
Pastores que lo guarden,
Que á mi sueldo no vivan
Atentos y leales.
Todo á tus piés lo ofrezco;
Y no porque á rogarte
Lleguen hoy mis ternezas,
Imágines que nacen
En la constancia mia
De usadas liviandades,
Supuesto, bello jóven,
Que no puede obligarme,
Sino es de ser tu esposa,
A que mi amor declare,
Porque tengas en mí
Siempre firme y constante
Una alma que te adore,
Un pecho que te ame,
Una fe que te estime,
Un nudo que te enlace,
Atencion que te sirva,
Amor que te regale,
Deseo que te obligue,
Cuidado que te agrade.
Y si estos rendimientos
No pueden obligarte,
Triste, confusa, ciega,
Muda, absorta, cobarde,
Infelice, afligida,
Me verás entregarme
Tanto á mis sentimientos,
Que en voces lamentables
El aire, confundido
De mis voces, se alabe
De que Eco enamorada
Se ha convertido en aire.

NARCISO.

Hecho habia tu rigor
Experiencias en mi pecho,
Con que te iba mejor:
Mal, Eco divina, has hecho
En declararme tu amor;
Pues tan claramente arguyo,
Que postrado mi albedrío,
Yo ahora á despecho suyo
Te dijera el amor mio,
Si hubieras callado el tuyo.
Al buscarte á tí mi airada
Pena, la tuya te tray,
Con que ya, la accion mudada,
Ve las distancias que hay
De rogar á ser rogada.
Sin reparar en el hado,
Mi amor iba á tí rendido;
Ya en su riesgo he reparado;
Que veo mas, favorecido,
Que veia despreciado.
Y así, no me digas, no,
Tu amor, ni en tu vida esperes
Ver que su luz me abrasó,
Pues con saber que me quieres,
Viviré contento yo.

ECO.

Oye, aguarda, espera; ten
El paso.

NARCISO.

Suelta la mano.

Al tenerle asido, sale SILVIO.

SILVIO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que mis ojos ven?

ECO.

Escúchame.

NARCISO.

Será en vano.

ECO.

Narciso, mi amor, mi bien...

NARCISO.

No he de oirte.

SILVIO. (*Ap.*)

¿Cómo así
Sufro mis ofensas yo?

NARCISO.

Déjame.

ECO.

¿De mí huyes?

NARCISO.

Sí.

SILVIO. (*Ap.*)

¿Quién mayor desdicha vió?

ECO.

Véngueme el cielo de tí.

SILVIO.

Si tú le pides al cielo
Que dél te vengue (¡ah cruel!),
Ya con mayor desconsuelo
Pedir puede mi desvelo
Que me vengue de tí y dél.
Y supuesto que él aquí
A tí, fiera, te ofendió,
Y tú y él juntos á mí,
Dél me vengaré, pues no
Me puedo vengar de tí.
Advenedizo zagal,
Que dese monte eminente
A solo aumentar mi llama,
Hijo del viento desciendes:
Aunque no es tuya la culpa
De que Eco á amarte llegue,
Sino suya, y aunque tengo
En parte que agradecerte,
Al ver cuán dueño de tí
Tanta ventura desprecies;
Tan fuera de la razon
Las leyes los celos tienen,
Que mandan que muera quien
Es querido, y no quien quiere.
Sin duda que fué mujer
Quien introdujo esas leyes,
Pues condenó al instrumento,
Y no al que con él ofende.
Y así, pues ya recibido
Está en uso que se venguen
En los hombres los agravios
Que nos hacen las mujeres,
Fuerza es el vengarme en tí,
Aunque es fuerza que me pese
Que seas tan tierno jóven,
Que no haga nada en vencerte.

ECO.

Silvio, mira... (*Ap.* ¡Muerta estoy!)

NARCISO.

¡Ay de mí infelice!

ECO.

Advierte...
(*Pónese delante.*)

SILVIO.

Para matarle me irritas
Mas, cuanto mas le defiendes.

NARCISO.

Pues no me defiendas mas.
Deja que á mis brazos llegue;
Que valor hay en mis brazos
Que sabrán, Eco, vencerle.
(*Luchan los dos, y cae Narciso.*)

SILVIO.

¿Cómo, si á mis plantas ya
Estás? Por dichoso muere;
Que es delito ser dichoso
En los amantes.

Va á sacar el puñal para darle, sale FEBO, *y detiénele.*

FEBO.

Detente,
No le mates.

SILVIO.

¿Tú lo estorbas?

FEBO.

Sí.

SILVIO.

Será porque no tienes
Noticia tú del porqué,
Febo; que si la tuvieses,
Me ayudaras á matarle.

FEBO.

No hiciera, que por saberle
Antes que por ignorarle,
Le guardo; que no merece
Morir por verse querido.

SILVIO.

¡Oh qué infames celos tienes,
Pues mil muertes no deseas
A hombre que á tu dama quiere!

FEBO.
Antes son mis celos nobles,
Pues desengañar pretenden
Hoy al mundo del error
Que en esa parte padece.
Querer lo que quiero yo,
Casi lisonja á ser viene,
Pues aprueba mi buen gusto:
Ser más dichoso en que llegue
A ser mas querido, es
Donativo de la suerte:
Pues ¿por qué al que el cielo hizo
Mas venturoso, he de hacerle
Yo mas desdichado? Fuera
De que es tan sagrado siempre
Para mí (extráñelo el gusto,
Yerre yo en esto, ó acierte)
Cuanto es gusto de mi dama,
Que tengo de defenderle,
Por no hacerla este pesar
De ofender lo que ella quiere.

SILVIO.
En amor, Febo, no hay
Sofisterías... y advierte
Que en celos nunca hay nobleza:
Lo que se siente se siente.
Y asi, tengo de matarle
Porque ella le favorece,
Aunque tenga que estimarle
El ver que él á Eco desprecie.

FEBO.
¿El despreciar á Eco?

SILVIO.
Sí.

FEBO.
Ahora le daré yo muerte,
Porque á lo que quiero yo
No ha de haber quien lo desprecie.

SILVIO.
Ahora le defenderé
Yo, si advierto que le tiene
Esa obligacion mi amor.

FEBO.
¡Oh qué villano amor tienes,
Pues al que Eco quiere matas,
Guardando al que á Eco no quiere!
Y así, es forzoso que aquí
Dese desaire la vengue.

SILVIO.
Yo por él he de guardarle.

FEBO.
El que de los dos venciere,
Siga despues su opinion.
(*Luchan Febo y Silvio.*)

ECO.
¿Quién vió confusion mas fuerte?
Pastores desta montaña,
Venid á favorecerme,
Estorbando una desdicha
Que hoy á mis ojos sucede.

Salen ANTEO, SILENO, LIRIOPE, BATO, *y los demas.*

ANTEO.
¿Qué es aquesto? Silvio, Febo,
Tenéos, que estoy presente.

SILENO.
Narciso, ¿tan presto ya
Pendencia en el valle tienes?

NARCISO.
Y aun dos, pues dos enemigos
Aquí matarme pretenden.

LIRIOPE.
¡Qué presto empiezan los hados
A declararnos que tienes
Tu riesgo en una hermosura!

BATO.
Yo, sin que astrólogo fuese,
Lo dijera, porque ¿quién
No tuvo su riesgo siempre
En una hermosura, y aun
En una fealdad mil veces?

SILENO.
¿Qué es esto, Eco hermosa?

ECO.
Ser
Desdichada solamente. (*Vase.*)

ANTEO.
¿Qué es esto, Silvio?

SILVIO.
Ser yo
Infeliz: Febo os lo cuente. (*Vase.*)

LIRIOPE.
¿Qué es esto, Febo?

FEBO.
No sé:
Narciso decirlo puede. (*Vase.*)

SILENO.
Narciso, ¿qué es esto?

NARCISO.
Yo
No sé lo que me sucede. (*Vase.*)

ANTEO.
Bato, pues fuiste á llamarnos
Dinos tú mas claramente
¿Qué es esto?

BATO.
Ser desdichado.
Ahí os lo dirá esa gente. (*Vase.*)

SILENO.
Sigámoslos, porque no
Vuelvan otra vez á verse,
Antes que amigos se hagan. (*Vase.*)

ANTEO.
Vamos, aunque me parece
Que el serlo será imposible
Donde una dama interviene;
Que amistades sobre celos
Hanse visto pocas veces. (*Vase.*)

LIRIOPE.
Cielos, pues ya me vais dando
Indicios tan evidentes
En la hermosura de Eco
Del peligro que previenen
Vuestros astros á Narciso,
Dadme valor con que enmiende
Los amagos, ántes que
Las ejecuciones lleguen.
Válgame lo que he aprendido,
Para que el daño remedie,
Pues primero que le vea
Sucedido, he de ponerle
Mil embarazos al paso,
Si sé altiva, osada y fuerte
Trastornar todos los globos
Desa máquina celeste,
Viéndola á prodigios mios
Desplomada de sus ejes. (*Vase.*)

JORNADA TERCERA.

Salen FEBO, SILVIO Y ANTEO.

ANTEO.
Esto habeis de hacer por mí,
Pues ocasion no teneis
De no ser amigos.

FEBO.
Mal
Sabes lo que es querer bien,
Pues dices que no tenemos
Ocasion para no ser
Amigos los dos, amando
Los dos un mismo desden.

SILVIO.
¿Cómo es posible que sea
Un hombre amigo de quien
Quiere lo que él quiere, siendo
Ira los celos?

ANTEO.
Aunqué
Entiendo poco del duelo
De amor, á mi parecer,
Cuando igualmente los dos
Aborrecidos os veis,
Y ninguno es preferido,
Podeis ser amigos, pues
Lo que al sentimiento obliga
En cualquier amante, es
Que la esperanza ó favor
Que yo pierdo, gane aquel.
Mas sin favor ni esperanza
El uno y otro, es querer
Estirar el duelo á mas
De lo que manda la ley.

FEBO.
Esa es bastante razon
Para no reñir con él;
Mas no para ser su amigo.

SILVIO.
Febo ha respondido bien;
Que una cosa es amistad
Y otra es competencia.

ANTEO.
Pues
En aquesa diferencia,
Yo me contento con que
Enemigos no seais,
Si amigos no quereis ser.

FEBO.
Deso la palabra doy
A mi pesar.

SILVIO.
Yo tambien.
Pero advierte que se queda
El mayor disgusto en pié,
Porque yo la doy, Anteo,
En cuanto á Febo, que es
Igual conmigo en mis penas,
No en cuanto á Narciso, pues
Si Eco le quiere, yo tengo
De vengarme de ella en él.

FEBO.
Yo, no porque ella le adore,
Pues dicha y no culpa es;
Porque él la desdeñe, sí;
Que yo no tengo de ver
Que ninguno trate mal
A lo que yo quiero bien.

ANTEO.
Antes de hablar á los dos,
Con ese zagal hablé,
Y me ofreció de estorbar
Las ocasiones en que
Disgustar á alguno pueda
En despreciar ni en querer.
Y puesto que en esta parte
Estáis compuestos los tres,
Ved que queda sobre mí
Vuestra competencia, y ved
Que el que la rompa, conmigo
Habrá de reñir despues. (*Vase.*)

SILVIO.
¿Quién llegó á mayor desdicha,
Que el galan que llegó á ver
Cara á cara un desengaño...

FEBO.
¿Quién llegó á mas dicha, quién,

Que el amante que llegó
Un desengaño á tener...

SILVIO.

Pues cuanto vivió engañado,
Vivió contento, porqué
Una cosa es ignorar,
Y otra cosa es padecer?

FEBO.

Pues cuanto engañado amó,
Fué desdichado, porqué
No hay mal como el que encubierto
Mata, sin saberse dél?

SILVIO.

¡Oh quién engañado amara
Toda su vida...

FEBO.

¡Oh quién
Hubiera este desengaño
Tenido ántes...

SILVIO.

Para que
Nunca sintiera el dolor!

FEBO.

Para que siempre el cruel
Dolor hubiera sentido!

SILVIO.

Que en un amor...

FEBO.

Una fe...

SILVIO.

No hay cosa como ignorar!

FEBO.

No hay cosa como saber!

Sale ECO.

ECO. (*Ap.*)

Silvio y Febo están aquí.
¡Cuánto siento que otra vez
Su cansada competencia
A escuchar he de volver!

FEBO. (*Ap.*)

Eco es la que ven mis ojos.

SILVIO. (*Ap.*)

Eco la que miro es.

FEBO. (*Ap.*)

Dadme valor, sentimientos,
Para dejarla de ver.

SILVIO. (*Ap.*)

Para no llegar á hablarla,
Quejas, esfuerzos haced.

FEBO.

Eco, los dioses te guarden. (*Vase.*)

SILVIO.

Vida los cielos te dén. (*Vase.*)

ECO.

¡Cómo los dos, sin hablarme,
Se van desta suerte? ¿Quién
Creerá que sentí el hallarlos
Aquí, cuando aquí llegué,
Porque temí que me hablaran
En su amor, y que despues
He sentido que se ausenten
Los dos, sin hablarme en él?
Pero ¿qué mucho, qué mucho,
Si en efecto la mujer
Que mas ha olvidado, mas
Ha llegado á aborrecer,
Aun de lo que quiere mal
Le suena la queja bien?
Que es una ceremoniosa
Vanidad verse querer,
Que se desestima ántes,
Y se echa ménos despues.

Salen BATO Y NARCISO.

BATO.

¿Dónde vas?

NARCISO.

A caza al monte
Voy, Bato; que quiero ver
Si con la ausencia mejor
Venzo esta pasion cruel,
Porque á Eco en toda mi vida
Tengo de escuchar ni ver;
Que está en ella mi peligro.

ECO. (*Ap.*)

El viene aquí, ¿qué he de hacer?

NARCISO. (*Ap.*)

Ella está aquí: huyamos ántes
Que llegue á hablarme.

ECO. (*Ap.*)

Mas ¿qué
Lo que he de hacer dudo yo?
Aquí á sentir no llegué
Que se fuesen sin hablarme
Los dos que aborrecí? Pues
Lo que fué veneno en ellos,
Será medicina en él.
Esfuérzate, corazon,
Vence siquiera una vez.)
Narciso.

NARCISO.

¿Qué quieres, Eco?

ECO.

Que vida el cielo te dé.
(*Vase hácia el paño.*)

NARCISO.

¿Cómo sin decirme mas
Te vas?

BATO.

Andando en dos piés.

NARCISO. (*Ap. á él.*)

¿Luego ya no siente, Bato,
Que desengaños la dé,
Pues ella no me da quejas?

BATO.

Paréceme que no.

NARCISO.

¿Quién
Habrá llegado á sentir
Lo que llegó á pretender?

BATO.

Quien pretendió lo que habia
De sentir.

ECO. (*Ap.*)

¿Esto es querer?
Sí; mas por disimular,
Y porque juzgue tambien
Que nada siento, cantando
La desbecha quiero hacer.
Si espanta su mal quien canta,
¿Cómo yo espanto mi bien? (*Vase.*)

NARCISO.

Mas ¿qué importa que se vaya?

BATO.

Nada, si se mira bien.

NARCISO. (*Pégale.*)

Pues no importa sino mucho.

BATO.

Importe...— y la mano ten.

ECO. (*Canta dentro.*)

Si en los que bien quieren
Todo es padecer,
Y no hay dicha alguna
En el bien querer,
¡Fuego de Dios en el querer bien!

NARCISO.

Amen.

BATO.

Amen.
Pero ¿de qué te amohinas?

NARCISO.

De que cante.

BATO.

Dices bien;
Que es el cantar muy mal hecho,
Despreciada una mujer.

NARCISO.

Huyamos, Bato, de aquí;
Que si la escucho otra vez,
Tras sí me llevará.

BATO.

Dices
Lindamente: al monte ven.

ECO. (*Dentro.*)

¡Fuego de Dios en el querer bien!

NARCISO.

Amen.

BATO.

Amen.

NARCISO.

Detente, que aquella voz
Un clarin del amor es,
Que á mi oido mis deseos
Ha tocado á recoger.
Dejarme sin hacer caso
De mí, tan fiera y cruel,
Cantar tan alegre y libre,
Fuerza es que lo sienta. Ven
Conmigo, que de mis quejas
Testigo te quiero hacer.

BATO.

Pues ¿dónde hemos de ir?

NARCISO.

Tras ella.

BATO.

¿Qué te obliga ahora?

NARCISO.

No sé,
Pero estando triste yo,
Al ver que ella alegre esté,
Porque canta la siguiera,
Cuando no cantara bien.—
Eco hermosa, espera, escucha...

Al entrarse, sale LIRIOPE *y le detiene.*

LIRIOPE.

La voz y el paso deten,
Narciso.

NARCISO.

¿Cómo es posible,
Cuando decir escuché?..
(*Eco dentro y Narciso fuera repiten.*)

LOS DOS.

Si en los que bien quieren
Todo es padecer,
Y no hay dicha alguna
En el bien querer,
¡Fuego de Dios en el querer bien!
¡Amen, amen!

LIRIOPE.

¿Es posible que, sabiendo
Que está en ese azul dosel
Escrito con plumas de oro
Y letras de rosicler
El influjo de tus hados
Que te amenaza cruel,
Sus hojas quieras abrir,
Y sus capítulos leer?
¿No sabes que esa hermosura

Y esa voz alguna vez
A declararse empezaron
Contra ti, cuando á los piés
De dos celosos amantes
Te llegaste á defender
Del un peligro en el otro?
Pues allí el aviso cré,
Agradeciendo á los cielos
Que tan de tu parte estén,
Que escuches la voz del trueno
Antes que el rayo te dé.

NARCISO.

Yo te confieso que es justo
El recelar y el temer;
Pero vencerse á sí mismo,
Di, ¿quién ha podido?

LIRÍOPE.

Quien,
Antevisto el daño, huye.

NARCISO.

Pues si eso basta, yo huiré.
Al monte me voy á caza,
Y al valle no he de volver
Hasta que vuelva olvidado
De esta tan dudosa fe,
Que un dia todo es amar,
Y otro dia aborrecer.
Y así, ya en otro sentido,
Diciendo con ella iré...

ÉL Y ECO. (*Dentro.*)

Si en los que bien quieren
Todo es padecer, etc.

(*Vase Narciso.*)

LIRÍOPE.

Aun hasta en eso hoy el cielo
Te da el aviso mas fiel,
Pues aborrecer y amar
Destino es tuyo tambien. —
Ve con él, Bato.

BATO.

Ya voy;
Mas mala comision es
La de andarse tras de un amo
Que pesar da y quiere bien. (*Vase.*)

LIRÍOPE.

Cielos, ya está declarada
La suerte, y pues ya llegué
Del peligro de Narciso
La causa á reconocer,
¿De qué, si no la remedio,
Me habrá servido, de qué,
Cuanto aprendí de Tiresias,
Cuanto leí y estudié
En aquella soledad?
Aprovechémonos pues
Del saber; que no aplicado,
De nada sirve el saber.
De Eco en la voz y hermosura
Sus dos peligros se ven:
Pues destruyamos el uno,
Para que quede despues
El otro imperfecto. Yo
Entre las cosas que sé
De la gran naturaleza,
Sé un veneno, el mas cruel
Que produjo la abundancia
De su infinito poder.
Este entorpece la lengua
De tal manera, que aquel
A quien se le da, incapaz
Queda del habla, porqué
De las razones no usa,
Sin pronunciar ni aprender,
Sino solo lo que oye,
Y aun eso la última vez.
Este pues tan poderoso,
Torpe veneno; este pues,
Parto del opio y beleño,
Letargo de Eco ha de ser.
Tan eficazmente hiere,
Que no será menester
Que le beba; que le pise
Bastará, para correr
Brevemente al corazon
Por el contacto del pié.
Confeccionado le tengo,
Y al paso se le pondré
De aquella senda que pisa.
Muera de Eco la voz, pues
La voz de Eco es la que pudo
Tanto á Narciso mover;
Que pues conseguir no pude
Criarle sin ver mujer,
De otra suerte he de guardarle.
Y si esto no basta á hacer
El efecto que deseo,
De la tierra dejaré
Los secretos producidos,
Y hasta ese claro dosel
De los cielos mis portentos
Subirán: desclavaré
De su epiciclo los astros,
Y esa gran caterva fiel
De estrellas y de luceros
Perderá su rosicler.
La faz manchаré á la luna,
Turbaréle al sol la tez,
Y titubeando del cielo,
Desde un ej hasta otro ej,
La gran república hermosa,
Ruina amenazar la haré
Sobre el globo de la tierra:
Tanto, que temiendo esté
Si se cae ó no se cae
A un vaiven y otro vaiven. (*Vase.*)

Salen NARCISO y BATO

BATO.

Sigue aquel corzo que, herido
De una flecha, al viento iguala

NARCISO.

¿Cómo en ave convertido,
Volar hoy con sola una ala
Tan igualmente has podido,
O corzo, y con tan mortal
Herida vuelves la espalda,
Cuando con presteza igual,
Cuanto pisas esmeralda
Lo vas dejando coral?

BATO.

En la espesura se ha entrado,
Para morir desangrado
En aquel arroyo.

NARCISO.

Ve
Tú, remátale, porqué
Yo, rendido y fatigado,
No puedo pasar de aquí.

BATO.

Ni yo, y ahora creí
Que verdad debe de ser...

NARCISO.

Di ¿qué?

BATO.

Que cansa el correr,
Porque me ha cansado á mí.

NARCISO.

Entre aquellas ramas bellas
Un poco estemos, pues ellas
Impiden el arrebol
Del sol, en tanto que al sol
Late el can del cielo estrellas.

BATO.

Dices muy bien: descansemos
Aquí un poco, que el lugar
Convida; y pues que nos vemos
Sin otra cosa en que hablar,
¿De la caza no hablarémos?
¿Hay bobería mayor
Que con este resistero
Seguir un gamo, señor,
Que á la sombra un despensero
Le caza mucho mejor,
Y mas descansado?

NARCISO.

No,
Porque el gusto de matalle
Es lo que aquí se estimó.

BATO.

Que era el gusto, pensé yo,
El cocelle ó empanalle.

NARCISO.

Que es el escucharte, piensa,
De un noble ejercicio ofensa.

BATO.

Tú, que no hay, imagina,
Selva como una cocina,
Bosque como una despensa.

NARCISO.

De la caza la porfía
Deja.

BATO.

¿En qué, si esto te pesa
Hablarás?

NARCISO.

De Eco querria.

BATO.

Pues tambien es caza esa,
Y aun caza de montería.

NARCISO.

¡Que siempre!.. Pero ¿qué ruido
Es este?

BATO.

Que el corzo herido,
De espuma y sangre bañado,
Por esta parte ha tornado.

NARCISO.

Cóbrale tú, que rendido
Yo, no puedo.

BATO.

Yo lo haré,
Señor, y á cobrarle iré,
Como él pagárseme quiera

NARCISO.

Yo á la márgen lisonjera
De este arroyo esperaré.

(*Vase Bato, y descúbrese la fuente.*)

¿Atreveréme á beber
Los cristales de su fuente,
Sin recelar ni temer
Que segunda vez intente
Mis sentidos suspender
Quizá la ninfa que está
En ella? Pero no hará;
Que ofensa no puede ser
Llegar yo en ella á beber,
Si ella brindándome está.
¡Oh qué ignorante nací!
Oh qué necio me crié,
Pues nunca de alguno oí
Si ofensa ó lisonja fué
De las ninfas el que así
Se atrevan á su cristal!
Mas si es deidad lisonjera
Para remediar mi mal,
Forzoso es ser liberal.
O tú, que eres la primera
Ninfa del agua, á quien yo
Sediento á pedir llegué
Alivio y consuelo, no
Te ofendas ahora de que

(*Asómase á la fuente.*)

A tí me atreva.— ¿Quién vió
Jamas igual hermosura
De la que aquí á mirar llego,
Pues su ninfa (¡qué ventura!)
Flechando está vivo fuego
Dentro de la nieve pura?
No sin espanto y recelo
A ver llegan mis temores
En otro mundo de hielo
Otros árboles y flores,
Otros montes y otro cielo.
—Como mis voces oyó,
A responderme salió.—
Bellísimo asombro, á quien
La vida y el alma es bien
Que ya sacrifique yo,
Dime si podré (¡ay de mí!)
En el cristal que tú estás
Guardando, templar aquí
Mi sed. —Ya dice que sí,
Aunque por señas no mas;
Bien que las entienden, fio,
Mi discurso y mi albedrío:
Duda en ellas no se halla,
Pues aunque al hablarla calla
Se rie cuando me rio.
No vi hermosura jamas
Tan divina.— Beberé,
Pues tú licencia me das.
—Cuanto al cristal me acerqué
Tanto ella se acercó mas.
Vestida (¡qué admiracion!)
Como yo está su belleza.
Dos árboles, con razon,
Se visten de una corteza,
Si tienen un corazon.
Beberé pues, pero enojos,
Porque en sus claros despojos
Hallo contrarios agravios:
¿Cómo lo que es en los labios
Hielo, es incendio en los ojos?
Cómo, cuando al agua llego,
En mí tal fuego se fragua?
Cómo (estoy mudo, estoy ciego),
Si al fuego le mata el agua,
Aquí el agua enciende al fuego?
—Desde el punto que te vi,
¡Oh beldad! morirme siento:
Solo viene bien aquí
Aqueste encarecimiento
De «quiérote como á mí»
Puesto que á mí no me quiero
Mas que á tí, pues por tí muero.
¿Por qué no hablas ni respondes?
Pero de la voz que escondes
Segunda ventura infiero,
Porque si mi suerte dura,
En voz y hermosura atroz,
Fin á mi vida procura,
El no tener tú una voz,
Es tener otra hermosura.
¿Quieres darme aquesa mano?
—¡Vive amor, que la acercó!
Hoy altos favores gano.
Mas ¡ay de mí! que es en vano
Que tal bien consiga yo,
Porque al ir (¡hay pena igual!)
A asirla, de amores loco,
Su luz turbó celestial;
Y yo solo el cristal toco,
Y no el alma del cristal.

Quédase divertido en la fuente, y sale ECO.

ECO. (*Sin ver á Narciso.*)

De la compañía del valle,
Que mas que divierte, cansa,
A la soledad del monte
Huyendo vienen mis ansias.
A llorar vengo á esta fuente,
En cuya apacible estancia
Suelen mis melancolías
Divertirse, porque el agua
Instrumento es de los tristes,
Y este en dulce consonancia
Con cuerdas de vidrio hiere
Trastes de oro y lazos de ámbar.
Muchas veces vine aquí
A divertir mis desgracias;
Pero de todas (¡ay cielos!)
Ninguna con mayor causa;
Que inquietamente confusa,
No sé qué siento en el alma,
Que á golpes dentro del pecho
El corazon se me arranca.
Pero... (*Ap.* ¡Qué miro! Narciso
Suspenso en ella con tanta
Atencion está, que creo
Que es ya de la fuente estatua.
A que le he seguido yo
No quiero que se persuada;
Y así, me he de recatar
Entre aquestas verdes ramas.)

NARCISO.

Como tú, hermoso prodigio,
Solo me miras y callas,
Yo no hago mas que mirarte
Y callar; pero esto basta,
Porque como yo te vea,
¿Qué mas dicha?

ECO. (*Ap.*)

¿Con quien habla
Que la está diciendo amores?
¿Los desprecios no bastaban,
Sino los celos tambien?
Mas celos ¿á qué amor faltan?
Acercarme quiero mas;
Que puesto que está de espaldas,
No me verá; que no duda
Mi necia desconfianza
Que de la otra parte esté
Alguna hermosa zagala,
Con quien habla.

NARCISO.

¡Qué divina
Eres, deidad soberana!
Bella me pareció Eco
Antes que á tí te mirara;
Pero despues que te vi,
Aun no es tu sombra.

ECO. (*Ap.*)

¿Qué aguarda
Mi sufrimiento, que ya
A voces no se declara,
Viendo cuán á costa mia
Guarnece las alabanzas
De otra? Pero á nadie veo;
Y pues mi vista no alcanza
Desde aquí, por detras dél
He de procurar mirarla,
Si es que me deja valor
Quien lentamente me mata.

(*Asómase Eco por detras de Narciso á la fuente.*)

NARCISO.

Bella es Eco, pero tú...
¡Ay de mí triste! Al nombrarla,
Al lado de la que adoro
Se puso. ¿Dentro del agua
Eco está? ¿Cómo es posible?
Mas ¡ay de mí! mis desgracias
A sus palacios habrán
Facilitado la entrada,
O sus celos.— No la creas
Lo que en mi ofensa te habla
Al oido, porque en todo
Cuanto te dice, te engaña.

ECO.

No engaña, Narciso.

NARCISO.

¡Cielos!
¿Quién se ha visto en dudas tantas?
¿Cómo, si el cuerpo está allí,
Aquí suena la voz? Rara
Confusion en este caso
Es la que padece el alma.

(*Vuelve á mirar á Eco, y deja la fuente.*)

¿Cómo estás aquí, si estás
En el cristalino alcázar
Desta fuente? ¿A un tiempo mismo
Dos cuerpos tienes? Turbada
Mi vista al verte en dos partes,
Con admiracion se espanta.

ECO.

Escucha.

NARCISO.

Déjame... Pero
En vano mi voz te agravia:
Eco hermosa de mis ojos,
Si me quieres, si me amas,
Si á buscarme al monte vienes,
Muestra tus finezas altas
En decirme cómo entraste
A ese palacio de plata,
Y cómo tan presto dél
Saliste, para que vaya
Yo por donde tú saliste
A ver á la soberana
Deidad de esta fuente.

ECO.

Espera,
Narciso, detente, aguarda;
Que con ser tanta mi pena,
Aun es mayor tu ignorancia.
¿A quién ves en esa fuente?
¿Con quién á esa fuente hablas,
Si cuanto está dentro della
Solo es una sombra falsa,
Que á nuestros ojos ofrece
La reflexion en el agua,
Porque, como es un cristal
Que nuestros cuerpos retrata,
Finge ese objeto á la vista?

NARCISO.

Ya sé, Eco, que me engañas,
Porque disuadirme intentas
De mi amor y mi esperanza.
Yo he visto la ninfa hermosa
Desa fuente, á cuya rara
Perfeccion dió el monte nieve,
El clavel púrpura, y nácar
La rosa, el jazmin candor,
Hermoso arrebol el alba,
El sol mismo trenzas de oro,
Y el cristal manos de plata.
No es sombra fingida, no;
Que ella en su profunda estancia,
Entre otras selvas y cielos,
Otros montes y otras plantas,
Se ha dejado ver de mí.
Llega tú, llega á mirarla,
Que aun aquí está todavía.

ECO.

¡Oh si el dolor me dejara
Aliento con que pudiera
Desengañar tu ignorancia,
Para tomar de una vez
De tu vanidad venganza!
Mas sí dejará; que yo,
A despecho de su saña,
Sabré vencerle. Narciso,
Esa deidad que en el agua
Viste... ¡Qué dudó! No sé
Lo que iba á decir. ¡Extraña

Pena! — Para que prosiga,
Acuérdame tú en qué hablaba.

NARCISO.

En la deidad desa fuente.

ECO.

¡Ah sí! Esa sombra, que vana
Tu fantasía presume
Que es la ninfa que la guarda,
Es... ¿Cómo lo diré yo?
Una... Explicacion me falta...
Lo mismo en que estoy hablando,
Dudo con presteza tanta...
Y no tan solo el concepto,
Pero tambien las palabras.
¿Quién eres tú que aquí estás?

NARCISO.

¿Qué preguntas si me hablas?
Yo soy Narciso.

ECO. (*Repitiendo.*)

Narciso.

NARCISO.

Sí. ¿Qué te espantas?

ECO.

¿Espantas?

NARCISO.

Pues ¿no he de espantarme yo,
Al ver en tí tal mudanza?
¿Qué ibas diciendo?

ECO.

¿Diciendo?

NARCISO.

Sí, no calles nada.

ECO.

Nada.
Pero miento, que mil cosas
Voy á decir, y turbada
La lengua solo pronuncia
Lo que oye.

NARCISO.

¡Confusion rara!
Eco...

ECO.

Eco.

NARCISO.

¿Qué es esto?

ECO.

Esto.

NARCISO.

Sí, ¿qué sientes? Habla.

ECO.

Habla.

NARCISO.

(*Ap.* Sin duda que, como quiso
Ofender la soberana
Deidad desa fuente, ella
Ha tomado esta venganza,
Embargándola la voz.
Ya me da asombro el mirarla.
Della huiré.— Ella me detiene,
Y solo en señas declara
Su dolor. El corazon
Con su misma mano arranca.)
¿Qué es lo que quieres?

ECO.

¿Que quieres?

NARCISO.

¿Tú me detienes y llamas?
Dímelo tú á mí.

ECO.

Tú á mí.

NARCISO.

Suelta.

ECO.

Suelta.

NARCISO.

Basta.

ECO.

Basta.

Sale BATO.

BATO.

No he podido volver ántes,
Porque... Mas no habré hecho falta,
Si tan bien entretenido
Estabas, señor.

NARCISO.

No estaba
Sino mal, porque no sé
Qué es lo que á mi vida pasa.
Habla con Eco: quizá
Podrá aquí ménos turbada
Que conmigo, hablar contigo;
Y estórbala que no vaya
Tras mí; que voy á buscar
Por todas esas montañas
Músicos, que á cantar vengan
A la ninfa soberana
Desa fuente, á quien rendí
El sér, la vida y el alma. (*Vase.*)

BATO.

¿Ya tenemos otra historia?
¿Qué ninfa ó qué calabaza,
Señora, es aquesta?

ECO.

¿Aquesta?

BATO.

Sí.

ECO.

Sí.

BATO.

¡Linda flema gastas!
(*Quiere ir Eco tras Narciso, y Bato la detiene.*)
No le sigas.

ECO.

No le sigas.

BATO.

No le sigas tú y tu alma;
Que yo harto quedo me estoy.
Un instante aguarda.

ECO.

Aguarda.

BATO.

¿Qué es, di, señora?

ECO.

Señora.

BATO.

(*Ap.* ¿Señora yo? Está borracha.)
Dí lo que sientes.

ECO.

Que sientes.

BATO.

Yo no siento nada.

ECO.

Nada.

BATO.

¿Lo que oyes dices? ¿De cuándo
Acá tú eres papagaya?
Notables extremos hace.
Llena de mortales ansias
Se hiere el pecho. El temor
Della ya me aparta.

ECO.

Aparta.
(*Ap.* Por de dentro, hácia mí misma,
Sin articular palabra
Hablar puedo, pues conozco
Que pronunciar bien le falta
Al órgano de mi voz,
Aunque no sé por qué causa.
En mi vida me verán
Humanas gentes la cara.
Huyendo de los poblados
A las ásperas montañas
Iré, y escondida en ellas,
Las mas cóncavas estancias
Viviré triste y confusa,
Repitiendo á cuantos pasan
Ultimos acentos solo.
Asperos montes de Arcadia,
De Arcadia apacibles selvas,
Nobles pastores, zagalas
Hermosas, blancos rebaños,
Verdes troncos, fuentes claras:
Eco, vuestra compañera,
Ya de entre vosotros falta.
No la busqueis, porque oculta
En las ásperas entrañas
De los montes va á vivir,
De Narciso enamorada.
Mas si quereis saber della,
Desde los valles habladla;
Que de responder á todos
Desde aquí doy la palabra,
Llorando con los que lloran,
Cantando con los que cantan.) (*Vase.*)

BATO.

Señores, ¿qué ha sido esto
Que á Eco ha dado, que no habla
Sino solo lo que oye?
¡Oh, quién supiera la causa
Para venderla! porqué
¡Cuántos hombres me pagaran
A peso de oro (si hay oro)
Que sus mujeres y damas,
Por mucho que ellos hablasen,
Ni aun una sola palabra
Hablasen en todo el dia!
Y ¡cuántas mujeres, cuántas
Tambien pagaran la cura,
Porque los hombres no hablaran
Mas de lo que ellas quisieran!

Sale SIRENE.

SIRENE.

Aquí dijeron que estaba
Eco, y á buscarla vengo.

BATO.

(*Ap.* ¡Oh, si hubiera la desgracia
Hoy tenido tan buen gusto,
Que hubiera quitado el habla
Tambien á Sirene!) ¿Qué hay,
Sirene?

SIRENE. (*Ap.*)

¡Oh, cuánto me cansa
Este necio! Hablar no quiero,
Porque me deje y se vaya.

BATO.

¿Pues no me respondes? ¿No?
¿Y por señas? ¿Qué? ¿no hablas?
¡Linda cosa! Albricias, hombres:
Todas las mujeres callan
Desde hoy: peste general
Ha venido por sus hablas.

SIRENE.

¡Malos años para vos!
Que por tardes y mañanas,

Cuanto me venga al calletre,
He de habrar.

BATO.

Ya me espantaba
Yo de que era tan dichoso.

Sale FEBO.

FEBO.

(*Ap.* ¿Dónde me llevan mis ansias
Tras un divino imposible
Sin dicha y sin esperanza?)
Bato.

BATO.

¿Qué hay, Febo?

FEBO.

Por dicha
Entre aquestas intrincadas
Espesuras que tejió
Rústicamente la varia
Naturaleza, que á veces
Es sin el arte mas sabia,
¿Viste á la divina Eco?

BATO.

No vi sino á la Eco humana,
Porque si fuera divina
No padeciera desgracias.

FEBO.

¿Qué desgracias?

BATO.

La mas grande
Que pudo, Febo, á zagala
Alguna suceder.

FEBO.

¿Cómo?
¿Fué alguna fiera tirana
Sangriento horror de su vida?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¿Desas peñas altas
Se ha despeñado?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¿Fué monumento de plata
Suyo el raudal dese rio?

BATO.

Mayor.

FEBO.

¿Mayor que anegada,
Que despeñada y herida?

BATO.

Sí.

FEBO.

¿Qué fué?

BATO.

Faltóle el habla,
Que en mujer es mas que todo.

FEBO.

¡Una y mil veces mal hayas!
Pues ¿ahora me hablas de burlas?

BATO.

Muy de véras ahora hablaba,
Porque sin poder decir
Mas que sola una palabra,
Aquí la vi.

FEBO.

Sus tristezas
Deso habrán sido la causa.

BATO.

Pero no te aflijas mucho:
Tambien Sirene callaba
Ahora, y habló al instante
Mas que cuatro mil urracas;
Y lo mismo será de Eco,
Porque si el hablar es falta
En las hembras, no se pierde
Tan presto una mala maña.

FEBO.

Sin darte crédito, voy
Por este monte á buscarla.
(*Dentro música á lo léjos.*)
¿Pero qué es esto?

SIRENE.

Notable
Ruido de músicas varias
Hácia aquí viene.

FEBO.

No quiero
Tenerme á saber la causa;
Porque cuando lloro yo,
Me afligen mas los que cantan.

SIRENE.

¿A qué propósito hoy
Habrá, Bato, fiesta tanta?

BATO.

En albricias de que calle
Una mujer: ¿qué mas causa?

Sale NARCISO Y LOS MÚSICOS.

NARCISO.

Aquí, amigos, ha de ser
La música; que esta clara
Fuente es la esfera de un sol
Que á su luz de hielo abrasa.
No llegueis hasta que yo
Llegue á la fuente á llamarla;
Porque hasta que ella esté allí
No es bien que música haya.

BATO.

Narciso, ¿qué es esto?

NARCISO.

Ya,
Cuando con Eco quedabas,
De paso ¿no te lo dije?

BATO.

Pues dímelo ahora de estancia.

NARCISO.

A la ninfa desa fuente
Mi pecho rendido ama.
Llegando á beber la vi,
Dióme licencia de amarla
Por señas, porque la voz
No suena dentro del agua.
Una música la traigo,
Bato, para festejarla,
Y voy á ver si está aquí.

BATO.

¡Cuánto de verla me holgara!
Porque aunque he oido decir
Que ninfas y duendes haya,
Ni duende ni ninfa he visto.

NARCISO.

Tente, que podrá enojarla
El que tú llegues á verla,
Y aun podrá ser que no salga.
Déjame llegar á mí,
Y si á mi voz que la llama
Saliere, llegarás tú
Secretamente á miralla.—
Deidad cristalina, á quien
Mi corazon idolatra,
Sal á mis voces.

BATO.

¿Salió?

NARCISO.

Sí. No sabré decir cuánta
Es mi alegría de ver
Que tan presto á mi voz salgas.
Una música te traigo,
Y á saber lo que te agrada,
Te trajera cuantos dones
Producen estas campañas.
¿No agradeces el deseo?
Di que sí... Esa seña basta.

BATO.

¿Podré llegar ya?

NARCISO.

Entre tanto
Que á decir que canten vaya
A los músicos, podrás
Verla, Bato; mas repara
Que llegues tan quedo, que
No te sienta.— Soberana
Belleza, á decir que lleguen
Los músicos voy: aguarda.
—Llega, que ahí queda.

BATO.

Ya llego
Con harto miedo y con harta
Vergüenza; que es la primera
Vez que á fuente llego: tanta
Ha sido la antipatilla
Que he tenido con el agua,
Y fe que he guardado al vino.
(*Mírase en la fuente.*)
¡Qué malditísima cara
De ninfa! La mia no puede
Ser peor ni aun ser tan mala.

NARCISO.

Llegad, desde aquí decid
De mi bien las alabanzas.
¿Hasla visto?

BATO.

Ya la he visto.

NARCISO.

¿No es su belleza extremada?

BATO.

Mucho, señor, si tuviera...

NARCISO.

Prosigue, ¿qué?

BATO.

Hecha la barba,
Porque tiene mas que yo
Debo de tener.

NARCISO.

¡Qué extraña
Es tu simpleza! —Cantad.—
Oye, mi bien, lo que cantan.
(*Cantan, y desde adentro responde Eco.*)

MÚSICOS.

Las glorias de amor...

ECO. (*Dentro.*)

Amor.

MÚSICOS.

Tienen en los celos...

ECO. (*Dentro.*)

Celos.

MÚSICOS.

Libradas las penas...

ECO. (*Dentro.*)

Penas.

MÚSICOS.

Que en el alma siento.

ECO. (*Dentro.*)

Siento.

MÚSICOS.

¡Ay que me muero de celos y amores!
¡Ay que me muero!

ECO. (*Dentro.*)

¡Ay que me muero!

NARCISO.

Oid: ¿qué segunda voz,
Repetida de los vientos,
Duplica vuestros acentos,
Rompiendo el aire veloz?

BATO.

No sé, que admirado yo,
Con harto miedo la oia.

NARCISO.

¿Cómo la letra decia
Que vuestro tono cantó?

MÚSICOS.

Las glorias de amor...

ECO. (*Dentro.*)

Amor.

MÚSICOS.

Tienen en los celos...

ECO. (*Dentro.*)

Celos.

MÚSICOS.

Libradas las penas...

ECO. (*Dentro.*)

Penas.

MÚSICOS.

Que en el alma siento.

ECO. (*Dentro.*)

Siento.

MÚSICOS.

¡Ay que me muero de celos y amores!
¡Ay que me muero!

ECO. (*Dentro.*)

¡Ay que me muero!

NARCISO.

De suerte que repetidos
Desos versos los finales,
Alguien lamenta sus males,
Diciendo en otros sentidos:
«Amor, celos, penas siento.
¡Ay que me muero!»

BATO.

¿Quién será?

SIRENE.

Alguna deidad,
Porque quien deidad no fuera
No hablara sin que se viera.

NARCISO.

Pues segunda vez cantad.
Veamos...

Sale LIRIOPE.

LIRÍOPE.

No canteis mas.
A quién, di, Narciso, en esta
siempre apacible floresta
aquesta música das?

NARCISO.

la mayor hermosura
ue jamas el cielo vió,
n quien de los hados yo
engo mi vida segura;
orque si mi fin atroz
n voz y hermosura están,
quí los cielos me dan
a hermosura sin la voz.

LIRÍOPE. (*Ap.*)

n duda que amar procura
Eco, que es Eco infelice.
a solo lo que oye dice,
está sin voz su hermosura.

NARCISO.

La deidad de aquesta fuente
Es, madre, la que yo adoro:
Dentro della está, y no ignoro
Que agradezcas noblemente
Tan alto empleo.

LIRÍOPE.

Pues ¿cuándo
La deidad viste?

NARCISO.

Al beber
Su cristal, la pude ver
Dentro del agua abrasando,
Y tanto me favorece,
Conociendo el amor mio,
Que se rie si me rio,
Y si lloro se entristece.

LIRÍOPE.

Tu ignorancia te ha tenido,
Por las señas que me has dado,
De tí mismo enamorado.

NARCISO.

¿Cómo eso puede haber sido?

LIRÍOPE.

Llega al cristal, lo verás,
Para que desengañado
Te burles de tu cuidado,
Y no te diviertas mas.

NARCISO.

Llega tú, que ella está aquí.

(*Llega á la fuente Narciso.*)

LIRÍOPE.

¿Estoy en el agua yo
Ahora, Narciso?

NARCISO.

No.

(*Llega ahora Liriope.*)

LIRÍOPE.

Y ahora ¿estoy en ella?

NARCISO.

Sí,
Y equívoco mi deseo,
Extraños discursos fragua,
Cuando en la tierra y el agua
A un mismo tiempo te veo.

LIRÍOPE.

Pues desa misma manera
Que á mí me miras, te ves.
La que juzgas deidad es
Sombra tuya. Considera
Si ha sido tu amor locura,
Pues á sí mismo se amó.

NARCISO.

¡Válgame el cielo! ¿que yo
Tengo tan rara hermosura,
Y que no puedo (¡ay de mí!),
Siendo quien puede tenerla,
Aspirar á merecerla?
¡Cielo! ¿es aquesto así?

ECO. (*Dentro.*)

Sí.

NARCISO.

¿Quién á mi voz respondió?

LIRÍOPE.

Eco, á quien el monte esconde,
Que á cuanto escucha responde.

NARCISO.

¿Y á sí no perdonó?

ECO. (*Dentro.*)

No.

NARCISO.

Pues, Eco, oye. Aunque tú mueras...

ECO. (*Dentro.*)

Mueras...

NARCISO.

Celosa, yo enamorado...

ECO. (*Dentro.*)

Enamorado..

NARCISO.

No me he de acordar de tí.

ECO. (*Dentro.*)

De tí.

NARCISO.

Mas ¡ay cielos! que si aquí
Junto las voces que oí.
¡Oh madre! y las consideras,
En tres voces dijo: «Mueras
Enamorado de tí.»
Y temo que la oiga el cielo.

ECO. (*Dentro.*)

El cielo...

NARCISO.

Pues es fuerza que me dé...

ECO.

Me dé...

NARCISO.

De mí mismo á mí venganza.

ECO.

Venganza.

NARCISO.

Y mas ahora que alcanza
A ver mi desconfianza,
Que lo último repitiendo
De mi acento, está diciendo:
«El cielo me dé venganza.»
— Esta imposible hermosura...

ECO. (*Dentro.*)

Hermosura...

NARCISO.

Y aquella hermosura y voz...

ECO. (*Dentro.*)

Y voz...

NARCISO.

A un mismo tiempo me han muerto.

ECO. (*Dentro.*)

Me han muerto.

NARCISO.

Pues tan claramente advierto
Que oráculo del desierto,
Cuando á mis penas compite,
Eco conmigo repite:
«Hermosura y voz me han muerto;»
¡Ay de mí infeliz, que muero!

ECO. (*Dentro.*)

Muero...

NARCISO.

Y mi misma sombra amando...

ECO. (*Dentro.*)

Amando...

NARCISO.

Una voz aborreciendo...

ECO. (*Dentro.*)

Aborreciendo.

NARCISO.

Con que se está averiguando
Que el hado va ejecutando
Sus amenazas. Huir quiero
De mí mismo, pues ya «muero
Aborreciendo y amando.» (*Vase.*)

LIRÍOPE.

Oye, Narciso, detente.

BATO.

Al monte se ha entrado huyendo

LIRÍOPE.

¡Oh qué en vano los mortales
Quieren entender al cielo!

Todos los medios que puse
Para estorbar los empeños
Hoy de su destino, han sido
Facilitarlos mas presto ;
Pues la voz de Eco le aflige ,
Y por venir della huyendo ,
Muerte le da su hermosura :
Con que ya cumplido veo
Que hermosura y voz le matan ,
Amando y aborreciendo.

Salen FEBO Y SILVIO.

FEBO.

Asombro de aquestos valles...

SILVIO.

De aquestos montes portento...

FEBO.

Que habiendo fiera venido...

SILVIO.

A tu principio te has vuelto...

FEBO.

¿Qué hechizo á Eco la has dado...

SILVIO.

¿Qué tósigo, qué veneno...

FEBO.

Que huyendo las gentes, muere...

SILVIO.

Loca por esos desiertos?

LIRÍOPE.

¡Qué tósigo ni qué hechizo,
Ni qué veneno mas fiero
Que su proprio amor! El es,
Zagales, el que la ha muerto.

FEBO.

Mientes, que tus magias ciencias...

SILVIO.

Con sus nocivos alientos...

LOS DOS.

Juicio y vida la han quitado.

LIRÍOPE.

Si ellas bastaran á eso,
Bastaran á que á Narciso
No le pasara lo mesmo :
Y pues él muere á otro amor
No ménos extraño, es cierto
Que no ha sido efecto mio.

FEBO.

Si ha sido, pues ese efecto
Es venganza de los dioses ,
Que en él tus atrevimientos
Han castigado.

SILVIO.

Y yo en tí
A ella he de vengar y á ellos.

FEBO.

Primero de mis rigores
Será despojo.

Al acometerla los dos, sale ANTEO , *y los detiene.*

ANTEO.

Tenéos,
Que corre á cuenta esta vida
Del que aquí la trajo.

FEBO.

Anteo,
No la defiendas, pues ves
Las razones que tenemos.

SILVIO.

Y porque mejor lo digas ,
Vuelve á ver furiosa á Eco ,
Cómo, buscando las grutas ,
Va de los montes huyendo.

LIRÍOPE.

Vuelve tambien, para ver
La poca culpa que tengo ,
No ménos loco á Narciso.

Sale ECO, *furiosa.*

ECO. (*Para sí.*)

¿Dónde ocultarme pretendo ,
De mí misma aborrecida ,
Si á mí conmigo me llevo?

Sale NARCISO

NARCISO.

De mí mismo enamorado ,
A verme en la fuente vuelvo.

ANTEO.

Si fueran suyos, no fueran
Iguales los sentimientos.

FEBO.

Ya que defiendes su vida ,
Verás que yo otra defiendo;
Pues lo noble de mi amor,
A la salud acudiendo
De Eco, intentaré curarla.

SILVIO.

Lo altivo, sañudo y fiero
Del mio, mas que á su cura,
A su venganza resuelto ,
La muerte dará á quien fué
La causa de sus despechos.

LIRÍOPE. (*Ap.*)

¿Para cuándo son, fortuna,
De mi magia los efectos?
Perturbe de sus acciones
El encanto los intentos.

FEBO.

Bella Eco...

SILVIO. (*A Narciso*)

Infeliz jóven...

FEBO.

Darte la vida pretendo.

SILVIO.

Y darte la muerte yo.

ECO. (*Para sí, ó por señas.*)

¿Para qué, si la aborrezco?

NARCISO.

Tarde llegas, puesto que
Ya mis desdichas me han muerto.

ECO. (*Para sí, ó por señas.*)

Y para que no lo logres ,
Desesperada á ese centro
Me he de arrojar.

NARCISO.

Y porqué
Nunca sea tu trofeo ,
Me despeñaré á esas ondas.

FEBO.

Ven conmigo.

ECO. (*Para sí, ó por señas.*)

Es vano intento...

SILVIO.

Muere á mi acero.

NARCISO.

Es en vano...

LIRÍOPE.

¿Qué aguardan los elementos?

ECO.

Que yo, de mí aborrecida ,
De mí en mí vengarme intento.

NARCISO.

Que yo, de mí enamorado,
Moriré de mi amor mesmo.

FEBO.

Detendréte yo.

SILVIO.

Daréte
Yo la muerte.

(*Teniendo Febo asida á Eco, y Silvio á Narciso , vuela Eco á lo alto , y cae muerto Narciso en el tablado. Suena ruido de terremoto , oscurécese el teatro, y en cesando, sale de la tierra una flor que imite á la del narciso, y oculte el cuerpo que cayó en el tablado.*)

TODOS.

Mas ¿qué es esto?

ANTEO.

Que el sol empañando el dia
En pardas sombras se ha vuelto.

SILVIO.

¡Qué asombro!

FEBO.

¡Qué maravilla!

LIRÍOPE.

¡Qué prodigio!

ANTEO.

¡Qué portento!

TODOS.

¿Qué ha sido esto?

FEBO.

Que Eco en aire
Entre mis brazos se ha vuelto.

SILVIO.

Y Narciso en sus cristales,
Antes que á mi saña, ha muerto.

TODOS.

En cuyas obsequias hacen
Cielo y tierra sentimiento.

(*Aclárase el teatro*, *y aparece la flor.*)

LIRÍOPE.

Cumplió el hado su amenaza,
Valiéndose de los medios
Que para estorbarlo puse :
Pues ruina de entrambos fuéron
Una voz y una hermosura ,
Aire y flor entrambos siendo.

BATO.

¡Y habrá bobos que lo crean!
Mas sea cierto ó no sea cierto,
Tal cual la fábula es
Esta de *Narciso y Eco*,
Perdonad las muchas faltas
Del que, á vuestras plantas puesto,
Siempre acuerda la disculpa
De que yerra obedeciendo.

AGRADECER Y NO AMAR.

PERSONAS.

LAURENCIO, *galan*.	FABIO, *viejo*.	FLORA, *dama*.
EL PRINCIPE DE URSINO.	FLERIDA, *princesa*.	DAMAS.
LISARDO, *galan*.	LISIDA, *dama*.	MÚSICOS.
ROBERTO, *gracioso*.	ISMENIA, *dama*.	CRIADOS.

La escena es en Bisiniano.

JORNADA PRIMERA.

Selva y peñascos.

ESCENA PRIMERA.

FLERIDA, LISIDA, ISMENIA, FLORA Y DAMAS, *de caza*.

FLÉRIDA.

Corred todas al castillo,
Antes que alcanzarnos pueda
Ese hombre que nos sigue.

ISMENIA.

Mal podrémos, porque llega
Ya á nosotras.

FLORA.

De sus plantas
El ruido se oye.

ISMENIA.

Y tan cerca,
Señora, que viene ya
Pisando las sombras nuestras.

FLORA.

Si te embaraza que llegue,
Permite que la escopeta
Ponga al rostro; que yo haré
Que á su pesar se detenga.

FLÉRIDA.

Tente, que aunque recatarme
Quiero, no quiero que sea
Tan á toda costa; y pues
Tú, Lísida hermosa, es fuerza
Que, por mas recienvenida,
Ménos conocida seas,
Quédate en aquese paso
A decirle que se vuelva;
Y de no hacerlo, podrás,
Determinada y resuelta,
Tirarle entónces; porqué,
Alcanzándome, no sepa
Que soy yo la que ver pudo
Tan descuidada en la selva.

LÍSIDA.

Pues retírate, y á mí
Ese cuidado me deja;
Que yo haré que no te siga.
(*Vanse todas, ménos Lísida.*)

ESCENA II.

LAURENCIO. — LISIDA.

LAURENCIO.

Esperad, deidades bellas,
Que aunque monstruo de fortuna,
No lo soy tanto que pueda
Poneros temor.

LÍSIDA.

Detente,
Oh tú, quien quiera que seas,
Pues mas por hombre que monstruo
Nuestro temor acrecientas,
Y advierte que á un paso mas
Que dés, ó á la mas pequeña
Réplica que hagas, dará
Este arcabuz la respuesta. —
Mas ¡ay infeliz! ¡qué miro!

LAURENCIO.

Aunque la rara extrañeza
De hallarte en esta montaña,
¡Oh ingrata, oh aleve, oh fiera
Enemiga de mi vida!
Darme admiracion pudiera,
Me la ha quitado el hallarte
Tanto á mi muerte dispuesta;
Porque al ver que contra mí
Fuego vibras, rayos flechas,
Excuso fácil la duda,
Y nada al discurso dejas
De cómo vengas aquí,
Puesto que á matarme vengas.
Y así, sin saber la causa
De tu venida á estas selvas,
La de la guarda que haces,
Ni la del rigor que ostentas,
Me volveré; que no quiero
Saber mas de que tú seas
La que defiendes el paso,
Para que yo atras le vuelva;
No tanto por el temor
Del fuego que dentro encierra
Ese monstruo escandaloso
De acero, pólvora y piedra,
Cuanto por el que tu pecho
Más traidoramente engendra,
Que de pasadas traiciones
Es mina, es volcan, es Etna.

LÍSIDA.

¡Oh quién de tantos engaños
Como padeces, pudiera,
Laurencio, desengañarte!
Y ¡oh quién de tantas diversas
Fortunas como por tí
Quiere el cielo que padezca,
Pudiera informarte! Pero
Ya que no es ocasion esta,
Fío que me la ha de dar
Algun dia, porque veas
Cuán erradamente acusas
De mudanza á la firmeza,
De traicion á la lealtad,
Y á la obligacion de ofensa.

LAURENCIO.

Aunque con nuevos empeños
Satisfacerme pudieras,
Tarde podrás.

LÍSIDA.

No lo dudo,
Pues aunque al instante fuera,
Fuera tarde para mí;
Y mas viendo que ahora es fuerza
Dejar para otra ocasion
Desmentidas las sospechas
De verme hablando contigo.
Aquí, Laurencio, te queda:
No me sigas... y de paso
Te pido solo que adviertas,
Viéndome en esta montaña
A ajeno dueño sujeta,
Desterrada de mi patria,
Todo por tí, cuáles sean
Las lágrimas que me debes,
Los suspiros que me cuestas. (*Vase.*)

ESCENA III.

LAURENCIO.

¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Tan contrarias, tan diversas
Mi imaginacion combaten
Y mi entendimiento cercan!
¡Quién creyera (¡una y mil veces
Infelice!), ¿quién creyera,
Que la causa que me tiene
Entre esas incultas peñas,
Cortesano de sus riscos,
Compañero de sus sierras,
Mísero, pobre y rendido,
Viniese á encontrar en ellas?
Mas ¿dónde vive ignorado
Un infeliz, que no venga
Siempre su pena tras dél,
Como arrastrada y por fuerza?
¿Quién creyera?...

ESCENA IV.

ROBERTO. — LAURENCIO.

ROBERTO. (*Dentro.*)

¡Hola, Laurencio!
¿A quién digo?

LAURENCIO.

Voz es esta
De Roberto: ya le estimo...

ROBERTO. (*Dentro.*)

¡Hola, aho!

LAURENCIO.

Que á tiempo venga
Que me haga compañía;
Porque no hay cosa que tema
Tanto aquí, como á mí mismo.

ROBERTO. (*Dentro.*)

Laurencio.

LAURENCIO. (*En alta voz.*)

Roberto, llega
Hácia aquesta parte.

ROBERTO. (*Dentro.*)

¿Dónde
Es *hácia?* Porque no encuentran
Mis plantas *hácia*, señor,
Que hácia donde caer no sea.

(*Aparece Roberto en lo alto.*)

LAURENCIO.

¿Dónde estás?

ROBERTO.

Sobre la cima
De aquesta pelada peña,
Tan sin mechon, que no tiene
Donde otro mechon se tenga.

LAURENCIO.

¿Quién te subió allá?

ROBERTO.

El demonio,
Que ha dado en esta flaqueza
De andar subiendo á menguados.

LAURENCIO.

Baja presto.

ROBERTO.

Cosa es esa,
Que con dejarme caer,
La haré con mas diligencia.

LAURENCIO.

¿Qué buscabas allá?

ROBERTO.

A tí.

LAURENCIO.

¿A mí en la cumbre?

ROBERTO.

Como era
Necedad subir acá,
Presumí que tú la hicieras;
Y así, en tu busca, señor,
Saltando de peña en peña,
Me he hecho tantos cardenales,
Que todo soy eminencias.

LAURENCIO.

Baja pues, que hácia esta parte
Está del risco la senda.

ROBERTO.

¿Mas que se muda hácia esotra,
Si voy á buscarla á esta?
Mas no podrá, ya la hallé.

LAURENCIO.

¿Y para bajar te sientas?

ROBERTO.

¿No es mejor que lo mullido
Lo pague, que piés y piernas,
Que son frágiles canillas?
¡Dios vaya conmigo!—¡Ah! pesia,
El primero que inventó (*Rueda.*)
Andar por montes y selvas,
Tras un conejo arrastrados,
Donde el primero no espera;
Y si se yerra al segundo,
Al tercero no se acierta;
El cuarto se escapa herido
Por estar la boca cerca;
El quinto salta á la cumbre;
Muerto el sexto, no se encuentra
Entre las matas; y al fin,
Uno que se cobra, cuesta
De pólvora y municion,
Aun mas que si un hombre fuera
En secreto natural
A comprarlo á una despensa.

LAURENCIO.

No digas mal de la caza,
Roberto, puesto que ella
En estas montañas es
La que á los dos nos sustenta.

ROBERTO.

Pues ya que no he de decirlo,
Sepamos, señor, si es esa
Liga la caza de hoy,
Porque no veo que tengas
Otra ninguna.

LAURENCIO.

Esta ha sido,
Roberto, toda la presa
Que hoy he cazado.

ROBERTO.

Pues vamos
A hacer un gigote della;
Que será linda comida
Liga montés, y mas esta,
Que aunque está muerta de hoy,
Estará manida y tierna.

LAURENCIO.

No hables, Roberto, de burlas.

ROBERTO.

¿Qué tienes que en tu tristeza,
Bien que continua, parece
Que hay novedad?

LAURENCIO.

Y tan nueva,
Que casi en lo inverosímil
Toca.

ROBERTO.

¿Cómo?

LAURENCIO.

¡Qué dijeras
Si hubiera visto, Roberto,
A Lísida en estas selvas?

ROBERTO.

Dijera que la habias visto;
Mas dijera tambien que era
Ilusion de tu deseo,
Y que él te la representa.

LAURENCIO.

Pues dijeras mal, porqué
Ni mi deseo la engendra,
Ni fuera posible, cuando
Su traicion y mi tragedia
Han podido hacer que mas
Que la quise, la aborrezca.
La verdad es que la vi
Y la hablé.

ROBERTO.

Pues ¿qué deshecha
Fortuna nos la ha arrojado
En esta inculta maleza,
Donde ignorados vivimos
Al abrigo de una aldea,
Que fué el último caudal
De tanta perdida hacienda
Como te cuesta su amor,
Pretendiendo que no sepan
Tus enemigos de tí,
Llenos de tanta miseria,
Desnudez y hambre?

LAURENCIO.

No sé.

ROBERTO.

Pues ¿no dices que con ella
Hablaste?

LAURENCIO.

Sí.

ROBERTO.

Pues ¿qué hablaste?

LAURENCIO.

Escucha, que aun hay que sepas
Otra mayor novedad,

ROBERTO.

Mucho hará, si es mayor que esta.

LAURENCIO.

Salí, como ya viste, esta mañana,
Cuando entre nubes de carmin y grana,
De arreboles el sol al prado viste:
Ni digo solo, ni encarezco triste.
Pues ni triste ni solo el monte sigo,
Supuesto que mi pena va conmigo,
Y supuesto tambien que mi tristeza
Ya no es pasion, sino naturaleza.
Salí pues, procurando
De la tierra cobrar, cobrar del viento
El preciso alimento
A que los dos se hipotecaron, cuando
Para el hombre poblando
Dios sus esferas graves,
Vistió de piel y pluma fieras y aves:
A cuya providencia,
Ni red, ni lazo, ni abrasada fuerza
Que hace al ave que el giro veloz tuerza,
Al pájaro hizo injuria,
Al mísero animal hizo violencia,
Puesto que á su obediencia
Obligados nacieron...
Bien que en matarlos no piadosos fuéron
Los que solo por gusto
Roban de sus adornos tierra y viento,
Y como yo no tienen por sustento
La crueldad de ejercicio tan robusto.

ROBERTO.

Prosigue; que no es justo
Pararte ahora á hacer moralidades;
Puesto que en estas verdes soledades
A las fieras que dices parecemos,
Porque, si no matamos, no comemos.

LAURENCIO.

Digo pues (ó crueldad ó piedad sea
Lo que hoy á hacer me obliga
Al gusto de otros mísera fatiga),
Que de esa pobre aldea
Salí, sin dar un paso
Que en cuidado el descuido ó el acaso
Contra mí no volviese,
Sin que un tan solo lance me saliese,
En que la suerte mia
Sanear pudiese su malicia al dia;
Y viendo que ya en todo,
Miéntras que busco el modo,
Ese golfo de luces igual baña
La cumbre y la cabaña
Pues igualmente todo lo divisa,
Cuando el hombre su misma sombra pi[sa
Del calor fatigado,
Al cansancio rendido,
Oyendo el blando ruido
Dese veloz cristal que despeñado
Del monte al valle en él alivio espera
Buscando alguna sombra en su ribera
Llegué á un espacio ameno,
De varias flores á bordados lleno.
Aquí, templando al sol la saña ardiente,
Al márgen me senté de su corriente:
En ella divertia varios casos
De mis desdichas y de mis fracasos,
Cuando en el agua veo,
Que ladron de cristal, para trofeo
Del mar, adonde ya llegar pensaba,
Este cendal robado se llevaba.
A poca diligencia
Que hice, cortando dos pequeñas ramas,
A costa de pisar ovas y lamas,
La presa le quité sin resistencia;
Y haciendo consecuencia, [que á
Que hasta su dueño espacio habria pe
Agua arriba buscando fui su dueño,

No en vano persuadido
A que hallarle, ó patente ó escondido,
Dicha sería, pues iba
Un infeliz buscándole agua arriba.
Recatado en efeto,
Ladron ya del ladron, pude secreto
Llegar donde un remanso
Del fatigado arroyo era descanso,
Como que en él sediento
Paraba solo hasta tomar aliento.
Adelante pasara,
Si, rémora vocal, no me parara
Aquí, Roberto, un mal distinto acento,
Que siempre adelgazándose en el viento,
Débil trajo á mi oido,
Sin palabra la voz, sin voz el ruido.
Suspenso estuve un rato,
Remitiendo las dudas al recato;
Poco á poco fuí entrando á la espesura,
Adonde natural arquitectura
Del abril habia hecho en breve espacio
La fábrica de un rústico palacio,
Cuya alfombra de rosas y claveles,
Cuyo dosel de sauces y laureles,
Daban con el dosel y con la alfombra
A una y otra beldad albergue y sombra.
Paréme, suspendido
Ya de la vista mas que del oido;
Y haciendo celosía
La intrincada maraña,
Que á partes la campaña
Tal vez negaba y tal me concedia,
Ya la pudo advertir la industria mia,
Con señas no pequeñas,
Templo de Vénus, puesto que sus peñas
Adornaban por una y otra parte,
Entre galas de amor triunfos de Marte:
Mirando allí esparcidos
Por las yerbas riquísimos vestidos,
Y aquí colgados luego
Por las ramas tambien rayos de fuego,
Mostrando así que Amor en viendo en
[tierra
Las banderas de paz, deja la guerra.
Estaban pues deste apacible seno
En lo mas retirado y mas sereno,
Tropas de ninfas bellas,
De cuyo humano cielo eran estrellas
Las mas vistosas flores,
Y en medio el mismo Amor muerto de
Deidad era, asistida [amores.
De aquel festivo coro,
En cotilla y enaguas; que no ignoro
Salir del baño, pues ni bien vestida
Ni bien desnuda, daba
A entender que de nuevo se adornaba.
¡Mal haya mi fortuna,
Que una dicha, que solo tuve, una,
Hubo de ser llegando tarde! Pero
A buen tiempo llegué, si considero
Cuánto el recato vive escrupuloso:
No á lo lascivo, vamos á lo hermoso.
Suelto tenia el cabello,
Cuyas ondeadas hebras,
Golfos fingiendo de erizadas quiebras,
Inundaban la nieve de su cuello. [llo
Perdone el sol, que no es el sol mas be-
Cuando los ampos de las cumbres dora,
Dejando en una peña y otra peña
Desmelenar la mal peinada greña,
Que á media luz le destrenzó la aurora;
Bien que al reves su efecto se colige.
¿Dije al reves? Pues oye, que bien dije,
Porque si él sobre nieve
Madejas de oro á desplegar se atreve,
Ella con mas decoro
Esparce nieve en sus madejas de oro,
Cayendo encima á tanto hielo ufano
Un copo y otro en una y otra mano.
Él, por no verse á leyes reducido,
Medio enredado, resistió esparcido,
Como quien dice que es contrario duelo,
Dando los rayos libertad al cielo,
Que con nuevos desmayos
El cielo ponga en su prision los rayos.
Nácar y plata era
La hermosa primavera
De un guardapié, que al monte convenia,
Pues un átomo apénas descubria
Al prado ni al deseo;
Si bien, que nada recataba, creo,
Pues el pié era de modo,
Que en el átomo solo estaba todo.
A este instante cegué, porque á este ins-
Una de aquellas damas, prevenida [tante
Azul enagua, á líneas guarnecida,
Se me puso al echársela delante.
¿Cuándo al sol eclipsó nube volante?
¡Mal hubiese el deseo
De no perder de vista la hermosura,
Pues por mudar lugar, mudé ventura,
Ramas moviendo: á cuyo ruido veo
Que todas asustadas,
Confusas y turbadas,
Como si un monstruo vieran, recogieron
Armas y adornos, y á mi vista huyeron
Por una oculta senda tan veloces,
Que no digo mis plantas, mas mis voces
Alcanzarlas en vano pretendieron.
Con todo, las siguieron
Hasta lo estrecho dese inculto paso,
Donde ahora empieza mi segundo acaso.
En él pues, la asustada
Escuadra fugitiva,
Confusa y alterada,
Que por los montes deshilada iba,
Para segura hacer su retirada
Dejó de posta una beldad, que armada
Con su denuedo daba al sol asombro,
Teniendo, porque el paso me resista
(Bien que á no ser quien era, fuera en va-
[no)
La coz del arcabuz pegada al hombro,
Calado el can, los puntos en la vista,
Y en el disparador puesta la mano.
¿Quién rigor tan tirano,
Quién defensa tan fiera,
Pudiera ser, que Lísida no fuera?
Conocida, no tanto
En rostro y voz como en accion y espan-
Ni sé lo que la dije, [to,
Ni sé lo que me dijo;
Solo sé que colijo
De uno y otro la pena que me aflige,
Por saber quién es esta deidad bella,
Sin saber que esté Lísida con ella;
Pues cuanto aquí el deseo
Me anima á averiguallo,
Tanto este susto veo
Que me acobarda: en cuya accion me
Obligado á saberlo y á dudallo, [hallo
Siendo así que en andar Lísida en ello,
No quisiera dudarlo ni sabello.

ROBERTO.

De las dos dudas, señor,
Que por extrañas me cuentas,
Para mí no lo es mas de una.

LAURENCIO.

¿Cómo?

ROBERTO.

Como sé quién sea
Esta beldad que encareces.

LAURENCIO.

Pues ¿quién es?

ROBERTO.

Flérida bella,
Princesa de Bisiniano,
Que en aquesta fortaleza,
Retirada de la corte,
Por gusto ó por conveniencia
Vive, hasta tomar estado.

LAURENCIO.

Que vive aquí, mal pudiera
Yo ignorarlo; pero deso
No se infiere que sea ella.

ROBERTO.

¿Va que sí? Pues ¿quién querias
Que tan servida estuviera
De las damas?

LAURENCIO.

Otra dama;
Que darla un vestido no era
Accion tan rendida, que
Una amiga no pudiera
Haberlo hecho: y es sin duda,
Que á estar allí la Princesa,
Habria guardas á lo largo
Y guardas al coto puestas.

ROBERTO.

El acaso muchas veces
Sin prevencion... (*Vanse.*)

—

Vista exterior del palacio de Flérida.

ESCENA V.

LAURENCIO, ROBERTO; *y despues* FLERIDA, LISIDA Y DAMAS.

ROBERTO.

Mas espera,
Que divertidos llegamos
De su palacio á las puertas.
(*Salen al balcon Flérida, Lísida y otras damas.*)

LAURENCIO.

Y están en el mirador
Algunas damas.

ROBERTO.

Y entre ellas
Está Lísida.

LAURENCIO.

Tambien
Está entre todas aquella
Que te he dicho.

ROBERTO.

¿Cuál es?

LAURENCIO.

Necio,
¿No lo dice su belleza?

ROBERTO.

Sí dirá, mas yo no lo oigo;
Y es que á mí, como sean hembras,
Todas me parecen unas.

FLÉRIDA.

¿Quién dices, Lísida, que era?

LÍSIDA.

Un humilde cazador,
Que acaso estaba en las selvas.

FLÉRIDA.

Pues ¿á qué fin nos seguia?

LÍSIDA.

(*Ap.* Ocultar quién es, es fuerza.)
A fin, á lo que yo infiero
De verle venir con ella,
De cobrar algun hallazgo
De aquella perdida prenda
Que al vestirte hallamos ménos.

FLÉRIDA.

Pues si ese su intento era,
¿Por qué no la rescataste?

LÍSIDA.

Porque al verme tan resuelta
Decir que tuviese el paso,

Fué su temor de manera,
Que se volvió, sin ponerse
En demandas ni respuestas.

FLÉRIDA.

Presumo que dices bien:
Su pretension sería esa,
Pues allí con otro habla,
Mirando siempre á estas rejas.

LAURENCIO.

Pasa, Roberto, al descuido.

ROBERTO.

Par Dios, ¡con gentil librea
Venimos á hacer terrero!
¿No miras, no consideras
Que es fuerza que las mondongas
Asco de nosotros tengan?

FLÉRIDA.

Pues ya sabemos que es hombre
En quien no caben sospechas,
Llamadle, decid que llegue:
Rescatémosla siquiera
Porque fué mia.

LÍSIDA.

¡Ah del monte!

FLÉRIDA.

¡Cazador!

LAURENCIO.

¿Llaman?

ROBERTO.

Sí.

LAURENCIO.

Llega
Tú, y aun lleva tú la banda,
Porque si reñir intenta
Tomarla y llegar aquí,
En tí se quiebre la ofensa.

ROBERTO.

Como lo que en mí se quiebre
Algun garrote no sea,
Ofensas yo las perdono.
(*Acércase al palacio.*)
¿Qué quereis, deidades bellas?

FLÉRIDA.

¿Quereis feriar esa banda?

ROBERTO.

¿Pues no he de querer, si apénas
Tenemos hoy que comer
Mi camarada y yo?

LAURENCIO. (*Ap. á él.*)

Bestia,
¿Qué dices?

ROBERTO.

¿Pues no es verdad?

FLÉRIDA.

¿Qué es lo que quereis por ella?

ROBERTO.

No me tengais por perdido:
Dejadme que haga la cuenta.
Aquí habrá de tafetan
(¡Y qué bueno es!) vara y media,
Que á siete reales y medio,
Como se compra en la tienda,
Son once ménos cuartillo.
Las puntas, á mi ver, pesan
Dos onzas muy bien pesadas:
A diez y ocho reales nuevas,
Y á cinco traidas (que es como
Cualquier gabacho las merca),
Son diez, y once.... veinte y uno
Ménos cuartillo. Ahora vengan
Catorce reales.

LAURENCIO.

¡Qué loco!

ROBERTO.

Si son muchos, doce sean.

LAURENCIO.

¡Vive Dios!...

ROBERTO.

Pues ¿habrá mas,
De que sean ocho siquiera?
De aquí no bajaré un cuarto...
Y no gano, en mi conciencia,
Que eso me tiene de costa;
Mas quiero hacer feligresas,
Porque vengan á mi casa,
Siempre que algo se les pierda.
¿Hacemos algo en los ocho?

FLÉRIDA.

Gusto me ha dado en la cuenta.
Esperad, que cien escudos
Quiero que os bajen por ella.

ROBERTO.

Cien años estéis, señora,
De un lado en la vida eterna.
¿Cien escudos? ¡Santa liga
Hoy para mí, mas que aquella
Que hicieron contra el Gran Turco
España, Roma y Venecia!
¡Liga que al amor ligara,
Y liga con quien pudiera
Dejarse cazar el fénix
A la liga de su guerra,
Como quien no dice nada!
Haced que bajen por ella;
Que temo que mi fortuna
Pecadora se arrepienta.

FLÉRIDA.

Ya van por ella.

LAURENCIO.

Tened,
Que hay quien impida la feria,
Pues sin licencia del dueño
Siempre es ninguna la venta.

ROBERTO.

Ten, que vale cien escudos:
No tires tan recio della.

FLÉRIDA.

Pues ¿quién es el dueño?

LAURENCIO.

Yo.

FLÉRIDA.

Y vos, ¿qué quereis por ella?

LAURENCIO.

Para mí no hay precio, pues
Cuando Dios sacado hubiera,
No solo un mundo, mil mundos,
Del ejemplar de su idea,
Y el valor de todos solo
A un diamante redujera,
De quien se hiciera una joya,
Que guarnecida de estrellas,
Tuviera al sol por engaste,
Y á mí en precio se me diera,
No fuera bastante precio,
Sino solo el que me cuesta.

FLÉRIDA.

Pues ¿qué os cuesta?

LAURENCIO.

Toda un alma.

FLORA.

Locos de encontrados temas
Son, uno por lo que estima,
Y otro por lo que desprecia.

FLÉRIDA.

¿Toda un alma os cuesta?

LAURENCIO.

Sí,
Y puesto que en buena guerra
Cuando rendidos se hacen,
Unos por otros se truecan;
Yo en la lid de vuestros ojos
Dejé un alma prisionera;
Vos este cendal: y así,
Ya que el canje se concierta,
Si no me volveis el alma,
No es bien que el cendal os vuelva.

FLÉRIDA.

Risa me da de oir conceptos
A un hombre de bajas prendas.

LAURENCIO.

No lo soy tanto, señora,
Que no tenga alguna vuestra.

ROBERTO.

¿Mas que nos matan á palos?
Ya los cien escudos diera
Por uno en que recibirlos.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Que esto, fortuna, á ver venga!

FLÉRIDA.

Loco de no mal capricho,
Para que el serlo os defienda,
Decid si sabeis quién soy.

LAURENCIO.

(*Ap.* Peligrosa es la respuesta.)
No lo sé... Mas... sí lo sé.

FLÉRIDA.

Si y no, ¿cómo se conciertan?

LAURENCIO.

Como si digo que no,
Será culpa muy grosera,
E ignorancia si lo afirmo;
Porque es presuncion muy necia
Ofenderos; y así, es bien
Dejar la duda suspensa.
Allá van un sí y un no:
Tomad vos lo que os parezca.

FLÉRIDA.

Pues tambien yo equivocada
Estoy en la duda mesma,
Porque si pienso que no,
Haré risa la fineza;
Y si pienso que sí, haré
Castigar la desvergüenza.
Y pues entre estos extremos
No hay medio que serlo pueda,
Allá va risa ó castigo,
Tomad vos lo que os parezca.—
Venid, dejad ese loco.
(*Quítanse del balcon Flérida y sus damas*)

LÍSIDA.

¡Ah ingrato, qué mal te vengas!

ESCENA VI.

LAURENCIO, ROBERTO.

LAURENCIO.

¿Quién te dijo que es venganza?

ROBERTO.

¡Hemos hecho buena hacienda!
Cien escudos me has quitado
Como de la faldriquera,
Y aun ciento y uno, pues pierdo
Tambien el de la paciencia.

LAURENCIO.

¡Ay, Roberto! vén conmigo
Que llevamos á la aldea
Muchas cosas.

ROBERTO.

Y ninguna
De comer.

LAURENCIO.

¿Deso te acuerdas?

ROBERTO.

¿Soy yo de mármol acaso?

LAURENCIO.

¡Ah, inconstante deidad bella!
¿Qué se habrá de hacer un triste
Con tan costosa experiencia?
¿Qué te va en?...

ESCENA VII.

LISARDO. — LAURENCIO, ROBERTO.

LISARDO. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

LAURENCIO.

¿Qué ruido y qué voz es esta?

ROBERTO.

Un caballo que, del monte
Desbocado, se despeña
Con un hombre.

LAURENCIO.

¡Qué desdicha!
¡Quién socorrerle pudiera!

ROBERTO.

¿Cómo es posible, si ya,
Chocando en aquella arena,
Le arrojó?

(*Cae al tablado Lisardo.*)

LISARDO.

¡Jesus mil veces!

LAURENCIO.

Sin duda quiso á mis quejas
Satisfacer la fortuna,
Dándome en él por respuesta
Que hasta la muerte no hay dicha
Ni desdicha que lo sea.
¿Si está muerto?

ROBERTO.

No, señor,
Porque respira y alienta.

LAURENCIO.

Infelice caballero,
A quien el dolor reserva
Para consuelo de un triste...

(*Quédase elevado.*)

ROBERTO.

¿Mas que mi duda es la mesma?

LAURENCIO.

¿No es Lisardo mi enemigo?

ROBERTO.

Sí, señor.

LAURENCIO.

¡Lísida bella
En esa torre, y Lisardo
Aquí! ¿Quién duda que sea
A buscarla ó á buscarme?
Y siendo por mí ó por ella,
De cualquier suerte es agravio,
De cualquier suerte es ofensa.

ROBERTO.

Aun bien que (sea lo que fuere)
La fortuna te le entrega
Tan sin manos, que podrás
Asegurarte...

LAURENCIO.

La lengua
Suspende. Calla, villano:
No prosigas, cesa, cesa;
Porque no soy hombre yo
Que habia de intentar bajeza
Tan grande como matar
Mi enemigo sin defensa.
Mas lástima que rencor
Me ha debido su tragedia;
Que mas allá de la muerte
No pasan nobles ofensas.
Y no han de decir de mí
Que es mi temor de manera,
Que hube menester que muerto
Su desdicha me le diera,
Para asegurarme dél.
Llega conmigo.

ROBERTO.

¿Qué intentas?

LAURENCIO.

Que entre los dos le llevemos
Donde ¡á los cielos pluguiera
Pudiera hacer por su vida
Las mas costosas finezas!
Pero haré lo que pudiere
En la limitada esfera
De mi estado. Llega pues.

ROBERTO.

¡Cuerpo de Dios, lo que pesa!

LAURENCIO.

No le dejes.

ESCENA VIII.

EL PRINCIPE. — DICHOS.

PRÍNCIPE. (*Dentro.*)

¡Ah del monte!
Cazadores, que sus sendas
Penetrais...

VOCES. (*Dentro.*)

¿Quién es quien llama?

ROBERTO.

Mas ¿qué otra aventura es esta?

(*Sale el Príncipe.*)

PRÍNCIPE.

¿Habeis visto un caballero?...
Pero no me deis respuesta,
Pues mas que vuestra voz diga
Hallo yo en la piedad vuestra.
¡Ay amigo de mi vida!
¡Que mucho el serlo te cuesta,
Pues mi amistad te ha traido
A morir! ¿Cómo pudieran
Significar mis afectos
Cuánto el verte así me pesa?

ROBERTO.

Harto mas me pesa á mí.
(*Ap. á su amo.* ¿Quién es?)

LAURENCIO.

Yo no sé quién sea.

PRÍNCIPE.

Amigos, si la piedad
Os mueve, vamos apriesa
A dar socorro á su vida.

LAURENCIO.

Eso estaba ya á mi cuenta.

PRÍNCIPE.

¿Quién crêrá que mis venturas
Tan presto se me conviertan
En desdichas?

ROBERTO. (*Ap.*)

¿Quién crêrá
Que hombre como yo á ser venga
Hoy en esta compañía
Metemuertos de la legua?

LAURENCIO.

Quien crêrá que á mi enemigo
Dar vida mi honor intenta
Cuando no la tiene, para
Matarle cuando la tenga?

(*Vanse, llevándose á Lisardo.*)

Jardin en el palacio de Flérida.

ESCENA IX.

FLERIDA, FLORA, FABIO, LISIDA Y DAMAS.

FLÉRIDA.

¿Traeis instrumentos?

FLORA.

Sí,
Señora.

FLÉRIDA.

Esperad con ellos
En esos jardines bellos.

(*Vanse Flora y las damas.*)

Oye, Lísida, que á tí
No hay secreto reservado
En mis penas ó alegrías.—
Di tú lo que me querias (*A Fabio.*)
Decir, pues sola he quedado;
(*Ap.* Que ya mi amor lo esperó.)

LÍSIDA.

Beso tu mano mil veces,
Que así honras y favoreces
A quien por sagrado halló
De su fortuna tu casa.

FABIO.

Digo, señora, que fuera
Casi traicion que supiera
Una novedad que pasa
En aquesta soledad,
Y que tocándote á tí,
No te la dijera.

FLÉRIDA.

¿A mí
Me toca la novedad?

FABIO.

Sí, señora.

FLÉRIDA.

Y ¿qué es?

FABIO.

Sabrás
Que en estos montes tenemos
Con mil amantes extremos
Un embozado.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¿Qué mas
Ha de declararse? pues
Es sin duda (¡ay infelice!)
Que por Laurencio lo dice.

FLÉRIDA.

¡Embozado aquí! ¿quién es?

FABIO.

Cárlos, príncipe de Ursino.

LÍSIDA. (*Ap.*)

De extraño susto salí.

FLÉRIDA.

¿Príncipe de Ursino?

FABIO.

Sí.

FLÉRIDA.

Pues ¿á qué á este monte vino?

FABIO.

Como han sus deudos tratado
Tu casamiento con él,
U de curioso ú de fiel,
Ha querido disfrazado
Verte primero.

FLÉRIDA.

Mal puede
Dejar esa novedad

De ofender mi vanidad.
¿No basta ser yo?...

FABIO.

En ti quede
Secreto este aviso mio,
Por mi y por decoro suyo,
Y porque es de un criado tuyo
Esta carta que te fio. (*Dásela.*)

FLÉRIDA.

(*Lee.*) ***El Príncipe mi señor, por no echar mas á sus oidos que á sus ojos la culpa, y por no llegar á las felicidades de esposo sin pasar por los méritos de amante, acompañado solamente de un amigo, va á ver á la Princesa mi señora. Hame parecido daros este aviso, porque no padezca desaire de ignorado: el secreto importa. Dios os guarde.***

Mucho gusto me habeis hecho
En haberme dicho, Fabio,
Esto: no sé si es agravio
O lisonja.

FABIO.

De mi pecho
Puedes, señora, creer,
Que solamente desea
Tu servicio.

FLÉRIDA.

Que lo crea
Será fuerza quien á hacer
Llega de vos confianza
De hacienda, vida y estado.
Id con Dios; y si el cuidado
Vuestro ciencia desto alcanza
U otra novedad, vendréis
A decirmela.

FABIO.

La mano
Mil veces os beso ufano
Por la merced que me haceis. (*Vase.*)

ESCENA X.

FLERIDA, LISIDA.

FLÉRIDA.

Lísida.

LÍSIDA.

Señora mia.

FLÉRIDA.

Aunque esta curiosidad
Ofende mi vanidad,
Pues que bastaba ser mia
La voz que á Cárlos llegó
Para que aun el eco fuera
Bastante á que le rindiera;
Confieso que me dejó
Corrida y desconfiada
Pensar que hombre bajo hubiese
Tan loco, que se atreviese
A hablarme palabra en nada.
Casi he agradecido...

LÍSIDA.

¿Qué?

FLÉRIDA.

Que el Príncipe ha sido á quien
Le traté con un desden.

LÍSIDA.

¿Por qué lo dices?

FLÉRIDA.

Porqué
Es sin duda que él sería
Quien pretendió aquel favor.

LÍSIDA.

Yo presumo que es error:
Que aquel hombre no tenia
Talle de que, aun disfrazado,
Hombre noble pareciera.

FLÉRIDA.

No digas tal, ni quien fuera
Humilde hubiera alcanzado
El cortesano primor
De hallarme en el monte acaso,
Saber atajarme el paso,
Saber hurtarme un favor;
Y viéndote á tí resuelta,
Por no ofender tu respeto
Fingirte amor, y secreto
Al muro tomar la vuelta,
Echar delante al criado
A trabar conversacion,
Salir á buena ocasion,
Y entre atrevido y turbado,
Saber afectar tristezas,
Cortesanas las acciones,
Equívocas las razones,
Y limadas las finezas.
Aquel estilo de hablar,
Aquel modo de sentir,
No me tienes que decir,
Que no es de pecho vulgar.
El Príncipe era sin duda.

LÍSIDA.

(*Ap.* Pues le pareció tan bien
Laurencio, á enmendar es bien
Que mi sentimiento acuda
En sus principios el daño.)
Digo, señora, que no
Era el Príncipe, y que yo
Basto para el desengaño,
Porque en Nápoles le vi.

FLÉRIDA.

¿Cómo le pudiste ver?

LÍSIDA.

Pues que yo, á mi parecer,
Desde muy pequeño, oí,
Que en la corte se crió
Del Emperador; y es llano
Que hasta que murió su hermano,
A quien un traidor mató
Por los celos de una dama
(Y eso há muy poco), no vino
A Nápoles el de Ursino.

LÍSIDA.

Cuando acá dijo la fama
Que habia llegado, ya habia
Estado, aunque con secreto,
En Nápoles. En efeto
Pudo así la vista mia
Verle, señora, mil veces.
Mas no es el que ha estado aquí.

FLÉRIDA.

¿Tú le viste?

LÍSIDA.

Yo le vi.

FLÉRIDA.

Con eso me desvaneces
Un consuelo que tenia.
Vuelvan pues mis pensamientos
A doblar sus sentimientos.

LÍSIDA.

¿Cómo?

FLÉRIDA.

Oye la pena mia.
De dos plantas dos venenos
Nacen, cada cual impío:
Uno ardiente y otro frio,
Están de ponzoña llenos.
Si estos se aplican mezclados,
No solo del corazon
Tósigo[1]; epítima son,
Uno con otro templados.
El mismo efecto violento
Han hecho en mi vanidad
De uno la curiosidad,
Y de otro el atrevimiento;
Pues cada uno de por sí
Veneno del alma fué:
Cuando en uno los junté,
Mas templados los sentí.
Pero ya que divididos
Los atienden mis cuidados,
Vuelven á hacer apartados
Lo que no hicieran unidos.
Ven conmigo, pensarémos
Cómo hemos de castigar
Esta especie de pesar.

LÍSIDA.

Yo vengara sus extremos
Con divertirme, pues ya,
Viéndote entrar al jardin,
Suena la música, á fin
De decirte dónde está.

FLÉRIDA.

Dices bien, y lo mejor
Es dejarlos al desprecio,
Que uno es loco y otro es necio. (*Vanse.*)
(*Dentro.* Cantad, y no sea de amor.)

MÚSICOS. (*Dentro.*)

A nadie puede ofender
Querer por solo querer.

ESCENA XI.

LAURENCIO, ROBERTO.

LAURENCIO.

Vuélvete á casa, Roberto;
Que pues no he de estar yo en ella,
Seguir quiero de mi estrella
Nuevos rumbos.

ROBERTO.

No sé, cierto,
De faltar della qué diga,
Y de venir donde vienes,
Cuando dos huéspedes tienes.

LAURENCIO.

¿Qué has de decir? que me obliga
A aquello honor y á esto amor.

ROBERTO.

Déjame reir de tí.
¡Amor de Flérida!

LAURENCIO.

Sí.

ROBERTO.

Locura, dirás mejor.

LAURENCIO.

Sí, pero cuerda locura.
¿Sabes tú lo que guardado
Tiene á ningun hombre el hado?

ROBERTO.

Amor es fuerza segura;
Mas ¿de qué suerte sabré
Que esotro es honor?

LAURENCIO.

Yo vi
Volver á Lisardo en sí,
Y al instante imaginé
La pena que le ha de dar,
Haber yo, Roberto, sido
A quien la vida ha debido;
Y así, lo quiero excusar:
Porque, si bien se repara,
No es de noble pecho indicio
El hacer un beneficio,
Para dar con él en cara.

[1] No solo *no* son tósigo del corazon; son epítima.

Yo he amparado á mi enemigo,
Y en su fortuna cruel
No quiero mas gracias dél,
Que haber cumplido conmigo.
Vuelve pues.

ROBERTO.

Y si él á mí
Me conoce, ¿qué he de hacer?

LAURENCIO.

¡Cómo te ha de conocer,
Si nunca te habló?

ROBERTO.

Es así.

LAURENCIO.

Y procura por tu vida
Que hasta estar convalecido
Esté asistido y servido;
Y en razon de mi partida,
A él y al otro caballero
Alguna disculpa di.
Y pues no he de estar yo allí,
Quiero estar adonde quiero.

ROBERTO.

Yo pienso que tus regalos
Presto él pagará, señor.

LAURENCIO.

¿Como?

ROBERTO.

Como deste amor
Has de volver muerto á palos,
Y habrá, si es buen cortesano,
Menester curarte á tí.
Voy á decir que de allí
No se vaya el cirujano. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LAURENCIO, *y despues*, MÚSICOS.

LAURENCIO.

Demasiada razon tiene
Quien se riere de mí,
Cuando mirándome así,
Vea que mi amor previene
Al sol atreverme; pero...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

A nadie puede ofender
Querer por solo querer.

LAURENCIO.

«¡Querer por solo querer,
A nadie puede ofender!»
A mi propósito infiero
Que la letra respondió;
Que yo lo mismo dijera,
Si la voz se suspendiera.
Dentro del jardin sonó,
Y por aquestas paredes,
Donde está una obra empezada,
No está difícil la entrada.
Ea, corazon, bien puedes
Atreverte á entrar, que al fin...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

A nadie puede ofender
Querer por solo querer.

(*Vase Laurencio.*)

—

Jardin.

ESCENA XIII.

LAURENCIO; *despues*, FLERIDA.

LAURENCIO.

Ya estoy dentro del jardin.
En mala ocasion llegué,
Pues hácia esta parte sola
Viene Flérida, dejando
De la música la tropa
Por el jardin esparcida,
Para que de léjos se oiga,
Pues regalando y no hiriendo,
Es como mejor se goza.
Forzoso es que dé conmigo.
Estos rosales me escondan;
Que su oficio hacen, pues son
Hijas de Vénus las rosas. (*Escóndese.*)

FLÉRIDA. (*Dentro.*)

Gusto me dan tono y letra,
Volved á cantar la copla. (*Sale.*)

MÚSICOS. (*Dentro.*)

El que adora en confianza
De conseguir lo que adora,
Mérito ninguno alcanza,
Pues enjuga lo que llora
Al aire de la esperanza;
Mas el que en desconfianza
Quiere por solo querer,
A nadie puede ofender.

FLÉRIDA.

Es verdad, como el amor
Tanto en el pecho se esconda
Que se sienta y no se diga;
Pero en saliendo á la boca,
Ya no es querer por querer,
Pues lo que se habla, se goza.
Y así, yo... Pero ¡ qué miro!
Parece que aquellas hojas
De mas impulso se mueven,
Que del céfiro que sopla.
La sombra de un hombre he visto.
¿Quién está aquí?

LAURENCIO. (*Saliendo.*)

Yo, señora;
Que á vista del sol, fué fuerza
Ser delincuente la sombra.

FLÉRIDA.

Pues ¿qué haceis aquí?

LAURENCIO.

Adoraros,
Sin que podais rigurosa,
Porque os adore, ofenderos,
Pues solo en ofensa toca...

ÉL Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

El que adora en confianza
De conseguir lo que adora...

FLÉRIDA.

Villano, loco, atrevido,
¿Cómo con cordura poca
Os atreveis, no á adorarme
(Que eso á mi altivez no importa),
Sino á decírmelo? siendo
Así que el que amor blasona...

ELLA Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

Mérito ninguno alcanza,
Pues enjuga lo que llora...

LAURENCIO.

Como yo, aunque mi amor diga,
No lo digo; que es tan poca
Parte dél que sin decirse
Se queda, por mas que corra...

MÚSICOS. (*Dentro.*)

Al aire de la esperanza;
Mas el que en desconfianza, etc.

LAURENCIO.

Por mí esa voz os responda...

FLÉRIDA.

¿Qué importa si la voz miente...

LAURENCIO

Cuando dice...

FLÉRIDA.

Cuando informa....

LOS DOS Y MÚSICOS. (*Dentro.*)

Querer por solo querer
A nadie puede ofender.

FLÉRIDA.

Y para que veais si mienten,
Vuestras altiveces locas
Castigaré desta suerte.
¿No tengo criados? —¡Hola!
¿No hay quien me mate un villano?

LAURENCIO.

No llames quien te socorra
Contra mi vida; que tú
Te bastas, pues que te enojas.

FLÉRIDA.

¿Todos estáis sordos? ¿Nadie
Me oye?

ESCENA XIV.

LISIDA, FLORA, ISMENIA, DAMAS, FABIO. — FLERIDA, LAURENCIO.

TODAS.

Señora.

FABIO.

Señora.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Llegó el término á mi vida.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Llegó el fin á mis congojas.

FABIO.

¿Qué nos mandas?

FLÉRIDA.

Que le déis
A ese hombre alguna limosna. (*Vase.*)

ISMENIA.

Torció el intento á la fuerza. (*Vase.*)

FLORA.

Volvió al enojo la hoja. (*Vase.*)

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Todo lo siento,
Si castiga ó si perdona. (*Vase.*)

FABIO.

Venid, daréos lo que manda
La Princesa mi señora.

LAURENCIO.

Donde hay limosna hay piedad,
Partamos su accion heróica:
Tomad la limosna vos,
Que á mí la piedad me sobra.

JORNADA SEGUNDA.

Sala de casa de Laurencio.

ESCENA PRIMERA.

EL PRINCIPE, LISARDO.

PRÍNCIPE.

Los brazos una y mil veces
Me volved á dar, Lisardo.

LISARDO.

Y una y mil veces, señor,
El alma os doy con los brazos.

PRÍNCIPE.

¿Cómo os sentís?

LISARDO.

La caida,
El golpe y el sobresalto,
Confieso que me tuvieron

Fuera de sentido, y tanto,
Que ahora no sé quién del monte
Me trajo á aqueste poblado,
Qué curas en él me han hecho,
Ni dónde estoy; solo me hallo
Con fuerzas para seguiros;
Y así, os pido prosigamos
El viaje, porque por mí,
Señor, no os detengais.

PRÍNCIPE.

Cuando
No fuera aquí la jornada,
La seguridad, Lisardo,
De vuestra vida, me hiciera
No dar adelante un paso.

LISARDO.

¿Aquí es la jornada?

PRÍNCIPE.

Sí.

LISARDO

No me atrevo á preguntaros
Dónde estoy, aunque lo ignoro,
Ni á qué vengo, aunque no alcanzo
La intencion; y pues sabeis
Que os sirvo y os acompaño
Tan fino que no me atrevo
A preguntarlo, llevando
Adelante todo el duelo
De que no pueda uno, cuando
Le dicen «venid conmigo,»
Preguntar «¿adónde vamos?»
Sabed tambien que estoy bueno
Y quedemos ó partamos;
Que yo á todo trance vuestro,
Obedeciendo y callando,
Cumpliré la obligacion
De amigo, deudo y criado.

PRÍNCIPE.

En dos dudas, una queja
Disfrazada me habeis dado;
Y de una queja y dos dudas
Satisfaceros aguardo,
Asentando lo primero
Que haber hasta aquí callado
Mi intencion, fué por traeros
Para cómplice de un caso
Que si os lo dijera allá,
Me le hubiérades culpado
Por inútilmente necio,
Caprichoso ó temerario;
Y así, Lisardo, no quise
Decirle, hasta haber llegado
A la vista del empeño.
Y pues de desconfiado
Callé hasta aquí, ya la queja
Está satisfecha. Vamos
A las dudas: oid, sabréis
Dónde estáis, y á lo que os traigo.
Yo, heredero de mi casa,
Por la muerte de mi hermano,
A quien desdichadamente
(Pero ya sabeis el caso)
Mató un aleve, un traidor,
Sin poder hasta hoy vengarnos,
Pues ni dél ni de la dama
Noticia hemos alcanzado...

LISARDO.

No traigais á la memoria
Suceso tan desdichado,
Pues ya sabeis que no vivo
Hasta que me vengue de ambos.

PRÍNCIPE.

En obligacion me hallé
De tomar diverso estado
Que pensé, por repugnancias
Que acá en mis discursos hago;
Pues apénas la razon
Que me dieron breves años
Midió el término fatal
Que hay desde la cuna al tálamo,
Cuando estado tomar quise...
(Ya presumiréis que hablo
En aquel antiguo tema
En que se perdieron tantos,
Que es el casarse poniendo
Su honor puro, limpio y claro
En manos de una mujer
Con tanto imperio, con tanto
Dominio, que de su culpa
En él resulte el agravio.
Pues no, Lisardo, no es eso;
Porque no hay hombre tan bajo,
Que su estimacion pretenda
Deslucir; y ántes alabo
Por muy justa ley que gocen
Las mujeres tanto aplauso,
Que sean hermosos dueños
De todo; y así, dejando
Su privilegio en su fuerza,
A cosas distintas paso.)
Cuando entre todos los fueros
Que goza el comercio humano,
Admitidos por sus leyes,
Recibidos por sus tratos,
Uno solamente hallé
Que, entre los discursos varios
De los políticos, fuese
A mi inclinacion contrario;
Esto es, que un hombre se case,
Sin haber visto ni hablado
Con quién, y que remitiendo
A la razon de un contrato
El unir dos voluntades,
Quite el oficio á los astros.
Mujer, que ha de serlo mia,
La que yo he de dar la mano
Y á todas horas conmigo
Ha de vivir á mi lado,
¡Me la ha de elegir á mí
El gusto de mis vasallos,
Mis deudos y mis amigos,
Conmigo á la parte entrando
Primero su conveniencia
Que mi eleccion, arriesgado
A morir aborreciendo
Lo que he de vivir amando!
¿Qué me importa á mí que sea
Princesa de Bisiniano
Flérida, si yo en Ursino
No echo ménos sus Estados?
¿Qué me importa que sea hermosa,
Si no siempre sujetando
A la hermosura el aseo,
Una y mil veces miramos,
Que no logra una belleza
Siempre el no sé qué del garbo?
Nudo al matrimonio llaman:
No quiero que ajeno tacto
Le dé el nudo, sino yo,
Que sabré, cuando le ato,
Medir con el sufrimiento
Si aprieta ó no aprieta el lazo;
Porque esto de la hermosura,
Pompa, esplendor, lustre y fausto,
Queda en los vestidos todo;
Y solo llega á mis brazos
El gusto con que con ella
La mitad del gozo parto.
Yo no me he de cautivar
Por ambiciones del mando,
Por acrecentar mis rentas,
Ni por razones de Estado.
Mujer á mi gusto quiero:
Sea su dote mi agrado;
Que el que á otro interes se vende,
No es marido, si no esclavo
De la ambicion que le compra...
Y así, oculto y disfrazado,
Ya que á casar me dispongo,
Quiero ver con quién me caso.
A este fin la vengo á ver,
En una industria fiado,
Que habeis de saber despues,
Donde ver y hablar aguardo
A Flérida; pues no quiero
Creer á mis oidos tanto,
Como informar á la vista.
Pues ya quedais informado
De la duda á que venimos,
Vaya la de adónde estamos.
O porque del sol la saña
Era diluvio de rayos,
O por no pasar de dia
A vista dese palacio,
Determinamos, si bien
Con pena ó con sobresalto,
Hacer hora, dese monte
En el mas ameno espacio,
Donde sentados los dos,
Esperásemos á que el plazo,
Que dió de treguas al dia
La noche, rompiese, cuando
Interrumpió nuestro oido
La riña de los caballos,
Que arrendados sus ramas,
Estaban al pié de un árbol.
A desparcirlos los dos
Fuimos juntos, y llegamos
Al tiempo que por las camas
Tenia el mio hecha pedazos
La brida: cobrarle quise,
Y al ir á echarle la mano,
Corrió, y al punto subisteis,
Para ir á atajarle el paso,
En el vuestro; y como estaba
De haber reñido irritado,
Colérico ya y fogoso,
Viendo al otro ir por el campo,
Tras él fué, sin que pudiesen
Reducirlo ni templarlo,
Ni con rigor el castigo,
Ni con blandura el halago.
Desbocado pues, corriendo
(Mejor dijera, volando),
En aquel instante os vi
Sobre los riscos mas altos:
Con que seguiros no pude;
Y así, solo vi á lo largo
Que chocando ciego, dió
Con vos en unos peñascos.
Aquí, cuando yo llegué,
Ya os tenian en los brazos
Dos cazadores, que al monte
Pisaban la senda acaso.
En toda mi vida vi,
En humilde traje basto,
Aposentador mas noble,
Ni corazon mas hidalgo
Como en uno dellos, pues
Vuestras desdichas llorando,
Os trajo hasta aquesta aldea,
Donde en su casa albergado,
Aunque pobre, limpiamente,
Cuidó de cura y regalo.
Lo primero fué traeros
Dese vecino palacio
Adonde Flérida vive,
Médicos y cirujanos
De su familia, y despues
De haberos así guardado,
Al monte volvió, de donde
Trajo tambien los caballos,
Sin que faltase ni una
Joya de algunas que guardo
En sus arzones, á efecto
De la experiencia que trazo:
Acudiendo luego á todo,
Tan noble, tan cortesano,
Tan liberal, que no dudo
Que en obligacion le estamos
De vuestra vida, que el cielo
Os deje gozar mil años.

LISARDO.

Aunque pudiera, señor,
Satisfacer á lo extraño
Del intento con decir
Que Flérida es el milagro
Mayor, el mayor hechizo,
Mayor triunfo, mayor lauro
De las victorias de amor,
A nada he de replicaros,
Por no sacar verdadero
Vuestro temor: y así, vamos
Solamente á que deseo
Ver ese piadoso hidalgo
Que me dió vida.

PRÍNCIPE.

De aquí
Há que falta mucho rato.
Pero este nos dirá dél.

ESCENA II.

ROBERTO.—EL PRINCIPE, LISARDO.

PRÍNCIPE.

¡Dónde está, amigo, vuestro amo?

ROBERTO.

Fué á un negocio, que á importarle
Ménos que la vida, es llano
Que no os dejara.

PRÍNCIPE.

¿La vida?

ROBERTO.

Sí.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

ROBERTO.

Son cuentos largos;
Mas baste que, á no estar vos,
Caballero, bueno y sano,
No os dejara... Y que os sirvais
De su casa os ruega, en tanto
Que entera salud cobrais...
Corrido y avergonzado
De no dejaros en ella
Cuanto sea necesario
A vuestro servicio. Pero
Hasta un rocin y dos galgos,
Tres paveses y un lanzon,
Una daga y tres ó cuatro
Sillas de brida ó gineta,
Un peto fuerte y dos cascos,
Un lampeon en el portal,
Y una alcándara en el patio,
Sin otras ruinas de noble,
Que son los precisos trastos
De una casa solariega,
Su escudero, sus vasallos,
Sus rentas...

PRÍNCIPE.

¿Vasallos tiene?

ROBERTO.

Y hartos.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

ROBERTO.

¿No son hartos
Las urracas dese solo,
Y desa torre los grajos?

PRÍNCIPE.

Teneis mil razones.

LISARDO.

Yo
Siento que se haya ausentado;
Que agradecerle quisiera,
Como mas interesado
Hoy en sus piedades, vida,
Hospedaje y agasajo.

ROBERTO.

Ve aquí por lo que no puede
Hacer nada un hombre honrado
Delante de su amo.

LISARDO.

¿Cómo?

ROBERTO.

Como todo lo hace su amo.
¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Yo tambien os traje en brazos.
¿Hizo él mas que yo? Por señas
De que sois hombre pesado.
Pues ¿por qué á mí?...

LISARDO.

Ya os entiendo.
Perdonad, que no me hallo
Aquí con mejor alhaja,
Que esta cadena.

ROBERTO.

De esclavo
Me la echais, señor, al pié,
Con ponérmela en la mano.

LISARDO.

¿Qué mirais?

ROBERTO.

Si mi amo viene.

LISARDO.

Pues ¿de qué teneis recato?

ROBERTO.

De que si algo me da otro,
Al punto me da con algo.

PRÍNCIPE.

Decid, Lisardo, ¿podréis,
Porque tiempo no perdamos,
Ir de aquí á la torre?

LISARDO.

Sí.

PRÍNCIPE. (*Ap. á Lisardo.*)

Pues la industria con que vamos
A ver aquesta hermosura
Que encarecido habeis tanto,
Ha de ser... Pero venid,
Que por el camino hablando
Os lo diré. — Si viniere (*A Roberto.*)
Vuestro dueño, amigo, en tanto
Que volvemos, le diréis
Que se deje ver; que estamos
Deseosos de servirle.

LISARDO.

Y yo mas, pues que me hallo
En obligacion de ser
Su amigo.

ROBERTO.

Vivais mil años,
Que él desea serlo vuestro...
(*Ap.* Como de todos los diablos.)
(*Vanse el Príncipe y Lisardo.*)

ESCENA III.

ROBERTO.

Ve aquí que en obligacion
De filosofar un rato
Quedo, pues que solo quedo:
Ea, ingenio, discurramos.
Aquí hay dos cosas que importa
Que sepa y no sepa mi amo.
—¿Cuáles son? pregunta ahora
El entendimiento anciano.
— La que ha de saber, que va
A ver á Lísida; es llano,
Puesto que es una belleza
Que ha encarecido Lisardo.
—¿Y la que no ha de saber?
—Que yo esta cadena guardo
En mi pecho; porque fuera
Un ejemplar muy bellaco
Saber el amo lo que hay
En el pecho del criado:
Y así, que sepa ó no sepa,
Voy á buscarle volando. (*Vase.*)

—

Galería del palacio de Flérida.

ESCENA IV.

MÚSICA, *dentro;* LISIDA.

MÚSICOS.

Ardo y lloro sin sosiego,
Llorando y ardiendo tanto,
Que ni el fuego apaga el llanto,
Ni el llanto consume el fuego.

LÍSIDA.

«¡Ardo y lloro sin sosiego,
Llorando y ardiendo tanto,
Que ni el fuego apaga el llanto,
Ni el llanto consume el fuego!»
Por mí, sin duda ninguna,
El concepto se escribió;
Pues siempre ardo y lloro yo,
Sin que nunca á mi fortuna
Le deba piedad alguna;
Si ya no es que siempre que
Flérida gozando esté
La música, hagan los cielos
Que del amor y los celos
Sea oráculo, que dé
Respuestas á mí y Laurencio.
Pues si á entrambos nos habló,
¿No basta que guarde yo
En mis desdichas silencio,
Que por deidad reverencio,
Sino que el viento prosiga
Tan á voces mi fatiga,
Que ni aun arder ni llorar
Pueda á solas mi pesar,
Sin que el viento me lo diga?
Ya veloz, si muy sonoro,
Vuelve el triste acento tardo.
Ya sé yo que siempre ardo,
Ya sé yo que siempre lloro:
Y pues mi pena no ignoro,
¿Para qué á escucharte llego?...

ELLA Y MÚSICOS.

Ardo y lloro sin sosiego,
Llorando y ardiendo, etc.

ESCENA V.

FLERIDA, FLORA, ISMENIA, DAMAS *despues*, LAURENCIO.—LISIDA.

FLÉRIDA.

¿Todo ha de ser amor? Flora,
Avisa, porque ir quisiera
Al monte.

LÍSIDA. (*Yéndose.*)

¿Está puesta ahí fuera
La carroza?

(*Sale Laurencio.*)

LAURENCIO.

Sí, señora.

FLÉRIDA.

¿Tócaos responder ahora
A vos?

LAURENCIO.

No; pero si ciego
A este umbral á verme llego,
En no hacerlo hiciera mal.

FLÉRIDA.

¿Pues qué haceis vos á este umbral?

LAURENCIO.

Ardo y lloro sin sosiego. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

Mal este loco...

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

FLÉRIDA.

Usa de la piedad mia.
Avisa á la montería,
Que voy al bosque.

FLORA. (*Yéndose.*)

¿Está ahí
La caza y monteros?

(*Sale Laurencio.*)

LAURENCIO.

Sí.

FLÉRIDA.

¿Soislo vos?

LAURENCIO.

No; mas á cuanto
Sea servir, me adelanto,
Por si sirviendo consigo
Obligar, ya que no obligo
Llorando y ardiendo tanto. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

Ya no saldré, Flora.—Mira (*A Ismenia.*)
Que abierto el jardin esté.

ISMENIA. (*Yéndose.*)

¡Ah jardineros!

(*Sale Laurencio.*)

LAURENCIO.

Yo iré
A avisarlos.

FLÉRIDA.

Ver me admira
Que ni á la piedad ni á la ira
Atento, nada os dé espanto.

LAURENCIO.

Pues ni el favor al encanto
Cede, ni el gusto al desden,
¿Por qué no admirais tambien
Que ni el fuego apaga el llanto?

FLÉRIDA.

Pues vive Dios, atrevido,
Bárbaro, loco, villano,
Que sea otra vez en vano
Torcer mi enojo al sentido.

LAURENCIO.

Seguro la muerte pido.

FLÉRIDA.

¿Seguro?

LAURENCIO.

Si, si á ver llego
Que libre al fuego me entrego,
Puesto que ahora ni despues
Consuma la vida, pues
Ni al llanto consume el fuego. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

Ya esta no es tema, es agravio.
¿Qué tengo que esperar mas?—
¡Fabio! ¡Hola!

ESCENA VI.

FABIO.—FLERIDA, LISIDA, FLORA, ISMENIA, DAMAS.

FABIO.

¿Con quién estás
Tan airada?

FLÉRIDA.

Con vos, Fabio.

FABIO.

¡Conmigo!

FLÉRIDA.

Sí, pues ni sabio
Ni leal sabeis servir
Vos, ni cuantos á asistir
Conmigo estáis...

FABIO.

¿De qué suerte?

FLÉRIDA.

Pues no dais á un loco muerte,
Llegando á ver y advertir,
Poco finos y leales,
Ofender la altivez mia,
Pues de noche ni de dia
Se aparta destos umbrales,
Con demostraciones tales,
Que ya del valle, el aldea,
Y aun de todo el mundo sea
La desvergüenza que pasa,
Pública nota en mi casa:
Sin que señora me vea
De ir al bosque ni al jardin,
Ni aun de ponerme á una reja,
Sin que le escuche en mi queja,
O su sombra encuentre, en fin.
Y si no hay jamas aquí
Criado ni vasallo afeto
A volver por mi respeto,
Yo habré de volver por mí.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay infelice de mí!

FABIO.

A no pensar que el efeto
De su castigo, señora,
Ilustrara su osadía,
Ya tu familia hecho habria
Lo que la mandas ahora:
Y presto verás si llora,
Trocados en escarmientos,
Atrevidos pensamientos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FLERIDA, LISIDA, FLORA, ISMENIA, DAMAS.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Mal haya tan poco sabios
Afectos, que los agravios
Convierten en sentimientos!

FLÉRIDA.

¿De qué, Lísida, has quedado
Tan triste?

LÍSIDA.

De verte á tí
Tan enojada; que á mí
¿Qué puede darme cuidado
Que este loco castigado
Esté, ni deje de estar?
Si bien no puedo dejar
De culpar, señora (¡ay, cielos!
Valga yo mas que mis celos,
Y mi amor que mi pesar),
El rigor con que ofendida
Te muestras de verte amada.
¿Qué hermosura celebrada
Escapó de ser querida?
Aun de no serlo, admitida
Queja pudieras tener;
Que al absoluto poder
Mas razon es, que convence,
Le ofenda, que lo que vence,
Lo que deja de vencer.
Si está en la desigualdad
Que hay de tu estrella á su estrella
La culpa, tambien en ella
Está la seguridad.
Accion es de la deidad,
Muestra tú de serlo indicio,
Ya tu semblante propicio;
Que el culto que á un dios se da,
En el sacrificio está,
No en quien hace el sacrificio.
«¿Por qué aqueste hombre padece?»
Dirá el pregon de la fama.
¿Ha de decir: «Porque ama
A quien tanto lo merece?»
No, señora, que parece
Especie de tiranía.
Morir de amante, sería
Dejar un mal ejemplar
Al mundo, y aun acabar
Con todo el mundo en un dia.
Pues si eso tu rigor siente,
Ya procede en infinito;
Que de tan noble delito
Todo el mundo es delincuente
No hagas que el castigo cuente
Lo que calla la fatiga,
Ni quieras que despues diga
La piedra en su sepultura:
«Yace, porque una hermosura
Lo que ha de estimar, castiga.»
Digo, señora, estimar,
No digo favorecer;
Que bien puede una mujer
Agradecer, y no amar.
Deja que le llegue á dar
Muerte su desconfianza:
Adore sin esperanza;
Que fuera de tu memoria,
Morir él, será victoria,
Y matarle tú, venganza.
Que le olvides desde ahora
Es lo que pretendo yo:
Muera á tus desprecios, no
A ajenas manos.

ESCENA VIII.

FABIO.—FLERIDA, LISIDA, FLORA, ISMENIA, DAMAS.

FABIO.

Señora...

FLÉRIDA.

¿Turbado, Fabio...

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

FLÉRIDA.

Volveis? ¿Pues qué ha sucedido?
¿Dieron muerte á ese atrevido?

FABIO.

No, otra es la causa.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Eso sí.

FLÉRIDA.

Pues ántes que á saber llegue
La que ha sido, digo...

FABIO.

¿Qué?

FLÉRIDA.

Que no hagais lo que mandé:
No una cólera me ciegue
A hacer de las burlas véras
Con un mísero rendido.—
Ves que he hecho lo que he podido. (*A Lísida.*)

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Pluguiera á Dios no lo hicieras!
Que muerta entre dos desvelos,
Sin saber cuál es mayor,

Tu crueldad siente mi amor,
Tu piedad sienten mis celos.

FLÉRIDA.

Decid vos ahora, ¿qué hay
De nuevo?

FABIO.

Dos mercaderes
Dicen, señora, si quieres
Ver unas joyas que tray
Su codicia, porque ahora,
Oyendo tu casamiento,
Te quieren ver, con intento
De que aqui han de hacer, señora,
De su caudal rico empleo.

FLÉRIDA.

Y eso ¿qué os da que temer?

FABIO.

Mucho, que el un mercader...

FLÉRIDA.

¿Qué?

FABIO.

Que es el Príncipe creo.

FLÉRIDA.

¿De qué lo inferis?

FABIO.

De que
Lo aseguran modo y traje,
Hábito, estilo y lenguaje.

FLÉRIDA.

Pues que tú me has dicho que
Le conoces, desde aquí
Mira, Lísida, si es él.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Quién vió lance mas cruel!
Que yo en mi vida le ví;
Y el decirlo entónces, fué
Segura de que no era
El Laurencio.

FABIO.

Ya ahí fuera
Están.

FLÉRIDA.

Llega.

LÍSIDA.

(*Ap.* ¿Qué diré?)
De espaldas el uno está,
Y el otro, que el rostro veo,
Me parece que es. (*Ap.* No creo
Que esto culparme podrá;
Pues cuando despues no fuere,
Diré que me pareció.)

FLÉRIDA.

¡No hubieras dicho que no,
Lísida! No sé qué quiere
Mi pecho hacer con quien viene
A verme, desconfiado
De lo que de mí ha contado
La fama.

LÍSIDA.

Lo que conviene,
A mi parecer, hacer,
Es, señora, que te vea,
Para que á sus ojos crea.

FLÉRIDA.

Contrario es mi parecer.
Que me viera no dejara,
Por no dejarle salir
Con su intento, y con huir
Dél el rostro, me vengara.

LÍSIDA.

Eso fuera que hasta verte
Se estuviera en esta parte,
Y tener de que guardarte
Otro loco.

FLÉRIDA.

Desa suerte
Será su desconfianza
Salirse con merecer.

LÍSIDA.

¿Qué importa dejarse ver,
Quien puede con tal confianza?

FLÉRIDA.

Destos dos extremos sea
Otro engaño el medio. Oid pues
El parecer mio.

LÍSIDA.

¿Qué es?

FLÉRIDA.

Que me vea y no me vea;
Pues viéndome sin saber
Quién soy, volverá por mí
Mi vanidad, cuando aquí
Por otra me llegue á ver;
Y no viéndome, creyendo
Que hablando á otra habla conmigo,
Su fingimiento castigo,
Engaño á engaño añadiendo.
A quien miente he de mentir:
Haya de amor en la escuela
Cautela contra cautela.
Tú, Lísida, has de fingir
Mi papel, yo el de tu dama;
Que quiero en esta ocasion
Que sobre la estimacion
Al crédito de mi fama.
Lo que no venga por mí,
No lo quiero agradecer
Al estado ni al poder.
Vén pues, y á todas les di,
Que vuelvan contigo luego.

LÍSIDA.

Harto castigo es, si aquí
Viene á verte, el verme á mí;
Pero si á servirte llego,
Aunque yerre estilo y modo,
Lo haré.

FLÉRIDA.

Si quieres con él
Ensayar bien el papel,
Desagrádate de todo:
Vuelva su curiosidad
Castigada.
(*Vase Lísida, llevándose consigo á las damas.*)

Decid vos,
Fabio...

FABIO.

¿Qué?

FLÉRIDA.

Que entren los dos.
Aquí de mi vanidad.
(*Vase Fabio.*)

ESCENA IX.

EL PRINCIPE, LISARDO.—FLERIDA.

FLÉRIDA.

La Princesa mi señora
Conmigo á decir envía
Que en aquesta galería
La espereis.

PRÍNCIPE.

Si tal aurora
Es el primero arrebol
Desta soberana esfera,
¡Ay del infeliz que espera
A que le amanezca el sol!

FLÉRIDA.

Si en las lisonjas está
Vuestro caudal, poco á fe
Feriaréis.

PRÍNCIPE.

¿Por qué?

FLÉRIDA.

Porqué
Deso hay mucho por acá.

PRÍNCIPE.

Cuando lisonjas trajera,
No aquí, señora, llegara;
Porque aquí no se empleara
Caudal que fino no fuera.
Falsa es la lisonja; y son
Joyas de mayor fineza,
De mas lustre y mas riqueza
Y de mas estimacion
Las que traigo; si bien creo
Que es inútil mi venida,
Y diligencia perdida
La esperanza de mi empleo.

FLÉRIDA.

¿Por qué?

PRÍNCIPE.

Porque ¿quién, señora,
Llevó al mayo flores bellas,
Al campo del cielo estrellas,
Luces á la blanca aurora?
Pues si á vista del crisol
Fallecen las mas brillantes,
Lo mismo es poner diamantes
Junto á los rayos del sol.

FLÉRIDA.

¿Finezas? Ni eso tampoco
Por acá hemos menester,
Cortesano mercader.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

FLÉRIDA.

Como hay acá un loco,
Que nos dice cada dia
Muchas de aquesas ternezas,
Y nos cansa oir finezas.

PRÍNCIPE.

Algun cuerdo trocaria
El juicio por tal locura..

ESCENA X.

FABIO, *y despues* LISIDA, FLORA ISMENIA Y DAMAS.—EL PRINCIPE, FLERIDA, LISARDO.

FABIO.

Su Alteza sale.
(*Sale Lísida con las otras damas.*)

PRÍNCIPE. (*Ap. á Lisardo.*)

¡Ay de mí;
Que en toda mi vida vi
Mas peregrina hermosura!
Llegad á Flérida vos,
Porque pueda retirado
Yo notar sin ser notado.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¿Cuál será de aquestos dos
El Príncipe? El que me habló
Se retira. ¡Ay Dios! ¿Quién niega
Que es el que á Lísida llega
Imaginando soy yo?

LISARDO. (*A Lísida.*)

Si ha merecido, señora,
Siquiera por forastero,
Un humilde mercader
Besar vuestra mano. (*Ap.* ¡Ay cielos!)
(*Conócela.*)
Dadle licencia (*Ap.* ¡Ay de mí!)

Para que pueda (*Ap.* ¿Qué es esto?)
A vuestras plantas lograr
Tan gran dicha.

LÍSIDA.

Alzad del suelo;
Que la lisonja de haber (*Conócele.*)
Venido... (*Ap.* ¡Qué es lo que veo!)
Con intento de servirme...
(*Ap.* ¡Turbada estoy!)

LISARDO. (*Ap.*)

Yo estoy muerto.

LÍSIDA.

Me pone en obligacion
De agradecéroslo. (*Ap.* Miento,
Que no haber venido fuera
De mas agradecimiento.)

LISARDO.

Yo, señora, si... mas... cuando...
—Perdonadme, que no puedo
Con la turbacion hablar.

LÍSIDA.

Pues ¿de qué os turbais?

LISARDO.

De veros.

LÍSIDA.

No es poca la admiracion,
(*Ap.* Que á mí me pasa lo mesmo.)

ISMENIA. (*Ap. á Flérida y Flora.*)

El se ha turbado de verla.

FLORA.

Claro nos ha dicho en eso
Que es el novio, pues se turba.

FLÉRIDA.

En otra cosa es mas cierto.

ISMENIA.

¿En qué?

FLÉRIDA.

En que no es de los dos...
(*Ap.* Pero proseguir no quiero;
Que para sentirlo es tarde,
Y para decirlo es presto.)

LISARDO. (*Ap.*)

¡Lísida en este palacio...

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Lisardo en este desierto...

LISARDO. (*Ap.*)

Fingiendo ser la Princesa!

LÍSIDA. (*Ap.*)

Ser un mercader fingiendo!

LISARDO. (*Ap.*)

Mal disimular procuro.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Mal disimular intento.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Hermosa Flérida fuera,
A no haber visto primero
Otra mayor hermosura.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

Galan fuera el forastero,
Si no trajera á su lado
A quien le está desluciendo.

LÍSIDA.

¿Qué joyas de mas valor
Son las que traeis? que quiero
Feriar algunas.

LISARDO. (*Sacando algunas joyas.*)

Pues sea
La primera aqueste bello
Cupido, que de diamantes
Labró artífice discreto,
Por ver firme algun amor.

LÍSIDA.

Antes anduvo muy necio;
Que amor de diamantes no es
Joya del uso ni el tiempo.

LISARDO.

Esta, una águila es, señora:
Vedla y advertid que en medio
Del pecho trae un diamante
De mucho fondo.

LÍSIDA.

Sí advierto;
Mas no es mucho, que yo alcanzo
Todo el fondo de su pecho.

LISARDO. (*Ap. á Lísida.*)

¡Ah ingrata, que no me entiendes!

LÍSIDA. (*Ap. á Lisardo.*)

¡Ah tirano, que sí entiendo!

FLÉRIDA. (*Ap. á Lísida.*)

¡Qué bien lo finges! De todo
Muestra enfado y haz desprecio.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay si supieras qué poco
Tengo que fingir en esto!

LISARDO.

Esta es firmeza, señora.

LÍSIDA.

No abrais, que verla no quiero.

LISARDO.

Pues ¿por qué no la mirais?

LÍSIDA.

Son joyas que yo me tengo.

FLÉRIDA. (*Ap. á Lísida.*)

Bien respondes.

LÍSIDA. (*Ap.*)

Y tan bien,
Que te admirara el saberlo.

LISARDO.

Estas son unas memorias.

LÍSIDA.

Por lo contrario no intento
Comprarlas.

LISARDO.

¿Por lo contrario?

LÍSIDA.

Fácil es el argumento,
Porque si lo que es firmeza,
Por tenerla no la ferio,
Lo que es memoria, será
Por no tenerla, supuesto
Que memorias y firmezas
No me han de ser de provecho,
Las unas por no tenerlas,
Las otras porque las tengo.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Sobre no ser muy hermosa,
Tiene Flérida despego:
Si me casara sin verla
¡Buena hacienda hubiera hecho!

LÍSIDA.

¿Qué joya es esa?

LISARDO.

Es, señora,
De ménos estima.

LÍSIDA.

¿Ménos?

LISARDO.

Sí, porque no es de diamantes;
De esmeraldas es, y creo
Que el color de la esperanza
Os desagrade, supuesto
Que quien no estima firmezas
Ni memorias, es muy cierto
Que con mayor causa hará
De la esperanza desprecio.

LÍSIDA.

Mirad cuánto es al contrario;
Que ántes la querré, por serlo.
Esta joya he de feriar.

LISARDO.

¿Esta?

LÍSIDA.

Sí, porque no quiero
Que volvais con esperanza,
Habiendo entrado aquí dentro.

FLÉRIDA. (*Ap. á Lísida.*)

En tu vida has hecho cosa,
Ni mejor ni mas á tiempo.

LÍSIDA.

Mirad la tasa, y haced,
Fabio, que dén el dinero
Desta joya: y advertid,
Mercaderes extranjeros,
Que volveis sin esperanza,
Que es con lo que yo me quedo.

FLÉRIDA. (*Ap. á Lísida.*)

¡Qué bien has hecho el papel!

LÍSIDA.

Ven, señora, que tenemos
Muchas cosas que pensar.

PRÍNCIPE. (*Ap. á él.*)

¡Ay, Lisardo, yo voy muerto!

LISARDO.

Ven, señor, que hay muchas cosas
Que allá fuera tratarémos.

(*Vanse todos, quedando el Príncipe y Flérida.*)

ESCENA XI.

EL PRINCIPE, FLERIDA.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

¡Oh si fuera alguna dellas!...
Pero en vano lo deseo,
Que no seré tan dichoso.

FLÉRIDA.

(*Ap.* ¡Ah si fuera alguno!...Pero
Es locura imaginarlo.)
¿No despejais, extranjero
Mercader? ¿A qué os quedais?

PRÍNCIPE.

Solo á deciros, me quedo,
Digais á Flérida...

FLÉRIDA.

¿Qué?

PRÍNCIPE.

Que aunque es hermosa, la advierto
Que no os envíe delante
Pues sois el sol de su cielo.

FLÉRIDA.

Pues decidle vos tambien
A ese camarada vuestro
Que os deje vender las joyas
A vos, que os turbaréis ménos.

PRÍNCIPE.

No diré, porque si arguyo
Cuánto es turbarse respeto,
Querer quitársele fuera
Quitarle el merecimiento

FLÉRIDA.

¿Luego vos, que no os turbais,
No le habeis tenido?

PRÍNCIPE.

Á eso
Hay tambien razon.

FLÉRIDA.

¿Cuál es?

PRÍNCIPE.

Yo...

FLÉRIDA.

Que prosigais no quiero.

PRÍNCIPE.

¿Por qué?

FLÉRIDA.

Por quedar mejor.

PRÍNCIPE.

Id con Dios.

FLÉRIDA.

Guárdeos el cielo. (*Vanse.*)

—

Jardin.

ESCENA XII.

LAURENCIO, ROBERTO.

LAURENCIO.

¿Qué me dices?

ROBERTO.

Lo que pasa.

LAURENCIO.

¿Que habia venido, dijeron,
Á buscar una hermosura
Que alabó Lisardo?

ROBERTO.

Es cierto.
Lísida es sin duda.

LAURENCIO.

¿Quién?

ROBERTO.

¡Pues qué tenemos con eso?
¿Tú no estás enamorado,
Con tantos locos extremos,
De Flérida?

LAURENCIO.

Sí.

ROBERTO.

Pues ¿cómo
Te ha dado Lísida celos?

LAURENCIO.

Ni honrado es, ni será noble,
Sino infame, vil y necio,
Quien celos que tuvo amando,
No los tiene aborreciendo;
Que aunque haya mudado un hombre
Justo, no ha de haber por eso
Mudado estimacion: fuera
De que hasta ahora hay otro duelo
Supuesto que habiendo sido
Mi competidor, es cierto
Que vuelve á hacerme el agravio
Siempre que me hace el acuerdo.

ROBERTO.

Engañar á un tiempo á dos,
Vaya, señor: yo lo he hecho
Muchas veces, y es gran cosa;
Mas no amar á dos á un tiempo.

LAURENCIO.

No tampoco; que no son
Sino un amor y unos celos,
Me la una porque la quise,
Y la otra porque la quiero.

ROBERTO.

Yo me alegro, pues será
Ya con esa razon ménos
De Flérida el amor.

LAURENCIO.

Antes
Será mayor.

ROBERTO.

No lo entiendo.

LAURENCIO.

¿Viste pavesa, que al paso
Que ardia, si al humo denso
Que aun conserva se le aplica
Nueva llama, arde al momento?
Pues considera que á mí
Me ha sucedido lo mesmo.
Dispuesta materia era
La pavesa de mi pecho;
Y así, con facilidad
Arde á nueva luz mas presto,
Porque incendio que aun humea
No deja de ser incendio;
Y no es tan grande locura,
Si he de contarte el suceso,
Que no haya merecido
Alguna piedad.

ROBERTO.

Dime eso
Que ha habido.

LAURENCIO.

Que alguna vez
Culpando mi atrevimiento
Dió voces, á cuyo ruido
Los criados acudieron...

ROBERTO.

Y te mataron á palos.
¡Linda piedad!

LAURENCIO.

Calla, necio;
Que de un instante á otro instante
Mudó de la ira el afecto,
Vengándose solamente
En un airoso desprecio,
Motejándome de pobre.

ROBERTO.

¿De pobre? Pues peor es eso
Que matarte, porque quien,
En oprobio y menosprecio,
Dijo *pobre*, dijo todas
Las seis palabras del duelo,
Sin las menores de calvo,
Zurdo, corcovado y tuerto.
¡Pobre dijo!

LAURENCIO.

Vive Dios,
Que te dé muerte, si necio
Me quitas la estimacion
De una piedad.—Mas ¿qué es eso?

ROBERTO.

Ser pelícano, pues que
Me desangro por el pecho.

LAURENCIO.

¿Qué cadena es esa?

ROBERTO.

Una.

LAURENCIO.

¿Quién te la dió?

ROBERTO.

El forastero.

LAURENCIO.

¿Por qué la tomaste?

ROBERTO.

Es de oro

LAURENCIO.

Villano al fin, y grosero.

ROBERTO.

Hidalgo al principio y noble,
Si me la dejas.

LAURENCIO.

Sí dejo,
Por dejarla y por dejarte,
Porque ya apurar deseo
A qué han venido los dos
Á este palacio.

ROBERTO.

Pues dellos
Puedes saberlo, que aquí
Vienen. Vámonos.

LAURENCIO.

No quiero;
Que un lance puedo excusarle
Yo; pero huirle no puedo;
Que uno es buscarle yo, y otro
Buscarle él: y así, tengo
De esperarle cara á cara,
Pues él me viene al encuentro.

ESCENA XIII.

EL PRINCIPE, LISARDO. — LAURENCIO, ROBERTO.

LISARDO.

No solo es Flérida [1], digo,
Aquella que fingió serlo,
Pero es Lísida, la dama,
Que por su amor y sus celos
Costó la vida á tu hermano.

PRÍNCIPE.

Uno estimo y otro siento:
Estimo que no sea ella,
Por si es la que yo deseo
Que lo sea; y siento que
Este agravio me hayais hecho;
Que esta mujer de mi azar
Haya sido el instrumento.
¿Qué habrá sido la ocasion?

LISARDO.

No sé; mas lo que yo siento
Es que Flérida ha sabido
Que tú... Yo lo diré luego;
Que he visto en el mirador
Algunas damas, y quiero,
Si está allí, averiguar algo
De las dudas que padezco. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EL PRINCIPE, LAURENCIO, ROBERTO.

ROBERTO.

Lisardo se va, y el otro
Viene á nosotros.

LAURENCIO.

No tengo
De buscarle ni de huirle:
Venga ó no venga el empeño.

PRÍNCIPE.

Flérida tan cautelosa
Conmigo, que... Mas ¡qué veo!
Dadme mil veces los brazos,
Que deseaba mucho veros.

LAURENCIO.

Guárdeos Dios. Créd que mi ausencia

[1] No solo no es Flérida.

Fué precisa...Porque pienso
Que os sirvo en ella.

PRÍNCIPE.

¿A mí?

LAURENCIO.

A vos.

PRÍNCIPE.

No os entiendo.

LAURENCIO.

Yo me entiendo.

PRÍNCIPE.

Mirad que mi camarada
Desea mucho conoceros.
Venid conmigo.

LAURENCIO.

Sí haré;
Mas de una cosa os advierto.

PRÍNCIPE.

Decid, ¿qué es?

LAURENCIO.

Que voy con vos.

PRÍNCIPE.

Claro está.

ROBERTO. (*Ap.*)

Malo va esto,
Que vuelve Lisardo.

ESCENA XV.

LISARDO. — DICHOS.

LISARDO.

No era
Ninguna Lísida.

PRÍNCIPE.

A tiempo
Venis que, dando lugar
Las dudas que padecemos,
Conoceréis al que os dió
La vida.

LISARDO.

Mucho me alegro.

PRÍNCIPE.

Pues llegad.

LISARDO.

Dadme mil veces
Los brazos, para que en ellos...
(*Vale á abrazar, y al conocerle, se apartan y sacan las espadas los dos.*)
Os dé muerte.

LAURENCIO.

Eso será
Desta manera.

PRÍNCIPE.

¿Qué es esto?

LISARDO.

Haber un traidor hallado
Adonde una ingrata encuentro.

LAURENCIO.

Haber un traidor venido
Adonde una fiera veo.

ROBERTO.

Miéntras que se matan, voy
Por una espada corriendo. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

EL PRINCIPE, LAURENCIO, LISARDO.

PRÍNCIPE.

¡Tan presto, el favor trocado
En furor, sois homicida
Vos de quien os dió la vida,
Vos de á quien se la habeis dado!

LISARDO.

Sí, porque si yo supiera
Que él era el que me la dió,
Por no recibirla yo,
Mi proprio homicida fuera.

LAURENCIO.

Sí, porque si ya mejora
Del peligro en que le vi,
Solo entónces se la dí
Para quitársela ahora.

LISARDO.

Digo que él es mi enemigo.

LAURENCIO.

Ya mi piedad es cruel.

PRÍNCIPE.

Ved vos que vengo con él. —
Mirad que venis conmigo.

LAURENCIO.

Mal esa accion...

LISARDO.

Mal el labio...

LAURENCIO.

Piensa estorbar...

LISARDO.

Quitar piensa ..

LAURENCIO.

Que yo no vengue mi ofensa.

LISARDO.

Que yo no vengue mi agravio.

PRÍNCIPE.

¿Agravio vos? Nada os digo.
Perdonad, que ayudar tengo
Al amigo con quien vengo,
Obre bien ó mal mi amigo.

LISARDO.

Decir que me dejeis, no
Es decir que me ayudeis.

PRÍNCIPE.

Pues entrambos reñiréis,
Sabiendo la causa yo.
Hacedme del lance dueño.

LISARDO.

Yo no lo puedo decir.

PRÍNCIPE.

Pues ¿por qué?

LISARDO.

Por no añadir...

PRÍNCIPE.

Proseguid.

LISARDO.

Empeño á empeño.

LAURENCIO.

Yo sí lo sé: pienso que
Es...

LISARDO.

Vuestra voz no prosiga.

LAURENCIO.

Miedo, porque no se diga,
Riñendo con él, maté
(A las puertas de una dama,
Que aun hasta aquí á matar vino)
A Federico de Ursino.

PRÍNCIPE.

Pues ya eso toca á mi fama.
¡Tú diste muerte á mi hermano!
Logró el cielo mis deseos.

LAURENCIO.

¡Qué es lo que escucho!

LISARDO.

Tenéos.

PRÍNCIPE.

¿Vos defendeis á un tirano
Que muerte á mi hermano dió?

LISARDO.

Sí, por pagarle la vida
Que dél tengo recibida,
Para quitársela yo.

LAURENCIO.

Pues porque no defendais
Mi vida en esta ocasion,
Yo alargo la obligacion
Que de la vida me estáis.
Señor príncipe de Ursino,
Si á vuestro hermano maté,
Sin ventaja ó traicion fué,
Porque acompañando vino
A quien mi dama servia.
Y así, si os quereis vengar,
Cómo ha de ser consultar
Debe vuestra bizarría;
Que yo, para que os vengueis,
Su favor no he de admitir.
Si vos habeis de reñir
Con uno, aquí me teneis.

PRÍNCIPE.

No con ventaja yo aquí
Hoy me he de satisfacer.
Retiráos.

LISARDO.

No ha de ser;
Que el duelo me toca a mí.

PRÍNCIPE.

Yo soy mas interesado.

LISARDO.

Mas ofendido estoy yo.

PRÍNCIPE.

Ved que mi hermano mató.

LISARDO.

Ved que le mató á mi lado.

PRÍNCIPE.

Pues algun medio ha de haber.

LAURENCIO.

Ese elegidle los dos.

PRÍNCIPE.

Escoged el uno vos.

LAURENCIO.

Pues si tengo de escoger,
Lisardo es, pues todavía
Me ofende, viniendo hoy
Tras Lísida adonde estoy.

PRÍNCIPE.

Oid, que esa es culpa mia
Yo le traigo, vive Dios,
A ver á Flérida aquí.

LAURENCIO.

¿A ver á Flérida?

PRÍNCIPE.

Sí.

LAURENCIO.

Pues ahora os escojo á vos.
Y ya que á dos elegí,
No me he de volver atras.
Reñid ambos.

PRÍNCIPE.

Loco estás;
Y aunque yo pudiera aquí
Castigar esa osadía,
No lo he de hacer, porque quiero

ar satisfaccion primero
e reñir solo. Desvía,
ues yo la espada saqué;
si tú la sacas, ya
uya la infamia será,
o mia.

(*Riñen.*)

LISARDO.

Ver no podré
eñir sin reñir, por Dios,
ue ya no hay duelo ninguno,
ues dos pueden matar uno,
uando uno se atreve á dos.

ESCENA XVII.

LERIDA, LISIDA, FLORA Y FABIO. — DICHOS.

LÍSIDA. (*Dentro.*)

as espadas han sacado.

FLÉRIDA. (*Dentro.*)

cudid, acudid presto.

LAURENCIO.

u Alteza está aquí.

SalenFlérida, Lísida, Flora y Fabio.)

FLÉRIDA.

¿Qué es esto?

PRÍNCIPE.

ada, habiendo vos llegado;
ue aunque quien de engañar trata,
e atencion no necesita,
ues á sí mismo se quita
odo lo que se recata;
le reportaré al miraros,
orque el cielo podrá darme
tra ocasion de vengarme,
no otra de respetaros. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

Cómo en mi casa los dos?...

LÍSIDA. (*Ap.*)

Ay de mí! yo estoy turbada.

FLÉRIDA.

ecid pues, ¿qué es esto?

LISARDO.

Nada,
abiendo llegado vos;
ue aunque pudiera obligarme
ue con una ingrata está
n traidor, no faltará
casion para vengarme. (*Vase.*)

FLÉRIDA.

eguidlos, Fabio.—

(*Vase Fabio.*)

¿Qué ha sido? (*A Laurencio.*)
ecid vos lo que ha pasado.

LAURENCIO.

er yo solo desdichado.

LÍSIDA.

ecid pues, ¿qué ha sucedido?

LAURENCIO.

diré. (*Ap.* Pues mi fortuna
ispone que pueda (¡ay Dios!)
ablar, hablando con dos,
e por sí con cada una.)
sto ha sido que un amante
iene á aqueste monte á ver
isfrazado á una mujer,
ue fué á matarme bastante.
uién es decir no imagino:
oble en mi pecho lo guardo.

LÍSIDA. (*Ap.*)

or mí lo dice y Lisardo.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

or mí dice y el de Ursino.

LAURENCIO.

Bien pensaréis que mi llanto
Su cólera ocasionó,
Loco de celos; pues no,
Que aunque yo lo soy, no tanto,
Que ya que celos tuviera,
A nadie los publicara;
Que por mí proprio callara
Cuando por ella no fuera.
La causa que hemos tenido,
Es haber sido, señora,
Contrarios ántes de ahora,
Por habernos competido
Por una esfinge engañosa,
Por una sirena infiel,
Tiranamente cruel,
Injustamente alevosa.
Della huyendo, vine aquí,
Ignorado y escondido,
Donde á buscarme ha venido
Mi contrario; siendo así
El haberme hallado lloro,
Por ser el mal que padezco
Tener hoy lo que aborrezco
Tan cerca de lo que adoro.
Y pues ya entendeis las dos
Por quién lo diré, de mí
No ha de decirse que aquí
Me tiene el temor. Adios. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

FLERIDA, LISIDA, FLORA.

FLÉRIDA.

Esperad.

LÍSIDA.

Sin escuchar
Tu voz, veloz en extremo
Va á buscarlos.

FLÉRIDA.

Mucho temo
Que los dos le han de matar,
O él mate á alguno; y cualquiera
Lance no le estará bien
A mi opinion: y así, es bien
Excusar que mate ó muera.—
Flora, llama á ese hombre.

LÍSIDA.

(*Ap.* Pues
Llegó á extremo su dolor,
Deje de ser noble amor.)
Favor ni amparo le des:
Deja que le dén la muerte,
Como lo tenias mandado;
Que el haberse declarado
Que ama y que padece, es fuerte
Indicio contra tí: fuera
De que, ya el Príncipe aquí,
Importa el volver por tí.
Este hombre, digo que muera,
Y no tu piedad le obligue
A que del favor blasone.

FLÉRIDA.

¡Antes porque le perdone,
Y ahora porque le castigue!

LÍSIDA.

Esto es lo que me parece.

FLÉRIDA.

Y ¿qué ha de decir la fama?
¿Ha de decir: «Porque ama
A quien tanto lo merece?»
No, Lísida, no es bien diga
La piedra en su sepultura:
«Yace porque una hermosura
Lo que ha de estimar castiga.»
Yo la vida le he de dar.—
Llámale, Flora.

LÍSIDA.

Y despues
¿Qué dirán de tí?

FLÉRIDA.

Que es
Agradecer y no amar.

JORNADA TERCERA.

Galería del palacio.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, *con la espada desnuda.*

ROBERTO.

¿Qué es aquesto? ¡Con mi amo
Superchería tan brava!
No en mis dias. ¿Dos á uno?
O traigo ó no traigo espada.
Tírole á este un par de tajos
Rásgole á estotro la capa.
¡Qué bien riñe uno á sus solas!
A este embisto, aquel repara:
Hágole la conclusion,
Y zas.

ESCENA II.

LAURENCIO. — ROBERTO.

LAURENCIO.

¿Qué es aquesto?

ROBERTO.

Nada,
Habiendo llegado tú.

LAURENCIO.

¡Vive Dios, si no mirara
Que estás borracho!...

ROBERTO.

Bien miras.

LAURENCIO.

¿Has visto por esa estancia
A Lisardo y á su amigo?

ROBERTO.

Apénas llegué yo á casa,
Cuando llegaron tras mí,
Y sacando de la estala
Los caballos, se pusieron
En ellos, dándoles alas
El viento.

LAURENCIO.

¿Dijeron algo?

ROBERTO.

Ellos no hablaron palabra;
Yo sí que les dije á ellos
Que era ingratitud villana
Pagar tan mal, hospedaje
Y vida; que de su infamia
Yo les daria á entender
La ruindad á cuchilladas,
Pues que yo bastaba solo.

LAURENCIO.

Y ellos ¿qué dijeron?

ROBERTO.

Nada;
Bien que no lo dije yo
De suerte que lo escucharan,
Porque fué entre mí quedito:
Lo que solo á voces altas
Les dije, fué que tomasen
Su cadena enhoramala,
Porque aquel no era meson
Para pagar la posada;

Y arrojándola en el suelo,
Lisardo la tomó.

LAURENCIO. (*Vele la cadena.*)

Aguarda.
Si la tomó, dime ¿qué es
Esto que aquí veo?

ROBERTO.

El alma,
Que apénas ve un agujero
Por donde ella no se salga.
Pero dejando, señor,
Cosas de poca importancia,
¿Sabes lo que pienso?

LAURENCIO.

¿Qué?

ROBERTO.

Que no vuelven las espaldas
Hombres tales, sin intento
De asegurar su venganza.
Y este Fabio no me ha dado
Buena espina, porque estaba
Con ellos en gran secreto
Despues del monte en la estancia.

LAURENCIO.

Aun si supieras el otro
Quien es, mejor lo pensaras;
Que es el príncipe de Ursino.

ROBERTO.

Como quien no dice nada.
¿Hermano del muerto?

LAURENCIO.

Sí,
Que por criarse en Alemania,
No le conocí basta ahora.
Y aun esta no es, con ser tanta,
La mayor desdicha mía.

ROBERTO.

Pues ¿hay otra?

LAURENCIO.

Que le traiga...

ROBERTO.

¿Quién?

LAURENCIO.

De Flérida el amor.

ROBERTO.

Pues ya con eso, ¿qué aguardas?
Y puesto que no te queda
De amor ni vida esperanza,
Huyamos, señor, de aquí.

LAURENCIO.

¿Cómo, si dejo aquí el alma?
Fuera de que no le está
Bien á mi honor hacer falta
Del puesto en que quedé.

ESCENA III.

FLORA. — LAURENCIO, ROBERTO.

FLORA.

Hidalgo...

LAURENCIO.

¿Qué quereis?

FLORA.

Flérida os llama,
Y manda os vengais conmigo,
Adonde hablaros aguarda.

LAURENCIO.

¿A mí?

FLORA.

A vos.

LAURENCIO.

No os espanteis;
Que dicha, que gloria tanta,
Mas decoro que creerla,
Será, señora, dudarla.
¿Qué es lo que decis?

FLORA.

Que al punto
Que salisteis de la estancia
De su jardin, me mandó
Que os siga y diga que os llama,
Y aquí otra vez he venido.

LAURENCIO.

¿Quién poderoso se hallara
Para daros en albricias
Todo un mundo? Mas la falta
Perdonad.— Daca, Roberto,
Esa cadena.

ROBERTO.

¿Qué es daca?

LAURENCIO.

No seas necio.

ROBERTO.

Ya lo hago,
Puesto que no quiero darla.

LAURENCIO.

Pues quitarétela yo.

ROBERTO.

Mira que me despedazas
El corazon y el vestido.

LAURENCIO.

Tomad, que aunque pobre alhaja,
La estimacion suple el precio.

FLORA.

Agradezco merced tanta,
Por ser desa mano.

ROBERTO.

Pues
No teneis que gratularla,
Porque no es sino de estotra.

LAURENCIO.

¿Qué haces?

ROBERTO.

Procuro quitarla,
Porque si te llama á tí,
Gratula tú, pese á mi alma;
Mas ¿por qué he gratular
Yo?

LAURENCIO.

Guiad donde me manda
Flérida que vaya á verla,
Y tú oye, mira y calla;
Que no sabes lo que el hado
Al mas infelice guarda.

(*Vanse Laurencio y Flora.*)

ESCENA IV.

ROBERTO.

¿Qué ha de guardar, sino mucha
Mala ventura? ¡Mal haya
El padre que me engendró
En hora tan desorada,
Que si á las quínolas juego,
Siempre los oros me faltan!
¿Qué he hecho yo á este metal,
Que tan mal conmigo se halla
En escudos y cadenas?
Mas ser bermejo le basta.
Pero ahora bien, á saber
Voy lo que el hado nos guarda.
Esto se llama seguir
A longe. (*Vase.*)

—

Jardin.

ESCENA V.

FLERIDA, LISIDA.

LÍSIDA.

¿Qué es lo que trazas,
Señora, llamando á este hombre
Despues de estar informada
De Fabio, que ya los dos
La vuelta del monte marchan?

FLÉRIDA.

No sé cómo te lo diga;
Que temo hablarte palabra:
Pues cuando su muerte intento,
Intercedes por su causa;
Y cuando intento su vida,
Acriminas su arrogancia:
Y así, en esto no quisiera
Decirte, Lísida, nada,
Porque no sé si estarás
O favorable ó contraria.

LÍSIDA.

Yo siempre estaré, señora,
De la parte de tu fama.
El mudar consejo es
Mas prudencia que ignorancia.

FLÉRIDA.

Pues ya que de los extremos
O te ofendes ó te cansas,
Veamos si un medio, por serlo
Es hoy el que mas te agrada.
Yo determino decir
A ese hombre que se vaya;
Pues sabiendo que enemigo
Es de Cárlos, cosa es clara
Que haré mal en permitir
Sea mi Estado el que le ampara:
Fuera de que el ausentarse
Cárlos con presteza tanta,
Da á entender que lleva mas
Intencion. A esto se añada
Haber, Lísida, sabido
Que está contra él conjurada
Mi familia; pues habiendo
Corrido ya la palabra
De que es el Príncipe aquel,
Y este su enemigo, tratan
De matarle con violencia,
O con veneno ó con armas.
Y así, entre amparar su vida,
Lísida, ú dejar quitarla,
Ausentarle, me parece
Que es el medio donde halla
Mi piedad y mi rigor
La bien medida distancia
De *Agradecer y no amar;*
Pues compasiva y ingrata,
Ni favorezco su amor,
Ni permito su desgracia.

LÍSIDA.

Dices bien. El entra ya
En el jardin.

FLÉRIDA.

Pues repara
(Si mudar consejo es
Mas que defecto alabanza),
En que no quiero tampoco,
Ya que su persona pasa
A alguna estimacion, que
Vuelva á hablarme cara á cara.
Y así, de mi parte tú
Le has de decir que se vaya
O le haré quitar la vida;
Y para ver lo que pasa,
Y excusar que me lo cuentes
Lo escucharé retirada
Detras de esta verde murta.

LÍSIDA.

Señora, yo...

FLÉRIDA.

¿En qué reparas?
Haz, Lísida, lo que digo. (*Escóndese.*)

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Cielos! la suerte está echada,
Pues sin saberlo Laurencio,
Flérida oye lo que él habla.

ESCENA VI.

FLORA, *con* LAURENCIO.— LISIDA; FLERIDA, *escondida*.

FLORA. (*A Laurencio.*)

Allí la dejé, y allí
Está: llegad. (*Vase.*)

LAURENCIO.

A tus plantas
Humilde, vengo á saber,
Señora, lo que me mandas.

LÍSIDA.

Su Alteza os llama, es verdad;
Mas aunque su Alteza os llama,
En esta parte soy yo
Quien de su parte os aguarda.

LAURENCIO.

Claro está que habias de ser,
Siempre aleve, siempre ingrata,
Y siempre para mí fiera,
Tú de mi muerte la causa;
Pasándome con las dos
Lo que al peregrino pasa
Con la voz de la sirena,
Que le enamora y le encanta
Para quitarle la vida.
Y así, cautelosas ambas,
Habeis hoy entre las dos
Partido dulzura y saña,
Pues ella es la que me trae,
Y eres tú la que me matas.

LÍSIDA.

Hidalgo, yo no os entiendo,
Ni sé qué razon, qué causa
Teneis para hablarme así;
Si ya no es que desto os salva
Nuevo tema de locura.
(*Ap.* ¡Oh quiera el cielo que haya
Entendídome una seña!)

LAURENCIO.

¡Falsa conmigo? ¡Ah tirana!
Mas ¿qué mucho, pues que siempre
Conmigo has estado falsa?

LÍSIDA.

¿Yo con vos? Si nunca os vi.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¿Qué fuera que averiguara
Que no era yo de su amor,
Sino Lísida, la causa?

LAURENCIO.

En fin, ¿qué es lo que me quieres?
Prosigue, pues si no bastan
Las desdichas que me cuestan
Tu traicion y tu mudanza,
Hasta hacerme deste monte
Fiera racional humana...

FLÉRIDA. (*Ap.*)

¿Si sentiré yo saber
Que no era por mí la instancia?

LÍSIDA.

No os entiendo... Y la princesa
Por mí que salgais os manda,
Pena de la vida, destos
Montes, que...

LAURENCIO.

Calla pues, calla:
No prosigas, no prosigas;
Que ya te entiendo, tirana.
Como has visto aquí á Lisardo...

LÍSIDA.

¿Qué Lisardo? ¿Con quién hablas,
Hombre?

LAURENCIO.

No, no me atropelles.
¿Presumes que es por tu causa?

LÍSIDA.

¿Yo? ¿A qué efecto, si á Lisardo
Ni á tí conozco? (*Ap.* ¿Que no haya
Entendídome una seña
Aun, con haberle hecho tantas!)

LAURENCIO.

Para que no estorbe, dices
Que yo del monte me vaya.

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Ay de mí! Atajar no puedo
Mi llanto ni sus palabras.

LAURENCIO.

Pues no me he de ir, no porque
Celos á mi amor le causa
La venida; que no quiero
Que aun de aquesto quedes vana...

LÍSIDA.

¡Yo! ¿Cuándo á tí ni á Lisardo
Os vi? ¿Qué amor? ¿Qué esperanza?...

LAURENCIO.

Que ya mis celos no son
Dél, sino del que acompaña,
Cuando lo que adoro y pierdo,
Flérida es.

FLÉRIDA. (*Ap.*)

Aun esto, vaya;
Que sin desear ser querida,
Sintiera estar engañada.

LÍSIDA.

Hombre, no entiendo á qué efecto
Me dices locuras tantas.
Ella manda que te diga
Que deste monte te vayas.

LAURENCIO.

Ya sé que mientes, y que
No lo manda ella.

(*Sale Flérida.*)

FLÉRIDA.

Sí manda,
Y si al punto no salís
De todas estas comarcas,
Os haré quitar la vida;
Que ya mis piedades bastan.

LAURENCIO.

A vos obedeceré,
Tan á costa de mis ansias,
Que el ausentarme y morirme
No sean dos cosas contrarias,
Sino tan una las dos,
Que equivocándose ambas,
De mí se ausente la vida,
Pues de vos se ausenta el alma. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FLERIDA, LISIDA.

FLÉRIDA.

Y bien, Lísida, y ahora
¿De qué parecer te hallas?
¿Vivirá ó morirá?

LÍSIDA.

¿Dasme
Licencia, puesta á tus plantas,
Para decírtelo?

FLÉRIDA.

Sí.

LÍSIDA.

Pues oye atenta.

FLÉRIDA.

Levanta.

LÍSIDA.

Este noble caballero,
A quien la fortuna ultraja,
Desluciendo en sus desdichas
Lustre, honor, nobleza y fama,
En Nápoles...

(*Dentro cuchilladas.*)

ESCENA VIII.

CRIADOS. — FLERIDA, LISIDA.

UN CRIADO. (*Dentro.*)

Muera.

OTRO. (*Dentro.*)

Muera
Traidor, que á todos agravia.

FLÉRIDA.

¿Qué es aquello?

LÍSIDA.

¡Ay cielos! Mira
Que tus criados le matan.
Acude presto, señora.

FLÉRIDA.

Por no remediarlo estaba,
Por pedírmelo tú.

CRIADOS. (*Dentro.*)

Muera.

ESCENA IX.

FABIO Y CRIADOS *tras* LAURENCIO Y ROBERTO. — FLERIDA, LISIDA.

LAURENCIO.

A costa será de tantas
Vidas...

FLÉRIDA.

Detenéos. ¿Qué es esto?

ROBERTO.

Es lo que el hado nos guarda.

FLÉRIDA.

¡No mirais que estoy yo aquí?
Tened, tened las espadas.—
¿Qué es esto, Fabio?

FABIO.

Es, señora,
Del agravio de tu casa,
Tomar, como criados tuyos,
Por tí y por Cárlos venganza,
Ocasionados de ver
Que el que á Federico mata,
Tanto huye como pierde,
Que entra hasta aquí.

FLÉRIDA.

Basta, basta.—
(*A Laurencio.*)
Por esta puerta, que al parque
Sale, de la muerte escapa,
Que yo te defiendo.

LAURENCIO.

El cielo
Sabe que en desdichas tantas
Vuelvo á tus respetos mas
Que á su temor las espaldas. (*Vase.*)

FLÉRIDA. (*A Roberto.*)
Id vos con él.

ROBERTO.
Cosa es esa
Que haré de muy buena gana. (*Vase.*)

FLÉRIDA.
Y vosotros ved ahora
Que son muy anticipadas
Finezas, y muy sin tiempo,
Tomar de Cárlos la causa.

FABIO.
Señora...

FLÉRIDA.
Nada digais.

FABIO. (*Ap. á los criados.*)
Venid, que en vano le ampara,
Pues Cárlos á la salida
De esotra parte le aguarda.
(*Vase con los criados.*)

FLÉRIDA.
Prosigue tú.

LÍSIDA.
Digo pues
Que en Nápoles, nuestra patria,
Me sirvió este caballero,
Y debajo de palabra
De esposo...
(*Dentro cuchilladas.*)

ESCENA X.

EL PRINCIPE, *y despues* LISARDO, FLERIDA, LISIDA, LAURENCIO Y ROBERTO.

PRÍNCIPE. (*Dentro.*)
Ahora ha de ver
Tu presumida arrogancia,
Quién basta á reñir con dos.

LAURENCIO. (*Dentro.*)
Uno que por los dos basta.

FLÉRIDA.
¿Qué es aquello?

LÍSIDA.
Yo ¿qué puedo
Decir, sino penas y ansias?

FLÉRIDA.
Iré á remediarlo.

LÍSIDA.
Tente,
Que es el Principe: no vayas. (*Vase.*)

FLÉRIDA.
Antes, porque tú lo estorbas,
Iré yo de mejor gana.—
Tenéos todos. ¿Qué es aquesto?
(*Salen riñendo el Principe y Lisardo, con Laurencio y Roberto.*)

ROBERTO.
Es lo que el hado nos guarda.

LISARDO.
Dentro del palacio muera.

LAURENCIO.
Aunque la tierra me falta,
No el valor que vive en mí. (*Cae.*)

FLÉRIDA.
Ved que ha llegado á mis plantas.

PRÍNCIPE.
Otra vez ese sagrado,
Y otras mil veces, le valga.
Segunda vez por vos viva.

LISARDO.
Pero no con esperanza
De que siempre ha de tener
Angel segundo de guarda. (*Vase.*)

FLÉRIDA.
Oid, esperad.

PRÍNCIPE.
Perdonadme,
Pues no darle muerte basta
Sin que tambien pretendais
Desairar tanto mi fama,
Que ante vos estemos, él
Con vida y yo sin venganza.
Y así, hasta estar mas airoso,
Es fuerza volver la espalda,
Porque no fuera quien soy,
Ya que el disfraz se declara.
¿Cómo he de estar desairado
A los ojos de una dama,
Y dama á quien?.. Pero esto
Para otra ocasion se guarda. (*Vase.*)

FLÉRIDA.
Oid, esperad, tened.—
Lísida, que no se vayan
Sin oirme, dí á los dos.

LÍSIDA.
¿Quién vió confusiones tantas? (*Vase.*)

ESCENA XI.

FLERIDA, LAURENCIO, ROBERTO.

FLÉRIDA.
Hombre, ¿qué me va en tu vida,
Que tantas veces te amparas
De mis piedades?

LAURENCIO.
Si es tuya,
Por tí, no por mí la guardas.

FLÉRIDA.
¿Aun no lo agradeces?

LAURENCIO.
No,
Porque es piedad muy tirana
El quitar que otros la quiten,
Sin quitarte á tí el quitarla.

FLÉRIDA.
Siempre para estas locuras
Fué tarde, y hoy con mas causa,
Ni para que ocasion puedas
Tener tú de mi esperanza.

LAURENCIO.
Hasta tenerla bien puedo;
Lo que no puedo es lograrla.

FLÉRIDA.
Ni aun tenerla, cuando es
Tan inmensa la distancia.

LAURENCIO.
Mayores extremos...

FLÉRIDA.
Eso
Es bueno para la farsa,
Mas no para la verdad;
Y ha de ser tan nueva traza
La de mi vida, que vea
El mundo que mi honor saca
Esta del comun estilo,
Y que puede una bizarra
Presuncion, una altivez
Generosa, una fe hidalga,
Agradecer y no amar.

LAURENCIO.
¿De qué suerte?

FLÉRIDA.
Aquí te aguarda,
Y hasta tener órden mia,
Destos jardines no salgas.
(*Retírase y ocúltase.*)

LAURENCIO.
¿Qué es esto, Roberto?

ROBERTO.
¿Eso
Dudas? ¿Hay cosa mas clara?
¿No lo conoces?

LAURENCIO.
No.

ROBERTO.
Pues
Es lo que el hado nos guarda.

LAURENCIO.
¿Qué confusiones son estas
Con que Flérida?...

ROBERTO.
¿Eso hablas?
(*Ap. á Laurencio.* Mira que Flérida escucha,
Porque detras desas ramas
Se ha parado, y oye cuanto
Dices.)

LAURENCIO.
No vuelvas la cara,
Ni te des por entendido.

FLÉRIDA. (*Ap.*)
A esta parte retirada,
Que Lísida vuelva espero.

LAURENCIO.
Hermosura soberana,
Bien sé que no te merezco,
Porque eres deidad tan alta,
Que te me pierdes de vista;
Pero alienta mi esperanza
Ver que nadie te merece.

FLÉRIDA. (*Ap.*)
Bien suenan de amor las ansias,
Por mas que uno las escuche...

ESCENA XII.

LISIDA.—LAURENCIO, ROBERTO

LÍSIDA.
Tan veloces las espaldas
Volvieron, que no escucharon
Que tú, señora, los llamas...
¿Y su Alteza?

LAURENCIO.
Ya se fué.

LÍSIDA.
Pues puedan, traidor, mis ansias,
Aunque de paso...

LAURENCIO. (*Ap.*)
¡Ay de mí,
Si Lísida en su amor habla,
Sin saber que ella lo escucha!

LÍSIDA.
Quejarse de ofensas tantas.
¿Es posible, ingrato dueño,
Que aunque aborrecido hayas
Lo que quisiste?...

LAURENCIO.
Mujer,
¿Qué dices ó con quién hablas?
Porque yo no sé quién eres.

LÍSIDA.
Ingrato, presto te pagas
Del disimulo que tuve,
Porque Flérida escuchaba.

LAURENCIO.
Pues si piensas que es por eso,
Lo mismo es. Déjame, calla:
No prosigas.

LÍSIDA.
Decir quiero,

Por si otra ocasion me falta,
Mis penas.

LAURENCIO.

No he de escucharte.

LÍSIDA.

¿Cómo es posible?

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Que no haya
Entendídome una seña,
Con haberla ya hecho tantas!

LÍSIDA.

¡Que seas tan cruel que niegues
Lo que paso por tu causa!
¿Cómo es posible?...

LAURENCIO.

¿Qué dices?

LÍSIDA.

Que aun siquiera...

LAURENCIO.

¿Con quién hablas?

LÍSIDA.

Por lo que quisiste...

LAURENCIO.

¿Yo?
No te entiendo.

LÍSIDA.

Pues me atajas,
Y sin oir atropellas
En sola una razon tantas,
Sal deste jardin.

LAURENCIO.

No quiero.

LÍSIDA.

Pues de aquí Flérida falta,
No es justo que estés en él.

LAURENCIO.

No en esto tomes venganza,
Que ella manda que aquí espere.

LÍSIDA.

No manda, traidor.

(*Sale Flérida.*)

FLÉRIDA.

Sí manda.
Lísida, éntrate allá dentro;
Tú en esotra parte aguarda.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Hay hombre mas infelice? (*Vase.*)

LÍSIDA. (*Ap.*)

¡Hay mujer mas desdichada! (*Vase.*)

ROBERTO. (*Ap.*)

¿Hay hombre y mujer mas necios
Que él, que babeando se anda
Hecho un Juan de espera amor?
¿Qué es lo que el hado nos guarda? (*Vase.*)

ESCENA XIII.

FLERIDA.

¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
Por mí en un instante pasan
Tan atropelladas, que
Unas á otras se embarazan!
Porque ya confusas,
Opuestas y varias,
O quitan la vida,
O turban el alma.
Ahora bien, discurso mio,
Procuremos apurarlas
De una vez, y de una vez
A luz este engaño salga.
Aquí hay un hombre de tanto
Espíritu, que á la cara
De mi deidad atrevido,
Puso locas esperanzas;
Que al sol fuera ménos
Que osado intentara,
De cera ú de pluma,
Quemarse las alas.
Aquí hay una dama hermosa
Que vino á valerse á casa,
A intercesion de una amiga,
De una muerte (¡qué desgracia!)
Que, á lo que se deja ver,
Debió de ser ella causa,
Pues desta causa se infiere
Que él la aborrece, ella le ama.
¡Oh cuánto se ofende,
Desluce y ultraja,
Mujer que se queja,
Amante que agravia!
Del secreto de los dos,
Aunque no bien informada,
Llegaron mis vanidades
A entrar en desconfianza
De que por ella (¡ay de mí!),
Y no por mí, fuera tanta
Porfiada tema de amor,
De que el mismo amor se salva,
Sonándome su desprecio
Aun mejor que mi alabanza.
No sé qué se tiene
El ser una amada,
Que aun penas que ofenden,
Ofenden si faltan.
Dejemos en esta parte
A este galan y á esta dama,
Pues ya no me engaña á mí,
Quien á ella la desengaña;
Y vamos á que el de Ursino
Para verme se disfraza,
O sea agravio ó sea lisonja,
Que á mis altiveces haga:
Sin que entre á la parte
Mi lustre ó mi fama,
Vendiendo finezas,
Feriar esperanzas.
Esto no es del caso ahora,
Y presto dirán sus ansias
Que aunque á mi hermosura diesen
La estimacion de ventaja,
Me basto yo por mí sola
A una victoria mas alta
De la que al amor le ofrecen
Los blasones de mi casa;
Que dama que viene
No mas que á ser dama,
Ni gana trofeos,
Ni triunfos arrastra.
Y pasando de una vez
Desde una causa á otra causa,
Lleguemos solo á que Cárlos
Aquí su enemigo halla,
Donde á despecho de ser
Mi sagrado el que le ampara,
Neciamente solicita
Asegurar su venganza.
Aquí pues del duelo
¿Será ley bizarra
Que muera á otras manos
Quien llegó á mis plantas?
No, que de algo han de servirle
Los seguros de mi casa:
Fuera de que, aunque me ofende
Su presumida arrogancia,
Me ofende tan de buen aire,
Que la misma ofensa basta
A interceder por él, siendo
Culpa y disculpa tan clara,
Que están en mi pecho
Equívocas ambas,
Pues una me obliga,
Cuando otra me causa.
Este hombre no ha de morir.
Mas como (¡ay de mí!) alcanzan
A saber que en mis jardines
Se quedó, los que le aguardan
El Príncipe y mis criados,
Tienen las puertas tomadas,
Al tiempo que ya la noche
Temerosamente baja:
Pues con la sospecha
De ver que me ama,
Tenerle yo en ellos,
Será confirmarla.
Pero ¿de qué me embarazo?
¿No hay en el ingenio trazas
Para que dellos á un tiempo
Este hombre salga y no salga?
Sí, porque no será bien
Que hombre que ha tenido tanta
Noble altivez, muera á manos
De ménos ilustres armas;
Que fuera bajeza
Que solo me hallara
Ingrata, quien puede
Piadosa é ingrata.
Para que conozca el mundo,
Dándole á él vida, á su dama
Honor, venganza al de Ursino,
Y nuevo asunto á la fama,
Que hay hermosura tan noble,
Que hay presuncion tan bizarra,
Vanidad tan generosa,
Y en fin piedad tan hidalga,
Que sin que el amor la obligue,
Ni la obligue la venganza,
Castiga y perdona,
Piadosa y ingrata,
Pues sabe dar vida
Al mismo á quien mata. (*Vase.*)

—

Campo.

ESCENA XIV.

LISARDO, EL PRINCIPE.

PRÍNCIPE.

Seguros los caballos
Deja.

LISARDO.

Cuidado puse en desviallos,
Porque no nos suceda
Segunda vez que de su riza pueda
Seguírsenos desdicha de fortuna.

PRÍNCIPE.

¡Pluguiera á Dios hubiera sido una!
Pero tantas han sido,
Que se pierde del número el sentido.

LISARDO.

Justamente hoy te admiras,
Porque si todas de una vez las miras,
Dudo que haya memoria
Que á número reduzga nuestra historia.

PRÍNCIPE.

No nos será posible;
Y así hablemos no mas de cuán terrible
En Flérida ha tomado la venganza
Su vanidad de mi desconfianza;
Pues pompa, fausto, autoridad depuso,
Y solamente en la campaña puso,
Para vencer segura,
El armado escuadron de su hermosura.
Bien que á tanto poder gloria es pequeña
Una vida, pues cuando...

(*Suenan una espada.*)

LISARDO.

Esta es la seña
Que al criado dijimos.

PRÍNCIPE.

Respondamos
Con otra, porque sepa donde estamos.

ESCENA XV.

FABIO.— EL PRINCIPE, LISARDO.

FABIO.

Oh Cárlos! ¿eres tú?

PRÍNCIPE.

Y agradecido
A la fineza con que habeis querido
De mi parte poneros,
Os estoy esperando para haceros
Sabidor de que habiendo
Laurencio aquí venido...

FABIO.

Ya os entiendo;
Y lo mismo tambien á los criados
Sucedió, pues que todos conjurados
Contra él, darle quisimos,
Cuando enemigo tuyo ser supimos,
En el jardin la muerte,
Y Flérida amparó su infeliz suerte.
Pero ya no es posible que irse pueda,
Pues del jardin adonde le he dejado,
Fuerza es salir, y todo está cerrado,
Para que no le valga
Su dicha, por cualquier parte que salga.

PRÍNCIPE.

Aunque de vos no dudo,
Que mi valor de mí informaros pudo,
Cuando á hombres como yo ofender se [atreve
Algun particular, primero debe
Reñir con él, salvando lo primero
Lo personal del riesgo del acero;
Pero en habiendo dado
Satisfaccion, si acaso barajado
El lance queda, y vivo el enemigo,
Le queda accion en él á su castigo
Para desenojarse;
Que una cosa es reñir, y otra vengarse.
Y así, yo he aceptado
Matarle como pueda; y como he dado
Muestras que cuerpo á cuerpo en menor [duelo
Pude reñir con él... .

(*Disparan dentro una pistola.*)

ESCENA XVI.

LAURENCIO. — DICHOS

LAURENCIO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

LISARDO.

¿Qué voz ha sido aquesta?

FABIO.

La pistola lo ha dicho en su respuesta,
Pues ni dudo ni admiro
Que uno de tantos ha logrado el tiro.

LISARDO.

Vamos á ver adonde
Ha sido el tiro, y el rumor se esconde.

PRÍNCIPE.

La misma confusion que tú padeces,
Padezco yo. Venid. (*Vanse.*)

LAURENCIO. (*Dentro.*)

¡Jesus mil veces!

—

Interior de un cubo de una torre.
Está á oscuras.

ESCENA XVII.

LAURENCIO, ROBERTO Y FLORA.

FLORA.

Ya aquesta pistola mia
Y esa voz tuya desmiente
La prevencion que con gente
Sitiado el jardin tenia;
Pues cada uno, imaginando
Que fué el otro el que tiró,
Oyendo tu voz dejó
Los puestos. Solicitando,
No te reconozcan, ven;
Que así Flérida lo manda.

LAURENCIO.

Piadoso conmigo anda
Su favor y su desden.

FLORA.

¿Qué tienes de que quejarte,
Cuando ves que su hermosura,
Tan á su costa, procura
De tus contrarios librarte?

ROBERTO.

¿Tengo de ir yo allá tambien?

FLORA.

Sigue á los dos, porque yo,
Aunque ella no lo mandó,
Que te deje aquí no es bien,
Porque de lo que ha pasado
No quede aquí algun testigo.
Venid pues los dos conmigo,
Siguiéndome hácia este lado.

LAURENCIO.

En segunda oscuridad
Vas confundiendo mis huellas,
Pues ya nacen las estrellas,
Muriendo la claridad.
¿Adónde desde el jardin
A oscuras desta manera
Me traes? Dónde estoy quisiera
Saber.

FLORA.

En un camarin,
Donde Flérida mandó,
Laurencio, que te dejase,
Y que al punto la avisase;
Y así es preciso que yo
Te deje aquí. Solo digo,
No hables, ni alientes, ni dés
Paso; lo demas despues
Dirá ella al verse contigo. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

LAURENCIO, ROBERTO.

LAURENCIO.

¿Al verse conmigo? Cierta
Mi dicha es. ¿Ves si guardó
Algo el hado?

ROBERTO.

Aqueso yo
¿No lo dije? Mas la puerta
Cerró tras sí la mujer.

LAURENCIO.

No te muevas, y habla quedo.

ROBERTO.

Dejar de saltar no puedo
De contento y de placer.
En fin, te ha dado la vida,
Y en su camarin estás.

LAURENCIO.

Ninguna mujer jamas
Se ofendió de ser querida.
El fuego que arde mas poco,
No deja al fin de ser fuego.

ROBERTO.

¡Miren ustedes! ¡y luego
Dirán que es malo ser loco!
Lo que te pido, señor
(Pues señor serás despues
De beldad y estado, que es
Lo mejor de lo mejor),
Te acuerdes que te he servido
Sin beldad y sin estado,
Sin mirar que soy criado.

LAURENCIO.

Habla quedo, y no hagas ruido.

ROBERTO.

Aquesto dirá mi pena
Con callados labios mudos:
«*Memento*, amo, cien escudos,
Et in pulverem cadena.»

LAURENCIO.

¿Cómo podré yo olvidar
Tan justo agradecimiento?

ROBERTO.

Salto y brinco de contento.

LAURENCIO.

Quedo está. ¿Quieres quebrar
Deste camarin, que lleno
De riquezas estará,
Algo, cuyo ruido hará
Ser descubiertos?

ROBERTO.

¿No es bueno
Que es tal el gusto, que no
Reparo que á cada lado
Un escritorio hay grabado?...
De diamantes, digo yo
Que será. ¡Qué lindo espejo
Que debe de ser aquel!
¡Qué escaparate está en él!
Habrá, segun el reflejo,
Que no da la luna, aquí
Mil juguetes de cristal,
De porcelana y coral.
¿Este no es un catre? Sí,
Y de la china, dorado,
De suerte que maravilla:
De plata es la barandilla,
Y cabecera. A este lado...
En un brasero bizarro...
La espinilla fuí á quebrar.—
¡Ay! y duele el tropezar
En plata como en guijarro.
¡Oh qué catre! ¡quién le viera!

LAURENCIO.

¡Que hables tanto disparate!

ROBERTO.

¡Pues qué esotro escaparate,
De relojes todo!

LAURENCIO.

Espera,
Que en locuras divertido,
Que se ha pasado, parece,
La noche, pues ya la aurora
Por resquicios amanece.

ROBERTO.

Dices bien, ¡y vive Dios,
Que á la escasa lumbre breve,
Huyeron escaparates,
Escritorios y bufetes;
Y solo quedó la piedra
En que tropecé!

LAURENCIO.

Este albergue,
Mas que camarin de dama,
Parece cámara fuerte.

ROBERTO.

Y aun cámara de la antigua
Fortaleza es. Y ¿no adviertes
Que es un cubo de sus torres,
Sin luz, adorno ni gente?
Pues, ¡válgame Dios! ¿habemos
Muerto aquí nuestras mujeres,
Para encubarnos? Que aunque
Los dos hemos sido siempre

Perros y gatos, no tanto
Que ya que fuese, no fuese
Cuba, y no cubo.

LAURENCIO.

Sin duda
Que por librarme me prende,
O es que Flérida (¡ay de mí!)
Publicar al mundo quiere
Que ya me castiga, dando
Satisfaccion de la muerte
De Federico á su hermano:
Y viendo que era indecente
El matarme en sus jardines,
Quiere hacerlo de otra suerte,
Muriendo, no como amante,
Sino como delincuente.

ROBERTO.

¡Lindamente lo discurres!
Y ahora veo claramente,
Que de ser queridas, nunca
Se ofendieron las mujeres.
¡Mal haya el alma y la vida,
Que bien á ninguna quiere!
(*Cae de lo alto un billete.*)
Y mas ahora, que del aire
No sé qué es lo que desciende.

LAURENCIO.

Este ¿no es billete?

ROBERTO.

Yo
No juzgo bien de billetes.

LAURENCIO.

Aguarda, á ver lo que dice.
(*Lee.*) *Así quien no ama agradece.*
¿Qué querrá decir el mote?

ROBERTO.

De motes mi amor no entiende;
Mas lo que quiere decir
De cierto, es que no te quiere.

LAURENCIO.

Miremos, pues que ya el dia
Con mayor luz nos advierte,
Si habrá por donde salir.

ROBERTO.

Una tronera parece
Que mas adentro, señor,
Alumbra: y sin duda quiere
Hoy favorecernos, por
Lo que de tronera tienes.

ESCENA XIX.

FLORA. — LAURENCIO, ROBERTO.

FLORA. (*Dentro.*)

¡Laurencio, Laurencio!

LAURENCIO.

¿Quién
Me ha llamado, y qué pretende?

ROBERTO.

Par Dios, que tiene esta dama
Cosas de la Dama duende.

FLORA. (*Dentro.*)

Por esta parte que al cuarto
De Flérida sale, el breve
Caracol de una escalera
Hallarás: mira, y atiende.

LAURENCIO.

Por esta parte es sin duda,
Por donde la voz me advierte.

ROBERTO.

¿Pues qué ves por esta parte?

LAURENCIO.

Una galería excelente,
Adonde ir entrando veo
Por dos partes diferentes
Al Príncipe y á Lisardo,
A Flérida y sus mujeres.
Pues atendamos á ver
Qué nuevo capricho es este. (*Vanse.*)

—

Sala en el palacio de Flérida.

ESCENA XX.

EL PRINCIPE, LISARDO, FABIO.

PRÍNCIPE.

Aunque no habemos sabido
Dónde Laurencio cayó,
Basta el saber que escapó
De nuestras armas herido,
Para quedar yo vengado;
Y así, lo que ahora quisiera,
Es, Fabio, ántes que me fuera,
Dejar solo disculpado
Con Flérida mi rigor...
Y que dispongais, espero,
Que la hable.

FABIO.

Fácil infiero
Conseguir eso, señor,
Porque, á lo que yo he entendido,
Ella hablaros pretendió
La postrera vez que os vió...
Y parece que ha salido
Aquí con el mismo intento.

PRÍNCIPE.

Ya que prevenido estaba,
Animo, amor; que ya acaba
Uno y otro fingimiento.

ESCENA XXI.

FLERIDA, FLORA, LISIDA. — EL PRINCIPE, LISARDO, FABIO.

FLÉRIDA. (*Ap. á ella.*)

Lísida, quédate aquí,
Y á nada que oigas ahora,
Salgas.
(*Quédase Lísida tras una puerta.*)
(*Ap. á ella.* ¿Dijiste tú, Flora,
Que escuche á Laurencio?)

FLORA.

Sí.

PRÍNCIPE.

Dadme, señora, á besar
Vuestra mano.

FLÉRIDA.

Alzad del suelo,
Y escuchadme. (*Ap.* Aquí entra el duelo
De agradecer y no amar.)
Señor príncipe de Ursino,
Bien pensaréis que ofendida
De vuestras desconfianzas
Me tienen mis bizarrías;
Pues no, que ántes el fingiros,
Para llegar á mi vista,
Un mercader, es agravio
Que por favor califica
Mi vanidad, porque el oro
De noble vena, real mina,
Hiciera mal en quejarse
Del crisol que le examina;
Pues mas debe á la experiencia
Su valor que á la fe, el dia
Que acendrado del exámen,
Con mejor crédito brilla.
Y cuando de aqueste engaño
Resulte á la altivez mia,
No sé si diga un desaire,
O si una lisonja diga,
Lo que haya sido os perdono,
Ufana de que yo misma
Tan por mí vuelva, que pueda,
A costa de otra mentira,
En resultas hoy de amor,
Veros condenado en vista.
Y así, he dejado á una parte
Amorosas tropelías,
Que los límites no pasan
De airosa cortesanía,
De que se engañe el que engaña,
Y de que al que finge finjan:
Voy á que solo me ofendo
De que puedan vuestras iras
Hacer teatro mi casa
De tragedias y desdichas.
Un hombre, que una vez y otra
Pudo amparar sus fatigas
En la inmunidad sagrada
De verse á las plantas mias,
¿Deja rencor para otra
Ocasion, tal, que amotina
En su favor los afectos
Traidores de su familia?
¿Qué cosa es que en mis jardines
Halle las flores teñidas
De humana sangre, y que cuando
Salgo á gozar sus delicias,
Vea el llanto de la aurora,
Y no del alba la risa?
Muerto en ellos hallé hoy
A Laurencio, y...
(*Sale Lísida.*)

LÍSIDA.

¡Qué desdicha!
Falte á mi vida el aliento,
Pues faltó aliento á mi vida...
Y perdóname, que aunque
Me has mandado que te asista
Sin salir aquí, no tienen
Ley ni obediencia las iras,
Y á tanto tropel de penas
Ya no hay valor que resista;
Y así, á arrojarme á tus plantas
Salgo, y á pedir justicia
De la muerte de mi esposo.
Y no á ti solo me rinda,
Sino al centro soberano
De vuestras plantas invictas.
A ambos toca el ampararme:
A ti, porque perseguida
Vine á valerme de ti;
Y á vos, porque desta impía
Accion saqueis el blason
De que de vos no se diga
Que sabeis tomar venganza,
Señor, y no hacer justicia.
Lisardo es de quien la pido,
Que fué la única desdicha
De vuestro hermano; pues si él
Le llevó en su compañía
Para una traicion tan fea,
Para una accion tan indigna,
Como quebrantar la casa
De dama que otro queria;
El fué quien le dió la muerte,
Pues le expuso su osadía
A que riña en ocasion
Adonde sin razon riña.
Y para que no parezca
Que desta tragedia impía,
Siendo yo cómplice, quiero
Librarme, lo que os suplican
Mis voces es que empeceis
La venganza por mí misma.
Diga Lisardo si yo
Ocasion le di en mi vida

Para tanto atrevimiento:
Diga si yo...

LISARDO.

No prosigas;
Que supuesto que no fué
Nunca en el amor mal vista
La culpa de que un amante
Traiciones y engaños finja,
No quiero que ahora lo sea,
Con que ahora mis labios digan
Que tú me diste ocasion,
Puesto que fuera mentira.
Y para que se vea cuánto
Tu fama está pura y limpia,
La mayor satisfaccion
Sea que mi amor publica,
Muerto Laurencio, mi mano.

LÍSIDA.

No prosigas, no prosigas;
Que ántes me daré la muerte
Que consienta ni que admita
La mano de quien con sangre
Hoy de Laurencio la tiña.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué satisfaccion puedo
Daros, si esta desestima
Vuestro amor, no siendo ya
Posible Laurencio viva?
Que á serlo, viven los cielos,
Que por no ver ofendida
Á Flérida, á vos quejosa,
Con él partiera la vida.

FLÉRIDA.

¿Daisme esa palabra?

PRÍNCIPE.

Sí,
Con la mano, de cumplirla.

FLÉRIDA.

Yo con la mano la acepto:
Y pues ya es vuestra la mia,
Sal, Laurencio, y á los piés
Hoy del Príncipe te humilla;
Y pues no puedo la mano,
Basta que te dé la vida.

ESCENA XXII.

LAURENCIO, ROBERTO.—DICHOS.

LAURENCIO.

Del nuevo estado, señora,
No puedo dar ya en albricias
Sino esta banda... Y ahora
Es bien que á los piés me rinda
Del Príncipe.

FLÉRIDA.

Espera, que ántes
Es bien, porque no se diga
Que de vuestro amor ser pudo
Cómplice la casa mia,
Que á Lísida hayas de dar
La mano.

LAURENCIO.

Y agradecida
El alma á tanta fineza,
Ya que los celos me quita
La satisfaccion que haceis.

LÍSIDA.

Hoy se lograron mis dichas.

LAURENCIO.

Vuestras plantas dad, señor...

PRÍNCIPE.

Nada quiero que me digas;
Que si con aquesta accion
Me hablaran tus bizarrías
Cuando supiste quien era,
Lograras la piedad mia.

LISARDO.

Y en mí el agradecimiento
De haberme dado la vida.

ROBERTO.

Pues Flérida generosa
Es, Lísida agradecida,
El Príncipe liberal,
Lisardo queda sin ira,
Laurencio premiado, y todos
Con gusto y con alegría,
De *Agradecer y no amar*
La comedia acabe, y pida
Yo por todos el perdon
Á vuestras plantas invictas.

LOA PARA LA ÉGLOGA PISCATORIA
EL GOLFO DE LAS SIRENAS.

PERSONAS.

ALFEO.
CELFA.
SILENO.
ASTREA.
LAURO.
PESCADORES.
VILLANOS.
GENTE.
CUATRO COROS DE MÚSICA.

Marina.

ESCENA PRIMERA.

ALFEO, CELFA.

ALFEO.

Tiende esas redes al sol,
Y no me repriques, Celfa;
Que vengo hecho un basilisco.

CELFA.

¿Con quién, dime, es la pendencia?

ALFEO.

Con el mar y la cabaña.

CELFA.

¿Pues qué tiene que ver, bestia,
La cabaña con el mar?

ALFEO.

Fácil es la consecuencia.
Vó al mar y pesca no hallo;
Dó á la cabaña la vuelta,
Y hállote á ti en la cabaña:
Pues ¿qué mucho que dar sienta
(Viendo contra mí á las dos
En sus efectos opuestas)
Con la mala pesca allá,
Y aquí con la buena pesca?

CELFA.

Ya esperaba yo que fuese
Alguna malicia vuesa.

ALFEO

Pues engañáisos, que nunca
Fué malicia la evidencia:
Fuera de que, si adelanto
El enojo, no es con ella
Soldemente.

CELFA.

¿Pues con quién?

ALFEO.

Con todos cuantos poetas
Dicen que rie la aurora,
Y si llora, llora perlas,
Con cuantos dicen que el mar
De plata la orilla argenta,
En cuyo regazo son
Latres de flores las selvas,
Los arroyos instrumentos
De cristal, cítaras bellas
Los árboles de esmeralda,
Las aves capilla diestra
De la cámara del sol...
—Enamorada caterva,
Que, reacia en el buen tiempo,
Nunca del malo te acuerdas,
Sal al campo, si eres hombre,
Con todas tus copras llenas
De rosicleres y albores:
Verás si mientes, cubierta
De ceños hallando al alba,
Al sol de tupidas nieblas,
Las aves mudas y tristes,
Las flores mustias y yerta,
Y al mar enojado, tanto,
Que hidrópica su soberbia
Se quiere beber los montes.
Y si no, porque lo veas,
Oye, Celfa, lo que dicen
Aire, agua, fuego y tierra.

CELFA.

¿Pues qué dice el aire?

ESCENA II.

CUATRO COROS DE MÚSICA.—ALFEO, CELFA.

CORO 1.° (*Dentro.*)

Que el enero sus verdes imperios
Le tala furioso con ráfagas tales, [*pas,*
Que en vez de que entonen sus aves y co-
Sus copas se quejan y gimen sus aves.

CELFA.

¿Y qué dice el agua?

CORO 2.° (*Dentro.*)

Que el enero sus campos de vidrio
En páramos vuelve de nieve y escarcha,
Que en vez de que al alba le sirvan de es-
[*pejos,*
De helados embozos le sirven al alba.

CELFA.

¿Y qué dice el fuego?

CORO 3.° (*Dentro.*)

Que el enero sus luces hermosas
Le apaga entre nubes de pálidos velos,
Que en vez de que al hielo sus rayos des-
[*hagan,*
Pasmados sus rayos tiritan al hielo.

CELFA.

¿Qué dice la tierra?

CORO 4.° (*Dentro.*)

Que el enero sus flores y rosas
De suerte marchitas y mustias le deja,
Que, en vez de que sean estrellas lucien-
[*tes,*
Aun ser no permite eclipsadas estrellas.

CELFA.

Y todos, ¿qué dicen?

TODOS. (*Dentro.*)

Que porque el enero cruel los embiste...

CORO 4.° (*Dentro.*)

Las flores se pasman...

CORO 3.° (*Dentro.*)

Los rayos tiritan...

CORO 2.° (*Dentro.*)

Las ondas se quejan...

CORO 1.° (*Dentro.*)

Los pájaros gimen.

CELFA.

¿Qué dicen?

ALFEO.

¿Qué dicen?

TODOS. (*Dentro.*)

Que porque el enero con ellos embiste,
Las flores se pasman, los rayos tiritan,
Las ondas se quejan, los pájaros gimen.

ESCENA III.

SILENO Y ASTREA; *despues* PESCADORES Y VILLANOS.—DICHOS.

SILENO. (*Dentro.*)

Venturosos pescadores
De las sagradas riberas
Del trinacrio mar...

ASTREA. (*Dentro.*)

Hermosas
Zagalas, que en sus arenas
Tantas veces de sus ninfas
Vencisteis la competencia...

(*Salen por una parte Sileno y pescadores, y por otra Astrea y villanos.*)

PESCADORES.

¿Qué nos quieres?

VILLANOS.

¿Qué nos mandas?

LOS DOS.

Dadme albricias.

UNOS Y OTROS.

¿De qué nuevas?

SILENO.

Antes que yo las mias diga,
Diga las suyas Astrea;
Que la urbanidad mas ruda
Es cortés con la belleza.

ASTREA.

Aunque no lo sea la mia,
Agradezco la licencia.
Desde aquel *pardo* peñasco
En cuyos hombros se asienta,
No sin vanidad de noble,
Rústica fábrica bella,
Breve alcázar de los dioses
La vez que de sus esferas
Descienden á nuestros valles,
Hasta esa *zarza* pequeña,
Que verde á pesar del tiempo
Todo el año se conserva
(Advertid de dónde adónde
Digo: no perdais las señas;
Que importa saber que son,
Si la planta se os acuerda,
Si se os acuerda el peñasco,
Desde el *Pardo* á la *Zarzuela*),
Discurria apacentando
La siempre familia inquieta

De mis cabras, que golosas
De uno en otro álamo trepan,
Porque les pague la hoja
Lo que les debe la yerba;
Cuando de su ameno espacio
La enmarañada aspereza
Miro discurrir á tropas
Festivas carrozas, llenas
De hermosos coros de ninfas,
Cuyas divinas bellezas
A desagraviar, sin duda,
Vienen á la primavera,
Restituyendo á los campos
Cuantos matices grosera
Robó de enero la saña,
Pues les hacen que florezcan
De las destroncadas ruinas
Que marchitó la violencia,
Cada coscoja un clavel,
Cada arista una azucena.
Vílas, y dejando al libre
Uso de su lijereza
El desmandado rebaño,
Procuré saber quién eran;
Y supe que eran de dos
Deidades, que iban tras ellas,
Sagrado obsequio, bien como
La rosa, del prado reina,
La maravilla, del prado
Infanta, sàlen risueñas
Acompañadas de flores,
Cuando alba y aurora dejan
El cielo de los matices,
El campo de las estrellas.
Sus nombres oí; pero soy
Tal, que ya no se me acuerdan;
Mas bien sé que el uno dellos,
Significando que reina
En guerra y paz, se compone
De deidad de paz y guerra,
Pues Diana el nombre acaba,
Siendo Marte quien le empieza,
Primero y último acento
Dando los dos: de manera
Que tomando á Marte el *Mar*,
Y á Diana el *Ana*, encierra
El nombre de *Mar-y-Ana*
Imperiosas excelencias.
El segundo en su principio
Con él conviene; mas echa
Por otra parte, acabando
En no sé qué cosa *tersa;*
Si ya cierta *Margarita*,
Tan linda como ella mesma,
No la prestó para el caso
El atributo de perla.
En fin, sean las que fueren
(Quien me entendiere me entienda),
Fiando el sagrado solio
Al respeto de la ausencia,
A nuestro mísero albergue
Descienden; que la grandeza
Tal vez se divierte afable
Entre la humilde simpleza
De lo rústico, porque
Cotejando diferencias,
Ver lo que son y no son
Les suele servir de fiesta.
Salid pues á recibirlas,
Haciendo á la usanza nuestra
Festejos á su venida.

SILENO.

Y añade, para que sean
Aun mas dignos los festejos,
Que, atravesando la selva
En un enfrenado bruto,
Tan ajustado á la rienda,
Que le sobraba el castigo
Para estar á la obediencia,
El Apolo destos valles
(Pues como cuarto planeta,
Por mas que se emboce, no hay
Traje en que no resplandezca),
Cuidado haciendo el acaso
Y descuido la fineza
(Si hay fineza descuidada),
Las sigue; que esta es la nueva
Que yo os traigo; porque estando
A la falda desa sierra,
Montado Adónis le vi
Bajar, haciendo deshecha
De que en su busca venía
El alcance de una fiera,
Que, colmilluda, pensaban
Ser de otra Vénus tragedia,
Sin ver que á su rayo no hay,
Por mas que vuele lijera,
Por mas que lijera corra,
Pluma ó piel que se deliende.
Y pues mejorando el dia,
Tanta montaraz grandeza
Hace que los elementos
Retiren sus inclemencias,
Valéos del ejemplar,
Oyendo sus asperezas
Cómo en halagos convierten
Aire, agua, fuego y tierra.

VILLANO 1.°

¿Pues qué dice el aire?

CORO 1.° (*Dentro.*)

Que ya sus gemidos son ecos süaves.

PESCADOR 1.°

¿Pues qué dice el agua?

CORO 2.° (*Dentro.*)

Que ya son sus hielos espejos de plata.

VILLANO 2.°

¿Y qué dice el fuego?

CORO 3.° (*Dentro.*)

Que ya son sus nubes templados reflejos.

PESCADOR 2.°

¿Qué dice la tierra?

CORO 4.° (*Dentro.*)

Que el que ántes fué invierno es ya primavera.

TODOS.

Y todos ¿qué dicen?

TODOS LOS COROS. (*Dentro.*)

Que á vista de tales deidades felices...

CORO 1.° (*Dentro.*)

Los pájaros cantan...

CORO 2.° (*Dentro.*)

Las luces se alegran...

CORO 3.° (*Dentro.*)

Las flores renacen...

CORO 4.°

Las ondas se rien...

TODOS.

¿Qué dicen?

LOS DOS.

¿Qué dicen?

TODOS LOS COROS. (*Dentro.*)

Que á vista de tales deidades felices,
Los pájaros cantan, las luces se alegran,
Las flores renacen, las ondas se rien.

UN PESCADOR.

Ea, zagalas, vosotras
Venid, reduciendo á aquella
Zarzuela ó pequeña zarza
Vuestras cabras, porque sea,
Si por ventura a su abrigo
Quisieren pasar la siesta,
De su cándido tributo
Divertimiento la ofrenda.—
Vosotros echad al mar (*A los pescadores.*)
Las redes, para que tengan,
Si les cansare la caza,
Segunda holgura en la pesca.

CELFA.

¿No será mijor, porqué
Tiempo el festejo no pierda,
Que desde luego, cantando
Y bailando, demos muestra
De nuestro alborozo?

ASTREA.

Bien
Ha dicho.

CELFA.

Pues, Alfeo, empieza
Tú la cancion, pues que tú
Eres quien todo lo alegra.

ALFEO.

Eso no haré yo en verdad;
Porque hay en las islas nuevas
Deidades tan rencoriosas
Que de otros cultos les pesa.
Si sabeis que Escila, envidia
De Anfitrite, pues por ella
De Neptuno despreciada,
En estos montes se alberga,
Semidea destos montes,
Cuya nociva belleza
Es veneno de los ojos,
Pues cuantos náufragos echa
A esta playa el mar, la siguen,
Venciendo el ceño á esa cuesta
Que, en vez de alcázar, remata
En una profunda cueva,
Donde el triste peregrino,
Que engañado una vez entra,
Muere despeñado al mar;
(Que así la pasada ofensa
De Anfitrite y de Neptuno
En sus huéspedes la venga);
Si sabeis, que hija de Aglauco,
Marino dios, y una bella
Sirena, Caribdis, tiene
Su adoracion en aquellas
Rocas, que dentro del mar
Sobre un escollo se asientan:
Cuya regalada voz,
Traidoramente halagüeña,
Es veneno del oido,
De suerte que nadie llega
A oirla, que arrebatado
De su acento no perezca,
Siendo imperio suyo todo
El golfo de las Sirenas,
En venganza de su madre,
A quien Aglauco desprecia:
¿Por qué quereis enojarlas,
Y mas cuando tienen hechas
Paces con los mercaderes
Destas tostadas arenas,
En fe de los sacrificios
Que llegamos á ofrecerlas?
Y así, id vosotros; que yo
No quiero nada con ellas,
Ayudando á celebrar
Las deidades extranjeras,
Ni desa *Mari-Diana*,
Ni de esotra *Mari-Tersa*,
Porque Escila ni Caribdis
Contra mí no se conviertan
En alguna *Mari-Bresa*,
Que como otra vez me prenda,
Y sin comello y bebello,
Venga yo á pagar la fiesta.

LAURO.

Aunque á esos riesgos nacimos
Los que nacimos en estas
Islas del trinacrio mar,
Antes por la causa mesma
Debemos á otras deidades
Tener gratas.

TODOS.

Vén apriesa.

ALFEO.

Juro á Baco, dios vinoso
(Que era mijor para pera
Que para dios), de no ir,
Si no me llevan á cuestas.
(*Tiéndese en el suelo.*)

CELFA.

No rogueis á un ruin; que yo
A tan digna accion atenta,
Su ausencia sopriré.

ALFEO.

¿Cuándo
No sopris vos mis ausencias
Y enfermedades? Mas ¿cómo
Ha de ser?

CELFA.

Desta manera.
(*Canta.*) *Las nuevas deidades
De nuestra ribera,
A desagraviar
A la primavera
Vengan norabuena.*
(*Bailan todos.*)

TODOS.

Norabuena vengan.

CELFA.

*La alba destos montes,
Que con su belleza
Hace que á la tarde
El sol amanezca,
Venga norabuena.*

TODOS.

Norabuena venga.

CELFA.

*El sol que la sigue,
Cuya luz suprema
Aun mas que en las vidas
En las almas reina,
Venga norabuena.*

TODOS.

Norabuena venga.

CELFA.

*La aurora, que á entrambos
Igual sigue, en muestra
De que participa
De entrambas grandezas,
Venga norabuena.*

TODOS.

Norabuena venga.

CELFA.

*Las ninfas hermosas,
Las gracias discretas,
De aquella alba flores,
De aquel sol estrellas,
Vengan norabuena.*

TODOS.

Norabuena vengan.

CELFA.

*Y pues ya sus rayos
Se ven de mas cerca,
Digan en su salva
Fuego, aire, agua y tierra...*
(*Dentro ruido como de terremoto.*)

ESCENA IV.

GENTE, *dentro.*—DICHOS.

UNO. (*Dentro.*)
¡Júpiter, piedad!

OTRO. (*Dentro.*)
¡Neptuno, clemencia!

ALFEO.

Aquel es otro cantar. (*Levántase.*)

TODOS.

¿Qué es aquello?

LAURO.

Si las señas
No desmiente la distancia,
Con agua y viento forceja
Contrastado allí un bajel.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Amaina, amaina la vela!

UNO. (*Dentro.*)
¡A la mura!

OTRO. (*Dentro.*)
¡Al chafaldete!

OTRO. (*Dentro.*)
¡A la escota!

TODOS.

¡Qué tragedia!

ASTREA.

Pues nosotros no bastamos
A repararla, sus quejas,
No oigamos. Volved al baile,
Y atravesando esa selva,
Venid á salir al paso.

LAURO.

Bien dice.

TODOS.

Prosigue, Celfa.

CELFA. (*Canta.*)
*Las nuevas deidades
De nuestra ribera...*
(*Entranse cantando y bailando, y queda solo Alfeo.*)

ESCENA V.

ALFEO; GENTE, *dentro.*

VOCES. (*Dentro.*)
¡Júpiter, piedad!
¡Neptuno, clemencia!

TODOS. (*Dentro.*)
*Norabuena vengan,
Vengan norabuena.*

VOCES. (*Dentro.*)
¡Júpiter, piedad!
¡Neptuno, clemencia!

ALFEO.

Bien muestra lamento y canto
Que de alegría y tristeza
Este siempre voraz monstruo
De los siglos se alimenta.
Mas ¿quién me mete en moral,
Siendo almendro? Y así entre estas
Y estotras, por no causar
A Escila y Caribdis queja,
De mi red allí cogiendo
Los puntos y las carreras
(Que si hay medias que son redes,
Tambien redes que son medias),
Diré solo que si hubiese
Esto de servir de fiesta,
Aquí acabara la loa
Y empezara la comedia,
Diciendo los unos...

MÚSICA. (*Dentro.*)
Norabuena vengan.

ALFEO.

Los otros diciendo... (*Vase.*)

EL GOLFO DE LAS SIRENAS.

PERSONAS.

ULISES, *galan.*
ESCILA, *cazadora.*
CARIBDIS, *deidad marina.*
DANTE, *criado.*
ANTEO, *criado.*
ALFEO, *pescador simple.*
CELFA, *villana.*
ASTREA, *villana.*
SILENO, *pescador galan.*
CUATRO SIRENAS.
VILLANOS.
PESCADORES.— GENTE.

La escena es en Trinacria.

JORNADA ÚNICA.

Marina.— Un monte, una torre.

ESCENA PRIMERA.

ULISES, GENTE.

ULÍSES. (*Dentro.*)
Amaina la vela,
Y ántes que viento de mar
Dé con nosotros en esas
Altas rocas, el esquife
Los que pueda salve.

UNO. (*Dentro.*)
Sean
Ulises, Dante y Anteo
Los primeros.

ULÍSES.

Miéntras vuelva,
Pues nunca el voto es inútil,
Repitan las voces nuestras..

GENTE. (*Dentro.*)
¡Júpiter, piedad!
¡Neptuno, clemencia!

ESCENA II.

ESCILA, *de cazadora*, Y CARIBDIS, *de sirena, cada una por su parte.*— GENTE, *dentro.*

ESCILA.

¡Qué bien parece á mi vista...

CARÍBDIS.

¡Qué mal á mi oido suena...

ESCILA.

El zozobrado huracan...

CARÍBDIS.

La desesperada queja...

ESCILA.

De aquel bajel, que embestido...

CARÍBDIS.

De aquella nave, que expuesta...

ESCILA.

De las ráfagas del viento...

CARÍBDIS.

A los bajos de la tierra...

ESCILA.

Corriendo viene fortuna!

CARÍBDIS.

Está corriendo tormenta!

ESCILA.

¡Oh mueran todos!

CARÍBDIS.

¡Oh ninguno muera!

ESCILA.

Que no hay para mis rencores...

CARÍBDIS.

Que no hay para mis soberbias...

ESCILA.

Música como el gemido.

CARÍBDIS.

Dolor como la miseria.

ESCILA.

Porque ¿qué mayor lisonja...

CARÍBDIS.

Porqué ¿qué mayor ofensa...

ESCILA.

Que ver que perezcan todos...

CARÍBDIS.

Que ver que nadie perezca...

ESCILA.

Aunque no sea á mis manos?

CARÍBDIS.

Y que á mis manos no sea?

ESCILA.

Y así, alegre en su desdicha...

CARÍBDIS.

Y así, triste en su tragedia...

ESCILA.

Es justo que la celebre...

CARÍBDIS.

Es preciso que la sienta...

ESCILA.

Al ver que los trae el rumbo
Al choque de aquestas peñas...

CARÍBDIS.

Al oir que ya no tienen
Esperanzas sus faenas...

ESCILA.

Pues los árboles troncados...

CARÍBDIS.

Pues rebujadas las velas...

ESCILA.

Desatracadas las jarcias...

CARÍBDIS.

Enmarañadas las cuerdas...

ESCILA.

Sin gobernalle el timon...

CARÍBDIS.

La bitácora sin muestra...

ESCILA.

Cascado crujiendo el pino...

CARÍBDIS.

Al tope la quilla vuelta...

LOS DOS.

Tumba ya del mar, el buque
Desesperado lamenta.

GENTE. (*Dentro.*)

¡Júpiter, piedad!
¡Neptuno, clemencia!

ESCILA.

¡Oh mueran todos!

CARÍBDIS.

¡Oh ninguno muera!
Mas ¡bien! que de los que ya
Bebiendo la muerte anhelan...

ESCILA.

Mas ¡ay! que de los que animan
Cercanías de la tierra...

CARÍBDIS.

Algunos salva el esquife...

ESCILA.

Algunos la lancha alberga.

CARÍBDIS.

Con que lograré mis iras.

ESCILA.

Pero ¿qué me desconsuela,
Si morirán á mi saña,
Ya que á su ruina no mueran?

CARÍBDIS.

Y así saliendo á la orilla...

ESCILA.

Y así bajando á la selva...

LOS DOS.

Hallarán fuera del mar
Mas derrotada tormenta.

ESCILA.

¡Oh mueran todos!

CARÍBDIS.

¡Oh ninguno muera! —
—¡Escila!

ESCILA.

¡Caríbdis!

CARÍBDIS.

¿Dónde
Vas?

ESCILA.

Mi misma duda es esa;
Y con mas razon, pues yo,
Trascendiendo desta sierra
A esta playa, no trasciendo
Los términos de mi esfera;
Tú sí, pues dejas la tuya,
Que es el mar. ¿Qué hay que te mueva
A venir á tierra?

CARÍBDIS.

Ver
Que algunas vidas reserva
Dese naufragio el esquife,
Y voy á acabar con ellas.

ESCILA.

Pues bien te puedes volver;
Que yo haré esa diligencia.

CARÍBDIS.

Mio fué el primero riesgo,
Y lo que mi patria empieza,
No lo ha de acabar la tuya.

ESCILA.

Que es ya mio considera,
Pues ya es en tierra el peligro.

CARÍBDIS.

Poco importa, si resuelta
Le tomé á mi cargo yo.

ESCILA.

¿Tú conmigo competencias?

CARÍBDIS.

¿Por qué no?

ESCILA.

Porque te excedo,
Ya que es una la accion nuestra
En ser bandoleras ambas,
Vengando ambas las afrentas
De Aglauco y Neptuno, cuanto
Es la gran distancia inmensa
De la hermosura á la voz.

CARÍBDIS.

Pues ¿quién dió mas prêminencia
Al encanto de la vista,
Que al del oido?

ESCILA.

La mesma
Naturaleza, que puso
En la vista mayor fuerza.

CARÍBDIS.

Es error: mayor la puso
En el oido, si llegas
A considerar que solo
Lo hermoso, que es parte ajena
Del alma, es hechizo suyo;
Mas la voz que al alma entra,
Es el veneno del alma.

ESCILA.

Si ese el mayor riesgo fuera,
No les pusiera á los ojos
En los párpados defensa.
Ponerles antemurallas,
Con que lo hermoso defiendan,
Fué prevenir el peligro.

CARÍBDIS.

Es verdad; mas no ponerlas
A las orejas, fué darse
Por vencida de que era
Contra superior poder
Inútil la resistencia.

ESCILA.

No fué sino lo que dijo
El filósofo.

CARÍBDIS.

¿Qué?

ESCILA.

Que eran
Las orejas del humano
Mundo tan viles rameras,
Que á ningun interes saben
Tener cerradas las puertas.

CARÍBDIS.

Tambien ser los ojos, dijo,
Tan traidoras centinelas,
Que en vez de avisar el daño
Son las que en casa le entran.

ESCILA.

Aunque pudiera á razones
Convencerte, porque veas
Que no las estimo, quiero
Que una sola te convenza.
Vén pues á tierra; que yo
Te permito la licencia,
A precio de que decida
Esta cuestion la experiencia.
Veamos cuál de las dos vuelve

Con mayores triunfos desa
Gente que á merced del hado
Cuando los demas se anegan,
Náufraga viene arribando
A la orilla.

CARÍBDIS.

Soy contenta;
Mas con una condicion.

ESCILA.

¿Cuál es?

CARÍBDIS.

Que ninguna pueda
Decirles de la otra el nombre,
Dejando la competencia
A lo libre del arbitrio.

ESCILA.

Norabuena.

CARÍBDIS.

Norabuena.

ESCILA.

Pues ¿qué esperas?

CARÍBDIS.

Pues ¿qué aguardas?

ESCILA.

¡A tierra pues!

CARÍBDIS.

Pues ¡á tierra!
¡Ea, encanto de la voz,
Que tuya ha de ser la empresa!

ESCILA.

¡Ea, hechizo de la vista,
Tu mayor victoria es esta! (*Vanse.*)

ESCENA III.

ULISES, DANTE, ANTEO.

ULÍSES.

(*Dentro.* ¡A tierra!)
(*Sale.*) Aunque ya de tantas
Fortunas siempre deshechas
Fuí asunto, nunca con mas
Rendido voto la arena
Besé. ¡Oh madre comun! ¡cuánto
Te debe el hijo que deja
Tu regazo, y á cobrarle
Permite el hado que vuelva!

DANTE.

Aunque siempre fué piedad,
Tal vez quiere que parezca,
Mas que cariño, ojeriza.

ANTEO.

Y si percibes las señas
Deste inhabitado seno,
Donde la vista no encuentra
Verde hoja, ni el oido
Perdida voz, que no sea
De inculta fiera bramido,
Gemido de ave funesta,
Hoy es cuando ménos madre
Nos recibe.

ULÍSES.

Ved por esas
Intrincadas breñas, que
Impiden hallar la senda,
Si por dicha hay poblacion
O gente alguna.

DANTE.

En la quiebra
Que hace allí un risco, está un hombre.

ANTEO.

Pescador es, segun muestran
Traje y ejercicio, pues
La red enjuga y remienda.

ULÍSES.

Ah pescador!

ESCENA IV.

ALFEO.—ULISES, ANTEO, DANTE.

ALFEO.

(*Ap.* ¿Cuánto va
Que me busca Escila bella
Ó Caríbdis, para darme
Las gracias de que no sea
Yo del baile?) ¿Quién me llama?

ULÍSES.

Decidnos por vida vuestra...

ALFEO. (*Ap.*)

¡Buenas Caríbdis ó Escilas!
Sino que no son muy buenas.

ULÍSES.

A tres derrotados hijos
De la fortuna, que fiera
Nos arrojó á estos umbrales,
¿Qué ignorada patria es esta,
Qué tierra, qué selva, qué isla,
Y qué deidades venera,
Porque acudamos al voto
Que fué del naufragio ofrenda?

ALFEO.

¡Gracias á Dios que llegó
El dia de que yo hiciera
Una relacion! Oid...

ESCENA V.

ESCILA y CARIBDIS, *que salen á los dos lados, quedándose ocultas.*—DICHOS.

CARÍBDIS. (*Ap.*)

Desde esta parte encubierta...

ESCILA. (*Ap.*)

Oculta desde esta parte...

CARÍBDIS. (*Ap.*)

Pensaré con qué cautela...

ESCILA. (*Ap.*)

Discurriré con qué industria...

CARÍBDIS. (*Ap.*)

Mi voz oigan.

ESCILA. (*Ap.*)

Mi luz vean.

ALFEO.

Esta patria es una patria...
—Pero ahora se me acuerda
De que no puedo ser largo.
Me vó con vuesa licencia.

ULÍSES.

Di qué patria, y te irás luego.

ALFEO.

Como mas no me detengan,
Esta patria es una patria,
Esta tierra es una tierra,
Esta isla es una isla,
Y esta selva es una selva
De tantísimo trabajo,
Que es la Trinacria desierta,
Donde (aquí que no nos oyen,
Ni es posible que oirnos puedan)
Caribdis y Escila son,
Desde aquel escollo á esa
Torre, que una legua hay,
Dos deidades de la legua,
Que andan por montes y mares
Robando, como si fuera
El mar la calle Mayor,
Y estos peñascos sus tiendas.
Tan fieras son las dos, que
Me vó sin decir cuán fieras;
Porque hay mucho que decir,
Y no cabe en hora y media.
(*Hace que se va.*)

ULÍSES.

Tenedle.

ANTEO.

¿A qué, si es un loco?

(*Al entrarse Alfeo encuentra con Escila, y se vuelve huyendo.*)

ESCILA. (*Ap. á Alfeo.*)

¿Así, villano, me afrentas?

ALFEO. (*Ap.*)

¡Vive el cielo, que lo oyó
Todo! ¡Mal haya mi lengua!
Huiré por estotra parte.

ULÍSES.

Ya que vuelves, oye, espera.

ALFEO.

El diablo que espere ni oiga.

(*Vase á ir por la otra parte, y encuentra con Caríbdis.*)

CARÍBDIS. (*Ap. á él.*)

¡Que así, villano, me ofendas!

ALFEO. (*Ap.*)

Aun peor está que estaba.

ESCILA. (*Ap.*)

Yo vengaré mis ofensas.

CARÍBDIS. (*Ap.*)

Yo vengaré mis agravios.

ALFEO. (*Ap.*)

¡Hemos hecho buena hacienda!

ULÍSES.

¿Qué tienes, que huyes y vuelves?

ALFEO.

¿Qué mas quiere usted que tenga,
Si no canto por servirlas,
Habrando para ofenderlas?
Mas bien empreado está,
Si en mí sus enojos vengan,
Que sea dia de trabajo,
Pues no quiero ser de fiesta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ULISES, DANTE, ANTEO; ESCILA y CARIBDIS, *ocultas.*

DANTE.

Por loco que es, nos ha dicho
Cuánto es nuestra suerte adversa,
Pues entre Escila y Caríbdis
Nos hallamos, de quien cuenta
Tantas crueldades la fama.

ULÍSES.

¡Oh tirana Vénus bella,
Siempre del griego enemiga!
¿Hasta cuándo tus ofensas
Han de durar? Hasta cuándo
Tus rencores?

ANTEO.

¿Qué te quejas
De Vénus, si en Circe tienes
Otra enemiga mas cerca?
Si en ella, Ulíses, burlados
Dejas ingenio y belleza,
¿Qué mucho que contra tí
El conjuro de sus ciencias
Altere montes y mares,
Y te traiga donde tenga
Nuevos peligros tu vida?

ULÍSES.

Pues por mas que me acontezcan,
Importa ménos, que no
Que se presuma ni entienda
Que en la encantada prision
De una hermosura discreta

Ulises envilecia
El antiguo honor de Grecia.
La voz mas armoniosa,
Ya suene sutil, ya cuerda,
¿Es mas, di, que una asonancia?
La hermosura mas perfecta,
Ya afable mire, ya esquiva,
¿Es, di, mas que una apariencia,
Tan hija aquella del viento,
Tan hija del tiempo esta,
Que cualquier aura la gasta,
Cualquier hora se la lleva?
Pues ¿por qué se ha de pensar
Que en heróico pecho pueda
Perfeccion que es accidente
Postrar valor que es esencia?
Mi vista y mi oido ¿es justo
Que á ajeno dueño me vendan?
No, ni es posible.

ESCILA. (*Ap.*)

¿Qué oigo?

CARÍBDIS. (*Ap.*)

¿Qué escucho?

ULÍSES.

Y así no teman
Vuestros recelos, que airados
Muchos peligros me venzan.
Mas porque temeridad
Esperarlos no parezca;
Para que de aquí los tres
Salgamos con mayor priesa,
Sigue tú de aquel villano,
Dante, la perdida huella;
Tú, si hay poblacion, Anteo,
Mira desde esa eminencia;
Pues yo, para que podamos
Hallarnos, me quedo en esta
Parte, haciendo punto, donde
A dar vuestras líneas vuelvan.

DANTE.

Ya te obedezco.

ANTEO.

Yo y todo.

DANTE.

Mas la fortuna no quiera...

ANTEO.

Pero no permita el hado...

DANTE.

Que reconozcas...

ANTEO.

Que adviertas...

DANTE.

La jactancia escarmentada...

ANTEO.

Castigada la soberbia...

DANTE.

Del que lo que oye no estima. (*Vase*)

ANTEO.

Del que lo que ve desprecia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ULISES, CARIBDIS, ESCILA.

ULÍSES.

Siempre los sentidos fuéron
Vasallos de la prudencia,
Y no tienen contra mí,
Ni vista ni oido fuerza,
Mas que aquella que yo quiero
Que livianamente tengan.

ESCILA. (*Ap.*)

Ahora lo verás.

CARÍBDIS. (*Ap.*)

Ahora
Te lo dirá la experiencia.

ESCILA. (*En alta voz, dentro.*)

¡Ay infelice de mí!

ULÍSES.

Pero ¿qué voz es aquella?

CARÍBDIS. (*Ap.*)

De mano me gana Escila;
Mas yo esperaré que sea
Mia la ocasion.

ESCILA. (*Dentro.*)

¿No hay quien
A una infeliz favorezca?

ULÍSES.

Mujer y afligida, ¿cómo
Puedo faltar á la deuda
De ser quien soy?

ESCILA. (*Que sale cayendo.*)

Peregrino
Destos montes, cuyas señas
Generosamente nobles
No es posible que desmientan
El valor, una infelice
(A quien una inculta fiera
Que siendo aborto del monte
Escándalo es de la selva,
Andando á caza ha salido
Al paso), á tus plantas puesta,
Te pide... Pero no puedo
Proseguir, porque suspensa
La voz desde el pecho al labio,
Ni bien viva, ni bien muerta,
Con andarla cada dia,
Se le ha olvidado la senda;
Si ya no es que el corazon
Tímidamente no deja,
Porque le haga compañía,
Que salga: con que la lengua
Torpe, balbuciente el labio,
Ni uno espira, ni otro alienta.
¡Ay de mí infeliz! (*Desmáyase.*)

CARÍBDIS. (*Ap.*)

No en vano
Cautelosa Escila intenta
Que el valor de la hermosura
Mas con la lástima crezca;
Mas no la valdrá, pues hay
Cautela contra cautela,
Divirtiendo yo de oirme
Las atenciones de verla.

ULÍSES.

Beldad, que con tus temores
Compadeces y deleitas,
Y al reves de otras te afeitas,
Que es quitándote colores,
¿Contra una fiera favores
Pides? Y aunque te asegura
Mi honor, mira que es locura
Querer que dé mi fineza
Armas contra una fiereza,
Si me mata una hermosura.
Demas que, si solicitas
Que me resuelva á ampararte,
¿Cómo he de poder yo darte
La vida que tú me quitas?
Mas ¡ay! que bien solicitas
Ser la fiera mis despojos,
Previniendo tus enojos
Piadosamente tiranos,
Porque ella muera á mis manos,
Que no muera yo á tus ojos.
Pero ¿cómo puede ser
Que ya la muerte resista?
Que á quien mata con ser vista,
¿Qué falta le hace no ver?
Y así, bien puedes volver;
No tanto porque la fiera
Debió de torcer ligera
La senda, cuanto porqué
Veas que tu triunfo fué
Que ella viva y que yo muera.—
Ni habla, ni alienta, ni mueve.
Turbado á tocarla llego.
¿Quién creera que todo es fuego,
¡Cielos! donde todo es nieve?
¿Qué haré? Dejarla, es aleve
Accion; cargar mis piedades
Con ella, temeridades:
Pues no sé que haya retiros..

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

Aquí donde mis suspiros
Pueblan estas soledades...

ULÍSES.

¿Qué nuevo acento es aquel
Que dejó mi voz en calma?
¿Si es de aqueste cuerpo el alma,
Que no se halla fuera dél?
Y sintiendo cuán cruel
Desamparó sus donaires,
Los repetidos desaires
Que van vagando horizontes,
Enternecen...

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

Estos montes,
Y embarazan estos aires...

ULÍSES.

Ella es. Bien mi pensamiento
Previno; que mal pudiera
Decir lo que yo dijera,
Quien no, cómplice en mi aliento,
Sintiera lo que yo siento.
Y pues mis dudas persuades,
Dime, oh tú, que las añades,
¿Dónde que las busque quieren
Aquí?

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

Donde necias mueren
Mis vanas seguridades...

ULÍSES.

Ya voy: espera, y no así
Culpes tú el quedarte hoy;
Que si tras tu alma voy,
No es dejarte á ti por ti.

ESCILA. (*Volviendo en sí.*)

¡Ay infelice de mí!

ULÍSES.

Pero una duda á otra iguale,
Aunque, si otra alma la vale,
Todas quedarán deshechas
A manos...

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

De mis sospechas,
Cada vez que el alba sale.
(*Ulises va á entrarse, siguiendo la voz.*)

ESCILA.

Forastero... (*Ap.* Vuelva en mí:
No aquel acento veloz
Con el iman de su voz
Le quiera llevar tras sí.)
Dichosa en hallarte fuí,
Pues no dudo que amparada
Contra aquella fiera airada,
En mi desmayo seria.

ULÍSES.

No es tanta la dicha mia,
Que te haya servido en nada.
Mi obligacion satisfice
Con solamente esperar;
Que no me quiero alabar
De fineza que no hice.

ESCILA.

Con que dos veces felice
A mi sér me restituyo,
Pues constantemente arguyo
Desempeñado tu brio

A costa del susto mio,
Sin la del peligro tuyo.
Y pues, generoso un pecho
Que noble se considera,
La fineza que se hiciera
Iguala á la que se ha hecho,
Vén conmigo, satisfecho
De que en mi albergue tendrás
Fiel galardon... (*Ap.* Pues verás
Que al mar despeñado mueres.)

ULÍSES.

Bien se ve que deidad eres,
Pues premio al intento das.
Pero aunque tú no me dieras
La licencia, la tomara
Yo, pues nunca te dejara,
Hasta que de incultas fieras
Asegurada estuvieras.

ESCILA.

No sé si lo crea.

ULÍSES.

¿Por qué?

ESCILA.

Porque al volver te miré
Dejarme por el veloz
Eco de no sé qué voz.

ULÍSES.

Es verdad; pero eso fué
Dar crédito á una locura,
Pensando dejarte á tí
Por tí; que á no ser así,
No quedara tu hermosura
Sin mi asistencia segura.

ESCILA.

Por mí y por tu honor lo creo.
Ap. ¡Cielos! ¿qué nuevo deseo
Es aqueste con que lucho,
Que cuando atento le escucho,
Cuando restado le veo,
Me parece?.. Mas ¿qué digo,
Si qué me ha de parecer,
Si con todos ha de ser
De mis rigores testigo?)
Sígueme pues.

ULÍSES.

Ya te sigo.

ESCILA.

Mas no me sigas : espera.

ULÍSES.

¿Qué te suspende y altera?

ESCILA.

Pensar, si conmigo vas,
Que el galardon no tendrás
Que quisiera y no quisiera.

ULÍSES.

Enigma es que, aunque pretendo
Entenderle, no es bastante
Mi discurso.

ESCILA.

No te espante,
Que yo tampoco le entiendo.

ULÍSES.

Con todo eso, voy siguiendo
Tus pasos.

ESCILA.

Vén... y no vén.

ULÍSES.

¿Juntos favor y desden?

ESCILA.

Ni que desden y favor,
No es hijo de mi honor,
Otro...

ULÍSES.

¿De quién?

ESCILA.

No sé quién.
Pero sea quien se fuere,
Basta saber de mí y dél,
Que entre piadoso y cruel
Tan confuso nace y muere,
Que quiere lo que no quiere.
Y pues á un tiempo me obligas
Y me ofendes; porque digas
Lo que en mis afectos puedes,
Quédate... Mas no te quedes.
Sígueme... Mas no me sigas. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ULISES, CARIBDIS.

ULÍSES.

¿Quién igual confusion vió?
¿Habrá quien pueda (¡ay de mí!)
Descifrar mis dudas?

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

Sí.

ULÍSES.

¿Seguiré sus pasos?

CARÍBDIS. (*Dentro.*)

No.

ULÍSES.

¿Quién me lo aconseja?

CARÍBDIS. (*Dentro.*)

Yo.

(*Sale Caribdis con un velo en el rostro.*)

ULÍSES.

Voz, que llevas suspendidos
Tras tus ecos mis sentidos,
Y, sin dejarte mirar,
Me solicitas tapar
Los ojos con los oidos,
¿Por qué me aconsejas, di,
Que aquella beldad no siga,
Con tal dulzura, que obliga
A que me vaya tras tí?

CARÍBDIS.

Por ver si consigo así
Probar que es pasion mas fuerte
El oir que el ver.

ULÍSES.

Advierte
Que competir, es locura,
Una voz á una hermosura.

CARÍBDIS.

No es.

ULÍSES.

Di, ¿cómo?

CARÍBDIS.

Desta suerte.
(*Canta.*) *Entre vista y oido*
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.
Aquel exterior sentido
Que se agrada en lo que ve,
Nunca con verdad se rinde,
Pues se agrada al parecer.
El que en lo que oye se agrada,
Tiene mas intencion, pues
Pasando al alma, acredita
La realidad de su sér.
Quien alaba una hermosura,
La dice : «No hay mas que ver»,
Y es verdad, porque no hay mas,
En mirándola una vez.
Nunca crece á ser mejor,
Pues la mas hermosa tez
Hará harto en ser mañana
Tan linda como era ayer.
El objeto del oido
Cada instante crece, en fe
De que siempre hay mas que oir,
Pues siempre hay mas que saber :
De suerte que, yendo uno
A menguar, y otro á crecer,
Al paso que uno se ilustra,
Fallece el otro : con que
Entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.
El sol ó la material
Luz lo acrediten, en quien
Ven en su edad la hermosura,
Pues la apagan ella ó él.
Dígalo el que nadie á oscuras
Logró lo hermoso, porqué
Del rosicler de otra llama
Se adorna su rosicler.
Lo entendido de la voz
Ni aun al sol ha menester;
Que lo discreto y afable
Aun lucen sin luz tambien.
Perfeccion que de la noche
No está sujeta al desden,
Ni pide favor al dia,
¿Quién duda que prueba?..

ULÍSES.

¿Qué?

CARÍBDIS.

Que entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.
Y si al desvanecimiento
Apela el galan de que
Fué dueño de una hermosura,
Dígame, ¿quién no lo fué?
Porque si en el verla estriba
De su dicha el mayor bien,
El mayor bien es igual
A cualquiera que la ve.
El no ser vista una dama
No puede el recato hacer;
Porque está, sin gusto suyo,
En otra mano el poder.
Pero el no ser oida sí;
Porque no puede romper,
Sin gusto mio, mi voz
De mi silencio la ley.
Luego comun la hermosura
Dió á todos que merecer,
Y no comun el ingenio,
Que uno adore solo aquel;
Viendo así, deja en los ojos
Lo vulgar de su placer :
Y oyendo, á lo no vulgar
Del alma, mostrando bien
Que entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ULISES.

Oye tú, segundo enigma
Destos montes, que á crecer
La confusion del primero
Has venido, con hacer
Que neutral el alma dude,
Si dueño mas suyo es
Crueldad que busca piadosa,
Que piedad que huye cruel.
¿Tras cual iré de los dos?
No sé (¡ay infeliz!), no sé,
Que el hierro de mis sentidos
Tiran con igual poder
El norte de lo que oyen,
Y el iman de lo que ven.
¿No me dijo una hermosura
Con desmayada altivez
Que la siga y no la siga?
¿No me dijo una voz, que

Dulcemente armoniosa
Me ha podido suspender,
Que tras ella vaya? Sí.
¿Pues qué dudo, ó cuándo fué,
Cielo, argumento del mal,
La duplicacion del bien?

ESCENA X

ESCILA, *y luego* CARIBDIS.—ULISES.

ESCILA. (*Ap.*)

Habiendo oido de Caríbdis
La voz, vuelvo por saber
Si va tras ella.

(*Sale Caríbdis al paño.*)

CARÍBDIS. (*Ap.*)

No viendo
Que me sigue, vuelvo á ver
Si la hermosura de Escila
Tras si le lleva, no sé
Si con nuevo afecto (¡ay cielos!)
Que el de la envidia

ULÍSES.

¿Qué haré?
Pero ¡aquí de la hermosura!
Que no tiene mas que hacer,
Que ser hermosa, una dama.
Cantar ó no cantar es
Habilidad, y no hay
Mas habilidad que ser
Hermosa; y así yo...

(*Sale Escila.*)

ESCILA.

¿Dónde
Vas?

ULÍSES.

Si me das á escoger
Entre quedarme y seguirte,
¿Qué dudas? ¿Cuándo no fué
Tan grosero el propio amor,
Tan villano el interes,
Que lo mejor para sí
No elija?

ESCILA.

Sígueme pues;
Que aunque ignores tú y yo ignoro
A qué vas, baste saber
Que es á dejar la hermosura
Coronada de laurel.

ULÍSES.

Ella sola está.

CARÍBDIS. (*Canta, dentro.*)

¡Ay de ti!

ULÍSES. (*Ap., deteniéndose.*)

¿De qué calmado bajel
Se cuenta que fuese el aire
La rémora de sus piés?

ESCILA.

¿Qué te suspende?

ULÍSES.

Una voz,
Que traidoramente fiel
Me ha amenazado, diciendo...

CARÍBDIS. (*Dentro.*)

¡Ay de ti!

ESCILA.

Conmigo ven

ULÍSES.

Sí; pero espérame, aguarda
Un instante, hasta entender
Qué quiere decirme.

ESCILA.

Mira
Que no me hallarás despues.

CARÍBDIS.

Pues sígueme tú hasta hallarla.

ESCILA.

No está á mi vanidad bien.

ULÍSES.

Pues quédate ó no te quedes,
O sígueme ó no: saber
Tengo con qué fin intenta
Mis dichas desvanecer,
Antes con sofisterías,
Y con lástimas despues.

ESCILA.

Pues yendo conmigo, ¿hay cosa
Que te pueda entristecer?

ULÍSES.

No, mas puédeme obligar
A que examine por qué
Se lamenta en mis fortunas.

(*Sale Caríbdis.*)

CARÍBDIS.

Porque miras y no ves.

ULÍSES.

Pues entre ver y mirar,
¿Qué distincion hallas?

CARÍBDIS.

Que
Mirar lo hermoso es mirar,
Y ver el peligro, es ver.

ESCILA.

Aunque la oigas, no la escuches.

ULÍSES.

¿Qué distincion tú tambien
Hallas entre oir ni escuchar,
Que me las divides?

ESCILA.

Que
El oir, es solo oir,
Y el escuchar, atender.

ULÍSES.

¿Qué me quieres decir tú?

CARÍBDIS.

Que no te pares en ver,
Sin que pases á mirar;
Que el mas hermoso verjel
Contiene tal vez el áspid
Entre la rosa y clavel.

ULÍSES.

Tú, entre el escuchar y oir,
¿Qué quieres darme á entender?

ESCILA.

Que no te creas del aire;
Que el que espira al parecer
Blandas auras, venir suele
Inficionado tal vez.
No la escuches.

CARÍBDIS.

No la veas.

ESCILA.

Y ven tras mí...

CARÍBDIS.

Y tras mí ven.

ESCILA.

A argüir...

CARÍBDIS.

A examinar...

ESCILA.

A discurrir...

CARÍBDIS.

A entender...

LAS DOS.

Que entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.

ULÍSES.

De un mismo sentido entrambas
Equivocas os valeis.
Que no hay que ver dices tú:
Confieso que verdad es,
Habiéndote visto á ti.
Tú dices que hay que oir: tambien
Te lo confieso, pues hay
Tu dulce acento; con que
Concediendo á cada una
Que hay que oir, mas no que ver,
Me concedo á mí el dudar
Lo que tengo de creer.

ESCILA.

Pues á mí el dudar me basta
Para llegarme á ofender.

CARÍBDIS.

Para llegarme á sentir,
A mí me basta el temer.

ESCILA.

Sigue pues su voz, que tú
Me vengarás de ti. (*Vase.*)

ULÍSES.

Ten
El paso, que tras ti voy,
Hermoso hechizo.

CARÍBDIS.

Haces bien;
Pero tú me vengarás
De ti. (*Vase.*)

ULÍSES.

Los pasos deten,
Dulce encanto; que tras ti
Voy tambien. Mas mal podré,
Siendo uno, seguir á dos.

LAS DOS. (*Dentro.*)

Con que dirémos los tres...

LOS TRES.

Que entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.

ULÍSES.

¡Oye tú! ¡Espera tú! ¡Cielos!
¿Quién igual duda vió?

ESCENA XI

ANTEO, *con* CÉLFA; *despues*, DANTE Y ALFEO.—ULISES

ANTEO.

Al pié
Dese monte esta villana,
Que venia hácia aquí, hallé,
Y te la traigo á que diga
Lo que pretendes saber.

(*Sale por la otra parte Dante con Alfeo.*)

DANTE.

Yo, penetrando la selva,
Este villano alcancé,
Y segunda vez le traigo
A que te informe mas bien.

ULÍSES.

(*Ap.* ¡Oh, si pudiera uno y otro
Mis dudas satisfacer!)
Ven acá, dime, villana,
¿Quién una hermosura es
Cazadora destos montes?

CELFA.

Si es una que yo encontré,
Volviendo hácia la cabaña
Harta de bailar, despues

ue forasteras deidades
'estejamos mal ó bien,
scila era.

ULÍSES.

Calla, calla.

CELFA.

De qué se enoja?

ULÍSES.

¿De que?
iciéndome que era Escila,
le dices que puede ser
'raidora aquella hermosura.

CELFA.

Qué hermosura no lo es?
'uera de que ella ¿qué hace
las que, dejándose ver,
levar á su torre á un hombre
dar en el mar con él?

ULÍSES.

Ap. Sin duda ¡ay de mí infelice!
eidad favorable fué
a que me avisó el peligro.)
ime tú, villano, ¿quién
s una oculta beldad,
uya voz á deshacer
ino la traicion de esotra?

ALFEO.

'o cosa ninguna sé.
o dicho dicho, y no mas.

CELFA.

i es una que yo escuché,
aribdis era.

ULÍSES.

La voz
uspende.

CELFA.

¿Por qué?

ULÍSES.

Porqué
'al halago, no es posible
ue en sí pudiera esconder
e Caribdis las crueldades.

CELFA.

Ahora sabe su merced
ue el engañar con halagos
o hace cualquiera mujer?

ULÍSES.

Ay infeliz!

ANTEO.

¿Qué suspiras?

DANTE.

Qué tienes?

ULÍSES.

¿Qué he de tener,
i una hermosura que vi,
si una voz que escuché,
or dar dos muertes, han dado
na vida al conocer?...

ESCENA XII.

CARIBDIS Y ESCILA. — DICHOS.

CARIBDIS Y ESCILA. (*Dentro.*)

ue entre vista y oido
a ventaja es,
ue hay siempre que oir,
'ero no que ver.

DANTE.

No dices que los sentidos
ú solo sabes vencer?

ULÍSES.

Ay! que es fácil de decir
'ero no fácil de hacer.

Y siendo así que me dan
Dos muertes en que escoger,
Muera á las mejores armas.
Tras de Escila hermosa iré;
Que morir de una hermosura
Es achaque mas cortés.
Mas no; vaya tras Caribdis;
Que mas noble eleccion es
Morir á manos del alma.

DANTE.

Mira...

ANTEO.

Advierte...

ULÍSES.

¿Qué he de hacer?

DANTE.

Huir de aquí, que estos contrarios
Huyendo se vencen.

ULÍSES.

Bien
Me aconsejais: no se diga
De Ulíses que envilecer
Una voz ó una hermosura
Su valor pudo, despues
Que en Circe hermosura y voz
Vencer supo. Vamos pues,
Salgamos presto de aquí.
Pero ¿cómo puede ser,
Si el esquife que nos trajo,
Dando en la roca al traves,
Pedazos se hizo?

ANTEO.

En la playa
Varados barcos hay.

ULÍSES.

¿Quién
Nos aprestará uno?

DANTE.

Este
Pescador.

ULÍSES.

Has dicho bien.

ALFEO.

No ha dicho sino muy mal.

ULÍSES.

Tu barco, amigo, preven.
Llega á la orilla, que yo
Te lo sabré agradecer,
En echándome á otra playa

ALFEO.

Harto tengo yo que hacer
En lo que dije de Escila
Y Caribdis, sin querer
Enojarlas por libraros.

DANTE.

Pues si no lo haces por bien,
Morirás á nuestras manos.

ALFEO.

Celfa, pues eres mujer,
Ruégales tú que me dejen.

CELFA.

Señores, no le lleveis;
Que es tonto, y no sabe mas
Que remar y conocer
Los bajos de aqueste puerto,
Sin dar en ningun traves,
Por mas bravo que ande el mar.

ALFEO.

¡Muy buenas señas, par diez,
Para dejarme! ¿Qué dices?

CELFA.

Digo lo que verdad es.
¿Sabeis otra cosa vos,
Que en dos paladas ó tres
Atravesar todo el golfo?

ALFEO.

¡Que me destruyes, mujer!

CELFA. (*Ap.*)

Por eso lo digo yo.

ANTEO.

De grado, villano, ven,
O arrastrando irás.

ALFEO.

Será
Andar el mundo al reves,
Ser yo el arrastrado, siendo
El sentenciado vusted. —
¡Celfa mia, que me llevan!

CELFA.

Los tales habian de ser
Y los cuales.

DANTE Y ANTEO.

De aquí vamos.

ALFEO.

Mátenme á coces, y iré,
Porque yo soy muy galante
En llevándome por bien.

ULÍSES.

Llevadle, y llevadme á mí,
Que voy forzado tambien,
Tanto, que licencia os doy,
Si me viéredes volver
El rostro, que los oidos
Y los ojos me vendeis
Atado al árbol; y aun todo
No basta, si oigo otra vez...

ÉL; Y LAS DOS, *dentro.*

Que entre vista y oido
La ventaja es,
Que hay siempre que oir,
Pero no que ver.

CELFA.

Aquel adagio que dijo:
«La ida del humo,» y aquel
«De allá vayas y no tornes»,
Nunca han venido mas bien.

(*Vanse todos, ménos Celfa.*)

ESCENA XIII.

ESCILA Y CARIBDIS, *sin verlas al salir.* — CELFA.

CARIBDIS. (*Para sí.*)

¡Qué mal descansa un rigor!

ESCILA. (*Para sí.*)

¡Qué mal sosiega un desden!

CARIBDIS. (*Para sí.*)

Sin duda, pues no está aquí,
Ni en todo el monte se ve,
Fué tras de Escila.

ESCILA. (*Para sí.*)

Sin duda,
Pues ya no está aquí, que fué
Tras Caribdis.

CARIBDIS. (*Para sí.*)

Y no ya
Lo siento por mi altivez,
Tanto como por mi envidia.

ESCILA. (*Para sí.*)

Y no ya tanto cruel
Lo siento, como celosa.

CARIBDIS. (*Para sí.*)

¡Oh ira vil!

ESCILA. (*Para sí.*)

¡Oh afecto infiel!

LAS DOS. (*Llamando.*)
¡Villana!

CELFA.
¿Quién llama?

LAS DOS.
Yo.

CELFA.
Conformáos las dos; porqué
Llamada á un tiempo de entrambas,
Ignoro á cuál responder.

ESCILA.
A ella, que viéndola aquí,
No tengo yo qué saber.

CARÍBDIS.
Viéndote á tí, yo tampoco.

ESCILA.
Segun eso, viene á ser
Una la duda, y podrás
Respondernos de una vez.
¿Viste un derrotado huésped
Del mar, que ahora aquí dejé?

CELFA.
Por señas de que me puso
En grande obligacion.

LAS DOS.
¿Qué es?

CELFA.
Dejarme sin mi marido;
Porque apénas le nombré
Quién erais, cuando por fuerza
Le hizo aprestar su batel,
En que huyendo de las dos,
Se volvió...

CARÍBDIS.
La voz deten.

ESCILA.
Calla, calla, que me has muerto,
Por darle la vida á él.

CELFA.
¿Pues qué le dije yo mas
De quién erais?

ESCILA.
¡Cielos! ¿quién
Creerá que muera yo á manos
De un desprecio? ¡Oh, nunca fiel
Se hubiera dado á partido
Mi siempre altiva esquivez!

CARÍBDIS.
¿El primero dia que afable
Me llego á reconocer,
Es el primero (¡ay de mí!)
Que me miro padecer
El desaire de una fuga?

ESCILA.
Ya la barquilla romper
Se ve desde aquí las ondas.

CELFA.
Ahí que no os miento veréis.

ESCILA.
¡Viven los cielos, villana,
Que has de pagarme el haber
Dicho quién soy!

CARÍBDIS.
Bella Escila,
Ya que igual el rencor es,
Pase nuestra competencia
A venganza; y para que
No quede ejemplar de que hubo
Quien nos venció, yo pondré,
Pues que soy deidad del mar,
Nuevos encantos en él,
De las Sirenas haciendo
Que armonioso el tropel
Le entre en su golfo. Pon tú,
Pues que te llegas á ver
Deidad de la tierra, escollos
En que choque. Y pues aquel
Villano de las dos dijo
Lo que escuchamos tal vez,
Y esta quién eramos, tú
Te venga en ella, y yo en él.

ESCILA.
Yo desde estas altas rocas,
Basas dese azul dosel,
Peñas arrojaré al mar,
Aunque se desplome el ej
Que en ellas estriba, haciendo
Que el impulso del caer
Le zozobre á los embates
De un vaiven y otro vaiven.
Y á esta villana...

CELFA.
¡Ay de mí!

ESCILA.
En esa torre daré
La prision que á él le esperaba,
Adonde encantada esté,
Para mas pena, hasta que haya
Quien la libre.

CELFA.
Mire usted
Que para cantada soy
Mala letra, pues se ven
Cantar villancicos, no
Villancicas.

ESCILA.
Fiera, ven
A esa cumbre, en cuyo seno
Miras del aire pender
Una cueva, que su luz
Su despeñadero es.
(*Suben á la torre Escila y Celfa.*)

CELFA.
¡Mal agasajo para una
Huéspeda como yo! Aunqué
Por lo ménos me consuela
El que Alfeo no lo ve,
Y cantada ó no cantada,
Al fin viviré sin él. (*Vanse las dos.*)

ESCENA XIV.

CARIBDIS, *y luego*, CUATRO SIRENAS.

CARÍBDIS.
Yo en tanto de las Sirenas
El coro convocaré,
Cantando y llorando á un tiempo,
Supuesto que es menester,
Para que me oigan, mezclar
El pesar con el placer.
(*Canta.*) *¡Hola, aho! ¡ah del golfo
De las Sirenas!*

SIRENAS. (*Dentro, cantando.*)
*¡Hola, aho! ¿quién nos llama
Desde la selva?*

CARÍBDIS.
*¿Ya la voz de Caribdis
No hay quien conozca?*

SIRENAS. (*Dentro.*)
*¿Quién conoce á quien canta
La vez que llora?
Pero dinos, ¿qué quieres
De nuestra esfera?*

CARÍBDIS.
*Que el que apénas la sulca,
La sulque á penas.*
Aquel mísero bajel,
Que monstruo de dos especies,
Siendo del aire delfin,
Aguila del mar parece,
De un foragido huésped
Sagrado intenta ser, no siendo albergue.

DOS SIRENAS. (*Dentro.*)
¿Pues qué mandas?

OTRAS DOS. (*Dentro.*)
¿Qué quieres?

CARÍBDIS.
Que en calma sienta, llore, gima y pene...

UNA SIRENA. (*Dentro.*)
Sienta...

OTRA. (*Dentro.*)
Llore...

OTRA. (*Dentro.*)
Gima...

OTRA. (*Dentro.*)
Pene...

CARÍBDIS.
Entre Caribdis y Escila,
Coronado de laureles,
Ese primero adalid
Que juzga que huyendo vence:
Como si ser pudiese
Quedar mejor el que huye que el que muere.
De una voz y una hermosura
Triunfando va, y os compete,
Por hermosas y por dulces,
Que el ejemplar le escarmiente.
¡Llamadle, detenedle! (*Vase.*)

ESCENA XV.

ESCILA. — SIRENAS.

ESCILA. (*Dentro.*)
¡Llamadle, detenedle!
Que yo guerra tambien le haré de suerte...
(*Terremoto.*)

ELLA, Y *dentro* SIRENAS.
*Que en calma sienta, llore, gima y pene,
Conociendo que el golfo
De las Sirenas,
El que apénas le sulca,
Le sulca á penas.*

ESCENA XVI.

Con el terremoto se descubre el barco, y en él ULISES, DANTE, ANTEO Y ALFEO, *remando.*

ULISES.
No costees, barquerol,
Sino hazte al mar; que de tierra
Nos hacen los montes guerra
Con terremotos, que al sol
Turban, despeñando encima
Del barco una y otra cumbre
De su inmensa pesadumbre
La mas eminente cima.

ALFEO.
Peor será, que si lanzado
Tomo el golfo, vuestras penas
Aumente de las Sirenas
La voz, que ya se ha escuchado.

ULISES.
¿Qué Sirenas? Hazte al mar;
Que esas sabré vencer yo.

ALFEO.
Basta esto para quien no
Tiene gana de remar.
(*Deja los remos, y pára el barco.*)

ANTEO.
¿No dijeron que correr

El golfo en un punto puedes?
Pues ¿qué esperas?

ALFEO.

¿Luego ustedes
Creyeron á mi mujer?
En su vida habló verdad,
Y esa es la mayor mentira
Que en su vida dijo.

DANTE.

Mira
Que es loca temeridad
Pararte, cuando se viene
Sobre nosotros la sierra.

ALFEO.

Yo soy pescador de tierra,
Y ir al terrado conviene
Tierra á tierra, tan despacio,
Que me entierre la terraza
De un terrado de la plaza,
O un terrero de palacio,
Antes que de un terremoto
El terror, que me sotierra
En soterraños de tierra,
Me dé sepulcro remoto
En el agua.

ULÍSES.

Un loco es.

ALFEO.

Y aun dos.

ANTEO.

¿Qué harémos?

DANTE.

Tomemos
Nosotros, Anteo, los remos.

ALFEO.

Y de mí ¿qué haran despues?

DANTE.

Echarte, villano, al mar.

(*Agárranle entre los dos.*)

ANTEO.

Y el alijerarse gana
El barco.

ALFEO.

Aunque só un Juan Rana,
Miren que no sé nadar.

ULÍSES.

Vaya al mar por embustero.

ALFEO.

Mijor por eso era haber
Arrojado á mi mujer
Un poquitico primero.

LOS DOS.

Hombre á la mar!

ALFEO.

¡Qué pesar!
Pero que me echeis os dejo;
Porque en llegando á ser viejo,
¿Qué hombre no es hombre á la mar?
(*Échanle al mar, y vese entre las ondas un pez grande.*)
Mas ¡ay ahogado de mí!
¿Qué pez horrible y cruel,
Que hácia aquí viene, es aquel?
¿Si querrá tragarme? Sí
Parece. Y pues escapar
No puedo, usted, señor pez,
Me trague por esta vez;
Mas no sirva de ejemplar.

(*Trágale el pez, y escóndese.*)

ULÍSES.

Nada en mar y tierra vemos,
Que otro prodigio no sea.

ANTEO.

Vencido el mayor se vea
Ou que el golfo atravesemos.

(*Reman Dante y Anteo.*)

ESCENA XVII.

SIRENAS. — ULISES, DANTE, ANTEO.

SIRENAS. (*Dentro.*)

No podréis, porque el golfo
De las Sirenas,
El que apénas le sulca,
Le sulca á penas.

ULÍSES.

¿Qué nuevo sonoro canto
Es el que habemos oido?

(*Suspéndense.*)

LOS DOS.

A todos ha suspendido
De su dulzura el encanto.

ULÍSES.

¿Quién canta en el mar tambien?..

SIRENA 1.ª (*Dentro.*)

Quien...

ULÍSES.

Cuando otra voz me destierra...

SIRENA 2.ª (*Dentro.*)

De tierra...

ULÍSES.

De que yo escapar pretendo...

SIRENA 3.ª (*Dentro.*)

Huyendo...

ULÍSES.

Porque á mi honor le conviene?

SIRENA 4.ª (*Dentro.*)

Viene.

DANTE.

Misterio el eco contiene.

(*Salen cuatro sirenas entre las ondas.*)

ANTEO.

No es eco. ¿No ves veloces
Sirenas decir á voces...

LAS CUATRO SIRENAS.

Quien de tierra huyendo viene...

ULÍSES.

¿De quién pretendo yo huir?

SIRENA 1.ª

De oir...

ULÍSES.

¿Qué mas intento vencer?

SIRENA 2.ª

Y ver...

ULÍSES.

Pues ¿quién tiene por disgusto...

SIRENA 3.ª

Gusto...

ULÍSES.

Que yo á mí me quiera dar?...

SIRENA 4.ª

Pesar.

ANTEO.

Sentido trae singular
El canto que nos persigue.

DANTE.

Sí, pues dice que se sigue...

TODAS.

De oir y ver gusto y pesar.

ULÍSES.

Pues si me juzgué muriendo...

SIRENA 1.ª

Viendo...

ULÍSES.

Un peligro á otro añadiendo...

SIRENA 2.ª

Oyendo...

ULÍSES.

Durar mi dolor cruel...

SIRENA 3.ª

En el...

ULÍSES.

¿No era morir y no amar?

SIRENA 4.ª

Mar.

ULÍSES.

Mas ¡ay! que para vengar
La fuga que haciendo voy,
En el mismo riesgo estoy...

TODAS.

Viendo y oyendo en el mar.

ULÍSES.

Y así el que vencer intenta...

SIRENA 1.ª

Sienta...

ULÍSES.

El que una voz le enamore...

SIRENA 2.ª

Llore...

ULÍSES.

Y el que una verdad no estima...

SIRENA 3.ª

Gima...

ULÍSES.

Y pues remedio no tiene...

SIRENA 4.ª

Pene...

ULÍSES.

Solo este medio conviene;
Que quien librarse procura
De una voz y una hermosura...

TODAS.

Sienta, llore, gima y pene.

ULÍSES.

Mas ¡ay infeliz de mí!
¿Qué querrán mares y vientos?

ESCENA XVIII.

ESCILA Y CARIBDIS, *en lo alto de tierra.* — DICHOS.

LAS DOS.

Junta todos sus acentos.

LOS TRES.

¿Y cómo dirán?

LAS DOS.

Así...

TODAS.

Quien de tierra huyendo viene
De oir y ver gusto y pesar,
Viendo y oyendo en el mar,
Sienta, llore, gima y pene.

ULÍSES.

Pues si llorar y gemir
Fuerza es, sentir y penar,
Mejor es que acabe el mar
De una vez tanto sufrir
Embates de la fortuna.

LOS DOS.

¿Qué haces?

ULÍSES.

Arrojarme donde,
Quien tantas vidas esconde,
Añada al número una;
Y mas si despues de oir
Las sonoras amenazas
Desas hermosas Sirenas,
Que á un tiempo cantan y encantan,
Tanto, que aun los dos suspensa
Dejais sin remo la barca.
Veo sobre aquella roca
La hermosura soberana

De Escila, y sobre aquel risco
Escucho las voces blandas
De Caribdis, las dos siendo
Vivos imanes del alma.

DANTE.

Todos aquesos peligros
Contra una industria no bastan.

ULÍSES.

¿Qué es?

DANTE.

Que pues que ya en la vela
Sopla favorable el aura,
Y della el barco impelido
No le hacen los remos falta,
Cerrados ojos y oidos
Correr nos dejemos, hasta
Que dé del hado el arbitrio
Con nosotros á otra playa.

LAS DOS.

Ahora, ahora, Sirenas,
Repetid en voces altas...

TODAS.

Quien de tierra huyendo viene
De oir y ver gusto y pesar,
Viendo y oyendo en el mar,
Sienta, llore, gima y pene,
Conociendo que el golfo
De las Sirenas,
El que apénas le sulca,
Le sulca á penas.

ULÍSES.

¿Qué importa que yo las manos
Ponga en los oidos, y haga
Fuerza á los ojos, si ojos
Y oidos, ladrones de casa,
Saben los rincones della;
Y viendo impedir sus causas,
Retiran al corazon
Las especies, y él las guarda
Tan vivas, que á los sentidos
Volver el uso les manda?
Con que ménos que arrojado
Al mar, ni el fuego se apaga,
Ni el corazon se sosiega,
Ni los sentidos descansan.

ANTEO.

Harás que, de la licencia
Que nos diste, usemos hasta
Pasar el golfo.

ULÍSES.

¿Qué fué?

DANTE.

Que al árbol atado vayas,
Vendados ojos y oidos.

(*Átanle y pónenle una venda en los ojos.*)

ULÍSES.

¿A qué loco no le atan?
Bien haceis. — Escila hermosa,
Suave Caribdis, sagradas
Sirenas del negro golfo,
Altos montes de Trinacria,
Decid á voces que Ulíses,
Dándole el viento sus alas,
Entre Caribdis y Escila
Atado y vendado escapa
De vuestros riesgos, porque
Le quede al mundo enseñanza
Que así se huyen los extremos
De la hermosura y la gracia.

(*Escóndese el barco.*)

ESCENA XIX.

ESCILA, CARIBDIS, SIRENAS.

CARÍBDIS.

Seguidle, seguidle todas.

UNA SIRENA.

¿A qué, si no sirve nada
Contra quien ojos y oidos
De voz y hermosura guarda?

CARÍBDIS.

Pues si no bastan mis ecos...

ESCILA.

Si mi hermosura no basta...

CARÍBDIS.

Contra quien vencerlos quiera...

ESCILA.

Contra quien quiera postrarla...

CARÍBDIS.

Dando la rienda á la ira...

ESCILA.

Soltando el freno á la rabia...

CARÍBDIS.

Caiga despeñada al mar..

ESCILA.

Al mar despeñada caiga...

LAS DOS.

Muriendo como él habia
De morir, en cuya saña
Las funerales exequias
Montes y piélagos hagan.

(*Arrójanse al mar, suena ruido de tempestad, y escóndense las Sirenas.*)

ESCENA XX.

ASTREA, VILLANOS Y PESCADORES.

VILLANOS.

¿Qué segundo terremoto
La luz del sol nos apaga?

ASTREA.

Abajo el orbe se viene.

PESCADOR 1.°

De todo ese azul alcázar
Los peñascos de su centro
Proceloso viento arranca.

PESCADOR 2.°

Sí, pues el mar á su esfera
Parece que los traslada.

PESCADOR 3.°

Es verdad, que dos escollos
Miramos sobre las aguas,
Nunca hasta ahora descubiertos.

TODOS.

¿Qué será?

ESCENA XXI.

SILENO. — DICHOS.

SILENO.

¡El cielo me valga!

TODOS.

¿Qué es esto, Sileno?

SILENO.

Que
Mirando el mar en bonanza,
Salí á pescar, y á lo léjos
Ví arrojarse despeñadas
Al mar Escila y Caribdis,
Cuyo sepulcro de plata
Construyen dos nuevos montes
En dos pirámides altas,
Contra cuantos marineros
Tocaren en esas playas;
Pues quien escape de Escila,
Tendrá en Caríbdis borrasca.
Y no paró aquí el prodigio,
Sino que la red, que echada
Tenia al mar, al recogerla
La sentí con tan gran carga,
Que de remolque ha venido
Sin conocer lo que traiga.

UNO.

Porque todos lo veamos,
Ayudemos á sacarla.

SILENO.

Marino monstruo, que abre
La boca, de sus entrañas
Arroja otro horrible monstruo
Todo vestido de escamas.

ESCENA XXII.

Vuelve á verse el pez en las ondas, y sale por la boca de él ALFEO, *vestido de salvaje.* — DICHOS.

ALFEO.

¡Gracias á Dios que he llegado
A la orilla! ¡Pára, pára,
Coche pez, que me has traido
En tí como en una caja!
Todos estamos acá,
Amigos.

TODOS.

¡Qué fiera extraña!

ASTREA.

¡Qué salvaje tan cruel!

ALFEO.

Tú eres la fiera y tu alma,
Y tú la salvaja, puesto
Que aquí no hay otra salvaja
Ni otra fiera. Y pues prodigios
Es hoy toda esta comarca,
Huyamos todos.

TODOS.

Huyamos.

SILENO.

Pues con dejar transformada
En escollos á Caríbdis
Y á Escila, quedó acabada
La fábula, ahora, viendo
Arrojar en esta playa
Aquese marino monstruo,
Empiece la mogiganga.

(*Vanse todos, y queda Alfeo solo.*)

MOGIGANGA.

PERSONAS.

ALFEO.
CELFA.
UN SALVAJE.
HOMBRES Y MUJERES.
MÚSICA EN DOS COROS

ESCENA PRIMERA.

ALFEO (*el actor Juan Rana*); *despues*, MÚSICA.

ALFEO.

¿Qué mogiganga? ¡Esperad!
¡Oid! — ¡El cielo me valga!
Ahora que caigo en ello,
¿Dónde estoy? Que aquesta estancia
No es mi tierra, pues en ella
No habia aquellas peñas altas,
Y habia cierta mujer mia.
Pero si ella de aquí falta,
Mas que esté donde estuviere.
Manos á labor, y vaya
De náufrago peregrino
Que derrotado se halla,
Sin saber cuándo ni cómo.
¡Ah de los montes!

MÚSICA. (*Dentro.*)

¿Quién llama?

ALFEO.

¿Qué sé yo quién soy? Porqué
Una marina tarasca,
Que me concibió en el mar,
Con dos cosas tan contrarias,
Como son aborrecerme
Y meterme en sus entrañas,
Me ha malparido á esta tierra,
Dónde, aunque he sido vianda,
Ni soy carne ni pescado.

CORO 1.º

Pues ¿qué quieres?

CORO 2.º

Pues ¿qué mandas?

ALFEO.

Ya que ustedes me responden,
Sean quien fueren, con tanta
Melanoche ó melodía,
¿Qué tierra es? que como en zarzas
En ella estoy...

MÚSICA.

La Zarzuela.

ALFEO.

¿La Zarzuela?

MÚSICA.

¿Qué te espantas?

ALFEO.

¿No he de espantarme, si en este
Instante en Trinacria estaba?

MÚSICA.

¿Pues quién le quita que sea
La Zarzuela de Trinacria?

ALFEO.

Algun crítico que ponga
En razon las mogigangas.
Mas ya que lo saben todo,
¿Saben quién yo soy?

MÚSICA.

Juan Rana.

ALFEO.

¡Gloria á Dios, que di conmigo!
Que há rato que me buscaba,
Y no me podia encontrar.
Mas digan, si no se cansan,
En este bosque vustedes
¿Quién son, que cantan que rabian
Y á qué he venido yo á él?

MÚSICA.

Tú lo sabrás si le andas.

ALFEO.

Ve aquí que le ando, y que no
Lo sé.

ESCENA II.

CELFA, *en la torre.* — ALFEO.

CELFA. (*Dentro.*)

¡Ay triste, ay desdichada,
Ay mísera, ay afligida,
Ay amarrida y cuitada,
Y ay encantada de mí!

ALFEO.

Oh tú, voz que *à longè* ayas,
¿Dónde estás, y cúya eres?

CELFA. (*Dentro.*)

Los ojos al desvan alza
Deste monte, verás dónde
Me dejó Escila encerrada,
Por último encantamiento
De su póstuma venganza,
Hasta que haya caballero
Que me libre: con tan rara
Condicion en la aventura,
Que lo primero que manda
Es que, cuando entre, un salvaje
Venza, un dragon cuando salga,
Pena de que si venciere
Uno sin otro, se vayan
Los encantados, y él quede
En la prision.

ALFEO.

Grande infanta
Sin duda es; que estos primores
Las de la villa no gastan.

CELFA. (*Dentro.*)

Por ahora no se me acuerda
Bien de cómo me llamaba
En el siglo; pero sé
Que estoy aquí con tal rabia,
Con tal cólera, tal ira,
Tal impaciencia y tal saña,
Que todos los encantados
Me llaman la Mari-Brava.

ALFEO.

¡Mari Brava y Zarzuela!

CELFA. (*Dentro.*)

Ahí
Verás lo que el diablo enzarza.
De buena ventura eres
Si desta prision me sacas,
Porque sacarás conmigo
Cuantos encantados andan
Por aquestos vericuetos.

ALFEO.

¡Llevara Bercebú el alma
Que tal sacara! Que fuera
Muy heróica patarata,
Que la que me prendió antaño
Desprendiera hogaño.

CELFA. (*Dentro.*)

¡Gracias
A tu valor!

ALFEO.

¿Pues de qué
Las gracias son?

CELFA. (*Dentro.*)

De que tratas
Tomar la demanda mia.

ALFEO.

No hago tal. ¡Devota santa,
Por mi vida, para que
Tomara yo su demanda!

CELFA. (*Dentro.*)

Encantados caballeros
Y princesas encantadas,
Que andais por aquestos montes
En diversas formas varias,
Un aventurero dice
Que quiere tomar las armas
Por mi amor.

ALFEO.

No dice tal.

CELFA. (*Dentro.*)

Que yo me lo entienda basta;
Que esto de verse servidas,
Basta soñarlo las damas.—
Venid todos, venid todas
A recibirle.

ESCENA III.

Salen HOMBRES Y MUJERES *en trajes de diversas aves y animales, como lo dirán despues los versos.* — ALFEO.

TODOS.

¡Deogracias!

ALFEO.

En toda mi vida vi
Fieras tan buenas cristianas.

TODOS. (*Cantan.*)

Desencantadorcito del alma,
Mira aquí lo que desencantas.

ALFEO. (*Canta.*)

Pues, encantadorcitos del cuerpo
Veis aquí, que me voy huyendo.

UNO.

No irás tal; que ya empezado,
No puedes volver la espalda.

ALFEO.

Si iré tal, porque vencido,
La puedo volver.

TODOS.

Aguarda :
Desencantadorcito del alma,
Mira aquí lo que desencantas.

ALFEO.

Pues, encantadorcitos del cuerpo,
Veis aquí, que me voy huyendo.

ESCENA IV.

UN SALVAJE. — DICHOS.

SALVAJE.

¿Quién eres, oh tú, que osado
Hasta aquí mueves las plantas,
Dándome á entender que quieres
Entrar conmigo en batalla?

ALFEO.

Para un salvaje ese es mucho
Discurrir; porque, en mi alma,
Que no quiero tal.

SALVAJE.

Sí quieres,
Pues de sus términos pasas
El coto, que tiene puesto
A los encantos que guarda
El grande cuento de cuentos,
Gasparilis de Aravaca.

ALFEO.

Si es usted, ponga entre esotros
Cuentos que cuenta, que el que haga
Guerra yo á usted es el cuento
De nunca acabar.

SALVAJE.

No basta;
Y á ese propósito escucha.
Tenia una dueña una enana...

ALFEO.

Ya ese es viejo, y no he de oirle.

SALVAJE.

¿Pues hay mas de que otro vaya?
A cuatro ó cinco chiquillos...

ALFEO.

Tambien ese tiene canas.
Y no te canses; que ni ese,
Ni otro alguno, si me matas,
No he de oirte.

SALVAJE.

Aqueso es
Matarme tú con ventaja.
¡Ay, que me ha muerto! (*Cae.*)

TODOS.

¡Al salvaje
Mató!

ALFEO.

El lo vendria de casa;
Que yo no he llegado á él.

SALVAJE.

Tú me has muerto.

ALFEO.

¿Con qué armas?

SALVAJE.

Con no oirme; que á un salvaje
Quien no le escucha, le mata.

TODOS.

Con que ya volver podemos
A nuestras formas pasadas.
Desencantadorcito del alma,
Mira aquí lo que desencantas.

UNO.

Yo, que fuí en el mundo tia,
Soy arpía.

OTRO.

Yo, que me asombro y me arrobo,
Soy un lobo.

OTRA.

Yo, serpiente verdinegra,
Era una suegra.

UNO.

Yo, que fuí un grande lebron,
Me hice leon.

OTRA.

Yo, tercera, en quien peligre
Trocado el honor, fuí tigre.

UNO.

Y yo, atento á mi interes,
Gato montés.

OTRA.

Yo, que fuí una dueña flaca,
Soy urraca.

UNO.

Y yo, que un gran puerco fuí,
Soy jabalí.

TODOS.

Con que, nuestras formas cobradas,
Mira tú lo que desencantas.

ALFEO.

Ya lo miro, y reconozco
Que haceis el bosque cuadro del Bosco.

UNO.

Tú, á quien la vida debemos,
Ahora que bajes falta.

ESCENA V.

CELFA. — DICHOS.

CELFA. (*Dentro.*)

Ya bajo yo en una nube.
(*Baja Celfa en una banasta.*)

ALFEO.

¿Esa es nube ó es banasta?

TODOS.

¿Qué te espanta? ¿No conoces
Que es nube de mogiganga?

CELFA.

¿Quién es el que me ha librado?

TODOS.

Vesle aquí.

ALFEO.

Humilde á tus plantas...
Mas ¡qué miro!

CELFA.

Mas ¡qué veo!
¿Tú eres, fiero?

ALFEO.

¿Tú eres, falsa?

TODOS.

¿Qué es esto?

CELFA.

Que es mi marido.

ALFEO.

Que es mi mujer.

TODOS.

¿Y qué sacan
Deso?

CELFA.

Que su libertad
No quiero.

ALFEO.

Ni yo libraria.

ASTREA.

Pues buen remedio.

ALFEO.

¿Qué es?

ASTREA.

Que pues de vencer te falta
El dragon de la salida,
Excuses esta batalla,
Y que tú preso te quedes,
Y que ella libre se vaya.

CELFA.

Yo soy contenta.

ALFEO.

Yo y todo.

UNO.

Pues metámosle en banasta,
Señores desencantados.—
Advierta, no hable palabra; (*A Alfeo.*)
Porque en el punto que hable,
Dará una gran zaparrada.

ALFEO.

No hablaré mas que un marido
Encantado.

(*Métenle en la banasta y súbenle.*)

UNOS.

Arriba vaya.

OTROS.

Vaya arriba.

ALFEO.

¿Qué haces, mozo?

UNO.

Está la cuerda enredada.

OTRO.

¡Que se va el torno! ¡Jesus
Mil veces!

(*Déjanle caer de golpe.*)

UNO.

¡Qué gran desgracia!
Juan Rana se ha hecho pedazos.

OTRO.

Acabemos sin Juan Rana.

CELFA. (*Canta.*)

Sin marido y desencantada,
¡Qué dos venturas, venturas tan raras.

(*Levántase Alfeo y va tras Celfa.*)

ALFEO.

No os veréis en ese gozo,
Pícara desvergonzada,
(*Canta.*) *Que con marido y desencantada.*
¡Qué dos venturas, venturas tan raras

TODOS.

Quedo, quedo: sed amigos,
Cantando y bailando.

LOS DOS.

Vaya.

TODOS.

Que con marido y desencantada,
¡Qué dos venturas, venturas tan raras

FORTUNAS DE ANDROMEDA Y PERSEO.

PERSONAS.

PERSEO.
DANAE.
ANDROMEDA.
POLIDITES.
EL REY DE TRINACRIA.
JUPITER.
JUNO.
PALAS.
MERCURIO.
MORFEO.
LA DISCORDIA.
MEDUSA.
LIBIA.
SIRENE.
LAURA.
FINEO.
CELIO, *criado.*
LIDORO.
LIBIO, *criado.*
BATO.
GILOTE.
RISELO.
ERGASTO.
CARDENIO.
LAS TRES FURIAS.
SEIS NEREIDAS.
UNA DUEÑA.
CUATRO DAMAS.
MÚSICOS.
SOLDADOS.
CRIADOS.
VILLANOS.— GENTE.

JORNADA PRIMERA.

Descúbrese el teatro, que será de caserías nevadas: dicen dentro, y salen despues, RISELO, GILOTE, BATO, ERGASTO Y PERSEO.

RISELO. (*Dentro.*)
Huye, Gilote.

GILOTE. (*Dentro.*)
Huye, Bato.

BATO. (*Dentro.*)
Huye, Ergasto.

ERGASTO. (*Dentro.*)
Huye, Riselo.

PERSEO. (*Dentro.*)
¡Vive Júpiter, villanos,
Que habeis de morir!
(*Sale Riselo.*)

RISELO.
Los fresnos
Me amparen.
(*Sale Ergasto.*)

ERGASTO.
A mí los chopos.
(*Sale Gilote.*)

GILOTE.
A mí los álamos negros.
(*Sale Bato.*)

BATO.
A mí las cepas y parras,
Los pámpanos y sarmientos,
Arboles santos, pues siempre
Por ermitas los encuentro.

GILOTE.
El diabro mos trajo acá
Este mochacho soberbio,
Para que mos mande á todos.

ERGASTO.
Cuando los montes cubiertos
De nieve tiene ateridos
La ancianidad del invierno,
Es cuando mas solicita
Llevarnos por fuerza á ellos,
Para que á sus cacerías
Le sirvamos los ojeos.

RISELO.
Un lobo, que diz que anda
En la sierra, es el intento
Con que hoy pretende llevarnos.

ERGASTO.
¿Lobo?

GILOTE.
Sí.

BATO.
No es lo peor eso.

RISELO.
¿Qué es?

BATO.
Que el lobo es un perdido,
Jugador y mojeriego;
Que á ser un lobo apricado,
Destos que llaman caseros,
El primero huera yo
Que fuera, donde el primero
Le metiera en mis entrañas.

GILOTE.
Yo nieve ni lobo temo,
Sino que es tan atrevido,
Tan osado y tan resuelto,
Que un dia me quiso entrar
En ese lóbrego seno,
Funesta gruta sagrada
A la deidad de Morfeo,
Donde siempre andan visiones.

ERGASTO.
Nosotros mismos tenemos
La culpa de que nos trate
Un rapaz con tanto imperio;
Que si hubiera entre nosotros
(Aunque pesara á Cardenio,
Que por nieto le ha criado)
Uno, que osado y resuelto
Le diera á entender quién es,
A fe que tuviera ménos
Soberbia.

GILOTE.
Muchos hubiera,
Que si les dijeran eso,
Quizá abajaran los brios.

BATO.
Decidme, para saberlo:
¿Es cierto que si supiera
Quién es, desde aquel momento
No diera los mojicones
Que suele dar?

ERGASTO.
Y tan cierto,
Que viviera desde allí
Mas humilde y mas modesto,
Sin atreverse á mirarnos
A las caras.

BATO.
¡Vive el cielo,
Que lo ha de saber de mí
Muy bien sabido! pues puedo
Decirlo mijor que todos,
Como testigo del cuento:
Una sola enfecultad
Se me ofrece. He aquí que empiezo
La historia: ¿basta empezarla
Para que él se me esté quedo,
Y no se atreva á mirarme
A la cara?

GILOTE.
No por cierto,
Porque la ha de saber toda.

BATO.
Pues entre otro; que no quiero
Que al principio de la historia
Vea donde va el intento,
Y ántes que ella llegue al fin,
Llegue yo al fin.

ERGASTO.
Para eso
Habrá una traza.

BATO.
¿Qué traza?

GILOTE.
Nosotros te le tendrémos
De suerte, que aunque no quiera,
Todo te lo escuche.

BATO.
¿Y luego?

LOS TRES.
Luego seguro estás.

BATO.
Manos
A la labor; que reviento
Por decírselo en su cara,
Dónde y cómo y cuándo, á trueco
De que él no mire la mia.

Sale PERSEO, *vestido de villano.*

PERSEO.
Villanos, ¿qué atrevimiento
Es llamaros yo, y huir?

GILOTE.
Como hacia tan mal tiempo,
Rehusábamos ir al monte.

PERSEO.
¿Hácele para mí bueno?
Pues el que pasare yo,
Bárbaros, viles, groseros,
¿No le pasaréis vosotros?
Venid conmigo...

BATO. (*Ap.*)
¡Qué presto
Ha de bajar estos brios!

PERSEO.

Que seguir la fiera quiero
Que escandaliza estos valles
Con tantos robos sangrientos
De pastores y ganados.
Hoy se la he ofrecido al templo
De Júpiter, que en las altas
Cumbres del monte es opuesto
Rebellin contra los rayos,
Los relámpagos y truenos
Que Acaya padece: á quien
Yo no sé por qué secreto,
Aun mas que todos adoro,
Mas que todos reverencio;
Siendo así que no hay remota
Provincia, apartado reino,
Que no envie á consultarle
Los arduos casos: y puesto
Que se la tengo ofrecida,
Hoy su armada testa tengo
De clavar á sus umbrales.—
Ven, Ergasto.

ERGASTO.

Ya obedezco.

PERSEO.

Ven, Gilote.

GILOTE.

Ya voy yo.

PERSEO.

No te escondas tú, Riselo.

RISELO.

Ya voy tras tí.

PERSEO.

Ven tú, Bato.

BATO.

Déjame á mí, porque quiero
Estodiar toda la historia. .

PERSEO.

¿Qué historia?

BATO.

Una que tengo
De contar.

PERSEO.

¿A mí?

BATO.

Sí.

PERSEO.

Pues
¿Qué historia es?
(*Abrázante los tres con él.*)

LOS TRES.

Agora es tiempo.

PERSEO.

¿Qué es esto? ¿Pues cómo así
A mí os atreveis?

GILOTE.

Queremos
Que sepas que no hay razon
De tratarnos con desprecio,
No siendo mejor que todos.

ERGASTO.

¿Cómo mijor? Ni aun tan bueno.

PERSEO.

¡Viven los cielos, villanos!..

GILOTE.

Bato, dile sus sucesos.

BATO.

¿Está bien tenido?

LOS TRES.

Sí.

BATO.

¿Bien, bien?

GILOTE.

Tan bien, que no creo
Que se escape de mis brazos.

ERGASTO.

Yo aquesta mano le tengo.

RISELO.

Yo estotra.

BATO.

Pues finalmente,
Como digo de mi cuento...

PERSEO.

¡Que esto Júpiter permita!

BATO.

Desvanecido mozuelo,
Pisa-verde destos prados,
Pisa-pardo destos cerros,
¿Quién te imaginas y piensas
Que eres, para no tenernos
Mochísima estimacion
Y mochísimo respeto?
¿Qué cosa es que cada dia
Nos trates como á tus negros,
Siendo tus brancos? ¿De qué
Nace el desvanecimiento?
Si presumes que eres hijo
De la hija de Cardenio
Nueso mayoral, te engañas:
Ni ella es hija, ni tú nieto.
—¿Va bien?

LOS TRES.

Lindamente va.

PERSEO.

¡Que esto consientan los cielos!

BATO.

Pues tenedle lindamente,
No se deslinde el intento.—
Porque has de saber que un dia,
Alterado el mar, corriendo
Fortuna, trajo un bajel
A la vista deste puerto,
Donde encallando en los bajos,
Que son Escilas del griego
Piélago del Negro-Ponto,
Fué escollo de algas cubierto.
Ni árbol ni jarcia ni vela
Traia el buque; y presumiendo
Que de deshecho del agua,
Era ojeriza del viento,
No causó mas novedad
Que la lástima de verlo;
Hasta que unos pescadores
Que de la cólera huyendo
De Neptuno, á estas orillas
Volvian á vela y remo,
Contaron que al pasar cerca
De aquel derrotado leño,
Habian escuchado humana
Voz, que en mísero lamento
Favor pedia á los dioses.
—¿Va bien?

LOS DOS.

Muy bien.

BATO.

Pues tenedlo
Hasta la postrer palabra.

PERSEO.

Ya no hay para qué, supuesto
Que mas que esta fuerza atado,
Me tiene esa voz suspenso.

BATO.

Aplacó su saña el mar,
Y en mirándole sereno,
La curiosidad llevó
A conocer si era cierto
Que habia gente, pescadores
Y villanos. Uno destos
Fui yo, y abordando al vaso,
Vimos una mujer dentro
Con un infante en los brazos,
Que abrigándole en el pecho,
Sin tenerle ella le daba
El calor y el alimento.
Ni otra persona, ni señas
De haberla tenido, vieron
Nuestros ojos... La piedad
La sacó á tierra... — Tenedlo,
Que parece que se escurre,
Y ya falta poco al cuento.

PERSEO.

No temas, que aunque decirlo
No quieras, querré saberlo.

BATO.

Entre cuanta gente pues,
A tierra sacó el suceso,
Fué uno Cardenio; y movido
De ver el semblante bello
De la mujer, que aun estaba
Diciendo el delito honesto,
Si ya no de la inocente
Culpa del infante tierno,
En su casa la albergó,
Dándola el anciano viejo,
Obrigado á su hermosura,
A su vertud y á su ingenio,
Nombre de hija. Esta es tu madre,
Y el infante tú: y supuesto
Que nunca por buena feé
Entregada al mar violento
Con tan grande desamparo,
Desabrigo y desconsuelo,
¿Qué te persuade á pensar
Que eres mas que un extranjero,
Advenedizo pastor,
Hijo vil de un adulterio,
U de otra traicion? Y así
Trata desde hoy de no vermos
Las caras, siendo desde hoy
Mas humilde y mas honesto.

LOS TRES.

¿Tienes mas que decir?

BATO.

No.

GILOTE.

Pues cuidado, que le suelto.

ERGASTO.

Y yo tambien.

RISELO.

Y yo y todo.

PERSEO.

¿Esto sufro, esto consiento
Sin haceros mil pedazos?

LOS TRES.

Vamos de su furia huyendo.
(*Vanse los tres.*)

BATO.

¿Para qué, si se ha de estar
Quedito?

PERSEO.

¡Bárbaro, necio,
Infame, loco, villano,
Que has tenido atrevimiento
Para decirme en mi cara
Mi desdicha!...

BATO.

Estése quedo,
Y trate de no mirarme
A la mia.

PERSEO.

¡Vive el cielo,
Que has de morir á mi mano!

BATO.

Algo se me olvidó al cuento,
Pues aun pega todavía.
¡Ay que me matan!

Sale DANAE, *vestida de villana.*

DÁNAE.

¿Qué es esto?

PERSEO.

Esto es vengar, en quien no
Tiene la culpa, tus yerros.

BATO.

Tenle, señora; que está
Mas loco que ántes, y habiendo
Oídolo todo, aun no quiere
Modesto ser, y es molesto. (*Vase.*)

DÁNAE.

¿Siempre te tengo de hallar
Altivo, sañudo y fiero?

PERSEO.

Razon tienes de reñirme
Cuando no solo no serlo,
Mas ni aun atreverme á ver
Al sol debiera, sabiendo
Ya en tu fortuna mi agravio,
Y en tu traicion mi desprecio.

DÁNAE.

¿Qué dices? ¡Ay infelice!

PERSEO.

Que ¿por qué el nativo seno,
Que á infame ser disponia
Mi infelice nacimiento,
No le hiciste mi sepulcro,
Abortándome primero,
Que darme á la luz del sol?
O ¿por qué (ya que pariendo,
Víbora no reventaste)
Aquel derrotado leño,
Que fué mi primera cuna,
No hiciste mi monumento?
¿Por qué, ántes que me abrigaran
Las piedades de tus pechos,
No me arrojaste á las ondas?
Fuera mi desdicha ménos,
Muerto en el primer umbral
De la vida, que no muerto
Al baldon de unos villanos,
Que con todos tus sucesos
Me han dado en rostro, notando
De advenedizo extranjero
Pastor, hijo de un delito,
Merecedor de aquel riesgo.

DÁNAE.

¡Ah Perseo! tu soberbia
En este trance te ha puesto;
Que no fueran ellos libres
Si tú no fueras soberbio.
Pocas veces el humilde
Escucha baldones.

PERSEO.

¿Luego
Razon tienen?

DÁNAE.

Razon tienen.

PERSEO.

¿No lo niegas?

DÁNAE.

No lo niego,
Porque contra la razon
No hay mas razon que el silencio.

PERSEO.

¿En fin, que la tienen?

DÁNAE.

Sí.

PERSEO.

Pues ya que la tienen ellos,
Tengámosla todos. Dime
Quién soy y quién eres, puesto
Que el presumir que soy mas
Hace tu delito ménos.
Consuélame con que sepa
Si lo que alguna vez pienso
Al mirar que no me viene
El corazon en el pecho,
Es verdad; pues no hay latido
Que dé, que no sea diciendo
Que no nació para verse
De tosco sayal cubierto.
Del extremo de una infamia
Pasemos á otro; que á precio
De no ser villano vil,
Te perdono cualquier yerro.
Y supuesto que no eres
Humilde hija de Cardenio,
¿Qué puede ser que no sea
Mejor? Dime, pues te ruego,
¿Quién eres?

DÁNAE.

No sé quién soy.

PERSEO.

Pues ¿quién fuiste?

DÁNAE.

Eso sé ménos.

PERSEO.

¿Quién fué mi padre?

DÁNAE.

No sé.

PERSEO.

¿Por qué te echó airado y fiero
Al mar?

DÁNAE.

No lo sé tampoco.

PERSEO.

¿Soy noble?

DÁNAE.

No sé.

PERSEO.

¿Que es esto?
¿Nada sabes?

DÁNAE.

No sé nada;
Y no me apures, que puesto
Que es secreto y soy mujer
Y no lo digo, no debo
De poder decirlo: y baste
Ver un prodigio tan nuevo,
Como que en un pecho vivan
Juntos mujer y secreto.
Pregúntaselo á los dioses:
Quizá enternecidos ellos
Te responderán; que yo
Solo con el llanto puedo
Decirte que hay soberano
Poder que me obligue á esto.

PERSEO.

¿Por qué?

DÁNAE.

Por guardar tu vida.

PERSEO.

Yo desde aquí se la ofrezco,
Y pues me mata el dudarlo,
Haz que me mate el saberlo.
Háblame claro.

DÁNAE.

Es en vano.

PERSEO.

¿Cómo?

DÁNAE.

Como no me atrevo
Ni aun á respirar.

PERSEO.

¿Quién cierra
Tus labios?

DÁNAE.

Poder supremo.

PERSEO.

¿De quién?

DÁNAE.

De injusta deidad.

PERSEO.

¿Qué puede obligarla?

DÁNAE.

Celos.

PERSEO.

¿Celos?

DÁNAE.

Sí.

PERSEO.

¡Ay de mí!

DÁNAE.

¿De qué
Suspiras?

PERSEO.

De que no tengo
Ya apelacion á no ser
Hijo de delito, puesto
Que no hay celos sin delito.

DÁNAE.

Bien puede sin él haberlos.
¡Oh ingrata deidad de Juno,
En qué confusion me has puesto!

PERSEO.

¿Cómo?

DÁNAE.

No sé.

PERSEO.

¿Al *no sé* vuelves?

DÁNAE.

Tampoco sé dónde vuelvo.
Y déjame, no me aflijas;
Que no puedo, que no puedo
Decir mas ni callar mas.
(*Ap.* Grande Júpiter supremo,
Ya que ocasionaste el daño,
Acude con el remedio.) (*Vase.*)

PERSEO.

Oye, aguarda.— Mas ¡ay triste!
Que aunque seguirla pretendo,
No sé qué oculto poder
En viva estatua de hielo
Me ha transformado, quedando
Sin alma, vida ni aliento.
¡Oh gran Júpiter, oh padre
De los hados!... Mas ¿qué es esto?
Al decir padre, no sé
Qué no usado, qué violento
Impulso me alborozó
El corazon acá dentro,
Como que le dan las llaves
De las cárceles del pecho.
Mas si Júpiter y hados
Dije, ¿por qué, por qué pienso
Que fué una voz y no otra
La que dió el latido? puesto
Que dél no puedo ser hijo,
Ni dellos dejar de serlo.
¡Oh gran Júpiter, oh padre
De los hados y los tiempos,
Digo otra vez! si á piedad
Te ha movido algun lamento,
Sirva de ejemplar al mio,
Que yo á tus aras ofrezco
En víctima cuántas fieras
El monte contiene. Al ruego
Te compadece de un triste,
Que náufrago de los vientos
Navega á saber quién es,

En alas de un devaneo,
Que le persuade á que es mas,
Cuando le dicen que es ménos;
Y pues mi madre lo calla,
Dime tú, ¿si habrá consuelo
Tal vez á mi duda?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Sí.

PERSEO.

¿Qué armoniosos acentos
Oigo? ¿Si fué ilusion?

MÚSICA. (*Dentro.*)

No.

PERSEO.

Pues que ya en süaves ecos
Oigo las voces que suelen
Tener al aire suspenso,
Cuando alguna deidad pisa
La tierra (porque su acento
Métricamente sonoro
Suena mas dulce que el nuestro),
Con él he de hablar.— ¡Oh tú,
Deidad que escucho y no veo!
Si eres mi oráculo, dime,
¿Quién soy?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Tú lo sabrás presto.

PERSEO.

¿Quién me lo ha de decir?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Nadie.

PERSEO.

Pues ¿cómo puede ser eso,
Decirlo, y nadie?

MÚSICA. (*Dentro.*)

Llegando...

PERSEO.

Prosigue, que no te entiendo.

MÚSICA.

A decirlo, sin decirlo,
Y á saberlo, sin saberlo.

PERSEO.

«¿A decirlo, sin decirlo,
Y á saberlo, sin saberlo?»
Ahora conozco ¡ay de mí!
Que es ilusion del deseo
La que me persuade á que
Hablan conmigo los cielos;
Que ellos no usaran confusos
Enigmas: y mas si atiendo
A que todos los espacios
Del aire están tan serenos,
Que apénas pequeña nube
(*Empieza á salir una nube.*)
Se descubre en todos ellos,
Que boreal carro triunfal
Sea de sagrado dueño
De la voz; pues una sola
Que allá en el perfil postrero
Del horizonte, es apénas
Fingida garza del viento,
No es capaz trono de hermosa
Deidad. Mas con todo eso,
Preguntar quiero otra vez.—
Oh tú, sonoroso estruendo,
Háblame claro.

GENTE. (*Dentro, á una parte.*)

To, to,
Barcino.

LIDORO. (*Dentro, á otra parte.*)

A la cumbre.

FINEO. (*Dentro, á otra parte.*)

Al puerto.

PERSEO.

¿Qué distintas voces ya,
De las que escuché primero,
Responden? Pequeña tropa
Allí, allí bajel pequeño,
El puerto y la poblacion
Buscando vienen, á tiempo
Que de la parte del monte
Cazadores y monteros
Salen tambien. Pero á mí
¿Qué me importa todo esto,
Sino seguir á mi madre,
Y, pues que del rendimiento
Tal vez se vale el rencor,
Humilde á sus plantas puesto,
Solicitar que me diga
Mi hado ántes que llegue el tiempo?..

ÉL Y MÚSICA.

A decirlo, sin decirlo,
Y á saberlo, sin saberlo.

Vase, y miéntras la música se repite con las voces de adentro, viene creciendo la nube hasta la mitad del tablado, donde se ha de abrir: vense en un trono MERCURIO *con alas en el sombrero y en los piés, y el caduceo en la mano, y* PALAS *armada con una asta en la mano y embrazado un escudo, en que ha de estar un espejo, y bajan á tierra y desaparécese la nube.*

GENTE. (*Dentro.*)

To, to, Melampo, Barcino.

POLÍDITES. (*Dentro.*)

Al llano.

LIDORO. (*Dentro.*)

A la cumbre.

FINEO. (*Dentro.*)

Al puerto.

MÚSICA.

A decirlo, sin decirlo,
Y á saberlo, sin saberlo.

PÁLAS.

Ya, hermoso, galan Mercurio,
Alado dios del ingenio,
Que has querido que dejando
El sacro palacio excelso
De Júpiter nuestro padre,
La fértil tierra pisemos
De Acaya, haciendo sus montes
Volcanes de nieve y fuego,
Dime, ¿qué intento te trae
A sus campos, pretendiendo
Que yo en ellos te acompañe?

MERCURIO.

Oye, y sabrás el intento,
Ya que porque no lo alcance
El siempre sañudo ceño
De nuestra madrastra Juno,
Contigo á estos montes vengo.
Ya sabes, hermosa Pálas,
Cuya beldad, cuyo acero
Las almas rinde á su agrado
Y las vidas á su esfuerzo,
Que de Júpiter divino
Hijo el infeliz Perseo,
Hermano es nuestro; y ya sabes
Que por temor de los celos
De Juno, no le declara,
Obligando sus despechos
A que en rústicos sayales
Le deje vivir muriendo.
Yo, compadecido hoy
De ver su ultraje, atendiendo
A que Júpiter quisiera
Responder á sus lamentos,
Si aquella infausta deidad
De la Discordia, á quien dieron
Las altiveces de Juno
En nuestro dosel asiento,
Sus soberanas piedades
No embarazara, pretendo
Que interesados los dos,
Solicitemos un medio,
Que sin decirle quién es,
Le diga quién es, haciendo
Que ni le pene el dudarlo,
Ni le embarace el saberlo.

PÁLAS.

¿Qué medio puede ser ese?
Que como tú le des, quiero
Yo ayudarle; que tambien
Su mal, como hermana, siento.

MERCURIO.

Yo le he de representar
En las fantasmas de un sueño
Toda su historia, con que
Alentado á un mismo tiempo,
Y desconfiado viva;
Pues ignorando y creyendo,
Ni aquello le tendrá humilde
Ni estotro le hará soberbio:
Que viendo por una parte
Quién es, y por otra viendo
Quien no es, las cercanías,
Disfrazadas en los léjos,
Le harán que intente labrarse
Su fortuna, conociendo
Que para cierto es engaño
Lo que para engaño es cierto.
A este fin le he de llevar
(Con algun fingido objeto,
Que le arrebate tras sí)
A la gruta de Morfeo,
Donde entre confusas sombras
Ha de ver su nacimiento.

PÁLAS.

Pues si has de fingir alguno,
El mas hermoso, el mas bello
Que puede, para fingido,
Prestarte lo verdadero,
Es Andrómeda.

MERCURIO.

En su imágen
Transformado, hablarle pienso;
Sola la dificultad
Que resta es que Juno viendo
El fin, no intente estorbarlo:
A cuyo advertido efecto
Tú, Pálas, mañosamente,
La has de asistir, pretendiendo
Apartar á la Discordia
De su lado aquel momento.

PÁLAS.

Yo te agradezco, no solo
Lo piadoso del afecto,
Pero tambien lo sutil
De la industria te agradezco.
Y pues lo que á mí me toca,
Para reparar los riesgos
Del hado que le amenaza,
Es divertir el inquieto
Semblante de la Discordia,
Que á pesar de todo el cielo
Conserva en el cielo Juno;
Yo desde aquí te lo ofrezco,
Con ánimo que si no
Basta mañoso el intento,
Baste el valor á arrojarla
Del no merecido asiento:
A cuyo glorioso fin,
Sobre las alas del viento
Otra vez á los umbrales
De nuestro alcázar me vuelvo.

MERCURIO.

Pues yo en esa confianza
Hoy en la tierra me quedo
A fingir una hermosura
Y á representar un sueño.

PÁLAS.

Pues queda en paz.

MERCURIO.

En paz parte,
Porque llegue á un mismo tiempo...

LOS DOS.

A decirlo, sin decirlo,
Y á saberlo, sin saberlo.

(*Vuela Pálas, y vase Mercurio.*)

GENTE. (*Dentro.*)

To, to, Melampo, Barcino.

POLÍDITES. (*Dentro.*)

Al valle.

LIDORO. (*Dentro.*)

A la cumbre.

FINEO. (*Dentro.*)

Al puerto.

Salen POLIDITES Y CRIADOS.

POLÍDITES.

Retírese la gente y no prosiga
La caza.

UN CRIADO.

¿Qué es, señor, lo que te obliga?

POLÍDITES.

Habiéndome informado
La desvelada posta,del cuidado
Que asiste con afectos singulares
En guarda destos montes y estos mares,
Por esperar que un dia
(Si no miente la docta astrología)
Ha de venir una beldad á ellos, [llos
Madre de un jóven que ha de enriquece-
De triunfos de que el sol será testigo;
Habiéndome informado, otra vez digo,
La atenta centinela,
Que vela el mar y la campaña vela,
Que unos y otros espacios
Ocupan destos rústicos palacios
Extranjeras naciones, cuya nueva,
Hallándome cazando, el que la lleva,
En el monte me dió, saber deseo
Quién son.

Sale DANAE.

DÁNAE. (*Ap.*)

Aquí á Perseo
En las dudas dejé de mi fortuna:
Vuelvo á buscarle, por si acaso alguna
Razon puede en mi honor asegurarle,
Ya que posible no es desengañarle,
Porque sellan mis labios
De Juno celos y de Jove agravios.

POLÍDITES.

Solicita informarte
De alguien.

CRIADO

Una villana hácia esta parte
Viene.

POLÍDITES.

Al ver perfeccion tan soberana,
Si una deidad en traje de villana.— [ra!)
Decidme, (*Ap.* ¡Ciego estoy á luz tan pu-
Prodigio destos montes, (*Ap.* ¡Qué her-
[mosura!)
Qué gente es la que ve vuestro horizon-
Sulcar el golfo y discurrir el monte? [te

DÁNAE.

Aunque decirlo quiera,
No me es posible; que de la ribera
Ni del camino vengo.

POLÍDITES.

Esperad.

DÁNAE.

Haré mal si me detengo,
Porque en alcance voy de otro cuidado.

POLÍDITES.

Ya no le llevaréis, pues le habeis dado.

DÁNAE.

Eso es lo que no entiendo.

POLÍDITES.

Bien fácil es, pues lo que yo pretendo
Decir es, que si os lleva
Un cuidado y le dais, será accion nueva
Darle y quedar con él.

DÁNAE.

¿A quién le he dado?

POLÍDITES.

A quien le tiene ya de haber mirado
Vuestra rara belleza.

DÁNAE.

Es error; que no puede mi tristeza
Dar su cuidado á nadie,y bien lo pruebo,
Pues no es el que teneis como el que lle-

POLÍDITES. [vo.

¿No es amor?

DÁNAE.

Bien podria
Ser que lo fuese; pero no sería
Posible que lo fuese
Tal, que mi amor al vuestro pareciese.
Quedad con Dios.

POLÍDITES.

Oid.

Sale PERSEO.

PERSEO.

¿Qué es lo que veo?

DÁNAE. (*Ap.*)

A mal tiempo (¡ay de mí!) llegó Perseo.

PERSEO.

Hidalgos cortesanos,
Queda la lengua esté, quedas las manos
(*Ap.* Un nuevo fuego en mis entrañas ar-
Que tiene la zagala quien la guarde.)[de;

POLÍDITES.

¡Qué donairoso brio
De jóven!

DÁNAE.

Perdonad, que es hijo mio;
Y criado en aquestas caserías,
No sabe lo que son cortesanías.

POLÍDITES.

¿Hijo es vuestro ó hermano?

PERSEO.

¡Qué lisonjero chiste cortesano!
Hijo y muy hijo.

POLÍDITES.

¿Y es de aquesta aldea?

DÁNAE.

Aquí nació.

POLÍDITES.

Feliz la patria sea
De una y otra hermosura soberana.
¿Cómo os llamais?

DÁNAE.

Diana.

POLÍDITES.

¿Hija de quién?

PERSEO.

¿Quién vió preguntas tantas?
No le respondas mas.

Salen CARDENIO Y VILLANOS.

CARDENIO.

Dame tus plantas.

VILLANOS.

Y á todos mos las dé.

BATO.

No mas que á vellas;
Que su merced se quedará con ellas.

POLÍDITES.

Del suelo alzad.

CARDENIO.

Habiéndome contado
Vuestros monteros como habeis troca-
El bosque por la aldea, [do
Vengo á saber qué dicha nuestra sea
La que aquí os ha traido.

POLÍDITES.

Habiéndome informado que ha venido
Por tierra y mar á aqueste puerto gente,
Quise saber quién son.

CARDENIO.

Pues fácilmente
Podrá informaros ella,
Pues de tierra y de mar llegais á vella.

DÁNAE.

¿Quién es, señor, aqueste caballero?

CARDENIO.

El Rey.

PERSEO. (*Ap.*)

¿Este es el Rey? Sin duda hoy muero.

Salen por una parte LIDORO Y GENTE, *y por otra* FINEO Y GENTE.

LIDORO.

Rústicos aldeanos,
Decid...

FINEO.

Decid, ilustres cortesanos..

LIDORO.

¿Por dónde desta cumbre
Antes podré vencer la pesadumbre?
(*Ap.* Pero ¡qué es lo que miro!)

DÁNAE. (*Ap.*)

Lidoro es este.

LIDORO. (*Ap.*)

Justamente admiro
Su hermosura y su seña.
Fuerza es callar, pues á callar enseña.

FINEO.

Lo mismo mi deseo
Os preguntara; y pues mi duda veo
En otros labios puesta,
Satisfaga á los dos una respuesta.

POLÍDITES.

Antes es bien que acuda
A dos dudas mi voz con una duda.
Quién sois saber pretendo,
Primero que os informe.

LIDORO.

Yo siguiendo
(*Ap.* Fuerza es disimular.) voy la ventura
De la mas infeliz triste hermosura
Que vió el sol, cuya mísera fatiga
A consultar á Júpiter me obliga.—
No puedo detenerme, ni hablar puedo

FINEO.

Yo tampoco, que pierdo si me quedo
El mejor temporal, para volverme
Al instante que llegue á responderme
El oráculo á una
Pregunta, hija tambien de otra fortuna.
Perdonad que hoy sin responderme va-
[ya.

CARDENIO.

Ved que es el rey Polídites de Acaya,
Con quien hablais.

LIDORO.

A vuestras plantas pido
Me perdoneis.

FINEO.

Tambien, á ellas rendido,
Me sirva de disculpa
Saber que la ignorancia nunca es culpa.

POLÍDITES.

Ya que sabeis quién soy, saber es fuerza
Quién sois los dos.

FINEO.

Aunque el efecto tuerza
De mi primer intento,
Ley el respeto es: escucha atento.
Casiopea, de Trinacria
Hermosa, infelice reina
(Que las infelicidades
Son lunar de las bellezas),
De Cefeo, amante suyo,
Una hija tuvo, tan bella,
Que afrentó con su hermosura
Toda la naturaleza,
Puesto que desconfiada
De hacer otra como ella,
En sus excelencias mismas
Apuró sus excelencias.
Creció Andrómeda (que este
Es su nombre) tan perfecta...
—¿Pensarás que á decir voy
Que no hay nadie que la vea
Que no le enamore? Pues
Tan al contrario lo piensa,
Que no hay nadie que la mire,
Que la ame; que no deja
Esperanzas para amarla
A nadie que llegue á verla.
Y así, en su primer instante
La voluntad mas atenta
No es posible quedar viva,
Viendo su esperanza muerta.
Dígalo yo... Pero esto
No es del caso. Casiopea,
Mirando á Andrómeda un dia
Que á la orilla lisonjera
Del Nereo, festejada
De las hermosas Nereidas,
Ninfas suyas, florecia
El oro de sus arenas
Al contacto de sus plantas,
Desvanecida y soberbia
Les dijo: «Decid á Vénus,
Marítima deidad vuestra,
Que reina de la hermosura
No se intitule, pues llega
A ver que Andrómeda sola
Hay que ese imperio merezca;
Pues ella sola debia
Ser de la hermosura reina.»
Ofendiéronse las ninfas;
Que en tocando á esta materia
De mas hermosa soy yo,
No hay deidad que no lo sienta:
Sumergiéronse en las ondas,
Y ofendidas, por sí mesmas
En voz de Vénus, pidieron
Satisfaccion de la ofensa.
Nereo, sagrado rio,
Que en el mar gozoso entra
Solo por ver si en el mar
Con alguna espuma encuentra
De las que fueron de Vénus
Cuna, pues amante della,
Son sus lágrimas sus ondas,
Sintió de suerte la afrenta,
Que en toda Trinacria quiso
Vengarla y satisfacerla.
Marino monstruo escamado
De cerúleas, verdinegras
Conchas, con piés y con alas
En sus bóvedas engendra,
De sus entrañas aborta,
Y de sus senos revienta:
Tan disforme, que si nada,
Tan tremendo, que si vuela,
Brama el aire y gime el mar,
Confundidos de manera,
Que no se sabe si es
Aire ó mar adonde llega;
Pues escupidas las ondas,
Hace cada vez que alienta,
Que el mar se suba á las nubes
Y el aire á las ondas venga
A ocupar aquel vacío,
Haciendo la azul esfera
Mil desiguales montañas
De nubes y de cavernas.
Este pues fiero vestiglo,
Esta pues marina bestia,
Con su saliva las aguas
De todo el rio avenena,
Con su anhélito inficiona
Del monte plantas y yerbas,
Y de todos los ganados
El templado ambiente infesta.
A la orilla no es posible
Llegar nadie, que no sea
Pasto suyo; no hay bajel
De cuantos al puerto llegan,
Que no zozobre á su vista;
Porque su estatura inmensa,
Si se mueve, es huracan,
Escollo, si se está queda;
De suerte que horror y susto
Tienen á Trinacria hecha
Sepultura de sí misma,
En sed, hambre y peste envuelta.
De varios ritos ha usado
Devota la piedad nuestra,
Sacrificándola á Vénus
En sus altares diversas
Víctimas; pero ninguna
Su sacra ojeriza templa.
Yo (que mas interesado
Que todos soy en su adversa
Fortuna, porque infelice
Primo de Andrómeda bella,
Espero lograr su mano,
Siendo en tan gloriosa empresa
El no merecerla medio
De llegar á merecerla)
A Júpiter en su templo,
Que mas antiguo celebra
La ancianidad de los siglos,
Que es ese, cuya eminencia
Sobre la siempre nevada
Cerviz de Acaya se asienta,
Ofrecí un precioso don,
Que traigo conmigo en muestra
Del voto; y así te pido,
Señor, que me des licencia
Para penetrar su cumbre,
Y saber de su respuesta
Qué sacrificios á Vénus
Harémos, con que se vea
Su beldad desagraviada
Y mi feliz patria exenta
Deste monstruo que la aflige,
Este susto que la cerca,
Este pasmo que la asombra,
Y este horror que la atormenta.

POLÍDITES.

¡Extraño caso!

DÁNAE.

¡Notable
Prodigio!

PERSEO.

¡Rara extrañeza!
No porque haya un monstruo, cuanto
Porque no haya quien le venza.

VILLANOS.

¡Quién de oirlo no se admira!

BATO.

¡Quién de escucharlo no tiembl[a]!

LIDORO.

Aunque desta novedad
Tan grande el extremo sea,
Oye, señor; que no ménos
Extraña es la que me lleva
Al templo tambien á mí
De Júpiter, con la mesma
Accion; si bien es la causa
En sus principios opuesta.
(*Ap.* ¡Ay Dánae! no sé si al verte
Palabras tendrá la lengua.)
Yace á la falda de aquel
Monte africano, que ostenta
Sobre su cerviz el cielo
(Bien que ya alguna experiencia
Mostró que solo un cuidado
Aun mas que sus rumbos pesa).
Yace pues, digo, á su falda
Una fábrica pequeña,
Casa de campo á una parte,
Y á otra una intrincada selva,
Cuyo variado país
Tiene siempre en competencia
De primores, aquí el arte
Y allí la naturaleza.
Esta pues noble alquería,
Nativa cuna primera
Fué de Medusa, beldad
Tan sin ejemplar, que apénas
Le vendrán las alabanzas
Que otro de Andrómeda cuenta;
Bien que no tan venturosa:
Cuya infelice experiencia
Dice que es mas su hermosura
Cuanto es mas triste su estrella.
Entre cuantas perfecciones
Dotó el cielo su belleza,
En la que mas se esmeró
Fué el cabello, cuyas hebras
Hiló el sol entre sus rayos,
Siendo su frente una esfera,
Que trenzada anochecia
Porque amaneciese suelta.
Dígalo el efecto, pues
Un dia que á la ribera
Del mar á peinar salió
El rubio Ofir de sus trenzas,
Envidioso al ver Neptuno
Que el aire en su espacio teng[a]
Mas bello golfo de ondas
(Cuyos piélagos navegan
En bajeles de marfil
Conchas de nácar y perlas),
Pasó la envidia á deseo,
Si ya no á codicia necia
De presumir que podia
Enriquecer su soberbia
Con el oro de otras Indias
Mas ricas cuanto mas cerc[a].
Amante pues suyo, no
Se valió de las finezas
De rendido; que el amor
De un poderoso no ruega,
Cuando puede la caricia
Valerse de la violencia.

Y así, un dia que la vió
En el templo de Minerva,
Que á las orillas del mar
Sobre sus riscos se asienta,
Desatando de sus ondas
Toda la saña violenta,
Para sus tranquilidades
Se valió de sus tormentas.
El templo inundó, y entre
El susto que á todos cerca,
El miedo que á todos turba,
El pavor que á todos ciega,
Reservando de Medusa
La soberana belleza,
Por fuerza logró su amor...
—Mas miente, miente mi lengua;
Que aunque consigue, no logra
El que consigue por fuerza.
Minerva ofendida, al ver
Los dos sacrílegas muestras,
Que á su templo y su decoro
Hizo la ruina y la ofensa,
No pudiendo en él vengarse,
Dispuso vengarse en ella;
Que un rencor que en el culpado
No se satisface, queda
Siempre rencor, hasta que
En el que puede se venga;
Y viendo que fué el cabello
Causa de su amor primera,
Las hebras que fueron de oro
Trocó en rizadas culebras,
Cuyo veneno en los ojos
Se comunica y se ceba,
Tanto, que á ninguno miran
Que en tronco no le conviertan.
Rabiosa vive en los montes,
Tan sañuda bandolera
De las vidas, que no pasa
Peregrino que no muera
A su vista, racional
Basilisco de la selva.
Nadie se atreve á matarla,
Porque nadie que á ver llega
Su rostro, vive, porqué
Darla la muerte no puedan.
Dormida, sus dos hermanas
Están en su guarda puestas;
De suerte que cuando una
Descansa, la otra está en vela,
Con que es imposible que
Remedio este asombro tenga;
Si ya Júpiter sagrado
(A quien yo traigo otra ofrenda,
Como príncipe que soy
De aquella africana tierra;
Bien que príncipe infelice,
Dado á fortunas adversas,
Tanto que si hablara de otras,
No fuera la mayor esta)
Con su piedad no socorre,
Con su poder no remedia
Este escándalo, esta ruina,
Este estrago, esta violencia,
En sus oráculos dando
A mis preguntas respuesta,
De cómo desenojar
A la deidad de Minerva,
Quedando libre mi patria
De desdichas y miserias,
Ansias y calamidades,
Iras, muertes y tragedias.

POLÍDITES.

De vuestros raros sucesos
Tanto me admiran las nuevas,
Que tengo de acompañaros
Al templo, por ver qué llega
Júpiter á responderos.
(*Ap.* Mas miento. ¡Ay, zagala bella!
Por verte este rato mas,
No doy á la corte vuelta.) (*Vase.*)

FINEO.

Guárdete el cielo. (*Vase.*)

LIDORO.

Tus plantas
Beso. (*Ap.* ¡Ay, Dánae, quién pudiera
Hablarte!) (*Vase.*)

DÁNAE. (*Ap.*)

¡Quién por no verte,
Lidoro, ni que supieras
De mí, se hubiera anegado
En el mar!

CARDENIO.

Vén, Diana bella,
A ver Júpiter qué dice
En maravillas como estas.

DÁNAE.

Vén, Perseo. (*Vase.*)

PERSEO.

Ya yo voy.

GILOTE.

Vén, Bato.

BATO.

Id vos norabuena,
Que yo no pienso ir allá.

ERGASTO.

¿Por qué?

BATO.

Porque no quijera
Ver nada que me acordase
De que hay monstruos y culebras
En el mundo; pues me basta
Saber que hay suegros y suegras,
Que hay cuñados y cuñadas,
Que hay tios y tias, viejas
Y viejos, y finalmente
Que hay...

GILOTE.

Di, ¿qué?

BATO.

Dueños y dueñas.
(*Vanse.*)

PERSEO.

Loco pensamiento mio,
Que cuando ignoras quién eres,
Pasar temerario quieres
De la duda al desvarío:
¿Adónde te lleva el brio,
Presumiendo altivo y vano
Que uno y otro horror tirano
Tú solo vencer podrás,
Si oyendo á un villano estás,
Que ni aun eres un villano?
¡Quién de Trinacria venciera
El monstruo! Y de Africa ¡quién
Venciera el pasmo tambien,
Para que nadie pudiera
Decir que mas que yo era!
Pues á quien le hace por sí
Su fortuna, es á quien vi
Dar mayor estimacion;
Que hijos de sus obras son
Los hombres; mas...

MERCURIO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

PERSEO.

El ¡ay de mí! aquella roca
Antes que yo pronunció.
No sin causa me quitó
El suspiro de la boca;
Pues es mi suerte tan poca,
Que ni aun suspirar merece
Por el alivio que ofrece
El ay á un triste; y así
No digo yo el...

MERCURIO. (*Dentro.*)

¡Ay de mí!

PERSEO.

Oirse mas cerca parece.
Mal haré, si osado no
Descubro cúya es la ira,
Que anticipada suspira
Porque no suspire yo.

Sale Mercurio, en figura de ANDRÓMEDA *y en traje de cazadora*

ANDRÓMEDA (*ó Mercurio*).

Si el cielo, oh jóven, te dió
Valor que desmienta al traje,
Siendo de tu vida ultraje
Verse de sayal vestida,
Procura amparar mi vida
De una fiera, ántes que baje
Dese risco, donde (¡ay cielos!)
Andando á caza la vi.

PERSEO.

Cobra el aliento, y de mí
Fia, oh beldad, tus recelos;
Que no esos azules velos
En vano á mí te han traido.

ANDRÓMEDA.

Que no me siga, te pido,
Miéntras yo escapo.

PERSEO.

Eso no;
Que mal podré vencer yo,
Dejándome tú vencido.
Si miéntras te dejo ir,
Ella desos montes baja
Y en otra parte te ataja,
¿De qué te podré servir?
Y así, pues he de morir
En tu defensa, será
Bien que no te deje ya,
Pues el riesgo de que huir quieres,
Está donde tú estuvieres,
No donde la fiera está.

ANDRÓMEDA.

Eso es querer que yo hoy
Dé en un riesgo por huir
De otro. Ni saber quién soy,
Jóven, ni me has de seguir;
Y así, miéntras yo me voy,
Buscar la fiera procura.

PERSEO.

¿No ves que será locura
De vario amor, por hallar
A una fiera, aventurar
El perder una hermosura?
Contigo he de ir, pues contigo
Va tu peligro.

ANDRÓMEDA.

Eso no.
Quédate.

PERSEO.

Mal podré yo
Acabarlo ya conmigo.

ANDRÓMEDA.

Pues sígueme... (*Vase corriendo.*)

PERSEO.

Ya te sigo. (*Vase tras ella.*)

ANDRÓMEDA. (*Dentro.*)

Si á volar te atreves mas.

PERSEO. (*Dentro.*)

El viento se deja atras.

(*Vuelve Andrómeda.*)

ANDRÓMEDA.

¿Aun seguirme intentas?

(*Vuelve Perseo.*)

PERSEO.

Sí.

ANDRÓMEDA.

¡Ay infelice de tí!
Que no sabes dónde vas. (*Vase.*)

PERSEO.

Como vaya donde fueres,
No temo infelicidad.

ANDRÓMEDA. (*Dentro.*)

Ya que mi velocidad,
Mísero jóven, prefieres,
(*Sale y da vuelta.*)
Búscame, si hallarme quieres,
En esta gruta.

PERSEO.

Aunque veo
Que en la gruta de Morfeo
Se ha entrado, tras ella voy.

ANDRÓMEDA. (*Dentro.*)

Aquí me hallarás, pues soy
La sombra de tu deseo.

Vase, y aparecen sobre nubes luchando PÁLAS Y LA DISCORDIA.

DISCORDIA.

No hallarás, porque primero
Le diré yo cuanto pasa
A Juno.

PÁLAS.

Calla, Discordia.

DISCORDIA.

¿Cuándo la Discordia calla?—
¡Sagrada deidad de Juno!.. (*A voces.*)

PÁLAS.

No prosigas.

DISCORDIA.

Suelta.

PÁLAS.

Aparta.
No has de hablar.

DISCORDIA.

No he de callar.—
Mira que en el cielo Pálas, (*A voces.*)
Y que Mercurio en la tierra...

PÁLAS.

Suspende la voz.

DISCORDIA.

Aparta.—
Por declarar el bastardo
Hijo de Júpiter andan,
En oprobio de tus celos;
Pues si una vez le declaran,
Sabrá el mundo que no estima
Tu mérito el que te agravia.

PÁLAS.

Suspende la aleve lengua,
Mentida deidad, pues basta
Que el acento de tu voz,
Sonando sin consonancia,
Diga quién eres, sin que
Lo diga tambien la saña
De tu siempre escandalosa
Condicion.

DISCORDIA.

En vano tratas
Que calle; y si para esto
De Juno ahora me apartas,
Yo sabré volverme á ella.

PÁLAS.

No harás, porque hasta que haya
Mercurio el fin conseguido
Que pretende, á cuya causa
Con la bellísima imágen
De Andrómeda, llevar traza
A la gruta de Morfeo
A Perseo, mi esperanza
Te tendrá aquí.

DISCORDIA.

Mal podrás.

PÁLAS.

Mira...

DISCORDIA.

Suelta.

PÁLAS.

Escucha...

DISCORDIA.

Aparta,
O desde aquí daré voces.

PÁLAS.

Pues mira que si no callas,
Te haré callar de otra suerte.

DISCORDIA.

¡Qué soberbia con las armas
Que te dió Marte, rendido
A tu hermosura y tu gracia,
Estás! Pero contra mí
Ni escudos ni arneses bastan,
Porque ¿qué puedes tú hacerme?

PÁLAS.

Arrojarte deste alcázar.

DISCORDIA.

¿Tú á mí?

PÁLAS.

Yo á tí.

DISCORDIA.

Pues si Juno
En él me conserva y guarda,
¿De qué suerte podrás tú
Obligarme á que dél salga?

PÁLAS.

Desta suerte. Recibid,
Montes, en vuestras entrañas
Esta mentida deidad
Que arroja del cielo Pálas.

DISCORDIA.

¡Ay infelice de mí!

PÁLAS.

Sigue, Mercurio, la instancia
Sin temor, que la Discordia
Ya de entre nosotros falta.

JORNADA SEGUNDA.

Dentro Mercurio en figura de ANDRÓMEDA, Y PERSEO.

PERSEO.

Seguirte tengo, aunque te entres
Al centro mas pavoroso.

ANDRÓMEDA.

Aquí me hallarás, Perseo,
Rayo y sombra en humo y polvo.

—

Sale Mercurio en figura de ANDRÓMEDA, *y Perseo detras, y se entran, y múdase todo el teatro; y lo que se descubre es la gruta del sueño, y* MORFEO, *viejo venerable, sobre unas yerbas de su significacion, como son, beleños y cipreses; y sale* PERSEO.

PERSEO.

¡Qué lóbrega estancia es esta,
En cuyos cóncavos hondos
Delirios son cuantos veo,
Fantasías cuantas toco?
¡Oh tú, caduca deidad,
Que con nombre de reposo,
Paréntesis de la vida,
Eres la muerte del ocio!
Dime, si una sombra sigo,
¿Cómo (¡ay infelice!) cómo
Entre tantas no la encuentro
En sitio tan pavoroso,
Si aquí tras ella llegando?...
Mas ¡ay! que cuando te invoco,
No ya los conceptos, pero
Aun las palabras no formo.
Recíbeme á tus umbrales;
Que ya á tus fuerzas me postro,
Viva peña entre tus peñas,
Vivo tronco entre tus troncos.

(*Recuéstase en un peñasco, y quédase dormido.*)

MORFEO.

Felice, infelice jóven,
Pues en un instante propio
Eres de unos dioses ceño
Y eres cuidado de otros,
Lo fiero de una deidad
Temple de otra lo piadoso,
Y quédese en mi silencio
Informe el amor y el odio.
Quién eres has de saber,
Y en aquel instante propio
Aun has de ignorar quién eres,
Viendo que no es nada todo.

PERSEO. (*En sueños.*)

¿Como es posible (¡ay de mí!)
Que si yo una vez me informo,
Vuelva á quedar con la duda?

MORFEO.

Ahora te diré cómo.
Representadle, ilusiones,
Su nacimiento, de modo
Que le vea, y que no sea
Creido despues de otros.

Vase, y descúbrese el retrete con DÁNAE, *vestida de dama, y cuatro damas con ella, cantando, y una dueña.*

PERSEO. (*En sueños.*)

¡Mi madre entre tantas reales
Pompas, estrados y adornos!
¿Qué es esto, cielos?

DÁNAE.

Cantad,
Por si algun aliento cobro.

DUEÑA.

Canten haciendo labor,
Que bien puede hacerse todo.

DAMAS. (*Cantan.*)

Ya no les pienso pedir
Mas lágrimas á mis ojos,
Porque dicen que no pueden
Llorar tanto y ver tan poco.

DÁNAE.

Bien á la fortuna mia
Corresponden letra y tono,
Pues lo que lloro y no veo
Son mi consuelo y mi enojo.
Mi consuelo, pues no tienen
Mis penas mas desahogo
Que el de la piedad y el llanto
Que en estas prisiones formo;
Y mi enojo, pues al ver
Que dél el alivio gozo,
Le aborrezco de manera,
Que por no tenerle solo...

ELLA Y DAMAS.

Ya no les pienso pedir
Mas lágrimas á mis ojos.

DÁNAE.

¿Para qué, piadosos cielos,
Si es, cielos, que sois piadosos
En dar á un infeliz vida,
Quitais de la vida el logro?
Si á vivir presa nací,
No nacer fuera mas proprio;
Que no es lisonja de un preso
El dorarle el calabozo.
Si para llorar sin ver
Me habeis dejado los ojos,
Para todo los quitad,
O dádmelos para todo.
Ved que quejosos de mí,
No quieren uno sin otro...

ELLA Y DAMAS.

Porque dicen que no pueden
Llorar tanto y ver tan poco.

DÁNAE.

¿Qué delito cometí
Para que tan riguroso
Mi padre me le castigue?
Si enamorado Lidoro
De un retrato, á verme vino,
¿Qué causa es de que celoso
Tema tanto de su amor,
Y fie de mi honor tan poco,
Que me prenda? Mas ¡ay triste!
Para qué gimo ni lloro?
Cantad, cantad, repitiendo
Una y otra vez á coros...

Dentro MÚSICA, *y empieza á llover oro.*

MÚSICA. (*Dentro.*)

El que adora imposibles
Que llueva oro :
Sin él nada se vence,
Y con él todo.

DÁNAE.

Oid, ¿qué nuevo acento es
El que por los aires oigo?

DAMA 1.ª

No sé, señora; mas sé
Que aun ese no es el asombro.

DÁNAE.

¿Pues qué?

DAMA 1.ª

Que de la dorada
Techumbre el arteson roto
Se viene abajo, lloviendo
Sobre nósotras el oro
Que le esmaltaba.

DAMA 2.ª

Es en vano,
Que el que llueve, á lo que noto,
Es de mas sagrada nube.

DUEÑA.

Sea él fino, ya que es hermoso,
Y venga como viniere.

(*Cogen todas.*)

DAMA 1.ª

Sin duda que algun dios mozo,
Recien heredado, quiere
Aplausos de generoso,
Y echa el oro por ahí
Que le dejó en patrimonio
El viejo dios de su padre.

DAMA 2.ª

Coge, Laura.

DAMA 1.ª

Ya yo cojo.
Desde hoy señora he de ser
De escaparate y biombo.

DAMA 3.ª

Mañana hago treinta estrados,
Que ya cinco ó seis son pocos.

DUEÑA.

Yo el solar de la montaña
Que fué de mi abuelo, compro.

DAMA 1.ª

Por vida de cuantos hay,
Que si mi dote recojo,
Y una vez rica me veo,
Que no ha de gozarme esposo
Letrado : espada y guedeja
Ha de ser mi patrimonio.

PERSEO. (*En sueños.*)

¿Qué dulce sueño me tiene,
Aun mas que dormido, absorto?

DÁNAE.

¿Qué prodigio es este, cielo?

Baja un águila, y en ella JUPITER, *vestido de Cupido.*

JÚPITER.

Ya yo á tus dudas respondo.

MÚSICA. (*Dentro.*)

El que adora imposibles
Que llueva oro :
Sin él nada se vence,
Y con él todo.

JÚPITER.

Hermosísima beldad,
En cuyo divino rostro,
Por uso lo desdichado
Se ha vengado de lo hermoso:
Favonio, el galan de Flora,
Que es el que penetra solo
Tu alcázar (porque no hay
Alcaide para Favonio),
Con sus flores me ha pintado
Tus perfecciones de modo,
Que á tu fama los oidos
Se han rendido sin los ojos.
Y para llegar á verte,
Del aire mismo celoso,
Divirtiéndote las guardas,
Aquesta lluvia dispongo;
Que el que adora, etc.

DÁNAE.

Alada deidad, ¿quién eres,
Que tus señas desconozco?
Que el oro, el ave y las alas
Piensan uno y dicen otro.

(*Baja Júpiter al tablado, y vuela el águila.*)

JÚPITER.

Júpiter soy, aunque ves
Que de las plumas me adorno
De Amor; que para llegar
A tu vista mas dichoso,
Depuesto el ceño sagrado,
Depuesto el semblante heróico
Con que los rayos esgrimo
Y los relámpagos formo,
Liberal y hermoso quise
Que me vieses; y así tomo
De la deidad de Cupido
La ala, y el metal de Apolo;
Si bien solo este bastara;
Que para llegar airoso
A los ojos de una dama,
No hay mas gala que el soborno;
Que el que adora, etc.

DÁNAE.

Si eres Jove, como dices,
Y es fuerza que seas piadoso,
Duélete de mí : no quieras,
Que de tu afecto amoroso
Sea trofeo mi vida.
Decreto hay que al punto propio
Que entre aquí, aunque sea deidad,
Me echen derrotada al golfo
Del mar.

JÚPITER.

Yo sabré ampararte
Cuando álguien te diere enojo.

DÁNAE.

¿No es mejor no darle tú
Que vengar que le dén otros?

JÚPITER.

(*Asela de las manos.*)
¿Cuándo lo fué el rendimiento?

DÁNAE.

Ahora lo es. ¡Cielos, socorro!

JÚPITER

Porque sus voces no escuchen,
Decid conmigo vosotros...

DÁNAE.

Aunque los vientos confundas,
Mi voz saldrá sobre todos.
¡Cielos, piedad! ¡Favor, cielos!
¡Socorro, dioses, socorro!

MÚSICA. (*Dentro.*)

El que adora, etc.

—

(*Cúbrese toda la gruta de Morfeo y el retrete, y vuelve á quedarse la selva como ántes estaba, con las caserías nevadas, quedando admirado Perseo.*)

PERSEO. (*Despertando.*)

Oye, aguarda, escucha, espera;
Que aunque seas poderoso,
Júpiter, vengaré en tí
De mi madre... Mas ¡qué loco
Del sueño despierto! pues
Nada veo, nada oigo
De cuanto veia y oia.
¿No es este aquel sitio proprio
Donde mentida ilusion
Contra el sangriento destrozo
De una fiera me pidió
Favor? Sí pues ¿cómo?...

Sale DANAE, *de villana.*

DÁNAE.

¿Cómo,
Perseo, cuando caminan
Al templo, llevados todos
De dos tan nuevos prodigios,
Tú aquí te has quedado solo?
A cuya causa á buscarte
Como esposa y madre torno.

PERSEO.

¿Quién vió aquellas majestades
Y ve estos sayales toscos?

DÁNAE.

¿Qué te suspende?

PERSEO.

No sé.

DÁNAE.

¿Qué tienes?

PERSEO.

No sé.

DÁNAE.

¿Qué ahogo
Te aflige?

PERSEO.

No sé.

DÁNAE.

¿Qué pena
Lloras?

PERSEO.

No lo sé tampoco.

DÁNAE.

¿Nada sabes?

PERSEO.

No sé nada,
Y pienso que lo sé todo.

DÁNAE.

¿Cómo?

PERSEO.

No sé.

DÁNAE.

¿Al no sé vuelves?

PERSEO.

Conmigo hiciste lo proprio.
Y déjame, no me apures,
Obligándome á que absorto
Te pregunte, ¿qué se hicieron
Tus galas y tus adornos,
Tus faustos, tus majestades,
Presa entre los reales solios
De un alcázar? Mas ¿qué digo?
Mienten las voces que formo,
Mienten los sueños que creo
Y las fantasmas que ignoro.

DÁNAE.

Perseo, de cuanto has dicho,
Nada entiendo.

PERSEO.

Yo tampoco.

DÁNAE.

Dale al aire lo que es suyo.

PERSEO.

Sí haré, pues basta estar loco
Sin que sepan que lo estoy.

DÁNAE.

¡Qué sentimiento!

PERSEO

¡Qué ahogo!

DÁNAE.

¡Qué confusion!

PERSEO.

¡Qué delirio!

LOS DOS.

¡Qué pasmo!

FINEO Y UNOS. (*Dentro.*)

¡Qué horror!

LIDORO Y OTROS. (*Dentro.*)

¡Qué asombro!

PERSEO.

Segunda vez de la boca
Me ha quitado licencioso
El aire el suspiro.

DÁNAE.

¿Quién
De la lengua y de los ojos,
Embargándome el gemido,
Me ha embarazado el sollozo?

PERSEO.

Cuantos al templo subieron,
Parece que temerosos
Vienen al valle.

DÁNAE.

¿Quién duda
Que Júpiter riguroso
Les ha respondido?

PERSEO.

Yo
No lo dudaré, si noto
Que dios que sueño en delitos,
No es mucho hallarle en enojos.
Y si es consuelo del triste
La sociedad del ahogo,
Callemos en nuestras penas
Y oigamos las de los otros.

Sale BATO.

BATO.

Yo no entiendo aquestos dioses
Que andan siempre con mosotros
En oráculos, habrando
Allá por sus cercunloquios,
Que nadie hay que los entienda.

PERSEO.

Bato...

BATO.

¡Válgame el dios Momo,
Que es dios de los que habran mas
Que deben!

PERSEO.

No temeroso
Huyas de mí, que ya quiero
Ser tu amigo.

BATO.

¿De qué modo?
Porque hay modos en amigos,
Y hay modillos y hay modorros.

PERSEO.

Agradeciéndote el que
Me desengañes tú solo.

BATO. (*Ap.*)

¡Oigan! Ya la purga va
Obrando. Tambien y todo
Era golloría el querer
Que obrase al instante proprio.

DÁNAE.

Dime á mí, ¿qué hubo en el templo,
Que vuelven tan tristes todos?

BATO.

Que hicieron sus sacrificios
Los dos; y al uno y al otro
Júpiter respondió...

PERSEO Y DÁNAE.

¿Qué?

BATO.

Dos casos bien espantosos.

PERSEO Y DÁNAE.

¿Qué son?

BATO.

De uno no me acuerdo
Bien; mas del otro tampoco.
Y pues ya aquí los he dicho,
Voy á decirlos á otros;
Que no hay cosa como andar
Con sus nuevas de retorno
Uno engañando á otros tantos,
A otros tintos y á otros toutos.

Salen FINEO Y LIDORO, POLIDITES, CARDENIO, LIBIO Y VILLANOS.

PERSEO Y DÁNAE.

¿Qué les habrá sucedido?

FINEO.

¡Triste pena!

LIDORO.

¡Fiero asombro!

FINEO.

No hay consuelo para mí.

LIDORO.

Ni para mí le ha de haber.

POLÍDITES.

Aunque con vosotros fuí
Al templo para saber
Vuestras respuestas, y oí
La voz de Júpiter, no
Entendí de su sentido
El sentido que causó
Vuestro temor, y así os pido
Me la repitais.

FINEO.

Mal yo
Podré con discursos sabios
Articular mis agravios
Ni sus venganzas, porqué
Al pronunciarlas, no sé
Si aliento tendrán los labios.
«Ofrecida al monstruo muera
Andrómeda,» su confusa
Voz dijo horrible y severa,
«Pues con solo eso se excusa
De Trinacria la ira fiera:»
Con que dos desdichas lloro.
Si al oráculo no creo,
El sacrilegio no ignoro;
Y si le creo, trofeo
De un monstruo hago á la que adoro.
De suerte que á un tiempo me hallo
Entre creello y dudallo,
Fiel de uno y otro castigo,
Pues muero yo si lo digo,
Y ella y todo si lo callo.

LIDORO.

En mí de no ménos fiera
Respuesta su deidad usa,
Pues dijo desta manera:
«De la sangre de Medusa
Uno y otro alivio espera:»
De modo que da á entender
Que hasta que haya quien dé muerte
A Medusa, no ha de haber
Quien nos pueda defender
De persecucion tan fuerte.

POLÍDITES.

De las dos respuestas creo,
Habiendo oido cada una
De por sí, que se hace una.

PERSEO Y DÁNAE.

¿Cómo?

POLÍDITES.

Repita el empleo
Cada cual de su fortuna.

FINEO.

«Ofrecida al monstruo muera
Andrómeda; que esto excusa
De Trinacria la ira fiera.»

LIDORO.

«De la sangre de Medusa
Uno y otro alivio espera.»

POLÍDITES.

Luego bien se da á entender
Que uno de otro haya de ser
El remedio; y siendo así
Que ya no teneis aquí
Que esperar, pues el poder
De Júpiter indignado
Hoy con los dos ha mostrado
En uno y otro sentido
Que está en Vénus ofendido
Y está en Minerva agraviado,
Sin otra particular
Causa de oculto destino
Que á mí me obliga á guardar
El puerto; ese es tu camino,
Y el tuyo tambien el mar.
Id en paz.

FINEO.

Dudando iré.

(*Ap.* ¡Ay, Andrómeda! ¿qué haré
Entre callar ó morir?) (*Vase.*)

LIDORO.

Tus piés beso. (*Ap.* Fuerza es ir;
Mas yo, Dánae, volveré.) (*Vase.*)

POLÍDITES.

Cardenio, yo tambien quiero
Dejar la aldea.

CARDENIO.

Señor,
No es este el favor primero
Que viene, como favor,
Tardo, y se vuelve lijero.

POLÍDITES.

El cielo os guarde, Diana.

DÁNAE.

El aumente vuestra vida.

POLÍDITES.

(*Ap.* ¡Qué beldad tan soberana!)
Aunque ves que mi partida
Finjo, Libio, solo es gana (*Ap. á él.*)
De quedarme retirado
De ese monte en lo intrincado,
Por si alguna ocasion veo
En que hablar pueda el deseo
A esa Esfinge, que ha robado
Con su hermosura, su brio
Y su ingenio mi albedrío;
Pues pensé que le tenia,
Y era porque no sabía
Que era suyo y no era mio.

(*Vanse Polídites, Libio y villanos.*)

DÁNAE.

Padre, de un grande pesar
Cuenta te quisiera dar.

CARDENIO.

Pues de aquí nos retiremos.

DÁNAE.

Ven conmigo, que tenemos
Muchas cosas que tratar.

PERSEO. (*Ap.*)

Pues de mí se han recatado,
Quiero dejarlos. ¡Oh hado!
Dime, sin tanto desden,
Si fué soñado mi bien.
Pero ¿qué bien no es soñado? (*Vase.*)

DÁNAE.

Sabrás, padre, que ya están
Nuestros sucesos...

VOCES. (*Dentro.*)

Aparta.—
Ténganse.

DÁNAE.

¡Ay de mí!

CARDENIO.

Hácia allí
Oí ruido de cuchilladas.
Voy á saber si es Perseo. (*Vase.*)

DÁNAE.

Tras tí iré.

Sale LIDORO.

LIDORO.

Detente, aguarda:
Que yo he fingido este ruido
Porque su industria me valga
Para hablarte.

Sale POLIDITES, *al paño, y* LIBIO.

POLÍDITES. (*Ap. á Libio.*)

Sola el viejo
La dejó: bien es que salga.
Mas otro (¡ay de mí!) por mano
Me ganó.

LIBIO.

Pues oye y calla.

DÁNAE.

Lidoro, ¿pues no bastó
La seña de que callaras,
Para que la obedecieras?

LIDORO.

Con gente sí; pero...

DÁNAE.

Aparta.

LIDORO.

Estando sola, ¿cómo es
Posible que mi esperanza,
Que llora tu muerte, pueda?...

DÁNAE.

No prosigas, basta, basta;
Que importa mucho que nadie
Sepa quién soy.

POLÍDITES.

Oye y calla.

LIDORO.

Si por un retrato tuyo,
Bella Dánae soberana...

POLÍDITES. (*Ap.*)

¿Dánae dijo? ¿Si es aquella
Que es asunto de la fama?

LIDORO.

Vine á verte; si celoso
Acrisio tu padre, á causa
De nuestras enemistades,
Te encerró en aquel alcázar,
Que apénas rompió Favonio,
Veloz amante del Aura,
Si dél no sé por que...

DÁNAE.

¡Ay triste!

LIDORO.

Transcendiendo su venganza
De cruel á escandalosa,
De terrible á temeraria,
En un derrotado leño
Supe que te echó á las aguas,
Y sobre tantas fortunas
Te hallo en traje de villana:
¿Cómo es posible que deje,
A costa de vida y alma,
De socorrer tus desdichas,
De socorrer tus desgracias,
Y saber, Dánae, en qué puedo
Ampararte?

CARDENIO. (*Volviendo.*)

No fué nada
El ruido: ven, Diana bella.

POLÍDITES. (*Saliendo.*)

Detente, Dánae, no vayas...

CARDENIO.

¡Qué escucho!

DÁNAE.

¡Qué oigo!

LIDORO.

¡Qué veo!

POLÍDITES.

Sin que primero mi saña
Castigue dos osadías,
Contra mi decoro ambas;
Bien que la tuya, extranjero,
Mandándote que te vayas,
Y habiendo vuelto, parece
Que hay sagrado que la valga:
Y así, á precio de que sepa
De tí quién es esta rara
Perfeccion, quiero á la queja
Hacer de tu vida gracia.
Vete pues, y advierte que
Si aquí otra vez...

LIDORO.

Señor...

POLÍDITES.

Nada
Me digas.

LIDORO.

¡Ay infelice!
Yo me iré, pues mi contraria
Suerte, para volver solo
A perderla, volvió á hallarla.
¡Ah; fortunas de extranjeros,
Por cuántos desaires pasan! (*Vase.*)

POLÍDITES.

¿Cómo, bárbaro villano,
Cuando tengo puestas guardas
A estos montes y á estos mares
Porque nadie entre ni salga
Sin que yo lo sepa, vos
Ocultais en vuestra casa
Quizá la beldad que espero,
De quien mis reinos aguardan
Los trofeos, las victorias
Y los aplausos que sabia
Anticipa en las estrellas
La luz de la judiciaria?
¡Vive el cielo, que á mis manos
Has de morir!

DÁNAE.

Señor...

POLÍDITES.

Nada
Ha de valerle tu ruego,
Porque eres tú á quien agravia.

CARDENIO.

Señor, yo...

Sale PERSEO.

PERSEO.

¡Qué es lo que miro!

POLÍDITES.

Muere, traidor.

PERSEO.

Ten la daga,
Señor, y emplea...

DÁNAE.

¡Ay de mí!

PERSEO.

Su cuchilla en mi garganta;
Que mejor cortará en estos
Brios que en aquellas canas.

POLÍDITES.

Levanta, Perseo, del suelo;
Que tú y Dánae...

PERSEO. (*Ap.*)

¡Pena rara!
Dánae dijo.

POLÍDITES.

Desde hoy
Habeis de deberme tantas
Finezas, que la primera
Su vida es.

LOS DOS.

Beso tus plantas

POLÍDITES.

Y porque no aquí se quede
El principio á mi esperanza...
Libio.

LIBIO.

Señor.

POLÍDITES.

A la corte
Es bien que al instante partas,
Y que prevenido vuelvas
De carrozas, joyas, galas,
Y todos los aparatos
Que convienen á una infanta
De Epiro; y á tí, porqué
Iguales extremos hagas
Con los dos, mi amor te ofrece
Darte ejércitos y armadas
Con que vengues tus agravios
Y restituyas tu patria.
Porque has de saber, Perseo,
Que eres de sangre tan alta,
Que en aquesta obligacion
Me pone el cielo, en venganza
De la tiranía de Acrisio
Tu abuelo, que en una barca
Al arbitrio de la espuma,
Pobre, sola y derrotada,
A Dánae contigo en brazos,
Al mar, sin vela ni jarcia,
Entregó á las fieras ondas.
—Pareceme que te extrañas
De que lo sepa; pues no
Lo extrañes, porque criadas,
Si con oro callan, Dánae,
Dos dias, cuatro no callan.
Y así, pues con tus sucesos
Hoy mis sucesos se enlazan,
Dándose la mano á un tiempo
Tu noticia y mi esperanza;
Ven conmigo, en tanto que
Libio de la corte traiga
Lo que he mandado. Y vosotros,
Pastores destas montañas,
Venid á pedirme albricias.

TODOS.

¡Vivan Perseo y Diana!

POLÍDITES.

No digais Diana, Dánae
Es el nombre que la ensalza.

PERSEO. (*Ap.*)

¿Si es que sueño todavía?
Pero sueñe ó no, me basta
Ser hijo de mis delirios
Para emprender cosas altas.

GILOTE.

¡Viva Dánae! Y tú perdona
A quien se pone á tus plantas.

PERSEO.

Alzad, amigos; que todos
Habeis de ser en tan raras
Fortunas interesados.

DÁNAE.

De confusa y de turbada,
Nada á responder acierto.

CARDENIO.

Ni yo acierto á decir nada.

DÁNAE.

Padre, adios.

CARDENIO.

En dos pedazos
El corazon se me arranca.

POLÍDITES.

Venid... y si fué hasta aquí
Vuestra fortuna contraria,
Ya favorable será.

Vanse, y sale LA DISCORDIA.

DISCORDIA.

No será, porque mi rabia
Impedir sabrá sus dichas.

Sale MERCURIO.

MERCURIO.

Sí será, porque mi instancia
Todas, sabrá hacer que llegue
A cumplirlas y lograrlas.

DISCORDIA.

¿Qué es esto, traidor Mercurio?
¿No basta (¡ay de mí!), no basta
Que con tan pública nota
Me echase del cielo Pálas,
Sino que en la tierra tú
Tambien me persigas?

MERCURIO.

Calla,
Y persuádete á que yo
Asistirle tengo en cuantas
Acciones intente.

DISCORDIA.

Pues
Al arma, Mercurio.

MERCURIO.

Al arma,
Discordia

LOS DOS.

Y viva quien venza.

Vase la Discordia, y sale BATO.

BATO.

¡Bravas novedades andan
En estos montes! Par diez
Que dicen que la arrogancia
De Perseo va saliendo
Verdad. Este de las alas
Me lo dirá.— Caballero,
¿Es verdad un run run que anda
De que es príncipe Perseo,
Y que su madre Diana
Es una reina?

MERCURIO (*Canta.*)

Verdad
Es.

BATO.

¡Ay Dios, y qué bien canta!
No vi tan buen pajarote
Jamas en tronco ni rama.
Vuelva á decirme otra vez
Si es verdad.

MERCURIO. (*Canta.*)

Verdad es clara.

BATO.

¡Ay Dios, y qué gorgorita
Que tiene aquí en la garganta!
¿Es algun ruin—señor?

MERCURIO. (*Canta.*)

Sí.

BATO.

Lo creo en Dios y en mi alma;
Que aunque lo señor no veo,
Lo ruin sí.

MERCURIO.

¿Dónde?

BATO.

En la barba.

MERCURIO.

Ya que te agradas de mí,
Págame lo que te agradas
En una cosa.

BATO.

Sí haré.

MERCURIO.

Tras esa mujer te anda
Por donde quiera que fuere,
Y sábeme cuanto trata;
Que cuando tú me lo digas,
Yo te aseguro la paga.

BATO.

Yo lo haré, y iré tras ella
Por donde quiera que vaya:
A cuyo efecto me quedo
Escondido entre estas matas,
Desde donde alcanzo á verla.

MERCURIO. (*Ap.*)

Con aquesta vigilancia,
Sin que se guarde de mí,
Vendré á saber cuanto trata,
Para que auden mis favores
Delante de sus venganzas.

Vase, y vuelve á salir LA DISCORDIA *por otra parte, recatándose.*

DISCORDIA.

Hermosa deidad de Juno divina,
Dime, pues sola te invoca mi voz,
¿Cómo consientes los ojos de Argos,
Que aduerma Mercurio tambien al pavon?
Mira que van en tu ofensa, y mi ofensa
Pálas altiva, y Mercurio traidor,
Mejorando aquestas fortunas,
Y que yo no puedo lidiar con los dos.
Escucha mi acento.

Sale JUNO *en una tramoya, pasando.*

JUNO. (*Canta.*)

Ya escucho tu acento,
Discordia, y verás que te amparo y te doy
Tales armas, que puedas con ellas
Lidiar esa diosa y vencer ese dios.

BATO.

Otro pájaro canta en el aire,
Y no ménos bien que este. ¡Vive Dios,
Que pienso que andan los dioses en celo!

DISCORDIA.

Pues ¿qué arma ha de ser, que esperándola estoy?

JUNO.

Recibe esa vara, y sacude con ella
Las duras entrañas de aquese terror,
Que espira entre nieve el fuego que guarde
Por muerta pavesa de su corazon.
A su golpe el báratro todo
Verás que obedece, rasgando veloz
Sus entrañas, en cuyo Cocito
La Hidra y Cerbero primer guarda son.
A su contacto adormece con ella
El uno y el otro tartárico horror,
Y pasa á las Furias, y di que dispongan
De Dánae y Perseo la persecucion
Con cuya asistencia no dudo, Discordia,
Que pueda tu aliento sangriento y atroz
No solo embotar á Mercurio y á Pálas,
En esta lo fiero, en aquel lo veloz,
Pero de Jove, mi adúltero esposo,
La publicidad de dorada traicion.
Y si á las luces del sol la sacare,
Empañe tambien las luces del sol.

(*Cruza el teatro y desaparece.*)

DISCORDIA.

Pues ya que me dejas la vara en la mano.

Verás que al Vesubio de Acaya feroz
Hoy rasgando las duras entrañas,
Penetro lo horrible y descubro lo atroz.

BATO. (*Ap.*)

Bien raras cositas me han sucedido;
Pero con todo tras ella me voy.

DISCORDIA.

¡Oh tú, duro centro!

BATO. (*Ap.*)

Allí se ha parado.
Bien para acechar á esta parte estoy.

DISCORDIA.

Al precepto de Juno, tus senos
Franquea al acento infeliz de mi voz,
Y en disonante música, opuesta
A la de los dioses, oid mi invocacion.

Cantan dentro las tres FURIAS.

FURIAS.

¿Qué quieres, Discordia? que ya á tu obe- [*diencia*
Nos mandan abrir Proserpina y Pluton.

BATO. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¿qué demonios es esto?

DISCORDIA.

¿Quién habla á esta parte?

BATO.

Un maldito miron
Que se ha metido en garitos del diablo,
Sin qué ni por qué, á mirar tal vision.

DISCORDIA.

Ya que seguirme quisiste,
Y aun á mí este horror me espanta,
Vé tú delante; que un miedo
De otro miedo se acompaña.

BATO.

¿Yo delante? Aqueso no,
Que á mí el ir detras me mandan.

DISCORDIA.

Pasa adelante.
(*Aparece la Hidra de siete cabezas.*)

BATO.

¡Ay de mí!
¡Qué mal manojo de caras!

DISCORDIA.

No temas.

BATO.

No es fácil eso.

DISCORDIA.

Pues á buen lado te apartas.
(*Aparece el Perro de tres cabezas.*)

BATO.

Tres bocas tiene, sin ser
Pistola, boleta ó llaga,
Este á un tiempo perro gozque,
Y perro braco y de falda.

DISCORDIA.

Toma esta vara, y con ella
Sacude aquellas gargantas
Y esas fauces.

BATO.

¿Qué son fauces?

DISCORDIA.

Llega.

BATO.

Llegue ella y su alma.

DISCORDIA.

En virtud de Juno, duerme,
Hidra, y tú, Cerbero, calla,
Y vosotras responded,
Oh Furias, que encarceladas
Yaceis.

FURIA 1.ª (*Dentro.*)

¿Qué nos solicitas?

FURIA 2.ª (*Dentro.*)

¿Qué nos quieres?

FURIA 3.ª (*Dentro.*)

¿Qué nos mandas?

DISCORDIA.

Que de Perseo las fortunas
Me ayudeis á que deshaga.

FURIA 1.ª (*Dentro.*)

Yo ofrezco alterar las ondas
De suerte, que sus armadas
Al primer paso que dén,
Corran en el mar borrasca.

FURIA 2.ª (*Dentro.*)

Yo, donde fuere perdido,
Furias le sembraré tantas,
Que la menor será amor
Con celos sin esperanza.

FURIA 3.ª (*Dentro.*)

Yo, ese amor y esa tormenta
Creceré á penas tan raras,
Que le pondré en los mayores
Riesgos, tormentos y ansias.

DISCORDIA.

Pues con esa condicion,
Yo aceto las tres palabras;
Y en fe de que asistiréis
Las tres siempre á mi venganza,
Cerrad el seno horroroso.

BATO.

Eso no, hasta que yo salga.
Seor can Cerbero, seora Hidra,
Adios: veámonos mañana. (*Vase.*)

LAS TRES. (*Dentro.*)

Vé segura, que á las tres
Tendrá siempre tu esperanza
Prontas para tu obediencia.

DISCORDIA.

Pues, Furias, al arma...

LAS TRES. (*Dentro.*)

Al arma.

DISCORDIA.

Que tengo de ver, si el infierno os desata,
Qué vale Mercurio y qué puede Pálas.
(*Vanse, y cúbrese todo.*)

—

Marina y campo en Trinacria.

Salen FINEO *y* CELIO

FINEO.

A tierra, á tierra, y haciendo
Alto todos, nadie llegue
Primero que yo á las plantas
De Andrómeda, que en la breve
Esfera de aquella quinta,
Hizo su fábrica verde
O bien de su oriente ocaso,
O mal de su ocaso oriente.

CELIO.

Dicha ha sido que tan presto
Saliera á tierra la gente,
Antes de verse asaltada
De dos contrarios crueles.

FINEO.

¿Cómo?

CELIO.

Como apénas vió
La urca el airado huésped
De sus ondas, cuando horrible
Las turbadas alas mueve,
Haciéndola que zozobre
Al espolon de su frente,
Al tiempo que amotinado
De espuma el imperio leve,
Montes de piélagos hace,
Que al sol la cerviz encrespen.
La armada anegó, que vimos
Que hecha ciudad de bajeles
A Epiro iba.

FINEO.

Al cielo gracias,
Que arribé yo; aunque no tiene
Mucho de piedad el que,
Para ser vencido, vence.
¿Avisaste, Celio (¡ay triste!)
A cuantos conmigo vienen
Que nadie á decir se atreva
El oráculo inclemente
De Andrómeda?

CELIO.

Sí, señor,
Bien que ocioso me parece.

FINEO.

¿Por qué?

CELIO.

Porque no hay secreto
Que entre muchos se conserve;
Y mas, cuando de un peligro
Están los demas pendientes.

FINEO.

Cumpla mi amor con mi amor;
Que ménos inconveniente
Es quitar á todos vida,
Que dar á Andrómeda muerte.

Salen EL REY DE TRINACRIA, ANDROMEDA *y* LAURA, *con acompañamiento de damas.*

REY.

Por las señas del bajel,
Conocí que el tuyo fuese,
Porque al instante previne
Que otro ninguno pudiese
Sulcar estos mares; pues
Nadie sin los intereses
Particulares, tocara
Las amenazas crueles
De ese bandido pirata,
Que nunca en mi daño duerme.

FINEO.

Mayores riesgos, señor,
Es justo que yo desprecie
En tu servicio, y mayores
Peligros é inconvenientes
En el de Andrómeda, á quien
Suplico, despues que bese
Tus piés, que me dé licencia
Para que rendido intente
Poner los labios adonde
Ella las plantas; pues tienen
Tan buenas señas los labios,
Que no es posible que yerren
El sitio, pues al hermoso
Contacto de fuego y nieve,
Cuanto va ajando en jazmines,
Viene brotando en claveles.

ANDRÓMEDA.

Guárdete el cielo. (*Ap.* ¡Ay fortuna!
¿Dónde dicen que estar suelen
Sirtes y Escilas, si al fin,
Sin que unas y otras encuentre,
Un aborrecido parte,
Y un aborrecido vuelve?)

REY.

¿Qué hay, Fineo, del intento
Que te ausentó? — ¿Ahora enmudeces?
¿Mirando al cielo suspiras?

Y si los ojos no mienten,
Las lágrimas que recatas,
Bien como hurtadas, las viertes.
¿Qué es esto?

FINEO.

No sé, señor.
Mas sí sé. (*Ap.* Amor, no me afrentes.)
Júpiter, en Vénus bella,
Por los informes aleves
De las ninfas de Nereo,
Ofendido está de suerte,
Que con víctimas humanas
Desea satisfacerse.
Vírgenes vidas, aun no
De amor las doradas sienes
Domadas al yugo que
Fácil pesa y carga débil,
Han de ser su sacrificio,
Si ya de su sed ardiente
La hidropesía no apaga
Sangre de Medusa aleve.
Medusa, monstruo africano,
Cuyo cabello, de sierpes
Coronado, es duro asombro
De cuantos desde su albergue,
Basilisco de las vidas,
En duros troncos convierte.
Su sangre, de nuestro monstruo
Es el tósigo que puede
Con su veneno postrarle,
Con su tósigo vencerle:
De suerte que hasta que haya
Quien uno matar intente,
No es posible morir otro;
Y aun no es el mayor mal este,
Sino alguno que quizá
Es fuerza que yo reserve,
Porque es tan escandaloso,
Tan riguroso, tan fuerte,
Que aun callado mata: mira
Lo que hará dicho.

REY.

Suspende
La voz, Fineo; y pues no
Hay medio que nos consuele,
Muramos todos á manos
Desta venenosa peste,
Hasta que Vénus aplaque
Tantas cóleras, y cesen
Las repetidas querellas
De las Nereidas crueles. (*Vase.*)

ANDRÓMEDA. (*Á Fineo.*)

Ya extrañaba yo que habia
Consuelo que tú trajeses.

FINEO.

Pues aun, si bien lo supieras,
Lo extrañaras de otra suerte.

ANDRÓMEDA.

¿Cómo?

FINEO.

Como solo hay uno
Para todos, y no debes
Saber tú dél.

ANDRÓMEDA.

No me espanto;
Que si tú le traes, no puede
Ser consuelo para mí.

FINEO.

Por mas, señora, que esfuerces
De tus aborrecimientos
Los no olvidados desdenes,
Por lo ménos esta vez
No me quitarás que llegue
A saber yo para mí
Que es mucho lo que me debes.

ANDRÓMEDA.

¿Yo?

FINEO.

Sí.

ANDRÓMEDA.

¿Qué te debo?

FINEO.

Nada.

ANDRÓMEDA.

Nada y mucho, ¿cómo puede
Ser?

FINEO.

Como es mucho, señora,
Para que yo...

ANDRÓMEDA.

Di.

FINEO.

Lo aprecie,
Y nada, para que tú
Lo agradezcas; que quien quiere
Tan rendido como yo,
Tan constante y tan prudente,
Nunca es mucho lo que calla,
Siempre es poco lo que siente.

ANDRÓMEDA.

Huélgome de no saber
La causa, porque no quede
En obligacion.

FINEO.

Y yo
Me huelgo de que te huelgues;
Que no es poca granjería
De un triste hacer un alegre.

ANDRÓMEDA.

No lo estoy yo; que ántes sufro
Destemplados accidentes
De muchas melancolías;
Que la tregua que hoy conceden,
Solo es ignorar que haya
Que tenga que agradecerte.

FINEO.

Pues ignorarlo no importa;
Que el que una fineza ofrece,
Por ganar las gracias, no
La sirve, sino la vende.

ANDRÓMEDA.

Eso es decir que la hay,
Y basta para que deje
De ser fineza.

FINEO.

No basta;
Que hay unas de tal especie,
Que aunque se dicen, se callan.

ANDRÓMEDA.

¿Cómo?

FINEO.

Como no se pueden
Adivinar, y se quedan
Dichas y calladas siempre.

ANDRÓMEDA.

Tan poca curiosidad
La mia es, que no me mueve
A saberla.

FINEO.

Eso me basta
Para que yo serlo piense.

ANDRÓMEDA.

Y esotro, para que cansen
Groserías tan corteses.—
¡Hola!

LAURA.

Señora.

ANDRÓMEDA.

Un venablo
Me da, Laura.

LAURA.

Aquí le tienes.

ANDRÓMEDA.

Ninguna al monte me siga.
Quieran los cielos que encuentre
Con alguna fiera, en quien
Tan necios desaires vengue. (*Vase.*)

FINEO.

¿Cuándo, Laura, han de tener
Término las altiveces
Con que siempre me ha tratado?

LAURA.

Tarde ó nunca, me parece;
Porque tarde ó nunca hay quien
Lo que es natural enmiende.

FINEO.

¿Luego tarde ó nunca (¡ay triste!)
Será posible que lleguen
A enmendarse mis desdichas?
Y así, habré de vivir siempre
Diciendo...

DISCORDIA. (*Dentro.*)

¡Ay de mí infelice!

FINEO.

¿Qué nuevo lamento es este?

LAURA.

Están tan acostumbrados
A repetidos desdenes
Estos montes y estos mares,
Que no hay quien saber intente
Quién se queja. Bien que allí
Derrotado me parece
Que ha dado en tierra un pequeño
Esquife.

PERSEO. (*Dentro.*)

¡Cielos, valedme!

FINEO.

Ménos la segunda voz
Que la primera, me mueve,
Porque de mujer aquella
Me pareció; y pues no puede
A lástima de mujer
Noble oreja ensordecerse,
Seguir tengo el boreal norte
De su suspiro. (*Vase con Celio*)

LAURA.

Crueles
Hados, ¿cuándo han de acabarse
Tantas ansias?

Vanse las damas, y sale
LA DISCORDIA.

DISCORDIA.

Cuando llegue
La venenosa sed mia
En sangre á satisfacerse
De Perseo, por quien hoy
Mercurio y Pálas me ofenden.
Y pues que las desatadas
Furias su armada acometen,
De suerte que no hay bajel
Que por rumbos diferentes
No haya arribado, dejando
En su amparo solamente
Un esquife, que á esta playa
Le ha sacado, en ella intenten
Perseguirle mis rencores:
A cuya causa pretenden
Darle en Fineo un contrario,
Tan poderoso, tan fuerte,
Que con sus celos le mate,
O por lo ménos le empeñe
A que muera despechado.
A cuyo fin, será este
Bosque de amor y de celos,
Teatro en que represente
Sus tragedias su fortuna.

Y para que el acto empiece,
¡Ay infelice de mí!
Repetiré tantas veces,
Cuantas muevan á Fineo
Que tras mis ecos se acerque,
Donde vea sus desdichas.
Atencion, orbes celestes,
Al mayor de mis engaños. (*Vase.*)

PERSEO. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

BATO. (*Dentro.*)

Valedme
A mí tambien, si es que hay
Piedad para los sirvientes.

Salen PERSEO Y BATO.

PERSEO.

¡Qué intrincada selva es esta,
Donde las iras crueles
Del mar, nos han derrotado?

BATO.

¡Muy lindo descuido es este!
¿Pues á quién se lo preguntas?
¿Sé yo mas de que imprudente,
Despues que de aquel infierno
Que te he contado otras veces,
Salí, te hallé de una armada
General, y por hacerte
Lisonja, quise seguirte,
Pasándome neciamente
A ser escudero andante?
¿Sé mas de que tus bajeles,
Embestidos de las Furias
Que desatadas te ofenden,
Apartados unos de otros,
Todos de vista se pierden?
¿Sé mas que por tomar tierra,
En un esquife te metes
Conmigo? Pues ¿qué me haces
Preguntas impertinentes?

PERSEO.

Mira si acaso descubres
Poblacion, cabaña ó gente
Por aqueste despoblado.

BATO.

¡Muy linda flema te tienes,
Cuando ves que en todo el monte
Solo hay riscos con que encuentre!

PERSEO.

¿Para qué, deidad injusta,
Que á cargo mi vida tienes,
Verdad los sueños hiciste
De aquella sombra aparente?
¿Para qué le revelaste,
Por extraños accidentes
A Polidites, quién era
Dánae? ¿Para qué inclemente
Le pusiste en que la armada
A la conquista me diese
De mi patria, si al primero
Paso á mi dicha previenes
Que para dar con los males
Solo acechase los bienes?
Dejárasme en mi desdicha,
Sin que de un punto á otro hicieses
La cuna de mis pesares
Sepulcro de mis placeres.
Mas ¿qué temo de los hados,
Ni contrastes ni vaivenes;
Que nunca crece á ser grande
El que sin desdichas crece?
Sígueme por esta parte.

Sale ANDROMEDA.

ANDRÓMEDA.

(*Ap.* Allí las hojas se mueven:
Sin duda allí alguna fiera
Emboscada yace.) Muere
A la acerada cuchilla
De mi venablo.

PERSEO.

Detente,
Divino asombro, porqué
Si es que mi vida te ofende,
A ménos costa del golpe
Tienes lograda mi muerte.

ANDRÓMEDA.

Galan jóven, ya no en vano
Vista y accion se suspenden.

DISCORDIA. (*Dentro.*)

¡Ay infelice de mí!
¿No hay quien á ampararme llegue?

Sale FINEO.

FINEO.

Si llamas huyendo, ¿cómo
Habrá quien contigo encuentre?
—Mas ¡ay infeliz! ¿qué miro?
¿Cúyo, errado acento, eres,
Que me llamas con piedades,
Y con rigores me ofendes?

PERSEO.

¿Para qué segunda vez,
Hermosa deidad, pretendes,
Que con tus sombras me alumbre,
Y con tus luces me ciegue?
Para rendirme á tus plantas,
No es menester que ensangrientes
El asta; que ya tú sabes
Cuán sin peligro me vences.

FINEO. (*Ap.*)

¡Gallardo jóven (¡ay triste!)
A Andrómeda humildemente
Postrado adora! Estas ramas
Me oculten, hasta que llegue
A ver si mienten mis celos.
Mas ¿cuándo los celos mienten?
(*Escóndese.*)

ANDRÓMEDA.

Extranjero peregrino,
Enmudecida dos veces
Me tienes á tus acciones,
Y á tus razones me tienes,
¿Cuándo me viste otra vez?

PERSEO.

Si importa que yo me deje
Engañar, porque quizá
Alguien en tu alcance viene,
Yo lo haré; pero no quieras
Que conmigo no me acuerde
De otra vez que vi tus soles
Para mí ménos crueles.

ANDRÓMEDA.

¿Tú me has visto otra vez?

PERSEO.

Sí,
Por señas de que tú eres
A quien debo honor y vida.

ANDRÓMEDA.

Hombre, tú á mí ¿qué me debes?

FINEO. (*Ap.*)

Sin duda que ella me ha visto
Y disimular pretende.

PERSEO.

Débote el primer aliento,
Para que imagine y piense
Que soy mas de lo que soy,
Al ver que me favoreces,
Llevándome donde vea
De aquel mi primer oriente
El extraño origen.

ANDRÓMEDA.

¿Yo?
¿Dónde, cómo ó de qué suerte?

BATO. (*Ap.*)

¿Mas que la hace creer
El que la ha visto otras veces?

PERSEO.

Tú lo sabes.

ANDRÓMEDA.

No sé nada,
Y déjame: no me fuerces
A decirte que te engañas,
Y que ¿para qué pretendes
Valerte de otras traiciones,
Si puedes, jóven, valerte
De tu gala y de tu brio?
—Pero ¿quién mi aliento mueve?
¿De cuándo acá (¡ay infelice!)
Se dieron mis altiveces
Al partido del agrado?
Miente el labio, la voz miente,
Huya el peligro.

PERSEO.

Eso no.

ANDRÓMEDA.

Suelta.

PERSEO.

Aguarda.

ANDRÓMEDA.

Aparta.

PERSEO.

Tente,
Que no ya como otra vez,
Has de ser sombra aparente,
Que desvanecida huyas.

ANDRÓMEDA.

¿Pues quién podrá detenerme?
(*Sale Fineo.*)

FINEO.

Yo podré, para que veas,
Dando á ese jóven la muerte
A tus ojos...

ANDRÓMEDA.

¡Ay de mí!

PERSEO. (*Ap.*)

¿Uno de los dos no es este
Que ví en el templo de Acaya?

FINEO.

Que el duelo de las mujeres
Está en que ellas nos agravien,
Y en que en nosotros se venguen.
Muera un infeliz á manos
De un feliz, y quien merece
De tí el honor y la vida,
Que confiesa que te debe.

PERSEO.

Primero será la tuya
De mi espíritu valiente
Trofeo.

BATO.

Esto nos faltaba.

ANDRÓMEDA.

Tente, jóven; Fineo, tente.

FINEO.

Deja que quien muere mate.

PERSEO.

Deja que mate quien muere.

DISCORDIA. (*Dentro.*)

Ya que conseguí el principio,
Conseguir el fin no deje.—

Llegad todos; que á Fineo (*Á voces.*)
Dan dos extranjeros muerte.

BATO.

No da, sino solo uno;
Que yo soy, si bien se advierte,
Cero veces cero, nada.

Salen EL REY, CELIO, SOLDADOS Y GENTE.

REY.

Muera quien mi sangre ofende.

PERSEO.

¿Qué es morir? Todos sois pocos
Como á mí este sol me aliente.

BATO.

No son, señor, sino muchos.
Huye.

PERSEO.

¿Que eso me aconsejes,
Pudiendo morir matando?

BATO.

Pues si el consejo no quieres,
Mira cómo yo le tomo. (*Vase.*)

ANDRÓMEDA.

¡Quién vió confusion mas fuerte!

FINEO.

Esperad, no le mateis.

REY.

¿Pues tú su vida defiendes?

FINEO.

Sí, porque no ha de morir
Con tan generosa suerte,
Como á vista de quien ama,
Desesperado y valiente.
No quiero que muera airoso
A vista de lo que quiere,
Porque el acero y los ojos
No le equivoquen la muerte,
Y muriendo de la herida,
Que muere del amor piense.
Y pues que en llegando á celos,
No hay pundonor que no cese,
Pues el que siente mas noble
Es quien mas infame siente,
Civilmente de los dos
Mis sinrazones me venguen.
Quien me acusa de tirano,
De ingrato, fiero y aleve,
Vea sus celos: verá
Que el mas atento y prudente
Puede callar con desprecios,
Pero con celos no puede.
Quien pierde una dama, ménos
Sensible dolor padece
Para que muera, que cuando
Para otro galan la pierde.
El oráculo que yo
Callé sacrílegamente,
Manda que al sañudo, al fiero
Monstruo Andrómeda se entregue.
No creais á mis desdichas;
Creed á todos los que vienen
Conmigo: y pues del silencio
Mi ceguedad os absuelve,
Hablad todos, decid todos
Si es verdad que el cielo quiere
Que á Vénus se satisfaga
Con la que á Vénus ofende.
Entregadla, si quereis
Que vuestras desdichas cesen:
Cesarán tambien las mias,
Si á la distancia se atiende
De la lástima á la envidia;
Pues ménos inconveniente
Será ver á la que adoro
(Ya que á perderla me fuercen)
En poder de quien la mate,
Que en poder de quien la aprecie.

REY.

Oye...

ANDRÓMEDA.

Aguarda...

REY.

Escucha...

ANDRÓMEDA.

Espera...

REY.

Tirano...

ANDRÓMEDA.

Traidor...

REY.

Aleve...

ANDRÓMEDA.

Que celoso te recuso,
Pues miente tu voz.

CELIO.

No miente.
Esto Júpiter ordena,
Y pues ya público viene
A estar, ofrecerla trata;
Que sea al fin cuya fuere,
Ménos importa una vida,
Que tantas como perecen.

UNOS.

Andrómeda muera.

OTROS.

Muera.

REY.

Vasallos y amigos fieles,
No un despecho os ocasione
A seguirle y á creerle.

TODOS.

La verdad es la que ha dicho.

REY.

Dadme plazo en que yo llegue
A averiguarlo.

CELIO.

Una luna
Por mí el pueblo te concede.

REY.

Yo lo aceto. ¡Oh si entre tanto
Mi fin y no el tuyo viese!

ANDRÓMEDA.

¡Suerte injusta!

REY.

¡Triste hado!

ANDRÓMEDA.

¡Fiera pena!

REY.

¡Estrella fuerte!
¡Ay, hija, lo que me cuestas! (*Vase.*)

ANDRÓMEDA. (*Ap.*)

¡Ay, jóven, lo que me debes! (*Vase.*)

PERSEO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién vió en un espacio breve
Tantas penas, tantas ansias
Como mi vida acometen,
Como mi discurso asaltan,
Y mis pensamientos vencen?
Dioses, si algun auxiliar
De una hermosura se duele,
De unos celos se lastima,
De un amor se compadece,
Permitidme que me diga
Piadoso, humano y clemente,
¿De qué suerte podré yo
Volver por mí?

Sale MERCURIO.

MERCURIO.

Desta suerte:
(*Canta.*) *Ama, espera y confía;*
Porque no puede
El que vence sin riesgo,
Decir que vence.

PERSEO.

¿Quién eres, hermoso jóven,
Que dulce y veloz dos veces,
Suspendes, no sin asombro,
Al aire que te suspende?
¿Quién eres, que tremolando
Los alados martinetes
Del sombrero y del coturno,
Vuelas pájaro celeste?

MERCURIO.

Soy quien de tus altos hechos,
Perseo, á su cargo tiene
Que la Discordia no logre
Las iras con que te ofende.
Mercurio soy, que á animarte
Vengo, para que no entregues
Al acaso la esperanza,
Ni el valor al accidente.
No temas pues de los hados,
Ni contrastes ni vaivenes;
Que nunca crece á ser grande
Quien sin sobresaltos crece.
Ama, espera, etc.

PERSEO.

Perdóname que de ociosa
A tu persuasion moteje,
Pues el brio á que persuades,
Yo le tengo.

MERCURIO.

¿Pues qué temes?

PERSEO.

Que falten medios al brio
Con que generoso intente
La ejecucion.

MERCURIO.

Pues porqué
Lo ménos de mí no pienses,
Quiero de mi caduceo
Hacerte dueño: con este
Cetro de áspides atado,
Los ojos de Argos se aduermen.
Aduerme con él los ojos
De Medusa, porque llegues,
Vencido un monstruo, á vencer
Otro.

PERSEO.

Aunque es justo que acete
Humilde, puesto á tus plantas,
El alto don que me ofreces,
¿De qué suerte podrá el cetro
Asegurar que me acerque
Sin que á lo léjos su vista
Me mate ántes?

PALAS, *en una apariencia en alto*

PÁLAS.

Desta suerte.
Ama, espera, etc.
Yo, que la deidad de Pálas
Soy, á quien tambien competen
Tus triunfos, porque no ménos
Que á Mercurio me engrandecen,
A su don vengo á añadirte
Este escudo transparente,
Que de Estérope y de Bróntes
Le dió la fatiga temple.
Experiencia es que si el fiero
Basilisco á sí se viese,
A sí se mate, porqué
En sí su veneno vierte.

PERSEO.

Sí, mas ¿cómo recibirle
Puedo? Porque no es decente
Pedirte que tú le bajes;
Que si Mercurio desciende
Á la tierra, no es lo mismo
Que tú el alto solio dejes
De tu epiciclo; que al fin
Deidad de otro sexo eres,
Cuyo respeto me turba,
Me embaraza y me suspende,
Para que no te suplique
Que del orbe que trasciendes
Abatas el vuelo; pues
Para que se privilegien
Mujeres que son deidades,
No dejan de ser mujeres.

PÁLAS.

Agradecida de oir
Tus atenciones corteses,
Quiero, dejando mi solio,
Bajar adonde te entregue
El escudo. (*Baja.*)

PERSEO.

¡Qué favor!

MERCURIO.

Tú, Perseo, le mereces,
Que eres de Júpiter hijo,
Diciéndote una y mil veces...

LOS DOS.

Ama, espera, etc.

MERCURIO.

Recibe pues estos dones.

PERSEO.

Tu caduceo el tridente
Será, con que yo felice
Piélagos de luz navegue.

PÁLAS.

Voyme á mi sagrado solio...

MERCURIO.

Voyme á los orbes celestes...

PÁLAS.

Donde mi favor te ampare...

MERCURIO.

Donde mi favor te aliente...

PÁLAS.

P ra que felice triunfes...

MERCURIO.

Para que dichoso reines...

PÁLAS.

Venciendo dificultades.

MERCURIO.

Allanando inconvenientes.

PERSEO.

Ninguno habrá para mí
Que no postre, no atropelle,
Como aquel escudo embrace
Y este caduceo gobierne.

LOS DOS.

Pues en esa confianza,
Digamos una y mil veces.
Ama, espera y confía, etc.

JORNADA TERCERA.

Campos y montes del pais de Lidoro, en Africa.

Salen BATO Y PERSEO *con el escudo y caduceo.*

BATO.

¿Adónde vamos, señor,
Por estos incultos valles,
Que, por funestos, el sol
Los visita nunca ó tarde?
¿Dónde (despues que te hallé
Libre de aquel riesgo grande
En que te dejé, y saliste
Dél victorioso y triunfante)
Ahora en mas léjos paises
Nunca habitados de nadie,
Caminamos hechos libro
De caballeros andantes?
Sácame de aquesta duda,
Dímelo por Dios.

PERSEO.

Si sabes,
Como te he contado, Bato,
Los sucesos admirables
Que me pasaron, y que
Por mayor timbre y realce,
Mercurio y Pálas, en quien
Hierve sin fuego la sangre
Del gran Júpiter, me adornan
Deste escudo de diamante
Y este caduceo, con que
Venciendo el comun ultraje
De Medusa, volver pueda
Donde altivo y arrogante,
Con un horror venza otro,
¿Qué preguntas?

BATO.

¿Ahora sales
Con que á buscar á Merluza
Vienes? ¿Por ventura sabes
Que es una mujer que tiene
Por moño y por aladares
Milagros y basiliscos,
Con licencia del romance?

PERSEO.

Sí sé.

BATO.

¿Pues cómo con esa
Flema vienes en su alcance?

PERSEO.

Como no hay riesgo que no
Venza, temor que no allane,
Peligro que no atropelle,
Dificultad que no arrastre
Un amor, que lo que adora
Ve en peligro. Si llegases
Tú á saber cómo se siente
El ménos violento achaque
De quien gasta á un mismo tiempo
Su vida y la de su amante,
Vieras que aun el mas difícil
Remedio parece fácil.
Mas tú, ¿por qué has de saberlo?
Que primores semejantes
No caben en pechos viles;
Solo en reales pechos caben.
Y pues no veo la hora
De conseguir el fin, ántes
Que de los contados dias
El breve término pase,
Mira si habrá quién nos diga
Por ese monte, ese valle,
Del sitio donde esta fiera
Se alberga.

BATO.

¿No es disparate
Que de la que huyen hoy todos,
Quieras que te diga nadie?

PERSEO.

Pues sígueme.

BATO.

¿Qué papel
He de hacer yo?

PERSEO.

El de ayudarme
A darla muerte.

BATO.

Para eso
Mejor es que un doctor llames
Y un boticario, que son
Asesinos familiares.

PERSEO.

Sígueme, digo.

BATO.

¿Habrá, cielos,
Nacido en el mundo alguien
Ménos á los sastres dado,
Y mas dado á los desastres?

PERSEO.

No temas, pues vas conmigo

BATO.

Contigo iba, y si no echase
A correr, me hubieran dado
Con algo un poquito ántes.
Y pues ya tengo experiencia
Que es remedio saludable
El huir, déjame huir.

LIDORO. (*Dentro.*)

O prendedles ó matadles.

BATO.

Pues que nos dan á escoger,
El prendernos es mas fácil.

PERSEO.

¿Qué gente y armas es esta?

Salen LIDORO Y GENTE, *con arcos y flechas.*

LIDORO.

Ignorados caminantes,
A quien trae su destino
Sin saber adonde os trae,
Daos á prision.

BATO.

Yo, por mí,
Dado estoy. ¿Dónde es la cárcel?

PERSEO. (*Ap.*)

Este ¿no es el otro jóven
De Acaya?

LIDORO.

¿Qué esperas? Date
A prision.

PERSEO.

¿Pues qué delito
Es que este monte pisase?

LIDORO.

Ninguno; mas sin ninguno,
Hay hados inexorables
Que dan la muerte sin culpa
De quien muere ni quien mate.
Y porque con el consuelo
Mueras de que ellos te hacen
La sinrazon, y no yo,
Infelice jóven, sabe
Que este monte, de Medusa
Teatro es, en cuyo boscaje
No hay verde tronco que no
Sea un humano cadáver.
No han bastado contra ella
Sacrificios, hasta darle
A Júpiter en Acaya
Humos, que ardieron en balde.
De su sangre, respondió,
Que habian de fabricarse
Los remedios de otras ruinas:
Y así, hoy los naturales
Hemos elegido un medio
Para derramar su sangre.
Este es que todos, armados
De arcos y flechas, se amparen
De las sombras de los troncos,
Y poniendo á sus umbrales

Condenado á muerte á uno,
Sea el reclamo que la saque,
Para que, miéntras él muere
Todos los demas disparen,
Y corone amor de plumas
A la flecha que la alcance.
Sobre cuál habia de ser
Al que la suerte tocase,
Fué voto ser el primero
Que por esta senda pase.
A los dos cupo la suerte:
Y pues en desdichas tales
Podeis quejaros de todos
Sin ofenderos de nadie,
Y uno es el que ha de morir,
Ahora entre los dos echarse
Podrá otra suerte.

UNO.

Es en vano,
Supuesto que hay ley que mande
Que cuando de dos el uno
Muera y el otro se salve,
Sea el que muere el de peor
Cara: y así, ese se ate
De piés y manos.

BATO.

¿Pues yo,
Cuando esa ley se guardase,
Soy el de peor cara?

UNO.

Sí,
Y mucho peor.

BATO.

No se engañen.
Faccion por faccion me miren:
Vean que soy como un ángel.
Miren ¡qué rostro, si lloro!
Si rio, ¡miren qué semblante!
Al mesurarme, ¡qué tez!
Y ¡qué ceño al enojarme!

UNO.

Este ha de ser el que muera.

BATO.

Miren que soy como un ángel,
Sino que no caen en ello.

PERSEO.

Si la novedad os place
De que haya quien morir quiera,
Haced cuenta que me cabe
La suerte. Yo me prefiero
Ser quien á Medusa llame:
Y como espada ni escudo
Me quiteis, á sus umbrales
Iré delante de todos.

LIDORO.

Si á aqueso te atreves, parte;
Que aquel edificio que
A tierra en ruinas se abate,
Es su albergue.

PERSEO.

Retiráos
Todos, y solo dejadme.

LIDORO.

Retiráos, y cada uno
Detras de su tronco aguarde.

UNO.

Tengamos aqueste preso,
Por si esotro se escapare.

BATO.

Sayon de capa y espada,
¿Qué os va á vos en que me maten?

LIDORO.

¿Quién será este jóven, cielos,
Tan soberbio y arrogante?

BATO.

Es un jóven cosicosa,
Que se sabe y no se sabe. (*Vanse.*)

PERSEO.

¿Qué es aquesto, corazon?
¿Agora con pavor lates?
Mas ¡ay, que el primer recelo
No es de ánimo cobarde,
Porque una cosa es temerle,
Y otra cosa es despreciarle!
Sus dos hermanas, sin duda,
Son las que á la puerta salen.
Hasta mejor ocasion,
Estas ruinas me recaten. (*Escóndese.*)

Salen SIRENE Y LIBIA.

LIBIA.

Miéntras que Medusa duerme,
Porque no nos sobresalte
Ningun temor, la campaña
Reconozcamos.

SIRENE.

De nadie
Pisada se mira.

LIBIA.

En tanto
Que nuestros desvelos guarden
Su sueño, para engañar
La posta, el cuidado cante.

LIBIA. (*Canta.*)

Pisa, pisa con tiento las flores.
Quedito, pasito, amor; que no sabes
En cuál dellas se esconden los celos;
Y puesto que son de tus flores el áspid...

LAS DOS.

No, no los despiertes;
Duerman y callen.

PERSEO. (*Ap. acercándose á las dos.*)

¡Quién al tomar una y otra
Vuelta, á una y otra tocase
Con aqueste caduceo,
Introduciendo el süave
Sueño de Argos en sus ojos,
Porque, ellas dormidas, pase
Yo adonde duerme Medusa!
Mercurio mi intento ampare.
(*Toca con el caduceo á Libia y despues á Sirene.*)

LIBIA.

Pisa, pisa quedito las flores,
Quedito, pasito, amor, que no sabes...
¿Qué es esto? ¿qué ardiente hielo
Hay que en mis venas se esparce,
Que me estremece?

SIRENE.

¿Qué tienes?

LIBIA.

No sé, pasa tú adelante

SIRENE.

¿En cuál dellas se esconden los celos?
Y puesto que son de sus flores el áspid...
Mas ¡ay triste! A mí tambien
Hay letargo que me embargue
Los sentidos.

LIBIA.

¿Qué te turba?

SIRENE.

Tampoco lo sé.

PERSEO. (*Ap.*)

Ya hace
Su efecto el sueño.

LIBIA.

A pesar,
Velemos, de efectos tales.

LAS DOS.

No, no los despiertes;
Duerman y callen.

SIRENE.

En vano yo me resisto.

LIBIA.

Tambien yo me animo en balde.

SIRENE.

Vela tú miéntras yo duermo.

LIBIA.

No á mí el cuidado me encargues:
Mejor velarás que yo.

SIRENE.

Pues venzámonos iguales,
Diciendo una y otra vez,
Para que el sueño se engañe...

LOS DOS.

Pisa, pisa con tiento las flores.
(*Duérmense.*)

PERSEO.

Ya al sueño las dos rendidas,
No hay quien la entrada me guarde.
Por medio pasaré de ellas,
Mas ¡ay, que al paso me sale
Medusa! ¿Qué haré despues
De verme, si helado ántes
Que me vea, me ha dejado
El ver monstruo semejante?

Sale MEDUSA *vestida de pieles y la cabeza llena de culebras.*

MEDUSA.

¿Cómo de mis dos hermanas
Hoy el siempre vigilante
Cuidado fallece? ¿Cuándo
Fué posible que me falte
De una la asistencia, el tiempo
Que el venenoso coraje
De mis nunca muertas iras,
Rendido al sueño descanse?
¿Qué hubiera sido, si algunos
De tantos como combaten
Mi vida, hubieran gozado
Desta ocasion, y al hallarme
Sin ojos que me defiendan,
Hubieran podido darme
La muerte? ¡Libia y Sirene
En profundo sueño yacen!

PERSEO. (*Ap. escondido.*)

Cobrado el primer asombro
Que el verla me dió, acercarme
Puedo ya en fe de este escudo.

MEDUSA.

¡Sirene! ¡Libia!— No trate
Despertarlas; que no es sueño,
Sino letargo, el que hace
Tan no usado efecto en ellas.
¡Oh vengativas deidades,
En cuya ojeriza vivo,
Para horror de los mortales,
Racional fiera en los montes,
Humano monstruo en los valles!
¿Qué novedad será esta
De que hoy me desamparen
Las que me velan?

PERSEO. (*Dentro.*)

¡Medusa!

MEDUSA.

¿Quién puede haber que á nombrarme
Se atreva, siendo mi nombre
Tan escándalo en el aire,
Que aun á los ecos tal vez
Cayeron muertas las aves?

PERSEO. (*Dentro.*)
¡Medusa!

MEDUSA.
¿Cúya eres, voz
Tan osada, que me llames,
Cuando otras me huyeron?

PERSEO. (*Saliendo.*)
Vuelve
Los ojos.

MEDUSA.
Y en ellos tales
Iras, que ellas te escarmienten
De osadía semejante.
(*Enséñale Perseo el espejo.*)
Mas ¡ay infeliz de mi!
¿Qué es lo que miro?

PERSEO.
Tu imágen.

MEDUSA.
¿Esta soy yo?

PERSEO.
Sí, esta eres.

MEDUSA.
¿Qué mucho que á todos mate,
Si aun me da la muerte á mí
El horror de mi semblante?
¡Qué horrible forma! Qué fea!
Qué asombrosa! Qué espantable!
Quita, oh tú, quien quiera que eres,
Ese cristal de delante
De mis ojos: no cometas
En mi barbarismos tales,
Como hacer la que padece
De la persona que hace.

PERSEO.
Si das la muerte á quien miras,
Mírate á ti.

MEDUSA.
Que me espante
De mí es fuerza, y que de mí
Huya.
(*Entra Medusa huyendo, y Perseo detras de ella.*)

PERSEO.
Seguiré tu alcance.

MEDUSA.
¡Sirene, Libia, acudidme
A valerme y ampararme,
Que me dan muerte!

SIRENE. (*Despertando.*)
Las voces
De Medusa el viento trae.

LIBIA. (*Despierta.*)
Si ha despertado, á asistirla
Las dos acudamos, ántes
Que sepa el descuido.

MEDUSA. (*Dentro.*)
¡Ay triste!

SIRENE.
Pues ¿de cuándo acá sus ayes
Lastimosamente suenan?

LIBIA.
Vamos á ver qué lo cause. (*Vanse.*)

Salen MEDUSA Y PERSEO.

PERSEO.
A tu vista muere.

MEDUSA.
No
Me aflijas mas: baste, baste
El saber que mi veneno
Ya por mis venas se esparce,
Y que cebado en mí mismo
Corazon, tan sin mí late,
Que neutral de fuego y nieve,
Ni bien hiela, ni bien arde.

PERSEO.
Hasta que tu mismo aliento
Te ahogue, te deje y te falte,
Te ha de estar dando en los ojos
La luz de aquestos cristales.

MEDUSA.
Cerraré los ojos yo.
Mas ¡ay de mí, que ya es tarde!
Pues ya mi ponzoña ha hecho
Su efecto en mí, y que cobarde
No hay ira que no fallezca,
No hay rencor que no desmaye.
Mas con todo huiré de ti,
Porque yo conmigo acabe,
Respirando Etnas de fuego,
Mongibelos y volcanes,
Solo porque no blasones,
Solo porque no te alabes
Que tú me diste la muerte.

PERSEO.
Por mas que de mí huir trates,
Te he de seguir, hasta que
Vierta mi acero tu sangre.

Éntrase huyendo Medusa, síguela Perseo, y salen LIBIA Y SIRENE.

LIBIA.
De un hombre huyendo, vencida,
Aquí tropieza, allí cae.

SIRENE.
Huyamos, Libia, pues fuimos
De desdicha semejante,
Causa: no á las dos tambien
Su venganza nos alcance.

LIBIA.
Dices bien: aquestos montes
Nos favorezcan y amparen.

Salen LIDORO, BATO Y GENTE.

LIDORO.
Deteneos, ¿dónde vais?

SIRENE.
Huyendo, por no ver darle
La muerte á Medusa un jóven. (*Vanse.*)

LIDORO.
Vamos todos á ayudarle;
Que es vergonzosa omision,
Que un extranjero nos gane
El aplauso.

BATO.
¿Para qué
Hemos de ir, si ya ella sale
Huyendo dél?
(*Vuelve Medusa huyendo, y Perseo tras ella.*)

PERSEO.
Aunque intentes
Huir al monte, he de alcanzarte.

MEDUSA.
¿Qué mas pretendes de mí,
Si ya me resisto en balde,
Y tropezando en mi sombra,
Soy de mí misma cadáver?

PERSEO.
Ahora, que ya en la tierra
Muerta á tu veneno yaces,
Este acero será bien
Que con tu púrpura esmalte
Las flores de África, adonde
Nazca en cada gota un áspid.
(*Córtale la cabeza, y salta por el tablado.*)

BATO.
Eso yo tambien lo hiciera,
A saber que era tan fácil.
Salte hácia otra parte usted,
Seora cabeza, y no salte
Hácia mí, se lo suplico.

LIDORO.
Al ver accion semejante,
La admiracion y el silencio
Solo es justo que te alaben.
Dame los brazos, y piensa
Qué premio habrá con que pague
Tan heróica accion.

PERSEO.
El premio
Me ha de dar aquesta sangre;
Y pues he de cobrar de ella,
No es bien que tú me lo pagues.

LIDORO.
Pues ¿qué premio della aguardas?

PERSEO.
No sé mas de que es constante,
Si á aquel oráculo creo
De Acaya, que ella ha de darle.

LIDORO.
¿Eres tú de Acaya?

PERSEO.
Estaba
En ella cuando llegaste
Tú á su gran templo.

LIDORO.
Bien dices,
Porque si vuelvo á acordarme,
De la sangre de Medusa
Dijo que habia de formarse
El remedio de otras ruinas.
Mas, aunque el creerlo es fácil,
No es fácil el verlo, pues
Aunque su sangre derrames,
¿Adónde el remedio está
Que della puede esperarse?

PERSEO.
Para responder, la tierra
Pienso que en bocas se abre.
(*Ábrese la tierra, y sale el caballo Pegaso.*)

LIDORO.
Horrible bostezo es
Una grieta, y de ella nace,
Si no me miente el asombro,
Un bruto.

PERSEO.
No es sino una ave,
Pues las alas en el viento
Es lo primero que bate.

LIDORO.
Monstruo es de dos especies,
Pues hijo es de tierra y aire.

PERSEO.
Sobre la cumbre del monte
Parnaso, émulo de Atlante
Ha parado el primer vuelo.

LIDORO.
No aquí la admiracion pare,
Pues hiriendo con la uña
El fuego á sus pedernales,
En vez de brotar centellas,
Brotan líquidos cristales.

BATO.

La fuente de los poetas
Será.

UNO.

¿Qué hay de que lo saques?

BATO.

De que quitará la sed,
Y no quitará la hambre.

PERSEO.

Bato...

BATO.

¿Qué quieres?

PERSEO.

Que al monte
Subas al punto, y me bajes
Aquel caballo, en que pueda
Volver volando.

BATO.

No es fácil
Que suba yo, y que él se deje
Coger de mí.

PERSEO.

Yo á alcanzarle
Subiré, pues para mí
La tierra le aborta. Trayte
Tú esa cabeza, y conmigo
Ven.

BATO.

¿Qué cabeza?

PERSEO.

Ignorante,
Esa de Medusa.

BATO.

¿Yo?

PERSEO.

¿Pues quién?

BATO.

El turco.

PERSEO.

No tardes.
Alzala del suelo y ven.
(*Vala á coger, y ella salta.*)

BATO.

¡Lleve el diablo quien tal hace!

PERSEO.

¡Vive Júpiter, villano,
Si no la traes, que te mate!
Porque ella ha de ser blason
De mis hechos inmortales.

BATO.

¿Por dónde tengo de asirla?

PERSEO.

Por cualquier truncado áspid.

BATO.

¡Buenas señas para mí!
¡Ay, que muerden!

PERSEO.

No te espanten,
Que muertos están.

BATO.

Sepamos,
Cuando yo con ella cargue
Y te siga, ¿en qué he de ir yo
Si tú volando te partes?

PERSEO.

A las ancas del Pegaso
Irás.

BATO.

Pues, ¿y de qué sabes
Que sufre ancas?

PERSEO.

Tráela, pues.

BATO.

Yo llevo, para librarme
De los peligros del vuelo,
Linda cabeza de mártir.

PERSEO.

Vosotros quedad en paz;
Que el volverme es importante.

LIDORO.

¿No admitirás de nosotros
Las gracias de semejante
Accion?

PERSEO.

No, que las que espero,
Amor me ha de dar triunfante
De otra fiera.

LIDORO.

Oye.

PERSEO.

Es en vano.

LIDORO.

Pues dinos, ya que te partes,
¿Quién eres?

PERSEO.

Perseo, hijo
De Júpiter y de Dánae. (*Vanse.*)

LIDORO.

¡De Dánae y Júpiter! ¡Cielos!
Sin duda este es de sus graves
Fortunas causa en los celos
Del rey Acrisio, su padre:
Y aunque me acuerden los mios,
Tanto me obligan sus partes,
Que he de seguirle á saber
Si puedo en algo pagarle
Esta fineza, inquiriendo
En qué las fortunas paren
De Perseo, ilustre hijo
De Júpiter y de Dánae. (*Vase.*)

—

Marina en Trinacria.

Sale GENTE *al son de cajas destempladas, cantando, y detras* ANDRÓMEDA, *vestida de luto.*

UNOS. (*Dentro.*)

¡Muera Andrómeda [1]!

OTROS

¡Muera [2]!

OTROS.

¡Viva Trinacria [3]!

MÚSICA.

La que nace para ser
Estrago de la fortuna,
Sienta, calle, llore y sufra,
Y consolada con que
La que es desdicha no es culpa,
Sienta y calle, llore y sufra.

ANDRÓMEDA.

«¿La que nace para ser
Estrago de la fortuna,
Sienta, calle, llore y sufra,
Y consolada con que
La que es desdicha no es culpa,
Sienta y calle, llore y sufra?»
Miente la alevosa voz,
Que consolarme procura
Inútilmente, asentando
En los ecos que pronuncia,
Que, porque culpa no es
La que á este fin me reduzga,
No es desdicha; porque ántes,

[1], [2], [3] Forman dos versos de seguidilla, sueltos. Ha de faltar algo.

Si bien lo advierte y lo juzga,
Es ser desdicha dos veces;
Que el que culpado se angustia,
En la culpa que comete
Halla honestada la injuria;
Mas quien la padece (¡ay triste!)
Sin cometerla, es locura
Persuadirse á que es consuelo
El fracaso á que se ajusta.
Y así, miente, otra vez digo,
La voz que aleve articula
Que es disculpa de su hado,
No siendo el hado disculpa...

MÚSICA.

La que nace para ser
Estrago de la fortuna,
Sienta y calle, llore y sufra.

ANDRÓMEDA.

¡Cuánto le fuera mejor
A mi fatal desventura,
Morir culpada que no
Inocente! Estrella injusta,
¿Por qué á mí no me dictaste
La vanidad, que perjura
Me condena? Fuera mia,
Pues es mia la fortuna,
La causa de ella; que yo
Me holgara en pena tan dura
De ser la culpada siempre,
Porque no llorara nunca.

ELLA Y MÚSICA.

Que consolada con que
La que es desdicha, no es culpa;
Sienta y calle, llore y sufra.

FINEO.

Andrómeda, ya es en vano
El llanto: esta peña dura
Que dentro del mar permite
Que en sus golfos se descubra
Tan á todas partes, que
Por todas partes la inundan,
Cerrando el paso á que puedas
Desde ella ponerte en fuga,
Es donde hemos de dejarte
Entregada á la sañuda
Cólera de las Nereidas,
Sacras enemigas tuyas.
Ellas han de recibirte,
Para que la ofensa suya,
En Vénus se satisfaga,
Pues Vénus es en quien dura.
Retiráos todos. Sagradas
Deidades, justas ó injustas,
Ahí os queda vuestra ofensa,
Ahí os queda vuestra injuria,
O remitidla, ó vengadla;
Que á nuestra obediencia suma
Toca el ponérosla donde
Gima ciega, y diga muda...

TODOS.

La que nace para ser
Estrago de la fortuna,
Sienta y calle, llore y sufra. (*Vanse.*)

ANDRÓMEDA.

Oid, esperad... Mas ¡ay triste!
En vano un infeliz busca
Piedad en orejas que oyen,
Cuando oyen lo que no escuchan.
Altos montes de Trinacria
Que al cielo elevais las puntas,
Siendo el cóncavo palacio
Del alcázar de la luna;
Rocas rústicas, pilastras
De sus dóricas colunas,
Abrid en el centro vuestro
La mas horrorosa gruta,
Para que á un vivo cadáver

Le sirva de sepultura,
Antes que siendo ese golfo
De sus verdes años tumba,
La dé un monstruo en sus entrañas
Pira, monumento y urna.
¿Es posible que aquel jóven,
Despues que ciego aventura
Mi vida y mi honor, se ausente,
Sin que de mis desventuras
Sea testigo? ¡Siquiera
Consolara mis injurias
Su lástima! que el ver que otro
Siente, si no alivia, ayuda
A hacer mas tratable el daño.
Mas ¡ay de mí! ¡qué locura!

(*Música dentro.*)

Y mas cuando dulces ecos
La esfera del aire turban,
Porque mi llanto y su acento
Uno en el otro confundan.

Salen SEIS NEREIDAS, *vestidas de azul y oro, cantando y bailando todas.*

NEREIDA 1.ª

Ya que la soberbia...

NEREIDA 2.ª

Quiso que presuman...

NEREIDA 3.ª

Que reina podia...

NEREIDA 1.ª

Ser de la hermosura...

NEREIDA 2.ª

Víctima es sagrada...

NEREIDA 3.ª

A las aras tuyas.
¡Albricias, hermosa
Deidad de la espuma!

ANDRÓMEDA.

Bellas ninfas de Nereo
(Sagrado rio que inunda
Los imperios de Trinacria,
Patria mia y patria suya,
Desde el alto Lilibeo,
Que fué su cuna y mi cuna,
Hasta esta funesta boca,
Donde con el mar se junta),
Si sois, como sois deidades,
A quien toda esta cerúlea
República, no hay escollo
En que no os labre y construya
Templos de coral y nácar
En sus bóvedas profundas,
Mostrad que lo sois en ser
Piadosas; que no hay ninguna
Accion en que mas se muestre
La deidad que á un dios ilustra
Que en la piedad; y mas cuando
A la cuchilla que empuña,
El ruego le embota el filo,
Le mella el llanto la punta.
A vuestras plantas postrada
Yace una pompa caduca,
Que solo para morir
Infausta, amaneció augusta.
Si mi madre apasionada,
Con amor y sin cordura,
Me alabó, sobradamente
El afecto la disculpa.
¿Cuándo el amor de los padres
Hizo fe? ¿Qué sierpe astuta
Sus viboreznos no cria
Con cariño y con blandura,
Pareciéndole que son,
Llenos de escamas y arrugas,
Mas hermosos que las aves,
Que ramilletes de plumas,
Cuando ellos la tierra arrastran,
Esotras el aire sulcan?
Y cuando fuese indecoro
Que con los dioses presuma
Competir, ¿fué culpa mia
La que fué vanidad suya?
Duéla os la flor de mis años:
Mirad que el prado os acusa,
Que cuando floridas todas,
Esta sola dejeis mustia.
Acordáos de que fuimos
Amigas, cuando estas rubias
Arenas á nuestros bailes
La escena dieron, de cuyas
Mudanzas el viento ahora
No sin ocasion murmura,
Viendo que de extremo á extremo
Pasan; pues siendo las unas
Festivas, quereis contrarias
Que á trágicas se reduzgan.
Mas airosas quedaréis
(En pasion tan absoluta,
Como el decir que yo era
Mas hermosa, bella y pura
Que Vénus y que vosotras)
En hacer, como seguras,
Desperdicio del baldon
Y de la arrogancia burla.
Contra la evidencia, no hay
Silogismo que concluya,
Sin que él mismo á su primera
Consecuencia se confunda.
Dígalo el sol: ¿qué importara
A sus bellas luces rubias,
Que hubiera uno que dijera
Que le parecian oscuras?
¿Ofendiérase por eso?
No, que la venganza suya,
Fuera al que su luz disfama,
Ver que á su luz se deslumbra.
Pues siendo así, ¿qué mas noble,
Mas piadosa ni mas justa
Satisfaccion puedo daros,
Que absorta, elevada y muda,
Arrojarme á vuestras plantas?
Pues no puede haber ninguna
Que mas claramente diga
Quien obedece y quien triunfa.
Y pues como allá en el sol
Nada á su esplendor perturba,
Y yo confieso que el vuestro
A mí á su sombra me ilustra,
No vengativas, no fieras,
No crueles, no sañudas...

NEREIDA 1.ª

No prosigas: calla, calla.

NEREIDA 2.ª

No con piedad nos arguyas.

NEREIDA 3.ª

Sin tiempo nos lisonjeas.

NEREIDA 2.ª

Sin ocasion nos adulas.

NEREIDA 1.ª

Y pues ya echada la suerte
A vista de la fortuna,
Humildades afectadas,
Mas que virtud, son industria,
De tus ropas te despoja

NEREIDA 2.ª

De tu adorno te desnuda.

ANDRÓMEDA.

Amigas...

NEREIDA 3.ª

En competencia
De discrecion y hermosura,
No hay amigas que no sean
Enemigas.

ANDRÓMEDA.

¡Suerte injusta!

NEREIDA 1.ª

En ese elevado escollo
Están las cadenas rudas
Que han de atarla.

ANDRÓMEDA.

¡Ay infelice!

TODAS.

En él arrastrando suba.

(*Atanla á un escollo con unas cadenas.*)

ANDRÓMEDA.

¿Para qué? Soltad, que yo
Corrida, que con la angustia
Usase del rendimiento,
Quiero apelar á la furia.—
Falsas, mentidas deidades
(De vuestro rencor se induzga,
Pues no puede serlo, en quien,
Rogada, la saña dura),
Ya no quiero que piadosas
Conmigo estéis, pues ninguna
Desdicha puede ya serlo
Para mí mas importuna,
Que ver desaprovechada
Dé las lágrimas la astucia,
En quien usa tan mal dellas,
Que dellas con fieras usa.
Y así por echarle á mal,
Ya el llanto de afecto muda;
Que ninguna piedad vuestra
Será mejor que ninguna.
Y supuesto que el despecho,
Mejor que yo lo divulga,
Voluntariamente doble
La cerviz á la coyunda.
Este destinado escollo,
Cátedra de mi fortuna,
El peso de mis desdichas
Sobre sus espaldas sufra.
Y habiendo de llorar á alguien,
Llore á aquesta peña ruda,
Antes que á vosotras; pues
Ménos toscas, ménos brutas
Son las que ostentan el serlo,
Que las que lo disimulan.

NEREIDA 1.ª

Llega esas argollas, ata.

NEREIDA 2.ª

Vé, y esta cadena añuda.

NEREIDA 3.ª

Sí haré.

NEREIDA 4.ª

Yo tambien.

NEREIDA 2.ª

Ahora
Verás si el viento te escucha.

TODAS.

¿Quién merece ser, tú, ó Vénus,
La reina de la hermosura? (*Vanse.*)

ANDRÓMEDA.

¿Cuál de vosotras, estrellas,
De cuantas la arquitectura
Celeste esmaltais, es (¡qué ansia!)
A quien es dado que influya
La mia? No porque quiere
Darla quejas, lo pregunta
La voz; que ántes para darla
Gracias, en saberlo estudia,
Al ver que tan liberal
En mí su influjo ejecuta,
Que haga que quepan en mí
Todas las desdichas juntas.

¿Habrá, dime, ¡oh tú entre tantas
La mas pobre, mas oscura,
Mas trémula, mas infausta,
Mas apagada y mas turbia!
Habrá, digo, en este estado
(Porque no digas que apura
Mi voz tu poder) algun
Consuelo, esperanza alguna?

UN ECO.

Una.

ANDRÓMEDA.

Una el eco me reponde;
Mas ¡ ay! que no es piedad suya,
Sino delito, pues siempre
Algo de lo que oye, hurta.
Y así, por mi desconsuelo,
Volver pretendo á la duda.
¿Qué mas puede ser que sea
Mi infelice desventura?

ECO.

Ventura.

ANDRÓMEDA.

Segunda vez, ladron eco,
La postrer palabra usurpas
De mi última razon;
Mas no por eso, segunda
Causa crêré que te tray...

ECO.

Hay.

ANDRÓMEDA.

Pues nada en tí me asegura.

ECO.

Segura.

ANDRÓMEDA.

¿Qué fuera (¡ ay de mí!) que el eco
Algo en mi favor pronuncia?
Pues á mis preguntas dice,
Si sus respuestas se aunan,
Que en el estado que estoy,
Una ventura hay segura.
Mas ¿qué ventura (¡ ay de mí!)
Puede ser, si ya se enturbian
Las ondas, á la batida
De la disforme estatura
(*Sale un monstruo todo de escamas.*)
De un vivo escollo, que cuando
Bajel animado, sulca
El mar y encrespa la tez
De su verdinegra bruma,
De sus presas y sus garras
Viene aguzando las puntas
Contra mí?

PERSEO. (*Dentro.*)

En aquesta peña
Te apea...

BATO. (*Dentro.*)

Es cosa muy justa.

Aparece PERSEO *en el caballo, en lo alto, con lanza y escudo.*

PERSEO.

Ya que á Andrómeda y el monstruo
Quiere el cielo que descubra
A tan buen tiempo.

ANDRÓMEDA.

¡ Piedad,
Altos dioses!

PERSEO.

¿Qué te angustia,
Hermosa Andrómeda bella,
Si Perseo es en tu ayuda?
Alado Belerofonte,
Bruto y ave en piel y pluma,
Que aborto fuiste engendrado
De la sangre de Medusa,
(*Baja el caballo.*)
Abate el vuelo á esas ondas;
Que su campaña cerúlea
Hoy el teatro ha de ser
De la mas desigual lucha
Que vió el sol en cuantos giros
Dora, ilumina y ilustra.

ANDRÓMEDA.

¡Qué es esto, cielos, que veo!
De la mas alta, mas suma
Region nuevo alado asombro
La esfera del aire cruza.
Un jóven trae, y si no
Me mienten y me perturban,
[1] . . . .
El jóven es de la selva.—
Oye, aguarda, espera, escucha;
Que á tanta costa, no quiero,
Como tu riesgo, tu ayuda.
Ménos importa que yo
Muera, que ver que aventuras
Tu vida hoy por mi vida.

PERSEO.

Por mas que á las iras tuyas
Los polos del cielo giman,
Los ejes del orbe crujan,
Sobresaltados del mar
Que á apagar sus luces suba
Cuando en horribles bramidos
Sus ondas al sol escupas,
No has de ponerme pavor.

ANDRÓMEDA.

Deja, deja que esa furia
Se cebe ántes en mi pecho,
Que en el tuyo: no presumas
Que es favor el que tirano
Mas que me alivia, me asusta.
—En partida lid los dos
Ya se apartan, ya se juntan.—
¡Piedad, dioses! y esta vez
Concederlo no se excusa,
Pues para mí no la pido.
(*El monstruo se retira, cayendo.*)

PERSEO.

Ya que la aleve cicuta
De su sangre, la azul playa
Vuelve campaña purpúrea,
Huye vencido á mi acero;
Y porque en el mar te hundas,
A nunca mas ver tu horror,
Mira en la acerada luna
Deste escudo, en quien impresa
Quedó la faz de Medusa.

ANDRÓMEDA.

Rastros de sangre dejando,
El monstruo se ha puesto en fuga.

PERSEO.

Ya que vencido de mí,
El mar su terror sepulta,
Es bien, hermosa beldad,
Que ahora á desatarte acuda.
Libre estás.
(*Bajan al tablado.*)

ANDRÓMEDA.

De dos albricias
Soy deudora á mi fortuna:
Mas miento, que no soy yo
Sino solamente de una,
Pues no es mi vida deudora
Donde está anterior la tuya.
Dime quién eres, porqué
Agradecida y confusa
Sepa á quién esta fineza
Debo.

PERSEO.

A quien tu amparo busca
Con tal riesgo, que no es
Este el mayor de quien triunfa.
Mas ¿qué mucho facilite
Mas que el hado dificulta,
Amor, que en estas finezas
Todos sus méritos funda,
Para arrojarme á tus plantas?
¡Qué gran dicha!

ANDRÓMEDA.

¡Qué ventura!

PERSEO.

¡Qué felicidad!

ANDRÓMEDA.

¡Qué suerte!

Dentro BATO, *y sale luego.*

BATO.

Bien podeis, cuando os oculta
El miedo por esas peñas,
Llegar, que ya con mi ayuda,
Mi amo dió la muerte al monstruo,
Quitando á su dentadura
El que hoy no tenga por postre
Manjar blanco de pechugas. (*Sale*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva quien la fiera vence!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva quien del monstruo triunfa!

Salen EL REY *Y* GENTE.

REY.

Dame, extranjero, los brazos,
Y supuesto que es sin duda
Que quien ha hecho tal hazaña,
Heróica sangre le ilustra,
En premio della, porqué
Ella sola es paga justa,
En diciéndonos quién eres,
Andrómeda será tuya.

PERSEO.

Pues oye: yo soy...

GENTE. (*Dentro.*)

¡Qué asombro!

REY.

Tente, espera. ¿Qué os asusta
Segunda vez, que esas voces
Dais?

Sale LIDORO.

LIDORO.

Yo te lo diré, escucha.
Mató á Medusa el ínclito Perseo,
Y de su sangre concibió la tierra
Aquel blanco caballo, en quien le veo
Los rumbos acertar por donde yerra.
Yo, llevado del noble alto deseo
De ver qué en sí tanto prodigio encierra,
Sabiendo que á Trinacria venia, intento
Seguir por agua al que navega en viento.
Embarquéme tras él, y cuando hacia
Punta el bajel del Africa á la Europa,
Gozando en tormentosa travesía
Dulce tranquilidad del viento en popa,
Absorto vi que sobre mí venia
Frisando con las nubes en quien topa,
Un bulto tal, que en el boreal espacio,
Era templo tal vez, tal vez palacio.
Este pues estrechándole la esfera
Al aire, en quien ocupa lo que oprime,

[1] Falta expresar qué es lo que miente (engaña) y perturba á Andrómeda. Algun par de versos se habrá perdido.

Sus espaldas fatiga de manera,
Que cuando mas bramar intenta, gime.
Bien que pesada fábrica, lijera,
Ni senda deja en él, ni huella imprime,
Siendo de un horizonte á otro horizonte,
Monte y ciudad, sin ser ciudad ni monte.
Alguna vez que acaso él declinaba,
O que acaso el bajel hácia él subia,
Nuestra atencion en ecos escuchaba
Ya humana voz, ya métrica armonía:
De suerte que el horror que nos causaba
En lisonjas á tiempos convertia,
Haciendo el gusto aquí, y allí el disgusto,
Pesado al gozo y apacible al susto.
Con este pues prodigio, siempre á vista,
Navegué hasta la orilla desa playa,
Donde he visto del monstruo la conquista
De quien jamas es fuerza ejemplar haya,
Donde porque un asombro á otro resista,
O porque uno en aumento de otro vaya,
Donde del monstruo fué la lid sangrienta,
Parece que la fábrica se asienta.

REY.

Absorto estoy.

ANDRÓMEDA.

Yo confusa.

PERSEO.

Yo turbado.

LIDORO.

Yo suspenso.

BATO.

¿Y habrá algun bobo despues,
Que piense que es verdad esto?

JUNO, *en su carroza*, *con* LA DISCORDIA.

JUNO.

Por no asistir al aplauso
Que ya, declarado el cielo,
Da de Júpiter al hijo,
A pesar de mis desprecios,
Dejé el coro de los dioses,
Discordia, y contigo vengo
Desde aquí á verle, porqué
La necedad de los celos
Siempre anda acechando el daño.
Y así, aquí nos retiremos,
Ya que vencidas las dos
Quedamos.

DISCORDIA.

De mis deseos
Servida estás; pero no,
Señora, de mis afectos,
Porque trató de impedirlos
El gran Júpiter supremo;
Que de Mercurio y de Pálas
Poco importara el esfuerzo.

PALAS Y MERCURIO, *en lo alto*.

PÁLAS.

No importara sino mucho,
Pues escudo y caduceo
Fuéron de su triunfo causa.

JUNO.

¿Pues por qué, si es triunfo vuestro,
No le asististis en el coro
De dioses?

MERCURIO.

Porque queremos
No perderos á las dos
De la vista, previniendo
Que no intenteis perturbarle
Sus venturas á Perseo.

REY.

A tanta admiracion, solo
Responder puede el silencio.
Y pues ántes que tu voz,
Quién eres dijo el portento,
Dale á Andrómeda la mano.

Sale FINEO.

FINEO.

No dará tal, que primero
Que sus extrañas fortunas
A lograr lleguen tal premio,
Morirá al arrojadizo
Rayo del templado acero
Deste arpon.

(*Vale á dar á Perseo.*)

LIDORO.

No morirá,
Sin que tú mueras primero.

(*Tira una flecha á Fineo.*)

FINEO.

¡Ay infelice de mí,
Que ántes de matar me han muerto!
Justamente esta venganza
De mí han tomado los cielos. (*Cae.*)

LIDORO.

Ya con esto te he pagado
Aquella fineza, puesto
Que si mataste una hidra
Que tenia en el cabello
Los áspides, yo maté
A quien los tenia en el pecho,
No siendo ménos rabiosos
Los áspides, que los celos.

REY.

Retirad ese cadáver:
Y tú, gallardo extranjero,
Por aquesta accion, de quien
Eligió por instrumento
El cielo, en venganza noble
De las iras de Fineo,
Dame los brazos.

ANDRÓMEDA.

Y á todos:
Sí, pues todos le debemos,
Que puesto en salvo el amor,
Muera el aborrecimiento.

DISCORDIA.

Todo nos sucede mal,
Que este era el último esfuerzo
Que de las Furias tenia
Reservado.

JUNO.

Sus efectos
Siguieron á los demas.

PÁLAS.

Claro está, que el favor nuestro
Habia de hallar en Lidoro
Lo que perdiera en Fineo.

MERCURIO.

Y aun no ha de parar aquí
Su aplauso, que todo el cielo
La gala le ha de cantar.

JUNO Y DISCORDIA.

¿Cómo?

LOS DOS.

Dígalo el efecto.

(*Abrese el cielo.*)

REY.

¿Qué nueva luz nos alumbra?

LIDORO.

Iluminados los vientos...

PERSEO.

Se transparentan á visos,
Se traslucen á reflejos.

ANDRÓMEDA.

Todo el coro de los dioses
Rasga sus azules velos.

TODOS.

Nueva música se escucha.

BATO.

¿En qué ha de parar aquesto?

MÚSICA.

¡Viva, viva la gala del gran Perseo,
Que de Júpiter hijo, merece serlo!

Aparécese JUPITER *en un sol.*

JÚPITER.

Yo, el festivo parabien
De vuestro aplauso agradezco,
Y en el traje de Cupido,
Que fué mi disfraz primero,
Le recibo, por hacer
De mis finezas acuerdo,
Como al fin primera causa
De tan gloriosos efectos.
Y así, para que prosiga,
Vuelva á decir vuestro acento...

(*Vuela Júpiter.*)

TODOS, *con música y representando.*

¡Viva, viva la gala
Del gran Perseo,
Que de Júpiter hijo
Merece serlo,
Cuando á padre tan grande
Ponen sus celos,
Con dos monstruos vencidos,
En paz dos reinos!

LOA PARA LA FIESTA DE ZARZUELA
EL LAUREL DE APOLO.

Hízose al nacimiento del príncipe Felipe Próspero.—1657.

PERSONAS.

IRIS, *ninfa música.*
ECO, *ninfa música.*
ZARZUELA, *villana música.*
DAMAS Y GALANES, *en cuatro coros de música.*

Campos de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

La ninfa IRIS, *cantando.*

IRIS.

Todos hoy se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol.
Desde el campo de la aurora
Donde oriental la region
Del Asia, cuna del dia,
Saluda al primer albor,
Siendo Africa y Europa
Tránsitos de su estacion,
Con el austro al mediodía
Y el norte al septentrion;
Hasta donde occidental
América su esplendor
Ve morir, para nacer
Hijo y padre de su ardor;
Todos hoy se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol.

ESCENA II.

La ninfa ECO.—IRIS; *despues* MÚSICA, *dentro.*

ECO. (*Cantando.*)

¡Oh tú, hermosa embajatriz
De los dioses, que en veloz
Iris, listado de verde,
Rojo y pajizo color,
Hablar por señas solias!
¿Qué te mueve á dejar hoy
El triunfal arco, y que dulce
Lo que fué matiz, sea voz,
Obligándome á que diga
En troncados ecos yo,
Desde el etíope al belga,
Desde el indio al español,
Que hoy todos se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol?

IRIS.

Si de pasadas tormentas
Tremolado acuerdo soy,
Pues cuando que hay paz publico,
Publico que hubo rigor,
¿Qué extrañas, hermosa Eco,
Ninfa del aire, á quien dió
Boreal sepulcro en los montes
La desdicha de su amor,
Que cuando en mi heróico asunto
Todos comprendidos son,
Acordándoles la dicha
Les olvide la pension?
Felice natal de España
Ansiosa la lealtad vió
En el dos veces real hijo
Del águila y el leon;
Y aunque fecunda Lucina
A su horóscopo asistió,
Grosero accidente puso
El alborozo en temor;
Tanto, que el sol entre nubes,
Como es de las nubes dios,
Presumimos que llovia,
Y era que lloraba el sol;
Bien que breve espacio: solo
Cuanto diestro señaló
El susto el hado, porqué
Fuese la dicha mayor;
Que sabe usar la fortuna
De tan mañoso primor,
Que amenaza para hacer
De una felicidad dos.
Y siendo así, que á pedir
De una y otra albricias voy
A todo el orbe, en quien tiene
Su padre jurisdiccion;
No quiero volar con señas
Del pasado mal, sinó
Que sin visos del desden,
Crezca la luz del favor.

ECO.

Pues en tan glorioso asunto,
Para que te oigan mejor
Africa, América, Europa
Y Asia, digamos las dos...

LAS DOS.

Todos hoy se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Todos hoy se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol.

IRIS.

Ya de mi acento y tu acento
En todo el orbe se oyó
La nueva.

ECO.

Segunda vez,
A los coros que formó
A un tiempo en sus cuatro partes,
Apliquemos la atencion.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Todos hoy se alegren, pues
Hoy con próspero arrebol
Para todos nace el sol.

IRIS.

No solo en ecos se explican,
Que aun con mas demostracion
Se alegran.

ECO.

Asia lo diga,
Pues atenta á nuestra voz,
Usando de sus antiguos
Ritos, se aplaude la accion
De rey de Jerusalen.

IRIS.

Oigamos su aclamacion.

ESCENA III.

CORO 1.° COMPUESTO DE DOS DAMAS Y DOS GALANES, *de máscara, con unas tarjetas en las manos, y en ellas la cifra del nombre de Felipe, cantando y danzando, vestidos á lo judío.*—IRIS, ECO.

CORO 1.°

El próspero dia, el dia felice [*Felipe*
Que el Magno Alejandro del Grande
Nació sucesor, en sus templos el Asia
El fausto natal escribió en piedras [*blancas.*
Y así, repitiendo hoy en estas la antigua
Memoria, da al jaspe el natal deste dia,
Que no ménos magno en Asia rey nace
El que es tambien hijo de Felipe el [*Grande.*

(*En habiendo hecho su entrada, se apartan.*)

ESCENA IV.

OTRAS DOS DAMAS Y DOS GALANES, *con mascarillas negras y hachas en las manos, vestidos á lo moro, cantando y danzando.* —DICHOS.

ECO.

Africa, en quien tantos puertos
Mantiene, alegre encendió
Las teas, que en luminarias
Nocturnos aplausos son.

CORO 2.°

El próspero dia, el dia felice [*des,*
Que en Africa Atlante nacer vió el Alci-

Que habia de aliviar el peso que sufre;
Ardieron sus montes en trémulas luces.
Y así, repitiendo hoy en estas la antigua
Memoria, consagra al natal deste dia
Antorchas que alumbren Alcides segun-
[do,
Alivio del peso tambien de dos mundos.
(*Apártanse.*)

ESCENA V.

OTRA CUADRILLA, *vestidos á lo indio, con ramos en las manos, cantando y danzando.* — DICHOS.

IRIS.

Bárbara América, usando
Tambien de su antiguo error,
Ramos y flores consagra
Al tálamo en que nació.

CORO 3.°

El próspero dia, el dia felice
Que América via nacer su Cacique,
Al sol ofrecia, impidiendo sus rayos,
La fácil defensa de flores y ramos.
Y así, repitiendo hoy en estos la antigua
Memoria, celebra el natal deste dia
Poniendo obediente á sus plantas las
[plantas
De paz y de guerra en olivas y palmas.
(*Apártanse, y suenan dentro cajas y trompetas.*)

ESCENA VI.

OTRA CUADRILLA DE ESPAÑOLES.—DICHOS.

ECO.

Europa, como sus fiestas
Trompetas y cajas son,
Con ellas le hace la salva,
Diciendo en marcial rumor...

CORO 4.°

El próspero dia, el dia felice [signe,
Que Europa vió en César un príncipe in-
Al son de las cajas, clarines, trompetas,
Rindió el mes de julio al nombre de Cé-
[sar.
Y así, repitiendo hoy en estas la antigua
Memoria, construye al natal deste dia,
A honor de Felipe el helado noviembre
Por César del año, por rey de los meses.
(*Júntanse todas las voces y cuadrillas.*)

TODOS LOS COROS.

Y todos le aclaman, como en todos tiene
Imperios que el sol de vista no pierde,
Dando Africa, Europa, América y Asia
Las piedras, las luces, los ramos, las ar-
[mas,
Diciendo unos y otros en voces festivas,
El que siendo infante, es Príncipe, ¡viva!
(*Con grita de villanos suenan dentro instrumentos rústicos, y todos se barajan en la accion que se hallan.*)

UNO DEL CORO 4.°

Oid. ¿Qué rústicas canciones
Turban las heróicas nuestras,
Y en bárbaro, rudo estilo,
Hijo de montes y selvas,
Quieren competir las cortes
Mas sublimes, mas supremas
Del orbe?

ESCENA VII.

LA ZARZUELA.—DICHOS.

ZARZUELA.

Pues ¿quién le quita
A la rústica simpleza,
En quien, cuanto mas desnuda,
Va la verdad mas compuesta,
Que como olvidada parte
De vuestro todo, pretenda
En tan venturoso dia
Dar tambien de su amor muestra?

UNO DEL CORO 2.°

¿Quién eres, oh tú, aldeana,
Que rústicamente bella,
Entre nosotros pretendes
Señalarte?

ZARZUELA.

La Zarzuela,
Humilde, pobre alquería,
Tan despoblada y desierta,
Que no hay para mí dia claro,
Si el Pardo no me le presta.
Y es verdad, pues siempre estoy
Al ceño del tiempo atenta,
Deseando que llegue el Pardo,
Para que el sol me amanezca.
De sus alimentos vivo;
Pero tan rica y tan llena
De favores, que merezco
Tal vez en la breve esfera
De mis cotos ver la aurora,
De montes y valles reina,
Acompañada del alba,
Y aun de otras flores; dijera,
Y estrellas, si no enojara
Ya esto de flores y estrellas;
Porque hay bellezas que no
Quieren mas que ser bellezas,
Y hacen bien, porque no hay mas
Que ser, que ser ellas mesmas.
(Tras estas deidades diga;
Que deidades no es ofensa,
Pues se quedan lo que son)
Tal vez el cuarto planeta
Tambien de rebozo suele
Ilustrar mi albergue, en muestra
De que no desdeña el sol
Humildad que no desdeña
La aurora, y mas dia que hace
Del invierno primavera:
Tanto, que al ir mis golosas
Cabras paciendo la yerba,
La buscan entre la escarcha,
Y la hallan entre las perlas.
Y siendo así, que este año
Verla esperaba contenta,
Y á causa de mayor dicha,
Tuve por dicha no verla,
(¿Quién vió amor de puro fino
Consolado con la ausencia?)
Porque no se me malogre
No sé qué aldeana fiesta
Que tenia prevenida,
Viendo las carnestolendas
Tan dentro de casa ya,
O tarde ó temprano sea,
Por no esperar á otro año,
Obligándome grosera
A desear no sea lo mismo,
Vengo al Retiro con ella;
Y aunque pese á todo el mundo,
Par diez que tengo de hacerla.

UNO DEL CORO 3.°

Pues tú, rústica villana,
¿Con nosotros competencia?

ZARZUELA.

Y no competencia sola
Es justo que me prometa,
Sino victoria de todos
Vosotros.

TODOS.

¿De qué manera?

ZARZUELA.

Haciendo mi fe desprecio
De las ceremonias vuestras;
Que aunque es verdad que la anciana
Antigüedad en las letras
Humanas es venerable
Entre las artes y ciencias,
Bien podrá lucir en otra
Ocasion; pero no en esta.
Católico príncipe es
El que nace á ser defensa
De la cristiana milicia;
Y así, le sobran las señas
De idólatras ni gentiles
Ritos, pues las blancas piedras
Que Asia construye á su nombre,
Solo deben ser de aquella
Que en Asia cautiva yace,
Cuya libertad se espera
De un príncipe generoso,
Que entre la suma grandeza
De cetros y de coronas,
Sea su mayor herencia
La religion, y en ninguno
(Gracias á la siempre excelsa
Católica casa de Austria,
De cuyo gran tronco cuelgan
Tantos reyes como ramas,
Tantas como flores reinas,
Tantos santos como hojas)
Concurren tan altas prendas,
Pues tiene la investidura
Para que el dominio tenga.
Las teas que Africa enciende
En memoria de que sea
El Alcides de su Atlante,
Es andar con luz á ciegas;
Pues solamente la lumbre
De la ardiente antorcha bella,
Que al espiritual carácter
Ardió material pavesa,
A alumbrarle basta; y cuando
Para ser Alcides crezca,
Será para ser Alcides
Del Atlante de la Iglesia,
En cuyos hombros su siempre
Sagrado peso se asienta.
Los árboles que consagra
América al sol, no sean
Sino el árbol que plantó
En su imperio la fe nuestra.
Solo de Europa no acuso
Las cajas y las trompetas,
Como en faustos vaticinios
De las victorias que espera.
Y cuando tantas razones
Como á extraños no os convenzan,
Para que el festejo mio
El primero lugar tenga,
Baste ser su comisaria
La hermosa María Teresa,
En quien mas noble, mas digna,
Mas heróica, mas suprema
Y mas generosa vive
La verdad de la fineza
Con que esta ventura aplaude,
Con que esta dicha celebra.

UNO DEL CORO 4.°

Aunque la razon del culto
Por ahora no nos mueva,
La de la cortesanía
A todos nos hace fuerza
Para que no solo demos
Primer lugar á tu fiesta,
Pero para que seamos
Quien te ayude.

TODOS.

Norabuena.

UNO DEL CORO 1.°

Pues si habemos de ayudarla,
Sepamos qué es la comedia.

ZARZUELA.

No es comedia, sino solo
Una fábula pequeña

En que, á imitacion de Italia,
Se canta y se representa,
Que allí habia de servir
Como acaso, sin que tenga
Mas nombre que fiesta acaso.
Díganlo Eco y Iris, que ellas
Tambien sus papeles hacen.

UNO DEL CORO 2.°

Sí, mas ¿de qué es la materia?

ZARZUELA.

El Laurel de Apolo, entiendo;
Pero mejor ella mesma
Lo dirá, si la empezamos.

TODOS.

¿Cómo?

ZARZUELA.

De aquesta manera.
(*Cantando y bailando.*)
Que el claro lucero,
Hijo en la belleza
Del sol y la aurora,
A España amanezca,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que nazca á reinar
En las almas nuestras,
Sin dejar por eso
De reinar quien reina,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que le dé su nombre
El cuarto planeta,
Porque cuarto y quinto
Goce armas y letras,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que salga á dar gracias
Católico César,
Adonde su corte
Tan galan le vea,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que el águila hermosa
Examine bella
Al hijo sus rayos,
Y á ellos convalezca,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que á la siempre hermosa
María Teresa,
Mas que todas fina,
Le hagan cien mil fiestas,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que la Margarita
Preciosa no sienta
Que otro sea el diamante,
Pues siempre se es perla;
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que las damas oigan
Una loa sin ellas,
Porque no desdeñen
Ser flores ni estrellas:
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que dén los señores
De su afecto muestras,
Con máscaras, toros,
Cañas y libreas,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.

ZARZUELA.

Que venga al Retiro
Tambien la Zarzuela,
Porque alguien que puede
La manda que venga...

UNOS. (*Dentro.*)

A lo llano.

OTROS. (*Dentro.*)

Al monte.

OTROS. (*Dentro.*)

Al valle.

OTROS.

A la selva.

DAFNE. (*Dentro.*)

¿No hay quien me socorra?
No hay quien me defienda?
(*Barájanse todos.*)

TODOS.

¿Qué es esto?

ZARZUELA.

Que entiendo,
Si bien se me acuerda,
Que pues la Loa acaba
La fábula empieza.

ECO.

Démosla lugar,
Que prosiga.

IRIS.

Y sea
Diciendo unos y otros
En voces diversas...

ZARZUELA.

Que el claro lucero,
Hijo en la belleza...

UNOS. (*Dentro.*)

A lo llano.

OTROS. (*Dentro.*)

Al monte,
Al valle, á la selva.

ZARZUELA.

Del sol y la aurora,
A España amanezca,
Sea norabuena.

TODOS.

Norabuena sea.
(*Éntranse bailando y cantando.*)

EL LAUREL DE APOLO,

ZARZUELA EN DOS JORNADAS.

PERSONAS.

APOLO, *de cazador.*
CUPIDO, *de pastor.*
SILVIO, *pastor galan.*
CEFALO, *pastor galan.*
LAURO, *pastor.*
ANTEO, *pastor.*
DAFNE, *ninfa.*
LIBIA, *ninfa.*
FLORA, *labradora.*
BATA, *villana.*
RUSTICO, *villano gracioso.*
SEIS NINFAS MARINAS, *músicas.*
MÚSICA.
CORO DE AMOR.
CORO DE OLVIDO.
VILLANOS.
ZAGALES.
ZAGALAS.

La accion pasa en Tesalia.

JORNADA PRIMERA.

Campo y bosques á la orilla del Peneo.

ESCENA PRIMERA.

VILLANOS, DAFNE, CEFALO, SILVIO.

VILLANOS. (*Dentro.*)

Huid, pastores, huid,
Que anda en el monte la fiera.

DAFNE. (*Dentro.*)

¿No hay quien me socorra?
No hay quien me defienda?

CÉFALO. (*Dentro.*)

Sí, miéntras yo viva.

SILVIO. (*Dentro.*)

Sí, miéntras yo muera.
(*Salen Silvio y Céfalo, pastores galanes, trayendo entre los dos desmayada á Dafne, vestida en traje de ninfa bizarra.*)

DAFNE.

¡Ay de mí infelice!

CÉFALO.

Ya nada hay que temas:
Cóbrate y anima.

SILVIO.

Descansa y alienta.

DAFNE.

¿Cómo podré, si he llegado
A ver que me han socorrido,

Silvio, á quien he aborrecido,
Y Céfalo, á quien he amado?
Y no habiendo uno estimado
Mi amor, y otro sí, mi fiero
Desden dudó cuál primero
Lugar en mi riesgo adquiere,
Quien logra lo que me quiere,
Ó paga lo que le quiero.
Y así, habré de suspender
Las gracias, hasta apurar
Qué accion es mas singular,
Obligar ó agradecer:
Y pues hoy no habeis de ver,
Vos favor, ni desden vos,
Confórmeos el ciego dios;
Que aunque me hallo agradecida,
Es poca albaja una vida
Para partida con dos.

CÉFALO.

Yo, hermosa Dafne, nací
Mas al estudio inclinado
Que al amor; y habiendo hallado
En ese siempre turquí
Libro azul, en que aprendí
Del docto maestro del dia
Judiciaria astrología,
Que habia de venir á ser
La beldad de una mujer
Su destruicion y la mia,
Negué una y otra deidad
De Amor y Vénus, y solo
En las cátedras de Apolo
Mantuve mi libertad.
Dígalo tu voluntad,
Pues el dia que llegué
A verme dichoso, en fe
No de mi merecimiento,
Sino en fe del cumplimiento
De mi opuesto hado, dejé
La patria con tan vil traza,
Como el huir mi desdicha
Desde luego de una dicha,
De miedo de una amenaza.
Viendo pues cuánto embaraza
La ausencia al amor, volví
Creyendo que ya habria en ti
Hecho su efecto veloz:
Adonde siendo tu voz
La primer cosa que oí,
A socorrerte llegué.
Y aunque hasta aquí hablé grosero,
Desde aquí perder no quiero
El mérito que gané;
Que si agradecido fué
Mi afecto, y amante ha sido
El de Silvio, yo he vencido;
Pues si puede el mas constante
Ser noble sin ser amante,
No sin ser agradecido.

SILVIO.

Yo mas ciencias no aprendí
Que el arte de amar: si fué
El mejor libro, no sé;
Pero presumo que sí;
Que si lo fué para ti
Del sol el claro arrebol,
El sol de Dafne crisol
Fué de mi fe: ella dirá,
Si de ciencia á ciencia va
Lo que va de sol á sol.
Si tú ántes de sucedido,
Hallaste que habia de ser
Tu peligro una mujer,
Yo hallé que ya lo habia sido;
Y si, buscando un olvido,
Tú te ausentaste, yo fiel
Acudo á un rigor cruel:
¿Quién pues morirá mejor?
¿Tú por huir de un temor,
Ó yo por volver á él?
Haber á tiempo llegado
Que la hayamos socorrido
Los dos, es haber querido
Ponerse una vez el hado
De parte del desdichado,
En quien con el desden crece
El amor; que el que se ofrece
Amado á cualquier fatiga,
Satisface; mas no obliga:
Cumple; pero no merece.
Y aunque para la cuestion
Basta la razon que he dado;
Habiendo Dafne tomado
Plazo á la satisfaccion,
No quiero tener razon,
Sino darme por vencido;
Y así, que suspenda pido
A quien las gracias previene;
Que, aun en tenerla, no tiene
Razon un aborrecido.
Y para atajar la duda,
La he de preguntar (dejando
Al tiempo, que él sabe cuando
Con el desengaño acuda),
¿Qué ocasion helada y muda,
Despues que las voces dió,
En la falda la dejó
Del monte donde la hallamos?

CÉFALO.

Dices bien.— Dafne, sepamos
Qué fué tu peligro.

DAFNE.

Yo
Os lo diré, agradecida
A la dilacion, pues basta
Que reconozca la deuda,
Miéntras no sé á quién pagarla.
Ya sabeis... (Pero es forzoso
Que de noticias me valga,
Que nunca por muchas sobran,
Y tal vez por una faltan)
Que este enmarañado monte,
Que en Tesalia, nuestra patria,
Es verde coluna, en quien
Del cielo el eje descansa,
Albergue fué de Fiton,
Aquel mágico, que en varias
Diabólicas ciencias diestro,
Quitó á los dioses la sacra
Adoracion de sus doctos
Simulacros, pues que en claras
Voces habló en esqueletos
Mejor que ellos en estatuas.
Oráculo pues de todas
Las gentes destas montañas,
Ya no eran Apolo y Vénus
Sus auxiliares, con tanta
Desestimacion, que habiendo
En esas dos cumbres altas
Dos templos suyos, apénas
Vimos por edades largas
En sus piadosos umbrales
Ni aun huella de humana planta,
Porque á la lóbrega gruta
De Fiton era á quien daban
La fe y el voto, teniendo
Sus respuestas por mas sabias.
Viendo pues las dos deidades
Ya sus antorchas sin llama,
Sus altares sin ofrenda,
Y sin víctima sus aras,
Ofendidas dispusieron,
En religiosa venganza,
Que Penéo, padre mio,
En cuyas ondas de plata
Me abortó marina ninfa,
Embrion de fuego y agua,
Rompiese el márgen, talando
Con obedecida saña
Las bárbaras poblaciones
De todas estas comarcas:
En cuya undosa avenida
Todos del monte se amparan,
Haciendo de sus peñascos,
De sus troncos y sus ramas
Contra pólvora de nieve
Rebellines de esmeralda.
Los sacerdotes de Apolo,
Y de Vénus las sagradas
Sacerdotisas, en vez
De dar abrigo á sus ansias,
Les intimaron sentencia
De muerte: con que cerradas
Las puertas de entrambos templos,
Reconocieron ser causa
De su estrago la ojeriza
De los dioses; y trocada
La estimacion de Fiton
En ira, en cólera y rabia,
En su mal vivo cadáver
Ensangrentaron las armas.
(¿Qué deja al enojo el que
Por el desenojo mata?)
Templó el homicidio el ceño,
Reducida la amenaza
De la inundacion al coto
De las márgenes que hoy guarda;
Pero apénas el peligro
Cesó, cuando en vez de gracias,
Dieron á los cielos quejas,
Lamentando mas la falta
Del mago Fiton, que no
La culpa que fué la causa:
Con que enojados segunda
Vez los dioses, la pasada
Ruina trocaron en otra,
Para cuya cruel, extraña
Ira os prevengo, ya que
Si hasta aquí supisteis, haya
Novedad desde aquí, oyendo
Lo que en vuestra ausencia pasa.
El monte que zozobrado
Bajel fué, y de la resaca
A los embates quedó
Mal enjuto de las claras
Luces del sol, y no bien
Oreado de las auras,
En corrompidos vapores
De ovas, légamos y lamas,
Se pobló de inmundos monstruos
Desde la cumbre á la falda,
Entre cuyas venenosas
Especies, la mas tirana,
Mas horrorosa, mas fiera,
Mas terrible y mas infausta,
Fué una escamada serpiente,
Que abrigándose en la estancia
De la cueva de Fiton,
Motivó á las siempre vagas
Supersticiones del vulgo,
Ser de su cadáver alma.
Esa pues ni ave, ni fiera,
Ni pez, siendo así que en agua,
En tierra y aire, pez, fiera
Y ave, corre, vuela y nada;
Sirviéndose para todo,
En el aire de las alas,
En la tierra de los piés,
Y en el mar de las escamas;
Con su anhélito el ambiente
Infesta, siempre que brama;
Y siempre que pace ó bebe,
Con su espuma, ondas y plantas:
Tanto, que apénas hay flor,
Que no sea avenenada
Cicuta, siendo ya en todo
El orbe ponzoña amarga,
Para el abuso de hechizos,
De ilusiones y fantasmas,
La ménos tocada yerba
De los montes de Tesalia.
No en esto solo el estrago
De tanto escándalo pára;
Sino en que, bandido monstruo

De todas estas campañas,
Los errados peregrinos
Y moradores asalta,
Hasta que unos y otros sean
De sus presas y sus garras
Sangriento despojo: á cuyo
Terror, viendo cuánto engaña
Peligro que no escarmienta,
Volvió á sus primeras ansias
El vulgo, reconociendo
Que no hay medios que le valgan,
Que no sean acudir
Con dones, feudos y parias
A los enojados dioses;
Pues cuanto mas los agravia
Nuestro error, tanto mas nuestro
Rendimiento los aplaca.
Y así, en divididas tropas
De mil festivas escuadras,
Que con varios instrumentos
Himnos á ambos dioses cantan;
Al templo de Apolo hoy suben,
Los hombres por una banda,
Y las mujeres por otra
Al templo de Vénus, para
Que ofrendas y sacrificios
Mejoren sus esperanzas.
Yo, que al ruido, dejé el coro
De ninfas, y acompañada
De unos rústicos villanos,
Seguir quise las estampas
Del femenil escuadron,
Sentí moverse unas matas;
Y presumiendo que fuera
Alguna pequeña caza
Que llevar al sacrificio,
Seguirla quise y matarla.
Pero apénas la torcida
Senda dejé, y de la aljaba
Al arco puse la flecha,
Cuando entre las verdes jaras
De un ribazo, á quien servian
De entretejida muralla
Sobre dos desnudas peñas
Cuatro mal vestidas zarzas,
El monstruo vi, á cuyo horrible
Asombro volvió la espalda
La amedrentada cuadrilla,
Y yo absortamente helada,
«¿No hay quién me socorra?» juzgo
Que dije, y di desmayada
En tierra, donde no supe
De mí (¡ay infelice!), hasta
Que en los brazos de los dos
Perdí el susto y cobré el habla.
Y pues se deja inferir
Que mañosamente incauta
La fiera, estaba en acecho,
Y al ver tanta gente y armas,
A ocultarse al monte iria,
Con el instinto que alcanza,
Quizá heredado de quien
La dió el nombre, pues la llaman
Todos el monstruo Piton;
Y pues con su fuga pasa
De un susto en otro la duda
De á quién le debo las gracias;
Por no agraviar á ninguno
(Puesto que mujer que paga
A dos, á ninguno obliga,
Y ántes á entrambos agravia),
Quiero á segunda experiencia
Dejar la duda fiada:
Y así, el que desde hoy (oid)
Por mí una fineza haga,
Será quien de mi socorro
Merezca el triunfo y la palma.
La fineza ha de ser que
Tú, Céfalo, que con tanta
Vanidad no amar blasonas,
Finjas amar; tú, que amas,
Silvio, finjas que aborreces:
De manera que trocadas
Las inclinaciones, vea
Yo en tí rendimientos y ansias,
En tí olvidos y desdenes;
Que el que con mayor ventaja
Disimulare su afecto,
Y el no afecto suyo traiga
Mas desmentido á mis ojos,
Será el que vencido haya
En la cuestion. Y porqué

(Dentro grita de villanos.)

Ya de entrambos templos bajan
Las tropas, haciendo á un tiempo
Con festivas consonancias
De instrumentos y de voces
Unas á otras la salva,
Cautelad vuestras pasiones;
Que yo librando la paga
Del socorro de mi vida
A una experiencia tan rara,
He de ver quién hace mas
En servicio de una dama:
Quien lo que ama disimula,
O finge lo que no ama.

SILVIO.

Advierte que no es igual
El partido; que me encargas,
Dafne, á mí lo mas difícil.

CÉFALO.

¿Qué lo mas difícil llamas?

SILVIO.

Disimular un afecto,
Que mudo volcan del alma,
Siempre está ardiendo, y no es
Posible que modo haya
Con que la llama se oculte,
Para que sin humos arda.

CÉFALO.

¿Cuánto es mas dificultoso
Querer que donde no hay llama,
Haya, ni aun humo, pues no
Respira él donde ella falta?

SILVIO.

Caer en defectos es fuerza
El que disimula que ama,
Pues lleva dentro de sí
Quien lo contrario le manda.

CÉFALO.

¿Cuánto es mas forzoso que
En ellos quien finge caiga,
Pues no lleva quien le acuerde
El precepto que le encargan?

SILVIO.

Sí, mas ¿cómo dormirá
Afecto que no descansa,
Teniendo siempre al oido
Despertador que le llama?

CÉFALO.

¿Y cómo despertará
A las horas señaladas
El que sin despertador
Goza el sueño en quietud blanda?

SILVIO.

¿Podrá representar bien
Uno un papel, cuando anda
Ofuscada la memoria
Con los versos de otra farsa?

CÉFALO.

Podrá atenerse al apunto,
Que desde dentro le habla,
Que es lo que no podrá hacer
El que aun apunto le falta.

SILVIO.

Fingir es accion que no
Hace uno en hacerla nada,
Pues hace por obediencia
Lo que otros hacen por gala.

CÉFALO.

Ménos el que disimula
Hace, pues es cosa clara
Que mandarle que no diga
Es mandarle que no haga.

SILVIO.

¿Y no hace harto en padecer
El que padeciendo calla?

CÉFALO.

No, que el que calla no tiene
La obligacion del que habla,
Pues le obliga á que sea bueno,
Y á esotro el callar le basta.

SILVIO.

Quien finge...

CÉFALO.

Quien disimula..

SILVIO.

No siente.

CÉFALO.

No espera.

DAFNE.

Basta;

(Ruido dentro.)

Que el tiempo lo dirá... y mas
Cuando vuestra porfía atajan
Las tropas, que ya del monte
Al valle vuelven, mezcladas
Unas con otras, bailando
Al compas de lo que cantan.

SILVIO.

Pues aunque tema ser yo
Quien á lo mas se adelanta,
Desde aquí desengañado
Mi amor, en tu vida, ingrata,
Verás en mí sino olvidos,
Desdenes, ceños, mudanzas.

DAFNE.

Aun no sentidos, disuenan
Los desaires.

CÉFALO.

Porque nada
Quede á deberte, divina
Dafne, rendido á tus plantas,
En tu vida en mí verás
Sino amor, finezas y ansias.

DAFNE.

Aun fingidos suenan bien
Rendimientos. *(Ap.* ¡Ay del alma
Que se da á tan vil partido,
Como vivir engañada
De afecto que agravia huyendo,
Y afecto que amando agravia!)

ESCENA II.

Salen por un lado FLORA, BATA Y OTRAS ZAGALAS; *y por otro salen* LAURO, RÚSTICO Y OTROS ZAGALES, *todos con instrumentos, cantando y bailando.* — DAFNE, CÉFALO, SILVIO.

CORO 1.° *(de zagalas).*

¡Viva la gala...

CORO 2.° *(de zagales).*

¡Viva la gala...

CORO 1.°

De la madre del Amor...

CORO 2.°

Del hijo del alba...

CORO 1.°

De la diosa de la hermosura,
El donaire y la gracia!

CORO 2.°

Del que es dios en valles y montes,
De flores y plantas!

TODOS.

¡Viva la gala, viva la gala
De la madre del Amor,
Del hijo del alba!

ZAGALA 1.ª

¡Viva la gala de aquella
Clara vespertina estrella,
Que en seguir del sol la huella
La primera se señala!

TODOS.

¡Viva la gala!

ZAGAL 1.°

¡Viva la gala de aquel
Siempre amante, siempre fiel
Astro, que en saliendo él
Todos los demas iguala!

TODOS.

¡Viva la gala!

BATA.

Tambien mi copra ha de ir.

RÚSTICO.

Y la mia.

UNOS.

Vaya.

OTROS.

Vaya.

BATA.

¡Viva la gala dichosa
De la que en el cielo es diosa,
Y por acá es otra cosa,
No sé si buena ó si mala!

TODOS.

¡Viva la gala!

RÚSTICO.

¡Viva la gala, y la accion
Del padre de Faraon,
Que ha de matar al figon,
Que á sí solo se regala!

TODOS.

¡Viva la gala, viva la gala
De la madre del Amor,
Del hijo del alba!

DAFNE.

Decidme, galan pastor...

RÚSTICO.

Fuera, que conmigo habra.

DAFNE.

Decidme, zagala bella...

BATA.

Y conmigo.

DAFNE.

¿Qué es la causa
De que tan alegres todos
Volvais á vuestras cabañas,
Despues de los sacrificios
Que habeis hecho?

BATA Y RÚSTICO.

Oye, y sabrásla.

BATA.

La diosa Véras...

RÚSTICO.

El dios
Pollo...

BATA.

Calla, tonto.

RÚSTICO.

Calla,
Sabida.

BATA.

Yo he de decirla.

RÚSTICO.

Eso no: yo he de contarla.

BATA.

A mí me la pescudó,
Pues dijo «bella zagala»

RÚSTICO.

Y á mí, pues dijo «galan
Pastor».

LAURO.

Quita, loco.

FLORA.

Aparta,
Necia.

RÚSTICO.

¿Es mas galan pastor
Usted que yo?

BATA.

¿Es mas bizarra
Zagala usted que yo?

FLORA Y LAURO.

Oye,
Dafne, y sabrás lo que pasa.

LAURO.

Mas si va á decirlo Flora,
La primacía he de darla;
Que la urbanidad mas ruda
Se precia de cortesana
Con la belleza.

FLORA.

Aunque no
Lo es la mia, he de aceptarla.
Al templo de Vénus, Dafne
Bella, deidad soberana
De las ninfas del Peneo,
Llegamos, donde postradas
Todas, hicimos rendida
Adoracion á sus plantas.
Las ofrendas que llevamos
Pusimos sobre sus aras,
Y en devota aclamacion,
Mezclamos en voces altas
Endechas que el temor llora,
Con himnos que el amor canta.
La diosa (que hasta las diosas
Con las dádivas se ablandan)
En voz de su estatua dijo
Que el sacrificio aceptaba,
Y que el Amor, descendiendo
De su soberano alcázar,
Con las plumas de sus flechas
En las plumas de sus alas,
Sería quien presto nos diese
De aquesta fiera venganza.

LAURO.

Lo mismo Apolo nos dijo,
Y que usando de las armas
Con que Délfos, cazador
Le vió un tiempo en sus montañas,
A Tesalia disfrazado
Vendria: en cuya esperanza
Volvemos cantando todos
En hacimiento de gracias...

ELLA Y TODOS.

¡Viva la gala
De la madre del Amor,
Del hijo del alba!

DAFNE.

Pues yo, hasta llegar tambien
A la orilla que de nácar
Guarnece el sacro Peneo,
Con tales nuevas, ufana
Con todos iré.

SILVIO.

Y tras tí
Quien adora las estampas
De tu pié.

DAFNE.

¡Tan presto yerras,
Silvio, el papel que estudiabas?

SILVIO.

Olvidóseme que habia
De olvidar; mas ya, tirana,
Mas ya, aleve, mas ya, fiera,
Equivocando las ansias
Que padezco verdaderas,
Con las que desmiento falsas,
Iré huyendo de tu vista. (*Vase.*)

DAFNE.

Céfalo, ¿cómo no tratas
Seguirme cuando me ausento?

CÉFALO.

¡Ah, sí! no se me acordaba
De que estoy enamorado.
Ya voy siguiendo tus claras
Luces.

DAFNE.

¡Qué mal se domeñan
Inclinaciones contrarias!

FLORA.

Hasta llegar á la orilla
Vaya de música.

TODOS.

Vaya.

(*Cantan.*) *¡Viva la gala, viva la gala*
De la madre del Amor,
Del hijo del alba;
De la diosa de la hermosura,
El donaire y la gracia;
Del que es dios en valles y montes,
De flores y plantas!
¡Viva la gala
De la madre del Amor,
Del hijo del alba!

(*Vanse cantando y bailando, y quedan Bata y Rústico.*)

ESCENA III.

RUSTICO, BATA.

RÚSTICO.

¿No es bueno que hasta el bailar
Por valles y montes cansa?

BATA.

Rústico, ¿cómo te quedas?

RÚSTICO.

Cansado me quedo, Bata,
A tomar aliento, aunque
Si viera que te quedabas
Tú, me fuera por no verte.

BATA.

Mal el pergeño me pagas
Con que pienso que te quiero.
Si es que el magin no me engaña.

RÚSTICO.

Pues engáñete el magin,
Si es posible; que yo hasta
Que encuentre á quien me merezca,
No he de amar.

BATA.

Pues, alimaña,

¿Quién que te merezca quieres
Sino una desesperada
Como yo?

RÚSTICO.

Pues ¿habrá mas
De estarme, como me estaba,
Morgollo de amor?

BATA.

Pues él
Venir tiene á las montañas,
Yo me quejaré á él de tí.

RÚSTICO.

¿Cómo, dime, mentecata,
Le has de conocer, si Amor
Para venir se disfraza?

BATA.

Los dioses, aun disfrazados,
Dan de quién son señas craras,
Que no habran como mosotros.

RÚSTICO.

Pues ¿de qué manera habran?

BATA.

Con tan dulce melodía,
Tan süave consonancia,
Que siempre suena su voz
Como música en el alma:
Y así, en oyéndole que hace
Gorgoritas de garganta,
Cátale Dios.

RÚSTICO.

El sabello
Es bien, porque todos hagan
Esa distincion. Mas dime,
¿Todo lo que dicen cantan?

BATA.

Cuando habran entre sí,
¿Qué sé yo lo que les pasa?
Fuera de que ¿quién les quita
Que tal vez?...

ESCENA IV.

VILLANOS. — DICHOS.

VILLANOS. (*Dentro.*)

A la montaña,
Pastores.

OTROS. (*Dentro.*)

Al bosque.

OTROS. (*Dentro.*)

Al rio.

OTROS. (*Dentro.*)

Al monte.

OTROS. (*Dentro.*)

Por aquí ataja.

BATA.

Pero ¿qué es esto?

VILLANOS. (*Dentro.*)

Pastores,
Huid del valle, porque baja
A él la fiera.

BATA.

¡Ay de mí triste!

RÚSTICO.

De mí alegre, si te agarra
Primero que á mí.

BATA.

No hará,
Que asida yo á tus espaldas,
Primero ha de dar contigo.

(*Al huir él, se ase ella de sus espaldas sin verla: él huye, y ella tras él.*)

RÚSTICO.

¡Ay señores! ya me agarra,
Ya me trincha, ya me muerde,
Ya me engulle, ya me masca.

BATA.

¿Qué tiembras, que aun no es la fiera,
Mentecato, quien te traga?

RÚSTICO.

Pues ¿quién me tiene?

BATA.

Yo soy.

RÚSTICO.

Aun peor está que estaba;
Que fiera por fiera, no
La quedas á deber nada.
Mas yo huiré por esos trigos.

BATA.

Y yo por esas cebadas.

(*Desásese della, y al entrarse cada uno por su lado, sale por el de Bato Cupido vestido de pastor, y Apolo de cazador por el otro, cantando todo lo que representan.*)

ESCENA V.

CUPIDO, APOLO.—RUSTICO, BATA.

APOLO.

Dime, bárbaro pastor...

CUPIDO.

Dime, rústica villana...

APOLO.

Si fuéron las voces tuyas...

CUPIDO.

Si fuéron tuyas las ansias...

APOLO.

¿En cuál destas duras quiebras...

CUPIDO.

¿En cuál destas peñas altas...

APOLO.

Es donde el monstruo se oculta?

CUPIDO.

Es donde la fiera anda?

RÚSTICO.

Aunque usted me lo pescude
Con armonía tan branda...

BATA.

Aunque saberlo pretenda
Usted con dulzura tanta...

RÚSTICO.

Que me da á entender que es Pollo,
Que viene en su busca á caza...

BATA.

Que piense que es Escopido,
Que ya ha venido á matarla...

RÚSTICO.

No estó para echar el huelgo.

BATA.

No estó para echar el habra.

RÚSTICO.

Si ella quedó de venir...

BATA.

Serpiente es de su palabra.

RÚSTICO.

Por ahí esperarla puede. (*Vase.*)

BATA.

Por ahí puede aguardarla. (*Vase.*)

ESCENA VI.

APOLO Y CUPIDO, *sin verse.*

CUPIDO.

Ya podeis pedir albricias,
Altos montes de Tesalia...

APOLO.

Ya, incultas selvas, podeis
Alentar con esperanzas...

CUPIDO.

Pues disfrazado pastor,
Amor á vosotros baja.

APOLO.

Pues en vosotros, fingido
Cazador, Apolo anda.

CUPIDO.

A aquella parte parece
Que se han movido las ramas.

APOLO.

Ruido entre aquellos peñascos
Han hecho troncos y plantas.

CUPIDO.

¿Si será el monstruo el que esconden?

APOLO.

¿Si es el Piton el que guardan?

CUPIDO.

Mas ¡qué miro!

APOLO.

Mas ¡qué veo!

CUPIDO

¿Qué te admira?

APOLO.

¿Qué te espanta?

CUPIDO.

Verte de cazador. ¿Dónde
Están de Admeto las vacas?

APOLO.

Mirarte á tí de pastor
En monte de fieras tantas.

CUPIDO.

¿Por qué, si matar al fiero
Piton mi madre me manda?

APOLO.

Porque no sé que se hiciesen
Para los montes tus armas.
(*Canta.*) *No desdores, Cupido,
Tu arco y tus flechas;
Que es desaire de hermosas
Que maten fieras.*

CUPIDO. (*Canta.*)

*Antes quiero que vean,
Sagrado Apolo,
Que del Amor las armas
Lo rinden todo.*

APOLO.

*Teme á los despeñados,
No diga alguno
Que tus flechas se emplean
Bien en los brutos.*

CUPIDO.

*Cuando el bruto no sienta
De qué mal muere,
Sentirá por lo ménos
Sentir que siente.*

APOLO.

*Tu peligro recela;
Que no es trofeo
Tan gran monstruo de un niño
Desnudo y ciego.*

CUPIDO.

Aunque el Amor es ciego,
Desnudo y niño,
¿Cuándo le ha retirado
Ningun peligro?

APOLO.

Yo he venido á esta empresa,
Y ha de ser mia.

CUPIDO.

¿Quién habrá, sin ser loco,
Que á Amor compita?

APOLO.

Quien á tí adelantando
Su valor, sepa
De sus rayos adonde
Corre la fiera;
Y ántes que tú llegues,
La habré postrado.

CUPIDO.

Si tus rayos enferman,
Matan mis rayos:
Y así, aunque tú la encuentres,
Dirá mi esfuerzo...

ESCENA VII.

VILLANOS, *y luego*, LIBIA.— APOLO, CUPIDO.

VILLANOS. (*Dentro.*)

¡Ay qué terror! Qué asombro!

LIBIA. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

APOLO.

Mas ¿qué voces son estas?

CUPIDO.

No sé, que solo
Sé que el escucharlas
Me tiene absorto.

(*Sale Libia huyendo.*)

LIBIA.

Gallardos cazadores,
Que segun inferir
Deja al hombro el carcaj
Y en la mano el marfil,
Sin duda á nuestros montes
De vecino confin
Venís buscando caza,
Sin ver donde venís:
Mujer infeliz soy;
Pues estáis dos, partid
Con deudas de mujer
Lástimas de infeliz,
Y dadme amparo. Libia,
De Vénus (¡ay de mí!)
Sacerdotisa soy:
Viendo al templo subir
Las zagalas del valle,
Con unas de quien fuí
Deuda ó amiga, quise
El camino partir;
Y habiéndolas dejado
En el bello jardin
Que hace la falda al monte;
Bien como astuto vil
Aspid, que disfrazado
Se disimula, vi
Que al paso me salia
Fiton, de quien á oir
Habréis llegado que es
Terror deste país.
Pero ¿qué me detengo
(¡Ay triste!) en referir
Su furia y mi peligro,
Si en mi alcance tras mí..
Mas al verle no puedo,
No puedo proseguir;
Que es mordaza al hablar
El lazo del sentir.

APOLO.

No temas, Libia bella,
Que delante de tí,
De tu vida seré
Defensa yo.

LIBIA.

Al oir
Lo dulce de tu voz,
Me das á presumir
Que eres deidad que el cielo
Da en mi amparo.

CUPIDO.

¡Ay de mí!

(*Cáesele el arco y flecha.*)

Que al verte de tan cerca,
Arco y flecha perdí.

APOLO.

¿Por qué, Amor, en su amparo
No intentas preferir?

CUPIDO.

Por no vencerle á él,
Sin que él te venza á tí. (*Vase retirando.*)

APOLO. (*Siguiéndole.*)

No es eso, sino que
Amor en cualquier lid,
Si entra al principio osado,
Sale cobarde al fin.
Y para que conozcas
Mi esfuerzo, este sutil
Arpon, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz,
Cometa de los aires,
Verás volar y herir,
Siendo el Fiton mi triunfo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LIBIA.

¡Qué valiente á salir
Al paso va á la fiera!
Y ¡qué fiera (¡ay de mí!)
Ella le mira! entrambos
Vibrando á un mismo fin,
Ella sus aceradas
Navajas de marfil,
Y él de su arco la cuerda.
¡Qué tiro tan feliz!
Que falseando á la escama
Las conchas que bruñir
Pudo, al temple del sol,
Del aire el esmeril,
Al corazon penetra,
A cuyo tiro vi,
Revoloteando el ala,
De la inhiesta cerviz
El crinado copete
Desmelenar la crin.
Por boca y por heridas
Ya verter, ya escupir
De venenosa nieve,
De infestado carmin
Dos fuentes ven las flores;
Y tanto, que al teñir
Su tez, lo que topacio
Nació, muere rubí.
Túmulo es de esmeralda
El risco, al sacudir
La cola; pues le hace
Sus bóvedas abrir,
En cuyo seno ya
Rendido, convertir
Se oye el fiero bramar
En tímido gemir.
Y pues amedrentados
Huyen todos de aquí,
Venid vosotras, ninfas
Del Peneo, venid,
Cuantas de sus cristales
El líquido viril
En bóvedas de nácar,
Plata y coral vivís:
Venid pues á mis voces.

ESCENA IX.

Salen seis NINFAS *vestidas de escamas y tocadas de corales y perlas, y* DAFNE, *y por otra parte* RÚSTICO. — LIBIA.

TODAS. (*Cantan.*)

¿Qué nos quieres, nos di,
Que á todas á tu acento
Obligas á salir
Del cristalino albergue
Que habitamos?

RÚSTICO.

Y á mí
De entre aquesas dos peñas,
Adonde me escondí,
Porque aun no dejó el miedo
Animo para huir.

LIBIA.

Que las rendidas gracias
Deis al que reducir
Pudo nuestro temor
Al mas glorioso fin.
Allí Fiton herido
Yace, y triunfante aquí
Quien pudo darle muerte.

ESCENA X.

APOLO. — DICHOS.

LAS NINFAS. (*Cantando.*)

¿Quién eres, oh gentil
Jóven, que tanto triunfo
Llegaste á conseguir?

APOLO. (*Cantando.*)

Apolo soy, oh ninfas,
Que del azul zafir
A cumpliros bajé
La palabra que os di:
Y aunque quiso el Amor
Conmigo competir,
El triunfo ha sido mio.

RÚSTICO.

Yo lo quise decir,
Cuando el Amor dijeron
Que habia de venir;
Porque ¿qué habia de hacer
Un niño, sino huir
Del coco?

ESCENA XI.

CUPIDO, *al paño.* — DICHOS.

LIBIA.

¿Qué esperais?
Llegad todas, rendid
Las vidas á sus plantas.

CUPIDO. (*Ap.*)

¡Que esto pase por mí!

TODAS.

Todas á ellas estamos.

DAFNE.

Y yo la mas feliz.
Pues por hija me toca

De Peneo aplaudir
Tan gran victoria, quiero
Matizar y pulir
De jazmin y de rosa
Una guirnalda, á fin
De coronar tus sienes;
Y pues deste pensil
Se vienen á la mano
Desde el lirio al jazmin,
Las flores ciento á ciento,
Las rosas mil á mil...
(*Hace una guirnalda.*)
Admite (¡oh sacro Apolo!)
En honra desta lid,
Hoy por todas, de Dafne
El don .. Mas ¡ay de mí!
(*Al ir á ponerle á Apolo la guirnalda, se le cae, quedando con las manos sobre la cabeza de Apolo.*)
Que al ponerle en tu frente,
Deslumbrada al oír
De tus rayos, en tierra
Se cayó.

APOLO.

Eso es decir
Que si jazmin y rosa
Mi frente han de ceñir,
Vienen á estar de mas,
Con el florido abril
De tus labios y manos,
La rosa y el jazmin.

DAFNE.

No es, ¡ay triste!

APOLO.

Pues ¿qué es?

DAFNE.

No sé mas de que al ir
A coronar tus sienes
Con mi guirnalda, vi
Que otra de verdes hojas
Flechaba contra mí
Ardientes rayos, cuyo
Pavor me hace afligir
Tanto, que sin fatigas
Del cincel y el buril,
Parece que animado
Tronco, el hado de mí
Va labrando una estatua.

LIBIA.

No, bella Dafne, así
Dés al agüero el dia;
Y en tanto que subir
Pueda al templo la fiera
A adornar su piel vil
Del dintel de su puerta
El grabado perfil,
Hasta él, acompañando
A su deidad, venid,
Cantándole la gala.

RÚSTICO.

Yo, pues que no perdí
En el pasado susto
Mi frauta y tamboril,
Y de lance me hallo
Ninfo barbado aquí,
Por el camino haré
El son; y aun he de ir
Haciendo de repente
Las copras del festin,
Dando la vaya á Amor,
Y el triunfo á Apolo.

UNA NINFA.

Di,
Que todas á tu modo,
Por mas solaz, seguir
Queremos tus frialdades.

RÚSTICO.

Pues todas prevenid
Las conchas y los ramos
De coral, que soprir
Puedan los estrumentos.
(*Toman todas ramos colorados y unas tarjetas á modo de conchas, con que hacen el son.*)

NINFA 2.ª

Ya están.

RÚSTICO.

¿Empiezo?

TODOS.

Sí.

DAFNE. (*Ap.*)

Fuerza es con todas ¡cielos!
Mis penas desmentir.

APOLO. (*Ap.*)

Mira en mi aplauso, Amor,
Qué caso hacen de tí.

CUPIDO. (*Ap.*)

Pues que de celos muero,
Nunca mas Amor fuí;
Pero de mi venganza
Presto llegará el fin. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DICHOS, *ménos* CUPIDO.

RÚSTICO. (*Canta.*)

Ninfas, que el rio y el prado
Vuestro igual albergue es,
Siendo en semanas del hado
Sábados del Amor, pues
No sois carne ni pescado,
Sabed que Apolo y Amor
Jugaban este verano,
Y Apolo, como es dotor,
Salió á la primera mano
Triunfando de matador.
Amor, al verse arrastrado,
Un triunfo sirvió de pié,
Y dejó el juego, picado,
Sin hacer baza, por qué
No hace baza Amor baldado.
Con que de Apolo el clamor
Dijo, viendo su osadía,
Tiritando de temor:
Titirití, que de Apolo es el dia,
Titirití, que no del Amor.
(*Bailan.*)

TODOS.

Titirití, que de Apolo es el dia,
Titirití, que no del Amor.

RÚSTICO.

Titirití, que el rapaz ceguezuelo.....

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Corrido ha quedado...

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Pues de miedo ha dejado..

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Caer el arco en el suelo...

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Porque el sol mató al vuelo..

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Al monstruo traidor...

TODOS.

Titirití.

RÚSTICO.

Con un pasador,
Cuando con una modorra podia.

TODOS.

Titirití, que de Apolo es el dia,
Titirití, que no del Amor.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

CUPIDO; RUSTICO, Y CORO DE MÚSICA, *dentro.*

RÚSTICO. (*Dentro.*)

Vuelva el festivo rumor
De la métrica armonía,
Repitiendo con primor:
Titirití, que de Apolo es el dia,
Titirití, que no del Amor.

CORO. (*Dentro.*)

Titirití, etc.

CUPIDO.

¡Que estos baldones, cielos,
Me obliguen á sentir
Miedos de un bruto, cuando
Me debiera lucir
El no ser brutos triunfo para mí!
Mas ya, cobrado el arco
Y flecha que perdí,
Verá el celeste coro
Que al que venció vencí.
Flecha de oro su pecho
Para amar, ha de herir,
Cuando el de Dafne, á quien
Tejer las flores vi,
Flecha de plomo hiera;
Porque los dos así
Lleguen, aborreciendo
Y amando, á discurrir
Que no son brutos triunfos para mí.
Y porque contra todos
Será en vano esparcir
Flechas, el aire tengo,
Pues dios del aire fuí,
De infestar. — ¡Ah del Eco!

ESCENA II.

La ninfa ECO. — CUPIDO.

ECO.

¿Qué quieres?

CUPIDO.

Fiar de tí
A mi honor la venganza.

ECO.

¿De qué suerte?

CUPIDO.

Oye.

ECO.

Di.

CUPIDO.

En todos tus espacios
Voz no has de repetir
Que no sea *Amor. Amor*
Tu coro ha de decir;
Que yo haré que ninguno
Sus ecos llegue á oír,

Que no muera al encanto
De amar y de sentir.

ECO.

Sí haré; que tu venganza
Tambien me toca á mí,
Pues muriendo de amor,
Es lustre mio decir
Que no son brutos triunfos para tí.

(*Dentro grita de pastores.*)

CUPIDO.

Pues á esparcir entre esas
Voces, que contra mí
Prosiguen el aplauso
De mi opuesto adalid,
Las tuyas, entre tanto
Que yo voy á fundir
Arpones que publiquen
Que es mi poder feliz,
Contra las fieras no,
Contra los dioses sí.

ECO.

Bien harás, que el que sepan
Tambien me importa á mí...

LOS DOS.

Que no son brutos triunfos para tí.

(*Vase Cupido.*)

ECO.

Y así en tanto á ese efecto
Mi coro interrumpir
Verás de su alborozo
El placer. (*Vase.*)

ESCENA III.

APOLO, DAFNE, FLORA, LIBIA, RUSTICO, VILLANOS, NINFAS; *despues*, ECO Y CORO.

DAFNE. (*Dentro.*)

Proseguid,
Y hasta perder su esplendor
De vista en la noche fria,
No cese alegre el rumor.

(*Vuelven otra vez á salir todos bailando, como entraron.*)

TODOS.

Titiritil, que de Apolo es el dia,
Titiritil, que no del...

(*Pasa por entre ellos Eco cantando, y todos se suspenden.*)

ECO.

¡Amor, amor, amor!

LIBIA.

Nunca el eco ha respondido
Tan dulcemente veloz.

DAFNE.

Dices bien, pues es su voz
Boreal iman del sentido.

APOLO.

¿Qué es lo que os ha suspendido,
Que á todos turbar se ve?

FLORA.

No sé mas de que quedé
Yo absorta.

LAURO.

Yo tan sin mí
Que no sé lo que sentí.

RÚSTICO.

Yo sí, pues que no lo sé.

VILLANO 1.°

¡Qué ansia!

VILLANO 2.°

¡Qué pena!

VILLANO 3.°

¡Qué horror.

VILLANO 4.°

¡Qué pasmo!

VILLANO 5.°

¡Qué desconsuelo!

VILLANO 6.°

¡Qué sentimiento!

TODOS.

¿Quién, cielo,
El aire inficiona?

Coro 1.°, *que es el de Amor.* (*Dentro.*)

Amor.

(*Vase cada uno por su parte.*)

APOLO.

Oid, esperad.

DAFNE.

Es error;
Que si el amor ofendido
Contagio del aire ha sido,
Advierte que á tu poder
Mayor monstruo que vencer
Le queda que el que ha vencido.

(*Vase.*)

APOLO.

Pues no le temais, que lleno
El aire de otra armonía,
Pues es la música mia,
Vencerá el encanto ajeno.—
Iris bella.

ESCENA IV.

IRIS. — APOLO.

ÍRIS.

¿Qué me quieres?

APOLO.

Que pues tormentas reduces,
Y á la merced de mis luces
Deidad de las nubes eres,
Remontando á ellas las aves,
De cuya música he sido
Maestro, solamente *olvido*
Digan tus coros süaves;
Para que de mí vencido
Amor, temple su furor,
Dando á venenos de amor
Contravenenos de olvido.

ÍRIS.

Tú verás que el primer medio
De lograr su desengaño,
Será prevenir el daño,
Porque cuiden del remedio.

(*Vase Apolo.*)

ESCENA V.

IRIS, CORO DE AMOR Y CORO DE OLVIDO, *dentro.*

ÍRIS. (*Canta.*)

¡Hola, aho, ah del valle, pastores!
Huid, porque anda otra fiera en el monte,
Y fiera mas fiera en saña y rigor,
O el eco lo diga en sus ecos.

CORO 1.° (*Dentro.*)

Amor.

ÍRIS.

Amor enojado,
Amor ofendido, Amor desdeñado,
¿Qué fiera mayor?
O el eco lo diga en sus ecos.

CORO 1.° (*Dentro.*)

Amor.

ÍRIS.

Y así, pues amor los ecos esparcen,
Aquí repitan olvido las aves;
Porque competido
De Amor el agravio y de Apolo el favor,
Publiquen en lides de olvido y amor,
Los ecos...

CORO 1.° (*Dentro.*)

Amor.

ÍRIS.

Las aves...

CORO 2.° (*Dentro.*)

Olvido.

TODOS.

Porque competido
De Amor el agravio y de Apolo el favor,
Publiquen en lides de olvido y amor,
Los ecos amor, y las aves olvido.

(*Vase Iris.*)

ESCENA VI.

Salen como oyendo la música SILVIO *por la parte del olvido, y* CÉFALO *por la del amor.* — CORO DE AMOR Y CORO DE OLVIDO, *dentro.*

CÉFALO.

¿Los ecos amor?

SILVIO.

¿Las aves olvido?

CÉFALO.

Despues que haciendo porfía,
Por no dejarme vencer
De Silvio, di en aprender
Cómo á Dafne fingiria
Que la amaba, noche y dia
Siento en el alma un ardor
Tal, que hecho tema el dolor,
Me parece que he traido
Tras mí una voz, que al oido
Siempre está diciendo...

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Amor.

SILVIO.

Desde que por merecer
Con Dafne, di en estudiar
Cómo se ha de desvelar
Lo que se ha de padecer,
Tal aprension di en hacer,
Que, dueño de mi sentido,
No sé qué ilusion ha sido
La que me sigue veloz,
Que parece que una voz
Siempre está diciendo...

CORO DE ÍRIS. (*Dentro.*)

Olvido.

CÉFALO.

¿Qué fuera, que (como aquel
Que domestica una fiera,
Cuando ya la considera
Rendida, obediente y fiel,
Juega con ella, y cruel
Vuelve á su primer furor)
Familiarmente traidor,
Viendo que con él jugaba,
Vuelva contra mí su brava
Natural violencia...

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Amor.

SILVIO.

¿Qué fuera, que como quien
Teme un veneno violento,
Suele hacer dél alimento,
Porque cuando se le dén,
El mal se convierta en bien,
Hubiera mi afecto sido?
Pues de un olvido he temido
Morir; y buscando el medio,
Se ha venido á hacer remedio
Del olvido el mismo?...

CORO DE ÍRIS. (*Dentro.*)

Olvido.

CÉFALO.

Tal vez oí que por ensayo,
Polvorista artificial
Fingió un trueno de metal
Y encendió contra sí el rayo.
Mucho en mi mortal desmayo
Recelo que mi valor
Muera á manos de mi error,
Pues cuando á ensayarme llego
De amor al fuego, su fuego
Revienta contra mí...

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Amor.

SILVIO.

A un hombre, que adoleció
De un mal que no conocia,
Aleve enemigo un dia
Con la herida que le dió
El mal le manifestó,
Y quedó convalecido:
Yo así, del olvido herido,
Le tuve por homicida,
Hasta ver que me dió vida,
Por darme muerte el...

CORO DE ÍRIS. (*Dentro.*)

Olvido.

CÉFALO.

¿Qué nuevo afecto traidor
Triunfa de mi libertad?

SILVIO.

¿Qué auxiliar nueva deidad
Se declara en mi favor?

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Amor.

CORO DE ÍRIS. (*Dentro.*)

Olvido.

SILVIO.

¿Olvido?

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Amor.

CÉFALO.

¿Amor?

LOS DOS.

Pero es error...

CÉFALO.

Haber delirios temido...

SILVIO.

Haber favores creido...

LOS DOS.

Por mas que en vago rumor...

LOS DOS Y LOS COROS.

Publiquen en lides de Apolo y Amor.

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Los ecos amor.

CÉFALO.

Los ecos amor.

CORO DE ECO. (*Dentro.*)

Las aves olvido.

SILVIO.

Las aves olvido.

ESCENA VII.

DAFNE. — CEFALO, SILVIO

DAFNE.

¡Los ecos amor, las aves olvido!
Por salir de una ilusion,
Viéndôs, pastores, aquí,
Vengo á saber... (*Ap.* ¡Ay de mí!
Que Céfalo y Silvio son.)

SILVIO.

Pues ¿de qué es la suspension?

CÉFALO.

Prosigue: ¿qué causa fué
La que te trajo?

DAFNE.

No sé;
Que aunque saberlo quisiera,
No que de ninguno fuera
De los dos.

LOS DOS.

¿Por qué?

DAFNE.

Porque
Temo que á vuestra porfía
Volvais; y habiéndome hallado
Bien con no haber declarado
A quién la vida debia;
No la experiencia querria
De la pasada cuestion,
Que acuerde la obligacion.

SILVIO.

Por mí, poco que temer
Tienes; que yo sabré hacer
Desprecio la pretension.
Que ya, sin que sienta cuerdo
El mirarme aborrecido,
Solo me acuerdo en mi olvido,
Que de que olvido me acuerdo,
Nada ya en perderte pierdo,
Y así, no temas, oh bella
Dafne, que hable en mi querella.

DAFNE.

¿Qué mas, para mi pesar,
En ella quieres hablar,
Que hablando, no hablar en ella?
Que si el que ha de fingir eres,
Traer tus penas escondidas,
Fingiendo lo que me olvidas,
Me acuerdas lo que me quieres.

SILVIO.

Bien hasta aquí, ingrata, infieres;
Pero viendo desde aquí
Que vivo tan sobre mí
Que aun fingido no me quejo,
Y con Céfalo te dejo
Por ir huyendo de tí,
Verás que mi olvido halló
Causas que tú no previenes;
Pues falso con los desdenes
Pude no estarlo, mas no
Con los celos; y pues yo
Me ausento sin los recelos,
Los sustos ni los desvelos
De ver al competidor,
¿Cómo llevará tu amor
El que se deja sus celos? (*Vase.*)

DAFNE.

Oye, espera.

ESCENA VIII.

DAFNE, CEFALO.

CÉFALO.

No cruel
Tu voz le detenga, no;
Que eso es querer que halle yo
Los celos que dejó él.

DAFNE.

Tú, ¿por qué?

CÉFALO.

Porque yo fiel
Amante tuyo, rendido
A tus plantas, el perdido
Tiempo que no te amé, lloro:
Y pues tu hermosura adoro,
A pesar de aquel temido
Hado, no tras ese fiero
Desden vayas ofendida;
Que si él finge que te olvida,
Yo no finjo que te quiero.

DAFNE.

La misma razon infiero
Que en él, en tí, y no sé á quien
El premio mis ansias dén;
Pues amor y olvido igual,
Aunque él no lo fingió mal,
Tambien tú lo finges bien:
Y pues conocer se deja
Cuánto fué mi exámen necio,
Ni desto he de hacer aprecio,
Ni de aquello he de hacer queja,
Y así, de entrambos se aleja
Corrido mi desengaño.

CÉFALO.

¿De qué?

DAFNE.

De que es igual daño,
Pesando males y bienes,
Oir por engaño desdenes
Que favores por engaño. (*Véndose.*)

CÉFALO.

No, si á este campo venias
Con la duda que no sé,
Te vuelvas con ella, en fe
De no oir las ansias mias:
Y pues de mí no la fias,
A que otro la diga espero
Dar lugar; que el dia primero
Que sabes que sé querer,
No quiero mas que saber
Que sé que sabes que quiero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DAFNE, *y despues* LOS DOS COROS, *dentro.*

DAFNE.

En segunda confusion
De la que traje, me veo;
Que aunque de uno y otro creo
Ser su variada pasion
Efectos de la cuestion,
Con todo eso, habiendo habido
Mudanza en mí, la he creido
En ellos. ¿Quién, vil temor,
A Céfalo mudó?

CORO 1.º (*Dentro.*)

Amor.

DAFNE.

¿Quién á Silvio trocó?

CORO 2.º (*Dentro.*)

Olvido.

DAFNE.

Olvido y amor oí:
Ya son en la pena mia
Dos las dudas que traia,
Porque si solo hasta aquí
Pudo introducir en mí
Una voz helado ardor,
Ya es abrasado temor
El que otra ha introducido,

Oyendo que ha competido
El agravio y el favor.

LOS DOS COROS. (*Dentro.*)

Publiquen en lides de Apolo y Amor,
Los ecos amor, las aves olvido.

DAFNE.

En los palacios de Atlante,
Dicen que una fuente habia,
Que al que mas libre bebia,
Le dejaba mas amante,
Y que otra, poco distante,
Al que amante la gustaba,
Libre en su olvido dejaba:
Sin duda, de ambos cristales
Las cláusulas desiguales
Estas son : pues yo, que amaba
A Céfalo, cuando atiendo
A esta hechizada armonía :
Yo que á Silvio aborrecia,
Cuando estoy estotra oyendo,
No sé ni de cuál me ofendo,
Ni de cuál me obligo, no.
¿Habrá, ya que amor causó
Un efecto, quien aquí
Diga el que otro causó?

ESCENA X.

APOLO. — DAFNE.

APOLO. (*Dentro.*)

Sí.

DAFNE.

¿Quién á eso se atreve?

(*Sale Apolo.*)

APOLO.

Yo.
Yo, que habiéndome tú dicho
Que habia otro mas rebelde
Monstruo que vencer, no quise
Dejar el duelo pendiente.
Y así, al veneno de amor
Busqué el antídoto fuerte
Del olvido, porque solo
El olvido al amor vence.

ESCENA XI.

Pasa por lo alto CUPIDO, *tirando flechas.* — APOLO, DAFNE.

CUPIDO. (*Ap.*)

Ahora lo verás, y pues
Esperé á esta ocasion, vuelen
Invisibles flechas, que una
Apague lo que otra enciende. (*Vase.*)

DAFNE.

En la parte que me toca,
Mi altivez te lo agradece,
Pues libre de una pasion,
De un instante acá, parece
Que todo el Etna del pecho
En cenizas se convierte,
Pesándome el corazon,
Segun que oprimido siente,
No sé qué grave delirio,
Mas que si de plomo fuese.

APOLO.

¡Qué fuera (¡ay de mí!), que fuera,
Que al exhalarse el ardiente
Etna de tu pecho, en mí
Prendan sus iras crueles!

DAFNE.

¿Cómo?

APOLO.

Como dividiendo
Los contrarios accidentes
De nieve y fuego, ha partido
En mí el fuego, en tí la nieve...

DAFNE.

¿Qué causa? Di.

APOLO.

Tu hermosura.

DAFNE.

¿No la habias visto otras veces?

APOLO.

Sí, pero lo que se ve,
No es, Dafne, lo que se atiende.
¿Ahora sabes que el influjo
Reservado punto tiene,
Y que no siempre es hermoso,
Aun lo que es hermoso siempre.
Pues no lo es cuando lo es,
Sino cuando lo parece?

DAFNE.

No sé, porque solo (¡ay triste!)
Sé que un hielo me estremece.

APOLO.

Yo, que un incendio me abrasa.

DAFNE.

Yo, que un pasmo me suspende
Tanto, que me obliga á que
De aquel presagio me acuerde,
Pues si allí fuí vivo tronco,
Muerta estatua aquí.

APOLO.

Detente.

DAFNE.

¿A qué?

APOLO.

A que con solo oirme,
Tan no visto dolor temples.

DAFNE.

El respeto de mirarte
Deidad, y el temor de verte
Deidad ofendida, me hace
Que huya de tí.

APOLO.

Si me temes
Como á deidad ofendida,
Yo sabré por complacerte,
Que el estilo de deidad
Con el de mortal se mezcle,
Usando de entrambas voces.

DAFNE.

¿De qué suerte?

APOLO.

Desta suerte.
Bellísima hermosa Dafne,
¿Ves ese monte eminente
Que expuesto al rigor del hielo
Y á la saña de la nieve, [padece
(*Canta.*) *Humilde, postrado y rendido*
Helados rigores del cano diciembre?
Pues apénas el abril
Bordará su esfera verde,
Cuando le verás ceñido
De rosas y de claveles, [gre
(*Canta.*) *Ufano gozando, contento y ale-*
Matiz en las flores, cristal en las fuentes.
Pasará la primavera,
Y en jóven edad ardiente
El estío, su esmeralda
Verás que en oro guarnece, [albergue
(*Canta.*) *Brotando la falda del rústico*
Campañas de flores en golfos de mieses.
Llegará el otoño, y no
Habrá yerto árbol, que fértil,
De varios frutos no veas
Todas sus ramas pendientes,
(*Canta.*) *Brindando á la vista y al gusto*
[igualmente
Hermoso el agrado y goloso el deleite.
Deste pues círculo entero
Del año soy rey, y deste
Compuesto triunfo de horas,
Dias, semanas y meses, [si quieres
(*Canta.*) *El dueño serás, bella Dafne,*
Feriarme á tan solo un favor tus des-
¿Qué lágrima que la aurora [denes.
En líquido aljófar vierte,
Y en cuajada perla guarda
La concha que se la bebe, [pende,
(*Canta.*) *No será á tu oido, si al zarcillo*
Susurro que diga que de mí te acuerdes?
¿Qué oculta vena en sus minas
De plata ú de oro, obediente,
O ya al yunque que la ablanda,
O ya al torno que la tuerce,
(*Canta.*) *No será tratable esplendor*
[cuando llegues
A ver que en tus ropas se borda ó se teje?
¿Qué rebelde piedra, dócil
No pulirá lo rebelde,
Si cuando el cincel la gasta,
Y cuando el buril la muerde, [ó verde,
(*Canta.*) *Es para que sea blanca, roja*
Ya flor en tu pecho, ya estrella en tu fren-
El ignorado perfume, [te?
Que hasta hoy ninguno entiende
Si la ballena le aborte,
O si el escollo le engendre, [das pieles,
(*Canta.*) *Despues que te sirva en cen-*
Fénix de tu olfato, le haré que se queme.
Y aun cuando te agrade, Dafne
Que te sirva el mismo fénix,
Será en tu estrado su hoguera
Brasero de tus tapetes.
(*Canta.*) *Y en fin, porque solo adorarte...*

DAFNE.

Suspende
La voz, que cuando no fuera
Por mí, dejara de verte,
Por ver que con lo que dices
Contradices lo que sientes.

APOLO.

¿Yo?

DAFNE.

¿No publicas olvido?

APOLO.

Sí.

DAFNE.

¿Pues qué hay de que te quejes,
Si nadie de que le aprenden
Lo que él enseña, se ofende?
(*Canta.*) *Que dar un consejo y sentir que*
[le aceptes,
Es formar un monstruo de opuestas es-
Fuera de que si al Amor [pecies.
Vencer, Apolo, pretendes,
No se vence Amor amando.

APOLO.

¡Ay, que ya no es amor este!

DAFNE.

Luego si este no es amor,
No tengo qué agradecerte. (*Yéndose.*)

APOLO.

Sí, no siendo amor, porqué
Es adoracion, si tienes;
Y así... (*Ásela del vestido.*)

DAFNE.

Suelta, y no me sigas,
Pues que tú mismo me ofreces [vide,
(*Canta.*) *Con la leccion de que libre te ol-*
Tambien la razon de que esquiva te deje.
(*Vase.*)

APOLO.

¡Con mi antídoto me matan!
¡Ay de mí infeliz mil veces!
Gusano de seda he sido,
Yo me he labrado mi muerte.
Pero ¿qué importa, qué importa,
Ni que amor de mí se vengue,
Ni que tú?...

ESCENA XII.

VILLANOS, RUSTICO, BATA, FLORA, LAURA.—APOLO.

VILLANOS. (*Dentro.*)

Allí está, llegad
Todos.

APOLO.

Mas ¿qué estruendo es este,
Que me embaraza á que siga
Sus pasos?

(*Salen Bata y Rústico.*)

BATA.

Escucha.

RÚSTICO.

Atiende.

BATA.

Habiendo, Pollo, sabido...

RÚSTICO.

Cuantos el rústico albergue...

BATA.

De los montes de Tesalia...

RÚSTICO.

Habitan, lo que te deben...

BATA.

No solo en matar figones ..

RÚSTICO.

Sino en vencer juntamente...

BATA.

Los encantos del Amor...

RÚSTICO.

Pues trabucando calletres ..

BATA.

Vine á olvidar yo á ese tonto..

RÚSTICO.

Vine á amar yo á esa serpiente...

BATA.

Y habiendo tambien sabido...

RÚSTICO.

Cuanto las ninfas alegres...

BATA.

Del Peneo ambas victorias...

RÚSTICO.

De mí ayudadas, celebren..

BATA.

Con diversos instrumentos...

RÚSTICO.

Todos en tu busca vienen...

BATA.

Alegremente festivos...

RÚSTICO.

Diciendo...

BATA.

De aquesta suerte...

(*Salen todos los zagales cantando y bailando.*)

TODOS. (*Cantan.*)

¡Viva Apolo, viva,
Pues solo puede
Vencedor llamarse
Quien al Amor vence!

APOLO.

¡Ay de mí! que ya estas voces,
Mas que me obligan, me ofenden.

BATA. (*Canta.*)

Préstame esta noche
Tu arco y tus flechas,
Que me importa la vida
Matar dos dueñas.
Y solo pueden
Matar dueñas arpones
Que matan sierpes.

TODOS.

¡Viva Apolo, viva,
Pues solo puede
Vencedor llamarse
Quien al Amor...

APOLO.

Cesen,
Villanos, vuestros aplausos;
Que miente vuestra voz, miente
Vuestro acento, si de mí
Publica que solo puede
Vencedor llamarse
Quien al Amor vence.

UNOS.

¿Qué es esto?

OTROS.

¿Qué le habrá dado?

RÚSTICO.

No sé; pero el que quijere
Vivir, guárdese del sol
El dia que se enfurece.

APOLO.

Huid todos, huid de mí,
Villanos, viles, aleves;
Que ya es baldon y no aplauso
El decir que solo puede
Vencedor llamarse
Quien al Amor vence.

FLORA.

Huye, Laura. (*Vase.*)

LAURA.

Flora, huye. (*Vase*)

TODOS.

Sí, que está loco parece.

BATA.

Debe de durar la luna
De hebrero, en cuya creciente,
Ni cuando anochece sabe,
Ni sabe cuando amanece. (*Vase.*)

(*Vanse todos, quiere huir Rústico, y le detiene Apolo.*)

ESCENA XIII.

APOLO, RUSTICO.

APOLO.

No huyas tú.

RÚSTICO. (*Ap.*)

¡Por fuerza hube
Yo de ser el que cogiese!

APOLO.

¿Qué temes?

RÚSTICO.

¿Qué he de temer?
Que me dé como dar suele
Cuando madura membrillos.
Mas diga lo que me quiere.

APOLO.

Yo vi á Dafne...

RÚSTICO.

Yo tambien.

APOLO.

Y sentí en un punto breve,
No sé qué ofensa que halaga,
No sé qué halago que ofende.

RÚSTICO.

Eso no sentí yo; que eso
La gente ruin no lo siente.

APOLO.

Dijo que de una pasion
Se olvidaba: en que se infiere
Que tiene amor.

RÚSTICO.

Sí tendrá,
Porque es cosa que se tiene.
Pero ántes que pasemos
Adelante, ¿qué le mueve
A no habrar con la armonía
Que solia?

APOLO.

¿Cómo quieres,
Destemplado el corazon,
Que la voz no se destemple?
Yo es fuerza que lleve el dia
A los campos de Occidente,
Y porque sepa en mi ausencia
Si hay quien su quietud desvele,
Tú la noche en este valle
Has de estar, porque me cuentes
Si ella del sacro Peneo
Deja el cristalino albergue,
Y sale á hablar á su orilla
Con su amante.

RÚSTICO.

Hé aquí que él viene,
Y que ella sale, y se enojan
Que sin ser vecino aceche,
Y dan conmigo en el rio:
Con que yo ahogado y tú ausente
No das conmigo hasta dar
Con el signo de los peces.

APOLO.

Yo haré que en tí reparar
Nadie pueda.

RÚSTICO.

¿De qué suerte?

APOLO.

Haciendo que transformado
En árbol, ninguno á verte
Llegue, que por tronco no
Te tenga.

RÚSTICO.

¡El diablo me lleve
(Maldicion que se habrá oido
En Tesalia pocas veces),
Si tal esperare! (*Vase.*)

APOLO.

Aguarda.
Mas ¿qué importa que te alejes
Para no ser racional
Planta entre esotras viviente,
El dia que mi deidad
Puede fingirla aparente?
Y tú, en tanto, hermosa Íris,
Del olvido no te acuerdes;
Deja que la voz de Amor
Veloz en sus ecos suene.
Ame, y no olvide.

(*Vase Apolo, y vuelve Rústico convertido en árbol.*)

RÚSTICO.

¡Valedme,
Dioses de mi devocion,
Pues que lo sois, Baco y Céres,
En este aprieto, en que ya
Mi pié en raiz se convierte,

En corteza mi pellejo,
Y de la planta á la frente
En ramas mis brazos, y hojas
Mi melena y mi copete!

ESCENA XIV.

DAFNE, *despues*, CEFALO.— RUSTICO, *hecho árbol.*

DAFNE. (*Para sí.*)

En aquesta soledad,
Supuesto que ya anochece,
Libre de Apolo, será
Bien que á mis solas me queje.
(*Sale Céfalo.*)

RÚSTICO. (*Entre sí.*)

Peor es esto, que á esta parte
Parece que siento gente.

CÉFALO.

En lo florido, la senda
Es esta en que Dafne viene.

RÚSTICO. (*Entre sí.*)

Y aun á esotra, y si el escaso
Crepúsculo ver consiente,
Mezclando luces y ramas,
Entre lo rojo lo verde,
Dafne es la que viene allí,
Y Céfalo el que allí viene.
Mas ¿qué sería si él fuera
El galan que Apolo teme?
Atienda pues; que quizá
El placer será dos veces
Placer, cuando ahora lo sepa,
Y despues cuando lo cuente.

DAFNE. (*Para sí.*)

Deshecha fortuna mia,
¿Qué nuevo delirio es este,
Que no veo, que no oigo
Cosa alguna en que no encuentre
Aborrecimiento? Tanto,
Que á mí misma me parece
Que me aborrezco (¡ay de mí!)
Desde aquel instante, desde
Aquel punto...

CÉFALO.

Hermosa Dafne,
Perdona; que no consiente
El nuevo afecto que en mí
Quieren los hados que reine,
Que no te siga, porqué
El recelo de que pienses
Que es fingido amor, me hace
Que tras tí...

DAFNE.

La voz suspende;
Que fingido ó no, no sabes
A cuán mala ocasion vienes.
Y si quieres que yo crea
Que es verdad el que me quieres,
O que crea que lo finges
Tan bien que me lo parece,
Una fineza lo diga.

CÉFALO.

¿Qué fineza?

DAFNE.

Que me dejes
Con mi soledad.

CÉFALO.

No sé
Que sea fineza decente,
Que el que desdenes estima,
Se vaya por no oir desdenes.
Trátame mal; pero no
Tan mal que de tí me alejes.

DAFNE.

Haz esto por mí.

CÉFALO.

Sí haré,
Porque veas claramente
Que solo obedece quien
A tanta costa obedece.
Mas partamos el camino,
Y puesto que yo me ausente,
Quede quien te hable por mí
El rato que aquí estuviere.

DAFNE.

¿Quién ha de hablarme?

CÉFALO.

Este tronco,
En cuya corteza...

RÚSTICO. (*Para sí.*)

Ese
Es mi pellejo.

CÉFALO.

Mi amor
Dejará escrito con este
Puñal un mote...

RÚSTICO. (*Para sí.*)

¡Mal haya
El primer impertinente
Que inventó motes!
(*Céfalo escribe con el puñal.*)

CÉFALO.

Que diga,
«Céfalo por Dafne muere.» (*Vase.*)

RÚSTICO. (*Para sí.*)

Y yo por Céfalo y Dafne.

DAFNE.

Vuelva, pues que vuelvo á verme
A mis solas, á mis quejas.—
¡Qué hielo!... Mas Silvio es este.
Con su tema vendrá.

ESCENA XV.

SILVIO.— DAFNE, RUSTICO.

SILVIO.

¿Aquí,
Dafne, estabas?

DAFNE.

Por no verte
A tí, ni á nadie, busqué
Esta soledad. Si vienes
A proseguir tus fingidos
Desaires, el paso tuerce,
Y déjame; que ya sé
Lo bien que lo finges. Vete,
Silvio; que á solas me importa
Quedar... ó yo me iré.

SILVIO.

Tente;
Que no tan solo en tu busca [1]
Vengo, pero si supiese
Que aquí estabas, no llegara;
Porque aun fingidos no quieren
Acordarse mis pesares
De que fuéron tus placeres.
Acaso por aquí vine,
Y porque falsa no quedes
Presumiendo que es deshecha
De haberte seguido, deje
En este tronco mi olvido
Quien mi mudanza te acuerde.
(*Va á escribir en el árbol, y vuélvese Rústico de espaldas.*)

[1] No tan solo no vengo en tu busca, etc.

RÚSTICO. (*Para sí.*)

Ya está escrita aquesa plana,
Y si otros la hoja vuelven,
Yo vuelvo el tronco y la hoja.

SILVIO.

Aquí verás, si lo lees,
Si te busco ó no, pues dice...(*Escribe.*)
«A Dafne Silvio aborrece.» (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DAFNE, RUSTICO.

DAFNE.

Yo lo agradezco.

RÚSTICO.

Yo no.

DAFNE.

¿Quién habló aquí?

RÚSTICO.

Sea quien fuere.

DAFNE.

Voz, ¿cúya eres?

RÚSTICO.

De una planta,
Para melon excelente,
Porque es de cáscara escrita.

DAFNE.

¿Las plantas hablan y sienten?

RÚSTICO.

Presto lo verás, si á mí
Te acercas.

DAFNE.

¡Cielos, valedme!
Que al oir que lo veré
Presto, el pecho se estremece,
El corazon se retira,
El aliento desfallece:
Tanto, que aunque ya las sombras
De la noche al alba vencen,
Embargada del asombro
Con que esta voz me suspende,
Aun no acierto á retirarme.
¡Presto lo veré! Mil veces
Sienta absorta, tema muda,
Arda helada y ciega tiemble. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

RUSTICO, *y luego* APOLO.

RÚSTICO.

Ve aquí que ya para mí
Siete años la noche tiene,
Pues ya ha cerrado, y Apolo
De mí no se acuerda. Advierte,
Oh rubio padre del dia,
Que es hora de que despiertes:
Que no daré un cuarto por
Enamorado que duerme.
(*Sale Apolo.*)

APOLO.

Apénas la blanca aurora
Doró la cima eminente
Deste monte, cuando á él
Mis sentimientos me vuelven,
Fiando el pértigo del carro
A Etonte y Flegon. Aqueste
Es el árbol que dejé
Por espía: á saber llegue
Qué vió en mi ausencia. Mas él
Que me responde, parece,
Antes que se lo pregunte:
Pues un mote escrito tiene
En la corteza, que dice:

(*Lee.*) «Céfalo por Dafne muere.»
¡Oh mal hayas tú, porqué
Lo primero que en tí encuentre,
Sean mis celos!

RÚSTICO.

¿Con eso
Se viene ahora?

APOLO.

No quede
Hoja en tí...

RÚSTICO. (*Ap.*)

Vuelva la hoja,
Porque ya que esto le pese,
Estotro le desenoje.

APOLO.

Que no tale, que no queme...
(*Da Apolo con el puñal en las ramas, y Rústico se vuelve de espaldas.*)

RÚSTICO.

Aquesos son mis cabellos:
Usted no me los repele.

APOLO.

Porque otra vez no me digas...
(*Lee.*) «A Dafne Silvio aborrece.»

RÚSTICO. (*Ap.*)

Ya con esto lo he enmendado,
Pues es fuerza que se huelgue.

APOLO.

¡Esto mas, infame tronco,
Rudo padron de mi muerte,
Y aun de dos muertes! supuesto
Que no sé cuál mas me ofende,
O el que ama lo que amo,
O el que lo que amo aborrece.

RÚSTICO. (*Ap.*)

Por activa y por pasiva
Lo erré.

APOLO.

Pero en mal tan fuerte
No es ocasion de que arguya
Quién mas al alma se atreve,
El que mi gusto disfama
O el que mi gusto apetece.

RÚSTICO.

Pues ¿qué culpa tengo yo?

APOLO.

Nada me digas, y vuelve,
Rústico, á tu primer forma;
Que no quiero que me cuentes
Mas.

RÚSTICO.

¿Qué mas, si te he contado
Que dos á Dafne divierten,
Como quien quiere la cosa,
Y como quien no la quiere? (*Vase.*)

APOLO.

¡Qué distinto fuego, cielos,
De otro cualquier fuego es este,
Que aborreciendo ó amando
Contrarios vientos le encienden?

ESCENA XVIII.

DAFNE. — APOLO.

DAFNE. (*Sin ver á Apolo.*)

El mismo temor que anoche
De aquí me ausentó, me vuelve
Con el dia, persuadida
A que sus sombras, que siempre
Horrores engendran, fuéron
Ilusiones aparentes,
Y á desengañarme... Pero
Apolo está aquí.

APOLO.

Detente,
Si ya no es que vergonzosa
De que sepa de quien eres
Aborrecida y amada,
Tirana la fuga intentes.

DAFNE.

Si hubieras sabido, Apolo,
Que era yo la que imprudente
Amaba ó aborrecia,
Fuera bien irme y no verte;
Mas ¿por qué el que me aborrezcan
O me amen, ha de ponerme
En fuga tuya?

APOLO.

Porqué
No sé qué estimacion pierde,
O aborrecida ó amada,
Una mujer, sea quien fuere,
Que el saber que tiene hechos
Los oidos á desdenes
O á favores, facilita
La accion de quien se la atreve.

DAFNE.

Antes se la dificulta;
Que aborreciendo igualmente
Al que aborrece y al que ama,
A entrambos afectos tiene
Cerrado el paso: y lo pruebo.

APOLO.

¿De qué suerte?

DAFNE.

Desta suerte.
(*Vase huyendo y él tras ella, y vuelven por otra parte, sin cesar la representacion.*)

APOLO.

Aunque otra vez huyas, no,
Como otra vez, detenerme
Podrán villanos festejos.

DAFNE.

Sus alas Amor me preste.

APOLO.

¿Cómo ha de dar contra sí
Sus alas Amor?

(*Éntranse.*)

DAFNE. (*Dentro.*)

Si atiende
Que es miedo el que á mí me valga,
Para que de tí se vengue.

(*Salen.*)

APOLO.

Si es venganza tuya, ingrata,
Tu rigor, yo he de vencerle,
Triunfando dél y de tí.

(*Entran.*)

DAFNE. (*Dentro.*)

Tarde ó nunca podrás.

APOLO. (*Dentro.*)

¿Eres
El dia de hoy, que del sol huyes?

DAFNE. (*Dentro.*)

Soy el de ayer, que no vuelve.

APOLO. (*Dentro.*)

No eres sino el de mañana,
Pues á manos del sol vienes.
(*Salen: Apolo alcanza á Dafne, y deliénela.*)

DAFNE.

¡Dadme vuestro favor, dioses!

APOLO.

¿Cómo un dios contra otro puede?

DAFNE.

¿No pudo Amor contra tí?

APOLO.

Ya es fuerza que lo confiese.

DAFNE.

Y que yo á los cielos pida
Amparo.

APOLO.

Porque no lleguen
A oir sus voces... ¡bella Íris!
Haz que las tuyas las lleven
Confusas al aire.

DAFNE.

¡Eco!
Porque al alcázar celeste
Suban, repitan las tuyas
Mis ansias.

APOLO.

Todas se mezclen.

ESCENA XIX.

MÚSICA, *dentro.*— APOLO, DAFNE.

DAFNE.

Dioses, cielo, luna, estrellas...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Dioses, cielo, luna, estrellas...

DAFNE.

Montes, mares, prados, fuentes...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Montes, mares, prados, fuentes...
(*Todo esto se ha de representar huyendo ella, y desasiéndose de él siempre que la alcance, sin llegar á lucha.*)

DAFNE.

Troncos, riscos, plantas, flores...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Troncos, riscos, plantas, flores..

DAFNE.

Aves, brutos, fieras, peces...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Aves, brutos, fieras, peces...

DAFNE.

Dadme amparo...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Dadme amparo...

DAFNE.

Socorredme...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Socorredme...

DAFNE.

De un tirano...

MÚSICA. (*Dentro.*)

De un tirano...

DAFNE.

De un aleve.

MÚSICA. (*Dentro.*)

De un aleve.

APOLO.

¿Ves cómo nadie te oye?

DAFNE.

Veo que todos me ofenden.
¡Gran Peneo, padre mio!...

MÚSICA. (*Dentro.*)

¡Gran Peneo, padre mio!...

DAFNE.

Por tu honor y mi honor vuelve...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Por tu honor y mi honor vuelve...

DAFNE.

No permitas...

MÚSICA. (*Dentro.*)

No permitas...

DAFNE.

Que yo llegue...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Que yo llegue...

DAFNE.

A ver ántes...

MÚSICA. (*Dentro.*)

A ver ántes...

DAFNE.

Mi desdicha que mi muerte.

MÚSICA. (*Dentro.*)

Mi desdicha que mi muerte.

APOLO.

Primero, ingrata, en mis brazos,
Que te alivien y consuelen
Los dioses á quien invocas,
Ni los cielos á quien mueves,
Verá el Amor...

DAFNE Y MÚSICA. (*Dentro.*)

No verá.

(*Da vuelta un peñasco con Dafne, y queda á sus espaldas un laurel, con quien se abraza Apolo.*)

APOLO.

¡Hados! ¿qué prodigio es este?
¡La beldad que á abrazar iba
Entre mis brazos, convierten
En yerto tronco los dioses,
Que de su llanto se duelen!
A cuyo prodigio pasman,
A cuyo asombro fallecen,
Aun mas que ella mis sentidos:
Pero no mi fuego ardiente:
Pues á su pompa postrado,
Es bien que idólatra quede
A serlo mas de sus hojas,
Que de mis rayos las gentes,
Adorando su hermosura,
Aun en su cadáver siempre.

ESCENA XX.

Sale CUPIDO *y todos los demas, como él los va llamando.*— APOLO; DAFNE, *convertida en laurel.*

CUPIDO.

¡Iris bella!

ÍRIS.

¿Qué me mandas? (*Sale.*)

CUPIDO.

¡Eco hermosa!

ECO.

¿Qué me quieres? (*Sale.*)

CUPIDO.

¡Sabia Libia!

LIBIA.

¿Qué me ordenas? (*Sale.*)

CUPIDO.

¡Silvio ingrato!

SILVIO.

¿Qué pretendes? (*Sale.*)

CUPIDO.

¡Céfalo amante!

CÉFALO.

¿Qué dices? (*Sale.*)

CUPIDO.

¡Ninfas del Peneo!

LAS NINFAS.

¿Qué emprendes? (*Salen.*)

CUPIDO.

¡Pastores del valle!

LOS ZAGALES.

¿A qué
Nos llamas? (*Salen.*)

CUPIDO.

Oidme, atendedme.
Bien sabeis que mi desaire
Fué (ya lo he dicho otras veces)
No ser mis armas capaces
De brutos, que amor no sienten.
El triunfo disteis á Apolo;
Y para que llegue á verse
Quién triunfa con mas ventajas,
Quién mas aplausos merece,
Quien vence fieras, ó quién
Vence al dios que fieras vence;
Volved los ojos, veréis
Que á un tronco adorando muere,
Porque esto de adorar troncos
De sus ídolos lo aprende.

APOLO.

Lo que por baldon, Amor,
Me dices, es bien acepte
Por blason de mis hazañas;
Que mi mayor triunfo es este
De saber amar, ya que
Confieso que tú me vences,
Pues solo amar sabe el que ama
Aun mas allá de la muerte.
Dafne es esta, que á los dioses
Con su llanto compadece
Tanto, en culto de su honor,
Que en árbol me la convierten,
Tan raro que, vegetable
Geroglífico, contiene
Su duracion en lo eterno,
Su juventud en lo verde.
Y yo, porque desde aquí
Por sagrado le venere
El mundo, elijo sus hojas
Para lauro de mis sienes;
Siendo su nombre *laurel*,
A quien ni el ábrego hiele,
Ni el cierzo abrase, gozando
De iguales verdores siempre.
Del rayo estará seguro;
Y para que mas se aumente
Su honor, con él sus victorias
Han de coronar los reyes.

BATA.

Y añade que en las batallas
De aceitunas y escabeches
Será general.

TODOS.

A todos
Tan gran prodigio suspende.

RÚSTICO.

Sino á mí, que ya sé á qué
Sabe el ser tronco viviente.

CÉFALO.

A mí sí, pues en mí el hado
Su influjo cumplió inclemente,
Y me ha de costar la vida
Quedar llorando su muerte.

SILVIO.

Yo, aunque libre de su amor
Viva, á los dos aconseje
Que, en lôr suyo, de sus ramas
Llevemos.

TODOS.

Bien nos adviertes.

APOLO.

Tened, esperad, que no
A todos se les concede
Ese honor.

TODOS.

Pues ¿para quién
Le guardas?

APOLO.

Su dueño tiene;
Que yo de la astrología
Que en ese globo celeste
Cada dia leo, sé
Que habrá rey tan excelente
Que por su valor invicto,
Que por su ingenio prudente
Y por su persona amable,
Le merezca solamente.

TODOS.

¿Qué rey?

APOLO.

El segundo Cárlos,
De tantos gloriosos reyes
Heredero, que no solo
Consiga el alto honor deste
Primero laurel del mundo,
Mas el de todos, de suerte
Que venga á ser su corona
El laurel de los laureles:
Cuyo generoso nombre,
El dia que se celebre,
Será comun alborozo
De tantas diversas gentes,
Que no habrá parte en el orbe
Que desde oriente á occidente
No le festeje y le aplauda.

CUPIDO.

Yo (á quien como Amor compete
La celebridad del dia,
Pues ninguno habrá que niegue
Que el amor de los vasallos
Patrimonio es de los reyes),
A pesar de Apolo (puesto
Que aunque él el laurel defiende,
No es triunfo suyo el dia que
Yo le gozo y él le siente).
Tengo de ser quien humilde
De sus hojas á ofrecerle
Llegue la triunfal guirnalda.

TODOS.

Todos ufanos y alegres
Te acompañarémos.

APOLO.

Yo,
Vencido de Amor dos veces,
A ese fin seré el primero
Que su heróico nombre intente,
Si el alba le cuenta á dias,
Que el tiempo á siglos le cuente
Pues todos haciendo caso
La imaginacion, que puede
Persuadirnos á la dicha
De que merecemos verle,
Postrados (como si aquí
Le tuviésemos presente)
El sacro *Laurel de Apolo*,
Con festivos parabienes,
Ofrezcamos á sus plantas,

Por si por dicha merece,
Siendo don nuestro, ceñir
El rizo Ofir de sus sienes.
Y porque la voz de amor
En todos á un tiempo suene,
Pues es de todos, conmigo
Decid lo que yo dijere.

CUPIDO. (*Canta.*)

Señor, amor en sombras...

TODOS Y MÚSICA.

Señor, amor en sombras...

CUPIDO.

De fabulosos dioses...

TODOS Y MÚSICA.

De fabulosos dioses...

APOLO. (*Canta.*

Y del amor vencido...

TODOS Y MÚSICA.

Y del amor vencido...

APOLO.

El César de los orbes...

TODOS Y MÚSICA.

El César de los orbes...

ÍRIS. (*Canta.*)

El arco de la paz...

TODOS Y MÚSICA.

El arco de la paz...

ÍRIS.

Que vuestro imperio logre...

TODOS Y MÚSICA.

Que vuestro imperio logre...

ECO. (*Canta.*)

El eco que le esparza...

TODOS Y MÚSICA.

El eco que le esparza...

ECO.

En siempre heróicas voces...

TODOS Y MÚSICA.

En siempre heróicas voces...

TODOS.

Todos humildemente...

MÚSICA.

Todos humildemente...

TODOS.

A vuestras plantas ponen...

MÚSICA.

A vuestras plantas ponen...

TODOS Y MÚSICA.

Aquel laurel que pisa
La falda deste monte. (*Bailando.*)

CUPIDO. (*Canta.*)

Y pues hoy es el dia...

TODOS Y MÚSICA.

Y pues hoy es el dia...

CUPIDO.

Que amor sus triunfos goce...

TODOS Y MÚSICA.

Que amor sus triunfos goce...

CUPIDO.

Dénos la que ha de ser...

TODOS Y MÚSICA.

Denos la que ha de ser...

CUPIDO.

Amor de los amores.

TODOS Y MÚSICA.

Amor de los amores.

(*Canta Apolo, repitiendo siempre la música, y todos.*)

APOLO. (*Canta.*)

Apolo os lo suplica,
Previniendo esplendores,
Con que si á vos laureles,
A ella rayos coronen.

ÍRIS. (*Canta.*)

En cuya paz, el aire
Nos dé tan feliz prole...

ECO. (*Canta.*)

Que el eco de su fama
Llene mares y montes.

CÉFALO.

De suerte que á ser venga...

SILVIO.

En unidad conforme...

BATA.

Todo en ella finezas...

RÚSTICO.

Y todo en vos blasones...

TODOS.

Siendo aqueste laurel
Cuando ambas sienes dore...

MÚSICA.

Bandera de los aires,
Garzota de las flores.

TODOS.

De suerte que á ser venga,
Cuando ambas sienes dore
Este laurel, que pisa
La falda deste monte,
Bandera de los aires,
Garzota de las flores.

Repitióse esta fiesta en el dia del nombre del rey nuestro señor Don Cárlos II; en cuya ocasion corrigió Don Pedro los errores con que corria impresa la primera jornada, y escribió la segunda con la novedad que se advierte en esta edicion.

LOA PARA LA FIESTA DE ZARZUELA

LA PURPURA DE LA ROSA,

REPRESENTACION MÚSICA.

Hízose en el coliseo de Buen-Retiro, en la publicacion de las paces y felices bodas de la Serenísima infanta de España, María Teresa, con el Cristianísimo rey de Francia Luis XIV. — 1659.

PERSONAS.

LA ZARZUELA.
LA ALEGRIA.
LA TRISTEZA.
EL VULGO, *en traje de loco.*
CORO PRIMERO DE MÚSICA.
CORO SEGUNDO DE MÚSICA.

Campo.

Sale LA ZARZUELA, *en traje de villana.*

ZARZUELA.

¿Quién creerá que hayan sabido
Ser tan mañosas mis penas,
Que obligándome á sentirlas
Me obligan á agradecerlas?
¿Ni quién que mis sentimientos
Tan contrario viso tengan,
Que como dolor halaguen,
Y como lisonja ofendan?
Oscuro enigma es forzoso
La proposicion parezca,
Pues, ¡Tristeza y Alegría!... *(Llamando.)*

Salen por una parte LA ALEGRIA, *y por otra* LA TRISTEZA, *vestidas de damas, trayendo cada una su* CORO DE MÚSICA.

TRISTEZA.

¿Qué me mandas?

ALEGRÍA.

¿Qué me ordenas?

ZARZUELA.

Saber cuál es de las dos
La que hoy en mi pecho reina;
Porque siendo como sois,
La Alegría y la Tristeza,
No sé cómo en mí tengais
Tan equívocas las señas,
Que sin saber distinguir
Cuál aflija ó cual divierta,
A una con pesar la estime,
Y á otra con placer la sienta.

TRISTEZA.

En diciéndonos la causa
Que tan confusa te tenga,
Verás cuánto facilita
A tu duda mi respuesta.

ALEGRÍA.

Y la mia, pues no acaso
A tus afectos atentas,
Hoy con novedad, trocadas
Las pasiones, nos encuentras.

ZARZUELA.

Aun esa es mi confusion,
Que haya novedad que quiera
Que el gozo se desconozca,
Y el no gozo se agradezca.
Y ya que tan misteriosas
Mis dudas os compadezcan,
Oid la causa. Ya sabeis
Que esa humilde, esa pequeña
(Bien que real), pobre alquería
Es (si en mí lo representa
Lo montaraz de mi traje)
La olvidada, la desierta,
La desvalida, la sola
Fábrica de la Zarzuela.
Tambien sabeis que del año,
Con mi austeridad contenta,
Pasaba la edad, en fe
De que en su circular vuelta
Habria dia que ilustrasen
Los términos de mi esfera
El sol, el alba y la aurora,
Que acompañados de estrellas,
Iluminaban mis cotos
Con tan claras luces bellas,
Que del invierno la estancia
Mas aterida y mas yerta
Era para mí la mas
Rica y fértil primavera:
Tanto que de mis golosas
Cabras la manada inquieta,
Desconociendo en el prado
Los esmaltes de la yerba,
Paciéndolos como escarchas,
Los bebian como perlas.
Y siendo así que pasaban
Engañadas mis finezas
Con la esperanza de un dia,
De todo un año la ausencia,
Son ya dos los que de mí
Ni se duelen ni se acuerdan.
Y aunque es verdad que mis ansias
Pasaron á conveniencias,
A causa de que las causas
Porque á mis montes no vengan
Fuéron tan dichosas, como
Que su venida impidieran
Los dos felices natales
De las dos felices prendas
Próspero y Fernando, que
Edades vivan eternas
(Por quien me acuerdo que dije
En otra ocasion como esta,
Que hubo amor de puro fino,
Consolado con la ausencia);
Con todo, viendo este año
Aquella esperanza nuestra
Que creimos repetida,
Si no negada, suspensa,
No sé cómo consolarme
De que, no durando en ella
El logro, dure en mí el daño,
Y que olvidada me tengan.
Y así, persuadida en una
Parte á que la causa sea
Felice tambien; y en otra
Temerosa de que pueda
Ser que sea porque ya
Sus cariños no merezca,
No sé si triste ó alegre,
Ria ó llore, viva ó muera,
Aliente ú desmaye, gima
O respire: y pues opuestas
Y amigas á un tiempo entrambas
Iguales me asistis, sepa
Qué afecto de los dos es
El que, como dije, reina
Hoy en mí.

ALEGRÍA.

El de la alegría.

TRISTEZA.

No es sino el de la tristeza.

ZARZUELA.

¿Cómo juntas?

ALEGRÍA.

¿Eso ignoras?

TRISTEZA.

¿Eso dudas?

ZARZUELA.

¿Pues no es fuerza?

ALEGRÍA.

No, cuando es justo que arguyas...

TRISTEZA.

No, cuando es razon que infieras...

ALEGRÍA.

Que hay tan parciales acasos...

TRISTEZA.

Tan neutrales contingencias...

ALEGRÍA.

Que mezclando llanto y risa...

TRISTEZA.

Que alternando gozo y pena...

ALEGRÍA.

Obliguen que á un tiempo mismo...

TRISTEZA.

Fuercen á que á una hora mesma

ALEGRÍA.

En distintos coros...

TRISTEZA.

En tropas diversas...

ALEGRÍA.

De parleras aves...

TRISTEZA.

De fuentes risueñas...

ALEGRÍA.

Llore la Alegría.

SU CORO.

Llore la Alegría.

TRISTEZA.

Cante la Tristeza.

SU CORO.

Cante la Tristeza.

ZARZUELA

¿Llore la Alegría, cante la Tristeza?
En vez de aliviar mis dudas
Vuestras voces, las aumentan;
Pues con ellas me dejais
Al ver trocadas las señas,
Que en distintos coros...

CORO 1.°

En distintos coros...

ZARZUELA.

Que en tropas diversas...

CORO 2.°

En tropas diversas...

ZARZUELA.

De parleras aves...

CORO 1.°

De parleras aves...

ZARZUELA.

De fuentes risueñas...

CORO 2.°

De fuentes risueñas...

ZARZUELA.

Llore la Alegría...

CORO 1.°

Llore la Alegría.

ZARZUELA.

Cante la Tristeza.

CORO 2.°

Cante la Tristeza.

ZARZUELA.

Y así os ruego que las dos
Me hableis mas claro.

TRISTEZA.

Oye atenta:
Sabrás que no menor dicha
Hoy sin tus reyes te tenga,
Que otros años.

ZARZUELA.

¿No menor?

LAS DOS.

Sí.

ZARZUELA.

¿Cómo?

ALEGRÍA.

Desta manera.
Publicó á voces la fama
La mas venturosa nueva,
Que coronada de plumas,
Llevó, vestida de lenguas...

TRISTEZA.

En órden á que de España
Y Francia las dos diademas,
Que ciñó de roble Marte,
Ciña de oliva Minerva...

ALEGRÍA.

Siendo de la paz, bien como
Sacros íris de su iglesia...

TRISTEZA.

Eclesiástico y seglar
Los brazos que los sustentan.

ALEGRÍA.

Dígalo el Bidasoa, pues
De la mayor conferencia..

TRISTEZA.

Del mayor congreso vió
En su cristalina esfera...

ALEGRÍA.

De los dos polos de Europa
La lealtad y la prudencia...

TRISTEZA.

La religion y la fe,
A sus dos patrias atentas.

ALEGRÍA.

¡Oh felice edad, en que
Se cansó de ver la guerra
En no opuestas voluntades
Las políticas opuestas!

TRISTEZA.

Y, ¡oh feliz edad que tuvo
Arbitros que á engazar vuelvan
Con el español laurel
La flor de la lis francesa!

ALEGRÍA.

Con que ocupados los reyes
En tan sagradas materias...

TRISTEZA.

Por acordarse de todos,
De tí sola no se acuerdan.

ZARZUELA.

Aunque ya estoy respondida,
Y consolada en que sea
Tan soberana la causa
Que hoy en la corte los tenga
De mí retirados, no
Lo estoy en cuanto á cuál pueda
Ser la que, como ya dije,
Haga que, amigas y opuestas,
Llore la Alegría...

CORO 1.°

Llore la Alegría.

ZARZUELA.

Cante la Tristeza.

CORO 2.°

Cante la Tristeza.

ALEGRÍA.

Conferíase la paz,
Y porque nunca parezca
A la vulgar ignorancia
Que era capítulo della,
De nuestra infanta divina,
Hermosa María Teresa,
El nupcial tálamo augusto,
Sin ver cuánto son diversas
En la campaña las armas
Que en la corte las decencias;
Antes que se publicase,
Como apartada materia
Tratada en un mismo tiempo
Sin que una de otra dependa,
Vino el duque de Agramont
A pedirla.

TRISTEZA.

De manera
Que allá la paz se ajustaba,
Y acá el casamiento, en muestra
De ser cosas tan distintas,
Como ser en paz y guerra
Desavenencias de Estado,
U de Estado conveniencias;
Pues para casar España
Con Francia, lo mismo fuera
Al lustre de ambas coronas
Haber paces que no haberlas.

ALEGRÍA.

Con que asentado el principio,
Y salva ya la sospecha
De que no se capitulan
Las manos como las fuerzas,
Aceptó el Rey la embajada.

TRISTEZA.

Y pues ya estás satisfecha
En la parte de ambas dudas...

ALEGRÍA.

Oye ahora; que aquí entra
Estar triste la Alegría.

TRISTEZA.

Bien como de la manera,
Que entra aquí ahora tambien
Alegre estar la Tristeza.

ALEGRÍA.

Pues siendo así, que en sus bodas
Nos amenaza su ausencia...

TRISTEZA.

Pues siendo así que su empleo
Su pérdida lisonjea...

ALEGRÍA.

¿Qué mucho que enternecida
La Alegría se suspenda?

TRISTEZA.

La Tristeza consolada
¿Qué mucho que se divierta?

ALEGRÍA.

Con que compitiendo...

TRISTEZA.

¿Cuál mas noble sea?...

ALEGRÍA.

Gozo que entristece...

TRISTEZA.

U dolor que alegra...

ALEGRÍA.

Es fuerza que á un tiempo...

TRISTEZA.

Tristes y contentas...

MÚSICA.

Llore la alegría,
Cante la Tristeza.

ZARZUELA.

Suspendida entre las dos,
No sé qué afecto prefiera.

TRISTEZA.

El que por verla reinar,
Se sacrifica á no verla.

ALEGRÍA.

Poco fino es el amor
Que el interes le consuela,
Pues no es que reina la gane
El que infanta no la pierda

TRISTEZA.

Ménos fino es el amor
Que solo su gusto precia,
Y por no perderla infanta,
No estima mirarla reina.

ALEGRÍA.

A lucir va el sol á otra

Region, y cuando se aleja,
No porque él vaya á lucir
Dejo yo de quedar ciega.

TRISTEZA.

Sí, mas ya es noble hidalguía
No sentir, cuando se ausenta,
El que me anochezca á mí
Para que á otros amanezca.

ALEGRÍA.

¿Dejará la fértil mina
De sentir que de sus venas,
Rasgándola las entrañas,
Por mas duras que las tenga,
La arranquen el oro?

TRISTEZA.

No,
Mas toleraráło cuerda,
Cuando vea que el crisol
Para corona le acendra.

ALEGRÍA.

¿Qué rosal no sentirá
Que le corten la mas bella
Pompa suya?

TRISTEZA.

El que, empleada
En sacro culto, la vea,
Sin dejar de ser aroma,
Pasarse de rosa á estrella.

ALEGRÍA.

La mas bronca concha inculta
De sentimiento se quiebra,
Cuando la perla le quitan.

TRISTEZA.

Por bronca inculta que sea,
Se holgará que peregrina
Del mas sacro lirio penda.

ALEGRÍA.

¡Ay! que noche, mina, concha
Y rosal, robados quedan
Sin perla, oro, rosa y sol.

TRISTEZA.

No hacen tal, si consideran
Tiara, estrella, adorno y dia,
A sol, oro, rosa y perla.

ALEGRÍA.

En fin, triste la Alegría,
Que sin ella quede, es fuerza

TRISTEZA.

Y en fin, la Tristeza, alegre
Es fuerza quedar sin ella.

ALEGRÍA.

Y así interpolando
Lágrimas y fiestas...

TRISTEZA.

Y así desmintiendo
Venturas y penas...

ALEGRÍA.

Es bien que amorosa...

TRISTEZA.

Es justo que tierna...

ALEGRÍA Y SU CORO.

Llore la Alegría.

TRISTEZA Y SU CORO.

Cante la Tristeza.

ZARZUELA.

Aunque mi primera duda
Vuestra cuestion desvanezca,
No la segunda, que nace
De la misma competencia.
¡Qué bien haces, Alegría,
Si dese placer te pesa!
Y ¡qué bien, Tristeza, haces
Si dese pesar te huelgas!
Y en efecto, ¡qué bien yo,
Aunque rústica y grosera,
Hago tambien en quedarme
Hoy entre las dos suspensa,
Sin saber determinar
Si llorosa ó si risueña,
El contrapesar mi amor
El gusto á la conveniencia,
Es Tristeza bien hallada,
O Alegría mal contenta!

LAS DOS.

Y en fin, ¿á qué te resuelves?

ZARZUELA.

No sé á lo que me resuelva,
Y así, dejo á cada uno
Lo libre de la sentencia;
Que en afectos tan leales,
Juez de sí mismo cualquiera,
Quien se entienda ménos bien,
Será quien mejor se entienda.
Solo diré de mi parte
Que atenta á las dos, quisiera,
Pues sin verla he de quedarme,
Que no se fuesen sin verla.

Sale EL VULGO, *vestido de loco.*

VULGO.

Si ese es tu deseo, bien puedes
Darme, oh hermosa Zarzuela,
Albricias.

ZARZUELA.

¿Quién eres, dime,
Oh tú, que de tan diversas
Colores el loco traje
Vistes?

VULGO.

¿Quién quieres que sea,
Sino el Vulgo, que siguiendo
Hoy á Alegría y Tristeza,
Loco de contento y loco
De pesar, en ambos temas
Loco y alegre, se explica
Con una locura cuerda?

ZARZUELA.

¿Y de qué son las albricias?

VULGO.

De que no solo hoy celebra
Con su sobrino el Rey paces,
Mas con su cuidado treguas;
Pues queriendo divertir
La generosa tarea
De tantos nobles afanes
(Para volver quizá á ella
Con mas aliento, bien como
El que al salto ó la carrera
Se hace atras para cobrar
Mas impelida la fuerza),
Manda que á la corte vayas,
Y que le lleves la fiesta
Que prevenida tenias,
Repitiendo aquel emblema
Del arco, por quien se dijo,
«Descanse un rato la cuerda.»
Con que no se ausentará
La Infanta sin que la veas,
Y tan presto, que no dudo
Que aquesta noche te espera.

ZARZUELA.

Desas nuevas en albricias
El alma y la vida diera,
Si como ir á verla estimo,
No hubiera de sentir verla.

VULGO.

¿Por qué?

ZARZUELA.

Porque como estaba
Desa dicha tan ajena,
Desprevenida me hallo
De algun festejo que hacerla.

VULGO.

¿Faltarán medios?

ZARZUELA.

¿Qué medios?

VULGO.

Mágico dijo que era
El afecto un cortesano,
Y no mal, si consideras
Cuánto el afecto se sabe
Esmerar en extrañezas,
Que, sin saber cómo, se obran,
Y sin ver cuándo, se inventan.
Válete dél, y verás
Con cuán pronta diligencia
La fábula escribe y hace
Que se estudie y que se sepa,
Desde aquí á Madrid.

ZARZUELA.

¡Ay, Vulgo,
Con qué facilidad piensas
Que una fiesta se dispone!
Mas como tú veas la fiesta,
¿Quién te mete en apurar
Lo que á quien la escribe cuesta?
Mas ya que de tu consejo
Valerme por hoy es fuerza
¿Dónde el afecto hallaré?

VULGO.

En esas músicas bellas,
Que Tristeza y Alegría
Traen tras sí.

ALEGRÍA.

Bien dice, que ellas
Voces de mi afecto son.

TRISTEZA.

Y del mio.

VULGO.

¿Pues qué esperas
Para invocarlas, di?

ZARZUELA.

Nada,
Pues todo un Vulgo me alienta.
¡Ah de la triste Alegría!
¡Ah de la alegre Tristeza!
¡Sonoros coros de entrambas!

TODA LA MÚSICA.

¿Qué dices? Qué mandas?
Qué quieres? Qué ordenas?

ZARZUELA.

Que este concepto del Vulgo
Que tantas veces nos cuenta
Que el afecto hace milagros,
Reduzgamos á experiencia.
¿Os atreveréis, pues sois
De amor mágicas ideas,
En esta breve distancia
Que de aquí al Retiro resta,
A estudiar un festin?

MÚSICA.

Sí.

ZARZUELA.

¿No os acobarda la priesa
Con que os lo prevengo?

MÚSICA.

No, (*Bailando.*)
Porque mires, notes,
Oigas y veas,
Que hoy entre gozo y pena
No se da espacio,
Y es verdad, que afectos
Hacen milagros.

VULGO.

Porque veais que aunque soy loco,
No lo son mis consecuencias,
Ya el sagrado Manzanares,
Al vernos en sus riberas,
A un cisne de sus espumas,
Cantando en su edad postrera,
Le hace cortar una de
Las blancas plumas que peina,
Para que en esta ocasion
(Aun ántes que á la obediencia
Atento, atento al cariño)
Represente en una nueva
Fabula á Vénus y Adónis,
De quien el título sea,
La Purpura de la rosa.
Y no os admire que sepa
Yo el asunto ya; que el Vulgo
Nunca aguarda que sucedan
Las cosas; que adivinarlas
Es lo mismo que saberlas.
Por señas de que ha de ser
Toda música; que intenta
Introducir este estilo,
Porque otras naciones vean
Competidos sus primores.

TRISTEZA.

¿No mira cuánto se arriesga
En que cólera española
Sufra toda una comedia
Cantada?

VULGO.

No lo será,
Sino solo una pequeña
Representacion; demas
De que no dudo que tenga
En la duda de que yerre,
La disculpa de que inventa.
Quien no se atreve á errar, no
Se atreve á acertar; y aquestas
Cosas, como sea por alto,
¿Qué se pierde en que se pierdan?

ALEGRÍA.

¿Serás dese parecer
Tú, cuando llegues á verla?

VULGO.

No, que soy Vulgo, y no sé
Nada recibir en cuenta,
Sea novedad ó no,
Tenga primor ó no tenga.
Como me parezca mal,
Diré lo que me parezca.

ZARZUELA.

Nunca mas agradecido
Fuiste tú. Y pues ya se dejan
Ver del Retiro las torres,
En tanto que se prevenga
Esa representacion,
Sirvan las músicas vuestras
De dar principio á la loa.

UNOS

Norabuena.

OTROS.

Norabuena.

ALEGRÍA.

Cuarto planeta español,
Alemana aurora bella,
Si vuestra mejor estrella,
Vuestro mejor arrebol,
Ausente de aurora y sol
Va á llevar de vuestro dia
Luces á otra monarquía,
Perdone la conveniencia,
Y permitid que en su ausencia
Llore la Alegría.

MÚSICA.

Llore la Alegría.

TRISTEZA.

A reinar vais: con que no
Grosero mi placer veis,
Porque como vos reineis,
¿Qué importa que sienta yo?
Y pues vuestro honor suplió
Faltas de vuestra belleza,
Permitid que en la fineza
Con que se muestra mi amor,
Agradecido al dolor,
Cante la Tristeza.

MÚSICA.

Cante la Tristeza.

ZARZUELA.

Id á dar (para que en fin
Mejor se unan gloria y pena)
A Próspero una azucena
Y á Margarita un Delfin;
Que uno y otro serafin,
De gozo harán que ese dia...

MÚSICA.

Llore la Alegría.

ZARZUELA.

Y ausente vuestra belleza...

MÚSICA.

Cante la Tristeza.

ZARZUELA.

Porque si vuestra grandeza
Sus retratos nos envía,
Dicha de todos y mia
Será, majestad la alteza...

MÚSICA.

Que llore la Alegría,
Que cante la Tristeza,
Que cante la Tristeza,
Que llore la Alegría.

VULGO.

Y vosotras, deidades
Destas riberas,
Advertid que afectos
No son finezas.
Bien podeis admitirlos,
Dirá el aplauso,
Si es verdad que afectos
Hacen milagros.

MÚSICA.

Y vosotras, deidades
Destas riberas, etc.
(*Repiten bailando, y dan fin á la loa.*)

LA PURPURA DE LA ROSA,

ZARZUELA.

PERSONAS.

ADONIS.
MARTE.
AMOR.
VENUS.
BELONA.
EL TEMOR.
EL DESENGAÑO.
EL RENCOR.
LA ENVIDIA.
LA IRA.
LA SOSPECHA.
CHATO, *villano.*
DRAGON, *soldado.*
FLORA, *ninfa.*
CINTIA, *ninfa.*
CLORI, *ninfa.*
LIBIA, *ninfa.*
CELFA, *villana.*
SOLDADOS.
VILLANOS.—MÚSICOS.

JORNADA ÚNICA.

El teatro será de bosque, y van saliendo FLORA, CINTIA, CLORI Y LIBIA, *cada una de por sí, cantando en estilo recitativo, mirando al vestuario, y huyendo, como con asombro y admiracion.*

FLORA.

Al bosque, al bosque, monteros;
Que osadamente veloz
Va en alcance de una fiera
La hermosa madre de Amor.

CINTIA.

Ventores, al valle, al valle;
Que empeñado su valor,
Se fia en que la hermosura
Aun vence mas que el arpon.

CLORI.

Al monte, al monte, sabuesos;
Que bien tendrá su esplendor
Contra los hombres poder;
Mas contra los brutos no.

LIBIA.

Lebreles, al llano, al llano;
Que del cerdoso terror,
Errado el tiro, embesti
Peligra su perfeccion.

FLORA.

Id...

CINTIA.

Llegad...

CLORI.

Corred.

LIBIA.

Volad...

LAS DOS.

Que el cansancio...

OTRAS DOS.

Que el temor...

TODAS.

Ha desmayado en nosotras
Vida, alma, aliento y accion.

VÉNUS. (*Dentro.*)

¡Ay infelice! ¿No hay
Quien me dé amparo y favor?
¿No hay quien me socorra ¡cielos!
En tan fiero lance?

ADÓNIS. (*Dentro.*)

Yo,
Yo, que vivo iman del blando
Boreal norte de tu voz,
Pude en tu amparo llegar
A tan felice ocasion...

Saca ADONIS *en brazos á* VENUS.

Que acometido sin culto
Lo hermoso de lo feroz,
Solicitaba apagar
Su mejor estrella al sol.
Y adelantando á la planta
La saeta (que debió
De haber quitado la pluma
A una ala del corazon),
Tremolada en su cerviz,
Pua añadida se vió,
Como en sagrado castigo
De tan sacrílego error:
Con cuyo acertado impulso
El bandido bruto atroz
Dejó de seguirte, á tiempo
Que de tu fuga el pavor
Tropezó en tu lijereza,
Para que llegando yo,
Te recibiese en mis brazos:
Con que no queda deudor
Tu riesgo á mi beneficio,
Pues tan presto le pagó,
Que ha dejado la fineza
Ajada del galardon.

VÉNUS.

Ya que del pasado susto,
Gallardo hermoso garzon,
Mis fatigados alientos
Cobran la respiracion;
Y mas viendo que la herida
Fiera, manchando el verdor,
Al monte á emboscarse vuelve,
Con que mas segura estoy;
Sepa quién eres.

TODAS.

Y sepan
Cuantas á su adoracion
Asisten, á quién deudoras
De tan gran dádiva son
Como la vida de Vénus.

ADÓNIS.

¿Tú eres Vénus?

VÉNUS.

Sí, yo soy,
Deidad y reina de Chipre.
¿Mas de qué es la suspension?

ADÓNIS.

De haber llegado á mirar
Prodigio tan superior,
Como que naciese nieve
Para que engendrase ardor.
¿Tú eres la madre de aquel
Desnudo vendado dios,
Que por mas que dore el hierro,
Nunca ha dorado el error?
¿De aquel escándalo niño,
Tan siempre niño, que no
Es mayor que el dia que nace,
Y crece á no ser mayor?
¿De aquel tirano caudillo,
Que en la lid de una pasion
Hizo sinrazon, haciendo
Prisionera la razon?
¿De aquel intruso poder,
Que con el mismo dolor
Que en la prision atormenta,
Entretiene en la prision?
Pues perdona, que aunque sea
Mi mas heróico blason
Haberte dado la vida,
Triunfo ha de ser no menor
No darte aplauso, porqué
Veas que Adónis llegó
Solo en el mundo á lograr
En una victoria dos.

VÉNUS.

Oye, no porque pretenda
Aplausos tuyos, sinó
Porque sepa quién blasona
Con tan libre presuncion.

ADÓNIS.

Quien aborrecido hijo
Tan desde luego nació
De sus padres, que aun en ellos
No supo qué era aficion.
Mirra, mi madre, lo diga,
Pues apénas me engendró,
Cuando en odio del concepto,
Hurto de amante traicion,
Su mismo padre mi vida
Y su vida abandonó,
Tanto, que la dió la muerte:
Cuya mísera afliccion
En sus últimos alientos
Los dioses compadeció,
Convirtiéndola en un árbol,
De cuyo llorado humor,
Guardando el nombre de *mirra*
Nací bastardo embrion,
Maldecido de mis padres,
Y con tan gran maldicion,
Como que de un amor muera.
Considere tu atencion,
Si en mi horóscopo primero
Aborto de un tronco soy;
Si despues llevo tras mí
El heredado temor
De que de amor muera, puedo
No aborrecer al Amor.
A cuya causa, dejando
La comercial poblacion
De los hombres, de las fieras
Vivo una y otra mansion,
Tan huésped de las montañas,
Que muchas veces dudó
Su mismo vulgo, si era
La caza ó el cazador.
Y así, á mis hados, no á mí,
Culpa, cuando ves que voy
Huyendo de tí, en alcance
Del bruto que de mí huyó;
Que he de rematarle, ya
Que es tan rudo mi valor,
Que huyo de las hermosuras
Y de las fierezas no. (*Vase.*)

VÉNUS.

Oye, aguarda, escucha, espera,
Advirtiendo que no es don
Para una dama una vida
Que afrenta su estimacion.
Tenedle, cielos.

Quiere seguirle Vénus, y sale MARTE *al encuentro.*

MARTE.

¿A quién,
Hermosa Vénus, tu voz
Ansiosa llama, y de quién
Forma quejas?...

VÉNUS. (*Ap.*)

¡Muerta estoy!

MARTE.

Que, segun al eco oí,
(Que es tan liberal ladron,
Que hurtándote el medio acento,
Entero me le llevó),
Tu estimacion ofendida
Se lamenta: y es baldon
Que tú te quejes al cielo
Estando en la tierra yo.
¿Qué es esto, Vénus?

VÉNUS.

No sé.

MARTE.

Considera que aunque estoy
Tan rendido á tu desden,
Tan postrado á tu favor,
No por eso no soy Marte;
Que ántes por eso lo soy,
Pues osar á una hermosura
Es el ánimo mayor.
¿Ves el militar estruendo,
Ves el bélico furor
Con que me aclaman las lides
Por su mas guerrero dios,
Y mas hoy, que Egnido y Délfos,
Islas de Marte y el Sol,
Arden en guerras, á cuya
Causa, ausente de tí estoy?
Pues todos mis triunfos, todas
Mis victorias, no lo son,
Hasta llegar á tí mas
Vencido que vencedor.
Y así, no porque rendido
Me veas, juzgues que no
Te sabré vengar. ¿Quién pues
Te ofende?

VÉNUS. (*Ap.*)

¡Qué confusion!
Si le digo lo que ha sido,
Ha de mostrar su rigor
Contra ese jóven; y aunque
Pasó á desaire el favor,
No es desaire que me obligue
Mas que á sentirle.

MARTE.

¿Pues no
Respondes?

VÉNUS.

¿Para qué quieres
Que te diga que el temor
De que te ame sin cariño,
Llega á tan mala ocasion,
Que acordándome de que
Fuimos fábula los dos
De los dioses... yo... si... cuando...
—Mas perdona, que no estoy
Para proseguir; que un susto,
Un delirio, una ilusion,
Un letargo, han embargado
Alma y vida. (*Ap.* Muerta voy.) (*Vase.*)

MARTE.

¿Qué extrañeza es esta, cielos,
Que en Vénus mi afecto halló,
Que mas que me calla el labio,
Me dice la turbacion?
¿Qué es esto, Flora?

FLORA.

(*Ap.* ¡Ay de mí!
Que su fiera condicion
No es para burlas.) No sé:
Clori lo dirá mejor. (*Vase.*)

MARTE.

Clori, ¿qué es esto?

CLORI.

Saliendo

A caza al primer albor...
Mas Cintia te lo dirá. (*Vase.*)

MARTE.

Cintia.

CINTIA.

Yo nada, señor,
Sé: mejor lo dirá Libia. (*Vase.*)

MARTE.

Libia.

LIBIA. (*Ap.*)

Sin apelacion
He quedado para otra.

MARTE.

¿Qué es esto?

LIBIA.

Tristezas son
De tu ausencia.

MARTE.

Mientes, mientes:
Que á ser amante pasion,
Los que ayer fuéron halagos,
No fueran despegos hoy.
Dime qué ha sido, ó la muerte...

LIBIA.

Suspende, Marte, la accion;
Que en efecto soy criada,
Aunque de deidad lo soy.
Vénus siguió un jabalí...
Y como en fin, no es razon
Que acierte con ningun puerco
Ningun amoroso arpon,
Erró el tiro: con que él
Tan grosero la embistió,
Que peligrara, si un bello
Airoso galan garzon
No la socorriera.

MARTE.

Calla,
No prosigas, ten la voz.
Si no era para callado
Lo que Libia me contó,
¿Por qué me lo calló Vénus?
Aquí hay segunda intencion.
¡Cuánto, cielos, se adelanta
La amante imaginacion!

(*Dentro cajas y trompetas.*)

UNOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Guerra, guerra!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Marte!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el Sol!

MARTE.

¿Pero qué lejano acento,
Ocupando la region
Del aire, llega á mi oido?
Quién trae estos ecos?

Aparece BELONA *en un arco íris.*

BELONA.

Yo,
Que al fin, como hermana tuya,
Interesada en tu honor,
Vengo, Marte, á persuadirte
Que vuelvas por tu opinion;
Pues los de Délfos, sabiendo
Que te ausenta tu pasion,
Porque el Sol se lo ha contado,
(Que no calla nada el Sol),
Los ejércitos de Egnido
Asaltan, y tu favor
Aclaman cuantos en él
Te dan sacra adoracion:
A cuya causa, mi ira,
Siempre tuya, le pidió
A Juno el arco de Íris,
Para que vuelvas veloz
A auxiliar tus gentes, que
Dicen en marcial clamor...

(*Dentro cajas y clarines.*)

SOLDADOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

UNOS. (*Dentro.*)

¡Viva Marte!

OTROS. (*Dentro.*)

¡Viva el Sol!

BELONA.

¿Qué aguardas, pues?

MARTE.

¡Ay, Belona!
Que has venido en ocasion,
Que rémora de mis iras
Cobardes sospechas son.
Pero mi fama es primero.
Vamos; que en viendo que doy
Fuerza á mi gente, verás
Que la quito á mi temor,
Volviendo donde... Mas esto
Lo dirá el tiempo mejor,
Cuando, si á verdades pasan
Sospechas que ahora son,
Diga el eco en mas sangrientas
Lides de celos y amor...

TODOS. (*Dentro.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
¡Viva Marte! ¡Viva el Sol!

Despliégase el íris, baja BELONA, *y arrebatando á Marte, desaparecen los dos, y salen* CELFA Y CHATO.

CHATO.

¿Sabrás, Celfa, responder
A una duda?

CELFA.

A buen seguro.

CHATO.

Desde que eres mi mojer,
¿Qué será...

CELFA.

Di.

CHATO.

Que de puro
Verte, no te puedo ver?

CELFA.

¿Sabrás responderme á mí
Tú á otra duda?

CHATO.

Creo que sí.

CELFA.

Aborrida yo tambien,
¿Por qué no te quiero bien,
Ya que me muero por tí?

CHATO.

Penas se toman y dan,
A un rofian enseñar plugo.

CELFA.

Y en favor del tal rofian
Yo vi azotar al verdugo.

CHATO.

Yo enterrar al sacristan.

CELFA.

A todos su mismo error
El pago da.

CHATO.

No lo niego,
Y porque lo veas mejor,
Yo conocí un vêdor ciego.

CELFA.

Y yo sordo á un auditor.
Mas dónde el discurso irá
A parar, saber espero.

CHATO.

Todo marido es arriero
Que lleva cargas, y va
A dar en su paradero.
Cuando á ver á Vénus bella
El dios Marte viene aquí,
¿A qué efecto hace mi estrella
Que sea el mártes para ella,
Y el agüero para mí?
¿Qué soldadillo es aquel
Que suele venir con él?

CELFA.

¿Soldadillo? Es ilusion;
Porque no es sino dragon.

CHATO.

¿Quién vió pena mas cruel?
¿Dragon?

CELFA.

Sí, que de dragones
Marte allá en sus escuadrones,
Diz que se sirve.

CHATO.

¡Ay de mí!
Mas si es dragon, ¿cómo, di,
Tú con él á hablar te pones
Cada noche en el jardin,
Adonde á Vénus servimos?

CELFA.

¡Ay! ¡qué maldito magin!

CHATO.

Ello dirá... y pues venimos
A este monte, solo á fin
De hacer leña, yo sabré
Cortar un garrote, que
Diga si es dragon ó no.

UNOS. (*Dentro.*)

Guarda la fiera.

OTROS. (*Dentro.*)

To, to.

OTROS. (*Dentro.*)

De aquella montaña al pié
La he descubierto.

CELFA.

¡Ay de mí!

CHATO.

No te asustes, que por tí
Deben de decirlo: espera.

UNOS. (*Dentro.*)

A la falda, á la ribera.

Sale ADONIS.

ADÓNIS.

Decidme si por aquí
Herida, al amanecer
Visteis, villanos, correr
Una fiera.

CHATO.

En todo el dia
No he visto, por vida mia,
Mas fiera que mi mujer.
Si á ella, que bastante indicio
Da de ser fiera rabiosa,
Busca tan noble ejercicio,
Aunque para vos no es cosa,
Ahí está á vueso servicio. (*Vase.*)

CELFA.

No hagais caso de un villano
Tan tosco, rudo y grosero. (*Vase.*)

ADÓNIS.

El jabalí sigo en vano,
Y pues no alcanzarle es llano,
Descansar á sombra quiero
Deste risco, pues me ofrece,
Matizado de colores,
En la alfombra que guarnece,
Verde lecho, que parece
Mullido catre de flores.
(*Échase en el suelo.*)
¡Cuánto vive aquí mejor
Ociosa la voluntad,
Que en el alcázar mayor,
Donde la deidad de amor
A mi costa sea deidad!
Dígalo en la verde esfera
Desta estancia lisonjera
Cansancio que en sueño para;
Pues no durmiera si amara,
O no amara si durmiera.

Quédase dormido, y salen VENUS Y LAS NINFAS.

VÉNUS.

Pues extremos que él vió,
O cajas que yo oí,
Ausentaron á Marte,
Dejadme discurrir
Sin mí y conmigo á solas,
El ameno país
Destos montes, en cuyo
Marañado confin
He de ver (¡ay de mí!)
Si hallo el descanso donde le perdí.

FLORA.

Considera...

VÉNUS.

No tienes,
Flora, que me decir.

LIBIA.

Mira...

VÉNUS.

¿Qué he de mirar?

CINTIA.

Advierte..

VÉNUS.

No he de oir.

CLORI.

¿Tanto de una tristeza
Te dejas vencer?

VÉNUS.

Sí.
Dejadme pues, dejadme
Sola, todos os id.

TODAS.

A pesar del amor
Que nos lleva tras tí,
Te dejarémos. (*Vanse.*)

VÉNUS.

Ya
Que las eché de aquí,
He de ver (¡ay de mí!)
Si hallo el descanso donde le perdí.
¿Qué género de ansia,
Altos montes, decid,
Qué especie de penar,
Linaje de sentir,
Es el que en mí ha engendrado
Haber llegado á oir
Baldones del amor
A espíritu tan vil,
Que su deidad infama?
Y no tan solo aquí
Mis sentimientos cesan,
Sino que siendo así,
Que obligada y quejosa
Es forzoso impedir
Lisonjas de lo noble,
Injurias de lo ruin,
En cuyos dos extremos,
Quedando á discurrir
Si podrá agradecer
Quien tiene que sentir,
He de ver...

ADÓNIS. (*Soñando.*)

¡Ay de mí!
Que me da muerte á quien la vida di.

VÉNUS.

Mas ¿qué triste lamento
Intenta interrumpir
Mis penas con sus penas?
La voz se oyó hácia allí.
¿Qué miro? Sobre un risco
Que supo persuadir
Al cansancio que era
Florido transportin,
Del venatorio afan
Treguas dando á la lid,
Sobre la aljaba de oro
Y el arco de marfil
Dormido el jóven yace.
¡Oh si hubiera (á decir
Vuelvo otra vez, y ciento
Vuelvo otra vez, y mil)
Cómo entre agradecida
Y quejosa, partir
Pudieran el camino
Lo ilustre y lo civil!
¿Daréle muerte? No.
¿He de vengarme? Sí.
¡Oh si hubiera un matar
Que no fuera morir!
Pero sí habrá; que yo
Llegando á prevenir
Como sin morir muera,
Y viva sin vivir,
He de ver...

ADÓNIS. (*Soñando.*)

¡Ay de mí...

VÉNUS.

Si hallo el descanso donde le perdí.

ADÓNIS. (*Soñando.*)

Que me da muerte á quien la vida di!

VÉNUS.

¡Oh tú, velero dios,
Que en campos de zafir
Relámpago sin luz,
Pájaro sin matiz,
Huyendo mi regazo,
No hay remoto confin
Que no corras veloz,
Que no vueles sutil,
Oye mi voz.

AMOR, *en lo alto.*

¿Qué quieres,
Oh tú, cuyo gemir
No sin causa acredita
Lo hermoso de infeliz?
Que ya á tu invocacion,
Del diáfano viril
Cortando las esferas
Me ves, para asistir
A tus lamentos, ser
De sus nubes neblí,
Sus páramos centauro,
Sus piélagos delfin,
Siendo en su azul pensil
Arbitro de un cenit y otro cenit.
¿Qué quieres, pues?

VÉNUS.

Que veas
Que hay quien tenga sin tí
Vagabundo el pensar
Y ocioso el discurrir.
Dormido yace el que,
Despierto, tu gentil
Deidad desdeña, pues
Montaraz adalid
Blasona que ha sabido
Tu yugo sacudir,
Sin que su blando lazo
Le agobie la cerviz.
Y aunque en una ocasion
La vida le debí,
Atenta á todo...

AMOR.

No
Tienes que proseguir,
Puesto que para mí
El delito le basta de dormir.
Del favor y la ira
El concepto entendí,
Y para que herir veas
Su pecho sin herir,
Este dorado arpon,
Pasando á serpentin,
Dese bruto diamante
Abrasado buril,
Verás que áspid de fuego
Muerde su pecho, á fin
De que los dos vengados
Con tiro tan feliz,
Apuremos así
Si es el amar matar y no morir.
(*Dispara una flecha, que da en el corazon de Adónis, y vuela, y Adónis despierta asombrado.*)

ADÓNIS.

¡Favor, cielos divinos!
¡Dioses, piedad!

VÉNUS.

¿Quién, di,
Te obliga á que dés voces?
Que al llegarlas á oir
Veloz vengo, por ver
Si fuese tan feliz
Que el favor te pagase.

ADÓNIS.

Si tú estabas aquí,
No en vano presumí,
Que me da muerte á quien la vida di.

VÉNUS.

¿Qué ha sido esto?

ADÓNIS.

No sé,
Que á sombra me dormí
De estos troncos, y como
Se suelen repetir
En fantasmas del sueño
De aquello que ántes vi
Las especies, soñé
Que el fiero jabalí
Que á tí te daba muerte,
Volviendo contra mí
Las aceradas corvas,
Navajas de marfil,
Con mi sangre manchaba
Las rosas, que hasta aquí
De nieve fuéron, para
Que fuesen de carmin.
Y no solo á este susto
Del sueño me rendí,
Pero sañudo áspid,
Que debió de encubrir
De su traidor veneno,
De su ponzoña vil
La astucia entre uno y otro
Maciento alhelí,
El corazon me ha herido,
Pues al restituir

El sentido, aun no cesa
El sentimiento en mí:
De suerte que despierto,
Duran en afligir
Ansias que fabriqué,
Temores que fingí,
Pasando ¡ ay infeliz!
La sombra á luz, el pasmo á frenesí.

VÉNUS.

La pesadez de un sueño
Tal vez suele seguir
Al mas despierto : y pues
No es lo que presumí,
En paz queda.

ADÓNIS.

¿Tan presto
Quieres volverte?

VÉNUS.

Sí,
Que baldones de amor
No he de volver á oir.

ADÓNIS.

No hace poco el que enmienda
Sus yerros; y si fuí
Grosero una vez, no otra
Lo seré.

VÉNUS.

¿Cómo así?

ADÓNIS.

Como al verte sabré
Forzar y reprimir
Aquel amenazado
Influjo en que nací.

VÉNUS

¿Pues no me viste entónces?

ADÓNIS.

Confieso que te vi;
Pero no te miré.

VÉNUS.

¿Y hay cómo distinguir
El ver del mirar?

ADÓNIS.

¿Pues
Hay quien ignore...

VÉNUS.

Di.

ADÓNIS.

Que el ver es solo ver,
Y el mirar advertir?

VÉNUS.

Y bien ¿qué es lo que adviertes?

ADÓNIS.

Que te llevas tras tí
En tus rizos del sol
Todo el dorado ofir;
Del aura en tus alientos
Todo el humo sutil,
Que en destiladas gomas
Cualquiera es ámbar gris;
Del monte en tu coturno
Todo el bello matiz,
Que en cintas de esmeralda
Son lazos de rubí;
Del abril en tu seno,
O blanco ó carmesí,
Todo el candor y nácar
Del clavel y el jazmin:
De suerte que dejando
Sin tí el sol sin lucir,
La aura sin respirar,
El monte sin vestir,
Y el abril, en efecto,
Sin lograr y pulir
Las flores ciento á ciento,
Las rosas mil á mil,
Quedan mustios sin tí
El sol, el aura, el monte y el abril.

VÉNUS.

¡Qué atrasadas lisonjas!

ADÓNIS.

Perdona, que he de ir
Siguiendo tu hermosura.

VÉNUS.

¿A qué, si en mi jardin,
Que ya desde esta parte
Se deja descubrir,
De atalaya un laurel
Que abraza amante vid,
Todo es amor? Por señas,
Que dél á recibir
A su deidad las ninfas,
En alegre festin,
Salen al paso... — y tú,
Para llegar aquí,
No temes las fierezas,
Y las bellezas sí.

ADÓNIS.

¡Ay! que no sé qué afecto...

VÉNUS.

No has de pasar de aquí.

ADÓNIS.

Me hace no obedecer.

VÉNUS.

Y agradecer á mí. *(Vanse.)*

—

Múdase el teatro en el de jardin, y por las puertas salen, cantando y bailando, LAS NINFAS, CELFA Y CHATO.

TODAS.

Corred, corred, cristales,
Plantas, vivid, vivid,
Aves, cantad, cantad,
Flores, lucid, lucid,
Pues que vuelve Vénus
Hermosa y gentil,
Trayendo despojos
De amor tras sí,
Porque nadie pueda
Exento decir
Que el vivir no amando
Se llama vivir.
Corred, vivid, cantad, lucid.

VÉNUS.

¿Que aun no te vuelves?

ADÓNIS.

No.

VÉNUS.

¿Y á entrar te atreves?

ADÓNIS.

Sí.

VÉNUS.

Entra pues, y vosotras
Alegres proseguid.

MÚSICA.

Corred, corred, cristales,
Plantas, vivid, vivid, etc. *(Vanse.)*

Tocan cajas y trompetas, y habiendo dicho dentro los primeros versos, salen MARTE, BELONA, DRAGON Y SOLDADOS.

BELONA.

La planta fugitiva
Del laurel ceda al roble.

TODOS.

¡Marte viva!

MARTE.

Mejor, Belona, fuera
Decir la aclamacion que Marte muera;
Pues aunque de blasones
Victorioso en Egnido me corones
De Délfos, ¿qué ha importado,
Si en Chipre estoy á una ilusion postrado,
Cuyos vanos recelos
Ni celos son ni dejan de ser celos?

BELONA.

Siendo de amor, no infama
Los heróicos asuntos de la fama.

DRAGON.

Y mas cuando en abono
De que pueda un barbado hablar, en tono
De falsete, cariño,
Llorando viejo y caducando niño,
No tiene otra disculpa,
Para no ser ridícula su culpa,
Que decir que de Marte
Es hijo Amor...

MARTE.

Estaba por quitarte
Mil vidas...

DRAGON.

Ten la mano;
Y ese recado á monseñor Vulcano.

MARTE.

Que si de Marte fuera
Bastardo hijo el Amor, no introdujera,
Vilmente lisonjero,
Que valga mas lo hermoso que lo fiero,
Temor que hoy en mí lucha.

BELONA.

¿Cómo?

MARTE.

Nadie aquí quede. Ahora escucha;
(Vanse Dragon y soldados.)
Que el fuego en que me abraso
Tú sola has de saber.

BELONA.

Pues habla paso.

Hablan los dos en secreto, y sale EL AMOR, *disfrazado, como recelándose.*

AMOR. *(Ap.)*

Ya que la altivez de Adónis,
Viendo ahora á Vénus, fué
(Pues en sus jardines yace)
Rendimiento y no altivez;
Receloso de que Marte
Lo ha de llegar á saber;
Sin alas, arco ni aljaba
Vengo á asistirle; porqué
Como esté á la mira Amor
Sin ser conocido dél,
El mas receloso amante
Nada que le digan cré.
Hablando con mi enemiga
Belona está: ¡ oh si entender
Algo pudiera! La sombra
Me valga de este laurel. *(Retirase.*

MARTE.

Hasta aquí me dijo Libia,
Y aunque el que vida la dé
Un bello jóven, no importa,
Importa que ella...

BELONA

Deten
La voz, que entre aquellas ramas
Ruido he sentido. ¿Quién
En acecho de los dos
Hace las hojas cancel?

MARTE.

¿Quién contra mi órden...

AMOR. (*Ap.*)

¡Ay triste!

MARTE.

Aquí ha quedado? (*Descubre al Amor.*)

AMOR. (*Ap.*)

Si él
Me conoce muerto soy,
Pues ha de querer saber
La causa de mi disfraz.

MARTE.

¿Quién eres, dime, y á qué
Te ocultas entre estas ramas?

AMOR.

Soy quien... si... cuando, porqué...

MARTE.

No te turbes; que no sabes
Cuánto sospechosa es
Para mí una turbacion;
Y mas cuando llego á ver
Lo que se parece á otra
Que, traidoramente infiel,
Calló, troncada en la voz,
Y habló pálida en la tez.
¿Quién eres, pues?

AMOR.

Quien, si tú
No lo sabes, no lo sé.

MARTE.

¿Si no lo sé, no lo sabes?

AMOR

No, que tú lo has de saber
Primero que yo lo diga.

MARTE.

Yo lo ignoro.

AMOR.

Yo tambien.

MARTE.

¿Enigmas me hablas ahora? —
¡Hola!

Salen DRAGON Y SOLDADOS.

SOLDADOS.

¿Qué mandas?

MARTE.

Prended
Aquese jóven.

AMOR.

Será
Esta la primera vez...

MARTE.

¿Qué?

AMOR.

Que otro me prenda á mí,
Y yo no le prenda á él.

BELONA.

¿Pues cómo escapar podrás
Solo de tanto poder?

AMOR.

Ya que depuse las alas,
Me he de valer de los piés. (*Vase.*)

MARTE.

Tenedle, que es el Amor.

BELONA.

¿Cómo es posible sea él,
Sin conocerle hasta ahora?

MARTE.

No eso admiracion te dé,
Porque el amor de un celoso
No es fácil de conocer,
Hasta que otras señas digan
Si es amor ó no lo es.
Y pues decir que ninguno
A él le ha podido prender,
Y que ha depuesto las alas,
Lo ha declarado mas bien,
Seguidle todos, seguidle;
Que ya me importa saber
(*Vanse los soldados.*)
De su disfraz la intencion.
Pero yo en su alcance iré.

BELONA.

¡Ay de tí, si á Amor que huye
Intentas seguir!

MARTE.

¿Por qué?

BELONA.

Porque nadie sigue á Amor,
Que en mayor riesgo no dé.

MARTE.

¿Qué mayor que no apurar
Que aquí disfrazado esté
Y no le conozca yo? (*Vase.*)

BELONA.

Sitiad el monte, corred
La campaña. (*Vase.*)

DRAGON.

¿Quién vió andar
A ojeo de amor, ni quién
Amó, sino como yo,
Que si á Celfa quiero bien,
Es solo el rato que importa
A la maraña? (*Vase.*)

BELONA. (*Dentro.*)

Romped
Los riscos.

VOCES. (*Dentro.*)

Al valle, al llano.

Sale AMOR.

AMOR.

Favor los cielos me dén;
Que sin alas, el aliento
Empieza á desfallecer.
Aquí hay una quiebra: ella
Me ha de amparar y valer
Contra las iras de Marte.

EL DESENGAÑO. (*Dentro.*)

Sí hará, que este el centro es
Donde siempre pára Amor.

DRAGON. (*Dentro.*)

De aquella montaña al pié
Entra á una gruta.

MARTE. (*Dentro.*)

Aunque fuera
Al báratro, entrara en él.

—

Entra AMOR *por un lado y sale por otro, en cuyo espacio se ve el teatro de la gruta, y él no hace mas que atravesar por ella, y salen* MARTE Y DRAGON.

DRAGON.

En poco nos ha engañado,
Que yo pienso que lo es,
Segun horroroso y triste
Se nos muestra.

MARTE.

Dices bien,
Pues nunca la planta, pues nunca la vista
Pisó temerosa, previno confusa [rible,
Tan lóbrega estancia, mansion tan hor-
Prision tan funesta ni cárcel tan dura,
A la escasa luz que dispensa
El torpe bostezo que entreabre la gruta
(Porque el sol, que de miedo no pasa,
De léjos la acecha, aun mas que la alum-
Melancólico espacio diviso [bra),
De negras paredes, que teas ahuman,
Colgadas de grillos, cadenas y lazos,
Trofeos que infaman deidad que no ilus-

DRAGON. [tran.

Aun no solo mirados asombran
Despojos tan viles, mas oidos asustan.
(*Dentro ruido de cadenas.*)

MARTE. [das

Dices bien, que al compas de arrastra-
Prisiones, llorosos lamentos se escu-

DRAGON. [chan.

Atiende, quizá sabrás quién avisa
Del fúnebre centro en la esfera nocturna.

MÚSICA, *en tono triste.* (*Dentro.*)

¡Ay de aquel que en principio de celos,
Huyendo el Amor, no le deja que huya!

MARTE.

¡Ay de aquel que en principio de celos,
Huyendo el Amor, no le deja que huya?
¿Quién eres, oh tú, que la ajena desdicha,
Mirándola mia, la tienes por tuya?

TEMOR. (*Dentro.*)

Quien pena...

SOSPECHA. (*Dentro.*)

Quien siente...

ENVIDIA. (*Dentro.*)

Quien gime...

IRA. (*Dentro.*)

Quien llora...

TEMOR.

Tu asombro.

SOSPECHA.

Tu pena.

ENVIDIA.

Tu queja.

IRA.

Tu angustia.

MARTE.

Mi angustia, mi queja, mi pena, mi asom-
¿Hay quien lamente? [bro,

TODOS.

Sí, pues que pronuncia:
¡Ay de aquel que en principio de celos,
Huyendo el Amor, no le deja que huya!

MARTE.

A pesar del pavor, de quién eres [ta.
Haré hoy experiencia la que era pregun-

Va saliendo cada figura con su verso, EL TEMOR *con una hacha,* LA SOSPECHA *con un anteojo de larga vista,* LA ENVIDIA *con un áspid,* LA IRA *con un puñal, todas con mascarillas, y vestidas de negro.*

TEMOR.

Quien vive...

SOSPECHA.

Y no vive...

ENVIDIA.

Quien muere...

IRA.

Y no muere...

TEMOR.

Entre ansias...

SOSPECHA.

Asombros...

ENVIDIA.

Horrores..

IRA.

Y furias.

MARTE.

Del oído pasando á los ojos, [das.
De nuevo al principio se vuelven mis du-
¿Has visto jamas tan pálidas sombras?

DRAGON.

¿Yo habia de ver tan horrendas figuras?

MARTE.

¿Quién sois, decid, y qué bóveda es esta,
Que tiene (¡ay de mí!) tal familia por su-

TEMOR. [ya?

Esta es de los celos...

SOSPECHA.

La mísera cárcel...

ENVIDIA.

Adonde de Amor...

IRA.

Siempre paran las fugas.

TODAS.

¡Ay de aquel que en principio de celos,
Huyendo el Amor, no le deja que huya!

MARTE. [torcha,

¿Quién eres, oh tú, que con trémula an-
Saliéndole al paso, al que alumbras des-

TEMOR. [lumbras?

Yo soy aquel miedo que tiene el que ama
De cuánto achacosa es cualquier hermo-
[sura;
Y así, tropezando en primeros temores,
Le sirvo la luz, y déjole á oscuras,
(*Apaga la luz.*)
Porque busca con ella su daño,
Y luego le pesa de hallar lo que busca.

MARTE.

Y tú, que á un cristal parece que, corta
De vista, le estás graduando las lunas,
¿Quién eres?

SOSPECHA.

Yo soy la Sospecha, que al miedo
Le piso la sombra.

MARTE.

Y bien, ¿qué procuras?

SOSPECHA.

Que artificioso este anteojo de vidrio,
Creciendo los grados á cuanto presuma,
Represente de un álamo un monte,
De un átomo un mar, de una gota una llu-

ENVIDIA. [via.

Y yo, que siguiendo anteojos de aumento,
Doy luego por ciertas ajenas fortunas,
Anudando un áspid á otro,
De envidia en mi seno les doy la cicuta.

IRA.

Con que á la Envidia siguiendo la Ira,
Los áspides que ella enlaza y anuda,
En víboras yo convierto de acero,
Que para venganzas afilen sus puntas.

LAS CUATRO.

Y las cuatro, que somos las guardas
Del preso que yace en prision tan oscura,
Al peregrino el riesgo avisamos;
Mas todos le oyen y nadie le escucha.

MARTE.

Pues ya que el aviso decís cuánto en vano
Al peregrino el riesgo le anuncia, [los?
Ya que yo entré, ¿quién el preso es de ce-

TODAS.

Aquella vejez helada y caduca...

Vese dentro de la gruta EL DESENGAÑO, *con barba larga, vestido de pieles, y con prisiones.*

TEMOR.

Qué triste...

SOSPECHA.

Padece...

ENVIDIA.

Postrada...

IRA.

Rendida...

TEMOR.

Fatigas...

SOSPECHA.

Desprecios...

ENVIDIA.

Baldones...

IRA.

Y injurias.

MARTE.

Quién es, sepa pues.

TODAS.

Es el Desengaño,
Por quien repetimos, ya solas, ya juntas:
¡Ay de aquel, que en principio de celos,
Huyendo el Amor, no le deja que huya!

DESENGAÑO.

¡Oh tú, que venciendo á todos,
A tí solo no te vences,
Y con humanas pasiones,
Divinas señas desmientes!
Sabrás que en aquesta cárcel
Para que nadie le encuentre,
Con varias guardas los celos
Preso al Desengaño tienen.
Pero ya que huyendo Amor,
Escapar de tí pretende,
A estos umbrales, adonde
Su fatiga va á dar siempre,
Mira, ¿qué quieres de mí?
Pues alcanzarle á él no puedes,
Porque en llegando aquí, todas
Sus pompas se desvanecen.

MARTE.

¿Qué quieres que de tí quiera,
Quien siguiendo á un ciego viene,
Que visto se desconoce,
Y no visto no se entiende,
Sino saber con qué causa
Hoy disfrazado pretende
Asistirme y huir de mí?

DESENGAÑO.

Si á tanto empeño te atreves,
Dile al Temor que te traiga,
La Sospecha que te acerque,
La Envidia que te desmaye,
Como al Rencor que te aliente.
(*Descubre un espejo, y vese en él lo que dicen las coplas.*)

LAS CUATRO.

Sí harémos, para que juntas
Corriendo la nube débil
Este empañado cristal
Veas claro y transparente.

MARTE.

Ya lo está.

DESENGAÑO.

¿Qué ves en él?

DRAGON.

Señores, ¿qué encanto es este?

MARTE.

De las campañas de Chipre
El mas deleitoso albergue,
En cuya apacible estancia
Festivos coros alegres
De ninfas, la falda al monte
Van floreciendo dos veces.

DRAGON.

Hasta Chato y Celfa van.

MARTE.

Pues eso ¿por qué te ofende?

DRAGON.

Porque las mujeres proprias
No han de ser proprias mujeres.
¿Faltábala con quien ir
A una pícara insolente
Que no fuese su marido?

MARTE.

Calla, bárbaro, y atiende.
Ya el ojeo pasa, y ya
Por varias sendas descienden
Vénus y un gallardo jóven,
Que amorosos y corteses,
Con los brazos se saludan,
Y el uno al otro se ofrece
Los despojos de la caza.
¡Que aquesto mire! ¡Oh aleve
Cristal! perezca tu luna,
Aun cuando la del sol fuese,
Si es verdad porque es verdad,
Y si mientes porque mientes.

TODOS.

Aunque quebrarla pretendas,
No hayas miedo que la quiebres.

MARTE.

¿Por qué?

TODOS.

Porque el Desengaño
Sus sombras desaparece,
Luego que antídotos suyos,
Que sanan con lo que duelen,
Dando la muerte dan vida.

MARTE.

¿De qué suerte?

TODOS.

Desta suerte.

(*Dentro ruido como de terremoto; y desaparecen el Desengaño, y las otras cuatro figuras.*)

MARTE.

¿Quién crërá que Marte huya
De ver prodigio tan fuerte? (*Vase.*)

DRAGON.

Ni ¿quién que Dragon de Celfa
Celos maridales siente? (*Vase.*)

Cúbrese la gruta y vense los jardines, y en ellos VENUS *sentada,* ADONIS *en sus faldas, y* LAS NINFAS; CHATO Y CELFA.

VÉNUS.

En tanto que declinando
El sol sus ardores temple
Para volver á la caza,
Porque conmigo no eches
Ménos á tu inclinacion,
Descansar, Adónis, puedes
En estos jardines.

ADÓNIS.

¿Qué
Echará ménos quien tiene,
Cuando merecen sus dichas
Las dichas que no merecen,
Afianzada en tus favores
La costa de tus desdenes?

VÉNUS.

Vosotras, porque no haya
Cosa que no le deleite,
Cantad algo.

CHATO.

Celfa, ven

A hacer unos ramilletes
Para el nuevo amo.

CELFA.

Veamos
Cómo una música puede
Parecer entre otra.

CHATO.

Como
Entre lo rojo lo verde.

CORO 1.° DE NINFAS.

No puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

CORO 2.° DE NINFAS.

Sí puede Amor.

CORO 1.°

No puede Amor
Ni mi deseo
Pasar del bien que posee;
Porque crecer el empleo
De tan divino favor
No puede Amor.

CORO 2.°

Sí puede Amor...

LOS DOS.

Hacer mi dicha mayor.

ADÓNIS.

Aunque la letra que oí
En lo primero que ofrece,
Que habla conmigo parece,
Pues yo el mas dichoso fuí,
Perdona, si
En lo segundo mi error
Funda mejor
Su dicha.

VÉNUS.

¿De qué manera?

ADÓNIS.

Como la contienda era
De vuestro dulce primor...

ÉL Y CORO 1.°

No puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

ÉL Y CORO 2.°

Sí puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

ADÓNIS.

La dicha no merecida
Se posee desairada;
Que mal puede estar hallada
Sin achaques de perdida;
Y mi vida
Mas quisiera merecer,
Que poseer:
Luego si Amor puede dar
Dicha que es mas singular
Cuánto hay de mérito á error...

ÉL Y CORO 2.°

Bien puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

VÉNUS.

Dicha que á ser dicha crece,
Aun ántes que sea esperanza,
Es dicha del que la alcanza,
Mas no del que la merece:
Y si se ofrece
La dicha sin merecella,
Dando cuanto puede en ella
De mérito y de valor...

ELLA Y CORO 1.°

No puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

ADÓNIS.

El que sin proprio interes
Logró dichas semejantes,
Haberlas logrado ántes
Podrá merecer despues:
Luego si es
Suya en la segunda accion
La estimacion
Que hacer de su dicha puede,
Y en ella Amor le concede
Que pueda quedar mejor...

ÉL Y CORO 2.°

Bien puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

VÉNUS.

Servir el favorecido
No es en leyes del cuidado
Mérito de enamorado,
Que es deuda de agradecido:
Y el mas rendido
Podrá agradecer y amar;
Mas no aumentar
Los grados á la fineza;
Que es ser nieve cuando empieza,
Y cuando fallece ardor.

ELLA Y CORO 1.°

No puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

ADÓNIS.

No hace poco el que agradece.

VÉNUS.

El que agradece, ¿qué hace?

ADÓNIS.

Por lo ménos satisface.

VÉNUS.

Satisface y no merece.

ADÓNIS.

En fin, ofrece
Lo que puede su ventura.

VÉNUS.

Es locura,
Si ofrece y no sacrifica.

ADÓNIS.

¿Eso no implica?

VÉNUS.

No implica;
Que una vez mio el favor...

ELLA Y CORO 1.°

No puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

ADÓNIS Y CORO 2.°

Sí puede Amor
Hacer mi dicha mayor.

Sale AMOR.

AMOR.

Sí puede y no puede Amor
Hacer la dicha mayor.
No puede, pues que no puede
Crecer las delicias;
Y sí puede, supuesto que puede
Torcer las desdichas.
Marte, á quien quise asistir,
Temiendo sus iras,
Penetró del disfraz y el acecho
La cauta malicia.
Y como hácia el Desengaño
Es siempre mi huida,
A pesar de las guardas de celos,
Rompió sus ruinas.
Habiendo en su espejo visto...
Mas ¿qué hay que repita,
Si los montes, que al verle estremece,
Mejor te lo avisan?
Mira tú pues qué defensa
Poner solicitas,
Pues celosa su furia amenaza
A quien...

VÉNUS.

No prosigas:
Y tú, Adónis, porque aquí
No te halle su vista,
De aqueste jardin pasando á los montes,
Restaura tu vida.

ADÓNIS.

¿Cómo puedo, ingrata Vénus,
Ya mas que benigna,
Asaltado tambien de sospechas,
Que es fuerza me embistan,
Dejando tu vida á riesgo,
Cuidar de la mia?

VÉNUS.

En cuanto á tus celos, tener á un tirano
Temor, no es caricia:
Y en cuanto á mi vida, piensa
Que está defendida;
Porque como aquí á tí no te encuentre,
En nada peligra.
Huye pues, huye á los montes.

ADÓNIS.

Venció mi porfía;
Que Amor pudo, pues pudo sin celos
Hacer mas mis dichas. (*Vase.*)

TODAS.

Aunque él huya, ¿cómo tú
A verle te animas?

VÉNUS.

Como industria habrá con que enfrene
Sus sañas altivas.

AMOR.

¿Qué industria hay contra los celos?

VÉNUS.

La siempre encendida
Fragua en que á Júpiter forja Vulcano
Los rayos que vibra.
Para el abrasado temple
Que montes fulmina,
De venenosas aguas se vale,
Leteas y Estigias.
Destas pues rompiendo los diques
Las furias impías,
Haré que estas fuentes sus tósigos corran,
En voz de mis ninfas,
Cuyas disonantes voces
Verás que al oirlas,
Adormecido el sentido... Mas esto
Su efecto lo diga,
Cuando al callado conjuro...
(*Dentro ruido.*)

AMOR.

Si deso te fías,
Prevente; que á mí el asombro de verle
De aquí me retira. (*Vase.*)

VÉNUS.

Ninguna huya de vosotras.

Sale MARTE.

MARTE.

Aleve enemiga,
En quien como en mí humanas pasiones
Se mienten divinas,
¿Juzgaste que tus engaños,
Traiciones, mentiras,
Pudieran jamas á sospechas de Marte
Negar sus noticias?
¿Dónde está el amante que
Mudable acaricias?
Que no quiero que empiece por tuya
Venganza que es mia.
No en lo débil debe el rayo...

VÉNUS.

Suspende las iras;

Que vienes no bien informado de alguna
Loca fantasía. [rias?)
(*Ap.* Ya es tiempo: ¿qué esperais, Fu-
(*Corren las fuentes.*

MARTE.

Por mas que te finjas
No culpada en mis celos, en vano
Negarlos codicias,
Porque ¿cómo?.. Pero ¿quién
De aliento me priva?
¿Quién la lengua entorpece y las voces
Del labio me quita?
Porque ¿cómo puedes?.. ¡Cielos!
El juicio delira,
La razon fallece, y la luz
Se pierde de vista.

VÉNUS.

¿Ves como tus sinrazones
Los dioses castigan?
Habla pues: ¿en qué fundas tus quejas?

MARTE.

No puedo decirlas.

Adormécese MARTE, *y sale* BELONA.

BELONA.

Sí puedes; que yo, que á todo
Estoy á la mira,
Al ruidoso estruendo del agua
Que impura te hechiza,
Con otro estruendo sabré
Vencer la malicia.

VÉNUS.

¿Tú? ¿cómo?

BELONA.

Al metal haciendo que brame,
Y al parche que gima.
Suenen idiomas de Marte,
Y en voces altivas
Confundid un rüido con otro,
Y viva el que viva.
(*Cajas dentro.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Al arma, celos, al arma;
Que agravios obligan,
Y para venganzas á Marte despiertan,
Alientan y animan!

MARTE. (*Despierta.*)

¿Qué nuevo espíritu en mí
Es bien que revista
Este estrépito de armas, que cobra
Mis saños perdidas?

VÉNUS. (*Ap.*)

Si voces de agua y de fuego
Contrarias militan,
Las del aire excedan á todas.

MARTE.

¿Juzgaste, enemiga?...

LAS NINFAS. (*Dentro.*)

No al arma, celos, no al arma;
Que ofensas se olvidan,
Y al letargo adormida la queja,
Ni llore ni gima.

MARTE.

Aunque cobrado pretenda
Volver á mis iras, (*Adormecido.*)
No puedo, ¡ay de mí!

BELONA.

Prosiga el estruendo.

VÉNUS.

Las voces prosigan.
(*Cajas.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Al arma, celos, al arma,
Que agravios obligan!..

LAS NINFAS. (*Dentro.*)

No al arma, celos, no al arma;
Que ofensas se olvidan.

VOCES.

Y para venganzas á Marte despiertan,
Alientan y animan.

NINFAS.

Y al letargo adormida la queja,
Ni llore ni gima.

MARTE.

De una confusion en otra
No sé lo que elija, [elevan
Entre aguas que aduermen, acentos que
Y cajas que incitan.

BELONA.

Y en fin, ¿á qué te resuelves?

VÉNUS.

Di, ¿qué determinas?

MARTE.

Sin vengarme en tu vida, tirana
Vengarme en tu vida.
Y pues tu cobarde amante
Huyó de mi vista,
Tras él he de ir, penetrando los montes.
Llevando por guia
Estos dos villanos, que
Sus faldas y cimas
Registren conmigo, pues saben adonde
El temor le retira.

CELFA Y CHATO.

Nosotros tal no sabemos.

MARTE.

Venid pues aprisa.

LOS DOS.

Aun yendo despacio, irémos cansados.

MARTE.

Venid.

Vanse Marte, Belona, Celfa y Chato.)

LOS DOS.

¡Qué desdicha!

VÉNUS.

Porque no le busque y le halle,
Esferas divinas,
Empañad desos velos azules
Las luces que brillan.
Y tú, Júpiter, pues sabes
Lo que es amar, mira
Que nunca mejor que ahora empleaste
Los rayos que vibras,
Pues nunca mejor se emplean
Sagradas tus iras.

—

Vase con sus ninfas, y con esta música se muda el teatro en monte, y vuelve MARTE, *trayendo de la mano á* CHATO Y CELFA.

MARTE.

Pues sabeis por donde fué,
¿Quién duda que sepais dónde
Este cobarde se esconde?

CELFA.

Yo, señor Marte, no sé
Mas de que muy asustado
Huir de su vista previno.

CHATO.

Bien como hijo de vecino
De los que entran por un lado,
Y por un lado tambien
Los escapa su temor,
Luego que señor mayor
Llama á la puerta.

CELFA.

Mas quien
Tan parto es destas montañas,
Es cierto que á ellas vendria.

MARTE.

Pues al albergue de guia
Me servid, que en sus entrañas
Tiene.

CHATO.

Es vana pretension;
Que no sabemos allá.

MARTE.

De otra manera será.

CELFA.

¿De qué manera?

MARTE. (*Llamando.*)

¡Dragon!

CHATO.

No al Dragon llamar intente,
Que anda en su conversacion;
Que no hace falta el Dragon
Adonde está la serpiente.

MARTE.

¡Dragon!

CHATO.

A huir me acomodo.

MARTE.

¡Dragon!

CHATO.

¡Ay triste de mí!
¿Hácia dónde está?

Salen DRAGON Y SOLDADOS.

DRAGON.

Hácia aquí,
Esperándote, del modo
Que tú me mandaste, estoy.
¿Qué quieres?

MARTE.

Que estos villanos,
Atados de piés y manos,
A estos troncos queden hoy.
(*Los soldados atan á Chato, y Dragon á Celfa. Vanse los soldados.*)

DRAGON.

En fin, ingrata, has venido
A mis manos.

CELFA.

Pues ¿en qué
Te he ofendido?

DRAGON.

Yo lo sé.

VOCES. (*Dentro.*)

Huid, pastores.

MARTE.

¿Qué ruido
Es este?

Salen VILLANOS *huyendo por delante de ellos, y despues* ADONIS, *flechado el arco.*

UNOS.

Huid, que del monte
El herido jabalí,
Que há tantos dias que aquí
Es terror deste horizonte,
Baja al valle, donde vuelva
A hacer estragos mayores.

OTROS.

Huid, zagales.

OTROS.

Huid, pastores.

TODOS.

Al llano, al bosque, á la selva. (*Vanse.*)

ADÓNIS.

No temais; que si le alcanza
Mi altiva velocidad,
Lo que ántes fué agilidad,
Ahora será venganza,
Como primero instrumento
De mi desdicha cruel. (*Vase.*)

CHATO.

Pues el que busca es aquel
Que atras va dejando el viento,
¿Para qué nos quiere ya?

MARTE.

Dices bien, aquel es, sí,
El que tan dichoso vi;
Y pues tras la fiera va,
En que empezó la primera
Fineza suya el Amor,
Empiece de mi furor
Tambien la ira. ¡Oh tú, Megera,
Que de las tres furias eres
La que mas á Marte asiste!
En aquel bruto reviste
Toda la saña que adquieres.
Vean prados, montes, cielos,
Que en venganza de una injuria
De toda una infernal furia
Nada les sobra á los celos. (*Vase.*)

CHATO.

Con que aquí ya no hay que hacer.

DRAGON.

Sí hay, por si falta lugar
Despues.

CHATO.

¿Qué es?

DRAGON.

No mas que dar
De coces á su mujer.

CHATO.

Si eso solo falta,
Y á usted le importa,
Ahí (por eso se dijo)
Me las dén todas.

CELFA.

Pues ¿por qué á mí de coces,
Seor Dragoncillo?

DRAGON.

Por conjunta persona
De su marido.
¿No le basta á un pobre hombre
Sufrirla en casa,
Sino que á los ojeos
Con él se vaya?

CELFA.

¿Qué delito es ese,
Si hay en tal tiempo
Maridos que no sirven
En los ojeos?

DRAGON.

Aunque nunca estorben,
Es fuerte cosa
Ser la mujer grillo,
¿No basta esposa?
Y aun si fuera con otro,
Poco importara;
Pero ¡con su marido! (*Pegándola.*)

CELFA.

Basta.

DRAGON.

No basta.

CHATO. (*Ap.*)

El Dragon es un santo,
¿Quién vió, señores,
Gente mas ajustada
Que los dragones?

DRAGON.

Quédese ella para ella
Y él para un asno. (*Vase.*)

CHATO.

Y aun por eso he tenido
Tan lindo rato.

CELFA.

¡Que cargarme de coces
Le deje un tonto!

CHATO.

Hija, esas son las cargas
Del matrimonio.

CELFA.

Bien ves, pícaro, infame,
Cómo me ha puesto.

CHATO.

Y por no verlo, diera
Volver á verlo.

CELFA.

¿Que á tu esposa dejes
Que dén de coces?

CHATO.

Como aquesos trabajos
Pasan los hombres.

CELFA.

Pues en tí he de vengarme
De sus desprecios. (*Embiste con él.*)

CHATO.

Para mí tendréis manos.

ADÓNIS. (*Dentro.*)

¡Valedme, cielos!

CHATO.

Pero ¿quién á su cargo
Toma mi queja?

CELFA.

Aun mayores prodigios
Hay en la selva;
Pues en desmandadas tropas
De esparcidos escuadrones
Todas las ninfas de Vénus
Huyendo vienen.

Sale VENUS, *suelto el cabello, medio desnuda, ensangrentadas las manos.*

VÉNUS.

Pastores,
Decidme (¡ay de mí!), decidme
Si dijeron unas voces
«¡Piedad, cielos!»

ADÓNIS. (*Dentro.*)

¡Piedad, cielos!

VÉNUS.

¡Favor, dioses!

ADÓNIS. (*Dentro.*)

¡Favor, dioses!

VÉNUS.

Mas no teneis que decirme,
Si ellas mismas me responden
Que es cuyo temo el gemido,
Y cuyo imagino el golpe.
Suyo es, sin duda ¡ay de mí!
Y aunque tan cerca se oye,
No sé si osaré llegar
A examinarlo.

Sale BELONA.

BELONA.

No oses,
Pues aun yo compadecida
Troqué á lástimas rencores
Al ver tus penas; y así
Digo otra vez que no oses
Si no quieres ver tan fiero
Trágico asunto, tan torpe,
Como ver que salpicando
Los mas cándidos albores,
No sé qué vivo cadáver
Desde la cumbre de un monte
Rosas deshojadas vierte
A un valle que las recoge.

VÉNUS.

Yo he de ver quién es.

Salen LIBIA Y LAS NINFAS.

LIBIA.

No veas,
Que yo al temer que en horrores
O su gemido me aflija
O su queja me congoje,
Vengo huyendo con el miedo
De que sea el que así llore
El mas venturoso amante
Y el mas desdichado jóven.

VÉNUS.

¿No es peor dudarlo?

BELONA.

No,
Que la duda no supone
Lo que la evidencia, y temo
Como la verdad te informe,
Que sientas saber quién es
El que en pena tan enorme
Con su sangre les infunde
Nuevo espíritu á las flores.

VÉNUS.

Entre temer y apurar
Término no se conoce.

BELONA.

Sí conoce, cuanto dista
Que el mal se dude ó se ignore;
Y así, ¿para qué has de ver
Que humana púrpura corre?...

TODAS.

Tanto, que della animadas,
Cada flor es un Adónis.

VÉNUS.

¡Un Adónis! ¡Ay de mí!
¿Cómo, soberanos dioses,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Riscos, selvas, prados, bosques,
Aves, brutos, fieras, peces,
Troncos, plantas, rosas, flores,
Fuentes, ríos, lagos, mares,
Ninfas, deidades y hombres,
Sufrís tal estrago?

Sale MARTE.

MARTE.

Como
La paz me dió mas blasones
En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles:
A cuya causa, tirana,
No hubo en todo este horizonte
Ni risco que no examine,
Ni peñasco que no toque;
Tanto, que no dirá uno
Que el rencor de mis rencores
Le dejó por escondido
O le perdonó por pobre;
Hasta que la misma fiera,
De mi ofensa primer móvil,
Primer móvil de mi ira,
Halló al que de mí se esconde.
Y porque mejor lo veas,
Llega, fiera, llega donde,
Bien herido y mal curado,
Se alberga un dichoso jóven...

Descúbrese á ADONIS, *muerto entre unas flores.*

VÉNUS.

¡Ay infelice de mí!
Injusto amante, que pones
En la fuerza de tus sañas
La fuerza de tus amores;
Aunque tirano te vengues,
Por lo ménos no blasones,
Que sin tirarle Amor flechas
Le coronó de favores:
Flechas le tiró el Amor,
Temida deidad de Jove,
Tanto, que porque tus celos
Su mayor triunfo no borren,
Vivirá á su ruego eterno,
Aunque ahora en él y en mí notes
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche.
(*Cae sin aliento.*)

TODAS.

Con la fuerza del dolor
Cayó desmayada sobre
Las rosas, y sus espinas
Van violando sus colores...

—

La parte superior del teatro será de cielo: vese un sol que se va poniendo, y al mismo tiempo sale una estrella: el AMOR *está en lo alto, y* VENUS Y ADONIS *van subiendo, cada uno á su lado.*

AMOR.

Porque vean que no en vano,
Cuando en púrpura se tornen,
Le halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Júpiter pues, conmovido
O indignado de que goce
Sin los imperios de un alma
Los de una vida tu nombre,
Desa derramada sangre
Quiere que una flor se forme,
Y que de aquella se vistan
Roja púrpura las flores,
Para que en tierra y en cielo
Estrella y flor se coloquen:
A cuya causa, subiendo
Donde entrambos se coronen,
Verás que desde este dia,
Con la nueva luz de Adónis,
Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone.

TODOS.

El horror de la tragedia
A vuestra vista se esconde,
Viendo que ya todo es dichas.

MARTE.

No es todo sino rigores,
Al ver que á triunfos de Amor
Otra vez mis celos tornen,
Supuesto que Flor y Estrella
Ascienden Vénus y Adónis,
Al tiempo que se ve el sol (*Suben.*)
Entre pardos arreboles,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge [1].

[1] Desde la salida última de Marte hasta estos versos, introduce Calderon doce del famoso romance que principia: *En un pastoral albergue*, y cuatro del otro no ménos conocido y bello: *Sale la estrella de Vénus.*

VÉNUS.

Pues porque mejor lo digas,
Los dulces acentos oye...

ADÓNIS.

Con que nos aclama á un tiempo
La música de dos orbes.

TODOS.

A pesar de los celos
Sus triunfos logre
El Amor, colocados
Vénus y Adónis:
Y reciban ufanas
Y eternas gocen
Las estrellas su estrella,
Su flor las flores.

BELONA.

A cuyo aplauso festivo
Fin á su fábula pone
La púrpura de la rosa,
Volviendo á decir las voces...

TODOS.

A pesar de los celos
Sus triunfos logre
El Amor, colocados
Vénus y Adónis:
Y reciban ufanas
Y eternas gocen
Las estrellas su estrella,
Su flor las flores.

(*Iguálanse con el Amor, escóndense los tres y el sol, queda la estrella, y dase fin.*)

FIN DEL TOMO II DE LAS COMEDIAS DE CALDERON.

INDICE.



